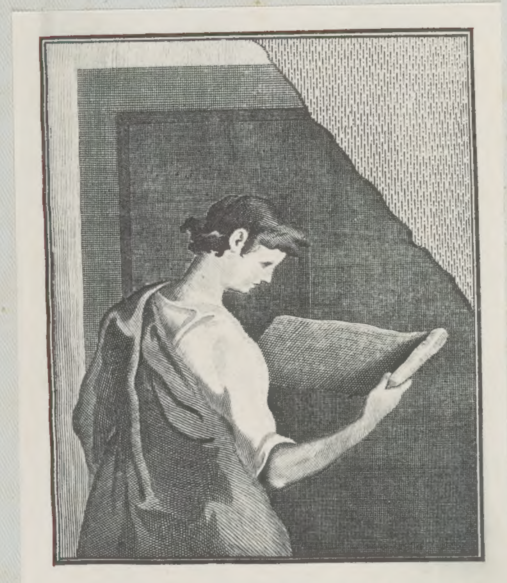
LA ILUSTRACION



LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XXVI.—AÑO 1907

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1907

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 1.º de enero de 1907 — Núm. 1.305

MENDIGO, cuadro de Murillo, existente en el Museo del Louvre

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Adiós, año 1906! Año de calamidades, asolamientos, erupciones, inundaciones de lava ardiente y de agua fangosa, incendios, fusilamientos, ahorcamientos, matanzas, explosiones de bombas desde Rusia hasta Madrid, terremotos que destruyen ciudades enteras, tifones y ciclones que devastan comarcas, sequías que hacen perder las cosechas, duelos á muerte, crímenes á granel, suicidios á manta, choques y descarrilamientos de trenes á diario, naufragios colectivos en que se ahogan centenares de seres y amenazas sordas, continuas, de lepra y de pestes orientales.

Sólo la guerra faltó, entre las plagas que los míseros humanos, niños eternos, sufrieron más ó menos resignados y pacientes, durante los 365 días (creo que no es año bisiesto) que ha durado el difunto 1906. Así es que las maldiciones que acostumbran á prodigarse á los años pretéritos, denigrándolos y poniéndolos como chupa de dómine, redoblarán al caer 1906 en el saco inconmensurable donde el Tiempo recoge la anual hoja seca, arrugada y negruzca cuanto verde y tiernecilla aparece la de 1907 sobre la rama del árbol secular.

1906 se ha llevado á la sepultura, entre otras personas de valía, al gran dramaturgo noruego Enrique Ibsen.—No todo el mundo le admiraba: Ibsen encontró críticos acerbos; en los países latinos apenas le ha comprendido el público. No hay nada tan perjudicial para un autor, en un país latino, como la fama de abstruso, profundo y remontado. Los que sencillamente declaramos que entendemos y percibimos, al menos en gran parte, lo que Ibsen y Wagner significan, damos á sospechar que pretendemos situarnos más arriba que el público, en regiones inaccesibles; en suma, que nos encumbramos desdeñando al vulgo. Y yo declaro que ni Ibsen ni Wagner me han parecido obscuros jamás, antes al contrario, expresivos y emocionantes en grado sumo; Ibsen, además, realista y verista, y observador concreto de la naturaleza y la psicología humanas. Sus caracteres sangran verdad, una verdad honda, más allá de las apariencias insignificantes que acaso son las mismas para todo sér civilizado. Bajo la librea uniforme de la civilización, Ibsen supo descubrir los instintos, los atavismos, los desfallecimientos y las aspiraciones infinitas de nuestra época. Así muchos le han considerado el primer poeta del siglo XIX en su segunda mitad.

Sus facultades dramáticas eran excepcionales. Los perezosos del público español, más holgazanes aún de espíritu que de cuerpo, declararon «pesado» á Ibsen y le enterraron bajo este adjetivo vago y arbitrario, que á todo se aplica, á una comedia y á un sermón, á un drama y á un baile.—Para mí, en arte y en poesía, lo pesado es lo vacío. Obras de las más ligeras me aburren. Ibsen no me aburre nunca; ni leído, ni representado. «Esto no es teatro»—oigo repetir.—Y sonrío, porque cualquiera pensaría que el teatro tiene una pauta eterna. ¿Sería hoy *teatro* un auto sacramental? Lo era en el siglo XVII. El teatro de cada pueblo y de cada período de la vida histórica de ese pueblo, revela el desarrollo de su evolución. La gente septentrional, á la cabeza de la cultura contemporánea, tiene un teatro más sincero, más profundo, más verdadero que el nuestro. No por otra causa aquí ha desagradado Ibsen, y en cambio agradan... Tente, pluma.

Lejos de ser pesado, uno de los méritos de Ibsen consiste en la rapidez y concentración. Ningún clásico observó mejor la unidad de tiempo, encerrando en breves horas la intensa acción dramática. En esto no es realista Ibsen, sino, principalmente, efectista y dramaturgo; artista en la preparación de catástrofes y conflictos, de impresiones que sugieran al espectador el estado de ánimo que el autor se propone. Razón de más para declarar que Ibsen hace teatro, pero teatro cuyas trampas y cartones revisten un alma. El artificio escénico sirve, en Ibsen, para descubrirnos intimidades espirituales, á diferencia de otros autores, que nos avisan de que van tratar una tesis, y no nos entregan más que un mecanismo frío y falso, el alambre y el oropel de la farsa escénica, sin tuétano espiritual. Sin duda estos últimos dan menos que discurrir, y el público español, y en general el latino, los prefiere.

Ibsen ha muerto este año, biológicamente hablando; pero su cerebro poderoso no existía ya; la disolución de sus facultades mentales se había iniciado, según parece, desde hace tiempo. Eso que antes se conocía por chochez y ahora se llama sabiamente arterio esclerosis, y determina los fenómenos que caracterizan á la senectud avanzada, pesaba sobre el gran poeta. Sería preciso contar, desde que se inició tal estado, la fecha de la desaparición del único Ibsen que nos importa. Lo que perdimos este año fué un poco de carne mortal empujada por la inflexible vejez á la tumba.

Figura teatral también, y de primera línea como intérprete, la trágica Adelaida Ristori—otra víctima de 1906.—Tampoco la edad permitía trabajar á la gran Ristori, que en 1898 por última vez hizo resonar en las tablas su acento prestigioso, contando ya setenta y cuatro rigurosos inviernos! Adelaida Ristori dominaba con igual señorío el teatro romántico y la tragedia griega, y su creación de *Medea* (inspirada en Eurípides) no tenía nada que envidiar á su creación de *María Estuardo* (inspirada en Schiller). Asombroso era su modo de encarnar á *Isabel de Inglaterra* y de caracterizarse, desde el primer acto en que aparecía rozagante, orgullosa, dura y sensual, reproduciendo con admirable precisión el modo de ser de su padre Enrique VIII, hasta el acto último en que se la veía marchita, deshecha, agonizando y retorciéndose entre remordimientos y fantasmas, con el sello de la edad y del terror de ultratumba.

Sólo con recordar la figura de Adelaida Ristori, se comprende hasta qué punto evolucionaría el teatro. Si la Ristori nace algunos años después, en vez de ser *Medea* ó *Pía di Tolomei*, la *Estuarda* ó la hija de Ana Bolena, hubiese tenido que ser la *Nora* de Ibsen, la *Francesca* de d'Annunzio, ó el *Aquilucho* de Rostand. Y quizás no descollase tanto en el drama moderno, á cuya complejidad no se adaptaría la amplitud y sencillez de sus facultades de trágica insigne.

***

Y España ¿debe señalar con piedra blanca la fecha del año que termina, ó debe, por el contrario, buscar el chinarro más negro y colocarlo sobre la cifra de 1906?

Años hemos tenido que superaron á éste en acarrearnos desgracias: recuérdese aquel sombrío y terrible 1898. Durante el finado hemos vegetado sin trastornos profundos, si se exceptúa el que produjo en el espíritu de la gente medrosa y apocada el atentado de Morral. Espeluznante fué, no cabe negarlo, el crimen del anarquista; pero su misma violencia revela el carácter completamente excepcional que revistió. Al día siguiente de haber hecho todo género de estragos la bomba de la calle Mayor, era cuando el miedo debía oprimir menos los corazones. Por la formidable válvula de la explosión desahogó el instinto destructor para mucho tiempo; no se repetirán tan pronto actos como el del tremendo sectario, ni es creíble que, aun acordados en conciliábulos más ó menos secretos, se encuentre siempre quien vaya determinado á ofrendar la vida ejecutando el acuerdo al pie de la letra. Y si admitimos algunas interpretaciones bien fundadas de los actos y conducta de Morral antes del crimen, todavía es lícito suponer que anduvo buscando—¿quién sabe si inconscientemente?—el medio de libertarse de cumplir su cometido, delatándose de antemano, á fin de ser preso. No de otra suerte encontrarían explicación satisfactoria la inscripción en el árbol, el ensayo de puntería arrojando á los tranvías naranjas, los anónimos recibidos en altos centros, que difundieron por Madrid, antes de que se cometiese, el rumor del atentado y hasta de la calle en que iba á ocurrir, y tantas otras indiscreciones, que no han de considerarse involuntarias, y que precedieron al trágico momento. No debe, pues, eternizarse la depresión moral que se produjo en Mayo y todavía perdura. Cada hora del vivir trae su peligro, y los menos esperados son los más temibles.

***

Entre las notas reanimadoras habría que reseñar en primer término los triunfos del invertor del *telekino*, la concesión del premio Noebel al sabio histólogo Ramón y Cajal, el éxito de la Exposición Sorolla en París, la botadura del *Reina Regente* y el *superávit* del presupuesto. Debo, sin embargo, hacer constar que de esto último no me fío: el escepticismo más absoluto se ha apoderado de mí. Si fuese cierto que cada año tenemos más millones, que el dinero nos sobra y que nuestro crédito financiero sube hasta las nubes, á proporción ascendería nuestra cultura, nuestro bienestar, ó al menos comenzarían á aligerarse los gravámenes que pesan sobre las clases laboriosas y también sobre las que no lo son, y pagan chorreando. Lejos de suceder así, se piensa en nuevos recargos y tributos, se aprieta el tornillo hasta que la argolla acaba de estrangular al contribuyente. Si creciese nuestra riqueza á medida que se desahoga el Erario, ¿cómo concebir esta gradual despoblación de nuestra patria, que recuerda la de las postrimerías del siglo XVII? En la lista de nuestros males olvidé incluir la emigración, probablemente el mayor de todos. Sin que nadie se preocupe, sin que se piense en contener la sangría suelta, pueblos en masa desfilan, á agenciar en el continente americano ó en las Antillas lo que les falta aquí: el sustento. Buques y más buques abarrotados de emigrantes se hacen á la mar casi diariamente; antes emigraba el mozo animoso, dispuesto á enviar desde allá á su familia con qué pagar al fisco y adquirir el cotidiano pan: ahora emigran mozos y viejos, mujeres y niños, la familia toda; los sirvientes entran en las casas á aprender nociones de su obligación y están dispuestos á embarcarse tan pronto como sepan lo elemental y puedan «colocarse» allá lejos, fuera de la patria. Los campos están cultivados por mujeres: esas mujeres, apenas núbiles, ó no han alcanzado la edad de embarcarse todavía, ó las retiene en su aldea amores y deberes; pero á la primera ocasión también ellas levantarán el vuelo, porque ya no queda golondrina en alero ni paloma en palomar... ¿Se concibe que la emigración adquiriese tal incremento si en España soplasen vientos de prosperidad? La población desaparece huyendo del fisco, del encarecimiento inexplicable y criminal de los artículos de primera necesidad, de cuanto imposiblita el subsistir. No es una idea sórdida de lucro la que les empuja: es que no pueden hacer otra cosa, justamente porque el Estado no se preocupa del gravísimo problema que tiene á la vista y que debiera importarle en primer término. El hombre de Estado y el hacendista no deben ver en la tributación un fin, sino un medio. Recaudar es bueno, si la recaudación no se convierte en exacción perjudicial y funesta. No importa que el presupuesto se cierre con *superávit;* lo que debe cerrarse con *superávit* es el balance general de la patria. Y el *déficit* horrible que causa la partida de la emigración responde con carcajada burlona á las cuentas galanas de los ministros de Hacienda, que creen, por lo visto, que todo se reduce á estrujar y cobrar.

***

He aquí por qué deseamos que el año 1907 no sea de hemorragia; que se ataje la emigración y se pongan en práctica los medios para sujetar sin violencia en territorio español á la gente española. Se habla de regionalismo y separatismo, y no se repara en este proceso de desintegración, mil veces más amenazador, en las actuales circunstancias, que todos los alardes de bizkaitarras y catalanistas. Radical manera de desnaturalizarse es la de meterse en un barco y dar desde el puente un adiós á la costa de la tierra nativa, envuelto en todas las nostalgias que se quiera, pero al cabo un adiós, y no el del viajero que retornará, sino el del emigrante que se lleva, como Eneas al salir de Troya, sus penates, su descendencia, cuanto le ligaba al suelo donde le tocó nacer... Esto sólo tiene un remedio. ¿Empezarán á aplicarlo los gobernantes en el nuevo año?

EMILIA PARDO BAZÁN.

Volvía del huerto la buena esposa...

ANTOJO

(CUENTO, POR VÍCTOR CATALÁ)

Envuelta en la rojeante luz de aquella puesta de sol, delirio de encendidos colores, caminaba tranquila, pausadamente, con solemne majestad, cual diosa campesina. Su cuerpo, rebosando savia, meciase dulcemente con el severo ritmo lleno de armonía de un poema clásico; bajo el corpiño se adivinaban sus pechos firmes y vírgenes, portentos de marfil, y su rubia cabellera, igual á espigas secas, formaba un nimbo de oro alrededor de su rostro macizo y blanco cual almendra tierna. A manera de corona de un alegre imperio, asentado en las excelsitudes de la materia, llevaba sobre la cabeza una cesta que más parecía tejida con varillas de oro que con tiras de caña. Dentro brillaban con múltiples y vivos colorines las primicias de la fruta temprana: dulce *Dios os guarde* de la Primavera.

Regresaba de un huertecito de tierra obscura donde había cogido toda la fruta primeriza con el voluptuoso placer de la jardinera que arranca los capullos para formar hermoso ramo, presente de modesta ofrenda; y agitada aún por el esfuerzo, vibraba al recuerdo de tantos perfumes y bañaba el sudor su anacarada piel. Caminaba tranquila, pausadamente, como quien anda por caminos libres de misterios y sorpresas traidoras, como quien está seguro de que le espera la paz de una agradable compañía.

Bajo aquel rojizo cielo, delirio de encendidos colores, parecía una soberbia flor á punto de abrirse, pronta á germinar y dar fruto. Pero no; era una flor que llevaba en el fondo de su caliz la roedura de un gusano; el fruto que en ella se presentía, como en la rama hecha y vigorosa, nunca llegaba.

En el pueblo, con razón, la llamaban *Forra* (1) porque llevaba diez años de casada y sus entrañas seguían infecundas cual entrañas de virgen. El amor se albergaba en ella como un dios que alegra con su presencia, pero no concede don alguno; la había convertido en esposa, pero no en madre. Su marido, un buen muchacho, de rostro color del barro cocido, la quería con delirio; la quería con exceso, según decían las comadres del barrio que detrás de las entornadas puertas atisbaban, en la penumbra del *celler* (2) de casa los novios, el ímpetu de un abrazo ó el chasquido de un beso; pero ellos, pensando sólo en quererse como unos tórtolos, dejaron pasar el tiempo, hasta que llegó un día en que de pronto advirtieron lo que hasta entonces no habían reparado. ¡No tenían hijos! Y se miraron sorprendidos, como preguntándose el uno al otro la razón de tal absurdo; y no sabiendo qué contestar, ambos quedáronse mudos.

Hasta entonces habían ignorado lo que era un anhelo sin medida, pero desde aquel momento ya lo supieron. Al placer de quererse *porque sí*, con delirio egoísta, se mezcló el calor de un nuevo deseo; deseo de que el amor que se profesaban pagase lo que en buena ley era debido.

Ya no unía sus labios un inconsciente impulso, sino la esperanza halagadora de una nueva ventura más tranquila. La idea del hijo, cual corriente misteriosa, á menudo los atraía; y ella se ruborizaba, y él, tembloroso y pálido, la contemplaba con humilde ternura, como dispuesto á dirigirle una plegaria; como si adorase en los hechizos de ella, el hechizo de un nuevo hechizo pronto á nacer... Y esperaban, con estremecimientos de dicha é inquieta confianza, el gran advenimiento.

Pero... pasó un año y otro año sin el menor síntoma; y marido y mujer, en su impaciencia, sintieron que se apoderaba de ellos la angustia; su anhelo poco á poco fué concentrándose, haciéndose tenaz y convirtiéndose en idea fija. Entonces el pueblo olió el drama, y en su perverso instinto de bestia inferior clavó su zarpa donde más dolía, y les llamó *Forros*, mote pregonero de su desgracia.

Y entonces en la frente de él una ira mal oculta grabó profundo surco, y en los serenos ojos de ella un dejo de nostálgica melancolía reflejó chispas de tristeza.

Pero aún seguían confiando, pues sus cuerpos jóvenes, sanos y hermosos eran para ellos excelente promesa y la mejor prenda de esperanza.

¿No tenían hijos y muy lindos tantos seres imperfectos? ¿Entonces, por qué ellos, sanos y fuertes, no habían de engendrar una nidada de angelitos de rosadas y finas carnes y ojos brillantes?

¡Ay! Aquella feliz pareja no sabía que en los jardines humanos, como entre las plantas, no son los arbustos más frondosos los que más producen..., tal vez por exceso de savia. Lo que se gana en lozanía se pierde en fruto, y los amores más vehementes son los más estériles.

Tal vez por esta razón pasaban meses y meses, y de aquella nidada tan deseada ni siquiera se presentaba el primero; y poco á poco la sagrada esperanza, un día con tanto anhelo acariciada, empezó á desvanecerse como el humo de un fuego del que no ha brotado ni una chispa.

Una vez más no había sido, lo que al parecer debía ser; una vez más en el jardín de los ensueños se había deshojado un capullo antes de abrirse y convertirse en rosa.

Sin embargo, á los diez años de matrimonio aún se querían con igual cariño, con igual constancia, pero sin ansias ni delirios. Su amor profundo é inalterable era el de dos compañeros que marchan juntos por la misma vía, predestinados á una común suerte ó desventura. Vivían resignados, y sus tranquilas miradas al cruzarse no traicionaban la pasada fiebre; ya no se decían: «¡Quién sabe!..¡Tal vez!..» Pero en la frente de él había quedado aquella arruga, fruto de aquella desazón, y en los serenos ojos de ella el dejo de nostálgica melancolía que afilaba su perfil ennobleciéndolo; y en los dos, cual indivisible patrimonio, un mote viperino: el de *Forros*.

Y volvía del huerto la buena esposa coronada de fruta primeriza, risueña con su cosecha de colorines. Al llegar á su casa, con sonrisa de amante que no olvida á su amado por lejos que esté, volcaría la fruta sobre la mesa diciéndole: «¡Mira qué bendición de Dios! La traigo expresamente para que la pruebes...» Y seguía caminando tranquila, pausadamente, cual diosa campesina, y los destellos fantásticos de aquel ocaso teñían con reflejos purpúreos, como sangre de imaginaria carnicería, sus brazos firmes y gráciles, cual pilaretes de mármol, y sus afiladas facciones.

Llegó á un bancal lleno de granados, y con sorpresa sintió aquella punzada y extraña angustia que ya había sentido al pasar la otra vez, y que conservó durante largo rato mientras rodrigaba las habichuelas tiernas, y llenaba de agua una y otra reguera del huertecito.

Pero ahora era más intensa aquella *cosa;* algo como un alucinamiento, una comezón, un desasosiego que la hacía desfallecer, clavándole los pies en el suelo y los ojos en aquellos árboles reunidos en el cercado, inmóviles guardianes de la llanura.

El sol habíase hundido y sus últimos destellos lujuriantes fogueban por el cielo, cual llamaradas de un lejano incendio, tiñendo y velando, con purpúreo

(1) Mujer estéril. Mote despreciativo.

(2) En el Ampurdán casi todas las casas tienen el *celler* (bodega) en planta baja, á uno de los costados de la habitación principal, con una ventana que da á la calle.

polvo, las copas de los granados. Le parecieron, como días atrás, cubiertos aún de su ensangrentada floración; pero de aquellas flores ni una sola quedaba, y en su lugar asomaban las pequeñas granadas semejantes á cabecitas de reyes de cuento, todas con su recortada corona.

¡Oh, en aquella puesta, cuánto hechizo se desprendía de aquellas granaditas tan chiquirritinas!

—¡Qué tarde has llegado! Mientras te esperaba, he hecho la cena...

—¡Ay! ¡Dios te lo pague, hijo! Si tú supieras...

Sintiéndose revivir con aquel rayo de ternura que la acogía, apresuróse á poner la mesa y empezaron á cenar. Pero apenas cogió la cuchara para comer la sopa, volvió á herirla con gran fuerza, como un latigazo, el pensamiento traidor de las granaditas, de dulcemente y terminó murmurándole junto al oído:

—No te muevas, que en seguida vuelvo...

Y con sonrisa misteriosa bajó á saltos y brincos la escalera.

Sobre aquella cama de Olot, con la cabecera de flores y ángeles, la mujer, medio acostada, relucientes los ojos entre los párpados hinchados y las meji-

Entonces ella, sin poderse contener ni ocultar por más tiempo su angustia, le estrechó entre sus brazos...

Viendo que la noche se acercaba de prisa y corriendo como una mala nueva, entre rumores de grillos y de misterio, con un supremo esfuerzo de toda el alma dió un paso hacia adelante... Pero aquel sentimiento tan grande la hizo volver de nuevo la cabeza, y sus ojos, nostálgicos ojos de oveja, se llenaron de lágrimas, de lágrimas locas que no brotaban de pena alguna, sino de un anhelo aterrador, de un anhelo sin límites. Y retrocedió un paso, dos pasos, para entrar en aquel bancal...; pero de pronto, asustada, huyendo á la tentación que la ofuscaba, echó á correr cual chiquillo miedoso perseguido por fantasmas de cuento.

Sujetaba con sus manos la cesta tejida con varillas de oro, y en su pálido rostro se reflejaba una continua turbación.

Al llegar á las veredas de la entrada del pueblo dejó de correr, sudorosa y llena de angustia.

Y encontraba hombres y mujeres que regresaban del campo con el hato á la espalda; todos le daban las *buenas noches* perezosamente, con la pereza producida por ocho horas de trabajo al sol, y ella ni siquiera les contestaba, y para no romper en sollozos se mordía los labios, carnosos y rojos cual cerezas.

Andaba de prisa, impulsada por el deseo de llegar á casa. Apenas pasó la puerta, poniendo la cesta en el suelo, se dejó caer en una silla. Su marido, al oirla, asomó á la puerta de la cocina con la sonrisa en los labios.

aquellas granaditas que acababan de soltar sus pañales color de grana.

Y apartó el plato con asco, y rompiendo en zollozos, corrió escaleras arriba como una loca.

Su esposo se quedó mudo, boquiabierto por la sorpresa, pero en seguida echó á correr detrás de ella. La encontró en la alcoba, con la cabeza sobre la cama, llorando desconsolada. La cogió en sus brazos, todo trastornado, mirándole á la cara... Entonces ella, sin poderse contener ni ocultar por más tiempo su angustia, le estrechó entre sus brazos, fuerte, muy fuerte, casi ahogándole, y se lo contó todo, acabando su relato poco á poco, pausadamente, cual si soñase...

—Si no fuera... porque no es posible..., diría... que estoy... y que esto es un antojo...

Su marido quedóse cual si con una honda le hubiesen herido el corazón. Sin color en los labios, espantados los ojos, la miró fijamente, y con un gran grito, que sonó á órgano enronquecido, la cogió en sus brazos, colocándola suavemente, cual si fuese una pluma, sobre la cama; le cubrió de una rociada de besos, y apoyando su cara sobre el pecho de ella, ocultó dos lágrimas ardientes. Desde que era hombre hecho, sólo había llorado otra vez: el día en que se murió su madre.

Poco á poco, con sus propias manos, fué desnudándola, con respeto profundo, cual si fuese una imagen venerada; le besó los pies desnudos, la abrigó llas encendidas, esperaba, esperaba con el corazón alborotado, concentrada toda ella en una espera ansiosa.

Pasó un cuarto... unos minutos más...

De pronto, retronó la escalera con alegres rumores, y entró él, el marido, jadeante por la loca carrera, y sin abrir la boca, volcó sobre la cama la ofrenda: una cascada verde, mezclada con una gran degollina de pintadas cabecitas, todas con su recortada corona; cada una al rebotar reflejaba una chispa de la luz del candil, débil explosión de vida.

Ella se incorporó anhelante, estremeciéndose toda; abrió los relucientes ojos, ebrios de deseos, y hundió ávidamente sus dos manos entre las granadas.

Y empezó á mordisquear con placer extraño, con frenesí, con ansia loca aquella fruta insípida y verde, cuyo amargor la obligaba á hacer gestos y guiños. ¡Dios sabe cuántas comió! Hasta que por fin rendida, sus brazos se pararon y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Mientras tanto, su marido, aquel buen muchacho de rostro color del barro cocido, mudo, en pleno delirio, la contemplaba boquiabierto y con mirada intensa, casi imbécil á fuerza de emoción; con la mirada que se contempla todo lo que nos embarga y no comprendemos: los grandes misterios que han de engendrar la Suerte ó la Desgracia.

(Traducido por MIGUEL DOMENGE MIR.)

DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de Luisa Vidal.

Los trabajos previos realizados por el barón de Aretín para realizar la misión que le había sido encomendada de publicar una obra de lujo sobre las «Antigüedades y Monumentos de la casa real bávara,» fueron el fundamento de la creación del Museo Nacional. La facilitación de materiales para esa publicación puso de manifiesto la riqueza inmensa del gran tesoro artístico que en su reino había acumulado la dinastía reinante, y la conveniencia ó más bien la necesidad de reunir en un solo local la mayoría de aquellas riquezas diseminadas, así para mejor conservarlas, como para que pudieran ser mejor apreciadas.

Una proposición hecha en este sentido por el barón de Aretín en 24 de noviembre de 1853 halló entusiasta acogida en el monarca, y trazado al año siguiente el plan general, comenzó poco después la tarea de reunir los objetos que habían de constituir el nuevo museo, al cual se dió el nombre de Museo de Wittelsbach.

El principal objeto de ese museo había de ser, según se consignaba en la proposición citada, vigorizar y fomentar el sentimiento dinástico y nacional y el interés artístico é histórico, de manera que fuese «un verdadero museo nacional.» Esta idea entusiasmó desde luego al regio fundador, cuyos actos de gobierno tuvieron siempre por base el firmísimo convencimiento de que un vínculo muy estrecho unía al soberano y á su dinastía con su pueblo, en todas las épocas de la historia y en todas las vicisitudes de la suerte. Y consecuente con este criterio, amplió los fines de la institución, que dejó de ser exclusivamente dinástica para convertirse en nacional, y dispuso, en 24 de junio de 1855, que en el museo, que desde entonces se denominó Museo Nacional Bávaro, se incluyesen todas las obras de interés artístico ó histórico para Baviera.

Para el fomento del museo consignóse desde entonces en el presupuesto del Estado una importante partida, y se ordenó á todas las autoridades que prestaran su más firme apoyo á la dirección del museo para la consecución de los fines que le estaban encomendados.

Muy pronto el palacio del archiduque Maximiliano, en donde había sido instalado el museo, resultó insuficiente para contener las colecciones y objetos sueltos con que incesantemente se enriquecía; entonces el rey Maximiliano II mandó construir, pagándolo de su bolsillo particular, el magnífico edificio de la *Maximilianstrasse* (calle de Maximiliano), proyectado por el arquitecto Eduardo Riedel. La construcción duró desde 1858 á 1865; la traslación de las colecciones comenzó á fines de este último año, y la inauguración pública se efectuó en 12 de octubre de 1867.

Constaba el nuevo edificio de planta baja y dos pisos: aquélla estaba destinada á los monumentos y objetos de la antigüedad y de la Edad media; el primer piso contenía únicamente 143 pinturas murales ejecutadas por notables artistas y que representaban los hechos culminantes de la historia de Baviera, y 25 estatuas de los soberanos bávaros; y en el piso segundo se instalaron todas las obras del Renacimiento y de los tiempos posteriores hasta fines del siglo XVIII.

La mayoría de las salas de ese segundo piso fueron adornadas con artísticos artesonados antiguos procedentes de los palacios reales y de las residencias aristocráticas, así como con multitud de obras de arte, entre ellas una magnífica colección de tapices de los Gobelinos donados por el monarca.

El museo llenaba, pues, enteramente los fines que le habían sido señalados; era una verdadera y completa manifestación de la civilización bávara, desde sus comienzos, y con razón pudo el barón de Aretín escribir entonces en el prólogo del catálogo redactado bajo su dirección: «De este modo se logra presentar al través de los siglos una historia ilustrada de la cultura nacional que no ofrece ninguno de los museos existentes.»

En el año 1867, siguiendo las tendencias que se manifestaban en las principales naciones europeas, propuso el barón de Aretín que, ampliando el objeto del museo, se utilizasen los tesoros que encerraba para el fomento de las industrias artísticas; este pensamiento, que la muerte le impidió llevar á cabo, fué realizado pocos años después, creándose en el museo una multitud de secciones especiales, como metalistería, cerámica, tejidos, trajes, armas, etc., que hubieron de instalarse en los salones del primer piso, antes reservados únicamente, como hemos dicho, á las pinturas históricas murales y las estatuas de los príncipes de Baviera.

Pasaron algunos años, y las mismas circunstancias que impulsaron á construir el edificio de la *Maximilianstrasse* por insuficiencia del Museo de Wittelsbach, obligaron á pensar en la construcción de un nuevo palacio. Cuando se edificó el inaugurado en 1867, nadie podía imaginar el rápido aumento que tuvieron luego las colecciones, aumento tan considerable que muy pronto se llenaron con exceso todas las salas, y no habiendo ya lugar para colocar nuevas adquisiciones, hubieron éstas (algunas de mucha importancia) de ser encerradas en almacenes. A esta falta de espacio uníase el hecho de resultar aquel palacio de construcción deficiente, dados los adelantos de la técnica, y expuesto al peligro de un incendio. Esta última consideración, que produjo graves preocupaciones en todos los círculos y que motivó grandes discusiones en la prensa, fué de un efecto decisivo. En 1890 planteóse la cuestión en la Dieta, pero dificultades financieras impidieron que se llegase á un acuerdo; dos años después, el ministro de Estado del Interior para asuntos eclesiásticos y de enseñanza, el Dr. Müller, manifestó el propósito del gobierno de construir un edificio para el museo, cuyo coste estaba presupuesto en 4.000.000 de marcos; á los pocos días todos los diputados visitaron corporativamente el Museo Nacional, y convencidos de que éste no era ya suficiente y de que además ofrecía el peligro antes indicado, votaron por unanimidad la proposición del ministro.

Señalóse para emplazamiento del nuevo edificio la calle del Príncipe Regente, entonces en construcción, en honor del príncipe Leopoldo, y en 1893 abrióse un concurso limitado entre tres notables arquitectos muniquenses, siendo premiado el proyecto del profesor Gabriel de Seidl. Firmado con éste el contrato en 23 de octubre de 1894, el día 17 de noviembre siguiente efectuóse con gran solemnidad el acto de colocación de la primera piedra.

La traslación de objetos del antiguo al nuevo museo comenzó en 15 de septiembre de 1898, quedando únicamente en aquél las 143 pinturas murales históricas; pocos meses después abríase al público el Nuevo Museo Nacional Bávaro.

Este palacio, en cuyo exterior se armonizan perfectamente los estilos renacimiento alemán y barroco, hállase rodeado de jardines que le dan un aspecto sumamente pintoresco. Interiormente, su arquitectura es artística en grado sumo, ajustándose el decorado de cada sala, así en el conjunto como en los detalles, al carácter de la colección ó sección de objetos en ella instalada. La superficie total del espacio destinado á colecciones es de 10.236 metros cuadrados.

En su construcción sólo han entrado piedra, cemento y hierro, habiéndose además adoptado las precauciones más minuciosas para hacer casi imposible el peligro del fuego.

Museo Nacional Bávaro de Munich. - Plano del primer piso

Tratándose de un museo como éste, es imposible, á menos de llenar un tomo, citar los objetos que contiene, ni siquiera los más importantes, pues su número es extraordinario; por fuerza, pues, habremos de limitarnos á enunciar lo que pudiéramos llamar índice de las salas.

En la planta baja hay instaladas: antigüedades prehistóricas, antigüedades romanas, antigüedades del período merovingio, objetos del pequeño arte romano, lapidario romano, primitivas obras de la pintura gótica, monumentos relativos al emperador Luis *el Bávaro*, arte religioso de la segunda mitad del siglo XIV y de la primera del XV, armas de las distintas épocas, objetos del período de transición de la Edad media al Renacimiento, miniaturas, antiguos instrumentos físicos, marfiles y modelos en yeso, todo lo cual ocupa cuarenta y ocho salas.

En el primer piso, que comprende treinta y cinco salas, hay las colecciones especiales de metalistería, sellos y monedas, esculturas en madera, instrumentos de música, tejidos, bordados, encajes, trajes de todas las épocas, vestiduras litúrgicas, juguetes, manuscritos, impresos, ilustraciones, encuadernaciones, naipes, objetos de caza, lozas, porcelanas y vidrios.

El segundo piso, que sólo comprende una sala subdividida en doce gabinetes, pues no ocupa toda el área del edificio, sino sólo una parte de su cuerpo central, está exclusivamente destinada á la interesantísima colección de figuras y objetos para nacimientos de Navidad que regaló al museo en 1898 el consejero de comercio Maximiliano Schmederer y que es la más completa en su clase de cuantas se conservan en los museos de los demás países.

En los sótanos hay nueve departamentos que reproducen otras tantas habitaciones de campesinos bávaros; además hay en ellos una sala con instrumentos de tortura y de castigo, otra con sarcófagos procedentes de la cripta de Laningen y otra con sillas de manos y otros vehículos.

Contiene el palacio varios patios y jardines interiores, en los cuales hay instalados monumentos y trozos arquitectónicos de los períodos romano, cristiano, antiguo, Renacimiento, etc.

Citaremos finalmente la capilla, que contiene altares, tabernáculos, pinturas y esculturas religiosas. En el vestíbulo que la precede hay un gran número de exvotos de todas clases, relicarios, rosarios y otra multitud de objetos relativos á usos religiosos populares.

El Museo Nacional Bávaro es uno de los mejores museos en su clase de todo el mundo, no sólo por el número inmenso y por la riqueza de objetos que contiene, sino también por el gusto con que están instalados: en él halla el hombre de estudio material inagotable para sus investigaciones científicas; el turista, el visitante simplemente curioso, tiene allí con qué entretener agradablemente los ojos durante varios días.—T.

MUSEO NACIONAL BÁVARO DE MUNICH.—Palacio que ocupaba antiguamente el museo, situado en la calle de Maximiliano

MUSEO NACIONAL BÁVARO DE MUNICH.—Palacio que ocupa actualmente el museo, en la calle del Príncipe Regente

PARÍS.—REGRESO DE LAS CARRERAS EN AUTEUIL, dibujo de Daniel Urrabieta Vierje. (Propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.)

UNA ESCENA EN CONSTANTINOPLA, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. (Es propiedad.)

¡Infame! ¡Me has sido infiel!.. ¡Amas á otro!.. ¡Te voy á matar, pérfida, traidora!..

EL CUENTO DE LOS OJOS AZULES

Cuando visité la Feria de Nijny Novgorod, hiciéronme fijar la atención en un mercader persa, llamado Adín, hombre de algo más de cuarenta años, alto, delgado, muy moreno, de rostro enjuto y de mirada triste y melancólica.

Adín comerciaba en sedas y en piedras preciosas, realizando en estos artículos soberbios negocios, y era uno de los más ricos mercaderes de su país que anualmente acudían á la Gran Feria rusa.

No tardé en saber que un dolor intenso desgarraba su corazón y que una terrible desdicha llenaba de amargura su alma

Al volver el año anterior á su casa de Teherán, una vez cerrada la Feria y deshecho el puente del Oka, Adín volvía gozoso y feliz, no sólo por las ganancias enormes que había obtenido, sino principalmente porque iba á ver de nuevo los ojos azules de Sira.

Aquellos ojos habían despertado su alma al amor; por ellos había hecho á Sira su esposa. Con aquellos ojos soñaba; por ellos vivía. En el incomparable color azul de aquellos hermosísimos ojos embriagábase Adín enloquecido. Contemplándolos encantado, permanecía horas y horas; y cuando una sonrisa amante de Sira animaba aquellas pupilas celestes, Adín sentíase esclavo de un mágico hechizo que lo subyugaba deleitosamente colmándolo de indecible ventura.

El rico y dichoso mercader, que regresaba á Persia sin haber visto desde hacía tres meses aquellos amados ojos azules, volvía resuelto á no ir ya más á la Feria de Nijny Novgorod—á la *Yarmarka*, como la llaman los feriantes.

¿Para qué quería más riquezas? Con las que tenía le bastaba. Aquel sería, pues, el último viaje y no se separaría ya nunca de Sira.

***

Cuando, por fin, llegó á su casa y Sira corrió á abrazarlo dando gritos de alegría, Adín la miró á los ojos y retrocedió espantado...

¿Qué había visto en ellos? Algo que le pareció horrible. ¡Los ojos de su esposa ya no eran azules!

Los volvió á mirar creyéndose dominado por una pesadilla... ¡y no eran azules, no!.. ¡Su vista no le engañaba!

Hasta se figuró Adín, por un instante, que aquella mujer no era la suya.

Sira, desconsolada al ver la exasperación de su marido, le dijo con la más dulce y cariñosa voz del mundo:

—¡Soy yo, Adín! ¡Soy tu mujer! ¡Soy la misma!.. ¡Y estos son mis ojos!

—¡No es verdad!, gritó él, fuera de sí. ¡Tus ojos eran azules!

—¡Cálmate, Adín, cálmate!, replicó ella. ¡Te lo voy a contar todo!

Y Sira explicó á su esposo aquel cambio que tanto lo exaltaba.

Cierto sabio oculista europeo había descubierto la manera de cambiar el color de las pupilas, y apenas la descubrió, uno de los mejores discípulos del sabio se fué á Persia á poner en práctica tan maravilloso descubrimiento. El sistema era infalible, y cada cual podía tener los ojos del color que quería. Sira, como mujer muy mimada, era muy caprichosa y sintió el vivísimo deseo de dar á sus ojos un nuevo color. ¿Se pondría los ojos negros, ó verdes, ó pardos, ó grises?.. Negros ya los tienen las moras y las andaluzas; verdes, las bretonas; grises ó pardos, una infinidad de mujeres... Y á fuerza de buscar algo distinto, algo verdaderamente nuevo, algo que ninguna mujer tuviera, se le ocurrió la mayor rareza, la mayor extravagancia que podía habérsele ocurrido. Se hizo poner los ojos... ¿De qué color pensáis?.. Pues... ¡de color de rosa!

Así es que se comprende la terrible impresión que recibió Adín al encontrarse, en lugar de los magníficos ojos de cielo que locamente adoraba, con aquellos nuevos y extraños ojos... ¡Ojos de color de rosa, pero de rosa pálida, sin vida y sin perfume! ¡Ojos de color de rosa como el sol de Finlandia, sin calor y sin brillo!

Adín lloró, se desesperó... Ya para él Sira no era Sira... ¡La de los ojos azules había muerto!

Viendo tan gran dolor, arrepintióse la infeliz mujer de lo que había hecho en ausencia de Adín, y éste se puso á buscar por todos lados al discípulo del sabio oculista europeo para que devolviese á los ojos de Sira el color azul que tuvieron antes.

—¡Ah!, contestó el doctor, en cuanto dió con él el infortunado esposo. ¡Puedo poner sus ojos de cualquier color que se me pida, menos de aquel que ya han tenido! ¡Los ojos, una vez que se les quita el color que tienen, ya no vuelven á recobrarlo nunca!

Adín cayó en la más honda tristeza, y al año siguiente, echando al olvido su propósito de no hacer más viajes, volvió á la Feria de Nijny Novgorod.

Como su fisonomía quedó grabada en mi memoria desde que me lo enseñaron, lo reconocí en Moscou pocos días después de haberlo visto en Nijny. Salía de casa de un doctor famoso, de cuyos labios quiso saber si habría medio humano de devolver su color azul á los ojos de Sira.

—¡No, tú ya no volverás nunca á ver azules los ojos de tu esposa!, murmuró el doctor. ¡Un nuevo amor, únicamente, el amor de otro hombre, que renovase del todo su alma, podría devolverles el color que perdieron; y como sólo á su marido puede amar una mujer honrada, los ojos de tu esposa no podrán recobrar su primer color mientras tú vivas!

Bajó la cabeza Adín al oir estas palabras, que para él fueron una terrible sentencia, y volvió á tomar tristemente el camino de Teherán...

***

Sira, entre tanto, no descansaba, no dormía, buscando sin cesar la manera de devolver el color azul á sus ojos, hasta que siguiendo el consejo de un santón, se decidió á beber, no como Cleopatra perlas disueltas, sino dos zafiros disueltos por un procedimiento misterioso que el santón le había indicado. Cuando regresó Adín á su casa, le salió Sira al encuentro, gritando llena de júbilo:

—¡Adín! ¡Adín! ¡Mírame á los ojos!.. ¡Han vuelto á ser azules!..

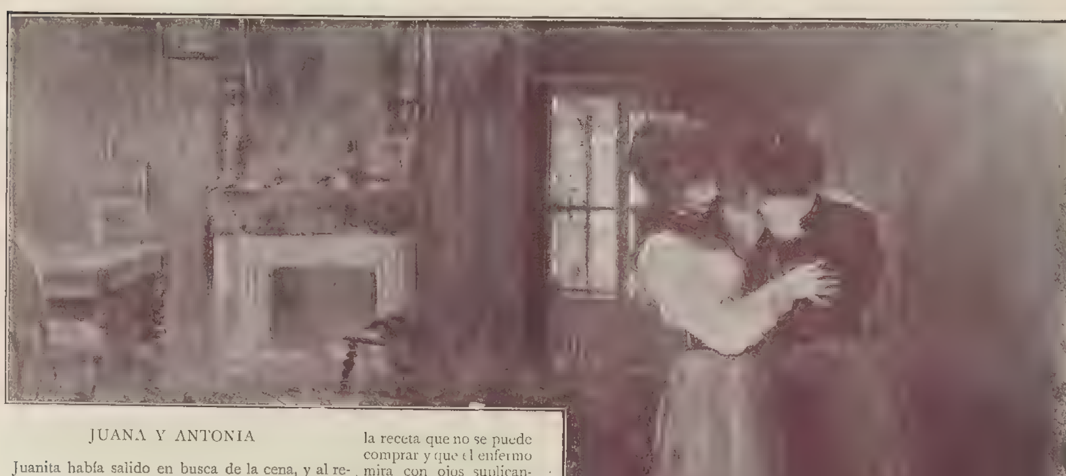
Y el mercader persa, en cuyos oídos aún sonaban las palabras del doctor de Moscou, al ver de nuevo azules los ojos de Sira, fué á arrojarse sobre ella, ciego de cólera, exclamando:

—¡Infame! ¡Me has sido infiel!.. ¡Amas á otro!.. ¡Te voy á matar, pérfida, traidora!..

Adín había perdido de pronto la razón.

Sira huyó aterrada, y desapareció para siempre.

Ernesto García Ladevese



JUANA Y ANTONIA

Juanita había salido en busca de la cena, y al regresar á su casa se encontró al marido en la portería, esperándola con impaciencia. Siempre volvía Ernesto de la oficina entre siete y media y ocho, y aquella su presencia, en hora inesperada, alarmó a la esposa y le hizo sospechar alguna catástrofe. No había más catástrofe sino que Ernesto se había tenido que retirar con mucho frío y grande dolor de cabeza. En cuanto entró en el piso se acostó. Juanita, siempre amante, le echó encima cuanta ropa de abrigo había en la casa, que no era mucha, y con esto y una buena taza de flor de malva rompió á sudar el pobre hombre. Juanita dedicóse entonces á preparar la cena.

Llegó el siguiente día. Ernesto se encontraba peor, con fiebre y dolor en todos los huesos. No se atrevía á quejarse por temor de asustar á su mujer, y contestaba á las preguntas de ella con una dolorosa sonrisa que quería ser alegre... La fiebre creció durante el día. Juanita no sabía qué determinación tomar; hubo un instante en que los dos esposos se comunicaron con la mirada el mismo pensamiento: llamar al médico. Pero el médico suponía el gasto de sus visitas y el de las medicinas que recetase, y los recursos del matrimonio eran escasísimos.

Y sin embargo, aquella fiebre subía como una marea, encendiéndole el rostro con manchas bermejas, quitándole fuerzas para moverse y hundiéndole cada vez más en los colchones como si fuera á desaparecer aniquilado en ellos... Juanita reflexionó, echó sus cuentas... ¿Qué hacer, Señor? Pues avisar al médico. La vida del esposo ante todo. Y avisó á un galeno vecino, caballero de fisonomía risueña, de ademanes sencillos y afectuosos que pulsó al enfermo, lo reconoció y quedóse un momento pensativo. Luego pasó á recetar á otra habitación y dijo á la esposa que se trataba de un grave catarro bronquial y que volvería al día siguiente.

Juanita levantó los ojos al techo como si le pidiese protección para salir bien de aquel trance y salió á comprar la medicina recetada. Aún podía comprar medicinas. Lo malo sería cuando todos los recursos se agotasen. Mas ¡quién sabe! Quizás se abriese alguna puerta salvadora. Lo esencial para la esposa era cuidar al enfermo, rodearle de todas las solicitudes que inspira la piedad y suplir á la holgura con el amor. Y Juanita, mujer serena ante las grandes miserias de la vida, se hizo cargo de la situación y juróse á sí propia luchar hasta donde fuese posible, acaso más allá de lo posible.

¡Más allá de lo posible!.. Lo más miserable de la vida es el dinero; pero tiene tanta fuerza, llena de tal manera el mundo con su poderío, que lo posible es para él un juguete elástico. Se divierte con él, lo estira y lo encoge, lo tira muchas veces á un rincón con hastío, y cuando alguno le pide un trozo, corta al azar, sin mirar si da mucho ó da poco. A Juanita le dió un pedazo pequeño: lo posible se le acabaría pronto y lo imposible estaba muy lejos de sus fuerzas.

La enfermedad seguía su curso con alternativas de gravedad y mejoría, prolongándose cruelmente entre días de reanimadora esperanza y noches de angustioso pesimismo. La esposa comenzó á empeñar. Todo lo que constituía una inutilidad de más ó menos valor salió paulatinamente de casa, llevado en las manos temblorosas de Juanita, que ya veía el fin de lo posible. Al cabo llegó el día trágico, el día de la receta que no se puede comprar y que el enfermo mira con ojos suplicantes, como si el blanco papel, que parece en aquel momento una tabla á la vista de un náufrago, contuviese la única medicina capaz de curarle.

Juanita hace un esfuerzo para no romper á llorar y sale de casa diciendo á su marido que va á comprar la medicina.

Juanita tiene una hermana casada con un gran poderoso. Se enamoró de él cuando era pobre y humilde como Juanita; luego, á medida que su marido se fué enriqueciendo, se tornó altiva y orgullosa, y empezó á tratar á su hermana con una bondad humillante y una sonrisa que movía á cólera. Y eso que nunca le pidió Juanita ningún favor, limitándose á visitarla con toda etiqueta. Pero ahora había llegado el instante de llamar á la puerta de aquel íntimo parentesco. Si la una dejaba á un lado la dignidad por el amor á su marido, justo era que la otra abandonase su orgullo por el amor á su hermana.

Juanita entró temblando en un gabinete con cuya alfombra, únicamente, tendría para todos los cuidados que necesitase su marido hasta ponerse bueno y gordo. Al momento compareció Antonia entre ceremoniosa y afable, hizo sentar á Juanita á su lado y le preguntó por Ernesto.

—Lo mismo.

—Es preciso que le cuides mucho, que no le prives de nada.

Y aquella buena dama dijo estas palabras con sencillez, como si, rodeada de oro, saciada de él, creyese que en todos los hogares abundaba el dulce metal. Es más, no parecía recordar que su hermana estuviese casada con un empleado de baja categoría.

Juanita respondió temblando de amargura:

—Eso es lo malo, que le tengo que privar de mucho... ¡Pobrecito mío!

—¿Pues cómo?...

—He llegado á no poder comprar una receta... Mira, ésta. Y quizás le curase... Pero ya no queda en casa nada que se pueda empeñar más que las mantas de su cama. No las tocaré; son sagradas. A su calorcito se duerme y ellas parece que le mantienen vivo.

—Hija mía, es preciso tener resignación, contestó Antonia en tono sentencioso. Y luego, si está bien abrigado... Por otra parte, tengo unos gastos tan enormes... No se puede hacer nada por los pobres...

En este momento entró un criado bruscamente.

—Señora, el señor acaba de llegar en el coche muy malo. Antonia se levantó muy pálida, espantada.

—Perdona, hijita; hasta otro rato. Espera un poco que el criado te traerá alguna cosa.

Y salió desolada, porque también ella amaba á su marido.

Al poco rato compareció el criadito y dió á Juana una moneda de plata, desnuda, sin un trozo de papel pudoroso, como la limosna que se da en una calle. Después marchó murmurando un «que se alivie el señor» lleno de tristeza. El fresco de la noche la reanimó. Podía comprar la medicina y pasar un día más. Luego... Avivó el paso, cumplió la santa misión que se había impuesto y plantóse en casa de cuatro saltos. Ernesto dormía; le dejó dormir un rato y le despertó para darle la cucharada de aquel jarope que el enfermo bebió casi con unción. Más tarde tomó leche, y al cabo se durmió muy arrimado á su mujer, al amparo de aquel corazón de héroe.

Por la mañana, en cuanto Juanita tuvo un rato libre, fué de una carrera á casa de su hermana, á ver cómo estaba el enfermo. Un criado contestó lúgubremente:

—Ha muerto al amanecer... Una congestión...

Y la dejó el paso libre, sin más ceremonia. En un pasillo se encontró con Antonia, ya de luto, amarilla, con los ojos vacilantes, escaldados. Al ver á su hermana se abrazó á ella, sollozando estas palabras:

—Ya lo ves, más infeliz que tú. El amor me trajo el dinero y ahora se me va el amor. Quiero ser pobre; nada de fortunas. ¡Y yo que te aconsejaba resignación! ¡Qué consejo tan cruel! Tú sabes más de penas y no me lo aconsejarás. ¿Verdad? ¡No, no me lo aconsejes!

Súbitamente se levantó, y abriendo un armarito de laca, exclamó como loca:

—Tú, tú debes ser la primera, para que le cuides, para que no lo pierdas. ¡Yo sé ya lo que es perderlo!.. Toma, toma. No me lo rechaces, te lo ruego.

Y sacó un puñado de billetes de Banco y se los metió á Juanita entre las manos, en el pecho, como si esperase que aquella dádiva la resucitase al esposo muerto. Juanita recogió temblando los billetes, y besando á su hermana, le dijo:

—¡Pobre hermanita! Ni la riqueza te lo ha quitado ni la pobreza te lo devolverá. Pero no volverás á ser orgullosa ni egoísta, y eso vas ganando para la tranquilidad de tu alma.

† J. MENÉNDEZ AGUSTY.

Al ver á su hermana se abrazó á ella...

ENTRE FLORES, cuadro de Luisa Vidal [illegible]

LUNA DE MIEL, cuadro de Julio Borrell

LOS PRIMEROS BESOS

(CUENTO ORIGINAL DE GRACIA DELEDDA)

Jorge Pedro, apodado *Lagarto*, estaba de pie, apoyado en una pértiga, sobre un montículo cubierto de hierba. Hacía más de un cuarto de hora que esperaba á su novia, á la pequeña Nanía, la hija del peón caminero.

Lagarto y Nanía tenían relaciones hacía veinte días, es decir, desde que se conocieron. Cada día, á las dos de la tarde proximamente, Nanía pasaba por la carretera, hacia el arroyo en busca de agua, y Jorge la esperaba sobre el montículo, fingiendo atender á las ovejas que sesteaban entre las matas, en la linde del bosque de alcornoques.

Apenas Nanía se destacaba en la solitaria blancura de la carretera, Jorge bajaba á saltos de su observatorio, y se ponía á la sombra, detrás del montículo. Y Nanía, que llevaba en la cabeza una esbelta ánfora llena de arabescos, parecida á una ánfora etrusca, también se escondía detrás del montículo, estremeciéndose de amor y de miedo.

Porque si su padre la descubría hablando con *Lagarto*, seguramente la hubiese deslomado. Y aun cuando en aquellas horas el tío Gabino Jaldedda descabezaba un sueño, ó se entretenía cultivando el huertecito contiguo á la caseta, no había por qué fiarse.

A la sombra del montículo, en el gran silencio de la siesta, bajo el cielo de un azul intenso, los dos muchachos charlaban cinco ó seis minutos, cambiaban frases incoherentes y se devoraban con los ojos, pero no se tocaban ni siquiera con la punta de los dedos; después Nanía proseguía su camino y Jorge se internaba en el bosque, suspirando dolorosamente desde lo más profundo de su corazón.

Claro que sentía orgullo y contento de tener, por fin, allí, en pleno campo, lejos del pueblo, en la soledad de su redil, una novia que sólo le quisiera á él; pero le faltaba mucho para ser feliz.

El primer pero era el tiquismiquis del Sr. Gabino, que seguramente no pensaba en casar á Nanía con un muchacho pobre, simple pastor; y después... había tantos otros *peros*, que sería el cuento de no acabar.

Basta ya de cosas tristes; en espera de la quinta y de otras desgracias, Jorge se hubiese contentado con un beso de Nanía. Pero esto era la causa mayor de sus suspiros; la pequeña no parecía tener disposición alguna para los besos, no quería que la hablasen de ello, y sin su consentimiento, Jorge, ni siquiera se hubiese atrevido á poner sus labios en la orla de su vestido.

Pero aquel día sentíase valiente, ó, mejor dicho, le dominaba un deseo inusitado, tal vez debido al sol, que picaba de veras, á la inmovilidad del aire, al perfume silvestre que llegaba del bosque.

—¡Ah!, pensaba, entornando sus ojos negros, algo velados, hoy quiero abrazarla. ¡A ver qué hace! Si grita, le diré: «Si no se besan los novios, ¿quiénes se van á besar, chiquinituja?» ¡A ver qué dice!

Y precisamente aquel día, Nanía no llegaba nunca. Sin moverse del montículo, Jorge empezaba á preocuparse, al ver, por la sombra que proyectaba sobre la hierba su pértiga, que ya eran más de las dos.

—¿A ver si está enferma?, pensaba. ¡Oh, Dios mío! ¿Como no se haya comido alguna hierba venenosa y esté mala?

Y pasaban las horas y Nanía no llegaba.

Jorge Pedro, llamado comúnmente *Lagarto*, era natural de Bitti y podía tener unos diez y ocho años.

Junto con un viejo pastor nuorense guardaba los rebaños de un rico señor; los prados en donde pastaba el ganado estaban cerca de una de las casetas de peón, de la carretera nacional entre Nuoro y Bitti.

Jorge era lo que se llama un buen mozo, y él lo sabía; era alto, fuerte, ágil como un gato montés, tenía el pelo muy negro y reluciente de aceite; su perfil era escultórico, como sólo se ven en las cercanías de Bitti, y su dentadura espléndida; pero su piel estaba completamente curtida por el sol y el frío, y sus ojos anublados eran casi tétricos.

Había crecido entre pastores de Nuoro, y por lo tanto hablaba nuorense, pero conservaba el traje de su país nativo, tosco y negro, con unos calzones de sayal amarillento, estrechos, cortos, desgarrados y sucios.

Desde que había descubierto la caseta del peón y se había enamorado de la hija del tío Gabino, se lavaba la cara y las manos y procuraba limpiarse el traje; pero, á pesar de sus esfuerzos, seguía tan negro como la piel del diablo y su gorro y zapatos apestaban á rebaño. Sin embargo de todo esto, sabía que era un buen mozo, y estaba seguro de que Nanía le idolatraba.

Y Nanía seguía sin venir. Millares de malos pensamientos empezaron á agitar al muchacho, que se hacían más dolorosos á medida que la sombra de la pértiga se iba alargando sobre la hierba del montículo. Con los ojos entornados, más triste que de costumbre, miraba fijamente al extremo de la carretera, pero ningún ser viviente atravesaba la inmensidad de los campos circundantes.

En aquella calurosa siesta primaveral, los bosques de alcornoques, tranquilos y callados, llenos de madroños y zarzas, reflejaban en sus hojas frescas y brillantes el claro y anacarado cielo, y se extendían hasta perderse de vista, desvaneciéndose en el horizonte.

Desde el montículo, Jorge veía la casita, de cuya chimenea salía una columna de humo diáfano, pero no distinguía la cabaña de su redil, situada dentro del bosque.

La blanca carretera, cubierta de polvo, corría por la llanura y serpenteaba entre los bosques como el cauce de un torrente secado por el sol; á ambos lados crecía la hierba fresca y alta. Una corona de montañas azules cerraba el horizonte.

Y Nanía no llegaba, Nanía no se dejaba ver.

Los ojos de Jorge, poco antes inusitadamente animados al pensar en el beso que, quizás, ó no, daría á su novia, iban anublándose siempre más; y casi los velaban las lágrimas.

¡Oh! ¡San Jorge bendito! ¡Algo malo habrá sucedido! Tal vez Nanía está enferma, tal vez el tío Gabino ha olido algo y no la deja ir á la fuente. ¿Quién sabe?; tal vez la había pegado..., tal vez...

Jorge se disponía á dejar su puesto de espera, marchando con cualquier pretexto á la caseta, como hacía á menudo, cuando oyó el galope de dos caballos y vió pasar, entre una nube de polvo, dos arrogantes jinetes, que, como es natural, no se dignaron mirarle. Por lo demás, tampoco él se fijó mucho en ellos; bajó del montículo y emprendió la marcha.

Pero á medio camino se paró, conmovido á la vista de la esbelta ánfora llena de arabescos que tanto conocía. Pero no era Nanía quien la llevaba, no era Nanía quien avanzaba por la triste blancura de la carretera, con el pañuelo amarillo, que parecía de fuego á la luz del sol, caído sobre la espalda.

Era su hermana Rosa.

—¿Por qué vienes tú hoy á llevar agua?, le gritó casi enfadado.

En vez de contestarle, Rosa, que desde que le había visto estaba haciendo muecas, empezó á gritarle:

«Lagarto, lagarto,
tu madre te busca,
tu padre se muere;
lagarto, márchate.»

Pero él no se enfadó, no le convenía; antes al contrario, se acercó á la pequeña y repitió menos duramente su pregunta. Entonces Rosa, temiendo la pegase, le dijo sonriendo:

—Porque Nanía está trabajando.

—¿Qué está haciendo?

—Está limpiando la casa porque van á venir el contratista y el ingeniero. ¿No les has visto pasar?

—¡Ah, sí! ¿Aquellos dos señores que han pasado hace un rato? ¿Vienen con frecuencia?

—A veces sí y á veces no. Vienen cuando les da la gana. ¿Y á ti qué te importa?

Y siguió su camino. Pero Jorge creyó conveniente acompañarla á la fuente para saber noticias de aquellos dos señores, que empezaban á darle celos y molestias, toda vez que por culpa de ellos no había podido ver á Nanía. Al pasar por detrás del montículo suspiró; después dijo con gran amabilidad á Rosa, mientras señalaba las ovejas que sestaban:

—¿Quieres un corderito? ¿Un corderito blanco como *los dientes de un perro?*

Rosa creyó que se burlaba, y para vengarse repitió la *battorina* (cuarteta) del lagarto; pero Jorge le ayudó á llenar el ánfora, más grande que ella, á ponérsela sobre la cabeza, y volvió á repetirle tan formalmente la promesa de regalarle un corderito, que consiguió algunos detalles más acerca de aquellos señores.

El contratista era nuorense; el ingeniero, aquel de la barba rubia, era del continente; pero Rosa le conocía hacía mucho, muchísimo tiempo. Cada vez que iba á la caseta daba mucho dinero á Nanía; ésta regalaba un poco al padre, y el resto lo escondía dentro de un saquito debajo de los colchones. Y á ella, á Rosa, nunca le daba nada; por esto no podía ver al ingeniero.

—¿Cómo se llama?, preguntó Jorge poniendo mala cara.

—El Sr. Guillermo...

—¿Se quedan á dormir?

—Sí.

De repente Jorge plantó á la chiquilla y se marchó cejijunto.

—*Lagarto*, gritóle Rosa, acuérdate del corderito.

Él no contestó, y de pronto desapareció dentro del bosque. Unos celos terribles empezaron á atormentarle. Regresó al redil; pero sentíase tan contrariado, tan de mal humor, que se peleó con el otro pastor, el tío Concafrisca, y por poco no se pegan. Después empezó á recorrer el bosque, arrastrando su tristeza por entre los olorosos matorrales, vagando durante aquella rosada puesta de sol, sin poder hacer nada en todo el resto del día.

Al anochecer se acercó á la caseta, pero no tuvo el valor de entrar. Durante horas y horas dió vueltas por las cercanías, como alma en pena, y sólo al llegar la noche se atrevió á acercarse del todo.

Aun cuando de la chimenea salía una débil columna de humo perdiéndose en la límpida serenidad del claro cielo, un gran silencio reinaba en la caseta. La puerta y las ventanas estaban cerradas; sólo una ventana de la planta baja veíase iluminada, proyectando un cuadro de luz amarillenta sobre la carretera.

Jorge Pedro se acercó á la ventana, y dentro de la habitación, pobremente amueblada, vió al señor de la barba rubia, que, según Rosa, era el ingeniero, descubierto y en mangas de camisa. Tal vez iba á meterse en la cama. Era alto y delgado, de ojos azules y pequeños, que se estrechaban en el rabillo de un modo bastante extraño, dando á la cara una expresión simpática y risueña. En una palabra, era un buen mozo, ni viejo ni joven; pero de todos modos, un buen mozo.

Jorge le devoraba con los ojos, cuando vió entrar á Nanía. Al verla, estremecióse el muchacho; y temiendo que ella le viese, dió un salto hacia atrás. Un negro presentimiento le tenía en suspenso y lleno de angustia, y la vista de Nanía le hacía estremecer de ternura, deseos y celos.

¡Ah! ¿A qué iba la pequeña bruja, fina y melancólica, á la alcoba de aquel señor del continente? En su carita de quince años aleteaba una serenidad casi trágica; la obscura palidez de su cutis era aumentada por la aureola de sus abundantes y encrespados cabellos de un rubio ceniciento.

Inclinaba un poco su cabecita sobre el hombro izquierdo, cual si la masa de sus pálidos cabellos fuese un peso demasiado grande para aquella mujercita crecida antes de tiempo. Sí, había crecido antes de tiempo; hacía dos años, desde la muerte de su madre, que desempeñaba las funciones de señora, ama de llaves y criada de aquella caseta perdida en la soledad de la silvestre llanura.

Nanía lo hacía todo y no perdía un solo momento; tamizaba la harina, amasaba y cocía el pan, criaba las gallinas y el cerdo, cocinaba y cosía; sin embargo, desde unas semanas atrás parecía distraída, descuidaba las faenas domésticas y tardaba demasiado cuando iba á la fuente. A ratos, invadida por insólita alegría, cantaba como una alondra y corría y reía locamente; y después se ponía triste, se callaba y á menudo echábase á llorar donde nadie la viera. Y el tío Gabino, ocupado en su eterna carretera, no se daba cuenta de nada.

Desde la carretera, Jorge Pedro, tembloroso y taciturno, seguía con los ojos, á través de los cristales de la ventanita, todos los movimientos del ingeniero y de la pequeña bruja que le había hechizado.

Nanía, sobre la camisa de anchísimas mangas abrochadas en las muñecas, llevaba un corpiño de brocado muy viejo, atado por delante con un múltiple trenzado de cinta roja. Rodeaba su esbelto cuello un rojo collar de coral; iba descalza, sin nada á la cabeza y traía un jarro de agua á la alcoba del ingeniero.

Lagarto vió, ante todo, que su novia sonreía melancólicamente al señor guapo y de la barba rubia, y que éste la envolvía con una mirada y una sonrisa excesivamente amable.

Hasta aquí nada de malo había, si bien no era para estar muy contento. Esbelta y graciosa, Nanía colocó el jarro al pie del tosco lavabo, y se detuvo junto al ingeniero, que le dijo no sé qué. ¿Por qué se paraba á escucharle aquella coquetuela? ¿Por qué se ponía á hablar con aquel señor? Jorge no oía ni una palabra; además los oídos le zumbaban, y aunque se hubiese hallado dentro de la alcoba, tampoco hubiese oído nada: tanto le atolondraban los celos y la cólera.

¡No había duda! ¡No había duda!.. Nanía le engañaba; á Nanía le gustaban los señores guapos, limpios y ricos, aunque no fuesen muy jóvenes...

Jorge sentía la sangre subirle á la cabeza; quería echarse sobre los cristales, romperlos y gritar: «¡Que estoy yo aquí!;» quería correr á su choza, coger el arcabuz, volver y matar á aquel señor que le robaba la vida y el alma; pero no se movía.

¡Oh, lo que veía! ¡Oh, lo que veía! Creyó enloquecer, se estremeció de pies á cabeza, y de un salto volvió de nuevo muy cerca de la ventana. ¡El ingeniero acariciaba á Nanía con sus finas y blancas manos, le acariciaba los cabellos, la sonreía, la hablaba, la besaba! ¿Habéis oído? ¡La besaba! Y ella no se oponía, sonriendo y llorando al propio tiempo.

Jorge rugió como un animal herido. El ingeniero debió oir algo, porque se acercó á la ventana; pero Jorge se echó atrás bruscamente y no le vieron. Vió que el cuadrado de luz desaparecía de la carretera, se dió cuenta de que los postigos de la ventana habían sido cerrados, y le pareció caer en un pozo obscuro y profundo. Entonces se apoderó de él una rabia feroz, una gran villanía, y precipitándose sobre la puerta de la caseta, llamó con fuerza. Quería despertar al tío Gabino y decirle á gritos:

–¡Mirad lo que están haciendo en vuestra casa!

Pero apenas hubo llamado, salió corriendo por la carretera, hacia el obscuro bosque. Otra idea más terrible le impulsaba; quería matar al ingeniero.

Desde el alba, Jorge Pedro estaba apostado detrás de unos espinos, á un cuarto de hora de la caseta, terriblemente armado, esperando que pasase el ingeniero para soltarle un arcabuzazo de primera.

El día antes Rosa le había dicho que los dos señores saldrían al amanecer hacia la otra caseta; y él esperaba entre los espinos, como un cazador en acecho, con una feroz resolución en su rostro descompuesto y en sus ojos, más tétricos que de ordinario.

En la fresca aurora primaveral, un indefinido hechizo de silencio, paz, luz y perfumes envolvía el paisaje; el reflejo del Oriente doraba el lindero del bosque; en las frondas brillaba el rocío y cantaban alegremente los pájaros; pero Jorge Pedro no veía nada, ni oía nada, y se disponía á turbar con su crimen aquella idílica poesía matutina. Desde los espinos dominaba un buen trozo de carretera, y veía el puentecito bajo el cual corría un hilillo de agua absorbida por los altos juncos y asfódelos que cubrían las orillas del arroyo.

Instintivamente pensaba en los sueños que tantas veces se había forjado sentado sobre el pretil del puente, en las canciones cantadas en voz muy alta para que Nanía le oyese desde lejos, en todos los encantos de aquellas tres semanas de amor. Había momentos en que, recordando la felicidad perdida, le venía una tierna desazón y sentía ganas de llorar; le parecía que todo lo que vió fué un sueño; pero el dolor de la realidad pronto se apoderaba otra vez de él, y la resolución del crimen se hacía más potente.

Los dos señores no llegaban, y á *Lagarto* cada minuto se le hacía un siglo, puesto que podía pasar gente y ademas, en su inquietud, temía errar el golpe.

¡Por fin, ahí vienen! El sol estaba á punto de asomar por el luminoso horizonte, cuando Jorge Pedro vió á los dos jinetes y oyó la voz aborrecida de su rival.

A través de la intrincada maleza de su escondrijo, con sus ojos de halcón muy abiertos y ávidos, el joven pastor miraba con fijeza al ingeniero, examinándole atentamente; y una contracción de amargura se dibujaba en sus labios, blancos por la desesperación.

¡Ah! ¡Aquel señor era guapo y limpio! ¿Qué valía él, Jorge Pedro, *Lagarto*, con su cara negra y sus andrajos; que valía él, comparado con aquel señor blanco y bien vestido? Nanía, esbelta y bonita como una señorita, hacía bien en preferir aquel señor al pobre y silvestre *Lagarto*; ¿pero si los señores le gustaban tanto, por qué había hechizado al pobre pastor, por qué le había dicho que le quería, que se casaría con él? ¿Por qué, Nanía, por qué?..

A punto de asesinar á un hombre, Jorge Pedro sentía un deseo espasmódico de llorar. Los señores se acercaban. *Lagarto* volvió á ver á Nanía, á la pequeña Nanía, á quien adoraba como á Nuestra Señora del Milagro, entre los brazos del ingeniero, y alzando el viejo arcabuz apuntó fríamente cerrando un ojo.

Al pasar por la línea de tiro de su asesino, el ingeniero, que seguramente pensaba en cosas muy distintas del peligro que le acechaba, alzó la cabeza y se quitó el sombrero gris, apoyándolo durante un momento sobre el arzón; iba hablando con su compañero, y de pronto sonrió con la cara vuelta hacia la maleza donde estaba Jorge. Parecía que le había visto y le sonreía.

En aquel momento preciso salía el sol, y sus primeros rayos de un amarillo rojo inundaban la carretera iluminando el rostro risueño del ingeniero.

Jorge no hizo fuego, dejando pasar sano y salvo á su rival. El rostro iluminado y la sonrisa del ingeniero habían hecho penetrar en su alma trastornada un rayo de luz y detenido su mano.

A las dos, apoyado en su larga pértiga, cual cetro regio, de pie como el día anterior, entre la hierba y las margaritas del montículo, Jorge Pedro espiaba la llegada de Nanía.

Aquella misma mañana había estado en Nuoro con la *entrata*, ó sea el queso fresco y la leche del día anterior, y había aprovechado la ocasión para cambiar de traje y lavarse. Sobre la blancura mate de su camisa limpia, su cara, pálida aún por la emoción sufrida, parecía casi blanca; el sufrimiento y el insomnio le habían afilado el rostro y rodeado de ojeras los ojos.

Nanía fué puntual También ella estaba más pálida y seria que de costumbre; con su pañuelo color rosa colocado como un manto sobre sus espaldas, parecía una de aquellas figuras sagradas que se admiran en algunos cuadros italianos del siglo XV.

A Jorge le pareció más hermosa que nunca, y al verla experimentó una dulzura jamás sentida y quedóse extático mirándola.

Apenas estuvieron detrás del montículo, ella le miró sonriente y le dijo en voz baja, muy baja:

–¿Cómo es que hoy vienes guapo?

Él tardó en contestar; la miró fijamente, severo, queriendo aparentar enfado, á pesar de la ternura que sentía.

–¡Más guapa eres tú!, contestó por fin con voz airada.

Y quitándole con malos modos el ánfora que dejó en el suelo, añadió en el mismo tono:

–Hoy debemos hablar extensamente, Naní...

Ella casi tuvo miedo y le miró asustada.

–¿Qué te pasa?, preguntó.

–Siéntate, dijo, obligándola á sentarse sobre una piedra. Siéntate, que tenemos que hablar.

–No puedo, no puedo, dijo ella, empezando á temblar; si mi padre...

–Tu padre está lejos... Nadie nos ve. Y aunque nos vieran, ¿hacemos algo malo? ¿No podemos ser amigos, conocidos?

–¿Por qué hablas de esa manera? ¿Por qué dices esas herejías? No puedo detenerme, no puedo..., déjame.

–¡Quieta! ¡No te muevas!, gritó él, cogiéndola por un brazo.

Ella sentía miedo y gusto al propio tiempo.

¡Me haces daño!, dijo temblorosa. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado porque ayer no vine? ¡Pero si no pude! Estaban en casa el contratista y el ingeniero; tuve mucho trabajo; ya sabes que yo tengo que hacerlo todo.

Viéndola temblar y palidecer, Jorge la dejó en paz; pero se puso taciturno, y separándose algo empezó á observar el rostro de ella. Una gran obscuridad inundaba su alma: ¡ah, no, no tenía duda alguna! Nanía le engañaba, se veía bien que le engañaba. Ella tenía miedo, no quería quedarse, al hablar del ingeniero temblaba. Le engañaba, le engañaba; ¡ah, qué estúpido había sido!

–¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?, repetía Nanía. ¿Dime que te pasa?

–¿Qué me pasa?, gritó, agitando los brazos como un loco ¡Ahora te diré lo que me pasa! ¡Pero no, no te lo digo, porque tú lo sabes mejor que yo. .

–¡Yo no sé nada, Jorge! ¡Yo no sé nada! ¿Estás loco?

–¡Sí! ¡Aún puedes decir que estoy loco! ¡Sólo esto faltaba! Tú, Nanía, eres una chiquilla, pero tienes más picardía que yo. A los hombres como yo les das tú cien mil vueltas. Pero quiero decirte que no seguirás riéndote de mí, no, no seguirás riéndote de mí. ¿Me has tomado por un chiquillo, por un tonto? ¿Te has figurado que yo soy de veras un lagarto? ¡Te equivocas, rubita! Soy un pobre pastor, negrucho, desastrado, miserable, roñoso, todo lo que tú quieras, pero no me da la gana que te rías de mí, y no debes hacerlo, porque yo soy capaz de hacerte pagar muy caras estas risas. ¿Lo oyes, Naní?..

¡Cómo se había puesto! Tenía los ojos blancos por la rabia y las manos le temblaban. Nanía le miraba espantada; y cuando terminó de hablar, no encontró palabras para contestarle.

–¿No contestas, víbora, no contestas?, le gritó.

–¡Habla bajo!, dijo por fin, tendiendo suplicante las manos. ¡Si mi padre nos oye!..

–¡Tu padre!, exclamó Jorge, escupiendo despreciativamente. ¡Mira, tu padre vale menos que esto! ¡Él no ve ni oye ni siquiera dentro de su misma casa! ¡Es un alcornoque! ¡Que venga, que venga! ¡Déjale que venga y yo le abriré los ojos!

–¿Pero qué te pasa? ¿Qué te han contado?, preguntó Nanía desesperada.

–¡Nada! ¡No me han contado nada! Lo he visto yo, ¿entiendes? ¿Por qué dejaste abierta la ventana, hermosa? ¡Esta mañana tu hermoso galán ha tenido la muerte tras de las orejas! ¿Conque te gustan los señores? ¿Conque las camisas almidonadas te gustan? ¡Pero, según parece, también te gustan los pastores sucios! ¡A ti te gustan todos, todos! ¿Qué eres tú? ¿Dime qué eres tú? ¡No empiezas del todo mal, no! (Y cogiéndola de nuevo por los brazos la sacudía, hablándole cual si delirase.) ¡Yo le mataré, beberé su sangre! Esta madrugada le he dejado escapar porque..., ¡mira si estaré loco!.., porque le he visto sonreir de un cierto modo y he creído que se te parecía, y he pensado, ¡qué loco estaba!, he pensado, ¡que tal vez fuese tu padre! Esto he pensado; pero ahora me doy cuenta de tal locura. ¡Tu padre! Es tu amante; tu padre es el tío Gabino, ¡que el diablo se lleve su alma!, y tú eres..., tú eres...

Y cerrando los puños, terminó Jorge lanzando un terrible insulto.

Todos los colores del iris pasaban por el rostro de Nanía. Su corazón, su corazoncito estallaba, quería salir fuera de su agitado pecho; gruesas lágrimas brotaban de sus ojos. No trató de negar, ni de hablar siquiera; invadida de un miedo muy grande, temiendo que Jorge le hiciese daño, sólo pensó en huir, y lo hizo con tanta habilidad, que hasta la carretera *Lagarto* no consiguió alcanzarla.

¡Nanía!, gritó cogiéndola por un brazo y sonriendo á pesar suyo, ¡no te creía tan mala! ¿Por qué huyes? ¿Tienes miedo que te mate?

Ella volvió el rostro, y al verle sonreir también sonrióse. El pañuelo le había caído y el sol iluminaba su cara y su cabecita rubia. Jorge Pedro la miró con ansia; al principio con gran estupor, después con los ojos brillantes por la dicha. La cara risueña, los ojos de un azul verdoso, la sonrisa y todas las facciones eran parecidísimas á las del ingeniero.

–Nanía, dispénsame; Nanía mía, perdóname..., dijo Jorge riendo y sollozando. Ven, hagamos las paces. Como hay Dios, por la Virgen del Milagro no diré nada á nadie. Si quieres, ni aun contigo volveré á hablar jamás de este asunto; nunca te preguntaré nada, nunca te preguntaré cómo has sabido. ., cómo él te lo ha dicho, cuándo, ni por qué; nada, no te preguntaré nada, te lo juro, nunca, jamás... Pero ven, ven á recoger el ánfora; ¡ea!, ven, ven...

Y casi entre sus brazos la llevó á la sombra. Ella se dejó llevar, más muerta que viva, pálida, insensible; pero cuando él añadió imprudentemente:

–¿Quién se lo había de figurar?, ¿quién? ¿Fué tu madre quien te lo dijo?..

Nanía, irguiéndose, roja de ira, le gritó fieramente:

–¡Mi madre ha muerto! ¡Déjala en paz!.. ¡Era una santa! El ingeniero me ha besado porque soy su amante. Y ahora haz lo que te parezca y te dé la gana; mátame si quieres, Jorge Pedro!..

Y rompió en sollozos, porque creía ingenuamente que después de estas palabras Jorge Pedro, por lo menos, la dejaría. Pero Jorge Pedro lo había comprendido todo. Durante unos instantes quedó inmóvil y estupefacto, mirando á su novia, cuyos sollozos infantiles y desesperados se perdían en el gran silencio de la siesta, en aquel paisaje dormido, y Jorge Pedro no veía ni oía otra cosa.

Pero en su interior sentía algo extraño, sentía como si una mano le estrechase el corazón, como si mil voces resonasen dentro de su pecho, y ante la pequeña Nanía, que sacrificaba su honor y sus amores creyendo de este modo salvar la memoria de su madre, le pareció que, como su cuerpo, su alma fuese también negra y andrajosa.

–Soy indigno de ella, soy un vil lagarto, pensó. Debería marcharme. Ella se casará con un señor. Al morir el tío Gabino, el ingeniero se la llevará, la dotará y legitimará. Será una señora; es una santita y yo soy un miserable; debo marcharme. Vete, vete; fuera, Jorge Pedro; fuera de ahí, miserable lagarto...

Pero no podía moverse. ¿Quién era capaz de moverse, al recordar las dulces promesas cambiadas, los sueños forjados allá, sobre el puente, mientras el rebaño pastaba entre los asfódelos y juncos, y el beso, el beso que aún no había podido darle?

–Déjame..., dijo ella.

Pero Jorge Pedro la estrechó entre sus brazos, y empezó á darle besos hasta conseguir que le devolviera más de uno.

TRADUCIDO POR M. DOMENGE MIR.

Á ORILLAS DEL RÍO, cuadro de José M.ª Marqués

FIESTA MAYOR EN UN PUEBLO DE CATALUÑA, acuarela de Arcadio Mas y Fondevila

LA PESCA DE ESPONJAS, POR M. DMORBEN GRIFFITH Y EL DR. SAWYER

Para la mayoría de las personas, la esponja no es más que un artículo indispensable de tocador; pero, para los hombres de ciencia, tales como Haeckel, Maas, Delarge, Leuckart, Sollas y Butschli, su clasificación en el reino animal ha sido, durante mucho tiempo, motivo de empeñadas discusiones.

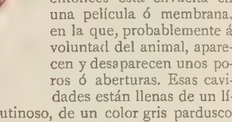
Antiguamente, con dificultad se encontraría en la Historia natural un problema más obscuro y embrollado que el del desarrollo de las esponjas; pero las investigaciones de la ciencia han ordenado el caos y han hecho posible trazar un plan común de evolución de los varios tipos de organización de este singular animal. La teoría que supone en las esponjas un sistema nervioso, que, en un tiempo, tuvo muchos partidarios, fundados en los pretendidos descubrimientos de Stewart y de Von Leudenfeld, ha caído en descrédito; pero generalmente hoy se admite que poseen órganos gástricos, y, con pocas excepciones, un esqueleto completo, calcáreo, córneo ó silíceo, perforado por pequeños canales.

Recientes descubrimientos en la embriología de las esponjas, han arrojado mucha luz sobre el problema del lugar que deben ocupar en la escala animal. Mr. Minchin, profesor de Zoología y Anatomía comparada del colegio de la Universidad de Londres, dice: que, aun cuando no puede afirmarse que esté enteramente demostrada y probada, con exclusión de todas las demás, alguna de las teorías que se sustentan respecto al puesto que en realidad ocupan en la Naturaleza, por lo menos se pude circunscribir la controversia, eliminando aquella que hasta ahora ha obtenido mayor crédito entre los zoólogos, á saber: la sostenida por Luckart y Haeckel, según la cual las esponjas, desde el punto de vista filogénico, deben incluirse entre los celentuios. La clasificación que más probabilidades tiene de certeza, es la siguiente: que son unos animales de organismo relativamente muy ínfimo, cuya clasificación en el reino animal debe ser más arriba de los protozoos y próxima á los celentúrios.

Han alcanzado las esponjas tanto valor en el mundo comercial y tan grande sería el daño que causaría á una industria muy importante cualquier diminución en su producción, que los hombres de ciencia se han ocupado seriamente en la conveniencia de que se prohibiese su pesca durante la época de la reproducción, como sucede con otras pesquerías, porque consideran contrario á los intereses de la de las esponjas el que las cojan antes del desove. Sustentan teorías impracticables al proponer que los óvulos se cultiven en acuarios y que se ensaye la reproducción por medio de vástagos; ya se han hecho experimentos de este último sistema, que no han dado resultado satisfactorio hasta ahora, pues es muy difícil conseguir que se adhieran á los puntos de sustentación. Una cuestión tan sencilla é importante como es la de saber el tiempo que necesita una esponja para desarrollarse hasta adquirir el tamaño necesario para que pueda ser enviada al mercado, está todavía por resolver. Es lo más verosímil que sean los que hoy se ocupan en este comercio, y á él dedican su tiempo y capitales, los que sepan de esponjas más que los naturalistas; pues bien, aquéllos no abrigan temor alguno de que disminuya su producción, y por lo común se encogen de hombros cuando se les habla de que el arte debe venir en auxilio de la Naturaleza.

Desembarcadero de una pesquería de esponjas en las costas de la Florida

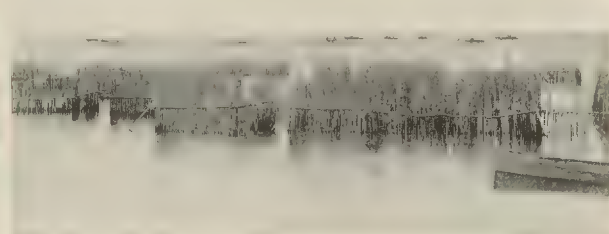
Esponjas llamadas de panal de miel



Cuando se saca del fondo del mar la esponja viva en nada se parece á la que diariamente usamos, porque entonces está envuelta en una película ó membrana, en la que, probablemente á voluntad del animal, aparecen y desaparecen unos poros ó aberturas. Esas cavidades están llenas de un líquido pegajoso, glutinoso, de un color gris pardusco y de la consistencia de la melaza, al que llaman los pescadores leche de esponjas, pero cuyo nombre científico es sarcodes, que es, en realidad, la única parte viviente del animal; cuando se le expele, queda el esqueleto flexible é inorgánico que nos es tan conocido.

Egina es hoy el centro de la industria esponjera. Sigue en importancia Hidra, en el archipiélago grie-

Espon as llamadas de hierba y amarilla



Un *crawl*, lugar destinado por los pescadores para que la acción del mar limpie en parte las esponjas

Esponjas amontonadas en un desembarcadero de la Florida

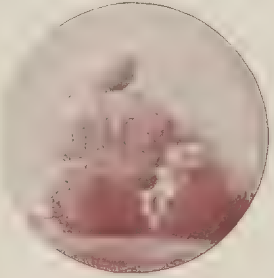
Jarrón antiguo (unos 200 años antes de Jesucristo) que se sacó del mar y que tenía adherida una esponja

go; luego Symi y Calymnos, en el turco. Además existen grandes pesquerías de esponjas en las islas Bahamas, en Cuba y en la Florida; también las hay en el Pacífico del Norte, en el Atlántico del Sur, en el Océano Indico, en las costas de Australia y en torno á las Carolinas del Sur. Puede, pues, decirse que están diseminadas por todos los mares. Pero las aguas sin mareas del Mediterráneo son las que mejor se prestan al cultivo y producción de ese valioso organismo.

porque allí los arrecifes de coral tienen una profundidad que difícilmente puede medirse y por lo tanto el empleo de aquél sería sumamente peligroso.

El sistema de arrancar con garfios las esponjas está más en boga que en el Mediterráneo en las otras pesquerías. Donde tal vez se practica en mayor escala es en las Bahamas. Difícil es, en verdad, imaginar un espectáculo tan bello como el que presenta la bahía de Nassau, en una mañana clara y luminosa al partir para la pesca la escuadrilla de barcos pescadores, compuesta de más de 500 goletas, 2.800 botes y más de 5.000 tripulantes.

Esponja llamada copa de hierba, de la Florida



Esponja lanosa

Esponja llamada de dedos de lana

Al salir del puerto, las goletas se dispersan, cada una elige un fondeadero y comienzan los cocineros á preparar el rancho de las respectivas tripulaciones.

Las goletas, finas embarcaciones, construídas como yates de madera, forradas y chapeadas de cobre, llevan cada una tras sí un séquito de cinco á veinticinco lanchas de remos. El número de éstas varía en proporción á la capacidad de su capitana, que suele ser de 6 á 50 toneladas.

Para el que no la conozca, la vida del pescador de esponjas ha de parecer saludable en sumo grado, casi idílica, pero en realidad tiene poco de envidiable. El trabajo es duro, la alimentación grosera. Arroz, un poco de puerco salado, ó tasajo y harina son las provisiones con que cuenta; esta última es la más importante y de absoluta necesidad cuando el trabajo arrecia. Los pescadores de esponjas toman un ligero desayuno, antes de entregarse á sus faenas, y una comida por la noche, al regresar de ellas; entre esas horas sólo se alimentan de pan y agua.

Cada bote lleva dos hombres, ó hablando con más propiedad, un hombre y un muchacho; este último va á popa para gobernarlo. El hombre se coloca á proa, provisto de un anteojo de mar y un garabato de dos ó tres garfios, sujeto al extremo de un palo largo. Coloca sobre la superficie del mar el anteojo antes dicho, que consiste en un cubo cuyo fondo es de cristal y, á través de él, puede ver bajo el agua hasta una profundidad de 10 metros; tan pronto como columbra su presa, la arranca con los garfios y la sube al bote, continuando así todo el día, en una posición sumamente molesta; además, el uso constante del anteojo de mar es causa de que sea muy común la ceguera entre los que se dedican á este oficio.

Cuando ya los botes están cargados de esponjas, se acerca la noche y regresan uno á uno á la goleta, y los pescadores arrojan de cualquier modo sobre cubierta las esponjas, para dejar que mueran los organismos vivientes, lo que, por lo general, sucede, habiendo sol, á las 24 ó 30 horas. Las esponjas entonces son negras y están cubiertas de un limo blanco parduzco, y como fácilmente se comprende, despiden, en cuanto comienza la descomposición, un hedor insoportable.

El día siguiente y los demás se parecen al primero; la cubierta de la goleta desaparece bajo los montones de esponjas, que parecen sangre coagulada, y el mal olor va siendo cada día más intenso. Al terminar la semana, la goleta se dirige á un *crawl* para desembarcar la pestilente carga. Un *crawl* es una extensión de mar, en la que el agua tiene escasa profundidad, cercada por pilotes de madera donde se depositan las esponjas. Cada vez que la goleta hace al *crawl* una visita, la tripulación, durante algunas horas, se ocupa en apalear las esponjas hasta que no quedan rastros de sus antiguos habitantes y desaparecen la piel y los demás tejidos blandos, quedando de ese modo el esqueleto limpio de toda impureza y ya casi en condiciones de ser transportado al mercado.

Los procedimientos empleados en el Mediterráneo son más eficaces para curar las esponjas que el que acabamos de describir; pues inmediatamente después de cogidas, se las quita la membrana exterior; cuando así no se hace, á la fermentación sigue rápidamente la putrefacción; la esponja, de resistente y elástica, se torna blanda y lacia, y á la menor presión sale el líquido fermentado, despidiendo un olor muy repugnante. Esto prueba que la parte orgánica de la esponja se separa con más facilidad haciendo la operación en cuanto se la arranca de su yacimiento: así se practica en el mismo lugar de la pesca y algunas veces mucho antes de que las embarcaciones vuelvan al puerto. Como ese procedimiento forzosamente ha de ser grosero é incompleto, hay que someter las esponjas, cuando las reciben los negociantes, á otro más esmerado para blanquearlas; se las limpia, seca y ensarta en cuerdas, con arreglo á su clase, antes de embalarlas para la exportación.

Hay tres maneras de recoger las esponjas: por medio de buzos, como se practica en el Mediterráneo; por medio de dragas, como se hace en la costa occidental del Asia Menor, ó con garfios y ganchos.

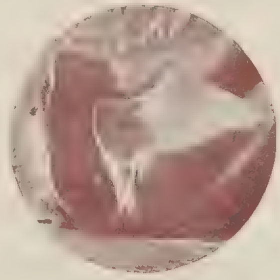
La recogida de esponjas está permitida á todo el mundo, no se necesita para ello licencia; así es que cualquiera que tenga suficiente capital para comprar los botes y aparejos necesarios, puede dedicarse á esa industria.

Los buzos, que conocen perfectamente lo peligroso de su oficio, se entregan á él por su propia voluntad, en espera del lucro y confiando en la Providencia, á quien ofrecen testimonios materiales de su agradecimiento. Es costumbre, al comenzar la época de la pesca, que los primeros frutos del mar, las primeras esponjas que se saquen, se entreguen á la iglesia como una ofrenda.

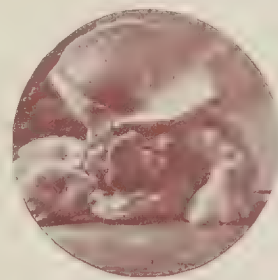
El aspecto que presenta un buzo, después de haber terminado la temporada de pesca, es muy notable; la piel de la cara y de los hombros comúnmente ha desaparecido por la acción combinada del sol y del agua salada y el cabello ha tomado un tinte verdoso. Estos hombres se lanzan al mar ó con el traje de buzos ó desnudos. En este último caso, lleva cada uno en la mano, extendido el brazo en toda su longitud, un pedazo de mármol, ancho y plano, que pesa unas 25 libras. Esa piedra tiene tres objetos: dirigir la caída á través del agua, proteger la cabeza cuando topa con su superficie y ayudar á andar por el fondo del mar. Primeramente el buzo se pone en pie en la lancha, infla el pecho cuanto puede, durante unos minutos, y cuando tiene ya los pulmones oxigenados, coge el mármol y se arroja de cabeza al mar. Ordinariamente permanece bajo el agua dos minutos; tres y medio es el límite superior, porque la enorme presión del agua, á una profundidad hasta de 15 brazas es tanta, que hace salir la sangre por la boca y nariz; únicamente los buzos muy acostumbrados y vigorosos pueden resistir ese tiempo. Su equipo consiste además en una cuerda que se comunica con la lancha, y en un saco de malla, que lleva pendiente, del cuello; cuando ya lo ha llenado con las esponjas que recoge del fondo del mar, tira de la cuerda, dando la señal para que lo suban.

En el Mediterráneo con frecuencia se usa un aparato para bucear que no se permite en las Antillas,

Esponja aterciopelada



Esponja llamada oreja de elefante



Esponja zimocca ó turca parda

El clasificarlas es operación detenida, porque del Mediterráneo se sacan las siguientes especies: mandrucha, bengazi, guega, pantellaria, trípoli y hierba, las que á su vez se subdividen en turcas finas, turcas blancas planas, turcas pardas, zimoccas, orejas de elefante, copas, sólidas y planas, algunas de las cuales están incluídas entre las mejores conocidas en el grupo de las *mollísimas*.

La Florida produce las llamadas hierba, amarilla, lanosa y la aterciopelada; hierba es rival de la turca fina y, por lo común, tiene forma de copa.

Las Bahamas nos dan la de arrecife, la de guante, dos variedades de la zimocca, la de cabeza dura, la corlosia, amarilla, de hierba, lanosa y dos clases de la aterciopelada: la cay y la abaco.

Las costas de Cuba y de las otras islas que las producen, ofrecen gran abundancia de esponjas, pero sus variedades no son tantas como las ya indicadas.

CELOS

—Pero ¿no te da vergüenza de yorá?

—Es que lo que á mí me pasa, no le pasa á naide, señó Manué, á naide der mundo.

—Y que lo digas; ni á un chiquillo tonto le pasa...

Y el Sr. Manuel llenó con mano firme los *chatos* de un solera centelleante y perfumado que hacía entornar placenteramente los ojos. A duras penas, pudo Frasquito tragar una buchada. Después, nervioso y afligido, mordió el pañuelo que llevaba en la mano y logró ahogar los sollozos, aunque sin conseguir cortar el torrente de sus lágrimas.

Sentía el viejo conmiseración infinita de verle así; le causaba efecto deplorable aquel muchachote, el mejor mozo del barrio de la Trinidad y el más honrado de Málaga, llorando por una mujer.

—Vamo, shombre, vamo; enjúgate eso sojos, escúchame y sé razonable.

—Es que osté no sabe, señó Manué, hasta ónde quiero yo á Amparo.

—La quedrás como yo quise á mi defunta, que esté en gloria, como toos lo shombres quieren á las mujeres; «con fatiguillas de muerte» como dice el cantar. Sólo que tú eres tonto de puro güeno, cosa que ella se sabe de carretilla, y como le has demostrao que pa ti no hay más mujer en er mundo, hoy te quiero y mañana no te quiero, está jugando contigo. A las mujeres hay que tratarlas de otro modo.

—Pero ¿cómo, padrino, cómo?

Ese era el problema á que ni el Sr. Manuel sabía dar solución. Estaba seguro de que la muchacha quería á Frasquito con todas las fuerzas de su alma, de que no hubiera podido vivir sin él, pero era voluntariosa y había que domarla.

Por eso Frasquito lloraba aquel día, por eso le ahogaba la congoja y creía sinceramente que el mundo se había acabado para él

Cabizbajos y pensativos permanecían delante de los *chatos*, donde el oro líquido centelleaba: Frasquito aguardaba con ansiedad infinita una palabra de su padrino, un consejo que le librara de penas mostrándole la conducta que había de seguir; el Sr. Manuel esperando una inspiración del cielo, una idea luminosa.

Dentro, un grupo de jóvenes se divertía palmoteando al compás de la guitarra. Hasta ellos llegaron vibrantes y armoniosas las palabras de un cantar:

Si quieres que te idolatre
la niña de tus anhelos,
dale un poco de cariño
y otro poquito de celos.

Sonrió el Sr. Manuel; la copla que acababa de oir había sido como revelación divina que, sin duda, les sacaría de apuros.

—¿Has oído lo que ha cantao ese? ¡Si paece hecho de encargo!

Y habló animadamente, como inspirado de lo que convenía hacer. ¿No iba Amparo todos los días con una amiga á dejarse ver por el puesto de la madre de Frasquito? ¿No le había hecho allí, días pasados, un nuevo desaire? Pues lo mejor era que no le encontrara triste, sino hablando y bromeando con una muchacha, riendo y con cara de hombre feliz.

—Pero ¿con quién he de hablar?

—Eso es cuenta mía. Ya te mandaré yo una güena, pero guena... ¡Ya sufrirá la niña si te quiere!.. Y si no, fuera penas y tal día hizo un año.

A la mañana siguiente, cuando Frasquito, saboreando las hieles del desamor, esperaba la hora en que Amparo había de pasar, se presentó ante el puesto una morena garbosa y gentil, capaz de causar envidia á la más guapa. Resueltamente, mostrando sus dientecitos blancos en una sonrisa adorable, llegó hasta donde se encontraba el mozo.

—¿Es osté Frasquito?

—Pa servirle.

Güeno, pues aquí estoy yo, que vengo de parte del señó Manué, pa que se harte osté de decirme hermosa y de echarme toos los chicoleos que quiera.

—¿Pos sabe osté que no podía haber mandao mejor consuelo pa un afligío?, dijo el muchacho.

-Ándese con cuidao, no vaya á enamorarse de mí, porque tengo un novio más guapo que osté y no he venío al mundo pa consolar niños yorones.

Frasquito se echó á reir, no por la gracia que le hiciese lo dicho por la morena, sino porque vió que Amparo pasaba en aquel momento y quería sostenerse firme en su papel.

Al verle ésta se detuvo con su compañera, el corazón le dió un vuelco, creyó que la engañaban los ojos, y miró haciendo servir al abanico de pantalla.

—Pero ¿no ves, mujer? ¿No ves?, preguntó á su amiga con voz ahogada.

—Sí que lo veo.

—¿Y qué te paece?

—Me paece que como Frasquito es un buen mozo, y tiene su *porqué*, no han de faltarle niñas que le quieran.

Amparo no se resignaba con perderle, no podía resignarse; en aquel momento acababa de comprender que Frasquito era la mitad de su alma, su vida entera. Intenciones tuvo de abofetear á la que se lo entretenía, y se acercó al puesto pálida y nerviosa, sin poderse contener; y tratando de disimular su zozobra, temblándole los labios emblanquecidos por el coraje, sintiendo que los celos rugían en su corazón, destrozándoselo, dijo:

—Frasquito: me ha dicho mi tía que vayas esta noche á la hora de siempre, que tié que hablarte.

El mozo, haciendo un soberano esfuerzo para no venderse, pero sintiendo deseos de arrodillarse delante de Amparo, para pedirle perdón, repuso:

—Dígale á su tía que no sé si podré, porque cabalmente tengo que dir á esa hora á decirle á ésta una palabrita por la ventana.

A pesar de su travesura congénita, no era Amparo mujer de armas tomar, y apoyándose en el brazo de su compañera, echó á andar calle arriba, llorando silenciosamente su desventura.

—Pero ¿has visto, mujer?, ¿has visto?, preguntó entre sollozos, cuando se encontraron lejos.

—Gueno, mujer, no yores. Si toos los hombres son lo mesmo. ¡Así los ahorcaran!

Amparo pasóse el día encerrada, sin hablar con nadie, lamentando sus desventuras y sintiendo en su corazón un infierno. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo que amaba á su novio ni de lo bueno que era. Y aunque en su desesperación le llamaba *charrán* y juraba escupirle á la cara la primera vez que le viera, cuando llegó el muchacho la encontró en la ventana esperándole.

—Guenas noches.

¡Frasquito! ¿Eres tú?, preguntó ansiosamente casi saliéndose de la ventana.

El, fingiendo indiferencia, repuso:

—Sí; he venío ahí cerca á traer un recao, y me dije: voy á ver lo que quiere la tía de Amparo.

Arrebatadamente, sin poderse contener, encontrándole más hermoso que nunca, exclamó:

-Si no es mi tía la que te nesecita, si soy yo.

—¿Tú?

—Sí, yo, ingrato. Me hace falta que me digas que me quieres á mí sola, que no olvidas tan pronto las muchas noches que hemos pasao, yo aquí y tú ahí, mirándonos como bobos, que me perdones.

Frasquito sonreía con toda la boca, sintiendo que en su pecho entraba la gracia divina, que sus venas abrasaban...

Y pasóse la noche entera, á pie firme, diciendo con toda el alma lo que Amparo tenía tantísimas ganas de oir.

Y ya de madrugada, caminando hacia el puerto, donde su madre debía esperarle llena de zozobra, acordándose del Sr. Manuel, á quien tenía ganas de abrazar, iba cantando suavemente, como si quisiera acariciar cada palabra de aquellas que le habían devuelto la felicidad:

Si quieres que te idolatre
la niña de tus anhelos,
dale un poco de cariño
y otro poquito de celos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

... y luego de mirar repetidas veces el reloj...

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

Ilustraciones de Carlos Vázquez

—Maestro, dije, ¿qué es lo que oigo?, ¿qué gente es esa que tan poseída parece de dolor? – De esa miserable manera, me respondió, se quejan las tristes almas de los que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio. Confundidos están con el ominoso escuadrón de los ángeles que no se rebelaron contra Dios ni le fueron fieles, sino que permanecieron indecisos. Arrojáronlos del cielo para que no manchasen su esplendor, y no fueron admitidos en el profundo Infierno, porque no pudieran gloriarse los culpables de tener la misma pena que ellos.

—Maestro, repuse yo, ¿qué aflicción es la suya, que los obliga á lamentarse tanto? – Y él me contestó: Te lo diré brevemente. Estos no tienen ni aun la esperanza de morir: su obscura vida es tan abyecta, que cual quiera otra suerte miran con envidia. El mundo no quiere que se conserve memoria alguna de ellos. La Misericordia y la Justicia les dan al olvido. No hablemos más de esos cuitados. Míralos, y pasa adelante.

(*Divina Comedia. – El Infierno. – Canto III, versos* 32-51.)

PRIMERA PARTE

... está horrorosamente desolada toda la tierra de Judá; porque no hay nadie que reflexione en su corazón.

(*Jeremías, cap. XII, v.* 11.)

I

EL REGRESO DE MARCELO GUIBERT

Pronta á salir, llevando en una mano el paraguas á pesar del buen tiempo y de estar el barómetro alto, y manteniendo con la otra un poco separada de su cara el gran velo de crespón que caía de su capota, la señora Guibert esperaba en el salón del Maupas. Se sentaba un momento procurando tener paciencia, y luego de mirar repetidas veces el reloj coronado por un amenazador Vercingetorix de bronce, se levantaba y paseaba de un extremo á otro de la habitación, arrastrando sus cansadas piernas; después, al recordar las locuras del viejo reloj, volvía á sentarse, pero no en uno de los diversos sillones, algo usados, que la brindaban con su comodidad, sino en una silla alta de junco que podía abandonar con más rapidez y menos fatiga.

La señora Guibert era vieja, pequeña y fuerte, y respiraba con lentitud. En su cara se reflejaba una mezcla de dulzura y firmeza. Sus ojos azules, llenos de ternura, y tan tristes que parecían velados por las lágrimas, revelaban una naturaleza tímida y cariñosa que el menor contacto con la vida exterior asustaba, y en cambio su barbilla cuadrada y su aspecto fuerte y vigoroso daban una impresión de energía y resistencia. Las mejillas se conservaban frescas á pesar de los años, indicando que corría por sus venas una sangre rica y que su organismo se mantenía robusto.

Después de intentarlo varias veces, se decidió á entreabrir una puerta y llamar.

—Paula, ¿aún no? Ya es hora de marchar.

Una voz fresca y pura contestó:

—¡Mamá! ¡Si nos sobra tiempo!

—En el reloj de la sala son las siete, insistió, sin gran energía, la señora Guibert.

—Ya sabe usted que anda tres cuartos de hora adelantado.

—Pero podía haberse atrasado de pronto. Ya sabes que no se le puede hacer caso.

Una carcajada, exenta de toda burla, fué la contestación de la joven. En seguida añadió:

—Me pongo el sombrero y salgo al instante.

La señora Guibert sentóse algo resignada. Sus ojos recorrieron el saloncito de su casa de campo, con sus blancas cortinas recién lavadas y planchadas, que tamizaban la luz de aquella tarde de verano, algo atenuada por las hojas de los grandes árboles vecinos.

Los muebles eran modestos, pero armónicos: ningún objeto de lujo venía á deslucirles. Su bien conservada vetustez llevaba alegremente las huellas de antiguas generaciones y de gustos ya desaparecidos. Dos grabados, con más de un siglo de fecha, representaban encantadores episodios de *Pablo y Virginia*. En *el Baño*, la joven sujetando castamente la camisa pronta á resbalar por las finas redondeces de su espalda, sumergía en el agua lentamente y estremeciéndose su lindo pie; y en *el Torrente*, colocado enfrente, se veía al joven Pablo llevar la dulce carga de su amiguita, atravesando con cuidado las enfurecidas aguas. Una litografía, de edad menos venerable, representaba *Les adieux de Fontainebleau;* entre los granaderos medio esfumados, brillaba como centro importante de la histórica escena el calzón blanco del emperador. Por último, para que en aquellas paredes hubiese algo más moderno, una acuarela de tonos borrosos pretendía reproducir un cielo radiante de Oriente, y el campamento pintarrajeado de Abd-el-Kader tomado al galope por unos jinetes franceses. Un piano vertical y las partituras esparcidas por encima y llenando dos estantes, indicaban un gran amor á la música, mientras que otro piano de cola, que había perdido su alma sonora, servía de mesa.

La señora Guibert no veía estas cosas tan familiares para ella; pero notó que un vaso con flores no estaba en su sitio; acostumbrada al orden no podía sufrir aquella infracción y se apresuró á corregirla. Aquel vaso era la ofrenda que hacía, durante la estación de las flores, á sus queridas imágenes, causas de sus alegrías y de sus penas. De este modo honraba cotidianamente su altar doméstico. Sin embargo, no se afligió mucho por su descuido, debido á la preocupación natural que le agitaba. ¿Acaso desde sus negros marcos, la fotografía ampliada de su marido, el doctor Mauricio Guibert, muerto á principios del año anterior, víctima de su deber durante la epidemia de fiebre tifoidea, y la de su hija Teresa, joven de doce años, que Dios llamó al cielo al pisar el umbral de la juventud y la belleza, no le sonreían en aquel día de fiesta, en aquella casa llena de luto?

Su hijo segundo, Marcelo, regresaba después de tomar parte en la expedición de Madagascar y represión de los Fahavalos. Capitán á los veintiocho años y condecorado con la Legión de Honor, regresaba sano y salvo después de tres años de ausencia glo riosa.

Un telegrama de Marsella, aún sobre la mesa del salón, leído y releído infinidad de veces, anunciaba su llegada á Chambery en el tren de las siete y media de la tarde. Y por esto la señora Guibert se había vestido dos horas demasiado pronto, para ir desde la casa de campo á la ciudad á esperar al viajero. Su pensamiento volaba hacia la vía férrea de Lyón por donde venía el tren.

En medio de su ansiedad preveía una situación emocionante que reclamaría todo su valor. Allá, á orillas de la malsana Bitesboka, Marcelo había sabido la noticia de la muerte de su padre. ¡Y cómo aumenta la amargura y crueldad de la muerte cuando ésta hiere á las personas amadas, lejos de nosotros!..

La primera mirada de su hijo sería hacia su enlutado vestido, hacia sus nuevos signos de vejez. Una sombra aparecería ante ellos. Ella midió sus fuerzas y murmuró:

—Jamás llegaron sus hijos sin que *él* dejara de esperarles en el andén. Yo quiero estar allí, ocupar su puesto.

En este momento entró Paula. Hermosos cabellos, de un negro brillante, encuadraban su cara redonda de tez pálida. El luto la adelgazaba, pero no con exceso. De su aspecto altivo, de su mirada decidida brotaban la resolución, el valor. El resplandor de la juventud daba á su sombría mirada un brillo parecido á la huella fugitiva que las luces de los barcos dejan sobre las olas. Aquella niña de veinte años conoció los sufrimientos á la edad en que con más entusiasmo se disfruta de la vida. Para resistir había tenido que hacer grandes esfuerzos, y el secreto de esta lucha se acusaba en su aspecto.

Sin embargo, sus negros ojos volvían á brillar más á menudo; en su cara se reflejaba una nueva alegría: parecía un rosal que abre su primer capullo. Al verla sin sombrero, su madre se escandalizó.

—¿Aún no? ¿Pero estás loca?

—Cállese, mamá, contestó la joven sonriendo.

Traía en la mano una capota de luto con el borde blanco, como acostumbran á llevar las viudas, y se acercó rápida y ligera:

—No se mueva, ¡por favor! Quiero que esté usted muy guapa para ir á recibir á su hijo. ¡Mire qué capota! ¿Verdad que es elegante? La que usted lleva está muy ajada.

Y añadió con gracia capaz de vencer toda resistencia:

—Deje que le sirva yo de camarera. Ya sabe usted que después los brazos le duelen.

—¡Maldito reuma!, murmuró la señora Guibert.

Después de cambiar de sombrero, sin mirarse al espejo siquiera, preguntó á su hija, tímidamente por miedo á disgustarla:

—¿Y no te parece, niña, que ya es hora de marcharnos?

—Bueno, dijo Paula; voy á avisar á Trelaz.

Trelaz era el colono que debía guiar el coche y conducirlas á la estación de Chambery.

Al salir Paula, la señora Guibert se puso á mirar una fotografía en que estaban reunidos todos sus hijos. Entonces tenía seis. Ahora ya no eran más que cinco: Esteban, el mayor, ingeniero en Tonkín; Marcelo, oficial de tiradores; Margarita, Hermana de la Caridad; Francisco, que habiendo salido mal en los exámenes, fué á reunirse á su hermano Esteban; y Paula, último eslabón de esta corona de vida. ¡Cuántas separaciones —muchas de ellas para siempre—había soportado en el transcurso de sus sesenta años!

Paula regresó diciendo que Trelaz tenía el carruaje enganchado, y se puso el sombrero rápidamente.

No pudo menos de protestar contra la impaciencia de su madre, al echar una ojeada al antiguo reloj que se burlaba de los relojeros, conservando, á través de todas las reparaciones, un humor independiente.

—Tendremos que esperarnos en la estación más de una hora.

—Es que yo no quiero llegar tarde, dijo la señora Guibert.

Al salir, se volvió hacia la vieja criada, que se ponía los lentes á fin de no perder ningún detalle de la marcha de sus dos señoras, y dijo:

—María, cuidado con las chimeneas.

Subió fatigosamente al carricoche colocado al borde de la escalinata; una vez sentada, medio sonrió á su hija, y esta sonrisa medio esbozada dió por un momento á su rostro la fresca suavidad que constituyó la gracia de su juventud. Paula subió ligera y sentóse á su lado.

—Vamos, Trelaz, de prisita. Pero sin pegar al caballo y con mucho cuidado en las cuestas abajo.

—¡Ya llegaremos!, replicó filosóficamente el campesino.

Y el coche empezó á andar. Era de una forma antigua, de la cual apenas se encuentran ejemplares. Los asientos iban en sentido longitudinal, y los viajeros sentados espalda contra espalda, apoyando los pies en un marco de madera. Su forma extravagante daba siempre ocasión á bromas y burlas.

La caballería, no menos venerable, bajó al paso, con el freno que hacía rechinar las ruedas, la avenida de castaños y plátanos frondosos; salió por la verja siempre abierta, abierta por fuerza puesto que los goznes estaban oxidados; tomó el camino de Vimines al que daban sombra bosques de encinas, y después de un paso á nivel desembocó en la carretera de Lyón á Chambery que atraviesa el pueblo de Cognin. Entonces, más cómodamente, la vieja yegua empezó á mover sus patas á derecha é izquierda, con cierta negligencia y descuido, terminando por tomar un trote cochinero que á la señora Guibert le pareció alarmante.

El sol se había ocultado detrás de la *Señal*, que forma parte de los montes de Lepine; pero la rojiza luz de los crepúsculos de verano seguía iluminando los campos.

—Mamá, mira las montañas, dijo Paula.

Los montes forman alrededor de Chambery un gran anfiteatro; sus escarpadas cúspides estaban teñidas de un color rosa deslumbrador, mientras en la base y laderas flotaba, cual delicado velo, una niebla azulada, indicio de buen tiempo. Pero la señora Guibert tenía demasiadas preocupaciones, para entretenerse en contemplar los reflejos del sol poniente sobre la cresta de las montañas; con una frase dió á conocer la causa de su preocupación.

—¡Si el tren llegase antes de la hora!

Y á pesar de haberlo dicho con toda ingenuidad, ella fué la primera en reirse de hipótesis tan original.

Una sombra dulce y poco intensa fué cubriendo poco á poco todos los montes, llegando un momento en que quedó solamente iluminada la cruz de Nivolet. La señora Guibert lo advirtió y llamó la atención de su hija sobre aquel emblema de la fe luminosa. Luego una paz serena é igual envolvió á toda la naturaleza, y, por primera vez después de largo tiempo, á las dos enlutadas mujeres.

Cerca de Chambery, un break tirado por dos buenos trotones, se cruzó con el coche de Trelaz.

—Es el carruaje de los Dulauréns, dijo Paula. Van á Aix. No nos han saludado.

—No nos habrán conocido.

—¡Oh! ¡Vaya! Pero desde que nos hemos arruinado por salvar al tío, nos saluda mucha menos gente.

La sala estaba llena de gente de gran etiqueta

Se refería á una desgracia de familia sucedida poco antes de la muerte de su padre. La señora Guibert cogió la mano de su hija entre las suyas.

—No te preocupes de esto. Piensa solamente que dentro de poco abrazaremos á Marcelo.

Sin embargo, al cabo de un corto instante, Paula preguntó:

—¿No fué papá quien visitó y curó á Alicia Dulauréns, durante la epidemia tifoidea, de la que fué él la última víctima?

—Sí, dijo la madre, perdiendo la alegría ante tan triste recuerdo.

Y añadió dulcemente, sin quejarse:

—Y hasta se olvidaron de pagar la cuenta. ¡Costumbre de gente rica! No saben cómo se gana la vida.

—Como que sólo saben divertirse.

La señora Guibert vió un sello de amargura en aquel rostro tan joven, y dijo:

—Oye. No debes envidiarles. Al divertirse se olvidan de vivir. ¿Conocen acaso el valor de la vida? Ignoran todo aquello que llena el corazón y acelera sus latidos. Pronto cumpliré sesenta años. Cuenta mis muertos y mis sacrificios. He perdido á mi Teresa, y á mi esposo que era toda mi energía. Margarita, tu hermana mayor, es Hermana de la Caridad y hace cinco años que no la he visto. Esteban y Francisco están en el Tonkín, y no conozco á mi nietecillo que ha nacido allá. Marcelo llega después de tres años de ausencia y de mortales inquietudes. Y sin embargo, no me quejo. Doy gracias á Dios que me somete á pruebas después de colmarme de bienes. Cada día de mi vida he sentido su bondad. En mi desgracia me ha dado un sostén, y este sostén eres tú.

Con su mano fina y sin guantes, Paula acarició la mano agrietada y llena de arrugas de su madre.

—Sí, mamá, tienes razón; no volveré á quejarme.

Por fin terminaron los tres kilómetros que separan el Maupas de Chambery. Trelaz acompañó á las señoras hasta la misma estación, y después fué á colocarse con su carruaje á un rincón de la plaza, lejos de los ómnibus de los hoteles, de los coches de punto y de los carruajes particulares. Pero, en cambio, todos aquellos caballos colocados en fila envidiaron la yegua de Trelaz, ante la cual pusieron un saco lleno de heno.

Paula miró el reloj de la estación y vió con sorpresa que sólo marcaba las siete y diez minutos. Su madre lo notó y dijo:

—Ya te decía que llegaríamos tarde.

—¿Tarde porque sólo tendremos que esperar veinte minutos?, contestó su hija sonriendo.

Entraron en la sala de espera. Al abrir la puerta la señora Guibert hizo ademán de retroceder; pero Paula la empujó suavemente para que entrase. La sala estaba llena de gente de gran etiqueta. Era la alta sociedad de Chambery que esperaba el tren de Aix-les-Bains, *el tren del teatro*. Entre aquella gente estaban los Dulauréns.

La señora Guibert quería marcharse y murmuró al oído de Paula.

—Vamos á la sala de tercera. Estaremos mejor.

—¿Por qué?, preguntó su hija.

En este mismo momento un joven, buen mozo, se separó de uno de aquellos grupos, acercándose á ellas; era un amigo de Marcelo, el teniente Juan Berlier. Las saludó con su característica amabilidad que le hacía tan simpático.

—¿Viene usted á esperar á Marcelo, verdad? Porque usted, señora, no es aficionada á viajar.

—¡Oh, no!

—¡Con qué alegría se verán ustedes!

—Otras veces, dijo la señora Guibert al joven, á quien había conocido siendo niño, era su padre quien le esperaba.

—¡Sí, sí! ¡Hay que conformarse!

Y para no insistir sobre este asunto en un sitio tan público, Juan Berlier añadió:

—Me alegro de poder abrazar á Marcelo antes de marchar.

—Venga usted á verle á casa. ¿Se marcha usted?

—Por una noche tan sólo. Vamos á Aix. Es el estreno de *La Vie de Bohême*. ¿Usted no es aficionada á los teatros?

Siempre franca, la señora Guibert contestó:

—No he ido nunca. Y á decir verdad, no lo siento.

Aunque hablaban en voz baja, dos jóvenes que llevaban trajes claros habían oído la contestación; y una de ellas, morena, imagen de la voluptuosidad, de arrogante aspecto y miradas atrevidas, se echó á reir. Risa tal vez provocada por un teniente de dragones que hablaba con ellas. Paula la miró de arriba á abajo con sus ojos sombríos, en los cuales relampagueó el desprecio.

—No estén ustedes de pie, dijo Juan.

La señora Guibert se sentó en un rincón algo obscuro, en una silla colocada junto á un sillón desocupado, como suelen hacer las personas humildes ó tímidas.

—Mamá, siéntese en el sillón, dijo algo bruscamente Paula, que acababa de cambiar un saludo, seco por parte suya, amable por la otra parte, con aquella otra joven que en vez de reir se había puesto colorada.

Después de unas cuantas frases, Juan Berlier las dejó, reuniéndose con el grupo que antes había abandonado. Paula, siguiéndole con la vista, comprendió que contestaba á preguntas de la señora Dulauréns.

—Sí, es la señora Guibert. Espera á su hijo que regresa de Madagascar.

—¿Cuál de ellos? ¡Cómo tiene tantos!

—El oficial, Marcelo.

—¿Qué graduación tiene?

—Capitán, condecorado, célebre, dijo precipitadamente Juan Berlier, algo impaciente porque la muchacha morena, la de la risa, le llamaba.

Pero la señora Dulauréns no soltaba la presa.

—¿Célebre? ¿Qué ha hecho?

—¿Pero no sabe usted que en el combate de Andriba su compañía decidió la victoria?

—¿De veras?

—¡Claro que de veras! ¡Si el nombre de Marcelo Guibert es célebre en toda Francia!

¡Oh! ¡Usted sí que está guapa de veras, Paula ..

ciaron hizo estremecer sus labios, y el mismo piadoso recuerdo conmovió sus corazones. La alegría del regreso daba á su antiguo dolor una nueva amargura.

Con su dulce mirada Paula contemplaba el grupo de su hermano y de su madre. Junto al estribo del vagón Alicia Dulauréns é Isabel Orlandi, vueltas hacia ellos, contemplaban también aquellas efusiones los ojos de la primera mirando con simpatía al joven oficial, y los de la segunda con ironía á la señora Guibert, porque estaba gorda y emocionada.

Juan Berlier, algo separado, esperaba. Se acercó á Paula:

—¡Qué felices son!

Y no sin cierta melancolía añadió:

—Cuando yo regreso de Argel encuentro la estación desierta.

Marcelo abrazó á su hermana. Juan avanzó alegremente.

—Yo también quiero un abrazo.

—¡Juan!, exclamó Marcelo.

Y con gran cariño se abrazaron. Juan, algo conmovido, volvió á recobrar su sonrisa de siempre.

—Hasta luego. Me voy, mi tren va á marchar.

—¿Dónde vas?

El joven, que ya se iba, se volvió á medias para decir alegremente:

—Vamos á dar una función de títeres en Aix.

Y señalaba con la mano á los distinguidos grupos que subían al *tren del teatro*.

Marcelo Guibert echó una ojeada rápida sobre aquellos maniquíes en traje de etiqueta. Paula al volverse, vió á Alicia que, asomada á la ventanilla del coche, le decía adiós; la saludó á su vez, rápidamente y sin gran entusiasmo, como si aquella seductora imagen le inspirase desconfianza ó algún temor supersticioso. Las desgracias habían dado una sensibilidad orgullosa á su alma joven y ardiente. «¿A qué viene tanto cariño?,» se preguntaba. Sus ojos negros se fijaron en el capitán, que iba delante dando el brazo á su madre, y pensó: «¡Mucha riqueza y poco valor!»

Cuando Marcelo vió el carruaje de Trelaz, exclamó:

—¡Ah! ¡Nuestro antiguo carricoche!

—Es el único coche que hemos dejado de vender, dijo su madre, como excusándose.

Pero el joven, al lanzar su exclamación, no había previsto aquella respuesta. El antiguo carruaje que á él le recordaba su infancia, ahora representaba la ruina de su familia. Su rostro se ensombreció, comprendiendo en seguida las dificultades materiales que en el Maupas habían agravado el luto y la aflicción. Sin necesidades personales, acostumbrado á vivir con poco, la escasez que adivinaba le hacía sufrir por su madre y por su hermana. Mientras tanto, la señora Guibert pensaba:

—En su obsequio debíamos haber tomado un coche en la estación.

Atravesaron Chambery, adormecida capital de Saboya, engalanada con su histórico castillo, que se dibuja altivo cual militar penacho sobre el fondo azul del cielo. Marcelo respiraba voluptuosamente el aire nativo. La salida de la ciudad evocó todo un enjambre de recuerdos. El paisaje que se presentaba ante sus ojos resumía su adolescencia feliz y apasionada. Innumerables veces, desde los bosques de Vimines, habíase extasiado ante sus duros perfiles y su luz transparente. En el fondo, las rocas peladas del Pas de-la-Fosse; en segundo término, el Granier, mirando por encima de los montes más cercanos que forman un gran círculo todo verde, con tres campanarios que armonizan el cuadro: el de Belle-Combette suavemente oculto entre los árboles como una oveja entre los altos pastos; Montagnol, el más alto, sombrío y dominador, cual atalaya; Saint-Cassin, más modesto y delicado, junto á un bosquecillo que le oculta á medias. Extraño paisaje, que templa la severidad de las

Esto era una exageración evidente. La Francia de hoy, lejos de ensalzar, oculta sus jóvenes héroes.

La señora Dulauréns se apresuró á acercarse á la madre de Marcelo. La viuda Guibert resultaba interesante aun en medio de su ruina, toda vez que su hijo gozaba de una reputación tan grande.

—El capitán llega esta tarde, ¿verdad, señora? Todos nuestros corazones han estado pendientes de sus actos durante esta campaña en que tanto honraba á su patria. En los periódicos hemos leído el relato de sus proezas en la batalla de Andriba.

El Sr. Dulauréns, de corta estatura, dócil y ceremonioso, colocado detrás de su esposa, hacía signos de aprobación con la cabeza, mientras que su hijo Clemente, de diez y ocho años de edad, gordo y de buen humor, que estupefacto oía hablar á su madre, tiraba de la manga á Juan Berlier y le decía al oído:

—¡Vaya un tupé el de mamá! Sólo lee las crónicas mundanas de *Le Gaulois*. ¿Cómo ha podido retener un nombre malgacho? Yo, en cambio, los conozco todos, hasta los más difíciles. De la expedición no sé una palabra, pero con mis amigos nos entretenemos desafiándonos á ver quién sabe nombres más raros: Aukerramadinika...

Rodeada de aquella gente la señora Guibert se encontraba en una embarazosa situación. De igual manera que su modesto traje de luto contrastaba, á pesar de los cuidados de su hija, con aquellos elegantes vestidos de teatro, su pensamiento no tenía nada de común con aquella sociedad. Todos se habían acercado, felicitándola. Después de los Dulauréns, la felicitó la señora Orlandi, vieja condesa italiana que vivía en Chambery, y á la que el doctor Guibert había visitado durante sus interminables enfermedades nerviosas. Martenay, el teniente de dragones, la miraba con el monoclo, con curiosidad rayana en la insolencia. Ella contestaba sencilla y tímidamente, toda avergonzada; y su hija, que se daba cuenta de ello, la ayudaba con más soltura y cierta altivez, á pesar de la amabilidad que le demostraban las dos jóvenes; la morena, Isabel Orlandi, con frases afectadas como sus gestos, y la otra, la rubia y siempre amable Alicia Dulauréns, abrumándola con atenciones y frases cariñosas, con una voz que tenía algo de murmullo y de gorjeo, atenuando las sílabas duras, envolviendo todas las palabras de una agradable dulzura.

—¿Hoy llega su hermano? ¿Estará usted contenta? Hace muchos años que no le ha visto, ¿verdad? ¿Se acuerda usted de cuando jugábamos juntos en el Maupas y en la Chênaie?

—Sí, contestó Paula; pero de esto hace mucho tiempo. Ahora el jardín del Maupas está sin arreglar y el de la Chênaie demasiado cuidado.

—¿Por qué no vienen ustedes por casa? Es preciso que vengan.

Paula preguntábase por qué le demostraba tanta amistad esta antigua compañera del Sagrado Corazón, de la cual le había ido distanciando la vida. Recordó su traje negro, liso, sencillo, y admiró sin envidia la blusa azul pálido, adornada de encajes blancos y algo escotada, de donde surgía, cual delicada flor, el cuello blanco, delgado y flexible de Alicia. Del traje pasó al rostro, de facciones finas y puras, de cutis impecable y ligeramente rosado.

Paula resumió sus observaciones exclamando casi inconscientemente:

—¡Qué guapa está usted, Alicia!

Las frescas mejillas de ésta se pusieron en seguida coloradas. Y mientras se hacía á un lado para dejar pasar á un viajero, Paula pudo observar que hasta sus movimientos, algo indolentes y perezosos, rodeaban de una graciosa languidez á aquella muchacha encantadora y fina, al lado de la cual se daba cuenta completa de su fuerte juventud.

—¡Oh! ¡Usted sí que está guapa de veras, Paula!..

El ruido del expreso que llegaba de Lyón puso brutalmente término á estos coloquios. Todos se precipitaron fuera de la sala de espera. Los Dulauréns y sus amigos buscaron los coches de 1.ª del tren del teatro que estaba formado al borde del andén; por un claro que este tren dejaba libre, á propósito, los viajeros del expreso corrían hacia la salida.

Delante de todos iba un joven delgado, que marchaba erguido, la cabeza alta, con aire de altivez. Llevaba en la mano un sable dentro de una funda de franela verde. Al ver á la señora Guibert se precipitó en sus brazos.

—¡Hijo mío!, exclamó ésta, y á pesar de sus propósitos de valor, rompió en sollozos.

El joven, después del abrazo, contempló con tierna emoción á aquella pobre mujer que llevaba en su cara las huellas de tanto disgusto, y su bronceado y casi duro rostro se alteró. Un nombre que no pronun-

rocas duras y amenazadoras, con la dulzura de aquella apacible ladera de frescos colores.

Cuando el carruaje dejó la carretera para internarse, después del paso á nivel de la vía férrea de Saint-André le Gaz, por el camino de Vimines, cuya cuesta atraviesa los bosques y pasa por delante de la verja abierta del Maupas, Marcelo bajó del coche para aliviar á la yegua. Llegó el primero á la casa, que desaparecía, como antes, entre jazmines y rosales. Como antes, el crepúsculo daba á los árboles de la avenida un aspecto grave y recogido. Y como antes, la arena del patio rechinaba.

En el umbral de la puerta esperó á su madre, para ayudarla á subir la escalinata, y apenas estuvieron dentro estrechó entre sus brazos á aquella pobre mujer que rompió en sollozos. Paula también se dejó llevar de la emoción. Faltaba el jefe de la familia, y en el umbral de la puerta su hijo evocó su silueta enérgica, su sonrisa de bondad, la confianza que inspiraba.

En aquel abrazo, en aquella emoción mezcla de dolor y alegría, aquellos tres seres gustaban todo el sabor de la vida humana...

En el mismo coche de 1.ª habían tomado asiento los Dulauréns, la señora Orlandi, su hija y el teniente Armando de Marthenay. Isabel Orlandi, que se había apoderado de un rincón, reservaba á fuerza de trabajo el de enfrente para su *flirt*, Juan Berlier. Cuando éste se decidió á subir, en el momento preciso de ir á marchar el tren, fué bastante mal acogido por la joven:

—Creí que se quedaba usted en el andén para abrazar á los caballeros que llegan.

Juan sonrióse:

—También sé abrazar á las señoras.

Isabel no cedió.

—¡Vaya un espectáculo que nos daban ustedes! Era sencillamente ridículo.

Alicia Dulauréns, de alma delicada, enrojeció, pero sin atreverse á protestar. El joven no se desconcertaba por tan poca cosa. Al *flirtear*, le gustaba emplear un tono irónico y burlón que conseguía exasperar y atraer á su *flirt*, joven y temible niña mimada.

—Es verdad, dijo Juan, que los Guibert, al encontrarse después de tres años de ausencia, de separación y luto, han omitido las reglas del protocolo preciso para merecer el favor de usted. Y lo más doloroso es que ni siquiera ha habido una mirada del guapo capitán para los encantos que usted atesora.

—¡Oh! ¡El guapo capitán!

—Es calvo, dijo Marthenay, cuyos espesos cabellos se erguían en forma de cepillo.

—Sí; se ha puesto calvo en las colonias. Es probable que una vida de guarnición en Francia le hubiese conservado una espléndida cabellera.

Isabel no se dió por vencida. Un despecho inconsciente la impulsaba á atacar á los amigos de Juan, y ya no sabía lo que se decía.

—¡Oiga usted! Su amigo tiene por madre un verdadero fenómeno. No ha puesto jamás los pies en un teatro. ¿Qué vida habrá llevado?

Juan Berlier, que veneraba á la señora Guibert, se puso agresivo:

—Una vida que nunca llevará usted Isabel: ha vivido para los demás.

—Esto no es vivir.

—¿Así lo cree usted, verdad? Pues yo creo, por el contrario, que ha vivido lo que usted no llegaría nunca á vivir aun cuando llegase á centenaria.

—¡Ah!, ¿no? Quisiera ver otra que llevara una vida más activa que la mía.

—Usted se mueve y bulle mucho, lo cual no es lo mismo que vivir. ¿De qué esfuerzo es usted capaz?

Y para terminar de una vez, le preguntó riendo:

—¿Es usted capaz siquiera de casarse por amor?

—¡Ah!, ¡no, señor! ¿Sin dinero, verdad? Un millón de gracias. Vegetar tristemente comiendo pan y cebolla...

Y al decir esto, enseñaba sus lindos dientes, que brillaban afilados y voraces.

—¡Ea!, no se ponga triste, déme usted la mano, siguió diciendo Juan.

Ella le tendió su fina mano sin guantes. Él fingió mirarla atentamente.

—Leo en ella que se casará usted con un hombre de cuarenta años, feo y millonario; que después del matrimonio mostrará su verdadero carácter, de avaro y tacaño. Siempre se recibe el castigo por donde más se ha pecado.

Esta buenaventura fué dicha en un tono grave y sentencioso que regocijó á todos los que iban en el coche.

Cuando las conversaciones volvieron á reanudarse, Isabel, ya tranquila, murmuró alegremente á su vis à-vis.

—¡Peor para el avaro! ¡Le engañaré!..

Y de nuevo soltó la risa, enseñando sus dientes blancos, fuertes como los de un perro joven, mientras miraba atrevidamente al hombre que tanto le gustaba.

Alicia, desconcertada por lo atrevido de aquellas frases, se avergonzaba por su amiga; y aislándose de todos, se adormeció soñando con el matrimonio de amor que Isabel desdeñaba y que ella veía realizado con alguien cuyo rostro había visto recientemente.

La señora Dulauréns, preocupada por el éxito de sus *matinées* veraniegas, decía á su hijo, que le citaba los nombres extravagantes de Madagascar:

—Según parece es un héroe. Le invitaremos.

Su marido, resumiendo una larga y apacible conversación, sostenida de completo acuerdo con la señora Orlandi, decía:

—Lo primero de todo es procurarnos una verdadera tranquilidad. En esto está el secreto de la vida...

II

EL HERMANO Y LA HERMANA

El cariño entre hermano y hermana reviste una dulzura sencilla y tranquila que lo hace inconfundible con cualquier otro sentimiento. Está por su naturaleza al abrigo de los violentos arrebatos del amor y de sus impulsos apasionados, demasiado embriagadores para ser duraderos. Se diferencia de la amistad entre personas del mismo sexo, por un no sé qué púdico, discreto y tierno debido á la mujer. Y lo singulariza mejor aún la facilidad maravillosa para pensar y sentir de un modo idéntico, que permite entenderse con medias palabras y recordar las cosas al mismo tiempo, motivada por el origen é infancia comunes, por haber respirado constantemente el mismo aire nativo y el mismo perfume del pasado. Y este carácter es envidiado por el amor, que no lo posee...

Sentados en sillones de juncos en el jardín del Maupas, Marcelo y Paula saboreaban, sin confidencias inútiles, la alegría de comprobar que durante su separación, y á pesar de la distancia, la vida había seguido manteniéndoles iguales. Sentían de otro modo que antes, pero seguían sintiendo de un modo idéntico.

—Me encuentro tan bien aquí, dijo Marcelo, que hoy no quiero moverme para nada.

Estaba delgado. Tenía necesidad de descanso. A pesar de su robusta constitución, la campaña colonial había dejado huellas en su salud. La fiebre le atacaba, si bien cada vez más de tarde en tarde. Esperaba que el aire saludable de Saboya le pondría bien del todo.

Era una de aquellas tranquilas siestas del verano, en el campo, en las que parece oirse la vibración de la luz. Ni el más ligero soplo de viento llegaba hasta ellos. En lo alto de los árboles, solamente una perezosa brisa movía de vez en cuando las hojas de los tilos, que temblorosas mostraban á veces una de sus caras de un verde obscuro, y á veces la otra cara de un verde claro.

Sobre la rústica mesa redonda de pizarra, tallada de una sola pieza, se amontonaban periódicos y cartas. Paula se decidió á abrir el correo, al que su hermano no hacía caso.

—Artículos en que hablan de ti: *Le Clairon des Alpes*. *La Savoie républicaine*. ¿Quieres leerlos?

—¡Oh, no, por favor!, exclamó el capitán suplicante.

—Invitaciones, siguió diciendo la joven. Tus compañeros dan un banquete en honor tuyo. Un pase para el casino de Aix-les-Bains. Otro para la *Villa des Fleurs*. La baronesa de Vittoz recibe los martes.

—¿Qué me importa á mí todo esto? Yo no quiero ver á nadie, absolutamente á nadie.

—Estás de moda. Todos te buscan. Disponen de tu libertad; es un modo indirecto de participar de tu heroísmo.

—Habíamos convenido en no hablar de esto.

—Pero si todo el mundo no habla de otra cosa. Hoy en día la última moda es la gloria. Un día de estos recibiremos la visita de los Dulauréns y de otros muchos más que no veíamos desde que se hizo pública nuestra ruina.

Guardaba de aquel período de prueba una arruga de amargura en su tersa y hermosa frente sombreada por su negra cabellera, y un pliegue de orgullo en su valeroso corazón.

Marcelo no contestó. Se dejaba invadir deliciosamente por todos los recuerdos esparcidos en aquella tierra de sus abuelos. Veía salir de todas partes las huellas del pasado que volaban á su alrededor cual pájaros parleros. Los niños de familias numerosas son los que disfrutan los días más dichosos, por que son los únicos que conocen la feliz exaltación de la sensibilidad, nacida de la vida en un ambiente lleno de buen humor, alegría y confianza. Y esta dicha, que convierte la niñez en un fácil encanto, ilumina la edad madura y llega hasta la vejez, sirve de recompensa á los que tuvieron el valor de vivir y propagar la vida. Por esto Marcelo sonreía á otro Marcelo muy chiquitín, que veía claramente correr por los campos vecinos en compañía de alegre bandada de hermanitos y hermanitas. Y empezó con Paula una serie de «¿Te acuerdas...?,» escudriñando hasta en los años más lejanos, en donde el alma está envuelta por el misterio, y acabó por decir:

—¿Te acuerdas?... Pero, quia..., si aún no habías nacido. Estábamos tumbados sobre la hierba. Creo que durante nuestras primeras vacaciones, papá nos había contado la *Ilíada* y la *Odisea*. Nosotros en seguida poníamos estos poemas en acción. Yo hacía unas veces de Héctor y otras del prudente Ulises. Pero prefería hacer de Héctor, que es generoso y de un valor melancólico, capaz de impresionar el corazón de un niño. Más tarde leí á Homero como quien visita á un amigo antiguo. Tal vez deba á estas influencias la pasión por las aventuras.

—Que por ahora supongo no reanudarás, dijo Paula. Mamá ha envejecido mucho, ¿verdad?

—Sí, marcha algo más encorvada y está muy pálida. Gracias á ti la conservamos. En ti confiamos todos nosotros que andamos errantes por el mundo.

La joven no contestó. Marcelo se arrepintió de su reflexión, cuyo egoísmo comprendía. De todos los hijos del doctor Guibert, Paula había sufrido más directamente que ninguno el golpe del desastre financiero, al cual se habían visto arrastrados por la quiebra de un hermano del doctor. Ella había perdido su dote y, por lo tanto, muchas probabilidades de casarse. Y además sus hermanos contaban con su abnegación para aliviar la vejez de su madre, como si Paula tuviese que prescindir por completo de su personalidad y sentir en vano su corazón llenarse de ternura.

Marcelo contempló durante largo tiempo á su querida hermana. Con respetuoso afecto admiraba su talle esbelto que indicaba flexibilidad y fuerza; su rostro, de pureza acentuada por el traje de luto; sus ojos profundos y sombríos y sin embargo dulces, ojos de mujer que conoce la vida, ha luchado con ella y no le tiene miedo; y todo su aspecto encantador de virgen altiva y virtuosa. ¿Cómo era posible que dejase de inspirar alguna pasión?

Y al ver en aquella frente pensativa la sombra de los negros cabellos, buscó la sonrisa de Paula.

—¡Qué hermosos son tus cabellos! No he visto otros más negros en mi vida. Llevas con orgullo su peso. ¿Te acuerdas cuando eras chiquilla y los llevabas sueltos sobre la espalda, que muchos campesinos al ir al mercado se paraban para mirarte y decían: «Parece mentira que martiricen á este renacuajo con el peso de una cola postiza?» Y entonces tu niñera decía: «¡Una cola postiza!.. ¡Acércate y tira de ella y verás si es ó no postiza!» Y en efecto, se acercaban y tiraban de tu cabellera, y te hacían llorar por ser demasiado bonita.

Poco á poco, agarrándose al pasamanos de hierro de la escalinata y apoyando los dos pies en cada escalón, la señora Guibert iba al encuentro de sus hijos. Cual flor de otoño, solitaria en el jardín desierto, una débil sonrisa iluminaba su rostro desde la llegada de Marcelo. Éste se adelantó y la condujo á un sitio resguardado del sol.

—¿Se encuentra bien, mamá?

Una sonrisa apareció radiante en el rostro de la anciana.

—¡Querido hijo! ¡Cómo te pareces á él!

El rostro del joven se puso serio, diciendo:

—Hace diez y ocho meses que nos abandonó. ¡Qué tarde aquella! Jamás la olvidaré. Vagaba por el campamento, llamándole, llamándolos á ustedes. Sentía la muerte marchar detrás de mí...

Después de un corto silencio, la señora Guibert dijo:

—¡Diez y ocho meses! ¡Parece mentira!.. Y sin embargo han pasado. A vosotros os debo la vida. Queridos hijos, mientras conserve un soplo de vida, daré gracias á Dios por haberme concedido un marido como aquél y unos hijos como vosotros.

Y secándose sus ojos llenos de lágrimas, empezó el triste relato que su hijo esperaba:

La desgracia de tu tío Marcos fué el principio de todas nuestras penas. Eramos demasiado felices, Marcelo. Tu padre era la fuerza, la confianza y el trabajo personificados. Aun en los días más penosos, siempre estaba contento. Y vosotros, todos, progresabais en vuestras carreras.

—Todo el mundo nos tenía envidia, añadió Paula.

Y su hermano, siempre altivo, exclamó:

—¡Más vale la envidia que la piedad!

(Se continuará.)

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 7 de enero de 1907 — Núm. 1.306

LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS, cuadro de Juan Gossaert (1470-1541
propiedad del conde Carlisle

ADVERTENCIA

Llamamos la atención de nuestros favorecedores sobre la importancia de las obras anunciadas en el prospecto para la serie de 1907, que hemos repartido, y que son las siguientes:

LA MUJER MODERNA EN LA FAMILIA. Conocimientos útiles y agradables para formar el alma, el corazón, la voluntad, la inteligencia y el carácter de las mujeres. Obra escrita por la Condesa de A***. Edición ilustrada.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS, novela de costumbres americanas, por G. A. Martínez Zuviría. Edición ilustrada.

CALENDAL, poema provenzal de Federico Mistral, vertido al castellano por Arturo Masriera, ilustrado por Arcadio Mas y Fondevila.

LUZ Y SOMBRAS, novela de costumbres por E. Bulwer Lytton, traducción del inglés por Pelayo Vizuete, ilustrada por Calderé.

SOLEDAD, novela de Víctor Catalá, traducción del Dr. D. Francisco Javier y Garriga, con ilustraciones de Mas y Fondevila.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Desde hace algún tiempo, una buena parte del público de Madrid muestra prevención y hasta marcado desvío hacia el teatro, no por el teatro en sí, sino por lo escabroso de las obras que en ellos se representan. «Lejos de ser la escena—me decía una muy discreta señora noches pasadas, durante el entreacto de un *vaudeville* del color y del sabor de la guindilla,—como era antes, escuela de buenas costumbres, se ha convertido en cátedra de inmoralidad y piedra de escándalo. Yo—seguía diciendo la buena señora—he desistido de traer á mis hijas al teatro.»

Claro es que habría mucho que hablar respecto á la moralidad de las obras antiguas. Sin salir de nuestra patria, dramas y comedias hay de Lope, Tirso y aun del propio Calderón que no descuellan ciertamente por su honestidad. Esto es exacto; pero también lo es que hay como disueltos en muchas de las obras modernas, entre los desenfados y libertades de la frase y de algunas situaciones, gérmenes de corrupción tanto más peligrosa, cuanto que se presenta ataviada y adornada con los refinamientos del ingenio. No es, por consiguiente, de extrañar que abunden las familias timoratas que, no obstante gustar de los espectáculos teatrales, se retraigan de asistir á ellos.

Teniendo esto en cuenta, la empresa del Español, no sólo ha abierto un abono, que inmediatamente ha quedado totalmente cubierto, á sábados blancos, sino que pone especial esmero en quitar ó en atenuar, por lo menos, los atrevimientos de los dramas y comedias que allí se representan en los demás días de la semana.

Recientemente, por ejemplo, se ha estrenado en aquel favorecido teatro, con el título de *La pasadera*, la comedia de MM. Gresac y De Croisset *La passerelle*, cuyo argumento es de lo más subido de color que nos proporciona la moderna literatura cómica francesa. Cuando hace dos años nos dió á conocer esta obra la artista italiana Teresa Mariani, hubo muchas personas que se escandalizaron de la poco honesta libertad que campea en la comedia original. Ahora, en la forma que la ha adaptado á la escena española el Sr. Reparaz y se ha representado en el teatro Español, pueden ir á verla, sin el más leve peligro para sus escrúpulos, hasta las más pudorosas alumnas del colegio del Sagrado Corazón.

***

Pocos días antes de interpretar el papel de protagonista de *La pasadera*, María Guerrero, cuya flexibilidad de talento la permite pasar sin aparente esfuerzo de lo trágico á lo cómico, encarnó de manera admirable la creación de Schíller *María Estuardo.*

Pocas figuras, en la historia moderna, pueden competir en grandeza dramática con la infortunada reina de Escocia. Su vida fué un ejemplo conmovedor y elocuente de la instabilidad de las venturas humanas. Dijérase que, como á las heroínas de los cuentos antiguos, las buenas hadas le habían rendido el tributo de sus dones más preciados. Hermosa y de elevado ingenio, vióse halagada en los comienzos de su existencia por todos los favores de la fortuna. A los diez y siete años, por su matrimonio con Francisco II, ocupó el trono de Francia, cuya corte era entonces la más brillante de Europa. Breve fué su reinado en aquella gran nación, para la cual tuvo siempre María sus mejores y más apasionados recuerdos. Viuda muy pronto pasó á gobernar sus estados de Escocia. Refiere Brantôme, acompañante de la reina en su travesía del continente á su nuevo reino, que María hizo que le colocaran su lecho en la cubierta del buque para ver durante el mayor tiempo posible las costas de Francia.

Una vez la reina en Escocia, comenzó á eclipsarse la estrella que con tan hermosos resplandores comenzó á brillar para la joven soberana en el cielo de París. Su ligereza, sus pasiones y sus graves faltas le arrebataron muy pronto el respeto de sus vasallos, hombres rudos á quienes ella miraba con marcada repulsión. Fué uno de sus más graves errores su matrimonio con su pariente Darnley, joven brutal y vicioso que por celos hizo asesinar á la vista de la reina á su favorito, el músico Rizio, muy diestro en su arte, pero viejo y de extraordinaria fealdad. Asesinado á su vez Darnley por Bothwell, María Estuardo se casó con el matador de su esposo, lo que hizo suponer, y no sin algún fundamento, que no había sido ella de todo punto ajena á la perpetración del crimen. Sublevándonsele sus súbditos, y humillada y vencida logró fugarse á Inglaterra, en donde creía encontrar protección y amparo.

No fué así. Ocupaba entonces el trono británico Isabel, que siempre había visto en María Estuardo una peligrosa competidora al trono de la Gran Bretaña y una rival que la aventajaba en elegancia y belleza. Lejos, pues, de dar hospitalidad generosa á aquella avecilla que se había refugiado en su seno—según la hipócrita frase de Isabel,—hizo aprisionar á la fugitiva, túvola encerrada durante veinte años y firmó al cabo su sentencia de muerte. Ejecutóse ésta en la fortaleza de Fotheringay, en público cadalso, mostrando la infortunada reina tanta resignación como entereza en aquel trance supremo.

El drama de Schíller presenta á María Estuardo ya condenada á muerte. La prisionera tiene, sin embargo, la esperanza de que Isabel no firmará la sentencia. Su deseo más ardiente es hablar con su rival. Celébrase la entrevista entre las dos reinas, la mejor escena de la tragedia: María se humilla, suplica, llora, pide piedad; pero herida en su orgullo al ver la actitud fría y rencorosa de Isabel, yérguese encolerizada, y olvidando que su arranque de soberbia puede costarle la vida, ultraja sangrientamente á la reina de Inglaterra. Ardiendo Isabel en deseos de venganza, encuentra pretexto para realizarla en cierto atentado de que estuvo á punto de ser víctima y del cual supone ó finge suponer que es instigadora María, y firma la terrible sentencia. La reina de Escocia, purificada por el arrepentimiento y la confesión, sube valerosamente al cadalso.

Toda la obra rebosa en nobles sentimientos y en alta poesía y refleja en su integridad el espíritu de Schíller, del cual dice Menéndez Pelayo que es «de los poetas más excelsos y simpáticos de que la humanidad puede gloriarse, y el segundo, después de Goethe, en aquella luminosa cohorte de ingenios que realzaron el ocaso del siglo XVIII (tan poético en sus principios) y saludaron la aurora del presente. Quien dice Schíller dice entusiasmo, pasión noble, elevación generosa y magnánimo y puro idealismo.»

Siendo esto así, tarea meritoria es poner al público español, un tanto tocado de escepticismo y propenso á la burla, en contacto con un alma superior que aspira á ennoblecer al hombre, mostrando lo que hay en él de más subido valor moral.

Aunque nuestra sociedad, en el teatro por lo menos, se inclina á reir mejor que á llorar, encontró demasiado lúgubre la tragedia alemana, reducida á cuatro actos por los Sres. Llana y Francos Rodríguez, la oyó con el debido respeto, y hasta se dejó vencer, en algunas ocasiones, por la alta idealidad de la obra y por la manera realmente admirable con que María Guerrero interpretó el grandioso papel de la desventurada reina de Escocia.

***

Al estreno de *María Estuardo* siguió el de *Añoranzas*, comedia del fecundo autor dramático Linares Rivas, quien por esta vez sólo ha conseguido lo que en el argot teatral se llama galaicamente un *succès d'estime*. *Añoranzas* se parece algo á la farsa de D. José Echegaray titulada *A fuerza de arrastrarse*, aunque tiene mucho menos brío que la obra del insigne dramaturgo. Hay, sí, en esta última comedia de Linares rasgos y escenas que manifiestan una vez más el acreditado talento de su autor; pero en general es lánguida y de escaso interés. Muy pronto, de seguro, el autor de *Aire de fuera*, *María Victoria* y *Bodas de plata* se desquitará de ese ligero resbalón... Todos los que escriben mucho, desaciertan de cuando en cuando. El mismo Homero dormitaba algunas veces.

***

Y hétenos en el período de Pascuas, que los teatros dedican al dios de la risa. Sabido es que en esta semana del turrón, del pavo y de la zambomba, las empresas teatrales hacen los imposibles por servir al respetable público obras divertidas. Y como aquí, por lo visto, nuestros autores son melancólicos y tristones, las susodichas empresas acuden á Francia en busca de chistosos *vaudevilles*. En el momento de escribir estas líneas, apenas si puede citarse un solo cartel de teatro que no ostente el título de una festiva obra francesa, traducida, adaptada, arreglada, desarreglada ó disfrazada, que de todo hay en esta viña que no es precisamente la del Señor.

La Comedia, firme en su propósito de representar únicamente obras extranjeras, nos ha dado, entre otras, *La pista* y *Triplepatte*. Ambas realizan cumplidamente su objeto, que es hacer reir. *La pista* es un *vaudeville* que Sardou escribió en tres actos y que los Sres. Bueno y Catarineu han reducido á dos. En esta obra, como en *Divorçons*, su autor satiriza donosamente el divorcio, y saca, por el lado cómico, las consecuencias á que puede dar lugar aquella flamante institución francesa. El arreglo de los Sres. Bueno y Catarineu mantiene sin intermitencia alguna la hilaridad de los espectadores.

También se rieron los que asistieron al estreno de *Triplepatte* y los que presenciaron el de *Jetattore* en la Princesa. Las dos comedias pertenecen al género llamado de enredo y abundan en lances y sorpresas tan imprevistos como chistosos.

La breve temporada de este último teatro está ya á punto de terminar. El director de la compañía que actúa en la Princesa, Emilio Thuiller, partirá pronto á América. Antes de partir nos dará á conocer una comedia original del Sr. Carulla, titulada *La mujer rica*. Este Sr. Carulla es muy famoso. Hace tiempo que llevó á cabo la empresa colosal de poner en verso nada menos que la *Biblia sacra;* y no contento con haber dado remate á tan ardua labor, puso después mano en *La Imitación de Cristo*, de Kempis, y la rimó con igual fortuna con que había rimado *El Viejo Testamento.*

Ahora se espera con gran curiosidad su anunciado drama, en el cual, según aseguran personas dignas de crédito que han asistido á los ensayos, abundan los rasgos que tanto han contribuído á hacer célebre la fecunda y atrevida musa de Carulla.

***

En los teatros de género chico ha habido gran profusión de funciones de Pascuas y de Inocentes. En la Zarzuela el público aplaude todas las noches el melodrama comprimido de Arniches, con música de Chapí, *La noche de Reyes;* en Apolo, la humorada de Sinesio Delgado *La invasión de los bárbaros;* en Lara, *El cucurucho*, y en el Gran Teatro, *La pesadilla.*

Como se ve, la gente tiene donde divertirse... Lo malo es para las empresas, que después de las fiestas de Navidad empieza la fatigosa cuesta de enero.

ZEDA.

... y con los zapatos, que ya guardan la ingenua cartita, abre el balcón

LOS REYES CRUELES

Pues señor...

Estos eran unos viejecitos, muy viejecitos, comido el rostro por las arrugas y el cuerpo escuchando constantemente la voz de la tierra. Ella peinaba algunas canas; él se pasaba la mano por la calva y sonreía. Eran muy pulcros en el vestir y en el aseo de sí mismos. Cuando en las tardes de sol tibio y medroso del invierno y en las mañanas floridas alegres del verano salían de paseo, les cortejaban como una ofrenda de simpatía las buenas sonrisas de los niños, que reveían á sus abuelos, y la suave mirada de los jóvenes, que no veían un peligro ni desvanecerse una esperanza en aquella vejez.

Ella vestía una manteleta que primero fué gris; luego la tiñó de negro por respeto á la edad, y luego el tiempo la fué tiñendo de verde, porque el tiempo no sabe de respetos. Él vestía un gabancete azul, blanquecino en las costuras de los bolsillos y de los ojales, y guardaba la nieve luminosa de su barba en un cuello de piel que, no el pensar, como la cabeza del viejecillo, sino el tiempo—siempre el pícaro tiempo—había pelado. Añadid una capota muy pequeña, recogida en lo alto de la cabeza como si temiera caerse y se redujera lo más posible para evitarlo; un sombrero hongo que pasó por idénticas transformaciones que la manteleta, y os podréis imaginar cumplidamente á los viejecitos de mi cuento, que bien podían ser uno de tantos matrimonios que las mujeres enseñan á sus maridos como un ejemplo y que los viejos verdes y solterones miran como un reproche.

La casa de doña Sinfo y de D. Juan—tales eran sus nombres—estaba situada en una de esas viejas calles del antiguo Madrid, no del antiguo Madrid del Avapiés que pintaba D. Francisco de Goya cuando iba á los toros y cortejaba manolas, sino del Madrid que atravesaba para burlarse del buen Carlos IV y para olvidar los desastres de la guerra y los fusilamientos y las visiones trágicas ante el ingenio y español reir de la duquesita. Quiero hablar de esas calles donde está el Ayuntamiento y el Gobierno civil y la Diputación y se oyen las cornetas del Palacio Real y las campanas de innúmeras iglesias. Son calles plácidas, tranquilas, sin vocerío, sin mujeres que charlan desde los balcones, ni tabernas ruidosas. Pues bien; en una de estas calles provincianas—¿por qué no dí antes con tal adjetivo?—vivían D. Juan y doña Sinfo.

Era la suya una casa de las de sobresalto y cuchicheos antes de abrir la puerta en los primeros días de mes; de la de rosario al caer de la tarde y del olor á verdura cocida durante el día, y de las de bollo de leche con el chocolate, y el cocido al mediodía y los huevos pasados por agua y una ensalada para cenar, y una brisquita por la noche como espera á las diez, hora en que doña Sinfo ponía los garbanzos á remojo, apuntaba lo gastado durante el día y cerraba la puerta con doble vuelta de llave, la cual quedaba durante la noche sobre el mármol de la mesilla, porque hay «criadas tan..., tan...»

Ya en la cama, los dos viejecitos charlaban después de haber sacado de un armario el sentimentalismo de un papel, la joya de un retrato ó la reliquia de un mechón de pelo. Porque así como la gente moza lee antes de dormirse novelas para soñar con lo porvenir, y la gente madura lee los periódicos para conocer lo presente, así los viejecitos de mi cuento releían aquellos papeles, besaban los retratos y el mechón de pelo para ir en busca del pasado ó que el pasado los buscara. Igual da, toda vez que se encontraban muy gustosamente.

***

D. Juan y doña Sinfo habían tenido un hijo. Un hijo que gastó tirabuzones de oro y trajes azules y blancos; que lloró la primera vez que fué al colegio; que fumó cigarrillos á espaldas de su padre para luego fumar puros ante sus narices; que empezó muchas carreras y no terminó ninguna; que le dieron un destino en Hacienda y que murió cuando iba á casarse con una buena muchacha de las que se arreglan el mismo sombrero durante cuatro ó cinco años; de las que conocen las obras teatrales por las revistas de los periódicos ó por algunos billetes de favor, y de las que odian, sin conocerle, al ministro A ó B porque fué el que firmó la cesantía de su padre el año 1888.

De todo aquel vivir habían quedado señales—amén de las intangibles é indestructibles del cerebro y del alma—en la casa vieja de la vieja calle del barrio viejo donde vivían los viejecitos. Y cuando por las noches arrancaban la hoja del calendario y leían la fecha ó la fiesta del día siguiente, decía doña Sinfo:

—Oye, mañana es...

—Sí; cuando Juanito...

Y abriendo el armario sacaban el recuerdo-guía que les sendereaba por los senderos un poco melancólicos, como paisaje otoñal, de la añoranza.

Así en Carnaval lloraban ante un trajecito de valenciano—doña Sinfo era de Valencia—con el cual pasearon á Juanito de casa en casa, entre la envidia de sus primos y primas, el enternecimiento de tal tía solterona y la fingida indiferencia de cuales tíos con hijos. Un lazo de raso, que fué blanco y que ahora, envidioso de los flecos de oro, amarilleaba, era una evocación de la iglesia de Santa María, la iglesia hundida detrás de una fuente arcaica. Y así, fecha tras fecha, llegaba la del día 22 de octubre, en que *La Correspondencia* -único periódico que leía don Juan—publicó lo siguiente: «Ayer falleció en esta corte el distinguido joven D. Juan...,» y cuyo suelto escribió el novio de la hermana de la novia, el mismo que les enviaba butacas para los teatros.

***

Llegó el mes de enero y llegó el día 5.

D. Juan y doña Sinfo terminaron su brisca. Doña Sinfo echó á remojo los garbanzos, tomó la cuenta á la criada y cerró la puerta, mientras D. Juan leía los «Ecos políticos» y el folletín de *La Correspondencia*.

Luego, ya reunidos, arrancó doña Sinfo la hoja del calendario y leyó en la del día siguiente: «SEIS. *La Adoración de los Santos Reyes.* 1481. *Son quemadas en Sevilla las primeras víctimas de la Inquisición.* DOMINGO.»

Sus pupilas inquietas, más brillantes por las lágrimas, se posaron sobre la cabecita rugosa de don Juan.

—Oye, mañana es el día de Reyes.

—Sí; cuando Juanito ponía las botas al balcón.

Y lentamente, arrastrando un poco los pies, se dirigió hacia el armario. Su mano fué segura hacia el lugar exacto; allí estaba la caja de las cartas. Apartó un paquete de pliegos azules, verdes, rosados, amarillos—cartas de novia cursi,—y cogió un pedacito de papel chamuscado por los años y cuyos dobleces se rompían poco á poco.

Doña Sinfo ya está bajo sábanas. Tiene la frente cubierta con un pañuelo negro y sus pupilas lacrimosas muestran igual ansiedad que si guardara secretos aquel papel que D. Juan ha posado sobre el

mármol de la mesilla—al lado de la palmatoria, de una caja de cerillas y de una caja de píldoras—mientras se desnuda.

Ya están los dos acostados y D. Juan, con voz tartajosa, que la falta de dientes y la voz se disputan, lee:

«Señores Reyes yo cero un tanbor y un trage de úsar como el que tiene mi primo Joaquin, papá y mama saven que é sido muy bueno y si qieren ustedes traeme otra cosa más se lo agradecere mucho. muchos vesos de su amiguito Juanito.»

Los viejos están llorando y conforme se besan y pretenden consolarse, más lloran y con más desconsuelo dicen:

—Vamos, hijita, vamos...

—Si no puedo menos, Juan...

—Sí; pero hay que hacerse fuerte, hijita...

Y bajo las frentes hay una visión lejana y polícroma. Las calles bulliciosas y alegres con su procesión de padres. Los bazares rebosantes de ruido, de gente, de luz donde estallan los colores y suenan secos como alertas los golpes de las monedas sobre los mostradores de cristal.

Al fin apagan la luz y parecen dormirse. Por la calle pasa un coche haciendo temblar las vidrieras del balcón. Una voz de mujer grita *El Heraldo*. Pasa el estrépito de unos rabeles y unas zambombas y unos panderos. Después la calle queda tranquila. Tal vez la cruce algún trasnochador, pero no se oyen sus pasos, pues la nieve desciende en gruesos copos.

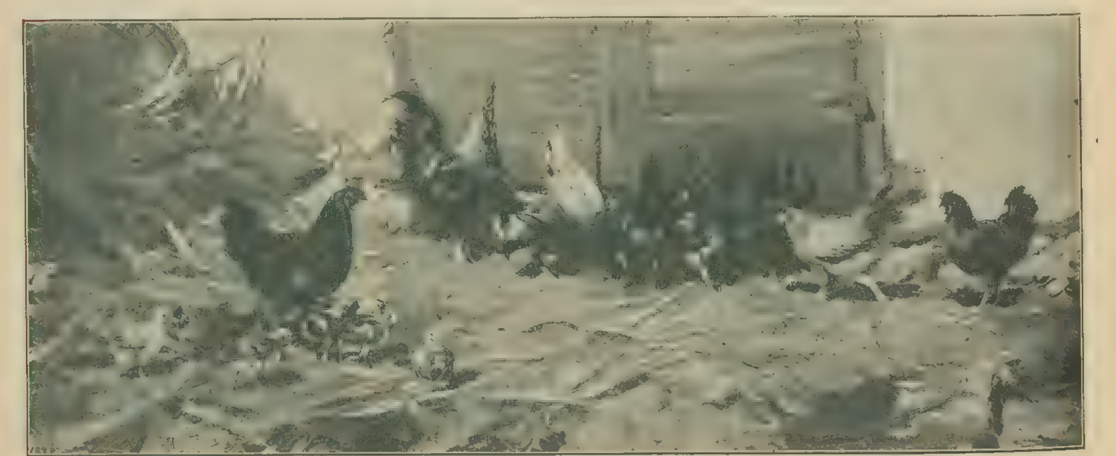
De pronto, D. Juan dice apagadamente, como suspirando:

—Sinfo...

Y aunque el nombre fué dicho de modo tan tenue, ella contesta:

—¿Qué?

Galeotes, grupo en bronce de Nicolás Friedrich



El gallinero, cuadro de Mariano Barbasán

Tampoco dormía.

—¿Sabes?.. Estoy pensando... que quizás sea verdad eso de los Reyes...

Ella quisiera sonreir, quisiera ser burlona, pero no puede. También su alma vuelve hacia el misterio infant.

—¿Y qué?

—Nada; que... podíamos probar. ¿No te parece?

—Hace mucho frío, Juan.

La objeción es débil, como si temiera ser atendida.

D. Juan se levanta de nuevo, se viste de nuevo, se emboza en la capa y coge del armario unos zapatitos de charol. También son recuerdos de tardes gozosas en que corrieron sobre la arena dorada del parterre.

—¡Ten cuidado, hijo; á ver si te enfrías!

Pero D. Juan sonríe con la despreocupación de los muy audaces; y con los zapatos, que ya guardan la ingenua cartita, abre el balcón. Una bocanada de aire frío agita la luz. Algunos copos se prenden en los embozos de la capa. D. Juan cierra de golpe y la luz queda tranquila. Aquella noche los dos viejecitos soñaron con la cabalgata que avanzaba entre el incendio de las antorchas y el piafar de los caballos y el lujo de las áureas coronas y el sangrar de los rubíes...

Al día siguiente, cuando D. Juan y doña Sinfo abrieron el balcón, ya no estaban allí los zapatos. Tal vez los llevara el viento, que limpió de nieve los balcones; mas para los viejecitos de mi cuento fueron los Reyes, los Reyes crueles que les quitaron el consuelo de una añoranza de fe, y acaso la más adorable, la más buena, porque de misterio eran sus cimientos.

Y quitar un recuerdo á los viejos es tan criminal como tronchar las flores, ó no mirar al cielo durante los crepúsculos, ó no hablar de la Virgen á los niños...

José Francés.

(Dibujo de Calderé.)

EL PAÍS DE CIRCE,

cuadro de

ENRIQUE SERRA

Allá, en el límite de las famosas lagunas pontinas, la falda del monte Circeo, en donde la leyenda supone que la maga Circe tuvo su residencia, ha servido una vez más para que nuestro compatriota Enrique Serra, el artista poeta, ejecutase una de sus más bellas composiciones, escribiendo otra simpática página, otra nota agradabilísima de esa región, tan rica en monumentales ruinas y abundante en contrastes, pero mortífera por efecto del paludismo.

El nuevo cuadro de nuestro amigo, de encantador efecto, es digno compañero de los que anteriormente ha producido. No podemos afirmar si supera á los demás, pero sí hemos de hacer constar que atrae por su belleza y distinción, que es una nueva nota personal y que dentro de la realidad idealiza paisajes de esa comarca italiana que sólo nuestro amigo ha sabido reproducir de manera que cautiva.

Mucho debiera agradecer Italia á nuestro compatriota, puesto que durante su ya larga permanencia en aquel país ha producido un considerable número de obras cuya finalidad ha sido la de dar á conocer cuanto ofrece medio para apreciar las bellezas y encantos que encierra, avaloradas en el lienzo con el poderoso esfuerzo del artista.—G.

EL PAIS DE CIRCE cuadro de Enrique Serra

EL ABATE PEROSSI Y SU ESCUELA DE CANTO

Pío X no sólo se preocupa de los grandes problemas cuya solución como cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo le está encomendada, sino que atiende también á otros asuntos menos trascendentales, pero igualmente dignos de que en ellos se fije quien debe velar por todo cuanto atañe á la religión.

Una de las reformas más importantes debida á su iniciativa es la de la música religiosa. Sabido es que durante muchísimo tiempo la música que se ejecutaba en las iglesias tenía un carácter enteramente profano; pues bien, el actual papa ha querido poner fin á tal abuso, y en su encíclica *Motu proprio* ha ordenado terminantemente que se vuelva á la gloriosa tradición, desterrando de los templos toda aquella música que no se ajuste á la severidad que ha de revestir el arte de los sonidos cuando con él se quiere honrar é invocar á Dios.

Inteligente colaborador de Pío X en tan laudable obra ha sido el abate Perossi, el compositor eminente á quien tanta y tan justa fama han conquistado sus magníficos oratorios y á quien S. S. ha confiado la dirección de la célebre Capilla Sixtina. Para la realización de los propósitos pontificios ha creado Perossi una escuela de canto en la que multitud de niños reciben las enseñanzas de la verdadera música religiosa. Pero esa escuela tiene además otro fin digno de los mayores elogios, cual es el de suprimir los hombres tiples de la capilla, substituyéndolos, á medida que dejan vacantes sus puestos, con los monaguillos en la misma educados. De esta suerte, en poco tiempo quedará extinguida una institución que pugnaba con las leyes de la naturaleza y era indigna de una sociedad civilizada.

Roma. – El abate Perossi y los monaguillos de la Escuela de canto dirigida por él á quienes educa para substituir á los antiguos tiples de la Capilla Sixtina. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

EL CARDENAL MERRY DEL VAL

La Santa Sede atraviesa actualmente una situación dificilísima á causa de la separación de la Iglesia y del Estado en Francia, sobre todo por las circunstancias en que esa separación se ha efectuado y por los incidentes á que ha dado lugar. Esto hace que el mundo católico tenga puesta su atención en la persona que en estos momentos tiene á su cargo la dirección de la política internacional de la Santa Sede, es decir, en Monseñor Merry del Val, secretario de Estado de S. S. el papa Pío X.

La conducta del joven cardenal en esta ocasión ha sido y sigue siendo muy discutida; y mientras unos censuran en él lo que llaman perniciosa intransigencia porque no se doblega ante las pretensiones de la potestad civil francesa, otros en él alaban lo que califican de noble entereza porque no quiere transigir con lo que constituye los derechos sacratísimos é indiscutibles de la Iglesia. Pero hay que decir, en honor de la verdad, que las censuras parten de los que no aceptan las doctrinas católicas ó de los que las aceptan tibiamente, al paso que todo el alto y el bajo clero de Francia y todos los católicos franceses y del mundo entero acatan sin la menor protesta la política seguida por la Santa Sede en las actuales circunstancias.

El papa, por su parte, tiene puesta toda su confianza en el secretario de Estado, y esta es, sin duda, la mejor sanción de la política por él seguida en los asuntos de Francia.

Monseñor Merry del Val, aunque es español, nació en Londres en 10 de octubre de 1865; hizo sus estudios en Inglaterra, recibió las sagradas órdenes y casi inmediatamente después de su elevación al presbiterado fué llamado á formar parte de la Prelatura romana, en la que, por su saber, por sus virtudes y por su celo religioso, se granjeó el respeto y la estimación de todos. En 1897 fué enviado al Canadá con la misión de resolver el gravísimo asunto de las escuelas de Manitoba; años más tarde, fué nombrado presidente de la Academia de Nobles Eclesiásticos, y en 1902 recibió el encargo de representar á León XIII en las fiestas de la coronación de Eduardo VII de Inglaterra, el cual colmóle de atenciones y tuvo para el joven delegado apostólico extraordinarias preferencias. En el último conclave, del que salió elegido papa Pío X, actuó de secretario y mereció unánimes alabanzas por las condiciones de actividad y de talento excepcionales que desplegó en ocasión tan ardua y trascendental.

Monseñor Merry del Val es hombre de gran cultura y de trato afable y habla con corrección el español, el francés, el italiano, el inglés y el alemán. — S.

Roma. – El cardenal Merry del Val, secretario de Estado de S. S. el papa Pío X, en su despacho. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

BARCELONA. – INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á FEDERICO SOLER («SERAFÍ PITARRA»), EFECTUADA EL DÍA 26 DE DICIEMBRE ÚLTIMO. ASPECTO DE LA PLAZA DEL TEATRO Y DE LA TRIBUNA OFICIAL. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA. – MONUMENTO A FEDERICO SOLER

Barcelona ha pagado al fin la deuda que tenía contraída con uno de sus hijos más preclaros, Federico Soler; y decimos «al fin,» porque la justa fama del popular autor dramático bien merecía que no hubieran de transcurrir once años entre la fecha de su muerte y la inauguración del monumento erigido á su memoria.

Mucho se ha discutido sobre la personalidad literaria de *Serafí Pitarra.* En los comienzos de su carrera, no faltaron severos aristarcos que censuraron la desenvoltura de sus *Gatadas,* tachándolas de profanaciones, y la vulgaridad de su lenguaje, que estimaban como punible atentado al idioma clásico de Cataluña. Tampoco escasearon los censores cuando el dramaturgo, en el apogeo de su gloria, daba al teatro sus producciones serias, que calificaban de artificiosas y falsas. Y últimamente, una parte de la actual generación, influída por las tendencias modernas y situándose en el momento actual, sin volver atrás los ojos, mira con cierto desdén la «obra pitarresca» y apenas si le concede un lugar modesto en la historia de las letras catalanas.

Pero todos ellos, los que antes y ahora formularon y formulan, desde sus respectivos puntos de vista, juicios desfavorables sobre Federico Soler, han sido impotentes los unos para evitar que el poeta avanzara por un camino siempre sembrado de laureles, y los otros para que su nombre pasara á la posteridad envuelto en una aureola que sólo al verdadero mérito se otorga. Y cuando esto acontece, cuando una personalidad triunfa en vida y su celebridad persiste después de su muerte, es prueba evidente de que algo debió haber en ella que la hiciera digna de esta supervivencia y de aquel triunfo.

¡Y quién duda de que no algo, sino mucho de esto hubo en la personalidad de Federico Soler! Él fué el primero que llevó á la escena las costumbres de nuestra clase media y de nuestra gente del campo; que revistió con las galas de la poesía dramática los más grandes hechos de nuestra historia; y sobre todo que dió, por decirlo así, la beligerancia en el teatro al idioma catalán. ¿Parecen pocos esos méritos? Si los que hoy se los regatean á *Serafí Pitarra* pudieran trasladarse con el pensamiento á los comienzos del último tercio de la anterior centuria y vivir en el ambiente social y político de aquellos tiempos, comprenderían el titánico esfuerzo que la obra de aquél significa y la influencia enorme, decisiva, que ejerció, no sólo en el renacimiento literario, sino en lo que es más trascendental, en el despertar del espíritu de Cataluña.

Aparte de esos merecimientos, los que hemos visto cómo durante una generación todas las clases sociales de Barcelona llenaban el teatro del Odeón primero y el de Romea después para aplaudir á su autor predilecto; los que recordamos el interés con que se esperaban sus frecuentes estrenos; los que por espacio de tantos años hemos presenciado una compenetración entre el dramaturgo y el público tan absoluta, tan íntima, como tal vez jamás se había visto ni vuelva á verse nunca, bien podemos afirmar que, sea cual fuere el juicio que hoy merezca su obra literaria, *Pitarra* fué el poeta de una época y de un pueblo, al que hizo reir y llorar á su antojo y que veía en él, más que el fundador, la personificación del Teatro Catalán.

Justo era, pues, que Federico Soler tuviera un monumento en Barcelona; y si hubiese podido caber de ello alguna duda, habría quedado enteramente desvanecida ante el hermoso espectáculo que ofrecían las Ramblas y la plaza del Teatro en el momento de la inauguración. Representantes del Ayuntamiento, de la Diputación y de todas las corporaciones literarias y artísticas acudieron á rendir homenaje al poeta; pero lo que dió mayor solemnidad al acto fué la presencia de una multitud inmensa, que al prorrumpir en un aplauso estruendoso, interminable, cuando cayeron las telas que envolvían el monumento, emitió el más elocuente veredicto en pro de la glorificación de *Pitarra.*

El alcalde Sr. Sanllehy y el poeta D. Conrado Roure, de la comisión organizadora, pronunciaron elocuentes discursos enalteciendo la obra de Federico Soler, discursos á los que el hijo de éste, el notable pintor y literato señor Soler y Bergnes de las Casas, contestó con frases de agradecimiento.—S.

BARCELONA. – MONUMENTO Á FEDERICO SOLER («SERAFÍ PITARRA»), obra de Agustín Querol (escultor) y de Pedro Falqués (arquitecto). (De fotografía de A. Merletti.)

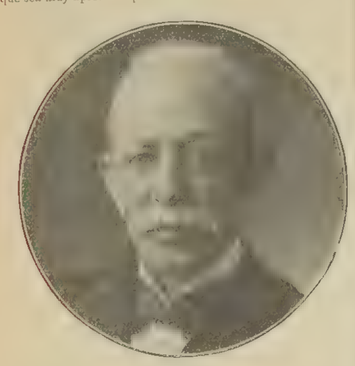
REYES, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

REYES, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

EL PROFESOR JOSÉ PETACCI

Como substituto del Dr. Lapponi, recientemente fallecido, S. S. el papa Pío X ha nombrado al Dr. José Petacci.

El nuevo médico pontificio tiene sesenta años, es hombre vigoroso, perfectamente conservado y director del hospital del Niño Jesús. Procede de una familia que profesa los principios más genuinamente conservadores; pero ello no es óbice para que sea muy apreciado por las más ilustres familias liberales.



El doctor José Petacci, nuevo médico de S. S. el papa Pío X (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

LA RADIO-TELEGRAFÍA AUTOMÓVIL

El marqués de Solari, secretario de Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos, ha hecho recientemente en Milán ensayos militares de un nuevo aparato en el que se juntan, en admirable consorcio, los dos grandes factores del progreso moderno: el automóvil y la radio telegrafía.

El vehículo construído por el Sr. Solari utiliza su fuerza motriz, no sólo para la tracción del aparato y para montar rapidísimamente un sistema de antenas replegadas sobre la cubierta del automóvil, sino también para producir la energía eléctrica necesaria para la formación de las ondas hertzianas.

En menos de diez minutos, la estación, de la que en esta página damos dos interesantes vistas, se halla en condiciones de enviar radio-telegramas á una distancia de 150 kilómetros.

EL CORONEL EDUARDO MÜLLER

NUEVO PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA PARA 1907

El coronel Eduardo Müller nació en Dresde en 12 de noviembre de 1848, y su padre, hombre de posición modesta, intervino en las agitaciones políticas de aquella época borrascosa en Alemania y en Suiza. Siendo aún muy niño, Eduardo fué llevado á Berna, en donde hizo con gran brillantez sus estudios literarios y de derecho, que completó en las universidades germánicas, alcanzando el doble diploma de doctor y de abogado.

En 1872 fué nombrado presidente del tribunal del distrito de Berna, cargo que sólo desempeñó dos años, pasados los cuales abrió bufete de abogado, no tardando en tener numerosa y excelente clientela. En 1888 fué elegido alcalde de la capital federal, y siete años después, á la muerte del consejero federal Schenck, que hacía veinticinco años que representaba al cantón de Berna en el gobierno de la Confederación, los berneses, por unanimidad, le nombraron para este importante puesto. Müller desempeñó primeramente la cartera de Justicia, pero luego se encargó del departamento militar, al que le llamaban sus especiales aptitudes, ya que había hecho toda la carrera hasta el grado máximo de coronel de división.

CRISTIANÍA. - MONUMENTO Á ENRIQUE IBSEN

El hijo del gran dramaturgo noruego ha erigido recientemente en Cristianía á la memoria de su padre el monumento que el adjunto grabado reproduce

Consiste en un obelisco de roca del Labrador, piedra negra con cristales de diferentes colores, que mide 5'25 metros de altura y ha costado 4.000 coronas (5.200 francos).

Cristianía. - Monumento erigido á Enrique Ibsen por su hijo. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Al pie del monumento hay una corona enviada por la sociedad literaria italiana Amerigo Vespucci.

El coronel Eduardo Müller, elegido presidente de la Confederación Suiza para el año 1907

El carro automóvil radio-telegráfico en marcha

El carro automóvil radio-telegráfico en funciones

Milán. - Experimentos de aparatos movibles para la radio-telegrafía Marconi. (De fotografías.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

La Adoración de los Reyes Magos, cuadro de Juan Gossaert. - Cuando hace cosa de quince años el conde de Carlisle expuso por vez primera ante el gran público ese cuadro en la Exposición de Invierno de la Real Academia de Londres, la impresión que produjo esa obra fué extraordinaria, y se asegura que por ella ofrecieron á su poseedor 1.250.000 francos. *La Adoración de los Reyes Magos* es realmente un dechado de bellezas por la riqueza de su composición, por su dibujo maravilloso y por la pastosidad y armonía de su colorido, y figura con razón en el número de las obras clásicas del arte flamenco antiguo, al lado de las mejores telas de Van Eyck, David y otros maestros no menos ilustres.

Galeotes, escultura de Nicolás Friedrich. - En la última exposición de las llamadas artistas secesionistas de Berlín fué muy admirada esa escultura de colosales proporciones, elogiándose en ella la perfección con que están modeladas las vigorosas figuras de los esclavos, y sobre todo la naturalidad de sus actitudes, en las que se hallan expresados con realidad pasmosa el cansancio físico y el reposo reparador.

El gallinero, cuadro de Mariano Barbasán. - De género y procedimiento distintos es el cuadro que hoy publicamos de Mariano Barbasán, comparado con el *Mercado de Anticoli*, que ha poco dimos á conocer á nuestros lectores. Aquél, minucioso, admirablemente pintado, rico en detalles y en colorido, mereció lisonjeros juicios en la Exposición de Roma, siendo adquirido por el inteligente parisiense el vizconde D'Agrain. El á que hoy nos referimos ha de estimarse como un hermoso estudio del natural discretamente observado, constituyendo lo que los artistas denominan una nota de color, notable cual lo son todas las que produce nuestro excelente amigo.

Reyes, dibujos de A. Mas y Fondevila. - A muchas consideraciones se prestan esas dos hermosas composiciones; pero ¿á qué hacerlas nosotros si forzosamente se han de ocurrir á cuantos se fijen en el contraste que de mano maestra ha trazado el celebrado dibujante? Esas dos páginas son bellísimas artísticamente consideradas; y sin embargo, aún hallamos en ellas mayores bellezas si las contemplamos con los ojos del alma, si penetramos en la intención que en ellas puso su autor, si con la imaginación nos trasladamos á los respectivos hogares de los personajes principales que en las mismas figuran, si medimos, en fin, la intensidad del goce que ellos y sus hijos han de sentir en la mañana del día de Reyes.

La desgracia de tu tío Marcos fué el principio de todas nuestras penas

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—La casa de banca de tu tío Marcos en Annecy prosperaba; pero un empleado de toda su confianza desapareció, llevándose títulos y depósitos. Incapaz de hacer frente á la tormenta pasajera que esta huída iba á provocar, Marcos se suicidó en aquellos primeros momentos de estupor. ¡Ojalá Dios le haya dado tiempo de arrepentirse de ello! Tu padre marchó en seguida; puso en claro la situación. Todo se pagó, capital é intereses, pero tuvimos que sacrificar casi toda nuestra fortuna. Sólo hemos conservado el Maupas, nuestra casa solariega.

—Sí, dijo Marcelo. El Maupas es para cada uno de nosotros la imagen viva de nuestra dichosa infancia.

—Antes de entregar sus bienes, siguió diciendo la señora Guibert, tu padre pidió á los demás hijos, como á ti, su consentimiento.

—Sí; me acuerdo que era al empezar la campaña. Papá, al pedirnos el consentimiento, lo hizo por un exceso de delicadeza. A mí estas cuestiones de dinero me resultan completamente extrañas, me son indiferentes.

—Paula también fué consultada.

—En aquella cuestión se jugaba nuestro nombre y nuestro honor, dijo ésta.

—Se jugaba tu dote, hija mía... Aquella muerte trágica afectó mucho á tu padre. Su alegría desapareció para siempre. Redobló su energía, su trabajo. Cuando estalló la epidemia en Cognín, no economizó sus fuerzas. El mal le atacó al final, cuando estaba agotado por los esfuerzos y las fatigas. Desde el primer día se vió perdido. Sin embargo, no me lo dió á conocer. Lo comprendí después. Él mismo seguía la marcha de su enfermedad. Un día me dijo: «No te preocupes. Dios te ayudará.» Yo rectifiqué diciendo: «Sí, Dios nos ayudará.» Pero él no me contestó; seguramente pensaba en la muerte, que se iba acercando. Murió en nuestros brazos con todo el conocimiento.

—Yo era el único que no estaba, dijo Marcelo.

—Alrededor de la cama se hallaban Esteban, que había venido de Tonkín para casarse, Francisco, Paula y la prometida de Esteban, Luisa Saudet.

—¿Y Margarita?

—No pudo venir, murmuró la viuda sin amargura, pero no sin tristeza. No le dieron permiso. Pertenece á Dios. No la hemos vuelto á ver desde que entró en el convento.

Los tres guardaron silencio, entregándose á los recuerdos. Alrededor de aquellos tres seres que pensaban en la muerte, la vida de las cosas palpitaba en el aire. Una hoja quemada por el sol, precursora del lejano otoño, se cayó del árbol, lentamente, como sostenida por la templada atmósfera. Con el dedo Paula la enseñó á su hermano.

—¡Ya seca!

Marcelo, saturado de melancolía, vió en aquella hoja un símbolo.

—Se ha secado en pleno verano. ¡Cuántas hay que caen en plena primavera!

Pensaba en la muerte temprana de su hermana Teresa; pensaba en él mismo, que muchas veces había visto la muerte de cerca. Pero pronto desechó este fúnebre presagio.

—Corta ó larga es preciso llevar la vida con valor. Así hizo mi padre; lejos de abatirme, su recuerdo me da nuevas fuerzas.

Y siguió interrogando:

—¿Esteban se marchó en seguida al Tonkín?

—Sí, dijo la madre. Ya te acuerdas del primer viaje que hizo con la comisión de la Compañía Lionesa encargada de trabajos de exploración y estudio. Entonces pudo convencerse de la riqueza de las minas y del suelo, y admirar las bellezas de aquellas costas salvajes. Se ha instalado con su esposa en la bahía de Along; ¿es así cómo se llama, Paula?

La joven aprobó con la cabeza y su madre siguió diciendo:

—Dirige la explotación de unas minas de hulla. Al propio tiempo, tiene unas plantaciones de tomates y unos arrozales. Francisco se le ha incorporado, lo mismo que tu primo Carlos, el hijo del tío Marcos. Les va muy bien: ¡Dios les bendiga! Esteban nos ayuda mucho.

—¿Y su mujer se marchó contenta?

—Luisa tiene tanta serenidad como valor. Se embarcaron ocho días después de su matrimonio. Ya tienen un hijo. Yo no le conozco y ya le quiero.

Paula añadió:

—Cuando se casó Luisa, fué un escándalo en Chambery. Todas las señoras compadecían á su madre. «¿Cómo deja usted marchar á su hija?» Le atribuían una imperdonable sequedad de corazón. La señora Saudet veía á Luisa feliz, y esta felicidad le bastaba. Las otras sólo pensaban en ellas mismas y en su tranquilidad; pues como dice el Sr. Dulaurens, *ante todo es preciso la tranquilidad...*

Un nombre pronunciado por casualidad en una conversación parece atraer la presencia de la persona nombrada. De estas coincidencias fortuitas ha nacido un refrán. Un coche atravesaba la verja y se internaba por la avenida de castaños; Paula reconoció al coche de los Dulaurens.

—Habían dejado de visitarnos, observó la señora Guibert poniéndose colorada.

Valerosa ante la vida, se volvía tímida ante la gente.

—Esto se lo debemos al héroe, dijo Paula bromeando con su hermano.

Se levantaron, saliendo al encuentro de los visitantes, cuando el coche salía ya de la avenida y pisaba la arena del patio. La señora Dulaurens bajó la primera, y aludiendo al capitán saludó á la señora Guibert diciéndole:

—¡Ah, señora, qué orgullosa debe usted estar de su hijo!

La señora Dulaurens se llamaba de Vélincourt de apellido y no lo olvidaba en ninguna circunstancia de la vida. Este título la autorizaba á considerar todas sus atenciones como altas mercedes, y á cubrir con su protección bondadosa los méritos y hazañas que deberían ser privilegio exclusivo de la aristocracia, y que por lo menos á ésta tocaba acaparar su prestigio celebrándolos ruidosamente.

Medio oculto detrás de su esposa, el Sr. Dulaurens hacía inútiles reverencias. Iba vestido de gris de pies á cabeza, desde los zapatos al sombrero. Su instinto había descubierto el color que más le convenía. Sentía una tímida admiración por su mujer, que se había casado con él, á pesar de su baja procedencia, á causa de una fortuna considerable, pero que le daba á comprender sin cesar, con su actitud, lo grande del sacrificio. Su matrimonio, de donde procedían su vanidad y sus ideas políticas, le obligaba á un profundo respeto hacia la nobleza, simbolizada, para él, en su arrogante esposa, alta y gruesa, de rasgos acentuados y dominadores, autoritaria y caprichosa.

Alicia bajó la última. Llevaba un traje de un azul pálido, encantador, como los tonos delicados del mar al amanecer, y aquel color, tan armónico con su rostro, realzaba más su radiante dulzura. Avanzó con aquella graciosa languidez que daba á su belleza un emocionante temor de fragilidad. En seguida Marcelo no vió á nadie más que á ella. Respondía sin gusto á los cumplimientos abrumadores, que su modestia y sentimiento del honor militar le hacían insoportables.

Sin duda alguna aquella visita era para él. El era la causa y el objeto. Aunque demostrando á la señora Guibert y á Paula cierta cortesía y hasta cierta amabilidad—cortesía orgullosa y amabilidad condescendiente de cuyos matices la madre no se dió cuenta, pero que no pasaron inadvertidos á la hija, más perspicaz y conocedora de la sociedad,—la señora Dulaurens, antes de Vélincourt, se dirigía constantemente á Marcelo, como si quisiera apoderarse de su gloria y llevársela en su coche.

—Pero á usted, acabó por decir, á pesar de que hace días que ha llegado, no se le ha visto por ninguna parte. Parece que quiere usted ocultarse, y esto no es su costumbre. Y si no, que lo diga el enemigo.

Decir *el enemigo* era un medio vago y cómodo de designar aquellos pueblos lejanos, cuyos nombres complicados no recordaba.

El Sr. Dulaurens, admirador sincero de la actividad y el valor ajenos, quiso acentuar la alusión de su esposa:

—¡Ah! Ha sido una campaña muy ruda. La imprevisión del gobierno... No debían ustedes estar muy tranquilos...

Esta última frase por poco hace soltar la risa á Paulina. Brotaba con tanta frecuencia de labios del

Sr. Dulaurens que le había valido el nombre de «El caballero Tranquilo,» uniendo en un solo mote sus pretensiones aristocráticas y su amor á la paz.

Su esposa siguió diciendo:

—Todos nuestros amigos desean conocerle. Ya sabe que mi casa está á su disposición, si quiere usted honrarnos con su presencia.

Y como si en aquel momento se enterase de la presencia de Paula, añadió:

—Lo mismo digo á su hermana.

Tolerarían á la hermana; aquella pequeña pausa lo daba entender perfectamente.

Fué Paula quien respondió:

—Se lo agradecemos mucho, señora, pero llevamos luto.

—Medio luto. A los diez y ocho meses, los jóvenes pueden empezar á salir, sobre todo por las tardes.

Y volviéndose de nuevo hacia el capitán, añadió:

—El domingo vamos á la batalla de flores de Aix. Venga usted con nosotros. Sólo para dar un paseo. Por la tarde comeremos en el Casino con unos amigos. Encontrará usted algunos compañeros, el conde Marthenay, teniente de dragones; el teniente Berlier que, según creo, es amigo de usted; que por cierto se casa, según dicen, con Isabel Orlandi, una verdadera belleza.

Dió esta falsa noticia que acababa de inventar, para herir á la orgullosa Paula que pretendía oponerse á sus proyectos. Las mujeres presienten, no sé cómo, por arte de adivinación, debido al deseo de agradar y de causar una molestia, las afinidades en virtud de las que los espíritus, los corazones ó los cuerpos se buscan y se escogen. ¿Acaso no hay algunas mujeres que, para animar una comida, colocan á sus convidados sospechando simpatías que á veces ellas mismas hacen nacer? La murmuración de la sociedad manifiesta una rara intuición y un espíritu analítico maravilloso; la mayor parte de las veces no se apoya en ninguna prueba positiva y ni siquiera presenta caracteres de veracidad; pinta los personajes al natural, seguramente con crueldad, pero siempre muy parecidos.

Al oir á la señora Dulaurens, Paula ni siquiera pestañeó, sea que supiese dominarse ó que aquella noticia le fuese indiferente por completo.

—¿Podemos contar con usted?, insistió la primera, como si quisiese oir la contestación solamente de los labios de Marcelo.

Alicia contemplaba dulcemente, con sus ojos del color del pálido cielo de Saboya, al joven oficial.

Paula con sus ojos sombríos también le miraba. Marcelo comprendió que la señora Dulaurens quería separarlo de su hermana, y guiado por el espíritu de familia que el doctor Guibert había inculcado á sus hijos, rehusó:

—Se lo agradezco mucho, señora. Mi regreso reanuda tristes recuerdos, y deseo no salir del Maupas.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos negros, mientras dos largas y vibrantes pestañas de oro cubrían los ojos azules entornados.

—Tiene necesidad de descanso, añadió la señora Guibert.

Alicia, que seguía mirando la arena del patio, dijo poniéndose colorada:

—Su padre de usted me curó. Otras veces usted venía á menudo á la Chênaie. Paula era mi mejor amiga. Es preciso que no nos abandonen ustedes.

Al alzar sus ojos azules, encontró la mirada de Marcelo, y sonrióse. Sus mejillas se pusieron de nuevo coloradas; el curso rápido de su sangre seguía los movimientos secretos de su corazón.

—Seguramente irán á visitarla, señorita, dijo la señora Guibert, algo sorprendida del silencio de Paula.

—*¿Señorita?* Antes me llamaba usted Alicia.

—Hace ya mucho tiempo. Entonces era usted muy niña.

—Aun casi lo soy.

La señora Dulaurens no podía convencerse del fracaso de sus gestiones. Su sueño dorado consistía en el éxito de sus *matinées*. Con el héroe de Madagascar pensaba vencer á su rival, la baronesa de Vittoz, que exhibía en sus salones á un explorador gotoso, que tomaba las aguas de Aix. Ella había comprobado las noticias dadas por Juan Berlier; la historia del joven capitán era brillantísima; su resolución y su audacia habían asegurado el éxito de una parte de la campaña. Su nombre citado varias veces en la orden del día, la condecoración y el tercer galón pregonaban su mérito. De modo que podía ser un gran adorno vanidoso para sus salones. Este género de celebridades seducía á la guerrera señora Dulaurens mucho más que reputaciones literarias y científicas. ¡Y además, ¿no era conveniente estimular al conde de Marthenay, que no se apresuraba á pedir la mano de Alicia?

—No quiero creer que rehuse usted, dijo, dando la señal de despedida. Así es que le esperaremos en Aix el domingo.

Y encontrando maquinalmente su primera frase de saludo á la viuda Guibert, repitió con un tono meloso que contrastaba con su carácter:

—¡Todas las madres la envidian!

Alicia se despidió con gracia especial de Paula, que se mantuvo fría. El coche había pasado la verja y aún seguía Marcelo mirando hacia la puerta desierta. En su absorción no se dió cuenta de que Paula le contemplaba con triste afecto.

—¿En qué piensas?, le preguntó ella.

Él volvió la cabeza, con sonrisa algo melancólica como comprendiendo su debilidad.

—¿No te parece que debemos ir á visitarles?, dijo, y quedó sorprendido del efecto de esta pregunta, pues la cara de Paula se ensombreció y sus ojos se velaron.

—¡Ya no te bastamos nosotras!, exclamó ésta.

En seguida se dominó, añadiendo con voz firme:

—Yo no pienso ir. No me han invitado.

—¿Cómo no? Dijo Marcelo.

—¡Oh! ¡De mala gana! Ya me lo ha dado á conocer la señora Dulaurens.

—Paula, ya sabes que yo no iré si tú no vas.

—Entonces no vayamos. Quedémonos aquí solos. ¡Nosotras te queremos tanto! ¡Somos tan dichosas guardándote para nosotras solamente! Quédate. Desde hace mucho tiempo la casa está silenciosa y llena de sombras. Pero tú has llegado y has hecho que entre en ella el sol.

—Sí, hijo mío, añadió su madre. Quédate con nosotras.

La frente de Marcelo se llenó de sombras. No le gustaba que ejerciesen presión sobre su independencia, y la soportaba malamente aun de las personas más queridas. Pero sobre todo se encontraba descontento de sí mismo. Acababa de regresar resuelto á aislarse en el Maupas para respirar, hasta la saturación, el perfume de su tierra natal y el recuerdo de sus muertos, dando de este modo un poco de alegría á su madre y hermana, y bastaba la visita de una muchacha para desbaratar todos sus proyectos, humillando su orgullo y su voluntad.

A pesar de las cariñosas instancias de su madre y Paula, guardó silencio. Ésta no pudo ver por más tiempo triste á su hermano, y dijo:

—Mira, tú puedes ir á la Chênaie. Pero yo no puedo acompañarte porque no tengo trajes para ello.

Marcelo contestó en seguida, revelando en su respuesta la persistencia de su deseo:

—Te los compraré, Paulita. Aún me quedan algunas economías.

—¿A pesar de lo que nos has mandado?, dijo la señora Guibert mirando tiernamente á su hijo, como si aún no hubiese podido acostumbrarse á verle tan cerca de ella.

Antes de acostarse, mientras la viuda se dedicaba con su paso lento á hacer su ronda cotidiana para convencerse de que la casa estaba bien cerrada, Paula, en el salón, á solas con Marcelo, vió que éste se absorbía de nuevo en extraños pensamientos; acercósele, apoyó dulcemente la mano en su espalda y dijo:

—¿Sueñas en la hermosa Alicia?

Estas palabras fueron pronunciadas tan cariñosamente, que él se sonrió.

—No, contestó, negando su flaqueza.

Pero en seguida la confesó, añadiendo:

—¿Verdad que es hermosa? ¿Es amiga tuya?

—Nos educamos juntas en el Sagrado Corazón. Es de mi edad ó tal vez algo más joven. En el colegio me profesaba un cariño de hermana menor, pues tiene un carácter dulce y tímido, y prefiere la iniciativa de las demás á la suya propia.

—¡Buenas cualidades para esposa!, dijo Marcelo, partidario decidido de la superioridad de su sexo.

Paula acarició con su mano la frente de su hermano.

—Alicia no es la mujer que te conviene.

Él protestó bruscamente:

—No he soñado nunca en casarme con ella.

Y la joven siguió diciendo, sin hacer caso de la interrupción:

—No tiene carácter. Y además no es de nuestra clase.

—¿Cómo que no es de nuestra clase? ¿Porque los Dulaurens son más ricos que nosotros? Afortunadamente en Francia no es la riqueza quien crea la posición social.

Paula sentía haber provocado el enfado de Marcelo.

—No es esto lo que quería decir. He querido decir que esta gente de la que hablamos entiende la vida de una manera distinta de nosotros. Para ellos es una feria continua, y confunden lo fútil con las cosas de verdadera importancia. Yo no sé explicarme, pero no he querido ofenderte.

—¿Quieres darme á conocer el mundo? ¡Antes de conocerlo ya pretendes juzgarlo!

Molestada por el tono de la voz de su hermano, Paula dejó salir la amargura de su tierno corazón.

—¿Crees, Marcelo, que no sé distinguir la mueca en una sonrisa y la mentira en unos labios? Sí, esta gente nos detesta y quisiera podernos despreciar. Te atraen á ti para lisonjear su vanidad, y nos rechazan á nosotras, á mamá y á mí, porque somos unas pobres mujeres. Alicia está destinada al conde de Marthenay y no á ti.

Sin la última frase, la indignación de Paula hubiese producido su efecto. Lo que ésta decía tan claramente, Marcelo lo había ya comprendido, aunque de un modo menos preciso. Su altivez y la ternura que por su madre y hermana sentía le hubiesen retenido. Pero la frase final borró todo lo anterior. El solo pensamiento de aquel oficial de salón, que echaban inopinadamente en su vida como un rival seguro de vencerle, despertaba sus instintos de lucha, conquista y dominación. Y tuvo celos antes de amar.

III

BATALLA DE FLORES

—¡Ahí están! ¡Ahí están!, dijo Juan Berlier señalando con la mano el extremo del hipódromo.

El hipódromo de Marlioz está á dos ó tres kilómetros de Aix-les-Bains, en la carretera de Chambery. Desde las tribunas, que ocupan uno de sus costados dando frente al monte Revard, la perspectiva es limitada y pintoresca: después de un primer término de verdes praderas, cortadas en diversos puntos por ligeras cortinas de álamos, la mirada choca bruscamente en los escarpados de aquella regular cadena de montañas, parecida á una antigua muralla, desprovista de gracia y belleza durante el día, y dotada de resplandores incomparables á los reflejos del sol poniente.

—¡Ahí están!, repitió Isabel Orlandi batiendo palmas.

En efecto, los coches adornados con flores llegaban para desfilar por delante de las tribunas, llenas de una brillante concurrencia. Al verlos, los espectadores pataleaban de entusiasmo, agitábanse como una jaula de locos ó un enjambre de laboriosas abejas, arrancaban á los vendedores ambulantes sus cestas llenas de flores, y preparando sus perfumadas municiones de guerra, se animaban á la próxima batalla con gritos y excitaciones inútiles de soldados marchando al asalto.

En la plena luz de aquel cielo sin nubes, el mágico cortejo avanzaba centelleante. Aún muy lejos, sólo se distinguían unas manchas luminosas, y de vez en cuando rápidos destellos lanzados por los brillantes arneses de los caballos y las charoladas ruedas de los coches al chocar con los rayos del sol. El cortejo se hacía más visible, y al proyectarse sobre el horizonte, espolvoreado de oro, evocaba, con su brillo y su riqueza, la imagen de una cabalgata oriental, el cortejo de los Reyes Magos pintado por un maestro veneciano apasionado del color.

En la gran tribuna y en primera fila estaban los Dulaurens y sus invitados, Juan Berlier junto á Isabel, Marcelo Guibert entre la señora Dulaurens y Alicia. Paula no había querido acompañar á su hermano, y éste, taciturno, en vez del espectáculo tornasolado que se desarrollaba ante sus ojos, veía los rostros de dos tristes mujeres, echaba de menos la paz y la dulzura del Maupas, y empezaba á conocer las humillaciones interiores que acompañan al amor.

La orquesta empezó unos bailables. Y á su ritmo ligero, apagado por las exclamaciones y las risas, empezó la batalla. Deseosos de tomar parte en ella, los que habían llegado tarde atravesaron corriendo el hipódromo, y pronto sobre la pradera sólo se vió una mezcla confusa de sombrillas y trajes claros.

Los primeros ramos fueron lanzados con languidez, por manos delicadas, á los niños—pajes exploradores de la primavera, flores encantadoras de la vida humana—que abrían la marcha. Chiquillos rosados, con los bracecitos desnudos, mecidos y llevados triunfalmente por unos borriquitos en grandes cestos rojos; jóvenes marineros blandiendo con energía remos de cartón en largas piraguas enguirnaldadas, arrastradas por caballitos argelinos, cuyas colas y crines flotantes semejaban indudablemente las encrespadas olas; chiquillas vestidas de color de rosa salían, cual pájaros maravillosos, de nidos hechos con hojas y flores: toda aquella gente menuda vigilada por hileras de niñeras se emborrachaba, cual Baco adolescente, con los aplausos, el sol, la música y la alegría.

Los coches que les seguían fueron lentamente des-

filando y tomando parte en la lucha, presentando los caballos al ser refrenados posturas llenas de elegancia. En los coches se destacaba toda la gracia del mundo: la belleza de las mujeres y el perfume de las flores. El alma de los saqueados jardines vivía aún en aquellos jardines en movimiento. *Charrettes,* tílburis, victorias, faetones, landós, *mails,* desaparecían bajo las flores y adornos de mil matices felizmente combinados. Grandes reinas-margaritas de un violeta de crepúsculo otoñal, margaritas blancas que encierran el secreto de presagios amorosos, campanillas rojas tocando á alegría, *cyclamenes* de color vinoso, que sólo se crían en el monte Revard, hortensias rosas y azul-pálidas, orquídeas de matices cambiantes como el corazón de los hombres, resplandecían en su desnudez victoriosa, mezclándose, para destacar más aún, á las exóticas hojas de las palmeras, á las rosas silvestres de los bosques frondosos, á las gramíneas tan delicadas y sensibles que el calor de un día marchita, á las cintas de todos colores cuyos artísticos lazos atestiguaban ágiles dedos de hadas.

Medio tendidas entre aquellos ricos despojos de jardines saqueados, las mujeres sonreían. Confiaban en la cruel voluptuosidad que emanaba de sus formas irreprochables para asentar su triunfo sobre aquel lujo maravilloso de la pródiga tierra. Sabían que eran ellas las flores soberanas, más seductoras que todas las otras, pues añadían á los inconscientes é inmóviles encantos de la naturaleza, la armonía del movimiento y el prestigio de la vida inteligente. ¡El tallo espléndido y esbelto de su cuerpo perfecto sostenía su cara, divino cáliz de belleza!

—¡Viva! ¡Viva!, gritaba la gente entusiasmada.

Y en esta aclamación se confundían los encantos de la tierra y de la mujer. Y una lluvia continua de flores unía el público de las tribunas con las triunfantes mujeres del cortejo, que pasaban en sus coches abrumadas por tantos homenajes, respirando el perfume del suelo y del aire, por encima de una alfombra de flores, bajo una lluvia de ramilletes.

El entusiasmo popular aumentó aún más cuando los espectadores vieron llegar la alegoría del Verano. Sobre una carroza de doradas ruedas, arrastrada por caballos blancos, se amontonaban las espigas en gavillas de oro realzadas por el rojo de las amapolas, rubíes de los campos. Jóvenes con trajes flotantes del color de la paja, y cuyas sueltas cabelleras bajaban en oleadas rubias por sus espaldas, semejantes á las vírgenes flexibles y delicadas que reprodujo Botticelli, simbolizaban, como aquel trigo maduro, la prosperidad y la dicha.

—¡El premio! ¡El premio!, exclamó el público, indicando al jurado que debía conceder el *estandarte principal* al carro de oro.

Isabel Orlandi y Juan Berlier derrochaban sus cestas de flores con alegre viveza. Ella llevaba un traje blanco, y su blusa medio recubierta por un bolero llevaba unos adornos que despedían reflejos anacarados. La alegría la embriagaba, y su piel morena al ponerse encarnada daba á conocer la aceleración de su sangre impetuosa. Los dos jóvenes reservaban sus ramos más pesados para unas cuantas viejas sacrílegas, que no temían deshonrar con su presencia el desfile de la juventud. Se les encuentra en todas las estaciones cosmopolitas, Niza, Monte Carlo, Aix: parecen siempre las mismas. Tratan de olvidar ó engañar á la muerte, y la llevan pintada en sus rostros, exhortándonos á saborear lo más de prisa posible esta vida, y recordándonos con violencia las injurias del tiempo. Una de ellas, en la que hicieron blanco, se aguantaba penosamente con las dos manos su sombrero ó su peluca, que los proyectiles habían logrado desequilibrar: los dos jóvenes se morían de risa.

Al lado de Alicia Dulaurens, cuyo traje violeta adornado de encajes blancos acentuaba su gracia vaporosa, Marcelo Guibert veía poco á poco fundirse su voluntad y huir su melancolía. Tantos colores y perfumes le envolvían y ablandaban. Sólo veía flores en el nuevo camino de su vida. Sin embargo, de vez en cuando se presentaba á su memoria alguna visión singular, un claro paisaje de su infancia, algún valle sombrío de las colonias, y echaba de menos las imágenes de sus antiguas energías que trataba inútilmente de retener. ¡Cómo entretenerse en evocar las huellas del pasado cuando el presente tiene tantos encantos! Contempló, no sin la noble tristeza que acompaña á la pasión naciente cuando va revestida de ternura, la nuca luminosa de la joven, inclinada hacia adelante para seguir mejor sus ramos mal dirigidos, y admiró el brillo de aquella blanca piel.

Alicia se volvió hacia el joven, cuyo silencio la afligía, y una sola mirada de sus celestiales ojos purificó los pensamientos de Marcelo. Con su manecita señaló la cesta medio vacía:

Alicia bajó la última

—Ahí tiene usted flores. ¿Por qué no las echa?

Dijo estas sencillas palabras ruborizándose, exceso de pudor que aumentó su belleza.

El carro alegórico del Verano se iba alejando, y detrás de un coche coronado de verbenas y rosas avanzaba el break del regimiento de dragones de guarnición en Chambery, artísticamente adornado con brillantes girasoles y ramos de junquillos. Entre los oficiales de uniforme, sólo el teniente Marthenay, con la elegancia algo maciza que indica el ocaso de la juventud, estaba de pie. En la mano llevaba un ramo de orquídeas raras y magníficas. Visiblemente buscaba á alguien en las tribunas. Cuando vió á Alicia Dulaurens, sonrió, se inclinó saludando y empezó á marcar el impulso que debía llevar hasta ella aquel ramo de flores. La audacia con que señalaba en público á la joven molestó á Marcelo Guibert, que metiendo la mano en la cesta de flores, y con rapidez eficaz, lanzó á su rival una bala perfumada. La dirección estuvo bien calculada, pero no así la fuerza. El ramo dió en pleno rostro, en plena sonrisa, al teniente, quien, desconcertado, dejó caer sus preciosas orquídeas al suelo, de donde las recogió en seguida un vendedor de flores. Marthenay, lleno de cólera, miró á la tribuna, y lo primero que vió fué á Isabel Orlandi aplaudiendo y gritando:

—¡Buen blanco! ¡Vivan los tiradores!

Juan Berlier le hacía coro, divirtiéndose al verla tan alegre. Marthenay no se entretuvo con sus burlas y siguió escudriñando la tribuna. Por fin, junto á Alicia, algo detrás de ella, vió el rostro altivo y desdeñoso de Marcelo Guibert. Y al exaltarse en su furor y despecho el coche se alejó.

Cada vez que pasaban por frente al grupo de los Dulaurens veía á Alicia hablando con su rival, prescindiendo de la batalla, una Alicia transfigurada, absorta. Y cada vez Isabel y su *flirt* tenían el placer cruel de interrumpir sus observaciones acribillándole de flores. Tenían la ventaja de la posición y se habían ejercitado toda la tarde.

Al final apareció en el cortejo un coche que nadie esperaba. Todo adornado de cañas con sus espigas rojo-escarlata, rojo-cobre y rojo-naranja, que por su forma y color parecían llamaradas, el automóvil de Clemente Dulaurens apareció resoplando, jadeando y temblando. A la luz del sol presentaba reflejos de incendio.

Era el primer automóvil admitido en el concurso, y no fué apreciado. Su olor apestante dominaba el perfume de las flores. Y el ruido desagradable que acompañaba á la trepidación de su marcha acabó de atraerle la hostilidad del público, á pesar de las protestas de indignación de algunos *amateurs* del nuevo *sport.*

—¡Envenenador público!

—¡Que se vuelva á los infiernos!

—¡Al fuego! ¡Al fuego!, gritaban todos, insultando á aquel brujo de las flores incendiadas.

Ante aquella grita, el joven no se obstinó en conquistar favores tan difíciles. Tuvo la prudencia de abandonar el desfile, y tomando por en medio del hipódromo, completamente libre, soltó el freno á su bestia mansa y veloz. A toda velocidad marchó aquel carro de llamaradas, saliendo como un cohete y desapareciendo entre los resplandores del sol, no sin oir lejanas aclamaciones que saludaban la potencia incomparable de su máquina y su belleza especial de meteoro.

Por monotonía ó cansancio la batalla fué poco á poco apagándose. Los vendedores de flores ofrecían en vano su mercancía á bajo precio. Mecidos sobre los borriquitos, los chiquitines, siempre alegres, eran los únicos que se divertían con la repetición del espectáculo. El jurado, viendo llegar el fastidio, se apresuró á distribuir los estandartes.

La noche empezaba á descender sobre la llanura de Marlioz. Tonos delicados, mezcla de rosa, violeta y oro, cubrían el horizonte de un polvo impalpable. Y guardando para ellas solas todo el resplandor del astro desaparecido, las rocas del monte Revard se cubrieron de un rojo ardiente, de tales reflejos de vida, que parecían estremecerse de gozo en aquel baño de luz.

Al abandonar la tribuna siguiendo á Alicia, Marcelo se quedó suspenso al ver aquel espectáculo de la naturaleza. La joven se volvió para llamarle y quedó sorprendida de la expresión de dicha que reflejaba su cara. Marcelo veía en su alma una idéntica sobreexcitación de todas las fuerzas vitales, y glorificaba la vida.

Los Dulaurens y sus invitados subieron en el *mail* que les esperaba en la carretera, y les condujo á Aix-les-Bains.

La noche de la fiesta de las flores se acostumbra á comer al aire libre en el Casino ó en la Villa, cuando lo templado de la atmósfera lo permite. Los restaurants invaden los jardines, y sobre los pisoteados céspedes se levantan innumerables mesitas cuyas lámparas con pantallas de todos colores brillan entre los árboles cual fantásticos gusanos de luz.

Armando de Marthenay, convidado á comer por la señora Dulaurens, se reunió con ellos en el gran *hall* del Casino. Habían mandado reservar una de las mesas más buscadas y abrigadas, al borde mismo de la terraza, para que no molestase á Alicia el aire fresco que al anochecer sopla en la montaña.

El teniente de caballería estaba de muy mal humor. No había podido digerir su fracaso de la tarde. En cuanto vió á Marcelo Guibert se acercó á él decidido.

—Usted confunde el juego con la guerra.

Marcelo se irguió. Mucho más alto que Marthenay, le miró por encima del hombro y dijo:

—Y usted confunde el respeto con la cortesía.

Por el tono del diálogo, la señora Dulaurens temió una tormenta y se acercó. El título de uno y la fama del otro se contrabalanceaban en su alma: su vanidad exigía la presencia de los dos oficiales.

Marthenay, no pudiendo quejarse de ninguna incorrección, buscaba un pretexto para reñir, cuando Isabel Orlandi corrió cual un torbellino y salvó la situación algo comprometida.

—¡Juan! ¡Venga usted de prisa! ¡Ahí está el dragón!

Y con sus maneras, jamás reprimidas, de niña mimada y mal educada añadió:

—¿Quiere usted dejarme ver la cara?

—¿La cara?, dijo el teniene palideciendo.

—¡Un momento nada más, nada más que un momentito!

Se puso á mirar con atención la cara del teniente, y volviéndose al público exclamó:

(Se continuará.)

LAS PLANTAS ARTIFICIALES

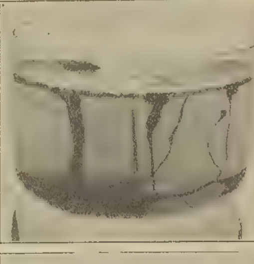
El Dr. Stephane Leduc, distinguidísimo físico de la Escuela de Medicina de Nantes, y sus plantas artificiales, llaman actualmente en alto grado la atención de los hombres de ciencia de todo el mundo; mas como acerca de dichas plantas se han emitido muchos conceptos equivocados, conviene poner las cosas en su verdadero punto, que es lo que vamos á hacer en pocas líneas, que servirán de explicación á los grabados que ilustran esta página y que son reproducción directa de fotografías facilitadas por el propio M. Leduc.

¿Cómo obtiene éste sus plantas artificiales?

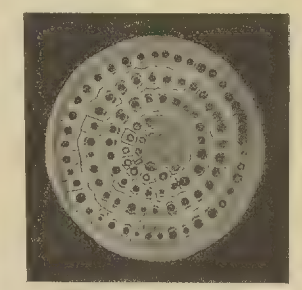
He aquí explicado en pocas palabras el procedimiento por él empleado. Primeramente se fabrica una semilla, tomando dos partes de sacarosa ó de azúcar y una de sulfato de cobre, reduciéndolas á polvo, mezclándolas y tomando una pulgarada de la mezcla, á la que se añade un poco de agua para hacer de ella un gránulo. Aparte se prepara un medio de cultivo formado con agua á la que se añade ferrocianuro potásico (2 á 4 por 100), cloruro sódico (1 á 10 por 100) y gelatina (1 á 4 por 100). Una vez bien disueltas todas estas materias, se vierten en un tubo ó en un pequeño cristalizador y se echa en el líquido la semilla artificial. Al cabo de algunos minutos (y no hace muchos días un público numeroso ha podido ver ese fenómeno mediante proyecciones luminosas), la semilla se hincha, como una semilla natural, se alarga, forma una punta dirigida hacia arriba, y al fin se prolonga en una especie de tallo, ó en varios tallos (hasta 15 ó 20) que pueden alcanzar una longitud de 25 ó 30 centímetros, si el tubo es bastante largo. Vista de lejos, esa planta artificial se parece enteramente á una planta acuática, á una sagitaria, por ejemplo, y presenta apariencias de tallos y de raíces, expansiones que parecen hojas é hinchazones con aspecto de frutos. Y cuando el extremo superior del tallo llega á la superficie libre del líquido, hace lo mismo que tantos otros tallos de plantas acuáticas: en vez de continuar subiendo, se extiende y forma como hojas flotantes.

Cuando en lugar del cultivo en altura se practica el cultivo en recipientes anchos y poco profundos, las apariencias son distintas, formándose entonces una especie de algas y á veces de hongos. Nada hay más variado, nada que mejor recuerde ciertas formas de la vida.

Y sin embargo, nada de esto es vivo; no hay en ello vestigio de materia viviente del protoplasma y de sus complejos albuminoides; no hay más que los productos químicos antes mencionados, que, puestos en presencia unos de otros, obran unos sobre otros en virtud de las leyes de la física y de la química. Fórmase una especie de membrana de cianuro de cobre impermeable al azúcar que está en el interior, pero permeable al agua de la solución; el azúcar atrae el agua y de aquí el alargamiento de la célula en filamentos ó tallos, y si en la superficie se observan sólo desarrollos en extensión, es simplemente porque las condiciones, en este caso, no permiten otra forma á la membrana, en cuanto deja de estar sostenida por el agua.



Cultivos de semillas artificiales en tubos y otros recipientes



Tejido de células artificiales

Nada de esto vive, pero tiene la apariencia de nutrición y de crecimiento, ya que las plantas artificiales se estiran.

La planta artificial es, como la verdadera, sensible á la acción de los venenos, y la temperatura influye considerablemente en su desarrollo. Y del mismo modo que dos partes vegetales ó animales pueden soldarse por injerto, dos partes de planta artificial pueden también juntarse.

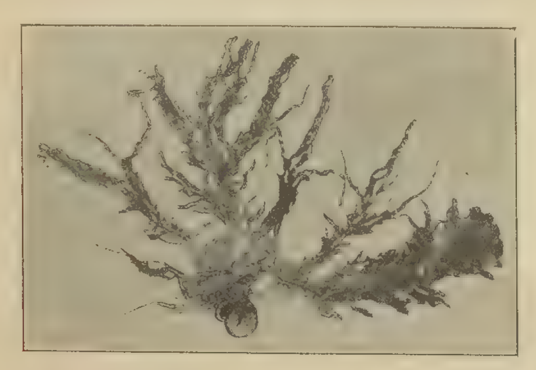
Esas plantas, que no tienen vida, conocen, sin embargo, la muerte; al cabo de cuarenta y ocho horas están en plena vejez y ya no crecen más; sus paredes se espesan, cesan las reacciones y el conjunto no tarda en liquidarse.

Con otras fórmulas pueden conseguirse otros fenómenos; M. Leduc ha conseguido, por ejemplo, células líquidas en un medio líquido que presentan la segmentación, la división en células más pequeñas en el interior de la célula primitiva.

Nada de esto vive, por supuesto, mas no por esto dejan de ser interesantísimos esos experimentos que demuestran la existencia de una correlación evidente entre la forma de las plantas y la naturaleza física del medio. Desde el momento en que comprobamos que la planta viva adopta ciertas formas en un medio y otras en otro medio distinto, deducimos de las investigaciones de M. Leduc que la vida en sí para nada interviene en ello, y que la planta, la verdadera, la natural, se limita á obedecer las leyes físico-químicas que rigen la materia inerte.

Cuando observamos en las células artificiales líquidas de M. Leduc fenómenos internos iguales á los que se realizan en la célula viviente, en el huevo fecundado, por ejemplo, y que los naturalistas se veían obligados á aceptar sin comprenderlos, necesariamente hemos de admitir que la causa que obra en el caso de las células vivientes ha de ser evidentemente la misma que la que obra en el caso de las células artificiales. En una palabra, la influencia de las leyes físico-químicas es mucho mayor de lo que hasta ahora se creía; y hechos que, al parecer, sólo podían ser resultado de la acción de una fuerza misteriosa, «la vida,» son evidentemente el resultado de fuerzas no vitales, de fuerzas físicas y químicas.

Los fenómenos estudiados por M. Stephane Leduc habían ya llamado la atención de algunos fisiólogos. Así, en 1867, un médico alemán, Traube, había conseguido la formación de vesículas cerradas, capaces de crecimiento, mediante el empleo de la gelatina y del tanino, y esos primeros experimentos habían sido comprobados por otros experimentadores; pero nadie hasta ahora había hecho estudios tan completos como los realizados por el sabio catedrático de Nantes, que han despertado gran interés en el mundo científico.—V.



Crecimiento de una célula artificial en forma de alga

Crecimiento de una célula artificial con terminaciones en engarces

MARRUECOS. – SI GUEBBAS, MINISTRO DE LA GUERRA (×), ACAMPANDO CON SU «MEHALLA» EN LAS INMEDIACIONES DE TÁNGER. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

Por fin parece que el Maghzén se ha decidido á acabar con el estado de anarquía que de mucho tiempo á esta parte reinaba en Tánger y en sus inmediaciones, y á poner término á las fechorías de Er Raisuli, el famoso bandido que, gracias á su osadía y á la indolencia del gobierno jerifiano, se había hecho nombrar bajá de aquel territorio y ejercía allí su poder omnímodo con la complicidad ó, á lo menos, con el asentimiento del sultán.

Para ello no se ha necesitado más que la firme voluntad de las potencias de llevar á cabo los acuerdos de la conferencia de Algeciras, voluntad manifestada por la presencia en la bahía de Tánger de algunos buques de guerra franceses y españoles con tropas de desembarco.

El Maghzén, comprendiendo que ahora la cosa iba de veras, ha enviado á Tánger dos *mehallas*, con un total de unos tres mil hombres, que, después de juntarse en El Kasar el Kebir, hicieron el día 27 de diciembre último su entrada en aquella ciudad, de la cual habían salido poco antes Er Raisuli y sus partidarios, refugiándose en Zinath.

Al día siguiente el Guebbas, ministro de la Guerra que manda las mencionadas *mehallas*, dirigióse con su estado mayor á la gran mezquita, en donde dió lectura de la siguiente carta del sultán:

«Alabanza á Dios único, etc. Nuestros servidores que habitan en las tribus del Fahs nos han dicho que Raisuli ha cometido excesos é injusticias; además, ha traspasado el límite de sus atribuciones y maltratado á las gentes puestas bajo su autoridad, interviniendo en asuntos que no son de su incumbencia. Es un embustero y un impostor. Hemos creído que no merece nuestra confianza y hemos decidido destituirle de sus funciones y reemplazarlo por Ben Ghazi. Ordenamos que no se dé oídos á ese maldito que provocó incidentes perturbadores de la seguridad y que obligarían á las potencias unidas á nosotros á romper sus relaciones, cosa que no queremos ni podemos tolerar. Por estas razones os pedimos que no escuchéis á ese corrompido y os hacemos saber que nos disponemos á castigarle.»

Respecto de los ulteriores propósitos de Raisuli, se ha dicho que quería proclamar la guerra santa, y no ha faltado quien le ha atribuído la intención de acogerse al pabellón de Alemania; pero no es verosímil siquiera que Alemania se preste á esto último, ni es fácil que el bandido encuentre fuerzas bastantes para declarar la guerra santa contra la voluntad de su soberano.

Es, pues, de esperar que las potencias podrán en adelante realizar con facilidad relativa su misión civilizadora, y que antes de poco se habrán implantado en el imperio marroquí las reformas que han de hacerle salir del estado de barbarie en que hasta ahora ha vivido y que constituía una vergüenza para las naciones cultas que, pudiendo evitar tal estado de cosas, lo toleraban. – R.

Barcelona. – «El gallo del pobre.» Distribución de comestibles entre familias necesitadas, hecha por la Asociación Barcelonesa de Beneficencia, con motivo de las últimas Navidades. (De fotografías de A. Merletti.)

La Asociación Barcelonesa de Beneficencia ha realizado durante las pasadas Navidades una obra tan buena como simpática, á la que bautizó con el significativo título de «El gallo del pobre.» Comprendiendo que, si es siempre oportuna y meritória la práctica de la caridad, mucho más ha de serlo en esas épocas de fiesta y de regocijo en que más tristemente resalta la diferencia entre los favorecidos por la fortuna y los desheredados, allegó recursos para repartir entre gentes menesterosas algunos comestibles que les hicieran participar de la alegría general propia de esos días en que el mundo cristiano conmemora el nacimiento del Salvador.

Efectuóse el reparto en el teatro Nuevo Retiro, en la mañana del 24 de diciembre último, y fué un espectáculo verdaderamente emocionante el que ofrecía aquella multitud de gentes humildes que acudían á recoger los regalos que les distribuyó una comisión compuesta de los Sres. Rogés, Soler y Planas, pertenecientes á los Coros de Clavé.

Habíanse repartido 2.000 bonos, á cada uno de los cuales correspondieron raciones de arroz, mortadela, ternera asada, turrones, naranjas y dos panes de á libra.

Gracias á «El gallo del pobre» muchas familias necesitadas han podido solemnizar la Nochebuena. Los iniciadores de esta obra merecen el aplauso de todos y la ayuda de quienes sólo con desprenderse de un poco de lo que les sobra pueden proporcionar á muchos algo de lo que les falta.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 14 de enero de 1907 — Núm. 1.307

EL PINTOR FLAMENCO JAN STEEN (1626-1679), retrato pintado por él mismo

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia, quizá por vigésima vez, se habla ahora de una huelga..., ¿huelga de qué? ¿De metalúrgicos, de carpinteros, de mineros? No; de... *propineros*, ó sea del público que da propina..., que es casi todo el público de todas partes, por lo menos donde yo he tenido ocasión de ver público. Este buen público, manirroto é indiferente, da propina como da limosna, y tarde se corregirá de sus hábitos, así le prediquen frailes descalzos y calzados periodistas.

***

Los raciocinios de los enemigos de la propina no dejan de hacer fuerza y convencer. Las propinas, en la actual organización de hoteles, restoranes y cafés, son en resumidas cuentas para los dueños, no para los servidores. En efecto, el importe de las propinas está calculado, descontado de antemano, y permite á los industriales tener gratis el servicio, lo cual supone un tanto por ciento no despreciable agregado al beneficio de su industria. Si no se dieran propinas, los dueños de los citados establecimientos tendrían forzosamente que pagar sueldos, y eso menos ganarían en su negocio. Les viene muy cómodo eso de que el parroquiano abone directamente, sobre el precio del consumo, la soldada de la servidumbre. Según leo en un diario francés, hasta hay dueños que, encontrando excesivo el fruto de las propinas, recogen ellos, para sí, una parte, dejando á los servidores otra, muy suficiente.

***

Una anomalía se observa también en la costumbre del propineo: y es que, al hacerse habitual, pierde toda su lógica y su eficacia. La propina es ó debe ser un estímulo al buen servicio, y deja de serlo cuando se da igualmente al que ha servido bien y al que ha servido medianamente ó mal. Convertida la propina en obligación, en carga, en deber ineludible del parroquiano, carece de fuerza y hasta de interés.

No tenéis sino ver con qué especie de desdén son recibidas las propinas habituales en barberías, cafés y otros establecimientos análogos. Convencidos los que las reciben de que se faltaría á todos los respetos si no se les diesen los 0,25 ó los 0,50 de cajón, ni los miran, ni se toman la molestia de hacer leve demostración de agrado. Sin embargo, esa propina desdeñada representa, además de un lucido sueldo, un fuerte tanto por ciento sobre el valor del servicio prestado ó del consumo efectuado. Sólo forzando la nota, pagando hasta la peseta, se obtiene una demostración de agrado y de gratitud. En este punto los mendigos están más dentro de su papel: el *perro chico* arranca la misma retahila de bendiciones que el *gordo*.

Los cocheros de punto *baten el record* (¡qué bárbara oración!) en materia de tiranía de la propina forzosa. ¡Ay del que no les dé, y ay del que no les dé aquello que juzgan merecer por su trabajo, aparte de la tarifa!

Sobre todo, cuando es una señora la parroquiana, el cochero de punto abusa de la nota del gruñido displicente, la voz ronca y avinada, el gesto torvo, la frase autoritaria, desgarrada y chulapona, el movimiento brusco y violento, la nerviosa presión de la empuñadura de la fusta, y el revolverse agitado en el pescante, como el tigre en su jaula. Todo ello (aun que parezca mentira, pues al cabo las moscas se cazan con miel) es una estrategia para reforzar la propina en ciernes. La tímida señora, deseosa de amansar al ladrador cancerbero, aflojará el portamonedas, en su instinto de miedo al hombre y de convencimiento de que todo hombre tiene derecho á ser mal engestado, exigente y colérico. Y ni aun después de la oblación de la peseta conseguirá una sonrisa en la adusta faz, divorciada de la navaja del barbero desde hace una semana.

***

De todas las propinas, la más inexplicable es sin duda, en la mayoría de los casos, esta del cochero de punto. ¿Qué especial complacencia la motiva? A menos que se le ordene expresamente forzar la marcha, caso poco frecuente, en lo normal el cochero no hace sino depositar tras de la oreja la colilla, arrear lánguidamente al penco, y partir del punto de espera al punto de destino, procurando, si el coche va por horas, tardar lo más posible. El mozo de café puede atender mejor á un parroquiano que á otro; puede servir el negro líquido de bellotas con chorreo, la leche con magnificencia y con largueza el azúcar; no hablemos del tiempo de las gotas; en eso cabían todo el favor y distinción del mundo; pero el auriga, ¿qué género de amabilidad ha de desplegar con sus víctimas? Por eso se atiene á lo contrario: á la intimidación, al enojo.—Además, el mozo de café es un amigo del parroquiano: le conoce de verle allí muchas tardes, sentado ante la misma mesa; le ha escuchado perorar; tal vez le ha manifestado, en calurosa frase, ardiente simpatía hacia sus ideas políticas; tal vez le ha reído los chistes; le ha proporcionado papel y sobres para escribir á la novia; le ha adelantado un duro; le ha buscado la cajetilla de la marca preferida... Es natural que la propina engruese. Al auriga, en cambio, se le ve una vez y sólo casualmente se le vuelve á encontrar. La propina del auriga es una caza, mientras la del camarero es una dulce y pacífica pesca.

***

Estamos en el período del año en que más les convendría á los propineros declararse en huelga. En Navidad y Pascuas, como nadie ignora, se pide propina al Verbo, y si hoy viviesen los sayones que sacrificaron al Niño que acaba de nacer, capaces serían de enviarle al cielo una tarjeta, escrita en versos macarrónicos, pidiéndole aguinaldo.

Se devana uno los sesos para averiguar en qué se funda la pretensión de aguinaldo de un sinnúmero de pedigüeños que, además de atentar á la bolsa, atentan á las campanillas de las casas, y las descomponen y estropean malamente, obligando á recurrir al electricista para que repare el desperfecto. Piden aguinaldo los poceros del Ayuntamiento, los faroleros, los barrenderos, los mensajeros de las tiendas donde compramos, el mozo del carnicero y el del pescadero, el chico de la lechera, los cobradores de infinitas casas, los dependientes de un sinnúmero de establecimientos, la niña del taller de la modista, el criado del esterero, el golfo del continental, el de la agencia de transportes, el faquín del tren y el de los carros de mudanzas..., aunque habitéis en la misma casa desde hace veinte años. Claro es que mucha gente de la así asaltada cierra el bolsillo; pero siempre hay algunas personas, en toda una calle, que por no decir que no, por no pasar plaza de roñosas, por darse el fácil gusto de contentar á otro con desembolso realmente insignificante, sueltan el aguinaldo.—Y así se arraigan las costumbres inexplicables, que año tras año adquieren pátina de tradición.

***

Hay unas propinas vergonzantes y de buen tono, que se esconden bajo el nombre decoroso y bien sonante de *gratificaciones*. Estas caen en la bolsa de gente muy considerada, muy burguesa, á quien estrecháis la mano, y á quien casi pedís excusas por la remuneración de su servicio. La propina, entonces, pierde casi siempre su forma de moneda contante, se avergüenza de ser gratificación y toma nombre de *obsequio*. Empieza en el obsequio comestible y acaba en el obsequio de joyería ó de relojería, sin hablar de otros obsequios á los cuales no quiero ni referirme, porque son demasiado señalados y se citarían al punto los nombres de obsequiados y obsequiantes..., con las circunstancias peculiarísimas que determinaron el rasgo de esplendidez.

Existen clases sociales sometidas á la tiranía del *obsequio* y que deben frecuentemente renegar de él. Ahí están, verbigracia, los médicos, los abogados, los cantantes y actores en día de beneficio, los maestros y catedráticos el día de su santo, los curas de aldea en Pascuas, *etcétera*. A los médicos se les llena la casa de mil chucherías muy útiles: pureros, juegos de pescado, cajitas con tenedores de ostras que parecen hechos de papel de envolver bombones, platos *repujados* de cinc, cuadros de un colorido que muerde, con marcos de moldura alemana que pega, figuritas de barro pintado de un modernismo que arranca lágrimas, y otras mil maravillas de la moderna industria. Verdad que suelen enviarles también jamones, perdices, botellas de Champagne y agasajos infinitamente más racionales; y con esto van tolerando lo otro. Los actores son, en este punto, desgraciados: parece que los amigos escogen, para enviarles, lo que de nada absolutamente sirve, y lo que además estorba (sin tener en cuenta la vida forzosamente trashumante que al actor impone su profesión). Rosell, el muy gracioso característico de Lara, me dijo que, no sabiendo ya dónde colocar los *obsequios* consabidos, recurría á colgarlos del techo. Tanto barómetro caprichoso, tanto termómetro coquetón, tanto muñeco de loza, tanta jardinera, tanta relojera, tanta petaca, deben de inspirar deseos de recurrir al cesto del trapero ó á la casa de empeños, como arbitrio supremo de salvación. Y en las casas de empeños paran, de fijo, innumerables obsequios del género solemnemente embarazoso.

Siempre que leo en los diarios que el camerino de una actriz ó de un actor estaban atestados de regalos y convertidos en jardín, acude á mi mente la idea de algo sensato, que justamente por sensato no se hará nunca; publicar en los periódicos, dos días antes, una circular invitando á los amigos y obligados del actor ó de la actriz á asociarse para ofrecerle un obsequio colectivo, de verdadero coste é importancia, en vez de cincuenta ó sesenta chucherías arrojables al polvero, caras para el que las adquiere, sin valor para el que las recibe. Una cuota modesta, reunida y empleada en un objeto serio y sólido, joya ó pieza de plata, permitiría dejar al artista un verdadero recuerdo grato y hermoso de la noche de su beneficio.

Sé de una ciudad donde ya este pensamiento se realiza, aplicado á los regalos de boda. Al casarse una persona conocida, se reunen sus amigos, y contribuyen con pequeña suma, menor seguramente de la que habrían de desembolsar si regalasen cada uno por su lado. De los asociados, el más inteligente en modas ó en arte escoge el objeto, lo compra y lo envía en nombre de todos. Y así, los novios, en vez de recibir una veintena de baratijas rompibles y deleznables, reciben una magnífica bandeja de plata, ó un juego de tocador del mismo metal, ó una bonita alhaja, ó un mueble rico.

***

Si este sistema se plantease, perderían mucho los bazares y las tiendas de flores, que son el recurso de los regaladores sin imaginación y esclavos de la rutina. Y este sistema, que en sí ya es tan ventajoso, podría serlo más, perfeccionándolo; destinando cada año una semana á comprar los obsequios previstos y seguros que han de hacerse en los trescientos sesenta y cinco días del año mismo. En efecto, oiréis á todo bicho viviente que se agita en sociedad quejarse de la prisa con que se tienen que «buscar» los obsequios. Muchas veces, por la prisa, se hace el regalo al otro día del santo ó del beneficio, cosa deslucida realmente. Los asociados procederían de otro modo: comprarían, del 1.° al 15 de enero, algo muy bien elegido, muy serio, muy elegante, y llegado el momento no tendrían más que enviarlo, por un mozo que se ganaría una sola propina, en relación con el envío, sin tener que temer la frase desdeñosa: «La propina vale más que el regalo...»

Y termino, lectores, deseando que no os agobien excesivamente con peticiones de propinas y aguinaldos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

...paseó la mirada por el hermoso panorama ofrecido por una ciudad magnífica

¡POR UNA COLILLA!, POR MARIANO TURMO

Despertó Chisquet cuando los primeros rayos de un sol espléndido acariciaron las espaldas del niño, vueltas al mar en el hueco de recios tablones apilados en los muelles del puerto de Barcelona, y al despertar sintióse acometido de nuevo por la comezón de un deseo que brotó en su débil cerebro al sentirse deslumbrado, horas antes, por los destellos del potente foco que irradiaba resplandores desde la cumbre del Tibidabo.

Nacido Chisquet en una de las calles más angostas de la ciudad marítima, criado á su antojo sin obedecer otros mandatos que á los imperativos de la voluntad, limitó sus aspiraciones al conocimiento perfecto y al uso sin tasa ni medida de cuantos rincones, bancos, árboles y adoquines servían de obstáculo, mejor que de adorno, en las rectas y no muy bien olientes calles del populoso barrio de los pescadores; así es que cuando crecido el rapaz en tamaño y en arrestos pidiéronle los ojos nuevos panoramas en los que recrear la vista, y las piernas otras tierras para medir á fuerza de zancadas en largas y frecuentes escapatorias, bastóle poner los pies en las calles anchurosas de la ciudad nueva para que se creyese transportado por arte de encantamiento á países lejanísimos, que ni en sueños dieron fe de presencia en la mezquina imaginación del chicuelo.

Pero como el afán de saber, lo mismo que las comezones del cuerpo, más se desarrolla cuanto más se le atiende, la curiosidad de Chisquet crecía en la misma medida que sus prodigiosos descubrimientos, y como no le bastasen sus paseos por las calles aristocráticas de la población antigua, ni sus correrías por las amplísimas del ensanche, pensó extender las escapatorias á más lejanos dominios, y el primero en el que puso el deseo fué la elevada cumbre que, de noche, cuando el rapazuelo buscaba abrigo por los rincones del puerto, parecía burlarse de él guiñándole el ojo brillante de su poderoso reflector.

* * *

Por esto, apenas el primer rayo de sol fué á posarse sobre la desnuda nuca de Chisquet, saltó éste del hueco de tablas que era su ordinario albergue, desperezóse alegremente, acometiéronle otra vez y con más fuerza las tentaciones de su aventurero deseo, y sin más preparativos que un rápido frotamiento en los ojos para limpiarlos de legañas, y unos cuantos bostezos, de cara al mar, con el objeto de tragarse á guisa de desayuno algunas bocanadas de fresca brisa, emprendió la caminata sin apartarse del sendero trazado por los rieles del tranvía, que á la hora aquella lanzaban brillantes destellos, producto del choque del sol con el rocío.

Chisquet, empujado por las vehemencias del deseo, que en los niños, como en los hombres, acompañan siempre á las grandes empresas, corría mejor que andaba por las simétricas calles de la ciudad, acortando el paso tan sólo si, al obedecer á las tentaciones de su único vicio, ponía la vista en el suelo con el cuidado del que busca un objeto perdido, y deteniéndose únicamente al tropezar la mirada con alguna sucia colilla, en la que, después de encendida merced á la complacencia de cualquier transeunte, daba el rapaz tres ó cuatro chupetones con deleite inefable.

Así corriendo y fumando llegó Chisquet al pie de la montaña, y se dispuso á escalarla en línea recta, mofándose de caminos y sendas, y no riéndose de los coches del funicular que á sus pies subían y bajaban sujetos á recio y tirante cable, porque aquel mecanismo hízole el efecto de un delicioso juego de niños.

Por fin vióse en la cumbre, y sin dar descanso al cuerpo ni sosiego al espíritu, paseó la mirada por el hermoso panorama ofrecido por una ciudad magnífica que no contenta con vencer al mar en la lucha por la playa, subíase por las vertientes de la montaña para contemplarse gozosa desde espléndidos miradores.

Abajo el caserío con apariencias de cantera inmensa, las calles rectas y arboladas con aspecto de zanjas, las altas chimeneas desapareciendo en el macizo, la mole de Montjuich trocada en simple accidente del terreno; todo empequeñecido, todo tristón, todo gris. Frente el mar, un mar á franjas teñidas con todos los matices del azul, en las que bogaban las pequeñas lanchas pescadoras á impulso de blanca y remendada vela. A derecha é izquierda, el llano fecundo, la tierra dividida á cuadros, en los que se descubrían todas las gradaciones del verde, y de trecho en trecho, casas sueltas, casas agrupadas, torres, masías, palacios...

Chisquet vió todo aquello, y la comparación de su pequeñez con tanta grandeza hizo asomar al rostro del pilluelo un gesto de disgusto. Admiróse de que hubiera tanto mar, tanta casa, tanta tierra; aspiró á pulmón lleno un aire puro que hízole el efecto de riquísimo aperitivo; dióse á pensar que si las cosas se achican de tal modo con la altura, el subir demasiado debe ser una desgracia como otra cualquiera; y el goce sentido en aquel instante llevóle al extremo de acariciar la idea de avecindarse en la montaña, cambiando el lecho de tablas en el puerto por un nido de ramas en los árboles.

* * *

Pero sucedió que cuando más entusiasmado se hallaba Chisquet con la feliz determinación de cambiar la vida errante del *trinxeraire* por la existencia plácida del campesino; cuando ya había puesto los ojos en unas lejanas *masías* para ir á ellas en unión de los perros vagabundos dispuesto á reclamar su parte en los despojos, y cuando en unos esbeltos y olorosos pinos había saludado á los futuros guardadores de su sueño; sucedió, digo, que acometióle de pronto un deseo irresistible, y para satisfacerlo púsose á recorrer de extremo á extremo aquel pedazo de montaña, siempre mirando al suelo, como en las calles de la ciudad, en la actitud y con el cuidado del que busca un objeto perdido.

¡Y aquello sí que le produjo verdadera admiración! En todo lo ancho de la planicie, en los senderos que á ella conducen, en los rincones que de ella se esconden, en cuanta tierra abarcó el rapaz con la mirada, no pudo dar con la muestra más insignificante del objeto apetecido. ¡Dijérase que los vicios huyen de las cumbres de las montañas con el mismo afán con que arraigan en las cumbres de la fortuna!

Chisquet olvidóse del panorama espléndido, de la ciudad gris, del mar azul, de la tierra verde; se borró en su débil memoria el recuerdo de aquella determinación heroica de vivir como los pájaros y comer como los perros; y siempre mirando al suelo, púsose á desandar el camino, descendiendo de la montaña con mayores afanes y prisas de los empleados en subir á ella.

Y cuando al entrar en ancha y arbolada calle tropezaron sus miradas con el objeto anhelado, á cuya busca y disfrute sacrificaba la realización de un sueño de ventura, tiróse á él con los afanes del sediento, cogióle con los dedos, lo besó, y guardólo sujeto con los labios, en espera de un piadoso transeunte que completase la dicha del rapaz prendiendo fuego al apagado y repugnante extremo de la *colilla*.

Y he aquí cómo por una miserable *colilla* sigue Chisquet durmiendo en el puerto, metido en el hueco de tablas, de espalda al mar y de cara á la desgracia, en vez de dormir en la copa de un árbol, en compañía de los pájaros, de espalda á la ciudad y de cara á la vida.

(Dibujo de Cabrinety.)

RETRATO

PINTADO POR HUGO DE HABERMANN

El pintor muniquense Hugo de Habermann es considerado en su patria como uno de los artistas dotados de mayor cultura y de gusto más refinado, y como especialista en retratos femeninos. Como pocos domina la técnica del claroscuro y conoce los recursos de las gradaciones suaves, de las tintas delicadas, y en sus retratos, modelos de parecido físico y moral, llama tanto la atención esta cualidad, indispensable en este género de pintura, como la elegancia con que está puesta la figura reproducida. Véase la obra suya que adjunta reproducimos, y se comprenderá cuán justa es la fama conquistada por su autor.

Retrato pintado por Hugo de Habermann

EL PRÍNCIPE Y LAS PRINCESAS DE LOWENSTEIN, OBRA DE GASPAR RITTER.

Ocioso nos parece señalar las bellezas de esta obra; son tantas y tan patentes, que no requiere gran penetración el reconocerlas. El artista ha hecho más que pintar unos cuantos retratos; ha trazado una composición dispuesta con habilidad maravillosa, en la que la perfección de cada uno de los personajes contribuye á imprimir en el conjunto un carácter armónico, que atrae y subyuga, y se halla avalorado por los elementos decorativos, exquisitamente seleccionados.

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!, CUADRO DE JOSÉ GARNELO.

La tan inspirada y popularizada *dolora* del ilustre vate Campoamor ha suministrado á nuestro amigo tema para ejecutar una de sus más simpáticas producciones, recomendable así por su forma de interpretación como por el procedimiento. Y aunque al observar el lienzo, al darse cuenta de su especialísima gama, distintiva y particularísima, adivínase la paleta en que se ha amasado, quien no se halle familiarizado con las obras de José Garnelo le costará algún trabajo acertar si el autor de esta bien sentida composición es el mismo de aquellos grandes lienzos inspirados en las magistrales producciones del clasicismo, que tantos aplausos y tantos lauros reportaron á aquel laborioso é inteligente artista.

Y preciso es convenir que si antes logró distinguirse Garnelo, también logra hoy igual resultado cuando cultiva otros géneros. Cierto es que para ello posee sobradas aptitudes y que sus provechosos estudios y su perseverancia le han conducido adonde ha llegado. Nosotros estimamos que su bello cuadro titulado *¡Quién supiera escribir!* se ajusta á la tendencia interpretativa del pintor.

El príncipe y las princesas de Lowenstein-Werthum-Freudenberg, obra de Gaspar Ritter
(Exposición de Bellas Artes de Munich, 1906)

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!, cuadro de José Garnelo

LOS ÚLTIMOS MILAGROS DE LA ELECTRICIDAD

El descubrimiento de M. Poulsen. — El arco voltaico parlante

Fig. 1. – Producción de 10.000 chispas por segundo

El ilustre profesor Quirico Majorana, hermano del ministro de Hacienda de Italia, ha inaugurado recientemente con una magnífica conferencia el anfiteatro del Instituto Central de Telegrafía de Roma. Ante un público compuesto de las más distinguidas damas de las aristocracias extranjera y romana, de casi todos los ministros,

Fig. 3. – Iluminación á distancia de las lámparas

de numerosos senadores, diputados, catedráticos y altos funcionarios del Ministerio de Correos y Telégrafos, habló el conferenciante del último descubrimiento de M. Poulsen relativo á la radiotelegrafía.

«Todos los sistemas de radiotelegrafía—dijo el Sr. Majorana—se fundan en el empleo de *circuitos eléctricos oscilantes*, uno de los cuales ha de estar siempre abierto y constituído por un alambre ó conductor aéreo y la tierra. Para imprimir las vibraciones eléctricas en la antena se han utilizado hasta el presente chispas eléctricas; tal ha sido creada por Marconi la radiotelegrafía, y tal ha subsistido hasta hace poco.

»El descubrimiento de M. Poulsen introduce un mecanismo nuevo que será adoptado indudablemente por todas las estaciones radiotelegráficas. Efectivamente, el defecto principal del antiguo sistema, es decir, del de las chispas, consiste en engendrar *ondas eléctricas discontinuas*, ó como vulgarmente se dice, amortiguadas, y en su consecuencia los efectos de resonancia en los aparatos de recepción son á menudo inciertos, puesto que los aparatos sólo están influídos por las ondas durante pequeñísimos momentos que corresponden á la duración de las chispas eléctricas.

»Varios sabios antes de M. Poulsen se han preocupado de ese inconveniente sin conseguir encontrar nada mejor que las chispas eléctricas. Otro beneficio que resultaría de las *ondas no discontinuas* sería su aplicación á la telefonía sin hilos.

»M. Poulsen dice que para esto no es necesario obtener ondas verdadera y exactamente continuas, sino que basta aumentar extraordinariamente el número de chispas en cada instante.»

El Sr. Majorana completó su conferencia con experimentos que dieron excelentes resultados y que yo pude fotografiar. En el primero demostró que podía conseguir perfectamente 10.000 chispas por segundo, nacidas una de otra y perfectamente distintas (fig. 1).

M. Poulsen ha perfeccionado los experimentos de Simón, Athmer y otros sobre el arco voltaico que canta y silba, y el Sr. Majorana nos presentó el milagro de dos carbones parecidos á los de las lámparas de incandescencia y que, puestos en contacto, hablan claramente y murmuran melodías ejecutadas en mandolinas á gran distancia (fig. 2).

El descubrimiento de M. Poulsen consiste en haber colocado el arco en el hidrógeno y en un campo magnético muy intenso que aumenta contemporáneamente la fuerza electromotriz de la pila ó

Fig. 2. – Carbones que hablan y silban

de la dinamo que proporciona la corriente. El arco de Poulsen es de una potencia extraordinaria; con él pueden iluminar lámparas de gran amperaje, con sólo aproximarlas al aparato (fig. 3), y los tubos de Geissler (fig. 4) también se iluminan con una intensidad no lograda hasta ahora.

El sistema Poulsen es, pues, un hecho nuevo y de gran importancia. El inventor ha radiotelegrafiado en Dinamarca, á 300 kilómetros de distancia, entre Lindeyn y Esbierg, con resultados tan maravillosos, que desde luego se ha visto que la telegrafía sin hilos ha entrado en un período de transformación y de perfeccionamiento.

Roma, diciembre de 1906. Carlos Abeniacar.

(Fotografías del mismo.)

Fig. 4. – Iluminación á distancia del tubo de Geissler

LA FE.—LA JUSTICIA.—LA AGRICULTURA.—SARCÓFAGO DEL PANTEÓN DE LA MARQUESA DE CASAS NOVAS, obras del escultor José Alcoverro

LAS OBRAS DE JOSÉ ALCOVERRO

Al escribir el nombre de este distinguido y laborioso escultor, evocamos el recuerdo de una de sus más notables producciones, que tuvo el privilegio de llamar poderosamente la atención en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897, y que tan favorables juicios mereció de la crítica. Nos referimos á la hermosa estatua que exhibió en aquel certamen artístico, alegórica representación de «El Valor,» que revelaba las especiales aptitudes de nuestro amigo, sus singulares conocimientos anatómicos y el esfuerzo de su inteligencia.

Hoy, gracias á su galantería, podemos dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus últimas producciones, inspiradas, como la que mencionamos, en ese concepto del gran arte, al que rinde nuestro paisano fervoroso culto y dedica el caudal de sus energías. La estatua de la *Justicia,* así como la de la *Agricultura,* destinada esta última á decorar el monumento de Alfonso XII, han de estimarse como producciones de esa escuela clásica adoptada para las alegóricas representaciones. Cuanto al notable alto relieve y al sacórfago, forman parte del panteón que en la Basílica de Javier posee la marquesa de Casas Novas.

JAN STEEN

RETRATO PINTADO POR ÉL MISMO

(Véase el grabado de la página 41.)

Ocupa este artista un puesto eminente en la antigua escuela holandesa y con razón se le tiene por uno de los mejores pintores de género de todos los tiempos. Pocos le aventajan en imaginación para encontrar asuntos, en espíritu de observación para descubrir las debilidades y los defectos del prójimo, en humorismo para expresar esos defectos y esas debilidades por medio de figuras llenas de intención y de gracia y en facilidad para ejecutar las mayores y más complicadas composiciones.

Jan Steen nació en Leyde en 1626, estudió desde muy joven bajo la dirección de Kupfer, primero, de van Ostade, después, y finalmente de van Goyen, con cuya hija se casó en 1649, en la Haya. Su existencia fué muy accidentada, y durante una buena parte de ella, además de cultivar la pintura, ejerció la profesión de posadero. En 1673 casóse en segundas nupcias y en 1679 murió en su ciudad natal.

Sus cuadros figuran en los principales museos, especialmente de Holanda y de Inglaterra.

EL PARAÍSO EN LA TIERRA

CUADRO DE ALMA TADEMA

(Véase la lámina de las páginas 48 y 49.)

Artistas y poetas han cantado de mil distintos modos el amor maternal, el más grande de los amores terrenos, y la verdad es que pocos temas se prestan tanto como éste á las más puras concepciones del arte y de la poesía. En la infancia del hijo, sobre todo, cuando el niño más necesita de los maternales cuidados, cuando á las dulces caricias de la madre responde aquél con inocentes sonrisas y en un solo beso se confunden la pasión desinteresada de la una y el cariño acaso egoísta del otro, la existencia se convierte para ambos en un paraíso, y cada minuto es un momento de dicha inefable, uno de esos momentos que nunca más se olvidan.

El célebre pintor inglés Alma Tadema ha tratado este asunto de la manera magistral que es en él característica; su *Paraíso en la tierra,* aunque evocación de una escena de la antigua Roma, es de todos los tiempos, como expresión admirable de un sentimiento que nació con la humanidad y no morirá mientras la humanidad exista.

EL PARAISO EN LA TIERRA, COPIA DEL NOTABLE CUADRO DE ALMA T

...IA. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Han comenzado las operaciones contra Er Raisuli, y como sucede en todos los acontecimientos de esta índole, han circulado las noticias más contradictorias, que hacen que sea sumamente difícil conocer la verdad de los hechos en los primeros momentos.

En el número anterior dimos cuenta de la huída de Tánger del famoso bandido apenas supo que se aproximaba Si Mahomed el Guebbas con su mehalla. Las lluvias impidieron que las fuerzas leales avanzaran, y Er Raisuli aprovechó esa tregua para cometer algunas fechorías en las inmediaciones de Zinat, en donde se había refugiado; pero en la mañana del 4 salieron aquéllas de Tánger y al día siguiente atacaron la población rebelde. Rompió la infantería el fuego, al que contestaron las tropas de Er Raisuli, causando sensibles bajas en los soldados del sultán. Estos, en vista de la resistencia, recurrieron á la artillería, que en poco tiempo destruyó la kasbah de Er Raisuli, gracias á la intervención de un oficial argelino, Ben Sediva, debidamente autorizado por el ministro de Francia en Tánger.

El ministro de la Guerra de Marruecos Si Mahomed El Guebbas. (De fotografía.)

Las fuerzas de la mehalla entraron en Zinat; pero Er Raisuli había escapado oportunamente, refugiándose en las montañas vecinas, que ofrecen, según parece, posiciones inexpugnables.

Han corrido rumores de que el bandido había sido hecho prisionero; se ha dicho que se había refugiado en casa de su cuñado el jaque de Zilam, el cual proponía su entrega al Maghzén mediante una fuerte suma; se ha afirmado también que le había dado asilo el morabito Abdel Salem, cuya vivienda es inviolable por su carácter religioso; pero nada de esto se ha confirmado.

Lo único positivamente cierto es que Zinat ha sido saqueada por los de la mehalla, quienes en el Gran Zoco de Tánger han vendido grandes cantidades de azúcar, trigo y petróleo procedentes del saqueo.

Si Mahomed El Guebbas se dispone á proseguir sus operaciones contra Er Raisuli, recibiendo en el entretanto la sumisión de varias cabilas, á las que el miedo aparta del bandido rebelde á quien habían servido.

MONUMENTO A NAPOLEÓN I EN LA ISLA DE ELBA

El día 5 de mayo próximo se inaugurará este monumento, erigido en la isla de Elba en el mismo sitio en donde vivió Napoleón después de haber abdicado en 14 de abril de 1814 y de donde salió en 1° de marzo de 1815, para ejercer nuevamente la soberanía efímera á que puso término la batalla de Waterloo.

Marruecos. – Campamento de la mehalla de Si Mahomed El Guebbas á las puertas de Tánger (De fotografía.)

La estatua del emperador, que se alzará sobre un pedestal de mármol rosa, tendrá tres metros de altura; el escultor, para modelar el rostro de la misma, se ha servido de la mascarilla original que se sacó inmediatamente después de la muerte de Napoleón. La figura mira hacia Córcega, y en su mirada y en la expresión de su semblante se ven la cólera y el deseo de tomar el desquite contra los que le desterraronn á la isla de Elba.

La obra de Sindoni, joven escultor siciliano, muy estimado en Italia y en el extranjero, ha sido muy celebrada por los muchos críticos y artistas que la han visto en estos últimos días.

Modelo del monumento á Napoleón I, que se erige en la isla de Elba. Obra de Turillo Sindoni (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Barcelona. — El «Centre Popular Catalanista» de San Andrés de Palomar ha organizado una notable exposición de Arte, en la que llaman principalmente la atención las academias y dibujos al lápiz y al carbón de Cardeñas; un proyecto de mosaico de Vélez; un proyecto de vidriera de Riera; los papeles pintados de J. Gutiérrez; un jarro pintado por la Srta. Gutiérrez; un marco Luis XV de Valls; varios yesos de Badía, Xumetra, Ramos y de la señorita Portella; los proyectos de muebles de Cardeñas y Moliné; los modelos de encajes de las Srtas. A. Gutiérrez y Ginjaume; las pinturas de flores de las señoritas L. Gel y A. Llenas; las acuarelas y los cuadros al óleo de Pons, Bordas, Mir, Ariet y Gomila; las esculturas de Bartra, Bassas y Arqué; las instalaciones arqueológicas del Fomento Regional de La Sagrera y de los Sres. Soler, Falqués y Ríus; unas reproducciones de cuadros antiguos de la Srta. A. Llenas; y las instalaciones de baldosas de las casas Escofet y C.ª, Vila é hijos de Payarols, y Oliva.

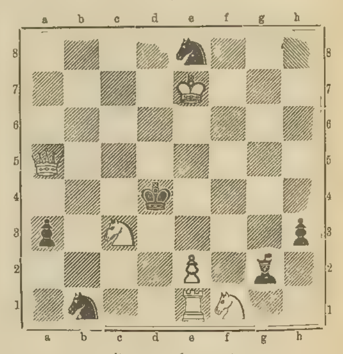
Espectáculos. — Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El mestre*, comedia lírica en tres actos, libro de Pompeyo Creuhet, música del maestro Morera y decorado de Mauricio Vilomara; y *El patró Pere March*, drama en un acto de Pompeyo Gener. En Novedades trabaja una notabilísima compañía dramática siciliana que dirige el Sr. Grasso y de la que son principales partes la señora Mimi Aguglia Ferraú y el Sr. Majorana. Hasta ahora ha puesto en escena *Malia*, de L. Copuana; *Maruzza*, de Broggi; *Cavallería rusticana*, de Verga; *Zolfara*, de Linopoli, dramas de costumbres sicilianas, y traducciones, ó mejor dicho adaptaciones de *Tierra baia*, de Guimerá, y de *Juan José*, de Dicenta. Todas esas obras han sido admirablemente ejecutadas por los citados artistas, á quienes el público tributa cada noche grandes ovaciones.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Rejane *La Savelli*, comedia en cuatro actos y siete cuadros de Max Maurey; en la Opera Cómica *Madame Butterfly*, ópera en tres actos, letra de L. Illica y G. Giaccosa, traducida al francés por Pablo Ferrier, música del maestro Puccini; en el teatro Moliere *Bat' d' Af*, comedia en cinco actos y ocho cuadros de Arturo Bernede y Arístides Bruant, y en los Bouffes Parisiens *Où est Moreau?*, vaudeville en tres actos de Pablo Bonhomme y Guido de Teramond.

AJEDREZ

Problema núm. 449, por V. Marín.

Negras (6 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 448, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Dc8–d8	1. Rd4–e3
2. Cd6–f5 jaque	2. Cualquiera.
3. D mate.	
1.	Rd4–c5
2. Dd8–c7 jaque	R juega.
3. D ó A mate.	

Variantes

1...... Aa7–c5;	2. Dd8×f6 jaque, etc.
Otra jug.ª;	2. Dd8–a5, etc.

—¿En qué piensas?, le preguntó ella

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR **ENRIQUE BORDEAUX**, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—¡Qué raro, no se le conoce nada!

—¿Pero qué quiere usted que se me conozca?, preguntó Marthenay.

La joven se echó á reir y siguió con sus burlas.

—Es imposible negarlo. Estos coloniales tienen una práctica grande en el tiro al blanco. En un cotillón les eclipsará usted..., pero en la guerra, ya es otra cosa...

—No entiendo una palabra...

—¿No? Vaya si me entiende usted. El Sr. Guibert le ha vencido, y nosotros le aplaudimos, porque ha de saber usted que es nuestro héroe; y usted, usted no es ningún héroe. ¡Si algún día se moja en la instrucción, nos lo cuenta usted durante ocho días seguidos! Además, cuando se quiere pelear de veras no se ingresa en caballería.

No hay nada más difícil para un hombre de mundo, que salir de un modo ingenioso de la situación en que pueden colocarle los atrevimientos á que se lanza impetuosamente una mujer hermosa. El teniente Marthenay no brillaba por su ingenio. Quiso volverse contra Marcelo Guibert.

—Caballero, las mujeres le protegen.

Isabel Orlandi no soltó su presa y contestó:

—¡No tiene necesidad de protección para avanzar!

La señora Dulaurens intervino:

—Isabel, por Dios, tenga usted juicio.

La joven alzó los brazos al cielo y exclamó cómicamente:

—¡Ni con flores se puede atacar á un oficial de dragones!

Sentía un placer en humillar al teniente. Antes de que la vida la humillase—puesto que estaba de antemano decidida á todo sacrificio, incluso el del amor, para conseguir sus deseos de lujo—se entregaba por completo á la alegría de ser hermosa, coqueta y atrevida.

Clemente Dulaurens, que acababa de llegar, cambió por completo la conversación haciendo unas preguntas á Marcelo acerca de unos nombres malgachos que había aprendido.

—Oiga usted, capitán, ¿es verdad que existe este nombre, Antanimbarindratsoksoraka? ¿No se trata de un embuste de los periódicos?

—No. Es el nombre de un pueblo.

—¿Y Ramazombazaha?

—Era el jefe de los Hovas al principio de la campaña. Nuestros soldados para abreviar le llamaban *Ramasse ton bazar* (Recoge tu bazar).

—Ya ve usted, dijo Clemente Dulaurens, yo soy el único capaz de hablar con usted de la expedición de Madagascar empleando los verdaderos nombres del país, pues aún sé otros tan complicados como estos.

Durante la escena anterior, Alicia, toda asustada, había guardado silencio.

Sentáronse á la mesa, y pronto este ligero incidente fué olvidado en la cordialidad general que acompaña siempre á los días de campo y excitación física. Isabel, menos agresiva, supo entretener hasta á su enemigo. Alicia, colocada entre Marcelo Guibert y Armando Marthenay, se esforzaba bondadosamente en ser agradable á los dos, guardando su reserva habitual. Al levantarse de la mesa, dejó olvidado al lado de su cubierto el ramo que había llevado toda la tarde prendido en el pecho. Marcelo lo cogió, y Alicia se dió cuenta de ello.

—¿Me lo regala usted?, preguntó con voz que se prestaba poco á la súplica.

Y añadió:

—Usted no se acordaba de él, puesto que lo dejaba olvidado. Además las flores están marchitas.

Ella no contestó, pero sonrióse y se puso encarnada; y en aquella sonrisa él vió una dulce señal de preferencia...

Marcelo partió de Aix el primero para llegar pronto al Maupas y evitar toda ansiedad á su madre. La noche era tan templada, que al saltar al andén de Chambery, cerca de las diez, decidió hacer el camino á pie: tres kilómetros en terreno llano, por una avenida de plátanos, y una rápida cuesta por entre un bosque de encinas.

Andaba de prisa y de cuando en cuando aspiraba con delicia el perfume del ramillete. Al acercarse al Maupas, en la doble obscuridad de la noche y de los árboles, distinguía apenas unas cuantas estrellas que brillaban á través de las hojas, y cuyo brillo aumentaba dentro de aquella bóveda obscura. Respiraba ávidamente el aire fresco y balsámico. Su pecho se dilataba. Sentía con delicia inefable una nueva exaltación de todo su ser.

¿Amaba? No lo sabía. Pero había bastado la presencia de una delicada joven de ojos celestes para agitar todas las ardientes pasiones de la juventud.

Un recuerdo preciso acudió bruscamente á su memoria. Parecióle verse en Argelia algunos años atrás. Era una de esas inolvidables noches de Oriente, de un azul intenso, de un aire caliente y enervador. Solo, á caballo, iba al paso por entre la maleza, cuando de repente su cabalgadura se paró. A su alrededor sólo veía las finas siluetas de los arbustos más próximos. A pesar de las caricias y de la espuela, el animal no quería avanzar y su cuerpo era agitado por largos estremecimientos. ¿Había algún ser viviente, en la sombra, junto á ellos? En el gran silencio que caía sobre la llanura obscura y desierta, olfateaba algo invisible. Ante aquel peligro misterioso é inevitable no tuvo miedo; al contrario, se daba cuenta de toda su energía y de toda su fuerza.

Con un esfuerzo violento hizo avanzar á su caballo, que partió al galope por entre las tinieblas. Y no pudo saber si el animal había temblado ante un peligro imaginario, ó si verdaderamente habían pasado muy cerca de la muerte.

¿Por qué este recuerdo se presentaba en aquel momento? Revivía las emociones extrañas de aquella noche lejana. Como entonces, adivinaba un peligro desconocido; no sabía hacia qué porvenir de alegría ó de tristeza marchaba. Pero, como entonces, conocía su potencia. Apoyó la mano sobre su pecho, que se hinchaba palpitante aspirando la brisa nocturna.

Se irguió, tuvo deseos de elevarse más, y le pareció que su juventud era admirable. Ebrio de esperanza y orgullo echó á correr.

Al pararse, el peligro sin causa conocida que presentía no había desaparecido; lo llevaba dentro de él.

En el bosque, la dulce noche suspiraba melancólicamente...

Más tarde, Marcelo recordó aquel momento en que había corrido en la sombra hacia una cosa embriagadora y terrorífica, hacia el amor.

IV

UNA MATINÉE EN LA CHENAIE

—Vengo á robarle sus hijos, dijo Juan Berlier á la señora Guibert después de saludarla.

Esta contestó dulcemente:

—¡No me los robe usted, por favor!

Y una sonrisa fina y suave se asomó á sus labios. El joven la había sorprendido trabajando, sentada á la sombra de los castaños, casi enfrente de la casa. Llevaba puestos los lentes para seguir mejor los puntos de su costura. En seguida llamó á Paula y Marcelo, que se paseaban, no muy lejos, por el jardín. Y mientras ellos bajaban una avenida invadida por la hierba, preguntó casi tímidamente:

—¿Van ustedes á la Chênaie?

—Sí, contestó Juan, vamos á jugar al *cricket* ó al *tennis*.

Y arrepintiéndose de sus intenciones, añadió:

—Si usted quiere, no les digo nada.

—¡Oh, no! Marcelo tiene necesidad de distraerse, de hacer ejercicio. Está acostumbrado á una vida activa. Y mi pobre Paula ha vivido demasiado tiempo sola con mi vejez y nuestro dolor.

No pensaba en ella ni en su soledad.

La señora Guibert consideraba á Juan Berlier casi

como un hijo. Desde pequeño le había visto en el Maupas jugar junto con los suyos. Era hijo único de un abogado gloria del foro de Chambery, muerto en la flor de la edad. Huérfano desde muy niño, fué educado por un tío suyo, hombre singular y original que se olvidaba de todo el mundo, incluso de su sobrino, absorto en el comercio de flores. Era her mano de la madre de Juan. El Sr. Loigny vivía cerca de la ciudad, en la carretera de Cognin, habitando una casita oculta entre rosales. Cultivaba su jardín y preparaba una nomenclatura de aquellas plantas. Estas ocupaciones absorbían por completo su vida. No se daba clara cuenta de las ausencias de Juan, que pertenecía á los tiradores argelinos; cuando éste regresaba con licencia, cada año y medio, le ponía al corriente de sus descubrimientos en la familia de las rosáceas, y creía darle con ello una prueba de gran afecto.

Al llegar Marcelo y Paula, Juan les dijo que les esperaban en la Chênaie.

—Además, dijo á Marcelo, debes visita á la señora Dulaurens desde la tarde de la batalla de flores. De modo que aprovechas la ocasión de ir á jugar una partida de *cricket* para pagársela.

—Verdad, dijo el capitán.

—¿No viene usted con nosotros, Paula?

Ésta rehusó, alegando su carácter huraño.

Marcelo la miró con tristeza y Juan con simpática curiosidad. Éste recordaba haber jugado en aquel mismo patio con una niña de exuberante alegría y traviesa como un muchacho; y ahora la veía transformada en una joven reservada y altiva hasta con sus antiguos compañeros de juego, y no podía menos de admirar su gracia elegante y esbelta, aunque fuerte, y sus ojos melancólicos, de donde parecía brotar la luz. Deseaba reconquistar la amistad de la Paulita de otros tiempos; pero ante la Paula de ahora, tan hermosa y de tan frío aspecto, sentía cierta molestia y timidez que no quería profundizar.

—Juan, tengo que reñirle, dijo de pronto la señora Guibert.

—¡Oh, por favor, no me riña usted!, exclamó imitando el gesto de una persona asustada.

Su buen humor era proverbial, y bastaba su presencia para llevar la alegría á todos los rostros.

—¿Le parece bien que, siendo nosotros sus amigos más antiguos, hayamos tenido que saber el suceso más importante de su vida de boca de la señora Dulaurens?

—¿El suceso más importante de mi vida?, dijo Juan simulando un gran estupor.

En este momento, Paula se levantó, dirigiéndose hacia la casa, como si tuviese algo importante que hacer allí dentro.

—¡Su casamiento!

—¿Mi casamiento? ¡Oh, cielos! ¿Y con quién?

—Con Isabel Orlandi.

La señora Guibert, que siempre hablaba en serio, había creído de veras la noticia dada por la señora Dulaurens. Juan Berlier se echó á reir.

—¡Mi *flirt!* ¡Habrá querido decir mi *flirt!* Apuesto cualquier cosa á que ignora usted el significado de esta palabra inglesa.

Paula subía lentamente la escalera, apoyando sus manos en el pecho como si respirase con dificultad; después de oir á Juan, siguió marchando ligera. Al pasar por delante del espejo del salón, se detuvo sorprendida de su belleza. La luz favorable del sol le hacía ver una imagen más encantadora de lo que ella creía. Sonrióse tristemente, como diciendo: «¿Y qué? ¿De qué sirve la belleza á las que no tienen dote? ¿De qué sirve este foco de ternura y abnegación que arde en el pecho como una lámpara olvidada en un santuario desierto?» Sin embargo, sentía un consuelo inconsciente ante la vista de su inútil seducción.

Juan había tomado el aire grave de un sabio que resuelve un teorema.

—El *flirt* es precisamente la corte que se hace á las jóvenes con quienes uno no se casa jamás.

—Pues hace usted mal, Juan. Yo soy una vieja y debe usted hacerme caso. El juego nunca es igual para ambas partes. Las muchachas nunca pierden la esperanza de conseguir un marido. Y con su proceder engaña sus legítimas esperanzas, y turba, inútilmente y por gusto, la paz de su corazón y la rectitud de sus sentimientos.

El joven oía este pequeño sermón con respetuosa sonrisa.

—Me gusta mucho oirla á usted. Pero veo que usted no conoce á nuestras muchachas de hoy en día.

—Yo tampoco las conozco, dijo Marcelo. ¿Tú vas con frecuencia á la Chênaie?

—Sí, soy demasiado *revoltoso* para pasar todo el día en la casa de los Rosales. Mi tío está temiendo continuamente que le estropee alguna planta. Vive en una mortal inquietud, y cuando vuelvo las espaldas lanza un suspiro de alivio. Además toda la gente de la Chênaie es sumamente interesante.

—¿De veras?, dijo Marcelo esforzándose por tomar un aire indiferente.

—Encuentran mil combinaciones ingeniosas para matar el tiempo, su más temible enemigo. Pero á pesar de ello, muchas veces conocen el aburrimiento de no tener nada que hacer. La señora Dulaurens se agita, se enfada, redacta invitaciones y *menús* ó relatos de sus *matinées* para los periódicos. Su marido, ceremonioso y meticuloso, arregla su biblioteca, cuyo admirable orden nadie se atrevió nunca á turbar, saluda á los invitados de su mujer, aprueba los menores gustos de su esposa, y con su actitud de respeto parece pedir perdón de su baja estofa á su compañera, tan linajuda y aristocrática. Su hijo Clemente con su automóvil despachurra perros, sin que afortunadamente hasta ahora haya pasado de los perros.

—¿Y Alicia?, preguntó ingenuamente la señora Guibert.

Juan contestó con prudencia:

—Alicia espera los acontecimientos, que no pueden menos de serle agradables. El cielo le ha colmado de belleza.

—¿En la Chênaie hay alguien más que los Dulaurens?, dijo Marcelo.

—Hay sus invitados; por ejemplo, la señora Orlandi. Esta señora ha regresado á su ciudad natal á llorar la muerte de sus encantos perdidos al propio tiempo que su marido. Cuando era guapa vivía en Florencia. Al marcharse su belleza, abandonó la sociedad y huyó de Italia. Su resquebrajada fortuna reclamaba esta huída, y no quiso decaer en donde había triunfado. Ha mandado retirar de sus habitaciones todos los espejos; según dicen, se han refugiado en el cuarto de su hija. En su casa sólo admite criadas frescas y bonitas, y se adorna con sus joyas cual si fuese un escaparate. Todo el día lo emplea en sacar y guardar esos restos de antiguos triunfos; sin embargo, aún le queda tiempo de ocuparse de un horrible perro dogo llamado Pistacho, que quiere más que á Isabel.

—Por fin hemos llegado, aunque dando un largo rodeo, dijo Marcelo.

—Isabel es encantadora. Sabe que su belleza tiene derecho á pescar un marido millonario. Y no renunciará sus derechos. Su madre, lo mismo que yo, la animamos á ello.

—¡Por Dios!, protestó la señora Guibert dejando su costura.

—Y hay que confesar que ella no necesita muchos impulsos, siguió diciendo Juan. Esas italianas son muy prácticas. Y por último, no es menos digna de ser conocida la señora Sougeon, cuyo flaco perfil de solterona aristócrata es adorno constante de la Chênaie.

—Ya la conozco, dijo la señora Guibert. Es una santa. Preside un gran número de sociedades caritativas, y emplea su preciosa vida en conferencias piadosas y peregrinaciones.

—Mejor dicho, en presidir y viajar. Es amiga del mando y del movimiendo. Ordena y se mueve de un lugar á otro, y pretende obedecer á sus sentimientos religiosos cuando se sirve de ellos para satisfacer su doble pasión. Según dicen las malas lenguas, acosa sin descanso, como un judío, á sus deudores, para poder visitar á Dios con más frecuencia en los santuarios de moda.

La señora Guibert quiso taparle la boca.

—Por Dios, Juan. ¡Qué cosas cuenta usted! Va usted á hacernos creer que es usted una mala lengua.

—No. Si esto no son murmuraciones, contestó. Dispénseme, pero he hablado con toda libertad, como lo haría con mi familia, si la tuviera.

Y para no continuar con el tono de tristeza que encerraba su última frase, añadió:

—Aquí, con ustedes, me encuentro tan á gusto... Desde niño he frecuentado esta casa, que para mí era la casa de la dicha. Pero no me hable usted de la señora de Sougeon. ¿Ella una santa? ¡Ah, no, señora, no! ¡Usted, usted sí que es una santa!

La señora Guibert, á pesar de su edad, no podía recibir elogio alguno sin ponerse colorada. Su energía sólo era interna.

—¡Por Dios, Juan, no diga usted esto! ¡Dios ha querido probarme... y nada más!

Juan miró sorprendido á aquella anciana vestida de luto, con el rostro marchito por el dolor, con los ojos siempre llenos de lágrimas, dando gracias al cielo por las pruebas sufridas. Ella observó la sorpresa de Juan y añadió:

—Sí, Dios me ha colmado con sus favores antes de retirármelos. Y aunque yo tiemble por mis hijos dispersos—por éste (y señaló á Marcelo), que ha corrido tantos peligros,—¿no debo estar orgullosa de su valor y de sus trabajos? Su vida, ¿no es también mi vida?

Juan, emocionado por completo, se levantó, tomó la mano de la señora Guibert y la besó respetuosamente.

—Es usted una santa, ya lo decía yo. Cuando la veo, deseo ser mejor, me entran deseos de no despilfarrar mi vida y dedicarme á hacer algo útil como hacen sus hijos. ¡Pero yo perdí á mi madre siendo muy niño!

Vió que Paula bajaba la escalinata. Llevaba el sombrero puesto, reflejándose en su cara una nueva expresión de alegría.

—¡Ah! ¿Conque por fin se ha dicidido usted, Paula?

—Sí. Hace un día muy hermoso, y además Marcelo se enfada si me quedo.

Abrazó á su madre y partió hacia la Chênaie entre los dos jóvenes, cuyo paso rápido tomó sin dificultad alguna.

Se llega á la Chênaie subiendo por la carretera de Chaloux que pasa por encima de Cognin. Una avenida de plátanos que atraviesa el parque conduce á la villa, espaciosa y elegante, desde donde la vista se extiende hasta el lago de Bourget, rodeado de montañas que se reflejan en sus sombrías aguas. Ante la fachada principal, un césped sin un solo árbol, en donde hay marcados un juego de *cricket* y un *tennis*, dejan libre esta perspectiva; pero detrás de la casa un bosque de encinas centenarias ofrece durante el verano rincones frescos y en completa sombra.

Los Dulaurens se distinguían en procurar á sus huéspedes la mayor libertad y comodidad posibles. Cuando llegó Paula acompañada de su hermano y Juan Berlier, la partida de *cricket* estaba interrumpida y formaban círculo alrededor de Isabel Orlandi, que hablaba en voz alta gesticulando:

—¡Ea, se llama Landeau!

—¿Quién?, preguntó Juan mezclándose al grupo.

—¡Mi prometido!

Y soltó una carcajada estridente, nerviosa, casi desgarradora, mientras tendía la mano á Juan.

—Juan, buenas tardes.

Le llamaba por su nombre porque se habían hablado una sola vez siendo niños.

—Tome usted este martillo rojo. Dejemos esta partida tan poco interesante y volvamos á empezar. Usted se queda en mi campo.

Y reorganizó el *cricket* á su antojo, pareciendo de momento interesarse en el juego. La bola de Juan vino en ayuda de la suya, que un golpe hábil de martillo había mandado lejos de los arquillos. Aprovecharon este aislamiento que ellos mismos habían buscado.

—Sí, dijo ella, mientras él se fijaba en su palidez; le participo mi casamiento con un industrial de Lyón. Un matrimonio de conveniencia.

—Mi enhorabuena.

—Muchas gracias. Muchos millones y grandes fábricas que marchan prósperamente. Ha prometido á mi notario señalarme un buen dote. Por lo cual, usted comprenderá que me importa poco que sea feo, viejo y lleve un nombre ridículo.

—Claro.

—¿Verdad?

Sus compañeros de juego les llamaron burlándose de su retraso. Éstos trataron en vano de reaccionarles. Por culpa de ellos perdieron la partida.

Al ir al salón para tomar unos refrescos, se adelantaron á los demás grupos que subían lentamente y escalonados, y dieron la vuelta á la villa. De este modo se quedaron los últimos. Mientras realizaban esta maniobra, ella preguntó á quemarropa á su acompañante:

—¿Cree usted, Juan, que sea posible casarse llevando un amor en el alma?

—¿Hacia el marido?

—¿Se burla usted?

En efecto, bromeaba, porque no quería darse por entendido. Pero al fijarse sus ojos en una repugnante babosa que se arrastraba sobre una roca, sintió por la belleza sacrificada de Isabel un sentimiento mezcla de piedad y pena.

—Más vale amar antes que después, dijo por fin.

—¡Oh! Si se ama antes, se sigue amando después.

Él dió un giro á la conversación porque luchaba contra un enternecimiento voluptuoso. Jamás había deseado con tanto ardor aquel perfil enérgico, aquellos labios rojos y sensuales, aquellos dientes brillantes, toda aquella gracia fresca y maciza y al propio tiempo esbelta.

—¿Ve usted como soy un brujo? Ya se lo profeticé á usted aquella tarde en el tren.

—Sí. Mi madre no se ha cansado de repetírmelo: «Hija mía, á los ocho días todos los hombres son iguales. La fortuna y la juventud son cosas pasajeras, pero sólo la primera da valor á la segunda.»

—Su madre es muy sagaz.

—En Italia son así. La poesía sólo está en las palabras.

De repente, con la espontaneidad que constituía su mayor encanto y la llevaba á transportes inesperados, se echó á llorar. Y al ver que él se sorprendía en vez de afligirse, le dijo:

—¿Por qué no se casa usted conmigo?

A lo que contestó rápidamente:

—Porque no puedo llevármela á Africa.

—Se dedicaría usted al comercio. Se gana mucho dinero, y además el señor Landeau le ayudaría.

Y el pensar en el papel que señalaba al Sr. Landeau, le dió tal risa que acabó por contagiar á su acompañante. Al atravesar la avenida de plátanos, aprovechó la sombra de un árbol para presentar su mejilla á Juan.

—Déme usted un beso para consolarme.

Y aún sentía Juan en sus venas el efecto de aquella cara fresca, cuando ella ya se había tranquilizado.

—¡Que lástima! ¿Por qué no será usted millonario?

—Esto es lo que yo digo, contestó Juan Berlier...

La señora Dulaurens, después que Juan é Isabel pasaron delante del primer grupo, dijo señalándola:

—Lejos de criticarla, apruebo su conducta. Su matrimonio es la mayor prueba de una gran firmeza de carácter. Porque, en definitiva, ella no tiene fortuna.

El coro de amigos opulentos aplaudió esta conclusión. Alentada, siguió, no sin que antes echase hacia atrás una mirada aseguradora:

—En cambio, vean ustedes á Paula Guibert. De seguro no se casaría con el Sr. Landeau. ¡Sin un cuarto y siempre triste! ¿Cómo es posible que se case?

—Sin embargo, observó una señora, su padre sacrificó su fortuna por salvar á su hermano. ¡Esto es muy hermoso!

—¡Por salvar el nombre de los Guibert! Más le hubiese valido guardar su dinero. ¿Quién se acuerda ahora de aquel sacrificio?

Un caballero dijo en tono sentencioso:

—El olvido anda más de prisa que la muerte.

—El teniente Sinard se enamoró de Paulita en el baile de máscaras que dí hace dos años, antes de morir el doctor Guibert. Y pensó seriamente en casarse con ella. Pero después heredó trescientos mil francos, y como es natural, picó más alto.

—¡Claro!, exclamó el coro. Variaron por completo las circunstancias...

Unos cuantos pasos atrás la señora Orlandi, con el peso de sus carnes, avanzaba poco á poco, acompañada de la señora de Sougeon. Resoplaba y se metía en una serie de consideraciones para hacer ver las ventajas del matrimonio de su hija

—A Isabel le ha costado mucho trabajo decidirse. Pero se trata de un hombre de principios y además posee una gran fortuna, lo cual nunca estorba.

Los *principios* iban destinados á la presidenta, que preguntó:

—¿Ya no trabaja, verdad?

—Sí, aún trabaja. Pero un trabajo de alta dirección. Dirige á millares de obreros. Trabaja como trabaja un general.

Pero la solterona murmuró secamente:

—En mi tiempo y en nuestra sociedad no se casaba una con un hombre que trabajase.

Juan Berlier é Isabel Orlandi salían en aquel momento del bosquecillo después de dar la vuelta á la villa. Él gozaba en molestar á la señora Sougeon, y las frases de ésta provocaron su intervención.

—Todo ha cambiado. ¡Este es el mal de nuestro tiempo! Antes el signo de nobleza consistía en no hacer nada; hoy los nobles viven del trabajo, que es una obligación moral, más aún que una necesidad física. El mundo anda al revés; por esto hoy en día los villanos son los únicos que no trabajan.

La presidenta honoraria de la Cruz Roja de Saboya, del pan de San Antonio y de otras congregaciones, le miró con impertinencia y replicó no sin cierta acritud:

—Los que han guardado cerdos en la tierra, también los guardarán en el cielo.

—¿Son palabras del Evangelio?, preguntó burlonamente Juan.

Alicia se había quedado atrás con Paula y Marcelo. Este, viéndola marchar tan perezosamente, le preguntó:

... hizo avanzar á su caballo, que partió al galope por entre las tinieblas

—¿Está usted cansada? ¿Quiere usted que nos sentemos en este banco?

—No, muchas gracias. No estoy cansada.

Y con su alegre sonrisa de enferma imaginaria añadió:

—Es el peso de estos largos días de verano. ¿No es verdad que son pesadísimos?

Marcelo contestó:

—No he pensado nunca en ello. A mí me gusta el sol que nos da la vida, y los días largos porque parece que aumentan nuestra existencia.

Paula, taciturna y distraída, miraba hacia la casa. Vió que una visita llamaba á la puerta, y reconociéndole dijo:

—El Sr. de Marthenay.

Los ojos claros de Alicia se obscurecieron y des aparecieron las rosas de sus mejillas. Sentóse en el banco que antes había rehusado y dijo á Paula:

—Sentémonos un rato, por favor.

Y volviéndose hacia Marcelo, con gracia encantadora añadió:

—No hay sitio para usted. Pero estoy segura que no está usted cansado.

—No, señora, no; no estoy cansado.

Después de una breve pausa dijo:

—¿Conoce usted este absurbo proverbio árabe: *Más vale estar sentado que de pie, acostado que sentado y muerto que acostado?*

—No, no lo sabía; pero me gusta.

Un abatimiento profundo, anormal, como una desesperación infantil, se leía en su rostro tan joven, tan encantador, tan dulce. Se inclinó hacia Paula, que permanecía callada, y le dijo:

—La envidio; usted es fuerte y valiente. Yo soy muy débil. ¡Si usted supiera lo débil que soy! No tengo nada de energía.

Y sus hermosos ojos afligidos miraban á Marcelo, cual si hablara sólo para él y le pidiera socorro. ¿Por qué se quejaba de aquel modo? ¿Por qué huía de Marthenay?

—A su edad, dijo Marcelo, es preciso esperar, creer en la felicidad. ¡Es usted tan joven!

Pero en vez de estas fútiles palabras, hubiese deseado hacerle ofrenda de su alma ardiente, confortarla con su propia fuerza. Y Paula, que acababa de conocer la duda y la amargura, seguía siempre en silencio, invadida por el asombro desdeñoso de ser envidiada por Alicia, á quien la vida había colmado de bienes y que podía preparar á su gusto su destino.

El sol habíase ocultado tras del monte Lépine. Enfrente de ellos el cielo se había recubierto de un velo de oro cuyos desvanecidos reflejos arrastrábanse por encima de las aguas del lago de Bourget. El Revard y el monte del Gato, cuyas cimas brillaban, medían sus alturas según el tiempo que conseguían retener, con desesperados esfuerzos, la luz del sol poniente. Y una niebla azul-rosada esparciéndose sobre las cosas, cual lluvia de flores, ensanchaba la llanura y borraba las líneas y las distancias.

—¡Qué hermoso!, exclamó por fin Paula señalando el espléndido horizonte.

Las dos jóvenes se pusieron de pie para ver mejor el efecto de la puesta de sol sobre el lago. Marcelo sólo veía á Alicia, que vestida de blanco parecía un lirio esbelto y flexible, y cuyo puro perfil se proyectaba sobre el oro del crepúsculo, como los rostros de los ángeles que los pintores místicos del siglo XV rodeaban de una aureola. Ella volvióse lentamente hacia él, y en sus ojos deslumbrantes sus largas pestañas vibraban. Sonriéndole dulcemente le dijo:

—No veo nada. El reflejo del sol me ha cegado.

Paula se acordó de cuando con sus hermanos jugaban á mirar el sol sin cerrar los ojos. Marcelo, inconscientemente enternecido ante una belleza tan delicada, sentía dentro de su pecho palpitar con violencia el corazón; y los deseos de sacrificio, propios del amor cuando empieza, le embriagaban.

—Alicia, dijo la señora Dulaurens, cuidado con el relente...

Al poco rato, Marcelo y Paula se despidieron. Regresaron al Maupas por un sendero medio oculto entre grandes arbustos, que primero sigue á lo largo del barranco de Forezan, y después atraviesa un bosque de encinas y álamos antes de enlazar con el camino de Vimines. A través de las hojas de los árboles, veían de cuando en cuando un cielo rosa y violeta, un cielo de felices presagios. Sin embargo, absortos en sus pensamientos, callaban.

—¿No te has aburrido, Paulita?, preguntó por fin Marcelo.

—¿Yo? No. Te acompañaré á la Chênaie, para darte gusto. ¿Estás contento?

Estuvo un rato sin contestar. Y sin mirar á Paula, cuya tristeza no había reparado á causa de su preocupación, dejó escapar su secreto en la sombra del bosque.

—¿Qué dirías tú, si pidiese *su* mano?

Aunque Paula esperaba esta confidencia se estremeció. Sus ojos sombríos contemplaban el sendero cubierto de las hojas secas de los años anteriores, que recibían del crepúsculo un tono violeta. Casi con dureza contestó:

—Sus padres se opondrían.

—¿Por qué?, preguntó, dejándose llevar por el orgullo después de haberse estremecido de amor.

—Porque no tienes un título.

—Y ellos tampoco. ¿Además, hoy en día que importa?

—¡Oh! Ellos viven de prejuicios.

—¿Y si ella quiere?

—Ella no tiene voluntad.

—¿Y si me ama?

—Llorará.

(Se continuará)

LOS ESCLAVOS BLANCOS DE LAS PESQUERIAS DE TERRANOVA

Como unos mil buques de diferentes nacionalidades, tripulados por 20.000 marineros, se dispersan por los grandes bancos de Terranova durante los largos y agradables días de verano, que es la época en que están las pesquerías en todo su apogeo. Son aquellos bancos unas grandes mesetas submarinas, á doce horas de navegación de la costa oriental de dicha isla, que se prolongan desde la bahía de Fundy hasta el Labrador, y comprenden un área de 1.200 millas de largo por 300 de ancho, á una profundidad de 30 á 60 brazas bajo la superficie del mar. Son los mayores comederos del mundo donde se congrega el bacalao, que es el principal alimento de los habitantes de las costas del Atlántico. Desde el año 1504 los pescadores ingleses y franceses frecuentaban esas aguas; siguieron los bretones, vascos, portugueses y españoles, y un siglo más tarde era esta la industria marítima más floreciente de Europa.

Tipo de las embarcaciones que se dedican á la pesca del bacalao en los bancos de Terranova

Esa región está cubierta por los hielos flotantes del polo hasta bien entrado abril, y apenas han desaparecido cuando de los innumerables puertos de ambos lados del Atlántico salen en tropel los barcos pescadores, impelidos por favorables vientos, izado todo el velamen, como bandadas de gaviotas, en busca de los sitios mejores para pescar que ofrecen los bancos. Allí, en un día de sol claro y alegre, el cuadro marino que se abarca no tiene rival en el mundo. Hasta donde alcanza la vista se extiende un animado panorama. Por todo el horizonte se ven las velas de los «banqueros,» blancas, negras, pardas, rojas y abigarradas. Los buques son también de diferentes clases y aparejos, y sobre la cima de las olas, que el sol dora, se balancean los pequeños esquifes, en cada uno de los cuales van dos hombres, que son los que en realidad hacen la pesca. Efectúase ésta por medio de unas cuerdas de bastante resistencia, tendidas una á una, de varios centenares de metros de longitud, á las que de vara en vara van unidas otras más pequeñas que llevan un anzuelo cebado á fin de tentar á los voraces bacalaos. Los botecillos se apartan de sus respectivos barcos por la mañana, partiendo en todas direcciones, y cuando se han alejado próximamente una milla, colocan sus cuerdas, sumergiéndolas en el agua y poniendo á cada una, en sus extremos, una boya y un ancla. Después de haberlas colocado todas, vuelven á la primera que pusieron, sacándola y examinándola por si acaso ya ha caído algo. Los pescados recogidos se llevan en seguida al barco, donde se les abre, limpia, sala y deposita en la bodega, repitiendo el procedimiento hasta que se completa la carga ó se concluye el cebo y hay que volver á tierra á buscar más.

Centenares de goletas, pertenecientes á armadores bretones, pasan el invierno en St. Pierre; todos los años, por la primavera, acuden de Francia los hombres que las han de tripular y á ella regresan cuando ha terminado la época de la pesca, después de haber pasado seis meses de penalidades y sufrimientos.

La pequeña avanzada que Francia sostiene al Sur de Terranova, St. Pierre-Miquelon, es el centro de la industria pesquera del gran banco. Por medio de las levas obliga á tomar parte en ella á la juventud de las provincias ribereñas del Atlántico. De todos los miles de pescadores que frecuentan aquellos parajes del Océano, los franceses son indiscutiblemente los más dignos de compasión. El oficio es trabajoso y arriesgado, pero las tripulaciones de las demás nacionalidades tienen en su favor lo siguiente: que son agentes libres, árbitros de su destino, pueden embarcar ó permanecer en tierra, mientras que los franceses son los esclavos de la leva, sin poder procurarse las más pequeñas comodidades, por no hablar de otros derechos más importantes. A los diez y seis años quedan sujetos á la quinta; pasan dos años como mozos de playa, desempeñando las faenas de secar el pescado, y después otros tres á bordo de los barcos de pesca en los bancos. Al terminar este tiempo se les destina á los buques de guerra, si son útiles para el servicio, y si no, continúan en las pesquerías.

Todos los años, hacia mediados de marzo, los reclutas de mar se concentran en St. Maló, y después de haber sido filiados y revistados, se les amontona como animales á bordo de los transportes que han de conducirlos á St. Pierre para ser distribuídos en los barcos de pesca, en los que trabajan todo el verano. Durante ese período, su existencia es muy dura. No tienen ningún día de descanso, ni se les permite ninguna distracción. Desde que amanece hasta que anochece, y á veces todavía más, trabajan sin cesar, sujetos al capricho y á la brutalidad de patrones ebrios y largos de mano y viviendo de la más miserable manera. Duermen en unos departamentos hediondos, de poca luz, sin higiene y sin limpieza, teniendo por camas montones de paja y por mantas los sacos vacíos que contuvieron sal. Su alimentación es de lo peor, el traje muy ligero, la paga insignificante. Viviendo como viven entre la degradación y la embriaguez, pronto se embotan sus buenos instintos, y á no ser que deserten y huyan al Canadá ó á Terranova, como hacen muchos todos los años, en poco tiempo quedan todos reducidos al mismo bajo nivel. No puede imaginarse nada tan repulsivo como el castillo de proa de un barco pescador francés de los bancos, donde van amontonados veinte hombres ó más.

Mozos de playa franceses desembarcando bacalaos en Saint-Pierre

Para formarse idea de lo que allí sucede es menester buscar en los archivos del Ministerio de la Marina de Francia los capítulos de un informe dado por la comisión nombrada en 1897 para inquirir lo que ocurría en dichas pesquerías, capítulos que no se publicaron por los horribles detalles que contenían. Hasta la parte que se publicó estaba tan llena de hechos repugnantes, que se dieron órdenes á los buques de guerra para que se inspeccionara á la escuadrilla de pesca con mayor escrupulosidad. En febrero de 1904 el fiscal de St. Maló hizo conocer al público las salvajadas que se perpetraban á bordo de los buques de pesca. Un patrón y un contramaestre, que eran hermanos, fueron acusados del asesinato de dos marineros. Uno de ellos era un escritor y viajero que se había embarcado con el propósito de estudiar la existencia de los pescadores y presenciar los horrores que, según voz pública, se cometían con ellos.

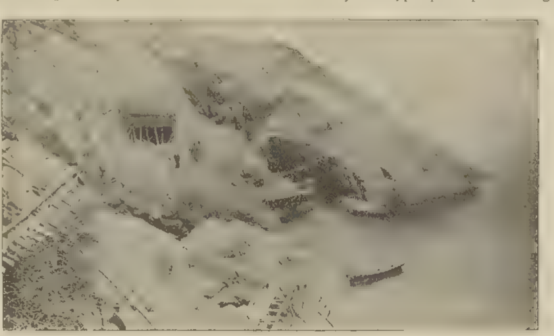
El verano pasado regresó á St. Pierre, del gran banco, un barco de pesca cuyo patrón, en un acceso de delirio, producido por el alcohol, mató á tres tripulantes. Poco tiempo antes se perdió un buque, escapando con vida únicamente dos de los veinticuatro hombres que lo tripulaban, porque el patrón, borracho, revólver en mano, no permitió que aferraran las velas. El año anterior, otro patrón fué condenado á encierro perpetuo en St. Pierre por haber maltratado en su barco á dos grumetes de tal modo, que murieron de sus resultas. Pero los casos en que esos crímenes se castigan son raros y á largos intervalos; en su gran mayoría quedan impunes.

Tripulación de un barco francés de los que se dedican á la pesca del bacalao en los Bancos de Terranova

A bordo de los *banqueros* franceses la vida se tiene en poco. La estadística de defunciones que en ellos ocurren llega á las centenas todos los años, y aseguran los pescadores americanos, canadienses y de Terranova que los patrones franceses, en muchas ocasiones, no se molestan en buscar los botes con pescadores que se han extraviado, manifestando la más completa indiferencia por la suerte que pudieran correr los náufragos.

Los barcos que emplean en las pesquerías son detestables, pues cuando los de otras naciones son desechados por inservibles, encuentran siempre compradores en St. Pierre; de ello resulta que cuando ocurren tempestades en aquellas regiones, son grandes las pérdidas que sufren los franceses por lo malo de los cascos y lo podrido de los aparejos.

En los bancos, las corrientes del Labrador y del Gulf Stream se juntan, y al mezclarse las aguas calientes con las frías, producen una niebla que es casi continua y á veces tan densa, que es imposible verse de un extremo á otro de la cubierta de una goleta. Estas nieblas invaden rápidamente toda la región, y los botes que se hallan apartados de sus buques ocupados en los aparejos de pesca, quedan envueltos en un mortífero velo que oculta todo indicio de orientación; así es que bogan á la ventura sobre el silencioso Océano, pasando por los más terribles trances ó encontrando la muerte después de horribles tormentos. Esos esquifes rara vez llevan provisiones ni agua, ni ofrecen abrigo alguno á los que los ocupan, así es que éstos se ven atormentados por el frío durante la noche, por el sol de día, mojados por la lluvia ó el oleaje, azotados por los vientos y sufriendo hambre y sed.



Un depósito de cebo para la pesca del bacalao en la costa de Terranova

Otra de las causas de las tristes tragedias que en los bancos acontecen son los grandes vapores trasatlánticos que cruzan velozmente por aquellos parajes, hasta en medio de las más densas nieblas, echando á pique cuanto á su paso encuentran. El peligro mayor existe en las noches de lluvia y niebla, porque desde el vapor, á no ser que los vigías estén muy alerta, no se oyen los cuernos que tocan en los barcos á tiempo para detener su marcha, y las luces de aquél no se ven desde la frágil embarcación sino cuando ya está encima, quedando destrozada, como si fuera un cascarón de huevo, al choque del inmenso casco, que la embiste con fuerza irresistible.

No siempre se detienen los grandes vapores para prestar auxilio á sus víctimas. Algunos ha habido que se han apresurado á alejarse á fin de no ser reconocidos. Luego, á los alarmados pasajeros se les dice que el choque que sintieron fué con un témpano de hielo y que los gritos, si es que los hubo, los dieron los marineros de cuarto en la cubierta. Entre tanto, una veintena de desgraciados se quedan atrás luchando con las negras aguas, y el buque destrozado gira en la estela del vapor durante unos minutos y desaparece luego; mientras tanto en algún lejano pueblecillo de pescadores las madres y las hijas velan con los ojos ardientes y los corazones afligidos, esperando el barco que no ha de volver. En el pequeño cementerio de St. Pierre hay multitud de lápidas cuyos epitafios atestiguan que fueron colocadas por esposas y madres sin consuelo, en recuerdo de alguno que, junto con todos sus compañeros, desapareció en los grandes bancos sin que jamás se volviera á saber de ellos.

Las montañas de hielo tienen una parte proporcional muy grande en el número de los que perecen todos los años en los bancos. Los barcos con frecuencia chocan con esos grandes castillos marinos, que se deslizan silenciosamente, envueltos entre la niebla, ó bien inmensos campos de hielo los destrozan con fuerza irresistible mientras están anclados. En semejantes casos no es raro que la tripulación, que se ha quedado sin albergue, se refugie sobre la misma montaña de hielo y allí aguarde á que vengan en su auxilio; más de una vez ha sucedido así, sin tener que lamentar la pérdida de un solo hombre. En la primavera, el peligro que ofrece el hielo es mucho mayor, y apenas pasa un día sin que entre en el puerto algún buque necesitado de reparaciones ó trayendo á él la tripulación de algún otro que se ha perdido, y que refiere una serie de desastres, padecimientos y una salvación milagrosa.

F. Mac Grath.

El eminente dramaturgo francés Victoriano Sardou, á quien se ha concedido recientemente la gran cruz de la Legión de Honor
(De fotografía de M. Branger.)

El gobierno francés ha otorgado la gran cruz de la Legión de Honor al eminente dramaturgo Victoriano Sardou, y bien puede afirmarse que pocas recompensas habrán sido concedidas con más justicia y con mayor beneplácito de toda Francia.

Sardou es, en efecto, uno de los autores á quienes con más entusiasmo y con más constancia ha aplaudido el público y de los que más representadas han visto sus obras en el extranjero; y á pesar de los cincuenta años transcurridos desde que dió al teatro su primera producción, hoy, como en sus mejores tiempos, sus creaciones triunfan en la escena y el buen éxito sigue acompañándolas, no obstante las nuevas orientaciones del arte dramático.

Como nadie domina el arte de construir una comedia ó un drama, y como nadie encuentra argumentos que interesen, crea personajes con quienes el público se identifique y combina efectos de resultado seguro que provoquen en un momento dado una tempestad de aplausos.

Sus obras serán todo lo artificiosas que se quiera; pero cautivan, se apoderan desde el primer instante del ánimo del espectador y despiertan en él sensaciones intensas que le hacen vivir la acción que en la escena se desarrolla, como si de la vida real se tratase. La cultura del lenguaje, la viveza del diálogo y los rasgos de ingenio tan profusamente sembrados en sus obras, han contribuído no poco á hacer de Sardou uno de los autores predilectos en Francia y de los más apreciados fuera de ella.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 21 de enero de 1907 — Núm. 1.308

MIMI AGUGLIA FERRAÚ, eminente actriz de la compañía dramática italiana que representa actualmente en el Teatro de Novedades de esta ciudad. (De fotografía.)

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *Compañía dramática italiana.* – *Unojito, Dosojitos, Tresojitos*, cuento de los hermanos Grimm. – *La cuestión de Marruecos.* – *Monumento á Quevedo.* – *La reina Doña María Cristina.* – *El acorazado inglés «Dreadnought» puesto en estado de servicio.* – *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). – *El nuevo shah de Persia. El Parlamento persa.* – *La máquina de volar de Hofmann.*

Grabados.—*Mimí Aguglia Ferraú*, eminente actriz de la compañía dramática siciliana. – El eminente actor *Cav. Grasso*, director de dicha compañía. – *¡Cabrita, cabrita, pon la mesita!*, cuadro de Herberto Arnold. – *Marruecos. Una calle de Tánger. Tipos de partidarios del Raisuli.* – *Cabilas convocadas por el Raisuli.* – *Soldados marroquíes en las afueras de Tánger.* – *Vista de Zinat, tomada pocos días antes de la batalla por un indígena al servicio del ministro francés en Tánger.* – *Vista del gran Zoco de Tánger.* – *Quevedo*, estatua obra de Agustín Querol. – *La reina Doña María Cristina*, retrato pintado por José Moreno Carbonero. – *Monumento erigido en Madrid á D. Francisco de Quevedo y Villegas*, obra de Agustín Querol. – Tres vistas del acorazado inglés *Dreadnought.* – *Mozzaffer ed-Dinn*, shah de Persia fallecido el día 8 de los corrientes. – El nuevo shah de Persia *Mahomed Alí Mirza.* – *Teherán. Puerta de entrada del palacio de Baharistán.* – *Berlín. Máquina para volar del consejero Hofmann.* – *Barcelona.* El maestro *Mascagni* y los profesores de la orquesta del Gran Teatro del Liceo.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El Salvador: el estado de sitio y la libertad de imprenta: las Repúblicas centro americanas y Roosevelt. – *Honduras y Nicaragua:* el laudo arbitral de Alfonso XIII: la frontera. – *Panamá:* la alocución del presidente. – *Colombia:* riqueza minera: el oro y las esmeraldas: vías de comunicación. – *Ecuador:* Alfaro, presidente constitucional. – *Uruguay:* actividad económica: situación financiera. – *República Argentina:* armamentos. – *Chile:* los últimos araucanos.

Los efectos del decreto de 11 de septiembre próximo pasado, que declaró en estado de sitio la República de El Salvador, se redujeron pocos días después, el 4 de octubre, á la suspensión de las garantías del amparo personal y de la libertad absoluta de la prensa; quedando, en consecuencia, restablecidas las demás garantías constitucionales. Siguieron en suspenso aquéllas sin otro objeto que tener el Ejecutivo á mano medios de acción para reprimir desórdenes durante el período de elecciones.

No se trataba de entorpecer los trabajos electorales de tal ó cual candidato á la presidencia de la República, sino de evitar que en ese período en que los ánimos se exaltan degenerasen los apasionamientos en hechos y manifestaciones impropios de un pueblo culto, que pudieran perturbar el libre ejercicio del derecho electoral.

Que tales eran los propósitos del gobierno, lo prueba la circunstancia de que, á pesar de las facultades que en cuanto á la prensa se reservó aquél, los periódicos de la República siguieron gozando de la misma libertad que antes tenían. Se cita como caso raro de tolerancia y de respeto á la libertad de la prensa en pleno período de suspensión de garantías, el hecho de haberse permitido la publicación de una carta escrita en tonos muy enérgicos por el general Villavicencio y dirigida al comité de su partido.

Refiriéndose á otro asunto, la mediación de Roosevelt con motivo de la guerra entre El Salvador y Guatemala, la prensa salvadoreña deplora que la del extranjero—y especialmente alude á la de España—haya supuesto que el presidente de los Estados Unidos impone su autoridad ó su influencia á los pueblos centro-americanos. Los periódicos de San Salvador hacen constar que la mediación fué propuesta por el presidente de la República mexicana; que el crucero en que los delegados se reunieron estaba en alta mar, á más de tres leguas de tierra, para que así resaltase mejor la neutralidad de los mediadores y se mantuvieran bajo un pie de perfecta igualdad todas las altas partes contratantes, y que en las comunicaciones de Roosevelt á los gobiernos de los citados contendientes, por lo menos en la dirigida al de El Salvador, tuvo aquél buen cuidado de expresarse con todo el respeto que exigen los derechos y la dignidad de Repúblicas soberanas.

***

La cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua ha quedado resuelta por virtud del laudo arbitral que dictó S. M. el rey D. Alfonso XIII en 23 de diciembre último. Determinan la frontera la desembocadura del río Coco ó Segovia, junto al cabo Gracias á-Dios, y las vaguadas de dicho río y de su afluente el Poteca ó Bodega; desde el encuentro de éste con el río Guineo, la divisoria toma la dirección que corresponde al deslinde de 1720 para concluir en el Portillo de Teotecacinte, de modo que el sitio de este nombre quede íntegro dentro de la jurisdicción de Nicaragua.

Los gobiernos nicaragüenses habían hecho concesiones de tierras al Norte de esa frontera, es decir, en zona que, según el laudo, es de Honduras. Suponemos que ésta respetará los derechos que los particulares hayan podido adquirir mediante esas concesiones.

Telegramas llegados á Europa en los primeros días de este mes anunciaban cierta agitación revolucionaria en Honduras, y se sospechó que pudiera impulsarla ó favorecerla el gobierno de Nicaragua, algún tanto contrariado por no haber conseguido que el fallo arbitral reconociese todas sus pretensiones territoriales.

Noticia llegada por cable á Madrid el 13 del corriente hizo saber que tales sospechas eran infundadas; la revolución de que se hablaba se redujo á desórdenes ó alborotos sin importancia, ocurridos con motivo de los festejos populares con que allí es costumbre celebrar los últimos y primeros días del año.

***

Se ha cumplido, en los primeros días de noviembre de 1906, el 3.^{er} aniversario de la proclamación de la República de Panamá. El presidente ha dirigido una alocución á sus conciudadanos, congratulándose de haber logrado, tras larga y dolorosa experiencia, la consolidación del gobierno autónomo.

Sin embargo, el Sr. Amador Guerrero no parece muy satisfecho, pues declara que aún no están realizadas todas las aspiraciones de los panameños, y deja para lo porvenir el cumplimiento del ideal de concordia en que su gobierno se inspira. Deber de todos, dice, es consagrarse sin reservas á la gloria de la nación, á su prosperidad y á su grandeza. Nada de ambición personal; todo hay que sacrificarlo al bienestar de la patria, prescindiendo de pasiones y de intereses mezquinos.

***

En una revista yanqui—*The Engeneering and Mining Journal*—el Sr. Granger aplaude la política del actual gobierno colombiano, política eminentemente práctica, que tiende á fomentar por todos los medios posibles el desarrollo de las riquezas agrícola y minera. Fíjase especialmente en la importancia y valor que esta última tiene.

Recuerda que en los tiempos en que Colombia era de España, se la consideraba como el país de mayor producción de oro en el mundo, y así fué hasta que los placeres de California vinieron á colocar á los Estados Unidos en primera fila. La mayor parte del oro obtenido por los españoles procedía de los ríos, y los métodos que usaron para extraerlo eran tan perfectos, que todos los que ven sus antiguos trabajos reconocen que aun con las dragas hidráulicas modernas no hubieran podido obtener mayores resultados. Hoy día, en las arenas de algunos arroyos, millares de trabajadores de ambos sexos lavan oro en cantidad suficiente para proporcionarse el sustento, y esperan con ansiedad la época de sequía, en la que pueden llegar al subsuelo de los cauces, donde hay oro en tal abundancia, que en pocos días de labor se obtienen á veces rendimientos que bastan para poder gozar en lo sucesivo vida cómoda é independiente.

En la actualidad, el factor más importante de la riqueza minera de Colombia es la esmeralda. El gobierno tiene el monopolio de su explotación. Aunque se encuentran esmeraldas en varios lugares cercanos á Bogotá, sólo se trabajan las minas de Muzo, situadas á tres jornadas, á lomo de mula, de la capital. Esta mina es la fuente de donde se provee el mundo de las más preciosas piedras. El presidente, general Reyes, que sabe que las esmeraldas perfectas alcanzan mayor precio que los diamantes, ha resuelto establecer en la mina maquinaria moderna.

Colombia puede derivar de sus minas de esmeraldas los recursos necesarios para llevar á cabo las reformas emprendidas por el presidente y su gobierno, entre ellas el desarrollo y perfeccionamiento de las vías de comunicación. Se han organizado en el ejército compañías de zapadores que se ocupan en reconstruir caminos que se habían convertido en veredas casi intransitables. Las vías férreas que se construyen desde las costas y el navegable río Magdalena hacia el interior facilitarán el acceso á las regiones mineras y la instalación en Antioquía y Cauca de las máquinas necesarias para la perfecta explotación de las minas.

***

El general Eloy Alfaro, que provisionalmente gobernaba en el Ecuador, ha sido elegido presidente constitucional de la República.

Las elecciones no se señalaron por incidente ninguno notable. Antes, los enemigos de Alfaro, los conservadores, habían apelado á procedimientos revolucionarios para derribarle del poder. Fueron vencidos, quedando prisionero el jefe que los mandaba, coronel Vega.

Ahora hay gran espectación ante la política que ha de desarrollar el viejo caudillo de los liberales ecuatorianos. Los conservadores ó clericales están recelosos, pues temen que aquél extreme los radicalismos.

***

Desde los puntos de vista económico y financiero nótase gran actividad y progreso en la República del Uruguay.

Ingenieros y representantes de Sindicatos industriales y mercantiles hacen estudios en las regiones mineras, especialmente en los departamentos de Minas, Maldonado y Rivera; llega de Europa maquinaria perfeccionada para impulsar la explotación, y se descubren nuevos yacimientos de hulla en Paysandú.

Estúdianse también proyectos de nuevos canales y ferrocarriles, adelantan las obras del ferrocarril internacional que ha de enlazar á la República con el estado brasileño de Río Grande, y se amplían las comunicaciones entre Montevideo, Río Grande y Porto Alegre. Prosiguen las obras del puerto de la capital y se trata de establecer en él una zona franca.

El estado de la Hacienda es muy satisfactorio. Se ha suprimido el descuento de 5 y 10 por 100 que pesaba sobre el sueldo de los funcionarios de la administración. Todos los servicios mejoran, y en los nuevos presupuestos se consignan tres millones de pesos oro para obras públicas, un millón para escuelas generales, y otro tanto aproximadamente para las de Veterinaria y Agronomía y para construir la Biblioteca Nacional y Museo.

***

No hace muchos meses, hacia septiembre último, el gobierno argentino pidió autorización á las Cámaras para adquirir ó construir grandes buques de combate. Los Estados Unidos del Brasil van aumentando su marina de guerra, y conviene prepararse para posibles contingencias.

La República Argentina es país rico y próspero, y debe ponerse en condiciones de poder defender su riqueza actual y su porvenir. Chile, país más pobre, puede algún día sentir la imperiosa necesidad de desbordarse por los fértiles campos argentinos. Una alianza chileno brasileña pondría en grave aprieto á la República Argentina. No es, pues, de extrañar que ésta trate de precaverse aumentando sus fuerzas de mar y tierra, y también buscando contrapeso á la posible citada alianza mediante pactos con otras Repúblicas de Suramérica, cuyos intereses no se armonicen con los de Chile y el Brasil.

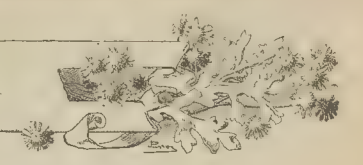
Ultimamente, la prensa de Buenos Aires hacíase eco de proyectos de negociación con el Brasil acerca de los nuevos armamentos marítimos. Preferible sería, sin duda alguna, un convenio entre esos y otros Estados del Sur de América que limitara, sobre base de relativa igualdad, las fuerzas terrestres y navales de todos ellos.

***

Los indios chilenos continúan quejándose del mal trato de que los hacen víctimas las autoridades. Reclaman, sin obtener justicia. Aquella gran raza de los araucanos, que inmortalizó Ercilla, va desapareciendo, «estrechados de día en día—según dicen periódicos de Santiago—por una rapacidad más desvergonzada que la de los primeros conquistadores del país.» Se les quita sus tierras y sus casas, y se refugian en la ciudad, por cuyas calles vagan entristecidos los viejos caciques, y mozos y mujeres mendigan trabajo y se entregan á las más humildes tareas.

R. Beltrán Rózpide.

COMPAÑÍA DRAMÁTICA SICILIANA



Sin bombos, sin reclamos, casi sin anunciarse, presentóse ante el público de Barcelona la Compañía dramática siciliana. La inmensa mayoría de los aficionados al teatro no tenían noticia siquiera de que tal compañía existiese, y sólo algunos recordaban haber leído algo de ella en periódicos extranjeros ó haber oído hablar de ella con gran elogio á actores italianos tan eminentes como Zacconi y Caravaglia.

Nuestro público es por temperamento desconfiado; se resiste á lo desconocido, y por miedo de tener que llamarse á engaño deja muchas veces de gustar placeres exquisitos. ¿Será menester citar, entre otros, el ejemplo de lo sucedido, hace bastantes años, con la compañía portuguesa de la que formaba parte la eminentísima, la incomparable Lucinda Simoes?

Teniendo en cuenta estas circunstancias, no es de extrañar que á la función inaugural de la Compañía dramática siciliana asistiera una concurrencia escogida, sí, muy escogida, pero escasa, muy escasa; mas quizás por esto mismo el éxito de aquella primera representación fué mayor. Los que aquella noche estaban en Novedades eran los verdaderos aficionados, los inteligentes, los que van al teatro en busca de emociones artísticas, los que toman el arte como fin, no como pretexto para lucir galas y pasar la velada entretenidos en animados coloquios; y los grandes éxitos, que no siempre son los más ruidosos, los hacen, no los muchos, sino los mejores.

Y el éxito de la compañía fué grande, colosal. El público, desde las primeras escenas, se identificó con los actores y no tardó en rendirse á discreción; y al día siguiente, todos los periódicos agotaban el repertorio de las alabanzas escribiendo sobre el estreno, y en todos los círculos no se hablaba de otra cosa que del triunfo inmenso alcanzado por aquellos artistas pocas horas antes enteramente desconocidos por la generalidad.

La noticia fué cundiendo, y en las sucesivas noches el público ha acudido, cada vez más numeroso, al teatro de Novedades, pudiendo convencerse de que los elogios no eran exagerados y de que el espectáculo que allí se le ofrecía era uno de los más notables de cuantos se han dado en Barcelona.

Las representaciones de esa compañía han sido una doble revelación: la revelación de un teatro del que no conocíamos otra muestra que la popular obra de Verga *Cavallería rusticana*, y la revelación de una actriz y de un actor á quienes puede aplicarse como á muy pocos el dictado de eminentísimos.

Hasta ahora, todas las obras puestas en escena, excepción hecha de *La morte civile* y de dos arreglos de *Terra baixa*, de Guimerá, y de *Juan José*, de Dicenta, han sido dramas de costumbres sicilianas, de un género eminentemente regional, cuya característica son las pasiones llevadas á su mayor grado de intensidad. En las producciones de Capuana, Broggi, Linopoli, Martoglio y aun en las del mismo Verga, apenas hay exposición; el conflicto, el drama, surge en los primeros momentos, y desde entonces crece y se agiganta en un argumento, por decirlo así, condensado, que se precipita hacia la catástrofe final sin episodios que distraigan la atención del espectador, sin medias tintas que suavicen las rudezas de la acción dramática. Las pasiones estallan potentes, fieras, en momentos casi salvajes; los tipos se presentan en seguida francos, tales como son, como caracteres rudos, toscos, sin complejidades psíquicas, en quienes el amor, el odio, los celos, la venganza viven sin atenuaciones y revisten proporciones gigantescas; las escenas se suceden rápida y en ocasiones atropelladamente, y el lenguaje corresponde por modo admirable á los sentimientos que expresa y á las situaciones en que la acción se desarrolla, siempre vibrante, siempre ardiente, lleno de frases cortadas, de diálogos fogosos, de pensamientos acerados. No quiere esto decir que no haya en tales obras momentos de reposo, pero son contados y por añadidura fugaces, y parecen puestos expresamente para hacer más violento el contraste con lo que constituye la tónica dominante.

Un teatro de esta índole forzosamente ha de causar en el público impresión muy honda, á condición, empero, de que los actores encargados de interpretarlo lo sientan como estas cosas deben sentirse y lo representen de una manera intachable. En pocos casos tendrá mejor explicación que en este la conocida sentencia de que sólo un paso separa lo sublime de lo ridículo. Las obras regionales que nos ha dado á conocer la compañía siciliana interpretadas por actores adocenados, seguramente fracasarían; todo lo que de eminentemente humano hay en ellas aparecería de fijo como artificioso; el género sería una variante más del vulgar melodrama. En cambio, representadas por esa compañía, son páginas arrancadas de la realidad cuya figuración escénica produce la sensación de la vida misma; son poemas de pasión que conmueven nuestras almas, haciéndonos olvidar por un momento que se trata de una ficción y obligándonos á sentir, á padecer, á llorar, como sienten, padecen y lloran los personajes que los actores encarnan.

La mayoría de los elementos que forman la compañía dramática siciliana son valiosísimos, pero entre todos ellos sobresalen los dos á quienes antes hemos aludido, y con cuyos retratos honramos hoy las páginas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA: la señora Aguglia Ferraú y el Sr. Grasso. Una y otro se impusieron desde el primer día, revelándose como dignos de ser contados entre las más grandes eminencias que se han admirado en Barcelona. La voz, el gesto, los ojos, todo en ellos subyuga y fascina, y en los momentos culminantes, el espectador, vencido, hipnotizado por sus palabras apasionadas, por sus violentas actitudes, por sus miradas de fuego, siente esa emoción inexplicable, potente, profunda que sólo es capaz de producir lo verdaderamente sublime, y que se exterioriza en delirantes aplausos y aclamaciones. Su arte se confunde con la naturaleza; no parecen actores que fingen sentimientos imaginados por el poeta, sino seres reales que sienten sus propias pasiones y las exteriorizan con la vehemencia, con la espontaneidad de lo vivido.

El eminente actor CAV. GRASSO, director de la Compañía dramática siciliana que representa actualmente en el teatro de Novedades de Barcelona. (De fotografía.)

Barcelona ha hecho justicia á sus méritos, premiando con ovaciones entusiastas la labor magistral de tan colosales artistas. La impresión que entre nosotros han causado no se borrará jamás; y en lo sucesivo, cuando se citen los nombres de las grandes figuras del arte escénico que en todos tiempos nos han visitado, forzosamente colocaremos entre los primeros de los primeros á la señora Aguglia Ferraú y al Sr. Grasso. – C.

UNOJITO, DOSOJITOS, TRESOJITOS, cuento de los hermanos Grimm

Érase una mujer con tres hijas, de las cuales la mayor se llamaba Unojito, porque sólo tenía un ojo en medio de la frente; la segunda, Dosojitos, porque tenía dos ojos, como el común de los mortales, y la pequeña, Tresojitos, porque tenía tres, uno de ellos también en mitad de la frente. Como la segunda se parecía á todas las demás personas, sus hermanas y su madre no podían sufrirla, y solían decirle: «Tú, que tienes dos ojos, no eres mejor que el vulgo y no mereces alternar con nosotras.» Además la golpeaban; le daban las peores ropas y la comida que ellas no querían, y le causaban todas las penas imaginables.

Dosojitos había de salir al campo á guardar la cabra, y la pobre sentía mucha hambre, porque sus hermanas le daban muy poco que comer. Cierto día sentóse á la linde de un bosque, y comenzó á llorar de tal manera, que de sus ojos brotaron dos fuentecitas. De pronto vió á su lado á una mujer que le preguntó:

—¿Por qué lloras, Dosojitos?

—¡Cómo no he de llorar! Mi madre y mis hermanas no pueden sufrirme porque tengo dos ojos, como la demás gente; me arrojan de un rincón á otro, me dan sus vestidos viejos y los restos de su comida. Hoy he comido tan poco, que estoy hambrienta.

—Seca tu llanto, Dosojitos; te diré una cosa para que nunca más padezcas hambre. Sólo con que digas á tu cabra:

Cabrita, cabrita, pon la mesita,

verás aparecer delante de ti una mesa limpiamente puesta y cubierta de los más exquisitos manjares, de los que podrás comer hasta hartarte. Y cuando estés satisfecha y ya no necesites la mesa, di:

Cabrita, cabrita, quita la mesita,

y la mesa desaparecerá.

Fuése la hada, y Dosojitos, queriendo comprobar en seguida, pues el hambre la apretaba, si era cierto lo que aquélla le dijera, pronunció las palabras mágicas, y apenas las hubo dicho, vió aparecer una mesita cubierta con blanco mantel, y en ella un plato, un cuchillo, un tenedor y una cuchara de plata, y exquisitos manjares, humeantes todavía, como si acabaran de salir del fuego.

Dosojitos rezó la corta plegaria, única que sabía, «Señor Dios, sé nuestro huésped, amén;» comió con delicia, y cuando estuvo satisfecha pronunció las otras palabras que la hada le había enseñado, é inmediatamente desapareció la mesa con todo lo que en ella había, y la muchacha quedóse alegre y contenta pensando que ya no padecería más hambre.

Por la noche, cuando regresó á su casa con la cabra, encontró un platito con comida que sus hermanas le habían dejado y que ella no probó.

Al otro día, volvió á salir con su cabra sin llevarse el par de mendrugos que le daban. La primera y la segunda vez que esto hizo, sus hermanas no pararon mientes en ello; pero al ver que todos los días era lo mismo, llamóles la cosa la atención y se dijeron:

—Lo que hace Dosojitos no es natural; antes devoraba cuanto le dábamos y ahora no quiere llevarse la comida. Eso indica que come en otra parte.

Y para averiguar la verdad, convinieron en que Unojito acompañara á Dosojitos cuando ésta fuese á apacentar la cabra, y viera lo que sucedía y si alguien le daba de comer y de beber.

Al levantarse Dosojitos á la mañana siguiente, acercósele Unojito y le dijo:

—Quiero ir contigo al campo y ver si la cabra come bien.

Pero Dosojitos, que comprendió la intención de su hermana, llevó la cabra á un prado de alta hierba, y apartándose con Unojito, díjole:

—Vamos á sentarnos ahí; te cantaré algo.

Sentóse Unojito, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada á tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y su hermana empezó á cantar:

Unojito, ¿velas? Unojito, ¿duermes?

Unojito cerró su ojo y se quedó dormida; entonces Dosojitos, viendo que aquélla no podría enterarse de lo que ocurriera, pronunció las palabras mágicas:

Cabrita, cabrita, pon la mesita.

Y cuando se hubo hartado de comer y de beber, dijo:

Cabrita, cabrita, quita la mesita.

Y la mesita desapareció.

Dosojitos despertó entonces á su hermana, diciéndole:

—Querías vigilar y te has dormido, de modo que la cabra hubiera podido escaparse. Vámonos á casa.

Dosojitos dejó, como de costumbre, intacta la cena que le dieron, y Unojito no pudo explicar por qué aquélla no comía, y para disculparse declaró que se había dormido.

A la mañana siguiente, la madre encomendó la vigilancia de Dosojitos á Tresojitos, diciéndole:

—Es preciso que veas si tu hermana come fuera, pues en casa es donde ha de comer.

Salieron las dos muchachas, diciendo Tresojitos á su compañera:

—Quiero acompañarte para ver si la cabra come bien.

Dosojitos, comprendiendo la intención de su hermana, llevó la cabra á un prado de alta hierba y dijo á Tresojitos:

—Sentémonos ahí; te cantaré algo.

Tresojitos sentóse, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada á tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y Dosojitos cantó:

Tresojitos, ¿velas?

Pero en vez de cantar «Tresojitos ¿duermes?,» dijo distraídamente:

Dosojitos, ¿duermes?

Con lo cual cerráronse solamente dos de los tres ojos de la hermana, mientras el tercero, del que nada había dicho la canción, permaneció despierto; pero Tresojitos, para disimular, lo cerró también, aunque de modo que pudiera ver lo que sucedía.

Dosojitos, creyéndola dormida, pronunció las palabras:

Cabrita, cabrita, pon la mesita.

Y comió y bebió á su placer, mandando luego que la mesita desapareciera.

Después despertó á su hermana, y al llegar á casa tampoco cenó.

Tresojitos explicó á su madre lo ocurrido, diciéndole cómo había aparecido y desaparecido la mesa, llena de manjares exquisitos, mucho más exquisitos que los que ellas comían en su casa, y añadiendo que lo había visto todo, gracias á que de los tres ojos que tenía sólo dos se habían dormido al canto de su hermana, permaneciendo despierto el tercero, el situado en medio de la frente

En vista de ello, la envidiosa madre llamó á Dosojitos.

—¿Conque quieres vivir mejor que nosotras?, le dijo. Pues ya verás cómo se te quitan las ganas.

Y empuñando un cuchillo, clavóselo en el corazón á la cabra, que cayó muerta.

Dosojitos, al ver esto, salió desesperada de la casa y en el campo derramó sus más amargas lágrimas. En esto, se le apareció nuevamente el hada y le preguntó por qué lloraba.

—¡Cómo no he de llorar!, respondió la niña. Mi madre ha matado la cabra que todos los días, cuando le decía las palabras que vos me enseñásteis, ponía delante de mí la mesa cubierta de ricos manjares; ahora volveré á pasar hambre y á penar.

—Voy á darte un buen consejo, repuso el hada; pide á tus hermanas que te den las entrañas de la cabra muerta y entiérralas delante de la puerta de tu casa. Con ello serás feliz.

Desapareció el hada, y Dosojitos, de regreso en su hogar, dijo á sus hermanas:

—Queridas hermanas, dadme algo de mi cabra; no pido ningún pedazo de los buenos, sólo las entrañas.

—Si no es más que esto, lo tendrás, le repondieron sus hermanas riendo.

Y Dosojitos cogió las entrañas y por la noche enterrólas sigilosamente delante de la puerta de la casa, tal como el hada le había dicho.

A la mañana siguiente, cuando despertaron y salieron á la puerta, vieron un árbol magnífico, maravilloso, con las hojas de plata y los frutos de oro; no podía darse cosa más preciosa en todo el mundo. Nadie supo cómo había crecido aquel árbol durante la noche, y únicamente Dosojitos observó que había nacido de las entrañas de la cabra, porque se alzaba precisamente en el sitio en que aquéllas habían sido enterradas.

—Hija mía, dijo la madre á Unojito, sube al árbol y arranca algunas frutas.

La muchacha encaramóse al árbol; pero así que quiso coger las doradas manzanas, escapósele la rama de entre las manos, repitiéndose esto tantas cuantas veces intentó apoderarse de la fruta; de suerte que todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces la madre dijo á Tresojitos:

—Sube tú, que con tus tres ojos podrás ver mejor que Unojito.

Bajó ésta y subió aquélla; pero le sucedió lo que á su hermana: por más que miró, las manzanas de oro se le escaparon.

Impaciente la madre, subió ella misma; mas tampoco pudo lograr su propósito.

—Probaré yo, dijo Dosojitos; tal vez sea más afortunada que vosotras.

—¡Quién, tú!, exclamaron las dos hermanas. ¡Vaya unas pretensiones!

Sin embargo, la muchacha, sin hacerles caso, subió al árbol y las manzanas no sólo no huyeron del alcance de sus manos, sino que se le acercaron por sí mismas, de modo que Dosojitos pudo llenar con ellas su delantal.

La madre se las arrebató, y tanto ella como sus hermanas, en vez de tratar mejor á Dosojitos, la miraron con mayor envidia y la trataron con más dureza.

Sucedió un día que mientras toda la familia estaba al pie del árbol, aparecióse por allí un jinete joven.

—Escóndete en seguida, Dosojitos, gritaron las dos hermanas al mismo tiempo que echaban sobre ella una cuba vacía, debajo de la cual metieron también las manzanas de oro que poco antes Dosojitos había cogido.

Acercóse el jinete, que era un guapo mancebo, y deteniéndose asombrado junto al árbol de hojas de plata y frutos de oro, habló así á las dos hermanas:

—¿De quién es ese árbol? Quien me diera una rama de él, podría pedir en cambio cuanto quisiera.

Unojito y Tresojitos contestaron que el árbol era suyo y que de buen grado arrancarían una rama para regalársela; pero por más esfuerzos que hicieron no lograron su objeto, porque las ramas y los frutos se apartaban cada vez que intentaban cogerlas.

—¡Es muy raro!, exclamó el desconocido. Decís que el árbol os pertenece, y no tenéis poder para arrancar una de sus ramas.

Pero las dos hermanas sostuvieron que el árbol era suyo.

En esto, Dosojitos, desde dentro de la cuba, tiró dos manzanas de oro que fueron á parar á los pies del caballero; la pobre muchacha estaba resentida porque sus hermanas no habían dicho la verdad.

El joven quedóse admirado al ver las dos manzanas y preguntó de dónde procedían; Unojito y Tresojitos respondieron que tenían otra hermana, pero que no podía presentarse porque no tenía más que dos ojos, como el común de los mortales.

El caballero quiso verla y la llamó.

Entonces Dosojitos salió animosamente de debajo de la cuba, y el joven, asombrado de su mucha belleza, le dijo:

—Dosojitos, ¿puedes arrancar para mí una rama del árbol?

—Ciertamente que puedo, porque el árbol es mío.

Y encaramándose ligera, arrancó con gran facilidad una rama de hojas de plata y frutos de oro y se la entregó al caballero.

—¿Qué quieres en cambio?, preguntó éste.

—¡Ay!, exclamó Dosojitos. Padezco hambre y sed y toda clase de sufrimientos desde que amanece hasta muy entrada la noche; si quisieras llevarme contigo y salvarme, me consideraría feliz.

El joven hizo montar á Dosojitos en su caballo y se la llevó al castillo de su padre, en donde le dió buenos vestidos y comida y bebida á su placer; y como se prendó de ella, quiso hacerla su esposa, celebrándose la boda en medio de la mayor alegría.

Cuando el caballero se llevó á Dosojitos, las hermanas de ésta sintieron gran envidia de su felicidad; pero se consolaron pensando: «De todos modos, aquí se queda el árbol maravilloso, y aunque no podamos arrancar sus frutos, la gente vendrá para verlo y se detendrá admirada, y quién sabe si será nuestra fortuna.»

Pero á la mañana siguiente el árbol había desaparecido, desvaneciéndose con ello sus esperanzas.

En cambio, Dosojitos, al asomarse á la ventana de su cuarto, pudo ver, con la natural alegría, que el árbol estaba allí, delante del palacio.

Dosojitos vivió largos años contenta y dichosa. Un día llegaron al palacio dos pobres mujeres pidiendo limosna, y en ellas reconoció Dosojitos á sus hermanas Unojito y Tresojitos, las cuales se habían visto reducidas á tan miserable estado, que tenían que ir mendigando de puerta en puerta un pedazo de pan.

Dosojitos las acogió cariñosamente, y fué tan bondadosa con ellas, que las dos se arrepintieron de todo corazón del mal que en su juventud habían hecho á su hermana.

"CABRITA, CABRITA, PON LA MESITA", cuadro de Herberto Arnold inspirado en un cuento de los hermanos Grimm. Véase el artículo de la página anterior.

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Después de la toma de Zinat por las tropas del sultán y de la huída del Raisuli, no ha ocurrido suceso alguno que merezca la pena de ser consignado. En cambio han llegado curiosos pormenores de aquella operación de guerra, y como

Marruecos. – Una calle de Tánger

en nuestro anterior artículo sólo hablábamos de ella muy ligeramente, parécenos interesante reproducir algo de lo que desde Tánger escribe un corresponsal á un importante diario de Barcelona.

«El ex gobernador del Fash (el Raisuli), una vez destituído comenzó á dejar sentir los efectos de su venganza en las tribus que le habían hecho traición. Los robos y secuestros llenaron de espanto á los cabileños que se habían sometido al Maghzén, y Si El Guebbas dió orden de que saliese la columna en persecución del indomable bandolero.

»Unos 2.000 askaris, mandados por el kaíd Ben Bagdadi, tomaron el camino de Zinat, acampando á un tiro de fusil de la ciudadela del Raisuli, quien, rodeado de 600 valerosos partidarios, púsose á la defensiva esperando el ataque. La fortaleza de Zinat es una sólida construcción recostada sobre una escarpadura granítica que asciende hasta llegar á las altas montañas que se alzan detrás del castillo, el cual queda, por este lado, inexpugnable. Gracias á tan excelente posición, el Raisuli pudo escapar hacia el monte después de doce horas seguidas de combate, en el que resistió valerosamente el ataque de las fuerzas imperiales. Unas 60 bajas y numerosas deserciones redujeron á un centenar el número de sus partidarios. Desalentado por este desengaño y comprendiendo la inutilidad de una resistencia temeraria, abandonó durante la noche su casa, en compañía de sus fieles adeptos y de quince mulos cargados de armas, municiones y objetos de más valor que pudo recoger en su huída.

Marruecos. – Cabilas convocadas por el Raisuli para hacer frente á las tropas del sultán

»Los sitiadores sufrieron también muchas bajas, habiendo sido herido en el cuello el propio comandante de la mehalla en el momento en que para animar á los suyos se ponía en primera fila para dar el asalto á la ciudadela...»

»La herida fué de poca importancia y el mismo kaíd pudo extraerse la bala, que envolvió cuidadosamente en su pañuelo, diciendo: «Esta bala ha de vengarme; con ella mataré al Raisuli.»

»Pero el Raisuli no se había descuidado, y cuando á las primeras claridades del día despertábase Si Bagdadi, ya el rey de las montañas estaba demasiado lejos para que pudiera alcanzarle la bala de su enemigo.

»Al amanecer los soldados imperiales reanudaron el ataque. Un proyectil bien dirigido derribó un lado de la casa, pero del interior de ésta no salieron tiros ni ruidos de ninguna clase, comprendiendo entonces los sitiadores que la fiera había abandonado su guarida.

»A la desbandada asaltaron el castillo y comenzó el saqueo, entre salvajes gritos, lanzándose todos como lobos hambrientos, registrando entre ruinas y charcos de sangre todos los rincones en donde podían encontrar algo que aumentara el codiciado botín de guerra.

»Esta es la costumbre conservada todavía entre los marroquíes y nunca se da el caso de que renuncien á ella; es el derecho de la rapiña, legitimado por la victoria. El jefe, para animar á sus tropas, les dice sencillamente: «Todo lo del enemigo es nuestro.» Y el egoísmo es para esta gente el mejor aguijón.

»De la casa del Raisuli robaron hasta las losetas del suelo, los montantes de puertas y ventanas, todo lo que era transportable y podía valer algún dinero...

Marruecos. – Tipos de partidarios del Raisuli

»Allí había de todo, rebaños enteros, millares de aves de corral, almacenes de provisiones, un granero lleno, muebles, objetos de valor de todas clases, etc.

»Fué un botín espléndido, magnífico; la solitaria Alcazaba de Zinat estaba ricamente provista y para todos hubo en aquella orgía de rapiña. Ningún soldado regresó con la bolsa vacía, con las manos desocupadas.»

Al día siguiente el Zoco grande de Tánger ofrecía un aspecto animadísimo y en extremo pintoresco: los vencedores convirtieron allí en moneda el fruto de su saqueo; hasta se vendieron las rejas de hierro de la cárcel de Zinat en donde el Raisuli tenía encerrados algunos prisioneros, que fueron libertados por los de la mehalla. –S.

Soldados marroquíes en las afueras de Tánger. (De fotografías de Guillermo Rittwagen.)

Marruecos.—Vista de Zinat, tomada pocos días antes de la batalla por un indígena al servicio del ministro francés en Tánger. En ella se ve al Raisuli (×) vigilando los preparativos para el caso de tener que emprender la huída.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Marruecos.—Vista del gran Zoco en Tánger en los momentos en que los soldados de la «mehalla» del sultán, de regreso de Zinat, vendieron el botín hecho en el saqueo de aquella población, en la que se había refugiado el Raisuli
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

QUEVEDO, estatua obra del distinguido escultor Agustín Querol, que corona el monumento erigido en Madrid

LA REINA D.ª MARIA CRISTINA, retrato pintado por José Moreno Carbonero

MONUMENTO Á QUEVEDO

Otra obra notable del notable escultor catalán Agustín Querol nos complacemos en dar á conocer á nuestros lectores. Nos referimos al hermoso monumento que dedicado al poeta, al satírico, al filósofo, al pensador, D. Francisco de Quevedo, embellece la plaza de Alonso Martínez de la coronada villa. Bien merecía el insigne cultivador de la sátira, el poeta más popularizado de su época, que un artista de temperamento, que un escultor de valía indiscutible le dedicara el caudal de sus aptitudes y de su inteligencia para glorificar su memoria y rendirle esos honores póstumos que todos los países rinden á sus grandes.

Monumento erigido en Madrid
á D. Francisco de Quevedo y Villegas,
obra de Agustín Querol

Basta examinar la estatua para apreciar cuán acertado ha estado Querol, al interpretar la personalidad del poeta, representándolo en actitud reposada, cual si concentrara su pensamiento, desprovisto de toda pompa exterior, limitando su alegórica fantasía en las estatuas que embellecen el pedestal.

Bien haya nuestro amigo, por sus esfuerzos, que deseamos continúe desarrollándolos, en gracia á su buen nombre y del arte patrio.

LA REINA D.ª MARÍA CRISTINA,

RETRATO PINTADO POR JOSÉ MORENO CARBONERO

En las páginas de esta Revista nos hemos ocupado de lo que representa en el movimiento artístico de nuestra patria la personalidad de José Moreno Carbonero. La diversidad de sus obras, algunas de las cuales nos ha cabido la suerte de reproducirlas, confirman su valía y atestiguan la exactitud de nuestras afirmaciones. De ahí, pues, que hoy y con motivo de publicar el notable retrato de la reina D.ª María Cristina, que por su especial encargo y como obsequio ofreció á su hijo D. Alfonso XIII, con motivo de su enlace, pintó nuestro distinguido amigo, nos limitemos á observar que esta nueva obra demuestra una vez más su condición de colorista sin igual y de maestro dibujante, aparte de que, como retrato, refleja de modo admirable el modo de ser, el espíritu de la que durante un largo período ha desempeñado la Regencia.

Es, pues, indudable que la producción á que nos referimos es digna del destino que se le señaló.

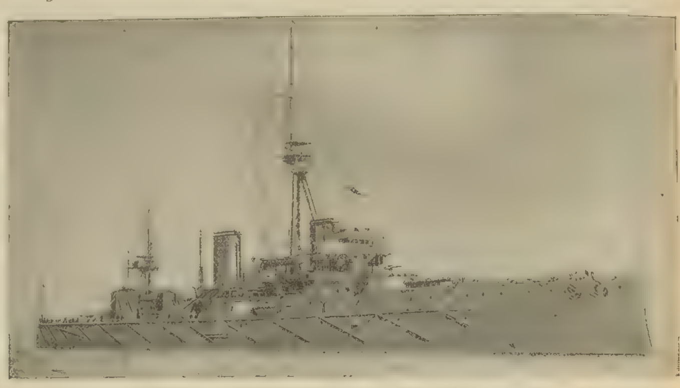
EL ACORAZADO INGLÉS «DREADNOUGHT»

PUESTO EN ESTADO DE SERVICIO

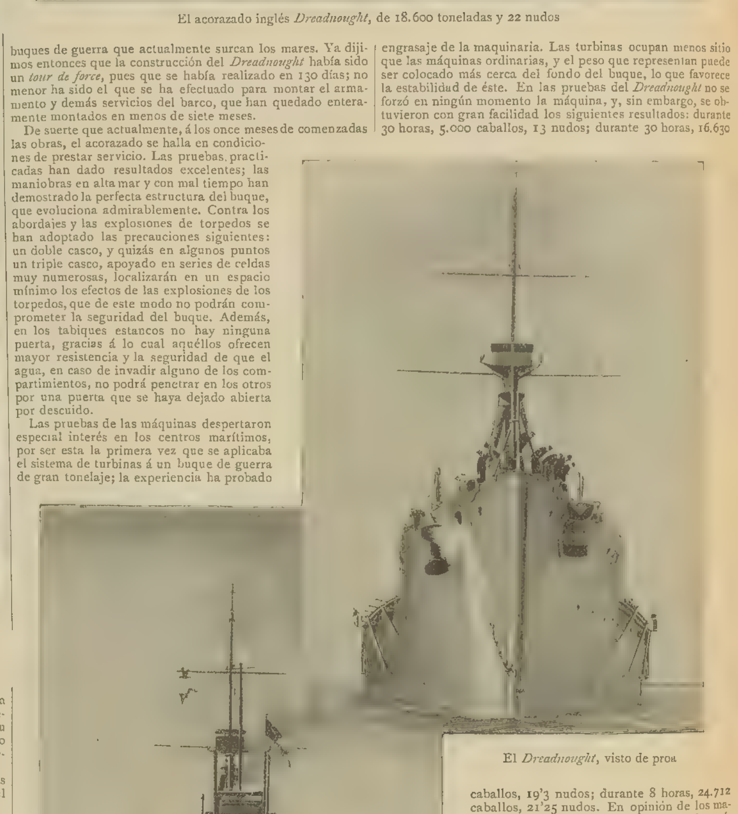
En el número 1.261 de La Ilustración Artística publicamos algunos datos sobre ese acorazado, el mayor de los buques de guerra que actualmente surcan los mares. Ya dijimos entonces que la construcción del *Dreadnought* había sido un *tour de force*, pues que se había realizado en 130 días; no menor ha sido el que se ha efectuado para montar el armamento y demás servicios del barco, que han quedado enteramente montados en menos de siete meses.

De suerte que actualmente, á los once meses de comenzadas las obras, el acorazado se halla en condiciones de prestar servicio. Las pruebas practicadas han dado resultados excelentes; las maniobras en alta mar y con mal tiempo han demostrado la perfecta estructura del buque, que evoluciona admirablemente. Contra los abordajes y las explosiones de torpedos se han adoptado las precauciones siguientes: un doble casco, y quizás en algunos puntos un triple casco, apoyado en series de celdas muy numerosas, localizarán en un espacio mínimo los efectos de las explosiones de los torpedos, que de este modo no podrán comprometer la seguridad del buque. Además, en los tabiques estancos no hay ninguna puerta, gracias á lo cual aquéllos ofrecen mayor resistencia y la seguridad de que el agua, en caso de invadir alguno de los compartimientos, no podrá penetrar en los otros por una puerta que se haya dejado abierta por descuido.

Las pruebas de las máquinas despertaron especial interés en los centros marítimos, por ser esta la primera vez que se aplicaba el sistema de turbinas á un buque de guerra de gran tonelaje; la experiencia ha probado ahora la excelencia de ese sistema, hasta el punto de que en lo sucesivo podrá considerarse como retrógrada toda marina que no lo emplee. Las ventajas del mismo experimentadas en el *Dreadnought* son: extremada suavidad de los movimientos; ausencia absoluta de las vibraciones, tan fatigosas para el personal y el material de los buques provistos de máquinas de movimientos alternativos; simplificación de la vigilancia y del engrasaje de la maquinaria. Las turbinas ocupan menos sitio que las máquinas ordinarias, y el peso que representan puede ser colocado más cerca del fondo del buque, lo que favorece la estabilidad de éste. En las pruebas del *Dreadnought* no se forzó en ningún momento la máquina, y, sin embargo, se obtuvieron con gran facilidad los siguientes resultados: durante 30 horas, 5.000 caballos, 13 nudos; durante 30 horas, 16.630 caballos, 19'3 nudos; durante 8 horas, 24.712 caballos, 21'25 nudos. En opinión de los maquinistas, podrá conseguirse, forzando las máquinas, una velocidad de 23 á 24 nudos. El consumo de carbón, á toda potencia, ha sido de 0'681 kilogramos por caballo y hora.



El acorazado inglés *Dreadnought*, de 18.600 toneladas y 22 nudos



El *Dreadnought*, visto de proa

El *Dreadnought*, visto de popa

El *Dreadnought* no lleva más que una clase de cañones, aparte de sus numerosas piezas ligeras para defenderse de los torpederos; su artillería se compone de 10 piezas de 305 milímetros, acopladas á pares en cinco torrecillas acorazadas, colocadas dos en los extremos de proa y popa, dos en los costados y una en el centro. Esos cañones son del género llamado *Wire guns*, y su alcance útil es de 12.000 metros.

Las pruebas de esa artillería gruesa han sido rigurosísimas y han dado los mejores resultados, sin que las partes del buque sufrieran la menor avería, ni siquiera cuando se dispararon á la vez ocho cañones, determinando la explosión simultánea de 924 kilogramos de cordita que lanzaron al espacio 3.072 kilogramos de acero en forma de proyectiles. – S. J.

Paula y Alicia

EL MIEDO Á LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX,

coronada por la Academia francesa.

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ.

(CONTINUACIÓN)

Su propia desesperación que nadie debía conocer, que ahogaría en el silencio y en el misterio, le inspiraba aquellas amargas respuestas. Marcelo herido por tales palabras, se entregó á sus meditaciones, y apresuró el paso, irguiendo aún más su cuerpo al subir la cuesta. Ella, arrepintiéndose, le alcanzó, cogióle la mano para detenerle, y toda conmovida le dijo:

—Oye, no hagas caso de mis palabras. Estaba de mal humor; perdóname; debo engañarme. De seguro me engaño. Esta tarde he podido ver que le gustas. ¡Además su madre ha estado contigo sumamente amable.

Él escuchaba, pero la tristeza no desaparecía de su rostro. Paula siguió diciendo:

—Desde la muerte de papá he visto tantos cambios con respecto á nosotras, que mi carácter se ha agriado. No puedo tragar una sociedad que achica lo que admiramos y se burla de nuestros entusiasmos. ¿Has oído lo que decía Isabel? Pero si Alicia se casase contigo, ¡qué pronto se transformaría! Es tan buena, tan dulce, tan delicada. ¡Y además es tan guapa!

—Sí, dijo con melancolía, es muy guapa.

El bosque iba obscureciéndose. Los delgados troncos de los álamos y las encinas mezclaban sus copas completamente negras. Por entre los árboles los dos hermanos veían el prolongado crepúsculo de las tardes de verano que se resiste á huir ante la noche.

Al llegar cerca del Maupas, él se paró de repente:

—No, no te engañas. Sin embargo, habla con Alicia. Explícale mi pasado, mi porvenir, lo que constituye mi orgullo y mi fortuna. La llevaré á Argel, que es una ciudad encantadora.

Paula comprendió, y dijo mirando á su hermano con ternura y emoción:

—¡Ah! Si la quieres tanto, todo cambia. Haré lo que quieras.

Él insistió:

—Háblale mañana mismo. Mañana almorzamos en la Chênaie con el prometido de Isabel Orlandi.

—¿Mañana?, dijo.

No la habían invitado directamente. Pero no se fijó en la incorrección, y añadió:

—¿No sería mejor hablar antes á sus padres?

—No. No quiero que mamá se exponga á una petición inútil.

Al franquear la verja, ella murmuró:

—¡Cuánto deseo que seas dichoso!

Él sonrió.

—No quiero decir nada aún á mamá. A ella no le gusta esa clase de gente; ni á mí tampoco.

Y confesando su derrota, exclamó:

—¡Pero á *ella*, á ella la adoro!

V

EL SECRETO DE ALICIA

El marido plebeyo y la mujer aristócrata no constituyen, ni siquiera en provincias, un matrimonio *chic*. Se les considera como de *media sangre* y no pueden llegar á más. Y se cubren de ridículo cuando uno de ellos permite que el otro, para disimular su mal casamiento, recuerde sin cesar su origen y hasta lo estampe en sus tarjetas.

El Sr. Dulaurens había tenido ocasión de experimentar en su casa el poder del prejuico aristocrático. Respetaba las opiniones de su esposa, y gracias á ella sentía adoración por todos los reyes, hasta los desterrados: llevaba su realismo al último extremo. Los títulos nobiliarios le deslumbraban, incluso los que la república de San Marino concede por dinero, y que su respeto profundo no le permitía adquirir. Esta actitud de subordinación, si no consolaba por completo á su esposa de su desigual alianza, por lo menos lisonjeaba sus instintos dominadores.

De igual modo que mandaba en su marido y en su casa, mandaba en sus hijos y especialmente en Alicia. Pertenecía al número de las madres que confunden la felicidad de su hija con su propia felicidad, y creen sinceramente asegurar la primera, cuando en realidad sólo se ocupan de la segunda. Su pasión maternal, que tenía del amor el carácter invasor, calmaba los ardores de ternura de su naturaleza, que no habían podido satisfacerse en el matrimonio.

Aquella mañana estaba organizando con solicitud el porvenir de Alicia, á quien acababa de transmitir, por pura fórmula, la petición de su mano hecha por Marthenay. Pero, preocupada ante todo por el almuerzo que ofrecía con motivo de los esponsales de Isabel Orlandi, se levantaba á cada instante de su sillón para dar órdenes, y no se cuidaba de observar á su hija ni de obtener su consentimiento. Maniobraba como un conquistador que se olvida de que pueden existir obstáculos á sus deseos. Además, se ocupaba con cierto desenfado de un asunto de tanta gravedad, porque pensaba en él desde hacía largo tiempo, y lo consideraba como un pacto de familia natural y casi inevitable.

Al volver de un tercer viaje á la cocina, resumió todas las ventajas de aquel casamiento:

—Nobleza muy antigua y auténtica. Muy buenas relaciones. Su fortuna no es más que regular, pero ya es sabido que nuestros nobles no son comerciantes. Y por último, Armando es un buen mozo.

Llamaron á la puerta de la habitación, y apareció la cocinera toda alarmada gritando:

—Señora, la crema no cuaja dentro de la heladora.

—Ponga usted más hielo y añada un poco de sal, contestó con voz seca.

Y siguió diciendo, apenas se cerró la puerta:

—Además, hija mía, te quedas á mi lado. He insistido mucho sobre este punto. Ha sido la condición esencial para aceptar la petición. Armando me ha prometido no moverse de Chambery. Si algún día le destinan á otro sitio, pedirá el retiro y se acabó; así lo hemos convenido. De este modo no nos separaremos. Pues yo no podría vivir separada de ti.

Y cuando iba á conmoverse volvieron á llamar á la puerta.

—¡Adelante!, dijo con impaciencia.

Era el jardinero, que venía á enseñar las flores para la mesa á fin de recibir los elogios.

—¡Alicia, mira qué claveles!, murmuró distraídamente. ¡Mira, mira qué rosas y qué jazmines! Muy bien, muy bien, Pedro.

Y por último miró á su hija, cuyo silencio empezaba á extrañarle. Alicia estaba mortalmente pálida y con los ojos bajos. Al alzarlos encontró la mirada de su madre, y no pudiendo más, rompió en sollozos. Esta la cogió en sus brazos diciéndole:

—Pero, hija mía, ¿qué tienes?

—No sé. ¿Por qué quiere usted casarme tan pronto? Yo soy muy dichosa á su lado, mamaíta.

Su madre le acarició la cara y los cabellos, como cuando era pequeña.

—Pero, chiquilla, si te quedas á mi lado. ¿No has oído que no tienes que moverte de aquí?

Y vagamente inquieta añadió sonriendo:

—¡Vaya una condesita de Marthenay más mona! Y el conde, ¿te gusta?

—¡Oh! ¡No sé!

Esta era su tímida manera de decir que no. Su madre tuvo un presentimiento de ello y añadió:

—Fijaremos el casamiento para cuando tú quieras.

Al oir estas frases, que daban al temible suceso una realidad inmediata, Alicia se estremeció de pies á cabeza, y con voz desgarradora protestó:

—¡No, no! ¡No quiero! ¡Mamá, mamá, no quiero!

Estupefacta, la señora Dulaurens sufría á la vez en su afecto y en su voluntad. Pero mujer de mundo que no olvida el momento presente, comprendió que la hora de las explicaciones había sido mal elegida; se apresuró á decir:

—Hijita, cálmate. Comprendo tu emoción. Todo se arreglará. La hora del almuerzo se acerca. Nuestros invitados van á llegar. Por favor, seca tus lágrimas y ten confianza en tu madre, que te quiere mucho.

Y apenas Alicia acababa de tranquilizarse cuando avisaron que las señoras de Orlandi esperaban en el salón.

Mientras Alicia iba á recibir á los invitados, su madre quedóse reflexionando. No se preocupaba mucho de la extraña negativa de Alicia y sólo veía en ella un capricho infantil tan fácil de destruir como pronto á nacer. Pero presentía la causa y se acusaba de ello.

—Yo he traído aquí al capitán Guibert, pensaba. Tengo yo la culpa de lo que pasa. ¡Y para colmo se me ocurrió convidarle hoy á almorzar!

Y en su cólera contra el joven capitán, en quien veía un adversario de sus proyectos, llegaba á creerse su protectora y á considerarle como un ingrato, pues concedía á sus invitaciones un poder de gloriosa publicidad.

Después del almuerzo, la señora Dalaurens no pudo menos de sentir una nueva inquietud cuando al buscar á Alicia con los ojos, como de costumbre, la vió atravesar el salón y marchar hacia el bosque de encinas del brazo de Paula Guibert. Y mientras repartía elogios y sonrisas á las señoras Orlandi y Songeon, que no la dejaban en paz, se decía á sí misma:

—Estoy segura de que ahora me la están engatusando.

Y mirando hacia el capitán, que hablaba con su esposo y el Sr. Landeau, sorprendió su mirada pendiente de las dos jóvenes.

—No me equivoqué. Ahí está el peligro.

Poco acostumbrada á reflexionar y rebelde á toda discusión que pudiese debilitar su autoridad, no se detuvo en pensar si era conveniente entregar á aquel hombre de honor el porvenir de Alicia, en el caso de que el tierno corazón de ésta se hubiese inconscientemente comprometido. Comprendía sin confesárselo que la comparación debía ser desfavorable á Marthenay, á quien el rumor público le atribuía un enredo vergonzoso, y cuya carrera militar no tenía gloria ni porvenir alguno. Instintivamente separó de su pensamiento esta posible rivalidad, que venía á turbar, á última hora, un casamiento para ella irrevocable, que lisonjeaba al par que su vanidad inconsciente, su egoísmo maternal, más inconsciente aún. Elegía para su hija lo que ella hubiese elegido para sí, y ni siquiera ponía en duda su prudencia y desinterés.

Isabel Orlandi, deteniendo al pasar á Juan Berlier que se dirigía al grupo de hombres, le murmuró al oído:

—¿Qué tal le parece?

—¿Quién?

—Landeau.

—Ni bien ni mal.

—Habla poco, pero dice todo lo que piensa.

Y se echó á reir, enseñando sus dientes blancos, que reflejaban la luz, y por segunda vez Juan comprendió que aquella risa sonaba á falso. La comparó á los cantos que se oyen de noche en el silencio del campo, acusando la presencia de algún caminante retrasado, lleno de miedo en la soledad.

Inmóvil y callado, el Sr. Landeau se comía con los ojos á su prometida. Veíase que sentía por ella una de esas pasiones que en el ocaso de la juventud robustecen en vez de debilitar, cuando hacen presa en corazones hasta entonces vírgenes de amor. Era un hombre de edad madura, cuyo cuerpo fornido estaba falto de distinción. No tenía costumbre de frecuentar la sociedad, y se aturrullaba fácilmente ante las gracias y frases que constituyen su fuerza y todo su encanto. Los veinticinco años de Juan Berlier, su ingenio y su elegancia, acentuaban aún más su edad y su rudeza. Desde lejos contemplaba á Isabel, deslumbradora con su traje blanco, como á un ídolo á quien no se atrevía á acercarse. Y la joven, cruel, parecía olvidar hasta la enojosa presencia de aquel esclavo millonario...

A través de las copas de las encinas, los rayos del sol resbalaban hasta el suelo, tapizado por las hojas de los años anteriores. Las dos jóvenes siguiendo lentamente el sendero, con los brazos enlazando las cinturas, tenían los rostros unas veces en sombra, otras en plena luz. Los árboles centenarios, de troncos rectos, las cubrían con sus ramas protectoras, las envolvían con su serenidad profunda. Alicia, de cabellos rubios, iba vestida de color rosa; el pelo negro de Paula y su traje de luto hacían resaltar la blancura de su tez. Imágenes de la gracia y de la melancolía, pisoteaban la muerte sin preocuparse, como debe hacer la juventud triunfante. Iban alegres, animadas, encontraban sin darse cuenta su antigua amistad del colegio, y de cuando en cuando se paraban para sonreirse.

Sin embargo, ellas no se explicaban su recíproca excitación. Cada una llevaba en el alma un gran secreto. Alicia, que se creía muy valiente después de la escena de aquella mañana, ardía en deseos de ganarse con una confidencia el cariño de su compañera. Paula, emocionada, pensaba en su hermano, cuyo amor iba á anunciar.

—¿Se acuerda usted, Paula, de nuestras conversaciones en el Sagrado Corazón?

—¡Oh! ¡Apenas me acuerdo de ellas!

—Un día hablábamos de casamientos. Raimunda Ortaire, que era de las mayores, siempre quería tocar este tema. Un día dijo: «Yo sólo me casaré con un hombre rico y aristócrata.» Cada una tuvo que formular su ideal. Al llegarme la vez dije: «Yo no sé.» Usted, Paula, aún creo ver sus ojos sombríos que brillan tanto, sobre todo de noche ó cuando están tristes; usted dijo, como despreciando todos nuestros sanos ideales: «Para casarse hay que amarse, y nada más.» Raimunda se rió, pero todas las demás tuvimos ganas de pegarle.

—¿Usted también?, dijo Paula con ironía afectuosa.

—Yo también, sí. ¿Le extraña á usted? Si usted me hubiese visto esta misma mañana no le extrañaría tanto.

La sangre que coloraba algo las mejillas de Alicia, daba á su rostro una expresión animada que aumentaba su encanto, y su andar parecía menos lánguido y perezoso que de ordinario. Paula, que miraba con cariño la suavidad de sus perfecciones, reprochándoles sin embargo su exceso de blanda dulzura, se sorprendió de aquel nuevo ardor, y auguró en seguida un resultado favorable á su misión.

—¿Esta mañana misma?, preguntó.

—Sí. Esta mañana misma, contestó Alicia gravemente, he rechazado una petición de matrimonio.

Y se calló para gozar un instante del efecto producido. Es siempre agradable para una joven participar que ha rechazado á un pretendiente. Un pensamiento más delicado le impulsó á añadir:

—Supongo que guardará usted el secreto. Además yo no diré el nombre del pretendiente.

Paula, que había adivinado, sonrió algo inquieta. Nerviosísima esperaba más explicaciones. Empezaba á temblar por quien le enviaba como mensajera de paz.

—¿Sería indiscreto preguntar por qué ha rehusado usted?

Alicia se paró. Un rayo de oro que atravesaba las hojas de los árboles caía sobre sus rubios cabellos. Inclinaba hacia adelante su cuerpo flexible, y reía cual una flor en primavera:

—*¡Para casarse hay que amarse, y nada más!*

—Entonces, ¿usted no ama?

—No.

—¿A nadie?, preguntó atrevidamente Paula.

—A nadie.

Y se puso colorada. ¿Se puso colorada por aquellas palabras que su timidez natural creía audaces, ó por el temor de haber alterado la verdad?

Paula se acercó á Alicia y con uno de sus brazos rodeó su delgado talle. Después muy junto al oído, en la sombra tranquila del bosque, murmuró rápidamente, con miedo, asustada de lo que se atrevía á decir:

—¿No sabe usted que Marcelo la adora? Sólo usted ocupa su corazón. ¿Consentirá usted en ser su esposa? Sólo de usted espera la dicha.

Las dos estaban igualmente emocionadas, y bajaban la vista al suelo hacia las hojas secas que no veían. Las dos alzaron los ojos al mismo tiempo, se pusieron encarnadas y con un impulso lleno de gracia se abrazaron llorando.

Paula se serenó antes que Alicia, y contempló con un nuevo sentimiento aquella encantadora criatura que se apoyaba en ella, y que sin decir una palabra se había convertido en su hermana. Alicia, deliciosamente conmovida, se asustaba ante aquella emoción demasiado intensa que ardía en deseos de sentir; temía caer en culpa abandonándose á ella, y sin embargo á ella se abandonaba. Esta primera impresión del amor le dejaba adivinar las secretas regiones de su alma virgen é infantil. Su corazón se abría como esas rosas que siendo á la víspera aún capullos, al amanecer reciben el rocío en su cáliz abierto.

—¿Verdad que sí?, preguntó Paula con dulzura.

Y con voz débil como un soplo, Alicia contestó por fin:

—Sí.

Dándose la mano, siguieron el paseo, la una oyendo dentro de sí los cánticos de su dicha; la otra olvidándose de ella misma, gozando plenamente de una alegría que no le estaba destinada.

—Será usted mi hermana, dijo Paula. ¡Cuánto la quiero! ¡Marcelo merece ser muy dichoso! Ha sido muy bueno con nosotras. No es posible imaginárselo. Al morir mi padre, hemos pasado momentos muy crueles, y mi hermano nos ha ayudado con su energía y sus recursos.

Alicia oía con un placer especial aquellos elogios que evocaban una situación penosa. No se preocupaba de la riqueza é ignoraba su importancia. Pero no podía imaginarse una escena amorosa sin un ambiente apropiado. Ignorando la vida, concebía falsamente su magnitud y nobleza. ¿Y cómo era posible que pudiese verla en su realidad?

Aquellas impresiones eran débiles y fugitivas. Su alegría no amenguó por ello. Marcelo la amaba y Paula la hablaba con mucho cariño. Necesitando dar fuerzas á su valor, interrogó á su amiga acerca del porvenir:

—¿Y ahora qué vamos á hacer?

—Mi madre vendrá á la Chênaie á pedir su mano. Es preciso avisar á sus padres. Su madre, que la quiere tanto, seguramente no se opondrá á su dicha. Y su padre hace siempre lo que su madre quiere.

Las encinas que les daban sombra, en aquel sitio unían tanto sus ramas que no dejaban pasar la luz del sol. Alicia se había puesto pensativa; acababa de salir de su luminoso sueño de amor para entrar en la realidad, cuyos golpes temía instintivamente. Preguntó:

—¿Deberé marcharme... con Marcelo?

Siendo niña le llamaba de este modo, y ahora que era su prometida no se atrevía á pronunciar aquella palabra que le quemaba los labios.

—¡Claro! ¡Como que será usted su esposa!, contestó Paula extrañada.

—Sí, sí, claro. ¿Y marcharemos muy lejos?

—A Argel.

—¡Oh! ¡Qué lejos! Mi madre no querrá.

Y sus hermosos ojos se velaron. Veía que su dicha se escapaba.

—Tal vez por complacerla no marche en seguida á Argel. Pero, Alicia, no ponga usted obstáculos á su carrera. Es siempre peligroso, y además á Marcelo le espera un brillante porvenir.

—¡Oh! Querida Paula, yo no me siento heroica. Jamás podré ser una verdadera Guibert. Pero él, ¿no ha sido ya valiente en demasía?

Paula no pudo menos de reirse.

—Nunca se peca por exceso. Y nosotras, Alicia, que no vivimos vida exterior, que sólo guardamos el hogar, debemos por lo menos alentar á nuestros hermanos, maridos é hijos con nuestra ternura vigorosa é inteligente. Debemos mostrar predilección por aquellos hombres que son valientes y útiles.

—Jamás he pensado en estas cosas, dijo Alicia.

—Y sin embargo, usted ama á Marcelo.

—Es que aun cuando no fuera un héroe seguiría queriéndole lo mismo.

—¡Ah!, exclamó Paula.

Y á media voz, como hablando para ella misma, añadió:

—Yo nunca me atrevería á reducir el campo de acción de mi marido.

Su compañera apenas la oyó; seguía sus propios pensamientos.

—Puesto que me ama, ¿no es mejor que se quede aquí conmigo, junto á mi madre y la suya? ¡Seríamos tan felices! Nuestra fortuna nos bastaría para vivir.

—No querrá nunca, replicó Paula.

Y desdeñosa, olvidando en su altivez su misión pacífica, añadió:

—¿De modo que usted no marcharía con él?

Alicia comprendió el desdén que encerraban estas palabras y protestó con ardor:

—¡Oh! Sí. Yo le seguiré á todas partes, toda vez que le amo. Por mí no hay inconveniente alguno..., pero...

Dudó un momento, y después murmuró con una triste dulzura:

—Mi madre se opondrá.

—Su madre la mima y querrá ante todo su dicha.

—Sin duda alguna. Pero quiere que la disfrute á su lado, para participar de ella. ¿Acaso no es natural?

Paula pensaba en su madre, que había sufrido tantas separaciones y jamás había desviado á sus hijos del camino emprendido. Se calló y sus ojos sombríos ya no recobraron la animación. Alicia le cogió una mano, después la soltó y se echó á llorar.

—Paula. Tengo miedo. ¡Oh, sí, tengo miedo! Pero le quiero mucho.

Estas palabras dichas á su amiga iban dirigidas á Marcelo. Paula, cual si fuese una hermana mayor, calmó aquel dolor de su miedosa hermanita.

—Alguien viene, dijo de repente, oyendo ruido de hojas. Cuidado.

—¿Se conoce que he llorado?

—No, casi nada. No se frote los ojos.

Y en voz baja añadió:

—Tenga usted valor y esperanza. ¿Me lo promete?

—Sí.

—Querida hermanita...

Alicia sonrióse, tranquilizada con este dulce nombre.

Al doblar una esquina del sendero vieron á Isabel acompañada de Juan. Ella hablaba con animación casi febril.

—Miren ustedes, dijo á las dos jóvenes.

Y les enseñaba su mano izquierda, en donde brillaban un rubí y una esmeralda.

—¡Dos sortijas de esponsales!

—¿Dos sortijas?, repitió Alicia alegremente.

—Sí. El Sr. Landeau se muestra grandioso y magnánimo. ¡Lástima que no pueda enseñarles mis alhajas! Llenan un cofrecillo de regular tamaño. Tenía que elegir un aderezo; pero como dudaba entre los más hermosos, mi generoso prometido con gesto lleno de nobleza dijo sencillamente: «Quédese usted con todos.» Y me he quedado con ellos para com

placer á mamá. Vean estos impertinentes con el mango incrustado de pedrería.

—¿Pero es usted corta de vista?, preguntó Juan.

—No. ¡Pero es *chic!*, dijo Isabel, mirándole con los lentes y saludándole ceremoniosamente.

Mientras Isabel se burlaba de los regalos de su prometido, Paula contemplaba las hojas secas amontonadas al pie de los árboles.

La señora Dulaurens, acompañada del capitán Guibert y el Sr. Landeau, se acercó á su vez.

Inquieta por la ausencia prolongada de su hija, había propuesto á sus invitados un paseo por el bosque de encinas. Al llegar junto á Alicia respiró satisfecha. Sin embargo, observó que estaba muy encarnada y notó una ligera turbación en su actitud.

—Es hora, pensó, de alejar á nuestro héroe.

Detrás de ella, Marcelo contemplaba también á Alicia. La contemplaba con la ansiedad del amor que aún duda. Pero pronto bajó sus ojos, y al bajarlos encerraban la paz divina del amor que ya no duda.

Las señoras Orlandi y Songeon, acompañadas del señor Dulaurens, se unieron al grupo ya numeroso. Por la avenida de plátanos siguieron hasta la verja para despedir á Paula y Marcelo, que se marchaban.

Frente á la verja, al otro lado de la carretera de Chaloux, ante una humilde cabaña jugaban al sol una porción de chiquillos, desgreñados, descalzos y con la cara respirando salud. Estaban gritando, unos riendo y otros llorando, y su madre salió al umbral de la puerta á poner paz. Era una campesina de rostro ajado, pero simpático, y cuya cintura deforme acusaba una maternidad próxima.

—Son pobres, dijo la señora Dulaurens á la vista de aquel espectáculo, y á pesar de ello siguen teniendo hijos. Ya tienen siete, y vean ustedes á la madre.

—¡Siete hijos! ¡Qué horror!, dijo la señora Songeon volviendo la cara con mueca despreciativa.

—¡Esto es tentar á Dios!, añadió la señora Dulaurens.

La señora Orlandi murmuró:

—En un cuadro sería esto muy bonito. Pero al natural me resultan sucios y molestos.

—¡No los tiene quien quiere!, dijo entre dientes la campesina, que había oído los comentarios.

Y cogiendo al más chiquitín de ellos lo estrechó contra su pecho.

Isabel se echó á reir y dijo á su prometido mirándole fijamente:

—Oiga usted, ¡yo no quiero hijos!

El Sr. Landeau sonrió sin ganas. Algo de malestar siguió á esta salida, á la vez ingenua y cínica, que sólo agradó á la señora Orlandi.

—¡Esta Isabel!

Alicia abrazó á Paula al despedirse de ella, y al inclinarse, Marcelo pudo admirar la lánguida belleza que envolvía todo aquel cuerpo, comunicándole una gracia vaporosa. Con el amor hacia ella se mezclaba el deseo de protegerla. Hubiese querido infiltrar su joven energía á aquella criatura cuya delicadeza frágil le llenaba de una emoción casi religiosa.

Al quedarse sola con su hermano, Paula acarició á los chiquillos, que habían suspendido sus juegos ante aquellas miradas cuya hostilidad adivinaban.

—¡Pobrecitos!, exclamó con un gesto de indignación que brillaba en sus negros ojos. Nuestra sociedad no es partidaria de vosotros.

La campesina, lisonjeada, sonrióse diciendo:

—Hay una pila de ellos, y crecen como la mala hierba.

—Dios es bondadoso y la tierra es grande, dijo el capitán, que recordaba la alegría de su padre cuando veía niños robustos, esperanza de los futuros tiempos.

—Sí, Sr. Guibert. Mi madre tuvo doce hijos; yo tengo tres hermanos en París y cuatro en América. Están muy lejos, pero viven.

Como no había salido nunca de su pueblo, confundía fácilmente las distancias.

¡No, no! ¡No quiero! ¡Mamá, mamá, no quiero!

Paula, señalando el grupo de chiquillos regordetes que empezaban á reirse, dijo:

—Estos, más tarde, le ayudarán.

—Mientras tanto, se comen grandes platos de sopa. Mi marido trabaja como un condenado, y el dinero nos cabe en la palma de la mano.

—¿No tienen ustedes ningún trozo de tierra?

—¡Ni siquiera para dar de comer á un gato!

—Adiós, dijo Paula. ¡Y no pierdan nunca la esperanza!

En la mano coloradita del más chiquitín de todos puso una moneda de plata que había economizado para comprarse unos guantes.

Al llegar al bosque de Montcharvin, Paula se paró y sonrió á su hermano.

—¿No me preguntas nada? ¿Has hablado con ella?

—No; pero sé lo que te ha dicho. Acepta, ¿verdad?

—Sí. Esta mañana misma ha rechazado á Marthenay; me lo ha dicho en secreto. Te ama. Es encantadora. Pero tendrás que tener valor para ella y para ti.

Él no se fijó en estas últimas palabras. Y ni él ni ella volvieron á hablar.

Sentían por sus sentimientos íntimos el mismo pudor. Al franquear la puerta, á la caída de la tarde, Marcelo dijo á Paula:

—Es preciso decírselo á mamá. Tú que eres mi pequeña providencia se lo dirás.

—Sí. Ahora mismo se lo contaré todo.

Más tarde, durante la velada, después de haber escuchado á su hija, la señora Guibert permaneció callada por largo tiempo.

—¿Podemos considerar esto como una dicha?, murmuró por fin.

—Es muy buena y cariñosa, dijo Paula.

Y su madre añadió:

—¡Ojalá le haga feliz! Yo hubiese querido para él una mujer menos rica y más enérgica. Pero toda vez que él la ama, nosotras la amaremos. Roguemos á Dios por su dicha.

Y no se imaginaba que pudiesen rechazar la petición de su hijo.

VI

EL SEÑOR Y LA SEÑORA DULAURENS

Alicia Dulaurens se prometía, cada mañana al levantarse, emplear el día en inclinar á sus padres hacia el matrimonio cuyo solo pensamiento le llenaba de dicha, y al llegar la noche, sin haberse atrevido á hablar, lo dejaba para el día siguiente. Pronto se vió reducida á un plazo muy corto: su amiga Paula la informó del día en que irían á pedir su mano.

La noche antes aún no había dicho nada. Nerviosísima, se acostó tarde y se levantó temprano, creyendo de este modo ganar tiempo. Las horas pasaban veloces y su amante corazón temblaba. Espiaba á su padre ó á su madre para hablar con uno de ellos aisladamente, y como les pasa á los tímidos, nunca encontraba ocasión favorable para ello.

—Mamá ahora está sola en su cuarto.

Y corría allí, y salía en seguida lentamente porque su madre estaba escribiendo.

—Será mejor que vuelva más tarde.

Algo más animada se ponía á buscar á su padre.

—Papá ahora está paseando por el jardín.

Y le encontraba hablando con el jardinero.

Y de este modo iba encontrando mil pretextos para retrasar sus confidencias. Hasta que por fin se tranquilizó prometiéndose á sí misma hablar después del almuerzo.

—Es el momento en que se está mejor dispuesto, se dijo para disculparse.

Desgraciadamente para sus proyectos, la señora Orlandi se invitó á almorzar. A las doce dadas llegó, llevando bajo el brazo á Pistacho, á quien jamás abandonaba, y comenzó su cháchara de italiana cariñosa y entrometida:

—¿Supongo que no les molesto? Como ustedes son tan simpáticos y á mí me fastidia comer sola, vengo á almorzar con ustedes, pues Isabel ha marchado á Lyón, en compañía de la doncella, para ocuparse del *trousseau*. Un casamiento trae muchos quebraderos de cabeza: yo ya no puedo más.

—Me alegro mucho de que haya usted venido á hacernos compañía, contestó la señora Dulaurens, que apenas podía disimular el fastidio.

Su marido declaró gravemente:

—Los preparativos de un casamiento son en efecto capaces de turbar la tranquilidad doméstica. Sin embargo, conviene á la sociedad conservar esta ceremonia hasta por las mismas molestias que ocasiona.

Pasaron al comedor.

—¿Supongo que permitirán que mi perrillo coma conmigo?, dijo la señora Orlandi.

—Pues no faltaba más. No somos tan crueles que queramos separarles.

La italiana colocó á Pistacho á su lado y empezó á contar sus gracias.

—Ayer sufrió una gran emoción. Habíamos ido á visitar al Sr. Loigny, tío del encantador Juan Berlier, *flirt* de mi hija. Vive cerca de Chambery, en una villa casi oculta entre rosales. Toda su casa está llena de flores y perfumes. Es un viejo que tiene mucho gusto, pero no conoce la amabilidad. Vive en su jardín y se olvida de la gente y de la cortesía. Pistacho se puso á jugar con un rosal, y aquel señor lo echó de la casa. Me marché indignada, dejando á mi hija, que regresó más tarde, acompañada de Juan, quien se deshizo en excusas.

—¿El Sr. Landeau está ausente?, preguntó la señora Dulaurens, algo maravillada del modo como la señora Orlandi entendía sus deberes maternales.

Esta última, imperturbable, contestó:

—Sí, está ausente. Está realizando unos grandes negocios. Mi hija no le volverá á ver hasta el día del contrato. El verle no resulta muy agradable, y hay que tener en cuenta que Isabel es artista. Pero ya se irá acostumbrando. A todo llega una á acostumbrarse, excepto á no ser guapa después de haberlo sido.

La añoranza de la juventud perdida le hizo suspirar profundamente. Bajó la cabeza hacia el plato para ocultar su rostro amoratado cubierto de polvos, que desde hacía tiempo no se atrevía á contemplar ante un espejo. El criado le ofreció un frutero con frutas variadas; lo miró con estupor, y volviéndose hacia la señora Dulaurens le preguntó:

(Se continuará.)

EL NUEVO SHAH DE PERSIA

EL PARLAMENTO PERSA

Mahomed Alí Mirza, que ha sucedido á su padre Mozzaffer ed-Dinn, cuenta treinta y cuatro años y es un príncipe en alto grado inteligente é instruído, enérgico y autoritario. No se deja influir por nadie, y cuando, por enfermedad de su antecesor, fué nombrado regente, uno de sus primeros actos consistió en alejar de palacio á varios sacerdotes *(mollahs)* que habían ejercido sobre aquél extraordinaria influencia. Durante el período de su regencia ha demostrado grandes aptitudes para la gobernación del Estado.

Cuando Mozzaffer ed-Dinn se decidió á dar á Persia una constitución, parece que Mahomed Alí Mirza mostróse contrario á la reforma; pero luego, no solamente la ha aceptado, sino que además la ha modificado en algunas de sus partes en sentido liberal.

La nación persa funda grandes esperanzas en su nuevo soberano, siendo de esperar que gracias á la ilustración de éste y al espíritu progresivo de que aquélla se siente animada, no tardará en cambiar enteramente el modo de ser del imperio persa.

El primer paso en el camino de la regeneración ha sido la constitución promulgada por Mozzaffer ed-Dinn y como consecuencia de ella la convocación del parlamento que hace poco más de dos meses funciona en Teherán, celebrando sus sesiones en el palacio de Baharistán, uno de los más hermosos de la capital persa.

El corresponsal de un importante diario parisiense describe en los siguientes términos la impresión que le produjo el palacio:

«Después de largas explicaciones con los guardias, conseguí pasar la puerta monumental y me encontré en un patio en donde, puestas en cuadros muy bien cuidados, se abrían las últimas flores del otoño. Los grandes y espesos olmos, los gigantescos plátanos, comienzan á despojarse de sus amarillentas hojas que el viento dispersa por los céspedes y caminales y que diligentes jardineros se apresuran á recoger. El parque de los diputados está perfectamente rastrillado, muy limpio y lleno de flores. En una avenida bañada de sol, veo varios grupos; son los nuevos legisladores que se pasean gravemente, hablando sin animación, sin ademanes; otros están sentados en cuclillas, inmóviles, contemplando en silencio el arroyo que murmura suavemente, tan suavemente, que apenas se oye su murmullo. Detúveme indeciso y me pregunté si no sería demasiada indiscreción venir á turbar esos graves coloquios, esas meditaciones profundas, cuando dos de aquellos individuos, separándose del grupo, vinieron á estrecharme las manos. Díles las gracias porque no habían olvidado nuestras buenas relaciones de otro tiempo y les expuse el objeto que allí me llevaba.

Mozzaffer ed-Dinn, shah de Persia fallecido el día 8 de los corrientes. (De fotografía hecha pocas semanas antes de su muerte.)

El nuevo shah de Persia Mahomed Alí Mirza, primogénito del difunto shah Mozzaffer ed-Dinn. (De fotografía.)

»Mi pretensión parece sorprenderles y dejarles perplejos, puesto que en seguida me advierten que de momento no hay nada interesante que ver ni oir; mas ante mi insistencia por visitar el palacio y la sala de sesiones, consienten, con exquisita cortesía, en acompañarme.

Teherán. – Puerta de entrada del palacio de Baharistán en donde celebra sus sesiones el parlamento persa. (De fotografía.)

»En el Baharistán hay salas magníficas, hermosos salones decorados dentro del más puro estilo persa; pero desgraciadamente todas esas estancias son de reducidas dimensiones y ninguna es á propósito para la instalación de la Cámara, y hasta parece como si el arquitecto que hace cincuenta años construyó el palacio, se hubiese propuesto hacer imposible toda transformación. El salón de sesiones es un antiguo comedor en donde apenas caben doscientas personas.

—»Ya ve usted, me dicen mis acompañantes; aún no tenemos sillas, bancos, ni pupitres; no tenemos más que esa gran alfombra persa, sentados sobre la cual celebramos nuestras sesiones. Pero ¡qué importa! Ello no es óbice para que hagamos buena faena.»

Pocos días después, el mencionado corresponsal pudo presenciar una sesión, en la que, después de haberse tratado algunos asuntos de escaso interés, que aquellos legisladores neófitos discutían con el mismo entusiasmo que los asuntos de gran importancia, aprobaron por aclamación la creación de un Banco nacional persa.

«Llegada la noche, el presidente levanta la sesión; los diputados y los espectadores se incorporan y estiran las piernas; fórmanse grupos en los cuales se habla animadamente, y allá en un rincón fórmase un comité encargado de reunir fondos. Todo el mundo se apresura á subscribirse y muchos entregan en el acto el importe de sus acciones; varios estudiantes vacían sus bolsillos y se asocian para adquirir un título. En menos de media hora se recaudan dos millones y medio de francos. La impresión que aquel espectáculo produce es la de una nación que despierta y cuyo corazón comienza á vibrar vigorosamente.»

La asamblea se compone principalmente de *mollahs* y de representantes de las poblaciones y de las clases acomodadas; los primeros forman la izquierda avanzada.

La muerte de Mozzaffer ed-Dinn ha sido poco sentida en Persia; en Teherán no se vieron en ninguna parte manifestaciones de duelo; ni las tiendas, ni los edificios públicos se cerraron, y hasta el colegio militar, en donde se han educado los hijos, los nietos y los sobrinos del shah, permaneció abierto.

El cadáver del soberano será enterrado, conforme á los deseos expresados por éste, en Kerbelai (Arabia turca).

La coronación del nuevo shah Mahomed Alí Mirza y la terminación del duelo oficial se efectuarán el día 2 del próximo febrero, fecha que corresponde á una gran fiesta musulmana. Hasta entonces no será proclamado sucesor de su padre.

La dinastía de los Kaiares, á la que pertenece el actual shah, reina en Persia desde el año 1794.—R.

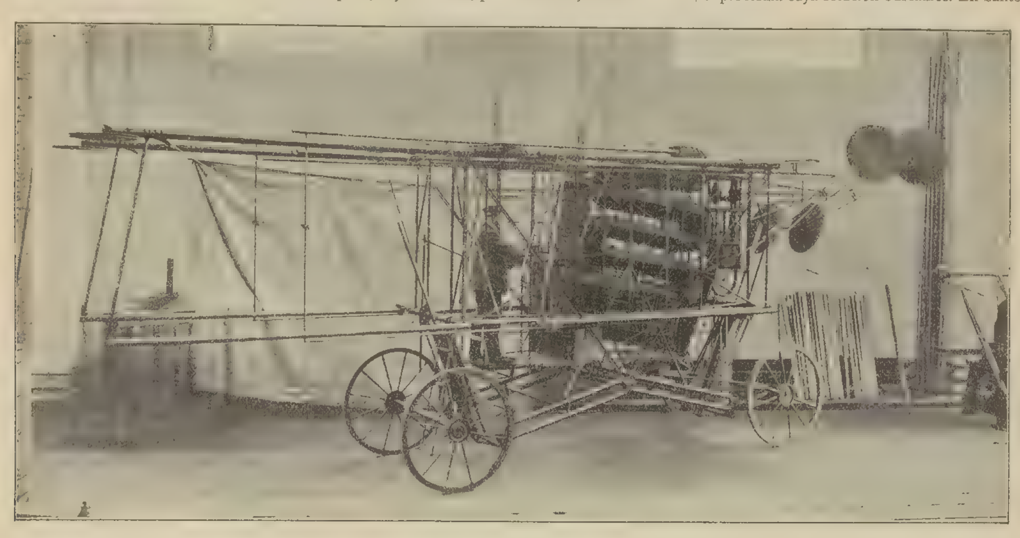
LA MÁQUINA DE VOLAR DE HOFMANN

En Alemania, como en otras muchas naciones, preocupa grandemente el problema de la conquista del aire en sus dos aspectos de la dirección de los globos y de la aviación propiamente dicha. Uno de los que más han trabajado en este último sentido es el consejero Hofmann, de Berlín, que desde hace años ensaya distintas máquinas para volar.

La que actualmente está construyendo es, como puede verse en el grabado de esta página, un aparato muy complicado cuyas alas pueden plegarse, como las de las aves, y tienen articulaciones como las que en el cuerpo humano permiten los movimientos del brazo, del antebrazo y de la mano. La máquina completa, cuyo velamen, por decirlo así, tendrá una longitud de seis á ocho metros, siendo la distancia entre los extremos de las alas de 23 metros, puede correr en el suelo como automóvil.

No hemos de hacer una descripción del sinnúmero de detalles técnicos que entran en el aparato. Preguntado el inventor por qué resultaba tan complicada su máquina, cuando la experiencia ha demostrado que, para volar, dos cometas de construcción especial y dos ruedas ó barras pueden hacer las veces de las alas y de las patas de las aves, contestó:

«Esto depende del modo como cada cual concibe el problema cuya solución buscamos. En Santos Dumont, por ejemplo, que hace un año se ocupaba únicamente de la dirección de los globos y que sólo de poco tiempo á esta parte se dedica á estudiar la aviación, habría sido una ligereza comenzar sus experimentos con una máquina complicada; pero no tardará en convencerse de que el viento y el mal tiempo, como también la seguridad del vuelo y del descenso, requieren algo más.»



Berlín.—Máquina para volar del consejero Hofmann

Barcelona.—El maestro Mascagni y los profesores de la orquesta del Gran Teatro del Liceo. (De fotografía de H. González García.)

El eminente músico Pedro Mascagni, que, como oportunamente dijimos, vino á Barcelona para poner en escena, en el Gran Teatro del Liceo, su ópera *Amica*, puede estar satisfecho de nuestro público, que ha hecho justicia á sus relevantes méritos como compositor y director de orquesta. Las representaciones de la citada ópera se han contado por otros tantos llenos y han sido para él una serie de brillantes éxitos, lo propio que los conciertos ejecutados bajo su inteligente dirección y en los cuales demostró ser un intérprete excelente de esos dos colosos de la música que se llaman Beethoven y Wagner.

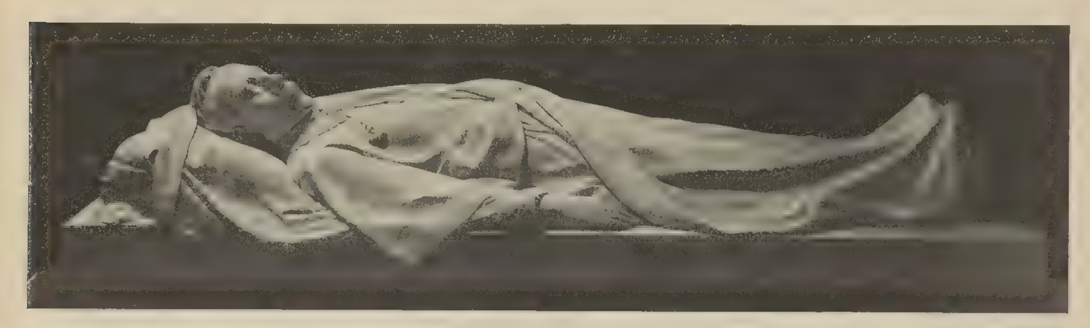
Si grande fué el triunfo conseguido con *Amica*, mayor aún lo ha logrado con *Cavallería rusticana*, la inspirada partitura de donde arranca su celebridad y que se ha cantado y se canta, siempre con gran aplauso, en todos los teatros del mundo. La ópera era bien conocida en Barcelona, y sin embargo, dirigida ahora por Mascagni, ha producido el efecto de una cosa casi nueva, habiéndose apreciado en ella no pocas bellezas que antes pasaron punto menos que inadvertidas. Los cantantes, los coros y la orquesta, sugestionados por la portentosa batuta del maestro, han hecho maravillas; á todos se comunicó el entusiasmo, el cariño del compositor, y resultado de ello fué un conjunto como pocas veces ha podido admirarse en Barcelona.

Mascagni ha sido objeto de ruidosas ovaciones tantas cuantas veces se ha cantado *Cavallería rusticana*, cuyas representaciones en la actual temporada constituirán una fecha memorable en los anales del teatro lírico de nuestra ciudad.

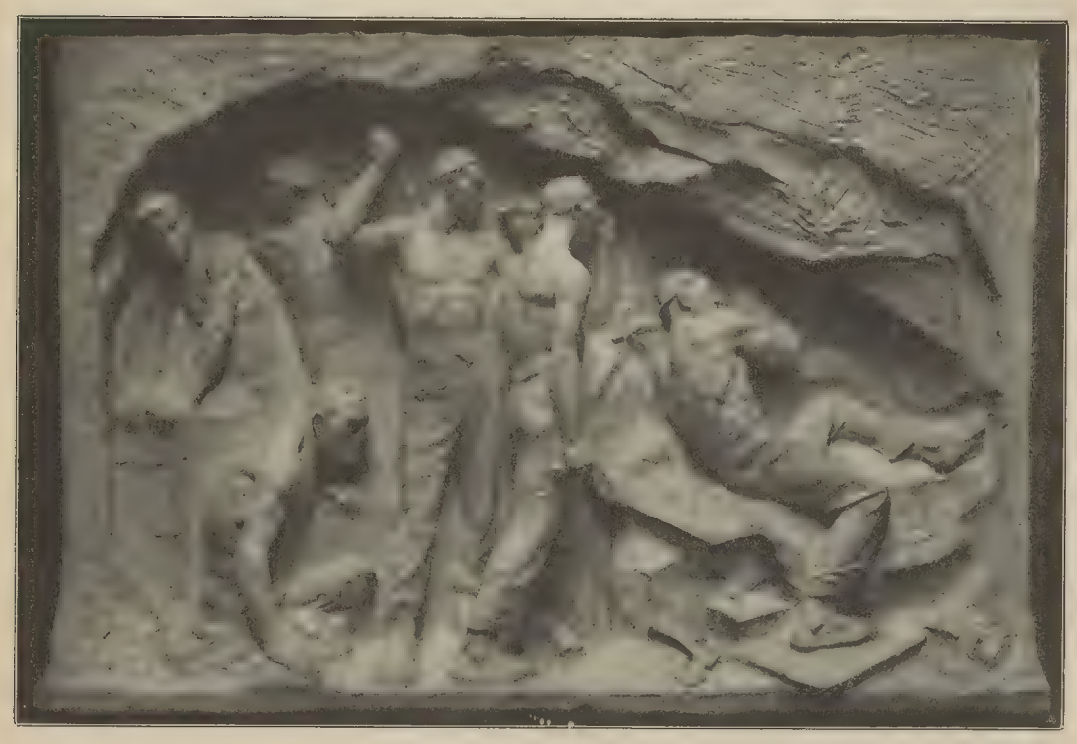
Imp. de Montaner y Simón

Año XXVI ·· Barcelona 28 de enero de 1907 ·· Núm. 1.309

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTATUA YACENTE, escultura en mármol original de Venancio Vallmitjana



LA MINA, escultura de Constantino Meunier

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis estado alguna vez en esos bazares de mobiliario que se llaman *Hoteles de ventas?* No se pueden comparar á las prenderías, porque en las prenderías todo es viejo, todo es empeñado, mientras en los Hoteles de ventas la mayor parte del surtido es nuevo, flamante, acabado de salir de casa del ebanista. Pero como sobre cada mueble danza un tarjetón con el precio, no hay que decir los pasos y molestias que se ahorra el que quiere poner casa sin andar de la Ceca para la Meca, regateando aquí y sufriendo engaños acullá. Al menos, en el Hotel todo el mundo paga lo mismo por un mismo mueble, y esto siempre es consolador y calmante para el amor propio del que compra.

* * *

Hay que ver, en los Hoteles, el aspecto de los compradores, en su mayoría. Van por grupos—dos señoras, una señora, una señorita, un joven, otra señorita con un señor viejo,—combinaciones de familia, modestias de clase media en busca de los muebles que han de adornar y hacer confortable el pisito barato. Se les ve examinar detenidamente cada futura adquisición; sopesar las sillas, ensayar la resistencia de las butacas, abrir los armarios para cerciorarse de que juegan y encajan bien las puertas, tantear el vigor de las patas de las mesas, comprobar si están sanas las molduras de yeso de los espejos y enterizo el mármol de las mesas de noche. Un mueble es un compañero para toda la vida, en la mayoría de los hogares; á no venir el traslado, el empleo en ciudades lejanas, ese mueble se eternizará en la casa, presenciará las alegrías y las tristezas íntimas de la familia; en la cama que los novios van á adquirir en el Hotel, nacerán los hijos y morirán los padres; ante la mesa de imitación de nogal se sentarán diariamente á partir el pan, y con el pan, la vida entera... Y en estas cosas de la vida, profundas, cariñosas, dolorosas, es en lo que pienso cuando recorro las salas de los Hoteles en busca de algún grabado ó de algún *bibelot* viejo, que á veces, entre los brillos del barniz fresco, asoma mostrando su pátina suave.

* * *

Los Hoteles son lo que era en otro tiempo el Rastro, porque en ellos se encuentra de todo. Sólo que en el Rastro predominaba lo viejo, y en los Hoteles, como dejo dicho, es lo nuevo lo que forma la base del tráfico. Los Hoteles están limpios; podéis recorrer sus vastas salas, abarrotadas de mobiliario, sin mancharos la ropa ni sacar los guantes negros. La mugre clásica de las *Américas* ha desaparecido. Hasta hay algo de coquetería graciosa en las sillas forradas de seda, en las vitrinas de claros cristales, en el frote de encáustico de los armarios y aparadores de talla, y en el vivo dorado de los bronces. El *confort*, esta necesidad apremiante de la existencia contemporánea, se insinúa y se infiltra en la voluntad y el deseo de la gente, no toda acomodada, que recorre los Hoteles. Han desaparecido las sillas de paja, las cómodas de caoba, las esteras, los braseros, las consolas, los relojes y candelabros de cinc, las modestísimas alhajas con que se honraban las casas de medio pelo, y aun algunas de cumplida cabellera, en épocas no remotas; y oí decir, con la mayor naturalidad, á unos novios cuyo haber no pasará de seis ó siete mil pesetillas anuales, que han puesto un gabinete *Imperio* y que la sala la pondrán *Luis XV*. Todo esto es por obra y gracia de los Hoteles.

* * *

Son el veneno y el contraveneno, porque cuando las vicisitudes de la suerte obligan á esos mismos novios, ya esposos, cargados de familia y discurriendo arbitrios para hacerse la vida más barata, á vender el Luis XV y el Imperio; en tal contingencia acuden nuevamente al Hotel. Deslucidos ya, van los muebles que un tiempo fueron orgullo de la feliz novia, á ocupar otra vez un sitio en la almoneda pública y diaria. ¡Oh, si hablasen los muebles! ¡Qué historias tan sabrosas ó tan amargas referirían! ¡Qué cantidad de alma humana ha impregnado con átomos sutiles de melancolía, de desesperación, de emoción venturosa, esa madera, ese bronce, esos brocados, esos cortinajes pesadamente guarnecidos de pasamanerías y borlones, esos tirantes biombos tras de los cuales se escondió el llanto de la pena ó el retozo del amor!

* * *

En los Hoteles se venden también cuadros antiguos. Claro es que no de los mejores, ni mucho menos, porque el lienzo ó el cobre de valor artístico verdadero ha sido ya arrebatado por el anticuario. Retratos mediocres, paisajes modernos de esos que abundan y cunden como una epidemia, acuarelas de casacón y grandes lienzos místicos, embetunados, es lo que podréis descubrir, por regla general, en los salones más recónditos de los Hoteles. Trozos de retablos desdorados, estatuas de piedra mutiladas, vargueños falsificados, porcelanas rotas y compuestas artificiosamente, arcaicas imágenes en urnas, mamparas con chinos sobre fondo de laca azul, escudos rotos, arrancados de alguna sobrepuerta, se hacinan en confusión menos pintoresca que la del Rastro, y sugieren al espíritu la idea nostálgica de los pasados y extinguidos esplendores. Esta idea es, sin género de duda, la poesía especial de semejantes leoneras.

En efecto, detrás de un despojo de ciertos grandes naufragios sociales, vemos desenvolverse el drama del naufragio mismo, con sus peripecias y episodios, que seguimos entonces tal vez con mirada distraída, y que ahora reconstruímos de golpe en unidad de acción. Dos enormes espejos tallados y blasonados, que se arrinconan en un ángulo de la sala semiobscura, evocan el recuerdo de una familia que aún ayer descollaba en los más clanistas y escogidos salones de la corte. Ella, una belleza profesional; él, un hombre de *club*, de estos cuyo tipo parece especial creación de la etapa que atravesamos. A ella se la veía en los teatros y en los saraos, deliciosamente vestida y tocada, hermosa de otra manera que cuando llegó á la corte desde su provincia: algo marchita y lánguida su frescura, afinado su tipo, prolongado el cuello, cárdenas las ojeras, realzada con artificios la beldad—indiscutible é indiscutida,—pero ya tocada por el dedo riguroso de los años de madurez, aunque fuese tan juvenil el cuerpo y tan admirable la perfección de las facciones. Su nombre se citaba en primer término en las revistas de la prensa; su sonrisa era solicitada; y cuando, por caso rarísimo, daba una fiesta, el asistir á ella considerábase un diploma de elegancia y buen tono. Tenía ese ambiente especial, que en Francia se llama *capiteux* y que aquí no hay palabra con qué definir; aureola de la mujer elevada y codiciada, cuya presencia alumbra y cuyos ojos son solitarios ricos, que eclipsan á las joyas... Y la gente, desde afuera, no veía más que esto: no pensaba si en tal existencia se plantearía un problema económico terrible; si una mañana los acreedores—que no se contentan con sonrisas del labio ni ondulaciones del cuello de cisne—iban á presentarse reclamando todo lo que ya era suyo en la aristocrática morada, y si, para acallarles, iba á ser preciso que los espejos donde se reflejó tanto hechizo viniesen á parar á este rincón semiobscuro del Hotel.

Un simbolismo parece esconderse en estos espejos—esconderse y manifestarse á la vez, según es ley de los verdaderos simbolismos.—Son los espejos altos, amplios, y en su cimera, fastuosos adornos rodean y decoran el blasón. Mucha gente los mira y encuentra que están tasados en módico precio. «Es que—explica el dependiente—el copete se me figura que no es de talla... Deben de ser molduras de yeso...» En efecto, por algunas partes la capa de oro, descascarillada, deja ver la blancura de la pasta en que se moldeaban los resaltes.—Y yo pensé para mí que, cuando los adornos son de talla verdadera, es cuando el mueble de lujo tiene su solidez y su valor, y que en otro caso es de oropel y de alquimia lo que en él puede causar admiración al sencillo vulgo. Y así las familias ilustres, cuando se dejan arrastrar por el peligroso derrumbadero de la apariencia y del derroche, que las procura triunfos momentáneos y las relega después á la penumbra de la estrechez y acaso la miseria.—Cortas alegrías de vanidad, satisfacciones acibaradas por los recelos del porvenir, angustias mezcladas con risas, se pagan con la ruina de los hijos y el declinar del nombre. Por muy distinguido, histórico y memorable que éste sea, no cabe conservar su lustre si falta el glóbulo rojo, plebeyo, del dinero, en la sangre azul.

No quiere decir que para preservar el decoro haga falta ser millonario. El decoro no consiste en desempedrar las calles con magníficos trenes, ni en abrir la casa para saraos espléndidos, ni en desclavar el cajón que remite Doucet, ni en estar siempre al aire y pelo de la última moda en indumentaria, mobiliario, servicio, comida, veraneo, etc. El decoro es... *un copete de talla.* La solidez, la seriedad, el pasito que dure..., y lo demás son... copetes de yeso que cualquier *parvenu* puede ostentar, seguramente con mayor profusión que los antiguos y clásicos señores.

* * *

He aquí las reflexiones que—entre otras—sugiere una excursión por las salas de los Hoteles de ventas. Y no cabe duda, también las prenderías y casas de empeño enseñan mucho. Quizás enseñan más aún. Porque allí va á parar la joya adquirida á costa de mil sacrificios, exhibida entre transportes de vanidad que provocan espasmos de envidia, y enajenada en los apuros de las horas negras y zozobrantes, cuando falta lo necesario porque se ha querido tener lo superfluo... Allí también tropezáis á cada instante con la nada sentimental, con lo deleznable, lo irónico de las grandes protestas de cariño; al través de los vidrios del escaparate, dijes con corazones, brazaletes con dedicatorias, medallones con rizos de cabellos, preseas expresamente fabricadas para atestiguar amistades ó amores, ternuras íntimas y recuerdos imborrables, os lanzan al rostro su carcajada dolorosa, su «polvo eres, polvo serás,» cien veces más amargo que el que sólo se refiere á la descomposición física y orgánica...

Todo eso que parecía substancia de las almas, reliquia sacratísima que hasta no deben mirar ojos profanos; todo eso en que se concentró la poesía de una existencia y la ilusión de un espíritu..., vedlo tasado en doce, en quince duros. Podéis adquirirlo; podéis daros el gusto de borrar la fecha inscrita en lo más recóndito de la alhaja, arrojar al viento los cabellos apolillados, y violentar y profanar lo que acaso sea más respetable que un sepulcro, pues al fin el sepulcro sólo guarda inertes despojos, mientras aquí se guardaba lo que no muere...

Lo mismo que las demás cosas humanas, las casas de empeños, vistas así, son profundamente melancólicas. Debemos mirarlas con ojos insensibles, curiosos únicamente del espectáculo. Como dijo el gran poeta, «no es un escudo, es un corazón de bronce lo que Vulcano deberá forjarte.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

En política, como en medicina, los buenos remedios son bastante comunes; pero el arte consiste en saberlos dosificar debidamente y en administrarlos con oportunidad.

GUICCIARDINI.

El amor es el ala que Dios ha dado al alma para que ascienda hasta él.

MIGUEL ANGEL BUONAROTTI.

Dichosos los niños á quienes sus padres conducen á la perfección, no tanto por el largo y difícil camino de los preceptos, como por la senda más directa y más fácil de los ejemplos.

DE AUGUESSEAU.

La fuerza más irresistible es la que nos proporciona la confianza que sabemos inspirar.

AZEGLIO.

Los viejos que conservan los gustos de la juventud pierden en consideración lo que ganan en ridículo.

NAPOLEÓN I.

Han sido más los Estados que han perecido por haber violado las costumbres que por haber violado las leyes.

MONTESQUIEU.

Los pueblos, como las mujeres, quieren la fuerza en quien los gobierna, y en ellos no puede existir amor sin respeto; no obedecen sino á quien les impone la obediencia.

BALZAC.

EL REGRESO, CUENTO, POR FRANCISCO CAMBA

I

Fermín había quedado bien pronto sin padres; casi no llegó á conocerlos. Pero sus ojos nunca se empañaron con las lágrimas de la orfandad, porque los parientes que le habían recogido eran buenos y cariñosos.

Vió pasar el tiempo arrojando piedras al agua quieta de las charcas, corriendo por las riberas de los arroyos en busca de nidos, levantando altares en los más ocultos rincones del desván. Luego, un bozo blando cubrió su labio superior; gustábale ya la plática de las mozas aldeanas. Sin embargo, su contento fué enorme aquella tarde en que la tía Gloriosa le dijo delante del tío Lucas:

—Eres un hombre, Fermín; y nuestra pobreza es bien poco, con tantos hijos como tenemos. Hemos pensado sacrificar algunos ahorros y mandarte á tierras de América á que ganes para ti.

Salió. Era una mañana de otoño, aún riente y perfumada. Los caminos llenábanse de hojas secas y los aires con las golondrinas que partían también.

Allá en América le dió empleo un paisano. Trabajaba en el escritorio, teniendo cerca cajones que difundían por la estancia el penetrante olor de la madera y del azúcar. No tardó en sentir los comienzos de la nostalgia.

Después su vida se hizo triste. Cantó constantemente el poema de la ausencia en mudas estrofas de sin igual dulzura; embelleció el momento actual con reminiscencias de visiones santificadas por el recuerdo; sólo amó el aire que le traía aromas de campo, el agua parlera evocadora de lejanos países.

Y así un año y otro... Por fin su alma abrióse á una luz. La fortuna con que había soñado hasta entonces la contemplaba ya imposible. Trabajando mucho ganaría para la vida diaria, ó lo que, según sus cuentas, era lo mismo: para comer y para vestir, todo con modestia. Y esto á cambio de sacrificios enormes. ¡Bah! En la aldea se comía también, también la gente iba vestida. Era de idiotas estar sufriendo cuando el remedio se le presentaba tan fácil: volver, decir á los tíos: «Aquí estoy, pobre como marché; pero lleno de salud, deseando coger el arado...»

Juntó para el viaje. Y en *El Tiburón*, un barco viejo, embarcó con rumbo á España, alegremente, henchido de ilusiones.

II

La diligencia de Campolongo se detuvo un momento en el empalme de Villaclara. El mesón del *Pelouro* habíase ya iluminado y los cuarterones de sus ventanas ponían simétricas manchas de luz sobre el polvo del camino. Sonaba, á lo lejos, el ruido del mar; también se oía, quejumbroso, el canto de los boyeros que tornaban de las ferias con sus yuntas.

Partió el coche atronando el silencio tranquilo de la carretera y del valle. Luego, la dueña del mesón exclamó dirigiéndose al mozo:

—¡Caramba y qué pronto has hecho tu suerte!

Y sus ojos, un momento errantes, parecieron adormecerse en la contemplación de aquellas vestiduras señoriales y marchar luego, como anudando dos cariños, en busca de la hija, que al claro del quinqué hacía calceta detrás del mostrador, junto á una pirámide de papel de estraza.

—No he hecho fortuna, señora Brígida. Vengo tan pobre como cuando marché.

La mujer rogó al mozo que no fingiese; no había de pedirle nada; gracias á Dios, íbase saliendo bien.

—Digo la verdad, señora Brígida.

Y era tan sincero, al parecer, que la ventera se detuvo como contrariada.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Ahí tiene: locuras de los hombres. No estaba para mí la suerte. Me tiraba la tierra.

La señora Brígida llevó ahora su atención hacia el humilde equipaje del indiano.

—Eso tiene un nombre, Fermín: haraganería. Perdona. Y no creas que á tus tíos les va á gustar lo que has hecho.

—Haraganería, no: ganas de trabajar. Pero de trabajar á gusto, en tierras agarimosas. Los tíos tendrán por bien poco unos brazos fuertes junto á sí.

Y en el alma del joven fluctuaba la añoranza de sus días felices en la aldea alegre; de cierta casa adormecida junto al mar, y de las mozas que por las tardes alegran los corazones con sus cantos de amor y de esperanza.

III

Llamó ante el portal que casi besaban las olas amantes. Una extraña zozobra le invadía. Oyó ladrar un perro; oyó unos pasos amortiguados en la paja de la era y después descorrerse unos cerrojos. La voz harto conocida de la tía Gloriosa preguntó:

—¿Quién?

Hubo lágrimas, alegría. ¡Fermín! ¡Y con qué trazas, qué aquel de señorío, qué finura de las manos! En los ojos de los labriegos adormecíase una visión de grandezas y prosperidades. Recordaban, quizá, aquellos relatos de cuantos vuelven—un ingenio en las tierras amadas del sol, muchos negros, como en rebaños, sumisos al igual de corderos,—la realidad de maravillas tantas veces escuchadas en el amor de la lumbre, al escuchar los cuentos de encantos.

Fueron todos á acostarse. Al otro día, aún en la cama, comenzó Fermín á evocar ciertos tiempos en que, después del trabajo, buscaba la conversación de las mozas lugareñas. No había tenido desde entonces un solo momento de tanta dicha. Y al lavarse, bendijo la paz bucólica de la aldea. ¡Qué alegría hundir otra vez su rostro en aquella agua perfumada por haber venido corriendo entre flores y hierbas de olor!

Poco tiempo después hablaba en el *sobrado* con su primilla Aura. Preguntó por el vivir de entonces en la aldea; si los sitios adonde se va para hilar el lino eran muy visitados de los galanes y si había contento en las fiestas del estío. Respondió la moza que se habían dado muchos años de hambre y que la gente emigró en caravanas largas; el contento, por lo mismo, no era mucho. Ella, á su vez, deseaba noticias de los parajes por donde el hombre anduviera; de si es verdad que allí la vida no se gana trabajando en el campo, y la razón de esa grande ansia por volver que cuantos vuelven dicen haber tenido. Cuidaba ella que más gratas debían ser las ciudades de mucha gente y muchas diversiones que no la pobre aldea, siempre triste, siempre igual.

De pronto oyóse en el camino rodar un carro y la voz del tío Lucas hablándole á los bueyes, desabridamente, como llena de enojo. Desde la ventana preguntó Fermín:

—¿Qué pasa, tío?

—Nada.

Y á la hora del yantar, fué la tía quien, luego de fijarse en el solo baúl viejo y pequeño, dijo secamente:

—¡No será eso todo lo que traes!.. Vendrá más por el ferrocarril.

—No, señora: no viene nada más.

Hubo un silencio enojoso. Y á la noche, mientras las castañas cocían en la olla de barro, fué también la tía Gloriosa quien habló. Ya Fermín había echado sus cuentas antes de ponerse al camino; con ellos no contaría, sabiendo de su pobreza: le querían bien, muy bien; pero tenían muchos hijos. El mozo, aunque respondió asintiendo, sólo había pensado en contemplar de nuevo la aldea, en beber otra vez el agua de las fuentes, oyendo el canto de los zagales y el rumor de las palomas que se arrullan en las umbrías.

IV

Era ahora su dolor único el verse forzado á abandonar aquella casa tan amada, porque trabajo no había de faltarle teniendo salud y ganas de trabajar. Se engañó: no le quisieron en parte alguna al ver sus manos suaves y su ropa fina, temerosos, tal vez, de no hallarle luego manso y humilde como aquellos otros servidores que más bien parecían siervos.

Y al volver, las gentes se detenían á mirarle. Después oía decir con pena, con mucha pena:

—¡Viene pobre!

Y por los ojos de las ancianas extendíase, ante él, esa lástima que los campesinos de aquellas tierras tienen para cuantos no han hecho fortuna en la emigración; esa lástima ofensiva, donde hay algo que escarnece, como ante un fracaso.

Lo comprendió, al fin, el mozo. Y una de las mañanas que siguieron, caminó otra vez hacia el empalme, á esperar el coche de Campolongo. Gentes de los lugares vecinos iban hacia una fiesta, cantando. Al verlos, por el alma de Fermín cruzó, como un pájaro que torna al nido, el ensueño de aquellos días de América. Vió después, con lágrimas en los ojos, el agua de los arroyos que gemía al regar las brañas; respiró una bocanada de aire perfumado; recordó el pan de la aldea, segado y cocido por manos amigas; ¡aires que no volverían á acariciar sus sienes, aguas que no había de beber ya nunca, manos que no estrecharía otra vez!

A lo lejos, sobre el mar tranquilo, vió acercarse, lento, un vapor de emigrantes. Y mirando á la aldea, lloró sobre sí.

En una mañana riente había abandonado aquellas tierras para buscar los halagos de la fortuna. Y allá, en ciertos países lejanos, tuvo la osadía de volver á la diosa su espalda, cobardemente. A las gentes de su parentela y de su antigua amistad no les faltaba razón para despreciarle. «Quienes marchan hacia la conquista de algo, triunfan ó no regresan,» es su ley. Él regresó...

. . . .

Corría el coche. Una moza y un mozo detuviéronse al borde del camino, mirándose. Fermín los contempló con inmensa envidia.

El mayoral azuzaba las mulas.

(Dibujo de Triadó.)

RETRATO DE LA SEÑORA MARQUESA DE ALELLA, PINTADO POR CARLOS PELLICER.

Discípulo predilecto del eminente pintor francés Bouguereau, Carlos Pellicer ha sabido asimilarse la solidez y la distinción, que fueron la característica de aquel sabio maestro. Sus retratos distínguense por estas cualidades y sobre todo por la elegancia de la factura, por la jugosidad del colorido, por lo artístico de la composición en conjunto; todos ellos tienen un aire señoril, aristocrático; todos revelan la mano del artista de gusto exquisito. Entre los muchos que lleva pintados desde que reside en nuestra ciudad, figura el de la ilustre dama, ha poco fallecida, que adjunto reproducimos; en él verán nuestros lectores confirmadas las cualidades relevantes que dejamos indicadas.

EL MAESTRO PEDRELL

El día 16 de este mes la importante sociedad de conciertos de La Haya, «Der Toonkunst,» dirigida por el célebre maestro Verlhey, ejecutó el prólogo del drama lírico *Los Pirineos*, del maestro Pedrell. La audición, á la que asistieron los reyes de Holanda, fué un éxito inmenso, y seguramente no será el último, puesto que la referida sociedad ha pedido al compositor insigne otras obras suyas, entre ellas *Lo compte l' Arnau*.

Al dar cuenta de este nuevo triunfo del Sr. Pedrell, nos complacemos en publicar una fotografía íntima de nuestro eminente paisano, legítima gloria española, y sentimos una satisfacción grandísima enviándole nuestras felicitaciones más sinceras y reiterándole la expresión de nuestra admiración más entusiasta.

Retrato de la señora Marquesa de Alella, pintado por Carlos Pellicer

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—V.ª EXPOSICIÓN DE ARTE PICTÓRICO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO, ORGANIZADA POR D. J. PINELO.

Como en años anteriores, el Sr. Pinelo ha traído un conjunto de obras de arte, obteniendo el éxito acostumbrado, no solamente artístico, sino también pecuniario. Esta vez el número de firmas ha superado al de los otros años, elevándose á *setenta y cuatro* y las obras á un total de *doscientas diez*, sin contar una notable colección de postales firmadas por Benavent, Brugada, Gómez Gil y Peña, las que se están vendiendo como pan bendito y á buen precio.

La nota dominante de la exposición instalada en el Salón Castillo, ha sido la misma que en las anteriores organizadas por el citado artista: regional andaluza.

A la entrada ya nos reciben José Villegas con sus tres lienzos *Flora esperando, Flora abandonada* y *¡No viene!*, variaciones sobre el mismo tema; Enrique Simonet con *La primera misa*, lleno de misticismo y santa unción; Gonzalo Bilbao con la tela de regulares dimensiones *Salida de las cigarreras de la fábrica de tabacos de Sevilla*, y otra titulada *Casa de vecinos*: la primera con mucha luz, mucho ambiente y muchas figuras trazadas y combinadas con la maestría que distingue al artista; Guillermo Gómez Gil, con seis marinas preciosas, como salidas del pincel de uno de los mejores marinistas españoles, resultando de un efecto y verdad sorprendentes las señaladas con los títulos *Puesta de sol*,

El maestro Pedrell en su despacho. (De fotografía)

Resto de una barca y *Efecto de luna,* no siendo de menor mérito *Playas de Málaga, Barcas de vela* y *Una tempestad.* A medida que penetramos en el salón nos vamos encontrando con José y Juan García Ramos; el co lienzo *En busca de aventuras,* una escena del Quijote; Cecilio Plá, con *El cuento del loro,* lleno de picardía; Manuel Ruiz Guerrero, con dos cuadros muy notables, *Las uveras* y *La merienda,* sobre todo el Angel Andrade, Manuel Barreira, Manuel Alcázar, Fernando Alvarez de Sotomayor, Luis Bertodano, José Benavent, M. Bertuchi, Luis Beut, Juan Francés, Conde de Aguiar, Salvador Clemente, José Casado del Ali-

REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — V.ª EXPOSICIÓN DE ARTE PICTÓRICO CONTEMPORÁNEO ESPAÑOL, ORGANIZADA POR EL ARTISTA D. JOSÉ PINELO EN EL SALÓN CASTILLO. — DESPUÉS DE LA MERIENDA, cuadro de Joaquín Agrassot. — UN CAMINO EN ANDALUCÍA, cuadro de Emilio Sánchez Perrier. — LOS PERROS DEL SALTIMBANQUI, cuadro de Alejandro Seiquer. — LA PLAZA DE MAX-JOSEPH, EN MUNICH, cuadro de Enrique Martínez Cubells. (De fotografías remitidas por D. Justo Solsona.)

primero con dos cuadros notables, *El frío en Sevilla* y *Las cigarreras,* y el segundo con otros dos de menor importancia, que titula *Patín de las damas* y *La mano padre;* José Pinelo con ocho paisajes, entre ellos *Molino del arrabal,* ganador de segunda medalla en la última exposición de Madrid, y *Orillas del Guadaira,* todos pintados con el amor á cosa vivida y sentida, resultando frescos y jugosos de color; Tomás Muñoz Lucena, con cuatro telas, entre las que sobresale *Dar de beber al sediento;* Joaquín Agrassot, con cuatro, todas dignas de su privilegiado pincel por su factura y por las interesantísimas escenas representadas, especialmente *El bautizo* y *Después de la merienda;* Nicolás Alperiz, con otras cuatro, que quizá no son tan apreciadas como ellas se merecen por su tonalidad un tanto bituminosa y obscura, sobre todo en los fondos; Manuel Benedito, con tres preciosas telas, *Gente de mar, Vuelta del trabajo* y *En la cuna,* notables por la fuerza del concepto pictórico y por la composición; Juan José Gárate, con *Cantares baturros, La casa de un tordo, Una gitana* y *Una copla alusiva,* este último de una expresión en las figuras muy intensa; Luis Giménez con media docena, siendo *Las segadoras* de una factura admirable, quedando también á buena altura las demás; José Moreno Carbonero, con su único; Emilio Sánchez Perrier, con dos paisajes: *Un camino en Andalucía* y *La ribera de Guillena,* ambos bien sentidos; Salvador Sánchez Barbudo, con el boceto *En misa;* Salvador Viniegra, con la *Junta de una Cofradía á principios del siglo XIX;* Alejandro Seiquer, con *Los perros del saltimbanqui* y *Le vernisage;* Enrique Martínez Cubells, con seis telas representando vistas de Venecia y Munich; Juan Llaverías, con veintidós acuarelas de paisajes y marinas de Cataluña; Joaquín Luque Roselló, con cuatro hermosos cuadros; Ricardo Brugada, con ocho trabajos, casi todos ellos escenas andaluzas; Máximo Peña Muñoz, con cinco muy meritorios, especialmente el pastel *Mirando sus joyas,* de un dibujo perfecto y de una delicadeza y suavidad deliciosas.

Con lo expuesto, aunque sea tan á la ligera, ya comprenderán nuestros lectores la verdadera importancia de la mentada exposición; agregando, además, que también han presentado obras muy dignas de encomio Manuel Villalobo, Auriet Tuset, Javier Wintuhisen, Pedro Sáenz, José Salís, Nicolás Soro, Marcelino Santa María, Justo Ruiz Luna, Francisco Ramos, Manuel de la Rosa, Feliciano Roy, Angel Ramírez, Manuel Ramírez López, Ramón Pulido, José Pedraza, Felipe Abarzuza, Eugenio Alvarez Dumont, sal, A. Cánovas, Tomás Campuzano, Luis García Sampedro, Ciriaco de la Garza, Federico Godoy Castro, Felipe Gil Gallango, Manuel González Agreda, M. González Santo, José Jiménez Aranda, Daniel Hernández, Miguel Hernández Nájera, Casimiro Iborra, Agustín Lhardy, José Macías, Ricardo Madrazo y Garreta, José Parada, José Pueyo, y para dar por terminada esta tan larga como árida nomenclatura, la cerraremos citando el nombre de dos damas que figuran muy dignamente en esta exposición: la señora doña Fernanda Francés de Arribas, que expone el precioso cuadro *Flores y pájaros;* y la señorita Elisa Lagravere, parisiense, pero domiciliada en Málaga, discípula del tan celebrado marinista D. Guillermo Gómez Gil, que presenta dos espléndidos cuadros de flores.

El mes de octubre cierra en Buenos Aires la serie de exposiciones. Al cerrar Pinelo la por él organizada, quedará, hasta el próximo abril, de hecho clausurada la temporada. Pero al llegar el futuro Otoño con sus opimos frutos, volverán los artistas á la lucha para conquistar honra y provecho, y sobre todo, un lugar en el mercado, cada día más importante, de la República Argentina.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, octubre, 1906.

CUESTIÓN DE MARRUECOS

Ben Ghazi, bajá de Tánger, se ha encargado del mando de la mehalla y ha dirigido una nota á las legaciones para recomendar á los europeos que no se alejen de aquella ciudad mientras duren lo que él llama operaciones militares, y se abstengan sobre todo de ir á Zinat, la antigua guarida del Raisuli.

Pero en el entretanto la tal mehalla no se mueve de Tánger y de sus inmediaciones y se dice que se está negociando un *amán,* por el que el sultán perdonaría al célebre bandolero á condición de que abandonara los lugares que han sido teatro de sus fechorías y se retirase á Fez ó marchase desterrado á Egipto ó á Argelia. Pero el Raisuli, á lo que parece, no se fía del Maghzén, y para aceptar cualquiera de esas soluciones exige que dos potencias europeas garanticen su seguridad. Actualmente hállase entre los beni-msauer, que le vigilan rigurosamente hasta el punto de que más que huésped diríase que es su prisionero; al fin y al cabo la persona del jefe rebelde puede llegar á ser para ellos valiosa mercancía que el sultán les compre á buen precio.

Hemos dicho que la mehalla ha cesado en su persecución del Raisuli; mas no se crea que permanece inactiva. En efecto, los soldados que la componen, sin duda para entretener sus ocios, se dedican á saquear las viviendas de las poblaciones cuya defensa les está encomendada, y en los alrededores de Arzila roban los rebaños, incendian las casas y violan á las mujeres. Y por si esto fuera poco, venden sus propias armas y municiones á las tribus que han permanecido fieles al bandolero, lo cual ha determinado al Maghzén á dar una orden por virtud de la cual será encarcelado todo individuo que, no perteneciendo á la mehalla, tenga en su poder un fusil de ordenanza.

Las tropas jerifianas dan, pues, quince y raya á las insurrectas en punto á respeto á las haciendas ajenas. Un hecho, entre otros muchos, lo demuestra evidentemente: había en Zinat unos grandes almacenes denominados L'Hermite, propiedad de un francés y llenos de mercancías; cuando el Raisuli, acosado por la mehalla, se encerró en su casa para emprender luego la fuga, esos almacenes estaban intactos, pues aquél había prohibido á sus partidarios que los tocaran. Pero lo que los rebeldes habían respetado fué destruído y saqueado por las fuerzas del sultán en presencia y acaso bajo la dirección de sus mismos oficiales, quienes no ignoraban que se trataba de cosas pertenecientes á un extranjero. Y al día siguiente los materiales y los géneros producto del saqueo, eran vendidos públicamente en Tánger por los de la mehalla. El espectáculo no podía ser más edificante.

Entre unas y otras cosas, el descontento es general, tanto más cuanto que se dice que el sultán, fundándose en que se trata de casos de fuerza mayor, se negará á dar satisfacción á las demandas de indemnizaciones que presenten los europeos por los daños causados por el Raisuli.

Francia y España han retirado sus escuadras de las aguas de Tánger ante la seguridad de que el gobierno marroquí aplicará las reformas acordadas en la conferencia de Algeciras.

¿Responderá el Maghzén á esa confianza? Tratándose de Marruecos, lo menos que puede hacerse es ponerlo en duda.—R.

Marruecos. – Vista de Zinat, incendiada á consecuencia del bombardeo realizado por las tropas del sultán. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

Marruecos. - Artillería marroquí de la mehalla de Si el Guebbas, que bombardeó la población de Zinat, en donde se había refugiado el Raisuli. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Marruecos. - El ministro de la Guerra Si el Guebbas y el bajá de Tánger Ben Ghazi entrando en Tánger al frente de la mehalla. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Marruecos. – Ocupación de Zinat por las tropas de la mehalla después del bombardeo (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

PARÍS.—LA ASAMBLEA DE LOS PRELADOS

Con objeto de adoptar las resoluciones que hace necesarias la situación creada á la iglesia católica en Francia por las recientes leyes, los prelados franceses acordaron reunirse en asamblea que, no pudiendo efectuarse en el palacio arzobispal de París, hoy confiscado por el gobierno, se ha celebrado en el castillo de «La Muette,» en Passy, propiedad del conde de Franqueville.

Asistieron á ella setenta prelados, presididos por el cardenal Richard, arzobispo de París, que se distribuyeron en cuatro comisiones, las cuales se han ocupado de las reglas que han de adaptarse para el ejercicio del culto, que ha de seguir siendo público; de la cuestión económica y del «dinero del culto;» de la organización de la nueva existencia del clero, alquiler de rectorías, vida en común, etc.; y de la reorganización de seminarios y escuelas eclesiásticas preparatorias.

Los acuerdos tomados por la asamblea permanecerán secretos hasta que hayan sido aprobados por el Papa; puede afirmarse, sin embargo, que se ajustan en absoluto á las encíclicas pontificias y no son más que desenvolvimiento de las instrucciones dictadas por el Vaticano.

El castillo de La Muette, cuyo hermoso parque confina con el Bosque de Boulogne, es una magnífica residencia á la que van unidos muchos y muy interesantes recuerdos históricos. En su origen, era una simple casa que los soberanos franceses habían hecho construir en medio del citado bosque para guardar las mudas de los ciervos *(mues)*, es decir, las astas que pierden en el otoño, y los halcones destinados á la caza; de aquí el nombre de *Muette* dado á aquel cazadero construido en el siglo XVII. La Muette formó parte del patrimonio de Margarita de Valois, reina de Navarra, la cual, á la muerte de Enrique IV, la cedió, con todos sus demás bienes, á Luis XIII en 1615. En tiempo de Luis XIV realizáronse allí importantes construcciones, y muerto aquel monarca fué á vivir en La Muette la duquesa de Berry, hija del Regente. Fallecida repentinamente la duquesa, en 21 de julio de 1719, su padre cedió al rey el castillo, que fué entonces objeto de grandes transformaciones: construyóse un piso más, ensancháronse los jardines á costa del Bosque de Boulogne, adornándolos con estatuas, y las habitaciones fueron decoradas con gran magnificencia.

PARÍS.—EL CASTILLO DE LA MUETTE, EN DONDE HAN CELEBRADO SU ASAMBLEA LOS PRELADOS FRANCESES. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En tiempo de Luis XV, fué habitado por éste y sus amantes, entre ellas Mme. de Pompadour. Aquel rey, después de haber agrandado considerablemente el castillo, quiso derribarlo y construirlo de nuevo, sin que bastaran á disuadirle de tal empeño las reflexiones del contralor general de Hacienda Machault d'Arnouville, que no sabía de dónde sacar los recursos para satisfacer aquel capricho del soberano. La guerra de Siete años fué causa de que se abandonase aquel proyecto de reconstrucción.

Después del fallecimiento de Mme. de Pompadour, Luis XV visitó pocas veces el castillo que, en cambio, durante el reinado de Luis XVI, fué la residencia familiar por excelencia, en donde se refugiaban de cuando en cuando el rey y los suyos para huir de la etiqueta cortesana.

En el período revolucionario, La Muette sufrió graves mutilaciones, y en 1718 fué comprada por 275.000 francos por el famoso fabricante de pianos Sebastián Erard. Actualmente pertenece al conde de Franqueville.

La antigua residencia real conserva toda su antigua magnificencia, y las piezas de la planta baja han sido convenientemente dispuestas para las tareas de la asamblea, cuyas sesiones se han celebrado en el gran salón, de once metros de largo por diez de ancho, en el que se admiran hermosas obras de arte, entre las que figuran cuadros notabilísimos de Landelle, Baudry y Hebert.—C.

PARÍS.—SALÓN DEL CASTILLO DE LA MUETTE, EN DONDE CELEBRA SUS SESIONES LA ASAMBLEA DE LOS PRELADOS FRANCESES. (De fotografía de Carlos Trampus.)

ORILLAS DEL GUADAIRA, cuadro de José Pinelo

EN BUSCA DE AVENTURAS, cuadro de José Moreno Carbonero

FLORES Y PÁJAROS, cuadro de Fernanda Francés

LA MERIENDA, cuadro de Manuel Ruiz Guerrero

EL TERREMOTO DE KINGSTON (JAMAICA)

En la tarde del 14 de los corrientes, un violento terremoto destruyó una gran parte de la ciudad de Kingston, capital de

KINGSTON (JAMAICA), QUE HA SIDO RECIENTEMENTE DESTRUÍDA POR UN TERREMOTO. – VISTA PARCIAL DEL PUERTO.

la isla de Jamaica. A pesar de los días transcurridos, todavía no se conocen con toda exactitud los pormenores del desastre, si bien se sabe ya que sus efectos han sido desastrosos, así por el número de víctimas como por la importancia de los daños materiales que ha producido.

Los movimientos sísmicos fueron tres, el primero de abajo arriba y los otros dos laterales. Un pánico espantoso se apoderó de la población, que huyó aterrada, refugiándose en la región montañosa de las inmediaciones de la ciudad. Pero aún habría sido mayor la catástrofe si un viento furioso y una obscuridad parcial, que precedieron al temblor de tierra, no hubiesen puesto en guardia á muchos habitantes que, por aquellos fenómenos, presintieron la inminencia de un peligro, y se hallaban en las calles cuando ocurrió el terremoto, salvándose así de morir aplastados entre las ruinas.

UNA CALLE DE KINSGTON. (De fotografías.)

Un individuo de la numerosísima colonia de turistas ingleses que todos los inviernos acuden á Jamaica atraídos por la benignidad de aquel clima, ha telegrafiado al *Times* algunos pormenores del suceso. Salía del Palacio de Correos y se encaminaba al club, en compañía de un amigo, cuando se sintió el primer movimiento, y en seguida millares de personas se precipitaron tumultuosamente en las calles. Después, prodújose una obscuridad absoluta, que duró cinco minutos, y violentas ráfagas de viento levantaron espesas nubes de polvo y cascote. El espectáculo que á ello siguió fué indescriptible: mujeres que apretaban contra sus pechos á sus hijos dando aterradores gritos; gentes que de rodillas rezaban en alta voz; hombres que corrían enloquecidos de espanto buscando á los suyos; la confusión, la muerte, las lamentaciones por doquier.

Como en el reciente caso de San Francisco de California, después del terremoto se declaró el incendio, que se propagó rápidamente, pues destruídas las conducciones de agua por el temblor de tierra, faltó el elemento esencial para combatirlo; sólo al siguiente día, cuando cambió el viento, pudo ser dominado el fuego, después de haber ocasionado inmensos destrozos.

La mayor parte de los más importantes edificios de Kingston han quedado destruídos; entre ellos, la catedral católica, el Myrtle Bank-Hotel y el teatro.

El número de víctimas no se conoce aún con certeza, pero se dice que los muertos son cerca de dos mil y los heridos exceden con mucho de esta cifra.

La carencia de víveres que se notó en los primeros momentos ha sido remediada gracias á los socorros que de todas partes se enviaron. Los que más pronto acudieron en auxilio de los damnificados fueron los Estados Unidos, cuyo gobierno dispuso que inmediatamente salieran para Kingston los cruceros *Missouri*, *Yankton* é *Indiana*, al mando del almirante Davis, con abundantes provisiones. Por cierto que la presencia de esos buques ha dado lugar á un incidente desagradable entre el gobernador de la colonia y el almirante yanqui, á consecuencia del cual este último se ha retirado con sus barcos á Guantánamo, molestado por la conducta del primero, que, según parece, ha merecido las censuras del Consejo Municipal, del Comité de auxilios y del jefe de las tropas inglesas de Jamaica.

La isla de Jamaica, una de las cuatro Antillas, la tercera en superficie y la mayor de las Antillas inglesas, fué descubierta por Cristóbal Colón en 3 de mayo de 1494, recibiendo el nombre de Santiago. Colonizáronla en 1509 los españoles, que la conservaron hasta 1655, en que fuerzas inglesas enviadas por Cromwell se apoderaron de ella. En la actualidad es una de las principales colonias inglesas y su población es de unos 800.000 habitantes aproximadamente.

La ciudad de Kingston fué fundada en 1693, después que un terremoto hubo destruído Port Royal, y desde 1869 es capital de la colonia. – X.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Estatua yacente en mármol, obra del distinguido escultor don Venancio Vallmitjana. – A la galantería de nuestro reputado amigo el distinguido escultor D. Venancio Vallmitjana debemos la ocasión de poder dar á conocer una de sus últimas y notables producciones, cual lo es la hermosa estatua yacente que reproducimos, destinada al panteón de D. Rafael Garreta, de Figueras, obra digna de encomio que demuestra que todavía, por fortuna, conserva nuestro amigo todas sus energías y que su ánimo no decae, dando constantes y repetidas pruebas de su maestría y de ese temperamento que con justicia admiran los que tienen la satisfacción de haber recibido sus provechosas enseñanzas.

La mina, escultura de Constantino Meunier. – Entre los escultores de nuestros tiempos, nadie como el artista belga Constantino Meunier, fallecido hace poco más de un año, ha poetizado tan hermosamente el trabajo del hombre; nadie como él ha expresado en formas más vigorosas y emocionantes la ruda existencia del obrero. Sus obras están inspiradas en altas concepciones y ejecutadas con una bravura, con un realismo que producen emoción intensa. Sirva de ejemplo de ello *La mina*, composición grandiosa, llena de vida y de movimiento, de una potencia y de una verdad imponderables.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente: la Srta. D.ª Josefa Teixidó una colección de acuarelas con flores admirablemente pintadas; el señor Vila Prades tres bellos lienzos que representan escenas de pescadores de Bretaña, y los Sres. Ferrer y Pallejá y Montserrat dos buenos retratos cada uno.

Salón Esteva, Figueras y sucesores de Hoyos. – Se han celebrado dos exposiciones parciales, una de obras del Sr. Matilla, de excelente colorido y delicadamente pintadas; y otra de cuadros del Sr. Meifrén de diversos géneros, unos de brillante color y otros llenos de poesía.

Espectáculos.— PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'anglais tel qu'on le parle*, comedia en un acto de Tristán Bernard; y en el teatro Antoine *Le Bluff*, comedia en tres actos de Jorge Thurner, y *La petite dame du second*, comedia en un acto y cuatro cuadros de Andrés Mycho y Vicente Hyspa.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La Santa Espina*, comedia lírica de magia, letra de Angel Guimerá, música del maestro Morera y decorado de Vilumara, Moragas, Alarma y Junyent, y en el Eldorado *Los tres anabaptistas*, comedia en tres actos arreglada del francés por Enrique Mauvars. En Novedades sigue obteniendo grandes triunfos la compañía dramática siciliana, que ha estrenado *La lupa*, drama en dos actos de Verga; *Nica*, drama en tres actos de Maroglio; *La figlia di Jorio*, tragedia pastoril en tres actos de d'Annunzio; *Il diritto di vivere*, drama en tres actos de Bracco; *Pietra fra pietre*, drama en cuatro actos de Suddermann; *Buona gente*, drama en dos actos de Capuana; *Il Garoffano*, drama en un acto de Ojetti; *Ultimi barbari*, tragedia en dos actos de Oriani; y *Mafiusi*, drama en tres actos de Rizzotto, habiendo logrado entusiastas ovaciones en el desempeño de estas obras la Sra. Aguglia Ferraú y el Sr. Grasso, y grandes aplausos los demás actores, especialmente los Sres. Majorana y Musco. Además ha representado *La morte civile*, de la que el Sr. Grasso hace una creación y que ha valido á tan eminente actor uno de los más grandes éxitos que se han presenciado en Barcelona.

Necrología.—Han fallecido:

Fernando Brunetiere, notable literato francés, director de la *Revue des Deux Mondes*, miembro de la Academia Francesa y autor de varias é importantes obras sobre historia de la literatura francesa.

Guillermo Bernatzik, pintor austriaco.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 450, POR V. MARÍN.

NEGRAS (14 PIEZAS)

BLANCAS (6 PIEZAS)

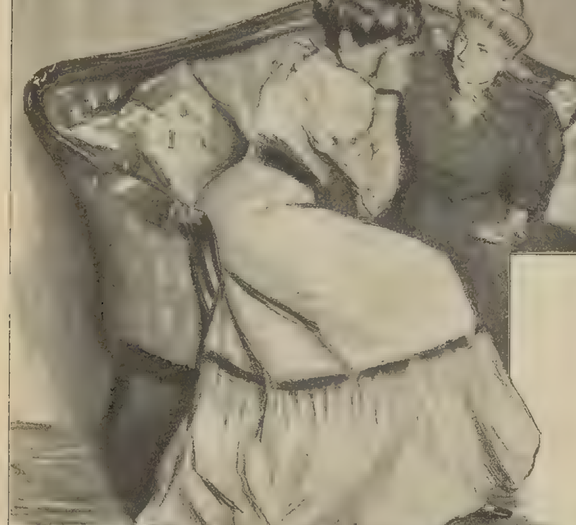
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 449, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Da5–b5	1. Cb1×c3
2. e2–e3 jaque	2. Rd4–e4
3. Cf1–d2 mate.	
1.	Ag2×f1
2. Db5–b4 jaque	2. Rd4–e3
3. Cc3–d1 mate.	

VARIANTES

1...... Rd4×c3;	2. Te1–c1 jaque, etc.
Ag2–e4;	2. Db5–b4 jaque, etc.
Otra jug.ª;	2. e2–e3 jaque, etc.



¿No quieres casarte con él?

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR **ENRIQUE BORDEAUX**, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—¿No hay dulce?

—No, dijo la señora de la casa algo sorprendida de la pregunta.

—¡Qué fastidio!

La señora Dulaurens, extrañada de la insistencia, se excusó diciendo:

—Como usted no nos ha avisado.. No sabíamos que nos iba usted á honrar con su compañía...

—¡Oh! Sí, sí..., replicó la italiana sin desconcertarse en lo más mínimo. No lo digo por mí... Es que Pistacho no se da cuenta; y como está acostumbrado á comer cada día tres platos y dulce, lo va á extrañar. Creerá que le castigo, y hoy no se lo tiene merecido.

La señora Dulaurens, algo nerviosa, mandó que batiesen en seguida una clara de huevo con azúcar para ofrecérsela al ídolo. Al levantarse de la mesa, el perrito se quedó retenido por su glotonería á pesar de las llamadas y quejas de su dueña. Pronto tuvo que arrepentirse de ello: el criado lo advirtió, y después de mirar con rápida ojeada la puerta que se cerraba tras de los señores, de una puntera le hizo rodar hasta un rincón del comedor. Pistacho dejó oir un sordo gruñido. Pero no se extrañó; conocía de la vida las sensaciones extremas; y pasaba filosóficamente de los mimos á los golpes, del salón á la cocina.

En seguida después de almorzar, el Sr. Dulaurens, tomando un aspecto de hombre ocupado é importante, que daba á su cara plácida un ligero matiz cómico, saludó á las señoras y pasó á su despacho, en donde le esperaba uno de sus arrendatarios. Se trataba de arreglar unas cuentas atrasadas. El campesino pidió naturalmente una rebaja. La mano de obra estaba muy cara, había poco dinero y las cosechas habían sido malas.

—¡Malas!, exclamó el Sr. Dulaurens con la dureza aparente con que trataba á sus arrendatarios y provisionistas, que le elevaba ante sus propios ojos de la debilidad demostrada ante su aristocrática mujer. ¡Malas! ¿Y todo el vino del año pasado? ¿Qué habéis hecho de todo el vino? ¡Si teníais la mar de toneles! ¿No lo habéis vendido?

—¡Oh! ¡El vino! Se tenía que vender á un precio irrisorio. Era una deshonra. Hemos preferido bebérnoslo. Nos lo hemos bebido todo.

El Sr. Dulaurens, olvidándose por sus intereses de sus gustos pacíficos, iba á entregarse á la cólera, cuando su mirada cayó sobre un libro que dormía en su mesa entre una novela y un tratado de heráldica. Era el manual de Nicole *Medios de conservar la paz con los hombres*. Lo había comprado por el título, y se contentaba con sólo leer el título, que tanto armonizaba con su tranquilidad congénita. Encontrando la calma, despidió al campesino con una serie de buenos consejos y sin concederle nada.

—Los propietarios son dignos de lástima... No saben que hacer... Mi amigo el Sr. Mestrallet apenas puede salir adelante.

Mestrallet era un viejo avaro de las cercanías que se pasaba las horas lamentándose de los malos tiempos y de las dificultades que tenía que vencer para conseguir sus propósitos. Pero no decía que uno de sus propósitos consistía en ahorrar veinte mil francos al año.

Al propio tiempo que el arrendatario salía, quejándose interiormente de no haber conseguido nada con aquella entrevista, Alicia entraba en el despacho. Traía una taza de café preparada á gusto de su padre. Contaba con la acción favorable de la aromática bebida, recibida con sonrisa beatífica. Mientras su padre bebía, deleitándose, á pequeños sorbos, ella se sentaba, se ponía de pie y no sabía estarse quieta. Confusa, miedosa y temblando pronunció las palabras siguientes:

—Papá, hoy mismo va usted á tener una visita.

—Bueno, chiquilla. Tu madre está en el salón. ¿Y de quién?

—Pues... de la señora Guibert, contestó con voz tan velada por la emoción que hubiese bastado para revelar su secreto si el Sr. Dulaurens no hubiese abdicado desde tiempo atrás sus privilegios de cabeza de familia y descuidado el conocimiento de sus propios hijos.

—¿La señora Guibert? Yo creí que no visitaba á nadie desde que enviudó. Es un honor que apreciaremos en lo que vale.

Irguiendo su corta estatura para formular su apreciación con aire de gran superioridad, añadió:

—Ella no tiene mucho mundo, pero es una buena mujer, y sus hijos han triunfado ruidosamente.

Alicia encontró este elogio insuficiente y murmuró:

—Su marido me salvó la vida, papá. ¿Se acuerda de mi fiebre tifoidea?

—Sí, sí...

También se acordaba de que no habían pedido la cuenta de la asistencia facultativa, y no quería insistir sobre el asunto. ¿Acaso la señora Guibert vendría á reclamar los honorarios ya prescritos? Pero ¡quia!; no se atrevería, y ahora menos que nunca, puesto que sus hijos eran recibidos familiarmente en la Chênaie y no querría destruir tan buenas relaciones por una cuenta atrasada. ¿Entonces á qué sería debida esta visita anunciada por Alicia?

—¿Te han avisado á ti?, preguntó.

—Sí, papá.

Y añadió en voz muy baja:

—La señora Guibert viene á causa mía.

El Sr. Dulaurens, que iba con pasos cortos de un extremo á otro de su despacho para ayudar á la digestión—aquella habitación, con sus librerías siempre cerradas, le servía especialmente para aquel pequeño ejercicio higiénico,—se paró de repente y comprendió por fin que en su casa pasaba algo anormal.

—¿A causa tuya?, repitió con inquietud.

Con la brusca rapidez de los indecisos, la joven quemó sus naves.

—Papá, ¿no quiere usted verme dichosa?

—¡Pues claro que sí! ¡En absoluto!

Y empezaba á vislumbrar toda clase de dificultades, capaces de complicar su vida apacible del porvenir y su digestión presente. Sin embargo, quería á su linda Alicia, cuya dulzura armonizaba con su carácter, y la hubiese adorado y mimado con alegría y hasta con debilidad, si no le hubiese retenido el miedo á su mujer y el deseo de imitar, lejos de su presencia, sus gestos y procedimientos autoritarios. Preocupado por tantos sentimientos cuya complejidad le asustaba y daba cierta dureza á su rostro benigno, provocó una explicación.

—Me hablas de la señora Guibert y de tu felicidad. ¿Qué significa esto?

Alicia no dudó más; su misma turbación le impedía adivinar los pensamientos de su padre.

—Viene á pedir mi mano para su hijo.

—¿Para el capitán?

—Sí.

Después, muy en voz baja, añadió:

—Papá, por favor, debe usted convencer á mamá para que diga que sí.

Y este débil deseo que encerraban sus palabras contenía toda la fuerza de su amor.

El Sr. Dulaurens se habría enternecido sin aquella frase final. Se apoderaba de las cosas por los detalles, y las últimas palabras retenían siempre mejor su atención.

—¡Convencer á tu madre! ¡Y dale con tu madre!, dijo con acritud reanudando sus paseos.

Se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada, aplicó algo el oído, y ya tranquilizado exclamó audazmente:

—¡Tu madre! ¿No sabes, chiquilla, que mi consentimiento tiene más importancia que el suyo? La ley lo proclama. Y la ley es justa. Es preciso que en la casa haya una sola autoridad, y esta autoridad pertenece al padre de familia. *¡Paterfamilias!*

Y echó una ojeada rápida al espejo para ver su aire imponente. Parecía haber olvidado el grave asunto de aquella conversación, que la tímida Alicia temía recordarle. ¿Debía volver á pronunciar el nombre de Marcelo Guibert, aquel nombre que le quemaba los labios? Su padre, volviendo á la realidad, le ahorró aquel acto de valor; repitió palabra tras palabra una frase de su esposa:

—Ese joven es un héroe. Su heroísmo lo eleva hasta nosotros.

De este modo justificaba su mujer que se pudiese recibir á Marcelo Guibert, sin temor alguno, en un salón tan distinguido como el de la Chênaie.

Deseoso de no comprometerse, se apresuró á poner algunas objeciones.

—Pero, chiquilla, tú seguramente querrás vivir tranquila. Y para ello no debes tomar por marido á uno que se dedica á explorar y conquistar el mundo. Tu carácter es apacible y tranquilo. ¿Sabes si el capitán piensa quedarse en Chambery?

—Papá, dijo la joven acordándose de las lecciones de energía que le había dado Paula, la mujer debe ayudar al marido y no servir de obstáculo á su carrera.

—¿Su carrera? Pues bueno, la seguirá cerca de nosotros. Chambery es una guarnición muy codiciada. Permutará con otro; la cosa será fácil, dadas nuestras relaciones en el ministerio de la guerra. Y si hace falta pedirá el retiro. Lo peor es que no tiene fortuna alguna.

Alicia permanecía callada, y al acercársele su padre vió sus lágrimas silenciosas. Emocionóse éste y dejó ver el fondo verdadero de su naturaleza, que el *snobismo* y la subordinación habían alterado. Con su mano acarició dulcemente la cara de su hija.

—No llores, hijita. Ya sabes que sólo deseo verte dichosa.

Pero al abrirse la puerta y entrar en el despacho la señora Dulaurens, libre por fin de la señora Orlandi, é inquieta por no saber dónde se encontraba Alicia, desaparecieron todos sus alardes de energía, cual escapan los pájaros á la vista del cazador. No supo encontrar el airecillo imponente que adornaba su rostro pocos momentos antes, y su enternecimiento filial se disipó. Instintivamente tomó el aspecto humilde propio de un empleado ante el jefe de la oficina. Desprovisto de toda autoridad conyugal, y teniendo sólo valor para evitarse el espectáculo de una escena de familia, se escapó diciendo:

—Querida, ahí te dejo con tu hija. Desea casarse y participarte sus deseos.

Y dirigiéndose á Alicia, añadió:

—Ahí tienes á tu madre. Explícate con ella. Lo que ella haga estará bien hecho.

Y se eclipsó, preocupado ante todo de conservar la paz con todo el mundo.

La señora Dulaurens no contestó á su marido, de quien tenía celos por primera vez en su vida. ¿Pues no acababa de recibir las confidencias de Alicia? Ella amaba á su hija con amor exclusivo y absorbente, y á fuerza de continuas usurpaciones de su maternidad excesiva, había ido reduciendo poco á poco, sin darse cuenta de ello, la personalidad de aquella alma delicada, indolente por naturaleza propia y demasiado fácil á la sumisión y docilidad. Disfrutaba como propietaria de la belleza de su hija y de toda su juventud, meciéndola cual si se tratase de la frágil existencia de un recién nacido. ¿Era, por lo tanto, posible que un corazón joven y lleno de ternura desconociera y dejara de conmoverse ante aquel continuo interés? Alicia se esforzaba en obedecer y complacer á su madre, cuya atención sentía siempre puesta sobre ella; pero tanta vigilancia cariñosa la paralizaba.

Apenas la puerta se cerró tras de su marido, la señora Dulaurens, vencida la penosa impresión y en guardia contra un peligro que adivinaba, se acercó á su hija y abrazándola sentóse junto á ella.

—¡Condesita de Marthenay!, le dijo al oído.

Pero la joven seguía callada y sus lágrimas seguían corriendo.

—Quieres casarte con él, ¿verdad? ¿Se lo has dicho á tu padre? No podías resolver cosa que más me gustase. Nunca nos separaremos. Tengo la promesa formal de Armando.

No queriendo dudar aún de la realización de sus proyectos, siguió diciendo:

—Al ascender se quedará; y si no es posible pedirá el retiro. Vuestra fortuna os permitirá vivir en el ocio, y ya tendréis bastantes ocupaciones con las que os imponga la sociedad.

El llanto y el silencio persistente de Alicia le hicieron ver por fin el peligro que tanto temía.

—¿Es que me he equivocado, hija mía? ¿No quieres casarte con él? ¿No ha sabido hacerse querer?

Sí, esto era. Alicia hizo señas afirmativas con la cabeza, y la señora Dulaurens se convenció de que su hija había entregado su corazón á Marcelo Guibert. Tuvo bastante fuerza de voluntad para disimular su despecho, y en seguida trató de ver por qué medios evitaría un suceso que consideraba, sin dudas ni reflexiones, como una verdadera catástrofe, dejándose guiar por prejuicios y opiniones, y sobre todo por su pasión maternal, cuyo egoísmo era incapaz de todo sacrificio. Así es que empezó diciendo:

—¿Aún no quieres casarte? ¿Deseas continuar á mi lado y no dejarme? Sin embargo, yo deseo ante todo asegurar tu felicidad, y sufriré el disgusto de no tenerte á mi lado y de separarme de ti con tal de saber que eres feliz, y mientras pueda asegurarme cada día y con mis propios ojos de que mi chiquilla está contenta. ¿No me contestas? ¿No es tampoco por esto por lo que lloras?.. ¿Acaso has llegado á desconfiar de mí hasta el extremo de alimentar un amor sin consultármelo?

Estos reproches, que aumentaron la emoción de Alicia, se le habían escapado involuntariamente. Su clara perspicacia la hizo cambiar, y tomando otra vez la voz cariñosa dijo:

—¿No soy yo tu mejor amiga, tu confidente? ¿Tienes secretos conmigo? Hija mía, no me lo merezco. Si no quieres á Marthenay, si amas á otro, debes decírmelo Y juntas prepararemos tu porvenir.

Una nueva esperanza ensanchó el pecho de la joven y dijo suspirando:

—Sí, mamá.

—¿Quién?, preguntó su madre besándola. ¿Quién me ha robado el corazón de mi niña? Mira, ya tengo mi oído junto á tus labios; dime cómo se llama.

Sabía cómo se llamaba y sin embargo quería oirlo de aquellos labios temblorosos.

Alicia no podía resistir á la dulzura. Se secó los ojos, y entre esas sacudidas de todo el cuerpo que siguen á una crisis de llanto, balbuceó:

—La señora... Guibert... tiene que venir... hoy mismo... Viene á pedir mi mano... para su hijo...

—¿Para el capitán?

—Sí.

—¡Oh, hija mía! ¡Qué disgusto más grande!

Y separándose de su hija, se dejó caer en una butaca, ocultó su cara entre las manos y se quedó inmóvil en una actitud desesperada. Alicia, secándose de nuevo sus ojos, tuvo que consolarla.

—¿Por qué se aflige de este modo, mamá?

La señora Dulaurens alzó lentamente la cabeza y con profunda expresión de tristeza dijo:

—Porque veo que quieres abandonarme. El señor Guibert te llevará lejos de nosotros, á algún rincón de Francia ó tal vez á Argel. ¿Quién sabe si solicitará formar parte de alguna expedición? A esos conquistadores hambrientos de gloria y peligros, el amor no les retiene durante mucho tiempo. ¿Cómo has podido amarle, tú, tan dulce y tímida?

De pie cerca de su madre y con la vista al suelo cual una culpable, Alicia murmuró:

—¡Oh! No sé. . Tal vez porque soy débil... y él es fuerte.

Con la cara apoyada en la palma de la mano, la señora Dulaurens siguió hablando sin mirar á su hija, como si buscase por sí misma la explicación:

—Me explico que él haya tenido la idea de casarse contigo. Los Guibert están poco menos que arruinados desde que su padre se erigió en salvador de su hermano el banquero de Annecy. Dicen que no hubo quiebra, que se pagó todo. ¡Pero vaya usted á saber! El suicidio, la ruina..., son cosas nada agradables. Además... ¡hasta la misma campaña de Madagascar!.. ¡Oh! Ya sé que el capitán se ha portado como un valiente. Esto es indiscutible, y yo he sido la primera en proclamarlo. De lo que podría estarme agradecido..., y en efecto, en vez de ello, sueña en robarme á mi hija. La expedición de Madagascar, en un país malsano, ha sido terrible. Todos nuestros soldados han contraído fiebres. Todos, ¿entiendes? Yo no quisiera que te casases con un hombre enfermo. Es deber mío impedirlo. Yo no deseo más que tu felicidad. Pero oye: las chiquillas como tú desconocen la vida. Sus corazones vehementes están siempre prontos á admirar el valor, el heroísmo y todo aquello que da reputación, y llegan á confundir su admiración con el amor. ¡Y hay que tener en cuenta, hija mía, que son cosas muy distintas! Con el tiempo te darás cuenta de ello. ¡Y ojalá no sea demasiado tarde!

Y con estas palabras mordaces destruía y reducía á la nada la dicha de Alicia, que se figuraba asegurar. Poco á poco la joven había ido retrocediendo hasta llegar á la ventana, en cuyo hueco, medio oculta, volvió á llorar en silencio, retorciéndose desesperadamente las manos.

Sentada en la butaca, los ojos secos, su madre tomó la ofensiva:

—Yo creí que Marthenay te gustaba. ¿Acaso no tiene todas las seducciones posibles? Un nombre antiguo, buena presencia y rico. Es oficial de caballería y monta divinamente. Baila á la perfección. Yo le había elegido entre todos los jóvenes de nuestra sociedad. Y por último, no tenías que moverte de nuestro lado. Nosotros hubiésemos podido participar de tu dicha. ¿Y tú quieres quitarnos esta participación?

—¡Mamá!, protestó Alicia.

—¡Qué ingratos son los hijos! Yo que te he cuidado tanto durante tu infancia tan delicada, y hasta hace poco, durante la fiebre tifoidea, ¿y ahora quieres abandonarme?

Y para disimular el egoísmo de aquella queja, añadió en seguida:

—¡Si por lo menos estuviese segura de que allí está tu felicidad! Pero no poder cuidar de tu salud, estar temiendo continuamente que te encuentres enferma, lejos, en alguna guarnición sin médico; temblar por la paz y tranquilidad de tu hogar que no podré comprobar con mis propios ojos; no estar á tu lado para recibir á tus hijos si Dios te los envía..., ¡qué vida más triste me espera!..

Alicia, emocionada ante la evocación de las caricias y abnegaciones maternales, abrió sus brazos.

—¡Mamá, mamaíta! ¡Yo no quiero abandonarla!..

La señora Dulaurens corrió hacia ella, y madre é hija se abrazaron llorando.

—No me casaré nunca. Me quedaré á su lado.

Esta semivictoria había sido tan rápida, que la señora Dulaurens la consideró suficiente y no insistió más en sus proyectos ni pronunció el nombre de Armando Marthenay.

—¡Alicia mía, Alicia querida, por fin vuelves á mí!, dijo apretando á su hija contra su corazón. ¡Cuánto te quiero! Tú no sabes cuánto te quiero. Hasta creo que te quiero demasiado. ¡Sólo quiero tu felicidad!

Y estas palabras asomaban naturalmente á sus labios en el preciso momento en que destrozaba el corazón de su hija.

Alicia, apoyada en el hombro de su madre, vió, por la ventana abierta, una mujer enlutada que por la avenida de plátanos se dirigía hacia la casa. Lentamente y encorvada la señora Guibert venía tranquila á pedir su mano para Marcelo. Al verla, estremecióse y se separó de su madre.

«La pobre señora no está prevenida—pensó.—Ya no es posible prevenirla. ¡Dios mío! ¡Pobre mujer!»

La señora Dulaurens, asustada y de nuevo inquieta, se decía:

—¿Qué le pasa? ¿Va á cambiar de nuevo?

Alicia se marchó de la ventana para no ver aquella dolorosa visión que no podía soportar por más tiempo.

—¡Cómo va á sufrir! ¡Yo no quiero que sufra! ¡No, no lo quiero!, decía abandonándose á la desesperación y arrastrándose de mueble en mueble.

La piedad dominaba en ella hasta acallar su amor despedazado. Para retardar la desgracia inevitable suspendida sobre aquella anciana, encorvada bajo el peso de su destino, no advirtió su llegada á su madre, de quien debía partir la fatal negativa. La retuvo á su lado con vanos pretextos. Su padre, sin duda alguna, daría largas al asunto no contestando definitivamente. Como las personas débiles que se contentan con los éxitos más insignificantes, sólo trataba de ahorrar á la señora Guibert una pena demasiado pronta, y no se atrevía á confesar que se consideraba incapaz de evitar aquella pena, que había sido la primera en llorar y por la cual lloraría siempre.

Después de unos minutos de dolorosa expectativa, un criado vino á avisar que la señora Guibert esperaba en el salón.

—Allá voy, dijo.

Y abrazando á su hija, á quien sacrificaba, salió por el corredor. Apenas hubo marchado, Alicia, dejando hablar á su corazón, corrió hacia la puerta, y no pudiendo abrirla con su mano temblorosa, gritó á través del tabique:

—¡Mamá! ¡Le amo! ¡Le amo! ¡Dile que sí, por favor!

Por fin consiguió abrir. Pero en el corredor ya no había nadie. Su madre ya estaba lejos. Había oído perfectamente aquella suprema y desgarradora invocación. Pero la costumbre de tratar á su hija como una chiquilla cuyos pasos hay que dirigir, le impidió concederle importancia. Gravemente, sin escrúpulo, persuadida de que obraba como madre cariñosa y previsora, bajó á recibir á la señora Guibert, y al pisar el umbral del salón, ya llevaba preparada la fórmula fina y amable de su negativa.

Al verse sola, Alicia quedó aterrada, inmóvil, jadeante, sacudida por estremecimientos, pronta á desmayarse. De pronto cogióse la cabeza entre las manos, bajó rápidamente la escalera, y encontrando la puerta del parque abierta, huyó lejos de la casa. Corrió á ocultar su dolor á la sombra de las encinas, en el mismo sitio donde había oído de los labios de Paula la confesión de amor de Marcelo. Sentóse sobre las hojas secas, y tuvo deseos de echarse sobre aquel blando suelo y allí quedarse sin movimiento, como una cosa inerte y abandonada.

Era aquel el retiro misterioso en donde su tierno corazón se había dado cuenta de su juventud, en donde sus ojos habían visto por vez primera la belleza y el encanto de la naturaleza, en donde su alma había comprendido improvisamente la alegría de vi

vir. Desde aquel momento era para ella como el santuario único de su tierna vida, hoy apagada para siempre; y sin valor para luchar, pensó en morir.

Nunca supo el tiempo que pasó en el bosque. Lloró todas las lágrimas de su cuerpo. Prometió ser fiel al recuerdo de su *prometido* y no ser de nadie ya que no podía ser suya. Pero no se dió cuenta de que esta misma promesa llevaba consigo una renuncia: de aquel modo ella misma se juzgaba incapaz del amor activo que lucha y triunfa.

VII

LA PETICIÓN DE MATRIMONIO

Con su andar lento y perezoso la señora Guibert seguía la avenida de plátanos. Se había puesto para aquella visita oficial su vestido de luto más nuevo, y Paula había arreglado con especial cuidado su capota y los pliegues de su manto.

—Está usted muy guapa, le habían dicho sus hijos al subir al coche ante la escalinata del Maupas.

Marcelo, á pesar de sus protestas, había alquilado una elegante victoria en vez del viejo carretón de Trelaz.

Meneando la cabeza y sonriendo á sus hijos con ternura infinita, había partido llena de confianza, cual mensajera de paz y felicidad. Encontró el camino muy corto y que el coche iba muy de prisa. Se bajó delante la verja de la Chênaie para que no viesen el inusitado lujo de su carruaje, que le causaba una molestia semejante á la que engendra la mentira en las almas leales.

—Puede usted marcharse, dijo al cochero; regresaré andando.

Apoyándose en su negra sombrilla seguía la gran avenida en sombra. Su corazón latía con fuerza. A pesar de su gran energía para la vida, era tímida, y ante la sociedad mostrábase cohibida. La consideraba vana y frívola, pero le daba miedo. Su rectitud y probidad nativas no podían comprender aquellas fórmulas tan finas y aquellas frases tan amables que disimulan hábilmente el fondo egoísta ó mal intencionado del pensamiento ó tal vez su vaciedad, como se oculta una tumba bajo las flores. Además se creía más torpe en sociedad de lo que realmente era, y esta exageración aumentaba su inquietud, no por ella, sino por su hijo y por su felicidad.

Sin embargo, ¿no sabía de antemano el resultado de su gestión? ¿Podían dudar en aceptar con alegría la petición de su Marcelo, cuya vida entera proclamaba su valor? Estaba orgullosa de su hijo: el amor maternal no le cegaba cuando reconocía y admiraba su seducción física, procedente de su alta estatura, esbelta y altiva como un árbol joven, de la manera dominadora como llevaba la cabeza, de su rostro de rasgos hermosos acentuados y enérgicos, y sobre todo de sus ojos, que producían calor ó frío, según mirasen con dureza ó dulzura, de sus ojos verdes, no muy grandes, pero llenos de luz y extraordinariamente expresivos. La pobre madre se figuraba que todas las mujeres leían en el rostro de su Marcelo todo lo que ella sabía de él: la energía que soportaba con dignidad, casi con desdén, las amarguras de la vida; la bondad generosa y activa; la viveza autoritaria de su voz y de sus gestos, que revelaban un corazón ardiente, una gran inteligencia y el templado carácter de un jefe. No pertenecía, no, á esa raza de buenos mozos insípidos y sosos que recubren con un mismo barniz mundano y una idéntica corrección almas secas, egoístas y áridas. La que aceptase ser su compañera, amar, sufrir y luchar con él, no llevaría una existencia borrosa y vana; él ensancharía la vida de su corazón y de su cerebro; haría brotar todas las fuentes de su sensibilidad y la eflorescencia completa que constituye la belleza de la existencia humana. Además, ¿no le había dicho su hija que su visita estaba anunciada y su petición admitida?

Y con estas reflexiones, tranquila y tímida, iba hacia la villa de los Dulaurens. La gravedad de las circunstancias aumentaba la opresión que siempre sentía al andar. Respetaba la elección hecha por Marcelo, si bien no correspondía del todo con sus deseos, pero decidida á inclinarse ante la voluntad de su hijo y á contribuir con todas sus fuerzas á su porvenir, iba pensando que dentro de algunos momentos contaría con una hija más en su casa y en su cariño, y ya sentíase pronta á quererla.

Antes de llamar á la puerta, se detuvo un momento para calmar las palpitaciones de su corazón y tomar aliento. No alzó los ojos hacia la ventana en donde lloraba Alicia, desde donde ésta la había visto llegar y la miraba afligida y desconsolada.

Traía una taza de café preparada á gusto de su padre

Fué recibida en el salón por el Sr. Dulaurens y en ello vió un feliz presagio. Aquel pobre señor insignificante no conseguía impresionarla y le daría tiempo de recobrarse. Después de algunos cumplimientos que él trataba de alargar, ella expuso, incapaz de disimular durante largo tiempo, el objeto de su visita.

—Ya habrá usted adivinado el motivo de mi venida á la Chênaie.

Y al decirlo sonreía dulcemente con su fresca sonrisa, único resto de su pasada juventud, reflejando su alma, que se había conservado pura y sin malicia.

—Pues no, señora, lo ignoro en absoluto. Pero crea usted que cualquiera que sea el motivo agradecemos muchísimo la honra que usted nos hace. Siento en el alma que mi esposa no esté aún ahí.

El pobre hombre, temiendo asumir alguna responsabilidad, no podía estarse quieto en su asiento. Tiró violentamente del cordón de la campanilla. Se presentó la camarera.

—¿Ha avisado usted á la señora?

—La estoy buscando. La señora no está en su cuarto; tal vez la señora esté con la señorita en el despacho del señor.

—Sí, sí, de seguro. Vaya usted á avisarla.

Y volviéndose hacia la señora Guibert, repitió con inquietud para poder ganar tiempo:

—Lo siento, siento mucho que mi esposa se haga esperar. Pero ya ve usted; la están buscando, han ido á avisarla. No puede tardar; yo siento en el alma que se haga esperar...

—El objeto de mi visita le interesa á usted tanto como á su esposa, dijo la señora Guibert, que penetrada de su misión miraba el suelo y no se detenía á observar los movimientos de su interlocutor.

Aterrado, el Sr. Dulaurens, que acababa de sentarse, se puso de pie. ¿Es que decididamente iba á encontrarse solo para responder á una petición tan embarazosa? ¿Le dejarían á él solo recibir el primer choque? No, era imposible; era preciso que su mujer se encontrase presente.

—Le advierto á usted que mi esposa va á venir en seguida. Espere usted un momento, señora, se lo suplico. Mi mujer sentiría en el alma no estar presente. Y además se entenderá usted mejor con ella. Sí, sí, indudablemente, indudablemente...

Y multiplicando los adverbios, llamó de nuevo, y no pudiendo aguantar más, corrió á la puerta.

—¡Usted dispense!

Al asomarse el Sr. Dulaurens al corredor, la señora Guibert alzó por fin la vista y sorprendió aquella actitud lastimosa y llena de ansiedad. Un hombre apocado es más digno de compasión que un hombre nulo. Tuvo vergüenza por él y pensó: «En efecto, es mejor que espere á su esposa. Todo lo que hablásemos con este pobre hombre no serviría de nada.»

Y un obscuro presentimiento empezó á hacerle perder su confianza.

Comparó á aquel pobre hombre con su marido, que en ninguna circunstancia de la vida perdió su sangre fría, su evidencia, su resolución, y que en seguida atraía los corazones y tranquilizaba los espíritus.

—¡Qué diferencia!, exclamó mentalmente llena de lástima, porque no era capaz del desprecio.

No pensaba en que ella misma había sabido hacer de sus hijos hombres valerosos ante la vida.

Mientras Dulaurens se informaba con insistencia de su salud, ella contemplaba con ternura un retrato de Alicia de cuando era niña.

—No ha cambiado casi nada, pensaba. ¡Querida Alicia, tan bonita, tan dulce, cuánto la querremos! Es débil y delicada, pero ya se irá robusteciendo. La rodearemos de cuidados y cariños. De esta flor de estufa haremos una hermosa flor silvestre... Y tal vez gracias á ella consiga *retenerle* cerca de mí. Ya voy siendo muy vieja y esas separaciones cada vez son para mí más crueles.

A ella misma se confesaba su debilidad de mujer.

Por fin entró corriendo la señora Dulaurens. Volaba á socorrer á su marido. Temiendo que hubiese comprometido la situación con alguna palabra imprudente, había bajado la escalera corriendo. No la tranquilizaba suficientemente el rigor de su reinado, cuyo despotismo apenas sospechaba.

Prodigando frases lisonjeras, se excusó de su retraso. La señora Guibert, al verla, perdió casi toda su escasa seguridad. ¿Qué cosa favorable podía esperarse de aquella mujer aún hermosa y elegante, de voz demasiado gruesa con inflexiones duras y tono de protección, y cuya afectadísima cortesía apenas disimulaba el orgullo y la sequedad de alma? Se dió cuenta inmediatamente de la desemejanza de pensamientos acerca de la vida y de sus cosas, sobre todo de sus cosas más graves. Un abismo les separaba, que sólo la juventud y el amor, en su locura, habían podido soñar en colmar. Tuvo la impresión de que todo lo que en su corazón pesaba iba á parecer ligero y vano, y que la abnegación, el valor, la energía y el trabajo —verdadera nobleza humana—serían puestos en parangón con las preocupaciones mundanas, de las que prescindían en el Maupas, y cuya realidad inquietante descubría bruscamente en aquel salón. Viendo su pobreza y su vejez, imploró la ayuda de Dios.

(Se continuará.)

BARCELONA.—MEETING CONTRA EL PROYECTO DE LEY SOBRE ASOCIACIONES

Los elementos católicos catalanes, queriendo protestar contra el proyecto de ley sobre asociaciones pendiente de discusión en el Congreso de los Diputados, organizaron el meeting que se celebró en la mañana del día 20 en la nueva plaza de toros, ó Arenas de Barcelona.

Para tomar parte en el mismo había llegado de Madrid, en el expreso de dicho día, el diputado á Cortes Sr. Vázquez de Mella, á quien habían ido á esperar á la estación de San Vicente los Sres. Sivatte, Junyent y algunos otros. En el andén del apeadero se hallaban los senadores señores duque de Solferino y marqués de Camps, el diputado á Cortes Sr. Albó, los individuos de la comisión organizadora del meeting y muchas otras personas.

En el Paseo de Gracia, en las inmediaciones del apeadero, hallábase una compacta muchedumbre que no bajaría de seis mil almas y entre la cual se veían numerosas banderas de varias sociedades.

La aparición del Sr. Mella y de las personas que lo acompañaban fué saludada con nutridísimos aplausos, mientras las personas que llenaban los balcones agitaban los pañuelos.

Desde allí se dirigieron el Sr. Mella y sus acompañantes, en coche, á la iglesia de Montesión, en donde oyeron misa, marchando luego á casa del duque de Solferino y poco después á las Arenas.

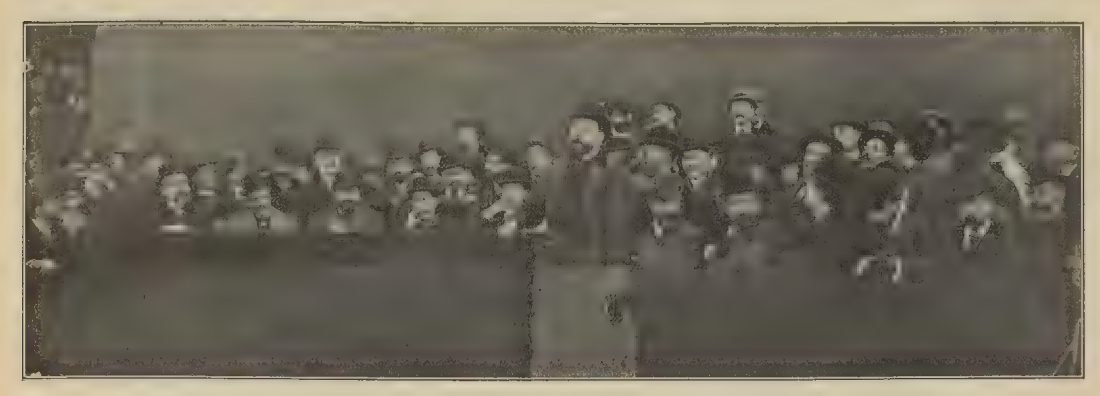
Desde antes de las diez comenzó el público á llenar la espaciosa plaza que, al comenzar el meeting, ofrecía un aspecto imponente; todas las localidades estaban ocupadas, y entre los concurrentes, que seguramente pasaban de 15.000 reinaba el mayor entusiasmo. En el redondel, delante de la tribuna presidencial, situáronse las sociedades con sus estandartes y tres bandas de música.

Cuando apareció la comisión organizadora, con el señor Mella, estalló una ensordecedora salva de aplausos, mientras las músicas batían marcha y millares de espectadores agitaban los pañuelos. Ocupó el Sr. Mella la presidencia y sentáronse á su derecha los señores Trías (D. Juan de Dios) y marqués de Camps, y á su izquierda los señores Estanyol y Albó (D. Francisco.)

Explicó el señor Trías el objeto del meeting, que no era otro que manifestar, en cumplimiento de las disposiciones del Papa, la voluntad de que imperen en todas partes la fe y el nombre de Dios; saludó á los oradores que en el mismo habían de usar de la palabra, á los concurrentes y á los adheridos, y después de algunas consideraciones sobre la familia, el municipio, la región y el Estado, terminó afirmando que por la

Llegada del diputado Sr. Vázquez de Mella para asistir al meeting. Aspecto del apeadero del Paseo de Gracia. (De fotografía de A. Merletti.)

Vista de las Arenas de Barcelona en el momento en que pronunciaba su discurso el Sr. Vázquez de Mella. Delante de la tribuna, se ven las banderas y los estandartes de las sociedades. (De fotografía de A. Merletti.)



LA TRIBUNA PRESIDENCIAL. EL SR. ALBÓ PRONUNCIANDO SU DISCURSO. (De fotografía de A. Merletti.)

religión se sostiene principalmente la unidad de la patria.

A continuación, el Sr. Parellada y Faura, secretario de la comisión organizadora, dió cuenta de las adhesiones recibidas, que eran: 91 de ayuntamientos, juzgados y personalidades; 101 de periódicos y 777 de sociedades, que representan un total de más de 800.000 ciudadanos españoles.

Posteriormente se recibieron otras 70 de ayunta mientos y 200 de sociedades.

Después de la lectura de un entusiasta telegrama de adhesión del cardenal Sancha, pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Albó, marqués de Camps, Estanyol y Vázquez de Mella. La síntesis de todas esas oraciones, las notas en todos ellos dominantes fueron un himno entusiasta á la fe y á las glorias de la religión asociadas á las de la patria; una protesta vigorosa contra las persecuciones y los atentados contra los derechos de la Iglesia, de los que es manifestación la proyectada ley de asociaciones, y la proclamación de la necesidad de que todos los católicos se unan y emprendan una campaña activa, incesante y enérgica de propaganda y defensa de la verdad religiosa.

Todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos, en especial el Sr. Mella, los principales párrafos de cuyo discurso produjeron delirantes explosiones de entusiasmo.

Terminados los discursos, el Sr. Pareja leyó las conclusiones y los telegramas que, como expresión de las mismas, se acordó enviar al Nuncio de Su Santidad en Madrid, al presidente del Consejo de Ministros y al presidente del Congreso de los Diputados.

Durante el meeting reinó en la plaza el mayor orden. A la salida, los manifestantes fueron objeto de incalificables atropellos que no se explican en una ciudad culta y de los cuales resultaron varios heridos, algunos de ellos graves y todos individuos de los que al meeting habían asistido. Barcelona entera ha protestado indignada contra esos actos, que parecen imposibles en una época en que el respeto y la tolerancia constituyen la mejor garantía de los derechos de todos y de cada uno y la verdadera expresión del espíritu liberal.—S.

PARÍS

LAS MUJERES COCHERAS

Decididamente el feminismo hace cada día nuevos progresos, y no contento con haber conquistado posiciones en distintas carreras, se atreve ya á disputar á los hombres el ejercicio de aquellas profesiones que hasta ahora parecían privativas del sexo feo. En efecto, en París varias mujeres han solicitado autorización para ser cocheras y han sufrido los correspondientes exámenes, uno teórico y otro práctico; y si bien hasta ahora ninguna ha sido aprobada en los dos, las aspirantes no desisten de su propósito y se disponen á someterse de nuevo á las difíciles pruebas, de las que esperan salir al fin vencedoras.

Una de las que más probabilidades de triunfo tienen, en atención al buen éxito relativo logrado en los primeros exámenes, es la Sra. Vilain, cuyo retrato publicamos adjunto Si sale bien de su empeño, no es aventurado vaticinar que su *fiacre* será de los más solicitados de París y que los *pourboires* lloverán abundantes en manos de tan gentil y arrogante automedonte.

PARÍS. – LA SRA. VILAIN, una de las aspirantes á ejercer el oficio de cochero. (De fotografía de M. Branger.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LAS ILUSIONES DEL DOCTOR FAUSTINO. – EL COMENDADOR MENDOZA, novelas de *D. Juan Valera.* – La empresa que con tanto éxito publica en Madrid la colección de obras completas del eminente escritor D. Juan Valera, ha puesto á la venta esas dos novelas, que forman los tomos 5.°, 6.° y 7.° de la serie y acerca de los cuales nada hemos de decir, pues han sido consagradas por la fama como joyas de nuestra literatura. Impresas en Madrid, en la Imprenta Alemana, véndense esas obras á tres pesetas cada tomo.

LA CUINA CATALANA, por *Joseph Cunill de Bosch.* – Colección de fórmulas para preparar toda clase de platos con economía y facilidad, propia para servir de guía á las amas de casa y á las cocineras en general. Contiene centenares de recetas ordenadamente clasificadas y redactadas en catalán, con verdadero carácter práctico, y la mayor parte de ellas, como indica el título de la obra, propias de la cocina catalana. Un tomo de 243 páginas, con una bonita portada de Opisso, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, tres pesetas.

CANTS ÍNTIMS, por *Apeles Mestres.* – Colección de inspiradas composiciones del notable poeta catalán. Un tomo de 136 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

L'AMICH, por *R. Suriñach Sentíes.* – Novela contemporánea escrita en catalán, de argumento interesante y sentido y escrita en estilo fácil y elegante. Un tomo de 206 páginas, editado en Barcelona por Baguñá é impreso con gran esmero por Fidel Giró. Precio, tres pesetas.

OAFEÓN PAMPLONÉS. MEMORIA DE 1906. – Un folleto de 24 páginas, en el que se relatan los actos realizados por el Orfeón, los conciertos ejecutados, los premios obtenidos, en una palabra, la historia de tan notable institución durante el año último, el balance y las listas de socios. Impreso en Pamplona en la imprenta de N. Aramburu.

ESTUDIO DE SERVICIOS MUNICIPALES EN VARIAS CAPITALES DE EUROPA, por *D. Federico Armenter.* – Notable memoria dedicada al Excmo. Ayuntamiento de Barcelona y publicada por acuerdo del mismo, repleta de interesantísimos datos y de muy atinadas observaciones, que responde perfectamente al pensamiento del autor y al acuerdo del municipio, y contiene provechosas enseñanzas sobre lo que en las grandes capitales se hace en materias tan importantes como higiene, cloacas, mataderos, aguas, gas, electricidad, tranvías y enseñanza. Un tomo de 216 páginas, ilustrado con grabados y planos, impreso en Barcelona en la imprenta de La Neotipia.

LA GUERRA. AMOR LIBRE, por *Víctor Arreguine.* – Interesantes estudios que forman un folleto de 63 páginas, impreso en Buenos Aires.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 4 de febrero de 1907 — Núm. 1.310

BATALLA DE FLORES, cuadro de Luis Beut. (Salón Miralles.)

CRÓNICA DE TEATROS

Durante estos últimos años los teatros de género grande venían siendo en España, no lugares de esparcimiento y de recreo, sino sitio de reunión en los que se presentaban á los concurrentes obras cuyo objeto era entristecerlos ó deprimirlos. Nada de grandes emociones, ni de pasión violenta, ni de trágicos conflictos, ni de cómicos contrastes. Por espacio de algunos años hemos estado soportando dramas ó comedias grises, enfermizos ó tediosos, en los cuales se pretende deleitarnos con la exhibición del vicio más ó menos elegante, del amor sin alegría, del dolor sin resignación, de la enfermedad sin esperanza de alivio. La psicología artística ha sido substituída por la fisiología, y en muchos casos, por la patología; y en vez de varones sanos y hembras equilibradas, hemos visto y vemos aún pasar por la escena hombres degenerados, mujeres histéricas, tísicos, alcohólicos y medulares. La Talía española, matrona en otro tiempo de recia y sana complexión, coronada de flores, sonriente y picaresca, se nos presenta ahora clorótica y anémica, cariacontecida y gimoteadora, tosiendo bronco y... hasta escupiendo sangre.

Siendo esto así, ¿qué de extraño tiene que el público pase de largo por delante de las puertas de los teatros grandes, y si frecuenta alguno no sea por las comedias que en ellos se representan, sino á pesar de ellas y por causas que más se relacionan con los caprichos de la moda que con los atractivos del arte?

Por fortuna, en los dos teatros principales de Madrid se ha interrumpido—y quiera Dios que no sea momentáneamente—la racha de comedias tristonas y deprimentes. En el de la calle del Príncipe acabamos de aplaudir la obra de Rusiñol y Martínez Sierra *Vida y dulzura* y en el Español la de los hermanos Alvarez Quintero titulada *Genio alegre.* Ambas comedias tienen la misma tendencia, ambas son como un canto á la vida y una protesta contra el tedio y el pesimismo que reinan en nuestra literatura y sociedad contemporáneas.

* * *

Vida y dulzura es una sátira fina, regocijada y á ratos caricaturesca de la interpretación que la filosofía moderna suele dar al concepto del vivir. En efecto, las abstracciones de la ciencia y la aridez del estudio pueden llegar y llegan á menudo á ahogar en los corazones las fuentes del sentimiento y á cortar las alas de la imaginación. Y el mal es mayor cuando el fanatismo científico encarna en espíritus débiles. Se dan muchos casos de tontos «adulterados por el estudio,» y de estos tontos nos presentan varios ejemplares los autores de *Vida y dulzura.*

En España, en honor á la verdad, el peligro científico no es muy grande; hombres de ciencia hay pocos, acaso puedan contarse por los dedos de la mano. En cambio, abundan los eruditos soporíferos, ratones de archivos y bibliotecas, que se empeñan en hacernos creer que todo lo viejo, por el hecho sólo de ser viejo, es interesante; los pedantones que consagran su vida á escribir *infolios* que nadie lee; los filósofos librescos, cuyas teorías están en oposición con su conducta; los jovenzuelos, que sin haber soltado aún el cascarón disertan sobre lo efímero del amor; las mujeres sabias, que teorizando siempre sobre estética, hacen desagradable y antiestético todo cuanto las rodea.

De estos tipos hay chistosas muestras en *Vida y dulzura.* Alguien, confundiendo la verosimilitud artística con la verosimilitud que Clarín llamaba del burgués, niega caracteres de realidad á los personajes un tanto caricaturescos de la comedia de Rusiñol y de Martínez Sierra. No hay tal cosa. La Naturaleza es la gran caricaturista, lo mismo en el orden moral que en el orden intelectual. Para convencerse de ello no hay más que abrir los ojos y mirar. Difícil será, lector, si sales á la calle, que encuentres una Venus ó un Apolo; pero de seguro encontrarás á muchas personas de uno ú otro sexo que te recordarán á Triboulet, á Quasimodo ó los caprichos de Goya. Por cada sabio de verdad hay mil pedantes, por cada poeta mil poetastros, por cada valiente mil valentones, por cada jurisconsulto mil rábulas, por cada médico mil matasanos. La caricatura es lo general; lo perfecto es la excepción.

Por esto, el arte realista tiende siempre á la caricatura: caricatura es Sócrates colgado de una cesta en la comedia de Aristófanes, caricaturesco el *Falstaff* de *Las alegres comadres de Windsor*, caricaturesca la *Dama boba* de Lope, caricaturescos casi todos los graciosos del teatro antiguo, caricaturesco el *Jourdain* y las *Preciosas ridículas* de Molière, y el *Fr. Gerundio* del P. Isla y muchos de los personajes de Moratín y Bretón. Lo más grande que ha producido nuestra literatura, el *Quijote*, ¿qué es sino una sublime caricatura?

Todos estos personajes que simbolizan un error, una ridiculez, una debilidad de la condición humana son mucho más verdaderos, más reales que esos tipos perfectos, héroes falsos de una buena parte de la literatura novelesca ó dramática.

Y dicho esto, volvamos á la comedia de Rusiñol y Martínez Sierra.

En medio del susodicho grupo de sabios ó de caricaturas de sabios que representa la intelectualidad de Villatriste, preséntase Julia, joven y hermosa encarnación de la alegría y del placer de vivir; y sus risas ruidosas, sus gracias y donaires hacen en aquella sociedad en que domina el aburrimiento efecto semejante al de una oleada de luz y de aura primaveral en un viejo caserón cerrado á piedra y lodo durante largo tiempo. Las gentes entristecidas ó aburridas que lo habitan siéntense poco á poco como animadas de una nueva existencia: sus ojos, fijos hasta entonces en los borrosos caracteres de viejos pergaminos ó en la lente del microscopio, contemplan deslumbrados las bellezas que la naturaleza pródiga ofrece á todas las miradas; sus corazones se estremecen, el placer de vivir ahuyenta sus nebulosas preocupaciones, y cuando Julia, después de haber derramado á manos llenas las flores en que rebosa su alma juvenil, se aleja de Villatriste, algo queda en aquellos seres, antes como momificados, que es luz, amor..., vida.

* * *

Según digo más arriba, la misma tendencia que la comedia de los Sres. Rusiñol y Martínez Sierra tiene *Genio alegre,* de los hermanos Alvarez Quintero. También ellos aspiran á apartar de nuestros labios la amarga copa que nos quiere hacer apurar el arte contemporáneo, ofreciéndonos, en cambio, el vino retozón que alegraba la vejez de Anacreonte. Los místicos consideran la *acidia* como un grave pecado y aconseja que combatamos al demonio de la tristeza. «Recojamos las flores de la vida y demos gracias al creador por habernos hecho nacer...» Tal es el pensamiento capital de *Genio alegre.*

A este pensamiento le han dado forma escénica los dos ilustres autores de la siguiente manera: doña Sacramento, marquesa de Arrayanes, vive austeramente en su casa solariega de un pueblo de Andalucía. La noble señora, secundada por su administrador D. Eligio, personaje taciturno, con sus puntas y ribetes de cursicastizo, no tolera en su palacio nada que no sea grave, severo y mesurado; allí reinan el orden y la corrección más exquisita, pero falta en absoluto la alegría. El hijo de la marquesa, Julio, heredero del título, no puede soportar la atmósfera de su casa, y anda siempre de villa en barrio y de fiesta en fiesta, derrochando su juventud y su dinero en ruidosos placeres y fáciles amoríos.

Así las cosas, llega á la casa de los marqueses de Arrayanes Consolación, sobrina de doña Sacramento, joven, bonita, dicharachera y sevillana... Su presencia es en el palacio de Arrayanes lo que la de Julia en el caserón de Villatriste: su alegría, sus risas, sus dichos graciosos, ahuyentan la austeridad enojosa de aquel hogar aristocrático, y el correntón de Julio, á quien antes de conocer á Consolación se le caía, como suele decirse, la casa encima, cautivado luego por la gracia de la linda muchacha y seducido por la alegría que ella sabe derramar en torno suyo, enamórase de su prima y renuncia gozoso á sus desordenadas correrías.

Lo que en la comedia de los Quintero sobresale, más que la acción por extremo sencilla y cuyo desarrollo y desenlace se adivina desde las primeras escenas, es la verdad de los tipos, lo bien observado y pintado de las costumbres, la gracia del diálogo y sobre todo el ambiente luminoso que llena, por decirlo así, el cuadro compuesto por los dos notabilísimos autores. Es aquello una hermosa evocación de Andalucía, que hace pasar por la sala del teatro como una ráfaga llena de luz é impregnada del aroma que orea los huertos cuyos árboles dan verdor, sombra y hermosura á las vegas del Guadalquivir.

Quizás la *tesis* de la obra pudiera estar desarrollada en un medio más adecuado á su finalidad que el palacio de los Arrayanes, austero, pero no triste. Por otra parte, aconsejar á nuestras clases aristocráticas que hagan vida alegre es, como suele decirse, llevar agua al mar. Acaso en ella, que conserva, como es justo reconocer, no pocas de sus antiguas cualidades, sea el mayor defecto la superficialidad de su vida, el ocio en que suele disipar sus horas, ajenas casi siempre á toda ocupación seria y útil. Muy bien está que la gente adinerada, como el marquesito de los Arrayanes, se divierta y goce del placer de vivir; pero tampoco debe olvidar que la vida tiene también su parte seria, que no es todo en ella cañas de manzanilla, *juergas* de gitanos, cacerías y fiestas taurinas, y que si la tristeza es un pecado, no es tampoco una virtud el gozar continuo, cosa que á la corta ó á la larga se convierte en hastío y aburrimiento..., y ya dijo un gran poeta «que es peor el infierno de los aburridos que el de los condenados.»

Estas observaciones que me he permitido hacer á propósito del pensamiento de *Genio alegre* no afectan en gran cosa al sobresaliente mérito artístico de la última comedia de los Quintero... El público la aplaudió la noche del estreno y la sigue aplaudiendo con verdadero entusiasmo.

* * *

Monna Vanna, drama de Mæterlinck, del cual drama hablé en una de mis crónicas cuando lo representó en Madrid una compañía francesa, traducido ahora esmeradamente por Jurado de la Parra y representado en el Español, fué acogido con respetuosa frialdad. Suerte semejante ha obtenido en Lara la comedia en dos actos de Linares Rivas titulada *El mismo amor.*

En el teatro Eslava ha alcanzado un éxito ruidoso *Ruido de campanas.* La tendencia radical de la obra ha contribuído, y no poco, á que la prensa anticlerical eche las campanas á vuelo en honor de la comedia de Viergol.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

El hombre piensa, y el pensamiento, que es fuente de tantas torturas, es también manantial de goces ideales y de contemplaciones divinas.

E. CARO.

El anciano ha soportado el peso de la existencia y ha sufrido las pruebas y los dolores de la misma, conquistando con ello el mérito, que es la recompensa de la virtud.

L. CARRAU.

El alma tiene ilusiones, como el pájaro tiene alas: ellas son lo que la sostiene.

VÍCTOR HUGO.

Prefiero el testimonio de mi conciencia á todo lo que de mí pueda decirse.

CICERÓN.

La desgracia abre el alma á conocimientos que la prosperidad no discierne.

LACORDAIRE.

El deber consiste en amar aquello que uno se ordena á sí mismo.

GOETHE.

LA VUELTA DEL PRESIDIO, POR ADRIÁN DEL VALLE

Le rendía ya el cansancio; pero aguijoneado por el ardiente deseo de llegar al pueblo antes de que hubiera cerrado la noche por completo, resistía la fatiga y se empeñaba en andar, jadeante, fija la mirada en la lejanía, donde el sol poniente ya no alumbraba, buscando la torre del campanario, que había de anunciarle el término de su jornada.

Al fin, no pudo más y tuvo que descansar. Sentóse al borde del camino, sobre un montón de piedras; y, los codos contra las rodillas, sostuvo con las manos la ardorosa cabeza.

Entonces, por vez primera, pensó en lo que podía esperarle en el pueblo, y tuvo miedo de sus pensamientos. Quince años hacía que partiera para un presidio de Africa á purgar una condena por muerte violenta de un hombre en legítima defensa. Durante ese tiempo había sobrevenido la insurrección de Cuba contra España, cesando de tener noticias de su mujer; luego logró escapar del presidio, vagando miserable por las tribus rifeñas, hasta que últimamente tuvo ocasión de embarcar como marinero en una goleta que se dirigía á Cuba. Y al llegar aquel mismo día á la Habana, después de un viaje largo y penoso, sin esperar permiso del capitán, saltó á tierra y emprendió á pie la marcha hacia el pueblo, sólo distante algunas horas de la ciudad.

¿Hallaría á Concha, su linda mujercita, á quien amaba con toda la intensidad de su alma, cuyo grato recuerdo fué lo único que había endulzado los amargos días de presidio y de miserable vagar por la ingrata tierra africana?

Pensaba también en sus amigos, en sus conocidos, y le inquietaba sobre todo el trato que le dispensarían; pero esas inquietudes se desvanecían al imaginarse el intenso placer que sentiría al ver y estrechar de nuevo contra su pecho á la mujer amada.

Un canto lejano le distrajo. Era canto de la tierra, una *guajira* plañidera en boca varonil, cuyas entonaciones largas resonaban melancólicas y tristes en el silencio de los campos, hasta desvanecerse con lánguidos desmayos en las lejanías de la sabana. Al terminar el canto, sonó la voz más cerca:

—*¡Tesia,* buey!

Y apareció en el recodo del camino pesada carreta tirada por yunta de bueyes y dirigida por un joven mulato de rostro alegre.

Al pasar frente de Luciano, díjole:

—Buenas tardes, amigo. ¿Está usted descansando?

—Sí, contestó. Me dirijo á San José y no acabo de llegar. ¿Estará muy lejos todavía?

—Media legua escasa. Suba su *mercé,* que yo le llevaré.

No se hizo de rogar, y de un salto subió á la carreta. El mulato era comunicativo y habló sin parar de distintas cosas. Luciano, fijo en su idea, le preguntó:

—Oye, ¿conoces en el pueblo á una mujer llamada *Concha?*

—Concha... Como no sea la esposa de mi amo Miguelón.

—No debe ser la misma; la *Concha* á que yo me refiero es la mujer de uno que fué á presidio...

—Cabal. Pues es la misma. El primer marido murió en presidio, y entonces ella se casó con amo Miguelón, que tiene muchos centenes y es dueño de la mejor posada y bodega del pueblo. Y que no ganó poco en el cambio; pero se lo merece, porque es una hermosa mujer, y más buena que hermosa.

Luciano sintió un agudo dolor en el pecho, tan intolerable, que como un desahogo físico tuvo que agarrarse con crispantes manos á uno de los palos de la carreta.

Durante un buen rato no se atrevió á hablar, temeroso de exteriorizar la profunda emoción que le embargaba.

El mulato azuzó á las bestias, que se habían detenido en un gran bache, y luego dijo dirigiéndose á Luciano:

—¿Conoce usted al ama?

Vaciló un momento, pero al fin contestó:

—No; pero conocí á su primer marido.

—Un mal sujeto, que lo mejor que hizo fué morirse, según dicen las buenas gentes que lo conocieron.

—Las buenas gentes son muy compasivas y bondadosas, contestó con dejo amargo Luciano.

—No creo que mi ama sintiera mucho la pérdida, y la prueba está en que se casó apenas supo que lo habían muerto al intentar escapar del presidio. Verdad que la pobre estaba en la miseria y tenía á su viejecita enferma y un niño muy delicado, hijo del otro...

—¿Y ese niño?..

—Murió, al poco tiempo de casarse ella; pero ahora tiene una preciosa chiquitina que es su mismísimo retrato.

Había cerrado la noche. El silencio de los campos era sólo interrumpido por el chirrido ingrato de la carreta y las enérgicas exclamaciones del conductor. Al fin divisáronse algunas luces á un extremo de la calzada. En la primera casa del poblado, detúvose el vehículo.

—Hemos llegado, amigo, dijo el mulato.

Luciano descendió y penetró en la posada. La estancia era grande. A la derecha estaba la cantina y bodega; tras el mostrador un hombre robusto de mediana edad, de semblante placentero, hablaba con dos montunos, á los que servía cerveza. A la izquierda había cinco ó seis mesas de madera, en una de las cuales jugaban y bebían cuatro guajiros.

Al fin, no pudo más y tuvo que descansar

Sentóse y pidió de comer, pero apenas probó bocado de lo que le sirvieron. En su mente estaba fija la imagen de la mujer que había traicionado su memoria, y sombríos pensamientos de venganza empezaban á dominarle.

Buscando una distracción á su dolor, fijó los ojos en una niñita de cuatro ó cinco años que correteaba por allí jugando con una gran pelota de goma. Una de las veces, la pelota fué á ocultarse debajo de la mesa en que estaba Luciano, sin que la niña lo notara.

—Tómala, aquí está, le dijo.

La niña se acercó, y entonces pudo contemplar bien sus facciones, que le recordaron las de la mujer que tanto amaba.

Atrájola hacia sí y la acarició.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó.

—Conchita.

—Nombre muy bonito, pero tú eres todavía más bonita.

—Mi mamá dice que debo ser más buena que bonita.

—Tiene razón. ¿Y dónde está tu mamá?

—Allá dentro, y mi papá es aquel que está tras el mostrador. ¿Tienes tú papá y mamá?

—No.

—¿Y tampoco tienes una niña.

—Tampoco.

—¡Oh, qué malo debe ser eso!.., y lo miró compasiva con sus hermosos ojos.

Conquistado por aquella mirada, atrajo más hacia sí á la niña y la besó en la frente.

—Vamos, niña, dijo una voz á espaldas de Luciano; no molestes al señor.

Levantó vivamente la cabeza y vió á Concha, un poco más gruesa, pero siempre hermosa.

—No me molesta, contestó con voz velada; al contrario, me causa placer su charla. ¿Es hija de usted?

Concha hizo un signo afirmativo.

—Es muy hermosa, continuó, y se parece mucho á usted. Será usted feliz teniéndola á ella.

—Sí, muy feliz.

—Que Dios se la conserve.

—Gracias, señor.

Besó ella con transporte á su hija y luego dijo:

—Vamos, despídete de este señor, que es hora ya de irte á dormir.

La niña le echó los bracitos al cuello, exclamando:

—¡Adiós, adiós!

Madre é hija desaparecieron y Luciano quedó por un momento pensativo. Después, levantóse, pagó la comida y salió. . . . .

La calzada estaba desierta, el cielo estrellado, el ambiente calmoso. Luciano avanzó resuelto y se perdió en la obscuridad, dejando tras sí, desvanecida para siempre, la postrer esperanza de dicha...

(Dibujo de Julio Borrell.)

Pescadores de truchas, cuadro de Juan Baixas
(Salón Parés.)

Pastorcita, cuadro de Juan Baixas. (Salón Parés.)

ENCANTO, cuadro de José María Tamburini
(Salón Parés.)

EL MUSEO NACIONAL DE NÁPOLES

(ANTES BORBÓNICO)

En Italia, donde tan admirables museos de arte existen, este de Nápoles figura como excepcional. Pudiera añadir que esa excepción debiera extenderse á todo el mundo; pero recordando por lo que al arte clásico, á ese gran arte nacido en la patria de Platón y de Sófocles se refiere, que en Atenas, Olimpia, Elenis, etc., hállanse los más estupendos restos de él, reduzco la singularidad del Museo de Nápoles á segundo rango. Al fin y al cabo, sus *Venus* y sus *faunos*, sus *bailarinas* y sus *Victorias*, sus *relieves* y su *cerámica*, su *orfebrería* y sus *mosaicos*, cuanto en las salas del Museo Nacional napolitano existe perteneciente al paganismo, es reflejo é imitación cuasi todo decadente del arte de los Fidias, Alcamenes, Praxiteles, Lissipos y Apolodoros.

MUSEO NACIONAL DE NÁPOLES

El edificio del museo en que me ocupo es obra de los españoles. En 1586 lo mandó edificar el por entonces virrey duque de Osuna para residencia regia; otro virrey, el conde de Lemus, lo transformó para que pudiera servir de Universidad, hasta que en 1797 Fernando IV de Borbón lo dedicó á museo, trasladando á él los de Portici, Herculano, la galería de cuadros real, la biblioteca, la famosa colección de medallas y monedas y vasos antiguos que se había ido formando desde los tiempos de los virreyes españoles. Después los dos reyes franceses impuestos por Napoleón aumentaron las colecciones del ya riquísimo y excepcional museo, tarea que secundaron los Borbones Francisco I y Fernando, José Garibaldi durante su dictadura y por último Víctor Manuel.

Actualmente se agregaron todavía otros museos, como el Noia, Vivenzio, Daniele, Tino, Cervone, Falconet Lamberti, Rispoli, Piechianti, di Gennaro, etcétera.

En las colecciones ornamentales figuran la celebérrima llamada *Cúmana* del conde de Siracusa; parte del Museo Santangelo; las famosísimas tapicerías del marqués del Vosto; la colección de estampas del palacio real; el monetario; las tiaras cocidas de la Tierra de Labor y de las provincias meridionales; la estupenda y curiosísima colección de vasos italo-grecos... Un mundo de arte. En 1860 hubo necesidad de ampliar el palacio con el Monasterio de Santa Teresa, donde se emplazó la tumba griega encontrada en los tiempos de Murat. Todavía en mi última visita á este museo (abril de 1903) se estaban abriendo nuevas salas para depositar en ellas los objetos que diariamente pone á la luz la piqueta en Pompeya, en Sicilia y en la antigua Etruria. Así rápidamente expuesta la importancia de este museo, se comprenderá fácilmente la imposibilidad de describir lo que contiene. Me limitaré á recordar algo de lo más interesante.

***

Cuatro estatuas colosales antiguas, el *Genio de Roma, Alejandro Severo, Urania* y *Flora,* decoran la entrada del edificio. En las primeras salas os detienen multitud de pinturas extraídas de la casa del *Meleagro*, de la *Pansa*, del *Poeta*, de *Diomedes*, de veinte más de las descubiertas en Pompeya, y de otras en Portici y Stabia, etc. Cerca del tan conocido grupo del *León encadenado por varios amorcillos,* está el grupo llamado el *Toro de Farnesio,* encontrado en las cercanías de Roma por el cardenal que le dió su nombre. Como todos sabemos, este grupo, que á pesar de sus muchos defectos tiene cualidades de ejecución y de modelado admirables, se atribuye á dos escultores de la escuela de Rodas, Apolonio y Taurisco. Rodas, con Pérgamo, forma la escuela dicha decadente, que produjo la *Gigantomaquia* que hoy se admira en Berlín, instalada en un palacio hecho ex profeso para guardar tan asombroso relieve. Al lado del *Toro* está el *Hércules Farnesio.* ¿Necesitaré describir esta estatua helénica de renombre universal?

Varias salas guardan monumentos curiosísimos egipcios é indios. Seguidamente encuéntranse las salas dedicadas á mármoles y bronces clásicos y romanos. Allí está la celebérrima *Psiquis* de mármol, sin brazos, sin piernas, no conservando más que el torso mutilado por el vientre y la cabeza sin la parte del cráneo, pero tan bella, tan espiritual, tan emocional; dícenla praxiteliana, y en verdad que si no es de mano del famoso autor de la *Venus de Guido* y de *Mercurio con Baco infante* que se admira en el Museo de Olimpia, merece serlo. Muy cerca está la Venus *Calipige;* en la sala inmediata, rodeada de bustos en bronce de sabios y emperadores, hállase la preciosa estatua de mármol conocida por *Flora* y que los arqueólogos creen que representa á *Venus* vestida, que juntamente con el *Hércules Farnesio* decoraba uno de los departamentos de las termas de Caracalla en Roma. Todavía debo apuntar el *gladiador moribundo*, por otro nombre, el más justo, el *galo moribundo.*

Ved las salas de los bronces. Todo ese mundo de estatuitas tan bellas como la *Victoria alada,* cuya reproducción á su tamaño y en bronce estoy contemplando en este momento; *Silenio ebrio,* los *faunos* danzantes, las *bailarinas,* el deliciosísimo *Narciso;* en fin, cientos de representaciones de dioses menores y de las figuras de los cortejos de *Pan,* de *Baco,* innumerables en el naturalismo religioso helénico y romano, hállanse allí acumuladas ordenadamente, vivientes, llenas de gracia. La vista no se aparta de ellas. Acaricia aquellas formas impecables, desnudas púdicamente unas, impúdicamente otras, pero todas llenas del encanto que sólo prestan el arte y la verdad.

Todavía más pinturas de Pompeya. *Endimión dormido, Ariadna abandonada, Venus y Marte, Puttini dirigiendo carros en loca carrera, El rapto de Europa;* en fin, cuanto nos cuentan las *Metamorfosis,* cuanto nos relata el viejo Homero, cuanto inventaron los poetas cíclicos, cuanto constituye el alma pagana en sus relaciones con la religión, la tradición y la historia, allí está pintado, y pintado de un modo prodigioso. A las veces créese ver á Goya, otras á los venecianos, otras á los modernísimos impresionistas. Realmente causan risa las discusiones del día respecto de las *maneras nuevas.* ¡Son tan viejas!

¿Concluímos aquí? ¡Pero si falta aún otro mundo de cosas! Ya no quiero llevaros á ver las icónicas de *Balbo,* de *Calígula,* de *Agripina,* de *Julio César,* de *Letizia;* bella sedente como la *Agripina,* de tantos otros emperadores y hombres ilustres griegos y romanos: sería tarea enorme. Dejemos los *Apolos,* las *Dianas,* las *Venus* encontradas en Roma, en ambas Sicilias y algunas transportadas de la propia Grecia; falta mirar y admirar la colección de *Cinnas,* compuesta por más de 5.000 vasos antiguos, entre los que descuella la copa singular de Euphronio, que representa el combate de los griegos y las amazonas;

NARCISO, estatuilla en bronce de Pompeya
(Museo Nacional de Nápoles.)

falta ver en sendas vitrinas dispuestas las joyas de oro y plata griegas y romanas encontradas en las excavaciones de diferentes puntos de Italia, aquellos camafeos de tres capas algunos, que hacen la desesperación de los tallistas modernos; falta recrearse ante la taza farnesiana de oriental sardónica, y dar un vistazo á la colección de cerámica de Herculano; falta ver, en fin, el mobiliario de bronce extraído de las ricas *domus* pompeyanas, como son trípodes, pebeteros, lechos, mesas de labor exquisita, de refinado gusto artístico; objetos en donde la fantasía del artífice creó mundos maravillosos tomando los elementos á la fauna y á la flora. ¡Falta tanto que ver!

Allí está el estupendo mosaico conocido por *la batalla de Arbelaz,* que se cree reproducción de un cuadro de Pahrrassio. Nada más bello como conjunto, nada más correcto como dibujo, nada más intere

sante desde el punto de vista de la indumentaria; en este particular es un documento sin pareja.

Todavía nos detienen las salas de pinturas donde nuestro Ribera tiene varios cuadros admirables, alguno de asunto mitológico, como el de *Baco beodo.* De Jordán existen lienzos preciadísimos; de cuasi todos los venecianos, comenzando por los Bellini, lo mismo. Nada diré de la Biblioteca. Entre los doscientos mil volúmenes que contiene, seis mil son del siglo XV, cuando aún balbuceaba la imprenta con sus caracteres de madera.

No menos curiosa é instructiva es la visita á la parte reservada de este museo. Estaba prohibida la entrada en ella á las señoras. Pinturas, trípodes (alguno reproducido por la industria moderna, pero mutilado en algunos detalles que concluyen de dar forma á la idea decorativa), candelabros, vinagreras, amuletos, todo esto es de carácter erótico, pero bellísimamente entendido, respondiendo á una idea fundamental de las sociedades paganas, que si despierta en nosotros hoy ideas reñidas con la moral cristiana, y más que con la moral cristiana, con la hipocresía consuetudinaria de las costumbres, entonces no tenían ese alcance. Recordemos que los griegos se reían de los soldados de Jerjes porque iban completamente envueltos en sus vestiduras, y que les mostraban desnudos al pueblo para que viesen aquellos cuerpos blancos y blandos, deformados por la vestimenta é incapaces de soportar el frío del nevado Olimpo y el sol del Atica.

R. Balsa de la Vega.

PARÍS.—CONCURSO DE DACTILOGRAFÍA

Uno de los inventos más prácticos y más útiles dentro de su relativa modestia, realizados en nuestro tiempo, es sin duda el de las máquinas de escribir. Su utilidad tiene dos aspectos á cual más interesante: primero el de la rapidez, lo que significa para el que escribe gran ahorro de tiempo, capital no despreciable en el comercio y aun en las demás manifestaciones de la actividad humana; y segundo el de la claridad, lo que constituye un ahorro, no menos importante, de paciencia en el que ha de leer lo escrito.

Cracias á las máquinas de escribir van siendo cada vez más raras, especialmente en las relaciones mercantiles, las cartas manuscritas, que en no pocas ocasiones causan la desesperación del receptor, para quien resultan muchas veces ininteligibles los garabatos con que ciertas personas reemplazan los caracteres de la escritura. Se explica, pues, perfectamente que las máquinas de escribir hayan tomado el gran incremento que hoy día tienen, y se explica además el interés especial con que el público sigue todos los progresos que en esa materia se realizan y del que ha sido buena muestra el Campeonato de resistencia de dactilografía efectuado recientemente en París.

Celebróse el concurso, el primero en su género realizado en Francia, en el anfiteatro del Cirque Metropole, bajo la dirección de M. Navarre, habiendo tomado parte en el torneo ciento veinte individuos de ambos sexos, que han manejado máquinas de las marcas más acreditadas.

Las condiciones del concurso eran escribir cada concursante, bajo el dictado de una persona por él elegida, el mayor número posible de páginas, de 25 líneas cada una, con el menor número de faltas, siendo de advertir que el jurado no toleraba más que tres de éstas por cada página.

El tema del concurso fué escogido en la famosa novela de Bernardino de Saint Pierre «Pablo y Virginia.»

Después de reñidos ejercicios, el campeonato francés de resistencia de dactilografía ha sido adjudicado á la señora Revers, que escribió durante cuatro horas seguidas, y con una máquina Underwood, un total de 17.000 palabras, lo que da un término medio de 70 palabras por minuto.—S.

París.—Campeonato de dactilografía efectuado recientemente en el Cirque Metropole
Una de las señoritas que tomaron parte en el concurso escribiendo en la máquina lo que otra le dicta
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

París.—Campeonato de dactilografía efectuado recientemente en el Cirque Metropole. Vista del anfiteatro en el momento del concurso
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

DE SOBREMESA, cuadro de Carlos Seiler

LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Emilio Czech

UN DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE

EN LA MANUFACTURA DE PORCELANAS DE SEVRES

Se ha descubierto recientemente en la Manufactura de Sevres la composición de la «pasta blanda» con que un día se modelaban objetos de un arte tan delicado, cuya fórmula se había casi perdido, cuyas manipulaciones se habían olvidado enteramente y que hacía mucho tiempo se trataba de reconstituir por medio de minuciosas investigaciones, sin resultado definitivo.

El niño de las rosas, estatuita fabricada en la manufactura nacional de Sevres con la pasta blanda, cuya fórmula se ha encontrado nuevamente hace poco tiempo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

He aquí la historia de esa pasta, tal como á un redactor del *Petit Journal* la ha referido, hace pocos días, M. Baumgart, administrador de la manufactura famosa.

«Fabricábase en Europa, en el siglo XVII, una porcelana especial, muy plástica y que permitía modelar figuritas que no habían podido hacerse con la pasta ordinaria, la llamada pasta dura; pero que, en cambio, los objetos con ella fabricados resultaban sumamente frágiles y por esto no podía utilizarla para las piezas de grandes dimensiones.

»Ahora bien, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX gustaban las piezas grandes, y esta afición hizo que cada día se usase menos aquella pasta blanda, que, al fin, quedó abandonada.

»Cuando, después, varió la moda, quísose trabajar de nuevo la pasta blanda, pero no se sabía cómo hacerla, y por más que los químicos de Sevres trabajaron en sus laboratorios para reconstituir el procedimiento de fabricación que hacía treinta años empleaban corrientemente los obreros porcelanistas, sus esfuerzos fueron inútiles.

»Hace cosa de veinte años, uno de mis predecesores M. Lauth, reanudó las tentativas, de acuerdo con M. Vogt, nuestro director técnico, á quien se debe el éxito definitivo alcanzado ahora. En realidad no se trataba de buscar la fórmula de la antigua pasta, pues por los fragmentos que de ella se conservaban conocíase poco más ó menos su composición; lo que faltaban eran datos exactos sobre la manipulación de la misma, sobre las tradiciones observadas por los obreros y que una interrupción durante algunas generaciones había bastado para hacer olvidar. Y esto es lo que, á fuerza de tenacidad y paciencia, ha encontrado poco á poco nuestro director técnico. Ya en la exposición de 1900 habíamos podido presentar al público muestras de los resultados obtenidos, que fueron muy admirados. La pasta entonces fabricada permitía no sólo emplear todos los colores, todos los esmaltes usados en el siglo XVIII, sino, además, añadirles otros nuevos, como el amarillo de azufre, el verde camelia, el rosa viejo. De suerte que el resultado de las investigaciones realizadas durante veinte años por M. Vogt ha sido algo más que copiar pura y simplemente lo que se hacía hace más de cien años; la nueva pasta tiene todas las buenas cualidades de la del siglo XVIII sin sus defectos.

»En efecto, esa amalgama que esmaltaremos como la antigua al fuego de crisoles tiene sobre su antecesora la ventaja de contener kaolina. Ya sabéis que en la época en que se hacía la pasta blanda, no se conocía en Europa el secreto de la fabricación de la porcelana china, que un químico sajón descubrió por casualidad á mediados del siglo XVIII. Gracias á la kaolina, tendremos una pasta admirable, muy fácil de modelar, que toma todos los colores y que nos dejará muy poca merma.»

Con esta pasta han sido fabricadas las preciosas estatuitas que en esta página reproducimos, cuya primorosa labor acredita el arte y el gusto exquisitos de la manufactura nacional de Sevres.

ANTONIO CABA Y CASAMITJANA

† 25 DE ENERO ÚLTIMO

Otro artista, merecedor de toda clase de respetos y simpatía, ha desaparecido de entre nosotros. Antonio Caba, que desempeñó durante muchos años el cargo de profesor y director de la Escuela de Bellas Artes, que tanto se distinguió como hábil pintor y á quien tantos artistas deben provechosas enseñanzas, ha dejado de existir. Su nombre, sin embargo, su recuerdo perdurará, cual se perpetúa la memoria de aquellos que por su inteligencia, por su poderoso esfuerzo y sus merecimientos han logrado distinguirse apartándose de la vulgaridad. Antonio Caba cumplió una misión noble y elevada, contribuyó al renacimiento del arte en un período de evolución y sembró la buena semilla que tan provechosos resultados ha producido.

La noticia de su fallecimiento ha producido un verdadero pesar, y nosotros que nos honramos con su amistad, que tuvimos ocasión de apreciar sus méritos como artista y sus cualidades estimables, entre las que descollaban su ingénita bondad y su hidalguía, lamentamos su pérdida y nos asociamos al sentimiento que embarga á su familia.

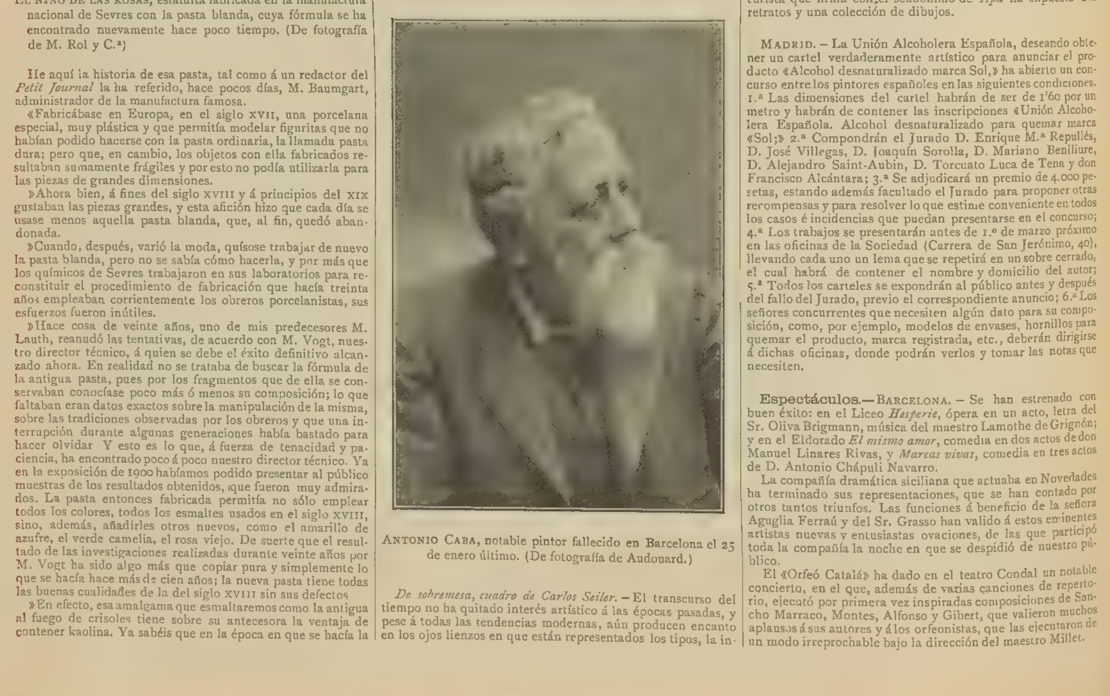
NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 89, 92, 93, 96 y 97.)

Batalla de flores, cuadro de Luis Beut. – El autor de este cuadro es discípulo de Agrassot, el campeón de la pintura regional valenciana, y bien se advierte en su obra la saludable influencia de tan notable maestro. *Batalla de flores* es una nota llena de color local, no sólo por la indumentaria de los personajes, sino además por ese algo indefinido que pudiéramos llamar el alma de las obras de arte; y esta cualidad háyase avalorada por una técnica digna de los mayores elogios.

Pastorcilla. – Pescadores de truchas, cuadros de Juan Baixas. – Dignos de alabanza son los dos cuadros que reproducimos, obra del distinguido pintor Juan Baixas, ventajosamente conocido por otras producciones no menos recomendables. Dedicado á la enseñanza desde hace algunos años, halla medio, á pesar de la labor que representa la dirección de su academia, para dar muestra, de vez en cuando, de sus especiales aptitudes para el cultivo del arte á que se dedica con tanto acierto como entusiasmo. Las dos producciones á que nos referimos, y singularmente la que representa á los *Pescadores de truchas*, de hermosos efectos luminosos, merece los elogios que sin reserva le tributamos.

Encanto, cuadro de José M.ª Tamburini. – Otra obra del artista-poeta José M.ª Tamburini tenemos ocasión de dar á conocer á nuestros lectores. En esta, cual en todas las que produce este meritísimo artista, se evidencian sus excelentes cualidades, pues aparte de sus indiscutibles méritos como pintor, se aduna la circunstancia de expresar sus obras un sentimiento noble y delicado, que denota la cultura de quien concibe tales creaciones.



Antonio Caba, notable pintor fallecido en Barcelona el 25 de enero último. (De fotografía de Audouard.)

De sobremesa, cuadro de Carlos Seiler. – El transcurso del tiempo no ha quitado interés artístico á las épocas pasadas, y pese á todas las tendencias modernas, aún producen encanto en los ojos lienzos en que están representados los tipos, la indumentaria, las costumbres pintorescas de otros siglos. Cierto que para los cuadros de este género se requiere en el artista, quizás más que para los de ningún otro, una habilidad especial para componerlos y ejecutarlos, ya que la bondad de los medios de expresión ha de suplir la falta de interés palpitante.

La dama de las camelias, estatuita fabricada en la manufactura nacional de Sevres con la pasta blanda, cuya fórmula ha sido encontrada nuevamente hace poco tiempo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Bajo este concepto merece incondicionales alabanzas *De sobremesa*, del celebrado pintor alemán Carlos Seiler.

La Virgen y el Niño, cuadro de Emilio Czech. – He aquí dos figuras que han inspirado y seguirán sin duda inspirando á los artistas de todos los tiempos; en ellas se sintetiza el más grande de los amores, el amor maternal, sublimado por el concepto de la divinidad, y esto justifica que el arte universal las haya consagrado como tema inagotable. En la obra de Czech, á la belleza del asunto se añade lo hermoso de la composición: María y Jesús forman en ella un grupo de inefable poesía, y el apacible paisaje iluminado por las claridades del crepúsculo contribuye á hacer más intensa, más plácida, la emoción que sentimos al contemplar á la Virgen Madre amorosamente abrazada á su Divino Hijo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – *Salón Parés.* – El señor Aguado ha expuesto varios cuadros, en su mayoría apuntes, notas é impresiones, de vigoroso colorido: el conocido caricaturista que firma con el seudónimo de *Apa* ha expuesto dos retratos y una colección de dibujos.

Madrid. – La Unión Alcoholera Española, deseando obtener un cartel verdaderamente artístico para anunciar el producto «Alcohol desnaturalizado marca Sol,» ha abierto un concurso entre los pintores españoles en las siguientes condiciones. 1.ª Las dimensiones del cartel habrán de ser de 1'60 por un metro y habrán de contener las inscripciones «Unión Alcoholera Española. Alcohol desnaturalizado para quemar marca «Sol;» 2.ª Compondrán el Jurado D. Enrique M.ª Repullés, D. José Villegas, D. Joaquín Sorolla, D. Mariano Benlliure, D. Alejandro Saint-Aubin, D. Torcuato Luca de Tena y don Francisco Alcántara; 3.ª Se adjudicará un premio de 4.000 pesetas, estando además facultado el Jurado para proponer otras recompensas y para resolver lo que estime conveniente en todos los casos é incidencias que puedan presentarse en el concurso; 4.ª Los trabajos se presentarán antes de 1.º de marzo próximo en las oficinas de la Sociedad (Carrera de San Jerónimo, 40), llevando cada uno un lema que se repetirá en un sobre cerrado, el cual habrá de contener el nombre y domicilio del autor; 5.ª Todos los carteles se expondrán al público antes y después del fallo del Jurado, previo el correspondiente anuncio; 6.ª Los señores concurrentes que necesiten algún dato para su composición, como, por ejemplo, modelos de envases, hornillos para quemar el producto, marca registrada, etc., deberán dirigirse á dichas oficinas, donde podrán verlos y tomar las notas que necesiten.

Espectáculos. – Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo *Hesperie*, ópera en un acto, letra del Sr. Oliva Brigmann, música del maestro Lamothe de Grignón; y en el Eldorado *El mismo amor*, comedia en dos actos de don Manuel Linares Rivas, y *Mareas vivas*, comedia en tres actos de D. Antonio Chápuli Navarro.

La compañía dramática siciliana que actuaba en Novedades ha terminado sus representaciones, que se han contado por otros tantos triunfos. Las funciones á beneficio de la señora Aguglia Ferraú y del Sr. Grasso han valido á estos eminentes artistas nuevas y entusiastas ovaciones, de las que participó toda la compañía la noche en que se despidió de nuestro público.

El «Orfeó Catalá» ha dado en el teatro Condal un notable concierto, en el que, además de varias canciones de repertorio, ejecutó por primera vez inspiradas composiciones de Sancho Marraco, Montes, Alfonso y Gibert, que valieron muchos aplausos á sus autores y á los orfeonistas, que las ejecutaron de un modo irreprochable bajo la dirección del maestro Millet.

No lo sé, señora; de todas maneras, muchas gracias

EL MIEDO A LA VIDA

Novela por ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

Ilustraciones de Carlos Vázquez

(continuación)

Mientras tanto, la señora Dulaurens seguía rodeándola de atenciones y cumplimientos y aprestándose á sacar de aquella timidez que sospechaba las mayores ventajas posibles. Al empezar con el obligado elogio de las familias numerosas, la señora Guibert vió la ocasión de exponer sus pretensiones.

—Señora, es usted muy amable. Sí, mis hijos han trabajado mucho. Y precisamente uno de ellos, Marcelo, me trae á verles á ustedes.

Y no se dió cuenta de que había dado á entender que sin una obligación precisa no les hubiese visitado.

Empezó á hacer el elogio de Alicia con gracia conmovedora. Su corazón la inspiraba.

—Marcelo no ha podido verla sin quedar encantado. Se acuerda de que cuando ella era pequeña le decía: «Estoy muy bien contigo, quiero estar siempre contigo.» Me ha encargado que les pida, en su nombre, la mano de su hija. Promete hacer la felicidad de Alicia, y estoy segura de que serán dichosos durante toda su vida.

La señora Dulaurens, casi siempre tan pródiga en palabras, permanecía callada, creyendo de este modo aumentar la turbación de la señora Guibert. Y el señor Dulaurens observaba á su esposa para imitarla. Algo molesta por aquel silencio, la madre de Marcelo siguió diciendo:

—Ya saben ustedes que hemos perdido nuestra fortuna. Mi hijo no piensa en ello, porque ama. Mi marido nos dejó más honra que riquezas. Pero aun que joven, mi hijo Marcelo tiene un pasado brillante que es garantía segura de su porvenir.

Y añadió dignamente:

—Lo cual no deja de ser una fortuna.

—Nosotros agradecemos mucho..., empezó á decir el Sr. Dulaurens, que hacía un momento luchaba entre el deseo de no afligir á aquella buena señora y el temor de disgustar á su mujer.

Esta le mandó callar con una ojeada. ¿Por qué se mezclaba en aquel asunto?

—Sí, nosotros agradecemos mucho su petición, repitió ella con calculada lentitud. Este honor nos sorprende. No lo esperábamos.

La señora Guibert se preguntó extrañada:

«¿No les habrá dicho nada Alicia? ¿O es que se burlan de mí?»

—El elogio de su familia no es preciso hacerlo, siguió diciendo con mucha calma la señora Dulaurens. Todos sabemos que su marido se arruinó por salvar á su hermano, el banquero de Annecy... Desgraciadamente no pudo impedir el suicidio..., ni la liquidación.

Y daba á la palabra *liquidación* el significado de *quiebra*. La señora Guibert comprendió su mala intención. Traía palabras de paz y de amor y se la recibía como á una enemiga; tanta injusticia coloró de sangre sus mejillas y turbó sus claros y dulces ojos. Desde aquel momento, sin podérselo explicar, veía perdida la partida. Sin embargo protestó:

—¡Oh! No hubo liquidación. Se pagó todo, capital é intereses. No es posible duda alguna con respecto á este asunto. Nuestra reputación es igual en Annecy que en Chambery.

Y pensaba mientras tanto en la conducta admirable de su esposo, en el dote comprometido de su querida Paula. ¿Para qué sirvieron tantos sacrificios? ¿Es que sólo era privilegio de la riqueza imponer respeto y estimación?

Aún no había llegado al fin de su calvario. La señora Dulaurens, con aquella facilidad que da la vida mundana, siguió diciendo con la sonrisa en los labios:

—El capitán lleva una carrera magnífica. ¡Condecorado tan joven! Ya sabe usted que nadie como yo ha rendido homenaje á sus méritos. ¡Cómo habrá usted sufrido durante su larga campaña en Madagascar! ¡Cuántas veces hemos pensado en usted! La hemos compadecido y al mismo tiempo envidiado... Y diga usted, ¿se ha puesto bien del todo de las terribles fiebres tan difíciles de curar?

La medida se había colmado; la señora Guibert no pudo contestar. Si llega á hablar hubiese roto en sollozos. Acababan de tocar el sagrario de su corazón: á sus hijos. ¡Sacrificad la fortuna para salvar el honor del nombre, entregad los hijos á la patria, exponedlos á la muerte, para que con alusiones pérfidas y embusteras se trate de desacreditar su desinterés y heroísmo, menospreciándolos ante *eso* que llaman *alta sociedad!*

Y la señora Dulaurens seguía defendiendo su bienestar con crueldad, hiriendo con alfilerazos á su pobre víctima desarmada:

—Yo no puedo contestarle nada definitivo ni en un sentido ni en el otro. Transmitiré su petición á mi hija, y pronto sabremos lo que contesta. La moda de hoy en día consiste en consultar á las hijas antes de decidirse. Pero preveo que la perspectiva de una separación no dejará de asustar á mi pobre hija, que está acostumbrada á no moverse de mi lado. Jamás nos hemos separado. Yo admiro la energía de su alma. Una de sus hijas es monja en París, ¿verdad? Tiene usted dos hijos en Tonkín. El capitán va á marchar otra vez á Argelia. ¡Qué valiente es usted y qué ejemplo más grande para todas las madres que quieren demasiado á sus hijos!

«¿Pero cree usted que yo les quiero menos?—hubiese querido contestar la señora Guibert.—Cada vez que se marchan mi corazón se desgarra. Pero he soportado todas estas desgarraduras sin quejarme, sin decir una palabra, para no debilitar á los que se marchaban lejos de mí á dar mayor amplitud á su destino, en vez de reducirlo y empequeñecerlo quedándose á mi lado. Me he esforzado siempre en alentarlos á emplear todas sus fuerzas según la voluntad divina. Y seguramente ignora usted, señora, que la separación, lejos de disminuir el amor maternal y filial, los ennoblece y purifica. Les quita el natural egoísmo y les rodea de la belleza inmortal del sacrificio en donde se confunden la dicha y la abnegación.»

Pero sólo lo pensó; sus labios quedaron mudos. Más tarde debía recordar aquella escena con sus menores detalles para deducir de ella toda su humillación, y considerarla, en su fe religiosa, como un cas-

tigo impuesto al gran orgullo con que miraba el número y las bellas cualidades de sus hijos.

La señora Dulaurens siguió diciendo:

—Alicia es por naturaleza propia indecisa. Es tan joven... Una criatura. Antes que la de usted ha recibido otras peticiones. ¡Por supuesto, que esto no salga de entre nosotros! Peticiones algunas de ellas que tienen la ventaja de no quitarnos á nuestra hija. Lo cual no deja de tener gran peso á los ojos de Alicia. A una de ellas le acompaña todo, nobleza, fortuna... ¡Si el capitán consintiese en no salir de Chambery, en pedir el retiro si hiciese falta, y quedarse siempre á nuestro lado, al lado de usted!.. ¿No está ya harto de gloria?

La señora Guibert se levantó y dijo sencillamente:

—No lo sé, señora; de todas maneras, muchas gracias.

¡Daba las gracias á su enemiga de haberla atormentado con tan inútil crueldad! Jamás se había sentido tan débil y desamparada.

La señora Dulaurens, al acompañarla, tuvo compasión de ella, y satisfecha de su victoria, le prodigó frases amables acerca de su salud, de sus hijos que en Tonkín reconstituían una Francia lejana, de Paula, de una belleza tan distinguida, que no se dejaba ver con bastante frecuencia... Conservaba á su hija de modo que podía mostrarse generosa. Y en el umbral de la puerta parecía acompañar con gran cariño á su mejor amiga. Detrás de ella, su marido no cesaba de hacer reverencias y saludos.

Al encontrarse de nuevo sola, subiendo la gran avenida de plátanos, la señora Guibert respiró como si acabase de escapar de un gran peligro. Aquella mujer se había mostrado con ella dura y cruel. Instintivamente había encontrado lo que más podía herirla en su delicadeza y altivez: la desgracia de su cuñado, que había exigido de su marido tanta energía y presencia de espíritu, consumando la ruina material de la familia; y las fatigas de aquella campaña en las colonias, de las que había acabado por triunfar la robusta salud de Marcelo. ¡Qué maliciosa interpretación había dado á aquellos sucesos que constituían su gloria! Y sin embargo, ella se había presentado en aquella casa con el ramo de olivo y hablando con dulzura. La vida—su vida de abnegación continua y obscura—no le había enseñado que el amor maternal, antes que ensanchar el corazón, con más frecuencia lo achica; de haberlo sabido, se hubiese dado cuenta de que aquel deforme sentimiento había impulsado á la señora Dulaurens á defender por todos los medios posibles su felicidad, que de buena fe tomaba como felicidad de su hija.

La soledad no fué para ella un alivio duradero. ¿Acaso no debía, al llegar al Maupas, anunciar á su hijo la triste nueva? Al pensar en aquella pena que no podía evitar, y de la cual era mensajera, corrieron las lágrimas que hacía tiempo trataba de retener. El sol, cuyos rayos atravesaban las frondosas copas de los árboles, caminaba lentamente hacia la montaña; aquella misma tarde iluminaría el desastre de aquel corazón joven y apasionado. Por vez primera en su vida le apenó regresar á su vieja casa, en donde sabía la esperaban con impaciente confianza.

Con su andar cansado y más perezoso que nunca, avanzaba con desesperante lentitud. Aquella tarde pesaba sobre sus espaldas mucho más que sus sesenta años. Al andar no cesaba de dirigirse reproches. No había estado á la altura de su misión. ¿Cómo no había encontrado palabras más seductoras y convincentes para defender la causa de Marcelo? Aquella gente estaba acostumbrada á los cumplimientos mundanos; ¿por qué no había tenido en cuenta sus costumbres halagando su amor propio? Las buenas relaciones se establecen á fuerza de complacencias y concesiones. ¿Acaso su hijo no se prestaba con exceso á satisfacer la vanidad ajena, y en cambio ella no había podido por un momento sacrificar su altivez? ¿Se hubiese rebajado con ello? Su Marcelo era guapo, buen mozo, casi ilustre; poseía una elegancia de modales que daba distinción á sus menores gestos. ¿Por qué no había hecho resaltar todas estas ventajas? ¿Y cómo hacerlo si ella era una pobre mujer incapaz de gastar lisonjas en un asunto tan grave? Además, al hablar de ella y de sus hijos sentía el pudor propio de las almas delicadas. Fuerte dentro de su casa, perdía toda su energía al salir de ella. Y por esto, ante la injusticia, sólo había tenido lágrimas. Aquellas lágrimas que tantas veces había derramado en silencio con motivo de separaciones momentáneas ó definitivas, ¿iba á verterlas públicamente en presencia de aquellos que le habían causado tanto daño? Sin duda Dios la había querido castigar por su gran altivez. Esta explicación satisfacía su fe; debía afligirse, pero sin recriminar á nadie; y en medio de su desolación servíale de amargo consuelo el sentirse humilde y débil.

«¡Mi marido!—pensaba.—Desde que se murió no sirvo para nada. Él era mi dicha y quien me daba valor. Todo hubiera ido de otra manera si él hubiese vivido. Dios mío, ¿me habéis abandonado? Yo me había propuesto reemplazar á mi pobre esposo y veo que no me es posible...»

En su desesperación se iba exaltando. Su angustia y cansancio aumentaban. Al llegar al extremo de la avenida de plátanos se preguntó si tendría fuerzas suficientes para continuar su camino. Le faltaba la respiración; tuvo que pararse.

«¡No quiero ponerme enferma en su casa!»—se dijo. Sólo le preocupaba este deseo, y para realizarlo hizo un supremo llamamiento á su energía.

Se arrastró hasta la verja, salió, y una vez fuera, sentóse, postrada, sobre un montón de piedras de la carretera. Allí entregóse á su pena y empezó á llorar, sin ver un pequeño grupo de chiquillos que, poco á poco, fueron acercándosele. Al alzar su frente, hasta entonces baja, huyeron como una bandada de asustados gorriones, y uno de ellos, acercándose á la puerta de una casita próxima, gritó:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Ahí fuera hay una vieja que se ha puesto enferma!

Se abrió la puerta en seguida y apareció en el umbral la dueña llevando en brazos al más pequeño de sus hijos.

—¡Pobre señora! ¡Es la señora Guibert! ¿Qué tiene usted? ¿Algún mal? ¿Le da á usted así, de repente? ¿Quiere usted algo? No quiero que digan que la he dejado sin socorrerla. Su marido ha salvado á ésta de la tifoidea.

Y señalaba mientras tanto á una chiquilla mofletuda que se estaba riendo. Acercándose, vió las lágrimas que rodaban por aquella cara marchita, y comprendió que no se trataba de un mal físico. Por respeto no hizo pregunta alguna y siguió diciendo:

—No quiso cobrarnos el buen hombre. Amaba á los pobres y sobre todo á los niños. Siempre reía, ¡y cuánto trabajaba! Todos estos *renacuajos* le querían, no tenían miedo de él, no; *hubiesen comido en su mismo plato*... Siempre decía al entrar: «¡Esto es semilla de valientes! ¡Como éstos tengo yo muchos en casa!» Y es verdad, señora, que tenemos muchos hijos. Pero es bueno tener muchos hijos; se les quiere como si fuesen hijos únicos. Yo no quisiera, por nada del mundo, perder á uno de ellos.

Con estas buenas palabras iba consolando á la señora Guibert, que seguía soñando:

«Mi marido salvó también á Alicia Dulaurens. En la Chênaie no conservan un buen recuerdo de él, si es que conservan alguno. Los pobres olvidan menos de prisa.»

—¡Yo me entretengo en charlar, sin prestarle socorro!, dijo la campesina. Entre usted en casa. Tomará un vasito de vino para reanimarse. ¡Le dará ánimos! Entre usted á descansar un rato.

La señora Guibert se levantó, ayudada por aquella mujer.

—Gracias, muchas gracias. No necesito nada. Ya estoy bien. Ha sido un poco de debilidad y ya me ha pasado. Sus hijos son muy hermosos. ¡Que Dios les ampare! No es por despreciarla, pero me esperan. Mi hija se alarma en seguida. Muchas gracias.

—Como usted quiera, señora Guibert. Un día de estos le llevaré una docena de huevos frescos. No diga usted que no; ¡tendré un verdadero gusto en regalárselos! ¡Ea, niños, á casa! Si no llega á ser por el doctor, habría uno menos, y mi cuenta no estaría completa.

—Es usted muy buena y cariñosa. Hasta la vista.

Por fin pudo emprender el camino del Maupas. Marchaba lentamente, parándose á menudo para enjugar su frente sudorosa, con la muerte en el alma á causa de la triste nueva que llevaba. No supo el tiempo que tardó en ir de Cognin á la cuesta que atraviesa el bosque de encinas. Seguramente tardó mucho, pues al llegar á ella el sol tocaba la montaña de Lapine, lanzando sus últimos destellos contra las copas de los árboles. Creyó, más de cien veces, no poder llegar. Bajo los árboles encontró el fresco de la sombra y sintióse cerca de su casa. Y como los pobres animales heridos que aprecian la salvación por la distancia á su madriguera, hizo un último esfuerzo.

Marcelo, asomado á la puerta, miraba hacia el camino. Y vió avanzar penosamente á la pobre mujer, sofocada, encorvada, envejecida. Corrió hacia ella, y al llegar, su madre rompió en sollozos:

—¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío!

Él tuvo que sostenerla y le preguntó con gran naturalidad:

—¿Por qué ha despedido usted el coche? Viene usted cansada y sofocada. Ha hecho usted muy mal. Apóyese usted en mi brazo. Iremos poco á poco.

Y la llevó del brazo hasta dejarla sentada en el salón, cubiertos los hombros con un chal que Paula había traído. No habían cambiado más palabras que las anteriores y se lo habían dicho todo. Con la frente ceñuda, los ojos duros, Marcelo callaba. Lo comprendió todo desde el primer momento, y si bien aquel golpe era inesperado, su altivez no le permitía pedir explicación alguna.

Su madre se secaba la cara, en donde mezclábanse sudor y lágrimas. Toda temblando murmuró:

—No lo sientas. No vale la pena de que te disgustes.

—¿Cómo?, dijo Paula sorprendida.

—No quieren separarse de su hija y creen de este modo quererla más.

Paula preguntó:

—¿Y Alicia?

—No la he visto. Se ha ocultado. O la han ocultado. Sus padres no estaban prevenidos. Se han extrañado de mi visita. Exigen la promesa de no moverse de Chambery y de pedir el retiro si hace falta. Además he comprendido que prefieren á Marthenay.

—¡Ah!, gritó el joven con ojos chispeantes.

La señora Guibert iba á contar el humillante interrogatorio á que le habían sometido; pero Marcelo, á quien el dolor que sentía sin quererlo confesar había vuelto ingrato, no le dió tiempo para ello.

—Estoy seguro de que usted no ha sabido hablarles. No le son simpáticos y no ha tratado de ocultarlo. Usted aborrece á la sociedad sin conocerla.

Y al decir esto, había tomado un aire desdeñoso; el orgullo ensanchaba su herida. Ella contestó con dulzura y tristeza profundas:

—Tu padre nunca me dirigió este reproche. Y sin embargo, confieso que lo merezco. Pero soy muy vieja para cambiar, y esa gente me ha tratado sin consideración alguna.

Marcelo, ceñudo y avergonzado, se marchó sin atenuar la dureza de sus palabras.

Paula, que durante aquella escena había permanecido inmóvil y muy pálida, se arrojó en los brazos de su afligida madre, estrechándola apasionadamente.

—Mamá, no llore usted. ¡Oh! ¡Cómo los desprecio! Y Marcelo es injusto con usted. Ha hecho muy mal en decirle lo que le ha dicho. También estoy enfadada con él.

Sobre sus ojos sombríos fruncía coléricamente sus cejas rectas. La señora Guibert retuvo sus lágrimas y dijo:

—No, Paula, no debemos despreciar á nadie. Y con respecto á tu hermano, ten paciencia. ¿No ves cuánto sufre? Vete á consolarle...

VIII

LOS CÓMPLICES

En el jardín del Maupas, cuyas rosas se marchitaban, á la sombra de los castaños cuyas hojas empezaban á secarse, Marcelo y Juan examinaban un mapa de Africa extendido sobre una mesa de pizarra.

—He ahí el camino que debemos recorrer, decía el capitán señalando una serie de crucecitas rojas que jalonaban el desierto de Sahara.

Juan preguntó con entusiasmo juvenil:

—¿Y es cosa decidida?

—Sí. Durará dos años, que es lo menos que se puede emplear en una travesía tan larga y peligrosa. He visto en París al comandante Lamy, quien me ha presentado á Foureau. Los dos formaremos parte de la comisión con cien ó doscientos tiradores; es cosa decidida, y organizada con método. El presidente de la República está muy interesado en ella. Pero temo que no podamos partir hasta el año que viene.

Con su voz grave y clara, Marcelo habló largo rato de la causa, objeto y organización de la pequeña columna que debía continuar la trágica tentativa del coronel Flatters. Hablaba de una manera precisa y hasta elocuente: tan á fondo dominaba el asunto. Parecía que nada le interesaba fuera de aquella atrevida excursión al corazón mismo del Africa. Sus gestos daban mayor amplitud á su palabra, evocadora de aquellos países desconocidos, vastos y monótonos, impenetrables y misteriosos como el mar.

El rostro de Juan tomaba, á medida que le oía, una expresión atenta y viril. Aquel joven de movimientos ligeros y elegantes, de facciones finas y correctas, que reía y bromeaba siempre, que gustaba á las mujeres y que á primera vista parecía que un salón y el *flirtear* eran su ambiente y ocupación naturales, revelaba, bajo el imperio de una preocupación grave, su verdadero carácter varonil, firme y audaz. Conociéndole á fondo, Marcelo siempre le había juzgado de este modo, y cuando á su presencia hablaban de Juan como de un Adonis de guarnición, se extrañaba y apresuraba á decir: «Ustedes no le conocen.»

La señora Guibert salió á la puerta de la casa.

—¡Cállate!, dijo el capitán poniendo rápidamente un dedo sobre sus labios.

—¿No sabe nada?, murmuró Juan en voz baja.

—No. Ya lo sabrá, y tal vez demasiado pronto.

Ella miró hacia el jardín, pero no vió á los dos jóvenes. Creyéndose sola, se quitó los lentes que se había puesto para trabajar en una labor, cogió el pañuelo y lentamente lo pasó por sus ojos. Cansada, se apoyó en los balaustres de madera, en donde se enredaban las ramas sin flores de unos jazmines. Dejaba flotar sus melancólicos sueños por aquel paisaje familiar.

La caída de la tarde teñía el cielo de un color lila y rosa. El aire apacible se respiraba con delicia, pero su frescor anunciaba el otoño. La campiña sonreía con el encanto enternecedor de una joven moribunda que sueña en vivir. Mostraba sus campos desnudos, sus viñas sin racimos, con la extrañeza de los pródigos que han dado todo lo que tenían y aún quisieran dar más. Inútil deseo, porque sólo le quedaba su belleza. Los bosques sólo ocultaban á medias su misterio, y sus hojas verde y oro soportaban con trabajo el peso del sol, cuyo mortal reflejo retenían. Junto á la casa algunas rosas muy abiertas dejaban caer al soplo del suave viento sus pétalos. Allá á lo lejos, en la cima de una ladera, proyectándose sobre el claro horizonte, dos bueyes arrastraban majestuosamente el arado que preparaba las mieses futuras. Sobre la muerte tranquila de la naturaleza elevábase aquel presagio de renovación.

La caída de unas hojas hizo estremecer á Marcelo. Comprendió de pronto la tristeza del paisaje, cuya gracia envolvente sólo había visto hasta entonces; sintió el otoño y la caída de la tarde. Y al contemplar á aquella anciana, como nadie querida, asomada á la puerta y reuniendo en su pensamiento el rebaño de sus esparcidos hijos, midió la fuerza de su ternura filial y conoció al mismo tiempo el temor agudo y supersticioso que nos inspira, á veces, el frágil destino de las personas amadas.

Juan vió las sombras que descendían sobre la frente de su amigo, y mostrándole la pareja de bueyes que fecundaba pacientemente el suelo, le invitó á esperar en la vida.

Lentamente la señora Guibert se marchó hacia dentro.

«¡Pobre madre mía!, pensó Marcelo. ¡Cuántas veces has temblado por mí! ¡Y cuántas tendrás que temblar aún! Este mapa, que tengo ahí ante mis ojos, indiferente y mudo, contiene el secreto de tus futuras angustias. ¡Bendita seas, madre mía, por la leche que bebí en tu seno, por el alma que me infundió tu alma, por mi infancia, por mi juventud! ¡Te quiero mucho, madre mía! ¡Y sin embargo, voy á partir otra vez; perdóname!»

La rubia imagen de una joven llenó su memoria. Desde la negativa recibida no había vuelto á ver á Alicia; pero muchas veces había franqueado la barrera que separa el camino de Chaloux del bosque de la Chênaie. Y allí, bajo las viejas copas de los árboles, esperaba audazmente á la joven. Sabiendo que ella le amaba, quería hablarle á toda costa, cambiar con ella eternos juramentos. La gloria que iba á buscar otra vez y la constancia acabarían por hacerla suya. Pero bien por casualidad ó vigilancia, no había podido ver á Alicia.

¿Iba á marcharse sin verla? Dentro de algunos días, terminada su licencia, cuya prórroga no había querido solicitar, tenía que regresar á Orán, en donde debía encontrarse con Juan Berlier, destinado al 1.er regimiento de tiradores y que debía marchar antes que él. Luchaba entre cien proyectos imposibles, y tascaba su impotencia como un potro tasca el freno.

Mientras buscaba el medio de llegar á la que consideraba como su prometida con la resolución obstinada de los hombres de acción, su amigo Juan se levantó diciendo:

—Quiero despedirme de tu madre.

—Espérate un momento, dijo Marcelo levantándose á su vez.

Y decidiéndose de pronto, añadió en voz baja:

—Oye, es preciso que hable con Alicia. Tú puedes ayudarme. ¿Quieres?

Apóyese usted en mi brazo. Iremos poco á poco

Una profunda amistad unía á los dos jóvenes. Uno había llevado á ella la tierna indulgencia de hermano mayor, el otro la admiración ardiente de hermano pequeño, y los dos la dignidad que distingue el amor fraternal. Y á su vez sacaban de ella un impulso para los más nobles sentimientos. Les daba además el reposo que nace de la confianza recíproca y de una identidad de naturaleza y aficiones. Pero habían excluido de ella toda clase de confidencias. Así es que Juan se extrañó de ver que su amigo le revelaba el secreto de su alma, que hacía tiempo había adivinado. Observador discreto, siguió con inquietud el drama íntimo desarrollado en la Chênaie, y presenciaba aún los esfuerzos desesperados de la señora Dulaurens apoyando con insistencia la candidatura de Armando de Marthenay. Conociendo la vehemencia concentrada y el orgullo de Marcelo, se interesaba mucho más en el amor de éste, cuya desesperación violenta temía, que en los juegos efímeros y ligeros de sus propios amores. Sabía á qué obedecía el imperioso deseo de tomar parte en la expedición del Sahara, la necesidad febril de actividad, la nueva ambición que volvía á agitar á su amigo. Pero éste no se confiaba nunca; para resolverse á hablar era preciso una razón muy poderosa, y por esto resultaba alarmante su pregunta.

Juan, disimulando sus preocupaciones, preguntó:

—¿No puedes ir á la Chênaie? ¿Hay algo más natural?

Marcelo le miró con sus ojos penetrantes y vivos.

—Ya sabes tú que no.

Y después de una pausa siguió diciendo:

—Y sin embargo, es preciso que hable con ella.

—¿Para robarla?, dijo Juan sonriendo ligeramente, como si tratase, por última vez, de dar á la conversación un tono de broma.

Marcelo contestó desdeñosamente:

—Mira su cara y no volverás á pensar lo que acabas de decir... Es preciso que hable con ella antes de marchar tal vez por largo tiempo. De ello depende su felicidad y la mía. Si solamente se tratase de mi dicha, podría alejarme, aunque con pena, sin mirar hacia atrás. Pero ella tiene necesidad de ser alentada, es preciso convencerla de que el porvenir es de los tenaces. Si ella quiere, será mi mujer. Yo sólo le pido que tenga valor para esperarme.

—Lo cual no es nada fácil, dijo Juan, que no se hacía ilusiones acerca del carácter de Alicia.

—Al contrario, es muy sencillo.

—Para ti, cuya vida estará ocupada por trabajos y peligros. ¿Pero para ella?..

—¿Y si me ama?, contestó Marcelo con un tono que excluía la menor sospecha de fatuidad.

—¡Ah!, exclamó Juan, mientras pensaba: «No saben amar. Isabel Orlandi se casa con su señor Landeau por amor al lujo. Alicia Dulaurens se casará con Marthenay por debilidad de carácter y porque su madre quiere tener á su lado un yerno aristócrata. Las jóvenes de hoy en día desconocen las fuertes pasiones y nadie se cuida de enseñárselas.»

Pero no se atrevió á pensar en alta voz, porque leía en la frente despejada y radiante y en los ojos ardientes de su amigo las señales visibles de su alma apasionada.

—¿Deseas en absoluto esa entrevista?

—¡Con toda el alma!

Juan no contestó. Marcelo, preocupado con su proyecto, siguió diciendo:

—Tú eres recibido íntimamente en la Chênaie. Te será fácil hablar de parte mía á Alicia. No te pediría este favor si encerrase algo de equívoco, por insignificante que fuese. Hubiese dado el encargo á Paula; pero no era posible que volviese á la Chênaie... después de haberme rechazado.

Tuvo que vencer su orgullo para pronunciar estas últimas palabras. Alzando la cabeza con aire de desdén, continuó:

—Me han rechazado injustamente. Los padres no tienen el derecho de emplear su autoridad para satisfacer sus prejuicios y su egoísmo, destrozando, en provecho de su vanidad, el corazón de sus hijas. Nadie venera como yo su autoridad cuando se ejerce con prudencia y razonablemente. Paula encontró á Alicia en la iglesia; no pudo hablar con ella, pero la vió pálida, desmayada y afligida. Es preciso que yo hable con ella. No hay en ello deslealtad ni ataque alguno al respeto que le debo. Conviene que te penetres de ello antes de contestarme.

—Bueno, dijo Juan.

Y después de pensar un momento, añadió:

—Marcelo, ¿tú recuerdas su rostro y sus ojos claros? Puedes estar seguro de que no aceptará la cita.

Marcelo permaneció extático durante un breve rato.

—Tienes razón. No pensemos más en ello. Me marcharé sin volverla á ver.

Y no dijo nada más. Pero la sencillez de aquellas palabras emocionaron á su amigo, y aunque pensaba: «Más valdría que marchara sin verla,» comprendiendo su tristeza inmensa buscó el medio de ayudarle.

—Oye. Déjame á mí, yo te avisaré con tiempo, y te prometo que hablarás con ella.

—¿Cómo te arreglarás?, preguntó Marcelo algo inquieto.

—Os encontraréis sin que ella esté prevenida. Ya cuidarás tú de retenerla.

Y cansado de haberse ocupado durante tan largo tiempo de cuestiones graves, dijo con aire de lucha:

—¡Después de todo, me alegro! Marthenay me revienta y los Dulaurens son demasiado *snobs*. No será muy correcto, pero se lo merecen. Me encanta la idea de hacerles una jugarreta.

(Se continuará.)

LAS ELECCIONES EN ALEMANIA

Rechazados por el Reichstag los créditos coloniales solicitados por el gobierno, el emperador decretó la disolución de aquella cámara y la elección de una nueva. Las elecciones, que se efectuaron el día 25 de enero último, despertaban gran interés en toda Alemania, dado que en ellas debía resolverse el duelo entablado entre el canciller Bülow y la coalición del centro católico y de los socialistas, á la que se había debido la derrota del gobierno en el mencionado asunto.

Los amigos del canciller confiaban en que el pueblo alemán con sus votos sancionaría la política del mismo y los hechos han venido á darles la razón, pero no en la forma que ellos suponían, puesto que el triunfo logrado no lo ha sido á costa del centro católico, sino de la social democracia, es decir, de los socialistas. En efecto, el primero conservará en el Reichstag casi los mismos puestos que tenía antes de la disolución; al paso que los segundos habrán perdido unos veinte.

BERLÍN. – LAS ELECCIONES PARA EL REICHSTAG ALEMÁN
Repartidores de candidatura á la puerta de un colegio electoral. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

Las causas de esto se explican perfectamente: en efecto, mientras el centro católico, bajo la dirección de sus jefes y especialmente de Erzberger, orador de gran talento y táctico de primer orden, ha demostrado ser el partido más activo del anterior Reichstag, ha sido el que descubrió y combatió con más energía los escándalos coloniales; y ha acudido á las elecciones fuerte, compacto y disciplinado; el partido socialista no había justificado, á pesar de las fuerzas de que disponía en el Parlamento, las grandes esperanzas en él cifradas por el pueblo alemán, y por añadidura hallábase dividido en dos fracciones principales, la radical y la oportunista, que capitanean Bebel y Bernstein respectivamente.

Estas circunstancias, unidas á la coalición, en muchos distritos, de todas las fuerzas burguesas contra el socialismo, han dado al gobierno, en el primer escrutinio, un triunfo innegable que se supone será mayor aún después de las segundas elecciones para decidir los *ballotages*, que son en número de ciento sesenta.

En ese primer escrutinio han resultado elegidos: 41 conservadores, 10 imperialistas, 18 polacos, 89 católicos del centro, 20 nacionales liberales, 6 progresistas, 1 unionista liberal, 29 socialistas, 1 individuo del *mittelstand*, 1 danés, 10 alsacianos é indefinidos, 3 reformistas, 2 de la Federación de aldeanos, 4 de la Unión económica y 2 demócratas alemanes.

La derrota de los socialistas ha sido tanto más importante cuanto que alcanza á los grandes centros industriales Koenigsberg, Breslau, Leipzig, Magdeburgo y sobre todo á Sajonia, que se consideraban como feudos del socialismo.

La victoria alcanzada ha producido, como es de suponer, gran satisfacción en las esferas gubernamentales y en una buena parte de la población berlinesa, que en la noche del mismo 26, y ape-

BERLÍN. – LAS ELECCIONES PARA EL REICHSTAG ALEMÁN. – Interior de un colegio electoral: un elector recibe el sobre azul en donde ha de encerrar su candidatura, otro está en el pupitre, tapado con cortinas, en donde se escribe el nombre del candidato; otro deposita su candidatura, que el presidente introduce en la urna.
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

nas se conocieron los resultados del escrutinio, acudió en entusiasta manifestación delante del palacio del canciller. Éste, al dar las gracias á los manifestantes, les dijo: «Gracias por vuestro testimonio de simpatía, pero loor ante todo al sentimiento nacional que aquí os trae. Mi gran predecesor, ante el cual nos inclinamos todos respetuosamente, dijo, pronto hará cuarenta años: «Pongamos al pueblo alemán sobre la silla y solo montará perfectamente á caballo.» Espero y creo que el pueblo alemán ha demostrado hoy que todavía sabe montar, y si en los *ballotages* cada cual cumple con su deber, el mundo entero reconocerá que el pueblo alemán se mantiene firme en la silla y arrollará á caballo, á su paso, todo lo que obstruye el camino que le conduce á su prosperidad y á su grandeza. Y ahora, señores, os ruego que gritéis conmigo ¡viva! ¡viva! por la nación y por el pueblo alemán.»

A la mañana siguiente, el emperador fué á felicitar al canciller, y la *Gaceta de la Alemania del Norte*, órgano del gobierno, publicaba un artículo en el que, entre otras cosas, decía:

«Los alemanes han demostrado que no querían consentir que se marchitaran su honor nacional, el desenvolvimiento de su fuerza nacional y el porvenir del Imperio. Al fin se ha roto el hechizo bajo cuya influencia, decíase, los progresos del socialismo habían de continuar de una manera irresistible.

»La victoria obtenida en la primera fase de las acciones ha de provocar un redoblado ardor para las elecciones de *ballotages*. Se trata de probar á Alemania, lo mismo que al extranjero, que cuando están en juego asuntos nacionales, el pueblo alemán aplasta bajo sus pies todo lo que se opone á la marcha de la nación y no tolera que se debilite en lo más mínimo su fuerza nacional.»

Digamos, para terminar, algo acerca del modo como se efectúan las elecciones en la capital del Imperio.

«En las tiendas de bebidas, dice un corresponsal berlinés, convertidas en colegios electorales, algunos «compañeros,» en traje de faena, esperan pacientes. Detrás de una mesa, cubierta con un tapete verde, está la presidencia, y en un rincón, tapado con una cortina de algodón, el pupitre, en el cual el elector llena su papeleta. Este rincón misterioso, verdadera curiosidad del sistema electoral alemán, ha sido bautizado por el pueblo con el nombre de *water-closet*. El elector entra, después de esperar en la cola de la puerta, apresurado y gruñón. Le entregan, al pasar, un sobre ázul y se dirige al pupitre famoso ante cuyas cortinas tiene que aguardar turno otra vez. Cuando, por fin, le corresponde, desaparece detrás del cortinaje, saca de su bolsillo un papel, la candidatura, que llena y mete en el sobre; vuelve á salir y va á colocarse ante la mesa del tapete verde, en donde le preguntan su nombre y domicilio. El elector contesta como puede y deposita en la urna su candidatura.»—R.

COPA-CHALLENGE QUE HA DE SERVIR DE PREMIO EN EL CONCURSO AERONÁUTICO «MARGARITA DE SABOYA,» QUE TIENE POR OBJETO LA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA DE LOS ALPES. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

LA COPA-CHALLENGE AERONÁUTICA

«MARGARITA DE SABOYA»

El concurso aeronáutico «Margarita de Saboya» tiene por objeto la travesía de la cordillera de los Alpes efectuada en aeróstatos tripulados.

La Sociedad Aeronáutica Italiana, encargada de la organización del concurso, ha recibido en depósito el premio-challenge, consistente en una copa muy artística ejecutada según las indicaciones de la augusta donadora, la reina madre, por el artista escultor César Fossi, sobre el dibujo del profesor Piancastelli.

Serán admitidos en el concurso los aeróstatos de toda clase, y la prueba se efectuará todos los años, desde el 1.° de mayo al 31 de octubre. Dentro de este período cada concurrente podrá escoger el día y la hora de la partida que tenga por convenientes, avisando al Comité director de la expresada sociedad, con veinticuatro horas de anticipación á lo menos, el sitio escogido para la partida.

El aeronauta habrá de tomar parte en el concurso bajo los auspicios de una sociedad reconocida por la Federación Aeronáutica internacional y habrá de cruzar la cordillera alpina por encima de la línea divisoria de las aguas.

La zona de la cordillera alpina que habrá de cruzarse está limitada al Oeste por el collado de la Argentera y al Este por el de Tarvis.

El vencedor del concurso recibirá un premio personal de 5.000 francos en metálico y la copa quedará en poder de la Sociedad aeronáutica por aquél representada. La Sociedad que gane la copa tres veces ó la conserve durante tres años consecutivos por no haberse presentado competidores, será propietaria de ella en definitiva.—CARLOS ABENIACAR.

PARÍS. – MANIFESTACIÓN OBRERA EFECTUADA EN 20 DE ENERO ÚLTIMO EN DEMANDA DEL DESCANSO SEMANAL. LOS MANIFESTANTES CONTENIDOS POR LAS TROPAS QUE FORMAN UN CORDÓN CON LOS FUSILES PUESTOS HORIZONTALMENTE. (De fotografía de M. Branger.)

La Confederación del Trabajo y la Unión de los Sindicatos del Sena habían proyectado efectuar el domingo, día 20 del presente enero, en París una manifestación monstruo para reclamar el cumplimiento del descanso semanal. Los manifestantes proponíanse recorrer pacíficamente los bulevares y otras grandes arterias de la capital; pero el Gobierno, previendo las consecuencias que podía tener aquel *paseo* y entendiendo que la verdadera libertad consiste en usar de la propia sin molestar la ajena y sobre todo en no perturbar la vida y el movimiento ordinarios de una población, se propuso que la manifestación no se realizara, y á tal efecto el ministro del Interior adoptó, de acuerdo con el Prefecto de Policía M. Lepine, las medidas convenientes. Cerráronse por orden gubernativa las dos Bolsas del Trabajo que hay en París; movilizóse un gran contingente de agentes de policía; dispúsose que las tropas ocuparan los sitios estratégicos, y cuando los manifestantes, defraudados en sus esperanzas, intentaron promover algunos desórdenes, no tardó en dejarse sentir una vigorosa y rápida represión que puso en seguida término á los desmanes, siendo detenidos los principales cabezas de motín.

La jornada pasó, pues, con tranquilidad, á pesar de los vaticinios de que ocurrirían graves sucesos; el gobierno quiso que no se alterase el orden, y el orden no se alteró, gracias á sus acertadas precauciones.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 11 de febrero de 1907 — Núm. 1.311

¿ME CONOCES?, dibujo de Julio Borrell

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la economía política hay misterios que vanamente intentaríamos penetrar. Uno de estos arcanos indescifrables es el de la subida del pan, coincidiendo con la baja del precio de los trigos en el mercado.

Si la primera materia de una industria desciende en valor, natural parece que exista una proporción más ó menos exacta entre este valor y el de la materia ya elaborada. La elaboración no ha mejorado; es la misma, invariable. En buena ley, el consumidor tenía derecho á exigir que el pan costase menos, puesto que el grano vale menos. Me explico que la gente se alborote, que asalten hornos y tahonas y que arramblen con lo cocido. Siempre está bien respetar el orden, pero hay cosas demasiado fuertes.

Es una fatalidad esto que ocurre con el alza de precios. Cualquier circunstancia sirve de pretexto para recargar al consumidor, y ya jamás, aunque desaparezca la circunstancia, se rebaja el coste de los artículos. Cuando estaban los francos por las nubes, los establecimientos de novedades se escudaban con el alza de los francos para elevar á los pingos hasta el firmamento. Los francos descendieron hasta su módico sobreprecio actual, y no se ha notado que por eso los trajes, los abrigos, los sombreros, la fantasía, se hayan vuelto más accesibles. Lo del pan, sin embargo, además de ser doblemente importante, es más concreto y fácil de probar. Son habas contadas. Las cosechas de 1904 y 1905 alcanzaron precios mucho más elevados que la de 1906. Con el aceite, que también sube, ha sucedido lo mismo. ¿Cuál es, pues, la razón de la subida? Únicamente la codicia de los intermediarios. El remedio sería que estos servicios de artículos de primera necesidad estuviesen montados en otra forma, apelando á la cooperación pública ó municipal para regular las ganancias y mantenerlas en un límite justo.

El que cosecha trigo, poco ó mucho, y sabe que la baratura del corriente año ha mermado sus rentas —y es el caso de quien esto escribe,—no puede menos de ver con asombro que 1907 sea el año de los conflictos por carestía del pan. Y lo insoluble del enigma económico le hace meditar profundamente, mientras desmigaja el bollo del desayuno en la leche —sabe Dios si pura ó contaminada.

***

Porque este es otro misterio de la vida en la urbe matritense. Lo que se come cuesta caro; ¿pero es genuino, es lo que debe ser, ó sólo una engañosa apariencia, que los sentidos no saben distinguir de la realidad?

La leche que bebemos por obedecer á la preocupación más de moda en higiene, ¿ha salido de las ubres de una vaca, ó ha sido cuidadosamente confeccionada con agua, cal, margarina, sesos machacados, gelatina de despojos y otros ingredientes? El pan que tales fatigas cuesta conquistar, ¿lleva aleación de yeso, y ha sido amasado con agua de alcantarilla? Y el agua, la misma linfa de cristal del Lozoya, ¿no es acaso el residuo de sumideros, albañales, lavaderos, pudrideros, en donde vertieron inmundicias y desahogaron impurezas infinitos pueblos serranos? ¿No nos trae esta engañosa agua, tan fina y tan clara—cuando no hay *turbias*—el bacilo de la tifoidea, el microbio de la tuberculosis, los gérmenes patógenos de la miseria humana? ¿No será uno de los mayores ascos beber agua, á menos que sea peor todavía comer pan?

***

Con estas zozobras se nos envenena la existencia. La persona más sobria ha de comer pan y beber agua; el régimen clásico de la sobriedad, el de los ayunadores ascéticos, es el agua y el pan. Y no todo el mundo puede permitirse reemplazar el pan con bizcochos y el agua con Vichy.

Quizás eran más felices nuestros abuelos, que sabían poco ó nada de higiene. Carecían de lo más elemental—no sería decoroso decir de lo que carecían, lo adivina cualquiera—y se las arreglaban, trabajo cuesta pensar cómo, pero se las arreglaban. Hay quien dice que llegaban á viejos y duraban años infinitos; hay quien cree que hoy la longevidad es mayor, que se ha dilatado el término medio de la vida humana... Me inclino á lo segundo: es imposible que tantas prescripciones higiénicas no den algún resultado práctico. Lo que digo es únicamente que conocer el fondo de la alimentación engendra inquietud.

***

Tampoco es consolador pensar que todos los progresos realizados en medicina é higiene son inútiles ante una enfermedad menuda, indefinible, insidiosa, cuya esencia se desconoce y cuyo remedio está por descubrir. Me refiero al trancazo, catarro, gripe, *dengue*, enfriamiento, que de mil maneras se le llama, porque adopta mil formas y accidentes exteriores, y recorre una escala interminable, desde la ligera molestia hasta la afección gravísima, mortal.

Ese dolor de los huesos; esa laxitud de los miembros; esa desazón profunda del organismo; ese aturdimiento de la cabeza; esa fatiga que parece venir de lo íntimo de la vitalidad, son los síntomas habituales del *trancazo*. No obstante, á veces reviste otros distintos: calentura, inapetencia, melancolía, tos, y casi siempre debilidad, flaqueza, tedio, abatimiento. Se podría decir del trancazo que es el *spleen* de la materia.

Lejos de contarse en el número de las enfermedades que se sufren una vez y no vuelven, el *trancazo* insiste: su germen ignorado queda oculto en no sé qué repliegues del organismo, y acecha el momento favorable para desarrollarse de nuevo. El que con frecuencia padece trancazo, es una plaza desmantelada que cualquier enemigo toma: está preparado á la pulmonía infecciosa, al tifus, á la tisis. Y ningún padecimiento señala con huella tal de decadencia el rostro de los enfermos: ninguno «echa á pique» con tal seguridad y tal ensañamiento.

En esta época del año, no oís hablar sino del «trancazo» dondequiera. ¿Un palco vacío en función de moda? Trancazo de la abonada. ¿Excusas á la hora de un convite? Trancazo. ¿Zambullida pasajera de un hombre político? Trancazo. ¿Suspensión de un sarao, de una junta, de un concierto? Trancazo seguro. El brutal trancazo ha venido á substituir á las espiritadas jaquecas, los vapores, los nervios de las mujeres bonitas del período romántico. Es una enfermedad prosaica: nadie pensará en rodearla de la aureola con que los poetas y los novelistas han rodeado á la tisis. El trancazo además no distingue de edades: acomete á jóvenes y viejos; sobre todo, á los débiles y á los que pasan el día en ambientes viciados, donde no se practica ventilación frecuente y rigurosa. Y si con algo se previene y se cura, es con oxígeno: aire puro, aire libre.

***

Han subido al poder los conservadores; tenía que ser así, dada la división atomística de los liberales. *La unión hace la fuerza*, dicen nuestros vecinos los franceses, y piensa todo el que conoce el mecanismo de la historia, la ley de los sucesos. La unión y la disciplina: dos cosas muy viejas, muy vulgares..., y en ellas, el único resorte de gobierno que no se gasta ni se inutiliza. Dejándonos de examinar programas, de clasificar personas; descartando todo lo que sea discutible, aunque á mí no me lo parezca, queda, como razón suprema del triunfo de los conservadores, lo compacto, lo organizado de sus huestes.

En esto ha ocurrido algo que no estaba previsto; en que la parte de la casualidad fué considerable. Creíase generalmente que el partido conservador sería el dividido, el solicitado por fuerzas centrífugas que representaban distintos hombres, todos de valía, y para los cuales, al faltar el gran Cánovas, la idea de la jefatura pudo constituir una lícita ambición. Ya en vida del mismo Cánovas, la tremenda escisión provocada por D. Francisco Silvela amontonó negras nubes en el horizonte y comprometió la existencia del partido, considerado como elemento de defensa y seguridad para el régimen. El propio Cánovas, vaticinando disgregaciones que su fuerte mano á duras penas contenía, solía decir: «A mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa.» Si hoy pudiese verlo, quizás le sorprendiese el cómo se ha combinado y arreglado todo para que un nuevo *don Antonio* se encuentre al frente de una Iglesia en que no hay herejes, ni siquiera neófitos tibios en la fe. A este resultado concurrió algo imprevisto, algo terrible: la muerte... En corto plazo fueron tragados por la negra sima D. Francisco Silvela, D. Raimundo Fernández Villaverde, D. Francisco Romero Robledo, el duque de Tetuán... Barrida así la palestra, nadie puede hacer, no diré sombra, pero ni aun estorbo á D. Antonio Maura.

Yo deseo muy larga vida, hasta que se caigan de viejos, á los primates del partido liberal; pero ellos mismos reconocerán que si la suerte les enviase unos *trancazos* de mano armada, su problema se simplificaría extraordinariamente. Aún cabría solución más dulce y consoladora, pero milagrosa en grado sumo: que resucitase D. Práxedes Mateo Sagasta.

Mientras no se resuelva lo de la jefatura indiscutible; mientras se la disputen, con elementos para disputarla, seis ó siete altos personajes, el partido liberal será un enfermo, un débil, un extenuado; y no tan sólo podrá valerse mal, sino que no servirá de mucho á la causa del orden social y de la estabilidad combinada con el progreso, objeto esencialísimo de esto que llaman partidos y que deben representar corrientes profundas del sentimiento y del pensamiento de la nación. En ese báculo roto en astillas, nadie se apoyará confiado.

El terreno que va á pisar Maura está, pues, libre de zanjas y baches, á lo menos en la zona donde descansan sus pies. Más allá... Más allá, ¡quién duda que se adivinan precipicios! Para salvarlos, la cabeza firme y fría, la tranquilidad interior, son auxiliares preciosos. No conozco expectación más interesante que esta que nos produce el advenimiento del admirable orador; vamos á verle de nuevo, en el cenit de su carrera, en la plenitud de sus facultades, luchando con esta mansa disolución que nos envuelve y nos cala, como la neblina lluviosa de mi país, entumeciendo los miembros y deprimiendo el ánimo. ¡No es una canongía lo que le ha caído á Maura, no es una canongía!

***

Apenas me queda espacio para recordar que ahí llega Momo, con sus cascabeles abollados, sus serpentinas manchadas de barro, sus *confetti* polvorientos y sus caretas reblandecidas por el agua de nieve. El Carnaval es una fiesta que se ha equivocado de fecha; por lo menos si ha de celebrarse en las calles. Mayo sería un mes delicioso para la consabida *saturnal*, que va degenerando en inocente bromazo, en paseo de gentes candorosas aficionadas á la nariz de cartón, á la escoba al hombro, á la voz en falsete, para decir doble número de tonterías de las que dijeron nunca con la cara descubierta... Porque si sabéis de algo más simple, más bobo que una mascarita, yo os ruego que me lo indiquéis. Las «bromas» son infantiles, los *confetti* sucios, las flores carísimas y escasas, el piso está enlodado... ¿Qué queda de Carnaval en Madrid?

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

El amor es el principio de todo, la razón de todo, el fin de todo.

Lacordaire.

La exaltación del talento por encima de la virtud es una de las maldiciones del siglo.

Channing.

El perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo mismo que seríamos capaces de hacer ante todo el mundo.

La Rochefoucauld.

La sinceridad de la palabra humana es una de las condiciones esenciales para la existencia de la sociedad.

L. Carrau.

El hombre de valor es hombre de palabra y huye de la vergüenza de mentir más que de la muerte.

Corneille.

La falsa modestia es el último refinamiento de la vanidad.

La Bruyère.

El celoso es un mártir que martiriza.

Condesa Diana.

LA DICHA EN UNA BROMA.—COMEDIA CARNAVALESCA

ACTO I

Época actual. - La acción en Madrid

PIERROT. *(Saliendo de su casa. Al Gitano, que espanta, con las desaforadas narices de su careta, á los chiquillos que disfrazados con unos harapos de mujer y toscas caretas de ínfimo precio, discurren por el arroyo, con sendas escobas al hombro. Con su voz natural.)* —¿Adónde vamos?

GITANO.—Adonde quieras... Después de todo, se nos ha malogrado la combinación...

PIERROT.—Eso ocurre en la vida, á cada paso... ¡Todo el año es Carnaval!.. Nosotros tenemos el Carnaval de la vida y la vida de Carnaval... Estos dos Carnavales sólo se diferencian en que en el primero nos lanzan á la fuerza y en el segundo podemos ó no tomar parte, según nos plazca. En el primero, se nos imponen de antemano una máscara y un disfraz, y á unos les toca hacer reir, á otros hacer llorar y á otros pasar inadvertidos, como estos mascarones que discurren hoy por ahí sin lograr una mirada para sus miserables andrajos, su tosca careta y sus vulgares ademanes. Y ¡desgraciado del que no se conforme con su papel ó no acierta á desempeñarlo!.. Acaba en el suicidio ó en la deshonra... En cambio, en la vida de Carnaval podemos elegir el disfraz que se nos antoje y la careta que nos guste, y si acertamos como si nos equivocamos, el premio es el mismo: una sonrisa siempre, de desdén ó de agrado... En el Carnaval de la vida no se puede decir todo lo que se piensa, aunque se piensen cosas hermosas; en la vida de Carnaval puedes decir cuanto te plazca; cuanto más grande sea el disparate, más te aplauden... Y ya ves, ¡qué ironía más cruel! El Carnaval de la vida es eterno... La vida de Carnaval dura unos días, unas horas, entre carcajadas, cascabeleos, gritos y colorines...

GITANO. *(Burlón)*.—¡Metafísico estás!..

PIERROT.—Es que me cansa el Carnaval de la vida.

GITANO.—Poco se conoce... Deseas disfrutar la vida de Carnaval—la verdadera vida, según tú—y nos hemos pasado los dos primeros días encerrados en tu gabinete... ¡Y hoy el Carnaval toca á su término! Son las cuatro...

PIERROT.—¡Paradojas del destino!.. He aguardado

Pasan al trote coches con máscaras, coches sin máscaras, carrozas que avanzan majestuosamente...

con ansia, con tormentosa impaciencia, la llegada de este paréntesis de la vida, y ahora lo veo pasar con tristeza, con desesperación...

Gitano.—¿Por qué?..

Pierrot.—Porque esa mujer *(señalando al balcón del piso principal de la casa frontera)* va á ser mi perdición.

Gitano.—¿Tu perdición?

Pierrot.—Sí. La amo como se ama el misterio, lo desconocido... La amo con manía de loco, con éxtasis de poseído... ¡La amo!.. ¡La amo!.. *(Conmoviéndose hasta el disfraz.)*

Gitano.—Pero, hombre...

Pierrot.—Sí. Y de tal modo ha llegado á meterse en mi imaginación..., que me priva de todo esfuerzo intelectual... Ya hace tiempo que escribo poco, muy poco.. Y mi escasa labor literaria es pobre y mezquina... Es labor de distraído... Pues bien; he llegado á no poder escribir nada. ¡Estoy asustado!.. Temo que esa mujer me haya secado la inspiración...

Gitano.—Yo te he oído decir que la mujer inspira siempre, cuando es hermosa...

Pierrot.—Cuando no se la ama... de veras..., porque hay muchos espejismos del amor...

Gitano.—No, no... Hay grandes amores que han inspirado grandes obras...

Pierrot.—¡Oh, sí! Cuando ha pasado la tempestad amorosa y ha roto el misterio de dos almas y desolado un corazón... Entonces es cuando el verdadero amor inspira obras hermosas... Pero antes, durante la gestación del idilio ó de la tragedia amorosa, cuando las brumas de lo desconocido rodean al artista enamorado, que no sabe si verá satisfecho su amor; que ignora si su pasión es amor verdadero ó una afección pasajera; que duda, que vacila, como en el borde de un abismo profundo... ¡Oh, no! Con vacilaciones no se hace el Arte...

Gitano.—Bueno. Pero hazme el favor de no divagar tanto. Estamos llamando la atención. ¿Vámonos?

Pierrot.—¿Y si saliera *ella* cuando nos fuéramos?

Gitano.—Sería preferible... Al fin y al cabo, en la Castellana la veríamos...

Pierrot. *(Pataleando un poquito como un niño contrariado).*—¡Yo necesito que salga!.. Necesito encaramarme á su coche y decirla... lo que no me atrevería á decirla sin careta...

Gitano.—¡No es un crimen!..

Pierrot.—Pero es una osadía...

Gitano.—A las mujeres les encantan los osados...

Pierrot.—Mira. Me fastidia que se hable de la mujer generalizando... Yo creo que todas las mujeres son distintas... San Agustín decía que el hombre es un mundo en pequeño... Pues yo diría que cada mujer es lo menos un millón de mundos muy grandes, inexplorables...

Gitano. *(Riéndosele).*—¡Ja, ja, ja!

Pierrot.—Pero volvamos á *ésta*... Y á propósito de osadías... Hace seis meses que se mudó ahí... Venía de París... Es española, madrileña... Una tarde de primavera, en un instante de esos de desaliento que todos los artistas solemos tener al principio de nuestra carrera, me asomé al balcón... En el suyo estaba ella, de luto y más que triste aburrida... Sus ojos verdes y su hermoso pelo negrísimo, con reflejos azulados, me cautivaron y me quedé como en éxtasis... En el piso de encima del mío abrieron un balcón... Al ruido levantó instintivamente la cabeza y su mirada me sorprendió como fascinado... Se retiró bruscamente, pegandò un portazo que hizo tintinear la cristalería... Después, si he querido verla, he tenido que ocultarme detrás de los visillos de mi balcón. Un día me decidí á ser audaz y quise saludarla con una inclinación de cabeza... No me devolvió el saludo... Otro día en que quise sobornar á la doncella, no pude conseguir más que la noticia de que su señora era viuda... y que no le había conocido novio alguno... En cuanto á mi declaración, tuve que mandarla por correo...

Gitano.—¿Y te contestó?

Pierrot.—Sí; recibí una carta que decía: «Muy señor mío: Como secretaria de la señora viuda de Zarzoso y encargada de abrir su correspondencia, he de manifestarle que tengo orden terminante de devolver, sin enseñárselas, todas las cartas de la índole de la suya; orden que me apresuro á cumplir, estrechando la mano de usted... Claudia Pérez.»

Gitano.—¡Qué atrocidad! ¿Quién es esa Claudia?

Pierrot.—Una vieja que vive con ella.

Gitano.—Pues déjala... Olvídala...

Pierrot.—¡Vámonos!..

(Echan á andar, tuercen por la calle del marqués de Valdeiglesias y salen á la de Alcalá, atestada de una abigarrada multitud que se dirige alborotando hacia la Cibeles. Pasan al trote coches con máscaras, coches sin máscaras, carrozas que avanzan majestuosamente y cuyas máscaras alegran su paso con carcajadas locas, gritos alegres, ademanes movidos, que contrastan con la impasibilidad misteriosa de sus caretas, con los matices que arranca el sol á sus disfraces pintorescos, con las multicolores serpentinas que van y vienen de las carrozas á los coches, describiendo artísticas y trémulas parábolas que susurran ligeramente...)

ACTO II

Frente á la Cibeles

Gitano. *(En la acera del ministerio de la Guerra.)*—Oye, que te llaman...

Pierrot. *(Sorprendido.)*—¿A mí?..

Gitano.—Sí. Esa *Locura* que va en ese coche de dos caballos...

Pierrot.—No es á mí...

Gitano.—Sí, hombre, sí...

(En un coche, una mujer de formas suaves y graciosas y disfrazada de Locura, hace señas al Pierrot.)

Pierrot.—Oye, sube conmigo...

Gitano.—Qué, ¿tienes miedo?

Pierrot.—No. Pero me pongo nervioso cuando una máscara se me dirige... Eso es yendo sin disfraz... Con disfraz me pongo más nervioso...

Gitano.—¿Por qué?

Pierrot.—¡Qué sé yo! ¿Quién es esa mujer? No puede reconocerme debajo de este disfraz... ¿Para qué me llamará?

Gitano.—¡Vamos!

(Suben algo cohibidos. El coche echa á correr.)

Locura.—¡Pobre Pierrot!.. La verdad es que los hombres de talento sois todos unos pobrecitos tontos.

Pierrot.—¡Ah! ¿Me conoces?

Locura. *(Con una carcajada burlona.)*—¡Qué modesto eres! Hablé de talento y te diste por aludido.

Pierrot.—¡Ah! *(Estremeciéndose corrido.)*

Locura. *(Dirigiéndole á través de los ojos de su inmóvil careta verde una mirada burlona.)*—Soy yo la que habló mal... Los que os creéis hombres de talento no sois más que unos infelices...

Pierrot.—*(Emocionado.)* Pero ¿me conoces?

Locura.—¿No te he dicho que eres un tonto?.. ¿Quieres mejor prueba?..

Pierrot.—¿Y por qué soy un tonto?

Locura.—Porque la mejor prueba de talento está en saber ser feliz...

Pierrot. *(Al Gitano.)*—Esta está enamorada... Por eso viene con estas filosofías...

Locura.—Sí. Estoy enamorada... Supongo que no será vergonzoso el confesarlo...

Gitano. *(Socarrón.)*—En Carnaval, no.

Locura.—Por eso adoro el Carnaval... Además se puede conocer mejor á las gentes. La inmovilidad de la careta no engaña como los músculos de la cara...

Gitano. *(Tomando á la mujer disfrazada por lo que no es, intenta cogerla una mano.)* Oye, tú debes ser muy fea...

Locura. *(Dando un puñetazo en las narices de la careta del Gitano y riendo.)*—¡Que te vas á lastimar!..

Gitano. *(Avergonzado.)*—¡Perdona!

Locura. Te has equivocado... No soy lo que crees... Los hombres soléis padecer mucho esa equivocación... Os atenéis siempre á la impresión primera. Para vosotros, un peinado llamativo, una sonrisa franca, una conversación sin hipocresías, son siempre indicio inequívoco de liviandad en una mujer.

Gitano.—Bueno. Perdona, querida... Y permíteme una pregunta... ¿Nos has llamado para darnos esas lecciones?

Locura.—A ti, no. A mi pobre Pierrot, que se ha quedado tan mudo como su careta, sí...

Pierrot.—¿A mí?

Locura.—Sí. Cuando he leído tus cuentos, tus artículos, te creí otro hombre. Yo te creía alegre, despreocupado, ingenioso, atrevido...

Pierrot. *(Buscando inútilmente una frase ingeniosa en su cerebro, y como es natural, no hallándola.)*—¡Es que hoy me he disfrazado!..

Locura.—Pues yo voy á aconsejarte una cosa... Para ser feliz, hay que saber ver dónde, cómo y de quién se enamora uno... Y sobre todo..., dejarse amar. El verbo amar es más hermoso cuando lo conjugamos por pasiva...

Pierrot.—Pero ¿adónde vas á parar?

Locura.—A decirte una cosa... Que te amo, que te amo como tú puedas amar...

Gitano.—¡Qué gracia!

Pierrot.—¡Qué broma!

Locura.—¿Lo ves? Eso pasa siempre.. Luego los hombres os quejáis si una mujer, al oiros decir que la amáis, os contesta: «¡Qué gracia! ¡Qué broma!» ¿Queréis decirme en qué se diferencia el alma masculina de la femenina?

Pierrot.—¿Pero quién eres?

Locura. Soy mujer.

Gitano.—Se te conoce en lo habladora...

Locura.—Soy hermosa..., muy hermosa...

Gitano.—Eso se puede decir con careta...

Locura.—Sin careta no necesitaría decirlo...

Gitano.—¿Y tienes alma?

Locura.—Más grande que las dos vuestras...

Pierrot.—¿Y sabrás querer?

Locura.—Sé hacer la felicidad de un hombre...

Pierrot.—¿Pero quién eres?..

Locura.—Una mujer que te ama y que te hará muy feliz si sabes encontrarla, y si sabes hacer lo que he hecho yo, ir á decírselo francamente, resuelto, decidido, como el que sabe que va á pedir lo que ya es suyo... Oye, ¿quién es aquélla?.. *(Señalando con su manecita enguantada de blanco á un lado del paseo.)*

(Pierrot y el Gitano se vuelven violentando mucho su postura, porque la careta sólo permite ver un reducido espacio ante ellos y les impide la vista de lo que pase á su lado. Cuando vuelven la cara, la Locura se ha deslizado rápidamente de su coche y se ha metido en otro que va en la fila en dirección opuesta. Pierrot y el Gitano lanzan una exclamación de sorpresa.)

Pierrot.—¡Nos ha burlado!

Gitano.—¡Qué broma!

Pierrot.—¡Y tendremos que pagar el coche!..

Gitano.—¿Estaría en combinación con el cochero?

Pierrot.—Va allí en aquel coche... ¡Cochero! ¡Cochero!

El cochero.—¿Qué manda usted?

Pierrot.—¡A escape! ¡Siga usted aquel coche. *(Señalando al en que huye la Locura.)*

El cochero.—No es posible, señorito; hay que seguir la fila... hasta la primera bocacalle...

Gitano. ¡No! ¡No hace falta!..

Pierrot.—¿Por qué?

Gitano.—Porque para enterarme de quién era le quité su bolso... *(Abriéndolo y registrándolo.)* Billetes de Banco..., un pañuelito de encajes... ¡Ah! Un tarjetero. *(Sacando una tarjeta.)* ¡Ah! Mira. *(Dándole la tarjeta.)* Lee...

Pierrot. *(Sintiéndose desfallecer de alegría y de felicidad.)*—¡*Ella*! ¡Es *ella*!

Gitano. -Es ella, que es más valiente y más mujer que tú hombre...

Pierrot. -¿Por qué?

Gitano.—Porque ha sido más astuta...

Pierrot.—¿Y si ha sido una broma?..

Gitano.—Ve á devolverle el bolso...

ACTO III

Pierrot. *(Sin careta.)*—Perdóneme usted, señora... No he querido entregarle esto *(el bolso que lleva en la mano)* á la doncella por no privarme del placer de ponerme á sus pies.

La viuda. *(Con una tranquilidad incomprensible.)*—¡Sí! Sabía que lo tenían ustedes...

Pierrot. *(Asombrado.)*—¡Pero usted sabía!..

La viuda.—Como que vi que su amigo de usted lo cogía...

Pierrot. *(Cayendo de rodillas ante ella.)*—Señora, vengo por su amor; yo seré su esposo, su esclavo..

La viuda.—¿Qué hace usted? *(Riendo de un modo que le da frío á Pierrot.)*

Pierrot.—Vengo por lo mío..., por su amor...

La viuda.—¿Y si hubiese sido una broma?

Pierrot. *(Levantándose y hablando convencido.)*—¡Oh! No... No fué una broma. Acuérdese usted que dijo que la careta engaña menos que la cara... Y entonces, cuando usted me dijo que me amaba, yo vi en la careta algo extraño, como si la verdad la iluminase... Usted sabe lo que he sufrido por usted...

La viuda.—Por mí no, por ser un tonto...

Pierrot. *(Ebrio de dicha.)*—¡Ah!

La viuda.—Luego hablan de las mujeres... Si la mujer no tuviera más ingenio que los hombres para buscar su felicidad, ¡qué desgraciados serían muchos de ellos!.. Y ahora, *(llamando)* ¡Claudia!

Claudia. -¿Señorita?..

La viuda. -Claudia, tenga usted la bondad de acompañarnos...

Claudia. *(Comprendiendo.)*—¿Tendrá usted que encargar tarjetas nuevas?

La viuda. *(Mirando enamorada á Pierrot.)*—¡Una broma de Carnaval!..

Pierrot.—¡Una broma y es mi felicidad!..

La viuda. *(Con acento de profunda convicción y de clara experiencia.)*—No se entusiasme usted... Hoy nos queremos y ciframos nuestra felicidad en el cariño... ¿Será éste nuestra dicha? Piense usted que la dicha, como la infelicidad, no es más que una broma de esa máscara que se llama el *Destino*.

El Bachiler Corchuelo.

(Dibujo de Julio Borrell.)

MIMADO POR LA FORTUNA.—¿CUÁL ESCOGERÉ?, dibujo de G. Blakeney Ward

OBRAS PICTÓRICAS DE GAINSBOROUGH

Este famoso artista inglés, rival de Reynolds en el retrato y de Wilson en el paisaje, es considerado por la mayoría de sus compatriotas como el padre de la pintura inglesa moderna. Su influencia se siente, á pesar de los juicios desfavorables de algún afamado crítico alemán, en los artistas de buena parte del reinado de Victoria, en Constable, en la escuela de Glasgow y en los que fueron alumnos de la Academia de arte moderno.

El pintor Gainsborough. – Autorretrato

Gainsborough fué ante todo retratista por sus aptitudes y por vocación. Verdad es que la fuerza de la pintura inglesa está en el retrato, y que á éste recurre el arte británico hasta en su época de decadencia, constituyendo el arte nacional; los lienzos de Mitología, de Religión ó de Historia no escapan á la influencia del extranjero. Pero es injusto comparar los retratos de Gainsborough con los de nuestro Velázquez, como se nota en los trabajos de algunos críticos ingleses. Velázquez poseyó como nadie lo que debemos considerar como más extraordinario y sublime en la fuerza artística: el dominio de las masas y la representación del desnudo. Gainsborough no pudo llegar nunca á rayar tan alto; el artista inglés, que vestía sus figuras con los trajes de Van Dyck, se desconcertaba en cuanto tenía que formar un grupo, y aun en su *Musidora*, que es, en el verdadero sentido del arte, lo más grande que salió de su estudio, hay profundos errores anatómicos que no puede borrar de la mente ni siquiera el encanto de tantas cosas bellas como contiene el lienzo.

Niño rosa

El gran mérito de Gainsborough está en otra parte: está en la vida de las figuras aisladas, en el colorido y en la luz. Acaso, para hacer justicia seca, sea necesario afirmar que nuestro artista no puede entrar en la comunidad de los grandes maestros, de los gigantes de la pintura; pero nadie puede negar que casi todos sus lienzos sugestionan por la finura, la gracia, la elegancia. ¿Quién duda que el retrato de la duquesa de Devonshire es encantador por su delicadeza?

Mrs. Siddons

¿Quién no se impresiona ante *Mrs. Robinson,* uno de los modelos más perfectos de gracia femenina? ¿Quién no admira la elegancia, la inimitable armonía de tonos fríos que se observa en el *Niño azul,* superior, desde muchos puntos de vista, al *Niño rosa?*

Musidora

La exquisita ejecución que se observa en los cuadros de Gainsborough va acompañada de otra cualidad eminente, digna de veneración: la independencia. Reynolds pasó su vida en perpetua esclavitud artística; fué un clasicista impenitente, un académico entusiasta. Gainsborough fué independiente, libre, quizás porque le ayudó materialmente la fortuna; ganó sumas fabulosas en Ipswich y en Bath, é hizo vida de gran señor en Londres.

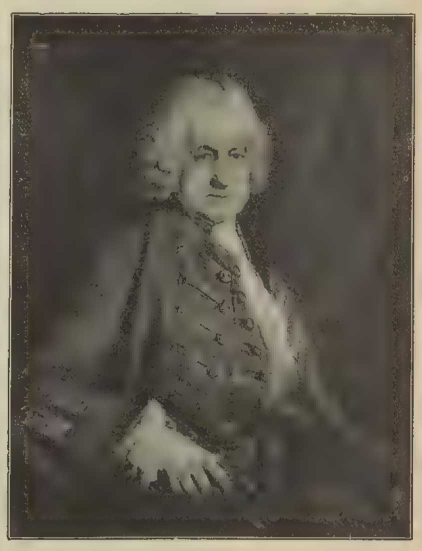
En la última época de su vida parece que Gainsborough adquirió una ligereza inimitable: dicen algunos de sus biógrafos que la mano del artista es ligera como el paso de una nube y fugaz como el reflejo de un rayo de sol. Lo cierto es que el autor de *Musidora* se revela como un maestro en la ejecución, digno y airoso en la expresión y profunda y esencialmente inglés en el sentimiento. *Ve* la vida; la naturaleza pasa por su espíritu y reaparece palpitante en el lienzo, con su propia animación, sus tonos alegres ó sombríos y su fuerza vigorosa. En muchos de sus cuadros se descubre al precursor de Constable; otros, con sus nubecillas rosadas, sus árboles obscuros en primer término y azules en el fondo, recuerdan los admirables paisajes de Watteau y de algunos de sus discípulos; otros, en fin, nos traen á la memoria los lienzos de Ruisdael y de Hobbema. Ante *El manantial,* el más acabado de sus paisajes, enmudece la crítica, llena de admiración: tal es la verdad del ambiente, lo justo y entonado del colorido, la extraordinaria firmeza y habilidad de la factura. El *Niño azul,* en donde Gainsborough resuelve magistralmente el problema del color, se cita además como ejemplo artístico de delicadeza y de gracia. Reynolds, cuyos niños, si exceptuamos *La edad de la inocencia,* suelen tener la gravedad y á veces la dureza de facciones del hombre adulto, no hubiera llegado nunca á pintar un rostro juvenil con la viveza y expresión que tienen el *Niño rosa* y el *Niño azul.*

MRS. ROBINSON

Gainsborough, como Reynolds, como Roseburn, es un *clásico* inglés, y como éstos, tiene una personalidad distinta y vigorosa. Se comprende: así como los alemanes contemporáneos suyos ansiaban ser cosmopolitas é iban de Inglaterra á Francia y de aquí á Italia, los ingleses, aferrados á la cultura propia, continuaron siendo *ingleses,* esto es, artistas nacionales, que, de este modo, han logrado ser clásicos.

Se ha comparado mucho á Gainsborough con Reynolds, aunque existen marcadísimas diferencias entre ambos pintores. El dibujo de Reynolds es mucho más correcto que el de Gainsborough, pero sus composiciones mitológicas son tan artificiales, tienen tan poco del propio espíritu del artista, que con sobra de razón han sido olvidadas, casi en su totalidad.

Si se quiere comparar á estos dos famosos pintores, contemporáneos entre sí y representantes de la pintura de su época, el crítico debe buscar los términos de la comparación en lo análogo, en lo semejante, y no en lo heterogéneo. Comparar, por ejemplo, el delicioso *Niño azul,* de Gainsborough, con la *Sibila,* de Reynolds, vendría á ser como si quisiéramos hallar la relación entre Goethe y Schiller parangonando las encantadoras escenas del *Fausto* y de *La novia de Mesina.* Contemplando el *Niño azul* se cree firmemente que Reynolds no hubiera podido producir la admirable armonía de tonos de que hablábamos antes; pero si se considera la *Condesa de Albemarle,* de Reynolds, cualquiera se convence de que Gainsborough no hubiera conseguido la inefable delicadeza de tonos grises que forma el encanto de este lienzo.



ALMIRANTE HAWKINS

LA REINA CARLOTA

Ambos artistas se completan; ambos fueron retratistas de *profesión;* es decir, que no escogieron sus modelos, sino que pintaron *por encargo,* y si los visitó únicamente la flor y nata de la aristocracia de la sangre y de la inteligencia, esto lo debieron á la época y á las circunstancias de ésta, más aún que al mérito. La misma diferencia de sus caracteres establecía otra distinción en las obras de ambos rivales: Gainsborough, afortunado siempre y de temperamento sanguíneo, acertó más bien entre las gentes de buen humor, ganosa de los placeres del mundo; Reynolds, el pensador, tuvo los mayores triunfos pintando á los sabios y poetas de su tiempo. Por último, el colorido es también á manera de un trasunto del carácter y temperamento de cada uno: Gainsborough se acerca más á la escuela veneciana que á Watteau, aunque ya hemos dicho que muchos de sus paisajes recuerdan al gran paisista francés.

SALIDA DEL BAILE, CUADRO

ROMÁN RIBERA. (Salón Miralles.)

EL SR. ARMIN MULLER

El día 2 del actual, el Consejo Federal helvético nombró al coronel de artillería del ejército suizo Sr. Armin Muller jefe superior de la Policía Internacional, que con arreglo á lo consignado en el acta de Algeciras debe establecerse y organizarse en el imperio marroquí. Los antecedentes y circunstancias de tan distinguido militar hacen suponer que llenará satisfactoria y cumplidamente los difíciles deberes que su elevado cargo le impone y corresponderá á la confianza de que ha sido objeto. Joven todavía, pues nació en 1855, desempeñaba actualmente el cargo de comandante militar de Berna. Dotado de gran energía, espíritu sereno y vasta ilustración, reune circunstancias especialísimas para llevar á cabo airosamente su cometido. Posee varios idiomas, así como goza de gran posición, abrigando el propósito de establecerse en Tánger, con su esposa y sus cuatro hijos, tan pronto como el sultán haya ratificado su nombramiento, de conformidad con lo establecido en la referida acta de Algeciras. Acompañará al Sr. Muller, en calidad de ayudante, un capitán del ejército helvético.

MIMADO POR LA FORTUNA.–¿CUÁL ESCOGERÉ?

DIBUJO DE G. BLAKENEY WARD

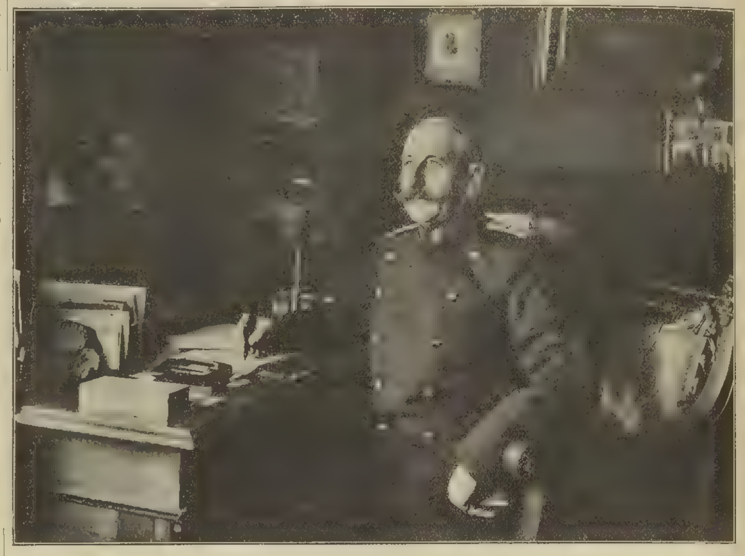
La abundancia, el exceso de riquezas no constituye la felicidad, singularmente cuando el que las posee se halla ya hastiado de los goces que aquéllas le reportan. Así acontece al niño mimado, al acariciado por la fortuna, que después de haber satisfecho todos sus deseos y sus menores caprichos é indicaciones, hállase indeciso, perplejo, ante el conjunto de juguetes que sus padres le ofrecen, sin darse cuenta de su importancia, sin apreciar su mérito y el valor que cada uno de ellos representa, ahitado, repleto en sus infantiles goces, por la abundancia de que siempre se le ha rodeado, por la debilidad afectuosa de los autores de sus días, que ante los consejos de su cariño, no se han dado cuenta de las pesadumbres y sinsabores que en lo porvenir la suerte podía reservar á su hijo, al sufrir los rigores de las primeras contrariedades, la amargura de las primeras decepciones.

Tal es el asunto que ha servido de tema al autor del dibujo, que con su trabajo ha demostrado su temperamento de artista y su carácter de hombre pensador y moralista.

SALIDA DE BAILE, CUADRO DE ROMÁN RIBERA

Otra bellísima producción del excelente artista Román Ribera nos cabe dar á conocer á nuestros lectores. Su «salida de baile» de hoy es digna compañera de aquellas que hace años le dieron celebridad. En la de hoy obsérvanse las mismas bellezas, igual distinción, análoga primorosa tonalidad. Si cabe, justo es consignar que la producción á que nos referimos representa mayores méritos que las anteriores, porque á medida que los años transcurren, se afirman las cualidades y aptitudes del artista, se patentiza su maestría y se manifiesta ese buen gusto que constituye la característica de las obras de Ribera, en quien hemos de ver siempre á uno de los más genuinos representantes del arte contemporáneo de nuestro país.

Bien haya el artista que tantos motivos ofrece para que se le aplauda, y bien haya el amigo querido, merecedor de nuestra admiración y simpatía.



ARMIN MULLER, jefe superior de la Policía Internacional en Marruecos

PARÍS.–UNA «CHAUFFEUR» PONIENDO EL AUTOMÓVIL EN MARCHA. (De fotografía de Branger.)

PARÍS.–LAS MUJERES «CHAUFFEURS»

En uno de nuestros números anteriores dimos cuenta de que en París varias mujeres habían solicitado autorización para ser cocheras y sufrido los correspondientes exámenes de práctica y de teoría, sin que ninguna hubiese alcanzado tan *alto* honor por no haber salido airosas en los dos á la vez, como se requiere. Hoy el feminismo ha dado otro paso más: no contentas las mujeres con disputar á los hombres la profesión cocheril, pretenden substituirlos en la de *chauffeur*, que no sabemos si ofrece más ó menos peligros que la primera. De todos modos, la prueba se ha verificado ya, y si eran muchos los que se disputaban el honor de ser cocheados por un automedonte con faldas, no serán pocos los que querrán que una automovilista simpática les conduzca por las calles y plazas de París, pues tiene la profesión de *chauffer* femenina la ventaja, sobre la de cochero, de que será muy posible entablar diálogos más ó menos edificantes, aun á riesgo de que por consecuencia de una distracción se estrellen contra un farol ó una esquina el pasajero y su conductora.

MISCELÁNEA

Espectáculos.–PARÍS.–Se han estrenado con éxito: en el Odeón, *La maison des juges*, comedia en tres actos de M. Gastón Lerroux; en la Parisiana, *¡Viva la Parisiense!*, comedia en cinco cuadros de M. Mauricio Froyez; en el teatro Antoine, *Anna Karénine*, comedia en cinco actos y siete cuadros de M. Edmundo Giraud, sacada de una novela de Tolstoi; en el teatro Sarah-Bernhardt, *Les bouffons*, comedia de Miguel Zamacois; en el Palais-Royal, *Madame Tantale*, vaudeville en tres actos de MM. Kéroul y Barré, y *La petite boheme*, opereta en tres actos de M. Pablo Ferrico, con música de M. Enrique Hirchmann; en el Ateneo, *La soeur*, comedia de M. Tristan Bernard; en el teatro Rejane, *La fille de Jephté*, comedia en un acto de Félix Cavallotti; y en el Vaudeville, *Princesses d'amour*, comedia en cuatro actos de la Sra. Judith Gautier.

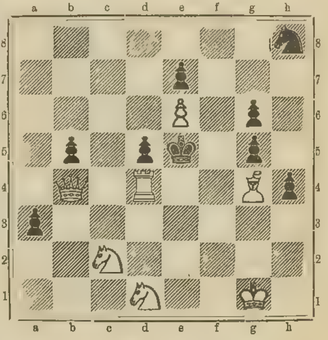
BARCELONA.–Se han estrenado con éxito: en el teatro Eldorado, el juguete cómico en tres actos *La muñeca eléctrica*, de Alejandro P. Maristany, y el drama en un acto *Valor*, de Modesto Urgell. En el Gran Teatro del Liceo se ha cerrado la temporada de ópera con la representación de *La Valkyria*, de Wagner.

–La Asociación Musical de Barcelona ha cesado ya el contrato con la Junta de gobierno del Gran Teatro del Liceo para dar en el mismo cuatro conciertos sinfónicos en la próxima temporada de Cuaresma, en los que se ejecutarán obras de importantes compositores. Dos de dichos conciertos serán dirigidos por el maestro Siegfried Wagner, y se darán á conocer obras capitales de las escuelas modernas alemana, belga, francesa é italiana, entre las que figurará la audición, primera en España, de los poemas *La mer*, de Gilson; *Psichis y Eros*, de César Frank, y el oratorio *La resurrección de Lázaro*, del abate Perosi.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 451, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 450, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Db7–c8	1. g7–g6
2. Af8–a3	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES

1...... Rd4–c3;	2. Cc7–b5 jaque, etc.
Rd4–e5;	2. Dc8–f5 jaque, etc.
Ta6–b6;	2. Af8×g7 jaque, etc.
c6–c5;	2. Af8×g7 jaque, etc.
Otra jug.ª;	2. Cc7–b5 jaque, etc.

Después de comer, Isabel se aisló, acompañada del joven oficial, en una otomana..

EL MIEDO A LA VIDA

Novela por **ENRIQUE BORDEAUX**, *coronada por la Academia Francesa.*—Ilustraciones de Carlos Vázquez

(CONTINUACIÓN)

Y ya acariciaba un proyecto cuya ejecución era sencilla y fácil.

—¿Quieres despedirte de mi madre?, dijo Marcelo. Entra un momento.

Los dos amigos subieron la escalinata y entraron en el salón, donde la señora Guibert y Paula trabajaban á la débil luz del crepúsculo. El rostro de la primera se iluminó al abrirse la puerta y ver á su hijo; pero el de la joven siguió obstinadamente inclinado sobre un cubrecamas que bordaba para la cuna de un sobrinito.

—Vengo á despedirme de ustedes, dijo Juan.

—¿No espera usted á su amigo? ¿Ya tiene usted que marchar?, preguntó la señora Guibert con verdadera pena, pues apreciaba su viveza juvenil y su alegría, sin hacer caso de su reputación de joven ligero y despreocupado.

Además le estaba agradecida porque distraía á su Marcelo como ella no se atrevía ni hubiese sabido hacer; á su pobre hijo, en quien iba siguiendo las huellas de su pena abrumadora, la marcha de su dolor, como quien sigue un fúnebre convoy, temblando por su altivez sombría.

—Dentro de tres días embarcaré en Marsella. Mi licencia acaba antes que la de su hijo.

Paula alzó por fin la cabeza. Juan, que la estaba mirando, leyó en sus ojos un reproche, y en su palidez un sufrimiento. Pero siempre podemos dudar de una mirada y del curso de la sangre bajo las rosas de una cara. Son estas expresiones tan rápidas y fugitivas y de una interpretación tan misteriosa, que rehusamos voluntariamente interpretarlas si las creemos desfavorables ó que deban procurarnos una molestia. Aquella niña de cara seria, modales armoniosos y cuya gracia algo altiva dejaba adivinar una voluntad concentrada, le atraía y desconcertaba al propio tiempo. Hubiérase alegrado de oirla hablar amistosamente y su reserva le paralizaba. Su aprobación y aprecio le hubiesen exaltado y fortalecido; pero veía que para merecerlos era preciso emprender grandes acciones, experimentar grandes sentimientos, y temía lo que en su interior llamaba *andar sobre las cimas.* Y sobre todo evitaba con cuidado meditar acerca de la impresión ambigua que le causaba. ¡Cuántas vidas se deslizan en pleno equívoco, sin profundizar el secreto de afinidades que hubiesen modificado su destino, y cuya energía presentida espanta á la mayoría de los hombres!

La señora Guibert quiso acompañar al joven hasta el patio. Al pie de la escalinata le dijo muy de prisa y en voz baja, aprovechando un momento en que Marcelo estaba algo separado:

—*Cuídele* mucho durante este invierno. Yo se lo suplico.

Juan miró á la anciana con dulzura. Su confianza en él le conmovía.

—Se lo prometo, señora. Es mi hermano mayor.

Y volviendo la cara, vió y admiró sobre la escalinata el perfil enérgico, la silueta de líneas puras de Paula vestida de luto. Pero ella miraba hacia adelante, contemplando las rosadas tintas de aquel cielo de otoño desvaneciéndose en lo alto de los montes...

Aquella misma tarde Juan Berlier comía en la Chênaie, en donde encontró, como siempre, á Isabel Orlandi. Aunque próxima á casarse, nunca había sido tan audaz en su *flirteo,* ni jamás había demostrado un desprecio tan grande á las conveniencias sociales. Mientras tanto, el Sr. Landeau, aprovechando una gran baja en los mercados industriales y descubriendo con tacto el moderno sistema de seducir, hacía la corte á su futura, desde lejos, realizando grandes ganancias, cuyo empleo saboreaba ella de antemano. Sus cartas contenían breves pero significativas alusiones á sus éxitos financieros, cuya virtud galante adivinaba.

Después de comer, Isabel se aisló, acompañada del joven oficial, en una otomana medio oculta entre un frondoso grupo de palmeras y helechos.

Para que sus reuniones resultasen agradables, la señora Dulaurens toleraba estas intimidades mientras no se prolongasen demasiado.

A Juan le hacía falta una complicidad femenil para realizar su proyecto, de una sencillez extrema. Éste consistía en llevar á Alicia, bajo un pretexto cualquiera y á una hora conveniente, al bosquecillo de encinas, en donde se encontraría de manos á boca con Marcelo, que vendría por la carretera de Chaloux. Pero él solo no podía llevar á la joven á disfrutar de la fresca sombra de los árboles. Necesitaba una aliada de cuya discreción estuviese seguro.

«Esta podría servir—pensaba mirando á Isabel.—¿Pero será leal?»

Como no podía elegir, se decidió por aquella alianza sospechosa.

—¿Qué tal le parece á usted el dragón?, preguntó á su linda acompañante, señalando á través de las verdes plantas al vizconde de Marthenay que hacía monerías delante de Alicia, mientras la pobre muchacha, por no verle, se absorbía en la contemplación de un libro de imágenes cuyas hojas se olvidaba de volver.

Ella se echó á reir.

—¿El dragón? Es el Sr. Landeau de Alicia. Cada una tiene el suyo.

—¿Quiere usted ayudarme á jugarle una mala pasada?

—¡Ya lo creo! Recordaremos el día de la batalla de flores.

—Entonces venga usted mañana, después de almorzar, á las cuatro próximamente. Yo estaré aquí.

—Si usted viene, tendré que venir. ¡Es de clavo pasado!

—Acercándose á su rubia amiguita, cuyas mejillas están pálidas desde hace unos días, le dirá usted: «Es preciso distraerse, respirar el aire del bosque; no encerrarse entre cuatro paredes.»

—Yo diré á mi rubia amiguita: «Es preciso distraerse, etc.»

—Y nos la llevaremos al bosque de encinas.

—Y al bosque de encinas nos la llevaremos.

—A una señal mía la dejaremos...

—¿Hablamos en verso?

—La dejaremos sola. Y si usted ve ó comprende algo, ¿guardará el secreto?

—¡Si no entiendo una palabra!

—Esto es lo que hace falta.

—Dígame por lo menos qué es lo que veré.

—¡Eva curiosa! ¿Es usted capaz de guardar un secreto?

—Si es usted quien me lo confía, sí.

—Es un secreto que no me pertenece. Si me traiciona usted, me convierte en traidor.

Ella clavó sus hermosos ojos negros, cargados de deseos, en los de Juan.

—Juan, querido Juan, yo valgo poco, pero usted me aprecia en menos de lo que valgo. Por complacerle arrostraría toda clase de peligros... y hasta de molestias.

—Sobre todo de molestias.

—¡Pues ya lo creo! Si usted me quisiera, le seguiría al fin del mundo.

—¿Sin lujo alguno?, preguntó él con sonrisa incrédula.

Y ella contestó con risa nerviosa y enseñando sus brillantes dientes:

—Desnuda como un gusano.

Los dos se estremecieron á causa de aquéllas imprudentes frases. Él sintióse invadido por la tristeza ante aquel cuerpo hermoso cuyas formas y blancura adivinaba. Ella, antes de casarse, como quien se echa de cabeza á un precipicio, gozaba sintiendo el voluptuoso vértigo de jugar al borde del abismo.

Juan se callaba, pero en su rostro rígido ella leía el poder que sobre él ejercía. Se atrevió á cogerle la mano y le dijo en italiano para velar algo su audacia:

—*Yo vi amo.*

Juan ya no pensaba en la cita de Marcelo. Su buen humor y sus aires de conquistador, flores risueñas de su juventud, no llegaban á dominar su naturaleza delicada, leal y casi tímida. Así es que momentáneamente enamorado, no pronunció las palabras que Isabel esperaba.

—¿Entonces, dijo, por mí renunciaría usted á Landeau?

Ella encontró algo necia la pregunta, y comprendió que Juan sólo era impertinente á medias y que sus atrevimientos eran fanfarronadas. Sin embargo, le gustó aún más. En el fondo de su corazón sediento, cuya perversión tenía los titubeos de una debutante, guardaba un resto de candor infantil que sintióse conmovido por aquella inesperada honradez de Juan. Pronto vuelta en sí de su extrañeza, replicó:

—Yo no renuncio á nada.

Y de nuevo dejó oir su risa equívoca. Él comprendió lo que ella callaba, y á pesar suyo se puso colorado, lo que le molestó en extremo.

Por entre las plantas verdes vieron á Alicia levantarse y atravesar el salón como una sonámbula. Llevaba un traje de seda blanca que sentaba divinamente á su matiz de rubia. Isabel inventarió aquel traje de una ojeada rápida. Aquel examen la puso de un humor cruel y murmuró:

—Una tela muy rica y muy bien cortada. ¿Podría usted, señor teniente, ofrecerme uno igual después del casamiento?

Él volvió á la realidad, y se alegró interiormente de haberse mostrado tan ingenuo.

—¿Con mi sueldo?, preguntó.

—¡Qué le vamos á hacer! A mí me gusta todo lo que brilla.

—No es oro todo lo que brilla.

—En efecto, hay además diamantes y toda clase de piedras preciosas.

Algo desdeñoso contestó:

—Sí, todos procuran huir á la vida y tratan de olvidarla. Su madre tiene su perro, mi tío sus rosales y usted sus trajes. El amor viene en segundo término y de cualquier manera.

—Veo que por fin se vuelve usted un hombre sensato.

Con el corazón tranquilo volvió á ocuparse de su proyecto.

—¿De modo que guardará usted el secreto que mañana averiguará?

—Si digo una palabra, consiento en amar á Landeau.

—¿Quiere usted dejarse de bromas?

—Si no son bromas. Mi futuro es la cosa más formal del mundo. Si yo vendo su secreto, será señal de que ya no me gusta usted.

—¡Ah! No, no me basta; puedo dejar de gustarle de un momento á otro.

—¡Ingrato!

Y señalándole con la mano, en ademán de presentarlo á un público imaginario, dijo:

—¡Es todo un buen mozo y el pobrecito no lo sabe!

Y añadió alzando la mano:

—Se lo juro. ¿Está usted contento? Ea, diga usted de qué se trata.

Él dudó aún; después se decidió:

—Mi amigo Marcelo Guibert tiene que decir no sé qué cosas á Alicia Dulaurens, y para ello la esperará en el bosque de encinas.

—¡Ah!, exclamó Isabel algo intrigada. Pero para ello no tienen necesidad de nosotros.

—Sí, porque Alicia no sabe nada. Si lo supiese no iría.

—¡Qué tonta! Pero tiene usted razón, de ella nada me extraña. Es capaz de todas las tonterías.

—Mejor dicho, de todas las timideces. Tiene un alma hermosa y reservada.

—Mejor dicho, escrupulosa. Pero ella es rica, puede elegir el marido que más le guste; lo cual, dados los tiempos, es un lujo raro. ¿Cómo no prefiere el capitán Guibert al soso y presumido Marthenay? A mí el capitán me gusta mucho, casi tanto como usted. Sin embargo, me da miedo; siempre me parece que me va á reñir.

—Como que lo merece usted

—¿Lo merezco? Ríñame, pues, pero no mucho. El dragón es un estúpido. Y esta enfermedad es casi siempre incurable.

La señora Dulaurens estaba ya algo preocupada y se aproximó á ellos creyendo que su conversación había durado demasiado. Les preguntó:

—¿Alicia no está con ustedes?

—Acaba de salir del salón. Mire usted, ahí viene.

Cuando se alejó, Juan dijo de prisa para acabar de ponerse acordes:

—La señora Dulaurens no quiere separarse de su hija. ¿Entiende usted?

—¡Ah! De modo que la pobre Alicia tendrá que casarse con Marthenay. No tiene voluntad alguna; parece un polluelo mojado.

Y añadió con cómica exaltación:

—Protejamos los amores ilegítimos. ¿Qué me dará usted en recompensa de mi complicidad?

—Pida lo que usted quiera.

Ella le miró con los ojos entornados, provocadores.

—Un beso de sus labios.

Juan, vuelto en sí de su ingenuidad, contestó rápidamente:

—Conforme.

Y ahora fué ella quien enrojeció. Después se echaron á reir con la ligera cortedad que acompaña toda promesa de un placer, y dejando su retiro, se mezclaron en la conversación general.

IX

LA DESPEDIDA

Al día siguiente, todo sucedió como se había previsto. Isabel Orlandi y Juan Berlier llevaron á Alicia Dulaurens á dar su paseo por el parque, hasta el bosque de encinas en donde les esperaba Marcelo. En el recodo de un sendero los dejaron frente á frente, mientras ellos seguían paseando sobre las hojas que el otoño había secado.

Alicia, asustada, llevóse una mano al corazón. Su primer impulso fué huir, pero sintió que le temblaban las piernas y que el aire le faltaba.

—¡Quédese, por favor!, le dijo Marcelo con una voz grave y de mando, que nunca le había oído. Perdone usted mi audacia. Me marcho á Argel y no he tenido valor para alejarme sin verla.

—¡Ah!, exclamó pálida y temblorosa. ¿Qué dirá mi madre?

Solo el segundo pensamiento fué para su madre. Pero él creyó que su primer grito también se refería á ella, y lleno de despecho, frunció las cejas. Sin embargo, recobró en seguida el tono de antes.

—Alicia, yo quiero decirle que la adoro. Paula me dijo que usted me amaba. ¿Es verdad? Quiero oirlo de sus propios labios.

Ella empezó á temblar y se llevó las dos manos á la garganta cual si se ahogara, sus mejillas perdieron el color y sus ojos miraron sin verlas las hojas secas que tapizaban el camino. Las ramas de las encinas, movidas por el viento, se estremecían con lúgubre murmullo. El cielo rosado, visto á través de las copas de los árboles, anunciaba el fin del día.

Con un lamento de infinita ternura murmuró:

—No puedo decírselo.

Y esta era la confesión suave y pura de aquella alma delicada.

Emocionado hasta el fondo del alma, contempló con nuevos ojos á aquella criatura tímida que en pie, á unos cuantos pasos de distancia y con las espaldas cubiertas con un chal blanco, se destacaba como una aparición bajo la verde bóveda. Sus largas pestañas medio velaban sus ojos celestes. Detrás de ella, por entre las ramas, veíase el sol descender con sus reflejos de incendio; los negros troncos de las encinas proyectábanse en él, y las hojas de los árboles tenían tonos ardientes de sangre y oro.

—Alicia, le dijo, si me ama como yo la amo, prometa usted ser mi mujer.

Ella miró por fin el rostro enérgico del joven.

Y comprendió que había sufrido por culpa de ella y sus ojos se velaron de lágrimas.

—No puedo..., Marcelo... Mis padres...

No pudo continuar, pero sus lágrimas hablaban por ella.

Él se acercó y le cogió la mano. Ella no la retiró.

Con voz firme, persuasiva, siguió diciendo:

—No se preocupe usted, Alicia. Obtendrá su consentimiento. Tenga usted valor y voluntad para esperar. El tiempo nos ayudará. Sólo le pido que tenga constancia. Yo realizaré grandes hazañas. Marcho con una expedición al centro del Africa. Sabré conquistar á mi prometida.

Alarmada, empezó á suplicar, y sus temores revelaban su amor.

—No, no, no quiero. No quiero que por mí exponga usted su vida. ¡Ah! Si usted... me amase de veras, no se marcharía.

—Me marcho porque la adoro, Alicia.

—Usted no me conoce. Tengo miedo. Tengo miedo de todo. Soy una pobre muchacha. ¡Oh! ¡Cómo me pesa la frente!

Y llevó la mano que tenía libre á su frente y después á su pecho.

—¡Siento un peso muy grande sobre mi pecho.

—¡Alicia, no tema usted!, dijo él con pasión. Yo la amo y la protegeré.

É inclinándose, rozó con sus labios la manecita temblorosa que guardaba entre las suyas. Aquel beso la hizo estremecer. Suspiró y dijo:

—Vámonos. No está bien lo que hacemos.

—Yo la adoro. ¿No soy su prometido?

Ella repitió:

—No está bien lo que hacemos.

Uno junto al otro, inmóviles, se miraban.

Los colores de la tarde palidecían. Una niebla azul palpitaba en el parque, bajo los árboles y sobre la hierba. Era la hora misteriosa en que todo se entenece por el miedo á morir. Aún la luz no había desaparecido, pero era una luz delicada, tenue, de una languidez encantadora. Y el sendero que se perdía en el bosque era á veces de color de rosa, á veces de color violeta.

En los ojos de la joven vió los reflejos del ocaso. Toda la melancolía de la naturaleza moribunda se reflejaba en aquel espejo animado.

Jamás había sentido como entonces la fragilidad del objeto de sus amores. Jamás como entonces había ella sentido el casto deseo de apoyarse en aquella joven energía. Y sin embargo, al atraerla hacia él, inclinándose para abrazarla, le rechazó dulcemente con sus manos delicadas, murmurando por tercera vez:

—¡Oh! No. No está bien lo que hacemos.

Aquella virtud palpitante que disimulaba tan débilmente el cariño, le llenaba de respeto y emoción.

—Alicia, dijo otra vez, es preciso que me jure usted ser mi mujer.

Y ella contestó como antes había contestado.

—No puedo jurarlo. Mis padres no quieren.

Extrañado de no haber obtenido ninguna ventaja desde el principio de aquella entrevista deseada con tanta vehemencia, y que debía fijar su porvenir, replicó con firmeza, seguro de su amor y de convencerla:

—Alicia, Alicia, yo voy á partir. Tal vez esté ausente unos cuantos años. ¿Pero qué representan dos ó tres años cuando se ama de veras? Cuando se ama de veras es para siempre. Yo quisiera llevarme su promesa. Me daría valor y sería mi salvaguardia. Alicia, yo la quiero más que á mi vida. Mejor aún, sin usted no quiero la vida. Los obstáculos no tienen valor cuando se ama. Júreme usted que durante mi ausencia me guardará su corazón y esta manecita tan fría que ahora estrecho entre las mías.

Ella estaba cohibida, inmóvil y muda. Su vida se había deslizado sin iniciativas. Ni siquiera sabía si tenía ó no voluntad. Su amor la había invadido sin darse cuenta, y la afligía con su pasión, que á ella le parecía excesiva y prohibida.

Él la contemplaba—tan pálida y débil—con una infinita bondad, con el único deseo de protegerla contra las asechanzas de la suerte. Viendo que seguía callada, insistió:

—Alicia, la amo. Se acerca la noche, es preciso separarnos. El aire de otoño empieza á ser fresco. ¿Me dejará usted partir sin una palabra de esperanza?

Era la hora melancólica, la hora del recogimiento, antes de que todo vaya á mezclarse en la sombra, antes de morir. La última hora del crepúsculo iluminaba aquel puro rostro angelical, aquellos cabellos de oro. Y el blanco chal era una mancha clara entre los árboles.

Ella seguía muda é inmóvil como una muerta. Veía la lucha imposible para convencer á su madre, y el matrimonio imposible con Marthenay. Ignoraba la fuerza que podemos ejercer sobre nuestro destino cuando nos atrevemos á guiarlo con mano que no tiemble. El amor le abría de par en par todas las puertas de la vida. Y estaba asustada, tenía miedo. ¿En qué había ofendido á Dios para verse obligada á elegir por sí misma? ¿Por qué su camino no se le presentaba llano y fácil? Paralizada por el temor, no podía elegir.

¿Por qué él no seguía hablando de su dolor? Estaba tan trastornada que se hubiese conmovido y prometido. Si hubiese intentado cogerla entre sus brazos como antes, no le habría rechazado; hubiera descansado su cabeza sobre su pecho valeroso.

Pero él no quería arrancarle la promesa; quería recibirla de su propia voluntad. Esperaba, y á medida que pasaba el tiempo, contemplaba con mayor compasión aquella pobre niña de un amor tan débil. Ni el pudor, ni la timidez, ni la reserva natural, explicaban su silencio. Las circunstancias eran demasiado graves para que dudase en hablar si sentía deseos de ello. Los obstáculos que les separaban no eran más que barreras de vanidad y egoísmo fáciles de romper. Ella amaba, y sin embargo permanecía callada.

Marcelo comprendió que seguían caminos diferentes. Irguióse con altivo desdén. No obstante, para despedirse dominó su orgullo y le dijo con indulgente lástima:

—No, Alicia, no prometa usted nada. Le devuelvo á usted la palabra que empeñó á Paula. Usted no tiene energía para amar.

Y con voz firme añadió, dejando caer la manecita fría, que no opuso la menor resistencia:

—Adiós, señorita; jamás nos volveremos á ver.

Ella vió cómo se alejaba por la alameda en donde vagaban las sombras que acompañan la caída de la tarde. Él no volvió la cabeza. Ya no se le veía y aún seguía ella buscándole con los ojos. El bosque se estremecía al primer soplo del viento de la noche. Una hoja se cayó de un árbol y pasó rozando los cabellos de Alicia.

Y ante aquel presagio del invierno, sintió la muerte alrededor de ella, dentro de ella.

Cual dos fantasmas juguetones y alegres, Isabel y Juan aparecieron entre las encinas. La encontraron inmóvil en el mismo sitio donde la dejó Marcelo. Al hablarle, escapó sin contestar, y corrió hacia su casa á ocultar su cobardía. Ni siquiera pensó en confesar su pena á Juan Berlier, que podía salvarla del desastre. Corrió á su cuarto, ocultó la cara entre las manos y lloró. Y ni en medio de su dolor soñó en la lucha, abandonándose al destino cruel que consideraba inevitable...

Después de la fuga de Alicia, Isabel y Juan se miraron sorprendidos.

—¡Pues no lo entiendo!, exclamó él.

—¡Pues yo sí!, dijo ella. ¡Otra que tiene miedo á la vida! Hoy en día todas somos iguales. Queremos riquezas y nada de peligros. Sólo conozco una mujer capaz de ir por amor al otro extremo del mundo con un traje de percal.

—¿Quién?

—Paula Guibert.

Aun antes de que pronunciase aquel nombre, apareció bruscamente ante él el perfil enérgico la silueta de líneas puras de Paula vestida de luto. Isabel tuvo la intuición de lo que pasaba en él y, celosa, se acercó diciéndole con su voz más acariciadora:

—¿Y mi comisión? ¿Se ha olvidado usted de ella?

Y le presentó su cara. Y entre las débiles luces del crepúsculo, Juan pagó la comisión prometida...

Marcelo no volvió la cabeza hasta llegar á la cuesta del Maupas. Allí se paró y vió la Chênaie entre sombras, mientras que los montes resplandecían de luz. Una larga nube formada por pequeños copos se arrastraba, cual un velo desgarrado, por las montañas de enfrente, cuyas laderas, á los reflejos del crepúsculo, se teñían de un color rosa tan fino, tan delicado, que evocaba la garganta, surcada de venas azules, de alguna diosa de los Alpes, medio oculta entre velos y gasas.

Esperó, con crueldad, que las sombras llegasen á las cimas destruyendo aquella alegría del espacio, borrando aquellos voluptuosos colores. En la tristeza que envolvió al paisaje creyó respirar mejor. Más alegre, atravesó el bosque casi sin hojas que dejaba ver entre los troncos de los árboles trozos del ensangrentado cielo. A su alrededor, los mochuelos, siniestras aves del otoño y de la noche, empezaron á llamarse con sus gritos de angustia, terroríficos como ayes de víctima, que hielan el alma de los retrasados caminantes.

Ya no se le veía y aún seguía ella buscándole con los ojos

En la verja del Maupas encontróse con su hermana, que inquieta había salido á su encuentro. Paula conoció al verle el resultado de la entrevista.

—¡Ay!, exclamó.

Con pocas palabras la enteró de todo.

—Tiene miedo á la vida. No somos de la misma raza.

Ella le tomó el brazo, y al inclinarse hacia él para abrazarle, se detuvo estremeciéndose:

—¿Oyes?

—Son los mochuelos. El bosque está todo lleno de ellos.

—Vámonos. Me ponen nerviosa. La gente dice que anuncian la muerte.

Él hizo un gesto de suprema indiferencia...

X

LA PARTIDA

La última comida que se hace en familia antes de partir, se parece por su tristeza á la que se hace después de la desaparición definitiva de uno de los comensales de siempre.

Aunque no falte nadie, la alegría ha desaparecido. Cada uno trata de distraer á los demás, y de aquel esfuerzo cariñoso y estéril nace una profunda melancolía.

Así es que el comedor del Maupas, á pesar del sol de octubre que lo invadía, estaba callado y triste. Marcelo debía partir á la caída de la tarde en el carretón de Treiaz para tomar el tren de las seis. Al apagarse la conversación, nadie soñaba en reanudarla. Palabras insignificantes, pronunciadas sin gana, la reavivaban por un momento, para volverse á apagar de nuevo. María, la antigua criada, había preparado los platos que más gustaban al capitán; y al llevárselos á la cocina casi intactos, murmuraba con un tono regañón que traslucía su mal humor:

—¡Parece mentira! ¡No comen nada!

Después de almorzar, Marcelo salió á dar un paseo con Paula.

—Deseo volver á ver mis paisajes preferidos.

Por entre viñedos en pendiente subieron hasta los castañares de Vimines, que abrigan con su sombra un espeso musgo en donde, cuando niños, iban á coger setas de carne dura, impregnada del aroma del bosque. Desde la linde del castañar se veía el lago de Bourguet, en su cuenca de montañas que sus aguas dormidas reflejan. Para verlo en toda su belleza es preciso la luz moribunda del crepúsculo.

—Ahora, vamos á ver la cascada, dijo Marcelo.

Quería, antes de marcharse, grabar en su memoria todos los lugares solitarios y característicos que habían contribuído á formar su alma apasionada.

De Vimines, cuyo campanario puntiagudo domina el valle, se baja á la cascada de Coux, por entre viñedos y vergeles, siguiendo un camino en zig-zag, de donde se descubren paisajes diversos: enfrente, un caos de montañas escaladas atrevidamente por apretadas filas de pinos; á la izquierda, el Nivolet, de puntiagudas aristas, con laderas bañadas por una luz azul; á la derecha, la entrada del valle de Échelles y de la Chartreuse. Marcelo se detuvo al ver entre dos hayas de hojas de oro que al limitarla daban mayor precisión á su encanto salvaje—la cascada larga, estrecha, blanca, que caía de una altura de más de cien pies, rompiéndose en polvo de plata al chocar con el suelo. Él sonreía extático.

—¡Qué hermosa resulta dentro de ese marco que la aisla! No bajemos aún. Tenemos que visitar el bosque de Montcharvin y el barranco de Forezan.

Eran antiguos dominios del Maupas que tuvieron necesidad de vender cuando la ruina de su tío. Eran lugares muy queridos para él, porque estaban más cerca de su casa y por lo tanto le eran más familiares. Una vez vendidos, su encanto no había desaparecido. La belleza de la tierra no se compra; pertenece á quien la descubre, la comprende y goza con ella.

El Forezan es un barranco profundo de rápidas pendientes cubiertas de una intrincada y salvaje maleza. En algunos sitios sus laderas son algo más suaves y permiten bajar hasta el arroyo de cristalinas aguas que corre por el fondo. Allá, bajo una bóveda siempre verde, se respira una paz profunda.

Marcelo, que iba delante, volvió la cabeza y vió á su hermana enredada entre la maleza que obstruía el sendero. En vez de ayudarla exclamó:

—¡Qué bonita estás entre la maleza!

—Más valdría que en vez de decir tonterías vinieses á ayudarme.

Pero él no se apresuraba. La gracia ardiente y natural de la joven armonizaba maravillosamente con aquel paisaje virgen y lleno de vida. No pudo menos de admirar la elegancia de movimientos con que se desembarazaba del obstáculo, y el vivo destello de salud con que el paseo había colorado sus mejillas. Cuando él llegó, ella saltaba, libre de las últimas zarzas que la aprisionaban.

(Se continuará.)

LA CATÁSTROFE MINERA DE SAARBRUCK (ALEMANIA)

Una nueva catástrofe minera ha venido á sumarse á la todavía reciente de Courrières. El 28 del mes pasado ocurrió una espantosa explosión de grisú en el pozo Bildstock de la mina de Reden, en la región de Saarbruck (Alemania Occidental), quedando sepultados centenares de mineros. Parece comprobado que la catástrofe se verificó en parecida forma á la de Courrières, puesto que á la primera explosión sucedió un incendio, y produciéndose otras dos explosiones durante los trabajos de salvamento. Éstos se efectuaron con toda actividad, habiéndose sido extraídos el primer día 164 cadáveres. Éstos aparecen desfigurados, con la cara y las manos carbonizadas por completo, y muchos de sus miembros fracturados. Además se extrajeron de las galerías incendiadas 30 obreros heridos de gravedad, los cuales fueron trasladados al hospital de las minas de Neunkirchen, habiendo sucumbido ya más de la mitad. En una de las galerías encontróse un obrero vivo, mas el desdichado había perdido la razón. En su desesperación, se había aferrado tan fuertemente á los rieles, que fué imposible separarlo de ellos, habiendo tenido que abandonarlo, por fin, en vista del peligro que corrían sus salvadores.

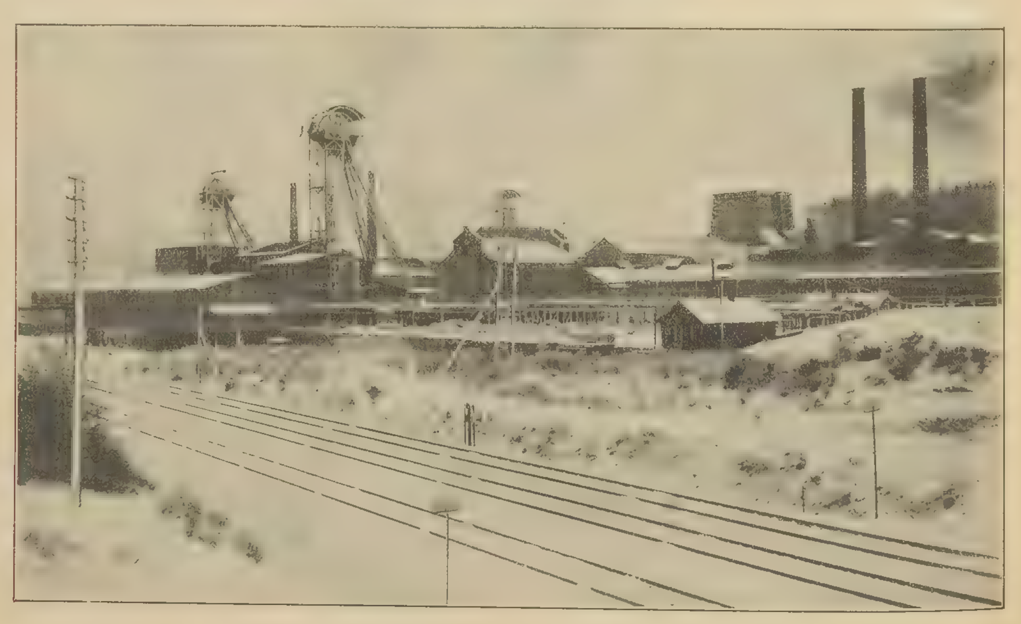
El ministro de Comercio, al tener noticia de la desgracia, se trasladó sin pérdida de tiempo á la región minera con objeto de presenciar el salvamento y repartir socorros á las víctimas, en nombre del emperador y del gobierno, pues debe advertirse que la mina de Reden pertenece al Estado. Además el emperador de Alemania telegrafiaba con frecuencia pidiendo noticias, y aun, en vista de la magnitud de la catástrofe, decidió que saliese para el lugar del suceso, ostentando su representación, el príncipe Federico Leopoldo, quien asistió el día 30 por la tarde al entierro de las víctimas, imponente manifestación de duelo en que tomó parte una inmensa multitud. El príncipe Federico Leopoldo, en nombre del emperador, pronunció un sentido discurso rindiendo tributo á la memoria de los obreros muertos, asegurando que aquél ha hecho y hace todo cuanto pueda para socorrer á las viudas y á los huérfanos, y á los heridos y á sus familias. «Sírvanos de consuelo, añadió, la consideración de que cada uno de ellos cumplió con su deber.» También M. Delbruck, ministro de Comercio, puso de relieve el sentimiento del jefe del Estado alemán por no haber podido presidir el duelo personalmente.

La catástrofe de Saarbruck. – Los mineros esperando la salida de los compañeros ilesos (De fotografía de M. Branger.)

El día 1.° del corriente habían terminado casi por completo los trabajos de salvamento.

Entre los telegramas de pésame que el emperador Guillermo II ha recibido con motivo de esta desgracia, figuran uno del papa Pío X y otro del presidente M. Falliéres, los cuales han producido en Alemania excelente impresión. Además el ministro francés de Negocios extranjeros, recordando los esfuerzos de los salvadores alemanes en Courrières, telegrafió al embajador de Francia en Berlín rogándole que transmitiese al canciller del Imperio el pésame del gobierno de la República. También ha sido acogida con gratitud vivísima la oferta de M. Darcy, presidente del Comité carbonífero francés, poniendo á disposición de la dirección de las minas de Saarbruck una suma de 20.000 francos con destino á los primeros socorros.

Las viudas y huérfanos de las víctimas recibirán además pensiones de la Caja de seguros de mineros y, por su parte, el gobierno alemán les aplicará con largueza la ley de accidentes del trabajo.


La catástrofe de Saarbruck. – Vista exterior de Reden. (De fotografía de M. Branger.)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

IMPORTANCIA SOCIAL DEL ARTE, por *Eliseo Guardiola Valero*, con un prólogo de *Adolfo Bonilla de San Martín*. – Gran interés ofrece el libro á que nos referimos, puesto que tiene por objeto exponer la influencia social que el arte ha ejercido en las grandes civilizaciones y las ventajas que en la cultura de todos los pueblos ha reportado. Empresa noble es la realizada por el Sr. Guardiola, con su nueva obra, destinada asimismo á la vulgarización de conocimientos y á la exposición de una tesis de indiscutible importancia. Constituye un volumen de más de 300 páginas, elegantemente editado en Madrid por Victoriano Suárez, y véndese al precio de 4 pesetas.

ÁRBOLES, por *Francisco González Díaz*. – La recopilación de los trabajos periodísticos llevados á cabo por nuestro distinguido amigo y colaborador de las Palmas de la Gran Canaria, forman un bonito volumen, en cuyas páginas hállase expuesta con gran acopio de datos y argumentos la necesidad de procurar el fomento del arbolado. Plácemes merece el publicista á que nos referimos.

LA CATÁSTROFE DE SAARBRUCK. – Traslación del féretro de una víctima por los obreros mineros. (Fotografía de Trampus.)

INSTRUCCIÓN ORAL DEL SORDOMUDO, por *E. Carbonero, pbro.* – Gran servicio ha venido á prestar el autor de esta obra de pedagogía didáctica, destinada á corregir los defectos de pronunciación, fijando reglas y un clarísimo método para lograr tan laudable propósito. Basta leer el libro para apreciar en toda su extensión la bondad del procedimiento adoptado y los lisonjeros resultados que pueden obtenerse. Forma un volumen de 266 páginas, pulcramente editado por Angel Aguilar, de Valencia, y véndese al precio de tres pesetas ejemplar.

CONSEJOS DEL NIÑO JESÚS Á LOS PEQUEÑOS, por *María de Echarri*. – Trátase de un libro destinado á producir gratas emociones y á despertar el sentimiento en los niños, pues gracias á la claridad de su lenguaje, á la sencillez de su expresión y al interés de sus narraciones, todos sus infantiles lectores hallarán en cada ejemplo, inspirado en la vida de Jesús, motivo para encariñarse con la obra, estimándola como su mejor amigo. El libro está embellecido con bonitos dibujos, obra del joven pintor Baldomero Gili, editado lujosamente por los señores Herederos de Juan Gili, y véndese al precio de tres pesetas cada ejemplar.

Madrid. – Monumento al general D. Arsenio Martínez de Campos, obra de Mariano Benlliure. (Fotografía de Toneser.)

El día 28 del pasado enero, con asistencia de la familia real, del gobierno, de las autoridades y de numeroso cuanto distinguido concurso, se celebró el acto de descubrir la estatua del ilustre caudillo español. El monumento se levanta en el lugar que ocupaba antes la Fuente de los Cisnes, cerca del paseo de carruajes del Parque de Madrid. El gran pedestal de mármol, de cuatro cuerpos, se levanta cómo sobre peñascos, y la estatua ecuestre sobre un bloque inmenso de piedra caliza de Tamajón, que imita al natural, como si el corcel de guerra pisara la montaña navarra en el glorioso paso del Baztan. Por todo el costado izquierdo del monumento corre un hermoso bajo relieve, que representa un episodio de la batalla de los Castillejos, á la que asistió siendo comandante de Estado mayor, y al pie del cual se lee: «Africa. – 1859-1860 » En el frente, sobre un trofeo, en bronce, de todas las armas, dominado por el estandarte de Caballería y la bandera de Infantería, copiados de los originales que estuvieron en Africa, se lee: «Al general Martínez de Campos, modelo de patriotas y soldados, España.» Del costado derecho del bloque calizo da idea la presente fotografía. En la parte posterior del monumento se lee: «Inaugurado por S. M. el rey el 28 de enero de 1907.» La estatua es una obra de arte, original y notable. El artista representa al caudillo, erguido sobre el caballo, en el momento de colocarse en el punto más elevado para dirigir todo el movimiento de las tropas. El corcel inclina la cabeza á la derecha, y la tiene baja, como si atrajera su atención el ruido marcial. La estatua ha sido fundida en Barcelona por la casa Masriera y Campins.

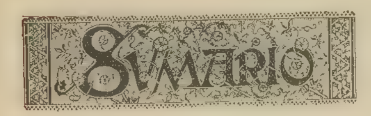
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 18 de febrero de 1907 — Núm. 1.312

M. DANIEL OSIRIS, fallecido en París y que ha dejado unos 50 millones de francos á obras filantrópicas, legando, entre otros, al Instituto Pasteur 25 millones

(De fotografía de Carlos Trampus.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: desarrollo de la producción: la política y los políticos. — *México:* progreso y bienestar de la República: los ferrocarriles y el Estado: aumento de los sueldos de los funcionarios públicos: la colonización: los japoneses en México. — *El Salvador:* nuevo presidente. — *Panamá:* los braceros en las obras del canal. *Colombia:* situación económica: Banco de Crédito territorial. — *Paraguay:* exposición-feria. — *República Argentina:* aumento de las rentas públicas: revolución en el Oeste. — El cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

Sigue en aumento la producción azucarera de Cuba. La zafra de 1905-6 dió 15.500 toneladas más que la del año anterior. Las publicaciones de la isla en que leemos ese dato no sólo consignan que son las zafras de estos últimos años las mayores que ha habido en Cuba, sino que afirman que no sería difícil duplicarlas, con otro régimen arancelario, con otras costumbres políticas y con una gran corriente emigratoria. Se calcula que en 1907 podrá llegarse, á pesar de la falta de braceros, á 1.500.000 toneladas, es decir, unas 300.000 más que en los años anteriores.

Cuba es, pues, un pueblo que produce 80 arrobas de azúcar por habitante; al valor que esto supone hay que agregar los millones que representan el tabaco, las maderas, los frutos menores, etc.

Tan extraordinario desarrollo de la producción se debe á los hacendados cubanos y al comercio refaccionista, en su mayoría español, que con esfuerzo excepcional vienen contrarrestando las dificultades de la escasez de jornaleros, las contrariedades meteorológicas y las revueltas políticas. Son éstas las que hacen infeliz á ese pueblo exuberante de riqueza; son los políticos, los malos políticos, los que ponen todo su empeño y cifran su porvenir, porque no sirven para otra cosa, en alcanzar, por cualquier medio, posiciones oficiales, quienes han traído en Cuba el descontento administrativo, la guerra civil y la gran vergüenza de la ocupación yanqui.

***

La prensa de México hace el balance del año 1906, y lo considera como uno de los mejores entre los que vienen señalando el progreso y bienestar de la República.

Las rentas de la nación durante 1905-6 han sido 102.000.000 de pesos; 10.000.000 más que en el año anterior y 22.500.000 de excedente sobre los gastos. En 10 años, es decir, desde 1896 97, las rentas se han duplicado.

La reforma monetaria va dando los previstos resultados favorables. La conversión de la moneda de plata en moneda de oro se hizo sin dificultades ni pérdidas. La industria minera, sobre todo la de la plata, alcanza situación más ventajosa que en pasadas épocas. Aumentan los capitales europeos que se invierten en empresas mexicanas.

Ha sido un gran acierto la operación financiera referente á los ferrocarriles. El Estado es dueño del ferrocarril central mexicano, y está preparada la fusión de los demás bajo la propiedad de una Compañía nacional, en la que la mayor parte de las acciones serán del gobierno; éste tendrá, pues, el dominio absoluto de los transportes, que así quedan á salvo de caer en poder de los yanquis. Muy pronto se entregará al tráfico internacional el ferrocarril de Tehuantepec, que ha de producir un considerable movimiento mercantil interoceánico por territorios y puertos de la República Mexicana.

La mejor prueba del excelente estado económico y financiero de México es la iniciativa del ministro de Hacienda, ya formalizada en el proyecto de presupuestos de 1907-8, para aumentar los sueldos de los empleados subalternos en los ramos civil y militar, y los emolumentos de magistrados y jueces que no estén autorizados para ejercer la abogacía. Justo es dedicar parte del incremento que tienen las rentas públicas, no sólo al alivio del contribuyente, sino á mejorar la situación de los servidores del Estado.

También se va dando solución al problema de braceros. En Chihuahua y en otros Estados se fundan nuevas colonias de indios, entregando á cada familia lotes de 10 hectáreas de terreno para que las cultiven. Las compañías de emigración japonesas procuran colocar á sus compatriotas en México, ya en faenas agrícolas, ya en empresas de minas y de ferrocarriles. Muchos cientos de japoneses trabajan ya en plantaciones de Oaxaca. Van mujeres y hombres, porque los mexicanos quieren que los amarillos arraiguen en el país y funden colonias permanentes. Los tratan mejor que los yanquis tratan y consideran á los nipones que viven en sus Estados del Oeste. Los mexicanos procuran halagarlos, hacerles grata la residencia entre ellos. Las compañías que se encargan de llevarlos á México llevan también buen surtido de las salsas y golosinas á que los japoneses están acostumbrados.

Seguramente, cuando los jóvenes japoneses de México quieran hacer estudios en escuelas del país, no se les cerrará las puertas de éstas. La gente española é hispano-americana es raza de atracción respecto de las demás. Anglo sajones y yanquis son raza que repele; no se funde con las otras; las rechaza ó extermina.

¡Y quién sabe si algún día tendrán los japoneses en México sólido punto de apoyo contra los yanquis! Todas las razas de la tierra entran en contacto, y la costa americana del Pacífico es, por razón geográfica, lugar apropiado para el encuentro ó choque entre occidentales y orientales.

***

Hay nuevo presidente, electo, en El Salvador. Es el general D. Fernando Figueroa, que entrará en funciones el 1.° de marzo.

Las elecciones parece que se hicieron con tranquilidad; pero despachos posteriores, recibidos por cable en Europa á fines de enero, hablaban de un pequeño grupo de rebeldes atacados enérgica y victoriosamente por las tropas gubernamentales.

***

En Panamá persiste la crisis obrera. Llegan al istmo, de vez en cuando, cargamentos de braceros para las obras del canal, y casi siempre hay que desembarcarlos con gran aparato de fuerza armada. Durante la travesía sufren pésimo trato, quieren después exigir responsabilidades y piden garantías de que, una vez en tierra, se cumplirá lo convenido. Pero nadie les atiende ni hace justicia, y la policía yanqui-panameña se encarga de conducirlos, á palos y culatazos si es preciso, á los lugares en que han de trabajar.

Tales van siendo las dificultades que se encuentran para reclutar el personal necesario en esas obras, que los agentes de emigración en Europa al servicio de la empresa del canal se comprometen á trasladar gratuitamente emigrantes trabajadores. Basta leer las planas de anuncios de los grandes periódicos de España; 30, 40, 50 duros cuesta el transporte á Chile, Argentina, Cuba, México; á Panamá, gratis.

***

Causa principal de la mala situación económica y financiera de Colombia es la falta de medio numerario circulante. Están en circulación mil millones en papel moneda, que al 10.000 por 100 de cambio dan 10.000.000 en oro. La población de la República es de 5.000.000 de habitantes, luego corresponde á cada uno dos pesos. Con semejante cifra por cabeza es imposible que haya negocios ni vida mercantil en el país.

Al llamamiento que el jefe del Estado hizo á todos los ciudadanos para que le ayudasen á resolver el problema económico, respondió la Sociedad de agricultores de Colombia proponiendo la creación de un Banco de Crédito territorial que abrirá subscripción de acciones hasta la suma de 10.000.000 pesos oro, garantidos con fincas raíces cuyo valor efectivo sea de 20.000.000. Dicho Banco emitirá billetes en cantidad igual al valor de las acciones subscritas, y hará préstamos con bajo interés y á largo plazo; facilitará además el primer avance hacia la circulación metálica, por cuanto, pasado cierto tiempo, el Banco cambiará su propio billete por la moneda que el gobierno señale.

***

También existe en el Paraguay una Sociedad nacional de Agricultura que toma plausibles iniciativas, tal como la gran Exposición-feria que organiza y que ha de inaugurarse el 31 de marzo próximo.

Un país que ha importado en 1905, según la estadística publicada por la Cámara de Comercio de Asunción, por 48.000.000 pesos de mercaderías, y exportado por 53.000.000, se halla, ciertamente, en condiciones de hacer conocer los productos de su suelo, y demostrar á los comerciantes del extranjero que es un cliente digno de ser tomado en consideración. Además, para los mismos habitantes del país será quizás ese certamen una revelación, que constituirá, á lo menos, una excelente enseñanza.

***

En el año que acaba de terminar—dice *La Nación*, de Buenos Aires—la renta nacional ha aumentado en una proporción correspondiente al desarrollo del comercio y de las industrias. El hecho vale la pena de que se le señale como el signo inequívoco de la prosperidad del país argentino. La estadística de la recaudación señala siempre, con fidelidad de termómetro, la prosperidad ó la depresión económica, y ofrece la representación numérica de la capacidad productiva de las naciones. El incremento del año último demuestra evidentemente el enorme progreso realizado por la labor común de los habitantes.

En la recaudación de la Aduana de la capital hubo un aumento de 7.700.000 pesos con relación á la de 1905, á pesar de haberse suprimido derechos de exportación y rebajado la tasa de otros gravámenes. Los impuestos internos valieron al fisco 1.255.000 pesos más que en 1905, no obstante haberse dejado de cobrar el gravamen á la exportación de azúcar y el de las Sociedades anónimas, con los cuales la diferencia á favor de 1906 hubiera sido de muy cerca de 4.000.000 de pesos.

Lástima que tan hermosas perspectivas vengan á nublarse, de vez en cuando, con revueltas políticas. Nos sugieren esta observación telegramas recibidos en Madrid pocos días hace, dando noticia de grave insurrección en la provincia de San Juan: las fuerzas insurrectas habían vencido á las tropas leales y avanzaban hacia Mendoza.

San Juan es provincia del Oeste, limítrofe con Chile; la de Mendoza está inmediatamente al Sur, también en la zona andina.

***

El *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* da cuenta de la feliz iniciativa del académico de la Historia Sr. D. Angel de Altolaguirre para que se conmemore en su cuarto centenario (1913) el descubrimiento del Océano Pacífico, hecho realizado por Vasco Núñez de Balboa el 25 de septiembre de 1513.

Indica con gran acierto el docto académico que el monumento más grandioso y útil que pudiera elevarse en memoria de aquel hecho, que constituye una gloria para la raza española, sería publicar coleccionadas las Memorias que los virreyes entregaban á sus sucesores acerca del estado económico, político y militar en que dejaban los gobiernos respectivos, y un gran atlas que comprendiera los mapas más interesantes de América, desde su descubrimiento hasta su constitución en Estados independientes. Esas dos grandes obras presentarían en síntesis la verdadera historia de la América española desde el siglo XVI al XIX, y en ella podría apreciarse por todo el mundo la inmensa labor realizada por España en aquellos extensos territorios.

El pensamiento es feliz y grandioso, y á realizarlo deben contribuir, más aún que España, las naciones hispano-americanas. Se trata ya, no sólo de recordar glorias de la raza, sino también de cumplir un alto fin científico, que interesa y favorece á los pueblos que en América viven; rehacer y completar su propia historia.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA NONADA,

CUENTO DE SEBASTIAN GOMILA

Oíanse los acordes del vals. Por los altivos ventanales del edificio salían irisados resplandores al través de los cristales policromos.

Petrilla le tendió la mano contemplándole fijamente breves instantes

Era la noche apacible, de otoño benigno, estrellada y quieta. En el jardín, anchuroso, de hermosas ramblas y delicados plantíos, no se movía una hoja.

Aportaba el ambiente dulce fragancia. Acá un subido olor á violeta campestre, allá perfume de jazmín, acullá el suave efluvio de la rosa temprana.

Danzaban las parejas en el interior, y parecía acompañar á los sones de instrumentos de cuerda el rumor de un enjambre de mariposas.

Petra Morel, la interesante rubita, esbelta, alta, un primor de mujer para atraer moscones, se había deslizado como hada misteriosa por el vestíbulo, bajado los breves escalones del templete y hollado la arena con su breve pie con dirección al invernáculo.

Volvió un momento el rostro hacia el *chalet*, y sus ojos, de azul celeste, tomaron tonalidades de prisma. Nadie, á buen seguro, creería que Petra Morel buscara el misterio con ansias amorosas y ahogos de angustia. Fama adquirió, ganada en lid continua, de fría á los requerimientos del amor y altiva ante los propósitos galantes de admiradores á granel.

Así llegó á frisar en los veinticinco, sin un episodio en su vida que diera pie á la sospecha de haberle sido grato algún hombre.

Y era lo cierto que Petra Morel no parecía preocuparse gran cosa del porvenir. Al hablarle de casorio, sus hombros se encogían y su gesto era el de una perfectísima indiferencia. Rica, mimada y bienquista, claro está que no hubieron de faltar partidos. Iban realizando el bello y supremo ideal de la mujer sus amigas y compañeras. Petrilla—como decían sus íntimos—permanecía *estacionaria*. A cada boda que asistía, el mismo beso á la desposada y la frase propia: «¡Que seas feliz!..» Nunca, nunca pudo alma viviente descubrir en su expresión el más leve asomo de envidia, de lamentación, de despecho. Al contrario, apuntaba en su rostro, discretamente velada por la prudencia y el cariño, una complacencia entreverada de desdén, que sorprendía.

Ya, ni se hacía gran caso de su actitud de esfinge ante el regocijo y la expansión ajena. Ya, ni para la comidilla de salón contábanla propios ni extraños.

Su tía—buena mujer que la hizo de madre—solía decir: «¡Demonio de muchacha!.., yo creo que tiene corazón de corcho.»

Y, sin embargo, Petra Morel engañaba á todo el mundo: amaba profundamente. Quien hubiese podido filtrarse en el sagrado de su intimidad, ¡qué chasco llevara al convencerse!..

Ni romántica, ni soñadora, ni excéntrica. Limitábase todo su mal á una eterna duda. Amar, mucho amaba. Precisamente, aquella rigidez y aquel desgaire nacían de la propia fuerza de una pasión que la asaeteaba con una idea maldita: «¿Sería amada de veras?..»

Pepe Luis no ignoraba el modo de ser de Petra. Se avino al disimulo, como condición esencial para la probanza de fidelidad y fe absolutas. Pepe Luis repitiera mil veces la palabra escuchada con deliquio; sin acabar de convencer. Pepe Luis había amado á su prima, casada desde hacía un año; y Petra acogía embelesada la protesta, pero moviendo siempre la cabeza en señal de duda...

Era una especie de egoísmo cruel; amaba á aquel buen mozo con sentires imponderables; mas le quería tan *completamente suyo* y sólo suyo, que la sospecha de que todavía durara el rescoldo de un querer pasado, la sacaba de quicio y forzaba á domar como quien dice la voluntad para no caer en lo que á Petra le parecía un abismo.

¡Jesús! ¡Si llegaba á unirse á aquel hombre y descubría, después, que el cariño era á medias!.. No eran celos, ni nada parecido, sino negra incertidumbre de una felicidad que ambicionaba intensamente.

La sospecha, la duda, la incertidumbre, habían sido deslizadas en momentos de debilidad y contenidas apenas apuntaran. Escaparon como quien dice en frases exóticas, casi incoherentes, de negativa, con fesión y acusación á un tiempo. Y nunca jamás pudo el joven arrancar del alma aquella lo que constituía un tormento. Y nunca jamás consintió la heroína en que trascendiese aquella pasión, que era á la vez encanto y tortura.

De cierto no erraba Petrilla del todo. El despecho y la necesidad de olvido movían á Pepe Luis, más que nada. Creíase, en realidad, enamorado, y no había en él de seguro ningún propósito mezquino; pero en el fondo, la realidad era otra, la que intrigaba á Petra Morel, la que mantenía su amor oculto.

Aquella noche, de fiesta y solaz, el esfuerzo para disimular hubo de ser mayor que otras veces. Algo había pasado por su magín que la ponía temblona casi y á punto de delatarse sin querer. Prodigó las

sonrisas y extremó las finezas. Los contertulios la hallaron cambiada; algunos ojos flecharon con codicia, y algunos labios se movieron impíos.

Cuando se volvió rápidamente Petra Morel, cerquita del invernáculo se agitó una sombra. Era un hombre, Pepe Luis, en acecho y previsión puntuales. Quedito sonó un nombre, y más quedo voló un suspiro.

—¡Vida mía!..

—No tanto, Pepe Luis.

—¡Habla! ¿Todavía no crees que te adoro?

Se movió la linda cabeza rubia lánguidamente, y hubo una pausa.

—¿Qué me quieres decir, que acá me citaste?.. ¿Crees ya en mí, Petrilla? ¿Podrán saber ya todos?..

No le dejó continuar. Irguió el busto en un arranque nervioso, y fué diciendo, cual si repitiese una oración estudiada:

—Malo es lo que he de decirte, Pepe Luis... Nada sabes, por lo visto, toda vez que alegre retozabas arriba y pretendías danzar como si tal cosa... ¿No has tenido noticias de tu prima, Pepe Luis?..

—¡Bah!.. ¡Siempre lo mismo!

—Siempre, no. Tú estás preocupado, tú me tomas por celosa.., me lo dijiste una vez...¡y no es eso, Pepe Luis, no es eso!.. ¿De veras no has sabido de tu prima?..

—¡Por Dios, Petrita!, sabes que mi prima es decente, que no ha vuelto á escribirme después de su boda...

—Yo no te digo eso, Pepe Luis. Te pregunto si has sabido de tu prima, porque... porque yo sí, yo he sabido de ella...

La mirada del joven quiso en la semiobscuridad del jardín calar muy hondo en la frente de Petra Morel. La de ésta fué todavía más penetrante y aguda. Pareció que ni uno ni otra se atrevían á decir palabra. Petra fué la que se decidió.

—Bien sabes, Pepe Luis, que soy capaz de sentir como propias tus desgracias...

—¿Qué dices?

—Que tu prima... ha muerto, Pepe Luis. Esto es lo que había de decirte.

El mozo dió, sin poderlo remediar, un brinco. Rápidamente comprendió que le traicionaba el corazón y quiso mantenerse firme. Era ya tarde.

Petrilla le tendió la mano contemplándole fijamente breves instantes.

Luego apuntó en su boca una sonrisa indefinible, y exclamó con voz más indefinible aún:

—¡Perdóname!.. Ha sido una broma cruel..., una ocurrencia desdichada...

Y se volvió súbitamente, en dirección al *chalet*, con ligero andar.

Quiso detenerla el mozo, y se le encaró resuelta:

—¡Vete, Pepe Luis, y olvídame!

Había terminado el vals, y los pasos sobre la arena producían monótonos crujidos. A Petra Morel se le antojó que iba pisando ruinas de algo imprecisable que se había derrumbado hacía unos segundos sin estrépito.

(Dibujo de José M.ª Marqués.)

M. DANIEL OSIRIS

(Véase el retrato de la página 121)

El día 4 de los corrientes falleció en París el acaudalado banquero D. Daniel Osiris, hombre sencillo y bondadoso cuyo nombre evoca en Francia tan generosas iniciativas y á quien tanta protección han debido los artistas y tantos beneficios los menesterosos. Su testamento ha sido digna coronación de la vida de ese filántropo que, al morir, ha legado casi toda su fortuna, que se calcula en 50 millones de francos, á obras benéficas. Los pormenores de ese testamento no se conocen todavía; lo único que se sabe positivamente es que deja 25 millones al Instituto Pasteur.

Contaba ochenta y dos años, pero no los representaba; era de estatura esbelta, aunque no muy alta, de rostro sonrosado y alegre, con ojos azules de dulce expresión y bigote blanco cuidadosamente afilado, y todo él respiraba bondad. Israelita de nacimiento, habíase casado con una joven católica que murió al poco tiempo y para la cual mandó construir un panteón suntuoso en el cementerio de Montmartre.

Empleado en su juventud en una casa de banca, realizó, gracias á su buen acierto en la colocación de sus ahorros, una regular fortuna que luego aumentó considerablemente merced á otras especulaciones afortunadas. En 1880, sin haber dirigido ningún establecimiento bancario, sin haber estado nunca al frente de ningún gran negocio, poseía 10 millones, que en veinticinco años supo quintuplicar.

Ese hombre, que hacía cuantiosísimos donativos á la Asistencia pública y contribuía con importantes sumas al socorro de todas las calamidades, vivía con relativa modestia, no gastando para él más allá de 50.000 francos anuales; no había querido instalar en su palacete de la calle de La Bruyere la electricidad, porque entendía que este sistema de alumbrado resultaba demasiado caro; frecuentaba con preferencia los económicos restaurants Duval, y una vez en Arcachón, en donde poseía varios chalets, dejó el que habitaba y se alojó en otra vivienda menos cómoda porque le ofrecieron por la suya un buen alquiler.

Que, á pesar de esto, no era avaro, bien lo demostró en vida, no sólo con sus donaciones para fines filantrópicos, sino además formando preciosas colecciones de obras artísticas, y bien lo ha confirmado á su muerte con sus disposiciones testamentarias, por virtud de las cuales, y aparte de lo que dejamos dicho acerca del legado al Instituto Pasteur, asegúrase que pasarán al Estado las citadas colecciones, al ministerio de Agricultura su magnífico castillo de La Tour-Blanche, el palacio en donde vivía á la Sociedad de Esgrima, cuatro casas de la calle de La Bruyere á la ciudad de París, y que la Asistencia Pública, la Sociedad de Autores dramáticos, la Sociedad de Artistas franceses y otras instituciones de beneficencia se distribuirán 20 millones.—D.

SIEGFRIDO WAGNER contratado por la Asociación Musical de Barcelona para dirigir dos conciertos en el Gran Teatro del Liceo de esta ciudad. (De fotografía.)

SIEGFRIDO WAGNER

La Asociación Musical de Barcelona, que tanto trabaja en el cultivo del sublime arte y á la cual debemos el haber podido conocer y saborear obras capitales de los más eminentes maestros, como la famosa *Misa Solemnis* de Beethoven, ha dado una nueva prueba de sus excelentes deseos y de sus acertadas iniciativas, contratando para dirigir dos de los cuatro conciertos que durante la presente Cuaresma dará en el Gran Teatro del Liceo, á Siegfrido Wagner.

Hijo del genial compositor, con el ejemplo y las lecciones de padre tan ilustre forzosamente habían de estimularse las aptitudes de Siegfrido, y efectivamente, desde muy joven alcanzó envidiables éxitos en el teatro, en donde debutó con su ópera *El hombre de la piel de oso* que, estrenada en el Teatro Nacional y de la Corte de Munich en 22 de enero de 1899, ha recorrido los principales coliseos líricos alemanes, obteniendo en todos grandes aplausos. Desde entonces ha escrito otras que han sido muy bien acogidas por el público de Alemania.

Además de compositor, es un excelente director de orquesta; en la última temporada de Bayreuth su nombre ha figurado entre los de las eminencias á quienes se confía la dirección del repertorio wagneriano en aquel teatro, recibiendo con ello, por decirlo así, su consagración.

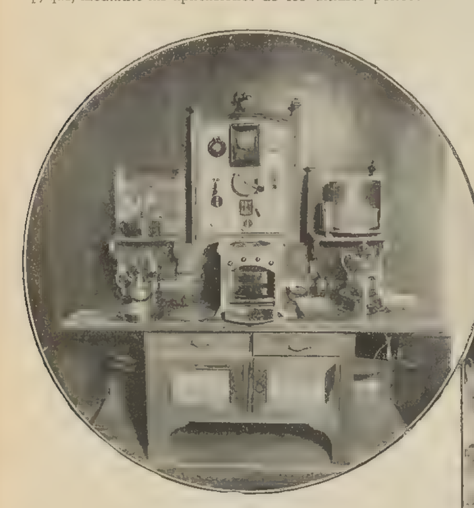
Los conciertos que ha de dirigir, y cuyos programas se componen principalmente de obras de su padre y de los más grandes compositores antiguos y modernos, prometen ser verdaderas solemnidades musicales, no siendo aventurado asegurar que el público barcelonés recompensará con su presencia los esfuerzos, dignos de incondicionales elogios, de la Asociación Musical de Barcelona.—R.

LA QUINTA ENCANTADA ELECTRA, DE M. JORGE KNAP, EN TROYES

M. JORGE KNAP EN SU DESPACHO

Los cuentos de las «Mil y una Noches» que tanto exaltaron nuestras imaginaciones infantiles se van convirtiendo en realidad. Aquellos palacios encantados cuyas puertas se abrían misteriosamente y cuyas estancias iluminaban manos invisibles; aquellas mesas, regiamente puestas, que se cubrían de exquisitos manjares, sin que apareciese en parte alguna un ser viviente que les sirviera; en una palabra, todas aquellas maravillas con que la sultana Scheherazada cautivó á su imperial esposo, el sultán Schariar, han abandonado el reino de la fantasía para entrar en los dominios de la ciencia; ya no son producto de la inspiración del poeta, sino que constituyen el resultado de la labor del sabio. El portento se ha realizado al conjuro de una hada de nuestros días, de una hada que, siendo altamente poderosa, es hoy nuestra esclava, y encadenada por el hombre obedece sumisa sus mandatos y satisface sus menores caprichos: la Electricidad.

Sugiérenos estas consideraciones la quinta de un habitante de Troyes, M. Jorge Knap, que, mediante las aplicaciones de los últimos perfeccionamientos de la electricidad ha sido convertida en verdadera mansión encantada. Véase, en prueba de ello, la descripción que acompaña las fotografías que en esta página reproducimos.



LA COCINA ELÉCTRICA

«Llamad á esa casa; la puerta se abre lentamente y una voz misteriosa os pregunta el objeto de vuestra visita: es un gramófono ingeniosamente dispuesto que transmite las preguntas del interior. Entrad; un misterioso felpudo os limpia los pies. En todas partes timbres eléctricos; todo se ilumina de pronto. He aquí el dormitorio: una simple presión sobre un botón puesto á la cabecera de la cama calienta suavemente el aparato que templa el frío de las sábanas. ¿Queréis luz? Los postigos y las cortinas se abren automáticamente, como automáticamente comparecen el desayuno, los periódicos, el correo.

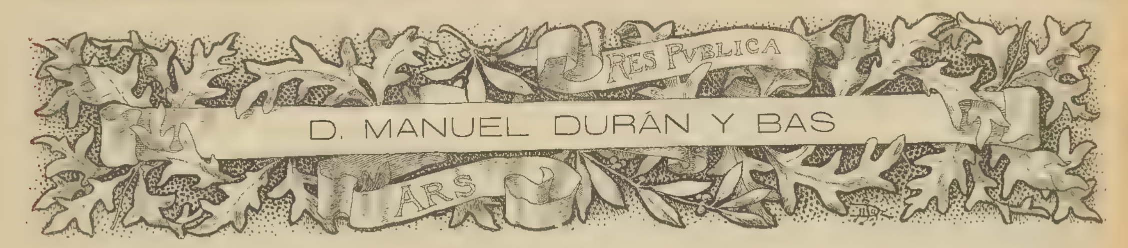
»Nada de criados inútiles: sobre la mesa preséntanse los manjares delante de cada comensal. En la cocina, las viandas se cuecen eléctricamente; en el lavadero eléctricamente se lava la ropa. En suma, la simplificación de todos los servicios por medio de la electricidad.

La puerta se abre lentamente y una voz misteriosa os pregunta el objeto de vuestra visita

»En cuanto á seguridad, si algún intruso quisiera entrar por sorpresa, un campanilleo espantoso avisaría al propietario; y por lo que hace al peligro de incendio, son tantos los avisadores eléctricos, que casi puede considerarse imposible un siniestro.»

¿A qué seguir narrando las maravillas de la morada de Knap? Si para muestra basta un botón, con lo dicho hay suficiente para comprender con cuánta razón ha sido aquella casa bautizada con el nombre «Quinta Encantada Electra» que su afortunado é inteligente dueño M. Jorge Knap le ha puesto, y que es la admiración de cuantos han podido visitarla y gozar de sus encantos sorprendentes.—S.

MESA SERVIDA POR MEDIO DE UN FERROCARRIL ELÉCTRICO. (De fotografías de M. Branger.)



D. MANUEL DURÁN Y BAS

Con razón se ha dicho del hombre eximio cuya pérdida hoy llora Barcelona, que fué grande, no en una esfera limitada de la humana actividad, sino integralmente.

Sabio profesor, durante medio siglo hizo de su cátedra de esta Universidad templo del saber, educando á tres generaciones en las más sólidas y más sanas enseñanzas, haciendo del profesorado verdadero sacerdocio y conquistándose el cariño, el respeto y la veneración de sus discípulos.

Filósofo y sociólogo profundo, en la prensa, en las academias y en el parlamento luchó siempre por los más nobles y levantados ideales y rindió fervoroso culto á las doctrinas más puras y más ortodoxas.

Jurisconsulto eminentísimo, en el bufete y en el foro fué considerado como uno de los primeros por su ciencia y por su rectitud, y ha dejado escritas obras que, como la *Memoria acerca de las instituciones del Derecho civil de Cataluña,* harán imperecedera su memoria.

Economista ilustre, fué defensor entusiasta y convencido de los principios proteccionistas, realizando en pro de éstos memorables campañas parlamentarias y logrando en más de una ocasión brillantes y decisivos triunfos que permitieron el desenvolvimiento de la industria patria y con él el acrecentamiento del bienestar y de la riqueza públicos.

Político desinteresado, consecuente y de honradez inmaculada, buscó en la política, no la satisfacción de ambiciones, que en personalidad de tantos méritos como la suya habrían sido legítimas, sino el ansia de llevar á la cosa pública las ideas que él estimaba como bases fundamentales para el bien de España. Profesó siempre ideas conservadoras, pero su afiliación al partido que las encarnaba jamás le hizo aceptar por disciplina lo que su conciencia y su razón no estimaban justo; y cuando las exigencias de aquél pugnaron con los dictados de éstas, no vaciló en rebelarse con su voz y con su voto contra las exigencias de la agrupación á que pertenecía. Fué por vez primera diputado á Cortes en 1863, y cuando Silvela formó ministerio después de la pérdida de las colonias, le confió la cartera de Gracia y Justicia; pero Durán y Bas no era hombre que se doblegara á los convencionalismos de la política al uso, y al poco tiempo de nombrado, renunció el cargo de ministro.

D. Manuel Durán y Bas, fallecido en Barcelona en 10 de los corrientes (Fotografía de A. y E. Fernández dits Napoleón)

El recibimiento que en aquella ocasión le hizo Barcelona, que entonces atravesaba una situación muy crítica, fué grandioso, delirante: la ciudad en masa rindió con él el homenaje más hermoso al hijo preclaro que regresaba á su seno después de haber probado sólo las amarguras del poder.

¿A qué narrar minuciosamente su biografía? Con decir que ha muerto á los ochenta y cuatro años y que consagró toda su existencia al estudio, al trabajo y á la práctica del bien, se sintetiza la vida del preclaro ciudadano á quien amaron cuantos conocieron y que á buen seguro no deja en pos de sí el menor agravio, el más leve desafecto.

Carácter afable, espíritu recto, privilegiada inteligencia, sentimientos bondadosos, en una palabra, cuanto de noble, de grande, de honrado puede juntarse en un hombre, atesorábalo en grado máximo D. Manuel Durán y Bas.

De cómo Barcelona le quería es buena prueba el acto de su entierro: pocas veces se dirá con mayor razón que en él estaba representada toda la ciudad, desde las clases más altas á las más humildes. Fué una manifestación grandiosa, elocuente, con la que se patentizó el duelo que á todos los barceloneses embargaba.

A este duelo asóciase de todo corazón La Ilustración Artística, dedicando este recuerdo modesto, pero hondamente sentido, á aquel cuyo mayor elogio puede compendiarse en estas palabras: fué un sabio y un hombre de bien, amó la verdad y sirvió á su patria como el mejor de sus hijos. ¡Descanse en paz! —A.

Barcelona. — Entierro de D. Manuel Durán y Bas. Llegada del cortejo fúnebre á la Universidad. (De fotografía de A. Merletti.)

LA TELEFOTOGRAFÍA EN «L'ILLUSTRATION,» DE PARÍS

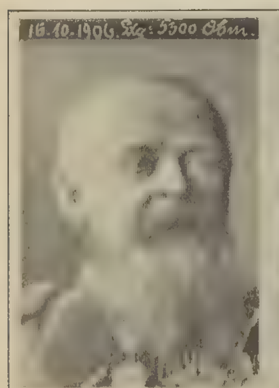
El día 1.° de los corrientes, el profesor Korn, de Munich, presentó al público francés su maravilloso invento, la telefotografía, de la que nos hemos ocupado en distintas ocasiones.

CONFERENCIA DADA POR EL PROFESOR KORN EL DÍA 1.° DE LOS CORRIENTES EN UNO DE LOS TALLERES DE «L'ILLUSTRATION,» DE PARÍS, SOBRE SU ADMIRABLE DESCUBRIMIENTO DE LA TRANSMISIÓN DE LAS FOTOGRAFÍAS Á DISTANCIA. (De fotografía.)

En uno de los talleres del importante periódico parisiense *L'Illustration* habíase congregado, para escuchar la conferencia del eminente inventor, un público escogidísimo, en el que figuraban sabios, artistas, escritores, elevados funcionarios, gente de la alta sociedad y muchos diplomáticos, y que formaba pintoresco contraste con el nutrido grupo de obreros que, en traje de faena, rodeaba las máquinas.

El experimento que había de realizarse consistía en transmitir por el circuito telefónico París-Lyón-París, es decir, en un trayecto de 1.024 kilómetros, un retrato del presidente Faillieres.

Los aparatos estaban dispuestos; á los lados del estrado en donde estaba el conferenciante alzábanse los postes de los cuales partían los alambres que ponían en comunicación las dos estaciones con la línea de París á Lyón. A la derecha, había la película que debía ser transmitida, enrollada en el cilindro de cristal de la estación transmisora; á la izquierda, la película que debía ser impresionada, encerrada en la cámara obscura. Los dos aparatos, que casi se tocaban, estaban realmente separados por una distancia de 1.024 kilómetros.



Telefotografía del príncipe regente de Baviera, obtenida el día 16 de octubre de 1906

Telefotografía de Eduardo VII de Inglaterra, obtenida en 11 minutos en 16 de enero de 1907

Telefotografía del presidente Roosevelt, obtenida en 19 enero de 1907

Telefotografía del presidente Faillieres, obtenida en un experimento de ensayo en «L'Illustration» en 28 de enero de 1907

Pidióse la comunicación telefónica con Lyón, quedó cerrado el circuito en Lyón; y mientras la imagen viajaba al través de las llanuras de la Isla de Francia y de Borgoña, el profesor Korn hizo uso de la palabra para exponer con claridad maravillosa toda la historia de sus investigaciones y la teoría de la telefotografía. Comenzó diciendo que el problema de la transmisión telegráfica de una fotografía ha sido estudiado por muchos físicos, la mayoría de ellos con pretensiones excesivas, puesto que querían descubrir la visión á distancia antes que la telefotografía, lo cual ha sido causa del fracaso de sus tentativas. El problema de la telefotografía, en cambio, ha sido resuelto prácticamente, ya que hoy es posible transmitir fotografías de 13 × 24 con limpieza suficiente en la mayor parte de las aplicaciones, en doce y hasta en seis minutos, á distancias de millares de kilómetros.

Añadió que una fotografía no puede transmitirse entera al mismo tiempo, sino que hay que telegrafiar sucesivamente sus elementos, siendo tanto más perfectas las reproducciones cuantos más elementos se tomen, y explicó las propiedades del metaloide *selenio*, la más curiosa de las cuales, descubierta con ocasión de la construcción del primer cable transatlántico, es la de oponer mucha menos resistencia á una corriente eléctrica cuando está en la obscuridad. Esta propiedad ha sido, por decirlo así, la base fundamental del invento de la telefotografía.

Hizo luego el profesor Korn una descripción minuciosa de sus aparatos, que omitimos por haberlos ya descrito en el número 1.302 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y de los perfeccionamientos que sucesivamente ha ido introduciendo en los mismos y que le permiten obtener, en mucho menos tiempo que antes, reproducciones casi perfectas, si se las compara con las que en un principio obtenía. Después mostró varias telefotografías recientes, entre ellas las del príncipe regente de Baviera, del rey Eduardo VII de Inglaterra y del presidente Roosevelt.

El final de la conferencia fué dedicado á la enumeración de las aplicaciones de la telefotografía, que ha de reportar grandes ventajas, principalmente á los periódicos ilustrados y á la policía criminal.

«Para terminar—dijo el conferenciante,—vuelvo á la pregunta, ¿podrá un día conseguirse la visión á distancia, del mismo modo que actualmente puede hablarse por teléfono? La respuesta á esa pregunta será siempre la misma: cuando se pueda acortar el tiempo de transmisión de modo que sea posible transmitir una fotografía en menos de un tercio de segundo, en vez de seis minutos, será posible también la resolución del problema de la visión á distancia y podrán verse imágenes distantes en una pantalla, como en el cinematógrafo. De no ser esto posible, aún quedará el recurso de servirse de muchos hilos, cada uno de los cuales transmitirá una parte de la imagen; pero para demostrar cuán lejos estamos todavía de la realización de esa idea, bastará decir que, dados los métodos actuales, se necesitarían por lo menos 1.000 alambres telefónicos y aparatos transmisores y receptores complicadísimos. Esto no es imposible en teoría, pero en la práctica resultaría un entretenimiento muy caro é inútil para aplicaciones serias.»

Terminada la conferencia, los asistentes pudieron admirar la reproducción, obtenida durante la misma, del retrato del presidente de la República M. Faillieres. En la película se observó una estría en el sentido de arriba abajo que no se ve en el retrato que reproducimos en esta página y que es el que se sacó en una sesión de ensayo; dicha estría era debida á una interrupción de 12 segundos que se produjo en la corriente de la línea.—T.

EN LA ANTIGUA ROMA. CARRERAS DE CARROS EN EL CIRCO MAXIMO. CUADR

. Forti, grabado por Ricardo Bong. (Copyright by Fischel, Adler & Schwartz, Nueva York.)

LEÓN SERPOLLET

La industria del automóvil ha perdido uno de sus más ilustres colaboradores, M. León Serpollet, fallecido en París el día 11 de los corrientes, á la edad de cuarenta y ocho años. Fué una de las personalidades más atrayentes del mundo automovilista y no tuvo más que amigos, pues cuantos le trataban quedaban seducidos por su franqueza, por su rectitud, por la nobleza de su corazón y por su inteligencia.

Serpollet, que compuso exquisitos versos, fué un poeta perdido en la mecánica, y por haber sido poeta y entusiasta fué un apasionado del vapor, cuyo poder y cuya silenciosa flexibilidad le encantaban. Embriagándose de aire y de luz, cogido al volante de su coche, era para él un placer incomparable recorrer las grandes carreteras á través de los vastos paisajes ó de los sitios agrestes. La montaña, el llano, el mar le enamoraban y, artista de verdad, sabía descubrir las bellezas de todo cuanto veía.

Sus aficiones le llevaron desde muy joven á la locomoción mecánica que había de darle los medios de satisfacer su pasión por las bellezas de la naturaleza.

Serpollet fué uno de los primeros automovilistas, habiendo podido circular antes que nadie por las calles de París y con autorización del prefecto, en un cochecito de vapor de su invención.

El vehículo por él creado es obra suya, exclusivamente suya, enteramente personal, construída por él pieza por pieza, por él perfeccionada de año en año. A nadie confiaba el cuidado de probar lo que él había concebido; se multiplicaba y se prodigaba demasiado, porque gracias á ese exceso de labor, contrajo la enfermedad que tan prematuramente le ha llevado al sepulcro.

Estableció sus primeros talleres en la calle de los Cloys, y en 1899, habiéndose asociado á M. Gardner, trasladó su fábrica, considerablemente agrandada, á la calle de Stendhal, de donde han salido tantos coches de vapor de su marca universalmente conocida.

Trabajador infatigable, inagotable creador, el año pasado había visto legítimamente recompensados sus esfuerzos en una asociación con M. Darracq para la construcción exclusiva de los ómnibus automóviles de vapor.

Su principal invento fueron las calderas de vaporización instantánea; pero además de éstas produjo otras muchas creaciones. Ha muerto cuando aún podían esperarse de él nuevas maravillas aplicables á la industria que á tanta altura supo elevar.

LEÓN SERPOLLET, REPUTADO CONSTRUCTOR DE AUTOMÓVILES, FALLECIDO EN PARÍS EN 11 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de Branger.)

NUESTROS GRABADOS ARTISTICOS

(Véanse los de las páginas 128, 129, 130 y 136)

En la antigua Roma. Carreras de carros en el Circo Máximo, cuadro de E. Forti. – Las espléndidas civilizaciones antiguas de aquellos pueblos que como el romano alcanzaron el más alto grado de cultura y magnificencia, ofrecen ancho campo á los artistas, y los estudios, cada día más concienzudos, que de aquellos remotos tiempos hacen las ciencias históricas en sus distintas ramas, les proveen de elementos sobrados para que sus composiciones puedan ofrecer el cuadro más aproximado á la realidad. Hoy, gracias á esos estudios, conocemos á fondo la vida y las costumbres de aquellos pueblos, vemos reproducidos sus monumentos arquitectónicos y poseemos acerca de su indumentaria datos tan completos y minuciosos que su reconstitución exacta resulta obra de relativa facilidad. Merced á todas estas circunstancias, los pintores dotados de grandes alientos pueden acometer empresas que antes se juzgaran imposibles y darnos obras como la de Forti en que es absoluta la impresión de la realidad, aun tratándose de espectáculos tan grandiosos y de composiciones tan complejas como el lienzo que reproducimos. *Carreras de carros en el Circo Máximo* es, bajo todos conceptos, un cuadro de un verdadero maestro que domina así el fondo del asunto tratado como los recursos técnicos para dar á éste su adecuada expresión.

Grupo de niños, escultura de Carlos Samuel

Grupo de niños, escultura de Carlos Samuel. - El autor de esta escultura nació en Bruselas en 1862, hizo sus primeros estudios artísticos en el taller de un orífice y de un medallista, y después de haber cursado en la Academia de aquella ciudad púsose bajo la dirección de los notables escultores Simonis, Jaquet y Van der Stappen. En el Salón de Bruselas de 1886 expuso un notable trabajo titulado *Al atardecer* y que representaba á un trabajador que regresaba del campo, rendido de fatiga y agobiado por el peso de los aperos de labranza. Al año siguiente expuso un proyecto de monumento al escritor belga Carlos de Coster, que le valió tres grandes medallas de oro, en Bruselas, París y Dresde; la obra definitiva se alza desde 1894 en uno de los más pintorescos sitios de la capital de Bélgica.

Después ha modelado, entre otras obras, la estatua de Frere-Orbán, los monumentos á Rivier y á Humbeek, el león yacente del Jardín Botánico, varios trabajos decorativos del Palacio de Bellas Artes, el grupo de la Medicina del nuevo hospital de Mónaco y gran número de bustos. El delicado grupo que en esta página reproducimos es una muestra bellísima del estilo de tan celebrado escultor.

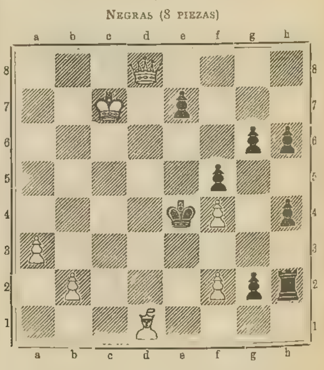
Monumento á Eduardo Remy, obra de Pedro Braecke. - Entre los escultores belgas de la actualidad ha conquistado legítimo renombre Pedro Braecke, quien, habiendo comenzado por dedicarse á la arquitectura, á la edad de diez y seis años abandonó ésta por la plástica. Sus obras revelan un intenso sentimiento artístico y sólidos conocimientos técnicos, y en las más de ellas se exterioriza su compasión por los niños pobres. Entre sus principales creaciones merecen citarse el monumento á Bruyne, erigido en Blankenberghe, un fantástico alto relieve que representa la *Anunciación de la Primavera* y que se admira en el Jardín Botánico de Bruselas, y el monumento al filántropo Remy, que reproducimos en la página 136 y que se alza en la ciudad de Lovaina.

Espectáculos.— PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Electra*, tragedia en tres actos de Sófocles, adaptada por Alberto Barré; en el Odeón *La course au flambeau*, comedia en cinco actos de Pablo Hervieu; en el teatro Antoine *Anne Karenine*, comedia en cinco actos de Edmundo Guiraud, tomada de la novela del mismo título de Tolstoi; en el Palais Royal *Madame Tantale*, vaudeville en tres actos de Enrique Keroul y Alberto Barré.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 452, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 451, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. T d 4 – c 4	1. b 5 × c 4
2. D b 4 – b 8 jaque	2. R juega.
3. C ó D mate.	

VARIANTES

1...... d 5 × c 4; 2. D b 4 – d 2, etc.
d 5 – d 4; 2. T c 4 – c 3, etc.
Otra jug.ª; 2. D b 4 – c 3 jaque, etc.

Paula trató de dominar su pena, y no pudiendo más, se echó á llorar

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—¡Llegas demasiado tarde!

—¡Bravo, Paulita! Los bosques de Conchinchina y Tonkín no te asustarán. Tal vez algún día los veas. Eres de nuestra misma raza.

—¡Oh! Yo viviré y moriré en el Maupas.

Y al decir estas palabras las llamas de sus ojos se apagaron.

Salieron del barranco por el bosque de fresnos, cuyos árboles de troncos claros se erguían altos y rectos, llevando noblemente como una corona el amplio ramillete de sus ramas deshojadas por el viento de otoño. Medio desnudos dejaban ver en todo su joven vigor sus cuerpos sanos y los gestos pacíficos de sus innumerables brazos levantados. Cual dríades desnudas descubrían el secreto de sus formas. Las raras hojas que aún conservaban eran de oro-rojo, muy parecidas á las hojas secas que en espesa alfombra yacían en el suelo. Se acercaba el ocaso, un vapor violeta iba envolviendo al bosque, dándole un aspecto misterioso de bosque sagrado.

Con la fachada posterior al bosque y dominando desde la principal los viñedos y praderas, la granja de Montcharvin reflejaba en sus cristales los rojos reflejos del ocaso. Los cuerpos espaciosos de aquel edificio estaban construídos sobre las ruinas de un antiguo castillo, del cual aún quedaban una torre desmantelada y un portal romano. Aquel portal sin puerta daba á un patio en donde se veían antiguas rejas de arado, y allá á lo lejos, á causa de la pendiente del terreno, se distinguía un paisaje al que servía de marco el mismo portal. Aquel conjunto recordaba los cuadros de los grandes maestros de Italia, que sin duda para reunir en un solo cuadro toda la belleza del mundo, ponían como fondo de sus retratos un paisaje visto á través de las columnatas de un palacio ó de los pórticos de un claustro.

Marcelo y Paula rodearon el antiguo edificio, y siguiendo el borde de un campo, bajo un grupo de árboles que ocultaba el profundo Forezan, llegaron ante un tronco derribado, banco natural dejado desde muchos años atrás en aquel sitio; y de común acuerdo los dos hermanos, se pararon y sentáronse á descansar.

Desde allí, en plena campiña, presenciaron la emocionante caída de la tarde. El sendero que habían seguido y las hojas secas del bosque tomaron un color rosa y violado obscuro; dos bueyes tirando de una carreta cargada de forraje pasaron por delante de ellos, atravesando una zona de sol, y de sus narices salía un vaho luminoso, que desaparecía y volvía á aparecer. La paz invadía la tierra, deseosa, por la tristeza de sus campos segados y de sus bosques sin hojas, del gran reposo invernal.

Marcelo cogió la mano de su hermana, que bruscamente al contacto rompió en sollozos. Habían acumulado demasiadas sensaciones para el momento de despedirse. Él soñaba en la debilidad de Alicia, y Paula pensaba en él. Durante un momento respetó aquellas dulces lágrimas derramadas por su causa.

—Escucha, dijo. Vela sobre nuestra madre. Yo voy á partir tal vez para largo tiempo.

Inquieta, presintió alguna nueva desgracia. Dominando su pena preguntó:

—Volverás el año que viene, ¿verdad?

Él la miró con ternura.

—No lo sé, Paulita; he de formar parte de una expedición que se organiza para atravesar el Sahara.

—¡Ah!, dijo ella, ¡me lo figuraba! Marcelo, abusas demasiado de nuestro valor. Mamá está muy vieja y gastada. Las penas le impresionan mucho más que á nosotros. Es preciso ahorrárselas.

Él contempló la paz de los campos y soñó que sería agradable quedarse allí junto á su madre y hermana. Pero pasó pronto aquel deseo y siguió diciendo:

—¿No te quedas tú con ella, nuestra hermana de la caridad? Es preciso que emprenda un largo viaje... y que olvide. No le digas nada aún. La expedición aún no está organizada. No saldrá hasta dentro de un año lo más pronto. Te lo digo á ti, á ti que conoces todos mis secretos. Mamá siempre lo sabrá demasiado pronto.

Ella preguntó simplemente:

—¿Durará mucho esa expedición?

—No se puede saber con exactitud. Probablemente año y medio.

Paula trató de dominar su pena, y no pudiendo más, se echó á llorar.

—Tú no sabes cuánto te queremos. Si hubiésemos podido dar nuestro corazón á la que no ha osado tener voluntad, habría conseguido retenerte, ya que nosotras no hemos podido conseguirlo.

Él la cogió entre sus brazos y la estrechó contra su pecho. Confiando en aquel cariño cuyo valor le tranquilizaba, esperó que se desahogase. Pero no pronunció el nombre de Alicia. Jamás lo pronunciarían sus labios. Sólo se dignó referirse á su amor con la siguiente alusión despreciante:

—No hablemos de ello, Paulita. Ese casamiento hubiese debilitado mi valor. ¡Mal hayan las mujeres que son obstáculo para la vida de sus maridos! Hoy en día el amor no es lo bastante fuerte para soportar la separación, el dolor y aceptar el sacrificio. ¡Paciencia! Mi destino era recorrer el mundo.

—Te olvidas de la mujer de nuestro hermano Esteban.

Marcelo, abrazando á Paula, dijo:

—Y me olvido de ti. ¡Cuánto valor sabrás dar á quien se case contigo!

—¡Oh! ¡Yo!, exclamó ella.

Y con aquellas solas palabras expresaba una rebeldía interior que él adivinaba y comprendía.

Paula había tropezado con la desgracia siendo demasiado joven, á la edad en que la vida tiene todo su encanto; después de la muerte de su padre, así su madre como ella tuvieron que sufrir muchas ingratitudes y humillaciones. De todo lo cual había nacido en ella una fuerza estoica, acompañada de un amargo orgullo. No esperaba nada del porvenir; se creía olvidada de los demás y trataba de olvidarse de sí misma. Sus cariños filial y fraternal contentaban su afán de abnegación. Exaltada en su dignidad y desdén hacia el mundo, no quería profundizar los obscuros sentimientos que germinaban en su ardiente corazón.

Marcelo, sabiendo que Paula era como él, reservada y poco propensa á enternecerse con sus propias penas, trató solamente de distraerla y le habló con gran cariño:

—Paula, no te preocupes. Algún día serás feliz. Yo te lo aseguro. ¡Mereces serlo!

Ella cambió de conversación.

—Tu viaje á París obedeció, sin duda, á esa expedición. ¿Por qué me lo ocultaste?

—No te lo he ocultado durante largo tiempo, Paulita. He tenido que luchar con intrigas y competencias numerosas. Hasta que por fin he conseguido que Juan Berlier y yo formásemos parte de ella.

—¡Ah! ¿Berlier también forma parte?

—Sí. Regresará capitán y condecorado. Y sobre todo, regresará hecho un hombre. Como el mar, el desierto ensancha el corazón y la inteligencia. ¿Cómo es que ya no le llamas Juan?

Ella no contestó. Él la miró y dijo levantándose:

—Vámonos á casa. Se hace tarde. Y no es justo privar á mamá por más tiempo de mi presencia.

La señora Guibert les esperaba sentada delante de la puerta. Con sus viejas manos hacía unos calcetines de lana para la niña del colono. Llevaba puestos los lentes para seguir mejor las agujas. Muy á menudo alzaba los ojos hacia la avenida. Aquella parte de la casa estaba cubierta por la viña-loca, cuyo color escarlata se encendía más á los reflejos del sol poniente.

Al ver á Paula y Marcelo les sonrió. Pero mientras subían la escalinata, se quitó los lentes y secóse rápidamente los ojos.

—¡Por fin habéis regresado!

Su hijo le dió un beso.

—Nos hemos entretenido en el bosque de Montcharvin. Pero ya estamos de vuelta. ¿No tiene usted miedo al fresco de la noche? Ya no es tiempo de tomar el fresco.

Al entrar dentro de la casa, el joven se volvió para ver los vecinos prados y la avenida de castaños á través de la puerta abierta de par en par. Puesto al corriente de los asuntos de la familia, sabía que era preciso pensar en vender el Maupas, á menos que su hermano Esteban realizase grandes beneficios en Tonkín. En aquella casa había pasado su infancia, allí se había formado su alma. De aquellos campos, en aquel momento de un color rosa y violeta, llegaban, evocados por él, lejanos recuerdos. Llegaban de todos los contornos, cual bandadas de palomos al ponerse el sol.

Marcelo cerró la puerta.

Sentóse junto á su madre en una sillita baja, y apoyando su cabeza sobre la espalda de ella, le cogió una mano y dijo con voz mimosa que contrastaba con su rostro varonil:

—¡Qué bien me encuentro!

Por primera vez contempló aquella mano que tenía entre las suyas, pobre mano gastada y agrietada, con los dedos hinchados y sin anillos, revelando una vida de trabajo y la vejez. Ella comprendió dónde iba la mirada de su hijo.

—Tuve que quitarme el anillo de esponsales porque me venía estrecho. Durante una temporada llevé el de tu padre. Pero se había ido adelgazando, y un día se rompió como si fuese de vidrio.

Y añadió como para ella misma:

—No importa. Lo único que vale son los sentimientos. Y á éstos ni la misma muerte los rompe.

Marcelo buscó con los ojos un retrato de su madre colgado de la pared. Aquel retrato, tan conocido, representaba una joven delgada, linda, con aire tímido, cuyos dedos afilados y pequeños sujetaban una flor, según la moda de los retratos de antaño.

Entonces, inclinándose, puso sus labios sobre aquella mano marchita.

En su memoria apareció aquella pobre vieja regresando de la Chênaie fatigada y humillada después de la negativa, y recordando las palabras duras con que la había recibido, dijo con la gracia algo altiva que daba tanto valor á sus frases de ternura:

—Madre mía, alguna vez he sido duro con usted.

Ella retiró dulcemente su mano y le acarició la cara; y sonriendo con aquella sonrisa luminosa y triste, resumen de su alma purificada por el dolor, murmuró:

—Cállate; te prohibo que te dirijas estos reproches. Todos los días doy gracias á Dios por los hijos que me ha dado.

Se callaron. El silencio les envolvió. Los minutos pasaban rápidos, inevitables. La separación próxima empezaba á separarles. Saboreaban perdidamente, hasta llegar á la angustia, el placer, pronto á morir, de estar juntos. Nada mezcla tanto las vidas como haber soportado en común preocupaciones y penas. ¿Cuándo volverían á encontrarse juntos en aquel encanto dorado por el otoño, ante aquellas hojas amarillentas cuya belleza moribunda veían á través de la ventana? De aquellos tres seres, dos tenían el presentimiento de que aquellas horas no volverían nunca más. La señora Guibert buscaba en vano su valor habitual en los momentos de despedida. Marcelo, con el corazón lleno de penas, soñaba en las soledades africanas que tan á menudo guardan para siempre á sus exploradores; por fin, avergonzado de aquella debilidad, alejó con palabras de esperanza el enjambre de negros presagios que se habían posado en el saloncito de aquella casa.

Trelaz vino á avisar que el carretón estaba enganchado. Se cargó el equipaje sin olvidar una cesta con provisiones para el viaje hasta Marsella. Era ya de noche cuando el viejo carretón emprendió la marcha.

En Chambéry, Paula vió bajo unos pórticos á la señora Dulaurens con Alicia. Tuvo tiempo de ver que ésta se ponía mortalmente pálida, y volviéndose hacia su hermano, quedó sorprendida de su impasibilidad. Parecía indiferente. Sin embargo, le pareció que también él la había visto.

En la estación tuvieron que esperar largo tiempo. En la sala de espera estaban solos. La señora Guibert no se cansaba de mirar á su hijo que iba á partir. De repente le dijo:

—Eres el que más se parece á tu padre.

—No creo en la vida con la fe que él creía, dijo Marcelo. Nunca le vi descorazonado. Cuando alguna cosa no le salía bien, alzaba la cabeza y decía riendo: «Mientras haya vida hay esperanza.»

—Al morirse, añadió su madre, perdí toda mi fuerza.

—Él revive en nosotros, madre.

—Para vosotros, sí. Pero él me espera allá arriba.

Marcelo la abrazó.

—No, madre mía; nosotros la necesitamos aquí abajo.

Entró gente, y poco después, á la voz de un empleado, salieron al andén. Allí vieron en la obscuridad los dos faroles rojos de mirada fija del expreso que corrían hacia ellos. Era el momento de la despedida. Jamás la señora Guibert había estado tan emocionada. Repetía sin cesar:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Y estrechaba entre sus brazos á Marcelo, que sonreía para tranquilizarla.

Su última frase fué una súplica.

—¡Que Dios te guarde!

Encorvada, inclinada hacia la tierra que la atraía, llegó al carretón de Trelaz del brazo de Paula.

—No se ponga usted así, mamá, decía su hija sosteniéndola. Se trata de un año de ausencia. Otras veces era usted más valiente.

Y al decir esto sufría á causa del secreto del cual era depositaria.

Regresaron calladas. En el Maupas, durante la velada, la señora Guibert tuvo de pronto una crisis de lágrimas.

—Tengo miedo de no volverle á ver, murmuró cuando el llanto le permitió confiar sus penas.

—¡Pero si no corre ningún peligro!, aseguró Paula, sorprendida y alarmada ante aquel presentimiento extraño de un peligro que sólo ella conocía.

—No sé por qué. Pero estoy tan triste como el año en que se murió tu padre.

Haciendo un gran esfuerzo consiguió dominarse, á fin de no impresionar más á su hija. Y cogiendo la mano de Paula, con el dulce encanto resto de su juventud, le dijo pensando en tantas separaciones, unas muy largas, otras definitivas:

—¡Hijita mía! Tú eres la última flor de mi jardín desierto.

SEGUNDA PARTE

EL MATRIMONIO DE LAS MUJERES GERMANAS EN EL SIGLO I

«... Los regalos de bodas no consisten en frivolidades que encantan á la mujer. Consisten en bueyes, un caballo ensillado, un escudo con su lanza y espada. Al presentar estos dones se recibe la esposa. Quien, por su parte, regala al esposo algunas armas. En ellas están el lazo sagrado de su unión, sus símbolos misteriosos, sus divinidades conyugales. Para que la esposa no se crea dispensada de nobles sentimientos y libre de interesarse en los azares de la guerra, los auspicios que presiden su himeneo le advierten que tendrá que compartir trabajos y peligros, y que su obligación, así en paz como en guerra, es sufrir y atreverse tanto como su esposo. Esto es lo que le anuncian los bueyes atalajados, el caballo ensillado y las armas que le entregan. Le enseñan cómo debe vivir y cómo debe morir. El depósito que acepta debe entregarlo puro y sin mancha á sus hijos, quienes lo recibirán de sus manos para transmitirlo á sus nietos.»

TÁCITO.

I

TRECE EN LA MESA

—Podríamos sentarnos á la mesa, se atrevió á decir tímidamente el Sr. Dulaurens.

Una mirada de su mujer le hizo dejar la chimenea en donde ardían unos enormes leños de encina, y fué á sentarse en una silla algo arrinconada. La señora Dulaurens, volviéndose hacia sus invitados, sonrióles mientras les enseñaba un calendario que en gruesos caracteres llevaba la siguiente fecha: 25 *febrero*. La señora Sougeon, seca y vieja, se acercó, pareciendo que se interesaba de un modo especial en el correr del tiempo, cuando sólo soñaba en apoderarse de un butacón al lado de la chimenea. Acababa de regresar de Roma; durante el invierno sólo concedía su atención á los santuarios meridionales; para poder realizar su última peregrinación, había tenido que hacer vender el ganado de un campesino que se había retrasado en el pago. Calentando sus pies, de regular tamaño, se fijó en la fecha.

—¡Pero si es el 25 de febrero de 1898!, dijo después de haberla leído. ¡Y estamos en 1901! Tiene usted un calendario que atrasa tres años justos.

Todas las señoras, excepto Alicia, se levantaron para comprobar el hecho. El calendario pasó de mano en mano. La señora Orlandi, que tenía contra su pecho á Pistacho—un Pistacho viejo, gordo, sin pelo, horroroso, cuyas pesadas pestañas caían sobre unos ojos legañosos,—exclamó, admirada y orgullosa de haber adivinado:

—¡Ah! ¡Ya comprendo! Ha conservado usted la fecha del matrimonio de su hija. Hoy es el tercer aniversario. ¡No hay nada tan ingenioso ni delicado como el amor de una madre! ¡Muy bien, muy bien! Yo también profeso el culto de los recuerdos.

—Apuesto cualquier cosa, dijo Isabel convertida en señora Landeau, que no se acuerda usted del día de mi boda.

—¡Oh! ¡Qué Isabel esta! ¡Siempre bromeando.

Y con una diplomacia falta de delicadeza, la italiana se puso á prodigar toda clase de caricias á su perro.

Viendo á todos sus convidados entretenidos, la señora Dulaurens echó una rápida ojeada al reloj, que marcaba las ocho menos cuarto. La comida era á las siete, pero en provincias no tienen la costumbre de la exactitud.

—Condesita, ¿no has visto á Clemente esta tarde?, preguntó dulcemente á su hija distraída y taciturna.

—No, mamá, contestó la joven en voz baja.

Cuatro ó cinco meses después de marcharse Marcelo Guibert, Alicia, desesperada, vencida, dominada, se había casado, por sabias instigaciones de su madre, con el conde Armando de Marthenay, entonces teniente del 4.° regimiento de dragones de guarnición en Chambéry. Por tercera vez se solemnizaba su *dicha*. Su gracia lánguida y esbeltez flexible de cuando soltera, se habían convertido en debilidad y delgadez. Sus ojos claros y su boca de extremos caídos denunciaban una tristeza natural y profunda. Sin perder su pureza sus facciones habían cambiado, y los pómulos más salientes, la nariz afilada, las mejillas sin color, habían transformado su antigua expresión de juventud é inocencia en un aire doloroso de dulzura resignada y de fragilidad. Llevaba escrita en su cara las huellas de una pena que no la dejaba un solo momento y de la que no se preocupaba su marido. Bastaba para convencerse de ello mirar aquella cara gruesa y llena de barros, aquel rostro sin expresión de hombre gastado antes de tiempo.

El hotel que los Dulaurens ocupaban durante el invierno en Chambéry recordaba, por su construcción maciza y las columnatas de su escalera, los palacios fastuosos de Génova la Soberbia. Su salón daba sobre la plaza Saint Léger, centro de la ciudad. Era una habitación monumental que alumbraban diez lámparas, dejando apenas visible el antiguo entramado de su elevado techo.

Visiblemente preocupada, la señora Dulaurens se alejó de su hija, y alzando las cortinas de una ventana, miró hacia la plaza. Las luces de gas que temblaban en el frío de la calle le hicieron ver que estaba desierta. Dejó caer la cortina y contempló, indecisa, el grupo formado por sus convidados. La conversación le pareció bastante animada para poder esperar aún algunos instantes.

—La señora Orlandi, que siempre se retrasa, hoy ha llegado á tiempo, pensó no sin enojo.

Alrededor de la chimenea aquellas señoras escuchaban á la señora Sougeon, que describía las catacumbas de Roma con unción de catecúmena. La señora Orlandi, ingenuamente desprovista de moralidad é incapaz de establecer comparaciones, confesaba que prefería las ruinas de Pompeya á causa de sus

entretenidas pinturas. Las señoras de Lavernay y d'Ambelard, graves y solemnes, no tenían opinión alguna; pero su nobleza agradaba á la señora Dulaurens. Resultaban de trato agradable, y apreciaban la existencia según el número é importancia de las invitaciones que se habían podido procurar.

Sus maridos, excelentes parásitos, conservaban de la sociedad antigua maneras distinguidas, cómodos prejuicios, una sincera ignorancia de la vida moderna y un arraigado gusto por el placer. El barón d'Ambelard, muy encarnado, gustaba de la buena mesa, y el marqués de Lavernay, aún joven á pesar de sus cabellos blancos, se dedicaba á galantear á las mujeres hermosas.

Este último, que venía de la sesión del Tribunal, contaba á un grupo de hombres sus impresiones como jurado.

—¡De modo que han condenado á un ladrón y absuelto á una infanticida!, murmuró el Sr. Dulaurens.

Y temeroso de sus palabras añadió apresuradamente:

—Y conste que yo no les critico.

El Sr. de Lavernay se echó á reir.

—¡Qué quiere usted! Hay ocasiones en que las circunstancias explican los mayores absurdos.

—¡Qué afán por tener hijos!, declaró el Sr. d'Ambelard. La fortuna debe gobernar la procreación. ¿Qué opina usted de ello, Sr. Landeau?

El Sr. Landeau confesó que no tenía opinión formada respecto á este asunto. Millonario, entablaba terribles batallas industriales para dejar caer en seguida sobre su mujer una lluvia de oro, con el objeto de recoger por fin, como cheque supremo, su orgulloso corazón. Éste jugaba con él como un domador con la fiera que ruge, amenaza y encorva la espalda. Bajo pretexto del deber filial hacia su indiferente madre, Isabel habíase opuesto á vivir en Lyón con su marido, quien iba á visitarla dos veces por semana á la espléndida villa que le había hecho edificar cerca de la carretera de Cognin. Ella arrastraba de salón en salón á aquel hombre fatigado por el trabajo, cuyas espaldas se encorvaban y cuyo rostro tomaba un color gris. Allí, sometido y domado, admiraba en su verdadero marco la sugestiva belleza de Isabel y oía sin alegría su risa argentina, su risa que enseñaba sus dientes blancos y brillantes.

El Sr. d'Ambelard, disimulando un bostezo, empezó á impacientarse.

—Temo que la comida se haya pasado; estamos esperando demasiado, dijo al marqués de Lavernay, quien sin contestarle fué á sentarse en un sillón desocupado junto á la señora Landeau.

Armando de Marthenay, inmóvil y mudo hasta entonces, había oído al Sr. d'Ambelard, y salió del entorpecimiento en que estaba sumergido para decir:

—Es por culpa de Clemente. Se le habrá estropeado el automóvil.

Como había hablado en voz alta, todo el mundo se volvió hacia él. Bien es verdad que la molestia producida por una espera tan prolongada se iba haciendo insoportable. Las agujas del reloj señalaban las ocho.

La señora Dulaurens trató una vez más de disimular sus angustias.

—Clemente es muy prudente. Pero esas máquinas, de noche, son muy peligrosas. Se puede tropezar con un obstáculo que se ve demasiado tarde.

—¿Dónde ha ido?, preguntaron las señoras.

—Esto es precisamente lo que me inquieta. Ha salido á las cinco hacia la Chênaie. Diez minutos de recorrido: unos tres kilómetros. Y aún no ha regresado.

Deseando tranquilizarse, el Sr. Dulaurens afirmó:

—Nunca le ha ocurrido ningún accidente.

Marthenay, sarcástico, dijo sin piedad alguna:

—A él jamás. Pero es una desgracia por donde pasa; no hace más que aplastar á todo lo que encuentra: pollos, perros y el otro día á una anciana.

—¡La hemos indemnizado!, protestó con indignación el Sr. Dulaurens. Y la hemos pagado muy cara.

—Sí, ahora cojea, gracias al dinero de usted.

Cortésmente y sin ironía alguna, el Sr. de Lavernay explicó que había muchos desgraciados que se dejaban atropellar por un automóvil á fin de conseguir ventajas pecuniarias. Excepto la señora Sougeon, rebelde al progreso, todo el mundo estaba acorde y dispuesto á defender el *sport* de moda, cuando se presentó Clemente, jovial, de buen color, con el abrigo lleno de escarcha que brillaba á la luz. Su madre se precipitó á él riñéndole, en vez de satisfacer su deseo de abrazarle. Después del casamiento de Alicia intervenía más en la vida de su hijo. Éste no trataba de excusarse. Se reía y se fundía como un sorbete.

—¡Qué quieres! ¡Hemos tenido un *panne* en Cognin! ¡Nos hemos divertido de lo lindo!

Estoy tan triste como el año en que se murió tu padre

El Sr. d'Ambelard, furioso, movía la cabeza nerviosamente.

—¡Bonita diversión!, decía. ¡La comida retrasada! Habla demasiado este muchacho!

Y había llegado á este punto de sus reflexiones, cuando la señora Dulaurens tomó su brazo para pasar al comedor. Clemente quiso ofrecer el suyo á la señora Sougeon, quien le empujó con desprecio diciéndole:

—¡Vaya usted á secarse!

Filosóficamente le contestó:

—Tiene razón. Pero podía ser usted un poco más amable. Voy á secarme y á cambiarme de ropa.

Desapareció y entró, de smoking, en el comedor cuando servían el filete de buey con *champignons*. Con la *sans façon* de la gente joven, pidió en voz alta que le sirvieran el puré y el pescado, y no se apresuró á alcanzar á los demás.

A medida que se iban sirviendo los platos, la alegría desbordaba. La conversación era general y animada. Clemente, una vez satisfecho su apetito, quiso tomar parte en ella y acaparar la atención. Esperó un momento oportuno para decir:

—Tengo que darles una gran noticia.

—¿Cuál?, preguntaron varios de la mesa.

—Me la han dado en Cognin. Me lo ha dicho el *chauffeur*, quien lo ha sabido por conducto del maestro.

—Una noticia de Cognin, dijo Isabel irónicamente. ¡De seguro interesa á toda Francia!

Clemente cantó imitando la canción de *Malborough:*

—*Con las nuevas que yo traigo, vuestros ojos llorarán.*

—¡Ja, ja, ja!

—Sí, ríase usted. Pero le advierto que mi noticia interesa á toda Francia.

—Entonces dígala usted, volvieron á insistir muchas voces.

Todas las miradas convergían sobre el joven. Inconscientemente gozaba de la superioridad que le daba su información. En aquel momento servían una galantina trufada, llamada á lo *gourmet*, gloria de un especialista de Tolosa. Ante cada convidado se erguían, en esbeltos vasos de Murano, preciosas orquídeas de diversos tonos. Alicia había aconsejado aquel adorno, copiado de un periódico de modas.

—¡Habla!, dijo la señora Dulaurens en nombre de todos.

Clemente ya no podía volverse atrás. Había comprendido su torpeza; pero no tuvo más remedio que decir, y lo dijo con gran aplomo:

—¡Pues bien! ¡El comandante Guibert ha muerto!

Aquella noticia, lanzada en medio de un banquete casi perfecto, en aquella templada atmósfera, en aquel comedor lleno de luz, entre el encanto de las flores, el brillo de las alhajas, el lujo de los trajes y la alegría de todos, era una inconveniencia. Sólo un grosero como Clemente, entorpecido por el abuso de los *sports*, podía ser capaz de aquella estupidez. ¿Acaso la evocación de la muerte no suponía que el placer de aquella noche no sería eterno? ¿Y no consistía el arte de gozar del momento presente en suponerlo duradero? ¡Si por lo menos se hubiese tratado de un muerto desconocido, y por lo tanto pronto olvidado! Pero el comandante Guibert no podía ser tratado de aquella manera; su origen, su persona y su brillante carrera lo hacían materia de una larga conversación. La noticia de su muerte causó en todos los convidados un profundo estupor.

Quién primero tomó la palabra fué Isabel Orlandi para poner en duda la noticia.

—¡No diga usted tonterías! El año pasado le hubiésemos creído. Entonces formaba parte de la expedición Foureau; atravesaba países desconocidos y peligrosos. Pero regresó sano y salvo al propio tiempo que ilustre. Y á los treinta y dos años es comandante y oficial de la Legión de Honor. Es nuestro gran hombre. Todos ustedes tienen celos de él, y se conoce que lo más cómodo ha sido suprimirlo.

Hablaba con animación, agitándose en la silla, volviéndose á un lado y á otro como si invitase á todos los convidados á contemplar el espectáculo de su cólera. Instintivamente al oir la noticia inoportuna de Clemente había mirado á Alicia y visto que su cara perdía el color, como si fuese á desmayarse, y que aquella palidez mortal se extendía hasta las manos, que, movidas por un temblor nervioso, apenas se diferenciaban, por el color, del blanco de los manteles. Y por esto Isabel había llamado sobre ella, con sus palabras y movimientos vivos, la atención de todos los presentes. Clemente encogióse de hombros.

—¿Qué quiere usted? Ha muerto. Yo le admiro tanto como usted, pero ha muerto.

Y repetía sin delicadeza alguna esta palabra, que no debía ser jamás pronunciada á las horas de comer.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cállese!, dijo la señora Orlandi, que acababa de advertir con espanto que estaban trece en la mesa y volvía á empezar á contarlos esperando haberse equivocado.

La señora Sougeon con tono solemne exclamó:

—¡Que Dios haya acogido su alma!

—¿Ha muerto en Francia?, preguntó el Sr. Dulaurens. Porque la expedición ha regresado hace un mes ó dos.

El Sr. d'Ambelard, indiferente, saboreaba una trufa que había guardado para el último bocado, y Lavernay penetraba con su mirada por el escote de Isabel, que en aquel momento se inclinaba hacia adelante. Las señoras compadecían al desgraciado comandante.

Marthenay dijo, dejando la copa que vaciaba con frecuencia:

—Yo le encontré apenas hace veinte días en la estación. Acababa de saltar al andén. Me dirigí á su encuentro, pero pareció no reconocerme.

—Probablemente no quiso conocerle á usted, dijo Isabel, que odiaba al marido de Alicia porque le hacía la corte de un modo asiduo y sin gracia alguna, cuando había perdido en el juego y las cartas no absorbían su atención.

Para impedir toda alusión, añadió:

(Se continuará)

EL TERREMOTO DE KINGSTON (JAMAICA)

Aunque en el número 1.309 de La Ilustración Artística describimos la catástrofe que ha convertido en ruinas una buena parte de la capital de Jamaica, creemos interesante, al publicar hoy las adjuntas vistas de los efectos del terremoto, reproducir algunos pormenores que acerca de la misma ha dado un testigo ocular, Mr. Alfredo Jones, recientemente llegado á Inglaterra á bordo del *Port Kingston*.

«Aún no estamos repuestos, ha dicho, de las terribles emociones que hemos sufrido. Terminaba yo una conferencia en el *Myrtle Bank Hotel* cuando ocurrió el desastre. Con la rapidez del rayo dejóse sentir una sacudida y el hotel se derrumbó; abrióse el suelo y el agua inundó los jardines. Hallábame en el vestíbulo del edificio, y cuando el desplome de las paredes me lo permitió, precipitéme hacia la estancia próxima, el comedor, que estaba lleno de escombros. Junto con algunos amigos, me embarqué en el *Port Kingston;* de los doscientos pasajeros ya embarcados, diez y siete murieron aquella noche. Se nos ha acusado de haber dejado sin socorro á muchos heridos, pero la verdad es que era imposible recibir á bordo á todos los que habían querido refugiarse en el buque.»

Interrogado acerca del incidente acaecido entre el gobernador de la colonia y el almirante norteamericano Davis; Mr. Jones ha declarado que las cartas entre ambos cruzadas no debieron haberse publicado

Vista de la King Street. A la derecha, los arcos de la compañía Lyons Ltd. y las paredes de la droguería Croswell y de la joyería Meuikes. A la izquierda, las ruinas de la estación de la compañía eléctrica West India, del almacén de muebles Fisher y de la ferretería Middleton.

Vista de la Hardour Street. El oficial voluntario N. de Valda y dos obreros negros extraen un cadáver de entre las ruinas. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)

y que no debió darse carácter oficial al asunto, añadiendo que no eran necesarios los socorros, pues había en Kingston víveres para tres semanas y que el desembarco de los marineros norteamericanos arma do puso en grave compromiso al gobernador, quien se salió de él airosamente. Además, ha desmentido las afirmaciones yanquis relativas á malos tratos inferidos á los extranjeros.

En concepto de Mr. Jones, el desastre, con haber sido tan grande, no perjudicará la prosperidad futura de Jamaica. El primer cuidado de los damnificados será poner de nuevo las minas en estado de explotación y construir una hermosa ciudad moderna. Los daños causados por el terremoto se elevan á unos treinta y siete millones; pero á pesar de las grandes pérdidas sufridas, los habitantes de Kingston no han sucumbido al desaliento y su energía no tardará en reparar los terribles efectos de la catástrofe. En el entretanto, y aunque faltan dinero, alimentos y viviendas, reina la calma, todo el mundo da ejemplo de valor y día y noche se trabaja en la reparación de los tranvías y de los ferrocarriles y en la organización de los servicios postales y telegráficos, y los socorros que de todas partes afluyen estimulan el admirable celo de aquellas gentes. Y es tal el ardor con que se procede, que antes de poco renacerá de entre sus ruinas la ciudad destruída y recobrará el aspecto risueño que ha hecho de ella una de las más hermosas estaciones invernales.—R.

EL TERREMOTO DE KINGSTON. CONDUCCIÓN DE CADÁVERES QUE SON ARROJADOS Á LA BAHÍA
(De fotografía comunicada por Photo-Nouvelles.)

LA PERFORACIÓN DE LAS OREJAS

Las mutilaciones del cuerpo, inspiradas ya por ideas religiosas ó sociológicas, ya por costumbres de la moda ó por ideas de vanidad, y hasta por aberraciones de los sentidos, las vemos extendidas por todos los pueblos y desde la más remota antigüedad. Con los progresos de la civilización muchas de ellas han desaparecido, pero aún subsisten dos en las naciones más cultas: el tatuaje y la perforación de las orejas.

Digamos, sin embargo, á propósito de esta última, que no se estilan en los pueblos civilizados las pesadas piezas de madera y de metal que usan ciertas tribus salvajes y que deforman enteramente el lóbulo auricular. Livingstone refiere que los negros del Zambezé llegan á distender el lóbulo de tal modo, que puede pasarse por él el puño cerrado; los hotentotes introducen en él discos de madera de tres ó cuatro centímetros de diámetro; y en Africa y en Asia se ven aros para las orejas que pesan más de 150 gramos, es decir, tanto como pesados brazaletes.

Esta moda de llevar pendientes, en una ú otra forma, se remonta á los tiempos más lejanos, pues los más antiguos, encontrados en Suiza y en Francia, lo han sido en excavaciones de viviendas lacustres, y es la única que, con el tatuaje, se ha perpetuado en las clases más altas de los pueblos civilizados, y no sólo entre las mujeres, sino también entre los hombres.

Bajo la influencia de las ideas de higiene, de las nociones de contagio, la moda de la perforación de las orejas tiende á desaparecer. Primeramente se ha procurado hacer inofensiva la operación no practicándola sino en niñas muy sanas y asegurando la asepsia de los instrumentos y de las manos del operador; pero hoy se va más allá, ya no se perforan las orejas ó se perforan en muy contados casos, y en vez de llevar los pendientes que atraviesen el lóbulo, se llevan fijados por medio de un tornillo de presión ó colgados sobre el pabellón, con lo cual las elegantes pueden satisfacer su instinto de lujo y de coquetería sin daño para la perfección de sus orejas.—A. C.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

Primera Crónica General ó sea Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289, publicada por *D. Ramón Menéndez Pidal*. - Constituye este libro el tomo sexto de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» que, bajo la dirección del señor Menéndez y Pelayo, publica en Madrid la casa Bailly-Baillière é Hijos y comprende el texto de la mentada crónica restituída á su primitiva forma por el señor Menéndez Pidal, que desde hace años viene consagrado á la preparación de esta obra y cuyos trabajos en esta materia han merecido los más entusiastas elogios de eminentes sabios extranjeros que á esta clase de estudios se dedican. La obra tendrá dos tomos: el primero es el ahora publicado; el segundo contendrá un estudio histórico literario de la Crónica y los índices y glosarios necesarios para el manejo del texto. Un volumen de 776 páginas á dos columnas con un grabado que reproduce el fragmento del manuscrito original existente en el Escorial. Precio 12 pesetas en rústica.

Polvo del camino, por *Angel Guerra*. - Colección de artículos literarios de distintos géneros

Lovaina. - Monumento al filántropo Eduardo Remy, obra de Pedro Braecke

Un tomo de 192 páginas que forma parte de la «Colección Diamante» que con tanto éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Precio, dos reales.

O Outono, por *A. F. de Castilho*. — Colección de poesías y artículos en prosa que forma parte de la serie de obras completas del notable literato portugués Antonio Feliciano de Castilho y que se publica en Lisboa bajo la dirección de su hijo Julio de Castilho. Un tomo de 178 páginas, editado por la Empresa da Historia de Portugal. Precio, 200 reis.

Importancia social del Arte, por *Eliseo Guardiola Valero*. Notable estudio de los más interesantes problemas que se relacionan con el arte y de la influencia que éste ejerce en la vida de los pueblos, y una explicación documentada de las grandes civilizaciones orientales y de la greco-romana. Un tomo de 310 páginas, con un prólogo del docto catedrático de la Universidad Central D. Adolfo Bonilla y San Martín, editado en Madrid por D. Fernando Fe. Precio, 3'50 pesetas en Madrid y 4 en provincias.

Psicología moderna, por *Enrique Gómez y Pianos*. – Folleto de 52 páginas, impreso en Santiago de Cuba, en la imprenta «Ilustración Cubana.»

Imp. de Montaner y Simón

AÑO XXVI — BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1907 — NÚM. 1.313

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA

LOS HIJOS DE CARLOS I DE INGLATERRA,

cuadro de Antonio Van Dyck que se conserva en la Galería Real de Turín

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Una nevada!

Empieza suavemente, á las once de la mañana, y produce el efecto de un *poudré;* dijérase que gigantesca borla sacudida por los gnomos empolva todo lo que la vista abarca. Desaparece la negrura, el agrio colorido del caserío matritense: lo uniforme de la blancura comunica especial majestad á las perspectivas de calles, tejados, plazas, jardines y arboledas. La gente se precipita á contemplar el espectáculo desde determinados sitios: el Viaducto, por ejemplo, es un balcón abierto sobre un panorama espléndido, una lejanía de montañas y sierras fantásticamente hermosa. En el Retiro, la dignidad glacial de los parques regios del Norte substituye á la burguesa amenidad de los paseos y esparcimientos de niñeras y chiquillos. Se espera la aparición rauda de un trineo, en que bajo pieles magníficas se reclina un emperador... boreal. No cabe duda: en los primeros momentos, la nevada engrandece la noción de la vida.

* * *

Transcurren unas horas y comenzamos á mirar la nevada por su aspecto práctico, positivo; por lo que afecta á las necesidades é imposiciones de la existencia cotidiana. Es preciso salir, ir aquí, acullá, abandonar el rincón al lado de la chimenea, el tibio ambiente de la cerrada habitación, la mesita donde se juega al *bridge* y se bebe ponche caliente, la casa confortable, la ventana por entre cuyas cortinas miramos el pausado, dulce, leve caer de los copos. Hay que resolverse á arrostrar la intemperie, el peligro de las caídas; si á pie, el riesgo de romperse una pierna ó un brazo; si en coche, el de perder un tronco. Y entonces, lo bonito y poético de la nevada empieza á pareceros feo y triste. Quizás minutos antes sonreíais viendo al través de los cristales los resbalones de los transeuntes; quizás tomabais á diversión el que una vieja se cayese de plano, sin hacerse mal, y el cesto que llevaba al brazo, y que encerraba una botella de *morapio*, soltase el contenido de la botella, en roja sábana, sobre la candidez de la nieve ya de una cuarta de altura... La vieja, llorosa, colérica, renegando, ha recogido su canasta y ha mirado con profunda pena los cascos de la botella rota. Ese vino era acaso el goce, el conforte del hijo, del yerno, del nieto artesano; ó tal vez fuese la centella de calor que discurriría por las venas de la anciana, en días tan helados, en que se cuaja la sangre de los pobres.— Lo habéis echado á broma, como otros percances cómicos de la nevada... Ahora que os veis obligados á salir, es cuando notáis que la nieve, también la nieve, castiga á la humanidad.

* * *

Las alegrías de la nieve; las estatuas efímeras que dan por un momento, á los más profanos, la ilusión capciosa de la creación artística; el helado hecho con los materiales que se recogen en el balcón; el efecto polar, de cinematógrafo..., son las apariencias. Las realidades son el trabajo suspendido, el hogar apagado, el temblor de las carnes azotadas por el frío riguroso, la insuficiencia de la ropa, la carestía del carbón y la leña, la interrupción de las indispensables comunicaciones, el humilde calzado, los pobres harapos destruídos por el encharcamiento del piso, y como contingencia doblemente cruel, el resbalón en los registros de metal del empedrado, la conducción á la Casa de Socorro, la fractura del hueso, la curación interminable, el gasto que echa á pique á una familia modesta... A este precio vemos descender suavemente los polvos de arroz que hacen á Madrid un tocado de baile de cabezas, el *poudré* digno de un minueto de Versalles, Trianón y los *petits appartements.*

* * *

Estas temperaturas obligan á hacer calceta para los desabrigados. Las manos que manejan el gancho de marfil ó concha, enmallando la tosca lana para fabricar capillitos, gorras, abrigos, fajas y zapatos destinados á las criaturas á quienes el frío amorata y engurrumina, son las manos delicadas, preciosas, de las señoritas aristocráticas, que se reunen en talleres bajo la advocación de algún santo ó santa, de alguna Virgen, emblema de la compasión, y piensan en «vestir al desnudo.» Son gentiles obras de caridad, que seguramente no bastan para remediar tanta desdicha como se ve por el mundo, pero la atenúan y mitigan.

Querer remediarlo todo... sería un sueño. Yo no sé por cuánto tiempo; no sé si eternamente existirán la miseria, el hambre, las penalidades, á que nacen sentenciados tantos seres, bajo la fatalidad y el destino.

Todos los años se presenta, en las ciudades populosas, el caso atroz de la muerte por inanición; el hombre que aparece tieso, agarrotado, escuálido, demacrado, sin otra enfermedad que la falta de un bocado de pan, un vaso de vino y unas ascuas... Y nos conmovemos, y lo deploramos, y se escriben sueltos y artículos, y se abren asilos para la noche, y se piensa en ranchos hirvientes y en mantas y colchonetas, y á los ocho ó diez días se olvida el suceso, una gacetilla más, entre las varias que solicitan la curiosidad ó el interés de un minuto. No es endurecimiento de entrañas; no es maldad social. La gente no es tan indiferente como se dice: la gente desea hacer bien, ó por lo menos algún bien. Todo el bien nadie puede hacerlo: en el actual estado de la sociedad, único que conocemos, aunque la mente, utopizando, conciba otros, no se ha logrado arbitrar recursos para evitar de raíz que los hombres se mueran, literalmente, de frío y de hambre.

* * *

Cada cual (con deshonrosas excepciones) socorre á cierto número de desgraciados. En la medida de sus fuerzas, raro será el que no ejercite esta virtud. Si hay tacaños, hay también quien da á manos llenas. Y casi todos dan trabajo; lo fomentan con su lujo, con sus necesidades de bienestar. Es decir, que el trabajo se cotiza, y al cotizarse el trabajo, la crisis del hambre en parte se conjura. Involuntariamente, en esta forma, los ricos dan á los pobres. Exceptuado el caso de las enormes fortunas, que son contadas, los que tienen «buen pasar» necesitan calcular mucho para no excederse de su presupuesto, el cual, íntegro, á cambio de goces proporcionados ó necesidades satisfechas, va á parar á otras manos pecadoras.

A parar, tampoco es exacto: esos, á su vez, lo sueltan, lo chorrean por canales y conductos invisibles, pero todo acaba por filtrarse en esa masa inmensa de los trabajadores de cada oficio y cada menester, de los productores. Y así se compensa—en lo posible—el desequilibrio de las fortunas en el pícaro mundo.

Queda un margen bastante amplio de gente absolutamente desheredada ó absolutamente inhabilitada para la lucha... Y en esa se reclutan las víctimas de las nevadas y los hielos. Porque observadlo: en verano no mueren de hambre ni los pájaros ni los hombres. El calor mantiene.

* * *

Un singular privilegio de la riqueza es el que los actos de los millonarios (de los multimillonarios, mejor dicho) tengan resonancia, aun siendo de los más vulgares. ¿Qué nos contarán á nosotros, los nacidos en esta península, de venganzas y muertes por celos? ¿No estaremos bien hartos de leer uno y otro día, en los periódicos, espeluznantes relaciones de tal género, ajustadas á cualquiera de los tres tipos preferidos: el amante que mata á la amada, el amante que mata al rival, el amante que mata á la amada ó al rival y se suicida sin pérdida de tiempo? Y siendo así, ¿qué nos puede decir de nuevo el multimillonario Thaw despachando el billete para el otro mundo á su ex rival White? Es un brote más de esa negra flor de los celos, que envenena y corrompe ella sola, con sus emanaciones, el vasto y delicioso jardín de amor. Son los celos del pasado los más incurables, porque sólo Dios, con su poder, que concebimos infinito, obtendría que lo que ha sucedido no haya sucedido; y no sabemos que tal milagro lo realizase nunca Dios.

Pero si la venganza y el desquite de Thaw se los toma un gachó de los de marca en las Ventas ó en los Cuatro Caminos; si el matador es un albañil y la víctima un carpintero de armar..., dos renglones dedicarían, á lo sumo, los periódicos al *sensacional* caso.

Se le llama *sensacional* porque á los que en él figuran les rodeaba esa aureola del lujo y la felicidad material que proporciona una excesiva riqueza, la cual parece excluir toda preocupación que no sea la de la salud, lo único que no siempre puede comprarse..., y digo *no siempre,* porque á veces también se compra.—El muerto rodeaba sus caprichos y antojos de libertino de una decoración fantástica de espejos, mobiliario fastuoso y refinamientos orientales; el matador podía apalear los millones que en sus manos de degenerado—los médicos lo declaran tal—eran un juguete puesto al servicio de la pasión... Y esta opulencia es lo que hace impresionante el vulgar suceso.

* * *

Hay, en el espíritu de las gentes, esta idea invencible: un millonario no debe en ningún caso ser asesino.

En efecto, como dijo el aragonés á quien le preguntaron si se mareaba: «¿Yo? ¿Pa qué?» *¿Pa qué,* en efecto, va á asesinar el que tiene resuelto en tan estupendos términos el problema?

Todos estos asesinos de las bajas clases, al descargar el puñal, obedecen, aunque no se den cuenta de ello, á cierto rencor que le guardan á su perra suerte. Cansados de pasar apuros, de sudar y bregar para mal llevar la vida, un día se levantan de peor humor y con la bilis revuelta, y al parecer que matan á su novia ó á su amiga, lo que hacen es suicidarse indirectamente; cambiar de postura en el incómodo lecho donde duermen la pesadilla del existir. ¡Pero un multimillonario! ¡Un hombre á quien su oro entrega el planeta; á quien le es tan fácil marcharse del sitio donde sufre, irse á otro donde ni las personas ni los objetos le recuerden en lo más mínimo lo que le desgarró el corazón!

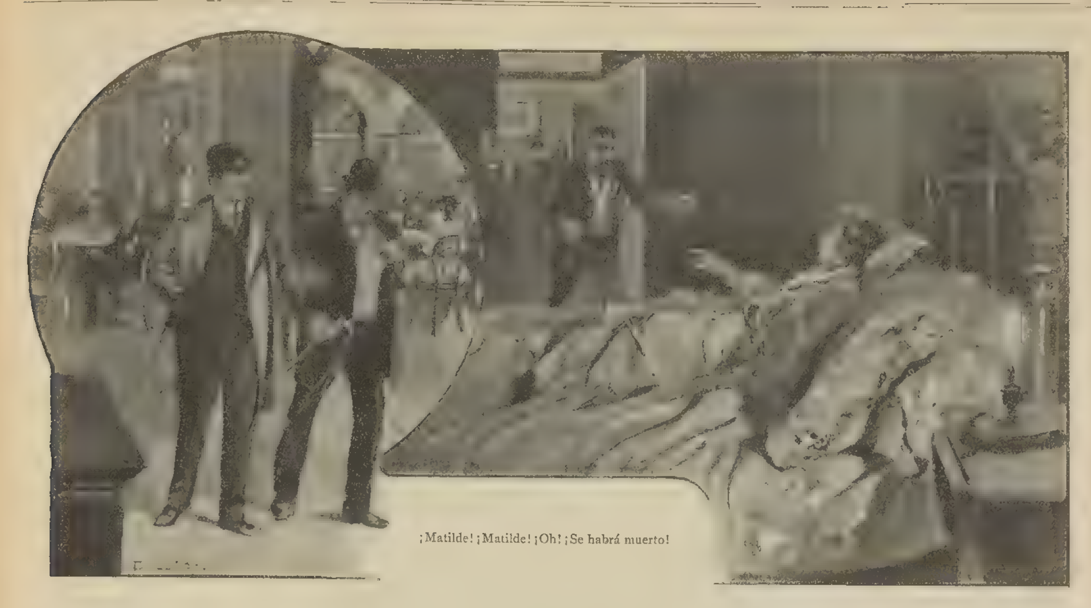
Y se nos ocurre que Thaw no merece ser rico. No es digno de esa fuerza que no supo aprovechar. Y el castigo de Thaw no debiera ser la electrocución, ni ninguno de los variados sistemas de ajusticiamiento conocidos y empleados en el orbe, sino sencillamente la privación de la riqueza. Thaw debiera ser condenado á *trabajar.* Sus millones, á crear escuelas, asilos, bibliotecas; y él, á cumplir el precepto del Génesis... Para tan ahincado celoso tendría este castigo una ventaja: la de que podría cerciorarse así, plenamente, de si su Evelyn le ama de veras, y es capaz, por él, de renunciar á la opulencia y á las satisfacciones del dinero...

* * *

¡Qué de cosas presenciaríamos si cupiese hacer tal prueba con los amores! En vez de la comedia «Muérete y verás,» Bretón debió escribir otra: «Arruínate y verás.» La experiencia sería sobre carne viva, sobre humanidad sangrante y palpitante. Thaw fué un necio en no probar así á su esposa. Si el afecto de la bella resistía á tan amarga decepción, bien podía decirse que era afecto verdadero y de la entraña. Y siéndolo, ¿qué podía importarle el pasado y sus incurables nostalgias? La verdad de un cariño á prueba de pobreza sería tan alta, tan noble, tan hermosa, que su resplandor excluiría toda sombra y todo tormento de recuerdo...

De estos cariños los hay, pero son, como dijo el gran Suleimán el poeta, «preciosos, raros y de tierras lejanas.»

Emilia Pardo Bazán.



¡Matilde! ¡Matilde! ¡Oh! ¡Se habrá muerto!

EL TORMENTO DE LOS CELOS

Quisiera filosofar sobre esta horrible condenación humana, de una manera analítica y profunda, pero las dimensiones que debo dar á mi artículo y el carácter de esta ilustrada revista me impiden realizarlo.

Voy á limitarme relatando una verdadera historia, mejor dicho, una pesadilla de amor, que á tener poca originalidad va á quedarme á lo menos la satisfacción de haber cooperado otra vez á la lucha que todos los que amamos con alegría habríamos de mantener firme y abierta contra el fantasma de los celos.

Quizás no se pueda hablar de algo cómicamente triste y desesperante como no sea de un matrimonio muy ciego, muy amante y á más desconfiado hasta la insensatez. Pronto se descubre en la más mínima de sus conversaciones como en el más insignificante de sus actos la muy negra y perfidiosa interrogación que amarga todos los días de su vida; en una palabra, se acaba por aceptar que los condenados á este infierno moral demuestran un singular empeño en ser sus propios y únicos verdugos.

Muy cerca de mi casa, en el piso de enfrente, vi ven Alberto y Matilde, cónyuges de dos años á esta parte, tan pasionalmente enamorados que si el esposo anda pegado á las faldas de su mujer, justo será consignar que la esposa está unida al marido como á verdadera *esposa*.

Los dos celosos, vehementes, de imaginación exaltada, cifran toda la grandeza del amor en someter su alma á un desbordamiento constante de exageraciones, dudas y deseos. Los dos gustan de adivinarse el más ínfimo y vago de sus pensamientos, adelantarse á la respuesta de una pregunta que no ha sido formulada siquiera y mantener llameante el fuego de su pasión de novios, como si sospechasen que toda depresión, por momentánea que fuese, indicaría el enfriamiento de su alma.

Todo esto deduzco de lo que he venido observando casualmente durante los seis meses que ocupan la proximidad de mi casa; deplorable desconocimiento de la vida y del amor en su natural y hasta sublime apreciación, ya que á pesar de tratarse de dos seres indudablemente enamorados, buenos y cariñosos, les ha conducido á los tormentos de un drama semi-cómico para mí y algo trágico para ellos, puesto que han sufrido sus desagradables resultados pasando por una serie de tristísimas escenas que referiré para llegar á la conclusión filosófica de mi relato.

No se me vaya á creer entremetido ni curioso hasta el extremo de husmear los secretos del prójimo. El constructor de la pared divisora debía ser, como los griegos, muy adorador de la acústica, por lo que confió las intimidades de los vecinos á un tabique exageradamente delgado y al poder extranatural de volvernos tapia, virtud que confieso no haber tenido en este caso, porque los escritores no debemos desperdiciar lo que de una manera ú otra la naturaleza nos descubre.

Hablaba Matilde.

—Pero ¿qué tienes?.. Dime, ¿es posible que me ocultes nada?.. ¿Te he ofendido en algo?..

—No, sí...

—¡Rehuyes mis preguntas!.. Sin embargo, antes te complacías en adivinar mis más insignificantes deseos... ¡Te apartas de mí!.. Tus besos no son los mismos...

El eco enmudeció, y este silencio que yo no esperaba me pareció tan doloroso, que poca fantasía necesité para creer que Matilde lloraba.

—¡No seas así, mujer!.. Si te amo á ti, á ti sola!..

—¡A mí sola!..

—Y pues, ¿dudas de mí?.. ¡A ti sola, que eres todo mi deseo, mi felicidad, mi dolor, mi todo!..

—¡Tu dolor!.. Me acordaré toda mi vida: *¡tu dolor!*.. ¿Acaso te molesto?.. ¡Ah, cómo cambiáis los hombres!..

—¡Pero mujer!..

—No; ¡si lo venía observando!.. ¡Si lo has dicho tú mismo!.. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!..

Un violento portazo hirió todas las sonoridades de la casa. Quise oir más, pero fué inútil.

El dulce encanto en que adormecían sus almas se había roto.

Después, nada; un intolerable silencio... La indiscreta pared, como si fuese capaz de arrepentirse, se entregó á un mutismo desesperante, lo mismo que si se burlara de mi natural deseo de averiguar indefinidamente; entonces estuve á punto de retirarme ofendido, pero otro portazo me sumió en un mundo de conjeturas.

Indudablemente que lo había dado Alberto. Era una puerta que nunca había traspasado los límites de una buena armonía cerrándose con la mayor suavidad, de manera que entonces me descubría destempladamente el duro estado de nervios de los dos cónyuges, y deduje que el marido no debía andar en busca de su mujer para hacer las paces, porque cuando los nervios toman parte en cuestiones de esta índole, acostumbran á ser muy malos consejeros.

El disgusto tomó un aspecto más grave de lo que yo suponía. Alberto salió de su casa. Despedíme de mi mujer y eché á andar tras de mi vecino.

Demostraba una serenidad que á mí no me convencía. Hubo un momento en que adiviné que estaba por deshacer el camino, pero el amor propio hundió el acicate en su corazón perturbado y emprendió una loca carrera que me costó gran trabajo seguir.

Sentí en mi alma una gran compasión: se hundían en un abismo del que es muy difícil salir, y cuando Alberto, cansado de rondar por las calles hecho un fantasma, dejó caer su quebrantado cuerpo en una de las sillas de un café restaurant, me acerqué á su mesa con la buena intención de darle algunos consejos.

Intimábamos poco, pero éramos lo suficiente conocidos para poder hablar largo sobre cualquier asunto. Conduje, pues, la conversación hacia mi objeto de una manera algo violenta. Le pregunté si había asistido al estreno de «El martirio de los celos,» tres actos como tres pesadillas dantescas para acabar inmoralmente: un hombre, mejor dicho un monstruo, que sucumbe á la ofuscación de unos celos atroces, encerrando á su mujer en una casa edificada en la sombría y desierta soledad de unos páramos sin fin.

Me reprendió porque criticaba la obra de inmoral; sostuvo con un calor que me dió frío, que el asunto estaba trazado y desarrollado por mano maestra y que el protagonista del drama obraba muy cuerdamente. Me arriesgué á recordarle que el marido en cuestión no tenía prueba alguna contra su esposa y que únicamente consumó su crimen instigado por la horrible manía que le atormentaba siempre.

No nos entendimos. Era ya algo tarde y me levanté, seguro de que marcharíamos hacia nuestro domicilio. Se excusó pretextando que tenía quehaceres; aquella noche asistía con varios amigos á la última cena de un soltero.

Dirigíme á la puerta y me llamó.

Trazó algunas letras y me pidió permiso para cerrar el sobre rogándome al mismo tiempo que por manos de mi esposa fuese entregado á Matilde.

Desde aquella noche estoy convencido de que á menudo los grandes males son precursores de los más grandes remedios. Estaba esperando en el comedor á que mi mujer volviese de cumplir el encargo de nuestro vecino. Una multitud de noticias callejeras pasaban rápidamente por mi cerebro: los siete pecados capitales babeaban entre líneas, expuestos á pública irrisión al lado de virtuosos relatos y refinamientos de almas superiores; la desgracia y la alegría, el sarcasmo y la adulación braceando y gesticulando en la inmovilidad de las letras de molde. Había en el periódico unos caracteres muy grandes y negros que decían: *El crimen de anoche.* No quise saber nada; me hallaba molesto, se me figuró que el diablo de los celos reía entre líneas, y estremecíme como si por todas partes me rodearan iracundos condenados á este tormento.

Oí el ruido de algo que cae. Luego un grito que arrancó otro grito de una garganta muy conocida para mí. A poco llamaron desaforadamente á la puerta y entró mi mujer densamente pálida:

—¡Ven!.. ¡Ven!.. que Matilde...

Desapareció sobre sus pasos. Quedé sorprendido como si se tratara de una alucinación; sin embargo, me repuse pronto y corrí á la casa de mis vecinos, sospechando lo que había pasado.

Sufría un ataque nervioso. Fuí inmediatamente á avisar al médico; y como mi parecer fuese de que el remedio no consistía en una droga más ó menos sabiamente administrada, me encaminé de nuevo al restaurant.

Abordé la cuestión sin rodeos hablándole rudamente. No me contestó una palabra siquiera, estaba pálido, vencido; se le había desplomado encima todo un porvenir de desdichas; pero cuando le hice entrever el gravísimo estado en que dejé á Matilde, se levantó de la mesa, y sin saludar casi á sus amigos, que reían con exaltamientos báquicos, salimos del establecimiento.

—¡Soy un insensato!.. ¿Verdad, verdad que soy un monstruo?..

Quise calmarle inútilmente. Paróse en medio de la calle y preguntóme sin hallar palabras ni saber lo que decía:

—¿Pero usted..., usted?.. ¡He dudado de ella, de todo el mundo..., de mí mismo..., de usted!..

No pude menos que reirme: no obstante, me repuse inmediatamente diciéndole:

—Y es que usted no ha amado con serenidad...

—¡Oh, no, no! Sólo recuerdo haberla amado de esta manera durante nuestras relaciones...; pues cuando la vida matrimonial nos lo dió todo, cuando holgaba hablar porque todo nos lo habíamos contado y repetido mil veces, cuando nuestros besos no eran delirantes porque ningún poder del mundo nos lo vedaba, entonces, ¡ah entonces!.., temí que nuestros corazones se enfriaban..., redoblé mis caricias; llegué á imponerme el papel de galanteador... Pronto me convencí de que muchas de mis frases eran vacías, gastadas..., y poco más tarde descubrí que á mi esposa le pasaba otro tanto..., y entonces... ¡oh!.. se presentó la duda, esa duda cruel que nos atormenta á los dos!..

Suspiró profundamente y guardó silencio.

Por fin llegamos. La puerta del cuarto, entornada, bien decía que pasaba algo anormal. En el comedor estaba mi esposa con el doctor, ambos silenciosos y preocupados. Alberto se abalanzó hacia sus habitaciones.

—¡Domínese usted!.. Hay que tener mucho cuidado...

Mi mujer, muy emocionada y apagando la voz, me puso al corriente:

—Delira. Se ha mandado por hielo... Podría ser...

Alberto sentóse muy cerca de la puerta sumamente agitado.

El médico acercóse á nosotros:

—Amenaza una congestión... Precisa calmar á Alberto.

Éste tuvo un arranque y nos cogió desprevenidos.

—¿Van á despojarme ustedes de mis derechos?.. ¡Matilde!.. ¡Matilde!.. ¡Oh!.. ¡Se habrá muerto!..

Y corrió hacia las habitaciones.

Matilde volvió en sí y los dos se fundieron en un beso infinito, donde todo rencor celoso desaparecía.

Tuvimos que separarlos. El médico le indicó que si no dejaba sola á la enferma, él se marcharía inmediatamente. Alberto se dejó conducir al comedor.

Tipo indio del Chaco, cuadro de Pedro Blanqué

Matilde deliraba; en las tinieblas de la alcoba relataba toda la pesadilla de su amor.

Al cabo de un rato entregóse al silencio, y el sueño reparador cerró aquellos ojos que habían llorado tanto. Salió el médico y anunció que el peligro había desaparecido.

Alberto, de codos sobre la mesa y la cabeza oculta entre sus manos, decía:

—¡Cuán inútilmente hemos sufrido!..

Nogueras Oller.

NOTAS DE CARNAVAL.—MADRID Y NIZA

Uno y otro año oímos decir que el Carnaval se muere, y la verdad es que, á lo menos en las principales ciudades de España, hace muchos años que, si no ha muerto aún, está dando las últimas boqueadas, sin que los interesados en infundirle vida den con el remedio que le saque de su postración y de su agonía interminable.

En nuestra capital, apenas se ha notado este año que estábamos en días carnavalescos, y en Madrid mismo, toda la prensa de allí conviene en que las máscaras callejeras han sido pocas y del peor gusto y que la fiesta se ha reducido á mucha gente y muchos coches en Recoletos y la Castellana, á las consabidas rondallas y estudiantinas y á algunas carrozas más ó menos notables, que se disputaban los premios concedidos por el Ayuntamiento.

El jurado declaró desiertos los premios primero y segundo de carrozas, adjudicando el tercero á la denominada *Gnomos,* del Sr. Herreros de Tejada. El primero de los coches se otorgó al de la Sra. de Lastra y el segundo al del Sr. Levenfel; el tercero y cuarto se adjudicaron á dos carrozas, *De pesca,* del Sr. Servet, y *Japonesas,* de la señora de Macías. Además concedió accesit á *Modas de París,* del Sr. Guerra; *Fora á morriña,* y otras.

Los premios de las estudiantinas se dieron á *Unión Escolar, La Filarmónica* y *Alfonso y Victoria;* los de las comparsas á *Benéfica Alcarreña, Segoviana* y *Nueva Riojana.*

En donde no decae el Carnaval, antes bien preséntase cada año con nuevos atractivos y con notas siempre originales, es en Niza. En el presente, como en los anteriores, la animación ha sido grandísima; la afluencia de forasteros enorme; las fiestas al aire libre espléndidas, reinando en todas ellas la alegría, la suntuosidad y el buen gusto. Máscaras sueltas, comparsas, coches ricamente adornados, carrozas dispuestas con el mayor arte, formaban el regocijado cortejo de S. M. el Carnaval, á quien ha rendido pleitesía una multitud bulliciosa, y durante cuyo efímero reinado, la Locura y el Placer han ejercido su imperio en aquella privilegiada estación invernal de la Costa Azul.—S.

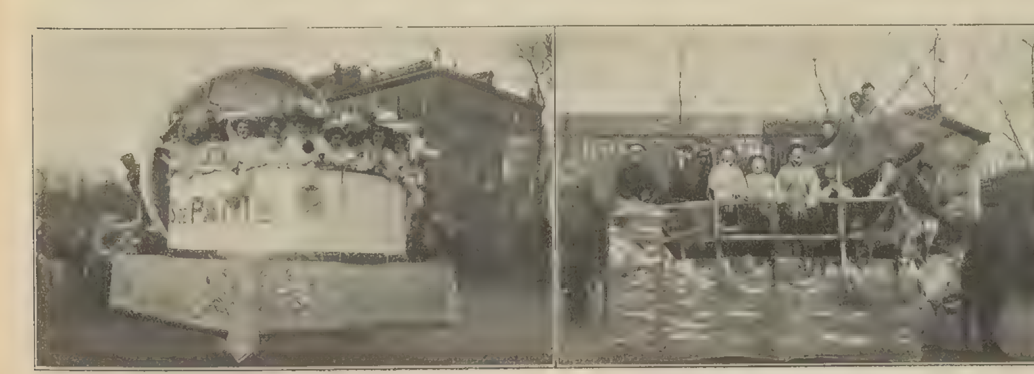
Reñidero de gallos en la capital de Salta (República Argentina), cuadro de Pedro Blanqué

NOTAS DE CARNAVAL.—MADRID Y NIZA

Madrid.—Gnomos, carroza del Sr. Herreros de Tejada (tercer premio)

Fora a morriña, carroza del Sr. Lens (accésit)

Niza.—S. M. Carnaval XXXV.—Desfile del cortejo carnavalesco por la plaza de Massena. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Madrid.—Modas de París, carroza del Sr. Guerra (accésit)

De pesca, carroza del Sr. Servet (tercer premio de coches)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 137, 140 y 142)

Los hijos de Carlos I de Inglaterra, cuadro de Van Dyck.—Varios son los cuadros en que el célebre maestro flamenco retrató á los hijos de aquel monarca inglés; pero de todos ellos el más notable es indudablemente el que se conserva en la Real Galería de Pinturas de Turín, que reproducimos. Tiene además otra condición que le da mayor valor, y es que se le considera como el único, entre los que tratan del mismo tema, que fué pintado por él enteramente, ó á lo menos en sus partes principales. En el grupo sólo figuran tres de los hijos de Carlos I, lo que demuestra que fué pintado antes del nacimiento del cuarto, que tuvo lugar en 20 de diciembre de 1635. En todos esos cuadros, la colocación de los príncipes es muy semejante. Respecto de las bellezas de la pintura, ocioso nos parece llamar la atención sobre ellas tratándose de Van Dyck: las caras de las figuras son de corrección irreprochable; las actitudes, de una naturalidad asombrosa; el perro mismo es un portento de verdad, y los accesorios, las flores, la alfombra, el paisaje, están dispuestos con tanto arte que, sin debilitar en lo más mínimo la importancia de las figuras, contribuyen poderosamente al buen efecto del conjunto.

Tipo indio del Chaco.—Reñidero de gallos en la capital de Salta, cuadros de Pedro Blanqué.—Este distinguido pintor, de quien hace algunos años publicamos un notable cuadro de género histórico, dedícase, de algún tiempo á esta parte, á recorrer países americanos, como la Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile, con objeto de estudiar los tipos y las costumbres de aquellos pueblos como materia para una colección de lienzos que, en parte, tiene ya terminada. Los dos cuadros que reproducimos en la página 140 dan perfecta idea del nuevo estilo del artista y se recomiendan por su color local, resultado de un estudio minucioso y de un buen espíritu de observación, así como por su ejecución acertada, tanto en el conjunto como en sus mínimos detalles.

En mala compañía, cuadro de Claus Meyer

En mala compañía, cuadro de Claus Meyer.—El eminente profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Dusseldorf ha sabido asimilarse perfectamente el modo de ser de otros siglos, de los cuales toma asuntos para sus lienzos; sus personajes tienen una vida, una verdad y un carácter de época tan grandes, que no parecen pintados por un artista de nuestros días, sino por uno de aquellos maestros flamencos del siglo XVII cuyas obras admiramos en los principales museos, ya que en los pasados tiempos de Bélgica y de Holanda busca Meyer principalmente los temas de sus composiciones. Esta impresión es la que nos produce el cuadro que adjunto reproducimos y que puede ofrecerse como modelo en su género.

Ensueño, cuadro de Heilbuth.—Una de las cosas indudablemente más difíciles para un artista es pintar un estado de ánimo, y la dificultad aumenta cuando ese estado no es debido á un sentimiento vigorosamente acentuado, de esos que se reflejan en el rostro y en las actitudes por rasgos marcadamente característicos. El autor de *Ensueño* ha vencido tal dificultad; la figura de su cuadro expresa perfectamente lo que el pintor se propuso, es decir, uno de esos momentos en que el alma, aun despierta, divaga fuera del mundo de la realidad lanzándose á los espacios de la fantasía; y el hermoso paisaje que la rodea contribuye no poco á dar mayor intensidad á la impresión que contemplándola percibimos.

Ensueño, cuadro de Heilbuth

Marruecos.— Grupo de soldados de la mehalla en las afueras de Tánger

Jefes de cabila antiguos partidarios del Raisuli que se han sometido al sultán

CUESTIÓN DE MARRUECOS

Las operaciones contra El Raisuli hállanse suspendidas desde hace muchas semanas. El célebre caudillo rebelde refugióse, á fines de enero, en Tazerut, adonde llegó acompañado de una escolta de cincuenta infantes, quince jinetes y veinte mulas y camellos cargados de bagajes

Díjose que El Raisuli había conseguido establecer un acuerdo entre las tribus de los Beni-Arros, de los Beni-Ider y de los Beni-Gaffat para resistir todas juntas á las tropas del Maghzén; pero la segunda se ha sometido recientemente al sultán, y con este motivo asegúrase que El Guebbas ha resuelto que la mehalla prosiga la persecución del rebelde. A este efecto, las tropas leales que ocupaban Arzila se han juntado á la mehalla y las tribus sometidas han recibido orden de enviar contingentes, siendo probable que unidas esas fuerzas pongan cerco á la comarca que ha dado asilo al Raisuli.

A principios de enero, ueron robados tres sacos de correspondencia francesa, y habiéndose sabido hace pocos días que habían sido llevados á la aldea de Bedadúa, ha sido ésta atacada por los leales; pero la mala dirección ha sido causa de que la operación fracasara, habiendo tenido los imperiales 15 muertos y habiendo logrado escapar todos los ladrones menos uno.

El caíd Zellal, protector del Raisuli, se ha sometido al sultán. El día 8 de este mes presentóse en Tánger con una escolta, inmoló algunos bueyes delante de la casa en donde habita el ministro de la guerra, quien le concedió el perdón, y al día siguiente regresó á su país.

Otro de los partidarios del rebelde, Ben Mansur, que se había sometido á El Guebbas, á raíz de la llegada de éste á Tánger, ha sido asesinado hace pocos días en un arrabal de aquella ciudad. Los asesinos pudieron huir, excepto el jefe de ellos, un protegido español llamado Snagui, que después de haberse refugiado en el consulado de España, se constituyó preso voluntariamente. — R.

Marruecos.—Caravana que sale de Tánger con provisiones para el ejército del sultán

Marruecos.—Cabileños convocados por el Raisuli para hacer frente á las tropas del sultán. (De fotografías de Kittwagen.)

MARRUECOS.—Lectura de la carta del sultán dando las gracias á sus tropas victoriosas en la actual campaña contra El Raisuli

Dibujo de F. de Haenen, hecho sobre un croquis de A. Canovas

Después de la primera derrota de El Raisuli, las victoriosas tropas de la mehalla se reunieron en Tánger para oir la carta del sultán felicitándolas y dándoles las gracias por la victoria conseguida. Cuando se pronunciaba el nombre del sultán, todos los soldados inclinaban la cabeza. La carta decía: «En el nombre de Dios, todopoderoso, y de Mahoma su Profeta, Abd-el-Azís, el sultán (á quien Dios guarde), os da las gracias por vuestra victoria y os excita á perseguir al rebelde Raisuli (á quien Dios castigue). Saludamos á todos nuestros valientes soldados (á quienes Dios bendiga y dé la victoria). Honor á Dios todopoderoso y gloria al sultán Muley Abd-el-Azís.»

MARRUECOS.—Conducción de rebeldes prisioneros á Fez, después de una reciente expedición de las tropas del sultán.

El sultán de Marruecos tiene que luchar con salteadores, bandidos y malhechores de todas clases que hasta hace poco infestaban particularmente las inmediaciones de Tánger, viviendo del pillaje y del saqueo y siendo el terror de aquella comarca. Recientemente las tropas del sultán efectuaron una expedición contra aquellas partidas, á las cuales hicieron numerosos prisioneros, que cargados de cadenas fueron conducidos á Fez para ser encarcelados y ejecutados.

JOSUÉ CARDUCCI

Con la muerte de Josué Carducci pierde Italia al más glorioso de sus poetas, al que más contribuyó indudablemente á su renacimiento literario, al poeta cuya carrera se halla más íntimamente unida á su existencia nacional durante los últimos cincuenta años.

Ha muerto en Bolonia, en donde pasó casi toda su vida y adonde fué llamado en 1860, cuando sólo contaba veinticuatro años, después de haber enseñado en la pequeña ciudad de San

Josué Carducci, famoso poeta italiano fallecido en Bolonia en 16 de los corrientes (De fotografía.)

El capitán Roald Arnundsen que ha atravesado recientemente el paso del Noroeste (De fotografía de Carlos Trampus.)

Miniato del Tedesco y en el liceo de Pistoia. En un principio, sólo tenía seis discípulos, pero el número de éstos fué aumentando prodigiosamente, hasta el punto de que casi todos los hombres notables de la generación italiana actual asistieron á su cátedra, sintieron su ascendiente y han conservado de sus lecciones el más profundo recuerdo.

Durante más de cuarenta años, Carducci no salió de Bolonia sino en algunas épocas de vacaciones ó para cumplir los deberes de su cargo de miembro del Consejo superior de Instrucción Pública.

Cuando, hace poco, le fué otorgado el premio Nobel, publicamos su biografía, que, por consiguiente, no reproduciremos ahora.

Su entierro, efectuado el día 18, ha sido una manifestación grandiosa, imponente, á la que se ha asociado Italia entera. Los palacios ostentaban negras colgaduras; en todas partes se veían banderas á media asta; todas las tiendas se cerraron, y los faroles de las calles por donde había de pasar el cortejo fúnebre estaban encendidos y cubiertos de velos negros.

La circulación de tranvías hallábase interrumpida, y una multitud inmensa llenaba las calles, las plazas y los balcones.

El conde de Turín, representante del rey, apenas llegado á Bolonia, dirigióse á la casa de Carducci, á fin de tributar un último homenaje á los restos mortales del poeta y de dar el pésame á la familia en nombre del monarca.

A las dos de la tarde púsose en marcha la comitiva, en la que figuraban todas las autoridades, asociaciones de profesores y estudiantes, representantes del municipio y una muchedumbre enorme en la que se hallaban representadas todas las clases sociales. A su paso todo el mundo se descubrió, en medio de un profundo silencio, sólo turbado por los tañidos de la histórica campana de la torre del palacio municipal que tocaba á muerto.

La carroza fúnebre, arrastrada por cuatro caballos, avanzó lentamente por entre la multitud emocionada: detrás de ella iban el conde de Turín, el Sr. Rava, ministro de Instrucción Pública, los presidentes de la Cámara y del Senado, gran número de senadores, diputados, generales, almirantes y personalidades ilustres, y once carruajes llenos de coronas.

La comitiva, que ocupaba una extensión de dos kilómetros, atravesó la ciudad y se disolvió al llegar á las afueras. El duelo y sus acompañantes se dirigieron al cementerio de la Cartuja, en donde fué inhumado el cadáver del gran poeta.

El entierro fué una verdadera apoteosis.

EL CAPITÁN ROALD ARNUNDSEN

El día 23 de los corrientes habrá dado en la Sorbona de París una conferencia, organizada por la Sociedad de Geografía, el célebre capitán Roald Arnundsen, que á bordo del buque noruego *Gjoa* ha atravesado el famoso paso del Noroeste y ha efectuado la atrevida exploración del polo magnético boreal.

Actualmente proyecta una expedición para explorar el polo magnético austral, empresa mucho más difícil que la anterior, puesto que dicho polo, que se supone situado hacia los 93° 39' de latitud Sur y los 146° 18' de longitud Oeste, habrá de efectuarse en pleno mar helado y lejos de toda costa.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Barcelona. — El «Círculo Artístico» ha organizado un concurso de fotografías que abarcará los siguientes temas: 1.° Flores y naturaleza muerta; 2.° El agua y sus reflejos; 3.° Trabajos agrícolas y escenas de la vida del mar, con figuras; 4.° Estudios de figura con luz artificial; 5.° Colección de seis cabezas de expresión con el mismo modelo; y 6.° Seis asuntos fotográficos para la ilustración de una poesía, á libre elección, de autor clásico, que no haya sido ilustrada, á cuyo efecto se acompañará la poesía escogida con las fotografías respectivas.

El Jurado, compuesto del presidente del Círculo, del delegado de la sección de fotografía en la Junta Directiva del mismo D. Pablo Audouard, y de los Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Alejandro de Riquer, D. Ramiro Lorenzale y D. Pedro Casas Abarca, tendrá absoluta libertad de acción, así para el otorgamiento de premios como para la admisión de obras, siendo su fallo inapelable, y para publicar este fallo antes de la apertura de la Exposición. Podrán tomar parte en el concurso todos los que cultiven el arte fotográfico, españoles ó extranjeros domiciliados en España, y los trabajos serán admitidos hasta el 15 de mayo próximo, debiendo ser entregados en el domicilio del Círculo (Paseo de Gracia, 37, bajos). Las pruebas deberán estar pegadas cada una en un cartón y llevar un lema que corresponda á otro puesto en un sobre cerrado que contenga el nombre del autor. Se admitirán todos los procedimientos conocidos, no pudiendo ser cada fotografía menor de 1/4 de placa. El número de pruebas que podrá presentar cada expositor es ilimitado y los trabajos habrán de ser inéditos, si bien se admitirán los premiados en exposiciones y concursos públicos, pero sólo para ser expuestos fuera de concurso. Los premios consistirán en diplomas equivalentes á medallas de oro, plata y bronce y accésit.

Tales son las principales bases de ese concurso. Los que deseen mayores detalles pueden solicitarlos dirigiéndose al Círculo Artístico.

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La mare*, drama en cuatro actos de Santiago Rusiñol, y *La condesa Stephanotis*, comedia en tres actos de R. Franquesa; en el Principal *Cura radical*, zarzuela en un acto, letra de Eduardo Aulés, música del maestro Grant; y en el Eldorado *Quo vadis?*, drama histórico, de espectáculo, en ocho actos, inspirado en la célebre novela del mismo título de Enrique Sienckiewicz.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en Folies Dramatiques *Le N.° 13*, vaudeville en tres actos, de Enrique Keroul y Alberto Barré; en el Athenée *La Sœur*, comedia en tres actos de Tristan Bernard; en el teatro Moliere *Etoiles*, comedia en cuatro actos de Juan Jullien; y en el teatro des Arts *Madame Gosse*, comedia en cuatro actos de Margarita Rolland, é *Il parait que cela se passait sous Charles VI, ou le Trou d'Almanzor*, opereta bufa en dos actos de Rip y Vilned, música de Willy Redstone.

Beziers. — Bajo los auspicios de la Municipalidad, se celebrará en Beziers, en los días 19 y 20 de mayo próximo, un concurso internacional de Música, en el que podrán tomar parte orquestas, bandas, orfeones, estudiantinas, etc., de todo el mundo. El jurado, cuya presidencia ha sido aceptada con entusiasmo por el eminente compositor Saint-Saens, se compondrá, además de éste, de los Sres. Carlos Lavade, Max d'Ollone y Enrique Rabaud. El número y la calidad de adhesiones hasta ahora recibidas permite asegurar que el concurso será un acontecimiento de importancia. En los días que dure el concurso se celebrarán en Beziers grandes festejos.

Las adhesiones y pedidos de reglamentos é informes han de dirigirse al Sr. Secretario general del Concurso Musical en la Alcaldía de Beziers (Herault, Francia).

En Barcelona puede pedirse el reglamento á los Comisarios generales para España Sres. Valentín Martínez, presidente de la Asociación Euterpense de los Coros de Clavé, calle de San Pablo, 83; J. Charrase, calle de Clarís, 68, y Luis Millet, director del «Orfeó Català.»

AJEDREZ

Problema núm. 453, por V. Marín.

Negras (6 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8									8
7				♔				♘	7
6		♟				♙		♝	6
5		♟			♚				5
4		♖			♗				4
3				♟	♜			♙	3
2		♙		♗					2
1								♕	1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 452, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Dd8–h8	1. Re4×f4
2. Dh8–d4 jaque	2. Rf4–g5
3. f2–f4 mate.	

Variantes

1... .. Re4–d3;	2. Dh8–c3 jaque, etc.
Re4–d5;	2. Ad1–e2, etc.
e7–e6;	2. Dh8–c3, etc.
Otra jug.ª:	2. Dh8–e5 jaque, etc.

Y en aquella habitación á obscuras ocultaba vanamente su rostro para no verlos

EL MIEDO Á LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX,

coronada por la Academia Francesa.

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ.

(CONTINUACIÓN)

—Sin duda desdeña á los oficiales que piden el retiro.

Marthenay se había retirado el año anterior.

—*Desdeñaba,* dijo Clemente con acritud.

No podía sufrir que le robasen su muerto. Y después de conseguir atraer otra vez la atención, dió algunos detalles.

—Armando tiene razón. El comandante Guibert estuvo en Saboya hace un mes. Pasó dos días con su madre y su hermana en el Maupas, y marchó en seguida adonde le llamaba su deber, á Timmimoun, al Sur de Argelia.

—A la entrada del Tuat, añadió el ex teniente de dragones, que desde que se había retirado tomaba un gran interés por los asuntos militares. Pero el general Servières ha rebasado ya Timmimoun; de modo que los Bereberes y Duimenias habrán atacado su retaguardia.

Clemente cogió el monoclo y con descaro se puso á mirar á Marthenay.

—Armando, no te conozco. ¿Te habrás convertido ahora en un estratégico?

Isabel, después de mirar la cara palidísima de su amiga, tomó parte otra vez en la conversación.

—No entiendo una palabra. Acababa de regresar de la expedición á través del Sahara, que ha durado año y medio ó dos años, no sé cuánto. Después de tales expediciones suelen gozar de una larga licencia. ¿De modo que él no ha descansado nada? ¿Ha vuelto á empezar de nuevo la campaña? Porque si ha muerto, habrá sido en un combate.

Alzando la cabeza y dejando el vaso, Clemente dijo:

—Cuando uno es héroe, no lo es á medias. Él mismo ha reclamado ocupar su puesto á causa del peligro.

El Sr. Lavernay, acercándose al oído de su vecina, murmuró bajito:

—Me gusta mucho verle á usted animada. Sus mejillas se encienden y sus ojos echan chispas.

Sin embargo, él no miraba ni sus mejillas ni sus ojos. Preocupada seriamente, la joven le cortó bruscamente la palabra con aquella acritud que el matrimonio no había disminuído:

—¡Cállese usted, viejo verde!

Alicia había cogido un ramo de orquídeas y oliéndolo ocultaba á medias su palidez. Por fin Isabel no pudo más y dejó escapar la inquietud que hacía tiempo le torturaba:

—¿Y el capitán Berlier? También acaba de regresar del Sahara. Pertenecía al mismo regimiento de tiradores que el comandante Guibert. ¿Estaba con él en Timmimoun?

¿Adivinó Clemente Dulaurens por el timbre de su voz su ansiedad? Había sido víctima muchas veces de los sarcasmos de Isabel, que no perdonaba á nadie, para no gozar del placer cruel de atormentarla un poco.

—Y es verdad; Juan Berlier también debía estar en Timmimoun.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que sabe usted con exactitud?, preguntó imperiosa y violentamente Isabel.

—Cuéntanos lo que te han dicho, añadió la señora Dulaurens, que arrastrada por la conversación ya no pensaba en darle otro giro y se resignaba á ello.

—¡Allá voy! Mientras estaban arreglando el automóvil en Cognin, he entrado en el café Nacional, en donde sólo había el alcalde, el maestro y tres ó cuatro concejales. Al verme tomaron un aire misterioso. «¿Están ustedes en sesión?—les pregunté.—No, estamos hablando—dijo el alcalde.» Y no dijeron nada más.

—¿Y qué más?

—Esto es todo en lo que á mí se refiere. Salgo y envío al *chauffeur* á tomar un vaso de cerveza, encargándole que se enterase de lo que pasaba. Es muy amigo del maestro; los dos son anarquistas.

—¡Anarquistas!, exclamó la señora Sougeon escandalizada.

—Sí, señora. Hoy en día lo es todo el mundo. Está de moda. Mi *chauffeur* volvió. «Ya sé—me dijo.—Han recibido un telegrama del ministro dando cuenta de haber muerto en Africa el comandante Guibert.—¿Está usted seguro?—Segurísimo. Ha sido muerto por los salvajes defendiendo un pueblo que se llama Timou...—¿Timmimoun?—¡Eso es! Y como es preciso dar la noticia á su familia, están de mal humor. Han mandado al guarda rural.»

—¿Al guarda rural?, preguntó el Sr. Dulaurens, muy fuerte en cuestiones de etiqueta. Pero si debe ser el mismo alcalde en persona quien debe llevar el fatal telegrama.

—Los Guibert son *reaccionarios,* dijo el Sr. Lavernay. Y los señores republicanos no habrán querido molestarse.

—¡Pero si los Guibert no se ocupan de política!

—El abuelo fué consejero general con los conservadores, y el padre, alcalde de Cognin. Ya es bastante.

La señora Dulaurens miraba inútilmente hacia su hija, de quien estaba separada por un candelabro. Las orquídeas que ocultaban el rostro de Alicia se marchitaban bajo el tibio rocío de sus lágrimas. En la curiosidad general, nadie la vió llorar.

—¿Cómo ha muerto?, preguntó una de aquellas señoras.

—Al frente de su tropa, después de la victoria, de un balazo en la frente. Son palabras del telegrama que mi *chauffeur* ha leído.

La señora Sougeon, meneando su cabeza gris, preguntó:

—¿Habrá podido recibir los sacramentos?

El Sr. Dulaurens, siempre correcto, exclamó:

—¡Es una gran pérdida para el país!

—Sí, añadió su esposa en un noble arranque de elocuencia. Y nosotros debemos honrar su gloriosa memoria. Organizaremos unos funerales cuya pompa asombre á Chambery entero. Corresponde á nuestra clase mostrar á Francia cómo debe ser reconocido y recompensado el verdadero mérito, y sobre todo ahora, en esta época, en que las medianías invaden la nación y en que la envidiosa igualdad la hace descender al más bajo nivel posible.

Había leído las últimas frases, aquella misma mañana, en un artículo de fondo del *Gaulois.*

Alicia, sorprendida de aquellas palabras en boca de su madre, pensaba: «Entonces, ¿por qué no quisieron concederle mi mano?» Isabel, muda, pensaba en Juan Berlier, cuya suerte desconocía.

La señora Orlandi, olvidándose por un momento de Pistacho y viendo á su hija pensativa, la envolvió con una mirada de cariñosa admiración, se acordó de la profundidad de su afecto maternal, y en un arranque algo egoísta, pero lleno de piedad, se conmovió por la señora Guibert y preguntó:

—Y su madre, ¿lo sabe ya?

Todas las miradas se volvieron hacia Clemente Dulaurens. Éste, con desenvoltura de mal tono, que más que á su insensibilidad obedecía á sus pocos años, dijo:

—Supongo que ya debe saberlo todo. Al regresar, la he encontrado que subía al Maupas en su viejo carretón. La he visto bien porque en aquel momento pasaba por delante de un farol y mi automóvil estropeado no me permitía ir de prisa.

Aquellas palabras causaron á cada convidado una sensación física. Parecía que el aire frío de la calle había helado de repente aquel comedor tan confortable. Instintivamente el Sr. d'Ambelard, disgustado,

miró si alguna ventana se había abierto. Un estremecimiento recorrió toda la mesa ante una misma visión: ante la imagen de una pobre anciana, muy castigada por las penas, que dulce y tranquila por un camino lleno de nieve se encaminaba hacia su hogar donde le esperaba la muerte.

Aquella catástrofe inevitable que iba á realizarse, que tal vez se realizaba, allí cerca, en aquel mismo momento, les impresionaba mucho más que la muerte gloriosa y en países lejanos del comandante Guibert. Un sollozo de Alicia rompió el pesado silencio. Con voz aterrada, Isabel murmuró:

—Ahora ya lo sabrá.

Todas las señoras se afligieron, y la dueña de la casa, pronta á la acción, se prometía prodigar toda clase de consuelos á la pobre madre en una próxima visita.

Ante aquellas caras de duelo, Clemente, que gustaba de la alegría, sobre todo en la mesa, comprendió su inoportunidad y se dijo interiormente:

—¡Pues he metido la pata!

Su padre, dominado por los principios de la etiqueta, cambió sin darse cuenta la conversación, volviendo sobre un tema que no habían discutido suficientemente:

—El alcalde de Cognin tenía que haber ido él mismo en persona y proceder con toda clase de miramientos en vez de mandar groseramente un guarda rural.

Aprovechando este claro, el Sr. d'Ambelard lanzó la protesta que hacía tiempo retenía trabajosamente:

—Todo nuestro sentimiento no hará cambiar los hechos, y podríamos hablar de algo que fuera menos triste. Cuando vivía en París, siempre preguntaba, antes de ir al teatro, si la comedia acababa bien. En una reunión de la buena sociedad se debe, como en el teatro, desterrar la tristeza.

El marqués de Lavernay fué del mismo parecer, y se enterró al muerto. El champagne llenaba de oro líquido las copas. Las flores perfumaban la mesa, llena de cestas con frutas heladas. Las alhajas de las mujeres lanzaban sus destellos. Se encontró, no sin alegría, la antigua atmósfera de lujo y bienestar que una inoportuna noticia había turbado. Sin embargo, Alicia é Isabel seguían tristes y calladas.

Se brindó por la joven pareja Marthenay, cuyo aniversario se celebraba, y pasaron al salón.

Alicia, no pudiendo más, se escapó y fué á esconderse en el gabinete de su madre... En la obscuridad se entregó á su dolor. Había tenido el valor de sonreir cuando brindaron por su «felicidad tan envidiada.» ¡Su felicidad! La buscaba en vano en el presente y en el pasado, y era inútil esperarla del porvenir. Con la lucidez que dan las grandes sacudidas del destino en donde el pensamiento se aniquila, revivió, en medio de su desesperación, los últimos años pasados. Como una serie de imágenes claras y rápidas desfilaron ante ella aquellos tristes días...

No quería ser la esposa de Armando de Marthenay; pero una continua sugestión había vencido todas sus resistencias. Y había bajado la escalinata del templo, en traje de boda, del brazo de un esposo que ella no había elegido. ¿Y después? ¿Encontraba en sus recuerdos una sola hora de dicha, de aquella dicha profunda y pura que su alma infantil imaginaba? Durante los primeros tiempos de su matrimonio, una especie de pereza bienhechora había caído sobre ella, como una niebla en una llanura saqueada cuyo desastre oculta. Se olvidaba de escuchar á su corazón. Su esposo mostraba el buen humor de hombre ocupado; montaba á caballo, cumplía puntualmente con sus deberes militares, recibía á sus compañeros y organizaba partidas. Ella se dejaba distraer con los nuevos cuidados de gobernar su casa y las múltiples obligaciones de la vida de sociedad. A falta de un marido como había soñado, tenía junto á ella un compañero orgulloso de su fortuna y de su buena figura, sin grandes delicadezas á decir verdad, sin gran inteligencia y hasta poco galante, pero sano y de una fatuidad que le permitía admirarse sin cesar en todas las circunstancias de la vida. Con el nacimiento de una niña creyó conseguir, por fin, la felicidad y encontrar el olvido que en vano buscaba.

De aquel período soportable de su existencia, su pensamiento pasó á otra etapa que aún duraba. A causa de incidentes imprevistos, el regimiento de guarnición en Chambery fué destinado á una lejana población del Este. En vano Marthenay trató de permutar. Era preciso partir, abandonando Saboya, ó dejar la carrera. Ante la perspectiva de aquel alejamiento la señora Dulaurens se puso tan triste, que Alicia cometió la imprudencia de recordar á su esposo la promesa hecha solemnemente antes de casarse. Esclavo de su palabra, el teniente se sacrificó y pidió el retiro. De este modo se entregaba con alegría á sus instintos perezosos que la vida militar estorbaba. Y desde aquel momento empezó una caída progresiva y profunda.

Comenzó por frecuentar asiduamente los cafés. Al llegar el verano fué uno de los habituales concurrentes del Círculo de Aix-les-Bains y de la Villa de las Flores. Comenzó á jugar al *baccará* y ganó. Mientras su mujer convalecía lentamente del parto, tuvo algunos enredos que llamaron la atención de los veraneantes. Alicia se enteró de sus infidelidades. Su candor había persistido después del matrimonio. Hizo el cruel aprendizaje de la infidelidad antes de saber que se podía ser infiel. Se rebeló, y en vez del arrepentimiento esperado, que hubiese dado origen al perdón, recibió esta humillante respuesta: «Has querido que me retirara y me he retirado. No des la culpa á nadie si he tratado de distraerme á mi modo de la pérdida de mi carrera. Es preciso que el hombre se ocupe en algo. Yo te he sacrificado el ideal de mi vida; ¿tú me has sacrificado algo en cambio?» Confundida por estos reproches, se aisló más aún, rodeándose de un triste silencio, pero sin llegar á la resignación, como correspondía á su pasiva naturaleza.

Pérdidas en el juego agriaron el carácter de Marthenay. Terminado el verano, ocioso y desorientado, contrajo la afición á la bebida. Ante sus propios ojos vió cómo trataba de seducir á su amiga Isabel, y se enteró del fracaso con indiferencia. Y de este modo fué siguiendo las fases rapidísimas de la ruina moral de su esposo, de la que tal vez había sido ella misma la causa. No conseguía prescindir por completo de él, y mucho menos se sentía capaz de emprender una salvación que creía imposible.

Cuando hubo pasado revista á su miserable existencia, Alicia, ya acostumbrada á la tristeza, se extrañó de sufrir de aquel modo. Estaba acostumbrada á vivir con sus tristes pensamientos. Su monótona desolación le era familiar. Y de pronto descubría en su amargura un nuevo sufrimiento. Otras melancólicas imágenes invadieron su memoria, como para recordarle la influencia que ella había tenido en su destino. Recordó el día en que Paula Guibert, á la sombra del bosque de encinas, había hecho vibrar su corazón ante un deseo desconocido. Recordó los reflejos sangrientos del ocaso á través de los árboles, la invasión de un verdadero cielo en su alma enajenada, y á Marcelo alto y fuerte inclinándose hacia ella y hablándole de amor. Después..., después le vió allá abajo, sobre un suelo lejano y quemado por el sol, con la frente abierta, pálido y triste, con sus ojos llenos de reproches mirándola fijamente. ¡Oh, ojos llenos de agonía! ¡Cómo los recordaba! De aquel mismo modo la miraron cuando ella guardó aquel culpable silencio destructor de su felicidad. Y en aquella habitación á obscuras ocultaba vanamente su rostro para no verlos.

Aterrada y temblorosa dirigía al muerto súplicas amorosas: «Marcelo, perdóname. No me mires de ese modo. Yo no sabía. Era una criatura. Esta es mi única disculpa. Sí, fuí cobarde, tuve miedo de luchar, de defender mi amor; tuve miedo de esperar, de amar, de sufrir y de vivir. ¡Pero Dios me ha castigado! ¡Ah! ¡Y cuán cruelmente! Cierra los ojos, Marcelo, perdóname...»

Asustada por el tono de su propia voz, llevóse las manos al pecho. Se ahogaba como el día en que dió á luz. De su corazón desgarrado salía, por fin, el conocimiento de la vida, de su fuerza y de su importancia. Y con toda su alma libertada amó á Marcelo como él le había amado á ella, con nobleza y con orgullo. A causa de ella, buscando el olvido, había atravesado el Africa y encontrado la gloria y la muerte. Tal vez al caer había evocado su imagen. Y era su más ardiente deseo haber ocupado su último pensamiento, aunque este pensamiento hubiese sido despreciativo. Y al comparar su existencia con la que había rechazado, sintió no ser la viuda de un héroe antes que la esposa de un hombre incapaz de inspirar y sentir el amor...

Se abrió la puerta del cuarto, y su madre, inquieta por su prolongada ausencia, preguntó:

—Alicia, ¿estás ahí? Contesta.

—Sí. ¿Qué quiere?

Sorprendida por aquella dureza inesperada, la señora Dulaurens salió al corredor y volvió con una luz. Encontró á su hija pálida é inmóvil, y vió las huellas de recientes lágrimas en sus mejillas mal secadas. Sentóse á su lado y quiso cogerla en sus brazos. Pero Alicia rechazó el abrazo. Aquel corazón que sólo era maternal se angustió.

—Hijita, ¿qué te pasa? ¿Sufres? Cuéntame tus penas. Soy tu madre. ¿Qué te pasa?

A pesar de su costumbre de mando, que aquella rebelión de Alicia exasperaba, comprendió que no era el momento oportuno para discutir con su hija. Le prodigó caricias y mimos, si bien inútilmente. Y al repetirle:

—¿Qué te pasa?

Alicia le contestó con una voz nueva para ella:

—Nada.

Su madre, ante la gravedad de aquel dolor, dudó entre dos preguntas que ansiaba hacer.

—¿Se trata de tu marido?, preguntó por fin, después de haber adivinado que la muerte del comandante Guibert no era extraña á aquellas lágrimas.

Pero no se atrevió á tocar aquel secreto que años atrás había tratado tan ligeramente.

—Sí, murmuró Alicia con el tono de siempre.

Y las dos aceptaron aquella mentira que les ahorraba un inútil reproche del pasado. Y pensando en Marcelo Guibert, se pusieron á hablar de Armando de Marthenay.

Alicia se quejaba de su vida sin alegría.

—Hicimos mal obligándole á pedir el retiro.

—¡Hija mía! ¿Hubieses consentido en abandonarme?

—¿Es mejor que él me abandone á mí?

—Yo me habría muerto, aseguró su madre, si tú llegas á marcharte. ¡Nunca sabrás cuánto te quiero y cómo deseo verte dichosa!

Hablaba de buena fe. Engañada por las palabras pronunciadas por su afligida hija, volvía á encontrar la tranquilidad que la muerte del héroe había casi destruído. Aleccionada por su propia experiencia, no se extrañaba de la decepción que el matrimonio había producido en la abandonada esposa de Armando de Marthenay. ¿No era esta la suerte de la mayor parte de las mujeres? ¿Y no tenía Alicia, para consolarse, lo que falta á tantas otras, el calor del cariño maternal?

Alicia, en aquel momento, veía á otra pobre madre que bebía el cáliz de la amargura; á una pobre anciana á cuyo lado hubiera querido estar, á cuyo lado habría estado si hubiese seguido su destino. Como los débiles que se rebelan, rebasaba la medida y llegaba á ser injusta con su propia madre.

Madre é hija se miraron. Aquélla comprendió por fin, y sintió una aflicción profunda. Un abismo inmenso acababa de abrirse entre ambas. Las dos tuvieron de ello la cruel revelación. Se dieron cuenta con brusca evidencia de la diferencia de sus caracteres, uno imperioso y entregado á los prejuicios de la sociedad, el otro delicado, dócil y sólo entregado á la ternura.

Cuando volvieron al salón, algunos instantes más tarde, tranquilas y del brazo, nadie hubiése sospechado el drama íntimo que acababa de separarlas para siempre.

Isabel llevaba el peso de la conversación; hablaba en voz alta, con indolencia, hacía frases y enseñaba sus blancos dientes. Y de cuando en cuando echaba á su alrededor, sobre su marido, sobre sus adorados res Marthenay y Lavernay y especialmente sobre Clemente Dulaurens, una mirada cargada de odio y desprecio. Les odiaba á todos porque no podían asegurarle que Juan Berlier vivía.

Vió que Alicia había llorado y envidió la sinceridad de su dolor.

Al despedirse y acompañarle su amiga al tocador á ponerse el abrigo, se aprovechó de que estaban solas para echarle los brazos al cuello, y abandonándose á la emoción que había contenido durante toda la noche, murmuró á su oído estas palabras extrañas que en seguida fueron comprendidas:

—¡Pobre Alicia! ¡Qué cobardes hemos sido! Y ni siquiera hemos podido esta noche llorar libremente á nuestros muertos. Nuestras vidas les pertenecían y se las hemos robado. ¡Lloremos por nosotras y por nuestra triste vida que hubiera podido ser alegre!

—Sí, dijo Alicia, el dolor es mucho más envidiable que nuestra vida...

II

LA MISIÓN DEL GUARDA

La discusión, en el café Nacional de Cognin, había sido larga y animada.

Cuando llevaron á la alcaldía el telegrama del Ministerio de la Guerra, el maestro y secretario señor Maillard, desde el umbral de la puerta, despedía á sus alumnos. Tomó el pliego azul de manos del empleado, que meneando la cabeza con aire de importancia dijo:

—¡Oficial y gratuito! Es para el alcalde.

—¡Venga!, replicó el maestro cogiendo el telegrama y abriéndolo en seguida para convencer al empleado de telégrafos de que era él el verdadero amo del pueblo.

Leyó dos veces el telegrama, que venía firmado por el ministro:

Alcalde de Cognin Chambery. Partícipe inmediatamente á la familia Guibert que el comandante Guibert ha muerto defendiendo la Casbah de Timmimoun (Argelia) de un balazo en la frente después de haber rechazado el asalto.

Al leerlo por primera vez no se enteró del todo, porque refiriendo todas las cosas á su propio interés, como la mayoría de la gente, esperaba encontrar en aquella comunicación del gobierno algún hecho de un orden más personal; por ejemplo, la exención de su hijo que acababa de entrar en suerte y trataba de que eludiera el servicio militar.

La decepción dominó á la piedad.

Después de haber dado la noticia á su esposa y al ayudante de la escuela, cogió el sombrero y se fué al café Nacional, propiedad del alcalde Sr. Simón y administrado por él mismo en persona. Había substituído al doctor Guibert, excluído del Consistorio poco antes de morir, el mismo año en que había asistido gratuitamente á casi toda la vecindad, víctima de la epidemia de fiebres tifoideas. Era un picapleitos charlatán y borrachín, que bebía con todos sus clientes y se servía de su café como de agencia electoral. Ignorante y torpe, aunque buena persona, abandonaba la administración en manos del maestro, que le deslumbraba con sus teorías socialistas y antimilitaristas, aprendidas en libros baratos de propaganda. En público le trataba como superior, pero en la alcaldía le obedecía servilmente.

—¡Qué tal, señor maestro!, exclamó al verle entrar, ¡se ha olvidado usted su férula!

Enamorado de la palabreja, la empleaba siempre para dar broma á su secretario.

—Hay novedades, dijo Maillard marchando con aire misterioso hacia el mostrador.

De común acuerdo el alcalde y el maestro menearon gravemente la cabeza. ¿No era conveniente impresionar á dos carreteros que en el fondo de la sala, el látigo en bandolera, bebían á pequeños sorbos un ajenjo antes de seguir su camino en aquella tarde tranquila de un frío tan agudo?

En cuanto leyó el telegrama el alcalde meneó su cabeza roja.

—No es posible negarse. Los Guibert son buena gente. Me voy á poner la levita para subir al Maupas.

Había hecho la campaña de 1870 en un cuerpo de movilizados que no había llegado á batirse. Del año terrible procedía su temor á la guerra y su admiración del valor. Lisonjeado por haber recibido un telegrama oficial, creía participar del heroísmo de su convecino. Llamó á sus hijas para comunicarles el secreto que ya les había contado la mujer del maestro.

Mientras tanto, Maillard, con su cara de zorro, contemplaba al alcalde riéndose interiormente.

—Bebamos unas copas, dijo éste. No es posible hacer nada bien si antes no se ha bebido. Tengo tiempo. Además siempre se llega temprano cuando se lleva la muerte en un papelito azul. ¿Pero de qué se ríe usted, maestro de los demonios?

—Me pregunto, señor alcalde, si estamos de veras bajo un régimen republicano. El ministro le trata á usted, representante del pueblo, peor que si fuese un perro. *¡Partícipe á la familia Guibert!* ¡Y corriendo! ¿Y en obsequio de quién? En obsequio de unos reaccionarios que le han combatido á usted. No se toman tantas precauciones cuando se trata de un hijo del pueblo.

—Se trata de un comandante, dijo el cafetero, celoso de la jerarquía.

—¿Acaso la sangre de los soldados no vale tanto como la de los oficiales?, replicó el maestro con un tono doctoral. ¡La igualdad que se ve escrita en todos nuestros edificios públicos es una mentira! ¡Todo para los galones!, ¿verdad? ¡Los otros son carne de cañón! No valía la pena de hacer la revolución para que cien años después se restablecieran los privilegios.

La seudociencia engendra estos caracteres agriados, envidiosos y llenos de ambición que soportan mal toda superioridad. Frente al alcalde débil y jactancioso, aquel hombre pequeño y enclenque dejaba en libertad á su odio contra los jefes, aumentado por tener que entrar su hijo en filas.

La cara del alcalde se congestionó. Esta era la señal de que su cerebro trabajaba.

—No, no puedo excusarme. Es una orden.

—Usted no debe recibir órdenes más que del ministro del Interior. Usted no depende de ningún general.

—Pero, ¡vive Dios!, es preciso participárselo á la madre.

—No digo que no. Sólo digo que usted no tiene necesidad de molestarse. Un alcalde no se mueve así, de cualquier manera. Cuando se mueve, es el Estado el que se mueve. Cuando se trata de enemigos de la República se les envía un teniente de alcalde ó un concejal, ¡qué diablo! ¡O somos republicanos ó no lo somos!

Al ponerse el sol Paula salió á la escalinata

—¡Muchacho, trae un litro de vino!, dijo Simón luchando entre su deber de alcalde y sus deberes republicanos que acababan de hacerle ver.

Y para decidirse mandó á llamar á Randon, Pitet y Détraz, los tres concejales más influyentes.

Pitet, apodado el Rojo á causa de las manchas que llenaban su cara, llegó el primero.

—He sabido la desgracia en la fuente, dijo entrando. Yo no tengo nada que ver con esto. ¿Para qué me necesitan?

Hablaba siempre con tono brusco y agresivo. Había sido arrendatario del Maupas y de pronto dejó de serlo. Nunca se pudo poner en claro su salida de aquella casa en donde arraigaban arrendatarios y servidumbre. En realidad se trataba de un robo que el doctor Guibert no quiso denunciar. Mientras vivió el doctor, Pitet se mantuvo tranquilo. Pero cuando estuvo seguro de la impunidad se atrevió á alzar la cabeza y empezó á tomar parte en todas las elecciones; empezó por aprovecharse de ellas, y consiguió después el honor de ser elegido, que apenas le disputaron: todo el pueblo le temía, y sabido es el poder del miedo sobre los campesinos.

En seguida se puso de parte de Maillard. El alcalde no debía molestarse en favor de los *aristócratas*.

—El alcalde se molesta por un cualquiera, decía Simón, cuya cara ardía como una brasa. Y además la muerte de un hombre no tiene nada que ver con la política.

Pitet, el Rojo, no quería hacer caso de razones.

—Sí, eso es, vaya usted á hacer reverencias en casa de los nobles, en casa del cura. Y después también nos dirá que estas cosas no tienen nada que ver con la política. Señor alcalde, sus hijas van á misa; tenga cuidado; nos acordaremos de ello.

—Pero yo no pongo los pies en la iglesia. Ya lo sabe el diputado.

—Usted no va á misa en Cognin, pero en cambio la oye usted en Bissy.

Bissy era la parroquia vecina. Mientras Simón se defendía, Randon y Détraz entraban por la puerta.

—¡Eh, muchacha! Dos litros, uno de vino tinto y otro del blanco. ¡Del mejor!

Los dos recién llegados preguntaron al mismo tiempo:

—¿Es verdad que ha muerto?

—¡Si ya lo sabe todo el pueblo!, exclamó Simón alzando los brazos al cielo. Tenemos que darnos prisa; si no, la viuda Guibert lo sabrá antes de que la avisemos.

Randon, viejo y achacoso, debía su elección al gran número de sus propiedades. Era un hombre de bien, pero tímido y cobarde como una liebre. Opinó sin energía que debía ir el alcalde en persona. Détraz, tosco é inculto, declaró desde el primer momento que él no se metía en aquella cuestión.

—¡Dos contra dos! ¡Mano á mano!, gritó el Rojo, que ponía en aquel asunto toda la animosidad de sus antiguos rencores.

Con voz débil Randon hizo observar que el voto del maestro no valía y que el del alcalde era voto de calidad. Pero sus palabras no fueron atendidas. Se sacó á relucir la tibieza de las opiniones democráticas de Simón y de este modo acabaron por hacerle callar.

—¿Y por qué no va usted mismo?, terminó diciendo el Rojo dirigiéndose al viejo Randon.

—¡Oh! ¡No, á mí no me toca!, exclamó aterrado.

Y repetía: «¡A mí no me toca!,» como si el mensaje de muerte amenazase su propia vida. Ante todo su tranquilidad.

—Entonces vaya usted, Détraz.

—Ya he dicho que yo no me meto en este asunto.

—Iré yo, dijo el alcalde tomando la ofensiva.

—Sí, vaya usted, dijo Randon.

Los dos se acordaban en aquel momento de que el doctor Guibert había visitado y curado á sus hijos, y se esforzaban en conciliar sus sentimientos y su porvenir municipal.

Furioso de aquella rebeldía cuando ya era segura la victoria, y excitado además por el vino, el Rojo vociferó:

—¿Pero no ha oído usted que era esto demasiado honor? ¿Es usted sordo? ¿Quiere usted hacer el favor de no meter la pata?

—¡Eh!, exclamó Simón con la cara amoratada.

El maestro intervino con su voz melosa.

—La lógica exige que la misión sea confiada al guarda rural. Es el encargado de transmitir las órdenes del alcalde; por lo tanto debe llevar el telegrama y explicar que le envía el alcalde en persona.

—¡Con esta solución todo se arregla!, dijo el Rojo.

Y así se hizo. Se envió á Faroux el guarda rural, y el maestro le dió las instrucciones entregándole el telegrama. Bebieron unos cuantos vasos más y se disolvió la reunión.

El viejo Randon, que esperaba su carretón, se quedó un rato en el café con el alcalde. Al cabo de un rato los dos no sabían qué decirse. Pensaban en el efecto que produciría el mensaje, pues en el calor de la discusión se habían olvidado del dolor de aquella pobre familia.

—¡Somos unos cobardes!, acabó por confesar Simón; Randon aprobó con la cabeza.

No, no eran más cobardes que la mayoría de los hombres; su actitud había sido sencillamente la de las personas honradas ante la gente que se impone á gritos.

Siguió un largo silencio, como sucede siempre en las conversaciones entre gente del campo, que marchan por entre las ideas con la misma lentitud con que los bueyes labran un surco. Después, el viejo murmuró:

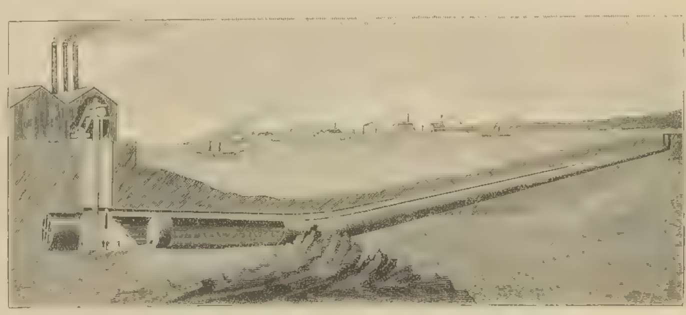
—¿Si fuésemos juntos al Maupas?

—Ahora mismo pensaba en ello — dijo el alcalde.

(Se continuará)

LOS TÚNELES SUBFLUVIALES DE NUEVA YORK

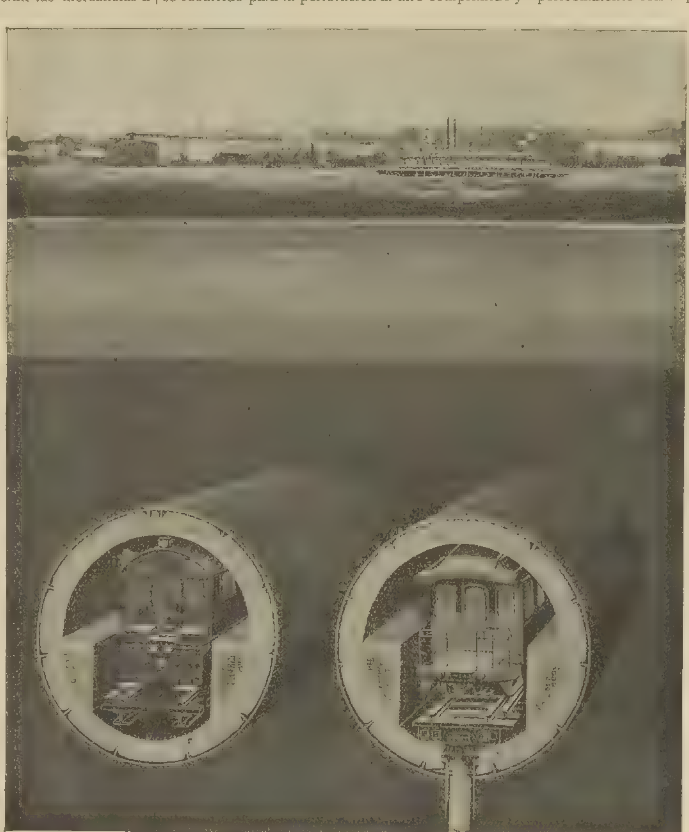
En Nueva York hay verdadero furor por las construcciones de túneles por debajo de capas de agua ó, empleando la palabra corriente, aunque algo inexacta á veces, de túneles subfluviales. Si nos fijamos en el plano de la aglomeración neoyorkina, con sus arrabales inmediatos é inmensos, veremos que la enorme población hállase dispersa en tres grupos separados por extensiones de agua importantes: en el centro, Manhattán, la verdadera Nueva York; al Oeste, Nueva Jersey, y al Este, Long Island. Para remediar los inconvenientes de esa situación se han establecido varias líneas de barcas de vapor que cruzan los dos brazos de agua que aislan esos tres grupos, el Hudson y el East River; pero por muy perfeccionados que sean tales servicios no equivalen á comunicaciones directas que permitieran á los viajeros ó habitantes llevar rápida y sencillamente al centro de la ciudad y condujeran las mercancías á precios mucho más económicos.



Nueva York. – Punto de ataque de uno de los túneles que pasan por debajo del Hudson

De aquí la actividad con que actualmente se construyen ó preparan túneles para vías férreas desde una y otra parte del islote central de Manhattán. Hace poco se han terminado dos, que son paralelos y pertenecen á la misma compañía, y son muchos los que se hallan en vías de construcción. Este sistema de túneles será mejor que el de puentes, pero supone obras importantes y difíciles.

El primero de los dos túneles á que antes nos hemos referido fué comenzado en 1874; pero la sociedad encargada de su ejecución fracasó á consecuencia de dificultades financieras y técnicas, quedando abandonada la obra durante muchos años. En 1902 reanudáronse los trabajos, construyéndose al mismo tiempo un segundo pasaje subterráneo á fin de dar á los habitantes de Nueva Jersey la posibilidad de trasladarse directamente por ferrocarril á la aglomeración de Manhattán y de permitir á los viajeros procedentes de diversos Estados llegar al centro de Nueva York sin bajar del vagón. En un principio, habíase pensado en hacer circular por dichos túneles trenes arrastrados por el vapor, pero pronto se vieron los inconvenientes que esto podría producir y se adoptó la tracción eléctrica.



Nueva York. – Los nuevos túneles subfluviales. En este grabado se ve la corriente del río (parte superior), el lecho del mismo y la masa de limo (parte inferior) en donde están abiertos los túneles

Comenzóse por terminar rápidamente lo que faltaba construir del túnel de 1874 y se construyó el otro en unos tres años. La longitud de cada túnel es de 1.761 metros; el diámetro del últimamente construído es de 4'63 metros y el del otro algo mayor. En cada uno no hay más que una vía férrea; el túnel Norte da paso á los trenes que van de Manhattán á tierra firme y el túnel Sur á los que van de ésta á aquella isla. A ambos lados de la vía hay aceras para peatones en previsión del caso en que el ferrocarril no funcione.

La construcción de esos túneles ha sido difícil, porque fué preciso atravesar terrenos muy poco homogéneos, casquijo, arenas, limos y rocas, habiéndose recurrido para la perforación al aire comprimido y á un *bouclier* hidráulico Beach perfeccionado. Este aparato es de aquellos en los cuales se construye un anillo metálico del túnel al abrigo de su prolongación posterior, para luego hacer avanzar el *bouclier* unos 90 centímetros ó un metro, apoyándose en la parte construída. La parte delantera del aparato lleva un tabique metálico transversal que forma la cámara de trabajo, en donde la presión del aire protege á los obreros contra la invasión del agua. Al atravesar la roca, los trabajadores hubieron de romper aquella masa por medio de explosivos antes de que se pudiera hacer avanzar el cuchillo superior del *bouclier*; pero para ello fué preciso montar un espolón provisional á fin de proteger á los mineros contra el desmoronamiento de los limos que había encima de ellos, en la parte superior de lo que había de ser la excavación definitiva del túnel. Nada hay tan peligroso y difícil en esa clase de trabajos como el hallarse en presencia de un suelo no homogéneo cuya parte superior se componga de limo mientras la inferior es de roca muy dura.

Todas las obras se han realizado de una manera notabilísima, y aparte de un pequeño error de dirección vertical, error de unos centímetros, coincidieron perfectamente con el pozo y la cabeza del túnel previamente construídos en la parte de Nueva York. Se ha mantenido la presión del aire durante cierto tiempo en la obra, aun después de terminada, hasta que las junturas de los anillos del revestimiento quedaron perfectamente soldadas.

Además de estos dos túneles ya construídos, hay otros dos en vías de ejecución, también debajo del Hudson, gracias á los cuales el «Pennsylvania Railroad,» una de las más poderosas compañías de los Estados Unidos, tendrá en el centro de Nueva York una gran estación central que facilitará en alto grado el movimiento mercantil. Además, las vías de esa compañía pasarán por debajo del East River y unirán directamente Long Island con la red neoyorkina y la continental.

Otro túnel en construcción es el del Rapid Transit que une Brooklyn y sus vías metropolitanas al metropolitano de Nueva York, sin trasbordo alguno, y que será un precioso elemento para la circulación que hoy se efectúa muy difícilmente por las vías eléctricas instaladas en el puente colgante de Brooklyn.

También van á multiplicarse enormemente los metropolitanos subterráneos en la aglomeración neoyorkina, y para que puedan atravesar las dos corrientes de agua que limitan Manhattán, se ha autorizado la construcción de cinco túneles debajo del East River.

Asimismo hase anunciado muy recientemente la fundación de una compañía especial cuyo objeto es abrir un nuevo túnel debajo del Hudson á fin de facilitar el acceso á Manhattán de las líneas locales que sirven todos los condados de Nueva Jersey y de las vías férreas del Erie. — P. de M.

EL CÉLEBRE AYUNADOR SACCO

El día 9 de este mes terminó su notable experimento en Londres el célebre ayunador Sacco, después de haber permanecido cuarenta y seis días sin tomar alimento alguno, con lo cual ha batido el record de los más famosos ayunadores del mundo.

La adjunta fotografía está tomada en el momento en que la señora Janotha, pianista de cámara de S. M. el emperador de Alemania, le presenta la taza de chocolate con que puso fin al largo período de abstinencia voluntaria.

Sacco quería prolongar su ayuno mucho más tiempo, pero hubo de desistir de su empeño ante los mandatos de los médicos.

Durante su ayuno ha perdido algo más de veintitrés kilogramos de peso y se fumó 1.200 cigarrillos.

El niño que se ve en la fotografía es su hijo.

LONDRES. – EL CÉLEBRE AYUNADOR SACCO EN EL MOMENTO DE TERMINAR SU AYUNO DE CUARENTA Y SEIS DÍAS (De fotografía de Halftones Limited.)

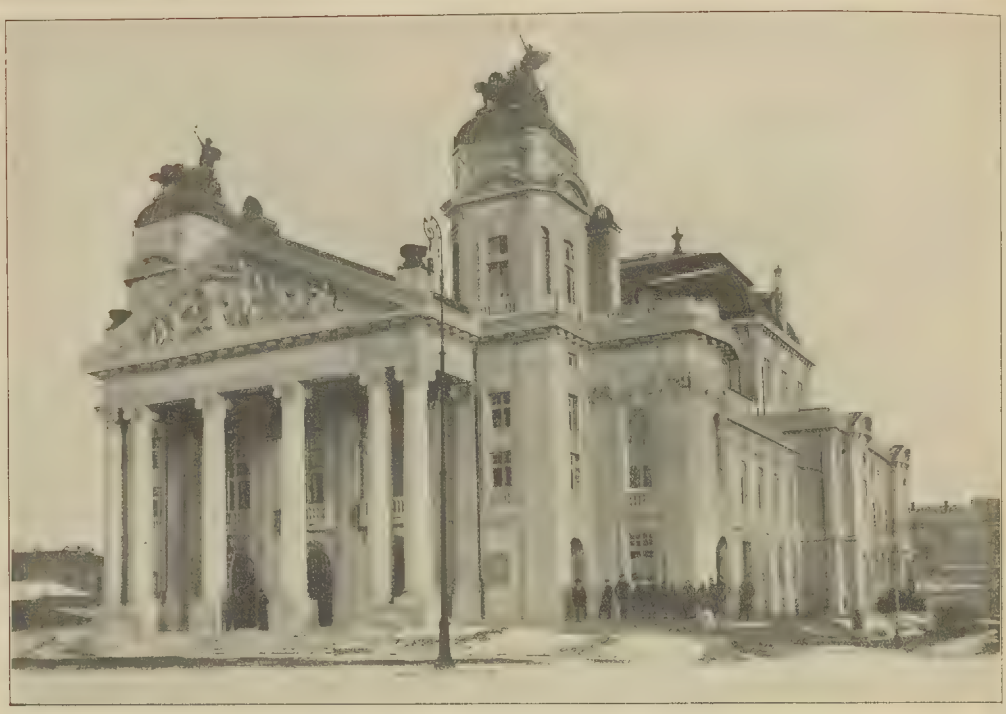
LA RHODESIA

DE LA EDAD MEDIA

Las ruinas, al presente famosas, que hay en varios puntos de Rhodesia, en Inyanga, Umtali, Zimbabyé, Nanatali, Dhlo-Dhlo, etc., han dado lugar, desde que los buscadores de oro se precipitaron en aquella región, á multitud de leyendas, á las que no ha sido ajeno el natural deseo de poetizar y engrandecer las ruinas modernas.

Según Cecilio Rhodes, era indudable el origen fenicio de esos monumentos; esto no obstante, en vez de razonar sobre bases imaginarias, algunos sabios resolvieron practicar excavaciones metódicas, y el resultado ha sido que la edad de Zimbabyé y de las demás ciudades, lejos de remontarse á los fabulosos tiempos de la reina de Saba, no es anterior á los siglos XIV ó XV. En efecto, se han encontrado allí, en todas las excavaciones y hasta el suelo primitivo, objetos semejantes unos á otros y algunos de ellos de fecha bien conocida, como una loza persa, vidrios árabes del siglo XIV (Zimbabyé), restos de porcelana china del siglo XVI, cuentas de cristal venecianas (Dhlo-Dhlo), y una copa de porcelana china del siglo XVI (Khami). Al lado de esos objetos importados de fecha conocida, se han encontrado otros indígenas, entre ellos groseras estatuas de mujeres y de animales que antes se habían considerado como fenicias, cacharros con adornos geométricos, hachas y cuchillos de sílice, que estaban junto á espadas de hierro y á cacharros idénticos á los que fabrican los cafres.

De ello se deduce que Zimbabyé debió ser la capital negra del Monomotapa, la principal ciudad de un país importante que comerciaba con los árabes del litoral y les vendía su oro, país que debía estar arruinado cuando la invasión portuguesa de 1550, lo cual contribuyó á acreditar la leyenda fenicia, puesto que los más antiguos documentos históricos hablan ya de esas ruinas como de cosa antigua.—X.



Sofia (Bulgaria). – Teatro Nacional búlgaro recientemente inaugurado, obra de los arquitectos vieneses, especialistas en construcciones teatrales, Sres. Hellmer y Fellner. Ha costado dos millones de francos y hállase situado cerca del palacio del príncipe. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Imp. de Montaner y Simón

Año XXVI — Barcelona 4 de marzo de 1907 — Núm. 1.314

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY...

cuadro de Nicolás Maes (1630-1696), existente en el Rijks-Museum de Amsterdam

CRÓNICA DE TEATROS

La compañía siciliana que acaba de visitarnos ha sacado de su excursión á Madrid muchos aplausos y muchos bombos, pero muy poco provecho. Y la razón de ello salta á la vista. Las obras todas representadas por la compañía Grasso-Ferraú pertenecen al género popular; retratan, con más ó menos fidelidad, los afectos y las pasiones, los vicios y las costumbres de las clases trabajadoras. Escritas en español esas obras, quizás hubieran despertado el interés de la gente obrera de Madrid, como lo despiertan los melodramas comprimidos, de que han abusado en estos últimos tiempos los autores de género chico. Escritas en lengua extranjera, ¿cómo habían de atraer á nuestro pueblo? A las clases burguesas y aristocráticas, las cuales, si no entender del todo, hubieran podido adivinar algo de lo que se decía en la escena, les divierten poco los lances de taberna, los guantazos y puñaladas de los «sainetes trágicos» que constituyen la especialidad de la compañía siciliana.

Para una gran parte del público que asiste á los teatros «serios,» sobre todo para las señoras, los mayores atractivos de los dramas y comedias dependen del mobiliario y de la indumentaria. Cuando se levanta el telón y aparece, verbigracia, un gabinete modernista, amueblado con el buen gusto que tan acreditado tienen María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, ó una *serre* poblada de plantas exóticas, ó un salón decorado con deslumbrante suntuosidad, circula por la sala un murmullo de asombro y no faltan entre los espectadores y espectadoras quienes, más bien que al desarrollo de la acción escénica, atienden á tomar mentalmente notas de aquel lujo y de aquella elegancia para copiarlos mentalmente en sus casas respectivas. En cierto modo, el teatro moderno tiene algo de las exposiciones de los grandes almacenes de muebles. ¿Y qué decir de la emoción que produce una actriz cuando se presenta ataviada con un vestido que le ha costado unos cuantos miles de pesetas, un sombrero que vale unos cuantos centenares de francos?

No censuro yo este lujo escénico, siempre que no sea lo principal en la obra dramática; pero sí creo firmemente que sólo de vez en cuando, y por vía de contraste, podrá cautivar á un público acostumbrado á tales refinamientos del lujo y de la moda el espectáculo que ofrece la copia naturalista de la vida de los pobres. Esto quizás ha sido la causa del desvío que el público madrileño ha mostrado hacia las obras representadas por la compañía Grasso-Ferraú.

* * *

Su repertorio peca además de monótono. A excepción de *La figlia di Jorio* y de *Pietra fra pietre*, todos los demás dramas son variaciones sobre el mismo manoseado tema de la infidelidad conyugal, ilustrado con bofetones, puntapiés y puñaladas.

En su drama *La figlia di Jorio*, propúsose D'Annunzio hacer una tragedia rústica con sus puntas y ribetes de la tragedia clásica. Tuvo esta intención, pero lo que le resultó fué un melodrama truculento y sombrío del género de *La Sorcière*, de Sardou. No produce la obra del poeta italiano terror trágico, sino verdadero horror: en ella se suceden casi sin interrupción las escenas repulsivas, y entre otras frioleras, nos ofrece para deleitarnos un parricidio y los preliminares de dos atroces ejecuciones de pena capital. Hay quien pretende que el espeluznante drama refleja de un modo perfecto el alma colectiva de los Abruzos; pero sin que yo pueda emitir juicio sobre este punto, recuerdo que cuando *La hija de Jorio* se representó en Buenos Aires, la colonia italiana, que es allí numerosísima, protestó indignada contra una obra «que calumniaba el carácter y costumbres del pueblo italiano.»

El público madrileño aplaudió, aunque sin entusiasmo, la obra de D'Annunzio; pero, en rigor, los aplausos más fueron provocados por el mérito de la actriz que desempeñaba el papel de la protagonista, que por los lances y pasos del drama.

Es, en efecto, la señora Ferraú una excelente artista que expresa con admirable verdad los arranques violentos de la pasión, que sabe dar á su movible semblante el gesto de la máscara trágica, y á su cuerpo y á su voz las actitudes y tonos del espanto, la cólera y la desesperación. Otra cualidad tiene la actriz siciliana, cualidad que es, tal vez, la primera entre las muchas que debe reunir el artista escénico: Mimí Aguglia Ferraú cambia asombrosamente de personalidad: es una mujer en la cual hay muchas mujeres. Así lo ha reconocido el público, y á ella, como digo más arriba, se debe principalmente que *La figlia di Jorio* fuera recibida con benévola cortesía.

* * *

También al género melodramático pertenece *Pietra fra pietre*, original del célebre dramaturgo alemán H. Sudermann. Hay en esta obra cuanto puede exigirse al más emocionante melodrama: interés de curiosidad, traidor, gracioso, crimen frustrado y á la postre el triunfo de los buenos sobre los malos.

La acción de *Pietra fra pietre* se desarrolla en un medio popular; los personajes, excepto uno, son todos obreros, con sus pasiones, sus rencores, sus virtudes y sus vicios. Sudermann, que, como todo el mundo sabe, es un verdadero autor dramático, lo que se llama un hombre de teatro, ha sabido pintar, aprovechando los procedimientos melodramáticos, que son siempre los predilectos del pueblo, un cuadro verdadero y rico de observación de la vida de los obreros.

Así como en *La figlia di Jorio* tuvo un gran triunfo Mimí A. Ferraú, Grasso, el primer actor de la compañía siciliana, fué objeto de una tan entusiasta como merecida ovación en el papel de Pietro, el protagonista de *Pietra fra pietre*. En punto á verismo no es posible ir más allá: Grasso da en este drama la sensación de la realidad: el actor desaparece, es un hombre, no un personaje fingido; la ficción toma en él todos, absolutamente todos, los caracteres de la verdad. Podrá discutirse acerca de si el arte dramático debe ser una copia fiel de la realidad ó la idealización de ella; razones hay para defender una ú otra teoría; pero lo que tengo por cierto es que, dentro del procedimiento naturalista, la labor de Grasso en el drama de Sudermann llega á los límites de lo insuperable.

* * *

Después de las representaciones de *Vida y dulzura*, la empresa del teatro de la Comedia ha vuelto á las andadas, esto es, ha vuelto á sus traducciones. La última que allí se nos ha servido es la de una comedia *vaudevillesca*, original de MM. Robert y Cailles, titulada *Miquette y su mamá*, y vertida al castellano por *Gil Parrado*, seudónimo del excelente escritor Antonio Palomero.

No es *Miquette y su mamá* una obra maestra, pero cumple satisfactoriamente el propósito de sus autores, que es el de deleitar decorosamente al público. Falta en ella—es cierto—esa verosimilitud de pormenores en que algunos criterios estrechos y miopes creen que estriba todo el mérito de las producciones teatrales. Según ellos, el autor tiene derecho á aburrir al público, siempre que le aburra sin faltar á las minucias de una verosimilitud que en todo caso tiene que ser muy relativa. Yo recuerdo haber leído en la crítica de no sé qué comedia ásperas censuras á una actriz porque se presentaba en escena, después de haber caminado por el campo en un día lluvioso, sin traer manchadas de lodo las suelas de los zapatos.

No; esta verosimilitud ruin y menuda y tan fácil que está al alcance de todas las fortunas, significa y vale bien poco. Sobre ella está la verdad de los afectos y pasiones, la expresión exacta de los caracteres, la pintura viva y animada de las costumbres. Poco nos importa, verbigracia, la inverosimilitud de muchos incidentes y escenas de la comedia de Molière *Le bourgeois gentil-homme*, al lado de la honda verdad que encierra aquella graciosísima sátira que lo mismo que á la sociedad de los tiempos de Luis XIV puede aplicarse á las sociedades contemporáneas nuestras. Inverosímiles son casi todos los pasos, episodios y peripecias que forman el tejido un tanto monótono de nuestras comedias de capa y espada; mas á pesar de tal inverosimilitud, esas comedias nos dan á conocer la vida de España en el siglo XVII mejor y de un modo más verdadero que las graves narraciones históricas

El desarrollo de la acción de *Miquette y su mamá* es, en efecto, un tanto caprichoso. Los autores, más que á justificar los cambios de situación de los personajes, atienden á expresar las debilidades, ridiculeces, los sentimientos superficiales de la sociedad parisiense de nuestros días. A veces la obra toma el carácter de comedia sentimental, á veces desciende á las extravagancias del *vaudeville;* pero al través de ciertas infracciones de la lógica, lo mismo en la marcha de la acción que en lo relativo á la unidad é integridad de los caracteres, échase de ver tanta fuerza satírica, tantos rasgos verdaderamente cómicos, tan ingeniosas observaciones, que bien puede absolverse á los autores de *Miquette y su mamá* de los defectos que dejo apuntados.

* * *

Sin duda está latente, lo mismo en los autores que en el público, el sentimiento de protesta contra la literatura tediosa y pesimista que hasta hace poco tenía invadidos nuestros teatros, cuando en el espacio de poco más de un mes se han estrenado y aplaudido *Vida y dulzura*, *El genio alegre* y *Los buhos*, obras las tres que coinciden en el propósito de exaltar la alegría de vivir.

De ellas, la que ha tenido menos fortuna ha sido la última, en parte por la escasa novedad del asunto (y no por culpa de su autor, puesto que su comedia estaba ya escrita cuando se estrenaron las otras dos), en parte también porque el temperamento de Benavente más se inclina á la tristeza que á la alegría. Sea lo que fuere, lo cierto es que el ilustre autor de *Lo cursi* y de *Hojas de otoño*, no estuvo tan afortunado esta vez como lo ha estado tantas otras.

En Lara, Benavente también nos acaba de dar nueva muestra de su agudo y delicado ingenio en un diálogo que la Valverde estrenó, con gran éxito, la noche de su beneficio. De la tibieza con que días antes fué acogida la comedia titulada *Los buhos*, quedó largamente indemnizado el autor con los calurosos aplausos con que fué saludado su diálogo *La abuela y la nieta*.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

La verdad es un depósito como la riqueza. No somos, por decirlo así, más que sus tesoreros: la adquirimos para repartirla.

J. SIMON.

Un pueblo que se alcoholiza es un pueblo que se debilita: un pueblo alcoholizado es un pueblo á punto de desaparecer.

DR. LEGRAIN.

Perder el tiempo es cometer un verdadero suicidio.

YOUNG.

El que se arrepiente es como el que no ha pecado.

MAHOMA.

No permitas que tu lengua se adelante á tu pensamiento.

QUILÓN.

La felicidad no se da, se cambia; nuestra felicidad viene siempre de otro.

CONDESA DIANA.

Nada en el mundo es objeto de mayor admiración que un hombre que sepa ser desgraciado valerosamente.

SÉNECA.

Obra de modo que la máxima de tu voluntad, es decir, la regla á que obedezcas, pueda revestir la forma de principio de legislación universal.

KANT

JARDINES ANDALUCES. — En el Alcázar de Sevilla

JARDINES ANDALUCES

Si hemos de creer la palabra de los historiadores árabes del siglo XIII, ya por los años de 1237 debían de ser famosos nuestros jardines, por cuanto Ben Said, en su Descripción de España y Africa, dice: que de las provincias de Andalucía reunidas á su imperio del Magreb hicieron ir los emires almohades Lusef y Jacub el-Mansur, no sólo los arquitectos directores de las construcciones mandadas levantar por aquéllos en Marruecos, Rabat, Fez y Mansuriah, sino también—añade—artífices y pintores y jardineros andaluces son los que trazan los planos de los edificios ó los que los copian ateniéndose á los monumentos de su país.

¿Sería posible reconstituir, imaginativamente, alguno de aquellos tan famosos jardines que embellecían los alcázares y artísticas mansiones de los árabes andaluces, de que quisieron obtener copias los africanos para buscar en ellos los orígenes de los que aún nos quedan? Por lo menos podríamos intentarlo, pues contaríamos para hacerlo con una base muy fehaciente, como lo es en este caso la disposición y traza de los característicos jardines del Alcázar de Sevilla, cuya original disposición delata desde luego su antiguo abolengo.

Claro es que, para nuestro intento, están de más las construcciones que en ellos se llevaron á cabo en tiempo de los Felipes, que detienen al visitante, en forma de galerías, portadas, verjas, etc.; todo esto hay que dejarlo á un lado por anacrónico, y buscar en el conjunto y en detalles que se escapan á la mirada del turista, los datos en que tenemos que apoyarnos.

Llaman desde luego la atención, en los jardines del Alcázar sevillano, las diferencias de nivel de sus verdaderos pensiles, pues desde el primer plano al último, hay muchos metros de diferencia; de manera que vistos en total, desde el punto más elevado, recréase la vista, no sólo con la diversidad de alturas, sino con la de formas y vegetación. A esto obedece que cada una de dichas partes fuese conocida antiguamente con su nombre especial, y así decían: el jardín del León, de la Gruta de la Dama de Troya, del Príncipe, de las Damas, etc., pequeños todos ellos, pero que, reunidos, forman todavía un gran conjunto. Los mirtos y arrayanes, el boj y el romero festoneaban sus calles: las palmeras y los alerces movían sus ligeras copas acompasadamente al ser acariciadas por las brisas; los alhelíes, nardos y albahacas embalsamaban el aire, y los surtidores de agua, brotando de las tazas de mármoles ó de las fuentecillas de policromados brillantes azulejos, refrescaban el ambiente en las caliginosas tardes de verano. La simetría, que no siempre puede considerarse como cualidad artística, faltaba por completo en nuestros jardines de antaño, así como las cuidadas canastillas y *corbeilles* de los modernos, con sus perfiles y guarniciones de cactus y cinerarias, sus grupitos de plantas y sus recortes. En vez de estos alambicamientos, si se nos permite la frase, dejaban nuestros abuelos crecer á su sabor los jazmines y la madreselva, que trepaban por los gigantescos laureles ó se enredaban en las adelfas blancas y de color de rosa; los rosales, con sus infinitas variedades, desplegaban su lozanía al lado de las azucenas, y todo tenía el encanto de lo vario y espontáneo, de lo sencillo, de lo natural, sin que la mano del hombre hubiese tratado de alterar la obra sin igual del Creador.

Para buscar alivio á los rigores del estío, imaginaron jardines de verano, de cuya antigua, tal vez primitiva estructura, quedan restos considerables en el Alcázar sevillano, y á estos nos referimos al decir que contamos con detalles exactos que se escapan á la mirada del turista. Llamábase jardín del Crucero á uno que existió en el más bajo nivel de los que hoy quedan, el cual tenía la forma de una T con sus trazos horizontales del mismo tamaño. Sus altos muros estaban revestidos de naranjos y limoneros, que iban dirigiendo y acomodando á las paredes, dejándolos luego crecer á la terminación de aquéllas, para que uniéndose los de uno y otro lado formasen á manera de bóvedas de verdor, esmaltadas con sus frutos rojos y amarillos. Otras partes de los mencionados muros hallábanse enriquecidas con pinturas, representando escenas de caza, ó de los deportes á la sazón en boga; asientos de azulejos corrían de trecho en trecho, convidando al descanso, é infinidad de surtidores brotaban por todas partes, aumentando la frescura de tan delicioso paraje el gran estanque que hoy llaman los *cicerones* baño de D.ª María Padilla.

Los juegos de agua corrían por debajo de todos los paseos, y á una señal dada, surgían del suelo en todas direcciones finísimos y altos surtidores que mojaban de los pies á la cabeza al distraído visitante. Aún quedan también restos de una fuente, en la cual una figura, según dice un antiguo escritor sevillano, tocaba una trompeta por la fuerza que el agua le suministraba con «soberano ingenio.»

El jardín del Laberinto era uno de los más famosos; pues como su nombre indica, el que se aventurase á penetrar solo, sin guía, corría el riesgo de no salir de sus estrechas calles, antes buscando pronto escape, más y más se internaba en él.

Los que podríamos llamar muros del Laberinto estaban formados de arrayanes fuertes, altos y tupidos, que imposibilitaban darse cuenta del sitio en que el extraviado se encontraba, y para interrumpir la monotonía de tan grandes macizos, erguíanse á trechos figuras gigantescas de hombre ó de mujer, formados asimismo de arrayanes, con sus cabezas y manos de madera pintadas á lo vivo, simulando moros, guerreros y personajes.

¿Qué decir de los muchos cenadores que por doquiera se alzaban, cuyas cúpulas de tejas vidriadas de azul, verde y blanco sobresalían entre la masa obscura de los naranjos, deslumbrando la vista con los resplandores que irradiaban al ser heridas por el sol? Habíalos de diversas formas, proporciones y ornatos; y aún existen, ofreciendo en sus interiores, ya ricos alicatados, ó pinturas en sus muros; techumbres de moriscas lacerías, enriquecidas de oro y de colores; frisos de yesería y pavimentos de ladrillos combinados con azulejos, ó bien de mármoles, en cuyo centro no faltaban las amplias tazas destinadas á recibir el agua que incesantemente lanzaban los finos surtidores de bronce.

Prestaban, ciertamente, un tinte melancólico á tan risueños jardines los altos y elegantísimos cipreses, tan frecuentes entonces, como hoy injustamente desdeñados; los cuales, ó bien dejaban crecer libremente, ó colocándolos pareados, uníanlos por sus extremos, formando arcadas, como se ven en la Alhambra y en el Generalife.

El gusto del Renacimiento, ya en el siglo XVI, influyó, como era natural, en la jardinería andaluza, aumentando sus esplendores con las ricas portadas, monumentales fuentes, estatuas y vasos, que nuestros magnates hacían venir de Italia, deseosos de emular en magnificencia con los esplendores que habían visto en las suntuosas *villas* romanas.

Trasunto ya de aquéllas debieron ser, á juzgar por las descripciones que nos quedan, los jardines que los Duques de Alcalá tuvieron en su palacio, á que el vulgo llama Casa de Pilato, y en la famosa Huerta del Rey, también en esta ciudad.

Todavía se conservan en el primero muchas estatuas, bustos y columnas, procedentes en su mayor parte de la antiguedad clásica de España y de Italia; y en cuanto á los de la famosa Huerta, entre los pormenores que llamaban la atención, había un estanque navegable, y un amplio cenador con alto y bajo, donde concurrían las damas y caballeros invitados por el Marqués de Tarifa, para solazarse en los días de invierno ó en las noches del estío.

Famosos fueron también los jardines que el Duque de Medinasidonia D. Manuel tuvo en su palacio de Sanlúcar de Barrameda, en el primer tercio del siglo XVII; los cuales, plantados en la falda de un montículo, formaban verdadero pensil, con muchedumbre de plantas y flores exquisitas, risueñas fuentes y peregrinas estatuas, de mármol unas, y otras, como la del Laberinto de nuestro Alcázar, vestidas de murtas y arrayanes, no faltando, por supuesto, los frondosos naranjos y los cipreses, y los que poseyó el de Arcos en su hoy arruinado palacio de Marchena. Las huellas de aquel gusto no se han extinguido por completo, y todavía quedan en Sevilla algunas casas,

como la del Duque de Alba, cuyos jardines ofrecen sus calles limitadas por altos y obscuros bojes y romeros, sus palmeras y cipreses, sus fuentes de azulejos, sus viejos rosales de todos matices, sus infinitos tiestos vidriados, conteniendo albahacas y nardos, todo criándose libremente, con toda la fuerza de la vida que les presta nuestro ardiente sol, y que fertiliza el constante riego, facilitado por los grandes estanques, en que rebosan las aguas que vienen de los ricos veneros alcalareños. A cada paso y en cada rincón hallan el poeta y el artista detalles que les sorprenden. La apacible amenidad que los rodea, los encantos de la naturaleza en toda su plenitud, cautivan la vista, al par que recrean el espíritu; y cuando á la caída de la tarde vagamos por las solitarias calles, en medio del profundo silencio, tan sólo interrumpido por el murmullo de las fuentes, por el leve rumor de las hojas ó por el zumbido de los insectos, experimentamos una indefinible impresión, tal vez de tristeza ó de vaga melancolía, que no hay palabras para traducirla, para darle forma en nuestro lenguaje, pero que el alma recibe y guarda en su más recóndito seno y con ella amorosamente se deleita, dando vida á esas imágenes de color de rosa, recuerdos de los días juveniles, memorias de un pasado que no volverá jamás.

El encanto de vaga tristeza, de poética melancolía que nos despiertan los que podríamos llamar grandes jardines, siéntese también en los de muchas casas de nuestros barrios extremos, que por sarcasmo de la suerte fueron edificadas por magnates, y que convertidas al presente en viviendas de vecinos, conservan no pocos rasgos de su antigua fisonomía; y como no hay andaluza que no ame á las flores, hasta el más pequeño espacio terrizo en que puedan formar un jardincillo lo aprovechan con tal objeto. ¡Y vaya si aprovechan el terreno! Alrededor de los muros corre el rústico arriate en que plantan rosales y jazmines, heliotropos y lilas; en los muros improvisan maceteros sirviéndose de tejas de cangilones desechados, que rebosan de claveles en la primavera: al pie del brocal del pozo, en tiestos de todas formas y tamaños, en viejas latas pintarrajeadas de azul ó de amarillo, crecen lozanas las albahacas y los ranúnculos, mientras que por el enmohecido pescante de hierro sube enredando sus retorcidos tallos la dama de noche, la madreselva ó el caracol real; y cajones desvencijados, por entre cuyas juntas brotan los dragoncillos ó los linos, y el tonelillo, que ha roto sus cinchos de mimbre, en que viven lozanas las adelfas blancas y de color de rosa; en suma, no hay recipiente que deje de utilizarse, y su misma variedad y la exuberancia de flores que contienen dan un aspecto encantador á estos pobres jardines en que tienen puestos sus cinco sentidos las muchachas de la casa, más pintorescos y artísticos sin duda que muchos lujosamente cuidados.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Salvador Azpiazu.)

JARDINES ANDALUCES. – El jardín del pobre

LA LIMOSNA

Cuando los dos ancianos llegaron á aquella desierta plazoleta del Retiro, casi oculta por el espeso ramaje de los árboles, D. Anselmo señaló un banco de piedra encuadrado en un extremo y dijo á su amigo:

—Allí.

Y tomaron asiento.

Durante un rato no hablaron palabra; parecían como embebidos en la contemplación de aquel atardecer plácido y soñoliento, que iba esfumándose, poco á poco, en la lejanía gris.

D. Anselmo rompió el silencio:

—Este es mi retiro predilecto; desde hace muchísimos años vengo aquí todas las tardes, y sentado en este mismo banco, paso una hora ó dos, que son, acaso, las únicas en que me siento verdaderamente feliz. ¡Es tan agradable todo esto!..

Y sin que pudiese evitarlo, sus ojos se humedecieron y por sus mejillas resbalaron dos lágrimas.

—¿Acaso estos sitios despiertan en usted algún recuerdo?, preguntó D. Inocencio á su amigo, movido, más que por curiosidad, por un vivo sentimiento de compasión.

—Sí, amigo mío; ¿á qué negarlo? Todo esto que nos rodea despierta en mí recuerdos muy felices. ¡Es una historia muy larga y muy interesante!

Se acercó cuanto pudo á D. Inocencio, estrechó sus manos con fuerza, y como si hubiera sentido en el corazón una alegría muy grande, continuó:

—Es la primera vez que me decido á contar estos episodios de mi vida; la pobre muerta me había rogado siempre que no los divulgase, y yo los guardaba encerrados en el alma como una reliquia inestimable. Hoy, no sé por qué, siento deseos de recordar todo aquello, de sufrir y de gozar con el recuerdo de cosas tan íntimamente ligadas á ella. Oiga usted.

Por antiguos resentimientos de familia, que nunca llegué á comprender, el padre de Elena y mi padre se odiaban encarnizadamente. Esto lo sabía todo el mundo en Mural del Campo, y Elena y yo no lo ignorábamos tampoco. Pero usted sabe que existe una ley natural que empuja á los seres á apetecer todo aquello que les está prohibido. Y como Elena era para mí lo prohibido y yo lo era igualmente para ella, empujados sin duda por la ley natural de que le he hablado, Elena y yo sentimos necesidad de amarnos... y nos amamos con alma y vida.

Al principio, nadie, ni aun nuestros padres, parecían preocuparse de nuestros amores, y el tiempo pasaba para nosotros risueño y alegre. Un día mi padre me habló de Elena.

—He sabido, me dijo con cierta dulzura, que os amáis y es preciso que esto acabe inmediatamente. Yo reconozco que Elena es una buena muchacha y que acaso te hiciera feliz; pero circunstancias que no hay necesidad que conozcas me obligan á rogarte que rompas ese lazo.

Como si esto hubiese sido presagio de cosas peores, á los tres ó cuatro días llegó á Mural un pariente de los padres de Elena, hombre de gran fortuna, que había corrido, según se decía en el pueblo, las cinco partes del mundo. Con la llegada de este señor coincidió una carta de Elena en la que, seca y escuetamente, me comunicaba que su padre le había prohibido en absoluto siguiesen adelante nuestras relaciones y que, por tanto, era forzoso dejar de vernos.

No puede usted imaginarse lo que yo sufrí al leer aquellas cuatro líneas mal trazadas. ¿Es que Elena había dejado de amarme? ¿Es que no me amaba lo bastante para arrostrar los inconvenientes de nuestra situación, ó es que, mujer al fin, había vendido su corazón á las promesas de su rico pariente? El corazón humano, amigo D. Inocencio, es una paradoja incomprensible. ¿Querrá usted creer que en aquel momento, aun adorándola con toda el alma, la hubiera ahogado entre mis manos? Y sin embargo, ¡qué injusto, qué cruel fuí juzgándola de aquel modo!

Así, en esa incertidumbre angustiosa, pasó un mes, dos, tres, ¡no sé cuántos! Calmado ya el primer arrebato y no pudiendo acostumbrarme á la idea de vivir sin verla, le escribí una carta muy larga, relatándole mis martirios, mis noches de insomnio, mis ansias de hablarle á todo trance y oir de sus labios que aún seguía amándome y que mis sospechas respecto á su doblez eran infundadas. ¡En vano esperé contestación! Por el contrario, al poco tiempo circuló por el pueblo la noticia de que Elena se casaba con el pariente de su padre. Desesperado, loco al saber la infausta nueva, procuré verla... ¡y la vi! Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Fué una mañana muy temprano; el sol empezaba á despuntar tras el alero de un tejado, y el viento, un cefirillo fresco y agradable que olía á rosas, jugueteaba en los árboles. Cuando me acerqué á ella, su rostro se encendió en un carmín muy vivo, temblaron sus labios y su cuerpo vacilaba como si fuera á caer.

—Elena..., ¿es verdad que te casas?

Levantó los ojos, los clavó en mí de un modo indefinible y gimió con acento de dolorosa resignación:

—¡Sí, es verdad!

—¡Es verdad! ¿Luego ya no me amas?

Y como si el dolor que expresaba mi voz le hubiese herido el corazón, se irguió rápidamente, se acercó más á mí y me dijo:

—¡Anselmo! ¿Crees que puedo dejar de amarte? Ahora, más que nunca, comprendo la inmensidad del amor que siento por ti. Pero es preciso olvidarlo todo; por tu tranquilidad, por la mía, te suplico que sea esta la última vez que nos veamos.

Aquel mismo día salí de Mural, sin rumbo, al azar, como un cadáver que flota en el Océano á merced de las olas.

Durante muchos años viajé sin tregua, sin descanso, con esa febril ansiedad del náufrago que busca el puerto de salvación, perdida ya la noción del tiempo y de las cosas. Fué aquel un vértigo, un fenómeno cataléptico que me llevó á la ruina.

Cuando desperté me hallé lejos de mi patria, sin amigos y casi sin dinero. Entonces me acordé de Mural, de mi padre y de Elena; y cuando quise inquirir noticias de ellos, supe que mi padre había muerto arruinado y que Elena, después de casad..

con su pariente, se había marchado de Mural. Con el alma enferma, completamente inútil para las luchas de la vida, volví á España, dirigiéndome á Madrid.

Una tarde, agotado ya hasta el último céntimo, mísero y andrajoso el traje, después de vagar durante todo el día por las calles de la corte acariciando la idea del suicidio, vine á parar á este mismo sitio. La luz brillaba tranquila é indecisa en el cielo; el sol empezaba ya á declinar y en las copas de los viejos álamos los pájaros cantaban la oración de la tarde. ¡Fueron aquellos los momentos más solemnes de mi vida! Cuando, con la idea puesta en Dios y en mi Elena, empuñé con ansia el arma criminal, llegó á mis oídos el sonido de una voz infantil, dulce y acariciadora como un trino. No he podido nunca explicarme lo que entonces pasó por mí; pero recuerdo que el revólver se me cayó de las manos, una oleada extraña hizo latir mi corazón con fuerza y mis nervios vibraron en un sacudimiento brutal. Cuando alcé la vista, vi que una señora enlutada cruzaba la plazoleta, y tras ella una niña, que corría y saltaba, alegre y feliz. Ante aquel cuadro, pletórico de vida y juventud, la idea del suicidio se borró en mi pensamiento y sentí deseos de vivir y de alimentar mi estómago. Entonces llamé á la niña, acaricié con deleite las rizadas trenzas de su cabellera rubia y le pedí una limosna. La niña, entre asustada y compasiva, se alejó corriendo al lado de su madre, señaló á este banco y le dijo con infantil desenvoltura:

—Mamá, ¿quieres que le demos una limosna á aquel caballero? ¡Pobrecito! Me ha dicho que no ha comido en todo el día.

La señora besó á la niña con júbilo, abrió el portamonedas y avanzó. No recuerdo haber experimentado en mi vida una emoción parecida á la que experimenté en aquellos instantes. ¡Y es que el corazón tiene revelaciones misteriosas que jamás podremos comprender!

Cuando la señora estaba ya junto á mí, cuando iba á alargar el brazo para darme la limosna, dos gritos, salidos del fondo del alma, dos alaridos de alegría inmensa rompieron aquel silencio augusto:

—¡Anselmo!

—¡Elena!

¿Comprende usted, amigo mío? Dios se apiadaba de mí, enviándomela á tiempo de impedir la eterna perdición de un alma cristiana.

Pasados los primeros momentos, se sentó á mi lado; y aquí, en este mismo banco, yo le conté la historia de mis infortunios; y ella, acariciando á su hija, que nos miraba absorta, bañados en lágrimas sus ojos serenos, me hizo, á su vez, una confesión general: las tristezas pasadas después de mi huída de Mural, su boda, la pronta muerte de su esposo, ¡todo!

Al terminar me tendió su mano, que yo estreché amoroso entre las mías, y me dijo temblorosa y feliz:

—Toma, pobre mendigo del amor; aquí tienes la limosna por que has suspirado tanto tiempo.

D. Anselmo calló un momento, fatigado por la narración, y luego, después de enjugarse las lágrimas que anegaban su rostro, continuó:

—¿A qué contarle á usted lo inmensamente feliz que fuí á su lado? Mientras ella vivió, todas las tardes, á esta misma hora, veníamos aquí á recordar el triste prólogo de nuestra venturosa historia. Ahora ya, muerta Elena, ausente su hija, ¿á quién, mejor que á este banco de piedra, puedo dedicar el amor de mis últimos años?

Las cosas, como las personas, tienen también, amigo mío, derecho al culto de la adoración.

J. PASTOR RUBIRA.

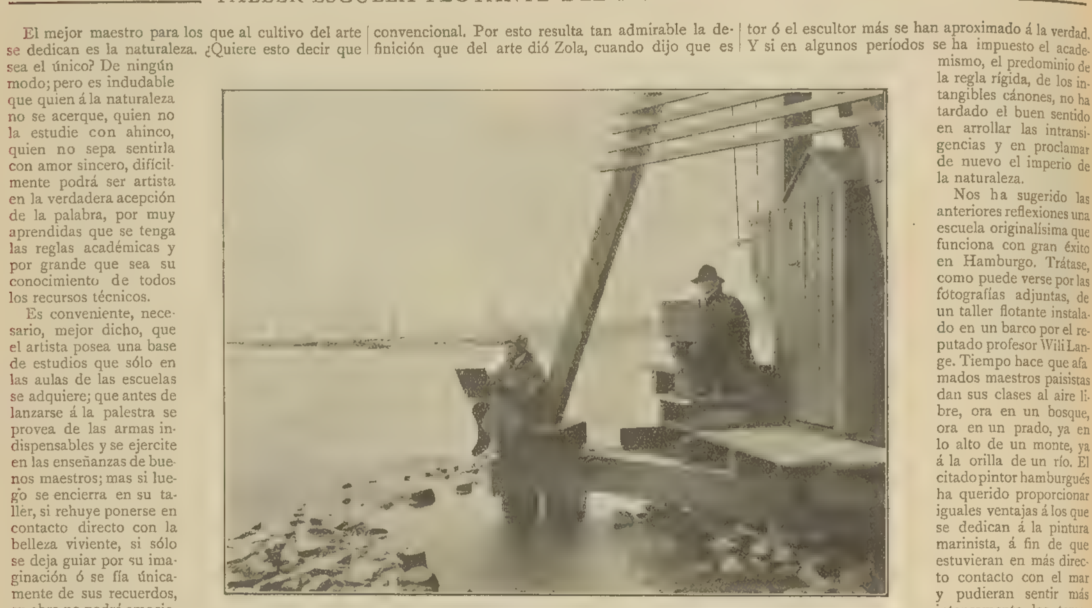
Inocencia, cuadro de José M.ª Tamburini. (Salón Parés.)

Ataviándose para el baile, cuadro de José M.ª Tamburini. (Salón Parés.)

TALLER-ESCUELA FLOTANTE DEL PROFESOR WILI-LANGE

El mejor maestro para los que al cultivo del arte se dedican es la naturaleza. ¿Quiere esto decir que sea el único? De ningún modo; pero es indudable que quien á la naturaleza no se acerque, quien no la estudie con ahinco, quien no sepa sentirla con amor sincero, difícilmente podrá ser artista en la verdadera acepción de la palabra, por muy aprendidas que se tenga las reglas académicas y por grande que sea su conocimiento de todos los recursos técnicos.

Es conveniente, necesario, mejor dicho, que el artista posea una base de estudios que sólo en las aulas de las escuelas se adquiere; que antes de lanzarse á la palestra se provea de las armas indispensables y se ejercite en las enseñanzas de buenos maestros; mas si luego se encierra en su taller, si rehuye ponerse en contacto directo con la belleza viviente, si sólo se deja guiar por su imaginación ó se fía únicamente de sus recuerdos, su obra no podrá emocionarnos, porque le faltará para ello el requisito esencial, es decir, el haberle antes emocionado á él mismo. El modelo copiado en el estudio, siempre adolece de artificio; el paisaje inventado, aunque lo haya sido teniendo á la vista los cuadros más hermosos, ha de ser forzosamente frío, convencional. Por esto resulta tan admirable la definición que del arte dió Zola, cuando dijo que es «la naturaleza vista al través de un temperamento.»



HAMBURGO. – EL TALLER-ESCUELA PARA PINTORES MARINISTAS DEL PROFESOR WILI LANGE
LOS ARTISTAS TRABAJANDO EN EL MAR. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Si analizamos las obras más bellas que el arte de todos los tiempos ha producido, observamos que las que más nos impresionan son aquellas en que el pintor ó el escultor más se han aproximado á la verdad. Y si en algunos períodos se ha impuesto el academismo, el predominio de la regla rígida, de los intangibles cánones, no ha tardado el buen sentido en arrollar las intransigencias y en proclamar de nuevo el imperio de la naturaleza.

Nos ha sugerido las anteriores reflexiones una escuela originalísima que funciona con gran éxito en Hamburgo. Trátase, como puede verse por las fotografías adjuntas, de un taller flotante instalado en un barco por el reputado profesor Wili Lange. Tiempo hace que afamados maestros paisistas dan sus clases al aire libre, ora en un bosque, ora en un prado, ya en lo alto de un monte, ya á la orilla de un río. El citado pintor hamburgués ha querido proporcionar iguales ventajas á los que se dedican á la pintura marinista, á fin de que estuvieran en más directo contacto con el mar y pudieran sentir más intensamente los temas que con el mar se relacionan.

La idea merece el mayor elogio y los resultados obtenidos no pueden ser más halagüeños. De esperar es que el ejemplo cunda, lo cual redundará necesariamente en beneficio del verdadero arte.—S.

HAMBURGO. – EL TALLER-ESCUELA DEL PROFESOR WILI-LANGE. – LOS ARTISTAS TRABAJANDO EN EL TALLER FLOTANTE. (De fotografía de C. Trampus.)

MARRUECOS.—EL PUERTO DE TANGER EN CONSTRUCCIÓN

SISIEMA ACTUAL DE DESEMBARQUE DE MERCANCÍAS EN TÁNGER

EL PRIMER TREN QUE HA FUNCIONADO EN MARRUECOS

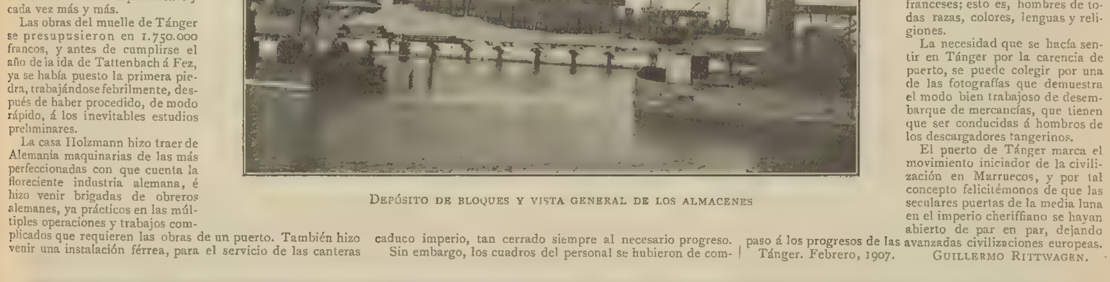
La construcción del puerto de Tánger por la empresa constructora alemana de Franckfort Philipp Holzmann y C.ª, puede considerarse como uno de los éxitos oficiosos de aquella célebre embajada que presidió el conde de Tattenbach, y que tan ruda lucha libró en Fez, por anular la influencia francesa, que de resultas del acuerdo anglo-francés, pretendía avasallar Marruecos.

Desplegando el gobierno marroquí una actividad poco corriente, otorgó á Tattenbach concesiones para Alemania, que en otras ocasiones hubiese sido imposible del todo pretenderlas siquiera.

La construcción de los puertos de Tánger y Larache, que ambicionaban varias casas francesas, fué concedida á los alemanes, cuya influencia aumenta rápidamente y cada vez más y más.

Las obras del muelle de Tánger se presupusieron en 1.750.000 francos, y antes de cumplirse el año de la ida de Tattenbach á Fez, ya se había puesto la primera piedra, trabajándose febrilmente, después de haber procedido, de modo rápido, á los inevitables estudios preliminares.

La casa Holzmann hizo traer de Alemania maquinarias de las más perfeccionadas con que cuenta la floreciente industria alemana, é hizo venir brigadas de obreros alemanes, ya prácticos en las múltiples operaciones y trabajos complicados que requieren las obras de un puerto. También hizo venir una instalación férrea, para el servicio de las canteras de piedra, y la locomotora y tren de piedras que arrastra figurará en la historia de la civilización en Marruecos, bien precaria á la verdad hasta hoy, como la primera que circuló en este caduco imperio, tan cerrado siempre al necesario progreso.



DEPÓSITO DE BLOQUES Y VISTA GENERAL DE LOS ALMACENES

Sin embargo, los cuadros del personal se hubieron de completar con brigadas de obreros españoles y moros también. Y en honor de nuestros modestos compatriotas, diremos que la casa Holzmann está tan contenta del trabajo que realizan, que quedarán permanentemente al servicio de dicha casa, que realiza toda clase de obras públicas en todas partes del mundo. Probablemente luego que terminen el puerto tangerino, que quizás será de aquí á un año, todos los ingenieros y obreros escogidos irán á trabajar en el gran ferrocarril de Bagdad, que también realiza la casa Holzmann.

En conjunto, son más de 300 los obreros internacionales que trabajan en el puerto de Tánger, pues á más de los alemanes, españoles y moros, hay también algunos italianos, judíos y muy pocos franceses; esto es, hombres de todas razas, colores, lenguas y religiones.

La necesidad que se hacía sentir en Tánger por la carencia de puerto, se puede colegir por una de las fotografías que demuestra el modo bien trabajoso de desembarque de mercancías, que tienen que ser conducidas á hombros de los descargadores tangerinos.

El puerto de Tánger marca el movimiento iniciador de la civilización en Marruecos, y por tal concepto felicitémonos de que las seculares puertas de la media luna en el imperio cheriffiano se hayan abierto de par en par, dejando paso á los progresos de las avanzadas civilizaciones europeas.

Tánger. Febrero, 1907.

GUILLERMO RITTWAGEN.

MUELLE ACTUALMENTE EN CONSTRUCCIÓN EN EL PUERTO DE TÁNGER
(Fotografías de Guillermo Rittwagen.)

PLANCHADORAS, cuadro de Ricardo Brugada. (Salón Miralles.)

EN EL COLUMPIO, cuadro de Carlos Schultheiss

PARÍS.—MONUMENTO Á GOLDONI

Italia ha celebrado el segundo centenario del nacimiento del gran poeta cómico Carlos Goldoni, que nació en Venecia en 25 de febrero de 1707. Pero no sólo su patria conmemora esa fecha; también en París se ha honrado al que, llamado por sus compatriotas, residió allí por espacio de treinta años, hasta

PARÍS.—Monumento erigido á la memoria de GOLDONI con motivo del segundo centenario de su natalicio. Obra de Eduardo Fortini. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

su muerte, acaecida en 1793, y fué en Versalles profesor de italiano de las hijas de Luis XV.

En recuerdo de tan larga permanencia, el duque de Lodi, presidente de la «Sociedad Dante Alighieri para la difusión de la lengua italiana,» tomó la generosa iniciativa de ofrecer á la ciudad de París un monumento, iniciativa á la que se asociaron las más ilustres personalidades de Francia y de Italia.

El monumento, que el adjunto grabado reproduce, es obra del notable escultor florentino Eduardo Fortini y ha sido erigido en el square de Notre-Dame de la capital de Francia.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 153, 157, 160 y 161)

El pan nuestro de cada día dánosle hoy..., cuadro de Nicolás Maes.—El pintor holandés Nicolás Maes fué discípulo de Rembrandt, y aunque dotado de estilo enteramente suyo y personal, sus obras revelan la influencia de aquel gran maestro por el colorido vigoroso y por la ejecución amplia de sus composiciones. Los cuadros de ese artista, que nació en Amsterdam en 1630 y murió en aquella misma ciudad en 1696, contienen generalmente muy pocas figuras y muchos de ellos una sola y son de una sencillez encantadora. El que reproducimos y que pertenece á la sociedad «Arti» de Amsterdam, la cual lo tiene en custodia en el Rijks-Museum, representa á una anciana ciega rezando el Padre nuestro antes de comenzar su frugal comida; todo en él es plácido, sereno, sobrio, constituyendo una escena de interior que puede presentarse como modelo de pintura de este género.

Inocencia.—Ataviándose para el baile. Cuadros de José M.ª Tamburini.—Hay artistas que buscan la prosa aun en las cosas más ideales; otros, en cambio, hasta en los temas más vulgares encuentran poesía. Tamburini es de estos últimos: un busto, una figura, un paisaje, una escena cualquiera por él tratados, pierden lo que hay en ellos de grosera materialidad para conservar tan sólo el espíritu poético que, en más ó menos grado, entrañan todas las manifestaciones de la naturaleza. Si los muchos lienzos que de ese autor llevamos publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no fuesen ya prueba irrebatible de nuestro aserto, seríanlo los dos que reproducimos en la página 157. Los temas en que están inspirados son muy diferentes: el uno expresa un estado de ánimo, el otro es una escena de la vida ordinaria; aquél un sentimiento tan puro tan inmaterial como la Inocencia; éste un suceso tan vulgar como los preparativos para un baile de máscaras. Pues á pesar de tales diferencias, se advierten en ambos por igual las cualidades que hemos señalado y que caracterizan, no sólo el fondo, sino también la forma de las composiciones de Tamburini, cuyo pincel sabe combinar las coloraciones más delicadas y los más suaves matices.

Planchadoras, cuadro de Ricardo Brugada.—Otro cuadro de costumbres sevillanas nos ofrece el laborioso é inteligente pintor Ricardo Brugada, quien se ha propuesto, seguramente, dar á conocer cuanto pueda retratar el modo de ser de aquella hermosa ciudad, en donde todo sonríe y cobra animación y vida. La prolongada residencia de nuestro amigo en la llamada reina del Guadalquivir, le ha servido para hacer gala de sus excelentes cualidades de observador y colorista, produciendo obras tan notables y dignas de alabanza, como la titulada «Despedida,» que tan justamente llamó la atención en una de las últimas Exposiciones Nacionales de Bellas Artes.

En el columpio, cuadro de Carlos Schultheiss.—La mejor crítica que puede hacerse de algunos cuadros es juzgar de ellos por la impresión que nos producen desde luego, sin necesidad de desentrañar sus cualidades técnicas. Tal sucede con el lienzo de Schultheiss, hacia el cual nos sentimos atraídos aun antes de saber por qué nos atrae; es más, después de la grata emoción que mirándolo sentimos, no nos interesa averiguar de qué medios se ha valido el pintor para despertarla; nos basta verlo y exclamar «¡Qué bello, qué encantador!» Y también le basta á un artista ver formulada en esa forma la opinión del público en presencia de su obra.

DIMITRI IVANOVITCH MENDELEJEW

El célebre químico ruso, á quien la *Royal Society* de Londres otorgó en 1882 el premio Davy y á quien se deben, entre otros importantes descubrimientos, la fijación del llamado «Sistema periódico de los elementos,» nació en Tobolks en 27 de enero de 1834, estudió en San Petersburgo y en 1860 en Heidelberg; fué profesor en los gimnasios de Simferopol y de Odessa, *privatdozent*, en 1856, y profesor, en 1866, de Química de la Universidad de San Petersburgo. Hizo un viaje al Cáucaso y á Pennsylvania para estudiar la industria de la nafta, y en 1890 se le confió la dirección del Instituto Echin de la capital del imperio ruso.

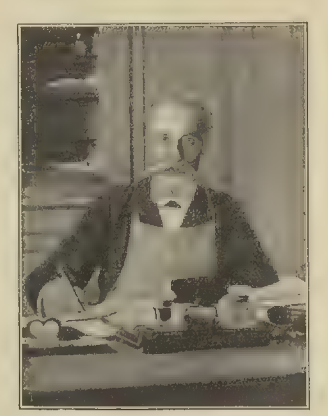
Para que se comprenda la importancia del citado sistema de los elementos por él establecido, bastará decir que gracias al mismo pudo determinar en 1869 hipotéticamente una porción de elementos, desconocidos en aquel entonces y que, descubiertos más adelante, reunían todas las propiedades por él previstas. Tal sucedió, por ejemplo, con el galio, el escandio y el germanio, que se descubrieron en 1875, 1879 y 1886.

El profesor Mendelejew era miembro de honor de las principales academias científicas y su nombre figurará entre los de los sabios más ilustres.

ENRIQUE MOISSÁN

Ha fallecido en París ese sabio ilustre cuyos descubrimientos figuran entre las más notables conquistas de la ciencia de nuestros tiempos, y de quien nos ocupamos en el número 1.302 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de haberle sido otorgado uno de los premios Nobel. Contaba cincuenta y cuatro años de edad y hacía muchos que era célebre; gracias á sus descubrimientos del fluor y de la síntesis del diamante, y sobre todo á la invención de un horno eléctrico, uno de los inventos de más importantes consecuencias prácticas.

Los trabajos de Moissán han abierto nuevos horizontes á la química y nuevo y ancho campo á la actividad humana. Sus conclusiones, resultado de sus constantes y profundos estudios,



ENRIQUE MOISSÁN, eminente químico francés que obtuvo uno de los premios Nobel de 1906. Fallecido en París en 20 de febrero último. (De fotografía.)

completaron y en muchos puntos rectificaron el concepto que se tenía formado de la materia, y sus experimentos fueron además trascendentalísimos desde el punto de vista industrial.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Parés.*—Han expuesto recientemente en ese Salón: el Sr. Badrinas una colección de cuadros ejecutados por un nuevo procedimiento que consiste en pintar directamente, sin pinceles, con colores preparados á la cera, y con el cual se obtienen efectos de color admirables; el Sr. Urgellés (D. Félix), bellísimos dibujos al carbón; D. José Berga, varios paisajes de Olot hondamente sentidos, y D. Francisco Sardá, algunos retratos y un paisaje, pintados con gran acierto.

El célebre químico ruso DIMITRI IVANOVITCH MENDELEJEW, recientemente fallecido en San Petersburgo (Fotografía de A. Drankow, comunicada por Carlos Trampus.)

Espectáculos.—BARCELONA.—En el Liceo se han efectuado los dos conciertos organizados por la Asociación Musical de Barcelona y dirigidos por Sigfrido Wagner. En ellos se han ejecutado los poemas de Liszt *Tasso y Orfeo;* las sinfonías de *Tannhäuser*, de *El buque fantasma* y de *Los maestros cantores de Nuremberg; Muerte de Isolda*, el *Siegfried Idyll* y la marcha fúnebre de *El crepúsculo de los dioses*, de Ricardo Wagner; y varios fragmentos de las óperas *Der Barenhäuter*, *Der Kobold* y *Herzog Wildfang*, de Sigfrido Wagner. Todas estas piezas fueron calurosamente aplaudidas y á Sigfrido Wagner se le tributaron entusiastas y cariñosas ovaciones.

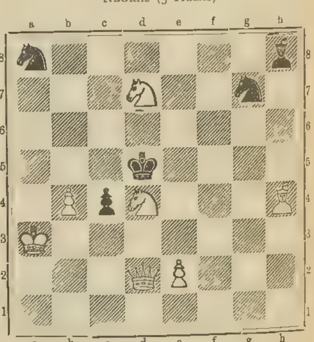
En el Principal ha dado el primero de los conciertos anunciados la Orquesta Filarmónica Barcelonesa, bajo la dirección del maestro Lasalle. Constituían el programa la *Sinfonía n.°* 13 de Haydn, la *Sinfonía n.°* 2 de Beethoven y la *Sinfonía n.°* 4 de Bruckner, que fueron admirablemente ejecutadas, valiendo á la orquesta y á su director una serie de ovaciones calurosas.

En Novedades vuelve á funcionar la excelente compañía dramática siciliana, alcanzando todas las noches nuevos triunfos los eminentes artistas Sra. Aguglia Ferraú y el Sr. Grasso, á quienes secundan admirablemente los demás actores.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 454, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 453, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. D h 1 – g 1	1. Cualquiera.
2. T, D ó A mate.	

NOTA.—Este problema y los siguientes, hasta el n[illegible] inclusive, son los primeros que compuso nuestro gran pr[illegible]lemista; en muchos de ellos se ofrecen ideas y primores de ejecución que hicieron presagiar que su autor más adelante había de brillar entre el escaso número de los compositores geniales de nuestro tiempo.

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR **ENRIQUE BORDEAUX**, *coronada por la Academia Francesa.*—ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

Dulcemente le llamó: «¡Marcelo! ¡Marcelo!,» y se ocultó el rostro entre las manos

Y ambos se excitaban con toda clase de buenas razones.

—No nos verán.

—Ya es de noche.

—Iremos como particulares.

—Sin la faja.

—El doctor salvó á mi chiquitín.

—Y á mis dos hijas. ¡Muchacha, trae el sombrero!

Y se levantaron bien decididos. Su resolución les enorgullecía. El viejo iba delante de prisa como si fuese un joven. Al llegar á la salida del pueblo se cruzaron en la calle Mayor con el maestro, que daba su paseíto fumando un cigarro. Maillard, al verles, se echó á reir.

—¿Van ustedes de paseo?

—No, dijo el alcalde azarándose. Acompaño á Randon.

—¡Pero si vive hacia la otra parte del pueblo!

El concejal dijo disculpándose:

—Voy hasta la tienda de Favre á por un encargo de mi mujer.

—Entonces vamos allá. Les acompañaré. Estaba dando un paseo antes de cenar, y me da lo mismo pasear por un sitio que por otro.

Ni el alcalde ni Randon se atrevieron á confesar su proyecto. Regresaron á Cognin con la cabeza baja, acompañados del maestro, que perorando les anunciaba la edad de oro de la fraternidad...

—Volveré á la caída de la tarde, dijo la señora Guibert á su hija mientras subía al carretón de Trelaz.

Se marchaba á Chambery para arreglar unos asuntos de familia, pues gracias á la ayuda de Esteban y Francisco, cuyos negocios marchaban bien, y á la de Marcelo durante la expedición del Sahara, habían conseguido conservar el Maupas.

Al ponerse el sol, Paula salió á la escalinata. Aguzó el oido tratando de oir el ruido del coche subiendo la cuesta. En la calma y silencio de la tarde no se oía nada. Como el frío era intenso, corrió á coger un abrigo y siguió esperando.

El campo cubierto de nieve tomaba á la caída de la tarde un color rosado; una especie de pudor virginal le cubría por completo. Las parras y los setos, cubiertos de un fino encaje de escarcha, resplandecían á los últimos rayos del sol. Los bosques sin hojas ya no guardaban secretos, y sus ramas desnudas se proyectaban en el aire.

Paula, unida á aquel rincón del mundo por todas las fibras de su sensibilidad, admiraba los encantos del invierno. El frío la hizo estremecer. Al retirarse de la puerta, un cuervo pasó graznando. Sus alas negras manchaban el pálido cielo.

—¡Ave de mal agüero!, murmuró la joven negligentemente, sin dar importancia alguna á su presagio.

¿Acaso no era propio de la estación? Durante el invierno vuelan por los campos desnudos, cerca de las granjas, buscando algo que comer.

Echó dos leños en la chimenea del salón, arregló el fuego y puso sobre las brasas un jarro con agua. Después fué á traer una copa, una cuchara, la azucarera y una botella de ron, colocándolo todo sobre una mesita cerca del fuego.

«Mamá—pensaba al hacer estos preparativos—tendrá frío cuando llegue. Hace una tarde despejada y muy fría, y se hielan en el carretón descubierto de Trelaz. Un buen fuego y un *grog* caliente le sentarán bien. ¡Pobre mamita!»

Sentóse cerca de la luz y trató de leer *Guerra y Paz*, de Tolstoy, que ya había empezado; pero esta novela, que tanto le interesaba, no consiguió retener su atención. Miró el reloj, que marcaba las seis.

Inquieta, cogió el abrigo que había dejado sobre un sillón y volvió á asomarse á la puerta.

Era ya de noche. Las estrellas temblaban en el firmamento como si tuviesen frío. Aunque no había salido la luna, el horizonte no estaba obscuro. Parecía que una vaga luz subía del suelo y que la tierra toda blanca de nieve iluminaba el espacio.

En el fondo del valle, Paula vió las luces de Chambery. Escudriñó con la vista el bosque de deshojadas encinas que debía atravesar el coche, buscando la luz invisible de sus faroles. Aguzando el oído prestaba atención á los menores ruidos que los ligeros soplos del viento llevaban hasta ella. El tic-tac de un molino la engañó por un instante. Un ruido estridente que rasgó el silencio la hizo estremecer como un grito de angustia. Después de haber tenido miedo, reconoció la sirena de una fábrica vecina. Durante largo tiempo estuvo apoyada en la balaustrada, atenta y nerviosa.

María, la antigua criada, que les había servido en la buena y mala fortuna, fué á buscarla y reñirla:

—¡Es una locura estar en la puerta con el tiempo que hace! ¿Quiere usted hacer el favor de retirarse? Tomando frío no hará que su madre venga más pronto.

Sin contestar, Paula obedeció. Pero marchó á la cocina á fin de estar más cerca de la puerta. Al oir que ésta se abría, corrió hacia ella y se encontró frente á un campesino de Vimines, que por ironía, dada su miseria, llamaban Barón de apodo.

—¡Ah!, exclamó desilusionada, mientras que aquel buen hombre entraba con toda confianza hacia la cocina.

—¡Buenas tardes la buena gente! Vengo á calentarme un rato.

Trabajaba de vez en cuando como jornalero en el Maupas. Era un vago, que había tenido algo que ver con la justicia, pero á quien el doctor Guibert tenía lástima. Iba al Maupas con frecuencia con el pretexto de pedir trabajo y en realidad á beber un vaso de vino.

—¡Hola, Barón! ¿No ha encontrado usted á mi madre por el camino?

—No, señorita. No he encontrado á nadie.

Sentado delante del hogar, dando vueltas al sombrero que tenía entre las manos, observaba de reojo á la joven y á la criada. Paula salió para ver si venía su madre. La luna plateaba la nieve, derramando una luz mágica y de ensueño. Y aquella dulce luz sólo iluminaba la soledad de los campos.

En la cocina, el campesino decía á la vieja María:

—¿De modo que no sabéis nada?

—¿Y qué hemos de saber?, preguntó la criada poniendo una olla al fuego.

—¡Pues... la noticia que corre por el pueblo!

—¿Qué noticia, viejo chismoso? ¿Cuándo acabarás de decir mentiras?

Desconfiado, creía que se ocultaban de él. Hasta que por fin se dió cuenta de que en el Maupas ignoraban lo que todo Cognin sabía. Al pasar por delante de la mansión hospitalaria, había tenido la curiosidad de ver el efecto de la desgracia. Pero no quería ser el primero en dar la noticia. «¡Ah! No, cada uno que cumpla con su cometido, ¿verdad?» De un trago vació su vaso de vino tinto, no quiso repetir y se levantó para marcharse.

—Y la noticia, Barón, ¿te la llevas á Vimines?

—¡Pues claro!, dijo guiñando sus maliciosos ojos.

—¿De modo que te marchas sin soltarla?

—¡Oh! Ya os lo dirán, y tal vez demasiado pronto.

—¡Siempre igual! ¡Aparentas saber mucho y después no sabes nada!

—¡Vivir para ver! ¡Vieja chocha!, exclamó el campesino desde el umbral de la puerta y con risa sarcástica.

Sin hacer ruido á causa de la nieve, pasó por detrás de Paula, que seguía asomada á la puerta.

—Buenas noches, señorita. ¡Mucho valor! ¡Nunca sabemos cuándo nos hemos de morir!

La joven se estremeció, más por la voz que de pronto oía á su espalda, que por aquellas raras palabras de sentido obscuro. Uniendo aquel vago temor á su inquietud, entró en la cocina.

—María, haznos una buena sopa, bien caliente. Hace un frío capaz de helar las piedras.

Reanimada ante el hogar, añadió:

—Ese Barón me había asustado.

La criada, rebosando indignación, exclamó:

—¡Un vago, incapaz de nada bueno! No me gusta verle por aquí. A su padre de usted, señorita, le rebosaba la bondad cuando pescó esa trucha en aguas no muy limpias. Es un pajarraco de mal agüero; hay que desconfiar de él. Me ha llegado á poner de mal humor. Si la sopa sabe á quemado él tiene la culpa. No sé qué historias se traía, pero ponía cara de viernes y nos miraba como á un ratón el gato.

La joven se marchó al salón para atizar el fuego de la chimenea. Al encontrarse sola no se sentía tan valiente como de costumbre. Su corazón le palpitaba con fuerza. Trataba de tranquilizarse sin conseguirlo

—El caballo de Trelaz va muy poco á poco. En casa del notario siempre se entretienen más de lo que se imaginan...

Ya no trató de escapar á la ansiedad que iba creciendo á medida que transcurría el tiempo. Se puso á rezar, pero no consiguió tranquilizarse. Estaba de rodillas rezando, cuando oyó abrir la puerta del salón.

—¿Ha venido mamá?, preguntó, poniéndose en pie, á la criada que se asomó á la puerta.

—No. Es que hay un hombre que quiere hablar con la señora.

—¿Quién es?

—Es el guarda rural y dice que viene de parte del alcalde.

—¿El guarda rural? ¿Qué querrá de nosotras?

Y al dar la orden para que pasase se estremeció, porque se presentaron en montón todos los malos presagios de aquella tarde. Se dominó en seguida y recibió al empleado del municipio aparentando una gran calma interior.

Faroux, el guarda rural, era uno de esos campesinos taciturnos é indiferentes que se entregan por completo á su trabajo y dejan pasar los dias siempre laboriosos y absortos. Sin embargo, al verse en presencia de Paula Guibert le fué imposible no darse cuenta de la importancia de su misión. A lo largo del camino no había pensado en ello. ¡Cuántos como él marchan sin reflexionar en las cosas más graves y más sagradas!

En pie delante de él, Paula le dijo:

—Mi madre no está en casa. ¿Será igual que me diga usted á mí lo que le trae por acá?

El guarda permanecía callado, azarado, y su silencio aumentaba la angustia de Paula. Al fin balbuceó:

—Señorita, yo vengo para..., vengo de parte del señor alcalde para decirles...

Paula leyó sobre aquella cara que iluminaba la lámpara tanta turbación y embarazo, que se entregó á los más negros presentimientos. Con voz rápida sacudió la pereza de aquel pobre hombre:

—Hable usted. ¿Qué pasa? ¿Ha sucedido alguna desgracia? Mi madre acaso..., ¿le ha pasado algo á mi madre?..

El guarda le interrumpió:

—No. A su madre no le ha pasado nada.

Y volvió á callarse.

—Entonces, ¿á qué ha venido usted? Si tiene usted algo que decirme, dígalo pronto. Hable.

Con gesto altivo hablaba con el tono de mando que sabía tomar, como Marcelo, cuando llegaba la ocasión. Su actitud acabó de desconcertar al guarda. Sin saber qué decir, sacó de su bolsillo el telegrama y con mano temblorosa lo tendió á la joven; después quiso retirarlo. Pero Paula ya había cogido el papel azul. Antes de abrirlo pensó en su hermano. Lo leyó de una ojeada, lanzó un grito de dolor, arrugó el telegrama entre sus manos y se cubrió su rostro de una palidez mortal. Pero haciendo un esfuerzo supremo quedó de pie y sin llorar. A aquel hombre que ella creía insensible no quiso darle el espectáculo de su debilidad. Sin embargo, tuvo que apoyarse en la mesa. Este gesto y su palidez fueron las únicas expresiones externas de su dolor.

Un silencio aterrador les envolvió. Por fin Paula dijo sin temblar:

—Está bien. Puede usted marcharse. Muchas gracias.

Al salir el guarda, se acordó de las leyes de hospitalidad campesina y añadió:

—Diga usted á María que le dé de beber.

Pero el guarda pasó corriendo por delante de la cocina y se marchó cual si hubiese cometido un asesinato...

—¡Ah! ¡Dios mío!, suspiró Paula cuando nadie pudo oirla.

Se arrastró hasta la chimenea, y agarrándose á ella con las dos manos, quiso seguir en pie, pero no pudo y se dejó caer temblando en un sillón. Se pasó una mano por sus ojos secos para escapar á la horrible visión. Veía delante de ella, allí mismo, á su hermano tendido sobre la alfombra del saloncito, la frente abierta y por la herida chorreando la sangre generosa, escapándose la vida. Veía aquel rostro grave, melancólico y altivo, *consciente de su destino*, aquella expresión que nunca abandonó después de la negativa de Alicia; ¡veía aquel rostro inmóvil y helado, de apagados ojos, hermoso y tranquilo en medio de la muerte!

Dulcemente le llamó: «¡Marcelo! ¡Marcelo!,» y se ocultó el rostro entre las manos. Las lágrimas se resistían al dolor. Su hermano adorado, del que tan orgullosa estaba, había muerto. ¡Muerto!, y repetía diez veces, veinte veces, esta palabra para agotar todo su horror. ¡Muerto, el héroe de Audriba, el vencedor de Rabat y del desierto! ¡A los treinta y dos años, aquella vida enérgica, audaz y pronta al sacrificio, había sido segada en plena floración! ¡Ay! ¡Cuán poco cariño tenía él á la vida! La despreciaba hacía tiempo. Para ello bastó el encuentro con una tímida muchacha. Y Paula, desesperada, evocaba en su memoria las imágenes en que descubría los signos de la fatalidad: aquella sonrisa sin esperanza que sorprendió en sus labios la primera tarde que le confesó su secreto; aquel gesto indiferente que había hecho al oir los lúgubres gritos de los mochuelos, después de su última entrevista con Alicia; aquel desapego dulce y extraño respecto al porvenir demostrado el día de la partida, sentados sobre el tronco de un árbol, allá abajo, en el lindero del bosque de Montcharvin. Desde años atrás, desde la tarde de la Chênaie, llevaba la muerte en el alma. Nunca jamás había pronunciado el nombre de Alicia; jamás la menor alusión había recordado su amor. Pero vivía sin creer en la vida... Y en aquel rostro querido, evocado con piedad ardiente, Paula descubrió una serenidad profunda, inalterable, definitiva. Entonces lanzó un grito agudo y se arrodilló llorando.

«Sí—pensaba—tú descansas en paz. Nuestro cariño no te bastó para alegrar tu vida. Y nosotras te queríamos mucho, Marcelo. No has sabido cuánto te he querido. Yo no sé expresarlo, pero mi corazón estaba lleno de cariño hacia ti. ¿Por qué no me habré muerto yo en vez de morir tú? ¡Yo que no soy útil á nadie!»

Otra inquietud contribuía á su dolor, inquietud que no quería confesarse en aquellos fúnebres momentos. Marcelo no estaba solo en Timmimoun...

Paula se puso en pie de un salto.

—¡Mamá! ¡Mamá que va á llegar!

El dolor le había hecho olvidar á la ausente. Y dando gracias á Dios que permitía fuese ella quien causase á su madre aquel supremo dolor, lloró, pero no por aquel que se había dormido para siempre, en una mañana de victoria sobre un suelo conquistado, sino por aquella que venía, tranquila, por la obscura carretera, marchando sin desconfianza hacia un abismo. ¿Aquel golpe no rompería aquella vieja vida abatida por tan duras pruebas? Paula buscaba inútilmente en su pensamiento algún consuelo. Sentía á su alrededor la tristeza de un cementerio. ¡Cuántas muertes y cuántas separaciones! Su hermana Teresa muerta á los doce años; su padre muerto en plena vida; su hermana Margarita encerrada en un convento; Esteban y Francisco en las colonias. Quedaba ella sola, y bien sola, para ayudar á su madre á llevar el peso abrumador de aquella cruz. ¡Ay! Ya que era preciso, sabría mostrarse fuerte y sostener con la fuerza de su juventud aquella pobre vejez tambaleante.

Secóse las lágrimas y se lavó la cara.

«¡Ahora nada! ¡Al llegar nada! repetía pensando en su madre.—Que tenga tiempo de calentarse y descansar. Esta noche le diré que está enfermo. La pobre no ha dormido en toda la noche pasada. ¡Que por lo menos duerma hoy! Mañana su corazón saltará en pedazos. De día el dolor es más soportable que en el horror de la noche, tan parecida á la tumba. Esta noche no le diré nada...»

Y de este modo alejaba de su madre la copa de amargura. Su hermano, desde las lejanas tierras en donde descansaba, con el alma en paz, le gritaba: «¡No le digas nada esta noche! ¡Ha sufrido tanto la pobre!»

Oyóse ruido de pasos. Se apresuró á ocultar el telegrama portador de la muerte. María, la criada, entró en el salón.

—¡La señora! Ya se oye el carretón en la avenida.

III

NIOBE

—Buenas tardes, mamaíta, dijo Paula con ternura casi infantil.

La señora Guibert entró, un poco encorvada, envuelta en un abrigo cuyo forro estaba bastante estropeado. La pantalla de la lámpara le impidió distinguir el pálido rostro de su hija al darle un beso. Se acercó al fuego.

—¡Ah! ¡Qué bien se está aquí dentro! ¡Cuánto cariño se toma á estas cuatro paredes en donde se ha vivido y... conocido la muerte! ¿Te acuerdas, Paula, de nuestra tristeza cuando creíamos tener que abandonar el Maupas?

A la llama del hogar calentaba sus arrugadas manos. Paula vino por detrás á quitarle el sombrero.

—No se quite aún el abrigo. ¿Habrá tenido usted frío?

La señora Guibert se volvió para mirar á su hija y sonrióle, y aquella sonrisa bajo unos cabellos blancos, en un rostro de mejillas aún frescas, de ojos puros y llenos de esperanza, era como una rosa de invierno que florece bajo la nieve.

—Pequeña, el verte me da más calor que este fuego que has encendido para mí.

La joven agachóse para coger el jarro del agua hirviendc.

—Ahora tomará usted un *grog* bien caliente.

Al ponerse de pie, su madre tuvo tiempo de ver iluminado por la luz su rostro pálido como la cera.

—¡Tú eres la que necesitas cuidarte! Estás pálida. Estás enferma y no me decías nada.

La anciana se levantó en seguida del sillón.

—¡Oh! No es cosa de cuidado, mamá. No se preocupe. Tal vez me he enfriado esperándole en la escalinata. Me meteré en la cama en seguida de cenar.

Y para calmar las aprensiones de su madre tuvo el valor de repetir riendo:

—No es nada, mamá; le aseguro que no es nada.

Después, pensando que la luz del comedor alumbraría demasiado su cara, dijo:

—¡Si comiésemos la sopa aquí, cerca del fuego! Estaríamos mejor.

—Pero la mesa estará ya puesta.

—Pronto lo cambiaremos de sitio. Ya verá usted.

—Bueno. Tú estás helada y yo en el carretón descubierto de Trelaz he sufrido un frío de los demonios.

Al salir su hija, después de echar unas cucharadas de ron en el vaso, añadió:

—Di á María que baje á Trelaz una ó dos botellas de vino, que bien se las ha ganado.

Según la antigua costumbre de Saboya, la familia del colono habitaba la planta baja de la casa.

Paula acababa de quitar la mesa del comedor cuando subió la criada, toda trastornada.

¡Señorita! ¡Pobre señorita! ¿Es verdad lo que me han dicho? El señorito Marcelo...

La joven la miró y dijo con voz ronca:

—¡Cállate! Ya se lo diremos mañana á mamá. Ahora no.

La vieja María dejó de llorar.

—Barón lo ha dicho á los de abajo. En el pueblo todo el mundo lo sabe. Es preciso ocultárselo á la señora. Será un golpe tremendo. Debemos prepararla.

Y admirando la energía de su señorita añadió:

—¡Qué valiente es usted! ¡Cómo se *le* parece!

Con sus manos algo temblorosas sirvió la cena y ocultó con los lentes sus ojos llorosos.

—María ya toma mi ejemplo. Se vuelve vieja, dijo la señora Guibert.

En vano trataba de animar la conversación.

—Tú no comes nada, Paula. Estás enferma. Vete á acostar. Te calentaré la cama y prepararé una taza de te. Ahora me toca á mí cuidarte.

—No, mamá. Le aseguro que me encuentro bien. María me pondrá una botella caliente en la cama. Usted acuéstese también. Buenas noches, mamita.

Besó cariñosamente á su madre y se metió en su alcoba. Había agotado sus fuerzas y su valor. Se desnudó con cuatro manotazos, deshizo de un tirón su peinado, apagó la vela, y acurrucándose bajo las mantas, se entregó á un dolor desesperado que hasta entonces había comprimido. Conoció á su vez, en las tinieblas, el abatimiento, la rebeldía y por último la piedad humana.

Lloró por su hermano, por su madre, por ella misma. De cara á la pared, anegada en su pena, oculta su cara en el pañuelo, se olvidó del tiempo que pasaba, y no advirtió que su madre se iba á acostar.

Su madre dormía en la alcoba contigua. Al ir a acostarse abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones, suavemente por no despertar á Paula, con el objeto de poder vigilar mejor su sueño. Después, y como todas las noches antes de desnudarse, se arrodilló en su reclinatorio para rezar sus oraciones. Como todas las noches, suplicaba la protección divina para sus queridos muertos y sus amados hijos desparramados por el mundo, y en especial suplicaba la protección divina para el porvenir incierto de Paula y el corazón adolorido de Marcelo. Algo de sordera y sus pensamientos la absorbían y aislaban.

Cuando estuvo en la cama, creyó oir un débil sus-

piro. Escuchó un momento, y no oyendo nada más, se tranquilizó.

«Paula duerme—pensó.—¡Qué pálida estaba esta noche! ¡Pobre hija! ¡Que Dios la bendiga y la haga dichosa!.. María también debe haber cogido frío. Tenía los ojos encarnados y las manos temblorosas. Le he dicho que tomara una taza de te con un poco de ron.»

De pronto se incorporó en la cama. Esta vez no se había engañado. Este sollozo comprimido venía de la cama de Paula. Y con el oído atento, por fin oyó los sollozos y lamentos de desesperación. Presa de una horrible angustia se levantó de la cama. Ya no le preocupaba la salud de su hija. Empezaba á explicarse la tristeza que durante toda la noche había notado en el Maupas. Una desgracia había penetrado en la casa antes de que ella llegase, una desgracia que todos, menos ella, sabían, y que debía ser muy grande cuando se la ocultaban con tanto cuidado. Adivinó la presencia obscura y odiada de su antigua conocida, de la muerte. ¿A quién había herido? ¿Qué nueva víctima había reclamado? Y mientras descalza marchaba á tientas en las tinieblas, pasaba revista á sus hijos ausentes, Margarita, Esteban, Francisco, Marcelo..., Marcelo... ¡Sí, era Marcelo!

Empujó la puerta entornada, llegó á la cama de Paula, é inclinándose hacia ella le dijo:

—¡Paula! ¿Qué tienes?

No se atrevía á preguntar nada más.

Su hija, sobresaltada en medio de su dolor, dejó escapar un grito de angustia y de piedad que reveló su secreto.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Mamá!

—¿Marcelo, verdad?, preguntó anhelante. ¿Has recibido malas noticias de Marcelo?

—¡Madre mía!

—¿Está enfermo, muy grave?

—Sí, madre mía, está enfermo.

Paula, medio incorporada, rodeó con sus brazos el cuello de su madre. Dulcemente, pero con firmeza, ésta la rechazó.

—¡Ha muerto!

—Esperemos á mañana, mamá. Mañana tendremos nuevas noticias. Tenga usted valor. No sé nada más.

—Tú has recibido alguna carta ó telegrama. Enséñamelos. Quiero verlos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No se atormente de este modo, suplicó Paula con un tono que equivalía á una confesión.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!, repetía la señora Guibert.

Sentada en el borde de la cama, completamente helada, sentía que de su corazón destrozado huía la esperanza y la vida. En vano se dirigía á Dios, su refugio supremo en los momentos de dolor. Con su rostro sin lágrimas, que causaba espanto, se lamentaba en voz alta:

—¡Ay! ¡Es demasiado! ¡Es demasiado! Yo no puedo más. No, no me resigno. Siempre me he sometido á tu voluntad, Dios mío. Con el alma hecha pedazos he bendecido tu nombre. Pero ahora no puedo más, no tengo fuerzas. Soy una pobre mujer muy vieja y muy débil, y he sufrido más de lo necesario para probarme, Dios mío. ¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo más! ¡Marcelo! ¡Marcelo mío!

—¡Mamá! ¡Mamá!, repetía Paula estrechándola entre sus brazos.

Ésta sentía los estremecimientos de frío que agitaban el cuerpo de su madre, inmóvil en la obscuridad como un árbol fulminado en plena noche. Se levantó, encendió un fósforo, cogió á su afligida madre que se lamentaba, perdida toda resistencia, y sosteniéndola con sus fuertes brazos, la llevó á su alcoba. Allí quiso acostarla, pero no pudo, porque recobrando su voluntad, se incorporó diciendo:

—¡Oh! ¡Quiero sufrir este dolor en pie!

Paula tuvo que vestirla de prisa antes de vestirse ella. Después la llevó al salón, en donde consiguió reanimar el fuego medio apagado. Encendió una hermosa llama y sobre las brasas colocó de nuevo un jarro con agua. Callada y desconsolada, iba y venía por el salón con un peinador blanco, pálida, con sus largos cabellos negros caídos en ondas espesas sobre sus espaldas, semejante á un ángel del dolor y de la compasión.

Había colocado á su madre junto al fuego, en un sillón, con una manta sobre las piernas. Esta, herida en las sagradas fuentes de su vida maternal, permanecía inerte, sin un movimiento, sin un gesto, sin una lágrima, en un estado de abatimiento más alarmante que la desesperación. No se lamentaba, no rezaba; miraba sin ver y permanecía callada. Agobiada por el destino, parecía indiferente. No sentía dentro de su pecho su corazón mutilado. Se dejaba llevar por la inmensidad de su desastre, como un ahogado se abandona al mar sin fondo.

Había colocado á su madre junto al fuego, en un sillón

Paula esperaba, con paciencia, que las lágrimas acumuladas rompiesen por fin aquel horrible silencio, como un torrente represado rompe por fin el dique que se opone á su marcha. Pero la inmovilidad y silencio de su madre se prolongaban. Se acercó á ella, tratando en vano de hacerle beber. Se arrodilló á sus pies, le cogió sus manos y empezó á llamarla.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Hábleme! ¡Hábleme de Marcelo! ¡Hábleme, por favor, hábleme!

Pero no recibió respuesta alguna. Entonces tuvo miedo. Sintió una soledad de muerte. Desesperada, prorrumpió en sollozos:

—¡Mamá! ¡Míreme! ¡Mire á su hija, á su Paula, á su Paulita!

Su madre pareció salir de un letargo. Vió aquel rostro doloroso y puro que se dirigía á ella con angustia. Un gran estremecimiento la sacudió de pies á cabeza. Y vencida por el dolor, tendió los brazos á su hija, y abrazada con ella, empezó á llorar; y en su debilidad imploraba socorro.

Durante largo tiempo las dos mujeres permanecieron de aquel modo, mezclando sus lágrimas y sus penas, y conociendo la triste dulzura de amarse en medio del sufrimiento.

Cuando la madre pudo hablar fué para dar gracias al Señor.

—Paula, mi querida Paula, ¿qué es lo que he dicho antes? Dios es bueno. Podía castigarme aún más. En medio de mis desgracias, Dios me concede un ángel para mi consuelo. ¡Y yo me rebelaba! ¡Oh, Dios mío! ¡Tu voluntad me hiere cruelmente, pero bendigo tu nombre!

Recobrando algo de valor, quiso ver el telegrama. Los sollozos interrumpieron muchas veces su lectura, y llorando lo comentaba con Paula.

—Ha muerto como un héroe... Ahora vive la verdadera vida; está junto á Dios.

—Sí, dijo la joven, ha muerto como un vencedor. Ha sido herido en la frente.

Se callaron. Veían la hermosa frente de Marcelo, aquella frente altiva encerrando tan elevados pensamientos, abierta y ensangrentada.

Al fijarse en Paula, la señora Guibert tuvo lástima de ella:

—Vete á descansar. Mañana tendrás necesidad de todas tus fuerzas para ayudar á tu anciana madre.

—¡Oh, no! ¡No quiero dejarle sola!

—Entonces, ¿quieres que recemos? Recemos por él.

Las dos mujeres se arrodillaron. Durante largo tiempo suplicaron para el muerto las bendiciones divinas. Paula, abatida, tuvo que sentarse; pero su madre, sostenida por una voluntad sobrehumana, siguió arrodillada, mientras que por sus mejillas corrían las lágrimas que no se cuidaba de secar.

—Dios mío, decía, aceptad la ofrenda de nuestro dolor y de nuestra desgracia. Al morir en la cruz, vuestra madre estaba á vuestro lado. Pero yo no he estado junto á mi hijo. Dadme fuerzas para soportar esta prueba. No por mí, Dios mío, sino por la misión que aún me queda que cumplir, por mis hijos, por la hija que aún me queda junto á mí. Es demasiado joven para tanto sufrimiento. Yo estoy hecha al dolor; pero sed clemente con ella, protegedla, Dios mío...

Al volverse hacia Paula, vió su cabeza echada hacia atrás descansando en el respaldo de un sillón bajo. La pobre, á pesar de sus deseos, se había dormido llorando. Sus párpados hinchados aún estaban llenos de lágrimas. La señora Guibert se levantó, sentóse junto á ella y cogiendo piadosamente aquella cabeza tan querida, la apoyó sobre su falda. Los hermosos cabellos negros rodeaban aquel rostro marchitado por las lágrimas y acentuaban su palidez. De aquel modo Paula descansó y su madre veló su sueño.

Ésta la contemplaba, contemplaba sus facciones frescas é inmóviles. Y al propio tiempo veía á su hijo tendido sobre la arena, allá lejos, la frente agujereada, más largo tendido y muerto, que de pie y altivo. Dulcemente le llamó y empezó á hablarle:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Ahora gozas de la paz infinita. Has sido un buen hijo y un hombre valiente. Sólo lo grande agitaba tu corazón. Tú nos ves, ¿verdad?, tú nos ves temblando y abatidas. Desde el cielo protégenos, protege á Paula. Yo voy marchando hacia la tumba, hacia ti, hacia tu padre. La tierra me atrae. Lo veo y oigo vuestros llamamientos. Pronto iré á reunirme con vosotros.

Y pensando en la muerte, lanzó este lamento desgarrador:

—¡Dios mío! ¿Quién cerrará mis ojos si me vais quitando todos mis hijos?

Con sus dos brazos estrechó amorosamente el cuerpo de Paula que descansaba en su regazo. Y alzando sus ojos anegados en lágrimas, inmóvil, siguió rezando como una Niobe de mármol, suplicando al destino que no le arrebatase su último hijo...

Las primeras luces del alba vinieron á iluminar aquel triste grupo. Empezó la luz del día, una de esas mañanas de invierno en que el frío de la luz hace temblar á la nieve. La anciana seguía rezando. De Dios sacaba su fuerza invencible. Predilecta del dolor, debía beber hasta las heces de la copa de amargura.

Cuando Paula despertó, vió á su madre pálida y helada que le sonreía débilmente.

(Se continuará.)

LOS BILLETES DEL BANCO DE INGLATERRA

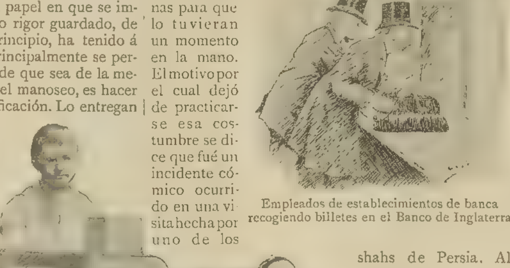
Gracias á la amabilidad de los directores del Banco de Inglaterra, pudo el autor de este artículo obtener el privilegio de inspeccionar los diversos departamentos por que pasan los billetes de dicho Banco, desde su aparición bajo la forma de un pliego de papel blanco recién salido de la fábrica, hasta que perece quemado en un horno ad hoc. El procedimiento que se emplea en la manufactura del papel en que se imprimen es un secreto, con mucho rigor guardado, de la razón social que, desde el principio, ha tenido á su cargo el fabricarlo. Lo que principalmente se persigue en su confección, además de que sea de la mejor calidad y de que resista bien el manoseo, es hacer materialmente imposible su falsificación. Lo entregan al Banco en pliegos de un tamaño justo para que, á la vez, puedan imprimirse, en cada uno de ellos, dos billetes, los que resultan con un lado liso é igual y los otros no, por la razón de que, después de impresos, los colocan bajo la guillotina, que los corta por la mitad.

Conducción de los billetes que se imprimen diariamente

Al recibirse los pliegos en el Banco se les confronta escrupulosamente y se entregan al encargado de la imprenta. Las diez máquinas que se necesitan para imprimir los billetes que diariamente hagan falta, tienen todas una á modo de esfera de reloj donde queda registrado cada pliego á medida que se imprime, y el número total de los registrados, al fin de la jornada, ha de ser igual al de los impresos. Además cada fajo de billetes se ha de revisar siempre que pase de un departamento á otro. Así, pues, se ve que es imposible que un billete se extravíe ó sea substraído.

A un extremo de la máquina de imprimir hay un muchacho que con visible indiferencia coloca bajo la prensa aquellos pedacitos de papel que á cada revolución de la máquina van adquiriendo un valor extraordinario. Sesenta mil billetes se imprimen allí cada día.

Los billetes se distribuyen en paquetes de á cincuenta, que se sujetan con una tira de papel verde, de modo que diez hacen un total de quinientos. Al terminar las horas de trabajo, un empleado tiene la obligación de llevarlos, en una carretilla, al tesoro del Banco. Está éste en una habitación grande, casi vacía, en cuyos muros hay empotradas arcas de hierro que les dan el aspecto de un panal de abejas, donde se guardan los billetes y barras de oro y plata propiedad del Banco. Era antes costumbre entregar á los que visitaban este departamento un paquete de billetes que importaban un millón de libras esterlinas para que lo tuvieran un momento en la mano. El motivo por el cual dejó de practicarse esa costumbre se dice que fué un incidente cómico ocurrido en una visita hecha por uno de los shahs de Persia. Al presentarle el paquete de billetes y decirle que podía tenerlos un rato en la mano, no comprendió bien el sentido de las palabras que le dirigían, y suponiendo que sería un regalo que le hacían como recuerdo de su visita, lo entregó á uno de sus acompañantes para que lo guardara. Hubo las explicaciones consiguientes y los billetes fueron devueltos. Posible es que todo ello sólo fuera una broma algo pesada del soberano, pues se cuenta que le sirvieron de diversión el asombro y perplejidad del empleado del Banco á quien entregó luego el paquete sonriéndose. Desde entonces se creyó prudente suprimir tal costumbre.



Empleados de establecimientos de banca recogiendo billetes en el Banco de Inglaterra

Impresión de los billetes

Los billetes del Banco de Inglaterra en circulación, es decir, que se hallan en manos del público, representan una suma de 30 millones de libras próximamente. El Banco puede emitir hasta 18.450.000 libras esterlinas con garantía de valores; pero al pasar de esa suma, por cada billete más que ponga en circulación ha de depositar su importe en oro acuñado ó en barras. Así, pues, sufre una pérdida verdadera de unos 12 millones de libras por los intereses que deja de cobrar y por los gastos de impresión de los billetes y los de vigilancia del oro.

Todos los billetes, exceptuando el número, en proporción pequeño, que el Banco de Inglaterra da directamente, llegan á manos del público por conducto de los otros Bancos. Todas las mañanas se ven, por las calles de Londres, dependientes de dichos establecimientos que se dirigen al de Inglaterra por parejas; uno lleva un maletín sujeto al cuerpo por una cadena, el otro le acompaña para auxiliarle en caso de que trataran de robarle. Van á buscar los billetes necesarios para las transacciones del día de sus respectivos Bancos y de las sucursales que tienen diseminadas, formando una red, por todo el Reino Unido. Muchos de los más importantes requieren cada día 50.000 libras en billetes.

Empleados de establecimientos de banca dirigiéndose al Banco de Inglaterra para recoger billetes

Empleados de establecimientos de banca entregando billetes en el Banco de Inglaterra

Al volver éstos al Banco de Inglaterra, se inutilizan, rasgando la firma del cajero principal. Los fragmentos de las firmas recortadas en un día con frecuencia llegan á pesar 20 libras; esto dará idea de la enorme cantidad y valor de los billetes que se inutilizan diariamente. Después de quitadas las firmas, los billetes se taladran en el registro para indicar que se han pagado y se van separando y reuniendo según la fecha de su emisión. Se envían después á las cuevas, donde se guardan durante cinco años, al cabo de los cuales se queman. Las cajas donde se conservan las van sucesivamente moviendo á lo largo de los estantes hasta que llegan al sitio más próximo á la antigua puerta, muy notable, revestida de planchas de hierro, que da acceso al patio donde está el horno. Todos los días, á las siete de la mañana, se enciende la costosa hoguera, y los billetes que se recibieron en el Banco cinco años antes, en aquella misma fecha quedan consumidos por las llamas; así se destruyen 420.000 semanalmente.

El importe de los billetes pagados en un quinquenio asciende á 91 millones de libras en números redondos. Ocupan 16.000 cajas que, colocadas unas á continuación de otras, ocuparían el espacio comprendido entre Hyde Park y la catedral de San Pablo. Si los billetes que contienen se pusieran unos sobre otros, formarían un montón de 11 kilómetros de altura, y puestos en fila, una faja de 18.955 kilómetros de largo. Su peso, añadiré, es de muy cerca de 93 toneladas. Sin embargo, tan perfecto es el sistema que en el Banco se observa, que si ocurriera alguna duda respecto á algún billete cambiado de los de aquella colosal colección, los empleados podrían solventarla sin dificultad y, si fuera necesario, presentar el mismo billete á los dos minutos.

Cremación de los billetes inutilizados

La vida de uno de cinco libras, esto es, el tiempo

que permanece en circulación, es por término medio de sesenta y tres días, y la de uno de 1.000 libras, que son los de más valor que se emiten, de unos diez y nueve. Los billetes de valor elevado pocas veces andan mucho tiempo fuera de las cajas de un Banco, porque el hombre experto en negocios sabe perfectamente que su dinero no le produce nada teniéndolo en su poder. El tiempo más largo que un billete ha estado en circulación han sido ciento once años.

Muchas veces han tratado de falsificar los billetes del Banco de Inglaterra, pero muy pocas han conseguido hacerlo con algún éxito. Para ello se necesita mucha habilidad, aptitudes artísticas de orden superior y cierto capital, y por muy bien que se haya llevado á cabo la imitación, no hay ejemplo de que la falsificación haya permanecido inadvertida sino por muy poco tiempo. La primera tentativa la hizo en 1758 un tejedor de lienzos de Stafford llamado Vaughan, que falsificó un billete de 20 libras, que eran los de menor valor que entonces existían. Se le probó el delito y fué públicamente ahorcado. De las tentativas más recientes citaré las hechas bajo la dirección de Schmiat, el más hábil falsificador de los tiempos modernos; pero á pesar de toda su perfección, se descubrieron antes de poder sacar de ellos fruto. Aunque los cajeros del Banco, por regla general, cambian todos los días por metálico billetes por valor de 27.000 libras, nunca hasta ahora han cambiado uno falso.

El Banco de Inglaterra está obligado á dar en moneda corriente en el reino el valor de todo billete que se presente al cambio, y aunque el cajero tuviera cualquier duda respecto á la buena fe del que lo presenta, ó estuviera advertido de que dicho billete había ido á parar á malas manos, tiene, sin embargo, el deber de cambiarlo. Pero inmediatamente avisa en tal caso á uno de los policías que constantemente están de servicio en los pequeños compartimientos cerrados con cristales que se ven á la entrada durante las horas en que el Banco está abierto al público. Otros dos policías están apostados á la parte exterior del establecimiento para el caso de que algún ladrón tratara de escabullirse.

Cueva en donde se guardan las cajas de los billetes inutilizados

Muchos son los usos raros á que suelen destinarse los billetes de Banco. No han sido pocos los casos en que en ellos se han extendido testamentos, y frecuentes son los de servir para cartas amorosas. Se dice que en la época de Nelson, cuando los marineros volvían á Inglaterra con los bolsillos repletos de dinero procedente de las presas hechas, se les veía, cuando estaban algo embriagados ó de buen humor, meter un billete entre dos pedazos de pan y comérselo como si fuera un sandwich.

Sería una lectura interesante la de las vicisitudes por que pasa un billete de banco, si fuera posible escribirlas, desde que sale del establecimiento situado en la calle de Threadneedle, hasta que vuelve á él; algunos están predestinados á no salir de la ciudad que les vió nacer; pero otros recorren el mundo entero, visitando las casas de juego y sirviendo para apuestas en las carreras de caballos; á veces acompañan en sus correrías á los ladrones de profesión.

Los directores del Banco conservan en su poder dos billetes dignos de mención que, con pesar mío, no me han permitido reproducir fotográficamente. Uno es de un millón de libras esterlinas, y es el único que ha existido nunca de semejante valor. El otro es de 1.000 libras, del año 1815, y es el mismo que entregó Lord Cochrane para pagar la multa que se le impuso por haber dado un informe falso sobre la batalla de Waterloo con intención de favorecerse.

Terminaremos este artículo con la siguiente chistosa anécdota. Suele ser costumbre entre los dependientes de Bancos, cuando van á otros á cobrar, el partir por la mitad los billetes que reciben cuando son de un valor mayor que el de 50 libras, metiendo una mitad en el maletín que llevan y otra en un bolsillo, para mayor seguridad contra los robos. Cuéntase, pues, que uno de ellos comenzó á hacerlo así en cierto Banco de Londres, y al verlo una señora anciana que á su lado estaba, le agarró del brazo y le suplicó encarecidamente que no continuase cometiendo semejante locura y preguntándole si sabía el valor de lo que destruía. Al contestarle el otro que acostumbraba siempre tratar á los billetes de aquel modo, se quedó la buena señora haciendo cruces, persuadida de que aquel hombre ó era loco ó un millonario caprichoso.

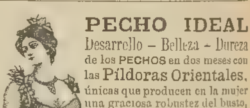
Un empleado del Banco.

Barcelona. – «La mare,» drama de Santiado Rusiñol, estrenado con gran éxito en el teatro Romea. Escena final del primer acto
(De fotografía de A. Merletti.)

Santiago Rusiñol, el pintor poeta que nos encanta con sus lienzos y con sus obras teatrales nos cautiva, ha logrado con su último drama *La mare*, estrenado hace poco en el teatro Romea de esta ciudad, un nuevo triunfo que añadir á los anteriormente conseguidos con *L'alegría que passa*, *El pati blau*, *El místich* y tantas otras producciones que son joyas del teatro catalán. El interés del argumento, la naturalidad con que se desenvuelve la acción, la verdad con que están trazados y la firmeza con que se sostienen los caracteres, la belleza del pensamiento capital que en el drama preside, el profundo conocimiento de la escena que la contextura del mismo demuestra y los atractivos de un lenguaje en que hábilmente se entremezclan las notas sentimentales con los toques del más sano humorismo, todo ha contribuído al éxito extraordinario de *La mare*, que muchos consideran como la mejor obra producida por su autor.

En la interpretación se distinguen de un modo particular la señora Clemente y los Sres. Vinyas, Barbossa y Soler, admirablemente secundados por la señora Parreño y la señorita Baró, y por los Sres. Piera, Santolaria, Virgili, Daroqui y Capdevila (C).

Las decoraciones de Vilumara son dignas de la justa fama de tan renombrado pintor escenógrafo. – S.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 11 de marzo de 1907 — Núm. 1.315

Desposorio místico de la Virgen con el bienaventurado Hermán, de la orden de los Premonstratenses

([illegible]adro de Van Dyck, [illegible] Galería Imperial de Viena. [illegible] [illegible]izada por la Compañía fotográfica de Berlín)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os habéis fijado alguna vez en cómo las necesidades se multiplican mediante la civilización? Robinsón Crusoé, en su isla, se valía para coser de una espina aguzada. En nuestro existir moderno, la mujer más humilde y pobre necesita urgentemente alfileres, horquillas y agujas. Y la fabricación y venta de estos artículos constituye un ramo importantísimo de la industria, y su adquisición es un renglón del presupuesto..., excepto para las criadas de servir, que se sirven del costurero y el tocador de sus amas.

***

Lo más económico, en materia de alfileres, es hacerlos de perlas ó de oro, porque así se tiene cuidado de no perderlos. Lo más económico en materia de horquillas es la horquilla de concha rubia legítima, que cuesta quince ó veinte francos: entonces se procura conservar siempre el juego completo, recogiéndolas cuidadosamente todas las noches. Algo semejante puede decirse de la vajilla y servicio de mesa de plata: salen baratos, á la larga, porque no se rompen. No hay utensilio más caro que una copa de cristal: al cabo de tres ó cuatro años de reponer cristalería, habríais hecho de plata la copa. Con las horquillas del pelo sucede igual: las haríais hasta de diamantes si pusieseis el valor de las que se os han perdido en vuestra vida. Un paquete de horquillas desaparece en ocho ó diez días; y venga otro, y otro, y otro, sin cuento. ¿Cuál es el paradero de las horquillas? ¿Van al polvero, ó al moño de las sirvientes? No se sabe. Desaparecen, se evaporan, se disipan. Otro tanto ocurre con los alfileres. Yo los compro por kilos —en Francia se venden así, al peso —y estoy sorprendida de lo que este artículo corre. Nadie se cuida de un alfiler; ¿qué importa, qué vale un alfiler?

Un alfiler se da gratis: entrad en las tiendas, pedidlo para reparar cualquier avería de *toilette*, y os lo regalan; os regalan media docena, diez; los necesarios.—Un alfiler no se devuelve. Un alfiler se tira. Un alfiler no tiene precio, porque es despreciable. Otro tanto debe afirmarse de las agujas. Apenas si existe, sobre estos objetos, noción del derecho de propiedad. Las modistas desdeñan de tal modo cuidar de las agujas, que se las dejan clavadas en la prenda que os envían del taller. Vais á poneros un corpiño, y os hincáis una aguja en el mismo grueso del hombro. Es que la modista no ha creído que merecía la pena de recoger la aguja. Las infelices lavanderas, mil veces, reciben en el mollar de la palma la aguja entera y verdadera, abandonada en la pieza de ropa blanca al coserla ó repasarla. Nada vale la aguja... y vale que le tengan que cortar una mano á una desventurada que del trabajo de sus manos vive.

***

Los crímenes de amor, como siempre: no decrecen ni se interrumpen. La primavera no ejerce sobre ellos ningún visible influjo: durante el invierno asaz frío que acabamos de soportar, la sangre ha hecho su oficio igual que si la espolease la subida de la savia. Siguen siendo hermanos, no sólo de padre y madre, sino gemelos, el amor y la muerte—según el dicho del poeta.—El hombre, y fuera más exacto decir «la bestia humana,» no conoce mejor ni más eficaz modo de rendir culto á la «diosa del placer» que esgrimir la navaja, apretar el gatillo del revólver, herir, destruir, brutalizar... ¡Mísera especie humana! ¡Como si no tuviese suficientes amarguras, dolores, enfermedades, decepciones y tribulaciones de toda índole!

Tales crímenes, en la juventud, y en este punto del globo, van estrechamente relacionados con la falta de educación y de cultura. El hombre de ciertas capas sociales, en Madrid, está siempre dispuesto á agredir, apenas encuentra obstáculos á su voluntad sin mesura. No hay entre tales gentes discusiones, sino disputas; no hay requerimientos, sino acosones; no hay observaciones, sino reproches é injurias. Esta disposición puntillosa, colérica y acometiva, aplicadla á cuestiones de tan peliaguda psicología como las amorosas, y comprenderéis que tienen desenlace los conflictos en la navaja, la pistola, el palo y los dedos alrededor del pescuezo. La dulce poesía del sufrimiento resignado y silencioso; la delicadeza del alejamiento cuando lo impone la altivez de un sentir profundo; la magnanimidad del perdón que desdeña la venganza; todo lo fino y lo hondo de la pasión herida en almas bien templadas y nobles..., no pueden conocerlo estas gentes incultas y agudas á la vez, empapadas de vino y lascivia, parroquianas de los teatros *sicalípticos*, dicharacheras, mofadoras, juerguistas por temperamento, que llevan la chulería en las venas y la soberbia zafia en el habla y en la acción. Salid á pie y recorred, sin objeto, las calles céntricas: observad, y los candidatos al crimen pasional se os presentarán ante la vista, envueltos en la capita que mañana mismo llevarán á la casa de empeños, no para atender al enfermo de la familia, no para pagar deudas apremiantes, sino para el copeo y para convidar á sus daifas al café y á Price... Notad como, en esa esquina, dialogan uno de capita y gorra ladeada, y una de pobre mantón y complicado moño... El diálogo se anima: él alza la mano y descarga bofetón redondo... Ella titubea, llora, luego ríe..., ni siquiera pide auxilio: el bofetón está en el programa. Y ese bofetón es el preludio de lo que vendrá más tarde, en una hora de exasperación brutal de celos ó de soberbia: es el anticipo del navajazo feroz, del estrujón de nuez que rompe el cartílago, del puntapié que desgarra las entrañas, del palo que abre el cráneo, del proyectil que se incrusta en la masa encefálica... ¡Va tan poco del primer maltrato al crimen! La bofetada anuncia la muerte; y las emplazadas, sin embargo, media hora después de haber recibido en la mejilla el golpe y el insulto, se cuelgan del brazo del ofensor y se van con él á celebrar los chistes de una obreja teatral, donde quizás ven reproducida, en broma, la escena en que acaban de ser protagonistas...

***

El chiste es la otra faz de la vida toscamente disipadora de una parte de la población madrileña. El chiste ha llegado á ser una plaga, una enfermedad social. Y entendámonos, para que no se me atribuya el propósito de «matar la alegría.» El chiste, al menos el que por aquí se gasta generalmente, se parece á la gracia y á la discreción como puede parecerse á la sonrisa la mueca. Muecas, contorsiones y visajes del espíritu atontado son los chistes que oímos dondequiera. Son fúnebres como sepultureros beodos. A la verdad, nada escasea tanto como las personas oportunas, y cuando trescientas mil personas se echan diariamente á la calle resueltas á decir sus correspondientes chistes, lo que sobreviene es un chaparrón, infalible, de necedades, frialdades y despropósitos.

En el afán del chiste, los desabridos y sosainas echan mano de lo primero que encuentran. Pasa una persona hablando con otra, y el gracioso por obligación recoge la última palabra que les oye cruzar, y la repite en voz alta, irónicamente; sencillo sistema, de infalible efecto. Decía, por ejemplo, el transeunte:

—Sí, ya va mejorando, desde que toma el jarabe...

Y el gracioso, exaltado, chilla:

—¡Jarabe, jarabe, olé! ¡Que les dén jarabe, que les dén jarabe á esos!

Dos ó tres inteligentes espectadores corean con carcajadas el divertidísimo y discretísimo comentario, y el chistoso queda encantado de sí propio y bendiciendo la hora en que nació.

Pasan momentos después dos señoras, en vivo diálogo de trapos. Una de ellas murmura:

—No, lo que debe llevar al borde de la falda...

Y salta el gracioso, cazando al vuelo el tema y apretando la inteligencia:

—¡La falda! ¡La falda! ¡Olé las faldas, olé, jamona! ¿Qiusté al borde de la falda yevarme á mí cosío? (Aquí, un ronquido picaresco.)

De este género, corte y casta son los chistes que nos infestan, caro lector... ¿No es cierto que dan ganas de convertirse en una de esas ninfas mitológicas que se deshicieron de tanto llorar, hasta que quedaron convertidas en arroyos ó en ríos?

***

¿Pues y los colmos y las semblanzas?

Si Dios no lo remedia, el meollo de todo Madrid será en breve una espuerta de serrín mojado, que pesa más que el seco...

No se puede entrar en una casa, en un círculo, en un teatro, sin que os salte á la garganta la semblanza ó el colmito.

¿En qué se parece un pescado á un bastidor de bordar? ¿Y un freno de un caballo á un real decreto? ¿Y una choubersky á las piernas de las bailarinas del Real? ¿Y un higo chumbo á las monjas Salesas? ¿Y los cheques del Banco á la domadora de leones? ¿Y María Guerrero á la chimenea de una fábrica? ¿Y los obispos á los veterinarios? ¿Y una muñeca articulada al último eclipse? ¿Y dos cacahuetes á la *Walkiria* de Wagner? ¿Y Su Santidad Pío X al restaurant de Novelty?

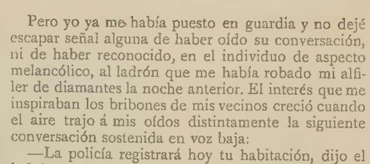
¿Cuál es el colmo de la buena educación? ¿Y el del aburrimiento? ¿Y el del cariño? ¿Y el de la riqueza? ¿Y el de la civilización? ¿Y el de la sicalipsis? ¿Y el de la habilidad? ¿Y el de la cortesía? ¿Y el de... etcétera, etcétera?..

***

Pasa con esto de los colmos y semblanzas lo que con los donaires: para uno regular, hay doscientos mil en que brilla la más inefable estupidez. Una población en que abundan los desocupados, los inútiles, los ociosos temperamentales; en que la moda impone el chiste; en que no es persona regular el que no *chistea;* en que el ingenio se mide con la vara del colmo, la semblanza y el retruécano, va á convertirse en uno de esos bosques de Occeanía poblados de mosquitos, más ó menos infecciosos, que unos envenenan y otros pican solamente, pero todos hostigan, marean y molestan al mísero y descuidado viajero. Antaño hubo en Madrid graciosos profesionales: Correa fué uno de ellos. Hogaño es chistoso hasta el golfillo que os pide limosna haciendo agudezas punibles y tratando de arrancaros, envuelta en la risa, la moneda. La menegilda, al presentar el cesto de la compra, suelta un chiste; el carbonero, al arriar el negro saco, alardea de festivo humor; el acomodador del teatro no omite la jocosidad; el hortera os vende cinta y galón y os regala donaire; el simón tiene «sus caídas;» el guardia de orden público filosofa humorísticamente; el joven náufrago «del vapor Lila» se pone á sí mismo en agradable solfa... Es una delicia ver cómo se ha desestancado y repartido por igual entre todas las clases y esferas el tesoro de la sal, antes patrimonio de unos pocos. Y entre tanta risa como nos cae del cielo..., nos sentimos devotos de Heráclito, encargamos pañuelos de un metro en cuadro y pedimos á la botica acíbar, porque la ictericia será en breve más epidémica que la gripe...

EMILIA PARDO BAZÁN.

UN ROBO SINGULAR



—Hotel du Prince, rue St. Honoré, grité al cochero, mientras daba la mano á la que hacía poco era mi esposa, para que subiera á un simón, en la parte exterior de la gran estación Términus de París; en el acto partimos á todo escape.

Son, indudablemente, los cocheros de París gente de mucho empuje.

El nuestro arreaba su caballo de modo que más parecía llevar un cañón al campo de batalla, que á un pacífico anglo-sajón y á su esposa á un hotel donde pensaban pasar la luna de miel, en la ciudad alegre por excelencia.

Doblamos velozmente las esquinas de varias calles cuajadas de gente, imprimiéndonos violentas sacudidas, y desembocamos, á todo correr, en la Place Vendome, donde, antes de que pudiéramos darnos cuenta de la inminencia del peligro que nos amenazaba, chocamos con otro vehículo, que venía en dirección contraria.

A pesar de todos los esfuerzos de nuestro cochero, los dos ladrones continuaban acercándose

Fué tan violenta la conmoción, que mi maleta de mano saltó al medio del arroyo. Mi mujer gritaba, los cocheros maldecían y en un momento se congregó alrededor nuestro una turbamulta. Los enfurecidos automedontes saltaron de sus asientos, y bajo un terrible bombardeo de injurias, se lanzaron uno sobre el otro, estremeciéndose y gesticulando de cólera. Los espectadores, excitados, se echaban hacia adelante, deseosos de presenciar el combate que se avecinaba, cuando, con gran disgusto y desencanto de mi parte, los querellantes se limitaron á volverse las espaldas y se pusieron á examinar tranquilamente los desperfectos que sus respectivos vehículos habían sufrido, en medio de las burlas y risas de los mirones.

Durante toda aquella escena de confusión y algarabía, no hubo más que un solo individuo que no perdiera su aplomo. No fuí yo ese individuo. ¡Muy lejos estaba de ello! Fué un caballero de buen aspecto que estaba entre los espectadores y que en un momento, sin duda, de distracción, echó á andar con mucha calma llevándose mi maletín. Sin embargo, no me fué difícil alcanzar al tal sujeto y recobrar mi maleta.

Continuamos nuestro viaje y llegamos por fin á la calle de St. Honoré.

—¡Qué es esto!, exclamó mi mujer. ¿Donde está tu alfiler de corbata?

Llevé á ella la mano, buscándolo. Había desaparecido.

Era un regalo de boda hecho por mi mujer. ¡Un alfiler de oro con dos hermosos diamantes! Debieron habérmelo robado hacía un momento, cuando iba por entre el grupo de gente en persecución de mi maletín en la plaza de Vendome.

Recordé entonces lo prolijamente que se había disculpado aquel señor, alto y delgado, cuando yo le dije que por error sin duda había cogido mi saco de viaje, y pensé que al devolvérmelo debió llevarse en cambio mi alfiler de diamantes. ¡Qué cosa tan cargante era que al comienzo mismo de nuestro viaje de boda nos hubieran zarandeado y robado de aquella manera!

El día siguiente amaneció claro y hermoso, y á las diez de la mañana ya estábamos instalados en el imperial de un tranvía que nos llevaría á Versailles. En aquella altura sólo iban otros dos pasajeros, burgueses bien acomodados, al parecer. Uno de bastante corpulencia, el otro delgado y de aspecto algo melancólico.

En cuanto echamos á andar, principió á charlar mi mujer, mientras yo le indicaba el camino que seguíamos en el mapa de la Guía, que extendí sobre nuestras rodillas. Los franceses estaban sentados cerca de mí, y también entablaron conversación entre ellos.

Al principio hablaban muy bajo, así es que no comprendía bien el sentido de sus palabras. Poco después, sin embargo, cuando acabábamos de pasar por el Trocadero, oí perfectamente que el hombre grueso decía:

—De todos modos, los diamantes bien valen la pena.

—Habla bajo, le dijo su compañero, al mismo tiempo que se volvía y clavaba en mi rostro una mirada escrutadora.

Me estrecharon la mano, me abrazaron...

Pero yo ya me había puesto en guardia y no dejé escapar señal alguna de haber oído su conversación, ni de haber reconocido, en el individuo de aspecto melancólico, al ladrón que me había robado mi alfiler de diamantes la noche anterior. El interés que me inspiraban los bribones de mis vecinos creció cuando el aire trajo á mis oídos distintamente la siguiente conversación sostenida en voz baja:

—La policía registrará hoy tu habitación, dijo el ladrón gordo.

—No hallarán nada, contestó su compañero.

—¿Qué hiciste anoche con ellos?

—Los eché al buzón de correos.

—¿Cómo?

—Escondidos en un número del *Figaro*.

—¿Dirigido á quién?

—A Mr. Luis Duprée, de Lyón, C. O Restaurant du Palais, Sevres.

—¿Y bien?

—Pronto almorzaremos allá y tú le pedirás al mozo las cartas que hubiera allí para ti.

—Perfectamente, exclamó el hombre grueso limpiándose con el pañuelo el sudor de la frente, y mirando con ansiedad hacia Sevres.

Después guardaron silencio y yo me quedé pensando en las noticias que gratuita é inconscientemente me habían comunicado. Era evidente que mis diamantes aguardaban á que los reclamaran en el Restaurant du Palais, en Sevres; evidente era también que si yo me adelantaba á los ladrones podría tener la suerte de recobrar mi perdido regalo de boda. Pero la empresa requería obrar con cautela y prontitud, y más que nada, era de suma importancia que no llegaran á desconfiar ellos de mí.

Así fué que, para convencerles de lo ignorante que estaba de sus propósitos, me volví hacia mi vecino el francés grueso, y de la manera más natural le pregunté si hablaba inglés. Pero él se limitó á sonreirse, encogerse de hombros, quitarse el sombrero y decir que no, con la cabeza. Después, pidiéndole amablemente el periódico que tenía en la mano, escribí en él la palabra Sevres y mostrándosela le indiqué, por medio de gestos, que me señalara hacia qué parte quedaba.

—Hacia allí, caballero, me dijo, indicándome con el dedo un pueblo que teníamos á alguna distancia á nuestro frente.

Le di las gracias en inglés por su amabilidad, y comencé á hacer mis preparativos para apearnos. En cuanto llegamos á Sevres, los ladrones, que nada sospechaban, se bajaron, como yo había supuesto, y tras ellos mi mujer y yo, que nos quedamos un minuto ó dos plantados en la acera, con aquel aire de no saber qué camino tomar, peculiar de todos los turistas.

Desde aquella atalaya, atentamente seguí con la vista á los dos bribones que se encaminaban al restaurant. Luego, explicándole apresuradamente á mi mujer lo que pasaba, la dije que se aproximara á los dos tunantes y les pidiese que la indicaran la dirección de Ballincourt, pueblo inmediato á Sevres, mientras yo iba al restaurant du Palais á reclamar mis diamantes, antes que ellos pudieran hacerlo.

La estratagema salió á pedir de boca.

Mi mujer se dirigió denodadamente á los ladrones en el momento en que entraban en el restaurant y elegían mesa. Acercóse con la mayor naturalidad, y extendiendo el mapa sobre la mesa, escribió despacio la palabra Ballincourt. A los franceses parece que les hizo gracia la *sans façon* de mi mujer, y dejando sus asientos, con mucha complacencia la acompañaron hasta el medio de la calle y le indicaron el camino de Ballincourt. En cuan-

to volvieron la espalda, me dirigí directamente al mostrador que había en el restaurant y pregunté si no me habían mandado allí un número del *Fígaro* dirigido á nombre de Mr. Luis Dupreé, de Lyón. La señora que allí estaba lo cogió de una taquilla; con mano temblorosa lo recibí y apresuradamente me reuní con mi mujer.

—Vamos, de prisa, le dije al mismo tiempo que, con mucha amabilidad, me quitaba el sombrero para saludar á los ladrones.

Con rapidez echamos á andar, tomando la dirección de Ballincourt. A la entrada del puente de Sevres había afortunadamente un carruaje de alquiler. Saltamos dentro de él y ordenamos al cochero que nos llevase á París lo más aprisa posible.

Durante un corto rato seguimos nuestro camino sin que nadie nos persiguiera; pero en el momento en que penetrábamos en la avenida de Versalles, oímos á gran distancia, á nuestra espalda, un coche que gradualmente iba dejando atrás á cuantos venían por el camino. A cada minuto nos iba ganando terreno. Con gran ansiedad pedí al cochero que arreara. Le dije que tenía una cita que me interesaba mucho y le prometí una propina de cinco francos con tal de que llegáramos á la Plaza de la Concordia á las doce en punto Corríamos desesperadamente; pero á pesar de todos los esfuerzos de nuestro cochero, los dos ladrones continuaban acercándose. Por fin cruzamos por el Trocadero y entramos en el Cours la Reine; pero nuestros perseguidores estaban ya tan cerca, que gritaron al cochero que se detuviese.

—Para, decían á grandes voces; esos ladrones de ingleses nos han robado lo nuestro.

El cochero, al oir esa acusación, se volvió hacia nosotros y nos miró con curiosidad un momento; pero yo fingí tomar á broma el incidente, y despnés de recordarle mi cita y mi propina, le dí á entender que los señores del otro carruaje venían de almorzar fuerte. Durante unos cuantos minutos seguimos corriendo á quien más, y luego, por último, al entrar de pronto en la plaza de la Concordia, nos alcanzaron y se apearon con nos otros. Su presencia, ya allí, no me alarmaba, pues sabía que no tenía que temer ninguna violencia de su parte, siendo aquel un lugar muy frecuentado, por donde discurrían multitud de personas decentes en todas direcciones.

Con gran sorpresa mía, sin embargo, los dos ladrones parecían estar muy satisfechos del giro que habían tomado las cosas, porque, en cuanto bajaron del coche, se acercaron al nuestro con un aplomo lleno de dignidad. Con gestos y signos muy animados trataron de hacerme entender que yo había sufrido una equivocación.

—¡El diario, el *Fígaro!*, gritaban.

Y las personas que pasaban principiaron á detenerse y á mirarnos. Los ladrones continuaron su pantomima algún tiempo, hasta que la vista de su desvergüenza comenzó á hacerme salir de mis casillas, y envalentonado por la presencia de la gente, por fin saqué el tan buscado *Fígaro* y en voz baja le dije al más delgado en muy buen francés:

—Caballero, ¿no recuerda usted haberme robado anoche, en la plaza de Vendome, un alfiler de brillantes? Pues bien: esta mañana, cuando íbamos en el imperial del tranvía, le oí á usted que decía á su compinche que para dar el quiebro á la policía había usted quitado los brillantes y los había echado al correo dirigidos á M. Luis Dupreé, de Lyón, restaurant du Palais, Sevres. Yo soy un ciudadano cualquiera y además tengo la desventaja de ser extranjero. Así, pues, comprendan ustedes, señores, que me proporciona una inmensa satisfacción el haber podido dar chasco á un par de bribones tan consumados como ustedes. Los diamantes que hay en este paquete son míos, y si ustedes insisten en su comedia, haré que los agentes de la autoridad los detengan.

—Caballero, replicó melosamente el ladrón melancólico, usted sufre realmente una equivocación muy rara.

Y luego, como si se le acabara la paciencia para oir mis desatinos, añadió con tono firme y resuelto:

—Antes de llamar á aquel gendarme y hacer que le prenda á usted por haberme robado lo que es mío, quiero hacer extensiva á usted y á su linda esposa la consideración que se debe á los extranjeros. Si usted quiere tener la amabilidad de venir con nosotros unos cuantos pasos, nos alejaremos un poco de este grupo de gente y yo le probaré, á su completa satisfacción, que el contenido de ese paquete por ningún concepto le pertenece.

No había manera de negarse á una proposición tan razonable. Así fué que anduvimos un trecho por entre los árboles, llevando yo en la mano bien sujeto el *Fígaro* y guardando una prudente distancia de aquellos bribones.

—¡Ah, caballero!, dijo el hombre corpulento cuando hubimos llegado á un sitio á propósito. Ha tenido usted una equivocación muy singular. Mi amigo, M. Gerard, no es la persona poco decente á quien dice usted que se parece. Es uno de los más ricos y respetados joyeros de París. Anoche tomó la prudente determinación, que no deja de ser puesta en práctica con frecuencia, de entregar al cuidado del correo nacional un paquete valioso de diamantes para que yo escogiera algunos en Sevres, en vez de confiarlos á la dudosa buena fe de un dependiente. ¡Ah, querido señor!, en su estado de ofuscación ha hecho usted una deducción falsa y ha cogido lo que es de él creyendo que era de usted.

La abuela, escultura de Guillermo Charlier

Por supuesto, yo sabía que todo aquello no era más que tratar de echarme tierra á los ojos, y casi me temía que los ladrones intentaran arrebatarme el *Fígaro* si les daba ocasión para ello. Permanecí, pues, á una respetable distancia mientras procedía á quitar la cubierta al diario.

—¡Ah, por favor!, tenga usted cuidado, exclamó en tono suplicante el bribón flaco. El paquete de papel azul que viene dentro vale por lo menos 20.000 francos y usted será responsable si algún diamante se pierde.

No pude menos de reirme al ver la bien fingida intranquilidad que aparentaba mientras yo descuidadamente quitaba la envoltura y comenzaba á desdoblar el *Fígaro*. Por último tropecé con un pequeño paquete de papel azul, cuidadosamente metido entre los dobleces del periódico, y allí mismo, bajo la apacible sombra de los árboles de los Campos Elíseos, con precaución y lleno de confianza abrí el envoltorio. Contenía de treinta á cuarenta diamantes de los mejores que en mi vida he visto.

—Ya ve usted la gran equivocación que usted ha tenido, dijo casi sin aliento el joyero. ¡Ah, qué mal rato nos ha hecho usted pasar!

Quedéme mudo y confundido. Aquellos diamantes no eran míos. ¡Yo los había robado! En mis mismas manos tenía la prueba convincente de mi delito y de la inocencia de aquellos franceses.

Humildemente devolví aquellas piedras preciosas al joyero, le dí mi tarjeta y le pedí me perdonase mis falsas acusaciones.

Nunca olvidaré la franca y cordial generosidad con que se portaron aquellos caballeros, que me estrecharon la mano y me abrazaron. Lleno de agradecimiento regresé con mi mujer á la alegre y bulliciosa plaza de la Concordia.

Los vendedores de periódicos estaban pregonando el *Petit Journal* con la noticia de un crimen. Compré el diario y leí que en la noche anterior unos ladrones habían efectuado un robo de piedras preciosas de gran valor en una joyería de la calle de St. Denis, y al verse sorprendidos por el dueño le habían asesinado.

Por algunos detalles que daba el periódico comprendí que los criminales eran los mismos que momentos antes me habían abrazado después de haberles yo devuelto los diamantes robados.

Efectivamente. El caballero distraído de la plaza Vendome era, como yo había sospechado, el mismo francés de pocas carnes á quien había vuelto á encontrar aquella mañana en el tranvía. Me quitó la noche antes el alfiler de corbata por no tener la mano ociosa mientras se encaminaba á la calle de Saint Denis á reunirse con su cómplice para perpetrar un robo ó tal vez un asesinato premeditado.

W. M. Timms.

EL MORO VALIENTE

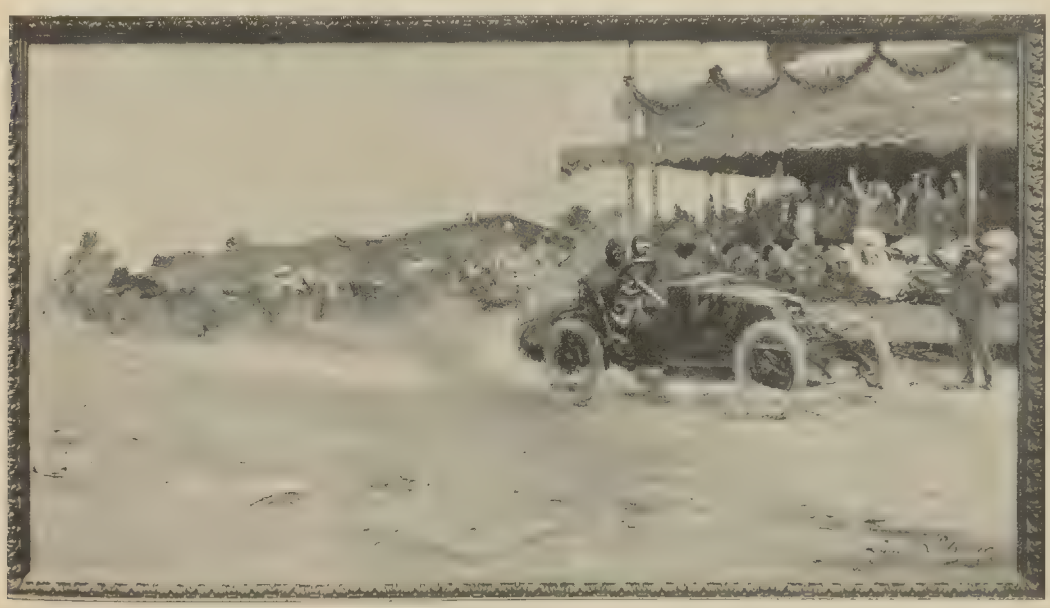
Hace pocos días presentóse en Ceuta Mahomed Bulaich, más conocido con el sobrenombre de «moro Valiente,» con objeto de proponer al gobernador militar de aquella plaza la construcción de una carretera hasta Tetuán, ofreciéndose á costear de su bolsillo particular los gastos que dicha obra ocasionase. Al propio tiempo manifestó, según parece, vivos deseos de pedir la nacionalidad española, y en caso de obtenerla, proponíase venir á España para prestar personalmente homenaje á D. Alfonso XIII y hacerle un rico presente.

Mohamed Bulaich, llamado «moro Valiente,» recientemente fallecido
(De fotografía de J. G. Vázquez, de Ceuta.)

El moro Coronel, jefe de la escolta del «Valiente»
(De fotografía de J. G. Vázquez, de Ceuta.)

Todos estos ofrecimientos y propósitos han resultado vanos, si es cierta la noticia que, cuando escribimos estas líneas, publica la prensa diaria. En efecto, el telégrafo comunica desde Ceuta que el «moro Valiente» ha fallecido á consecuencia de una pulmonía.

Mahomed Bulaich era hombre dotado de no vulgar inteligencia y de extraordinaria astucia. Sus fechorías le habían valido el apodo que ostentaba, y contaba con un buen contingente de secuaces que le obedecían ciegamente. Era uno de tantos osados aventureros que, burlándose de las órdenes del sultán, campan por sus respetos y son, en la región en donde operan, más amos que el mismo soberano marroquí, el cual no habrá sentido su muerte.—R.



La llegada de Szisz en el concurso automovilista del gran Gers, de 1906. Cuadro pintado por Schryver y adquirido por el Estado francés
(De fotografía de M. Branger.)

EL ÚLTIMO DESCUBRIMIENTO DE POMPEYA.–LA CASA DE LOS «AMORCILLOS DORADOS»

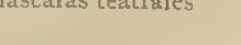
Antes de entrar en materia, séame permitido decir que mis fotografías, que al fin me ha permitido sacar la «Dirección de las Excavaciones» de Pompeya,

Etona ó frontón del peristilo

son las primeras obtenidas, gracias á que mi demanda de autorización fué la primera entre las muchas que presentaron.

La historia del descubrimiento de la casa de los «Amorcillos dorados» va enlazada, por modo singular, con la de los recientes sucesos políticos europeos.

En el año 1903, en ocasión en que se practicaban excavaciones en el trozo septentrional de la calle Stabiena, descubrióse la parte superior de las paredes de una casa de disposición irregular. El atrio estaba constituído por paredes irregulares, y el peristilo, en vez de estar situado en el eje del edificio, lo estaba al lado Sudoeste. Prosiguiéronse las excavaciones hasta dejar al descubierto las pequeñas estancias que rodean al peristilo; pero cuando se vió que en el *viridarium* comenzaba á surgir de entre la ceniza y la lava una rica y hermosa serie de esculturas decorativas, se suspendieron los trabajos en espera de una coyuntura favorable para terminarlos en presencia de algún soberano ó jefe de Estado extranjero, y se hizo lo que, en lenguaje arqueológico, se llama preparar las excavaciones, es decir, descubrir los muros laterales, consolidarlos y proteger los frescos, dejando intacta la



Adornos de jardines; máscaras teatrales

masa de tierra y lava del centro, en donde se presume que han de hallarse sepultados los preciosos objetos.

A la primavera siguiente, el tsar de Rusia había de visitar Italia y con este motivo se «prepararon» las excavaciones; pero las amenazas de los socialistas italianos, que se proponían silbar al autócrata ruso, fueron causa de que se suspendiera el anunciado viaje.

Algún tiempo después, pensóse en aprovechar la excursión de M. Loubet, presidente de la República francesa; mas la visita que éste hizo á Nápoles se limitó á revistar las escuadras francesa é italiana reunidas en aquel puerto.

Al fin se pusieron al descubierto aquellos tesoros, durante tanto tiempo ocultos, con ocasión del Congreso Nacional de la Sociedad Dante Alighieri; sin embargo, hasta hace muy poco no ha sido permitido al público visitarlos.

La casa de los «Amorcillos dorados» está situada en el número 7 de la calle Stabiena; su *posticum* da á un callejón, enfrente de la célebre casa de los Vetti y, como ésta, ha sido enteramente restaurada. Las paredes han sido elevadas hasta su primitiva altura; las columnas del peristilo, realzadas; y repuestos en su antigua forma los cuadros del jardín, hoy llenos de flores y adornados con bellísimas esculturas que un día alegraron la vista del acaudalado propietario, probablemente un comerciante enriquecido en Egipto y que había reunido en su *viridarium* un gran número de valiosas obras de arte.

En los dos lados opuestos al *ambulacrum* se han restaurado ambos lararios: en el del Sudoeste, hay la pintura de una procesión isiaca y un Mercurio con cabeza de gavilán; el del Nordeste contiene las estatuitas

Jardineros cuidando el viridarium

de Júpiter, Juno y Minerva, acompañadas de la de Mercurio, cuya presencia en el larario indica claramente que el propietario de la casa se dedicaba al comercio.

La restauración del *œcus* ó exedro es la más importante; esta es la sala más suntuosa de la casa, hállase en el lado Sur, enfrente del peristilo, y está pintada según el tercer estilo pompeyano. Tres de sus paredes ostentan otros tantos frescos, de perfecta ejecución y que representan á Vulcano entregando las armas á Thetis, á Jasón y Pelias durante un sacrificio, y á Briseída y Patroclo en la tienda de Aquiles.

La sala que ha dado nombre á la casa, la de los «Amorcillos dorados,» no puede ser fotografiada porque es imposible reproducir, como no sea por medio del dibujo, figuritas de cinco ó seis centímetros pintadas en miniatura y doradas, puestas detrás de pequeños discos de vidrio y de esmalte.

Este género de decoración, que no se ha encontrado en ninguna otra casa de Herculano ni de Pompeya, ha servido, á falta de otra indicación especial, para distinguir el nuevo descubrimiento, cuya restauración perfecta, inteligente y artística da idea del lujo y del arte exquisito con que los ciudadanos acomodados de Pompeya sabían decorar sus viviendas.

Como se ve, el último descubrimiento realizado en Pompeya es interesantísimo y constituye una página importante en la historia de esa gigantesca obra de las excavaciones, gracias á la cual renace poco á poco la ciudad durante tanto tiempo sepultada y ven de nuevo la luz del día tantos tesoros que por espacio de muchos siglos permanecieron ocultos bajo las lavas del Vesubio.

Carlos Abeniacar.

EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «BERLÍN» EN LAS COSTAS DE HOLANDA

EL VAPOR «BERLÍN» DESPUÉS DEL NAUFRAGIO, ÚNICA FOTOGRAFÍA TOMADA DESDE EL MAR
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

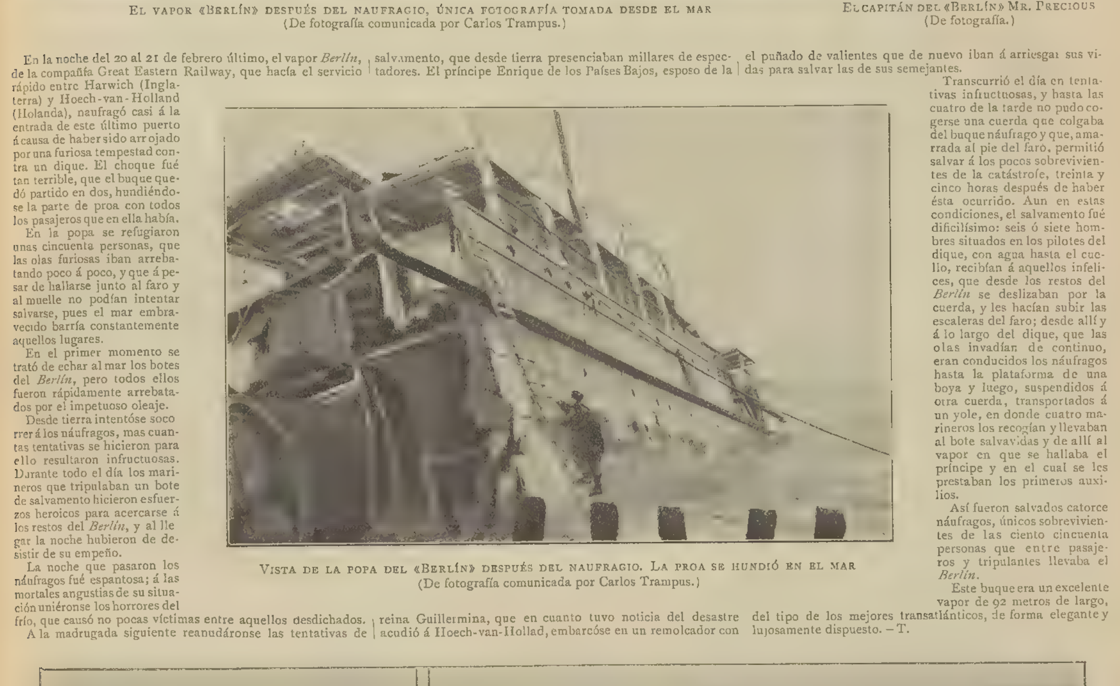
EL CAPITÁN DEL «BERLÍN» MR. PRECIOUS
(De fotografía.)

En la noche del 20 al 21 de febrero último, el vapor *Berlín*, de la compañía Great Eastern Railway, que hacía el servicio rápido entre Harwich (Inglaterra) y Hoech-van-Holland (Holanda), naufragó casi á la entrada de este último puerto á causa de haber sido arrojado por una furiosa tempestad contra un dique. El choque fué tan terrible, que el buque quedó partido en dos, hundiéndose la parte de proa con todos los pasajeros que en ella había.

En la popa se refugiaron unas cincuenta personas, que las olas furiosas iban arrebatando poco á poco, y que á pesar de hallarse junto al faro y al muelle no podían intentar salvarse, pues el mar embravecido barría constantemente aquellos lugares.

En el primer momento se trató de echar al mar los botes del *Berlín*, pero todos ellos fueron rápidamente arrebatados por el impetuoso oleaje.

Desde tierra intentóse socorrer á los náufragos, mas cuantas tentativas se hicieron para ello resultaron infructuosas. Durante todo el día los marineros que tripulaban un bote de salvamento hicieron esfuerzos heroicos para acercarse á los restos del *Berlín*, y al llegar la noche hubieron de desistir de su empeño.



VISTA DE LA POPA DEL «BERLÍN» DESPUÉS DEL NAUFRAGIO. LA PROA SE HUNDIÓ EN EL MAR
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

La noche que pasaron los náufragos fué espantosa; á las mortales angustias de su situación uniéronse los horrores del frío, que causó no pocas víctimas entre aquellos desdichados.

A la madrugada siguiente reanudáronse las tentativas de salvamento, que desde tierra presenciaban millares de espectadores. El príncipe Enrique de los Países Bajos, esposo de la reina Guillermina, que en cuanto tuvo noticia del desastre acudió á Hoech-van-Hollad, embarcóse en un remolcador con el puñado de valientes que de nuevo iban á arriesgai sus vidas para salvar las de sus semejantes.

Transcurrió el día en tentativas infructuosas, y hasta las cuatro de la tarde no pudo cogerse una cuerda que colgaba del buque náufrago y que, amarrada al pie del faro, permitió salvar á los pocos sobrevivientes de la catástrofe, treinta y cinco horas después de haber ésta ocurrido. Aun en estas condiciones, el salvamento fué dificilísimo: seis ó siete hombres situados en los pilotes del dique, con agua hasta el cuello, recibían á aquellos infelices, que desde los restos del *Berlín* se deslizaban por la cuerda, y les hacían subir las escaleras del faro; desde allí y á lo largo del dique, que las olas invadían de continuo, eran conducidos los náufragos hasta la plataforma de una boya y luego, suspendidos á otra cuerda, transportados á un yole, en donde cuatro marineros los recogían y llevaban al bote salvavidas y de allí al vapor en que se hallaba el príncipe y en el cual se les prestaban los primeros auxilios.

Así fueron salvados catorce náufragos, únicos sobrevivientes de las ciento cincuenta personas que entre pasajeros y tripulantes llevaba el *Berlín*.

Este buque era un excelente vapor de 92 metros de largo, del tipo de los mejores transatlánticos, de forma elegante y lujosamente dispuesto. – T.

EN BUSCA DE CADÁVERES CERCA DE LA PLAYA
(Fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

CONDUCCIÓN DE CADÁVERES PUESTOS EN VAGONETAS EN EL MUELLE
(Fotografía comunicada por Carlos Trampus)

LOS CIEGOS, grupo escultórico de Guillermo Charlier

En la sala de espera, cuadro de Ricardo Pollak Karlin

Retrato de la Sra. X, por Otón Bruenauer

ENSUEÑOS DE ANTAÑO, cuadro de E. Veith

BARCELONA. – LA FIESTA DEL ARBOL CELEBRADA EN EL TIBIDABO. – PLANTACIÓN DE 150 TILOS POR LOS NIÑOS EN CUYO OBSEQUIO SE DIÓ LA FIESTA

LA MERIENDA. (De fotografías de A. Merletti.)

NOTAS BARCELONESAS

LA FIESTA DEL ÁRBOL. – EL NUEVO GOBERNADOR

En la tarde del día 28 de febrero último celebróse en el Tibidabo esa simpática fiesta, á la que concurrieron 50 niños y que fué presidida por las autoridades. Reunidos los concurrentes en la plazoleta de la estación inferior del funicular, el práctico Sr. Puigdoménech dió una explicación minuciosa sobre la corta de raíces y la poda de los árboles, terminada la cual dirigiéronse al café-restaurant, en donde el catedrático Sr. Mir y Navarro dió una conferencia sobre fisiología vegetal y el alcalde Sr. Sanlley pronunció un elocuente discurso ponderando la trascendencia de una fiesta destinada á inculcar en el ánimo de los niños el amor al arbolado y la conveniencia de adquirir bosques, que serían sanatorios de la ciudad, y ofreciéndose á influir en el Ayuntamiento para que en los parques que se construyan se destinen parcelas para recreo é instrucción de los niños que acuden á las escuelas públicas. Después de la merienda con que fueron obsequiados, los niños plantaron 150 tilos, con lo que se dió por terminada tan simpática fiesta.

El nuevo gobernador civil de Barcelona D. Angel Ossorio y Gallardo viene precedido de fama de inteligente, culto, integérrimo y dispuesto á estudiar á fondo las necesidades de nuestra provincia para proponer al gobierno las medidas y reformas convenientes. Su gestión hasta ahora responde á estas cualidades, y es de esperar que perseverará en la línea de conducta que ha de granjearle las simpatías de sus gobernados.

En esta página publicamos dos notas gráficas á él referentes.

BARCELONA
EL GOBERNADOR CIVIL EXCMO. SR. D. ANGEL OSSORIO Y GALLARDO EN LA RECEPCIÓN DIARIA DE LOS PERIODISTAS ENCARGADOS DE LA INFORMACIÓN DEL GOBIERNO CIVIL

EL GOBERNADOR CIVIL EXCMO. SR. D. ANGEL OSSORIO Y GALLARDO EN EL HOSPITAL DE SAN PABLO, EN CONSTRUCCIÓN. (De fotografía de Enrique Castellá.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 169, 172, 173, 176 y 177)

Desposorio místico de la Virgen con el bienaventurado Hermán, cuadro de Van Dyck. – Este cuadro fué pintado por el famoso maestro flamenco para la cofradía de la Natividad de la Virgen, dirigida por los jesuítas. Cuando en 1776 fué suprimida la Compañía de Jesús en los Países Bajos, el hermoso lienzo fué llevado á Viena, en cuya galería del Belvedere se conserva actualmente.

La abuela. – Los ciegos, esculturas de Guillermo Charlier. – Este eminente escultor belga es un artista de excepcional temperamento, y sus obras, inspiradas por el elevadísimo concepto que informa el gran arte, revelan la genialidad de su autor, el caudal de sentimiento que atesora y sus singulares condiciones de observador. Quien examine las dos esculturas que reproducimos, verá que nuestros elogios no son exagerados: lo mismo *La abuela* que *Los ciegos* poseen en alto grado las cualidades que dejamos indicadas y que avalora una ejecución amplia, vigorosa, propia de los grandes maestros.

En la sala de espera, cuadro de Ricardo Pollak-Karlin. – Este joven pintor vienés goza fama de excelente retratista, y á juzgar por el cuadro suyo que reproducimos, no es inmerecida tal fama. La figura de esa dama es por su expresión y por su actitud un modelo de naturalidad, y aun sin conocer á la persona que sirvió de modelo al artista, bien puede asegurarse que ha de ser perfecto el parecido del retrato con el original.

Retrato de la Sra. X., pintado por Otón Bruenauer. – Lo que decimos del lienzo de Pollak-Karlin puede aplicarse al de su conciudadano Bruenauer. También la obra de éste es un portento de expresión y de verdad, cualidades las más necesarias cuando de cuadros de este género se trata.

Ensueños de antaño, cuadro de E. Veith. – Un ambiente de poesía flota en el lienzo: los dos personajes, entregados á dulces ensueños, el lago de tranquilas aguas, la verde alfombra esmaltada de flores, la suave luz tamizada por el frondoso follaje, todo contribuye, no sólo á deleitar nuestros ojos, sino á hacernos sentir esa emoción que es la mejor crítica de una obra de arte.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La resurrecció de Llátzer*, visión musical en un acto y dos cuadros, letra de Angel Guimerá, música del maestro Morera; en el Eldorado *Aguila de blasón*, comedia en cuatro actos y un epílogo de D. Ramón del Valle Inclán; *Los abejorros*, comedia en tres actos de Brieux, traducida por Pedro Aragón, y *Despedida cruel*, comedia en un acto de Benavente; y en Romea *Tot bressant*, idilio en un acto de Mme. de Haussy, traducido al catalán por José M.ª Folch y Torres.

En el Liceo, la Asociación Musical de Barcelona, con la cooperación del Orfeón Barcelonés, ha dado una audición del oratorio *La Resurrezione di Lazzaro*, del abate Perosi, y del *Salmo CL*, de César Frank, que fueron muy aplaudidos.

En el Principal se han celebrado dos conciertos: en el primero el Orfeó Catalá estrenó el hermoso motete de Bach *Jesu, meine Freude* y dos bellísimas canciones de Morera, y cantó varias piezas de repertorio, obteniendo grandes y continuos aplausos; en el segundo, la Orquesta Filarmónica Barcelonesa ejecutó admirablemente, bajo la dirección del maestro Lassalle, la *Sinfonía en si menor*, de Schubert; la *Seg[...] sinfonía en re mayor*, de Brahms; *En las estepas del Asia*, de Borodine; *A las costas mediterráneas*, de Pahissa, y *El cazador maldito*, de Cesar Frank, logrando en todas ellas orquesta y director calurosas ovaciones.

A horcajadas sobre una silla, con la espalda vuelta á la chimenea...

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

No pudo conseguir que se acostase ni que tomase alimento alguno. Más encorvada y diez años más vieja, la señora Guibert sentóse en su escritorio y con mano firme empezó á escribir á su hija y á sus hijos ausentes, participándoles la desgracia que les unía en un mismo dolor..

IV

POMPA FÚNEBRE

La principal ocupación del alcalde de Cognin durante la mañana era la de leer los periódicos. Aparte de los obreros de las fábricas vecinas, que á la madrugada, antes de ir al trabajo, entraban á beber, en pie y á la vacilante luz de una bujía, un vasito de aguardiente, los parroquianos no empezaban á llegar hasta las doce. A horcajadas sobre una silla, con la espalda vuelta á la chimenea, se proveía en el *Lyon républicain* y en el *Progrès* de noticias para todo el día. De este modo, después de comer, podía suministrar á sus electores vino nuevo y noticias frescas.

Cuando á la mañana del 26 de febrero desplegó los periódicos, se quedó estupefacto al leer con letras grandes y en primer término: *Victoria de Timmimoun; muerte del comandante Guibert.* No podía imaginarse que la muerte de un hijo de la provincia hiciese tanto ruido. Todo colorado, vagamente inquieto por su responsabilidad, empezó á leer lentamente el triste relato oficial que el periodista había adornado con unas cuantas frases retumbantes:

«El Ministerio de la Guerra nos transmite la noticia de una victoria obtenida en Timmimoun (Tuat). Celebraríamos con alegría completa el nuevo triunfo de nuestro ejército, si no hubiese cortado en flor una vida tan preciosa como la del comandante Guibert, jefe de las tropas vencedoras.

»Las agitaciones políticas no deben ser obstáculo para que fijemos nuestra atención en las lejanas luchas en donde corre heroicamente la sangre de nuestros soldados. En la primavera pasada, á raíz de la toma de In Salah y ocupación del Gurara por la columna del coronel Ménestrel, se instaló en este pueblo una pequeña guarnición. No muy lejos de ella tuvieron lugar los sangrientos combates de Sahela y de El Metarfa, en donde la segunda compañía de tiradores saharianos rechazó unas partidas de bereberes y duimenios, encontrando muerte gloriosa el capitán Jacques y el teniente Depardieu. Cuando el pasado invierno el general Servières, jefe de la división de Argel, recibió la orden de ocupar el Gurara, rebasar esta región y establecerse en el Tuat, dejó en la casbah de Timmimoun, con provisiones suficientes, una guarnición de ciento cincuenta hombres bajo las órdenes del comandante Guibert, auxiliado por el capitán Berlier.

»El comandante Guibert acababa de regresar de la expedición Foureau-Lancy; después de dos años empleados en atravesar el Africa, rechazó todo descanso y corrió á ocupar su puesto de honor incorporándose á su batallón al Sur de Argelia. En la noche del 17 y 18 de febrero, una partida de bereberes, evaluada en un millar de hombres, consiguió acercarse á Timmimoun. El terror inspirado por esta tribu es tan grande, y es tanta su movilidad, que pudieron atravesar una inmensa extensión del país sin que el servicio de información del Estado Mayor tuviese la menor noticia de este movimiento. Al amanecer, antes de que clareara, atacaron la casbah.

»Un centinela, al verles, se retiró disparándoles los seis tiros de su fusil y dando la señal de alarma. Los bereberes asaltaban los muros y penetraban en el patio interior. La guarnición tomó apresuradamente las armas, se reunió á las órdenes de su jefe y pronto puso en fuga á los bereberes, quienes dejaron trescientos hombres sobre el terreno. Pero nuestras pérdidas habían sido grandes: diez muertos, entre ellos el jefe del destacamento, un oficial de administración y un sargento, y más de treinta heridos. El comandante Guibert fué muerto al fin del combate, de un balazo en la frente, cuando ya los bereberes se retiraban desordenadamente.

»El comandante Guibert era el jefe más joven del ejército francés. Capitán y condecorado con la Legión de Honor á los veinticinco años, á causa de su brillante comportamiento durante la campaña de Madagascar y en especial por el combate de Audriba, había tomado parte en la expedición Foureau que acaba de atravesar el Sahara. Vencedor en Rabah, había sido ascendido á comandante y nombrado oficial de la Legión de Honor. Sólo tenía treinta y dos años. Nació en Cognin, cerca de Chambery (Saboya) y pertenecía á una de las familias más estimadas de la región. Llamado á ocupar los más altos destinos en la milicia, deja un recuerdo glorioso que Saboya, orgullosa de él, no dejará de celebrar como se merece.» (1)

—¡Vive Dios!, exclamó el alcalde cuando hubo terminado su lectura.

Se aseguró del título del periódico, temiendo que fuera algún papelucho de oposición.

El *Nouvelliste,* conservador, y el *Progrès,* radical-socialista, que leyó en seguida, repetían idéntico relato, acompañándolo el primero de una crítica sobre la desidia del servicio de información en Argel, y el segundo de unos cuantos comentarios humanitaristas acerca de la inutilidad de las expediciones coloniales. Pero todos, cualesquiera fuesen sus opiniones políticas, rendían homenaje al valor del comandante Guibert, celebraban su gloriosa carrera y deploraban su muerte prematura.

El alcalde de Cognin sacó de sus lecturas la conclusión que lógicamente se imponía:

—¡Malhaya el maestro!

Tomó su sombrero y salió á la calle. En el umbral de la puerta se quedó estupefacto. Un oficial á caballo, con traje de gala y cordones de ayudante, se detuvo delante del café Nacional.

—¿Quiere usted decirme dónde vive la señora Guibert?

Unas cuantas mujeres, aguijoneadas por la curiosidad, se agrupaban alrededor del jinete.

—Siga usted la carretera hasta llegar al camino de Vimines.

—Siga usted el camino hasta el bosque de encinas.

—Después del bosque, tome usted á la derecha, y encontrará usted el Maupas.

(1) Estos detalles, salvo en lo referente á las personas, acerca del ataque de Timmimoun, el 18 de febrero de 1901, por los bereberes, son rigurosamente históricos. La guarnición era mandada por el comandante Reibell, auxiliado por el capitán Quisard. Este último fué muerto de un balazo en el corazón al empezar el combate.

—Muchas gracias, dijo el oficial.

Y ya soltaba las riendas al caballo cuando el alcalde le preguntó:

—¿Cómo? ¿Va usted á visitar á la señora Guibert?

El ayudante de campo miró de arriba á abajo, con cierto aire de desprecio, á aquel individuo de cara colorada, y picando espuelas dijo:

—¡Naturalmente!

—Bueno, bueno, dijo el cafetero para que le oyeran las mujeres que escuchaban la conversación.

Y se puso más rojo que un tomate.

Comió con poco apetito, y antes de realizar el proyecto que maduraba, envió á sus hijas á buscar refuerzos. Cuando bebía un vaso de aguardiente para animarse, vió pasar un landó con dos caballos que marchaba hacia la alcaldía. Poco después fueron á llamarle de parte del prefecto. Se puso de prisa la levita que le servía para todas las ceremonias y se precipitó hacia el Municipio. Se abrió una de las portezuelas del coche, vió un uniforme negro con galones de plata y oyó que una cara imberbe le dirigía las siguientes palabras pronunciadas con cierto desdén (la fecha de las elecciones estaba aún muy lejana):

—¿Es usted el alcalde de Cognin?

Simón contestó quitándose el sombrero:

—Sí, señor.

—Yo soy el representante del prefecto. Voy á casa de la señora Guibert para darle el pésame en nombre del gobierno por la muerte heroica de su hijo, el comandante Guibert. Supongo que usted le participaría la desgracia, según se le ordenaba en un telegrama oficial. Me figuro que lo haría usted con toda clase de miramientos.

—Sí, señor subprefecto, balbuceó el alcalde todo azorado y tembloroso.

—Soy consejero de la prefectura. Le recomiendo que cumpla con su deber asistiendo á los funerales con todo el Municipio. El gobierno de la República sabe honrar á sus leales servidores.

—Sí, señor consejero.

—Bueno, bueno, señor alcalde, no quiero entretenerle por más tiempo.

Y el joven enviado del prefecto, orgulloso de la importancia de su papel y de la dignidad con que lo desempeñaba, se alejó al trote de sus dos caballos, con el aire altanero y cansado de un viejo general que acaba de pasar revista á sus huestes.

Randon y Detraz, mandados á llamar, llegaron juntos al café. Todo el pueblo estaba enterado de la visita de las *autoridades* al Maupas.

—¡Hemos quedado de *primera!*, exclamó al llegar Detraz dominado por la cólera.

La víspera no había abierto la boca durante toda la discusión.

—Ya lo dije yo, hizo observar el viejo Randon, que quería hacer resaltar su opinión de la noche anterior.

—¡Yo también lo decía!, exclamó el alcalde para no ser menos. La culpa la tienen el maestro y el *Rojo*.

Detraz, que no conocía las buenas formas, empezó á acusar á Simón.

—¿Pero es que usted no es el alcalde? ¿Eh? ¿Qué pinta usted en la alcaldía? ¡Palabra, es usted más blando que la cera! El maestro le lleva por donde le da la gana, como si fuese un chiquillo de la escuela.

—¡A mí!, gritó Simón. ¡A mí nadie me lleva ni me trae! ¡Ya verá usted quién manda, si el maestro ó yo!

Acompañado de los dos concejales, y gesticulando y perorando, invadió la escuela municipal. En presencia de Maillard, cazurro y embaucador, su cólera se fué enfriando. Pero Detraz, ya desbocado, ocupó el puesto del alcalde.

—¡Ah!, exclamó. ¡Bonito papel nos ha hecho usted hacer, maestro sin vergüenza! El prefecto y el general han enviado representantes, y el cochino ayuntamiento mandá al guarda rural como si se tratase de un proceso verbal. ¡Maestro de los demonios, ya te arreglaré las cuentas!

Y escupió en el suelo en señal de desprecio.

—Yo no tengo que rendirle cuentas de ninguna clase, replicó el maestro con aire digno.

—¡Vaya si tienes! Y tú, alcalde, ¿qué dices?

En su furor, tuteaba á todo el mundo. Simón se vió obligado á intervenir.

—Maestro, nos aconsejó usted muy mal.

—¡Esta es la verdad!, añadió Randon.

—Pues no haberme pedido consejo.

—¿Y quién te pidió consejo?, replicó Detraz redoblando su violencia. Te has metido en nuestra discusión para embrollarla y... envenenarla. ¡Porque tú no eres más que un envenenador del pueblo! ¡Envenenador! ¡Envenenador!..

Y contento de haber encontrado un insulto que le parecía propio, repitió esta palabra innumerables veces, hasta que Randon le cogió por un brazo, tratando de calmarle y llevárselo. Pero con la facilidad con que los ignorantes y las mujeres enlazan argumentos sin relación alguna entre sí, se volvió para decirle:

—Además, tú robas el dinero del pueblo.

—¿Yo?, protestó Maillard.

—Sí, tú, tú que cobras de todo el mundo por el más insignificante escrito. O tendrás que marcharte, ó te arrancaré la piel.

En su cólera, dejaba ver el odio instintivo del hombre primitivo hacia la instrucción, y del contribuyente hacia el empleado público.

Los dos enemigos iban á precipitarse uno sobre otro, cuando el alcalde cogió á Maillard y Randon contuvo á Detraz.

—¡Dejadme hablar á mí!, decía Randon. ¡Dejadme hablar!

Y en un claro de la discusión pudo soltar las palabras siguientes, que merecieron la aprobación de sus dos colegas y terminaron la disputa:

—En castigo, Maillard, concurrirá usted con todos sus alumnos á los funerales.

Y el alcalde, que quería atribuirse la victoria, añadió:

—Y en seguida izará usted la bandera, arrollándola en señal de luto.

Y se marchó regodeándose, siempre escoltado por sus dos compañeros.

—Y ahora, dijo Randon, vámonos al Maupas.

Simón aplaudió ruidosamente la idea.

—¡Muy bien pensado! El general ha enviado un ayudante y el prefecto un empleado con pantalón de franja de plata. El alcalde irá en persona, acompañado, como es justo, por dos miembros del Municipio. ¡Creo que daremos el golpe!

Al salir del pueblo vieron en un campo á Pitet, el *Rojo*, que con la cabeza baja trataba de pasar sin que le vieran.

—¡Oye, acércate!, le gritó Detraz varias veces, pero él hizo como que no oía.

—¡Es un cobarde!, exclamó el alcalde todo envalentonado.

—¡Si pudiera decirse lo que se sabe!, dijo Randon misteriosamente.

—¡Vaya si puede decirse!, añadió Detraz más franco. Si no es por el doctor, estaría en presidio. Y ahora escupe sobre su memoria. Es preciso que no vuelva nunca más á ser elegido.

La nieve reflejaba la fría luz del sol. Las blancas montañas brillaban. Bajo aquel cielo de un azul pálido, las cosas confundían sus contornos en una misma pureza inmaculada y resplandeciente.

El landó de la prefectura, que regresaba á Chambery, se cruzó con la improvisada delegación de Cognin. Con aire de importancia, el alcalde hizo señas al cochero de que parase. Con la cabeza descubierta se acercó á la portezuela, que se abrió en seguida.

—Señor consejero, tenemos que pedirle un favor.

—Diga usted, replicó el joven con voz brusca.

Estaba de mal humor porque no había sido recibido y en cambio el ayudante del general había pasado á saludar á la señora Guibert.

—Todos los padres de familia, sin excepción alguna, se quejan del maestro.

—¿Por qué?

—Educa mal á los chicos, les pega y además les habla mal de la patria.

El joven se puso serio, y con gesto de ministro que despide dijo:

—Me ocuparé de ello.

Y continuando el camino, el alcalde se frotaba las manos y decía á sus compañeros:

—Buena se la hemos jugado al amigo Maillard...

Durante unos días, los periódicos de gran circulación detallaron el drama de Timmimoun, y sin distinción de partidos rindieron homenaje á la gloriosa memoria del comandante Guibert, cuya temprana muerte conmovió á todo el mundo.

Y aumentando aún más tan justos elogios, los periódicos de Saboya se disputaron su biografía y su retrato. En la soledad del Maupas, la señora Guibert y Paula, abatidas por el dolor, recibían con dulzura y resignación innumerables pruebas de simpatía procedentes de toda Francia, del Estado, de los compañeros de Marcelo, de conocidos y hasta de desconocidos. Madre é hija se apoyaban una en otra para profundizar y soportar mejor su desgracia, no encontrando consuelo más que en la oración y en su mutuo cariño. Solamente las visitas de la señora Saudet, suegra de Esteban, les procuraban algún consuelo; la pobre señora conocía las palabras que es preciso decir á los que sufren crueles separaciones.

Por un brusco retroceso, la alta sociedad que no había acompañado á los Guibert en su honrosa ruina, se decidió á seguir el movimiento público. La señora Dulaurens no podía permanecer inactiva en tal ocasión. Decidió á la señora Sougeon, presidenta honoraria de la Cruz Roja de Saboya, á tomar la iniciativa en la organización de unos funerales celebrados con gran pompa en la catedral de Chambery. Era preciso acaparar el muerto ilustre, y recordar de una manera brillante su origen social. Las autoridades serían invitadas á la ceremonia. Su presencia daría mayor prestiglo á los funerales, y su ausencia alimentaría la campaña de los periódicos de oposición De modo que no había nada que temer.

Cuando todo estuvo preparado—recogido el dinero, encargado los funerales y redactadas las invitaciones,—las señoras Sougeon y Dulaurens, delegadas de la comisión, subieron al Maupas para solicitar el permiso de la familia. La señora de Marthenay acompañaba á su madre. Deseaba dar el pésame—¡profundo y sincero!—á la señora Guibert y á Paula, y no se había atrevido á realizar ella sola aquella peregrinación.

Era á principios de marzo. La nieve se fundía por los campos tristes y fangosos, por los caminos llenos de baches. Bajo un cielo lleno de nubes, rodeada de árboles negros y desnudos, con expresión desolada, la antigua casa de campo tenía un aspecto melancólico y abandonado.

—No me gustaría vivir enterrada aquí todo el año, dijo la señora Dulaurens á la señora Sougeon al entrar el coche por la desierta avenida.

—La iglesia está muy lejos, dijo la solterona.

Ella no recordaba que Dios se encuentra en todas partes; á pesar de sus años, seguía viajando para adorarle en sitios especiales y confortables.

María, la vieja criada, al ver el coche, dejó pasar á aquellas señoras, á pesar de la consigna rigurosa. Corrió á avisar á sus amas todo lo de prisa que le permitían sus piernas.

—Había dado orden de que no recibía, observó la señora Guibert tristemente.

Y volviéndose á Paula añadió:

—Me falta el valor ante caras extrañas. ¿Por qué viene la señora Dulaurens á turbar nuestra pena? Nada nos une con ella. ¿A qué ha venido?

—No lo sé, dijo Paula, en pie, pronta á marcharse.

—¿Me ayudarás á recibirlas?

—No, mamá, no quiero verlas.

La señora Guibert miró á su hija, cuyo rostro pálido, decidido, nervioso, acusaba la vehemencia del alma.

—Paula, suplicó, no me dejes sola. Ya sabes que soy tímida y me azaro. El mal que nos hacen debe olvidarse antes que el bien. Si me recuerdan el pasado no sabré qué contestarles. Quédate conmigo

La joven no dudó más, y haciendo seña á la criada para que dejase pasar á las visitantes, dijo:

—Me quedaré.

La señora Sougeon, poco versada en diplomacia, cedió el paso á la señora Dulaurens, quien llevó la palabra.

—¡Qué desgracia más grande, señora!, dijo avanzando hacia la señora Guibert, que tuvo que agarrarse á la chimenea para levantarse del sillón.

Después saludó á Paula, cuya mirada fija y hostil sentía clavada en ella. Hubiese preferido que no estuviese presente.

—Sí, contestó la señora Guibert, ¡Dios nos prueba!

De este modo daba á la conversación un tono grave y religioso. La señora Sougeon meneó la cabeza mirando al cielo, como si sólo ella tuviese autoridad necesaria para evocar la intervención divina.

—¡Cuántos consuelos en medio de su dolor!, siguió diciendo la señora Dulaurens. Tantos testimonios unánimes celebrando el heroísmo del comandante, tantas simpatías y manifestaciones de pésame... En nuestra época democrática no se honra todo lo suficiente al mérito. Sólo delante de la muerte se comprende todo su valor, y ante la pérdida irreparable se reprochan amargamente haberlo conocido demasiado tarde.

Conmovida desde que le hablaban de su hijo, la señora Guibert pensaba: «Se excusa de haber rechazado la petición de Marcelo. Se da cuenta, por fin, de su pasado error, y lo deplora. Pero la señora de Marthenay no debía haber venido. Su presencia nos es dolorosa.»

Y miraba á su interlocutora, y aquella mirada brillante iluminaba su rostro demacrado como un rayo de sol penetra, en invierno, en un bosque sin hojas. Paula seguía en guardia. No podía darse cuenta de la inconsciencia de la señora Dulaurens.

Ésta, después de una pausa, expuso el motivo de su visita.

—Así es que supongo encontrará usted natural que tengamos el deseo de rendir homenaje á una memoria tan querida. La Saboya entera comparte su dolor, y muy en especial la alta sociedad del país, de la que formaba parte el comandante por su familia y por su valor.

Tomó aliento, y pareciéndole que hablaba con elocuencia, echó una rápida ojeada sobre su auditorio. La señora Sougeon aprobaba moviendo su cabeza, de rostro largo y seco. Alicia, absorta y pensativa, contemplaba á sus amigas de antes, la señora Guibert y Paula, que seguían graves y tristes. Su angustia le oprimía tanto que tuvo que ponerse una mano sobre el pecho; los sollozos contenidos la ahogaban. Hubiese deseado entregar su corazón á aquellas pobres mujeres y no se atrevía. Trató de coger dulcemente una mano de Paula, sentada junto á ella.

Pero la joven retiró con energía su brazo: no había olvidado.

La voz fuerte y timbrada de la señora Dulaurens repercutió de nuevo en el silencio del salón.

—Las señoras protectoras de la Cruz Roja de Saboya, y en una palabra, todas las damas de la alta sociedad, en un impulso espontáneo, se han reunido para acordar la celebración de unos funerales en Chambery. Monseñor el arzobispo oficiará; lo ha prometido por boca del vicario general. Asistirán á la ceremonia más de cincuenta sacerdotes. El prefecto y el general serán invitados y estamos seguras de que irán en persona. Por su pompa y brillo serán unos funerales dignos del ilustre difunto.

La señora Guibert había escuchado sin interrumpir y contestó sencillamente:

—Se lo agradezco muchísimo, señora, y le ruego que dé usted las gracias á todas esas señoras por sus buenos propósitos. Nosotras hemos hecho celebrar unos funerales en Cognin con arreglo á la modestia de nuestra posición. Nuestros amigos, á pesar de la distancia y del frío, asistieron á ellos. El general de la división vino en persona. Un gran número de oficiales le acompañaron. Se lo agradezco mucho, pero no deseamos más manifestaciones externas.

—Sí, comprendo sus sentimientos. La familia no soporta con gusto que las personas extrañas se mezclen en sus penas. Pero aquí el caso es especialísimo. La muerte del comante Guibert es un luto nacional. La Francia ha sido herida al morir su hijo de usted, señora. Su vida y su muerte honran á Saboya. Usted no debe extrañarse de que Saboya entera le rinda un homenaje de gratitud. Los recursos de las familias son á menudo insuficientes. Déjenos usted realizar nuestro deseo. No nos prive usted de la alegría...

Y cogiendo al vuelo la palabra inconveniente, siguió diciendo:

—De la triste alegría funeraria que nos produce el rezar por los muertos. Las ceremonias, los sacerdotes..., tantos rezos. Usted, cristiana ejemplar, no puede rechazar nuestros ofrecimientos. ¿Puede usted impedir que comulguemos todos con usted en su mismo dolor?

—La Iglesia es partidaria del ceremonial y del culto, dijo la señora Sougeon, cuya religión era lujosa y aristócrata.

Alicia, habiendo descubierto una fotografía ampliada de Marcelo, no veía en aquel momento más que el rostro del joven á quien había amado tan cobardemente.

La señora Guibert dudaba, no sobre la esencia de lo que debía contestar, sino sobre las palabras, que deseaba fuesen corteses y delicadas. La señora Dulaurens acababa de ofrecerle completar los modestos funerales de Cognin sin pompa, ostentación ni brillo, con una ceremonia menos humilde, más brillante, más mundana. La riqueza visitaba á la pobreza y pretendía cubrirla con su protección. Paula lo comprendió de esta manera, y miraba á su madre con sus ojos sombríos, á través de los cuales pasaban relámpagos de indignación. Pero la señora Guibert no había visto en todo aquel ofrecimiento más que un respetuoso recuerdo para su hijo, y aunque resuelta á prescindir de un concurso que juzgaba inútil, trataba de evitar toda palabra que fuese capaz de provocar el más ligero rozamiento.

Dudando de la timidez de su madre y engañada por su indecisión, la joven se atrevió á adelantarse.

—Sus propósitos, señora, nos han conmovido. Los apreciamos en todo lo que valen y sentimos en el alma tener que declinar tanto honor. La memoria de mi hermano ha recibido los homenajes que le eran debidos. No deseamos más manifestaciones públicas. Dios no concede sus bendiciones según la importancia de las ceremonias.

Como si no concediera importancia alguna á las palabras de Paula, la señora Dulaurens se volvió hacia la señora Guibert.

Ésta lo comprendió y se apresuró á decir:

—Sí, señora, Paula tiene razón.

La señora Sougeon, sofocada, alzó los ojos al cielo, mientras que la castellana de la Chênaie, poco acostumbrada á las derrotas, volvía á la carga.

—No me explico su negativa. Nuestra simpatía por su desgracia deseaba expresarse del modo más conveniente. Todas esas señoras, la marquesa de Lavernay, la baronesa de Ambelard, son de mi opinión. Yo traigo su representación. Hasta el arzobispo nos había prometido su piadoso concurso.

¡Alicia, cuánto la compadezco!

Esperaba con aquellos nombres impresionar á aquella pobre mujer. No sabía ella ni podía saber hasta qué grado de indiferencia hacia la sociedad y sus cosas había llegado la señora Guibert.

Paula comprendió el embarazo en que se encontraba su tímida madre y tomó la ofensiva á fin de terminar cuanto antes.

—Los funerales celebrados en Cognin fueron anunciados en Chambery. Todos nuestros amigos asistieron á ellos. Algunos vinieron de muy lejos. Personas á quienes ni siquiera conocíamos vinieron á compartir nuestro dolor. Pero me dijeron que su banco estaba desocupado, lo cual no quise creer.

Después de esta frase irónica siguió diciendo:

—Si mi hermano mayor, único jefe de la familia, considera necesarios otros honores, ya se cuidará de participárnoslo. Nosotros nos conformaremos á su voluntad. Mi madre y él son los únicos que están autorizados para ordenar nuevos sufragios.

Comprendiendo que era inútil insistir, la señora Dulaurens se levantó.

—Siento mucho, señora, que no hayamos conseguido convencerla. No esperaba ver acogidos de este modo nuestros proyectos. Pero veo que su hija ejerce una gran influencia sobre usted.

—Estamos acordes en todo, dijo la anciana levantándose penosamente.

Aunque aprobaba lo dicho por Paula, hubiera deseado que el tono hubiese sido menos agresivo. Temió que aquellas señoras se marchasen molestadas y se afligió por ello. La sangre coloró sus pálidas mejillas. Al acompañar á las señoras Sougeon y Dulaurens, ésta notó aquel ligero color. Iba buscando una revancha; creyó haberla encontrado, y con pérfida ironía lanzó las siguientes palabras:

—¡Adiós, señora! ¡Qué buen color tiene usted! ¡Es admirable! ¡Nos sorprende y alegra al propio tiempo!

Los lágrimas se asomaron á los ojos de la señora Guibert, aún muy sensible á la injusticia. Envejecida, encorvada, quebrantada, hubiese dado lástima á cualquiera. Dulcemente, mientras la sangre huía de sus mejillas, dijo:

—¡Ojalá Dios me conserve la salud! ¡Aún no he terminado mi misión!

Y al decir estas palabras pensaba en Paula, cuyo incierto porvenir le causaba inquietudes y le unía á la vida. Instintivamente se volvió para mirarla. Pero la puerta del salón estaba cerrada. Tuvo que seguir acompañando á aquellas señoras, que una vez instaladas en el coche notaron la ausencia de Alicia, que se había quedado atrás.

—La avisaré, dijo la señora Guibert subiendo penosamente los escalones de la escalinata.

Alicia, quedándose sola con Paula, había por fin dado suelta á su dolor.

—Paula, querida Paula, ¿me permite que le dé un abrazo? No sabe usted cuánto he llorado. ¡Si usted lo supiera! Si usted supiera cuánto he sufrido desde... desde que se ha muerto. ¡Oh, no es posible que usted se lo imagine!

Paula, inmóvil, callada, contemplaba á aquella mujer elegante de rasgos puros y hermosos que le hablaba recordando el pasado.

—¿A qué viene todo esto?, dijo.

Y á pesar de haber notado las profundas ojeras y el rostro palido de Alicia, añadió entre dientes:

—¿Acaso no tiene usted parte de la culpa de nuestra desgracia?

Paula atribuía á la negativa de aquella débil criatura enamorada el gusto á la muerte que tantas veces había sorprendido, después de la entrevista de la Chênaie, en los labios de Marcelo, en sus palabras graves llenas de indiferencia por todo. La que estaba llorando en su presencia no hubiese tenido más que pronunciar una sola palabra para que la alegría de vivir y la confianza que impone respeto al peligro mismo penetrasen en el ardiente corazón de su hermano. Y no pronunció aquella palabra á pesar de amarle. Indiferente, no hubiese sido culpable; pero su cobardía venció al amor.

Alicia sollozaba:

—¡Ay! ¡Soy mucho más desgraciada que usted!

Su desesperación era tan evidentemente sincera, que Paula, emocionada, cogió á su antigua amiga entre los brazos, y como otra vez en la alegría, las dos jóvenes mezclaron sus lágrimas en medio de su dolor.

—¡Cuánto le amaba!, dijo Alicia en voz baja.

—¿Por qué no tuvo usted energía?

—¡Ah! ¡Esta es la desgracia de mi vida!

Y entregándose por completo, añadió sollozando:

—Usted puede llorar libremente. Pero yo debo aparentar alegría, cuando llevo la muerte en el alma. ¡Paula, querida Paula, que Dios le libre de sufrir lo que yo sufro!.. Y todo por culpa mía... ¡Ah! ¡Preferiría mil veces ser *su* viuda!..

De este modo Paula conoció el secreto que ahogaba á su amiga. Por las apariencias, la creía feliz; los rumores del mundo no llegaban hasta el Maupas. Y en aquel momento acababa de ver el castigo inmediato y continuo del miedo á la vida.

Alicia se había apoyado en su pecho como implorando socorro. A pesar del abrigo de piel de marta, temblaba toda.

Paula la abrazó, y levantando con la mano aquel dulce rostro lleno de lágrimas, dijo:

—¡Alicia, cuánto la compadezco! Es preciso que sea usted valiente, que le olvide. Piense en su hija. Haga usted de ella una mujer valiente...

—¡Cuánto le amaba!, repitió débilmente.

La señora Guibert entró, y viendo á las dos jóvenes abrazadas, comprendió la causa de aquella emoción.

—Su madre la está esperando.

Y buscando otra frase, añadió:

—Le agradezco mucho su visita.

Perdonada con estas palabras, Alicia le cogió una mano y la rozó con sus labios. Se enjugó los ojos, miró por última vez el retrato de Marcelo y se marchó...

El coche tomó por la avenida de árboles sin hojas y traspasó la verja.

La señora Dulaurens, nerviosa por el retraso de su hija, la observaba con inquietud, cariñosamente, con celos.

(Se continuará.)

COSAS DE CHINA.—El hambre y la peste

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las tentativas que, de algún tiempo á esta parte, hace el Celeste Imperio para arrojar el lastre de sus tradiciones y preocupaciones absurdas que hasta ahora le han impedido utilizar las ventajas de la civilización moderna.

Los efectos de ese movimiento reformador se han dejado sentir primeramente en la enseñanza y en el ejército. En cuanto á la primera, suprimiéronse los antiguos programas, se denunciaron los métodos viejos, creáronse nuevos establecimientos docentes y hasta el propio Confucio vió amenazada su condición divina, quedándole tan sólo la de gran patriota. Las reformas en la enseñanza han modificado el alma de la China, produciendo como primer resultado una exaltación de patriotismo que se manifiesta por el respeto que hoy inspira la bandera del dragón, antes confundida con millares de otras banderas. Por lo que hace al ejército, la afición al militarismo nace ya en la escuela, en cuyas enseñanzas ocupan lugar importante los ejercicios gimnásticos y militares, hasta el punto de que cada establecimiento docente forma un batallón escolar; además, organízanse concursos entre las diversas escuelas, habiendo llegado á reunirse doce y hasta quince mil escolares que, en presencia de las más altas autoridades, han efectuado verdaderos juegos olímpicos con un ardor y un entusiasmo que contrastan con la indiferencia y la apatía características antes del pueblo chino.

En ese movimiento social no ha sido olvidada la mujer; las jóvenes tienen también sus escuelas, en las que aprenden historia, geografía, matemáticas, física, química, higiene.

Por otra parte, el pueblo siente verdadero afán por leer é instruirse, haciéndose cada día más necesaria la creación de bibliotecas públicas, que por desgracia no existen todavía, pues no merece propiamente el nombre de tal la que ha fundado en Pekín una institución norteamericana, la *Boone School*, y que sólo cuenta 1.500 volúmenes. Pocas literaturas hay más ricas que la de una nación que ha sido la educadora de todo el extremo Oriente; pero la mayoría de los libros más notables y preciosos hállanse en poder de literatos y hombres de ciencia que los conservan celosamente y no consentirían en desprenderse de ellos. A falta de popularización de los autores nacionales, comienzan ya á circular en China obras traducidas del inglés, del alemán, del francés y del japonés, y editadas en el Japón.

Sabido es que una de las costumbres que más desastrosos efectos produce en China es la de fumar opio. Hasta ahora, nadie se había atrevido á prohibirla y casi á contenerla dentro de ciertos límites; pero en 21 de noviembre del año último un decreto imperial aprobó un proyecto de ley que contiene diez artículos prohibitivos referentes á la reglamentación y supresión del opio en el Celeste Imperio. Las principales disposiciones de esa ley son las siguientes:

El cultivo de la adormidera y el uso del opio habrán de cesar en absoluto en el espacio de diez años. Los virreyes y los gobernadores ordenarán á sus subprefectos que hagan un censo exacto de las tierras en donde antes no se haya practicado, bajo pena de confiscación.

Todas las personas que usan el opio inscribirán en un registro, que llevará la autoridad local, su nombre, profesión, edad y domicilio, debiendo desde ahora abstenerse de fumar aquella droga los bachilleres, licenciados, notables y mandarines, á fin de dar buen ejemplo al pueblo.

Todos los fumaderos de opio habrán de cerrarse en el espacio de seis meses, y en el mismo plazo cesará la venta de pipas y otros objetos usados por los fumadores.

Queda desde luego prohibido á los vendedores de vinos y licores y á las casas de te vender opio.

Las sociedades contra el uso del opio serán oficialmente apoyadas por el gobierno, y las autoridades

El hambre y la peste en China.—Vista parcial de uno de los campos de concentración instalados en Tching-King-Fu

El hambre y la peste en China.—Un millón de personas en peligro.—Vista general de uno de los campos de concentración instalados en Tching-King-Fu para recoger á los infelices arrojados de sus hogares por las inundaciones
(De fotografías del capitán Kirton, enviado de los comités de socorro ingleses y norteamericanos, comunicada por Photo-Nouvelles.)

chinas se pondrán de acuerdo con el ministro de Inglaterra en Pekín para que la importación del opio de las Indias y de otras naciones extranjeras disminuya progresivamente y cese en absoluto en un porvenir próximo.

Ese espíritu de regeneración avanza con relativa rapidez; pero el imperio chino es tan inmenso, las viejas preocupaciones están tan arraigadas en la población rural, que ha de transcurrir mucho tiempo antes de que todo el pueblo sienta los beneficiosos efectos de las iniciadas reformas civilizadoras.

Ahora mismo, en la provincia de Kiang-su, una formidable inundación ha devastado grandes territorios destinados al cultivo del arroz, sumiendo en la miseria á más de un millón de habitantes. El hambre y la peste han causado estragos entre aquellas gentes, contándose por millares los muertos. Para aminorar los terribles efectos de la catástrofe se han instalado en Tching-King-Fu varios campos de concentración, en donde una multitud inmensa es socorrida, en la medida de lo posible, por las autoridades chinas y por algunas sociedades inglesas y norteamericanas que han enviado allí sus representantes. Uno de éstos es el capitán inglés Korton, autor de las fotografías que en la página anterior reproducimos.—S.

PARÍS. – EL AEROPLANO KAPFERER, RECIENTEMENTE ENSAYADO EN PARÍS. (De fotografía de Branger.)

EL AEROPLANO KAPFERER

Recientemente se ha ensayado en París con éxito satisfactorio este nuevo aparato volador, que se parece á todos sus similares y lleva un motor Buchet, de 24 caballos de fuerza y cuatro cilindros, y cuya superficie es de 45 metros.

La conquista del aire interesa cada vez más, y de día en día salen nuevos inventores que pretenden resolver el importante problema, unos por medio de los globos aerostáticos y otros por medio de los llamados aviadores ó aparatos más pesados que el aire.

Estos últimos no pueden quejarse de falta de estímulos morales y materiales; en prueba de ello, véase el estado que publicó hace poco el periódico parisiense *L'Aerophile* de las cantidades ofrecidas á los aviadores como recompensa de sus esfuerzos: prueba París Londres, 250.000 francos; prueba Londres-Manchester, 250.000 francos; prueba de tres millas en círculo, 62.500 francos; prueba de un kilómetro, 50.000 francos; otras varias pruebas, 400.000 francos. Es decir, un total de cerca de 1.100.000 francos destinados á varios concursos que han de efectuarse en 1907 y 1908. Sólo á los del presente año corresponden 800.000 francos. Para las pruebas de trayecto impuesto hay 923.000 francos correspondientes á un trayecto total de 1.146 kilómetros, tocando, por consiguiente, á 892 francos por kilómetro. No puede negarse que esas cifras son tentadoras y capaces de aguzar el ingenio á los inventores de todo el mundo.

¡Cuán distintos los actuales tiempos de aquellos en que se tachaba de locos y se negaba toda protección á los que perseguían la solución de alguno de esos problemas que por lo extraordinarios no podían ser comprendidos por el vulgo!—X.

Budapest. — Las hijas del Rhin en el teatro de la Ópera. Escena del primer acto de la ópera de Wagner «El oro del Rhin.»
(De fotografía de Carlos Trampus.)

En el teatro de la Ópera de Budapest se ha puesto en escena recientemente *El oro del Rhin*, primera parte de la tetralogía de Wagner *El anillo del Nibelungo*. En el primer acto, como es sabido, se ve en el fondo del escenario el río, por entre cuyas aguas nadan las hijas del Rhin, las guardadoras del oro que ha de hacer omnipotente al que lo posea y con él forje un anillo. Para representar esos movimientos en las graciosas ondinas se han inventado varios *trucs* en los distintos coliseos en donde aquella ópera se ha cantado; pero de todos ellos el más ingenioso es sin duda el puesto en práctica en el teatro de la capital de Hungría. El público sólo ve á las tres hijas del Rhin, Flosshilda, Welgunda y Weglinda, nadar de un lado á otro, sumergirse hasta el fondo del río, remontar hasta la superficie con la soltura y agilidad de verdaderos peces y al fin subir á lo alto de las rocas y desaparecer cautelosamente huyendo de la persecución del enano Alberico.

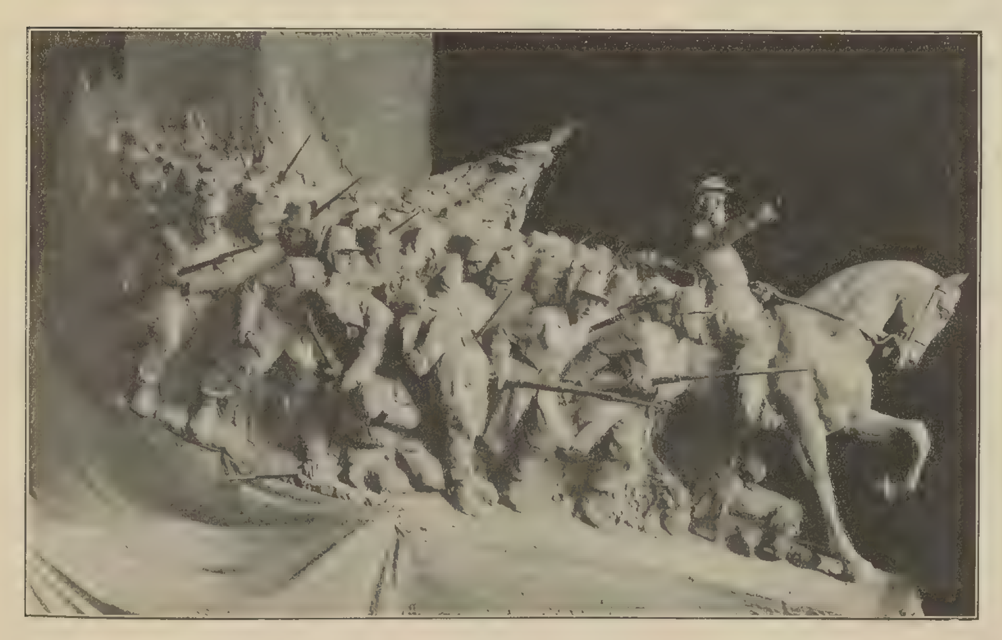
El *truc* que se emplea consiste en una porción de alambres invisibles para los espectadores y á los cuales van atados el cuerpo, brazos y piernas de las ondinas; esos alambres se enrollan en enormes cabrias colocadas en el foso, y á las maniobras de éstas responden los movimientos de aquéllas, produciendo una ilusión completa.

Imp. de Montaner y Simón

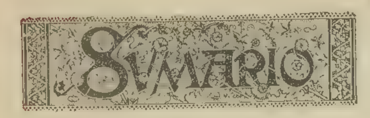
La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 18 de marzo de 1907 — Núm. 1.316

El monumento al general Cialdini, que en breve ha de inaugurarse en Ancona (Italia), obra de Vito Pardo



Detalle del monumento al general Cialdini. (De fotografías remitidas por A. Romieux.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: los patriotas contra los yanquis y contra el protectorado de éstos: la obra del gobierno provisional. – *República Dominicana:* la intervención yanqui en las aduanas: el empréstito y la deuda. – *México:* la inauguración del ferrocarril de Tehuantepec: el tráfico interoceánico. – *Honduras y Nicaragua:* causas de la guerra: trabajos revolucionarios. – *Panamá:* tratado de límites con *Costa Rica.* – *Colombia:* negociaciones para el reconocimiento de los hechos consumados en Panamá: situación interior del país.

Va aumentando en Cuba la efervescencia contra los yanquis. Magoon tiene que pactar con generales revolucionarios, que amenazan sublevarse si se les mantiene alejados del presupuesto. Los intransigentes, los que á todo trance se oponen al protectorado de los yanquis, hacen alarde del profundo desprecio que les inspiran éstos, y afirman que contra el poder de ellos habrá de alzarse en su día el de las potencias europeas, obligadas por propio decoro á tomar la defensa de la moral y del derecho, escarnecidos por los degenerados hijos de Wáshington. ¡Así piensan y hablan ya muchos de aquellos patriotas cubanos que pocos años hace rendían ferviente culto á la doctrina de Monroe!

Si para normalizar la situación de Cuba, para poner coto á rebeldías frecuentes que impiden el desarrollo y progreso de los intereses económicos de la isla, los yanquis consideran ahora precisa su intervención, cuando sobrevenga la guerra con ellos, y se prolongue años y años, las naciones europeas podrán hacer valer la misma razón ó pretexto que aquéllos alegaron, y para pacificar el país enviarán escuadras y soldados que expulsarán de Cuba á los yanquis, como éstos expulsaron á los españoles.

Lo cierto es que todo va allí de mal en peor. El cuadro que traza el periódico *La Discusión* no puede ser más triste. Incendios y robos en los distritos agrícolas; falta de seguridad personal, paralización de trabajo y de negocios en todas partes. Todo está corrompido y pronto á disolverse. Esta es la obra del gobierno provisional que padece Cuba.

Hay otro hecho que aviva el sentimiento de hostilidad contra los yanquis. Muchos de los millones del empréstito que se hizo para pagar á los que combatieron en favor de la independencia, han ido á parar á manos de los especuladores que intervinieron en la operación. Se dice que entre esos especuladores hay algunos cubanos, de los que con mayor ardimiento piden ahora el protectorado permanente de los Estados Unidos.

Contra ese protectorado protestan airadamente los liberales, blancos y negros. «Bienvenida sea la paz—escribe *El Rebelde,* - pero con independencia y libertad. La única paz posible en Cuba es derrocar á los imbéciles que tienen fe en un protectorado ó anexión, y creen que con ello podrán hacer azúcar. Lo que harán será guerra, guerra colosal y sin cuartel, sin perdón para vidas ni haciendas.»

A fines de febrero, el 26, nos trajo el telégrafo la noticia de que el Senado de Wáshington había ratificado el convenio hecho para la recaudación, por funcionarios yanquis, de los ingresos de las aduanas dominicanas, y operación de empréstito con el fin de pagar desde luego á los acreedores de la República de Santo Domingo.

La intervención de las aduanas durará el tiempo necesario para poder amortizar todos los bonos del empréstito que facilitará la banca norteamericana. La deuda se ha fijado definitivamente en 32.400.000 dólars (17.000.000 deuda exterior, 3.000.000 interior y 12.400.000 reclamaciones pendientes).

Calcúlase que harán falta cincuenta años para extinguir todas las obligaciones; es decir, que durante ese período los gobiernos dominicanos no podrán disponer más que de la parte de la renta de las aduanas que les entregue el perceptor jefe nombrado por los yanquis. Se teme que el Congreso de Santo Domingo no ratifique el tratado, y que si lo ratifica sea una causa más de revoluciones en esa República. Desde luego, la prensa dominicana se muestra resueltamente adversaria del empréstito, y ya hay quien pide la dimisión ó destitución del actual presidente.

***

El 23 de enero de 1907 será fecha memorable en la historia de México. En ese día se inauguró el ferrocarril de Tehuantepec, la gran vía que une, á través del istmo mexicano, el puerto de Salina Cruz, en el Pacífico, con el de Coatzacoalcos, hoy Puerto México, en el Atlántico. Son 310 kilómetros de línea férrea en los 215 á 220 que mide la parte más angosta del istmo de Tehuantepec.

Muy antigua es la idea de establecer por ese istmo la comunicación interoceánica; la tuvo ya Hernán Cortés. Desde que se inició el pensamiento han transcurrido muy cerca de cuatro siglos; no hay canal navegable, como el conquistador quería, pero sí hay ferrocarril.

Antes y después de la independencia se hicieron estudios con el objeto indicado. A partir de 1842, en que se otorgó una concesión á favor del ingeniero D. José de Garay, han venido formulándose proyecto tras proyecto, ya de canal, ya de ferrocarril para transportar buques, ya, por último, de vía férrea ordinaria. Esto era lo más práctico, y es lo que se ha realizado.

El acto, mejor dicho, los actos de la inauguración fueron solemnísimos. El presidente de la República, su gobierno, el Cuerpo diplomático y numeroso personal que representaba á todas las clases sociales y á todos los ramos de la administración, fueron de México á Salina Cruz. Aquí, el presidente, el ministro de Hacienda, el ministro de Comunicaciones, abrieron, con sendas llaves doradas, las tres puertas de la estación del ferrocarril. El himno nacional, dice un periódico mexicano, estremeció la atmósfera con sus notas sublimes..., era la respuesta á las salvas y á las aclamaciones de los españoles de Vasco Núñez de Balboa que cuatro siglos antes, en 1513, habían descubierto el gran Océano Pacífico, la mar del Sur.

Un barco procedente de las islas Hauaii dejó su carga en Salina Cruz para ser transportada al golfo de México con destino á Nueva York; otro gran buque, que llegó de este último puerto, desembarcó á la vez su cargamento en Coatzacoalcos para ser conducido á San Francisco de California. ¡Honolulu, Nueva York, San Francisco; tres puertos yanquis enviándose mercancías por el gran ferrocarril interoceánico mexicano! Los trenes cruzaron el istmo en ambas direcciones, y el tráfico así iniciado continuará sin interrupción, porque la empresa del ferrocarril de Tehuantepec ha celebrado contratos con importante casa naviera que le aseguran carga suficiente durante un año. Se prevé ya la necesidad de construir nuevas vías para satisfacer á la gran demanda de transporte que han de hacer otras líneas de navegación.

Y no sólo se ha inaugurado el ferrocarril. En los extremos de éste se han creado dos magníficos puertos, dotados de cuantos elementos requiere el tráfico en nuestros días. Sesenta millones de pesos se han invertido en la reforma y engrandecimiento de Coatzacoalcos y Salina Cruz.

***

Ha habido pasajera guerra entre Honduras y Nicaragua. Juzgaron algunos que era su causa el deliberado propósito, aunque encubierto, de la segunda de dichas Repúblicas de ganar por la fuerza de las armas lo que, con perfecta justificación, le negó el rey de España en su laudo arbitral de 23 de diciembre último.

Admitir tal supuesto sería hacer grave ofensa al honorable gobierno del Sr. Santos Zelaya. Por otra parte, aunque al Norte del cabo de Gracias á Dios, en territorio que era y es de Honduras, según el citado laudo, Nicaragua había hecho concesiones de tierras al yanqui Dietrich, se hallaba dispuesta Honduras á reconocerlas y á respetar todos los derechos adquiridos por la Compañía que aquél representa. Por consiguiente, no podía causarse perjuicio ni á dicha Compañía ni al gobierno nicaragüense, y no había motivo racional para la guerra.

El conflicto parece que se inició días antes de conocerse el fallo de S. M. C., y se debió á intentonas revolucionarias contra el actual gobierno de Honduras, fraguadas por hondureños emigrados en El Salvador y en Nicaragua. A ellas se refiere precisamente el *Diario Oficial* de El Salvador, de 5 de enero, declarando que, en cumplimiento de un doble deber, el de buen vecino leal y el de gobernante del país, dispuso el gobierno salvadoreño la expulsión de los principales agentes con que contaba el Dr. Policarpo Bonilla (primo y rival del presidente de Honduras D. Manuel Bonilla), en la creencia de que esto bastaría para que el citado jefe de la proyectada revolución abandonara sus propósitos de trastorno.

En Nicaragua también hacía Policarpo Bonilla trabajos revolucionarios. Sin duda tuvo aquí más fortuna ó se mostró el gobierno menos celoso de sus deberes hacia nación amiga; las gentes de aquél pudieron entrar en Honduras, y las tropas hondureñas que los rechazaron, penetrando inadvertidamente en territorio de Nicaragua, tuvieron algún choque con las de este país. Es la eterna causa de desavenencias entre las Repúblicas centroamericanas; la participación más ó menos directa de los unos en las contiendas políticas de los otros.

Según las últimas noticias, han cesado las hostilidades, gracias á la mediación de México y los demás Estados de Centro América, secundados por el gobierno de Wáshington.

***

El 26 de enero la Asamblea Nacional de Panamá aprobó el tratado de límites que en 6 de marzo de 1905 habían firmado plenipotenciarios de esa República y de Costa Rica.

Cuando Panamá era departamento de Colombia, dictó en esta cuestión laudo arbitral el presidente de la República francesa. Costa Rica quedó descontenta, y ahora ha conseguido del nuevo Estado alguna modificación favorable á sus pretensiones.

Con este motivo, puede darse un caso curioso. Colombia sostiene que parte del territorio que le asignó M. Loubet, y al que ahora renuncia Panamá, no era del departamento de este nombre; era y sigue siendo de Colombia. Luego si prosperase tal pretensión, la República de Panamá quedaría entre Colombia al Sur y otra parte de Colombia al Norte; en otros términos, Panamá quedaría enclavada entre territorios colombianos.

Pudiera suceder que los derechos territoriales que alega Colombia sirviesen para obtener compensaciones el día en que reconociese á la República panameña.

***

Y ese día no está muy lejano, á juzgar por lo que dijo el general Reyes en la alocución que, como presidente de la República, dirigió el 1.° de enero al pueblo colombiano. En ese documento señala como la cuestión más importante y delicada que tiene que resolver la nación la que se refiere á los Estados Unidos y Panamá, y declara que el gobierno, después de consultar el parecer de los representantes del comercio, la industria y la agricultura, de las municipalidades y de los ciudadanos notables, decidió dar instrucciones á la legación de Colombia en Wáshington para preparar un tratado con los Estados Unidos que ponga término á la situación anormal y peligrosa en que el país se halla desde la independencia de Panamá. Entre esas instrucciones se consigna especialmente la de no aceptar indemnizaciones pecuniarias. Ante todo, dice el presidente, hay que mantener el honor y la dignidad de la República.

En el interior hay completa paz, y se procura acabar con la política personal, de odios, de persecuciones y de injusticias, que tanto daño ha hecho á Colombia. Se ha concedido amnistía general á todos los ciudadanos que sufrían pena por delitos políticos.

La mala situación económica aún no se ha dominado por completo; pero es un error creer que la República está en completa ruina. Colombia es uno de los países más ricos del globo y tiene recursos sobradísimos para reponerse y prosperar en plazo relativamente breve.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL CANTO DEL GALLO

Sentado en su cómodo butacón de cuero, bajo el emparrado de la casa rectoral, que servía como de dosel á su venerable figura, y rodeado de una veintena de niños y niñas que le escuchaban con atención, mirando á hurtadillas á su mano derecha que, de cuando en cuando, distribuía almendras, D. Tomás, el virtuoso párroco de Navafría, leía la Pasión de Jesús... La tarde, augusta y solemne, declinaba ya, y el sol, que en aquel día de primavera había calentado algo más de lo que el almanaque le señalaba, caminaba á su ocaso, mientras una ligera brisa refrescaba el ambiente.

D. Tomás, el virtuoso párroco de Navafría, leía la Pasión de Jesús

Pedro—leía el sacerdote—*estaba sentado fuera en el atrio y se llegó á él una criada, diciendo: «Tú también estabas con Jesús el Galileo.»*

Mas él lo negó delante de todos, diciendo: «No sé lo que dices.»

Y saliendo él á la puerta, le vió otra criada y dijo á los que estaban allí: «Este estaba también con Jesús Nazareno.»

Y negó otra vez con juramento, diciendo: «No conozco tal hombre.»

Y de allí á un poco se acercaron los que estaban allí y dijeron á Pedro: «Seguramente tú también eres de ellos: porque aun tu habla te da bien á conocer.»

Entonces comenzó á hacer imprecaciones y á jurar que no conocía tal hombre. Y cantó luego el gallo.

Los niños se indignaron; pero entre todos descolló una pequeñuela, rubia y vivaracha que dijo, trémula de ira:

—¡Qué malo! A ese hombre le debían haber matado haciéndole pedacitos.

D. Tomás la miró atentamente y exclamó casi para sí:

—¡Ay, niña querida! ¡Mal síntoma es condenar con tanta energía los pecados de los demás!

Cuando Luis tuvo la inmensa desgracia de perder á su adorada Carmen, pensó en suicidarse; pero le quedaba una niña, Petrilla, fruto de aquel amor apasionado, loco, y se resignó á vivir. Para colmo de desventuras, le dejaron cesante en la casa de comercio en que era cajero, y falto de recursos para seguir habitando en Madrid, vendió los muebles, exceptuando un retrato de su adorada muerta, y una triste noche de invierno se metió en el tren con su hija y fuése á Navafría, un pueblecillo en que tenía algunas tierras. Allí prescindió de toda clase de pretensiones, vistió desde el primer día como uno de tantos y se dedicó á arar, á sembrar y á todos los trabajos de los labradores poco acomodados.

En una sola cosa se distinguía de los demás. Desde que mejoró algo de fortuna, su única vanidad consistió en que Petrilla fuese la niña mejor vestida y alhajada de la comarca; y en verdad que la chiquilla lo merecía por su carita deliciosa y sus maneras distinguidas, que contrastaban notablemente con los modales de sus lugareñas compañeras. Aprovechando la proximidad de la capital de provincia, se dedicaba á pequeños negocios comerciales, cuyos productos gastaba íntegros en vestidos y joyas para su hija; en cambio, él se abstenía de fumar y gastaba lo estrictamente indispensable para no morir de hambre. El párroco le censuraba algunas veces su afán de que Petrilla fuese muy bien vestida y le representaba los peligros de acostumbrarla al lujo; pero él callaba, y cuando, al acostarse, miraba el retrato de su mujer, le parecía verla sonreir y se transfiguraba, olvidándolo todo y abismándose en los dulces recuerdos de su amor...

Y la niña fué creciendo. Cuando llegó á los diez años, Luis hipotecó sus tierras é hizo por su hija el mayor de todos los sacrificios: separarse de ella. Había en la capital un colegio en que admitían internas y allí la llevó, diciendo á la directora que deseaba la enseñase de todo, como á la que pagase más. Como era consiguiente, él disminuyó aún más sus gastos, se olvidó de sí mismo y llegó á hacer verdaderos milagros; pero poco á poco se le fué haciendo más difícil pagar la pensión de Petra con los aditamentos de libros, objetos de escritorio, hilos, sedas, ropas, etc., y tuvo que vender sus fincas una á una y ponerse á jornal... Entonces se vió precisado á suprimir hasta el único gasto que hacía: ir á la ciudad los días de fiesta á ver á su hija. Y á pesar de esto, siempre estaba contento; había realizado su ensueño, su ideal: hacer de Petra una señorita elegante, bien educada, distinguida: la muerta podía estar satisfecha.

Y sucedió lo que tenía que suceder. La directora del colegio, para completar la educación de sus discípulas, llevaba á las mayores, en los últimos meses de su estancia en la pensión, á unas reuniones que daba la marquesa de X..., á las que acudía la flor y nata de la ciudad y en las que, de cuando en cuando, se permitía bailar á las jóvenes. Y una tarde en que Luis, sentado frente al retrato de Carmen, pensaba en su hija, recibió una carta de ella que decía poco más ó menos:

«Querido papá: Supongo que te alegrarás de la noticia que voy á darte. El conde de Vallehondo, un joven elegantísimo y muy guapo, me ha pedido relaciones y le he correspondido. Quiere casarse en seguida: de manera que voy á ser condesa. Pero ayer, la marquesa de X... me ha dicho que cuando un noble se casa con una que no lo es, es preciso que ella lleve un buen dote. Dime, pues, á vuelta de correo el dote que me puedes dar. Tu hija, que te quiere, *Petra.*»

Luis, ante este golpe, quedó anonadado. Él, que había procurado siempre ir bien vestido en sus visitas á su hija, que le había ocultado sus miserias, ¿cómo iba á decirla ahora que era un jornalero, inhabilitándola para ser condesa, para entrar en el gran mundo, en aquel mundo para el cual la había educado? Y por otra parte, ¿qué iba á hacer para proporcionar á Petra los medios de ser feliz? Ante aquel conflicto, no supo más que arrodillarse con los brazos extendidos ante el retrato y llorar como un loco pidiendo á la imagen un consejo...

Cuando se levantó, estaba tranquilo. Había encontrado lo que buscaba.

¿Cómo germinó en el alma de aquel hombre honrado un pensamiento criminal? ¿Por qué extrañas series de ideas llegó Luis á aquel proyecto insensato? Yo no sabré explicarlo; pero lo cierto es que mató y robó. Había en el pueblo un pobre viejo, á quien dominaba la avaricia, que poseía inmensas riquezas tan bien disimuladas, que pedía limosna en el atrio de la iglesia sin que esto extrañase á nadie. Solamente el párroco y Luis estaban en el secreto, porque su hombría de bien era tan grande, que el viejo no había dudado en comunicárselo para tener quien le defendiera en caso de una agresión.

Pues bien: la misma noche en que recibió la carta de su hija, Luis esperó á que no pasase nadie por las calles del pueblo, y aprovechando el silencio y la obscuridad, entró en casa del avaro, lo mató de una puñalada, se apoderó de los billetes que tenía y volvió á su casa tranquilo y satisfecho. Después metió los billetes en un sobre, escribió una carta á su hija confiándola todo, la echó al correo y se acostó como si nada hubiera hecho.

Al poco tiempo, Petra y el conde desaparecieron sin dejar rastro alguno, y descubierto el delito, Luis fué condenado á cadena perpetua.

Y pasaron treinta años. Los condes de Vallehondo, dueños de una inmensa fortuna, volvieron de América y se presentaron en Madrid. En el Perú, donde habían vivido, Petra había cambiado de nombre y se llamaba ahora Sofía. Desde su llegada á la corte comenzaron á dar reuniones espléndidas á las que acudían todas las aristocracias y que se hicieron célebres en poco tiempo por su elegancia y su buen tono. La única hija de los marqueses se vió cortejada por los mejores partidos, y por fin se decidió por el hijo mayor de un duque riquísimo, diplomático, sportman de los más distinguidos y una de las mejores figuras.

El día en que se celebraron los esponsales, la casa de los marqueses estaba resplandeciente. En el *hall* del hotel estaban representadas las clases más elevadas de la sociedad: aristócratas, banqueros, políticos y generales se habían dado cita en la elegante morada.

Cuando la animación era más grande, se vió una cosa extraña. Por la puerta principal del hotel penetró un anciano, lleno de andrajos, que subió la escalinata á despecho de los criados, y con voz firme preguntó por la marquesa, diciendo que deseaba hablarla. Enterada de ello Petra, salió en seguida y se encontró con su padre, á quien detuvo con un gesto cuando vió que iba á echarse en sus brazos delante de los criados... Le hizo pasar á una salita apartada, y allí, á vuelta de muchas caricias, le dijo:

—Padre de mi alma, á usted, que tantos sacrificios ha hecho por mí, no le costará mucho hacer uno más. Si el mundo supiera que soy hija de un licenciado de presidio, todos me escupirían á la cara. Mi única hija se va á casar con un grande de España y la boda se desharía. Así, pues, yo le quiero á usted mucho y le mantendré en mi casa; pero tiene usted que pasar por mayordomo ó algo por el estilo y que nadie sepa que es usted mi padre...

El anciano posó sus ojos en su hija y mirándola de un modo indefinible la dijo:

—Lo que tú quieras, hija, lo que tú quieras...

Y cuando la marquesa volvió al salón y declaró que aquel importuno era un pobre viejo que le recomendaban para que le colocase, su hija exclamó:

—Oye, mamá: mientras tú has estado fuera ha pasado una cosa muy rara. Figúrate que hemos oído cantar á un gallo. Aquí no los hay, ¿verdad?

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

ÚLTIMAS EXCAVACIONES PRACTICADAS

EN EL FORO ROMANO

Desde hace mucho tiempo se habla de las excavaciones que, dirigidas por Jacobo Boni, se practican en el Foro Romano, en donde vuelven á ver la luz del día los vestigios de los antiguos monumentos y las reliquias de los primeros habitantes de la región clásica. De esas excavaciones nos hemos ocupado en el número 1.252 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y hoy volvemos á hacerlo para dar á conocer los últimos descubrimientos, que revisten grandísima importancia, según puede verse por las fotografías que en esta y en la siguiente página reproducimos.

Jacobo Boni, ese apasionado y sabio romanófilo, nació en Venecia en 25 de abril de 1859, y desde muy joven dedicóse á estudiar su ciudad natal, á cuyo embellecimiento contribuyó y acerca de la cual ha escrito trabajos muy notables, entre ellos *Venecia embellecida*, *Salvemos las lagunas venecianas*, *La iglesia de los milagros* y *Los mármoles y las piedras de San Marcos.*

Llamado á Roma, acometió la magna empresa de las excavaciones del Foro Romano, siguiendo un método especial suyo, que expuso en su estudio *El método de las excavaciones arqueológicas*, y cuyos admirables resultados se tocaron bien pronto.

Mas no se ha limitado solamente á las excavaciones; á él se deben también un museo de fotografías de la antigüedad romana, otro de las excavaciones y de los planos de los monumentos, y la *Planta altimétrica del Foro Romano*, obra de resurrección, de reconstrucción y de ilustración, de excepcional interés.

Sus viajes arqueológicos, sobre todo el que recientemente ha realizado á Irlanda, le han permitido hacer estudios de arqueología comparada, merced á los cuales ha llegado á síntesis inesperadas sobre la antigüedad de la civilización latina y que le valieron el título de doctor «honoris causa» de la Universidad de Dublín.

Digamos ahora algo de sus últimos descubrimientos.

La *Via sacra*, que atravesaba todo el Foro Romano, ha sido puesta al descubierto, y en sus ambas losas aún se ven las rodadas de los carros romanos. También lo han sido la casa de las Vestales, con las estatuas de éstas y las tazas de las fuentes en donde se recogía el agua para los ritos; la *Via nova*, que conduce á la puerta oriental del Palatino y por la cual dícese que pasaban las sacerdotisas cuando desde el Palacio imperial se dirigían á la Reggia; la parte interior del *Vicus Tuscus*, ó camino de comunicación entre el Foro y el Circo Máximo; el templo de Julio César, con el ara para las cremaciones y los jarrones para las ofrendas fúnebres; la fuente y el templo de Iuturna, con fragmentos escultóricos de las divinidades tutelares y de las estatuas de Cástor y Pólux; el *clivio* que conducía desde el arco de Tito hasta el Palatino; la arcada y el ábside de la basílica de Maxencio.

Aparte de esos monumentos de la Roma antigua, descúbrense con frecuencia restos interesantísimos de la Roma prehistórica, con sus tumbas y con las reliquias de gentes remotas que profesaban, como las generaciones posteriores, el culto á los muertos. Vense asimismo los monumentos solemnes de la religión cristiana, que forman elocuente contraste con los monumentos paganos y que nos recuerdan el triunfo de la nueva fe sobre los errores del viejo mundo. Uno de los más interesantes descubrimientos de esta clase realizados por Boni ha sido el de las tumbas de cremación situadas á lo largo de los cimientos del templo de Antonino y Faustina y que son evidentemente tumbas prerromanas.

Son, pues, varias civilizaciones que, sobrepuestas una á otra, van apareciendo sucesivamente y señalando varias fases de la historia, no sólo latina, sino también humana. Y los fragmentos arquitectónicos que cada día se descubren sintetizan el grave arte etrusco, el florecimiento del arte de Augusto, el invasor helenismo, y la excesiva y ruinosa grandeza de un imperio que poseía dominios demasiado vastos y lejanos.

La exploración estratigráfica, que penetra en las entrañas de la tierra, aporta cada día testimonios importantes que abren nuevos horizontes á la geología. Baste considerar que en las capas inferiores del Valle del Foro, entre cimientos de antiguos edificios y junto á fragmentos de mármoles se han encontrado vasijas de todas las épocas; así, en un lugar cercano á la Curia, al lado de un barro cocido bizantino del siglo V ó VI de la era cristiana, han aparecido jarrones de los siglos VI y VII antes de Jesucristo y otros aún más antiguos, de épocas en las cuales el arte se envuelve en las nebulosidades de la leyenda.

En una de esas exploraciones en sentido vertical, la misma que seguida horizontalmente descubría el *Lapis Niger*, penetróse, debajo del templo de San Adriano, en la propia aula del antiguo Senado romano, y pudo c

ROMA. – ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS REALIZADOS EN EL FORO ROMANO. – LOS «ROSTRA VETERA» SITUADOS DEBAJO DEL TEMPLO DE SATURNO. (De fotografía de Carlos Trampus.)

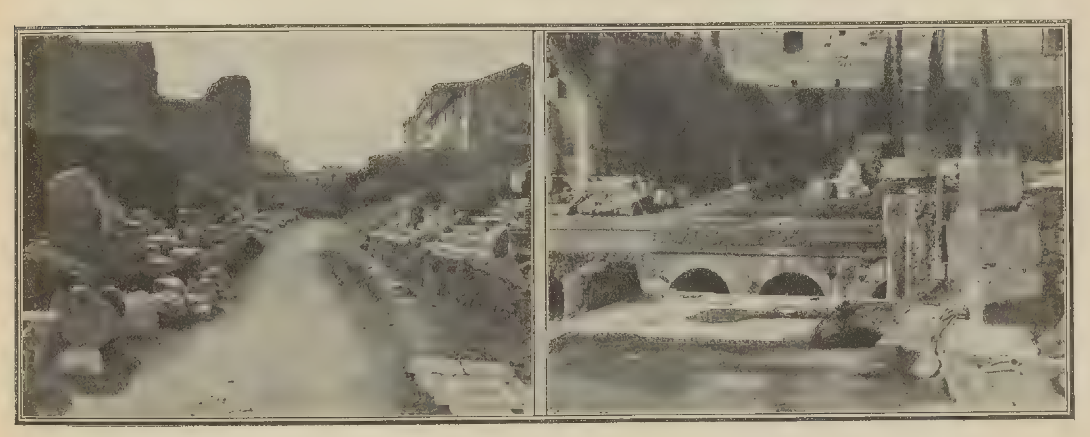
ROMA. – LA VÍA SACRA, RECIENTEMENTE DESCUBIERTA, QUE ATRAVIESA EL FORO ROMANO. (De fotografía de Carlos Trampus.)

templarse su pavimento y los marmóreos asientos colocados alrededor. Mas como sobre el aula hay un alto terraplén y en éste se halla construída una iglesia de monjes extranjeros, fué preciso cubrir de nuevo la excavación, no sin antes haber sacado fotografías y dibujos de aquel lugar que dan idea de su magnificencia.

Es de esperar que el patriotismo de los romanos y el interés que las excavaciones despiertan acabarán por vencer los obstáculos que hoy se oponen á que quede enteramente al descubierto aquel lugar augusto de donde salieron las leyes que aún hoy constituyen el fundamento de la legislación de las naciones civilizadas. – A.

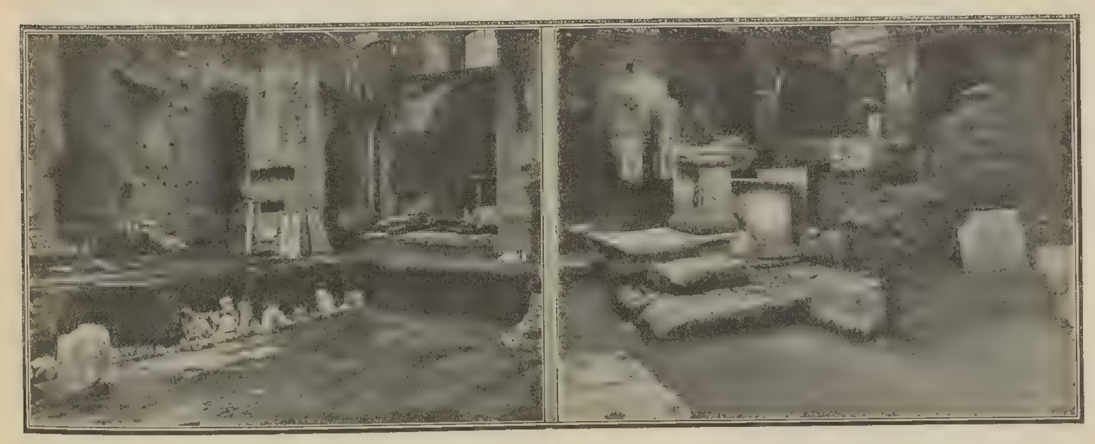
ROMA. – FUENTE IUTURNA. EN EL FONDO SE VEN FRAGMENTOS DE LAS ESTATUAS DE CÁSTOR Y PÓLUX

TEMPLO DE JULIO CÉSAR CON EL ARA EN DONDE FUERON QUEMADOS LOS RESTOS MORTALES DEL DICTADOR



EL «VICUS TUSCUS,» ÚLTIMAMENTE DESCUBIERTO

DETALLES DE LOS ROSTRA VETERA



LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA ANTIGUA SIN LOS EDIFICIOS QUE LA ENVOLVÍAN Y QUE HAN SIDO DEMOLIDOS

EL TEMPLO DE IUTURNA CON FRAGMENTOS ESCULTÓRICOS DE LAS DIVINIDADES TUTELARES

ROMA. – ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS REALIZADOS EN EL FORO ROMANO

(De fotografías de Carlos Trampus.)

Excmo. Sr. Dr. D. CLAUDIO WILLIMAN

La Asamblea Nacional de la República Oriental del Uruguay, reunida el 1.° de marzo en Montevideo, ha elegido presidente de este joven y próspero país para el período de 1907-1911 al Dr. D. Claudio Williman. La designación del Dr. Williman para jefe supremo del Estado constituye un hecho significativo y revela el vigor con que ha arraigado el principio republicano en estas ardientes democracias de Ultramar, por lo general tan calumniadas en Europa.

El Dr. Williman es una personalidad formada en el estudio y la meditación; un hombre de ciencia que hace poco abandonó su gabinete de trabajo para lanzarse á los azares de la vida pública. Con él continúa y se afirma la tradición civilista iniciada en el Uruguay en 1890, y que parece ha concluído por vencer en definitiva al predominio militar, que tantos males ha causado en las jóvenes Repúblicas sudamericanas.

Como su antecesor el señor Batlle y Ordóñez, el doctor Williman ha salido de las filas del principismo evolucionista de 1897. Su tradición política, breve y casi episódica, está vinculada en la del último presidente del Uruguay, al que acompañó desde su juventud en sus rudas campañas de revolucionario y periodista. Pero la faz política de esta interesante personalidad se eclipsa ante otros aspectos de su vida fecunda, consagrada á la ciencia y al profesorado, á la labor muchas veces anónima del gabinete del sabio, en donde su espíritu sencillo y modesto vivió largos años, y de donde lo ha alejado, acaso para siempre, la tentadora deidad de la política.

La vida austera de este ciudadano ha sido silenciosa, pero su silencio ha sido fuente de concentración, de intensidad, de energía, de fuerza viva y palpitante, arrojada á manos llenas en el aula, en la cátedra, en el medio ambiente universitario que él contribuyó á nutrir con su cerebro. Esa vida de recogimiento y silencio sugiere la idea de esas extraordinarias máquinas que construye la industria moderna, que sin ruido y casi sin movimiento crean la fuerza y la radian y distribuyen como si fuesen colosales neuronas de acero.

La exteriorización activa de su personalidad data de breves años. Se inició, ya maduro, en un momento difícil de la evolución social del Uruguay, cuando derrumbado un sistema de gobierno impuesto durante largo tiempo, los partidos y los círculos se agruparon sobre sus ruinas para intentar la reconstrucción política del país. Comenzó por desempeñar un papel modesto, y concluye por ocupar el cargo supremo á que puede aspirar un ciudadano de la República del Uruguay. Los datos biográficos que van en seguida perfilan claramente esta personalidad cuyos rasgos característicos quedan indicados.

El Dr. Williman nació en Montevideo el 2 de septiembre de 1862, é inició sus estudios en el «Club Universitario,» cuna de una generación de intelectuales ilustres. Consagrado desde su primera juventud á las ciencias exactas y físico naturales, á sus estudios predilectos debe acaso la elasticidad, el dominio y la claridad de su espíritu acostumbrado al cálculo, al teorema, á la solución lógica é inmediata, y esclavo siempre de la experiencia, de la realidad y del hecho. Perfilada ya su fisonomía moral de joven sabio, la Sociedad Universitaria le confió las cátedras de Matemáticas y Física, las que conservó al producirse la fusión que dió origen al Ateneo de Montevideo. Poco después (1884) ganó en concurso la cátedra de Física de la Universidad de la República, la que abandonó dos años después para alistarse entre los revolucionarios que en 1886 se pronunciaron contra la infausta tiranía del general Santos y que fueron derrotados en la jornada del Quebracho, día luctuoso para el civismo nacional. En esa revolución de que formaron parte todas las fuerzas morales del país, el Dr. Williman figuró en la falange de jóvenes que más tarde había de encontrar en la vida pública. Hecho prisionero, fué conducido á Montevideo, donde recobró la libertad y pudo reanudar sus estudios, hasta terminarlos en 1887, año en que recibió su título de doctor en jurisprudencia.

Excmo. Sr. Dr. D. Claudio Williman, elegido presidente de la República Oriental del Uruguay para el período de 1907-1911. (De fotografía de Augusto Fillat y C.ª, remitida por nuestros corresponsales en Montevideo Sres. Bertrán y Castro.)

Al caer la tiranía santista, el Consejo Universitario le adjudicó nuevamente la cátedra de Física, que le había sido arrebatada; meses después, al fundarse la Academia Militar, fué nombrado profesor de la misma asignatura.

En 1889 se le designó decano de la Facultad de Preparatorios, cargo que ocupó durante largos años. En 1898 fué presentada su candidatura para rector de la Universidad Mayor de la República, candidatura que él renunció expresamente; pero elegido de nuevo un año después, aceptó el alto puesto. Siendo rector de la Universidad, el presidente de la República Sr. Cuestas le ofreció reiteradamente la cartera de Fomento, que él declinó, haciendo lo mismo con el Ministerio de Gobierno que le ofreció el presidente Sr. Batlle y Ordóñez al ascender al poder.

Sus catorce años de vida universitaria constituyen una labor inteligente y tenaz; su nombre va unido á todas las reformas y progresos introducidos durante ese tiempo. Fué fundador de la Facultad de Matemáticas y colaboró en la redacción del proyecto de las actuales Facultades de Comercio y Agronomía y Veterinaria, y se deben á su iniciativa el suntuoso palacio que se construye para Universidad y el vasto edificio de la Facultad de Medicina.

Su actuación política y administrativa se sintetiza así: 1899, vicepresidente del gobierno municipal, miembro de la Junta Electoral y presidente del Consejo Penitenciario; 1903, presidente de la Comisión Nacional del Partido Colorado, y 1904, ministro de Gobierno.

Hombre de ciencia, catedrático, rector de la Universidad, edil, ministro y presidente de la República, la escala democrática por que paso á paso ha ascendido el Dr. Williman y en la que día por día ha puesto á prueba su ilustración, su inteligencia, su virtud ciudadana, su consagración al bien público y sus aspiraciones de futuro, es la mejor garantía de los días de prosperidad que bajo su administración esperan á la República Oriental del Uruguay.

R. Montero Bustamante.

EL MAESTRO JOSÉ LASSALLE

Bien merece el maestro Lasalle que unamos nuestros plácemes y alabanzas á los que sin reserva le tributa el público de esta ciudad que concurre á los selectos conciertos que se celebran en el teatro Principal.

Lassalle ha recorrido en breve espacio de tiempo lo que para otros músicos significa ó representa un penoso camino. Nacido en Olerón, obtuvo en nuestras universidades el doctorado en Filosofía y Letras, cuya carrera no ejerció por haber preferido, subyugado por sus aficiones y aptitudes, el cultivo de la música, por la que sintió, desde sus infantiles años, decidida vocación, que se acentuó durante su estancia en Alemania. Allí, en aquel país clásico del divino arte, tuvo la suerte de recibir provechosas enseñanzas de Wolff, Ferrari y de Thuille, realizando tales progresos y adelantos, que llegó á ocupar el sitio de director de la Kalm-Saal de Munich. Los éxitos obtenidos demuestran su indiscutible competencia, confirmada por haber sido contratado recientemente para la Kalm-Orchester de aquella capital.

Cuanto pudiéramos decir en su elogio resultaría pálido ante los juicios emitidos por el ilustre musicógrafo Pedrell, y sobre todo ante los triunfos que ha logrado en los conciertos por él organizados y dirigidos en el decano de nuestros coliseos.

EL MAESTRO JAIME PAHISSA

Joven, muy joven, puesto que sólo cuenta veintiséis años, ocurre con nuestro amigo lo que se observa con todos aquellos que han logrado singularizarse, con los que pudiéramos considerar comprendidos en el número de los elegidos, esto es, que se manifiestan, que revelan sus excepcionales aptitudes precisamente en otro medio, en diverso ambiente de aquel en que se suponía que podían obtener lisonjeros re-

El maestro JOSÉ LASSALLE, director de los conciertos que con tanto éxito da en el teatro Principal la Orquesta Filarmónica Barcelonesa. (De fotografía.)

El maestro compositor JAIME PAHISSA, cuya sinfonía «A las costas mediterráneas» ha ejecutado con extraordinario éxito la Orquesta Filarmónica Barcelonesa. (De fotografía.)

sultados. Hijo Pahissa de un dibujante distinguido, cuyo nombre lleva consigo el concepto de la maestría, había de suponerse que seguiría la senda emprendida por su padre y maestro. Y si bien es cierto que ya desde sus primeros años demostró afición y aptitudes para el dibujo, no lo es menos que atestiguó también sus buenas disposiciones para el estudio de la música, ya que casi sin maestro realizó notables adelantos que merecieron el aplauso, al ser consultados, de los maestros Goberna y Morera.

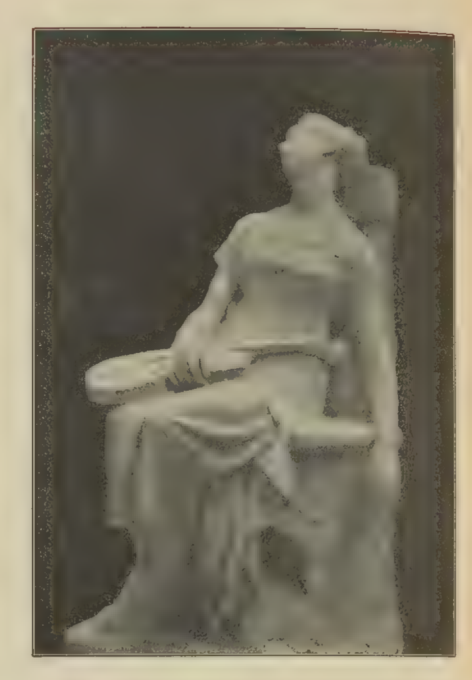
Esto no obstante, emprendió la carrera de arquitecto, cuyos cuatro primeros años cursó con aprovechamiento, quedando interrumpida al resolver decididamente trocar el estudio de las resistencias por la exposición en el pentagrama de sus extraordinarias composiciones.

Muy reciente es el éxito obtenido por el concierto organizado y dirigido por el novel compositor, y más próximo el alcanzado en el segundo concierto Lassalle por su hermosa obra *Las costas mediterráneas*.

Hoy Pahissa es una grata realidad y una gran esperanza, y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al publicar su retrato, le felicita por los triunfos alcanzados y le augura otros mayores para el porvenir.—LL.

PARÍS.—LA HUELGA DE LOS ELECTRICISTAS. LOCOMÓVIL FUNCIONANDO PARA FACILITAR FUERZA MOTRIZ Á LA IMPRENTA EN DONDE SE IMPRIME EL PERIÓDICO «LA PATRIE.» (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El obrero, escultura de Jorge Minne



Reposo, escultura de E. de Vigne

En la fuente, cuadro de Carlos Liner

Concierto íntimo en un beaterio de Bélgica, cuadro de Claus Meyer

Después de la batalla, cuadro de J. Pérez

EL MONUMENTO AL GENERAL CIALDINI

OBRA DE VITO PARDO

(Véanse los grabados de la página 185)

El general Enrique Cialdini, duque de Gaeta, uno de los jefes más valientes en las guerras de la independencia de Italia, consideraba á España como su segunda patria; su madre Luisa Santyau y Velasco era de origen español, y su esposa doña María Martínez de León, era también hija de un banquero de Valencia.

Otra circunstancia más ligó el nombre de Cialdini con la península Ibérica, y es el haber combatido primero en Portugal, bajo las órdenes de D. Pedro, contra D. Miguel (1832), y luego en España en defensa del gobierno de la reina regente doña Cristina de Borbón contra la insurrección de D. Carlos (1835).

El joven Cialdini combatió como voluntario, logrando varias medallas, la cruz de San Fernando y el grado de comandante por mérito de guerra y como teniente en el regimiento de Almansa de la infantería española. Fué más tarde ayudante del mariscal Narváez, y por varios importantes servicios mereció el grado de jefe de batallón y luego de teniente coronel en el regimiento de infantería San Fernando (1847).

En el año 1848 Cialdini se fué á Italia y tomó parte grandísima en la guerra y en los acontecimientos políticos (1848-1866); llegó hasta el grado supremo de general de ejército y consiguió el título de duque en recompensa de su valor.

El general Cialdini no olvidó nunca los doce años pasados en España; se acordó siempre que fué allá donde tuvo el bautismo del fuego, donde aprendió el arte de la guerra y donde encontró su querida esposa, quien descansa ahora á su lado en el cementerio monumental de Pisa.

El monumento que dentro de poco se levantará, cerca de Ancona, á la memoria de este hombre, es sencillo y original: el general está representado á la cabeza de sus soldados, bajando de una colina y dando órdenes de batalla.

El autor es el escultor prof. Vito Pardo, de Roma. – A. R.

D. MANUEL PLANAS Y CASALS

Abogado notable y político de firmes convicciones, fué el Sr. Planas y Casals, recientemente fallecido, una personalidad saliente en Barcelona. Ejerció durante muchos años la jefatura del partido conservador de esta provincia, mereciendo la absoluta confianza del Sr. Cánovas del Castillo y de sus correligionarios barceloneses.

Nacido en esta ciudad en marzo de 1837, licencióse de abogado en 1868, recibiéndose de doctor al año siguiente. Fué diputado provincial desde 1877 hasta 1896 y desempeñó el cargo de presidente de la Diputación en 1884-1886 y 1890-1894. En 1896 fué elegido diputado á Cortes y en el mismo año fué nombrado senador vitalicio. En todos esos cargos prestó grandes servicios á la causa de la producción nacional.

Desde hacía algunos años permanecía alejado de la política activa y consagrado exclusivamente á su bufete de abogado. ¡Descanse en paz!

El Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, fallecido en Barcelona el día 11 de los corrientes. (De fotografía.)

Barcelona. – Aspecto de un colegio electoral en las elecciones de diputados provinciales efectuadas el día 10 de los corrientes (De fotografía de A. Merletti.)

La indiferencia es la característica de las elecciones en la casi totalidad de las poblaciones de España; en Barcelona, en cambio, de algunos años á esta parte reina en ellas el mayor entusiasmo. En las últimas de diputados provinciales han votado más de 50.000 electores, cifra nunca alcanzada hasta ahora, y á pesar de lo reñido de la lucha, la elección se ha realizado con el orden y la legalidad más absolutas. La candidatura de Solidaridad Catalana ha triunfado íntegra, habiendo alcanzado más de 32.000 sufragios. El cuerpo electoral de Barcelona dió aquel día un hermoso espectáculo y un ejemplo digno de ser imitado, y el gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo ha merecido plácemes unánimes por sus acertadas medidas para garantizar el ejercicio del derecho de sufragio.

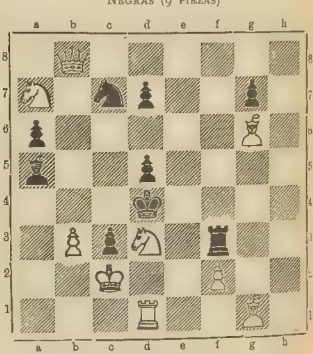
PARÍS. – La huelga de los electricistas. – París, la ciudad luz, como se la denomina, se quedó á obscuras hace pocas noches, á consecuencia de la huelga de los obreros electricistas. El aspecto que ofrecieron las calles y los edificios públicos no podía ser más singular y hasta cierto punto pintoresco. Los teatros hubieron de suspender sus funciones; en los cafés y restaurants, en las oficinas públicas y en las casas particulares se echó mano de todos los aparatos de iluminación por bujías y petróleo.

Las industrias que funcionan por medio de la electricidad hubieron de suspender sus trabajos y muchos fueron los periódicos que no pudieron imprimirse; algunos como «La Patrie» apelaron á locomóviles y á acumuladores eléctricos para proporcionarse la fuerza necesaria, según puede verse en la reproducción fotográfica de la pág. 191.

AJEDREZ

Problema núm. 455, por V. Marín.

Negras (9 piezas)



Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 454, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. e 2 – e 3	1. R d 5 – d 6
2. D d 2 – g 2	2. Cualquiera.
3. D g 2 – c 6 mate.	

Variantes

1...... R d 5 – e 4; 2. C d 7 – f 6 jaque, etc.
Otra jug.ª; 2. D d 2 – g 2 jaque, etc.

Lisonjeada, la chiquilla se echó á reir con alegría contagiosa

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

Evitó hablar de la negativa recibida y de la actitud de Paula, y al salir del bosque de encinas, apoyó su mano sobre el brazo de Alicia, sentada enfrente de ella.

—Ves cómo tu madre no se equivoca nunca, le dijo en voz baja, mientras la señora Sougeon examinaba el melancólico paisaje.

La joven alzó sus ojos interrogadores.

—Sí, hija mía. Si te hubiese dejado casar con el comandante Guibert, ahora serías viuda.

Alicia no contestó. Con espanto, descubría regiones inexploradas de su alma, y se decía que aun siendo viuda, no sería tan desgraciada. El dolor procedente del destino es más profundo, pero menos deprimente, que aquel otro cuya fuente está en nosotros mismos, en nuestra debilidad, en nuestra cobardía ante la vida. Después de haber despedazado los corazones, los purifica y consolida. La otra clase de dolor nos consume sin provecho, y sus golpes nos abaten lentamente y sin grandeza alguna... Y llorar la muerte heroica del esposo preferido entre todos, le pareció mucho más dulce que lamentarse del envilecimiento del compañero de toda su vida...

V

JUAN

¡Cuánto darían las familias á quienes la muerte arrebata lejos de ella á un ser querido, por oir hablar á un testigo presencial del sangriento sacrificio, por conocer detalladamente el suceso trágico revelado por el laconismo de un pliego oficial, la actitud su prema inmovilizada por la muerte, aunque estos detalles abran de nuevo sus heridas, hagan correr de nuevo sus lágrimas! Se consideran felices en medio de su desgracia, cuando pueden conocer exactamente la verdad, cuando la muerte no se encierra entre tinieblas, cuando pueden penetrar los misterios que durante el día torturan el espíritu y se convierten en pesadillas al llegar la noche...

Han pasado muchos meses desde el combate de Timmimoun. De las dos mujeres enlutadas del Maupas, una anda más encorvada, sin que se haya apagado su débil sonrisa; la otra marcha derecha y altiva, desdeñosa de su juventud se abandona amargamente y sin esperanzas á los días que pasan. Rodeadas de soledad y silencio, nunca bajan al pueblo, y no franquean más umbrales que aquellos miserables en donde su presencia es siempre ansiada.

Sin embargo, cuando se oyen crujir las pisadas del cartero en la arena del patio, se estremecen aún. El buen hombre, poseído y orgulloso de su importancia, no las deja estar en duda y según los sellos les dice: «¡Viene de París..., de Tonkín..., de Argel!»

—Bueno, Ravet, vaya usted á ver á María para que le dé un vaso de vino.

Estas cartas constituyen la única alegría de aquella casa. Son más frecuentes que antes. Los hijos se esfuerzan por rodear con su afecto aquella triste vejez. Las cartas de Africa son de Juan Berlier. En ellas habla de Marcelo y de su muerte gloriosa.

En la última anunciaba su regreso á Saboya para fines de mayo. Mayo ha llegado rodeado de luces y flores. En el Maupas interrogan con ansia la avenida desierta en donde los castaños ostentan con orgullo sus blancos ramos...

El joven que sube lentamente la cuesta, por entre el bosque de encinas, que conduce al Maupas, no es el alegre *flirt* de Isabel Orlandi. Sin embargo, conserva su talle esbelto y su figura elegante. Pero su rostro moreno tiene una expresión más viril, y sus ojos se fijan en las cosas con mirada más precisa, con mirada que observa claramente cada objeto. El joven despreocupado se ha convertido en un hombre formal y reflexivo.

Regresó la tarde anterior, y aquella mañana ha salido de la villa de los Rosales cuando las flores bebían ávidamente el fresco rocío, y á lo largo del camino ha respirado su país natal en plena eflorescencia. Sobre la tierra cubierta de nieblas lila y violeta, semejante á una joven que abre lentamente sus ojos, se despereza y mueve sus velos de gasa, sorprendió la belleza de la primavera y la alegría de vivir que empieza con el día. Contempló el verde delicado, propio de mayo, de los campos y de los árboles, y gustó el sabor de las hojitas tiernas que brotan en los setos. Buscó á su izquierda los tres campanarios que sostienen el paisaje cual si fuese un tapiz, el de Belle-Combette, casi oculto entre las frondas; Montagnol, altivo, gris, confundido con los acantilados de Pas-de-la Fosse, y el tranquilo Saint-Cassin, apoyado en un bosque de castaños, como un viejo que busca la sombra. Las rocas de las montañas próximas perdían con la luz de la mañana su aspecto amenazador. La naturaleza sonreía bajo aquel claro cielo, y con un gesto lleno de confianza ofrecía su gracia y su encanto, las promesas de sus frutos y de sus trigos.

Juan volvió la cabeza y á lo lejos vió, como un estanque de nácar y oro, el lago de Bourget, cuyas dormidas aguas visitaba el sol. Acariciadas por sus rayos las aguas se estremecieron voluptuosamente. El joven reanudó su marcha. La Chênaie, á media ladera de una colina, recogía por sus ventanas abiertas la suave brisa. Se acordó con alegría de sus veinticinco años y de Isabel con sus labios rojos, despreocupados y expertos, así en palabras como en besos. Remontó el curso de sus días y se quedó sorprendido de la observación siguiente:

—No la he vuelto á ver; hace cuatro años ó más que faltó. Pero me parece que aquellos tiempos están mucho más lejanos. Entonces era un chiquillo que juega con la vida.

Su imaginación no retuvo por largo tiempo el recuerdo de Isabel. Al penetrar en el bosque de encinas se volvió otra vez para contemplar el paisaje. La bóveda de árboles que daban sombra al camino encuadraba y limitaba el paisaje. Reconoció, en los matices y contornos de llanuras y montañas, la mezcla de aspereza y suavidad que constituye el original encanto de la Saboya. El canto de una pastora llegó á sus oídos; cantaba antiguas canciones de amor:

Allá en lo alto del monte
Se extiende un verde prado.
Alondras y perdices
Lo alegran con sus cantos.
Empuño mi ballesta
Y al monte voy temprano.
Pensé cobrar tres piezas;
Las tres se van volando.

Algunas notas dudosas no conseguían quitar á aquella voz, algo borrosa, su limpidez de agua de manantial. Al dar la vuelta á un recodo del camino aparecieron unos corderos y detrás la pastora, proyectándose en sombra sobre los boquetes luminosos que dejaban entre sí las ramas de los árboles. Era una muchacha de quince á diez y seis años, cuya salud y robustez constituían una belleza campesina.

Sólo herí de mi niña
El corazón amado.
¡Vida, mi dulce vida!
¿Te hice mucho daño?

Se cruzó con Juan, que escuchaba sonriendo aquel canto.

—¡Buenos días, señorito Juan!, dijo inclinando la cabeza.

—¿Me conoces?, preguntó sorprendido.

—Ya lo creo. Soy la hija de Trelaz, el colono del Maupas.

—¿Juanilla?

—Servidora de usted.

—Pero si yo te dejé que no alzabas una cuarta del suelo y ahora eres más alta que los trigos maduros.

Nada da la sensación del tiempo pasado como los niños que crecen y á los cuales se ve muy de tarde en tarde.

Lisonjeada, la chiquilla se echó á reir con alegría contagiosa, enseñando unos dientes mal cuidados. Al alejarse, siguió cantando:

Sólo herí de mi niña
El corazón amado.
¡Vida, mi dulce vida!
¿Te hice mucho daño?

El viento llevó á los oídos de Juan, inmóvil en el lindero del bosque, las últimas palabras del canto, que la distancia iba debilitando:

Un poco, nada casi,
Mi bien, mi dueño amado.
Un beso de tu boca
Será remedio santo.

Recorrió con sus ojos todas aquellas formas naturales que se ofrecían á su vista, árboles con hojas nuevas, llanuras con sus sembrados estremecidos por el viento, aquella joven llevando su juventud como una ánfora rebosante. Olió con deleite el perfume de la tierra y del bosque. Y en el aire natal respiró el amor á la vida.

Desde que sabía lo corta que era ésta, saboreaba mejor la belleza de los días que pasan. Los jóvenes no conocen el valor de la existencia cuando corren inconscientes hacia el placer, la frivolidad y las distracciones, hacia todo lo que acelera y disimula la marcha del tiempo. Sólo el peligro, la pasión, la melancolía del amor ó el espectáculo de la muerte son los dolores profundos que les detienen de pronto ante la cara desenmascarada de la vida, como entre rosales una estatua de mármol frío en el fondo de un jardín. ¿Quien no conociese la noche gustaría con igual avidez que nosotros de este esplendor de luces y de forma que la obscuridad debe ocultar?

Llegado á la cima de la juventud, Juan contemplaba la vida. Un cielo más intenso, un país más árido y desnudo habían perfeccionado su sensibilidad. Y sobre todo, otras emociones más trágicas habían sacudido su corazón con golpes y más golpes, como los que el escultor da con su cincel, haciendo saltar el mármol inútil y convirtiendo la piedra en estatua. Un piadoso recuerdo y el agradecimiento unieron las sensaciones ardientes de aquella mañana de primavera con la sangrienta aurora en que cayó muerto su amigo. ¡Aquella muerte del jefe después de la victoria, aquella frente agujereada llena de inteligencia, aquel corazón apagado lleno de amor, toda aquella energía y todo aquel valor destrozados, son pruebas grandes de la fragilidad de nuestra vida, y por contraste llenan de luz los días de nuestra existencia! Ante el pálido rostro de Marcelo tendido en el suelo, de una belleza grave y tranquila en su inmovilidad—de una belleza tan tranquila, tan grave, que no olvidaría jamás aquella expresión, aquella paz, aquellos lugares y circunstancias tan conmovedores,—conoció el deseo de vivir con toda su alma y sin temores, y la necesidad de luchar contra el trabajo eterno de la muerte...

La verja del Maupas está abierta como siempre Juan sube por la avenida de castaños. Respira el perfume de las flores. Sabe que dentro de un instante correrán de nuevo las lágrimas, lágrimas dolorosas, pero bienhechoras, y que su presencia tiene la triste virtud de evocar el pasado. Al crujir de la arena del patio, la anciana, sentada en la escalinata tomando el aire fresco de la mañana, trabajando con manos ya poco ágiles, se levanta y busca con la vista al visitante. Ve al joven.

—¿Es usted, Juan? ¡Con qué afán le esperaba!

A la primera ojeada, él descubre en ella las huellas de la pena sufrida. Está más encorvada y sus cabellos son más blancos. Pero también descubre con sorpresa, sobre su rostro, algo demacrado, la expresión tranquila de otras veces.

—¡Señora!

Subió los escalones rápidamente, é inclinándose con naturalidad, abrazó á la anciana. Ésta trató inútilmente de retener sus lágrimas y murmuró el nombre de Marcelo.

—Entre usted. Para hablar de él estaremos mejor en el salón.

Ella le precede arrastrando los pies. Abre una puerta y llama:

—Paula. Ahí está Juan Berlier.

—Llegué ayer noche, dijo éste. Y esta mañana me he apresurado á venir á visitarles.

—Ha sido muy cariñoso con nosotras. Ya sabía yo que vendría en seguida. Desde hace muchos días vigilamos el camino.

Paula entró y dió un apretón de mano á Juan. Sus hermosos cabellos negros hacen resaltar su tez pálida. Sus sombríos ojos no brillan como antes. Más erguida y más altiva, lleva con orgullo su corazón hecho pedazos. Juan, aunque preocupado por el relato que debía hacer á aquella pobre anciana, pudo leer, extrañándose de ello, una gran despreocupación por la vida sobre aquel rostro fresco y grave y en la rígida actitud de aquel cuerpo de líneas flexibles y llenas de encanto. Ella, sorprendida, vió el cambio sufrido por el joven; con los años había tomado un aire más decidido y más enérgico, el aire de Marcelo.

En el saloncito, cuyas persianas cerradas dejaban filtrar algunos rayos del sol, á las palabras evocadoras de un testigo presencial, el héroe muerto por la patria se levanta del duro suelo del Africa, donde duerme para siempre, y acude á su hogar, entre los suyos. Se presenta joven, alto, delgado, musculoso, la cabeza erguida, el tono imperativo, dotado de la superioridad física, de la aptitud de mando y de la calma y sangre fría que caracterizan á un jefe.

Sobre el piano, Juan puede contemplar su fotografía, ante la cual han colocado una cesta con flores.

Habla de Marcelo así como él hubiese deseado, de un modo sencillo y digno. Poseía el raro don de la palabra exacta que deja ver la verdad sin blanduras, pero sin énfasis. Su voz dulce y acariciadora á causa del dolor, guarda, sin embargo, la fuerza secreta de la autoridad. Separa, pone en fuga, cual si fuesen pájaros de mal agüero, la debilidad y la desesperación. Anima y conforta, y encuentra en la muerte una excitación al cumplimiento del deber. Aquellas dos mujeres que á su llegada lloraban, le escuchan conteniendo sus penas.

No vió caer á su amigo. El alba empezaba cuando, despertado por los tiros, se levantó para reunir á su gente. A pesar de que el servicio de información anunciaba tranquilidad completa, el pequeño destacamento de Timmimoun dormía vestido. Cuando llegó al sitio del peligro, el comandante atacaba á los bereberes instalados en la casbáh.

—El sargento que estaba á su lado me contó su muerte. Yo dirigía la defensa del flanco izquierdo. Él atacó de frente á los bereberes. Después de haberlos desalojado, emprendió su persecución. A las primeras luces del día se destacaba su silueta negra. El sargento le dijo indicándole un repliegue de la arena: «Allá me parece que hay unos cuantos escondidos.» Al ir á avanzar se llevó la mano á la frente, quedó un instante en pie y después cayó al suelo.

La señora Guibert ocultó la cara entre las manos, y se asomaron á los ojos de Paula lágrimas que en vano trató de dominar.

—No se movió más, siguió diciendo el capitán. No sufrió nada. La muerte le hirió en plena frente, en aquella frente que pensaba en su patria y en usted.

—Y en Dios, ¿verdad?, murmuró la pobre madre.

—Y en Dios. Tuve que tomar el mando. Pero ya la victoria era completa. Cuando pude unirme á él, ya le habían trasladado bajo una palmera. Me puse inútilmente á auscultarle. El médico, que ya le había reconocido, me miró con tristeza. La vida en común nos había convertido en hermanos. Yo le quería tanto como usted puede quererle. Allá abajo lloré sobre su cadáver, en mi nombre y en el de usted. Y pude ver lo que usted no ha tenido la triste alegría de contemplar; la paz serena y tranquila de su rostro después de muerto. Le daba una expresión de belleza eterna. Cuando lo evoco en mi memoria, sólo tengo pensamientos nobles y enérgicos. Y creo que esta noticia hará que su recuerdo sea para usted más dulce.

Juan se calló y añadió después de una pausa:

—La noche antes me había acompañado á mi pabellón para dar la última vuelta al recinto. Era una noche clara y estrellada. Hablábamos de Saboya. Me hablaba de usted y de Paula; hacía poco que les había visto. No le entristecía ningún presagio, pero no temía á la muerte. En el bolsillo de su guerrera llevaba esta carta, que oyó los últimos latidos de su corazón.

La señora Guibert reconoció su letra. Cuando su rostro, lleno de maternal angustia, le permitió hablar, preguntó:

—Y ahora descansa para siempre en el seno del Señor. Oiga usted, Juan, ¿en qué sitio está enterrado?

—Delante del fuerte de Timmimoun. Como era el de mayor graduación, su tumba está colocada entre las del oficial de administración y del sargento, que murieron en el mismo combate. A sus pies están enterrados los soldados.

Paula intervino en la conversación:

—Nosotras nos hemos enterado de lo que es preciso hacer para conseguir que transporten su cadáver á Chambery. De este modo descansaría en nuestro panteón, cerca de mi padre, que como él sucumbió en el campo del honor, y cerca también de mi hermanita Teresa.

Juan contemplaba á la joven. Sabía que los Guibert no eran ricos. Y con su voz cariñosa, persuasiva, imperiosa, quiso disuadirles de aquel proyecto costoso é inútil.

—¿Y por qué traer acá sus restos? El sitio donde está enterrado recuerda su victoria. Descansa donde venció. ¿Qué tumba será más digna de él? ¿Qué más hermoso monumento?

—Allá, pronto no se acordarán de su memoria.

—Se equivoca usted, Paula. Todas las tumbas tienen su inscripción. Se las rodea de toda clase de cuidados. Mientras haya guarnición en Timmimoun serán atendidas y honradas. La tumba de Marcelo lleva su nombre, su graduación, dos fechas, 25 *abril* 1868 y 19 *febrero* 1901, y estos tres nombres gloriosos que resumen su carrera: *Madagascar, Sahara, Timmimoun.* Sepa usted que en Argelia aún veneran las tumbas de los que murieron cuando la conquista.

—¡Ay!, exclamó la señora Guibert.

Y Paula, después de una corta pausa que permitió á Juan admirar su perfil de puras facciones, dijo:

—Nos agradaría tanto saber que Marcelo descansa cerca de nosotras, podernos arrodillar sobre su tumba.

—¿No conserva usted de él su recuerdo, su memoria? Esto es lo único que queda de Marcelo, todo lo demás sólo son sus despojos mortales.

—Sí, dijo la señora Guibert, que pensaba en el alma inmortal.

Paula no insistió. Pero Juan sorprendió las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Era nuestro orgullo y nuestra vida!, exclamó ella.

Y añadió en voz baja:

—Hacía tiempo que él había adivinado su destino.

—Dios lo ha querido, dijo la madre. No sabemos cuáles son sus designios. A veces nos parecen tan crueles que estamos tentados de protestar; pero después pensamos que su bondad es infinita.

Juan, emocionado, tomó entre las suyas aquella mano arrugada y temblorosa, y lleno de respeto, como otra vez Marcelo, la besó piadosamente. Se puso en pie, y ante las dos mujeres que le miraban, con voz grave, dedicó al muerto las siguientes palabras de elogio que ejercieron tal vez más influencia sobre Paula, menos resignada y más descorazonada, que sobre la pobre madre.

—Sí, su breve existencia fué completa. Por su voluntad y valor ha dejado un ejemplo duradero. ¡Lejos de compadecerle, debemos envidiarle! Ha marchado sin temor á la muerte. ¿Sabemos nosotros cuándo y en qué sitio nos espera? Podemos encontrarnos con ella á cada paso. Sólo esto debe obligarnos á dirigir todas nuestras fuerzas, sin temor y sin descanso, hacia el cumplimiento de nuestro destino. Es preciso honrar á los muertos, pero debemos tener fe en la vida.

Con sus ojos sombríos, cuyo brillo había reaparecido, Paula contemplaba al joven de quien acababa de recibir energías. ¿Este es el joven oficial ligero y frívolo que sólo sabía echar flores á las jóvenes? En sus recuerdos le trataba con cierta indulgencia algo desdeñosa, que tal vez disimulaba un sentimiento no confesado de despecho. En su altivez se creía valerosa, y acaba de descubrir que si quiere merecer su propia estimación y la de Juan es preciso arrojar de su corazón la amargura y la rebeldía que se han amontonado en él como las hojas secas en el bosque durante el invierno.

—¿Nos deja usted?, preguntó tímidamente la señora Guibert.

Juan, para consolar á la pobre madre, le fué recordando todos los lazos que aún la ligan á la vida. Le preguntó por sus otros hijos, por Margarita, que en París se dedica á cuidar enfermos, por sus hijos que en Tonkín fundan una nueva Francia.

—¿Cuántos hijos tiene Esteban?

—Espera el tercero. No les conozco. Y sin embargo les quiero; les considero como las últimas alegrías que Dios me concede. Se llaman Mauricio y Francisco. ¡Ya creo que lo sabía usted!

—Sí, dijo Juan sonriendo.

—Llevan los nombres de mi marido y el mío. Son la bendición de nuestra raza. El que debe nacer se llamará Marcelo.

—¿Y si es niña?

—Marcela. Mire usted la fotografía de los dos mayores.

Con anticipación afirmaba la vida de la criatura que llevaba en sus entrañas la mujer de su hijo.

—¿Verdad que son bonitos?, preguntó Paula, que se acercó para contemplar á sus sobrinitos.

—Sí, la niña se parece á usted. Tiene sus mismos ojos negros.

—Será mucho más guapa.

—No lo creo, contestó el joven devolviendo el retrato á la señora Guibert.

Y añadió con aquella sonrisa que comunicaba á su rostro un aire de juventud:

—¿No le parece á usted bastante? Es usted muy descontentadiza.

Involuntariamente Paula se puso colorada y su rostro pálido, al animarse, se transformó, como un rayo de sol transforma á un diamante. En su desesperación había perdido hasta el sentimiento de su belleza y acababa de encontrarlo con alegría.

Juan, viendo á las dos mujeres distraídas de su pena, siguió preguntándoles:

—¿Están instalados en la bahía de Along, cerca de Hanoï?

—Ya no están allí, contestó la señora Guibert. Ahora viven en una isla muy fértil. Pero Paula se lo explicará mejor que yo. Yo confundo esos nombres tan enrevesados.

La joven protestó:

—No, mamá, no.

Y añadió:

—Esteban ha comprado la isla de Kebao, que está enfrente de la bahía de Along. Pertenecía á una sociedad que quebró por su mala administración. Contiene yacimientos hulleros importantes y su suelo es muy fecundo. Las minas, el material y los terrenos fueron vendidos en pública subasta á un precio muy bajo. Mis hermanos dirigen la explotación de las minas, de los arrozales y han hecho plantaciones maravillosas de un árbol que se llama lila del Japón y cuya madera se emplea en la construcción. Su actividad no es suficiente para tanto trabajo. Buscan en vano en Francia quien les ayude. Pero nadie quiere expatriarse. Y sin embargo, el país es sano y alegre, y el éxito es seguro.

Paula hablaba con claridad y sencillez. Juan la oía extático.

—En Francia no hay porvenir. Yo marcharé.

—¿Y su carrera?, observó la señora Guibert, mientras el joven se le vanta para marcharse.

—Yo no siento por ella la pasión que sentía Marcelo. Hay muchas horas perdidas, muchas energías improductivas. Sin embargo, no me haga usted caso; lo decía en broma.

Salieron á la puerta, sobre la escalinata, delante de la casa, cuya fachada desaparecía bajo las madreselvas, rosales y clemátides. Se asomaron á la balaustrada. Aquella mañana de fin de mayo era un encanto para los ojos que la contemplaban deteniéndose en sus bellezas. El aire era límpido y suave. Una niebla azul, señal de buen tiempo, esfumaba ligeramente las borrosas montañas. Allá lejos, el campanario de Saint Cassin se oculta entre la sombra de los castaños. Más cerca se ven los campos con un color verde tierno que sólo se encuentra en primavera. Los trigos se estremecen al soplo del viento. Los árboles frutales han sacudido la nieve blanca y rosa de sus flores delicadas, y sonríen á la naturaleza con sus ramas llenas de brotes. Dos tilos, en un rincón del patio, exhalan su perfume adormecedor, y los castaños de la avenida decoran con sus blancos ramos la masa sombría de sus copas.

Desde la escalinata oyen la eterna canción de la primavera, asisten á las promesas eternas que la tierra fecunda hace al hombre laborioso.

Ante ellos, á su alrededor, ven la juventud del año, el símbolo de la vida. Miran y callan. Los tres piensan en Marcelo, y aquella mañana tan hermosa les llena de tristeza.

Encorvada, cansada, preocupada por tristes recuerdos, la señora Guibert dejó que su hija acompañase al capitán hasta la verja. Al verles alejarse, sueña en lo que podría llegar á ser, con la ayuda de Dios, el porvenir de Paula; y después entra en la casa para recordar mejor, á solas, el relato fúnebre.

Paula y Juan se despidieron al extremo de la avenida. El joven se paró para seguir con la vista aquella figura alta y esbelta que suavemente se desliza por entre los árboles. De pronto ella vuelve la cabeza. Se avergüenza de aquella coincidencia, y resuelve volver atrás á fin de evitar toda falsa interpretación.

—Juan, dice muy emocionada, no le he dado las gracias por todo lo que usted ha hecho por mi hermano y por mi madre, á quien sus cartas y su visita de hoy tanto han aliviado sus penas. Usted ha sido muy bueno con nosotras. Y como no se lo había dicho, me he vuelto atrás para poderle expresar mi agradecimiento.

... coge una rosa, y por primera vez, en aquel año, disfruta respirando su perfume

Su belleza, en medio de la emoción que la agita, es más encantadora.

—¡Oh! No tiene usted que agradecerme nada, contesta Juan, cuyo corazón palpita con fuerza. ¿No era acaso el mejor amigo, casi el hermano de Marcelo?

Y sin encontrar palabras que decirse, se quedan callados. Experimentan una molestia singular que quisieran prolongar y alejar al propio tiempo. Juan observa en las mejillas de Paula la sombra de sus largas pestañas que protegen los ojos llameantes, ahora inclinados hacia el suelo.

—Oiga, dijo al fin. En la guerrera de Marcelo no había tan sólo la carta de su madre. También había esta fotografía, que he querido entregarle á usted sola.

Y le entrega un retrato antiguo, en el cual puede ver, entre los árboles del Maupas, á dos chiquillas de diez ó doce años: una rubia y otra morena; una sentada, formalita, mira asustada á su alrededor; la otra parece que va á moverse: son Alicia y ella misma.

—¡Ah!, exclamó Paula.

Y con voz sorda pregunta:

—¿Nunca le habló de ella?

—Jamás.

Dejó caer la fotografía, que cayó con ruido seco sobre la arena de la avenida, y no pudiendo contenerse, se echó á llorar por el triste fin de su hermano, á quien el amor condujo á la muerte.

Juan le cogió una mano diciendo:

—Muchas veces he pensado en la estupidez del destino. ¿Por qué no fuí yo el muerto en vez de él? A mí nadie me hubiese llorado.

¿Qué podía contestar ella? Sus ojos negros centellearon. Recogió la fotografía y dijo:

—Muchas gracias, Juan. Venga usted á vernos con frecuencia. Hará usted una obra de caridad.

Él la contempló un momento y después se marchó. Ella sigue paseando lentamente por el jardín. Mira las flores, coge una rosa, y por primera vez, en aquel año, disfruta respirando su perfume. Piensa en la muerte de su hermano de un modo distinto de antes, y repite las palabras de Juan, cuya enérgica lección comprende:

—*Es preciso honrar á los muertos, pero hace falta tener fe en la vida.*

¿No resumen estas palabras la enseñanza, la excitación á la vida que encierra, cual esencia preciosa, el destino del héroe? Fueron grandes aquellos que no regatearon su vida, y en su carrera breve ó larga ven las huellas de su alma libre de temores y desfallecimientos. Y por lo mismo encuentra un consuelo y un alivio en lo que antes producía y exaltaba sus inquietudes. Se promete soportar el peso de la vida con valor, sin amargura y sin rebeldías.

Su juventud desdeñada no será inútil si se gasta en un voluntario sacrificio. Y cuando se reune á su madre, que cambia las flores colocadas delante del retrato de Marcelo, la abraza, como protegiendo aquella vejez confiada á su cuidado, sellando el juramento de su nuevo valor y de su nueva vida.

VI

ISABEL

En el palco central del Círculo de Aix les-Bains y en primera fila, las señoras de Marthenay y Landeau ofrecían á las miradas y gemelos, una con timidez y la otra con descaro, el espectáculo de sus bellezas, que el contraste hacía resaltar. Isabel llevaba un traje vaporoso de seda amarillo de oro, escotado, y alrededor de su delgado cuello una cinta de terciopelo negro en donde brillaba un diamante de hermosísimas aguas, que hacía resaltar la blancura de su piel. El vestido de la dulce Alicia era de encaje negro, no llevaba ni una sola alhaja, y aquella sencillez y aquel color escogidos para pasar inadvertida, sentaban perfectamente á su delicada tez de rubia.

En segunda fila estaban el conde de Marthenay, el Sr. Landeau y el capitán Berlier. Se representaba aquella noche *Iphiginie en Tauride*, de Gluck. A los primeros compases de la orquesta que llenaron la sala, con ondas rápidas, de silencio y atención, el ex teniente de dragones abrió calladamente la puerta del palco y salió fuera, marchándose á la sala de juego. A los pocos momentos, Alicia, al volverse, vió que se había marchado. Aislada en su pena, deploraba, viendo al amigo de Marcelo, lo que hubiese podido ser y no había sido. Isabel, en plena floración, tenía la inmovilidad dichosa del gato que, por fin seguro de la presa deseada, prolonga sensualmente el acecho. El Sr. Landeau luchaba entre pensamientos opuestos que le llevaban del deseo de aquella hermosa criatura de refinada crueldad, al afán de correr á la biblioteca para ver en los periódicos la cotización de la Bolsa, teatro de sus continuas batallas.

Solamente Juan escuchaba la música divina, de líneas sencillas y puras como un templo griego. En aquel momento Ifigenia, desterrada en las orillas salvajes del Taurida, suplica á la casta Diana que le conceda la gracia de morir. Por la esbeltez de su joven cuerpo, aumentada por sus desnudos brazos suplicantes, por los pliegues rectos y armónicos de sus velos blancos, por la nobleza de su actitud y la pureza de su rostro, la cantante evocaba, dándoles vida, los mármoles antiguos cuyas formas inmóviles conmueven eternamente las almas enamoradas de la belleza y cuyo poder de seducción aumenta con su larga resistencia al tiempo destructor.

(Se continuará.)

PARÍS.—EL METROPOLITANO. OBRAS QUE ACTUALMENTE SE EJECUTAN EN LA PLAZA SAINT-MICHEL

Por lo mismo que el ferrocarril Metropolitano de París había de responder en primer término á la necesidad de disminuir una circulación que había llegado á ser peligrosa en ciertos sitios de la vía pública, ha debido ser un ferrocarril subterráneo, salvo en algunos sitios en que, por la índole del terreno y por la poca circulación, ha podido emplearse el viaducto.

El fin que se han propuesto los constructores del Metropolitano ha sido transportar económica y rápidamente á los viajeros de un punto á otro cualquiera de la capital; pero la realización de tal proyecto, que necesariamente traía consigo la creación de comunicaciones entre la orilla izquierda y la derecha del Sena, debía encontrar, como se comprenderá, su principal dificultad en ese río. En la red actualmente concedida el Sena es atravesado seis veces: en Bercy, por la línea N.° 6; en Austerlitz, por la línea N.° 5; en la isla de la Cité, por la línea N.° 4; en la Concordia, por la línea N.° 8; en Passy, por la línea N.° 2, y en Auteuil, por la línea N.° 8.

Para efectuar esos pasos, se ofrecían dos medios, el puente y el subterráneo. Donde no hay inconvenientes para establecer las líneas en viaducto, se emplea el puente por razón de economía; pero allí en donde cualquiera irrupción en la vía pública sería desastrosa desde el punto de vista estético ó por el estorbo que constituiría para la circulación, el subterráneo se impone. Por esto lo que fué posible en Bercy, en Austerlitz y en Passy, resulta imposible de todo punto en el Chatelet, por ejemplo, en donde para realizar el paso actualmente en construcción de la línea N.° 4 (desde la puerta de Clignancourt á la puerta de Orleáns), por debajo del Sena y de la isla de la Cité, ha sido preciso efectuar trabajos especiales.

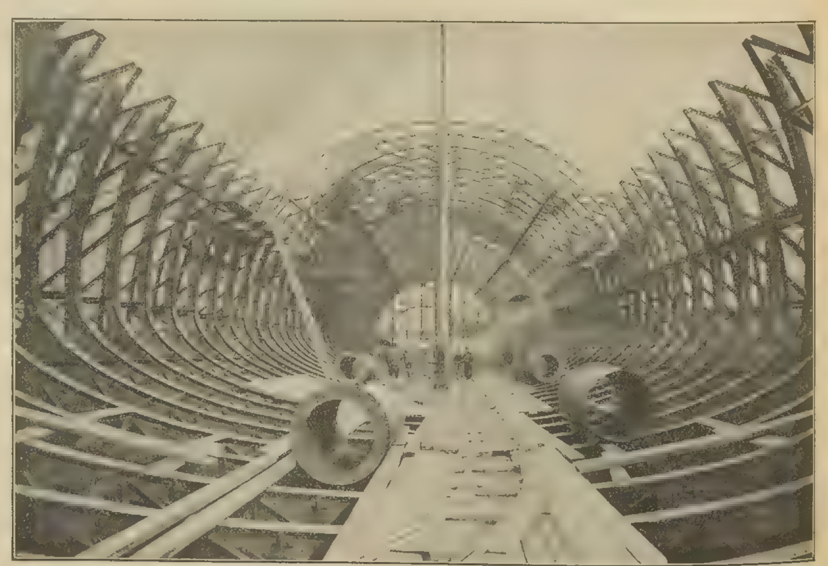
Una de las obras que más han llamado lo atención es la que se está efectuando en la plaza Saint-Michel, que ha sido excavada en una profundidad de seis metros, habiéndose construído en esa enorme zanja un gigantesco armazón de acero que poco á poco ha sido hundido en el suelo, y que en parte está destinado á servir de estación.

El gran cajón central, de forma semicilíndrica, tiene 12'50 metros de altura y 16'50 de anchura total; su armazón metálico está formado por cuadernas trans versales en arco de círculo, colocadas á 1'20 metros una de otra y unidas por tirantes sobre los cuales se juntan planchas de hierro que constituyen la envoltura exterior de la obra. La estación propiamente dicha preséntase en sección transversal bajo la forma de una bóveda en arco de medio punto, de 12'50 metros de luz y 8'50 de altura; tendrá á sus lados andenes para viajeros, entre los cuales quedará un espacio 5'50 metros reservado á la circulación de los trenes. Las paredes de ese cajón están constituídas por planchas de hierro de 8 milímetros de grueso, remachadas en los armazones exteriores y fijadas interiormente por medio de abrazaderas con agujeros destinados á recibir numerosos cuadradillos que formarán un entarimado para un enjalbegado de betún, al cual se aplicará, como en las demás estaciones, un revestimiento continuo de losetas de greda cerámica esmaltada de blanco. Sobre esa envoltura interior se pondrá una capa de betún de un metro de espesor en la clave y de dos en los arranques de las bóvedas.

COLOCACIÓN DE LOS MONTANTES VERTICALES DEL CAJÓN, CUYA ALTURA INDICA LA PROFUNDIDAD QUE ÉSTE HABRÁ DE TENER. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

La cámara de trabajo de ese cajon central, de 1'80 metros de altura, está separada en su longitud por un tabique que la divide en dos talleres distintos con cuatro chimeneas cada uno. De este modo se regulariza mejor el hundimiento de ese armatoste de excesivas dimensiones, susceptible, por razón de la desigualdad de resistencia del suelo, de defectos de aplomo ó de verticalidad y hasta de dislocación. Cuando el cajón quede enteramente hundido y alcance su nivel definitivo, los andenes de la estación de la plaza Saint-Michel distarán del suelo de ésta 15'35 metros, distancia que corresponde á unos 96 escalones.

Los dos cajones de los extremos, de una estructura absolutamente idéntica, presentan una sección interior elíptica cuyos ejes máximo y mínimo tienen 26 y 18'50 metros. El que actualmente se halla en vías de hundimiento ha de descansar á unos 23 metros de la citada plaza; sus paredes estancas, de 20 metros de altura, están formadas por un doble revestimiento de planchas de acero, de un peso de 650 toneladas, dejando un intervalo de 1'50 metros guarnecido de contrafuertes y de tirantes que se ha llenado con betún. Una vez en su sitio, el anillo continuo formado de esta manera, recibirá un coronamiento de dos metros de mampostería, que sosten-



EL CAJÓN DEL MERCADO DE LAS FLORES. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

drá un techo metálico muy resistente que cerrará enteramente la obra y sobre el cual se establecerá el piso de la calle. Salvo una ligera diferencia de altura, el cajón elíptico de la plaza de Saint-André-des-Arts es exactamente igual; conviene advertir, empero, que el cajón del lado del Sena ha sido construído de modo que haga posible la penetración de la línea de Sceaux y Limours en el caso de que se acuerde su prolongación eventual hasta la estación del muelle de Orzay.

Esos dos cajones han de servir de enlace entre la estación y el subterráneo. Para evitar que la cavidad interior de los cajones elípticos y del cajón central fuese invadida por el agua durante la operación del hundimiento, las secciones reservadas al paso de la línea están cerradas por tabiques estancos y desmontables, unos metálicos y otros de madera.

El cajón central descansa actualmente á 17 metros debajo de la superficie de la plaza Saint-Michel, es decir, á 13 metros debajo del nivel del Sena, y aun ha de descender cinco metros más.—L.

RUSIA. – EL SACERDOTE LIBERAL PETROFF ELEGIDO MIEMBRO DE LA DUMA, EXPULSADO DE SAN PETERSBURGO POR EL GOBIERNO Y CONDENADO POR EL SANTO SÍNODO Á HACER PENITENCIA EN UN CONVENTO (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

EL SACERDOTE PETROFF

Las ideas liberales que profesa ese sacerdote ruso han atraído sobre él la persecución del gobierno; pero, en cambio, los electores de San Petersburgo le han demostrado sus simpatías eligiéndole miembro de la Duma. El Santo Sínodo lo había encerrado, como castigo, en un monasterio, y si bien en varias ocasiones se ha anunciado su próxima libertad, la última resolución parece que ha sido mantenerlo en su forzado retiro. De persistir en esta decisión, los grupos de la izquierda de la Duma promoverán no pocos conflictos, que tal vez estallen desde las primeras sesiones. En efecto, dícese que, apenas aprobadas las actas de los diputados, un socialista presentará una proposición de amnistía, que será combatida por el gobierno; y como la proposición cuenta con el apoyo de la mayoría, que se considera ofendida por la exclusión arbitraria de uno de sus individuos, la situación del ministerio sería verdaderamente comprometida.

Además, el encierro del padre Petroff tendrá el inconveniente de exasperar á la mayoría, exasperación que se traduciría en un rigor inusitado en el examen y aprobación de las actas de los miembros de la derecha, y que atraería al gobierno mayores perjuicios que la concesión de la amnistía. X.

París.—La «Mi-Carême.»—La reina de los Mercados y sus señoritas de honor en el palacio del Elíseo
(De fotografía de M. Branger.)

Con un tiempo primaveral celebróse el día 7 de los corrientes en París la tradicional fiesta de la *Mi-Carême*. En el cortejo figuraban multitud de carros, notables por su buen gusto, por su riqueza ó por su originalidad, y entre los cuales llamaba la atención principalmente el de la reina de las reinas, Georgina Juteau, que representaba una *loggia* con un trono en el que iba sentada la *soberana*.

Llegada la comitiva al Elíseo, la Srta. Juteau, acompañada de su rey y de sus señoritas de honor, fué recibida por M. Lane, delegado del presidente de la República, quien le regaló, en nombre de éste, una valiosa joya. A su vez, la reina de las reinas entregó á M. Lane, para que se sirviese ofrecerlo á Mme. Failieres, un hermoso ramo de rosas y orquídeas. Después la comitiva visitó al presidente del Sindicato de la alimentación, al prefecto del Sena, al presidente del Consejo municipal, al presidente del Consejo general y al secretario general de la Prefectura de policía.

A las seis se disolvió el cortejo y por la noche se reunieron en alegre banquete los que habían tomado parte en la fiesta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVI —— Barcelona 25 de marzo de 1907 —— Núm. [illegible]

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

S. M. LA REINA VICTORIA, busto en mármol de Conrado Dressler

(De fotografía de Halftone, limited.)

Este busto, ejecutado por encargo de cuarenta señoras inglesas, que lo regalan á S. M. el rey D. Alfonso XIII, como presente de boda, ha sido entregado oficialmente al embajador de España en Londres, quien lo recibió en nombre del monarca

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí, sobre mi mesa, un libro que el autor me envía, no sin anunciarme antes que me aburrirá su lectura. Yo (por el contrario) lo hojeo con interés de curiosidad viva, pues trata de «torneos, jinetes, raptos y desafíos,» y encuentro en él datos acerca del origen tradicional de nuestras actuales ideas respecto al honor social caballeresco. El autor de este interesante opúsculo, primorosamente impreso, es mi erudito amigo D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.

***

El solo nombre de *torneos* suscita ideas poéticas y hace entrever un mundo heroico y despreciador de la vida. Por eso, nos dice Leguina, la época más floreciente de los torneos fué la de las Cruzadas. El torneo era una *muestra*, un simulacro; el batallar incesante en los campos y en los desiertos de Siria y Palestina, se remedaba y ensayaba jugando en el cerrado palenque. Era el recinto del torneo el sitio donde se lucían y ostentaban las galas y bizarrías bélicas: allí las armas blancas listadas de oro, las sobrevestas de recamo, los ricos jaeces, las elegancias afeminadas del vestir de los pajecillos; allí las rizadas plumas, las ondeantes garzotas, las armaduras prolijamente realzadas, las bandas bordadas y los relucientes yelmos. Tan roto y empolvado como va el campeador en días de batalla, tan pulido y galán se muestra en el torneo, bajo los ojos de la mujer que ha de juzgar de su valor y discernirle el lauro y la recompensa.

En los torneos, las armas usadas eran *corteses*; es decir, no herían: las espadas tenían la punta roma. Sin embargo, cuando no se trataba de justar, parecer y lucirse, sino de algún empeño de honra—como la vindicación de Elsa de Brabante,—el torneo se convertía en liza, y las armas llamábanse de muerte.

De estos torneos encontraremos hoy vestigios y reminiscencias en los *sports:* los *campeonatos* tienen algo de ancestral. Cuando llega un célebre esgrimidor ó un eminente deportista extranjero á medirse con los de otra tierra y país, recuerda á los caballeros que iban á reinos extraños á probar las armas con otros justadores; los Guevaras, los Merlos, que llevaron á las ciudades de Austria y de Alemania en triunfo la bizarría española y portuguesa.

Las mismas discusiones y controversias que hoy suscitan los duelos, suscitaron los torneos; el primer soberano español que no fué un paladín, sino un golilla—Felipe II,—les hizo cruda guerra y puso empeño en dar al traste con tan preciosa costumbre gótica. La decadencia de los torneos fué la decadencia de la Edad media, la desaparición del tipo guerrero y noble del período feudal. Al través de las edades, el gallardo justador, que era un monarca como don Pedro de Castilla, ó un valido arrogante como don Alvaro de Luna ó D. Beltrán de la Cueva, ha venido á parar en nuestro actual y asendereado *Caballero en plaza,* en el jinete jugador de sortija, en las parodias de los *carruseles*, ornato de las fiestas patronales...

Cuando á la justa entre caballero y caballero substituyó el ejercicio del deporte á la jineta y la lucha con el toro, recibió otro golpe rudo el nobilísimo tornear andantesco, impregnado de poesía. Lo que empezó por valentía de magnates, el esperar el toro á pie firme, para atacarle con la espada, de frente y sin miedo en el impávido corazón, había de convertirse andando el tiempo en «el espectáculo más nacional» y en el oficio mejor pagado de cuantos pueden ejercerse por gente inculta, que sale del pueblo y que en el aplauso popular funda sus glorias y su provecho. ¿Podrían imaginarse, presentir esta evolución los Manriques de Lara, los Céspedes, los Béjar, los Heredia, los Granada, matadores de toros allá por los siglos XVI y XVII? He aquí cómo se transforman los usos, las costumbres, cómo pierden la idea originaria, el espíritu que las animó y creó, hasta el punto de que no las reconocerían los que las implantaron. Una gallardía caballeresca se convierte en una democrática diversión; los próceres y magnates son reemplazados por cortadores, tripicalleros y manolos; lo que se hacía de balde y arriesgando la vida con gusto desdeñoso, se hace por billetes de Banco; á las cornadas de la valentía artística suceden las «cornadas del hambre...» Cambian las edades, las instituciones, los ideales, y el modo y la causa de la muerte de un toro simboliza ese cambio, en su esencia histórica...

***

Respecto al duelo, es curiosa una de las opiniones acerca de su origen que recoge el libro á que me refiero... Supone que el primer duelista y *rieptador* fué el propio Satanás, desafiando á Dios. El ángel, al hacerse duelista, «se pasó á demonio.» No faltó tampoco quien viese al padre de los retadores en Caín, y con mayor fundamento, encontrase el primer «lance de honor» en la singular batalla entre el gigante Goliat y David el hondero.

Sea como quiera, parece que la del duelo no es moderna invención. Cuando entre dos individuos surgieron cuestiones imposibles de dilucidar en otra forma, la lucha fué la solución. A veces los individuos se encargaron de representar á las colectividades; un encuentro entre dos ó más campeones evitó efusión de sangre á un pueblo. Recuérdese la contienda de los Horacios y los Curiacios. Y no cabe duda que si este sistema prevaleciese, nos ahorraría el derroche en armamentos, explosivos, blindajes, ejércitos y marinas de guerra, que desequilibra el presupuesto de las naciones fuertes. Tendría además la incalculable ventaja de suprimir para siempre los héroes anónimos, esos desventurados que perecen de un modo sublime y obscuro, sin que la patria conozca su sacrificio. Los que saliesen á campo raso para lidiar por el triunfo de su bandera, serían conocidos y celebrados como mereciese su hazaña y su valor, lo mismo los vencidos que los vencedores; y un bello gesto individual redimiría tanta sangre, tantas lágrimas y tanto dinero, que podría levantárseles un monumento de oro macizo á los campeones para eternizar su memoria.

***

Desgraciadamente, la idea de la contienda personal ha quedado reducida á los casos de conflicto personal también; los duelos, desde siglos hace, no son más que *egoísticos.*

Hay que dividir la historia del duelo en dos períodos: uno, en que lo sancionaba la ley; otro, el actual, en que lo sanciona la costumbre y la ley lo prohibe. Esta evolución de la idea del duelo encierra toda una filosofía social; expresa el cambio profundo de una sociedad constituída sobre la base del honor caballeresco, y que se transforma en democracia, pero dentro de la cual persiste la aspiración á formar parte de las clases que acatan el código de la caballería y se engríen de adaptarse á sus prescripciones. En la sociedad antigua, los pecheros (el ejemplo es Sancho Panza y su modo de discurrir) no se molestaban en apelar á las fórmulas del duelo: dirimían sus diferencias á puñadas, á garrotazos, á traición—como pudiesen.—La lucha cortés se quedaba para los nobles; y éstos no podían combatir sin igualar las armas, sin la asistencia de padrinos que cuidasen de salvaguardar sus derechos. Hoy, que el duelo está penado por el Código, está honrado, respetado y encumbrado por la sociedad, y si el pueblo no lo practica con todos los requisitos (aunque no es raro en las clases más humildes el desafío con ribetes de caballería y altiveces de bien nacidos), la clase media, apenas adopta la indumentaria que la distingue del pueblo —levita, sombrero de copa, guantes, cuellos planchados, etc.,—acepta también las nociones del honor referentes al duelo; coloca el duelo (sea ó no serio, esto ya pertenece á lo individual) entre sus costumbres y deberes.

Los duelos pintorescos de antaño, que presenciaban el rey y la corte, que eran una especie de fiesta heroica, fueron poco á poco substituídos por los duelos clandestinos, en lugar oculto, en escondida plazuela ó calleja. El libro de Leguina nos informa de cómo, en aquellos tiempos que generalmente se consideran de lealtad puntillosa, eran frecuentes las tretas y engaños para defraudar al adversario, usando de malas artes. Espadas de vidrio, que se rompían, espadas más largas de lo debido, ó empavonadas en la punta para que se las creyese más distantes; vainas con contera de papel de plata, para herir al adversario sin desenvainar; vainas abiertas facilitaban al felón la victoria en los encuentros sin testigos, bajo el farol del Cristo ó cerca de la reja mohosa.

Son tales noticias un consuelo para los duelistas contemporáneos que infringen las leyes de la caballerosidad, porque demuestran que en todo tiempo se han cocido habas en puchero sucio. Y hasta pudieran los que inician duelos para terminarlos con actas, sin otras consecuencias graves que el gasto de papel y tinta, suelas de botas de padrinos y carreras de simones, escudarse con el ejemplo y el precedente nada menos que de insignes caudillos y monarcas muy grandes, que se enviaron heraldos y carteles de desafío en términos arrogantes y fieros, para quedarse luego tranquilamente en su casa tomando el fresco ó el sol. Tal hicieron Francisco I de Francia y Carlos V de Alemania; D. Pedro de Aragón y don Carlos de Sicilia; Fernando el Católico y el rey de Portugal; y tal estuvo á pique de hacer, aunque desistió por prudencia, Luis XIV con el emperador Leopoldo. Por donde se ve que no es tan fácil bin char un perro, y que por ventura los vasallos salieron con mayor lucimiento que los reyes en esto de lances de honor y fortuna.

***

Debe advertirse—y no es de las menores singularidades que observo en la costumbre del duelo—que desafiarse casualmente en presencia del rey era considerado como gravísimo delito, y castigado con las penas más severas, hasta la de muerte: en cambio, desafiarse bajo la inspección y dirección del rey, en campo cerrado, era el punto más crítico y fino de la caballería y de la dignidad. Poco á poco, sin embargo, á medida que el duelo se generalizaba, surgió la represión. Con rigor inusitado combatió los duelos el cardenal Richelieu, el *homme rouge* de *Marión Delorme.* La seriedad y peligro de aquellos lances explican las terribles penas que creyó necesario imponer el ministro de Luis XIII. Hoy, á la verdad, sin que deje de surgir de tiempo en tiempo alguna sangrienta lucha singular, son muy escasos los estragos que hace el duelo en la especie humana. Una puerta abierta que deja paso á una corriente de aire, un albañal destapado, un Panhard de 40 caballos, un jamón con triquina son doblemente temibles y trágicos, si se miden las tragedias por las bajas que ocasionan en las filas de nuestros semejantes. El duelo es además—por ahora—enfermedad masculina, pero no compensa los peligros del alumbramiento, lactancia, etc., y todavía, si se mira bien, resulta más intrépida que su amo y señor la mujer, que lo arrostra.

Esto mismo tuve ocasión de decir al barón de Albi, activo y meritorio propagandista antiduelista. Hay otros males doblemente graves en el estado de Dinamarca; pero cada cual remedie ó intente remediar el mal que percibe y le afecta... No se puede exigir más ni menos á un hombre honrado.

EMILIA PARDO BAZÁN.

SIEMPRE TARDE. PASAJE NOVELESCO EN TRES JORNADAS

JORNADA 1.ª

Una alameda. Largo y amplio paseo de carruajes: un lado y otro de éste lo ribetean en toda su longura dos avenidas llenas de arriates, con plantas y flores; estanques, con peces rojizos y saltos de agua; estatuas; quioscos; bancos, y tal cual farol de gas sobre puntales de madera: sombréanlos hileras de árboles no muy copudos, tilos, acacias, magnolias; en cada uno de ellos alcorques de forma semicircular moldeados con ladrillos de canto.

Con uno de estos jardines corre ancestral pretil, en compañía de un río bastante ancho y no muy profundo, de aguas casi siempre turbias, por lo regular mansas, pocas veces numerosas: junto al otro jardín boscaje de encinas, eucaliptos, arces, álamos; corpulentos, en algún paraje espésanse hasta impedir que filtre el sol; se puede circular allí por sendas no muy anchas, pero enarenadas con esmero.

Aún es la época de la levita, el sombrero de copa y el miriñaque; época de pronunciamientos, de motines; aún viven Prim y Espartero, cantan Zorrilla y Castelar, se cree en política, se ama la Patria; tenemos fe, ideales, alma.

Es la temporada más risueña del año, cuando las plantas tienen tonalidades más halagadoras, el aire mayor perfume, el cielo grandiosa placidez, la sangre hematosina nueva, las pasiones voluptuosidad, poesía.

Es la hora en que el sol besa la tierra, tiñendo de púrpura el horizonte: la hora triste del crepúsculo de las languideces; cuando las sombras se extienden, invadiéndolo todo con matiz invitador al sueño. Es la hora en que abren los pensamientos, despierta la madreselva, se recogen los niños, charlotean los gorriones, ensaya el ruiseñor; cuando se siente más ternura por lo infinito, se oyen las primeras notas de ese gran coro que ningún músico puede trasladar al pentagrama, porque es voz del silencio; lo conocido en lo intangible; estridulaciones de élitros, concertando con susurros de corolas; barboteos de insectos microscópicos, con vagidos de seres nuevos, parto reciente de la madre tierra; son sensaciones mnemónicas de sonidos percutentes en nuestro tímpano, con fusas del agua corriente, contrapuntos de gramíneas debatidas, calderones de volatería nicterina, viajeras mientras duerme el sol.

Félix y Julia pasean entre la arboleda; se miran en los ojos; van juntos, muy juntos; sus manos se enlazan; sonríen tenuemente: junto á ellos camina el Amor, envolviéndolos en un velo de finísimo tul rosa, llamado Dicha.

Son jóvenes: él tendrá pocos más de veinte años; ella quizás no haya pasado el tercer lustro de su vida; los dos son morenos, esbeltos, simpáticos; la estatuaria clásica no les reprocharía un contorno.

Ella es modista, él estudiante: se vieron, se amaron, ¿cuándo?, ¿por qué? Cuando no hace al caso. ¿Por qué?, porque sí. Es bastante para la juventud. Juventud y amor son sinónimos.

Los dos hablan á intervalos: hablan poco, muy quedo, despacio; sin pensar, por intuición, contestan repitiendo una vez y otra y otra las mismas palabras de ese diccionario corto, inventado en tiempo de la primera mujer, igual hoy que entonces; tierno, ingenuo; flexible, vehemente.

JULIA.—¿No te lo dicen mis ojos..., mi voz..., mi alma que siempre va contigo?

FÉLIX.—Aspiro más.

JULIA.—¿Qué?

FÉLIX.—No sé: pero más, siempre más.

JULIA.—Tuya es mi voluntad, tú alegras mi ser, influyes en mi vida...

FÉLIX.—*(Pensativo.)* Más..., más.

En una revuelta del camino aparece la Experiencia: es una viejecilla enclenque y pergaminosa; lleva en la espalda un saco repleto de desengaños, se apoya en un bastón llamado «Recuerdos,» donde un artífice cuyo apelativo es «Tiempo» grabó esta inscripción: *Rerum magistra.*

El Amor, al verla, extiende un nuevo velo ante los novios.

LA EXPERIENCIA.—*(Acercándose.)* ¿Adónde vais?.., estos parajes son malsanos, podéis morir.

JULIA.—¡Morir!

FÉLIX.—¿... Y qué es eso?

EXPERIENCIA.—La nada.

FÉLIX.—Si vamos juntos no nos arredra.

EXPERIENCIA.—Yo os enseñaré.

JULIA.—Enseñándonos á amarnos siempre más.

FÉLIX.—No deseamos otra cosa.

EXPERIENCIA.—¡Infelices!

JULIA.—Os engañáis; somos felices. *(Se alejan.)*

EXPERIENCIA.—¡Oídme!

JULIA.—¿Para qué?

Siguen hablando bajo; vase la Experiencia contrariada. Pasan cinco, diez, quince minutos: ni Julia, ni Félix hablan ya; siguen mirándose.

FÉLIX.—Te amo *(dice luego de mucho tiempo).*

JULIA.—Te amo *(contesta).*

Y continúan su marcha: la luz amengua.

A lo lejos pasa un coche, un sacristán va delante con un farol encendido, tañe una campanilla monorrítmica, lúgubre, monótona.

JULIA.—¡Pasa Dios! *(santiguándose).*

FÉLIX.—Mi dios eres tú.

Llegan cerca de un tronco derribado, se sientan, se miran, callan.

Allá finando la alameda, más distante aún, se oyen descargas y gritos; por último, una voz más potente.

VOZ.—¡Viva la Libertad!

JULIA.—*(Asustada.)* ¿Qué es eso?

FÉLIX.—Se baten.

JULIA.—¿Por qué?

FÉLIX.—Por amor á la Libertad.

JULIA.—¿... Pero tú?

FÉLIX.—Tú eres mi único amor.

Julia suspira satisfecha. Félix la besa. La luz se acaba. El combate sigue. El Amor sonríe complacido.

JORNADA 2.ª

Un salón: paredes tapizadas con papel blanco, hueso y rosa muy pálidos, y algunos toques dorados; tres cuadros al óleo, un agua fuerte y una cornucopia interrumpen la desesperante isocronía del papel; galerías blancas y doradas, con *portiers* de un amarillo letárgico en las puertas; también son blancos y dorados sillería, consola y centro; aquélla tapizada del color de los *portiers*, éste con piedra mármol, brillante, limpia, de albura excepcional.

Hay un espejo de cuerpo, con una jardinera al pie; latanias, fénix, camelias en la jardinera; un gladiador broncíneo en una repisa; encima de la consola, *bibelots;* un tarjetero de metal y dos álbums, sobre el centro; en el suelo, ante el sofá, la piel de un tigre.

El aposento presenta un aspecto lujoso, sin elegancia; de costo, sin *chic;* el tapicero puso su ingenio, la dueña pagó al tapicero, nada más. Una habitación es reflejo del alma de su dueña; en ella vive, se la conoce en sus muebles; un pliegue, un detalle, una flor bastan.

Julia está sentada en el sofá; tiene un pequeño libro en la mano; no lee. Su vista se fija con muy pocos minutos de intervalo en una figurilla de porcelana que imita un arlequín sosteniendo una esfera casi tan grande como él, en el centro de la esfera hay un reloj.

Julia viste una bata de terciopelo azul con cintas del mismo color y encajes crema, adornan el oro y la pedrería las orejas, muñecas, dedos: calza chapines de seda y... no sé más de su indumentaria.

El pelo y las cejas son tan negros como cuando la conocimos, hace diez ó doce años, pero tienen un cierto brillo, del cual otras veces carecían; su cutis es más suave; un ligero matiz sonrosado tiñe sus mejillas, antes pálidas; unas ojeras, agrandando sus ojos les dan mayor expresión: dos lunares han venido á prestarle nuevo encanto...

JULIA.—*(Consultando el reloj por milésima vez.)* ¡Pobre Felix!.. Cuando me abandonó, le odié..., hoy..., hoy no le amo... ¿Por qué me intereso por él?..

Entra la Experiencia.

EXPERIENCIA. —Es el orgullo quien te hace favorecerle, el placer de su humillación.

JULIA.—*(Sonriendo.)* Quizás sea eso. Sufrí mucho por su culpa, me dejó sola, sin recursos.

EXPERIENCIA.—Pero sin aquellos días tristes, no tuvieras la felicidad de hoy.

JULIA.—Cierto: no hubiese conocido á Pérez, el jugador, al que abandoné por Jacinto, que luego substituí por el conde..., pero si él siguiera mío, yo sería suya, sólo suya; de haber cumplido sus deberes para conmigo, que tanto le quise, yo sería feliz, sería digna.

EXPERIENCIA.—¡Quién sabe! Las circunstancias hacen al hombre bueno y á la mujer buena. El bien y el mal son obras del acaso.

Entra un criado anunciando á Felix, la Experiencia se oculta en el balcón.

FÉLIX.—*(Entrando.)* ¡Julia, Julia mía!.., ¡cuán buena eres! En lugar de aborrecerme abres un porvenir á mi existencia; en vez de acabar mi vida, me das una nueva, brillante, próspera. Yo sabré recompensar tanta abnegación.

Cae de rodillas delante de Julia.

JULIA. - *(Tendiendo una mano á Félix para levantarle.)* Alza; no quiero nada, no necesito nada. Tú eras rico, yo pobre, te di cuanto tenía; eres pobre; yo..., dicen que rica; te doy cuanto puedo. Toma *(le entrega un papel);* esta es una credencial de gobernador de Filipinas..., ¿estás contento?

FÉLIX.—*(Con ternura.)* Más contento estaría si vinieses conmigo.

JULIA.—No; es imposible. Cuando te hallé, hace unos días, hambriento, desesperado, no fué el cariño quien me hizo dar á conocer, sino la compasión.

FÉLIX.—*(Triste.)* ¡Te vengas!

JULIA.—No es venganza, es sinceridad. Si te hubiese amado igual que antes..., allí mismo, en la calle, hubieses tenido acogida entre mis brazos, sin temor á manchar mis sedas con tus harapos, sin miedo á perder mi bienestar: lo sabes, soy así, desbarajustada, irreflexiva, inconsciente.

FÉLIX. -Ven; te prometo...

JULIA.—*(Sonriendo con tristeza.)* Sé hasta dónde llegan tus promesas. Además, si yo fuese, ¿quién quedaría aquí para protegerte?

FÉLIX.—*(Involuntariamente.)* Es verdad.

JULIA.—*(Despechada.)* Vete: el conde llegará pronto.

FÉLIX.—*(Levantándose y estampando un beso en la mano de Julia.)* ¡Adiós, Julia!

Jesús y Nicodemus, cuadro de Guillermo Steinhausen

Al mismo tiempo entra el conde y ve la escena. Julia retira la mano.

JULIA.—*(Aparte á Félix.)* Nos ha visto. *(Por el conde.)*

FÉLIX.—*(Aparte á Julia.)* No temas. *(Se adelanta al conde, tendiéndole la mano.)* Señor conde, á Julia encargaba una demostración igual de cariño y adhesión hacia V. S. *(Coge la mano del conde y la besa.)*

CONDE.—*(Conmovido.)* Mande usted siempre.

FÉLIX.—*(A Julia y al conde.)* ¡Adiós! *(Vase.)*

CONDE.—¡Adiós!

JULIA.—*(Aparte.)* ¡Bajo!.. ¡Rastrero!

La Experiencia, sacando la cabeza por entre los *portiers* del balcón, hace á Julia una señal de despedida; sonríe, su sonrisa es un poema silográfico.

JORNADA 3.ª

Plaza de una ciudad populosa. Sitio apartado, transeuntes escasos. Es más de media noche.

A la izquierda una iglesia construída toda con sillares: su puerta es bizantina, el ventanaje muy escaso, más moderno, muy alto, parece ojivo; pero está borroso, desfigurado por las tinieblas: la sombra invade toda la fábrica.

Separados de la iglesia por mezquina calleja, en sentido casi perpendicular á aquélla, se alzan los muros de un palacio construído sin duda por algún arquitecto heterodoxo del Renacimiento, en pleno siglo XVI.

La plaza forma triángulo isósceles; su tercera línea son las fachadas de dos casas blanquecinas, feas, grandes.

Entre ambas casas hay un farol de gas, en la esquina del palacio hay otro, están sujetos á las paredes por escarpias. Sus luces ocrosas dan haces de rayos temblorosos, débiles, oscilantes; se contraen y dilatan, alumbran un espacio muy pequeño. En el suelo dibujan, con sombras, puntos de intersección, sus líneas esfúmanse más según se prolongan: luego marcan cuadrados, cuyos centros son aquellos puntos; después, conforme avanza la luz se opacida, convirtiéndose en penumbra, por último la obscuridad vence.

En un balcón una lámpara eléctrica, velada por un *store*, estereotipa las maderas guarnecedoras de los cristales.

Es uno de los primeros días de luna nueva: está hacia la iglesia; luce un semicírculo estrecho, insignificante; pasa por encima de ésta, y viene á herir con su luz fría de astro muerto los socarrenes fronterizos.

Hace mucho frío.

Junto á una gran puerta, Julia procura cubrir con sus andrajos su cuerpo aterido: acurrucada teme moverse. El frío la hace andar.

JULIA.—*(Paseando.)* ¡Dios mío!.. Dios mío!.. ¿Por qué vivo, Señor?

Pasea vacilante, procurando pisar fuerte para entrar en calor.

JULIA.—¡Días felices, cuando alfombras, paños, fuego me amparabais!.. Esto es demasiado, ¡no puedo resistirlo!..

Pasea de nuevo; pero sin energías, vuelve á cobijarse en el quicio de la puerta.

JULIA.—¡Y cómo me perseguís, recuerdos!.. Yo no fuí culpable. El conde me abandonó!..

Quiere levantarse; no puede. Se resigna.

JULIA.—*(Recordando.)* El hospital consumió mis atractivos; hoy nada me resta, nada...

Óyese á lo lejos el rodar de un carruaje; se acerca, entra en la plaza, llega á la puerta donde yace Julia, se detiene, bajan dos señores, la puerta se abre, iluminando las figuras de los dos hombres, aún jóvenes, elegantes. Julia esfuérzase por llegar hasta ellos.

CONDE.—*(Bajando del coche y mientras procura abrigarse con el cuello del gabán.)* Pero ni una palabra, ¿eh?

FÉLIX.—*(Siguiendo al conde, abrigándose también.)* ¡No faltaba más!.. ¿Recordará usted su promesa?. *(amablemente)*, mi senaduría vitalicia y las dos actas para...

CONDE.—*(Complaciente.)* ¡Hombre..., es claro!. Descuide usted.

JULIA.—*(Acercándose.)* ¡Una limosna!

CONDE.—¡Adiós! *(Da la mano á Félix, entra en la casa sin fijarse en Julia.)*

FÉLIX.—¡Adiós, conde! *(Sube precipitadamente al coche, cierra la portezuela de golpe. Al cochero.)* ¡A casa! ¡De prisa!

El coche parte. La puerta del palacio se cierra. Hiela.

Julia, desfallecida, se sienta en el suelo. Llora.

EXPERIENCIA.—*(Llega á Julia, la besa en la frente.)* Ven conmigo. Soy tu amiga de siempre. ¿Por qué te quejas? Fuiste la Indiferencia. Tu vida se ha deslizado apática, desbarajustada, sin ideales, inconsciente; amante por instinto, duró tu amor lo que un suspiro: rica sin magnanimidad, pobre sin grandeza.. ¿Cuál es tu obra?.., ¿qué has sembrado?, ¿qué has producido?..., ¡ni egoísta supiste ser!.., cruzaste el mundo sin dejar tras ti una estela, un destello, una ráfaga; fué tu vida conjunción de desaciertos y apatías; manantial desecado; fuego fatuo; pluma en el espacio, el aire te elevó y subiste, te abandonó y te precipitaste... Ven; yo soy maestra de la vida. Te enseñaré. Ven.

Julia sonríe, su risa es trágica; invádela luego gran somnolencia, pertinaz; muere, al fin, congelada.

EXPERIENCIA.—*(Con resignación.)* ¡Siempre llego tarde!

La luna oculta su luz bondadosa.

En el cielo pavonado chispean las siete estrellas de la Osa Mayor, escoltada por innúmeras constelaciones, marcando un derrotero fijo, preciso, indiferente.

F. MUÑOZ DUEÑAS.

(Dibujo de Opiso.)

LA CRUCIFIXIÓN, EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ Y LA RESURRECCIÓN,
tríptico del pintor flamenco Rogerio van der Weyden (1400-1464) que se conserva en Valencia. (De fotografía remitida por J. Grolto)

CASIMIRO PERIER, EX PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

El eminente hombre público recientemente fallecido en París había nacido en aquella ciudad en 8

Casimiro Perier,
fallecido en París el día 12 de los corrientes

de noviembre de 1847 y hecho brillantes estudios en el Liceo Bonaparte; licenciado en Letras y en Derecho, cuando estalló la guerra franco-prusiana entró á formar parte de la guardia nacional del Aube, de la que fué nombrado capitán, y en el combate de Bagneux batióse valerosamente y logró arrancar de manos del enemigo el cuerpo de su jefe, el comandante Dampierre, mortalmente herido.

Terminada la guerra, su padre, ministro del Interior, le hizo su jefe de gabinete, y para facilitarle la carrera política dimitió el cargo de consejero general de Nogent-sur-Seine, recomendando á sus electores que dieran sus votos á su hijo. Elegido consejero en 1874, dos años después los mismos electores le enviaban al Palacio Borbón. El joven Perier inscribióse en la mayoría republicana y en 1877 ocupó la subsecretaría de Bellas Artes.

En 1881 fué reelegido diputado por gran mayoría, y durante aquella legislatura realizó uno de los actos de su vida pública más dignos de respeto. La Cámara, en 1883, había votado la ley por virtud de la cual quedaban excluídos del ejército los individuos de la familia de Orleáns; y el mismo día en que esa ley se votó, Casimiro Perier dirigió á sus electores la siguiente carta: «Queridos conciudadanos: No permitiéndome las circunstancias conciliar mis deberes políticos con la conducta que me dictan mi conciencia y mis convicciones republicanas, he enviado mi dimisión al señor presidente de la Cámara. Aunque, al renunciar á la vida política, impongo silencio á mis opiniones, permaneceré invariablemente fiel á mi fe política. En mi retiro, procuraré, mis queridos conciudadanos, seros útil y nunca olvidaré las pruebas de confianza y de simpatía que me habéis prodigado.»

Sus electores no aceptaron aquella dimisión y seis semanas después le elegían nuevamente. Fué en aquel período (1884-1893) sucesivamente subsecretario de Estado en el ministerio de la Guerra, vicepresidente de la Cámara, presidente de la comisión de presupuestos, presidente de la Cámara y presidente del Consejo de Ministros. En mayo de 1894 dimitió su presidencia á consecuencia de un voto de censura que dió al gobierno la Cámara por la cuestión de los sindicatos; á pesar de ello, al mes siguiente fué por tercera vez elegido presidente de aquélla.

Pocos días después, el 24 de junio, era asesinado en Lyón el presidente Carnot; el 27, el Congreso, reunido en Versailles, elevaba á Perier á la suprema magistratura de la República por 451 votos entre 845 votantes. Su presidencia duró sólo seis meses: razones no bien conocidas todavía, pero que dejó traslucir en su mensaje enviado al Parlamento en 15 de enero de 1895, impulsáronle á presentar la dimisión de aquel alto cargo. En aquel mensaje se leen, entre otros, los siguientes interesantes párrafos que reflejan admirablemente la honradez, la sinceridad, la nobleza de sentimientos de aquel gobernante:

Pont-sur-Seine. – Entierro de Casimiro Perier. Salida del cortejo fúnebre de la iglesia. (De fotografía de M. Branger.)

«De seis meses á esta parte, prosíguese una campaña de difamación y de injurias contra el ejército, la magistratura, el Parlamento y el jefe irresponsable del Estado, y esa libertad de avivar los odios sociales sigue llamándose libertad de pensar.

»El respeto y la ambición que siento por mi país no me permiten consentir que pueda insultarse diariamente á los mejores servidores de la patria y al que la representa ante el extranjero. No me resigno á comparar el peso de las responsabilidades morales que sobre mí pesan con la impotencia á que estoy condenado.

»Tal vez se me comprenderá si afirmo que las ficciones constitucionales no pueden acallar las exigencias de la conciencia política; quizás dimitiendo mi cargo habré trazado su deber á los que se preocupan de la dignidad del poder y del buen nombre de Francia en el mundo.

»Invariablemente fiel á mí mismo, permanezco convencido de que las reformas no se realizarán sino con el concurso activo de un gobierno decidido á asegurar el respeto á las leyes, á hacerse obedecer por sus subordinados y á agruparlos en una acción común para una obra común.»

Aceptada su dimisión, retiróse enteramente de la vida pública, consagrándose á la ciencia y á obras de filantropía.

El cadáver de Perier ha sido sepultado en el panteón de familia de Pont-sur-Seine y su entierro fué presidido por un representante del presidente de la República.—S.

Pont-sur-Seine. – M. Loubet ante el féretro de Casimiro Perier. (De fotografía de M. Branger.)

TOLÓN.—LA CATÁSTROFE DEL ACORAZADO FRANCÉS «JENA»

VISTA DE LA POPA DEL «JENA» DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE. (De fotografía de M. Branger.)

El acorazado de primera clase de la escuadra francesa del Mediterráneo, el *Jena*, uno de los mejores buques de la armada de Francia, ha quedado en parte destruído á consecuencia de una explosión que en uno de sus pañoles de la pólvora se produjo poco antes de las dos de la tarde del día 12 de los corrientes, y á la que siguieron otras muchas explosiones y un incendio.

El *Jena* hallábase en uno de los diques del puerto de Tolón limpiando fondos. Las causas de la catástrofe no se conocen todavía, pues aún no ha dado dictamen la comisión que se nombró para determinarlas: en un principio atribuyóse aquélla á la explosión de un torpedo; díjose luego que era debida á un corto circuito formado en los alambres que pasaban cerca de los pañoles de las municiones, y finalmente se ha supuesto que la explosión se había producido á consecuencia de la descomposición de la pólvora.

EL CAMAROTE DEL ALMIRANTE MANCERÓN, COMANDANTE DEL «JENA,» DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE (De fotografía de M. Branger.)

Los efectos de las explosiones fueron terribles; el buque ha quedado inutilizado y, lo que es más sensible, el número de víctimas es considerable, elevándose el de los muertos á 118, entre ellos ocho oficiales, y siendo grande también el de los heridos. Y mayor aún habría sido sin la resolución del comandante del acorazado *Patrie*, que se hallaba á 200 metros del *Jena*, el cual, á fin de anegar el dique, cuyas compuertas intentaban en vano abrir varios obreros y marinos, disparó un cañonazo hábilmente dirigido que abrió en aquéllas una brecha por donde se precipitó el agua. Gracias á esto, pudo evitarse que siguieran estallando los proyectiles del *Jena*. Mientras se efectuaba la maniobra de querer abrir las compuertas, el guardia marina Roux, del acorazado *Suffren*, que había acudido á aquel sitio de peligro, fué mortalmente herido por un casco de proyectil.

En medio de la desgracia, fué una suerte que la catástrofe se produjera durante la hora de recreo, en que la mayoría de los 690 tripulantes estaban fuera del buque; de haber ocurrido un poco más tarde, cuando toda la tripulación habría estado trabajando, el número de víctimas habría revestido proporciones mucho mayores.

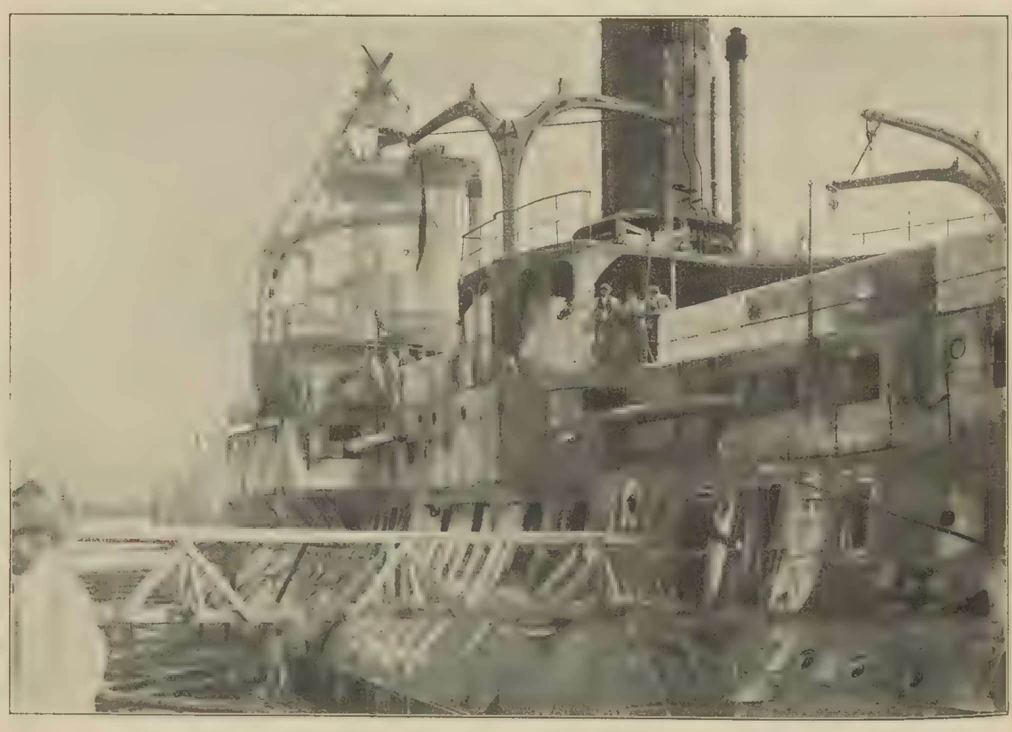
Pasados los primeros momentos de pánico, organizáronse los socorros, siendo llevados los heridos y los cadáveres al hospital marítimo. Los vicealmirantes Marquis, prefecto marítimo de Tolón, y Touchard, comandante de la escuadra del Mediterráneo, y todos los contraalmirantes, generales, jefes y directores de servicios del arsenal, acudieron inmediatamente al sitio de la catástrofe, y dirigieron los trabajos de extinción del incendio y de salvamento, en los cuales tomaron parte también fuerzas de infantería y artillería. Merced á la diligencia y al heroísmo de todos, pudo circunscribirse el incendio en la parte de popa del *Jena* y evitarse un gran peligro que parecía amenazar á todo el arsenal.

La noticia causó hondísima impresión en toda Francia y muy particularmente en París y en los centros oficiales. Aquella misma tarde partió para Tolón el ministro de Marina M. Thomson, quien al día siguiente visitó el *Jena* y el hospital marítimo, socorriendo á los heridos y pasó revista de los tripulantes sobrevivientes del acorazado.

El entierro de las víctimas, que se efectuó el día 16, fué un acto imponente y conmovedor, que presidió el presidente de la República M. Faillieres y al que concurrieron el presidente del Consejo de Ministros M. Clemenceau, el ministro de la Guerra general Picquart y los vicepresidentes del Senado y de la Cámara con numerosas comisiones de senadores y diputados.

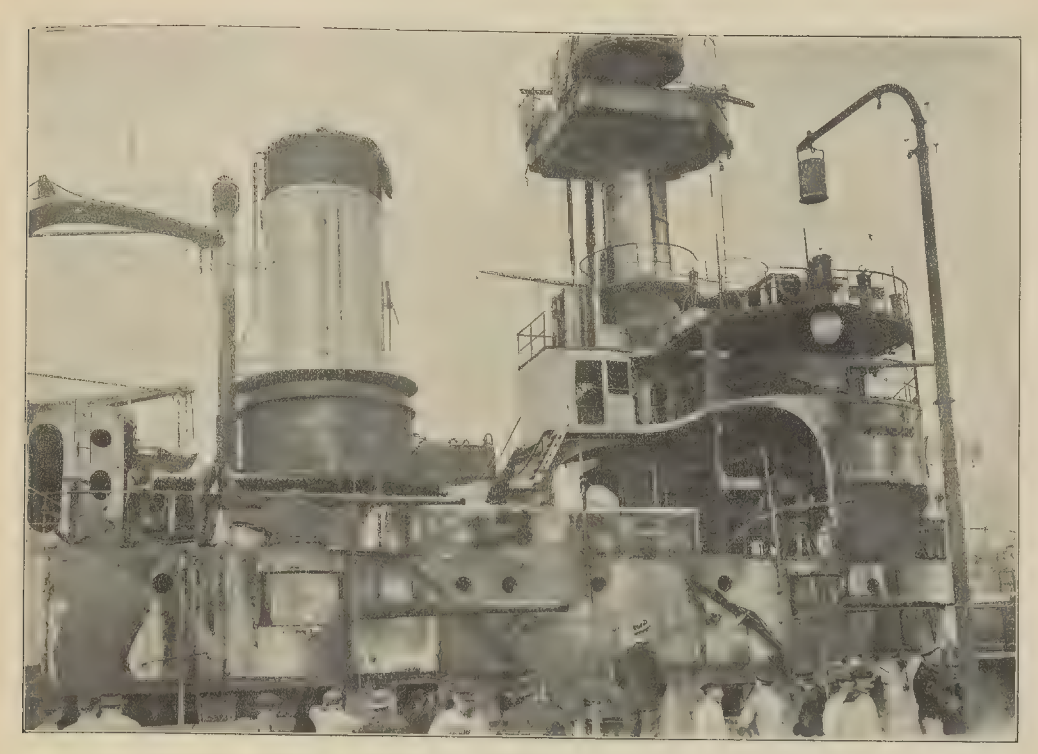
En el acto del sepelio pronunciaron sentidos discursos el presidente de la República, el ministro de Marina, el almirante Touchard y el almirante Mancerón, comandante del *Jena*.—R.

Los tripulantes del «Jena» que se salvaron de la catástrofe buscando los cadáveres de las víctimas



Vista del lado de babor del «Jena» después de la catástrofe

TOLÓN.—La catástrofe del acorazado francés «Jena,» ocurrida el día



Vista de la torre de proa después de la catástrofe

El ministro de Marina y los almirantes Marquis, prefecto marítimo, y Touchard delante del «Jena»

ientes en uno de los diques del puerto. (De fotografías de M. Rol y C. .

FIESTA DE LA COLOMBÓFILA EN EL TIBIDABO

Organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña, celebróse el día 17 de los corrientes en la pintoresca montaña Tibidabo una agradable fiesta que fué presenciada por inmensa muchedumbre.

Desde las primeras horas de la mañana numerosos grupos subían á la meseta del monte, en donde se dijo una misa de campaña, durante la cual hizo guardia de honor un piquete de ingenieros. Terminada la misa, pasaron los concurrentes á la plazoleta del funicular, y allí, después del sorteo de varias palomas mensajeras, procedióse á las varias sueltas anunciadas, empezando por la de las mensajeras de los palomares de Reus, á la que siguieron, con intervalos de dos minutos, las de las de Mataró, Vilafranca, Sabadell y San Feliu de Llobregat. Finalmente, á los acordes de una música que amenizó el acto, soltáronse las mensajeras de los palomares de Barcelona, que sumaban unas 1.900.

Después de las sueltas, efectuóse el concurso de fotografías, en el que tomaron parte muchos aficionados.

Aspecto de la plazoleta del funicular momentos antes de la suelta de las palomas mensajeras. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA. – Fiesta organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña y celebrada en el Tibidabo el día 17 de los corrientes. Las primeras sueltas de palomas mensajeras. (De fotografía de L. Donoso.)

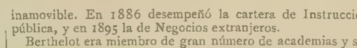
MARCELINO BERTHELOT

El ilustre químico recientemente fallecido en París había nacido en aquella capital en 25 de octubre de 1827. Después de brillantes estudios en el Liceo Enrique IV, dedicóse al estudio de las ciencias, y desde sus comienzos el éxito de sus trabajos en química orgánica llamaron la atención del mundo científico. A los veinticuatro años era preparador en el laboratorio del profesor Balard en el colegio de Francia, y tres años después se recibió de doctor, presentando en aquellos ejercicios una tesis sobre química orgánica que entrañaba una revolución en la ciencia.

En 1859 fué nombrado profesor de química orgánica en la Escuela superior de farmacia; en 1861, la Academia de Ciencias le otorgó una de sus más altas recompensas por sus investigaciones relativas á la «reproducción por la vía sintética de un cierto número de especies químicas existentes en los cuerpos vivos;» en 1863 fué elegido miembro de la Academia de Medicina, y en 1865, el gobierno creó para él en el Colegio de Francia una nueva cátedra de química orgánica.

En septiembre de 1870 nombrósele presidente del Comité científico de defensa, y durante el sitio de París dedicóse á la reforma de la artillería, á la fabricación de las pólvoras de guerra y á los medios de restablecer las comunicaciones entre la capital y las provincias. Los parisienses, queriendo recompensar al patriota, le eligieron diputado, sin haber él presentado su candidatura.

En 1873 entró en la Academia de Ciencias; en 1875 publicó su famosa obra *La síntesis química*; en 1876 fué nombrado inspector general de la enseñanza superior, y en 1881 senador inamovible. En 1886 desempeñó la cartera de Instrucción pública, y en 1895 la de Negocios extranjeros.



El eminente químico francés MARCELINO BERTHELOT, fallecido en París el día 18 de los corrientes. (De fotografía.)

Berthelot era miembro de gran número de academias y sociedades científicas francesas y extranjeras y gran cruz de la Legión de Honor.

Estudiar la obra científica de ese sabio bajo tantos conceptos ilustre, exigiría un trabajo que la índole de esta sección no consiente. Algo de ella dijimos ya en el número 1.212 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El más importante de sus descubrimientos fué la síntesis orgánica, que abrió nuevos y amplios horizontes á la ciencia y á la industria, y mediante la cual pueden hoy reconstruirse con elementos simples los más complejos cuerpos orgánicos.

Mas no se limitaron á la ciencia química sus conocimientos y sus trabajos: Berthelot ha sido indudablemente el hombre de su época que más cosas ha sabido y el que más perfectamente ha estudiado las diversas ramas del saber humano.

La lista de los libros, folletos y artículos por él publicados sería interminable: sólo el número de las memorias en que expuso sucesivamente sus descubrimientos desde 1850 á 1888 se calcula que excede de seiscientas.

Su muerte ha ocurrido en circunstancias realmente dramáticas. Hallábase en la Academia de Ciencias, de la que era secretario perpetuo, y como había dejado á su esposa gravemente enferma, retiróse antes de terminar la sesión que aquélla celebraba. Llegado á su casa, enteróse del estado de la enferma, que empeoraba por momentos, y se instaló en una habitación contigua; poco después entró su hijo Daniel anunciándole que su madre acababa de morir. Berthelot incorporóse rápidamente, llevóse una mano al corazón, lanzó un ¡ay! y cayó muerto.

Necrología.— Han fallecido:

F. W. Maitland, ilustre jurisconsulto é historiador de derecho inglés, catedrático de la Universidad de Cambridge, miembro de varias academias inglesas y extranjeras, y autor de importantes obras.

Félix Cavagnis, cardenal, nombrado por León XIII en 1901, diácono de Santa María ad Martyres, de Roma.

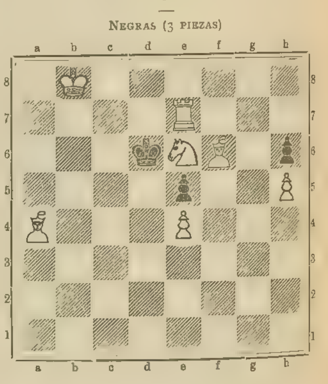
Dr. Guillermo Dittenberger, eminente filólogo alemán, catedrático de Filología clásica de la Universidad de Halle y autor de notables obras sobre inscripciones griegas.

Elías Ducommun, director de la oficina internacional de la paz de Berna, miembro del Gran Consejo de Berna, que en 1902 obtuvo el premio Nobel por sus trabajos en pro de la paz.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 456, POR V. MARÍN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 455, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. A g6–f5	1. Cualquiera.
2. A, P, D ó C mate.	

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX,

coronada por la Academia Francesa.

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ.

(CONTINUACIÓN)

La sala aplaudía con entusiasmo, comprendiendo confusamente la excelsa inspiración de aquel arte.

Isabel volvió la cabeza y se sorprendió de ver la dicha que resplandecía en los ojos de Juan, cuya mirada pasaba por encima de ella hacia la escena. Y para que el joven tuviese que acercarse, le hizo unas cuantas preguntas en voz baja.

Después del primer acto, la señora de Marthenay quiso pedir al capitán que la acompañase á la sala de juego para llamar á su marido. Pero no se atrevió y tomó el brazo del Sr. Landeau. Aprovechando la ocasión, Isabel hizo seña á Juan de que se sentara á su lado.

—¿No sabe usted que he llorado su muerte?

—¿Mi muerte? ¿Tanta prisa tiene usted de que me muera?

—Anunciaron la del comandante Guibert. Usted estaba en Timmimoun. ¿Podía yo adivinar la suerte que usted había sufrido?

—¿De veras estos hermosos ojos han llorado por mí?

—Toda una noche.

—Brillan tanto, que deben quemar sus lágrimas.

—Es que sienten la dicha de verle á usted.

Y atrevidamente fijaba en él sus miradas ardientes y lánguidas. En seguida restablecióse entre los dos la atmósfera de complicidad en la que tanto se complacían antes. Viendo que Juan no lleva guantes, se quitó los suyos y entrelazó sus dedos llenos de sortijas con los de su antiguo amigo.

—Cómo le gustan á usted las piedras preciosas, dijo él contemplando aquellas manos blancas de afilados dedos terminados en uñas color de rosa.

—Sí, contestó ella. Creo llevar en miniatura todos los tesoros del mundo.

Él sonrióse, escéptico.

—El mundo es bien grande, señora, para que quepa en su mano.

—Mire usted, Juan, el verde de esta esmeralda.

—Prefiero el de los prados.

—El vivo azul de este zafiro.

—No llega al azul del cielo.

—¿Y estos rubíes?

—Me gusta más el rojo de la sangre.

—¿Y estas perlas?

—Prefiero las lágrimas.

—Pues puede usted estar contento, porque las he derramado por usted.

—¿Sus aguas eran parecidas á las de este diamante que lleva usted en el cuello?

—¿Verdad que es espléndido? Sus destellos no tienen igual.

—Prefiero los de sus ojos.

Entusiasmados con aquella esgrima romántica, sonrieron como dos maestros de armas que se saludan con la espada. La joven respiraba ávidamente la vida. El corte del vestido marcaba un cuerpo irreprochable sosteniendo noblemente un rostro de facciones hermosas y altivas coronadas por una cabellera de ébano. Juan sólo tenía que inclinarse para coger aquella flor humana, aquella orquídea viviente. ¿Por qué no se inclinaba á cogerla? ¿No se daba cuenta del valor de tanta belleza y juventud exaltadas por el amor? Si no se hubiese dado cuenta de ello, no tendría su rostro aquella expresión de ardiente melancolía que sólo experimenta quien ha visto la muerte de cerca.

—¡Cuánto tiempo he estado esperándole!, exclamó ella con voz cambiada en donde se ocultaba el deseo.

—¿De veras me esperaba?

Isabel contestó enigmáticamente:

—Y aún le espero.

La orquesta empezaba el segundo acto. La señora de Marthenay entró en el palco, acompañada por el Sr. Lavernay, á quien el Sr. Landeau cedía el sitio. Este último, para no oir aquella música demasiado seria, tan distinta de la opereta, y poder comprobar tranquilamente en la sala de lectura sus operaciones de Bolsa, mandaba á su mujer un segundo adorador para que se dedicara á vigilar al primero. Por su insensibilidad, de la cual, como tantos maridos, no quería atribuirse la causa, Isabel excitaba sus deseos y tranquilizaba sus pensamientos. Ella había sabido dominar á su marido, fuerte y sanguíneo, que gruñía de vez en cuando para echárselas de valiente como gruñen las fieras ante el domador. Landeau satisfacía todos sus caprichos, todos sus deseos, parte por vanidad, parte por la pasión ciega que por ella sentía. Odiaba á sus *flirts* como nos molesta el ruido desagradable de campanillas demasiado fuertes en el cuello de un caballo de lujo, no dándoles más importancia que á este adorno inútil.

El drama antiguo se iba desarrollando con lentitud. Juan no atendía á aquella música, propia para almas tranquilas y puras. Ante sus ojos, Isabel se presentaba de perfil; empezando por la línea altiva de su nariz aguileña, fué bajando á sus labios rojos, hermosos labios de esclava. ¿No acababa de decir: «*Y aún le espero*?» Entonces, ¿qué estaba esperando? ¿Es que era insensible á las innumerables seducciones de la vida, encerradas en aquella mujer tan hermosa, como esos pequeños frascos orientales que contienen en cada gota la esencia de millares de rosas? ¿El sol de Africa había helado su sangre en vez de infiltrarle fuego? Libre y joven, ¿en qué podía emplear mejor su juventud y su libertad?

Irguió la cabeza, y después del rostro, sus ojos recorrieron aquellos cabellos admirables, aquel cuello, y al fin cerró los ojos un instante y en un momento de pasión juró realizar el ardiente deseo que le dominaba.

En aquel momento de abandono percibió los acordes de una emoción profunda y contenida, encerrando, en medio de la agitación del dolor que exteriorizaban, una especie de grave serenidad. Sus nervios, altamente excitados, se estremecieron, y su sensibilidad, multiplicada por la espera del placer, acogió la divina música como una flor sedienta recibe el rocío.

Sobre la escena, Orestes y Pílades disputaban el placer de morir uno por el otro. Estaban en las negras orillas del Taurida. El bárbaro ídolo exige el sacrificio de uno de ellos. La sacerdotisa, la infortunada Ifigenia, ha designado á Pílades, y Orestes reclama para él el suplicio. Disputa eternamente patética, en donde la amistad, ebria de generosidad, rebasa los transportes del amor.

Juan trató de resistir al efecto inoportuno de aquellos acentos contrarios á la turbación de sus sentidos. Pero su voluntad enervada pronto cedió. Amaba demasiado la vida en todas sus manifestaciones de belleza para no comprender y admirar un arte tan perfecto, cuya pura inspiración arrancaba de los corazones los torpes deseos, los odios y las frivolidades como de un jardín se arrancan las malas hierbas para que crezca y se desarrolle una flor infinitamente más bella: el placer sacrosanto del amor y de la abnegación.

Ya no se dedicaba al culto exclusivo de una mujer. Un deseo vehemente de vivir muchas existencias á la vez se había apoderado de él. Corría de la voluptuosidad al heroísmo, y volvía á la voluptuosidad

para empezar de nuevo. Empezó á remontar apresuradamente, con fuerza violenta, el curso de sus pasados días. Evocó la amistad hacia Marcelo y la expedición á través del desierto, en donde conoció, en medio de la soledad y del peligro, del éxito y de los esfuerzos, toda la exaltación de la vida al apreciar el valor y la voluntad de su amigo. Del hermano, su pensamiento pasó á la hermana. Desde el principio de la noche iba huyendo del recuerdo de Paula. Hacía un momento no se acordaba para nada de ella. ¿A qué había venido su recuerdo, y por qué aquella música casta favorecía su evocación inoportuna? Y trató de apartar su imagen, sin delicadeza, aunque no sin pena.

«¿No es tan guapa como ésta?,» pensaba.

Contempló de nuevo á Isabel, y sin darse cuenta del injusto atrevimiento de aquella comparación, confesó con secreta alegría:

«Ella tiene más hermosos cabellos. Sus negras ondas deben llegarle hasta las rodillas.»

Isabel se volvió hacia él sonriente.

«Ella tiene los ojos más hermosos,» siguió pensando.

Y recordó sus ojos sombríos, por los que pasaban rápidos destellos. Y aquellos ojos le miraban con reproche, y él interpretó claramente lo que querían decirle. «¿Por qué me tratas sin respeto alguno? —murmuraba aquella Paula lejana y enojada.—¿He tratado de conquistarte, como esa, con mi coquetería? ¿Alguna vez me he presentado ante tu presencia sin modestia ni dignidad? Si no me amas, déjame en paz en mi soledad tranquila, no rebajes mi pura juventud convirtiéndola en imagen de tus placeres. ¡Y si me amas!, ¿por qué no encuentras en tu amor energía bastante para escapar de quien tal vez consiga torcer el curso regular de tu vida? Ven á mí libre y altivo. Que no pueda descubrir en tu frente ni en tus ojos nada que envilezca. Yo no sé si soy hermosa, pero sé que te amo con un cariño que esa otra mujer no es capaz de sentir...»

Ya no pertenecía al número de los jóvenes que marchan por la vida con anteojeras. Éstos no ven los grandes campos que se extienden á lo largo del estrecho camino de sus pasiones, sembrados por el esfuerzo laborioso y continuo de los hombres. Después de haber mirado tan sólo hacia su deseo inmediato, abrazaba con su mirada toda su existencia, y de sus orígenes y tradiciones trazaba las líneas reveladoras del porvenir. Considerado de aquel modo, el amor tomaba un nuevo aspecto. A los ligeros encantos de la voluptuosidad añadía el placer de una comunidad de pensamientos, y la fuerza íntima nacida de la paz del corazón y la tranquilidad del hogar. A los transportes pasajeros y violentos substituía la dicha larga y tranquila y el sentimiento de la raza.

Desde su regreso á Saboya, hacía tres semanas, Juan había ido con mucha frecuencia al Maupas. No iba tan sólo para consolar á dos pobres mujeres afligidas. Paula le atraía de un modo invencible por su altivez, sus sentimientos graves y profundos, por su juventud, cuyos hermosos impulsos comprimidos adivinaba. A cada visita se convencía más y más de que aquella muchacha reservada y seria tenía un alma vigorosa, capaz de saborear la dicha con entusiasmos, de igual modo que había gustado el dolor sin desfallecer. Con la delicada presunción de los enamorados que se esfuerzan en buscar el origen de su amor en tiempos muy lejanos á fin de darle el mérito de la antigüedad, unía la seducción presente con antiguos y casi olvidados recuerdos de la época en que jugaba con una niña siempre risueña. Olvidando su propio olvido, suponía una antigua inclinación que se remontaba á los años de su primera infancia. Con la clara visión del instinto sentía que su energía futura y la conclusión normal de su vida, destinada á perpetuarse, se encontraba allí y sólo allí. Y por esto amaba á Paula como se ama á los treinta años, con confianza y ternura. Su encantadora imagen llenaba su corazón de una nueva paz.

La pasión de Isabel Orlandi se había atravesado en su camino. Más que á su marido, la joven había sido fiel á su amigo Juan y acechaba su regreso. Al volverle á ver, fascinada aún más por su figura seria y reflexiva que por el buen humor y despreocupación de antes, se prometió no esperar por más tiempo, y para conquistarle desplegó su belleza cual bandera al viento.

Y en aquel palco había triunfado durante unos momentos de turbación, sin haberse dado cuenta de ello. Durante la representación de aquel acto había desconfiado de sus encantos al notar que el capitán titubeaba al responder á sus frases poco veladas. Cuando bajaron el telón, sólo se preocupó de reanudar la conversación interrumpida.

Dominada por la inquietud, se volvió y preguntó á Juan:

—¿En qué piensa usted? He notado que no prestaba usted atención á la música.

Juan sonrióse y contestó francamente:

—Pensaba en dos mujeres encantadoras.

—Sobra una.

Con su mirada penetrante trató de leer dentro de aquella frente impenetrable. El Sr. de Lavernay les espiaba, mientras barajaba sus conocimientos clásicos hablando con la señora de Marthenay. Impaciente y ávida de asegurarse la dicha, Isabel se levantó.

—Aquí se ahogan. ¿Quiere usted, capitán, acompañarme al *hall*?

Al pasar miró de arriba á abajo á su chichisbeo derrotado y salió del brazo de Juan. En el corredor, y al bajar la escalera de honor, se apoyó lánguidamente y abandonándose con todo el peso de su cuerpo sobre el brazo de su acompañante. Él se callaba, tratando de recobrar su voluntad; Isabel le preguntó con una timidez que acababa de florecer en ella como flor inesperada:

—¿Ya no soy guapa? Dígame usted la verdad, Juan.

—Mire usted á su alrededor y lo sabrá usted.

En efecto, su pareja despertaba la curiosidad de la muchedumbre elegante que llenaba el *hall* por completo. Y las mujeres galantes que se cruzaban con ella le arrancaban de una ojeada el vestido para apreciar el corte y el precio y poder evaluar además aquel admirable cuerpo.

Con el abanico golpeó ligeramente los dedos de su acompañante.

—¡Se lo pregunto á usted, á usted! Sólo su opinión me interesa.

Alentado por el recuerdo de Paula se resistía, si bien sintiendo, no sin emoción, el brazo de la tentadora apoyarse en el suyo. El rostro de Isabel, que coloraba la sangre que afluía á su cabeza, tenía una expresión de desaliento.

—¿Recuerda usted el bosque de la Chênaie?

—Sí, dijo pensando que allí se orientó el destino de Marcelo Guibert.

—Quisiera pasearme por allí con usted. Cuando era soltera ¿tenía más encantos que ahora? Confiéselo, sea usted franco.

—Ahora es usted más guapa, pero ya no es la misma.

La miró fijamente. ¿Por qué resistir al llamamiento del placer rodeado de tanta belleza?

—¡Isabel!, exclamó dulcemente.

Ella le miró radiante y con su mano sedosa apretó la de su compañero.

—¡Juan!

Por un instante gustaron el encanto embriagador de la juventud. El timbre anunciaba el comienzo del acto. Con el peso de su dicha subieron lentamente y callados la escalera. En lo alto de ella se pararon para tomar aliento. Desde la balaustrada dominaban una confusa muchedumbre, á la cual no veían. Ella en medio de su triunfo confesó modestamente:

—¿No sabe usted una cosa? ¿No sabe usted que he sufrido mucho? Creí lo que me habían dicho.

Vagamente inquieto, y con el corazón atormentado, preguntó:

—¿Y qué le habían dicho?

—Que usted amaba á Paula Guibert.

Dejó caer el brazo que se apoyaba en el suyo y preguntó con voz alterada:

—¿Quién se lo dijo?

—¡Ah!, exclamó ella, pálida, sin poder hablar, como si contemplase su felicidad, á sus pies, hecha mil pedazos.

La magia de un solo nombre había bastado para romperla. Y había sido ella misma quien por una insensata aberración había pronunciado aquel nombre. Bastaba ver el rostro de Juan para comprender lo irremediable de su derrota, y agravó el desastre por la rabia de caer de un sueño tan alto.

—Esa chiquilla orgullosa ha sabido hechizarle con sus aires de princesa. Debía haberlo sospechado. Estoy segura de que trabaja el asunto desde hace tiempo. Como toda solterona, anda rabiosa por pescar marido. Vaya, vaya usted á ella; ya sabrá usted lo que es bueno.

Vuelto á sus verdaderos sentimientos por la misma tentadora, la contempló con melancolía á causa de su seducción, con piedad á causa de su corazón apasionado. Y con voz cariñosa respondió á sus insultos:

—Isabel, perdóneme. En otros tiempos sólo de usted dependió que compartiéramos la vida. Aún ha podido usted ver, esta misma noche, mi debilidad y su poder. No es digno de usted hablar de este modo. En nombre de nuestros pasados amores, sea usted generosa.

Con la despreocupación de los enamorados pedía generosidad, declarando que ya no la amaba.

Sin embargo, ella no protestó. La palpitación de su pecho revelaba su emoción. Llevando aún en su rostro la belleza de la victoria, rehusaba la lucha, aceptaba el desastre y se entregaba. No estaba preparada para la derrota. Desde tiempo atrás había confiado en las alegrías del triunfo. Su *flirt* de soltera se había convertido en amor sensual y profundo, pronto á las excitaciones y desesperaciones rápidas, más que á las habilidades de la estrategia sentimental.

Quedáronse solos en la galería. Toda la gente había entrado en la sala para ver á la sacerdotisa Ifigenia vestida de rojo, disponiéndose temblando al sangriento sacrificio. Isabel contemplaba el *hall*, que una vez vacío parecía haber aumentado desmesuradamente sus dimensiones. Llevó las manos á la garganta cual si se ahogara y alzó, por fin, sus ojos hacia Juan, que miraba tristemente á aquella hermosa criatura presa de la emoción. Nada bajo ni nada vil le agitaba, porque su dolor nacía de lo más hondo de su ser.

—Juan, murmuró con voz débil que apenas se oía, tiene usted mucha razón. Ninguna mujer es más digna de su amor. Usted será muy feliz y yo muy desgraciada...

Y no pudo continuar, pero inclinándose cogió una mano de Juan y puso en ella sus labios. Él notó que una lágrima le mojaba la piel, y al alzar ella la cara, vió su rostro lloroso. Algo calmada, sonrió débilmente y dijo:

—¿Son perlas, Juan?

—Sus lágrimas valen mucho más que todas las perlas del mundo.

Y cogiéndola entre sus brazos, la besó. Aquellas imprudentes caricias de despedida les hacían flaquear. ¿Cuántas otras parejas se enlazaron para siempre gracias á parecidos instantes de ternura y turbación? En amor todo es peligroso; la carne es muy débil y la voluntad muy flaca... El ruido de una puerta al abrir se les salvó. Marcharon hacia el palco.

—Por miedo he destrozado mi vida, dijo Isabel mientras la acomodadora se acercaba con la llave.

Durante el resto de la velada, en un olvido extraño de sus riquezas, sintió lástima de ella misma; y tomando odio á las alhajas y trajes, las hubiese cambiado por el amor rodeado de su pobreza dorada. Durante el resto de la velada, su vencedor, más humillado y débil que un vencido, se embriagó con el espectáculo de aquella belleza que jamás sería suya. Antes de apagarse su deseo seguía quemándole. Antes de marchar con paso firme por el camino recto de la vida, volvía la cabeza, no sin melancolía, hacia la voluptuosidad.

A la salida, ayudó á Isabel á ponerse el abrigo de seda blanca que cubría sus desnudos hombros. Sólo entonces se alegró de haber conservado el dominio de su voluntad, y pudo pensar libremente en la virgen pura y altiva que llenaba por completo su corazón de hombre valeroso y débil al mismo tiempo.

La señora de Marthenay apenas dirigió la palabra á Juan Berlier durante toda la noche. Éste la creía preocupada á causa de su marido, que según públicos rumores perdía en el Círculo y en la Villa de las Flores sumas importantes, y se presentaba además por todas partes con una *demi-mondaine* muy vistosa, de las muchas que llenaban Aix-les-Bains. Pero Alicia no pensaba en nada de esto, sufría su triste vida sin rebelarse, con el alma sumisa y resignada á cualquier acontecimiento. ¿Qué le importaba la fortuna y la fidelidad de un esposo indigno? No esperaba ninguna clase de alegría. Su naturaleza muy sensible no se consolaba con los placeres mundanos del abandono de su hogar y de la soledad de su corazón. Su chiquilla era lo único que la retenía contra la desesperación. La educaba con ternura excesiva, sin darse cuenta de que la desarmaba para las futuras luchas.

Durante aquella velada la presencia de Juan Berlier le recordaba con dolor agudo la escena del bosque de la Chênaie, cuando no había tenido fuerza suficiente para apoderarse de la felicidad á cambio de una fácil lucha ó con la promesa de una larga espera. Quería interrogar á Juan acerca de la muerte del comandante Guibert. Pero la pregunta no salió de sus labios. Preguntar por Marcelo, ¿no era ya hacer traición á sus deberes? Y sus escrúpulos añadieron á su secreta viudez una nueva pena.

Y por esto ignoró siempre que Marcelo llevaba sobre él al morir la imagen de una niña rubia, de ojos azules, que había hecho nacer en su pecho un orgulloso desprecio hacia la muerte.

VII

EL SECRETO DE PAULA

Juan hizo subir al Sr. Loigny á una victoria que había encargado á la ciudad. El anciano tío de Juan

llevaba su levita de los días de etiqueta, corbata de seda que daba varias vueltas á su cuello según la antigua moda, guantes gris perla y un bastón con mango de plata.

—Todos estos arreos me molestan, dijo á su sobrino.

Echaba de menos su traje de jardinero. Y cual si partiese para un largo viaje, hizo innumerables recomendaciones acerca de sus rosales.

Juan le tranquilizó.

—Por Dios, tío, no se olvide usted de la misión que lleva.

—¡Pues no faltaba más!, exclamó el vejete. Aun cuando mis rosales más hermosos tuviesen que marchitarse durante mi ausencia, te aseguro que cumpliré mi misión á las mil maravillas.

El Sr. Loigny iba al Maupas á pedir la mano de Paula para su sobrino. Cuando el coche desapareció al dar la vuelta á la carretera, Juan, impaciente y nervioso, en vez de quedarse en la villa de los Rosales, siguió lentamente el mismo camino. De este modo encontraría más pronto á su embajador cuando regresase, y tal vez tendría tiempo de llegar, antes que fuese de noche, al Maupas y hablar con la que ya sería su prometida. Miró el sol que empezaba á inclinarse poco á poco hacia el monte Lepine.

«Los días de julio son muy largos,» se dijo para dar más fuerza á su proyecto.

Después de la velada de Aix había estudiado los sentimientos de su corazón. Amaba á Paula por su valor y altivez, y también por el misterioso é inexplicable atractivo que ejercen sobre nosotros las facciones, el color de los ojos, los cabellos, la cintura, todas las gracias de la mujer en donde vemos de antemano la tranquilidad y dicha de nuestro porvenir ó su funesto y delicioso tormento. Sentía dentro de sí la aprobación de todo un pasado, de toda una raza de cuyas tradiciones y esfuerzos sería dichoso continuador. Aquella joven formal de mirada centelleante infiltraba en su alma una vehemente ternura; y sobre todo le animaba á conformarse con el ideal verdadero de la vida humana, que no consiste en buscar en nosotros mismos su propio fin, sino en eslabonarse entre las generaciones precedentes y las siguientes con desinterés y eficacia. ¿Dónde encontrar compañera más noble, más valiente, más segura y más prudente? Había crecido como una planta cuyas raíces toman fuerza en un suelo fecundo. Su familia era garantía de su virtud. Sólo le faltaba, para conseguir su completo desarrollo, un poco de sol. ¿El amor no le daría calor y luz? ¡Qué alegría verla florecer, y ser en parte la causa de ello, restituir á aquella juventud, después de tantas pruebas sufridas, el gusto hacia el tiempo que pasa y el deseo de suspender su carrera!

Ella le amaría, tal vez ya le amaba. A pesar de la seriedad y pudor que adornaban todos sus gestos, ¿no había creído sorprender entre sus sentimientos secretos algunos ligeros indicios de amor: rubor en las mejillas, parpadeo algo nervioso y sobre todo su mirada tan pura, tan leal, tan firme, que descansaba sobre él con una dulzura involuntaria? Y profundizando en sus recuerdos, ¿no le parecía ahora que no dejaba de tener su persona alguna relación con la antipatía que Paula había demostrado siempre á Isabel Orlandi? ¡Isabel Orlandi! No la había vuelto á ver, y no la vería nunca más; sentía hacia ella un temor supersticioso, y apartaba sus pensamientos de aquella imagen demasiado hermosa que le humillaba cruelmente recordándole su propia debilidad. Si Paula Guibert le amaba, sentíase con fuerzas para llevar sobre sus hombros el mundo entero. ¿No es indicio del amor verdadero esta exaltación que se apodera de nuestras facultades y esta confianza grande en nosotros mismos y en nuestro porvenir?

Otros proyectos habían acompañado la inclinación de su corazón. El amor no aisla el matrimonio de la existencia material y social, y por lo mismo, por las dificultades y obstáculos que encuentra, se ve obligado á mirar la vida, cuya salvaguardia es, de un modo muy distinto de como lo mira la pasión que trata de olvidarla ó destruirla. Los Guibert no tenían fortuna alguna y su herencia se reducía á muy poca cosa. Claro que el dejar la carrera militar sería para él motivo de tristeza. Sentía cariño por su profesión, compuesta de abnegación, honor y la férrea disciplina que se impone á la voluntad. La brillante carrera que llevaba le autorizaba á confiar en el porvenir. Sin embargo, no sentía esa vocación irresistible que impulsa á los jóvenes por un camino determinado, fuera del cual sólo encuentran un continuo malestar; la vocación de Marcelo, por ejemplo. Así es que escuchaba los consejos que con anticipación le iba dando la situación material de su nuevo hogar.

Y cogiéndola entre sus brazos la besó

Sin gran trabajo había ido elaborando su nuevo plan de vida. Durante sus viajes al Maupas hablaban á menudo de los negocios de Esteban y Francisco en Tonkín. En todas sus cartas éstos daban cuenta de la prosperidad de sus empresas, y se quejaban de no poderlas dar más extensión por falta de otro socio cuyo concurso se había hecho indispensable. En vano, según decían, habían acudido á sus antiguos compañeros de escuela y carrera; éstos preferían á la independencia las funciones serviles y á los riesgos la medianía. Y á medida que más escuchaba á su corazón, Juan pensaba más decidido: «Si pido el retiro, iré, *iremos* al Tonkín.» La misión del colonizador le atraía por la energía y actividad que necesita. Siempre había sentido gran cariño hacia la tierra; todos sus antepasados le inclinaban hacia el suelo fecundo, del cual se nutre la humanidad. Si allá lejos sentía la nostalgia de Francia y del ejército, ¿no podría sacar nuevas energías del amor de la nueva Francia que contribuiría á crear, y de la alegría varonil de conquistar paciente y cotidianamente su suelo, paso á paso roturado y fertilizado? ¿No sacaría nuevas fuerzas del cariño de su esposa? Ésta—estaba seguro de ello—no sentiría expatriarse y compartir con él una vida de luchas y aventuras. La sangre del doctor Guibert, indiferente al peligro; la sangre de su madre, que una fe invencible sostenía en medio de tantas pruebas, corría, roja y pura, por las venas de la joven que amaba.

Con el egoísmo propio de los enamorados, Juan se olvidó de un solo ser al preparar su porvenir. O mejor dicho, proyectaba inconscientemente privar á aquella criatura de su único apoyo y de la dulzura de sus días sin alegrías. En el heroísmo de la señora Guibert descubría nuevas razones para confiar en Paula, digna hija de tal madre, y no veía que iba á pedir á la pobre anciana el mayor de los sacrificios, que iba á pedir á Niobe su último hijo que desesperada estrecha entre sus brazos, el único que le han dejado los dioses...

Por el camino del Maupas marchaba hacia la felicidad, mientras que el hermoso sol de verano esparcía sobre la alegre naturaleza su rubia cabellera.

La vieja María acompañó al señor Loigny hasta el salón y corrió á buscar á su ama murmurando:

—¿Qué nos querrá este viejo con esta levita y esta chistera?

Pero el Sr. Loigny no prestaba atención alguna á la criada, alarmada por aquel traje tan ceremonioso.

Acababa de pararse delante de un jarro lleno de rosas colocado encima de la mesa. Se inclinó, las observó acercándose tanto, que pareció olerlas, y de pronto se puso á dar muestras de un extraordinario asombro. La señora Guibert le encontró en aquel estado singular. La saludó apenas y la condujo en seguida junto á las flores diciendo:

—¡Ésta! ¿La ve usted?

—Sí, dijo sorprendida.

—¿Cómo es que tiene usted esta rosa?

—Pues no lo sé.

—Es imposible que no lo sepa.

Y menos brutalmente añadió:

—Le suplico, señora, que lo recuerde usted. Se trata de una cosa de mucha gravedad.

La señora Guibert, siempre complaciente, interrogó su memoria.

—Mi hijo Esteban, en su último viaje, nos trajo unos cuantos pies de rosal. Encontraron en el Maupas un terreno favorable y éstas son sus rosas. Son muy hermosas, pero sin perfume.

—En efecto, no tienen olor alguno. Pero esto á mí me da lo mismo. ¿Y su hijo Esteban de dónde venía?

—De Tonkín, de la bahía de Along, que produce flores y frutos en abundancia.

—¡Ah! Es un rosal chino. Perfectamente. Me lo figuraba. Y como es natural, usted no sabrá cómo se llama. ¡En Francia no hay quien conozca los nombres de las flores!

La señora Guibert excusó su ignorancia con una sonrisa y el intrépido naturalista siguió diciendo:

—Se enseña la música á las jóvenes para que atormenten á fuerza de sonatas, primero á sus padres y después á sus maridos; pero no se cuidan de enseñarles la botánica. Y la botánica, señora, es el traje con que se viste la tierra, la gracia florida de nuestras casas y la paz del espíritu humano. En ella encuentro una hermosa filosofía. Para remediar esta falta de instrucción estoy redactando una nomenclatura de todos los nombres de las rosas. Es preciso saberse limitar; la naturaleza es demasiado vasta para nosotros. Sin embargo, esos nombres son en su mayoría de una vulgaridad horrorosa.

—¿De veras?, dijo la pobre anciana sin saber lo que decía, preocupada por otras cosas y sin ánimo de halagar á aquel maniaco.

—Horrorosa, sí, señora, lo repito, horrorosa. Los más bonitos son nombres de mujeres. No evocan ni el arte complicado y encantador de los jardines, ni la diversidad del reino vegetal con sus innumerables formas y colores, ni los matices de nuestros sentimientos, á los que hubiera sido de buen gusto dirigir amables alusiones. Son nombres inanimados como los de la geografía y la química.

—Yo no entiendo de estas cosas, confesó la señora Guibert. Sin embargo, me gustan mucho las flores.

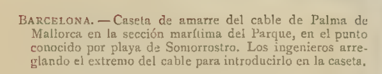
El entusiasta vejete no cesaba de hablar:

—No tenemos inventiva, señora. Y además no nos entusiasmamos ni conmovemos ante los incesantes milagros de la naturaleza.

(Se continuará.)

EL CABLE DE BARCELONA Á PALMA DE MALLORCA

La importancia cada día creciente de las islas Baleares y la conveniencia de atender á las relaciones cada vez mayores entre aquel archipiélago y la península, hacían sentir, desde hace tiempo, la necesidad de establecer una comunicación telegráfica directa.



Barcelona. — Caseta de amarre del cable de Palma de Mallorca en la sección marítima del Parque, en el punto conocido por playa de Somorrostro. Los ingenieros arreglando el extremo del cable para introducirlo en la caseta.

Convencido de esa necesidad, el gobierno subastó el tendido del cable, operación que fué adjudicada á una casa inglesa que se dedica especialmente á esa clase de trabajos.

Como puntos de amarre, señalóse desde luego en la península la playa de Somorrostro, en nuestra ciudad; respecto de Palma de Mallorca, una comisión mixta de telegrafistas españoles y de ingenieros ingleses decidieron que el cable fuese amarrado en la cala de Porto-Pi, en donde había sido ya designado el sitio á propósito. Pero la comisión militar, que anteriormente había dictaminado que el punto de amarre fuese la Cala Mayor, insistió en su dictamen, que al fin fué definitivamente aceptado.

El vapor *Cambria*, que ha tendido el cable entre Barcelona y Palma de Mallorca. Vista de la popa del buque, en donde están las máquinas y aparatos para efectuar la operación. (De fotografías de F. Ballell.)

Inmediatamente comenzaron los trabajos preparatorios, y el día 13 llegó al puerto de Barcelona el vapor cablero *Cambria*, de la casa inglesa concesionaria, procediendo á la operación del tendido del cable, que se ha efectuado rápidamente y con toda felicidad.

La población de Palma ha visto con gran satisfacción la implantación de esa mejora, y la Cámara de Comercio de aquella capital ha abierto una subscripción para solemnizar la inauguración del cable con un banquete al cual serán invitados todos los que han intervenido en tan importante empresa, acto que es de esperar se verá muy concurrido por originarle una mejora de gran importancia.

EL ABUSO DEL TE

El consumo del te ha llegado á ser casi universal y aun en los países productores de vino constituye una bebida secundaria de importancia, siendo en la actualidad el acompañamiento obligado de las recepciones y habiendo en muchas partes substituído como desayuno al tradicional café con leche ó al chocolate.

El uso del te, como de toda bebida estimulante, en dosis moderadas es excelente; pero el abuso es tan nocivo, en su género, como la ingestión de bebidas alcohólicas. El te contiene alcaloides enérgicos, tales como la teína y la teobromina, y aceites esenciales cuyos efectos se dejan sentir en el organismo en muy pequeñas dosis; contiene además, según las variedades, proporciones mayores ó menores de ácido sapónico. Un individuo que nunca haya tomado te siente, como con el café, una excitación de la circulación y del sistema nervioso. A pequeñas dosis, el te es un buen estimulante para la inteligencia, y son muchos los literatos que para escribir necesitan algunas tazas de la infusión aromática.

Desde el punto de vista de la energía muscular, es también una bebida perfecta, aunque no tanto como el café.

Operación de echar el cable á tierra para conducirlo por una zanja hasta la caseta de amarre. (De fotografía de F. Ballell.)

Tomado á dosis excesivas ó demasiado frecuentes, provoca trastornos nerviosos, insomnio, temblores, sin contar los desórdenes de la digestión que, por repercusión, determinan trastornos generales aún más acentuados.

Las diversas clases de te no son comparables entre sí bajo este concepto, y aunque á primera vista parece que las que contienen mayores proporciones de tanino son las que producen los accidentes más rápidos, en realidad no es así. El te de Ceylán y el de la India contienen, en general, más tanino que el de China, y sin embargo, no son más nocivos que éste con tal se tome á dosis moderadas.

Se ha atribuído la acción fisiológica del te á la teína y á la teobromina; pero en opinión del profesor inglés Lander Brunton, que ha estudiado la influencia que en la salud ejerce el abuso de esa bebida, hay otros alcaloides, no conocidos todavía, cuya acción es aún más enérgica que la de aquéllos. El te verde no contiene mayores proporciones de alcaloides que el negro, puesto que ambos proceden de la misma planta, el *thea Chinensis* ó *Camelia thea*; la única diferencia aparente es su coloración. Aunque originarios del mismo arbusto y sin más diferencia que la secadura, los efectos del te verde sobre el sistema nervioso son mucho más acentuados, lo cual parece demostrar que no es la proporción mayor ó menor de tanino la que influye en los trastornos de la economía. — C.

BANQUETE

Á QUEROL

Los artistas barceloneses, deseosos de demostrar su admiración y su afecto á su compañero el celebrado escultor catalán Agustín Querol, han aprovechado su reciente estancia en esta ciudad para obsequiarle con un banquete que se celebró en la noche del 17 de los corrientes en el salón de exposiciones del Círculo Artístico, y al que asistieron unos 150 comensales.

Ocupó la presidencia el Sr. Querol, quien tenía á su derecha al gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo y al presidente del Círculo Sr. Trías, y á su izquierda al teniente de alcalde Sr. Bastardas.

BARCELONA. – BANQUETE CELEBRADO EN EL CÍRCULO ARTÍSTICO EN LA NOCHE DEL 17 DE LOS CORRIENTES EN HONOR DEL NOTABLE ESCULTOR D. AGUSTÍN QUEROL. (De fotografía de A. Merletti.)

Llegada la hora de los brindis, dedicaron entusiastas elogios á Querol y á su obra el señor Fernández, secretario de los Ateneos Obreros de Cataluña; el Sr. Bastardas, en nombre de la comisión ejecutiva del monumento á Federico Soler; el diputado á Cortes Sr. Rahola, y los Sres. Cusachs, Trías y gobernador civil. A todos dió las gracias el obsequiado en sentidas frases.

Los concurrentes al banquete hicieron votos por el triunfo del Sr. Querol en el concurso abierto en Buenos Aires para un monumento del general Mitre, concurso al que el eximio escultor ha presentado varios proyectos de grandiosidad y belleza sorprendentes.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Les tours de force sur l'échiquier, por *Alain C. White.* – Un tomo de 224 páginas que contiene numerosos é interesantes problemas de ajedrez, originales de los más célebres ajedrecistas y que son verdaderos *tours de force.* Impreso en París en la imprenta de Numa Preti.

Whistler y Rodin, por *Max Henríquez Ureña.* – Conferencia pronunciada en la noche del 22 de abril de 1906 en la Academia de dibujo y pintura «El Salvador,» de la Habana. Es un estudio interesante sobre los famosos artistas el pintor americano Whistler y el escultor francés Rodin. Un folleto de 20 páginas, impreso en la Habana en la imprenta de Esteban Fernández.

Divagant, por *Pericle Pieri,* traducido al catalán por *José Burgas.* – Monólogo representado por primera vez en catalán en el teatro Romea en 17 de febrero último y recitado por D. Joaquín Vinyas. Editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

Album Musical. – Un folleto de 40 páginas, publicado en Barcelona por la empresa de exposición, venta y anuncios «Salón Craywinckel.» Contiene cinco piezas musicales y multitud de anuncios y datos interesantes.

Ecos del Hudson. (Impresiones de un cronista), por *Homero Serís.* – Un cuaderno de 28 páginas con grabados, editado en la Habana por la casa C. Martínez y C.ª; es el primero de un libro que constará de 180 á 200 páginas.

Hojas dispersas, por *Luis E. Chacón de Lorca.* – Colección de poesías de diversos géneros, delicadamente sentidas y rimadas con facilidad. Un tomo de 78 páginas, con algunas ilustraciones de José R. Carolini, impreso en Santiago de Chile en la imprenra Franco-chilena.

Pasarse de listo. – Juanita la Larga, por *D. Juan Valera.* – La empresa que con tanto éxito publica en Madrid la colección de obras completas del eminente escritor D. Juan Valera, ha puesto á la venta esas dos novelas, que forman los tomos 8.º y 9.º de la serie. Tratándose de obras tan conocidas y justamente alabadas, es ocioso elogiarlas. Impresos en Madrid en la Imprenta Alemana, véndense á tres pesetas cada tomo.

Monumento a Mozart, recientemente inaugurado en Dresde,
obra de Armando Hasacus. (De fotografía de E. Frankl.)

Embalsamamiento humano. [illegible] procedimiento D[illegible]. Conservación temporal y perpetua de cadáveres. – Folleto de 30 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta «L'Avenç.»

Tardes de estío, por *Víctor Arreguine.* – Colección de inspiradas poesías reunidas en un tomo de 152 páginas, con un prólogo de Antonio Lamberti, impreso en Buenos Aires.

Sueños fantásticos (Historietas filosóficas), por *J. S. (Fray Bus.ón).* – Un tomo de 62 páginas, impreso en Palma de Mallorca en la tipo-litografía de Amengual y Muntaner.

Epistolario de Emilio Zola. Primera parte. Versión castellana de *Rafael Ruiz López.* – Un tomo de 288 páginas, editado en Barcelona por la casa Maucci. Precio, 2 pesetas.

Almanaque Bastinos. 1907 – Un tomo de 80 páginas que contiene, además de los anuncios de las principales obras editadas por la antigua y conocida casa barcelonesa de Antonio J. Bastinos, varios artículos literarios ilustrados.

Guía judicial de Cataluña. – Un tomo de más de 400 páginas que contiene las listas de abogados, procuradores y escribanos de Barcelona, datos sobre las audiencias, juzgados, cuerpo consular, notarios, peritos, jurisdicciones especiales, demarcaciones de los juzgados, etc. Impreso en Barcelona, en la tipografía de la Vda. de J. Cunill.

Breves notas históricas sobre la administración del señor licenciado D. Manuel Estrada Cabrera, por *Juan P. F. Padilla.* – Folleto de 32 páginas, impreso en Guatemala en la imprenta de Sánchez y de Guise.

Vida contemporánea. Cuadros de política internacional de Sud-América, por *Belisario García.* – Un tomo de 95 páginas en que se estudian competentemente importantes cuestiones de gran interés para las Repúblicas sudamericanas. Impreso en la Imprenta Moderna de Santiago de Chile.

Cor d'àngel, por *Ramón Suriñach Baell.* – Comedia en dos actos estrenada con buen éxito en el teatro Romea. Editada en Barcelona por F. Baguñá.

Humanos, por *Emmanuel Ribeiro.* – Colección de poesías portuguesas. Un tomo de 52 páginas, impreso en Porto en la Nova Tipografía Popular.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 1.º de abril de 1907 — Núm. 1.318

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Barcelona.—Las autoridades esperando el desembarque del príncipe de Battenberg

Barcelona.—El príncipe de Battenberg presenciando una partida de «lawn-tennis» en el chalet de los Sres. de Arnús.
(De fotografías de A. Merletti.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie del presente año, que será la novela

LUZ Y SOMBRAS

original del famoso escritor inglés lord Bulwer-Lytton.

Es una obra que no dudamos será acogida con verdadero entusiasmo, porque se trata de una novela de acción interesantísima, llena de emocionantes episodios, y en la que al profundo espíritu de observación y al perfecto conocimiento del corazón humano, hermánanse la verdad y el vigor con que el autor traza los caracteres de sus personajes y la maestría con que describe el medio en que éstos se mueven.

La novela ha sido traducida del inglés por D. Pelayo Vizuete é ilustrada por Calderé.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Eso de convertir el teatro en púlpito, cátedra ó tribuna me ha parecido siempre una desagradable inoportunidad. Ante todo, un drama es una obra de arte, y su fin principal, por lo tanto, debe ser el expresar un aspecto de la belleza. Yo, cuando voy á ver una función escénica, y creo que lo mismo le acontece al noventa por ciento de los espectadores, me siento tan defraudado, si me encuentro con un sermón, como me encontraría en la iglesia si oyese á un predicador entonar una jácara.

No quiere esto decir que la literatura dramática deba ser ajena á los graves problemas que preocupan la conciencia humana; pero estos problemas han de estar de tal modo infundidos en los caracteres de los personajes, que sean ellos los que realmente nos interesen. Convertir las ideas en sentimientos y pasiones es la gran labor del dramaturgo moderno. Cuando las ideas, esto es, el elemento didáctico se sobrepone al sentimiento y á la pasión, ó sea al elemento artístico, la obra dramática pierde su carácter propio, se desvirtúa y adultera. Puede suceder que por circunstancias especiales las obras de propaganda obtengan un triunfo ruidoso, pero su vida dura tan sólo el tiempo que aquéllas subsisten. Recuérdese, en prueba de lo dicho, lo acontecido con *Electra*.

***

Dicenta, que es un verdadero autor dramático, con sus puntas y ribetes románticos, viene, desde hace algún tiempo, desnaturalizando sus dotes artísticas con la difusión, desde la escena, de sus ideas revolucionarias. Para realizar esta vez su propósito ha compuesto un melodrama declamador y sombrío, titulado *Daniel*, en el cual se amontonan todos los lugares comunes con que la filosofía periodística comenta las desigualdades sociales. El procedimiento puesto en práctica por Dicenta es el empleado por Sué, Aiguals de Ireo y otros autores que tuvieron su boga á mediados del siglo último. Consiste dicho procedimiento en presentar la sociedad dividida en dos bandos, el de los buenos y el de los malos: los buenos son, en *Daniel*, los obreros; los malos, los burgueses. Éstos son unos pillos sin entrañas, que no se limitan á explotar á los trabajadores, sino que además los maltratan, humillan, atropellan y deshonran.

Del complicado problema social y de las cuestiones que en él tienen su origen, el autor sólo ha recogido lo superficial, lo externo, recargándolo con negrísimas tintas. El público del Español, que lo constituyen, como es sabido, las clases aristocráticas y burguesas, se ha negado á ver el drama de Dicenta, y la empresa de aquel favorecido teatro ha tenido que representar la obra en funciones populares á bajo precio.

***

La acción de *Daniel* se desarrolla en una mina de plomo, unida á una fábrica de fundición. Los obreros pasan allí la pena negra trabajando unos en las profundidades de la tierra, arrastrando otros vagonetas cargadas de mineral y torturándose algunos ante las bocas infernales de los hornos. Aquella labor sin alegría fomenta en los corazones de los mineros el odio contra sus inicuos explotadores, odio aún más excitado por las predicaciones de cierta hembra, viuda de un trabajador muerto en una huelga, y á la cual, por sus revolucionarias predicaciones, llaman *la Apóstola* sus compañeros de trabajo. Esta predicadora, secundada por Pablo, otro obrero libertario, habla vagamente de no sé qué ideales de amor y de justicia que habrán de realizarse á fuerza de espantosas degollinas.

Las teorías de *la Apóstola* encuentran ruda oposición en Daniel, hornero de la fábrica de fundición, padre de Pablo, el colega de Cesárea la viuda predicadora, y de un sargento á quien la desgracia ha llevado á imponer orden, en unión de otros soldados, en la cuenca minera á que pertenece la mina en que Daniel y su hijo trabajan.

Los mineros viven malamente; los jornales son mezquinos. En el momento en que aquella pobre gente está devorando su miserable comida, se les antoja visitar la fábrica á tres señoritas burguesas, tontas y casquivanas como ellas solas, acompañadas del dueño de la fábrica y de su hijo, el clásico traidor de melodrama. A este grupo de visitantes no se les ocurre cosa mejor que enumerar los manjares con que van á regodearse. El contraste, como se ve, no puede ser más de brocha gorda. Y no es esto solo: después de haber recreado los oídos de los hambrientos obreros con la descripción de la suculenta comida, el dueño de la fábrica anuncia á los trabajadores que va á rebajarles el jornal. Hay que convenir en que estos burgueses, además de tunantes, son unos verdaderos tarugos.

Ante tan perversa como estúpida conducta, los mineros se alborotan, Cesárea pronuncia un discurso y los obreros arrojan palas, picas y azadones, diciéndoles al amo y á su hijo: «Trabajad vosotros.»

***

En huelga ya los obreros, los dueños de la mina deciden substituirlos por *esquirols*. Éstos, protegidos por la tropa, están á punto de llegar á la galería de los hornos. Pero no han contado con las sorpresas que siempre surgen en los melodramas. La fábrica tiene una entrada secreta que conocen todos los mineros, pero que es ignorada del ingeniero y del amo, y por esa entrada secreta se cuelan los huelguistas, resueltos á rechazar á los *esquirols*. Los mineros, en efecto, expulsan de la mina á los nuevos trabajadores y destruyen los hornos, á pesar de las protestas de Daniel. Pero los *esquirols* sobrevienen auxiliados, por la tropa, los huelguistas apedrean á los soldados, y la tropa, á la voz de fuego que da el hijo del dueño de la fábrica, dispara sobre los mineros, que á su vez han hecho uso de sus pistolas. En la lucha resultan muertos los dos hijos de Daniel, Pablo y el sargento. El viejo se abraza á los cadáveres de sus hijos, y en tal momento Cesérea le descubre que su hija, la hija de Daniel, ha sido villanamente engañada por el señorito.

***

Pasa tiempo; al anciano minero, que á causa de sus tremendas desgracias ha estado á las puertas de la muerte, ya un tanto mejorado, pero sin fuerzas para el trabajo de los hornos, se le ha confiado la custodia del ascensor. En esta mina, como en el teatro, todo es convencional; los ascensores no funcionan de la manera que en las minas de verdad, por medio de potentes máquinas de vapor, sino por una ingeniosa maquinilla que Daniel maneja á su voluntad. El viejo arde en deseos de venganza; pero los oculta cuidadosamente bajo una apariencia de resignada servidumbre. Al fin, llega el día en que sus vengativos propósitos se realizan. ¿De qué modo? El dueño de la fábrica y su hijo han dispuesto dar un banquete á las señoritas de que se habla más arriba en las profundidades de la mina. Ya se ha dicho que los burgueses no tienen sentido común. Las tres muchachas y sus acompañantes se meten en la jaula del ascensor y descienden á lo hondo del pozo para darse el gusto de merendar allí entre el fango y á la luz de los candiles. No saben los pobrecitos ni sus insensatas compañeras lo que les espera. Daniel aguarda á que salgan; Cesárea se presenta y el viejo le dice: «¿Tú crees que voy yo á resignarme con mis infortunios? Te equivocas. En cuanto los burgueses, después de hartarse, lleguen á la boca del pozo, yo doy á cierto resorte que tiene la maquinilla del ascensor, y ¡cataplún!, á la eternidad con ellos.» A Cesárea le parece de perlas el proyecto y todo pasa conforme lo ha dispuesto Daniel. Cuando los expedicionarios vuelven riendo de su subterránea expedición, él pone en juego el resorte y los burgueses van á hacerse tortilla en el fondo de la mina.

***

Este melodrama, en el cual se advierte la influencia de *Germinal*, carece de la grandeza que á pesar de lo sombrío de ella nos admira en la obra de Zola. La venganza de Daniel es un crimen monstruoso del que son víctimas tres pobres muchachas que serán todo lo cursi que se quiera, pero que al feroz viejo no le han hecho mal alguno. Las declamaciones en que abunda la obra son fatigosas y vulgares, más propias del *meeting* que del teatro; los caracteres carecen de verdadera humanidad, son fonógrafos impresionados con fragmentos de artículos de periódico. Los recursos teatrales, como la entrada secreta de la mina y la maquinilla del ascensor, son de todo punto inverosímiles.

El fondo del cuadro, las figuras secundarias y el ambiente en que los sucesos se desarrollan, perfectamente presentado por la dirección de escena, son lo mejor que tiene la obra.

***

Tiempo hace que Ceferino Palencia dormía sobre sus laureles, conquistados con obras tan aplaudidas como *El guardián de la casa*, *Cariños que matan*, *Carrera de obstáculos*, *La Charra*, *Nieves* y tantas otras comedias de mérito reconocido y justamente ensalzado. Ahora, con la titulada *Las alegres comadres*, ha demostrado elocuentemente que el descanso, lejos de enmohecer sus facultades artísticas, las ha añadido energía y vigor.

Las alegres comadres es una comedia en que se satirizan las costumbres de la alta sociedad. En ella abundan las frases felices, los epigramas intencionados, las burlas chistosas de vicios, errores y ridiculeces muy comunes entre la gente *come il faut*.

El núcleo de la obra lo constituye una intriga sencillísima. Mundeta, marquesa de los Molinos, está ya en el ocaso de su vida. Sin embargo, se resiste á envejecer: si su hija Bibí se casa, es de suponer que Mundeta será pronto abuela. Tal idea la subleva, y sin preocuparse de que su hija sufra, decide aplazar y si es posible deshacer la boda de Bibí con Pololo. Pero la madre de éste, la condesa de Arroyo Mayor, quiere que el matrimonio se efectúe. Las dos señoras, esto es, las dos alegres comadres, luchan por realizar cada cual su propósito. Al fin y á la postre el amor de los muchachos triunfa de todos los obstáculos, aunque con grave peligro de la reputación de Bibí, y la marquesa de los Molinos, acatando la lógica de la vida y la implacable tiranía del tiempo, se resigna á ser abuela.

Las alegres comadres está compuesta con verdadera habilidad técnica y escrita en lenguaje castizo. El diálogo es natural, vivo, nervioso y limpio de inoportunas declamaciones: los caracteres son humanos y los tipos que forman, por decirlo así, el coro, están pintados con gracia y revelan mucha y muy penetrante observación.

En resumen, la última obra de Palencia es una buena comedia que ha proporcionado á su autor un envidiable triunfo.

ZEDA.

El uno la agilidad, el otro la fuerza y ambos la gracia, eran los dos artistas más queridos del público, y sus excentricidades de clowns acrobáticos eran tan arriesgadas que casi más que ellas mismas maravillaba y sorprendía la indiferencia con que las ejecutaban los payasos.

Elerhs era inglés y, como los Hanlon-Lee, sabía desentrañar lo verdaderamente estético de su profesión, la tragedia, que palpitaba latente en cada una de sus payasadas gigantescas. Sentía gran afición hacia las bellas letras, y como buen británico, sabía su Shakespeare y su Byron casi de memoria. Wils en cambio era rumano y ni siquiera á su Carmen Silva conocía. Simbolizaba la fuerza, la superioridad física nada más, y todo su orgullo estaba largamente satisfecho cuando, después de levantar con facilidad asombrosa pesas de centenares de libras, mostraba á la concurrencia absorta su bíceps poderoso, que al flexionar el brazo, se recogía en sí mismo, como para mejor mostrar sus musculosidades recias.

Hacía mucho tiempo que por sucesivas coincidencias profesionales trabajaban recorriendo juntos triunfalmente las más importantes poblaciones, y á diferencia de los demás artistas, jamás habíase suscitado entre ellos rivalidad alguna que tuviese por origen la competencia en la ejecución de sus análogos trabajos. Y aquellos dos hombres ajenos á los sentimientos triviales, aquellos dos artistas en cuyas almas jamás habían germinado los celos de la profesión, eran ahora inconscientemente, sin saberlo, feroces enemigos. Elerhs hubiera puesto en juego todas las agresivas sagacidades de su astucia para aniquilar á quien le disputase lo que él aún tampoco poseía; y Wils, ¡oh!, Wils hubiera dejado caer su pesa de cien kilos sobre el cráneo de quien osara poner el deseo en aquella mujer, en la cual había él puesto el no sospechado cariño, dormido en el fondo de su sensibilidad exaltada y poderosa, como sus puños.

Los dos payasos habían puesto su amor en una mujer misma; y no era ésta ni la equilibrista griega de belleza maravillosa, ni la morena efesia de cabellos ensortijados como enroscadas serpientes de acero, ni la holandesa rubia que bailaba graciosa y ágilmente las danzas zíngaras, haciendo destacar con las piruetas vertiginosas sus prominencias delicadas é incitantes, ni la hermosa argentina icarista y saltadora, ni la bonita jónica, ni la misteriosa israelita, ni la malabar abisínea, espléndidamente gallarda sobre las trompas juntas de diez elefantes, ni aun siquiera la egipcia, aquella egipcia soberana que al levantar los brazos para equilibrar el balancín al subirse en el alambre flojo, desarrollaba la línea suave de su cuerpo de diosa, que se adivinaba, desde las axilas, á través de la túnica azul, majestuoso, celestial eurítmico, ondulándose serenamente, y dejando como estela áurea, al deslizarse veloz por el filamento metálico, las crenchas abundosas de sus cabellos, que brillaban mardorados, sueltos y undívagos en el aire reposado y luminoso, cayendo al detenerse en cascada crecipitante sobre sus hombros y su descote impúdico, cuya nacarina superficie, al jadear, se levantaba lentamente con movimientos isócronos.

Se habían enamorado tan idealmente como hubiera podido hacerlo un clown de Banville, y cuando Elerhs debutó, ya hacía tiempo que Wils estaba cautivo en la dolorosa alegría de aquel amor misterioso. Era el trabajo del payaso ágil un ejercicio arriesgado y emocionante. Después de una escena en la cual se hablaba de la competencia de dos empresarios de acróbatas, y de haber ejecutado uno el experimento previamente sujeto á la cintura y aun defendido por una red, objetaba el otro tener un artista que hacía aquello mismo, pero suelto, vendado, y colocando una tabla con punzantes hojas de acero en lugar de la red protectora; poníalo el otro en duda, y entonces salía él, de la mano de su ficticio empresario; saludaba con una genuflexión que, aunque quería parecer grotesca, no podía dejar de ser elegante, y por una cuerda se encaramaba hasta la cúspide altísima del circo, de la que pendía un largo cilindro de madera, bajo el cual, en el suelo, ponían los amenazantes puñales, mientras el público veía todo este terrorífico aparato en medio de un silencio embarazoso, lleno de ansiedad y temor. Tacteando se asía del extremo fijo del madero, y en un momento, de pronto, dejándose deslizar, descendía velozmente... y al llegar al extremo quedaba sujeto por un alarde sobrehumano de cálculo y de pulso. Y cuando todo el mundo presentía verlo ya despedazado y entre los acerados filos, él se desanudaba la venda y saludaba con una sonrisa uniforme y pasmosa, mientras que la concurrencia, placenteramente aterrorizada, estaba como recogida en sí misma, gozándose aún infamemente en aquella extraña y maquiavélica sensación de miedo.

Entonces, al quitarse la venda, fué cuando la conoció Elerhs. Vió su silueta alargarse sobre la barandilla del palco, y sus ojos de clorótica, negros y luminosos, agrándanse aún más, bajo el arco perfecto de las pestañas larguísimas, para enviarle una mirada intensa y excesiva de admiración.

Apenas si representaría diez y ocho años; lo que de su cuerpo grácil, impelido de una extraña, continua movilidad, se veía, era exiguo de carnes, pero de redondeces proporcionadas; en la cara pálida, de alargado óvalo y expresión inteligente, brillaban como los bordes de una herida los labios purpúreos, y el marfilino cuello, cuando á él se llevaba en uno de sus frecuentes movimientos que la acreditaban de mujer nerviosa las manos, parecía adornado con el collar de sus brillantes y rosáceas uñas, que á él le pareció más preciado collar que aquel magnífico cuyas perlas de lunar oriente palidecían de envidia al mirar la blancura incomparable del incomparable y soberano cuello de Astartea.

Poco tardó en saber que era una señorita aristócrata, abonada todos los jueves al palco en donde por primera vez la viera. Desde aquella noche las semanas le parecieron interminables; pero cuando llegaba el día, ¡oh!, entonces se crecía el payaso, y sus mejores piruetas, sus saltos más atrevidos, las flexiones más incomprensibles y peligrosas eran para que ella las viese y le enviara inconsciente, en pago, su mirada llena de admiración y de temor, prolongando sobre la barandilla del palco, en un movimiento irreflexivo de atención esforzada, el perfil gracioso de su figura interesante.

¡Oh! ¡Si él hubiera sospechado que su compañero Wils, el atleta grosero, se transfiguraba idealmente y guardaba también como él sus más valiosos ejercicios para consagrarlos en ofrenda de amor á la adorable figulina del palco 12!..

Fuí una noche, y á la sazón de ejecutar los dos payasos un trabajo combinado de doble trapecio. Wils, colgado por las corvas de uno, fijo, recibía á Elerhs, quien después de hacer ejercicios primorosos en el columpio largo y volante que tardaba casi un minuto en desarrollar su recorrido, se lanzaba, al terminar éste, al espacio, en el cual era recogido por los brazos musculosos y fuertes del atleta.

Comenzó el espectáculo. Wils veía desde su trapecio, frente á sí, el palco de ella, y sus ojos medio entornados por la concentración de la mirada daban un aspecto repulsivo á su rostro congestionado por la violencia de la posición. El columpio de Elerhs había comenzado á definir su trayectoria, y él, cuando ya estaba ésta más de mediada, después de una lucida serie de alardes gimnásticos, se puso en pie, y sin detenerse, sin casi necesitar aparente esfuerzo, por una flexión vigorosa de sus músculos inmensamente elásticos, se lanzó al aire en una voltereta triple, mientras el trapecio de Wils seguía matemáticamente su camino para coincidir con su tripulante en el punto de la caída y continuar juntos la aérea carrera. El concurso entusiasta, sugestionado, prorrumpió en un aplauso ruidoso, uniforme, y Wils, el que nunca había sentido envidia ni celos de los ajenos triunfos, el que siempre se había congratulado de los ajenos éxitos, al ver allá en el fondo del palco número 12 unas manecitas ducales que aplaudían—quién sabe si por involuntaria imitación,—se le nubló la vista, se le agarrotaron en crispación convulsiva los receptores brazos, y el cuerpo de Elerhs, al no ser por ellos recogido, describió con rapidez vertiginosa una

rama de parábola, cuyo viviente móvil policromo, después de rodar sobre la arena de la pista, mostró al público absorto un color nuevo; el de la cara ensangrentada.

Y en la oquedad cóncava del circo resonó un alarido de espanto, mientras el cuerpo del caído se revolvía convulsivamente con movimientos gemebundos... Fué una impresión tan brutal, tan honda, tan dolorosa, que las más de las damas abandonaron indispuestas el espectáculo.

. . . .

Una conmoción, un magullamiento nada más, del que su cuerpo, ya á ellos avezado, se fortaleció bien pronto. Decididamente en aquella misma semana debutaría; pero había de ser el jueves, precisamente el jueves, en eso no estaba dispuesto á transigir.

Accedió el empresario y los carteles anunciaron con caracteres de gigantes en talla, y colores vivos, la reaparición de Frank John Elerhs, que se presentaría al público con su arriesgado experimento del madero cilíndrico: aquella noche resplandecía el circo como un ascua fulgente de oro.

Desde las lunetas hasta las graderías se elevaba un murmullo de impaciencia, y cuando después de la inocente farsa que precedía al experimento, salió Elerhs vendado, el público, por no interrumpir la representación, no prorrumpió en la ovación simpática, que aun en el silencio se exteriorizaba por un ruido vago, como onda acariciadora, voluptuosamente agradable, semejante al sonsoneo de los felinos cuando están contentos.

Y subió por la cuerda, y se asió al extremo del madero y ejecutó el ejercicio, y estalló el aplauso, y se quitó la venda para dar las gracias... Entonces sucedió una cosa extraña y horrible.

Se le vió un momento concentrar la mirada en un punto determinado, palidecer, enrojecer de nuevo, desprenderse desde la altura.

Y el cuerpo del payaso cayó, casi despedazándose con su propio peso, sobre las aceradas hojas, mientras que una parte del público, menos clamoroso y más rápido y útilmente compasivo, se precipitó tumultuosamente á la pista, saltando, para conseguirlo, por el palco número 12, que estaba desierto.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

EL DUELO EN LOS ESTADOS UNIDOS

El duelo no ha entrado en las costumbres americanas, y si en algunas ocasiones todavía se busca en el desafío la manera de reparar una injuria ó de zanjar una cuestión grave, el hecho es cada vez más raro y antes de poco seguramente no se oirá hablar más de los llamados lances de honor. En la actualidad, en algunos Estados, las contiendas *(feuds)* entre individuos y familias dan lugar á asesinatos, como en Córcega y en Sicilia: la venganza arma el brazo de un hombre, el cual mata á su adversario. Ultimamente hubo allí algunos *feuds* notables, en los que unos después de otros los miembros de dos familias se asesinaban alternativamente y trababan entre sí batallas regulares sin que en ellas pudiese intervenir la policía. Un ex gobernador de Estado tenía ciertos resentimientos con un periodista; un día le encontró en la calle, y disparando sobre él su revólver, lo dejó muerto. Instruyósele proceso; pero fué absuelto.

La razón de que no haya allí desafíos obedece á varias causas: en primer lugar, se estima ahora la vida más que en el siglo pasado; en segundo, el único ideal de la vida ha llegado á ser el dinero; y finalmente, los yanquis no tienen tiempo para batirse. «Nos pisamos unos á otros los talones -dice un periodista norteamericano,—nos empujamos, sin disculparnos, y no pasa día, en nuestra agitada existencia, sin que ofendamos á alguien ó sin que seamos por alguien ofendidos, y sin embargo, no nos desafiamos.» Raras veces también se recurre al pugilato para lograr una reparación; hoy esa clase de lucha sólo se practica por dinero.

El mercantilismo ha matado la noción de la contienda por el honor. «Hacemos la guerra—dice el mismo escritor—con dólars, manufacturas y máquinas, no con sables y pistolas; no disparamos contra un rival en un duelo, sino que nos ponemos en competencia con él y le hacemos quebrar. Pegamos á un hombre con una hipoteca, no con un bastón; le obligamos á producir mercancías tan baratas como nosotros, y si no lo consigue, le hacemos desaparecer del mundo de los negocios.» En esto consiste hoy en día el duelo americano.

Un día el conde D., considerándose ofendido por un señor M. B. de Nueva York, le envió dos padrinos; el M. B. le contestó: «M. B. envía sus más distinguidos saludos al conde D. y acepta su provocación. Las armas serán huevos y á cuarenta pasos; el lugar, cualquiera; la hora, la que más le plazca.» Y á los padrinos, desconcertados, les dijo: «No soy muy fuerte en el tiro de pistola, pero en mi juventud fuí un buen jugador de *baseball*, y si no me equivoco, dejaré á vuestro conde hecho una tortilla.»

En los Estados Unidos la gente organiza *trusts*, combinaciones financieras, agrupaciones para la lucha comercial, pero no se bate. La única aristocracia es la de los dólars y no tiene blasones que defender.

Sin embargo, ha habido allí algunos duelos célebres. En 1831, por ejemplo, el mayor Biddle y el diputado Pettis, separados por contiendas políticas, decidieron solventar sus cuestiones por medio de las armas. Profesábanse el uno al otro un odio feroz, tanto que el desafío se concertó á pistola y á la distancia de un metro y medio; ambos quedaron muertos.

En 1835, otro diputado, Mr. White, y el coronel Bellamy, presidente del Consejo legislativo, vinieron á las manos después de un debate político. Concertóse un duelo á muerte á pistola: los dos adversarios, colocados á veinte metros, habían de avanzar un paso á cada disparo; y como ambos eran buenos tiradores, sucedió lo que había de suceder, que los dos perecieron.

En 1838, dos diputados, Cilley y Graves, decidieron batirse y escogieron la carabina á veinte metros, debiendo disparar hasta que uno de los dos contendientes quedara fuera de combate; al tercer disparo murió Cilley.

Pero esos hechos pertenecen á otro tiempo. Hoy el espíritu social ha cambiado y los duelos á la americana, de que todavía hablan de cuando en cuando los diarios, habrán pasado muy pronto á la historia.—E. D.

Naufragio del vapor *Jebba*, que procedente de Sierra Leona encalló en Bolt Tail, á 16 millas de Plymouth (Inglaterra). Salvamento de los náufragos por medio de cables que les arrojaron desde tierra. (De fotografía de Halfstone.)

SALVAMENTO DE LOS TRIPULANTES DEL «JEBBA» EN BOLT TAIL, SALCOMBE

Gracias á un admirable trabajo de salvamento, todos los pasajeros y la tripulación del *Jebba*, de la línea «Elder Dempster,» lograron ponerse en salvo. El barco encalló, al amanecer de la mañana del lunes, á causa de la densa niebla, en Ramillies Cove, cerca de Bolt Tail, escarpado promontorio que avanza hacia el mar en la costa de Devonshire, á 15 ó 16 millas al Este de Plymouth. El barco presentaba un costado hacia tierra y sobresalía 30 pies. Los guardacostas observaron las señales de alarma y pronto fijaron el buque, enviándole un cohete con una maroma, y luego un cable. Inmediatamente se pusieron en actividad las sillas de salvamento, y los pasajeros fueron halados á tierra y luego izados hasta ponerlos en salvo. A las ocho de la mañana los 190 pasajeros y la tripulación, incluso el gato y dos chimpancés, se hallaban en tierra. El capitán Mills fué el último en abandonar el buque, el cual, así como los efectos de los pasajeros, será muy difícil salvar.

ONDINA, cuadro de A. [illegible]

TOLÓN.—ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DEL ACORAZADO FRANCÉS «JENA»

Ni la elocuencia ni las flores han escaseado en el entierro de los marinos víctimas de la catástrofe del acorazado *Jena,* ni queremos suponer que les hayan faltado tampoco oraciones, á pesar del carácter laico que ha querido dar el gobierno de la vecina República á la fúnebre solemnidad, que se efectuó en Tolón el día 16 de marzo último. Comenzó ésta en la plaza de Armas de la ciudad contristada, ante una inmensa multitud silenciosa, que sólo pareció despertar un instante de su abatimiento al anunciar el toque de los clarines la llegada del presidente M. Fallieres, á quien acompañaban el presidente del Consejo de ministros M. Clemenceau, el ministro de la Guerra general Picquart y los vicepresidentes del Senado y de la Cámara con numerosas comisiones de senadores y diputados.

En el ala oriental del vasto rectángulo que forma la plaza, veíanse, en cinco hileras, 105 féretros colocados sobre 25 furgones de artillería y cubiertos con banderas tricolores. En el ala Sur estaban los sobrevivientes del *Jena;* á su izquierda, todas las delegaciones, que eran numerosísimas, y más allá los oficiales de marina y de la guarnición que no estaban de servicio. En el ala Oeste habíanse agrupado las innumerables coronas enviadas, con los portadores de ellas, y en el ala Norte formaban las tropas que no habían de figurar en el cortejo. Componían éste numerosa escolta, los portadores de coronas, los furgones conductores de los 105 cadáveres, las familias de las víctimas, y en pos de ellas las autoridades, con M. Fallieres á la cabeza. Por la calle de la Intendencia y el bulevar de Estrasburgo dirigióse la comitiva fúnebre al Arsenal, en donde la artillería tributó los honores de ordenanza. Alineados de nuevo los furgones, en tres hileras en lugar de cinco, la banda naval ejecutó la marcha fúnebre de Chopin, tras de la cual el presidente, en un hermoso y conmovedor discurso, manifestó el sentimiento unánime de la nación, declarando que el gobierno de la República no olvidaría ninguno de los grandes deberes que le imponen á la vez el dolor, la admiración y la humana solidaridad. A continuación hablaron M. Escartefigue, alcalde de Tolón; M. Ferrero, diputado; el almirante Touchard; M. Coulomb, vicepresidente del Consejo general, y finalmente el almirante Mancerón.

Terminados los discursos, las delegaciones desfilaron por delante del presidente de la República, y el fúnebre cortejo siguió hasta su término, hasta dar el adiós postrero á las malogradas víctimas. ¡Descansen en paz!—R.

TOLÓN.—M. FALLIERES DANDO EL PÉSAME AL ALMIRANTE MANCERÓN, ACOMPAÑADO DE MM. CLEMENCEAU Y THOMSON. (De fotografía de M. Branger.)

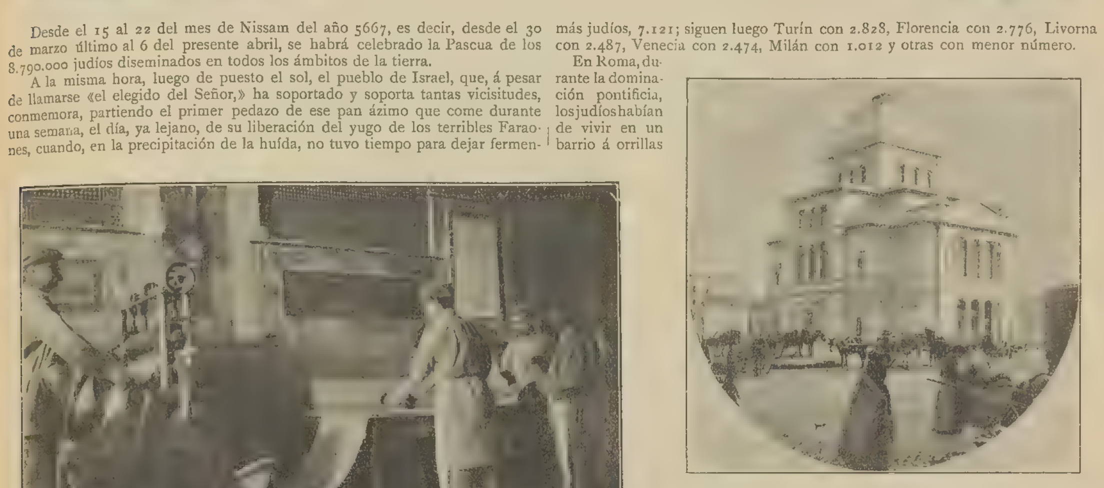
TOLÓN.—FUNERALES DE LAS VÍCTIMAS DEL «JENA.» DESFILE DEL CORTEJO FÚNEBRE. (De fotografía de M. Branger.)

LA PASCUA DE LOS JUDÍOS EN ROMA

Desde el 15 al 22 del mes de Nissam del año 5667, es decir, desde el 30 de marzo último al 6 del presente abril, se habrá celebrado la Pascua de los 8.790.000 judíos diseminados en todos los ámbitos de la tierra.

A la misma hora, luego de puesto el sol, el pueblo de Israel, que, á pesar de llamarse «el elegido del Señor,» ha soportado y soporta tantas vicisitudes, conmemora, partiendo el primer pedazo de ese pan ázimo que come durante una semana, el día, ya lejano, de su liberación del yugo de los terribles Faraones, cuando, en la precipitación de la huída, no tuvo tiempo para dejar fermentar el pan. Miles de años han transcurrido, y aunque las condiciones de los judíos han variado en casi todas las naciones, todavía surge de cuando en cuando el Faraón implacable, ora acusando de traidor á la patria á un oficial, por el solo delito de ser judío, ora lanzando, en el corazón mismo de Europa, hordas de bárbaros modernos, sedientos de sangre, contra poblaciones pacíficas é inermes entre las cuales siembran la muerte y la desolación.

ROMA. – Elaboración del pan ázimo: tira de masa y moldeado de los panes

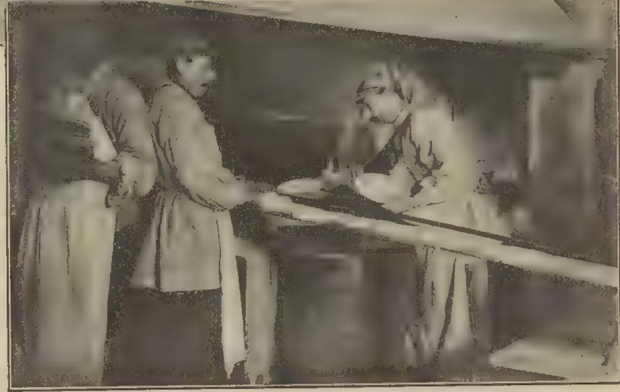


ROMA. – Nuevo templo judío á orillas del Tíber en los límites del antiguo *Ghetto*

El número de judíos que hay en Europa es de 6.400.000, distribuídos del siguiente modo: en Alemania, 590.000; en Austria, 1.869.000; en Suiza, 8.000; en Holanda, 100.000; en Bélgica, 3.000; en el Luxemburgo, 1.000; en Dinamarca, 5.000; en Suecia y en Noruega, 3.500; en Inglaterra, 149.000; en Francia, 100.000; en España, 2.000; en Portugal, 1.500; en Italia, 41.000; en Grecia, 6.000; en Turquía, 376.000; en Serbia, 15.000; en Rumanía, 295.000, y en Rusia, Polonia y Finlandia, 2.835.000. En Asia, hay 800.000; en Africa, 660.000; en América, 900.000 (sólo Nueva York cuenta 450.000), y en Oceanía, 30.000.

De todas las ciudades italianas, Roma es la en que habitan más judíos, 7.121; siguen luego Turín con 2.828, Florencia con 2.776, Livorna con 2.487, Venecia con 2.474, Milán con 1.012 y otras con menor número.

En Roma, durante la dominación pontificia, los judíos habían de vivir en un barrio á orillas del Tíber, que se denominaba el *Ghetto* y cuyas puertas se cerraban por la noche.



ROMA. – Horno donde se cuecen los panes ázimos

Hoy han desaparecido los últimos vestigios del *Ghetto*, y sus callejones infectos, sus viejas casuchas están transformados en amplias arterias y elegantes palacios, y si aún quedan en el mercado de trastos viejos de Campo de Fiori algunos ejemplares de los antiguos judíos, miserables en apariencia, pero en realidad más ricos de lo que se supone, hay también en todas las manifestaciones del trabajo y de la actividad humanos judíos que sobresalen. Cuando en Francia excitaba los ánimos el proceso Dreyfus, en Italia eran ministros dos judíos, de la Guerra el general José Ottolenghi y de Hacienda el Sr. Luzzatto. Otros israelitas ocupan elevados cargos en la política italiana: el senador Jacobo Malvano, director general en el ministerio de Negocios Extranjeros, dirige, desde hace un cuarto de siglo, la política italiana; el difunto senador Ascoli ha dejado un nombre venerado en el mundo científico; el senador D'Ancona, hoy alcalde de Pisa, es uno de los maestros de la literatura italiana; el honorable Barzilai preside la Asociación de la Prensa, etc.

Han pasado los tiempos en que un hombre de ingenio, preguntado sobre la diferencia que hay entre un israelita y un judío, pudo contestar:

—¡Un israelita! Pues no es más que un judío que tiene dinero.

CARLOS ABENIACAR.

Roma, marzo 1907. (Fotografías del autor.)

ROMA. – Depósito de panes ázimos en una sala del nuevo templo

LAS PARCAS, cuadro de Claudio Dalbanne (23.° Salón de los Independientes de París), reproducción autorizada por el autor.

(De fotografía de M. Rol y C.ª)

EN LA FERIA, cuadro de José Navarro. (Salón Miralles.)

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE DE BATTENBERG EN BARCELONA

(Véanse los grabados de la página 217.)

El príncipe de Battenberg, hermano de S. M. la reina Victoria, ha permanecido algunas horas en esta ciudad, adonde llegó en la mañana del 22 de marzo último á bordo del transatlántico *León XIII*, procedente de Cádiz. Acompañado del gobernador y del alcalde, S. A. visitó la Catedral, la Casa Consistorial, el patio de la Audiencia y la Lonja; después recorrió en automóvil los alrededores de nuestra capital, y en la hermosa quinta que los Sres. de Arnús poseen en el Tibidabo fué obsequiado con un te y presenció una partida de *lawn-tennis*.

Por la noche celebróse en su honor un banquete en el palacio de los Sres. marqueses de Comillas, y á la tarde siguiente salió el ilustre viajero con rumbo á Marsella y Génova, muy complacido de su estancia en Barcelona.

PLANCHA CONMEMORATIVA DE LA EXPEDICIÓN ANDRÉ

Conocida es la desgraciada suerte de la expedición André, el osado explorador que en 11 de julio de 1897 partió en el globo *Oernen* de la isla de los Daneses, en Spitzberg, acompañado de Strindberg y Frankel, en dirección al polo. Desde entonces, nada se ha sabido de los aeronautas, que debieron perecer en los inmensos desiertos polares, quizás muy cerca del objetivo por alcanzar el cual hicieron el sacrificio de sus vidas.

Para conmemorar esa expedición, la Sociedad de Geografía y Antropología de Estokolmo ha hecho modelar la plancha que adjunta reproducimos.

BUENOS AIRES

MEDALLA-PLAQUETA ACUÑADA EN MEMORIA DEL GENERAL MITRE

Al cumplirse un año de la muerte del ilustre patricio general Bartolomé Mitre, uno de los argentinos más entusiastas admiradores de aquel gran hombre y de los que mayores iniciativas han demostrado para rendirle los debidos homenajes, D. Juan Canter, ha hecho acuñar una medalla-plaqueta para ser profusamente distribuída entre sus compatriotas. En el anverso se ve al general, tal como era en sus últimos tiempos; en el reverso, entre dos ramas de laurel unidas por una cinta en que está la dedicatoria, se ven la fecha del nacimiento y la del fallecimiento de Mitre, y al pie el nombre de Juan Canter y la fecha de 1907.

La medalla es una bellísima obra de arte que honra á los Sres. Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires, en cuyos talleres ha sido acuñada.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Ondina, cuadro de Adolfo Echtler. – Tal vez para muchos no responda esta figura al concepto que se tienen formado de las acuáticas ninfas que, según la leyenda, atraen al fondo de los mares á los donceles que se dejan cautivar por sus encantos. Y es que el famoso artista muniquense ha hecho á las modernas tendencias las concesiones que la época requiere y ha sacrificado algo del idealismo en que todo lo místico venía antes envuelto, en aras del realismo de buena ley que permite materializar lo que en otro tiempo sólo admitía ser tratado de una manera puramente imaginaria.

En la feria, cuadro de José Navarro. – Una página simpática, un cuadro de costumbres, lleno de animación y vida, ha producido el pintor valenciano Sr. Navarro, quien en esta obra sigue las huellas del malogrado artista reusense Baldomero Galofre, que tantos aplausos alcanzó con sus escenas y cuadros españoles. En la obra á que nos referimos, no pueden mencionarse, además de cuantos pormenores puedan recordar el abigarrado y movedizo conjunto de una feria, los efectos luminosos que contribuyen á destacar las figuras, dándoles extraordinario relieve.

Las Parcas, cuadro de Claudio Dalbanne. – La leyenda de las Parcas, sobrado conocida para que hayamos de explicarla, ha inspirado desde muy antiguo á los artistas, pintores y escultores, que la han tratado de diversos modos. El notable pintor francés Dalbanne la ha tomado también como asunto para el cuadro que presentó en el último Salón de los Independientes de París, y preciso es reconocer que, aun dentro de lo gastado del tema, ha sabido encontrar una forma nueva, así en la composición en general, como en la manera de presentar á las tres hermanas á cuya acción estaban sometidos, según los antiguos, los destinos del hombre desde su nacimiento hasta su muerte.

Plancha que en memoria de la expedición André al Polo Norte ha hecho modelar la Sociedad de Geografía y Antropología de Estokolmo. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

Buenos Aires. – Medalla-plaqueta conmemorativa del primer aniversario de la muerte del general Bartolomé Mitre, acuñada en los talleres de Bellagamba y Rossi.

Espectáculos. – Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La guitzalla*, juguete en un acto de Alfredo Pallardó; y en el Eldorado *Triple patte*, comedia en cinco actos de Tristán Bernard y Alfedro Godfernaux, traducida al castellano por G. Martínez Sierra, y *Los buhos*, comedia en tres actos, y *Abuela y nieta*, diálogo, ambas obras originales de Joaquín Dicenta.

En el Liceo ha dado otro concierto la Asociación Musical de Barcelona, que bajo la inteligente dirección del Sr. Lamothe de Grignón ejecutó con mucho acierto *El mar*, poema sinfónico de Gilson, y *Psiquis*, poema sinfónico vocal de Frank, este último con la cooperación del «Orfeó Barcelonés.»

En el Principal se han efectuado tres conciertos: uno el «Orfeó Catalá,» que estrenó un motete de Roland de Lassus y una *Cantiga* del Rey Sabio arreglada por Pedrell, y cantó varias obras de Bach, Millet, Sancho Marraco, Guibert, Alfonso y Nicolau, y los otros dos la Orquesta Sinfónica Barcelonesa, que admirablemente dirigida por el maestro Lassalle tocó la *Sinfonía en re menor* de César Frank, la *Obertura romántica* de Thuille, los *Preludios* de Liszt, la trilogía *Wallenstein* de Vincent d'Indy, la *Sinfonía en sol menor* de Mozart, la *Sinfonía romántica* de Bruckner y *El cazador maldito* de César Frank.

El concierto que, también en el Principal, ha dado Malats ha sido un nuevo triunfo para este eminente pianista. Componían el programa obras de Beethoven, Chopin, Schubert-Taussig, Debussy, Brahms y Albéniz, y cuanto dijéramos acerca de la maestría con que fueron ejecutadas y del entusiasmo con que fueron aplaudidas sería poco al lado de la realidad. Compartió las ovaciones con Malats el no menos eminente pianista y compositor Sr. Albéniz, autor de dos bellísimas piezas que figuraban en el programa.

En el propio teatro han dado dos conciertos de piano las señoritas Sicard y Forés, habiendo ejecutado la primera obras de Saint-Saens, Beethoven, Chopin, Schubert, Mendelssohn-Liszt, Sauer y Liszt, y la segunda obras de Beethoven, Schubert, Liszt, Schumann, Scarlatti-Taussig, Chopin y Saint-Saens. Una y otra fueron muy aplaudidas.

También conquistó muchos aplausos la pianista señorita Aznar en el concierto que dió en la Sala Estela y en el cual ejecutó piezas de Bach, Mozart, Mendelssohn, Schubert, Chopin, Debussy, Karganoff y Saint-Saens.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le dieu Terme*, comedia en un acto y en verso de Gabriel Nigond, y *La maison d'argile*, comedia en tres actos de Emilio Fabre; en Vaudeville *Les Jacobines*, comedia en cuatro actos de Abel Hermants, y *Le ruisseau*, comedia en tres actos de Pedro Wolf; en Capucines *Le grain de sel*, comedia en dos actos de Miguel Provins, y *A la Baguette!*, fantasía revista de Jorge y Pablo Briguet; en la Gaité *Les hirondelles*, opereta en tres actos de Mauricio Ordonneau, música de Enrique Hirchmann; en el Odeón *La faute de l'abbé Mouret*, comedia en cuatro actos y doce cuadros tomada de la novela del mismo título de Zola, por Alfredo Bruneau, y *Florisse*, comedia en verso de Teodoro de Banville; en el teatro Rejane *París-New-York*, comedia en tres actos de Francisco de Croisset y Manuel Arene; en Nouveautés *La puce á l'oreille*, vaudeville en tres actos de Jorge Feydeau; en Variétés *La revue du centenaire*, revista de gran espectáculo en tres actos y diez cuadros de Pablo Gavault, P. L. Flers y Eugenio Heros; en el Palais Royal *Vive l'amour!*, vaudeville en tres actos de Albin Valabregue y Wulfram Canaple; en Cluny *Bouffe-la-Route*, vaudeville en tres actos de Xanrof y Kraatz; en el teatro de l'Oeuvre *Petit-Jean*, comedia en cinco actos de Buysieulx y Max, y en Folies Dramatiques *Le coup de Jarnac*, vaudeville en tres actos de E. de Gorsse y Mauricio de Marsan.

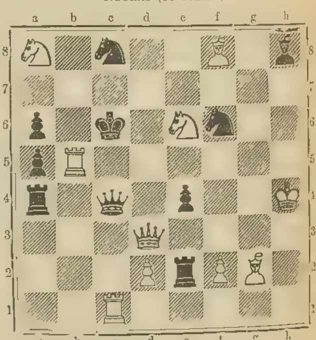
Bellas Artes. – Barcelona. – *Salón Esteve y Figueras, sucesores de Hoyos.* – Han expuesto últimamente en ese salón: el Sr. Anglada una serie de dibujos de carbón, muy bien ejecutados, y el Sr. Brull varios cuadros, de paisaje y figura, llenos de poesía y pintados con la delicadeza que es característica de su autor.

Ginebra. – Se ha descubierto en Ginebra un precioso cuadro de Murillo que representa á San Francisco de Paula y fué pintado en 1669. Esa obra, que formaba parte de la herencia de un ciudadano ginebrino, fué vendida recientemente por unos pocos francos; después de limpiada la tela, se ha visto todo su mérito y hoy se estima en 200.000 francos su valor.

AJEDREZ

Problema núm. 457, por V. Marín.

Negras (10 piezas)



Blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 456, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. A f 6 – g 7	1. R d 6 × e 7
2. C e 6 – d 8	2. R e 7 × d 8 6 d 6
3. A mate.	

Juan le besó la mano

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

Hizo una breve pausa el locuaz naturalista, y después continuó diciendo:

—Consideramos el universo como si fuese un comedor. El hábito y la utilidad han amortiguado nuestras sensaciones. Y hay que tener en cuenta que el universo es verdaderamente delicado, variado y agradable. ¡Ah, señora, qué diferencia entre nosotros y los jardineros chinos!

—¿Los jardineros chinos?

—Sí, los jardineros chinos. ¿Sabe usted algunos de los nombres encantadores con que han bautizado á las flores?

—¿Cómo quiere usted que los sepa?

—Son nombres que resumen las múltiples bellezas de la tierra. Por ejemplo: *El agua que duerme á la luz de la luna, el sol en el bosque, el primer deseo de la virgen acostada*, y sobre todo este que le recomiendo: *La joven que ofrece sus pechos.*

Con indulgencia, pero casi asustada, la señora Guibert sonreía ante aquella inofensiva locura y trató de dar otro giro á la conversación:

—¿Y á su sobrino Juan qué le pasa? Hace unos cuantos días que no le vemos; parece que nos quiere abandonar.

Ella presentía el objeto de aquella visita. El señor Loigny no era amigo de visiteos; vivía en su jardín dedicado exclusivamente á su cultivo y prefería la compañía de las plantas á la de los hombres. Para obligarle á cambiar sus costumbres era preciso algún importante acontecimiento, y éste no podía ser sino una petición de matrimonio. Toda emocionada pensaba en Paula, entonces ausente, que encontraría la dicha al regresar.

Pero el raro coleccionista de rosales no se daba prisa alguna en cumplir su misión. Había conseguido sacar la rosa del jarro que la contenía.

—Juan se encuentra muy bien, dijo negligentemente.

Y añadió en seguida:

—Sí, esta especie es completamente desconocida en Francia. Yo la catalogaré. ¿Me permite usted llevarme este ejemplar?

—Con mucho gusto, dijo cortésmente la señora Guibert, que temiendo haberse equivocado temblaba por su dulce esperanza.

—Un millón de gracias, señora. Corro á casa antes de que se marchite.

En el umbral de la puerta el anciano se detuvo, y con tono misterioso que hizo estremecer á la pobre mujer dijo:

—Quiero confiarle un secreto... Por una serie de ingeniosos injertos he conseguido producir una nueva rosa. Ya la verá usted. Aún no tiene nombre. Le pondré el nombre de su hija de usted. Mi sobrino tendrá en ello un placer inmenso. La llamaré *Madame Paula Berlier.*

Y sin haber hablado de su misión más que con estas extrañas palabras, se retiró con la flor en la mano y sin apartar de ella la vista.

La señora Guibert, al verle alejarse, no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Pobre hombre! Se ha olvidado de todo por una rosa.

Juan, que iba al encuentro de su tío, había llegado hasta el bosque de encinas que se extiende á lo largo del camino de Vimines. Oyó el ruido de las ruedas rozando con el freno, y pronto vió el coche á través de los árboles. Impaciente se precipitó hacia él.

—¿Qué?

El Sr. Loigny enseñó la rosa con un aire triunfador que tranquilizó al joven.

—Mira; una rosa que faltaba á mi colección.

—¡Qué me importa á mí!, dijo Juan con tono brusco. ¿Acepta? ¿Sí ó no?

El vejete dejó caer la rosa que con tanto cuidado llevaba, y cogiéndose la cabeza entre las manos exclamó:

—¡Dios mío! Estoy loco, estoy loco de atar. Me he olvidado de pedir su mano.

Juan le miró con lástima.

—¿Se ha olvidado usted?

—Ahora en seguida vuelvo allá, dijo el señor Loigny.

—No, iré yo mismo. Vaya usted á buscar sus flores, que adormecen su memoria.

Y siguió hacia el Maupas.

El anciano le acompañó con los ojos hasta la revuelta del camino. Después se secó el rostro, hizo seña al cochero de que siguiera marchando, y por primera vez en su vida entró triste en la villa de los Rosales.

Juan encontró á la señora Guibert en el jardín del Maupas. Al verle sonrióle con dulzura y temor. Él sintió calmarse su corazón al verla.

—Buenas tardes, Juan. Su tío de usted ha venido á visitarme. ¿Lo sabía usted?

—Sí, señora. Traía una misión en la que fundo mi futura dicha y se ha olvidado de ella. Para él, es un olvido de poca importancia.

—No se enfade usted con él. El pobre hombre vive entre sueños y sus sueños son floridos.

Y con gracia llena de timidez cogió una mano del joven y dijo:

—Pero puede usted estar tranquilo, yo entiendo el lenguaje de las flores.

Sentáronse junto á la mesa de pizarra, bajo los árboles. Juan le besó la mano. Se habían comprendido.

—¿De modo que ya sabe usted que la amo?, dijo el joven emocionado.

Y con voz más segura añadió:

—¿Cómo es posible no quererla?

—Es digna de su amor, Juan, contestó la madre de Paula, que pensaba en el porvenir.

—Yo creo que siempre la he querido. Sólo que no me daba cuenta de ello. Cuando uno es joven no distingue claramente su verdadero destino... Yo la quiero mucho y para siempre.

—Sí, replicó gravemente la señora Guibert. Antes de unirse con juramentos eternos es preciso estar seguro de sí mismo. Yo tengo confianza en usted.

—En Paula veo el valor y altivez de Marcelo. Además, ¡es tan guapa! ¡Cómo daré gracias á la suerte si consigo que me quiera!

—A Dios es á quien debe usted dar gracias. Sólo de Él nos viene toda energía. Sí, Paula es digna de admiración. Aunque sea su madre puedo decirlo con orgullo. Se la entregaré á usted con alegría. ¿Acaso no le he considerado siempre como á uno de mis hijos? ¿No ha sido usted un hermano para mi Marcelo?

—¡Oh! ¡Cuánto agradezco sus palabras! Pero ¿y ella?

—No se preocupe usted. Yo creo que Paula aceptará. Sin embargo, quiero que usted mismo se lo pregunte... ¿Supongo que habrá usted pensado seriamente en el hogar futuro? Ya sabe usted que nosotros no somos ricos. Mi hijo Esteban y yo cederemos á Paula, si consiente en ser su esposa, las rentas del Maupas. Son muy cortas desde que las viñas han sido arrancadas. Pero no podemos hacer más.

La pobre madre lo daba todo y aún se excusaba.

—No, señora, dijo Juan.

—Déjeme usted á mí. Yo necesito muy poco para vivir. Esteban, que puede hacerlo, me ha señalado una pensión que á pesar de mis instancias no ha querido reducir. Y ustedes tienen que pensar en la familia futura.

—Pero, señora, ¿qué más tesoro que el corazón excelente de Paula? No crea usted que yo acepte su ofrecimiento generoso. Ya he pensado en nuestro porvenir. Esteban necesita quien le ayude en el Tonkín. En todas sus cartas reclama un nuevo socio para la explotación de sus vastas empresas. Pues bien, yo le ofreceré mis servicios. En Argelia ya me interesaba en las explotaciones agrícolas. Marcharé al Tonkín. Ya le escribí el mes pasado.

—¡Y se llevará á su esposa!

En aquel momento Juan miraba hacia la escalinata, en donde había aparecido Paula. Así es que no vió dos lágrimas brotar de los ojos de la señora Guibert. Cuando se volvió hacia ella, estaba ya pronta al nuevo sacrificio que Dios le exigía, y con voz firme dijo:

—¡Que Dios bendiga sus proyectos! Ahí viene Paula. Ha vivido demasiado tiempo en la soledad y la pena. Tiene necesidad de ser dichosa. ¡Con su amor lo será! Recobrará la juventud que había ido olvidando. Juan, le autorizo para declararle su amor.

Y añadió muy bajo, porque Paula se acercaba, tan bajo que Juan no lo oyó:

—Le entrego á usted el último y más querido de mis hijos.

Paula atravesó el patio y se unió con ellos á la sombra de los castaños. Algo rígida en su traje de luto, saludó al joven, que se había levantado saliendo á su encuentro. Un ligero rubor avivó el color de sus mejillas, mientras sus ojos sombríos se llenaban de luz. Besó á su madre.

—Vengo de la granja. Mañana nos traerán huevos y manteca.

La señora Guibert les envolvió á los dos con su mirada maternal. Se levantó del sillón de juncos en donde estaba sentada.

—Voy allá dentro á ver cómo está la comida. Usted me dispensará, Juan. Hace una tarde muy hermosa. Tú no has salido en todo el día, Paula. Debían dar un paseo antes de que se ponga el sol. Vayan ustedes hasta el bosque de Montcharvin. Volved pronto, hijos míos

Conmovida, no había podido menos de llamarles *hijos míos*. Vió cómo se iban alejando uno junto á otro y lentamente por la avenida de castaños.

«¡Qué alta es!—pensaba.—Él, á pesar de ser un buen mozo, sólo le lleva la frente. ¡Qué buena pareja!»

Ellos desaparecieron entre los árboles. Poco á poco, sintiendo un gran peso en su corazón, la anciana entró en la casa, y preparándose al sacrificio supremo repetía:

—¡Paulita, Paula querida, no te veré más!.. ¡Que seas dichosa! Bien te lo has ganado con tu piedad filial. ¡Que seas dichosa! Esto es lo único que pediré á Dios...

Más allá del camino de Vimines, un sendero, separado por una cortina de álamos de las abruptas orillas del Forezan, conduce a la granja de Montcharvin contorneando unos prados. Paula y Juan le siguieron. La joven marchaba delante.

—Lleguemos hasta el bosque de fresnos. Desde allí y á través de los árboles veremos los reflejos del sol poniente sobre las montañas.

Él se paró.

—¿Quiere usted que nos quedemos aquí?

Y le indicaba el tronco de árbol tumbado en el suelo sirviendo de banco. Desde su último paseo con Marcelo no había vuelto á sentarse en aquel sitio. Entregada á aquel recuerdo, dudó un momento. No se imaginaba lo que Juan iba á decirle. Poco acostumbrada á ocuparse de su persona, resignada á su destino, no soñaba en el amor ni en el matrimonio. Creía haber ahogado para siempre antiguos sentimientos que le habían hecho sufrir mucho y guardaba celosamente su desdeñado corazón. Consintió en sentarse. Durante un instante, sentados uno junto al otro, permanecieron callados.

El sol habíase ocultado tras de las próximas montañas. A su alrededor sentían la paz del crepúsculo extenderse sobre los campos, cual aparición sagrada y misteriosa. A sus pies, los trigos maduros ondulaban á la suave brisa, cual olas ligeras que mueren lentamente en la playa. Más lejos, los bosques con sus árboles frondosos se dormían en una serena majestad. Y cerca del horizonte, los acantilados del Revard, orgullosos de contemplar aún la luz del sol, brillaban con el esplendor de sus tintas rosas y violetas.

La calma de la naturaleza aumentaba, con un feliz presagio, la emoción de Juan. Miró á su compañera sentada á su lado, y sintió la dicha de lo que iba á decirle, pues vió en ella, una vez más, la gracia de la juventud y la altivez de una raza.

Ella recordaba con aguda precisión las cariñosas palabras que Marcelo le dijo, en aquel mismo sitio, la tarde de su partida. *Paula*—decía aquella voz desaparecida para siempre—*no te preocupes, llegará un día en que serás feliz*. Desde el regreso de Juan, aceptaba la vida sin amarguras y sin desfallecimientos. Encontraba en la vida una especie de dicha estoica en que complacerse después de tantos disgustos. ¿Era esta la felicidad á que se refería Marcelo? En la paz de aquel presente momento, nacía en ella el vago deseo de otra felicidad. Y sin embargo, no sospechaba que había llegado la hora de la dicha.

Juan se decidió.

—He contado á su madre mis proyectos para el porvenir.

Ella fijó en él sus ojos sombríos.

—¿Ha terminado su licencia? ¿Va usted á marcharse otra vez?

—No pienso volver al regimiento.

Extrañada, esperó una explicación.

—Voy á pedir el retiro.

Los ojos de la joven centellearon.

—¿Usted, Juan, retirarse? ¡Esto está muy mal hecho! ¡Aún no tiene usted treinta años, ha sido condecorado y quiere abandonar la carrera! ¿Qué hubiese dicho Marcelo?

—Marcelo aprobaría mi resolución. Pienso dedicarme al servicio de Francia de otra manera no menos útil. De soldado pasaré á ser colonizador. He escrito á su hermano Esteban, que como usted sabe no puede abarcar sus empresas del Tonkín, y pienso reunirme con él.

—¡Ah!, exclamó. ¡Qué alegría tendrán, sabiendo la amistad que le unía con Marcelo! Usted les hablará de él, como nos ha hablado á nosotras. Verá usted á mis sobrinitos. Les conocerá antes que yo.

La sombra cubría toda la llanura y empezaba á subir la pendiente de las montañas. Sobre el lago de Bourget, á lo lejos, flotaba una niebla violeta que se mezclaba poco á poco con el cielo rosa y oro. Y la paz del crepúsculo descendía sobre las cosas inmóviles como una bendición. Juan se levantó, quedando de pie delante de la joven.

—Sus hermanos se alegrarán mucho más cuando conozcan otro proyecto que acaricio.

Y bajando los ojos hacia el suelo añadió dulcemente:

—Es un proyecto para mí muy querido. También lo sabe su madre.

Él la miró y vió con sorpresa que no sospechaba nada. Admiró aquel olvido de su propia persona, y con una gravedad y ternura profundas pronunció las palabras decisivas:

—Paula, la adoro. ¿Quiere usted ser mi esposa y acompañarme al Tonkín?

Sin poder hablar, se puso en pie mortalmente pálida. Su pecho oprimido revelaba la agitación de su corazón. Sin embargo, permanecía callada.

Él siguió diciendo:

—Yo la amo, Paula. ¿No lo sabía? ¿No lo había adivinado? Al regresar de Argel la he encontrado tan valiente y tan hermosa... Sí, no proteste usted. Durante la expedición por el Sahara, me acuerdo que muchas veces Marcelo me dijo hablando de ustedes que usted era el sostén de su madre. En pleno desierto, cuando buscaba para excitar mi energía alguna imagen capaz de inspirar ánimo y valor, pensaba en usted. Comprendo que siempre la he querido, desde que éramos niños y me reía de sus largos cabellos negros. Mi felicidad está en sus manos, Paula. ¿Querrá usted hacerme feliz?

Ella no contestaba. Estaba tan pálida que parecía no corría sangre alguna por sus venas. Él tomó una de sus manos y ella no la retiró; esperaba confiado, tranquilo, con el corazón lleno de esperanza.

Ella miraba, sin verlos, los tranquilos campos. Las cumbres del Revard dejaron de reflejar el sol. Toda la naturaleza quedó cubierta de sombra, precursora del sueño.

¿No era aquella la felicidad que Marcelo le había profetizado, en aquel mismo sitio, al caer la tarde de un día igualmente sereno?..

Ella seguía callándose. Juan empezó á sentir una angustia infinita. Con voz alterada repitió por tercera vez:

—Paula, yo la amo. ¿Por qué se calla? Conteste, conteste usted por Dios.

Dulcemente, la joven desprendió su mano de entre las de Juan.

—¡No, no! ¡No puedo!, exclamó.

Y los sollozos la ahogaron, y se marchó corriendo hacia su casa.

Entonces él sintió que la noche entraba en su corazón. Despreció la vida que había adorado y envidió á Marcelo, que dormía allá lejos, en Africa: á Marcelo, á quien la paz eterna envolvía.

VIII

LA SEÑORA GUIBERT

La señora Guibert esperaba sobre la escalinata el regreso de sus hijos. Apoyaba los brazos en la balaustrada de hierro; con una mano sostenía un rosario, mientras sus labios repetían las santas oraciones. Una paz profunda, semejante á la que al caer de la tarde de los días hermosos se extiende sobre los campos, se reflejaba en su rostro por el cual habían corrido las lágrimas. Algunas rosas sobresaliendo entre las hojas de las glicinas de racimos ya marchitos, estremecíanse al soplo de la brisa que deshojaba sus pétalos y les robaba su perfume.

Vió venir á Paula desesperada y sollozante, y trató en vano de detenerla preguntándole al pasar:

—Paula, ¿qué te pasa?..

La joven pasó sin contestar, marchándose hacia su alcoba.

La señora Guibert dió unos cuantos pasos en su seguimiento; pero después lo pensó mejor y se paró. Se cubrió las espaldas con un chal, bajó la escalinata, y con sus pasos inseguros que apresuraba todo lo posible salió á la avenida, colocándose junto á la verja que daba sobre el camino.

«No ha debido pasar aún—pensó.—Paula ha venido corriendo.»

A la luz del crepúsculo interrogó el camino desierto. A su alrededor sólo oía la queja estridente é ininterrumpida de las cigarras, y de cuando en cuando el ruido de las hojas secas de los castaños arremolinadas por el viento.

Después de algunos momentos de inquietud distinguió la silueta del joven por el sendero que rodea los campos de Montcharvin. Marchaba con la cabeza baja y el cuerpo inclinado hacia adelante. Cuando estuvo á su lado pudo leer fácilmente en su rostro la tristeza y la desesperación. Absorto con sus pensamientos no había visto á la señora Guibert, que estaba á su derecha al lado de la columna de piedra de la verja. Pasaba de largo; ella le llamó:

—¡Juan!

Sorprendido al oir su nombre, volvió la cabeza y entonces vió á la anciana que le sonreía con sonrisa melancólica. El la saludó, acercándose.

—¡Ay!, exclamó como si se quejara á su propia madre. ¡Qué desgraciado soy!

Ella le tendió la mano.

—Juan, déme usted el brazo. Acompáñeme. Se acerca la noche y empieza á sentirse el fresco.

Él obedeció, desalentado.

—Ya sabe usted que no puedo ir á su casa. Pero la acompañaré hasta la puerta.

En el silencio de la noche, llegaba de los prados próximos el ruido incesante de las cigarras. Por entre los gruesos troncos de los castaños se veían las luces doradas del crepúsculo. El día luchaba obstinadamente con la sombra.

Marchaban por la arena de la avenida sin prisa y callados.

Al llegar á la escalinata, Juan quiso despedirse, y ella le dijo:

—Entre usted. Deseo hablarle. Paula no esta en el salón.

Trató de resistir, después cedió sin esperanza alguna y entró detrás de la señora Guibert. Parecía un condenado á muerte que no cree en los consuelos de su confesor y ni siquiera los escucha.

Cuando hubo cerrado la puerta, ella se volvió hacia él, y cogiéndole las manos, le miró fijamente con sus dulces ojos.

¿Ha rechazado su petición?

—Se ha marchado corriendo y llorando.

—Pobre Juan, usted no se ha dado cuenta de lo que ha pasado.

Aquella acogida cariñosa calmaba su dolor, pero acababa de destruir toda su energía y se sentía pronto á romper en sollozos.

—¡Oh! ¡Vaya si lo he comprendido! Ella no me quiere. Y yo la adoro con toda el alma.

La pobre madre soltó las manos del joven, se apoyó en la mesa y pareció recogerse en sí misma. Lo que iba á hacer era muy delicado. ¿Podía disponer del corazón de su hija? ¿Estaba segura de haber comprendido la verdad?

Contempló á Juan, á quien quería como á un hijo, y recordó su pasado lleno de lealtad y valor. Pensó sobre todo en el alma ardiente y en el porvenir de Paula. Y tranquilizada, sonrió á Juan diciendo:

—Se ha engañado usted, Juan. Paula le ama.

Él meneó la cabeza.

—¡Oh, no! No trate usted de darme explicación alguna. Déjeme usted partir.

—Créame usted. Las madres adivinan el pensamiento de sus hijos.

Y añadió después de breve pausa:

—Paula le ama. ¿No ha comprendido usted que se sacrificaba por mí?

—¿Por usted? ¿Por qué?

Y miraba con ansiedad á la señora Guibert. La juventud se resistía á ser vencida, y una nueva esperanza le agitaba.

—¿No le ha anunciado usted su proyecto de marchar á Tonkín?

—Sí.

—Pues ella no ha querido abandonarme. Y por esto se ha marchado llorando. Pero ella le ama, ¿qué significarían entonces sus lágrimas?

Por fin se dió cuenta de su egoísmo y quedóse sin saber qué decir ante aquella mujer de la que se había olvidado, cuya soledad y suprema tristeza preparaba, y que no exhalaba la menor queja al pedirle el sacrificio de su último hijo.

Tranquila y serena, viendo que él permanecía callado, repitió:

—No ha querido abandonarme.

Y con débil sonrisa añadió:

—¿Le extraña á usted?

Él seguía callado, luchando con la emoción profunda que le iba invadiendo. La pobre anciana continuó con su voz dulce y firme:

—Paula se equivoca. Me quería muchísimo antes de amarle á usted. Hoy me sigue queriendo muchísimo, pero le quiere á usted más que á mí; sólo que no se da cuenta de ello. Ha sido mi única alegría y me ha dado fuerzas para luchar. Más tarde comprenderá usted adónde llega su abnegación. Ha llegado hasta el extremo de quererse sacrificar por mí. Pero yo no lo quiero y Dios tampoco lo quiere.

Ella vió que el joven lloraba y le cogió una mano.

—Paula mira hacia atrás, y en la vida hay que mirar hacia adelante. Los padres y las madres pueden vivir por sus hijos, pero nunca debe suceder lo contrario. Es una ley natural. Es voluntad divina. No llore usted, Juan; será su esposa. Voy á buscarla. Pero antes prométame quererla mucho, protegerla siempre, hacerla dichosa. Mi Paulita se lo merece.

Juan ya no trataba de ocultar sus lágrimas. Eran lágrimas de piedad ante un milagro de abnegación. Su admiración respetuosa y apasionada confundía en una sola persona á madre é hija, dignas una de otra en su olvido recíproco de la dicha. Y él, cegado por su amor, no había visto que éste, como los antiguos dioses, exigía en holocausto la ofrenda expiatoria de un noble corazón destrozado.

Con un impulso espontáneo se inclinó y puso sus labios sobre la mano augusta que tenía en las suyas.

—Debería arrodillarme ante usted. ¡Es usted la más santa de las mujeres!

—¡Por Dios, Juan!

—Yo no quiero aceptar su sacrificio. Nos quedaremos en Francia, á su lado. Paula no la abandonará jamás.

Pero la señora Guibert ya se había alejado del joven. Se dirigía al fondo del salón, abrió una puerta, y volviendo la cara desde el umbral dijo:

—Espérese usted.

Atravesó su cuarto y entró sin hacer ruido en el de su hija. Por la ventana abierta entraba misteriosamente con los perfumes del jardín la última luz del crepúsculo, reflejándose en un espejo entre las sombras de los bosques. Gracias á aquel reflejo pudo distinguir á Paula, sentada junto á la cama, apelotonada, llorando su felicidad perdida. La había rechazado voluntariamente, sin desfallecimientos; ¿pero no le era permitido contemplar desde lejos sus encantos como se contempla una tierra prometida que nunca se alcanzará? Y la nostalgia de su amor antiguo y fuerte que nadie había conocido y que nadie conocería jamás, de su amor que creía haber ahogado y que renacía en medio de su dolor, la embriagaba hasta llegar al deseo de morir.

Despertó de su pena con un beso de su madre sobre sus cabellos.

—Paula, ¿por qué lloras? Es preciso que te muestres valiente ante la dicha como lo has sido ante la desgracia.

Él tomó una de sus manos y ella no la retiró

La joven se había puesto en pie, y aprovechando la sombra que atenuaba las señales de su emoción, trató de seguir defendiendo su obra.

—Usted no sabe lo que ha pasado, mamá. Yo no le amo. Sólo... que su petición ha sido tan inesperada para mí, tan extraña, que me ha emocionado. Comprenda usted la situación... Pero le aseguro que no le amo. Y no me es posible amarle.

Su madre la contemplaba con una ternura infinita, como si midiese todo lo grande de aquella abnegación firme que no quería darse por vencida y resistía hasta la desesperación.

—Ven conmigo, Paula. Juan no te lo ha contado todo; ó mejor dicho, tú te has marchado demasiado pronto. Así es que no ha podido decirte que yo marcharé con vosotros.

Cual las flores que después de la tormenta brillan al sol convirtiendo las gotas de agua en otras tantas piedras preciosas, aquel rostro lleno de lágrimas se iluminó de una alegría radiante. Se echó en brazos de su madre. Si ésta hubiese dudado, aquel cambio repentino la hubiera convencido.

—¿De veras? ¡Qué felices seremos!.. ¡Cuánto la quiero!

La señora Guibert sonreía, comprendiendo que aquellas tres palabras últimas no iban dirigidas á ella.

—Ya lo decía..., murmuró dulcemente acariciando el rostro de Paula como cuando ésta era pequeña.

Enternecida, contemplaba la eflorescencia de aquella dicha, á la que había contribuído por una providencial circunstancia, y muy bajito daba gracias á Dios que había escuchado sus deseos.

Paula preguntó tímidamente y sin mirar á su madre:

—¿Se ha marchado?

—No. Está en el salón.

La joven se ruborizó al oir aquella contestación tan deseada, pero las sombras ocultaron su rubor; en el espejo se iban borrando las tintas doradas.

—Salgamos, dijo la señora Guibert.

Y llevando á Paula de la mano entró en el salón diciendo:

—Juan, he ahí su futura.

Ella misma unió las manos de los novios. Éstos no se miraron. Una emoción deliciosa llenaba sus pechos de la gracia y dulzura de la tierra y del secreto sentimiento de la fuerza divina. Juan alzó los ojos el primero, fijándolos en el ser objeto de su ternura. Las lágrimas derramadas por Paula disminuían la belleza de su rostro, pero también le quitaban su gesto de orgullo, dándole una expresión más humilde y encantadora, revelada además por la actitud de abandono de su cuerpo. Y aquella debilidad femenil aumentó aún más su amor.

—¿Puedo creer en mi dicha?, preguntó por fin.

Con un suspiro contestó:

—¡Sí!

—Paula, la amo con toda el alma.

Ella repitió con una voz débil como un soplo, casi imperceptible:

—Yo también le amo á usted.

Y le miró y se sonrieron. En seguida ella buscó los ojos de su madre, y tranquilizada en medio de su alegría, dijo:

—Mamá también nos acompañará al Tonkín. Todos estaremos reunidos excepto Margarita.

Entonces él comprendió el argumento supremo empleado por la señora Guibert para conocer el corazón de su hija. Y aunque dudaba de que les acompañara, y sospechaba instintivamente que era aquello una generosa mentira, fingió regocijarse con la alegría de las dos mujeres.

—¡Hijos míos! ¡Queridos hijos míos! Dios nos da una gran alegría. ¡Que sus bendiciones desciendan sobre vosotros, sobre vuestro hogar y vuestra futura familia! Juan, bese á su prometida.

Los labios del joven rozaron una mejilla de Paula aún húmeda de lágrimas. De este modo se mezclaban con su primera caricia las huellas del dolor: símbolo de su unión para toda la vida, en la dicha lo mismo que en la desgracia.

Retirada al fondo del salón, la señora Guibert contemplaba la fotografía de Marcelo; pero casi á obscuras, veía más en sus recuerdos que en aquella imagen las facciones de su hijo. Juan y Paula se acercaron.

—¡Cuánto se hubiese alegrado Marcelo!, dijo el joven. Yo creo que había leído en mi corazón mucho antes que yo.

La joven se acordó de las palabras de su hermano: *No te preocupes, algún día serás feliz...* Aquel que llevaba en la frente el signo fatal y marchaba hacia la muerte con paso decidido, leía en el porvenir con sus ojos que miraban hacia otro mundo; ¿será preciso estar despegado de la vida para distinguir las afinidades de las almas y el secreto de los destinos?..

Y su cariño fraternal se complació en asociar á Marcelo con su amor.

Después de la ardiente lucha del crepúsculo, por fin acababa de morir el día.

—Me marcho, dijo Juan á su prometida.

Ésta se puso triste. Ocupando su futuro esposo todos sus pensamientos, sufría por aquella primera separación.

La señora Guibert intervino.

—Es muy tarde. Quédese á comer con nosotras. Partiremos con usted la comida. Se tendrá que contentar con muy poco. Después regresará usted á la villa de los Rosales.

Él dudó un momento.

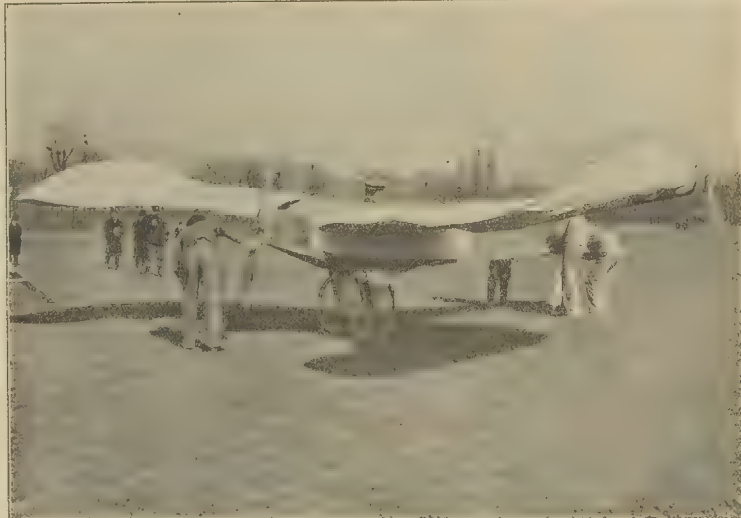
(Se continuará.)

NUEVOS APARATOS DE AVIACIÓN.—LOS AEROPLANOS BLERIOT Y SANTOS-DUMONT

Sabido es el interés que despiertan en el mundo científico los frecuentes ensayos de aparatos de aviación practicados en Francia, en donde parece como si se hubieran agrupado todos los inventores, señalándose cada ensayo por un nuevo progreso, un adelanto sensible para el logro de ese noble propósito perseguido, cual es el de conseguir lo lo que pudiera denominarse el imperio de los aires.

Recientemente ha tenido lugar el ensayo de tres nuevos aparatos, entre los cuales figura el aeroplano Bleriot. Este aparato inventado por M. Luis Bleriot difiere esencialmente de todos los tipos ensayados hasta el presente. Forma un solo plano, constituído por dos á modo de alas desplegadas, cuya superficie alcanza trece metros cubierta de papel apergaminado, resultando un aparato sumamente liviano, propósito que ha perseguido y logrado realizar el inventor, reduciendo, cuanto le ha sido posible, la resistencia que se oponga al avance del aparato. Los demás elementos resultan asimismo ingeniosamente dispuestos y asumen el carácter de originalidad.

Bagatela denomínase el nuevo aeroplano, cuyo peso no excede de doscientos sesenta kilogramos, provisto de un motor Antoniette colocado entre los dos planos, así como de dos ruedas de bicicleta para facilitar su transporte y lanzamiento.



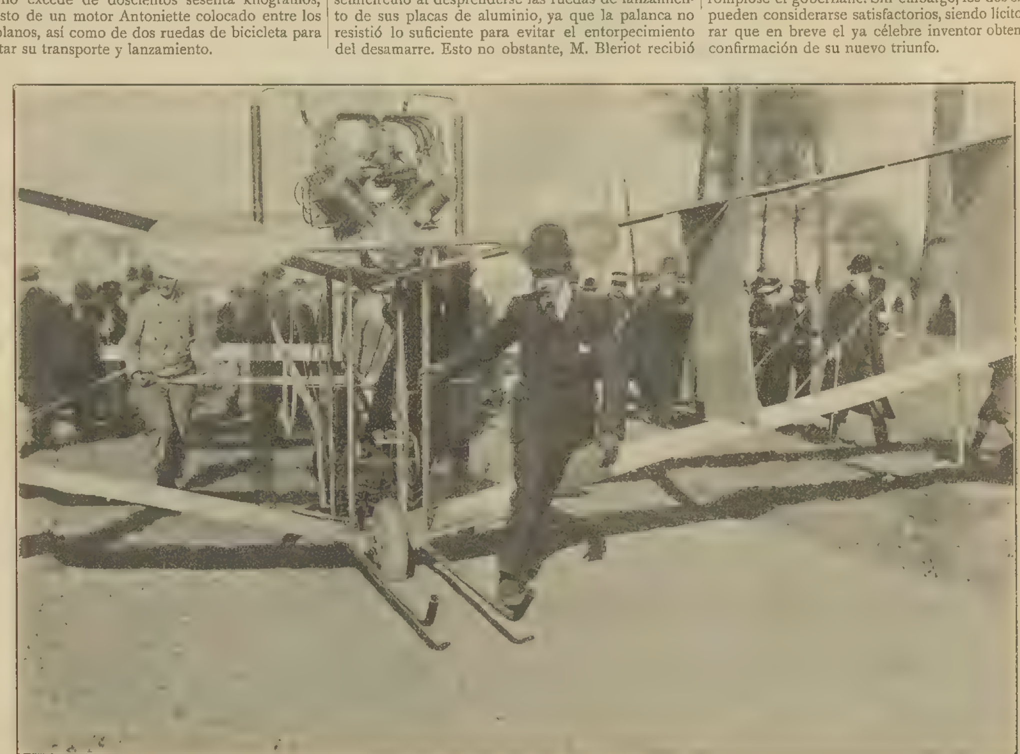
París.—El aeroplano Bleriot, recientemente ensayado. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Durante el ensayo, á cuyo acto concurrieron Santos-Dumont, el capitán Ferber, Ernesto Archdeacon, Pablo Tisandier, Enrique Kapferer, Verrin, Delegrange, Arnault Peltine, Alberto le Mespand, Andrés Fournier y otros inteligentes y aficionados, el inventor ocupó su puesto en el centro del aparato, poniéndolo en movimiento. Desgraciadamente sólo pudo recorrer una distancia de unos cincuenta metros en semicírculo al desprenderse las ruedas de lanzamiento de sus placas de aluminio, ya que la palanca no resistió lo suficiente para evitar el entorpecimiento del desamarre. Esto no obstante, M. Bleriot recibió calurosos plácemes de los concurrentes por su notable invento, ofreciendo solventar la pequeña dificultad surgida durante el ensayo público.

El eminente aviador Santos-Dumont, consecuente con su propósito de obtener el lisonjero resultado que hace años persigue, ha ideado á su vez un nuevo aparato de aviación, con el cual confía recorrer el trayecto de un kilómetro, fijado para alcanzar el Gran Premio de Aviación.

También se distingue este aparato por la simplicidad de sus elementos, habiendo procurado el inventor la mayor eficacia en la acción de cada uno de ellos, abrigando Santos-Dumont la confianza de haber dado un gran paso en el difícil problema de la aviación.

Dos ensayos ha practicado el inventor en los días 22 y 24 de marzo último. En el primero, efectuado en Saint Cyr, que tuvo por objeto realizar una prueba de velocidad, hubo que lamentar un ligero accidente, ya que una de las alas del aeroplano chocó contra la tierra, arrancando algunas astillas del aviador, viéndose obligado Santos-Dumont á practicar las reparaciones necesarias. En la segunda prueba rompióse el gobernalle. Sin embargo, los dos ensayos pueden considerarse satisfactorios, siendo lícito esperar que en breve el ya célebre inventor obtendrá la confirmación de su nuevo triunfo.



París.—El nuevo aeroplano Santos-Dumont. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL REY DE SAJONIA EN MADRID

A las once y cuarenta minutos del día 19 de marzo último llegó á la estación de las Delicias de la coronada villa el tren real que conducía á S. M. el rey Federico de Sajonia y su séquito. Conforme habíase convenido, hallábanse únicamente en el andén el Sr. Radowitz, embajador de Alemania, y el personal de la Legación, vistiendo todos de gran uniforme. El embajador subió al coche-salón en donde viajaba el monarca y el convoy regio continuó su marcha, dirigiéndose á la estación del Mediodía.

Una hora antes de la llegada comenzaron las tropas á cubrir la carrera que había de recorrer la regia comitiva, afluyendo numeroso público deseoso de presenciar una ceremonia que se suponía había de revestir la brillantez propia de las grandes recepciones.

Entrada en Madrid del rey Federico de Sajonia, acompañado de S. M. el rey D. Alfonso XIII (De fotografía de Toneser.)

Poco antes de las doce penetró en la citada estación del Mediodía el rey D. Alfonso XIII, quien vestía el uniforme de general alemán, ostentando la banda del Aguila Negra, así como la venera de las cuatro Ordenes Militares españolas, acompañado de los infantes D. Fernando, con uniforme de oficial bávaro; D. Ramiro de Borbón, de húsar de la Princesa, y D. Alfonso de Orleáns, de alumno de la Academia de Infantería, hallándose ya en el andén, también de uniforme, el presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura, los ministros de Guerra y Marina general Loño y contraalmirante Ferrándiz, las autoridades militares, el alcalde Sr. Dato, el secretario del Gobierno Civil Sr. Martos O'Neale, el Comisario general de Policía, así como nutridas comisiones del Ayuntamiento, Diputación Provincial y jefes y oficiales del ejército y armada.

A la entrada del tren, la banda de música del batallón de cazadores de Llerena, que se hallaba formada en el andén á la cabeza de la compañía encargada de hacer los honores al regio huésped, ejecutó el himno alemán, adelantándose D. Alfonso XIII al descender del coche-salón el rey de Sajonia, estrechándose efusivamente las manos los dos soberanos.

Hechas las presentaciones acostumbradas y revistada la compañía de cazadores, salió la comitiva de la estación, ocuparon los reyes un coche de gala y varios carruajes sus respectivos séquitos, constituyendo el del rey Federico el teniente general H. d'Altrack, el coronel H. de Vilucki y el Consejero de Legación, delegado del ministro de Negocios Extranjeros, M. Nostiz. Durante el tránsito, ó sea Puerta de Atocha, Paseo del Prado, calle de Alcalá, Puerta del Sol y calles Mayor y de Bailén, agolpábase el público tras las filas de los soldados, aclamando á los monarcas, quienes contestaban afectuosamente.

La plaza de Oriente hallábase también invadida por numerosísimo público, especialmente durante el desfile de las tropas, que comenzó al asomarse los monarcas al balcón central del regio alcázar, acompañados de las reinas Victoria y María Cristina, princesa Beatriz é infantas doña María Teresa, doña Isabel y doña Eulalia.

Dió comienzo el desfile en columna de honor y por antigüedad de cuerpos por el siguiente orden: las tropas de infantería, después las de artillería y por último los regimientos de caballería, produciendo extraordinario efecto el paso de los batallones de cazadores. Asimismo llamó la atención el desfile del 14.° tercio de la Guardia Civil, formado por soldados veteranos, por su marcialidad y el brillante aspecto que ofrecían su traje de gran gala.

Acto seguido trasladáronse los reyes é infantas á la Capilla Real, en donde oyeron misa, celebrándose á las dos de la tarde un banquete en honor del regio huésped, terminado el cual visitó el monarca sajón el Museo de Pinturas y la Real Armería, saliendo de Madrid en el sud-expreso para Biarritz, conservando probablemente grato recuerdo de su corta estancia en la capital de España, así por los honores de que fué objeto, como por la simpática acogida que le dispensó el pueblo madrileño.

San Petersburgo.—La sala del palacio de Taurida, en donde celebra sus sesiones la Duma, después del hundimiento del techo
(De fotografía de Photo-Nouvelles.)

En la madrugada del 15 de marzo último hundióse el techo del salón del palacio de Taurida, en donde celebraba sus sesiones la Duma, retorciendo y arrancando en parte las arañas y cubriendo con sus planchas y enyesado los bancos en donde se sentaban los diputados, especialmente los del centro y los de la izquierda. Si el accidente llega á ocurrir algunas horas después, habría revestido las proporciones de una gran catástrofe, cuyas consecuencias habrían sido espantosas. La causa del hundimiento han sido el descuido y la impericia de la administración, pues cuando se arregló aquel salón de fiestas para convertirlo en salón de sesiones y se construyeron las gradas de cemento armado, nadie se cuidó de examinar el estado del techo, que no había sido reparado desde hacía mucho tiempo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 8 de abril de 1907 — Núm. 1.319

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA GRANJERA, cuadro de Juan Francisco Millet,
propiedad de la Sra. Esnault-Pelterie, de París y reproducido con autorización de ésta

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie del presente año, que es la novela

LUZ Y SOMBRAS

original del famoso escritor inglés lord Bulwer-Lytton.

Es una obra que no dudamos será acogida con verdadero entusiasmo, porque se trata de una novela de acción interesantísima, llena de emocionantes episodios, y en la que al profundo espíritu de observación y al perfecto conocimiento del corazón humano, hermánanse la verdad y el vigor con que el autor traza los caracteres de sus personajes y la maestría con que describe el medio en que éstos se mueven.

La novela ha sido traducida del inglés por D. Pelayo Vizuete é ilustrada por Calderé.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Era en el estudio del joven pintor Alvarez de Sotomayor, engalanado con plantas y tiestos florecidos, en honor de la ocasión de exhibir sus trabajos á gente invitada. Alegre el estudio; alegre y pulcra y aristocrática la calle de Villanueva donde se sitúa; alegre el concurso, que aplicaba á cada lienzo un calificativo de simpática alabanza, presintiendo, en el artista nuevo, al maestro consagrado ya por el aplauso de la muchedumbre... Un soplo de satisfacción animaba á los reunidos allí; era un momento grato, armónico, de la vida social... Y fué entonces—ante la regocijada y poética composición *Rapto de Europa*—cuando corrió la noticia: «Ha muerto Abascal, hoy á la una de la tarde.»

José Gutiérrez Abascal, realmente, había muerto mucho antes: sólo existía para sufrir. Sobre la lápida de su sepulcro debiera inscribirse esta palabra: *Liberación*. Hay infinitos mortales que no esperan nada bueno, como no sea la muerte, y Abascal se contaba en este número, desde que su horrible enfermedad le postró, quebrándole primero los huesos de las dos piernas.

Mil veces he pensado en la ironía melancólica del destino de Abascal. Cuando le conocí, hace ya muchos años, periodista brillante, de combate y de salón, polemista político y mundano, iba camino del triunfo en la lucha por la posición; era diputado, y hubiese sido director, subsecretario, ministro, en plazo breve. Su espíritu cáustico; su conversación animada, incisiva; su estilo que tenía el don de hacerse leer, le destacaban ya; el anonimato, fatal á los periodistas, no pesaba sobre su labor; era nombrado, era *Kasabal*, poseía fuerza, poseía arranque de cronista, dientes y uñas de combatiente. A la vez que los hombres le estimaban, empezaban á halagarle las señoras, que encontraban en él un comensal lleno de *esprit*, un chispeante ingenio, adaptado fácil y prontamente á la vida del gran mundo. Pero la enfermedad acechaba, traidora, escondida en lo más íntimo del organismo humano, donde residen las profundas radicales nerviosas, la medula... Como la fiera inmoviliza primero á la presa que ha de devorar, la enfermedad empezó sujetando á Abascal, atacándole por las piernas, que mucho antes de quebrarse ya se negaban á sostenerle. Eran las piernas de algodón en rama de Oswaldo Alving, en el crispante drama de Ibsen. Al cabo, un día, *tontamente* (así se dice), las cañas de los huesos se le rompieron á Abascal, y empezó su existencia de impedido: porque tales fracturas no se curan, y quedan las extremidades colgando, mollares é inertes, como rama de la cual ya la savia se ha retirado.

Empezó también entonces su resignada pelea con la implacable suerte. Digo resignada, porque no he visto padecer á nadie con la paciencia y el estoicismo tranquilo que desplegó Abascal. Me recordaba su actitud serena un proverbio dinamarqués: «Si quieres saber qué jugo da el árbol, hiérele con el hacha.» El jugo de resistencia, que sin duda existía en Abascal, jamás lo hubiésemos conocido á no herirle tan rudamente el hacha del padecimiento. Lejos de quejarse, de imponer á nadie el relato de sus males, de hacer tétricas profecías, Abascal trató siempre de producir una impresión grata en los que le visitaban, augurando mejorías en que no creía, y reprimiendo el gemido de dolores agudos y continuos que le mordían el cuerpo, y que sólo delataba un leve retorcimiento involuntario. Mientras le fué posible concurrir al Congreso, á los saraos, á las casas donde le invitaban, concurrió, apoyado en sus muletas, rodado en su sillón, sostenido por sirvientes, y contento cuando iban á sentarse cerca de él las damas, las muchachas de vaporosos atavíos, hechas un figurín, á quienes describía al día siguiente en *El Heraldo*, con plumada ligera y galante. Por uno de esos contrastes que sabía realzar con expresivo humorismo Alfonso Daudet, el periodista imposibilitado se desviaba de la política y se encariñaba con las salonerías. Sin la menor afeminación (merece notarse), Abascal iba dominando el género, y nadie como él describía las fiestas, los bailes de trajes, los minuetos, los *raouts*, los grandes banquetes en que se reflejan mil luces en el cristal tallado y en las joyas prendidas sobre rubios moños. Desde su sillón, rebujadas las muertas piernas en una manta de abrigo, reseñaba los valses y los *pas de quatre*, las alegrías *sportivas* y las deslumbrantes bodas.

Poco á poco, insidiosamente, la enfermedad ganaba terreno. La parálisis se extendía á órganos importantes, alterando funcionalismos y trastornando cada aspecto de tan triste vivir. Ni los baños, ni las aguas, ni las consultas á eminencias médicas, ni ningún arbitrio humano servían de cosa alguna. Cuando estos males se apoderan de un hombre, lo aseguran. Y lo peor es que no lo matan. Hay quien sufre este martirio por espacio de cuarenta años. ¿Cuántos lo sufrió Abascal? ¿Veinte, veinticinco? El tiempo no corría: hoy era ayer, con un poco más de refinamiento en la tortura, con el cordel más apretado, muy poco, lo suficiente para avanzar sin llegar al desenlace... El día de San José, Abascal recibió á sus amigos, se alegró infantilmente con los recuerdos que le llevábamos, se conmovió, preguntó chismografías de la vida madrileña, se mostró informado, afirmó la integridad de su cerebro, que infaliblemente llegaría también á lo que habían llegado las manos, inválidas ya para asir la pluma. Y fué misericordia del hado ahorrarle la noche cerebral, que amagaba. Una complicación, una hemorragia, precipitó el último acto del lento drama de la parálisis progresiva (no sé si se debe llamar así; la ciencia, á falta de curar estos achaques, nos ofrece para ellos nombres muy apropiados, doctos y de raíz helénica).

Ahora es cuando descansa Abascal. Vencido y defraudado por la fatalidad física, ha entrado en los dominios de la paz eterna. En otra esfera y otro orden, me recuerda á Urrabieta Vierge, el genial dibujante paralítico. La medicina no ha encontrado el secreto de combatir males que radican en el centro mismo de la energía vital. Ni aun se conocen paliativos eficaces. Y las nociones de ciencia médica que hoy posee todo el mundo, hacen más cruel el golpe. El que nota ciertos fenómenos significativos, no puede dudar: no le queda esperanza. Si es un espíritu rebelde, un Oswaldo Alving, pide la dosis de morfina. Si es un espíritu lleno de fortaleza, como Abascal, se conforma y aún encuentra modo de decir una frase, de intercalar una sonrisa. No sé cuál de las dos posiciones espirituales mueve más á lástima. Todo es infinitamente doloroso... Y todo tiene, por único consuelo, el trágico *nulla sperare salutem* del poeta latino.

***

Cada año más singular, menos religiosa, la Semana Santa madrileña.

—¿No te parece que es un día de toros, menos las calesas?, preguntaba ayer, en la calle de Alcalá, un chulo á otro chulo.

Y en efecto, gráficamente, así se me representaba la tarde radiosa y bulliciosa del Jueves Santo. Trajes claros, adornados; mantillas blancas; claveles rojos, amarillos, jaspeados; flores prendidas en el pecho y en la cabeza; los cafés y los colmados rebosando concurrencia; en las iglesias cirios ardiendo y mesas de petitorio, y un gentío que entra por la derecha y sale por la izquierda atropellándose, y en el cual son minoría los que se arrodillan á rezar la Estación... Nadie lleva en la mano un libro; nadie lee, nadie medita los misterios. Se echa á la calle Madrid, satisfecho de poder invadir el arroyo, sin miedo á coches ni automóviles, y pisar los guijarritos «*soigneusement posés du côté le plus tranchant*» de que habla Teófilo Gautier al referirse al pavimento de nuestra corte. Y en esas ringleras de desocupados, que inundan las vías céntricas, no hay sino el deseo de ver caras, las escasas caras bonitas (escasísimas, pese á la fácil galantería de los que afirman lo contrario) que pueden descubrirse en toda multitud. La *Cara de Dios* no es lo que se busca, ni en la tradicional romería que recibe tal nombre. El caso es divertirse, palabrear, mosconeando. Oigo que de un grupo de mozalbetes sale una voz:

—¿Cómo vamos á seguir los seis á la misma chica? A esta la sigo yo. Vosotros, detrás de otras.

Y cada uno de los seis chisgarabises se lanza en pos de una Dulcinea de zapato amarillo. Si ella entrase en un templo, ¡magníficamente! Las apreturas facilitarían la aproximación... Y la gente se enhebra por las puertas, apelotonada, profana, alegre, ajena por completo á la idea de lo que estas ceremonias y estos cultos conmemoran.

No hay en Madrid un templo espacioso. Hasta que esté terminada la nueva catedral—sabe Dios cuándo,—el vecindario madrileño se conformará con las modestas iglesias esteradas y blanqueadas, de estrecho recinto, caseras y familiares, donde el misticismo no puede tender sus alas azules. No sé por qué, las iglesias de Madrid me parecen siempre habitaciones más altas de techo, pero análogas á las de las casas de la clase media de la villa y corte. Sólo faltan en ellas el brasero, la cómoda barnizada y el sofá y las seis sillas de reps.

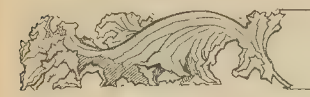
En estos días solemnes me acuerdo con nostalgia de las grandes catedrales góticas, de las vidrieras encendidas y centelleantes bajo el sol castellano, de los coros tallados en negro roble ó nogal, de las columnas en cuyos capiteles ríe la sátira inocente de la Edad Media, ó sueña el pensamiento hondo y grave de la culpa y del arrepentimiento. Echo de menos el Cristo con larga melena, las imágenes de la Soledad traspasadas de dolor, los retablos de oro sombrío con pinturas prerrafaelistas, las viejas beatas que arrastran su flojo calzado sobre las losas, los monagos atareados, los canónigos con traje de gala, el olor exagerado á incienso, el silencio de algunas horas y el murmurio de adoración de otras. Echo de menos las callejas solitarias, los balcones de donde una mano seca y blanca recoge una rameada colcha que sirvió de colgadura, las rejas labradas y blasonadas, las plazas desiertas, las ciudades difuntas ó dormidas siquiera, con tapias que dejan adivinar antiguos jardines, y cafés donde nadie entra y en que el dueño, detrás del mostrador, lee tranquilamente un diario local... Echo de menos las altas paredes de los conventos de monjas muy reclusas, que bajarán al coro pensando en que hoy es Jueves Santo, y en que hace diez y nueve siglos, en Judea, sobre un monte, se alzaban tres cruces y de una de ellas pendía Jesús... ¡Oh dulce leño, dulce suplicio!

Y siento una repulsión invencible hacia este pueblo que ignora, que olvida, que vulgariza lo sublime; que no ve en el Jueves Santo sino la mantilla blanca, de falsa blonda, de tul bastísimo, de antipática tiesura. Porque á fe mía que no he admirado en las calles de Madrid lo que se dice una maja de Goya. No; no la he admirado. Siquiera las majas de Goya eran estéticas, y perturbadoras, y pintorescas, con sus chapines de raso, diminutos. ¿Concebís una maja, de mantilla blanca, y el pie, que asoma bajo la falda ondulosa, prisionero en un zapato de becerro de color?

Las cosas completas; si se dan majas, que lo sean de verdad.

Lo único que no ha degenerado son las palmas del Domingo de Ramos. Su ornamentación semiárabe debe de ser la misma que era allá hace siglos. Sus trenzados, rizados, copetes y volutas, dicen á las claras la tradición moruna de los países retostados por el sol. Y su nota es africana, y su rayo de luz amarilla tienta á los pintores, como tienta un trapo colorinista ó un rincón recargado de macetas y azulejos. Lo gozoso, lo bullanguero del culto, sobrevive á lo sentimental.

EMILIA PARDO BAZÁN.



SIETE ESTRELLAS (1)

Pendientes de la bóveda intangible las lámparas del Universo envían tibios destellos de luz sideral, y el hijo de la tierra agreste, cuya inteligencia tan agreste como la roca, la selva, el matorral de su país, no ha pasado por el cernidor de la civilización, fija su mirada anhelante en el campo cerúleo, tratando de interpretar el significado de aquellas luminarias cuyos rayos han palidecido al filtrar por inconmensurables espacios.

Su fantasía de niño vislumbra los goces de una vida futura para los buenos, para los héroes, aun para los terribles. Creaciones cuyos contornos aparecen al principio esfumados entre los pliegues de nebulosa informe, concrétanse luego en simbólicas figuras de dioses y héroes representados allá arriba por las agrupaciones de soles que, más tarde, el astrónomo ha de llamar constelaciones.

Al correr el tiempo, descubre que algunas de éstas aparecen en determinadas épocas y dícese que desde su etérea mansión un héroe ó un semidiós está encargado de presidir sus faenas diarias. Contempladas así las constelaciones por los hijos silvestres de la naturaleza, surgen las fábulas ornadas con el colorido propio de cada comarca, pero á menudo de fondo idéntico para las tribus que en idénticas circunstancias las observan.

Pequeño, perdido casi en el ámbito infinito de los cielos, el grupo de las *Pléyades*, nuestras *Cabrillas*, que son *Granos de Maíz* para los indios de Matto Grosso, ha tenido la virtud de estimular la imaginación de los pueblos que viven al Sur del Ecuador, porque ellas inician la siembra, vigilan el *rosado* (2), y cuando las doradas espigas repletas de grano sólo aguardan el ser cosechadas para inaugurar la época de las grandes festividades de la tribu, *Siete Estrellas* se aleja en viaje hacia una incógnita meta.

Perfumes de selva virgen, frescas pinceladas sin retoque, ofrece la leyenda de *Siete Espigas* creada por los indios *terrenos*, cuya índole suave se descubre en esta fabula no manchada con tonos sombríos de tragedia.

Pacífico, hospitalario, de carácter afable, el *terreno* habitante del Sur de Matto Grosso, en las vecindades de Miranda, vive cosechando mandioca, maíz, algodón, caña de azúcar en los *rosados* del monte. La bondad de su carácter se reveló, más que en todo, en la resignación con que soportó en todo tiempo los vejámenes de sus vecinos los *Mbayás* – hoy *Caduveos* – sin tomar venganza de ellos y agradecido todavía si en sus visitas á la tribu de los que se consideraban sus señores, le permitían éstos montar á caballo para lanzarse á través del llano en impetuosa carrera de placer.

Las relaciones entre ambos pueblos han seguido siendo más ó menos las mismas desde los tiempos de Azara hasta hoy, encontrando siempre el *caduveo* el medio de esclavizar algunos *terrenos*. A estas circunstancias debió, quizá, un distinguido explorador bohemio el recoger en plena selva virgen una de las más hermosas leyendas del Folk-Lore americano con que hoy inauguramos nuestros *Icipós*. (3).

«Acampamos – dice – en un claro del sombrío bosque de la sierra Badoquena. Durante todo el día nos había molestado el insoportable calor, que atenuó algo la sombra de los enormes árboles, cuyas tupidas copas impedían que penetrara la luz del sol. El aire estaba tranquilo, toda la naturaleza inmóvil, sólo movíanse muellamente los elevados penachos de las palmas *naguazú*.

»Los indios *caduveos* que me acompañaban resolvieron pernoctar en aquel paraje pedregoso, en medio de un bosque de higueros cuyos frutos verdes no servían aún para comer; ni siquiera agua había para dar á los caballos y bueyes, que desde la madrugada no habían comido y que estaban exhaustos después de la fatigosa ascensión de la sierra.

»Quise á todo trance continuar la marcha, pero parecía que una fuerza magnética se había apoderado de mis amigos, deteniéndolos en aquel sitio como si experimentaran una inmensa felicidad; respondieron á mi pedido: «*Deseamos oir el canto del monte.*»

»Los indios hicieron fuego y prepararon algunos pececillos que se sacaron de una laguna, en tanto que yo, provisto de mi lazo, trepé á uno de los colosales árboles, desde donde pude contemplar un indescriptible panorama.

»Muerto de cansancio descendí para la cena; el calor se hacía más insoportable á cada momento y con dificultad respirábamos el aire enrarecido.

»Una vieja *terrena*, esclava de los *caduveos*, refirió entonces, como para distraernos, la fábula cuya traducción es la siguiente:

– »Había un gran *toldo* (4) á orillas de un riacho, cuyas aguas frías eran tan claras que los pececillos no tenían dónde esconderse como no fuera entre las raíces de los *inguá*, que inclinados crecen en las barrancas de la orilla.

Los indios hicieron fuego y prepararon algunos pececillos

»Grande era el toldo, grandes las plantaciones de maíz y caña de azúcar que le rodeaban, y asimismo muchos eran mis paisanos antes de la guerra, y felices vivieron en sus toldos haciendo plantaciones, cortando y quemando árboles y lianas para despojar la *capveira* de alimañas; sólo la palmera *uacurí* se salvaba del hacha, y en agradecimiento producía grandes racimos de frutos, de los que se sacaba harina blanca.

»Entre las doncellas de la tribu había una, hija única de un pobre viejo. Era más hermosa que un nuevo *naguazú* y también más bella que una joven planta *mamón* (5).

»Todos los jóvenes deseaban tomar á esta doncella por esposa, mas en vano pretendiéronla cazadores y plantadores; en vano se adornaron y pintaron con *arucum* (6); en vano ataron su cabellera y rehusaron el ofrecimiento de otras hermosísimas doncellas de la tribu, esperando cada uno ser al fin el preferido.

»Exhortábanla amigos y ancianos á elegir esposo, á no alentar vanas esperanzas en el corazón de tanto joven trabajador; ella, sorda á los consejos de la experiencia, vivía triste y solitaria, sin tomar parte en diversiones ni juegos, odiada de todas sus compañeras.

»Cierto día llegó de muy lejos un portugués, que venía de los *toldos* del Gran Cacique y para llegar allí había cruzado grandes ríos y visto enormes lagunas de agua amarga. Prendado como los demás de la hermosa doncella la pidió por esposa, pero sus ofrecimientos también fueron rehusados; ni el amor á las riquezas que ofrecía el nuevo pretendiente, ni los ruegos de su padre, ni los consejos de las ancianas pudieron vencer su resistencia y continuó su vida solitaria como *coatí* negro.

»Solitaria vive en un rancho hecho por su pobre padre con hojas de palma *naguazú*, y solitaria duerme en su cama de palos elásticos cubierta de cueros sobados.

»Una noche que la luna había muerto dirigió sus bellos ojos negros á las *Siete Estrellas* que veía brillar por un claro de las grandes hojas de *naguazú*.

– »¡Qué hermoso eres, *Siete Estrellas!* – exclamó – ¡Cómo desearía desposarme contigo que nunca me persigues con ofrecimientos y que vagas cazando por los altos campos!

»Nublóse entonces la noche, negras nubes cubrieron el cielo y apenas si pudo la joven distinguir las *Siete Estrellas* que tanto amaba.

»Obscura, muy obscura era esa noche; junto al lecho de palos elásticos y cueros sobados apareció un hombre alto y hermoso de cuyo cuerpo irradiaban destellos de luz verde. Su cabello negro como pluma de *mutum* (crax) estaba atado sobre su cabeza y descendía hasta los hombros; sus ojos negros, suaves, pero serios, contemplaban á la niña mientras dijo:

– »Oí tu voz, doncella, y vengo á tu llamado; ¿dices que deseas casarte conmigo?

»Alarmada la doncella quiso huir y gritar, mas *Siete Estrellas* se sentó á su lado tranquilizándola con caricias que demostraban mucho amor.

»Después del casamiento de la más bella de las mujeres, muchos jóvenes eligieron esposa, sucediéndose unas á otras las fiestas nupciales, sin economizar sus provisiones, que deben durar de una á otra cosecha.

»Muy pronto se hizo sentir la escasez, y como el nuevo maíz recién empezaba á brotar, la caña de azúcar estaba todavía verde, lo mismo que los frutos de *macayuba* (coco), la tribu pasó por los tormentos del hambre. Únicamente la bella no llegó á sentirlos: las mujeres de los plantadores le llevaban regalos, los guerreros le rendían homenaje.

»Un tiempo después bajó nuevamente *Siete Estrellas* y reuniendo á su gente habló así:

– »Hoy que ha nacido mi hijo haremos una fiesta, y cuando empiece á caminar haré una plantación para él.

– »No se podrá hacer fiesta, sólo hay tres granos de maíz y tres porotos de la última cosecha.

– »Pónganlos á cocer en la olla – respondió el esposo.

»Así se hizo: púsose la olla al fuego, y en cuanto empezó á hervir el agua se echaron los granos, que inmediatamente se multiplicaron al infinito, de modo que toda la tribu comió y sobró maíz para muchos días.

»Otro día, cuando el niño, que había crecido muy pronto, ya empezaba á caminar, llegó *Siete Estrellas* á su toldo, acarició á la esposa y salió á hacer el *rosado;* desde lejos se veían las llamas de los árboles quemados; volvió por la noche á buscar tres granos de maíz que guardaba de la primera fiesta, los plantó y al día siguiente en la *rosa*, que se extendía á inmensa distancia, sólo se veía maíz amarillo maduro. Convidó á todos los *terrenos* para hacer la cosecha, y durante muchos días acarrearon al toldo los productos hasta que no hubo espacio donde colocarlos.

»El jefe había recomendado á los trabajadores que recogieran todo, todo el fruto de la cosecha sin dejar un solo grano en la *rosa;* pero cuando éstos le avisaron que el trabajo estaba terminado, fué á recorrer el campo y encontró un choclo todo torcido y con pocos granos. Furioso por la falta de cuidado y economía, masticó los granos de aquel choclo y los arrojó al suelo, donde inmediatamente volvió á crecer monte espinoso y sin *uacurí*. Jamás volvió á ver su hijo ni á su gente y vaga allá arriba cazando.»

»Cuando la india *terrena* acabó su cuento, sólo yo la escuchaba. La atención de mis compañeros estaba pendiente de la suave brisa que mecía las hojas de los árboles, la cual se transformó en furiosa tempestad un instante después. Las fuerzas de la naturaleza se mostraron en todo su esplendor y los indios con una piedad admirable escucharon el *Canto del Monte*.

»No hay concierto en los salones de los mejores artistas que equivalga á este espectáculo donde las hojas secas, la corteza de los árboles, los penachos de las colosales *naguazú*, todo se convierte en instrumento musical; y los indios de la selva admiran el poder de la naturaleza en este templo el más sagrado y más santo.

»Comprendí por qué los *caduveos* insistieron en permanecer en aquel lugar: deseaban gozar una vez más del ideal de su vida: oir el *Canto del Monte.*»

Elina González Acha de Correa Morales.

(1) De la colección de leyendas del Folk-Lore Americano: *Icipós*.

(2) Tierras en las selvas y en los montes preparadas para el cultivo una vez desbrozadas.

(3) *Icipó*, en guaraní, liana, enredadera, etc.

(4) *Toldo*, población de indios, una tribu ó parte de ella.

(5) Carica papaya.

(6) Bixia arelosea.

RICARDO MONTES

Quien pretendiera adivinar la edad de ese artista y su experiencia en el ejercicio del arte tomando como base de sus presunciones las obras suyas que

Ricardo Montes

en esta y en la siguiente página reproducimos, le consideraría seguramente hombre entrado en años y curtido en el manejo del lápiz y de la pluma. Y, sin embargo, el que tal opinara se equivocaría de medio á medio: Ricardo Montes ni es de edad madura, ni artista consumado; es un niño casi, pues sólo cuenta diez y ocho años, y en la noble profesión por él abrazada no ha pasado aún de la categoría de estudiante.

Nació en Oviedo y desde muy niño demostró afición grande y especiales aptitudes para el dibujo, por lo que su familia, cuando Ricardo había cumplido apenas catorce años, le envió á Londres, á estudiar en la «Camberwell School of Art and Crafts.» Los progresos que allí realizó el joven Montes fueron tales, que á los dos años obtuvo la matrícula de honor, premio que alcanzó también al año siguiente.

Cuatro hace que sigue los cursos en aquella escuela famosa y, además de la recompensa mencionada que ha conseguido en los dos últimos, el año pasado, en la Exposición Nacional de todas las escuelas de Inglaterra que se celebró en South Kensington, ganó la medalla nacional de bronce por sus dibujos de ilustración de libros y la matrícula de honor por sus trabajos pictóricos del natural.

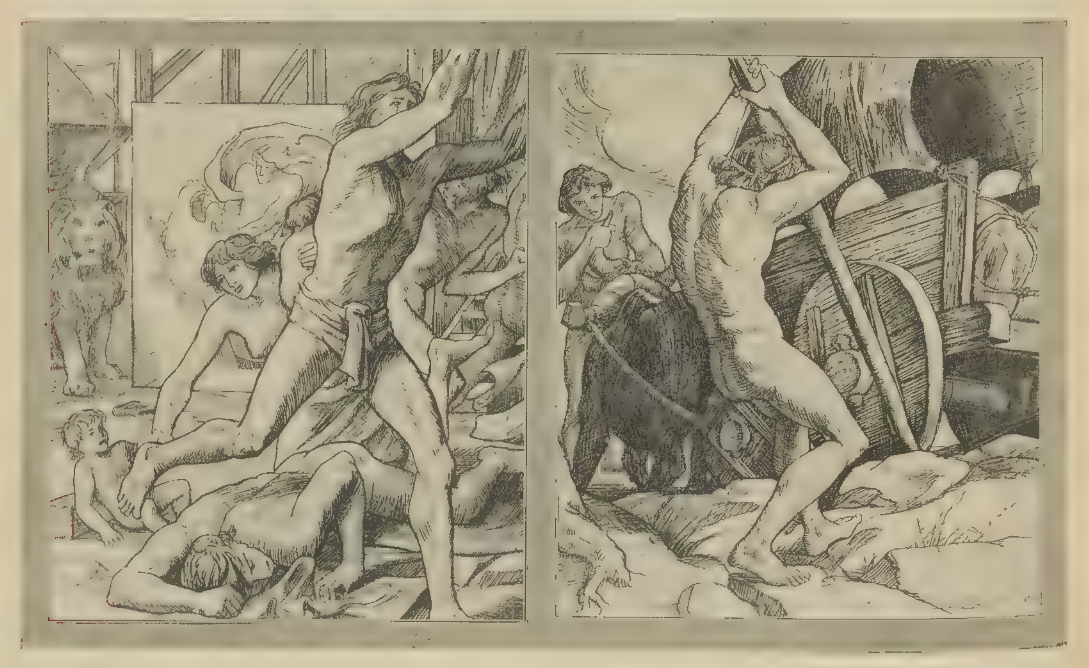
Dibujo de Ricardo Montes

Pocas palabras habremos de escribir en elogio de los dibujos premiados; mejor que nuestras alabanzas ha de ser sin duda el concepto que de aquéllos se formen nuestros lectores con sólo examinarlos. No se necesita, en efecto, un análisis detenido para descubrir sus bellezas, ni para hacer resaltar éstas es preciso recurrir á disquisiciones críticas: á simple vista se admiran en esas obras la firmeza, la solidez, la seguridad de los trazos, la acertada disposición de las figuras, la verdad y naturalidad de la expresión y de las actitudes de los personajes, la excelente combinación de todos los elementos que en cada una de las composiciones entran y cuantos detalles contribuyen á que éstas puedan y deban ser consideradas como verdaderas obras artísticas.

El que ha ejecutado esos dibujos no ha sentido vacilaciones; su perfecto dominio de la técnica le ha permitido comenzarlos y concluirlos con una unidad absoluta de idea y de ejecución.

Pero en los dibujos de Ricardo Montes se revela algo más que la habilidad manual, por decirlo así; sus ilustraciones de *Don Quijote* son prueba elocuente de que tiene una alma de verdadero artista, de artista que no sólo dibuja bien, sino que, además, sabe dar á los personajes todo su valor psicológico, que los estudia profundamente, que se identifica por entero con el pensamiento del escritor. Y esta cualidad aparece con tanto mayor relieve cuanto que se trata de una obra tan grande y tan universalmente conocida como la de Cervantes y que ha sido ilustrada por los dibujantes más famosos del mundo; á pesar de esto, las ilustraciones de Montes resisten la comparación con muchas de las que se estiman como muy notables.

La Ilustración Artística, al dar á conocer á sus lectores al joven dibujante ovetense, se complace en felicitar á éste por sus éxitos y en augurarle un hermoso porvenir si persevera cultivando el arte con el entusiasmo y con la aplicación de que hasta ahora ha dado tan brillantes muestras.—A.



Dibujos de Ricardo Montes, premiados con la medalla nacional de bronce en la Exposición Nacional de las Escuelas de Bellas Artes de Inglaterra, celebrada en 1906 en South-Kensington (Inglaterra)

Ilustraciones del «Quijote,» originales de Ricardo Montes y premiadas con la medalla nacional de bronce en la Exposición Nacional de las Escuelas de Bellas Artes de Inglaterra, celebrada en 1906 en South-Kensington

LA REFORMA DE BARCELONA

Barcelona, que con la urbanización de su ensanche se ha puesto á la altura de las más importantes capitales extranjeras y que con la agregación de los pueblos circunvecinos se ha extendido considerablemente, permitiendo presentir el momento en que formará una hermosa y extensa urbe de situación privilegiada, entre los ríos Besós y Llobregat, por una parte, y entre el mar y la cordillera del Tibidabo, por otra, necesita indispensablemente una reforma radical en su casco interior. El aumento constante del tránsito, la actividad creciente de todas las manifestaciones del trabajo, la multiplicación de los medios de locomoción más variados, exigen imperiosamente esa reforma, que hacen además imprescindible las necesidades higiénicas á que forzosamente ha de atender una ciudad moderna.

Barcelona, en su porción antigua, se ahoga; sus calles estrechas, sus callejones obscuros, sus plazas de dimensiones reducidas, constituyen una dificultad al tráfico incesante y son en su mayoría focos de enfermedad y de miseria. La población se apretuja en sus vías y se muere por falta de sol y de aire en sus lóbregas casuchas, y el movimiento comercial se resiente de los obstáculos que á la circulación opone el laberinto de callejuelas por donde apenas puede transitar un vehículo.

Este estado de cosas ha de cesar, esos obstáculos han de desaparecer; ha de crearse, en suma, una Barcelona nueva.

Varios proyectos de reforma se han estudiado en diferentes ocasiones; de ellos al fin se escogió el llamado proyecto Baixeras, que adquirió el Ayuntamiento, y éste es el que ahora parece que va á entrar en vías de ejecución.

Trátase de una obra gigantesca, inmensa, no sólo por su índole, sino por las proporciones que reviste; de aquí la imposibilidad de realizarla desde luego totalmente. Por partes habrá de llevarse á cabo, comenzando por la apertura de las grandes vías de importancia más reconocida y de necesidad más perentoria.

La Agricultura, escultura de León Mignón

El actual Ayuntamiento barcelonés, continuando los trabajos comenzados por el anterior, ha llegado al fin á una solución que seguramente será base firme y punto de partida de la reforma, solución que aprobada ya en principio por el alcalde y por la comisión encargada del asunto, logrará serlo también por el cabildo municipal y por el gobierno. Las negociaciones emprendidas con la poderosa institución bancaria de esta ciudad el Banco Hispano-Colonial, han conducido á un acuerdo en forma de convenio, por virtud del cual se encarga el Banco, mediante determinadas condiciones, de la ejecución de las tres grandes vías designadas en el proyecto Baixeras con las letras A, B y C.

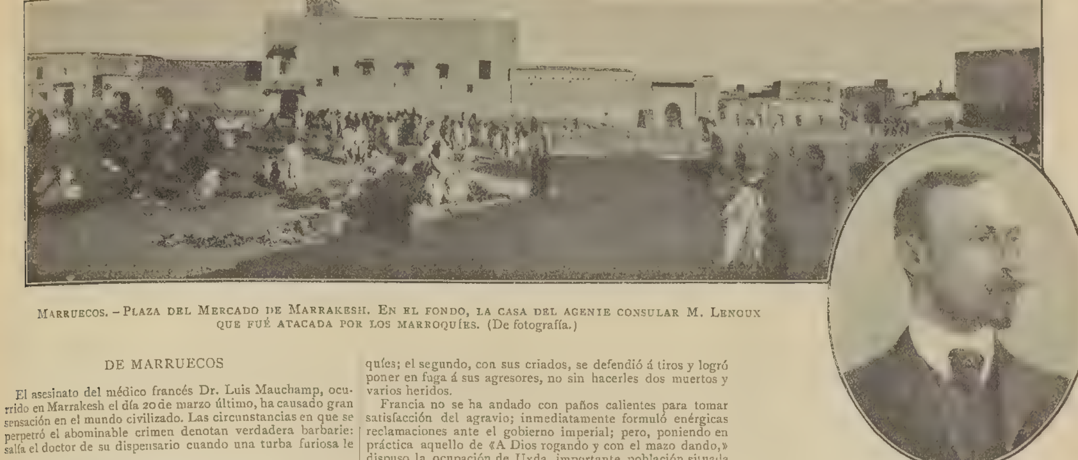
El convenio ha sido firmado hace pocos días, habiendo intervenido en el acto de la firma el alcalde Sr. Sanllehy, el teniente de alcalde Sr. Bastardas, el concejal Sr. Abadal, el secretario del Ayuntamiento Sr. Gómez del Castillo, el arquitecto municipal Sr. Falqués y el jefe de negociado Sr. Corominas, por parte del Ayuntamiento, y los Sres. Arnús, Estruch y Sentmenat por parte del Banco Hispano-Colonial.

Por tratarse de un hecho de tanta trascendencia para nuestra capital, creemos interesante la reproducción de la adjunta fotografía que lo representa, y enviamos nuestros más entusiastas plácemes á cuantos han contribuído á una obra que ha de reportar incalculables beneficios á Barcelona.

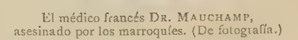
Está dado, por consiguiente, el primer paso decisivo que ha de conducir á una solución por tanto tiempo y por todos los barceloneses deseada. Es de esperar que el Ayuntamiento y los centros oficiales abreviarán los trámites para que pronto sea una realidad el proyecto; es de esperar también que ante la magnitud de la obra y en consideración á los beneficios que ha de reportar á Barcelona, no habrá un solo barcelonés que á ella no aporte su concurso, los unos ayudándola con su entusiasmo, los otros sacrificando algo de los intereses particulares, á que necesariamente habrá de afectar la reforma, en aras del interés supremo de la comunidad.—S.

Sr. Falqués. – Sr. Planas · Sr. Estruch
Sr. Corominas. – Sr. Gómez del Castillo. – Sr. Sanllehy · Sr. Abadal. – Sr. Bastardas. – Sr. Arnús. – Sr. Fontanals · Sr. Sentmenat

BARCELONA. – ACTO DE LA FIRMA DEL CONTRATO ENTRE EL AYUNTAMIENTO Y EL BANCO HISPANO-COLONIAL PARA LA EJECUCIÓN DEL PROYECTO DE REFORMA. ACTO CELEBRADO EL DÍA 22 DE MARZO EN EL DOMICILIO DEL SEÑOR ALCALDE. (De fotografía de Donoso.)



Marruecos. – Plaza del Mercado de Marrakesh. En el fondo, la casa del agente consular M. Lenoux que fué atacada por los marroquíes. (De fotografía.)



El médico francés Dr. Mauchamp, asesinado por los marroquíes. (De fotografía.)

DE MARRUECOS

El asesinato del médico francés Dr. Luis Mauchamp, ocurrido en Marrakesh el día 20 de marzo último, ha causado gran sensación en el mundo civilizado. Las circunstancias en que se perpetró el abominable crimen denotan verdadera barbarie: salía el doctor de su dispensario cuando una turba furiosa le

El general Lyautey, comandante general de Argelia y jefe del cuerpo francés de ocupación de Uxda. (De fotografía comunicada por Photo-Nouvelles.)

acometió primero á pedradas y luego á cuchilladas, y cuando le vieron caer exánime quisieron llevarse el cadáver á la plaza del Mercado para despedazarlo y quemarlo, cosa que á duras penas pudieron evitar los servidores de la víctima. Los amotinados, no contentos con eso, atacaron la casa de otro francés, M. Gentil, profesor de la Sorbona, que con su familia hallábase accidentalmente en aquella ciudad, y la del agente consular inglés M. Lenoux; el primero fué libertado por los soldados marroquíes; el segundo, con sus criados, se defendió á tiros y logró poner en fuga á sus agresores, no sin hacerles dos muertos y varios heridos.

Francia no se ha andado con paños calientes para tomar satisfacción del agravio; inmediatamente formuló enérgicas reclamaciones ante el gobierno imperial; pero, poniendo en práctica aquello de «A Dios rogando y con el mazo dando,» dispuso la ocupación de Uxda, importante población situada á 10 kilómetros de la frontera argelina, y á este efecto comunicó órdenes urgentes al general Lyautey, gobernador general de Argelia. Este, al frente de un cuerpo de ejército, entró en la citada ciudad en la mañana del 29.

Una de las principales calles de Uxda. (De fotografía comunicada por Photo-Nouvelles.)

La actitud de Francia ha sido casi unánimemente aplaudida; sólo Alemania la ha visto con cierto recelo.

A las naciones semibárbaras, hay que tratarlas como lo que son; y Marruecos, que es una de tales naciones, no merece que se guarde con ella las consideraciones debidas á los pueblos cultos. – R.

Marruecos. – Vista general de Uxda, ciudad ocupada por las tropas francesas. (De fotografía de Rittwagen.)

NÁPOLES EN TIEMPO DE NERÓN, CUADRO DE E. FORTI, GRABADO POR

Boxo. (Derecho de reproducción de Fishel, Adler y Schwartz, de Nueva York.)

NUESTROS GRABADOS

VIENA

MONUMENTO AL REGIMIENTO DE LOS DEUTSCHMEISTER

Cuando en 1896 se efectuó con gran entusiasmo en la capital de Austria la conmemoración del 200.° aniversario de la creación del famoso regimiento de los *Deutschmeister*, el que de mayor popularidad goza en aquel imperio, el municipio de Viena acordó erigir en honor del mismo un monumento digno de su brillante historia.

Confiada su ejecución al celebrado escultor Juan Benk, propúsose éste representar, no por medio de alegorías, sino de una manera real, los hechos heroicos por el regimiento realizados y dar al monumento el carácter de grandiosidad que corresponde á la idea que presidiera á su erección. Ambas cosas ha logrado cumplidamente el artista, como puede verse por el grabado que en esta página publicamos, y su obra, inaugurada hace poco, constituye uno de los más bellos ornamentos de la hermosa capital austriaca.

La base del monumento está formada por una serie de gradas que ocupan una superficie de 54 metros de largo por 20 de ancho; sobre ella asiéntase el pedestal, en cuyas caras anterior y posterior hay dos bajos relieves: uno representa la batalla de Zenta (1697), en la que el regimiento de los *Deutschmeister* recibió el bautismo de fuego; otro, un episodio de la batalla de Kolin (1757), en la cual el conde Soro, coronel del regimiento, á pesar de haber recibido muchas heridas, púsose al frente de sus soldados para emprender el ataque.

Sobre el pedestal, una matrona, personificación de la ciudad de Viena, ofrece una corona á su regimiento. A los lados se ven sendos grupos escultóricos, el del héroe anónimo de Landshut (1809) que, haciendo estallar unos carros de pólvora, sacrificó su vida para salvar á sus camaradas de la persecución de sus enemigos, y el de un cabo que, durante las guerras de la independencia, salvó á un oficial herido, en medio de una lluvia de balas.

Del pedestal arranca una columna sobre la cual se alza un abanderado del regimiento, que agita el glorioso estandarte.

Monumento erigido en Viena
en honor del regimiento de los «Deutschmeister,»
obra del escultor Juan Benk

Esta figura, como los grupos, los relieves y la estatua de Viena, son de bronce y están modelados con un vigor, una vida y una corrección extraordinarias.

La parte arquitectónica es del escultor vienés Antonio Weber.

El coste total del monumento ha sido de 300 000 coronas.

NUEVO SISTEMA

PARA QUE PUEDAN COMUNICARSE LOS SORDOS-CIEGOS

De todas las calamidades á que está expuesta la humanidad, la sordera, acompañada de la falta de vista, es una de las más terribles. Todo el mundo sabe cómo Elena Keller y otros han subsanado las tristes consecuencias de esa pérdida de dos sentidos, valiéndose únicamente del tacto. Ahora ha venido también la electricidad en auxilio de esos desgraciados.

Después de muchos estudios y experimentos, el hábil ingeniero inglés Carlos Menet ha ideado una máquina eléctrica para comunicarse con los demás tan sencilla como práctica. La manera de usarla pueden los sordos-ciegos aprenderla en pocas horas, siempre que conozcan el sistema de escritura de relieve de Braille, que se enseña en todos los establecimientos de instrucción para ciegos.

Nuevo sistema para comunicarse los sordos-ciegos por medio de unos aparatos eléctricos inventados por el ingeniero inglés Carlos Menet

El alfabeto de Braille consiste, además de diversos signos, que indican la puntuación, numeración y algunas palabras cortas de uso frecuente, en las varias combinaciones de seis vírgulas, que en la máquina de comunicación están substituídas por unas diminutas varillas que se alzan y tocan los dedos del que *escucha*, comunicándole el mensaje del que *habla*.

El aparato se compone de dos partes, el transmisor y el receptor, que funcionan puestos en comunicación con una batería eléctrica. Están unidas entre sí y con la batería por medio de delgados alambres, tienen unos tapones que se quitan á voluntad y que encajan en unos alvéolos practicados en las peanas del transmisor y del receptor. El primero está provisto de seis teclas numeradas que corresponden á los seis signos del sistema Braille, y el segundo de seis agujeros numerados en igual forma, en el fondo de los que hay colocadas verticalmente unas pequeñas varillas.

El que ha de *hablar* coloca el primero, segundo y tercer dedo de cada mano sobre las teclas; hay además otra que no tiene número que sirve para llamar la atención ó para marcar el final de una palabra, á la que se toca con el dedo pequeño de la mano derecha. El que ha de *escuchar* coloca los dedos ligeramente sobre los agujeros de su aparato. A medida que el comunicante oprime las teclas, suben las varillitas.

La gran ventaja de este sistema de comunicación consiste, no solamente en poder hablar con los sordos-ciegos á una distancia de algunos metros, sino también en que un solo transmisor conectado con varios receptores sirve para que otros tantos sordos-ciegos se enteren al mismo tiempo del discurso ó lección que transmita una persona.

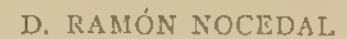
NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 233, 238 y 240-241.)

La granjera, cuadro de Juan Francisco Millet. – El eminente pintor francés ha sido uno de los artistas más enamorados de la naturaleza y de los que la han sentido más intensamente. Sus cuadros, aun los de asunto más trivial y sencillo, causan una emoción suave, pero muy honda, de esas que no se olvidan jamás, y ello se debe sobre todo á la sinceridad con que fueron pintados. Acaso por esto mismo no fué apreciado cual se merecía por sus contemporáneos, acostumbrados á los artificios de un convencionalismo apartado de toda realidad; la posteridad, en cambio, ha reconocido todo su mérito, y hoy su nombre figura entre los más ilustres de la escuela francesa moderna y sus lienzos, solicitados con gran empeño, se pagan á precios fabulosos.

Nápoles en tiempo de Nerón, cuadro de E. Forti. – El palacio de brillantes mármoles que se mandó construir el tirano levántase en toda su soberbia magnificencia á orillas del mar; la favorita imperial desciende la escalinata y se encamina hacia la suntuosa barca que las olas mecen blandamente y en la que hermosas esclavas arrancan dulces notas de los músicos instrumentos; flores, estatuas, incienso por doquier, y todo ello cobijado por un cielo de diafanidad purísima. ¡Qué hermosa composición la del pintor italiano! ¡Cuánta belleza, cuánta luz, cuánta armonía en la obra de Forti! ¡Qué visión tan grandiosa de un tiempo y de una sociedad pasados!

La Agricultura, escultura de León Mignón. — Pertenece esta obra á esa escuela realista de buena ley que, dejando á un lado tradicionales preceptos, sabe encontrar para la exposición de las ideas más abstractas formas eminentemente humanas que hieran directamente á la imaginación. Un fornido labriego, descubierto el robusto pecho, desnudos los brazos y las piernas en que se adivina la fuerza adquirida en rudos trabajos, y apoyada la mano en el buey, que, uncido al arado, abre las entrañas de la tierra para depositar en ellas la simiente germinadora, ¿qué mejor símbolo de la Agricultura? El grupo escultórico del artista belga es de un vigor extraordinario; sin dureza de líneas, representa por modo admirable toda la energía de la más fecunda labor del hombre y toda la misteriosa grandeza de la obra que en el seno de la madre eterna se realiza.



D. RAMÓN NOCEDAL

A los sesenta y cuatro años de edad ha fallecido en Madrid el propagandista infatigable, el elocuente diputado católico, el periodista luchador, el jefe del partido integrista D. Ramón Nocedal. En el Congreso y desde las columnas del *Siglo Futuro* defendió siempre los derechos de la Iglesia y la causa de la religión, á cuyo servicio puso una palabra fácil, elocuente, irónica no pocas veces, y una pluma castiza, enérgica batalladora. Fué enemigo convencido, irreconciliable, del sistema parlamentario, y sin embargo en el Parlamento hallábase en su elemento propio y en él alcanzó grandes triunfos.

Intransigente en materia de principios, riñó rudas batallas, lo mismo contra los liberales que contra los carlistas. Su trato afable y ameno, su carácter recto, su caballerosidad nunca desmentida, le habían conquistado universales simpatías, no sólo entre sus afines, sino también entre los mismos adversarios políticos.

La muerte ha sido la del justo, y momentos antes de expirar aún tuvo cariñosas frases y donosas palabras para consolar á su atribulada esposa, que lloraba presintiendo su próximo fin. ¡Descanse en paz!

D. Ramón Nocedal,
fallecido en Madrid el día 1.° de los corrientes

AJEDREZ

Problema núm. 458, por V. Marín.

Negras (2 piezas)

Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 457, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Ag2–h3	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	

Sin levantarse alargó á su sobrino una rosa magnífica

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—No me es posible. Mi tío estaría inquieto. Le he reñido esta tarde mismo, en la carretera, y no quisiera causarle un nuevo disgusto.

Pusieron á Paula al corriente de la gestión oficial é inútil del Sr. Loigny.

—Vuelva usted con él mañana á almorzar con nosotras, dijo la señora Guibert. Dígale usted que en su obsequio pondremos en la mesa nuestras más hermosas flores. Con ellas se distraerá. Después iremos todos juntos á celebrar los esponsales á la iglesia del pueblo.

Al marcharse Juan del Maupas, atravesando el bosque de encinas, era de noche. Y bajaba feliz y sin prisa, como el camino recto y fácil de su vida, la cuesta rodeada de bosques que Marcelo había subido corriendo, con el fuego del amor en el pecho y el sabor de la muerte en sus labios secos...

Aquella noche Paula se durmió tarde. Acogía el amor con un corazón firme, con una emoción grave que, lejos de debilitar, fortificaba su virtud. Había subido la pendiente de la vida luchando con las dificultades materiales y los dolores morales, como esas cabras salvajes que escalan las cimas dejando su lana entre los zarzales. Ahora le parecía marchar por una llanura y pisar con sus pies desnudos la fresca y mullida hierba. El horizonte se presentaba lleno de luz. Y aun cuando tuviese que seguir subiendo, ¿qué importaba? ¿No se apoyaría ahora en un robusto brazo? ¿No sentía una nueva energía?

Durmióse; y hacía mucho tiempo que dormía y aún su madre velaba y rezaba.

—¡Dios mío!, murmuraba la pobre anciana. Por primera vez he mentido. Perdonadme, Dios mío. Era preciso unir á estas dos criaturas. Vos las habéis creado una para otra. ¿Su dicha no debe ser también la mía? Yo tengo demasiados años para acompañarles. Además no puedo dejar mis muertos. La tierra me atrae, y Vos, mi Dios, pronto me llamaréis. Aquí esperaré la hora de mi muerte. Dadme fuerzas, ¡oh mi Dios!, para soportar con calma esta nueva separación. Me había acostumbrado demasiado á los cuidados piadosos de mi Paula, y me recordáis, quitándome mi única alegría terrenal, que no debemos tomar demasiado cariño á los bienes de este mundo. Al marcharse se llevará mi corazón, que habéis llenado de penas antes de destrozarlo. Yo, mi Dios, os ofrezco de antemano mi dolor para que repartáis vuestras bendiciones abundantes sobre mis hijos, presentes y futuros, sobre los vivos y sobre los muertos...

Rezó durante largo tiempo. Y por fin encontró en la fe la resignación, y su sueño fué tranquilo.

IX

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

Por el camino que le llevaba á la villa de los Rosales, Juan respiraba el viento ligero de la más hermosa noche de verano, saboreando la alegre exaltación que procura la vida cuando el amor la ordena y la condensa, en vez de turbarla y dispersarla.

Sin darse cuenta llegó á casa de su tío.

—¡Ya!

Y sonrió al ver que todas las ventanas de la casita estaban iluminadas.

—¿Habrá recepción? Sería un espectáculo sin ejemplar.

Abrió la verja y siguió el sendero que por entre rosales iba directamente á la puerta de la casa. Maquinalmente, y con su gesto habitual, extendió la mano hacia las plantas y trató de coger una flor; pero sus dedos sólo encontraron hojas y espinas.

«Algún merodeador—pensó—ha saltado la verja y ha robado á mi tío sus más ricos tesoros. ¡Qué pena cuando se entere!»

La puerta estaba entornada. La empujó. Creyó marchar sobre un campo sembrado de rosas. El jardín había aprovechado las sombras de la noche para invadir el corredor. Estaba materialmente alfombrado de flores, y la luz eléctrica de la antesala iluminaba, sobre el verde obscuro de las hojas, sus manchas multicolores, bien formando contraste, bien siguiendo insensibles degradaciones. Rosas rojo-carmesí, rojo amapola, rojo-carmín, rojo-capuchina, rojo de fuego, rojo-cobrizo, rojo de aurora; rosas blanco puro, blanco de leche, blanco-crema; rosas rosa-pálido, rosa-melocotón, rosa-vivo; rosas amarillo pálido, amarillo de paja, amarillo de canario, amarillo-nankin, amarillo de limón, amarillo de azufre, amarillo de naranja; todas mezclaban por última vez su belleza y su perfume cual ofrenda funeraria al genio cruel de la Muerte.

Juan avanzaba estupefacto. Las puertas del comedor y del salón, cuyas piezas comunicaban entre sí viniendo á formar una sola habitación, estaban abiertas de par en par, dejando ver en sus umbrales cubiertos de flores la continuación de aquella invasión extraña. Apenas dió tres ó cuatro pasos se detuvo. Llegaba claramente á sus oídos una voz; parecía la voz de quien anuncia á la puerta de un salón, con tono monótono, nombres de mujeres, y á cada nombre pronunciado se oía un ruido como de rama que cae al suelo ó roce de faldas.

—*Madame Laura de Messimy.—Madame Juana Lisley.—Baronesa Enriqueta de Loew.—Condesa de Famisse.—Duquesa de Edimburgo.—Duquesa d'Auerstaedt.—Marquesa de Vivens.—Madame Barthelemy Levet.—Madame Eugenia Verdier.—Madame Hipólita Iasuain.—Madame de Watteville.—Mademoiselle Ana-María Cote...*

Juan pensó, lleno de angustia:

«Mi tío se ha vuelto loco.»

Aquella voz tranquila empezó á salmodiar una letanía profana:

—*Belleza de Europa.—Belleza inconstante.—Estrella de Lyón.—Gloria de Dijón.—Luciérnaga.—Resplandeciente.—Ideal.—Grâce darling.—Bola de nieve.—Sueño dorado.—Miniatura.—Mi sorpresa.—Perla de los jardines.—Perla de las coronadas.—Perla de las blancas.—Perfección de mis placeres.*

El rostro del joven se iluminó con una sonrisa; pero siguió sin moverse.

—Juana, pasemos al salón, dijo la voz. Allí quedan muchas aún.

Después de un rato de silencio, siguió la nomenclatura. Pero los nombres de mujeres no llegaban á los oídos de Juan rápidos y solos; ahora iban acompañados de breves descripciones como las que publican los periódicos al reseñar los trajes en las crónicas de bailes y reuniones; y conceptos lisonjeros ó elogios llenos de admiración acompañaban á los nombres de princesas, grandes damas ó burguesas.

—*Duquesa de Morny,* vestida de rosa-pálido con forros de plata.—*Vizcondesa Folkestone,* cuyo rosa-claro tiene reflejos asalmonados.—*Mademoiselle Teresa Levet,* adornada de rojo cereza.—*Mademoiselle Eugenia Verdier,* de rosa claro con vivos reflejos blancos.—*Mademoiselle María Perrin,* de un hermoso rosa pálido plateado...

Después de este gracioso grupo de jóvenes con trajes claros, su entusiasmo aumentó.

—*Mademoiselle Adelina Viviand Morel,* su color es indefinible, pues pasa del albérchigo con tonos de canario al amarillo-paja con reflejos encarnados.—*Ana María de Montravel,* eres muy chiquitina á decir verdad, pero tu traje muy sencillo es de un blanco muy puro.—*Mademoiselle Agustina Guinoisseau,* tu satinado traje blanco con ligeros tintes color de carne me seduce; hermosa y grande, eres la flor de Francia.—*Inocencia Pirola,* me gusta tu graciosa languidez y tu color rosado.—*Madame Ernesto Calvat,* con tu traje de un vivo rosa-china produces una impresión de arrogancia, pero yo prefiero el rosa-pálido con reflejos blancos de la *Baronesa de Rothschild,* grande y hermosa, pero sin perfume.

Juan se echó á reir, mientras que el vejete, cambiando bruscamente de tono, decía:

—Vamos de prisa, que mi sobrino va á venir.

—¿Y la cena?, dijo la criada. ¿A qué hora se cenará esta noche? ¿Se alimentará usted de perfumes?

La voz del Sr. Loigny, autoritaria é indignada, retronó en la habitación.

—¡La cena! ¿Quién piensa en cenar? ¡Sigamos!..

Y una vez calmado, reanudó su letanía:

—*Madame Olga Marix,* de tamaño regular con un traje blanco que á veces tiene los tonos de la carne.—*Condesa de Murinais,* eres mi preferida por tu color pálido delicado, por tu belleza frágil, por tus velados encantos. No tienes la encantadora precocidad de *Madame Sancy de Parabère,* ni el brillo de su color rosa vivo, pero tienes un tipo de elegancia discreta y de fina distinción.

Juan no pudo más, y á trueque de romper el encanto, se asomó para contemplar á la favorita. Vió á su tío que con una mano tenía unas tijeras de jardín y con la otra la flor perfecta de su rosal preferido. Arrodillada en el suelo, la criada colocaba las flores que le iba dando su amo después de contemplarlas con cariño, clasificadas por familias y designadas por su nombre. Los sillones, la mesa, el suelo, todo el salón desaparecía bajo las rosas. Parecía que del techo había caído una lluvia, un torrente de perfumes. Y por la puerta abierta Juan vió en el comedor grandes ramos ya preparados, en los cuales las rosas encarnadas parecían manchas de sangre y heridas abiertas. Las dos habitaciones decoradas de aquel modo extraordinario eran el cementerio del jardín saqueado.

—Sólo nos faltan tres ó cuatro princesas, dijo no sin pesar el aficionado á las rosas para calmar á su criada indignada.

Y las nombró rápidamente:

—*Princesa Beatriz,* grande y descuidada, con un traje rosa vivo.—*Princesa María,* de un rosa parecido al cutis de una virgen tímida.—*Princesa Luisa,* comparable á un fresco rostro cuyo brillo esté velado por inoportunos polvos de arroz.

Juan, inquieto, se preguntaba:

—¿Por qué habrá saqueado el jardín?

Por las ventanas miró hacia afuera, y creyó oir, arrastradas por el viento que agitaba suavemente las ramas de los árboles, las tristes quejas de los rosales mutilados.

El Sr. Loigny vió por fin á su sobrino, y su rostro tomó de pronto una expresión de temor y arrepentimiento.

—Ahí están todas mis rosas, le dijo.

El joven pensó:

«Ni siquiera me pregunta qué ha pasado.»

Pero la dicha le hacía ser indulgente y quiso lisonjear la inocente manía de su tío.

—Porque las ha arrancado usted esta noche.

El anciano, conmovido, siguió el curso de su idea y dijo:

—No he dejado ni una sola, ahí está todo mi jardín. Las más hermosas llevan nombres de mujeres, pero los jardineros chinos tienen la imaginación más poética para nombrar los múltiples y variados encantos que produce la tierra.

—Le estaba oyendo y me parecía oirle hablar con sombras numerosas y encantadoras.

—Hay unas ciento cincuenta.

—¡Bonito número!

—¿Qué representa junto al número sin cesar creciente de variedades de rosales? Se cuentan algunos millares. Y no tienen en cuenta las que cultivaban nuestros antepasados, que sólo se encuentran citados en libros antiguos, y algunos raros ejemplares en algún jardín. Actualmente cada año salen nuevas variedades de manos de hábiles jardineros. Mira al suelo y verás representados, por especies escogidas, rosales de Bengala, de China y los de mis Lawrence; rosales multiflores y poliántidos cuyas rosas en corimbos son preferidas para adornos y ramos; rosales de Provenza, rosales musgosos, rosales te y avellana que necesitan ser protegidos contra los rigores del invierno, pero que nos recompensan los cuidados con una abundante floración.

Lleno de entusiasmo como un perro corriendo por un campo de trigo, se agitaba, oliendo el aire perfumado, gesticulando, y sin cuidado alguno amenazaba con una próxima muerte á los *bibelots* del salón. De pronto se dirigió hacia una mesita escritorio, abrió un cajón y sacó un libro que blandía con la mano acercándose á su sobrino.

—*La fecundación de los vegetales,* por Lecoq, de cía. ¡Obra colosal, admirable, inimitable!

Empezó á hojearla, y después de sonreir satisfecho se puso á leer en alta voz:

«Por pequeño, por reducido que sea el trozo de tierra de que pueda disponer un aficionado, ¡cuántas experiencias útiles y curiosos ensayos puede intentar, cuántas alegrías conseguir cuando con la fecundación artificial haya dotado su jardín, sus amigos y su país de una nueva variedad, que deberá su creación á sus cuidados é inteligencia! Y sobre todo para los que se dedican á coleccionar plantas, ¡cuántas alegrías al ver nacer, casi á su voluntad, nuevos matices, colores imprevistos; ver aumentar las corolas ó multiplicarse los pétalos!..»

Miró á su sobrino por encima del libro y terminó el párrafo:

«Cada uno puede obrar en su esfera, en su rincón, callarse si no consigue nada, lo cual es raro suceda, y enorgullecerse, muy justamente, si el éxito viene á coronar sus esfuerzos.»

Y como si hubiese igualado en ambición á Napoleón ó César, murmuró con melancolía, cerrando el libro:

—Sí, he soñado en ser émulo de los célebres jardineros Gouod ó Luis-Scipión Cochet. También yo he creado una rosa. Ahí está, entre las demás. Quería llamarla *Recuerdo de Loigny* á fin de que por medio de su perfume suave y delicados colores transmitiese mi nombre á todos los aficionados á través de las edades. Tal como me ves, aspiraba á la gloria.

—¡Muy bien!, dijo Juan. Enséñemela. Y después vayamos á comer, porque tengo hambre.

—¡Pues claro!, refunfuñó la criada.

El reloj señalaba las nueve.

—¡Vaya, vaya á la cocina!, ordenó dignamente el vejete, que arrodillado en el suelo buscaba su obra entre el perfumado montón de rosas.

Sin levantarse, alargó á su sobrino una rosa magnífica.

No llevará mi nombre, sino el tuyo. Esta misma tarde le he dado nombre: *Paula Berlier.*

—Es muy hermosa, dijo Juan.

Y pensaba en su prometida. Después añadió:

—Le agradezco, tío, su poético homenaje.

El anciano seguía de rodillas, sentado sobre sus talones. Extendió los brazos como abrazando todas las flores y repitió dulcemente:

—Ahí están todas mis rosas.

Juan preguntó por segunda vez:

—¿A qué ha obedecido este saqueo? Estoy seguro de que no ha quedado rosal con rosas.

—Todas están ahí, sin excepción alguna.

—¿Por qué tanto saqueo? ¿Puede usted decírmelo?

El Sr. Loigny contemplaba tantas hermosas flores segadas con la sonrisa radiante de las vírgenes cristianas prontas al sacrificio. Se levantó trabajosamente, repitiendo:

—Ahí están todas mis rosas. Todas son para ti.

—¿Para mí?, preguntó Juan sorprendido.

—Para ti, para que las ofrezcas á tu prometida.

—¿Por ella ha saqueado usted su jardín? ¡Qué bueno es usted!

Y al abrazar á su tío observó que los ojos del anciano estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué le pasa? Llora usted por las flores. No debía usted haberlas cortado.

Con una ternura que Juan nunca le había conocido, su tío puso una mano sobre su hombro y dulcemente le dijo:

—Sí, Juan, era preciso. No lloro por mis rosas, sino por mí. No debían ser, no debían haber sido más que la distracción de mis ocios en lugar de ocuparme todos los momentos de mi vida. ¿Me perdonas, Juan?

—¿De qué?

—Sí, me había olvidado de la vida. Temía sus dolores y sus penas y me había refugiado en mi jardín. Muchos hombres cometen la misma cobardía. Y como yo, hacen mal. Hace poco, en la carretera, he comprendido de pronto, al ver tu rostro descompuesto, todo el mal que te había hecho. Por una rosa, por una maldita rosa oriunda de China de un rojo vivo tirando á púrpura, me había olvidado de tu felicidad, de tu amor y de mi deber. Por ahí tienes todas mis flores. Al regresar me he precipitado sobre los rosales blandiendo esta arma.

Aún tenía en la mano las tijeras de jardín, instrumento del sacrificio expiador.

Juan dijo disculpándole:

—Como usted tiene tanta afición á las rosas...

—No, no, interrumpió el anciano. No busques excusas, Juan. Tus padres han muerto. A mí me toca ocupar su lugar; cada uno tiene sus obligaciones. Si no con respecto á la familia, con respecto al prójimo. Mientras yo regaba mis rosales, tú crecías á mi lado y yo no me daba cuenta de ello. Ahora siento una verdadera dicha en regalarte todas mis flores para que obsequies á tu prometida. Mi vida ha cambiado por completo. Durante estas últimas horas he reflexionado más que durante los veinte años últimos. Desde ahora cuenta conmigo para todo. Quiero ayudar á tu nuevo hogar, ya que he gastado tontamente mi pequeña fortuna detrás de mis rosales en lugar de pensar en tu porvenir.

—No hablemos de esto, interrumpió Juan conmovido.

—Al contrario, hablemos de ello. Aunque tarde, quiero serte útil. El crepúsculo tiene á veces hermosos reflejos, y las rosas de otoño son á menudo las más hermosas.

Juan le abrazó.

—¡Cuánto le quiero!

—Mañana llevarás todos estos ramos al Maupas.

—Si á usted le parece los dividiremos en dos partes. Con la mitad adornaremos la tumba de mis padres, y la otra la ofreceremos á Paula.

—Sí, dijo el anciano repitiendo sin saberlo las mismas palabras de Juan al regresar de Africa; es preciso honrar á los muertos y afrontar la vida.

Y de este modo el coleccionador de rosales recobró su alma saqueando su jardín.

X

EL ÚLTIMO HIJO DE NIOBE

Sobre la nieve que amortiguaba el ruido de sus pisadas unas cuantas mujeres desfilaban como sombras, en aquella obscura madrugada de diciembre, por las calles Saint-Real y Metropole que conducen á la catedral de Chambery. Cada vez que una de ellas penetraba en la iglesia, se veían los trémulos reflejos de una lámpara recorriendo las bóvedas sombrías. Hacia aquella lámpara tímida y vacilante se dirigían apresuradas, á pesar del frío y de las tinieblas, como si acudiesen á ella en busca de calor y luz. Modestas burguesas, tenderas, obreras y criadas adelantaban la hora del trabajo y corrían á la primera misa como á una cita clandestina. Llegaban una á una, á veces se encontraban bajo los pórticos, y ya penetradas de la santidad del lugar, se saludaban en voz baja; después se reunían en grupo, grupo de cada momento más compacto, en una de las capillas laterales, en donde dos velas que un monaguillo acababa de encender indicaban el lugar del santo sacrificio.

Poco a poco, por miedo á resbalar con la escarcha, la señora Guibert dejaba que se le adelantasen otras mujeres que andaban más de prisa. Sin embargo, fué una de las primeras en llegar, porque no había perdido la costumbre de tomar las cosas con mucha anticipación. Se arrodilló en un rincón y se entregó por completo al rezo. Tenía mucha necesidad de la protección divina, que imploraba con toda su alma. Aquel mismo día conocería la amargura de la soledad. Había llegado el momento en que Niobe debía entregar su último hijo, que hasta entonces habían respetado los dioses. Paula y su esposo debían partir de Chambery á las tres, para marchar á Tonkín á reunirse con sus hermanos en la isla de Kébao.

El casamiento tuvo lugar en Cognin durante los primeros días de septiembre. Los jóvenes esposos, buscando el aislamiento entre caras desconocidas, marcharon á la otra parte de la Saboya, cuya belleza incomparable es un milagro de dulzura, suavidad y gracia; marcharon á la llanura siempre verde de Cheblais, que rodea las aguas azules del lago Leman, limitada por montañas de curvas suaves cubiertas por completo de bosques, y cerrando el horizonte los dentellados picos que alzan al cielo su árida blancura y reflejan á la caída de la tarde los fuegos del crepúsculo. Allí, en aquella región bendita, donde el aire es transparente y límpido, los delicados matices de la naturaleza dan una suavidad deliciosa á los días, que pasan demasiado de prisa. El alma se hace allí contemplativa. El cielo se mira en el lago, unas veces pálido, otras obscuro, y las orillas que los separan, para no alejarlos demasiado, se cubren con gusto de vaporosos velos de una niebla azul. El otoño sobre todo concede á aquel paisaje encantador todo su poder emocionante. Con la armonía esfumada y debilitada de las tintas, templa el exceso de

alegría que el verano pródigo le había concedido; cambia la risa retozona de las aguas y praderas, de las llanuras y montes, por la sonrisa aguda de la voluptuosidad, que se siente débil y quiere seguir gozando, y no teme mezclar—amarga y embriagadora mezcla—el sabor del amor con el conocimiento de la muerte cercana.

Paula y Juan contemplaron esta magia del otoño. Aspiraron su cruel encanto. Vieron los árboles de los bosques llenarse de mil colores espléndidos y efímeros, y las viñas que se extienden hasta el lago vestirse de oro para morir en plena belleza. Su juventud ya experta empezaba á comprender lo inseguro del amor cuando busca en él mismo su propio fin, lo pospone todo á las caricias y no sabe cimentar su poder en la confianza de la vida común y la prolongación de la raza.

Regresaron al Maupas cuando, vendimiadas las viñas y segados los prados, el brillo del sol, la dulce temperatura y la fecundidad del suelo se creen cosas inútiles y el hombre se olvida de las preocupaciones de las cosechas. Paula se mostró cariñosísima con su madre, como para no acordarse del porvenir. Y el porvenir pesaba sobre las horas que aquellas dos mujeres pasaban juntas. La señora Guibert tuvo que participar á su hija su firme propósito de no moverse de Saboya. Juan propuso generosamente renunciar á sus proyectos. El Sr. Loigny, completamente transformado, quiso ayudar á su sobrino, y después de muchos quebraderos de cabeza—pues había perdido toda costumbre de echar cuentas—para calcular el estado de su modesta fortuna, administrada sin orden entre dos injertos, se dió cuenta, demasiado tarde, de que los jardines son un mal negocio. El carácter y aptitudes de Juan, la energía de Paula, la situación material de las dos familias, todo, en una palabra, les impulsaba á buscar en las colonias, lejos del antiguo y viejo continente, la expansión de sus fuerzas naturales y la floración de su nuevo hogar. Por último, Esteban repetía sus llamamientos, anunciándoles la prosperidad de sus empresas y pudiéndoles garantizar el éxito final. Suplicaba á su hermana que llevasen á su madre para que así recibiese en su dichosa vejez el culto de la piedad filial. Dulcemente, pero con obstinación, la señora Guibert había rehusado marchar con ellos. «Soy demasiado vieja—decía á Juan y Paula, que insistían.—¿Cómo podría soportar tan largo viaje, yo, que no he hecho más viajes que de Cognin á Chambery y de Chambery á Cognin? Os serviría de estorbo. Vosotros vendréis á verme y me hablaréis de mis nietecillos, á quienes no conozco y ya quiero, como quería á mis hijos antes de que naciesen cuando los llevaba en mis entrañas.» Sonreía para que no se fijasen en sus ojos llenos de lágrimas. Y entre sí se decía: «Ya veo que Dios me llama. Ahora ya puedo morirme, mi misión ha terminado. Estoy más cerca de los muertos que de los vivos. Cuando me quede sola podré visitar con más frecuencia á mi esposo y á mi Teresita, que me esperan en el cementerio. El recuerdo de Marcelo enterrado en Africa ocupará especialmente mi corazón. Sólo haré un viaje; un viaje para reunirme con mis muertos. Los que quedan sobre la tierra no me necesitan. Desde lejos rezaré por ellos; primero desde aquí, después desde allá arriba. Ya no puedo hacer nada más...»

Paula se esforzaba en dar á su madre cotidianas pruebas de su apasionado cariño. ¡Durante tantos años habían compartido el pan del dolor! La joven se reprochaba su dicha de esposa estando tan próxima la separación, y su madre la tranquilizaba.

—Ya sé en qué piensas, decía Juan cuando sorprendía lágrimas en los ojos de Paula.

—Te amo mucho. Te amo más que al mundo entero. Pero...

Y Juan contestaba abrazándola:

—No estoy celoso de ella, Paula, y me explico tu pena...

Él mismo se había ocupado de instalar á la madre de Paula. Habían alquilado para que pasase los inviernos—no sin que ella protestase—una casita en la calle Saint-Real de Chambery; de este modo estaría menos sola que en el Maupas y podría aprovecharse de la vecindad consoladora de la iglesia.

—No quiero ocasionar tantos gastos, murmuraba la pobre anciana.

Pero Esteban había aprobado estos proyectos y la proximidad de la iglesia acabó de convencerla.

A medida que pasaban los días, Paula sentía decaer su valor, y en cambio el de su madre aumentaba. Esta última, transfigurada, llevaba en su frente surcada por profundas arrugas, en sus claros ojos, en sus pálidas mejillas, el reflejo de su alma valerosa. Durante las veladas, hablaba á sus hijos del porvenir que les esperaba, é infiltraba en sus corazones la confianza en Dios que ella sentía; confianza que abandona resueltamente el destino lo que la firmeza, el valor y la virtud han preparado con todo cuidado. Siempre debían acordarse de aquella enseñanza confirmada por tan noble ejemplo.

El casamiento tuvo lugar en Cognin durante los primeros días de septiembre

De aquel modo, agrupados los tres, cual viajeros amenazados por la tormenta, y saboreando la dicha de encontrarse juntos, vieron llegar tristemente el día de la separación. Juan y Paula dormían aún cuando su madre venía de pedir á Dios la energía suprema que pronto iba á necesitar.

Las almas dolientes que buscan en la oración el olvido y la calma, suelen frecuentar las iglesias á la caída de la tarde. Bajo las altas bóvedas en donde se pierde la débil luz que aún entra por los ventanales, sienten confusamente una presencia misteriosa y pacífica. Se adivina el estado de esas criaturas desamparadas y débiles en el lento murmullo de sus labios y sobre todo en las actitudes de abandono y cansancio que toman en las sillas-reclinatorios escogidas entre las más cómodas. Pero las pobres mujeres que asisten á la primera misa tienen más necesidad de valor que de tranquilidad. Antes de sufrir el dolor piden fuerzas y paciencia cerca de Aquel que sufrió sin quejarse todos los dolores humanos. Endurecidas por la fatiga cotidiana, no se preocupan de buscar postura cómoda para rezar, y se precipitan en la fe como en una corriente de agua fresca de donde deberán salir vivificadas...

La campanilla había anunciado el principio del santo sacrificio. Bajo el altar, un cura anciano, con la frente inclinada al suelo, recitaba lentamente las oraciones, contestadas de mala gana por un monaguillo medio dormido. La señora Guibert se había colocado, algo separada, en un rincón obscuro y se entregaba á la meditación; su traje negro y su manto de viuda, que seguía llevando, formaban una sola mancha negra en la obscuridad de aquel sitio. Con la memoria iba pasando revista á los últimos tiempos de su vida, y encontraba en ellos, sin pena alguna, ocasión de alabar y dar gracias al Señor. ¿No le había concedido la felicidad de su hija, que durante tanto tiempo, suplicante é inquieta, le había pedido? «¡Paula, mi Paulita, no el más querido de mis hijos, sino la más cariñosa y el sostén de mi vejez, cuántas veces he suplicado para ti la bendición divina, para ti, á quien las desgracias de la familia han herido más cruelmente que á los demás!» El Señor, al concedérselo, le desgarraba el corazón. Pero toda vez que así lo quería Dios, ¿iba á tener la cobardía de quejarse contra la voluntad bienhechora, maldiciendo la soledad que iba á rodearla cual una muerte anticipada?

—No, no, decía rezando. No quiero tenerme lástima como hacemos con tanta frecuencia para excusar nuestra debilidad. Dios mío, dadme fuerzas. Esta tarde quiero ser valiente. Que no me vean llorar. Yo no puedo marchar con ellos. Conozco que las fuerzas me faltan y además mi misión ha terminado. Mis hijos la continuarán mejor de lo que yo podría hacer. Dios mío, os doy gracias porque vuestra bondad infinita me ha dejado ver la felicidad de mi hija. Yo confío en vuestra protección durante tan largo viaje para ella y su esposo, que también es hijo mío.

Completamente emocionada, añadió:

—También os confío, ¡oh mi Dios!, otra vida aún obscura é incierta, la vida de un pequeño ser que mis ojos no verán, que mis manos no recibirán al nacer. Concededle salud, inteligencia, ánimo y obediencia á vuestras santas leyes. Concededle larga vida para serviros mejor. Que sea fuerte y atrevido en el bien, que no tema las risas ni las lágrimas; que ame el trabajo; que sea para su madre lo que la suya ha sido para mí...

Hacía unos cuantos días que Paula llena de alegría le había revelado sus caras esperanzas, que el tiempo iba confirmando. Su misión era ya fecunda y bendita. Una nueva fuente de amor y abnegación acababa de brotar en ella aun antes de que el fruto de su carne estuviese formado.

Cuando la señora Guibert alzó la cabeza que tenía oculta entre las manos, notó que el cura abandonaba el altar. Quiso dirigirse reproches:

—¡No he oído la misa!

Pero pronto se tranquilizó, porque había encontrado en sus oraciones la serenidad de alma que buscaba.

De allá y acullá, de una silla, de un banco, una á una, las devotas se iban levantando y saliendo. Marchaban al trabajo cotidiano, el corazón tranquilo y la voluntad dispuesta.

También la señora Guibert salió de la iglesia. Afuera empezaba á clarear sobre la nieve de los tejados y de las calles, empezaba el triste día de invierno que la vería regresar de la estación sola...

Abrió la puerta y atravesó de puntillas el corredor, lleno de mundos y maletas, marchando sin hacer ruido á la cocina. La vieja María preparaba el desayuno.

—El señorito Juan acaba de salir para encargar el ómnibus, dijo la criada.

—¿Sin desayunarse?, preguntó la señora Guibert, siempre previsora.

—No ha querido. Ha dicho que no podía esperarse.

—¿Y la señora?

—¿Qué señora? ¡Ah, sí, Paulita! No puedo acostumbrarme á la idea de que es una señora casada... La señorita Paula duerme aún. Al preguntarme por la señora no puedo darme cuenta de que me preguntan por Paulita. Cuando llegamos á viejos no servimos para nada.

—¡Qué le vamos á hacer, María! Estamos hechos dos vejestorios.

Y las dos no pensaban en lo que decían; pensaban en la partida próxima, inminente, y la criada, quitándose sus anteojos, se pasó la palma de la mano por sus ojos.

(Se continuará.)

BARCELONA.—EL «AMERIKAN-PARK»

La Compañía Anónima de Tranvías de Barcelona ha instalado, con el nombre de *Amerikan-Park*, un sitio de recreo que contribuirá, sin duda, á fomentar la afición, ya grande, que los barceloneses tienen á las excursiones y á los placeres campestres. Hállase situado el *Amerikan-Park* al extremo del Paseo de la Diputación, en el punto denominado los Cuatro Caminos, en donde aquél toca á la carretera de Horta; el lugar escogido es de los más agradables y pintorescos de los bellísimos alrededores de nuestra capital, así por la hermosa vista que desde él se disfruta, como por la pureza del aire que en aquella altura se respira.

BARCELONA. – «AMERIKAN-PARK» Una vagoneta del *circle swing*. (De fotografía.)

En el *Amerikan Park* se ha montado un *circle swing*, es decir, una especie de «Tío Vivo» de considerable altura y construcción elegante, movido por la electricidad, y en cuyos columpios ó barquillas pueden tomar asiento varias personas. El aparato gira con velocidad varia, que puede regularse según los deseos de los que lo ocupan; y á medida que aquélla aumenta, los cables metálicos de que los columpios penden se van abriendo y apartando del eje central y por ende los pasajeros van remontándose á mayor altura. Por la noche, los cables, que ostentan numerosas banderitas, están profusamente iluminados con bombillas eléctricas, de modo que, puesto en movimiento, el *circle swing* parece un cono de fuego, produciendo un efecto sorprendente, del que da idea el segundo grabado de esta página.

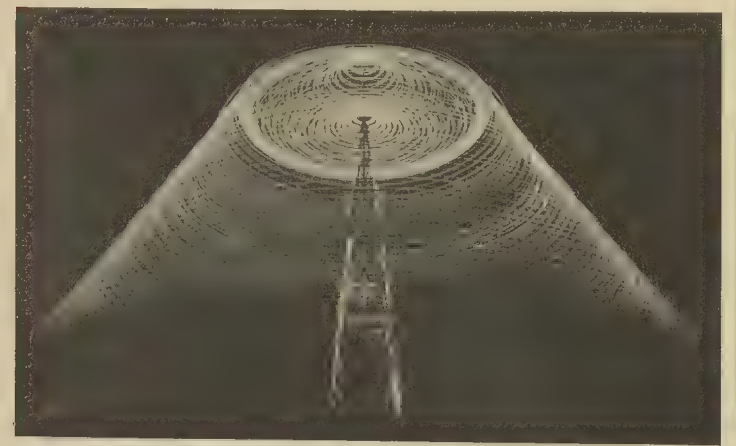
El aparato reune todas las condiciones necesarias de solidez. En la última Exposición de Marsella y en otras ciudades extranjeras, obtuvo y sigue obteniendo un éxito grande, y es de esperar que no será menor el que logre en Barcelona.

Al acto de la inauguración, que se efectuó en la tarde del día 30 de marzo último, asistió numerosa y distinguida concurrencia, que fué obsequiada por la empresa con un espléndido *lunch* servido en el *bar*, dependiente del *Amerikan Park*.

Este además está destinado á otros recreos y deportes al aire libre.

Por su situación excelente y por su buena instalación no es aventurado asegurar que el *Amerikan-Park* será uno de los sitios de esparcimiento predilectos de los barceloneses, sobre todo si la empresa, correspondiendo al favor que el público le viene dispensando desde que se ha inaugurado, corrige algunas pequeñas deficiencias que han podido observarse, como, por ejemplo, el mal estado del pequeño trozo que hay que recorrer desde el punto de parada del tranvía hasta la entrada del local.—X.

EL «CIRCLE SWING» EN MOVIMIENTO. (De fotografía de A. Merletti.)



BARCELONA. – «AMERIKAN-PARK». - EL «CIRCLE SWING,» ILUMINADO ELÉCTRICAMENTE, FUNCIONANDO DE NOCHE (De fotografía.)

UN NUEVO Y CURIOSO MÉTODO DE ENSEÑANZA

Cerca de Worthing, en las South-Downs del condado de Suxex (Inglaterra), la escuela de Sompting ha inaugurado un método de enseñanza que, al parecer, da muy buenos resultados y que de todos modos es digno de mención.

Para estimular las facultades, algo dormidas, de una categoría de alumnos especiales, dos hermanas, las señoritas Johnson, han recurrido al arte dramático y al coreográfico y enseñan á los niños cuya educación les está confiada historia, geografía y hasta aritmética por medio de la representación escénica y de la danza.

¿Se trata de enseñar una página de la historia de Inglaterra, el reinado de Enrique V, por ejemplo? Pues la profesora da á sus alumnos referencias análogas á las que se dan á los que representan charadas sobre los actos, carácter y papel desempeñado por los principales personajes; el diálogo se deja á la inventiva de los actores, guiados por la maestra, que así se da cuenta del modo como han comprendido el tema. Enrique V está allí con sus compañeros, manifiesta su deseo de trasladarse á Francia para hacer allí la guerra, y atraviesa la Mancha. A la izquierda, está el campo inglés; á la derecha, el francés; se libra la batalla, se cogen prisioneros, se transporta á los muertos; los vencedores cantan su triunfo y los vencidos exhalan su dolor.

Por un procedimiento análogo se enseña geografía. Supongamos que el tema de la lección es el Canadá: los alumnos son animales, indios ó colonos; se caza el castor; varios leñadores traen pinos, relatan sus viajes por los ríos canadienses, y enumeran las ciudades por donde éstos pasan, los puertos de mar en donde se embarcan sus maderas de construcción y los objetos que pueden fabricarse con sus vigas y sus planchas. Intervienen en la acción comerciantes que compran la madera y además indios que traen pieles y los cambian por tabaco y alcohol.

Los escolares más pequeños aprenden á leer y á sumar por medio de la danza. Diez alumnos, por ejemplo, llevan prendidas en las blusas con un alfiler sendas hojas de papel en las que hay escrito un número, del 1 al 10. Si se quiere formar la cifra 10, agrupándose de dos en dos, el alumno que lleva el número 7 buscará al del número 3, el del 6 al del número 4, etc. De este modo se forman parejas que se ponen á bailar; los que no han sabido encontrar el número correspondiente se ven privados de este recreo. Se trata, pues, de una figura de cotillón al alcance de niños de cinco años.

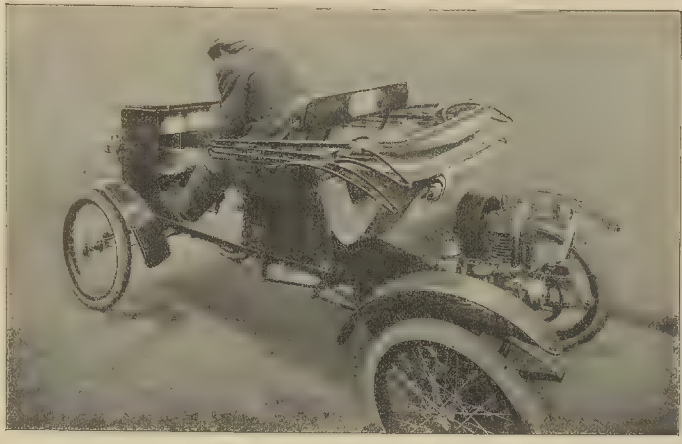
Para aprender á leer, las cifras se substituyen por letras ó sílabas, y los alumnos van y vienen y se ponen en fila para formar palabras y hasta frases. Las letras son, pues, móviles, tangibles, vivientes y con ello la enseñanza adquiere una vida especial.

Ya se comprenderá que en este programa tiene gran importancia el dibujo, que tan gráficamente habla á los ojos. Los cuadernos de los niños están llenos de dibujos en color que representan los objetos que estudian, particularmente las plantas y todo lo de la naturaleza que puede interesarles.

Ese sistema de educación hace que la clase constituya un placer para los alumnos y se basa en el excelente principio que convierte á cada alumno en un ser actuante, sin dejarlo nunca pasivo ó indiferente; y aunque sus medios de acción son algo limitados y no serían suficientes para el desarrollo intelectual de un muchacho adelantado, para los pequeñuelos ó para los niños atrasados ofrece innegables ventajas.—T.

AUTOMÓVIL POSTAL AMERICANO

Desde hace muchos años, la Administración de los Estados Unidos emplea automóviles para el servicio de correos en los distritos rurales que tienen buenas carreteras, y una orden reciente del *Postmaster* Cortelyon tiende á generalizar el uso de los mismos en todos los territorios de la Unión en donde sea posible. Sin embargo, el secretario de Estado, como medida de precaución, se reserva el derecho de prohibir á sus subordinados los vehículos mecánicos en caso de que el público se queje de los repartos de la correspondencia. La principal causa que ha movido al gobierno americano á adoptar ese sistema ha sido la experiencia de un automóvil especialmente construído para el servicio rural y cuyo inventor ha logrado hacer desaparecer los defectos que la práctica había señalado en los modelos anteriormente destinados á ese objeto, y ha podido además construir el vehículo por el precio mínimo de 2.000 francos.


AUTOMÓVIL POSTAL QUE PRESTA SERVICIO EN ALGUNOS DISTRITOS RURALES DE LOS ESTADOS UNIDOS

Durante los últimos meses, el nuevo automóvil ha sufrido las pruebas más rudas que podían imponérsele, y ha asegurado el transporte de las correspondencias en las carreteras accidentadas de Virginia y de Maryland. Los experimentos han de continuar aún durante seis meses á fin de ver cómo se portará el automóvil en invierno.

El automóvil postal, según puede verse en el adjunto grabado, tiene dos asientos y en la delantera hay unos cajones para las cartas, impresos y paquetes. El peso del vehículo es de 272 kilogramos; con el cartero y los sacos de correspondencia no excederá de 410. La velocidad máxima es de 40 kilómetros por hora, pero su marcha normal en las carreteras ordinarias no pasará de 25 á 30.

Según M. Waldon Fawcet, un motor de un solo cilindro, que consume un galón (3'78 litros) de gasolina por 40 kilómetros, pone en movimiento el automóvil postal. La capacidad del depósito de esencia es de tres galones y medio, de manera que el automóvil puede recorrer 140 kilómetros sin reponer su provisión de gasolina. Y como la longitud de un recorrido postal en los distritos rurales de los Estados Unidos es actualmente de 38'6 kilómetros, seguramente se reorganizará el servicio á fin de acelerar y multiplicar los repartos.—S. B.

Barcelona. – Festejos organizados por el regimiento de dragones de Numancia, con motivo del segundo centenario de su creación
El capitán general de Cataluña, los representantes de SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y el emperador Guillermo II, la oficialidad del regimiento y los invitados en el patio del cuartel de Alfonso XIII, en donde el regimiento está alojado. (De fotografía de Enrique Castellá.)

El regimiento de Dragones de Numancia, de guarnición en Barcelona, celebró el día 1.º de los corrientes el segundo centenario de su creación. Para asistir á la fiesta con tal motivo organizada, enviaron el rey D. Alfonso XIII y el emperador Guillermo II de Alemania, coronel honorario del regimiento, en representación suya el primero á su ayudante, el coronel Sr. Milans del Bosch, y el segundo al comandante barón de Senden, al capitán Sr. Bronsart y al teniente Sr. Radowitz.

Comenzaron los festejos con la celebración de una misa, terminada la cual fueron revistados los escuadrones por los militares alemanes; después el coronel del regimiento Sr. Brandeis pronunció un discurso, recordando la brillante historia de aquél, y el capitán Bronsart entregó á los soldados las condecoraciones otorgadas por el soberano alemán, de quien leyó una expresiva carta.

Procedióse luego á la entrega del retrato que el emperador regala al regimiento, y en el acto de descubrirlo pronunciaron sendos discursos el barón de Senden y el capitán general de Cataluña Sr. Linares.

Por la tarde en el picadero, los oficiales y soldados efectuaron un carrousel, el juego de la rosa y las pruebas de saltos, en las que los oficiales, los sargentos y los soldados se disputaron las copas de honor y los relojes ofrecidos por los monarcas de España y Alemania.

Imp. de Montaner y Simón

Año XXVI — Barcelona 15 de abril de 1907 — Núm. 1.320

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTE PICTÓRICO RUSO MODERNO

LA PROFESIÓN DE UNA MONJA,

copia del celebrado cuadro del notable pintor M. Nesteroff

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesantísima novela

AURETTE,

original de la célebre novelista francesa, tan conocida por el seudónimo Henry Greville, con ilustraciones del reputado dibujante Gili y Roig.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

América central: la guerra entre *Honduras* y *Nicaragua:* el Tribunal de arbitraje: intransigencia del general Zelaya: disolución del Tribunal: carácter de las guerras entre Estados centroamericanos: el sentimiento de la nacionalidad común: victoria de Zelaya y gobierno provisional en Honduras. – *El Salvador:* el nuevo presidente y el último Mensaje del Sr. Escalón. – *Venezuela:* las energías de Castro: tentativas revolucionarias. – *Uruguay:* el nuevo presidente de la República. – *República Argentina:* la revolución en San Juan y el interventor nacional. – *Chile:* el ferrocarril longitudinal.

La guerra entre Repúblicas de la América central ha sido la nota predominante en las informaciones que del Nuevo Mundo han llegado hasta nosotros durante los primeros meses del año en curso.

En la anterior *Revista* nos hacíamos eco de noticias optimistas; suponíase entonces que, gracias á la mediación de México y otros Estados, cesaban ya las hostilidades entre Honduras y Nicaragua. Por desgracia, tales informes eran inexactos ó, por lo menos, anticipados; expresaban más bien un buen deseo que una realidad. La guerra continuó durante todo el mes de marzo: las gestiones que, en efecto, se hicieron para avenir á los contendientes no habían tenido resultado satisfactorio.

En cumplimiento de pactos y compromisos anteriores, á principios de febrero se reunió en San Salvador el Tribunal de arbitraje de la América central. En la mañana del 29 de enero habían desembarcado en el puerto de Acajutla (El Salvador) el licenciado Luis Anderson y el Dr. Joaquín Sansón, delegados, respectivamente, de los gobiernos de Costa Rica y Nicaragua. Llegó también el delegado de Honduras, Dr. Fausto Dávila, y los tres, en unión del de El Salvador, Dr. Salvador Gallegos, constituyeron, con gran solemnidad, concurriendo al acto el presidente de la República Salvadoreña y los representantes de los demás altos poderes del Estado, el Tribunal de arbitraje centroamericano, de conformidad con las estipulaciones del Pacto de Corinto y lo acordado por la Conferencia de paz, de San José de Costa Rica, en septiembre último.

Era opinión muy generalizada que el Tribunal, al que se habían acogido Nicaragua y Honduras, iba á dar solución al conflicto surgido entre ellas, haciendo patente el alto espíritu de confraternidad que animaba á las Repúblicas signatarias del Pacto de Corinto.

Mas no sucedió así. El primero y muy razonable acuerdo del Tribunal, tomado por unanimidad, fué el desarme de los ejércitos beligerantes. Honduras se sometió, sin reservas, á ese acuerdo; pero Nicaragua, alegando viciosa interpretación de cierto artículo del Pacto y la circunstancia de haber sobrevenido incidentes que dificultaban la inteligencia con Honduras, se negó á desarmar sus tropas.

En vista de ello, el gobierno salvadoreño hizo saber al de Nicaragua que los árbitros estimaban que debía declararse disuelto el Tribunal y roto el Pacto de Corinto en el desgraciado evento de que por cualquier causa no cesaran los preparativos de guerra que se estaban haciendo en esa República y en la de Honduras.

Zelaya, el presidente de Nicaragua, insistió en su resolución de no someterse á la humillante medida del desarme, y en consecuencia, en la tarde del 8 de febrero el Tribunal se declaró disuelto, declarando que la negativa por parte del gobierno de Nicaragua á cumplir lo dispuesto por la unanimidad de los árbitros, era la causa de que los altos fines que el patriotismo centroamericano tenía confiados á esta institución, no hayan surtido su benéfico efecto. A la sesión final, en que se tomó este acuerdo, no concurrió el árbitro por Nicaragua.

¿A qué obedeció el proceder de Zelaya? Indudablemente, á la seguridad ó gran confianza que tenía de vencer á su enemigo Bonilla. Y nótese que nos referimos á Zelaya y Bonilla, no á Nicaragua y Honduras. Esta guerra, como otras de las que ha habido en la América central, no es guerra entre pueblos ó Estados; no entran en juego los intereses ó los derechos de éstos, sino los particulares de las personalidades que usufructúan el poder. Por motivos que desconocemos, ó que no es del caso consignar ahora, Zelaya quiso deponer á Bonilla, y acudió al medio tan socorrido de apoyar á los adversarios de aquél para provocar ó fomentar una revolución en Honduras. Bonilla, que se vió en peligro, hizo uso del mismo procedimiento y favoreció á los nicaragüenses enemigos de Zelaya. Hubo los previstos choques en la frontera, pretexto de la guerra entre los dos Estados, y bien pronto se vió á hondureños peleando en las filas de las tropas de Nicaragua, y á nicaragüenses haciendo armas contra su patria entre los soldados de Honduras. Es un contubernio de guerra y revolución, en que lo que allí llaman patria nada significa, porque vale mucho menos que la satisfacción del amor propio y la conquista de una presidencia ó una cartera ministerial, y que en último término viene á demostrar lo que antes se ha dicho: que no hay guerra entre dos pueblos ó nacionalidades.

Y no la hay, ni puede haberla además, porque aunque legal y constitucionalmente existan en esa parte de América cinco Estados, son todos unos mismos por sus condiciones étnicas y geográficas, por su historia, por sus intereses, por sus virtudes, por sus vicios y defectos. Como asunto propio considera cada cual de esas Repúblicas lo que en las otras sucede, y no hay hombre político en ninguna de ellas que no tenga sus amigos ó partidarios en las demás, dispuestos á favorecerle cuando la ocasión se presente propicia.

Resulta, pues, aunque parezca paradoja, que las discordias y guerras entre Estados centroamericanos son una consecuencia, y á la vez una prueba más, de la tendencia á la unificación y de los sentimientos de nacionalidad común que allí existen.

En la presente contienda la mejor parte la llevó Zelaya. Sus tropas, mixtas de nicaragüenses y hondureños, se apoderaron de la capital de Honduras, y en ella constituyeron gobierno provisional los jefes hondureños rivales de Bonilla. Nicaragua no había conquistado á Tegucigalpa, sino que los adversarios de Bonilla pudieron entrar en ella y derribaron á éste del poder con ayuda de las tropas de Zelaya. Parece que también, más ó menos directamente, han intervenido en la guerra tropas salvadoreñas á favor de Bonilla.

A principio de abril se anunció una tregua ó armisticio entre los contendientes, se hablaba también de una alianza contra Nicaragua de las otras cuatro Repúblicas y otra vez se decía que México iba á hacer valer su mediación. En la prensa de América se habían hecho, con motivo de la guerra, comentarios muy varios, y se expusieron ideas más ó menos prácticas como medio de acabar con revoluciones y guerras; entre ellas, la de una acción directa de México para constituir los Estados Unidos de Centro-América bajo el protectorado de aquella gran República.

***

En la República de El Salvador hubo en los primeros días del año conatos de revolución—acaso relacionados con las cosas de Honduras y Nicaragua—en algunos lugares del departamento de Usulután. Fracasaron apenas iniciados, y llegó el 1.° de marzo, en que tomó posesión del mando el nuevo presidente general Figueroa. Días antes, el 16 de febrero, el presidente que iba á cesar, Sr. Escalón, había dado cuenta á la Asamblea Nacional de los actos del Poder Ejecutivo durante el tiempo transcurrido desde la época en que se reunió la anterior Asamblea.

El último Mensaje del Sr. Escalón terminaba consignando la apurada situación económica del país, á causa de la pérdida de cosechas y de la guerra de 1906 con su cortejo de calamidades y trastornos. Por lo demás, los servicios públicos, en sus diversos ramos, han seguido el creciente progreso iniciado en anteriores años, y el Sr. Escalón vuelve á la vida privada satisfecho, por haber procurado el bien general, respetado las instituciones del país y servido, con lealtad y perseverancia, á la causa de la paz exterior é interior de la República, que es la necesidad suprema de esos pueblos.

***

El eterno moribundo, el presidente de Venezuela, se presentó en Caracas el 18 de marzo. El tránsito desde la estación al palacio fué una serie de continuas ovaciones. Venía de Macuto, y había sufrido peligrosa operación quirúrgica.

Vuelve Castro de las puertas de la muerte para proclamar ante el país que no es ni será nunca dictador, sino presidente constitucional, dispuesto á hacer la felicidad de Venezuela. Convaleciente, aún quebrantadas sus fuerzas físicas por larga y grave dolencia, sigue siendo el político enérgico de siempre.

Muchos son los adversarios de Castro; pero sus amigos deben ser ó valer más, porque á pesar de la enfermedad del presidente no han logrado aquéllos hacer revolución seria que lo arroje del poder. Las tentativas fraguadas por «el Mocho,» el general Hernández, no prosperaron. Otro general, Paredes, que se atrevió á encabezar rebelión armada, cayó prisionero y fué muerto al intentar la fuga con algunos aventureros yanquis que le acompañaban.

***

El día 1.° de marzo próximo pasado tuvo lugar la transmisión del mando del presidente de la República del Uruguay Sr. Batlle y Ordóñez al doctor don Claudio Williman, ahora elegido para tan alto cargo. Con este motivo, hubo grandes festejos en Montevideo. El candidato de oposición, D. Guillermo García, obtuvo algunos votos, muy pocos, de *blancos* ó nacionalistas.

En buenas condiciones toma el poder el Sr. Williman. El actual ejercicio económico cerrará con un superávit de más de dos millones de pesos oro. La industria y la agricultura han alcanzado gran desarrollo y la prolongación de los ferrocarriles hacia el Este contribuirá á dar mayor valor á la zona oriental de la República, facilitando además las relaciones comerciales con el importante Estado brasileño de Río Grande do Sul. Prosiguen con regularidad las obras para la construcción del puerto de Montevideo, y no hay motivo para dudar que se terminen en los plazos previstos.

***

La revolución que á principios de febrero estalló en la capital de la provincia argentina de San Juan, está terminada. Había sido una consecuencia de la rivalidad entre los partidos políticos de la provincia; tuvo, pues, carácter local.

El jefe de la oposición y caudillo del movimiento revolucionario, el coronel Sarmiento, se impuso al gobernador Sr. Godoy y dió cuenta de su triunfo, por telégrafo, al presidente de la República; pedía también que se le mandaran fuerzas para conservar el orden. Reunióse inmediatamente el Consejo de Ministros en Buenos Aires y acordó enviar, con las fuerzas que se pedían, un interventor nacional que había de asumir el mando, en representación del Poder central, hasta tanto que se restableciese la normalidad.

Así se hizo, y los partidarios de los Sres. Godoy y Sarmiento han entregado al interventor sendos memoriales, á modo de alegatos del respectivo derecho que creen les asiste y de justificación de los actos realizados por unos y otros.

***

En Chile, el nuevo presidente Sr. Montt introduce reformas prácticas en la administración, suprimiendo empleos inútiles y procurando que los cargos públicos estén desempeñados por personas dignas y competentes, sean cuales fueren sus opiniones políticas. Bien es verdad que esa conducta responde á las inteligencias que se pactan ó renuevan entre los partidos con objeto de facilitar la gestión del poder ejecutivo. Éste pone preferente empeño en promover las obras del ferrocarril longitudinal que ha de establecer directa comunicación entre las provincias del Sur y Centro y las del Norte, donde se hallan los grandes yacimientos de nitrato y cobre. En Arica enlazará con la línea que penetra en Bolivia.

R. Beltrán Rózpide.

Despidió á las doncellas y tendióse en el sofá

LA SEÑORITA «SPLEEN»

La melancólica Teresa era conocida, en el mundo elegante, por la señorita *Esplín*.

En sus labios blanquecinos se había cristalizado una sonrisa desdeñosa; el hastío más profundo se leía en sus ojos soñolientos, y un cansancio, al parecer mortal, la sumía en languideces y actitudes de reina enferma.

Era la mimada; una débil y caprichosa mujercita de diez y ocho años, mecida en cuna de oro, servida por tres doncellas y amada de sus padres con un delirio tal, que anticipábanse al menor y más loco de sus deseos.

Estaba saciada de todo. Nada podía soñar ni apetecer que no obtuviera sin esfuerzo alguno, porque su alma, completamente viciada por un exceso de fortuna, ofuscada por el falso brillo de la belleza á la moda, era incapaz de notar que existían fulgores más admirables que los del escaparate del joyero, así como también flores más naturalmente bellas que las enfermizas de su invernáculo.

Coches, caballos, automóviles, fiestas y viajes no conseguían distraerla ni animarla; de manera que cuando Antonio, el más apuesto mancebo de la aristocracia, confesó á sus amigos su pasión por ella, trataron de disuadirle.

—¡Tu amor es una locura!

—¡Eres la antítesis de su carácter!

—¡Vas á ser un desgraciado!

—Anda con cuidado, Antonio... ¿Te corresponde la señorita *Esplín* acaso?

—No. Ella no ha amado nunca.

—¿Y pues?.. ¿Quieres suicidarte? ¿Estás cansado de la vida?

—Lo que quiero es enseñarla á amar. Teresa es un cadáver viviente, porque no se ha dado cuenta aún de que posee un corazón. Pero yo penetraré en ese recóndito santuario, encenderé en él el fuego de las adoraciones, y la sangre, en oleaje de vida, reanimaré su cuerpo, que es sin duda alguna soberanamente bello.

—¡Siempre con tus rarezas!.. En fin, ya que eres así, créeme, yo en tu lugar llevaría mucho más lejos tu extraño capricho. Me casaría con la Venus de Milo, ó de Médicis, si es que prefieres mujer con brazos. El enlace sería mil veces más original, y tu esposa, con todo y ser de mármol, sería menos fría, ¿quién lo duda?, que tu adorada *Esplín*.

—Algo inconveniente estás, Darío...

—No. Darío está en lo cuerdo. Siempre es preferible una estatua de mujer, que una mujer estatua.

—Pero también es justo reconocer, amigo Adolfo, que llegar á conmover á una mujer estatua y hacerla amar es mucho más interesante y glorioso que perder el tiempo en amores fáciles, como hacéis vosotros, con mujeres predispuestas al amor. Ser amado de una que jamás ha querido á nadie, es como penetrar en tierra virgen: inefable placer de los sentidos, que se encantan descubriendo bellezas todavía ocultas para el mundo.

—¡Romántico!.. Te empeñas en explorar un *Polo Norte* del que es imposible volver. Las exigencias sociales te rodearán como inaccesibles bloques de hielo, y habrás de sucumbir al intenso frío de tu matrimonio de ultratumba. Tú mismo lo has dicho: Teresa es un cadáver...

—Que resucitaré.

Y á los seis meses Antonio casó con la señorita *Esplín*. Teresa consintió sencillamente para no tomarse el trabajo de oponerse. ¿Para qué negarse á tan secular costumbre de la vida? Estuvo á punto de considerar á su Antonio como una calamidad necesaria, pero rehuyó la sutil fatiga de pensar eso. Así es que se dejó conducir como la sombra cuando lo ordena una luz. Y aunque ella no lo creyera así, bien debía ser Antonio su luz, cuando opinaron los lenguaraces que la señorita *Esplín* pasaba á ser la mala sombra de Antonio. Éste nada consiguió á pesar de amarla profundamente; así, pues, pronto se convenció de que debía recurrir á medios extremos.

Un día le habló de esta forma:

—Teresa, me he portado mal contigo. Para obtener tu mano simulé una fortuna que no tengo, y como soy demasiado orgulloso nada quiero de tus padres. Venderé este viejo palacio, que es lo único que poseo, y viviremos de lo que saque de él. Me he creído en el deber de avisarte por si acaso crees conveniente no sufrir los horrores de mi próxima é inevitable ruina.

Teresa le miró con ojos indescriptibles; había ansiedad, indignación y extrañeza en su mirada. Antonio principiaba, pues, á conmover la piedra. No obstante, su victoria fué como un relámpago que rasga el nivoso cielo para apagarse al momento.

La esposa dejó caer lentamente los brazos, cruzó una pierna sobre otra y profirió sin casi mover los labios:

—Iré donde usted vaya.

Cinco días más tarde, Teresa, á la hora de costumbre, se dirigió maquinalmente al comedor. Su marido no había llegado aún.

Aguardó media hora, se impacientó y por primera vez se puso nerviosa. Cenó sola y se retiró á sus habitaciones. Y cosa inconcebible: ella, tan indiferente á todo cuanto ocurría á su alrededor, se dignó aguzar el oído durante una hora. La casa, como la calle, iba poniéndose quieta. El apagado rumor de los criados cada vez era más tenue. Oíase de tarde en tarde el rodar de un carruaje; temblaba sordamente la bóveda de la ancha y suntuosa escalera de la casa, sobre la cual tenía sus habitaciones, y pasaba... Pasaban los coches uno tras otro, arrancando con su estrépito inoportuno una protesta de los grandes cristales del balcón, y la calle volvía á quedar fría, desierta, silenciosa, iluminada á trechos por soñolientas luces. Después, un poco más tarde, apareció otra luz pequeña y encarnada que avanzaba con balanceo junto á una gruesa mancha muy opaca que cerraba y tanteaba reciamente todas las puertas.

Teresa nunca se había fijado en eso; pero como entonces no tenía á unos padres que lamentándose de su tristeza y abatimiento la besaran y, ¿por qué no decirlo?, la molestaran diciéndole: «*Vamos, vístete. Hoy hacen «La Favorita.» Tu entrada al palco dis traerá la atención de todos los espectadores;*» como ni siquiera tenía á su marido, ¿para qué adoptar la extática actitud de una esfinge melancólica? La soledad rodea de silencio, abandono y desesperación á los que hastiados se entregan á ella. Así fué como Teresa, por hallarse completamente sola, abandonó por primera vez su gesto de aburrimiento, y llamando al mayordomo, le ordenó que engancharan el coche.

Las doncellas la vestían, muy extrañadas, por supuesto, de que su señorita, por lo común tan lánguida y decaída, en aquellos momentos estuviese tan arrogante. Su cuello esbelto y torneado erguíase con la soberana opulencia del cisne, levantando su cabeza ligeramente cruel. Pero, á medio vestir, su temperamento apático se enseñoreó de los nervios y su cuerpo se dobló como una flor á la puesta del sol. Despidió á las doncellas y tendióse en el sofá.

Antonio no llegaba.

Impasible, inmóvil como una muerta, con los ojos cerrados, sin dormir, oía cómo el servicio de la casa vagaba impaciente sobre la rica alfombra del salón contiguo. Bajo la bóveda piafaba el par de caballos normandos despertando sordamente los ecos. Los criados, que en vano esperaban las órdenes de su dueña, durmiéronse apoltronados en los suntuosos sillones. La bóveda, poco á poco, volviase silenciosa.

Teresa, sumamente inquieta y disgustada, se levantó, empañó dos veces los cristales y medio vestida se tendió por fin en la cama.

¿Pasó mucho tiempo? Al abrir los ojos sufrió una sensación muy desagradable. Tuvo frío y la macilenta

luz de la aurora, luchando con la mortecina luz de la mariposa, la llenó de un miedo inexplicable. A más, sentía una extraña presión en las sienes y volvió la cabeza.

Apoyado en la cabecera de la cama, rígido como un espectro, estaba el marido, mirándola fijamente. De su rostro parecía que le hubiesen arrancado toda la lozanía de su juventud. Una palidez horrible rodeaba las negras manchas de sus ojos y tenía en la frente un mechón de cabellos desordenados.

—Es una lástima, Teresa, que no haya usted realizado la idea de reunirse esta noche con sus padres. Lo he perdido todo, y mañana habrá usted de servirse de cualquier coche de alquiler.

Al concluir tan lentas y crueles palabras paseó la habitación de un extremo á otro, sin preocuparse del ceño con que le seguía su esposa.

Luego continuó:

—Hace cinco días que Teresa, mi mujer, me contestó gravemente: «Iré donde usted vaya,» y en los cinco días no me ha dirigido siquiera una palabra más. Por lo tanto, el convenio quedaba en pie. No obstante, me he creído en el caso de vigorizar mi situación económica para preservarla del fastidio de arrepentirse cuando llegasen los instantes de prueba. He jugado el todo por el todo y... lo he perdido todo. Supongo que la temeridad de Teresa no alcanzará los límites de lo romántico empeñándose en seguir al marido en su viaje al otro mundo...

Y sonriendo con el mayor sarcasmo, intentó abrir la puerta. Teresa había saltado de la cama con la más loca agilidad. Sus manos se unieron, sus cabezas se rozaron, y ella, ¡oh, ella!.., habló furiosamente mientras guardaba la llave:

—Dije que ¡iré donde usted vaya! sin imponer condiciones; pero es preciso, caballero, que tratándose de una mujer tenga usted cuando menos la delicadeza de abandonar ciertos caminos que son de todo punto impracticables.

Antonio quizá comprendió que era imposible contestar con mayor entereza y exigió la llave.

La esposa, aquella débil mujercita de diez y nueve años, había hecho un esfuerzo demasiado grande; así es que cayó sentada en una silla y lloró amargamente, ocultando su rostro entre las ropas de la cama.

El mármol empezaba á ser carne y corazón, y Antonio, que veía todo esto con alegría profunda, se acercó á ella y habló con menos frialdad.

—Debe usted maldecirme. Soy un hombre perverso que la ha conducido hacia un mundo de dolores.

Teresa contestó con inflexiones sentimentales, sin levantar apenas la cabeza:

—Un hombre que al menos me ha trazado un fin en la vida; que me ha enseñado un nuevo aspecto de cosas que rompe la monotonía que amargaba mi existencia; un hombre que me ha inducido á desear algo que pido ardientemente porque sospecho que nadie me lo puede dar...

—¿Y qué es lo que deseas?

—Acaso no lo sabré nunca. ¡Jamás he sabido leer mis deseos dentro de mí misma!.. Mis padres me lo daban todo, y quizás por eso todo me hastiaba. ¿Hacia dónde me conduce usted? Lo ignoro, pero es lo cierto que he sufrido sensaciones desconocidas... A veces pienso que usted también lo ignora y que sólo yo puedo indicar hacia dónde debemos dirigirnos...

—¡A vivir!.. Esta es la senda que debes señalarme. Dame la llave, Teresa, y marchemos de esta casa, de este mundo de convencionalismos que nos ahoga... Mira..., escucha, Teresa mía: ahora la casa duerme..., está silenciosa y grave como un sepulcro... ¿Quieres partir conmigo?.. Te conduciré hacia el pueblo, que es la eterna renovación... He alquilado un piso pequeño y humilde como una nuez, colocado como un nido muy cerca del cielo. ¡Ven!.. Yo trabajaré de la mañana á la noche pensando en ti, y tú me aguardarás ansiosa como las buenas y humildes mujeres del pueblo esperan á sus maridos... Cenaremos con alegría y saldremos á pie para que conozcas lo diferente que es la vida. A través de los cristales del coche todo pasa rápido, confuso, como visiones de cosas de las cuales hemos oído hablar, pero que nunca hemos comprendido...

Teresa se había levantado y le escuchaba casi con arrobamiento. Sí, sí, era algo de aquel otro *algo* que ella presentía sin acertarle el nombre... Un más allá de lo fácil que sus padres le habían ocultado siempre.

Al cabo de algún tiempo, una noche, después de haber cenado, estaban los dos en su humilde comedor de cuarto piso—un comedor muy pobre, pero muy alegre,—mirando desde la mesa cómo la luna se asomaba majestuosamente por sobre los terrados de las casas, envolviéndoles con su luz de paz y de ensueño. Teresa apagó el gas y fué á apoyarse en la baranda del balcón. Antonio hizo lo mismo y los dos guardaron silencio, emocionados, en la dulce claridad de aquella noche de mayo, gozando las delicias de la pequeña tregua que las muchas ocupaciones de su nueva vida les concedían en aquella hora. Teresa se enlazó dulcemente al brazo de él y suspiró levemente:

—¡Si fuésemos un poco libres, Antonio!.. No soy envidiosa, pero quisiera tenerte todo el día á mi lado y vivir..., vivir donde las flores crecen en libertad, sin pared alguna que les haga sombra, al beso de un sol que marcha de Levante á Poniente por las puras regiones de un cielo despejado. Quisiera...

Antonio, besándola en la boca, no la dejó concluir. Había fingido sabiamente su ruina para obtener la fortuna de su felicidad, para comprar la vida de sus almas, para conseguir el triunfo de su amor; podían, por lo tanto, disponer á su antojo del inefable porvenir, que les sonreía á semejanza del sol, una vez conseguido el admirable deshielo de las montañas.

NOGUERAS OLLER.

(Dibujo de Calderé.)

José Cusachs, en su estudio, pintando el retrato de D. Alfonso XIII

LOS CUADROS DE JOSÉ CUSACHS

Hace algunos años que en las páginas de esta Revista nos ocupamos de los cuadros de asunto militar producidos por José Cusachs y consignamos las apreciaciones que nos sugería la personalidad del artista y la cuantiosa labor por él realizada en este especialísimo género, en el cual, con acierto y ventaja, logró singularizarse. Entonces enumeramos algunas de las producciones aisladas de otros pintores españoles, desde el nunca bastante ponderado lienzo de la *Rendición de Breda*, del inimitable Velázquez, hasta las obras de Marcelino Unceta, que señalan períodos de gran significación para el arte patrio y las etapas del desenvolvimiento de la historia militar en nuestro país. No nos propusimos en aquella ocasión establecer parangones entre la importancia que reviste la labor realizada por nuestro amigo y la felizmente llevada á cabo por otros artistas meritísimos, pero sí procuramos hacer constar que Cusachs constituía una verdadera excepción, ya que la notoriedad adquirida debíase á su cuantiosa producción precisamente en un género poco cultivado en nuestra patria. Sus conocimientos de la técnica militar contribuyeron, sin duda alguna, á que los cuadros del artista á que nos referimos representaran con exactitud y fidelidad tipos y escenas de carácter determinadamente militar, avalorados unos y otras por la habilidad y buen gusto del artista.

Después, y sin renunciar á su primitivo empeño, se ha dedicado también á pintar retratos, sobresaliendo en aquellos en que el traje contribuía á caracterizar al personaje, cual acontece con los de D. Alfonso XIII, destinados á varios centros oficiales, y entre los que merece citarse el que figura en el grabado que publicamos, en el que se representa al artista pintando el retrato del monarca, vistiendo el severo traje de almirante de nuestra armada.

También se ha distinguido Cusachs en la producción de cuadros de asuntos de caza, que ofrecen gran interés al pintor, ya que en ellos se combinan elementos que utiliza para otra clase de obras y con cuya representación se halla familiarizado, gracias á sus continuados y provechosos estudios. Hay que advertir que en estos cuadros, en los que precisa un fondo de paisaje, con todos los accidentes y contrastes que ofrece la naturaleza, exprésase la acción y las figuras, y su acertada agrupación responde á su aristocrático atavío y á la riqueza de los palafrenes, atestiguando el conjunto un sello de distinción y buen gusto, así como la competenaia del artista.

Verdaderamente considerable ha sido la producción de Cusachs. Sus lienzos, especialmente los de carácter militar, decoran y embellecen suntuosas moradas, así de nuestro país como del extranjero, pues que á nuestro amigo le cabe la gloria de habérsele confiado la pictórica representación de hechos que asumen gran significación en la historias de otros pueblos.

Aún, por fortuna, hállase Cusachs en posesión de todas sus energías y en el completo goce de todas sus facultades y aptitudes, y así lo consignamos porque no dudamos que ha de continuar la marcha emprendida con más firmeza y mayores resultados en lo sucesivo, ya que tendrá en su abono el caudal de los conocimientos adquiridos y la indiscutible suma que le aportará el estudio y la experiencia.

Por nuestra parte hemos de celebrar sin reservas su perseverancia y laboriosidad. Al concurso de ambas cualidades debe quizás en término principalísimo el buen concepto adquirido y el mejoramiento de sus cualidades y aptitudes. La atinada apreciación de unas y otras ha de conducir al artista á lograr la realización de sus nobles empeños, que á la postre podrán reportarle mayor caudal de consideraciones y la merecida recompensa de sus afanes.—LL.

Siguiendo el rastro, cuadro de José Cusachs. (Salón Miralles.)

Regreso de la cacería, cuadro de José Cusachs. (Salón Miralles)

BARCELONA.—LA JURA DE LA BANDERA

Con un tiempo hermoso se celebró en la mañana del domingo, 7 de los corrientes, la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas recientemente incorporados. El solemne acto efectuóse en el Salón de San Juan, en donde se habían levantado el altar de campaña y dos tribunas para los invitados y en donde se situaron las tropas, ocupando los reclutas, formados en líneas de masas por columnas de pelotones de diez hileras, el paseo lateral izquierdo.

En una de las dos tribunas estaban los representantes del cuerpo consular, de la Cámara de Comercio, del Fomento del Trabajo Nacional, del Círculo Mercantil, del Ateneo Barcelonés, de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, de la Cruz Roja y de otras importantes entidades de nuestra capital. En la otra había el gobernador civil, el alcalde, comisiones del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial, en las que figuraban concejales y diputados de todos los partidos que componen esas corporaciones, el delegado del cardenal obispo, los jefes y alto personal de correos y telégrafos y representaciones de la Junta de Instrucción Pública, de la Sanidad Marítima, de Obras Públicas, de la Liga de la Defensa Industrial y Comercial, de las Audiencias territorial y provincial, de la Junta de Obras del Puerto, el comandante de Marina con varios oficiales y varios particulares. Junto á las tribunas se veía gran número de jefes y oficiales de todos los institutos del ejército, de la Cruz Roja, etc.

A las once en punto llegó el capitán general Sr. Linares, acompañado de su estado mayor, revistando inmediatamente los cuerpos y los contingentes de reclutas.

Comenzó la misa, que dijo el vicario general castrense en el altar levantado al efecto y al pie del cual habíanse colocado multitud de atributos guerreros y banderas de las órdenes militares, dispuestos con sumo gusto entre grupos de plantas. Durante la ceremonia religiosa dió guardia al altar la escuadra de gastadores del batallón de Mérida, y las bandas de éste y del regimiento ejecutaron escogidas piezas.

Después de la misa, procedióse al acto del juramento, prestado el cual, los reclutas se dirigieron hacia el estandarte de su cuerpo, desfilando uno á uno al mando de sus respectivos capitanes; los ayudantes se situaron á la derecha de las banderas, formando con éstas y con sus sables una cruz que los reclutas besaron.

Terminada la ceremonia de la jura, el capitán general Sr. Linares, con su estado mayor, situóse frente á las tribunas y comenzó el desfile en columna de honor de las tropas que habían tomado parte en el acto, por el orden siguiente: sección ciclista, primera brigada mixta, con los cuerpos de infantería á la vanguardia y á retaguardia los de artillería; segunda brigada mixta, cuerpos de infantería, compañía de veteranos, compañías de la guardia civil, artillería de montaña, representación de la Cruz Roja, contingentes de reclutas y fuerzas de infantería, ingenieros, artillería, caballería, administración y sanidad militar.

Cuando hubo terminado el desfile, el general Linares se acercó á la tribuna de las autoridades, y dirigiéndose al gobernador civil, le manifestó su reconocimiento por la cooperación á la solemnidad de la ceremonia y á las demás corporaciones por su asistencia á la misma.

La fiesta se vió favorecida por un tiempo espléndido y por una concurrencia numerosa. Desde mucho antes de la ceremonia religiosa una masa enorme de público ocupaba los alrededores del Salón de San Juan, y los balcones y azoteas de las casas de la calle del Comercio, Puerta Nueva, Ronda, Paseo de San Juan y Vilanova estaban cuajados de gente, lo mismo que el Palacio de Justicia y los inmediatos almacenes municipales.

Durante la ceremonia, no se permitió el ingreso del público en el Salón, pero una vez concluída aquélla se dejó entrar en los paseos laterales á la multitud estacionada junto á la balaustrada. – S.

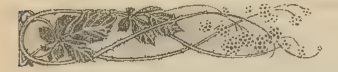
(Fotografías de A. Merletti.)

El general Sr. Linares durante la celebración de la misa

Los reclutas besando la bandera

Contingentes de reclutas que prestaron el juramento y sección de la Cruz Roja

Tribunas de las autoridades, representantes de corporaciones y demás personas invitadas



LAS FIESTAS DE CARTAGO

La antigua Cartago, cuyas ruinas se ven aún en las inmediaciones de Túnez, hállase amenazada de una peligrosa profanación, hija de las necesidades de la vida moderna. En efecto, los tunecinos la han escogido como residencia veraniega, encantados de su delicioso clima y de su bellísima situación, y no parece lejano el día en que sobre los restos de la vieja metrópoli se levanten nuevas construcciones que destruyan todo el encanto de aquellos lugares venerados.

Para evitar en lo posible esa profanación, para llamar la atención de los tunecinos sobre el interés que deben tener en que, sin manoscabo de las exigencias de la existencia de nuestros tiempos, no desaparezca esa tierra que tantos recuerdos históricos guarda y que todavía no ha revelado todos los secretos que encierra, el Instituto Arqueológico de Cartago, presidido por M. Cartón, ha organizado algunas fiestas, entre las cuales figuraba una representación en el antiguo teatro romano, que se efectuó el día 2 de los corrientes.

Para esa representación el Instituto encargó al notable poeta Grandmougin una obra de circunstancias, que ha sido un drama en tres actos y en versos alejandrinos, titulado *La muerte de Cartago.*

El poeta ha dramatizado en su obra la conquista de Cartago por Escipión. La ciudad, en la que manda Asdrúbal, hállase sitiada por los romanos; Abdozir, oficial cartaginés, y Arizath, su prometida, se despiden en el momento en que aquél marcha al combate. En esa primera salida, Abdozir es hecho prisionero.

El cruel Asdrúbal había hecho arrancar los ojos á varios prisioneros romanos; los romanos, en represalias, ciegan á algunos prisioneros cartagineses, entre los cuales se halla Abdozir, que, una vez ciego, es devuelto á su patria. Abdozir, á quien ha asombrado la fuerza de Roma que, durante su cautiverio ha podido conocer, atrévese á aconsejar á los suyos que se rindan; pero Asdrúbal, indignado le mata. Arizath jura vengarse y para ello logra persuadir á Asdrúbal, por medio de un falso mensaje, á que se rinda á Escipión y sea vasallo de Roma en Cartago, salvando de este modo su prestigio de jefe. Asdrúbal, fatigado ya del largo asedio, da crédito á tales consejos y solo y secretamente se dirige al campamento de Escipión, á quien sorprende tal visita. Asdrúbal es maldecido por los suyos y por su esposa, que se suicida y mata á sus hijos en su presencia; y Arizath muere con los últimos combatientes en el templo de Eschmún.

La muerte de Cartago ha sido admirablemente representada por las actrices Nancy Vernet, del Odeón; Solange d'Harley y Thery, y por los actores Froment, del Ambigú; Garrigues, del Odeón; Moulin, Bernaix y Verité. En la representación tomaron parte también varios coros, organizados con elementos de varias sociedades y escuelas de Túnez.

Representóse también el apropósito en verso *La sacerdotisa de Tanit,* bellísima creación de Lucía de Larue-Nardrus. La estatua sepulcral de la sacerdotisa que admiran los visitantes del Museo de San Luis, surge del fondo de su tumba ante los asombrados ojos de un arqueólogo poeta que dirige unas excavaciones, y se anima por un instante para conocer y llorar el fin de la gran ciudad. El poeta la consuela y vuelve á dormirla en su sarcófago, en donde se tiende la sacerdotisa plegando sus policromas alas de gavilán y recobrando por toda la eternidad su hierática postura. La señorita Delvair y el Sr. Gorde alcanzaron gran éxito, que compartieron con ellos los Sres. Casella y Garrigues y el coro hábilmente dirigido por el Sr. Fremaux. Para *La sacerdotisa de Tanit* ha escrito V. Carbey una música agradable é impregnada de poesía.

El antiguo teatro romano de Cartago no tiene como fondo de su escenario el muro que, en Orange, repercute la voz de los actores y contribuye á dar al drama un carácter más grandioso. Para que pudieran sentarse una parte de los espectadores que asistieron á la representación, hubo que reemplazar con gradas de madera los rotos asientos de piedra del anfiteatro. Algunos fustes de columna derribados y unos cuantos capiteles alineados debajo de la pared que sostiene el proscenio, he aquí lo que queda del edificio romano. Pero ese monumento, á pesar de su estado de destrucción, conserva una riqueza que no han podido arrebatarle el tiempo ni los innumerables bárbaros que han profanado aquellos lugares, y es el paisaje de luminosa tristeza, de espléndida melancolía, que se extiende entre la colina de Byrsa y las blancas casas de Sidi bu-Saïd, la línea de montañas que la niebla tiñe de tonos violáceos, el golfo indeciblemente bello y una playa llena de antiguos sepulcros y en la que eternamente surgen recuerdos de ilustres sombras.

CARTAGO. – REPRESENTACIÓN DE «LA MUERTE DE CARTAGO,» DE M. GRANDMOUGIN, EN EL ANTIGUO TEATRO ROMANO, ORGANIZADA POR EL INSTITUTO ARQUEOLÓGICO DE CARTAGO Y EFECTUADA EL DÍA 2 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de Carlos Trampus.)

No obstante la lluvia que cayó durante toda la mañana y á la que siguió luego un tiempo espléndido, asistió al espectáculo una muchedumbre que se calcula que no bajaría de siete mil personas y que escuchó la representación con religioso silencio, con frecuencia interrumpido por entusiastas aplausos. La tribuna de honor estaba ocupada por M. Alapetite, residente general de Túnez, acompañado de su familia y de los miembros de sus casas civil y militar; el general Herson, comandante de la división de ocupación; el almirante Bellue, M. Parsons, jefe adjunto del ministro de Instrucción Pública, en representación de éste; M. Pottecher, representante del subsecretario de Bellas Artes, M. Dujardin-Beaumetz; Mme. Delarue, autora de *La sacerdotisa de Tanit,* y otras distinguidas personalidades.

En una tribuna especial, situada junto á la de honor, estaba la ex reina Ranavalo, que se trasladó á Cartago desde Túnez, su habitual residencia, con el único objeto de asistir á aquella hermosa fiesta que ha dejado un recuerdo indeleble en cuantos la presenciaron. – R.

JUNTO A LA FUENTE, cuadro de Ricardo Brugada

TIPOS SEVILLANOS.—EL FLORERO, cuadro de J. García y Ramos

DE MARRUECOS

En el último número, al referir los recientes sucesos ocurridos en Marruecos, terminábamos nuestro relato dando cuenta de la ocupación de Uxda por el ejército francés.

Este suceso es de bastante trascendencia para justificar que demos de él algunos pormenores.

El día 29 de marzo último, á las tres de la madrugada, la columna organizada por el general Lyautey y mandada por él en persona, salió de Lallia Marnia y á las diez se hallaba ya delante de Uxda.

El amel de esa ciudad, Ben Kerrum, avisado oficiosamente por el kaíd argelino Bu-Hamidi, de la tribu de los Beni-bu-Saíd, de que se acercaban tropas francesas en número suficiente para hacer toda resistencia inútil, pero sin intención hostil, salió á su encuentro. El coronel Felineau, que marchaba al frente de la columna, le dió cuenta del asesinato del Dr. Mauchamp y le notificó la resolución del gobierno francés de ocupar Uxda hasta lograr satisfacción cumplida. Respondióle el amel que ignoraba en absoluto el suceso de Marrakesh, que lo deploraba y que, en la seguridad de que el asunto se resolvería entre los dos gobiernos, aceptaba los hechos consumados. Y en seguida escoltó á la columna hasta las murallas de la ciudad. Allí, en presencia de las delegaciones de todos los cuerpos que formaban la expedición, el coronel Reibell manifestó á Ben Kerrum que se encargaba de la administración de Uxda y que respondía del orden; ello no obstante, el amel continuaría siendo el gobernador nominal de la población ocupada.

En esto, llegó el general Lyautey, y en seguida las tropas, con las banderas desplegadas, entraron en Uxda por la puerta de Bab-el-Khamsa, siendo presenciado el desfile por los habitantes de Uxda que, curiosos, pero tranquilos, agrupábanse delante de sus viviendas.

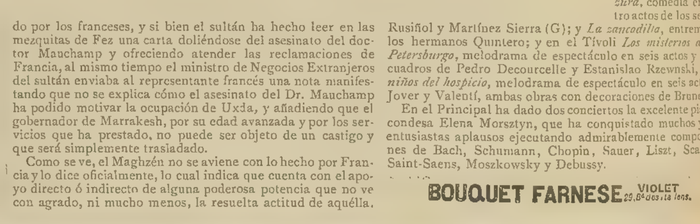
La ocupación de Uxda no ha motivado protesta alguna de sus habitantes ni de los de las regiones vecinas, cuyos principales kaídes acudieron espontáneamente á saludar al general Lyautey. Es más, el pretendiente Bu-Amema, que actualmente se halla en la orilla derecha del ued Bu-Redim, á dos jornadas de Uxda, ha manifestado al general que veía con satisfacción la ocupación de aquella ciudad y ha enviado, como prueba de simpatía, 800 carneros al mercado de la misma.

El Maghzén no ha visto con tan buenos ojos el acto realizado por los franceses, y si bien el sultán ha hecho leer en las mezquitas de Fez una carta doliéndose del asesinato del doctor Mauchamp y ofreciendo atender las reclamaciones de Francia, al mismo tiempo el ministro de Negocios Extranjeros del sultán enviaba al representante francés una nota manifestando que no se explica cómo el asesinato del Dr. Mauchamp ha podido motivar la ocupación de Uxda, y añadiendo que el gobernador de Marrakesh, por su edad avanzada y por los servicios que ha prestado, no puede ser objeto de un castigo y que será simplemente trasladado.

Como se ve, el Maghzén no se aviene con lo hecho por Francia y lo dice oficialmente, lo cual indica que cuenta con el apoyo directo ó indirecto de alguna poderosa potencia que no ve con agrado, ni mucho menos, la resuelta actitud de aquélla.

El día 2 de los corrientes efectuóse el desembarco en Tánger de los restos del Dr. Mauchamp, que el *Lalande* había ido á recoger á Mazagán. Conducido el cadáver al muelle, el ministro de Francia M. Regnault pronunció un sentido discurso recordando la obra de Mauchamp y su asesinato por el populacho de Marraskesh, ofreciendo, en nombre del gobierno, perp[illegible]ria por medio de un hospital que llevará su nombre y se construirá en aquella ciudad en donde fué asesinado, y afirmando que Francia exigirá enérgicamente el severo castigo de los culpables.

Después del ministro, hablaron el decano de la colonia francesa y del cuerpo médico, y terminada la ceremonia el ataúd fué llevado al vapor *Muluya*, que lo ha transportado á Marsella.—T.



Marruecos.—Curiosa fotografía de la casa del Dr. Mauchamp, recientemente asesinado. A ambos lados de la puerta se ve pintado el signo de la mano de Mahoma que había de proteger á su morador. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

Espectáculos.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito en el Pri[illegible] [illegible]*nida*, trad[illegible] talana de la inspirada ópera *Hansel und Gretel*, de Humperdinck, con decorado de Vilomara y Junyent; en el Eldorado, en donde funciona una excelente compañía dramática dirigida por el eminente actor Enrique Borrás y de la que forma parte la notable actriz Sra. Ferri, *El matrimonio interino*, comedia en tres actos arreglada del francés por Vital Aza; *Vida y dulzura*, comedia en cuatro actos de los señores Rusiñol y Martínez Sierra (G); y *La zancadilla*, entremes de los hermanos Quintero; y en el Tívoli *Los misterios de San Petersburgo*, melodrama de espectáculo en seis actos y nueve cuadros de Pedro Decourcelle y Estanislao Rzewnski, y *Los niños del hospicio*, melodrama de espectáculo en seis actos de Jover y Valentí, ambas obras con decoraciones de Brunet.

En el Principal ha dado dos conciertos la excelente pianista condesa Elena Morsztyn, que ha conquistado muchos y muy entusiastas aplausos ejecutando admirablemente composiciones de Bach, Schumann, Chopin, Sauer, Liszt, Scarlatti, Saint-Saens, Moszkowsky y Debussy.

Marruecos.—Primer encuentro del coronel Reibell, jefe del ejército francés de ocupación de Uxda, con las autoridades marroquíes de la ciudad, en las afueras de ésta. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

En el coche, Juan, solo con Paula, estrechaba entre sus brazos á su compañera

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, *coronada por la Academia Francesa*

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONCLUSIÓN)

Con sus manos temblorosas la pobre madre quiso preparar por última vez el chocolate de su hija, así como á ésta le gustaba. Se acercó á la puerta de la alcoba y oyó que Paula suspiraba. Golpeó con los nudillos, entró y encontró á su hija anegada en lágrimas.

—¡Mamá, mamita! Dicen que es preciso que nos marchemos. Yo no tengo valor para ello.

La señora Guibert puso la taza humeante sobre la mesa de noche, y después apoyó la mano llena de arrugas sobre la frente de su hija.

—Paulita, toma el chocolate; he mandado traer los bizcochos que tanto te gustan.

Se inclinó y muy bajo, besándola, le dijo:

—Valor, Paula mía. Dios lo quiere. El amor de tu esposo me asegura tu dicha. Y por mí no te preocupes.

Pero las lágrimas no cesaban de correr. Juan entró, encontrando á las dos mujeres abrazadas. Creyó que Paula se esforzaba en consolar á su madre.

—Volveremos, dijo. Le prometo que volveremos. El próximo año vendrán á verla Esteban y su mujer, y dentro de dos años vendremos nosotros.

Pero cuando la señora Guibert se incorporó, vió con extrañeza que no lloraba y que era ella quien consolaba á Paula.

«Dentro de dos años, ¿dónde estaré?»—pensaba.

Y tranquila, dijo gravemente á su yerno:

—Juan, quiere mucho á tu mujer. Cuando estéis lejos de mí, este pensamiento será mi única fuerza. Dios es bondadoso y velará sobre nosotros. Aunque separados seguiremos estrechamente unidos. Nuestros pensamientos y nuestros corazones nos unirán. La distancia no es nada cuando se tiene seguridad del cariño.

Con una solemnidad que no buscaba ni creía dar á sus palabras, la anciana siguió diciendo:

—Amaos mucho los dos. No convirtáis el amor en un cariño blando y debilitante. De él y de vuestra recíproca confianza debéis sacar ánimos y valor para la vida. Mirad hacia adelante. Cuando miréis hacia atrás, hacia los muertos queridos, hacia mí, que no sea un motivo de desaliento, sino para daros mejor cuenta de vuestra juventud y de lo que Dios espera de ella.

Juan y Paula le habían cogido las manos y la escuchaban sin interrumpirla.

—Sí, siguió diciendo como si profetizase el porvenir, mirad hacia adelante, hacia vuestros proyectos de trabajo, hacia la familia que fundaréis. Dad á vuestros hijos almas valerosas, y haced que á su vez miren hacia adelante con mirada educada en vuestro pasado.

Juan y Paula lloraban mientras ella seguía tranquila y en calma.

—Yo os bendigo, hijos míos. A ti, Paulita, por tu piedad filial y por la abnegación hacia todos. A ti, Juan, por la amistad que demostraste á Marcelo y por la bondad que leo, á pesar de las lágrimas, en tus ojos...

Su energía no flaqueó ni un solo momento antes de la despedida. Consolaba á su hija afligida en nombre del ser cuyo germen llevaba en su seno. Pero Paula, no resignada del todo, no cesaba de abrazarla, de hablar con ella, y de vez en cuando se volvía á su esposo para decirle:

Juan, ya sabes que te quiero mucho...

La señora Guibert quiso acompañarles á la estación. Allí les esperaban algunos amigos que habían querido despedir á los emigrantes. El Sr. Loigny, algo enfermo, no había podido ir á causa del frío y humedad del camino, pero había mandado á su criada para que entregase á su sobrino un ramo de flores de su invernadero. Algo separada, la señora de Marthenay, muy delgada y pálida, espiaba un momento favorable para saludar á Paula. Ésta lo notó y corrió hacia ella. Las dos mujeres, después de un instante de duda, se echaron en brazos una de la otra.

—¿Siempre desgraciada?, preguntó dulcemente Paula al ver la cara descompuesta de su antigua amiga.

—Siempre. ¿Y usted, Paula?

De pronto se volvieron hacia la señora Guibert. Paula murmuró:

—¿Quiere usted hacerme un gran favor, Alicia? Vaya usted á verla con frecuencia, vele usted sobre ella, escríbame el estado de su salud.

—Se lo prometo.

La señora de Marthenay se alejó emocionada y pronto la señora Guibert se quedó sola con sus hijos. Sus últimas palabras en el momento de partir fueron las de siempre:

—¡Que Dios os guarde!

Cuando el tren hubo desaparecido, se llevó una mano á la frente y la encontró helada.

«¡Ya era hora, Dios mío!—pensó.—Ya no tenía más valor.»

Tuvo que sentarse en un banco, en la sala de tercera. Los viajeros que iban y venían, ocupados con sus billetes y equipajes, no se daban cuenta de aquella anciana vestida de luto y sollozando. Se había convertido en una criatura débil y sufriente. Pero había tenido la energía necesaria para ocultar su desesperación á sus hijos.

En el coche, Juan, solo con Paula, estrechaba entre sus brazos á su compañera, que lloraba. Se abandonaba al dolor, apoyando la cabeza contra aquel corazón todo suyo. Él no decía una palabra, comprendía la inutilidad de los consuelos. Dulcemente le acariciaba la cara, y á veces, inclinándose, le besaba los ojos, cuyas lágrimas no conseguía detener. Viendo que se tranquilizaba algo, le dijo:

—Volveremos pronto, Paula.

Ella meneó la cabeza como dudando del próximo regreso ó no queriendo ser consolada.

—Te quiero mucho, Juan.

Y empezó á enternecerse.

Entonces él le habló de su madre:

—Nos ha dado un gran ejemplo de heroísmo y sacrificio. ¡Ojalá no lo olvidemos jamás! Y quiera Dios que su recuerdo nos anime si algún día, dentro de muchos años, debemos imitarla. ¡Que nuestro hijo se le parezca! ¡Que tenga un alma firme y valerosa como la suya! ¡Que acepte sin desaliento su destino para que no teniendo miedo á la vida no tema á la muerte! ¡La muerte sólo destruye las existencias infecundas!

Y viendo que su esposa le escuchaba con más atención, añadió:

—¡Que Dios proteja á nuestro hijo y á la que hemos dejado con el corazón hecho pedazos!

—Sí, dijo ella. ¡Rezaré para que así sea! Dios ha dado á mi madre la resignación que ha procurado infiltrarme.

Su joven vida había sufrido horas de angustia y de duelo; pero ningunas como aquellas tan penetrantes. Creía sentir la muerte. Y era la vida—la vida en su máxima exaltación—que agitaba su alma en lo más profundo de su ser. Su amor se purificaba, sin ella saberlo, en la llama divina del sacrificio maternal, cuya eficacia sentía más y más á cada momento. Algún día comprendería que la manera más noble de vivir, la más ardiente y completa, era entregar todo su corazón y toda su vida.

La vía férrea pasaba por delante del bosque de encinas inmediato al Maupas. Juan y Paula contemplaron aquel paisaje familiar. Las ramas de los árboles sostenían copos de nieve cual delicadas hojas blancas teñidas de rosa por el sol poniente, y los viñedos próximos ofrecían á la luz del crepúsculo sus encajes de escarcha.

Allí había pasado sus días, allí había conocido la vida, la muerte y el amor. Se acordó de una joven altiva y apasionada que se enorgullecía de velar sobre su madre.

—Dame un beso, dijo á su esposo. Tengo mucha necesidad de ser amada.

Él la cogió entre sus brazos y se besaron.

Y aquel beso esparció por sus venas un estremeci-

miento sagrado, porque encerraba con la piedad filial de su pasado la tierna unión de sus cuerpos y de sus almas, y la esperanza misteriosa que alejaba el fin de su raza, daba fuerzas á sus vidas y hacía inmortal á su amor. .

X

SERENIDAD

La señora Guibert se levantó trabajosamente del banco en donde se había sentado para llorar. Vió acercarse gente y quiso ocultar su dolor.

—No puedo seguir aquí por más tiempo.

De pie, tuvo que apoyarse en la pared y se preguntó si tendría fuerzas para llegar á su casa

Sentía sus años y su debilidad gravitando sobre sus espaldas. Recordó el día en que se arrastraba por la interminable avenida de plátanos de la Chênaie. Al llegar á la puerta de la estación pensó con inquietud en lo largo del camino. Sin embargo, acostumbrada á no gastar nada para su comodidad, no se le ocurrió subir á uno de los carruajes estacionados en la plaza.

Empezó á andar lentamente, apoyándose en un paraguas que le servía de bastón y pisando con mucho cuidado para que sus cansados pies no resbalaran con la nieve. La atención con que tenía que andar distraía su dolor. Pero cuando se detenía para tomar aliento, murmuraba muy bajito el nombre de Paula, en cuyo brazo nunca más se apoyaría. Con el pensamiento seguía á los queridos viajeros que se llevaban su alegría.

—¡Ya deben estar en la cascada de Coux! ¡Dios mío!

Al atravesar, yendo á su casa, el puente bajo el cual el Leysse arrastraba sus aguas fangosas, se detuvo, apoyándose en el parapeto para descansar un rato. En aquel momento oyó que una voz dulce le llamaba.

—Señora, ¿me permite usted que la acompañe?

Era la señora de Marthenay, que desde la estación la seguía, dudando entre el deseo de socorrerla según la promesa hecha á Paula, y el temor de molestarla en medio de su dolor. Cuando vió que no podía más se acercó.

La señora Guibert estaba tan cansada que aceptó el brazo que Alicia le ofreció. La fatiga no le permitió hablar apenas durante el camino. Su joven acompañante, con oportuna delicadeza, se esforzaba en consolarla hablándole de la alegría que tendrían sus hijos al encontrarse juntos. En el umbral de la puerta la madre de Paula dió con efusión las gracias á Alicia.

—Si me lo permite le ayudaré á subir la escalera.

—Es usted muy amable. Muchas gracias.

Al llegar al rellano, la señora Guibert dijo:

—Entre usted un momento á descansar. Yo me he apoyado con fuerza sobre su brazo durante todo el camino.

Sus pobres ojos suplicaban, revelando la tristeza de su hogar desierto.

Alicia, conmovida, contestó:

—Con mucho gusto.

Y siguió á la anciana hasta la alcoba, que un biombo convertía durante el día en saloncito.

María, la criada, aún trastornada por la partida de *Paulita,* trajo un telegrama.

—Han traído esto, dijo echando una mirada hostil sobre la elegante figura de la señora de Marthenay.

Con trabajo, pues sus manos le temblaban, la señora Guibert abrió el telegrama. Siempre abría con angustia aquellos sobres azules que podían contener la muerte. Pero pronto su rostro se transfiguró. Mientras leía, Alicia contemplaba maquinalmente el mobiliario sencillo y modesto, casi monacal. Sus ojos se fijaron en una fotografía ampliada de Marcelo. Se acercó para verle. Aquel retrato, hecho después de su expedición á través del Sahara, tenía una expresión desdeñosa é impasible. Recordó con todo detalle la entrevista en el bosque de la Chênaie.

La señora Guibert, al volverse, la vió contemplando el retrato de su hijo. Sintió haberla hecho entrar en su alcoba, y al irse á acercar á ella, Alicia la miró y se echó á llorar.

—¿Qué le pasa?

—¡Ay, señora!

¡Dios mío, vos que sois mi energía, ayudadme!

Y descubriendo su secreto á la madre de Marcelo, dijo:

—Yo le amaba. ¡Si usted supiese cuánto le amaba!

La señora Guibert contempló con piedad inmensa á aquella joven de hermoso rostro que había hecho que su hijo no tuviese apego á la vida. Sabía por una confidencia de Paula que Marcelo llevaba en el bolsillo interior de la guerrera, en el momento de morir, un retrato de una chiquilla rubia. *¡De una chiquilla!* ¡Y en efecto, una chiquilla era la elegida por aquel corazón valeroso!

—¡Pobrecita!, exclamó, y con su mano acariciaba el rostro de Alicia, que sin fuerzas se había tenido que sentar en una silla.

Ante aquel dolor que consolar olvidaba su propio dolor y recobraba inmediatamente su presencia de espíritu y su energía.

—Alicia, hija mía, cálmese.

Pero la señora de Marthenay seguía sollozando, y acabó por decir lo que ya otra vez había dicho y era el resumen de su existencia desdichada:

—¿Por qué no seré su viuda? Sería menos desgraciada de lo que soy.

—Usted no quiso ser su esposa.

—¡Oh! ¡Yo! Yo quería, porque le amaba. Fueron mis padres.

Ella no acusaba á su madre solamente. La anciana meneó la cabeza, y aún más dulcemente, siempre acariciándola, dijo:

—¡Pobrecita! No supo amar.

Alicia quiso protestar.

—No, repitió la señora Guibert, usted no supo amar. Cuando se entrega el corazón es para siempre. Y el amor da fuerzas, paciencia y constancia. Su madre de usted buscaba su dicha, pero la buscaba á su manera. Creyó hacer un bien no dejándola casar con mi hijo. No la acuse. La culpa es toda de usted. Su madre hubiese llegado á ceder ante un sentimiento definitivo. Porque ella la mimaba y hubiera llegado á comprender que el amor que usted sentía era digno de su aprobación.

No se dió cuenta de que Alicia retiraba su mano, y bajo la impresión del pasado repitió:

—No, usted no quiso ser la esposa de Marcelo.

Alicia, anonadada, suspiró:

—Aún le amo.

Desesperada, se exaltaba en su amor imposible.

Con voz firme la señora Guibert continuó diciendo:

—Usted tuvo miedo á la vida. Sus padres tuvieron miedo á la vida por culpa de usted. Y la vida, Alicia, no consiste en las distracciones ni en los vanos placeres del mundo. Vivir es sentir su alma, toda su alma. Vivir es amar con todas sus fuerzas, siempre, hasta el fin y hasta el sacrificio. Es preciso no temer ni las penas ni las alegrías ni los grandes dolores, que no son más que la revelación de nuestra naturaleza humana. Es preciso arrancar á los días que pasan el bien que no pasa nunca. La joven al casarse va á compartir penas y peligros, y no á buscar comodidades ni frívolos placeres. En su abnegación encontrará su dicha. Y esto usted no lo sabía.

Alicia, atenta, escuchaba y pensaba:

«¡Jamás me han hablado de esta manera!»

—En este mismo momento, siguió diciendo la señora Guibert, en que mi corazón acaba de saltar en pedazos, no puedo menos de dar gracias á Dios por haberme colmado con sus mercedes. ¿Le sorprende á usted oirme hablar de felicidad en este mismo momento? Y sin embargo, es verdad: soy dichosa. Si Dios me permitiese empezar otra vez mi vida, volvería á empezarla. ¡Y he visto morir á los seres más queridos, y he conocido el dolor más cruel para una madre, la muerte lejos de ella de uno de mis hijos! Pero mi marido y mis hijos han llenado de amor mi corazón y ellos me han hecho sentir toda la bondad divina que puede caer sobre nosotros. Mi vida ha sido bien grande, porque también vivió la vida de ellos. Nunca he llorado por mí. Y ahora no crea usted que esté sola. Mis muertos me hacen compañía y los vivos no me abandonan. Este telegrama es de Esteban. Sabía que Paula se marchaba hoy y me infunde valor en nombre de todos. Buena falta me hacía...

—¡Señora!, murmuró Alicia besándole la mano.

—Sí, hija mía, yo he amado la vida; he amado la vida. Y ya puedo morir sola, aunque manos extrañas tengan que cerrar mis ojos. ¡Dios me ha concedido una vida hermosa! Y la muerte me encontrará tranquila y resignada.

Sus claros ojos brillaban extáticos. Alicia, calmada, la contemplaba con respeto y admiración.

—Siga usted, suplicó viendo que la señora Guibert se callaba.

Ésta la miró larga y tiernamente, y acariciándola de nuevo le dijo:

—Hija mía, es preciso que me haga usted una promesa.

—¡Señora, todas las que quiera!

—Procure no pensar en Marcelo. No tiene usted derecho á ello Acepte sin quejas ni penas su nueva vida. Dios espera de su valor que renuncie usted á sus antiguos sueños. Ha cometido una equivocación haciendo que su esposo dejase la carrera. Hoy en día el trabajo es la única nobleza. Influya para que se ocupe en algo á fin de remediar su error.

—Me ha abandonado.

—Tal vez sea la ociosidad la única causa de su

desvío. Procure usted perdonarle. Háblele usted con toda el alma. Que administre directamente sus fincas, que se interese en las cosas de la provincia, ¿qué sé yo? Usted sabrá mejor lo que puede interesarle. Ya verá usted cómo todo se arregla. Aún podrá ser dichosa. Su hija le ayudará á serlo. Una esposa con hijos nunca es digna de lástima. Procure infiltrar en el alma de su hija la virtud, la gracia y la energía. Ámela, no por usted, sino por ella. Y la bendición divina caerá sobre su cabeza.

—¡Ah!, exclamó Alicia, si usted permitiese que la visitara de cuando en cuando, si usted me hablase como hoy, creo que llegaría á ser valerosa.

Y no pensaba que su presencia evocaba en aquella anciana un penoso recuerdo. Esta no dudó ni un solo momento: Dios le pedía que socorriese á aquella débil criatura.

—Venga usted siempre que me necesite, contestó sencillamente.

Al marcharse la señora de Marthenay, cogió la fotografía de Marcelo y la colocó junto á su cama, detrás del biombo, pensando:

«Estará más cerca de mí y Alicia no le verá. Es preciso que no vea su retrato para que tenga fuerzas para cumplir con su deber.»

Después se arrodilló y rezó:

—¡Dios mío, vos que sois mi energía, ayudadme! Ya os he dado todo cuanto amaba. Sólo puedo ofreceros mi dolor. Aceptadlo y proteged á todos los míos, á los muertos que descansan en vuestra santa paz y á los vivos que hacen obra digna de hombres...

Cuando se levantó para ayudar á María á poner su modesta mesa, su rostro reflejaba una paz serena: la paz de aquellos que esperan la muerte sin miedo después de haber acogido la vida sin desaliento.

TRADUCCIÓN DE MIGUEL DOMENGE MIR.

EL OBSERVATORIO DEL PICO DEL MEDIODÍA (FRANCIA)

LA VIDA Á 3.000 METROS DE ALTURA

Créese frecuentemente que los sabios en general y sobre todo los astrónomos y meteorólogos llevan una vida exenta de los cuidados y de los mil inconvenientes de la existencia del común de los mortales. Esos hombres, que pasan el tiempo contemplando el cielo, viven según mucha gente, en las nubes ó más arriba; y si se trata especialmente de meteorólogos, esa opinión parece más justificada.

Cuando se consulta el boletín meteorológico del diario para saber el tiempo que reina en Francia, se lee que el termómetro marca 20 grados bajo cero en el Pico del Mediodía; y ¿cómo se sabe que hace tanto frío allá arriba? Pues porque hay en aquel pico hombres consagrados á la ciencia, cuya vida se desliza en el observatorio, situado á cerca de 3.000 metros de altura, en el seno mismo de los más terribles é inclementes trastornos de la elevada atmósfera.

La iniciativa de la creación de ese observatorio data de 1873. En la fachada del mismo hay una lápida que dice: «La construcción de este observatorio, resuelta por el general Champión de Nansouty y por el ingeniero C. X. Vaussenat, ha sido ejecutada en ocho años, gracias á sus continuos cuidados y en medio de grandes dificultades.—Hanles apoyado en su obra el patronato de la Sociedad Ramond, de Bagneres, y muchos ciudadanos generosos, especialmente los señores: Juan Cistac, de Montrejeau; Carlos Baggio, de Carvin; Bischoffsheim, de París; Pablo Bert, de Auxerre; y por los ministros Bardoux, Freycinet y Ferry. Terminada la grandiosa obra hoy XXX de julio MDCCCLXXX. H. Abadie de Prechac, contratista.»

El Pico del Mediodía, como montaña, hace mucho tiempo que es conocido de los excursionistas y los habitantes de aquellas regiones le distinguen desde muy lejos. Su situación es, en cierto modo, privilegiada; pues alzándose muy en el borde septentrional de la cordillera pirenaica, alcanza la enorme altura de 2.877 metros, muy por encima de las cimas que lo rodean y que son relativamente modestas. De aquí que en días despejados pueda divisársele desde toda la región comprendida entre Tolosa y Bayona. Muy escarpado al Norte y formando, por el contrario, suaves pendientes al Mediodía, su acceso y su aspecto son muy diferentes según que se descienda á él por uno ú otro de esos caminos, que al llegar á cierta altura se juntan, constituyendo desde allí una sola senda. La primera dirección es la de Bagneres de-Bigorre; desde allí, el Pico del Mediodía ofrece su aspecto más grandioso y más abrupto; la ascensión es muy penosa, al través de los difíciles senderos que escalan la montaña.

Por Bareges, segunda dirección, la subida es menos áspera; síguense las sinuosidades del Pico y se llega sin gran trabajo aunque no sin fatiga, al collado de Sencours, en donde está la hospedería, situada á 500 metros de la cúspide. Estos 500 metros son los más difíciles de salvar, al través de una serie interminable de vertiginosas veredas; pero, una vez arriba, ¡qué hermoso espectáculo!

Descúbrese desde allí el panorama más bello que pueda imaginarse, siempre y cuando el estado de la atmósfera permita esa contemplación: por una parte, toda la cordillera de los Pirineos, con sus cimas y sus ventisqueros; por otra, todo el Mediodía de Francia, hasta una distancia de 200 kilómetros; y por último, algo más arriba, puesto que el Pico no ocupa el punto absolutamente más alto, el observatorio que hemos venido á visitar y del que dan idea las fotografías que ilustran el presente artículo. Un simple vistazo demuestra claramente el trabajo gigantesco que ha sido preciso realizar para crear esa terraza de sesenta metros en donde se alzan los edificios: volar enormes peñascos, nivelar, terraplenar hendeduras, tales han sido los comienzos materiales de la obra. Afortunadamente, para la construcción no faltaba la piedra; en cambio, el agua, el cemento, las maderas y todos los demás materiales ha sido preciso llevarlos hasta allí con las dificultades que fácilmente puede suponerse, sin contar con los períodos durante los cuales las borrascas y los fríos terribles impedían toda clase de trabajo.

Aprovisionamiento del Observatorio durante la buena estación

Hétenos en la terraza, iba á decir en la plaza principal de esa aldea científica, comparación justificada por el gran número de construcciones que allí hay. Penetramos primeramente en el largo edificio que sirve de vivienda, pues dada la importancia capital que la vida material tiene en aquellos sitios, es interesante conocer desde luego cuanto con ella se relaciona. Muchas precauciones han debido tomarse para hacer posible la existencia en aquella cumbre azotada por las tormentas. La casa de que hablamos es baja y forma dos pisos en la fachada Sur, es decir, en la que mira al sol á fin de iluminarla y calentarla toda á la vez; las piezas del piso inferior, al nivel de una plataforma más baja que el resto, comprenden los almacenes de víveres, alojamientos de empleados, cocina y bodega, dependencias todas que dan á un corredor que se extiende á lo largo de todo el edificio; la misma distribución se observa en las piezas del piso superior, situado al nivel de la gran terraza, piezas que son las habitaciones del director y de los observadores, el despacho-biblioteca y el comedor. La techumbre tiene forma de bóveda. Ese edificio es una verdadera casamata de gruesas paredes para mejor resistir las intemperies; con este mismo objeto los dormitorios y las salas no reciben luz más que por el corredor, de modo que son verdaderos invernaderos, pues no tienen ninguna abertura hacia afuera; invernaderos naturales cuando el sol se deja ver, y artificiales durante la mala estación, merced á las enormes estufas que posee el establecimiento.

Los amplios alféizares de las ventanas que dan al corredor están ocupados por mesas en donde los observadores trabajan de día y en las cuales hay los aparatos telefónicos y telegráficos que ponen en comunicación directa el observatorio con la aldea de Gripp y con Bagneres-de-Bigorre. Este es un lazo de unión constante con el resto de la humanidad cuando los moradores del observatorio se hallan bloqueados allí arriba; pero es también principalmente el medio de enviar todos los días los despachos de observaciones meteorológicas que leemos en nuestro periódico, cómodamente sentados junto al fuego.

Substraigámonos á la impresión de bienestar que produce la tibia casa y el embotamiento que el aire enrarecido de las grandes alturas determina en el organismo, y sigamos al meteorólogo encargado de la observación cotidiana.

Ello nos permitirá visitar el resto del establecimiento, para lo cual es preciso encaminarse al otro extremo del observatorio, al sitio en que se alza un cubo enorme de mampostería con un terrado coronado por un mirador y por los mismos mástiles que vemos en todos aquellos edificios. Esos mástiles sostienen sendos pararrayos, precaución útil, porque á menudo es aquel lugar centro de tormenta, y en tales alturas los efectos del rayo son terribles, según lo atestiguan los innumerables fragmentos de rocas fundidas, vitrificadas por las descargas eléctricas. Otro espectáculo que frecuentemente presencian los moradores del Pico es de una sublimidad de imposible descripción; nos referimos al caso en que los observadores se hallan en medio de una atmósfera límpida y ven á sus pies un océano de nubes rasgadas por la tormenta y que chocan entre sí en medio del estrépito del trueno y de la deslumbradora claridad de los relámpagos. Otras veces se ven en el corazón mismo de la tempestad, y difícilmente cabe imaginar la sensación que se experimenta en semejante caos de elementos desencadenados: todos los objetos puntiagudos aparecen erizados de haces de chispas, mientras se estremecen misteriosamente y lanzando un lamento lúgubre los numerosos obenques, gracias á los cuales los mástiles y los abrigos de los instrumentos resisten al esfuerzo de las tempestades .. Muy diferente es el espectáculo tranquilo que he contemplado muchas veces de un mar infinito de nubes que cubre todas las partes bajas de la tierra y cuyas volutas ruedan y vienen á chocar silenciosamente contra los escarpados peñascos que, como otras tantas islas, surgen de ese mar inmaculado.

Mas haga el tiempo que haga, ora resplandezca el sol, ora se desencadenen los elementos, es menester, para hacer las diarias observaciones, dirigirse al terrado superior, en donde están instalados los termómetros, higrómetros, etc., y á lo más alto de la miranda, en donde hay otros varios aparatos y en donde, cuando el viento sopla con furia, cosa muy frecuente, el observador ha de agarrarse bien para que el viento no se lo lleve. Las observaciones se hacen cada tres horas y jamás deja el meteorólogo de hacerlas, no vacilando en abandonar el tibio lecho para ir á examinar los instrumentos, á veces con temperaturas de 30° bajo cero. Debajo del terrado está la sala de los aparatos que constantemente registran las variaciones del magnetismo terrestre. La vivienda se comunica con ese otro edificio por medio de un largo corredor subterráneo, lo que permite á los observadores ir al terrado sin exponerse al terrible frío del exterior.

También desempeña su papel en el observatorio del Pico del Mediodía el astrónomo, cuyas observaciones se efectúan en una cúpula octágona de madera, situada no lejos de la terraza meteorológica. La techumbre de esa cúpula es movible y puede abrirse cuando no está cubierta por una masa demasiado pesada de nieve; por la abertura de las tablas se asesta un telescopio con un objetivo de 21 centímetros.

Si no hubiera los trastornos atmosféricos, esa estación sería el paraíso de los astrónomos, pues se halla, más aún para ellos que para los meteorólogos, en una situación privilegiada. El aire, en aquellas alturas, es de una pureza y de una transparencia ideales, y las observaciones efectuadas por M. E. Marchand, el eminente actual director del observatorio, ayudado por su colaborador M. Latreille, tienen gran importancia; pero repito que el astrónomo paga allí muy caras las ventajas que su situación excepcional le proporciona.. Antes de apreciar en toda su verdad esta afirmación, concluyamos nuestra visita.

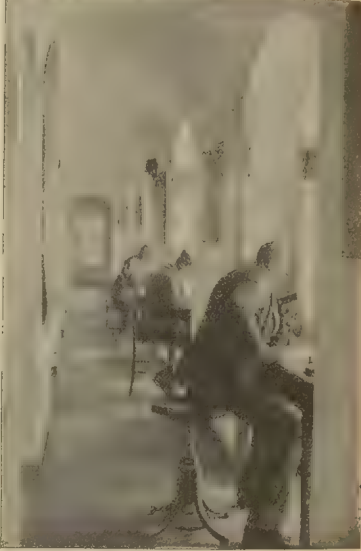
Al otro extremo del lado de la entrada, encuéntranse los edificios nuevos comenzados desde hace algunos años, y son: una nueva cúpula de ocho metros de diámetro destinada á resguardar un gran anteojo doble, visual y fotográfico, y una vivienda para los nuevos trabajadores. Esa instalación reciente es una dependencia del observatorio de Tolosa, que ha querido utilizar las ventajas de aquella estación. Pero esos trabajos, que no pasarían de ordinarios si se efectuasen en condiciones normales, resultan gigantescos por las dificultades que hay que vencer para realizarlos. Durante el buen tiempo, es decir, durante los únicos cuatro meses en que la montaña es accesible, se ven en los abruptos senderos caravanas de asnos y mulos que transportan lentamente toda clase de materiales, piezas metálicas, madera, barriles de agua, muebles, etc. En esas condiciones, calcúlese á cuánto resultará el metro cúbico de simple mampostería. Del mismo modo han de transportarse los instrumentos, siendo éste un espectáculo curioso que en el último verano ha interesado á los turistas. El gran anteojo ha sido subido al observatorio por la carretera de Bareges desmontado y repartido en 20 bultos de un peso total de unos 10.000 kilogramos; esos acarreos han debido hacerse sucesivamente en un sólido vehículo arrastrado por robustas mulas, ¡y por qué caminos!.. La operación, sin embargo, se llevó á cabo felizmente bajo la hábil dirección del comandante Lallemand por un destacamento del 14.° de artillería de Tarbes, con el concurso de acemileros españoles. Esas piezas no han podido ser conducidas aún hasta la cumbre y se hallan depositadas en la hospedería, de donde se las sacará en el próximo verano á fin de hacerles subir las últimas pendientes, que son las más rudas.

Cómo se suben materiales al Observatorio

Fácil es imaginarse la existencia de aquellos amurallados voluntarios, astrónomos y meteorólogos, que se apartan valerosamente del mundo para pasar allá arriba días y meses de una horrible monotonía. En el verano, la vida no es muy pesada, pues son muchos los turistas que visitan el pico.

Las noticias del resto del mundo las lleva allí un valiente cartero que cada dos días llega de Campán montado en su mulo y recoge el correo del Pico, después de haber restaurado sus fuerzas; pero el período de sus visitas es muy corto, no dura más que lo que dura la buena estación.

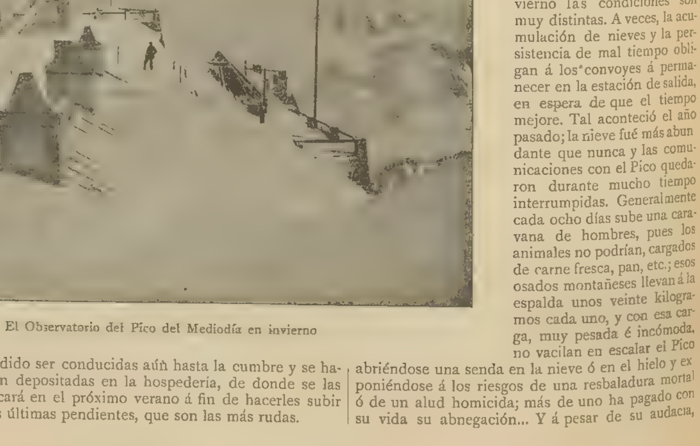
La preocupación principal durante el verano es la renovación de las provisiones de boca y de los elementos necesarios para el alumbrado y la calefacción. El transporte de unas y otros se hace también por medio de mulos, y en el verano se ven casi todos los días largas filas de acémilas que desde Gripp son conducidas hasta el Pico por Juan Brau, jefe de los guías de la estación que tiene encargo de aprovisionar, misión que cumple admirablemente.



Las comunicaciones del mundo habitado

Estas provisiones constituyen el fondo de reserva destinado á evitar toda eventualidad de hambre en el caso de que la montaña fuese inabordable durante el invierno; porque también durante éste se aprovisiona la estación.

Si el acceso al observatorio no requiere en verano más que un poco de ánimo, en invierno las condiciones son muy distintas. A veces, la acumulación de nieves y la persistencia de mal tiempo obligan á los convoyes á permanecer en la estación de salida, en espera de que el tiempo mejore. Tal aconteció el año pasado; la nieve fué más abundante que nunca y las comunicaciones con el Pico quedaron durante mucho tiempo interrumpidas. Generalmente cada ocho días sube una caravana de hombres, pues los animales no podrían, cargados de carne fresca, pan, etc.; esos osados montañeses llevan á la espalda unos veinte kilogramos cada uno, y con esa carga, muy pesada é incómoda, no vacilan en escalar el Pico abriéndose una senda en la nieve ó en el hielo y exponiéndose á los riesgos de una resbaladura mortal ó de un alud homicida; más de uno ha pagado con su vida su abnegación... Y á pesar de su audacia,



El Observatorio del Pico del Mediodía en invierno

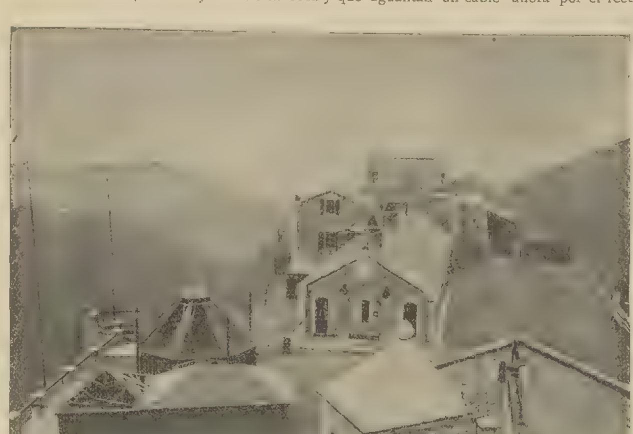
muchas veces han de renunciar á su tentativa; así sucedió á fines de enero de 1906, desde cual fecha hasta el 6 de marzo, es decir, durante 36 días, los habitantes del Pico estuvieron aislados de sus semejantes y no recibieron víveres frescos de ninguna clase. A mediados de marzo se restablecieron casi las comunicaciones, y entonces me dispuse á unirme á la primera caravana que subiese al Pico; pero aún hubimos de esperar, porque el tiempo era malo y los moradores del observatorio, consultados por teléfono, nos disuadieron de emprender la marcha, pues en la cumbre seguia nevando y el termómetro marcaba 20° bajo cero.

Al fin llegó el momento, reuniéronse las provisiones y al amanecer salimos de la aldea, llegando sin grandes dificultades á la garganta de Arisses; desde allí la ascensión se hizo más difícil, y á costa de muchas fatigas y no pocos peligros, llegamos al mediodía al collado de Sencours. Una vez allí, quedéme estupefacto al ver que aquel sitio no era el mismo que yo había visto tantas veces. ¿Dónde estaba la hospedería? Busquéla sin poder dar con ella, y el guía me hizo observar que estaba enteramente sepultada bajo la nieve y que acabábamos de pasar por encima de su techumbre.

Desde el collado de Sencours hasta la cumbre sólo había que salvar 500 metros; pero no se veían senda ni vereda y sí sólo una gigantesca cúpula de nieve y de hielo que se alzaba delante de nosotros y en el centro de cuya vertiginosa pendiente surgía «la Roca negra.»

Hasta allí no haremos alto, pues vamos á comenzar el escalamiento en línea recta.

En el entretanto, desde el observatorio nos han visto; un prolongado grito cruza el espacio y nos otros contestamos con otro. Es la señal de que uno de los moradores de aquél baja á nuestro encuentro, provisto de te hirviendo y de una larga cuerda con que ayudarnos á salvar aquel paso peligroso, en donde han ocurrido ya varios desgraciados accidentes. Ese individuo amarra la cuerda en los garfios de hierro fijados en la roca y que aguantan un cable



El Observatorio del Pico del Mediodía en verano

que llega hasta la cumbre para facilitar la ascensión de la última parte, verdaderamente peligrosa. ¡Ay del que se ve sorprendido allí por el vendaval! No tiene más recurso que echarse al suelo y subir, como pueda, á rastras. No nos vimos reducidos á tal extremo, pero otra desazón: la cepa de nieve era tan espesa, que el cable se hallaba sepultado en ella casi en toda su longitud.

¡Al fin!.. Hétenos ya en el observatorio después de una ascensión de siete horas de penosas vicisitudes. Llegamos por las techumbres, pues el caparazón de hielo cubre todo el edificio, del cual se ven solamente las chimeneas, los mástiles y las partes más altas del establecimiento. Nos sacudimos la nieve, y después de haber pasado por dentro de un túnel practicado en el hielo, penetramos en la vivienda, en donde hallo el mismo amable recibimiento, las mismas caras amigas, la misma expresión de bienestar que había experimentado en verano, pero centuplicada ahora por el recuerdo de las dificultades recientemente sufridas y de la inclemencia del tiempo.

Supe entonces por los moradores del Pico que la nieve había caído en abundancia tal, que durante 29 días no habían podido desembarazar de ella las ventanas y habían tenido encendidas constantemente las lámparas.

Durante muchos días, los meteorólogos no dan más paseo que la obligatoria visita á los instrumentos; en cuanto á sus distracciones, son casi nulas, pues se reducen á hablar por teléfono con los habitantes del valle. Ese alambre telefónico es el solo lazo de unión entre aquellos hombres y sus semejantes; y á veces la tormenta les priva de esa única satisfacción, rompiendo el cable bajo el peso de algún alud.

En cambio, ¡con qué maravillosos espectáculos recompensa á veces la naturaleza á los moradores del observatorio! Aún conservo la última visión que tuve allí arriba en el momento en que me disponía al descenso: las nubes que nos envolvían en una espesa niebla se desgarraron de pronto, y en un boquete que semejaba una especie de diorama colosal, vi aparecer un mundo enteramente blanco, cumbres extravagantes, deslumbradoras, de inmaculada nieve, por encima de las cuales rodaban las espesas volutas de un mar nuboso. Luego, todo desapareció de pronto. Quien ha visto tal maravilla no la olvida jamás.

Y mientras descendía pensando en aquellos amigos que dejaba en el Pico, preguntábame si debía compadecerles por vivir una existencia tan ruda, ó envidiarles porque podían contemplar mágicos espectáculos, fascinadoras fantasmagorías, ignoradas del resto de los mortales.

Luciano Rudaux.

Mónaco. – Meeting de canoas automóviles. Vista panorámica de la exposición. (De fotografía de M. Branger)

Cuando el presente número llegue á manos de nuestros subscriptores, se habrá celebrado ya el *meeting* ó concurso de canoas automóviles organizado por el «International Sporting Club» de Mónaco. Esa clase de concursos, inaugurados en aquel principado en 1904, se han efectuado anualmente desde entonces y siempre con éxito creciente; el de este año, que empezó el día 7 y habrá terminado el 14, habrá sin duda superado en interés á los anteriores, pues las principales casas constructoras han introducido notables mejoramientos en sus respectivas marcas y además habían de luchar por primera vez dos tipos nuevos: los avisos de escuadra y los hidroplanos.

Como preparación para el concurso se ha celebrado una exposición de canoas automóviles que fué inaugurada solemnemente el día 2 por el gobernador general del principado M. Edmundo Roger, en representación de S. A. el príncipe Alberto, que se halla en Alemania, á quien acompañaban los Sres. Loth, alcalde de Mónaco, y Joly, prefecto de los Alpes Marítimos.

La exposición ha resultado brillante en extremo; en ella figuraban 49 canoas de recreo, 14 moto-canoas, 9 avisos de escuadra y 3 hidroplanos. Estos últimos han llamado la atención por su extraña y sencilla forma; si en las pruebas dan los resultados que sus inventores esperan, serán un medio de navegación utilísimo para recorrer estanques, pantanos, ríos, etc., que por su poco fondo ó por sus muchas hierbas no pueden ser surcados por las embarcaciones ordinarias, por pequeño que sea su calado.

La cantidad destinada á premios en el *meeting* de Mónaco es de 105.000 francos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 22 de abril de 1907 — Núm. 1.321

EL VUELO DE ÁNADES, cuadro de Juan Francisco Millet,
propiedad de la Sra. Esnault-Pelterie, de París, y reproducido con autorización de ésta

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Madrid no hay bombas, en buen hora lo digamos, y no sea castigada la arrogancia por algún escarmiento imprevisto; no hay bombas, al menos como fenómeno constante... Pero hay una plaga de mendigos, que ya se pierde la esperanza de desterrar nunca. Una plaga extendida por todas las calles, plazas y plazuelas, con la misma regularidad con que brotan las malas hierbas en un campo abandonado por el cultivador. Plaga insufrible, hedionda, muy afrentosa para una capital que es corte; y plaga contra la cual nada pueden las buenas intenciones de los más excelentes alcaldes. Debe de ser imposible corregir *esto* de la mendicidad, cuando, hallándose al frente de la corporación municipal hombres de reconocida competencia, de actividad innegable, del mejor deseo, lejos de adelantar un paso, dijérase que cada día estamos peor; que cada año nos parecemos más á la España mendicante, descrita por los viajeros de fines del siglo XVII.

* * *

Yo á veces doy en creer que estos aparentes mendigos son en realidad gentes de la policía secreta románticamente disfrazados. Porque apenas os detenéis en la vía pública y trabáis conversación con alguien, tenéis de escuchas á dos ó tres mendigos, que no pierden sílaba de lo que habláis. La postulación de estos pedigüeños de la villa y corte se basa en la molestia. Cuanto más molestan, más eficaz es su acción para obtener el limosneo. Y convencidos de tal verdad, ponen en práctica con el transeunte el sistema del *mendigo* de Espronceda:

«Le persigo
hasta que mira,
me complazco
cuando aspira
mi punzante
mal olor.»

Los pedigüeños de Madrid se acercan pegajosamente; meten las manos por los vidrios de los coches; se agarran á las portezuelas; imponen la contemplación de su indumentaria y la aspiración de su hálito vinoso; no dejan comprar en una tienda, mirar un escaparate, saludar á un amigo; y claro es que acechan el momento en que un pañuelo se cae de la mano, ó un portamonedas asoma fuera del bolsillo, para ejercer la otra faz de su oficio, y pasar de mendigos á descuideros. Estrecha relación existe siempre entre las dos profesiones, según puede verse en los estudios de antropología y sociología consagrados á esta espuma del hampa matritense, y situado fuera de la normalidad del trabajo, el mendigo está también fuera de la ley, que desdeña, sediento de libertad, persuadido de que tiene derecho á apoderarse de cuanto encuentre al alcance de sus uñas.

* * *

¿Cabe extirpar el tumor de la mendicidad en Madrid? ¿Es esta una cuestión sencillamente de dinero, ó pende de algo más íntimo; de la contextura misma de las grandes capitales, en todas las cuales, visible ó recatada, hace estragos la miseria? Porque en París y en Londres no importunan los mendigos, pero existen barrios enteros de miserables, antros de vicio y crimen, calles donde la policía reconoce su impotencia para evitar que sea desbalijado el que se atreve á cruzarlas, y por escondida, no es menos tremenda la plaga en esos emporios del mundo civilizado. En la capital española, la cuestión se complica por la especie de conmiseración simpática que infunde el vagabundo. Hay un sentimiento de involuntaria transigencia con la mendicidad; se protesta y se acaba por sacar la monedilla de cobre. Hay además la idea de que esto de mendigar es cristiano, y nadie sabe que los primeros en prohibir la vagancia mendicante fueron los Concilios, uniéndose á los reyes, que en sus edictos estatuían penas severísimas contra los pordioseros y vagos. Y no sólo contra ellos; porque, anticipándose al criterio y opinión de escritores sociológicos de tanta valía como Heriberto Spencer, el Parlamento de París llegó á castigar con multas, no al que pedía, sino al que daba limosna en la calle. Y no sólo en la legislación francesa, sino en las de muchos países europeos, la mendicidad y la vagancia forman parte de la delincuencia. Lógicamente, dentro de la ley, no puede consentirse la mendicidad pública; pero se consiente, de hecho, en Madrid, en proporciones muy alarmantes.

* * *

Un libro nuevo del Padre Coloma, *Jeromín*, relato histórico que tiene todo el encanto de una novela, hace resurgir del olvido cada vez mayor en que van cayendo nuestras altas figuras históricas, la de don Juan de Austria.—La época que revive para nosotros en la amena obra del jesuíta, es quizás la más interesante de la historia patria, porque reune el atractivo de lo grandioso y magnífico al estímulo del misterio. Es la época de Lepanto y del asesinato de Escobedo, de la rebelión de los moriscos y de la privanza de Antonio Pérez. A veces, la lucha gigantesca empeñada entre la cristiandad y el turco nos importa menos que las enredadas y sombrías intrigas de corte que se resuelven en una estocada traidora, al obscurecer. La sensación que deja el libro es la de una vida intensa, efervescente, diferentísima del amodorrado vivir que, después de la muerte de Felipe II, empezó para España.

Hay que alabar mucho en el libro del Padre Coloma, y en especial, la sencillez del estilo, sin pretensiones de colorismo, pero que nunca degenera en sequedad y aridez. El estilo de esta obra del Padre Coloma no se propone sino servir de envoltura á los sucesos, dándoles forma perfectamente inteligible y además atractiva; y este objeto lo consigue plenamente, porque no habrá un lector que sienta fatiga ni que suelte el libro por descansar de los primores de la dicción y bellezas de la forma, caso más frecuente de lo que se cree. Sin ser descuidado ni flojo, el estilo de *Jeromín* es corriente, natural y claro, con ligeros dejos de arcaísmo, fruto de las lecturas en que ha tenido que empaparse el autor para estudiar el asunto; ni difuso, ni cortado; ni recargado, ni árido, se presta bien al desarrollo de la biografía interesantísima del glorioso bastardo de Carlos V.

* * *

El comienzo de la narración está hecho con arte de novelista: el niño D. Juan, ó mejor dicho, el niño Jeromín, que después se llamó D. Juan de Austria, aparece jugando á «moros y cristianos» con otros cachidiablos de su edad, en las huertas de Leganés, donde acuden á buscarle para conducirle hacia su destino, que entonces se creía fuese conventual, pero que el muchacho sentía que era militar, «soldadico y no fraile.»

Y en ese destino, enlazado tan estrechamente con el de la patria, la única figura de mujer que aparece ejerciendo decisiva influencia es la de la madre adoptiva doña Magdalena de Ulloa. La maternidad concentrada en el corazón de esta gran mujer, que no tuvo hijos de sus entrañas, se desbordó al serle confiado el cuidado y primera educación del precioso niño de ignorado nacimiento, que su marido, D. Luis Quijada, le arrojó á los brazos. Mientras la madre verdadera y natural de D. Juan de Austria, divertida allá en Flandes, no se acuerda del hijo, la española le ofrece ese cariño tan necesario al hombre, que ningún otro lo puede reemplazar.

Entre las varias reflexiones que sugiere esta primera etapa de la vida de D. Juan, cuando le envuelve el misterio y nadie, ni aun los que le asisten, prohijan y educan, conoce su origen, hay una que no es favorable á la edad en que vivimos. Si hoy sucediese un caso análogo al de D. Juan, difícilmente se encontrarían personas capaces de guardar reserva y mantener desconocido el imperial vástago, como se mantuvo el pupilo de D. Luis Quijada. Tiempo les hubiese faltado, á los que conociesen ó rastreasen algo del secreto, para divulgarlo á los cuatro vientos, para propagarlo en telegramas y artículos de reporterismo, para comentarlo de cien modos, con ilustraciones gráficas y con hinchazones efectistas... La fama de Carlos V hubiese sido empañada por la divulgación intempestiva de una debilidad humana disculpable, y un escándalo europeo más sazonaría con su pimienta rabiosa las columnas de los periódicos y las murmuraciones de los «círculos...» ¡Tiempo noble y feliz, en que tales «círculos» no existían, y en que la gente callaba aquello que la lealtad y la honra mandan que se calle! El incógnito de don Juan fué perfectamente guardado, y el niño se crió en modestia, paz y obediencia, para revelarse luego en gloria, guerra y energía, á toda la altura de su genio de conquistador y defensor de la patria.

* * *

Realzan la figura de D. Juan sus proezas de todos conocidas y sus victorias nunca bastantemente ensalzadas; pero el mayor prestigio de este héroe consiste en lo que tuvo de frustrado y de malogrado, no por propios desfallecimientos, sino por ajenas mezquindades y miserias. La fatalidad, que ha perseguido á España en su desarrollo histórico, dispuso que, así como á los Reyes Católicos se les murió el hijo inteligente y lleno de porvenir, y les vivió, para suceder en el trono, la hija maniática é incapaz, á Carlos V le naciese antes, y de legítimo lazo conyugal, el príncipe más débil y sugestionable que prudente, que se llamó Felipe II, y después, y de ilícita intriga, el hombre casi perfecto, de generoso espíritu y constancia á toda prueba, que se llamó D. Juan de Austria. Y la fatalidad quiso también que á Felipe II le hiciese sombra su hermano, que desconfiase de él, y le cerrase los caminos por donde pudo llegar á afianzar el poderío español de un modo definitivo en Europa, realizando aquella sumisión del reino de Inglaterra á la corona de España, empresa que sólo don Juan era capaz de acometer, y que los celos fraternales le estorbaron. Tal vez nuestra suerte, el giro del eje de la historia patria, estuvieron en que D. Juan fuese D. Felipe, y D. Felipe D. Juan. Que tal es la acción del individuo sobre el conjunto, y tal el influjo de una personalidad sobre los sucesos. La pálida pasión de la envidia, la negra enfermedad de la sospecha y del recelo, nos trajeron, años después, cuando ya D. Juan de Austria dormía el sueño eterno, el desastre de la *Invencible*, del cual nunca nos repusimos, y que no hubiese acaecido á vivir el invencible de Lepanto y el marqués de Santa Cruz... El rey, que había amargado la existencia de D. Juan de Austria, acometió tal empresa creyendo que con enviar barcos y más barcos reemplazaba el alma única del gran capitán que fué su hermano... Quizás al recibir, en su austero retiro del Escorial, la funesta noticia de la pérdida de la Armada, un recuerdo de pesar y de remordimiento trajo á la memoria de Felipe II á aquel hermano insigne en mar y en tierra, al que deshizo á turcos y moriscos, al que murió abrasado tal vez por el veneno y seguramente por el deseo de atajar la expansión del poder de Inglaterra, más peligroso y temible ya que el de Turquía. Acaso, dentro del corazón incierto de Felipe II—pues este monarca, en vez de férrea voluntad, sólo tuvo indecisiones y fluctuaciones, disimuladas por una rigidez cancilleresca y por resoluciones demasiado violentas, de impulsivo, de flaco de alma—se alzó la sombra gallarda, venerada en los campamentos, de D. Juan, y con ella ese melancólico pesar de lo que debimos hacer y no hicimos, que es uno de los más hondos dolores íntimos que cabe sufrir... Con don Juan se habían ido al sepulcro las esperanzas españolas, cerrándose la era de nuestra prosperidad y abriéndose la era negra que, lentamente ó con precipitación dramática, nos condujo á la decadencia ya irremisible. Y como presentimiento ó como percepción bien definida, el monarca ya viejo y enfermizo probablemente lo comprendió, mientras le azotaba la sien el cierzo agudo y cortante de la sierra, y el sol se ponía detrás de los altos picachos, y á lo lejos las esquilas de los pastores temblaban, como argentinas lágrimas, entre la solemne tristeza de un crepúsculo castellano, que derrama su ceniza fina, tamizada, pausada, sobre la tierra reseca y amarillenta, muda ya porque viene la noche...

Emilia Pardo Bazán.

Pero ¿se siente usted mal?.. ¿Qué tiene usted?

LA RESURRECCIÓN DE UN IDILIO. (ESCENAS VALENCIANAS.)

I

La acción en Castellón.

Bajo el cielo azul purísimo y salpicado de numerosas cometas, que ondean su rizada cola.

La tarde es de primavera, tibia y perfumada...

Los rayos del sol caen oblicuamente sobre la tierra en la cual predominan todos los tonos del color verde...

La brisa, una brisa que parece un suspiro, trae emanaciones salinas, del mar, aromas de flores, gorjeos de pájaros, y el estrépito acuoso y chapoteante de las olas estrellándose contra la playa y tejiendo y destejiendo caprichosos, fugaces y rumorosos encajes de espuma, obscurecida al transparentar el viso verdusco del agua...

Por todas partes, de los naranjales y de los *masets*, saltan carcajadas jubilosas, conversaciones alborotadas, gritos estridentes, lloros rabiosos de niños, disputas, voces masculinas, chillidos femeninos, cómicos ayes de sorpresa, exclamaciones victoriosas, melodías de canciones populares —en este *maset* la jota aragonesa, en aquél la valenciana, en el de más allá las jacarandosas sevillanas, con su rasgueo de guitarras y su castañeteo de crótalos y sus ¡olé! de entusiasmo—y el siseo entrecortado y culebreante de los cohetes rastreros y de los cohetes voladores que surcan radiantes el espacio sembrando chispas, fogonazos y detonaciones.

Las copas verdinegras de los naranjos, cuajadas de blanquísimo azahar, parecen espolvoreadas de una nieve tan viva y penetrantemente odorífera que no sólo se respira azahar, sino que parece paladearse...

A la derecha se ve la mole rojiza, desigual y abigarrada de la ciudad, cuyos campanarios emergen altivos, recortados, en el añil del horizonte... Los tejados arrojan destellos metálicos y las vidrieras de los edificios espejean adamantinos centelleos que les hacen parecer descomunales brillantes engastados en las paredes...

Cierran el horizonte, por todos lados, las cumbres á trechos doradas, blanquecinas, amarillentas, grisáceas, de las montañas en cuya base las sombras de la noche van surgiendo, pálidas primero, densas, más negras, después, conforme van desgreñándose los auríferos rayos del sol, según éste va empalideciendo y hundiéndose...

Del *maset* blanquísimo y coquetón sale *Antonio* en dirección á *Luisa*, que oculta de espaldas á aquél, vuela su cometa, en el andén central del huerto, canturreando pensativa.

LUISA.—*(Ligeramente encorvada y dando suaves tironcitos del bramante de la cometa, que asciende, á graciosos saltitos, cabeceando en el espacio y agitando en bruscos serpenteos su rizada cola. Pensativa, canturrea muy bajito:)*

¡Cómo quieres que yo cante,
si hasta mi pobre guitarra
llora lágrimas de sangre!..

ANTONIO. *(Jovial, llegándose á ella.)*—Luisita, perdone usted que la interrumpa... Pero, para recuperar la prenda que he perdido jugando, me obligan á hacerle el amor á usted... Yo dejaría perder la prenda, si sólo se tratara de ocasionarle á usted una molestia, pero la molesto por algo más sabroso y agradable para mí: por el placer de hacerle el amor...

LUISA.—¿Por compromiso?

ANTONIO.—Por pasión y muy á gusto... Ya ve usted: los que dirigen el juego de prendas se han figurado ocasionarme una contrariedad obligándome á venir, y no saben que me han proporcionado un placer...

LUISA.—Pues á mí, la molestia—porque me molesta, créalo usted—de repetirle lo que he dicho hasta hoy...

ANTONIO. *(Emocionado.)*—Pero ¿no me querrá usted nunca?

LUISA. *(Con amable sequedad.)*—Ya sabe usted que no...

ANTONIO.—Y siguiendo usted su sistema de aislamiento, menos... ¿Por qué no toma usted parte en nuestros juegos?.. ¿Por qué nos priva usted de su deliciosa compañía?.. Yo frecuento este *maset* por verla y hablarla únicamente... Y usted siempre tiene un pretexto para alejarse... ¡Ah! Para que no se me olvide... Antes preguntó por usted, con mucho interés, Alsina...

LUISA. *(Estremeciéndose y poniendo un ceño adusto.)*—¡Alsina! Pero ¿ha vuelto?

ANTONIO.—Sí... Me han presentado á él...

LUISA.—¿No le conocía usted?

ANTONIO.—No. Cuando yo llegué destinado á esta guarnición, aún no hace un año, él estaba en Madrid... Tenía deseos de conocerle, porque en el Casino me hablaban tanto de él como modelo de alegría, de despreocupación...

LUISA.—Sí..., dígalo usted claro..., de perdido...

ANTONIO.—No me atrevía á decirlo... Creo que derrochó una fortuna considerable...

LUISA.—Sí, lo mismo que otro amigo suyo á quien creo que usted tampoco conoce...

ANTONIO.—¿Enrique Bescós?

LUISA.—El mismo... *(Temblando.)* ¿Ha... vuelto... también?..

ANTONIO.—No. Alsina ha dicho que se ha quedado en Madrid... ¡Oh! Creo que están regenerados los dos...

LUISA. *(Cada vez más pálida.)*—¡Ca!.. Es imposible...

ANTONIO.—Pues eso dice Alsina y eso asegura su primo de usted, Jacinto, que ha llegado de Madrid con Alsina á comerse la *mona* de Pascua con todos nosotros...

LUISA.—Y ¿qué dicen?

ANTONIO.—Alsina es hoy gerente de una sociedad muy importante, trabaja mucho y vive muy retirado.

LUISA. *(Extraordinariamente pálida.)*—¿Y... el amigo de Alsina?..

ANTONIO.—También está hecho un hombre serio. En los dos años que lleva de residencia en Madrid se ha hecho un puesto muy honroso entre los escritores de moda... La novela *El triunfo de la Muerte*, que tan célebre se ha hecho, es suya, lo mismo que el libro de versos que á usted le gustaban tanto: *Gotas de rocío*...

LUISA. *(Muy emocionada.)*—¿Pero... no son de José Ido Izquierdo?

ANTONIO.—Ese nombre es un seudónimo tomado de una novela de Galdós... Pero ¿se siente usted mal?.. ¿Qué tiene usted?..

LUISA.—No sé... Estoy... mal, sí... Los nervios sobresaltados...

ANTONIO.—¿Quiere usted que llame?

LUISA.—¡Oh! ¡No!.. *(Echándose á llorar.)*

ANTONIO.—¿Qué tiene usted?

LUISA.—Una pena hondísima, muy amarga... Es el motivo de mi aislamiento, que debí confesarle antes... ¿Me da usted su palabra de no decirlo?..

ANTONIO.—Se lo juro á usted...

LUISA.—Enrique Bescós... ha sido mi novio... muchos años, en secreto... Se comentaba mucho la asiduidad con que venía á verme, sus deferencias para conmigo, la intimidad con que nos hablábamos, pero nadie podía asegurar que nos queríamos... Es decir, que le quería yo, porque él...

ANTONIO. *(Intensamente interesado.)*—¿Él?

LUISA.—Él no me quiso nunca... Yo fuí, ingenua-

mente, sin darme cuenta, su maestra de psicología femenina... ¡Oh! Ahora comprendo muchas cosas que no entendía... Me declaré á él... Sí, no lo niego. ¿No tienen los hombres derecho á decirnos que nos quieren sin preguntárselo?.. Pues yo se lo dije porque él me lo preguntó... Fué un día como el de hoy, día de Pascua... Yo era una niña casi: catorce años, ya ve usted... Era la primera Pascua en que me permitían alternar con los pollos y con las pollitas... Fué el día más alegre de mi vida... En este *maset* nos habíamos reunido á comer la *mona*, como hoy, varias familias... Pasamos la tarde jugando á prendas, á las cuatro esquinas, á toda clase de juegos, á cual más gracioso, bailando rigodones y valses y sevillanas..., ¡todos los bailes!.. Luego vino la merienda... Se sortearon los puestos, con objeto de que todas las muchachas—y no sólo las que tuvieran novio—se viesen atendidas y agasajadas... A Enrique Bescós le tocó sentarse á mi lado... Estuvo más atento que nunca... Al final yo no sé cómo fué... Pero me puse triste de tanta alegría... Lo fuerte de la merienda, la mezcla de sorbitos de distintos licores, tal vez el *champagne*, el cansancio de jugar, la pólvora de los cohetes y la música y la letra de los cantares me pusieron triste... Enrique quiso consolarme, pero sus palabras me hicieron llorar. Me preguntó el motivo, me dió palabra de callarlo, me llamó mala amiga...

Antonio.—Y entonces...

Luisa. — Entonces acabé confesándole que le quería... Volvimos á la ciudad... Él fué mi pareja... El camino era obscurísimo, pero nuestra felicidad, el eco de las carcajadas y de los cantares y de las conversaciones y los estampidos y los relampagueos de los cohetes, nos lo hacían ver luminoso, alegre... ¡Lo alumbraba nuestra dicha!

Antonio.—¿Y fueron ustedes novios?

Luisa.—Sí, cuatro años. Él era muy calavera... Yo le reprendía .. Pero él me atajaba siempre con lo mismo: «Mira, soy joven, quiero vivir para ver... Yo quiero ser escritor y para escribir bien el mejor libro es la vida.» Yo me ponía triste... Entonces halagaba mi vanidad diciéndome: «Oye, Luisilla, ¿no te gustaría que yo fuese un gran escritor y tú mi mujercita, mi musa?.. Todas te envidiarían más que siendo sólo la mujer de un propietario, lo que soy hoy... Y para ser escritor necesito ademas de la instrucción que poseo, gozar y sufrir... Mira..., hasta que no me arruine, no sabré lo que es padecer, es decir, lo que es vivir.» A mí me aterraba que cayese en la miseria... Pero á él no. Es más, lo deseaba...

Antonio.—Y lo consiguió...

Luisa.—Sí, y labró mi desdicha... Aquel día comprendí por qué quería ocultar nuestro amor, porque tenía otras novias, no para despistar á los curiosos... El día que perdió la última peseta se encerró en la biblioteca y me escribió una carta tan falsa como pérfida ..

Antonio.—Sí. Había oído decir algo, pero muchos afirman que la escribió despechado porque no logró ser correspondido...

Luisa.—En la carta me decía que no me había querido nunca, que había jugado conmigo, que era una muñeca vulgar... Y además..., ¡oh, parece increíble!, me decía que habría querido escupir mis besos, ¡y no le había dado ni uno!.. En fin, por no seguir, me atribuía una participación indigna de mi decoro y de mi honradez en ciertas escenas íntimas y repugnantes con él, á solas...

Antonio.—¿Y le mandó la carta?

Luisa.—¡Oh! Supo hacer más daño... En vez de enviármela, dejó la carta, como olvidada, encima de un velador en el casino... La carta corrió de mano en mano antes de llegar á las mías, sembrando la duda por todas partes y devorando mi reputación...

Buenos Aires. — Concurso para la erección de un monumento al general Mitre, proyecto de Agustín Querol

Lloré... Luego la tristeza se apoderó de mí... Una tristeza que no me deja olvidarle á *él* ni amar á otro...

Varias voces. *(A la puerta del maset.)* —¡Eh! ¡Antonio! Ya hay bastante... Vas á tener que pagar otra prenda para que te permitamos hacer el amor...

II

Es de noche...

Luisa. *(Acabada la merienda, huye al huerto para librarse de la alegría general, que la entristece más. De pronto ve un bulto negro que se dirige hacia ella y grita:)*—¡Ay!

Enrique. *(Imperativo y cariñoso.)*—¡No grites!

Luisa.—¡Tú!

Enrique.—Sí, yo... Estoy toda la tarde como alma en pena acechando el momento de venir á traerte la *mona* que te corresponde... Ya ves: no quiero que hagas el desairado papel de otras que no tienen *mona* porque les falta un novio que se las regale...

Luisa. *(Inmensamente estupefacta.)*—¡Tú!

Enrique.—Yo... No te admires... Y como no tenemos tiempo que perder, voy á darte una explicación. Todo lo que he hecho...

Luisa.—Infame...

Enrique.—Conforme: todas mis infamias no han tenido más que un objeto: conservar tu cariño.

Luisa.—Pero... ¿podías dudar?..

Enrique.—Sí. Quería arruinarme para tener el valor de alejarme de aquí á triunfar... Arruinado, tus padres habrían querido casarte con un hombre de más posición y más juicioso... Quise evitarlo con infamias... Yo necesitaba darte un desengaño inconcebible para que no pudieses volver á amar, y que se dudase de tu virtud para que nadie te amase... ¿He sido un loco? Bueno; mi amor me volvió así... Yo convenceré á todos de que eres más pura que el sol y de que yo, loco y todo, te adoro. ¿Hice mal? Dispuesto estoy á pagarlo con mi amor infinito, con mi porvenir brillante y con mis alegrías que te ofrezco... Sólo á ti he querido... y has de ser mía, ¡mía! ¿Lo oyes? ¡No contestas! ¿Lo ves? *(Ella llora.* Si no has podido dar tu corazón á nadie porque te lo tenía cogido mi cariño... ¡Luisa, Luisa mía! Perdóname y quiéreme...

Una voz. *(Desde el maset.)* —¡Luisa, que nos vamos!..

Luisa. *(Llorando.)*—¡Déjame!..

Enrique.—¿Saldrás á la reja esta noche, á las once?

Luisa.—¡No!.. *(Vase llorando, llorando... ¿De pena, de alegría?.. De todos modos, ¡es una pena tan dulce la que siente!..)*

Enrique.—¡Oh! ¡Me quiere aún! No ha podido ni hablar... ¡Ni insultarme!.. ¿Dice que no saldrá á la reja?.. Ya saldrá, ya, ¿mañana, pasado?, ¡quién sabe!.. He sabido vencer la hostilidad del público con mi arte, y no me ha de ser difícil reconquistar la estimación de ella... ¡Sufriré, me humillaré! *(Mirando hacia donde se fué ella.)* ¡Sí!.. ¡Me haré amar de ti!.. *(Sigue forjando proyectos para recobrar el cariño de Luisa, hablando enardecido, como alucinado.)*

Un cohete volador estalla en el cielo estrellado, desgranando puñados de luces de colores, que parecen estrellas que los angelitos machacan en el cielo para festejar la resurrección de un idilio.

El Bachiller Corchuelo

(Dibujo de Opisso.)

BUENOS AIRES

MONUMENTO AL GENERAL MITRE

Al extinguirse la existencia de aquel nobilísimo caudillo, aquel prócer ilustre, á quien tanto debe el pueblo argentino y cuyo nombre se pronuncia con la respetuosa consideración que sólo merecen los grandes patricios, surgió el propósito de glorificar su memoria erigiendo en Buenos Aires un monumento que perpetuase su hidalguía, su patriotismo y la provechosa labor que realizó en el transcurso de su vida en honra y prez de la nacionalidad argentina.

Al efecto anuncióse un concurso, en el que han tomado parte tres artistas de reconocida fama, que han logrado indiscutible notoriedad, cuales son el italiano Casandra, el francés Coutan y nuestro paisano Agustín Querol. Todos han procurado interpretar los deseos del pueblo argentino y expresar los múltiples conceptos que entraña la personalidad del general-estadista Bartolomé Mitre; mas según se desprende de los juicios emitidos por los críticos bonaerenses y del público de aquella hermosa ciudad, cuya confirmación hállase en los proyectos que reproducimos en estas páginas, resulta que los bocetos remitidos por el excelente escultor Querol han merecido el aplauso general, siendo probable que el Jurado premie y escoja para su ejecución alguno de los proyectos presentados por nuestro amigo. Mucho nos complacería que así fuese, pues Querol ha concebido una obra digna de aquel preclaro argentino, severa cual lo fué su carácter, grandiosa como su gloria y tan simpática como sus cívicas virtudes y sus merecimientos

Buenos Aires.—Concurso para la erección de un monumento al general Mitre, proyectos de Agustín Querol

BARCELONA

QUINTO CONCURSO INTERNACIONAL DE LAWN TENNIS

En el magnífico campo que en la calle de Alfonso XII (San Gervasio) tiene el Club Inglés, efectuóse el domingo, día 14 de los corrientes, el quinto Concurso internacional de *lawn-tennis*, en el cual tomaron parte notabilísimos jugadores. Las partidas fueron interesantísimas y muy reñidas, siendo cada tanto disputado con gran empeño y dando los jugadores pruebas de habilidad, destreza y resistencia grandes.

El resultado final del concurso fué el siguiente:

Vencedor por un año de la copa de S. M. el rey D. Alfonso XIII, E. Witty; primer premio, J. C. Lapazarán.

Vencedores por un año de las copas del Ayuntamiento, J. C. Lapazarán y marqués de Narros; segundo premio, E. Witty y A. Leask.

Partidos por parejas mixtas: primer premio. A. Leask y miss Phillips; segundo premio, E. Bartroli y miss E. Bartroli.

Partidos individuales de señoritas: miss Phillips.

Handicaps dobles: primer premio marqués de Narros y J. C. Lapazarán; segundo premio, M. y R. Tey.

Handicaps dobles de segunda clase: primer premio, E. Hubbard y K. Park; segundo premio, E. Radisson y R. Mújica.

Handicaps Singles: primer premio, J. C. Lapazarán; segundo premio, marqués de Narros.

Handicaps Singles de segunda clase: primer premio, C. Noble, segundo premio, E. Koettlitz.—C.

Barcelona. – Quinto concurso internacional de lawn-tennis. Aspecto del campo al jugarse la partida final. (De fotografía de Pedro Romeu.)

PARÍS.—LA HUELGA DE LOS PANADEROS

De la tan cacareada huelga de la alimentación, que había de crear un gravísimo conflicto en París y que al fin y al cabo ha sido un fracaso completo, sólo quedó la huelga parcial de los obreros panaderos, y aun ésta tan limitada y seguida con tan poco entusiasmo, que desde un principio únicamente holgaron 600 de aquéllos, entre 4.000 trabajadores del oficio, y aun la mayoría de ellos han vuelto poco á poco á sus faenas.

Esa huelga se acordó, como todas, en la llamada Bolsa del Trabajo, y no sólo para la capital, sino además para toda Francia; pero no ha sido secundada más que en dos ó tres capitales, como Marsella, Tolón y Montençón, pero en ninguna de ellas ha revestido importancia y en ninguna parte ha faltado ó siquiera escaseado el pan un solo día.

Los huelguistas han cometido algunas violencias, ya tratando de echar en las artesas arena ú otras materias menos inofensivas, ya intentando cortar las cañerías de agua y gas de las tahonas, ya agrediendo á los compañeros que no han querido abandonar el trabajo; pero el público, tomándose á veces la justicia por su propia mano, y el gobierno procediendo con energía y arrestando á los transgresores de la ley, han puesto á raya á los alborotadores.

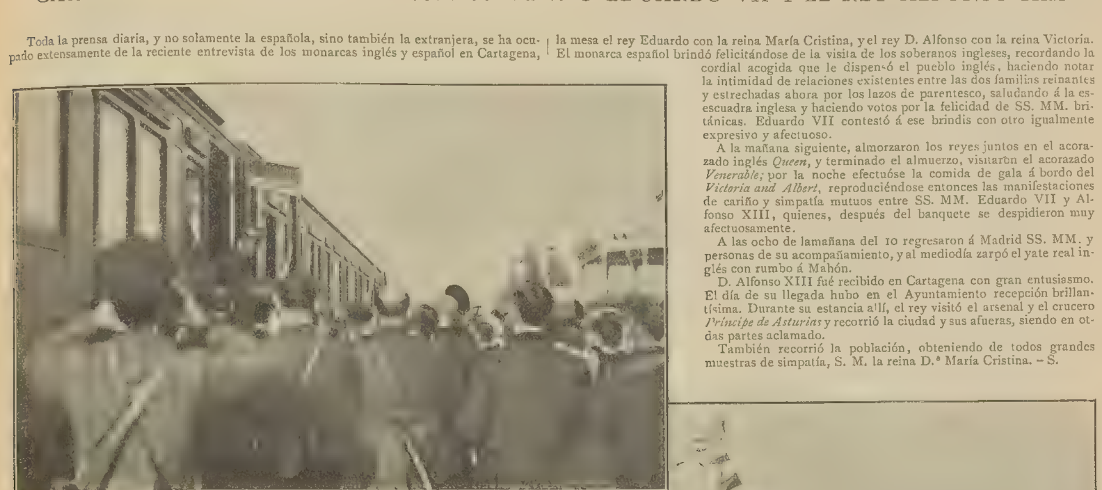
En la Bolsa del Trabajo menudean las reuniones, en las que los propagandistas más conocidos procuran con sus exaltadas peroraciones mantener el calor de los huelguistas; pero sus esfuerzos se estrellan ante la pasividad de la inmensa mayoría de los obreros que no han querido abandonar el trabajo ó han vuelto á él pasados los primeros entusiasmos, y sus fogosas palabras apenas hallan eco entre la gran masa de la clase trabajadora, cada vez más convencida de que no son aquéllos los redentores que han de conducirla al logro de sus aspiraciones.

El objeto aparente de la huelga ha sido obligar á los patronos á cumplir la ley del descanso semanal é impedir que los parlamentarios la mutilen á pretexto de mejorarla; pero con ocasión de la misma, la Federación del Trabajo ha formulado pretensiones relativas al aumento de salario, que exige sea de 49 francos por seis días de labor, y pagándose aparte las hornadas suplementarias. Los patronos han rechazado estas pretensiones con tanto mayor motivo cuanto que, como dejamos dicho, la huelga ha sido un fracaso y todo induce á creer que dentro de pocos días quedará restablecida la normalidad. –S.

París. – La huelga de los panaderos. Una reunión de obreros en la sala de las huelgas de la Bolsa del Trabajo (De fotografía de M. Branger.)

CARTAGENA.—ENTREVISTA DE SS. MM. EL REY EDUARDO VII Y EL REY ALFONSO XIII

Toda la prensa diaria, y no solamente la española, sino también la extranjera, se ha ocupado extensamente de la reciente entrevista de los monarcas inglés y español en Cartagena,



Llegada del tren real á Cartagena

á la que se ha concedido mucho mayor alcance que el de una simple visita de cortesía. Unánimemente se reconoce que ese suceso tiene importancia internacional y, enlazándolo con los anteriores acuerdos de inteligencia entre España, Francia é Inglaterra, la diplomacia europea lo señala como síntoma de una alianza de las tres potencias para resolver cuantos problemas se planteen en el Mediterráneo y en particular en Marruecos. Difícil es saber de momento, dada la reserva usual en ese linaje de negociaciones, hasta qué punto tales suposiciones son ciertas: pero como, de serlo, los efectos han de ser muy pronto visibles, no hemos de tardar mucho en salir de dudas.

La entrevista celebróse en Cartagena en los días 8 y 9 de los corrientes. En la mañana del 8 llegó á aquella ciudad el rey D. Alfonso XIII, y poco después avistábase la escuadra inglesa que conducía al rey Eduardo VII y á su augusta esposa. El monarca español, á quien acompañaban la reina D.ª María Cristina, el infante D. Fernando, el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura, el ministro de Estado Sr. Allende Salazar y el embajador de España en Londres Sr. Villaurrutia, salió á bordo del *Giralda* al encuentro del yate real inglés *Victoria and Albert*, en donde los dos reyes celebraron su primera conferencia. Poco después los soberanos ingleses devolvieron la visita á los españoles, que los recibieron á bordo del *Giralda*.

Por la noche, hubo banquete de gala en el buque de guerra español *Numancia*. El improvisado comedor ofrecía deslumbrador aspecto. Ocuparon los centros de la mesa el rey Eduardo con la reina María Cristina, y el rey D. Alfonso con la reina Victoria. El monarca español brindó felicitándose de la visita de los soberanos ingleses, recordando la cordial acogida que le dispensó el pueblo inglés, haciendo notar la intimidad de relaciones existentes entre las dos familias reinantes y estrechadas ahora por los lazos de parentesco, saludando á la escuadra inglesa y haciendo votos por la felicidad de SS. MM. británicas. Eduardo VII contestó á ese brindis con otro igualmente expresivo y afectuoso.

A la mañana siguiente, almorzaron los reyes juntos en el acorazado inglés *Queen*, y terminado el almuerzo, visitaron el acorazado *Venerable*; por la noche efectuóse la comida de gala á bordo del *Victoria and Albert*, reproduciéndose entonces las manifestaciones de cariño y simpatía mutuos entre SS. MM. Eduardo VII y Alfonso XIII, quienes, después del banquete se despidieron muy afectuosamente.

A las ocho de lamañana del 10 regresaron á Madrid SS. MM. y personas de su acompañamiento, y al mediodía zarpó el yate real inglés con rumbo á Mahón.

D. Alfonso XIII fué recibido en Cartagena con gran entusiasmo. El día de su llegada hubo en el Ayuntamiento recepción brillantísima. Durante su estancia allí, el rey visitó el arsenal y el crucero *Príncipe de Asturias* y recorrió la ciudad y sus afueras, siendo en otdas partes aclamado.

También recorrió la población, obteniendo de todos grandes muestras de simpatía, S. M. la reina D.ª María Cristina. – S.

El crucero español «Princesa de Asturias,» visitado por S. M. D. Alfonso XIII durante su estancia en Cartagena

Los reyes de España despidiendo á los soberanos ingleses á bordo del yate real «Giralda»

Retrato del pintor Ernesto Hebert, pintado por A. N. Meret

Mignon, cuadro de C. Landelle

Retrato de la Sra. X, pintado por Alberto de Keller. (Exposición de los Secesionistas muniquenses, 1906.)

El can predilecto, grupo escultórico del príncipe Pablo Troubetzko.

Fiesta popular rusa, cuadro de Ilja Rjepin

NUESTROS GRABADOS

MARÍA GAY

Hasta hace poco, esa artista eminente habíase dedicado sólo á la música de concierto, cosechando en todas las grandes capitales en donde se dejaba oir ruidosos aplausos por la maestría con que interpretaba las más bellas composiciones de los músicos antiguos y modernos. Aquí en Barcelona, su patria, obtuvo también por entonces brillantes éxitos, siendo confirmada la fama de que venía precedida por nuestro público, que pudo admirar, así la belleza de su voz, como la irreprochable pureza de su escuela. Los *lieds* alemanes, las canciones francesas y los cantos populares catalanes tienen en María Gay una intérprete de condiciones excepcionales que sabe dar á las composiciones que ejecuta la expresión y el sentimiento adecuados, asimilándose fielmente la idea del autor y traduciéndola con toda la intensidad de un corazón todo arte, todo poesía.

No contenta, sin embargo, con estos triunfos, deseosa de probar sus aptitudes en empresas más arduas, pensó en dedicarse á la ópera, y de pronto, casi sin ensayos, debutó en el gran teatro de la Moneda de Bruselas con la *Carmen*, esa obra bellísima en que el malogrado Bizet fundió en la suya el alma de la poética Andalucía. La primera noche, el público acogióla con cierta reserva; á la tercera representación la aclamaba con entusiasmo delirante. Desde entonces, encarnando el difícil personaje de la cigarrera sevillana, ha recorrido triunfalmente los principales escenarios de Europa: París, Londres, Milán y otras capitales han consagrado el fallo de Bruselas, reconociendo que ha sabido hacer de *Carmen* una verdadera creación.

María Gay, rompiendo abiertamente con la tradición, quiere y sabe acercar el tipo del personaje al de la vida real, y en vez de la enamorada elegante que de Carmen han hecho las cantantes más célebres, presenta en toda su crudeza, por decirlo así, «á la sevillana basta, sensual, perversa y diabólica que con sus danzas turba los sentidos y condena un alma con una mirada,» como, hablando de ella, ha dicho un notable crítico italiano.

Dentro de pocos días la oiremos en Barcelona, en donde, sin duda alguna, obtendrá el mismo éxito entusiasta que en todas partes.

Sea bienvenida la eminente artista, cuyo retrato honra hoy las páginas de este periódico.

LOS AUTOMÓVILES

EN EL EJÉRCITO

El automóvil ya no es solamente el vehículo de lujo que se ostenta en los paseos, ó favorece el turismo, ó lucha en desenfrenadas y á menudo mortíferas carreras; sus ventajas, unánimemente reconocidas, han determinado su utilización para servicios públicos, ora conduciendo pasajeros en el interior de las urbes, ora reemplazando á las antiguas diligencias para las comunicaciones entre los pueblos rurales, ora facilitando la conducción de la correspondencia ó el acarreo de mercancías.

Los ejércitos también han utilizado elemento tan valioso para sus fines guerreros, y hoy el automóvil es de uso corriente en muchas naciones como medio de transporte y aun como máquina de ataque y de defensa.

Mas no se circunscribe á esto solo su empleo en los organismos militares, sino que recientemente el ministerio de la Guerra de Francia ha adquirido tres automóviles para destinarlos á ambulancias sanitarias. Son coches Panhard, de 24 caballos de fuerza, con *carrosserie* limusina, amortiguadores Krebs y pneumáticos Michelin, en los que caben ocho heridos sentados y cuatro cómodamente tendidos.

La celebrada cantante barcelonesa MARÍA GAY en la ópera *Carmen*, que cantará en breve en el Teatro Principal de esta ciudad y de cuya protagonista ha hecho una verdadera creación. (De fotografía de Histed.)

Ocioso nos parece señalar la superioridad de esos vehículos, que el adjunto grabado reproduce, sobre los que hasta ahora se habían empleado para el expresado objeto, y no dudamos de que el ejemplo del ministro francés será imitado por los de otras naciones.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

El vuelo de ánades silvestres, cuadro de Juan F. Millet. – Hace dos semanas, á propósito de la reproducción de otro cuadro de este mismo autor, expusimos en breves conceptos lo que en la historia del arte significaba la obra admirable de gran artista francés. Téngase por repetido lo que entonces dijimos y que es perfectamente aplicable al cuadro bellísimo, lleno de encantadora poesía, que hoy publicamos.

Retrato del pintor Ernesto Hebert, pintado por A. N. Morot. – Sin más que contemplar esa venerable cabeza y fijarse en esa reposada actitud, se adivina que el retratista ha reproducido fielmente la imagen del retratado, y no sólo la imagen física, sino también el espíritu que la anima. Detrás de aquella frente se percibe un mundo de ideas; en aquellos ojos se refleja una visión ahondadora, y en aquel gesto se revela una acción reflexiva; y éstas son, en efecto, las cualidades características del eminente pintor Hebert.

Mignón, cuadro de C. Landelle. – Toda la melancolía de la pobre niña á quien el vago recuerdo de su infancia y las tristezas de su adolescencia hacen añorar «el país en donde el naranjo florece,» hállase expresada en esa interesante figura tan admirablemente pintada por el notable artista francés. En la *Mignón* de Landelle se resumen la poesía toda de la ideal creación de Goethe y las dulces melodías de la ópera de Thomas.

Retrato de la Sra. X, pintado por Alberto de Keller. – Este pintor muniquense es tenido por uno de los mejores retratistas alemanes. En la última exposición de los secesionistas de Munich presentó seis retratos, entre ellos el que reproducimos, á cual más bello. Sus obras de este género se distinguen por su elegante factura, por la armonía de los tonos, por el acierto en la combinación de los elementos accesorios y muy particularmente por la naturalidad de la expresión y de la actitud del retratado.

El can predilecto, escultura de Pablo Troubetzkoi. – Quien juzgara á Troubetzkoi por ese delicado grupo, creeríalo adepto de esa escuela que sólo se preocupa de la elegancia de la línea puesta al servicio de un arte ligero; mas conociendo otras obras suyas, entre ellas la estatua del famoso escultor Rodin, de un vigor y firmeza imponderables, hay que confesar que el príncipe artista ruso domina por igual los géneros más opuestos y ajusta de un modo perfecto su técnica á la índole de cada asunto.

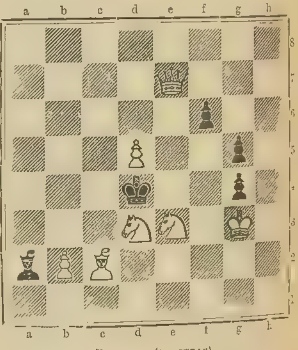
Fiesta popular rusa, cuadro de Ilja Ijepin. – Ruso es también el autor de ese bellísimo cuadro y es casi el decano de los pintores de su país, siendo considerado como maestro eminente por la generación actual. Cultiva con predilección el retrato, pero no descuida otros géneros, especialmente el de las costumbres populares, y de la maestría con que sabe reproducirlas es buena prueba el lienzo suyo que en este numero publicamos.

PARÍS. – PRIMEROS AUTOMÓVILES DESTINADOS Á AMBULANCIAS MILITARES. (De fotografía de M. Branger.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 459, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 458, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Cb6×d5	1. Rb3–c4
2. Db1–d3 jaque	2. Cualquiera.
3. T ó P mate.	

VARIANTE

1...... Rb3–a4; 2. Db1–d3, etc.

Toda esta pompa religiosa desfiló por entre las dos hileras apretadas y silenciosas de la multitud

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

I

En el aire tibio de una magnífica tarde de junio, voltearon las campanas de la catedral de Angers, y el viento suave que empujaba en el azul intenso del firmamento algunas blancas nubecillas, llevóse aquellos alegres tañidos por encima de la ciudad, más allá del antiguo campo de Fremur, hacia el Loire.

De pie en la puerta del invernadero, cuyos transparentes resguardaban del sol su cutis delicado, Aurette inclinó un poco la cabeza hacia un lado para oir mejor; las campanadas sucedíanse graves y sonoras, llenando de notas y de armonías misteriosas los grandes álamos y los abetos que formaban una cortina de follaje en torno de la casa escondida entre sus ramas.

—Han terminado las vísperas y ahora sale de San Mauricio la procesión, dijo á un criadito que delante de ella contemplaba inmóvil las flores que su ama preparaba.

Fuése el muchacho y Aurette examinó su obra; era ésta un sencillo ramillete destinado á adornar el centro de la mesa en que debía celebrarse la comida de aquel hermoso domingo de Corpus; pero un ramillete, aun siendo sencillo, puede contener muchas cosas, y aquél era todo un poema. No había en él más que flores escogidas: pelargonios blancos con vetas de púrpura ó de rosa, heliotropos delicados, hojas aladas de adianthos, rosas amarillas, finas y raras, rosas blancas con los pétalos centrales encarnados, y acá y allá algunas ramitas de una madreselva exótica; era, en una palabra, un encaje de colores y de perfumes.

Aurette se inclinó sobre su ramillete puesto en un cucurucho de cristal de Bohemia, lo contempló, lo aspiró y con una cintita que á prevención llevaba, atólo con gran destreza sin sacarlo del jarro; después lo cogió para cerciorarse de que, aun privadas de apoyo, las flores conservaban el puesto que les había señalado, y en vista del buen éxito de la prueba volvió á colocarlo en el cucurucho, que llenó de agua hasta el borde.

«Creo que nunca he hecho un ramo tan bonito como éste,» pensó, mientras una sonrisa casi triunfal iba desde su boca á sus lindos ojos iluminando aquel semblante juvenil y encantador en el que asomaba un rubor fugaz.

Después se inclinó hacia las flores y besó sus aromosas extremidades.

El rodar de un coche sobre la arena la arrancó de su preocupación, y echando á correr hacia la casa, volvió á salir en seguida tocada con un sombrero que dejaba en la penumbra sus cabellos claros y sus obscuros ojos.

—Papá, dijo volviéndose hacia una de las ventanas que daban sobre la escalinata, venga pronto, ó llegaremos tarde y Julia nos reñirá.

Apareció entonces el Sr. Leniel, á quien un rebelde reumatismo hacía cojear ligeramente, sin que ello menguara la nobleza de su paso. Su elevada estatura, su cuerpo erguido á pesar de los frecuentes ataques de dolor y su bello semblante pálido, justificaban el nombre que le habían puesto en la época en que le llamaban el guapo Leniel.

Después de haberse sentado, no sin alguna dificultad, en el fondo del carruaje, volvióse hacia su hija mayor preguntándole:

—Y Sidonia, ¿no viene?

Una ligera sombra veló las delicadas facciones de Aurette mientras respondía negativamente.

—Y Carlos, ¿no viene tampoco? ¿Tanto lujo para nosotros dos solos? Corriente.

El coche, arrastrado por dos buenos trotadores, llevóse á Aurette y á su padre, sentados una al lado de otro.

A medida que se acercaban á la ciudad, el señor Leniel parecía reflexionar.

—¿No te parece que Sidonia se vuelve demasiado seria?, preguntó á su hija.

Aurette se había ruborizado imperceptiblemente; la más leve emoción hacía afluir un poco de sangre á su rostro, de una blancura delicada y suave como la de la magnolia.

—¿Demasiado seria?, dijo con cierto acento de vacilación.

—Sí, triste..., qué sé yo; pero es indudable que ha variado, pues antes era la despreocupación misma. ¿Estará enferma?

—No, por lo menos así lo espero.

Después de una corta pausa, Aurette, volviendo hacia su padre su semblante lleno de bondad, añadió con expresión casi suplicante:

—¡Es muy joven, papá!

—¡Joven!, repuso el Sr. Leniel riendo. ¡Ya lo creo que es joven! Tampoco tú eres vieja, ni lo es Carlos, ni Julia... ¡Todos sois jóvenes, pajaritos míos! En nuestro nido no hay más viejo que yo.

Y al decir esto, lanzó un prolongado suspiro. La muerte de su esposa, acaecida cuatro años antes, le había quebrantado profundamente, y sin la solicitud de su primogénita, sus hijos habrían corrido peligro de quedarse huérfanos.

—¡Oh, yo!, exclamó Aurette con una sonrisa radiante. ¡Yo soy vieja, venerable! Pronto cumpliré veintitrés años y es en vano querer disimulárselo.

El Sr. Leniel miró á su hija con tal intensidad de cariño, que el corazón se le oprimió.

Aurette deslizó sobre la mano que Leniel tenía apoyada en la rodilla la suya, fina y enguantada, y apretó rápidamente aquella buena y cariñosa mano paternal, aunque sin mirar á su padre por temor de enternecerle. En aquel momento, las campanas de la catedral rompieron en un hosanna, casi encima de sus cabezas.

—Mire, papá; ya entra la procesión. Habremos llegado precisamente á punto para recoger á Julia.

En efecto, la procesión avanzaba por debajo de los árboles del boulevard entre dos filas de gente curiosa y respetuosa al mismo tiempo. Los troncos de los árboles estaban rodeados de blancos lienzos, en los que había clavadas con singular gusto flores y hojas; por encima de las cabezas flotaban suavemente largas tiras de muselina que colgaban de los balcones, y oriflamas sembradas de estrellas de oro balanceábanse suavemente por encima de las cabezas; todos los vecinos ingeniábanse á porfía para decorar sus casas de una manera original, casi siempre bonita. Mientras llegaba la procesión, un hércules había extendido su alfombra en el suelo y ejecutaba ejercicios de fuerza que los bobalicones contemplaban con la boca abierta.

—He aquí una cosa que recuerda la Edad media, dijo el Sr. Leniel con sonrisa indulgente. Del mismo modo histriones y juglares precedían antiguamente á la representación de los misterios.

En esto oyóse á poca distancia un redoble de tambores que tocaban á llamada, y el saltimbanquis recogió la alfombra y se fué algo más lejos á ejercer sus habilidades.

El coche se había detenido, por orden de Aurette, á la esquina del boulevard, desde donde padre é hija, puestos de pie, presenciaron el paso del cortejo.

Abrían la marcha los tambores de la ciudad tocando sus instrumentos con aire digno, á pesar de que sus sombreros redondos les quitaban algún prestigio; seguían las niñas vestidas de corto, unas rizadas y ataviadas con sus trajecitos blancos, y otras, muy chiquitas, andando á paso corto y ligero y llevadas algunas de ellas de la mano tutelar de sus hermanas ó de sus madres. Venían después las que aquel año habían

hecho la primera comunión, con sus vestidos de muselina blanca y sus largos velos; detrás iban estandartes, oriflamas, las letanías de la Virgen en banderas blancas ó azules, las Virtudes teologales y algunas santas representadas por hijas de familias acomodadas, otras muchachas que llevaban sobre un almohadón las insignias de su cofradía; en una palabra, toda una juventud virginal, vestida de blanco que avanzaba entonando cánticos.

María Magdalena, con su túnica de pequeños pliegues y su cabellera rizada que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, caminaba mirando al suelo.

—Ahí está Julia, dijo Aurette en voz baja.

La María Magdalena, advertida por una intuición secreta, alzó un momento los ojos, vió los semblantes satisfechos de su padre y de su hermana y les dirigió una sonrisa en la que se mezclaban por modo raro la alegría familiar y el éxtasis religioso; después la sonrisa se desvaneció, y Julia, recobrando su porte humilde, pasó por delante de ellos como ensimismada en la oración y en el arrepentimiento.

—Mucho me place que sea este el último año de convento, murmuró el Sr. Leniel; pues de seguir como hasta ahora, acabaría por desprenderse enteramente de nosotros.

—¡Papá!, exclamó Aurette con acento dulce. ¡No vaya usted á tener celos de Dios!

—No los tengo, porque pronto volverá á nuestro lado, respondió el Sr. Leniel gravemente.

Ahora desfilaban los muchachos, primero los más pequeños, como en la sección de niñas, pero costando mayor trabajo conservar entre ellos el orden. Un minúsculo San Juan Bautista, vestido con un traje de punto rosa y una piel de cordero, parecía sofocado por el calor y por el orgullo á la vez; un Jesús de diez ó doce años llevaba sin fatiga y sin dolor su cruz hueca, y un San Luis de la misma edad que llevaba la corona de espinas sobre un almohadón de terciopelo encarnado, barría el polvo con su manto real con franja de armiño, con la arrogancia de un niño que se siente bello y admirado.

Toda esa pompa religiosa desfiló por entre las dos hileras apretadas y silenciosas de la multitud, que se juntaban casi inmediatamente después de haber pasado el palio, cerrando así la procesión. Algunos, sin embargo, se separaban de los grupos y se encaminaban apresuradamente á otro sitio para volver á disfrutar del espectáculo.

—A la catedral, dijo Aurette al cochero.

Y el coche echó á andar lentamente por las calles, cuyos vecinos quitaban á toda prisa los adornos de la fiesta á fin de terminar alegremente el día fuera de casa.

El Sr. y la Srta. Leniel llegaron al presbiterio de San Mauricio cuando la procesión doblaba la esquina del palacio arzobispal. Las verjas y las paredes desaparecían bajo curiosos tapices, admirablemente conservados, que formaban parte del tesoro de la catedral acumulado durante varios siglos. Por segunda vez pasó por delante de ellos toda aquella magnificencia un tanto teatral: el cortejo iba más de prisa, con evidente deseo de regresar á la iglesia. La María Magdalena, que continuaba caminando con los ojos bajos, pálida, cansada, sin hacer caso alguno del murmullo de admiración que su belleza provocaba en una muchedumbre más selecta que la del boulevard, no vió entonces á su padre ni á Aurette. Ésta, que había bajado del coche, cogió del brazo á su hermana en el momento en que iba á trasponer el pórtico al son de los órganos atronadores y bajo la tromba de armonía indescriptible que formaban las campanas.

Julia se estremeció y quedóse inmóvil, y las jóvenes que la rodeaban se adelantaron á ella, casi corriendo, para ocupar su puesto en el coro. Una religiosa, que acudió con aire inquieto para enterarse del motivo de aquella detención, dulcificó la expresión de su rostro al reconocer á la Srta. Leniel.

—Julia está demasiado fatigada, madre, dijo Aurette, y temo que caiga enferma. ¿Me permite usted que me la lleve en seguida?

El tono de su voz no admitía réplica, así es que la religiosa, después de mirar el semblante consumido de su alumna, asintió con un ademán.

Aurette llevóse aparte á su hermana, dentro de la iglesia y cerca de la puerta de entrada, y recogiendo rápidamente los rubios y suaves cabellos que formaban como un manto regio en aquel cuerpo endeble, sujetólos como pudo con algunas horquillas, que se quitó de su propia cabeza. Luego le puso un sombrero de paja adornado simplemente con una cinta blanca que á prevención traía, y se la llevó al coche, sentándola en él. Todo esto no había durado dos minutos.

—A casa, dijo Aurette, echando sobre su hermana un guardapolvo gris que le dió el aspecto de una señorita que salía de paseo con sus padres.

El viejo cochero fustigó los caballos, y Julia, despertada repentinamente de su semialucinación, volvió á la vida real.

—Buenos días, papá; buenos días, Aurette, dijo mientras sus mejillas recobraban color y sus ojos violáceos expresión. ¡Ah, cuán cansada me siento!

Y estiró las piernas, apoyándolas en el asiento de delante con graciosa flexibilidad. Aquel movimiento le causaba verdadero placer.

—Estaba anquilosada física y moralmente, añadió riendo, y al ponerme el sombrero, te aseguro, Aurette, que me has devuelto la circulación.

El padre sonrióse por vez primera desde que la había visto en el cortejo religioso.

—En el Nido te desentumecerás, dijo. Hoy comen con nosotros los Bertholón.

—¡Por supuesto!, exclamó Julia.

Y dirigiéndose á su hermana, añadió:

—¿Has hecho un hermoso ramillete?

—Creo que no estará mal, replicó Aurette alegremente.

Y al decir esto, subió á sus mejillas el mismo ligero rubor que las tiñera cuando había rozado las flores con sus labios.

—Y la señora de Bertholón se lo llevará como de costumbre, repuso Julia fijando en Aurette una mirada perspicaz que le llegó hasta el fondo del alma.

Aurette se sonrió ligeramente como si pidiera gracia á su hermana, y ésta la miró con infinita ternura.

Diez minutos después bajaban del coche delante de la escalinata de su vivienda, tan lindamente denominada «Nido de pájaros,» y á la cual, para abreviar, se la llamó el Nido, nombre con que la designaban hasta los carteros. Allí había el Sr. Leniel, veinticinco años antes, adquirido y arreglado para su joven esposa aquella mansión antigua, entonces de humilde apariencia y luego convertida en una de las más encantadoras casas de campo de los alrededores de Angers.

Una señora de cincuenta á sesenta años les esperaba en lo alto de la escalera.

—Me he anticipado, dijo con amable sonrisa; y no hago esta manifestación para indicar á ustedes que han llegado con retraso, puesto que no les esperaba tan pronto.

—Hemos tenido la suerte de poder recoger á Julia en el momento en que la procesión entraba en la catedral, repuso el Sr. Leniel. Celebro en el alma que haya venido usted tan temprano, porque así será más larga la velada. Y su hijo, ¿dónde está?

—Creo que en el parque; no había nadie para recibirnos.

¿No está ahí Carlos?

—Quizás habrá salido; no le he visto.

—¿Y Sidonia?

—Tampoco la hemos encontrado; pero ya parecerán, no lo dude usted.

La señora de Bertholón se había mordido los labios al pronunciar estas últimas palabras. El señor Leniel apartó los ojos algo contrariado; Julia había palidecido y todos parecían poco satisfechos.

—¡Ahí vienen!, exclamó el padre con expresión de alivio.

En efecto, á la vuelta de una alameda aparecieron Raúl Bertholón y Carlos, seguidos de Sidonia, que con aire distraído se entretenía haciendo lazos con la cinta de su cinturón, soltándola luego y volviéndola á recoger.

—¡Venid de una vez!, dijo el Sr. Leniel algo malhumorado. Debierais haber estado aquí para recibir á nuestros invitados.

Sidonia permaneció con los ojos bajos sin decir una palabra; Carlos balbuceó una excusa, besó á su hermana pequeña y en seguida se puso á hablar con la señora de Bertholón.

Raúl se había acercado á Aurette y ambos habíanse estrechado las manos silenciosamente. Hacía un año que se decidiera su matrimonio, y en este tiempo no habían tenido quizás diez veces ocasión de hablar juntos largo rato; pero Raúl iba con su madre á comer todos los domingos al Nido, y en cada una de esas visitas la joven sentía que su alma volaba cada vez más enamorada hacia su prometido.

Aurette veía á Raúl adornado con todas las virtudes y con todos los méritos; era un buen muchacho, inteligente, aunque algo pusilánime y sin facultades especialmente notables; pero ella le suponía dotado de mucho talento y esperaba de él, cuando estuvieran casados, grandes cosas. ¿Cuáles? No lo sabía, mas no dudaba de que serían grandes. Tenía veinte años, y en espera de empresas mayores, había abrazado la carrera de arquitecto, como se hubiera hecho albañil, y aún no había construído nada. Hijo único, tendría por su madre unos veinte mil francos de renta, lo cual le dispensaba de cualquier otro esfuerzo, porque no era ambicioso.

Más adelante, cuando trocara por la hi[illegible] matrimonio la semitut[illegible] indefinidament[illegible] de una madre un si era ó no despeta, [illegible] que realizaría obras hermosas! Y aunque no [illegible] qué obras serían esas, Aurette le escuchaba extasiada y con una sonrisa llena de confianza. No tenían tiempo de comunicarse sus proyectos, porque casi siempre estaba con ellos la señora de Bertholón, afable, benévola, eso sí, para con su futura nuera, pero presente, lo que ponía á veces en los labios de su hijo un murmullo más aburrido que respetuoso.

Cuando esto sucedía, Aurette le calmaba con una mirada pidiendo indulgencia. ¡Comprendía los celos de aquella madre! Ella en su lugar habría hecho lo mismo, porque ¿acaso podía quererse demasiado á aquel hijo adorable? Además, la señora de Bertholón no siempre estaría presente; pronto tendrían ellos su nido propio. Habían de casarse en septiembre, cuando Julia, reinstalada definitivamente en el hogar paterno, recibiera de manos de Aurette el gobierno de la casa.

En el entretanto, Aurette hacía todos los domingos, como adorno para la mesa, un ramillete que su futura suegra se llevaba; y aquel ramillete era un poema en el que se vertía sin reserva su amor tierno y confiado, y cuyos perfumes y colores eran el lenguaje, exento de necias alegorías, pero ardiente como el grito de la pasión, por medio del cual la joven pura expresaba los sentimientos, para ella misma desconocidos, que á veces la conturbaban. Y cuando lo confeccionaba, pensaba Aurette que al día siguiente y aun en los días sucesivos, aquel ramillete hablaría de ella á su prometido, mientras las flores no se marchitaran.

—¿No será malo amar hasta este punto?, preguntábase algunas veces inquieta.

Mas pensando que aquel á quien de tal modo amaba sería pronto su marido, se tranquilizaba, bien que emocionada todavía y presa de un vago temor que la hacía estremecerse.

—¿De modo que le quieres mucho?, habíale preguntado un día Sidonia mordisqueando los pétalos de una rosa que acababa de coger.

Aurette había inclinado la cabeza, mirando dentro de sí misma, espantada de aquella intensidad de pasión que en el fondo de su alma descubría. Sus veintitrés años daban á aquel amor permitido una fuerza que no pueden conocer las muchachas apenas salidas de la adolescencia.

—¿Y si él ó tú os volvíais pobres? ¿O si por una razón cualquiera se deshiciese tu boda?, preguntó Sidonia con acento un tanto burlón.

—¡Me moriría!, respondió sencillamente Aurette.

Sidonia la miró con aire de incredulidad. ¡Son tan pocos los que mueren de amor en nuestros días, esto suponiendo que antes muriesen más! ¡No diría ella cosa semejante! Más valía desdeñar á un ingrato y no morir. ¡Es tan buena la vida!

Sidonia tenía diez y nueve años. Huérfana de padre y madre, había sido recogida, siendo aún muy niña, en el Nido por la bondadosa señora de Leniel. Su padre había quebrado, bien que algunos decían que había sido intencionadamente para no desprenderse de cantidades comprometidas en otras partes, y sobre su muerte habían circulado rumores desagradables. Afirmábase que se había suicidado por una mujer, causante de su ruina. ¿Era verdad? ¿Quién se acordaría de ello cuando hubieran transcurrido una docena de años? Pero en el ínterin, la niña, de quien era madrina la señora de Leniel, no podía ser abandonada; por esto la llevaron al Nido y allí se quedó.

A la muerte de la señora de Leniel, Aurette se encargó de la dirección de la casa: tenía entonces diez y ocho años; su hermana Julia contaba once y Sidonia catorce. Estas dos estaban en el convento, en donde terminaron su educación; Sidonia había salido de él el año antes, cuando acababa de decidirse el matrimonio de Aurette con Raúl.

La huérfana había acogido la noticia con gran frialdad; la idea del matrimonio le producía un ligero estremecimiento de mal humor. Aunque educada al igual que Julia y tratada como una hermana por ésta y Aurette, se había hecho cargo, de esa manera imperceptible como se aprende aquello precisament[e] que debe ignorarse, de su situación inferior respect[o] de la sociedad y de la familia que la había adoptado. Perspicaz y altiva, Sidonia había comprendido que no tenía probabilidad alguna de casarse, y los matrimonios de los demás no le agradaban.

—Y sin embargo, te casarás, díjole un día Juli[a] para hacerla rabiar.

—¿Yo?.. ¡No! Me ganaré la vida, seré institutriz.

El Sr. Leniel habíase opuesto resueltamente [á] esto; no obstante, había permitido á Sidonia qu[e se] presentara en los exámenes, en los cuales había o[bte]nido mala nota.

—¡Tanto mejor!, dijo el jefe de familia. De este modo, por fuerza habrás de quedarte con nosotros.

Sidonia recibía para sus pequeños gastos una pensión igual á la de Julia; los mismos criados la trataban como hija de la casa, y ella era la única que se obstinaba en trazar una línea de demarcación, más aparente que real, sin embargo, entre ella y las señoritas Leniel. Por ejemplo, nunca salía en coche sola con Aurette para no verse obligada á sentarse en la banqueta delantera cuando el Sr. Leniel y su hija ocupaban los asientos del fondo.

Y al lado de esto, una apatía real, verdadero contrasentido de esas supuestas muestras de dignidad, una indiferencia casi absoluta para las pequeñas molestias de la vida, que la hacía estar alegre y á veces alborotada, cuando lógicamente debiera haber sido una muchacha hosca y ceñuda.

Carlos Leniel, cuatro años mayor que Aurette, regresó al Nido casi en el momento en que se concertaba la boda de su hermana. Había viajado durante muchos años por cuenta de la casa de banca en donde su padre tenía algunos intereses; volvía de la India, después de una larga permanencia en aquellas regiones, y sin embargo, su patria le parecía más bella, más deseable, más seductora que otro país cualquiera.

Cuando en las noches de verano, sentado en la terraza del Nido, relataba á los suyos sus viajes, más de una vez se interrumpía para decir: «Pues esto es mucho más hermoso que todo lo demás.»

El Loire y el Maine que á sus pies trazaban cintas azules ó plateadas en las praderas; las accidentadas colinas, los árboles de colores y de formas tan ricas que parece que en los álamos y en los alisos más ordinarios se descubren nuevas esencias, todo aquel paisaje cantado por los poetas le inundaba de una dulzura y de una alegría infinitas.

—He nacido para vivir aquí, decía, y el destino hace de mí una especie de Cristiano errante; pero ya que no puedo vivir aquí, á lo menos aquí moriré.

Sidonia le escuchaba, y cuando él se declaraba ardientemente angevino, volvía desdeñosamente su lindo rostro, cuyas facciones algo demasiado marcadas tenían, sin embargo, un encanto indefinible.

Alta y esbelta, pero de estructura robusta, muy caídos los hombros, largo el cuello y bien conformada la cabeza, solía encoger la barba, imprimiendo con ello á su semblante, de sí altivo, una expresión de mando compensada por su sonrisa y su mirada apáticas. Se veía que le habría gustado dominar, pero que, en el fondo, no siéndole esto posible, se amoldaba á una existencia en la que todo le era indiferente.

Nada más vejatorio para un hombre que esa presunción de indiferencia. ¿Qué importa que á uno lo adoren los suyos, lo estimen sus superiores y lo consideren sus iguales, si una muchacha que ha fracasado en sus exámenes no hace de él caso alguno?

Carlos sentía vagamente esta mortificación sin darse cuenta clara de ella. Había conocido á Sidonia niña, y á fuer de hijo respetuoso con su madre, á la que amaba sobre todas las cosas, habíala aceptado como hermana; es más, cuando la muerte de la señora de Leniel y la enfermedad de su padre le habían obligado á mirar frente á frente su responsabilidad eventual de jefe de familia, había destinado una parte de la herencia paterna á su hermana adoptiva, á fin de que el cariño que sus padres profesaban á la huérfana tuviera un efecto real aun en el porvenir más lejano. De aquí que recibiera con despecho fraternal los desdenes de Sidonia y que, movido por un espíritu de conciliación familiar, intentara tener con ella una explicación sobre el particular.

Sus conversaciones acababan siempre del mismo modo: ella haciéndole rabiar y él diciéndole unas cuantas verdades bastante crudas; y Aurette se pasaba el tiempo apaciguando sus disputas, á las que á menudo ponía término Sidonia con algunas carcajadas más ó menos sinceras. Después, todo aquel alboroto fué poco á poco calmándose. Carlos se ausentaba de cuando en cuando para no perder la costumbre de los negocios; se disponía á partir de nuevo para la India después de la boda de su hermana é iba haciendo paulatinamente los preparativos para el viaje. Las disputas de los dos jóvenes no turbaron ya la tranquilidad del Nido, pero Aurette se sintió desasosegada.

Terminaba la comida en el gran comedor cerrado por tres de sus lados con vidrieras, una de las cuales estaba abierta y dejaba ver el delicioso paisaje bañado por la claridad del sol poniente. El aire estaba impregnado de paz y de gloria; las flores del ramillete hecho por Aurelia difundían un perfume parecido á una música divina; fuera, cantaban los pájaros, los

Creo que nunca he hecho un ramo tan bonito como éste

mirlos sobre todo que de un árbol á otro se llamaban con trinos de ruiseñores; y en la mesa, las frutas de los postres se desplomaban sobre las fuentes de Limoges, de un blanco crema puro y cálido á la vez, rodeados de un delicado encaje de porcelana.

La Sra. de Bertholón lanzó un suspiro de bienestar y se recostó en el respaldo de la silla; su mirada vivaz y escrutadora pasó revista de los comensales y se detuvo en Carlos, que apenas había hablado durante la comida.

—¿Cuándo vuelve usted á la India, Carlos?, dijo con voz penetrante, aunque casi baja.

El joven se estremeció como si le hubieran tocado en algún punto doloroso, y mirando á la anciana de un modo poco benévolo, respondió haciendo algún esfuerzo:

—Señora, cuando se haya celebrado la boda de mi hermana, según hemos convenido.

Una profunda mirada se deslizó entre las pestañas entornadas de Sidonia, la cual encogió la barba, como de costumbre, y paseó sus ojos de un gris cambiante por todos los comensales sin detenerse en ninguno.

—Será para usted un gran sacrificio, según creo, prosiguió la señora de Bertholón sin alzar la voz.

—¡Oh, sí!, respondió Carlos suspirando con indecible tristeza.

El Sr. Leniel se levantó.

—No hablemos de eso, dijo afectuosamente; aparte de que esa ausencia no será eterna. Mi hijo construye su fortuna como yo construí la mía, á fuerza de trabajo, de paciencia y de algunos sacrificios...

—Sí, padre mío, repuso Carlos con dulzura; pero usted no se veía obligado á expatriarse.

—Expatriación es una palabra cruel, hijo mío, más cruel que la cosa en sí misma, replicó el Sr. Leniel; sobre todo cuando se tiene la libertad de regresar renunciando á la carrera.

—No sería propio de un hombre animoso, dijo Julia, que aún no había pronunciado una palabra.

Su voz breve y cristalina resonó como un golpe dado en un timbre.

Reinó después el silencio y todos salieron del comedor, sentándose en la terraza para tomar el café. Aurette lo servía y Julia distribuía las tazas; ésta se había quitado el vestido de muselina, substituyéndolo por un traje de lana de un gris plateado que le daba un aspecto casi monacal.

Poco á poco reanimóse la conversación; los caballeros encendieron sus cigarros. Raúl, usando de sus derechos, habíase sentado al lado de su novia y lanzaba al aire espirales de humo, en actitud de un hombre absorto en hondas meditaciones; pero en realidad no pensaba en nada y se hallaba en la plena beatitud de una buena comida pasada y de un magnífico cigarro presente. Las estrellas surgían en el espacio á mucha distancia unas de otras y apenas visibles, luego aparecían más numerosas y más brillantes á medida que las tintas cálidas del crepúsculo se fundían en el delicado gris del firmamento. Aurette sentía como si su alma se exhalara en perfumes y volara hacia los astros.

Dentro de unos pocos meses, aquel esplendor divino sería suyo, tal como soñaba poseerlo; también Raúl estaría sentado junto á ella, pero entonces sería su marido; nadie les separaría, nadie tendría derecho á interponerse entre ambos; ella estrecharía en la suya aquella mano fresca y vigorosa que ahora sólo oprimía sus dedos al saludar y al despedirse, dejando en su alma la impresión de un deslumbramiento, y aquel ensueño de la posesión definitiva, total, resumíase para ella en dos brazos cruzados sobre sus hombros sumisos, fundidas, por decirlo así, en aquel abrazo, que se parecía al de su padre cuando, siendo muy pequeña, se la llevaba para acostarla, y que tenía al mismo tiempo un no sé qué de aplacamiento de una sed moral, sed de cariño, de confianza y de reposo.

Dentro de unos meses, mejor dicho, dentro de unas semanas, podría llamar en alta voz por su nombre á aquel á quien ahora llamaba sólo para sí misma á cada instante; podría decirle todo lo que de improviso acudía á su mente, todas las ternezas que germinaban en su corazón, y pensar, sentir y vivir, sin hacer de ello un misterio, en aquella otra alma que entonces sería suya; sabría lo que pensaba él, que tan poco hablaba; se inclinaría hacia él, y sondeando el fondo de sus ojos, adivinaría todo cuanto él hubiese anteriormente sentido ó soñado sin decírselo.

Toca un poco el piano, Aurette, díjole su padre; nosotros te escucharemos desde aquí.

La joven abandonó dócilmente su éxtasis y se encaminó al salón, cuyas lámparas estaban encendidas. Todos los domingos tocaba cosa de un cuarto de hora antes de que la señora de Bertholón pidiera su coche.

Tocaba con algo de tristeza, escogiendo instintivamente piezas melancólicas, porque esta música significaba el canto de la despedida. Además, ¿no existe acaso siempre un fondo de melancolía en todo amor aún no realizado?

Aurette sentía que vibraba todo su ser, tenía ganas de llorar, ganas de decir á voz en grito cuánto adoraba á aquel Raúl impasible y que, sin embargo, la amaba; porque de no ser así ¿á qué pedirla en matrimonio? Era en música atrevida, como lo era por sus flores; aquella virginal Aurette, que se habría muerto de vergüenza si de pronto su alma se hubiese ofrecido á los ojos de su novio tal como era, sentíase capaz de enviar á su amado el grito de la pasión más ardiente al través de las armonías que ella no había creado, pero que sabía interpretar.

Después de haber tocado dos piezas preferidas de su padre, comenzó un canto sin palabras de Mendelssohn, en el que el compositor ha puesto un amor y una vehemencia como nadie ha podido sentir jamás. Tocaba lentamente, como para ella sola; parecíale que pulsaba el órgano de una catedral inmensa, llena de fieles, hablando en nombre de todas las almas humanas que padecían de amor y ofreciendo á Dios su ardiente súplica. Cuando terminó, sus ojos estaban henchidos de lágrimas.

(Se continuará.)

LAS VÍCTIMAS DE LA PAZ EN INGLATERRA

La paz tiene sus víctimas, como la guerra.

Las epidemias y el hambre son las armas más conocidas con que ataca á la humanidad; pero tiene además á su disposición el fuego y el agua, los vientos y las tempestades, los terremotos, los rayos y las erupciones volcánicas. A esas, que son naturales, el hombre ha añadido otras forjadas por sus manos: automóviles, ferrocarriles, minas, lámparas de petróleo, bicicletas, etc.

De que la existencia esté tan llena de peligros tiene el hombre mas culpa de lo que generalmente se cree. Apoyándonos en las estadísticas oficiales, diremos que en un año, de un millón de personas, 463 mueren de muerte violenta ó por descuido; en otros términos, la paz, empleando únicamente sus armas terribles, sin contar las epidemias y el hambre, consigue matar en un año 16.000 ingleses.

Con esas dos armas que se llaman vehículos y caballos tiene bastante la paz para matar en un año 2.560 ingleses. En cuanto á los naufragios, puede considerarse afortunado el año en que sólo perecen doscientas ó trescientas personas en embarcaciones de todas clases. El carro común es, sin embargo, el instrumento más mortífero; cada año perecen por su causa tantas personas como días tiene aquél.

El automóvil no ocasiona los daños que muchos se figuran; el año pasado, según las estadísticas, mató únicamente á 56 personas. Las bicicletas y triciclos matan anualmente 186 individuos; hasta los cochecitos en que las niñeras pasean á los niños han ocasionado en el mismo espacio de tiempo 13 muertos.

Cosa frecuente es oir hablar de personas que mueren quemadas, escaldadas y á consecuencia de explosiones ordinarias, sin contar con las desgracias que ocurren en las minas; por esas causas han perecido en un año 2.300. También lo es el morir envenenado; más de 500 personas mueren por esta causa. Fácil sería que le tocara á uno formar parte del total de dos mil y pico de individuos que mueren anualmente por asfixia en Inglaterra, ó de los 2.300 que se ahogan, ó de los 63 que fenecen por la explosión de lámparas de petróleo, ó de los 19 que perecen por tomar bebidas hirviendo.

¿Patina usted en seco ó sobre el hielo? Pues en un año hallaron trece personas la muerte en semejante pasatiempo. ¿Juega usted al foot-ball? Pues éste, en el mismo espacio de tiempo, mató á once, y á dos mataron las pelotas del cricket.

Relación entre el número de los que mueren de tisis y la profesión que ejercen

¿Le gusta á usted pasearse por el campo donde pacen libremente toros y vacas? Pues esas vacas y esos toros se hicieron reos, en doce meses, del asesinato de trece seres humanos, y los insectos del de cuatro.

Muertos, 1.018. Heridos, 91.950. Total, 92.968. Estas cifras se refieren á la campaña industrial de 1904. Representan el total de accidentes ocurridos y que han llegado á noticia del Inspector general de fábricas y talleres, y aun son muy incompletas, tanto por ser muchos los accidentes de los que, con arreglo á la ley, no hay que dar parte, cuanto por la insuficiencia del personal encargado de vigilar las fábricas y talleres, lo que ocasiona que tampoco se dé cuenta por los patronos de todos aquellos de que debiera darse.

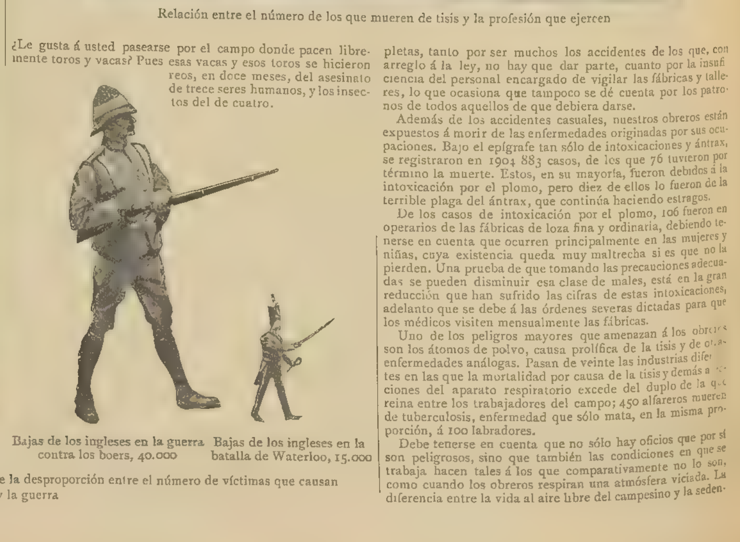
Además de los accidentes casuales, nuestros obreros están expuestos á morir de las enfermedades originadas por sus ocupaciones. Bajo el epígrafe tan sólo de intoxicaciones y ántrax, se registraron en 1904 883 casos, de los que 76 tuvieron por término la muerte. Estos, en su mayoría, fueron debidos á la intoxicación por el plomo, pero diez de ellos lo fueron de la terrible plaga del ántrax, que continúa haciendo estragos.

De los casos de intoxicación por el plomo, 106 fueron en operarios de las fábricas de loza fina y ordinaria, debiendo tenerse en cuenta que ocurren principalmente en las mujeres y niñas, cuya existencia queda muy maltrecha si es que no la pierden. Una prueba de que tomando las precauciones adecuadas se pueden disminuir esa clase de males, está en la gran reducción que han sufrido las cifras de estas intoxicaciones, adelanto que se debe á las órdenes severas dictadas para que los médicos visiten mensualmente las fábricas.

Uno de los peligros mayores que amenazan á los obreros son los átomos de polvo, causa prolífica de la tisis y de otras enfermedades análogas. Pasan de veinte las industrias diferentes en las que la mortalidad por causa de la tisis y demás afecciones del aparato respiratorio excede del duplo de la que reina entre los trabajadores del campo; 450 alfareros mueren de tuberculosis, enfermedad que sólo mata, en la misma proporción, á 100 labradores.

Debe tenerse en cuenta que no sólo hay oficios que por sí son peligrosos, sino que también las condiciones en que se trabaja hacen tales á los que comparativamente no lo son, como cuando los obreros respiran una atmósfera viciada. La diferencia entre la vida al aire libre del campesino y la seden-

Accidentes que ocurren en un año en las fábricas de Inglaterra, 93.000



Bajas de los ingleses en la guerra contra los boers, 40.000

Bajas de los ingleses en la batalla de Waterloo, 15.000

La estatura de estas tres figuras demuestra gráficamente la desproporción entre el número de víctimas que causan la paz y la guerra

taria del sastre, del zapatero, del encuadernador y de otros oficios, relativamente á sus efectos sobre la salud, es enorme. Así sucede que por cada cien labradores que mueren de tisis ó de otras enfermedades del sistema respiratorio, perecen por iguales causas de 200 á 250 encuadernadores y guardan la misma proporción los impresores, músicos, sombrereros, peluqueros, sastres y tenderos. Es cosa que asusta saber que los obreros de cuatro de esos oficios que mueren de tisis y de enfermedades del pulmón solamente, son más que los labradores que perecen por toda clase de afecciones.

Pero únicamente comparando las víctimas que hace la paz con las que produce la guerra, es como se puede tener idea de la verdadera magnitud de aquellas. Aproximadamente se calcula en 40.000 hombres la pérdida total que sufrieron los ingleses en su guerra con los boers, y en 15.000 las bajas que tuvieron en Waterloo; pues bien, esas cifras no llegan á la mitad y á la sexta parte respectivamente de la que representa la que ha habido en un año de campaña industrial en las fábricas y talleres de la Gran Bretaña, sin incluir en ella á los que mueren de enfermedades contraídas en su oficio, exceptuando las intoxicaciones por el plomo y el ántrax.

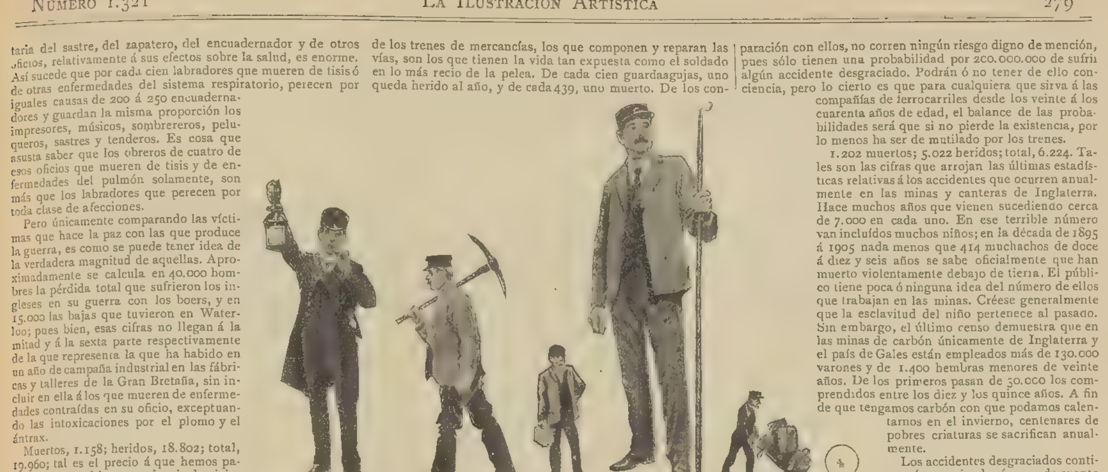
Muertos, 1.158; heridos, 18.802; total, 19.960; tal es el precio á que hemos pagado el placer ó la conveniencia de viajar en ferrocarril durante el año 1904.

De las bajas ocurridas, las de viajeros forman una muy pequeña parte; poco más de 100 de los primeros y 3.487 de los segundos. Los que sufren todo el rigor de la batalla son los empleados de ferrocarril, de quienes con toda seguridad muy poco se preocupan los viajeros.

Los que viajan en ferrocarril tienen contraída una deuda enorme con sus empleados por los peligros que éstos corren.

Los humildes guardaagujas, conductores y guardafrenos de los trenes de mercancías, los que componen y reparan las vías, son los que tienen la vida tan expuesta como el soldado en lo más recio de la pelea. De cada cien guardaagujas, uno queda herido al año, y de cada 439, uno muerto. De los conductores y guardafrenos de trenes de mercancías, resulta uno herido de cada 21 y otro muerto de cada 540. De cada 415 guardavías, uno recibe heridas, y la muerte uno de cada 642.

Por término medio á la semana hay entre los empleados de ferrocarriles 10 muertos y 250 heridos. Los pasajeros, en comparación con ellos, no corren ningún riesgo digno de mención, pues sólo tienen una probabilidad por 200.000.000 de sufrir algún accidente desgraciado. Podrán ó no tener de ello conciencia, pero lo cierto es que para cualquiera que sirva á las compañías de ferrocarriles desde los veinte á los cuarenta años de edad, el balance de las probabilidades será que si no pierde la existencia, por lo menos ha ser de mutilado por los trenes.



Víctimas de accidentes ferroviarios. Son por orden de mayor á menor: guardaagujas, conductores de trenes de mercancías, guardavías, maquinistas, mozos de estación y pasajeros

1.202 muertos; 5.022 heridos; total, 6.224. Tales son las cifras que arrojan las últimas estadísticas relativas á los accidentes que ocurren anualmente en las minas y canteras de Inglaterra. Hace muchos años que vienen sucediendo cerca de 7.000 en cada uno. En ese terrible número van incluídos muchos niños; en la década de 1895 á 1905 nada menos que 414 muchachos de doce á diez y seis años se sabe oficialmente que han muerto violentamente debajo de tierra. El público tiene poca ó ninguna idea del número de ellos que trabajan en las minas. Créese generalmente que la esclavitud del niño pertenece al pasado. Sin embargo, el último censo demuestra que en las minas de carbón únicamente de Inglaterra y el país de Gales están empleados más de 130.000 varones y de 1.400 hembras menores de veinte años. De los primeros pasan de 30.000 los comprendidos entre los diez y los quince años. A fin de que tengamos carbón con que podamos calentarnos en el invierno, centenares de pobres criaturas se sacrifican anualmente.

Los accidentes desgraciados continuarán ocurriendo, á pesar de cuanto haga la ciencia para evitarlos. Pero una educación técnica y nuevas invenciones que hagan desaparecer de las minas, sin causar daño, los gases y el polvo del carbón, irán disminuyendo continuamente las cifras de mortalidad de los mineros, al mismo tiempo que un sistema de inspección oficial más perfecto que el que hasta hoy se ha venido empleando, hará que los directores tengan más cuidado en proteger las vidas y miembros de sus obreros. – X.

Barcelona. – Imposición de cruces concedidas al capitán de artillería Sr. Miquel, al maestro artificiero Sr. Espuis y al soldado de artillería Tomás Naya, al primero y al último por haber resultado heridos y al segundo por su brillante comportamiento en los trabajos realizados en el Campo de la Bota, para hacer estallar una de las bombas halladas recientemente en Barcelona. (De fotografía de A. Merletti.)

Hace algún tiempo, mientras se hacía estallar en el Campo de la Bota una de las máquinas infernales halladas en Barcelona, resultaron heridos el capitán de artillería Sr. Miquel y el soldado de la misma arma Tomás Naya, gravemente el primero y levemente el segundo. En aquella ocasión, como en otras muchas anteriores, condújose brillantemente el maestro artificiero Sr. Espuis, dando pruebas de pericia y valor grandes.

El gobierno, en recompensa de tales servicios, concedió al Sr. Miquel la Cruz de María Cristina, al Sr. Espuis la roja del Mérito militar y al soldado Naya la vitalicia pensionada.

El acto de imposición de esas condecoraciones efectuóse el día 13 de los corrientes en el taller del Parque de Artillería y fué presidido por el capitán general señor Linares, y á él asistieron oficialmente el gobernador civil, comisiones de la Diputación Provincial, del Ayuntamiento y de los diferentes institutos armados, el obispo auxiliar, un representante de la Audiencia, generales, etc.

Leídas las Reales órdenes concediendo las recompensas, el capitán general pronunció un hermoso discurso, enalteciendo la conducta de los agraciados y dando las gracias á las autoridades allí tan brillantemente representadas que con su presencia demostraban la unión entre las diferentes instituciones del país.

Acto seguido impuso las condecoraciones, y la ceremonia, que fué solemnísima, terminó con patrióticas y sentidas frases de las demás autoridades.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 29 de abril de 1907 — Núm. 1.322

El célebre pintor francés León Bonnat, en su taller, dando los últimos toques al retrato del presidente de la República que ha de figurar en el Salón de París del presente año. (De fotografía de M. Branger.)

CRÓNICA DE TEATROS

La noche del estreno, en el teatro Español, de la comedia de Enrique Bernstein *Le voleur*, traducida al castellano con el título de *El ladrón*, encontré, al terminar el tercer acto, en el salón de descanso, á un distinguido escritor, heredero de un apellido ilustre en las letras españolas.

—He pasado la gran noche, me dijo.

—¿Le ha gustado á usted la comedia?, le pregunté.

—Precisamente porque no me gusta.

—¡Cómo!

—*Le voleur*, según parece, me respondió mi inteligente interlocutor, ha sido la obra que más aplausos ha alcanzado en París durante la temporada última. Se estrenó como quien dice ayer, y ya ha sido triunfalmente paseada por los principales teatros de Europa. Aquí, ya lo ve usted, nuestra gran actriz María Guerrero la ha elegido para su beneficio. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Es una obra menos que mediana y muy inferior á otras españolas que en nuestros teatros pasan casi inadvertidas ó son duramente rechazadas.

—¿Y eso qué prueba?

—Probar nada; pero á los que creemos que nuestra literatura dramática no se encuentra tan decaída como algunos se empeñan en propalar, nos causa una verdadera satisfacción ver que muchas comedias nuestras que son consideradas como insignificantes ó mediocres, aventajan á otras extranjeras que la crítica califica de maravillosas y estupendas...

Veamos ahora si era atinada la opinión de mi amigo.

Marisa y su marido Ricardo están pasando una temporada veraniega en la quinta ó *chateau* de un Sr. Lagardes, no sé cuántas veces millonario. Este Sr. Lagardes, casado en segundas nupcias con una linda joven, tiene de su primer matrimonio un hijo de veinte años llamado Fernando, que se ha prendado como lo que es, como un bobalicón, de la bella y elegante Marisa. Aunque esta señora quiere mucho á su marido, siéntese halagada por la pasión que ha inspirado á Fernando y flirtea con él de lo lindo, con lo cual el joven, que bebe los vientos por ella, no la deja á sol ni á sombra y aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para dejar en la habitación de su adorado tormento billetes rebosantes de amorosa vehemencia. Al cabo Marisa, comprendiendo lo peligroso de tal juego, trata de desengañar á su insistente y enojoso amador, diciéndole que ella es una mujer honrada que adora á su marido y que está ya cansada y arrepentida de su inocente coqueteo. El muchacho, dolorido, pero no del todo desesperado, se dirige al parque de la quinta con la esperanza de que Marisa vaya á reunirse con él.

Claro es que la esperanza del joven, por tonto que sea, y lo es mucho, no puede ser más absurda después de lo que acaba de decirle, con toda seriedad, la señora de sus pensamientos; pero como para el desarrollo de la acción hace falta, según se verá luego, que Marisa encuentre á Fernando «cuando el diálogo lo requiere,» Bernstein, que no se para en barras, no ha vacilado en emplear aquel falso recurso, que á la verdad es mucho menos absurdo que otros que después ha de poner en juego.

En la quinta del Sr. Lagardes habita también como invitado, desde hace poco tiempo, un personaje misterioso llamado M. Zambault. «¿Qué papel viene á hacer aquí este sujeto?,» se pregunta en seguida el público. Las dudas duran poco. El Sr. Lagardes llama á capítulo á su mujer, á Marisa y á Ricardo, y les cuenta que su esposa viene notando que le faltan importantes cantidades. Para averiguar quién es el que substrae el dinero se le ha ocurrido al buen señor traerse á su casa un «magistrado libre,» un polizonte inteligentísimo, M. Zambault, en una palabra, el cual ha descubierto ya quién es el ladrón.

En efecto, el magistrado libre, que á pesar de su fama de fino sabueso resulta luego un trompo, se presenta ante el conclave y allí, cediendo á las instancias de Lagardes, le espeta estas palabras: «El ladrón es su hijo de usted.»

Nótese ahora lo falso é inverosímil de esta escena. En primer lugar, ni al que asó la manteca se le ocurre convocar, como el Sr. Lagardes hace, á sus invitados para que delante de ellos haga el polizonte su sensacional acusación. Lo natural, lo lógico sería que el Sr. Zambault hiciera sus revelaciones en secreto al dueño del *chateau*, evitando á sus huéspedes una escena desagradable y de mal gusto. Por otra parte, el magistrado libre, convencido de que el ladrón era el hijo del Sr. Lagardes, ¿no habría evitado acusar en público al joven? La más elemental prudencia aconsejaba al polizonte decir reservadamente al Sr. Lagardes: «Su hijo de usted es el que ha substraído el dinero que usted echa de menos.» De este modo habrían procedido los personajes si no fuesen fantoches manejados por el autor según su capricho y no conforme á las exigencias de la lógica.

Digo más arriba que el Sr. Zambault es un trompo y su conducta lo prueba cumplidamente, no sólo por la ligereza con que en público denuncia á Fernando, sino por su torpeza como polizonte. Este magistrado libre se ha enterado de todos los pasos del hijo de Lagardes en París, conoce sus aventuras juveniles y sabe al céntimo lo que el muchacho gasta; pero á pesar de tanta habilidad, que le coloca al nivel policíaco de un Goron, no se entera de los escarceos amorosos del joven con Marisa. La elegante señora, que es la verdadera ladrona, no sólo no se altera en lo más mínimo al oir que Zambault sabe quién es el autor del robo y que va á declararlo, sino que hasta se permite en tan críticos momentos bromitas y cuchufletas. Esta incomprensible y asombrosa serenidad va encaminada al pueril efecto de despistar al público para sorprenderle después. Habilidad de prestidigitador, no arte de dramaturgo.

Volvamos al argumento.

Marisa, en cuanto oye la afirmación del polizonte, escapa al parque á buscar al acusado, y tal maña se da, que en dos minutos que tarda en regresar á la escena acompañada del joven, éste viene ya resuelto á confesarse ladrón y con los billetes substraídos por Marisa en el bolsillo. Y es claro, el tontaina de Fernando echa sobre sí la culpa que no ha cometido y enseña el dinero robado; su padre, como es natural, se desespera, Marisa se queda tan fresca, su marido asombrado, el polizonte satisfecho... y *tableau*.

El acto segundo consta de una sola escena. A esta circunstancia ha atribuído la crítica francesa, y á imitación suya una parte de la española, gran mérito artístico. ¡Qué maravilla, se ha dicho, sostener el interés del público durante treinta minutos con sólo dos personajes! Lo primero que hace falta saber es si el interés de esa escena es realmente artístico, si nace del desarrollo y choque de las pasiones humanas ó de artificios folletinescamente falsos.

Veámoslo.

La escena representa la alcoba de Ricardo y Marisa. Esta decoración, como la del primer acto, es copia exacta, hasta en los más insignificantes pormenores, de la decoración con que *Le voleur* se representa actualmente en el teatro de la Renaissance de París. Ricardo está muy preocupado por el disgusto de su amigo Lagardes. La cosa, en rigor, no es para tanto. El que un hijo haya cogido á su padre, millonario, unas cuantas pesetillas, aunque es en verdad cosa muy mal hecha, no constituye motivo bastante para intranquilizar á los amigos de la casa. En rigor aquello, más que un grave delito, es una chiquillada de mal género... Con todo, Ricardo no sosiega, y á pesar de las instancias de su mujer para que deseche su preocupación, ésta la aguijonea de tal modo, que el buen señor se pone á probar si es posible forzar el secreter de su esposa con un cortaplumas, como, según Zambault, ha forzado el ladrón el secreter de su madrastra.

En efecto, el mueble se abre y Ricardo empieza á revolver los cajones. En uno de ellos hay una cartera. «Deja eso,» grita asustada Marisa á su marido; pero él no hace caso, y examinando la cartera, encuentra en ella la respetable suma de 6.000 francos.

—¿De qué tienes tú este dinero?, pregunta Ricardo.

—Son mis ahorros, contesta Marisa.

La respuesta no satisface al escamado marido, que acosa con nuevas preguntas á su mujer, hasta que ella, después de mil contradicciones, acaba por cantar de plano.

—Sí, exclama, yo he robado. Y he robado, viene á decir sobre poco más ó menos, por lo mucho que te amo, porque no quería que tus ojos se fijasen en otra mujer más elegante que yo, porque sé que tus gustos son refinados y no hubieras podido quererme, como yo anhelo ser querida, si me hubieses visto modestamente vestida y adornada.

Sin duda en París la pasión desenfrenada del lujo sirve acaso, si no de disculpa, de atenuación al hurto de Marisa. Ante otros públicos la conducta de aquella ladronzuela que roba, no por hambre, no por salvar la vida á un hijo enfermo, sino para ataviarse con perifollos de subido valor, es sencillamente repugnante. Desde este momento el personaje no nos inspira interés, sino verdadera repulsión, y lo extraño es que no le cause la misma repulsión á su ciego marido. Y digo ciego, porque á no estarlo, mucho antes de encontrar los 6.000 francos en la cartera de su esposa, habría advertido que lo costoso de las *toilettes* de ésta superaban con gran exceso á los recursos legítimos del matrimonio.

Aunque un poco tarde, le asalta á Ricardo una sospecha de algo tan grave por lo menos como la confesión que acaba de hacerle su mujer. «Si tú has robado, ¿cómo se ha declarado autor del robo Fernando?.. Solamente un enamorado puede hacer tamaño sacrificio. Fernando es tu amante.»

Ante esta acusación se revuelve airada Marisa y hasta insulta á su esposo. Ha robado, es verdad, ha coqueteado con el hijo de Lagardes, y valiéndose de la pasión que ha inspirado al muchacho, ha conseguido que se declarase públicamente ladrón; pero en punto á fidelidad conyugal, ella es la virtud misma...

Hay que convenir en que tales argumentos no son muy convincentes. El marido, como es natural, no se satisface con ellos, y como, por otra parte, sabe que su amigo está atormentado por la supuesta falta de su hijo, dispónese á ir á revelarle, en aquel mismo momento, toda la verdad.

—Si sales de esta habitación, dice Marisa, me arrojo por la ventana.

Ricardo, convencido de que su esposa lo hará como lo dice, se detiene, y cae el telón dejando á los dos esposos esperando la mañana en presencia el uno del otro.

El acto último es inferior á los anteriores: el interés folletinesco, sostenido artificiosamente durante ellos, desaparece en el tercero. Lagardes está decidido á enviar á su hijo al Brasil para castigarle por su supuesto delito; pero cuando ya el muchacho todo lloroso se ha despedido de sus padres, Marisa no puede contenerse y se declara autora del robo.

Lógicamente pensando, este rasgo debiera aumentar las sospechas del marido; pero afortunadamente no sucede así. Ricardo, que por las señas tiene poco de Salomón, se convence no sé por qué de la fidelidad de su esposa, y el matrimonio se dispone á emigrar al Brasil, en donde es de desear que Marisa se corrija de sus mañas deplorables.

Tal es la comedia que «hace ahora furor en París.» Según un crítico francés, Bernstein no ha prescindido de ninguna de las viejas reglas para excitar el terror, la piedad y la sorpresa del espectador.

Toda la fuerza de *Le voleur* está, en efecto, en la sorpresa.

La obra ha sido traducida con esmero por los señores Catarineu y Bueno, y puesta en escena por la compañía del Español con lujo y propiedad en nada inferiores á los desplegados por la empresa de la Renaissance.

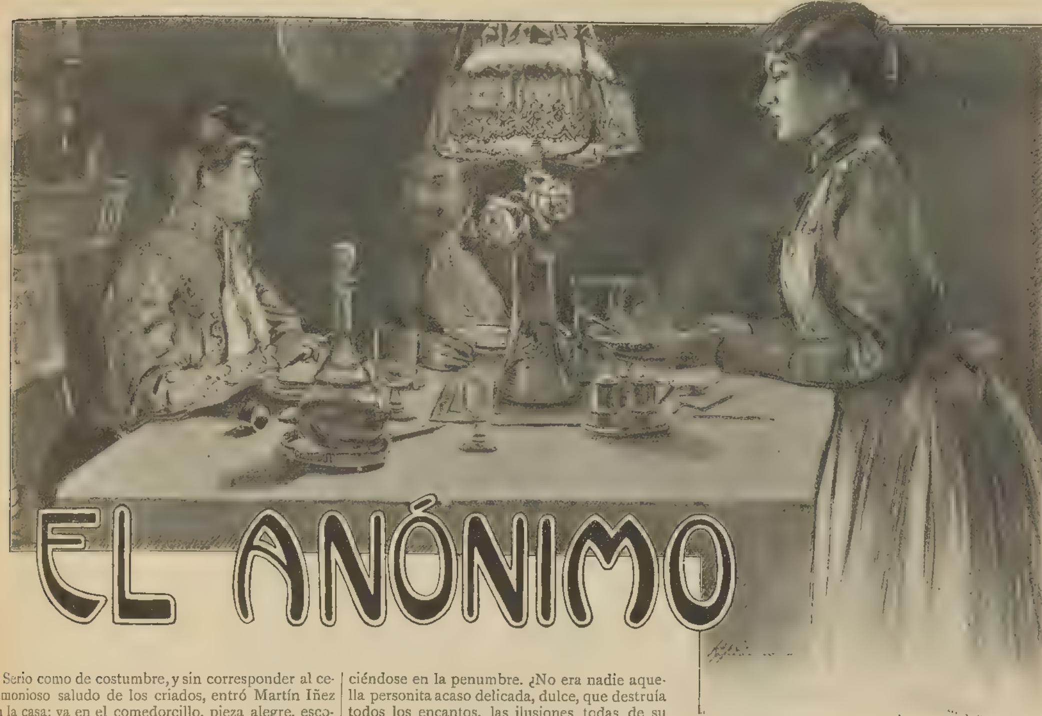
***

Ausentes ya de Madrid María Guerrero y Díaz de Mendoza, cerrado el teatro de la Princesa y terminada la campaña de los artistas españoles en la Comedia, el público distinguido acude ahora á aplaudir á la actriz italiana Tina di Lorenzo, artista de talento, elegante y de extraordinaria belleza. Su repertorio, en general, no es de una gran novedad; pero el ser representado en italiano le comunica para muchos espectadores cierto atractivo..., el atractivo de lo que no se entiende ó se entiende á medias.

Además, á la escogida sociedad que suele llenar estas noches las localidades de preferencia del teatro de la Comedia, lo que menos le interesa es lo que pasa en el escenario... Los días de moda—y ahora lo son todos,—más que de moda debieran llamarse de *modas*, porque lo que en ellos se procura es ó lucir elegantes *toilettes* ó comentar las que lucen las actrices, las cuales, por su parte, suelen atender más que á sus papeles á sus trapos...

Nunca como ahora se ha podido decir con mayor verdad que con trapos se hacen los papeles.

Zeda.



Hablaban los esposos de cosas ligeras

EL ANÓNIMO

Serio como de costumbre, y sin corresponder al ceremonioso saludo de los criados, entró Martín Iñez en la casa; ya en el comedorcillo, pieza alegre, escogida con gusto para la intimidad dulce, dejóse caer desmayadamente en una butaquilla, y con más pereza aún alargó el brazo hasta el botón del timbre. Presentóse luego Franciscona, muchachuela montaraz, de verdijudos cabellos, de rostro encendido por la color viva, de mirar pasmado. El señor frunció el ceño. Dijo:

—¿Cómo vienes tú?

—Elena está en la cocina. Mandó nuestra ama que no se moviese de allí.

—Y la señora..., ¿qué hace?

—Salió, encargando que si tardaba comiera usted.

Estas últimas palabras oyólas Iñez con aire distraído. Moviendo las manos en el delantal aventuróse la rapaza á inquirir.

—¿Quiere..., manda el señor algo?

Apagadamente, y con marcado gesto de displicencia, murmuró Martín:

—Nó..., espera; tráeme el correo y di á Elena que no tengo prisa; comeré con la señora.

De allí á poco separaba Iñez los periódicos de las cartas, echaba los primeros en la silla próxima, y sin romper los sobres iba reflexionando. «De Pedrillo..., ¡apuro!..» «Los señores Conti...» «Mi apoderado de Alicante...» «¿Córdoba?.. ¿Córdoba?.. No sé, después veremos.» Y dejando junto al cenicero esta misiva, siguió revolviendo papeles en igual actitud de abandono. De pronto, dando vueltas y más vueltas entre los dedos á un pliegueciIlo (que para incentivo de tentaciones llegaba perfumado), salió de su apatía poniéndose en pie. Los trazos acusaban el movimiento de mano fina, pero nerviosa. Parecíale reconocer la letra y no acertaba entre sus confusos recuerdos á fijar la tornadiza memoria. «De dama era, sí;» y para persuadirse, más bien que abrir, puede afirmarse que rasgó inconscientemente la sugestiva envoltura. De dama era, sí, el escrito; pero ¿qué nombre podía verse al pie? Imposible descifrar de pronto aquel garrapato confuso, en que los perfiles se confundían con la rúbrica borrosa. Sobreexcitado el espíritu, despierta y avivada la curiosidad, Iñez comenzó á leer los desiguales renglones. Antes de terminar la página, buscó nuevamente en el dorso la firma; pero no por mucho aguzar el ingenio pudo hallar luz que le orientara. Adivinábase en cierta prolongación de curvas algo que pudieran ser letras del alfabeto con firme pulso... ¿Emmi?.. ¿Luinn?.. En vano, ¡nadie! ¿Cómo nadie? Allí, en su mano convulsa estaba el pliego, saturado de esencia, henchido de frases que respiraban veneno. Y escapábasele como sombra sutil la idea del sér que lo había vertido; era como si lo viera desvaneciéndose en la penumbre. ¿No era nadie aquella personita acaso delicada, dulce, que destruía todos los encantos, las ilusiones todas de su existencia por modo tan triste y brutal?

Sentándose en el sillón donde solía presidir los convites como amo ceremonioso, cuando había invitados á la mesa, repasó la carta, y á la postre escapósele en alta voz:

—¿De quién?.., ¿de dónde?

No cruzó por la mente de Iñez que pudiera tratarse de un anónimo asqueroso y necio como todo anónimo es. No, no; Martín creía ver la figura, sentada al bufetillo elegante, respirando tibio ambiente, quizás á la luz de una lámpara tunecina, y escribiendo aquel mensaje diabólico. «Mujer, mujer sí...; ¿pero qué mujer podía odiar á la suya hasta el punto de calumniarla diciendo... ¿qué? ¡Nada!» Nada ciertamente con poner tanto en tres casillas cargadas de reticencias, de insinuaciones, que se clavaban como alfilerillos abrasados en la carne, precipitando la sangre desde el cerebro al corazón. ¿Nada? Sí, nada concreto sin prueba; pero «¿y aquello de que en tal día salió bajo pretexto de ir con la de Jiménez para compras?» ¿Y lo otro de que «necesitaba velar á la sobrina?» ¿Y cuando fué «á pasar tres días en la quinta *Mi Teresa*, propiedad de los padres, acompañándole el suegro, quien la dejó al cabo de veinticuatro horas entre colonos y hortelanos?.. No podían ser las citas más exactas y abrumadoras; pero ¿qué probaban al fin y á la postre, si no era que pasó algún espacio de tiempo en completa libertad para hacer su antojo? «Bueno, sí; no obstante...»

—¡No obstante!, murmuró entre dientes.

Y ved ahí la loca de la casa disparándose y abriendo brecha al diablejo de la duda: «¿Pudo?.. ¿No pudo?.. Noble espíritu, de alto señorío, de sentido recto, delicado y sutil, no cabían en aquella dama lacerias ni traiciones. Contra el asedio de pasioncillas ruines, tenía irreductibles guardas de orgullo; érase como reina que lleva sin pliegues ni arrugas el manto sobre los hombros.» Meditándolo así, afirmábase Iñez cada vez más en su honrada convicción.

De improviso dióse una palmada en la frente: acababa de despertársele un recuerdo confuso: ¿por qué le había encargado en cierta ocasión que comprara reloj y cadena de oro, como obsequio al prometido de la encantadora Mariana, hija de sus grandes amigotes los de Vélez? Cierto que entonces le pareció lo más natural del mundo. Se trataba de una sorpresa, de cosa en que Marianilla, á punto casi de maridar, quería que no interviniese la oficiosidad paterna para que fuera personalísimo el regalo. «Las mujeres no entendían de tales comisiones.» Hízole gracia, pero no volvió á preocuparle el asunto. Y pensaba ahora...

—¡No! ¡No! ¡No!

Tradújose el apóstrofe en impulso nervioso, haciéndole pasear precipitadamente por la estancia en torno de la mesa, después de haber vuelto á tocar el timbre.

—¡Mande, señor!, exclamó Franciscona presentándose de nuevo.

—Que entre Elena.

No tardó la señorita de confianza, cocinera, ama de llaves, sirviente y amiga á la par, doncella de diez y ocho años, garrida, quien antes de que la interpelara el amo dijo entreabriendo discretamente el portier:

—Acaba de llegar la señora... Está cambiando de traje; me encarga que la dispense unos momentos... y le da gracias por no haber comido...

Interrumpió Iñez:

—Está bien, que ponga cubiertos la muchacha.

Y volvió á su paseo maquinal accionando las mudas y penosas ideas que le sostenían en tensión fuerte, hasta que entrando la damita y tendiendo la mano, exclamó con las más dulces inflexiones de ternura:

—¡Hola, niño!, ¿qué tal? ¿Se come?

***

Mujer graciosa era quien hablaba así; ¿mujer?; hada, ángel arcángel, serafín del paraíso; alta, esbelta, graciosísima dama, rubia y fina como el oro; llevaba la cabeza desnuda, peinados los cabellos en rodete y luciendo un medio arillo. María Antonia Gúndez, frisando con los treinta y tres, tenía todos los encantos de la juventud. Habíase casado con Martín Iñez á los veintidós, enamorada desde los dieciocho. Con el tiempo transcurrido quería entrañablemente á su esposo; teníale la doble estimación de hembra y de señora.

Pero, por desgracia, érase el hombre (rico por su casa) chapado á la antigua, de los que persisten en sus calaveradas, aun casándose, y abusan del patrimonio. María Antonia tuvo que sufrir, pues, durante quince años orgullos y pesadumbres de quien no está hecho á ser dominado por la autoridad paterna, y por añadidura celos tristes. De nada servían advertencias cariñosas. Acostumbrado Iñez á satisfacer toda suerte de antojo y convencido de la fidelidad de su amantísima mujer, llevaba existencia de solterón. Y cansa-

da la noble Gúndez de penar por torpezas imperdonables, en íntimo coloquio con su conciencia honrada decidió salir de aquel infierno antes de verse en la edad madura. Desplegó entonces todas las artes de la mujer enamorada, sin que este juego le diese resultado alguno.

No ha de ser la novia quien le conquiste con zalamerías y coquetismos, no; la esposa sí.

Y preparó con ingenio la trama, al cabo inocente, que tenía ahora fuera de sí y angustiado al marido, y con espíritu valeroso, serenamente, afrontó las consecuencias de su temeridad.

—¿Se come?, repitió María Antonia viendo que Martín continuaba mudo, de pie, aferrada la diestra en el respaldo de la silla; sentóse sonriente, y amorosa, con dulzura, agregó:

—¿Pero qué te pasa? Dilo, hombre; ¿quién como la mujercita para sentir tus pesadumbres y aliviarlas si tienen consuelo?

Hombre de mundo, cortesano fino hasta en sus momentos de intemperancia, Íñez provocó la inevitable escena resueltamente y del único modo que á las condiciones de su carácter y de su educación correspondía.

—Ríete de mí, pues bien lo merezco, exclamó acomodándose en su sitio. Ríete cuanto quieras. Aquí me tienes sentimental y ridículo, haciendo caso de historias necias, y aun con despreciarlas, herido por la duda que, como gusanillo, mi entraña roe.

María Antonia dibujó en los labios un mohín gracioso; levantando los hombros y sosteniendo la cabeza majestuosamente erguida, repuso:

—También á mí me ha roído el corazón y he sufrido años enteros (pasando terribles noches de insomnio), lo que acaso á ti no te atormenta sino leves minutos.

La frase brutal «¡mentira!» escapóse, bien á su despecho, de los labios de Martín; luego, disgustado consigo mismo, arrojó la carta sobre la mesa profiriendo:

—¡Lee, pues!

En aquel instante se presentó Elena á servir la sopa. Martín fingió estar distraído, dibujando con el mango del cuchillo rayas en el mantel. María Antonia mandó con soberana voluntad:

—Retírese.

Y doblando lentamente el escrito lo devolvió á Íñez.

—Yo que tú lo guardaría como documento curioso que es.

—¿Eso respondes? ¿No merece mi martirio más que la burla?

—Pero ¿de veras, de veras te ha hecho sufrir ese anónimo?, preguntó la dama mientras llenaba los platos.

Respirando sinceridad y tristeza en la frase, contestó Martín:

—Di más bien si sufro: no hay dolor como éste, que es de furia y fuego en la sangre, de clavo en el cerebro, de espina en el alma, en lo más íntimo. Y sin embargo, María Antonia, tú eres buena, honrada, excelsa mujer. Lo siento así, cual lo digo, y mira, sufro el tormento de un demonio. Yo no quiero ofenderte, pero... ¡sería horrible!

Y clavó los codos con movimiento irritado, abatiendo entre sus manos la cabeza.

María Antonia se levantó resplandeciente de júbilo, y acercándose, rodeó el cuello de Íñez con sus brazos.

La traílla, cuadro de Constante Troyón

—Si tu dolor es tan duro, dijo, prueba que me amas. Este instante feliz me recompensa de los resquemores que he sentido... por adorarte. ¡Perdóname!

Comida en el bosque, cuadro de Luis Dettmann

—¿Que te perdone?, saltó Martín levantando la cara.

Y absorto contempló al lado del billete anónimo otro igual con la firma de María Antonia. Cotejado, veíase á las claras que los dos procedían del mismo puño; la letra del que llevó el correo pareciera la misma sin el intento de desfigurarla y sin el velo corrido por la exaltada pasión á los ojos.

—¿Que te perdone?, repitió Martín; ¡pobrecilla! Comprendo que he amargado tu existencia. En la medida de mi pesadumbre pongo la inmensidad de tus torturas; pero te juro que no dejé de amarte un segundo... ¡á ti sola!

—Te he conquistado; ¡ahora sí que eres mío!

—Tuyo... para siempre.

Cuando traspuso el umbral la criada con otros manjares, hablaban los esposos afectuosa y cumplidamente de cosas ligeras, como de costumbre. Limpiando el ambiente casero, habíase deshecho en un vaso de agua la tempestad.

J. F. LUJÁN.

(Dibujo de Calderé.)

BARCELONA

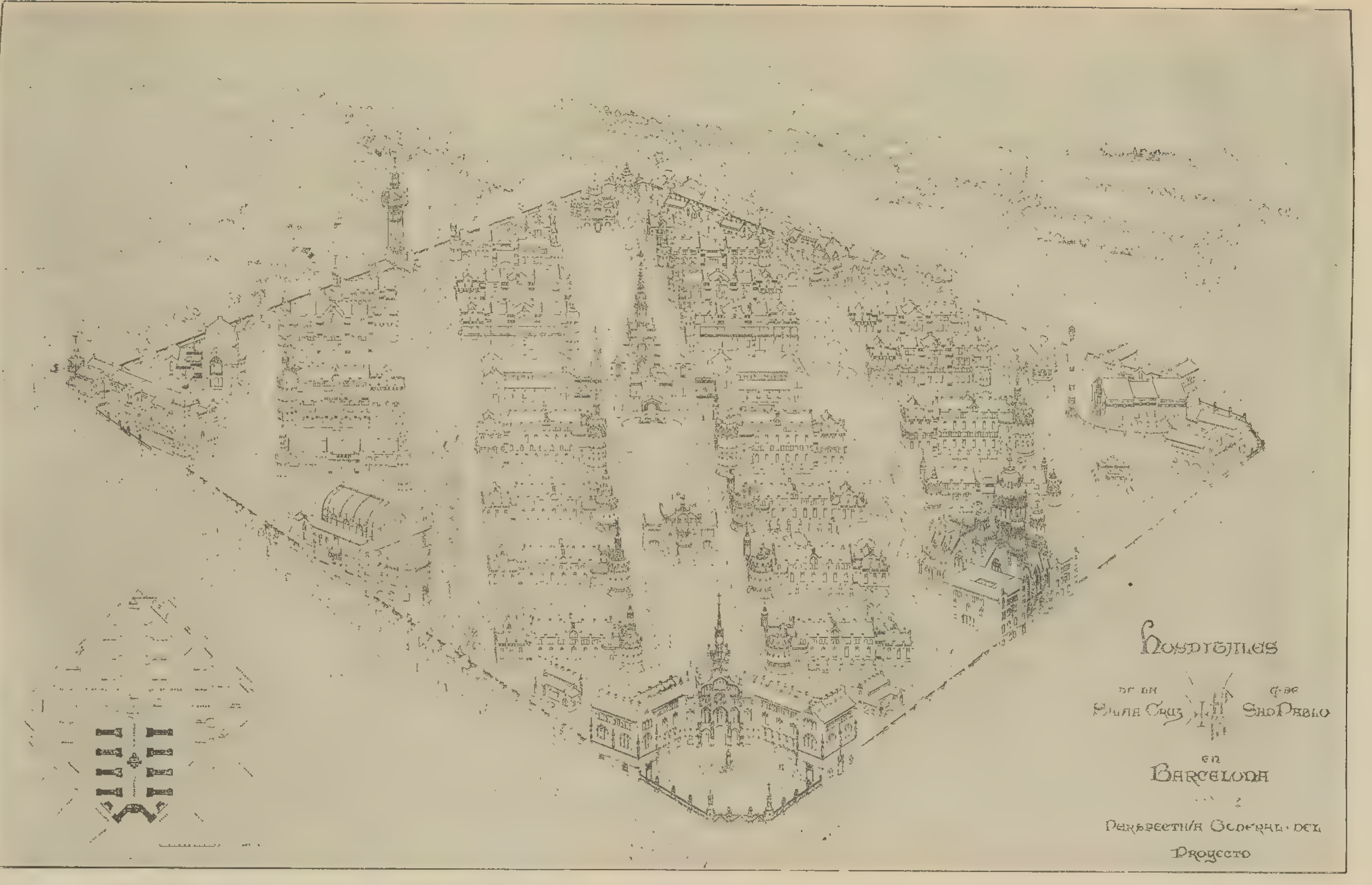
HOSPITALES DE LA SANTA CRUZ Y DE SAN PABLO

El proyecto de hospitales que en la siguiente página reproducimos será, una vez ejecutado, una obra grandiosa, digna de la importancia de nuestra capital y perfectamente adecuada al objeto á que se la destina. Actualmente se halla en vías de construcción la parte denominada hospital de San Pablo, que se levanta á expensas del cuantioso legado hecho por D. Pablo Gil y á la que se trasladarán los enfermos del actual Hospital de la Santa Cruz; el resto se construirá á medida que éste vaya realizando cantidades para ello con la venta de sus antiguos edificios.

La cabida máxima de los dos hospitales será de 1.000 enfermos. Las enfermerías y sus servicios generales estarán distribuídos en 48 grandes pabellones independientes y unidos entre sí por galerías subterráneas que pasarán por debajo de los jardines y paseos, recibiendo luz y ventilación por su parte alta. Los edificios estarán separados, sobre el plan terreno, por dos grandes vías diagonales en cruz, de 50 metros de ancho mínimo cada una.

Los pabellones estarán distribuídos en cuatro grupos para hombres, mujeres, enfermedades infecciosas y no infecciosas; además, habrá 12 destinados á servicios generales y administrativos.

No tenemos espacio para otros pormenores; pero la vista del proyecto suple á cuanto pudiéramos decir así de las condiciones de los hospitales como de la importancia y perfección de la obra del notable arquitecto Sr. Doménech y Montaner, obra que honra á su autor y á la ciudad en donde ha de realizarse.—S.



BARCELONA.—Perspectiva general del proyecto de los hospitales de la Santa Cruz y de San Pablo en construcción. Obra de D. Luis Doménech y Montaner

Los terrenos en que se construyen esos hospitales están situados á [illegible] metros al Norte del casco antiguo de la ciudad, en el centro de un gran espacio hoy libre de edificaciones enclavado entre los populosos suburbios de Horta, San Andrés de Palomar, San María de Provensals y Gracia. La altura mínima del solar sobre el nivel del mar es de 49'50 metros y la máxima de 84'05. La planta de los hospitales reunidos es de forma rectangular y todos sus lados tienen casi las mismas dimensiones de unos 400 metros de longitud. Los terrenos utilizables pertenecientes al Hospital de San Pablo tienen una extensión aproximada de [illegible] metros cuadrados, y los del Hospital de la Santa Cruz, con los campos de reserva y descontando el terreno cedido para calles, 88.000. Para que el solar tenga la forma del plano falta adquirir [illegible] palmos; en esta forma reunirán los dos hospitales una extensión total de 145.700 metros.

DE MARRUECOS

Las tropas francesas siguen ocupando Uxda y están resueltas á no moverse de allí mientras el sultán no acceda á las reclamaciones formuladas por el gobierno de la República. Estas reclamaciones son, según declaró el ministro de Negocios Extranjeros, M. Pichón, en la Cámara de los Diputados: castigo de los asesinos del doctor Mauchamp, destitución y castigo del gobernador de Marrakesch; indemnización pecuniaria á la familia del expresado doctor; garantía de la seguridad de los súbditos franceses residentes en Marruecos; cumplimiento por parte del Maghzén de los compromisos contraídos por virtud de los convenios especiales con Francia y del acta de Algeciras, y adopción de las medidas necesarias para evitar desórdenes, robos y agresiones en el territorio imperial.

Ya dimos oportunamente noticia de la carta del sultán leída en las mezquitas de Fez, ofreciendo dar satisfacción cumplida á Francia, así como de la nota del ministro de Negocios Extranjeros marroquí, redactada en términos más ambiguos y más dilatorios de lo que la gravedad y urgencia del caso requerían.

Según los últimos telegramas, el Maghzén ha enviado ya á su representante en Tánger la contestación oficial á las reclamaciones del gobierno de la República francesa; es un documento extenso y confuso, en el cual se entrevé, sin embargo, el deseo de llegar á una conciliación. Los delegados jerifianos y el ministro M. Regnault, representante de Francia, han conferenciado acerca de dicha contestación, que ha sido remitida al ministro de Negocios Extranjeros francés.

Marruecos. – El gobernador francés, coronel Reibell, recorriendo las calles de Uxda, acompañado de su ayudante y de algunos periodistas. (De fotografía de Rittwagen.)

Otro incidente se ha producido últimamente, que pudo dar lugar á graves complicaciones; tal ha sido la adjudicación hecha por el sultán directamente, y mediante la intervención del cónsul alemán Sr. Rosen, á la casa alemana Reuschen, de varias obras públicas en Tánger que, á tenor de los artículos 106 y 107 del acta de Algeciras, habían de ser adjudicadas en concurso público.

Sobre esto han conferenciado el embajador de Francia en Berlín M. Cambón y el canciller del Imperio Sr. Bulow, y es de esperar que se llegará á una solución satisfactoria, tanto más cuanto que el asunto no interesa sólo á Francia, sino también á todas las potencias que concurrieron á la conferencia de Algeciras.—R.

LA CONFERENCIA COLONIAL BRITÁNICA

El día 15 de los corrientes se ha inaugurado en Londres esa conferencia, en la que se han de discutir y resolver asuntos de gran importancia para las colonias inglesas. Aunque ha sido el gobierno quien ha hecho las invitaciones, la iniciativa ha partido de Mr. Chamberlain. A la conferencia asisten los presidentes de los gobiernos coloniales: sir Wilfrido Laurier, del Canadá; sir Roberto Vond, de Terranova; Alfredo Deakin, de las colonias unidas de Australia; sir José Ward, de Nueva Zelandia; el Dr. Jamesson, de la colonia del Cabo, y Luis Botha, del Transvaal.

La principales cuestiones que se tratan en la conferencia son: la participación que las colonias han de tener en los gastos de su defensa; la inmigración de las razas asiáticas, y las tarifas preferentes entre la metrópoli y las colonias.

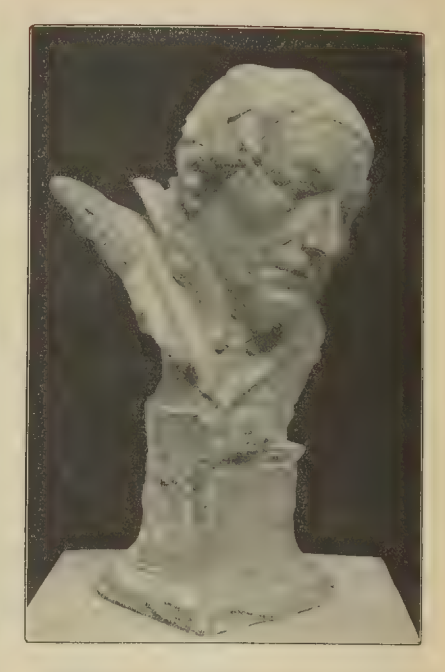
De los varios festejos organizados en honor de los delegados coloniales merece mención especial la recepción solemne efectuada en el Guildhall y presidida por el Lord Mayor de Londres, que reproduce la lámina de la siguiente página.—T.

Marruecos. – Vista de la Alcaicería de Uxda. (De fotografía de Rittwagen.)

LONDRES.—LA CONFERENCIA COLONIAL.—RECEPCIÓN DE LOS DELEGADOS COLONIALES POR EL LORD MAYOR EN EL GUILDHALL. (Dibujo de A. Michael.)

El día 15 de las corrientes efectuóse esta fiesta, que resultó brillante y solemne. Los seis presidentes de los gobiernos coloniales fueron recibidos en la biblioteca de Guildhall por el Lord Mayor de Londres, y el archivero sir Forrest Fulton les dirigió un afectuoso discurso dándoles la bienvenida. Después que los presidentes hubieron saludado á la primera autoridad de la City, el *chamberlain* sir José Dimsdale les invitó á que firmaran la antigua declaración de lealtad, y cumplida esta ceremonia, les fué otorgado el derecho de ciudadanía.

Encajera, escultura de Godofredo de Vreese



Busto retrato, obra de Carlos van der Stappen

En el café, cuadro de H. J. E. Evenepoel. (Exposición de los secesionistas muniquenses, 1906.)

Retrato pintado por Alberto de Keller
(Exposición de arte alemán del siglo XIX. Berlín, 1906.)

Retrato del P. Willibroid,
pintado por J. Engelhart.
(Exposición de los secesionistas de Viena, 1906.)

Castigada, cuadro de S. Novo. (Reproducción autorizada por la «Unión Deutsche Verlagsgeselschaft.»)

NUESTROS GRABADOS

TRES NOTABILIDADES ARTÍSTICAS EN BARCELONA

En pocos días habrá podido admirar el público de Barcelona á tres artistas verdaderamente notables en sus respectivos géneros: el tenor José Palet, el pianista Raúl Pugnó y el violinista Juan Kubelik.

TRES NOTABILIDADES ARTÍSTICAS EN BARCELONA

El tenor JOSÉ PALET,
que canta en el teatro de Novedades

El pianista RAÚL PUGNÓ,
que ha dado dos conciertos en el teatro Principal

El violinista JUAN KUBELIK,
que ha de dar tres conciertos en el teatro de Novedades

Y no hacemos mención de María Gay, la genial intérprete de *Carmen*, porque de ella nos ocupamos en el número anterior, y únicamente haremos constar que el triunfo que ha obtenido cantando la ópera de Bizet ha sido grande, indiscutible, confirmando el público y la crítica de Barcelona, en un todo, el juicio que acerca de la creación de la eminente artista han emitido la crítica y el público de las más importantes capitales extranjeras.

Cuando en el año 1900 debutó Palet en el Liceo, su profesor el Sr. Goula nos honró con una carta que publicamos en el número 985 y en la que el eminente maestro decía entre otras cosas: «Del futuro artista, ¿podemos decir algo? Creo que no. Conténtese usted, pues, con abrir la primera página de su historia artística, página que necesariamente debe hoy quedar en blanco, so pena de charlatanismo, pero que no dudo que el buen deseo de Palet y la benevolencia de los públicos llenará rápidamente.»

No aquella primera, sino muchas páginas más se han llenado desde entonces, y en todas ellas aparece cada vez más admirada la personalidad artística del joven tenor, que en los principales coliseos de Europa y de América ha logrado una serie no interrumpida de triunfos.

Hoy, después de siete años de ausencia, ha vuelto Palet á Barcelona, y las ovaciones conseguidas en la interpretación de Radamés, de la ópera *Aida*, han demostrado que nuestro público no estima exagerados los elogios de que venía precedido y que se ha convertido en hermosa realidad lo que desde un principio fué halagüeña esperanza. Palet nada ha perdido de su voz de timbre bellísimo, y en cambio ha ganado no poco en expresión y en dominio de la escena.

Sea bienvenido y reciba nuestro más sincero aplauso.

Raúl Pugnó, el notable pianista francés, era ya también conocido de nuestro público que en los dos conciertos de ahora ha tenido nueva ocasión de admirar y aplaudir su ejecución maravillosa y sobre todo su portentosa manera de interpretar las obras de los más grandes maestros, como Beethoven, Bach, Chopin, Haendel, Scarlatti, Weber, Grieg, Liszt, Mendelssohn, d'Indy y otros compositores antiguos y modernos. Como compositor, raya también á gran altura. Pugnó huye de todo efectismo, y sin dejar de poner algo de su sentimiento personal en las piezas que ejecuta, sabe asimilarse el del autor y comunicarlo íntegro á sus oyentes.

Los dos conciertos han sido para él dos nuevos triunfos y cada una de las composiciones que componían los programas le ha valido una ovación entusiasta.

Juan Kubelik sólo es conocido entre nosotros por su fama universal que le proclama uno de los primeros violinistas modernos; y esa fama no se la han dado públicos de escasa importancia, sino que la ha conquistado en los grandes centros en donde se rinde entusiasta culto al arte. Kubelik es joven, según puede verse en su retrato, y sin embargo su celebridad data de muchos años.

Dentro de unos días, los filarmónicos barceloneses confirmarán sin duda con sus aplausos el fallo unánime que en todas partes ha merecido el genial artista.

BARCELONA. – Diligencia judicial de inspección del coche que conducía á los Sres. Salmerón, padre é hijo, Cambó, de Buen Roca y Roca, Corominas, Nubiola y Rodón, cuando fueron asaltados á tiros en ocasión en que se dirigían á un *meeting* electoral que debía celebrarse en el Casino de Sans. (De fotografía de E. Castellá.)

BARCELONA

ATENTADO CONTRA ALGUNOS CANDIDATOS SOLIDARIOS

El hecho ha sido explicado en todos sus pormenores por la prensa diaria y comentado con los más duros calificativos por todas las personas honradas y cultas. Cuando los candidatos á la diputación á Cortes por Barcelona Sres. Salmerón y Cambó, acompañados por algunos amigos, se dirigían, en la noche del 18 del actual, al casino de Sans, en donde había de celebrarse un *meeting* de propaganda, el coche que los conducía fué asaltado á tiros por un grupo de hombres, que, emboscados en sitio poco habitado y aprovechando la obscuridad, hicieron numerosos disparos. Milagrosamente resultaron ilesos el señor Salmerón y sus acompañantes, á excepción del Sr. Cambó, á quien uno de los proyectiles hirió tan gravemente, que al pronto se temió por su vida. Por fortuna los tristes presagios de los primeros momentos no se han confirmado, y aunque el estado del Sr. Cambó sigue siendo grave, es de esperar que se irá acentuando la ligera mejoría iniciada.

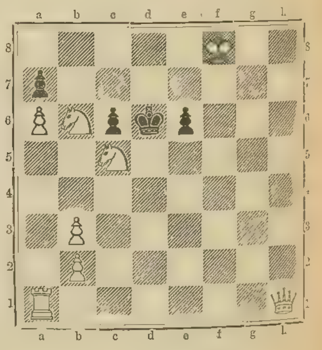
Las circunstancias en que se realizó el atentado demuestran que éste es consecuencia de un complot tramado á sangre fría y consumado en condiciones tales que parece imposible que escapase con vida ninguno de los que iban en el carruaje.

Como antes decimos, la protesta contra el acto salvaje ha sido general; de desear es que no quede impune el abominable delito y que el proceso instruído por el juzgado conduzca al esclarecimiento de los hechos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 460, POR V. MARÍN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 459, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. C d 3 – e 5	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Tocaba con algo de tristeza

Cogió su pañuelo, secóse rápidamente el rostro encendido y se aproximó á la puerta-ventana.

—Toca usted muy bien, díjole la Sra. de Bertholón; ha hecho usted grandes progresos desde el invierno último. Tiene usted talento para la música.

Julia, en la sombra, pasó un brazo alrededor de la cintura de su hermana y la besó ardientemente en la mejilla, mientras en voz baja murmuraba á su oído:

—¡Qué simple es tu suegra! Y tú eres un ángel.

El Sr. Leniel tendió la mano á su primogénita.

—¡Buena falta me hará!, dijo. Me he acostumbrado á escucharla y me parece que me habla cuando toca así.

Los ojos de Aurette buscaban los de Raúl y los encontraron. Estaba guapísima en aquella semiobscuridad y su novio se sentía cada vez más verdaderamente enamorado. Al pasar junto á él Raúl alargó el brazo y cogió la mano que la joven dejaba colgar entre los pliegues de su falda. La señora de Bertholón se levantaba para marcharse. Raúl sintióse de pronto enajenado y en voz baja dijo:

—Mi adorada prometida, te amo.

Aquel grito del corazón no era quizás muy elocuente; á Aurette, no obstante, le llegó hasta lo más hondo del alma. Miró á Raúl con una intensidad de amor ingenuo que le trastornó, y él, levantándose también, inclinóse sobre la mano que aún tenía cogida é imprimió en ella un largo beso.

Aurette permaneció silenciosa. ¡Su sueño, pues, se realizaba! ¿Duraría siempre? ¿Podría ella resistir tanta alegría sin perder el juicio? De repente tuvo la visión de sus desposorios: en el fondo de la catedral de Angers, caminaba al lado de Raúl hacia el altar coronado de flores y luces; Raúl pondría en su dedo el anillo nupcial... ¡Ah, cómo sería para él la esposa fiel y segura hasta la tumba!

Raúl dejó caer aquella mano leal que no había contestado á su presión, ¡tan turbada se sentía Aurette!, y de pronto volvióse hacia su madre, que fingía no haber visto nada. La despedida fué lo que debe ser entre personas que se ven á menudo, y á poco el ruido del coche sobre la arena fué perdiéndose en el ambiente tranquilo y fresco de aquella apacible noche de junio.

Cuando se hubo cerrado la verja del parque, la señora de Bertholón, dirigiéndose á su hijo, díjole en inglés, á fin de que el cochero no la entendiese:

—No conviene que te aventures demasiado con Aurette; has hecho mal en besarle la mano hace un momento.

Raúl, en extremo disgustado, agitóse nerviosamente y acabó por decir en francés:

—¡Pero, mamá, eso no tiene sentido común! ¿Acaso no hemos de casarnos dentro de tres meses?

—Sé muy bien lo que digo, repuso la madre siempre en inglés. Cualquier boda puede deshacerse mientras no se haya celebrado, y no me gustan las complicaciones.

Raúl se recostó en su rincón sin replicar palabra, acompañó á su madre hasta su casa, y en vez de recogerse, fué á reunirse con algunos amigos en un café de moda.

II

—Padre mío, dijo Carlos apoyando ligeramente la mano en el hombro del Sr. Leniel.

Las jóvenes se habían retirado después de besar al jefe de la familia, que arrellanado en una butaca, junto á la puerta del salón, disfrutaba tranquilamente de la magnificencia de la noche.

Al contacto de la mano de su hijo, volvió un poco la cabeza.

—Creí que habías salido, Carlos, dijo con imperceptible acento de sorpresa.

—He dado una vuelta por el parque. Padre mío, quisiera hablar con usted.

—¿Esta noche?

—Esta noche, si puede ser. Hace tiempo que pesa sobre mí una preocupación de la que puede usted librarme... ¡Es usted tan bueno!

—¡Una preocupación! ¿A tu edad? ¿Has comprometido dinero ajeno?

—No, padre mío; por este lado nada debe usted temer.

—Habla, pues, exclamó el Sr. Leniel respirando tranquilamente.

—Deseo casarme, dijo el joven haciendo un penoso esfuerzo.

El Sr. Leniel se puso serio, pero no se mostró sorprendido.

—Tienes razón; cuentas ya veintisiete años y es tiempo de que pienses en ello. ¿Y has elegido ya?

—Sí, padre mío.

Carlos callaba; el Sr. Leniel alzó la cabeza, los ojos de ambos se encontraron y el hijo comprendió que su padre había adivinado su secreto.

—Dime el nombre de la que amas, dijo el señor Leniel lentamente y con mucha gravedad.

—Ya lo sabe usted..., es Sidonia.

Aquel nombre cayó en el silencio; la noche inconmensurable invadía todo el espacio salpicado únicamente por los lejanos soles que no pueden alumbrarnos. El Sr. Leniel contemplaba la obscuridad del cielo y el brillo de los astros; su hijo esperaba su respuesta.

—Padre mío, dijo al fin en voz muy baja, la amo.

El Sr. Leniel se levantó, dió dos pasos y se apoyó en el montante de la puerta, entre la terraza y el salón; nunca le había parecido á su hijo de tan elevada estatura.

—La amas, sí, dijo; la has amado sabiendo que en su familia hay una mancha y que yo no te permitiría casarte con ella.

—Padre mío, replicó Carlos bajando la cabeza, no he sido yo quien ha querido ese amor; ha sido el amor quien ha venido...

—¡En este caso es ella!, exclamó el padre interrumpiéndole con acento severo. ¡Bien lo he visto! No soy ciego, pero no quería dar crédito á lo que veía... ¡Parecíame tan odioso! ¡Una muchacha criada en nuestra casa y por nosotros! Decía que no quería casarse... Harto sabía que no podía pensar en ello en esta ciudad, en nuestra sociedad severa...

—¡No es culpa suya!, dijo Carlos con cierta irritación.

—¿Quién dice que sea culpa suya la conducta y la muerte de su padre? ¡No soy tan cruel ni tan injusto! Pero la culpa existe; Sidonia es inocente de ella, convenido; pero si alguien ha de sufrir las consecuencias, ¿qué es más natural, que las sufra ella ó que las padezcamos nosotros?

—¿Sufrir las consecuencias? ¿Por qué?

—¿Ignoras acaso lo que es una ciudad de provincia?, replicó el padre haciendo un gesto de impaciencia. En ella todo se sabe, todo se repite, todo se abulta. En París, un hombre excluído de su clase, cambia de medio social; en provincias, ó se va ó se muere. No consentiré, pues, que te cases con Sidonia.

Ante esa oposición razonada, Carlos sentía que la cólera iba apoderándose de él.

—Pues será una gran injusticia, dijo á media voz y apretando los dientes.

—¿De modo que quieres que te lo diga todo?, exclamó el Sr. Leniel acercándose á su hijo en ademán casi amenazador. ¡Pues bien, sea! Mi oposición no es sólo porque Sidonia sea hija de un hombre viciado, de un suicida, sino porque carece de bondad y de rectitud; porque te ha conquistado secretamente sabiendo que yo no consentiría en esos amores; porque desde hace algunos meses, en el hogar de tu padre, en la casa de tus hermanas, tienes con ella una intriga vergonzosa...

—¡Padre mío!, gritó Carlos irguiéndose delante de él. ¡No la insulte usted! ¡Sidonia es intachable!

—¡Así lo espero!, replicó el Sr. Leniel desdeñosamente. Pero ¿crees que he de querer llamar hija mía á la que ha recompensado mi bondad incitándote en contra mía, trabajando traidoramente en la sombra? ¡Sólo por esto no la querría en mi familia!

Dió algunos pasos; pero luego, repentinamente ablandado, acercóse de nuevo á su hijo.

—Entiéndeme bien, Carlos, dijo; no quiero que haya entre nosotros una mala inteligencia. Por primera vez estamos en desacuerdo; hasta ahora has

sido un hijo amante y respetuoso, y yo estaba... estoy orgulloso de ti. Has hecho honor á nuestro nombre y á nuestros negocios, cual corresponde á un hombre de talento y de corazón, y mi amor y mi prudencia paternales han de protegerte contra un peligro que no sospechas, contra un porvenir del cual no tienes ningún presentimiento: un matrimonio imprudente, mal avenido, pesa sobre toda una existencia... Sidonia no es la esposa que te conviene y no te casarás con ella.

Carlos le había escuchado temblando de cólera que procuraba reprimir.

—Si la odia usted hasta este punto, no comprendo por qué la ha educado usted al lado de mis hermanas.

—¿Odiarla? La odio tan poco que le tengo reservada una dote para el día en que un hombre... de ideas muy distintas de las mías quiera hacerla su esposa. Pero ahora no la reconozco... La creía egoísta, indiferente, poco cuidadosa de la dicha ajena..., mas no sabía que fuese falsa y engañadora. Aunque no por otra cosa, no quisiera por esto que te digo que fuera tu mujer.

Carlos hizo un gesto lleno de amargura y de orgullo.

—Más adelante, dijo su padre, me darás las gracias.

—¡No lo crea usted!, respondió el joven dirigiéndose á la puerta.

Ya en el umbral se detuvo.

—Y ahora, dijo, Sidonia sufrirá las consecuencias de mi amor. ¿La castigará usted por el cariño que me ha inspirado?

—¿Castigarla? Bien lo merecería, pero no soy un mal hombre. ¿Sabe que tenías el propósito de hablarme hoy?

Por vez primera en su vida Carlos mintió á su padre.

—No, respondió bajando la cabeza.

El Sr. Leniel le creyó.

—Siendo así, nada le diré. Mañana saldrás para París, en donde permanecerás hasta que yo te llame; de este modo tendré tiempo para tomar una determinación. No temas que ni tus hermanas ni yo seamos duros con ella; y aun en el caso de que yo intentara serlo, Aurette la defendería... Dentro de unos diez días habré adoptado una resolución. Y ahora, retírate, hijo mío.

Carlos iba á salir cuando su padre lo llamó.

—No soy hombre aficionado á las palabras vanas, le dijo; jamás —y acentuó esta palabra, —jamás consentiré gustoso en que te cases con Sidonia. Puedes, sin duda alguna, llevar adelante tu propósito y casarte sin mi consentimiento, pero no querrás hacerlo. No, Carlos, no puedo creer que me asestes un golpe tan cruel. Dices que ella no merece sufrir; pero tampoco merezco yo sufrir en mis hijos... He sido, en cuanto he podido, un buen padre, un hombre honrado y un buen ciudadano... ¡Carlos, tú no querrás entristecer mi vejez!..

Y diciendo esto tendió las dos manos á su hijo vacilante.

—¡Hijo mío!, exclamó con voz entrecortada.

Carlos cogió las manos de su padre y las estrechó; el Sr. Leniel le atrajo sobre su pecho y le retuvo largo rato entre sus brazos.

—Procuraremos que sea dichosa, dijo al fin soltándolo; doblaré la cantidad que le destinaba en dote; la llevaré á los baños de mar, á algunas aguas... Y si es preciso, el invierno que viene iremos á París, en donde encontraré un buen marido para ella, un hombre honrado, pues no todo el mundo tiene nuestros prejuicios de provincias... Sidonia será dichosa, y tú, tú ya no eres un niño, te pondrás sobre ti..., te consolarás; tu padre te sostendrá y habrás cumplido con tu deber.

Hablaba con el aplomo del hombre dotado de gran experiencia de la vida y que conoce la insignificancia de las pasiones eternas; pero Carlos era joven y no podía mirar las cosas de la misma manera. De nuevo estrechó las manos de su padre y salió sin contestar una palabra.

El Sr. Leniel volvióse hacia la ventana, se apoyó en el alféizar, adoptando su postura favorita, y contempló las estrellas.

Sentía el corazón oprimido. ¡Ya podía hablar Carlos de los que no habían merecido su suerte! ¿Había acaso merecido él que aquella huérfana, amparada por la bondad de su esposa y de él mismo, le causara el pesar más grande que había experimentado desde la muerte de su compañera? ¿Era esta la recompensa de su caridad?

Continuaba interrogando á los astros, que por toda respuesta parecían parpadear misteriosamente, cuando el ligero paso de Aurette sobre el piso de madera le sacó de su meditación.

—¡Cómo! ¿No duermes todavía?, preguntóle con cierta inquietud.

—No, papá; he oído su voz y la de Carlos; como mi cuarto está encima de la terraza... Carlos ha subido y yo vengo...

—Como siempre, á traerme el consuelo de tu presencia.

—En parte. Pero ya sé de qué hablaban ustedes.

—Carlos te lo había dicho.

—No; yo lo había adivinado hacía mucho tiempo. Sidonia es joven y hay que perdonárselo.

Sus brazos acariciadores rodearon el cuello del señor Leniel, y toda su actitud pedía gracia para los dos enamorados.

—¿Perdonárselo?.. ¿Quieres decir que sería menester casarlos?

Aurette vaciló, besó á su padre y llevándolo á su butaca cerró la ventana, por donde entraba un fresco demasiado intenso. El Sr. Leniel la contemplaba emocionado al ver aquel cariño que atendía á todo y turbado al mismo tiempo por lo que acababa de escuchar.

—¿Querrías casarlos?, repitió en tono casi incomodado.

—¡Qué sé yo!, respondió Aurette sentándose en frente y muy cerca de él. Usted es mejor juez que yo; el único juez de lo que exige el honor de nuestra familia; pero...

Se detuvo meditando, buscando una manera de formular su pensamiento, todavía vago.

—¿Pero qué?, preguntó su padre con cierta impaciencia nerviosa.

—Voy á decírselo á usted. No había pensado mucho en ello antes de esta noche, mejor dicho, había pensado y con frecuencia, pero temía lo que ha sucedido..., no sé expresar bien mi idea.

Era tan sincera en la ingenuidad de su incertidumbre, que su padre, á pesar de la grave preocupación que le dominaba, sintió que acudía á sus labios una semisonrisa. ¡Esa sí que era oro puro! ¡Era la verdadera hija de su corazón y de su inteligencia!

—Paréceme, siguió diciendo Aurette después de un silencio que el Sr. Leniel se había guardado de interrumpir, que esa boda no sería tan imposible...

—¿Sabes cómo murió su padre? ¿Sabes cómo vivió?, exclamó el Sr. Leniel interrumpiéndole.

—Sé que ni su vida ni su muerte fueron ejemplares; pero, papá, Carlos tenía razón por lo menos en una cosa, y es en que á Sidonia no le cabe en ella la menor culpa.

—Bueno, sí, te concedo esto, dijo el Sr. Leniel siempre nervioso; pero su conducta actual, esos tapadillos, esa intriga desarrollada dentro de mi casa entre tu hermana y tú... ¿tienen disculpa en tu concepto?

—Yo, papá, nada tengo que disculpar, repuso Aurette con una sonrisa bondadosa, tímida y suplicante. El único ofendido es usted..., y siendo así, me parece...

—¡Sigue!

—Pues bien, me parece que si usted es el único que tiene el derecho..., ¡oh, papá!, no me atrevo á decir el deber... de perdonar...

Al pronunciar estas palabras, habíase inclinado sobre la mano de su padre y, cogiéndola entre las suyas, la había acercado á sus labios. El Sr. Leniel la retiró suavemente.

—Créeme, Aurette, dijo; un hombre es mejor juez en esos asuntos. Es una cuestión de honor, hija mía; Sidonia ha faltado moralmente al honor.

—También es una cuestión de amor, padre mío. Se aman y piensan que nunca serán el uno del otro. ¿Se hace usted cargo de lo que deben sufrir?

El Sr. Leniel, sorprendido, miró á su hija con atención. Sabía que era adicta á su prometido, pero lo era asimismo á su familia y á sus deberes: ¿habría sentido ella emociones por él no sospechadas?

—¿Y tú lo sabes?, dijo.

Aurette se ruborizó; su cutis nacarado tiñóse de púrpura como herido por un rayo de sol y sus ojos se velaron. Era la primera vez que su padre la interrogaba acerca de sus sentimientos íntimos; pero como era recta y tenía el valor de su rectitud, contestó sin titubear:

—Por lo menos sé algo de ello. Consentí en mi matrimonio con Raúl Bertholón por consejo de usted, papá; pero ahora, si hubiese de renunciar á él...

Vencida por la intensidad de su emoción, se calló, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Por esto, añadió casi en seguida, siento gran compasión, sí, una gran compasión por esos muchachos.

Calificaba ingenuamente de muchacho á su hermano, que tenía algunos años más que ella; mas ¿acaso desde hacía muchos años no estaba acostumbrada á velar como una joven madre sobre toda aquella familia cuya felicidad estaba en sus manos?

Tentado estuvo su padre de preguntarle si realmente creía que el amor de Sidonia era como el suyo; pero se contuvo. ¿Para qué tales comparaciones?

—De modo, dijo, que crees que yo debería ceder

—Sí, papá; á lo menos eso me parece.

—¿Has pensado en el efecto que semejante resolución produciría en la sociedad?

—¿Por ventura vivimos para la sociedad?, repuso Aurette moviendo la cabeza.

—No, pero en la sociedad vivimos. Por ejemplo, sin ir más lejos, ¿qué diría la señora de Bertholón?

—No es muy indulgente, en verdad, pero dejaríamos que dijese lo que quisiera.

—¿Y tu novio?

—¡Oh!, exclamó con graciosa risa de triunfo. Si le pareciese mal, es que no sería el mismo y entonces yo dejaría de amarle.

Hablaba con una seguridad absoluta, con entera libertad de espíritu. La momentánea escena de aquella noche le había infundido una nueva fe en Raúl.

Su padre la miró con una ternura que tenía algo de compasión; la vida había de ser muy ruda para aquella criatura exquisita, demasiado buena, demasiado recta, demasiado ignorante del mal...

—Mire usted, papá, mientras bajaba la escalera combinaba yo un plan: puesto que Carlos ha de partir pronto para las Indias, podríamos dejar que se fuera á París; allí se casaría tranquilamente con Sidonia y emprenderían juntos el viaje. Más adelante diríamos que se habían casado, y como entonces ellos estarían lejos, las murmuraciones no les causarían ningún daño...

—¿Pero y nosotros?

—¡Oh, papá! Usted está muy por encima de todas esas cosas, y en cuanto á mí, me parece que lo estoy también. Y cuando volverían, haría ya tiempo que todo se habría olvidado.

El Sr. Leniel permanecía callado. De pronto se levantó.

—Vamos á acostarnos, dijo; la noche es buena consejera. Te diré, sin embargo, que no me has convencido; y aunque algún día, que no preveo, hubiera de dar un consentimiento, que por ahora estoy resuelto á negar, Sidonia no sería nunca verdadera hija mía de corazón, pues jamás podré perdonarle el pesar que me causan su ingratitud y su deslealtad. Buenas noches, hija mía.

Y abrazando á Aurette la besó efusivamente. Mientras ella subía la escalera delante de él, con la vela en la mano, la contemplaba con el orgullo del poseedor de un tesoro único á la vez que con el cariño del padre. ¡Sí, aquella hija era un diamante puro, y el hombre que le diera su nombre sería un hombre feliz, bienaventurado entre todos los hombres!

III

A la mañana siguiente, Aurette fué, como siempre, la primera en bajar al comedor. Julia había regresado á las seis á su convento; el Sr. Leniel solía ser el último en presentarse. Entró Sidonia más pálida y silenciosa que de costumbre; dió un beso á Aurette, un beso distraído, y se sentó en su sitio con la mirada fija en la puerta.

En vano Aurette se esforzó por conseguir de su compañera de infancia alguna frase trivial que le permitiera proceder como si nada hubiese pasado; no fué posible hacerle decir una palabra. Llegó Carlos, dió los buenos días á su hermana, tendió su mano á Sidonia y se sentó en actitud que quería aparentar indiferente.

A Aurette se le oprimió el corazón. No era muy entendida en materia de amores, pero al verlos juntos había percibido la certeza de que se habían hablado después de la entrevista entre Carlos y su padre; á la vista saltaba que Sidonia conocía el modo de pensar del Sr. Leniel respecto de ella.

«¡Con tal que mi padre no lo note!, pensó. ¡Entonces sería inflexible!»

El Sr. Leniel llegó tarde y afortunadamente estaba harto preocupado con sus propios pensamientos para fijarse en los demás. Sidonia le había presentado la frente, como de costumbre, y él la había besado, sin dar, al parecer, á aquella acción ninguna importancia; luego se había sentado desdoblando su periódico. Después que le hubieron servido el chocolate, Aurette hizo una seña á Sidonia, que la siguió, y salieron juntas del comedor, dejando en él solos al padre y al hijo.

Sidonia quería esquivarse cuando daban la vuelta al vestíbulo; pero Aurette la detuvo y con una autoridad sorprendente la empujó al salón y la sitió, por decirlo así, en un ángulo del mismo, de donde no podía salir sin apelar á la violencia.

—Veamos, dijo, cómo has podido dejarte arrastrar...

—¡Frases altisonantes!, respondió Sidonia encogiendo la barba y con aire de fastidio. ¡Grandes escenas!.. ¡1830 y toda la escuela romántica!.. Por Dios, Aurette, ahórrame esto ¡Bastante fastidiada estoy para que todavía me aburran más!

La señorita Leniel hizo un movimiento involuntario hacia atrás, tanto la ofendía y tan monstruoso le parecía aquel lenguaje. Sin embargo, su natural indulgencia le sugirió inmediatamente una disculpa y de nuevo se acercó á Sidonia.

—No es mi ánimo aburrirte, dijo; pero piensa un poco en lo que haces y en el modo como eso puede ser interpretado. ¡Si se supiera!..

—¿A quién se refiere ese *se*?, preguntó Sidonia con acento irónico y altanero.

—¡A los criados!, respondió Aurette con cierta brusquedad. Si *se* supiera que has encontrado medio de hablar con Carlos esta noche, ó esta mañana, pero en uno ó en otro caso á escondidas...

—¡Qué maliciosa!, dijo Sidonia interrumpiéndole. ¿Crees que es muy difícil? Hablé con él anoche mientras tú estabas con el Sr. Leniel. Estábamos sentados en la escalera y cuando abriste la puerta para subir, nos separamos. Ahí tienes explicada la cosa.

La explicación era, en efecto, muy sencilla, y Aurette, después de oirla, quedóse confusa.

—¿De modo que le esperabas?, preguntóle estupefacta.

—Por supuesto. Es para nosotros cuestión de vida ó muerte. A nadie le gusta estar pendiente de un hilo, y en estas condiciones se tiene prisa por saber cuándo se tocará tierra.

—¿Y si yo no hubiese bajado á hablar con mi padre?, preguntó Aurette luchando contra una impresión singularmente desagradable.

—Habríamos esperado á que te hubieses acostado. Yo no vivía; era preciso saber á toda costa...

Pronunció estas últimas palabras con los dientes apretados y con una fuerza oculta que la rehabilitó algo en el concepto de Aurette: Sidonia, víctima de una pasión dominante, irresistible, sería mucho más disculpable de lo que ella había supuesto.

—Ya sabes, pues, dijo la Srta. Leniel, que mi padre no consentirá, á lo menos por ahora; así se lo dijo á mi hermano.

—Sí, probablemente no soy de familia bastante buena ni bastante rica.

—No incurras en esas ruindades, repuso Aurette con autoridad. Harto sabes que la fortuna nada tiene que ver con ello; y en cuanto á la familia..., mi padre podría tal vez con el tiempo decidirse á prescindir de ciertas consideraciones, pero...

—Cuando no se quiere una cosa nunca falta un *pero*, replicó irónicamente Sidonia.

—Pero lo que ha indignado á mi padre, prosiguió diciendo Aurette sin desconcertarse, ha sido precisamente el sistema de tapadillos...

—Si le hubiese pedido permiso para amar á su hijo, ¿crees que me lo habría dado?

Cuando menos te habría estimado.

—Probablemente van á echarme á la calle, exclamó la huérfana en tono taimado. A bien que ya estoy preparada á ello.

—¡Sidonia!, dijo la Srta. Leniel con su voz grave y dulce, no seas mala, te lo ruego... Si tienes la desgracia de pensar maldades, ten por lo menos bastante dominio sobre ti misma para no decírmelas. Desde el día en que nuestra madre te trajo aquí, he sido para ti una verdadera hermana... ¡Me acuerdo de aquel día! Estabas flaca, pálida..., tu vestido negro te hacía parecer más alta; llorabas...

Sidonia desvió la mirada.

—«Aquí tenéis otra hermana,» nos dijo mi madre. Tú quizás te has olvidado de eso, pero yo me acuerdo muy bien y sé que al besarte te dí toda mi amistad, que después he seguido profesándote, aunque...

—¿Aunque soy insoportable?, redarguyó Sidonia sin mirarla.

—No, pero sí dominada por un orgullo que á veces te hace ser muy brusca.

La joven rebelde hizo un movimiento de desdén.

—¡Qué quieres!, dijo. Jamás he podido soportar las humillaciones y de ellas ha estado llena mi vida...

—¡Sidonia!, dijo la Srta. Leniel con su voz grave y dulce, no seas mala, te lo ruego...

—¡No aquí!

—Aquí como en todas partes. No por culpa tuya, lo reconozco; pero no se trata de eso. ¿Qué quieren hacer conmigo? Supongo que conocerás los propósitos de tu padre.

—No sé de ello absolutamente nada; pero, Sidonia, aquí todos te quieren y mi padre mismo está dispuesto á disculparte...

—¿Hasta el punto de dar su consentimiento?

—No sé..., no lo creo, al menos por ahora. Más adelante, tal vez... ¡Es tan bueno! Sé afable con él, ponle buena cara, muéstrate sumisa y arrepentida...

—¿Como en las historias virtuosas? No podría, Aurette; no hay que tenerme mala voluntad por ello, pero ese papel no es de mi cuerda, la sensibilidad no se ha hecho para mí.

Aurette se apartó. Aun sabiendo que Sidonia no era sincera consigo misma y aparentaba ser más mala de lo que era en realidad, aquella actitud de su compañera la hacía sufrir.

—¡Entonces no comprendo por qué Carlos te ama!, dijo con despecho é impulsada por un ligero sentimiento de cólera que en aquel instante se sobrepuso á su bondad.

—¿Por qué? Esas cosas no tienen por qué. Tú quieres á tu novio, y yo, á mi vez, me pregunto qué puedes amar en ese hombre apático. Amo á Carlos y él me ama á mí. No puedo darte otra explicación.

El acento de calor sincero con que había hablado era tal, que hacía perdonar la dureza de sus palabras. Aurette, sin hacer caso del ataque dirigido contra Raúl, alegróse de oir al fin salir de aquellos labios juveniles algo que hablara en favor de Sidonia.

—Si de veras le amas, dijo con dulzura, ten paciencia y espera. Por mi parte, haré cuanto pueda para decidir á mi padre á que dé su consentimiento.

Sidonia lanzóle una mirada singular. Aquella promesa no le sorprendía; por ligera y vanidosa que fuese, había podido apreciar las cualidades superiores de Aurette, y en el fondo de su alma la había considerado como un auxiliar probable cuando llegara el momento de la lucha. Su orgullo indomable le había impedido abrir su pecho á esa hermana mayor, tan juiciosa y tan buena. ¿Pedirle su protección? ¡Bah! Y sin embargo estaba casi segura de su indulgencia. Por un momento lucharon los buenos y los malos sentimientos en aquella alma inconstante; después, Sidonia cogió á Aurette por los hombros y la sacudió con una especie de rabioso cariño. Más alta que ella, la dominaba un poco, y el modo de echar hacia atrás la cabeza aumentaba aún esa ligera superioridad.

—¡Eres la bondad misma, y en ti se juntan todas las virtudes! ¿Y qué más?, dijo con acento burlón al través del cual se descubría un afecto verdadero. ¡Qué fastidioso es vivir con la perfección! ¡Es humillante, es vejatorio, es!.. ¡Es inspirarle á uno la necesidad de cometer todas las tonterías..., Aurette!

—¿Qué dices?, exclamó ésta, que la escuchaba sonriendo con cierta tristeza.

—Si alguna vez se me ocurriese alguna tontería demasiado grande, pensaría en ti, y creo, sí, creo firmemente que el temor de apesadumbrarte me impediría cometerla. Y si la cometía sería por no haber pensado en ti.

Depositó en la mejilla de Aurette un fuerte beso que dejó una señal blanca, substituída pronto por un poco de rubor, y se fué tranquilamente.

Por su parte, el Sr. Leniel había hablado en el entretanto muy seriamente con su hijo. La noche había sido, en efecto, para él buena consejera; la idea sugerida por su hija de casar á Carlos y á Sidonia lejos de Angers allanaba algunas de las dificultades suscitadas por aquel proyecto de matrimonio, y la resolución de casar á Aurette primero, ante todo, solventaba otras desde el punto de vista social. La situación resultaba más clara, libre de todo lo que no era el sentimiento personal del padre de familia.

El Sr. Leniel estaba dispuesto á hacer grandes sacrificios por la felicidad de sus hijos. Si Carlos hubiese elegido á una joven enteramente pobre, pero de una familia sin tacha y antes de avanzar un paso más hubiese comunicado sus proyectos á su padre, éste no habría seguramente opuesto ninguna objeción, pues era hombre de sentimientos generosos.

Pero en las actuales circunstancias distaba mucho de creer que el enlace con Sidonia pudiera hacer feliz á Carlos, para quien, en tal caso, preveía en un porvenir muy cercano disgustos y pesares de toda especie, no sólo de los que vendrían de fuera, sino de aquellos, harto más profundos, que se engendrarían en lo más hondo de su alma.

El Sr. Leniel no creía en la constancia de Sidonia, ni en que su cariño fuera desinteresado; estaba seguro de que el amor que profesaba á su hijo era para ella un medio de entrar en la vida, no un fin definitivo.

Convencido de esto, pero queriendo proporcionar á la huérfana ocasión para demostrar sentimientos más elevados que los que él le suponía, se atuvo á una resolución equitativa en su concepto: Carlos esperaría dos años, y cuando Sidonia hubiese cumplido los veintiuno, si conservaban ambos los mismos sentimientos, el Sr. Leniel consentiría en su boda; hasta entonces, se mantendría el asunto en el mayor secreto, y si alguno faltaba á éste, quedaría roto el pacto.

El Sr. Leniel, en el fondo, no creía que la constancia de Sidonia resistiera una prueba tan larga. Tal fué la decisión que comunicó á su hijo, con una dulzura bajo la cual se adivinaba una firmeza inexorable.

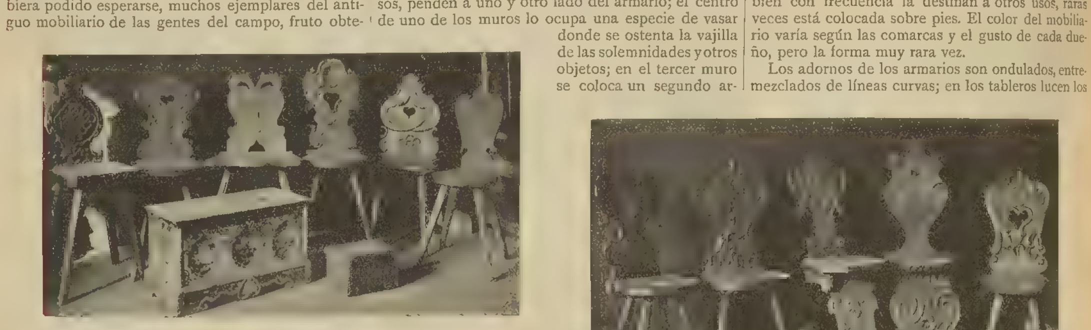
(Se continuará.)

MUEBLES ANTIGUOS DE LOS CAMPESINOS AUSTRO-HÚNGAROS

Austria Hungría, con la diversidad de sus razas, se presta como pocos pueblos al estudio de la evolución de un arte indígena. A pesar de ser cierto que cada día se van empleando más las máquinas para hacer con febril apresuramiento lo que antes se hacía despacio y á conciencia, todavía queda mucho por explorar en los hogares campesinos. Los albañiles y carpinteros de los pueblecillos arrinconados continúan hoy construyendo y adornando sus casas del mismo modo que en tiempos pasados lo hicieron sus antecesores, y si bien alguna que otra vez visitan las ciudades y contemplan con ojos asombrados las transformaciones que en ellas se efectúan, regresan á sus lares contentos con seguir como hasta ahora disfrutando de escasas comodidades y sin ningún deseo de imitar á los habitantes de las grandes poblaciones.

Existe en Austria-Hungría el propósito, que se robustece cada día, de fomentar el arte nacional y de rescatarlo del olvido en que yace, y por esa razón se han creado las *Fachschulen*, ó escuelas de oficios, y los museos locales. En todas las provincias, debido al celo de los directores de esos museos, han salido á la luz pública, y en mayor número de lo que hubiera podido esperarse, muchos ejemplares del antiguo mobiliario de las gentes del campo, fruto obtenido en sus exploraciones de las más remotas aldeas. En el Tirol y en aquellas otras regiones donde ha reinado la paz, los muebles que aún se conservan son más antiguos y bellos que los de las comarcas que periódicamente y durante siglos han sido asoladas por los furores de la guerra. En el Tirol se han encontrado muchos muebles y utensilios caseros que datan de la Edad media, al paso que en Hungría, Bohemia, Moravia y Croacia nada se ha hallado que sea anterior á los últimos años del siglo XVII.

Colección de sillas y una cuna, hechas por campesinos austriacos. Museo Popular austriaco, Viena



Sillas y arca de boda de los campesinos del Tirol, de los siglos XVI y XVII
Museo de Industrias, Innsbruck

Sillas de campesinos del Tirol, siglos XVI y XVII. Museo de Industrias, Innsbruck

Las diferencias que existen entre las diversas razas se manifiestan en la forma y colorido de la ornamentación. En el Tirol hay gran afición á los trabajos de talla con azuela, que se cubren luego con una capa de un solo color ó de varios, pues es ese el país de la escultura. En Salzburgo y en el Salzkammergut prefieren los diseños hechos en la madera con un hierro candente. Más al Norte y al Este, el colorido es más rico, principalmente entre los eslavos, cuya afición á los tonos vivos se descubre en todo cuanto les rodea.

En los pueblecillos de Moravia, Croacia, Bohemia y Hungría, todas las primaveras se da á las casas una nueva mano de pintura, así interior como exteriormente, de colores fuertes, pero conservando los mismos dibujos en cada distrito, sin cambiarlos ni modificarlos jamás. Estos trabajos de ornamentación los hacen invariablemente las mujeres, mientras los hombres cultivan los campos.

La distribución del mobiliario era y es todavía distinta en cada distrito. En la habitación donde, por lo general, se hace la vida, hay un armario ó un arca en que se guardan los objetos de valor de la familia; sobre él una cruz ó una santa imagen; los cuadros, comúnmente de asuntos religiosos, penden á uno y otro lado del armario; el centro de uno de los muros lo ocupa una especie de vasar donde se ostenta la vajilla de las solemnidades y otros objetos; en el tercer muro se coloca un segundo armario, que también guarda enseres de valía, y á lo largo del último lado corre un banco que si la familia es numerosa se prolonga por uno de los contiguos. Delante del banco se sitúa la mesa. Para los amos y los convidados hay sillas; para los niños y criados, si los hubiera, banquetas.

Vasijas de barro pintadas, tomadas del «Volkstumliche Kunst» de Martín Gerlach

Inmediata á la mesa, la estufa. Antiguamente el torno para hilar ocupaba puesto preferente; hoy, ó está relegado á un rincón, ó no lo hay.

En la alta Austria se encuentran mobiliarios de mediados del siglo XVIII. El arca de boda, que todavía es mueble indispensable en todos los hogares, si bien con frecuencia la destinan á otros usos, raras veces está colocada sobre pies. El color del mobiliario varía según las comarcas y el gusto de cada dueño, pero la forma muy rara vez.

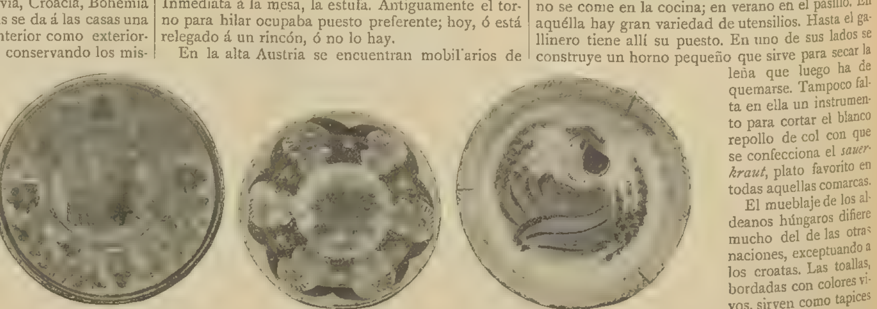
Los adornos de los armarios son ondulados, entremezclados de líneas curvas; en los tableros lucen los acostumbrados jarrones, de cuyas bocas brotan flores.

Las mesas varían muy poco en su forma; se distinguen sobre todo por su fortaleza y están hechas de modo que puedan fácilmente desarmarse.

Las sillas, que presentan poca diversidad, excepto en los adornos, formaban parte principal del mueblaje de una casa; en otro tiempo, únicamente el amo tenía una, que era, por lo general, regalo de boda de la novia. Los tornos de hilar provenían casi siempre de Novi Straseci, en Bohemia, lugar famoso por sus lienzos tejidos en casa.

Aún se conservan en los distritos apartados de la Estiria las cocinas llamadas *del humo*. El centro de las casas de campo lo forma un pasillo ó corredor, á un lado la cocina, al otro la habitación, donde por lo regular se reune la familia y que sirve también de dormitorio. En el invierno se come en la cocina; en verano en el pasillo. En aquélla hay gran variedad de utensilios. Hasta el gallinero tiene allí su puesto. En uno de sus lados se construye un horno pequeño que sirve para secar la leña que luego ha de quemarse. Tampoco falta en ella un instrumento para cortar el blanco repollo de col con que se confecciona el *sauerkraut*, plato favorito en todas aquellas comarcas.

El mueblaje de los aldeanos húngaros difiere mucho del de las otras naciones, exceptuando á los croatas. Las toallas, bordadas con colores vivos, sirven como tapices para cubrir las blancas



Platos de campesinos de Istria. Fines del siglo XVIII. Museo Popular austriaco, Viena

paredes, y las arcas, colocadas unas sobre otras, contribuyen al buen efecto decorativo, lo mismo que los demás muebles, adornados con imitados grabados. Los montones de almohadas son característicos de todos los pueblos, que por la noche transforman en dormitorio la habitación en que pasan el día y que aprovechan para cama todo el espacio disponible, el suelo y los bancos.

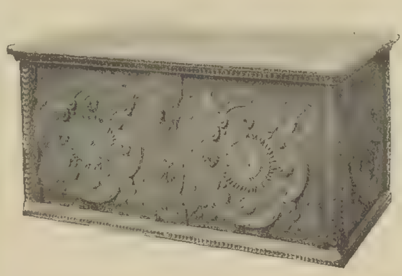
Las sillas son de variadas formas; muchas son evidentemente imitaciones de las de las casas de familias bien acomodadas. En el primer grabado se ve una cuyo respaldo se comprende que se quiso fuera el retrato de alguna persona, por lo acentuado de las facciones. La extraña protuberancia que se distingue en la cabeza quizá pretenda representar el manojo de plumas con que adornaban siempre el sombrero. Junto á ella hay una silla para hilar que únicamente tiene un brazo. Las que allí están representadas son de diferentes comarcas del Norte y Sur del Tirol y en algunas se ven reminiscencias del gusto italiano.

El grabado del centro de esta página representa una notable arca perteneciente al gremio de tejedores de Jablunkau (Silesia); lo bien ideado del dibujo la da cierta belleza y majestad.

La cerámica campesina es asunto muy interesante y digno de estudio. Los objetos que se ven en los respectivos grabados de esta página y la anterior son de diferentes regiones.

La Estiria, el Tirol é Istria se han distinguido siempre por sus trabajos de hierro forjado. Numerosos son los candeleros y otros aparatos de iluminación que se encuentran en los museos y colecciones particulares, y numerosos también los morillos de chimeneas; la descripción de estos objetos requeriría un trabajo especial. Baste, sin embargo, decir que hasta en la fabricación de los mismos influían las ideas religiosas.

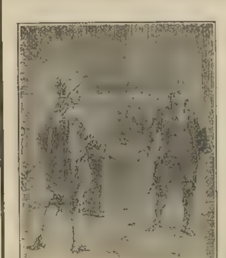
Vasija para beber, pintada, con tapa de peltre
Fotografía de Mr. Gerlach


Arca del gremio de tejedores de Jablunkau, Silesia, siglo XVIII
Museo Popular austriaco, Viena

Jarra de barro adornada con figuras
Fotografía de Mr. Gerlach

El estudio completo del arte casero de los campesinos es tan vasto y complicado, que sería imposible abarcarlo en los límites de un artículo; varios se necesitarían para dar una idea adecuada de su grandeza, interés, origen, progresos y de su decadencia; pues, como todas las cosas de este mundo, tiende á desaparecer. Afortunadamente, las autoridades están tomando enérgicas medidas para preservar de una completa desaparición lo que aún queda.

A. S. Levetus.



En honor de los delegados y comisarios de las naciones concurrentes á la Exposición Internacional de Bellas Artes que en breve se inaugurará en esta ciudad, celebróse el 18 de los corrientes, en el llamado Pabellón regio, un almuerzo íntimo con que obsequiaron á aquéllos el alcalde Sr. Sanllehy y la Comisión organizadora del certamen artístico.

Asistieron á la fiesta, que presidió el Sr. Sanllehy, los señores Ferrari y Cescatti, delegado y comisario italianos; Wystzman y Togores, delegado y comisario belgas; Cortada y Azemá, delegado y comisario franceses; Salvagnini, delegado especial del ministerio de Instrucción Pública de Italia, y los individuos de la Comisión organizadora, señores Puig y Cadafalch, Bastardas Casellas, Soler y Pérez, Layret, Rogent, Mas y Fondevila, Tamburini y Pirozzini.

Inició los brindis el señor Sanllehy con uno en francés, muy elocuente, diciendo que aunque la fiesta no tenía carácter oficial, tendía á estrechar los vínculos de unión y amistad entre los allí presentes y los artistas que han prestado su valioso concurso á la espléndida manifestación de arte que dentro de poco se inaugurará en esta capital. Felicitó á unos y á otros, en nombre del Ayuntamiento, por el entusiasmo con que han acogido la exposición, y dedicó un afectuoso recuerdo á los delegados inglés, portugués, holandés y alemán, cuya ausencia lamentó, enalteciendo los grandes trabajos que en pro de aquélla han realizado. Asimismo tuvo un recuerdo respetuoso y entusiasta para S. A. la Infanta [illegible] Paz, que tanto se ha interesado por la exposición, y terminó afirmando que todos debemos enorgullecernos del acto de cultura que vamos á realizar y que constituirá un timbre de gloria para Barcelona y para España.

El Sr. Ferrari brindó en italiano, recordando los lazos que desde antiguo unen á las naciones latinas en el augusto florecimiento de las artes. El Sr. Wystzman hizo fervientes votos por el feliz éxito del próximo certamen, lucha de paz y de amor en que toman parte los pueblos amantes del progreso. El Sr. Azemá dedicó grandes elogios al Sr. Cortada, que tanto ha contribuído á la concurrencia de artistas franceses á la exposición, y patentizó la cordialidad existente entre franceses y españoles. El Sr. Cescatti leyó un bellísimo discurso poniendo de manifiesto los beneficios que á la hermosa Barcelona ha de reportar la exposición. Finalmente el Sr. Puig y Cadafalch expresó en elocuentes frases los deseos que la Barcelona industrial sentía de ennoblecer su vida de trabajo con manifestaciones artísticas.

Terminada la fiesta, los que á ella habían asistido visitaron las instalaciones de la exposición, que se hallan muy adelantadas y que por las bellezas artísticas que contienen han de producir admiración en cuantos acudan á verlas. – X.

Barcelona. – Almuerzo íntimo con que el Alcalde y la Comisión organizadora de la Exposición internacional de Bellas Artes obsequiaron, el día 18 de los corrientes, á los comisarios y delegados extranjeros. (De fotografía de A. Merletti.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 6 de mayo de 1907 — Núm. 1.323

MELANCOLÍA, estatua de Carlos Samuel

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El más curioso contraste entre lo que se habla y lo que se lee, lo presentan las elecciones de diputados á Cortes.

En la prensa, las elecciones han sido el tema obligado y predilecto: cálculos de probabilidades, cuentas más ó menos galanas, quejas de abusos, arbitrariedades y amaños más ó menos patentes, augurios, profecías, amenazas, campañas, habilidades, conjeturas, llenaron las columnas de los diarios políticos, delatando hondas preocupaciones. En las antesalas y cámaras del ministerio de la Gobernación, en las redacciones, en los círculos y comités, en las casas de los hombres políticos, también debió de alzarse, como ahora se dice, considerable *revuelo*. Pero en el resto del mundo, créanme los lectores, nadie se ha ocupado de si existían ó no existían elecciones semejantes. Nadie que no perteneciese á un partido militante y lo tomase por lo serio, ó no fuese compelido por urgentes requerimientos de amistad ó de obligación, ha pensado en concurrir á las urnas. La sola idea de «ir á votar» provocaba sonrisas de desdén en infinitos ciudadanos. ¡Votar! Eso es bueno para los mozos de cordel, que venden su voto por un par de pesetas y unas tintas.

* * *

Tal indiferencia, tal menosprecio hacia la función electoral, ¿no dicen, no significan algo? Cuando menos deben significar que es una cosa divorciada de la realidad íntima; algo de que nadie se cuida, que nadie espera, que no constituye nada interesante al espíritu de una nación. Y si se piensa que de esa función mirada con enorme desvío se deriva el estado de legalidad á que todos vivimos sujetos, puede sorprender la frialdad y el alejamiento de las masas neutrales. ¿No es en las Cortes donde se vota la contribución que hemos de pagar, la ley que hemos de acatar, la reforma que nos afecta, todo lo que más influye en nuestro bienestar ó malestar diario? ¿No es allí donde ha de discutirse hasta lo que toca al sentimiento más hondo, á los intereses más graves, la enseñanza, la religión, la integridad de la patria, la guerra, la paz? ¿No es allí donde, al través de eufemismos ó en medio de insultos, ha de abrirse camino la revelación de hechos que denuncian el verdadero estado de la sociedad en que vivimos? ¿Cómo es posible que, mirando bien lo que lleva consigo el derecho al voto, caiga en desuso tal derecho, y ni aun recuerden los derechohabientes que lo poseen y pueden ejercitarlo?

* * *

Yo oigo hablar de países donde vota el censo entero, y sin trampa; yo oigo hablar hasta de países donde ya vota la mujer. Este adelanto no llegará á plantearse en España; el día en que empezase á agitarse aquí tal cuestión (dentro de un par de siglos), ya estaría caduco y mandado retirar el sistema parlamentario, y hasta los leones del Congreso mostrarían las encías desdentadas y la melena pelada y rala como viejo felpudo. Esto en el caso muy problemático de que les importase aquí á las hembras lo que no les importa á los varones, salvo por excepcionales circunstancias.

* * *

Siempre he dudado de que las suntuosas decoraciones, los trajes magníficos y originales de las actrices, sean un elemento de arte tan poderoso y decisivo como se cree. Me ha confirmado en esta idea antigua la presencia de Tina di Lorenzo en el Ateneo de Madrid. Sobre aquel escenario diminuto, sin decorado, sin mobiliario apenas, vestida con un saco de lana grisácea, desarreglado sin artificio el cabello, la gran actriz conmovió y subyugó á su auditorio lo mismo ó mejor que si luciese la última creación de Paquin y detrás de su figura artística se extendiese una decoración fastuosa. Ello es cierto que los dramas y las comedias más admirables que ha producido el ingenio humano, se han representado entre dos cortinas viejas, habiendo salido previamente un avisador á advertir á los espectadores que el teatro representa una selva ó una gruta mágica. No podríamos hoy avenirnos á tal esfuerzo de imaginación, pero el extremo del lujo escénico nos ha conducido ya á materializar é industrializar lo que debe ser principalmente arte, y á «salvar» obras sin mérito ni alma por medio de la indumentaria, los muebles y los detalles realistas. Lo principal ha pasado á ser secundario; los árboles han tapado el bosque; el modisto se ha colocado ante el autor. Se va al teatro á ver ropa nueva y á aprender estilos y colores para la moda primaveral. Se admira una silla y se olvida un carácter; se ensalza un biombo y se prescinde de una escena capital. Los aplausos más sinceros son para los pintores escenógrafos. El runrún admirativo queda reservado para un sombrero *dernier cri*. Las obras teatrales son más elegantes, más lujosas, más refinadas que la vida. Lo único que no son es... eso, *vida*. Y según á aquella matrona romana (¿me equivoco?, ¿era romana, ó era griega?) que traicionó á su patria por unas joyas, la apedrearon y ahogaron con joyas riquísimas, el arte, por el delito de aspirar á tanto aparato y á tanta magnificencia, queda ahogado bajo el esplendor de talco de la escenografía. Y se respira, y se experimenta una sensación de alivio al asistir á un espectáculo, no teatral, sino íntimo y como *directo*, en que la bella prosa de d'Annunzio no busca otros medios de conmovernos y penetrar en lo hondo de nuestro corazón, sino la palabra y el gesto de una genial intérprete.

* * *

Continuamos en la expectación de lo que encierran unas entrañas de mujer. Puede asegurarse que la criatura que va á venir interesa más que las Cortes que van á reunirse; es antiguo achaque de la humanidad concentrar las esperanzas, los ensueños, las conjeturas, en la cuna preparada á recibir á la criatura inocente.

¿Qué tendrá la niñez, que así atrae y determina la efusión del sentimiento? No es necesario, para que la niñez posea su especial imán, que el niño nazca bajo las bóvedas de un palacio, que su cuna la revistan encajes de punto antiguo, que los cañones saluden su venida al mundo, ni que la noticia se reciba respetuosamente en las cancillerías y la telegrafíen á los ámbitos del globo las agencias. Basta á la niñez su debilidad, su desamparo, su entrega absoluta á la compasión y á la ternura de seres más fuertes.

Hace pocos días, un niño fué dejado en brazos de una verdulera por una bruja desconocida. «Quiero deshacerme de él,» dijo la misteriosa. Y la humilde vendedora del mercado tembló. Vió á la tierna criatura estrangulada, abrasada, pisoteada, enterrada secretamente, como todos los días leemos en los periódicos que sucede á otras criaturas... Y conservó en sus brazos y contra su seno al niño. Cuando la buena mujer se recobró de la emoción compasiva, la bruja había desaparecido, sin saberse cómo ni por dónde, y la verdulera tenía un hijo ya. «Yo le ampararé,» afirmaba con generoso arranque. Y de seguro le amparará con el mismo cariño, la misma abnegación que si le hubiese llevado en su vientre. Todavía mejor, pues lo lleva en el corazón, en su ancho corazón plebeyo y amoroso.

* * *

La primavera se retrasa: diríase que se reserva para hacer su entrada triunfal en compañía del heredero (ó heredera) del trono. Cierzos picones, noches frías, gente que sale del teatro arrebujada en boas y estolas de piel, pertinacia del manguito y del sombrero de fieltro, escasez de *manuelas* y tranvías calados, carencia de horchata de chufas..., esto es lo que por ahora indica que el verano (aunque he dicho *primavera*, en Madrid, realmente, no se conoce estación intermedia; se salta de extremo á extremo), no asomará hasta mayo, lo más pronto.

El 2 de mayo, en Madrid, es siempre un día caluroso, alegre á pesar de los recuerdos y conmemoraciones patrióticas, alborozado de callejeo y gentío, que se «echa á la calle» á disfrutar del más barato y gustoso recreo cortesano: el de verse los unos á los otros... En efecto; aquí, todo lo que no sea poder verse, aburre y fastidia, digan lo que digan «los termómetros.» Realmente se podría ahorrar lo que se gasta en teatros, conciertos, espectáculos y diversiones de toda clase, y dejar, por único festejo, la reunión de la gente en un punto dado, á una hora dada, para contemplarse, criticarse, admirarse, comentarse, elogiarse, charlar y reirse. Es el goce predilecto de los madrileños, y cualquier tarde de día festivo podéis comprobarlo, pues las calles están atestadas de una multitud que sale no más á *ver personas*. Delante de las casas donde se recibe, á la puerta de los teatros, al paso de los coches que van ó vuelven de conducir á sus dueños á los toros, se agolpa un hervidero, la curiosidad *personal* de Madrid. Curiosidad que dimana, en buena parte, del caso frecuente de no tener nada que hacer los curiosos.

* * *

A decir verdad, yo alabo el celo de la policía, pues más vale alabar celos que lamentar descuidos; pero hay ocasiones en que no me persuado de que no fuese mejor dejar las cosas como están. Y una de estas ocasiones es la de los «timos,» especialmente los timos á extranjeros.

Ya comprendo que extrañará mi opinión; que parecerá indefendible. Pensadlo bien: se debe defender al ciudadano contra los demás ciudadanos, pero no contra sí mismo: ahí termina la misión protectora de la sociedad. Los andadores son para los niños, no para los señores talludos y con barba corrida, y los extranjeros deben serlo, y si no lo son, tanto peor para ellos; merecida tienen su suerte.

¿Se comprende que puedan ya engañar á nadie ciertas tretas? Cuando leemos que á una señora la dió una gitana, á cambio de un fajo de billetes, un sobre cerrado, encargando que no lo abra hasta pasados ocho días, precepto que la señora cumple escrupulosamente, para encontrar, al plazo fijado, una bonita colección de recortes de periódicos antiguos; cuando unos alemanes (¡oh, la superioridad de los anglo-sajones!) llegan aquí desde los confines de Westfalia, dispuestos á ceder una regular suma de marcos á cambio de las indicaciones para descubrir un fabuloso tesoro soterrado en las montañas de Sierra Nevada por los monfíes; cuando dos italianos (¡oh manes de Maquiavelo!) desembarcan del tren para entregar el cuello resignadamente á un timo «por el procedimiento del entierro,» que ya saben ustedes si es novísimo, disponiéndose á soltar 7.535 pesetas ó liras, ni una menos, al requerimiento de los aprovechados industriales, á cambio de unos *documentos*, que ya pueden ustedes suponer qué documentos serían..., confieso que me acuerdo de Darwin, de la ley por la cual los débiles deben sucumbir, á fin de que se verifique la selección..., y siento que una policía previsora, honrada, salve á esos incautos, porque incautos así, si no son víctimas del *entierro*, lo serán, á la vuelta de la esquina, de otro timo más disimulado y más seguro.

* * *

Cuando á cada cual le pasa lo que merece que le pase, la justicia se cumple. Son tanto menos de compadecer estos timados, cuanto que el móvil de su error es la codicia. Se les tima porque aspiran á timar, es decir, á realizar un negocio excesivo, un lucro desproporcionado con el trabajo que cuesta y el esfuerzo que requiere. Y es la codicia quien ciega sus ojos, embota su entendimiento y aduerme su desconfianza; es la codicia lo que les impulsa á comprometer fuerte suma en aventura loca, ellos que acaso, para una empresa de ganancia modesta y lícita, no arriesgarían una moneda de plata. He aquí por qué el servicio de la policía, previniendo estos timos, esperando á los engañados en la estación del ferrocarril con objeto de salvarles el caudal que traen en la maleta, es de estimar, pero no me convence: cierra el paso á lo providencial; protege á quien debiera ser abandonado.

EMILIA PARDO BAZÁN

BARCELONA.—V EXPOSICIÓN DE ARTE

Se ha inaugurado la V Exposición internacional de Bellas Artes, y bien pueden sentirse orgullosos de su resultado el Ayuntamiento de Barcelona que la iniciara y la ha llevado á término y la comisión que ha tenido á su cargo los ímprobos trabajos de organización.

La naciones que marchan al frente del movimiento artístico y en cada una de ellas los más ilustres cultivadores del arte en sus distintas manifestaciones han respondido con entusiasmo á nuestro llamamiento, aquellas prestando su valioso concurso moral, estos enviando sus creaciones más notables; y gracias al concurso de tan poderosos elementos, la exposición, en su conjunto y en sus detalles, ofrece un aspecto realmente admirable y materia abundante para provechosos estudios.

Dejando éstos para artículos sucesivos en que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ocupará con el detenimiento que merecen de las obras que en el certamen figuran, reproduciendo las principales de ellas, hoy nos limitamos á una ojeada general de la exposición.

El Salón de fiestas está destinado exclusivamente á esculturas que firman Bartolomé, O'Connor, Vallmitjana Abarca, Blay, Atché, Casanovas, Montserrat, Ferreiro, Clarassó, Nicollini, Trentacoste, Llimona, Campeny, Bistolfi, Fisher, Charlier y otros nacionales y extranjeros.

En el ala de la izquierda están las salas de la sección italiana, la primera de ellas de arte decorativo y las otras tres de pintura; entre los expositores de esta sección citaremos á Balestrini, Nono, Jaccioli, Tinnaro, Selvatico, Santis, Tito, Dall Oca Bianca, Mariani, Vitore, Rosetti, Milesi, Ciardi, Rossini y Vizzoto. En la sala de arte decorativo belga se ven *panneaux*, de Fabri, Cıamberlain y Constadt, bronces de Wolfers, bustos de Lagae, esculturas de Dillens y Carlier y cueros, encajes, bordados, etc. La sala siguiente está exclusivamente destinada al célebre escultor belga Meunier.

En el ala derecha hay las salas de caricatura, de dibujos y de acuarelas, esta última con muebles de D. Juan Busquets y vidrieras de los Sres. Buxeras y Codorniu; la de dibujos, grabados y aguas fuertes belgas, con muebles de Artemio Valls, vidrieras de Rigalt y Granell y cerámica de Ricart; la de grabados franceses, con una lámpara de los Sres. Cadena y Bayó y un piano de cola de la Vda. de Estela; una de dibujo y pintura de artistas españoles (A. Utrillo, Baixeras, Pla, Echena, Lorenzale, Sancha, Pellicer Montseny, etc.); la de escenografía, con obras de Soler y Rovirosa, Vilumara, Alarma, Junyent, Brunet, Jiménez y Mir; y la alemana con cuadros y esculturas de Skarbina, Kampf, Marr, Petersen, Ackermann, Clarenbach, Zumbusch, Schmutzler, Stuck, Bartels, Busch, etcétera.

En el primer piso, la instalación española ocupa toda la Sala Reina Regente y todas las del ala derecha, excepto la primera, que está destinada á Portugal y que aún no se halla terminada. En ellas figuran obras de Moreno Carbonero, Alvarez Sotomayor, Bilbao, Pellicer (C.) Borrell (P.), Galofre, Urgell (M.) Hermoso, Morera Galicia, Meifrén, Chicharro, Fillol, López Mezquita, Serra, Torrescassana, Pinazo, Simonet, Triadó, Caba, Urgell (R.), Beruete, Vázquez (C.), Vidal (Luisa), Parera, Candías, Clará, Opisso, Canals, Uranga, Nonell, Regoyos, Pichot, etcétera. En esta sección tienen salas especiales Zuloaga, Casas y Rusiñol, el Circol Artistich de San Lluch y el Círculo Artístico; en estos dos últimos exponen los principales pintores y escultores de nuestra capital, que no enumeramos hoy por falta de espacio.

Siguen luego las dos salas francesas, la primera con obras de Blanche, Ullmann, Picabia, Leandre, etc. y la segunda con cuadros de los impresionistas Monet, Renoir, Pissarro, Berta Morissot, etc. La sección belga ocupa tres salas, decoradas por el Sr. Boada y en las cuales se ven cuadros de Van Leemputen, Seghers, Wytsman, Donnay, Buysse, Claus, Courtois, Von Hove, Carpentier, Luyten, etc. y esculturas de Dillens, Rousseau y Wolfers. La sección inglesa comprende también tres salas, de las cuales la primera está dedicada al famoso pintor Brangwin que expone en ella cuadros al óleo y aguas fuertes; en las otras dos, hay pinturas, grabados, esmaltes, dibujos y esculturas de Burne Jones, Bruckmann, Rusell, Nicholson, Whistler, Moira, Grosvenor, Sydney, Solou, Fischer, Shang, Lanteri, Frampton, etc. Las dos últimas salas de esta ala están destinadas á la pintura holandesa, viéndose en ellas obras de Sluyter, Gratema, Merdag, Berkmeier, etc.

Palacio de Bellas Artes en donde se celebra la exposicion

(Fotografías de A. Merletti)

Inauguración oficial de la exposición en el gran salón central del Palacio de Bellas Artes

Sección belga.—Sala destinada al célebre escultor Meunier. La instalación ha sido dirigida por el Sr. Fuxá, y en ella figuran exclusivamente obras de aquel artista

Sección italiana.—Sala destinada al arte decorativo. La instalación ha sido dirigida y decorada por D. Buenaventura Conill, y en ella figuran, entre otras, obras de Balestrini, Falco, Nono y Jaccioli

Sección francesa.—La instalación ha sido dirigida por los Sres. Sagnier y Junyent, y en ella llaman principalmente la atención los tres cartones de Puvis de Chavannes que se ven en el fondo del grabado

Sección holandesa.—Sala principal en la que figuran, entre otros, cuadros de Mesdag Sluiter, Gratema, Berkmeier Bleckmann y Roelofs, esculturas de Wijk, Dantjik y Fabise y aguas fuertes de Kramer, Dupont y Obbes

Sección italiana.—Vista de las tres salas que comprende esta sección y cuya decoración ha corrido á cargo del Sr. Vilomara; en ellas figuran obras de Dall'Oca Bianca, Innocenti, Balestrini, Vittore, Santis y Selvatico.
En el centro de la primera hay una arquilla de acero con relieves é incrustaciones de oro del Sr. Beristain

Sección belga.—Sala destinada al arte decorativo belga y cuya decoración ha corrido á cargo del celebrado pintor Wytsman; en ella figuran, entre otras obras, aguas fuertes de la condesa de Flandes, «panneaux» de Fabri, bronces de Wolfers, un relieve de Carlier y varias esculturas de Lagae y Dillens

Sala primera Zuloaga.—En esta sala figuran, entre otros, los cuadros «La familia del torero,» «Vendimiadores,» «En el balcón,» «Alcalde de un pueblo de la provincia de Segovia.»
En el centro de esta sala hay una escultura del célebre artista francés Rodin

Sala segunda Zuloaga.—En esta sala figuran, entre otros, los cuadros «Mis primas,» «Empolvada,» «Mujer en la penumbra,» «Laxitud» y «En Saint-Cloud.» En ella hay también una escultura de Rodin

APUNTE DE JUAN LLIMONA

(Exposición de apuntes, croquis y notas íntimas organizada por el «Circol Artistich de Sant Lluch,» de Barcelona, en el Salón Parés.)

APUNTE DE DIONISIO BAIXERAS

(Exposición de apuntes, croquis y notas íntimas organizada por el «Circol Artistich de Sant Lluch» de Barcelona, en el Salón Parés.)

Sección española.—Sala del Círculo Artístico de Barcelona; una de las tres puertas está hermosamente decorada por los hermanos Oslé. En esta sala figuran, entre otros, cuadros de Pla y Rubio, Cusachs, Feliu, Tolosa, Borrell (J.), Ros y Güell, Gili y Roig, Larraga y Soler de las Casas y esculturas de Arnau Llissas, Renart y Ortells

Sección española.—Sala del «Circol Artistich de Sant Lluch» de Barcelona. Hay en esta sala cuadros de Llimona (J.), Baixeras, Gálvez, Brull Mestres (F.), Tamburini, Barrau, Roig y Soler, Vancells, Baixas, Miralles Darmanin, Domenge, Raurich, etc., y esculturas de Blay y Centellas

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN

Entró la huérfana con la cabeza erguida, pero con los ojos bajos

—Durante esos dos años, dijo para terminar, Sidonia vivirá con nosotros como hasta aquí; no sostendréis correspondencia clandestina, pero mis hijas y yo os tendremos al corriente de cuanto pueda interesaros. Si en ese intervalo mudabas de opinión...

Carlos hizo un ademán negativo; pero su padre, sin interrumpirse, añadió:

—...Sidonia recibiría el doble de la dote que actualmente le destino, tanto para rendir así tributo á la memoria de tu madre, como para ofrecerle una especie de indemnización del perjuicio que tu infidelidad le causara. Si es ella la que cambia de parecer, si se cansa de esperar, recibirá la dote que le he reservado. ¿No te parece todo esto, como me lo parece á mí, justo y razonable?

—Padre mío, dijo Carlos después de un momento de vacilación; lo que propones es, en efecto, justo y razonable y hasta generoso; pero dos años de esperar es demasiado...

—No lo es cuando hay que amarse toda la vida; si te casas con Sidonia con mi consentimiento, es preciso, para justificar mi debilidad, que tenga yo una especie de garantía de tu felicidad. Dos años son mucho para los que se aman un poco, pero no son nada para los que se aman de veras. Y tú no estás suficientemente preparado para la vida conyugal, según acabas de probármelo; no tienes todavía la prudencia de un jefe de familia... Con el tiempo, me darás las gracias por haberte hecho esperar.

Sin pedir ni obtener respuesta, tocó el timbre, y al criado que se presentó ordenóle que suplicara á la señorita Sidonia que bajase. Durante los dos ó tres minutos que transcurrieron hasta la llegada de la joven, el padre y el hijo permanecieron callados.

Carlos sentíase agitado por sentimientos muy complejos: no podía menos de reconocer que su padre se portaba con él con gran moderación y hasta con mucha bondad; pero al propio tiempo estaba casi seguro de que Sidonia no aceptaría aquel fallo, pues si á él le parecían duros los dos años de prueba, serían intolerables para el carácter voluntarioso é insubordinado de aquella á quien amaba.

Sin verla tal cual en realidad era, la conocía bastante bien y se confesaba, no sin una secreta vergüenza, que no se había prendado de ella por lo que había de más elevado y mejor en su ser. La amaba por cualidades diferentes de las que hacen amar á una esposa y aun presentía vagamente que ella no le haría feliz. Su naturaleza, tierna y delicada como la de Aurette, tenía una necesidad de simpatía y de confianza que sólo remotamente podía satisfacer Sidonia; ésta, más le irritaba que le encantaba, y á no haber ella querido obstinada y violentamente, no habría pensado él en darle su mano, sino que á las primeras mordeduras de su amor se habría alejado de ella apelando á la fuga.

Sidonia le había querido primeramente sin cálculo, porque su espíritu dominador se compadecía perfectamente con la bondad algo muelle de Carlos y porque sus juveniles instintos de déspota hallaban en él la sumisión grata á los potentados.

Después le había amado cuanto su índole le permitía amar; y por último, el orgullo de entrar ella, la casi decaída, la señalada con la marca del pecado original, en una de las principales familias de la alta clase media angevina, el placer de triunfar, de vencer á la sociedad que la había tolerado, pero no admitido, habían juntado á su amor propio la ruda voluntad de los luchadores. Y ahora quería casarse con Carlos Leniel, y con él se casaría á todo trance.

Carlos ignoraba todo esto, pero en parte lo adivinaba y lo que veía era bastante para entristecerle profundamente. Ligado por sus compromisos y luego por el corazón—¿era realmente el corazón?—no podía volverse atrás, y sin embargo, cada vez que su padre había hablado de la posibilidad de un abandono de Sidonia, había comprendido, por la emoción dolorosa que tal idea produjera en lo más íntimo de su ser, que esa eventualidad, por cruel que pareciese, no era del todo inverosímil. Él pertenecía á Sidonia, mas no estaba seguro de que Sidonia le perteneciera del mismo modo á él.

Entró la huérfana con la cabeza erguida, pero con los ojos bajos. La emoción de la espera y de la inquietud habían comunicado á sus facciones algo duras una singular delicadeza que la embellecía sobre toda ponderación. El Sr. Leniel fijóse en ello y reconoció en sus adentros que su hijo bien podía haberse dejado seducir por aquella belleza de un encanto irritante y caprichoso.

En dos palabras expuso su resolución, turbado por la aparente severidad de su discurso y también por la actitud, conveniente en apariencia, pero demasiado correcta para ser natural, de aquella joven indómita; y no la miró hasta que hubo terminado de hablar, precisamente cuando ella había bajado los ojos. Si hubiese sorprendido la mirada que Sidonia lanzó á Carlos, tal vez habría mudado inmediatamente su decisión y con ello se habrían podido evitar no pocas desdichas; pero nada había visto. Cuando hubo terminado la exposición de sus propósitos, preguntó á la joven:

—¿Aceptas mis condiciones?

Sidonia bajó la cabeza con ademán afirmativo y salió en seguida, aunque sin mostrar demasiada precipitación. ¿Podía pedírsele algo mas?

Carlos dió las gracias á su padre con algunas frases faltas de calor y de sinceridad. ¿No tenía derecho á esperar algo más el Sr. Leniel? Esa actitud ofendió su corazón de padre, pero su alta filosofía y su natural indulgencia le inspiraron una idea de piedad para aquellos jóvenes cuyo cariño contrariaba.

«Después de todo—se dijo,—Carlos no puede partir hasta mañana... ¡Que tengan el día de hoy para despedirse! Con ello su constancia no se quebrantaría ni más ni menos en el porvenir.»

Fué un día largo y penoso para todos. Hasta la noche, Sidonia evitó ostensiblemente toda ocasión de conversar con aquel á quien, sin embargo, podía considerar como su prometido, y no se apartó ni un momento de Aurette, siguiéndola á todas partes con insistencia tal, que llegó á fastidiarla.

Después de comer, reunióse la familia en la terraza; todos guardaban un silencio lúgubre, todos miraban vagamente en el espacio. Aurette dirigió una mirada suplicante á su padre, que la comprendió, puesto que tras alguna vacilación dijo sencillamente á los dos jóvenes:

—¿Por qué no vais á dar una vuelta por el parque? Aurette me hará compañía.

Su hija le dió las gracias con una cariñosa sonrisa. Sin hablarse, sin mirarse siquiera, Carlos y Sidonia, por tan extraño modo desposados, descendieron los cuatro peldaños de la escalinata, y juntos, y sin embargo alejados uno de otro, doblaron el ángulo de una de las alamedas envueltas ya en la sombra.

La apacibilidad de aquella hora era deliciosa; ascendían los astros en el firmamento, y un planeta brillaba con luz deslumbradora en medio de los esplendores del ocaso, que aún bañaba por occidente el horizonte con tintes rosados; silbaban los mirlos lejos y también muy cerca, en los sotos embalsamados por la madreselva. Aurette no había de olvidar aquella noche, como no olvidaría la anterior; cada una de las estrellas de aquel cielo debía clavar sus puntas de diamante en su corazón.

Los novios anduvieron largo rato bajo los obscuros

árboles; de cuando en cuando veíase reaparecer en el extremo de la alameda próxima á la casa la falda clara, que luego desaparecía en la sombra; su paso era lento, tranquilo; no se oía su voz ni la de Carlos.

La conversación, sin embargo, prolongábase tanto, que el Sr. Leniel se puso nervioso.

—¡Llámalos!, dijo á Aurette, que estaba silenciosamente sentada junto á él.

Como si le hubieran oído ó adivinado, los jóvenes reaparecieron en la explanada y volvieron á la casa. Carlos estrechó la mano de su padre, besó á su hermana con la punta de los labios y se apresuró á subir á su cuarto; Sidonia sentóse al lado de Aurette y permaneció inmóvil. No miraba los astros; sus ojos se fijaban obstinadamente en la alameda, entonces enteramente obscura, que tantas veces acababa de recorrer.

Esa inmovilidad, ese silencio, eran tan penosos para el Sr. Leniel, que se levantó para dar la señal de retirarse mucho antes de la hora de costumbre.

Sidonia no se separó de Aurette hasta el umbral de la puerta de su cuarto y tuvo encendida la luz hasta la madrugada á fin de que la raya luminosa que pasaba por debajo de la puerta fuese prueba segura de su presencia. Así transcurrió aquella última noche. A la mañana siguiente partió Carlos.

IV

Los días de aquella semana parecieron á los habitantes del Nido dos veces, por lo menos, más largos que los ordinarios, y cada cual por sus razones particulares esperaba con ansia el domingo siguiente; no parecía sino que la llegada de la fiesta dominical hubiera de interrumpir el curso de las ideas penosas ó desagradables de aquellos cuyo destino había tomado últimamente un sesgo imprevisto.

Según la costumbre, las mismas pompas religiosas debían repetirse aquel domingo, segundo de la Consagración, como se le llama en la comarca angevina. Julia, que había obtenido permiso para no figurar en la procesión á causa del extraordinario cansancio que experimentara la última vez que formó parte de ella, debía llegar al Nido el sábado por la noche y quedarse allí hasta el lunes por la mañana. Aurette sentía oprimírsele el corazón ante la idea de comunicarle la decisión concerniente á su hermano y á Sidonia, porque sabía que esa noticia la contrariaría vivamente; ya en su infancia, en los comienzos de su vida en común, Julia no había podido nunca sentir la menor simpatía por aquel carácter tan distinto del suyo y por ende había de serle muy desagradable pensar que la huérfana sería su cuñada. Pero Aurette, como todas las personas valerosas, salía al encuentro de las desazones inevitables y estaba impaciente por afrontar de una vez la borrasca que la noticia desencadenaría en Julia.

No obstante, cuando el sábado por la tarde la vió llegar, fatigada por el calor y por el trabajo de la semana, pues Julia se consagraba á sus estudios de una manera extraordinaria á fin de terminarlos en breve definitivamente; cuando vió aquellas delicadas facciones consumidas por el cansancio y por el crecimiento, tuvo lástima de aquella hermana á la que servía de madre desde hacía tanto tiempo, y resolvió ahorrarle por aquella noche el mal rato.

Desde que Carlos partiera, Sidonia habíase mostrado impenetrable; no había dicho una sola palabra relativa á su matrimonio; ni una frase de gratitud ó de queja habían proferido sus labios, como si no hubiese sucedido nada que pudiera interesarle. Con el Sr. Leniel estaba cortés y silenciosa; con Aurette, indiferente sin frialdad; parecía no recordar aquel acceso de brusca ternura que una sola vez la había impulsado á pronunciar algunas palabras de confianza. Cualquiera que la hubiese visto en aquella casa, nunca habría creído que su situación en ella, á pesar de la restricción impuesta por el Sr. Leniel, se había en realidad modificado enteramente.

Al día siguiente, disponíanse las dos hermanas á oir la última misa en San Mauricio; su padre, muy molestado por el excesivo calor, había resuelto no acompañarlas, pero les había recomendado que se llevaran á Sidonia.

Mientras enganchaban el coche, Aurette llamó á la puerta del cuarto de la huérfana para avisarla, y como nadie le contestara, después de esperar un instante entró en la habitación. Era un dormitorio de soltera parecido á todos los demás, claro y bien arreglado; nada en él denotaba una preferencia particular por algo, fuese lo que fuere, y más bien parecía una rama en donde el pájaro se posa que el nido en que habita.

Aurette, convencida de que Sidonia no estaba allí, retiróse cerrando la puerta y dijo á su camarera que la buscara; grande fué su sorpresa cuando supo que la señorita se había marchado á pie, sola, una hora antes, diciendo que iba á misa.

«¡Vaya una ocurrencia extraña!—pensó Aurette.—¡Siempre el mismo orgullo!»

Reprimió un suspiro á punto que entraba Julia dispuesta á acompañarla; no había medio de aplazar la desagradable comunicación, así es que se resignó á hacerla. Su hermana, contra lo que ella esperaba, casi nada dijo, sino que la escuchó con los ojos bajos y los labios un tanto apretados, prorrumpiendo sólo de vez en cuando en una exclamación. Cuando Aurette hubo terminado, siguió guardando silencio.

—¡Vamos, Julia! Supongo que no querrás permanecer callada hasta la consumación de los siglos; vale más que te desahogues en seguida.

Iban en el landó descubierto y estaban ya cerca de la catedral.

—Pues bien, dijo pausadamente Julia; todo esto me parece repugnante. Me preguntas mi parecer y te lo doy.

—¡Hay que ser indulgente!, repuso Aurette en tono de reproche.

—No puedo; á muchas criadas se las despide con menos motivo.

—¡Oh, Julia, cállate!

—...Y las criadas son menos culpables. Hermana mía, digo las cosas tal como las pienso.

—Espero que algún día pensarás de otro modo.

El coche pasaba entonces por delante de la fachada posterior de la catedral, por el extremo de la calle de Saint-Aubin; Julia hizo un movimiento brusco.

—¿Qué te pasa?, preguntóle su hermana.

—¡Ahí van!

—¿Quiénes?

—Carlos y Sidonia.

—¡Estás soñando! Carlos se halla en París.

—Te digo que están ahí, replicó Julia encogiendo los hombros con ademán impaciente; en esa calle... y van de bracero.

—¿Pero dónde?

—¡Pare, José', gritó Julia al cochero.

Éste detuvo los caballos y Aurette miró en la dirección indicada.

—Te has equivocado, dijo sintiéndose aliviada de un gran peso.

Julia, sin contestarle, abrió la portezuela del landó y echó á correr por la calle de Saint-Aubin. Aurette, perpleja, no sabía si seguirla, cuando la vió detenerse delante de la puerta cochera del hotel del Caballo Blanco.

Era la hora del almuerzo y muchos hombres se dirigían al restaurant del hotel, famoso por su buena cocina. Varios oficiales de la guarnición hablaban entre sí en el pequeño patio, y algunos alumnos de la Escuela de caballería de Saumur, con sus elegantes uniformes, acercábanse al establecimiento en grupos de dos ó de tres; toda aquella juventud brillante volvióse hacia Julia para contemplar á la audaz muchacha, pero ella ni siquiera los vió: en el momento en que se paraba delante de la puerta, Carlos, llevando del brazo á Sidonia, desaparecía por el ángulo opuesto del patio.

Los oficiales miraban á Julia y algunos caballeros de la población habíanse detenido también y se preguntaban qué iría á hacer allí sola, á aquella hora, la hija menor del Sr. Leniel. Al fin la joven se dió cuenta del papel desairado que estaba haciendo y con las mejillas enrojecidas regresó al coche cuando Aurette se disponía á bajar.

—¡Ahí están!, dijo Julia con voz ahogada. ¡En el restaurant!

Pasaba entonces por allí el notario de la familia, que iba á misa con su mujer y sus tres hijos y que saludó, quitándose el sombrero con tanta sorpresa como respeto, á las hijas de su cliente, sin comprender qué buscaban en aquellos sitios. Estas contestaron al saludo, en tanto que los oficiales y los jóvenes, en el umbral de la puerta cochera, miraban el landó haciendo humorísticos comentarios.

—¿Estás segura de ello?, preguntó Aurette, que sentía cómo sus oídos zumbaban y se turbaba su vista.

—Enteramente segura; si no, pregúntalo. Bien sabes que en el Caballo Blanco todo el mundo le conoce.

Aurette comprendió que era forzoso adoptar una resolución inmediata; su emoción había sido demasiado notada para que pudiera recurrir á paliativos. Así es que hizo subir á Julia al coche y dijo al cochero:

—Vaya hasta la puerta del hotel del Caballo Blanco.

José, estupefacto como no lo había estado nunca en su vida, obedeció. Aurette bajó en medio de la pollería civil y militar, que estuvo muy correcta y le abrió paso respetuosamente. Un criado, con la servilleta en la mano, acercábase al coche.

—¿Está aquí mi hermano, D. Carlos Leniel?, preguntó con voz firme.

—Sí, señorita.

—¿Desde anoche?

—No, señorita, desde las diez y media de esta mañana.

—¿Está en su cuarto?

—No, señorita, en este momento ha entrado en el restaurant.

Otro criado, que se había aproximado á ellos, dió un violento codazo á su colega: aquel hombre no tenía obligación de conocer á Sidonia y entendía que no hay que denunciar á sus familias a los señoritos que van al restaurant á almorzar con una señora.

—Está bien, dijo Aurette; no les diga usted nada. Muchas gracias.

Y sin precipitarse, volvió al landó, sentóse y dió al cochero, que estaba enteramente pasmado, orden de volver á su casa.

En la especie de niebla que envolvía sus ojos y sus ideas, Aurette entrevió todavía dos ó tres caras conocidas, con las que cambió el saludo, aunque sin poder conocerlas fijamente; Julia, mucho más dueña de sí misma, iba apuntando en su memoria todo lo ocurrido para recordarlo más tarde.

El Sr. Leniel, extrañado de que regresaran tan pronto, había salido á la escalinata en cuanto oyó las ruedas del coche, y al ver á sus hijas comprendió que había sucedido alguna desgracia; pero lejos de sospechar la verdad, sus ideas volaron en dirección contraria.

—¿Qué le ha pasado á Sidonia?, exclamó poseído de un espanto mortal. ¿Se ha suicidado?

—¡Ojalá!, contestó Julia saltando del coche y corriendo hacia su padre, que la contempló sin poder articular una palabra.

Aurette había cogido el otro brazo del Sr. Leniel y entre las dos casi hubieron de llevarlo hasta su butaca.

—¿Qué ha sucedido?, preguntaron sus labios, secados por la angustia.

—¡Casi nada!, respondió Julia con acento resuelto. En este momento almuerza con Carlos en el Caballo Blanco, á vista y presencia de toda la ciudad.

El Sr. Leniel miró alternativamente á sus dos hijas como si esperara que le dijeran que no era cierto aquello que oía; pero Aurette, con más circunspección que su hermana, le confirmó la triste verdad.

—¡Dios mío!, exclamó. ¡Qué se proponen esos desgraciados! ¿Deshonrarnos?

—Lo ignoro, papá, respondió Aurette; pero no han podido todavía causar gran daño porque Carlos ha llegado de París esta mañana á las diez y media, y Sidonia, que salió á pie, no nos llevaba diez minutos de delantera.

El Sr. Leniel se levantó con una energía que no creía tener.

—Supongo que no habrán desenganchado el coche, dijo. Voy allí.

—Papá, no vaya usted solo, se lo ruego, díjole Aurette con voz suplicante.

—Bueno, me llevaré al criado en el pescante ¡Adiós!

Besólas precipitadamente y subió al landó que le aguardaba al pie de la escalinata. José, por el modo como le habían sido dadas las órdenes, comprendió que el tiempo era precioso; así es que, á pesar del sol abrasador que caía, nunca se mostraron más briosos sus caballos.

Cuando se detuvieron delante del hotel del Caballo Blanco, sólo por el gesto con que el Sr. Leniel llamó á un criado, comprendió éste que se trataba de un grave asunto.

—¿Está aquí mi hijo?, dijo con voz imperiosa.

—Creo que sí, señor; hace un momento estaba.

—Sírvase usted rogarle que venga.

El criado se dirigió á la sala del restaurant, casi desierta entonces, en donde Carlos y Sidonia, mudos delante de sus tazas de café vacías, parecían más bien dos criminales que dos amantes al fin dueños de sí mismos.

—Señorito, dijo el criado en voz baja, el Sr. Leniel ruega á usted que haga el favor de salir.

—¡Vamos!, respondió sencillamente Carlos dirigiéndose á su compañera.

Sidonia se levantó y le siguió. Carlos dió una moneda de veinte francos al mozo y se encaminó al coche; allí se había reunido, como por casualidad, todo el personal del hotel, intrigado por aquella aventura.

—¡Subid!, dijo secamente el Sr. Leniel.

Sidonia subió la primera.

—A mi lado, ordenó el jefe de la familia.

La huérfana obedeció. Su corazón latía con violencia, pero se mostraba serena. ¿Acaso no era aquello precisamente lo que ella había buscado?

—¡A casa!, dijo el Sr. Leniel al cochero. Vaya

usted por el Mail y por los bulevares y no demasiado aprisa.

El coche echó á andar por las calles de la ciudad engalanadas para la procesión; por ellas circulaba mucha gente y no eran menos los que estaban en las ventanas preparando los adornos para la tarde. Casi todos los comerciantes conocían al rico banquero y le saludaban á su paso; las señoras debían estar ya enteradas de la singular aventura de la mañana, puesto que miraban á Sidonia con más curiosidad que benevolencia. La huérfana permanecía, como siempre, impenetrable é impasible; Carlos hubiese querido estar á cien leguas de allí, y á pesar del esfuerzo que hacía no podía disimular su disgusto; el Sr. Leniel devolvía todos los saludos y soportaba todas las miradas con maravillosa sangre fría.

Al fin el suplicio terminó y el coche emprendió el camino del Nido. Era un alivio no verse ya objeto de las miradas, pero la crisis hacíase inminente. Llegaron finalmente á casa é inmediatamente hallóse reunida la familia en el salón.

El Sr. Leniel con un gesto hizo salir á sus hijas; las piernas le temblaban y tuvo necesidad de sentarse. Los culpables permanecieron en pie.

—¿Cuál era vuestra intención al obrar como habéis obrado?, preguntóles entrando desde luego en el fondo del asunto.

Sidonia no contestó; dijérase que no había oído la pregunta. Carlos miró de frente á su padre con una mezcla de cariño y de lástima. Era un mozo honrado, débil, pero bueno y sincero; se daba cuenta del mal que hacía y se le desgarraba el corazón pensando en ello. Además, el papel que representaba desde hacía algunos meses pesábale extraordinariamente y casi se sentía dichoso de poder al fin salir de aquella situación

—He venido de París esta noche, dijo; Sidonia se ha juntado conmigo en la catedral y en seguida hemos ido al sitio en donde usted nos ha encontrado. Nos proponíamos tomar el tren de las cinco y marcharnos á París. Habría recibido usted la noticia de nuestra partida antes de la hora de comer y le habríamos pedido su consentimiento para nuestro matrimonio.

—¿Por qué os habéis presentado en público juntos?, preguntó el Sr. Leniel.

Por vez primera comprendió entonces Carlos el alcance de su acción y parecióle tan odiosa que se sintió aterrado. Cuando Sidonia le había demostrado que la prueba de dos años ordenada por su padre era absurda é insostenible, Carlos, magnetizado por ella y turbado el juicio por los sutiles argumentos que ella empleaba, había aceptado el plan, completamente preparado, que le había impuesto, y lo había ejecutado en una especie de embotamiento moral mezclado con cierta nerviosa impaciencia que le privaba de todo dominio sobre sí mismo. Durante su corta separación, había tenido diariamente cartas que le habían mantenido en una semialucinación y no había podido reflexionar un solo instante; pero ahora, ante una interrogación directa, comprendió que se había portado como un malhechor y bajó la cabeza sin contestar.

Sidonia acudió en su auxilio; veía brillar los ojos del Sr. Leniel de una manera inquietante y juzgó que debía aceptar su parte de responsabilidad.

—Sabíamos, dijo, cuánto respeta usted la opinión pública; el miedo á esa opinión era lo que le impulsaba á negar un consentimiento real á nuestro matrimonio, porque esa prueba de dos años no significaba para usted otra cosa que un medio de separarnos de una manera segura. En su consecuencia, nos pareció que no vacilaría usted si por la ciudad corría la voz de que éramos novios.

—¿Conoces algún hombre que lleve á su novia á comer al restaurant?, preguntó el Sr. Leniel con terrible ironía. Di la verdad, ¿has creído que yo no podría negar mi consentimiento si la gente decía que eras la amante de mi hijo? ¿Has pensado que el viejo banquero haría honor á sus compromisos y no permitiría que le acusaran de no haber vigilado bastante lo que en su casa sucedía? ¡Has combinado perfectamente tus planes! Pero ¿si por casualidad me negara yo á aprobarlos?

Sidonia encogió la barba, bajó los ojos y guardó silencio; Carlos dió un paso hacia su padre, quien le contuvo con un ademán.

—Padre mío, dijo, sé cuán culpables somos; acabo de comprenderlo de un modo muy cruel. Juro á usted, sin embargo, que nuestro único deseo era obtener su consentimiento.

—¡Ya lo veo!, exclamó el Sr. Leniel con ironía.

—Sidonia es pura, siguió diciendo Carlos; la he respetado y habría continuado respetándola. Sidonia se respeta á sí misma, y por grande que sea nuestra ofensa, no lo es tanto como al parecer cree usted.

—¿Pura? Materialmente puede que sí; pero moralmente está degradada. Preferiría, os lo digo sinceramente, que en vez de apelar á esos cálculos sabios os viérais obligados á recurrir á ese extremo para reparar una falta; entonces habríais podido invocar la disculpa de la juventud y de la pasión. ¡Pura, la que ha engañado, mentido, traicionado!.. ¡Ha triunfado usted, señorita! Será usted la esposa de mi hijo, pero suceda lo que suceda no será usted nunca mi hija.

Sidonia conservaba su aspecto impasible; el anuncio de aquel deseado consentimiento que se le arrojaba como una injuria y se le concedía como un castigo, ni siquiera la hizo estremecerse.

—¿Queréis casaros pronto? Os casaréis dentro de quince días y esta misma tarde se anunciará vuestra boda. Carlos partirá para París á las cinco y no regresará hasta el momento de la ceremonia, ni una hora antes. En el entretanto, Sidonia continuará aquí. El día mismo del casamiento os marcharéis y nunca más volveré á oir hablar de vosotros. Pero acuérdese usted, señorita, que todas las consecuencias de ese acto, próximas ó remotas en el tiempo ó en la eternidad, caerán sobre su cabeza.

La huérfana, á pesar de su endurecimiento no pudo reprimir una mirada á su cómplice, que el Sr. Leniel sorprendió al vuelo.

—Mi hijo era bueno, dijo; era honrado y amaba á su padre y á toda su familia; todo el mundo le estimaba y él lo merecía. Usted ha destruído ese pasado y ¿con qué porvenir lo reemplazará? No quiero saberlo.

—¡Padre mío!, exclamó Carlos con los ojos preñados de abrasadoras lágrimas y el corazón devorado por los remordimientos. ¡Padre querido! ¡Tenga usted compasión..., se lo suplico!

El Sr. Leniel, sin mirarle, hizo un signo negativo.

—Algún día, dijo el infortunado joven con voz alterada, algún día reconquistaré la estimación de usted, y usted me perdonará en vista de mi arrepentimiento.

—No lo creo, respondió el padre. Sin embargo, eres mi hijo y te he amado entrañablemente y esto podría hacer que me dejara vencer por alguna debilidad; pero de ello me guardará tu mujer, porque desde este momento ella y tú no sois más que uno y á ella jamás la perdonaré. Y ahora, idos.

Los dos jóvenes salieron como Adán y Eva arrojados del Paraíso.

Cuando estuvieron solos en el vestíbulo, Carlos dijo á Sidonia.

—¡Ya no puedo ser dichoso! ¡Mi padre me guardará rencor mientras viva!

—Esto se dice en semejantes casos, repuso Sidonia con su voz sosegada, pero al fin siempre se perdona.

¡Ahí van!

V

La Sra. de Bertholón, en vez de llegar, como solía generalmente, una ó dos horas antes, llegó en el momento preciso en que la campana daba el primer toque de la comida; estaba risueña y fría como de costumbre, y para aquel día habíase provisto de una inagotable colección de trivialidades que mantuvieron la conversación en la mesa. Sin que la intimidaran la taciturnidad de Raúl, ni el humor hosco de Julia, ni la turbación de Aurette, ni las distracciones visibles del Sr. Leniel que sólo conseguía sacudirlas un momento para en seguida caer de nuevo en ellas, habló tranquilamente, derramando la ola monótona de sus frases sobre los comensales más ó menos consternados. Sidonia era la única que le contestaba con un brío que le atraía las miradas indignadas de Julia.

El viento había refrescado y la estancia en la terraza no resultaba muy agradable; por este motivo sirvióse el café en el salón. Así que se hubo retirado el criado con la bandeja, el Sr. Leniel acercóse á la Sra. de Bertholón y le participó, sin levantar la voz, como la cosa más natural del mundo, la próxima boda de su hijo con Sidonia.

—¡Ah, de veras!, exclamó aquélla. ¿Conque es ya cosa resuelta? ¿Resuelta del todo? Sea enhorabuena.

Y dedicó al padre y á la novia un movimiento de cabeza rápido, que expresaba sin duda sus sentimientos de un modo muy exacto, y luego miró á Aurette con singular atención.

—Algo de eso me habían dicho en la ciudad esta mañana, dijo apartando los ojos de Aurette para fijarlos nuevamente en el Sr. Leniel; pero no había querido dar crédito á la noticia. ¡Se oyen cosas tan extraordinarias! ¡Si hubiéramos de creer todo lo que se dice! Y Carlos ¿cómo no está aquí?.. ¿Ha vuelto á marcharse?

Julia sentía unas ganas irresistibles de hacer algo que molestara á la Sra. de Bertholón, y lo habría hecho indudablemente si no hubiese visto la mirada dolorosa que Aurette dirigía á su padre.

(Se continuará.)

PARÍS. – UNA ASCENSIÓN AEROSTÁTICA MONSTRUO

A las siete y media de la tarde del 27 de abril último elevóse en el parque del Aero-Club de Francia el globo *Aigle*, de 4.150 metros cúbicos, tripulado por los diez conocidos pilotos-aeronautas Jorge Besançon, conde G. de Castillon de Saint-Victor, Renato Garnier, Esteban Giraud, Alfredo Leblanc, Jorge Le Brun, Francisco Peyrey, Santos Dumont, Pablo Tissandier y Ernesto Zens.

Diez minutos después, elevábase en el mismo sitio el *Micromegas*, pequeño globo de 400 metros cúbicos, tripulado por Jorge Bans.

La salida de ambos globos fué presenciada por numeroso y elegante público, en el que figuraban los más distinguidos aeronautas y deportistas.

El objeto de esa ascensión doble era poder comparar las ventajas y los inconvenientes de dos aeróstatos de tan diversas dimensiones. El *Aigle*, con 400 kilogramos de lastre, tomó, una vez en el aire, la dirección de Bretaña, Nantes y la desembocadura del Loire; el *Micromegas*, con 80 kilogramos de lastre, aproximóse más á la línea Norte-Sur.

El *Aigle* descendió á las diez y treinta y cinco de la mañana siguiente en Blois; el *Micromegas*, á las siete y cuarenta, en Montmorillón, en el departamento del Viene, es decir, mucho más lejos que el otro.

El viaje de ambos globos fué felicísimo y se vió favorecido por un tiempo hermoso y por una noche clarísima de luna que permitió á los aeronautas disfrutar de los bellos panoramas que, en su rápida marcha, veían desarrollarse á sus pies.

La comparación de las observaciones efectuadas por los respectivos aeronautas dirá si para estos viajes son preferibles los globos gigantes ó los pigmeos. – S.

PARÍS. – ASCENSIÓN DE LOS GLOBOS «AIGLE» Y «MICROMEGAS,» DE 4.150 Y 400 METROS CÚBICOS RESPECTIVAMENTE. HENCHIMIENTO DEL «AIGLE.» (De fotografía de M. Rol y C.ª)

ITALIA. – PRUEBA TARGA FLORIO EFECTUADA EN BONFORNELLO (SICILIA). EL VENCEDOR NAZZARO, DESPUÉS DE SU TRIUNFO. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA TARGA FLORIO

La *saison* de los concursos automovilistas se ha inaugurado en Italia con la carrera llamada Targa Florio, que se efectuó el día 21 de abril último en la llanura de Bonfornello, situado á 50 kilómetros de Palermo. Esa prueba, considerada por los italianos como institución nacional, había despertado gran interés en el mundo deportivo, y en ella debía recorrerse el circuito siciliano, de una longitud de 150 kilómetros que, repetida tres veces, da un total de 450.

Desde las primeras horas de la mañana, los trenes salieron atestados de viajeros ansiosos de presenciar la interesante carrera, y las tribunas levantadas junto al punto de partida no tardaron en llenarse, ofreciendo un aspecto en extremo animado y pintoresco.

Un tiempo bellísimo favoreció la fiesta á cuyo esplendor contribuyó también no poco la hermosura del lugar en que se celebraba.

Cincuenta y seis vehículos de las mejores marcas conocidas habíanse inscrito para la prueba, pero sólo cuarenta y seis tomaron en ella parte. A las cinco y cuarenta minutos emprendió la marcha el primer automóvil, al cual siguieron los demás á intervalos de tres minutos.

En la primera vuelta llevaban ventaja Lancia, Cagno, Trucco y Nazzaro; en la segunda, Nazzaro, Wagner, Lancia y Duray; en la definitiva, salió vencedor Nazzaro, que dirigía un *Fiat* é hizo el recorrido de 450 kilómetros en 8 horas, 17 minutos y 36 segundos, ganando el premio de 15.000 francos y la Targa Florio, de oro, cuyo valor es de 8.000 francos. Los demás premios fueron concedidos por el orden siguiente: uno de 8.000 francos á Lancia (marca *Fiat;* tiempo empleado: 8 h. 29 m. 29 s.); otro 4.000 y medalla de oro á Fabry (marca *Itala;* tiempo empleado: 8 h. 32 m. 47 s.); otro de 2.000 y medalla de oro á Duray (marca *Lorraine-Dietrich*, tiempo empleado: 8 h. 39 m. 7$^2/_5$ s.), y otro de 1.000 y medalla de oro á Cagno (marca *Itala;* tiempo empleado: 8 h. 39 m. 17$^1/_5$ s.)

Nazzaro, el vencedor en esa prueba, ha sido durante varios años *chauffeur* del caballero Florio, fundador del premio de su nombre, y ha figurado en uno de los primeros lugares en los célebres concursos de la Copa Gordon-Bennet y de la Copa Vanderbilt.

La prueba Targa Florio, que en un principio se estimaba como simple esfuerzo de un *sportman* apasionado, hoy interesa á los automovilistas de todo el mundo. – D.

Espectáculos – PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhardt *Adrianne Lecouvreur*, drama en seis actos de Sarah Bernhardt; en la Opera Cómica *Circe*, poema lírico en tres actos de Edmundo Haraucourt, música de Pablo y Luciano Hillemacher; en Dejazet *Madame la Douanne*, comedia en cuatro actos de A. Dinter y J. La Rode, en el teatro Antoine *Timon d' Athènes*, comedia en cinco actos de Emilio Fabre; en los Bouffes Parisiens, *Papillon*, comedia en tres actos de Renato Peter y Roberto Danceny; en el teatro Rejane *Deux Madame Delange*, comedia en tres actos de Gabriel Maurey; en el Ambigu Comique *Le p'tit Mitron*, comedia en cinco actos de Enrique Demesse; en el teatro Molière *La maison à l'envers*, comedia en tres actos de Ferri-Pisani y Carlos Marcel; y en Capucines *Son petit frère*, opereta en dos actos de Andrés Barde, música de Carlos Cuvillier; *Marcheuse*, comedia en un acto de A. Germain y R. Trebor, y *Le porte-cartes*, comedia en un acto de Enrique Falk.

***

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La nina dormida al bosch*, cuento lírico en dos actos y cuatro cuadros, letra de Manuel de Montoliu, música de Federico Alfonso y decorado de Castells; en el Eldorado *La zancadilla*, entremés de los hermanos Alvarez Quintero; y en Romea *Massa tart!*, comedia en un acto de M. Marinello.

Las tres representaciones de *Carmen* en el Principal han sido otros tantos triunfos para María Gay. También lo han sido los conciertos dados en el mismo teatro por los eminentes pianistas Pugno y Rissler; este último, contratado por la Academia Granados, ha dedicado exclusivamente las tres audiciones á las sonatas para piano de Beethoven, que ejecuta é interpreta de una manera maravillosa.

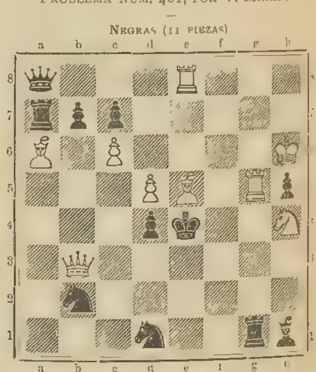
En el teatro de Novedades ha dado tres conciertos el famoso violinista Kubelik; el público ha premiado con entusiastas ovaciones su ejecución portentosa y su gran talento como intérprete de los maestros más eminentes.

En el mismo teatro de Novedades han logrado calurosos y merecidos aplausos el tenor Palet y el barítono Maurel; este último ha dado algunas representaciones de *Otelo* y *Rigoletto*, demostrando en ambas que si ha perdido algo de sus facultades vocales, aun conserva la maestría y el arte incomparable que le conquistaron fama de cantante y actor eminentísimo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 461, POR V. MARÍN.

NEGRAS (11 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 460, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. D h 1 - h 4	1. R d 6 × c 5
2. T a 1 - a 5 jaque	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTES

1...... R d 6 - c 7; 2. D h 4 - d 8 jaq., etc.
R d 6 - e 5; 2. D h 4 - g 3 jaq., etc.
a 7 × b 6; 2. T a 1 - d 1 jaq., etc.

Barcelona. – Teatro Principal. – «La nina dormida al bosch.»

Ese cuento lírico en dos actos y cuatro cuadros, puesto en escena en el teatro Principal, ocupará lugar preferente en la serie numerosa de grandes éxitos logrados por el notable artista Sr. Graner, á cuyo cargo están la empresa y la dirección del decano de nuestros coliseos y que con sus espectáculos audiciones viene realizando una obra de cultura altamente meritoria.

El asunto del cuento es bien conocido. El nacimiento de una hija colma los deseos de los reyes, que solemnizan con grandes fiestas tan fausto suceso. Mientras se celebra el banquete aparece Merlín, el cual profetiza que la princesa quedará encantada el día que vea reproducido su rostro; el hada del palacio suaviza el rigor de la predicción diciendo que cesará el encanto cuando un galán valeroso y enamorado la despierte. Cúmplese la fatal profecía: la princesita ha visto reproducida su imagen en el estanque del castillo; y ella y toda su corte, palacio y jardines quedan encantados. Transcurren trescientos años, y en el bosque que rodea el castillo aparece el príncipe que, despreciando los peligros y los terrores de las populares consejas, se lanza con fe y entusiasmo á la atrevida empresa y logra llegar hasta la princesa dormida y despertarla con un beso, que hace cesar el encantamiento.

Tan poético tema ha sido hermosamente tratado por el señor Montoliu; el libro, por éste escrito en bellísimos versos, tiene toda la delicadeza y toda la ingenuidad de los cuentos infantiles, y así la acción como la forma, de sencillez y armonía encantadoras, producen en el ánimo del espectador una sucesión no interrumpida de dulces é inefables sensaciones.

La música, del Sr. Alfonso, adáptase admirablemente á las diversas situaciones creadas por el poeta, y en medio de su rica variedad conserva siempre esa pureza, esa frescura que tan bien armonizan con el carácter del libro; es una partitura no sólo inspiradísima, sino además perfectamente instrumentada, una ópera en la verdadera acepción de la palabra.

El poeta y el compositor, compenetrados de unos mismos sentimientos, han sabido llegar al alma del público, sin apelar á otros recursos que á la sinceridad y á la espontaneidad, cualidades primordiales de toda manifestación de arte y de poesía.

La parte escenográfica corresponde dignamente á la belleza del libro y de la música: las decoraciones del Sr. Castells son de un efecto sorprendente por su originalidad, por su entonación y por su riqueza.

Para todos ha sido un triunfo *La nina dormida al bosch;* á todos felicita sinceramente y con entusiasmo La Ilustración Artística. – M.

Manuel de Montoliu — Federico Alfonso

Autores de la letra y de la música respectivamente de *La nina dormida al bosch*, cuento lírico en dos actos y cuatro cuadros, estrenado con gran éxito en el teatro Principal

Barcelona. – Banquete dedicado por el Ayuntamiento á los organizadores de la V Exposición Internacional de Bellas Artes, al jurado, á las autoridades y á otras personalidades de esta ciudad y extranjeras, con motivo de la visita oficial de la exposición efectuada el día 26 de los corrientes, víspera de la inauguración. (De fotografía de A. Merletti.)

El día 26 del mes próximo pasado, víspera de la inauguración oficial, el Ayuntamiento, acompañado de las autoridades, cuerpo consular, representantes de corporaciones, periodistas y algunas personalidades ilustres, visitó la exposición para poder apreciar los trabajos realizados por la comisión ejecutiva y por el jurado de admisión.

Después de la visita, que produjo una impresión excelente en el ánimo de cuantos la hicieron, celebróse el banquete con que el Ayuntamiento obsequiaba á los organizadores de la exposición y al cual asistieron las representaciones antes mencionadas.

Al destaparse el champagne, el alcalde Sr. Sanllehy dió las gracias á la comisión ejecutiva, á los artistas que han remitido sus obras y á las naciones que en la exposición han tomado parte. El cónsul de Italia Sr. Gaetani Davide se asoció en nombre de su país al éxito de la exposición é hizo votos por la prosperidad de Barcelona. El Sr. Bastardas, teniente de alcalde, en nombre de la comisión ejecutiva, explicó la verdadera significación y la gran importancia del certamen. El Sr. Plaja, representante de la diputación provincial, felicitó al Ayuntamiento y á los organizadores de la exposición. El gobernador Sr. Ossorio y Gallardo, dedicó grandes elogios á Barcelona y enalteció la obra que estaba realizando.

Pronunciaron también elocuentes discursos, que, como los anteriores, fueron muy aplaudidos, los Sres. Puig y Cadafalch, Coll y Pujol, Vega y Ribera.

Terminado el banquete, en el que reinaron la mayor cordialidad y mucho entusiasmo, los invitados presenciaron el acto del barnizado, que resultó animadísimo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 13 de mayo de 1907 — Núm. 1.324

FONTANELLA, estatua en mármol de Fernando Seeboeck

BARCELONA.—V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE.—(Notas de un profano.)

SUMARIO

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. (Notas de un profano.)

Al reanudar Barcelona sus grandes concursos artísticos, interrumpidos desde la guerra colonial, parece entrar en una nueva fase de su progreso urbano, aparentemente detenido en la última década. La V Exposición Internacional de Arte inaugura como una segunda etapa para el desarrollo integral de la ciudad, que ha adquirido desde entonces una más clara conciencia de su propio esfuerzo y una más firme orientación entre los múltiples aspectos y solicitaciones de la vida moderna.

Obsérvase, por ejemplo, cada día más la tendencia á equilibrar, con los refinamientos y adornos de la cultura espiritual y artística, el sentido utilitario que, durante mucho tiempo, pudo parecer su nota exclusiva. Barcelona era «laboriosa» é «industrial» por antonomasia. Con esto se pretendía suponer cierta incapacidad, cuando no cierta hostilidad del ambiente, para los goces y manifestaciones supremas de la vida social, cifrados en el amor á la belleza y en el culto de la idea pura. Y este es uno de tantos prejuicios como van cayendo, uno tras otro, por imperio de las circunstancias y por refutación espléndida, de que se encarga la realidad. Nadie puede desconocer, de buena fe, que ya no son las consabidas chimeneas, ni el polvillo de carbón, ni el grato aroma astringente de las manufacturas, ni los enseres náuticos, ni las balas de algodón apiladas junto á los vetustos bergantines, en la dársena, las sensaciones y emblemas únicos de la ciudad condal.

Semejante idea, estereotipada en los cerebros por las alegorías y dibujos mercantiles del siglo pasado, ha cedido el paso á otra concepción más vasta y compleja, según la cual la vieja población provinciana y manufacturera afánase por adquirir los timbres de perfecta capitalidad, con sentido completo, ubicuo y en todas direcciones. Este es el fenómeno de compensación, de integración, que no aciertan á descubrir todos los observadores, ni hasta todos los habitantes de Barcelona, dominados todavía por la supervivencia del prejuicio antiguo. A tal supervivencia ayuda no poco una preocupación contraria de ciertos grupos artísticos, imbuídos en el amor á la Bohemia y en el odio al filisteo y al droguista. No obstante el sentido económico y positivista, aquí tan manoseado y combatido, se observan las más elocuentes antinomias. En medio de esta sociedad burguesa, de especieros y tejedores, ha florecido el vergel místico de Verdaguer en pleno siglo XIX, como florecer otoñal de la poesía cristiana, después de trescientos años de extinción en los mismos países idealistas. En medio de esta sordidez ha crecido una arquitectura dispendiosa, en la cual, con mucha frecuencia, el principio remunerador se subordina al elemento artístico. Y descollando sobre tanto filisteísmo, surge la Sagrada Familia como una de las más temerarias aventuras espirituales y estéticas que haya acometido jamás Quijote alguno.

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte.—Estudio, pintura al pastel de S. M. el rey D. Carlos de Portugal

En este grupo de manifestaciones antinómicas entra también la Exposición Internacional de Arte. Los días transcurridos desde la apertura permiten afirmar que no se trata de una mera iniciativa oficial ó de una imposición de los profesionales, de aquellas que no responden á las ansias de un pueblo ni le hallan preparado y con apetito para gozarlas. Por el contrario: basta penetrar en el Palacio de Bellas Artes para advertir de qué se trata y para convencerse de que toda una sociedad, con su asistencia y su interés, con su expectación y sus preferencias, con su gusto orientado y sus mismas apasionadas discusiones, convierte la iniciativa privada y modestamente municipal en acontecimiento colectivo. Desde el prócer al obrero y desde la dama al estudiante, todos se interesan de veras y toman su parte en la manifestación. Ello supone y testifica la presencia de un espíritu social cada día más vigoroso que sirve de contrapeso á los inconvenientes de un individualismo exagerado. Supone y testifica también la inequívoca aparición del alma colectiva y de lo que, sin impostura, podemos calificar de democracia.

Obra democrática es la V Exposición Internacional de Arte. La falta de protección del Estado y aun los obstáculos que se le han opuesto, en virtud de equívocos y malas inteligencias muy de sentir, constituyen para mis personales aficiones y gustos uno de los principales atractivos del certamen. No abomino por sistema de la intervención del Estado ni de la tutela oficial en las cuestiones que atañen al progreso y cultura de las sociedades locales; pero juzgo preferible que, donde éstas viven por sí mismas y empiezan á bastarse á sí propias, ensayen el límite y extensión de sus fuerzas y demuestren que se puede ir prescindiendo de auxilios exteriores, los cuales, en el fondo, no dejan de ser artificiales y de revelar la impotencia del que quiere y no puede. Así, pues, al recorrer la Exposición y apreciar su importancia de conjunto, yo bendigo esas circunstancias, enojosas en sí mismas, pero no en cuanto á sus efectos, que dieron al certamen un carácter de obra espontánea, de esfuerzo privado, de labor popular y de abajo arriba. Y esto no para renegar del Estado oficial, sino para defenderlo, precisamente, de las generales demandas, solicitaciones y exigencias con que suelen exprimirlo y agotarlo los pueblos colectivistas. Dificultades como las que aquí han sido vencidas constituyen una gimnasia saludable y un ejemplo patriótico para todas las comarcas españolas, ya que enseñan á adecuar la potencia con la ambición y son un himno á la fe en las fuerzas propias y en la colaboración individual, de las cuales ha de venir exclusivamente la reconstitución de la patria.

Dos observaciones principales preocupan al visitante en el interior de la Exposición: la importancia concedida al elemento extranjero y la novedad de las instalaciones. En cuanto al primer punto, me maravilla que haya podido ser materia de reproche. Si es verdad que estos certámenes tienden á un doble objetivo, y al propio tiempo que estimulan el poder de creación de los artistas, ofrecen á éstos y al público en general una vasta lección de cosas no susceptible de ser substituída más que por medio de viajes dispendiosos y á muy pocos concedidos, juzgo como un gran acierto esa concentración de elementos artísticos que nos dan un resumen, viviente y animado, de la modernidad estética en los pueblos cultos y de la emoción á que hoy obedecen el pincel y el buril de los grandes maestros. En vano los críticos y expositores divulgarán esas novedades y preconizarán é impugnarán tales ó cuales tendencias. En vano nos nutriremos de teorías y apriorismos si, por vista de ojos, no nos es dado recibir la sensación inequívoca y directa de la realidad. Ha podido decirse que un solo día de discurrir por entre las desolaciones de Pompeya ó una tarde de paseo en los palacios y jardines de Versalles, comunican al espectador un sentido de la historia, una visión é intuición de lo pasado, en espíritu y en verdad, ciertamente muy superiores á los que se pueden recibir en largos años de trato con los libros y de asistencia á las aulas. Así también creo que, después de una de estas exhibiciones de conjunto, cuando el gusto de las muchedumbres ha pasado por el baño de una contemplación semejante, se depura de no pocos resabios y fija la relatividad de su posición entre lo universal y lo local, entre su nacionalismo propio y el humanismo eterno del arte.

El solo hecho de haber facilitado esa contemplación á la masa general de los aficionados; á los principiantes modestos, llenos de fiebre y de exaltación; á los obreros inteligentes que se capacitan, con noble

Sección portuguesa.—Sala decorada por los Sres. Junyent y Biosca; en ella figuran cuadros del rey D. Carlos, de la reina D.ª Amelia, de Malhoa, Carlos Reis, A. Prat, Colombo, etc., y esculturas de Costa

perseverancia, para las altas fruiciones artísticas; el solo hecho de haberles acercado la obra de los Puvis de Chavannes, de los Manet, de los Pissarro, de los Meunier, de los Rodin, de los Braugwin, de los Burnes-Jones y de cuantos nombres, por un concepto ú otro, ejercen sobre la sensibilidad moderna una sugestión poderosa y difícil de explicar cuando no se cuenta con la presencia del ejemplo vivo, este solo hecho resulta para mí de una eficacia pedagógica altamente recomendable. De esta manera, el acuerdo que acaba de tomar la Comisión ejecutiva, por el cual se destinará una cantidad importante á procurar la venida de críticos y profesores de estética de gran reputación en todo el mundo para que den conferencias públicas sobre los temas de arte relacionados con la Exposición, está destinado, si no se malogra, á tener una legítima trascendencia. Así también, las grandes audiciones musicales que periódicamente se celebran en el gran salón de la planta baja, por la confección de sus programas y por la selección que á ellos preside, se enlazan con la índole del certamen, le sirven de complemento y proclaman la solidarización de todas las formas de la belleza.

Estamos, pues, bastante lejos de aquellas primitivas formas de exposición que ahora diríamos «á palo seco,» reducidas á un alineamiento de telas, divididas en cuatro ó cinco rangos ó filas á lo largo de las paredes y que parecían responder mucho más á la idea de un bazar ó de una prendería y subasta de grandes vuelos, que á una preocupación artística, pedagógica, de perfeccionamiento y cultura. Ahora pa recen haberse alterado los términos. Con todos sus defectos, imperfecciones y descuidos, con cuantos sambenitos le cuelgan el espíritu de oposición á todo trance ó la vidriosa y comprensible suspicacia de los descontentos, la actual Exposición responde, en conjunto, á un estado de conciencia más definido, á una orientación urbana más precisa y completa, á una aspiración más segura de sí misma. Trata de infundir un espíritu y un sentido en la mera yuxtaposición material de las obras presentadas y de borrar y alejar toda idea de almacén abigarrado y sin orden.

No diré que se haya alcanzado la perfección, pero sí que se observa una notable mejora y un gran paso en cuanto á la disposición de las salas, á su arreglo, al carácter y sobriedad del decorado y á la parsimonia que casi en todos lados resplandece, como si se hubiera suprimido el antiguo «lujo» por amor á la elegancia verdadera. Así, se ha roto en no pocos lados la uniformidad de las salas rectangulares y terriblemente simétricas, bien por medio de tabiques provisionales ó improvisadas tribunas y episodios decorativos, bien con la ayuda de muebles, vitrinas ó grupos escultóricos, chimeneas monumentales y surtidores. De ello resulta cierta apariencia ó impresión de museo permanente, de colección extensa y rica, pero particular, antes que la monotonía clásica de las exposiciones del antiguo sistema, en las cuales por la abertura del fondo se veía la sala siguiente, y la otra, y la otra, con turbación y fatiga anticipada del espectador. La vista encuentra á menudo sorpresas y desviaciones donde descansar con agrado, y llega en algunos momentos á recibir una sensación como de intimidad discreta, como de bienestar doméstico y confortable, regido por personas de inclinaciones selectas.

Aunque esta novedad no pasara de tentativa, ya revelaría por sí misma una notable afinación del gusto general de Barcelona. El cuidado que se ha puesto en distribuir los cuadros con circunspección y amplitud, sin aplastarlos en formaciones compactas, disonantes y fatigosas para los ojos, constituye un acierto innegable. A este acierto corresponde el público con una afluencia cada día creciente. El éxito económico parece estar asegurado con los rendimientos naturales de la taquilla. No serán muchas las poblaciones en que, sin una gran masa de forasteros venidos *ad hoc*, se hayan adquirido, como van adquiridos hasta la fecha, cerca de 6.000 carnets permanentes, amén de las entradas sueltas que se toman al día. Y para que nada falte en el programa é interés del concurso, no han faltado tampoco las discusiones apasionadas y aun las censuras violentas y las recriminaciones de los excluídos, en cuanto al fallo del Jurado de admisión. Cosa es esta sobre la cual me abstengo, no ya de juzgar, sino también de manifestar la más leve anticipación de criterio, puesto que no se conoce el número y la calidad de las producciones rechazadas. Si sus autores se deciden á exponerlas, entonces la opinión pública podrá documentarse y decidirse.

De todas maneras, estos mismos ardores y apasionamientos, como la misma forma puramente local de la iniciativa, como el entusiasmo con que la frecuenta la sociedad de Barcelona, revelan algo muy satisfactorio: la plena existencia de ideales artísticos y la formación de una atmósfera ó medio de cultura sin la cual esas manifestaciones no pueden vivir ó no hacen más que arrastrar una vida lánguida, ficticia y simulada. Sin inyecciones de oxígeno oficial, sin muletas de subvención del Estado, esto anda por sí mismo. Yo me alegro de que sea así, no por maligna reacción del despecho, sino por el beneficio positivo que para España supone el hecho de despertar las energías sociales y encargarse poco á poco de tareas que, por falta de preparación, de medios y de voluntad, abrumaban antes al Poder público.

MIGUEL S. OLIVER.

Acuarelas pintadas por S. M. la reina D.ª Amelia de Portugal

Sección francesa.—Sala primera, decorada por los Sres. Sagnier y Junyent; en ella hay cuadros de Blanche, Moret, Ullman, André, Simón, Leandre, Aubertin, Loiseau y otros

Sección española.—Sala destinada á obras de los pintores Ramón Casas y Santiago Rusiñol; en ella figuran varios retratos, entre ellos el de S. M. el rey D. Alfonso XIII, del primero, y «La acequia de Elche,» «Anfiteatro verde,» «Las flores azules,» «Patio de amor,» «Cipreses» y otros, del segundo. Hay también en esta sala una escultura de Clarassó

Sección española.—Sala decorada por los Sres. Triadó y Renart; en ella figuran varios retratos de Antonio Caba, cuadros de Simonet, Beruete, Carlos Vázquez, Luisa Vidal, etc.; esculturas de Parera, Clará, Cardona, Casán, etc.; vidrieras de colores de las casas Rigalt y Vila; cerámica del «Fayans Catalá;» muebles de Riera y Casanovas; metales repujados de Valero, pavimentos de Casas y Bardés, etc.

Sección española.—Sala decorada por Luis Masriera que ha pintado el gran plafón central y los frisos laterales; en ella se ven cuadros de Masriera (José), Baixas, Mir, Beruete, Masriera (L.), Soldevila, Tolosa, Cusí y Benlliure (José), y esculturas de Doménech y Vicenti, García González y Solá Gené

Sección francesa.—Sala decorada por los Sres. Renart y Pi; en ella hay grabados de Rodin, Besnard, Rafaelli, Robbe, Champion, Danchez, etc., una lámpara de los Sres. Cadena y Bayó y un piano de gran cola de la viuda de Estela

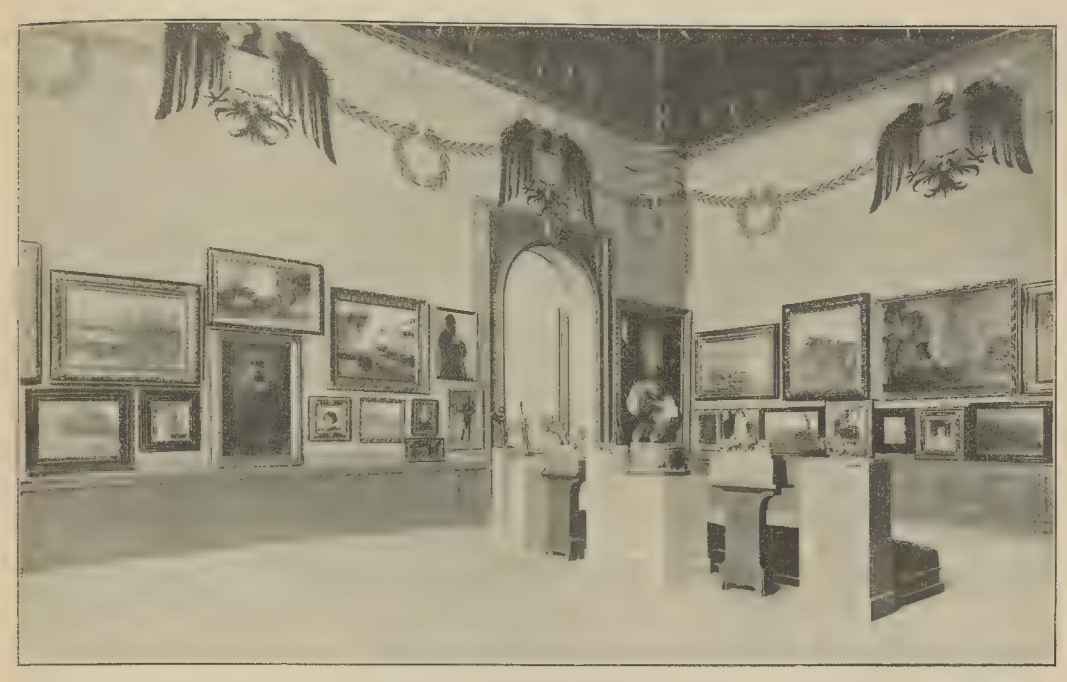
Sección belga.—Sala decorada por el Sr. Renart; en ella hay dos pinturas de Wytsman, grabados y dibujos de Ranenfosse y Knoff, aguas fuertes de la condesa de Flandes, de Baertson, Marechal, Wytsman, Meunier y Oleff y tres esculturas de Dillens

Sección española.—Sala decorada por el Sr. Reig; en ella hay cuadros de Utrillo (A.), Baixeras, Pla, Echena, Lorenzale, Puiggener, Sancha, Pahissa, Ferrer Pallejá, Medina Vera, Pellicer Montseny, etc., y esculturas de Estalella, Pradell, Clarassó y Pellisa Borrás

Sección española.—Sala de escenografía, decorada por el Sr. Junyent; en ella se ven varios teatrinos y proyectos de Soler y Rovirosa, Vilumara, Alarma, Junyent, Brunet, Jiménez y Solá y Mir

Sección española.—Salón de pintura llamado Reina Regente, en el que exponen cuadros, entre otros, Moreno Carbonero, Alvarez de Sotomayor, Bilbao, Pellicer (C.), Borrell (P.), Borrás Abella, Galofre, Urgell (M.), Hermoso, Morera Galicia, Meifrén, Chicharro, López Mezquita, Serra (E.) Sans Castaño, Torrescasana y Pinazo

Sección inglesa.—Salas decoradas por Alejandro de Riquer; en ella hay cuadros de Burne Jones, Brown, Guthrie, Lee Hanckey, Moire, Grosvenor, Paterson, Slauter, Whistler, Sydney, Rusell, Bell, Lavery, Melton, Solon, Ruckarn, etc., grabados de Pennell, Burridge, Nicholson; esculturas de Shang, Lanteri, Frampton, Wood, etc.



Sección alemana.—Sala decorada por Olegario Junyent; en ella hay cuadros de Skarbina, Marr, Petersen, Jaussen, Ackermann, Linz, Stuck, Zembusch, Schmutzler, Kroner, Keller, etc., y esculturas de Busch, Kowarzick, etc.

Sección alemana.—Sala decorada por Olegario Junyent; en ella hay cuadros de Max Stern, Possart, Andersen Lündby, Kohtz, Gentz, Quittner, Macco, Liesegand, etc.

Sección belga.—Sala tercera, en la que figuran cuadros de Courtois, Von Hove, Von Holder, Carpentier, Luyten, Cassiers, Bardeer, Thomas, etc., y esculturas de Wolfers y Rousseau

Sección inglesa.—Sala destinada al famoso pintor Frank Brangwin, que expone en ella diez y siete cuadros al óleo, entre ellos «La fiesta del cumpleaños,» y quince aguas fuertes

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN

El Sr. Leniel acercóse á la Sra. de Bertholón y le participó la próxima boda de su hijo con Sidonia (pág. 309)

—Ha tenido que regresar á París, señora, replicó Sidonia con modesta sinceridad. Volverá el mismo día de la boda.

—¡Ah!

Y no se habló más del asunto. Aurette, instada para que se sentara al piano, tocó algunas piezas insignificantes; ni tenía ganas ni se sentía con fuerzas para poner algo de sí misma en su música, y le parecía estar fuera de la tierra, en un mundo opaco y frío en donde no encontraba nada de lo que amaba y en donde había de dedicarse á cumplir una cantidad prodigiosa de sus deberes terrestres cerca de seres para quienes esos deberes no tenían sentido alguno.

La presencia de su novio, que tan dulces le hacía las veladas del domingo, contribuía aquella noche á aumentar su turbación; Raúl, silencioso y malhumorado, era un hombre nuevo, desconocido para ella y que le daba una gana de llorar parecida á la que siente un niño espantado por la presencia de un forastero.

El ruido del coche sobre la arena dejóse oir mucho antes de la hora acostumbrada, y la señora de Bertholón se despidió de los Leniel con su eterna sonrisa, tan fría, que parecía estereotipada en sus labios.

—¡Ah!, exclamó de pronto Aurette, sintiendo un pesar que no guardaba proporción con un hecho tan insignificante. ¡Me he olvidado del ramo! Señora, pido á usted mil perdones.

—¡No importa, no vale la pena, querida niña!, respondió sin dejar de sonreirse la señora de Bertholón.

—¡Cuánto lo siento!, replicó Aurette.

Miró á Raúl, que parecía muy ocupado en contemplar las puntas barnizadas de sus botas y que, sin embargo, se le acercó y le apretó la mano con tanta fuerza, que le hizo daño. Aurette recibió con delicia aquel apretón sobre sus dedos magullados y sintió algo más reanimado su corazón mientras acompañaba hasta el coche á la madre de su prometido.

Cuando se hubieron marchado los Bertholón, Sidonia cogió en el vestíbulo su palmatoria, y dando las buenas noches colectivas á la familia, subió á su cuarto sin volver la vista atrás. Aurette siguió á su padre al salón y Julia iba á retirarse, según su costumbre, cuando una idea que se le ocurrió de pronto la movió á quedarse, y sentándose en un sillón enfrente de su hermana, le dijo:

—Aurette, voy á decirte una cosa; no puedo volver al convento mientras no se haya celebrado esa boda. Si en esos quince días oyese hablar continuamente de esa ridícula historia, sería capaz de portarme de modo que perdería la buena reputación conquistada en ocho años de conducta intachable.

Aurette miró á su padre; éste había comprendido la razón que asistía á su hija, ya que inclinó gravemente la cabeza en señal de aquiescencia.

—Gracias, papá, dijo Julia. Pero hay algo más: si me veo obligada á soportar la cara de Sidonia durante esos quince días, soy también capaz de conducirme con ella de la manera más inconveniente; creo que como yo pensáis vosotros, ¿qué haremos, pues?

El caso era dificultoso; el Sr. Leniel y sus hijas lo discutieron durante más de una hora y acabaron por reconocer que era imposible substraerse á las molestias que les esperaban.

—Lo mismo que la boda, acabó diciendo Julia; será una boda que haría llorar si no diera rabia. ¿Va usted á invitar á todo Angers, papá?

Convínose que el matrimonio se celebraría con la mayor sencillez posible; después de la ceremonia se enviarían numerosas participaciones, pero á la fiesta sólo asistirían los cuatro testigos y el almuerzo sería sencillísimo. Los testigos serían escogidos entre los amigos más íntimos y más respetables del Sr. Leniel.

—Pues bien, dijo Julia cuando quedaron resueltos todos esos pormenores, si me veo obligada á verla (se refería á Sidonia), en cambio no lo estoy á dirigirle la palabra, y esto siquiera será una compensación.

Después besó á su padre y á su hermana y se fué, dejando solos al Sr. Leniel y á Aurette, que estaba sentada junto á él y le tenía cogida una de las manos.

Durante unos instantes permanecieron silenciosos, pero en su silencio se comprendían; nunca como entonces habían sentido hasta qué punto su mutuo cariño era un bálsamo que les suavizaba las penas de su existencia.

—La señora de Bertholón es una mujer singular, dijo al cabo de un rato el Sr. Leniel; jamás puede saberse lo que piensa. Antes de venir estaba perfectamente enterada de todo.

—No es ella sola, papá. No hay de seguro en Angers una casa un poco respetable en donde no se discuta en este momento nuestra aventura.

Hablaba con una tristeza resignada, exenta de toda amargura; desde que los dedos de su novio habían oprimido tan fuertemente los suyos, sentíase muy animosa.

—Es preciso confeccionar la ropa de novia de Sidonia y el traje de boda, dijo Aurette.

—Dale dinero y que se arregle, repuso el Sr. Leniel con cierta repugnancia; he separado para ella veinticinco mil francos; toma de ellos lo que necesites.

—¿Me permitirá usted que la acompañe en sus compras? De lo contrario, podría creerse que no la casa usted de buena gana.

—Y es la verdad. No, déjala que vaya sola. Paréceme que ahora nada ha de darle ya vergüenza, y tú, si la acompañabas, no sabrías qué responder á las enhorabuenas. La gente de Angers es maliciosa..., no te expongas, pues, á sufrimientos inútiles.

Tenía razón, y su hija lo comprendió así. Largo rato estuvieron juntos y Aurette no se separó de él hasta que le creyó bastante fatigado para dormirse. ¡Cómo se habría asustado si, una hora después, hubiese visto la dosis de cloral que hubo de tomar para conciliar un poco el sueño!

Sidonia desempeñaba oficialmente el papel de novia con entera soltura, utilizando el coche de su futuro suegro para recorrer á su antojo las tiendas y encargándose los trajes que mejor pudieran sentarle.

Como estaba dotada de un gusto exquisito, supo evitar el escollo de las advenedizas y no escogió ni lo más caro ni lo más vistoso en ningún género; pero su traje de novia y su vestido de viaje formaron época en una ciudad en donde las mujeres saben vestirse, tanto arte había en ellos.

No estaba en el Nido más que á las horas de comer. Aurette había pretextado una indisposición simulada de Julia para explicar la presencia de ésta en la casa y al mismo tiempo para disculparse de no acompañar en sus diligencias á su futura cuñada. La señora de Bertholón, en un lacónico billete, glacial en el fondo y amable en la forma, había excusado su asistencia y la de su hijo á la comida de familia del domingo siguiente: era, escribía, para no estorbar los preparativos que debían ocupar «por entero el tiempo y el pensamiento de los habitantes del Nido.»

El Sr. Leniel, después de haberla leído, entregó aquella carta á su hija sin decir una palabra; aquellos cumplimientos diplomáticos no le agradaban poco ni mucho, pero adivinaba suficientemente las murmuraciones de que eran objeto él y los suyos para no extrañar un enfriamiento. Esperaba, sin embargo, que, una vez realizada la boda, podría hacer comprender á la señora de Bertholón, aunque fuera por mediación de su notario, que haría muy mal en alterar para nada los proyectos existentes; sabiendo que era interesada, estaba resuelto á aumentar, si se hacía preciso, considerablemente la dote prometida á Aurette.

Apenas se publicaron las amonestaciones, lo que se hizo en veinticuatro horas, todos los amigos del Sr. Leniel fueron á suplicarle que no llevara adelante tan enojoso asunto, aduciendo como argumento principal que Sidonia se había de tal modo comprometido con Carlos, que se le atribuían ya otras varias aventuras, de suerte que el matrimonio nada repararía y serviría tan sólo para perjudicar á la familia.

¿Qué podía contestar á esto el infortunado padre? Hiciera lo que hiciese, estaba seguro de que le criti-

carían; así es que se limitó á dar las gracias á sus amigos y á afirmarles la inocencia de Sidonia, en la que nadie quiso creer; y para poder dormir algo de noche tomaba grandes dosis de narcóticos, de tal manera que algunos días antes de la ceremonia cayó en una especie de embotamiento, sólo interrumpido por algunas sacudidas violentas que de cuando en cuando le daban sus nervios sobreexcitados.

Aurette, alarmada, llamó al médico, quien proscribió en absoluto el bromuro, el éter y el cloral; ordenó baños prolongados hasta que el enfermo se calmara, y consiguió poner al Sr. Leniel en condiciones de poder ir á la alcaldía y á la iglesia el día de la boda.

—Si esto hubiese de durar tres días más, dijo el doctor á Aurette, no me encargaría de la asistencia de su padre; no es posible aplicarle esos procedimientos sin gastar rápidamente su vida.

La doble ceremonia se efectuó el día fijado. En la catedral, á pesar de no haberse invitado á nadie, estaba toda la ciudad, salvo los verdaderos amigos, que se habían abstenido de ir, y la gente se subía á los reclinatorios para ver á la novia, que pasó por entre la concurrencia con la barba encogida, mirando modestamente y arrastrando raudales de tul y de flores de azahar. Estaba tan guapa, que nadie se fijó en el novio, cuya palidez y rápido enflaquecimiento habrían podido motivar no pocos comentarios.

Aurette y Julia iban detrás de su padre, muy sencillamente vestidas, lo que les valió ser duramente criticadas. Cuando la comitiva subió á los dos únicos coches que formaban el cortejo, Aurette tuvo el disgusto de ver cómo los criados del Caballo Blanco corrieron hasta el extremo de la calle para admirar la boda á la que tanto habían ellos contribuído.

El almuerzo se celebró en la más estricta intimidad; los cuatro testigos, es decir, el doctor Rozel, el notario, el padrino de Carlos y un viejo cajero, empleado que había sido de la casa durante treinta años en tiempo del Sr. Leniel, eran gente silenciosa y demasiado al corriente del asunto para esforzarse en representar un papel inútil. Terminado el almuerzo, que fué breve, Sidonia subió á su cuarto para concluir sus preparativos mientras se despedían los invitados, á excepción del doctor, que no quiso moverse hasta después de la partida de los desposados, á fin de ver cómo se hallaría su viejo amigo cuando á su estado actual sucediese la inevitable postración.

Carlos habíase quedado con ellos; en varias ocasiones había intentado acercarse á su padre para hablarle afectuosamente, pero el Sr. Leniel había logrado impedirlo. Viendo que no podía conseguir su intento, el infortunado hizo una seña al doctor y se lo llevó al parque.

—Sé lo que desea usted, dijo el médico antes de que Carlos hablara; quiere usted obtener el perdón de su padre.. Le ruego que dispense mi ruda franqueza; soy amigo de su familia desde que nació su hermana mayor y fuí yo quien no pudo evitar la muerte de su adorable madre, tan buena, tan generosa..., demasiado generosa... Tengo, pues, cierto derecho á considerarme como uno de sus allegados y por consiguiente á hablar á usted sin rodeos. Es preciso que no intente usted ninguna explicación con su padre en este momento, que no le escriba ninguna carta que pueda emocionarle; ha de tratarle usted como á un hombre muy enfermo á quien cualquiera sacudida puede ser fatal. Ya sabe usted lo que tiene que hacer; es usted un hombre y sabrá contenerse.

Carlos le había escuchado con la cabeza inclinada.

—Doctor, dijo, ¿cree usted que algún día me perdonará?

—Amigo mío, respondió el Sr. Rozel después de unos instantes de silencio, creo que á menos de que un hombre sea malo ó loco, y su padre no es, á Dios gracias, ni lo uno ni lo otro, no hay ofensa que al fin no obtenga su perdón, cuando la ofensa procede de un ser á quien se ha traído al mundo y educado; pero para ello se requiere que pase tiempo.

—Doctor, repuso Carlos bajando la voz, ¿cree usted que mi padre vivirá lo bastante para tener tiempo de perdonarme?

Conmovido por aquel dolor tan profundo, que no buscaba frases ni rodeos, Rozel puso su mano en el brazo del hijo culpable y dijo bondadosamente:

—Así lo espero. Tiene usted un abogado que puede mucho, su hermana Aurette... Es un alma extraordinaria la suya, un alma enteramente blanca; toda ella es misericordia y pureza... Por ella y para ella espero que vivirá su padre de usted; y si vive, de fijo que le perdonará, pues no creo que pueda negar nada de lo que su hija le pida.

Dieron algunos pasos en silencio, y al doblar una alameda, el doctor detuvo á Carlos.

—Vamos á ver, le dijo con acento bondadoso, explíqueme usted por qué ha hecho usted esa cosa..., no quisiera emplear una expresión ofensiva..., digamos, pues, esa cosa inconcebible. Si quería usted obligar á su padre á dar el consentimiento, ¿no podía usted irse sencillamente á París con la que ahora es su esposa? Bastaba el hecho sin el escándalo.

—Sí, ahora lo comprendo, respondió Carlos con voz dolorida; pero entonces no lo creía así y temía que mi padre, sabiendo ó, mejor dicho, suponiendo que estábamos ilegalmente unidos, siguiera negándonos su consentimiento con mayor firmeza.

—¿Creía usted eso?, preguntó el doctor con aire de duda. ¡Bien poco conoce usted, en tal caso, á su padre!

Viendo que Carlos no respondía, aquel hombre excelente dedujo, para sus adentros, que el recién casado no había intervenido para nada en la concepción de un plan urdido en sus más pequeños pormenores por Sidonia.

Llegado el momento de la partida, los novios fueron á despedirse de su padre, el cual los recibió de pie y fríamente. Contestó á Sidonia con un saludo cortés, pero glacial, y cuando su hijo se le acercó con ánimo de besarle, supo rehuir el abrazo y se limitó á alargarle la mano. Carlos sintió que un raudal de ardientes lágrimas acudía á sus ojos mientras estrechaba aquella mano, tan leal, tan cariñosa, que apenas respondía á su presión, y si en aquel momento hubiese podido borrar con su vida todo cuanto había sucedido desde hacía un mes, habría muerto alegre y satisfecho. Pero los remordimientos no reparan el el daño, y lo irremediable estaba consumado.

Sidonia besó con la punta de los labios á sus hermanas y salió precediendo á su marido, que estrechaba entre sus brazos á Aurette y le murmuraba al oído sus últimas recomendaciones:

—¡Quiérele mucho, cuídale mucho y procura que me perdone! ¡Escríbeme, escríbeme á menudo; dame noticias de él!.. ¡Oh, hermana mía!..

Aurette le apretó violentamente la mano y clavó en él una mirada indicándole que evitara á su padre aquella escena; Carlos la comprendió y salió de aquella casa cuya puerta acababa de abrir á todos los dolores.

Cuando se hubo marchado, el Sr. Leniel miró á su alrededor con expresión distraída.

—Estoy muy cansado, dijo llevándose la mano á la frente, y quisiera dormir. ¿Podría hacerme daño, doctor, descansar un poco aquí en el canapé?

—Ninguno; descanse usted, amigo mío, nada se lo impide.

Rozel ayudó á su enfermo á instalarse en la amplia otomana; los transparentes corridos y las ventanas medio cerradas daban á aquella espaciosa estancia una frescura deliciosa. El Sr. Leniel no tardó en dormirse, y el doctor, que había estudiado con cierta inquietud el principio de aquel sueño, levantóse de la butaca en que se sentara para observarlo é hizo una señal á Aurette para que se fuera con él á un rincón apartado.

—Ahora, le dijo, tranquilidad á todo trance, ¿me entiendes?, ¡á todo trance! Es preciso que en bastante tiempo nada pueda molestar ó desazonar á tu padre. Espero que se repondrá, pero no respondería de nada si experimentara nuevos disgustos; con los pasados habrá bastante y de sobra para inquietarnos. Ya no eres una niña, Aurette. Como médico, cargo con toda mi responsabilidad y dispuesto estoy á arrostrar todas las consecuencias; desde este momento, abrirás todas las cartas y todos los paquetes y pondrás todas las firmas, y si ocurre algún incidente desagradable guardarás para ti sola el secreto.

—Pero, doctor, ¿y si se tratase de algo que interesara al porvenir de la familia?

—¿Eres bastante juiciosa para saber lo que haría tu padre en tal ó cual circunstancia? Pues bien, harás lo que él habría hecho. Además tienes al señor Richard para los negocios temporales y me tienes á mí..., si me es permitido decirlo, para los espirituales. ¿Quedamos entendidos? Abrázame; eres una buena hija y dentro de algunas semanas te devolveré un padre sano y capaz, Dios mediante, de reanudar su vida ordinaria. Y ahora me voy á ver á mis enfermos; dos de ellos están bastante graves y ha sido preciso que se tratara de Leniel para que os dedicase el día.

Se fué, dejando á Aurette instrucciones minuciosas respecto de los cuidados materiales que exigía el estado de su antiguo amigo. Éste dormía tranquilamente y su rostro había recobrado una expresión menos dolorosa.

Dos horas después el Sr. Leniel se despertó con la cabeza más despejada, pero tan débil, que decidió acostarse en seguida. Cuando estuvo en la cama, Aurette le hizo tomar un caldo, y dejando que conciliara de nuevo el sueño reparador, bajó á comer en compañía de Julia.

Era muy triste cosa para las dos jóvenes hallarse solas frente á frente en aquel comedor espacioso, en donde bien pocos días antes reinaba la alegría; así es que permanecieron en él el menos tiempo posible y volvieron á subir al cuarto de Aurette, desde el cual podían vigilar, por las abiertas puertas, el del señor Leniel, situado en el mismo rellano.

—Señorita, han traído esas cartas, dijo el criado presentando la bandeja llena de sobres cerrados.

Aurette cogió el paquete y se acercó á la ventana Atardecía y no había claridad suficiente para leer.

—Ya las verás mañana, díjole Julia. ¿No estás por hoy bastante cansada?

—¿Y si alguien necesitara de nosotros en seguida?, respondió la hermana mayor. Ya sabes que papá apenas le entregan una carta la lee, y la mayor parte de esas han llegado esta mañana. Es necesario que me acostumbre á proceder como él, puesto que por ahora ocupo su lugar.

Encendió dos velas, las puso sobre la mesa y comenzó á abrir el correo. Eran cartas en su mayoría sin importancia; había algunas de amigos lejanos que, no habiendo tenido noticia del escándalo, enviaban sus felicitaciones con toda la ingenuidad de su alma.

Aurette ordenó estas últimas lanzando un suspiro.

—No sé si agradarán ó disgustarán á mi padre; pero, en fin, más adelante se las entregaré.

Quedaba un sobre intacto, sin sello de correos, y en él reconoció Aurette la escritura pequeña y tosca de la señora de Bertholón.

Julia, que observaba sus movimientos, la vió titubear como si tuviera miedo de abrirla.

—¿Qué esperas?, dijo. Como mañana es domingo, te anuncia que vendrá ó que no vendrá, según se le antoje. Acaba pronto de leer, que me estoy cayendo de sueño.

Aurette abrió lentamente el sobre, que iba dirigido á su padre, y apenas leyó la primera línea de la carta, ofuscóse su vista y la mano que sostenía el papel cayó sobre la mesa. Julia, espantada, se levantó y se puso á leer, acercando la cabeza á la de su hermana y apoyando el brazo en su hombro, y leyó lo siguiente:

«Apreciable señor: Hasta el último momento habíamos esperado mi hijo y yo que compendería usted hasta qué punto el proyectado matrimonio de Carlos había de causar un perjuicio grave á su familia. Como no fuimos consultados, nada podíamos aconsejar á usted; mas no por eso hemos dejado de reflexionar durante los quince días últimamente transcurridos, y nuestras reflexiones nos han producido honda pena. Esto no obstante, hemos querido aguardar, esperando que cambiaría usted de parecer; mas habiéndose efectuado esta mañana la boda de su hijo, ningún recurso nos queda ya contra un hecho que ha de modificar todos nuestros planes para el porvenir. A pesar de las muy relevantes cualidades de la señorita Aurette, mi hijo y yo comprendemos que nos sería imposible tratar como pariente á la joven señora de Leniel, y mi hijo, con la expresión de su pesar más profundo, ruega á usted que le devuelva su palabra.

»Créame, apreciable señor, su afectísima—*Coralia Bertholón.*»

—¡No es posible!, exclamó Julia cuando hubo llegado al final.

Un movimiento del Sr. Leniel en la cercana estancia la dejó inmóvil, aterrada, lívida de espanto. Aurette había erguido la cabeza y alzaba la mano imponiéndole silencio... Pero la respiración del enfermo se normalizó, y las dos jóvenes, vueltas á la realidad presente, se miraron con una expresión de horror indecible.

—Déjame que vuelva á leer, dijo Julia en voz baja.

Pero su hermana había cogido la carta y no se la quiso dar.

—¿Para qué? Ya lo has leído .. No me sorprende gran cosa, pues lo sospechaba.

—¿Y no dijiste nada?

—¿Qué había de decir? Además cuando digo «lo sospechaba,» no expreso bien mi idea; quiero decir que presentía que la señora de Bertholón no estaba contenta.

—¡Miren la vieja bruja, la mala mujer!, exclamó Julia entre dientes. ¡Qué perfidia! ¡Qué crueldad... De seguro habrá encontrado una esposa más rica para el pazguato de su hijo...

—¡Julia, por favor!, dijo Aurette, cuyas lívidas mejillas se tiñeron de encendida púrpura.

—Y él, ¡qué imbécil!, siguió diciendo Julia desahogando su cólera á media voz con rara prudencia. No ha encontrado una palabra para defenderse ó para defenderte...

—¡Déjale tiempo para ello!, repuso Aurette en un arranque de generosa indignación. No acuses al que no puede rebelarse. Su madre ha escrito esa carta, pero ¿sabes acaso si él ha tenido siquiera noticia de ella?

—¡Oh, cómo le amas!, dijo Julia abrazando, hasta casi ahogarla, la sonrojada cabeza de su «madrecita.» ¡Sería menester que fuera un héroe para ser digno de ti!

—¡Calla!, murmuró Aurette turbada.

Julia la besó de nuevo y soltando los brazos la contempló.

Los ojos de la joven prometida se habían hundido de pronto y entre sus cejas el pesar que acababa de hacer presa en ella había marcado un surco profundo; así estaba cien veces más bella, pero de una belleza trágica modelada por el dolor.

—Ante todo es preciso que papá no sepa nada, dijo doblando la carta resueltamente y metiéndosela en el bolsillo; luego hay que meditar, porque esta carta requiere una respuesta... Pero antes, Julia, debemos acostarnos, porque no sabemos qué nos traerán los días venideros..., y acaso tendremos necesidad de todas nuestras fuerzas.

Julia la miraba cada vez más sorprendida. Aquella energía, aquel valor, le parecían sobrenaturales y temió que fuesen un principio de locura.

—Aurette, dijo, ¿has comprendido bien lo que quiere decir esa carta?

—Está tranquila, lo he comprendido. Mi felicidad está destruída, porque si el señor Bertholón se resistía á su madre..., ya ves, Julia, lo que es un matrimonio contraído contra la voluntad de los padres.

—¡Oh, el caso no es igual!

—Habría cosas que serían las mismas. Papá jamás consentiría en que yo entrase en la familia de la señora de Bertholón á disgusto de ésta, y yo misma...

Y volvió la cabeza con un desdén impregnado de tristeza.

—Mi felicidad está destruída, repitió sin alzar la voz; pero la vida de papá es más importante que mi felicidad y en estos momentos sólo debo pensar en ella. ¡Ea, vámonos a la cama, hermana mía!

Julia estaba indecisa y conmovida y sentía gran necesidad de desahogar su pena dando suelta á los sollozos y á las lágrimas que se agolpaban en su garganta seca; sin embargo, se levantó dispuesta á obedecer. Aurette no se había movido de la silla; de pronto se irguió, extendió los brazos y fué á caer sobre la cama con la cara en la almohada.

El primer impulso de Julia fué gritar, llamar, pedir ayuda, pero ¿y el enfermo que dormía allí cerca y á quien podía poner en peligro cualquiera emoción?

Con una sangre fría muy superior á sus años, sacó del armarito en donde su hermana guardaba los medicamentos los frascos de amoníaco y éter, abrió la ventana, cambió de postura el cuerpo inanimado de Aurette y en pocos segundos le hizo recobrar los sentidos.

—¿Qué ha pasado?, preguntó la infeliz pasándose la mano por los ojos.

Pero en seguida recordó lo sucedido y se echó mano al bolsillo.

—La carta, dijo, escóndela..., que no se pierda; que papá no se entere de ella.

Sus temblorosos dedos agitábanse en torno del papel sin poder cogerlo; Julia lo tomó y se lo escondió en el pecho, y luego ayudó á su hermana á desnudarse. Aurette estaba tan débil que no podía tenerse en pie y se dejó acostar sin oponer la menor resistencia.

—¡Mi pobre Julia!, exclamó. Tienes ahora dos enfermos á tu cargo; pero lo mío no será nada; mañana estaré bien. Ve á descansar, ve...

Julia, que acababa de entrar en su cuarto, volvió á salir arrastrando una almohada y una colcha que instaló sobre la alfombra, diciendo:

—Pasaré aquí la noche; si papá llamaba, ¿qué harías?

Aurette quiso contestar y no pudo; y agitando débilmente la mano, intentó acercar al suyo el rostro de su hermana, pero le faltaron las fuerzas. Al fin el llanto bienhechor acudió á sus ojos, y ocultando la cabeza debajo de la almohada, rompió á llorar.

VI

El Sr. Leniel se despertó bastante tarde después de haber dormido profundamente. Como sucede algunas veces en las grandes crisis, el hecho consumado le parecía menos difícil de soportar que la ansiosa espera; la tapa del sepulcro habíase cerrado sobre su muerto y ahora podía él ocuparse de los vivos.

Su primer cuidado fué para Julia, que el día antes le había parecido pálida y algo fatigada. Durante aquella noche de inquietudes, que pasó tendida en el suelo, junto al lecho de su hermana y con el oído atento hacia el cuarto de su padre, la joven había cobrado una energía nueva que comunicaba brillo á sus ojos y color á sus mejillas.

Tranquilizado sobre este particular, el padre se fijó en su hija mayor. Aurette había sufrido un choque tal, que debía trastornar su vida entera y que había dejado una huella indeleble en su dulce semblante. No medía, sin embargo, toda la extensión de su dolor, pues no podía creer que Raúl fuese cómplice de su madre, y esperaba de él una palabra, un acto, que afirmase su dignidad de hombre y su amor de novio. Esa palabra vendría, estaba de ello segura,

Estaba tan guapa que nadie se fijó en el novio

y bien podían concederse á ese ausente las pocas horas necesarias para dar un paso reparador.

Pero la afrenta le había causado una herida imborrable, y sentía por ella, por su padre, por todos los suyos, la inmerecida injuria, la crueldad meditada, la brutalidad disimulada apenas de aquella mujer sin corazón y desleal. Comprendía que el matrimonio de su hermano les hubiese enajenado ciertas simpatías, ciertos respetos; pero ¿por qué provocar aquel rompimiento sin pretexto y sin excusa?

La inveterada costumbre que tenía de tomar por confidente á su padre hacíale intolerable la necesidad de ocultarle algo. Veinte veces, en el rato que transcurrió entre el momento de levantarse y el desayuno, estuvo á punto de contárselo todo, sólo por pura imposibilidad de guardar para ella únicamente un secreto que á todos interesaba. La larga crisis de lágrimas que había sufrido durante la noche, habíale producido un gran dolor de cabeza que le sirvió de pretexto para explicar el enrojecimiento de sus ojos y la alteración de su amable semblante.

El Sr. Leniel, por su parte, hallábase sumido en una especie de somnolencia, y su espíritu, abatido por el exceso de fatiga de los quince días precedentes, no tenía la lucidez ordinaria; así es que acogió aquella explicación como muy natural é instó á su hija á que pidiera al doctor Rozel algún calmante para su jaqueca.

El excelente doctor llegó en el momento en que la familia se sentaba á la mesa, y su ojo de médico discernió en seguida una nueva causa de inquietud; así es que en cuanto se hubo asegurado de que el Sr. Leniel estaba todo lo bien que podía esperarse en las presentes circunstancias, no se ocupó sino de su hija, observándola con disimulo y esforzándose por adivinar, aunque sin lograrlo, el motivo de su abatimiento.

Terminada la comida y pretextando sus visitas en la ciudad, el Sr. Rozel propuso á Aurette que le acompañara hasta la mitad del camino en su cesta, que él mismo guiaba, para regresar luego á pie.

—Nada mejor que el ejercicio, le dijo, para reanimarte moral y físicamente. Después de este paseíto, te sentirás otra.

Aurette tenía demasiados deseos de hablar libremente con su consejero para no aceptar aquella invitación. Partieron, pues, juntos; pero apenas hubieron salido del Nido, el doctor, torciendo por un ángulo de la carretera, en vez de dirigirse á Angers se metió en los umbrosos caminos que en todos sentidos surcan aquel hermoso rincón de tierra, y poniendo el caballo al paso, volvióse á su joven amiga.

—¿Qué ha pasado?, le preguntó. Espero que no será nada grave.

Aurette se había mostrado serena durante el almuerzo; en presencia de su padre, habíase contenido hasta el punto de alejar momentáneamente de su pensamiento la terrible idea; pero la pregunta directa del doctor reprodujo el horror de la primera sacudida con fuerza tal, que agitó muchas veces los labios sin poder emitir un sonido: su garganta estaba paralizada como en aquellos sueños en que intentamos gritar sin conseguir que nos oigan.

—¿Qué es eso?, exclamó el Sr. Rozel alarmado. ¿Tan grave es la cosa?

Aurette, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró pronunciar las cinco palabras que eran el derrumbamiento de su existencia:

—Mi boda se ha deshecho.

El doctor tiró con tanta fuerza de las riendas, que el caballo se paró en seco. Aflojólas en seguida, el animal echó de nuevo á andar y el Sr. Rozel dijo tranquilamente:

—¡Estás enferma, Aurette! ¡Eso no puede ser!

La joven sacó de su bolsillo una carterita y de ésta la carta de la señora de Bertholón. Al entregar el billete al médico, le cogió, por un hábito de prudencia, las riendas, que empuñó mientras él leía mecido por el movimiento suave de los muelles del vehículo.

—¡Vaya una mujer necia!, exclamó doblando la carta con cuidado para devolvérsela á Aurette, en cuyo fatigado semblante posó la mirada con expresión de piedad profunda. ¿Y ese hijo precioso no ha protestado?

—No sé, mas espero... por él... que encontrará algo que decir...

—O que hacer, interrumpió el doctor. Tengo la seguridad de que su madre no le ha consultado; de lo contrario, no le habría él consentido que enviara una carta como esa. Hay pequeñas infamias de las que sólo son capaces las mujeres... Esa es una infamia grande, razón de más, pues, para que la digna señora de Bhertolón no haya tomado consejo de nadie.

Durante unos instantes recorrieron el camino llano sin sentir la necesidad de comunicarse sus pensamientos; el caballejo, muy prudente, andaba con calma, con la cabeza inclinada, apreciando la apacibilidad y la frescura de las umbrías.

—Dime, Aurette, puesto que puedes hablarme como á un padre, ¿no es verdad? ¿Te causa eso mucha pena?

—Mucha, respondió animosamente, pero con los labios temblorosos.

—¿Dignidad herida ó sentimiento?

—No es tanto mi dignidad..., repuso la joven volviendo la cabeza.

El doctor recogió las riendas y excitó al poney á que emprendiera el trote; tenía necesidad de sacudirse el mal humor. Raúl Bertholón, aquel bobo, aquel fracasado, como él le llamaba, ¡haber inspirado un amor sincero, una especie de pasión á esa delicada Aurette! ¡Era humillante para ella!

En fin, cada cual ama lo que puede y Aurette no había buscado en otra parte un punto de comparación; esto se dijo á sí mismo el Sr. Rozel á modo de excusa de lo que tanto le extrañaba.

—Doctor, ¿han hablado muy mal de nosotros en Angers?, preguntó la joven cuando hubieron recorrido en silencio medio kilómetro.

—¿Mal? Sí, mucho, pero no de vosotros; tu hermano y su mujer, en cambio, han sido vapuleados de lo lindo. Lo que es Carlos, no se levantará de esa caída, y en cuanto á Sidonia, no dudo de que se han dicho de ella muchísimas más maldades de las que puede merecer, y ya sabes que no peco respecto de ella de muy indulgente. Pero justos ó injustos los juicios que acerca de ella se emiten, no me importan gran cosa y no me importarían poco ni mucho si no redundaran, de rechazo, en daño de los inocentes... Pero lo hecho hecho está y es inútil insistir sobre ello. Debo añadir, no para consolarte, Aurette, sino en gracia á la verdad, que la señora de Bertholón será unánimemente censurada aun por aquellos que se han mostrado severos con los culpables. No es esta la manera de portarse; debiera haber salvado las apariencias, buscar un pretexto, retardar la ruptura...

(Se continuará.)

BURDEOS

EXPOSICIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL

Organizada por la Liga Marítima Francesa, se está celebrando actualmente en Burdeos una exposición marítima internacional de gran importancia, no sólo por el número, sino también por la calidad de las instalaciones. En ella puede verse y estudiarse todo cuanto con el mar y las industrias marítimas se relaciona, comparando los adelantos realizados en ese ramo por las diferentes naciones.

La exposición fué abierta el día 28 por el comisario general M. Dertin en presencia del alcalde de Burdeos M. Dancy, del almirante Gervais, presidente de la Liga Marítima Francesa, de los cónsules y de las autoridades civiles y militares. La inauguración oficial se efectuó el día 2 de los corrientes bajo la presidencia del ministro de las Colonias M. Milles-Lacroix, quien, después de la ceremonia inaugural, visitó el palacio de las colonias y el pabellón de la Liga Marítima Francesa.

Por la noche el ministro fué obsequiado con un banquete de 500 cubiertos en el salón de fiestas de la exposición.

Burdeos. – Palacio en donde se celebra la Exposición Internacional de la Liga Marítima Francesa recientemente inaugurada. (De fotografía de M. Branger.)

LOS SOBERANOS DE INGLATERRA

EN PALERMO

Los reyes Eduardo VII y Victoria de Inglaterra, prosiguiendo su excursión, que seguramente tiene más de diplomática que de recreativa, han hecho una corta visita á Italia, recorriéndola rápidamente en tren especial desde Nápoles al Simplón, habiendo celebrado en Roma, en la estación Tusculana, una entrevista de veinte minutos con el rey Víctor Manuel.

Las jornadas de Palermo, en donde los soberanos ingleses permanecieron desde el 24 al 26 de abril, les satisficieron extraordinariamente, habiendo quedado encantados de las bellezas de aquella ciudad.

Palermo. – SS. MM. los reyes Eduardo VII y Victoria de Inglaterra acompañados de su séquito en la «villa» Igea. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – El «Círculo Artístico de Barcelona,» con objeto de suplir la falta absoluta de un centro donde se pueda adquirir la enseñanza práctica elemental de la fotografía, esencialísima para evitar á los aficionados principiantes los engorrosos tanteos y el natural desaliento que lleva consigo la esterilidad ó deficiencia de una ímproba labor, ha abierto desde el mes de abril un curso de la mentada enseñanza, basada en una serie de conferencias sobre física y química y prácticas manuales de aplicación al arte fotográfico, en sus variadas manifestaciones.

Para el logro de este propósito, cuenta el Círculo Artístico con la cooperación decidida de su sección de fotografía, la que ha obtenido el desinteresado apoyo de las más importantes casas de esta ciudad, dedicadas á la venta de útiles fotográficos y el entusiasta ofrecimiento de los Sres. Pauli, Baradat y Audouard para figurar en el competente cuadro de profesores, á fin de que el anunciado curso resulte lo más completo posible, abarcando el estudio práctico de los procedimientos de mayor utilidad y más conocidos.

Granada. – Por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de Granada se celebrará en aquella capital, durante las fiestas del próximo Corpus, un Concurso-Exposición de Fotografías al que podrán concurrir los fotógrafos profesionales y aficionados residentes en España y las sociedades formadas para el fomento del arte fotográfico. El concurso-exposición abarcará seis secciones: Retrato y composición, Paisaje y marina, Arquitectura, Estereoscópica, Colección de vistas de Sierra Nevada, y Monumentos artísticos de Granada ó reproducción de obras de arte antiguo ó moderno que radiquen en aquella provincia. Se admitirán pruebas fotográficas en número ilimitado, debiendo entregarse las obras, personalmente ó por los representantes de los autores ó remitidas por ferrocarril y libres de todo gasto, enviando el talón á la Secretaría de la Comisión. Como mínimo deberán concurrir los expositores con seis pruebas planas (tamaño mínimo de 9 x 12) ó doce para estereoscopio (tamaño mínimo 45 x 107 milímetros ó 6 x 12 centímetros). El plazo de admisión termina el 26 del corriente mayo. Cada concurrente podrá presentar obras de las diferentes secciones, pero con opción á un solo premio. Se podrán adjudicar las siguientes recompensas: un premio de honor, uno de primera clase, dos de segunda, cuatro de tercera y las menciones honoríficas que estime el Jurado para cada una de las secciones. Al de honor acompañará un valioso objeto de arte regalo del Excmo. Ayuntamiento; á los primeros premios de todas las secciones se les asignará un objeto de arte y 100 pesetas en metálico, y á los segundos un objeto de arte. Para más pormenores los que deseen tomar parte en el concurso-exposición pueden dirigirse á la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento de Granada.

Espectáculos. – Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Romea *La barca nova*, drama en tres actos de D. Ignacio Iglesias, y en el Principal *Miralles y cassar alosas*, comedia en dos actos, arreglada del alemán para la escena catalana por D. Luis A. Puiggarí.

En el gran salón de fiestas del Palacio de Bellas Artes, en donde se celebra actualmente la exposición, ha dado conciertos la Orquesta Filarmónica Barcelonesa, bajo la dirección del maestro Lassalle, ejecutando en ellos la sinfonía conocida por *La Casa* y la número [illegible], ambas de Haydn; [illegible], obra de Schillings inspirada en un poema de Ernesto de Wildenbruch; [illegible] *sinfonía*, de Beethoven; el cuadro musical de Ernesto Boche, *Regreso y naufragio*, inspirado en la Odisea; la *Sinfonía fantástica*, de Berlioz; la sinfonía *Fausto*, de Liszt, y el *Cazador maldito*, de César Frank. Todas estas obras han sido admirablemente ejecutadas y han valido á la orquesta y á su director entusiastas ovaciones.

En el teatro del Tívoli ha inaugurado sus funciones una notable compañía de ópera, dirigida por el maestro Sr. Camaló y que ha cantado con gran aplauso, entre otras, *Mefistófele*, de Boito; *Aida*, de Verdi, y *Carmen*, de Bizet. Figuran en esta compañía las tiples Elena Fons y señorita De Revers, los tenores Julián Biel y Sabellico, el barítono Sr. Clavería y otros distinguidos artistas.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Athenée *Le coeur et le reste*, comedia en tres actos de J. Monmer y J. Montignac, y en el teatro Rejane *La clef*, comedia en cuatro actos de Sacha Guitry.

Necrología.— Han fallecido:

Alberto S. Gatschet, etnógrafo y lingüista norteamericano, de origen suizo, gran conocedor de las lenguas indias.

Carlos Guerin, poeta francés, del grupo de los llamados parnasianos.

Luis Macchi, cardenal diácono, secretario de la congregación de Breves, gran canciller de la orden pontificia.

León Taxil, escritor francés muy conocido, especialmente por sus obras sobre la masonería.

Owen Hall, dramaturgo inglés, autor de varias comedias muy celebradas.

Nadeshda Alexandrowna Luchmanoff, popular escritora rusa y defensora incansable de los derechos de las mujeres.

Alejando Mac Bain, filólogo escocés, autoridad en materia de lenguas célticas, profesor de la Escuela Superior de Inverness y autor de importantes obras, entre ellas de un *Diccionario Etimológico de la lengua gaélica*.

Ladislao Eugenio Petrovits, paisista austriaco.

Otón Leixner, literato alemán.

Adolfo Neubauer, arabista y talmudista inglés, de origen húngaro, profesor de literatura rabina en la Universidad de Oxford.

FINLANDIA.—LAS PRIMERAS MUJERES DIPUTADAS.—CINCO REPRESENTANTES DEL PUEBLO EN LA DIETA FINLANDESA

SRA. ALEJANDRA GRIPPENBERG.

SRTA. L. HAGMAN.

SRTA. MINNA GILLANGOA.

SRTA. EDUVIGIS GLBAHRD.

SRTA. DAGMAR HERVINS.

La representación del sexo femenino en ciertas corporaciones públicas no es un hecho nuevo. Noruega hace tiempo que admitía á las mujeres á formar parte de los consejos municipales, y en ciertas aldeas de Rusia, en la época en que los negocios obligan á ausentarse á los maridos, las esposas ocupan el lugar de éstos en los ayuntamientos y ejercen interinamente las funciones que á ellos están confiadas durante el resto del año.

Pero lo que sí constituye una verdadera novedad en los fastos parlamentarios del mundo es que las mujeres sean diputadas, como lo son actualmente en Finlandia.

En Nueva Zelandia gozan, es verdad, del derecho de sufragio en las elecciones legislativas, mas su papel se reduce á ser electoras y no pueden ser elegidas. En Finlandia, el derecho es completo.

La actual dieta finlandesa ha sido elegida bajo un régimen nuevo otorgado por el tsar á consecuencia de los sucesos que hace poco allí se produjeron y de la enérgica actitud con que los naturales de aquella región del imperio ruso volvieron por sus antiguos derechos y privilegios. Así como antes la dieta era elegida únicamente por 140.000 electores, ahora disfrutan del derecho de sufragio 1.390.000 ciudadanos y ciudadanas, con lo que se ha modificado substancialmente la situación de los diversos partidos políticos en Finlandia. Así, los suecos, que hasta el presente y desde hacía un siglo ocupaban el poder gracias á la antigua constitución, han sido totalmente derrotados en estas elecciones últimas, no logrando en el nuevo Parlamento más puestos que los que les corresponden estrictamente en proporción á su masa global; en cambio, los socialistas han obtenido un triunfo de todo punto inesperado y constituirán en la Cámara el grupo más importante, el que con sus alianzas hará inclinar á un lado ó á otro la mayoría. Los representantes de esa fracción son, en su mayor parte, gente de condición vulgar, y dos de ellos analfabetos.

El elemento femenino tendrá nutrida representación en la nueva dieta; nada menos que diez y nueve mujeres han sido elegidas diputadas. Muchas de ellas son intelectuales, pero las hay también que desempeñan profesiones vulgares, una comadrona por ejemplo, y hasta oficios, como una cocinera.

Cuando el movimiento feminista se acentúa cada vez más en las naciones que marchan al frente del progreso, y cuando la liberal Inglaterra se niega tenazmente á atender las peticiones de las sufragistas, resulta doblemente interesante el que sea en una región de la autocrática Rusia en donde se ha concedido á las mujeres el derecho que sin duda constituye el *summum* de las aspiraciones del feminismo militante.—S.

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sala decorada por A. Gual, de quien es la pintura que adorna el testero; en ella hay cuadros de Opisso, Canals, Nonell, Pichot, Blanes Viales, Gelabert, Uranga, etc., y una fuente construída por los Sres. Modolell y Sala y en la que los azulejos son del «Fayans Catalá»

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 20 de mayo de 1907 — Núm. 1.325

BARCELONA.—V EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE. SECCION ESPAÑOLA

Alcalde de un pueblo de la provincia de Segovia, cuadro de Ignacio Zuloaga

V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE.—(Notas de un profano.)

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

(notas de un profano)

II

En un punto coincide la generalidad de los visitantes y aficionados al recorrer la Exposición: en el ansia de descubrir, por medio de ella, el carácter común del arte contemporáneo, en medio de su extraordinaria incoherencia de gustos, de procedimientos y de estéticas. Diríase que la meta de los artistas es ahora, antes que nada, la «novedad.» Estimulada la producción en todos los órdenes durante el pasado siglo, se han ido agotando los asuntos, han ido envejeciendo las formas y, de una manera correlativa, la sensibilidad del público y de las minorías selectas, estragada por la abundancia misma de la producción, se ha hecho cada vez más difícil y más avara. A esta indiferencia oponen los artistas cuantos estimulantes y aperitivos les sugiere su inspiración y su técnica, para buscar lo nuevo, lo inédito, lo insospechado.

Con frecuencia he debido acordarme estos días de la justísima observación de Buterweck acerca de Baltasar Gracián: hubiera resultado Gracián un escritor insuperable si no se hubiese propuesto, á todas horas, ser un escritor extraordinario Este prurito, que en algunos insignes cultivadores del arte toma apariencias de frenesí, produce una dislocación, una traslación del ideal, desde el antiguo concepto de la belleza, hacia lo insólito é imprevisto, sólo por serlo; hacia lo caprichoso y excepcional; hacia lo rebelde é insumiso á toda tradición. No me cuento entre los *misoneístas* irreductibles que no quieren darse á partido y concluyen dogmáticamente que nada es posible añadir al progreso artístico desde los tiempos de Parrasio ó desde los de Velázquez. Por el contrario, entiendo que á medida que cambia el aspecto de la vida humana y la estructura general de la sociedad; á medida que la complejidad de la civilización plantea nuevos problemas, inicia nuevas luchas, adquiere nuevos instrumentos de investigación y de ejecución y profundiza en el estudio de la naturaleza y del hombre, de una manera correlativa se ensancha también la esfera jurisdiccional del arte, y fuera gran insensatez despojarle de esa conquista y accesión, obra de los nuevos tiempos.

Mas parece también que ella debería bastar por sí misma, sin acelerarla ni provocarla artificialmente con métodos *chauffage* y excentricidad y sin confundir la originalidad perfecta, equilibrada, normal y segura de sí misma, con las contorsiones y retorsiones de la extravagancia, con las estridencias de lo llamativo y convulso, con las invasiones y usurpaciones ahora frecuentísimas de un arte en el terreno de los otros: pintura «literaria,» literatura «musical,» música «pintoresca...» De esto toman pie los escépticos y negadores de la ciencia estética, como disciplina autónoma y provista de contenido substancial, para sostener que toda ella no es más que delirio subjetivo, obra inconsciente del principio de imitación que sugestiona á los hombres por medio de los errores de otros hombres y les contagia el prejuicio y la excentricidad como un canon sagrado. Así ha podido sostener Anatolio France que nosotros vemos en la *Ilíada* todo lo contrario de lo que en ella vieran los románticos de 1830; y que estos románticos vieron en ella todo lo contrario de cuanto entusiasmaba á Boileau y al siglo XVIII. Nosotros buscamos en la *Ilíada* la serenidad, el equilibrio y la fuerza propios de la aurora del mundo; los románticos vieron en ella el furor, la pasión, la irregularidad del «genio,» en sus formas osiánicas; Boileau y el siglo XVIII la pusieron sobre su cabeza por haberse observado en su composición las reglas de la epopeya. De todo concluye que la estética es una teratología, sin realidad ni objetividad alguna.

Aunque es fácil descubrir la parte sofística de esta opinión, no puede negarse el gran papel que el principio imitativo representa en la corriente general del gusto con independencia de toda razón substantiva. En pintura, por ejemplo, podríamos hallar una doble confirmación de esta verdad: la sugestión ejercida por lo «nuevo» y la sugestión ejercida por lo «consagrado» en dos capas distintas y bien definidas del público inteligente. Pudiéramos hallar otra también en el flujo y reflujo periódicos, en el desdén y rehabilitación sucesiva de determinados maestros antiguos, que se refleja por medio de influencias y resabios en la obra de los modernos. Trátese de períodos enteros, como los trecentistas y cuatrocentistas, trátese de grandes solitarios ó enigmáticos, como el Greco y Goya, hemos asistido nosotros mismos á tres ó cuatro de esas rehabilitaciones y mutaciones del gusto, como asistieron las generaciones anteriores á la vindicación arquitectónica del románico y el gótico. También hallaríamos que en esas desviaciones más ó menos bruscas de la sensibilidad colectiva que restaura y apetece lo que antes fué tenido por tosco y bárbaro ó por elemental y primitivo, influye, más que un positivo aprecio de lo restaurado, un cansancio y empalagamiento de lo actual, cuando se prolonga y petrifica sin renovación ni amplitud adecuadas.

Así, asistimos ahora á la muerte general del servilismo naturalista ó verista, de lo que otros llaman «lo anecdótico,» que había llegado al último límite de la trivialidad; y, por distintos caminos, se observa ahora un movimiento pictórico bastante análogo al de las letras. Ya no se habla en éstas ni en el otro de «copiar,» sino de expresar é interpretar. En el *qué* están conformes casi todas las escuelas y grupos nuevos, divergiendo exclusivamente en cuanto al *cómo*. De esta manera, el Sr. Casellas, con su acostumbrada lucidez, ha podido resumir el actual momento y buscarle su característica en las siguientes líneas: «Tal es, dice, la reacción subjetivista, ideal, transformadora que, durante estos últimos tiempos, ha ido apoderándose de los espíritus, lo mismo en la esfera del arte que en la de la literatura y aun en la de las ciencias.» A este propósito observa un ejemplo de la transformación, escogiendo á Claudio Monet, que empezó en pleno naturalismo triunfal. Su *Columnata del Louvre* es, ni más ni menos, que la reducción á la pintura de una de aquellas grandes descripciones, cerradas y perfectas, de la retórica de Zola; mientras que su jardín florido y sus puentes del Támesis son transpiraciones y emanaciones de la exaltación lírica, interpretaciones, en suma, y comentarios de la naturaleza y de la vida, tales como haya podido ofrecerlas un Mallarmé ó un Verhaeren.

En este círculo de ideas é impresiones se mueve la curiosidad del espectador dentro del Palacio de Bellas Artes. Y si, después de algunos días de visita, recorridas todas las salas y vistas en conjunto todas las secciones, cierra los ojos y concentra la memoria para preguntarse qué recuerdo domina á los otros y qué sensación puede más y es más tiránica y persistente entre cuantas ha recibido, entonces, casi de un modo unánime, puede asegurarse que se recordará dos nombres y dos series de obras: los cuadros de Zuloaga y la estatuaria de Meunier. Tiene Zuloaga la virtud de producir una fuerte remoción de opiniones y de apasionar á los dos bandos del justo medio y de la modernidad á toda costa. Lo que le reprochan sus detractores no está siempre fuera de razón. En cambio, no saben ver en él más que lo que le reprochan. La indumentaria equívoca y no pocas veces inactual de sus personajes, las opacidades, los tonos avinados, las coloraciones pardas, los perfiles reforzados por líneas negras, cierta vacilación mal contenida entre el dibujo leal y la caricatura ó sátira pictórica, cierto prurito de afectación arcaica que le lleva á avejentar sus cuadros con simulaciones de pátina y á dejarlos como si salieran de la penumbra secular de un museo, cierta propensión al *rifaccimento* y á las travesuras de los seudo restauradores; todo esto no puede negarse, porque salta á la vista. Pero ¿no hay en Zuloaga nada más que esto? ¿No significa nada esa desconcertante potencia con que atrae nuestra curiosidad, y nos deja clavado el dardo de la idea fija, y nos llama una y otra vez á contemplar sus telas? A pesar de estos amaneramientos y por encima de ellos desborda una fuerza innegable; bajo la simplicidad y monotonía más ó menos afectadas de los ropajes y de los fondos, se observa la gama poderosa de un verdadero artista y una expresión de la vida humana, desconcertante, desbordante, que nos llena de inquietud. Yo fío mucho en aquellas cosas de las cuales uno se acuerda por largo tiempo y cuya memoria y vestigio sobreviven á otras más recientes y, al parecer, más perfectas y equilibradas. No sabremos explicarnos el porqué de aquel prestigio, de aquella obsesión; mas cuando ellos se producen no es por obra arbitraria, sino en virtud de un poderío más irresistible cuanto más misterioso. Y el ser misterioso y difícil de razonar, como sucede en Zuloaga, supone que radica en aquella chispa ó *quid divinum* irreductible, no susceptible de análisis, no confundible con la habilidad, la técnica ó la maestría, pero que separa lo genial, de lo simplemente habilidoso ó correcto.

Por otro lado, en la estatuaria de Meunier se observa un fenómeno en cierta manera inverso. La seria y honrada ejecución de aquellas figuras, el aplomo y seguridad de las líneas tiradas de un solo rasgo del cual resultan cuerpos vivientes y no meras superposiciones ó adiciones de piezas anatómicas montadas una á una, parece que han de dejar satisfecho al espectador y bastarle por completo. Diríase que se halla en presencia de un arte tranquilo y desinteresado, de mera corrección, de mera habilidad muscular, de mera fidelidad óptica. Y cuando esta idea empieza á tranquilizarle, entonces del fondo de aquellas esculturas comienza á desprenderse un espíritu que al parecer las anima y les da sentido. Entonces ya no se trata de la mera reproducción de las escenas del trabajo; ya no es lo pintoresco, ni lo anecdótico, ni la simple agrupación corporal, ni el juego de la musculatura sujeta á las dilataciones y contracciones del esfuerzo, lo que nos preocupa. Aquellos hombres, aquellos forjadores, constituyen una multitud ó proletariado y son la base épica de las luchas de nuestros días. Por esa multitud circula, callado, un enigma de lo porvenir y un reproche para lo presente. Y el mero espectador del arte se retira pensativo, con la visión completa del problema contemporáneo por excelencia.

No quiero saber lo que Meunier se propuso. Me basta con lo que su obra despierta. Es fácil que ninguna ambición trascendente le preocupara ó que no se diese cuenta de ella hasta después de realizada y conseguida. Así suelen ser los grandes aciertos. De lo que no cabe duda es de la eficacia expresiva y espiritual de sus grupos y figuras, que rompen la impasibilidad plástica de la *pose*. Todo aquello es también una «visión,» no una mera copia; todo aquello es arte, por lo tanto, y no una simple acumulación de academias y ejercicios. Este carácter de preocupación expresiva predomina en toda la producción moderna, aun en aquellos que más fiel tributo rinden á la objetividad. Ella no basta ahora á satisfacer los anhelos del artista ni los del público. Uno y otro reclaman mayor contenido y entienden que lo trivial, lo vacuo, lo insignificante, no justifican por sí mismos el empleo de la habilidad ó *métier*, aun suponiéndolo los elevados á la mayor potencia.

Tales son, á lo que se me alcanza, las dos impresiones culminantes que el común de los espectadores recibe en la Exposición, y que por la fama de los hombres que las sugieren y por la analogía de su esencia en medio de su gran disparidad de accidentes, tienen algo de representativo y sintético del momento actual del arte en el mundo civilizado. Sólo por haberlas hecho posibles el actual concurso resultaría provechoso y digno de memoria.

Miguel S. Oliver.

(Las fotografías referentes á la exposición que repr... en este número y en el anterior son de A. Merletti

Hallábanse en la corte y departían amigablemente

A DISTANCIA

Bien arrellanados en las butacas comenzaron á charlar. Amigos en la infancia, al cabo de largos años volvían á verse. Sentían sed de comunicarse, de charlar sin orden y medida, á compás de los recuerdos, que volvían, alegres ó penosos, á revivir tiempos lejanos en la memoria.

Hallábanse en la corte y departían amigablemente. Eran del mismo pueblo, y ahora se encontraban reunidos casualmente. Gómez de Salazar había alcanzado nombradía como poeta. Era un escritor de altura. Pedralva, modesto mercader en el pueblo natal, hallábase en la corte á la gestión de un molesto expediente industrial. Habíase enriquecido á fuerza de trabajo y á costa de privaciones extremas.

—¡Cuántos años!..

—Sí, vamos para viejos.

—¡Qué distinto el rumbo de nuestras vidas!

—Tú has logrado fama.

—Y tú riqueza.

—¿Cuándo vuelves al pueblo?

—Nunca.

—¿Cómo?.. ¿Tan mal patriota eres?

—Todo lo contrario. Quiero guardar viva la visión que del pueblo he conservado y mantener el cariño íntimo é intenso que siempre le tuve.

—Pero no has hecho nada por él, dada tu posición actual. Es un olvido ingrato.

—Al contrario, es un recuerdo piadoso.

—Ha progresado.

—Lo siento.

—Se ha embellecido y se ha creado una riqueza provechosa.

—¿A qué ir entonces? Ese no es mi pueblo. El mío, el de mi infancia, lo llevo dentro.

—Se han construído buenas fábricas y se han establecido nuevas industrias.

—Cuéntame algo. ¿Dices que ha habido transformaciones?

—Grandes. No conocerías los viejos callejones en las calles de ahora. Las casonas antiguas se han convertido en cómodos edificios á la moderna.

—Dime: y aquella casa ruinosa, cuyas paredes se desmoronaban, situada á la entrada del pueblo, ¿está aún igual? ¡Qué impresión más honda producía! Yo la veo todavía, y todavía la quiero. Estaba en un recodo del camino, desmantelada, cayéndose sillar á sillar. ¡Era tan vieja! Nos salía al encuentro cuando regresábamos y era la última en despedirnos cuando partíamos. La mejor amiga.

—¡Bah! Ni escombros de ella existen. Hace muchos años que la derribaron. El solar es hoy un plantío de legumbres.

—Triste ha sido su suerte. Siempre la miré con cariño. Cuando, siendo chico, iba á lejana ciudad, al retorno, al caer de la tarde, el blanco de sus paredes, ya envejecidas, chispeaba al sol. De noche, la luz en una de sus altas ventanas abiertas se divisaba amorosa á distancia. Al acercarme á ella latía mi infantil corazón con alborozo.

—Siempre me pareció fea. Además amenazaba desplomar sus muros sobre la carretera.

—Cuenta; cuéntame más. ¿Y el huerto de Guijarro?

—Lo han convertido en plaza.

—¡Qué lástima!

—Pues es muy bonita. Ya sabes que era grande.

—Sí; ¡ya lo creo!

—No producía nada.

—Llenaba de olores el pueblo. Por encima de las tapias salían los arrayanes con la pompa de su verdor. En los robles centenarios, ¡cuántos nidos! En primavera, ¡cómo cantaban los pájaros! Cuando abría la ventana de mi casa, el olor de las flores me llegaba, como el sol, hasta el fondo del alma. Desde allí se embelesaban mis ojos en la policromía del huerto. Las rosas pálidas, los rojos claveles, las blancas azucenas, eran mi encanto. Y en las aguas de los estanques, dormidas y sin rumores, los pájaros se bañaban libres á todo placer, jugando, arrullándose, amándose.

—¡Flores! No producían.

—Y qué, ¿vive Juan el herrero?

—Sí.

—¿En la misma casa?

—Casi no trabaja.

—¡Pobre hombre! Aquella forja del maestro Juan me seducía extraordinariamente. Al ir y volver de la escuela, pasaba siempre por delante de ella. Era camino obligado. Si no lo hubiese sido, también pasara por allí. Me entusiasmaba ver delante de la casucha los carros de trabajo esperando que los recompusieran, las caballerías, sujetas á las argollas, impacientes, en turno para ser herradas. A la sombra de la pared, sentados en el duro poyo, el corro de labriegos, chupando las pipas, discutiendo sobre las cosechas, también esperando. Y dentro, á través de la puerta, la fragua ardiente, y detrás del yunque, día tras día, la figura grave, incansable en la labor, del maestro Juan blandiendo el martillo resonante. Era aquello algo patriarcal que á todos nos imponía respeto.

—Pero el maestro se hizo viejo. No podía ya con tanto trabajo. Y se lo han retirado. Ahora un herrero nuevo ha monopolizado el negocio. Tiene un buen taller.

—¿Y el maestro Juan?

—Sigue siempre al frente de su forja. Es curioso. Enciende todos los días la fragua y hasta martillea. Te digo que es graciosísimo. Está loco.

—No; es un carácter. Desde hoy el pobre viejo vivirá más íntimamente en mis recuerdos y en mis devociones.

—Hay que compadecerlo. Es fácil que se muera de hambre.

—No; de orgullo.

—Es tenaz.

—Heroico.

—Como quieras...

—Dime: y mi hermano, ¿cuántos hijos tiene?

—Ninguno. Está rico. La mayor parte de los predios del pueblo suyos son. Y las fábricas. Todo un hombre de provecho.

—Lo sé. Su bienestar me place.

—Casó bien. Ya sabes, con Mari-Pepa. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí; mucho.

—Pues era muy niña cuando te marchaste.

—Por eso la recuerdo mejor. Tenía unos grandes ojos azules y unos cabellos rubios. Su cara, pálida, como infiltrada de una recóndita tristeza. La última vez que la vi iba de luto y salía de la iglesia á la vera de su madre. No la trataba. Mi familia era pobre y ella era rica. Sin embargo, al encontrarla, siempre me sonreía. Mis triunfos en la escuela, que me hicieron simpático en el pueblo, á su corazón de niña, lleno de bondades, quizás le complacieran también. El día que me marché, al pasar por delante de su casa, me pareció que detrás de las cortinas del balcón llameaban dolorosos aquellos ojos azules que nunca he olvidado. Pegada al alma llevo la dulce imagen de la niña.

—Hoy es tu cuñada. No la conocerías. Ha engordado, y además está enferma. Peina canas.

—¿Canas ya?..

—Sí; en el pueblo se envejece pronto. Además las enfermedades dañan mucho.

—Sé que es feliz.

—De sobra. Tu hermano, á fuerza de trabajo, como yo, logró enriquecerse. Ya rico, quiso desposar á Mari-Pepa. Era un matrimonio indicado.

—Suerte larga ha tenido mi hermano.

—Juntas las dos haciendas, ¡supón cuál será su posición en el pueblo! Ha ennoblecido la familia.

—Mis padres, por desgracia, murieron. A mí me he ennoblecido yo.

—¿No sientes envidia?

—¿De qué?

—De la riqueza de tu hermano. Ha sido práctico y puesto sus actividades al servicio del propio provecho.

—Yo á la devoción de mis sueños.

—Cierto que tú has adquirido nombre. Pero ¿qué vale?

—La mayor fortuna á que aspiré.

—Tu hermano es dueño del pueblo.

—No; mi hermano posee los predios, las casas. Yo poseo el alma del viejo lugar nativo. Toda su poesía ha quedado en mi corazón.

—Locuras...

—Ya ves, estoy viejo. Sin embargo, al evocar la visión de mi pueblo á la distancia y en las lejanías del tiempo, en este instante me vuelvo á sentir niño. Amo todo aquello que amé entonces con igual ternura. Mi pueblo, ese pueblo ideal que llevo dentro del alma, no lo habéis destruído ni lo habéis transformado. El vuestro es otro. Mi amor primero, el que me inspiró sin conocerlo una niña plácida de ojos azules y cabellos rubios, vive en lo más hondo de mi corazón con la frescura poética de las emociones infantiles. Á esa mujer no la conoce nadie más que yo. Ningún otro la ha amado... No importa que hoy no la pueda llamar mía.

—Chico, deliras.

—No; vivo plenamente toda mi vida.

—¡Bah! Todos esos romanticismos son malos. Debes volver al pueblo á curarte.

—No habéis dejado allí nada para mí.

—Tienes casa: la de tu hermano, la mía.

—Nada; nada tengo allí mío. ¡Ah, sí! El cielo, el sol, los recuerdos, que no habéis podido ni derribar ni vender...

Callaron, mirándose silenciosos.

Angel Guerra.

(Dibujo de Cutanda.)

PERCANCES ROMÁNTICOS

—¡Caramba! Eliodoro, ¿qué te pasa, dónde te metes, cómo no te vemos?

—Déjame, estoy loco, perdido, enamorado... A propósito, hazme el favor de asomarte á la esquina de la calle del Sacramento... ¿Hay alguien en los balcones del cuarto principal de la casa contigua á la iglesia?

—Sí, hay cuatro seres.

—¿Cómo seres?

—Sí, porque hay dos jóvenes, una negrita y un loro.

—¿Está una joven muy pálida?

—En efecto, hay una que parece un vampiro hembra.

—Pues esa es.

—¿Y quiénes son ellas?

—Una familia cubana: doña Mercedes, viuda de un coronel, y sus dos hijas Casilda y Erminia. ¡Erminia! Bonito nombre, ¿verdad?

—Vamos, Eliodoro, ya veo que en efecto estás chiflado.

Eliodoro Molañas era un joven de diecisiete años de edad, hijo de una señora viuda, pensionista de la clase militar y romántico como lo eran entonces la mayor parte de los jóvenes. Bebía el vinagre á cántaros para palidecer, y á veces se pintaba ojeras, pues esto era la manía general á mediados del siglo pasado; los románticos tenían que exhibirse como atormentados por una pasión oculta, repugnaban los buenos colores en el rostro; y á no ser pálida, los jóvenes de aquella época hubieran desdeñado á la Venus de Milo, princesa de Asturias por añadidura. Así es que Eliodoro bebía los vientos por la pálida Erminia; pero era tan tímido y vergonzoso como enamorado, y no se atrevía á declararla su pasión.

En Madrid empieza á diseñarse el frío á últimos de octubre; así es que hay la costumbre de sacar los abrigos el día clásico de Todos los Santos.

Eliodoro sólo tenía un capotillo en muy mal uso, y su madre se decidió á mandarle hacer un ranglán, abrigo de moda universal impuesto á la elegancia.

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección española. Proyecto de fuente decorativa original de Rafael Atché

La víspera del día de Todos los Santos el sastre trajo el ranglán encargado á Eliodoro. Éste se le probó delante de su madre y dijo:

—Está largo.

—No importa; las prendas de abrigo deben ser largas; además, tú estás creciendo todavía.

Eliodoro era dócile y se conformó. El ranglán tal vez le sugirió una idea, y fué la de declararse á la pálida Erminia, pues su pasión le escarabajeaba mucho en el corazón. Se trazó un plan, escogió unos cuantos libros entre los pocos que tenía para vender, no sin disgusto, pues no se venden sin él libros románticos.

Pero ¡qué remedio!, necesitaba dinero, recorrió varios puestos de libros usados y los vendió donde más le dieron, que fueron seis pesetas; pidió al librero que le diese un duro en una pieza, y éste le dió un duro isabelino, de nuevo cuño y reluciente. Hecho esto, á las cuatro y media en punto situóse en la calle del Rollo, esquina á la del Sacramento, pues espía amoroso de la familia americana, sabía que á dicha hora había de pasar por allí la negrita criada de su adorado tormento para comprar leche de vaca. En efecto, vió venir con un pañuelo liado á la cabeza á la criolla, un delantal blanco y una jarra en la mano.

—Buenas tardes, morenita; ¿vas por leche?

—Sí, *señó*, contestó la criada, que le conocía de vista de rondar la calle.

—Vas á hacerme un favor; dar esto á la señorita Erminia y esto para ti.

Y metió una carta en un bolsillo del delantal de la negrita y en el otro el duro isabelino.

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección belga.—Pescadores, alto relieve de Guillermo Charlier

—¡Ca!, no, *señó;* ama mayor tiene *mu* mal genio, y si lo supiera...

—¿Y quién ha de decírselo? Anda, mujer, me harás un favor inolvidable.

Y Eliodoro subió muy de prisa por la calle del Rollo, temiendo que la negrita le hiciese nuevas objeciones. El enamorado doncel habíase devanado los sesos para escribir una carta de declaración que empezaba diciendo: «Señorita, la timidez propia del verdadero amor...,» y acababa: «Pido á usted de rodillas que me conteste, pues si es favorablemente, y no me mata la emoción, me hará usted el ser más feliz de la tierra.»

El día siguiente, fiesta de Todos los Santos, como ya se ha dicho, levantóse temprano, se acicaló y endosóse su flamante ranglán, según clásica costumbre. Tenía una peseta. En una peluquería hizo que le abarquillasen su melena merovingia, y con los dos reales que le sobraban compró un estupendo cigarro habano. Hecho esto, se situó en la plazoleta del Pretil de los Consejos para ver á la familia americana entrar en la iglesia del Sacramento para oir la misa de once, según acostumbraba los días festivos. Vió efectivamente á la señora americana acompañada de su hija menor. ¿Por qué no las acompañaría Erminia? Como los enamorados todo lo convierten en substancia, esto también parecióle de buen agüero á Eliodoro; tal vez su amada había buscado un pretexto para quedarse en casa á fin de contestarle. Encendió el chicote habano y miró hacia la calle del Sacramento. Erminia estaba al balcón sola. El muchacho, haciendo un esfuerzo para vencer su timidez, dobló la esquina y metióse en la calle dando furibundas chupadas á su cigarro. Procuró andar con garbo y desenvoltura, pero inútilmente, pues el ranglán se le enredaba entre las piernas.

Pero, en fin, llegó como pudo frente al balcón al cual su adorada continuaba asomada, detúvose y la lanzó una mirada furtiva y suplicante. Ella le señaló con la mano al portal, haciéndole seña de que subiera. Eliodoro sintió un golpe en el corazón.

Subió los escalones de tres en tres y llegó al piso principal. Creyó oir ruido detrás de la puerta del cuarto, esperó anhelante, abrióse el ventanillo de aquélla, él miró, y cuando esperaba ver la pálida faz de Erminia, percibió dos ojos que relucían en la penumbra del recibimiento y oyó la voz de la negrita que acercándose á la rejilla le dijo:

—Ha dicho mi señorita que se corte el ranglán.

Eliodoro quedóse atontado como si le hubieran dado un palo en la cabeza, una nube enturbió su vista y parecióle que aquélla se le arrancaba de los hombros. Bajó la escalera, no como la había subido, sino tambaleándose; aquel feroz desengaño después de tantas emociones y esperanzas, y tal vez el mareo del cigarro, á que no estaba acostumbrado, redujéronle á un estado indescriptible. Cuando pisaba el último escalón sintió náuseas y echó cuanto tenía en el cuerpo. Al ruido de las arcadas salió la portera, y furiosa arrojó del portal al pobre enamorado á empellones llamándole «¡Cochino!»

Eliodoro no murió de pena; por el contrario, vivió muchos años; pero sólo después de los cuarenta, cuando el hombre va teniendo algún juicio, volvió á pasar por la calle del Sacramento.

F. Moreno Godino.

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección española. «El rapto de Europa,» cuadro de Fernando Alvarez de Sotomayor. Este cuadro figuró en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1906, y fué premiado con primera medalla

Barcelona.—V Exposición Internacional de Arte. Sección española.—Bodegón de un villorrio de Francia, cuadro de Miralles Darmanín

EL REY DE SIAM EN EUROPA

El día 25 de abril último llegó á Nápoles, á bordo del vapor alemán *Sachsen*, el rey de Siam Paramindra Maha Chulalongkorn, siendo saludado á su entrada en aquel puerto con una salva de 21 cañonazos, disparados por el buque almirante de la escuadra italiana allí anclada *Agustino Barbarizo*. El monarca siamés ha venido á Europa acompañado de doce de sus esposas, de cinco de sus hijos y de un séquito de diez y ocho personas; los cinco príncipes se llaman Paribatra, Urobugs, Pracioks, Sampasato y Sommol.

Durante su corta estancia en Nápoles, Chulalongkorn visitó el Museo de San Martín, el Museo Nacional, el Acuario y otros lugares notables, comió en uno de los restaurants de moda, hizo varias compras y asistió por la noche al espectáculo de varietés, en el salón Margherita. En aquella capital italiana fué saludado por su encargado de negocios en París, el príncipe Charoon.

A la mañana siguiente, embarcóse nuevamente en el *Sachsen* con rumbo á Génova, desde donde se dirigió á San Remo. En aquella deliciosa población de la costa ligur permanecerá hasta fines de este mes, habitando la *ville* Nobel, que ha sido habilitada expresamente para él. Desde allí irá á París y á Londres.

Chulalongkorn I nació en 20 de septiembre de 1853 y sucedió á su padre Paramindra Maha Mongkut en octubre de 1868. Está casado con la princesa Sowapa Pongsi, nacida en Bangkok en 1864; su primogénito, el príncipe Maha Vajiravudh cuenta en la actualidad veintiséis años, fué proclamado príncipe heredero en 17 de enero de 1895, y es caballero de la orden española del Toisón de Oro.

Aunque monarca absoluto, es muy aficionado á los adelantos de la civilización moderna y ha introducido en su reino importantes reformas.

No es esta la primera vez que Chulalongkorn I viene á Europa. En 1897, acompañado del príncipe heredero, realizó por nuestro continente un largo viaje, durante el cual permaneció unos días en Madrid, siendo allí recibido con grandes honores y alojado en el palacio real. De Madrid fué á Sevilla, y de allí á Lisboa, regresando luego á Francia por España, aunque sin detenerse en ninguna de las capitales por donde pasó.

En París y en Londres prepáranse diversos festejos para recibir dignamente al rey de Siam.

La fotografía que adjunta reproducimos fué tomada en Mentón, durante una excursión que á ese pintoresco pueblo hizo el monarca en compañía de los príncipes.—L.

El rey de Siam Chulalongkorn en Mentón.
1. El rey Chulalongkorn; 2, 3 y 4, los príncipes. Los otros dos personajes son los secretarios del monarca. (De fotografía de Carlos Trampus.)

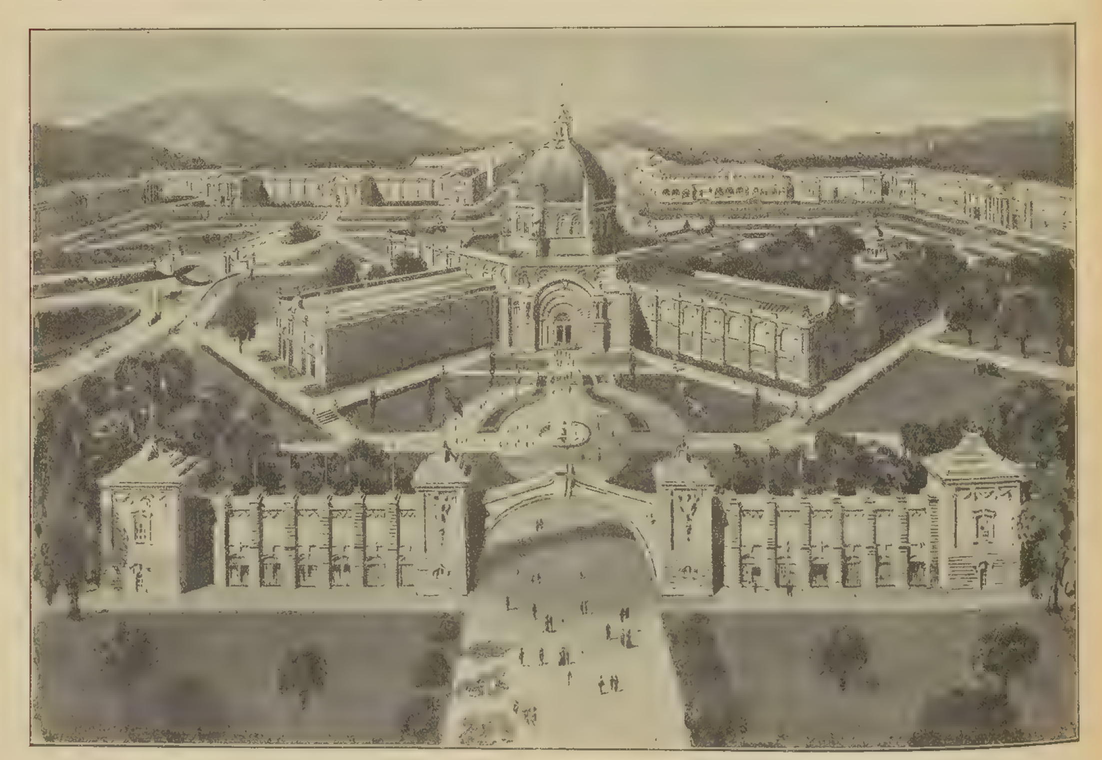
DUBLIN.—LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL IRLANDESA

El día 14 de este mes inauguróse solemnemente esa exposición, cuyo objeto es fomentar las industrias, las artes y las ciencias de Irlanda, mediante la exhibición de los productos que han hecho famosa aquella región, y estimular el desarrollo comercial, para lo cual se invitó á todos los irlandeses á concurrir á ella con lo que cada uno produce.

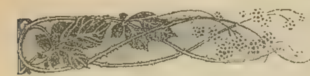
La exposición ocupa un área de cincuenta y dos acres y está instalada en el hermoso parque Herbert, distante dos kilómetros y medio del centro de Dublín.

El centro del parque lo ocupa el gran palacio central, del que irradian cuatro pabellones rectangulares destinados á las secciones de manufacturas. Otros edificios son el palacio de Industrias, el palacio de Artes mecánicas y el palacio de Bellas Artes. Se ha procurado dar á la exposición un carácter atrayente y popular, á cual efecto, además de organizarse grandes fiestas musicales, hay en ella una porción de esos espectáculos y diversiones que tanto contribuyen al buen éxito de esa clase de certámenes, en que tanto conviene armonizar lo agradable con lo útil.

La ceremonia inaugural fué presidida por lord Aberdeen, lugarteniente de Irlanda, á quien acompañaban su esposa, varios caballeros de la orden de San Patricio, en traje de gala, y toda la sociedad oficial de Dublín. Recibido por el marqués de Ormonde, lord Aberdeen contestó al discurso de bienvenida con que aquél le saludó, leyendo un telegrama del rey Eduardo VII en que S. M. enviaba su adhesión entusiasta á la exposición.—R.



Dublín.—Exposición Industrial Irlandesa, inaugurada solemnemente el día 4 de los corrientes por lord Aberdeen, lugarteniente de Irlanda.
Dibujo del natural de Hovard Penton. (Reproducción autorizada.)



MADRID.—SALÓN DEL AUTOMÓVIL

Con gran solemnidad y con asistencia de la familia real efectuóse el día 4 de los corrientes en Madrid la inauguración de esa primera Exposición internacional de Automovilismo,

Instalación de la casa Urcola, Vignaud y C.ª, de San Sebastián — Instalación de la casa Aries, de camiones y ómnibus. (De fotografías de Toneser.)

ciclismo y deportes, instalada en el Palacio de las Artes é Industrias del paseo de la Castellana.

En sus diferentes secciones puede admirar el visitante: automóviles de ciudad y de turismo, automóviles de transportes y especiales, ómnibus, camiones de reparto, de guerra, de incendios, sanitarios, etc., bicicletas de todos los sistemas, motocicletas de dos y cuatro ruedas, ruedas de todas clases para automóviles, acumuladores, accesorios, cajas para automóviles, vestuarios y equipos completos para automovilistas, canoas y lanchas automóviles, globos dirigibles, aeroplanos, motores especiales para éstos y una gran colección de publicaciones, mapas, planos é itinerarios referentes á todo género de deportes.

Las casas más acreditadas de España y del extranjero han llevado las mejores muestras de su producción.

La Hispano-Suiza, de Barcelona, que ha sido premiada con medalla de oro y cuya instalación está decorada con mucho gusto, expone una magnífica *limousine* montada sobre un *chassis* de 40 caballos de fuerza, una elegante *landolet-limousine* y un doble faetón de 20 caballos.

La casa Iris-lars presenta un elegante doble faetón con toldo desmontable de 40 caballos y seis cilindros.

Panhard y Levasseur, los decanos de la industria automovilista, tienen en sus *stand*, entre otros coches, un *landolet* cuya *carrosserie* ha sido construída en Madrid y va montada en un *chassis* de 18 caballos. En otra instalación presenta botes y chalupas automóviles, entre ellos una canoa que en las recientes regatas de Mónaco alcanzó velocidades de 50 kilómetros.

En el *stand* de la fábrica Clement llama la atención un hermoso coche de gran turismo de 35 caballos, que acaba de recorrer, sin la más pequeña *panne*, 21.000 kilómetros.

La Automovil Fabrick Gazzenau tiene expuesto un bonito ómnibus de caza, de 35-40 caballos, construído expresamente para países montañosos.

Son muy notables también las instalaciones de las casas Urcola, Vignaud y C.ª, de San Sebastián, Berliet, Motobloc, Aleyon, Dion, Mercedes, Kor y otros.

En la sección de neumáticos sobresalen las marcas Michelin, que expone una nueva llanta amovible para automóviles, con la que se puede efectuar el cambio de neumáticos en menos de tres minutos, Hutchinson y Le Galvis.

Entre las *carrosseries* llama la atención en primer término una de los Sres. Betlla hermanos, de Barcelona, montada sobre un *chassis* Berliet, que ha sido adquirida por S. M. el rey D. Alfonso XIII. Son también dignas de mención las de Santos Gómez, Vidal, Reinés, Rothschild, Boudiette y Kelner.

En el primer piso de la exposición figuran en primera línea las motocicletas marca René Gillet, que recientemente han ganado la Copa Samá en Tarragona, y las instalaciones de la casa Desmaires, que expone el armazón y el motor de un globo dirigible y varios motores para lanchas automóviles.

La familia real, además de la adquisición antes citada, ha efectuado varias compras de automóviles expuestos.

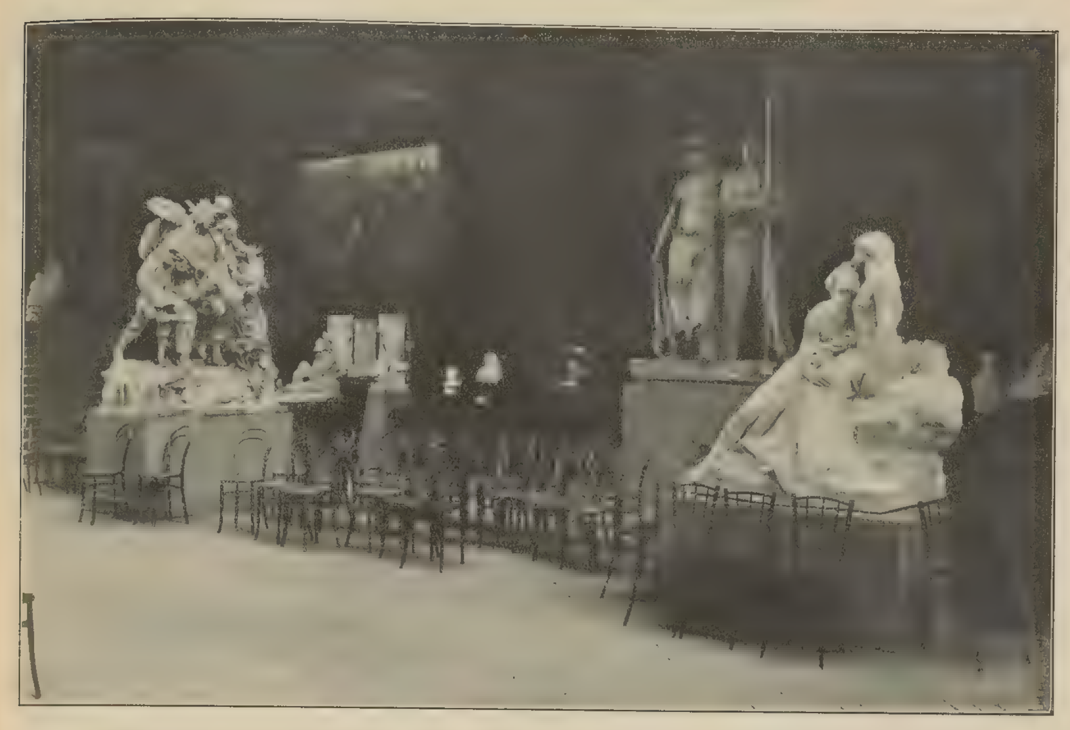
Para que se comprenda la importancia de la exposición, bastará decir que á ella han concurrido 117 expositores y que el valor de los coches y *chassis* expuestos asciende á cuatro millones de pesetas. – R.

Automóvil adquirido por S. M. el rey D. Alfonso XIII
Carrosserie de Betlla hermanos, de Barcelona; *chassis* de Berliet, de Lyón. (De fotografía de Ballell.)

Instalaciones de las casas Panhard et Levasseur y Charron, de París — Instalación de la Hispano Suiza, de Barcelona. (De fotografía de Toneser.)

Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en ella se ven esculturas de Bristolfi, Orondí, Fisher, Samuel, Trentacoste, Nicollini, Rossi, Lagae, Biondi, Des Enfants y otros

Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en ella se ven esculturas de Llimona, Campeny, Mani Roig y un cuadro de Morelli



Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en él se ven esculturas de Blay, Montserrat, Rocamora, Casanovas, etc.

Vista parcial del gran Salón de Fiestas; en ella se ven esculturas de Peynot, Carreras, Blay, Gargallo, Otero, Vallmitjana Abarca, Arnau, Clarassó, etc.

BARCELONA

LOS JUEGOS FLORALES. – LA FIESTA DEL ÁRBOL

Dos fiestas á cual más simpáticas celebráronse en esta ciudad el domingo, día 12 de los corrientes: la de los Juegos Florales, efectuada en el gran salón de la Lonja, y la del Arbol, en el Tibidabo.

Como todos los años, la tradicional fiesta de la poesía catalana congregó una concurrencia tan numerosa como distinguida en aquel grandioso y severo local, que se hallaba adornado con profusión de colgaduras, flores y arbustos. Poco antes de las doce presentóse en el estrado presidencial el Consistorio, acompañado del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial en corporación y de los representantes de otras autoridades, corporaciones é invitados.

Abierta la fiesta por el alcalde Sr. Sanllehy, el Sr. Rubió y Lluch, presidente del Consistorio, leyó un hermoso discurso en el que aludió á todos los grandes poetas y escritores que en los Juegos Florales se han revelado, señaló la importancia que esa institución ha tenido para la vida espiritual de Cataluña, explicó cómo se han difundido por el resto de España y por algunos países extranjeros, hizo notar el sentimiento de cordialidad y de afecto con que en ella se ha acogido siempre á todo el mundo y la simpatía con que la han visto eminencias literarias de España y fuera de ella, y terminó entonando un himno á la lengua catalana y justificando el amor que el pueblo catalán le profesa.

Leyó luego el secretario Sr. Morató la memoria reglamentaria, emitiendo un juicio sobre el resultado general del certamen y dedicando un recuerdo á los adjuntos fallecidos durante el año.

Procedióse después á la apertura del pliego que contenía el nombre del autor de la poesía *La cabellera de Berenice*, premiada con la flor natural, y que resultó ser el Rdo. D. Lorenzo Ribé y Campins, quien entre los entusiastas aplausos de la concurrencia recogió el premio, y acompañado por algunos mantenedores, fué á ofrecérselo á la bella y elegante señorita doña Agueda Sanllehy y Girona, hija del alcalde de Barcelona, elegida por él reina de la fiesta. Poco después presentábase ésta, seguida de su Corte de Amor, formada por las señoritas doña Mercedes Febrer, Teresa y Carmen Escubós, Pilar Llibre, Pura y Mercedes Baixeras, María Fiol y Mercedes Ponsich. La aparición de esas lindas jóvenes, elegantemente vestidas y tocadas con mantillas blancas, fué saludada con grandes aplausos y aclamaciones.

Ocupada la presidencia por la reina de la fiesta, leyóse la poesía del Sr. Ribé y se procedió á la apertura de los demás pliegos y á la lectura de varias de las demás composiciones premiadas.

Los premios ordinarios fueron otorgados en la forma siguiente: *Englantina d'or*, al Sr. Tous y Maroto; y *Viola d'or y argent*, á D. Juan Alcover. Los extraordinarios los obtuvieron los Sres. Oller y Rabassa, Ribé y Campins, Folch y Torres, Alomar, Rdo. D. José Paradeda y Sala, Balanzó y Echevarría y Maseras. Alcanzaron accésit los Sres. Farrá, Bofill y Matas, Rahola, Dalmau, López, Aladern y Girbal y Jaume.

Concluídos el reparto de premios y la lectura de poesías, el felibre de Tolosa M. Terrasse dirigió un saludo á los Juegos Florales de Barcelona en nombre del *felibrige* provenzal, y el mantenedor Sr. Carner leyó una sentida salutación á las autoridades, al público y á las damas que habían asistido al acto, dedicando especiales elogios á la reina de la fiesta.

Barcelona. — Fiesta de los Juegos Florales celebrados en el salón de la Lonja el día 12 de los corrientes. – La reina de la fiesta Srta. D.ª Agueda Sanllehy y Girona, rodeada de su Corte de Amor, que formaban las Srtas. Febrer (Mercedes), Escubós y Girona (Teresa y Carmen), Llibre (Pilar), Baixeras (Pura y Mercedes), Fiol (María) y Ponsich (Mercedes). (De fotografía de A. Merletti.)

Barcelona. – Fiesta del Arbol celebrada en el Tibidabo en la tarde del 12 de los corrientes
Acto de la plantación del árbol simbólico en presencia de las autoridades, corporaciones, etc. (De fotografía de Donoso.)

Después de estos discursos, el alcalde dió la fiesta por terminada.

En la tarde del mismo día celebróse en el Tibidabo, y bajo los auspicios del Ayuntamiento de Barcelona, la 9.ª Fiesta escolar del Arbol. En la casa de máquinas de la sociedad «Tibidabo» reuniéronse la junta organizadora y las representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial, de las autoridades superiores militar y eclesiástica, de la Sociedad Catalana de Horticultura, de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de la Granja Experimental, de los Amigos de la Instrucción y de otras entidades. Fuera había los niños de las escuelas municipales, de la Casa Provincial y algunos colegios particulares, en número de 2.500, y un numeroso público.

A los acordes de tres bandas de música dirigióse la comitiva oficial al sitio en donde debía plantarse el árbol simbólico, y después de bendecido éste, todos los invitados fueron arrojando paletadas de tierra en el hoyo de plantación, mientras el «Orfeó Barcelonés» entonaba el *Himno del Arbol*, del maestro Morera.

Terminada esta ceremonia, distribuyóse la merienda á los niños y la comitiva regresó á la casa de máquinas para celebrar la sesión oficial, que se efectuó bajo la presidencia del gobernador civil Sr. Ossorio. El Sr. Udina leyó una bien escrita memoria, procediéndose después á la apertura de los pliegos que contenían los nombres de los autores premiados en el concurso abierto para la mejor Cartilla Forestal. El premio se otorgó á D. Antonio Soldevila y Formigó; los accésit los obtuvieron los Sres. D. Luis Moreno Espinosa y D. Juan Surós Cento.

A continuación, el Sr. presidente de la «Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol» D. Enrique Miralbell leyó el discurso reglamentario, y los Sres. Puig y Alfonso, en nombre del Ayuntamiento, y Badía, en el de la Diputación Provincial, asociáronse á la obra de cultura que significaba el acto que se estaba celebrando.

Terminó la fiesta con elocuentes frases pronunciadas por el Sr. Ossorio. – T.

BODEGÓN DE UN VILLORRIO DE FRANCIA,

CUADRO DE J. MIRALLES DARMANÍN

(V Exposición de Arte de Barcelona)

Interesante estudio es el que ofrece nuestro amigo por medio de su cuadro de costumbres representando una animada escena en un bodegón de un pueblecito francés. En esta producción preséntase el distinguido pintor valenciano tan diestro colorista cual en el precioso lienzo titulado *El taller de tapices*, que fué adquirido en la Exposición de 1891 para el Museo Municipal de esta ciudad, por más que sea tan diverso el asunto y menos brillante la coloración, recomendándose la obra por su sobriedad y por los bien entendidos efectos de luz, que tan bien sabe interpretar su autor.

MISCELÁNEA

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con excelente éxito: en el Principal *Joves y vells*, cuadro cómico-lírico en un acto, letra de D. Enrique de Fuentes y música del maestro Ferrer; *No ho sé*, monólogo de D. Alfonso Maseras; y *Amor telefonich*, diálogo de D. Eduardo Aulés; y en Romea *Nit de neu*, comedia en un acto del Sr. Rius y Fons.

En el Tívoli logran muchos aplausos la Srta. Fons y los señores Colazza y Blanchart en la ópera de Verdi *Otello*.

En el teatro de Novedades ha comenzado una serie de funciones la notable compañía italiana de la eminente actriz señora Tina di Lorenzo, de la que forman parte el primer actor Sr. Carini y el actor cómico Sr. Falconi. Las representaciones dadas hasta ahora han sido otras tantas ovaciones.

Necrología.—Han fallecido:

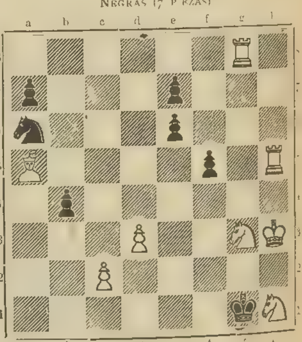
Andrés Theuriet, célebre poeta y novelista francés, individuo de la Academia Francesa.

Roberto Schweichel, novelista alemán.

AJEDREZ

Problema núm. 462, por V. Marín.

Negras (7 piezas)



Blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 461, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Db3–b6	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	

Pasaré aquí la noche (pág. 325)

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE

ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—Prefiero que haya obrado en seguida, repuso vivamente Aurette; y no por mi padre, para quien habría podido ser esto un golpe mortal, sino por mí misma. Odio las situaciones ambiguas; la duda me parece el mayor de los sufrimientos y preferiría tener la certeza de un infortunio que esperarlo mucho tiempo.

«Ama á ese imbécil—pensó el doctor—y aún cree en él. ¡Cuántas penas le están todavía reservadas, aun después del golpe que ha recibido!»

—Pues bien, dijo en alta voz; prepárate para pruebas muy duras, hija mía. En el estado en que tu padre se halla, todo el peso de la vida de familia cae sobre ti. Yo te ayudaré cuanto pueda á sobrellevarlo; en cuanto á vuestro notario, aunque es un hombre excelente, tiene mujer y tres hijas..., no te arriesgues, pues, por este lado, porque te expondrías á un sin fin de complicaciones. Tú, yo...

—Y Julia, añadió Aurette con expresión de cariñoso orgullo. ¡Si usted supiera cómo me ha cuidado, con qué sangre fría, con qué presencia de ánimo! Antes de esta noche última no la conocía.

El doctor guió á su poney hacia Angers.

—Olvido á mis enfermos, dijo, y estoy seguro de que se disponen á echarme un regaño. ¿Conque Julia se ha portado como buena enfermera? ¿Sigue hablando de hacerse hermana de la caridad?

—Desde la fiesta del Corpus no ha vuelto á hablar de ello. ¿Por qué me pregunta usted eso, doctor?

—Porque me parecería superfluo que fuese á ejercer sus deberes de cristiana fuera de su casa cuando tanto tiene que hacer dentro de ella. También es joven y tal vez aprenderá la vida en una escuela más ruda que la de las postulantes. En fin, Aurette, oye mis recomendaciones: para tu padre, el mismo régimen de calma absoluta; para ti, el silencio y la resignación... hasta nueva orden. Deja sin respuesta la carta de la señora de Bertholón, á quien haré saber que la menor emoción puede poner al Sr. Leniel en peligro de muerte. Supongo que lograré de ella, no una retractación..., que tampoco tú querrías...

—¡Oh, no!, suspiró Aurette.

—Pero sí un paso que le permita conseguir lo que desea sin causar la muerte de un enfermo que me es muy querido. ¿Quieres confiarme esa epístola notable? No te prometo devolvértela, pero seguramente te entregaré otra en su lugar.

Aurette, sin decir palabra, asintió con el ademán y con la mirada.

—Ya estamos en tu Nido, siguió diciendo el excelente doctor; te dejaré delante de la verja. Dile á Julia que estoy contento de ella y que si se porta muy bien, me la llevaré á mi clínica para enseñarle á curar á los heridos; sé que se muere de ganas de saber esas cosas. Hasta mañana.

Saludó afectuosamente á Aurette con un movimiento de cabeza y se inclinó hacia adelante para coger el látigo; el caballo, que sabía lo que aquello significaba, emprendió un trote rápido.

Antes de reunirse con su padre y con su hermana, detúvose Aurette en el vestíbulo y preguntó al criado si había venido alguien y si habían traído alguna carta para ella, á lo que aquél contestó negativamente. El ligero color que el paseo, el aire y algo de esperanza habían puesto en sus mejillas desapareció muy pronto; respiró profundamente, como para infundirse fuerzas, y volvió al lado de los suyos.

VII

El doctor Rozel, infinitamente suave, delicado y prudente con sus enfermos, tenía fama de usar pocos miramientos cuando se trataba de una operación moral; por esto la señora de Bertholón, que conocía su intimidad con la familia Leniel, no recibió con mucho agrado su visita. El rumor de una indisposición grave del Sr. Leniel circulaba desde la mañana por la ciudad, hasta entonces ocupada principalmente en hablar de los jóvenes desposados que al presente habían emprendido el vuelo. La inteligencia clara y despierta de la anciana señora le hizo ver inmediatamente una correlación entre su carta y la visita del doctor y creyó que éste iba á pedirle cuenta de la vida de su enfermo.

Resuelta á decirle que sus asuntos no le atañían á él, entró más glacial que nunca en aquel salón en donde la esperaba el doctor, y con una temperatura de bajo cero le ofreció una butaca.

El Sr. Rozel, como si no se percatara de que el asiento que le ofrecían era, al menos moralmente, un bloque de hielo, sentóse en él cómodamente y aun se instaló en actitud de quien va dispuesto á una larga entrevista. Comenzó hablando de cosas tan importantes como el estado sanitario de la ciudad y un cambio probable, aunque no inminente, de guarnición, y cuando hubo exasperado á la señora de Bertholón hasta ponerla en el grado de frialdad extrema, le dijo á quemarropa:

—Vengo del Nido de Pájaros; el Sr. Leniel está muy enfermo.

El mercurio del termómetro moral de la señora de Bertholón se congeló inmediatamente, y su marmóreo semblante pareció decir: «No sé por qué me habla usted de personas enteramente extrañas para mí.»

Pero el doctor, que no era hombre para desconcertarse por tan poca cosa, prosiguió:

—Como médico desearía vivamente que se le evitara cualquier emoción, lo mismo buena que mala. Sus dos hijas son dos ángeles...

La señora de Bertholón levantó ligeramente las cejas, como preguntando: «¿Julia también?» Pero sus ojos azules siguieron reflejando los bancos de hielo del polo.

—...Sin embargo, no está en su mano evitar todo disgusto á su padre... Hace un momento les he dicho: «Pobres hijas mías, desempeñáis admirablemente vuestro papel, pero nadie está obligado á hacer imposibles. Si mi amigo Leniel muriese repentinamente, como puede suceder, por efecto de alguna impresión desagradable, yo proclamaría en alta voz que habéis hecho cuanto era posible..., y tanto peor para aquellos sobre quienes recayese la responsabilidad de la desgracia. ¡Oh, para esos sería implacable!» Esto les he dicho, señora mía, y aunque naturalmente mis palabras no las han consolado, por lo menos he rendido tributo á la verdad.

La sangre volvió á circular, al parecer, algo mejor por las venas de la señora de Bertholón, quien, abriendo los labios, no sin cierta dificultad, preguntó con un principio de inquietud:

—¿Tan enfermo está?

—Esos reumatismos complicados con eudocarditis son siempre muy graves...

La anciana no comprendió aquellos vocablos, mas no por ello se sintió menos impresionada.

—Usted, que pronto va á emparentar con la familia Leniel...

La señora de Bertholón no pudo reprimir un movimiento.

—¿Qué?, exclamó el doctor. ¿No es su hijo de usted novio de Aurette?

—No se las eche usted de ingenioso, Sr. Rozel, repuso la señora lanzándole una mirada penetrante. Demasiado sabe usted que he retirado mi palabra.

El doctor la saludó cortésmente y sacó de su cartera la carta que Aurette le había entregado.

—En efecto, señora mía, respondió el Sr. Rozel; y aquí está la prueba firmada por usted. ¿Qué diría usted si yo le hiciese saber que leyéndola acaba el Sr. Leniel de exhalar el último suspiro en mis brazos?

La señora de Bertholón miró atentamente el rostro del doctor, que permanecía impenetrable, y llegó á sentir verdadero miedo.

—No se chancee usted, caballero, dijo; la cosa es seria.

—Tenga usted la seguridad, señora, de que si no fuese seria no tendría yo el honor de hallarme en este momento en su casa de usted. ¿Quiere usted una transacción?

—¿Una... qué?, exclamó la dama con altanería.

—Una transacción, repitió el doctor recalcando la palabra. El mar esta hermoso en este tiempo; las playas no están aún atestadas de bañistas como lo estarán dentro de seis semanas, y este es el momento más á propósito para hacer una excursión por Bretaña ó para visitar Arcachón, si prefiere usted las costas pobladas de árboles resinosos. Su salud exige ciertamente el aire del Océano; ¿ó tal vez desea usted pasar un mes ó dos en unas aguas? Estoy pronto á recetárselas á usted...

—¡Caballero!, exclamó con indignación la madre de Raúl interrumpiéndole.

—En este caso, prosiguió el doctor sin desconcertarse, escribirá usted al Sr. Leniel que, viéndose obligada á ausentarse repentinamente, no tiene usted tiempo de ir con su hijo á despedirse de él y de sus hijas. Y añadirá usted que en cuanto regrese tendrá mucho gusto en volver á verle. Después, durante la ausencia, le escribirá usted una ó dos veces. Como las cartas de usted no pecan nunca de amables, el Sr. Leniel no extrañará la frialdad de las mismas. Y á la vuelta..., á la vuelta, si no ha mudado usted de opinión, la señorita Aurette le escribirá que ha reflexionado y que su hijo de usted queda en libertad absoluta.

La señora de Bertholón había escuchado muy atentamente el final de ese discurso.

—Pero, caballero, ¿á santo de qué habría de ejecutar yo ese plan combinado por usted?

—A santo de esto, respondió el Sr. Rozel enseñándole la carta que no había doblado y que conservaba entre el pulgar y el índice. Si usted se negase á lo que le propongo, yo, como médico, sería responsable, y como amigo de la familia tendría que dar especial publicidad al documento que habría determinado alteraciones graves en el estado de mi cliente y amigo, quien, estando como está lúcido, no puede ignorar más allá de algunas horas ó de algunos días, á lo sumo, un hecho que tan de cerca le toca.

La señora de Bertholón quedóse inmóvil, reflexionando profundamente. El doctor Rozel gozaba de tal reputación de hombre invulnerable bajo todos conceptos, que se hallaba muy por encima de cuanto acerca de él pudiera decirse ó hacerse. Además, su palabra era artículo de fe, lo mismo entre sus enemigos que entre sus amigos mejores. La madre de Raúl tenía, pues, que habérselas con un adversario demasiado temible; por esto, alargando la mano hacia la carta, dijo sencillamente:

—Déme usted...

—Dando y tomando, señora mía, respondió el doctor sin inmutarse.

La anciana se levantó, y dirigiéndose á un pequeño escritorio que había junto á una ventana, se sentó, sacó su carpeta, aseguró sus anteojos, mojó la pluma en el tintero y sin mirar al doctor le dijo:

—Dicte usted.

—¡Me guardaré de hacerlo, señora!, contestó modestamente el Sr. Rozel. Mi amigo saldría perdiendo demasiado si no recibiese un billete escrito por usted misma.

La señora de Bertholón inclinóse sobre el papel y trazó con su escritura enrevesada una decena de líneas expresando el pesar que sentía por tener que marcharse con su hijo sin estrechar la mano de sus amigos, etc. Cuando hubo terminado la carta echó sobre ella una pulgarada de arenilla de oro y la presentó abierta al doctor, el cual la cogió y leyó con la mayor tranquilidad del mundo.

—Perfectamente, dijo realizando el trueque; pondremos ésta en el sobre de la otra, y la primera vez que el Sr. Leniel pida su correspondencia le será entregada. La señorita Leniel no tardará en adoptar la determinación que he dicho á usted y que pondrá término á ese pequeño equívoco, y de ella tendrá usted noticia inmediatamente. Señora mía, estoy á los pies de usted.

El doctor estaba ya en la calle y aún la señora de Bertholón no había vuelto de su asombro. El ataque, en verdad, había sido rudo, y esto atenuaba la vergüenza de la derrota. Sería muy duro, ciertamente, que se dijese que la ruptura la habían promovido los Leniel; pero después de las muchas mortificaciones que aquella maldita boda les había acarreado, por más que dijeran, la gente sólo á medias les creería..., amén de que hay silencios y sonrisas muy elocuentes cuando se habla de una boda deshecha.

El doctor Rozel miró el reloj, y viendo que era hora á propósito, encaminóse al café Gasnault, situado cerca del teatro, en la plaza de la Reunión, en donde encontraría entonces con seguridad á Raúl Bertholón solo ó con un amigo. Efectivamente, allí estaba el joven arquitecto solo y al parecer muy aburrido.

Al ver al doctor, hizo un movimiento como para escabullirse; pero se contuvo y le saludó con indiferencia, continuando la lectura de su diario con la esperanza de que el Sr. Rozel pasaría de largo.

¡Esperanza vana! El médico se le acercó y se sentó á su lado en el amplio diván, allí donde las mesas muy espaciadas permitían formar grupos enteramente aislados unos de otros.

—Es bonito esto, exclamó Rozel admirando con aire inteligente el decorado verdaderamente artístico del café. ¿Viene usted á menudo?

—Sí, respondió Raúl fríamente. Es un establecimiento tranquilo y muy decente; aquí nadie grita.

En efecto, los concurrentes hablaban á media voz y sólo el ruido de las bolas de billar de un salón apartado recordaba en aquella hora que era aquel un establecimiento público.

—Perfectamente, exclamó el doctor pidiendo un vermout.

Cuando le hubieron servido el aperitivo, sentóse cómodamente; aquel batidor de carreteras era un gran sibarita y le gustaba estar bien sentado.

—Conque se va usted con su madre á pasar una temporada junto al mar, dijo con la mayor inocencia.

Raúl le miró con el mismo asombro que si le hubiese anunciado la visita del shah de Persia.

—Sí, añadió el doctor sin inmutarse, va usted á pasar seis semanas ó dos meses respirando aires puros para descansar.

La ironía era cruel, dado que el guapo arquitecto nunca hacía nada; pero hay quien descansa sin haber experimentado fatiga, y no era esto, por consiguiente, lo que asombraba á Bertholón.

—Dispense usted, dijo éste, ¿cómo lo sabe usted?

—Su señora madre me lo ha anunciado hace un instante, respondió el Sr. Rozel. He ido á visitarla y hemos hablado de muchas cosas... ¿De modo que su boda de usted se ha deshecho, así como suena, sin atenuaciones?

Raúl, en extremo contrariado, revolvióse en el blando diván como si fuera un lecho de espinas.

—Ya verá usted, dijo, se ha deshecho..., sí, en efecto, se ha deshecho y lo siento en el alma, aseguro á usted que lo siento en el alma..., pero después de lo que ha ocurrido, convendrá usted en que el enlace era mucho menos brillante... y... ¡qué diantre!..

El doctor, viendo que se embrollaba, acudió en su auxilio.

—El enlace era menos brillante; ¿se referirá usted al matrimonio de Carlos? Porque la señorita..., si á usted le parece bien no la nombraremos, en nada ha variado, que yo sepa.

—¡Oh, por supuesto!, protestó Raúl con cierto calor. Ella sigue siendo lo que siempre ha sido, un ángel. Pero..., en fin, he comprendido que para evitar complicaciones desagradables, valía más...

—¿Ha renunciado usted á ella en absoluto, sin vacilar?

—¡Ah, no!, sin vacilar, no, pardiez; antes bien me ha costado mucho..., pero...

De pronto miró á su interlocutor, é impulsado por una necesidad irresistible de expansionarse, dijo en voz baja inclinándose hacia él:

—No sabe usted, doctor, lo que es tener que habérselas con una mujer como mi madre. He intentado durante ocho días...; pero no he podido. Mi madre no quiere y yo sería el hombre más desgraciado si la contrariaba. No hay medio, créalo usted.

—¿Le desheredaría?, preguntó el doctor en tono burlón.

Un destello de altivez iluminó los ojos del joven.

—Si no fuera más que esto, exclamó; pero es que me amargaría la vida... Entre dos disgustos he elegido el que era..., el que era...

—El que no era ni el más inmediato ni el más grande, dijo el Sr. Rozel completando la frase y levantándose para marcharse. ¿Y si viniera usted conmigo al Nido, añadió de pronto, y tuviera el valor de enviar á paseo, perdone la expresión, pero no encuentro otra más á propósito, á su señora madre? Aunque le desheredara á usted, el mal no sería muy grande; mi amigo es bastante rico para indemnizarle.

—¡Oh, no es por esto!, repuso Raúl protestando con verdadero calor y evidente buena fe. Es por la tranquilidad. Mire usted, doctor, si yo entrara por ese camino se me habría acabado la tranquilidad para siempre.

—¡Es lamentable!, dijo el Sr. Rozel mordiendo el puño de su bastón. ¿Resueltamente no quiere usted?

—¡No puedo!, contestó el joven contrariado.

Mientras el doctor, después de haberle saludado, le volvía la espalda poniéndose el sombrero y murmurando un «¡Es lástima!» casi tan frío como si lo hubiera pronunciado la señora de Bertholón, le cogió el brazo y le dijo:

—Doctor, dígale usted que he tenido un gran disgusto, muy grande... Se lo aseguro á usted... No puede usted imaginarlo...

—No se lo diré, téngalo usted por seguro, replicó el Sr. Rozel secamente. Si quiere usted que ella lo sepa, dígaselo usted mismo. Buenas tardes.

Salió dejando á Raúl de muy mal humor. Después de un momento de vacilación, el joven volvió á sentarse, diciendo para sí: «¡No, no puedo! ¡Sería el infierno! Y sin embargo, lo siento mucho, pero es imposible.»

VIII

El doctor tenía prisa por ver de nuevo á Aurette. Como diplomático estaba satisfecho de su triunfo cerca de la señora de Bertholón; mas como amigo estaba muy disgustado por no haber conseguido nada de Raúl, á quien de todo corazón maldecía. Por esto estaba decidido á no hacer mención de su entrevista con el joven.

La señorita Leniel escuchó á su viejo amigo con una atención emocionada que le recompensaba de su trabajo; y cuando el doctor hubo concluído su relato, los ojos pardos de la joven se fijaron en los suyos y le dieron las gracias mejor que los labios.

—Como ves, terminó diciendo el Sr. Rozel, el amor propio queda á salvo, lo cual es mucho; en cuanto al corazón...

Aurette alargó lentamente la mano hacia el brazo de la butaca en donde se arrellanaba el doctor.

—No hablemos de eso, dijo, ni ahora ni nunca. Sin embargo, todavía voy á dirigir á usted una pregunta y le suplico que me conteste con entera franqueza, después de lo cual nunca más trataremos de esa cuestión. ¿Cree usted que en este asunto el señor Bertholón ha estado absolutamente de acuerdo con su madre, ó se ha dejado dominar por ella? Punto es este para mí de la mayor importancia, porque...

No pudo terminar; su rostro se había cubierto de rubor y sus labios temblaban.

—Porque todo el valor moral del personaje está en la respuesta á tu pregunta, ¿no es eso?, repuso el doctor. Ya comprenderás que me es imposible juzgar un asunto tan importante por mí solo.

—No le pido que juzgue, respondió Aurette; pero ¿no ha visto ú oído usted algo que le autorice á creer que Raúl Bertholón comparte ó no las ideas de su madre?

Interrogado tan directamente, el Sr. Rozel vióse obligado á contestar con entera franqueza y refirió su entrevista con el joven sin exagerar ni atenuar nada.

—Ese muchacho no es malo, dijo terminando su relato; es desinteresado, lo que ya es algo; pero es un egoísta que prefiere á todo su tranquilidad. Tu existencia á su lado habría sido un sacrificio perpetuo y no habrías tardado en reconocer que Raúl no era lo que creías...

—Sí, tiene usted razón, repuso Aurette con infinita dulzura; pero no hablemos más de ello.

Quedóse callada y mientras reflexionaba el doctor la estuvo contemplando. Nunca había estado tan bonita como entonces, pues las angustias de los últimos días habían dado á su belleza un carácter elevado que la hacía más noble y conmovedora. Ciertas naturalezas se abaten bajo el peso del sufrimiento; otras se yerguen para soportarlo mejor: Aurette parecía haber crecido, y esta impresión fué tan intensa en el Sr. Rozel, que involuntariamente la midió dos veces con los ojos.

—Es usted la bondad misma, dijo Aurette tras una larga pausa. Me ha salvado usted de la situación más terrible en que pueda hallarse una joven que nada tiene que reprocharse. La carta que ha prometido usted á la señora de Bertholón la escribiré cuando y como usted quiera...

—Tenemos tiempo. Ante todo es menester que tu padre se haya restablecido lo suficiente para que puedas anunciarle ese cambio. ¿Qué le dirás?

—¡Oh, no tema usted! Ya he pensado en ello, contestó la joven sonriendo tristemente. Le diré que la indiferencia manifestada por los Bertholón acerca de su enfermedad me ha mortificado y que prefiero no casarme á darle un hijo que no le querría bastante.

—¡Perfectamente!, exclamó el doctor contemplándola asombrado. No habría concebido nada tan juicioso un viejo filósofo como yo. Pero ya te he dicho que tenemos tiempo; de aquí al domingo, escogerás un momento favorable para notificar á tu padre la partida de la señora de Bertholón.

Aurette, por toda respuesta, inclinó la cabeza y el doctor la atrajo á sí con fuerzo y la besó en la frente.

—¡Ah!, murmuró como si hablara consigo mismo. Encontrar una mujer como tú y no saber hacérsela suya hasta la tumba, ¡he aquí una cosa que da triste idea de un hombre! En fin, la vida es larga y no todos los hombres son unos imbéciles.

El Sr. Leniel acogió muy filosóficamente la noticia del viaje de la señora de Bertholón. Sin pensar ni remotamente en una ruptura y creyendo, dado el aspecto tranquilo de su hija, que se trataba á lo sumo de un enfriamiento pasajero, aceptó con cierta satisfacción la idea de no ver en algún tiempo á aquella señora. Siempre la había tratado con la mayor amabilidad posible, pero el modo de ser frío de la futura suegra de Aurette le había en más de una ocasión impacientado, y á no haber sido el interés verdadero que le inspiraba Raúl, habríale costado gran trabajo conservar su cordialidad con una persona que tan poco se avenía con su carácter.

—Al fin y al cabo no se casa uno con su suegra, habíase dicho más de una vez para consolarse, y mucho menos con la suegra de su hija. Después de la boda, no nos veremos sino en las fiestas solemnes.

Julia, resuelta á mostrárse satisfecha del casamiento de su hermano, había vuelto al convento para terminar sus últimas semanas de clases. Entre ella y su hermana habíase discutido detenidamente una cuestión importante: quedarse desde luego definitivamente en la casa paterna ó afrontar las preguntas indiscretas y crueles y arrostrar el riesgo de oir cosas desagradables. Y de común acuerdo habían resuelto las dos jóvenes presentar la cara á la sociedad: retirarse habría sido dar pretexto á los más penosos comentarios.

—Creerían que tenemos miedo, dijo Julia, cuyo carácter recto y algo rudo no retrocedía ante la lucha.

De modo que Aurette se halló sola con su padre, quien, por una tendencia involuntaria y perfectamente natural, parecía refugiarse en ella como en un asilo de cariño y de paz. Aquella vasta mansión parecía ahora deshabitada, y la escalera, por la que nadie subía, resonaba al menor ruido. En vano Aurette se imponía la obligación de dedicar dos veces al día una hora al piano; cuando callaba el instrumento, el silencio resultaba aún más profundo en la desierta vivienda.

El Sr. Leniel no se lamentaba de esa quietud; convaleciente después de la sacudida que por poco le ocasionara la muerte, disfrutaba de cada hora presente sin pedir nada más, evitando cuidadosamente toda alusión al reciente disgusto, no pronunciando casi nunca el nombre de su hijo y nunca el de Sidonia, y no deseando, al parecer, entre sus largos sueños más que una cosa: encontrar la sonrisa de su hija y contemplar el paisaje, ora velado, ora bañado de luz, pero delicioso en todos los instantes del día.

Consagrada por entero á su padre, Aurette no tenía tiempo para pensar, y durante las horas que pasaba á su lado, lo mismo cuando estaba adormecido que cuando permanecía despierto, habíase prohibido á sí misma toda meditación dolorosa, porque ¿qué habría hecho si el Sr. Leniel, despertandose de pronto, la hubiese visto con los ojos enrojecidos ó simplemente con el semblante triste? Demasiado honrada para saber disimular en las cotidianas minucias, no podía soportar el peso de su secreto sino á condición de alejarse de él, por decirlo así, lo más posible, de separarlo de su vida, como si no existiera. Más adelante saborearía toda la amargura de aquella pena que sobre ella había caído tan repentinamente.

Habían transcurrido en esta situación muchos días, cuando una noche sintió de pronto que aquella violencia se le hacía intolerable; todos los pensamientos desde hacía tiempo rechazados agolpábanse en su cerebro y parecían querer hacerlo estallar.

El Sr. Leniel acababa de dormirse; eran apenas las nueve y media, y Aurette, después de haber llamado á su camarera para que estuviese al cuidado de su padre, tomó un chal de encaje, se lo echó á la cabeza y bajó al parque.

La noche era tibia, el cielo parecía más cerca de la tierra y reinaba una obscuridad profunda; sin embargo, pasado el primer momento, se veía lo bastante para caminar por las avenidas no cubiertas por los árboles. La joven dirigióse con paso rápido á una terraza algo distante de la casa y desde la cual la vista extendíase sin obstáculo hasta los confines del horizonte, y dejando vagar los ojos por el espacio, miró hacia poniente, en donde todavía el cielo aparecía teñido de un resto de claridad. Traspuso con su imaginación las colinas y pensó en el mar, en el mar lejano cuyos olores de rocas y de fucos le traía atenuados el viento. Hacia allá, por la parte de Occidente, hallábase él, el hombre que, después de haberle dicho que la amaba, la había abandonado.

¡Abandonado, sí! La rica señorita Leniel, en todo el esplendor de su pureza, en toda su adorable virginidad, se veía abandonada como una joven engañada, como una aldeana seducida.

Esa palabra abandonada sonaba en sus oídos como un lamento, como un campaneo lúgubre. En los diarios había leído historias de jóvenes abandonadas y su corazón había compartido el dolor de aquellas infelices; pero éstas, ¿no habían cometido la única, la irremediable falta que el hombre no perdona? ¿No habían amado hasta olvidar su pudor? Por injusto que pudiera ser el fallo que las condenaba, lo habían merecido, desde el momento en que sabían que la sociedad no tiene misericordia y que el amante desprecia á la que da crédito á sus palabras cuando le jura amarla siempre.

¡Pero ella! ¿Qué había hecho para que su amor fuera desdeñado, para que renegara de ella su prometido, para sufrir ese espantoso derrumbamiento de su existencia de mujer?

Hundió más su mirada en la insondable profundidad del cielo mudo, y su alma voló hacia las playas en donde podemos tendernos sobre la arena y esperar la muerte.

¡Morir! ¡Oh, sí! Morir para huir del tormento intolerable en el cual la vergüenza se mezclaba con el dolor; morir para olvidar, para no sufrir más, para no ser ya nada. Si la muerte no es el olvido de las penas, la promesa del Paraíso sería tan sólo una mentira cruel. Dios se apiadaría de ella; una vez muerta, olvidaría...

Pero Aurette no podía morir; había de vivir mientras su padre viviera. Entonces volvió á su pobre *yo* presente, tan cruelmente herido y martirizado, y miró cara á cara su dolor.

Dicte usted

¡Cómo le había amado! ¡Cómo había creído en él! ¿Quién hubiera osado decir que en él no se juntaban todos los dones, todos los méritos con que ella le había tan pródigamente ataviado? ¿Quién hubiera podido aventurarse á murmurar en sus oídos que Raúl era un débil egoísta, viciado por la sociedad y debilitado por el despotismo de su madre hasta el punto de desconocer sus deberes de hombre y de prometido?

En aquella hora dolorosa, todavía no quería hacerle responsable, tanto le había amado, y echaba toda la culpa sobre la señora de Bertholón, cerrando los ojos á la evidencia á fin de poder disculparle y compadecerle.

¿Compadecerle? Bien estaba. Pero ella..., ¿qué haría de su vida, cortada en flor como un árbol demasiado joven derribado por equivocación por el hacha del leñador? Todo aquel raudal de cariño, de confianza, de esperanza, que se escapaba de ella en grandes oleadas como se escapa el agua de la rota taza de una fuente, iría, inútil y estéril, á perderse en la arena...

—¡Cómo le amaba!, decía de cuando en cuando sin darse cuenta de que repetía las mismas palabras: de tal modo su dolor múltiple apuñalaba los diferentes sitios de su alma.

Recordaba, con una especie de glotonería, los días felices de aquel amor perdido. El invierno anterior al que acababa de pasar, habían bailado juntos; él la buscaba de una manera visible y permanecía á su lado durante los rigodones, silenciero, pero con aire de satisfacción y de orgullo. En aquel tiempo, pensaba ella que él tal vez la amaría..., y se decía que si solicitaba su mano no le rechazaría, con tal que en ello consintiera su padre.

A partir de aquel momento, se había complacido en hablar de él á su padre, cuando departían juntos, á fin de que se acostumbrara á su nombre y á todo lo que con él se relacionaba. Ella no le amaba todavía, pero le miraba con agrado y hasta encontraba cierta majestuosidad en la señora de Bertholón, cuya rigidez glacial le parecía dignidad acompañada de experiencia.

Después, un día su padre había ido á buscarla al invernadero, en donde estaba ocupada cuidando sus flores, y la había besado cariñosamente, tan cariñosamente...

Aún sentía en su frente aquel beso paternal, tanto la había conmovido. Entonces había comprendido que su padre acababa de considerar de un modo serio y real la posibilidad de no tenerla más á su lado. Alguien había pedido su mano..., ¡con tal que fuese *él!*

¡Y él era! Con la cabeza inclinada y las mejillas enrojecidas por una sangre generosa que le parecía circular por vez primera en sus venas, había escuchado todos los argumentos que el Sr. Leniel le exponía en favor de aquel pretendiente. ¡Pobre padre querido! ¡Cuánto trabajo se tomaba en pro de una causa ganada de antemano! Ella, sin embargo, escuchaba con placer divino cómo aquella boca respetada decía todo lo que ella pensaba desde hacía tanto tiempo; y cuando su padre, algo turbado por aquel prolongado silencio, le había preguntado no sin cierta inquietud: «¿Qué te parece?,» ella había contestado tranquilamente: «Si es de su agrado, lo es del mío.» Y desde aquel instante, ¡cuánto había amado el invernadero!

Entonces, *él* se había presentado con la glacial señora de Bertholón, que aquel día estuvo en extremo amable y sonriente. Recordaba los más pequeños pormenores de aquella visita: el color de *sus* guantes, el nudo de *su* corbata, el medallón de oro que colgaba de la cadena de *su* reloj y en el cual había pensado ella colocar un retrato suyo. Se acordaba de la turbación del joven, turbación que la había satisfecho mucho, y del beso de desposorios estampado en su mano, el primer beso que Aurette había recibido en esta forma y que le había producido una impresión tan singular que, sin ningún mal pensamiento, había estado á punto de retirar la mano para presentar la mejilla.

Y después, ¡qué deliciosa existencia! Ella había sido la que había solicitado que se retrasase la boda hasta que Julia saliese del convento á fin de que su padre no quedara solo. ¡Cuán cariñosamente se lo había agradecido su padre muy amado! Al recordar las tiernas palabras que éste le había dicho, Aurette sintió que su corazón se enternecía, y sus ojos, secos y ardientes hasta entonces, se llenaron de lágrimas. Jamás olvidaría lo que le dijera aquel padre generoso y desinteresado; habíala llamado su tesoro, su perla, y ella había comprendido que aquella ternura estaba por encima de todos los azares de la vida. Entonces no creía que algún día hubiera de refugiarse en ella como en el único asilo que le quedaba en el mundo.

—¡Pobre padre mío!, murmuraba apoyando su frente en la balaustrada de piedra, mientras su corazón latía con violencia y todo su ser se agitaba sacudido por un torrente de lágrimas tan copioso que nunca se hubiera creído ella con fuerzas para soportarlo. ¡Bendito seas por lo mucho que me has amado! ¡No te abandonaré hasta la tumba, cuando habré cerrado tus ojos y juntado tus manos para la eternidad!

Esa idea de una última separación, tan cruel y acaso tan próxima, lejos de debilitar á Aurette le infundió valor, y recobrando su energía volvió á sus recuerdos, decidida á revivir de una vez aquel pasado que había sido tan delicioso y cuya memoria le sería siempre querida, y á cerrar después el libro para no pensar ya en él más que como se piensa en los muertos.

Sí, aquel tiempo había sido delicioso. Todos los domingos venía Raúl con su madre y se llevaba el ramo que para él había hecho su prometida; creía ésta, en su inocencia, que en el ramo encontraría él todo lo que ella había puesto, pero él no veía allí sino flores. Se hablaban poco, nunca á solas, nunca á media voz; pero durante la comida Raúl estaba á su lado y Aurette sentía á veces el roce de su servilleta y le servía escogiendo lo que más le gustaba, satisfecha de ver que era algo glotón, anotando en su memoria los platos que más le agradaban y desterrando de sus futuros *menús* aquellos que no merecían su aprobación.

Entonces comprendió que había vivido mucho en el porvenir, mucho más que en el presente, gozando triplemente de las alegrías actuales por la idea de que más adelante las poseería para siempre y sin contrariedades. ¡Pobre Aurette! ¡Ilusa Aurette! Había levantado sus castillos en las nubes y la tempestad se los había llevado.

Muy poco antes, Raúl le había dicho: «¡Te amo!» ¡Irrisión del destino! Precisamente se lo había dicho en el momento en que ella iba á perderle... ¡Cómo se había él engañado y cómo la había engañado á ella! Si la hubiese amado de verdad, como ella le amaba á él, jamás habría podido abandonarla...

(Se continuará.)

UNA PRISIÓN QUE PUEDE SERVIR DE MODELO AL MUNDO ENTERO

Cuando, hace algunos años, varios eminentes criminólogos propusieron un cambio radical en el régimen de las prisiones de los Estados Unidos, los entendidos en tales materias, secundados por el público en general, alzaron gran polvareda contra las innovaciones que se recomendaban.

Celdas antiguas. Los postes que se ven á la izquierda servían para amarrar á ellos á los penados que habían de ser azotados

El teatro de la prisión, construído por los presos, donde suelen dar funciones las compañías dramáticas que vienen á la ciudad de Jackson

Mr. Alonso Vincent, director de la prisión del Estado de Michigan, situada en Jackson, fué uno de los primeros que pusieron en práctica el nuevo sistema.

Al quedar abolidos los castigos corporales en dicha prisión, se adoptó un procedimiento que, en opinión de la mayoría de los empleados en ella, debía de llevar indefectiblemente á la pérdida completa de toda disciplina. Desde que se fundó aquel establecimiento penal, en 1835, los azotes eran el castigo impuesto á los que infringían las severas reglas á que estaban sometidos.

Hubo un tiempo en que los gritos de los azotados se oían casi diariamente; pero fué haciéndose menos frecuente su empleo á medida que iba prevaleciendo la idea de que los presos, á pesar de sus delitos, eran hombres como los demás, susceptibles de ablandarse por la bondad y de convertirse en fieras si se les sometía á un trato inhumano. Cuando Mr. Vincent dejó de recurrir á los azotes, convencido de que sin ellos obtendría mejores resultados, así por lo que respecta á la disciplina, como al mejoramiento de los individuos, una prensa hostil le llamó visionario inepto, que introduciría la anarquía en el establecimiento donde, por sus crímenes, estaban encerrados los setecientos individuos peores de todo el Estado. Él, sin embargo, continuó impertérrito el camino emprendido, y los hechos han venido á darle la razón.

Una partida de *base ball* en la prisión

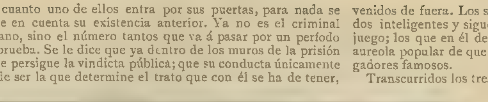
Rodeado de muros de piedra de treinta pies de altura, existe un patio de grandes dimensiones cubierto de verde césped. El que quiera puede contemplar allí un espectáculo admirable los sábados por la tarde, si el tiempo lo permite, cuando los penados salen de los talleres militarmente formados y luego rompen filas.

Durante tres cuartos de hora el patio es suyo, la disciplina se deja á un lado. La mayor parte de ellos forman animados corros; unos juegan al *base ball*, otros se tienden á la bartola sobre el verde césped, escuchando los acordes de la excelente banda de música que han formado los mismos penados.

Casi todos usan un traje azul de corte semimilitar; ninguno lleva el pelo cortado al rape, ni se ve en sus rostros la palidez propia de los penados. Los menos llevan un uniforme pardo, lo que indica que aún se halla sometida á prueba su conducta. Hay otros vestidos con el traje de rayas blancas y negras que distingue á los presidiarios en los Estados Unidos. Éstos son pocos; el día que visitamos la prisión sólo vimos seis. Salen de los talleres antes que los demás, cruzan el patio y se dirigen á sus respectivas celdas y en ellas quedan encerrados hasta el día siguiente. Son los que están castigados por diversas faltas.

Entre toda aquella muchedumbre con dificultad se ve la media docena de guardas que la vigila. No se distingue ningún arma de fuego; los treinta vigilantes que tiene á su servicio la prisión únicamente usan unos bastones cortos. En ella no se permite entrar á nadie armado, ni se ven centinelas en sus muros y puertas.

El régimen que se observa en la prisión del Estado de Michigan es igual para los sentenciados por toda clase de delitos.



En cuanto uno de ellos entra por sus puertas, para nada se tiene en cuenta su existencia anterior. Ya no es el criminal Fulano, sino el número tantos que va á pasar por un período de prueba. Se le dice que ya dentro de los muros de la prisión no le persigue la vindicta pública; que su conducta únicamente ha de ser la que determine el trato que con él se ha de tener, no el crimen cometido; que sobre las puertas de la misma no se lee el *Lasciate ogni speranza...*

Durante los 45 minutos de completa libertad de que disfrutan en el patio, no ha ocurrido nunca que un penado haya intentado escalar las murallas y escaparse. Todos consideran como un deber ineludible, aunque no escrito, el conservar el privilegio de reunirse en el patio. Cuando comenzó á ponerse en práctica el nuevo sistema, se advirtió á los presos que iba á hacerse una prueba, y que si abusaban del privilegio de reunirse se suprimiría. A pesar de que entre ellos hay quien con gusto cortaría á otros el cuello, á pesar de haber quien se expondría á la muerte por recobrar la libertad, ni se promueven riñas ni se intentan fugas en la hora de recreo. Alguna vez se suscita un altercado, pero en seguida intervienen los circunstantes, y hasta por la fuerza, si es necesario, le ponen término. Si alguno de los presos puede eludir á otras horas la vigilancia de los empleados de la prisión y huir, santo y bueno, los demás se alegran de ello; pero sería peligroso para cualquiera el intentar hacerlo con perjuicio de los demás.

Los grandes días son aquellos en que se juega alguna partida de *base ball*, diversión nacional de los norteamericanos. Los presos tienen un equipo de nueve, por cierto muy buenos jugadores, y durante la temporada se efectúan algunos desafíos con otros equipos venidos de fuera. Los setecientos reclusos son todos aficionados inteligentes y siguen con gran interés las peripecias del juego; los que en él descuellan se ven rodeados de la misma aureola popular de que disfrutan en el mundo exterior los jugadores famosos.

Transcurridos los tres cuartos de hora, suena la campana y los presos forman inmediatamente en secciones, mandadas cada una por el guardián que les vigila durante el trabajo del día; una tras otra desfilan y con aire marcial se dirigen á sus respectivos alojamientos. A la sección que durante un mes desfila mejor se le concede un premio, consistente por lo general en un cajón de cigarros.

El espacioso local donde comen los penados

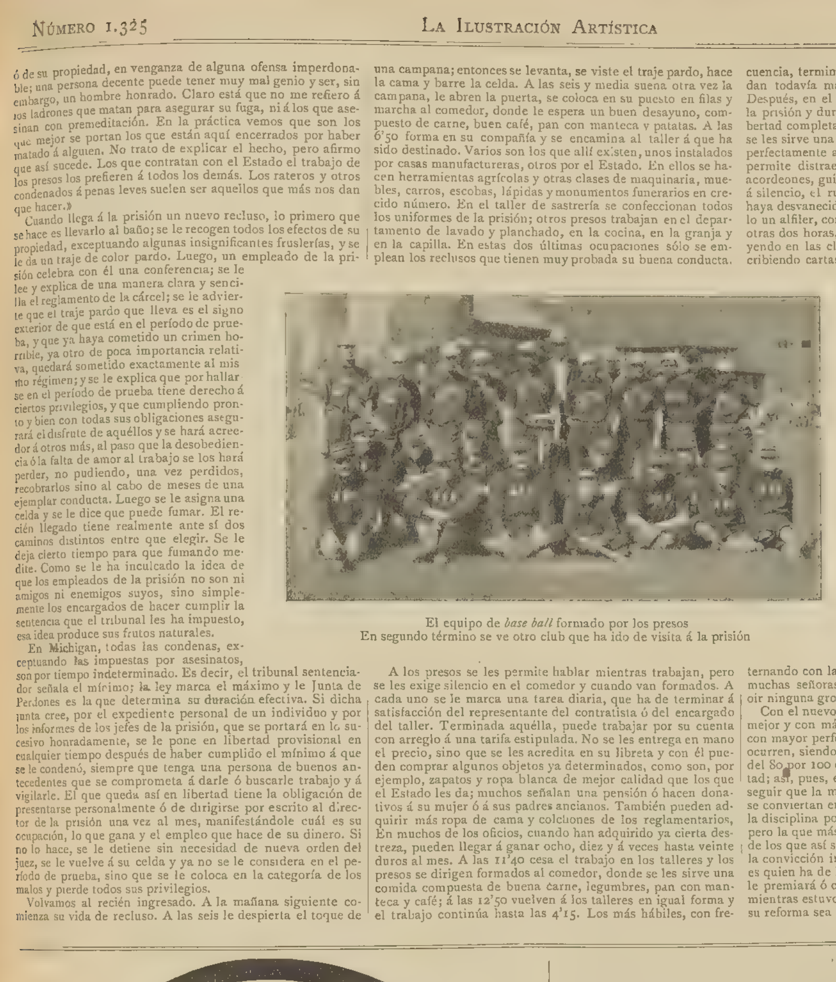
La mayoría de los penados lo han sido por delitos contra la propiedad; pero hay también bastantes reos de crímenes pasionales y violentos, y no es extraño que al [illegible] uno entre ellos se pregunte si no se encuentra en peor compañía que la que tuvo Daniel cuando le arrojaron á la fosa de los leones. No pud[illegible] menos de confesarle mis recelos al empleado de la prisión que me acompañaba durante mi visita. Se echó á reir y me dijo: «Padece usted un error muy común; por lo general, los homicidas son l[illegible] de fiar, los más honrados é íntegr[illegible] de cuantos hay aquí encerrados. E[illegible] hombre mata comúnmente cuand[illegible] se halla dominado por una excita[illegible]ción irresistible. Pueden haber s[illegible]frido grandes provocaciones [illegible] que obran en defensa de su [illegible]

ó de su propiedad, en venganza de alguna ofensa imperdonable; una persona decente puede tener muy mal genio y ser, sin embargo, un hombre honrado. Claro está que no me refiero á los ladrones que matan para asegurar su fuga, ni á los que asesinan con premeditación. En la práctica vemos que son los que mejor se portan los que están aquí encerrados por haber matado á alguien. No trato de explicar el hecho, pero afirmo que así sucede. Los que contratan con el Estado el trabajo de los presos los prefieren á todos los demás. Los rateros y otros condenados á penas leves suelen ser aquellos que más nos dan que hacer.»

Cuando llega á la prisión un nuevo recluso, lo primero que se hace es llevarlo al baño; se le recogen todos los efectos de su propiedad, exceptuando algunas insignificantes fruslerías, y se le da un traje de color pardo. Luego, un empleado de la prisión celebra con él una conferencia; se le lee y explica de una manera clara y sencilla el reglamento de la cárcel; se le advierte que el traje pardo que lleva es el signo exterior de que está en el período de prueba, y que ya haya cometido un crimen horrible, ya otro de poca importancia relativa, quedará sometido exactamente al mismo régimen; y se le explica que por hallarse en el período de prueba tiene derecho á ciertos privilegios, y que cumpliendo pronto y bien con todas sus obligaciones asegurará el disfrute de aquéllos y se hará acreedor á otros más, al paso que la desobediencia ó la falta de amor al trabajo se los hará perder, no pudiendo, una vez perdidos, recobrarlos sino al cabo de meses de una ejemplar conducta. Luego se le asigna una celda y se le dice que puede fumar. El recién llegado tiene realmente ante sí dos caminos distintos entre que elegir. Se le deja cierto tiempo para que fumando medite. Como se le ha inculcado la idea de que los empleados de la prisión no son ni amigos ni enemigos suyos, sino simplemente los encargados de hacer cumplir la sentencia que el tribunal les ha impuesto, esa idea produce sus frutos naturales.

En Michigan, todas las condenas, exceptuando las impuestas por asesinatos, son por tiempo indeterminado. Es decir, el tribunal sentenciador señala el mínimo; la ley marca el máximo y le Junta de Perdones es la que determina su duración efectiva. Si dicha junta cree, por el expediente personal de un individuo y por los informes de los jefes de la prisión, que se portará en lo sucesivo honradamente, se le pone en libertad provisional en cualquier tiempo después de haber cumplido el mínimo á que se le condenó, siempre que tenga una persona de buenos antecedentes que se comprometa á darle ó buscarle trabajo y á vigilarle. El que queda así en libertad tiene la obligación de presentarse personalmente ó de dirigirse por escrito al director de la prisión una vez al mes, manifestándole cuál es su ocupación, lo que gana y el empleo que hace de su dinero. Si no lo hace, se le detiene sin necesidad de nueva orden del juez, se le vuelve á su celda y ya no se le considera en el período de prueba, sino que se le coloca en la categoría de los malos y pierde todos sus privilegios.

Volvamos al recién ingresado. A la mañana siguiente comienza su vida de recluso. A las seis le despierta el toque de una campana; entonces se levanta, se viste el traje pardo, hace la cama y barre la celda. A las seis y media suena otra vez la campana, le abren la puerta, se coloca en su puesto en filas y marcha al comedor, donde le espera un buen desayuno, compuesto de carne, buen café, pan con manteca y patatas. A las 6'50 forma en su compañía y se encamina al taller á que ha sido destinado. Varios son los que allí existen, unos instalados por casas manufactureras, otros por el Estado. En ellos se hacen herramientas agrícolas y otras clases de maquinaria, muebles, carros, escobas, lápidas y monumentos funerarios en crecido número. En el taller de sastrería se confeccionan todos los uniformes de la prisión; otros presos trabajan en el departamento de lavado y planchado, en la cocina, en la granja y en la capilla. En estas dos últimas ocupaciones sólo se emplean los reclusos que tienen muy probada su buena conducta.



El equipo de *base ball* formado por los presos
En segundo término se ve otro club que ha ido de visita á la prisión

A los presos se les permite hablar mientras trabajan, pero se les exige silencio en el comedor y cuando van formados. A cada uno se le marca una tarea diaria, que ha de terminar á satisfacción del representante del contratista ó del encargado del taller. Terminada aquélla, puede trabajar por su cuenta con arreglo á una tarifa estipulada. No se les entrega en mano el precio, sino que se les acredita en su libreta y con él pueden comprar algunos objetos ya determinados, como son, por ejemplo, zapatos y ropa blanca de mejor calidad que los que el Estado les da; muchos señalan una pensión ó hacen donativos á su mujer ó á sus padres ancianos. También pueden adquirir más ropa de cama y colchones de los reglamentarios. En muchos de los oficios, cuando han adquirido ya cierta destreza, pueden llegar á ganar ocho, diez y á veces hasta veinte duros al mes. A las 11'40 cesa el trabajo en los talleres y los presos se dirigen formados al comedor, donde se les sirve una comida compuesta de buena carne, legumbres, pan con manteca y café; á las 12'50 vuelven á los talleres en igual forma y el trabajo continúa hasta las 4'15. Los más hábiles, con frecuencia, terminan su tarea antes de las dos; así es que les quedan todavía más de dos horas para trabajar por su cuenta. Después, en el verano, todos los presos marchan al patio de la prisión y durante tres cuartos de hora disfrutan de una libertad completa. Luego pasan á sus respectivas celdas, donde se les sirve una colacion de café y pan. Todas las celdas están perfectamente alumbradas y ventiladas. Hasta las 6'15 se les permite distraerse á su manera; muchos se dedican á tocar acordeones, guitarras, etc. Cuando suena la campana, tocando á silencio, el ruido cesa inmediatamente, y antes de que se haya desvanecido la última vibración se podría oir caer al suelo un alfiler, como suele decirse. Pero aún les quedan cerca de otras dos horas, que pueden aprovecharse ventajosamente leyendo en las clases nocturnas, en conferencias religiosas, escribiendo cartas á su familia y haciendo juguetes y fruslerías, que luego venden á los que visitan la prisión. Ésta tiene una excelente biblioteca, á la que envían sus números casi todas las revistas principales. A las nueve las luces eléctricas se apagan y todo el mundo se mete en cama.

Los que no se portan bien se ven privados de los siguientes privilegios: de escribir cartas, de pasear en el patio, de leer, de pertenecer á alguno de los coros que existen entre ellos, de recibir provisiones de su casa y de participar de los platos extraordinarios que se sirvan en la mesa.

Si continúa observando buena conducta el que se halla en el período de prueba pasa á otra categoría más elevada, y si sigue portándose bien llega á la de «Perfectos,» que es la superior. Entonces es elegible para destinos de confianza y puede aspirar á la más deseada de todas las recompensas: á que se le ponga en libertad provisional después de haber demostrado ante la Junta de Perdones que se ha hecho digno de volver á ocupar su puesto entre los hombres libres.

Con mucha frecuencia las compañías dramáticas que visitan á Jackson dan funciones en el lindo teatro que los mismos presos han construído. Algunas veces también bandas de música van á tocar allí alternando con la del establecimiento. En semejantes ocasiones muchas señoras visitan la prisión, donde están tan libres de oir ninguna grosería como en la mejor sociedad.

Con el nuevo sistema el reglamento de la prisión se cumple mejor y con más gusto que antes; los presos trabajan más y con mayor perfección; los atentados contra los empleados no ocurren, siendo así que anteriormente eran frecuentes. Más del 80 por 100 de los presos han de recobrar un día su libertad; así, pues, el principal objetivo del nuevo sistema es conseguir que la mayoría de ellos abandonen su vida criminal y se conviertan en miembros útiles de la sociedad. El mantener la disciplina por la fuerza y el temor es la cosa más sencilla, pero la que más destruye el respeto de sí mismo y la dignidad de los que así se gobiernan. Si el preso sale de la prisión con la convicción impresa firmemente en su ánimo de que él solo es quien ha de labrar su porvenir y de que, en lo sucesivo, se le premiará ó castigará según lo merezca, como le aconteció mientras estuvo encerrado, se habrá logrado mucho para que su reforma sea permanente. – V. M. HAMILTON.

NUEVO AVISO LANZA-TORPEDOS

Mientras se preparan las sesiones del próximo Congreso de la Paz, que ha de celebrarse en La Haya, y en el cual se ha de discutir la cuestión de la reducción de los armamentos, las naciones más fuertes de Europa aumentan sus medios de ataque y de defensa, ya sea, como Inglaterra, para conservar la hegemonía que de tiempo antiguo ejerce en los mares, ya sea, como el Imperio alemán, para mantener su superioridad como potencia militar terrestre.

Francia no es de las naciones que más se descuidan en este punto. Ahora mismo el gobierno francés ha adoptado un nuevo modelo de torpedero automóvil que ha producido gran sensación en los centros marítimos. Esa máquina de guerra, construída según los planos de M. de Recopé, ingeniero de la armada y vicepresidente de la Comisión del Yachting del Automóvil-Club de Francia, es un aviso de 17 metros de largo, con dos motores de explosión, de una fuerza total de 150 caballos, de petróleo sistema Caze; cada motor tiene cuatro cilindros y da 900 revoluciones por minuto. Su casco es de planchas de acero de 2 milímetros de grueso. Una hélice reversible, sistema Krebs, permite simplificar los órganos de transmisión y cambio de velocidad. En la proa hay el tubo lanza-torpedos. El torpedo, de 450 kilogramos de peso, contiene una carga de 100 kilogramos de explosivo y sale del tubo con una velocidad de 30 nudos.

Esa embarcación tiene un andar de 16 nudos y su radio de acción excede de 100 millas; con sus capotas cerradas resulta casi invisible.

Su transporte en los grandes acorazados es relativamente fácil. – S.

Una revolución en la Marina de Guerra. – Aviso lanza-torpedos, recientemente adoptado por el gobierno francés (De fotografía de M. Branger.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 27 de mayo de 1907 — Núm. 1.326

BARCELONA.—V EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE

EN EL ESPEJO, cuadro de Jacobo Balla

Recomiéndase el cuadro del artista milanés Sr. Balla, por ser el resultado de un estudio realizado con singular habilidad y maestría. El título de la obra, ya indica el propósito que persiguió su autor, quien ha logrado, sin acudir al uso de efectismos, obtener un resultado que atestigua su valía y sus estimables condiciones.

V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE.—(Notas de un profano.)

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

(NOTAS DE UN PROFANO)

III Y ÚLTIMO

Como rasgo general merece consignarse la desaparición casi absoluta de las *grandes machines* y de los lienzos de historia. Parece que ha sido comprendida la falsedad de este género, así en la literatura como en las artes gráficas, las cuales lo reservan ahora, á lo sumo, para el tapiz y la decoración, de la misma manera que el teatro lo reserva para la ópera ó para esas óperas sin música que se llaman *Teodora, Cleopatra* y *Madame Sens-Gene.* Precisamente cuando el sentido de la propiedad histórica había hecho más progresos, cuando la arqueología y el estudio de la indumentaria ofrecían al artista materiales y elementos cada vez más precisos y depurados, entonces es cuando decae la afición que durante largo tiempo había buscado sus temas en las páginas de la historia nacional ó en las de Jenofonte y Tácito. La famosa diatriba de Taine en la *Historia de la literatura inglesa*, tratando de Walter Scott, ha acabado por repercutir en las artes no literarias, haciendo comprender la dificultad invencible que ofrece la interpretación de lo pasado. Si ese pasado que adorna, con grandes lienzos, las paredes de los museos, pudiese volver á la vida y contemplar su imagen tal como la han ido suponiendo los siglos, cada uno con su visión propia y diferente de las otras, quedaría admirado de nuestra credulidad y de nuestra audacia.

Obsérvanse, no obstante, resabios y modernizaciones de la antigua tendencia en forma de reconstrucciones trecentistas y cuatrocentistas ó de fantasías neo-helénicas y mitológicas, que perceptiblemente corresponden al estetismo moderno, al parnasianismo literario de Francia, al sentido pagánico de los Carducci y los d'Annunzio, á la interpretación suntuaria de los *Trofeos* de Heredia. Nunca como ahora las artes han sido más invasoras ni influyentes, unas sobre otras, de tal suerte que, aunque parezca paradógico, á la vista de tal cuadro siente el espectador una impresión ó influencia de Wagner, como siente pasar por tales compases el espíritu enigmático de Maeterlinck.

***

Discurriendo por las salas de la Exposición, casi lo único de las antiguas estéticas que el espectador reconoce en pie es el principio de la nacionalidad. Y esto no tanto por afán preconcebido de los artistas como por determinismo fatal de la naturaleza. Al menos experto de los conocedores le fuera posible situarse en cada una de las secciones y dar razón de dónde se halla, aun suprimiendo los nombres y escudos que figuran sobre las puertas y las firmas puestas al pie de los cuadros. Tales son de tiránicas y fuertes la ley del nacimiento y la del ambiente, que condicionan y explican la obra de una serie de hombres á ellas sujetos. Así, en la sección española, sentimos la impresión general del teatro, de la novela picaresca, del sol, de la luz implacable, de los colores discordantes. Perdura en la generalidad de los autores el amor á lo episódico, sentimental y *larmoyant:* vueltas de soldados, mujeres en abandono, interiores de hogar bajo la lámpara, primeras páginas de revista ilustrada, que corresponden al cuento corto ó á la crónica de los periódicos. Desfilamos ante la nota «pintoresca» propiamente dicha de los cármenes andaluces ó de las huertas valencianas, de las callejas tortuosas y complicadísimas, de las rejas y ventanas desbordantes de claveles, de un rojo explosivo y violento. El rojo es el color matriz de los españoles.

A nadie hay que decirle cuándo se halla en las salas francesas, donde dominan los grises, la *nuance*, los crepúsculos líricos, las escenas urbanas del anochecer, toda una naturaleza, todo un aspecto de la civilización, todo un refinamiento decadente, vistos á través del verde perlineo de la absenta. Ni siquiera dejará de percibir el tránsito al arte belga por atenuada que sea la gradación. Se siente allí más próximo á las alegrías septentrionales del arte holandés, á las frescuras de los prados primaverales, al queso, á los *fiords*, á las marismas, á las mujeres robustas y albinas, de ojos claros y aniñados. Y en la sección inglesa se le impondrá desde luego la seriedad, el *confort*, la solidez, algo del mismo *kant* ó disimulación británicos, el interés por los niños, el culto á los deportes como secreto de la fortaleza nacional.

Esta diversificación de países, artes y escuelas que ofrecen una nota común inconfundible, obtiénese á pesar de la más completa incoherencia de los asuntos. Es algo superior á la voluntad de los artistas mismos, algo irreductible y no sospechado que habla en ellos y persiste á través de todas las deformaciones de la educación, de la imitación extranjera y de la influencia exótica. El arte tiende al cosmopolitismo por un lado; pero de otro viene en seguida la compensación que lo sujeta á la nacionalidad y lo hace territorial y concreto á pesar suyo.

***

De este modo la V Exposición Internacional de Arte, á juicio del público como á juicio de los competentes, más que una exhibición de la cual haya surgido la personalidad nueva de un gran autor, ó haya revelado la aparición de una escuela joven, tiene el interés de ser una exposición resumen del actual momento artístico en el mundo. Momento de transición, de vacilaciones, de tanteos, incluso de violencias que conduzcan á la suspirada novedad. Esa es la musa, esa la secreta ambición de los artistas. Y sin embargo, ¡cuántas veces desprecia el artista lo mejor de sí mismo, creyéndolo trivial, para irse tras de las complicaciones difíciles, rebuscadas y atormentadas en que su originalidad acaba por estrellarse! ¡Cuántas veces debe ser recordado Emerson que nos habla de aquellas ideas elementales y simples que algún día repudiamos nosotros por creerlas inconsistentes y sin valor, y que vuelven después á nuestras manos acuñadas y troqueladas por el genio!

No es esta una mera cuestión de palabras: con harta frecuencia se confunde lo nuevo con lo insólito, lo original con lo excéntrico ó que se empeña en ir corriente arriba. Demasiado conocido es el tormento de los que se empeñan en crear cosas nunca vistas, entregándose á ejercicios de dislocación violenta, á espasmos epilépticos y á convulsiones que fijan la atención de una manera dolorosa y por piedad. No basta el testimonio de la historia del arte á probar que se ha salvado, precisamente, aquello que nació con mayor espontaneidad y menos afectación; que la novedad rebuscada, aparente y por receta ha sido cosa vieja dentro de poco, y que la simplicidad y sobriedad de elementos son atributos inseparables de lo genial. Enfrente de estas manifestaciones extremas que van en busca de lo futuro ó de lo imposible, se instala también todo lo estacionario y de rutina, todo lo inexpresivo y trivial, todo lo pasado de moda y se cae de pura vejez.

***

Evidentemente la producción es excesiva. Para que se abra la flor de un talento personal, para que destaque una figura briosa, se necesita toda una legión de nombres obscuros, de malogrados, de *ratés*. De cada centenar, se forma una reputación legítima; de cada mil, una verdadera celebridad. La fama y el provecho de los elegidos medra sobre un pedestal de vidas humanas y de ambiciones insatisfechas. Todos los temas, asuntos, direcciones y tendencias envejecen pronto, se agotan, estancan y reducen. A la pureza del arte se mezclan las impurezas de la competencia y del industrialismo; á los anhelos y torturas de la creación, las estrecheces de la miseria. El hombre que ha probado alguna vez el néctar venenoso de la tentación artística queda para siempre desdichado, para siempre inútil, para siempre melancólico, si la realidad le obliga á sumarse á la vida común, regular y prosaica de lo que en los cenáculos se llama filisteísmo y burguesía. Es demasiado grave el problema, andan en él comprometidos tantos intereses y la felicidad de tantos seres y aun de tantas familias, que no puede menos de preocupar á los pensadores esa extensión cada vez más extensa y amplia de las vocaciones artísticas. Se produce, en el aspecto económico, mucho más de lo que el mercado consume y acepta, y en el aspecto artístico mucho más de lo que aconseja la depuración del arte. Ésta se realiza de un modo fatal: lo selecto triunfa y se salva á merced de lo fracasado. Así, cuando veo á un artista glorioso, en el apogeo de su nombradía, pienso instintivamente en la falange dolorosa de los vencidos, de los olvidados y de los martirizados, á costa de cuya exclusión y vencimiento se puebla el reino triunfal de la gloria.

***

Estas son, contadas atropelladamente, mis impresiones de profano en la actual Exposición. No me propuse hacer crítica, entre otras razones menos importantes, porque me declaro sin la preparación indispensable para hacerla. El certamen actual ha tenido muy mala prensa, pero un gran éxito efectivo. Esto redundará en perjuicio del periodismo, pues el país empieza á percatarse de que no es su eficacia tan grande como la suponemos, ya que se logran á sus espaldas y aun contra sus campañas activas resultados muy brillantes. La serie de estos concursos está abierta de nuevo y es de esperar en beneficio de la cultura de Barcelona que no se cejará en un empeño tan noble como el de darle verdadera vida de capitalidad intelectual tanto como había ido conquistándola de metrópoli económica. La Exposición de ahora ha tenido la importancia innegable de haber interesado al país, considerado en toda su complejidad, demostrando que empieza á despertarse en Cataluña un verdadero é infalsificable espíritu público para todas las manifestaciones de la vida. Ha demostrado también los progresos innegables del gusto y la preparación y dominio de los artistas en cuanto á las corrientes contemporáneas de los géneros decorativos. Ha ofrecido muestras muy brillantes de lo más escogido de las escuelas españolas de pintura y escultura y ha agrupado un resumen interesantísimo de las escuelas extranjeras contemporáneas.

Todo servirá de punto de partida y de punto de comparación para la Exposición siguiente, dentro de dos años. Entonces, como suele acontecer siempre, como se habrán aplacado las pequeñas molestias, los pequeños despechos y los pequeños descontentos que toda empresa organizada por hombres provoca, este concurso de ahora quedará flotando en la memoria pública como una fecha notable y digna de recordación y como una muestra elocuente de la vitalidad de Barcelona y de su anhelo de ascender y vivir la vida de los pueblos cultos, progresivos y que esperan.

Miguel S. Oliver.

(Las fotografías referentes á la exposición que reproducimos son de A. Merletti.)

Pérez creyó que el mundo se le venía encima

EL PAN DEL POBRE

En un modesto piso tercero de una casa de la calle de la Cabeza vivía el Sr. D. Cosme Pérez, probo funcionario del Ministerio de Fomento, en el que desempeñaba el cargo de oficial segundo de Administración, con el sueldo anual de tres mil pesetas.

Para un hombre solo, parco en sus gastos y moderado en sus aficiones, aquella cantidad le permitiría vivir, si no con lujo, á lo menos con relativa holgura; pero al Sr. Pérez no le bastaba ni con mucho para atender á las múltiples atenciones de su casa, porque lejos de ser solo, era jefe de una familia bastante numerosa, constituída por su consorte, un hijo de veinte años que estudiaba leyes, cuatro hijas en expectación de marido y la criada.

Sin embargo, como la señora de Pérez era una especialidad en cuestiones de economía doméstica, capaz de hacer milagros con los cuarenta y dos duros escasos á que ascendía la asignación mensual de aquél, y como además el chiquillo aportaba al fondo común algunas pesetas, producto de la enseñanza de idiomas á que dedicaba sus ocios, y las muchachas también ganaban algo confeccionando flores de mano, la familia iba saliendo adelante, pudiendo vivir con cierta apariencia de comodidad y bienestar que causaba la envidia de muchos.

El invierno era cruel. La miseria, el frío y las enfermedades propias de la estación habíanse cebado con saña brutal en las clases proletarias, y con tal motivo los asilos benéficos y los hospitales hallábanse repletos de hambrientos y de enfermos. Unase á tantas calamidades la inverosímil carestía que alcanzaban los artículos de primera necesidad, y se tendrá una idea de la situación de la corte de España en lo más crudo de aquel invierno.

Las medidas adoptadas por el gobierno, con ser muchas y muy enérgicas, no bastaron á conjurar el conflicto en toda su intensidad; y entonces la prensa de más circulación inició subscripciones para socorrer á los menesterosos, á las que el público respondió con su proverbial largueza, organizando además infinitos festejos para que todos, pobres y ricos, contribuyesen al mismo fin.

En cada distrito se organizó una junta de socorros, que bajo la denominación de *El pan del pobre*, y presidida por el teniente de alcalde, se dedicaba á visitar á las personas más pudientes para arbitrar recursos destinados á tan plausible objeto.

En casa de Pérez, como en casi todas las demás, también se dejaba sentir de un modo harto sensible el estado general de la población; y para que la penuria fuese mayor, al chico se le habían acabado las lecciones, y las muchachas sin tener quien las encargase ni una mala rosa falsificada.

Era el 20 de enero, de ese mes terrible que para los empleados públicos consta de cuarenta días largos de talle. En casa de Pérez no quedaba, como es consiguiente, ni el más leve residuo de la última peseta de la mensualidad de diciembre. La familia, pues, redujo sus gastos hasta lo inconcebible, quedando por virtud de esta resolución suprimido todo aquello que pudiera ser reputado de superfluo. No había que pensar, por lo tanto, en teatros, en cafés, en paseos, ni en diversión alguna, pues todo lo que pudiera costar dinero era fruta prohibida para aquella familia, mientras no variasen las circunstancias, ó cuando menos se normalizase la situación económica. Pero ni aun apelando á tales extremos lograban salir de apuros, y eso que ya la criada había llevado á pignorar las alhajitas que conservaban y algunas prendas de vestir cuyo uso no era de la mayor precisión.

Una mañana de aquel mismo mes, y cuando la carencia de dinero era mayor, pues ya no les quedaba objeto alguno de valor que reducir á numerario, se presentó en casa de Pérez un caballero que ostentaba insignias de autoridad, seguido de otros varios, vestidos todos con admirable corrección. El primero era el teniente de alcalde del distrito, un antiguo tahonero que, vendiendo panecillos faltos de peso, había conseguido que sus conciudadanos le eligiesen concejal. Una vez en presencia de Pérez, que los recibió en su despacho, el tahonero tomó la palabra y dijo:

—Soy el teniente alcalde del distrito, y estos señores que me acompañan, los que bajo mi digna presidencia constituyen la junta de socorros de *El pan del pobre*.

—Muy señores míos, contestó el dueño de la casa; pero ante todo sírvanse ustedes tomar asiento y decirme en qué puedo complacerles.

Todos obedecieron la invitación de Pérez, excepto el alcalde, que adoptando una actitud verdaderamente teatral, continuó de este modo:

—Sr. D. Cosme Pérez. Muy señor mío: conociendo sus nunca desmentidos sentimientos de bondad, de generosidad, de caballerosidad, de magnanimidad, de... de... ¡Ah, Sr. Pérez! La gravedad de las circunstancias nos impone la obligación de acudir en socorro de los desgraciados, de... de... ¡Porque hay gentes que no tienen qué comer! ¡Porque hay infelices que no tienen dónde dormir!.. ¡Ah!.. Por eso nos hemos tomado la molestia de venir á ver á usted, á usted, cuya desahogada posición es bien conocida en el distrito de mi digna jurisdicción, contando de antemano con que usted se subscribirá por la cantidad que estime más conveniente para contribuir al socorro de las clases pobres y proletarias.

Pérez creyó que el mundo se le venía encima, porque la verdad es que los señores de la junta no pudieron elegir ocasión más propicia para darle el sablazo, siquiera fuese con tan loables fines; pero como no era cosa de buscar una tangente por donde escapar, por ser de todo punto imposible eludir el compromiso, haciendo de héroe por fuerza, contestó resueltamente:

—Señor alcalde, tengo el gusto de participarle que considero este momento uno de los más felices de mi vida al poder contribuir á remediar las desgracias de mis semejantes. Ha hecho muy bien S. S. en acudir á mí, en la seguridad de no quedar desairado.

Y luego, lanzando un suspiro muy hondo, añadió:

—Me subscribo por la cantidad de cincuenta pesetas.

—¡Ah, Sr. Pérez!, exclamó el alcalde abrazándole. ¡Gracias! Gracias en nombre de los desgraciados y de mi señoría. Los pobres del distrito nunca olvidarán el señalado favor que usted les hace.

Cuando Pérez refirió á su esposa lo ocurrido, ambos quedaron mirándose frente á frente, y sin decirse nada, se dijeron muchísimas cosas.

—¿Y de dónde vamos á sacar esas cincuenta pesetas?, preguntó ella.

—No lo sé, respondió Pérez; pero es preciso buscarlas, aunque sea en el centro de la tierra.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Pedírselas á alguno.

—¡Eso, jamás! Porque si voy á un amigo con esa comisión, mañana lo saben cinco; pasado, diez; al otro, veinte, y antes de un mes no hay en Madrid quien ignore que yo he dado un sablazo de diez duros.

—Tienes razón; pero es preciso resolver.

—Pues mira: á grandes males, grandes remedios: que suba un mozo de cuerda y que ahora mismo lleve á empeñar los colchones de nuestra cama.

—¡Eh!.., exclamó la señora dando un respingo. ¡Llevar los colchones!

—No queda más recurso.

Así se hizo, y aquella misma tarde quedó en poder del cajero de la junta la cantidad por que Pérez se subscribiera. Al día siguiente los diarios de más circulación publicaron esta noticia:

«El digno empleado del Ministerio de Fomento D. Cosme Pérez ha contribuído á la subscripción del distrito de... con la cantidad de cincuenta pesetas. Gracias á la esplendidez de los particulares que, como el Sr. Pérez acuden solícitos á las demandas de la caridad, los pobres de aquel distrito tendrán alimentos y lecho donde descansar.»

Lo que no dijo la prensa fué que desde aquella noche Pérez y su señora duermen sobre un duro y modesto jergón de paja de maíz...

MANUEL SORIANO.

(Dibujo de Opisso.)

LOS NUEVOS FRESCOS

DEL PALACIO DE LOS PAPAS DE AVIÑÓN

La obra de la restauración del palacio de los Papas, profanado desde hace un siglo por el espíritu de utilitarismo que había convertido aquel histórico edificio en cuartel y cárcel, fué comenzada á principios del presente año, y las obras han sido realizadas con tanta actividad, que las principales salas quedarán en breve reconstituídas y dispuestas á que en ellas se instalen las grandiosas exposiciones organizadas para esta primavera por la ciudad de Aviñón.

Tarea demasiado larga sería describir el palacio de los Papas, aunque no fuese más que la parte conocida con el nombre de Consistorio, que es en donde se efectúan los trabajos últimamente emprendidos, que descubrirán á la admiración de los visitantes varias inmensas capillas góticas sobrepuestas, de más de 52 metros de longitud por una altura total de 36 metros aproximadamente.

Ocioso sería además hablar de los frescos antiguos, es decir, de aquellos que no han sido nunca cubiertos por el revoque y que se han conservado al través de los cambios por que ha pasado el edificio en un período de más de quinientos años, no sin haber sufrido bastantes deterioros, algunos de ellos verdaderamente criminales. Esos frescos son bien conocidos y han sido debidamente apreciados y elogiados cual se merecen, muy especialmente en estos últimos tiempos. Dichas pinturas son obra, como es sabido, de Simón Memmi, de Siena, y de Mateo Giovannetti, de Viterbo, y de sus parientes ó discípulos, Donato y Lippo, entre otros, y forman cuatro grupos, á saber: oratorio de San Juan, oratorio de San Marcial, bóveda de la capilla baja del Consistorio y pórtico romano de la metrópoli de los Doms. Nada he de añadir á lo mucho que se ha dicho sobre su belleza extraordinaria, que había inducido en un principio á atribuirlos al famoso Giotto, y sobre los asuntos religiosos en esos frescos representados. Indudablemente tales pinturas pertenecen al siglo XIV y por consiguiente se remontan á la época de la construcción del palacio.

Los frescos nuevos, es decir, los que vuelven á ver la luz del día después de haber permanecido durante mucho tiempo ocultados por un revoque injurioso, que, sin embargo, ha tenido la ventaja de protegerlos contra los ataques de los sucesivos ocupantes del monumento, son, por lo menos los que hasta ahora se han descubierto, menos notables que los otros, así desde el punto de vista de la pureza de ejecución, como bajo el concepto de la grandiosidad de inspiración.

En la capilla alta del citado Consistorio se han encontrado algunos blasones de legados, y en las salas pequeñas, situadas cerca de la llamada cámara de Clemente VI, se han puesto al descubierto varias ornamentaciones de dibujos geométricos ó de fantasías y algunas series de animales fabulosos ó reales. Todas esas obras son seguramente trabajos, no de verdaderos artistas, sino más bien de artesanos, tales como los Boyet, Perot y Englés, de quienes se sabe que el papa les hacía trabajar pagándoles á razón de dos sueldos diarios. El único descubrimiento realmente interesante es el que se ha hecho en la cámara de Clemente VI. No hace mucho tiempo, M. Gigou, alcalde de Aviñón, durante una visita al palacio, en la que acompañaba al genial poeta Federico Mistral y en la que también yo estaba presente, observó que en un sitio en que la capa de yeso se había desconchado, aparecía un fondo de color agrisado y con rayas encarnadas, lo que le hizo sospechar que debajo del revoque se ocultaban allí algunos frescos. En otros sitios de las paredes vimos otras desconchaduras parecidas que confirmaron las sospechas de M. Gigou, y habiéndose efectuado algunas raspaduras, el resultado fué por demás satisfactorio.

Realizados los trabajos oportunos, en pocos días aparecieron varios frescos en los que se representan escenas campestres, escenas de caza por medio de halcones, de perros y de hurones; pescadores que pescan á orillas de una corriente abundante en peces y en la que nada el obligado cisne; niños que se entretienen cogiendo fruta, otros niños que se bañan, etcétera.

Esas son las primeras pinturas de asuntos profanos que se han encontrado en el palacio de los Papas; conste, sin embargo, que son de lo más inocente y casto que imaginarse pueda. El único reproche que cabe hacer á tales frescos es la desproporción extraña que se nota en la composición; en efecto, vense en ellos personajes de gran tamaño al lado de otros muy pequeños, y un perro monstruoso, inverosímil, en medio de otros de dibujo correcto y movimiento elegante. El cisne es horriblemente exagerado, en cambio los conejos son graciosos, naturales, perfectos. En presencia de esa incoherencia, el espectador quédase perplejo. Las caras y las manos de los personajes son de una belleza extraordinaria.

Todas esas obras no pertenecen ya á la escuela italiana de Memmi y de Giovannetti. Refiriéndonos á un documento, acerca del cual se hace una indicación en el Museo Calvet, de Aviñón, más bien son de una escuela francesa del siglo XIV, cuyos maestros fueron Robin, de Romans, y Simonet, de Lyón. ¿Ejecutaron éstos solamente una parte de las pinturas? ¿Hubo más tarde torpes retoques? Difícil es contestar á estas preguntas; lo único positivo es que en el siglo XVII sobre aquellos frescos se aplicó un revoque por mandato de un legado, deseoso de arreglar la estancia á la moda del día, poniendo en ella tapices y... una chimenea de yeso que lleva la fecha de su construcción. El techo de madera y pintado ha permanecido intacto. Además, no lejos de aquella misma estancia hay una salita en donde se ha puesto al descubierto una fea pintura del siglo XVII.

Estos son todos los descubrimientos hasta ahora realizados en el palacio de los Papas. Los documentos indican como pinturas *bellísimas*, un *Juicio final* y una *Crucifixión* de Mateo Giovanetti que debieron existir en la capilla baja del Consistorio; pero desgraciadamente esas pinturas no han parecido.

En el sitio indicado, la pared muestra algunas manchas azules ó rojizas, que es todo lo que queda de aquellas dos obras maestras. La desaparición de éstas se explica porque antes de que el palacio fuese cuartel y cárcel, es decir, durante el período de la Revolución y del Primer Imperio, el edificio sirvió de almacén, de posada ¡qué sé yo de cuantas cosas más! Y aun llegó á servir de cantera de donde se sacaron piedras para construcciones.

Y no han sido éstas las únicas injurias cometidas por los hombres en aquel edificio; la capilla baja del Consistorio fué utilizada como depósito de forrajes, con lo que, á consecuencia de la humedad y de la fermentación de los henos, quedaron destruídos los frescos que en otro tiempo eran reputados como los más bellos del palacio de los Papas.

Es posible que si se continúan las investigaciones comenzadas se descubran otros, pero el hallazgo de nuevas pinturas no bastará seguramente á compensar la pérdida de las joyas desaparecidas.

Afortunadamente ni el tiempo ni los hombres han logrado destruir el palacio, ese coloso de piedra, hablando del cual decía ya Froissart que era la más bella y más fuerte casa de Francia, y que inspiró á Montalembert la siguiente frase: «No cabe imaginar un conjunto más bello en su sencillez, más grandioso en su concepción.»

Alejo Mouzin.

(De *La Nature.*)

BARCELONA.—V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

Inspiración, grupo escultórico de Miguel Oslé

Hondamente sentida es la obra de Miguel Oslé, que entraña el doble concepto del afán que sustenta el modesto obrero, buscando ansioso el ideal en que se inspiran sus creaciones, y la resignación de su compañera, que espera y confía. La nueva producción del inteligente escultor recomiéndase por su fácil y amplia ejecución, representando un cuadro social que sugestiona por la intensidad del sentimiento.

Sección italiana.—Sala decorada por el Sr. Vilomara; en ella hay cuadros de Joris, Bezzi, Sertorio, Selvatico, Agazzi, Mentesi, Tito, Mariani, Dall'Oca Bianca y otros

Sección italiana.—Sala decorada por el Sr. Vilomara; en ella hay cuadros de Selvatico, Novellini, Ciardi, Vizzotto, Rossini, Vittore, Mariani, Cavaleri y otros

PARIS

MONUMENTO Á TRARIEUX

El día 12 de los corrientes, el presidente de la República francesa inauguró el monumento erigido por subscripción pública á la memoria de Ludovico Trarieux, el fundador de la Liga de los Derechos del Hombre.

El monumento se alza en uno de los *squares* de la plaza Denfert-Rochereau, es obra de Juan Boucher, y por la nobleza de concepción, por la amplitud de líneas y por la seguridad de su modelado, es indudablemente uno de los más notables del arte contemporáneo. A los dos lados de una alta estela coronada por el busto de Trarieux, hay, á la derecha, una matrona, en actitud pensativa y cubierta por holgada túnica, que simboliza el Derecho impasible, y á la izquierda un robusto herrero que representa la fuerza popular y que por el vigor de su construcción es un fragmento escultórico admirable. Delante de la estela, en la que está grabado el texto de la Declaración de los Derechos del hombre, una mujer y una niña, en ademán de rendir homenaje á Trarieux, significan el sufrimiento humano.

Al acto de la inauguración asistieron, además de M. Fallieres, á quien acompañaban su esposa y sus hijos, los presidentes del Consejo de Ministros, del Senado y de la Cámara, varios ministros, diputados, senadores, catedráticos, académicos y otras muchas personalidades ilustres.

Los discursos que se pronunciaron enalteciendo la obra de Trarieux fueron muy aplaudidos.—R.

París. – Inauguración del monumento erigido á la memoria de Ludovico Trarieux, fundador de la Liga de los Derechos del Hombre. El monumento es obra de Juan Boucher. (De fotografía de Philippe Hutin.)

BARCELONA

FESTIVAL EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES

El palacio en donde se celebra actualmente la V Exposición Internacional de Arte, ofrecía, en la tarde del domingo 19 del actual, un aspecto imponente. El inmenso salón central, la galería, las salas, todas las dependencias de aquel grandioso edificio hallábanse atestadas de una multitud que no bajaría de 20.000 almas y que había acudido atraída por el interesante festival anunciado. Tomaron parte en éste el *Orfeó Catalá*, la sociedad coral El Eco de Cataluña, la Escuela municipal de Música y la banda municipal, formando una masa de 600 ejecutantes, bajo la dirección del maestro D. Antonio Nicolau.

Componían el programa la imponderable escena de la Consagración del Graal de la ópera *Parsifal*, de Wagner, y el himno de Grieg *La patria nueva*, que fueron perfectamente ejecutados por todos los coros y orquesta; una grandiosa marcha del maestro Sadurní, director de la banda municipal, que ésta tocó admirablemente; la preciosa canción del maestro Nicolau *La Mare de Deu*, y el hermosísimo Credo de la misa del papa Marcelo, de Palestrina, que cantó de un modo magistral el *Orfeó Catalá*, dirigido por el maestro Millet. Todas estas piezas fueron aplaudidas con gran entusiasmo.—M.

Barcelona. – Festival celebrado el día 19 de los corrientes en el Palacio de Bellas Artes, en donde está instalada la V Exposición Internacional de Arte. (De fotografía de A. Merletti.)

LA ESTATUA DE UNA SACERDOTISA GRIEGA, ADQUIRIDA POR EL GOBIERNO ITALIANO POR 500.000 FRANCOS.

La Comisión central de Antiguedades y Bellas Artes de Italia ha acordado recientemente la adquisición por 500.000 francos de la magnífica estatua griega que se conserva en Anzio, en la *villa* de los Aldobrandini, príncipes de Sarsina.

Esa maravillosa escultura, después de haber permanecido sepultada durante muchos siglos, vió nuevamente la luz del día en 1878, á consecuencia del derrumbamiento producido por una marea extraordinaria que destruyó la muralla en donde estaban las ruinas de la *villa* de Nerón.

La estatua, bien conocida de los arqueólogos gracias á las publicaciones de Brunn, Bruckmann, Klein y Altmann, era casi desconocida para el público, y aun los mismos especialistas tienen acerca de ella muy escasos conocimientos, puesto que no han podido aún determinar de una manera exacta ni lo que representa ni el nombre del artista que la modeló.

Es indudable que se trata de una joven sacerdotisa envuelta en el *kiton* y que lleva en su mano derecha (el brazo izquierdo falta) un ancho disco, en el que se ven los vestigios de una corona de olivo y de un cofrecillo sostenido por pequeñas garfas. Estos accesorios son los de una sacerdotisa, pero ¿de qué culto?

La belleza de ese cuerpo de joven que se marca bajo los pliegues del *kiton,* no puede ser comparada sino con la de la Venus de Milo existente en el Museo del Louvre. Esa «sacerdotisa» es también una obra original del siglo II ó del III antes de Jesucristo, es decir, del período de pleno florecimiento del arte griego.

Klein supone que es obra de Lisipo, el escultor de Alejandro.

La estatua será en breve transportada á Roma y será instalada en el Museo de las Termas.

CARLOS ABENIACAR.

ESTATUA DE UNA SACERDOTISA GRIEGA, COMPRADA POR EL GOBIERNO ITALIANO POR 500.000 FRANCOS
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

ROMA

EL ÚLTIMO CONSISTORIO PONTIFICIO

El día 17 de abril último celebróse en la forma solemne acostumbrada, en la sala de las beatificaciones del Vaticano, el consistorio público para las ceremonias de la *aperitio oris,* de la imposición del capelo y la entrega del anillo á los siete nuevos cardenales nombrados por S. S. el papa Pío X en el consistorio secreto efectuado dos días antes, y que son: monseñor Arístides Cavallari; el arzobispo de Burgos D. Gregorio M.ª Aguirre y García; monseñor Arístides Rinaldini, arzobispo titular de Heraclea y actualmente nuncio de Su Santidad en Madrid; monseñor Benedito Lorenzelli, arzobispo de Lucca; monseñor Pedro Maffi, arzobispo de Pisa, y monseñor Alejandro Lualdi, arzobispo de Palermo.

Todos los nuevos purpurados asistieron al consistorio, excepción hecha del arzobispo de Burgos y de monseñor Rinaldini, á quienes les ha sido impuesto el capelo en Madrid por enviados especiales del Papa.

D. Gregorio M.ª Aguirre nació en la provincia de León en 1835, comenzó sus estudios en el seminario leonés, entró en la orden de San Francisco, de la que ha sido profesor y superior, en 1885 fué nombrado obispo de Lugo y poco después penitenciario de San Juan de Letrán. En 12 de mayo de 1894 pasó á ocupar la sede arzobispal de Burgos, y en 1896 se le confió la administración de la diócesis de Calahorra, celebrando en ambas el Concilio provincial y el Sínodo. A él se debe la fundación del seminario de San José, y por su iniciativa celebróse hace poco el Congreso nacional católico, que tanta importancia tuvo. Es uno de los prelados españoles más eminentes por su celo religioso, por su saber y por sus virtudes.

Monseñor Rinaldini nació en Montefalco (Umbría) en 1844, y dedicado á la carrera diplomática, ha sido sucesivamente secretario de la nunciatura de Lisboa, encargado de negocios en Bruselas, internuncio en Holanda y en Luxemburgo, subsecretario de Estado y nuncio en Bruselas y en Madrid.

ROMA. – CONSISTORIO PONTIFICIO CELEBRADO EL DÍA 17 DE ABRIL ÚLTIMO EN LA SALA DE LAS BEATIFICACIONES DEL VATICANO
Ceremonia de la imposición del capelo á los nuevos cardenales. (De fotografía de C. Felice, remitida por Carlos Abeniacar.)

Madrid.—Nacimiento del príncipe de Asturias. El elemento oficial esperando la noticia del nacimiento en uno de los salones del palacio real

(Dibujo de Frank Dadd, según un croquis del natural de D. Macpherson.)

Así que se consideró inminente el fausto suceso, fueron avisados todos los elementos oficiales que habían de presenciar la presentación del heredero del trono de España. Todos, de gran uniforme, acudieron á palacio, y en los salones contiguos á las habitaciones de S. M. la reina D.ª Victoria esperaron que se anunciara el nacimiento y á que les fuera presentado el recién nacido por S. M. el rey D. Alfonso XIII

Madrid.—Nacimiento del príncipe heredero. (De fotografía.)

A la una y diez minutos del día 10 del actual, S. M. el rey D. Alfonso XIII hizo la presentación del recién nacido príncipe al gobierno, cuerpo diplomático, capitanes generales, grandes de España, etc.

NACIMIENTO Y BAUTIZO DEL HEREDERO

DE LA CORONA DE ESPAÑA

A las doce y cuarenta minutos del día 10 de los corrientes, una salva de 21 cañonazos anunció al pueblo de Madrid el nacimiento del príncipe de Asturias.

Previamente avisados, los elementos oficiales y palaciegos acudieron al palacio real, en cuyos salones se congregaron el gobierno en pleno, el obispo de Madrid-Alcalá, representantes del Parlamento, del Consejo de Estado, del Tribunal Supremo de las cuatro órdenes militares, del ejército, del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial, de la orden del Toisón, de la nobleza, del Tribunal de la Rota, de las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica, de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza, del cuerpo diplomático, la comisión del Principado de Asturias y otros altos personajes.

A las doce y cincuenta minutos, S. M. el rey D. Alfonso XIII penetró en la cámara en donde se hallaban los invitados, llevando en brazos la canastilla que contenía al heredero del trono. Al llegar S. M. al sitio en donde estaba el gobierno, avanzó el presidente del Consejo Sr. Maura con el ministro de Gracia y Justicia para dar fe del sexo del recién nacido y levantar el acta de la inscripción en el Registro Civil. Terminada la ceremonia de la presentación, que duró pocos minutos, el rey regresó á las habitaciones de su augusta esposa.

El bautizo se efectuó en la mañana del 18. A las once abriéronse las puertas que dan á la galería principal del palacio, que en seguida se llenaron de un público distinguidísimo, y una hora después apareció la regia comitiva, que se dirigió á la capilla en el orden siguiente: dos jefes de oficio, diez gentiles hombres de casa y boca, dos maceros, diez mayordomos de semana, dos maceros, dos reyes de armas, diez grandes de España cubiertos, dos reyes de armas, gentiles hombres de cámara con las insignias del bautismo, cardenales, los infantes D. Alfonso de Borbón, D. Alfonso de Orleáns, D. Carlos de Borbón, la condesa viuda de los Llanos, que llevaba en brazos al príncipe de Asturias, los padrinos, S. M. la reina doña María Cristina y el nuncio de S. S. monseñor Rinaldini, en representación del papa; el duque de Connaugh, el príncipe de Hohenzollern, el duque de Oporto y el archiduque Eugenio, representantes respectivamente del rey de Inglaterra, del emperador de Alemania, del rey de Portugal y del emperador de Austria; S. M. el rey D. Alfonso XIII, S. A. la infanta D.ª Isabel, la princesa Beatriz, S. A. la infanta D.ª Eulalia, los príncipes Reniero y Felipe, los jefes y la alta servidumbre de palacio, el comandante general de alabarderos, el séquito de los príncipes, el cuarto militar, el segundo comandante de alabarderos, oficiales mayores y jefes de la escolta real.

El príncipe de Asturias en su cuna. (De fotografía.)

Penetró la regia comitiva en la capilla, y una vez colocados en sus respectivos sitios los invitados, comenzó la ceremonia. Adelantáronse hacia la pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán S. M. la reina D.ª María Cristina, con su ahijado en brazos; monseñor Rinaldini, como padrino en representación de S. S.; S. M. el rey D. Alfonso XIII; los infantes y los príncipes extranjeros, que actuaban de testigos, y el cardenal Sancha, que administró el agua del Jordán al príncipe de Asturias, á quien se impusieron los nombres siguientes: Alfonso, Cristino, Eduardo, Francisco, Guillermo, Carlos, Enrique, Eugenio, Fernando, Antonio y Venancio.

Después del bautizo, se impusieron al príncipe el Toisón de oro, el collar de Carlos III y la banda y gran cruz de Isabel la Católica, con lo que terminó la ceremonia.

En la mañana del día 23 efectuóse en palacio el acto de imponer al príncipe de Asturias la cruz de la Victoria, y de entregarle, en señal de vasallaje, la ofrenda de la diputación del Principado, consistente en 1.000 doblas en oro. El jefe superior de palacio anunció la presencia de la comisión del Principado, cuyo presidente, D. Alejandro Pidal, leyó un discurso explicando la significación del acto que se estaba celebrando.

S. M. puso término á la recepción con un sentido discurso de gracias.—N.

Madrid.—El bautizo del príncipe de Asturias efectuado en la capilla del palacio real el día 18 de los corrientes. (De fotografía.)

¡Pobre padre mío!, murmuraba apoyando su frente...

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN

Y ahora ¡todo había concluído! Aquella iluminación de la existencia había acabado como un castillo de fuegos artificiales, después de haberla cegado con sus deslumbrantes resplandores. Aurette alzó la cabeza y volvió á abrir los ojos inundados de lágrimas para fijarlos en el obscuro paisaje en donde sólo se vislumbraban las masas más próximas; como aquel paisaje sería al presente su existencia, un duelo profundo impenetrable en el que ocultaría la ruina de su amor...

Una sola cosa sobrevivía en aquel naufragio, como sobrenada el pabellón izado en lo alto del mástil de un buque sumergido: Raúl no había sabido nunca hasta qué punto ella le amaba y ya no lo sabría.

A menudo habíase prometido á sí misma que cuando estarían solos en la cámara nupcial, le haría sentarse á su lado y se lo diría; aquella confesión preparada durante meses de adoración silenciosa, era un ensueño que había acariciado con una ternura, con una alegría singulares. Y á sí misma se había dicho que en aquella hora solemne, antes de quitarse la corona de desposada, le vertería su alma como un perfume y que él sabría todo lo que ella había sentido, pensado y amado antes de ser suya... ¡Pobre ensueño!

Con el corazón desgarrado, ebria de lágrimas, Aurette pensó en su traje de novia, cuya tela estaba allá arriba, en un cajón; aquella tela suave y suntuosa que había escogido casi con recogimiento.

—Será para forrar mi ataúd, pensó con amargura.. Me la llevaré á la tumba.

En seguida se vió en un porvenir muy lejano, vieja, cansada, muerto su padre, casada Julia, Carlos desterrado para siempre, sola, completamente sola... y la tela del traje de novia seguiría encerrada en el cajón, y el ataúd esperaría; y Aurette no sería ni joven, ni esposa, ni madre, únicamente vestigio de un tiempo que fué, ruina de una casa derrumbada..., ese ser sin razón de existir, que se llama una solterona...

—¡No es culpa mía!, exclamó irguiendo la cabeza. A pesar de todo, habré cumplido mi deber.

Levantóse con los pies vacilantes, la cabeza vacía y el corazón desgarrado, con una indecible laxitud y un vago deseo de no hacer, de no ver, de no pensar nada: sin embargo, era preciso volver á casa y tomar nuevamente la carga de la vida. Aurette se dejó caer otra vez en su asiento, con los brazos colgando, sin fuerza, sin valor, perdida la mirada en aquel horizonte sin luz...

Poco á poco el cielo se fué despejando, el viento levantó la cortina de nubes y aparecieron las estrellas, cuyos grupos familiares formaban sobre el fondo negro del firmamento figuras extrañas que millares de antepasados han contemplado antes que nosotros.

—¡Oh!, exclamó Aurette. ¡Esas estrellas!

La copa de lágrimas que creía vacía llenóse de nuevo sin que ella supiese en qué fuente misteriosa se había llenado. ¡Aquellas estrellas! ¡Las había mirado con tanta confianza y amor la última vez! ¡Nunca, nunca más podría volver á verlas sin que su alma se desgarrara!

Y lloró nuevamente, agobiada por su pena, mientras el viento rasgaba grandes jirones de nubes que huían por encima de su cabeza como gigantescos pájaros de vuelo silencioso. Después, poco á poco, una paz melancólica invadió su corazón, inundándolo de una dolorosa voluptuosidad. Esas estrellas que llenaban su alma de una amargura sin nombre, ¿sobre cuántas penas tan profundas, tan irremediables como la suya, no habrían brillado desde el comienzo de los siglos? Todos aquellos muertos, en otro tiempo conturbados por ardientes dolores, habían al fin encontrado el reposo; concluída su jornada, habíanse tendido en su lecho postrero, con la cara hacia el cielo, y se habían dormido.

—También yo, dijo Aurette, terminaré mi jornada y me dormiré. ¡Quiera Dios que sea en la paz eterna!

Sintiéndose más fuerte, se levantó y con paso más seguro emprendió el regreso al Nido. La lamparilla del cuarto de su padre brillaba débilmente por encima de los grupos de árboles.

—¡He aquí mi estrella en lo sucesivo!, pensó.

Y resignada, si no consolada, entró en la casa.

IX

Llegó al Nido una carta de Carlos, quien escribía al Sr. Leniel, en el momento de salir de Francia, exprimiendo en seis páginas de apretada letra todo lo que había sentido, más bien que pensado, sin poder expresarlo.

Sufría y sufría siempre por haber causado una aflicción á su padre y sobre todo por haberle engañado, y veía ahora todas las consecuencias de su falta, que antes no viera ni siquiera sospechara, todas menos una, la ruptura de la boda de su hermana, de la que aún no tenía noticia.

El Sr. Leniel, después de haber leído aquella carta, se la entregó á su hija lanzando un suspiro. Aurette la leyó en silencio, la volvió á doblar y la metió en el sobre. ¡Pobre Carlos! Bien castigado estaba, pero ¡qué sería cuando se enterase de lo que á su querida hermana había costado la realización prematura de sus deseos!

Por un momento dudó Aurette en decírselo; parecíale tan duro hablar de aquella pena, que hubiera preferido guardar para ella sola el doloroso secreto.

Pero la idea de que toda Angers conocería muy pronto el hecho material de la ruptura le hizo considerar su deber desde otro punto de vista. Carlos se enteraría del suceso por conducto distinto del de ella, y ¿sería justo que creyese que se trataba de un capricho de su hermana, cuando ésta era víctima de las circunstancias que él con su falta había determinado?

Después de meditar algunos días, Aurette decidió acabar de una vez con todas las preocupaciones materiales que la ligaban con lo que estimaba como su felicidad perdida. El Sr. Leniel mejoraba visiblemente y el doctor le permitía ocuparse moderadamente de sus negocios; entonces pensó su hija que la ocasión era favorable para participarle el cambio sobrevenido en su destino.

El momento era propicio; más de una vez mirando á Aurette habíase preguntado el Sr. Leniel qué haría cuando ésta no estuviera á su lado. A pesar del regreso de Julia, que debía efectuarse dentro de unos quince días, el padre comprendía cuán necesaria le era su primogénita; pero echándose en seguida en cara lo que consideraba como un pensamiento egoísta, se esforzaba por hablar de cosas indiferentes. Aurette, sin embargo, adivinaba esa violencia que le oprimía el corazón.

Un día, después del almuerzo, estaban sentados debajo de uno de los más altos y espesos árboles del parque; era un plátano gigantesco, cuidadosamente podado, que proyectaba su sombra en el suelo como un inmenso quitasol. Delante de ellos, el césped, de un verde aterciopelado, dibujaba una curva armonio-

sa, al extremo de la cual, detrás de una cortina de arbustos, se veía la casa, rodeada de glicinas. El señor Leniel, sentado en una amplia butaca, paseaba sus miradas sucesivamente por el follaje inmediato, por el cielo azul y por el delicioso paisaje que se distinguía á lo lejos por entre los grupos de árboles. Aquel sitio le agradaba; el plátano, objeto particular de sus cuidados, era muy joven todavía cuando él compró el Nido, y al abrigo de aquel quitasol de verdura, sus hijos habían aprendido á andar. De cuando en cuando, el rastrillo del jardinero desenterraba algunos restos de juguetes de metal, recuerdos de aquella infancia, ya lejana, y aquellos hallazgos hacían asomar siempre á los labios del padre de familia una sonrisa cariñosa.

El Sr. Leniel rompía lentamente la faja de su diario para leerlo, cuando Aurette, que volvía de la casa con las llaves en la mano, se inclinó sobre él y le quitó delicadamente el periódico.

—No, dijo el padre, dámelo.

—¡Pero, papá, si lo cojo para leérselo á usted!

—Ya lo sé. Dámelo, lo leeré yo mismo, pues no es bueno que me acostumbre á no poder prescindir de ti.

Aunque el calor era sofocante, Aurette sintió un estremecimiento en todo su cuerpo; había llegado el momento y era preciso pronunciar las palabras irremediables. Sentóse enfrente de su padre; cogió, para mejor disimular, su labor con sus manos heladas, que temblaban, y sin mirarle díjole lentamente:

—Papá, perdóneme si le disgusto; pero si usted me lo permite, nunca tendrá usted necesidad de prescindir de mí.

El Sr. Leniel la miró un tanto sorprendido, no mucho, sin embargo, pues desde hacía algún tiempo presentía á su alrededor cosas misteriosas.

—Querrías..., dijo titubeando, porque temía equivocarse.

—Quisiera, padre mío, quedarme para siempre á su lado, respondió Aurette clavando al azar la aguja en la labor.

—Qué, ¿no quieres casarte?

Con las dos manos apoyadas en los brazos de su butaca y algo inclinado hacia delante, el Sr. Leniel escudriñaba aquel rostro encantador cubierto de transparente palidez. Aurette dejó la labor, que ya no podía sostener, y levantándose, se situó junto á su padre, un poco atrás, á fin de que éste no pudiera verla sin volver expresamente la cabeza.

—Padre mío, dijo con su voz musical de propósito atenuada, no quiero separarme de usted. Estos días, por las angustias que he padecido, he visto que usted era para mí mucho más que todo el resto del mundo; he visto también que los demás no amaban á usted como usted merece ser amado..., y he adoptado la resolución de quedarme á su lado para siempre...

Al pronunciar esa última palabra, su voz se extinguió. No sabía mentir y aquellas frases, aunque no mentirosas en absoluto, costaban á su rectitud un esfuerzo doloroso.

—¿Quieres renunciar á tu matrimonio?, exclamó el Sr. Leniel turbado. ¿Lo has pensado bien? ¿Te has hecho cargo?..

—Padre mío, repuso la joven en voz muy baja, la conducta de la señora de Bertholón... y de su hijo... con motivo de la boda de Carlos me ha ofendido profundamente. En esta ocasión he visto que... ninguno de los dos era lo que yo creía y he comprendido que sería desgraciada por toda la vida...

Su corazón rebosaba de dolor, las lágrimas se desbordaban por sus ojos y apoyó la frente en las manos cruzadas sobre el brazo de la butaca; pero aquel desfallecimiento fué pasajero y al instante irguió la cabeza.

—Padre mío, le prefiero á usted sobre todas las cosas; usted es el principio y el fin de mis pensamientos, y sólo habría podido abandonarle con la idea de dar á usted un hijo en vez de quitarle una hija... ¿Me permitirá usted que escriba á la señora de Bertholón diciéndole que he mudado de parecer?

El Sr. Leniel permanecía inquieto y perplejo, mirando sucesivamente el horizonte lejano y la casa, y tratando de reunir todos los elementos para una discusión sobre punto tan importante.

En el fondo comprendía que Aurette tenía razón, que Raúl no era ni habría sido jamás su hijo. Aquel muchacho le gustaba, pero su simpatía no había pasado los límites en donde empieza la efusión; y en cuanto á su madre, no era mujer á propósito para ser nunca su amiga. Esto no obstante, el argumento social conservaba toda su fuerza y á él se aferró.

—¡Deshacer una boda tan adelantada!, dijo. ¿Lo has pensado bien, Aurette? Debieras haber advertido antes esas cosas que te extrañan ahora. Después del desgraciado matrimonio de tu hermano, un rompimiento en estas condiciones aumentará la desconsideración de nuestra familia.

Aurette sintió que el corazón se le iba. ¿De modo que sería preciso luchar, defenderse obstinadamente, encontrar razonamientos, hacerlos valer, verse regañada, acaso mostrarse terca?..

No había previsto tantas complicaciones y le parecía que decir á su padre «Me quedo con usted» no había de tener más consecuencia que conquistarse un beso cariñoso, después de lo cual el silencio dejaría en completa calma la herida de su corazón. Sentíase impotente para sostener un nuevo combate.

—¡No insista usted, papá, se lo ruego!, exclamó enlazándole el cuello con los brazos. Me apesadumbra usted demasiado. Sé todo lo que usted puede decirme y yo misma me lo he dicho, á pesar de lo cual mi decisión es firme. ¡Contribuya usted por su parte á facilitarme su ejecución, se lo suplico de todas veras!

El Sr. Leniel apartó los brazos con que ella le rodeaba, y cogiendo entre las suyas las manos con que Aurette habría querido ocultarse el rostro, contemplóla con atención y le preguntó con acento de inquietud:

—¿Amas acaso á otro?

Aurette no pudo contenerse: una carcajada amarga, nerviosa, inextinguible, sacudió todo su ser, haciendo deslizarse las lágrimas sobre sus pálidas mejillas; sintió que sus nervios se estremecían y que su voluntad la abandonaba, y parecióle que si no se ponía sobre sí inmediatamente, perdería todo imperio sobre sí misma y sobre su razón...

Por esto, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se dominó, contuvo aquella carcajada, secó su rostro, y estremecida todavía, dijo al Sr. Leniel:

—¡Dispénseme, papá! ¡Pero es tan chusca esa idea de que yo pueda amar á alguien..., ó por lo menos me ha parecido á mí tan chusca! No, aseguro á usted que no es por eso.

—¿Pues por qué es?

—Porque no nos quieren, respondió Aurette con toda la energía que era capaz de manifestar su carácter dulce y delicado; porque sabiendo el disgusto que nos ocasionaba la boda de Carlos, no han encontrado una palabra de afecto que decirnos ó escribirnos; porque se han marchado sin despedirse...; en fin, porque no se preocupan poco ni mucho de nosotros.

—Está bien, dijo el Sr. Leniel poniendo una mano encima de la de su hija para hacerla callar. Tienes razón; todo cuanto acabas de decir es verdad; pero he estado enfermo y no había apreciado su conducta desde este punto de vista. Escribiré, pues, á la señora de Bertholón en el sentido que deseas...

—¡Déjeme usted que le escriba yo misma, se lo ruego, papá!, exclamó Aurette interrumpiéndole vivamente. Usted no podría desempeñar su palabra sin correr el riesgo de mortificarla, al paso que yo..., á mí me es mucho más fácil. ¿Me lo permite usted? Le enseñaré á usted mi carta antes de enviarla.

El Sr. Leniel asintió con un ademán, y al ver que Aurette se levantaba, la detuvo.

—Por última vez, hija mía; piensa en la sociedad, piensa en el porvenir, ó lo que la gente podrá decir y hasta hacer.

—Lo he pensado y estoy resuelta, respondió echando á correr.

Cuando vió que la separaban de su padre dos ó tres alamedas, se detuvo, cruzadas las manos, sin fuerzas, en un abismo de desesperación.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó. ¡Mentir, y mentir por esa causa! ¡Y sufrir de este modo sin haberlo merecido! ¿Es posible que se vea una condenada á suplicios tales? ¿Qué tormentos padecerán, pues, los que obran mal?

Encaminóse á la casa lentamente, pues sus piernas se negaban á andar; subió la escalera como agobiada bajo una carga pesada y sentóse delante de su escritorio para coger la carta que había preparado. Leyóla dos ó tres veces, cerciorándose de que todo lo decía tal como deseaba, pasóse un poco de agua por la cara y volvió al lado de su padre.

Le vió de lejos arrellanado en su butaca y mirando al cielo por entre los intersticios del follaje; tenía el aspecto de una persona feliz y descansada; tal vez, con su penetración de padre afectuoso, había presentido todo lo que Aurette no había sospechado en otro tiempo en el proceder de la señora de Bertholón y de su hijo. A medida que se acercaba veía la joven más distintamente la expresión de los ojos y del rostro del Sr. Leniel y comprendía mejor lo que por la mente de éste pasaba. Sin decirle una palabra presentóle la carta abierta, que él leyó silenciosamente:

«Distinguida señora: Mi padre acaba de atravesar una crisis que nos ha inspirado mucho cuidado por su salud presente y aun futura. En tales circunstancias, he creído que mi deber absoluto era consagrarme á él sin reserva hasta el momento en que desapareciera todo motivo de temor.

»En su consecuencia, seríame imposible cumplir el compromiso que mi padre contrajo con usted, respecto de mi matrimonio con su hijo, y ruego á usted que se sirva relevarme de mi palabra. Confío en que el móvil que me impulsa hará que usted sea indulgente conmigo y le suplico que me perdone.

»Su afectísima—*Aurette Leniel.*»

—¡Es muy fría!, dijo el Sr. Leniel devolviendo la carta á su hija.

—Aseguro á usted que no son dignos de otra cosa.

—En una palabra, reñimos con ellos y con todos sus amigos.

—Padre mío, es necesario, repuso Aurette con insistencia bajando la cabeza; no querrá usted hacerme desgraciada. Hace tiempo que esa amistad me pesa, desde la boda de mi hermano. No insista usted, pues: se lo ruego.

—Como quieras, replicó lentamente el Sr. Leniel. Creo conocer tu corazón, hija mía, y tengo confianza en ti, aunque en todo eso veo algo obscuro. Seguramente lo comprenderé más adelante...

—¿Tiene usted confianza en el doctor, papá?, preguntó Aurette repentinamente inspirada. Pues bien, pregúntele usted si tengo ó no razón; estoy segura de que le dirá que no cabe obrar de otro modo.

Su padre la miraba, confuso, no sabiendo casi qué decir; pero vió en el fondo de los ojos sinceros de su hija tanta rectitud, una confianza tan cándida, que sintió reanimársele el alma.

—Bésame, le dijo; te creo. Creo todo lo que me dices y creeré todo lo que me dirás, porque eres la verdad misma.

Aurette se cogió fuertemente á él mientras la besaba y en voz baja le dijo:

—Y ahora ya no nos separaremos nunca, nunca..

El Sr. Leniel atrajo sobre su corazón palpitante y enfermo aquella cabeza juvenil cuya boca pronunciaba un juramento de abnegación eterna, y en su debilidad, en su laxitud, la bendijo porque era tan cariñosa y tan fiel.

Por la noche, cuando el Sr. Leniel se hubo dormido, Aurette escribió á su hermano contándole toda la verdad, sin atenuar ni exagerar nada.

«Es menester—le decía—que lo sepas todo, á fin de que puedas justificarme si me acusaban de haber cometido una ligereza. Para evitar á nuestro padre la cruenta humillación que yo he sufrido, he tergiversado los hechos, he sutilizado, he mentido, y esto me ha costado más que el renunciar al porvenir que, sin embargo, había mirado con tanta alegría. No quisiera que me acusaras de crueldad y no quiero tampoco dirigirte el menor reproche; pero es preciso que conozcas toda la magnitud de mi dolor. Yo amaba á mi novio tanto como puedas tú amar á tu esposa, y ahora no puedo ni amarle ni estimarle. Mi vida es una ruina; como tal la he considerado y con entera sinceridad te digo que, á pesar de mi discernimiento, no te guardo rencor; únicamente te lo guardaría en el caso de que nuestro padre hubiese de sufrir todavía las consecuencias de ese nuevo suceso. He tomado sobre mí toda la pena y toda la responsabilidad; hacer más me es imposible, y al obrar de esta suerte, sábelo bien, he obedecido á dos razones. La primera, la más poderosa, evitar un disgusto á nuestro padre; la segunda, evitártelo á ti con relación á él: si algún día llegase á saber que mi boda se ha deshecho á causa de la tuya, jamás te lo perdonaría, al paso que ahora espero con el tiempo conseguir de él que desee volverte á ver.»

Al llegar aquí, Aurette se detuvo. ¿Sería realmente posible que algún día se encontrara la familia reunida en el Nido, que Carlos perdonado y Sidonia, cambiada, purificada por las pruebas y por los años, volvieran á formar parte del grupo familiar, en torno del padre curado, rejuvenecido por la dicha y el amor de los suyos?

¿Sería, pues, ella la única en llevar el peso de la culpa ajena?

Ante esta idea, sintióse dominada por una tristeza profunda y sin cesar creciente, y tuvo ganas de rebelarse, de gritar pidiendo justicia. Mil palabras crueles se agolpaban en sus labios; mil sentimientos tumultuosos se agitaban en su corazón, y varias veces cogió la pluma para explayarse dando suelta á las verdades severas que querían abrirse paso, á las que legítimas que la ahogaban...

Levantóse y se acercó á la ventana, que abrió de par en par. El aire de la noche, vivo y purísimo, la envolvió de pronto como entre alas, y sus malos pensamientos, cual gotitas de vapor condensadas en un mármol frío y bruñido, fueron resbalando sobre su alma y se disiparon.

—¡No!, se dijo con honda melancolía. ¿Acaso el sufrimiento de los demás dulcificaría el mío? ¿No está ya bastante castigado mi hermano?.. ¡Que no me vuelva mala! ¡Oh, no, eso no! Es cruel, es injusto

que yo sufra; pero si fuese egoísta ó mala merecería sufrir... ¡Oh, Dios mío!, exclamó inclinando la frente. ¡Haced al menos que pueda morir sin haber hecho penar, sin haber hecho padecer á nadie!

Cerró la ventana y volviendo á su escritorio, terminó la carta con tres ó cuatro frases afectuosas y la cerró. Había reñido su batalla y la había ganado.

X

En la compañía de sus dos hijas, pues Julia había regresado al Nido, el Sr. Leniel habíase restablecido mejor y más de prisa de lo que podía esperarse. Era aquel el momento, temido por Aurette y por el doctor, en que ante la proximidad del invierno la ciudad recobraba poco á poco toda su animación y en que, por consiguiente, los encuentros y las visitas no dejarían de atraer sobre la familia las preguntas y los comentarios.

El doctor había levantado en torno de su amigo una muralla tal de prohibiciones y de precauciones, que hubiera sido preciso ser muy valiente ó muy malo para saltarla. Por otra parte, la calaverada de Carlos había impresionado mucho menos á los hombres que á sus esposas, y en cuanto á la ruptura del matrimonio de Aurette no habían aquéllos visto en ella ninguna cosa extraordinaria, pues Raúl había sido siempre juzgado muy severamente por sus compañeros á causa de su indiferencia. Además, la quiebra ruidosa de un hombre por todos estimado, quiebra ocurrida en una ciudad próxima había hecho que la atención se fijara por contraste en la respetabilidad perfecta y en la seriedad de las operaciones de la casa Leniel y C.ª, y con este motivo el señor Leniel recibió muchas pruebas de estimación que le conmovieron en alto grado.

Aurette no tuvo tanta suerte. Todas las señoras á quienes inspiraba interés ó curiosidad, así las peor como las mejor intencionadas, la sometieron más de una vez á la tortura; y si bien no se atrevieron á interrogarla respecto de Sidonia, los malos recuerdos del pasado, evocados discretamente, llegaron á menudo á sus oídos con la expresión de una simpatía y de una compasión que sometieron su paciencia á muy rudas pruebas.

En cambio, sólo enhorabuenas recibió por la ruptura de su matrimonio, cayendo todas las críticas sobre Raúl Bertholón y sobre su madre, cuya tiesura no era mirada con buenos ojos. La mayor parte de los discursos enderezados á Aurette terminaban de este modo:

—En fin, hija mía, es una suerte que haya usted abierto los ojos á tiempo, porque ese pobre Sr. Bertholón es un perezoso que nunca hará nada.

La señorita Leniel escuchaba en silencio, daba las gracias con un movimiento de cabeza y mudaba de conversación; pero Julia, que la acompañaba casi siempre, observaba la fatiga y la palidez de su hermana al salir de esas visitas.

En el círculo de los Bertholón todo iba bastante bien. La madre de Raúl, satisfechísima de haber restituído la libertad á su hijo, habíase guardado de hablar mal de Aurette; al contrario, había exaltado las virtudes de aquella hija encantadora, resuelta á consagrarse á su padre para endulzar la pena que le causara la incalificable conducta de su hijo y de su hija adoptiva. Los ausentes cargaron con todo el peso de la virtuosa indignación de la excelente madre, que se mostró implacable con ellos.

La moderación con que la señora de Bertholón se ocupaba de Aurette obedecía á una causa muy seria. Lo que la había impulsado á obrar tan de prisa, á aprovechar, como se lo confesaba á sí misma, la ocasión, era una cuantiosa herencia que por casualidad había sobrevenido á una joven pariente lejana y que hacía de esa huérfana, insignificante hasta entonces, un partido brillantísimo. La dote de Aurette no podía compararse con aquélla, y la señora de Bertholón se había propuesto que su hijo fuese el feliz poseedor de aquella fortuna.

Sin embargo, Raúl seguía melancólico y no mostraba el menor empeño en recoger el fruto de las combinaciones maternales. Sus amigos se habían burlado de él en muchas ocasiones y él se había peleado más de una vez con su madre.

—Debí resistirme á su voluntad, habíale dicho sin rodeos, y desautorizar el paso dado por usted casándome con la señorita Leniel; toda mi vida me arrepentiré de haber obedecido á usted tan neciamente.

Pero los arrepentimientos eran ya inútiles. Raúl encontraba á Aurette en sociedad, adonde el Sr. Leniel llevaba á sus hijas, y á su saludo respetuoso contestaba ella con un movimiento de cabeza frío y correcto que abría entre ambos un ancho y profundo abismo. Comprendía que la joven ya no le estimaba, por más que ella no hubiese nunca pronunciado su nombre sino como el de una persona indiferente, y esa idea le atormentaba mucho más de lo que en otro tiempo hubiera podido creer. Por otra parte, aunque hubiese querido no pensar en ello, le habría sido imposible, dada la manera como Julia lo miraba.

Qué, ¿no quieres casarte?

Julia había sido presentada en sociedad por su padre, á pesar de que apenas contaba diez y siete años; el Sr. Leniel había opinado que, después de los acontecimientos desagradables del verano último, no podía hacer cosa mejor que salir mucho mostrándose indiferente á todo lo que la gente pudiera decir. Y además pensaba que no serían inútiles sus esfuerzos para apartar á su segunda hija de una vocación que le había alarmado y afligido tanto.

Desde muy joven había manifestado Julia un deseo ardiente de dedicarse al cuidado de los enfermos, y una sobreexcitación excesiva de sus sentimientos religiosos habíale después inspirado la idea de hacerse monja, idea á la que, á pesar ó tal vez á causa de la oposición de los suyos, se había aferrado con bastante firmeza para llegar á inspirarles no poco cuidado.

Desde la desdichada aventura que había alejado á su hermano del paterno lugar, Julia no había hecho la menor alusión á su porvenir, y al saber que su padre quería hacerle compartir con su hermana las mundanas distracciones, no había opuesto el menor reparo, á pesar de que ni Aurette ni el Sr. Leniel se habían atrevido á interrogarla sobre este particular. Julia les seguía dócilmente y parecía complacerse en lo que en torno de ella pasaba.

Una noche, los Leniel comían, en unión de otras muchas y distinguidas personalidades, en casa del doctor Rozel, que celebraba una fiesta de familia. El médico, que había enviudado muy joven, se había juntado, para que le llevara la casa, con una hermana viuda, entrada en años y sin fortuna, cuyo hijo, á quien había dado educación y carrera, había terminado en aquellos días su internado en uno de los hospitales de París. El muchacho, llamado á Angers por su tío, tenía á éste lo bastante satisfecho para que pensara en cederle su clientela.

—¿Por qué no ha de ser profesor de nuestra facultad?, decía aquel hombre excelente. Mejor es esto que quedarse en París perdido entre el vulgo.

Para celebrar la llegada de ese nuevo doctor había el Sr. Rozel reunido á sus amigos y con este motivo pudo cerciorarse de que Armando Deblay por su figura y su aire franco y noble habíase conquistado las simpatías de todos. El bueno del médico, observando de pronto que los violáceos ojos de Julia se fijaban en él con cierta insistencia, fué á sentarse á su lado, lo más cómodamente posible, según su costumbre.

—¡Algo quieres de mí! le dijo, asegurándose de que su conversación no sería interrumpida, á pesar de que estaba al alcance de las voces de todo el mundo.

—¡Muchas cosas quiero de usted! Pero desde que tiene usted á su sobrino no se cuida usted de nadie.

—Estás en un error, repuso el señor Rozel con mucha calma. Por otra parte, ¿qué te falta? Vamos á ser dos médicos en vez de uno para ocuparnos de los mismos enfermos...

Julia le dirigió una sonrisa burlona, en la que él adivinó una colección completa de dardos mordaces.

—Sí, continuó, ya sé que Moliere te ha dejado todavía algunos chistes para que nos obsequies con ellos. ¿Quisieras tal vez hacerte médica tú también?

—¡No sería una tontería tan grande!, replicó. Pero tiempo nos queda para ocuparnos de tales asuntos; no es de eso de lo que quería hablar á usted.

—Ya veo de qué se trata, repuso el doctor maliciosamente, porque se acordaba de que pocos meses antes los cumplidos tenían el don de ponerla de mal humor. ¿Quieres que te exprese mi opinión sobre tu linda persona? Pues bien, hija mía, llevas un traje encantador y no me negarás que soy voto en la materia.

Julia le lanzó una mirada recta y seca como un bofetón y respondió:

—Sí, es cierto; mi traje es muy bonito. ¿Va usted á decir que me sienta muy bien? Bueno, pues me alegro mucho.

—A lo menos eres clara, dijo riendo el doctor.

—No me gustan las cosas turbias, replicó sentenciosamente la joven.

—Ya lo voy viendo. Siendo así, consentirás tal vez en ahorrarme los preámbulos y en contestar directamente á una pregunta que quiero hacerte.

—Diga usted, de todos modos eso será lo mejor.

—Perfectamente. ¿Perseveras en tu propósito de hacerte monja?

El rostro de Julia se obscureció, por lo que el Sr. Rozel creyó haberla mortificado; pero la joven alzó casi inmediatamente los ojos y mirándole de frente le dijo:

—No, han sucedido cosas que me lo impiden.

Y viendo que el doctor esperaba, añadió bajando la voz:

—He reflexionado; los míos sufren y aún sufrirán más; mi padre no necesita de mí, pues le basta Aurette, pero...

—Aurette se casará.

—No quiero decir esto, Aurette no se casará...

—¡Oh, sí! Más adelante...

—No conoce usted á mi hermana, repuso Julia con el aplomo de la juventud, que es tan gracioso cuando no es impertinente. Aurette no se casará, puede usted estar seguro de ello.

—Pues entonces, bien puedes irte al convento, replicó el doctor, que comenzaba á divertirse con aquella conversación.

—No, no es mi padre quien necesita de mí; es mi hermana.

—¡Ah!, exclamó el Sr. Rozel dejando de reir.

—Si Aurette se queda sola con mi padre, la violencia que tendrá que imponerse á sí misma la mataría.

—¿La violencia?

—Por más que sea usted doctor, no lo ve usted todo. ¿Ha tomado usted el pulso á mi hermana desde... desde..., en fin, ya sabe usted desde cuándo? ¿No? Pues bien, no la conoce usted.

(Se continuará.)

PESQUERÍAS DE ARENQUES EN LAS COSTAS DE INGLATERRA

(Fotografías de Wrighton.)

A unas ochenta millas inglesas al Este de Yarmouth, está situado el banco de arena de Smith's Knoll, objetivo de las grandes expediciones que para la pesca del arenque pueblan, á partir del mes de agosto, las costas inglesas y procuran evitar las redes de los infatigables pescadores escoceses que van en su seguimiento. En los últimos días de octubre, en cuanto la noche tiende su velo, el mar, en un radio de muchas millas alrededor de Smith's Knoll, presenta una superficie fosforescente; es que allí celebran los arenques sus bodas, preludio de su muerte. En efecto, los peces sucumben en las redes de los barcos pesqueros para ser luego vendidos en el mercado con el nombre de «arenques de San Martín,» porque este es el día en que principalmente se capturan.

Bote escocés para la pesca de arenques

Yarmouth y Lowestoft son no solamente los puntos principales para la pesca del arenque, sino también sus mercados más importantes. Durante los meses de agosto, septiembre y octubre, toda la vida de ambas ciudades se concentra, por decirlo así, en ese negocio, y desde las primeras horas de la mañana hasta la noche circulan continuamente por las calles grupos de hombres, mujeres y niños que llevan largas cuerdas con arenques ensartados.

Animan aquellos puertos infinidad de barcos pescadores, entre los cuales se distinguen por lo típicas las lanchas escocesas. El de Yarmouth, antes de reducidas proporciones, ha sido considerablemente agrandado por la Compañía del Ferrocarril del Este, pudiendo contener la parte nueva más de mil embarcaciones pesqueras.

La tripulación de las barcas inglesas se compone en su mayor parte de gente de las aldeas vecinas, que logran durante la temporada de pesca buenas ganancias. Los resultados de la pesca se dividen para cada embarcación en diez y seis partes, de las cuales nueve son generalmente para el propietario de la lancha, una y media ó dos para el patrón, una y media ó una y tres cuartos para el timonel y el resto para los tripulantes, en proporción de su trabajo.

Los beneficios de la pesca dependen de la suerte; barcas hay que en una noche recogen un botín valorado en tres ó cuatro mil pesetas, y otras, en cambio, en toda una semana no logran la tercera parte. El año pasado el resultado de la pesca fué satisfactorio; día hubo en que la ganancia mínima entre cien embarcaciones que se hicieron á la mar fué de doce cargas; una carga (13.200 pescados) tiene diez cranes, y como el precio medio de un cran fué de 31'25 á 32'50 pesetas, á cada participación correspondieron 240 pesetas.

Saladura y embalaje de los arenques

Alrededores del mercado de arenques en Yarmouth

Cada velero remolcador lleva de 150 á 200 redes, de una longitud total de dos millas y que alcanzan á una profundidad de 10 metros. Las redes están unidas entre sí, se mantienen á flote por medio de boyas y penden verticalmente.

De los arenques, una vez desembarcados, se hacen cargo las esposas y las hijas de los pescadores, que los abren, los destripan, los colocan formando capas y los salan con sal seca. Después de salados, pasan á los ahumaderos; los de las mejores clases son ahumados con leña de encina, que se hace arder lentamente y que comunica al pescado el sabor fino que le caracteriza. Luego se les sala nuevamente y se les somete á un segundo sahumerio, y á los tres meses se les envía al mercado, en donde tienen gran salida.

Difícil es calcular exactamente lo que la pesca del arenque produce anualmente en las dos mencionadas ciudades de Yarmouth y Lowestoft. El año pasado desembarcáronse en ambos puertos unas 100.000 cargas, es decir, 1.320.000.000 de arenques que valieron unos 32.000.000 de pesetas.—Z.

LAS ALGAS ALIMENTICIAS EN EL JAPÓN

Los japoneses emplean varias clases de algas para la preparación de substancias alimenticias; pero de ninguna sacan tanto partido como de ciertas laminarias que les proporcionan el *kombu*, ó mejor dicho, los *kombus*, porque hay muchas preparaciones de algas que llevan este nombre. En manos de los industriosos japoneses, las algas dan una sorprendente variedad de productos.

He aquí cómo se procede con las luminarias. Primeramente se las pone en remojo en vinagre hasta que estén enteramente embebidas, y después se las pone á secar al aire. Luego se raspa con un cuchillo la epidermis de la hoja que se desprende á pedazos, y una vez desprendida la epidermis, se raspa la pulpa blanca subyacente ó se la corta en figuras geométricas variadas y se la seca al fuego ó se la reduce á polvo. Todo esto se come. La epidermis, reducida á tiras ó pedacitos, se utiliza para preparar guisados y sopas y también se sirve sola como legumbre; la parte central se cuece con el pescado, las legumbres y la sopa para sazonarlos; y los fragmentos se hierven en la salsa de *soyu*, dando por resultado una especie de condimento que recuerda el caviar ó la salsa de anchoas.

El *kombu* pulverizado y escaldado con agua hirviendo da una bebida que se utiliza de la misma manera que el te, y también puede servir para confeccionar salsas y sopas ó de acompañamiento al arroz. El *kombu*, cortado en fragmentos secados al fuego, se come seco ó después de haberlo sumergido en agua caliente, y tiene un sabor de avellana. El *kombu* se utiliza mucho, en sus diversas formas, en la cocina japonesa, en la que desempeña principalmente el papel de condimento, cuando ha recibido el gusto de otra substancia, ó también el de la harina ó de alguna fécula.

Los japoneses consumen asimismo otra alga del género *porphyra*, y aun han aprendido el arte de cultivarla artificialmente. Esa alga, después de lavada en agua dulce, se pone á secar al sol y se la pasa ligeramente á fuego lento en unas parrillas, antes de emplearla, después de lo cual se la corta en pequeños fragmentos que se echan en las sopas y en las salsas para darles sabor. También se utiliza toda la fronda para hacer con ella *sandwichs;* en este caso, se ponen encima de ella arroz y un poco de carne ó de pescado y se enrolla.

Para comerla se corta en tajadas como si se tratara de un salchichón.

PESQUERÍAS DE ARENQUES EN LAS COSTAS DE INGLATERRA. – Embarque de arenques destinados á Holanda

LAS EXCAVACIONES DE ELEFANTINA

En las excavaciones emprendidas en Elefantina, isla situada en el Nilo, frente á Assuán, M. Clermont-Ganneau ha descubierto recientemente un curioso santuario decorado con obeliscos en miniatura y debajo del cual hay una necrópolis de carneros cuidadosamente momificados y enterrados en tinas de granito. Las envolturas de las momias, estampadas y doradas están adornadas profusamente con escenas mitológicas é inscripciones.

El carnero era el animal sagrado de Knum-Criocéfalo, el gran dios de Elefantina. La idea que presidió en la construcción de aquel santuario es la misma que presidió en el sepelio de los bueyes Apis en el Serapeum descubierto por Mariette-bajá.

No lejos de aquel santuario, sin hablar de una porción de objetos pertenecientes á las diversas civilizaciones que se sucedieron en Egipto, M. Clermont-Ganneau ha recogido muchos textos escritos en fragmentos de cacharros que se designan con el nombre de *ostraca*. Un centenar de ellos, escritos en lengua aramea, son obra de los judíos establecidos en Elefantina, en el siglo v antes de nuestra era. Asimismo se ha podido determinar sobre el terreno el barrio de la ciudad antigua, en donde pudo estar establecido aquel grupo de judíos arameos; en efecto, gracias al descubrimiento de aquellas *ostraca*, procedentes todas de una región estrecha mente circunscrita, el problema está hoy resuelto. Si se prosiguen las investigaciones, allí se encontrará probablemente el santuario de Jehovah, que se alzaba en la isla, en tiempo de Darío, Artajerjes y Jerjes.—T.

PARÍS

LOS PERROS POLIZONTES

En París todo reviste grandes y especiales proporciones: el arte, la literatura, las ciencias, las modas, las diversiones, la gastronomía, la industria y el comercio en sus más variados aspectos, han alcanzado un grado de perfección sin igual. ¿Qué tiene, pues, de extraño que también el crimen siga esa corriente progresiva y procure ponerse á la altura de las demás manifestaciones de la actividad humana? Los rateros, los ladrones, los *souteneurs* y los asesinos parisienses, comprendiendo las ventajas de la asociación, han creado una formidable que se conoce con el nombre de los *apaches* y cuyos miembros, terror de las gentes pacíficas, operan con tanta habilidad como impudencia, realizan sus audaces golpes, lo mismo en los parajes solitarios y á altas horas de la noche, que en los más concurridos bulevares y en pleno día.

La policía parisiense, perfectamente montada, ha puesto gran empeño en acabar con esas hordas de malhechores que constituyen una vergüenza para aquella capital; pero todos sus esfuerzos han resultado hasta ahora infructuosos, pues las capturas aisladas y el descubrimiento de algunos crímenes sueltos no han bastado para llegar al corazón de aquel organismo poderoso y destruirlo.

El prefecto de policía de París M. Lepine va á intentar ahora un nuevo método de persecución que en Bélgica se emplea con gran éxito desde hace algún tiempo, el de los perros adiestrados expresamente para atacar á la gente maleante; y á este efecto, autorizó á M. Simard, comisario de policía de Neuilly-sur-Seine, para que fuese á aquel país á estudiar el funcionamiento del servicio de los canes polizontes.

M. Sicard fuése á Gante, que en punto á policía se considera como ciudad modelo, y después de haber observado por sus propios ojos las ventajas de aquel sistema, [illegible] tres perros, casi enteramente adiestrados, y con ellos regresó en seguida á Neuilly.

PARÍS. – LOS PERROS POLIZONTES BLACK, DICK Y JOB. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Pero su misión no quedaba con esto terminada, sino que era preciso completar la educación de los perros adquiridos en Bélgica, habituarlos á las costumbres de los polizontes parisienses y de los apaches franceses, para lo cual los ha tenido una temporada en los jardines de Printania, situados junto á la puerta Maillot, y allí los ha sometido á los ejercicios necesarios á fin de ponerlos cuanto antes en condiciones de desempeñar su difícil cometido.

El sistema de adiestramiento practicado en aquellos jardines es un secreto que sólo conocen los que en él intervienen; pero los ensayos hasta ahora efectuados han dado resultados excelentes y hacen esperar que el día en que los tres perros Black, Dick y Job entren en el pleno ejercicio de sus funciones, dejarán bien sentado su pabellón.

Es de suponer que la iniciativa de M. Lepine no se limitará á tan escaso número de canes, que es á todas luces insuficiente para tener á raya á los millares de apaches que en París campan por sus respetos, sino que ampliará el número de esos animales hasta formar con ellos una fuerza importante capaz de infundir miedo á los más osados criminales.

El instinto de que están dotados los perros, la facilidad con que aprenden lo que se les enseña, sobre todo en ejercicios de persecución y presa, y el ejemplo de lo que ha sucedido en Bélgica son la mejor garantía de que en lo sucesivo podrá contarse con un factor más y muy poderoso para la salvaguardia de las gentes honradas y pacíficas.

La fotografía que reproducimos representa esos tres perros y á su custodio: basta contemplarlos y observar su aire inteligente y su actitud poco pacífica para comprender que los polizontes tendrán en ellos unos buenos auxiliares y los malhechores unos enemigos terribles.—S.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 3 de junio de 1907 — Núm. 1.327

EL PEDESTAL, cuadro de Guillermo Laparra
(Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.) (Copyright 1907 by W. Laparra.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la serie correspondiente al presente año, que será el poema

CALENDAL

de Federico Mistral, una de las obras más inspiradas del autor de «Mireya» y de la cual se han hecho numerosísimas ediciones en Francia y que ha sido traducida á los principales idiomas europeos.

La traducción que publicamos es la primera hecha en castellano, y acerca del mérito de la misma sólo hemos de decir que ha sido realizada por el eminente literato D. Arturo Masriera, quien ha llenado su cometido con escrupulosidad de filólogo y entusiasmo de artista.

Las ilustraciones son originales del reputado pintor D. Arcadio Mas y Fondevila y constituyen un verdadero tributo del arte español á la inspirada creación épica del poeta de Provenza.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta época del año es la época deportiva. El placer de las distracciones al aire libre reemplaza al placer de las de aire viciado, y esto vamos ganando siquiera. Hay gente que tiene refinado el pulmón, como la hay que tiene refinada la epidermis, y el ambiente de un teatro, descompuesto por tanta humanidad como allí respira, puede molestar igual que molesta al delicado de piel el contacto de una tela ordinaria y ruda, ó sucia y grasienta. Nótese sólo un detalle: en todo recinto cerrado se oye toser, ó se percibe que muchos reprimen la tos. Al aire libre no tose, no carraspea nadie. Yo saboreo el aire libre lo mismo que saborearía un agua pura, un agua filtrada por capas de arcilla y manando entre rocas. El aire, positivamente, posee un sabor peculiar cuando es fresco, vivo y se ha columpiado entre arboledas; y estas condiciones reune el aire que nos abanica en la Casa de Campo, donde tienen lugar las tiradas de pichón.

¿Que este *sport* es cruel? No cabe duda: la caza siempre envuelve crueldad: fiesta de muerte, parodia zoológica de la guerra entre humanos. Doblemente cruel, ya que ni aun permite al animal defenderse en la libertad de su fuga despavorida. Cuando el pichón sale de la jaula, ya le espera apuntado el cañón de la escopeta. Y sin embargo, algunos se salvan del suplicio, se van volando. Es un momento de alegría para los que sentimos cariño á todos los bichos (excepto á los feos y repugnantes), y de despecho para el tirador, que hace *cero* y queda fuera de juego á la primera, á la segunda ó á la tercera errata, según las condiciones. La mayor parte de los tiros hacen blanco, y el pichón, que ha salido de su encierro gozoso, cae inmediatamente, batiendo el ala, malherido ó ya con el estremecimiento de la agonía. Entonces un hermoso animal, un perro negro ó color de canela, ágil, gracioso, convencido de su obligación de ayudar al hombre, se dispara y va á recoger al pichón, porteándolo con inteligencia en su boca, sin destrozarlo. El pichón palpita aún, sus alas se mueven convulsas; y el grupo zoológico, escultural, es bello sobre el verde de la pradería, que tiene por fondo densa cortina de frondosa arboleda señorial y alta.

Presencian el torneo de destreza damas emperifolladas con sus galas primaverales, vestidas de los colores algo chillones y discordantes que este año impone la moda, tocadas con los sombreros á la vez nuevos y anticuados de forma que también la moda decretó. Algunas se visten como *sportwomen;* lucen abrigos que casi son de viaje, gorras caprichosas que casi son de automóvil. Hay una nota de extravagancia extranjera en ciertas *toilettes* de «alta fantasía,» y las plumas de gallo, de avestruz, de lofóforo, de gallina de Guinea, revolotean alrededor de las caras..., no todas juveniles, ¡ni mucho menos! Pero es una característica de la moda presente, que no hace diferencia de edades ni de figuras; que ha suprimido la divisoria entre los atavíos y tocados de las mamás y hasta abuelas y los de las niñas; que ya no se ve una honesta «capota» ni un traje de líneas tranquilas y reservadas; y que aquella oleada de locura en la indumentaria que señaló la época del Directorio, parece arrollarnos, en este período que ya nadie tiene el recurso de calificar de «fin de siglo,» porque la verdad es que el siglo XX es todavía impúber.

Otro deporte ventilado, las carreras de caballos, parece decaer en vez de prosperar. Cada año concurre á él menos gente. Acaso tenga la culpa de esto la pícara indumentaria. Para presentarse en el *stand* es de rigor mucho lujo, traje fresco, sombrero de última. El concurso hípico además ha restado público á las carreras; ¡se parece tanto á ellas! Y al cabo, no somos anglo sajones; no nos interesa la equitación ni la apuesta como les interesa á esos fríos y apasionados hombres del Norte, que juegan furiosamente sin cartas ni fichas.

No por eso diré que no se apueste aquí. Se apuesta, y fuerte, en el tiro, en las carreras, en el hípico, en todas partes... La apuesta es el aperitivo, la sal de un espectáculo realmente poco variado y que ha menester que lo realcen. Se oye un vocerio especial, análogo al que resuena en la Bolsa, análogo al que se oía en los frontones—creo que ahora ya ha disminuído mucho la afición á este deporte atlético.—Se ven circular de mano en mano billetes de Banco, y la ansiedad de la pérdida ó la ganancia, unida á la impulsión del amor propio, siempre interesado en el juego, da expresión á los semblantes... Es un elemento más de lucha..., es la «guerra de todos contra todos,» resorte más ó menos visible de la existencia humana.

Después, ante las mesillas cargadas de fiambres, de pasteles, se instalan á merendar espectadores y espectadoras; el *champagne cup*, de vivaz color amarillo en que flotan gajos de limón y fresillas de rubí, refresca los labios y anima los espíritus con la alegre animación de todo alimento ó bebida que se absorbe al aire libre; y ya, como la tarde va cayendo, los coches y los *autos* inician su viaje de regreso al centro de Madrid... Ligera nube de polvo les envuelve, y desfilan como alma que lleva el diablo, sembrando el terror en los paseantes de á pie, que al escuchar el mugido disonante de la bocina ven, en un relámpago de susto, costillas hechas harina, piernas separadas del tronco, cabezas aplastadas cual obleas y vientres laminados ajustadamente, reducidos á grosores de milímetros..., una caricatura tragicómica de Caran d'Ache, adivinada por los que no la han visto nunca.—El *auto* ha pasado, y detrás de él flota un gran silencio, de resignación y de sorpresa. ¿No ha sucedido nada? ¿No han despachurrado á nadie? Otra vez será... Vendrá la tragedia...

Y vino, ayer mismo, en las carreras de caballos. Fué cosa de un segundo: la muerte va más aprisa aún que los automóviles.—El caballo volaba, ya casi vencedor. Le faltaba por saltar un obstáculo, una valla. Contra aquella valla chocaron sus manos; su cuerpo volteó, en horrible vuelta de campana, verdadero salto mortal. Cayó á tierra sin un perneo convulsivo, sin un estremecimiento de la piel; caía muerto. Siete metros más allá yacía el jinete. «Se ha matado también...» Le llevaban en brazos á la ambulancia; pendía, inerte, deshecho interiormente; por fuera no se veía nada, ninguna herida. Respiraba aún; y quizás respira todavía, en el hospital donde le cuidan con solicitud. Los médicos hablaban de «conmoción.» Después se dijo si tenía partido el espinazo. Fuese lo que fuese, el *jockey* no recobraba el sentido. Una gritería de dolor, á la puerta de la ambulancia... La madre, una mujer alta, morena, tosca, del pueblo, que pedía á voces que le dejasen ver á su hijo. ¿Por qué no se lo dejaban ver? No podían; el moribundo estaba en manos de la ciencia...

¡Y la ciencia tiene, en tantas ocasiones, que cruzarse de brazos! El mecanismo de nuestra vida no le pertenece. Grandes son sus conquistas, grandes sus triunfos... y mayores serán siempre sus derrotas.—Un triunfo acaba de conseguir; y no se hablaría de otra cosa si no hubiese que hablar un poco de política, otro poco de diversiones, otro poco de chismografía y otro poco de la nueva orientación del veraneo regio... La ciencia ha conseguido coser y curar una herida del corazón, del mismo corazón; la ciencia ha puesto la mano en el corazón del hombre... Un muchacho clavó á otro muchacho un fragmento de vidrio en el lado izquierdo del pecho; y la punta de esta espantosa arma se hundió en el pericardio. El arma fué extraída, el desgarrón recosido.. y se espera que cicatrice. ¡Operación tremenda! ¿No es cierto que al novelista le infunde, con tal motivo, envidia el médico? ¡Ahí es nada, tener en sus manos un corazón, sangrante, palpitante, herido, abierto! Y tengo para mí que el caso demuestra hasta qué punto es figurado el lenguaje de la literatura. El corazón sirve para expeler é impeler la sangre, y nada más. «Conocer el corazón humano...» es un modo de decir... Y en el sentido que suele darse á la frase, el ilustre médico que realizó operación tan sorprendente es quien menos conoce el corazón...

He dicho que la nueva orientación del veraneo regio preocupa la atención y da tela á los diarios para artículos, conjeturas, fantasías y noticias sensacionales. —La corte lleva consigo tantos elementos de prosperidad, tanto carbón para la máquina, que no sorprende el anhelo de las provincias por atraer á sí ese venero de riqueza. Hay muchas provincias españolas que por las condiciones de su clima en verano están fuera de concurso; pero el Norte y Noroeste, favorecidas con agradable temperatura, se disputan el privilegio de surtir de frescas auras á los reyes en los meses de calor. Por largo tiempo, San Sebastián gozó exclusivamente esta prerrogativa. Si algún gallego ó asturiano protestaba tímidamente, se le tapaba la boca con un argumento irrebatible. «San Sebastián está á la puerta de Francia. Desde San Sebastián se ve Europa...» Y era preciso que lo reconociésemos, que nos inclinásemos ante la superioridad de un pueblo que apenas dista de Francia... La hermosura de nuestras rías, la magnificencia de nuestros puertos, la riqueza de nuestra hidrografía, el encanto de la rubia Cenicienta de dengue colorado que se llama Galicia, no importaban gran cosa; Galicia era el *finisterre,* el más arrinconado rincón de España. Encuentro natural que no siempre lo sea; veintitantos años ha gozado San Sebastián fueros de corte de verano; corte seguirá siendo, al recibir allí la reina madre; lo que cae en el regazo de la Cenicienta gallega es una parte tan sólo de lo que la «bella Easo» disfrutó y disfrutará. En justicia no puede extrañar á nadie que se reparta el veraneo regio. Lo contrario sería lo injusto.

Y mis recuerdos me hacen presente el cuadro de la ría de Arosa, la más dulce, la más lumínica, la más *mediterránea* de las rías gallegas. A ambos lados d[illegible] la ría, pintorescas poblaciones se apiñan con la gr[illegible]cia de palomas agazapadas en el suave recuesto [illegible] las laderas. Santa Eugenia de Ribeira, más joven, Cambados, el viejo Cambados, con sus torreones derruídos, sus palacios linajudos, sus muelles descuidados, sembrados de cabezas de sardina, que [illegible] sol como bolas de plata, y sus alamedas seculares, donde pasearon fidalgos de peluca de bucles y mayorazgos de tontillo y mitones... Y después, Villagarcía, la mágica Villagarcía, y Carril, y la islita que ya se pavonea, soñando en el palacio que va á surgir entre sus pinares... También creo ver el camino de tierra, desde Villagarcía á Cambados, camino sembrado de quintas, entretejido de maizales y huertos, por el cual rueda pesadamente el sucio ómnibus que hace esta jornada llevándose á los infelices necesitados de la inmersión en los baños de la Toia. Y mi imaginación se adelanta, y ya diviso el [illegible] eléctrico, que aquí instalará una compañía inglesa ó francesa; temo que española no... *Esto* progresará cuando llegue aquí la influencia del regio veraneo; progresará, sí; aunque no muy aprisa, de fijo. Aprisa no se hace nada en nuestra patria, ni en mi tierra. Todo camina á paso de caracol. En fin, sea aprisa ó despacio, venga ese tranvía eléctrico, esos hoteles á la moderna, esas mejoras, de que tanto necesita la bella Cenicienta rubia...

EMILIA PARDO B[illegible]

Pero ¿qué es ello?

EL ABANICO MÁGICO

(CUENTO)

—No creas que me he olvidado de que hoy es tu cumpleaños. Tanto me acordé, que pienso hacerte un pequeño obsequio.

Y el marqués se apoyó en el bajo respaldo de la *chaisselongue*, donde, perdiendo sus contornos en un sin fin de encajes, descansaba su cuerpo escultural la joven marquesa, quien irguiéndose rápida al oir á su marido, hizo que casi se tropezasen sus labios con los suyos.

—¿Un aderezo?, díjole anhelante entre admiración y pregunta.

—No, vida mía, contestó él. Si tú quieres iremos juntos á escogerle esta misma tarde; pero ya sabes que hace días que no salgo de casa, que hoy no he salido aún; son las diez de la mañana y... además el obsequio de que te hablaba es debido á una genialidad. Acaso te parezca una cursilería. Se trata, monina, de un antiguo recuerdo de familia. Quizás no te guste ó lo juzgues una ridiculez despreciable.

—Pero ¿qué es ello?, preguntó la linda cónyuge de Ricardo, pero ya en un tono displicente como quien sacude la laxitud ó el hastío.

—Pues... un abanico. Un abaniquillo. Modesto, pequeñito... Te diré: su valor consiste en ser de mi bisabuela, la famosa duquesa de Almudiar, y aseguran que tiene una virtud: la de cambiar de color su país cuando... Pero ¡qué tonterías!..

—Acaba, hombre, acaba.

—Siempre que la mujer que es su dueña ó que, sin serlo, lo usa, falta á la fidelidad jurada al hombre á quien se la prometió. ¡Ah! Y basta con que la infidelidad sea de pensamiento; que en un solo instante, mentalmente, se acuerde de otro, para que la finísima tela del abanico se transforme tomando otra coloración.

—¡Es extraño!

—Como lo oyes. Vamos á por él.

Y levantada la marquesita de su afelpado lecho, dejó rodear su talle con el brazo de su esposo, y á pasos muy lentos, que amortiguaba la gruesa alfombra, dirigiéronse ambos al gabinete de trabajo del marqués.

* * *

La marquesa, de más edad que Ricardo, era viuda y en segundas nupcias habíase unido á éste, poseedor de varios títulos nobiliarios, entre ellos el marquesado de Fuerte Roble, que es el que usaba.

Lenguas viperinas, que nunca faltan, aseguraban que la marquesa, antes de su primer matrimonio, había sido bastante coquetuela y casquivana, y que su esposo, un acaudalado banquero, no había sido con ella todo lo feliz que él se merecía. Viuda más tarde, permaneció alejada mucho tiempo de los salones y en ellos no hubiera vuelto á dejar que brillase su belleza á no haber sido por hallar ocasiones decorosas en que poder departir con Rodolfo, el joven marqués, que se había enamorado de ella y de quien la viudita estaba prendada también.

Rodolfo y Amelia se casaron, y felices eran, cuando, no obstante la vida ejemplar, recogida, verdaderamente virtuosa, que entonces llevaba la á la sazón marquesa, no faltaron maldicientes que hicieron llegar á oídos de su esposo hablillas y murmuraciones que, si en otros tiempos pudieron tener asomos de motivo, carecían al presente de todo fundamento.

El marqués que, aun cuando relativamente joven, era hombre de mundo y había recorrido Europa y América, no se alarmó por aquellas «comidillas» que tanto atañían á su honor, pero concluyó por preocuparse algo y momentos hubo en que sintió afluir la sangre á su cerebro como si le machacara las sienes.

Sin embargo, tenía la que pudiéramos llamar convicción material de que su esposa le quería: no salía sin él, ni recibía correspondencia, ni hablaba con nadie. La duda moral le atormentaba, no obstante.

Decidió hacer, pues, abandonando ridículos espionajes, tan depresivos para ella como ofensivos para él mismo, una prueba extraña.

Ésta consistía en el mágico abanico, denunciador misterioso de íntimas coqueterías y hasta pueriles infidelidades.

* * *

Bastantes días iban transcurridos, meses acaso, cuando una noche de invierno llegó á su hotel malhumorado Rodolfo.

Mandó desenganchar la berlina y cargar la chimenea. No pensaba ir al Real ni volver al casino.

Llegó al gabinete, ordenó á un criado que corriese bien las cortinas y cerrase el mirador, y disponíase á leer unos periódicos cuando Amelia llegando le abstrajo de su lectura.

—¡Amelia!, le dijo él fijando sus ojos en las dilatadas pupilas de la hermosa, cuyos grandes ojos más que á la luz de las lámparas eléctricas parecían brillar al chisporroteo de los leños de la chimenea. ¿Es verdad que no me quieres..., que me engañas?..

Ella tembló. Tenía la seguridad de no haber faltado á sus deberes, y sin embargo..., sin embargo, con horror y espanto aquella misma mañana había visto que el abanico de la duquesa de Almudiar, el misterioso presente que su esposo le hizo el día de su cumpleaños y que guardaba cuidadosamente en el joyero, había cambiado de color.

De color rosa lo había recibido: azul y muy azul era aquella mañana.

Amelia turbóse. Hubo entre ella y el marqués, no reproches ni frases molestas. Rodolfo no era hombre de rudas maneras ni modales toscos; su educación notábase siempre aun en los mayores accesos de su ira; pero su esposa, que le conocía, llegaba á comprender perfectamente que de allí podía surgir el rompimiento, la separación, el divorcio, el escándalo.

—Bien, dijo el marqués como dando fin á la conversación. Veamos tu abanico, el que te regalé y guardas tan oculto como si le tuvieses miedo, el de la duquesa de Almudiar.

—¡No, no!, exclamó ella con el rostro lívido y en un tono que tanto tenía de súplica como de terror.

Con la vertiginosa rapidez del pensamiento el marqués vió las salas del casino donde se murmuraba, las mesitas del salón de fumar donde se las solía convertir en mesas de disección de almas muertas... «¿Será cierto?,» se preguntó, y arrastrando á su mujer en dirección de la puerta de su gabinete, hizo que Amelia cayese de rodillas para erguirse de pronto, en seguida, altiva y respetable. Era la mujer herida en su amor propio y tachada en su honra inmaculada. Estaba más hermosa que nunca: como Desdémona debió de estarlo cuando injustamente la acusaba Otelo.

—Vamos, dijo, soy inocente. Veamos el abanico rosa.

Cuando los esposos llegaron al tocador y la marquesa, separando las cortinas de encaje, dejó al descubierto su joyero de cristales biselados y lo abrió sacando el diminuto abanico que fué de la duquesa de Almudiar, éste tenía su color, el que Amelia creía el verdadero, el sonrosado, el rosa pálido y especial que tenía cuando se lo regaló su marido.

—¡Gracias, Dios mío!, exclamó abrazándose á su esposo, mientras dos lágrimas surcaban sus mejillas. Bien sabía yo que era inocente.

—Pero entonces, le dijo Ricardo, ¿por qué tenías ese temor en mostrarme el abanico? Júrame que no mientes.

—Lo juro: porque ayer pensé un momento, no más que un momento, te lo juro, en mi primer esposo, y esta mañana... todo el país del abanico habíase teñido de azul.

Amelia temblaba. Ricardo dió un beso á su esposa y se echó á reir como un niño.

—Todo lo comprendo, exclamó; yo castigaré... ó no haré caso á los que tienen por oficio envenenar las almas. Tú eres más inocente de lo que yo creía. El país de ese abanico lo he mandado yo hacer con tul impregnado de esas mismas substancias que tienen esas rosas barométricas que habrás visto en casa de los ópticos. Es un barómetro y cambia de color según el tiempo que predice...

Desde entonces el abanico cambiaría hasta anunciar «variable» ó «tempestad.» Amelia se hizo aún más virtuosa, el marqués se corrigió de sus celos y en la atmósfera de la señorial morada reinó siempre «buen tiempo.»

P. GÓMEZ CANDELA.

(Dibujo de Calderé.)

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1907.

Andalucía, tríptico de Pedro Ribera. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.)

Entre las principales obras del Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses figuran las reproducidas en este número y que á continuación describimos:

La pirámide, cuadro de Guillermo Lafarra. – Un templo inmenso entre montones de ruinas de las que se escapan colosales llamas; grupos de cadáveres, unos vestidos aún con guerreros uniformes, desnudos y desarmados otros; el suelo anegado en sangre; al pie de la pirámide multitud de mujeres, de niños, de seres inofensivos en actitud sumisa y dolorosa; en lo alto, sobre el frontón, un minúsculo jinete, el conquistador, el guerrero por cuya ambición se han producido aquellos estragos y se han realizado aquellas matanzas. Tal es el asunto de este cuadro, uno de los que más admirados han sido en el Salón de los Artistas Franceses. Descrito el lienzo, que es un portento como composición y como ejecución, huelgan las consideraciones que su contemplación inspira; el pintor ha querido fustigar de una manera terrible el más espantoso de los azotes que pesan sobre la humanidad y presentar bajo un aspecto repulsivo lo que por algunos todavía es considerado como timbre de gloria para los pueblos.

Andalucía, tríptico de Pedro Ribera. – Una lucha feroz entre dos hombres á quienes el vino ha hecho hervir la sangre poniendo en sus manos la repugnante navaja; una joven acompañada de su dueña en el interior de una iglesia, adonde la lleva, á juzgar por su risueño semblante, algo más que el deseo de rezar; una pareja amorosa platicando dulcemente en pleno campo, bajo el hermoso cielo de una tarde primaveral. En esos tres episodios sintetiza Ribera el modo de ser de aquella región privilegiada; y aun cuando Andalucía es algo, mucho más que esto, no puede negarse que tales escenas constituyen tres fases principales de la vida andaluza, y que el pintor ha sabido verlas y sentirlas.

Ensueños maternales, cuadro de Tony Tollet. – ¡Con cuánta ternura contempla esa madre al inocente niño que reposa en su regazo! Pero en su rostro se advierte no sólo el desbordamiento del más sublime de los amores; adviértese también ese conjunto de temores anticipados, de preocupaciones prematuras, de ensueños de felicidad, de esperanzas instintivas que ora amargan, ora endulzan la existencia de la mujer que cifra todas sus ilusiones, toda su dicha en el tierno infante.

Mozos de las escuadras, cuadro de Carlos Vázquez. – Este cuadro, que ya dimos á conocer á nuestros lectores el año último, ha llamado justamente la atención del público en el Salón de París, mereciendo entusiastas elogios de los críticos de arte, que asignan á la obra preferente lugar entre las expuestas. Asimismo nos es grato consignar que el Sr. Vázquez ha recibido una hermosa proposición del Sr. Ministro de Bellas Artes de Francia para adquirir la referida obra, con destino al Museo del Luxemburgo, siendo verdaderamente lamentable que el autor no haya podido deferir á tan señalada distinción, por haber cedido el lienzo á un acaudalado coleccionista norteamericano.

El sudario de un héroe (29 de diciembre de 1793), cuadro de Enrique Jacquier. – Terminó la batalla y el ejército desfila silenciosa y tristemente por la nevada llanura. Cierra la marcha un grupo fúnebre; tendido sobre unas parihuelas formadas con fusiles y conducidas por cuatro soldados va el cuerpo exámine del héroe envuelto en la bandera. Peleó y murió por la patria, y la patria, representada por la santa enseña, le acompañará en la tumba. Tan hermoso pensamiento ha sido desarrollado por el distinguido pintor francés en una composición tan bien concebida como sólidamente ejecutada.

La niña enferma, cuadro de Juan Geoffroy. – No son las bellezas técnicas, con ser muchas, lo que más nos cautiva en ese lienzo; lo que nos atrae y nos subyuga en el hondo sentimiento de ese grupo admirable en el que el artista ha puesto su alma toda. Esa carita de expresión dulcísima refleja aún las huellas del gran mal sufrido, pero ya se advierten en ella las señales de un renacimiento á vida nueva; y la ternura de su mirada y de su actitud tienen un encanto imponderable. La figura de la madre es todo un poema, y no se necesita ver su rostro para adivinar en él las angustias, las zozobras, la desesperación pasadas, y que apenas han tenido tiempo de borrar las alegrías inmensas y las risueñas esperanzas presentes.

Horas felices, cuadro de Alberto Malignón. – La fantasía del pintor nos transporta á una de esas fiestas que los magnates de la época galante celebraban en sus regias mansiones. Una gentil pareja arrúllase tiernamente en la góndola adornada de flores y que suavemente mecen las aguas del lago. Nace el día, palidecen las luces que durante la noche desvanecieron las sombras; una tenue niebla, compañera de la alborada, envuelve el paisaje y flotan en el ambiente el amor y la poesía.

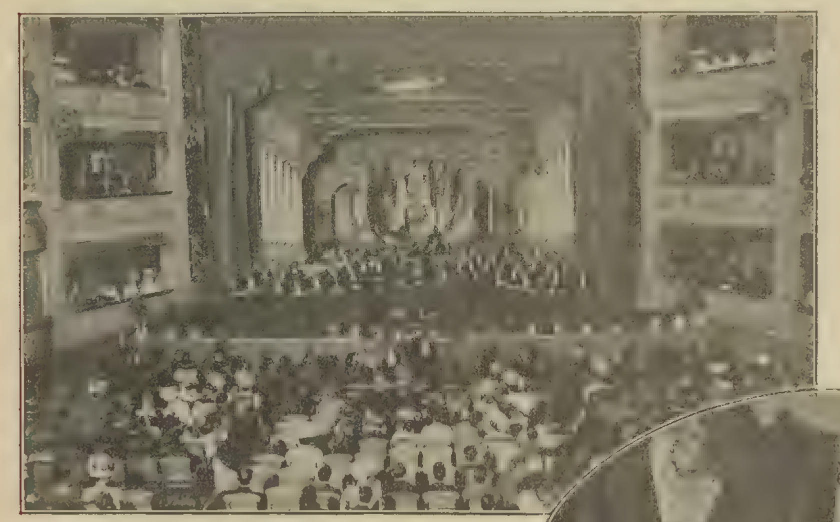
[illegible] contra[illegible] ta se ha inspirado en la realidad y ha puesto en sus figuras la fuerza que verdaderamente realizan y que traducen de un modo admirable sus actitudes y la tensión de sus músculos. Contribuye al buen efecto del lienzo el paisaje del fondo

Ensueños maternales, cuadro de Tony Tollet. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.)

Mozos de las escuadras, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.)

El sudario de un héros (29 de diciembre de 1793), cuadro de Enrique Jacquier. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.)

MONTEVÍDEO.—III CONGRESO MÉDICO LATINO-AMERICANO



SESIÓN DE APERTURA DEL III CONGRESO MÉDICO LATINO-AMERICANO, acto celebrado con gran solemnidad en el teatro Urquiza el día 17 de marzo último.

SOLEMNE SESIÓN DE CLAUSURA DEL III CONGRESO MÉDICO LATINO-AMERICANO, efectuada en el teatro Urquiza el día 24 de marzo último.
(Fotografías remitidas por nuestros corresponsales Sres. Bertrán y Castro.)

En la capital de la República Oriental del Uruguay se ha celebrado recientemente el tercer Congreso Médico Latino-Americano, cuyas sesiones han durado desde el 17 al 24 de marzo último, y al que han concurrido las mayores celebridades médicas de la América latina.

El Congreso se ha efectuado bajo el patronato del Excmo. Sr. Presidente de aquella República doctor D. Claudio Williman y de los Excmos. Sres. Ministros de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública.

La solemne sesión inaugural tuvo lugar en el teatro Urquiza y fué un acontecimiento de grandísima importancia científica y social. A ella asistieron el Presidente de la República, los altos funcionarios del Estado, muchas delegaciones científicas extranjeras y multitud de congresistas extranjeros y nacionales. Contribuyó á la mayor brillantez del acto la presencia de lo más selecto de la sociedad de Montevideo, que llenaba las localidades del elegante teatro.

Abrió el acto el Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, á quien siguió en el uso de la palabra el Presidente del Congreso Dr. don José Scoseria; luego hablaron los representantes oficiales de la República Argentina, de Bolivia, del Brasil, de Chile, de Costa Rica, de Guatemala, de México, del Paraguay y del Perú, cuyos elocuentes discursos fueron precedidos de los himnos nacionales de los países respectivos. Fué aquella una hermosa fiesta en honor de las ciencias médicas y de la confraternidad latino-americana.

Entre los muchos agasajos de que fueron objeto los congresistas durante su estancia en la capital uruguaya, merece especial mención el magnífico banquete con que les obsequió el Presidente de la República. Celebróse en el Palacio del Gobierno y en él reinó un espíritu fraternal, expresión de los levantados sentimientos que á todos los asistentes animaban y que tanto pueden contribuir al progreso moral y material de la América latina.

Las distintas secciones en que se dividió el Congreso celebraron varias sesiones, en las cuales se discutieron temas importantísimos y se leyeron notabilísimos trabajos. La fecunda labor de esas secciones se tradujo en varias conclusiones sobre los más trascendentales problemas médicos que luego fueron aprobadas por el Congreso en pleno en la sesión de clausura.

De las muchas resoluciones adoptadas en aquella sesión citaremos como principales la de recomendar el estudio de las causas de la morbilidad y mortalidad infantiles, la creación de la institución de la «Copa de leche» para la vigorización y defensa del niño escolar débil y la promulgación de leyes amparadoras de la infancia enferma y abandonada.

Acordóse asimismo organizar una propaganda activa contra la enfermedad hidática y contra el cáncer que tantas víctimas ocasionan; uniformar los datos estadísticos referentes á la lucha contra la tuberculosis en la América latina; estimular la creación de escuelas de enfermeros; recomendar que en todas las naciones latino-americanas se formen censos generales para utilizar los datos que de ellos resulten en los estudios relacionados con el movimiento de población y con las condiciones físicas y sanitarias de cada país; recomendar igualmente que entre todas las naciones de la América latina se establezca la «Alianza de Higiene Social,» fundándose á este objeto instituciones que reunan y concentren los trabajos y los esfuerzos realizados por todas las asociaciones que tienen por objeto combatir y remediar los males que afligen á la humanidad.

También se acordó recomendar la instalación de obras de salubridad á los países que carezcan de ellas, comprendiéndose en aquella denominación todo lo que se refiere á aguas corrientes, sistema de cloacas, asistencia pública, etc.

Como se ve por las conclusiones indicadas, el Congreso ha sido de verdadera trascendencia, habiéndose puesto en él de manifiesto que los que en aquel continente se dedican á la noble profesión de la medicina siguen de lleno las corrientes modernas y conocen á fondo todos los adelantos de las ciencias médicas.

El Congreso, antes de disolverse, acordó que el próximo se celebre en Río de Janeiro en 1909.

J. POU ORFILA.

BANQUETE OFRECIDO Á LOS SEÑORES CONGRESISTAS POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EXCMO. SR. D. CLAUDIO WILLIMAN EN EL PALACIO DEL GOBIERNO

REPRESENTACIÓN DE «ELECTRA,» DE SÓFOCLES, EN LAS RUINAS DE TIMGAD

La obra maestra de Sófocles, cuya adaptación en verso hecha por Alfredo Poizat estrenóse con gran éxito el invierno pasado en el teatro de la Comedia Francesa de París, ha sido representada recientemente en las ruinas de Timgad, la antigua colonia romana que con razón se denomina la Pompeya africana y cuyos admirables restos subsisten aún en la actual provincia de Constantina (Argelia).

De Bathna, de Lambessa y de otras poblaciones vecinas habían acudido multitud de espectadores, en su mayoría funcionarios franceses y colonos indígenas, para presenciar el interesante espectáculo. La víspera del día de la representación acampó también en las cercanías de Timgad un *bach agha* con toda su tribu y sus jinetes con sus más ricos trajes.

Y cuando Electra, hermosamente encarnada en la notable actriz Mme. Silvain, apareció entre los rotos fustes de una columna dos veces milenaria, una emoción indecible se apoderó de todos los espectadores. La escultural figura de la eminente trágica y las de los demás actores vestidos con la toga ó el peplum infundían una vida sorprendente en aquellas piedras venerables, y parecía que sus voces, al recitar los magníficos versos de Sófocles, despertaban en aquellos sitios ecos que estaban dormidos desde hacía dos siglos.

Como se ve, las representaciones al aire libre y en lugares que la historia y la tradición han hecho famosos, se van propagando de día en día. Ayer fueron Nimes, Orange, Beziers las poblaciones en que tales espectáculos se ofrecieron á la admiración de una multitud inteligente; hoy se organizan ya esa clase de fiestas entre ruinas, como las de Cartago y Timgad, ante las cuales se congrega un público heterogéneo, en el que abundan gentes poco aptas para saborear las bellezas de las grandes obras clásicas. De este modo la civilización en sus más elevadas manifestaciones se va abriendo paso, y poco á poco se impone el sentimiento de lo bello aun allí donde parece que ha de hallar menos eco aquello que tienda á producir la emoción estética. De esta manera también puede apreciarse mejor todo el carácter de las sublimes creaciones de los poetas de la antigua Hélade.—S.

LA EMINENTE ACTRIZ MME. SILVAIN, REPRESENTANDO EL PAPEL DE ELECTRA, DE LA TRAGEDIA DE SÓFOCLES, EN LAS RUINAS DE TIMGAD (ARGELIA).

LOS ARTISTAS ENCARGADOS DE LA REPRESENTACIÓN DE LA TRAGEDIA DE SÓFOCLES «ELECTRA,» VISTIÉNDOSE EN LAS TIENDAS DE CAMPAÑA: EN EL CENTRO SE VE Á LA EMINENTE ACTRIZ MME. SILVAIN. (De fotografías de Carlos Trampus)

Manada de patos, cuadro de Luis Chialiva. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1907.)

La niña enferma, cuadro de Juan Geoffroy. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.)

Horas felices, cuadro de Alberto Matignon. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.) (Copyright 1907 by Arnet.)

Lanzamiento de un outtrigger, cuadro de F. Gueldry. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1907.) (Copyright 1907 by F. Gueldry.)

BARCELONA. – FESTIVALES BENÉFICOS

La comisión de señoras y señoritas protectoras de las Escuelas gratuitas de obreros sostenidas por la Asociación de católicos ha organizado varias fiestas á fin de allegar recursos para el fomento de tan meritoria institución. Esas fiestas se han celebrado en la plaza del Palacio de la Industria, situada en los jardines del Parque, en donde se han levantado dos toldos sostenidos por altos mástiles é instalado varias mesas adornadas con mucho gusto y destinadas á la venta de ramilletes, dulces, champaña, cerveza, cigarros puros, etc.

El día de la inauguración efectuóse un festival en el que se bailaron varias danzas populares regionales, tales como sevillanas, jotas aragonesas, gallegadas y el aurresku.

Las mesas de venta estaban á cargo de bellas y elegantes señoritas pertenecientes á las clases más distinguidas de la ciudad barcelonesa.

La concurrencia que asistió á aquella fiesta y á la que se celebró pocos días después era tan numerosa como selecta, ofreciendo aquella parte del Parque un espectáculo encantador.

Muchos artistas han querido contribuir á esa obra benéfica, y á este efecto han regalado á la comisión cuadros y otros objetos de arte, que serán sorteados en una lotería, cuyos productos aumentarán la suma ya considerable obtenida en la venta de cigarros, vinos, dulces y flores.

BARCELONA. – FESTIVAL BENÉFICO CELEBRADO EN EL PARQUE POR INICIATIVA DE LA COMISIÓN DE SEÑORAS Y SEÑORITAS PROTECTORA DE LAS ESCUELAS GRATUITAS DE OBREROS SOSTENIDAS POR LA ASOCIACIÓN DE CATÓLICOS. (De fotografías de Federico Ballell Maymí.)

BARCELONA. – FESTIVAL BENÉFICO CELEBRADO EN EL PARQUE – EJECUCIÓN DE DANZAS REGIONALES (De fotografía de Federico Ballell Maymí.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – La Junta Directiva de la «Schola Orpheonica,» ha abierto un concurso para premiar el mejor proyecto de *senyera* (estandarte) bajo las siguientes condiciones: 1.ª el procedimiento y el tamaño son libres; 2.ª deben figurar en el proyecto junto con el sello de la Schola la siguiente inscripción: «Schola Orpheonica.-Any 1903-1907. – Barcelona;» 3.ª se adjudicará un premio, consistente en un valioso objeto de arte y el título de socio honorario de la Schola: 4.ª el plazo de admisión termina en 30 del presente junio; 5.ª los proyectos deben ir firmados con un lema y acompañados de un pliego cerrado con el nombre y domicilio del autor y ser dirigidos al secretario de la Schola D. Domingo Corominas (Puertaferrisa, 13, 1º; 6.ª compondrán el jurado D. Luis Graner, D. Lamberto Escaler, D. Raimundo Casellas y D. M. Rodríguez Codolá, y por la Junta Directiva de la Schola don Juan Enrich, D. Arturo Marcet y D. Domingo Corominas.

Espectáculos. – PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Ariane et Barbe Bleue*, cuento lírico en tres actos de Mauricio Mæterlinck, música del maestro Dukas; en la Comedia Francesa *Les Fresnay*, comedia en un acto y en prosa de Fernando Vanderem; en el Odeón *L'otage*, comedia en tres actos de Gabriel Trarieux; en la Gran Opera *La Catalane*, drama lírico en cuatro actos, poema de Pablo Ferrier y Luis Tiercelin, tomado del drama en catalán de Angel Guimerá *Terra baixa*, y musica de Fernando Le Borne; en el teatro Antoine *Ames enemies*, comedia en cuatro actos de Pablo Jacinto Loyson; y en el teatro de L'Oenore *Un rien*, comedia en un acto de F. Valloton; *La tragedie florentine*, comedia en un acto de Oscar Wilde; *Le droit au bonheur*, comedia en dos actos de Camilo Lemonnier y Pedro Soulaine, y *Philista*, comedia en un acto y en verso de Jorge Battanchon.

En el Chatelet se ha representado con éxito extraordinario la ópera de Ricardo Strauss *Salomé*, que han cantado en alemán la tiple Srta. Destinn, de la Opera de Berlín, el tenor Burrian y el barítono Feinhals. La orquesta Colonne, que había estudiado la partitura bajo la dirección de Gabriel Pierné, ha sido dirigida por el propio Strauss.

BARCELONA. – En el teatro Principal ha dado dos conciertos la Orquesta Filarmónica Barcelonesa, dirigida por el maestro Sr. Lassalle. Componían el programa del primero la *Sinfonía incompleta*, de Schubert, la *Canción de la bruja*, de Schillings, y la *Séptima sinfonía*, de Beethoven; y el del segundo, la *Sinfonía en re mayor*, de Haydn; un fragmento de la *Odisea*, de Bohe, y la *Sinfonía fantástica*, de Berlioz. Cuanto dijéramos en elogio de la ejecución admirable de esas piezas sería poco para lo que merecen la orquesta y su director, que fueron objeto de incesantes y entusiastas ovaciones. Bien puede afirmarse que la Orquesta Filarmónica Barcelonesa se ha puesto á la altura de las más célebres del extranjero, y que esto se debe en buena parte á los músicos, mucho más se debe sin duda á las excepcionales cualidades del Sr. Lassalle, que en poco tiempo ha conseguido con su talento, con su perseverancia y su entusiasmo realizar una obra verdaderamente maravillosa y crear una institución que honra á Barcelona.

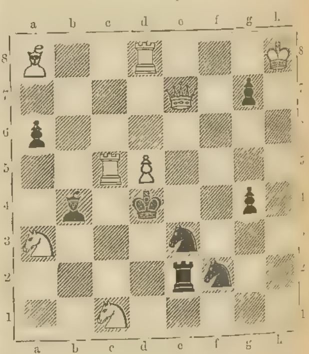
Necrología. – Ha fallecido:

Francisco Reinhold Kjellman, botánico sueco, compañero de Nordenskjold en muchas expediciones polares, autor de una obra sobre la flora de las algas en el mar Polar y de una descripción de la expedición sueca al Polo de 1872 y 1873.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 463, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 462, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Tg8–a8	1. Ca6–c5
2. Aa5–b6	2. Cualquiera.
3. T ó A mate.	

VARIANTES.

1..... Ca6–b8 ó c7;	2. Aa5–[illegible]
1..... b4–b3;	2. Aa5–[illegible]
1..... f5–f4;	2. Th5–e5, etc.
1..... c6–c5;	2. Th5×f5, etc.

Una noche los Leniel comían en unión de otras muchas distinguidas personalidades...

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.— ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Y después de una breve pausa, continuó diciéndole al doctor:

—Si de vez en cuando no puede estar sola, enteramente sola, fuera de casa, para... en fin, sea para lo que sea, se morirá dentro de un año, ó dos, ó tres...

—O no pensará más en ello, dijo el doctor no queriendo dar importancia á la predicción.

Julia le miró severamente.

—Seguirá pensando en ello y se morirá de pena. Mírela, si no, mientras habla.

—Está extraordinariamente bonita, repuso el señor Rozel volviendo la cabeza hacia el ángulo del salón en donde Aurette platicaba con dos ó tres personas amigas.

—Es verdad, pero ha enflaquecido.

—Lo cual le sienta bien.

—No lo niego, pero tiene fiebre un día sí y otro no.

—Sulfato de quinina, replicó el doctor disimulando su disgusto bajo su gravedad profesional, y tú serás quien se lo propinará.

—Por supuesto, y por esa razón me quedaré en casa.

Es lo mejor que puedes hacer, dijo el Sr. Rozel poniendo término al coloquio y estrechando afectuosamente la mano de la joven. ¿Y crees realmente que tu hermana sufre? ¡Conque le amaba mucho á ese... en fin!

Julia le dirigió otra de aquellas miradas que parecían un bofetón.

—Le amaba, sí... le amaba y le ama todavía. ¿Se explica usted esto?

El doctor no pudo contener una carcajada.

—Dispénsame, no soy mujer y no podría contestarte de una manera satisfactoria.

—¡Déjese usted de bromas!, dijo Julia con cierta indignación. ¿Se explica usted que se ame á un bandido, á un infame, en una palabra, á un hombre que se ha portado como ése?

El doctor puso sobre la mano de la joven su manaza de cirujano, tan ligera y tan delicada á pesar de su ruda apariencia.

Cuando se ama, y esto lo comprenderás tú más adelante, hija mía, se ama sin razón y sin medida, y el que padece esa enfermedad se cura, pero la curación es larga y la convalecencia hállase expuesta á recaídas. Tienes razón, permanece al lado de tu hermana hasta el día en que tú misma...

—¿Yo?, exclamó Julia como ofendida. ¿Yo? ¡Vaya una salida!..

El Sr. Rozel se había levantado y la joven no acabó su frase.

El doctor estaba irritado consigo mismo por no haber observado mejor á su amiga; en efecto, ahora que la miraba atentamente, veía las huellas del sufrimiento en su frente, en sus delicadas mejillas, en la rubicundez demasiado viva de los pómulos, en la blancura demasiado acentuada del cutis alrededor de la boca un tanto pálida.

Aprovechando un momento en que se disolvió el grupo que la rodeaba, acercóse á ella y le dijo:

—Hija mía, no te encuentras bien; te fatigas demasiado, con exceso, y es preciso que descanses.

—Sí me encuentro bien, respondió Aurette sonrojándose como si la hubieran sorprendido en flagrante culpa.

—No importa; gastas tu vida.., ¿Es que acaso no te interesa tu salud?

Aurette hundió hasta el fondo de los ojos del doctor su mirada pura, tan franca como la de su hermana, aunque menos brusca.

—Sí que me interesa, respondió tras una imperceptible vacilación. Mi padre necesita de mí y es preciso que no me falten ni la salud ni el valor.

—Pues bien, mañana iré á verte y me obedecerás exactamente; además te pondré en manos de Julia.

—¡En este caso estaré en buenas manos!, repuso Aurette con una sombra de buen humor en los ojos. ¡Si supiera usted cuán bien desempeña el papel de cancerbero!

—Acabo de saberlo á mis costas. ¡Creí que me devoraba! Y dentro de quince días te hallarás bien y podrás ser tan útil como quieras á los demás y más adelante á ti misma...

Aurette le dió las gracias con una mirada más bien indiferente que melancólica.

—¡Oh, por lo que á mí hace!, dijo con un gesto de abandono tan profundo que entristeció al doctor.

Luego se sonrió, y volviéndose hacia una señora amiga mudó de conversación.

La visita que al día siguiente hizo el doctor al Nido no modificó el nuevo curso de sus ideas. De algunos meses á aquella parte, engañado por el aspecto de Aurette, la creía, si no alegre, por lo menos tranquila; desde entonces la joven no había jamás aludido á la ruptura de su boda, y el doctor, llevado de ese deseo de creer que todo va perfectamente que se apodera de nosotros cuando envejecemos, había pensado que Aurette se había conformado lo mejor posible con su destino.

Pero ahora advertía que bajo aquel exterior de plácida apariencia, su joven amiga había ocultado tormentos terribles. Su salud, en realidad, no estaba profundamente alterada, ya que á esa edad una naturaleza sana y bien equilibrada puede sufrir mucho y durante mucho tiempo sin que se produzcan trastornos graves en el organismo; pero en cambio tenía enferma el alma, según pudo comprobarlo sosteniendo con ella conversaciones algo extensas.

El carácter de la señorita Leniel había alcanzado su madurez prematuramente; encargada de la dirección de la casa á una edad en que las muchachas sólo piensan en divertirse, había adquirido la costumbre de velar por el bienestar de los demás antes de ocuparse de lo que personalmente la complacía. Esa abnegación casi inconsciente era lo que había prestado tanta fuerza á su amor, ya que había dado á su prometido, en vez de dárselo á sí misma, todo lo mejor y más elevado que había en ella.

La ingratitud de Raúl habíala herido en el corazón, y si en algún caso la palabra herida puede ser apropiada á un estado puramente moral, bien puede afirmarse que aquella herida había sido grave; Aurette se parecía á esos individuos privados de uno de sus miembros y que todavía sienten dolores en el miembro amputado. Su amor se había desprendido de ella como una cosa muerta, pero el sitio en donde había estado continuaba sangrando y sin cicatrizarse.

Como acontece en las catástrofes que momentáneamente suspenden el curso de la existencia, la sensibilidad de Aurette había sufrido un golpe rudo, y aunque por virtud de una larga costumbre se ocupaba todavía de los suyos, había perdido el espíritu de actividad y de iniciativa que la caracterizaba en otro tiempo, y no sólo no deseaba ya emplear su tiempo y sus fuerzas como en el pasado, sino que encontraba una especie de placer lento viendo cómo los días transcurrían sin resultado y sin provecho. La pereza, el entorpecimiento que habían sucedido á la primera violencia de su dolor, la hacían, á ella tan buena y tan generosa, casi egoísta y casi dura con el sufrimiento ajeno. El combate que había sostenido, la coacción que se había impuesto la habían transformado hasta el punto de que no se habría reconocido á sí misma si se hubiese hallado en condiciones de juzgarse.

Aquel estado era más peligroso que una enfermedad física, y el doctor sintióse seriamente inquieto. Una conversación secreta con Julia le hizo saber mucho más de lo que había comprobado por sí mismo y le produjo verdadero espanto.

—Papá no se da cuenta de ello, terminó diciendo la joven; pero Aurette toma aires de solterona y no me extrañaría que acabase por vivir sola con un gato ó un loro como tantas otras.

—¡Bah!, exclamó el doctor. Una naturaleza no se metamorfosea en seis meses, y Aurette es oro en barras; tu padre lo ha dicho cien veces y tiene razón. De todos modos, es hora ya de obrar.

—Pues obre usted, doctor, dijo Julia juiciosamente. En cuanto á mí, ya no sé qué hacer; he probado todo lo que la interesaba en otro tiempo, he apelado hasta al recurso de los pobres; pero Aurette se limita á dar dinero y no quiere verlos ni saber nada de ellos... Y nunca habla de lo que piensa; hay momentos en que llego á figurarme que no me ama.

—¡Todo volverá!, dijo el Sr. Rozel con acento consolador, aunque en el fondo no se sentía muy tranquilo.

Carlos escribía con regularidad; habíase instalado en Bombay y sus negocios prosperaban. Relataba á su padre muchos pormenores de su vida y de las personas que le rodeaban, y hacía mención de su esposa, aunque sin hablar de ella especialmente; así lo había querido Sidonia, la cual nunca enviaba recado personal alguno para ningún miembro de la familia. Julia, que tomaba muy á mal esa conducta, indignábase de la indiferencia de Aurette sobre este particular.

—No me explico, díjole un día, que no te sientas molestada por su ingratitud. Tú que la has tratado con tanta bondad, con demasiada bondad...

Aurette dejó sobre la mesa una pequeña tetera de China en la que preparaba una taza de te para el señor Leniel.

—Si nuestra casa hubiese sido destruída por un incendio y todo cuanto poseemos hubiese desaparecido, ¿te preocuparía mucho la pérdida de eso?, respondió señalando el frágil objeto.

Julia miró á su hermana con ojos de asombro; pero Aurette atendía á la tetera y no parecía deseosa de proseguir la conversación; sin embargo, la muchacha era tenaz, y un instante después volvió á la carga.

—¿Sabe Carlos cuáles han sido las consecuencias de su gran pensamiento?, preguntó á media voz, porque su padre se hallaba en la habitación inmediata.

—Lo sabe, respondió lacónicamente Aurette.

—¿Y qué ha escrito?

—Que daría su vida porque no hubiese sucedido. ¡Ah, Dios mío! ¡Es muy fácil dar la vida cuando no la pide nadie! Es más fácil que recobrarla cuando ya nadie la quiere.

—¡Aurette!, exclamó Julia con voz ahogada y arrojándose sobre su hermana para cogerla por la cintura como si estuviera al borde de un precipicio.

Aurette, al pronto sorprendida, dejóse coger y besar, y pasando luego afectuosamente la mano por los cabellos de color de oro pálido de Julia, díjole con dulzura:

—¡Bueno, bueno! No te agites así.

Llegó en esto el Sr. Leniel, y Aurette le preparó su butaca, le ofreció su taza de te bien caliente y azucarado á punto, y se puso luego á leerle el diario sin revelar la menor emoción.

—¡Me da miedo!, dijo Julia al Sr. Rozel, cuando tres ó cuatro días después le refirió el incidente.

—Es preciso que ande mucho, respondió el doctor; voy á regalarle un perrazo y á ordenarle largas caminatas sola con el animal. Con esto tal vez evitaremos que se vuelva misántropa; no hay nada mejor que la compañía de un perro para reconciliarnos con los hombres, ha dicho un sabio.

Sin embargo, esta panacea no dió, al parecer, el resultado que el médico esperaba, por lo menos en cuanto á la parte moral. Aurette aceptó el perro que le llevó el doctor, cumplió la prescripción haciendo interminables caminatas por las inmediaciones del Nido y conservó su fría tranquilidad, interrumpida de cuando en cuando con alguna frase amarga, disimulada bajo la forma de la abnegación.

Julia escribió á Carlos diez páginas de quejas y recibió en contestación seis páginas de excusas que denunciaban punzantes remordimientos; pero esto en nada modificó la situación. El Sr. Leniel comenzaba á observar la transformación operada en su hija y á preocuparse de ella; y Julia temblaba de miedo de que su padre volviese á enfermar...

Así transcurrió para ellos la vida meses y meses, durante los cuales sucediéronse las estaciones sin que nada turbase la aparente tranquilidad de aquel interior, en el que cada cual ocultaba á los demás una pena ó una inquietud secreta.

XI

Un día de diciembre del invierno siguiente, el señor Leniel llegó al Nido algo más tarde de lo que solía á la hora de comer; una animación insólita daba á sus ojos un brillo vivísimo y sus mejillas estaban más sonrosadas que de costumbre. Sentóse á la mesa con aire contento y preocupado á la vez y durante toda la comida no cesó de dar muestras de distracción, que Julia aprovechó para hacerle reir.

El año transcurrido había dado á la muchacha una madurez singular; con su inquietud constante por su padre ó por su hermana, y á menudo por ambos á la vez, había adquirido ese desprendimiento de sí mismo que es lo único que engendra la soltura perfecta de las ideas y de los movimientos; y sus facciones, antes angulosas, habíanse fundido en una suave armonía que se reproducía también en sus ademanes. Por un extraño contraste, había momentos en que parecía ser ella la madre de Aurette, la cual se dirigía con frecuencia á su hermana menor para pedirle consejo sobre cualquiera pequeña dificultad.

«¡Cuán bien hice en no volver al convento!,» pensaba Julia cada vez que se encontraba en presencia de alguna complicación doméstica.

Y esa idea le infundía increíbles aptitudes para deshacer toda clase de nudos gordianos.

Cuando, después de comer, se reunieron en el salón, el Sr. Leniel contempló largo rato á sus hijas con expresión alegre, y al fin dijo:

—Hoy me ha sucedido una cosa extraña: he recibido una proposición de matrimonio para cada una de vosotras.

—¡Ah!, exclamó rápidamente Julia, callando en seguida y fijando sus ojos en su hermana.

Aurette nada había dicho, pero un rubor repentino había invadido su rostro y su cuello. Hacía mucho tiempo que la sangre no se había agolpado así en sus delicadas mejillas.

—Sí, añadió el Sr. Leniel, para las dos, y permitidme que os diga, hijas mías, que aparte de toda otra consideración, esa petición doble me ha satisfecho profundamente, porque ambos pretendientes pertenecen á la mejor fracción de la mejor sociedad de Angers.

—¡Ah!, repitió Julia con la misma rapidez que antes y sin apartar la vista de su hermana.

El Sr. Leniel nombró á los dos solicitantes, y una nueva oleada de sangre tiñó las mejillas de Aurette; Julia se limitó á mover la cabeza sin mostrarse sorprendida.

—Hétenos ya ascendidas en nuestra carrera, dijo perfectamente serena. Y ahora, papá, ¿quiere usted tener la bondad de hacer el reparto, como dice el cartero, es decir, explicarnos cuál es para Aurette y cuál para mí? Sin esto, nos costará mucho trabajo expresar nuestros sentimientos verdaderos.

Con gran sorpresa de su padre y de Julia, Aurette soltó la carcajada, una carcajada juvenil y franca como no se la habían oído desde la boda de Carlos. Su hermana la examinaba con cierto temor, tan poco verosímil le parecía aquella alegría; pero Aurette la tranquilizó con una mirada maliciosa, mirada también imprevista en sus ojos apacibles.

—Julia tiene razón, papá; porque vamos á ver, ¿si no nos pusiéramos de acuerdo sobre este particular?..

A su vez soltaron la carcajada el Sr. Leniel y Julia. Habíase difundido por el salón una atmósfera alegre que resonó débilmente en las cuerdas del piano, y el perro Bruno, que rondaba por la terraza, apoyó su hocico contra el cristal y lanzó un gemido, como suplicando que le dejaran participar de aquella alegría.

El Sr. Leniel, cosa nunca vista, se levantó y fué á abrir al pobre animal que, un tanto turbado, pero satisfecho del honor que recibía, entró en el salón y se tendió á los pies de su ama.

—¡Bruno en el salón!, exclamó Julia. Bien se ve que es día de regocijo. Aprovéchate de ello, mi buen perro; pues en cuanto hayamos recobrado el conocimiento, papá mandará que te encierren en la cuadra. Y ahora, papá, explíquese usted. ¿El Sr. Vernois es para mí y el Sr. Daubray para Aurette, ó viceversa?

—¡Demasiado sabes que es viceversa, hipocritona!, respondió sonriendo el Sr. Leniel. Y bien, ¿qué te parece, Aurette?

Ésta, cuyo semblante había perdido su expresión de confianza y de buen humor, permaneció un momento silenciosa, y luego, con acento grave, dijo:

—La petición del Sr. Vernois, padre mío, me conmueve y me halaga; supongo que comprenderá usted por qué... Pero no quiero casarme y no me casaré jamás.

Julia y su padre cruzaron involuntariamente .. miradas.

—Jamás es una palabra muy dura, hija mía, dijo el Sr. Leniel; espero que mudarás de parecer y permíteme que te diga que no encontrarás ..n partido mejor que ese, del que hoy haces, al parecer, tan poco caso: familia, posición, fortuna, edad, mérito personal, todo lo reune...

Aurette se había levantado con un movimiento de malestar nervioso, y ligeramente inclinada hacia delante, apoyadas las manos en el borde de una mesita que la separaba del Sr. Leniel, dijo á éste sin apartar de él sus ojos pardos que ya no miraban con la intensa dulzura de otro tiempo:

—No me casaré, padre mío, porque no puedo venderme por una posición ni por nada, y ha de serme eternamente imposible sentir amor por un hombre, sea quien fuere. Desde hace ocho meses he tenido tiempo para reflexionar; me he convencido de la firmeza de mi resolución y nada me apartará de ella.

Permaneció de pie, desviando su mirada, con los labios apretados y con un aspecto de concentración que desnaturalizaba la expresión ordinaria de su lindo rostro. El Sr. Leniel la miraba con atención tal, que Julia llegó á sentir miedo. ¿Qué sucedería si Aurette, viéndose interrogada, se dejara arrancar el secreto de su herida, tan bien guardado hasta entonces?

—Papá, dijo en tono chancero, deje usted á Aurette con sus ideas é interrógueme á mí, si le place. ¿Acaso no tengo también algún derecho á ser consultada sobre este asunto? ¡Diríase que no lo cree usted así! Padre mío, tengo diez y ocho años y soy una joven casadera.

El Sr. Leniel puso con algún esfuerzo su atención en su hija menor, y con aire distraído todavía le dijo:

—Tienes razón. ¿Te conviene tu pretendiente?

—Si le dijera á usted que me conviene, se vería usted cogido, porque en realidad no tiene usted ninguna gana de que me vaya.

—Sin embargo, cumpliendo mi deber de padre...

—Indudablemente, repuso Julia interrumpiéndole; pero no se canse usted en razonar, porque tiene usted razón y sé de antemano cuán prudente y sensato sería lo que usted me dijese; pero... yo no opino como Aurette y pienso casarme, mas no por ahora.

—Hijas mías, me ponéis en una situación muy difícil...

—¡Yo no!, exclamó Julia. ¿No es evidente que soy demasiado joven? ¡Mire usted cuán delgados tengo aún los brazos! Y usted no querrá casar á una hija tan flaca. Espere usted á que haya engruesado lo suficiente para hacer honor á su casa. Quien le pone á usted en una situación difícil es Aurette, que no tiene la misma excusa que yo...

—Padre mío, dijo Aurette, que había vuelto á ponerse sobre sí, diga usted al Sr. Vernois que agradezco infinito el paso que ha dado y por el cual me considero honrada; dígale usted también que si yo hubiese debido casarme le habría escogido á él con preferencia á cualquier otro, porque es todo un caballero á quien tengo por tan bueno como inteligente; pero añádale usted que quiero permanecer soltera..., solterona.

Dicho esto, inclinóse sobre su padre, besóle cariñosamente y se marchó para poner término á la discusión. El Sr. Leniel y Julia quedáronse solos, mirándose y sin pronunciar una palabra. Bruno, despertado de su sueño, después de pasear á su alrededor sus ojos asombrados, se levantó y apoyó el hocico en la puerta; Julia la abrió y el animal fué á reunirse con su dueña.

—Papá, dijo la joven volviendo á su sitio, no a.. mente usted á Aurette. Está muy decidida...

—Pero ¿por qué?, exclamó el Sr. Leniel. Nun.. podido explicarme del todo por qué quiso romp.. con los Bertholón. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha pasad.. algo que yo ignoro?

Aunque interiormente muy conturbada, Julia se esforzó en tranquilizar á su padre y lo consiguió, .. menos para el presente. Aquellas dos proposici.. de matrimonio habían halagado el amor prop.. Sr. Leniel mucho más de lo que hubiera creído p.. sible. La herida causada por la conducta de su hi.. y por la opinión que acerca de ésta habíase for.. en torno suyo, había sido muy grave y muy dolorosa, á pesar de las favorables circunstancias que le habían protegido, comprendía cuán discutida y censurada había sido aquella aventura, y una especie de sensibilidad enfermiza había hecho más de una vez que tomara como dirigidas á él palabras que á él no se referían y que viera alusiones allí donde nadie había querido ponerlas. Pero el hecho de verse solicitado por hombres tan distinguidos como los que le pidieran la mano de sus hijas, le restituyó la confianza que había perdido, y desde aquel momento volvió á ser más lo que antes era.

La misma impresión había sentido Aurette, aunque no la dejara traslucir. Sin que su aspecto externo se modificara, se suavizaron sus pensamientos secretos; el honor de haber sido solicitada por un hombre eminente compensaba la mortificación pasada; su amor propio cesó de sufrir y su espíritu, agobiado bajo el peso de la ofensa, recobró su libertad.

De la India había llegado una gran noticia: Sidonia sería madre dentro de unas semanas. Cuando su hija le comunicó el esperado suceso, el Sr. Leniel no manifestó emoción alguna; desde la partida de los desposados había recibido varias cartas de su hijo, pero no las había contestado; Aurette se encargaba de la correspondencia con Carlos y nunca dejaba de infundirle esperanzas.

No guardaba rencor alguno á su hermano ni casi á Sidonia, á quien había aprendido á conocer durante su vida de soltera. Así como Julia tenía mala voluntad á su cuñada, Aurette sentía hacia ella una lástima que más se parecía á la indiferencia que á la bondad. El despego que todo le inspiraba la inducía á mostrar cierta indulgencia hacia una mujer, incapaz por naturaleza de sentimientos elevados; y ni siquiera la quería mal por haberla engañado con palabras afectuosas en el momento mismo en que tramaba el proyecto que había de dar tan crueles resultados.

—¿No te había dicho, preguntábale Julia, que si estuviera á punto de cometer una falta ó una tontería pensaría en ti y esto bastaría para contenerla?

—Sí, lo dijo, pero ¿esto qué demuestra? Que no pensó en mí cuando faltó. ¡Oh, no, no pensó en mí!, repitió Aurette con alguna tristeza. Y sobre todo, ¡si supieras cuán indiferente en el fondo me es todo esto!

—¡Indiferente! ¿Has dicho que todo te es indiferente? Pero ¿papá y yo... y Carlos?..

—Vosotros sois la familia, formáis parte de mí misma; pero lo demás...

Nada podría dar idea de la indiferencia con que la señorita Leniel pronunció esa palabra.

—¿Y el hijo de Carlos?, répuso Julia, resuelta hasta á arrostrar reproches con tal de sacudir aquella apatía.

—¡El hijo de Carlos!.. ¡Pobre criatura!.. ¡Habría sido papá tan dichoso!

A punto estuvo de enternecerse, pero se dominó y recibió tranquilamente el beso que le dió su hermana.

—Ya comprenderás, dijo con esa mezcla de tristeza y de dulzura que había llegado á ser corriente en ella, que papá habrá de volver á ver un día ú otro á Carlos; no hablo de Sidonia. Si hubiera modo de que viera al pequeño, quizás le tomaría afecto... ¡Pobre papá! Tenía tantas ganas de tener nietos, y ahora...

Lanzó un débil suspiro y reanudó el trabajo que había interrumpido para hablar con su hermana.

Ésta estaba segura de que podría contar con la connivencia, á lo menos tácita, de Aurette, y no obstante la aversión que le inspiraba Sidonia, resolvió utilizar el esperado niño para conquistar el corazón del Sr. Leniel.

Aquel corazón de padre tenía bondades que él mismo no sospechaba. A pesar de todas las impresiones dolorosas que inevitablemente despertaba el recuerdo de los culpables, el tiempo había realizado su obra de apaciguamiento, y Julia aprendió á distinguir por señales indefinibles las horas en que podía aventurarse á hablar de su hermano de aquellas otras en que debía limitarse á nombrarlo. Aurette, requerida por su mirada, se prestaba á la conversación y poco á poco habían conseguido que el Sr. Leniel les dejara hablar juntas, en su presencia, del desterrado, cosa que en los primeros tiempos no podía soportar. Julia, que no conocía obstáculos, atrevióse un día á entrar en un terreno peligroso.

—Cuando Carlos regrese á Angers, dijo.

Aurette, asustada, miró á su padre, que fingía no haber oído, y la atrevida joven terminó su frase, por otra parte sin importancia, y habló de otra cosa.

Había conquistado una posición de gran valor estratégico.

A partir de aquel día, habló á menudo, aunque poco cada vez, de aquel regreso como de cosa enteramente natural, y el Sr. Leniel, aunque siempre aparentaba no oir, seguía la conversación atento y conmovido, lo que no pasaba inadvertido para ella.

Un domingo se paseaban lentamente por el jardín, y al pasar por debajo del gran plátano, Julia observó que su padre tenía los ojos fijos en dos ventanas del segundo piso, en el ángulo de la casa; allí estaba el antiguo cuarto de los niños, en donde los tres sobrevivientes y los dos fallecidos habían aprendido los comienzos de todo lo que constituye la vida. Julia pasó su brazo por debajo del de su padre y señalándole las ventanas le dijo:

—Será necesario poner alambreras nuevas, porque las viejas están agujereadas.

—Mejor sería quitarlas del todo, contestó el señor Leniel sin apartar la vista de aquel rincón de su casa en donde habían crecido sus hijos.

– Sí, añadió el Sr. Leniel, para las dos

—¡Nada de eso, papá! Habrá que cambiarlas para el pequeñín de Carlos...

El Sr. Leniel siguió andando sin decir una palabra y al poco rato regresó al salón. Una vez allí sentóse en su gran butaca y cogió un periódico, detrás del cual ocultó sus pensamientos; pero su hija, que le examinaba con el rabillo del ojo, vió reaparecer muy pronto en su semblante un suave fulgor que no había observado en él desde hacía mucho tiempo y que le pareció un feliz presagio.

Un incidente que nadie podía prever ni evitar vino, sin embargo, á trastornar de nuevo todas sus esperanzas para el porvenir.

Cierto día, al volver de Angers, el Sr. Leniel hizo una seña á Julia, que por la fuerza natural de las circunstancias era su confidente en una porción de casos delicados, y llevósela á su despacho, cuya puerta cerró.

—Raúl Bertholón se casa, dijo con aire misterioso.

—¿Se casa con la heredera?, preguntó Julia desdeñosamente. ¡Cuán contenta debe estar su querida mamá!

—¿Cómo decírselo á Aurette? El doctor acaba de comunicármelo; en la ciudad no se habla de otra cosa y Rozel no sabe si la noticia producirá á tu hermana una conmoción dolorosa.

—Debiera decírselo él mismo, indicó la joven. Si le invitaba usted á comer, á él y á esa perfección de sobrino.. Hablando, después de la comida, paréceme que la cosa sería más fácil que entre nosotros tres solos.

—Corriente; Rozel, en efecto, es quien mejor se las compondrá para darle la noticia... Luego iré á invitarle.

—¡No olvide usted al sobrino, papá! ¡Me divierte mucho ese niño!

«Aquel niño» tenía cinco pies y medio de estatura, una bonita barba castaña y unos ojos pardos casi tan hermosos como los de Aurette. Parecía efectivamente divertir mucho á Julia, pues no cesaban de pelearse por mil pormenores después de haberse puesto de acuerdo sobre el conjunto de las cosas; y ella tenía un modo de mirarle de soslayo, durante sus disputas, que revelaba la satisfacción más perfecta y maliciosa.

Cuando á eso de las cuatro doblaba el Sr. Leniel la esquina de la vieja calle tranquila en que habitaba el Sr. Rozel, topóse con su notario.

—¡Vamos!, exclamó éste. ¡Puede usted estar satisfecho, que de buena se ha librado!

—¿Qué quiere usted decir?

—La señora de Bertholón...

Hizo una pausa para ver si alguien les oía.

—Sí, repuso el Sr. Leniel, ya sé que casa á su hijo. Amigo mío, no será usted quien autorice el contrato.

—Se casa, sí; pero no me refería á esto. La señora de Bertholón acaba de perder más de la mitad de su fortuna en las minas de Bosnia...

—¡Ah!, exclamó el Sr. Leniel con escaso interés y con menos lástima. Es sensible.

—Permítame usted que no opine lo mismo: es muy justo. La Providencia le debía ese castigo por la manera indigna de portarse con ustedes.

Conforme al principio de la cristalización instantánea, mil hechos, al parecer incoherentes, se agruparon en una milésima de segundo en la mente del Sr. Leniel, haciéndole adivinar lo que tan cuidadosamente se le había ocultado. La sacudida fué tan violenta, que hubo de hacer un esfuerzo para sostenerse en pie.

—En efecto, dijo no sin trabajo, merecía un castigo...

—A pesar de lo cual, su hijo se casa con una fortuna considerable... El dichoso arquitecto ha sabido hacerse amar; pero á la madre le queda muy poca cosa y dudo mucho de que la nuera la invite á compartir sus magnificencias... Hasta la vista, querido señor Leniel: mis respetos á esas señoritas.

El notario se fué y dobló la esquina. El Sr. Leniel dió algunos pasos y maquinalmente cogió el cordón de la campanilla de la casa del doctor, tirando de él con toda su fuerza. Un instante después estaba en el despacho de consulta, sentado en una butaca, y su amigo le frotaba las sienes con vinagre concentrado.

—¿Qué me ha sucedido?, preguntó intentando levantarse.

—Un desvanecimiento, respondió el médico. Pero ya pasó. Y ahora sepamos la causa.

—¿La causa?

El Sr. Leniel se levantó aunque algo tambaleando.

—Doctor, dijo, fué la señora de Bertholón quien deshizo la boda, no mi hija.

—Puesto que lo sabe usted, no veo la necesidad de mentir. En efecto, ella fué.

—¡Y mi hija, mi pobre Aurette! ¡Ah, amigo mío, es un ángel!

—Conformes... Pero siéntese usted; lo mismo podemos hablar de ella de pie que sentados.

El Sr. Leniel obedeció y permaneció silencioso. Al fin, después de una larga meditación, exclamó:

—¡Es espantoso lo que la infeliz habrá padecido y su valor me asusta! A su edad soportar tan terrible carga... ¿Lo sabía usted, doctor?

—Lo sabía y había tomado sobre mí la responsabilidad de ocultar á usted esa triste historia.

—¿Y cómo fué?

En pocas palabras refirió el Sr. Rozel su intervención en los sucesos, y cuando hubo terminado, su amigo le cogió ambas manos diciéndole:

—He salvado usted no diré el honor, porque éste se halla muy por encima de todo menoscabo, pero sí la dignidad de nuestra casa, y dejándome en la ignorancia seguramente me ha salvado usted la vida... ¡Ah, si yo hubiese tenido noticia de aquella carta! Bien sabe usted, doctor, que no soy malo; pero, sin embargo, habría sido capaz de matar á alguien..., á la madre ó al hijo, ¡el miserable!

—No, repuso el doctor sosegadamente, diga usted más bien ¡el pobre diablo!.. No es malo y aseguro á usted que tendrá su castigo, si ya no lo tiene. Juzgue usted, si no: del yugo de una madre déspota cae, casi arruinado, ¡fíjese usted en esto!, bajo el de una mujer de su misma edad, rica, de una educación muy desproporcionada á su fortuna; una mujer sin distinción, sin modales, sin instrucción... Aseguro á usted que, aun siendo culpable como es, le compadezco. Y amaba á Aurette.

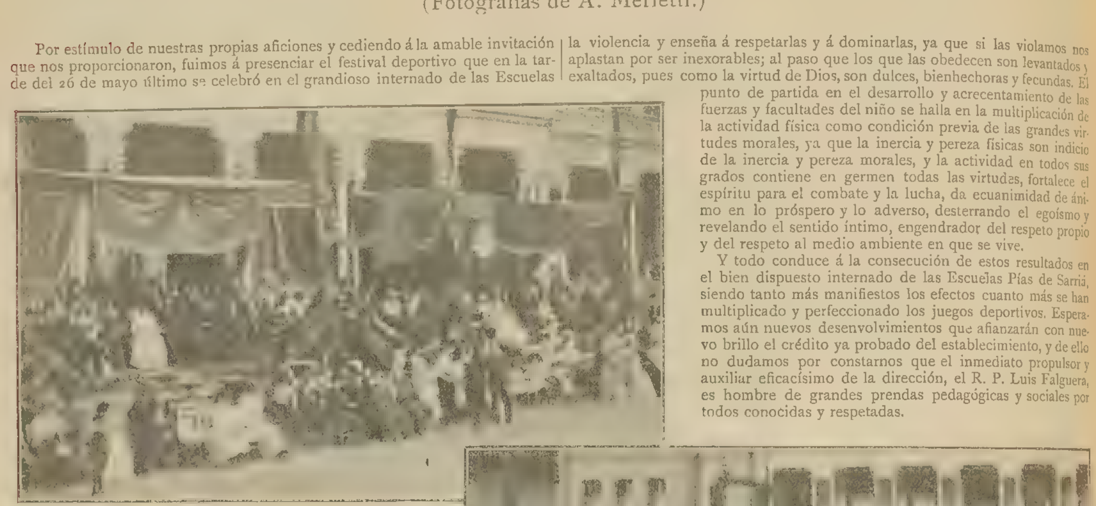
—¡No lo bastante!, exclamó bruscamente el señor Leniel. Y ahora tengo miedo de que la noticia de esa boda cause todavía gran pena á mi hija. ¡Pobre hija mía! ¡Está tan cambiada! Yo no me explicaba ese cambio; creyéndola autora de la ruptura, no comprendía por qué se había vuelto tan diferente de antes, y aun á veces la acusaba de ser algo fría... Me ha ocultado su sufrimiento con increíble constancia. ¡Ah! ¡No puedo pensar en ello sin sentirme trastornado! ¿Y creerá usted que es toda bondad para su hermano?

(Se continuará.)

FESTIVAL DEPORTIVO EN LAS ESCUELAS PÍAS DE SARRIÁ (BARCELONA)

(Fotografías de A. Merletti.)

Por estímulo de nuestras propias aficiones y cediendo á la amable invitación que nos proporcionaron, fuimos á presenciar el festival deportivo que en la tarde del 26 de mayo último se celebró en el grandioso internado de las Escuelas Pías de Sarriá. Conocedores de la importancia capital que los centros educativos extranjeros dan á los juegos atléticos, como medio poderoso de formación social, esperábamos hallar nobles conatos, impulsos generosos con atisbos de transformación en los sistemas y métodos universalmente reconocidos como necesarios en la total y completa educación del niño; siendo grande nuestra sorpresa al comtemplar que lo que imaginábamos simple distracción, juegos y pasatiempos llamativos del público, formaba parte de un vasto plan, de un sistema de educación que partiendo del desarrollo de las energías materiales, se dirigía al desenvolvimiento de las energías intelectuales y morales, que con aquéllas completan y perfeccionan al hombre. Así que, en presencia de semejantes hechos, que apenas si sospechábamos en España, hemos creído de nuestro deber tomar nota de los adelantos que en materia de educación tan gallardamente practican los PP. Escolapios de Sarriá.



Tribuna presidencial en donde se hallaban las autoridades

Ejercicios en las paralelas

***

Figura de gran relieve y benemérito en los anales de la enseñanza es la del director del Centro Calasancio Sarrianés, por el acierto con que resuelve el gran problema de la educación. Es para él un deber absoluto, al reconocer la realidad integral de las energías que atesora el niño, el cultivarlas y desenvolverlas totalmente cada una en su plano y armonizarlas en un orden perfecto para centuplicarlas con el apoyo que mutuamente se prestan.

Sabiendo lo que son las fuerzas humanas, procura desterrar de sus educandos toda actitud pasiva y la tendencia á la violencia y enseña á respetarlas y á dominarlas, ya que si las violamos nos aplastan por ser inexorables; al paso que los que las obedecen son levantados y exaltados, pues como la virtud de Dios, son dulces, bienhechoras y fecundas. El punto de partida en el desarrollo y acrecentamiento de las fuerzas y facultades del niño se halla en la multiplicación de la actividad física como condición previa de las grandes virtudes morales, ya que la inercia y pereza físicas son indicio de la inercia y pereza morales, y la actividad en todos sus grados contiene en germen todas las virtudes, fortalece el espíritu para el combate y la lucha, da ecuanimidad de ánimo en lo próspero y lo adverso, desterrando el egoísmo y revelando el sentido íntimo, engendrador del respeto propio y del respeto al medio ambiente en que se vive.

Y todo conduce á la consecución de estos resultados en el bien dispuesto internado de las Escuelas Pías de Sarriá, siendo tanto más manifiestos los efectos cuanto más se han multiplicado y perfeccionado los juegos deportivos. Esperamos aún nuevos desenvolvimientos que afianzarán con nuevo brillo el crédito ya probado del establecimiento, y de ello no dudamos por constarnos que el inmediato propulsor y auxiliar eficacísimo de la dirección, el R. P. Luis Falguera, es hombre de grandes prendas pedagógicas y sociales por todos conocidas y respetadas.

El juego de los diablos

Y viniendo ahora á la fiesta deportiva, hemos de manifestar que por la pericia demostrada en los ejercicios por los educandos, quedan acreditadísimas las clases de gimnasia, esgrima y equitación.

El desfile general que inició el espectáculo fué sorprendente, y la marcialidad que demostraron, así los pequeños como los mayores, arrancó grandes aplausos del público. Para preparar los ánimos nada tan llamativo como las carreras á pie con obstáculos y demás aparatos (zancos, triciclos, bicicletas), y este primer número, que á guisa de prólogo señalaba la finalidad pedagógica en estos ejercicios perseguida, era comentario acabadísimo de las célebres palabras del padre Didon: *«Sautez, courez. Il faut vous faire des poumons et des muscles. Portez vous bien et vous travaillerez mieux.»*

Gran carroussel por los alumnos de equitación

y clara prueba de resistencia fué, y felicitaciones por ello merecieron los alumnos que en las mismas tomaron parte.

No es fácil describir uno por uno todos los ejercicios que constituyeron el alma esencial del programa; y lo que en ellos se apreciaba era la más perfecta coordinación de las fuerzas y la armonía y equilibrio en su aplicación metódica al desarrollo del organismo. La sección de pequeños con sus evoluciones de Gimnasia Americana y la de medianos con las de Gimnasia Sueca, presentaban un hermoso cuadro, en lo que no se sabe qué admirar más, si lo estético del conjunto ó la bienhechora acción de los movimientos. Los mayores dieron grandes pruebas de habilidad por su perfección y ajuste en las escaleras, perchas, anillas, dominaciones, esgrima, lucha greco-romana y otros variados ejercicios.

VISTA DEL EDIFICIO DE LAS ESCUELAS PÍAS DE SARRIÁ (BARCELONA)

El Gran Carroussel fué muy admirado y todos los que en él intervinieron dieron pruebas de sus adelantos en equitación por la limpieza de los saltos y la facilidad en el dominio de los caballos.

Contentos pueden estar los profesores del colegio Sr. D. Eduardo Tolosa, de gimnasia, y D. Juan Lara, de equitación, por haber visto coronados con el más brillante éxito sus trabajos de organización de tan simpática y variada fiesta, que dejó imperecedero grato recuerdo en el ánimo de cuantos la presenciaron.

E. L.

Barcelona. - Inauguración de la Exposición de Artistas independientes organizada en el Círculo de Propietarios de Gracia
(De fotografía de Pedro Romeu.)

El domingo, 26 de mayo último, inauguróse esta exposición que, como todas las de su índole celebradas en las grandes capitales extranjeras, constituye en el fondo una protesta contra las trabas de los certámenes de carácter oficial. La primera idea partió seguramente de los que han visto rechazadas sus obras en la V Exposición Internacional de Arte; mas no tardaron en asociarse á ellos, movidos por nobles estímulos de compañerismo, otros artistas cuyas producciones ocupan en aquélla puesto muy distinguido. De aquí que el certamen de los artistas independientes, en el cual figuran 283 cuadros al óleo, 21 acuarelas, 41 dibujos, 37 esculturas y 21 caricaturas, ofrezca, en medio de la desigualdad de las producciones exhibidas, verdadero interés.

La ceremonia inaugural, que se efectuó en la platea del teatro del Círculo de Propietarios, fué presidida por el gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo, y se redujo á la lectura por el secretario de la comisión organizadora Sr. Jiménez de un discurso explicando el fin que con aquella exposición se perseguía, y á unas cuantas frases del Sr. Ossorio, expresión de su simpatía por el acto de fe artística realizado por los independientes.

A la inauguración asistió una concurrencia numerosísima.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 10 de junio de 1907 — Núm. 1.327

SAN MARTIN DANDO LA CAPA A UN POBRE, grupo en bronce de Guillermo Seib

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la serie correspondiente al presente año, que es el poema

CALENDAL

de Federico Mistral, una de las obras más inspiradas del autor de «Mireya» y de la cual se han hecho numerosísimas ediciones en Francia y que ha sido traducida á los principales idiomas europeos.

Las ilustraciones son originales del reputado pintor D. Arcadio Mas y Fondevila y constituyen un verdadero tributo del arte español á la inspirada creación épica del poeta de Provenza.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La situación en Centro-América. —*Nicaragua, Honduras* y *El Salvador:* la paz de Amapala: la Junta de gobierno en Tegucigalpa y el general Sierra en Amapala: nuevos conflictos. —*Guatemala:* el asesinato de Barillas, el atentado contra el presidente y la cuestión con México. —*Panamá:* los millones de los yanquis: reformas en la ciudad; los braceros españoles: inhumano proceder de los empresarios del canal: necesidad de una intervención eficaz por parte del gobierno español. —*Venezuela:* otra tentativa revolucionaria. —*República Argentina:* el fallo del Interventor nacional en San Juan.

Muy cerca de dos meses han transcurrido desde que se publicó la anterior *Revista*, y aún conservan interés de actualidad las cosas de Centro-América.

Siguen en juego Nicaragua, Honduras y El Salvador, y el problema se complica con grave conflicto que surge entre Guatemala y México.

Cayó en Honduras el general Bonilla, no vencido por Nicaragua, sino arrollado por sus adversarios personales y políticos, y aun por muchos de los que alardeaban de amigos suyos. Unas tras otras se le iban sublevando las principales poblaciones, las tropas se le desbandaban, y los nicaragüenses ayudáronle á caer. Las victorias de éstos, tan pomposamente transmitidas por el telégrafo á Estados Unidos y Europa, fueron hechos de armas de escasa importancia ó ventajas conseguidas por no haber hallado enemigo con quien combatir. Por ejemplo, Puerto Cortés estaba defendido por 1.500 hondureños: saltan en tierra, para proteger á los extranjeros, unos cuantos marinos yanquis, y aquéllos, los soldados de Honduras, dando ya la guerra por terminada mediante la intervención de los Estados Unidos, dejan los fusiles y tranquilamente se vuelven al campo á cortar racimos de plátanos. Los nicaragüenses ocuparon, pues, la población sin disparar un tiro.

Amapala fué el último refugio de Bonilla. Allí se vió estrechado por los hondureños revolucionarios, por los nicaragüenses y por los yanquis, que habían decidido intervenir para poner fin á la guerra. Termina ésta entregándose Bonilla á los yanquis, que en uno de sus cruceros lo conducen á Acapulco, en México.

Las tropas salvadoreñas, aliadas de Bonilla, se habían retirado. La situación interior de El Salvador no era tampoco muy satisfactoria. Pocos días después de haber tomado posesión de la presidencia el señor Figueroa, el 7 de marzo, tuvo que declararse el estado de sitio en la República. El 28 el *Diario oficial* declaraba que había absoluta solidaridad de miras é intereses entre emigrados salvadoreños y hondureños residentes en Nicaragua contra los respectivos gobiernos constituídos. Éstos, pues, obraron de mancomún contra aquéllos y contra Zelaya. El Salvador envió su contingente de guerra á Honduras, que, vencido Bonilla, se replegó sobre la frontera.

Bajo la égida de los yanquis, conferenciaron en Amapala las representaciones de Nicaragua, de El Salvador y del nuevo gobierno de Honduras, y se pactó la paz.

Desgraciadamente, la paz no se consolida en Honduras. Los revolucionarios habían constituído una Junta de gobierno en la que se procuró que figurasen todos los jefes de grupo ó de partido. Dicha Junta designó como presidente interino al general y abogado D. Miguel R. Dávila, vicepresidente de la República que había sido con el general Bonilla: se quiso dar así á la nueva situación cierto valor constitucional. Pero el ex presidente D. Terencio Sierra, uno de los principales fautores de la revolución contra Bonilla, se opuso á la Junta de gobierno y se proclamó presidente en Amapala. Había, pues, en el pasado mayo dos presidentes y dos gobiernos, uno en dicha ciudad y otro en Tegucigalpa, y los consiguientes conflictos entre los respectivos bandos.

Por otra parte, según las últimas noticias, Bonilla no se da por vencido. Aún tiene partidarios muy resueltos en Honduras, y fomenta reacción armada á fin de recobrar el poder por los mismos procedimientos que para arrebatárselo emplearon sus enemigos.

Entre tanto, Guatemala estaba ojo avizor hacia el Sur, sin perder de vista al audaz y ambicioso Zelaya, de quien se temía que aspirase á imponer, en provecho propio y por la fuerza, la Unión centroamericana. Esto no podía tolerarlo Estrada Cabrera, el presidente de Guatemala.

Un suceso imprevisto vino á desviar en opuesto sentido la atención del gobierno guatemalteco. En México se habían refugiado los generales que dirigieron la última intentona revolucionaria contra Estra Cabrera, entre ellos el ex presidente D. Manuel Lisandro Barillas, á quien en una de las calles de la misma ciudad de México hiere mortalmente un asesino. Aprehendido éste y un su cómplice, ambos declaran que son guatemaltecos y que habían sido comisionados y pagados por un general de su país para matar á Barillas. El instigador del crimen era el general de división D. José M.ª Lima, íntimo de Estrada Cabrera. Conforme á los tratados vigentes, el gobierno mexicano pide al de Guatemala la extradición de Lima, responsable moral del delito y del ultraje hecho á México.

Guatemala apela á toda clase de moratorias. Un día, á fin de abril, estalla una mina, cargada de dinamita, bajo el carruaje que conducía á Estrada Cabrera, que sale ileso del atentado. El gobierno sospecha que los autores de éste se habían refugiado en la legación de México, y fuerzas de policía registran el edificio, sin dar con los criminales. No hay que decir el escándalo y la indignación que la noticia produjo en México. Tropas de la República marchan á la frontera meridional, y hubo momento en que se temió que llegara á estallar la guerra entre ambos Estados, cuyas relaciones continúan siendo muy tirantes.

La conducta de Estrada Cabrera y los procesos que con motivo del atentado se incoaron contra gran número de nacionales y extranjeros parece que han producido bastante disgusto en el país, y los telegramas acusaban temores de revolución, desmentidos recientemente, en los últimos días de mayo, por oficiosas manifestaciones de los representantes diplomáticos de Guatemala en Europa.

De Panamá hemos recibido noticias particulares por correo, que alcanzan á los primeros días de mayo.

Panamá, la vieja ciudad cosmopolita, se restaura y remoza en manos de los yanquis, que han gastado dos millones de balboas ó dólares en una Casa Blanca ó palacio y en un teatro de pésimo gusto, y otros ocho millones en obras de saneamiento y ornato; las primeras, alcantarillado y acueducto que proporciona agua *casi* potable, pero escasa aún.

Llueven allí millones, mas no para el canal propiamente dicho, en el que todavía no se trabaja ni poco ni mucho, sino para los preliminares, entre los que figuran innumerables y preciosas *pajareras*, que no otra cosa parecen las casas construídas y sobre todo los vagones de ferrocarril destinados á viviendas ó campamentos, con redes de alambrado que los cubren, á modo de fundas.

De esos millones se invierte lo menos posible en atender á las necesidades de los braceros procedentes de Europa y otras comarcas de América, y contratados para las obras de ferrocarriles accesorios, terraplenes, muelles, etc.

Hay allí hoy miles de infelices compatriotas nuestros que, extenuados por una alimentación deficiente y mala, por trabajo duro y continuo, por las fiebres y por el calor de horno de vidrio que se siente en aquel país, caen á centenares para no levantarse más, poblando con sus huesos las orillas de la vía férrea, llena ya de improvisados cementerios.

Esas pobres gentes han ido á Panamá indignamente engañadas. Los agentes reclutadores les ofrecen 20 centavos oro por hora de trabajo; es decir, que trabajando ocho horas diarias tendrían un jornal de un peso y sesenta centavos oro. Llegan allá, y se les paga en moneda nacional, plata, esto es, la mitad de lo ofrecido. Con un jornal de cuatro pesetas no se puede ni comer en aquel país, donde todo es extremadamente caro.

Pescado ahumado ó salado y ñame son los manjares que consumen los braceros españoles. Para vivienda no tienen ni siquiera los vagones alambrados, sino tiendas de campaña sobre fangoso suelo que exhala los terribles miasmas de la fiebre.

La explotación aún llega á más: se les impone multas por cualquier falta y se les suspende de trabajo y jornal para obligarles, por hambre, á que trabajen más barato. Algunos, para huir de aquel infierno, se contratan en otras Repúblicas de América; pero de este último recurso se pretende privarles también. El superintendente de las obras del canal reclama contra los cónsules de esas Repúblicas que contratan braceros; aun cuando sean éstos los despedidos de las obras, dice aquél que se les despide sólo para *amansarlos*, pues no pudiendo tener otra salida, forzosamente han de volver al canal para trabajar en las condiciones que la empresa quiera.

Así tratan los directores de las obras á esos braceros españoles que, según declaraciones de los mismos yanquis, son los más inteligentes y más trabajadores. Calcúlese lo que harán con los de otras procedencias, sobre todo con los negros.

Y el cónsul de España en Panamá, ¿qué hace? Hay allí unos 13.000 españoles, y no tenemos cónsul de carrera. Verdad es que está nombrado; pero pasan días y meses, y nunca llega á posesionarse de su destino. Entre tanto, ejerce las funciones de cónsul honorario un cubano que no se distingue por su afecto á España y á los españoles.

Nuestros gobiernos procuran evitar la emigración con medidas restrictivas, que no se cumplen, y que no pueden ni deben cumplirse, porque no hay derecho de impedir que el que no encuentra medios de vida en su patria los busque en otras tierras; lo que debe hacerse, y no se hace, es intervenir en los contratos, fiscalizarlos y exigir garantías de su cumplimiento y responsabilidades muy duras á los agentes que engañan al emigrante.

En los reglamentos italianos podrían encontrarse muy útiles enseñanzas, por más que tratándose de España el mal no está tanto en la falta de leyes y reglamentos como en la práctica ó costumbre inveterada en nuestro país de dictar unas y otros sin propósito firme de obligar á su cumplimiento y sin poner en acción los medios necesarios para que no puedan eludirse los preceptos legales.

En los mismos días en que el general Castro, el león de los Andes —como los suyos le llaman,—volvía, repuesto de su dolencia, á la capital de la República, se renovaban las tentativas revolucionarias en Venezuela. Fecha 18 de marzo tiene el decreto que dictó el jefe militar de la frontera colombiana del Táchira anunciando que había estallado la guerra civil en la vecina República y disponiendo que en el territorio de su mando se guardase la más estricta neutralidad.

Despacho posterior, de origen venezolano y fechado en Caracas el 8 de abril, nos hizo saber que el presidente del Estado del Táchira había licenciado las tropas por hallarse ya dominado el movimiento revolucionario que acaudilló el general Peñalosa.

Castro iba recobrando fuerzas, había perfecto acuerdo entre los gobernantes de todos los Estados de la federación y la paz quedaba restablecida en los departamentos andinos. El segundo vicepresidente, general Velutini, había marchado á París, y según las últimas noticias, también Castro se proponía venir á Europa, confiando de nuevo el gobierno al primer vicepresidente, general Gómez.

El Interventor nacional nombrado por el Poder ejecutivo federal argentino con motivo de la revolución sanjuanina, á la que nos referimos en la anterior *Revista*, dictó fallo declarando caducos los tres poderes de la provincia.

El sufragio había sido falseado tan fundamentalmente, que en el hecho se hallaba alterada la forma republicana de gobierno. Los gobernantes de la provincia no habían impedido la adulteración del comicio, y los otros poderes incurrieron en responsabilidad por haberse hecho solidarios de los actos que re[illegible] el legislativo.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

VIDA POR VIDA · POR BARRY SHEIL

Era una tarde del verano de 1870. El enemigo había invadido á Francia. Durante todo aquel día el cañón había estado tronando en las alturas que dominan el pueblo de Vandere.

La única posada que en éste había, *La Maison Blanc*, estaba situada en el centro del mismo.

La señora Montaudón, la anciana propietaria, acababa de entrar en la enarenada sala desde una habitación interior, cuando, por la puerta que daba al camino, penetró corriendo un hombre sin aliento que en sus brazos llevaba una preciosa niña rubia de siete años.

El recién llegado era joven y vestía el uniforme de soldado de infantería de línea francesa.

—¡Felipe!, exclamó espantada la mujer.

—¡Madre!, murmuró el hombre.

Puso bruscamente en el suelo á la niña y se dejó caer en una silla.

—Madre, repitió en voz baja y entrecortada. ¡Estoy perdido! Una bomba prusiana prendió fuego á mi casa; lo supe en el momento preciso en que nos llegó la orden de marchar hacia el enemigo en dirección opuesta; no podía pensar sino en mi casa y en mi pequeñuela, que ahí está, y yo...

La voz le faltó; luego dijo:

—Yo me escurrí; no podía soportar la idea de no ver, de no saber cuánto había ocurrido allí. Pensé en lo que me hubiera dicho en semejante caso mi buena, mi amada Celeste, que está en el campo santo; parecía que me decía que corriera á buscar á la niña, á nuestra hija, á la casa quemada, y... no necesito decir más. ¡Soy..., soy un desertor, madre, un hombre perdido!

—¿Un desertor? ¿Un hombre perdido?

—Sí, dijo el soldado. De deserción al frente del enemigo lo calificarán y el castigo será...

Titubeó y calló; el contacto de la suave mano de la niña con la suya detuvo en sus labios la palabra.

—¡Oh, mi querido papá!, exclamó con ardor la pequeña. Fuiste muy bueno viniéndome á buscar. Ellos lo sabrán y te perdonarán.

—¿Perdonarme? ¡Ah, hija mía! Para el soldado que deserta en presencia del enemigo no hay perdón.

—¿Qué te harán, papá?, preguntó sollozando.

—Nada, corazoncito mío, respondió tratando de hablar con tono alegre. Nada, es decir, nada que cause mucho mal.

—Papá mío, dijo la chiquilla con dulzura, me lo figuraba. Así es que reedificaremos la casa, ¿no es verdad? Cuando llegue septiembre y vengas para la vendimia, volveremos á vivir en ella como antes.

La interrumpió el brusco abrirse de la puerta y la aparición de la criada que ayudaba á la señora de Montaudón en el trabajo de la posada.

—Señora, dijo en voz baja la muchacha, ese pobre joven ha muerto.

—¡Ah!, exclamó su ama como si esperara aquella noticia. ¡Infeliz!

Felipe miró á su madre con curiosidad.

—Se trata de un joven que llegó ayer, se apresuró ella á decir. Tenía un tabardillo y se había quedado rezagado. Le dejaron en el camino por muerto, pero pudo llegar arrastrándose hasta aquí. Era un soldado raso y eso hizo que me acordara de ti, hijo mío. Sí, se te parecía... y mucho... Pero ¿qué sucede? ¿Estás malo?

Se adelantó, pintado el temor en el semblante, porque el soldado, que se había puesto en pie y acercado á la ventana, se echó de pronto hacia atrás, lívidas las mejillas.

—Ahí están los que me buscan, dijo sin aliento. ¡Estoy perdido!

La señora Montaudón se retorció las manos.

—¡Ah! Felipe, hijo mío, no estás perdido. Te salvaremos, te ocultaremos.

—De nada valdría, madre; registrarán todos los rincones. No hay escapatoria.

Y cogiendo en sus brazos á la niña exclamó:

—¡Ah, mi pequeñuela, que no tiene madre!

La estrechó contra su pecho é inundó de besos la carita dulce y triste que se volvía hacia él, hasta que de pronto se contuvo por los tirones fuertes que le daban en la manga.

—No morirás, balbuceaba la señora Montaudón. ¡No, no será! Tengo una idea, y señaló con el dedo la puerta de la habitación por la que había entrado hacía poco la muchacha. Ese pobre mozo que ha muerto, añadió en voz tan baja que apenas se la oía, se parecía mucho á ti, tan parecido, que tal vez podamos engañarlos. Ponte tu uniforme; así, cuando vengan, se encontrarán á Felipe Montaudón muerto. ¿Te haces cargo? ¿Me comprendes?

Casi instantáneamente y sin más explicaciones Felipe se percató de todo. Una vez más la esperanza extendía hacia él su mano cariñosa y consoladora. Su semblante se animó, y llevando la niña á la ventana, la mandó que se pusiera en acecho durante su ausencia, que sería de pocos instantes, y le llamase en el momento en que viera aparecer los soldados por el extremo de la calle.

Asintió ella prontamente, y apenas había terminado el lúgubre cambio de trajes, cuando con voz urgente le llamó.

—¡Papá, papá, los soldados!

Felipe corrió á la ventana.

—Sí, dijo estremeciéndose, son los que me buscan, pero no pertenecen á mi batallón, han nombrado á los de otro para practicar ese servicio. Así, pues, hay esperanza; no me conocen personalmente.

—¡Gracias á Dios!, exclamó fervorosamente la señora Montaudón. Pero vete, escóndete en el monte, en donde la espesura sea mayor.

Instado de aquella manera Felipe ya no vaciló; no había un momento que perder, porque los soldados venían aprisa; y apenas había él salido por la puerta, hicieron alto en el patio de la posada.

Estaba sola la niña junto á la mesa; un oficial joven, un capitán de un regimiento alsaciano de infantería, entró en la habitación.

—¿Quién es el amo de esta posada?, preguntó con amabilidad. Supongo que no serás tú, hija mía.

—No, señor, contestó ella con timidez. Esta posada es de mi abuela.

—¿Conque es de tu abuela, verdad?, dijo él siempre en el mismo tono amable. Y se llama la señora Montaudón, ¿no es cierto?

La niña asintió con la cabeza.

—¿Y dónde está en este momento esa señora?, preguntó él. Necesito verla en seguida. Estoy buscando..., el oficial titubeó..., un soldado, un desertor...

La vista de la niña le había conmovido. Con la rapidez del relámpago apareció ante sus ojos su casa de la lejana Alsacia, su hermosa y joven esposa y su hija. No quiso volver á emplear esa última palabra delante de ella.

—Un soldado..., é hizo otra pausa. Me han dicho que está aquí.

—No está, señor, exclamó con ardor levantando la cabeza. Está lejos, ¡ah, sí!, muy lejos...

Alzó la cara para mirarle de frente, con su carita llena de confianza, inocente y pura, que le enterneció el corazón.

—Sabe usted, dijo en tono confidencial, que es mi papá, mi querido papá; mi madrecita se fué al cementerio y no volverá más á mi lado. Así, pues, ya usted lo ve, no tengo más que á él, á mi papá. Mi abuela es muy buena, pero es vieja, muy vieja.

—Y tu papá, ¿dónde está? Vamos, dímelo.

—No lo sé, señor..., ha huído.

—Sí, esa es justamente la cuestión; ha huído y tengo orden de encontrarlo y llevármelo. Sargento, añadió volviéndose hacia un individuo alto y de faz ceñuda que estaba á su lado, disponga usted que los soldados registren el bosque; probablemente en él estará escondido.

—¡Oh, no!, exclamó la niña en tono suplicante.

Y rompió á llorar.

En aquel momento apareció la señora Montaudón.

—Mil perdones, dijo; siento haber hecho aguardar al caballero. ¿En qué puedo servirle?

—No se trata, señora, de ninguna clase de servicios; he venido aquí para prender á un cierto Felipe Montaudón por haber desertado en presencia del enemigo. Creo que es su hijo.

—¡Mi hijo!, exclamó la anciana simulando agudo dolor. ¡Ah! Mi pobre y desgraciado hijo murió, señor, hace media hora.

—Vamos, buena mujer, dijo. ¿Se figura usted que voy á dar crédito á ese cuento?

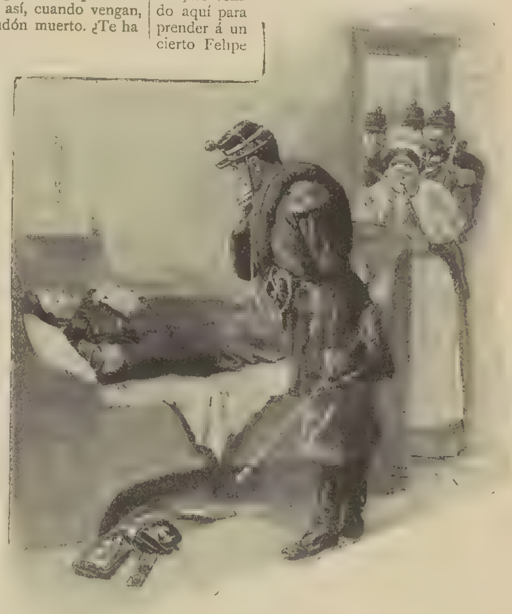
—¡Ah! Si el señor duda de mis palabras puede cerciorarse por sí mismo.

El oficial la siguió al cuarto inmediato y se acercó á la cama de madera donde yacía el soldado muerto.

—¡Cosa extraña!, murmuró inclinándose para examinarlo; luego se enderezó súbitamente y lanzó una penetrante mirada á la anciana, que permanecía de pie tapándose los ojos con el pañuelo y fingiendo un profundo dolor.

Estaba á punto de dirigirle la palabra, cuando de pronto se oyó ruido afuera, y el sargento, á grandes pasos, entró en la habitación seguido de varios soldados, entre dos de los cuales venía prisionero Felipe Montaudón. El sargento se cuadró y saludó militarmente.

—Señor capitán, dijo, hemos encontrado á este hombre escondido en el bosque. Creemos que sea el desertor Montaudón. Él lo niega...



¡Cosa extraña!, murmuró inclinándose para examinarlo

—¿Quiere el señor ver, interrumpió la anciana, y fijarse un poco en mi pobre hijo muerto que tengo aquí?

El oficial miró alternativamente á uno y á otro retorciéndose el bigote y frunciendo las cejas.

—Sargento, reconozca usted ese cadáver, ordenó de pronto.

Éste obedeció.

—Ahora bien, ¿cuál de los dos concuerda mejor con la filiación que le han dado del desertor Montaudón, el vivo ó el muerto?

—El vivo, señor capitán.

—¿Está usted seguro?

—Casi.

—No me conformo con casis, dijo con viveza el oficial. Es cuestión de vida ó muerte.

—La cosa puede aclararse en seguida.

—¿Cómo?

—Por medio de la niña, señor.

—¡Ah, la niña!

Una sombra obscureció el rostro del joven oficial, quien en aquel momento sorprendió á Felipe que estaba cambiando con su madre una expresiva mirada.

—Si el señor capitán me lo permite iré por ella, dijo la anciana dirigiéndose hacia la puerta.

Pero el sargento, sonriendo siniestramente, se interpuso.

—No puede ser, dijo fríamente; el señor capitán no puede permitirlo. No deben decirle á la niña lo que ha de contestar á las preguntas que se le hagan.

—Cierto es, dijo prontamente el oficial, aunque su corazón no estaba de acuerdo con sus palabras; yo mismo iré á buscar la niña.

Pasaron unos minutos antes de que volviera y cuando volvió, con la niña en brazos, se acercó á la cama.

—¿Es este tu padre, el que está aquí tendido ó aquél que está allí de pie?

La niña titubeaba. La señora Montaudón cesó de sollozar y escuchaba con atención; el silencio que reinaba en la habitación era completo.

– Este, el que está ahí tendido, respondió la niña...

—Vamos, insistió bondadosamente el oficial, ¿es éste ó aquél?

—Éste, el que está ahí tendido, respondió la niña con voz que no se oía.

El oficial dirigió una ojeada inquieta hacia donde estaba el sargento.

—Vamos, un poquito más alto, volvió á decir. ¿Quién es el que está acostado ahí?

—Mi papá, mi querido papá, que está dormido.

Despejóse la fisonomía del joven y generoso militar.

—Mi buena niñita, dijo con alegre sonrisa, eso era cuanto queríamos saber. Ahora dame un beso para la pequeñita que tengo en casa.

Dado y devuelto el beso, colocó á la niña en los brazos de la señora Montaudón, hecho lo cual se volvió rápidamente hacia sus soldados.

—Poned en libertad al prisionero, dijo, y formad en el patio. Nos vamos inmediatamente.

Los soldados obedecieron.

—Adiós, amigo, dijo el oficial amablemente al pasar junto á Felipe, que estaba de pie en la puerta. Está tranquilo, nadie te volverá á molestar.

Felipe cogió la mano que se le tendía y durante un momento la estrechó con fuerza. La voz le temblaba y las lágrimas corrían por su rostro.

—Dios le bendiga y se lo premie, caballero, dijo.

El oficial salió y con cuidado cerró la puerta. Los que estaban dentro oyeron el ruido de los pies al formar los soldados, luego la orden dada con energía de marchar y el acompasado andar de la fuerza que salía del patio. Hasta entonces no corrió Felipe Montaudón á coger la niña de los brazos de su madre para estrecharla contra su pecho palpitante.

—Celeste, mi pequeña Celeste, tú eres mi salvadora.

Y comenzó á llorar.

—Papá, mi querido papá, repetía la niña.

(Ilustraciones de Ernesto Frater.)

Nueva York.—El general japonés Kuroki y su sobrina. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

El general japonés Kuroki visita actualmente los Estados Unidos, en donde se le ha dispensado la más cordial acogida. El objeto de su viaje es estrechar los lazos de amistad [illegible] ambos pueblos, á cual efecto se ocupa en fundar un comité compuesto de diez y seis miembros, mitad japoneses, mitad norteamericanos; estos últimos han sido ya nombrados, al frente de los cuales figuran el almirante Dewey y Mr. Jacobo Schiff.

La Cenicienta, cuadro de Cecilio Pla

El laureado autor de los cuadros *El entierro de Santa Leocadia*, *Las heroínas* y otros no menos recomendables, ha expuesto en el actual certamen artístico las dos producciones que damos á conocer á nuestros lectores, que si bien no revelan iguales empeños que aquéllas, atestiguan la valía de nuestro amigo como pintor distinguido, hábil en la aplicación del color y consecuente con la tendencia que informa sus producciones.

Una española, cuadro de Cecilio Pla

El barbero de aldea, cuadro de José Malhöa. (V Exposición Internacional de Arte de Barcelona)

Forma parte el pintor Malhöa de ese grupo de artistas portugueses que tanto han logrado distinguirse por sus esfuerzos en favor del renacimiento artístico de su país. El interesante cuadro de costumbres representado en el lienzo que reproducimos, atestigua las condiciones especialísimas de su autor, ya que ha logrado ejecutar una obra digna de encomio por su belleza y exactitud.

DE MARRUECOS

Las fuerzas imperiales parece que han sacudido su proverbial apatía. En poco tiempo han trabado varios combates contra las tropas del Roghi, habiéndoles sido la suerte favorable en un principio y últimamente adversa.

Ocupaban los rebeldes el fuerte de Mar Chica y allí los atacaron los leales el día 11 de mayo último, bombardeando sus posiciones desde el buque imperial *Saide*. Los insurrectos se defendieron valerosamente, pero la escasez de municiones y la falta del auxilio de algunas tribus, los colocaron en situación muy difícil. Los imperiales con el material que desembarcaron del *Saide* establecieron un campamento en Arkemán, mientras sus enemigos, no desalentados por su primera derrota, se hicieron fuertes en sus posiciones.

Reprodújose el bombardeo el día 18, y esta vez la victoria coronó los esfuerzos de los leales, que se apoderaron del fuerte é incendiaron la factoría abandonada por los rebeldes. Éstos, que habían tenido muchas bajas, se retiraron, llegando hasta muy cerca de los límites del campo de Melilla. Poco duradero, sin embargo, ha sido el triunfo. En efecto, el día 31 el Roghi en persona atacó á los imperiales, y aunque cuando escribimos estas notas no se tienen pormenores exactos del combate, parece que éste duró doce horas y que las tropas del sultán, cogidas entre dos fuegos, sufrieron una grave derrota, teniendo que huir á la desbandada los que no quedaron muertos ó heridos en el campo de batalla. Algunos telegramas suponen que no fué tan importante el contratiempo; otros, en cambio, afirman que en la acción murió el tío del sultán, Muley Rubeker, que mandaba las tropas imperiales, y que las cabilas de Guelaya y Rhiata hicieron en éstas terrible matanza.

El siguiente encuentro, que tuvo lugar el día 2, también fué desastroso para los leales. Algunos jefes rebeldes de la cabila de Guelaya y uno de la de Mazuza, llamado El Arbi, habíanse puesto de acuerdo con los imperiales para sorprender al Roghi en su campamento; pero el plan fué descubierto por uno de los mismos confabulados, y cuando El Arbi atacó violentamente á los partidarios del pretendiente, éstos, que ya estaban prevenidos, opusieron una enérgica resistencia. El Arbi, cogido entre dos fuegos, luchó desesperadamente durante cuatro horas, causando numerosas bajas á sus enemigos, hasta que, al ver imposible el triunfo, emprendió la retirada con el resto de sus fuerzas, refugiándose en el monte Gurugú.

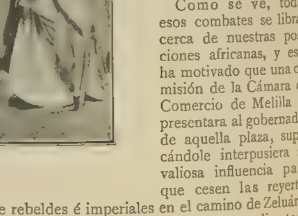
Las últimas noticias son de que la mehalla avanza hacia Melilla, pero los rebeldes se aperciben á atajarle el paso, á cual efecto han instalado su campamento en las inmediaciones del cabo Moreno y reforzado sus posiciones en aquellos lugares.

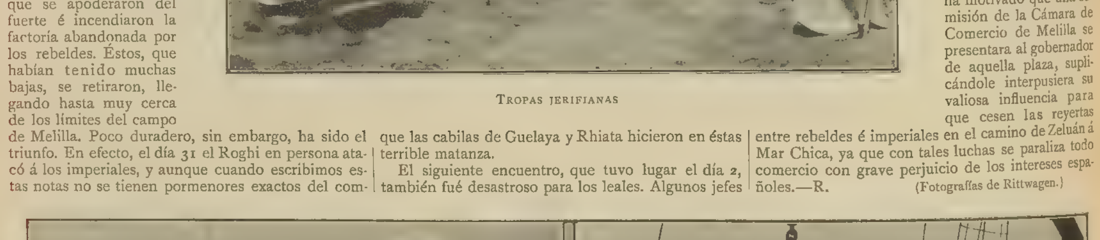
Como se ve, todos esos combates se libran cerca de nuestras posiciones africanas, y esto ha motivado que una comisión de la Cámara de Comercio de Melilla se presentara al gobernador de aquella plaza, suplicándole interpusiera su valiosa influencia para que cesen las reyertas entre rebeldes é imperiales en el camino de Zeluán á Mar Chica, ya que con tales luchas se paraliza todo comercio con grave perjuicio de los intereses españoles.—R.

(Fotografías de Rittwagen.)

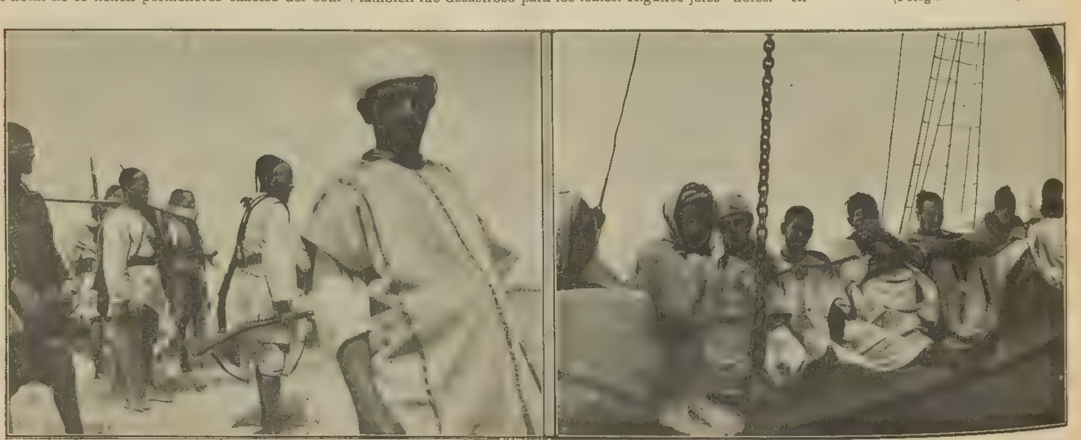
Desembarco de caballos en Mar Chica

Bombardeo de las posiciones rebeldes en Mar Chica





Tropas jerifianas



Soldados del sultán

Prisioneros rebeldes á bordo del «Saide»

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

¡Gran día el 5 de mayo, el de los novenos Juegos Florales de Colonia!.. Eran distintos de todos los que les precedieron, pues hemos tenido una reina de la fiesta que unía á alemanes, húngaros, españoles, franceses é italianos en un solo pensamiento, en un solo amor; hemos tenido una reina que derramaba á manos llenas la fragancia de su gloria inmarcesible; nuestra reina era una santa, una reina de la misericordia, la princesa real de Hungría, la Landgravina de Turingia *Santa Isabel*.

Nació la rosa encantadora de la gloriosa estirpe de los Arpades en Pressburgo en noviembre de 1207. Hemos conmemorado, pues, el séptimo centenario de su natalicio, atrayendo nuestra fiesta á Colonia una espléndida embajada húngara que con el polvo del viaje nos traía dulces recuerdos de Pressburgo y respiraba en el Gürzenich un ambiente de confortante religiosidad.

Y buscando las huellas de su santa patricia para rendirle el tributo de su pleitesía peregrinaron los húngaros, á quienes la hospitalidad nunca desmentida de esta ciudad ofreció las primicias de su cariño, desde el Rhin á Marburgo, donde murió la hija angelical del rey Andrés II de Hungría el día 19 de noviembre de 1231, y desde Marburgo á la Warlburg, donde la santa vivió desde 1211 hasta que fué expulsada del castillo después de muerto su esposo, en 1227, en Otranto, en la Cruzada del emperador Federico II.

Pero en los Juegos Florales de Colonia del 5 de mayo que se celebraron en honor de *Santa Isabel*, siendo nuestra patrona otra *Isabel*, la egregia princesa de Sajonia Weimar, esposa del ilustre duque Juan Alberto de Mecklemburgo, ese Ulises entre los príncipes alemanes, hemos conmemorado también el séptimo centenario de la legendaria *Lucha poética de la Warlburg* que atrajo al castillo que se levanta por encima de Eisenach á los poetas caballerescos del Rhin, de Suabia, Baviera, Estiria y Austria que apasionados de aventuras caballerescas, de epopeyas propias y extrañas, encontraron un hogar hospitalario en la corte del landgrave Armando I de Turingia.

Al veranear el pasado año en una casa próxima á la Warlburg recordaba yo á la par esa legendaria *Lucha poética* y la figura sobrehumana de *Santa Isabel*, y convidaba á los poetas á que celebrasen los dos centenarios. Y mi mujer, que vió la luz en Hungría, concedió una pluma de oro al que dedicara en la dulce lengua de Petofi un himno de entusiasmo y cariño á *Santa Isabel*, alcanzando el premio el joven poeta de Budapest Ladislao Szepessy.

COLONIA. – LA REINA DE LA FIESTA VIRGINIA DE BOEHN Y SU CORTE DE AMOR EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EL DÍA 5 DE MAYO ÚLTIMO

Otros valiosos premios, miniaturas del monumento levantado á María Teresa en Pressburgo, nos traía la embajada húngara, compuesta del alcalde, del preboste y del archivero de la ciudad natal de Santa Isabel; esos premios fueron ganados en buena lid por seis cantores de Santa Isabel: el húngaro Ban Aladar, el español Teodoro Llorente, el francés Achille Millien, el provenzal duque de la Salle de Rochemaure, el italiano conde Angelo de Gubernatis y el luxemburgués Nicolás Welter. Otro precioso premio que traía la embajada húngara lo ofreció la tocaya real de la santa, la archiduquesa Isabel, ganándolo la poetisa alemana Hanna Schubert-Leuthold.

Entre los nobles extranjeros á quienes se adjudicaron los premios de Pressburgo, llamó la atención por su apostura, su caballerosidad, su galantería, su elegancia, el duque de la Salle de Rochemaure, que contando á uno de sus antepasados entre los vencidos de la batalla de Rossbach, profesa profunda gratitud á Colonia porque aquel herido encontró en ésta samaritanos que le curaban. Recibió el duque su merecido premio de las manos de la graciosa representante de nuestra reina, la esposa del general prusiano De Boehn.

La pléyade de los que reverenciando á la santa y entusiasmándose por los Juegos Florales de Colonia nos concedieron premios, fué capitaneada por el papa y el emperador de Austria y por la patrona de nuestra fiesta, la princesa Isabel de Sajonia-Weimar, duquesa de Mecklemburgo, no faltando en ese cortejo espléndido el rey de España, la reina de Rumanía, la infanta doña Paz, los grandes duques de Baden y de Sajonia, el presidente de gobierno de la provincia rhiniana, las ciudades de Colonia y de Remscheid, el pueblo de Neumagen sobre el Mosela, donde, según dice la leyenda, el emperador Constantino vió en las nubes la sacrosanta cruz. Nos favorecieron también con premios las poetisas María Slona, Sofía Fuchs-Stermose y Julia Virginia Scheuermann, y los propagandistas infatigables de nuestra fiesta ideal los doctores Luis Salomón y Ernesto Henrici.

Al celebrarse en un día de alegrías espléndidas, de entusiasmos sublimes, de emociones intensas, el séptimo centenario del nacimiento de la piadosa hija de los Arpades, no hemos podido menos de contribuir con nuestros óbolos á una obra digna de la misma Santa Isabel, el *Hogar luminoso* creado en Bukarest para bien de los ciegos de todas las partes del mundo por la reina Isabel de Rumanía. Así los Juegos Florales de Colonia no consisten sólo en torneos poéticos, sino que producen también buenas obras.

Agradecemos los coloñeses las cariñosas frases que el presidente de los Jochs Florals de la ciudad condal, mi buen amigo el ilustrado catedrático don Antonio Rubió y Lluch, pronunció en su discurso presidencial el 12 de mayo, al recordar la carrera triunfal de los Jochs Florals de Barcelona y al dirigir con este motivo un cariñoso saludo á Colonia: «*La nostra filla de cabells daurats y d'ulls de blavors de cel de la Roma d'Alemanya, que avui alsa al mateix temps que nosaltres la cisellada copa de l'art en el festí de la poesía.*»

Y celebro en el alma poder añadir al discurso del ilustre catalán esta fausta nueva: la fiesta del Gay Saber á orillas del Rhin ha entusiasmado tanto al dignísimo preboste de Pressburgo, el doctor Francisco de Komlossy, biógrafo de Santa Isabel, que ya en 1908 la trasplantará al Danubio, á la ciudad donde vió la primera luz la santa adorada á la par por los húngaros y los alemanes.

No tengo que decir más acerca de la fiesta del 5 de mayo, pues en representación de la *Lliga Regionalista de Barcelona* y del *Centre Excursionista de Catalunya* la ha presenciado un distinguidísimo catalán, D. José Malluquer.

Colonia y mayo de 1907. JUAN FASTENRATH.

El supremo esfuerzo, escultura en bronce de Juan Nicolini, que ha obtenido gran exito en la Exposición Internacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Milán y ha sido adquirida para el Museo de Arte Moderno de Roma. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

El pequeño vigía lombardo, escultura de Juan Nicolini, inspirada en el episodio del mismo título del famoso libro «Corazón,» de Edmundo de Amicis. Esta escultura figura en el Museo Nacional de Palermo. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

RETRATO DE LA PRINCESA OLGA DE SCHŒNBURG-WALDENBURG, pintado por Gaspar Ritter

LOS ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS DE ANTINOE

Conocidas son las hermosas campañas arqueológicas que, de una docena de años á esta parte, está realizando M. Gayet en el interesante subsuelo de la vieja Antinoe. El museo Guimet, de París, tomó en 1896 la iniciativa de esas afortunadas excavaciones que habían de dar por resultado tales descubrimientos y que prosiguieron en 1897 y en 1898, en este último año con el concurso del Museo histórico de los Tejidos, de Lyón. En 1901 la explotación tuvo carácter oficial, por haber entonces el Ministro de Instrucción Pública de Francia encargado la misión científica al citado M. Gayet; esta misión fué renovada en 1902 y 1903.

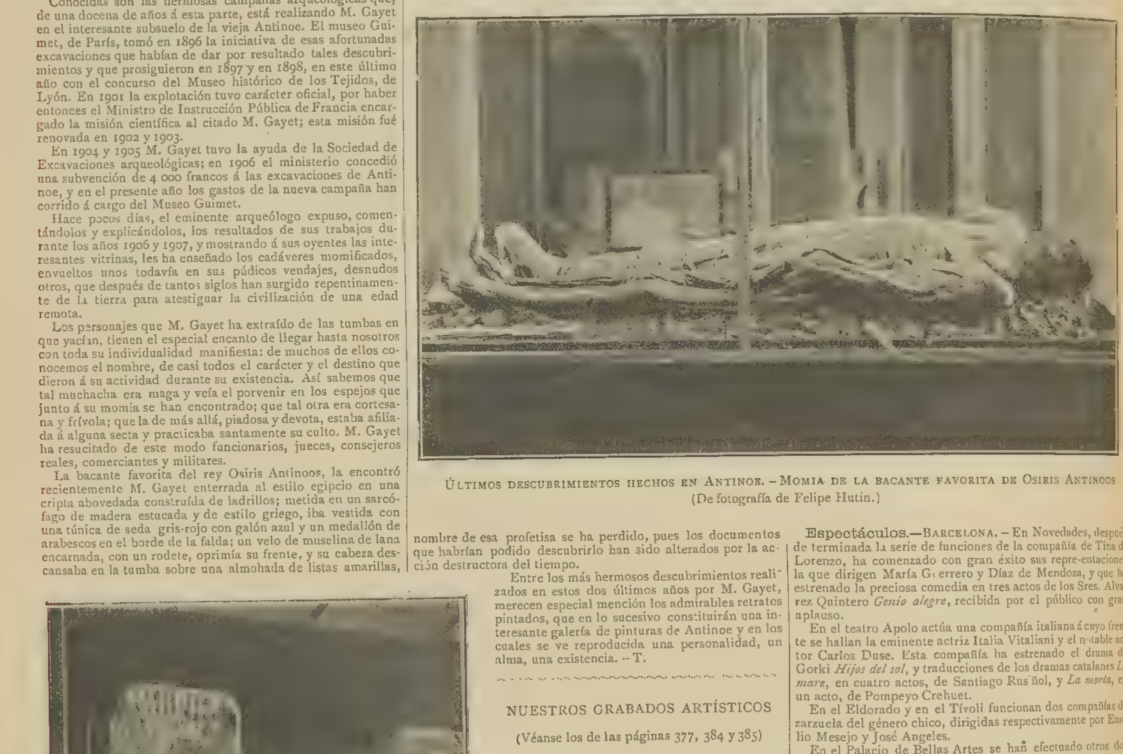
En 1904 y 1905 M. Gayet tuvo la ayuda de la Sociedad de Excavaciones arqueológicas; en 1906 el ministerio concedió una subvención de 4 000 francos á las excavaciones de Antinoe, y en el presente año los gastos de la nueva campaña han corrido á cargo del Museo Guimet.

Hace pocos días, el eminente arqueólogo expuso, comentándolos y explicándolos, los resultados de sus trabajos durante los años 1906 y 1907, y mostrando á sus oyentes las interesantes vitrinas, les ha enseñado los cadáveres momificados, envueltos unos todavía en sus púdicos vendajes, desnudos otros, que después de tantos siglos han surgido repentinamente de la tierra para atestiguar la civilización de una edad remota.

Los personajes que M. Gayet ha extraído de las tumbas en que yacían, tienen el especial encanto de llegar hasta nosotros con toda su individualidad manifiesta: de muchos de ellos conocemos el nombre, de casi todos el carácter y el destino que dieron á su actividad durante su existencia. Así sabemos que tal muchacha era maga y veía el porvenir en los espejos que junto á su momia se han encontrado; que tal otra era cortesana y frívola; que la de más allá, piadosa y devota, estaba afiliada á alguna secta y practicaba santamente su culto. M. Gayet ha resucitado de este modo funcionarios, jueces, consejeros reales, comerciantes y militares.

La bacante favorita del rey Osiris Antinoos, la encontró recientemente M. Gayet enterrada al estilo egipcio en una cripta abovedada construída de ladrillos; metida en un sarcófago de madera estucada y de estilo griego, iba vestida con una túnica de seda gris-rojo con galón azul y un medallón de arabescos en el borde de la falda; un velo de muselina de lana encarnada, con un rodete, oprimía su frente, y su cabeza descansaba en la tumba sobre una almohada de listas amarillas, blancas y rojas. Junto á ella había una corona de paja entrelazada, figuritas de bacantes, una estatuita de Horus niño, dos frascos de cristal, tres vasijas de barro cocido pintado, un tirso y una sortija de oro.

Otra de las momias últimamente descubiertas es la de una profetisa vestida con una túnica de lana amarilla, con entredoses policromos y con una manteleta de seda con franja. El nombre de esa profetisa se ha perdido, pues los documentos que habrían podido descubrirlo han sido alterados por la acción destructora del tiempo.



ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS HECHOS EN ANTINOE. – MOMIA DE LA BACANTE FAVORITA DE OSIRIS ANTINOOS (De fotografía de Felipe Hutin.)

ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS HECHOS EN ANTINOE
RETRATOS DE PERSONAJES DIFUNTOS PINTADOS SOBRE TELA
(De fotografía de Felipe Hutin.)

Entre los más hermosos descubrimientos realizados en estos dos últimos años por M. Gayet, merecen especial mención los admirables retratos pintados, que en lo sucesivo constituirán una interesante galería de pinturas de Antinoe y en los cuales se ve reproducida una personalidad, un alma, una existencia. – T.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 377, 384 y 385)

San Martín dando su capa á un pobre, grupo en bronce de Guillermo Seib. – El autor de esta escultura nació en 1854 en Stockerau (Baja Austria); estudió en la Real Academia de Artes Plásticas de Viena, en donde pudo educarse en las magistrales enseñanzas del famoso escultor Kundmann, y al cabo de algunos años obtuvo una pensión de una escuela particular para completar sus estudios, á cuya terminación había ganado muchos premios académicos. Una subvención del Estado le permitió entonces realizar un largo viaje á Italia. En 1884 establecióse en Viena, y desde entonces no ha cesado de producir obras notables que desde un principio le conquistaron grande y merecida notoriedad, habiendo modelado multitud de esculturas para monumentos públicos, grupos, estatuas, relieves y bustos retratos. Posee varias grandes medallas de oro de diferentes exposiciones y últimamente ha ganado el gran premio del emperador de Austria. El hermoso grupo en bronce que reproducimos es propiedad de un particular; es de tamaño natural, está admirablemente modelado y descansa sobre una base de mármol.

El supremo esfuerzo. – El pequeño vigía lombardo, esculturas de Juan Nicolini. – De los artistas del actual florecimiento italiano es Juan Nicolini uno de los que más han afirmado su personalidad por el vigor de su arte, que es todo acción y pensamiento. En el concurso recientemente celebrado para erigir un monumento á Verdi, su proyecto obtuvo el segundo premio y, al decir de casi todos los artistas que no formaban parte del jurado, merecía el primero por su originalidad. Esa originalidad se revela en todas sus obras, á las que caracteriza asimismo la profundidad de la idea que las inspira. Hace pocos días fué elegido para modelar las diez y seis estatuas decorativas que, representando las provincias italianas, han de figurar en el grandioso monumento nacional á Víctor Manuel II, que actualmente se está erigiendo en Roma. Nicolini es siciliano, hijo de Palermo, y cuenta treinta y cinco años.

En la V Exposición Internacional de Arte que actualmente se celebra en Barcelona, tiene tres magníficas esculturas *Dolor mortal*, *La idea* y *Un minero*, dignas de parangonarse con las dos que en el presente número reproducimos y que han sido adquiridas para el Museo de Artes Moderno de Roma y para el Museo Nacional de Palermo.

Retrato de la princesa Olga de Schœnburg-Waldenburg, pintado por Gaspar Ritter. – Todas las cualidades que pueden exigirse en un retrato, hállanse reunidas en el del notable pintor de Karlsruhe Gaspar Ritter. Tiene el rostro una expresión que respira vida y refleja el carácter del personaje; hay en la actitud de la figura esa naturalidad que tan bien sienta en las obras de este género; el lienzo ofrece, en conjunto, ese aspecto decorativo que tanto embellece los cuadros de esta clase y está pintado con una distinción digna de los mayores encomios.

Espectáculos.—BARCELONA. – En Novedades, después de terminada la serie de funciones de la compañía de Tina di Lorenzo, ha comenzado con gran éxito sus representaciones la que dirigen María Guerrero y Díaz de Mendoza, y que ha estrenado la preciosa comedia en tres actos de los Sres. Alvarez Quintero *Genio alegre*, recibida por el público con gran aplauso.

En el teatro Apolo actúa una compañía italiana á cuyo frente se hallan la eminente actriz Italia Vitaliani y el notable actor Carlos Duse. Esta compañía ha estrenado el drama de Gorki *Hijos del sol*, y traducciones de los dramas catalanes *La mare*, en cuatro actos, de Santiago Rusiñol, y *La morta*, en un acto, de Pompeyo Crehuet.

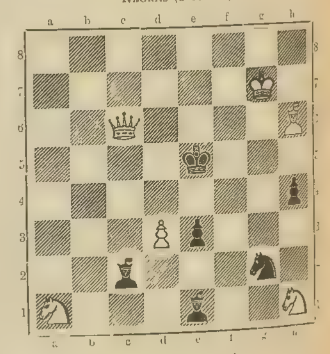
En el Eldorado y en el Tívoli funcionan dos compañías de zarzuela del género chico, dirigidas respectivamente por Emilio Mesejo y José Angeles.

En el Palacio de Bellas Artes se han efectuado otros dos festivales bajo la dirección del maestro D. Antonio Nicolau y con la cooperación del Orfeó Catalá, del Eco de Catalunya, de la banda municipal y de la Escuela municipal de Música. En ellos se han ejecutado: el Orfeó Catalá, el motete de Bach *Jesu meine Freude; L'aucellada*, de Jannequin, y *Divendres Sant*, de Nicolau: la banda municipal, varios números de *l'Arlesienne*, de Bizet; unos bailables de Saint-Saens, y la *Marcha de las antorchas* n.º 3, de Meyerbeer; y los coros, la banda y la orquesta, la gran escena de la Consagración de *Parsifal*, el *Canto elegíaco á la memoria del Dr. Robert*, de Nicolau, y *La veu de Ripoll*, cantata del maestro Lamothe de Grignón.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 464, POR V. MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 463, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. d5–d6	1. Cualquiera.
2. D ó T mate.	

AURETTE

Novela original de Henry Greville.—Ilustraciones de Gili y Roig

(continuación)

—No me sorprende. Aurette tiene el espíritu de familia en grado asombroso. Por otra parte, ahora lo sabemos, la señora de Bertholón tenía ya sus planes respecto de la heredera con la que obliga á su hijo á casarse, y la boda de Carlos no fué sino un pretexto.

—¡No me hable usted de él!, gritó el Sr. Leniel indignado. Él es quien ha atraído sobre nuestra familia el dolor y la vergüenza. Aun tratándose sólo de mis sentimientos, me habría costado mucho perdonarle; pero ahora que sé... ¡Ver á mi hija rechazada por esos Bertholón! En verdad, esto es más humillante aún que tener por nuera á la hija de un quebrado y suicida.

—Sin embargo, no es Carlos el más culpable, sino Sidonia.

—Carlos es hombre y á él le tocaba defenderse. A ella la desprecio, pero á mi hijo... En fin, no hablemos más; me disgustaría usted inútilmente.

El Sr. Rozel no insistió y prometió ir al día siguiente á comer en el Nido de Pájaros con su sobrino. El Sr. Leniel se marchó presa de sentimientos tan confusos, que por momentos perdía la noción exacta del tiempo y se creía transportado á días lejanos, á la época de los acontecimientos que habían transformado su dichosa vida de familia.

De regreso en el Nido, cuando vió dirigirse hacia él á Aurette, tan diferente de la Aurette de otros tiempos, se halló de nuevo bruscamente en plena realidad, y vencido por la emoción, cogióle la cabeza entre sus dos manos y la miró en lo más hondo de sus ojos buscando el alma abnegada que por amor á él había padecido en silencio.

Aurette, inquieta al pronto, quiso desprenderse de los brazos de su padre, pero vió en los ojos de éste una niebla parecida á lágrimas y en seguida comprendió que conocía su secreto. Sus mejillas se tiñeron de la rubicundez del pudor lastimado y se abrazó al Sr. Leniel para substraerse á aquella mirada que exacerbaba todas sus heridas.

Su padre la estrechó contra su corazón, como para preservarla de todo dolor, y la llevó, ó mejor dicho, se dejó llevar por ella al salón, en donde la joven le hizo sentar en su butaca.

—Aurette, le dijo sin soltar la mano helada de su hija, me has engañado... ¡Pobre hija mía! ¡Cuánto amor, cuánta abnegación!..

—¿Qué le han dicho á usted, papá?

—¡Demasiado lo sabes! Lo sorprendente es que yo no lo haya sabido antes. ¡Pero tú velabas, ángel de mi guarda!

—No piense usted más en ello. Me disgusta que hayan turbado su reposo.

Hablaba sin turbación, con la calma fría que había adquirido en aquel último año y que formaba tan extraño contraste con el calor afectuoso de pasados tiempos. Su padre sintió de pronto el cambio, y este descubrimiento laceró su corazón.

—¡Hija mía, hija mía!, exclamó con voz ahogada. ¡Te han despedazado el alma!

El hielo que envolvía el alma de Aurette saltó hecho pedazos como si hubiese recibido un choque violento. Miró á su padre agobiado por el dolor de ella, y el recuerdo de toda aquella existencia de generoso cariño se le apareció con tanta vehemencia, que no lo pudo resistir; de sus ojos, secos desde hacía tanto tiempo, brotó un raudal de lágrimas y se dejó caer sobre el pecho del Sr. Leniel como pájaro que vuelve herido al lado de los suyos.

Lloró largo rato, sin decir nada, sobre aquel corazón paternal que sangraba de verla sufrir, mientras su padre le pasaba suavemente la mano por los cabellos y besaba de cuando en cuando aquella frente pura en la que el dolor había cavado entre las cejas una línea indeleble. Al fin Aurette levantó la cabeza, enjugóse por última vez los ojos, que con el llanto habían recobrado su aterciopelada dulzura, y exclamó tristemente:

—¡Pobre padre mío! ¡Hubiera querido tanto ahorrar á usted esa pena!

—Y yo, hija mía, hubiera querido ser bastante fuerte para recibir directamente el choque y amortiguarte su violencia. Tú has sido el verdadero jefe de la familia durante poco menos de un año, mientras yo estaba imposibilitado de protegerte...

El recuerdo de la locura de su hijo surgió de nuevo en su memoria y su semblante tomó una expresión más dura.

—Ahora, dijo, puedo defender á los míos y los defenderé.

—Nadie piensa en atacarnos, respondió Aurette con una dulzura que recordaba la de otros días.

—Corriente; en este caso tócame defenderos contra las penas...

La idea del matrimonio de Raúl y de la necesidad de participárselo á su hija le hizo estremecerse.

—No tendré ninguna pena más, padre mío. No creo que me sea ahora posible tenerla, como no sea por causa de Julia ó de usted, en cual caso no pasaría de inquietud.

El Sr. Leniel la miraba con expresión de duda; ella le comprendió y dijo animándose poco á poco:

—Ninguna, papá, se lo aseguro á usted y sé lo que digo. He apurado el cáliz hasta las heces; he conocido la humillación, así la que procede de fuera como la que se siente dentro de sí mismo..., pues me he avergonzado de mí, por mi dolor, después de haberme sonrojado al verme tratada de aquel modo; he contenido mis lágrimas para que usted no las viera; he pasado días y noches enteros preguntándome cómo podía haber sucedido esto, sin comprenderlo, siempre asombrada, como el primer día, de que un hombre pudiese tener tan poco corazón y tan poca dignidad. Comencé por sentir pena y he acabado por sentir indignación. Y ahora que han pasado veinte meses por encima de mi dolor, puedo decir á usted sinceramente que ya nada me causará indignación ni sorpresa.

Volvía á ser la Aurette altiva é indiferente de los últimos tiempos.

—No hables así, hija mía, dijo el Sr. Leniel atrayéndola hacia sí. ¡Me das miedo!

—¿Qué quiere usted, padre mío? Mi vida está quebrantada bajo todos conceptos, y ya no podré amar á nadie más que á usted y á Julia, ni dar crédito á nadie, ni apiadarme de nadie que no sea alguno de los míos. No es mía la culpa y no hay que tenerme mala voluntad por ello; no soy mala ni tengo duro el corazón, pero no quiero que las penas ajenas me conmuevan... Después de lo que he padecido, sin que nadie lo supiera, paréceme que el dolor de los otros es poca cosa..., y además los otros se consuelan, mientras que yo...

Al decir esas palabras volvió el rostro que la palidez hacía parecer de mármol.

—¿Tanto le querías?, preguntóle su padre en voz baja.

—¡Que si le quería! Que Dios me perdone, padre mío; pero le quería con locura; le quería sobre todas las cosas, salvo el honor; le quería más que á usted, puesto que iba á dejarle á usted para seguirle á él. Lo era todo para mí; le adoraba; habría sido con alegría su esclava; le habría amado pobre, enfermo, repugnante. Había yo oído hablar de mujeres que se apartaban de su marido, por estar éste atacado de alguna enfermedad horrible ó simplemente fatigosa, y me había preguntado qué haría yo si algo semejante le ocurría á él; y la contestación era que le habría amado hasta la muerte, á pesar de todas las miserias. Amaba el sitio por donde él pasaba, el aire que respiraba, y mire usted..., desde que se fué no he mirado una flor..., no hay ramos ya en esta casa; pues si amaba las flores era para dárselas, y al ver que las aspiraba parecíame que era mi alma la que volaba hacia él... Todo esto ha sido destruído y de mi vida sólo quedan el deber y mi cariño hacia usted, padre mío.

El Sr. Leniel se pasó una mano por los ojos; jamás había imaginado un amor tan intenso en aquella niña alegre y bondadosa. ¿Cómo había nacido aquella pasión ardiente? Nadie podría saberlo nunca.

—No quiero afligirle á usted, siguió diciendo Aurette; pero no he podido contenerme; después de tan largo silencio, he tenido que hablar y he hablado demasiado. Perdóneme, padre mío, y sepa que usted constituye mi única felicidad.

Inclinóse para besar á su padre, y éste, á pesar de sentirse tan débil, comprendió que había llegado el momento de revelarle la verdad entera.

¡Pobre perro mío! Perdóname. ¡Si supieras lo que sufro!

—Dices que nada puede afectarte, le dijo, y sin embargo, cuando se case...

—He previsto esto, repuso la joven con acento tranquilo.

—¿Aun en el caso de que hiciera una boda de conveniencia?

—No puede casarse de otro modo que así, repuso fríamente Aurette.

—He sabido...

El Sr. Leniel aún vacilaba.

—¿Que se casa?, dijo Aurette. ¿Y con quién?

—Con una prima lejana, muy rica, sin educación.

—¡Ah! Había de ser así. Esa boda es mi venganza.

—¡Ya lo creo!, exclamó su padre. Y así opinará todo el mundo. Además he de darte otra noticia. La señora de Bertholón está casi arruinada.

Aurette irguió la cabeza con ademán altivo.

—En realidad de verdad, dijo, no se necesitaba tanto; sin esto ya estaba vengada.

En esto entró Julia, á quien aquella prolongada conversación tenía algo inquieta.

—¿No sabes?, le dijo Aurette con cierta nota estridente en la voz que Julia había observado en ella de algún tiempo á aquella parte, pero que, en cambio, el Sr. Leniel no había oído nunca y que al escucharla ahora por primera vez le oprimió el corazón. ¿No sabes? El Sr. Bertholón se casa y su madre está arruinada. He aquí las grandes noticias del día.

Dirigióse lentamente á la puerta, dejando aterrados á su hermana y á su padre, y al llegar al umbral, volvióse hacia ellos diciéndoles:

—Si hubiese necesitado consuelos, eso me consolaría, y si todavía necesitara convencerme, eso me curaría.

Salió, y el perro, que la esperaba en el vestíbulo, acudió á lamerle la mano; pero la joven pasó junto al animal sin hacerle caso y subió á su cuarto. Cinco minutos después, volvió á bajar, enteramente serena en apariencia.

Durante la comida, Bruno se presentó varias veces detrás de la puerta de cristales de la terraza aullando lastimeramente; la nieve caía en grandes copos, una nieve de febrero, espesa y resistente.

—Papá, dijo Julia compadecida, ¡si dejásemos entrar á ese pobre Bruno! Mire usted el tiempo que hace fuera.

—Es inútil, repuso Aurette con acento sosegado. Los perros han nacido para tener paciencia como los hombres para sufrir.

El Sr. Leniel y Julia cambiaron una mirada. Al cabo de un instante, el primero, compadecido al ver que la nieve se acumulaba sobre la piel del perro, que permanecía inmóvil delante de los cristales que le separaban de sus amos, de la chimenea y de la mesa puesta, dijo al ayuda de cámara:

—Llévese á Bruno á la cocina y que le den de cenar.

Aurette nada dijo. Por la noche, al pasar por el vestíbulo después de haber registrado todas las habitaciones como buena ama de casa, estuvo á punto de tropezar con Bruno que, habiendo entrado silenciosamente, se había tendido delante del primer peldaño de la escalera. El perro, al verla, alzó la cabeza con aire triste y sumiso; Aurette dejó en el suelo la palmatoria y cogiendo al animal, estampó un prolongado beso en su frente.

—¡Pobre perro mío!, le dijo en voz baja. Perdóname. ¡Si supieras cuánto sufro!

Y pasando por encima del cuerpo de Bruno, que la miró agradecido, subió rápidamente á su cuarto.

XII

El Sr. Rozel, á quien el Sr. Leniel había escrito que no tendría que cumplir su misión delicada, presentóse en el Nido, animado del mejor humor, y durante la comida, que presidió Aurette con la amabilidad algo forzada que había reemplazado su afectuosa soltura de otros tiempos, hizo rabiar á Julia, obteniendo de ella respuestas extraordinarias que más de una vez hicieron asomar una sonrisa á los labios de su sobrino Armando Deblay.

La misma Aurette no pudo menos de reirse del gracejo imprevisto que desplegaba su hermana para contestar á las acometidas del doctor, y su risa sonó en los oídos de su padre como la música más deliciosa. A pesar del disgusto que había sufrido la víspera, la joven parecía hallarse más satisfecha; la boda de Raúl, que cerraba definitivamente un período de su vida, imprimía á sus pensamientos otra dirección, y aun siéndole muy penosa la necesidad de despreciarle enteramente, encontraba en ese desprecio cierto reposo, puesto que había terminado la era de las dudas y de las fluctuaciones. Como consecuencia de ello, sentía un alivio, aunque con él se mezclara todavía mucha tristeza: si hubiese podido traducir con palabras su impresión, habría dicho que podía al fin despreciar á Raúl libremente.

Cuando estuvieron reunidos en el salón, el doctor provocó directamente á Aurette.

—¿Cómo es que ya no hay aquí flores?, preguntó. Me había acostumbrado á ver la casa llena de ellas, y era una costumbre encantadora. Ahora no hay más que plantas verdes, y aunque no es mi ánimo decir mal de éstas, confieso que tus ramos me gustaban mucho.

Aurette volvió la cara murmurando una excusa que el Sr. Rozel no oyó.

—¿Cómo va el invernadero?, añadió el doctor imperturbable.

—No va mal; el jardinero se ocupa de él, respondió la señorita Leniel.

—¿Y tú?

Aurette fijó en el médico sus hermosos ojos pardos que brillaban con expresión inquieta.

—A mí no me gustan las flores, contestó con cierta crueldad.

—Es lástima, replicó el doctor sin inmutarse. ¿Y la música?

—¡Oh, la música! Música puede hacerse siempre; ¡la hay de tantas clases!

—Es verdad. Pues bien, toca algo, lo que quieras.

Aurette, sin hacerse de rogar, sentóse al piano y tocó dos piezas de carácter muy distinto: un preludio de Bach y una composición brillante de Rubinstein. Técnicamente hablando había hecho progresos notables; pero así como antes interpretaba con gran delicadeza de sentimiento y expresión profunda, ahora sólo se preocupaba de la pureza de ejecución.

—Me gustaba más el sistema antiguo, dijo suspirando el Sr. Leniel al oído de su viejo amigo, que se había sentado al lado de su butaca.

—¡Paciencia!, respondió en voz baja el doctor. Es una cura que hay que intentar; será larga, mas espero que venceremos.

Aurette se levantó del piano y fué á sentarse junto á ellos. Mientras hablaban, les escuchaba pensando en su eterna cuita, que se reavivaba cada vez que ponía sus dedos en las teclas. De pronto sus ojos se fijaron en la mesa en donde, sentados uno al lado del otro, Armando y Julia miraban fotografías de cuadros antiguos.

Estaban perfectamente tranquilos; se hablaban como habla la gente en un salón; y sin embargo, Aurette había tenido mucho antes que ellos mismos la intuición profunda y secreta de que se amaban.

—¿Qué edad tiene Julia?, se preguntó. Pronto cumplirá diez y nueve años... Parecíame que todavía era una niña..., y sin embargo, mi pena la ha envejecido.

Rebelóse su alma y á punto estuvo de levantarse y de gritar á su hermana:

¡No ames, no ames!

Pero luego desgarróse de pronto la nube inmensa, negra y opaca que cubría su cielo, y sintióse deslumbrada por una luz dorada, intensa, penetrante, ultraterrena. Otros habían amado antes que ella; después de ella otros amarían. ¿Qué era ella en medio de ese océano de almas que se habían inflamado en esa llama divina?

Mientras amó, ¿no fué dichosa? ¿Acaso el año espléndido en que había creído en el amor no valía la desesperación y el duelo de toda una existencia?

¿Qué importaba que hubiese conocido la traición? ¿Qué importaba la infamia del hombre á quien había amado? El amor permanecía imperecedero; y Aurette, en un arranque sublime de su alma, comprendió que se había engañado, que no había amado á Raúl, al hombre indigno, sino que había amado el amor.

Había adornado aquel ser mediocre con todas las glorias, con todas las sublimidades del amor mismo; había tomado el ídolo por el dios; el ídolo yacía en el polvo, pero el amor inmortal cerníase por encima de las ruinas, á una altura en donde nada podía alcanzarle. Todo su corazón, toda su voluntad, toda su fuerza emprendieron el vuelo, en un éxtasis doloroso, hacia esa cosa adorable, hacia esa aparición ideal que acudía á cicatrizar su herida, arrebatándola, como á Psiquis, hacia un empíreo glorioso.

Como esos árboles heridos por el rayo que aun después de mutilados producen frutos sabrosos, bendijo la flecha divina que se había clavado en su corazón durante los días en que había creído poseer su felicidad. Aquella felicidad, rápida, impalpable, la había tenido ella entre sus manos; había recibido la visita de ese huésped sobrenatural que transfigura cuanto toca, y por muy vacía que le pareciera su vida en lo porvenir, su existencia pasada estaba llena de esas cosas dolorosas y exquisitas, de esas cosas que nos hacen reir y llorar. Raúl ya no era más que el pretexto, el despojo ahora inerte de un ensueño delicioso; podría ella llorar por su ensueño, pero ya no sentiría la mordedura acerba de un amor desdeñado, muerto por la debilidad ó por la maldad ajenas. El amor había entrado en su alma, y el amor no puede morir.

Mientras esa visión espléndida tomaba en ella forma de pensamiento, Armando y Julia seguían platicando á la sombra de la pantalla rosa de la gran lámpara; la cabeza obscura del médico y la cabeza rubia de la joven estaban envueltas en la misma aureola de luz suave y cálida... Aurette, al verlos así, en aquella especie de apoteosis familiar, sintióse invadida por un enternecimiento nuevo en ella. ¡Ellos sí que serían felices! No conocerían la duda ni el abandono...

Una reacción cruel, parecida á la picada de una abeja, hizo estremecerse á Aurette, cuya visión interna se desvaneció, dejándole un pesar semejante al que se siente cuando el despertar interrumpe un sueño maravilloso.

Al día siguiente, cuando entró en el salón, después de su inspección matinal, Aurette encontró encima de la mesa un magnífico ramo de flores: iris azules delicados como mariposas, tulipanes de colores y perfiles raros, anémonas de todos matices, rosas encendidas, tuberosas blancas y regias como lirios, helechos como ricos encajes, enlazábanse en una diversidad de tintas y en una belleza de formas sorprendentes.

—¿Es para mi hermana?, preguntó al criado que le presentaba una carta, creyendo que se trataba de un regalo de Armando.

—No, señorita, es para usted.

¿De modo que había en el mundo quien pensaba en enviarle flores?

El doctor le escribía lo siguiente:

«Haces mal en descuidar las flores, hija mía, porque son amigas que nos restituyen centuplicado lo que les damos de nosotros mismos. Prueba de acostumbrarte á esas, y si por ellas te interesas algo, no dejarán de comunicármelo, y entonces te mandaré otras. Tu viejo amigo—*Dr. Rozel.*»

Conmovida por aquella muestra de afecto y emocionada por otro sentimiento confuso, indefinible, Aurette se inclinó sobre el oloroso ramo y lo levantó suavemente. Las flores, con su gracia frágil, cedieron á su instinto individual, irguiéndose unas, encorvándose otras, como seres vivos y personales que son.

—¡Amigas!, exclamó la joven. ¡Sí, amigas! No es culpa suya si las dí á quien no las comprendía.

Contempló los matices imperceptibles, la esbeltez de las formas variadas de aquellas flores de primavera, mensajeras de alegrías todavía en capullo, y se preguntó cómo había podido temer su presencia por razón de los recuerdos que traían consigo.

—¡Estaba ciega!, se dijo. ¡Voluntaria y estúpidamente ciega! ¡Oh, mis amigas queridas! ¿Seréis vosotras las que me consolaréis?

Por vez primera, desde que hizo presa en ella el gran dolor, desprendióse de los ojos de Aurette un bienhechor rocío; dos lágrimas cayeron en la corola de un iris azul y se escondieron en sus aterciopelados pétalos. Cogió el ramo delicadamente, con ternura, como niño á quien se acaricia, y levantándolo á la altura de su rostro, besó con apasionado respeto las flores satinadas, perfumadas, exquisitas, esas amigas nacidas para vivir un día y renacer al siguiente en sus hermanas diferentes ó semejantes, esas amigas que la naturaleza nos ofrece pródigamente, que son la alegría de la mirada, la embriaguez del olfato y, á fuerza de generosa y sonriente belleza, el consuelo de muchas miserias morales.

XIII

Algunos días después, Aurette, que paseando con Bruno se había entretenido más que de costumbre, apretaba el paso para regresar al Nido antes de que cerrase enteramente la noche. El sol de marzo había desaparecido en el ocaso envuelto en una rosada aureola que presagiaba para la noche un frío intenso; los senderos olían á violetas, pero la tierra sonora bajo los pies anunciaba la helada. Al llegar junto á la verja, Bruno se paró en seco, erizó su pelo y se puso á ladrar furiosamente.

Aurette era valerosa, y además, teniendo á su lado aquel perro enorme y estando tan cerca de la casa, no podía correr ningún grave peligro; acercóse, pues, á la verja, imponiendo silencio al buen animal, y vió avanzar hacia ella á una mujer con la cabeza envuelta en un chal que caía sobre sus hombres y llevando en los brazos un pesado paquete.

—¿Qué quiere usted?, preguntóle Aurette en tono algo brusco. ¿Qué hacía usted junto á la puerta?

—Señorita, perdóneme usted; me han dicho que es usted buena y quería hablarle.

Aquella mujer estaba bastante cerca para que, á

pesar de la obscuridad creciente, pudiera Aurette verla; era joven y bonita todavía, no obstante lo marchito de su cutis y la fatiga de sus facciones. El paquete que llevaba se movió y la Srta. Leniel pudo ver que era un niño. Bruno, que se había calmado, metió el hocico debajo del chal y pareció satisfecho.

—¿Qué desea usted de mí? Dése prisa porque es tarde.

—Sí, señorita. Voy á decírselo. Vivíamos en Port-Thibault, muy cerca de aquí, junto al Loire. Mi marido era un buen obrero y yo soy costurera de blanco, es decir, que repaso la ropa que me confían, y ganábamos lo suficiente para vivir. Después mi marido adquirió malos hábitos..., á bien que eso no interesa á la señorita..., y al fin se marchó, dejándonos abandonados al pequeño y á mí... He trabajado aún durante algún tiempo, pero teníamos deudas que mi marido había dejado, hice cuanto pude hasta que caí enferma y el niño también... El niño se curó y está bien del todo... y yo voy tirando..., esto nada habría importado; pero por la Navidad no pude pagar la casa, y luego las deudas... Esta mañana han vendido nuestro pobre ajuar, y como la casa estaba alquilada hemos tenido que marcharnos... Me encaminé á Angers, pero la ciudad está lejos todavía y yo no estoy muy fuerte... Entonces me he acordado de que la señorita es muy bondadosa y me he detenido aquí... Si la señorita no quiere hacer por mí nada, me iré á Angers.

La mujer, cuya voz habíase apagado al decir esas últimas palabras, levantó el pequeño paquete que resbalaba de sus brazos é hizo un movimiento para apartarse.

—¿Su marido la ha abandonado?, dijo Aurette.

—Sí, señorita, y crea usted que yo no había hecho nada para merecer su abandono..., pero ¡qué quiere usted! Su pensamiento estaba en otra parte...

—¿Le quería usted mucho?

—¡Que si le quería! Era para mí un dios. ¡Le quería demasiado!

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinticinco años.

—¿Hace mucho tiempo que está usted casada?

—Tres años, de los cuales sólo uno ha sido bueno para mí. En cuanto nació el niño, mi marido comenzó á no cuidarse de nosotros.

—¡Abandonada!, murmuró Aurette.

Había cerrado por completo la noche; un estremecimiento de hielo agitó el ambiente, y Bruno, que sintió aquella impresión de frío, empujó con su hocico la verja, dando á entender su deseo de entrar cuanto antes en la casa.

—¿Conoce usted á alguien á quien yo pueda pedir informes?, preguntó Aurette.

La mujer nombró á dos propietarios de las inmediaciones para los cuales había trabajado.

—Está bien, venga usted, dijo la Srta. Leniel.

Y pasando delante de la esposa abandonada, entró directamente en la cocina, recomendó aquella mujer á los criados y fué á reunirse con su padre y con su hermana.

Sobre la mesa había un telegrama; el Sr. Leniel parecía absorto en la lectura de una revista, y Julia, con aire consternado, cosía activamente. Aurette cogió el papel azul y leyó: *Un niño Juan. Cariños. Carlos.*

¡Un hijo de Carlos llamado Juan, como el Sr. Leniel! Aurette sintió una emoción singular que le oprimía la garganta. Aquel mensaje que había cruzado los mares y los continentes para llevarles la gran noticia, parecíale misterioso, algo así como un sueño. Bombay..., una de esas ciudades que nos imaginamos blancas ó doradas, en la playa de océanos remotos, en las desembocaduras de los grandes ríos, anchos como lagos... ¡Tan lejos y tan cerca de su corazón!

—¿Ha leído usted, papá?, preguntó Aurette, inclinándose sobre su padre y con voz dulce, de ternura infinita.

El Sr. Leniel no contestó.

—¡Un hijo!, siguió diciendo la joven. ¡Un pequeño Juan Leniel como su abuelo!

El jefe de la familia la miró con ojos severos.

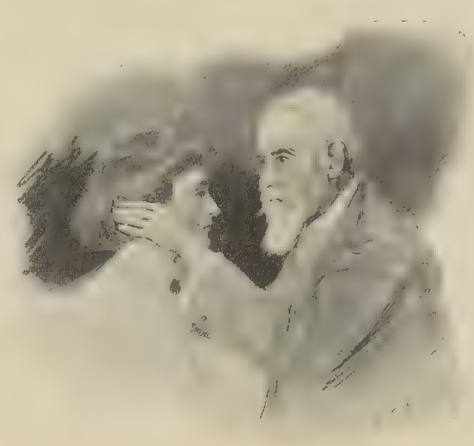
—Es el hijo de la ingrata, dijo. ¡Quiera Dios que no se parezca á su madre! A esa, hija mía, no podré perdonarle nunca lo que tú has sufrido por culpa suya y de mi desgraciado hijo. Si habéis creído enternecerme, os habéis equivocado, hijas mías. Mientras ignoré la afrenta inferida á mi familia, hubiera podido perdonar; pero ahora no podría, ni hoy ni nunca.

Aurette retrocedió instintivamente. Jamás había visto á su padre de aquel modo, semejante á un juez imparcial, no colérico, pero sí implacable, y comprendió que el insulto tan vehemente sentido por ella, había dejado, aunque tardía, una huella más profunda en el alma del Sr. Leniel. Comprendió asimismo que toda lucha sería imposible, á lo menos por el momento, y guardó silencio.

Julia seguía trabajando con actividad extraordinaria; Aurette adivinó que también ella había intentado interceder en favor del recién nacido y oído como se le echaba en cara su pecado original. Después de una larga pausa, dijo, como si acabara de entrar en aquel instante.

—Papá, me ha sucedido una aventura; he encontrado á una pobre mujer con un niño abandonada por su marido..., los he llevado á la cocina y ahora les dan de comer. Hace mucho frío. ¿Permite usted que pasen la noche en el pabellón? El niño es muy pequeño, y en un estado de miseria...

No había podido menos de establecer una oculta semejanza entre el niño abandonado de aquí y el nieto renegado de allá; el Sr. Leniel lo había comprendido y su dolorida mirada buscó la de su hija en lo que no encontró más que bondad y perdón.



Cogióle la cabeza entre sus manos y la miró...

—¿Qué edad tiene ese niño?, preguntó conmovido.

—Unos dos años.

—Haz lo que quieras, dijo el Sr. Leniel volviendo á coger su revista.

Aurette se colocó detrás de él á inclinándose hasta tocar la mesa, besó la mano que contenía el libro y antes de que su padre hubiese podido hacer el menor movimiento, salió del salón seguida de Julia.

—Hermana mía, dijo ésta en voz baja, papá no perdonará nunca; lo he visto en sus ojos cuando ha abierto el telegrama.

—¡Nunca! Eso de nunca es muy largo, repuso Aurette con una expresión de confianza que sorprendió á su hermana. ¡Esperemos!, y sobre todo, Julia, no desistamos; ese niño que acaba de nacer será un auxiliar muy poderoso. Entre tanto ven conmigo.

Mientras hablaba, había cogido la joven un manojo de llaves de poco uso. Encendió luego el farol que utilizaba para sus rondas nocturnas y echándose un chal sobre los hombros atravesó, seguida de su hermana, el patio enarenado que había delante de la casa.

El pabellón era un pequeño edificio aislado que algunas aunque pocas veces servía para alojar á algún forastero cuando la casa estaba llena. Antiguamente, antes de que el Sr. Leniel adquiriese el Nido, cenaban allí los cazadores, al regresar de sus expediciones, cuando no querían tomarse el trabajo de arreglarse y mudar de traje. Una pieza bastante grande en el piso bajo contenía una cama y algunos muebles.

Aurette sacó de un armario dos sábanas de lienzo grueso, se puso á hacer la cama, ayudada por su hermana, y encendió la chimenea, que estaba siempre preparada. La llama iluminó de pronto las paredes y alegró con fugaces claridades los sombríos muros y los muebles antiguos.

—Esta noche no tendrán frío, dijo Aurette añadiendo un tronco al fuego; y mañana..., mañana ya veremos.

—¿Es bonito el niño?, preguntó Julia mientras ayudaba á su hermana al arreglo de la habitación.

—No le he visto, respondió Aurette distraídamente.

Y cogiendo de pronto violentamente á Julia por el brazo, exclamó:

—¡Abandonada! ¿Lo has oído? ¡Abandonada infamemente con su hijo después del matrimonio! ¿Te formas idea de lo que ha debido sufrir esa mujer? Yo sí que lo comprendo... Y mi corazón sangra por ella.

Julia la miraba sin atreverse á interrumpirle.

—He creído que mi sufrimiento era único, siguió diciendo Aurette; que á nadie le había sucedido lo que á mí... ¡Y ahí tienes á esa mujer que es cien veces más desgraciada que yo! ¡Y ese niño que ya no tiene padre! ¡Dios mío, cuántas miserias en este mundo! ¡Cuántos dolores! ¡Cuántas heridas incurables!

Miraba sin verlo el fuego de la chimenea, cuya movediza claridad iluminaba sucesivamente las cortinas de indiana antigua y las molduras de los bruñidos muebles; Julia la escuchaba y presentía que en el alma cerrada de su hermana se había abierto una puerta.

—Ese niño, añadió Aurette, no tiene padre y Juanito, nuestro sobrino, no tiene abuelo. Cuando hace un momento leí el telegrama, parecióme que Dios nos enviaba la criatura abandonada para qne la recogiéramos, en memoria y por el amor del que está allí lejos y á quien quizás no veremos nunca, al hijo de Carlos.

—Sí, repuso vivamente Julia; tienes razón.

Aurette la contempló como si despertara de un sueño.

—¿Sabes Julia que me parece también que pesa sobre mí una gran responsabilidad? No he sabido sobrellevar mi pena; he sido cobarde, egoísta...

—¡Tú! ¡Eso sí que no es verdad!

—He sido personal, replicó Aurette; he creído que en el mundo no había más que yo y no he pensado en el efecto que mi dolor produciría en los demás, y culpa mía es que mi padre no quiera ahora perdonar á Carlos...

—¡No!, exclamó Julia ¡No digas eso! Le habría perdonado si los Bertholón...

—Sin embargo, la culpa es mía, dijo Aurette conteniéndola con un ademán. Si yo no hubiese hecho caso de su injuria, si hubiese continuado siendo lo que debía ser, lo que antes me esforzaba en ser, paciente y animosa, mi padre no estaría tan irritado. Ese mal, por lo menos, soy yo quien lo ha causado; y ahora, ¿cómo repararlo?

Julia había cogido á su hermana por la cintura y lloraba copiosamente.

—¡Toda mi existencia no será bastante para esa reparación!, añadió Aurette abrazando maternalmente á su hermana y siguiendo el curso de sus pensamientos. ¡Cuánto bien no será preciso realizar para que mi padre deponga su cólera y para que el pequeño Leniel sea recibido en el seno de su familia!

—Aurette, repuso Julia sollozando, todos haremos cuanto sea necesario, pero dime que no serás desgraciada, que no te reprocharás imaginarias culpas. ¡Oh, no, no puedo soportar que te acuses á ti misma!

—Y sin embargo, desde hace cerca de dos años he estropeado vuestra existencia. Pero yo repararé el daño hecho, Dios mediante.

Dió á su hermana un abrazo en el que se exhalaba toda su alma renovada y salió de la habitación á la que había comunicado el calor de su caridad y en la que la caridad acababa de pagarle su buena obra.

La pobre mujer recogida en casa del Sr. Leniel había dicho la verdad; los informes que al día siguiente tomó Aurette fueron enteramente satisfactorios. ¿Cómo nada habían hecho para conjurar su ruina las personas que la conocían? Parecería esto inexplicable si no se supiera hasta qué punto en las pequeñas localidades cada cual se preocupa principalmente del bienestar propio y se desentiende del ajeno. La infeliz no tenía en Port-Thibault ni parientes ni amigos antiguos, y después que se hubo marchado su marido, que allí la llevara, nadie se había interesado por ella.

Lo que pedía era labor segura, de modo que pudiera ganar su pan y el de su hijo, y Aurette pudo proporcionársela muy pronto buscando un poco en todas partes. Por una especie de superstición tenía empeño la Srta. Leniel en conservar en el Nido á aquellos viajeros errantes que habían entrado en él el mismo día que la noticia del nacimiento del pequeño Juan y á quienes consideraba casi como celestiales mensajeros; y el Sr. Leniel no se opuso á su deseo.

(Se continuará.)

BARCELONA.—CONCURSO DE GLOBOS AEROSTÁTICOS

Con gran interés se esperaba en el mundo del deporte aerostático el concurso de globos anunciado para el día 2 de los corrientes, pues al que inspiran siempre las fiestas de esta clase se unía el que despertaba la circunstancia de ser el primero que se celebraba en un puerto de mar. Así se comprende que vinieran á Barcelona numerosísimos forasteros para presenciarlo y que acudiera al lugar en que se efectuó una muchedumbre inmensa, compuesta en su casi totalidad de los elementos constitutivos de la más distinguida sociedad barcelonesa.

Desde las primeras horas de la tarde, un gentío enorme se encaminó, en tranvías, en coches, en automóviles, á pie, hacia el Pueblo Nuevo, llenando enteramente los palcos, las tribunas reservadas y el espacio destinado al público. Celebrábase la fiesta en un grandioso solar situado junto á la estación del ferrocarril y á los gasómetros de la compañía Lebón y adornado con altos mástiles en los que ondeaban banderas españolas, catalanas y extranjeras. En el centro del cercado se balanceaban los doce globos que habían de tomar parte en el concurso y que habían sido henchidos durante la madrugada bajo la dirección del teniente coronel de ingenieros Sr. Vives, varios oficiales del mismo cuerpo y los propietarios de los aerostáticos. Esos globos eran, por el orden en que debían elevarse, según el resultado del sorteo efectuado previamente:

1.° *Vencejo,* de 1.200 metros cúbicos, propiedad del marqués de Viana, tripulado por D. Alfonso Herrera y D. Ricardo Miret;

2.° *Jesús Duro,* de 2.000 metros cúbicos, propiedad del Real Aero Club de España, tripulado por el teniente de ingenieros Sr. Pintos y D. Amado Claver;

El «Vencejo,» tripulado por los Sres. Herrera y Miret, momentos antes de su elevación. (De fotografía de A. Merletti.)

3.° *Cierzo,* de 1.600 metros cúbicos, propiedad de D. C. de Mendoza Cortina, tripulado por su propietario y D. Carlos Boado;

4.° *Alfonso XIII,* de 1.600 metros cúbicos, propiedad del Real Aero Club de España, tripulado por D. Luis Herrero y D. L. García Guerra;

5.° *María Teresa,* de 600 metros cúbicos, propiedad de D. Esteban G. Salamanca, tripulado por el capitán de ingenieros Sr. Kindelan;

6.° *Alcotán,* de 950 metros cúbicos, propiedad del Real Aero Club de España, tripulado por D. Eduardo Magdalena;

7.° *Reina Victoria,* de 450 metros, propiedad del Real Aero Club de España, tripulado por D. Juan Montojo;

8.° *Gerifalte,* de 1.400 metros cúbicos, propiedad de D. Ricardo de la Huerta, tripulado por el teniente de ingenieros Sr. Herrera y el secretario del Real Aero Club de España D. J. B. Socías del Fangar;

9.° *Amanda,* de 600 metros cúbicos, propiedad de D. Luis Herrero, tripulado por el teniente de ingenieros Sr. Mulero;

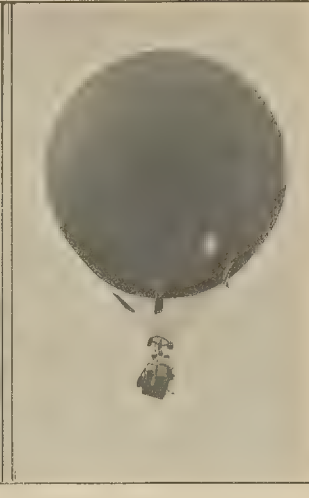
10.° *Júpiter,* de 900 metros cúbicos, propiedad del Parque militar de Guadalajara, tripulado por el capitán de ingenieros Sr. Gordejuela;

11.° *Norte,* de 2.250 metros cúbicos, propiedad de D. Esteban G. Salamanca, tripulado por su propietario y D. M. de Romero Tejada;

12.° *Asturias,* de 2.500 metros cúbicos, propiedad de D. C. de Mendoza Cortina, que no llegó á elevarse por haber sufrido una importante avería.

Este orden hubo de alterarse á causa de algunos accidentes.

Vista general del cercado con los globos dispuestos para la ascensión. (De fotografía de Ballell.)



ÚLTIMOS PREPARATIVOS PARA LA ASCENSIÓN. EL GLOBO «REINA VICTORIA» EN LOS AIRES. (De fotografías de A. Merletti.)

Los globos llevaban, además del correspondiente lastre, aparatos de observación, provisiones y palomas mensajeras.

A las cuatro en punto, los comisarios de salida, el capitán de infantería D. Gonzalo Cortada y los tenientes de ingenieros D. Mariano Ramis y D. Juan Solar, dieron la voz de «suelten» al globo *Vencejo*, que se elevó majestuosamente.

Cuando se iba á soltar el *Jesús Duro*, observóse que éste tenía averías y perdía gas, por lo que á los quince minutos dióse la orden de desgarrar, quedando el globo fuera de concurso y deshinchado en pocos momentos.

Por no estar preparado el *Cierzo* en el momento que le tocaba elevarse, el juez del concurso, coronel Sr. Vives, lo condenó á salir el último.

A las 4 y 32 salió el *María Teresa*, á las 4 y 44 el *Alfonso XIII* y á las 4 y 45 el *Alcotán*. Este último, por descuido ó distracción de los aeronautas, fué á chocar con el magnífico aeróstato *Asturias*, abriéndole un gran boquete con el ancla é imposibilitándole de salir.

A las 4 y 49, el juez del concurso consintió en que saliera el *Cierzo*.

A las 4 y 53 dióse la salida al *Gerifalte* que, en vez de seguir la dirección de los anteriores y á causa de haberse elevado desde el primer momento á mucha mayor altura que éstos, vióse empujado hacia el mar, por lo que hubo de descender hasta encontrar la corriente que lo llevara tierra adentro.

A las 5 y 10 se soltó el *Reina Victoria*, á las 5 y 15 el *Amanda* y cuatro minutos después salió el último, *Júpiter*.

Las nubes bajas que velaban una parte del cielo impidieron seguir mucho rato la marcha de los globos; momentos hubo, sin embargo, en que se vieron cinco en el espacio.

Todos los aeróstatos, al salir, eran saludados con grandes aplausos.

El descenso de los globos efectuóse por el siguiente orden de distancia recorrida: *Gerifalte*, 78.600 metros; *Júpiter*, 51.000; *Alcotán*, 34.800; *María Teresa*, 34.000; *Amanda*, 32.750; *Reina Victoria*, 30.200; *Vencejo*, 26.250; *Alfonso XIII*, 22.800; *Cierzo*, 21.900; y *Norte*, 12.500. El *Gerifalte* y el *Norte* llegaron hasta los Pirineos, pero cuando trataban de trasponer la cordillera, una corriente contraria les hizo retroceder.

Los premios han sido otorgados en esta forma: premio de honor de S. M. el rey, al *Gerifalte*; premio de honor del infante D. Carlos, al *Júpiter*; premio de honor del Real Aero Club de España, al *Alcotán*; premio de compensación de 9.000 pesetas, al *Reina Victoria*; premio de compensación de 4.000 pesetas, al *María Teresa*, premio de compensación de 1.500 pesetas, al *Amanda*.

Esos premios de compensación se han concedido según el coeficiente de rendimiento, á tenor del Reglamento de la Federación Aerostática Internacional.—X.

Barcelona. – Fiesta Nacional Catalana celebrada en el Parque el día 30 de mayo último. (De fotografía de A. Merletti.)

Fué una fiesta en extremo animada y pintoresca y en la que reinó el mayor entusiasmo. Tomaron parte en ella las entidades catalanistas de Barcelona y algunas de otras poblaciones, todas las cuales se juntaron con sus estandartes en la plaza de la Cascada. Varios orfeones y coros escolares entonaron el himno de la Fiesta nacional y otras canciones, y grupos numerosos de aficionados bailaron algunas sardanas; para todos hubo grandes aplausos. Poco antes del mediodía desfilaron los que habían tomado parte en la fiesta conmemorativa de una fecha memorable en la historia de Cataluña.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 17 de junio de 1907 — Núm. 1.329

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¡CATAPLÚN!, cuadro de Mariano Barbasán

Un rincón de Anticoli Corrado, ese villorrio romano que tantos encantos guarda para los artistas, ha ofrecido al distinguido pintor español Sr. Barbasán tema ó asunto para el hermoso cuadro que reproducimos, ofreciendo el doble interés de ser un bello estudio, animado por el incidente representado por el artista, en el que aparecen como actores tres infantiles personajes y un asustado gallinero.

ADVERTENCIA

Con el pasado número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la serie correspondiente al presente año, que es el poema

CALENDAL

de Federico Mistral, una de las obras más inspiradas del autor de «Mireya» y de la cual se han hecho numerosísimas ediciones en Francia y que ha sido traducida á los principales idiomas europeos.

La traducción que publicamos es la primera hecha en castellano, y acerca del mérito de la misma sólo hemos de decir que ha sido realizada por el eminente literato D. Arturo Masriera, quien ha llenado su cometido con escrupulosidad de filólogo y entusiasmo de artista.

Las ilustraciones son originales del reputado pintor D. Arcadio Mas y Fondevila y constituyen un verdadero tributo del arte español á la inspirada creación épica del poeta de Provenza.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por fin va dándose cuenta la gente de que no es muy interesante, ni poético, ni romántico, el *gesto* de apuñalar á la novia ó á la querida en un arrebato de celos brutales, y presentarse después al señor juez, con los pelos erizados y la cara fosca, exclamando: «No sé lo que hice... Allí queda *esa*... ¿La he herido, la he matado?.. Ustedes verán...» El rasgo de *energía* —así se le llama ahora—ha perdido garbo en fuerza de repetirse, y ya es como una de esas piececillas del género chico, que reproducen por vigésima vez el asunto de *El puñao de rosas*, ó de *La verbena de la Paloma*, ó de *Las estrellas.* Pase hasta la docena, hasta la docena y media..., pero ¡vamos!, es preciso variar un poco, que en la variedad está el gusto.

***

Y la variedad puede consistir en que empiecen á realizar el *gesto* las mujeres—á imitación de una señorita de Santander que, según leo en la prensa, disparó dos tiros á su burlador.—Ciertamente, aunque atrocidades sean ambos *gestos*, pudiera excusarse algo más el segundo. La novia ó amiga que se aparta del novio ó... *etcétera*, sólo le hiere en su amor propio, y supongamos, si él tiene sentimientos delicados, que en su corazón. A la mujer abandonada se la hiere también en su honra, en su fama, en su nombre. Hay una razón más de enojo en la mujer, y razón poderosa, *social.* Un juez equitativo admitiría siempre para la mujer una atenuante.

***

El descuido de un guardabarrera acaba de costar la vida á dos infelices trabajadoras y graves heridas á otras cuatro ó seis. Se trata de un paso á nivel que cruzo tantas veces en el verano, cuando voy de las Torres de Meirás á Marineda, que el relato de la catástrofe me estremeció más profundamente. No creo que la vida valga el trabajo de temer perderla, pero hay muertes más horribles que otras, y ese informe montón de cuerpos palpitantes, hacinado bajo el vagón, repugna á los sentidos y causa un espanto sin grandeza. Y el cuadro se me representó en todo su cruento y escalofriante relieve: á la luz de una linterna, entre sombras y reflejos, con la mole de hierro aplastando el amasijo de carne y triturando los huesos, con los cestos del pescado volcados y revueltos, con el carro hecho trizas... Por el siniestro paso á nivel, de hoy más, atravesaremos siempre viendo esa imagen repulsiva y triste: las míseras obreras despachurradas porque el abandono en los servicios del ferrocarril del Norte—¡cuántas veces lo he lamentado aquí mismo!—pasa ya de la raya y se hace un mal crónico, y si quien puede corregirlo no lo corrige, irá en aumento. Dícese que las familias de las víctimas reclamarán la indemnización á que tienen derecho, y que esta indemnización será fuerte; precio al cabo de la vida de dos mujeres y de la salud y robustez de varias otras, que si sanan, nunca recobrarán el equilibrio y la alegría con que se entregaban á sus rudas faenas... ¡Ojalá sea cierto que en forma de indemnización, por lo menos, recaen responsabilidades y se impone una penalidad que obligue á mayor vigilancia.

***

¿No os habéis fijado nunca en la importancia que va adquiriendo, en la vida contemporánea, un pedacillo de papel insignificante, la *tarjeta?*

Verdad es que nuestro moderno existir gira sobre resortes de papel, y que papel es la moneda, papel el cuero, papel los documentos que lo acreditan todo, papel la cultura y papel hasta el placer y la alegría de la juventud; sin papel no se comprenderían, por ejemplo, los cotillones... Y la tarjeta, trozo de cartulina sin valor alguno, significa, al llevar en su anverso un renglón con un nombre, todo el tejido complicadísimo de las relaciones sociales, con todas sus consecuencias, con todo su alcance y su influjo, que no vacilo en llamar capitalísimo, porque es de cada momento.

El consumo de tarjetas, en Madrid, es formidable. No hay sino ver el muestrario de las litografías é imprentas, donde aparece desde la tarjeta de la modista que ofrece sus servicios, hasta la tarjeta blasonada ó sin blasonar del prócer que estampa, en tres renglones, tres títulos á cual más linajudo. En apariencia, las tarjetas no pueden diferenciarse gran cosa: son siempre un trozo de cartulina, en el cual se inscribe un nombre. Pero, en efecto, de tarjeta á tarjeta media (como se decía antes) un abismo. Una persona que tenga costumbre de ver tarjetas, adivina exactamente por ellas, no sólo la verdadera posición social, sino hasta, en parte, los gustos, las aficiones, la edad y las circunstancias del sujeto cuyo nombre se destaca en el blanco campo de la tarjeta.

Hay tarjetas amarillentas, sobadas, tabacosas, que trascienden á petitorio, sablazo ó algo parecido. Hay tarjetas compactas, anchas, limpias, exhalando ligera fragancia de cuero rico, la piel de la exquisita cartera donde se guardaron, que proclaman la holgura, los hábitos de elegancia. Hay tarjetas chiquitas, de mujer, con letra fina y menuda, que revelan coquetería, refinamiento. Hay tarjetas caprichosas, azuladas ó color de manteca, que gritan delatando el pésimo gusto de quien las usa. Hubo tarjetas de madera, tarjetas charoladas, tarjetas imitación de nácar, tarjetas estilo percal floreado, y hasta tarjetas ¡con la fotografía del dueño! en un pico de la esquina; ¡una monada! Hay tarjetas prácticas, á la inglesa, que son casi un folleto, por la cantidad de lectura que contienen: en ellas se especifica el nombre, la profesión, las señas de invierno y de verano, el día y horas de recepción, ¡y no sé si algo más! La tendencia, sin embargo, es á la sencillez absoluta. Hasta la heráldica va desapareciendo: se suprimen coronas, escudos, mantos, divisas, y se reduce gradualmente la tarjeta al sucinto nombre y á las señas; y aun las señas, casi vedadas para las señoras, van camino también de proscribirse para los hombres, cuando su posición es tal que se supone que nadie ignora su domicilio. Cada día más simplificada, más arreglada á un patrón uniforme, la tarjeta, sin embargo, conserva fisonomía.

***

¡Y qué ímproba labor la del tarjeteo! Hoy la tarjeta ha venido á representar todas y cada una de las formas del trato social, los matices de la relación entre gentes que viven en un mismo medio. Que hay desgracia de familia: tarjeta. Que hay parte de boda: tarjeta. Que llega alguien de un viaje: tarjeta. Que se recibe un honor, una distinción: tarjeta. Que da á luz una señora: tarjeta. Que á un caballero se le confiere un cargo: tarjeta. Que enfermedad: tarjeta. Que restablecimiento: tarjeta. Que invitación: tarjeta. Esto, prescindiendo de las infinitas tarjetas que son meramente de saludo, de cortesía, de correspondencia á otras tarjetas recibidas la semana anterior. Con fundamento ha podido decirse que las tres cuartas partes de la gente que uno se tropieza en la calle va á pedir á alguien que recomiende algo; pero también cabe asegurar que de veinte coches que encontréis andando por las calles, diez y nueve van á dejar tarjetas...

***

Porque la labor del tarjeteo no vale encomendarla á un repartidor. Yo he oído mil veces lamentar esto: que la tarjeta, forma actual de la visita, tenga que ser dejada personalmente, cuando lo mismo significaría una tarjeta entregada por un servidor á otro servidor, al portero de la casa... Es, sin embargo, tan delicado esto del tarjeteo, que son contadísimos los servidores á cuya inteligencia se puede fiar ceremonia en apariencia tan vulgar y baladí.

La tarjeta lleva la representación social de la persona, y un error de tarjeta envuelve una serie de molestias y compromisos. Así es que, aun cuando va cayendo en desuso aquella antigua costumbre de «dar su tarjeta» al iniciarse un lance de honor, todavía la tarjeta es cosa delicada de entregar no sabiendo perfectamente á quién, y en la entrega de la tarjeta caben mil desafinaciones y mil afinadas cadencias de amabilidad.

Recuérdense las tarjetas respaldadas. Han llegado á desempeñar en la vida social un activo papel. Con el respaldado de la tarjeta se hacen cumplimientos; un *¡felicidades!* al lápiz, en la tarjeta, un día de santo, avalora el pedazo de cartulina; una invitación de confianza puede hacerse por tarjeta respaldada; un pésame, una bienvenida, caben en el diminuto espacio blanco de la tarjeta...

Bien mirado, esta costumbre del tarjeteo, que tanto tiempo absorbe, ofrece sus ventajas, evitando el visiteo á domicilio, tan molesto para los que lo hacen como para los que lo reciben. En provincias, donde todavía no se ha aclimatado la tarjeta, donde no hay, en muchas casas, porteros á quienes entregarla, y donde cierto espíritu quisquilloso hace mirar como una ofensa el no ser recibido en las casas adonde se va de visita, es un verdadero víacrucis el visiteo. Sólo las escaleras que hay que subir, las campanillas de que hay que tirar, las domésticas con las cuales hay que parlamentar, las salas donde hay que tomar asiento y esperar... La noción de que una tarjeta implica exactamente la misma cortesía y consideración que la visita personal; la idea de que, cuando se reciba, deben la casa y los dueños estar preparados de antemano, todo prevenido, y que el recibir por sorpresa y á cualquier hora del día es una pejiguera para el mismo que recibe, trastornándole en sus ocupaciones y obligándole á pasarse la vida «sobre las armas;» estas sencillas verdades no consiguen aún en provincias llegar á ser axiomas. La gente «se pica» si «se cumple» con una tarjeta; la gente exige que se suban las consabidas escaleras y se tire de la acostumbrada campanilla...

***

En mi primera juventud, todavía era peor. «Ir de visitas» suponía una *toilette* especial, el fondo del baúl, los trapos de cristianar, las joyas que cada cual poseía, y que era de rigor colgarse. Ahora, por lo menos, se puede visitar con lo mismo que se lleva á paseo por la tarde: lana si es lana, batista si es batista. Antaño, no visitar con traje de gro, mantilla de blonda, abrigo de terciopelo y enaguas crujientes, hubiese sido el colmo de la *shocking*. A las visitas debía ir en ringlera la familia: el papá con *chistera* y levita reluciente, las niñas emperifolladas, la mamá sofocada, congestionada de la subida y de las apreturas del «abrigo» con «pasamanería» quizás pasado de moda... ¡Solemnes *visitas* de otros tiempos, cuánto teníais de candoroso y de infantil!

***

Un buen señor, de tendencias prácticas, quería reformar esto del tarjeteo y del visiteo, con gran ventaja de la comodidad del público. Y proponía que, el primero de año, se enviase certificada una tarjeta á las personas cuyo trato se desea conservar: no en sentido de felicitación, sino en reemplazo de todo el tarjeteo del año todo. Acordes en que esta tarjeta 1.° de enero quería decir: «Es usted mi amigo para los efectos de la ley social en el año presente,» podía ahorrarse el resto de la cartulina... ¿Se implantará algún día esta reforma? Lo dudo. Las cosas excesivamente sencillas son las menos usuales.

Emilia Pardo Bazán

CRUCES Y HUMILLADEROS

Las unas y los otros pertenecen ya al pasado. Son páginas conservadas cariñosamente por las historias de los pueblos, de las cuales para nada se acuerda la generación presente. Algún curioso cronista, al revolver viejos papeles, tropieza con empolvado manuscrito en que consta el legendario origen de uno de esos monumentos ó rastrea la tradición que simbolizaba en lo antiguo, y entonces complácese en consignarla, aumentando el caudal de esas poéticas narraciones que la lira y los pinceles inmortalizan, tan queridas siempre de los espíritus soñadores, que constituyen el más rico atavío de la Historia.

CRUCES Y HUMILLADEROS. – EN LA CRUZ DEL CAMPO, EN SEVILLA

Representaban las cruces antaño la ingenua piedad de los que las erigieron en recuerdo de algún suceso trágico, milagroso ó histórico; otras veces eran la manifestación sencilla de la devoción de un gremio ó colectividad religiosa, y en ocasiones servían para demandar una oración al transeunte en sufragio del alma de algún desgraciado víctima del crimen.

En las calles y en los caminos era frecuente hallar toscas cruces con letreros más toscos aún, redactados por una mano piadosa con más ó menos concisión en esta forma: «Aquí mataron á un hombre. Rogad por él.» Estos letreros leídos á la claridad de la luna en las miedosas soledades de las sierras andaluzas producían su efecto. El caminante impresionado parábase, y descubierta la cabeza no dejaba de murmurar una oración en sufragio del desconocido muerto.

En las encrucijadas no menos medrosas de las estrechas callejuelas de nuestras moriscas ciudades, en las plazas en que se alzan las iglesias parroquiales, ó bien sobresaliendo por las tapias de los cementerios, que tuvieron aquellos anejos, destacábanse las cruces de mármol, de piedra franca ó de hierro con su correspondiente farolillo á través de cuyos sucios cristales vislumbrábase tenue y temblorosa luz. A veces trepaba hasta enredar en sus brazos alguna salvaje planta parietaria, cuyos ligeros tallos movíanse por las brisas de la noche, acompasadamente, despertando el miedo del transeunte, que aceleraba su marcha para huir de las siniestras sombras que su imaginación le fingía.

Fama fué en Sevilla, entre todas las innumerables cruces de sus calles y plazas, la llamada del Rodeo, al pie de la cual tuvo lugar un trágico hecho, que la tradición ha conservado, digna, por tal concepto, de haber sido exceptuada entre sus compañeras de la destrucción que las hizo desaparecer en el siglo XIX. Bien merece ser conocido de los lectores el suceso á que nos referimos, pues demuestra las osadías de la juventud aristocrática del siglo XVII y su falta de respeto á cosas y personas, como resultado de sus costumbres libertinas y de su vanidad y soberbia.

A la cabeza de las ilustres familias sevillanas de aquella centuria, citábase la del conde de la Torre, D. Pedro de Rovira. Hijo suyo era D. Perafán, que había alcanzado triste notoriedad por sus insolencias y viciosas costumbres, con las cuales la juventud liviana y escandalosa había hecho causa común con él, constituyendo una especie de banda de verdaderos foragidos, que no se detenían ante ningún respeto ni consideración, alentados por la impunidad en que quedaban siempre sus desafueros, unas veces por atención á la prosapia ilustre de aquéllos, otras porque las justicias no daban con los verdaderos delincuentes.

Fué, pues, el caso, que á las diez de la noche del domingo 15 de mayo de 1639 hallábase el Ilmo. señor obispo D. Luis Camargo, auxiliar de esta metrópoli, dignidad y canónigo de esta santa iglesia, entregado al estudio en su biblioteca, situada en el piso bajo de su casa de calle Abades, en cuya noble ocupación embargábale diariamente hasta la media noche.

A través, pues, de los emplomados vidrios de su ventana vislumbrábase la luz encendida, y ella fué causa ocasional de que al pasar el D. Perafán, con su compañero de correrías el primogénito del conde de Arenales, y otros, que por broma habían tomado de casa de unas mujeres una larga caña, se les ocurriese realizar un plan que bien pronto pusieron en ejecución. Fingieron una pendencia el de Arenales con otro de los camaradas; al ruido de los aceros, levantóse de su mesa el señor obispo, y acercándose á los vidrios, seguía anhelante las peripecias de la lucha, cuando de pronto oyó estas palabras: «¡Confesión, que me muero! ¡Confesión, por Dios, señor obispo!.. ¡Socorro, Sr. Camargo!» Al escucharlas el venerable sacerdote, llevado de sus caritativos impulsos, abrió de par en par los vidrios, y al asomar su cabeza por los hierros, para darse cuenta de lo ocurrido, el desalmado D. Perafán le descargó con la caña tres golpes, al tiempo mismo que los demás reían á carcajadas del infame engaño. El señor obispo, burlado y escarnecido, contestó solamente con humilde acento: «Id en paz, y á Dios lo dejo.»

Había transcurrido un año del ultraje de que fué víctima el Sr. Camargo. En la puerta del horno de un tal Navarro, situado en la alameda de Hércules, celebrábase una gran fiesta en que tomaban parte las mozas y mozos del horno, dando tregua á sus penosas faenas. Era, pues, el 15 de mayo de 1640. Aquella juventud entregábase en cuerpo y alma á la alegría y al goce, sin recelar el más leve temor, pues todos eran unos y un mismo deseo y una misma intención les animaba. Las muchachas y muchachos, formando un gran corro, hallábanse sentados en rueda delante de la puerta de la casa, y en el centro veíanse las parejas de baile. Próxima ya á terminar la fiesta, cuando apenas quedaban curiosos espectadores detrás del corro, cuando los mozos que tenían quehaceres en la tahona habían dejado la diversión para acudir á sus ocupaciones, entre ellos el mismo dueño Navarro, que al retirarse dejó en su lugar á un tal Galindo para que lo representase, y cuando, finalmente, sólo quedaban algunas parejas de enamorados entretenidos en sus conversaciones, advirtieron la presencia de tres jóvenes caballeros, dos de los cuales eran D. Perafán y el de Arenales, que con sonrisa burlona ó despreciativa cambiaban frases, que por los gestos se notaba á las claras que aludían á las parejas que aún quedaban, y no contentos con esto, llevaron su insolencia al punto de entrometerse en las conversaciones, llegando aquél en su osadía hasta decir imperiosa y altaneramente: «¡Basta de plática! Salga una pareja y empiece lo bueno.»

Aquellas frases produjeron el efecto natural. Los hombres mirábanse como si se interrogaran lo que debían hacer ante aquel atrevimiento; las mujeres

suplicábanles con la vista la mayor prudencia, temerosas de un triste resultado. No se hizo esto esperar mucho: D. Perafán insistió de nuevo en que bajaran las mujeres, sus secuaces llegaron ya hasta á ofenderlas de palabra y á mofarse de los hombres.

Pronto en el interior de la panadería se supo lo que ocurría en la calle, y al ver los mozos que Navarro y Galindo salían armados, requiriendo ellos sus palas y bidentes, salieron en tropel para acometer á sus provocadores.

Próxima á la casa levantábase una cruz, y los tres jóvenes, al oir venir á los panaderos, corrieron á ella para guardar las espaldas, sin recelar la tormenta que se les venía encima.

En aquellos momentos un grupo de tejedores que regresaban á sus casas bien pronto diéronse cuenta de lo que á la sazón ocurría, y entonces, requiriendo sus armas, se adelantaron rápidamente hasta donde se hallaban los caballeros.

El hijo del conde de Arenales huyó cobardemente, protegido por las sombras que proyectaban los corpulentos árboles de la Alameda, sin que su falta fuese advertida por los acometedores.

Perafán de Rivera, en cambio, defendióse como un león, y desarmado de su espada, herido en un brazo, cayó al suelo sin sentido, atravesado el corazón de una estocada, mientras que su otro compañero, gravemente herido, no tardó en sufrir igual suerte.

Cristóbal Paredes, que capitaneó á los tejedores, murió en el patíbulo. Galindo fué á galeras por ocho años y por diez Navarro.

En cuanto al caballero superviviente de aquella tragedia, el de Arenales, tocóle Dios al alma al punto de obtener el perdón de sus culpas de manos del mismo señor obispo Camargo, después de haber hecho confesión general de ellas, muriendo pocos días después repentinamente.

He aquí, lector, la tradición ya casi olvidada de la Cruz del Rodeo. Al desaparecer el modesto monumento ha ido borrándose de la memoria de los sevillanos, como otras muchas, cuya existencia no se compadece con el vulgarísimo prosaísmo de los tiempos modernos. . . . .

Curioso por demás debió ser el espectáculo que en los siglos pasados ofrecieran las estaciones religiosas establecidas en el largo trayecto comprendido desde la llamada Casa de Pilatos, artística mansión de los duques de Alcalá (hoy de los Medinaceli) hasta el Humilladero de la Cruz del Campo.

Cruces y humilladeros en Sevilla

Todavía existe en la fachada del mudéjar palacio, dentro de una hornacina, sencilla cruz de mármol rosa, que era el punto de partida desde donde los devotos sevillanos de los siglos XVI y XVII especialmente, comenzaban el Viacrucis que conducía al mencionado Humilladero. Personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, congregábanse en los días de Cuaresma, y unos con sus usuales y siempre vistosos trajes, otros con capuces y túnicas de diversos colores, descalzos muchos, con sogas al cuello y á la cintura no pocos, cubiertas de polvo las cabezas de algunos y conduciendo otros pesadas cruces de madera, confundíanse con los disciplinantes que eran muy numerosos; emprendían la marcha deteniéndose en las diversas estaciones que se alzaban en todo el trayecto, marcadas por altares y mesas petitorias, en las cuales recogían limosnas frailes y sacerdotes.

Ocioso será decir que á aquel cuadro de fantásticos penitentes, de religioso fervor, de sombría tristeza, han sucedido otros bien opuestos en su conjunto y pormenores.

En las inmediaciones de la Cruz del Campo hay varios ventorrillos de más ó menos fuste, donde, los domingos, en invierno, durante el día, y en verano por las noches, reúnense las gentes alegres aficionadas al canto, al baile y á las libaciones.

En vez, pues, de capuces y túnicas, de burdos y sombríos hábitos, de salmos y letanías, mucha guitarra, muchas seguidillas, mucho limpísimo y almidonado percal, muchos pañolones de Manila, mucha alegría y... no pocas *broncas* que frecuentemente concluyen en tragedia.

Al pie del elegante templete, bajo cuyo cupulino se alza una columna de mármol blanco con elegante cruz de los comienzos del siglo XVI, reúnense mozos y mozas, alrededor de los cuales se establece una muralla de curiosos y desocupados, de pilluelos, vendedores de flores y mariscos que forman abigarrado conjunto. Mientras dura el día, todo es algazara y diversión, la guitarra no cesa de rasguear, juguetona y alegre, acompañando soleares, malagueñas y sevillanas, y á una pareja sucede otra y otra, sin que nadie dé señales de cansancio, antes bien, parece que con el ejercicio cobran más y más fuerzas...

Pero la noche se aproxima, recógense cestos y manteles, las guitarras descansan en sus fundas, apúrase el vino que queda y la caravana emprende el regreso á la ciudad, bien en el coche de San Francisco, ó en algunas jardineras, cuyos jamelgos con ligero trotecillo, sonando sus innumerables cascabeles, bien pronto penetran por la Puerta de Carmona perdiéndose en las estrechas callejuelas del barrio.

J. Gestoso y Pérez

(Dibujos de Azpiazu.)

El Viernes Santo, en la Scala Santa, en Roma, cuadro de R. Coghge

En oración, cuadro de E. Suau

Lady Paget, por Ricardo Cosway

Dama desconocida, por J. B. Isabey

Duquesa de Devonshire, por Enrique Boné

J. Reynolds, por G. H. Craft

Napoleón I, por C. Chatillon

Caballero desconocido, por H. F. Fuger

Lady Carolina Rushout, por A. Plimer

Mrs. Damer, por J. B. Isabey

Dama desconocida, por Juan Guern.

RETRATOS PINTADOS POR LOS MÁS CÉLEBRES MINIATURISTAS

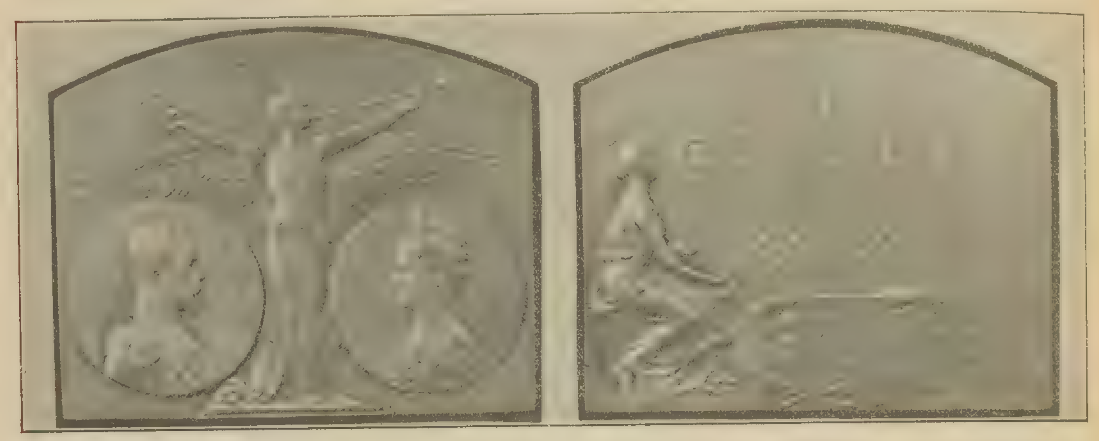
PLANCHA CONMEMORATIVA

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA DE LA PAZ

De un momento á otro va á reunirse en La Haya la segunda Conferencia de la Paz. En la capital del pacífico reino de Holanda, se congregarán dentro de pocos días todas las eminencias de la diplomacia y de la ciencia del derecho internacional de las naciones que hoy van á la cabeza de la civilización; se discutirán temas importantísimos, se leerán luminosos trabajos concienzudamente hechos, se pronunciarán elocuentes discursos, se formularán votos ardientes por la paz universal, se celebrarán fiestas en las cuales reinará un sentimiento de afecto y fraternidad emocionante, se hablará mucho del desarme y del tribunal arbitral para resolver los conflictos entre los Estados, y el resultado de todo ello será que las cosas continúen como hasta aquí, subsistiendo esa situación de la paz armada que tantos perjuicios causa á los países obligados á sostener ejércitos y escuadras desproporcionados á su potencia económica.

Y regresarán los delegados á sus respectivas naciones sin haber podido llegar á un acuerdo, y la paz universal seguirá siendo una aspiración platónica seguramente por los siglos de los siglos. El recuerdo de las guerras que han ocurrido después de la primera conferencia no permite fundar grandes esperanzas en los resultados prácticos de la segunda.

De todos modos, la intención es buena, y en gracia á ella ha modelado el conocido artista parisienses Tony Szirmai la bonita plancha que reproducimos y en la que se ven, además de los retratos del tsar Nicolás II, iniciador de la primera conferencia, y de la reina Guillermina, soberana de la nación en que ésta se celebra, figuras y emblemas que simbolizan perfectamente la idea que en la conferencia preside.



Anverso — Reverso

Plancha conmemorativa de la segunda Conferencia de la Paz, de La Haya, modelada por Tony Szirmaí

COCHE-CANOA AUTOMÓVIL

Recientemente le ha sido presentado al ministro de Marina de Francia un vehículo curioso inventado por M. Ravaillier y que ofrece la particularidad de que puede caminar por las carreteras y navegar por los ríos, sin necesidad de realizar para ello otra maniobra que mover una palanca. Sin cambio alguno de órganos, el coche-canoa deja el camino terrestre, en donde ha corrido con una velocidad de 30 kilómetro por hora, y penetra en el líquido en donde se mueve cómodamente gracias á su hélice.

Usado como canoa, con su bomba de agotamiento, remos, etc., así que la pendiente de un ribazo lo permite, se transforma en pocos momentos en coche rápido y cómodo.

Sus rasgos característicos son: casco de acero montado sobre ejes que pasan por tubos estancos; motor de explosión, de 20 caballos de fuerza, cambio de velocidad, marcha hacia atrás, pedal de interrupción, etc.

El volante de cambio de velocidad se prolonga y gobierna un engranaje que mueve una hélice de la popa del coche-canoa. Un timón, situado también en la popa, es movido por el volante de dirección.

La salida se efectúa por medio de las ruedas motrices cuando el suelo es bastante duro y la pendiente inferior á 15 por 100. Una cabria instalada en la proa y movida por una tangente, que el motor hace funcionar, sirve para realizar la salida cuando la pendiente es superior; cuando el suelo es blando se recurre á unas cuerdas atadas á una estaca clavada en tierra, estaca y cuerdas que lleva el mismo coche-canoa.—T.

París.—Carruaje-canoa automóvil inventado por M. Ravaillibr. (De fotografía de M. Branger.)

BARCELONA.—CONCURSOS DE ESGRIMA

Si interés despertó el concurso de globos aerostáticos de que dimos cuenta en el número anterior, no menor lo han despertado los concursos de esgrima que, como aquél, figuraban en el programa de fiestas organizadas para este mes bajo el patronato del Excmo. Ayuntamiento. Dichos concursos, en los que han tomado parte los más famosos tiradores nacionales y extranjeros, celebráronse en los días 5, 6 y 7 en los jardines del Parque y fueron presenciados por numerosa y distinguida concurrencia.

El primer día efectuóse la *poule* individual eliminatoria á espada de combate con punta de arresto, en la que resultaron clasificados para la *poule* semifinal los Sres. Gaudin (francés), Olivier (A.) (francés), Gravier (francés), Bossmans (belga), Conde (español), Huet (francés), Penabella (español), Nowak (italiano), Olivier (E.) (italiano), Borchgrave (belga), Kavanack (francés) y Solé (español).

En la *poule* semifinal, efectuada á la mañana siguiente, fueron vencedores Gaudin, Granier, Olivier (E.), Nowack, Bossmans y Kavanack, los cuales tomaron parte en la prueba final. Los asaltos resultaron en extremo emocionantes, adjudicándose los premios por el orden siguiente:

Los famosos tiradores Kirchhoffer, francés, y San Malatc, italiano, en el Parque de Barcelona

El tirador francés Gaudin, ganador de la Copa del Rey y medalla de oro

Primero: Copa del Rey y medalla de oro y diploma, á Gaudin (5 tocados y 7 puntos); segundo: medalla de oro y reloj de oro ofrecido por los señores Conde Puerto y C.ª, dueños de los almacenes de *El Siglo*, E. Olivier (10 tocados y 12 puntos); tercero: medalla dorada y alfiler de corbata ofrecido por el Círculo Ecuestre, Kavanack (11 tocados y 13 puntos); cuarto: medalla dorada y un par de espadas ofrecido por la sala Grau de Barcelona, Gravier (13 tocados y 18 puntos); quinto: medalla de plata y una petaca de acero de Eibar, Bossmans (14 tocados y 17 puntos); y sexto: medalla de plata y petaca, Nowak (14 tocados y 19 puntos). El premio ofrecido por el Círculo Ecuestre al tirador español mejor clasificado, concedióse á D. Alfredo Conde.

Terminada la *poule* individual, comenzó la *poule* internacional, á espada de combate con punta de arresto, por equipos de cuatro aficionados y por nacionalidades. Formaban los equipos: Kavanack, Gaudin, Olivier y Gravier, franceses; Penabella, Fernández, Conde y Solé, españoles; Neubourg, Crahatj, Bossmans y Borchgrave, belgas; y Nowak, Olivier, Rotondi y Mangiarotti, italianos. Resultó vencedor y ganó, por consiguiente, la Copa del Ayuntamiento y cuatro medallas de oro, el equipo francés. Los otros equipos quedaron igualados en clasificación y de común acuerdo se procedió á la adjudicación de las medallas por sorteo, habiendo correspondido las doradas al belga, las de plata al español y las de bronce al italiano.

El día 8 por la noche celebráronse en el Palacio de Bellas Artes un *match* á sable, otro á florete y varios asaltos entre profesores. En el *match* á sable lucharon el italiano Galante, campeón de Barcelona en 1905, y Angel Lancho, profesor de la Escuela Española de Esgrima de Madrid, ganando el primero por diez golpes contra ocho el premio de 500 pesetas y medalla de oro, y el segundo el premio de 250 pesetas y medalla dorada. En el *match* á florete contendieron Smedt, campeón de Bélgica, y Weysi, campeón italiano, venciendo este último por diez golpes contra cinco que obtuvo su contrincante, á quien se adjudicó el premio de 500 pesetas y medalla dorada. Los asaltos fueron á florete entre el Sr. Grau, profesor de Barcelona, y Olivier, aficionado francés, y á espada entre el Sr. Pardini, profesor español, y Gaudin, aficionado, ganador de la Copa del Rey en la *poule* individual. Todos fueron muy aplaudidos.

Esa fiesta del Palacio de Bellas Artes había de continuar á la tarde siguiente, y esta segunda parte despertaba un interés grandísimo entre los aficionados, ya que en el programa figuraba como nota final un *match* entre los famosos campeones Kirchhoffer, francés, y San Malato, italiano. Pero dificultades surgidas á última hora por causas que no hemos de exponer, pues acerca de ellas las opiniones y los juicios son contradictorios, hubo de suspenderse la fiesta anunciada, con gran decepción de los aficionados y de los profesionales, que se prometían del encuentro de los dos célebres tiradores una sesión llena de emociones y de enseñanzas.—S.

El equipo francés, compuesto de los tiradores Kavanack, Olivier, Gravier y Gaudin, que ganó el premio del Ayuntamiento. (De fotografía de A. Merletti.)

Dolce far niente, cuadro de José Villegas

En el frigidarium, cuadro de Lorenzo Alma Tadema. (Copyright by Gooden et Fox, de Londres.)

FLORES DE PRIMAVERA, cuadro de Frank Haviland

VIENA.--MONUMENTO A LA EMPERATRIZ ISABEL

Cerca de nueve años han transcurrido desde que el puñal de un vil y cobarde asesino puso término á la existencia de la emperatriz Isabel de Austria, y todavía está fresco en la mente de todos el recuerdo de aquella infortunada soberana para quien la corona imperial fué corona de espinas. ¡Qué mucho, pues, que en Austria, en donde tanto se la amó, perduren siempre vivos y cada vez más intensos los sentimientos de cariño y lealtad hacia la inolvidable reina!

Estos sentimientos se han exteriorizado en la erección del hermoso monumento hace pocos días inaugurado en Viena y que adjunto reproducimos. Sobre sencillo pedestal álzase la estatua modelada en mármol blanco y rodeada de un pequeño muro de piedra en el que se lee la siguiente inscripción: «A su inolvidable emperatriz erigieron este monumento los pueblos de Austria á impulsos de su invariable amor y de su lealtad.» Completan esa leyenda las dos fechas 1837 y 1898, años del nacimiento y de la muerte de Isabel. En el pedestal, la dedicatoria: «Isabel emperatriz de Austria.»

El efecto que produce ese monumento es extraordinario: su sencillez, la sobriedad de sus líneas arquitectónicas y sobre todo la imponderable belleza de la estatua, magistralmente ejecutada, hállanse avaloradas por los encantos del sitio en que se alza, entre los frondosos árboles de los pintorescos Jardines populares de la capital austriaca.

Viena. – Monumento á la memoria de la emperatriz Isabel, recientemente inaugurado en los Jardines populares de la capital de Austria (De fotografía de Carlos Trampus.)

Proyecto de fuente monumental para la ciudad de Cristianía, original de Gustavo Vigeland

PROYECTO DE FUENTE MONUMENTAL

de Gustavo Vigeland

Hace poco, expúsose en Cristianía ese proyecto del escultor noruego Gustavo Vigeland que causó la admiración del público y mereció los más entusiastas elogios de los críticos. Uno de éstos, Tor Hedberg, reputado como el primero de Noruega, escribió lo siguiente: «He visto la mayoría de las obras que en materia de monumentos ornamentales poseen las principales ciudades europeas, y he tenido que remontarme hasta la antigua Roma para encontrar algo que en punto á grandiosidad y á elevada concepción artística pueda ser comparado con esa fuente de Vigeland.»

Para comprender que esos elogios no son exagerados basta mirar la obra que de ellos es objeto. Sobre un gran pilón de 30 metros de largo por 20 de ancho álzase un grupo de seis titanes desnudos que sostienen una gran taza de forma irregular de la que cae el agua; la baranda del pilón está adornada con multitud de relieves y de ella arrancan veinte grupos decorativos á modo de extraños árboles, cuyas copas constituyen otras tantas pequeñas tazas destinadas á contener flores y enredaderas y entre cuyas ramas se ven hombres, mujeres y niños en diversas actitudes.

Esa fuente, admirable por lo grandioso y original de su conjunto y de sus pormenores y la portentosa ejecución de las figuras, ha de construirse en parte de piedra y en parte de bronce para ser colocada delante del palacio del Storthing de Cristianía.

Espectáculos.— Barcelona. – La compañía Guerrero-Díaz de Mendoza ha estrenado con excelente éxito en el teatro de Novedades *Más fuerte que el amor*, drama en cuatro actos de D. Jacinto Benavente.

La eminente actriz italiana Sra. Vitaliani está dando actualmente en el teatro Principal una serie de seis funciones. Las representaciones dadas hasta ahora han sido otros tantos nuevos triunfos para ella y para el actor Sr. Duse.

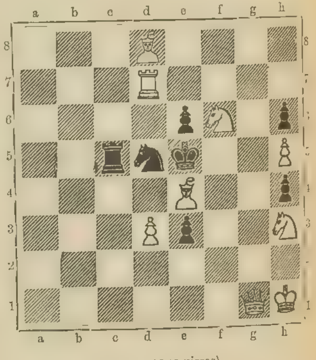
En el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes se han celebrado, bajo la dirección del maestro Sr. Pahissa dos notables conciertos de *musica di camera*, en los que se han tocado los cuartetos op. 18 n.° 4, op. 18 n.° 19, op. 59 n.° 3 y op. 95 de Beethoven.

La ejecución de esas obras ha corrido á cargo de los señores Sánchez Deyá, Dini (B.), Gálvez y Dini (D.) que las han interpretado de un modo perfecto.

AJEDREZ

Problema número 465, por V. Marín

negras (7 piezas)



blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 4[illegible]4, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Rg7–g6	1. Ac2×d3 jaque
2. Rg6–g5	2. Cualquiera.
3. A mate.	

Variantes.

1...... Cg2–f4 jaq.; 2. Ah6×f4 [illegible] etc.
Re5–d4; 2. Ah6–g7 [illegible]
Otra jugada; 2. Ah6–g7 [illegible] etc.

Armando y Julia habían reanudado su disputa

AURETTE

Novela original de HENRY GREVILLE.—Ilustraciones de Gili y Roig

(CONTINUACIÓN)

XIX

Dos años habían transcurrido desde aquel de la Consagración en que la existencia de Aurette había sufrido tan dolorosa metamorfosis; en la terraza, en el sitio mismo en que había visto sentado á su prometido, sentábase Armando Deblay contemplando las colinas del Loire, en la suave tibieza de un atardecer de junio. El doctor hablaba con el Sr. Leniel y Julia permanecía silenciosa, con los ojos fijos en el follaje del parque, entontes en todo su esplendor y dorados por los últimos rayos del sol, y en actitud pensativa como de quien da vueltas en su mente á un asunto embarazoso. Por fin, miró al joven doctor y le dijo en voz baja:

—¿De modo que usted cree que basta ser médico de ciudad y hacer visitas bien pagadas, ser director de hospital y percibir buenos emolumentos?

El joven no se inmutó, al parecer, ante ese apóstrofe.

—Permítame que le diga, señorita, que también tenemos consultas gratis.

—Sí, ya lo sé, repuso Julia con impaciencia. ¡Vaya una gran cosa!

—¿Pues que quisiera usted que hiciese un médico para ganar el cielo?

—¡Que lo mereciese, señor mío! Que recorriese el campo visitando de balde, viendo lo que allí pasa, estudiando el mal que allí causan todavía la ignorancia y la superstición..., impidiendo que los enfermos acudan al saludador que les hace cometer mil tonterías y los heridos al curandero que los estropea...

—Señorita, el curandero nos lanzaría sus maleficios y nuestros colegas rurales nos acusarían de quitarles el pan de la boca...

—¿Visitando gratuitamente?

—Sí, señorita, puesto que ello les privaría de hacer visitas retribuídas.

Julia se volvió con aire de cómico malhumor. En el mismo momento, pasó por el extremo del césped un grupo de niños que caminaban gravemente, el más pequeño en medio y dando la mano á los otros.

—¿Qué es esa chiquillería?, preguntó el doctor Rozel.

—Son los chicos de Aurette, respondió el Sr. Leniel; tiene cosa de media docena como esos, y cuando han sido buenos durante la semana, vienen el domingo á pasearse por el jardín.

—¿Y dónde reclutas tu personal?, dijo el doctor á Aurette, que sonriendo vagamente seguía con la mirada á los niños.

—Uno es de la costurera que le hace á usted tan excelentes camisas; es el más pequeño, el Benjamín y al mismo tiempo el fundador de la institución; dos son del cochero, uno de la cocinera y dos del jardinero.

—¡Dios de bondad! ¿Cómo has podido hacer surgir de tierra una posteridad tan numerosa para gentes á quienes yo creía sin descendencia?, preguntó el doctor alegremente.

—Hemos hecho venir á los desterrados, contestó Aurette lanzando una rápida mirada á su padre. Esas buenas gentes ocultaban sus hijos como si fueran crímenes, por miedo de perjudicarse; pero cuando Carlitos...

—¿Quién es Carlitos?, exclamó con viveza el señor Rozel.

—Carlitos es el hijo de la costurera... Decía, pues, que cuando Carlitos quedó instalado en el pabellón, pegado á las faldas de su madre, no hubo motivo para seguir ocultando á los demás rapazuelos, que se han ido presentando uno á uno como pobres vergonzantes. Aseguro á usted que fué un lance gracioso.

—No lo dudo. Y si no es indiscreta la pregunta, ¿puede saberse qué haces con ese estado mayor?

—Van á la escuela y los días de fiesta les cuento historias y luego se pasean respetuosamente, según puede usted observar. Anteayer Carlitos hizo ademán de coger una flor y todos los brazos de los demás se interpusieron para impedírselo. Están muy bien enseñados, créalo usted.

—¿Y qué harás de ellos más adelante?, preguntó el doctor.

—Lo que quieran Dios y sus padres; haré de ellos hombres, si es posible, y honradas muchachas.

—¿Y eso te divierte?

Una hermosa mirada de Aurette respondió á esa pregunta mejor que hubieran podido hacerlo las palabras.

El doctor y el Sr. Leniel siguieron con los ojos al grupo infantil, que se retiraba en buen orden, yendo ahora uno detrás de otro después de un cambio de frente. La misma idea había cruzado por su mente, y lo probaba el hecho de que el padre volviera la cabeza evitando la mirada de su viejo amigo.

Armando y Julia habían reanudado su disputa, y Bruno, después de haberse puesto inútilmente de parte del uno y de parte del otro presentando su cabeza como ofrenda propiciatoria, había acabado por tumbarse cuan largo era entre ambos, sin duda con objeto de separarlos para el caso en que la contienda se enconara.

—¡No comprendo que pueda uno quedar satisfecho á tan poca costa!, dijo la joven arrollando en su dedo una brizna de hierba que arrojó en seguida.

—¡A tan poca costa, señorita! ¿No son para usted nada las visitas de noche? Cuando uno es aficionado á dormir, ¿no tiene algún mérito saltar de la cama, sobre todo en invierno?

Julia, cambiando repentinamente de expresión, le dirigió una mirada casi compasiva, mas no tardó en recobrar su acento irónico.

—He aquí los inconvenientes de ser tan amante del sueño; pero ¿de veras es usted perezoso en tanto grado?

—Lo confieso. Pero usted, señorita, ¿es posible que no sienta usted nunca la necesidad de dormir?

—¿Yo? ¡Pues si duermo como un tronco! Menos cuando me necesitan; que conste.

Los ojos de Aurette, pasando por encima de su padre y del doctor, fueron á buscar los de Julia con expresión de cariñoso agradecimiento. ¿Podría olvidar nunca la noche en que su hermana la había velado? ¡Cuán lejos en el pasado estaba ya aquella época de turbación y de dolor! Pensando en ella, sentíase casi avergonzada de haber sufrido tanto no hacía aún mucho tiempo. ¿Estaba, pues, curada?

Los chiquillos habían vuelto al redil, regresando

cada cual á su casa. El cielo tomaba un color indeciso; de pronto pareció surgir del firmamento una lentejuela de oro, y Aurette recordó cuántas veces los rayos de las estrellas, semejantes á puntas diamantinas, habían herido su alma destrozada y manando sangre. No, no estaba aún curada del todo, puesto que todos los días, á esa hora del crepúsculo, invadíala una melancolía indecible. Levantóse silenciosamente, sin que los demás lo notaran, y descendió al jardín, que embalsamaban los heliotropos. Armando y Julia proseguían su discusión.

—En fin, señorita, ya veo lo que censura usted en los pobres médicos de ciudad; pero para juzgar bien sería preciso además saber lo que usted aprobaría en ellos.

—¿Lo que yo aprobaría? ¡Dios mío! No es cosa tan difícil y voy á decírsela á usted. Cuando se gana más dinero del que hace falta para cubrir las necesidades; cuando se tiene una buena clientela; cuando se es ya conocido y hasta célebre y el nombre del médico inspira confianza, se establece un dispensario.

—¿En la propia casa?

—Sí, se alquila una bastante grande para ese objeto; se instala un dispensario para los niños enfermos, por ejemplo, porque los niños son el porvenir y vale más evitar que se mueran ellos...

—¿Que los adultos, quiere usted decir?

—Sí, señor, replicó Julia imperturbable; porque entre los adultos hay gente mala, y entre los niños todavía no...

—Permítame, señorita, que tome nota de la palabra «todavía,» que no me parece indicio de una confianza absoluta en la excelencia de la naturaleza humana.

—Se lo permito, caballero; pero es inútil que quiera usted evadirse...

—¿Yo evadirme, señorita? ¿Ha observado usted en mí proyectos de evasión?

—Sí, señor; quiere usted substraerse á mis razonamientos.

—¡Líbreme Dios de ello, señorita! Aparte de que tampoco podría.

Los dos jóvenes habían bajado la voz instintivamente, sin darse cuenta, y el doctor Rozel y su amigo, enfrascados en una gran cuestión social, no pensaban ya en ellos. Aurette caminaba lentamente, sola, á poca distancia, y su elegante silueta esfumábase en un fino vapor gris que atenuaba el color de los follajes.

—¿De modo que confiesa usted que tengo razón y que está usted en el deber de fundar un dispensario?

Armando nada contestó, pero miraba á Julia con una atención que acabó por turbarla.

—Un dispensario para los niños, sí, señor, para los niños que sufren... Las madres ignorantes, á menudo tontas, pobres..., ¡ah!, pobres más á menudo todavía... No saben... Es preciso ayudarlas... ¡Sería una obra tan buena!..

Julia sentía que el corazón le latía con más violencia de lo que era razonable; en aquella claridad crepuscular, ¿por qué no distinguía otra cosa que los dos ojos negros de Armando, fijos en sus ojos violáceos, que ella bajaba inútilmente? Aquellos ojos sentíalos sobre los suyos al través de sus párpados medio cerrados.

—Señorita, dijo el joven doctor en voz baja, que Julia oía mejor que un toque de corneta; yo solo no podría organizar nunca el dispensario que usted desea... Pero si usted quisiera ayudarme...

—¿Yo?, exclamó Julia tratando de reir, aunque sin conseguirlo.

—Sí, señorita. El doctor es torpe en esas cosas y no sabe cómo componérselas; todo lo que puede hacer es prestar el concurso de su ciencia, si es que la posee, y en cambio la esposa del doctor...

Julia se levantó bruscamente; Armando la detuvo por un pliegue de su falda, que tocó ligeramente y soltó en seguida; pero por muy ligero que fuese su movimiento la joven lo percibió, puesto que se quedó en pie, inmóvil.

—La esposa del doctor, siguió diciendo Armando, puede todo lo que quiere para el bien de los niños enfermos y hasta para el bien del doctor mismo .. El pobre joven doctor está muy solo, y cuando vuelve á su casa se consideraría dichoso si supiese que su esposa le espera.

—¡Egoísta!, murmuró Julia con una semisonrisa.

—Sí, señorita, lo confieso. Pero usted, que no lo es, ¿no sabe que el deber de los buenos es corregir á los malos? Si usted quisiera corregirme, yo sería muy dócil, se lo aseguro .. Y sé de un hotelito en una linda calle...

—¿Nueva?, preguntó la joven en tono casi agresivo.

—No, señorita, vieja. Una linda calle vieja y un hotelito viejo, con dos ó tres salas en el piso bajo que serían enteramente á propósito para el objeto que usted desea; y al extremo de la última sala hay una cocina sorprendente, una cocina con una hornilla singular; diríase que es una cocina hecha expresamente para gustarle á usted, porque en el extremo opuesto del edificio hay otra para los dueños, de modo que aquélla ha sido construída evidentemente por la Providencia pensando en los niños pobres, ya que en ella podrían prepararse medicinas, cataplasmas...

—¿Y caldo?, preguntó vivamente Julia.

—Y caldo, por supuesto, y sopitas y leche caliente y toda clase de cosas buenas... Pero esas son cosas de la esposa del doctor...

—¡Mi hermana!.. ¡Cállese usted!, dijo la joven bruscamente, casi en voz baja. Antes de que nosotros tengamos el derecho de hablar de sopitas, será menester que Aurette pueda quedarse aquí sola con mi padre, que...

No terminó la frase. Aurette no había hecho más que pasar por detrás de ellos para ir al salón. El piano de cola, tocado por ella, se animaba, y como dos años antes, la joven comenzó el *Canto sin palabras* de Mendelssohn, que no había vuelto á tocar desde entonces.

Al principio, su memoria vacilaba, ó mejor dicho, sus dedos desacostumbrados no acertaban con las olvidadas notas; pero luego se aseguró y la amplia melodía desenvolvióse como una plegaria.

—¡Oh!, exclamó Julia en voz baja. Estoy segura de que llora.

Sin embargo, el piano no lloraba; el canto adquiría una intensidad de fervor ardiente, pero no doloroso: Aurette, como en otro tiempo, ofrecía con su alma todas las miserias terrenales, mas ya no sentía la suya propia...

El Sr. Leniel permanecía silencioso; también él se acordaba de aquella velada, y como Julia, tenía miedo de lo que Aurette debía sentir. El último acorde se extinguió en el aire inmóvil; nadie osaba hablar... Sonó de nuevo el piano; era una canción sencilla, de una ingenuidad extremada, de un sentimiento profundo, que expresaba cual ninguna otra la paz del alma: «Tú eres el descanso,» dicen las palabras de la melodía de Schubert.

Calló el piano y Aurette reapareció entre sus amigos. En el cielo había aún claridad bastante para ver distintamente su rostro perfectamente sereno y hermoso.

—¿No tiene usted frío, papá?, dijo con su voz musical y dulce apoyando una mano en el hombro del Sr. Leniel.

Éste, en vez de contestar, la atrajo hacia sí y la besó. En las mejillas de Aurette no se veían huellas de lágrimas; aunque todavía sensible á la melancolía, había pasado el período de las tempestades y se cernía ya por encima de todos los recuerdos.

Cuando tío y sobrino se hubieron despedido, Armando estaba absolutamente seguro de que Julia le pertenecía, á pesar de no haberle ésta dirigido más la palabra desde que Aurette se puso á tocar el piano.

Después de haber dado las buenas noches al señor Leniel, Julia fué á reunirse con su hermana, en el cuarto de ésta, en donde pasaban con frecuencia largo rato charlando.

Bien hubiera querido esperar, escoger un momento favorable para contarle lo que acababa de ocurrir, y hasta había concebido un plan de campaña muy ingenioso para abordar la cuestión después de oportunos circunloquios; mas toda aquella estrategia se vino abajo ante la bondadosa mirada de los ojos de Aurette.

—Hermana mía, exclamó, hermana de mi alma, ¿qué pensarás de mí? ¡Me ha pedido que fuese su esposa y no le he contestado que no!

Aurette nada dijo; sus ojos pardos, aterciopelados, que parecían bañados de oro fluido y que se asemejaban á los hermosos coriopos de los jardines otoñales, ya no miraban á su hermana, sino que buscaban á lo lejos, en la vaguedad de la noche, la sombra de los pasados días en que tampoco ella se había negado á ser la esposa de otro...

¡Cuán lejos todo aquello! Era como un sueño, como una pesadilla... Julia sintió miedo.

—Aurette, dijo; esperaremos mucho tiempo..., todo el tiempo que quieras... No tengo el menor deseo de separarme de ti y le he dicho...

—¿Le amas?, preguntó su hermana lentamente y como abstraída.

—Yo..., sí, cierto que le amo, respondió Julia, cuyo delicado rostro se iluminó con claridad de aurora.

Y añadió con energía:

—Y él me ama. ¡Oh, sí! En cuanto á esto, estoy segura de que me ama.

Aurette permanecía inmóvil; Julia sintió gran piedad de ella y se reprochó amargamente haber despertado así de pronto tantos y tan dolorosos recuerdos en un alma no bien curada todavía.

—Hermana mía, dijo con gracia humilde y conmovedora, perdóname esa tontería; soy una pobre muchacha torpe, pero te quiero, te quiero mucho, bien lo sabes... Dime que no estás enfadada, te lo ruego .., regáñame, si quieres, pero dime algo, háblame.

La mirada de Aurette volvió de muy lejos, de aquel país remoto adonde van los ojos y los pensamientos cuando salimos de nosotros mismos.

—¿Regañarte?, exclamó con infinita dulzura. ¿Regañarte á ti?

Maquinalmente buscó en su bolsillo un pequeño manojo de llaves, del que no se separaba nunca, y se dirigió hacia una gran cómoda de taracea antigua que ocupaba todo un testero de su cuarto; y poniéndose de rodillas abrió con precaución el último de los cajones y sacó de él una caja larga y aplastada. Julia la observaba sin comprender qué se proponía. Aurette se incorporó, dejó la caja sobre el mueble y se puso á deshacer los nudos de las cintas con que estaba atada, realizando todos aquellos movimientos con devota lentitud y en cierto modo como un acto de piedad.

Después de haber desatado las cintas y levantado la tapa de cartón, apartó los papeles de seda y la luz de la lámpara se reflejó en una magnífica tela blanca que parecía tisú de plata. Aurette la desdobló y contempló los cambiantes reflejos de su vestido de novia.

—¡Qué tontos somos!, dijo á media voz. ¡Y cuán ridículos nos vuelve á veces el dolor! Me había figurado que nunca más podría verla, que me serviría de mortaja cuando me muriera...

Cogió el rico brocado, lo extendió sobre la alfombra en grandes y magníficos pliegues y puso el extremo de la tela en el hombro de su hermana, que de esta suerte quedó como envuelta en un ropaje de estatua antigua.

—¡Que sea tu traje de boda, hermana querida, y ojalá que te dé buena suerte!

Sus ojos se encontraron y se enlazaron sus brazos por encima del brocado que las envolvía como una banda.

Julia, que era muy práctica, cogió el extremo de la pieza de seda y comenzó á doblarla cuidadosaménte para meterla de nuevo en la caja.

—Es un buen muchacho, dijo mientras parecía muy absorta en aquella faena, y no creo que papá se oponga...; el doctor tampoco se opondrá, porque, de no haberles convenido, supongo que no lo habría traído aquí con tanta frecuencia.

—Seguramente, respondió Aurette; y por mi parte no puedo menos que alegrarme de ello, porque me parece bueno, activo é inteligente.

—Sí, quiere montar un dispensario y dice que hay allí una cocina, de manera que se podrá hacer caldo...

Y diciendo esto soltó una carcajada, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de felicidad.

—Esto que digo tú no lo entiendes, pero no importa. Le he dicho, sin embargo, que volveríamos á hablar del asunto cuando..., en fin, más adelante, ahora no, por supuesto.

—¿Y por qué no desde luego?, preguntó Aurette con dulzura.

—¿Desde luego? ¡Oh, no! Es preciso que...

—¿Qué?

—Que tú..., que papá..., en fin, no sé..., que haya vuelto Carlos.

—¡Nada de esto! Es menester que te cases lo más pronto posible sin esperar nada. Mira, Julia, cuando dos novios se conocen bien, los noviazgos largos son inútiles, y cuando se conocen mal..., aún son p[illegible] algunas veces...

La voz de Aurette habíase alterado ligeramente

—Aurette mía, mi madrecita, decía Julia besánd[illegible] la y acariciándola con efusión. No tendré nun[illegible] lor para dejarte aquí sola con papá...

—¿Crees, por ventura, que no somos suficient[illegible] mente fuertes para bastarnos á nosotros mismos?, [illegible] guntó la hermana mayor sonriendo.

—No te burles, repuso Julia en tono de censur[illegible] chancearse de esto no está bien. Me siento apen[illegible] y si tú no tomas la cosa en serio...

—En serio te hablo. Oyeme, querida niña; has sido una hermana incomparable...

—¡Oh!

—Sí, incomparable; aun siendo tan joven con[illegible] eras, me socorriste en mi aflicción como nadie lo habría hecho..., como no lo ha hecho nadie, á decir verdad. Por esto la idea de verte feliz es para mí la más dulce y confortante. No temas porque me qu[illegible] de sola con papá, ya nos arreglaremos los dos y tú

dicha será para nosotros motivo de alegría perpetua.

—¡Será gracioso!, dijo Julia meditabunda.

—¿Qué es lo que será gracioso?

—Ser la esposa del doctor Deblay... ¿Habrá que poner en la puerta una placa de cobre que diga «médico?» No, ¿verdad que no? Cuando le conocen á uno, no se estila esto.

Después de reflexionar un instante, añadió con aire de gran satisfacción:

—En cambio habrá una placa grande con una inscripción: «Dispensario para los niños enfermos...» Esa plancha, créelo Aurette, será el mejor regalo de novia que pueda hacerme..., no la cambiaría por todas las joyas del mundo..., y haremos canastillas con chaquetitas y juboncitos y todo lo necesario, bien caliente todo... Los zapatos no podremos hacerlos nosotros y será preciso que los proporcione el doctor Rozel. Bien puede darme algo él también...

—Ve á acostarte, le dijo Aurette empujándola suavemente; es menester dormir.

—¿Dormir? ¡Nada de eso! Estoy demasiado contenta y voy á soñar despierta toda la noche con el dispensario... y con el doctor... y con mi traje de novia... ¡Oh, Aurette!

Y volviéndose á medias echó los brazos al cuello de su hermana, con un movimiento deliciosamente gracioso y elegante, y entró luego en su cuarto, poblado desde aquel momento de ensueños dorados.

XV

Era una mañana de septiembre, maravillosamente tibia y suave; uno de esos días de septiembre angevinos tan puros como un día de verano, pero más delicadamente teñido de vapor azul y diáfano. Julia, antes de ponerse su vestido blanco, confeccionado con la tela de Aurette, corre al parque y al jardín para ver una vez más, antes de abandonarlos, todos los rincones familiares del Nido.

Bruno la sigue á todas partes, acortando el paso cuando ella se queda pensativa, y saltando en pos de ella cuando ella corre. El bueno del perro sabe que se va; la intuición peculiar á su especie le ha revelado que iba á dejar aquella casa y le prodiga mil caricias para retenerla. La joven pasa de cuando en cuando su mano por la cabeza del animal, que se estriega contra ella, le dirige una palabra afectuosa y prosigue su peregrinación.

¡Adiós lejana terraza situada al borde del barranco y en la que tanto ha llorado Aurette en otro tiempo! ¡Adiós alamedas del parque en donde Sidonia ha tramado su traición! ¡Adiós plazoleta enarenada y sombreada por el gran plátano, en la cual jugaron en otros días los niños y en la que el padre gusta de reposar!.. Antes de entrar en el invernadero, Julia mira á lo lejos..., las colinas están envueltas en blanca y tenue niebla; también ella, dentro de poco, se envolverá en su velo de desposada.

Vuelve á la casa y se detiene conmovida; Aurette está allí vestida con una bata; sobre la mesa, delante de ella, hay esparcidas pequeñas ramas, y en el jarro de cristal un ramillete blanco, exquisito, verdadero poema de amor puro.

—Es para ti, dice Aurette dejando asomar á sus labios una sonrisa en la que se irradia toda su ternura: va á partir para ese viejo hotelito de la callejuela vieja, junto á la catedral, en donde lo encontrarás esta noche, recibiendo con él mi bendición de madre.

Julia se inclina hacia los dorados lirios del Japón, las tuberosas, las hemerócolas delicadas, las blancas rosas, las argemonas y los dondiegos de noche de embriagador aroma, y en el perfume de las flores adorables aspira la bondad, la belleza de alma de Aurette.

—¡Cuánto te voy á añorar, hermana mía!, exclama abrazándola.

Aurette, animosa, la besa y la aparta suavemente.

—Tu felicidad, le dice sonriendo, está allí, en el viejo hotelito, y tanto papá como yo nos sentimos dichosos con tu alegría.

—¡Si á lo menos estuviera aquí Carlos!, suspira Julia contemplando el hermoso brillante de la sortija que le ha enviado su hermano. Dime, Aurette, ¿no volverá nunca?

—Más adelante; ten paciencia.

—Juanito tiene ya seis meses y aún no le hemos visto; crecerá sin conocernos... Y sin embargo, no tiene él culpa ninguna.

—Paciencia, repite Aurette.

Tiene la esperanza de que los hijos de Julia abrirán la puerta al pequeño desterrado; pero no quiere decírselo y suavemente se la lleva hacia el Nido.

La suntuosa seda cruje y se estremece dentro de una nube de tul. Julia ha subido al coche con su padre y con su hermana; los caballos la llevan hacia la catedral, cuyas campanas voltean triunfalmente. Como mecida por un ensueño camina por la roja alfombra hasta el coro, entre las armonías de los órganos... Unos instantes más y ya está casada. Su mirada busca á Aurette y la encuentra.

Julia sintió miedo ..

¡Cuán hermosa su hermana Aurette, delgada y esbelta con su traje de seda gris de plata! No ha querido vestirse como una soltera, sino como una joven madre, en aquel día, único en su vida. Y más allá, en las naves laterales, todo su estado mayor infantil, con sus trajes nuevos y sus caras relucientes á fuerza de jabón y de agua fresca, contempla con avidez á la bella desposada...

Ha llegado la noche; los jóvenes esposos han encontrado el ramo de Aurette en el vasto salón de su casa, y el olor de los lirios y de los mirtos flota bajo los esculpidos artesonados y habla de Aurette á los que la aman.

El padre y la hija mayor han regresado solos al Nido, graves, pero sin tristeza. Con la certidumbre de la felicidad de Julia se mezcla otra idea, menos elevada, aunque más consoladora: todos los amigos han asistido á la fiesta; la simpatía y la estimación de la ciudad toda han acompañado á los novios al altar. ¿Quién piensa en Sidonia? ¿Quién se acuerda de que haya existido?

Aurette se arrodilla junto á su padre, cruza las manos y en voz baja le dice:

—¡Padre mío, por el amor de Julia, llame usted á su hijo!

El Sr. Leniel coge entre las suyas las manos que Aurette le tiende.

—Hija mía, responde, no destruyamos la obra reparadora del tiempo: esa mujer ha caído en el olvido; no desees su vuelta, porque nos traerá vergüenza y aflicción.

Aurette baja la cabeza; su padre tiene razón, bien lo sabe. Estampa un beso en las pálidas mejillas del Sr. Leniel y sentándose al piano toca todo lo que éste prefiere á fin de predisponerle á un sueño dulce y reparador.

Y cuando su padre se ha dormido, abre la ventana de su cuarto y contempla las estrellas, que ya no la hacen llorar; son amigas que la miran apaciblemente realizar su obra de concordia y de bendiciones. Aurette es feliz, sí, feliz con la felicidad de los demás y sobre todo con la que ella les ha proporcionado. Las penas, las vigilias, las angustias, han llevado á cabo en ella una obra reparadora; la herida de su alma está curada, y á lo sumo sólo la haría sufrir todavía si alguna imprevista circunstancia la ponía en presencia del hombre á quien ha amado tan tierna, tan apasionada..., tan inútilmente. Pero ahora viven ambos en mundos diferentes; ¿cómo, pues, podría ella encontrarse con él?

Aurette piensa en lo que habría sufrido si hubiese llegado hasta el final de su sueño, si se hubiese casado con Raúl Bertholón para convencerse luego de la pobreza de aquel corazón, de la nulidad de aquella inteligencia, y en gran arranque de gratitud bendice el destino que le ha ahorrado ese dolor, esa humillación... ¡Ah! Es cien veces mejor vivir siendo útil á los demás, desprendida de sí misma, que eternamente encadenada á un viejo ídolo en ruinas, herida, lastimada á cada punto por los escombros que de él se desprenden y caen sobre el corazón.

XVI

El invierno siguiente, Aurette y su padre, en unión de los jóvenes esposos Deblay, se abonaron á los conciertos Bordier á fin de oir buena música instrumental, bien ejecutada.

Todos los que por la música sinfónica se interesan saben que Angers es la única ciudad de Francia en donde se sostiene desde hace quince años una sociedad que da todos los domingos, durante seis meses, una audición nueva en la que brillan los nombres más ilustres de los maestros difuntos al lado de todos los de la nueva escuela dignos de atención.

Un domingo de diciembre, Aurette, que se había retrasado visitando á una amiga enferma, suplicó á su padre que no la esperara y que fuese solo al concierto, en donde ella se le reuniría.

El Sr. Leniel, gran aficionado á la *Séptima sinfonía* que encabezaba el programa, consintió en ello, y cuando hubo llegado al teatro envió el coche á su hija para que la llevara cuanto antes.

Aurette bajó de su cupé delante del Circo; el concierto había empezado y una llovizna había dispersado á los paseantes. Sólo un vendedor de programas testarudo persistía en permanecer junto á la puerta. Dos ó tres personas rezagadas penetraban en el peristilo. La señorita Leniel dió algunas órdenes al cochero y se dispuso á entrar...

Delante de ella, de pie, había un hombre con la cabeza descubierta y en actitud respetuosa y hasta humilde. La joven, sin mirarle, se disponía á darle una moneda, cuando la hizo estremecerse una voz que le pareció el eco de una voz en otro tiempo conocida.

—Señorita, decía aquel pobre avergonzado.

Muy pobre, en efecto, y muy avergonzado á pesar de los millones de su esposa. Era Raúl Bertholón.

—Señorita, repitió, permítame que la salude...

Aurette levantó la cabeza; debajo de su velo, el rubor fugaz de otro tiempo había teñido ya dos ó tres veces sus mejillas, que en seguida recobraban su palidez. Miró al que había sido su novio, y á pesar del imperio que tenía sobre sí misma, sintió su alma inundada de piedad.

¡Él, ajado hasta tal extremo, eliminado, por decirlo así, por la vida! Llevaba un traje nuevo que parecía viejo; su rostro habíase vuelto coloradote, sus ojos se habían enturbiado, y en toda su persona fatigada adivinábase una existencia de disputas, de discordias, de recriminaciones.

—¡He aquí lo que han hecho de él su madre y su esposa!, pensó Aurette.

Le saludó y avanzó un paso; pero él, con ademán suplicante, la detuvo, señalándole el lugar desierto, la plaza vacía, la soledad absoluta que á su alrededor reinaba por ser domingo y á causa de la lluvia.

—Señorita, no quiero decir á usted más que unas pocas palabras; escúcheme, se lo ruego... Cada domingo vengo aquí para encontrar á usted... Se lo suplico, óigame.

La joven se detuvo emocionada al ver cómo imploraba su atención el mismo que en otro tiempo aceptaba su amor como un dios acepta el incienso de los fieles.

—Buscaba una ocasión, continuó Raúl sin cubrirse, para rogarle que me perdonara.

Aurette hizo un ademán tan altivamente digno, que aquél tuvo miedo y precipitó sus palabras.

(Se continuará.)

LOS COLMENARES DEL CAUCASO

Desde los tiempos más remotos, el cuidar de las colmenas ha sido una de las ocupaciones favoritas del pueblo ruso. Hace cerca de mil años que los escritores árabes hablaban de Rusia como de un país en el que abundaban la leche y la miel, y todavía hay memoria de las penas severas que imponía un antiguo código de leyes rusas, del siglo XI, á los que atacaban al derecho de propiedad sobre las abejas. En el gran ducado de Moscou, el robo de un enjambre ó de su miel era castigado con la muerte, y en otras comarcas de lo que es hoy el imperio ruso irrogaba la pérdida de la mano derecha del ladrón ó el pago de una multa equivalente á diez veces el valor de las abejas ó de la miel robadas.

Había dos razones para esa rígida protección acordada á los colmenares. El gobierno seglar percibía una renta considerable por la contribución sobre la miel, y la cantidad de cera que se necesitaba para los cirios que se consumían en las iglesias era enorme, puesto que para ese objeto sólo podía emplearse cera de abejas pura. En los siglos XVI y XVII parece que, á pesar de la que la Iglesia requería, se exportaban anualmente cerca de 800 toneladas, compradas, en su mayor parte, por comerciantes ingleses. En el reinado de Pedro el Grande se restringió, sin embargo, la exportación por varios edictos especiales y se descubrió que muchos eclesiásticos poco escrupulosos ponían en peligro el alma de sus ovejas dándoles cirios que contenían sebo y otras substancias *non sanctas* y que vendían la cera á los tratantes británicos.

Hoy en día, si bien hay extensos colmenares en casi todas las regiones del imperio, únicamente en la parte Sur del Cáucaso constituye su cuidado la ocupación principal de gran parte de la población de aquel hermoso país, de elevadas montañas y fértiles valles, que es un completo paraíso de flores durante la primavera y principios del verano. Varias de las tribus caucásicas dedican casi todo el tiempo al cuidado de las colmenas, á recoger la cosecha anual de miel y cera, y sobre todo á buscar incesantemente en los bosques los enjambres de abejas salvajes, que tanta celebridad han dado á aquel país. Esa tierra favorecida es efectivamente una tierra de promisión para la cría de las abejas. A veces, en una extensión de pocas millas, en las vertientes de las montañas, se hallan casi todos los climas existentes. Mientras que en la parte baja crecen frondosamente el naranjo y el limonero y plantas semitropicales como el te y el algodón, en más elevadas altitudes se encuentran arbustos y flores que en otras partes sólo se hallan mucho más al Norte, y en la zona limítrofe á la de las nieves perpetuas se repreduce toda la flora de las *tundras* de la Rusia septentrional. Las laderas están cubiertas de enmarañadas vides, que crecen allí muy lozanas, y los montes de árboles comunes propios de otros países menos favorecidos, se ven reemplazados por manzanos, perales y ciruelos silvestres.

Colmenar modelo, establecido en el gobierno de Kutais

No menos variadas que la flora y los climas del Cáucaso son las muchas razas que desde tiempo inmemorial han conservado sus distintas nacionalidades. Los antiguos autores griegos afirman que los comerciantes que visitaban el Cáucaso necesitaban llevar consigo trescientos intérpretes para que les ayudaran en sus tratos con la multitud de pueblos diferentes que encontraban en sus expediciones. Hasta en la actualidad, el muy conocido escritor ruso Mr. Semenoff calcula en más de cuarenta el número de las distintas nacionalidades que han continuado en una existencia aparte, durante miles de años, en regiones montañosas más ó menos inaccesibles. En ninguna otra región del imperio está la población compuesta de elementos tan diversos y tan mutuamente hostiles. Cosacos, tártaros, circasianos y armenios, todos están subdivididos en innumerables tribus, cada una de las cuales hace una vida diferente y se pone en contacto lo menos posible con sus vecinos más inmediatos.

Una bezdonka

La supresión parcial del bandolerismo, que ha resultado de la conquista del Cáucaso por los rusos, obligando á esas tribus sin freno á adoptar un modo de vivir más pacífico, ha sido causa indirecta de que hayan aumentado la industria de los colmenares y el saqueo de los depósitos de las abejas silvestres, ocupaciones mucho más de su gusto que el cultivo de la tierra.

La busca de la miel silvestre es, sin embargo, una empresa tan ardua y á veces tan peligrosa como la caza mayor. Las abejas montaraces del Cáucaso han aprendido mucho con la persecución de que hace siglos son objeto, y por lo regular establecen sus ciudadelas en los sitios más inaccesibles: en los huecos de los altos árboles de los bosques, ó en las cavidades de las rocas, adonde sólo puede llegar el sufrido montañés suspendido de una cuerda sobre un profundo abismo.

Al descubrir una comunidad de abejas silvestres, el que anda á caza de ellas lo primero que hace es asegurar el derecho á su propiedad, poniendo en aquel lugar una señal que le sea propia. A pesar de la inextinguible afición que estos selváticos montañeses sienten por el bandolerismo, observan el código del honor muy estrictamente en todo cuanto se relaciona con la persecución de las abejas, por lo menos tratándose de los miembros de su misma tribu, y con arreglo á una costumbre, á la que no se oponen los empleados del gobierno ruso sino rara vez, castigan severamente á cualquiera que robe una colmena que lleve la señal de pertenecer á otro.

El apoderarse de la cera y miel después de hallada la colmena es empresa que con frecuencia necesita no poca habilidad y conocimiento de las costumbres de las abejas.

Lo primero, como es consiguiente, es imposibilitar al enjambre de defender su fortaleza. Esto se consigue generalmente con el humo sofocante de trapos que se queman ó de ramas secas de arbustos aromáticos. Este indispensable preliminar del ataque es, por lo general, una operación que no tiene nada de fácil, sobre todo cuando las abejas se han establecido en el hueco de una roca gastada por el tiempo y la intemperie, cuya entrada es por lo común tan pequeña que apenas se nota. También ocurre á menudo que la fortaleza tiene más de una salida, y muchos buscadores de miel agarrados á un pequeño saliente de las rocas y atacados por un enjambre de abejas á las que han enfurecido sin lograr atontarlas, han perdido la vida en la refriega.

Colmenar de una aldea de los Abkhases

La manera de recoger la miel es sumamente primitiva. Se continúa dando humo á la colmena hasta que todo el enjambre quede completamente sofocado; después, los panales, miel y las abejas muertas se arrastran hacia fuera por medio de un garabato de hierro hecho *ad hoc* y sujeto á un mango flexible de caña, con el que el operador puede arrancar la cera y la miel de las paredes irregulares de la cavidad natural, á las cuales no es posible llegar de otro modo. La mezcla de todo esto, que se llama *bochechnoi*, se coloca luego en vasijas, que con ese objeto traen las mujeres y los niños, pues los montañeses del Cáucaso se tienen por personajes demasiado elevados para rebajarse llevando una carga cualquiera. El *bochechnoi* se vende después á traficantes, por lo general armenios, que separan la miel de la cera, la que derriten y cuelan para separar los cuerpos de las desgraciadas abejas.

Las muchas dificultades con que se tropieza al querer saquear las colmenas de las abejas silvestres, se evitan frecuentemente colocando otras construídas expresamente en sitios á propósito, pero accesibles; en los árboles de los bosques ó entre las rocas. Estas colmenas, llamadas *bezdonkas*, se hacen de un trozo de tronco de árbol horadado, semejante á un tubo

de gran tamaño. En la parte inferior clavan, por lo general, una tabla, y el otro extremo lo cierran con una tapa de madera que puede quitarse á voluntad, y todos los intersticios se rellenan cuidadosamente con barro. Se hace en uno de los costados de la colmena una abertura para que puedan entrar las abejas, para cuya mayor comodidad se colocan pérfidamente en el interior cierto número de traviesas de madera para sostén de los panales.

Los habitantes del Cáucaso, sin embargo, no fían únicamente en las colmenas de las abejas silvestres para procurarse la miel y la cera. También en los pueblos hay un número enorme de las de las domésticas, y el atenderlas ha sido hasta hace poco ocupación especialmente reservada á las mujeres. Pero de algunos años á esta parte los hombres se han ido dedicando también á ella, y han creado una industria en toda forma, obligados por la disminución creciente de los enjambres silvestres y por las medidas que se han tomado para proporcionar á esas tribus turbulentas ocupaciones más pacíficas que las del bandolerismo y del robo de ganados.

Esta reforma se debe principalmente á los incansables esfuerzos del gran químico ruso, el profesor Boutleroff, que hace unos veinte años fundó la Escuela de Agricultura de Bourashevsk, en el gobierno de Iver. Esta institución, que es una de las más perfectamente montadas en su clase del mundo, ha servido de modelo para las de las demás regiones del imperio. Por iniciativa de la Sociedad Imperial Rusa de Agricultura, se han establecido en el Cáucaso varios colmenares modelos, se celebran exposiciones de tiempo en tiempo y se hacen todos los esfuerzos posibles para desarrollar esa industria en aquellos distritos donde por la gran abundancia de flores es susceptible de extenderse indefinidamente. Esos colmenares modelos son, por lo general, también escuelas de jardinería y cultivo de árboles frutales; muchas de ellas han sido fundadas por individuos particulares ó por sociedades, que reciben del gobierno un pequeño subsidio.

Un colmenar de aldea. Las *bezdonkas* que todavía están en uso

A causa de la variedad de clases de flores que se suceden en las vertientes de las montañas según las diversas alturas, la época de producción de miel es mucho más larga en el Cáucaso que en el resto del imperio. Hay también gran diferencia en la calidad de la misma miel, lo que depende de las flores de que se ha extraído. La que se obtiene de una especie de laurel, el *prunus laurocerasus*, y de la *azalea pontica*, por ejemplo, posee propiedades en alto grado intoxicadoras, y por esa misma razón la prefieren varias de las tribus caucásicas para preparar una especie de *hydromiel* y la bebida llamada *sbitene*, que se hace mezclando la miel con leche hirviente y agua sazonada con varias especias y hierbas aromáticas.

También el genio inventivo de los montañeses del Cáucaso ha sabido dar á las abejas otra aplicación. Hace algunos años, una partida de bandoleros y ladrones de ganado que durante mucho tiempo fué perseguida inútilmente por las autoridades, se vió acosada por una pequeña fuerza de cosacos y obligada á refugiarse en unas rocas escarpadas, donde fué rodeada é intimada para que se rindiera. En vez de obedecer, el jefe de ella arrojó desde lo alto á los cosacos tres *bezdonkas* que había colocado allí algún tiempo antes y que estaban entonces muy pobladas de abejas silvestres. Pocos momentos después, los soldados, medio cegados por las abejas, que sin duda los tomaron por el enemigo que había destruído sus moradas, huyeron para escapar con vida, dejando á los bandidos que con toda tranquilidad se retiraran á sus guaridas de las montañas, adonde era casi imposible seguirlos.

La empresa, sin embargo, de introducir mejoras en el entretenimiento de las abejas no es fácil; gran parte de los campesinos manifiestan una gran repugnancia á abandonar sus métodos tradicionales. Calabazas vacías y *bezdonkas* parecidas á las que se colocan en los bosques para atraer á las abejas silvestres, se usan persistentemente en lugar de las colmenas modernas, recomendadas por los emisarios de la Sociedad de Agricultura, y hasta ahora ha sido cosa casi imposible el convencerles de que deben abandonar la costumbre de matar las abejas para coger la miel, á pesar del perjuicio que les irroga, así por el valor de las mismas abejas, como por el precio ínfimo que los traficantes les pagan por el *bochechnoi*, la nauseabunda mezcolanza de cera, miel y abejas muertas que se obtiene empleando sus venerandos procedimientos.

ALDER ANDERSON.

EL HAVRE. – HUELGA DE LOS INSCRITOS MARÍTIMOS. GRUPO DE HUELGUISTAS EN EL PUERTO. (De fotografía de M. Branger.)

Ha sido esta una huelga inesperada y cuyas consecuencias habrían sido desastrosas para el comercio francés de haberse prolongado algunos días más. El 30 de mayo último, en una reunión celebrada en Marsella, el Comité nacional de defensa de la gente de mar decretó la huelga general de los inscritos marítimos, y á la mañana siguiente cesó enteramente el trabajo en los principales puertos de Francia, siendo abandonados los buques por las tripulaciones, incluso por sus capitanes. El movimiento iba dirigido, no contra los armadores, sino contra el gobierno, y el objeto que sus iniciadores se proponían era ejercer presión sobre el Parlamento, que actualmente se ocupa de un proyecto de ley sobre pensiones de retiro á los marinos, para que esas pensiones sean superiores á las que, según parece, dicho proyecto les concede. La huelga ha sido pacífica y afortunadamente ha durado muy pocos días.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XXVI — BARCELONA 24 DE JUNIO DE 1907 — NÚM. 1.330

DESENCANTO, busto de Miguel Blay

V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907

Si de alguna obra escultórica puede decirse que en el mármol se transparenta un alma, que un trozo de materia expresa un estado anímico, es de esa maravillosa creación de Blay, objeto de unánime admiración en la V Exposición Internacional que actualmente se celebra en esta ciudad. *Desencanto* es un portento de expresión y de modelado, y á buen seguro que entre las varias obras con que el escultor eminente ha concurrido al certamen, ella es la que habrá inclinado al Jurado á otorgar, con estricta justicia, á su autor el diploma excepcional, que constituye una de las más altas recompensas.

CRÓNICA DE TEATROS

Discútese actualmente en Italia acerca de la conveniencia ó desventajas de la estabilidad de los teatros, ó para decirlo con más propiedad, de las compañías que en ellos trabajan. De los argumentos aducidos en pro y en contra se desprende que en naciones como Italia—y lo mismo puede decirse de España, en donde no existen grandes ciudades como París y Londres—la estabilidad de las compañías teatrales «acaba por fosilizar á los actores y al público, el cual gusta, no sólo de divertirse y conmoverse, sino de comparar el trabajo de los artistas.»

Ciertamente, los espectadores de poblaciones relativamente pequeñas, como Madrid, no aceptan de buen grado la monotonía de ver siempre en el teatro las mismas caras, de oir siempre las mismas voces, de contemplar siempre los mismos recursos artísticos. La variedad es condición esencial del arte, y no puede haber variedad allí donde las compañías dramáticas se eternizan y donde el mismo cómico, según la frase de Mirbeau, transcrita por la revista milanesa *Il Teatro Ilustrato*, «repite cien veces la misma cosa y busca los mismos efectos, convirtiéndose en una verdadera máquina de emoción.»

Por otra parte los autores, contando siempre con determinados artistas, no pueden menos de amanerarse, y salvo muy contadas excepciones, escriben sus dramas ó comedias pensando no tanto en realizar una obra de arte, como en las cualidades especiales de los cómicos que han de interpretarlas. De aquí que se escriban muchas obras á la manera que los sastres hacen las prendas de vestir, á la medida. En los tiempos en que Calvo y Vico monopolizaban la escena madrileña, los autores, y principalmente el de mayor prestigio entre ellos, D. José Echegaray, escribía más bien que obras dramáticas, papeles para los dos grandes actores. Cuando María Guerrero reverdeció los laureles un tanto marchitos del teatro Español, D. José dedicóse á escribir papeles de dama.

Como Borrás sobresale en lo que pudiéramos llamar dramática patológica, todos los que escriben para él no cesan de proporcionarle ocasiones en que el actor catalán tenga que hacer de tísico, medular ó cardíaco. En más modesta esfera, cuantos autores y autorzuelos surten de sainetes á Loreto Prado sólo se cuidan de que «la genial artista» pueda, como ellos dicen, hacer cosas.

Nace de esto un gran mal para el arte escénico. En vez de ser los cómicos para las comedias, son las comedias para los cómicos, y por consiguiente, en lugar de ser el teatro la representación de caracteres trágicos, dramáticos y cómicos, es en rigor una exposición de retratos en que una misma persona, la actriz ó actor afamados, se nos muestra con distintos vestidos.

A la larga esta monotonía cansa y fatiga á los espectadores, que acaban por proceder con sus artistas favoritos como el pueblo ateniense con Arístides.

* * *

En la última temporada se ha comprobado lo que acabo de decir. El público, que tanta predilección tenía, en años anteriores, por el teatro Lara, le ha mostrado últimamente notorio desvío. La compañía era excelente; los autores, los que en el teatro de la Corredera han triunfado cien veces; pero actores y autores eran *los mismos*, y para el teatro, como para todas las manifestaciones del arte, la frase de D'Annunzio encierra una abrumadora verdad: «Renovarse ó morir.»

Buscando por caminos antiartísticos, si no renovación, variedad, en los teatros de más glorioso abolengo de la corte las empresas han substituído á los actores y actrices por marionetas, fantoches y hasta por osos.

Recuerdo que hace algunos años, Mario, el gran actor del teatro de la Comedia, y yo, fuimos á ver una función de «pulgas sabias» que se representaba en un local de la Carrera de San Jerónimo, frente á la entrada de la calle del Príncipe. La sala estaba llena de bote en bote de un público elegante y distinguido. Las *artistas* hacían maravillas: tiraban de un coche microscópico, bailaban..., qué sé yo. Cuando la función hubo acabado, después de abrirnos dificilmente paso entre la gente que se agolpaba á la puerta, ansiosa por presenciar las habilidades de las pulgas, me dijo el ilustre comediante, repitiendo la frase de Víctor Hugo:

—Esto matará aquello.

Y señalaba al teatro de la Comedia, que por entonces había entrado ya en su período de decadencia.

La profecía de Mario, si no está ya cumplida del todo, está á dos dedos de cumplirse.

* * *

Quizás el cansancio que produce en el público la constante contemplación de unos mismos actores, es una de las causas de la favorable acogida que suelen obtener aquí las compañías extranjeras.

La gente distinguida, que apenas si de tarde en tarde se dignaba acudir al teatro de la Comedia á ver la labor artística de Rosario Pino, llenó, durante más de treinta noches, la elegante sala del teatro del Príncipe. ¿Justificaba este contraste, depresivo para nuestros artistas, el mérito extraordinario de la compañía á cuyo frente figuraba Tina di Lorenzo? No lo creo. En rigor, los cómicos italianos que últimamente han trabajado en aquel teatro, no eran mejores que los españoles: eran, sencillamente, otros. Sobre los nuestros tenían la ventaja de lo nuevo: sus recursos escénicos no estaban gastados, sus gracias nos sorprendían, su amaneramiento nos parecía naturalidad.

Decía Heine, hablando de un amigo antiguo: «Le quiero tanto como si le hubiera conocido ayer.» Con los cómicos sucede esto mismo: al de ayer le queremos más que al que conocemos de largo tiempo.

Tina di Lorenzo, aunque extraordinariamente hermosa, gustó tanto á las señoras como á los hombres. Su repertorio, ó por lo menos el que trajo á Madrid, era el más á propósito para recrear las aficiones y gustos de un público superficial al que interesan y divierten poco los grandes conflictos dramáticos y los problemas sociológicos. La mayor parte de las comedias representadas aquí por la compañía italiana tiraba á lo cómico, presentaba el lado alegre de la vida.

El género de declamación de Tina di Lorenzo y sus cualidades artísticas se prestan á maravilla para la interpretación de esa clase de obras. Llega á los límites que separa la comedia del drama; pero de ahí no pasa. Encuentra en las inflexiones de su voz el tono adecuado á las suaves emociones; pero no el grito propio de las grandes tempestades del alma; es intencionada, graciosa, tierna á veces; pero jamás nos hace sentir las sacudidas de lo sublime: nos deleita; no nos arrebata.

Aquí ha dejado un buen recuerdo: se la ha aplaudido, se la ha agasajado. Quizás los aplausos no hubieran sonado tan ruidosamente si su campaña, en vez de ser de treinta días, hubiera sido de treinta semanas.

* * *

Aun cuando mi intención no es establecer comparaciones entre el mérito de la artista italiana y el de nuestras grandes actrices, justo es reconocer y tener en cuenta, para juzgar á unas y á otras, la desigualdad de condiciones en que las extranjeras y las españolas se presentan ante nuestro público.

En primer lugar, la actriz extranjera pone en escena obras que ha representado centenares de veces, que conoce hasta en sus pormenores más insignificantes y cuyos efectos ha podido calcular ante muchos y muy diversos públicos.

Las actrices españolas que trabajan en los teatros de Madrid tienen que aprender y ensayar sus papeles, casi siempre nuevos (puesto que el público exige constantemente estrenos), en una docena de días y á veces en menos tiempo.

Las extranjeras eligen las obras «que les van bien;» las españolas no tienen más remedio que aceptar el papel que el autor les reparte. Las extranjeras interpretan comedias ya sancionadas por el público; las españolas se ven obligadas á vencer la resistencia, casi siempre hostil, de los espectadores contra toda obra nueva.

Siendo esto así, ¿qué mucho que los que sólo juzgan superficialmente den la preferencia sobre las nuestras á actrices de segundo orden, de cuyo arte sólo conocemos una fase por ellas elegida?

* * *

Volviendo al tema principal de esta crónica, bien claro se desprende de lo dicho que aquí como en Italia la estabilidad es un grave mal para el teatro. La falta de renovación de las compañías es causa de que, mientras unos artistas se gastan en Madrid trabajando en sus teatros diez, quince ó veinte años seguidos, otros se ven á perpetuidad desterrados de la corte. Los que aquí trabajan, como tienen siempre un horizonte artístico que no cambia, acostúmbranse á ver un solo aspecto de la vida, unas mismas costumbres y unos mismos tipos.

Con razón escribe recientemente Alejandro Fiaschi di Ferrara: «La vida que hace el cómico en un teatro estable es de familia; el ambiente pierde para él su característica, su color local y toma el aspecto del de una sociedad de aficionados. Los actores se convierten en empleados que á hora determinada van á su oficina. Nada de vida variada, nada de emociones, ni de aquellos viajes pintorescos que renovaban en los actores el oxígeno intelectual y moral.»

Por su parte, la crítica se enmohece juzgando siempre á los mismos actores. Falta de términos de comparación, que son el fundamento de todo juicio, conviértese en rutinaria y exclusiva. A estas forzosas consecuencias de la estrechez á que se ve forzada únense circunstancias que ejercen sobre ella no poca influencia.

Efecto de lo que pudiéramos llamar larga convivencia de críticos y actores, aquéllos sacrifican su sinceridad en aras del afecto amistoso. Por un sentimiento respetable, pero perjudicial para el arte, el crítico que está durante largos años en contacto íntimo con el cómico, no puede juzgarle con aquella independencia, ni menos con aquella saludable severidad—que nada tiene que ver con la descortesía—tan beneficiosa, cuando está dictada por el buen gusto, para los mismos artistas.

Constantemente incurrimos los revisteros de teatros en esa corrosiva benevolencia del bombo amistoso. En nuestras crónicas todas las actrices son ilustres, notabilísimos todos los actores, maravillosa su labor, asombroso su talento, exquisito su arte. Por no herir al amigo que estimamos, cuidamos singularmente de no hacer el más leve reparo á su trabajo, de no señalarle el defecto que hemos podido apreciar, de no insinuarle para corregirlo el resabio que en su declamación hemos advertido.

De este modo la crítica pierde todo su carácter educador para convertirse en un vulgar reclamo de tendero.

* * *

Ahora, durante estos meses de verano, nuestros cómicos, hablo de los de Madrid, recorren las provincias de España y algunos se disponen á llevar á América los frutos dramáticos del ingenio nacional. Pasará el verano, volverá el mes de octubre y con él la inauguración de la temporada teatral. Todo, con muy insignificantes modificaciones, seguirá lo mismo que en las anteriores temporadas. Pero si las empresas teatrales, sin dejarse cegar por prejuicios que ellas mismas deben ser las primeras en deplorar, mirasen con serenidad sus propios intereses, quizás se penetrarían de lo conveniente que habría de serles renovar sus cuadros artísticos.

A muchos de los que han de formarlos quizás les convendría un poco de apartamiento de sus habituales espectadores, aunque sólo fuese para hacerse desear. Sucede en arte, como en amor y como en todo, que lo que se desea es lo que no se tiene. Para un artista que se estima en algo, es preferible que el público diga: «¿Por qué no está aquí?,» á que repita con disgusto: «¡Aquí siempre!»

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Zeda.

VENECIA.—LA VIDA EN LA GÓNDOLA

Venecia y sus góndolas; he aquí un tema gastado hasta la saciedad y sin embargo eternamente nuevo. La poesía y el arte han hallado en él fuente inagotable de inspiración, y los turistas que visitan la perla del Adriático sienten, al recorrer sus canales y al contemplar sus monumentos, emociones que en ninguna otra parte habrán experimentado.

Pero á Venecia hay que verla de una manera especial; es preciso ir á ella debidamente preparado, por decirto así. Quien la mire solamente con los ojos, quien no busque más que la sensación material, ni sabrá lo que es Venecia ni podrá recibir las impresiones ni guardar los recuerdos que constituyen el mayor encanto de aquella ciudad, única en el mundo. Para sentir, para comprender lo que es Venecia hay que evocar su historia, sus tradiciones, sus leyendas; hay que substituir el espectáculo que hoy ofrece con el que nos finge la imaginación trasladándose á tiempos pasados; hay que ver en sus palacios algo más que obras maestras de la arquitectura en donde se encierran tesoros de arte de imponderable riqueza; en una palabra, ha de prescindirse de mirar hasta cierto punto la realidad presente para soñar con la realidad y hasta con la ficción pasadas, haciendo revivir la Venecia de otros siglos, y no sólo la de los historiadores, sino también la de los poetas.

Y lo que decimos de Venecia puede decirse de las góndolas. En éstas no debe verse simplemente un medio de locomoción y de transporte como cualquier otro y sin más diferencia que la que imponen la índole especialísima de la ciudad; la góndola es algo más, mucho más que esto; es una parte del alma misma de Venecia. El pueblo veneciano ama con amor filial esas barcas singulares que son la cuna flotante que le lleva á recibir las aguas del bautismo cuando viene al mundo, y el flotante ataúd que, al término de su vida, le conduce al lugar del eterno reposo, en la isla de San Miguel. En la góndola cambian los enamorados las primeras palabras de amor, ahogadas por el rumor del remo que azota el agua y por los gritos guturales del gondolero; y en la góndola van los novios al templo á sellar con juramento solemne sus amorosas protestas.

Más que en los suntuosos palacios, que á ambas orillas del Gran Canal ofrecen á los besos del sol el oro y los encajes de sus soberbias fachadas; más que en la amplia plaza de San Marcos; más que en la catedral admirable; más que en todos sus monumentos, lo típico de Venecia está en sus góndolas. Desde las más modestas que llevan los comestibles al mercado, hasta las más lujosas que pasean por los canales á las damas de la aristocracia, todas tienen su fisonomía y su encanto particulares; y hasta llegamos á encontrar poéticas las que sirven para la conducción de criminales, pensando en la fatalidad que ha hecho perder á esos infelices ese supremo tesoro que se llama libertad.

Servicio de limpieza pública

Barca cargada de verdura dirigiéndose al mercado

¿Cuánto tiempo vivirán las góndolas? Varias veces me he formulado esta pregunta al contemplar el gran número de lanchas automóviles que actualmente surcan los canales venecianos. A este propósito he interrogado á los gondoleros durante la hora de su siesta en la Riva degli Schiavoni y me han contestado que de diez años á esta parte el número de góndolas ha disminuído en una mitad. Y ante esta exclamación no he podido menos de exclamar: «¡Que Dios proteja á Venecia!»

Porque la reina de las lagunas, la capital de la antigua república que fué señora del Mediterráneo y dueña del comercio de Oriente, la patria de los dux y de los bravos, la ciudad de las más espléndidas grandezas y de los crímenes más tenebrosos, podrá continuar siendo á los ojos de la imaginación lo que fué en la época de su poderío, aunque el tiempo deje sentir su acción implacable en los palacios que fueron su principal ornamento ó en los monumentos que perpetúan sus glorias; pero el día en que estén desiertos sus *traghetti* y en que al doblar los canales no se oigan los gritos característicos de los gondoleros, aquel día habrá muerto la gran poesía de Venecia.—C.

Gendarmes conduciendo un preso

VENECIA.—LA VIDA EN LA GÓNDOLA.—Una boda

VENECIA.—LA VIDA EN LA GÓNDOLA.—Un bautizo

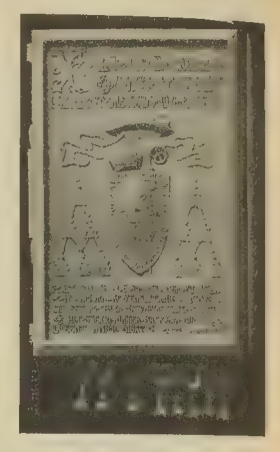
VENECIA.—LA VIDA EN LA GÓNDOLA.—Un entierro

VENECIA.—LA VIDA EN LA GÓNDOLA.—Lo que matará las góndolas

CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

Tapa anterior del Misal de plata regalado por D. Ramón de Montaner al obispo de Gerona (proyecto de D. Luis Doménech y Montaner).

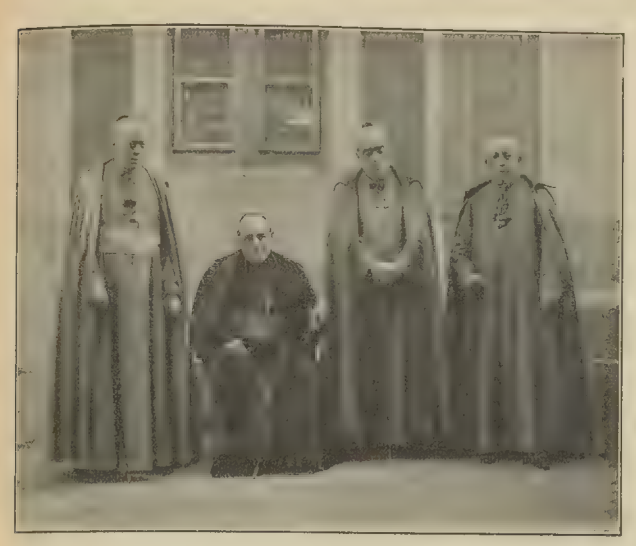
Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco de Pol y Baralt, consagrado obispo de Gerona el día 16 de los corrientes. (Fotografía de Audouard.)



Tapa posterior del Misal, en cuyo centro destácase el escudo del prelado, llenando el resto la inscripción dedicatoria.

Bajo la nave de la parroquial iglesia de Arenys de Mar, artísticamente adornada bajo la dirección del Sr. D. Ricardo Cammany, celebróse el domingo, día 16, la consagración del nuevo prelado gerundense, Dr. D. Francisco de Pol y Baralt. Tratándose de un hijo ilustre de aquella villa, á quien encumbró, por sus méritos, á la dignidad capitular más elevada de la diócesis barcelonesa otro hijo de aquélla, el Ilmo. Dr. D. Jaime Catalá y Albosa, y que, en no lejanos días, salvó del puñal anarquista, en los claustros de la catedral, al eminentísimo cardenal obispo de Barcelona, no es extraño que la consagración referida revistiera solemnidad especialísima, tomando parte en la fiesta los arenyenses en masa y asociándose á ella, además de las autoridades locales y de Barcelona y Gerona, gran número de personas amigas y admiradoras del nuevo prelado, procedentes de ambas diócesis.

Arenys de Mar (Barcelona). – El cardenal Casañas y los obispos de Barcelona, Gerona y Vich dirigiéndose con la comitiva á la iglesia parroquial en que había de efectuarse la ceremonia de la consagración



ARENYS DE MAR (BARCELONA). – EL EMMO. SR. CARDENAL CASAÑAS Y LOS ILMOS. SEÑORES D. RICARDO CORTÉS, D. JOSÉ TORRAS Y BAGES Y D. FRANCISCO DE POL, OBISPOS RESPECTIVAMENTE DE BARCELONA, DE VICH Y DE GERONA.

ARENYS DE MAR (BARCELONA). – VISTA DE LA IGLESIA PARROQUIAL Y ASPECTO DE LA PLAZA DURANTE LA CEREMONIA DE LA CONSAGRACIÓN.

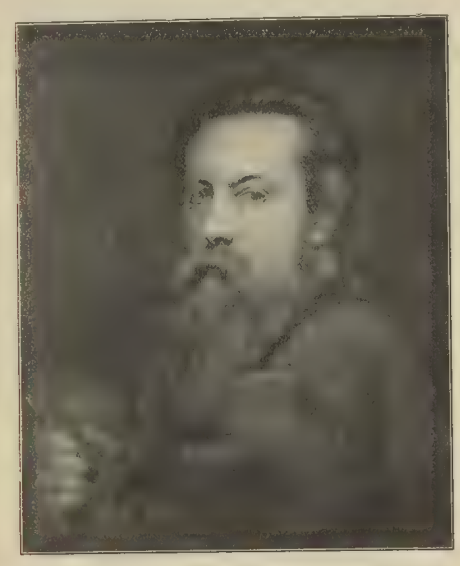
Arcos de triunfo, luminarias, guirnaldas floridas, regalos numerosos cuanto espléndidos, balcones y ventanas colgados, todas esas exterioridades, en fin, de la alegría y del entusiasmo, pusiéronse á contribución en la fiesta antedicha; pero de un modo especial en la humilde iglesia de blancas paredes donde se efectuó la ceremonia y que los tapices colgantes, los emblemas eclesiásticos y patrióticos, los escudos de flores y follaje, las palmas verdes entrecruzadas, las férreas arañas atestadas de cirios, los riquísimos sitiales góticos, las alfombras multicolores tendidas, las banderas gremiales desplegadas, los verdes ornamentos recamados de oro, las blancas mitras cuajadas de pedrería, los báculos episcopales deslumbrantes, la iluminación espléndida, en fin, del altar mayor y del presbiterio, transformaron durante la ceremonia en catedral digna del acto que se celebraba.

Consagró al nuevo prelado el Emmo. Sr. cardenal obispo de Barcelona, asistido de los Ilmos. Sres. Dr. D. José Torras y Bages, obispo de Vich, y Dr. D. Ricardo Cortés, obispo de Eudoxia, actuando como padrino el Sr. D. Ramón de Montaner y Vila, propietario del Castillo de Santa Florentina de Canet de Mar, que radica en la diócesis gerundense, quien obsequió además á su apadrinado con el regalo del valioso misal que en la página anterior se reproduce, en cuyas tapas, dibujo del distinguido arquitecto D. Luis Doménech, se han empleado diez kilos de plata y gran número de gruesos topacios, amatistas y jacintos, con los cuales rematan también los cascabillos ó cúpulas de plata que penden de las cintas.

ARENYS DE MAR (BARCELONA). – ASPECTO DEL PRESBITERIO DE LA IGLESIA PARROQUIAL AL PRINCIPIO DE LA CEREMONIA DE LA CONSAGRACIÓN DEL ILMO. DR. D. FRANCISCO DE POL Y BARALT. (Fotografías de Merletti.)

EL CÉLEBRE ESCULTOR ALEMAN REINHOLD BEGAS

Hace pocos meses cumplió este famoso escultor setenta y cinco años, y con este motivo la Asociación de Artistas Berlineses organizó en la antigua Acade-



El célebre escultor alemán Reinhold Begas, retrato pintado por él mismo

mia una exposición de sus obras, como homenaje al maestro universalmente proclamado el primero entre los alemanes. En aquella exposición pudieron admirarse muestras de su producción íntegra; allí estaban las creaciones de sus años juveniles al lado de las obras concebidas por él en la plenitud de su talento, y con ser muy distinta la significación de unas y otras, en todas ellas se manifestaba la característica de Begas, que es, por decirlo así, el placer de hacer revivir en el barro y en el mármol la belleza del cuerpo desnudo, sin tener para nada en cuenta cálculos y sutilezas más ó menos académicos.

Begas es uno de los escultores que mejor han sabido reproducir las formas de la mujer, y nadie como él conoce el secreto de dar á la materia dura las inflexiones, las delicadezas, las suavidades de los contornos y de la piel femeninos. Gusta también de ofrecernos el contraste del desnudo de los dos sexos, pero

Sarcófago del Dr. Stronsberg, obra de Reinhold Begas

huyendo de esas violencias que se traducen en musculaturas exageradas del uno y en blanduras enfermizas del otro. Véanse en prueba de ello *El rapto de las sabinas* y *El centauro y la ninfa*, que reproducimos.

Si grande es Begas como escultor de la mujer, como escultor de niños es portentoso. Sus figuras infantiles tienen una gracia, un movimiento y una expresión de imponderable belleza; como muestra, pueden verse las del *Sarcófago del Dr. Stronsberg* y las del relieve *La Naturaleza.*

Menos conocido es como escultor de animales, y sin embargo los bueyes que adornan el matadero de Budapest y los leones del monumento al emperador Guillermo, de Berlín, son verdaderos modelos en su género.

Un artista que tan bien reproduce la vida en sus variados aspectos, necesariamente había de sobresalir en los retratos; así es, en efecto, y los bustos del pintor Ménzel, del príncipe de Bismarck, del general Moltke, de la emperatriz Federico y tantos otros atestiguan su maestría como retratista.

Otro de los rasgos característicos de Begas es su tendencia á lo decorativo, que ya se advierte en alguna de sus obras primerizas, como en la ornamentación de la cúpula de la Bolsa de Berlín, y que se observa luego, en el curso de su producción ulterior, en algunos proyectos de monumentos, en el modo como subordina el cuerpo humano á objetos de índole puramente ornamental (véase el candelabro de

El rapto de las sabinas, escultura de Reinhold Begas

la página siguiente) y sobre todo en sus relieves, de los que asimismo reproducimos uno, *La Naturaleza*, que figura en el monumento dedicado á Alejandro Humboldt.

Aunque Begas no es de los artistas que mejor sienten la escultura monumental, ha ejecutado, sin embargo, algunos monumentos que no desdicen de su fama.

En el sarcófago del Dr. Stronsberg, por ejemplo, la noble testa del difunto, la figura no menos noble de la dolorida esposa, los niños que depositan coronas sobre el cadáver yacente, pueden competir con las mejores obras de la plastica funeraria. También son muy notables el proyecto que hizo para un monumento á Alejandro Humboldt, el monumento á Schiller y el del emperador Guillermo, que si no causa todo el efecto que era de esperar en una obra de maestro tan eminente, débese más que á otra cosa á que resulta empequeñecido por otros dos grandiosos que cerca de él se levantan y á que armoniza poco con el palacio delante de cuya fachada se ha construído. En cambio, la fuente monumental de Neptuno por él modelada para el palacio real de Berlín es de una grandiosidad y de una belleza superiores á todo encomio.

Reinhold Begas ha cultivado también, aunque de un modo secundario, la pintura, y algunos de sus cuadros recuerdan el estilo de su amigo el renombrado pintor Lenbach. Una muestra de su talento pictórico es su auto-retrato que en esta página publicamos y que pintó hace ya bastantes años; en él son de admirar, así la corrección del dibujo y la soltura de la pincelada, como la expresión de vida que ha logrado imprimir en la reproducción de su propio rostro.

Con motivo del cumpleaños del artista á que al principio nos referimos, escribía un célebre crítico alemán en una de las primeras revistas artísticas de Munich:

«El septuagésimo quinto aniversario del natalicio

Centauro y ninfa, escultura de Reinhold Begas

Candelabro modelado por Reinhold Begas

Busto retrato modelado por Reinhold Begas

La Naturaleza, relieve de Reinbold Begas para el monumento de Humboldt

de Begas coincide con el tercer centenario de Rembrandt. En el momento en que todas nuestras miradas se dirigen á Leiden y Amsterdam y en que pensamos en la riqueza infinita que nos ha legado el gran pintor de la luz, apenas si nos fijamos en las salutaciones que los diarios han dedicado al restaurador de la escuela escultórica berlinesa, al más famoso entre los escultores alemanes de nuestros tiempos. Sí, al más famoso: preguntad á las personas ilustradas de Francia, Inglaterra, Bélgica ó Italia y os dirán á una que el nombre de Begas es el único que disfruta de fama universal... Cuando en 1900 el arte alemán se presentó en la Exposición Universal de París, no hubo en el Jurado la menor vacilación acerca de á quién debía otorgarse la mayor recompensa; y aun los mismos á quienes no entusiasmaban las tendencias de Begas, hubieron de inclinarse ante el poder de su genio y ante su significación histórica.

Unicamente se le discutía en Alemania, y era porque al manifiesto desdén con que el maestro ha tratado á los que no piensan ni obran como él, han respondido con el mismo despego los que no comulgan en sus ideas.»—T.

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

Después de largos estudios y de incesantes experimentos, los eminentes sabios lyoneses Augusto y Luis Lumiere han logrado resolver prácticamente el importantísimo problema de la fotografía de los colores, al que desde hace tanto tiempo venían consagrándose.

El día 10 de los corrientes, en el salón del periódico ilustrado francés *L'Illustration*, Augusto Lumiere dió una notable conferencia sobre ese invento que bien puede calificarse de maravilloso, y el público escogido que asistió á ella pudo ver los resultados prácticos del mismo. El conferenciante, dando pruebas de gran modestia, comenzó por explicar la obra de los que, como Becquerel, Lippmann y otros, pueden considerarse como sus predecesores, relatando la admirable historia de aquellos trabajos preliminares, de aquellos tanteos, de aquellas soluciones aproximadas al través de las cuales se vislumbraba y se preparaba lo que hoy es una realidad. Expuso después cómo él y su hermano habían enderezado sus investigaciones y sus ensayos en la dirección que había de llevarles al definitivo triunfo que se resume en la invención de las placas autócromas.

No haremos la descripción del procedimiento por el cual se obtiene la reproducción de los colores; basta á nuestro objeto registrar el hecho y decir que gracias al invento de los hermanos Lumiere es desde ahora una realidad lo que hasta ahora se consideraba casi como un imposible. En efecto, M. Lumiere hizo desfilar ante los ojos de sus oyentes una serie de proyecciones en las cuales aparecían con sus colores naturales, obtenidos instantáneamente, como se obtiene hoy la imagen en negro, paisajes, frutas, flores, joyas, pedrerías, retratos, cuadros, etc.

La práctica de la fotografía instantánea de los colores tiene gran interés desde el punto de vista artístico, pero significa, además, una conquista científica de valor extraordinario ya que ofrece un precioso medio de observación y de experimentación que ha de prestar grandes servicios á los astrónomos, á los naturalistas, á los médicos, á los biólogos y en general á cuantos al cultivo de las ciencias se dedican.

LOS HERMANOS AUGUSTO Y LUIS LUMIERE, INVENTORES DEL PROCEDIMIENTO DE LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES. (De fotografía.)

CARRERA AUTOMOVILISTA

LA COPA DEL EMPERADOR DE ALEMANIA

El día 14 corrióse la Copa del Emperador, donada por Guillermo II como medio de fomentar la industria automovilista. La carrera efectuóse en el circuito del Taunus, el mismo en donde se realizó en 1904 la de la Copa Gordon-Bennett, y á presenciarla acudió un público inmenso, del que formaba parte el propio soberano.

NAZZARO QUE, EN UN AUTOMÓVIL «FIAT,» HA GANADO LA COPA DEL EMPERADOR, CORRIDA EN EL CIRCUITO DEL TAUNUS EL DÍA 13 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de M. Branger.)

En las carreras eliminatorias corrieron setenta y siete automóviles de las principales marcas, resultando clasificados para la prueba definitiva nueve italianos, ocho franceses, diez y seis alemanes, cinco belgas y dos suizos.

El ganador de la copa ha sido Nazzaro, el mismo que hace poco ganó la Targa Florio, habiendo recorrido en su *Fiat* los 462 kilómetros que suman las cuatro vueltas del circuito en 5 horas, 34 minutos y 27 segundos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Parés.* – El reputado artista José María Marqués ha expuesto una colección de bellísimos paisajes y marinas, en los que se admiran las cualidades características de ese artista, que tan bien sabe ver y sentir la naturaleza. Entre otros llaman la atención los cuadros al óleo titulados *Lago de Remolá*, *Otoño*, *Riera de Camprodón*, *Bosque de Harlem* y *Marina de Canet*, y las acuarelas *Orillas del Besós*.

Casa Reig é hijo. – La exposición de obras del celebrado pintor Antonio Utrillo ha puesto una vez más de manifiesto las relevantes cualidades de observador profundo y pintor hábil y elegante que unánimemente se le reconocen. La mayoría de los cuadros ahora expuestos pertenecen al género que como pocos domina el Sr. Utrillo, admirándose en ellos esos graciosos tipos femeninos llenos de picaresca expresión que tan agradablemente impresionan á cuantos los contemplan.

Salón Esteva, Figueras y sucesores de Hoyos. - Después de algunos años de no exponer al público, el notable artista Luis Graner ofrece ahora una bellísima y numerosa colección de sus últimas producciones. Cuanto dijéramos en alabanza de las mismas sería poco; todas ellas, en número de unas treinta, son manifestaciones nuevas de una personalidad artística cuya fama es notoria, no sólo en España, sino también en el extranjero, y en todas se admira esa pintura vigorosa, sólida, seria, de los verdaderos maestros. Entre las mejores, ya que buenas y aun excelentes lo son todas, citaremos *El entierro del Carnaval*, *Planchadoras*, *Los tres compañeros*, *La cena de los marineros*, *Pinar de Vallvidrera*, *Regreso del trabajo*, *Quietud*, *Efecto de luna en el mar* y *Guitarrista*.

Círculo Ecuestre. – Esta aristocrática sociedad, con motivo de la inauguración del nuevo local en que se ha instalado y que resulta verdaderamente regio por su riqueza, por su buen gusto y por su comodidad, ha organizado una manifestación artística sumamente notable, en la cual figuran obras de los más reputados pintores, escultores y dibujantes barceloneses. Llimona, Fuxá, Reynés, Clarassó, Smith y Vallmitjana, Montserrat y los hermanos Osle tienen en ella bellísimas esculturas; y entre los pintores y dibujantes que han llevado sus cuadros y dibujos á aquellos espléndidos salones, mencionaremos á Mas y Fondevila, Tamburini, Casas (R.), Baixeras, Galofre Oller, Farreras (Antonia), Meifrén, Tolosa, Vidal (Luisa), Vázquez (C.), Gusí, Larraga, Masriera (J.), Masriera (L.), Borrell (J.), Utrillo (A.), Raurich, Riquer, Mir, Urgell (M.), Urgell (R.), Lorenzale, Tapiró, Vancells, Llaverías, Gili y Roig, Brull, Casas (A.), Triadó, Roig y Soler, Pascual, Nonell, Simonet y Opisso. Figura también en esa manifestación una sección de fotografía artística, en la que han expuesto obras notabilísimas los Sres. Napoleón, Audouard, Casas Abarca (P.), Armengol, Lorenzale, Fau, Miralles (W.), Planella y Pisaca.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades *Amor de artistas*, comedia en cuatro actos de Joaquín Dicenta, y *Carlos*, entremés de Pedro Muñoz.

Las representaciones que en el Principal ha dado la eminente actriz italiana señora Vitaliani han valido á ésta, así como al notabilísimo actor Sr. Duse, una serie de entusiastas ovaciones.

El teatro del Bosque ha comenzado la temporada de verano con una buena compañía de ópera italiana, castellana y catalana, bajo la dirección del maestro Baratta. Hasta ahora se han puesto en escena *La condenación de Fausto*, de Berlioz, y *Sansón y Dalila*, de Saint-Saens; ambas han sido cantadas en castellano y han tenido una ejecución excelente; la *mise en scene* nada ha dejado que desear.

En el Eldorado funciona una compañía dramática castellana, á cuyo frente están los notables artistas señora Cobeña y Sr. Morano.

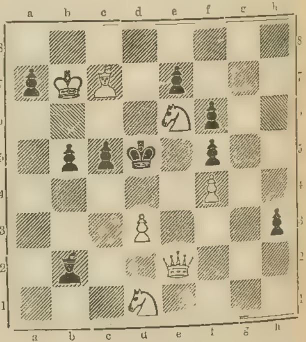
En el Palacio de Bellas Artes se ha celebrado el cuarto festival organizado y dirigido por el maestro Nicolau con la cooperación del «Orfeó Catalá,» el Eco de Cataluña, la Escuela de Música, la banda municipal y una nutrida orquesta; en él se estrenó *La sardana*, letra del Sr. Maragall y música del maestro Sr. Borrás de Palau, que fué muy aplaudida, como lo fueron también las demás composiciones de Serra, Mendelssohn, Lamothe de Grignon, Noguera Pedrell y Nicolau, que formaban el programa.

En el propio palacio se ha efectuado el tercer concierto de música *di camera* bajo la dirección del maestro Pahissa. Los Sres. Sánchez Deyá, Dini (D.), Gálvez y Dini (B.), interpretaron admirablemente los cuartetos op. 30 y op. 135 de Beethoven.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 466, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 465, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. A d 8 - b 6	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONCLUSIÓN)

Aurette miró al que había sido su novio...

—He sido imperdonable, indigno, lo sé; me he dejado gobernar..., no tengo disculpa y no merezco misericordia; ¡pero si usted supiera cómo he padecido (al decir esto bajó la voz á pesar de que hablaba ya muy bajo) y cuán castigado estoy!

Aurette vió que decía la verdad y sintió una compasión inmensa por aquel hombre que tanto la había hecho sufrir.

—Estoy castigado..., no puede usted imaginar hasta qué punto, ni yo quisiera decírselo. Cometí con usted una infamia; ¡dígame usted que me perdona, se lo ruego! ¡Tal vez su perdón me infundirá más paciencia para soportar la vida miserable que yo mismo me he procurado!

—Puesto que usted lo desea, puedo decirle que le he perdonado... y desde hace mucho tiempo.

La mansedumbre de la voz suavizaba la frialdad de las palabras; en su alma ya no había amor, pero había una gran piedad. Aurette se dirigió al peristilo seguida de Raúl que, en voz baja y con acento de sufrimiento indecible, le dijo:

—¿Me desprecia usted?

—No, le compadezco. ¡Adiós!

Desapareció la joven y Raúl quedóse todavía un instante inmóvil, con la cabeza descubierta y mirando el sitio en donde Aurette le había hablado. Al cabo de un rato, púsose el sombrero, y lentamente, sin hacer caso de la llovizna, se fué por el muelle desierto.

Cuando Aurette entró en el teatro, terminábase la primera parte de la *Sinfonía en la*, y apenas se hubo sentado, comenzó ese lamento exquisito que se llama el *allegretto*. Mientras los violines dejaban oir su queja melodiosa, la joven parecía seguir con el pensamiento el entierro de su amor, muerto mucho tiempo hacía, de aquel amor que la apenaba como una cosa muy antigua, como un recuerdo que se remontara á cien años; de aquel amor que engendraba en ella esa melancolía que inspiran los dolores ajenos en los libros leídos hace muchos años y que vuelven á leerse por casualidad. No era propiamente una pena, ni una melancolía siquiera, sino pasajero obscurecimiento como el que se produce cuando por delante del sol de una mañana de septiembre pasa una nube cuya sombra se ve todavía avanzar por los bosques.

Había terminado el *allegretto* y sonaban los aplausos. Aurette miró en torno suyo: á su izquierda estaba su padre; á su derecha, Julia con Armando; parecióle entonces que se hallaba tibiamente recogida en un nido acolchado de ternura. El paño del traje de su padre y el terciopelo de la capa de su hermana hacíanle la impresión de cosas familiares, dulces y queridas. Una pregunta insignificante de Julia, formulada en voz baja, aumentó esa impresión de bienestar, y de pronto, por ley de los contrastes, su pensamiento siguió al pobre hombre que, bajo una lluvia menuda y fría, se encaminaba hacia un hogar inhospitalario en donde jamás había de encontrar la paz ó la alegría... Esas reflexiones fueron acompañadas de un suspiro y de un movimiento involuntario para substraerse á la atmósfera glacial del exterior.

—¿Tienes frío?, preguntóle Julia. ¡Qué tiempo tan horrible! ¿No es verdad?

—Horrible, en efecto, respondió Aurette; pero aquí se está bien.

XVII

La habitación de Sidonia estaba toda ella esterada con esas esterillas de China blancas, finísimas y satinadas que son desconocidas en Europa. Las ventanas estaban cubiertas de mosquiteros de muselina blanca también; todo era blanco, todo daba una impresión de frescura, aunque el calor era pesado y sofocante.

Sidonia, acostada en una cama baja, jadeaba presa de la fiebre; Carlos, sentado junto á ella, la miraba, con profunda compasión, luchar contra la implacable enemiga.

—¡No me mires!, exclamó la enferma con impaciencia cuando abrió los ojos después de un corto sueño. No necesito que me mires de ese modo para saber que voy á morir.

—¡Sidonia!, dijo Carlos contristado y casi ofendido.

—Voy á morir, ya lo sé; pero al menos déjame que muera tranquila.

Hizo un movimiento de mal humor; aun estando tan débil como estaba, su condición agresiva no había perdido sus derechos.

—Oye, Carlos, dijo con voz casi imperceptible.

Carlos se acercó aún más para oirla, y ella, cogiendo con las dos manos las solapas de su americana y agarrándose con toda la fuerza que aún le quedaba, continuó:

—Oye; cuando me muera, tú volverás á Francia; no vale la pena de que te quedes aquí para acabar de consumirte... Tu padre te perdonará; no esperes á que él te escriba, no le pidas permiso. Ve directamente con el niño. ¡Oh! Puedes estar tranquilo. Desaparecida yo, serás bien acogido; soy yo el estorbo.

Hablaba á sacudidas, con frases cortas, ahogadas. Carlos quería contestar, defenderse, defender á los suyos; pero ella no le dió tiempo, pues siempre cogida á él y tirándole débilmente de las solapas, añadió:

—Mira, en el fondo la cosa es muy natural. Nunca hubiera creído que tu padre se mantuviese firme tanto tiempo..., la culpa es de ese imbécil... de Berthollón. Pero yo me voy y esto pone término á todas las dificultades.

Soltó bruscamente las solapas; su marido se inclinó para besarla, pero ella lo apartó con una sombra de ademán.

—No me beses, que el besarme no puede sino hacerte daño. Le dirás á Aurette que le doy el niño; estoy segura de que esto la enternecerá...

En los labios de Sidonia flotó el fantasma de su antigua sonrisa irónica, pero se desvaneció en seguida.

—Bien mirado, tu hermana le educará dentro de vuestro modo de pensar mejor que yo hubiera podido hacerlo... En cuanto á mí, ¡estoy tan fatigada!.. Tengo verdadera necesidad de descanso... Ese calor me agobia...

Carlos cogió un gran abanico y lo agitó para darle un poco de aire.

—No, exclamó Sidonia con impaciencia; después todavía es peor... ¡Ah! ¡Qué bien se estaba en el Nido en los días de verano, á las cinco ó á las seis de la tarde, cuando el viento venía del Loire! ¡Qué frescura!..

Callóse y cerró los ojos; Carlos la creía dormida, pero al cabo de un instante volvió á abrirlos.

—Casi estás tan enfermo como yo, dijo examinando el rostro demacrado y los cabellos grises de su marido. ¡Pobre Carlos! ¡Y todo por culpa mía!.. La verdad es que no te he proporcionado la felicidad.

—Es el clima, repuso Carlos para calmarla.

—No, soy yo, repitió Sidonia obstinadamente. Si no hubiese sido por mí, tú no habrías permanecido aquí más de un año. En fin..., en fin, eres joven... ¿Volverás á casarte?

—¡Sidonia, por amor de Dios!, exclamó el desgraciado cruzando las manos.

—En el fondo, repuso ella lentamente y volviendo la cabeza con gesto de cansancio, esto no significa nada. Cuando yo no esté ya en este mundo, ¿qué podrá importarme? Vamos, pobre Carlos; ahora te lo pido yo, dame un beso.

Carlos se inclinó hacia ella y delicadamente, para no hacerle daño, y tiernamente, porque la había amado mucho y con locura, besó su frente y sus mejillas.

—Dirás á Aurette que obré muy mal no haciéndole caso. Ella tenía razón; y tu padre también la tenía... Te marcharás de aquí en cuanto..., en fin, inmediatamente después. Y luego, al niño..., ¿verdad que le hablarás algunas veces de mí para que no me olvide del todo? No he sido muy buena durante mi vida, pero para él paréceme que no he sido una mala madre.

—¿Quieres verle?, preguntó Carlos después de un momento de vacilación.

—No, déjalo que se esté en la montaña, disfrutando del aire fresco. Venir aquí con este calor le perjudicaría... Además, no tenemos tiempo; llegaría tarde. ¿Para qué, pues, traerlo?

El recuerdo de su hijo hizo asomar al rostro de Sidonia una amarga tristeza.

—En fin, dijo, vale más así. Pobre Carlos mío, por una causa ó por otra nunca habrás sido feliz; la culpa es mía, pero no creía obrar tan mal; por esto no deberéis guardarme rencor.

Cerró los ojos y se durmió con sueño intranquilo, mientras Carlos, anonadado, hacía desfilar el pasado por su mente sin poder encontrar en él otra cosa que las fugaces y engañosas ilusiones de felicidad que había tomado por la felicidad misma.

Dos días después murió Sidonia.

XVIII

El Sr. Leniel, sentado á la sombra del gran plátano, hallábase sumido en hondas meditaciones. La tarde de verano era singularmente bella y el espléndido sol de las cinco doraba del modo más suntuoso los carpinales y los céspedes. El jardinero acercóse á él, y mostrándole un pequeño objeto brillante que llevaba en la mano, le dijo:

—Mire usted, señor, lo que he encontrado esta mañana. No será por no haber rastrillado muchas veces desde que esto debió perderse; pero sin duda no ahondé bastante.

El Sr. Leniel cogió lo que le presentaba y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¿Esto?, exclamó. ¡Mucho tiempo hace en efecto! Aurette dejó su labor para examinar el objeto.

—¡Oh, la cucharita de las gachas de Carlos! Hace veinte años que la perdió la nodriza dando de comer á Julia bajo ese árbol... ¡Pensar que no pudo darse nunca con ella y que hoy!..

—Hoy, repitió el Sr. Leniel interrogándola con los ojos.

La joven se turbó ligeramente.

—Al cabo de veinte años, papá..., ¿no es sorprendente? ¡Tanto como la habíamos buscado!

El Sr. Leniel había envejecido; sus cabellos y su barba enteramente blancos comunicaban á su rostro una expresión de dulzura infinita; la energía de otro tiempo sólo subsistía en la mirada, siempre clara y resuelta.

—Veinte años, dijo. Entonces, ¿cuántos tienes tú?

—Veintiocho, papá, respondió alegremente; y con muchas ganas de vivir, créalo usted.

—Y sin embargo, de algún tiempo á esta parte no pareces muy satisfecha. Algo me ocultas, estoy seguro de ello...

—Una sorpresa, papá, lo confieso..., pero ya hablaremos de eso dentro de poco, si usted quiere. Ahí viene Julia.

Ésta caminaba lentamente, con la pesadez propia de una próxima maternidad, pero tan linda y mucho más guapa que tres años antes.

Las dos hermanas se abrazaron, y mientras Aurette se esquivaba, la señora de Deblay se sentó al lado de su padre.

—¿Qué es esto?, exclamó. ¡No es posible! ¿La famosa cuchara perdida? ¡Y yo que creía que era una leyenda, una historia inventada para que recogiéramos nuestras cucharas cuando jugábamos á comidita en el jardín? ¿Conque había existido realmente la cuchara de Carlos? ¿No era, pues, un mito?

El Sr. Leniel hizo un signo afirmativo con la cabeza. Aquel objeto de plata empañada evocaba en él recuerdos que creía borrados por la edad y por las preocupaciones: volvía á ver á su primogénito chiquito, sonrosado, llorando en la cuna, junto á su joven madre, tan orgullosa y tan contenta; aquella cuchara para comer gachas, de plata finamente cincelada, era regalo de la amable madrina, muerta posteriormente, joven todavía, y durante mucho tiempo llorada. ¡Cuántas veces habíase divertido él viendo comer al niño, gordo y colorado, que le sonreía! A la sombra de aquel plátano, en aquella sazón menos espeso y menos grande, había visto durante muchos veranos caer al través de las hojas los rayos del sol sobre las caritas de sus hijos, llamados uno tras otro al banquete de la vida y esgrimiendo lo mejor que sabían aquella pequeña cuchara, ahora abollada...

—¡Pobre hijo mío!, dijo tendiéndole los brazos

—¡Cuando uno piensa que hemos sido niños!, exclamó Julia.

La voz de ésta se parecía tanto á la de su madre, que el Sr. Leniel se estremeció y se volvió hacia ella.

—Siempre vistes de negro, dijo examinándola; hace lo menos tres meses que no te he visto llevar un traje claro.

—Es moda, contestó Julia sin mirarle; además se olvida usted de mis tres faldas grises.

El Sr. Leniel recordó de pronto que también su hija mayor se mostraba aficionada desde hacía algún tiempo á los colores obscuros, y la sospecha vaga de la verdad cruzó por su mente; pero no quiso darle importancia y cerró los ojos, como hacía á menudo para descansar.

Al cabo de un instante volvió á abrirlos y se inclinó bruscamente hacia delante, con las manos apoyadas en los brazos de su butaca, como si quisiera levantarse, y con los ojos fijos en dirección al Nido.

Aquel chiquitín vestido de gris, con un cinturón negro que dando vuelta al césped se dirigía hacia él, ¿era Carlos, Carlos á la edad de tres años, caminando á saltitos con sus piernas desnudas?.. ¡No! No podía ser más que alguno de los muchachos de Aurette... Pero esos muchachos habían crecido; ninguno de ellos era tan pequeño como aquél, ninguno tenía aquella elegancia de porte y de movimientos que caracteriza á un niño de familia acomodada...

El chiquitín avanzaba directamente hacia el señor Leniel, y éste, con un desasosiego que le parecía imposible, le miraba, casi sin atreverse á respirar. Julia se había inclinado un poco para vigilar á su padre; y si éste se hubiese vuelto, habría visto, algo más atrás, á su yerno preparado para socorrerle en caso necesario.

—¿Es algún nuevo protegido de Aurette ese chiquillo?, preguntó el Sr. Leniel devorando con los ojos al pequeñuelo.

—Sí, papá, respondió gravemente Julia.

El niño, cuando estuvo á pocos pasos, detúvose algo confuso y con voz argentina, que sonó deliciosamente en medio del silencio del jardín, gritó:

—¡Abuelito!

El Sr. Leniel quiso ir á su encuentro, pero Armando se le había adelantado y el pequeñuelo se encontró sentado sobre las rodillas de su abuelo, que lo envolvía con sus brazos sin tocarlo, como un cristal frágil y precioso. El niño entonces, acercando sus frescos labios al viejo rostro en el cual se mezclaban por modo extraño la alegría y una especie de cólera, le dijo:

—¡Bésame!

Por primera vez el abuelo posó sus labios en la mejilla del nieto; pero aún permanecía indeciso, mirando alternativamente á su hija y á su yerno. Julia, poniendo su mano sobre el brazo de su padre, le señaló la franja negra que orlaba la blusita gris del niño, y el Sr. Leniel, en un movimiento apasionado, estrechó á su nieto contra su corazón.

—¿Carlos?, dijo con el semblante alterado por un miedo horrible.

En aquel momento asomaba al extremo de la alameda Carlos, apoyado en el brazo de Aurette. Quebrantado por la fiebre y por la fatiga del viaje y también por la emoción, caminaba lentamente. Sus piernas flaqueaban y su corazón latía con violencia.

—Ahí viene Carlos, dijo Armando. No es por él por quien lleva luto Juan...

—¿Por ella?, preguntó más con los labios que con la voz el abuelo.

Julia y su marido inclinaron la cabeza. El Sr. Leniel dejó al niño en el suelo y con vigor extraordinario levantóse para salir al encuentro de su hijo.

—¡Pobre hijo mío!, dijo tendiéndole los brazos.

De aquellos dos hombres, el más fatigado, el más próximo á la muerte, parecía ciertamente el hijo. Sentáronse uno al lado del otro con el niño en medio; pero al poco rato, sin saber cómo, Juan se encontró sobre una rodilla de su abuelo.

—¿Es para Juan?, dijo el chiquitín tendiendo su manecita hacia la cuchara de las gachas.

Y cuando Aurette se la puso en la mano, el niño atrajo hacia sí á su tía con ademán cariñoso y confiado para besarla.

—Es un ángel, dijo Carlos contemplándole enternecido. Es todo bondad y alegría; y además es muy valiente. Durante la travesía ha estado muy enfermo á causa del calor excesivo, y nunca exhaló una queja, creo que para no disgustarme.

Los ojos de Aurette se encontraron con los de su padre y leyeron en ellos una alegría intensa, casi salvaje, la alegría de tener un nieto que fuera enteramente Leniel.

—Se parece tanto á ti, dijo á Carlos, que al pronto he creído que eras tú..., un espectro tuyo.

—No es á mí á quien más se parece, sino á Aurette. Ahora le pertenece; su madre se lo ha enviado y yo se lo doy.

Aurette, sin contestar, cogió al niño de la mano y se lo llevó poco á poco por las alamedas en dirección á la terraza, y cuando estuvieron los dos solos en aquel sitio en donde tanto había ella llorado en otro tiempo, arrodillóse junto á su sobrinito y enlazándole con sus brazos le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

Juan fijó en ella sus hermosos ojos pardos con cerco de oro, parecidos á aquellos otros en los que tan confiadamente hundía su mirada; aquel pequeño cerebro de tres años, sometido á las pruebas de una larga ausencia y de un viaje que trastornaba toda su corta existencia, buscaba un recuerdo, un punto de apoyo... Titubeó un poco, y después, con la alegría de un perro joven que vuelve á encontrar á su amo, echó sus brazos al cuello de Aurette y exclamó:

—¡Mamá!

Aurette le estrechó contra su pecho, y sobre aquellos bucles cenicientos que el aire agitaba suavemente, lloró, pero sus lágrimas fueron lágrimas de felicidad.

XIX

Un año después, toda la familia hallábase otra vez reunida á la sombra del plátano. En las ventanas del cuarto del niño, convenientemente cubiertas de alambre, flotaba un globo encarnado. Juan hacía montones de arena con la cuchara de las gachas, de la que no había querido separarse desde que llegó al Nido. La costurera á quien Aurette había en otro tiempo acogido, paseaba en torno del césped el rollizo rorro de Julia, y los demás personajes, felices y perezosos, habían suspendido su conversación.

Al fin, sacudiendo la somnolencia de aquella suave tarde de estío, el doctor Rozel dijo á Aurette:

—Con esta inmovilidad acabaríamos por volvernos árboles ó plantas. ¿Vienes, Aurette? Caminaremos un poco.

Echaron á andar por las alamedas cada vez más

espesas, cada vez más umbrosas, con paso igual y lento y sin decir palabra.

—Escucha, dijo al fin el doctor decidiéndose á romper el silencio; es preciso que te hable con franqueza. Tienes veintinueve años y estás más guapa que nunca.

—Doctor, ¡por Dios!, exclamó la joven tapándose los oídos.

—Haga usted el favor de escucharme, señorita, que sólo para eso he venido hoy. Es menester que te cases; no es posible que una muchacha encantadora cómo tú renuncie al matrimonio, porque esto sería un crimen. Conozco un apreciable sujeto que se consume de amor por ti...

—Doctor, ya le he escuchado un buen rato; permítame, pues, que ahora le interrupa para decirle que no quiero casarme y que no me casaré...

—Sí, ya sé lo que vas á decirme; que tu presencia en esta casa es necesaria; pero al fin y al cabo tu familia y tu matrimonio no son cosas incompatibles y todo podría conciliarse...

—No es esto, amigo mío, repuso Aurette fijando en él una mirada profunda. Lo que yo temo es el matrimonio. ¿Quiere usted conocer el fondo de mi alma? Sea. He sufrido demasiado en otro tiempo y tendría miedo de volver á sufrir. No me siento con fuerzas para luchar con las desilusiones.

—Pero es que puede uno casarse sin ilusiones..., ya que éstas no son indispensables en el matrimonio.

Aurette se sonrió y poniendo su mano en el brazo del doctor dijo:

—Soy una criatura amasada de ilusiones. Un día imaginéme que mi novio era perfecto; después me figuré que Sidonia se enmendaría, y ahora creo que mi Juanito es el muchacho más guapo, más inteligente, más encantador del mundo... Me complazco también en decirme una y otra vez que es usted el más adorable anciano doctor que pueda desearse como amigo... Pues bien: de casarme, quisiera necesariamente hacerme creer á mí misma que mi marido es un ser absolutamente superior... Sin esto, quizás sería yo una buena esposa, pero no una esposa feliz. Y al presente soy dichosa...

—¿De veras?, preguntó el doctor con acento de duda.

—Sí, lo soy, repitió Aurette con expresión de absoluta sinceridad. Mi padre, mi hermano, mi Juanito, Julia y su hijo, y supongo que tendrá otros, su marido, que es un cuñado ideal, todas esas personas, sin contarle á usted, son para mí una compañía exquisita, tal como mi corazón la desea y como no encontraría otra. Mis muchachos que van creciendo, mis flores que brotan lozanas, ya sabe usted que me dedico con frenesí á la jardinería, de lo cual tiene usted la culpa, mi buen perro que me adora, forman un marco magnífico á mi vida dichosa..., dichosa y útil, porque todos necesitan de mí. Esto me basta; deje usted, pues, que goce de la felicidad que me he creado y me consagre á los deberes que me he impuesto.

—Pero los niños crecerán, tu padre...

—Lo sé, repuso la joven bajando la voz; pero entonces tendré otros deberes y otras alegrías.

—¿Otro perro?, dijo irónicamente el Sr. Rozel un si es no es descontento.

—¡Ay, pobre Bruno! Andando el tiempo, sí, otro perro; pero lo más tarde posible, porque es todavía muy joven. Y créalo usted, siempre tendré algo útil que hacer, algo que me alegrará; y mi jardín será siempre joven, siempre nuevo.

—¿Estás bien resuelta? Mi amigo va á llevarse un buen disgusto. ¡Y es tan simpático! Tú le conoces; es...

—No me diga usted su nombre, dijo Aurette con viveza. Si le conozco, sabiendo quién es me hallaría violenta en su presencia y acaso sea de las personas que me gusta ver... Déjeme usted, pues, que conserve mi placer inocente...

—¡Mamá Aurette!, gritó Juan desde una alameda cercana. Ven, ven pronto, que el abuelo quiere decirte una cosa.

—¡Voy!, contestó Aurette corriendo hacia él.

El doctor Rozel la vió alejarse tan joven y tan ligera en sus movimientos como diez años antes.

—¡Una muchacha tan encantadora!, murmuró. ¡Es realmente desconsolador!.. Pero ¿quién sabe? Quizás no sea esa su última palabra.

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

I

El doctor Rozel cruzaba la plaza de Andrés Leroy con el paso alegre con que solía andar cuando acababa de visitar á los enfermos pobres... y de vaciar en sus casas sus bolsillos. El cielo de marzo era deliciosamente puro; á la frescura de la estación juntábase ese algo dulce y acariciador que flota en el aire de Anjou y penetra en lo más hondo de las almas, esa especie de voloptuosidad lenta que hoce que todo nos parezca mejor y más fácil. Las camelias, cubiertas de flores brillantes, que se alzaban en los jardines, atraían las miradas de los transeuntes, y las relucientes hojas de las corpulentas magnolias parecían recién barnizadas en honor de aquel hermoso día.

—Hay que confesar, murmuró el doctor, que Angers es una buena ciudad y que el Anjou es una bella comarca.

Palpóse el bolsillo del sobretodo para asegurarse de que allí estaba una diminuta figura de loza, un pequeño Nevers delicioso que había adquirido una hora antes para su colección, y el contacto de aquel objeto aumentó aún el contento de que ya se sentía poseído. Sacó el reloj, mas no hubo de consultarlo porque en aquel momento dieron las diez en el del liceo de David de Angers.

—Tengo ganas de ir á almorzar en casa de Aurette, pensó; ocho días lo menos hace que no la he visto... Si á ella le fastidia tanto el no verme á mí como á mí me aburre no verla á ella...

En aquel momento doblaba una alameda la figura elegante de una joven vestida de gris claro, casi lila; el doctor se afirmó los lentes y al verla irguió la cabeza con aire satisfecho.

—¡Hela ahí, bajo ese hermoso sol, en medio de esa alegría de primavera! Pensaba en ella y en seguida se me aparece; diríase que estamos en pleno cuento de hadas.

—Buenos días, doctor, dijo la armoniosa voz de Aurette.

Pero ya antes de que su viejo amigo pudiera oirla, habíale saludado su sonrisa afectuosa.

—¿De dónde vienes á esta hora?, preguntóle el doctor Rozel cuando se juntaron en el centro de la plaza. Tu Juan está en clase bajo la mirada vigilante de un profesor; ¿á qué, pues, rondar alrededor del liceo?

—¡También ronda usted!, repuso la señorita Leniel con su alegría reposada y bondadosa. No sea usted indiscreto; cada cual tiene sus negocios, doctor. ¿Y si yo le preguntara de dónde viene usted?

—¡De comprar un pequeño Nevers!, respondió triunfalmente el viejo médico.

—Conozco sus compras... De seguro que lo habrá usted adquirido de alguna infeliz que está en la miseria, pagando veinte francos por lo que no vale cinco.

—En primer lugar, te diré que vale más de cinco francos, y en segundo que eso á ti no te importa. ¿Quieres darme de almorzar?

—Con mucho gusto. El coche me espera en casa de mi hermana. ¿Viene usted?

—Dentro de una hora. Tengo que ir á casa á dejar mi figurita de loza y á ver si alguien se ha roto algo durante mi ausencia.

—Convenido; dentro de una hora iré por usted. Hasta luego.

Aurette le saludó con la cabeza é hizo un movimiento para separarse de él. En aquel instante una bicicleta que corría á toda velocidad salió de una alameda, y describiendo una elegante curva, dirigióse hacia la joven; el que la montaba se detuvo tan bruscamente, que hubo de echar pie á tierra para no caerse.

Aurette no había manifestado el menor espanto y un ligero movimiento hacia atrás habíala puesto fuera del alcance de la máquina; sin embargo, el doctor, cogiéndola de la mano, aún la había apartado más.

—Pido á usted mil perdones, doctor, dijo el intruso descubriéndose, y quisiera ofrecer mis excusas.

Era un guapo mozo, alto, de unos treinta años y de ojos negros profundos y graves; sus cabellos, que llevaba cortados á rape, dibujaban sobre su frente cinco puntas obscuras que comunicaban á su fisonomía un aspecto peculiar é inolvidable.

La segunda frase que había pronunciado iba dirigida más que al doctor á la señorita Leniel; pero la educación que había recibido le vedaba hablar á ésta personalmente, ya que no le había sido presentado.

—El Sr. Villandré, la señorita Leniel, dijo el doctor.

—Señorita, siento en el alma...

—Está usted dispensado, caballero; la culpa es del doctor y mía por habernos detenido á hablar en medio de una plaza universalmente reconocida como propiedad indiscutible de los aficionados á la bicicleta. Hasta luego, doctor.

Inclinó suavemente la cabeza, y tomando prudentemente la acera, desapareció en dirección á la ciudad.

—Vamos, Sr. Villandré, que para un profesor de física me parece que es este un modo muy peligroso de abordar á las señoras, dijo el doctor riendo. Pero no ponga usted ese semblante tan consternado, pues la señorita Leniel es demasiado generosa para no haber ya perdonado á usted.

—Mi enfado es conmigo mismo por haber obrado como un chisgaravís. ¿Ha dicho usted que esa joven es la señorita Leniel? ¿La hija del banquero que murió el año pasado?

—La misma; pero ¿á qué viene ese rostro descompuesto?

—¡Es extraño!.. Me había imaginado á la señorita Leniel como persona de más edad.

—Dígalo usted claramente..., ¿como una solterona? Y lo es. en efecto; sí, una solterona, dijo el doctor satisfecho.

—Pero esa joven que estaba aquí podrá tener á lo sumo veinticuatro ó veinticinco años.

—Sin embargo, tiene más; y por añadidura está resuelta á no casarse.

—Pues parece muy joven... Y es encantadora. ¿No tiene un sobrino en el liceo?

—Sí, un niño de siete años, un principiante; un muchacho que vale mucho.

Natividad Villandré, que se había quedado pensativo, con una mano apoyada en la bicicleta, pareció despertar de pronto.

—Le estoy entreteniendo á usted, dijo, y esto acabará de desconceptuarme á sus ojos. Dispense usted; se me habrá metido en la cabeza el sol de marzo.

—¿Y esa hermanita?, preguntó el excelente doctor. ¿Qué hemos de hacer de ella?

—Ahora está perfectamente; no obstante, desde hace unos días la veo paliducha...

—Ya iré á visitarla, como amigo, dígaselo usted. Y ahora monte usted en su corcel fogoso, joven paladín..., y hasta la vista.

Villandré montó en su bicicleta y desapareció por una de las calles adyacentes, mientras el doctor entraba en su casa muy preocupado con su preciosa y frágil adquisición.

Dos horas después, sentado en una buena butaca, porque le gustaban los asientos blandos, el doctor Rozel saboreaba su café contemplando el delicioso paisaje que ante sus ojos se extendía. Treinta y cinco años aproximadamente hacía que iba allí una vez por semana á lo menos, y no se había cansado de la belleza de aquel sitio; la terraza del Nido de Pájaros, que su amigo Leniel había hecho cubrir enteramente de cristales poco antes de morir, para poder disfrutar en todas las estaciones de los variados aspectos de las aguas y del cielo, dominaba el valle del Maine en el punto en que este río se junta con el Loire, y desde ella contemplábase el espectáculo más risueño que darse pueda.

(Se continuará.)

BARCELONA.—CONCURSO DE TIRO DE PICHÓN

D. Federico Gal, vencedor en el Campeonato de Barcelona

D. Ignacio Pidal, ganador de la Copa de S. M. el Rey

La Real Asociación de Cazadores de Barcelona ha organizado una serie de concursos de tiro de pichón que han resultado en estremo interesantes y para tomar parte en los cuales han venido varios afamados tiradores de Madrid, Sevilla, Valencia y Zaragoza.

Efectuóse el primero el día 10 de los corrientes, y en él se disputaron la Copa de S. M. el rey y el 50 por 100 de las entradas 36 tiradores; ganó D. Ignacio Pidal, de la R. A. de C. de Barcelona, por haber matado ocho pichones sin ningún blanco. Para el segundo premio, una insignia de oro de la Asociación y el 25 por 100 de las entradas, lucharon seis tiradores, saliendo vencedor el conde de San Román, de la Real Asociación de Cazadores de Madrid.

El segundo día efectuóse el concurso para la Copa de S. A. R. la infanta D.ª Isabel y el 50 por 100 de las entradas. Matriculáronse 32 tiradores, habiendo ganado el premio don Leopoldo Gil, de la R. A. de C. de Barcelona, que mató siete pichones sin ningún blanco. El segundo premio, consistente en una insignia de oro de la Asociación y el 25 por 100 de las entradas, lo obtuvo el Sr. Sister, de Valencia, entre once tiradores.

Treinta y cuatro tiradores se disputaron el tercer día la Copa de S. A. R. el infante D. Carlos, que ganó, junto con el 50 por 100 de las entradas, el señor Coll, de la R. A. de C. de Barcelona. Para el segundo premio (insignia de oro de la Asociación y el 25 por 100 de las entradas), quedaron ocho competidores, ganando aquél el Sr. Gurtubay, de la R. A. de C. de Madrid.

El cuarto día efectuóse la primera prueba del campeonato de Barcelona, para la cual se inscribieron 30 tiradores, de los cuales sólo quedaron 14 para la prueba segunda, que tuvo lugar al día siguiente. El resultado fué: título de campeón y premio de 3.000 pesetas, el Sr. Gal, de la R. A. de C. de Barcelona; segundo premio, Sr. Camino (D. C.), de Barcelona; tercero, Sr. Martínez Mora, de Sevilla; cuarto, señor Burés, de Barcelona.

Después de un día de descanso, prosiguieron los concursos el 16 por la primera prueba del Gran Premio, para el que se habían matriculado 63 tiradores; de éstos, resultaron excluídos para la segunda prueba 41. Continuado el concurso al día siguiente, obtuvo el Gran Premio de 7.000 pesetas y medalla de oro el Sr. Laporta, de Barcelona; el segundo, de 2.000 pesetas, el Sr. Camino (D. M.), de Sevilla; el tercero, de 1.500, el Sr. Urcola, de Madrid; el cuarto, de 1.000 pesetas, el marqués de Villaviciosa, y el quinto, de 500 pesetas, el conde de San Román, estos dos últimos de Madrid.

Aspecto de la tribuna del tiro de pichón de Miramar, de la Real Asociación de Cazadores de Barcelona, durante las tiradas

Para el concurso del Premio Regalo se habían inscrito 44 tiradores, quedando vencedor el conde de San Román, quien entregó el dije de oro y piedras preciosas que constituía el premio á la señorita D.ª Pilar Mercader, á quien había tocado el suerte el número correspondiente á la escopeta del tirador.

Los concursos para los premios del Círculo del Liceo y de los Sres. Conde Puerto y C.ª se efectuaron el día 18 y fueron ganados ambos por el señor Giralt, habiendo obtenido los dos segundos premios el Sr. Burés.

Además de estos concursos, se tiraron varias poules y tiradas de pruebas que fueron ganadas por los Sres. Sister, Zaragoza, Burés, Caminals, Urcola, Gal, Leach, Arana, Martínez Mora, Gurtubay, Coll, Viver, Giralt, Gotschals, Gil, Osborne, Rocamora, Lavarga, Salgado y Giralt.

(Fotografías de Enrique Castellá.)

LA CONFERENCIA DE LA HAYA

El día 15 de los corrientes inauguróse en La Haya la segunda conferencia de la Paz, cuyas sesiones se celebran en la Ridderzaal ó Sala de los Caballeros, venerable edificio del siglo XIII, construído por Guillermo II, conde de Holanda y rey de los Romanos, y en el que tienen actualmente sus reuniones plenas los Estados generales de los Países Bajos.

En la plaza de Binnenhof, en donde está situada la Ridderzaal y que se halla rodeada de edificios históricos, la policía y la gendarmería montada formaban calle para dejar paso á los delegados al través de la compacta muchedumbre y acaso también para protegerlos contra posibles tentativas criminales, ya que, según parece, se temía algo de los anarquistas. En los balcones de las casas que dan á la plaza había numerosos espectadores, señoras en su mayoría.

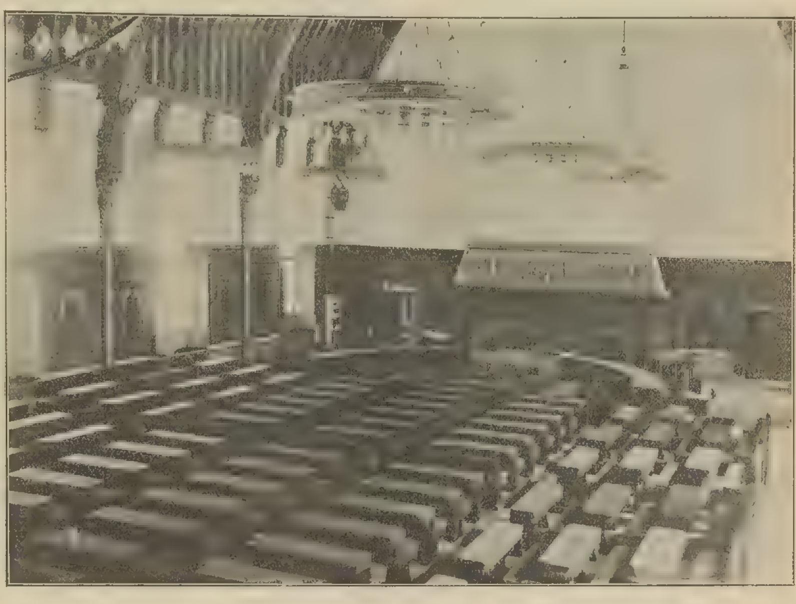
A la sesión inaugural asistieron los delegados de los cuarenta y siete Estados que han aceptado la invitación de Rusia, excepto los de Honduras, que no habían llegado todavía. Todos ellos tienen señalados sus puestos por orden alfabético.

A las tres entró en el salón M. Van Tets, ministro de Negocios Extranjeros de los Países Bajos, quien, desde el sillón presidencial, saludó en nombre de la reina Guillermina á los delegados, dedicó elegios al tsar, iniciador de la segunda conferencia, y al presidente Roosevelt, «que tanto ha contribuído á hacer germinar la semilla sembrada por el emperador de Rusia,» indicó la provechosa labor realizada desde la primera conferencia, dedujo de la presencia de tan numerosos Estados la confianza que en la conferencia siguen teniendo los pueblos, y propuso enviar á Nicolás II, en nombre de todos los reunidos, una salutación expresándole la gratitud por haber tomado la iniciativa de la continuación de la obra comenzada en 1899 y el profundo deseo de trabajar con todas sus fuerzas por el cumplimiento de la tarea tan delicada como ardua que les ha sido confiada.

Votado por aclamación lo propuesto por M. Van Tets, por aclamación también fué elegido presidente de la conferencia el primer delegado de Rusia M. Nelidoff. Agradeció éste el nombramiento y propuso que se otorgaran la presidencia de honor á M. Van Tets y la primera vicepresidencia al primer delegado de los Países Bajos M. Beaufort, bajo cuyos auspicios celebróse la primera conferencia, y que se enviara á la reina Guillermina un mensaje de gratitud y de respeto.

Aprobadas esas proposiciones, M. Nelidoff pronunció un elocuente discurso señalando las nobles ideas de concordia y de justicia que habían determinado la reunión de la conferencia, enumerando los puntos que en ésta han de tratarse, recordando los conflictos que desde la conferencia anterior se han resuelto amistosamente y dedicando elocuentes frases al ideal de la paz universal que la humanidad ha de perseguir incesantemente, aun estando convencida de la imposibilidad de alcanzarlo.

Acto seguido tomaron asiento al lado de M. Nelidoff M. de Beaufort y M. Van Tets, y terminó la sesión con la designación de los secretarios, resultando nombrados: los Sres. Delvincourt, Jarousse de Sillac y barón de Clauzel, por Francia; el conde de Lichterfelde y el barón Guillaume, por Bélgica; Selby, por Inglaterra; Van Reyen, Van Vredenburg, Crommelin, Oudendeick y Puttmancram, por los Países Bajos; Margaritescu y Gercclanu, por Rumanía; el barón Nolde, Mandelstamm y Lorismelikoff, por Rusia, y Spotorno, por España.—R.



LA HAYA.–LA SEGUNDA CONFERENCIA DE LA PAZ.–SALA DE LOS CABALLEROS (RIDDERZAAL), EN DONDE CELEBRA LA CONFERENCIA SUS SESIONES. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

Montpellier. — La crisis vinícola en el Mediodía de Francia. — Manifestación monstruo celebrada en Montpellier el día 9 de los corrientes (De fotografía de Carlos Trampus.)

El Mediodía de Francia se halla en plena revolución pacífica, originada por la gravísima crisis que la producción vinícola atraviesa en aquella región. Esa crisis no se debe á la deficiencia de las cosechas, sino á la falta de consumo del vino natural, que los sofisticadores han reemplazado con vinos artificiales. Los vinicultores no se lamentan, pues, contra la naturaleza; su airada protesta es contra los defraudadores y contra el gobierno que, en su sentir, protege el fraude.

A la voz de Marcelino Albert, pequeño propietario de la aldea de Argiliers, se han alzado en masa las comarcas perjudicadas y han organizado en varias ciudades imponentes *meetings*, el más importante de los cuales ha sido sin duda el de Montpellier, al que han concurrido ochocientos mil manifestantes.

La protesta no se ha limitado á vanas palabras; los vinicultores han acordado no pagar desde el día 10 de este mes ningún impuesto al gobierno, y centenares de ayuntamientos y consejos departamentales han presentado sus dimisiones.

El conflicto es de una gravedad extraordinaria, y si no se halla pronto una solución satisfactoria en el Parlamento, que se ocupa de ello hace días, no se sabe lo que podrá ocurrir, pues los cultivadores amenazados por la miseria inminente, están dispuestos á recurrir á los medios más extremos y radicales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 1.º de julio de 1907 — Núm. 1.331

LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Camilo Innocenti. (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona. 1907.)

Es este indudablemente uno de los cuadros que más llaman la atención en la sección italiana de nuestra exposición actual, así por la originalidad con que el artista ha tratado el asunto, como por la sobriedad y firmeza del dibujo y por el vigor y armonía del colorido. Innocenti, que goza de grande y merecida celebridad en Italia, no es un desconocido para los lectores de La Ilustración Artística, en cuyas páginas hemos publicado, entre otros, *Escuchando un cuento* y *Sevillana* que, como el que hoy reproducimos, acreditan su maestría.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡De qué manera cambia el aspecto de las cosas un poco de verde! Sí, un poco de verde: el verde es tan necesario al hombre como al animal..., y nadie saque la consecuencia de que no es también animal (hablando de acuerdo con las ciencias naturales) el hombre. Estas reflexiones, que nadie tildará de nuevas ni de profundas, me las sugieren unas copas de árboles que se ven por las ventanas de la Biblioteca del Ateneo de Madrid: el color dulce y alegre del follaje se mete por los sentidos y refresca los ojos, y los pajarillos, á centenares anidados en las ramas y gorjeando á porfía con sus arpadas lenguas, ponen en música los ruidos prosaicos del arrastre de sillas, taconeo de botas, golpeo de tomos sobre los pupitres y rasgueo de plumas sobre el papel, únicos que rompen el silencio de la labor docta, á menos que una conversación bisbiseada infrinja el deber de callar y respetar el trabajo ajeno que allí tiene todo el mundo.

***

Si se buscase un rasgo típico que distinga á nuestra edad de edades pasadas, sería este del verde, convertido en elemento de ornato, salud, regocijo y lujo del hogar. En otro tiempo se adornaban con flores los salones, los comedores, los gabinetes; hoy, sin prescindir de las flores y prodigándolas más que nunca, les disputan el favor las plantas, los arbustos, el verde, que simboliza á la naturaleza. Una palmera, con ó sin lazo, es el complemento de un rincón artístico, en las residencias elegantes. Y estimando lo poético de las flores, sus tonos brillantes y vivos, sus frescuras de porcelana y sus turgencias de raso, sus perfumes insinuantes ó violentos, sus esmaltes inimitables y sus yacenes lánguidos de mariposa que no aletea, yo he sentido siempre una preferencia declarada por los árboles: no me extraña que en las teogonías primitivas se les diese veneración.

***

Un grueso folleto titulado *Arboles*, de que es autor D. Francisco González Díaz, publicista canario, acaba de agregarse á la pila de libros que los autores tienen la cortesía de remitirme. El título me atrae, y al abrir el folleto (¿debo llamarle así?, tiene ciento y pico de páginas), leo que está impreso á expensas de D. Ramón Madan, entusiasta protector y cultivador del arbolado; lo cual me inspira, desde el primer instante, consideración ilimitada hacia D. Ramón Madan. El prólogo es del Sr. Cabrera Pinto, y en él hallo un párrafo que me recuerda el estreno del drama *La herencia de Araus*, de los hermanos isleños Millares Cubas, en que tanto papel desempeñaban los árboles seculares, la floresta profunda, como los actores. «Hemos visto indiferentes—escribe el protagonista—cómo el hacha del leñador, impulsada por sórdida codicia ó alentada por un caciquismo de histórico, noble, antiguo abolengo, tan antiguo como la conquista, iba talando aquellas selvas frondosas, aquellos bosques vírgenes, verdaderos templos de la raza guanche, cantados por nuestro inmortal poeta Viana.» (1) A pesar de la afirmación del Sr. Cabrera, yo creo que en Canarias ha producido sentimiento la corta de árboles tan viejos y magníficos. Bastaría este libro y el drama de Millares para demostrar que hubo quien deploró desde el alma la profanación.

(1) Me alegraría conocer lo que escribió este poeta, del cual confieso paladinamente que no tenía noticia.

***

El autor del folleto—según nos informa el prologuista—es propagandista infatigable del arbolado en la tribuna, en la prensa, en el libro. Se halla persuadido de que una de nuestras «leyendas de oro» más falsas y quiméricas, es la referente á la fertilidad del suelo español, leyenda que echó abajo Cánovas del Castillo al explicar la evolución de nuestra historia por nuestro territorio erial y de secano. ¿Hubo épocas en que España fué un vasto jardín? ¿Lo fueron en sus primitivos tiempos las Islas afortunadas? De estas últimas bien cabe presumirlo, puesto que ha sido necesaria la tala para modificar su paisaje; como dice González Díaz, desnudar á las islas del ropaje de espléndida vegetación que conservaban desde el tiempo de los progenitores guanches, adoradores del árbol. Respecto á la Península ibérica, dudo que nunca (sobre todo en la meseta central) la vistiese soberbio manto de verdor.

El autor del folleto se pregunta: si resucitasen esos viejos pobladores de la isla, esos guanches cuyos huesos y cuyos utensilios y trabajos artísticos empiezan á desenterrarse ahora, ¿qué dirían viendo cómo los vetustos árboles han sido impíamente descepados? La civilización—se les contestaría—ha pasado por aquí, y la civilización tiene la mano dura. Pero ¿es que á la civilización le compete destruir la belleza, despojar la tierra, esterilizar y afear el sitio en que habitamos?

***

Lo que más me agrada en el autor del folleto, es que tiene el valor de escribir (exponiéndose á necias y pueriles protestas) que su isla nativa no es hermosa, y que al descalvarla se ha visto su aridez y sequedad. El lugar común del «país más bello del mundo» nos atosiga cuando leemos descripciones de tierras, comarcas y regiones. Al país natal no se le quiere menos porque existan otros de mayor amenidad. Y si le faltan árboles, ¡á plantarlos! La obra más altruista, más desinteresada, es esta plantación. El árbol que plantamos, atento á la brevedad de la vida, nos dará escasa sombra. Pero las obras gloriosas son aquellas en que se trabaja para la inmortalidad del porvenir.

Entresacaré datos del folleto. Los Estados Unidos han plantado, en el espacio de pocos años, cuatrocientos trece millones de árboles. En Francia, Inglaterra, Rusia y Bélgica, se planta sin descanso. Don Domingo Aguilar, hijo de las Palmas, plantó en breve plazo veinte mil árboles, convirtiendo un páramo en un oasis delicioso. El padre Cámara, anterior obispo de Salamanca, dirigió circulares á sus párrocos en favor del desarrollo de la arboricultura. ¡Qué hermoso sería que cada párroco, al cesar en sus funciones, dejase tras de sí, alrededor de la rectoral, un plantío, la base de un bosque, la línea de una alameda! El padre Cueto, obispo de Canarias, siguiendo el impulso, se dirigió también á los párrocos, encomendándoles el celo en poblar de árboles todo terreno que tuviesen á su disposición. Con tal motivo, la actividad de los propietarios se despierta, y ciertos acaudalados isleños se apresuran á ordenar grandes plantaciones. Y (lo mismo que sucede en mi tierra) vienen los Atilas de la vegetación, y dañan, por pura barbarie, á los nacientes arbolitos.—Comprendo la indignación de González Díaz. No olvido la impresión de rabia que sufrí al ver dos negrillos, plantados por mí ante una portalada de las Torres de Meirás, y que sangraban la herida practicada por cruel navaja, alrededor de su tronco y con brutal desgarramiento de su corteza. Me pareció que le habían dado una puñalada traidora á un ser vivo. El que fué capaz de esto, sería capaz de asesinar á un semejante.

***

También por acá se han hecho (sin gran insistencia y no sé si con resultado feliz) campañas por el arbolado; y se ha celebrado la *Fiesta del Arbol*, creo que por iniciativa de S. M. la reina Cristina de Hapsburgo, y se han compuesto cantatas para que los niños, al entonarlas, aprendan á respetar y querer á los árboles... Y no cabe duda: por lo menos, en los caminos y carreteras, se planta arbolado (plátanos, álamos blancos, generalmente), aunque no siempre quien debe realizar esta mejora la realice, y algunos caminos, como el que va hacia mis Torres, se queden eternamente sin su doble fila de sombrillas verdes, agitadas por el aire... La plantación (sucede generalmente aquí con todo) se inicia, pero va con calma, á paso de tortuga perezosa, luchando con el peso muerto de las preocupaciones, con la idea de que los árboles perjudican á los sembrados, con la ruda y áspera avidez del labriego, con la inercia de las voluntades que no viendo provecho inmediato no se desperezan.—Y menos mal en las provincias del Norte. Donde es desconsoladora la calvicie de la tierra es en las estepas castellanas. Grises, pardas, infinitas, un sol de brasa las retuesta durante el día, y de noche las barre el cierzo enviado por las sierras, contra el cual no las defiende ningún parapeto de frondosidad. Cuando casualmente, durante el viaje de veraneo, al atravesar el despoblado interminable, los campos de trigo que ya maduracen sembrados de amapolas, la vista tropieza con alguna plantación de árboles, unas jóvenes acacias, que bambolean dulcemente su cabellera fresca y tiernecilla, los ojos se recrean y descansan, el espíritu siente placidez. El árbol moderno no es el obscuro chaparro, el retuerto olivo de las soledades castellanas: es árbol derecho y bien guiado, plantado de distancia en distancia, no propicio á que entre sus espesuras se embosque el salteador aguardando al viajero. Tal vez el terror á los bandidos, que se refugian en los bosques, haya contribuído á que no se plantasen árboles, allá en otro tiempo. Ahora sólo tenemos al *Pernales*, y eso en la clásica tierra de jaques, guapos y bandoleros, en Andalucía. Podemos esperar sin miedo la zona de vegetación alrededor de nuestras casas.

***

El que planta árboles—y no sólo árboles, sino también arbustos de adorno y capricho—ejerce, que lo sepa ó no, contagio sobre los que le rodean. Alrededor de nuestra casa de campo, algunas modestas casitas de cultivadores y colonos lucen ya un seto de rosales enredadera, un valladar de romero, una nota de poesía y gracia, en vez de los escajos y las ortigas que antes constituían su única guarnición. Especies frutales de las más sabrosas figuran en los huertos aldeanos; son patrones injertados de los que mi madre hizo traer de Bélgica y Francia. Los pinares melancólicos prevalecen aún, pero ya se ven plátanos en abundancia, sauzales y olmos, y en algunos paseos urbanos, magnolias, mimosas y gomeros. El árbol ha conquistado derecho de ciudadanía.

***

Un árbol que yo quería va desapareciendo: el castaño.—No sabemos cuál insidiosa enfermedad mina sus recios troncos: mejor dicho, sabemos que se trata de un gusano roedor, que se instala en el nudo de las raíces y ataca la vida. El color verde sombrío del castaño palidece entonces; sus hojas, poco á poco, amarillean; y hacia el mes de agosto—época crítica para la vegetación—el mustio follaje se cae precozmente y quedan sólo las desnudas, secas ramas... Alrededor del muerto se van otros, enfermos; es que se ha extendido la infección.—De remedios se habla mucho; se leen artículos kilométricos en periódicos especiales; pero hasta la fecha ninguno de estos medicamentos ha sido ni eficaz ni de fácil aplicación. Los magníficos castaños, las derechas y valientes vigas, van cayendo también bajo el hacha, no porque nadie desee su muerte, sino porque les ha desahuciado la experiencia forestal. «Cortarlo antes que seque, cortarlo mientras conserva la savia...» Y cae el gigante, con el ruido fragoroso que imprime en el alma el dolor de lo fatídico...

***

Voy hilando todo esto para probarme á mí misma que, sin haber hecho campaña de ninguna especie en pro del arbolado—cada día siento menos afán de campañas, quizás será achaque de la edad que declina,—no dejo de profesar cariño á los altos troncos y á las copas vastas como lagos de verdura, donde se posan, en invierno, al verlas despojadas, los cuervos y los gavilanes. Sí: sucede que hay cosas que nos son enormemente simpáticas, que nos hacen pensar, sentir..., y no damos un paso á fin de que aumenten. Admiro á los que trabajan por propagar beneficios; no sé imitarles. Si tuviese que salir por ahí predicando que se planten arbolillos, creo que preferiría vivir en un yermo.

Hay en esto cierta estética de ilusión. Me gusta creer que los árboles nacieron solos, como sucedía en el Paraíso terrenal, donde Adán y Eva se encontraron la higuera ó manzano, no sólo plantado, sino ya crecido y con fruto.

Emilia Pardo Bazán.

... y la reconviene por no haber venido á felicitarla cuando las demás

EL SANTO DE LA MAESTRA

Salían las mayores del colegio hacinadas como ovejas en compacto pelotón, y mientras las pequeñas saltaban y triscaban por entre los árboles de la explanada como cervatillos al sol, las otras charlaban todas á porfía, quitándose la palabra y pisándose y empujándose distraídas en su prurito de hablar, con mucho «Hija,» por aquí, é «Hija,» por allá, con ese amaneramiento de dicción propio de la niñez femenina asomando á la pubertad.

El tema que traían entre lenguas era muy interesante para todas. Al día siguiente celebraba la maestra su santo, no habiendo clase con tan fausto suceso, y se trataba de venir á un acuerdo para coincidir con la sección de las mayores en la hora de darla los días. Con este motivo cada cual hablaba del regalito que habría de traerla, preguntándose unas á otras en qué consistía el respectivo obsequio y elogiando el propio al mencionarlo, con la tendencia de la infancia á la hipérbole y con el fondo de vanidad prematura que no falta ni aun en esos capullos de mujer que se llaman niñas.

—Yo la pienso regalar dos preciosos pañuelos de batista para la mano, decía una linda bermeja con mucho meneo de las dos suyas. Ya los veréis, de última novedad.

—¡Pero eso está muy visto!, exclamaba á su vez otra rubita, añadiendo con una formalidad que resultaba graciosísima en sus once años: Mamá y yo hemos convenido en comprarla un tinterito modernista.

—¡Ay, hija, no digas, porque los pañuelos son de siempre.

—¿Y tú, Luisa?

—Pues, hija, yo un portaplumas.

—Yo un estuchito de costura.

—Yo una polvera.

—Yo...

Desfilaron por la plaza todas las vitrinas del Bazar X, todas sus polveras, sus peinecillos, sus cinturones; el santo de la profesora iba á significar para los apreciables comerciantes un manantial de pesetas, surgiendo sobre sus mostradores acristalados bajo la varita mágica de una tierna costumbre tradicional, á juzgar por lo que aquellas boquitas de granada iban diciendo, á la vez que se encaminaban á sus casas, á lo largo de la ancha arteria del suburbio popular, en una de cuyas vías afluentes se hallaba enclavado el colegio modestísimo, sostenido por dos docenas de niñas de la última capa de la clase media, singularmente de empleados de poco sueldo de las cercanas oficinas del ferrocarril.

Sólo una niña, una morenilla como de diez á once primaveras, vestida humildemente de luto y arrebujada en una toquilla negra, revelando en sus raídas ropas la miseria limpia y decorosa y en sus botas agrietadas la mayor escasez, iba en el grupo sin hablar, sin desplegar los labios, como si no se creyera digna de alternar con las demás y oyendo con evidente tristeza lo que sus condiscípulas hablaban. En su puro semblante bañado de inocencia reflejábase una contrariedad sombría. Nadie la dirigía á ella la palabra, ni nadie la preguntaba nada, ni nadie la atendía, y á pesar de su candor natural en sus cortísimos años, no dejaba de comprender el vacío que se la hacía en torno. Ninguna de sus compañeras ignoraba que recibía la educación de limosna, compadecida la maestra de aquella pobre criatura sin padre y sin otro amparo su madre que el de su trabajo manual asistiendo en las casas. Parece que en el propio colegio había prestado ésta sus servicios en más de una ocasión, y tal vez descubriendo la profesora en la criatura algún despejo natural ó creyendo ejercer una obra de caridad educándola y no dejándola embrutecerse y acaso á la larga prostituirse, no había vacilado en brindarla con sus lecciones sin remuneración alguna, circunstancia que no ignoraba la turbamulta de sus camaradas, que en seguida la pusieron su correspondiente mote, llamándola lisa y llanamente *la pobre*. Y aunque no se lo decían en propia cara, al menos por lo regular, que en casos contados de camorra no dejaba alguna de las rapazuelas de soltarle el apodo con esa inconsciencia con que la niñez hunde el puñal de su franqueza, la huérfana había concluído por no ignorar el alias injurioso que la colmaba de dolor y de timidez.

En su sala de visitas del colegio, adornada un poco á la antigua, recibía la maestra á sus discípulas que iban á felicitarla «con motivo de su santo,» como escribían algunas niñas que no habían podido cumplir personalmente con «tan grato deber.»

Conforme al plan convenido al salir la víspera del colegio, todas ó casi todas las niñas se habían reunido á la misma hora en casa de su profesora, muy peripuestas con sus trajes de fiesta y sus sombreritos de plumas, cuales con sus madres, cuales sin ellas y agregadas á cualquier condiscípula de su intimidad, y allí permanecían alegres y gozosas, riendo á carcajadas, los ojos ingenuos llenos de luz y de satisfacción, dando vueltas en torno al velador de losa de mármol, situado como un monumento en medio de la sala y sobre el que convidaban á la gula los clásicos dulces secos y las no menos tradicionales copitas de vinillo claro, y cogiendo en aquel apetitoso huerto de confitería cuanto les agradaba, no siendo con exceso, pues la solemnidad del día dispensaba de disciplinas y mesuras, de cuanto oliese á severidad escolar.

La maestra, una joven un poco marchita, en sus treinta años quizás, hacía los honores verdaderamente complacida, ayudada de su madre, una venerable señora inválida, que para andar mal y despacio necesitaba apoyarse en un bastón muleta. Tenía la profesora verdadera vocación por su carrera y un alma buena y sencilla, y así se la conocía en el semblante lo que la satisfacía encontrarse entre aquella turbulenta aglomeración de chiquillas, que transformaban su casa en una canariera, llenándola de un ambiente de frescura y juventud, y que la volvían loca hablándola todas á la vez. «¡Doña Pepita, qué bien le sienta á usted esa blusa!» «¡Doña Pepita, qué guapa está usted hoy!» «Doña Pepita, ¿me como otra yema?» «¡Doña Pepita!..» Y doña Pepita no cesaba de decir: «¡Jesús, Jesús! ¡Me vais á desgastar el nombre! Pero ¿cómo queréis que os conteste si os quitáis una á otra la palabra! ¡No engulláis tanto! ¡Menudo cólico á la noche! ¡Ya te manchaste, Luisa! ¡Eres muy atropellada! ¡Amparo, no me gusta que hagas eso! ¡Ninguna señorita habrás visto urgándose las narices! ¡Doña Micaela, un chupito de moscatel!»

Toda la tarde estuvieron allí, rodeando á doña Pepita, curioseándola la sala, asomándose al balcón, haciendo que las enseñara el álbum de retratos de familia y poniendo defectos á cada uno de los parientes ó amigos. Al cabo se fué el tiempo, entró el suave crepúsculo de una tarde serena de marzo, y á punto de encenderse los faroles del alumbrado público, el alborotador concurso dió por terminado el agasajo y se dispuso á marcharse y se marchó, después de un aluvión de besos sonoros, en que no pareció sino que rasgaban muchas telas en la estancia.

Como el anochecer era plácido y tranquilo, la maestrita asomóse al balcón para ver marchar á su gente menuda, que comenzó á despedirse de ella la mano en alto y moviendo los dedos, y entonces fué cuando la profesora distinguió á poca distancia, en una esquina, mirando hacia el colegio, á la hija de la asistenta con su negra silueta de luto é inmóvil y como ensimismada.

«¿Qué hace ahí esa criatura?,» se dijo la profesora. Tuvo que confesarse entonces que no se había acordado de ella en toda la tarde, solicitada por la presencia de las demás discípulas, por la alegría general, y dirigiéndose á una de las últimas niñas que salían del colegio, le gritó desde el balcón:

—¡Oye, Luisa! Haz el favor de decir á la Petra..., allí está, en aquella esquina..., que suba, que tengo que darle un recado. ¡Allí, torpe, á la izquierda! Bueno. ¡Y que no tarde!

Con su raído traje negro, toda azorada y confusa, bajos los ojos y de pie derecho ante la bandeja de los dulces, allí se encuentra *la pobre*, sin atreverse á coger ni un bombón á pesar de invitarla vivamente la maestra para que lo tome y siendo preciso que ésta lo agarre y se lo dé por sí misma á la tímida criatura. La profesora la quiere, la quiere bien por su desgracia, la quiere bien por su humildad, la quiere bien por su aplicación y la reconviene por no haber venido á felicitarla cuando las demás.

—¡Estoy muy incomodada contigo! ¡Mira que no haberse dignado subir hasta que yo no te he llamado! ¿De modo que si no te veo no vienes á darme los días? ¿Por qué has hecho eso? Contesta.

—Porque como no podía regalar á usted nada..., me daba mucha pena y mucha vergüenza subir.

Y dos lagrimones se asoman en sus ojos tristes. Y conmovida ante aquel silencioso llanto y atrayéndola hacia sí con amor, dícela la maestrita con dulce tono:

—¡Vaya si podías regalarme algo, lo que me vas á dar ahora mismo!

Quedóse un instante suspensa, y la niña, adivinando ante la actitud de la profesora lo que la indicaba, replicó posando sus labios en sus mejillas:

—¡Un beso!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Cutanda.)

EL CÉLEBRE ESCULTOR HOLANDÉS ENRIQUE TEIXEIRA DE MATTOS

Nació este artista en Amsterdam en 1856, de una modesta familia de comerciantes, y pasó su primera juventud en una casa de comercio; pero, impulsado por su temparamento artístico, más que á los quehaceres de su empleo, se dedicaba á dibujar muñecos en los libros mercantiles y á modelar figuritas en lacre. Al cabo de dos años abandonó su destino y entró en la Academia de Arte de Amsterdam; único alumno de la clase de escultura, no pudo disponer de

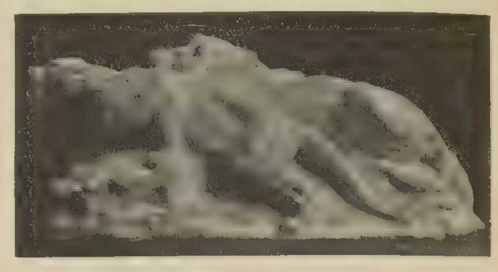
Hacia el establo, escultura de Enrique Teixeira de Mattos

modelo y hubo de limitarse á copiar yesos, y además vióse casi falto de toda dirección, en vista de lo cual pasó á la clase del natural de la sección de pintura.

Cansado, al fin, de estudiar en tan desfavorables condiciones, marchóse á Roma cuando contaba diez y nueve años, alquiló un taller y como disponía de muy escasos recursos, para poderse proporcionar modelos apeló al medio de hacer retratos gratis de las gentes del pueblo que á ello se prestaban. Después modeló figuritas que vendió fácilmente, y en sus trabajos, más de industrial que de artista, pasó tres años, hasta que cansado de su oficio y descontento de sí mismo, regresó á su país natal, resuelto á consagrarse al verdadero arte; pero también allí tuvo que ceder á la tentación de los triunfos fáciles y continuar produciendo la clase de obras en que hasta entonces se había ocupado.

Leona con su cachorro escultura de Enrique Teixeira de Mattos

La exposición de Amsterdam de 1886 inició en la carrera de Teixeira de Mattos una nueva era: el desnudo *La esclava* que á ella envió fué objeto de ad



En acecho, escultura de Enrique Teixeira de Mattos

miración general. En la de 1889 presentó un grupo en yeso, *Negro atacado por un tigre,* que una comisión artística quiso regalar á la Sociedad Zoológica

Engañada, estatua de Enrique Teixeira de Mattos

Holandesa, para lo cual encargó al autor que la reprodujese en mármol; pero habiendo fallecido el presidente de la comisión, ésta se desentendió del trato, cuando el artista había adquirido el bloque. Esto no obstante, Teixeira hizo la reproducción, que fué adquirida por un coleccionista londinense.

Aquella fué la obra capital del que pudiéramos llamar período de transición. A partir de aquel momento, Teixeira entró resueltamente en la senda que había de llevarle á la conquista de la fama de que en la actualidad goza, y se dedicó á la escultura de los animales.

En 1892, disgustado porque no le había sido adjudicada la ejecución de un monumento público que había de erigirse en Amsterdam, se trasladó á Londres, en donde residió siete años. La capital de Inglaterra no se mostró muy hospitalaria con el escultor holandés, cuyas obras no agradaron al público ni fueron admitidas en las exposiciones de la Real Academia.

Por último volvió en 1899 á su patria, fijando su residencia en La Haya.

A pesar de todos estos contratiempos, Teixeira de Mattos ha triunfado y hoy se le considera como uno de los escultores que mejor poseen el sentimiento de la línea y de los que con más vigor y más verdad reproducen la realidad viviente: las obras suyas que en esta página publicamos hacen innecesario todo ulterior elogio; en ellas palpita la vida y se admiran las cualidades técnicas de un verdadero maestro.—P

Los amigos, cuadro de U. Coromaldi.—Procesión del Corpus en la iglesia de San Pedro de Roma, cuadro de P. Joris.

La sección italiana de nuestra V Exposición Internacional de Arte es, sin duda alguna, la más simpática de cuantas constituyen esa hermosa manifestación artística, y no es de extrañar que así sea por cuanto en las dos salas que la forman se han juntado las más reputadas firmas de aquel país.

Aparte de algunas obras que pudiéramos llamar culminantes, lo que más atrae en esa sección es la armonía del conjunto; no hay en ella ninguna nota que desentone ni por la índole de su asunto, ni por los atrevimientos ó excentricidades de ejecución; todas producen en el ánimo del espectador una impresión grata, una emoción suave que mueve al visitante á contemplarlas una y otra vez, sin que por esto experimente la más mínima sensación de cansancio.

No se crea, sin embargo, que la sección italiana peque de uniforme, de monótona, nada de esto; en los cuadros en ella expuestos se observa una gran diversidad de temas y de procedimientos: paisajes, marinas, retratos, interiores, cuadros de género, de costumbres, realistas, simbólicos, de todo eso se admiran allí bellísimas muestras, ofreciendo a nuestros ojos una brillante síntesis del arte italiano moderno.

En esta página reproducimos dos de los lienzos que en esa sección figuran y que con ser de géneros bien distintos, son igualmente bellos. En *Los amigos*, Coronaldi ha sentido hondamente la poesía campestre y ha logrado hacérnosla sentir á nosotros con una ejecución sincera, espontánea, exenta de todo artificio; su obra es todo un poema rural. La *Procesión* de Joris es una verdadera joya: todas las figuras están perfectamente pintadas y cada una de ellas tiene su valor propio y justo dentro de la composición total; la distribución de los términos, la agrupación de los elementos parciales, las tonalidades son sencillamente admirables, y por encima de tantas bellezas, domina en el cuadro el sentimiento de religiosidad solemne que caracteriza á la grandiosa ceremonia reproducida.—T.

Los amigos, cuadro de Umberto Coromaldi, premiado con medalla de segunda clase (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

Procesión del Corpus en la iglesia de San Pedro de Roma, cuadro de P. Joris. (V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

Barcelona. V Exposición Internacional de Arte. – Vista de la sala japonesa recientemente inaugurada

Vista parcial de la sala japonesa. (De fotografías de A. Merletti.)

BARCELONA

V exposición internacional de arte

La sección japonesa

Por causas que no hemos de señalar y que en modo alguno pueden achacarse ni al Ayuntamiento ni á la comisión organizadora de la actual exposición, el arte japonés no ha tenido en ésta la representación brillantísima que todo el mundo esperaba y que parecía enteramente asegurada.

Gracias, sin embargo, á las iniciativas del Sr. Oliver, se ha organizado en el Japón en muy poco tiempo la expedición de algunas obras con destino á nuestro certamen artístico, merced á lo cual ha podido instalarse una sala que ha sido inaugurada hace pocos días. El decorado de la misma es debido al notable artista señor Riquer, quien ha llenado su cometido con su maestría acostumbrada, pintando un friso elegante y lleno de carácter que armoniza perfectamente con el estilo de los objetos expuestos. Consisten éstos en muebles, tapices, bordados, lacas, porcelanas, bronces y algunas pinturas, formando un conjunto, si no numeroso, en extremo interesante y muy digno de admiración por su buen gusto y riqueza, y una muestra que nos permite formarnos cuando menos una idea aproximada de lo que habría sido esa sección si no hubiesen mediado las causas lamentables á que al principio aludimos.

El conflicto vinícola en el Mediodía de Francia.

La agitación producida por la crisis vinícola en las regiones meridionales de la vecina República ha dado lugar á sangrientos sucesos que se han desarrollado en Narbona, en Montpellier, en Perpignán y en otras poblaciones. En todas ellas el pueblo se ha entregado á manifestaciones tumultuosas; y cuando el gobierno ha recurrido á las tropas para sofocar los conatos de revolución, ha habido choques entre ellas y los amotinados y ha corrido la sangre, resultando por ambas partes numerosas víctimas. En Narbona y en Montpellier sobre todo hubo varios muertos y heridos y en Perpignán comenzó á arder el edificio de la Prefectura, viniendo á agravar la situación la actitud de algunos regimientos que se negaron á marchar contra los revoltosos.

Al fin se ha dominado el conflicto. M. Ferroul, alcalde de Narbona, ha sido reducido á prisión, y Marcelino Albert, el promotor del grandioso movimiento de protesta, después de haberse avistado casi secretamente en París con M. Clemenceau, se ha constituído preso. La tranquilidad material ha quedado restablecida, no así la moral, pues la represión que ha ahogado en sangre la rebelión en la calle, no ha podido matar los sentimientos que la habían engendrado y que subsisten más vivos que nunca.

La fotografía que adjunta reproducimos representa el entierro de los que sucumbieron en Narbona.—S.

Narbona. – Entierro de las víctimas de los motines que estallaron en aquella ciudad con motivo de la crisis vinícola del Mediodía de Francia. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

BARCELONA. – LAS FIESTAS DE JUNIO

LA RONDALLA GALLEGA. – LA BANDA MILITAR FRANCESA
LAS CARRERAS Á PIE

Nuestra capital ha albergado en estos días á dos entidades musicales igualmente famosas, cada una en su género: la rondalla ferrolana *Airiños d'a miña terra* y la banda francesa del 2.º regimiento de ingenieros, de guarnición en Montpellier. La primera nos ha visitado para rendir homenaje de admiración y respeto al inmortal Clavé, con motivo del cincuentenario de la fundación de «Euterpe,» la primera sociedad coral de España; la segunda, autorizada por el ministro de la Guerra francés para aceptar la invitación de nuestro Ayuntamiento, ha venido para tomar parte en las fiestas que durante el presente mes se celebran en nuestra ciudad.

La rondalla llegó el día 23, siendo recibida por una comisión del Ayuntamiento, por multitud de sociedades corales catalanas y por una muchedumbre que los acogió con grandes demostraciones de cariño y de entusiasmo, y desde la estación se dirigió al monumento del popular músico y poeta, en donde depositó una artística corona. Los guitarristas y bandurristas ejecutaron un airoso paso doble; los coros entonaron el *¡Gloria á España!* de Clavé y pronunciaron sentidas frases el ilustre general de ingenieros de la Armada D. Avelino Comerma, presidente de la rondalla, y el Sr. Pinilla, en nombre del Ayuntamiento. Terminada la ceremonia, la comitiva dirigióse á la Casa de la Ciudad á saludar al Alcalde, cruzándose cariñosos discursos entre éste y el Sr. Comerma, y tocando la banda de guitarras y bandurrias una preciosa muñeira de Montes y un paso doble.

No describiremos uno por uno los actos en que la rondalla ha tomado parte durante su estancia en Barcelona: en sus visitas á las autoridades y á los domicilios de la Asociación Euterpense de los coros de Clavé y del Orfeó Catalá; en el concierto matinal celebrado en el Tívoli por la sociedad «Euterpe,» en todas partes ha sido objeto de las más evidentes demostraciones de cariño y de simpatía. Pero donde esas demostraciones han llegado á su grado máximo ha sido en los conciertos dados en el Palacio de Bellas Artes y en el Teatro Principal, en los cuales ejecutaron de una manera admirable piezas, cantos y danzas populares de Galicia, que llamaron poderosamente la atención y fueron aplaudidos con gran entusiasmo. En los festivales del Teatro Principal tomaron parte, en el primero el «Orfeó Barcelonés» y en el segundo el «Orfeó Catalá» y varias parejas de sardanistas de esta capital; al terminar este último, sardanistas y rondallistas se abrazaron prorrumpiendo en vivas á Galicia y á Cataluña, y el público, asociándose á esa manifestación de fraternidad, les tributó una ovación delirante.

La rondalla se compone de 17 guitarristas y bandurristas, 19 coristas y tres parejas de bailadores; su director artístico es el notable músico señor Seoane Pampín.

No menos agasajada ha sido la banda militar francesa que dirige M. Alicot y que llegó á Barcelona en la mañana del 24 del pasado. Esperábanla en la estación una comisión del Ayuntamiento, el cónsul de Francia, un delegado de la comisión ejecutiva de la exposición, una comisión de oficiales, dos bandas de regimiento y la municipal y una nutrida representación de la colonia francesa. Después que los músicos españoles hubieron tocado la Marsellesa y los franceses la Marcha Real, cruzáronse cariñosas salutaciones, y la comitiva, entre aplausos y vivas, dirigióse á la capitanía general, al gobierno civil, al ayuntamiento y al consulado de Francia.

La banda francesa, que se compone de unos setenta músicos y á la que acompaña otra muy numerosa de tambores y cornetas, ha dado varios conciertos en el Palacio de

BARCELONA. – LA RONDALLA GALLEGA «AIRIÑOS D'A MIÑA TERRA,» QUE HA VENIDO Á COOPERAR AL CINCUENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA PRIMERA SOCIEDAD CORAL DE ESPAÑA POR CLAVÉ, COLOCA EN EL MONUMENTO DE ÉSTE UNA CORONA. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA. – LLEGADA DE LA BANDA FRANCESA DEL 2.º REGIMIENTO DE INGENIEROS DE GUARNICIÓN EN MONTPELLIER, QUE HA VENIDO Á TOMAR PARTE EN LAS ACTUALES FIESTAS. PASO DE LA BANDA POR EL PASEO DE COLÓN. (De fotografía de A. Merletti.)

UNA BELDAD, cuadro de F. Zmurko

Zmurko es uno de los pintores modernos que mejor sienten y reproducen la belleza femenina; mas no se limita á trasladar al lienzo las efigies de mujeres hermosas que la vida presente le ofrece, sino que su imaginación evoca las grandes beldades de la antigüedad, y con la misma maestría con que copia una belleza de hoy pinta las figuras [illegible] Cleopatra, de una Esther, de una Salambó y de tantas otras, ora aisladas, ora agrupándolas como elemento esencial de escenas históricas, como en los cuadros *Muer*[illegible] *Agripina*, *Bodas de Mesalina* y *Canto de la tarde.*

RETRATO DE MUJER, pintado por **Rembrandt**, grabado expuesto en el actual Salón de París

Figura este cuadro en el Museo de Amberes, y tratándose de una obra de tan gran pintor, estarían fuera de lugar cuantas alabanzas pudiéramos dedicarle. Rembrandt fué un maestro en todos los géneros que cultivó, pero sobresalió en los retratos; en ellos supo como nadie reproducir en el lienzo, no ya los rasgos físicos, sino el alma, la vida de los personajes retratados. Sus obras de esta clase son un portento de expresión: los ojos miran, los labios sonríen, los pechos palpitan y dentro de los cuerpos se adivinan un corazón que siente, una inteligencia que piensa y una voluntad que manda.

Bellas Artes y en algunos sitios públicos de esta ciudad y en todos ellos ha demostrado ser justa la fama de que venía precedida; en efecto, en las piezas de distintos géneros que ha ejecutado ha puesto de manifiesto un ajuste, una sonoridad y una expresión irreprochables, que le han valido continuas ovaciones.

Para tomar parte en la carrera á pie que organizada por *El Mundo Deportivo*, se efectuó en la mañana del 23, se habían inscrito más de setenta corredores de esta ciudad, de Madrid, de París y de otros puntos, de los cuales sólo 61 se presentaron en el momento de la salida.

Dada la señal de partir, pronto se adelantaron á los demás tres franceses, que conservaron la delantera hasta el final, habiendo llegado á la meta por el orden siguiente: Bouchard, de París (32 minutos, 13 segundos y $^{1}/_{5}$ de segundo); Orphé, de París (32 minutos, 15'1 segundos); Neveu, de París (32 minutos, 20'3 segundos); Trilla, de Arbeca (Lérida) (33 minutos); Baldomero Fonoll, de Barcelona (35 minutos), Gumersindo Fonoll (35 minutos, 33'2 segundos); José Tobar, de Madrid (35 minutos, 43 segundos); Ramón Peiró, de Barcelona (36 minutos, 8 segundos); Jerónimo López, de Madrid (36 minutos, 20 segundos) y José Quiriante, de Barcelona (37 minutos 30 segundos). Los premios concedidos fueron respectivamente de 600, 150, 125, 75, 50 y cinco de 25 pesetas.

El trayecto recorrido tenía una extensión total de nueve kilómetros y medio.

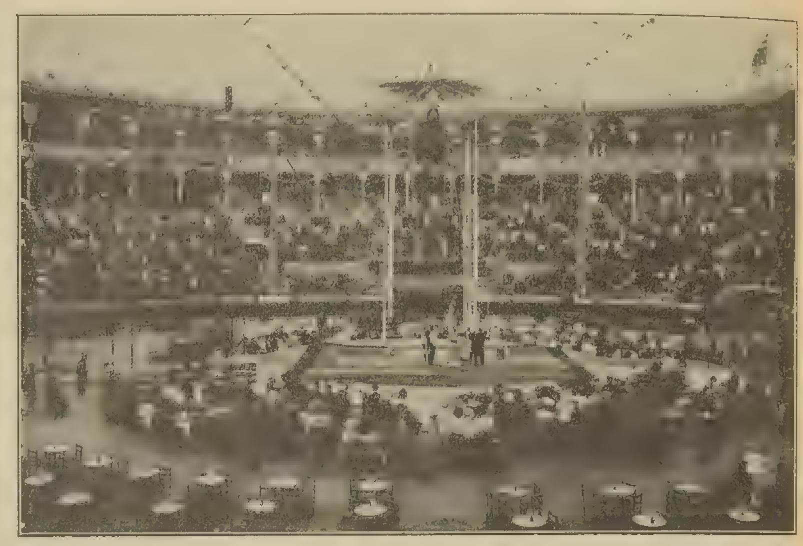
La carrera fué presenciada por numeroso público que seguía con gran interés las peripecias de la lucha. – S.

LAS ARENAS DE BARCELONA

Siguiendo la costumbre laudable de otros años, la nueva plaza de toros de esta ciudad, Arenas de Barcelona, se ha convertido en lugar de espectáculos más cultos que el mal llamado nacional. Esta vez, sin embargo, no ha sido transformada en teatro de ópera, sino en circo ecuestre, en el que funciona actualmente una notable compañía acrobática y gimnástica. La numerosa concurrencia que allí acude todas las noches y las tardes de los días festivos aplaude los distintos ejercicios que constituyen el programa y muy especialmente los trabajos atléticos de los hermanos Pandur's y los del domador Peters con sus diez y siete fieras.

El local ha sido arreglado con mucho acierto, habiéndose construído en el centro del ruedo una pista de un metro de altura, alrededor del cual están colocados los asientos de preferencia y los palcos; encima de estas localidades se ha puesto una cubierta de brezo para templar los rayos del sol y resguardar del relente á los espectadores. De noche, el local está espléndidamente iluminado.

Lo entretenido del espectáculo y la buena temperatura que en él se disfruta hacen de este sitio lugar muy á propósito para pasar agradablemente las noches veraniegas.



BARCELONA. – LA PLAZA DE TOROS NUEVA, «ARENAS DE BARCELONA,» CONVERTIDA EN CIRCO ECUESTRE (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA. – FIESTAS DE JUNIO. – CARRERAS Á PIE ORGANIZADAS POR «EL MUNDO DEPORTIVO.» LOS CARRERISTAS EN EL SALÓN DE SAN JUAN: LOS TRES QUE SE VEN EN PRIMER TÉRMINO SON LOS QUE GANARON LOS TRES PRIMEROS PREMIOS. (De fotografía de A. Merletti.)

MISCELÁNEA

Espectáculos. – PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Monsieur Prevan*, comedia en tres actos y en verso de Gumpel y Delagnys, y *Le maître à aimer*, comedia en un acto de Pedro Veber y Hugo Delorme; en la Opera Cómica *Fortunio*, comedia musical en cinco actos, basada en *Le chandelier*, de Alfredo de Musset, letra de G. A. de Caillavet y Roberto de Flers, música de Andrés Messager; en la Comedia Francesa *La rivale*, comedia en cuatro actos de Enrique Kistemaeckers y Eugenio Delard; en el Ambigú Comique *L'enfant du Temple*, comedia de gran espectáculo en nueve cuadros de Albán de Polhes; en el teatro Rejane *Rafles*, comedia en cuatro actos de Hornung y Presbey; y en L'Oeuvre *Zenaide ou Les caprices du destin*, vaudeville en un acto de Hugo Delorme y Francisco Gally; *Une aventure de Frederic Lemaître*, comedia en dos actos de Sergio Basset, y *Placide*, comedia en un acto de Severino Mars y Jorge Dolley.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El ladrón*, comedia en tres actos de Bernstein, traducida al castellano; en el Eldorado *La madre*, traducción castellana de G. Martínez Sierra del drama en cuatro actos de Santiago Rusiñol; y en el teatro del Bosque *Mateo Falcone*, ópera en un acto de Enrique Zöllner.

La Asociación Musical de Barcelona ha dado en su domicilio social dos interesantes conciertos, en los cuales se han ejecutado con gran perfección el *Cuarteto* número 2 de Borodine, la *Sonata en fa* de R. Strauss, el *Quinteto en mi bemol* de Schumann, el *Cuarteto en re mayor* de Glazzonnon y el *Quinteto en fa menor* de César Frank. La interpretación de estas piezas ha corrido á cargo de los Sres. Perelló (violín), Margalet (violín), Ribas (viola), Rabentós (violoncelo) y Sabater (piano), que han alcanzado muchos y muy merecidos aplausos.

El *Orfeó Barcelonés* ha inaugurado su nuevo domicilio con un notable concierto, en el que las señoritas Beltrán y Serra cantaron canciones de Godard y Borrás de Palau; el niño Francisco Figueras interpretó en el piano piezas de Mozart, Chopin y Schumann; el Sr. Navarro cantó dos melodías de Morera y un fragmento del Salmo CL de César Frank, y la masa coral del orfeón, bajo la inteligente dirección de don Pedro Serra, ejecutó una hermosa composición del maestro Sr. Borrás de Palau.

Todas las piezas fueron perfectamente interpretadas y aplaudidas con entusiasmo.

Necrología.—Ha fallecido:

Bernardo Plockhorst, pintor alemán de historia, de retratos y de asuntos religiosos.

Carlos Bauer, astrónomo húngaro, fundador del observatorio de Kalocsa, inventor de varios instrumentos meteorológicos.

Clodoveo Hugues, poeta, periodista y político francés.

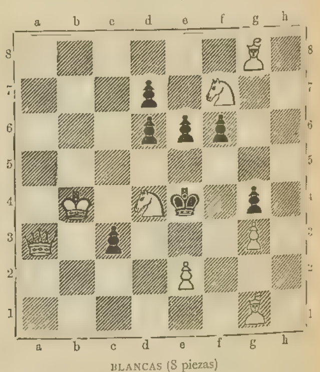
Alfredo Newton, profesor de Zoología y de Anatomía comparada de la Universidad de Cambridge.

Carlos Wilder; pintor austriaco, presidente de la Asociación de Artistas de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 467, POR V. MARÍN

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 466, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. De2-g4	1. f5×g4
2. f4-f5	2. Cualquiera.
3. C mate.	

VARIANTES.

1...... Rd5×e6; 2. Dg4-g8 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Dg4×f5 jaq., etc.

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

En aquel instante una bicicleta que corría á toda velocidad salió de una alameda

La mirada del doctor, después de haber vagado por las lejanías, recorrió el jardín cercano y se posó en un gran plátano que en otro tiempo había sido el abrigo predilecto de los niños Leniel. Entonces vióse asaltada su memoria por una multitud de recuerdos, parecidos á esas efímeras nubes que vemos revolotear en torno de nuestras cabezas en las tardes de verano. ¡Cuán alegre había sido aquella casa, llena de niños que luego fueron jóvenes y después hombres! Entristecida más adelante por muertes sucesivas, había visto desaparecer sus alegrías con sus habitantes. La hija menor, Julia, casada con el sobrino del doctor Rozel, iba allí á menudo con sus dos hijos; pero Carlos, cuyo matrimonio había destruído la paz del hogar, había fallecido pocas semanas después que su padre, dejando á su hijo Juan en completa orfandad y confiado á Aurette, que era ya señora única del Nido y señora de sí misma antes de haber cumplido los treinta años. ¡Cuán solitario debía parecerle el Nido á ciertas horas! Aquella mansión era tan vasta y tan vacía como su propia existencia.

El doctor descansó su mirada en el rostro amable de su joven amiga. Villandré había dicho la pura verdad: la señorita Leniel parecía tener, á lo sumo, veinticinco años; su boca, de labios carnosos que expresaban bondad, no tenía un solo pliegue, su frente era tersa y sus ojos color de avellana, brillantes y puros, resplandecían de juventud. La desgracia había pasado por encima de Aurette como la lluvia de tempestad por encima de ciertas flores graciosas, pero robustas, sin marchitarla.

—¿Por qué me mira usted de ese modo?, preguntó la joven sentándose al lado del antiguo amigo de su padre.

—Porque me gusta mirarte; llevas un traje muy bonito y estoy muy contento de verte sin esas ropas negras que ensombrecían tu existencia y te manchaban las manos.

Aurette se sonrió y á la vez lanzó un suspiro: los vestidos obscuros habían desaparecido, pero en el fondo de su alma aún quedaba luto. Su consejero ordinario saboreó una última gota de café, dejó la taza en la mesita puesta al alcance de su mano, y arrellanándose cómodamente en la butaca, porque aquel andarín se tornaba sibarita cuando estaba sentado, dirigió á la señorita Leniel una pregunta que había tenido en la punta de la lengua cien veces durante los dos ó tres años en que se había impuesto silencio sobre ese particular.

—¿Y resueltamente persistes en no querer casarte?

Un rubor fugaz tiñó la frente y el cuello de Aurette, pero no tardó en desaparecer, dejando en las mejillas el color sonrosado de la salud.

—Resueltamente, respondió. ¡Y usted que me había prometido no hablarme más de ello!

—Mi promesa ha prescrito, pues se remontaba á la noche de los tiempos. Y vamos á ver, ¿por qué no quieres casarte?

—Ya lo sabe usted, respondió volviendo la cabeza con ademán más bien de disgusto que de turbación.

—¿Pero todavía?

—No quiero sufrir.

—Eso es cobardía, Aurette.

—Sufrir inútilmente, quiero decir, ya que estoy dispuesta á soportarlo todo con tal que ello redunde en provecho de alguien.

El doctor se miró las uñas, que estaban bruñidas, las manos, que eran blancas, la manga de su levita de irreprochable brillo, y sacudiéndose con los dedos un átomo de polvo imaginario, dijo tranquilamente:

—¿De modo que por la falta cometida por un imbécil guardas rencor á todo el mundo?

—¿Yo? ¡Si no guardo rencor á nadie! Habla usted como si no me conociera, doctor.

Su voz había temblado ligeramente.

—Si pudiera hacerla montar un poco en cólera, pensó el Sr. Rozel, tal vez sabría al fin lo que tiene en el fondo del alma; desde hace dos años no he podido sacarle una palabra.

Y luego, contestando en voz alta á las últimas palabras de Aurette, dijo:

—Creía conocerte en otro tiempo; pero después te has vuelto tan misteriosa...

—¡Oh, misteriosa no!, exclamó la joven moviendo desdeñosamente la cabeza y con cierta amargura.

—Entonces, reservada.

—Esto tal vez sí; pero no para usted, doctor.

Aurette, cuya voz se había suavizado, puso la mano sobre el brazo de su amigo, como antiguamente hacía con su padre.

—En este caso, contéstame, dijo el Sr. Rozel. ¿Por qué has rechazado á Luis Mairet?

—Porque es un egoísta.

—¿Y á Renato Dombrez?

—Por mal educado.

—Y al joven..., ayúdame á recordar su nombre...

—¿Roberto Masón, llamado Roberto el Diablo? ¡Un muchacho recién salido del colegio! Tenía diez años menos que yo y usted no habría consentido tal crimen.

—¿Y al prefecto de Creuse y-Loire?

—¡Tenía cincuenta y cuatro años!

—Evidentemente has rechazado á hombres de todas clases, dijo el doctor desalentado, y es por consiguiente inútil que yo continúe. Vamos á ver, Aurette, hablemos con formalidad; ¿no quieres casarte?

—¿Tiene usted acaso un nuevo pretendiente que ofrecerme?

—No, por hoy no, respondió el Sr. Rozel tras un breve examen de conciencia.

—Siendo así, ¿por qué me atormenta usted?

—Porque te quiero, respondió el doctor con una viveza que hizo relampaguear por un momento sus ojos profundos y perspicaces. El destino de la mujer es casarse, Aurette.

La señorita Leniel volvió la cabeza y miró hacia fuera. El sol brillaba en el valle sobre las ondas del agua, sobre los tiernos botones de los árboles y sobre los pedazos de vidrio por tierra esparcidos, con una intensidad que sembraba el paisaje de diamantes.

—Julia se casó, dijo Aurette lentamente.

—Julia es mi sobrina, pero tú eres casi mi hija, repuso el doctor en voz baja, desde que tu padre al morir te confió á mí... Soy viejo, hija mía; puedo morir el mejor día, y entonces, ¿á quién te dejo?

—¡A mi sobrino Juan!, respondió la señorita Leniel disimulando su emoción bajo una sonrisa. ¿Cree usted que no es un buen guardián?

—Demasiado bueno, porque te monopoliza hasta la ferocidad. Pero ahora está en el liceo y dentro de algunos años sólo tendrá libres los domingos para poner mala cara á los que te miren.

—Todas las noches viene, dijo alegremente Aurette.

—Sí, pero esos excelentes profesores, hombres dignos si los hay, le dan lecciones que tiene que estudiar, y luego se cae de sueño y se acuesta.

—Siempre tendrá las vacaciones, replicó la joven esperando poder desviar la conversación.

Pero el Sr. Rozel tenía su plan y se mantuvo firme.

—¡Vamos, Aurette, seamos formales por amor de Dios! Ya comprenderás que no me divierte ni pizca el mortificarte, y sé demasiado que te mortifico. ¿Por qué no quieres casarte?

Aurette irguió la cabeza con un hermoso gesto de rebeldía, y dijo con ardor un tanto febril:

—Porque después de los años que he dedicado á curar mi herida, ahora tengo derecho á la paz. Sé lo que usted me ha dicho cien veces, que nadie está obligado á contraer un matrimonio de amor; pero yo digo á mi vez que no puedo contraer lo que se llama un matrimonio de razón ó de conveniencia.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque..., porque he probado ese vino que embriaga, que enloquece. El caso no está previsto, ¿verdad? Cuando Raúl Bertholón solicitó la mano de la señorita Aurette Leniel, hará pronto de esto diez años, ¡sí, diez años, doctor!, no le pidió al mismo tiempo que le amara. Era bonita, bien puedo decirlo después de tanto tiempo...

—Y continúas siéndolo, repuso el Sr. Rozel interrumpiéndola; no has variado.

—¡Qué importa!, siguió diciendo Aurette con un gesto desdeñoso. Era rica, bien educada, de buena familia; era, en una palabra, un partido excelente; pero el Sr. Bertholón no necesitaba ser amado; esto no entraba en sus cálculos... ¡Ah, si me hubiese casado con él, mi amor habría sido para él una molestia! Afortunadamente no llegué á ser su esposa. Desde entonces, ¡cuántas veces he bendecido á mi pobre hermano por haber sido inconscientemente causa de aquella ruptura!

—Aurette, Bertholón murió miserablemente aplastado, como en un laminador, entre su mujer y su madre. ¡Bien puedes perdonarlo!

—Hacía tiempo que le había perdonado, aun antes de saber que estaba reducido á la esclavitud, como le vi una vez...

Ante los ojos de su pensamiento reapareció la figura deplorable, humillada, del que había sido su novio, tal como se le había presentado un día de invierno, entre la niebla cada vez más espesa, después que un matrimonio mercenario había hecho de él un ser infeliz y extraviado.

—No es á él á quien guardo rencor, añadió Aurette, sino á mí misma, fíjese usted bien, doctor. Nadie me pedía que le amara hasta ese extremo; fuí yo quien me levanté de cascos y creí necesario entregar toda mi alma á quien nada tenía que hacer de ella. Amé mi quimera... ¡Ah, doctor, cuán malo es amar una quimera! La vida se ha vengado; la culpa es mía por haberle pedido más de lo que ella puede dar.

—Hay matrimonios de amor; mira, si no, á tu hermana.

—Mi hermana ha sido afortunada en su elección..., yo no lo fuí.

—Ahora tienes más experiencia y sabrías juzgar mejor á un hombre.

—Doctor, cuando se ama no se juzga..., se ama.

—No siempre. Yo amé mucho á mi esposa y sin embargo la conocía bien y apreciaba sus cualidades y sus defectos; nunca me consolaré de haberla perdido.

—Ya he dicho á usted que soy una quimérica; si amase, no juzgaría.

—Las personas cambian...

—¿Y si yo no hubiese cambiado? Tengo miedo, mire usted, verdadero miedo de volver á empezar á sufrir. Ni mi padre ni usted mismo han sabido nunca lo que yo he padecido; sólo Julia lo ha adivinado, pero como se adivinan las cosas á los diez y siete años..., es decir, que no ha sospechado ni la centésima parte de lo que yo he sentido. El Sr. Bertholón no tenía nada de particular, después lo he visto; pero me gustaba por ciertos dones naturales de hombría de bien, de afabilidad, y en fin, ¿acaso sabe uno por qué ama? Yo le amé, ó mejor dicho, amé en él el amor. ¡Ah, doctor, era tan hermoso amarle! ¡Veía la vida tan dulce á su lado! ¿Sabe usted cómo la veía? ¡Como un sacrificio perpetuo de mis gustos, de mis preferencias! Habríame complacido saber que él no amaba algo que yo amase, para arrancar ese algo de mí misma á fin de agradarle. Esto era amar hasta la locura, pero ¿no se dice acaso amar con locura? ¿Qué sucedió? Que el Sr. Bertholón, pretextando que mi hermano había contraído un matrimonio que sólo á medias satisfacía las conveniencias sociales, me repudió..., en realidad, que su madre le había encontrado una novia más rica que yo. ¿Y cree usted que no era este motivo bastante para destruir toda una existencia?

—No, no lo veo así. Bertholón era tan digno de lástima como de censura, convengo en ello; pero la misma indignidad del personaje debía curarte de tu amor.

—¡Más aún que esto! ¡Me ha curado del amor! No es que yo maldiga á ese querido y delicioso viajero que nos visita y vuelve á partir; al contrario, á pesar de mi pena, siempre he dado gracias á Dios por habérmelo enviado; pero tengo miedo de él, sí, miedo. ¿Cree usted, doctor, que Semelé, después de haber sido herida por el rayo, habría deseado que se le apareciera Júpiter entre el fragor del trueno?

—¡Qué diantre! Hay mujeres á quienes gusta eso; pero tú no eres de esta especie. ¿No temes, Aurette, que Júpiter, indignado por tus desdenes, te visite de nuevo sin que tú se lo pidas?

—Me preservo y me preserva Juan.

—Tu Juanito es un guardián excelente, pero ¿no te parece que sería bueno hacer que no siguiera llamándote mamá Aurette? Es demasiado grande, y siendo tú soltera, la cosa no resulta muy regular que digamos á los ojos de las personas que no te conocen.

—¿Qué me importa?, repuso la señorita Leniel ruborizándose.

Pero luego, mudando de pareecer, añadió:

—Creo, sin embargo, que tiene usted razón; pero ello va á causar profunda pena á Juan. Es un alma tierna, y la doble pérdida de su padre y de su abuelo le ha hecho sufrir ya mucho...

—Nada perderá con darse cuenta de que no eres su verdadera madre, y te aseguro, Aurette, que es necesario. ¿Quieres que yo me encargue de decírselo?

—¡Oh, no!, exclamó Aurette con viveza.

Mas comprendiendo en seguida lo que en esta respuesta podía haber de mortificante para su amigo, añadió:

—Se lo diré una tarde charlando; ya sabe usted que charlamos mucho los dos.

—Charláis demasiado. Harás de tu Juan una segunda Aurette; sería menester un hombre para educar á ese niño... Y aquí tienes un argumento en favor de tu matrimonio.

—¿Y si ese caballero desconocido le educaba mal? Ya ve usted cómo su argumento se vuelve contra usted mismo.

—Me has derrotado y me voy; pero volveré á la carga, tenlo entendido.

—Cuando usted quiera, dijo la joven sonriendo afablemente.

El doctor le cogió bruscamente la cabeza con las dos manos y la besó. Testigo, si no confidente, de la gran lucha secreta en que estuvo en otro tiempo á punto de sucumbir lo mejor del alma de Aurette, y en la cual sólo la salvaron la caridad ardiente y el ferviente amor de la familia, conocía mejor que nadie cuáles virtudes de heroísmo y de abnegación había tenido la joven que llamar en su auxilio.

—¡Cuánto diera por verte dichosa!, dijo el señor Rozel.

—Lo soy. Tengo á mi Juan, mis flores, mis pobres... ¿Quiere usted que sea franca? Pues bien: nunca me siento tan feliz como cuando camino en medio de dificultades prodigiosas..., en provecho ajeno, por supuesto. Cuando veo á mis amigos apurados, cuando mis pobres sufren graves enfermedades, cuando se pierden las cosechas, es decir, cuando hay que hacer frente á todo, que consolar á los unos, dar pan á los otros, coser vestidos para los pequeños y velar junto á las personas mayores, entonces nado en la alegría y me parece que á mi alma le crecen alas. ¡Ya puede, en esas ocasiones, llover, hacer viento ó nevar! ¡Qué importa! Yo corro y me siento ligera.

—¡Ah, hija mía! Por más que digas, has nacido para el matrimonio, dijo espontáneamente el doctor.

Soltaron ambos la carcajada y se separaron afectuosamente. El Sr. Rozel, después que se hubo sentado en la pequeña victoria baja que Aurette utilizaba para sus paseos, todavía se volvió para contemplarla una vez más. La señorita Leniel, apoyada en la balaustrada, inclinaba hacia adelante su esbelta y graciosa figura, y en su sonrisa y en sus ojos había una caricia que parecía acompañar al doctor hasta fuera del Nido.

—¡Qué lástima!, exclamó el doctor. ¡Qué lástima!

II

Aurette escuchó cómo el ruido del coche sobre la arena de la alameda iba disminuyendo y acababa por extinguirse. ¡Cuántas veces había recogido de esta suerte el último sonido que acompañaba la partida de algún amado ausente! Por tranquilo que fuese el estado de su espíritu, siempre experimentaba un poco de melancolía; por esto, después de haber titubeado un instante entre el interior de la casa adonde la llamaban sus deberes de ama, y el parque que la atraía con todo el esplendor de sus retoños, decidió bajar al jardín.

Su cutis, de invencible frescura, no temía el sol ni el viento; con la cabeza descubierta recorrió las alamedas en donde los jóvenes olmos, delgados todavía y desprovistos de follaje, proyectaban una randa de encaje de exquisita delicadeza sobre la arena lavada por las lluvias. Pensaba en las cosas pasadas; las palabras del doctor habían removido en ella penas adormecidas, no tanto pesares quizás como sensaciones dolorosas del alma en el sitio en otro tiempo herido y que, al recibir un golpe, podía aún sufrir. Impulsada por un instinto secreto, llegó hasta una terraza muy apartada del edificio y desde la cual la vista se extendía sin obstáculo por las colinas del Loire, y se detuvo en el borde de la misma con la mirada perdida en el espacio. Era allí en donde una noche de verano, abrumada por el dolor de su amor burlado, había empeñado la gran batalla de su vida; durante una hora, habíase creído capaz de una vengadora cólera y había entreabierto la puerta de los malos pensamientos..., pero al fin habían triunfado la bondad y el perdón, que constituían la esencia misma de su naturaleza. Había comprendido que el peso de una palabra cruel, aun siendo justa, gravitaría eternamente sobre su alma, y había preferido el dolor causado por otro al remordimiento nacido de ella misma. Aquel día Aurette, sin saberlo, había entrado á figurar entre los valientes y los fuertes.

¡Pero cuánto había llorado! Después de los años transcurridos, el recuerdo de aquella tempestad de lágrimas todavía humedeció sus párpados.

—¡Es posible que haya sufrido tanto y que viva!, se dijo examinándose á sí misma por vez primera desde aquella época tormentosa. Sin embargo, he sufrido después por cosas bien distintas.

Ahondando en lo más profundo de su ser, hubo de confesarse que ni la muerte de su hermano, ni la de su padre, ésta sobre todo, que la había privado de su mejor y más grande alegría, habían impreso en ella una marca abrasante, indeleble, como su amor perdido.

—¿Es posible, pensó un tanto avergonzada, que por una cosa personal, egoísta, me haya dejado conturbar hasta tal extremo?

Entonces comprendió que, después de todo, no era una cosa tan egoísta: la pérdida del ideal es un sufrimiento humano común á todos ó casi á todos..., ¿y acaso no se había consolado Aurette pensando que otros habían sufrido como ella?

—Mi alma está en paz, se dijo; he llevado mi carga, he hecho mi jornada y ahora tengo derecho al reposo; lo he comprado, es mío, y Dios mediante, lo conservaré.

Abarcó de una ojeada el paisaje; allí había deseado morir, rebelándose contra el deber que la encadenaba á la vida; allí había visto surgir las estrellas, sus amigas, sus confidentes, sus consoladoras, y ¡cómo había sentido desgarrársele el corazón! Pero entonces, hacía de ello muchos años, era de noche; ahora en cambio era de día, un día hermoso de primavera. Regresó lentamente al Nido; los senderos olían á violeta; los jacintos lucían sus flores azules á la sombra de los sotos, y las primaveras doraban los bordes de los taludes. De pronto cantó una voz alegre en los árboles: era un pinzón que gorjeaba hasta no poder más, excitado por la primaveral embriaguez. Aurette sonrió al sol, al pinzón, á la vida; sus padecimientos pasados habíanle dado nuevas fuerzas y ahora se sentía en la plenitud de su juventud; rica, estimada, querida por todos aquellos á quienes iluminaba con su gracia y su belleza.

—Después de todo, es bueno el vivir, pensó mientras cruzaba la terraza, llena en todo tiempo de flores espléndidas y perfumadas. ¡Sólo por ver todos los días esas maravillas pueden soportarse muchas molestias!

—¡Mamá Aurette!, gritó Juan, cuyos ágiles pies hacían volar la arena. ¿Dónde te ocultas?

—¿Ya estás aquí, hijo mío?, exclamó Aurette corriendo hacia él. ¿Es, pues, muy tarde?

—¡Ya lo creo! Buenas tardes, mamá Aurette. ¿No te pasa nada?

La joven se había inclinado para besar al niño, el cual cogió con sus manos aquel rostro bondadoso en el que se había concentrado para él toda la alegría de la vida.

—¿Qué quieres que me pase, Juan?, preguntó la señorita Leniel asombrada.

—¿De veras? ¿No te sucede nada malo?

—Nada, hijo mío; pero ¿á que vienen esas preguntas?

El niño, como pesaroso, soltó aquella cara querida después de haberla escudriñado con ojos extrañamente perspicaces para su edad.

—Cuando salíamos del liceo, uno de los mayores decía que el Sr. Villandré, el profesor de física, te había atropellado con su bicicleta. ¡Si supieras el miedo que he pasado! Al subir á la victoria, he preguntado á Brochet y me ha dicho que no tenías nada

y que no sabía que te hubiese ocurrido nada de particular, á pesar de lo cual el miedo no me ha abandonado. ¿De modo que no es verdad?

—No, Juan mío, nadie me ha atropellado con una bicicleta, respondió Aurette, no sin cierta contrariedad al pensar que había sido objeto de conversación de los alumnos mayores.

—Está bien, repuso el muchacho; mañana les diré que son un hato de embusteros.

—Oye, Juan, mejor será que no digas nada, dijo Aurette después de un segundo de reflexión. Esta mañana, mientras hablaba con el doctor Rozel en el centro de la plaza de Andrés Leroy, llegó el Sr. Villandré con su bicicleta y habría podido atropellarme si él y yo hubiésemos estado distraídos. Esto es todo lo que ha pasado y me complacerás no hablando á nadie de ello.

—¿Y si dicen que te ha atropellado?

—Les dejarás que digan si, como vuelvo á decirte, quieres darme gusto.

Juan quedóse perplejo; su pequeño cerebro de niño escrupulosamente honrado no comprendía sino imperfectamente la necesidad de los compromisos de la prudencia.

—Mamá Aurette, esto me desagrada, dijo con aire de gravedad; no puedo ver los embusteros.

—Puede uno equivocarse sin incurrir por esto en mentira. Ya ves que en el fondo hay algo de verdad en lo que se dice.

Esta última frase tranquilizó algo al pequeño.

—Mira, mamá Aurette, todo esto se debe á que en el liceo hay quienes detestan al Sr. Villandré; le tienen envidia y yo sé por qué se la tienen.

Diciendo esto levantó la cabeza con tal aire de suficiencia, que Aurette hubo de reprimir una sonrisa.

—Pues sí, le envidian porque monta demasiado bien en bicicleta. Es el mejor ciclista de Angers y no es de Angers, y esto les da rabia. Yo, en cambio, quiero mucho al Sr. Villandré aunque no sea todavía mi profesor.

—¿De modo que le conoces?, preguntó Aurette regocijada.

—¡Ya lo creo que le conozco! Me habló un día que el doctor Rozel estuvo en el liceo. Y tú conoces mucho á su hermana.

—¿Yo?, exclamó Aurette sorprendida de que su sobrino de siete años y medio estuviese tan enterado de sus relaciones sociales.

—Sí, tú; la has visto en casa de tía Julia. Es la señorita Brelet.

—¿La señorita Brelet? En efecto, la conozco..., es encantadora. Pero ¿cómo se llama Brelet?

—Por su padre, respondió Juan gravemente. Su mamá se casó dos veces.

Al oir esto, Aurette no pudo contener la risa que hacía un rato la dominaba.

—¿Conque lo sabes todo? Paréceme que en el liceo aprendes algo más que la gramática.

—¡Oh, está tranquila! Se cuenten allí muchas cosas.

Juan, que había recobrado la alegría propia de su edad, se puso á brincar en torno de Aurette, en compañía del viejo Bruno, que aunque se había emperezado sentíase siempre joven en presencia del chiquillo. La joven se regocijó viéndoles revolcarse juntos por la arena, con gran detrimento del traje del niño, pero con un entusiasmo enteramente juvenil.

—¡A veces me olvido de que aún no tiene ocho años!, pensó. Es tan razonable y listo... ¡Pobre pequeño, soy demasiado vieja para ser la compañera que le convendría!

En las tres horas siguientes al anterior diálogo, Juan no dió muestra alguna de perspicacia extraordinaria y charló por los codos con ese abandono y esa seguridad que demuestran la rectitud de alma y la certeza de ser amado. Después, poco antes de la hora de acostarse, se acurrucó entre las rodillas de Aurette, casi envuelto en la falda de su vestido y permaneció callado. Transcurrido un buen rato, alzó la cabeza y dijo:

—Oye, ¿le quieres tú al Sr. Villandré?

Aurette, que leía una revista, suspendió su lectura.

—No le conozco, hijo mío, no puedo, pues, contestarte.

—Pero ¿te gusta? ¿Así, de primera impresión?

—Creo que me gustaría bastante, pero no lo sé.

—Pues yo lo quiero mucho, ¡es el rey de la bicicleta! ¿Y cuándo me regalarás una bicicleta?

—Cuando esté usted seguro, mi señor don Juan, de que no la utilizará usted para atropellar á las señoras, le respondió Aurette riendo. Y ahora, vámonos á la cama.

El niño, cogido de la mano de su tía, subió dócilmente la escalera. Mientras iba y venía desnudándose por su cuarto, contiguo al de Aurette, ésta le miraba con singular atención. Realmente era demasiado alto para su edad, demasiado desarrollado intelectualmente, demasiado sagaz... ¿Sería verdad que se exponía á hacer de él una segunda Aurette? Entonces recordó lo que había prometido al doctor y se puso muy seria.

—¡Ah, hija mía! Por más que digas, has nacido para el matrimonio

Juan, después de haber rezado silenciosamente, se deslizó en su cama estrecha, y con un gesto adorable de niño mimoso, tendió los brazos á su tía para darle las buenas noches. Aurette se sintió profundamente conmovida y acometida de grandes ganas de llorar; pero como estaba acostumbrada á reprimirse, las lágrimas se detuvieron al borde de sus ojos, y con un movimiento de infinita dulzura se arrodilló junto á la cama, cogió las dos manos del niño entre las suyas y después de haberle besado cariñosamente le dijo:

—¿Has rezado por tu madre que está en el cielo?

—Sí, respondió Juan sorprendido.

—¿Piensas en ella alguna vez?

—¡En ella! ¡En mi madre que está en el cielo!.., exclamó vacilante, como si quisiera poner en orden sus pensamientos.

Cuatro años hacía que repetía aquella frase mañana y tarde sin comprender su verdadero sentido; y ahora miró perplejo á su tía y en sus ojos, tan parecidos á los de ésta, brilló una interrogación casi espantada.

—¿Te acuerdas de tu padre, Juan?

—¡De papá! ¡Oh, sí, ya lo creo! No hace tanto tiempo...

El pecho del niño pareció levantarse á impulsos de un sollozo y Aurette oprimió aún más tiernamente las dos manos que tenía entre las suyas.

—Y de tu mamá, ¿te acuerdas?

—¿De mamá? Qué, ¿no eres tú mi mamá?.. ¡Ay! Es verdad..., no eres tú, puesto que te llamas señorita Leniel... Mamá..., también mamá murió... ¿De modo que soy huérfano?

Esta palabra sonó de una manera tan extraña en la boca del niño, que su tía, á pesar de sus esfuerzos, no pudo contener las lágrimas. Como Aurette estaba de espaldas á la vela, Juan acaso no vió esas lágrimas, pero sus manos habíanse quedado heladas entre las de aquélla.

—Sí, Juan mío, eres huérfano de padre y madre; mas no estás solo ni abandonado; tu tía Julia y tu tío Deblay te quieren con toda su alma y yo...

—Tú eres mamá Aurette, repuso el niño echándole los brazos al cuello con apasionada ternura.

Pero al cabo de un instante añadió:

—¿De modo que no eres mi mamá, sino mi tía..., como tía Julia?

—Sí, monín, tu tía precisamente.

—¡Ah! Tú para mi eres más que todo.., mucho más que tía Julia y que tío Armando y que el doctor Rozel y que todo... todo...

Aurette le besó con infinita dulzura. También era para ella más que todo desde que no tenía á su padre.

—¿No te causa pena esto, Juan?

—¿Pena?.. ¿Y por qué?, respondió filosóficamente el muchacho. Esto en nada altera las cosas. En realidad era tonto llamarte mamá, pero no se me había ocurrido.

—No, Juan, era muy agradable, pero vas creciendo...

—Pierde cuidado, en adelante no te llamaré así. ¡Debo haber parecido muy simplón! ¡Tú, que ni siquiera estás casada!.. Buenas noches, tía Aurette, mi querida tía Aurette.

Esta se despidió de él y entró en su cuarto. Sin saber por qué, tenía ganas de llorar; parecíale que en su existencia acababa de romperse algo muy precioso. Su reflexión no lograba persuadirla de que nada había cambiado, pues su corazón no quería dejarse engañar: algo había cambiado, sí; algo, que jamás volvería á encontrar, se había roto en ella... «Tú, que ni siquiera estás casada,» había dicho su sobrino de siete años. ¿En dónde había aprendido esas nuevas nociones de la existencia? ¡En el Nido no, positivamente!

De esta suerte la vida pública arrebataría poco á poco á ese niño la frescura y la ingenuidad de sus impresiones sin que á ella le fuera dado evitarlo, sin que pudiera siquiera saberlo. Sólo en el curso de sus conversaciones averiguaría fragmentariamente lo que el contacto de los demás quitaría ó daría á esa criatura bienamada. Un hombre sabría qué era lo que había de decir, qué era lo que había de hacer y encontraría medio de rectificar ideas falsas y de inculcar ideas justas; pero ella, una mujer..., una solterona...

—El doctor tiene razón, pensó con infinito desaliento, para dirigir esa educación sería menester un hombre.

Y Aurette lloró por sus queridos muertos con una amargura nueva que jamás había sospechado.

III

Algunos días después, hallándose en casa de Julia, Aurette se fijó, entre otras visitantes casi todas elegantes y jóvenes, en una señorita sencillamente vestida con un traje azul obscuro que permanecía modestamente sentada algo fuera del círculo, aunque sin la menor afectación.

—¡Pues si es la señorita Brelet!, pensó. ¡Qué extraño! Nunca imaginé que fuese la hermana de aquel joven...

Los ojos de la señorita Brelet se encontraron con los de Aurette con una expresión tan dulce, tan inteligente, tan llena de admiración, que la señorita Leniel se acordó sin querer de la mirada que le había dirigido Natividad Villandré cuando estuvo á punto de atropellarla y vió que existía cierta semejanza entre los dos hermanos. Los lindos ojos azules parecía que la llamaban; Aurette se levantó y fué á sentarse al lado de la joven, que se ruborizó de placer.

—¡Oh, señorita, cuán contenta estoy de ver á usted!

—¿Por qué?, preguntó Aurette sonriendo.

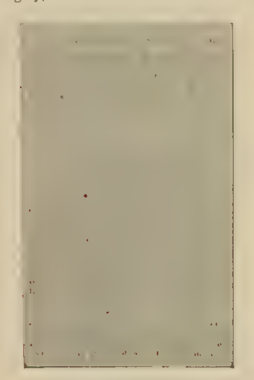
—¡Mi hermano tenía tanto miedo de haberla asustado!.. Usted le habló muy bondadosamente, según me ha dicho; pero esa bondad podía no ser más que cortesía.

(Se continuará.)

ALGUNOS PROBLEMAS CASI RESUELTOS POR LA CIENCIA

Uno de los problemas que han preocupado á los hombres de ciencia durante el último cuarto de siglo ha sido hallar el modo de utilizar el calor solar. Nada nos interesa tanto como tener provisión de calórico para atender á nuestras necesidades económicas é industriales. Hasta ahora los inventores no han dado con la manera de conservar el calor, y eso á pesar de preverse que ha de llegar el funesto día en que esta cuestión sea de vida ó muerte para los habitantes de la Tierra. Como ya dijo antes Stepheson, el sol es quien en realidad pone en movimiento todas nuestras máquinas, si bien indirectamente; pues ¿qué es el carbón sino fuerza solar almacenada? Según el profesor Langley, de cada vara cuadrada de superficie terrestre expuesta á los rayos perpendiculares del sol se podría obtener más de un caballo de vapor de fuerza. Por lo tanto, en una área menor que la de Londres el calor del mediodía en uno de mediana temperatura, sería suficiente para hacer funcionar todas las máquinas que hay en el mundo. Uno de los primeros que llevaron á la práctica esa idea fué Mr. Mouchot, que construyó una máquina solar parecida á un gigantesco paraguas invertido. Ese reflector parabólico concentraba el calor en una caldera situada en el foco, la que ponía en movimiento una máquina de vapor. Mr. Ericcson la perfeccionó; pero hasta ahora se tropieza con la dificultad del excesivo coste de producción.

Máquina solar de Tesla. El calor del sol pone en movimiento una máquina de vapor, que produce electricidad que se acumula en baterías



La tipografía del porvenir. Facsímile de la página de un libro impreso sin ninguna clase de tinta

«Espero que ha de llegar el día—ha dicho recientemente M. Tesla—en que con un aparato que he inventado dominaré de tal modo los rayos solares, que ellos moverán toda la maquinaria de nuestras fábricas y todos los trenes y carruajes, servirán de combustible en todas nuestras cocinas y darán cuanta luz necesite el hombre, así de noche como de día. En resumen, substituirán á la leña y al carbón en la producción de fuerza motriz, calor y luz eléctrica.»

Su idea es bastante sencilla: consiste en concentrar el calor del sol en un foco por medio de una serie de espejos y cristales de aumento; el calor intenso producido de ese modo va dirigido á un cilindro de cristal lleno de agua preparada químicamente para que con gran rapidez se convierta en vapor, el que hará funcionar una máquina que á su vez produzca electricidad, la que se irá recogiendo en baterías acumuladoras, obteniéndose de este modo una provisión de ella grande y económica para toda clase de aplicaciones. Diseminando por todas partes esas estaciones solares por miles, quedaría satisfactoriamente resuelto para la humanidad todo el problema industrial.

El profesor Berthelot ha hablado de la electricidad que podría obtenerse aprovechando la movilidad del mar. Si de ese modo pudiéramos hacernos con un manantial continuo de electricidad para calefacción y fuerza mecánica, el problema quedaba solucionado; pero casi todos los hombres de ciencia opinan que al sol y á la fuerza solar es adonde tiene que dirigir la vista el hombre del porvenir. Guillermo Siemens ha valorado la temperatura sensible del sol en 3.000° del termómetro centígrado, inmenso depósito de calor adonde se podrá acudir cuando se haya concluído la actual provisión de carbón. El que halle la manera de aprovechar para la industria la gran fuerza solar que hoy se pierde en los desiertos del Africa del Norte ó en las costas del Mar Rojo, produciría en el modo de ser de la humanidad una revolución más grande que ninguna de las que han causado los grandes conquistadores que registra la historia.

De los Estados Unidos nos llega la noticia de otro invento que ha de formar época, debido al insigne americano Tomás Alva Edisson. Esta vez se trata de una batería de acumuladores que, según dice, podrá recorrer 100.000 millas antes de agotarse; por la módica suma de 200 dólars, el que la compre podrá disponer de una fuerza motriz que no hay necesidad de renovar en quince años.

Después de muchas experiencias con diversas substancias, Mr. Edisson por fin ha hallado que el cobalto puede substituir al plomo en la composición de la pila eléctrica. Pero siendo aquél uno de los metales más escasos, no quedaba resuelto el problema completamente. Por ese motivo hizo grandes exploraciones por los Estados Unidos por ver si hallaba el cobalto en cantidad suficiente para poderlo utilizar con ventaja; y ha logrado descubrirlo en abundancia en el Canadá, Wisconsin, Oregon y Kentucky. En la substitución, pues, del plomo por el cobalto está el fundamento de la nueva invención.

Electrocultura del porvenir. A y B son placas de metal enterradas en la tierra á los dos lados de un árbol. Una corriente que entra en A, pasa por debajo de la tierra y por las raíces hasta B. El árbol que se ve á la izquierda no ha sido sometido á la corriente eléctrica.

No hace mucho que el profesor R. M. Duncán escribía: «La celuloide (pulpa de madera) es, dentro de ciertos límites, extraordinariamente sensitiva. A una substancia conocida por diazo-primulina la afecta la luz con mucha lentitud; pero si se la coloca sobre un papel de celuloide, por causas que no se conocen todavía se descompone espontáneamente á la luz del sol. De este hecho ha tomado origen un procedimiento de impresión fotográfica negativa. También hasta cierto punto parece que es la celuloide buena conductora de la electricidad.

Fíjese una moneda al extremo positivo de una batería y un pliego de papel húmedo al negativo; oprímase la primera contra el segundo, y después de revelarlo apropiadamente, aparece su imagen. Si se cambia la polaridad y se repite la operación, no se notará ningún resultado aparente; pero aun después de transcurridos meses, si se le trata con una sal de plata y un revelador, se verá en seguida la imagen de la moneda. Nada tiene de imposible que este hecho, al parecer insignificante, nos lleve á hallar la manera de imprimir eléctricamente sin necesidad de tinta.»

La nueva batería prometida por Edisson, que resolverá el problema de la traslación rápida y económica

Con frecuencia se ha hecho la prueba de la moneda; de esto á probar de imprimir una página con caracteres de imprenta no había más que un paso. Según nuestras noticias, la primera tentativa que se ha hecho es la que reproduce el grabado adjunto. Mr. E. K. Davenport asegura que «los ingredientes que efectuaron el ennegrecimiento de las partes puestas en contacto con el metal estaban contenidas en el papel, hecho con pulpa de Terranova.» Claro está que el invento todavía deja mucho que desear desde el punto de vista comercial; pero ¡qué campo tan ancho nos presenta ante la vista este descubrimiento, aun limitándolo á la impresión económica de los periódicos! Se dice que con penique y medio de esa solución se puede impregnar un quintal de papel. Si se llegan á descubrir diversas soluciones que sometidas al choque eléctrico produzcan distintos colores, entonces hay que convenir en que los hados han decretado la próxima desaparición de los fabricantes de tinta.

Se sabía desde hace tiempo que la electricidad tenía su valor en la viticultura, pero hasta ahora no se habían hecho experimentos en grande escala. La electrocultura está ahora entrando en Suiza en una nueva etapa bajo la dirección de Mr. Adolfo Barde. No solamente se ha visto que un *voltage* alto hace adelantar el crecimiento de las vides, sino que también concluye con la plaga de la filoxera. Asimismo se ha aplicado á los manzanos el método de Fuchs uno, en las cercanías de Dieppe, ha dado sorprendentes resultados, con una producción muy superior a la de sus demás compañeros.—ARTURO J. DELLING.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ANTONIO MONTES. – Un tomo de 94 páginas; volumen VIII de la Biblioteca Sol y Sombra, que con tanto éxito publica en Madrid el editor Ginés Carrión. Precio, 50 céntimos.

CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA CIVIL Y MILITAR DE COLOMBIA, por *Francisco J. Vergara y Velasco*. Segunda serie. – Un cuaderno de 64 páginas impreso en Bogotá, en la Imprenta Eléctrica.

EPÍTOME DE GRAMÁTICA CASTELLANA, DE CONFORMIDAD CON LOS PRECEPTOS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, por *Primitivo Sanmartí*. – Un tomo de 292 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, 1'50 pesetas.

COMPENDIO DE GRAMÁTICA CASTELLANA, por *P. Sanmartí*. Décima edición. – Un tomo de 520 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, seis pesetas encuadernado en percalina.

NOCIONES DE ORTOLOGÍA CASTELLANA, por *P. Sanmartí*. – Un folleto de veinte páginas, editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, 50 céntimos.

LITERATURA MILITAR PRECEPTIVA, por *D. Fernando Altolaguirre*. – Un tomo de 96 páginas, primera parte en que se estudia la literatura general, en seis capítulos dedicados al arte, á la literatura, al género oratorio, al discurso, al género didáctico y á la historia. La obra ha sido premiada con una cruz blanca del Mérito Militar y editada en Madrid por los «Anales del Ejército y de la Armada.»

Relieve para un sepulcro, obra de Juan Schwegerle

TRATADO DE METODOLOGÍA Y CRÍTICA HISTÓRICA Y ELEMENTOS DE CRONOLOGÍA COLOMBIANA, por *F. J. Vergara y Velasco*. – Un tomo de 164 páginas con un prólogo de Luis Trigueros, impreso en la Imprenta Eléctrica de Bogotá.

EL SANTO EVANGELIO. Los cuatro evangelios compilados en uno solo por *Primitivo Sanmartí*. – Un tomo de 332 páginas, ilustrado, publicado con licencia del Ordinario y editado en Barcelona. Véndese encuadernado á una peseta en la Librería Católica y en la de Subirana hermanos.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ARBOL EN ESPAÑA. AÑO 1906. – Un tomo de 125 páginas con numerosos grabados, publicado por la Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol en Barcelona, é impreso en esta ciudad en la tipolitografía de J. Casamajó.

LA EVOLUCIÓN DEL ACENTO Y BREVE CRÍTICA AL SISTEMA DE ACENTUACIÓN IMPUESTO POR LA REAL ACADEMIA, por *Juan B. Selva*. – Folleto de 30 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Félix Lajouane.

ELENA, poema por *A. Llenas Godazi*. – Folleto de 12 páginas, impreso en la Tipografía Moderna, en San Fernando de Apure (Venezuela).

VALOR, por *Modesto Urgell*. – Drama en un acto estrenado con buen éxito en catalán y castellano en los teatros Principal y Eldorado de Barcelona. Edición castellana, impresa en Barcelona en la imprenta Badía. Precio, una peseta.

EL GUSANO DE SEDA, por *Alfonso Nogués*. – Un tomo de 66 páginas en que se estudian la historia del gusano de seda, su cría, sus habitaciones, los cuidados que requiere, su alimentación, sus enfermedades y la manera de curarlas. Contiene además un estudio de la morera, su cultivo, sus trasplantes, sus enfermedades y causas de su degeneración y algunas notas referentes al cultivo de otros árboles cuyas hojas alimentan al gusano de seda. Editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 1'50 pesetas.

Barcelona. – Banquete ofrecido por la Comisión ejecutiva del monumento al Dr. Robert al escultor José Llimona (×), á quien le ha sido concedida la medalla de honor en la V Exposición Internacional de Arte. (De fotografía de A. Merletti.)

El Jurado de la V Exposición Internacional de Arte ha concedido la más alta recompensa, es decir, el premio de honor, al escultor Sr. Llimona por el fragmento del monumento al Dr. Robert; y la comisión ejecutiva de ese monumento, queriendo dar un testimonio de admiración al artista premiado, organizó en obsequio al mismo un banquete que se efectuó hace pocos días en la «Maison Dorée.» Asistieron á la fiesta 125 comensales, entre los cuales tenían representación brillantísima el arte, la literatura, la industria y el comercio, y á la hora de los brindis hablaron el Dr. Fargas, vicepresidente de la citada comisión, y los señores Baixeras, Gili y Roig, Cabot, Rusiñol, Albó, Utrillo (M.), Atché, Guiloni, Trías, Cunill, Vega, Rialp, Pirozzini, Rodríguez Codolé, Vidal y Ribas, Riquer y Rogent, dedicando todos entusiastas frases al obsequiado y á los sentimientos que le han inspirado la grandiosa obra que perpetuará la memoria del eminentísimo Dr. Robert. El Sr. Llimona, profundamente emocionado, pronunció sentidas palabras de agradecimiento.

La fiesta resultó hermosa y bajo todos conceptos digna del ilustre artista en cuyo honor se había organizado.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 8 de julio de 1907 — Núm. 1.332

EL HOMBRE QUE ANDA, notable escultura de Rodin
(París. – Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. 1907.) (Reproducción autorizada.)

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Chile: situación política y estado económico. —*Uruguay:* prosperidad de la República. —*Paraguay:* cuestión de límites con *Bolivia:* el arbitraje argentino. —*Perú:* la obra de regeneración y engrandecimiento: los viajes del presidente: potencia productiva del país: la instrucción pública, la marina y el ejército. —*Colombia:* reorganización militar. —La moralidad financiera de la América latina: la lista negra de las haciendas americanas.

Bajo la presidencia del Sr. Montt continúa la instabilidad ministerial, característica de la política interior chilena en estos últimos años. A principios de mayo funcionaba gabinete recientemente constituído; en los primeros días de junio ya se había formado otro, y telegramas posteriores daban á entender que la situación era difícil á causa de la actitud hostil de las oposiciones. Agravaba el malestar general la huelga de los empleados de ferrocarriles, con los que hacían causa común obreros de varios oficios. Hubo días en que no pudieron circular los trenes, ó se hacía el servicio con mucha irregularidad.

El mensaje del presidente, leído en la apertura de las sesiones de las Cámaras el 2 de junio, hizo constar las buenas relaciones que se mantienen con las Repúblicas vecinas, y repetía la eterna promesa de avenimiento definitivo con el Perú en lo referente á las cuestiones territoriales.

La minería, la cría de ganados y la colonización van tomando impulso, y el gobierno dicta medidas para desarrollar la agricultura y la industria en las regiones magallánicas, donde Chile tiene su más seguro porvenir. Pero, en general, el estado económico del país no es muy satisfactorio; la prensa se preocupa de la escasez de medio numerario circulante y del alza considerable del oro; de día en día va siendo más cara la vida, y urge remediar la tristísima situación que atraviesan, especialmente los que viven atenidos á sueldo ó salario.

***

La inauguración del nuevo período presidencial en la República del Uruguay ha sido motivo de numerosos estudios y consideraciones sobre este país, publicados en los grandes periódicos de Suramérica.

El nuevo presidente Sr. Williman, al encargarse del mando supremo de la República, encuentra un superávit en el Tesoro nacional de 2.300.000 pesos. Y téngase en cuenta que en el Uruguay el peso fuerte es igual al dólar americano; vale 5'40 francos y su valor es invariable. Allí se paga en oro sin agio ni beneficio alguno, y se cambian billetes sin sufrir pérdida.

El país se halla en franca y creciente prosperidad, y parece que la situación política se consolida, sin temor á trastornos ni revoluciones. El partido nacionalista, aunque no dió sus votos al Sr. Williman, acepta el programa de éste y muestra confianza en su patriótica labor.

Hay gran actividad económica y bienestar en todas las clases sociales. Una nación que cuenta poco más de un millón de habitantes, tiene rentas anuales que pasan de veinte millones de pesos. Se construyen puentes, ferrocarriles y puertos, se canalizan ríos, se levantan soberbios edificios en la capital destinados á los poderes públicos y á la enseñanza, y en suma, tales son el movimiento de trabajo y el progreso de la cultura general, que se ha reconocido la necesidad de dividir en dos el Ministerio de Fomento: el de Obras públicas y el de Instrucción.

***

La cuestión de límites entre Paraguay y Bolivia ha entrado en nueva fase y lleva camino de resolverse satisfactoriamente, gracias á la iniciativa del ministro de Relaciones exteriores en la República Argentina Sr. Zeballos.

Bolivia aspira á dominar sobre todo el país del Chaco hasta Asunción; Paraguay alega derechos sobre esos territorios hasta la cordillera de los Chiriguanos. El último convenio, el que hace dos años escasos pactaron los plenipotenciarios Sres. Cano y Domínguez, fué rechazado por ambas naciones; una y otra enviaron fuerzas al Chaco, y se temió que vinieran á las manos los destacamentos de los respectivos puestos avanzados. Ofreció entonces su mediación la República Argentina, y reunidos en Buenos Aires D. Claudio Pinilla, ministro de Relaciones exteriores de Bolivia; D. Adolfo Soler, ministro de Hacienda del Paraguay, y el ministro argentino señor Zeballos, se aceptó la proposición de éste, á saber: sometimiento de la cuestión de límites al arbitraje del presidente de la República Argentina, y convenio de *statu quo* para no innovar ni avanzar en las posesiones que actualmente tienen las altas partes contratantes.

Con legítima satisfacción hacía constar la prensa de Buenos Aires que le ha correspondido al pueblo argentino en los últimos quince años la gloria de consagrar, en causa propia, el principio de arbitraje, y ser árbitro y proponer esa pacífica solución á sus vecinos y amigos para que diriman en tal terreno sus contiendas.

***

Un año apenas hace, el Sr. Mario Centore, desde Valparaíso, trazaba hermoso cuadro del Perú actual, el del imperio del orden, el de las nobles lides de la paz, el de la buena fama, el regenerado, el nuevo. Saludaba la resurrección de ese pueblo, que ha sido capaz de obtener la más gloriosa de las victorias, la victoria sobre sí mismo, y que al salir del caos y de la anarquía en que estuvo sumido, se levanta, como moderno Anteo nacional, más alentado y fuerte después de la caída. Y de entonces á hoy, todo cuanto significa afianzamiento de la riqueza pública y privada sigue en progresión creciente: las empresas industriales, la producción fabril y agrícola, el comercio, la minería, las vías férreas, telegráficas y fluviales toman desarrollo extraordinario, y se ve de modo claro y patente que la obra de regeneración, por virtud de la paz y del trabajo, es un hecho consumado, el más grandioso de la vida nacional del Perú, en la fecunda evolución que viene realizando en nuestros días.

Ahora, el presidente de la República Sr. Pardo, que dedica especial atención al estudio de cuantos medios pueden ponerse en juego para fomentar los intereses materiales, hace excursiones por los departamentos con objeto de informarse por sí mismo de la situación en que se encuentran los pueblos y estrechar más los vínculos de solidaridad entre gobernantes y gobernados.

Mucho, en verdad, ha adelantado el Perú; pero es tal su potencia económica, y sobre todo tales son su extensión territorial y la fecundidad asombrosa de su suelo, que desde el punto de vista de la producción agrícola y forestal, puede decirse que apenas se ha iniciado el desarrollo de la natural y enorme riqueza que posee.

Una revista periódica de Lima—*Anales Políticos*—recuerda que en la época de la colonia había comarcas peruanas más florecientes, más prósperas y de más riqueza productiva que hoy. El tráfico de vinos, por ejemplo, se hacía en mayor escala que ahora. Dice el P. Cobos que á mediados del siglo XVII salían del Callao más de cien buques cargados de ese artículo, lo que demuestra el adelanto de la industria peruana, que rebasaba los límites del territorio nacional, después de haber satisfecho las necesidades del consumo interior. ¿Por qué el Perú ha de pagar al extranjero los vinos, las frutas, el trigo, los cereales, etc., cuando con muy poco esfuerzo, adoptando una política económica seria y meditada, podría obtener esos mismos productos en su propio suelo, vigorizando el trabajo nacional y creando las reservas de energía necesaria para imponer legítima y duradera dominación en lo porvenir?

En otros órdenes de la vida nacional sigue también avanzando el Perú por las vías de engrandecimiento. La instrucción pública es objeto de preferentes atenciones; durante el año 1906 se han creado 783 escuelas. Procura aumentar las fuerzas de mar y tierra para exigir de los extraños la consideración y el respeto á que tiene derecho; recientemente se han botado al agua, en los astilleros de Barrow-in-Furness, dos cruceros de guerra construídos por encargo del gobierno peruano, y el ejército, reorganizado por la misión militar francesa, hace con frecuencia ejercicios y maniobras que lo adiestran para las operaciones de campaña.

***

Colombia, que ya lleva cuatro años disfrutando la paz que tanto necesita para restaurar sus quebrantadas fuerzas, va rehaciéndose poco á poco, y su actual gobierno procura normalizar los servicios militares y establecer sobre nuevas bases la organización del ejército. Se ha dividido el territorio de la República en tres grandes intendencias militares, y desde mediados de marzo se hallan en Bogotá los oficiales chilenos á quienes se ha encargado la instrucción de las tropas colombianas y la dirección de la Escuela militar de la capital.

Hace falta en Colombia un ejército verdaderamente nacional, que sirva á la patria y no á tal ó cual presidente ó partido. Los apasionamientos, los odios políticos, llevados á los últimos extremos, han hecho mucho daño á la República. Como dice un periódico del país, hay que humanizar á esos partidos políticos hasta infundir en sus hombres sentimientos que hagan prevalecer el concepto de patria sobre consideraciones de cualquier otro género.

***

Ahora que está á la orden del día en la Conferencia de La Haya la doctrina Drago, tiene interés de actualidad el informe publicado recientemente por el Consejo ó Junta de tenedores de fondos extranjeros que funciona en Londres (*Council of Foreign Bondholders*). En ese informe se da cuenta de las gestiones hechas desde el 1.° de octubre de 1905 á 31 de diciembre de 1906 en defensa de los acreedores cuyos derechos no obtienen la debida satisfacción por parte de los Estados deudores.

Refiriéndose á las naciones americanas, dice el informe que el año 1906 ha demostrado progreso en la moralidad financiera de la América latina. En efecto, el total aproximado de lo que debía haberse pagado y no se pagó, importaba en 1876, 84.900.000 libras esterlinas; en 1886, 76.000.000; en 1896, 44.000.000; en 1906, 9.000.000.

Venezuela viene cumpliendo sin interrupción lo convenido en el pacto de 7 de junio de 1905. Los países de América que no satisfacen sus compromisos figuran en la siguiente *lista negra:*

PAÍSES	*Deuda capital*	*Intereses atrasados*
Costa Rica	2.000.000	750.000
Guatemala	1.48[illegible]800	474.496
Honduras	5.39[illegible].570	15.754.399
Antiguos Estados Confederados	2.418.800	7.026.614
Luisiana	184.432	»
Mississippi	1.400.000	4.884.000
Virginia occidental	3.047.874	
TOTALES L.	15.932.476	28.88[illegible]

Así, pues, las haciendas públicas averiadas de América deben 1.120.500.000 pesetas, de las que casi los dos tercios corresponden á las tres citadas Repúblicas centroamericanas. Pero conviene tener en cuenta que la mayor parte de esos dos tercios se halla formada por la ficticia y escandalosa deuda del ferrocarril de Honduras, que esta República se niega á pagar sin previa justificación de su legitimidad.

Descontada ó reducida considerablemente la deuda de Honduras, la mayor cifra es la suma de lo que deben Estados de la Unión norteamericana.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Se deslizaba sobre el mar la hora azul, la hora romántica, la hora melancólica; estaba muriendo la tarde. Como el girón de un palio corintio y oro una ligera nube entallaba el oriente: abajo mecían las olas, con vaivenes lentos, su fosforescencia: rebrillaban las espumas como caireles: una estrella de plata en lo alto—retina del Misterio—presenciaba convulsa la muerte del sol.

Como un cisne gigantesco navegaba el transatlántico. Apenas si se mecía. Monótono el tric-trac de la máquina sonaba. Y ni un rumor en el mar, que guardaba entonces religiosamente el silencio augusto de las calmas chichas.

Comenzaba á salir á cubierta todo el pasaje, de regreso de los comedores. En diferentes direcciones atravesaban los camareros, portadores de grandes bandejas, sirviendo el café. Y por minutos iba recreciendo la animación. Las señoras, asidas del brazo de los caballeros, salían sucesivamente para tomar asiento en cubierta sobre sus perezosas de bejuco; advertíase en sus semblantes el cansancio, quizás el mareo, y en sus mirares mimosos cierta cansina dejadez de voluptuosidad. Pero las risas—flora de la satisfacción—empezaban á rebrotar doquier; y empavesaban de felicidad, ora unos labios incitantes de seda, ya unos ojos románticos y ensoñadores. Sin duda allá, en el comedor de la cámara, el vino y el agua se pusieron de acuerdo para alegrar las frentes. El agua de mar y el vino de mesa son dos líquidos malintencionados que, cuando se ponen en relaciones de amor, es para engendrar á un diablillo: al diablillo árbitro de las embriagueces; diablillo que sufre, que goza, que llora y que ríe simultáneamente; diablillo loco...

Iban los ojos alegrándose según iba anocheciendo. Rara movilidad nerviosa presentaba el conjunto; las risas eran más francas, el regocijo más general; hasta alguien, una ella, á media voz al pasear cantaba: la penumbra nos envalentona; la obscuridad es osada. No hay necesidad de que estudiemos la mojigata geometría de nuestro gesto, en nuestro constante prurito de bien fingir: la encubridora sombra nos ampara.

Las mujeres jóvenes, asidas del brazo de sus parejas, daban largos paseos de proa á popa, sin hacer caso de los balanceos, avezadas ya á estas pequeñeces de la navegación. Luego se diseminaban indistintamente; unas, las de temperamento apacible y ensueño melancólico, quedaban reclinadas de pecho sobre la banda, susurrando proyectos y desabrochando la cajita de los suspiros, mirando á la línea del horizonte, línea en la que dos grandezas, el mar y el cielo, se dan un beso; y otras parejas en cambio, las de sentires más picarescos y más rientes, las de pensares más frívolos, se sentaban sobre un discreto montón de calabrotes cualquiera, en el húmedo suelo, para respirar con ansia el fresco salitroso de los cañamos—raro buquet de mar—y para conversar amablemente.

Ya está el cielo esmaltado con millones de estrellas brillantes; lucen más los luceros en aquellas regiones tropicales; y parece que hay más; no caben apenas en la ilimitada canastilla negra que forma el caos; y rebosa del cielo una niebla general luminosa y perlina.

Se encienden las luces eléctricas de á bordo. Sobre las perezosas, en la cubierta, están reclinadas las señoras y los viejos, formados en hilera: los caballeros charlan de silla á silla; las señoras también entre sí. Los niños juegan; riendo, gritando, llorando, cayéndose, levantándose. Los marinos fuman impasiblemente. A todo esto no descansan ni la máquina ni la hélice, ni interrumpen su monótono tric trac.

Los señores graves del pasaje van reuniéndose en el salón de fumar para empezar sus partidas de tresillo; así, con toda la amenidad que les es posible, dada su edad aburrida y cincuentona, van matando las horas, las tardes, las singladuras, las semanas. Y es sabido que la baraja inocente es siempre un libro de amenidades bonitas para los viejos: el encanto que, al tresillo, les produce un solo; la emoción de una bola; la calaverada que supone una entrada pequeña; una vuelta que no es de ley, todo esto es la suma de varios motivos interesantes... En el otro extremo del fumador el cura de á bordo y un corredor de comercio cavilan ante el tablero de ajedrez un problema de trascendencia. Los mirones se acercan á las mesas; los imprudentes aventuran una opinión; los discretos se callan, mirando, fumando, á veces haciendo un visaje de sabihondo, á veces sonriendo con leve y discreta sonrisa de burla. Y se pide wisky y cerveza, y se vocifera y se discute. Está la atmósfera caliente.

—¿Saben ustedes la noticia?

—¿Qué?

—Perecito, el oficial de sastre, no ha dormido ayer. Se ha pasado toda la noche en cubierta con la esperanza de ver la sirena...

Durante un momento se ríe á costa de Perecito.

—Querrá enamorarla.

—Le querrá recitar un madrigal.

—La querrá seducir.

En el salón de la cámara, mientras, una señorita toca al piano un fragmento del *Trovador*. Varios jóvenes la rodean; uno de ellos va volviendo las hojas de la partitura sobre el atril.

—¿Verdad que tiene este pasaje de la ópera la verdadera poesía del dolor?, le pregunta una señora ya grave, regordeta y fea, á su vecino de asiento, que es un rústico comerciante ricachón.

Y claro está que el inocente hombre, que no entiende de música una fusa, hace un gesto de inteligencia y dice que sí.

El oficial de guardia y el capitán del buque pasean sobre el puente; á la puerta de su camarote, que cae sobre cubierta, conversa el sobrecargo con un militar; en la popa un marino gatea por una jarcia para arriar un cabo; y un grupo de pobres emigrantes tocan la guitarra, cantando una saeta que se lleva el viento.

De pronto se levanta algo de mar. ¿Por qué? No se sabe por qué. Continúan el cielo y el océano despejados y limpios... Los elementos encierran siempre un problema. Lo cierto es que el buque comenzó á moverse de manera molesta, cabeceando, y que el contento que reinaba entre el pasaje desapareció. Algunas señoras empezaron á marearse, algunos hombres también. Cesó la música en la cámara, dejaron de pasear los paseantes, sopló sinfonía de serpientes el viento entre las jarcias, penetró una bandada díscola de agua por babor, luego otra por estribor, se cayó un niño hiriéndose en la frente, sonó adentro ruido de loza que se rompía, una mecedora fué á estrellarse sobre la banda y hasta la partida de tresillo se terminó. Los marinos se pusieron en movimiento: sonó el silbato del capitán dando una orden.

Se inició el desfile hacia los camarotes.

—¿Qué pasa?

—Una nube. Nada. ¿No la ven? Allí, dijo un camarero señalando hacia la lejanía.

En efecto; venía hacia avante un ligero celaje al carbón, robando estrellas, hurtándolas, escondiéndolas...

Surge un golpe de mar, que se estrella y salta reventando en fosfórico rocío.

Ya no hay nadie en cubierta. Está triste el buque. Sólo Chong, una india, cobriza, desarrapada, en la proa, con un niño de pecho en los brazos, brillantinamente mira hacia el mar.

Chong, abandonada por el «castila,» su marido, vive sola en el mundo, llevando doquiera el remolque del niño, su hijo. Se la menosprecia. Hemos dado en decir injustamente los europeos que los negros son una raza inferior. Y si acaso, su inferioridad es sólo debido á su ineducación.

Pero Chong tiene alma hermosa; y no hace caso del menosprecio de la sociedad: ella es grande sintiendo, es grande de alma; y el alma es lo que determina cuánta es la majestad de la mujer. Además, como el alma no tiene color...

Chong ha paseado su tristeza, su soledad y su hambre por los dos continentes. Ocenía y Europa les fueron hostiles al par. Su dolor era cuáquero; su pena era bohemia.

Su prurito era seguir las huellas del marido, del ingrato, hombre malo. Le quería. Sabido es que en amor un gran estimulante es el desdén.

—Oye, tú, negra: ¿qué haces ahí?, dice un marinero.

—Miro el mar: ya lo ve.

—¿Por qué no te bajas á tu litera? ¿No adviertes que hay temporal?

—No me dejan los pasajeros; se burlan de mí, de mi niño. Me dicen que es un mono...

—¡Pobre! No hagas caso, mujer; ¿qué ha de ser?

—Ya lo sé. Es un ángel; sí. ¡Mírele! Un ángel negro...

El marino se alejó presurosamente llamado por el contramaestre. Quedó sola la india.

Y se venía encima la tormenta...

Con toda su aterrada ra magnificencia se despliega la borrasca. Con un ruido espantoso tabletea el trueno, igual que si un artillero desde el infierno disparase cien baterías de dinamita. Cárdeno y olímpico, llenándolo todo de fulgor en un parpadeo formidable, se abre un relámpago, y luego unas tinieblas de cripta envuelven cielo y mar. El agua se levanta en montañas hasta el cielo es calando las nubes, y después baja hasta los corales por las simas abiertas: chasca el buque; ruge leoniano el mar. Mas se mantiene de milagro á flote, hundiéndose y remontándose, como si anduviese sobre una montaña rusa colosal.

Los pasajeros, en las cámaras, piensan en Dios; las mujeres rezan y lloran; el capitán, atado por la cintura en su puesto de honor sobre el puente, manda y ruge, grita y dispone, silba y gobierna. Rechina la obra muerta del maderamen, aventa el viento tañendo el cordaje como un arpa.

Un secreto, cuadro de J. G Brown

Entra en popa un atlético golpe de mar; luego se va, saltando la borda por estribor. Y la montaña de espumarajos, como un hirviente y convulso fantasma de plata, envuelve á Chong.

—¡Hijo!, grita la mujer con un grito horrible que domina á la tormenta y al mar.

El agua rabiosa le ha arrancado de los brazos al niño y se lo ha llevado á la sima, á los corales, al misterio...

El buque se eleva hasta las nubes; un hoyo insondable queda en pos.

Chong, como una loca, como una fiera, desgreñada, se arroja al mar.

¡Qué dolor! A la mañana siguiente la echaron de menos...

Hace un día paradisíaco. La gama del color se refleja en el cielo, que forma mitras de encaje en las nubes, castillos encantados, lagos azules.

Adentro suena la campana llamando para el desayuno. Frescas y rientes salen las damas á cubierta, y los niños, que ríen, y los hombres, que bromean y que fuman.

Se desliza sobre el mar la hora color de rosa, la hora diana, la hora divina. Como el girón de un palio corintio y oro una ligera nube entolda el oriente: abajo mecen las olas, con vaivenes lentos, su fosforescencia; rebrillan las espumas como caireles. Aún una estrella de plata en lo alto—retina del Misterio—presencia convulsa el *resurrexit* del sol.

Francisco de la Escalera.

(Dibujo de Calderé.)

El perro amaestrado, cuadro de J. G. Brown

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, cuadro de J. N. Sylvestre. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1907.)

Este celebrado pintor francés gusta de tratar en sus lienzos asuntos de tiempos pasados y generalmente picarescos; sus obras tienen toda la frescura y toda la alegría de los pintores flamencos del siglo XVII, y los personajes que en ellos intervienen están pintados con tanta verdad y tanta expresión que no parece sino que el artista ha convivido con ellos y podido estudiarlos con sus propios ojos.

ROMA.—LAS ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN EL PALATINO. Descubrimiento de una necrópolis

La colina que ennoblecieron las suntuosas residencias de los emperadores romanos, que se eleva á 51 metros sobre el nivel del mar y á 35 sobre el de la antigua Roma y que tiene en su base 1.800 metros de circunferencia, lleva el nombre de Palatino desde los remotos tiempos de los pelasgos. Sus recuerdos históricos, que abarcan desde Rómulo hasta Carlomagno, último de los romanos emperadores que en ella habitó, divídense en cinco períodos: el primero comprende 600 años, desde el establecimiento de Evandro hasta la fundación de la ciudad nueva por Rómulo; el segundo, 243, durante los cuales Roma fué gobernada por los reyes; el tercero, 481, en los que Roma tuvo, si no siempre en la realidad, á lo menos en la forma, un gobierno republicano; el cuarto, ó período imperial, desde el año 49 antes de J. C. hasta el 476 de la era cristiana, fecha de la caída definitiva del imperio; y el quinto, ó período del abandono lento y progresivo, la Edad media.

El templo de Cibeles en el Palatino de Roma

Las construcciones que pertenecen sin discusión á la época de los reyes no son muy numerosos; sin embargo, visibles están aún muchos restos de las murallas de la ciudad primitiva, como lo están asimismo algunos otros monumentos de origen legendario, tales como el antro de Rómulo y el *Lupercalio*, en donde los gemelos Rómulo y Remo fueron sacados de las aguas del río que entonces bordeaba la base de la colina.

Las construcciones republicanas del Palatino son principalmente monumentos sagrados, pero de ellos sólo quedan escasas ruinas. Muy notable es el templo de Cibeles, en el cual el principal objeto del culto era la famosa piedra negra y de forma cónica (probablemente un aerolito) que todos los años motivaba, en 27 de marzo, una de las ceremonias más características de la antigua Roma. La piedra, solemnemente colocada sobre un carro abierto junto con todos los objetos sagrados pertenecientes al culto de la diosa, era llevada fuera de la puerta Capena, al lugar en donde se juntan el Almon con el Tíber, y purificada en las frías aguas del río.

Muy cerca de las ruinas de ese templo se ha realizado recientemente un gran descubrimiento. Debajo de los bloques de toba que constituían el recinto de las murallas más antiguas y que muy oportunamente fueron levantados, se ha descubierto una tumba que, al parecer, pertenece á la primitiva necrópolis del Palatino; en esa tumba, que tiene una profundidad de 65 centímetros, se ha encontrado una urna funeraria que indudablemente pertenece á fines del siglo v ó principios del IV antes de Jesucristo.

El descubrimiento tiene gran importancia histórica, ya que demuestra que las murallas no pueden ser anteriores al año 500 antes de Jesucristo, es decir, que son menos antiguas de lo que hasta ahora se había creído y que, por consiguiente, no pueden ser las primitivas murallas de la ciudad cuadrada *(Roma quadrata)*, que fué el primer núcleo habitado del Palatino, del cual salió después, con rapidez sorprendente, la grandeza de Roma.

Los dos edificios que dominan el sitio de esa excavación tan importante, son: el de la izquierda, el convento de la *Villa Millj*, y el de la derecha, el elegante palacete que los Farnesios construyeron en el siglo XVI para disfrutar del maravilloso panorama que se ve desde lo alto del Palatino y en el cual se revelan por todos lados la majestad, la gloria y el poderío de Roma: á la derecha, el Coliseo y el Arco de Tito; á la izquierda, el Capitolio y el Arco de Septimio Severo; enfrente, la inmensa catedral de Constantino, y abajo, la casa de las Vestales.

Necrópolis recientemente descubierta en el Palatino

Las ruinas de los palacios de los primeros emperadores extiéndense en torno sobre un terreno cubierto de altas hierbas y de flores, entre la hiedra y el acanto; y en medio de las malezas, un viejo sátiro, que hace veinte siglos embelleció seguramente el patio majestuoso de algún palacio, yergue su cabeza burlona fuera de las ruinas y sonríe á la tercera Roma, tan distinta de la primera.

En medio de los rosales floridos, en el valle del *Forum*, surge la construcción más gigantesca de cuantas erigió la Roma imperial en el valle famoso en donde durante doce siglos se desarrolló la historia del mundo. La Basílica de Constantino, que tomó su nombre del gran emperador que quiso lograr é impuso al imperio el triunfo del cristianismo, es un monumento grandioso, dividido en tres naves cuyas enormes bóvedas tienen 35 metros de altura; las columnas de mármol blanco que adornaban la antigua basílica han desaparecido todas, excepto una que se halla actualmente delante de Santa María Mayor; pero aún quedan algunos restos de la columnata de pórfido que había á la entrada, por los cuales puede formarse idea de la magnificencia de ese monumento. Cuando nos vemos en presencia de esas ruinas y contemplamos á nuestros pies la Roma pagana, la Roma cristiana y la Roma del Renacimiento italiano, nos explicamos la altiva, pero consciente significación de la profecía de Horacio, que, mirando al cielo, exclamaba:

Possis nihil urbe Roma
Visere maius!

También la casa de las Vestales, que está debajo del Palatino, ofrece un hermoso espectáculo al observador. Sabido es que hasta hace muy pocos años se ignoraba enteramente en qué lugar estaba situado ese monumento, uno de los más importantes de Roma. Construído por Numa Pompilio, que introdujo en Roma el culto de Vesta, fué destruído por un incendio durante la invasión de los galos (año 390 antes de Jesucristo); poco después fué reedificado, pero por segunda vez fué pasto de las llamas en el gran incendio producido por Nerón que devastó toda la ciudad de Roma, siendo reconstruído nuevamente. La fotografía de ese edificio sagrado que reproducimos demuestra claramente la belleza de esas ruinas que fueron descubiertas en 1880.

En el interior del templo, de forma circular, se ve el recinto en donde las vírgenes vestales habían de mantener perpetuamente, bajo pena de muerte, el fuego sagrado; á la izquierda están las fuentes sagradas y á la derecha las casas de las sacerdotisas; en torno, las estatuas de las Vestales contemplan todavía el lugar que, durante siglos, fué su mansión y su cárcel dorada. Sí, su cárcel, porque las vestales, aunque rodeadas de lujo, colmadas de honores y mantenidas á expensas del tesoro público, eran

Vista de una tumba descubierta

La basílica de Constantino rodeada de rosales

prisioneras de por vida y ninguna fuerza humana podía romper el vínculo que las unía á la terrible diosa de quien se declaraban hijas y leales siervas.

La *Villa Milli*, de que antes hemos hablado, ha estado ocupada, hasta hace pocas semanas, por una comunidad de salesianas que la han poseído durante un siglo sin dejarla ver á nadie; y sin embargo, ese lugar encierra lo más precioso quizás que hay en el Palatino. En efecto, debajo de la *villa* están sepultados el palacio de Augusto y el templo de Apolo que aquel emperador mandó construir con una magnificencia extraordinaria al lado del palacio imperial, del que formaba parte.

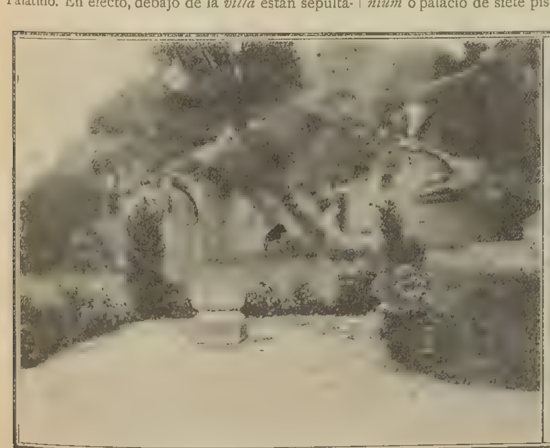
Septimio Severo, viendo que los palacios de sus predecesores ocupaban todo el Palatino, quiso levantar para sí uno que á todos sobrepujara en grandiosidad y en esplendor, y construyó el célebre *Septizonium* ó palacio de siete pisos, cuyos enormes cimientos se admiran aún á lo largo de la calle de los Cerchi. Uno de los restos característicos del inmenso palacio es el alto bloque semejante á una torre y que no es sino el resto de una pared que nos atestigua las alturas asombrosas alcanzadas por las bóvedas de cada uno de los pisos del grandioso edificio.

CARLOS ABENIACAR.

(Fotografías del autor.)

Vista del Coliseo y del Arco de Tito

Vista del Capitolio y del Arco de Septimio Severo



Un ara original dedicada á algún dios ó á alguna diosa

La Casa de las Vestales en el Foro romano

EL ARRABAL, cuadro de Juan Sala. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1907.) (Reproducción autorizada.)

Es esta una obra en la que se mezclan magistralmente el realismo y el sentimentalismo, y aunque de pronto parece que domina el primero, á poco que fijemos nuestra atención habremos de confesar que es el segundo el que se impone de un modo imperioso. Nuestros ojos prescinden del espectáculo de la multitud que se mueve indiferente, y acaban por concentrarse sólo en ese grupo de la mujer enlutada y de sus bijos que hace vibrar en nuestro corazón las fibras más delicadas y conmueve lo más hondo de nuestro ser.

FANTASÍA, cuadro de Alfredo Agache. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1907.) (Reproducción autorizada.)

Agache es un pintor simbolista por excelencia; todas sus figuras son símbolos, todas representan ideas abstractas; pero esos símbolos, esas ideas encarnan en personas reales, vivientes, de las que se diría que más que hijas de la imaginación del autor son resultado de una selección admirablemente hecha por un observador dotado de un alto criterio y de un juicio sagaz y maravillosamente justo. Las obras suyas, que en gran número hemos reproducido en La Ilustración Artística, son la mejor confirmación.

MONUMENTO A BOSSUET

Cuando se publiquen estas líneas se habrá inaugurado en Meaux el monumento que adjunto reproducimos. La ciudad de la que fué obispo el elocuente orador sagrado ha querido honrar y perpetuar así la memoria del teólogo eminente, del predicador sin par, del experto político que en cada una de esas manifestaciones del humano ingenio alcanzó fama imperecedera, dejando á la posteridad obras tan valiosas como la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes* y las *Meditaciones sobre el Evangelio*, el *Sermón sobre la unidad de la Iglesia* y la *Oración fúnebre de la duquesa de Orleáns*, la *Política sacada de las Sagradas Escrituras* y sobre todo el *Discurso sobre la Historia universal*, obra maestra del preceptor del hijo de Luis XIV.

El monumento modelado por el célebre escultor francés Ernesto Dubois, es digno por su belleza del personaje ilustre á quien va dedicado. La elegancia de las líneas arquitectónicas, la acertada colocación y la ejecución correcta de las figuras que rodean el pedestal, la distribución hábil de los elementos decorativos, y por encima de todo esto la grandiosidad con que está concebida la hermosa estatua de Bossuet, en quien el escultor ha personificado por modo admirable la elocuencia, son cualidades que hacen merecedora de los mayores elogios la majestuosa obra de Dubois.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las págs. 441, 444 y 450.)

El hombre que anda, escultura de Augusto Rodin. – En una crónica enviada desde París á un diario de esta ciudad decía un inteligente crítico: «Nunca quizás se ha mostrado Rodin tan amplio y tan generoso de su poder como en esa obra. La zarpa que la ha modelado parece tener en su concavidad toda una eternidad; así no hay en la estatua el más pequeño fragmento que no sea estrictamente lo que se ama en las cosas, la eternidad. Cierro los ojos y en mi recuerdo no acertaría á verla sino tal como es, íntegra; todo es en ella substancial, porque en ella todo es espíritu.»

Difícilmente puede condensarse en menos palabras la impresión que produce esa obra maravillosa que en el Salón de París de este año ha sido objeto de admiración universal. Rodin, que parecía haber llegado al *summum* de la expresión plástica con *Los ciudadanos de Calais*, *El pensador* y tantas otras creaciones de su genio inmenso, se ha excedido á sí mismo, por decirlo así, en esa estatua, mejor dicho, en ese fragmento de estatua en que el yeso es carne que palpita y la materia es alma que siente, piensa y quiere. Ese hombre sin cabeza y sin brazos vive y sobre todo anda; en él se ve exclusivamente la voluntad de andar y á esa voluntad obedecen todos los miembros, todos los músculos, todos los nervios de ese cuerpo mutilado.

El perro adiestrado. Un secreto. Cuadros de J. G. Brown. – El autor de estos dos cuadros, nacido en 1837, es inglés de origen y trabajó en sus mocedades en una fábrica de cristal de Newcastle-on-Tyne, asistiendo de noche á una clase de dibujo. Después de siete años de esa doble educación, Brown, que entonces contaba veinte años, era un excelente obrero y un discreto pintor; en la alternativa de á cuál de esas dos actividades había de dedicarse, venció su afición al arte, y entonces se trasladó á Edimburgo, en donde, sin dejar de trabajar en su oficio, perfeccionó sus estudios artísticos en la Real Academia. Muy joven todavía, fuése á los Estados Unidos y se estableció en Nueva York. Allí vive ahora, siendo el decano de los artistas yanquis y gozando de grande y merecida fama. Su especialidad son los tipos callejeros neoyorkinos, particularmente los limpiabotas y vendedores de periódicos, que en sus cuadros aparecen reproducidos con una verdad admirable, pues Brown no sólo ha observado atenta y minuciosamente sus costumbres, sino que además ha estudiado y sentido hondamente su psicología.

Monumento á Bossuet, inaugurado el día 7 de los corrientes en Meaux, obra de Ernesto Dubois

Música divina, cuadro de Amelia Bauerle. – La cualidad distintiva de esa artista inglesa es la delizadeza, así de concepción como de ejecución. Los asuntos de casi todos sus cuadros son de una placidez encantadora, y en punto á dibujo y á colorido sus obras se apartan de todo efectismo; miss Bauerle consigue cautivarnos con los recursos más sencillos, y sin el menor esfuerzo nos transmite la sensación dulce que ella misma debió experimentar al concebir y trasladar al lienzo sus poéticas composiciones. Como muestra de su estilo véase *Música divina*, lienzo en el cual se admira una suavidad de tonos que revela, no sólo la mano, sino también el alma de una mujer dotada de los más delicados sentimientos.

Mis Bauerle ha estudiado en South Kensington bajo la dirección del notable pintor y académico Frank Short y ha logrado conquistarse en poco tiempo una reputación envidiable.

Música divina, cuadro de Amelia Bauerle

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. – El conocido millonario americano Mr. Pierpont Morgan ha adquirido por cinco millones de francos la magnífica colección de ... de arte de Hentschel.

– La subasta de la colección de cuadros del reputado perito artístico Carlos Sedelmeyer, que se ha efectuado hace poco y ha constituído un importante acontecimiento en el mundo del arte, ha producido tres millones de francos. Por los cuadros del período clásico de la pintura inglesa se han pagado 1.663.985; por los franceses del siglo XVIII, 1.168 825. Para que se vea cuán elevados precios alcanzan actualmente las obras de esos dos grupos, bastará decir que por un Romney se han dado 160.000 francos; por un Raeburn, 130.000; por un Lawrence, 110.000; por un Hoppner, 102.000; por un Reynolds, 60.000; por un Gainsborough, 43.000, y por un Fragonard, 138.000.

– Organizada por el popular periódico satírico *Le Rire*, se celebra actualmente en París una interesante exposición de caricaturas, en la cual se exhiben unos 3.000 dibujos hechos por distintos procedimientos, que constituyen una representación completa de todo cuanto hoy en día se produce y publica en materia de humorismo, sátira y caricatura. Entre los ciento veinticinco dibujantes franceses que en ella han tomado parte figuran los nombres más conocidos en ese género artístico, los Villette, Leandre, Favre, Caran d'Ache, Bac, Mars, Guillaume y tantos otros. También son muy nutridas las secciones extranjeras, sobresaliendo en ellas los caricaturistas alemanes de los periódicos *Fliegende Blätter*, *Jugend* y *Simplizissimus*.

– La famosa colección Chappey de obras y objetos de arte ha sido vendida recientemente en pública subasta, habiendo producido en total más de cuatro millones de francos.

HEIDELBERG. – Los herederos del acaudalado industrial Ernesto Posselt, recientemente fallecido en San Petersburgo, han regalado á la ciudad de Heidelberg una importante colección de ciento cuarenta y un cuadros de antiguos maestros flamencos.

* * *

Espectáculos. – BARCELONA. – En Novedades ha terminado sus funciones la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, que estrenó últimamente con buen éxito *La pasadera*, comedia francesa en tres actos de Gresae y Croiset, adaptada á la escena española por D. Federico Reparaz, y *Hotel Inglés*, juguete cómico en un acto de D. Francisco Tavira.

En el mismo teatro ha comenzado la eminente actriz italiana Sra. Vitaliani una serie de cinco representaciones, en las que pondrá en escena *La madre*, *La Straniera*, *Medea*, *María Stuarda* y *Fernanda*.

En el Palacio de Bellas Artes se ha dado un nuevo concierto de *musica di camera*, bajo la dirección del maestro Pahissa; una excelente orquesta de veinte profesores ejecutó con gran acierto un cuarteto de Mozart y un trío del propio Sr. Pahissa, que fueron muy aplaudidos.

En el Tívoli funciona la compañía de opereta italiana conocida con el nombre de *Città di Torino*.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 468, POR V. MARÍN.

NEGRAS (11 PIEZAS)

BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 467, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. C d 4 – b 5	1. Cualquiera.
2. C, A ó D mate.	

Tú eres mamá Aurette, repuso el niño (pág. 437.)

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—No vale la pena de pensar en ello, repuso la señorita Leniel con su afabilidad característica. Y dígame usted, ¿comienza á gustarle Angers?

—Mucho. Conozco aún poca gente... Su señora hermana es muy buena, y me ha prometido presentarme en sociedad el invierno que viene.

—¡El invierno que viene! ¡Está muy lejos todavía! ¿No podríamos proporcionar á usted alguna distracción antes de esa fecha?

Lucila Brelet dirigió una mirada rápida á Julia, cuyo estado interesante hacía imposible que pudiera desempeñar, hasta nueva orden, el papel de rodrigón. Aurette comprendió lo que aquella mirada significaba.

—Yo podría entretanto reemplazar á mi hermana, dijo. ¿Quiere usted ir á verme al Nido?

—¡Oh, cuánto me gustaría! ¿Pero acaso puedo ir sola? Y como no tengo á nadie que me acompañe... más que á mi criada..., ¡y es tan fastidioso hacerse acompañar así!

—Vaya usted sola cuando quiera; y si no, el jueves le mandaré el coche á la hora del almuerzo.

—El jueves... no podré; ese día no hay clases y mi hermano tiene la costumbre de salir conmigo.

Había tanto sentimiento en esas palabras, que Aurette se sintió conmovida á la vez por aquella abnegación fraternal y por aquel sacrificio con tanta sencillez consumado.

—Entonces el miércoles, dijo. El coche que lleva á mi sobrino al liceo irá por usted á las once y almorzará usted conmigo. Por un día, bien puede almorzar solo su señor hermano.

—¡Oh, sin duda! Gracias, señorita...

Las palabras eran triviales, pero el acento de caluroso entusiasmo valía por toda la elocuencia del mundo.

Cuando las visitas se hubieron marchado, Aurette se quedó sola con su hermana.

—¿Quiénes son esos jóvenes, la señorita Brelet y su hermano?, preguntó. Es muy simpática esa muchacha con su aire tímido.

—Los dos son muy simpáticos, respondió Julia. ¡Si supieras cuán bueno es con ella su hermano! Hace algunos años murió su madre y desde entonces no se han separado nunca. Lucía tenía quince años á lo sumo y el Sr. Villandré se constituyó en su acompañante, en su profesor, en fin, en todo. Al comenzar el curso, fué nombrado profesor del liceo de Angers y en su consecuencia se establecieron aquí, haciendo desde entonces una vida muy retirada.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por nuestro tío, el doctor Rozel, que en otro tiempo conoció su familia.

—¡A mí no me ha hablado nunca de ellos!

—Se habrá distraído; ¡como siempre estáis tramando él y tú maquinaciones misteriosas!

No podía darse mayor cariño orgulloso y triunfante que el que brillaba en los ojos de Julia mientras miraba á su hermana y fingía burlarse de ella. Para la señora de Deblay, Aurette era el compendio de todas las perfecciones.

—Tú que buscas siempre personas interesantes, siguió diciendo Julia, interésate por la señorita Brelet, que no tiene en el mundo más que á su hermano, que no lo es sino á medias...

—¿Están en buena posición?

—Creo que tienen lo más preciso. Él cuenta con su paga... y no sé si con algo más; creo que sí, pero de todos modos no debe ser una fortuna.

—Te preguntaba eso porque hay mil maneras de interesarse por las personas...

—Con esas, no hay más que una. Son muy dignos, muy honrados, muy inteligentes y tienen una delicadeza de percepción que seguramente proviene de algún pesar que se callan. Ella sobre todo; estoy segura de que tiene una pena muy honda. Yo, con mis chiquillos y mi marido, no puedo dedicar mucho tiempo á adivinar secretos; pero tú, si quisieras, de fijo averiguarías algo, y una vez conocido el mal estaría medio curado, porque, sin adularte, te digo que eres aún mejor médico que el doctor Rozel. ¡Para las enfermedades del alma, por supuesto!

—Veremos, respondió simplemente Aurette, que se sentía atraída hacia aquella joven.

Al miércoles siguiente, según se había convenido, Lucila Brelet fué al Nido en el coche de Aurette. El tiempo lluvioso y templado llenaba la atmósfera de un penetrante olor de tierra mojada y de violetas. Después de almorzar las dos jóvenes fueron á sentarse á la galería de cristales, y muy pronto Lucila, cautivada por la señorita Leniel, se puso á charlar.

Era una muchacha amable y bondadosa que no había conocido los goces de la existencia, y á través de la obligada reserva de ciertas frases, Aurette comprendió que la señora de Brelet no había sido feliz con su segundo marido, el cual murió cuando su hija tenía ocho años.

—Mamá estaba muy gastada, dijo con discreta melancolía y con voz suave y un tanto velada, y falleció á los seis años de haber quedado viuda. Me quedé sola con mi hermano, que es un hombre admirable, créalo usted, señorita. No soy más que hermanastra suya y él tenía muchos motivos para... no amar á mi padre, que había sido duro con él; y sin embargo se ocupó de mí como si yo hubiese sido su más precioso tesoro. Y en realidad creo que lo era, sin duda en recuerdo de nuestra pobre madre.

—Quizás también á causa del sentimiento de su responsabilidad, dijo lentamente Aurette.

—Lo ha adivinado usted. No hay hombre que reflexione más que él en esas cosas ni que se preocupe más de sus deberes; ya lo verá usted cuando le conozca.

Lucila se había ruborizado de placer hablando de su hermano con un calor que transfiguraba su pequeño rostro, un tanto flaco y pálido. Su nueva amiga la contemplaba sonriendo placenteramente; nada le

gustaba tanto como ver que un ser joven se animaba bajo la influencia de un sentimiento generoso; era para ella una fiesta del alma, del mismo modo que la lectura de un buen libro ó de una gran obra musical es una fiesta del espíritu.

Cuando se separaron, convinieron en que Lucila volvería un día de la semana siguiente «con su labor» para pasar juntas toda una tarde bien tranquilamente. La señorita Brelet, sin embargo, había puesto la condición de que Aurette mandaría por ella después del almuerzo, á fin de que el Sr. Villandré no tuviera que almorzar solo.

—¿Has hecho una nueva conquista?, dijo el doctor Rozel á su joven amiga la primera vez que la vió.

—¿Yo?, exclamó Aurette sorprendida. ¿Un nuevo esposo, quizás? ¡Ya sabe usted que no quiero ninguno! Pierdo el tiempo hablando con ellos...

—No me refería precisamente á un marido; pero de todos modos tengo uno que proponerte.

—¡Estaba segura de ello!, dijo Aurette entre risueña y enfadada. Mi respuesta ya la conoce usted.

—Lo que es de ese, hija mía, no puedes zafarte. Es el hijo de una de mis mejores y más antiguas amigas, hermana de un compañero de colegio. Es absolutamente preciso que le veas, después de lo cual serás libre de aceptarlo ó no. Le he invitado á comer en casa de Julia el sábado y contamos contigo.

—¡Otra velada perdida!, repuso Aurette suspirando. ¿Y esa conquista de que usted me hablaba? Será algún perro probablemente.

—Nada de eso; se trata de Lucila.

—Es muy simpática, en efecto.

—Te adora. La he invitado también, así como á su hermano. Es muy instruído ese joven; mucho más de lo que se necesita para ser un buen profesor de física, no obstante lo cual es un buen profesor, lo que prueba cierta fuerza de voluntad. Te gustará conocerle, y además yo le quiero mucho.

—Siendo así, acepto gustosa, dijo Aurette con su acostumbrada afabilidad.

Cuando llegó el sábado, sin embargo, sintió cierto disgusto por tener que abandonar el Nido; Juan estaba algo resfriado y á ella le daba pena dejarlo solo; por otra parte, no se lo llevaba consigo más que á las comidas de familia.

—Tengo grandes deseos de comer contigo, Juan, le dijo en el momento en que iba á vestirse; voy á mandar un recado á tía Julia diciéndole que no puedo ir á su casa.

—¡No hagas tal cosa, tía Aurette!, exclamó en seguida el muchacho dándose importancia.

—¿Y por qué, mi pequeño déspota?

—Porque darías un gran disgusto al Sr. Villandré, que tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Cómo lo sabes?, preguntó Aurette, á quien los razonamientos de su sobrino ponían á veces en la mayor confusión.

—Porque lo dijo delante de mí al doctor Rozel, á la puerta del liceo, el día en que éste le invitó. Ya ves, pues, que no puedes faltar. Es muy bueno el señor Villandré y yo le quiero mucho; cuando sea mi profesor, te aseguro que tendré siempre buenas notas, y no porque seamos amigos, sino porque las habré merecido. Vamos, tía Aurette, no vayas á llegar tarde.

No le quedaba á Aurette más remedio que ceder sin replicar, lo que hizo en seguida.

El inmenso comedor de Julia tenía un gran aspecto; el techo muy alto y las ventanas muy anchas indicaban una fecha cierta: todo el edificio se remontaba evidentemente al siglo XVII. Por esto el joven matrimonio había puesto un cuidado meticuloso en procurarse un mobiliario digno de aquel marco.

Los grandes candelabros y el centro de plata daban á las comidas un carácter suntuoso grato á la vista. Todo en aquella mansión hospitalaria invitaba á la confianza, sin que nada autorizara el abuso, y era motivo grande de sorpresa para algunos encontrar tan profundo conocimiento del saber vivir en una señora tan joven como la señora Deblay. El doctor Rozel, sin embargo, sabía que ello era el fruto de los consejos de Aurette.

Armando Deblay decía que los grandes comedores se han construído para recibir á muchos convidados y que no debe entristecérseles con una pobre comida; la reunión era, pues, numerosa. La señorita Leniel, en cuanto entró, distinguió al primer vistazo, entre las personas presentes, á dos hombres: el uno era Natividad Villandré, que estaba muy guapo con su frac negro llevado con soltura; el otro era sin duda el pretendiente, alto, rubio, de una elegancia rebuscada, un poco calvo, muy preocupado de su monóculo, que manejaba á la perfección, y hombre de mundo por sus cuatro costados.

—¡Pobre muchacho!, pensó Aurette. ¡También él habrá perdido la velada!

El doctor había sido implacable; el Sr. Dorvety fué el encargado de llevar á la señorita Leniel á la mesa y de acompañarla durante la comida. A los veinte minutos Aurette le conocía mejor que á muchos otros después de diez años de conversaciones semanales: era un buen corazón, una inteligencia mediocre, una educación frustrada, puramente superficial; un hombre perfectamente honrado, correcto en el juego, gran cazador y bastante rico para poder elegir esposa con entera independencia; en una palabra, un partido brillantísimo.

Procuraba agradar, y conociendo de oídas la superioridad intelectual de Aurette, esforzábase en hablarle de lo que creía que podía interesarle; pero su vecina, viendo que ese esfuerzo le era sumamente penoso, se apiadó de él.

—¿Hay mucha caza en su distrito, caballero?, le preguntó con una dulzura tal que el Sr. Dorvety cayó en seguida en el lazo sin sospechar la verdadera intención de la joven.

Y asiéndose á la ocasión que se le ofrecía de lucirse, hizo una brillante descripción de trenes de caza, á la que siguió una digresión importante sobre los caballos en general y las cuadras de carreras en particular; y con esto tuvieron los dos materia de conversación hasta el final de la comida. Al principio Aurette le había oído con cierta displicencia, pero luego le escuchó con interés, porque como su compañero de mesa dominaba el asunto y ella apenas lo conocía, aprovechó para instruirse sobre el particular aquella coyuntura, tal vez única en su vida.

Cuando, después de comer, se dispersaron los invitados por el amplio salón, el Sr. Dorvety se apresuró á llevarse al doctor junto á una ventana.

—Es encantadora, le dijo confidencialmente, muy linda é inteligente en extremo. ¿No me había usted dicho que tenía algo de filósofa? Pues mire usted, me ha interrogado sobre las grandes jaurías del Anjou con un interés que no tenía nada de fingido, se lo aseguro á usted. ¡Ya verá usted cómo será una castellana incomparable para la Dorveterie!

El doctor miró de lejos á Aurette, que le sonreía, y no tuvo valor para desengañar á su protegido.

Natividad Villandré habíase al fin acercado á la señorita Leniel y hablaba con ella de Juan, naturalmente. Al joven profesor habíale llamado la atención no sólo la belleza, sino también la fisonomía particular de aquel niño tan distinto de los demás, y hablando con él, como le gustaba hacerlo con todos los alumnos del liceo, fuesen ó no de su clase, que ofrecían algunas esperanzas, había encontrado que la inteligencia del muchacho era más original aún que su físico.

Al saber que Juan estaba unido por tantos lazos de afecto con su amigo el doctor Rozel, todavía se había interesado más por el chiquitín y ahora eran amigos, tanto como podían serlo en aquellas cortas entrevistas, entre las horas de clase y en el momento de la salida, si por casualidad se encontraban.

—Juan me ha dejado vislumbrar algo de las relaciones que entre usted y él existen, dijo Aurette; pero no creí que fuesen tan estrechas; no le gusta vanagloriarse y para él es gran honor, y comprendo que lo sea, ser distinguido por un profesor, sobre todo por un profesor que aún no lo es suyo y de una ciencia tan eminente como la física.

—¿La física?, exclamó Dorvety, que se les había acercado. Muy respetable, sí, pero terriblemente fastidiosa.

—¿De veras?, preguntó Villandré arqueando imperceptiblemente las cejas.

Una mirada involuntaria de Aurette le indicó que no debía tomar en serio la interrupción, y en seguida desarrugó el ceño y una sonrisa juvenil y benévola animó su semblante un tanto severo.

—¡Oh, sí!, respondió el Nemrod. Me acuerdo del sinnúmero de instrumentos que sacaba el profesor de física cuando yo estaba en el liceo... Los había de tantas clases que llegaban á marear y á dañar la vista. Jaqueca me daba cada vez que los veía y me era imposible escuchar las explicaciones... que, después de todo, maldito para lo que servían.

—Permítame usted que le diga, repuso Villandré con su sonrisa sagaz y en aquel momento algo más maliciosa que de costumbre, que los físicos han inventado ciertas cositas..., la máquina de vapor, por ejemplo...

—¡Diantre, sí! El telescopio, el telégrafo, el teléfono y todo lo demás; no le digo á usted lo contrario. Son hombres muy útiles, pero todo lo suyo es prosaico; esos sabios nada tienen de común con la poesía. Mire usted, yo, sin ser poeta, cuando por la noche regreso de una excursión á caballo y contemplo el cielo y veo las estrellas, pienso cosas..., cosas poéticas... y mi pensamiento vuela..., positivamente vuela... La física no le produce á uno nunca sensaciones semejantes; desafío á todos los físicos á que ... prueben lo contrario.

—¿Esto cree usted?, repuso apaciblemente Villandré. Señorita, en la biblioteca del Sr. Deblay habrá de fijo un *Pascal*...

—Sí, contestó Aurette; ya sé lo que quiere usted decir.

Dicho esto desapareció por tan breve rato, que durante su ausencia apenas tuvieron tiempo Villandré y Dorvety de enterar del tema de su conversación al doctor Rozel, que se había aproximado á ellos. Cuando volvió entregó un libro abierto al joven profesor, quien, sin manifestar la menor extrañeza, le dió las gracias con un movimiento de cabeza y leyó á media voz el párrafo que ella había buscado.

«Contemple el hombre, pues, la naturaleza entera en su alta majestad; aleje su vista de los objetos bajos que le rodean; mire esa brillante luz puesta como lámpara eterna para iluminar el universo; considere la tierra como un punto en la vasta órbita que este astro describe, y admírese luego de que esa vasta órbita, á su vez, no es sino un punto, comparada con la que abarcan los astros que ruedan en el firmamento. Pero si nuestra vista se detiene aquí, que nuestra imaginación vaya más allá, y antes se cansará ella de concebir que la naturaleza de proporcionarle materiales para sus concepciones. Todo este mundo no es más que un trazo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza, del que nadie puede formarse idea ni siquiera aproximada. Por más que hinchemos nuestras concepciones más allá de los espacios imaginarios, no engendramos sino átomos, comparados con la realidad de las cosas. Es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna.»

Y muy sencillamente devolvió el libro á Aurette, mientras decía á Dorvety:

—No es más que prosa, convengo en ello; pero ¿no le parece á usted, caballero, que de esa ciencia emana cierta poesía?

—La verdad es, contestó francamente el cazador, que eso es extraordinariamente bello. Lo había leído en el colegio, pero no era lo mismo; y luego, lee usted muy bien, caballero, le felicito... Sin embargo, eso es astronomía, no es física.

—Sí, señor; es física aunque no lo parezca, replicó tranquilamente Villandré. Los fabricantes de anteojos, los ópticos, son los que nos han permitido escudriñar con la mirada esos lejanos universos, cuya existencia los antiguos ni siquiera sospecharon. Si Galileo y algunos otros no hubiesen vivido antes que Pascal, éste habría permanecido en la ignorancia respecto de aquellas cosas y no habría podido escribir el prodigioso párrafo que acabo de leer. ¡Qué diría hoy aquel hombre de tan elevadas ideas si pudiera visitar, por ejemplo, el parque de Meudón; si Janssen, valiéndose de algunos prismas y de algunas lentes de cristal, le hiciera ver en el espectroscopio cuáles son los elementos, los mismos que en la tierra, de que se compone la substancia del sol y de las estrellas; si le hiciera medir de una ojeada la velocidad de sus movimientos; si le dijera la edad, relativa, de los millares de millones de soles que forman nuestro universo hoy visible, en espera de que ópticos más sabios nos permitan ver más lejos aún en el espacio!... El día en que un nuevo Pascal nos cuente todo eso, quizás comprenderemos que la más alta poesía está en la ciencia.

Lucila se había deslizado detrás de su hermano mientras éste hablaba; y el joven profesor sintió en su mano el roce de la mano delicada de la joven que le daba las gracias porque decía cosas tan bonitas.

—¡Sí, sí, es verdad!, dijo Dorvety. Tiene usted razón, caballero. Mas todo eso está muy alto y se necesita una escalera inmensa para alcanzarlo.

La carcajada con que acompañó estas palabras no tuvo eco.

Aurette, que nada había dicho, volvióse hacia Lucila y le participó en dos palabras la indisposición de Juan.

—Permítame usted que vaya á verle mañana, dijo la joven en tono de súplica. Sé contar cuentos y le distraeré, y de este modo no advertirá que se halla preso...

—¡Ya lo creo! Usted... y su hermano..., insinuó Aurette seducida por el ofrecimiento de su amiga.

Sin embargo, vaciló y paseó su mirada por el salon como buscando una solución conforme á sus deseos.

—Hay un medio para conciliarlo todo, dijo al fin. A las dos enviaré á usted el coche, y el Sr. Villandré me hará el favor de ir á comer con nosotras y con mi hermana, mi cuñado y el doctor. ¿Les parece bien?

La proposición satisfizo á todos, menos á Dorvety, que se alejó silenciosamente al cabo de un instante, en realidad, á pesar de los temores que por sí misma

había abrigado Aurette, él fué el único para quien resultó perdida la velada.

IV

Lucila entraba y salía del Nido como de su propia casa. Desde el pequeño groom encargado de hacer todo lo que los demás criados olvidaban, hasta el mismo Juan, señor indiscutido de hombres y cosas, á todos agradaban su lindo y delicado rostro, su talle esbelto y su sonrisa un tanto melancólica.

Natividad Villandré iba también de cuando en cuando á casa de la señorita Leniel, pero sólo cuando ésta recibía á su familia. Desde la noche en que una cita de Pascal había establecido entre ellos una comunicación muda y directa, no había cruzado dos palabras con ella como no fuera en conversación general; no obstante, Aurette le conocía muy bien, gracias á sus largos coloquios con Lucila, á quien escuchaba, sin aburrirse, deshacerse en alabanzas de aquel hermano adorado.

A mediados de mayo, Lucila perdió de pronto su elocuencia; sus visitas, igualmente frecuentes, fueron, sin embargo, más cortas que antes, y su nueva amiga comprendió que la joven cada vez que se separaba de ella llevaba sobre su alma el peso de una pena que hubiera querido, pero que no osaba confiarle. Al mismo tiempo se adelgazaba, sus ojos se entenebrecían y todo su ser parecía fundirse y atenuarse como una niebla que se disipa.

Advertida por Julia, cuya perspicacia no fallaba nunca, Aurette examinó más atentamente á Lucila y se convenció de que la pobre muchacha luchaba con un pesar muy grande. Aunque á su discreción repugnaban las confidencias solicitadas, resolvió interrogar á su amiga, y escogiendo para ello un día de lluvia, se la llevó á un rincón agradable y solitario para confesarla.

El corazón de Lucila necesitaba desahogarse; sí, tenía una pena terrible, más terrible aún porque era irremediable: amaba á un buen chico, teniente de coraceros, que había salido de Saint-Cyr con uno de los primeros números y de Saumur con notas excepcionales; un muchacho sin fortuna, pero con grandes méritos... Él también la amaba, ¡oh, sí, estaba segura de que la amaba!, y le había hablado con toda franqueza; para hacerla su esposa habría dado su vida, pero no podía destruir su carrera..., su matrimonio exigía la dote reglamentaria de treinta mil francos y Lucila no poseía sino la mitad de esa suma.

—Y por quince mil francos, dijo terminando su relato con un suspiro desesperado, más desgarrador que una explosión de sollozos, nuestras dos existencias serán desgraciadas; él será seguramente un buen oficial, pero no un hombre feliz, y yo...

No dijo más. Aurette le oprimió la mano en silencio, pensando en lo poco y lo mucho, á la vez, que son quince mil francos: poco para los que los poseen, y el universo para los que no tienen nada.

¡Quince mil francos! Un poco de lujo apenas para un millonario, el precio de un cuadro, de un bronce japonés, de un mueble, de uno de esos objetos de los que se prescinde perfectamente ó que nos recrean uno ó dos días. Y para aquellos dos jóvenes quince mil francos eran el precio de una vida frustrada. Y para Aurette, ¿qué eran?

Algo eran ciertamente. La fortuna de la señorita Leniel, con ser respetable, no le permitía, sin embargo, considerar aquella cantidad como una bicoca; quince mil francos era aproximadamente lo que ahorraba de su renta todos los años, formando con esos ahorros un capital de reserva para Juan, cuando éste llegase á la edad en que la tentación de gastar arrastra á los jóvenes á cometer locuras más ó menos reprensibles. Pero ¿sería Juan mucho más pobre si su tía no hacía economías aquel año?

Aurette, substrayéndose á la meditación que amenazaba apoderarse de ella por entero, preguntó á su amiga:

—¿No tiene usted parientes que puedan anticiparle esa cantidad?

—¿Parientes? No; es decir, tenemos una tía, la tía Thomasset, de la que me parece haber hablado á usted.

—No me acuerdo...

—¿La física?, exclamó Doverty que se les había acercado

—Sí, he hablado á usted de ella una ó dos veces: una señora viuda que quiere acabar sus días en un convento; una mujer original, aunque no mala.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! Es muy rica, ¿verdad?

—¡Riquísima! Pero nunca ha hecho nada por nosotros. De vez en cuando viene á vernos y nos trae una cestita de provisiones de su casa de campo, un pollo, fruta, una libra de manteca. . ¡Es muy gracioso! Diríase que se figura que no podríamos darle de almorzar; en el fondo creo que lo hace porque no quiere debernos nada. Pero cuando viene á Angers los sábados para hacer sus compras, prefiere almorzar en casa que en una fonda; y nosotros nos comemos su pollo el domingo.

Aurette no pudo contener la risa al oir esta explicación, y lo mismo hizo Luisa que, sin embargo, volvió en seguida á ponerse melancólica.

—¿Y su madre de usted no tenía otros parientes?

—Sí, pero son pobres. Mamá había tenido treinta mil francos de dote, que para aquel tiempo era una cantidad no despreciable.

—¿Y pues?

—¡Mi hermano tiene derecho á la mitad! ¡Imagine usted si cayese enfermo ó se inutilizase para el trabajo! Es necesario que tenga á lo menos asegurado un pedazo de pan.

Aurette se inclinó sobre aquella frente pura, en la que ya había impreso su arruga la gran preocupación de la vida, el dinero, y estampó en ella un beso maternal. Aquella joven que ni un momento había pensado en despojar á su hermano, le parecía tan valerosa como muchos héroes ensalzados por la fama.

—¿Y ama usted mucho á ese joven oficial?, preguntóle al cabo de un instante.

—Le amo, respondió sencillamente Lucila. Hace dos años que le conozco, pero hasta el invierno último no me habló; yo sabía, sin embargo, hacía tiempo lo que me diría.

—¿Está enterado de ello su hermano de usted?

Lucila se ruborizó al oir semejante pregunta y volvió la cabeza precipitadamente.

—Hubiera debido decírselo, respondió algo turbada, pero no he tenido valor. ¿Para qué participarle mi ensueño? ¿Para tener que decirle en el mismo momento que es irrealizable? Sería ocasionarle una pena inútil. No puedo pedirle que se sacrifique por mí, ¿verdad? También él tendrá ganas de casarse un día ú otro, y para ello necesitará dinero, pues un hombre no puede presentarse á su novia con las manos enteramente vacías. ¡No me perdonaría nunca el malograrle la existencia! ¡Ha sido tan bueno para mí!.. Además, si fuésemos totalmente de la misma sangre..., pero no es así. ¡Y si usted supiera!.. Su padre había dejado dinero; el mío fué quien lo gastó todo... Ya ve usted que es imposible.

Al decir esto, sobre las manos cruzadas de la joven corrieron lágrimas juveniles de cariñoso entusiasmo fraternal, tanto como de pena amorosa.

—¿Y si alguien fuese á ver á la tía Thomasset?, dijo Aurette cogiéndola en sus brazos.

—¡Qué ocurrencia!, exclamó Lucila asombrada.

—¡Tal vez no tenga el corazón de roca esa tía! Acaso sea capaz de enternecerse.

La señorita Brelet movió la cabeza en señal de duda; no tenía la menor confianza en los enternecimientos de la tía Thomasset.

—A lo menos se le puede escribir. ¿Dónde vive?

—Hacia la parte de la Fleche.

—¡La comarca de los pollos!, dijo Aurette riendo. Ahora me explico la cestita de provisiones. Vamos á ver, déme usted algunas noticias. ¿Qué clase de persona es esa tía original?

Lucila refirió cuanto sabía. Eulalia Thomasset era esposa del hermano de su madre, es decir, que sólo era tía por afinidad, y en sus recuerdos más lejanos la veía siempre de la misma edad, con el mismo sombrero de encajes con lazos de terciopelo negro, con el mismo vello en la barba y con el mismo indestructible empaque. Zapada y sólida como un armario de roble, con ojos de color gris de pizarra, claros y penetrantes, labios no delgados, pero apretados para economizar palabras, sin duda muy preciosas, y nariz roma, voluntariosa, irascible; jamás se enfadaba y dejaba caer sus frases como la cuchilla de la guillotina, y únicamente denunciaba sus emociones internas cuando la punta de la nariz se le ponía encarnada; pero apenas recobraba ésta su color natural, había pasado la crisis.

Aurette escuchaba todos esos pormenores con cierto desaliento. ¿Dónde encontrar un punto vulnerable en aquel armario? ¿Cómo tomaría aquella nariz el paso que se diera? A cada rasgo que añadía Lucila al retrato de la venerable dama, perdía terreno en el ánimo de Aurette la idea de tomar el tren é ir á ver á la tía Thomasset en la comarca de los pollos gordos.

—Pues bien, dijo Aurette, le escribiré. ¿Qué se pierde con ello en definitiva? ¿Que se niega? En este caso no tendremos, á lo menos, nada que reprocharnos.

Se hizo dar la dirección exacta de la señora Thomasset y consoló lo mejor que pudo á Lucila, la cual se separó de ella más calmada. Algo es poner un secreto en manos amigas, aunque estas caritativas manos sean impotentes para curar el mal.

Al día siguiente, la señorita Leniel fué á consultar el caso con Julia, pues raras veces hacían algo las dos hermanas sin haber antes conferenciado entre sí. La señora Deblay pudo añadir á los datos facilitados por Lucila otros que ella conocía por el doctor Rozel. La señora Thomasset había enviudado siendo todavía muy joven, y á su fortuna propia había juntado la que heredara de su marido; como gastaba muy poco y no le agradaba ningún placer costoso, había ido atesorando durante veinte años y debía ahora tener de quinientos á seiscientos mil francos.

(Se continuará.)

LA CAZA DE LAS SERPIENTES DE CASCABEL

Cuando nuestro viejo profesor de Historia Natural Leunis llegaba al capítulo de las «víboras vulgares,» solía referir á sus discípulos la siguiente historia. Un día llegó á su casa un labriego, y diciéndole «aquí traigo algo para usted,» metió mano en el bolsillo de sus pantalones y con una tranquilidad asombrosa sacó de él, muy bien envuelta, una víbora de gran tamaño que le entregó como si se tratara del más inofensivo animal doméstico. El profesor, que no quiso desperdiciar ese tema para una lección, cogió agra decido la víbora y la instaló en su *menagerie*.

Captura de una serpiente con la mano

Nosotros, escolares de Hildesheim, conocíamos de sobra las víboras, que abundaban en los bosques cercanos á la ciudad y que con frecuencia mordían á los niños descalzos que iban allí á coger bayas. Como se concedía una recompensa á todo el que mataba uno de esos reptiles, los trabajadores del bosque se dedicaron á cazarlos, con lo que disminuyó considerablemente el número de tales alimañas. Yo mismo tuve una vez la suerte de coger viva una víbora bastante grande que salía de un orificio del tronco de una encina y con aire de triunfo la llevé al profesor Leunis, que la agregó á su colección. Entonces no tenía yo noticia todavía de que hubiera en el mundo cazadores profesionales de serpientes, pero más adelante tuve ocasión de conocerlos allí donde han de clarado la guerra á la más conocida de las culebras venenosas, la de cascabel, unos por deporte y otros porque constituye una ocupación reproductiva.

El cazador aprieta á la serpiente más abajo de la cabeza á fin de que suelte el veneno

La serpiente de cascabel existe sólo en América y aún no más que en la parte septentrional; sin embargo, hay una variedad de ella que vive al Sur del istmo de Panamá. En los Estados Unidos se cuentan quince variedades que habitan desde el golfo de México hasta el territorio de las plantaciones de maíz. La serpiente de cascabel, como todas las serpientes, gusta del sol y del calor; por esto no se la encuentra en regiones más septentrionales. Antiguamente el gran número de esos reptiles constituía una verdadera plaga, pero en la actualidad ha desaparecido casi de aquellas comarcas que tienen una población tan densa; además, se ven perseguidas implacablemente por los hombres, que las cazan rompiéndoles de un bastonazo la columna vertebral, y por los cerdos, para los cuales son una golosina.

Los sitios preferidos de la serpiente de cascabel son las alturas rocosas, bañadas por el sol y áridas limitadas por valles, ríos, torrentes ó prados fértiles y cubiertos de hierba. Solamente donde hay humedad se la encuentra, pues en las mañanas claras y hermosas agrádale mojarse y escoger después un lugar en donde secarse al calor del sol, hasta que, en las calurosas horas del mediodía, deja aquel lugar para refugiarse en otro sombrío. Los que conocen sus costumbres aprovechan ese momento de *dolce far niente* del reptil para cazarlo. Han pasado aquellos tiempos en los que, según se afirma, dos cazadores cogieron en tres días 1.104 piezas; pero todavía esa caza da buenos resultados, como lo demuestra el número considerable de los que á ella se dedican en los meses de verano. Durante el invierno, la serpiente permanece dormida en un escondrijo, siendo muy difícil encontrarla.

Del equipo del moderno cazador de serpientes de cascabel han de formar parte, además de un par de botas altas de cuero recio con suela de goma, para no hacer ruido al andar, y de un palo en forma de horquilla, un cuchillo fuerte, una botella de alcohol de alta graduación y una botellita de oximanganato de potasa. En caso de que el cazador, á pesar de todas sus precauciones, recibe una mordedura, se practicará una incisión alrededor de la herida, la frotará fuertemente con el oximanganato de potasa y tomará una buena cantidad de alcohol, pues está probado que las personas que, habiendo sido mordidas, y se han bebido, dentro de las veinticuatro horas, dos litros de whisky mezclado con una buena cantidad de pimentón, se han salvado sin que el alcohol ingerido les produjera ningún daño. Y ha sucedido también que habiendo caído un hombre enteramente borracho sobre una serpiente de cascabel y habiendo sido mordido varias veces por ésta, las mordeduras no tuvieron para él ninguna mala consecuencia. Sabido es asimismo que los negros aficionados al aguardiente se dejan morder por serpientes de cascabel, curándose luego con abundantes libaciones de whisky. Esta cura es menos heroica que la que practican los cazadores de las solitarias praderas americanas, los cuales queman sobre la herida pólvora humedecida.

Entre los más conocidos cazadores de serpientes de cascabel merecen citarse Snake Pete, cuyo verdadero nombre es Pedro Gruber, de Rochester (Estado de Nueva York), el cual recoge su botín en los páramos rocosos de la orilla del lago Ontario y en el Adirondacs, y C. G. Brownell, de Pensylvania, que es el que los grabados de esta página representan y que ejerce su peligrosa caza en la cordillera de los Alleghanys.

Esa caza debe ejercer una atracción fascinadora, pues de lo contrario, no se comprende que unos hombres que han sido mordidos varias veces y que no obstante los remedios empleados han estado sufriendo á consecuencia de ello semanas y hasta meses, vuelvan á exponerse al mismo peligro.

La caza de serpientes han de realizarla casi siempre dos individuos. Para coger vivo el reptil hay que sujetarle con la rapidez del rayo la cabeza contra el suelo con el palo horquilla, cogerla luego por debajo de la cabeza, apretándola fuertemente á fin de que suelte el veneno y meterla en el saco que tiene preparado el compañero. Algunos cazadores especialmente atrevidos, como Brownell, logran de cuando en cuando coger dos serpientes á la vez, una con el palo y otra con la mano; pero ¡ay de él! si el compañero no acude en seguida para introducir en el saco á uno de los dos reptiles.

Captura de dos serpientes á la vez, una con el palo-horquilla y otra con la mano

Aparte del placer que esos cazadores entusiastas hallan en tan peligroso deporte, la caza de las serpientes de cascabel produce no despreciables ganancias, pudiendo decirse que constituye un negocio bastante lucrativo. Los museos, los jardines zoológicos y las *menageries* ambulantes hacen de continuo pedido de serpientes vivas; y en los mismos institutos se hacen experimentos, no sólo sobre la vida y costumbres de esos reptiles, sino también sobre su veneno á fin de descubrir un suero que inmunice al hombre contra sus mordeduras, que sólo en la provincia india de Bengala ocasionan de 60 á 70.000 víctimas al año, según datos oficiales, y doble número según los no oficiales.

Introducción de la serpiente en el saco

FRANCISCO BAUMGARTEN.

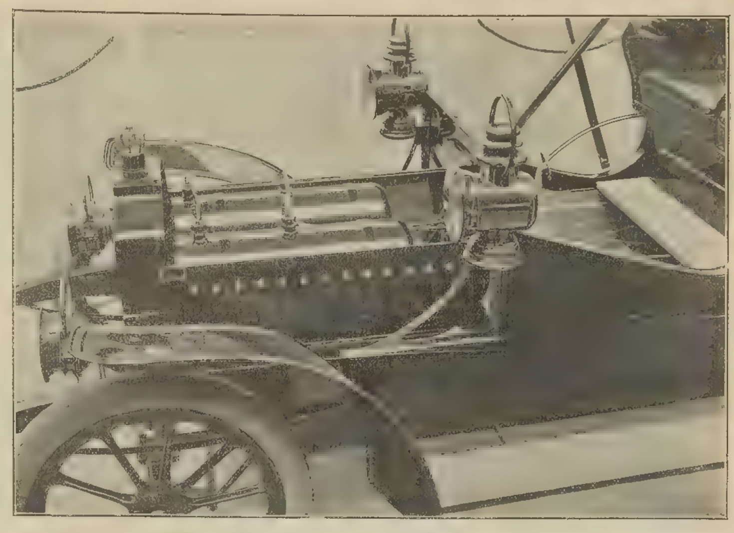
AUTOMÓVIL MOVIDO POR EL ÁCIDO CARBÓNICO

En la Exposición de Pequeñas Industrias inaugurada hace pocos días en Berlín, llama poderosamente la atención una parte de un automóvil que no es movido, como los usados hasta ahora, por un motor explosivo ni por medio del petróleo, sino por la presión del ácido carbónico. A este efecto, en vez de las piezas propias de un motor de explosión, tales como los cilindros, el gasificador, etc., hay dos depósitos de ácido carbónico colocados en el sentido longitudinal del coche y que hacen funcionar la máquina de éste.

Lo más notable de ese invento parece ser la circunstancia de que el ácido carbónico después de utilizado no se pierde, sino que en lugar de ser expulsado al exterior vuelve á los cilindros depósitos; éstos son en extremo resistentes, pues han de soportar una fuerte presión. Falta saber ahora cómo puede evitarse, en caso de un choque, una explosión de esos cilindros que sería de efectos desastrosos.

El motor puede ser de la fuerza que se quiera, para lo cual basta aumentar el tamaño de los cilindros.

El invento ha despertado gran interés, lo que se comprende, pues significa una verdadera revolución en el automovilismo. El autor pide por él dos millones de marcos; según parece, le han ofrecido ya un millón.



PARTE DE UN AUTOMÓVIL MOVIDO POR EL ÁCIDO CARBÓNICO, QUE SE HALLA EXPUESTO EN LA EXPOSICIÓN DE PEQUEÑAS INDUSTRIAS RECIENTEMENTE INAUGURADA EN BERLÍN (De fotografía de E. Frankl, de Berlín.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REPÚBLICAS HISPANO AMERICANAS, por *Emilio H. del Villar*. — Dos tomos de 244 y 278 páginas, que comprenden el primero México, América Central y Antillas, y el segundo América del Sur; ilustrados con profusión de grabados y mapas. Forman los volúmenes 70 y 71 de los «Manuales Soler» que con tanto éxito editan en Barcelona los Sucesores de Manuel Soler, y se venden, encuadernados en tela, á 2'50 pesetas cada uno.

HIGIENE POPULAR DE LA BOCA, por *José Boniquet*. — Un tomo de 152 páginas que contiene el notable trabajo escrito en catalán y presentado por su autor en el Primer Congreso de Higiene de Cataluña. Va ilustrado con varios grabados y ha sido impreso en Barcelona, en la Imprenta Moderna. Precio, dos pesetas.

DISCURSOS LEÍDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SR. CONDE DE ROMANONES EL DÍA 26 DE MAYO DE 1907. — Un folleto de 48 páginas que contiene el notable discurso del recipiendario sobre la «Misión del Estado en la enseñanza de las Bellas Artes» y el no menos notable de contestación del Excmo. Sr. D. Amós Salvador. Impreso en Madrid en la Imprenta y estereotipia del «Diario Universal.»

LA VERDADERA REDENCIÓN, por *Rafael Ruiz López*. — Interesante y bien escrita novela. Un tomo de 224 páginas, editado en Barcelona por la casa Maucci.

MARÍA MOISÉS, novela del Miño, por *Camilo Castello Branco*. — Un tomo de 184 páginas que forma parte de la «Colección Diamante» que con tanto éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Precio, dos reales.

ATOMOS Y ASTROS, por *Victor Delfino*. — Colección de artículos de vulgarización científica, en los cuales se tratan en forma clara y al alcance de todas las inteligencias los principales problemas de la ciencia en la actualidad. Un tomo de 274 páginas con un artículo preliminar de Francisco Porro de Somenzi y una carta prólogo del doctor Luis Carnera, editado en Valencia por F. Sempere y C.ª. Precio, una peseta.

ISABEL Y COLÓN. — CONFERENCIA DADA EN LA CIUDAD DE CORRIENTES, por *Eva Canel*. — Folleto de 48 páginas, impreso en Buenos Aires en el taller gráfico de E. Canel é hijo.

IRRADIATION RÖNTGEN PREVENTIVE INTRA-ABDOMINALE APRÈS L'INTERVENTION CHIRURGICALE DANS UN CAS DE CÁNCER DE L'UTÉRUS, por *C. Comas* y *A. Prió*. — Comunicación presentada al 3.er Congreso internacional de Electrología y Radiología médica, celebrado en Milán en septiembre de 1906. — Un folleto de 16 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Francisco Badía.

ALMA AMÉRICA, por *José Santos Chocano*. — Colección de poemas indo-españoles, cuyo mejor elogio está en las palabras que á ellos dedica el Sr. Menéndez y Pelayo, calificando sus versos de elevados, varoniles, llenos de entusiasmo y nobles afectos y diciendo que sus brillantes é inspiradas poesías han de ser un nuevo lazo entre España y América. Un tomo de unas 250 páginas profusamente ilustrado, con un prólogo de D. Miguel Unamuno, y editado en Madrid por D. Victoriano Suárez. Precio, cinco pesetas.

FRUYT D'AMOR, por *J. Burgas*. — Colección de poesías de diversos géneros, todas muy inspiradas y versificadas admirablemente. Un tomo de 120 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, dos pesetas.

MAÑANA DE ARTE, por *José Lleonart*. — Folleto de 24 páginas en que se tratan en forma amena y con gran espíritu de observación y excelente criterio varias cuestiones artísticas. Editado en Barcelona por O. Salvatella. Precio, 25 céntimos.

BARCELONA. – FIESTAS DEL HOMENAJE Á CLAVÉ. – LA MANIFESTACIÓN ORGANIZADA Á LA MEMORIA DEL POPULAR MÚSICO-POETA. (De fotografía de A. Merletti.)

Fué esta manifestación un espectáculo digno del inmortal músico-poeta á cuya memoria iba dedicada. Figuraban en ella innumerables sociedades corales con sus estandartes, varias músicas, representaciones de algunos colegios y cinco carros alegóricos de las más inspiradas composiciones de Clavé. Al llegar la comitiva al monumento del autor de *Los nets dels Almogavers* y de *¡Gloria á España!* todos los coros entonaron el *Himno del Homenaje*, letra de Conrado Roure y música del maestro Ribera, entre los aplausos delirantes de la multitud que llenaba la plazoleta en donde aquél se levanta y las amplias vías que allí se cruzan.

La manifestación fué una magnífica apoteosis del que supo encender y mantener viva en el corazón del pueblo la purísima llama del arte, y á ella se asoció toda Barcelona, orgullosa de aquel hijo suyo predilecto y de la hermosa é imperecedera obra por él realizada.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVI —— Barcelona 15 de julio de 1907 —— Núm. 1.333

ECLOSIÓN, notable grupo escultórico de Miguel Blay

(V Exposición Internacional de Arte, Barcelona, 1907.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se impone tratar de refrescos, de esos refrescos de España que Teófilo Gautier declaró deliciosos entre todos los del mundo.

No son muchos los refinamientos sensitivos con que España habrá contribuído á la civilización universal, y aun esto de los refrescos no puede considerarse contribución, puesto que no han pasado el Pirineo nuestras bebidas refrigerantes, y en cambio España está inundada (aquí sí que encaja bien el verbo) de bebidas extranjeras. Pero en esto de la refrigeración de la sangre entendemos nosotros más acaso que ningún pueblo de Europa, Asia, Africa y América (ignoro lo que se bebe en Oceanía), y ni el hidromiel de los germanos, ni el kumis de los kirquizos, ni el pulque de las rancherías mexicanas, ni la leche de coco, creo que pueden soportar la comparación con nuestra clásica horchata de chufas.

***

Y no es sólo la composición de la horchata lo que patentiza nuestra aptitud para adaptar el alimento y la bebida á la temperatura y evitar que se achicharre el organismo. Si en varias regiones españolas se come de la manera más excitante é inflamante (embutidos, rellenos, adobos, jamón, cecina, todo muy salado y con muchas especias), en otras regiones se ha adoptado un régimen prudente y sabio, vegetariano: el gazpacho, las migas, la ensalada de tomate y pepino, los diferentes ajos: blanco, arriero, al óleo, y sólo Dios sabrá cuántos delitos y crímenes protervos evita en esos países de ardientes pasiones el sistema de alimentación á que están sometidos los braceros y obreros del campo, y que les apaga en agua el Febo que les corre por las venas.

***

El gazpacho es encantador. En muchas mesas elegantes se sirve ya en Madrid, reemplazando á la sopa caliente, que estomaga. Sucede con el gazpacho lo que con el café, el te y el chocolate: cada cual tiene una receta para hacerlo, y declara que esta receta es la única infalible. No hay andaluz que no se crea especialista en gazpacho, y recomienda procedimientos peculiares para el majado del tomate, el desmigajado del pan, la sazón del ajo y la adición del pepino. He probado infinitos gazpachos hechos de infinitas maneras, y todos me parecieron igualmente buenos... cuando aprieta el calor y el verano hace de las suyas.

No estoy tan conforme con esos seudo-gazpachos en que el ajo lleva la voz cantante. El ajo blanco es sin duda muy higiénico: entra en él la almendra, calmante, sedante y dulce elemento, que también en horchata proporciona una sensación de frescura gratísima. El *ali oli*... lo he probado una vez, en una hospedería catalana, á la subida de Montserrat. Allí tenía color local, pero fuera de allí creo que no hubiese podido resistirlo. En Loja, otra variante del gazpacho es la *porra*, más sazonada y más fuerte que su sencillo hermano, y menos gustosa también. Y en París, en el propio París, se come algo que se asemeja al gazpacho, aunque de lejos: un tomate despachurrado, al cual se incorpora perejil vaciado finamente, sal, pimienta, aceite, vinagre y unas migas de pan. Esta mezcolanza la he visto preparar en varios *restaurants* parisienses, durante el caluroso período veraniego de la Exposición de 1900. Porque, cuando en París se pone á hacer calor, es de veras y se derriten los sesos. Y por instinto, se busca lo fresco y lo narcótico, lechuga, tomate, vinagre, frutos.

***

De los refrescos bebidos españoles hay uno que ha caído en desuso en su forma y nombre castizos, pero que la gente elegante adopta llamándole *claret cup*. Hablo de la *sangría*, excelente bebida que me ofrecieron en Toledo, y que reconforta y entona y evita fatiga y desgaste. Se compone de agua, tercera parte de vino tinto, el zumo de un limón y azúcar. Nunca se recomendará bastante la *sangría;* y si se le añade hielo, no cabe nada más exquisito. Su color es el del granate pálido.

De la limonada y la naranjada, aunque se bebe en toda Europa, creo que sólo en España se hacen estrujando naranjas y limones para añadir su zumo al agua serenada en botijo. En los demás países se emplean jarabes, ácidos; es la química en vez de la naturaleza, y siempre que he probado esas bebidas fuera de España, en vez de percibir la fragancia de aza hares que aquí nota el paladar y que presta tanta poesía al refresco, se nota un sabor á botica, repugnante.

Tampoco la leche amerengada es buena fuera de Madrid. El café de Pombo la produjo de primera, con su copete salpicado de canela aromática, No sé por qué, la leche amerengada ya no está de moda; sólo entre el gentío característico de Madrid, los tipos inconfundibles de «barrio,» conserva cierto prestigio ese sorbete que recuerda chisperías, manolerías, botillerías y tonadillas del tiempo de «los franceses.»

Ahora, la gaseosa, los espumosos—insípidos y que dejan una sensación ingrata, picona, de bebida fabricada á máquina—hacen competencia á los refrescos tradicionales. Sólo la horchata conserva su hegemonía, y hasta diré que la ha acrecentado, porque las horchaterías, que antaño serían ocho ó diez, se multiplican y ven crecer su clientela, y porque en los saraos y fiestas de alta sociedad, sobre todo en las que en esta época del año se verifican en jardines y par ques, la horchata es de rigor, y va teniendo más partidarios que ninguna otra bebida estacional.

No toda horchata es buena. Hay horchaterías en que es mejor, en que sabe más á la chufa. Y no sólo eso: hay países, hay climas en que la chufa tiene todo su sainete, su gusto típico, dulce y refinado, y países en que la horchata de chufas es aguarrosa, chirle y hasta indigesta. ¿Por qué? No lo sé, ni creo que haya modo de averiguarlo. Lo más extraño es que, en opinión de los inteligentes, la horchata, en su tierra natal, Valencia, dista mucho de tener el buen gusto que en Madrid. Unos lo atribuyen al agua del Lozoya; otros, al azúcar... (¡Al azúcar! ¡Misterio!) Mis propias impresiones de paladar confirman la opinión corriente: la horchata de chufas en ninguna parte es mejor que en Madrid.

***

Posee otro encanto la horchata, en las afamadas horchaterías rebosantes de gente desde que el Can, como diría un antiguo poeta culto, vibra en flamas encendido: y es que la sirven mujeres. Estas camareras de horchatería tienen un aspecto limpio y llevan unas faldillas de percal de colores alegres y unas blusas coquetonas, á pintas, á rayas, sembradas de flores; su calzado reluce, su cabello se recoge con gracia y con estilo, mordido por peinetas de celuloi de y atusado ó encrespado como quiere la moda. A pesar de las fatigas del oficio—oficio doble, afirman los maliciosos,—las muchachas de horchatería no están ajadas, ni de mal humor; sirven con presteza y voluntad. El servicio de la mujer es siempre preferible al del hombre, aun cuando sólo tomásemos en cuenta el apestoso cigarro y el bigote híspido y cerduno. Yo creo que, andando el tiempo, las prescripciones del buen tono, que exigen para el servicio en los comedores hombres nada más, se suavizarán, y se implantará el servicio de mujeres, que los romanos prefirieron para sus banquetes y juergas. Uniformadas y nítidas en su aseo, no entiendo por qué no podrían las mujeres atender al comedor, dejándose atrás á los serios y patilludos criados de ahora.

***

Volviendo á la horchata, en este tiempo la encontraréis hasta en puestos al aire libre, por plazas y calles; hasta en la garapiñera de los vendedores ambulantes, que lanzan su pregón pintoresco sincopando las palabras: «¡Chata... lá!» El pueblo madrileño tiene esta nota característica: cuanto se vende y se compra, que represente una sensación grata, lo democratiza, lo pone á su nivel, y lo disfruta. La horchata y el limón granizado que toma el pueblo bajo de Madrid en la calle costará veinte céntimos menos que en los establecimientos; el limón sabrá á purgante; la horchata, en vez del igual y bonito tono crema, tendrá un matiz azulado sospechoso; pero serán limón y horchata helados, y el mozo de cuerda y la maritornes y el golfo y la mendiga satisfarán su golosina y se refrigerarán, como han satisfecho su instinto dramático y novelesco en el *cine* y su instinto suntuario en el puesto del Rastro en que se venden cintas de seda á cinco céntimos y dijes de similor á diez.

***

Una cuestión pavorosa surge á propósito de la horchata. ¿Cuáles son sus relaciones é influencias en la salud, en el aparato gástrico, en las funciones digestivas, etc., etc?

A la verdad: hemos llegado á exagerar el cuidado de la salud, y vivimos mártires de este *nuevo ídolo*. Por muchas precauciones que se adopten, la vida del hombre es breve y está llena de miserias, que dijo la Sabiduría. Cuando contempláis una jarra de cristal que destella de limpia; y dentro de ella un bloque de nieve tostada, sabrosa, el jugo de una raicilla que parece conservar, bajo la tierra, un rayo de sol levantino; y al lado de la jarra, en plateada bandeja, veis apilarse la ligera montaña de los dorados barquillos, esa deliciosa pasta que sólo en España se confecciona bien, ¿no es un abuso de la higiene, tirana nuestra, sugeriros que pagaréis con sufrimientos y molestias el goce tan poco material, tan poético, de absorber esa nieve y ese sol por esa finísima trompetilla que se deshace, crocante, entre los dedos?

¿Sabéis lo que han discurrido los higienistas? Pues nada menos que lo siguiente.—En verano, ¿os gustarán, naturalmente, las bebidas frías, el agua donde se disuelve el roto cristal del trozo de hielo, el vino *frappé,* la fruta de suave acidez, las fresas, los melocotones, las cerezas, los sorbetes, los quesitos helados, todo eso que la favorita del rey de Francia lamentaba que no fuese pecado tomar, pues sólo le faltaba, para su delicia, el estímulo de la prohibición? ¿Os gustará la horchata, que lleva á las venas una corriente de frescor y reposo?—Los higienistas, más tiránicos y prohibitivos que los severos confesores, se convierten en otros tantos Pedros Recio de Tirteafuera, y no contentos con quitaros de delante la deleitosa jarra de horchata, os presentan un jarro lleno..., ¿de qué diréis? De agua caliente. Así como suena: agua caliente, lo más nauseabundo en este tiempo... «Es lo único que debéis beber—repiten los consabidos estropeadores de la existencia.—En esta época del año, precisamente en esta época del año, es cuando el cuerpo necesita la bebida caliente, para que no se alteren las funciones de sus órganos. Infusiones, cocimientos, combatirán los efectos irritantes ó debilitantes de la fruta, el hielo, los refrescos y hasta el agua serenada del botijo, la cual también, con apariencias de honradez, es una pícara traidora, que se atosiga y produce esto, aquello, lo de más allá...»

***

¡Qué difícil debe de ser guardar régimen, guardar las prescripciones de la higiene endemoniada, en esos países de perpetuo y enervante calor! Hay una porción de cosas que parecen reprobables y son excusables si se piensa en los efectos, disolventes para la voluntad, de la temperatura... La galvana, la cansera, la flojera, la languidez, el caimiento de ánimo, ¿no responden en gran parte al termómetro? La superioridad de los anglosajones, ¿no penderá en gran parte de no haber necesitado nunca tomar horchata de chufas á pasto, para refrescarse las venas?

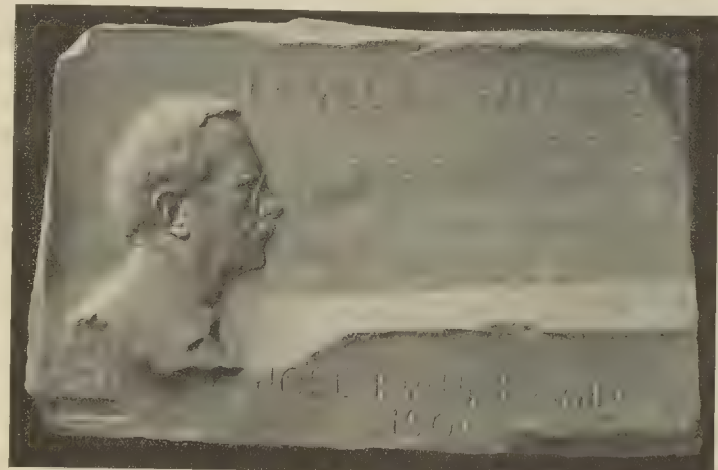
Sobre la estepa castellana, el viento de Africa ha pasado, soplando brasa y sin mover las hojas de los chaparros y lentiscos. El océano de oro de la mies no se ha estremecido siquiera. En la populosa capital, enclavada por caprichos de un coronado asceta en mitad y mitad de las llanuras, el hombre que duerme su siesta se despierta rendido de sofocación y sudor. Salta de la cama, se pone el *canotier* de paja amarilla, y soñando con inmensos abanicos de plumas y con chorros glaciales de agua salada ó dulce que pasan sobre su cuerpo vigorizándolo, salva la calle, entra en la horchatería de enfrente y le sirven su ensueño... en forma de colmado vaso de horchata de chufas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS MAESTROS DEL ARTE ESPAÑOL.—EL ESCULTOR MIGUEL BLAY

El talento fuerte y exquisito del nuevo maestro Miguel Blay; su manera de hacer, bella, armónica, pulidísima, honda y espiritual, cautivaron mis sentidos.

¡Qué sorpresa!.. Recuerdo mi visita á la Exposición Nacional de 1894... Yo era un jovenzuelo recientemente llegado de provincias, á quien comenzaba á gustar el arte grande. No conocía entonces á Donatello, ni á Miguel Angel, ni á Meunier, ni á Rodin. Es así, en ese punto de ignorancia supina, como mejor debe apreciarse la obra artística, si poseemos un mediano gusto y un poco de sentimiento. Yo he visto á más de un hombre palurdo, tosco y por consiguiente profano en arte, ensimismarse en la contemplación de las obras de Velázquez y del Greco, y descubrir, en los lienzos de estos dos potentísimos maestros-guías, los detalles que no ve todo el mundo. Debemos, pues, recoger y estimar el aplauso de las almas sencillas, desapasionadas, puras, en fin, que juzgan en bulto por una primera impresión, no exenta en casi todos los casos de sentido artístico.



Lápida conmemorativa de la reconstrucción de la Casa Ayuntamiento de la villa de Palamós, obra de Miguel Blay

Como testimonio de la consideración que ha merecido al Municipio y vecinos de la hermosa villa de Palamós el acto de desprendimiento llevado á cabo por D. José Mauri, quien ha sufragado los gastos de reconstrucción de las Casas Consistoriales, se ha colocado en el Salón de Sesiones la lápida conmemorativa que reproducimos, modelada y ejecutada en mármol por el distinguido escultor D. Miguel Blay.

He aquí que aquella veintena de esculturas presentadas en la Exposición de 1894 me atraían. Nadie guiaba mi gusto, ni me explicaba recónditas bellezas; mas yo veía en una y otra escultura del para mí desconocido autor algo extraordinario que subyugaba al instante. Y era duradera la sensación. Estatuitas de medio metro de altura, que representaban idealidades femeninas, mujeres de blondas cabelleras y de delicada envoltura terrena, talladas en mármol con tanta gracia y delicadeza como yo no había visto jamás. Y al lado de estas obras veíanse también, ostentando la firma de Blay, retratos de otras mujeres de existencia real y no del ensueño, descotadas, pletóricas de vida, y bellas y sabiamente dispuestas para la copia en alba piedra. ¡Oh áureos cabellos ondulados y recogidos por manos cariñosas de artistas!..

El eminente escultor Miguel Blay

Unas esculturas de niños hiciéronme admirar el talento del maestro en la representación justa y dificilísima de esas caras inocentes, bonachonas, dulces, de esos rostros pueriles que el vulgo asegura son todos muy parecidos, y no es verdad, que nosotros, ahora ya hombres graves y un poco viejos, tuvimos allá en nuestra muerta infancia. Triunfo inmenso sería en mi opinión, para cualquier gran artista, el aproximado estudio que pudiera hacer, en escultura ó en pintura, sobre las transformaciones por que pasa nuestro espíritu—que es lo interesante,—nuestro carácter, al tiempo mismo que cambia, al correr de los años, nuestra física fisonomía, cuando ya se anublan nuestros ojos, páranse nuestras ilusiones y se entristece el alma.

Pude ver aún más tesoros en aquella exposición de Blay: descubrí un temperamento de gran artista, fuerte, hondo, en una obra que era como yo creía debía ser la mayor parte del trabajo de estos hombres donde arde la llama del genio. Lejos del mundo nuevo—como predica el filósofo,—la mediocridad que estaciona el progreso de nuestras vidas. El artista ha de ser un hombre superior, á quien nadie discuta.

La apostólica figura del doctor Rubio—hermana gemela á la del santo Robert—la concibió el ilustre joven escultor catalán con sencillez, pero llena de vislumbres que fascinan. Manos de justo, cuerpo sin vicios y potentísima testa de superhombre de admirable idiosincrasia inconfundible. Bueno, sabio y sencillo; antorcha, guía, protector de la pobre humanidad enferma...

Préstase, en muchos casos, la figura exterior de estos varones genios, á la representación grandiosa en obra perdurable de arte. Pero ninguna como la del doctor Rubio, que era de la misma estirpe que el Moisés de Miguel Angel. Gigantesco, fortísimo de cuerpo y de cabeza amplia y soberbia en rasgos. En su mirada resplandecía la bondad y la ciencia.

Así conocimos al hombre admirable, así volvían á verlo con asombro nuestros ojos en el monumento que Blay presentaba, y así queda, ya fija en bloque de piedra, su gran figura para que la guarden las generaciones venideras.

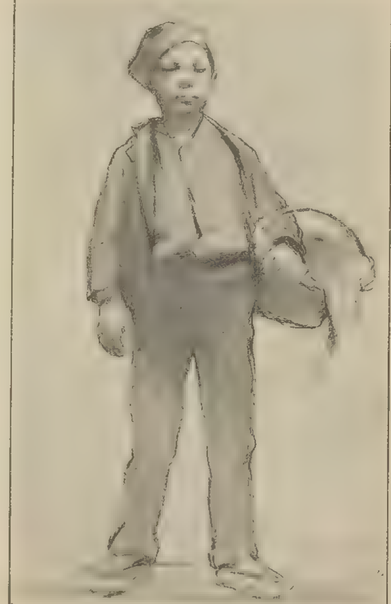
Blay mereció aquel año sinceras alabanzas por su completa, profusa y diferente obra que exponía en el Concurso. Se le votó para la medalla de honor, que bien la merecía el artista expatriado en París luchando tenazmente y ya dueño de una firma conocida y muy admirada en el mundo entero. Mas no obtuvo el premio porque un pintor ilustre dividió los votos con su candidatura, y aquel año se declaró desierta la elevada recompensa. Pero ¿qué nos importa las mercedes oficiales y lo que dictaminó un jurado lleno de pasión?

Blay entonces se elevó por su obra, de un salto y para siempre, y en opinión de los que en estas cosas se ocupan, quedó consagrado como un gran maestro de la escultura moderna en España. Y así gustoso é ilusionado comencé yo á admirar á este artista, que no conocía personalmente. Ayer ya nos presentaron á nuestro amigo, á Blay. Fuimos á su estudio. Ya hemos visitado al maestro varias veces y ya hemos parlado con el joven escultor muchas horas.

Miguel Blay es uno de los hombres que forma en el grupo de la selección, que nadie ha hecho, pero que existe como resultante de los pasados extravíos. Claro está que yo me refiero sólo al arte, y no aludo para nada á la política.

Hablando al maestro conocemos en seguida su manera de pensar, también el pasado y el presente de este hombre, y al instante abarcamos todo el esfuerzo del nuevo artista, en lucha feroz con el medio.

Hombre purísimo, sencillo, franco, que charla sin acritud, sin asomo de malquerencia para con nadie en particular, su rostro aquí sí que es el espejo del alma, y lo veréis rubio y colorado como una manzana en sazón, sonriente siempre, atrayéndoos como un hermano sin pena, que es feliz en su hogar modesto,



Apunte, dibujo de Miguel Blay

con su esposa y sus hijos, y con su trabajo cotidiano dentro de su bello arte.

Viene Blay loco de entusiasmo de Barcelona.

—¡Qué Exposición!.. Hermoso triunfo ha sido este

Mujer y flores, busto en mármol de Miguel Blay
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

Concurso para la enseñanza, para el progreso del arte en España, donde sabemos que todo adelanto viste en mantillas... Nuestros jóvenes no conocían á Rodin, ni á Meunier, ni á los pintores ingleses, ni á los flamencos, ni á Zuloaga, ni, en fin, estaban al tanto de la evolución tremenda que en arte se ha operado en estos últimos años. Y no basta explicarla, hablar de ella, dejar asomar nuestro gusto, de vez en vez, en las obras del propio ingenio. El público no las entenderá y desestimará todas las esculturas y pinturas poco tradicionalistas, que se aparten de sus aficiones, de lo que esta sencilla gente ve quizás y admira en algunos museos modernos. Muchas exposiciones como la actual catalana nos está haciendo falta, sobre todo en Madrid, que es una corte muy atrasada. Yo he pasado horas enteras en éxtasis admirativo delante de muchos trabajos—algunos ya me eran conocidos—que se exponen en el Palacio de la ciudad condal, y mirándolos, me imaginaba la impresión que debían hacer estas obras en las inteligencias jóvenes, vírgenes, que claman por la justa renovación... No soy yo partidario ni celebro toda la obra de Rodin. A mí no me agrada el Balzac y lo creo un extravío del genio. Pero Rodin es el coloso de nuestro siglo y el escultor que tiene en su historia una docena de aciertos que no morirán nunca. Así *El beso*, *Los ciudadanos de Calais*... De Meunier no hay que hablar. El escultor belga vivirá también en sus obras por mucho tiempo; sus labriegos, sus mineros, sus descargadores de los puertos, sus hambrientos, ¿no nos dan una sensación exacta, llena de espíritu, de vida y de verdad, de las desgracias humanas, de las desigualdades del mundo?.. Sana predicación es esta que yo, con fe, seguiría en mi modesto trabajo, si no tuviera que ocuparme de los pequeños encargos para vivir humildemente con su producto. ¡Zuloaga, los pintores ingleses y los franceses!.. ¿Qué le diré á usted sobre tan grandes artistas?

—Haga usted punto, maestro, y hable de otra cosa que nos entristezca menos, ¿no le parece?

—¡Bravo! ¡Bravo! (Repite Blay esta palabra con frecuencia, y la dice con regocijo y afecto.)

En los últimos tramos de una escalera de mano da Blay algunos toques á una bella figura de niña, que irá en la composición del soberbio grupo decorativo destinado al nuevo palacio del «Orfeó Catalá.» Toda la hermosa escultura llévala vencida el gran artista. La ha compuesto en barro obscuro y á la tercera parte de su tamaño, que será de cinco metros de altura.

Aparta Blay unos lienzos húmedos que cubren esta obra, y toda ella, casi terminada, aparece ante mi vista. Es el grupo sobrio, elegante y de cabal significación. Me explica el artista, en dos palabras, su idea. Irá de este modo la obra escultórica á Barcelona. Ya sabéis que el nuevo palacio se va á destinar á albergue de una notable sociedad coral del país. Pues bien: la escultura de su frontón aclara perfectamente la idea, sin que quede duda á nadie de los que el grupo contemplen, de la interesante música que dentro del regio local va á oirse y venerarse.

Se asienta la escultura de Blay sobre la base de una gran columna, rematada por el escudo de Barcelona. Suben por ambos lados una bandada de pajaros. En la parte de la derecha se ve el grupo de la canción popular; lo forman una joven aldeana con típico traje, dos hombres fuertes hijos de la tierra firme también; una de estas figuras es del presente, otra del pasado, y ambas llevan barretina sobre sus chollas amplias y trazadas valientemente; siguen á éstos hombres de la montaña: otros dos que son tipos de mar, pescador y marino mercante, que eran y son en el día los verdaderos transportadores por todo el mundo de las viejas y poéticas canciones populares.

Obsérvase en el otro lado, en la parte de la izquierda, la idea tierna del grupo escultórico: mujeres de sociedad en trajes de gala, unas niñas, otras mujeres, ahora vestidas con sencillez, con ropas de pueblo; una alegoría de la canción popular *El nov de la mare*, y por último, sobre estos admirables grupitos y figuras de hombres y mujeres de la raza catalana, firmes sostenedores de sus bellas canciones, aparece, desplegando una gran bandera un gallardo caballero, San Jorge, como protegiendo á toda aquella buena gente que mantiene incólume el canto de su país, que es siempre la más poética tradición artística y el legado más espiritual de los pueblos.

A grandes rasgos explicada será así la bella obra de Blay, su última escultura. Después terminará nuestro notable artista algunos bustos encargados, retratos de señoras y niños, un panteón para el cementerio del «Pere Lachaise,» de París, y unas reproducciones de su famoso grupo *Los primeros fríos*, obras estas que le han adquirido para los Museos de la América latina.

Mi curiosidad hace algunas preguntas al escultor de su vida pasada, de su historia artística. He aquí algunas intimidades.

—Cuando á los catorce años yo tallaba, en la fábrica de mi pueblo de Olot, que aún existe, figuras de santos, ya había escogido mi carrera y decidido mi suerte... Morían los años; yo estaba desesperado y me aburría... Huí á Gerona, donde al instante gané unas oposiciones de pensionado, y entré á los dos meses en París... Con el maestro Chapu, que diré otra vez más era un admirable guía que sabía enseñar, comencé á aprender mi arte.

Murió Chapu y Blay pasó a Roma. Allí acabó su primera obra, que envió á la Exposición de Madrid y que fué premiada con una medalla de oro. Era aquella escultura *Los primeros fríos*. Fué el gran triunfo del maestro una sorpresa hasta para él mismo.

Terminó aquel mismo año su pensión de Gerona, y el artista, ya laureado, encontróse lleno de honores, pero horro de pesetas. Afortunadamente el Museo de Barcelona adquirió la escultura premiada, encargándosela en mármol. Con aquellos miles de pesetas—dice Blay—vió logrado otra vez su sueño: que era vivir en París. Y efectivamente, lo ha conseguido por muchos años.

En París expuso en el Salón y le premiaron sus obras con segundas medallas, y en la Exposición Universal con una de oro. Viviendo en Francia terminó sus monumentos, el de Chavarri en Bilbao y el inaugurado recientemente en Madrid al Dr. Rubio.

Refiriéndose á sus obras próximas le oí razonar de esta manera:

—Mi obra no la he hecho aún. Sólo conocen ustedes de ella ligeros tanteos. Me falta hacer una obra fuerte y definitiva, que subyugue á los inteligentes, que traspase las fronteras, que quede... Vea usted, vea aquí en este álbum sagrado buenas fotografías de las asombrosas esculturas de los grandes maestros.

Tras la ilusión, escultura en bronce y mármol de Miguel Blay
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

Imitemos, pues, á los fuertes artistas que hicieron estas cosas y con ellas conquistaron el porvenir.

MANUEL CARRETERO.

RETRATO DE LA SEÑORA VIZCONDESA DE J.

busto en yeso, original de Miguel Blay

LOS DESCUBRIMIENTOS DE PESTUM

Maravillosos resultados de las excavaciones comenzadas

Fig. 1.— Vista de los dos templos de Neptuno y de Ceres

Aún estoy bajo la impresión deliciosa del día que acabo de pasar en esta playa solitaria en donde el arte griego ha triunfado de la acción destructora de los hombres y de los siglos, conservándonos intactos los tres monumentos más bellos y grandiosos de la antigüedad, los templos de Neptuno y de Ceres y la Basílica. Un encanto particular se apodera del espíritu cuando se visitan esos monumentos, cuyas altas columnas se destacan orgullosamente sobre el azul del cielo. No se trata de ruinas que requieran un trabajo de completación mental para devolverles la vida que tuvieron; en los templos de Pestum sólo faltan los sacerdotes para que en ellos puedan celebrarse las ceremonias religiosas, y no hay sitio alguno, ni en la misma Grecia, en donde sea tan perfecta la ilusión de revivir en pleno mundo pagano sin que nada moderno venga á turbar esa impresión.

***

La noticia comunicada en la Cámara de Diputados por el Ministro de Instrucción Pública de que el profesor Víctor Spinazzola, sabio y apasionado arqueólogo é inspector jefe de los museos y de las excavaciones de Italia, había iniciado algunas exploraciones en Pestum, y las indiscreciones de algunos diarios que habían dicho que habían comenzado las obras para aislar el templo de Neptuno y la Basílica y que en las primeras excavaciones practicadas cerca de ésta se habían encontrado riquezas arqueológicas tales como bronces, monedas, objetos artísticos de gran valor y buen número de armas de sílice, todo esto había excitado vivamente mi curiosidad y el deseo de hacer funcionar mi máquina fotográfica.

Unido por antigua amistad al profesor Spinazzola, le escribí suplicándole me permitiera visitar las excavaciones, contestóme con una negativa fundada en que si es sagrada la amistad, las excavaciones lo son más todavía y en que había prohibido en absoluto que se sacaran fotografías antes de haber él presentado su memoria al Ministro. Esto no fué óbice para que á la mañana siguiente, á las seis, me encontrara yo con el tal profesor en la estación de Nápoles y tomara, después de él, billete para Pestum.

—No es el periodista quien acompaña á usted, le dije, sino el amigo.

—¿Y ese aparato fotográfico?, me preguntó.

—Lo dejaré á la puerta.

Y bajo ese compromiso, hicimos juntos el delicioso viaje por esa línea espléndida que después de contornear el golfo de Nápoles, da la vuelta al de Salerno, pasando por Cava y Vietri, la Costa de Oro meridional.

***

Desde la estación de Pestum hasta la puerta de la vieja ciudad, no hay más que cinco minutos. Esta puerta (fig. 2), casi intacta, con su arco elegante y sólidamente construída, según costumbre griega, con grandes bloques de travertino sobrepuestos sin cal, hállase actualmente rodeada de vegetación que pronto desaparecerá á consecuencia de las obras de ensanche de la alameda que va á parar á la carretera provincial y que atraviesa la población de Norte á Sur.

En la encrucijada distínguense de pronto como una visión (fig. 1.) los dos templos majestuosos, la colina de la Acrópolis en el fondo y detrás el mar. Y enfrente de la entrada (en donde, por cierto, me olvidé de dejar mi aparato fotográfico) surge la mole imponente del templo de Neptuno (fig. 3.) dejando ver entre sus columnas el cielo luminoso. Delante del templo, á pocos metros de las tres gradas que lo rodean, el profesor Spinazzola me enseñó una porción de grandes bloques de travertino que formaban el altar del templo hasta el presente ignorado y que en estos días será enteramente desenterrado; mi fotografía quedará como documento del descubrimiento y del cambio de aspecto del lugar.

El espectáculo llega á ser extraordinario cuando se penetra en el templo (fig. 5.) y se admiran las numerosas columnas, severas y solemnes.

Un poco más á la izquierda surge la Basílica (fig. 4.), en la que las excavaciones han puesto ya al descubierto la última grada, alcanzando así los diversos planos que tuvo antiguamente la ciudad. Uno de los objetivos que se propuso el profesor Spinazzola y que conduce y conducirá aún más al desenterramiento de la Pestum más antigua que la hoy conocida, fué encontrar el plano de la ciudad vieja; y habiendo adquirido la certeza de que el plano conocido no era el verdadero, comenzó por buscar las antiguas carreteras alrededor de los templos. La línea blanca que se ve á la derecha en la figura 4 revela ya el segundo nivel de los planos alcanzados, en el cual se han encontrado varios bloques del *epistilium* y delante de ellos las otras gradas desenterradas. A la izquierda, en donde se ve sentado el profesor Spinazzola consultando los planos, está el último bloque lateral del altar, oculto durante siglos por la maleza y la tierra y que va á ser desescombrado.

En el interior de la Basílica (fig. 6.) se ven las bases de las columnas que la dividían en sentido longitudinal; las excavaciones que se ejecutan en las inmediaciones del templo han puesto al descubierto fragmentos de esas columnas, y capiteles esculpidos.

La fachada occidental ha sido enteramente desenterrada por las excavaciones que, en algunos sitios, han llegado á 1'65 metros de profundidad; la septentrional no ha sido aún excavada.

Todos los objetos encontrados se conservarán en un museo especial instalado en una torre griega, casi intacta, que se alza junto al río Salto, y cuyo propietario, el Sr. Salati, la ha cedido, gracias á la mediación del profesor Spinazzola, al Estado. Una ancha escalera conduce á un vasto salón en donde hay reunidos ya numerosos objetos de un valor arqueológico extraordinario y de los cuales me está vedado hablar.

Una civilización inesperada é impresionante hállase allí puesta de manifiesto por los objetos prehistóricos de las edades arqueolítica y neolítica, del bronce y del hierro, encontrados á centenares á pocos metros de la Basílica, en el mismo sitio en donde se ve sentado, en la fotografía (fig. 4.), al director de las excavaciones.

Esa enorme cantidad de objetos que revelan una civilización milenaria y el descubrimiento de la carretera han dado á esas excavaciones un aspecto tan interesante y producido tan importantes resultados que los arqueólogos de todo el mundo las siguen con ansiedad. Hoy por hoy, esos trabajos constituyen el acontecimiento más grande de la ciencia arqueológica.

Dentro de algunos meses, las vías de la antigua Pestum conducirán á los templos restituídos á su primera belleza, y millares y millares de turistas encontrarán esos monumentos de la vieja ciudad enteramente transformados, ya que el gobierno italiano ha prometido al profesor Spinazzola todo el apoyo necesario para llevar á buen término su descubrimiento maravilloso.

Fig. 2.—Antigua puerta de Pestum

Fig. 3.—Vista del templo de Neptuno

Carlos Alenyacar.

Nápoles, junio, 1907.

(Fotografías del autor.)

Fig. 4.—Vista de la Basílica

Fig. 5.—Vista interior del templo de Neptuno

Fig. 6.—Vista interior de la Basílica

LOS DESCUBRIMIENTOS DE PESTUM.—MARAVILLOSOS RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES COMENZADAS

EL GRILLETE,

escultura en mármol, original de Miguel Blay

FRAGMENTO DEL MONUMENTO AL DOCTOR RUBIO, RECIENTEMENTE INAUGURADO EN MADRID,
escultura original de Miguel Blay

LOS SUCESOS DE MARRUECOS

Los asesinos del doctor Mauchamp á su llegada á Tánger, desembarcando en vagonetas á causa de los grillos que tienen en los pies
(De fotografía de Rittwagen.)

LA REAL FÁBRICA DE SAJONIA, EN MEISEN

Meisen, tan justamente celebrada por sus manufacturas de porcelana y en donde Juan Federico Bottger realizó sus notables descubrimientos, ha representado siempre y en todas épocas el centro de producción de esas admirables piezas de porcelana, tan apreciadas por los inteligentes. Los esfuerzos y preocupaciones de Bottger para obtener una pasta tan blanca y perfecta como la coreana, dieron los resultados que apetecía, siendo recompensados cumplidamente sus afanes, puesto que sus sucesores han perpetuado la gloriosa tradición y el público ha acogido con aplauso esos vasos de gusto barroco, los caprichosos candelabros, los bonitos cofrecitos y esas delicadas figuritas y grupos, delicadamente modelados y pintados con pasmosa minuciosidad.

La gallina ciega, grupo de porcelana de Sajonia

Difícil sería, en breve espacio, describir las vicisitudes de las manufacturas de Meisen, puesto que los acontecimientos políticos y más aún las guerras perjudicaron hondamente los progresos y el desarrollo de tan interesante fabricación. De ahí, pues, que las modificaciones y mejoras introducidas por artistas como Kandler, quien imaginó adornar los vasos con guirnaldas y figuras, viéronse violentamente interrumpidos por la funesta guerra de los Siete Años, renaciendo gracias á la iniciativa de otros escultores.

Igual suerte cupo á las demás fábricas establecidas en otras localidades alemanas, que como las de Furstember, Höghts, Frankenthal, Nymphemberg, Anspach, Berlín, Fulda, Limbach, etc., lograron mantener la fama tan brillantemente adquirida.

Los demás países de Europa procuraron asimismo producir porcelanas, estableciéndose manufacturas importantísimas que, como las del Buen Retiro y de Alcora, tan alto pregonan las nobles y patrióticas iniciativas de Carlos III y del conde de Aranda.

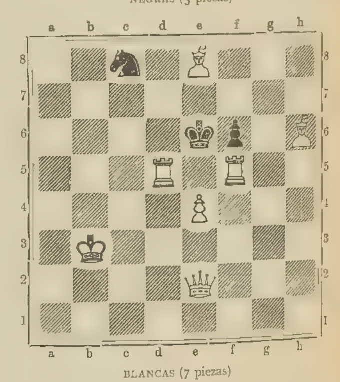
Cuanto á la Real fábrica de Sajonia, en Meisen, que motiva escribamos estas someras noticias, siguió la suerte de las demás; y si durante un corto período logró singularizarse, fué gracias á la inteligente dirección del notable escultor Joessel. Mas al fallecer este distinguido artista, decayó de un modo verdaderamente lamentable, no bastando á vigorizar sus penosos esfuerzos la protección que creyó necesario prestarle el Estado.

A partir de hace pocos años, hállase en el período que pudiéramos llamar de su renacimiento, habiéndose introducido una modificación en el decorado de las piezas, que consiste en la adaptación al gusto moderno y en la mayor simplicidad, prescindiendo de los aditamentos de flores, guirnaldas é insectos, conforme lo atestigua el hermoso grupo que reproducimos, modelado por el inteligente artista C. T. Eisler, que auxiliado por otros no menos entendidos escultores, trabajan con acierto y logran sostener el buen nombre y la reputación del que fué emporio de la fabricación de porcelana en Alemania.

AJEDREZ

Problema número 469, por V. Marín

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 468, por V. Marín

Blancas.	Negras
1. Cf3-h4	1. Da8×a5
2. Dg4-g8 jaque	2. Rd5-e4
3. D mate.	

Variantes.

1 ..... Cc1 - b3; 2. e3-e4 jaq., etc.
Cc8 juega; 2. Cf5-e7 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Dg4-g8 jaq., etc.

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

... se la llevó á un rincón agradable y solitario para confesarla...

Habitaba con dos ó tres criados en un caserón viejo, enorme, lleno de muebles antiguos, algunos de ellos preciosos y otros de caoba chapeada de la peor época de Luis Felipe, únicos á los cuales concedía importancia. Para entretener sus ocios tenía un gran corral con un centenar de gallinas aproximadamente, cuyos productos vendía, como también los frutos de su huerto, la madera de su parque, y en una palabra, todo cuanto podía valer algún dinero. Por otra parte, no era avara y socorría de buen grado la miseria de su alrededor, con tal que fuese una miseria silenciosa y decente; en cambio, quien le pedía podía estar seguro de no obtener nada.

Esta última particularidad contrarió en alto grado á Aurette, y sin embargo, no paraba allí la cosa: aquella semigranjera, aquella mujer acostumbrada al aire libre, tenía una idea fija, acabar sus días en una de esas casas religiosas adonde se retiraban las damas nobles de los buenos pasados tiempos después de haber disfrutado suficientemente del mundo. El doctor Rozel, que de antiguo la conocía, más de una vez la había emprendido con ella acerca de este particular. «¿Y á usted qué le importa?—le contestaba ella con aspereza, mientras la punta acusadora de su nariz se teñía de un color rosa pálido.—Con mi dinero me iré á vivir á una casa de damas nobles, ¡y bien sabe Dios si soy plebeya! Llevaré una dote, supuesto que así se dice, suficiente para que me reciban muy bien; viviré con marquesas, dormiré en un cuarto de condesa y tal vez moriré en una cama de duquesa. ¡Y esto vale dinero, vaya si lo vale!»

En vano había intentado el doctor disuadirla. Por otra parte, con aquella mujer singular, ¿se sabía acaso si discurría ó no seriamente? Cuando él le hablaba de sus sobrinos, contestábale imperturbablemente: «Ya he dicho á usted que les dejaré mis muebles, mi ropa blanca y mi plata labrada; después de todo, nada les debo.»

—Resueltamente no voy, dijo Aurette cuando Julia hubo completado el cuadro. Prefiero escribirle.

—Sobre todo, nada de frases patéticas, repuso su hermana. Su nariz se pondría de color de grosella, y por más esfuerzos que hicieras quizás no conseguirías que recobrara nunca más su color natural.

Aurette escribió una carta muy sencilla y la envió á su destino, hecho lo cual esperó una respuesta que en una semana no recibió.

En la mañana del octavo día, uno de esos cochecitos atroces, pintarrajeados de anuncios y adornados con una estrella que transitan cómicamente por las calles de Angers, traspuso la verja del Nido, entró en la avenida y se detuvo delante de la escalinata con indecible asombro de los criados. Una anciana descendió del vehículo y subiendo las escaleras con sorprendente sangre fría, hizo anunciar á la «Señora Thomasset.»

Sólo á la vista del coche Aurette la había adivinado, y en cuanto la vió la conoció en seguida: el retrato era exacto. No sin cierta emoción, porque comprendía que el destino de Lucila se estremecía en sus manos, hizo entrar á la visitante en el salón, le ofreció la mejor butaca y esperó á que hablase.

—No está mal esta casa, dijo la señora Thomasset después de haber inspeccionado las paredes y los techos; se goza desde aquí de muy buena vista, pero no vale todo esto lo que mi país. Por supuesto, que no es para decirle esto para lo que he venido. ¿Me ha escrito usted, apreciable señorita, á propósito de mi sobrina Lucila?

Aurette inclinó la cabeza en silencio, temerosa de romper el hilo, bastante tenue en apariencia, de las ideas de la señora Thomasset.

—Es una buena muchacha: carece de carácter y tiene un corazón blando, defecto propio de la comarca angevina; pero no es mala del todo. El hermano también. ¿Le conoce usted? Vale más que ella; no tiene tan blando el corazón.

Aurette habría querido saber qué es lo que caracteriza un corazón blando, pero no se atrevió á preguntarlo.

—Como iba diciendo, es una buena muchacha; pero se ha equivocado usted al suplicarme que le diera quince mil francos de dote; sí, se ha equivocado usted, mi buena señorita.

Aurette no sabía en qué consistía esa equivocación y esperó á que la señora Thomasset se lo explicara; pero la explicación no vino.

—Esa muchacha, dijo la anciana, tiene quince mil francos, que es todo lo que se necesita; una mujer ha de ser pretendida únicamente por lo que es en sí.

—Ciertamente, señora, pero los reglamentos concernientes á los militares...

—Es que no tiene ninguna necesidad de casarse con un militar; yo á los militares los detesto.

—No obstante, señora, ¿si se aman?..

—¡Psch!, exclamó la tía Thomasset describiendo con su índice una línea en el aire. No necesitan quererse, puesto que no pueden casarse.

Sus ojos de color gris pizarra estudiaban el rostro de la joven sin que hubiera posibilidad de interpretar la expresión de los mismos. La pobre Aurette se sentía enteramente desalentada.

—Tiene usted razón, señora, dijo tratando de vencer la dureza de la señora Thomasset; hacen mal en quererse; mas ya que el hecho existe y que se aman, ¿no sería bueno tratar de reparar el mal?..

—¿Y usted cree que esas cosas se reparan?, preguntó la aldeana dándose golpecitos con los dedos en la rodilla.

Aurette la miraba perpleja.

—¿Cree usted, siguió diciendo, que para curarles el amor es menester casarlos? ¡Está usted en un error, querida señorita! Con ciertas personas este remedio da buen resultado, pero con esos corazones blandos..., ¡bah!

Su mirada burlona escudriñaba en lo más profundo del alma de Aurette, que sintió instantáneamente como una revelación: su visitante estaba enterada de la ruptura de su antiguo matrimonio con Raúl Bertholón y tenía curiosidad de conocerla.

—Que esto les impida ó no amarse en lo porvenir, replicó la señorita Leniel con cierta animación, el hecho es que al presente se aman y que serán muy desgraciados si no se les ayuda para que se casen.

La señora Thomasset paseó su mirada por la sala con aire de aprobación.

—Es antiguo su Nido de Pájaros, señorita, dijo. ¿Es alguna vieja mansión de nobles? A mí me gusta todo lo que con la nobleza se relaciona.

Aurette estuvo á punto, por vez primera en su vida, de decir algo que pugnaba con su natural bondad; pero aunque la circunstancia de que no era en

provecho suyo la excusaba, se contuvo; parecióle, sin embargo, que los ojos perspicaces de la señora Thomasset lo habían adivinado, y se ruborizó.

—En fin, dijo la anciana, si esa chica quiere á todo trance casarse con su militar, á ella le toca encontrar esos quince mil francos.

—Pues esto no será un obstáculo, replicó la señorita Leniel con viveza, porque los tendrá.

—¿Se los dará usted? No los aceptará. ¿A qué esa limosna?

—No será limosna, sino préstamo. Me los devolverá más adelante.

—¿De los ahorros del teniente? No cuente usted con ello. Le digo á usted que no aceptará. De todos modos, si se empeña en casarse, yo no puedo impedírselo... Le enviaré unos pollos para la comida de boda... y manteca.

Aurette estuvo á punto de decir «¡Muchas gracias!»

—Si ella quiere, siguió diciendo la señora Thomasset, le daré el mobiliario de una habitación, de un lindo cuartito de caoba chapeada con cortinas de damasco de lana azul clara, mi antiguo cuarto de soltera. Y le daré además ropa blanca, que tengo en abundancia, y una docena de cubiertos de plata; el resto de su parte de plata labrada lo recibirá cuando yo entre en un convento de damas nobles.

Dicho esto se levantó y lo propio hizo Aurette.

—¿No va usted á verla?, preguntó ésta con cierta timidez.

Los modales de la aldeana la dejaban de tal manera estupefacta, que tenía casi miedo de ella, como de un animal de especie desconocida.

—No, respondió la señora Thomasset; he venido sólo para ver á usted y no he traído la cesta. Otro día será.

—¿No quiere usted almorzar conmigo?, dijo de pronto Aurette con la esperanza de domesticarla.

—No, gracias.

Estas palabras cayeron como la cuchilla de que había hablado el doctor.

En el mismo instante entraba Juan en el salón corriendo y gritando:

—¡Tenemos fiesta, tía Aurette! ¡Fiesta, fiesta! Hay indulto general de castigos; ha venido el inspector general... ¡Fiesta!

Delante de la señora Thomasset se paró con un gesto de sorpresa. La anciana y el niño se examinaron durante un momento frunciendo el entrecejo, con una expresión de fisonomía casi idéntica, y luego desarrugaron el ceño los dos á la vez como si aquel examen les dejara satisfechos á ambos.

—Mi sobrino Juan Leniel, dijo Aurette.

Juan saludó muy correctamente y miró á su tía.

—La señora Thomasset, tía de Lucila, añadió la joven comprendiendo que no podía esquivar una presentación en regla, por extraña que fuese.

—Buenos días, señora, dijo el niño. Tiene usted una sobrina encantadora.

La vieja volvió á mirarle de pies á cabeza.

—¡Qué chiquillo más listo!, exclamó gravemente. Y muy bien educado, no hay nada que reprocharle; me gusta.

Aurette comprendió que Juan tenía en la punta de la lengua una exclamación parecida, pero con un corolario menos halagador, y lo atrajo hacia sí. El niño calló.

—Hasta la vista, dijo la señora Thomasset encaminándose hacia la puerta. He tenido mucho gusto en ver á ustedes dos.

—Tengo la honra de saludar á usted, señora, contestó Juan desde lo alto de la escalinata acompañando sus palabras con una respetuosa inclinación de cabeza.

Cuando el coche se hubo perdido de vista, el muchacho se puso á hacer piruetas con gran entusiasmo.

—¡Qué mujer más rara!, exclamó con toda espontaneidad. Y sin embargo, tía Aurette, no me parece mal en el fondo esa buena señora.

—¡Juan!, dijo Aurette en tono de reprensión.

—¡Oh, no hay Juan que valga, mi encantadora tía Aurette! En primer lugar, ha dicho que soy bien educado y por consiguiente puedo permitirme algunas incongruencias. Te digo que no me parece mal; apuesto dos sueldos á que á pesar de su aire de polichinela y de su coche estrellado, no es mala.

—¿Esto crees?, repuso Aurette preocupada. Es una mujer...

—¿Qué?, preguntó con impaciencia el niño.

—No sé cómo decirlo; no avara, sino...

—¿Tacaña?, insinuó Juan encogiendo su boca para imitar la de la vieja.

—Sí, Juan, tacaña, respondió Aurette soltando la carcajada. Pero ¿de dónde sacas esas palabras?

—Del liceo, replicó el muchacho con aire de triunfo. En el liceo se aprende todo. Dime, tía, ¿cuándo me comprarás una bicicleta?

—Más adelante, contestó la joven, que ya comenzaba á saberse de memoria aquel estribillo.

V

Después de la visita de la señora Thomasset, Aurette estuvo dos días en un estado de ánimo singular. El recuerdo de los modales extraños de la vieja, unas veces le daba ganas de reirse, como si no pudiera tomarla en serio, y otras le producía movimientos de cólera indignada. Tanta fortuna, tanta obstinación, tanta crueldad real, si no razonada, ¿podían compaginarse con aquella sencillez extremada, con aquel aire de franqueza que, bien mirado, hacían de la ambiciosa plebeya un personaje más extravagante que antipático?

Julia, con quien consultó Aurette en seguida, dijo que no había nada que hacer, pues todas las estratagemas para aumentar la dote de Lucila serían descubiertas y rechazadas por el hermano ó por la hermana, cuya altivez casi recelosa para nadie era un secreto.

—Siendo así, dijo Aurette, ¿esa pobre Lucila está condenada á vivir y á morir soltera?

Julia miró á su hermana con asombro que tenía algo de cómico.

—¿Y eres tú quien la compadece, tú, que te has quedado para vestir imágenes?

—¡Claro que sí!, replicó Aurette con calor. Ser soltera por gusto es en extremo agradable; pero serlo por fuerza me parece una suerte muy triste. Además, ten en cuenta que aquí son dos los que padecen. ¡Y pensar que hay miserias que no pueden socorrerse ni aun con dinero y buena voluntad! ¡Y no sólo miserias morales, ya que éstas escapan á nuestra acción, sino necesidades de dinero! El mundo no está bien organizado.

—No seas pesimista, hermana, dijo afectuosamente la señora Deblay. Puede sobrevenir algún acontecimiento, qué sé yo cuál... Ya conoces el principio de tío Rozel: hay que esperar siempre que sucederá algo agradable.

A pesar de esto, Aurette regresó muy triste á su casa. La visita que Lucila le hizo al día siguiente no fué á propósito para alegrarla; la señorita Brelet supo por su amiga el paso que había dado la señora Thomasset, sin mostrarse apesadumbrada y limitándose á decir:

—¡Estaba segura de ello!

Transcurridos algunos días, el doctor Rozel fué un domingo á ver á Aurette y le participó que Lucila estaba enferma.

—Creo, dijo, que necesita variar de aires; por esto la he mandado dos ó tres días á orillas del mar con una antigua amiga mía. Esa muchacha debe tener algún pesar, y la distracción será para ella mejor que las drogas.

Aquella misma noche, cuando hubieron partido sus invitados, Aurette se sentó junto á la ventana y se entregó á largas meditaciones; gustábale reflexionar contemplando el nocturno paisaje, ora obscuro, ora iluminado por la luna, y le parecía que sus ideas se afinaban, se depuraban en aquella meditación silenciosa, fuera, por decirlo así, de las preocupaciones cercanas y visibles.

La suerte de aquella joven, á quien conocía desde hacía tan poco tiempo, inspirábale un extraño interés. Aurette no era muy aficionada á esas amistades repentinas, condenadas á extinguirse con la misma rapidez con que nacieron; y sin embargo, Lucila la había conquistado. La causa primera de ello era sin duda la incapacidad absoluta en que se hallaba la señorita Brelet para defenderse contra las penas de la vida; el alma maternal de Aurette se había interpuesto entre la inocencia y el sufrimiento; pero si reflexionaba bien sobre ello, comprendía confusamente que en aquella simpatía mezclábase otro sentimiento obscuro y mudo que no podía analizar.

—Lo positivo, díjose al fin, es que Lucila no puede continuar en la situación moral en que se halla, y dejarla en ella sería un asesinato. Es preciso que su hermano sepa la verdad; y si en lo que á él atañe es demasiado orgulloso, tal vez se convencerá de que no tiene derecho á serlo tratándose de esa pobre criatura.

Al día siguiente, á eso del mediodía, los amigos de Aurette que la hubiesen encontrado habríanse quedado muy sorprendidos al ver que, en vez de estar en su casa almorzando sola ó con alguno de los suyos, se hallaba en una callejuela apartada y solitaria, no lejos del liceo, y se detenía delante de una puerta, que conocía mucho por haber llamado á ella á menudo, cuando iba en coche á buscar á su joven amiga, pero cuyo umbral nunca había pasado. Miró la tablilla de anuncios de las clases de la ciudad que estaba fijada en la pared, junto al llamador, y vió en ella el nombre de Villandré entre los de los profesores; luego llamó con mano firme.

La vieja criada que salió á abrir díjole al reconocerla:

—La señorita está á orillas del mar.

—Ya lo sé, respondió Aurette; pero no es á ella, sino al Sr. Villandré á quien deseo ver.

La sorpresa de la doméstica fué tan patente, que la señorita Leniel se ruborizó sin saber por qué. Pasó á la sala, y una vez allí abarcó de una ojeada el modesto y antiguo mobiliario, los sillones de tapicería, bordados en otro tiempo por la madre de Lucila, y un retrato á la acuarela descolorido que representaba á esa señora en la flor de su juventud y de sus encantos, muy parecida á su hija, pero más brillante, con ese algo indefinible que tienen las mujeres dichosas y que el artista había sabido comprender y reproducir.

Abrióse la puerta y entró Natividad Villandré con mal disimulada precipitación.

—¿Supongo, señorita, que no me trae usted una mala noticia?, dijo interrogándola con mirada ansiosa.

—No, señor, tranquilícese usted, respondió Aurette.

Entonces se hizo cargo la joven de la extrañeza del paso que daba; y de no haber sido por su gran práctica del trato social, habría perdido la serenidad. Sentóse maquinalmente y se preguntó cómo saldría de aquel aprieto; todo lo que había querido decir huía de su memoria, y se sentía confusa y turbada como niño sorprendido en falta. Mas ese embarazo fué momentáneo, pues en seguida recobró su dominio sobre sí misma.

—Caballero, me he portado mal con usted en varias cosas, mejor dicho, en una sola; las circunstancias me han hecho conocer un secreto, el secreto de Lucila, en una palabra; quizás debiera haberlo compartido con usted, pero mi amiga tenía tanto miedo de turbar el trabajo de usted, la pobre..., mas al fin he pensado que no podía ya guardarlo por más tiempo y he venido á confiárselo á usted.

—¿Con su consentimiento?, preguntó el Sr. Villandré, que se había puesto muy serio.

—Sin su consentimiento, respondió la señorita Leniel.

Encontráronse sus miradas, y Aurette leyó en la del joven profesor un asombro que parecía un reproche.

—No me juzgue usted precipitadamente, dijo la señorita Leniel con más viveza de la que quería manifestar. Espere usted á que se lo haya contado todo.

Villandré se inclinó con la mayor deferencia, pero sin tratar de defenderse.

—Lucila ama á un joven, á un oficial de coraceros, al Sr. Lenoisy... ¿Le conoce usted?

El profesor contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Dicen, añadió Aurette, que es un cumplido militar.

La fisonomía de Villandré se animó repentinamente.

—¿Qué, viene usted en calidad de casamentera, señorita?, exclamó sonriéndose. ¡Quién lo hubiera creído! Lo que es á mí no se me habría ocurrido nunca pensarlo. Hasta este momento no he podido menos de abrigar cierto temor, pues me parecía que venía usted á anunciarme alguna catástrofe; por ello pido á usted perdón humildemente.

La risita nerviosa con que terminó su frase se comunicó á Aurette, la cual sintió al mismo tiempo un enternecimiento incomprensible sin saber á punto fijo si tenía ganas de reir ó de llorar; pero se repuso muy pronto, pensando en la gravedad de la misión que se había impuesto. Su perplejidad se había desvanecido y estaba ya enteramente sobre sí.

—No vengo como casamentera, respondió; quisiera que fuese así, pero hay obstáculos. Ante todo, dígame usted si le agrada la personalidad del señor Lenoisy, si aprueba usted *a priori* la elección de su hermana.

—Ciertamente que el Sr. Lenoisy es un muchacho de porvenir y un hombre de honor. Si sólo se trata de mi consentimiento, desde luego lo otorgo.

—Me satisface en extremo oir á usted expresarse así. Pero existe un impedimento muy serio..., Lucila...

De nuevo no sabía la señorita Leniel cómo explicarse, pero también esta vez dominó con un esfuerzo la dificultad.

—Un reglamento inflexible, siguió diciendo, exige que la esposa de un oficial tenga treinta mil francos de dote, y Lucila no posee esta cantidad, según me

ha dicho; por consiguiente, ese matrimonio sería imposible si no hubiese algún medio de vencer ese obstáculo, y yo he pensado...

—Perdone usted, señorita, dijo Villandré haciendo con la mano ademán de interrumpirla. Me ha dicho usted que mi hermana le había confiado su secreto... ¿Por qué no me lo ha confiado primeramente á mí? Era natural...

—¿Lo cree usted así, caballero?, repuso Aurette con acento malicioso. A mí me parece que a una joven le es más fácil confiar sus secretos á una mujer... No tema usted, añadió con viveza, que por esto le quiera ó le respete menos. Usted es para ella lo primero..., y hasta diré, aun á riesgo de que me tache usted de exagerada, que prefiere la felicidad de usted á la suya propia... Ahora mismo podrá usted apreciarlo.

Sencillamente, dominada por una emoción que, sin embargo, sabía reprimir, refirióle la historia de las últimas semanas; el cambio que poco á poco se había operado en Lucila; la inquietud que ese cambio había despertado en ella; la confesión que de Lucila había obtenido; la resignación con que la pobre muchacha miraba su porvenir; la carta escrita á la señora Thomasset y la extraña visita que esa carta había determinado. En su relato, la señorita Leniel no omitió ni exageró nada.

Villandré la escuchaba en silencio, con los ojos mirando al suelo, la barba apoyada en la mano y el codo en el brazo del sillón; á no ser por la expresión grave y concentrada de su semblante, hubiérase dicho que permanecía indiferente á lo que oía.

—De modo, caballero, terminó diciendo Aurette casi irritada por aquel silencio, que la situación es muy clara. Lucila no espera nada de nadie, pero se muere de pena; se lo ha ocultado á usted porque le ama más que á sí misma, y me lo ha dicho á mí porque todo ser humano necesita exhalar su dolor y porque fiaba en mi discreción. Es menester que su hermana de usted se case con el hombre á quien quiere, y por esto he venido á suplicar á usted, porque después de usted soy su mejor amiga, que me permita remediar el mal. Usted escogerá el medio que le parezca mas compatible con sus propios sentimientos, pero es necesario, caballero, *es necesario* que Lucila tenga treinta mil francos y que sea yo quien tenga el placer de haberla hecho dichosa. Para arreglar los pormenores me pongo en manos de usted.

Habíase levantado para marcharse esperando dejarlo aplastado con aquel golpe de maza y aplazando para más adelante una discusión más profunda del asunto que, según podía comprender, no se resolvería sin dificultades. Villandré quedóse inmóvil en su butaca, siempre con los ojos fijos en el suelo; Aurette temió haberle ofendido mortalmente y sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Si le he agraviado, pensó, no me lo perdonará nunca.

Y vió que, de ser así, ella sufriría cruelmente. Involuntariamente dió un paso hacia Villandré, quien levantó la cabeza y le indicó con un ademán que volviera á sentarse. Aurette, turbada, obedeció; y entonces el joven profesor, aproximándose á ella, le dijo:

—Señorita, doy á usted las gracias por haberme revelado mi deber. Hubiera debido ocuparme más de mi hermana, notar su actitud melancólica y resignada. Escuchando á usted, he visto surgir delante de mí el recuerdo de ciertas escenas, de ciertas expresiones de fisonomía, hasta de ciertas palabras que me habrían abierto los ojos si no hubiese estado tan abstraído en mis trabajos..., los físicos somos gente distraída, ya lo sabe usted, señorita...

La sombra de sonrisa que acompañó á estas palabras produjo en Aurette el efecto de un rayo de sol en un día de nubes amenazadoras.

—¡Pobre Lucila mía!, continuó diciendo Villandré. Yo no quería sino su felicidad; deseaba verla bonita y alegre, y alegre estaba conmigo, créalo usted.

La señorita Leniel hizo un ademán de asentimiento.

—El doctor Rozel, prosiguió el profesor, advirtióme una ó dos veces que estaba pálida y delicada; pero las muchachas lo están á menudo... Por lo que se refiere á Lenoisy, confieso que nada había yo observado..., hubiera debido hablarme...

—El amor le ha cogido de sorpresa, dijo dulcemente Aurette, no le censure usted. Amaba á Lucila sin saberlo, y la revelación de su amor ha sido para él mismo un golpe violento é imprevisto. Por otra

... hizo entrar á la visitante en el salón...

parte, la desdichada cuestión de la dote le impedía hablar.

—¿Hablarme á mí, señorita?

«A usted, sí, y sólo á usted,» estuvo á punto de decir Aurette; pero ahogó aquellas palabras imprudentes y buscó otras que no encontró, por lo que volvió á su tema.

—El asunto está ya resuelto, dijo, ¿no es verdad, Sr. Villandré? Nadie tiene interés, así á lo menos lo creo, en impedirme que ofrezca á mi querida amiga, en vez de un regalo de boda inútil, la misma felicidad...

—En efecto, el asunto está resuelto, señorita. Agradezco sinceramente la amistad que demuestra usted á mi hermana, pero no podrá usted hacer más que ofrecerle un recuerdo..., no inútil, como usted dice, pues estoy seguro de que su afecto sabrá guiarla en la elección de alguna fruslería destinada á recordar siempre á Lucila una amiga tan buena, tan perfecta... Mi hermana tiene treinta mil francos de dote; mas no por eso quedaré menos eternamente reconocido á lo que usted ha querido hacer.

—Pero, caballero..., exclamó Aurette desorientada, casi humillada á pesar de la extremada cortesía de Villandré.

—Los tiene, puesto que los tenemos, repitió el profesor, que permanecía de pie delante de la señorita Leniel. Es para mí una gran alegría saber con oportunidad que la felicidad de Lucila es tan fácil mente realizable.

Aurette se levantó; estaba vencida. La caballeresca sencillez con que el profesor se privaba de lo suyo en favor de su hermana, no era bastante á suavizar la contrariedad que le producía el ver rechazado su ofrecimiento; estaba tan turbada que sentía ganas de llorar.

—Nada más tengo que decir, caballero, dijo encaminándose hacia la puerta.

Villandré la seguía de cerca y alargó el brazo para abrir; puesta ya la mano en el botón, detuvo un instante á la señorita Leniel para decirle en voz baja.

—En la vida del hombre hay casi siempre algunas horas benditas, durante las cuales le es dado ver lo mejor y lo más generoso que la humanidad produce. Compadezco á los que no han conocido su goce... Yo lo he conocido hoy, señorita, y por esto, aun más quizás que por el cariño que ha mostrado usted á mi hermana, le estaré eternamente agradecido.

Abrió la puerta y saludó á Aurette; ésta inclinó la cabeza, atravesó el vestíbulo y se halló en la calle deslumbrada por la claridad del pleno día, con la cabeza hueca y como embriagada de no sabía qué licor ideal.

VI

Aquella misma tarde recibió Lucila dos telegramas: «Todo está arreglado, ven,» le decía su hermano; «Venga usted, todo está arreglado,» le decía Aurette; tan cierto es que las grandes noticias no necesitan ir engalanadas con flores retóricas.

La alegría de la pobre muchacha fué en extremo conmovedora, á pesar de ser silenciosa ó quizás por serlo precisamente.

Besó á su hermano sin decir palabra, permaneció un instante con la cabeza apretada contra su pecho, sin una lágrima, sin un gesto, con los ojos medio cerrados, oprimida por su felicidad, y luego retrocedió un paso, estrechándole las dos manos y mirándole en silencio.

Él tampoco dijo nada, pero con ademán casi paternal puso su mano en aquella frente juvenil que ya había conocido los pesares, buscando y encontrando en sus ojos la mirada que con frecuencia había visto en los de su madre. Aquella fué la mejor recompensa para él.

Al día siguiente, apresuróse Lucila á visitar á la señorita Leniel aprovechando el coche que había conducido á Juan al liceo, pues la hora matinal no era inconveniente para ninguna de las dos.

La sonrisa de Aurette estuvo á punto de vencer la reserva que se había impuesto la señorita Brelet; ésta sintió que las lágrimas acudían á sus ojos, pero supo contenerlas y miró sin temor á su amiga.

—¡Conque ya está todo arreglado!, dijo Aurette esforzándose por hablar con su voz normal.

Lucila hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero no se atrevió á decir nada.

—Su hermano es un hombre de bien, siguió diciendo Aurette; es bueno que tales hombres existan y es una dicha poder encontrarlos.

—¡Oh, gracias!, exclamó Lucila conteniendo la respiración.

—No me dé usted las gracias, repuso Aurette con voz ya firme, porque nada he hecho. ¡No quieren aceptar nada mío! ¡Vaya unas gentes orgullosas!

Y se echó á reir, viendo lo cual Lucila se atrevió á besarla, casi segura de que podría guardar una actitud correcta.

Aurette, sin embargo, sólo á medias estaba satisfecha; de su gestión quedábale cierto disgusto por no haber conseguido que fuese aceptado lo que con tan buena voluntad ofrecía, y sentíase un tanto descontenta, no sabía si de sí misma ó de los demás. Con ese sentimiento extraño mezclábase otro no menos singular: no tenía el menor deseo de explicar á su familia el modo cómo la dificultad se había resuelto; así es que contra su costumbre dejó pasar varios días sin visitar á Julia, por miedo de tener que contarle el paso que había dado.

(Se continuará.)

LOS CRIADEROS ARTIFICIALES DE RANAS

Es creencia general la de que han sido los franceses los primeros que vencieron la prevención que inspiraban las ranas, consideradas como artículo alimenticio. Sin embargo, los romanos se les habían adelantado. En un pasaje confuso de Lucano se da á entender que los *gourmets* de su época apreciaban tanto un *fricassée* de ranas como pueda hacerlo un francés de hoy día.

Uno de los estanques del criadero de ranas de Mr. Stegg en West Berkeley (California)

Durante mucho tiempo fué Francia la única nación que hizo uso de la carne delicada de la rana; pero luego se extendió á Alemania y á otros pueblos de Europa, y de allí á los Estados Unidos, donde es hoy un plato favorito.

La prevención que antes existía contra el empleo de la rana como artículo de comer, se fundaba tal vez en su poco agradable aspecto, y la afirmaba más el uso que de ellas hacían las brujas y los empíricos para componer hechizos y filtros amorosos, así como para la curación de varias enfermedades. Todo eso ha desaparecido ya por completo, y pocos *gourmets* habrá en ningún país del mundo que no saboreen un plato delicado como el de ancas de rana fritas.

En Inglaterra se comen de muy antiguo, desde 1650, puesto que Tomás Muffett dice de ellas: «Son verdaderamente buenas con aceite, sal, agua y vinagre, y se comen con una salsa hecha de hierbas finas, cebollas y ascalonias; no es mal alimento para los jóvenes biliosos, pero para las personas ancianas y flemáticas son muy nocivas.»

El negocio de coger ranas para llevarlas al mercado se hacía antes de un modo irregular, empleándose en él los muchachos que necesitaban dinero para sus menudos gastos; pero desde hace pocos años la demanda ha sido tanta, que hoy se lleva á cabo sistemáticamente en quince Estados de la Unión americana, y según la última memoria del Inspector de las pesquerías, constituye una industria de gran importancia económica.

Pescando ranas á estacazos

Como la persecución, sin restricciones, amenazaba concluir con las ranas, á pesar de su notable fecundidad, en todas aquellas localidades en que hallaban mercado y había medios de embarcarlas, varias personas previsoras, en distintos lugares de la nación, principiaron á hacer ensayos y tentativas para su propagación artificial.

Mr. Ricardo Stegg, del condado de West Berkeley, en California, ha sido de los primeros y de los más afortunados que han emprendido ese negocio. Su criadero de ranas es el más antiguo, pero no el único que existe en dicho Estado, y la manera como lo explota no carece de interés.

Tiene cuatro grandes estanques con buenos muros de mampostería y des aguaderos para evitar el que se desborden. Se procuró algunos de los mejores ejemplares de las ranas del Colorado y la Florida, y las soltó en dichos estanques para que se cruzaran con las de California.

Viven allí como en su estado natural, buscándose por sí el alimento, sin más diferencia que hallarse reducidas á los límites de los estanques. Cuando es necesario cogerlas se la pesca sin dificultad por medio de redes, ó con una especie de grandes cucharones, ó bien se dejan los estanques en seco y se las coge con la mano.

Dos mujeres, en California, han estado explotando, durante varios años y con muy buen éxito, un criadero de ranas; pero se han negado completamente á dar ninguna noticia respecto al funcionamiento de una industria que no suele verse en manos de mujeres.

Mr. J. F. Sauve hace unos veinte años que posee otro criadero en la cuenca del río Trent, en Ontario, y todos los años recoge una *cosecha* relativamente grande. Cuando quiere remitir alguna partida al mercado, las coge vivas, por la noche, con antorchas encendidas, y las encierra en pequeños compartimientos en forma de jaula, que con facilidad se ponen en seco.

En las diferentes localidades donde se persigue á las ranas en su estado natural, se las coge de varias maneras; lo más común es cogerlas con cuerdas, que llevan por cebo unos pedazos de franela roja; también se emplean para ello gusanos é insectos. Las ranas son muy voraces y parecen estar siempre dispuestas á dar cuenta de cuanto hallan á su alcance; devoran pececillos pequeños, toda clase de reptiles y hasta culebras; esa voracidad explica el por qué se las engaña con trapos de lana roja.

Durante la época en que se las pesca se ven grandes cuadrillas de muchachos recorriendo los pantanos del Estado de Jersey, armados de cuerdas y cebos de franela roja en busca de los apetitosos bactracios. Otros llevan escopetas y pistolas de pequeño calibre, y á falta de otra cosa, hay quien las atonta tirándoles piedras.

En el Canadá emplean con más frecuencia chuzos y ballestas.

Es cosa muy divertida el ir de noche á caza de ranas con faroles; la luz las ciega ó deslumbra y los cazadores tienen muy poco ó ningún trabajo en coger grandes cantidades. Muchos de los negrillos callejeros de Nueva Jersey salen periódicamente en bandadas á buscar ranas á los pantanos. Al principio era aquello una diversión para los muchachos y la muerte para las ranas; hoy sigue siendo la muerte para estas últimas, pero aquéllos, además de divertirse, sacan una buena ganancia.

En la cuenca del río San Francisco, en Misurí y Arkansas, donde se hace un negocio importante, cogen las ranas con chuzos, con cuerdas al extremo de grandes cañas y con armas de fuego.

Al principio de la época á propósito, cuando las ranas se refugian en el fango durante las noches frías y sólo se dejan ver en los días claros y calurosos, las cogen con anzuelos ó las matan con escopetas y carabinas.

Más adelante se pescan generalmente por la noche con chuzos que tienen de una á tres púas parecidas á puntas de flecha. Por lo regular, van dos hombres en cada bote; uno rema, el otro está de pie en la proa con su chuzo y un gran reflector hecho á propósito.

Un par de ranas bien desarrolladas pesan cerca de media libra.

Se supone generalmente que el consumo de ranas es mucho mayor en Francia que en ningún otro país, pero no es cierto.

El americano comió de la rana y vió que era buena, y desde entonces ha continuado comiéndola en tal cantidad, que está oficialmente probado que consume diez veces más ranas que las que se comen en Francia.

En opinión de personas que deben saberlo, el importe anual de las ranas que se consumen en América no baja de ciento cincuenta mil dólars.

Laura B. Starr.

Pescando ranas con red

EMPLEO DEL GRAFITO COMO LUBRIFICANTE

M. Acheson, el inventor del carborundum, ha llevado á cabo un nuevo é interesante descubrimiento destinado á reportar verdaderas ventajas é indiscutible utilidad. El inventor ha procurado preparar el grafito en polvo de una finura tal, que es casi imposible obtenerlo con el auxilio de los medios mecánicos conocidos, logrando que dicho polvo pase á través del filtro más perfecto. Para alcanzar este resultado coloca el grafito en suspensión en el agua y lo somete en seguida á la acción del ácido galotánico y de una pequeña cantidad de amoníaco, quedando el grafito en perenne suspensión en vez de posarse en el fondo del vaso. El líquido ennegrecido por este procedimiento se convierte en un admirable lubrificante y hasta en eficaz preservativo del orín.

Hay que advertir que si bien desde hace mucho tiempo empleábase el grafito mezclado con aceite ó grasa como lubrificante, su empleo resultaba harto deficiente sin la ventaja inapreciable que ofrece el invento de M. Acheson de la asociación del agua, que aporta una ligera viscosidad y un gran calor específico.

MEZCLAS EXPLOSIVAS DE ETER Y AIRE

Con motivo de la reciente catástrofe del acorazado *Jena*, de la marina francesa, M. Meunier ha practicado numerosos estudios y consiguientes ensayos acerca de la inflamabilidad de las mezclas de éter y aire, obteniendo interesantísimos resultados, dignos ciertamente de ser conocidos. Las citadas mezclas tienen límites de inflamabilidad, ó sea que la combustión no puede producirse hasta tanto que las mezclas alcanzan determinadas proporciones, al igual de lo que acontece con las mezclas de aire y gas grisú. Al aproximarse al límite de dichas proporciones se produce la combustión sin llegar á la explosión, pero al rebasar dicho límite en cualquier sentido, si bien no es posible la combustión, en cambio, cuando la proporción para que dicha combustión se produzca totalmente sin el exceso de aire, se determina una violenta explosión. M. Meunier advierte que no son ciertamente las grandes proporciones de éter las más débiles, llamando la atención acerca del hecho de que siendo los vapores de éter dos veces y media más pesados que el aire se acumulan cerca del pavimento.

Así, pues, si se analiza el aire de un local sospechoso, es preciso practicar varios ensayos en diversos planos, evitando producir una brusca ventilación si se quiere evitar una explosión violenta é inmediata.

UN CAMINO GIRATORIO

Es problable que muchos de mis lectores estén ya familiarizados con la escalera eléctrica, que hace innecesario todo esfuerzo corporal para subir cierto número de escalones ó un pequeño plano inclinado; pero quizás sean pocos los que se imaginen que la teoría en que ese invento se funda pueda aplicarse con buen éxito á un camino á fin de que lleve caballos y pesados carros todo junto y de una vez. Sin embargo, se ha construído una vía eléctrica semejante en muchas cosas á la citada escalera, que ha tenido extraordinaria aceptación y resultado ser una gran comodidad para cuantos han necesitado usarla.

La ciudad de Cleveland, en el Estado de Ohio, ha sido, según nuestras noticias, la que hasta ahora se ha llevado en esto la primacía. En gran necesidad se hallaba de algo por ese estilo, pues su topografía es muy accidentada y ha presentado hasta ahora grandes dificultades. El camino eléctrico de que se trata sube por una cuesta de gran pendiente llamada la calle de la Factoría, que, como indica su nombre, conduce á uno de los principales centros mercantiles de la población. La existencia en aquel barrio de esa y de otras varias calles análogas bastante agrias, ha sido siempre un gran inconveniente, no sólo para la seguridad y comodidad de los caballos, sino también para la prontitud y economía del transporte. Los cargadores y comerciantes tenían, ó que enviar sus carros por un camino largo, dando un gran rodeo para evitar esas cuestas, ó que hacerlos subir por alguna de ellas.

Tres carros subiendo á la vez por el camino eléctrico

El camino eléctrico ó giratorio elimina muchas de las dificultades del tránsito. Al presente los caballos, en lugar de tener que habérselas con una pérfida cuesta de una inclinación aproximada á 1 por 6, son llevados sobre una faja continua que los conduce desde la base á la cúspide sin que tengan que hacer el menor esfuerzo por su parte.

La estructura del camino giratorio es verdaderamente muy sencilla, y como puede verse en el grabado, no monopoliza toda la anchura de la calle. El basamento consiste en una excavación revestida de cemento que corre por toda la longitud de la eminencia. Tiene 8 pies ó más de anchura y de 3 á 4 de profundidad. Colocados sobre la excavación, á intervalos frecuentes, hay cierto número de fuertes soportes de acero, sobre los que la faja continua va sostenida mientras ejecuta su revolución.

En cuanto un vehículo llega al pie de la vía, entra en una especie de plataforma hecha *ad hoc*, donde quedan las ruedas completamente sujetas de manera que no puedan resbalar hacia atrás y escurrirse en la subida. El caballo no se mueve para nada. La faja se pone en movimiento por electricidad, manejada desde una caseta situada en la cúspide. Al llegar á ésta, el camino continúa unas cuantas varas por una superficie completamente plana y termina en otra especie de plataforma semejante á la que hay al pie. Al llegar allí se sueltan las ruedas y el vehículo sigue su camino. Éste recorre 420 pies de longitud y 65 de altura.

El tiempo que se invierte en ascender varía según las condiciones del tráfico. En circunstancias ordinarias se tarda de tres á cuatro minutos; pero cuando el movimiento es poco y los peatones están en mayoría, sólo se necesitan dos minutos. Muchos caballos se muestran muy recelosos en su primer viaje; pero con unos cuantos terrones de azúcar y un poco de halago queda vencida esa dificultad.

W. A. MOUNSTAPHEN.

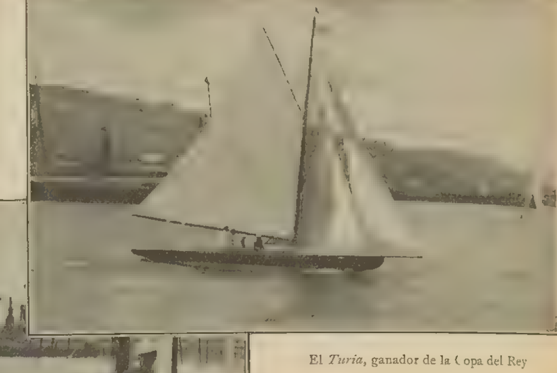
REGATAS ORGANIZADAS POR EL REAL CLUB DE BARCELONA

Comenzaron esas regatas el día 2 de los corrientes por la primera prueba para la Copa Sonderklass, de balandros en serie, cuyo tonelaje oscilaba entre 0'2 y 0'5, tomando parte en ella ocho embarcaciones que recorrieron siete millas en un triángulo; los vértices de éste estaban marcados por tres boyas, una de las cuales estaba internada unas dos millas mar adentro.

Un remolcador fletado por el Real Club seguía á los balandros, tanto para cuidar de que se cumpliera el reglamento como para prestar los auxilios necesarios á las tripulaciones en caso de un accidente desgraciado.

En esa primera prueba quedaron calificados los balandros, teniendo en cuenta la compensación, por el orden siguiente: *Turia*, *Good Luck*, *Enigma*, *Cherna*, *Julita*, *Cristineta*, *Julio* y *Fitora*. El *Machicha* no pudo terminar la regata por haberse apartado del rumbo señalado.

En la segunda prueba, efectuada al día siguiente, tomaron parte nueve embarcaciones dos de las cuales, después de la primera vuelta, se retiraron por haberse interpuesto en su marcha un vapor, quedando clasificadas por este orden: *Good Luck*, *Turia*, *Machicha*, *Enigma*, *Cherna*, *Julita* y *Cristineta*.



El *Turia*, ganador de la Copa del Rey
(De fotografías de A. Merletti.)

Barcelona. – Regatas organizadas por el Real Club. – Los tripulantes del *Turia* que ganaron la Copa del Rey

Habiendo resultado empate entre el *Good Luck* y el *Turia*, repitióse la prueba el día cuatro simultáneamente con la regata nacional á la vela para obtener la Copa del Rey. Efectuóse ésta en tres series: la primera de embarcaciones hasta una tonelada; la segunda, de una á dos y media; y la tercera, de dos y media á cinco. De la tercera serie corrieron *Irish*, *Natalia*, *Ilse*, *Rama*, *Ashia* y *Wasthy;* de la segunda *Good Luck*, *Machicha* y *Turia*, y de la primera *Julita*, *Julio*, *Cristineta* y *Araceli*. Resultó vencedor de esta regata y ganador, por consiguiente, de la Copa del Rey el *Turia;* este balandro, propiedad de Vicente Puchol, presidente del Club de Valencia, y de D. Antonio Lázaro, iba patronado por D. Rafael Cano y tripulado por don Pedro Tonda y D. Salvador Selma. Hizo el recorrido en una hora, treinta y dos minutos y treinta y un segundos.

De la tercera serie obtuvo el segundo lugar el *Ashia*, del Sr. Amat; y de la primera alcanzaron los dos primeros puestos el *Julita* y el *Julio*.

Las regatas han sido presenciadas por numerosa y distinguida concurrencia. El jurado estaba constituído por el Sr. comandante de Marina, en representación del Rey; el almirante Mata, el presidente del Club de Valencia Sr. Puchol; el Jefe del Apostadero D. Jaime Moysi, y d n J. Elías Juncosa, secretario. – X.

Imp. de Montaner y Simón

Año XXVI — Barcelona 22 de julio de 1907 — Núm. 1.334

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de Otoño.—París, 1906

ANTES DE LA FIESTA, cuadro de Juan Cardona

adquirido por el Estado francés para el Museo del Luxemburgo

CRÓNICA DE TEATROS

Se ha dicho—y yo creo que con verdad—que en Madrid—y quien dice en Madrid dice en España—hay tantas instituciones docentes científicas y literarias como en cualquier capital de Europa, sólo que entre nosotros esas instituciones son como los bastidores y telones de los teatros: mucha fachada, pero nada por detrás.

Esto mismo sucede con el Conservatorio, por lo menos en lo que se refiere á la sección de arte dramático. El estado costea clases de Declamación, de Indumentaria, de Literatura; da á sus profesores sueldos iguales á los que disfrutan los catedráticos numerarios de segunda enseñanza, paga con relativa largueza á algunos empleados administrativos y á unos cuantos bedeles que ostentan vistosos y galoneados uniformes, sostiene en fin un establecimiento con todas las apariencias propias de esa clase de instituciones: lo único que allí falta es la enseñanza de la declamación.

Parece lo natural que en una escuela de tan difícil arte, la enseñanza de la declamación fuese lo primero. Aquí lo hemos arreglado de otro modo. Los alumnos adquieren conocimientos muy estimables de Literatura é Indumentaria; pero la enseñanza práctica del arte escénico no es ni con mucho todo lo intensa que sería de desear.

En ella faltan el método y el orden indispensables para que la instrucción dé frutos sazonados. Los profesores no suelen estar de acuerdo, de modo que cada cual elige sus alumnos, procurando aislar su trabajo del de los discípulos de los otros profesores, lo que quita á la enseñanza aquella unidad y armonía que tan necesarias son en todas las empresas de finalidad artística. En las comedias elegidas para que en su ejecución se ejerciten los futuros actores, no presiden siempre el acierto y el buen gusto, sin tener en cuenta que el buen cómico se forma con el continuo estudio y la interpretación constante de las obras maestras, y no ejecutando obrillas de poco fuste, cuyo efímero éxito fué debido, más que á su mérito artístico, á circunstancias ajenas al arte. Tampoco se acostumbra á procurar en ellas la variedad necesaria, desde el sainete popular hasta el drama trágico, á fin de que los discípulos puedan desarrollar todas sus facultades y aptitudes. Rara vez estudian éstos una comedia ó drama completos: se contentan con aprender escenas sueltas, que sirven, sin duda, para que aprendan á recitar unos cuantos parlamentos, mas no para dar vida artística á los caracteres creados por los grandes autores, en lo cual estriba la verdadera dificultad del arte teatral.

En tales trabajos, si no del todo estériles, en rigor muy poco fecundos, se pasan los ocho meses del curso.

Y llegan los exámenes.

Ya está el salón de actos—que por cierto es muy amplio y elegante—lleno de espectadores y espectadoras. El tribunal se ha instalado ante el escenario. Los discípulos y discípulas, con sus trapitos de cristianar, esperan entre bastidores á que les llegue el turno. El telón se levanta y los ejercicios comienzan.

***

Los del último curso han sido en verdad este año menos que medianos. Nada ó muy poco pudo vislumbrarse en ellos que despertara esperanzas legítimas. Esto no fué obstáculo para que el tribunal calificador repartiese á manos llenas las notas de *sobresaliente.* De tal modo se prodigan las tales notas, que los pocos alumnos á los que se les concede la calificación de *Notable* se consideran poco menos que deshonrados. Algunas alumnas en los últimos ejercicios, al verse consideradas tan sólo como notables, cayeron accidentadas. Allí, como en el antiguo sainetón titulado *Pipo ó El príncipe de Montecresta,* todos quieren ser «los primeros mímicos.»

Los alumnos sobresalientes hacen luego oposición á los premios. Estas oposiciones consisten, como los exámenes, en la recitación de fragmentos de comedias, elegidos por los mismos alumnos. ¡Qué falta de gusto en la elección de obras! La mayor parte de las escenas que se representan en el susodicho certamen pertenecen á las comedias recientemente estrenadas en Madrid, y el trabajo artístico de los alumnos que las ejecutan es una imitación, por lo general caricaturesca, de la manera de declamar de los actores y actrices de moda. Ni rastro se descubre en estas oposiciones que revele verdadera personalidad artística.

Cuando aquéllas terminan, del mismo modo que cuando acaban los exámenes se derrochan las notas de sobresaliente, se reparten ahora los primeros premios. Cualquiera creerá, si no está enterado de los convencionalismos del Conservatorio, que *primer* premio no puede haber más que uno. Se equivoca si tal supone. Allí se dan cinco ó seis primeros premios y algunos de ellos á opositores á quienes les vendría muy ancho un simple *aprobado.*

Síguese de aquí que todos los años sale del conservatorio una tanda de alumnos premiados, cuyos diplomas apenas si sirven luego en los teatros para que sus poseedores desempeñen papeles de racionistas, ó según la jerga de bastidores, «para que saquen vasos de agua.»

Claro es que este proceder de los jueces reconoce por causa un noble sentimiento de benevolencia; pero cierto estoy de que si dichos jueces reflexionasen sobre los resultados de su benignidad se convencerían de que cierto saludable rigor sería muy beneficioso para los discípulos y para la prosperidad del arte escénico. ¡Cuántos de aquéllos, engañados por su primer premio, se creen verdaderas estrellas, sueñan con ruidosos triunfos y se ven ya en la cúspide de la fama!.. Al poco tiempo, ¡qué de decepciones! El público los rechaza, la crítica los fustiga y aquel soñado porvenir de gloria y de riqueza queda reducido á buscar de pueblo en pueblo las recompensas harto humildes que en otros tiempos conseguían á duras penas los farsantes del *ñaque,* la *boxiganga* y el *bululú.*

***

De los actores del porvenir pasemos á los actores del pasado. Me refiero á Vico y Calvo, cuyas cenizas fueron sepultadas días pasados en el panteón de hombres ilustres que en el cementerio de San Justo posee la Asociación de Escritores y Artistas.

Bellísima era la «decoración» que ofrecía aquella tarde de primavera el patio del cementerio en que existe dicho panteón. La blancura de los sepulcros se destacaba entre el verdor de los setos de rosales, de los puntiagudos cipreses y de los llorones sauces. Los rayos del sol poniente, abriéndose paso de cuando en cuando al través de montones de arreboladas nubes, parecían besar piadosamente las inscripciones de las lápidas y las cruces de las sepulturas: sobre las cúpulas de algunos lujosos enterramientos, ángeles colosales extendían sus alas como disponiéndose á emprender el vuelo.

En el panteón, de forma semicircular, que preside llorando una hermosa figura de mujer, obra del escultor Querol, y en donde descansan los restos de Espronceda, Fígaro, Rosales y Núñez de Arce, estaba abierta ya la ancha fosa que debía recibir las cenizas de los dos grandes actores. Rosas y claveles alfombraban las losas del panteón y en torno de él se agrupaba numerosa multitud perteneciente á todas las clases sociales.

Anochecía ya cuando el cortejo que había recorrido las principales calles de Madrid, pasando por delante de varios teatros, penetró á son de campana en el camposanto. Formaban la comitiva los hijos, hermanos y parientes de los dos célebres artistas, personajes políticos, literatos, autores dramáticos, actores y actrices y representantes de varias asociaciones literarias. Un centenar de coronas, algunas enormes, fueron colocadas en derredor de la abierta sepultura de tal modo que bajo ellas quedó oculto todo el monumento. Los hijos y parientes de los dos muertos llevaron hasta la fosa y depositaron en ella, cubriéndolas de flores, las dos urnas que contenían los restos de Calvo y Vico..., y allí juntos descansan para siempre los dos artistas que tantas veces compartieron desde la misma escena los aplausos del público.

Y mientras la tierra sagrada del cementerio caía sobre los yertos despojos y algunos oradores ensalzaban al borde de la tumba la gloria de los dos comediantes, yo recordaba aquellas noches ya tan lejanas en que mi corazón juvenil se estremecía agitado por los acentos de pasión de los dos hombres cuyos huesos pronto serían reducidos á polvo... Eran los tiempos en que triunfaba D. José Echegaray. El gran dramaturgo estrenaba su drama *La muerte en los labios.* Calvo representaba el papel de Conrado, Vico el de Walter. Poseídos de noble emulación los dos actores hicieron alarde de todos los recursos artísticos de su talento: Calvo fué el joven vehemente, apasionado, heroico hasta el sacrificio, que el poeta había imaginado; Vico el hombre feroz é implacable que simbolizaba en el drama el sombrío fanatismo religioso. El público seguía con intensa emoción la lucha encarnizada entre estas dos almas violentas; cada réplica era acogida con una tempestad de aplausos; cada gesto, cada actitud, con un murmullo de asombro. Cuando terminó la representación del drama y el autor y los dos intérpretes de su talento se presentaron en escena, los espectadores prorrumpieron en aclamaciones delirantes... En veinte años de labor crítica yo no he visto en el teatro nada parecido.

Hay quien dice que la gloria del cómico se desvanece tan pronto como se extingue el ruido de los aplausos... No hay tal cosa. Y buena prueba de ello es el homenaje que el pueblo de Madrid ha tributado á la memoria de los dos actores. No obstante haber desaparecido de entre nosotros hace largos años, que en estos nuestros tiempos de frenética actividad equivalen á siglos, y á pesar también de faltar muchos de los que los admiraron con entusiasmo, es lo cierto que el público no los ha echado en olvido: quizás tiene de ellos recuerdo más vivo que de otros hombres meritísimos que consagraron su existencia en pro de sus semejantes.

Ni sombra de censura á tan merecido homenaje hay en lo que acabo de decir. Los que en una ó en otra forma realizan belleza son también bienhechores de la humanidad: ellos purifican y elevan nuestros sentimientos; nos apartan siquiera sea momentáneamente de las miserias de la vida y hacen que descubramos en nosotros mismos tesoros de piedad, de ternura, de altruismo que ni siquiera sospechábamos.

***

Cuando ya de noche salíamos del cementerio, reunióse conmigo un distinguido actor.

—Muy hermoso, me dijo, es este tributo que acabamos de rendir á la gloria de Vico y Calvo.

—Cierto, le contesté. Si sus almas pueden enterarse de lo que se hace por aquí abajo, no estarán de seguro quejosas...

—Y sin embargo, añadió el actor, ha faltado algo

—Usted cree...

—Creo que hemos hecho muy bien en honrar á los muertos, pero que no debiéramos olvidar á los vivos. Los artistas en general, y muy particularmente los actores, suelen cosechar en vida mucha gloria, quizás algún provecho; pero acontece casi siempre que al morir sólo dejan á los suyos por toda herencia unas cuantas coronas de laurel.

—¡Es verdad!, dije yo.

—Tanto es verdad, replicó mi acompañante, que quizás esta misma noche alguna persona muy allegada á uno de esos grandes actores que acabamos de enterrar, al apartarse de la tumba recién cerrada tendrá que pensar, después de tanta gloria, en que es más fácil encontrar coronas para los muertos que pan para los vivos. Y si como usted decía antes las almas de los que mueren tienen noticia de lo que pasa en la tierra, el alma de ese comediante ilustre ha de sentir algo amargada su gloria de esta tarde. ¿No le parece á usted que si es acción muy noble honrar á los muertos, no lo sería menos atender á los vivos?

ZEDA

Detúvose Irrutiegui ante el grupo de una mujer con la cabeza inclinada sobre un chiquillo que en su regazo dormía

LA CONVERSIÓN DE D. COSME

Obra de romanos resultaba averiguar por qué tenía D. Cosme Irrutiegui tan profunda aversión al matrimonio; y érase lo dificultoso del punto en gracia á la patriarcal figura y á las bondadosas manifestaciones del carácter. Adoraba á los chiquillos; encantábanle sus travesuras. Las niñas, sobre todo, traíanle embobado; animábalas, hundía los dedos en la maraña de los rizos y arreglaba las sortijillas de las sienes; escapábesele un ósculo más de una vez, y en no pocas había vestido y calzado á muchas pordioserillas, so pretexto de que no estaba bien que se acostumbrasen á mostrar desnudeces dignas de recato aquellos angelotes y serafines de Dios; á los mocosos no les procuraba ropa, pues no habían de ser delicados y finos, sino antes rudos y resistentes y hechos á la lucha contra la naturaleza y los hombres.

Sabíase todo ello en la sociedad que frecuentaba, y no porque él pregonase virtudes buenas para ocultas...

Era de ver con qué donoso desenfado le saludaban las alegres damitas.

—¡Hola, papá güelo! ¿Cómo va la clientela callejera?

No faltaba nunca quien le cogiera con gracioso coquetismo del brazo, diciéndole:

—Cuente, cuente, D. Cosme.

—¿Y qué he de contar, ilustre heredera de los Fúcar, hija de próceres, futura madre de próceres, diablillo hermoso?

—¡Adiós mi dinero! Pues adviértole, Irrutiegui, que estoy arruinada; no me vendría mal uno de esos socorrillos con que usted convierte á la mísera por dioserilla en princesa de los palacios azules.

—Vaya por el bomboncico, contestaba el solterón, sonriendo plácidamente y sacando del fondo de su levita un dulce envuelto en papel seda.

Comíase la señorita sin remilgos el goloso regalo, y D. Cosme murmuraba:

—No es extraño que aquellas criaturas acostumbradas al pan duro, si le hay, codicien mis pasteles cuando usted lo engulle así.

—Es usted atroz D. Cosme, atroz. En pecado de gula acabo de incurrir, y lo que es más grave, á los pobrecitos robo. Míreme arrepentida, y en descargo de mi conciencia permita que me asocie por hoy á sus buenas obras.

No necesitaba Irratiegui de semejantes socorros; rico era él, inmensamente rico, y sin deudos á quienes atender y mejorar; pero aceptábalos con fruición por ser mujeres, *niñas grandes*, las que acudían en auxilio de sus pequeñuelas desheredadas. En este punto parecía tan intransigente como en el relativo al matrimonio.

—Dispense, solía contestar al magnate, al amigo. No sirvo para administrar sus sentimientos. La caridad no admite partida doble. El trabajo que yo le ahorro acumúlelo á la limosna.

—Pero D. Cosme, le objetó cierto día uno de los desairados. Admite usted los donativos de mi hija, ¿y de dónde cree usted que salen?

—De su corazón; ¡ea, pídame que le sirva en cuanto yo pueda ser su humilde criado, menos en esclavizarme á su vanidad!

¿Pues qué habían creído los muy tontos? Si don Cosme transigió con las damitas, á vueltas de mucho azuzarle ellas, de mucho resistir él, debíase á que en su cooperación desplegaban maternales desvelos, cuidados de indescriptible ternura. Ocurrió el caso una misma noche, en baile de gala con que los de Ontuna obsequiaban á cierto potentado ruso, muy bienquisto en la corte imperial. La esposa de éste dijo á Irrutiegui después de la presentación y en aparte amistoso, que le dispensara el honor de transmitir á los infelices su generosa dádiva; no tenía ella tiempo para buscar á los menestorosos, verdaderamente necesitados, ni encontraría, seguro, más amable y noble administrador. Y díjolo tan fina y delicadamente, que D. Cosme, inclinándose, besó con exquisita cortesanía los dedos de aquella señorona sin par. De allí á poco embargóle en rincón discreto la señorita de la casa, y entregándole una muñeca, figulina preciosa, recuerdo de sus años infantiles que conservaba como reliquia inestimable, exclamó:

—No tengo otra cosa, pero es lo que mucho estimo; déselo á la más pobre é infeliz.

—¡Oh! ¡oh!, suspiró Irrutiegui completamente vencido.

Precisamente sabía él donde obraría virtudes de encantamiento toda aquella prodigiosa lluvia que dijérase caer de manos de hada. Contó con dulce ingenuidad la historia, fresquita de aquella misma tarde: una de esas miserias ocultas, que no se arrastran por las calles. Insondable miseria, abismo sin fin; tratábase de una chiquita rubia, ¡tan rubia!, con unos cabellitos de oro que parecían tejidos por las arañas en sus telas sutiles á la luz esplendorosa del sol. ¡Y cómo estaba vestidita de negro, porque acababan de llevársele unos malos *homes* al *paere!* Y véase lo que son las raras cosas de la vida, y cómo los acontecimientos se encadenan y tienen, mágica al parecer, lógica sucesión en el fondo: habíale dicho la inocente criatura:

—Mamá *lora; miala* cómo *lora* y no me dá pan. *¿Queres comprame* una nenica *pa* que *l'aduema, ansí, ro, ro?*

Al día siguiente la señorita de Ontuna completó el regalo encargándose de mantener y educar á la huérfana, y desde entonces, desde aquel punto y hora, no vaciló Irrutiegui en ir con todos aquellos cuentos tan tristes del arroyo á las señoritillas burlonas que le llamaban *güelo,* remedando bondadosamente el truanesco ademán de los míseros.

* * *

Pues ved ahí que este hombre sencillo, de alma amorosa, no sólo era solterón impenitente, pero terrible panegirista del celibato, furibundo en sus diatribas, que sonaban siempre á condenaciones. Jamás se le conocieron galanteos ni aventuras peligrosas; cortesano y fino, no pasaban de «discretas razones» los coloquios á que con las mujeres le reducía el trato social. ¿Tuvo en sus mocedades alguno de esos desengaños amorosos que perturban y secan un alma, imponiéndola voto perpetuo de viudez? Todas las tentativas para poner en claro tan sujestivo misterio: en este punto D. Cosme resultaba impenetrable esfinge.

Júzguese, pues, qué pasmo el de la aristocrática sociedad, al enterarse del caso inaudito, inverosímil: Irrutiegui se casaba; sí, contraía matrimonio severa y dignamente, y en aquellas nupcias inesperadas sacrificábase al sesentón una linda *muchachuela* de veintitrés.

—Pero es extraordinario, decía uno; sangrienta burla.

—El destino de los solterones, observaba maliciosamente otro.

—¡Fíese usted, fíese! ¡D. Cosme apóstota! No, imposible. D. Cosme chochea; á D. Cosme se le ha vuelto el juicio.

—¿Quiere usted callarse? Es que los de su calaña son gente egoísta desde el principio hasta el fin: por egoísmo se mantienen solteros; cásanse por egoísmo cuando ya no pueden con sus achaques. ¡Y que las escogen machuchas los muy tunos!

Y no hay palabras que ponderen el asombro que se siguió después de tan incomprensible sorpresa, cuando tras del casamiento vino el acto de legitimar y reconocer á un arrapiezo de cinco años, criatura preciosa, gentil. ¡Y que no estaba loco el diablo del *güelo,* con aquel retoñito dulce, de faz atezada, de rasgos fisonómicos enérgicos, como los suyos!

Bien la pagó por parte de los varones, sin embargo; pues tuvo que resistir burlas donosas, burlas que zahieren, que molestan á modo de invisibles aguijones amparados en la coraza de las más exquisitas fórmulas de educación. En cambio, congracióse con

CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS. – Los dos automóviles Dion-Bouton saliendo de Pekín por la puerta Ten-chen-men. (De fotografía de M. Branger.)

las damas, quienes le abrumaron prodigándole finezas sin fin.

La ceremonia fué solemne. Apadrináronla dos ilustres y linajudos castellanos, de los que sólo con prestar su sombra dan cuarteles de nobleza, hidalguía y virtud.

Se trataba de algo grande, sin duda, cuando la muy egregia señora de Onteiro Doncesvillas y el pundonoroso prócer dispensaban á Irrutiegui tan codiciado honor. Las lenguas maliciosas enmudecieron.

***

Pero si no atinaba la sociedad con las razones de semejante conversión, pues seguía D. Cosme impenetrable como en su vida de soltero, nada tenía de extraordinario lo ocurrido, aunque aparentemente tome carácter de novela.

En uno de sus paseos por la Moncloa detúvose Irrutiegui embelesado ante el grupo de una mujer con la cabeza inclinada sobre un chiquillo que en su regazo dormía plácidamente. Vestía ella de luto, un negro de percalina andrajosa, descolorido, vergonzante. Y con aquel educado instinto para descubrir los inmensos dolores, las grandes miserias, tras del delicioso poema vió D. Cosme inmediatamente el drama sangriento de la vida. Se acercó con dulzura, diciendo:

—Señora, perdone usted...

La frase quedó cortada; levantó la mujer el rostro triste, lleno de indescriptible melancolía, y D. Cosme se quedó como de piedra contemplando al angelote dormido. En su espíritu se levantó tempestad horrible de dudas y recelos y pesadumbres. Aquella carita de serafín, tan noble y simpática, tan graciosa, era la estampa viva de su sobrino muerto; su miniatura, la de aquel retrato que conservaba él como reliquia santa, inestimable tesoro.

—Perdone usted, señora, continuó esforzándose en serenarse. Sin duda ese niño precioso es hijo de usted, aunque, ó mucho me engaño, ó todo da en su carita mona al padre; y es muy posible también que sea huérfano.

—No se equivoca usted, murmuró suavemente ella.

Irrutiegui empleó entonces las más sutiles delicadezas de su lenguaje persuasivo, amoroso; ¿á que seguía adivinando? La viuda sin ventura necesitaba, no para ella, no, para su hijito, el consuelo y la protección de las buenas almas, de quien como hermanos consideraba á los infelices. Y la mujer lloró. Contó su doloroso calvario: no podía vivir; no sabía cómo atender á la subsistencia del niño. ¿Apurarse por ella? ¡Que si quieres! Pero escaseaba el trabajo; reclamábanla en el taller y no podía confiar á extrañas manos al ídolo de su corazón. Moriría de tristeza el pobre. ¿Y qué diría su padre desde los cielos azules?

¡Oh, qué amor, qué infinito y delicioso amor palpitaba en las declaraciones de la hembra dolorida! D. Cosme no quiso evaporar aquel perfume de abnegada ternura que le envolvía, mareándolo. Rogóle que aceptara el donativo de un viejo enamorado de los chiquitines y que fuera á verle al día siguiente; le esperaría en casa y vería de remediar honrosamente su desventura.

Aquella noche no durmió Irrutiegui. La carita candorosa del ángel desvanecido en sopor no se apartaba de sus ojos, enredando la urdimbre, los más ocultos escondrijos de la conciencia. Su sobrino era el padre, sí, lo era; y el sobrino había tenido, sin duda, su poema amoroso con aquella mujer, sin atreverse á santificarlo imbuído por su filosofía negativa en que seca, dura, desapiadadamente condenaba el matrimonio. Aquel sobrino, hijo de un hermano, había sido todo su mundo familiar. Murió víctima de los sentimientos letales con que él, solterón implacable, le envenenara todo el ser. Ahora lo veía claro; descifraba el misterio de aquella muerte tan honda, tan incomprensible.

Cuando de nuevo vió á la viuda, D. Cosme cogió al niño, comióselo á caricias, jugó con él como si se tratara de un nieto. La madre mirábale hacer mohina, muda.

—Hija mía, exclamó por fin Irrutiegui, usted me dispensará que la llame así, y sobre dispensarme esto, ha de añadirme el señalado favor de ser franca conmigo; comprenderá usted al cabo mis palabras. ¿El padre de este niño es Irrutiegui?

Vergonzosa, sugestionada por la extrema bondad del viejo, contestó la joven:

—Carlos, sí... ¿Lo sabe usted? ¿Conocía usted á Carlos?

—Y este niño..., ¡este niño no se llama Irrutiegui!

—Se llama Carlos.

VISTA GENERAL DEL ARSENAL DE NUEVA YORK CON LAS PRINCIPALES UNIDADES DE GUERRA QUE ACTUALMENTE SE DISPONEN Á MARCHAR AL PACÍFICO.

CONFLICTO YANQUI-JAPONÉS. – MARINOS YANQUIS EMBARCÁNDOSE EN LOS ACORAZADOS EN EL ARSENAL DE NUEVA YORK. (De fotografías de Photo-Nouvelles.)

—Pues Carlos Irrutiegui era hijo de mi hermano. Muerto no puede dar el apellido, pero el niño es heredero del nombre y de mi fortuna, como él... ¿Quiere usted aceptarme por marido? Le juro que no seré para usted casado, sino el padre de mi sobrino y el abuelo de su hijo. Déme usted esa satisfacción y la daremos juntos á Dios, al muerto, á la sociedad.

Y así fué cómo aquel hombre que había pasado lo más dulce y florido renegando del amor, condenando el amor, consumó su generosa apostasía; tremenda apostasía que hizo guiñar los ojos á más de un malicioso petimetre y arrancarle, con familiares palmaditas dadas sobre el viejo, este apóstrofe envenenado, injusto:

—¡Pillín!

J. F. LUJÁN.

JUAN CARDONA

Forma parte Juan Cardona de ese grupo de artistas españoles que allá en la capital de la vecina nación han logrado, sin otros elementos que su inteligente esfuerzo, abrirse paso y alcanzar alguna notoriedad.

Discípulo aventajado de un artista de reconocidos merecimientos, cual los posee nuestro amigo Juan Baixas, el afán de ampliar sus estudios y el plausible deseo de conocer las capitales producciones de esos pintores que figuran á la cabeza de la moderna evolución, aconsejóle trasladarse á París, y allí halló ancho campo en donde satisfacer sus nobles aspiraciones. Difícil y penosa fué la labor emprendida durante el primer período de su residencia; mas su perseverancia, su laboriosidad y singularmente sus especialísimas condiciones permitiéronle darse á conocer y que en breve las publicaciones ilustradas más importantes interesaran su colaboración. En este caso hállanse *La vie illustrée, L'indiscret, Gil Blas, Jugend,* etc., etc., en cuyas páginas pueden admirarse los hermosos é intencionados dibujos del artista catalán, sin que esta clase de trabajos le impidieran dedicarse con provecho al cultivo de la pintura y al estudio, según lo demuestra el hecho de haber tomado parte activa en diversas Exposiciones, así las celebradas en París como en Niza, Munich, Gante, etc., obteniendo en algunas de ellas señaladas recompensas y adquiridas sus obras para figurar en los Museos públicos ó en las galerías de los particulares.

La tendencia, la escuela en que milita nuestro distinguido compatriota, revélanla el concepto que informa las notables obras que tenemos ocasión de reproducir en estas páginas, una de ellas hermoso cuadro de costumbres españolas, *El vendedor de sorbetes,* expuesta actualmente en el Salón de París, en donde ha llamado la atención de los inteligentes, y las tituladas *Antes de la fiesta* y *Paquita,* á las que ha cabido la suerte y á su autor la alta distinción de ser adquiridas por el Estado para figurar respectivamente en los Museos del Luxemburgo y de Niza.

Paquita, cuadro de Juan Cardona, adquirido por el Estado francés para el Museo de Niza

Si la modestia no fuera una de las cualidades que enaltecen á Juan Cardona, bien pudiera envanecerse por tan repetidos y señalados triunfos; mas atento á recorrer el camino que se trazara, prosigue juiciosamente su marcha, y sin dudas ni vacilaciones estudia, trabaja y produce, ofreciendo esos preciosos tipos españoles, ajustados á la verdad, desprovistos de censurables convencionalismos, avalorados por ese sello de elegancia y distinción que tanto cautiva y embelesa, de suerte que en esas graciosas andaluzas, en esas encantadoras jóvenes, gala de nuestras provincias meridionales, no se trasluce ni presiente la procacidad de la chula, ni la mezquindad de la gitana, por más que vistan sus rameados percales, se cubran con pañuelos de flecos y adornen las flores sus abundosos y negros cabellos.

Aparte de las circunstancias que mencionamos, que atestiguan el buen criterio y buen gusto del artista, llama la atención, constituyendo en cierto modo la característica de sus obras por lo que atañe al procedimiento, la simplicidad en la ejecución y la seguridad en los trazos, que asignan á la obra cierta espontaneidad y amplitud que contribuye á hacerlas más simpáticas y recomendables.

Dispuestos siempre á enaltecer el mérito, no hemos titubeado en dar á conocer á nuestros lectores algunas obras de Juan Cardona y consignar las apreciaciones que anteceden, con mayor motivo cuando creemos firmemente que es uno de los pintores que contribuye con su esfuerzo á sostener el buen nombre del arte de nuestro país y que está llamado á figurar en el número de los escogidos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

Vendedor de sorbetes en España, cuadro de Juan Cardona. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1907.)

EL VERDADERO PELIGRO AMARILLO

Hace tres años se hubiera tenido por un *chiflado* al publicista que hablara de ese peligro; hoy ya no sucede eso, y por todas partes reinan cierta intranquilidad y cierto temor.

La Australia se propone crear una escuadra, porque sus habitantes se dan cuenta de que se hallan á merced del Japón; California resiste con tenacidad á los apremios del gobierno federal y está resuelta á arrojar á los japoneses de su seno; los comerciantes chinos, molestos por lo que ellos llaman injusto trato de los americanos, han empleado contra ellos y con gran éxito el arma terrible del *boycotage* comercial; los Estados Unidos aumentan su marina en el Pacífico; Formosa, en gran parte, ha quedado cerrada para los comerciantes blancos, y Corea se les va también cerrando paulatinamente; los efectos japoneses entran en la Mandchuria en condiciones favorables que no pueden obtener los de los europeos.

El dominio del Pacífico va pasando á manos de los japoneses, cuyos buques mercantes rivalizan con los ingleses en varias líneas. China ha lanzado el grito de «China para los chinos» en el sentido de no hacer más concesiones á europeos ni americanos; y mientras en casi todas las naciones de raza blanca decrece con rapidez la proporcionalidad de los nacimientos, así ésta como el término medio de la vida aumentan de una manera asombrosa entre chinos y japoneses.

Los mogoles, durante siglos, no han podido aumentar en población á causa de las epidemias, la ignorancia y la superstición; el médico chino de antes aprendía su profesión recorriendo los campos y consultando las estrellas y nada sabía de anatomía ni de fisiología.

La instrucción militar en China. – Los cadetes aprendiendo el inglés

Sus remedios consistían en estrambóticas y repugnantes mezcolanzas, confiando para lograr la curación en dos revulsivos: un emplasto negro y las punciones. Nada entendía de asepsia ni de cirugía interna; no tenía armas con que combatir las epidemias ni las enfermedades graves. También sucedía eso, aunque en época más atrasada, en el Japón, pero hace tiempo se puso á ello remedio. Ahora está China principiando á ponerlo, y el médico moderno chino frecuenta los hospitales en vez de pasearse por los bosques.

En veinticinco años la población del Japón se ha elevado de 36 á 48 millones de almas, lo que representa un aumento de un 25 por 100. Además, gran número de japoneses se han desparramado por todas las costas del Pacífico. En Honolulu aventajan á todas las demás naciones; en Corea hay 130 000; comienzan á invadir la China, y en Mandchuria cada día se les encuentra en mayor número. Mientras entre nosotros se habla del suicidio de razas, entre los japoneses se considera infamado el que no tiene un hijo. Desde la Australia occidental á Madagascar, desde la Luisiana á la Siberia, van fundándose continuamente nuevas colonias japonesas.

Antiguo sistema penitenciario chino

Sistema penitenciario chino en la actualidad

La misma causa que tan evidentes y beneficiosos resultados ha producido en el Japón, á saber, la introducción de los métodos médicos del Occidente, principia á darlos en China. Hoy tiene ésta 440 millones de habitantes, que sumados á los del Japón y Corea, forman un total de 500 millones. Si siguen aumentando en la misma proporción, antes de que una generación desaparezca habrán añadido otros 80 ó 100 millones más.

Esa superabundancia de población necesita una salida. El Japón ya tiene exceso de población y ese exceso ha sido en gran parte causa de que violara sus solemnes compromisos anexionándose la Corea. Pero cuando ésta rebose de japoneses y se hayan apoderado de la Manchuria, ¿qué ocurrirá?

Detrás de la expansión de la raza viene el crecimiento de su poderío militar. El Japón está empleando todos sus recursos en aumentar su ejército y su marina.

En la actualidad tiene la escuadra más potente que hay en el Pacífico y en nada son sus marinos inferiores á los de otras naciones.

La caballería, que era el arma más deficiente que tenían los japoneses, está sufriendo una transformación; la artillería se renueva á toda prisa. Cuatro divisiones han venido este año á aumentar el ejército y la adopción del servicio de dos años aumentará en un 50 por 100 el efectivo de las reservas de infantería.

No hay necesidad de hablar del indomable valor del soldado japonés, que ha demostrado ser uno de los mejores del mundo. La nación que ha dado el ser á los héroes que atacaron á Port Arthur y que arrasaron cuanto se les puso por delante en los cam-

Oficial y soldados de la infantería china en la actualidad

Los ejercicios corporales son en la actualidad parte muy importante de la instrucción del soldado chino

pos de Mukden y de Liaoyang, tiene bien probada su virilidad. Si los generales japoneses no correspondieron en la dirección de la pasada guerra á la excelencia de las tropas, ya se harán todos los esfuerzos posibles para que tal cosa no vuelva á suceder.

China es la nación más poblada de la tierra. De cuatro hombres uno es chino; sobra allí gente para poblar de nuevo las islas británicas. Alentada por el ejemplo del Japón principia á imitarlo en la parte militar.

El chino no es por naturaleza soldado; así como el japonés ama la lucha por la lucha, tiene un espíritu indomable, un absoluto desprecio de la muerte y mucha ambición, el chino, por el contrario, más tiene de comerciante que de guerrero. Sin embargo, más de una vez han demostrado que se puede hacer de ellos buenos soldados.

Los naturales de Shantung son de alta estatura, muy bien constituídos y muy resistentes; carecen de nervios, viven tan sobriamente que consideran el arroz como artículo de lujo; su alimento ordinario es el mijo, semilla que á primera vista parece que sólo ha de servir para los pájaros. Hoy la China está tratando con bastante buen resultado de convertir á esos hombres en soldados.

El ejército chino moderno viste de *khaki* en verano, de sarga de seda en invierno; está bien alojado, vestido, armado y alimentado; usa fusiles de repetición de los últimos modelos y su artillería procede de las fundiciones de Armstrong, Krup y Schneider-Canet. Sus oficiales se educan conforme al sistema de las escuelas militares de Alemania y las clases de tropa reciben también una instrucción muy completa.

El ejército en la actualidad acantonado en Chi-li cuenta 60 000 hombres; en muy pocos años tendrá 100.000 y una reserva de otros 250.000. Ejércitos semejantes se han organizado también en otras partes de China y los escritores militares ven próximo el tiempo en que el ejército chino se contará por millones. Si sólo se necesitaran hombres para formarlo, China, dentro de cinco años, podría tener uno de diez millones.

No me parece probable que eso suceda, pero en cuestión de seis años puede organizar uno de millón y medio entre activo y reservas.

Si ese ejército estuviera sólo mandado por chinos, no creo que fuese mucho de temer, porque sería únicamente un arma defensiva destinada á poner coto á los proyectos de explotación que hasta hace poco tiempo se forjaban; pero otra cosa sería si se pusiera á disposición de una nación ambiciosa.

Ya hablan públicamente los japoneses exaltados del tiempo en que habrá un ejército chino de diez millones de soldados mandados por oficiales nipones y en que se decidirán á traernos á Europa la dicha de ser dominados por la raza amarilla. Afirman esos exaltados que estaremos mucho mejor gobernados por los japoneses de lo que lo estamos hoy día. Claro está que semejantes desplantes no han de tomarse en serio ni representan ellos la opinión pública sensata del Japón, mas no por esto deben echarse del todo en olvido. Las cosas suceden cuando para ello se presenta una ocasión favorable; un ejército chino puesto á disposición del Japón podría hacer á éste, no sólo dueño del mar Pacífico, sino del mundo entero.

La primera lucha que ha de entablarse por la supremacía de razas, lo será en el terreno comercial. Los japoneses hasta ahora han sido más bien un pueblo guerrero que mercantil. Al negociante se le tenía en poco entre ellos, al paso que se enaltecía al combatiente. Hasta cierto punto eso sucede todavía, pero los nipones se van dedicando cada día más al comercio. En estos últimos años, principalmente después de la guerra con Rusia, el Japón se ha conquistado una respetable posición industrial. La escuadra con que venció á los rusos fué casi toda ella construída en astilleros ingleses; la nueva lo será toda en los del Japón.

Hace pocos meses visité el magnífico astillero de Kawasaki, en Kobe; vi allí muchos buques en construcción, algunos casi terminados; pregunté qué barcos eran aquellos y me contestaron que eran los de la nueva escuadra china. Cuatro años hace los hubieran encargado á los astilleros del Tyne ó del Clyde; ahora es el Japón quien los hace, como los hace también para otros países.

Esta nación será muy pronto una gran constructora de buques; ya los construye de cerca de 20.000 toneladas, y no tan sólo de guerra, sino también mercantes. En todas las costas del Pacífico se encuentran puertos donde hace siete años la mayoría de los barcos que entraban eran ingleses; hoy son japoneses.

Este pueblo comienza á manufacturar el algodón en muy grande escala. El fabricante japonés no se ve coartado por leyes humanitarias, así es que con ligeras restricciones utiliza el trabajo de los niños. Las fábricas japonesas emplean actualmente gran número de mujeres, que ganan al día poco más de cincuenta céntimos y á las que ayudan niños, que tienen un jornal de diez hasta treinta céntimos. Los hombres ganan por término medio 1'80 pesetas.

Las fábricas funcionan noche y día para poder dar abasto á los pedidos que les hacen las nuevas posesiones del Japón. Tienen tarifas especiales para los efectos que mandan á Mandchuria; durante todo el año pasado han podido disponer libremente del puerto de Dalny sin pagar nada, al paso que los artículos ingleses han tenido que pasar por Newchwang, aumentando su coste con los derechos de aduanas.

El exportador japonés puede, para fomentar su comercio, tomar dinero del gobierno á un interés módico, pues éste está siempre dispuesto á ayudar á las empresas mercantiles y en forma tal, que nada es en comparación la protección que el gobierno alemán dispensa á sus naturales.

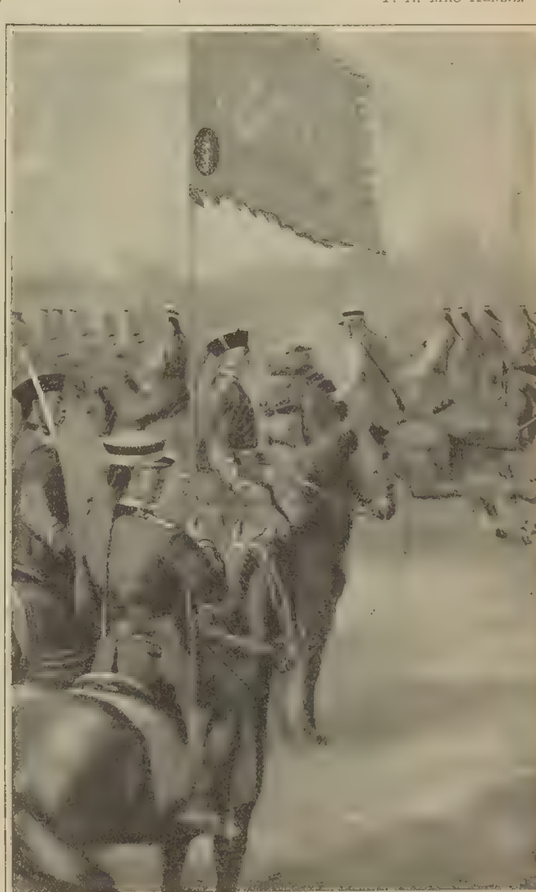
El extranjero que trate de establecerse en el Japón se ve muy contrariado por las muchas leyes que en su contra se han promulgado: no puede adquirir terrenos ni dedicarse á determinadas industrias, y se halla sometido á tribunales que siempre han sido tildados por su parcialidad en favor de sus compatriotas.

Pero la competencia comercial de los japoneses nada significa comparada con la que habrá de sostenerse con los chinos. El japonés es tan sólo un *amateur* del comercio; el chino es el comerciante más listo del mundo. En todo el valle del Yantszé se están estableciendo fábricas, y el día que éstas tomen carta de naturaleza en China, el obrero blanco se verá obligado á sostener una lucha por la existencia más encarnizada que nunca.

La China es hoy el pueblo que construye más ferrocarriles. La deformación de los pies, ese tormento y martirio de sus mujeres, ha sido abolido por ellas mismas; y se está combatiendo virilmente la plaga del opio, que parecía iba á sumergir esa nación en un sueño de aniquilamiento y muerte.

No soy yo de los que están dispuestos á burlarse del peligro amarillo; tampoco soy de los que creen que nada puede intentarse para hacer frente á esas nuevas potencias que ahora surgen. A nosotros nos toca precavernos; debemos ser los directores de esos pueblos que se engrandecen á orillas del Pacífico, y lo seremos, si sabemos estar á la altura que las circunstancias requieren. A nosotros nos corresponde ver el modo de que los pueblos amarillos se pongan al nivel de los más adelantados, y que su desarrollo y progreso sean compatibles con la paz y la prosperidad del resto del mundo

F. A. Mac Kenzie.



General chino con su estado mayor revistando la caballería

DESPUES DEL DESAFÍO, COPIA DEL CELEBRAD A

DE B. TEMPLE, grabado por Ricardo Bong

Innecesaria es la explicación de este cuadro; el pintor ha puesto en él todos los elementos de comprensión precisos para que quien lo contemple pueda, sin esfuerzo alguno, adivinar las escenas de ese drama cuyo epílogo nos presenta de modo tan admirable la composición pictórica: el cadáver tendido en el suelo, la mujer que solloza sobre aquel cuerpo inanimado, los personajes secundarios, los dos coches que se ven en el fondo, son datos más que suficientes para reconstruir con ellos lo que el notable pintor alemán ha sintetizado en ese lienzo.

INÉS YANGONGO,

ASESINADA Y DEVORADA POR LOS PAMUES DEL RÍO MUNI

En los primeros días del pasado mes de mayo internóse, siguiendo las riberas del Utongo, afluente del río Muni, la desgraciada corisqueña Inés Yangongo, que desde hacía algunos años hallábase al servicio de nuestro amigo D. Joaquín Torruella en calidad de intérprete, con el objeto de contratar braceros para la vecina colonia de Fernando Póo, al igual de

Inés Yangongo, asesinada y devorada por los pamues del río Muni

lo practicado con singular acierto en otras ocasiones, ignorando el propósito que en aquellos momentos animaba á los pamues de la familia Gama, de vengar á uno de sus individuos, que conducido preso á Santa Isabel murió en la cárcel, desconociéndose la causa de su fallecimiento. Mas al penetrar en uno de los poblados, tranquila y confiada, y al enterarse los pamues del objeto de su viaje y de proceder de Fernando Póo, sin darle tiempo para sincerarse acribilláronla á machetazos después de ensañarse, arrancáronle el corazón y las entrañas, que devoraron profiriendo aullidos de venganza.

Inés Yangongo, que poseía los idiomas español, francés é inglés y los dialectos bubí, benga, buxeba, corisqueño y balenga, había prestado señalados servicios á la colonia de Fernando Póo, dando muestras de su inteligencia y de su afecto á España, siendo por lo tanto más de lamentar este desgraciado fin de esta nueva víctima de la barbarie.

El caíd Mac Leán, á quien el Raisuli ha hecho prisionero recientemente. (De fotografía.)

EL CAÍD MAC LEÁN

Este importante personaje, favorito del sultán de Marruecos, ha sido hecho prisionero por el Raisuli, y este suceso, ya de sí gravísimo, reviste mayor gravedad por las circunstancias en que ha sido realizado.

El caíd Mac Leán había celebrado hace poco una entrevista con el Raisuli para lograr la reconciliación de éste con el Makhzén; pero no habiendo dado sus gestiones buen resultado, regresó á Fez á fin de comunicar las exigencias del jefe insurrecto y recibir nuevas instrucciones.

En esto, emprendiéronse algunas operaciones militares contra el Raisuli; pero muy pronto se reanudaron las negociaciones, y de nuevo fué Mac Leán el encargado de avistarse con aquél, siendo esta vez portador del perdón del sultán y de varios regalos valiosísimos, entre ellos tiendas de campaña lujosísimas y caballos ricamente enjaezados.

La entrevista se efectuó en Ruina y el emisario del sultán fué amablemente recibido por el rebelde; pero éste, después de haberse hecho cargo de los presentes que en nombre del soberano se le ofrecían, retuvo prisionero al embajador y ha exigido por el rescate la reconstrucción de su casa de Zinat, destruída durante las recientes operaciones de la mehalla de El Guebas, la entrega de 100.000 duros en dinero y el nombramiento de gobernador de Tánger y de la región de los Fahs y de jefe de la policía.

Mac Leán ha sido víctima de su exceso de confianza: en efecto, cuando, acompañado de una fuerte escolta, llegó al lugar convenido para la entrevista, dijéronle los secuaces del Raisuli que éste no recibiría las cartas del sultán sino de sus propias manos y con la condición de que sólo le acompañasen cuatro hombres. El caíd aceptó estas condiciones y se encaminó al campamento de Elkmés, en donde el Raisuli se apoderó de él por sorpresa y en donde le tiene preso actualmente.

La captura de Mac Leán ha producido gran impresión, y como se trata de un súbdito inglés, pues el caíd, aunque al servicio de Abdulaziz desde hace muchos años, ha conservado su nacionalidad inglesa, es de suponer que la hazaña del célebre bandolero no quedará impune y tal vez será de trascendentales consecuencias para el imperio marroquí.

CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS

(Véase el grabado de la página 476.)

Esta carrera, organizada por el diario parisiense *Le Matin*, constituye indudablemente el *tour de force* más grande del deporte automovilista, no sólo por la extensión del trayecto, sino también por las dificultades enormes que para unas máquinas tan delicadas como los automóviles ofrecen los caminos que éstos han tenido que recorrer.

De aquí el interés grandísimo que entre los profesionales y aficionados ha despertado esa prueba, no terminada todavía, y de aquí también el escaso número de los que en ella han tomado parte. Cinco vehículos solamente se han atrevido á intentarla: dos Dión-Boutón (franceses), dirigidos por Cormier y Collignón respectivamente; un mototri Contal (francés), montado por Pons; un Itala (italiano) y un Spyker (holandés), conducidos por el príncipe Escipión Borghese y por Godard.

La salida se efectuó en la mañana del 10 de junio último, entre los acordes de la banda de cornetas de la legación de Francia y de la música del regimiento 16.º colonial francés, que fué allí expresamente desde Tien-Tsin, y acudieron á presenciarla el cuerpo diplomático, la guarnición, los individuos de las colonias europeas y una muchedumbre inmensa de indígenas.

Las primeras etapas han sido dificilísimas y en algunos sitios los vehículos hubieron de ser arrastrados por caballos, pues el suelo, convertido en barrizal intransitable á consecuencia de copiosas y recientes lluvias, les impedía avanzar por su solo esfuerzo. Horribles han sido también las dificultades que han debido vencer los concursantes para atravesar la triple masa de montañas que se alzan entre Pekín y el desierto de Gobi. Afortunadamente para aquéllos y gracias á las acertadas disposiciones adoptadas por el gobierno chino, en todas partes han hallado excelente acogida, y en vez de la hostilidad de que se temía fueran objeto, se han visto ayudados, así por las autoridades como por el pueblo indígenas.

En la actualidad los automóviles, después de haber salvado la parte más comprometida de la carrera, recorren las estepas de Siberia; pronto, pues, podrá saberse el día de su llegada á París, en donde se les prepara un gran recibimiento.

CONFLICTO YANQUI-JAPONÉS

(Véanse los grabados de la página 476.)

Desde que el Estado de California adoptó severas medidas contra los japoneses allí residentes, constituyéndolos en una situación de inferioridad excepcional é injusta, las relaciones entre los Estados Unidos y el Japón han llegado á un grado de tirantez que, en algunos momentos, ha podido hacer temer que entre ambas naciones estallara un grave conflicto.

Esos temores han aumentado á consecuencia de la reciente disposición del gobierno yanqui de enviar 16 acorazados al Pacífico, disposición en la cual se ha querido ver una amenaza ó cuando menos un acto de hostilidad contra la nación nipona.

Inútil es decir que en esta, como en circunstancias análogas han hecho otros Estados, la república norte-americana ha protestado en todos los tonos de sus intenciones pacíficas y ha explicado de un modo al parecer satisfactorio la resolución que tanta alarma ha producido, haciendo notar que el envío de la escuadra yanqui al Pacífico en las actuales circunstancias es una prueba fehaciente de que las negociaciones entre los gabinetes de Wáshington y de Tokío van por buen camino, puesto que de lo contrario no se ordenaría la realización de una demostración naval que pudiera comprometer el buen éxito de las mismas.

Por otra parte, el almirante Yamamoto, ministro de Marina del Japón, que llegó hace pocos días de Nueva York, ha hecho manifestaciones pacíficas y ha declarado que entre ambos países existen las relaciones más amistosas. Es más: en el discurso pronunciado en el banquete con que le obsequió la sociedad japonesa de aquella capital expresó sus simpatías por los norteamericanos y el convencimiento de que incidentes sin importancia no quebrantarán la amistad que desde hace cincuenta años une á ambas naciones; y en el almuerzo que le ofreció en Oster Bay el presidente Roosevelt, puso también de manifiesto estos sentimientos.

En cambio, un periódico japonés, órgano del marqués Ito, se hace eco del disgusto y de la inquietud que ha causado en el Japón la noticia de la concentración de la escuadra yanqui en el Pacífico.

De todos modos, la situación no se presenta clara ni tranquilizadora y los pesimistas hallan en ella elementos suficientes para predecir graves sucesos.

BORDADO ARTÍSTICO

Con destino á la Exposición de trabajos de la mujer que en breve ha de celebrarse en Melbourne (Australia), la distinguida profesora barcelonesa y colaboradora del «Consultor del bordado» que se publica en Barcelona, ha ejecutado el bordado que el grabado adjunto reproduce.

Esta obra, que bien merece ser calificada de modelo en su género, está hecha con algodón blanco, al realce; el dibujo es elegante y de gusto exquisito, y el bordado es una maravilla de ejecución, habiendo la bordadora conservado en él con habilidad suma todas las líneas é indicado todos los relieves

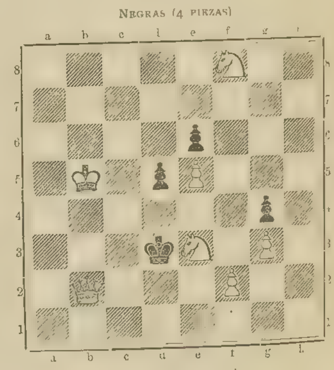
Bordado artístico ejecutado á mano por D.ª Leonor Capdevila, profesora de Barcelona, y destinado á la Exposición de Melbourne (Australia).

No dudamos de que el trabajo de la Sra. Capdevila llamará poderosamente la atención en la exposición á que está destinado, y á los elogios que la autora ha recibido de cuantos han admirado su obra unimos los nuestros más sinceros.

AJEDREZ

Problema núm. 470, por V. Marín.

Negras (4 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 469, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. e4 – e5	1. Cualquiera.
2. D ó T mate.	

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

Novela original de Henry Greville.—Ilustraciones de Gili y Roig

(continuación)

Villandré la escuchaba en silencio con los ojos mirando al suelo

Acercábase, sin embargo, el domingo y á pesar de sus vacilaciones sentíase moralmente obligada á no retrasar más el relato de lo sucedido, que, después de todo, era muy sencillo, como se repetía á sí misma para animarse, cuando la Providencia se puso visiblemente de su parte. Julia dió á luz un niño, algunos días antes de lo que se esperaba, y nadie se ocupaba más que de la madre y del recién nacido. El anuncio de la boda de Lucila fué la primera noticia que se comunicó á Julia cuando ésta pudo pensar en lo que por el mundo ocurría, y Aurette, al explicar que el Sr. Villandré cedía á su hermana su parte de patrimonio, no tuvo necesidad de contarle cómo se había obtenido este resultado.

Creíase, pues, libre de toda preocupación sobre este particular, tanto más cuanto que Lucila nada había añadido á lo poco que el primer día le dijera, lo que hacía que Aurette se preguntase á veces si el Sr. Villandré habría dado cuenta á su hermana de su entrevista. Sin embargo, ¡qué cosa más natural que referirle en seguida lo que había pasado entre los dos! Si no lo había hecho, ¿por qué sería? Y si lo había hecho, ¿por qué Lucila no hablaba de ello?

En cuanto á ella, nada más indicado que revelar á la joven las circunstancias en que se había realizado un acto tan generoso y de qué modo el Sr. Villandré, que no pensaba en ello la víspera, se había desposeído de los únicos bienes que tenía. Lucila era tan discreta, que la señorita Leniel no sabía si estaba enterada ó no de su visita al joven profesor.

En la duda, resolvió hacer lo que los demás, callarse.

Todo parecía favorecer su intento de sepultar en el olvido ese punto de su historia, cuando una mañana llegó al Nido el Sr. Rozel, el cual, después de haber hecho sus visitas á pie con un sol de mayo que alegraba hasta las piedras de las viejas murallas, asomó su bondadoso rostro por entre las glicinas en el momento en que Aurette menos lo esperaba.

Quedóse la joven tan sorprendida, que se levantó y estuvo á punto de lanzar un grito; el libro que leía se le cayó de las manos y el doctor lo recogió.

—¡Lo que es tener la conciencia sucia!, dijo gravemente. Cuando uno ha cometido un crimen teme la llegada de la justicia, ¿no es verdad, Aurette?

—Sí, respondió la joven serenándose. El hecho es que usted me ha... no diré que dado miedo, pero sí sorprendido. Como nunca viene nadie por la terraza...

—Precisamente porque quería sorprenderte he venido por aquí. ¿Qué leías?

—*Pescador de Islandia*, de Loti, uno de los libros más hermosos que he leído.

—Soy de tu misma opinión. ¿Y en qué fundas tu juicio?

—No lo sé; hay algo tan humano y al propio tiempo tan misterioso en ese prolongado y silencioso amor...

—La verdad es que en nuestra sociedad los amores silenciosos y prolongados no son cosa que se encuentre á cada paso. Esto no obstante, se han visto algunos... Y á propósito, dime, Aurette, ¿con qué golpe de varita mágica has arreglado el matrimonio de Lucila?

Aurette, sin saber por qué y con gran disgusto suyo, como excitada por una vejación que le dió ganas de llorar, sintió que un sonrojo ardiente invadía su rostro y hasta su cuello. El doctor, que la miraba mientras esperaba su respuesta, apartó los ojos y se puso á examinar con atención una clemátide blanca de los montes, cuyos sarmientos, llenos de grandes estrellas blancas, corrían alrededor de la terraza.

—Pues muy sencillamente, respondió la señorita Leniel volviendo la cabeza para aspirar el perfume de una madreselva de la China; cuando el Sr. Villandré se enteró de que su hermana no tenía la dote necesaria, le cedió todo cuanto él poseía.

—En efecto, es muy sencillo, dijo el doctor mirando disimuladamente á Aurette, que poco á poco recobraba su color normal. Pero ¿cómo se ha enterado del asunto? Lucila había jurado no hablarle de ello...

—No fué Lucila quien se lo dijo.

—¡Ah! ¿Quién fué, pues? ¿Acaso la señora Thomasset?

—No..., fuí yo.

—¿Tú? ¡Gracias á Dios que la cosa se va desembrollando! ¿De modo que escribiste al profesor?

—No...

—¿Te vino á ver?

—No.

Aurette, comprendiendo que no lograría substraerse al interrogatorio, añadió en el tono más natural que pudo:

—Fuí yo á visitarle.

—¿De veras?

La mirada perspicaz del doctor abarcó toda la actitud de su joven amiga, y no sin algo de malicia insinuó con mucha suavidad:

—Siendo así, me explico que guarde silencio absoluto sobre las circunstancias que han motivado su resolución; pero lo que no me explico tan bien es que tú, que generalmente te das tanta prisa por hacer justicia á las personas, no hayas sentido la necesidad de entonar las alabanzas del Sr. Villandré.

Aurette no contestó, en vista de lo cual el doctor siguió diciendo:

—¿Te costó mucho convencerle?

—Ni siquiera me dió tiempo á explicarme, respondió Aurette con calor, una vez que la generosidad de su carácter hubo triunfado de un embarazo cuya causa era incapaz de determinar. Apenas le hube dicho que Lucila sufría y por qué sufría, me cortó la palabra.

—¿Así, sin más ni más?, insistió el Sr. Rozel.

—¿Por qué se divierte usted mortificándome?, repuso Aurette con algo de aquella desazón extraña que, de algunos días á aquella parte, solía acometerla. Demasiado sabe usted que quise ofrecer la cantidad que faltaba...

—¿Y entonces Villandré se te anticipó? ¡Diantre! ¡Vaya un par! ¿Conque hubo un pugilato de generosidad como en las tragedias?

—No hubo pugilato, pues ya he dicho á usted que no me dejó hablar. ¿Qué podía yo oponer?

—Supongo que, á lo menos, te daría las gracias.

—Me las dió.

Al recordar lo que Villandré le dijera en el umbral de la puerta de su casa, Aurette sintió nuevamente que un ardiente rubor teñía sus mejillas; pero esta vez aquella sensación no iba acompañada de confusión ni de embarazo.

—Me dió las gracias, dijo, en forma tal, que mi idea obtuvo mejor recompensa que si hubiese sido un hecho consumado; por ello le estaré siempre reconocida.

—Lo celebro mucho, repuso el doctor que, termi-

nado ya su examen, dejó de contemplar la clemátide. Ahora que estáis unidos por el recuerdo de una buena obra, siquiera la tuya fuese sólo por intención, sentiréis mayor placer cuando volváis á veros.

—Así lo espero, respondió Aurette.

Mas la idea de volver á encontrarse frente á frente de Natividad Villandré la complacía tan poco por de pronto, que se apresuró á mudar de conversación.

VII

Un sábado, quince días aproximadamente después de la entrevista del doctor Rozel con Aurette, todo el Nido, amos y criados, se afanaban en arreglar la casa con motivo de la primera salida de la señora Deblay. Mientras que por las ventanas de par en par abiertas se oían los rechinamientos de los cepillos, el ruido de los palos de encerar y los golpes de los sacudidores sobre las alfombras, y se escapaban nubes de polvo, Aurette recorría su terraza contemplando sus flores.

Toda la gloria de junio resplandecía en los jardines; los rosales extendían hasta ponerlos al alcance de la mano perfumados grupos de rosas ú ostentaban en lo alto de los tallos grandes flores solitarias, pomposas y de brillantes colores. Desde la antigüedad hasta nuestros días, ¡cuánto no se ha escrito y dicho sobre las rosas! Y sin embargo, los que las aman saben que todo está aún por decir, porque su gracia y su belleza sobrepujan actualmente mil veces lo que fueron en otro tiempo.

Esas flores exquisitas ya no son sólo rosas, sino que han llegado á ser todo lo que en punto á delicados hechizos pueden producir el jardín y el invernadero, adoptando la forma y el color de los botones de oro, de las capuchinas, de las magnolias, de las camelias blancas y encarnadas; rasgando sus pétalos, ensanchando su corazón ó cerrando celosamente su capullo virginal oculto entre los musgosos pétalos de su cáliz; ofreciéndose como un presente regio solas en un tallo erguido; avanzando sus flexuosas ramas guarnecidas de campanas inclinadas semejantes á las de las campánulas; lanzándose á lo largo de los encañados y de los balcones para llevar sus satinadas flores hasta nuestras manos; y todo esto con matices inexplicables, con perfumes que escapan al análisis. Respiramos las rosas, las sentimos; pero ¿quién se atrevería á describirlas?

La señorita Leniel caminaba lentamente por su terraza pensando en esas cosas y en otras muchas no menos gratas. El aire de la tarde era en extremo suave y tranquilo; el sol se inclinaba poco á poco hacia un horizonte dentellado que formaban árboles y campanarios y en el que las sinuosas colinas descendían hasta las corrientes de agua como para besarlas. Aurette sentíase embarazada de una alegría intensa, de una paz misteriosa, y el vapor de oro que bañaba los ríos y los bosques formaba también un nimbo á sus ensueños.

¡Qué dulce la vida en medio de la reposada alegría que en una familia unida producen el nacimiento de un niño amado y el restablecimiento de la felicidad y de la salud de la madre! ¡Qué satisfacción ver á Juan bello, robusto, bueno é inteligente, confiado á manos prudentes y hábiles! ¡Qué descanso para el espíritu saber que el porvenir de Lucila estaba asegurado! Todo esto sin contar con otras amistades, preciosas y queridas, que colaboraban, cada cual con su canción tierna, en ese himno de paz y de luz.

Aurette, al doblar una alameda, se detuvo delante de un rosal de elevado tallo, tan espeso y frondoso que casi formaba un matorral, y enteramente coronado de rosas «Celina Forestier,» que sobresalían por encima de las ramas como si se desbordaran de una cesta demasiado llena.

—¡Qué hermoso eres!, le dijo hablándole como á un niño capaz de comprenderla; eres el regocijo de los ojos y es menester que te bese.

Inclinóse delicadamente sobre la planta para posar sus labios en la más bella de las rosas abiertas, cuando de pronto quedóse inmóvil, fascinada. En el centro del rosal, en un hueco que formaban las ramas y bajo un dosel de rosas, había un nido, un pequeño nido musgoso de curujas, cubierto todavía de leve plumón..., pero vacío. Los pájaros habían volado y Aurette los vió espiarla con sus ojos negros y brillantes desde las ramas de una acacia que embalsamaba el ambiente con su perfume de azahar. Una emoción intensa, extraña, le oprimió la garganta, y sin que ella lo advirtiera, brotaron de sus ojos lágrimas dulces, tranquilas, bienhechoras, desbordamiento de un manantial interior que no es posible secar sin que á la vez se seque lo mejor que hay en el alma.

—Ese nido entre esas rosas..., pensaba vagamente Aurette. Han sido muy confiados esos pequeñuelos; cien veces he pasado por aquí, he cogido ramas enteras y no han tenido miedo. Me veían y sabían que no les causaría ningún daño... ¡Causar daño!.. ¿Por qué? ¿De qué puede servir el causarlo? Proteger, estrechar entre manos blandas y tiernas, apretar á veces sobre el corazón..., aunque no muy fuertemente; besar con dulzura todo lo que se halla necesitado de amistad, de caricias..., á los niños de Julia, los capullos de rosa, á mi Juan... Todo lo que es delicadeza, gracia, fragilidad... Y hacerlos dichosos..., dichosos... Y yo también soy dichosa..., con ese sol, con esos perfumes, en medio de la armonía de los colores y de los sonidos.

Su ser se fundía en un éxtasis delicioso, mezcla de acción de gracias y de dulzura animal de vivir, en el cual los sentidos más delicados, embriagados por la belleza de las cosas, juntaban su hosanna al canto de su alma generosa y pura. Enjugóse lentamente los ojos húmedos; sonrióse de ver en su corpiño gotas de agua, agua celeste aunque había caído de sus ojos mortales, y se apartó del rosal dirigiéndole una última mirada cariñosa.

Al llegar al extremo de la alameda vió un objeto singular que se dirigía muy de prisa hacia ella y al que acompañaba una persona en quien reconoció en seguida á Villandré. Pero el objeto extraño, animado, que se movía agitadamente, ¿no era Juan? Sí, ciertamente, era Juan montado en un pequeño triciclo y moviendo las piernas y los brazos con el ardor inútil y el gasto loco de energía que caracterizan á los neófitos de todos los ejercicios corporales.

—¿Juan?, exclamó Aurette yendo á su encuentro tan de prisa como podía, pero sin correr.

—El mismo, señorita, respondió Villandré quitándose el sombrero, mientras el muchacho, medianamente sofocado, paraba su máquina con un supremo esfuerzo. Quería dar á usted esa sorpresa, y esta idea le causaba tanta alegría que he creído, al satisfacer su deseo, que también usted participaría de ella.

Aurette miró á Juan y al profesor alternativamente con expresión maternal.

—Pero usted, caballero, dijo, no habrá venido á pie desde Angers.

—Sí, señorita; ha sido sencillamente un paseo para vigilar á mi discípulo.

—¿A su discípulo?, preguntó la joven.

—No de física, señorita, todavía no; lo será más adelante. Ahora es mi discípulo en la ciencia del triciclo, mientras espera serlo de algo más.

—Supongo, tía Aurette, dijo Juan, que has comprendido la indirecta. No puedes negarme la bicicleta por más tiempo.

—¡Oh, Sr. Villandré!, exclamó la señorita Leniel en tono de reproche festivo. ¿De modo que se trata de un complot.

—Nada de eso, señorita, por lo menos en lo que á mí se refiere. Creo que maese Juan es más diplomático de lo que parece; y en cuanto á mí, considéreme usted su víctima, no su cómplice. Sin embargo, en mi calidad de profesor de bi ó triciclo, afirmo á usted que su sobrino puede, al presente, afrontar los peligros de ese género de equitación, siempre que el *corcel* sea proporcionado á su estatura.

—Ya lo oyes, tía Aurette.

—Pero, Juan, necesitas un profesor y el Sr. Villandré tiene algo más que hacer que pasar el tiempo...

—Señorita, dijo Natividad conteniéndola con una mirada, ruego á usted que nos deje á Juan y á mí ser felices á nuestro modo.

Aurette se sonrió y guardó silencio.

—Queda convenido, dijo Juan desmontando; el lunes me la comprarás. Mientras tanto conservaré esa máquina de alquiler.

El muchacho hablaba ya desdeñosamente de su triciclo.

—Corriente, respondió su tía encaminándose hacía la casa.

—Oye, dijo Juan tirándole de la manga, ¿qué mirabas cuando hemos llegado? ¡Estabas tan pensativa!

—Mira en el centro de esa planta, respondió Aurette llevándolo delante del rosal.

Era demasiado pequeño; su tía quiso levantarlo en brazos, pero Villandré se le adelantó y alzando al chiquillo le inclinó hacia el nido mientras Aurette apartaba las ramas.

—¡Mira también allí!, le dijo Aurette señalándole la acacia en donde la familia pajaril esperaba que se marcharan para reinstalarse en su florida vivienda.

—¿Un nido?, exclamó Juan conteniendo el aliento. Y los pequeñuelos en ese rosal... ¡Qué bonito!

Villandré lo dejó en el suelo.

—Gracias, amigo Sr. Villandré.

—Aurette, sorprendida de aquella familiaridad miró al profesor.

—De él mismo ha salido el llamarme así, dijo éste, y me ha parecido que no debía prohibírselo...

—Con tal que esto no le haga menos respetuoso...

—¿Menos respetuoso? ¡Me gustaría ver quién es el guapo que falta al respeto al Sr. Villandré!, exclamó el niño con un aire belicoso que les hizo reir.

—¿Vendrá usted mañana á comer, con Lucila?, preguntó la señorita Leniel mientras se encaminaban á la terraza.

—Si usted me lo permite...

Caminaban despacio llevando en medio á Juan y sin hablarse. Villandré y Aurette pensaban que desde el momento en que se habían separado en el umbral de la puerta de la casa del profesor no habían vuelto á dirigirse la palabra; y sin embargo, nunca habían pensado tanto el uno en el otro. Cuando llegaron á la escalinata, el sol, que inundaba de polvillo de oro todo el valle, rodeóse repentinamente de un nimbo de nubes incomparables.

—¡Mira, tía Aurette, qué bonito!, exclamó Juan deteniéndose en el último peldaño.

Y los tres, silenciosos, contentos, anegados en el esplendor de los rayos del sol contemplaron aquella fiesta del día.

VIII

Los preparativos para la boda de Lucila pusieron en más de una ocasión á prueba la buena voluntad de la Sra. Deblay y de su hermana; la interesante joven, que no tenía madre, necesitaba consejos que su hermano no podía darle, y las amigas que en cierto modo la habían adoptado hicieron para ella las veces de familia y decidieron celebrar en casa de Julia el almuerzo de boda.

Todos esos detalles materiales permitieron á Natividad Villandré encontrarse á menudo con Aurette en esa especie de familiaridad inevitable, propia de las bodas, y gracias á la cual personas que nunca se han visto viven á veces en comunicación constante durante algunos días para no volverse á ver jamás. Villandré no buscaba de intento esas ocasiones, pero tampoco huía de ellas; el placer que experimentaba con la compañía de la señorita Leniel era demasiado noble y demasiado delicado para que hubiera de desconfiar de él. Ni uno ni otra habían aludido á la visita de Aurette, con ser un paso de tanta importancia, y salvo un poco más de confianza tácita en el modo de hablarse y de tratarse, nada revelaba que fuesen amigos.

Y sin embargo lo eran y muy sinceros. La conducta de la señorita Leniel había impresionado hondamente á Villandré, no sólo por la generosidad de la intención y por lo delicado de su proceder, sino también por la tranquila entereza de su espíritu valeroso. Había ido á visitarle sencillamente, sin pensar siquiera que aquella acción podía ser mal interpretada, ya por él, ya por los demás, juzgando que la dignidad del profesor exigía que nadie asistiese á aquella entrevista y preocupándose en todo aquel asunto únicamente de los otros, no de sí misma. Esto era lo que él había apreciado y por lo que le había señalado en seguida en su estimación un puesto que nada sobrepujaba.

Aurette, en efecto, no se daba cuenta de lo insólito de su modo de obrar; se había defendido tan bien contra cualquier pensamiento ajeno á su causa, que no se le había ocurrido que pudieran censurarla. El doctor Rozel, en su interrogatorio, le había hecho comprender lo que había de imprudente en el paso dado por ella, y por un momento temió que Villandré hubiese interpretado mal su conducta, idea que le había infundido una vergüenza casi dolorosa; pero el recuerdo de las palabras que le dijera el profesor al despedirla habíanla tranquilizado, dándole la certeza de que era digno de comprenderla, y un débil rubor de satisfacción había teñido su semblante. En resumen, se veían con frecuencia, no cruzaban sino frases triviales y pensaban mucho el uno en el otro, como en un ser muy interesante, de esos que pocas veces se encuentran en la vida ordinaria.

No sin muchas vacilaciones y varios borradores de cartas habían al fin Natividad y su hermana anunciado la boda de Lucila á la señora Thomasset, habiendo tenido que emplear mucha prudencia y mucha filosofía para no deslizar en su carta la menor alusión á la visita recibida por la señorita Leniel. La respuesta fué corta y terminante:

«Siempre supuse que eso se arreglaría; hubiera preferido que Lucila se casara con un paisano, porque no me gustan los militares, pero cada cual está sometido á su destino. Que me diga Lucila [illegible] mi cuarto de damasco de lana ó si prefiere un armario de roble para la ropa blanca. La víspera de la boda enviaré provisiones. Si se hubiese casado en invierno, habría podido ofrecerle un magnífico par de pavos; pero en la presente estación no tengo más que pollos.»

Juan, que escuchaba la lectura de esa carta que Lucila les había comunicado, se tiró de bruces en una gran otomana, con las piernas en alto, y así se estuvo riendo medio minuto; después se sentó y declaró con voz entrecortada por la risa, que la cosa tenía mucha gracia.

—¿Y qué es lo que encuentras de chusco en todo eso?, preguntó Aurette, deseosa de saber qué era lo que de tal modo había podido regocijar á su sobrino.

—¡Todo!, respondió el niño. Dice que no le gustan los militares, pero enviará pollos, y que si la señorita Lucila se hubiese casado en invierno, le habría regalado pavos. ¡Digan ustedes lo que quieran, esa señora me agrada! ¡A lo menos dice lo que piensa!

En cuanto á eso, no era posible dudarlo. Lucila, aterrada ante la idea de la caoba chapeada, apresuróse á pedir el armario de roble, que no tardó en llegar acompañado de un enorme baúl lleno de hermosa ropa blanca. Era ropa antigua, hilada y tejida á mano, de esa que ya no se encuentra en ninguna parte, y hecha para durar el doble que la tela más sólida de nuestros días; con las grandes sábanas que olían á iris, había para acostar á toda una generación, y las servilletas prometían aparecer en series interminables de comidas de familia ó de gala.

—Con esto tiene usted ropa para de aquí al día que sea usted generala, dijo Aurette inspeccionando el contenido del baúl en el cuarto de la Srta. Brelet.

En el fondo estaban los doce cubiertos prometidos que completaban el presente. Lucila esperaba acaso algo más, ya que dejó caer la tapa lanzando un suspiro.

—¿Qué le pasa á usted?, preguntóle Aurette.

—Pienso en mi hermano, respondió la joven.

La señorita Leniel examinó el dobladillo de una sábana medio desdoblada y nada dijo.

Llegó el día de la boda, tan agitado, irritante y fatigoso como todos los días del mismo género, con iguales retrasos, olvidos y absurdos materiales que en todas partes; y como en todas partes, después de haberse dicho y repetido cien veces que nunca acabaría de estar todo á punto y que no podría celebrarse la boda porque todo el mundo había descuidado algo esencial, á las dos de la tarde estaban todos sentados á la mesa en el gran comedor de los señores de Deblay.

Los invitados eran pocos en número, una veintena á lo sumo, la mitad de los cuales no conocían ó conocían muy poco á la otra mitad, y sin el doctor Rozel y su sobrino, que se multiplicaban, aquel banquete habría parecido comida de aniversario de un fallecimiento.

Esto no obstante, la conversación se animó en seguida, y á la media hora comenzaba á sentirse en torno de la mesa cierto bienestar moral, cuando el maestresala presentó un imponente fricasé de pollo, rodeado de grandes costradas.

Los ojos de Aurette se dirigieron involuntariamente á la señora Thomasset, y Juan, que estaba sentado al lado de su tía, le tiró implacablemente de la manga.

—¡Tía Aurette, no te pongas tan encarnada! ¡Mira que vas á comprometerte!

—¿A comprometerme?, repitió Aurette sin apartar la vista de la señora Thomasset, que en aquel momento se servía con meticulosidad y no sin cierta desconfianza.

—Sí..., lo sé todo; la cocinera de tía Julia me lo ha contado.

De pronto sonó la voz de la señora Thomasset, severa como la trompeta del Juicio final.

—¡Esos no son mis pollos!; gritó blandiendo su tenedor.

—¡Ea, ya se descubrió el pastel!, exclamó Juan apretando los labios para no soltar la carcajada.

—Señora, estoy maravillado de la finura de su paladar, dijo el doctor Rozel dispuesto á todo, incluso á la hipérbole, con tal de salvar la situación. ¿Cómo ha podido usted conocerlo?

—¡Bah!, respondió la señora Thomasset. No es difícil adivinarlo; esos son pollos cualesquiera, pollos de Angers, en una palabra, al paso que los míos eran pollos de la Fleche. ¿Qué ha sido de ellos?

Los invitados contemplaban sorprendidos á la buena mujer, mientras el maestresala, cansado de presentar la fuente á un caballero que no le hacía caso, adoptó su postura ordinaria y con el fricasé en la mano esperó á que la comida siguiera su curso.

—El tren vino con retraso, dijo la señora Deblay casi tan alegre como disgustada, y los pollos no han llegado hasta esta mañana; no contando, pues, con ellos, la cocinera ha creído proceder bien comprando otros, y este mediodía, cuando estábamos en la iglesia, llegó la cesta de usted. Ya comprenderá usted, pues, señora...

Lucila se atrevió á besarla

El maestresala, juzgando la ocasión propicia, presentó de nuevo la fuente al caballero distraído, tocándole al mismo tiempo respetuosamente el codo, y el fricasé pudo continuar su viaje.

—Debieran haberlos recogido ayer, dijo severamente la señora Thomasset.

—Tiene usted razón, repuso la señora Deblay con su risueña afabilidad; pero con tantas cosas como había á que atender... Pido á usted mil perdones por nuestro descuido.

La señora Thomasset pareció humanizarse y probó el trozo de ave que se había servido.

—La verdad es, dijo con cierta condescendencia, que para ser pollos de Angers, su cocinera de usted ha sacado de ellos todo el partido posible. Están muy buenos; pero si ese mismo guiso hubiese sido hecho con los míos...

—Crea usted que lo sentimos mucho, mi querida señora, dijo Julia; y para que usted se consuele, le diré que, en vista de la abundancia de provisiones, los regalos de usted han sido llevados al hospicio y que esta noche los enfermos la bendecirán como á una verdadera providencia.

—¡Los enfermos!, exclamó la señora Thomasset. ¿Quieren ustedes que mueran de una indigestión?

—Quise decir los convalecientes, repuso Julia en medio de la hilaridad general.

—De seguro que nunca habrán comido cosa semejante, dijo la vieja de pronto sosegada.

—Y de este modo, unidos en espíritu á nosotros, se regalarán á la salud de los novios.

—Ha sido una buena idea, una excelente idea, dijo la señora Thomasset.

Y excelente debió parecerle, en efecto, porque desde aquel día la señora Deblay recibió de vez en cuando una cesta de provisiones para sus enfermos; y lo que probaba la buena intención de la donadora era que el envío se componía siempre de manjares escogidos, tan hermosos como si hubieran debido servirse en mesa de príncipes.

—¡Qué mujer tan singular!, decía el doctor Rozel. De todos nosotros, sólo Juan la comprende, pero creo que la conoce á fondo.

El niño, al oir esto, guiñaba los ojos con expresión maliciosa y no respondía nada.

IX

Ocho ó diez días después de la boda, á eso de las cinco de la tarde, Aurette, agobiada por el calor sofocante que penetraba en el interior de la casa, á pesar de los postigos cerrados y de las corrientes de aire combinadas con inteligencia, descendió la escalera de la terraza para contemplar el cielo que de repente se había obscurecido.

Una nube negra avanzaba por Occidente, proyectando sobre el valle una sombra lúgubre, y á medida que se acercaba, el verde alegre de las tiernas hojas tomaba un tinte sepulcral y el agua de los arroyos teñíase de color de plomo. Un estremecimiento de terror agitó los árboles; los pájaros enmudecieron, y en medio del gran silencio que reinó de pronto, oyóse el lejano retumbar del trueno.

—¡Va á haber tormenta y Juan no está aquí!, pensó Aurette.

En esto, detrás de la casa, crujió la arena bajo las ruedas de un coche; Aurette dió apresuradamente la vuelta y se encontró delante de la victoria vacía y del cochero que había bajado del pescante.

—¿Y el señorito Juan?, preguntó.

—¡Cómo! ¿No está aquí?, preguntó á su vez el anciano criado.

—¡Con usted debía venir!, replicó la joven consternada al ver que Brochet se ponía lívido.

El cochero refirió que, habiendo tenido que hacer varias diligencias en la ciudad, había llegado al liceo con algunos minutos de retraso; sorprendido al ver que el señorito no le esperaba como de costumbre, había mandado llamarle y le habían contestado que Juan se había marchado á pie en cuanto abrieron la puerta del establecimiento.

—Por el camino he mirado á todas partes, añadió, y no habiéndole visto creí encontrarlo aquí. Habrá venido por otro camino, lo cual me extraña, porque, en el fondo, sólo hay uno para venir...

—¿Habrá salido solo?

—Creo que sí, señorita; de lo contrario, me lo habrían dicho.

Los ojos ansiosos del viejo doméstico interrogaban los de su señora; el pobre hombre no se atrevía á decir todo lo que sabía por miedo de empeorar la suerte del niño á quien adoraba y Aurette tampoco se atrevía á preguntar más, porque por leal que fuese Brochet, al fin y al cabo era un criado.

¿No cree usted que haya ido solo ó con sus compañeros á orillas del río?, preguntó la señorita Leniel, acometida de pronto de un horrible espanto.

—¡Oh, no, señorita, no creo tal cosa! No, no es eso.

Un relámpago les deslumbró é hizo dar un salto al caballo, al que el cochero cogió por el freno, y casi inmediatamente el fragor del trueno conmovió con formidables estampidos toda la casa. Aurette, dejando que Brochet se las entendiera con el caballo, avanzó algunos pasos por la avenida para registrar con la mirada la carretera.

Juan llegó corriendo, sin nada en la cabeza y con el semblante hosco, desvióse un poco para no tropezar con su tía, subió en dos saltos la escalinata, cerró con violencia la puerta y penetró en el edificio.

—¡Juan, Juan!, gritó Aurette sin obtener respuesta.

Un segundo relámpago envolvió toda la casa; la sacudida eléctrica hizo retemblar el suelo como si hubiera terremoto, y un estrépito de vidrios rotos atestiguó la fuerza del choque. Aurette entró en el edificio, y sin preocuparse de los criados que corrían azorados de un lado á otro, subió al cuarto del niño, cuya puerta estaba cerrada por dentro.

—¡Juan!, gritó. ¡Abreme, pronto!

Una ráfaga de viento, que parecía querer arrancar del suelo el Nido, hizo crujir todas las maderas; después un silencio angustioso.

—¡Juan, abre en seguida! ¡Soy yo, tía Aurette!

Púsose á escuchar, y no oyendo nada, sintió un miedo terrible.

—¡Juan, por Dios, te lo suplico!..

La voz del niño, dura, imperiosa, desfigurada, respondió:

—¡No!

A pesar de sus temores y de su disgusto, Aurette sintió un gran alivio, y el trueno, ya menos cercano, que resonó en aquel momento, no le produjo impresión alguna. Juan hablaba, luego vivía y estaba en su juicio.

(Se continuará.)

BRUJAS.—LA EXPOSICIÓN DEL TOISÓN DE ORO

En Brujas se celebra actualmente una interesantísima Exposición del Toisón de Oro. Pocas ciudades habrá más á propósito para una manifestación de carácter histórico retrospectivo que la típica capital de la Flandes occidental, que por su aspecto en conjunto, por sus monumentos y hasta por las costumbres de sus habitantes conserva como ninguna otra el sello de la Edad media. Además Brujas es la que mejores títulos tiene para celebrar una exposición como la del Toisón de Oro, ya que en ella fué instituída, en 1430, esa insigne orden por el duque de Borgoña y conde de Flandes Felipe III el *Bueno*.

A la iniciativa del gobierno belga han respondido las principales cortes europeas enviando á la exposición sus mejores colecciones referentes al objeto de la misma. Allí se admiran, entre otros muchos objetos á cual más interesantes, las armaduras de los reyes españoles Felipe I, Felipe II y Carlos I; el casco y el escudo de éste; las insignias y collares de S. M. el rey D. Alfonso XIII, de S. M. el rey Leopoldo II de Bélgica y de S. A. R. el conde de Flandes; las sillas del capítulo de Brujas pertenecientes al Museo del Cincuentenario de Bruselas; una reproducción de las del coro de la catedral de Barcelona; el trono del emperador Maximiliano de Austria; el manto de gran maestre de la orden perteneciente al emperador de Austria, multitud de collares de diversas corporaciones, gran número de retratos, banderas y trofeos y algunos hermosos tapices, entre los cuales sobresalen los que representan la entrada del ejército de Carlos I de España, V de Alemania, en Barcelona en 1535 de paso para la conquista de Túnez y la toma de esa ciudad africana, en el mismo año, ambos propiedad de la Real Casa española y que fueron tejidos en Bruselas por Guillermo Pannemaker por encargo de aquel emperador, conforme á los cartones pintados por Juan Veomeyen, que acompañó á Carlos en aquella gloriosa jornada.

España, como se ve, hállase admirablemente representada en la exposición, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta en primer lugar los tesoros inmensos que encierran nuestros museos, especialmente la Real Armería del Palacio de Oriente de Madrid, y en segundo el natural deseo de nuestro monarca D. Alfonso XIII, gran maestre de la orden del Toisón, de que la nación española, en quien quedó vinculada la gran maestría, hiciese en Brujas el altísimo papel que le correspondía.

Brujas.—Palacio en donde se celebra actualmente la Exposición del Toisón de Oro
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Brujas.—Exposicion del Toisón de Oro.—Sala principal. en la que se ven, entre otros objetos de gran interés histórico, las armaduras de Felipe I; Felipe II y de Carlos I de España y V de Alemania, y varios hermosos tapices, uno de ellos el famoso que representa la toma de Túnez por los españoles en 1535. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Barcelona.—Reparto de premios á los alumnos de la clase gratuita de árabe que sostiene el Centro Hispano-Marroquí. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA.—REPARTO DE PREMIOS

Á LOS ALUMNOS DE LA CLASE DE ÁRABE DEL CENTRO HISPANO-MARROQUÍ

Celebróse este acto el día 14 de los corrientes en el salón principal del antiguo restaurant del Parque, que se hallaba espléndidamente decorado; fué presidido por el vice-rector de esta Universidad D. Lorenzo de Benito, en representación del ministro de Instrucción Pública, y á él asistieron el gobernador civil Sr. Ossorio, el presidente del Centro Hispano-Marroquí Sr. Roig y Bargadá, y la junta directiva del mismo, representaciones de la Diputación provincial, del Ayuntamiento, del Instituto, de la Audiencia, de la Cámara de Comercio, de la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción, de la Lliga Regionalista, de la Escuela de Náutica y de otras entidades y una numerosa y escogida concurrencia.

Después de la lectura de una interesante memoria del secretario del Centro Sr. Alegret y de dos elocuentes discursos del profesor de la clase de árabe Sr. Cuevas y del presidente, procedióse al reparto de los premios, que se otorgaron en la forma siguiente: el de S. M. el rey á D. Jaime Malagarriga; el de Su Alteza el infante D. Fernando á D. Aniceto Gresa; el de D. Sebastián Maltrana á D. Antonio Ametlla; el de D. Amalio Jimeno á D. Juan Bel Vilalta; el de D. Eduardo Saavedra á don Juan Caballero; el de D. Sabas Muniesa á D. Juan Bova; el de D. José Canalejas á D. Ramón Vilaró; el de D. Pedro Navarro á D. Pedro Pujol Bes; el de D. Rafael Gasset á D. José Victorio Pérez; el de D. Cristóbal Mezquita á la Srta. D.ª Rosa Gresa; los del ministro de la Gobernación á D. José Baró y á D. Magín Puig; el del ministro de Instrucción Pública á don Rafael Paredes; el de D. José M.ª de Ortega Morejón á don Santiago Gresa; los de D. Rafael M.ª de Labra á D. Joaquín Fernández, D. Antonio Nolla, D. Agustín Trías y D. Rafael Montoliu; el de D. Juan Vázquez Mella á D. Rafael Panés; el del marqués de Camarasa á D. Miguel Castañeira, y el del marqués de Comillas á D. Domingo Castells.

El Sr. de Benito puso término al acto, que resultó una fiesta altamente simpática é interesante, dedicando entusiastas y merecidos encomios á la obra de patriotismo y de cultura que realiza el Centro Hispano-Marroquí.—S.

Estudio, dibujo al lápiz de Dionisio Baixeras. (Exposición del Círculo de San Lucas.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

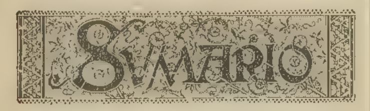
AÑO XXVI — BARCELONA 29 DE JULIO DE 1907 — NÚM. 1.335

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.—París, 1907.

EN EL BAILE DE MÁSCARAS, cuadro de Hugo de Beaumont

(Reproducción autorizada.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La reprobación que yo he manifestado aquí repetidas veces á propósito de los asesinatos de mujeres, empieza á traducirse en la prensa y acaso en las conciencias, y un cronista escribe, humorísticamente, que aún quedan en Madrid, á estas fechas, unas diez y seis ó diez y siete mujeres sin degollar... La lenidad de los que tienen por misión juzgar estos crímenes trae su repetición, los pone de moda. No sé gran cosa de derecho penal, pero sé algo del corazón humano; la psicología me interesa, observo, escucho y anoto; y estoy convencida de que los criminales, como todo el mundo—y lo demás son paradojas hueras,—temen bastante á las consecuencias de sus actos, y se arrojan más fácilmente á cometerlos si creen que no les va en ello la vida, ni aun la reclusión perpetua. Si el sexo de la víctima se tomase en cuenta como agravante ó atenuante; si el *despachar* á una infeliz mujer no saliese tan barato..., menos veríamos de estas cobardes tragedias.

***

Y aunque parezca contrastar con lo anteriormente dicho, la vida se estima en poco—á las horas de exaltación, naturalmente—en las clases populares. Estos días han reñido á navajazos dos guapos madrileños, por una deuda de sesenta céntimos, poco más del importe de una cajetilla. El uno—el *Pipi*—infirió al otro—aprendiz de torero—una herida tal vez mortal en la región del corazón, pagándole así sus sesenta céntimos y cobrándole la ofensa de no llevarle como banderillero en su cuadrilla. No se dirá que no nos encontramos en plena España de pandereta y moña roja: rencores y agravios son estos que piden á gritos música de Bizet, acompañamiento de sonajas y fondo de plaza mudéjar allá en segundo término. ¿Por qué no suponer que el matador habíase comprometido ante una manola de negros ojos y quebrado talle á banderillear un berrendo, y á brindarle á ella la suerte, arriesgando gentilmente la cornada por demostrar el esfuerzo y la destreza de su brazo? ¿Por qué no mezclar en este lance de honra al amor, ese amor meridional bravío, coloreado abigarradamente con sangre? Así poetizaríamos el vulgar encuentro, prescindiendo siempre, claro es, de los sesenta céntimos, que dan al suceso una nota prosaica, de miseria y de tacañería. Porque sesenta céntimos, ó se cobran de momento, ó no se reclaman ya; y en esto, el pueblo no suele ser mezquino, en general, procediendo con desprendimiento cuando sus medios se lo permiten... En el romance de la guapeza de estos dos chulos taurómanos no caben los sesenta sin pico. Hagamos caso omiso de la mísera deuda.

***

Más mísero aún el motivo por que en Granada un guarda de la estación y un colector de basuras esgrimieron las facas, con resultado tal vez de muerte. Por un montón de detritus que el uno quería llevarse y el otro no le permitía recoger... ¡Pobre humanidad! ¡Nacer *rey de la creación*, con el alcázar del pensamiento sobre los hombros, y todo para disputar á cuchilladas un hacinamiento de porquería! ¿Merece la vida *ganarse* á tanta costa y de tal modo? No lo sé. Ello es que abunda quien se la gana así y en peores faenas. ¿Cómo se concibe, dada la libertad absoluta que posee el hombre para escoger profesión, que haya quien escoja la de pocero, la de alcantarillero, la de lavandera, la de fregadora de pisos? Y sin embargo, nunca faltan los obreros de estos oficios, no sólo humildes, sino penosos y expuestos á asfixias, reumas y tullimientos. Acaso sea obra de la sabia Providencia el que exista gente para cualquier ocupación y trabajo.

***

Paolo Lombroso formula por escrito una observación que yo había hecho para mí: nota que los niños son cada día más bonitos, con un progreso marcado respecto á las anteriores generaciones; pero que, al llegar á la edad del completo desarrollo, no se recoge lo que se había sembrado, y los niños encantadores, candidatos á premios de belleza, se convierten en señoritas y señoritos vulgares, más bien feos, ó por lo menos ni feos ni guapos. Hay poblaciones donde me he fijado en este detalle: la niñez es realmente deliciosa, y entre la juventud, sería difícil encontrar un verdadero tipo de hermosura femenil ó varonil. ¿Cuál es la causa de este extraño fenómeno? Paolo Lombroso lo explica con razones muy comprensibles. Los ojos de los chicos suelen ser grandes, y los ojos de los grandes—sobre todo si se trata de gente que engorda—suelen ser chicos. Los ojos paran de crecer á los siete años; en cambio, la nariz se desarrolla inesperadamente en la cara del adulto. Siempre crece demasiado la maldita nariz, y su desenvolvimiento caracteriza toda la fisonomía. Nada más raro y precioso que una nariz griega, que una boca que se conserva fresca, porque ello es que la boca se usa mucho, para hablar, para comer, para reir, para besar... Las bocas de los niños están nuevas, intactas, las de los adultos empiezan á gastarse y á adquirir una expresión no siempre atractiva.

Otra observación muy exacta es la de que las mujeres del pueblo son jóvenes menos tiempo que las señoras. En general (no hablemos de casos especiales, como maternidad y lactancia demasiado frecuente, enfermedades, penas), la mujer de las clases elevadas es hermosa todavía á los cuarenta, mientras que la obrera ó la labradora se deforman rápidamente y pierden temprano la gracia y el hechizo de la juventud. Para ser hermosa hay que ser rica... «La mitad de la belleza está en la tienda,» decía una ingeniosa condesa que conocía bien el mundo. Aspecto nuevo de la cuestión económica, que no agita á las turbas, porque las turbas no piden hermosura, sino pan..., pero que no deja de plantear un problema de justicia, el derecho á ser bonito...

***

Estamos en época de reivindicación de derechos. Hay una gran corriente de filosofía sin sistema ni disciplina, que reclama el derecho á hacer cada cual lo que se le ponga en el moño. «Si me da la gana de encasquetarme el sombrero torcido, torcido me lo encasqueto,» dice un poeta. Yo confieso que no había visto por ninguna parte la ley que prohibe encasquetarse el sombrero más torcido que la intención de Judas. La mayor parte de esas libertades que se piden, están ahí para quien las quiera. Estas peticiones me recuerdan siempre un episodio de la Revolución de Septiembre de 1868, apellidada *la gloriosa*. Una señora, doña Guillermina Rojas, que según mis noticias es persona de buena conducta y formal, tenía el gusto de hablar en público abogando por el *amor libre*. Esta propaganda escandalizaba á mucha gente, que no encontraba palabras bastante severas para calificar á la oradora. El único que situó la cuestión en otro punto de vista fué un entonces joven calavera, el hombre más aficionado al bello sexo que existe, y amigo también de presentar las cuestiones de un modo original y propio. Dijo el joven, hiriéndose con primoroso latiguito la punta de la bota de caña clara: «¡El amor libre, el amor libre! ¿Y por qué demonios predica esa señora que nos den el amor libre? ¡No parece sino que no nos lo habíamos tomado!» Y no dijera mejor Zaratustra; y tal diría yo de las franquicias que solicitan algunos intelectuales europeos. Huir de las escuelas, librarse de los maestros, vivir libremente en el seno de la libre naturaleza... ¿Pero quién se lo impide? Acabo de encontrarme, en la senda que conduce al molino, á un hombre desaliñado, sin cuello de camisa, sin afeitar de tres semanas, que caminaba canturreando horrores y que no me dijo ni un mal «Dios vaya con usted.» Y qué, ¿le llevarán á la cárcel?

Lo indudable es que, al lado del derecho de hacer cada uno lo que se le antoja, está el derecho sacratísimo de reirse de los estrafalarios y maniáticos. La originalidad y la libertad yo las veo como algo interior, de cerebro adentro, pero no manifestado en exterioridades vistosas. El sentir, el pensar, pueden ser muy extraños, bajo la apariencia más burguesa y sencilla. Los románticos—que también alardeaban de insurrectos—pusieron algunas veces la insurrección en el sombrero y las melenas, como aquellos conjurados de ópera que sabemos que son conjurados porque llevan un lazo blanco ó negro encima del codo.

***

¿No han leído ustedes que el marido de una diputada creo que finlandesa (no estoy segura) armó un escándalo porque su mujer le tenía muerto de hambre?

Si la noticia no es un *canard* festivo, declaro que no conozco ser más ridículo que ese esposo parlamentario.

Es, por lo pronto, un varón... que confiesa y reconoce públicamente que vive á expensas de la hembra de su especie. El caso es frecuente, frecuentísimo; la confesión, no tanto, y en forma de queja, menos. Hemos convenido, teóricamente, en que el hombre debe trabajar para comer, y no hacerlo es vergonzoso. ¿Qué diremos si el hombre, no sólo no trabaja, sino que está esperando á que su cónyuge le llene el plato y le eche cerveza en el vaso..., y elige para hacernos tan interesante revelación el momento en que su dicha señora desempeña un mandato electoral? A los del Norte no les caerán bien los adjetivos flamencos, mas yo declaro que el único adjetivo aplicable aquí es el de *panoli*.

Por supuesto, los adversarios de que la mujer ejerza ciertas funciones políticas se han bañado en agua de rosas. No les esperaba mal rato si las esposas de los diputados se confesasen en los periódicos, lamentando las múltiples consecuencias de que sus maridos tomen asiento en el Congreso. Buenas cosas dirían, no ya del orden económico, sino de todos los órdenes, sin exceptuar el corintio. Para indicio discreto de las contingencias que en la diputación ven algunas mujeres suspicaces, bastaría recordar cierta redondilla del *Gran Galeoto*, que acaba así:

> Pero es ponerme en un brete
> hacer que diga... y concrete
> lo que al cabo no diré.

***

Hay que reconocerle, sin embargo, al régimen parlamentario una ventaja: la de contener un poco la dispersión veraniega. Ignoro por qué razón, las Cortes se reunen siempre en épocas que riñen con el método de vida de las clases acomodadas. Todavía me dura la impresión de asfixia de un año en que, por el mandato electoral de mi padre, tuvimos que pasar en Madrid casi todo el mes de julio. Los diputados debían de liquidarse, ó poco menos, en aquellas sesiones donde, para mayor sofoquina, se discutía recio. La frase usual, *discusión acalorada*, basta para dar á entender cuánto eleva la temperatura el disentimiento de opiniones manifestado verbalmente. Los que no discutíamos, nos pasábamos el día de bata de organdí, con las ventanas cerradas, en un salón cuyos baldosines se regaban frecuentemente, absorbiendo horchata y dándonos aire con los grandes abanicos *pericones* entonces en boga. De noche salíamos á los Jardines, y al anochecer dábamos vueltas por la Castellana en landó. Tales eran nuestras fatigas, y con todo eso, sudábamos y nos debilitábamos. ¿Qué harían los discutidores, bregando al [illegible] en el antro asfixiante del Congreso?

El recuerdo de aquel calor africano, de aquella temporada de pereza y postración, es grato de evocar en este momento, en que la brisa mueve las copas de los árboles y el termómetro señala 27 grados Reaumur á la sombra—cosa muy tolerable.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA CONFESIÓN DE UN LADRÓN

Cerca de treinta años han pasado desde que Raimundo X y yo nos despedimos de nuestros camaradas y amigos de colegio para emprender con decisión la ardua tarea de ganarnos la vida; él cumpliendo un propósito que hacía largo tiempo acariciaba para hacerse misionero; yo para seguir la tentadora senda de la literatura, esperando llegar algún día al pináculo de la fama.

Buenos amigos fuimos á través de todas las vicisitudes de la vida de escuela primero, de colegio después, y á pesar de los divergentes caminos que elegimos, al terminar ésta, nuestra amistad, con el transcurso de los años, se hizo mayor y más estrecha. Después de semanas y meses, á veces de años, de penosos viajes predicando, enseñando y consolando, suele venir el padre Raimundo, como con cariño se le llama, á descansar á mi hogar. En esas visitas me ha referido, en momentos de expansión, muchas cosas singulares. Varias veces le he pedido que me permitiera poner por escrito, para perpetuarlas, algunas de sus narraciones, y habiendo por último logrado arrancarle el consentimiento á regañadientes, voy aquí á reproducir una que cuando por primera vez la oí me causó profunda impresión. Hasta donde me sea posible la referiré con sus mismas palabras, suprimiendo los nombres de personas y lugares con arreglo á lo que él expresamente me exigió.

Estábamos sentados junto á la lumbre una noche ventosa de marzo, fumando y charlando, como de costumbre, antes de retirarnos á dormir. Habíamos estado discutiendo la cuestión de la moralidad de ciertos negocios y de ciertas maneras de labrarse una fortuna por medio de especulaciones, cuando, al ir á contestar á algunos reparos míos, se nubló el hermoso semblante de Raimundo y me dijo:

—No, no; paréceme que es imposible fijar á nuestro gusto un patrón único al cual hayamos de ajustarnos al juzgar la conducta de los demás, porque aquello mismo que sea completamente opuesto á nuestro preconcebido concepto de lo lícito y de lo que no lo es, puede que aparezca á la conciencia de otro como perfectamente legítimo. En prueba de ello te contaré una entrevista singular que tuve, por este tiempo hará un año, cuando predicaba los sermones de cuaresma, en la gran ciudad fabril de Z. Estando ya próximo á terminar la serie, el cura de la parroquia una tardecita vino á felicitarme por la grande y escogida concurrencia que había asistido á la iglesia aquel día. De pronto sonó la campanilla de la puerta de entrada y un caballero preguntó por mí. Rogando al cura que me dispensase, me dirigí al salón de recibo y quedé sorprendido al ver en él á Mr. S., un caballero á quien hacía poco me habían presentado; una de las personas de más arraigo y respetadas de la población y gran partidario de la Iglesia. Creyendo que sería una visita de pura cortesía á persona que apenas conocía, me apresuré á saludarle afectuosamente y á preguntarle el objeto de su venida.

—Padre, me respondió, si no estuviera usted ocupado, me alegraría de que me proporcionara el placer de tener una hora de conversación con usted. Sé que regresa usted á Londres muy pronto, y por lo tanto, tal vez no se me presentaría otra ocasión como esta. Sabe usted, añadió sonriéndose, que desde que le vi á usted por primera vez en el púlpito he sentido lo que el antiguo marino cuando dice: «En el momento mismo en que vi su rostro conocí quién era el hombre que había de oirme. Á él he de contarle mi cuita.» Cosa extraña, yo nunca antes había experimentado esa sensación ni creo que la volveré á tener si usted me permite que le abra mi pecho.

Rogando á mi inesperado visitante que se sentase junto al fuego, toqué la campanilla, y después de disponer que nos trajeran café y de encargar que por ningún concepto vinieran á molestarnos, acerqué también mi asiento á la chimenea y aguardé con alguna curiosidad á que comenzara su historia el «antiguo marino.»

Después de estarme mirando unos momentos con fijeza, Mr. S. sacó del bolsillo una cartera de regulares dimensiones, tomó de ella unos cuantos billetes de Banco y me los alargó diciéndome:

—Aquí tiene usted cien libras esterlinas, que le ruego tome y emplee como mejor á usted le parezca, siempre que sea para aliviar la suerte de algún desgraciado que, á su juicio, lo merezca. Déselo usted todo, padre, á uno solo, porque á uno solo se lo quité; efectivamente, esa es la cuantía exacta de mi primer y único robo. Ahora bien: no vaya usted á imaginarse, continuó diciendo con mucha calma, que le doy á usted ese dinero por remordimientos de conciencia, ni como una especie de expiación; no, señor, nada de eso. Hágolo sencillamente en cumplimiento de una promesa que me hice á mí mismo cuando lo robé; entonces prometí que si me salía bien el golpe que intentaba, algún día daría la misma cantidad para que sirviera de ayuda á otro que se viera en tanta desgracia como yo en aquella sazón me vi. Bien puedo asegurar que he dado mucho más que eso en varias partidas, pero no era eso lo que yo me había propuesto, y he pensado que usted, con su experiencia y su bondadosa perspicacia, podría disponer de ella más provechosamente de lo que yo podría hacerlo.

Me los alargó diciéndome: «Aquí hay cien libras esterlinas.»

El golpe era tan inesperado y tan terrible, que mi mujer quedó horrorizada

—¿He de creer, Mr. S., que esta suma, en realidad, es el producto de un robo, pregunté asombrado, y de un robo del que no parece usted arrepentirse?

—¡Arrepentirme, caballero, arrepentirme!, exclamó con calor. ¿Por qué me he de arrepentir de una acción que sólo sabemos mi creador y yo, que ha sido el medio de hacerme, para toda la vida, feliz á mí y á centenares de otras personas, de levantar á una familia desde los abismos de la desesperación hasta las alturas de la riqueza y la influencia? ¡No, mil veces no! Si me viera en las mismas circunstancias volvería á obrar del mismísimo modo, con esta sola diferencia: que no vacilaría tanto como entonces antes de hacerlo. Pero si yo le contara á usted los motivos de mi acción, tal vez llegara usted á verla bajo el mismo aspecto que yo la veo.

Esto último, claro está, no podía ye prometérselo; sin embargo, tenía verdadera curiosidad por saber desde qué punto de vista podía un caballero bien educado y de buenos principios considerar semejante ultraje á la moral. Le manifesté mi deseo de oirle y en el acto comenzó á referirme lo siguiente:

«Hace unos veinte años era yo un joven de buenas disposiciones y reputación, y desempeñaba un destino de confianza en una gran casa comercial de esta misma ciudad de Z. Aun cuando disfrutaba de un buen sueldo, los gastos ordinarios de una casa, más los extraordinarios que necesitábamos á veces mi mujer y yo ó alguno de mis seis hijos, eran otros tantos obstáculos para que pudiéramos economizar algo que valiera la pena; pero éramos jóvenes, llenos de ilusiones y sólo deseábamos hacer el bien á todos los que nos rodeaban. Desgraciadamente, la casa decidió traspasar su negocio á cambio de una bonita suma, y un día, yo y varios de los otros empleados fuimos advertidos de que los nuevos dueños no necesitaban de nuestros servicios y que habían reducido el personal. El estado de mi ánimo cuando aquella tarde entré en mi modesta, pero feliz morada, mas es para imaginado que para descrito. El golpe era tan inesperado y tan terrible, que mi mujer se quedó horrorizada. Sin embargo, como nada habíamos de adelantar con lamentaciones, resolvimos hacer frente á lo inevitable del mejor modo posible. Desde luego se redujeron todos los gastos que eran susceptibles de serlo; quitamos del colegio á los niños mayores y yo me dediqué á buscar algún destino que algo me produjera. Para hacer más grande todavía nuestro infortunio en aquella ocasión, dos parientes ancianos é impedidos que se habían quedado sin un céntimo, nos pidieron que los admitiéramos en casa. A eso no podíamos negarnos mi mujer ni yo mientras tuviéramos un techo bajo el cual cobijarnos, así es que era cuestión muy apremiante la de hallar dinero.

»Siempre nos habían demostrado muchas simpatías los amigos y conocidos. Ninguna reunión familiar se consideraba completa si no la amenizaba mi mujer con su conversación ó con sus talentos musicales, y más de un amigo á quien había ayudado á salir de algún mal paso había jurado eterno agradecimiento á mi humilde persona. Pero ahora parecía que todo había cambiado. Nadie ignoraba, como era consiguiente, nuestro cambio de fortuna, y al principio nos abrumaban con sus expresiones de simpatía y condolencia; pero á medida que corría el tiempo, despacio, pero indefectiblemente, fueron dejando poco á poco de invitarnos á las casas donde siempre nos habían recibido con agasajo. Nuestros amigos venían á vernos cada vez á intervalos mayores y con nuestros niños no se contaba para las muchas fiestas y reuniones infantiles que se celebraban en el vecindario. Por lo que á mí respecta, no había tropezado con dificultades para conseguir una colocación; pero el sueldo era muy corto en comparación con nuestras necesidades, y todas mis tentativas para establecerme por mi cuenta habían resultado inútiles. Sabía que si yo pudiera conseguir el capital necesario todo marcharía bien; pero á la mera insinuación de semejante cosa mis antiguos amigos huían de mí como de un apestado. Los primeros y los más presurosos fueron los mismos á quienes yo había ayudado con dinero.

»Todo esto, naturalmente, me llenaba de amargura. «Ahora—me decía—soy el mismo hombre, moral é intelectualmente, que hace un año, si es que, desde

ciertos puntos de vista, no soy mejor; mi mujer y mis hijos son los mismos de antes, y sin embargo, sin haber otro motivo que haber perdido ese dinero y esa posición social, evitan nuestro encuentro, nos compadecen ó nos miran con aire de protección, según los diferentes caracteres de cada uno. Si me hubiera acontecido cualquiera otra desgracia, dejando intacto el bolsillo, todos se hubieran comportado de modo muy diferente.» Verdaderamente la inteligencia, la buena conducta y todo lo demás, nada valen comparados con el oro. Habiendo llegado á adquirir esta convicción, decidí que en la primera oportunidad favorable me haría con tan precioso metal para recobrar mi anterior posición. Si mis amigos me negaban los medios de rehacerme, tal vez la Providencia vendría en mi socorro.

Abrí con fuerza la mal cerrada hoja y me apoderé de la preciosa bolsa

»Indudablemente fué algo más que pura coincidencia el que tan pronto como hube tomado esa resolución, se me viniera á mano el medio de realizarla. Pocos meses antes, uno de los curas de nuestra parroquia había sido trasladado á otra de más importancia; como había permanecido en ella más de veinte años trabajando mucho en pro de sus feligreses, éstos aprovecharon aquella oportunidad para manifestarle su gratitud, abriendo una subscripción á fin de obsequiarle con una bolsa llena de oro y un mensaje escrito de despedida. La cantidad recaudada fué de cien libras esterlinas, las que, junto con el pergamino, debían serle entregadas en una gran reunión que se había convocado en honor suyo y á la que había sido especialmente invitado. Yo había contribuído con mi pequeña cuota y de corazón deseaba al buen señor toda clase de venturas, así como que tuviera mucho éxito la subscripción; pero cuando supe hasta dónde ésta había llegado, mis buenas disposiciones se cambiaron. Otra vez entré en cuentas conmigo mismo. «Esta es—pensaba—justamente la cantidad que necesito para comenzar mi negocio. ¡Qué bien nos vendría! El reverendo J. no es casado, no tiene afecciones y predica el desprecio de los bienes terrenales. Sin embargo, estoy completamente seguro de que si me dirigiera á él, á pesar de ser un hombre bueno y digno, para pedirle prestado aunque fuera sólo la mitad de esa suma, me la negaría en términos muy claros y positivos.»

»Decidí, pues, que sucediera lo que sucediese, no volvería nunca á pedir favores á nadie y que, si fuera posible, me apoderaría de las cien libras antes del día de su entrega, de cualquier modo que fuese. Por de contado que yo no pensaba cogerlas sino en calidad de préstamo, proponiéndome devolverlas tan pronto como mis negocios marcharan bien. Así, pues, lo único que quedaba que hacer era concertar un plan de acción y ejecutarlo tan pronto como se pudiera, pues sólo faltaban cuatro días para la reunión convocada. Después de mucho pensar, resolví que trataría de dar el golpe la misma tarde de la ceremonia, durante el concierto que había de darse en obsequio del respetable sacerdote.

»Yo había recibido una tarjeta de invitación para el acto, como la mayoría de las familias de la parroquia, así es que no había dificultad en entrar y todo había de depender de mi sangre fría y aplomo.

»La noche de aquel memorable día, mi mujer, que no tenía ni la más remota idea de los planes que en mi mente bullían, me acompañó al gran salón donde había de celebrarse el concierto y efectuarse la entrega del mensaje y de la bolsa, llena de agradables ilusiones, esperando pasar unas horas muy á gusto. Yo me había provisto de un antifaz negro y de una especie de muceta corta del mismo color; ambas cosas las traía muy bien dobladas y guardadas en un bolsillo de la levita.

»Saludamos á todos nuestros amigos y vecinos y nos instalamos cómodamente en un banco de las últimas filas. Cuando se hallaba en todo su apogeo el concierto, que realmente era muy bueno, aproveché un intermedio del programa para levantarme sin hacer ruido de mi asiento y salir fuera. Aquel era el momento en que iba á decidirse mi porvenir.

»La calle estaba desierta; dirigiéndome de prisa y con cautela á la parte posterior del edificio, saqué del bolsillo el antifaz y la muceta y me los puse. Después de haber echado una ojeada alrededor mío, procedí á forzar una ventana que daba luz de la calle á una pequeña antecámara, donde, como yo ya sabía de antemano, estaban guardados, en un pequeño armario ó cómoda, la bolsa primorosamente bordada con el oro y el mensaje, obra maestra del arte caligráfico, esperando la hora de ser entregados. Empujando un poco la taravilla del picaporte con un cortaplumas, pronto me vi dentro de la habitación; inundada la frente de sudor, me dirigí al armario, abrí la hoja mal cerrada y me apoderé de la preciosa bolsa. Un minuto después estaba sano y salvo en la calle. Lanzando en derredor una rápida ojeada, me quité el disfraz y lo volví á meter cuidadosamente en el bolsillo. Me enjugué la cara, me arreglé un poco y con mi presa junto al corazón volví á mi asiento en el salón del concierto.

»Me parecía que había estado horas ausente, pero en realidad estuve apenas quince minutos; cuando me preguntó en voz baja mi mujer qué me había pasado, le contesté que me había sentido mal por el calor que allí había, pero que ya estaba bien.

»El momento de hacer la entrega iba acercándose á prisa y yo seguía sentado preparando los nervios para oir, sin demostrar más emoción que la que en semejante caso era de rigor, la inevitable nueva de no haber nada que regalar. Por fin llegó el intermedio del programa destinado á la ceremonia, y uno de los individuos del comité, mientras otro pronunciaba un entusiasta discurso de despedida, fué á la antecámara para traer la bolsa y el mensaje en su correspondiente bandeja de plata. Después de alguna espera varios señores fueron llamados desde adentro y luego uno de ellos se adelantó sin aliento dando la terrible noticia de que había sido robada la bolsa con el dinero. Hallaron la ventana en parte abierta y el armario forzado; pero el ladrón había huído sin dejar ninguna huella.

»Toda la concurrencia quedó consternada; por todas partes se oían frases de furiosa indignación, á las que, como era natural, uní también las mías. Por último, el alboroto se apaciguó un poco, y hecha entrega de la dedicatoria, que ya había perdido gran parte de su valor, y después de pronunciadas algunas frases de afecto y simpatía, la reunión se disolvió y cada cual se volvió á casa, calculando las probabilidades que pudiera haber de atrapar al audaz autor del chasco de aquella noche. El asunto se puso en manos de un hábil policía, pero hasta ahora ha permanecido envuelto en el misterio.

»Como un mes después hice correr la voz de que me había tocado una pequeña herencia y comencé á trabajar por mi cuenta. Desde entonces todo me ha salido bien. Mi mujer é hijos gozan de salud y son felices; á mí me miran con respeto y afecto, á lo que creo, mis conciudadanos. Muchos donativos le he hecho al reverendo padre J.; no creo que le haya ocasionado grandes males el no haber recibido más que el mensaje de despedida. Ahora quiero cumplir la promesa que á mí mismo me hice dándole á usted las cien libras que tomé prestadas. Pero mi conciencia, padre, jamás me ha mortificado por la labor que hice aquella noche, y puedo decir con completa convicción que ha sido la base de mi fortuna el producto de mi primero y último robo.»

Después que Mr. S. terminó su relato, hubo unos momentos de silencio, durante los que ambos seguimos fumando gravemente y contemplando las llamas de la chimenea. Luego, movido por un impulso inexplicable, me puse en pie y le tendí la mano.

—Gracias por la confianza que ha depositado usted en mí, Mr. S., le dije, y tenga usted la seguridad que está bien puesta. Por lo que hace al dinero, se invertirá conforme usted desea. Lo demás lo dejo para que entre el Creador y usted lo resuelvan. Si alguna vez cambia usted de modo de pensar, me alegraría saberlo.

Después de pocas más palabras nos despedimos muy afectuosamente, y aunque tal vez no volvamos á encontrarnos en este mundo, el recuerdo de aquella noche no se borrará de mi memoria.

Hugo Halifax.

FRESCOS RECIENTEMENTE DESCUBIERTOS

EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE FLORENCIA

Las reparaciones que se están haciendo en la Academia de Bellas Artes de Florencia dejaron hace poco al descubierto, en una de las paredes, algunos vestigios de frescos antiguos; suspendidas aquéllas con tal motivo, la Dirección regional de Bellas Artes dispuso los trabajos necesarios para descubrir la obra entera y el resultado ha sido encontrar la interesante pintura que en dos fragmentos reproducen los grabados de la página siguiente. Representa parte de una *Cena* y el trozo central que falta fué destruído en 1831 para construir una puerta, destrucción inconsciente

Adelantóse uno sin aliento dando la terrible noticia de que se había robado la bolsa con el dinero

por supuesto, ya que entonces se ignoraba que en la pared se escondiera el fresco.

La sala en donde éste ha sido encontrado era el refectorio del director y de los empleados del Hospital de San Mateo, fundado en 1385, y en los anales del establecimiento consta que la capilla y las salas del mismo fueron pintadas por varios artistas, principalmente por el célebre Esteban Vanni.

En el «Boletín de Arte» del ministerio de Instrucción Pública de Italia se ha publicado un informe del Sr. Marrai sobre este descubrimiento y en él se supone con fundamento que fué Vanni el autor de esa *Cena*.—R.

Frescos recientemente descubiertos en la Academia de Bellas Artes de Florencia y que se suponen pintados por Esteban Vanni (1409-1485)

(De fotografías remitidas por Romieux.)

EL ESCULTOR HÚNGARO GYULA DONATH

Las obras que en esta página publicamos son suficientes para probar la valía extraordinaria del artista que las ha modelado. Gyula Donath es, en efecto, uno de los más notables escultores de Hungría y su nombre, traspasando las fronteras de su patria, se ha hecho célebre en todo el mundo del arte.

Dedícase especialmente á la escultura monumental, y sin desdeñar en absoluto las tradiciones clásicas, ha sabido, por decirlo así, rejuvenecerlas, armonizándolas con las tendencias plásticas modernas.

El águila real que adjunta reproducimos figura en el palacio real de Buda-Pesth y fué ejecutada por encargo del emperador de Austria, rey de Hungría, Francisco José I, para conmemorar el milésimo aniversario de la fundación de la nación húngara, que se celebró hace poco tiempo. También por encargo del mismo soberano ejecutó Gyula Donath una hermosa estatua de cerca de cuatro metros de altura, en mármol de Carrara, del famoso Verboczy, el palatino húngaro del siglo XV que dió á su pueblo un Código de Justicia Criminal.

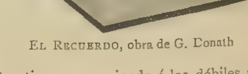
Los tres monumentos fúnebres que van en esta página denotan la mano de un artista genial que se preocupa, no sólo de la pureza y corrección de líneas, sino también de imprimir en la materia vida y movimiento. Hay en todas esas figuras una severa elegancia y al mismo tiempo una expresión que recuerdan las creaciones de los grandes maestros de la estatuaria.

Una de las obras que más fama han dado á Gyula Donath es la estatua monumental que hace poco ha terminado para la tumba del barón Lipthay: representa á la Muerte, pero no en el aspecto convencional en que solemos verla representada, sino personificada en una figura arrogante que respira vigor y fuerza y que, irguiéndose soberbiamente y con los ojos clavados en el cielo, parece simbolizar el poder irresistible del Destino.

Aguila en bronce, obra de G. Donath

Monumento á Kammermayer, obra de G. Donath

Monumento funerario, obra de G. Donath



El Recuerdo, obra de G. Donath

Muy celebrado ha sido igualmente el monumento funerario del ilustre pintor Munkacsy, en el que ha encarnado el escultor la idea de una existencia que transcurrió en continuas luchas.

Hungría puede sentirse orgullosa de tener en Gyula Donath un artista de excepcionales dotes, original en sus creaciones y habilísimo en la ejecución de sus bellos pensamientos.—S.

COREA

LA DIMISIÓN DEL EMPERADOR YI-HYEUNG

La crisis determinada en Corea por la mala voluntad con que el soberano de aquel país se sometía al protectorado japonés, ha dado por resultado la abdicación del emperador.

Yi-Hyeung ha tratado cuanto ha podido de evitar esa resolución, y al efecto convocó primero á sus ministros y luego al Consejo de los ancianos para pedirles su parecer, opinando todos unánimemente que debía abdicar si no quería verse arrojado violentamente del trono por los japoneses. Ante esa advertencia y ante el temor de que su destronamiento significara desaparición del reino coreano como tal reino, el soberano se sometió.

En la mañana del 19 efectuóse en palacio la ceremonia de la abdicación de Yi-Hyeung en favor de su hijo, el príncipe Yi-Syek, y el monarca destronado comunicó su decisión al pueblo por medio de un rescripto en el cual se ve claramente que sólo á la fuerza se ha resignado á abandonar el trono.

La abdicación ha sido notificada oficialmente, no sólo al pueblo, sino también, conforme á las tradiciones y leyes religiosas, á los antepasados del emperador, á cual efecto los ministros han ido á los mausoleos imperiales y, poniéndose en comunicación con los espíritus de los antiguos soberanos cuyos cuerpos descansan en aquelas tumbas, les han participado el destronamiento del Yi Hyeung y el advenimiento de su sucesor.

Los coreanos no parecen muy conformados con todo lo ocurrido, y según las últimas noticias, reina en toda Corea y muy especialmente en Seúl, la capital, una agitación extraordinaria que puede dar lugar á sangrientos trastornos. Pero los japoneses, amos de la situación, están resueltos á proceder con la mayor energía y á sofocar inmediata y severamente cualquier intento de rebeldía.

¿Cuál ha sido la razón determinante de un cambio de tanta trascendencia? El hecho de haber enviado Yi-Hyeung secretamente unos comisionados suyos á la Conferencia de La Haya. Como se ve, la razón, más que tal, es un pretexto que ha servido admirablemente á los japoneses para deshacerse de un soberano que, por sus aspiraciones y tendencias personales, podía llegar á ser, si no un peligro, un estorbo á su dominación disfrazada bajo el nombre engañador de protectorado. ¡Una repetición más de la fábula de *El lobo y el cordero* que con tanta frecuencia se viene repitiendo en el curso de la historia desde los más remotos tiempos, poniendo á los débiles á merced de los poderosos!

En el edicto á que antes hacemos referencia, el emperador atribuye los contratiempos sufridos duran-

te los cuarenta y cuatro años de su reinado á los ministros encargados del gobierno. Sin negar que éstos distaron mucho de estar á la altura de su misión, hay que decir en honor de la verdad que tampoco el soberano ha estado á la altura de la suya y que, sobre todo durante los diez años en que la Corea ha disfrutado de una relativa independencia, se han cometido muchos errores que el Japón ha sabido ahora aprovechar para la realización de sus planes ambiciosos.

Cuando Yi Hyeung subió al trono, en 1864, Corea era una potencia vasalla de la China, vasallaje del cual la libró el Japón en 1895, después de la guerra chino japonesa, obligando por el tratado de Simonosaky al Celeste Imperio á renunciar á su soberanía. Corea, á pesar de esto, mostróse poco agradecida á su libertadora y su conducta no fué del todo ajena á los acontecimientos que determinaron la guerra entre Rusia y el Japón. Al comenzar ésta, las tropas japonesas ocuparon Seúl y cuando terminó, allí se quedaron, imponiéndose entonces al emperador un tratado por virtud del cual se le sometía al protectorado del Japón, mucho más gravoso para Corea que la anterior soberanía china, más nominal que efectiva.

Las últimas noticias recibidas son las de que entre Corea y Japón se ha firmado un convenio de cuyos artículos se desprende que el plan de los japoneses consiste en asumir enteramente la administración del país y la dirección del ejército; y aunque, como antes decimos, los coreanos tratan de rebelarse contra ese nuevo estado de cosas, el Japón cuenta con recursos sobrados para imponer su voluntad por medio de la fuerza. Hasta ahora había en Corea un ejército de quince mil hombres, y por si estas tropas no fuesen suficientes, han desembarcado recientemente algunas más en Gensán, de modo que el nuevo soberano, de quien se afirma que es un joven falto de energía, no tendrá más remedio que someterse á la tutela del imperio del Sol naciente.—R.

Retrato oficial del emperador de Corea Yi-Hyeung, que recientemente ha dimitido. Este retrato, pintado por J. de la Neziere en 1903, está en el palacio imperial de Seúl. (De fotografía remitida por Photo-Nouvelles.)

CARRERA AUTOMOVILISTA

PEKÍN-PARÍS

En el último número dimos cuenta de esa carrera y de las dificultades que han tenido que vencer los que en ella toman parte; la fotografía que en esta página reproducimos puede servir de muestra de los obstáculos que han encontrado los automovilistas. Unas veces eran lodazales en los que se hundían las ruedas; otras, cañadas estrechas y pedregosas en las cuales había que romper las rocas para abrir camino á los vehículos; en unos sitios, rodaban éstos vertiginosamente por pendientes rápidas, costando grandes trabajos á los conductores gobernar sus máquinas; en otros, hacíase preciso, por el contario, arrastrar los automóviles á fuerza de brazos y tirando de ellos por medio de cuerdas.

El día 15 de junio último los cinco concurrentes llegaron á Kalgán, á 290 kilómetros de Pekín, de donde salieron el 16 para pasar la gran muralla y escalar las abruptas pendientes de la alta meseta de Mogolia, y el 17 entraron en el desierto de Gobi. Allí se dispersó el grupo: el automóvil del príncipe Borghese tomó definitivamente la delantera, mientras el triciclo de Pons renunciaba á proseguir la prueba á fin de no retardar demasiado la marcha de los demás vehículos.—T.

Carrera automovilista Pekín-París.—Un paso difícil en la region montañosa. Los coolíes chinos rompiendo las rocas á golpes de maza para abrir camino á los automóviles. (De fotografía de M. Branger.)

La romería de San Marcos, cuadro de P. Boyer. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

(Reproducción autorizada.)

El baño de la emperatriz Teodora, cuadro de G. Rochegrosse. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses.)

(Reproducción autorizada.)

Venecia en el siglo XV. Los mosaistas de San Marcos, cuadro de J. Wagrez. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses.)

(Reproducción autorizada.)

Praga. – La fiesta de los sokols. – Los ocho mil sokols reunidos en la llanura del Belvedere para ejecutar movimientos gimnásticos de conjunto (De fotografía.)

PRAGA. – LA FIESTA DE LOS SOKOLS

Las sociedades gimnásticas eslavas de los sokols han alcanzado tal desarrollo, que actualmente su número se eleva en Bohemia, Silesia y Moravia á 717, con 58 000 miembros. Esa institución, además de ser un poderoso instrumento de educación física, es por su disciplina y por su cohesión una verdadera fuerza moral; de aquí que cada día tengan mayor importancia las manifestaciones periódicas con que afirma su vitalidad.

Hace pocos días, los sokols han celebrado en Praga la quinta fiesta federal con una grandiosidad sin precedente. En la vasta llanura del Belvedere, que es en donde se efectúan los ejercicios, reuniéronse 8.000 gimnastas, cuyas evoluciones fueron de un efecto superior á toda alabanza. Con una precisión matemática absoluta, como si obedecieran á la corriente instantánea de un motor eléctrico, todos ejecutaban el mismo movimiento, sin discrepar un segundo unos de otros, ora formados en filas paralelas, ora trazando figuras de una armonía perfecta.

El espectáculo fué realmente magnífico y los cien mil espectadores que lo presenciaron aclamaron á los sokols con delirante entusiasmo.

En el mismo lugar ejecutáronse también multitud de danzas nacionales bailadas por numerosos grupos de aldeanos que habían acudido desde las más apartadas comarcas y que vestían sus típicos y pintorescos trajes.

Mr. Carlos Arrow, *detective* inglés que se halla al frente del servicio de policía auxiliar establecido en Barcelona. (De fotografía de A. Merletti.)

MR. CARLOS ARROW

Cuando con motivo de los atentados terroristas ocurridos en estos últimos años en esta ciudad se constituyó la Junta de Defensa de Barcelona, uno de los principales acuerdos que por ésta se tomaron fué crear un cuerpo de policía auxiliar y una oficina de investigación, al frente de la cual se pondría un experto *detective* inglés. Para la designación de éste nombróse una comisión especial que, después de varios trabajos, ha elegido á Mr. Carlos Arrow, considerado como uno de los mejores jefes de policía ingleses.

Mr. Arrow ha llegado hace pocos días á Barcelona, en donde había estado ya secretamente una temporada, y en seguida ha comenzado la instalación y organización del importante servicio á su dirección confiado. Su historia, dentro de la policía inglesa, es brillantísima, contándose de él hechos que demuestran sus dotes excepcionales para el descubrimiento de los crímenes más obscuros y la captura de los más peligrosos delincuentes.

La acción investigadora de mister Arrow será puramente privada y su policía nada tendrá que ver con el servicio oficial, de modo que no podrá ejercer autoridad alguna, reduciéndose su misión, según parece, á poner en conocimiento del Comité el resultado de sus observaciones é investigaciones y sus opiniones sobre complicidades en los delitos cuyo descubrimiento se le interese.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 489, 496, 497 y 503.)

En el baile de máscaras, cuadro de Hugo de Beaumont. – El asunto de este cuadro es de los que más han tratado los artistas, á quienes naturalmente seduce el espectáculo que tantos elementos pintorescos ofrece. No hay, pues, que buscar en él una originalidad absoluta y sí únicamente aplaudir la manera como el pintor francés ha dado forma bastante nueva á un pensamiento gastado, huyendo de los efectismos á que tanto se presta la escena reproducida é imprimiendo en ella un carácter de naturalidad y una espontaneidad dignos de los mayores elogios. No es el de Beaumont un cuadro de color ni de movimiento como casi todos los de tema parecido, sino un cuadro de observación sólidamente compuesto y sobriamente ejecutado.

La romería de San Marcos, cuadro de P. Boyer. – Aire y luz, vida y espacio hay en ese bellísimo lienzo; tiene, pues, todas las cualidades que pueden exigirse en obras de este género, en las cuales el pintor triunfará tanto más cuanto más se aproxime á la naturaleza. Pero aparte de esas excelencias de carácter general en los paisajes, se admira en el cuadro de Boyer el sentimiento local, que sólo es capaz de interpretar quien vea los asuntos con los ojos del alma, quien experimente, puesto delante del espectáculo que ha de reproducir, esa impresión honda é indefinible que no todos los artistas sienten con la misma facilidad y que el autor de *La romería de San Marcos* ha debido sentir de una manera intensísima.

El baño de la emperatriz Teodora, cuadro de G. Rochegrosse. – Venecia en el siglo XV. *Los mosaístas de San Marcos, cuadro de J. Wagrez.* – Como complemento de la interesante serie de reproducciones de las obras más notables que han figurado en el Salón de los Artistas Franceses que hemos publicado, damos hoy á conocer á nuestros lectores las tituladas *El baño de la emperatriz Teodora*, obra del distinguido pintor R. Rochegrosse, que tan admirables lienzos ha ejecutado representando cuadros de costumbres de los pueblos de la antigüedad, en los cuales ha podido dar muestras de sus indiscutibles aptitudes y de su vastísima erudición, y el denominado *Los mosaístas de San Marcos*, obra, á su vez, de otro artista de grandes merecimientos, que ofrece también una bellísima página de los tiempos medios, representando á aquellos artífices tan modestos como inteligentes que ejecutaron los admirables mosaicos que exornan los muros y las bóvedas de la original basílica veneciana.

María de Magdala, cuadro de P. Joris. – Recientemente nos cupo la suerte de reproducir en nuestra Revista, gracias á la galantería de su autor, un cuadro tan digno de aplauso cual lo es el que representa la *Procesión del Corpus en la Iglesia de San Pedro en Roma*, y hoy podemos hacer lo propio con el de *María de Magdala*, de género diverso que el anterior, pero que también se recomienda por sus cualidades que revelan las circunstancias que posee el artista P. Joris.

Necrología.— Han fallecido:

Elseus Sophus Bugge, eminente filólogo dinamarqués, profesor de filología comparada de las antiguas lenguas del Norte de la universidad de Cristianía, autor de interesantes estudios sobre leyendas y cantos populares germánicos, sobre la mitología septentrional, etc.

Federico Ratzel, arquitecto alemán, profesor de la Escuela de Arquitectura de Carlsruhe, autor de muchos importantes edificios públicos de las principales ciudades de Alemania.

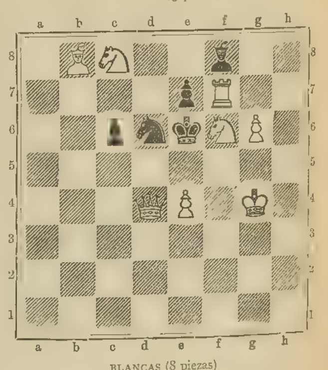
Spencer Walpole, historiador inglés.

Teobaldo Chartrán, notable pintor francés, que se dedicó con el mismo brillante éxito á la pintura decorativa, á la religiosa y sobre todo al retrato.

AJEDREZ

Problema número 471, por V. Marín

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 470, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. C e3 – f5	1. c6 × f5
2. C f8 – e6	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

Variantes.

1...... R d3 – e4; 2. D b2 – c2 jaq., etc.
d5 - d4; 2. C f5 – e7, etc.

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

En el centro del rosal, y bajo un dosel de rosas, había un nido

La señorita Leniel insistió, quiso parlamentar; mas todo fué inútil; el niño se había encerrado y no quería abrir. Había en todo ello un misterio cuya solución no tardaría en ser conocida; pero ¿á quién dirigirse? El granizo golpeó furiosamente los cristales con ese ruido de castañuelas violentamente agitadas que retumba en todo nuestro ser; la pobre tía, encorvada lo que no es decible, apartóse de aquella puerta inhospitalaria, en busca de un consuelo, de un consejo, de un apoyo cualquiera... Sentía en aquel momento un abatimiento moral tan intenso, que de pronto recordó que sólo dos veces en su vida había experimentado una sensación semejante: cuando se deshizo su boda, y cuando el doctor Rozel le dijo que su padre se moría.

Preguntar una vez más al cochero, correr á la ciudad, al liceo, avisar á su cuñado ó al doctor, traer á alguien, en fin, no estar sola con aquel niño encerrado que tal vez se había vuelto loco; todo esto se le ocurrió en un instante... Y aun llegó á pensar si un perro rabioso habría mordido á Juan...

Bajó corriendo la escalera, cogió su sombrero de campo y su chal que estaba colgado en un alzapaño y abrió la puerta que daba á la escalinata.

—¡No desenganche usted!, gritó á Brochet, que estaba en la cochera disponiéndose á desenganchar.

El cochero levantó la cabeza para interrogarla y en el mismo momento Aurette vió acercarse la figura esbelta de Natividad Villandré, que con la cabeza baja, para evitar los granizos que le azotaban el rostro, caminaba hacia ella con paso rápido.

—¡Ah!, exclamó como si alguien cortara una cuerda que la ahogaba.

Y habría corrido al encuentro del profesor, desafiando la lluvia que sucedía al granizo, si se hubiese sentido con fuerzas para ello.

Villandré que, sin duda, la había visto, apretó el paso, subió la escalinata, llevóse á la señorita Leniel al vestíbulo y cerrando la puerta preguntó con voz seca:

—¿Y Juan?

—Aquí está, encerrado en su cuarto.

El profesor se quitó el sombrero, pasóse la mano por la frente y los cabellos y dijo cortésmente:

—Señorita, pido á usted perdón por mi modo de proceder...

Su barba y su traje estaban empapados de agua; Aurette le miraba turbada, sin saber qué decir, pero convencida de que con él le llegaba un poderoso auxilio.

—Juan ha sido castigado, quizás demasiado severamente, y se ha rebelado, con lo que se ha agravado su situación; le han amenazado y ha huído. Me he enterado de esto al salir de clase, y sin detenerme más que en decir dos palabras al director, he venido... Pero puesto que el niño está aquí, ya estoy tranquilo.

Villandré la contempló sonriente, con aquella sonrisa que Aurette había visto ya en otra ocasión en sus labios, y el alma de la joven sintióse inundada de un gran bienestar. Los dos estaban de pie, frente á frente, en el vestíbulo casi obscuro; de la ropa del profesor se desprendían gotas de agua que caían sobre el piso de mosaico produciendo leve ruido.

—Ha venido usted á pie y sin paraguas con este tiempo, dijo al fin Aurette volviendo en sí.

—Tenía miedo por Juan... y por usted, contestó Villandré.

—Pero no puede usted permanecer así, con esa mojadura; se pondría usted enfermo. Voy á decir que le acompañen al cuarto de mi hermano y que le den otra ropa..., ruego á usted que acepte este ofrecimiento que no puede rechazar..., ¿qué diría Lucila?

Diciendo esto llamó á un criado, y diez minutos después el profesor, vestido con un traje que fué de Carlos Leniel y que en él no resultaba ridículo, presentóse en el salón en donde le esperaba Aurette. La temperatura había descendido notablemente; un vapor espeso condensado en los cristales impedía ver el paisaje, pero el salón estaba templado y olía bien.

—Juan se ha encerrado al llegar, dijo Aurette en cuanto se hubieron sentado, y no ha querido abrirme... Yo estaba loca y me disponía á salir en busca del doctor y de mi cuñado... ¡Imagine usted, sola aquí, sin saber nada!

La zozobra, más pasada que presente, puesto que ahora se sentía protegida contra el mal desconocido que tan bruscamente la había asaltado, se reprodujo en ella con tal violencia, que sintió que las lágrimas acudían á sus ojos; sin embargo, logró reprimirlas.

—Tranquilícese usted, dijo Villandré con una dulzura rayana en bondad; ya no está usted sola y vamos á saber lo que ha pasado.

Entonces le explicó la falta de disciplina cometida por Juan. La falta era leve; pero el niño, considerado siempre como un alumno modelo, estaba por lo mismo más expuesto que cualquier otro á ser reprendido al menor descuido. La sangre de su madre, imperiosa y ruda, había hablado en él; Juan había replicado y á la réplica había seguido el castigo, y desde aquel momento una rebeldía abierta, violenta, le había hecho incurrir en mayor culpa. El profesor, hombre de poca paciencia, había exagerado sus derechos, el niño se había excedido en los suyos y en cuanto se abrió la puerta del colegio, el culpable había huído.

Para que el coche no le alcanzara, se había metido por un campo probablemente con la idea de reflexionar y de serenarse antes de presentarse delante de su tía; pero la tormenta le había espantado y al oir el primer trueno había corrido á refugiarse en el Nido, é incapaz, en el estado de ánimo en que se hallaba, de dar explicaciones, habíase encerrado en su cuarto. Villandré intentaría hacerle salir.

El joven profesor había hablado con tranquilidad absoluta, y Aurette, que le escuchaba con el alma destrozada por la angustia, sentía poco á poco renacer la calma en su espíritu. ¿Qué era todo aquello, al fin y al cabo? Una rebeldía de niño. Juan apenas tenía ocho años, y á esta edad las cóleras no duran mucho; su profesor había hecho mal en exasperar á un alumno hasta entonces de conducta intachable. Todo se arreglaría seguramente; pero lo esencial por de pronto era que el muchacho cumpliera sus deberes de sobrino.

—Yo me encargo de ello, dijo Villandré levantándose. ¿Quiere usted dejarme hacer á mí, señorita? No se deje usted ver.

Subieron la escalera y Aurette entró en su cuarto, dejando la puerta abierta.

El profesor, después de haber escuchado un instante, llamó á la del cuarto de Juan, el cual no contestó.

—Juan, dijo á media voz, con una voz cuyo timbre nunca había parecido tan musical y tan penetrante á la señorita Leniel; Juan, soy yo, su amigo Villandré, que tiene algo que decirle. ¿Quiere usted abrir?

—¿Sr. Villandré?, respondió la vocecita de Juan. ¿Es usted, de verdad?

—Sí, Juan, soy yo.

Abrióse la puerta, entró Villandré y Juan volvió á cerrarla. Aurette, recostada en su cama, se sintió desfallecer, tan repentina y violenta fué su alegría. Nubláronse sus ojos, juntó sus manos en acción de gracias y recobrado el ánimo, bajó la escalera y volvió al salón.

El cielo ofrecíase nuevamente azul ante sus ojos; hacia el Oriente lucían grandes nubes negras que todavía surcaban los relámpagos, y el sol que había reaparecido teñíalos de colores maravillosamente ricos y variados. El granizo, muy intenso, pero de corta duración, no había causado grandes destrozos en la terraza: aquí y allí, una rosa tronchada, un tallo destruído, una rama rota; al día siguiente, después de una visita del jardinero, no quedaría el menor rastro de la pasada tormenta.

Aurette abrió la puerta-ventana; el aire era de indecible frescura, parecía un aire enteramente nuevo traído á la tierra por algún mensajero celeste; un penetrante olor de ozono que habían dejado los relámpagos le comunicaba un vigor particular; respirábase más profundamente y la vida entraba por los pulmones como una marea alta.

Un leve ruido detrás de ella le hizo volver la cabeza; Juan la miraba con ojos cariñosos y de arrepentimiento.

—¡Juan mío!, exclamó atrayéndolo hacia sí.

El niño alzó los brazos para estrecharla en ellos y Aurette se arrodilló sobre la alfombra. Juan apoyó su frente sobre el hombro de la que para él lo era todo y juntos lloraron un instante. El sobrino fué el primero en alzar la cabeza.

—He prometido al Sr. Villandré, dijo, que sufriré el castigo sin decir palabra. Me ha hecho comprender que había dado un mal ejemplo... y esto no está bien..., no volveré á hacerlo nunca más, puedes estar segura de ello. Y á ti te he disgustado...

—No se hable más del asunto, repuso Aurette levantándose después de haber besado otra vez al niño. Pero ¿dónde está el Sr. Villandré?, añadió al ver que se hallaban solos.

—Estaba allí..., no sé. ¡Cuán bien ha hecho en venir! Después de mi travesura, no sabía yo cómo hablarte... ¿Qué habría hecho si no me hubieses llamado nuevamente?

Hablaba evidentemente con sinceridad absoluta, sin subterfugios, sin disimulo de ninguna clase.

—¡Qué alma tan hermosa y tan cándida!, pensó Aurette. ¿No sería una desdicha que se torciese por falta de una dirección prudente?

En esto volvió á entrar en el salón el señor Villandré.

—Quisiera marcharme, señorita, dijo alegremente, pero me es imposible ponerme mi ropa, que aún no está seca. Y digo imposible, porque sus criados de usted se niegan á dármela, de modo que no tendré más remedio que irme con este traje.

—Usted come con nosotros, caballero, respondió simplemente Aurette; con ello nos hará un gran favor á Juan y á mí, créalo usted.

El profesor aceptó sin replicar.

A eso de las ocho el cielo se había despejado enteramente, si bien por la parte del cenit flotaban todavía doradas nubes como grandes velas henchidas por un soplo casi imperceptible; la tierra, completamente negra, habíase bebido el agua, el césped brillaba como un esmalte traslúcido, y las ramas, dobladas por la lluvia, comenzaban á enderezarse de nuevo. Villandré, vestido ya con su ropa, reapareció en la terraza, en donde había dejado á Juan con su tía.

—Buenas tardes, señorita; buenas tardes, Juan. Por fortuna Lucila no me espera y no podrá, por consiguiente, alarmarse por mi tardanza; pero de todos modos ya es hora de retirarme.

—¿No quiere usted quedarse un rato más con nosotros?, dijo Aurette con cierta vacilación.

—Es ya demasiado tarde; el sol va á ponerse, respondió con su voz grave. Buenas tardes.

Estrechó ligeramente la mano que le alargaba la Srta. Leniel y vigorosamente la de Juan, bajó los escalones que el agua del cielo había lavado, y en el momento en que iba á doblar el ángulo de la casa, volvió la cabeza para mirar por última vez á la joven y al niño.

Aurette, de pie al lado de Juan que se apoyaba en ella, le seguía con los ojos, y había en su mirada una expresión de gratitud tan profunda y tan seria, que Villandré se sintió conmovido, y quitándose el sombrero le dirigió un postrer saludo.

—Tienes un verdadero amigo en el Sr. Villandré, dijo Aurette á su sobrino, llevándolo al salón porque la noche estaba fresca.

—¡Un amigo!.. Sí, un buen amigo, repitió Juan con entusiasmo. Me ha sacado de un mal paso. Ya sé que en el liceo me castigarán; pero si tú no estás enfadada conmigo, lo demás, después de todo, tiene poca importancia.

El niño afectaba indiferencia, y sin embargo Aurette notó que su mano inquieta temblaba.

—No puedes imaginarte, siguió diciendo Juan después de una corta pausa, el efecto que me ha producido su voz al través de la puerta. Yo creía que estaba en Angers; pero cuando he oído que se hallaba aquí, me he visto salvado. Además, cuando ha entrado, si supieras... Vestido con aquel traje... he creído que era papá.

De pronto su corazón estalló en sollozos, como si

La Srta. Leniel examinó el dobladillo de una sábana y nada dijo

por vez primera se diese cuenta de la pérdida de aquél; y sin embargo, la enérgica dulzura de Villandré no había podido evocar ninguna asociación de ideas en el niño, acostumbrado á la muelle indulgencia de su padre, agotado, quebrantado, condenado á morir joven. Tampoco era únicamente la vista del traje gris, que apenas había llevado Carlos Leniel; era más bien la conciencia de la reprobación paternal merecida por el escolar indócil y al propio tiempo el sentimiento de salvación traída por aquel hombre grave y fuerte que sabría castigarle, pero que, en caso necesario, sabría también protegerle.

Aurette, al oir las últimas palabras del niño, había experimentado una emoción intensa. ¿Qué padre, en efecto, habría obrado con más cariño y discernimiento que aquel joven extraño á la familia?

¿Extraño? No. Desde el día en que quiso dotar á Lucila, sabía Aurette que Villandré no era un extraño para ella y que ella no era una extraña para él. Un amigo..., el amigo de Juan, eso era. ¿Y con qué cuidado no cultivaría aquella preciosa amistad viril, indispensable al niño?

Esto fué lo que dijo á su sobrino mezclando sus palabras con caricias; y Juan la escuchaba gravemente, con el brazo enlazado á la cintura de aquella tía querida, con la cabeza apoyada en sus rodillas y alzando de vez en cuando hacia ella su hermosa mirada llena de confianza. Cuando Aurette se calló, el niño quedóse un momento silencioso y después murmuró en voz muy baja:

—Tienes razón y haré todo cuanto tú me digas y todo cuanto quiera el Sr. Villandré, que es un hombre, un verdadero hombre. ¡Y á ti, tía querida, te amo tanto! No quiero disgustarte más.

Y bajando aún más la voz, añadió con indecible expresión de ternura zalamera:

—¡Nunca más disgustarte..., mamá Aurette!

Púsose en pie de un brinco, la besó y se fué corriendo á su cuarto, adonde, contra su costumbre, no entró su tía para darle las buenas noches. Aurette comprendía que el niño se desarrollaba, que necesitaba mirar dentro de sí mismo y quiso dejarlo solo. ¿Se convertiría el muchacho en hombre de esa manera, por medio de crisis y de sacudimientos?

Invadióla de pronto una gran melancolía y el salón le pareció muy vasto, muy vacío, muy triste. Dentro de algunos años, ¡y cuán de prisa pasarían éstos!, Juan sería un joven y ella..., ella sería vieja, una solterona en toda la extensión de la palabra. Juan se marcharía, el Nido quedaría desierto... ¡Qué triste y solitaria su vida entonces! Los niños de Julia, sí, sin duda..., pero esos niños felices, cuidados y dirigidos por su padre y por su madre, jamás serían para ella lo que era..., lo que habría sido Juan.

Vió surgir distintamente el porvenir que le esperaba: el doctor Rozel se habría muerto, Juan habría entrado en alguna escuela, probablemente en Saint-Cyr; Julia se ocuparía de sus hijas mayores, ya grandecitas y pronto en edad de casarse; al Nido no acudiría nadie, excepto el domingo, y aun en domingo, aquella familia numerosa solicitada por diversas preocupaciones, ¿se sujetaría á comparecer con regularidad? Aurette estaría sola, tal como había previsto en otro tiempo.

Aquella soledad que antes no la espantara sumíala ahora en amarga tristeza. ¿Cómo había podido creer que las flores, el sol y las buenas obras llenarían el puesto de los ausentes, de los fallecidos? Los ausentes, más añorados aún que los muertos, con algo más torturador, más irritante, casi con movimientos de rebeldía y de cólera contra los que serían dichosos lejos de ella.

—¡Pobre Aurette!, se dijo. ¡Decididamente has malogrado tu vida!

Una luz grotesca y cómica cruzó por su mente: ¿entrar en un convento de damas nobles como la señora Thomasset? ¿Encontrar allí tal vez á esa mujer singular, destinada á vivir cien años, y á divertirse con ella de lo que á tantos otros divierte?..

No; Aurette no había nacido para esto; las fruslerías podían hacerla sonreir, pero no ocupar su alma generosa. Lanzó un gran suspiro y subió á su cuarto, deteniéndose delante de la puerta del dormitorio del niño, abierta de par en par; la respiración regular y sonora de Juan le demostró que éste dormía. Sintió ganas de entrar y de besarle; pero con ese estoicismo absurdo que, por una crueldad inútil para con nosotros mismos, nos impulsa á veces á negarnos los más naturales, los más inocentes goces, se revolvió contra su deseo y entró en su cuarto, en donde le costó gran trabajo conciliar el sueño.

X

Juan había prometido soportar valerosamente el castigo á que por su rebeldía se había hecho acreedor y cumplió su palabra; su actitud fué tal, que no sólo aumentó la estimación que por él sentían sus profesores, sino que además se conquistó entre sus compañeros la reputación de muchacho «valiente.» Aurette, pues, quedó tranquila por este lado; pero le esperaba otra desazón.

Dorvety no se había inquietado lo más mínimo por su fracaso del día en que Pascal interrumpió tan desventuradamente la corte que con tanto valor había comenzado á hacer á Aurette. ¡Total, una noche perdida! ¡Y había perdido tantas otras! Posteriormente había vuelto á la carga cerca del doctor Rozel solicitando una segunda entrevista, y tan bien se las había arreglado, que había encontrado efectivamente á Aurette varias veces en distintas casas.

Aurette, preocupada únicamente de la boda de Lucila, no se había fijado en la frecuencia de esos encuentros, y por otra parte, hablaba sin disgusto con Dorvety, por el cual sentía cierta benevolencia. No era éste un hombre malo, ni siquiera tonto cuando hablaba de lo que conocía, y si bien en materia de física era un ignorante, en cambio tenía algunas nociones prácticas de agricultura, de montería, de cría de ganado y de una porción de ramificaciones de esas ciencias útiles. En una palabra, fastidiaba á Aurette menos que muchos individuos de su trato

habitual que pasaban por hombres de ingenio. La única falta de Dorvety era haber sido presentado como pretendiente; pero parecíale á la señorita Leniel que se había resignado buenamente con su derrota y hasta le agradecía, en cierto modo, su resignación.

Por esto fué grande su sorpresa cuando una señora de esas que figuran en el grupo general de «amigas» le dijo un día con aire á la vez misterioso y satisfecho:

—¿Conque ya está todo arreglado? ¿Podemos felicitar definitivamente á usted?

—¿Felicitarme? ¿Y por qué?

—Por esa boda...

—¿La de la señorita Brelet? Tiempo ha que es cosa hecha.

—¡No de esa, de la de usted, hija mía!

Aurette abrió desmesuradamente los ojos. Durante algunos años le habían dirigido aquella pregunta una vez al mes, por lo menos; pero desde la muerte de su padre había perdido la costumbre de oirla.

—¡Qué!, exclamó la buena señora. ¿No se casa usted con el Sr. Dorvety?

—¡Oh, no!, respondió bruscamente Aurette con una sequedad insólita en ella. ¿Quién ha dicho á usted tal cosa?

—Pues... todo el mundo.

—Todo el mundo es demasiado bueno, ciertamente. Tenga usted la bondad de decir «á todo el mundo» que se ha equivocado. Ya sabe usted que me quedo resueltamente para vestir imágenes.

Aurette se asombró al ver que la irritaba tanto una suposición que no era nueva y que al fin y al cabo se parecía á muchas otras que había soportado con paciencia. Tal vez debíase esto en parte al secreto convencimiento de su tristeza muda; pero de todos modos aquella vez tomó la cosa más en serio que en anteriores ocasiones y manifestó que quería que la dejaran en paz; con lo cual no hizo sino soliviantar en contra suya todas las buenas lenguas.

Un día después que las dos hermanas se hubieron desahogado á propósito de las personas que se meten en lo que no les importa, le dijo Julia á Aurette.

—En el fondo, también yo me pregunto por qué no has de casarte con Dorvety.

—¡Vamos! ¿Tú también?, repuso Aurette con la resignación de la desesperanza.

¡Pues bien, sí! Dorvety se porta muy correctamente. Tu contestación, que nada tiene de amable, le ha sido transmitida, por supuesto, y al conocerla dijo que aún no se había atrevido á presentarse como pretendiente y que, por ende, todas las suposiciones eran prematuras; pero que si alguna vez le concedías el honor de escucharle, no renunciaría á convencerte por la sinceridad de su abnegación. ¿Verdad que no está del todo mal para un hombre que sueña con reconstituir el Gran Cazadero de lobos de nuestros reyes?

—Está muy bien, repuso Aurette sonriendo; pero será preciso encontrarle lobos, pues lo que es yo no me casaré con él ni como gran cazador ni como Dorvety á secas.

—Tal vez haces mal, replicó Julia pensativa; en peores manos puedes caer, y desde que sé que es tan galante me considero amiga suya.

Aurette no respondió. Villandré había dicho á Juan «Soy su amigo de usted.» Entre esas dos amistades ¡existía acaso el menor punto de semejanza! De pronto se acordó de que hacía quince días, á lo menos, que no había visto al joven profesor; una serie de exámenes explicaba su retraimiento, al que ella por lo mismo no había dado ninguna importancia, pero de repente pensó no sin cierta inquietud: «¿Por qué no me ha dado ninguna señal de vida?»

La reflexión le demostró que Villandré no tenía por qué hacerlo, pues sus relaciones se limitaban á lo más indispensable, á no ser que los juntara la casualidad... Entonces pasó por la mente de Aurette otra idea que se fijó en ella como una espina dolorosa: ¿habría tenido el profesor noticia de esas ridículas habladurías relativas á Dorvety? ¿Le habría dicho alguien que iba ella á casarse con ese Nemrod? Y si él había dado crédito á tal afirmación, ¡cómo debía menospreciarla! Pero ¿podría haber creído tal cosa? ¿No la conocía bastante para saber que era imposible?

«¡No, no me conoce!, pensó Aurette con ingenua humildad. ¿Cómo puede conocerme?, ¿qué sabe de mí? ¡Bien poca cosa! ¿Por qué no había de creerme capaz de contraer un matrimonio de... de conveniencia, ya que así se llaman esas uniones? Si tiene esa idea de mí, es sencillamente una cosa abominable.»

—¿En qué piensas?, preguntóle Julia, que esperaba una respuesta.

—Pensaba en que deberías invitar á comer un día de estos al Sr. Villandré. Ya sabes que intervino en favor de Juan cuando éste fué castigado en el liceo, y me parece que le debemos una fineza.

—¿Y por qué no le invitas tú misma?, preguntó la Sra. Deblay altamente sorprendida.

—¿En mi casa, y á él solo?

—Solo no, es imposible; con nosotros... Pero ¿qué te pasa Aurette? ¡No parece sino que estás en Babia!

—La culpa la tiene esa ridícula historia del matrimonio. Ya no sé á qué lado volverme... ¿Soy ó no una solterona? ¡Pues que me dejen tranquila! A mi edad es lo menos que puedo pedir.

—Es preciso que te resignes, Aurette, dijo sonriendo maternalmente Julia, después de haber examinado á su hermana. No eres una solterona; será tan sensible como quieras, pero es un hecho.

—Pues entonces invita tú en tu casa al Sr. Villandré; yo no hago falta en esa comida y enviaré á Juan.

—Pero, Aurette, ¿qué mosca te ha picado?, exclamó llena de confusión la Sra. Deblay. ¡A fe mía, no te entiendo!..

La comedida y prudente Aurette, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y los labios temblorosos, parecía sentir ganas de llorar ni más ni menos que una chiquilla de diez y seis años; pero comprendiendo de pronto lo ridículo de su situación, soltó, no sin esfuerzo, una carcajada.

—Te repito que la culpa de todo la tiene Dorvety, dijo recobrando aparentemente su buen humor; no más por haber oído decir que podía casarme con él he perdido á medias el juicio. ¡Considera, pues, lo que sería si la boda se efectuase! Conque ¿cuándo será esa comida?, ¿el jueves?

—El jueves, respondió Julia no sin un resto de asombro y aun de inquietud que su hermana no logró disipar con su beso de despedida.

XI

La comida proyectada era una comida puramente de familia; los únicos invitados eran Lucila, cuyo marido se hallaba ausente por asuntos del servicio, y Natividad Villandré. Juan se mostró amable singularmente con la hermana del profesor, á la que colmaba de atenciones.

—Creo positivamente que le hace el amor, dijo el doctor Rozel. Aurette, tu sobrino te dará mucho qué hacer si continua tal como empieza.

—Déjele usted, doctor, repuso la Srta. Leniel; es preciso animar á los jóvenes cuando se muestran atentos con las señoras, cosa por desgracia no muy corriente.

Aurette reía; había recobrado su buen humor, y el malestar que le causaran las indicaciones matrimoniales de las casamenteras de profesión parecía haberse disipado; es más, sentíase tan satisfecha que creía haber olvidado en absoluto la existencia de su último pretendiente. De pronto Armando Deblay, sin ninguna mala intención, turbó aquella calma.

—He encontrado en la estación á Dorvety que regresaba de su hacienda, dijo dirigiéndose al doctor Rozel. Me ha preguntado por usted con tanto interés, que no he podido menos de invitarle á almorzar el domingo.

—El domingo comemos en casa de Aurette, replicó vivamente Julia mirando de soslayo á su hermana.

—Almorzar no es comer, respondió Deblay. Por la tarde podríamos llevarle á Dorvety con nosotros, pues ha pedido con insistencia el favor de ofrecer sus respetos á Aurette; yo no he dicho que sí ni que no, pero me parece...

La Srta. Leniel, que se había puesto encarnada de cólera, involuntariamente buscó el rostro de Villandré y encontró la interrogación tranquila de sus ojos profundos: esperaba su respuesta sin impaciencia, sin emoción aparente, pero la esperaba.

—Mi querido Armando, dijo Aurette recobrando de pronto su serenidad, creo que es en mí un deber poner término á una mala inteligencia que se prolonga demasiado. El Sr. Dorvety me hace el honor de aspirar á mi mano; es mucha galantería de su parte y yo se lo agradezco, pero recibirle en mi casa sería estimular una pretensión que no apruebo. A pesar de sus méritos, estoy absolutamente resuelta á no... á no casarme; es, pues, inútil que yo vuelva á verle.

Aurette, que, salvo una pequeña vacilación al final de su pequeño discurso, había hablado muy resueltamente, al terminar miró sin querer, y quizás sin saberlo, á Villandré.

Fué un relámpago, porque el profesor bajó en seguida los ojos, pero en aquel relámpago Aurette había descubierto un mundo; el cariño, la admiración, una alegría secreta y además esa misteriosa llama que no puede definirse la habían deslumbrado. Sintió un gran golpe en el pecho, como si el corazón, después de haber cesado de latir, recobrara de pronto su vida tumultuosa; cerró los ojos para aprisionar en ellos la luz que los había inundado, y se preguntó cómo podría marcharse en seguida para estar á solas con su visión, comprenderla, saborearla...

La voz de su cuñado la despertó de aquel ensueño volviéndola á la realidad.

—¡Pobre Dorvety! ¡Le destrozarás el corazón!, decía Armando con su maliciosa ironía. ¿Y qué harás con los pedazos del corazón de ese cazador de lobos? ¿No valdría más que poseyeras el corazón entero?

—¡Nada de eso!, respondió Aurette riendo francamente.

Una alegría infantil la había acometido de improviso, y como todos se levantaban de la mesa, aprovechó aquel movimiento para coger á su sobrinita, la niña mayor de Julia, y dar con ella dos ó tres vueltas en el centro del salón haciéndola saltar al mismo tiempo.

Cuando se detuvo, encontró por segunda vez los ojos de Natividad Villandré; no se había engañado, aquella mirada era la mirada prodigiosa que encerraba todo un mundo, toda una vida, una mirada como no había visto jamás otra hasta entonces.

—¡Me ama!, se dijo Aurette trastornada, desatinada, ebria de una alegría extraordinaria que no conocía y que nunca había sospechado.

—Aurette, gritó Julia, llamándola para que la ayudase á servir el café.

(Se continuará.)

... que Villandré se sintió conmovido y quitándose el sombrero le dirigió un postrer saludo

EL MINUÉ DE LOS ALBATROS

En el número 1.301 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un articulito sobre la famosa isla de los albatros, ó isla Laysán, que es un verdadero paraíso de las aves. La *Fish Commission* de los Estados Unidos ha insertado recientemente en la tercera parte de su gran compilación sobre los *Recursos acuáticos de las islas Haüai* un interesantísimo trabajo de Mr. W. K. Fisher sobre las aves de las islas Laysán y Leeward que contiene algunos curiosos datos complementarios de los consignados en el citado artículo.

Las observaciones de Mr. Fisher fueron hechas durante un crucero científico, desde marzo á agosto de 1902, á bordo del vapor *Albatross* y en toda la región de las Haüai. El *Albatross* tenía la misión especial de explorar el grupo de las islas de las Aves, que son prolongación hacia el Oeste de las Haüai propiamente dichas y las más importantes de las cuales son las de Cura, Midway, Lisianchez, Laysán, Necker; etc. Estas dos últimas fueron especialmente visitadas por Mr. Fisher, y como tantas otras del grupo han permanecido habitadas durante mucho tiempo únicamente por las aves (1).

La absoluta mansedumbre de esos animales, no pervertidos aún por nuestras brutales costumbres, ha permitido estudiar el modo como las diferentes especies están allí distribuídas, así como también las costumbres de cada una de ellas, y Mr. Fisher pudo circular entre las poblaciones aladas de la isla Laysán y fotografiarlas en los diversos aspectos de su vida sin que se inquietaran lo más mínimo.

Primer tiempo

El pequeño número de especies que habitan las islas de las Aves es un hecho digno de notarse; hay una veintena de mar y media docena de tierra. El mayor número lo forman las palmípedas: golondrinas de mar y nodis *(Sterna fuliginosa, Sterna lunata, Proselecterna saxatilis, Micranous Haüaiensis, Gygis alba, Anous stolidus)*, albatros *(Dionodea inmutabilis, D. nigripes)*, petreles *(Puffinus cuncatus, P. nativitatis, etc.)*, faetones, pájaros bobos *(Sula cyanops, S. piscator, S. Sula)*, fragatas y ánades *(Anas Laysanensis)*, á las que hay que añadir algunos zancudos, rascones, becadas, pluviales y dos gorriones afines del pinzón y de la curuja *(Telespiga cantans, Acrocenphalus familiaris)*.

Tercer tiempo

Ese pequeño contingente de especies da una población considerable de muchos cientos de millares de individuos que se distribuyen en la isla de Laysán de una manera que dista mucho de ser caprichosa. Para comprender su distribución es necesario explicar en pocas palabras la geografía de aquella isla. Es ésta un cuadrilátero de unas dos leguas de largo por algo más de media de ancho que tiene la forma de una meseta cóncava, porque es un antiguo atoll actualmente elevado sobre el mar, y cuyo centro está ocupado por una laguna cerrada por todos lados; la costa hállase circuída por un cinturón de arrecifes que dejan solamente hacia el Oeste un estrecho canal. La vegetación forma una serie de zonas en cierto modo concéntricas entre el mar y la laguna: 1.ª una estrecha faja litoral de plantas pobres y cortas, de convulvuláceas, etc.; 2.ª una faja más ancha cubierta á trozos de espesos matorrales y en la que ocupa grandes espacios una especie especial de quenopodio *(Chenopodius Sandüicheum)*; y 3.ª una zona alrededor de la laguna, totalmente desprovista de vegetación y cubierta únicamente de guano.

Las aves se distribuyen siguiendo esas zonas y formando «ciudades» y «colonias» perfectamente distintas unas de otras. El albatros de pie negro *(D. nigripes)*, por ejemplo, ocupa sólo las playas de las costas Norte, Este y Sur; los pájaros bobos *(Sula cyanops)* habitan exclusivamente en la primera zona de vegetación; en una faja paralela, ciertas golondrinas de mar ocupan, algo más adentro que las anteriores, la parte más elevada de aquella región litoral; detrás de ella, otra especie del mismo género *(Stern. fuliginosa)* forma una ancha faja en la segunda zona de vegetación; y por último vienen los petreles, primero el *Oestrelatata hypoleuca*, que busca los sitios arenosos en medio de la zona poblada de vegetales, y luego el *Puffinus cuncatus*, que detrás de él forma un círculo de colonias en torno de la laguna.

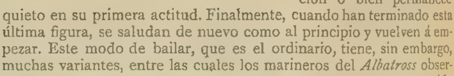
Sin entrar en pormenores ociosos que nos obligarían á seguir una por una las especies, hemos de notar el hecho de que además de la distribución antes señalada, hay una distribución vertical no menos marcada. «El número de aves es tan prodigioso—dice Mr. Fisher—que el espacio escasea y muchas especies viven una encima de otra,» formando una verdadera sobreposición que recuerda las series de pisos de nuestras grandes ciudades.

No insistiremos en esas interesantes observaciones, bastantes á demostrar que puede haber una ciencia de las sociedades animales como hay una ciencia de las sociedades humanas. El estudio de la distribución de los grupos animales en un territorio determinado y el de las relaciones que tienen entre sí las partes que constituyen cada grupo, producirán algún día resultados de gran interés. Preciso es reconocer que hasta el presente esa especie de *sociología comparada* se halla en la infancia.

No pasaremos por alto, sin embargo, el curioso *fenómeno social* de esas extrañas danzas á que se entregan incesantemente los albatros de las islas de las Aves y de las cuales dan perfecta idea las adjuntas fotografías tomadas del natural por Mr. Fisher. Durante mucho tiempo se ha creído que esa clase de juegos se limitaban al período de los amores y que, por ende, tenían muchos puntos de relación con esos engalanamientos de boda, con esos medios de gustar que buscan los machos particularmente en esa época; pero Mr. Fisher observa con mucha razón que si, en otro tiempo, pudo realmente ser la danza de los albatros un hecho nupcial limitado á un período del año, desde hace mucho ha perdido ese carácter, y que «esas danzas se repiten ahora diariamente durante los diez meses que aquellas aves pasan en tierra.» Aun durante la noche, á la luz de la luna, Mr. Fisher, al visitar una colonia de albatros, ha podido ver cómo se entregaban con ardor á tan extraño ejercicio que acaso sea para ellos un juego y un espectáculo, si cabe emplear, tratándose de unas aves, esas palabras que representan modalidades bien definidas de la actividad humana.

Los grabados que publicamos hacen innecesaria una larga descripción; de aquí que nos concretaremos á extractar la del viajero americano. La primera figura de la danza, que se baila por parejas, representa dos albatros que se acercan uno á otro, se inclinan profundamente y con gran solemnidad dan vueltas uno en torno del otro, cruzando luego sus picos repetidas veces. De pronto (segunda figura), una de las dos aves esconde su cabeza debajo del ala, mientras la otra, inmóvil como una estatua, mira maquinalmente á un lado y lanza un grito agudo. Entonces el primero (tercera figura) estira la cabeza, la levanta al aire y la alarga tanto como puede enfrente de su camarada, el cual adopta la misma postura y prosigue su canción ó bien permanece

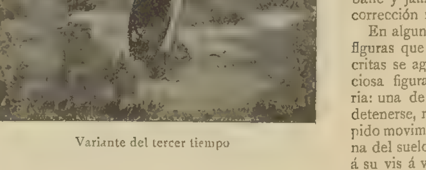
Segundo tiempo



quieto en su primera actitud. Finalmente, cuando han terminado esta última figura, se saludan de nuevo como al principio y vuelven á empezar. Este modo de bailar, que es el ordinario, tiene, sin embargo, muchas variantes, entre las cuales los marineros del *Albatross* observaron una muy parecida al famoso *cake walk*. A veces los bailarines son tres, en vez de dos.

Mr. Fisher asegura que la cortesía de los danzantes es perfecta; nunca abandonan á su compañero antes de terminar el baile y jamás faltan á la corrección más exquisita.

En algunos casos, á las figuras que dejamos descritas se agrega otra graciosa figura suplementaria: una de las aves, sin detenerse, recoge con rápido movimiento una brizna del suelo y se la ofrece á su vis á vis, el cual no acepta el presente, como si temiera faltar á las reglas, y se limita á corresponder al obsequio con otro igual, cogiendo y ofreciendo, á su vez, una brizna. Al decir de Mr. Fisher, bailan con tanta formalidad que no parece sino que de la danza depende su vida.



Variante del tercer tiempo

¿Y quién sabe si en realidad su vida depende hasta cierto punto de la danza? En nuestras sociedades, solemos considerar las artes y los juegos como funciones necesarias á la buena armonía social, ya porque proporcionan un derivativo y un ejercicio á actividades no empleadas y que correrían peligro de aniquilarse si no se las pusiera en acción, ya porque distraen de los cuidados de la lucha diaria por la existencia. ¿No sería curioso que ya en las sociedades de aves halláramos un antiguo instinto, en un principio relacionado solamente con el período nupcial y más tarde bastante alejado de ese carácter originario para no servir más que de consuelo y de placer, como si esos animales fuesen ya asaz pesimistas para querer olvidar la vida?

¿Y no podría esta observación arrojar quizás alguna luz sobre el origen de las artes?

Los albatros anidan por los meses de noviembre y diciembre y sus nidos se componen de juncos, hierbas y hojas secas que comprimen hasta formar con ellos una masa compacta. La puesta es de un solo huevo de diez á doce centímetros de largo por siete ú ocho de ancho.

Sus movimientos en tierra son muy torpes; en cambio, su vuelo es rapidísimo y muy sostenido, de suerte que pueden acompañar por espacio de muchos días á los buques para atrapar los desperdicios que éstos arrojan al mar, y aun que el buque ande con mucha velocidad lo siguen sin quedarse atrás ni dar muestras de cansancio.

FRANCISCO DE CARITENE.

(1) La isla de Necker, sin embargo, debió ser en otro tiempo visitada periódicamente por los indígenas de Haüai por razones religiosas, según lo demuestran los altares de piedra encontrados por Mr. Fisher.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LIBROS DE CABALLERÍAS. PRIMERA PARTE. CICLO ARTÚRICO. CICLO CAROLINGIO, por *Adolfo Bonilla y San Martín*. – Forma este tomo de 556 páginas el 6.º volumen de la importantísima publicación que con el nombre de «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» y bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, edita en Madrid la casa Bailly-Baillière é hijos, y contiene los libros de caballerías *La demanda del Santo Grial*, *Libro del esforzado caballero don Tristán de Leonís y de sus grandes hechos en armas*, *Crónica de los muy notables caualleros Tablante de Ricamonte y de Jofre, hijo del conde don Ason*, y *Cuento del emperador Carlos Maynes e de la enperatris Seuilla*, los tres primeros ilustrados con la reproducción de sendas portadas de las primitivas ediciones. Es un libro de verdadero bibliófilo y como todos los de esa biblioteca honra á los editores, que con esta publicación realizan una obra eminentemente patriótica digna de los más entusiastas aplausos.

POLÍTICA DE ESPAÑA EN AFRICA, por *Gonzalo de Reparaz*. – Basta enunciar las materias que en este libro se tratan para comprender el interés de actualidad y la importancia del mismo. Después de una introducción sobre la tradición colonial de España, estudia el autor la geografía física, política y económica de Marruecos, fijándose especialmente en las regiones que más interesan á nuestra patria, los antecedentes históricos del problema marroquí desde el siglo XV, el estado actual de esta cuestión y de la política internacional, y la solución de la misma, señalando cuál ha de ser la acción española en Marruecos. En cuanto á la competencia con que el autor se ocupa de todos esos asuntos, el nombre del señor Reparaz es sobrado conocido en España y quizás más aún en el extranjero, para hacer innecesarios cuantos elogios pudiéramos dedicar á sus profundos y sólidos conocimientos y al espíritu levantado é imparcial en que está inspirada su obra. Un tomo de 468 páginas, impreso en Barcelona en la Imprenta Barcelonesa. Precio, cinco pesetas.

PARCIVAL, ópera de *Ricardo Wágner*. Traducción catalana en verso adaptada á la música por *Jerónimo Zanné* y *Joaquín Pena*. – El catálogo de libretos de óperas de Wágner publicados por la «Associació Wagneriana» de Barcelona, se ha aumentado con el de la obra maestra del inmortal músico alemán. La labor realizada por los señores Zanné y Pena es bajo todos conceptos notable y se halla avalorada por la del Sr. Doménech Español, que con gran conocimiento de la obra ha hecho una concienzuda exposición de los temas y figuras musicales que se resume en un interesante cuadro sinóptico. Impreso en Barcelona por F. Giró, véndese el libro, que tiene 128 páginas, á 3'50 pesetas.

María de Magdala, cuadro de P. Joris
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

LOS PUEBLOS AMERICANOS EN EL SIGLO XX (tomo II), por *R. Beltrán y Rózpide*. – Nuestro distinguido colaborador, señor Beltrán y Rózpide, ha reunido en este volumen, refundiéndolas y ampliándolas, las «Revistas hispano-americanas» que quincenalmente publica en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Contiene el libro las publicadas desde 1904 á 1906 y la forma en que las reproduce, agrupando por naciones todo lo que durante esos tres años ha escrito parcialmente de cada una de ellas, ofrece la ventaja de que los asuntos se presentan con un enlace y una unidad que contribuye poderosamente á su mejor comprensión. Además, el Sr. Beltrán y Rózpide ha podido dar á ciertas materias especialmente interesantes una amplitud que no consienten los trabajos periodísticos. El libro forma un tomo de 276 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta del Patronato de huérfanos de Administración Militar; su precio es de cinco pesetas.

CAYRES VIUS, por *Víctor Catalá*. – La insigne escritora catalana que se oculta bajo el seudónimo de Víctor Catalá, y á la que tanto y tan justo renombre han dado su colección de *Dramas rurals* y su hermosísima novela *Solitut*, ha publicado una nueva serie de trabajos en los que se admiran las mismas excepcionales dotes de estilista, de observadora profunda y de narradora vigorosa que han hecho de ella una de las figuras más grandes de la literatura contemporánea. En cada uno de los artículos que componen ese volumen, aparece en todo su relieve la personalidad de la autora manifestándose en diversas modalidades, según la índole del asunto, pero siempre genial así en sus concepciones como en la forma de que las reviste. *Cayres vius* forma parte de la biblioteca que con tanto éxito publica en Barcelona «Joventut» y se vende á tres pesetas.

GUÍA DE LA EXPORTACIÓN DE BARCELONA, recopilada por *José M.ª Fuentes*. – Un tomo de 226 páginas que contiene multitud de datos y noticias interesantísimos para el comercio. Impreso en Barcelona, en la imprenta de Pedro Ortega.

Fernando Poo.—Asamblea agrícola de San Carlos celebrada el día 24 de enero de este año

La grave crisis agrícola que durante el año último afligió á la importante colonia de Fernando Poo, aconsejó la constitución de una Cámara que tuviera á su cuidado la vigilancia y defensa de los intereses representados por la agricultura, principal fuente de riqueza de aquel país, así como la misión de interesar del gobierno medidas protectoras encaminadas á lograr la prosperidad de aquellas islas.

Por fin, en 16 de febrero último fué declarada oficial dicha Cámara y aprobado su reglamento, comenzando á funcionar con general aplauso, pues los agricultores cifran grandes esperanzas de la gestión de dicha entidad, que atenta á desarrollar la esfera de su acción, invitó á los de San Carlos á celebrar una asamblea con el objeto de designar una comisión, representativa de aquel distrito, que ayude en su labor á la Cámara establecida en Santa Isabel, resultando elegidos Maximiliano Jones, presidente; José W. Dougan, vicepresidente; Joaquín Torruella, secretario, y vocales Tadeo Barber, Tomás Merovio, Juan Bronw, Daniel Campbell y Gessi Jark.

Plausible es la iniciativa y digno de encomio el espíritu que informa los esfuerzos de los agricultores de aquella importante colonia. De ahí que unamos nuestros votos á los suyos para que el Estado otorgue la merecida protección para que puedan desarrollarse las fuentes de riqueza de aquel territorio que forma parte de nuestra patria.

En la fotografía que reproducimos, los personajes sentados son, de izquierda á derecha, los Sres. Merovio, Bronw, Torruella, Jones, Dougan, Jark, Barber y Campbell, que componen la citada comisión representativa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 5 de agosto de 1907 — Núm. 1.336

Nápoles.—Arco de Aragón erigido por Alfonso el Magnánimo y recientemente puesto al descubierto por iniciativa del Ayuntamiento napolitano bajo la dirección del arquitecto Adolfo Avena. (De fotografía de Romieux.)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Política internacional centroamericana: *El Salvador* y *Nicaragua* y el tratado de Amapala: la revolución y la guerra en El Salvador: intervención de Zelaya: propósitos de imponer por la fuerza la Unión Centroamericana: la acción de los Estados Unidos y de México en Centro-América. – *Costa Rica* y *Panamá:* la deuda exterior de Costa Rica. – *Guatemala y México.* – *Cuba:* los partidos políticos. – *Venezuela:* las deudas y las relaciones internacionales. – Alfonso XIII en América.

Persiste el malestar político en Centro América. Pudo suponerse, con algún fundamento, que el tratado subscrito en Amapala el 23 de abril del corriente año había puesto término á las discordias entre El Salvador y Nicaragua.

Por virtud de ese tratado debieron quedar reanudadas las relaciones «sobre la base de la mejor buena fe que debe presidir en la inteligencia amistosa de dos pueblos hermanos» (art. 1.° del Tratado), conviniendo los gobiernos signatarios en que el de Nicaragua invitase á los demás de Centro-América á un Congreso Centroamericano en el puerto de Corinto «para celebrar un tratado general de paz y amistad, sobre la base del arbitraje obligatorio, que substituya á los pactos anteriores de la misma índole, celebrados en Corinto y San José de Costa Rica, á fin de que puedan evitarse en lo sucesivo los conflictos armados entre pueblos hermanos» (art. 2.°).

Pero el tratado de Amapala, como otros de los convenidos entre las Repúblicas centroamericanas en estos últimos años, ha sido letra muerta. El 11 de junio el presidente de El Salvador D. Fernando Figueroa hacía saber, por medio de proclama escrita en tonos enérgicos, que el de Nicaragua, Sr. Zelaya, había roto los compromisos solemnemente contraídos con intervención de los gobiernos de México y de Wáshington.

Como en la anterior guerra con Honduras, Zelaya lanzábase á la guerra apoyando á los enemigos políticos del gobierno á quien combatía; la invasión coincidió con el movimiento revolucionario favorable á Prudencio Alfaro, que aspira á substituir á Figueroa en la presidencia de la República salvadoreña.

La expedición habíase hecho en el cañonero *Momotombo*, armado con el mayor secreto en mares de Nicaragua; no faltaron en ella, además de los revolucionarios de El Salvador, los aventureros extranjeros que siempre toman parte en estas contiendas; entre ellos, los yanquis hermanos Moissant y el alemán Altschul.

En Sonsonate chocaron los invasores con las tropas que rápidamente envió el gobierno de El Salvador; vencidos aquéllos, tuvieron que desbandarse, y fracasó así la intentona, en la que Zelaya niega haber tenido participación. Pero el hecho es que de puerto de Nicaragua y en buque de esta República salió la expedición contra El Salvador. Fué, por lo menos, una expedición filibustera que no se cuidó de impedir el gobierno de Nicaragua.

Compréndese, pues, que haya motivo para los temores y recelos que sienten ahora las demás Repúblicas de Centro América. Se atribuye á Zelaya el resuelto propósito de crear la Unión Centroamericana por la fuerza y en provecho propio. Para realizar mejor su intento, procura fomentar la discordia política y la guerra civil en Honduras, Salvador y Guatemala, favoreciendo las pretensiones de los que aspiran á dominar en estas Repúblicas y se muestran bien dispuestos á reconocer su preponderancia.

Hasta el día, la fortuna no le ayuda. Mantiene, sí, la intranquilidad en esos países; pero Terencio Sierra, su candidato para la presidencia de Honduras, tuvo que ceder el campo á Dávila; Figueroa vence á los invasores de Acajutta; Estrada Cabrera, el de Guatemala, que tiene también aspiraciones á predominar en la América Central, refuerza su ejército y procura adquirir cañoneros que hagan frente á los que posee Nicaragua. Las otras dos Repúblicas se arman también á toda prisa, y las tres preparan alianza contra el enemigo común.

Parece, pues, que se avecinan acontecimientos importantes en Centro-América. El ideal de unión tiene partidarios entusiastas, para quienes el fin justifica los medios; á todo trance quieren llegar, sea como fuere, á la unión de esos pequeños Estados, que viven ahora en perpetua zozobra y en constante desgobierno. Sin embargo, preciso es reconocer que los procedimientos de fuerza no son los más convenientes para constituir y consolidar la gran nacionalidad Centroamericana.

Por esto, sin duda, hay muchos que aspiran á realizar ese ideal valiéndose de acción pacífica garantida transitoriamente por yanquis ó mexicanos. Los primeros inspiran poca confianza; por medios indirectos toman siempre parte en las revueltas y contribuyen á agravar los conflictos. Así, como hemos visto, en la invasión de Acajutta figuraban como cabecillas importantes los Moissant, que cayeron prisioneros de las tropas de El Salvador; inmediatamente vino la consiguiente reclamación del ministro de los Estados Unidos en la capital de la República.

Mejor acogida tendría, seguramente, la intervención de México. Cree el presidente Sr. Díaz—según dice la prensa de su país—que la unión debe ser obra espontánea de los mismos centroamericanos, bajo la dirección de un hombre de prestigio y de carácter. En el estado á que han llegado las cosas, dada la animosidad que existe entre los actuales presidentes de las Repúblicas centroamericanas, lo más acertado sería prescindir de todos ellos, y encomendar la empresa á algún otro político ilustre, que lleve ya tiempo apartado del poder. Mas difícilmente podría ahora éste, fuera quien fuese, cumplirla con eficacia, si no contara con el apoyo más ó menos directo del presidente de la República mexicana. En el programa de la política internacional de México debe figurar como labor preferente todo cuanto tienda á favorecer la constitución de la nacionalidad centroamericana.

* * *

En el movimiento político de Centro-América, á que nos venimos refiriendo, no toma parte Costa Rica. Los Estados Unidos han advertido á Zelaya que le conviene dejar en paz á esta República. Se halla demasiado cerca de Panamá.

Otra vez circula el rumor de unión ó federación de Panamá y Costa Rica. Dícese que la mayor dificultad para ello es la cuestión de la deuda exterior. Panamá no la tiene aún, y Costa Rica debe muchos miles de libras esterlinas á capitalistas ingleses, que ahora vienen apremiando y aun amenazan con la intervención de su gobierno para exigir á viva fuerza el pago.

El presidente de Costa Rica, en su mensaje de 1.° de mayo, aludió á esa deuda. Había esperanza de arreglo amistoso y muy buenos deseos de cumplir con los acreedores; para ello se proyectaba un nuevo impuesto sobre la exportación de plátanos.

Mas pudiera suceder que lo que ahora se presenta como dificultad para la unión, fuera en su día estímulo para realizarla. Si á los Estados Unidos les conviniese agregar Costa Rica á Panamá, esos yanquis, que tan sobrados están de dólares, ¿no podrían tomar sobre sí la deuda, con lo que además velarían por el buen cumplimiento de la doctrina monroista, evitando que barcos ingleses repitieran el caso de Venezuela?

* * *

A mediados de junio corrió la voz de que el presidente de Guatemala Sr. Estrada Cabrera había sido asesinado. Las legaciones de la República se apresuraron á desmentir la noticia. El presidente estaba bueno y sano, su popularidad iba en aumento, la tranquilidad era completa en el país, etc., etc.

La cuestión con México no ha tenido graves consecuencias, gracias á la prudencia y discreción del general Porfirio Díaz. A las reclamaciones del gobierno mexicano exigiendo la extradición de los asesinos de Barillas, replicó Estrada reclamando la de adversarios políticos suyos refugiados en México; le fué negada, por no tratarse de delitos comunes.

Oficialmente no se han roto las relaciones diplomáticas entre México y Guatemala; pero de hecho están interrumpidas, pues para evitar atentados ó nuevos conflictos el gobierno mexicano trasladó su legación en Centro-América, que residía en Guatemala, á la capital de la vecina República de El Salvador.

* * *

Desde marzo último está reconstituído el partido conservador cubano y dispuesto á luchar en los comicios con los liberales. Son éstos los más favorecidos por la intervención yanqui; pero hay entre ellos poca armonía. Aspiran á la futura presidencia de la República Zayas y José Miguel Gómez, y ha surgido un tercer candidato, el general Pino Guerra. Aunque los conservadores están más unidos, nótase en todos cierta indecisión y poca disciplina, y se teme que el gobierno provisional de los yanquis dure más de lo que se suponía.

La huelga de los tabaqueros y el bandolerismo en algunas provincias han contribuído á empeorar la situación. Son también muy frecuentes los conflictos promovidos por la soldadesca y la marinería de los yanquis, que toman á Cuba como país conquistado y se burlan de leyes y de reglamentos municipales. En varias ocasiones la policía cubana ha tenido que hacer uso de las armas para poner á raya á esas gentes, de día en día más impopulares y más odiadas en la isla.

* * *

Castro, el presidente de Venezuela, cuya pertinaz dolencia tantos temores infundía en unos y tantas y tan gratas esperanzas en otros, goza de buena salud. El 5 de junio leyó, con voz clara y entera, el Mensaje que presentaba al Congreso.

Estaba entonces á punto de liquidarse por completo la deuda contraída á favor de las potencias que bloquearon los puertos de Venezuela y á las que el Tribunal de La Haya dió la preferencia: ahora empezarán á cobrar los demás acreedores.

Van restableciéndose las buenas amistades con los extranjeros; yanquis y franceses, tan altivos y exigentes antes, se han convencido de que amenazas y bravatas hacían poca mella en el ánimo de Castro. Son ya muy cordiales, en apariencia al menos, las relaciones con los Estados Unidos, y se confía en renovar las pronto con Francia.

Con entusiasmo se celebró en toda la República el séptimo aniversario del advenimiento á la presidencia del general Castro. Senadores, diputados y delegados de los municipios tuvieron solemne sesión el 23 de mayo, en la sala del Senado, para ofrecer al presidente una medalla conmemorativa.

* * *

En los primeros días del próximo pasado año, cuando se supo en América que el rey de España iba á contraer matrimonio, algunos periódicos del Nuevo Mundo, principalmente los que son órgano de las colonias españolas allí residentes, lanzaron la idea de que nuestros jóvenes monarcas hicieran su viaje de boda cruzando el Atlántico para ir á recorrer las hermosas tierras americanas que fueron parte de los dominios de España. Bien puede suponerse la triunfal acogida que allí hubieran tenido D. Alfonso XIII y su augusta esposa.

Ahora, en diarios de Nueva York y de México se habla de la posibilidad de una visita del rey de España á la Argentina, Chile y otros países de América, y se dice que á repetidas y urgentes instancias de grupos influyentes de esas Repúblicas, el Gabinete español está considerando la conveniencia de la jira transatlántica del monarca.

No hay que esforzarse en demostrar los excelentes resultados que tendría esa excursión. Como escribe, desde Nueva York, el ilustre periodista hispano americano D. César Zumeta, serían no sólo propicios al comercio de España con esas naciones, sino á un acercamiento político que, de una parte, aumentaría el prestigio de España en el concierto europeo, y de la otra contribuiría á poner á cubierto á la América hispana de los peligros á que, para su libre desarrollo comercial y político, la expone el imperialismo yanqui. Urge reforzar la mancomunidad de intereses entre los latinos de América y de Europa, y en esta empresa España debe tomar la iniciativa.

Aquí no se han hecho públicos esos proyectos atribuídos á nuestro gobierno; pero la idea merece, ciertamente, muy seria consideración. Los hombres de Estado de España y sus diplomáticos deben poner empeño en vencer cuantas dificultades puedan oponerse á la visita de Alfonso XIII á América.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Un mocetón de manos enormes rasgueaba en una guitarra las *folías*

ESCENAS CANARIAS

En dos velas colocadas encima de una tabla cruzada sobre la viga que atravesaba el estrecho cuarto, consistía toda la iluminación; el fresco airecillo de la noche que entraba por la puerta de la carretera, al hacer vacilar la llama de las velas, daba á las sombras movilidad y proporciones fantásticas.

También era escaso el mobiliario, reducido á dos mesas colocadas á ambos lados de la estrecha puertecilla del fondo y unas cuantas sillas. Sobre una de las mesas, un *garrafón* de vino y unos *mazos* de cigarrillos eran lo único que indicaba que aquello era una venta ó un despacho de vino.

Sentado sobre la otra mesa, un mocetón de manos enormes rasgueaba en una guitarra las *folías*, el canto típico de la tierra, que bailaban en el centro del cuarto dos parejas braceando y moviéndose airosamente.

De cuando en cuando atravesaba el aire la copla de dulce tristeza, que animaban los espectadores con *oles* y palmas.

De pronto apareció en la puerta un mozo alto y delgado, vestido de negro, que seguía con interés los incidentes del baile: sobre el fondo obscuro de la puerta se destacaba únicamente su cara pálida.

Una vieja sentada cerca del guitarrista dijo con voz burlona á una de las bailadoras, hermosa morena, de ojos negros, con las mejillas encarnadas por la agitación del baile:

—Trina: ya apareció *aquello*.

Al poco rato Trina dejó de bailar y cedió á otra su puesto; la vieja que había hablado antes la llamó.

—Ven aquí, Trinilla: ¿otra vez estás peleada con Luciano?

—No es nada, respondió Trina riendo; un pleitillo ligero.

—Yo no sé, hija, repuso la vieja, cómo quieres tú á ese hombre tan pálido y tan flaco. *¡Mia pa* allá qué cara de difunto! ¡Si parece que está muerto de hambre!

—No será por falta de dinero, que nunca le faltan dos duros en el bolsillo *pa* gastárselos como le parezca.

—Verdad es, saltó otra vieja que estaba al lado; pero como todo el mundo dice que Luciano no come...

—¿Que no come?, respondió Trina con sonrisilla burlona. ¿Entonces usted cree que se mantiene del aire como los *apagaos*?

Se separó de ellas y se sentó enfrente, donde había dos sillas desocupadas: aparentando despreocupación recorrió el cuarto con la vista y miró á Luciano con el rabillo del ojo, sonriendo satisfecha al ver su mirada ardiente clavada en ella.

Poco después él se decidió, y atravesando por entre los bailadores, se sentó á su lado; con voz dulce le habló al oído:

—¿Por qué has bailado? ¿No sabes que no me gusta que bailes cuando yo no estoy?

Afectando indiferencia respondió ella:

—Me parece, hijo, que nosotros no tenemos *entodavía* firmado ningún documento por el que yo me obligue á obedecerte.

Luciano no respondió y bajó la vista golpeando el suelo nerviosamente con el tacón del zapato.

Mientras tanto el baile continuaba: el de la guitarra, que no quitaba de Trina los celosos ojos, cantó con rabia:

> Si la mar fuera de leche
> y el Pico Teide de gofio,
> ya se lo hubiera comido
> un *hambrón* que yo conozco.

Algunas risillas burlonas se dejaron oir: era que ninguno de los mozos del pueblo quería bien á Luciano, que con habilidad había sabido substraerse al rudo trabajo de la tierra que consumía los esfuerzos de los otros. Él, en cambio, comprando y vendiendo paja, tratando reses para los matarifes de la ciudad y otros negocios análogos, ganaba mucho más que ellos en la brega constante. Además su rumbosidad, que admiraban las mujeres y que ellos no podían imitar, les humillaba.

—Me parece, dijo Luciano á Trina con voz ronca, que Eugenio tiene ganas de que yo lo *esnunque*.

—¿Quién? ¿Tú?, le respondió ella riendo. ¡Si de la primera *cachetada* no te deja una muela en su sitio!

—¡Cállate, Trina, cállate!, exclamó él furioso. Tú tienes ganas de que yo empiece aquí al *trompetazo* por los hombres y termine por las mujeres.

Sin responderle volvió ella la cara, sonriendo con aire de duda.

Terminadas las folías, otro mozo cogió la guitarra y empezó á tocar una *isa*. Las parejas, cogidas de las manos, se preparaban para bailarla *en cadena*.

—¿Quieres bailar conmigo?, dijo Luciano á Trina de pronto.

—¿Y por qué no?, respondió ella con indiferencia.

Empezó el baile; enfrente de Luciano, Eugenio, el que antes tocaba la guitarra, sonreía provocativamente, dirigiendo bromas á Trina, al oído, cada vez que se cruzaban en la *cadena*.

Cuando terminó *la rueda*, cada uno quedó bailando con su pareja. Luciano, con ira, le decía á Trina al oído:

—Si llega á durar el baile un minuto más, *estallo*.

Ella, como si no le oyera, empezó á cantar. Bailaba lentamente, moviéndose apenas para que el movimiento no la fatigase; su voz entera y potente resonaba impregnada de un encanto supremo: todos se habían detenido y escuchaban atentamente la letra del canto:

> Son las mujeres canarias
> á imagen del viejo Teide:
> guardan un alma de fuego
> bajo un semblante de nieve.

El aire grave y dulcemente monótono de la *isa canaria* adquiría al escaparse de sus labios un dejo de tristeza, algo nostálgico, que evocaba la poética melancolía de los cantos orientales. Cantaba entornando los ojos, con la cabeza echada hacia atrás y doblándose sobre el brazo de Luciano, que la miraba sonriendo con arrobamiento.

Cuando terminó, todos rompieron en aplausos y alabanzas.

—Bien, Trinilla, bien.

—Así se canta.

Ella, sonriendo satisfecha, bailaba rápidamente. En una de las vueltas les detuvo Eugenio, tocando á Luciano en un brazo.

—¿Me haces el favor de cederme la pareja?, dijo.

—No, le respondió Luciano resueltamente.

A la vuelta, Eugenio, pálido de coraje, les detuvo de nuevo.

—¿Con qué derecho impides tú que baile con ella? ¿Por qué no quieres cederla?

—Porque no me da la gana, respondió Luciano soltando á Trina.

Sin esperar á más, Eugenio se lanzó sobre él. Algunos trataron de contenerlos: otros intervinieron. «¡Dejarlos, dejarlos que se entiendan; son dos hombres!» Las mujeres huyeron gritando. Sólo quedó Trina siguiendo con mirada angustiada los incidentes de la lucha. Temía por Luciano, más débil que Eugenio, que era uno de los mozos más fuertes del pueblo.

En el cuarto todos miraban en silencio; el resoplar de los contendientes y el pataleo de la lucha era lo único que se oía; recorrieron aferrados uno á otro todo el cuarto, tropezando con las mesas, con las sillas, con la pared. Por último, Luciano, habilísimo luchador, *encaderó* al otro y *lo sacó* por la cintura, dejándolo caer al suelo: fué una costalada brutal, que resonó como la caída de un buey herido, produciendo ese sonido característico, mezcla de sonidos de ropas, huesos y músculos golpeados. Todos rodearon al caído, levantáronle y le sentaron en una silla; varios le preguntaron con interés si se había hecho daño.

—No, no ha sido nada, respondió; un golpe en la rodilla que me molesta un poco.

Luciano, con el pelo revuelto, desaliñado el traje y la respiración fatigosa, miraba por encima de los hombros de los demás. Al ver que no era nada se tranquilizó, pues creyó haberlo reventado.

Empezó á buscar su sombrero que había caído en

la refriega; estaba debajo de la mesa; cuando se lo ponía sintió que una mano lo cogía del brazo: era Trina.

—Vámonos, vámonos, le dijo.

Salieron á la carretera; ella bien agarrada á su brazo, más enamorada que nunca, como mujer admiradora del valor y la destreza; marcharon hacia la casa de ella, que estaba un poco más lejos.

Su madre, sentada en la escalerilla de piedra de cuatro ó cinco escalones que daba acceso á la casa, la esperaba. Desde lejos la vió venir y le preguntó:

—Oye, tú, ¿dicen que ha habido riña en casa de María?

—No ha sido nada, señora: una lucha nada más, respondió Luciano riendo.

—¿Otra vez vuelves arreglada con Luciano, condenada?, gritó la vieja, que no había reparado en éste. ¡Cuánto te durará!

—Ahora es para siempre. ¿Verdad, Trinilla?, le preguntó él.

—*Pué* ser, respondió ella riendo picarescamente.

* * *

En el reloj de la iglesia dieron las doce y todavía estaba Luciano al pie de la escalera y ella en lo alto, apoyada contra el quicio de la puerta, hablando.

Dentro se oyó la voz de la madre llamando.

—*¡Trinidá!* ¡Las doce! ¿Te vas á quedar enamorando hasta la madrugada, demonio?

Era muy tarde; se hacía necesario despedirse.

—Adiós, Trina, hasta mañana.

—Adiós, Luciano, respondió ella.

No se dijeron más: él se alejó volviendo la cabeza mientras pudo distinguir su blanco perfil destacándose sobre el fondo obscuro de la puerta.

A lo lejos, en una guitarra, rasgueaban las folías, á las que el misterioso silencio de la noche daba un tono de melancolía indefinible, y una voz cantaba:

Cuando una canaria quiere
á quien la sabe querer
. . . .

Sancho Gil.

LA NOVELA DE LAS FLORES

He notado que todas las plantas trepadoras desdeñan el sostén de un cuerpo helado y muerto, como son las astas de hierro ó de madera, y no sé—dicho sea entre paréntesis — cómo quien no admite un alma sensible en los vegetales, pueda explicarse esta fina sensibilidad de tacto en la epidermis de sus tallos.

Por lo general, una planta empieza por enroscarse á la varilla que se le ha dado para sostén; pero al cabo de dos días se desprende desilusionada y se deja caer al suelo cansada y sin aliento.

Inauditos son los esfuerzos que hace la planta para sostenerse por sí sola sobre unos y otros de sus tallos hasta alcanzar á reunirse á cualesquiera de las ramas vivas de una planta vecina. Yo tenía una *ipomea* que por este medio llegó á sobrepasar la altura de una columnita de hierro á la cual no había querido nunca uncirse.

* * *

Parece increíble tanto refinamiento de gusto en un ser al cual se quiere negar nuestra sensibilidad; sin embargo, es así: la planta que no puede elevarse sin un apoyo, quiere sentir la vida de quien está destinado á acompañarla; quiere que la vibración de las verdes fibras responda al abrazo de sus tallos nerviosos y necesita prodigar el delicado perfume que exhala por los poros de la mórbida corteza la linfa de sus arterias palpitantes.

A falta de otro sostén, la pobre plantita se resignará, poco á poco, al rodrigón que le dais para apoyo, y sus trepadoras ramas se levantarán lánguidamente, enervadas por los inútiles esfuerzos que hace para transmitir el estremecimiento de su pasión á la materia del cuerpo inanimado que la sostiene; mas si por acaso en la desganada ascensión le ocurre á vuestra planta descubrir una rama verde que se dobla tentadora hacia ella, ¡cuánta astucia pone para alcanzarla!

Entre las orquídeas se ven ejemplos de ardientes simpatías y de afectos desesperados que llegan hasta el suicidio.

Amor loco, escultura de J. Lambeaux

* * *

Hace poco he repetido curiosos experimentos sobre mis enredaderas. Sembradas en muy buena tierra y crecidas en las mejores condiciones de aire y de sol, no dejaban nada que desear respecto á su desarrollo físico; pero no era así en cuanto á la educación moral. Indisciplinados y atrevidos, mis *suspiros* trataban á los palillos secos que les había dado por guía con la poca consideración que tienen los escolares mal criados para con sus sabios preceptores. Cuando apenas median treinta centímetros, empezaron á girar la cabeza lentamente en busca de compañía, esquivando con cuidado, en su movimiento circular, el más leve contacto con el rodrigón.

De pronto sus gustos, tan distintos en los detalles como los de la humanidad, se declararon abiertamente. Uno se fué á abrazar una planta de salvia, otro se ocultó tras de una jerámina, un tercero se acercó á una margarita; mientras dos ó tres, dos ó tres entre tantos, aceptaron, más dóciles ó menos exigentes, el consorcio de la rama seca, como tantos hombres indiferentes á las dotes intelectuales de la mujer cuando eligen esposa.

* * *

Escandalizado de tanta insubordinación, me apresuré á desliar los lazos clandestinos enroscando á cada cual en su palito respectivo; pero los caprichosos *suspiros*, como protestando de la operación, erguían las fibras, tal como hacen los muchachos, que tienden los músculos de las piernas para que el maestro no consiga arrodillarlos.

Conociéndoles su índole tenaz y rebelde, les amarré, y con esta rigurosa medida conseguí mi intento; aunque no del todo, pues á la mañana siguiente, cuando fuí á verlos, noté que uno de los prisioneros se había deslizado diestramente fuera del lazo, y descendiendo del palo, había recorrido un breve espacio, arrastrándose sobre la tierra sembrada de plantitas, esquivándolas todas para reunirse al objeto de su adoración.

Era éste una plantita naciente de rosas que, pálida y enfermiza, conseguía yo con gran trabajo mantener con vida. Pueden mis lectores figurarse mi asombro al advertir la tendencia del robusto *suspiro* por aquella diáfana criatura que parecía consumirse lentamente, quizás, por alguna misteriosa enfermedad del espíritu.

Me apresuré á alejar el *suspiro* y ensayé desorientarlo dándole dos ó tres vueltas alrededor de un macetero de jazmines, antes de enroscarlo otra vez al rodrigón.

* * *

Pasaron dos días sin que yo pudiera dedicar un solo instante al pequeño jardín. Cuando volví á él, ¿será posible?, el *suspiro* había deshecho su camino; girando dos veces en sentido inverso alrededor del macetero de jazmines, y rastreando el suelo como una serpiente, se había aproximado otra vez á la rosa, entrelazándose con mil complicados nudos á sus débiles ramas.

¿Desde cuándo databa aquel abrazo mortal? ¡Quién sabe!

El hecho es que la pobre rosa había perdido en él el esplendor de sus hojas, que colgaban quemadas y amarillentas. Sus primeros botones, próximos á abrir, se habían encorvado sobre sus tallos; todo anunciaba el próximo fin de la melancólica plantita.

Sin embargo, ¡cosa extraña!, parecía que aquel lento agotamiento le causaba un misterioso deleite y que su agonía no era otra cosa sino un éxtasis voluptuoso al cual voluntariamente se abandonaba, pues sus débiles ramas, en lugar de oponer resistencia, se inclinaban hacia el *suspiro* como en busca de besos y caricias del objeto amado.

—¡Caprichoso!, exclamé, según mi costumbre de hablar á las plantas como á seres racionales; ¿no querrás nunca dejar en paz á mi pobre enferma?

Y esta vez, con rabiosa impaciencia, desamarré las dos plantas, sin miramientos para el *suspiro*, que arrojé á un lado con las fibras casi despedazadas y el tronco lleno de magulladuras.

Creí que de ahí no se habría movido más; hasta me pareció haberle matado; pero no, al amanecer del siguiente día lo encontré todavía, aunque medio marchito, como transido de dolor al pie de la rosa ya muerta. Estaba al lado de su pobre amiga, á quien no había podido abrazar en la hora postrera. ¿Le faltaría la fuerza material ó el dolor moral había acabado de desalentarle?

—¡Se amaban!, murmuré recogiendo en un puñado todas las hojas mustias y amontonándolas, á manera de túmulo, sobre los restos de la rosa difunta.

Silvia Baccani Giani.

ENTREPAÑO PINTADO RECIENTEMENTE POR MISTER FRANK BRANGWYN PARA LA BOLSA DE LONDRES.

En la adjudicación de asuntos hecha á los varios artistas encargados de pintar una serie de entrepaños para la Bolsa de Londres, ninguno ha sido elegido con tanta oportunidad como el que hace poco terminó y expuso el famoso pintor que forma en primera fila entre los que en Inglaterra se dedican al arte decorativo.

Se le ha proporcionado á Mr. Brangwyn una excelente ocasión para lucirse al designarle como asunto *El comercio moderno*. Respecto á la importancia del éxito obtenido, el crítico de hoy podrá aventurar una opinión; pero el verdadero lugar que esta obra ha de ocupar en la historia de la pintura inglesa, no lo sabrán los amantes del arte en la Gran Bretaña hasta que no llegue la época en que las generaciones futuras visiten la Bolsa y contemplen toda la serie de entrepaños desde aquella perspectiva que da el tiempo y á que han de someterse los artistas dignos de encomio y sus obras antes de que puedan ser juzgados justa y definitivamente.

El entrepaño de mister Brangwyn es pura y sencillamente una decoración propia únicamente para el lugar donde se pintó, pero esto lo es de un modo admirable. En la apreciación de las líneas y proporciones arquitectónicas puede asegurarse que pocos de los pintores que hoy viven igualan á Mr. Brangwyn, y ninguno tiene un modo de ver tan parecido al de un hábil arquitecto, por cual motivo sale al encuentro de éste á más de la mitad del camino. El objetivo de su trabajo como decorador cree él que debe consistir únicamente en embellecer el arte del constructor, en dar realce á la idea que se propuso el arquitecto, evitando siempre el efecto antagónico que produciría una obra realista.

En su manera de tratar un asunto de un alcance tan grande como es *El comercio moderno*, lo ha simplificado de un modo que dice mucho en favor de sus facultades de selección y eliminación. No puede considerarse su obra como representando una escena de tiempo ni lugar determinados. No refiere ninguna historia; pero mucho más que eso, y secundariamente á su función decorativa, simboliza un vasto campo de la moderna actividad humana.

Una gran masa de fresca sombra cae sobre el primer término, en el que se ven algunos incidentes sugestivos y pertenecientes al asunto. Ha empleado ricas y fuertes notas de color en las frutas y figuras principales. Nada se ve que esté en contradicción con el realismo de semejante escena. Al contrario, demuestra evidentemente facultades superiores á las que un pintor realista hubiera manifestado. Está el asunto reducido á su menor expresión, por decirlo así; y esto sólo puede hacerlo quien ve más allá de la realidad, quien tiene un gran fondo de conocimientos, pero al mismo tiempo sabe reservarlos, empleando tan sólo una parte de su tesoro.

Los incidentes que en el cuadro se pintan nos hablan del empleo de una indecible energía humana, pero exenta del espíritu de queja contra las molestias del trabajo. Verdaderamente está la composición tan llena de vida, de luz y de movimiento, que el espectador ha de sentir la alegría de vivir que ella representa; el placer real que sólo una labor sana y saludable puede proporcionar. Es sumamente humana su representación; pero además de eso, uno siente la fuerza de aquellas largas líneas rectas que se alzan hacia el azul brillante de los cielos, destacándose sobre los plateados *cumuli*, que se levantan lentamente del ambiente gris dorado de abajo.

No ha sido tan laudable resultado obra de una corta temporada de trabajo del artista. Días y meses se dedicó exclusivamente á la composición y después á coleccionar asiduamente los materiales, trazando un inmenso número de bosquejos de figuras y accesorios, así en blanco y negro como en colores.

Siempre ha tenido presente Mr. Brangwyn la gran juxtaposición de luz y sombra, y aunque las partes están pintadas con una destreza de manos que pocos pintores modernos tienen, sin embargo ni una sola vez en toda la composición se echa de ver que se ha interesado por un detalle á expensas del conjunto. Hay hasta en su primer esbozo una unidad de sentimiento que no cabe sea aventajada. Me parece á mí que en eso está la prueba de sus más altas facultades y que semejantes resultados sólo puede conseguirlos quien tenga métodos de trabajo tan fijos como los del arquitecto, cuyo concepto de la edificación sea tan completo como el del constructor y que además posea un sentimiento del dibujo y del color parecido en su refinamiento al de los primitivos japoneses.—ARTURO S. COVEY.

Estudios en color de figuras para el entrepaño de la Bolsa de Londres pintado por Frank Brangwyn

Estudios al lápiz de figuras para el entrepaño de la Bolsa de Londres «El comercio moderno» pintado por Frank Brangwyn

Brujas.—La inauguración del puerto. El torneo del «Arbol de Oro.»

Brujas, la ciudad sin razón llamada *la muerta*, ha inaugurado hace pocos días una obra inmensa que denota una vitalidad potente y que ha de contribuir en alto grado á devolverle la prosperidad de que gozara en los pasados siglos, cuando comerciaba con todo el mundo y fundaba las primeras Bolsas de Comercio y las primeras compañías de seguros marítimos que ha habido en Occidente.

La obra á que nos referimos es el puerto de Brujas y el canal que lo pone en comunicación con el de Zeebrugge, es decir, con el mar. Aunque la idea tiene su origen en los tiempos de Napoleón y se reprodujo en 1877, tal como ahora se ha realizado data de 1891, en que se abrió un concurso para la construcción del nuevo puerto y del canal, concurso en el que fué premiado el proyecto de los ingenieros Cousin, belga, y Couseau; francés. No faltó quien se opusiera á la empresa proyectada; pero la perseverancia de los brujenses venció todos los obstáculos, y al fin, tras doce años de trabajos, el día 23 de julio último el rey Leopoldo II inauguró solemnemente la grandiosa obra. A eso de la una entró en la rada de Zeebrugge el yate real *Alberta* que conducía al soberano; desembarcó éste, acompañado del príncipe Alberto, y en el estrado dispuesto al efecto y en donde se hallaba la representación oficial de toda Bélgica, recibió la salutación que le dirigió el obispo de Brujas. Procedió luego éste á la bendición de las obras, y el monarca, después de revistar la guardia cívica, embarcóse de nuevo en el *Alberta* y recorrió el canal, cuya extensión es de 12 kilómetros, llegando una hora después al puerto de Brujas, en donde fué objeto de un recibimiento entusiasta.

Brujas.—Inauguración de los puertos y del canal que los pone en comunicación. El obispo de Brujas Monseñor Waffelaer y el rey Leopoldo II durante la ceremonia inaugural. (De fotografía de Frankl.)

Con motivo de la inauguración oficial de los puertos, celebróse el 24 en la gran plaza de Brujas el «Torneo del Arbol de Oro,» reproducción de las justas que en aquel mismo sitio se efectuaron en 1468, cuando las bodas de Carlos *el Temerario* con Margarita de York. El argumento del espectáculo es el siguiente. Una princesa, la «dama de la Isla desconocida,» prisionera de un tirano, que tiene confiada su custodia á un gigante, ha sido libertada por el «caballero del Arbol de Oro.» Recomendado por ella, preséntase éste en la corte del duque de Borgoña, en donde para justificar la simpatía de la «dama de la Isla desconocida,» habrá de salir vencedor en las justas en su honor organizadas. Esas justas dieron lugar á espléndidas fiestas en las que tomaron parte los personajes más ilustres de aquel tiempo, habiendo representado el papel de «caballero del Arbol de Oro» Antonio de Borgoña y los de sus competidores los señores de Ravenstein y de Argueil.

Los archiveros de Brujas, teniendo á la vista las crónicas de la época, han podido reconstituir la fiesta tal como se realizó en 1468, y en el cortejo, que ha recorrido la ciudad en la misma forma que hace cuatro siglos y medio, han figurado, vestidos con las mismas armaduras de entonces, los miembros de la aristocracia, descendientes de aquellos que figuraron en el que se organizó en honor de Carlos *el Temerario*.

El espectáculo resultó hermosísimo; la ciudad hallábase empavesada, habíanse echado á vuelo las

Brujas.—El puerto de Zeebrugge con el cual se comunica el puerto interior de Brujas por medio de un canal (De fotografía de Frankl.)

Brujas.—El torneo del «Arbol de Oro.»—Aspecto de la plaza durante el desfile. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

campanas y las calles por donde había de pasar la comitiva y la plaza en que el torneo debía efectuarse rebosaban de gente. A las tres y media púsose en marcha el cortejo, desfilando ante la multitud los gremios, con sus simbólicos estandartes, gentes del pueblo entonando viejas canciones flamencas, el grupo del burgomaestre con los regidores, el del magistrado del Franc, el de los mercaderes, el de los cónsules extranjeros, y precedido de trompeteros á caballo y del estandarte de Flandes, el de la corte. Cerraban la comitiva el grupo del «mariscal de la Liza,» con sus heraldos y sus jueces, y el de los justadores.

Una vez todos en la gran plaza, efectuáronse las justas, que fueron brillantísimas y un verdadero portento de verdad histórica.

Los flamencos han querido celebrar la inauguración de una obra del progreso rindiendo piadoso culto á la tradición, y con ello, al par que han afirmado su fe en el porvenir, han tenido á gala mostrarse orgullosos de un pasado lleno de gloria.—S.

Brujas.—El torneo del «Arbol de Oro.»—Asaltos entre los justadores. (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

Grave accidente, cuadro de J. Miralles Darmanín. (Reproducción autorizada.)

Las huelgas de Anzin, cuadro de L. H. Jonas. (Reproducción autorizada.)

Salón de la Sociedad de los Artistas franceses. París, 1907.

El vellocino de oro; el filtro de Medea, cuadro de Alberto Maignan. (Reproducción autorizada.)

BREST. – MARINOS YANQUIS Y JAPONESES

Hace pocos días una división naval japonesa, compuesta de los cruceros *Tsu-Kuba* y *Chitose* y mandada por el almirante Ijuin, llegó á Brest procedente de Plymouth, con objeto de hacer una visita de cortesía á la nación francesa por la conclusión del tratado recientemente firmado entre Francia y el Japón. La casualidad quiso que aquellos buques se encontraran allí con la división naval yanqui que manda el almirante Stockton y que se compone del acorazado *Wáshington* y del crucero *Tennessee*, precisamente en los momentos en que tanto se hablaba del conflicto yanqui-japonés, del que nos ocupamos en el penúltimo número de La Ilustración Artística. Esta circunstancia ha dado interés á un suceso que en otras ocasiones habría pasado inadvertido ó poco menos, y ha puesto una vez más de manifiesto los convencionalismos de la diplomacia y de la política internacional, ya que mientras se cruzan entre los gabinetes de Wáshington y Tokío notas más ó menos conminatorias y los respectivos pueblos se miran con cierto recelo y hasta á veces con cierta hostilidad, sus buques se saludan con salvas pacíficas y sus marinos se visitan mutuamente en sus barcos y fraternizan en las fiestas organizadas en su honor en Brest, entre las cuales ha sobresalido la *garden party* celebrada en la prefectura, en donde los almirantes Ijuin y Stockton conversaron muy amigablemente, según puede verse en la curiosa fotografía que adjunta publicamos.

Brest. – Marinos yanquis y japoneses. – El almirante japonés Ijuin (1) platicando amigablemente con el almirante yanqui Stockton (2) en la *garden party* que en honor suyo y de los oficiales de sus escuadras se celebró en la prefectura. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

D. EDUARDO BENOT

Nació D. Eduardo Benot en Cádiz en 1822 y desde muy joven dedicóse á la poesía, al periodismo y al teatro, escribiendo numerosas poesías, algunas obras dramáticas y multitud de artículos para los periódicos *El defensor del pueblo* y *La Alborada*. A los veinticinco años de edad se encargó, como substituto del sabio prelado D. Juan Arbolí, de la cátedra de Lógica en el famoso colegio de San Felipe Neri, fundado por el inolvidable D. Alberto Lista, y pocos años después púsose al frente de ese establecimiento, como propietario y director, mejorándolo notablemente y poniéndolo á la altura de los más adelantados del extranjero. Por aquella época tuvo también á su cargo la cátedra de Geodesia y Astronomía en el Observatorio de San Fernando, simultaneando esta enseñanza y aquella dirección durante once años, hasta que en 1869 la política, en que también tomó el Sr. Benot activa parte, le obligó á establecerse en Madrid.

En 1851 dió comienzo á sus trabajos filológicos, publicando en aquel año y en los tres siguientes sus gramáticas francesa, inglesa, italiana y alemana, de las que se han hecho muchas ediciones, sin descuidar por esto sus trabajos en las ciencias astronómica, física y química.

Aunque ya en su juventud fué el Sr. Benot periodista político, de ideas muy liberales, y figuró en los acontecimientos de 1854 y 1856, su intervención eficaz en la política activa data de la revolución de 1869, á raíz de la cual, y después de haber sido nombrado vocal de las juntas revolucionarias municipal y provincial de Cádiz, fué elegido por 25.000 votos diputado por Jerez de la Frontera en competencia con el general Prim. En aquellas Constituyentes descolló como uno de los más valiosos adalides de la minoría federal, y entre los elocuentes discursos que en aquel período pronunció, merece especial mención el relativo á las cuestiones de Ultramar, que fué traducido á casi todos los idiomas de Europa. Después de la abdicación de D. Amadeo de Saboya, fué secretario de la Asamblea Nacional, y durante la República desempeñó la cartera de Fomento, dictando, entre otras, la importante ley sobre el trabajo de los niños en las fábricas y talleres y la que sirvió para organizar el Instituto Geográfico y Estadístico. En 1873 redactó el contraproyecto de Constitución federal que fué presentado como voto particular contra el proyecto de Castelar.

El eminente filólogo, poeta y literato D. Eduardo Benot, fallecido en Madrid el día 27 de julio último (Fotografía de Mediavilla y Gallo.)

Después del golpe de Estado del general Pavía, emigró el Sr. Benot á Portugal y allí publicó el periódico bisemanal *La Europa*, en el que colaboraron Víctor Hugo, Alfredo Naquet, Camacho Videira, Pedroso, Pi y Margall, Figueras, Garrido y otros escritores eminentes. Al cabo de algunos meses regresó á Madrid, en donde ha vivido hasta su muerte, dedicado principalmente á sus labores científicas y literarias, fiel á sus ideales políticos de toda su vida, y respetado y admirado por todo el mundo.

Las principales obras por él publicadas son las siguientes: las gramáticas ya mencionadas, *Metrificación española, sinalefa y diptongos; Gramática general; Cuestiones filológicas; Cuadros sinópticos de Psicología crítica; Metodología, gramática, dialéctica; Aritmética general; Resultante de los movimientos giratorios con aplicación á la Astronomía; Estudios sobre Shakespeare; Arquitectura de las lenguas; Prosodia castellana y versificación; Diccionario de asonantes y consonantes; Diccionario de ideas afines; España*, y *Cervantes y el Quijote*. Además deja varios tomos de artículos literarios y científicos, poesías y discursos académicos y parlamentarios.

El Sr. Benot era académico correspondiente de la Academia Española desde 1860, y en 1885 fué elegido académico de número; el discurso de recepción que leyó en 1887 es un estudio hermosísimo y lleno de erudición sobre importantes asuntos gramaticales.

D. Eduardo Benot fué un hombre todo inteligencia y todo bondad, que consagró su existencia entera al trabajo y en quien hallaron un mentor sabio, recto y cariñoso cuantos á él se acercaron en demanda de consejo.

¡Descanse en paz!

EL ARCO DE ARAGÓN EN NÁPOLES

(Véase el grabado de la página 505)

Gracias á la noble iniciativa del Ayuntamiento de Nápoles, ha sido recientemente puesta al descubierto una obra de arte notabilísima del siglo xv, la parte anterior del famoso arco de triunfo erigido en aquella ciudad por el rey de Aragón Alfonso *el Magnánimo*, entre los años 1455 y 1470.

Este arco, muy rico en frisos y bajos relieves, que hoy reaparece en toda su belleza arquitectónica y decorativa, adorna la fachada principal del histórico palacio llamado *Castel Nuovo*, que sirvió de residencia á los reyes de Nápoles desde 1284 hasta 1540, durante el virreinado de D. Pedro de Toledo.

Este edificio de tanta importancia histórica fué ocupado en estos últimos tiempos por un cuartel de artillería y estaba escondido entre casas viejas y muros medio demolidos; poco á poco se irán derribando esas construcciones y el palacio se ostentará nuevamente en toda su magnificencia, del mismo modo que hoy se ostenta el arco que de él forma parte.

El Ayuntamiento napolitano y el arquitecto Adolfo Avena, bajo cuya dirección se están realizando los trabajos, merecen incondicionales elogios y vivo agradecimiento de cuantos se interesan por la historia y por el arte. – R.

Necrología.—Han fallecido:

Sir Guillermo E. Broadbent, médico antes de la reina Victoria y ahora del rey Eduardo VII de Inglaterra, miembro de varias academias científicas.

Mauricio Brosch, historiógrafo veneciano, autor de varias obras sobre los papas, la Revolución inglesa y la Reforma.

Felipe Perrón, escultor alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Munich.

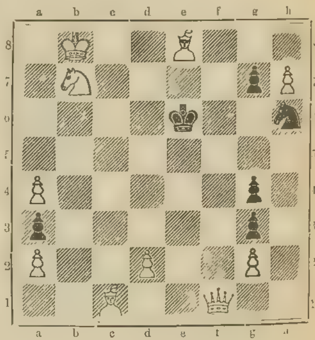
Enrique Kreutz, astrónomo alemán, director de la Oficina central internacional de descubrimientos astronómicos.

Guillermo E. Perkin, químico inglés, descubridor de los colores de anilina y del añil artificial.

AJEDREZ

Problema núm. 472, por V. Marín

Negras (6 piezas)



Blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 471, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. g6-g7	1. Cualquiera.
2. T, D, P pide D ó C mate.	

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

Novela original de HENRY GREVILLE.—Ilustraciones de Gili y Roig

(CONTINUACIÓN)

Y clavó su mirada en las tinieblas como si buscara en ellas algo

Aurette se acercó á ella, tomó una taza y se la presentó al doctor Rozel; mas viendo que éste ya estaba servido, volvióse buscando á quién ofrecerla. Villandré estaba de pie, algo apartado, y la joven se dirigió á él.

—Gracias, señorita, dijo el profesor tomando la taza; no, azúcar no, gracias.

Volvía á ser el Sr. Villandré de siempre, el profesor de física correcto y cortés. La señorita Leniel experimentó la sensación de una persona que, soñando poseer millones, se halla, al despertar, en su buhardilla, y su alegría se desvaneció bruscamente. Fué á sentarse junto á una ventana, esperando un instante de calma para restablecer el equilibrio de sus pensamientos, y allí se le juntó Lucila.

—¡Nos vemos tan poco!, dijo ésta acercándosele. No hay nada que ocupe tanto como un marido; el mío estará ausente dos semanas todavía. Ya iré á ver á usted.

—Váyase á pasar dos ó tres días en el Nido, respondió de pronto Aurette impulsada por una necesidad confusa de obrar, de sacudir la monotonía de su existencia.

—Con mucho gusto, pero no esta semana, porque estoy comprometida; adivine usted por quién. ¡Ca, no acertará usted!

—No estoy ciertamente en disposición de adivinar, repuso Aurette. ¿De quién se trata?

—De la tía Thomasset, que me ha escrito preguntándome si podría cederle á fines de semana mi cuarto de forastero. ¡Sabe Dios lo que se propone! Naturalmente le he contestado que sí.

—¡Naturalmente!, repitió Aurette.

—Todavía le guardo algún rencor á causa de mi hermano... ¡Pobre hermano mío! De algún tiempo á esta parte noto en él algo singular. ¿No lo ha observado usted también?

—¡Como apenas le veo!, respondió Aurette mirando á la calle.

—No está como antes... Y á veces me pregunto si estará también enamorado... Fuí muy egoísta y no hubiera debido aceptar... Pero cuando se ama, se vuelve uno egoísta..., aunque no por uno mismo solamente.

Lucila sonreía con una encantadora expresión de ternura muy distinta de la de sufrimiento que en otro tiempo la caracterizaba.

—No lo sienta usted, dijo Aurette apoyando su fina mano en la muñeca de su amiga; su hermano de usted se ha considerado feliz haciendo el sacrificio.

—¡Sí, fué feliz!, repuso Lucila con aire pensativo. Pero ¿lo es ahora? No lo sé, y sin embargo, hay momentos en que veo en sus ojos un brillo que antes no tenían, y es cuando piensa... No puedo dejar de creer que ama á alguien...

El brillo de los ojos de Villandré se posaba en aquel instante sobre Juan, enfrascado en una larga historia, llena de pormenores y muy complicada. El niño terminó su relato y recibió un consejo del profesor, el cual se levantó y se acercó á Aurette, que seguía hablando con Lucila; después de cruzar algunas frases triviales se separaron, como casi siempre, sin darse la mano.

La señorita Leniel, cuando iba con Juan, regresaba muy temprano al Nido; así es que subieron á su victoria cuando aún no había cerrado la noche. Lucila y su hermano, que habían salido al mismo tiempo, los despidieron en la calle; Villandré arregló la falda de Aurette que salía un poco fuera del coche, sujetó la ligera manta sobre las rodillas de Juan y se apartó para dejarlos partir... La joven le dió las gracias con una inclinación de cabeza, mas no se atrevió á mirarle por miedo de que se desvaneciera la deliciosa visión que consigo se llevaba.

En el firmamento gris surgían las estrellas; los árboles y las montañas se destacaban como grandes masas negras sobre el límpido espejo del río; el aire fresco embalsamábase con el aroma de las mentas que subía de las hondonadas, y sobre la tierra flotaba cierta apacibilidad, mientras los astros parecían brotar unos tras otros con una actividad maravillosa; la vida, adormecida aquí abajo, habíase refugiado en las alturas.

El corazón de Aurette latía de prisa; el cielo parecíale exquisito, el aire embriagador, el paisaje delicioso; aquella gloriosa iluminación del firmamento antojábasele una fiesta dada en su honor y todo su ser saboreaba con renovadas aptitudes la dulzura de la existencia. Cuando llegó al Nido sentía como si le hubieran nacido alas.

Juan, medio dormido, murmuró apenas unas buenas noches acompañadas de un beso sin expresión; Aurette le abrazó y luego le dejó subir á su cuarto. La atmósfera del interior, por pura que fuese, era para ella demasiado densa, así es que se encaminó al parque, á través de las calles de abetos que exhalaban el olor de la resina calentada por los ardores del día, y anduvo con paso ligero como si corriera en busca de la felicidad.

En aquellas avenidas, guijarro por guijarro, por decirlo así, habría podido reconstituir la historia de sus días de dolor; allí había llorado y hecho abandono de sí misma al deber, á la caridad, á la familia, y como las religiosas que pronuncian sus votos, aunque sin estar cual ellas encerrada en un claustro, había consagrado su vida desolada á los que necesitaban de ella y el calor de su alma le había procurado una nueva existencia, no exenta de goces. Pero ¿qué era aquel paraíso agrisado en comparación de los luminosos horizontes que ante ella se abrían?

Aurette se halló en la terraza del extremo del parque, delante del valle, frente á frente de aquellas mismas estrellas cuyas puntas de diamante, habían abrasado en otro tiempo sus ojos devorados por las lágrimas y ulcerado su corazón, saturado de amargura. Ahora, en cambio, aquellas estrellas amigas le sonreían..., y aunque recordaba los días muy remotos, anteriores á sus penas, en que también le habían sonreído, sólo en aquel instante comprendía verdaderamente su belleza misteriosa. Sentóse Aurette y delante del obscuro azul del firmamento hizo descender su mirada al fondo de sí misma.

¿Había en realidad llorado y sufrido tanto? ¿O es que había tenido una pesadilla de la que ahora despertaba? ¿Era otra Aurette la que estaba allí sentada en otro tiempo?

No, los pesares habían impreso su indeleble sello en el alma de la que era la encarnación misma del Nido; pero un nuevo astro surgía para ella.

—¡Me ama', se dijo, pensando en Villandré.

Y ya no quiso ahondar más en su pensamiento. Que la amara un hombre superior como aquel, era bastante para colmarla de ventura; en aquel amor veía ella la consagración de su propio valor moral y, prescindiendo de todo amor propio mezquino, sentía una impresión cálida de orgullo ante la idea de que él la había preferido á todas. Ese triunfo era uno de los que llenan de gloria una existencia.

«¡Qué bueno es vivir!—pensó, mientras su nueva alegría dilataba su corazón...—¿Por qué me torturaba en estos últimos tiempos con cuidados imaginarios? ¿Por qué los que me rodean habrían de ser menos firmes, menos afectuosos? ¿Por qué Juan habría de ser ingrato conmigo?» Aspiró fuertemente, con una especie de embriaguez apacible, el aire embalsamado por el olor de las madreselvas. «¡Amo la vida!—siguió diciéndose.—Porque la vida es buena é indulgente y está llena de venturosas sorpresas.»

Había apoyado la cabeza sobre las manos que tenía cruzadas encima de la balaustrada, y á sus ojos se agolparon lágrimas dulcísimas, que no intentó enjugar. De pronto, echóse hacia atrás, presa de singular turbación y clavó su mirada en las tinieblas como si buscara en ellas algo.

Villandré la amaba y ella sentíase orgullosa y agradecida de ese amor por el que de buena gana le habría dado las gracias; pero ¿á qué venían aquella emoción, aquellas lágrimas, aquella ignorada dulzura de vivir que sentía? Desde hacía diez años la prudente Aurette habíase defendido contra el amor; mas aquella repentina alegría, si no era amor, ¿qué era?

—¡Pero si le amo!, se dijo con cierto espanto, retrocediendo, por decirlo así, ante la intensidad del sentimiento repentinamente revelado.

Sucede á veces que vivimos durante meses, quizás durante años, junto á un amor que nosotros mismos ignoramos; es nuestro comensal, no nuestro huésped; mas no le conocemos, porque le tratamos como amigo, ha revestido la forma de todo afecto natural y apacible, como en la antigüedad el adolescente Aquiles bajo vestiduras iguales á las de las princesas sus compañeras. Pero un día se revela y nos sentimos turbados por haber vivido engañados durante tanto tiempo y poseídos de un estupor lleno de desdén por nuestra propia ceguera.

—¡Esto no puede ser!, pensó Aurette. ¡No amo á ese joven á quien apenas conozco! ¡No quiero amarle, no quiero!

Sus manos desenlazadas cayeron sin fuerza.

«Le amas—decíale su conciencia;—porque le amas te ha parecido todo más dulce y más bello, y porque temías no ser amada has estado tan melancólica y tan descontenta de tu destino. Él te ama y tú le amas, á pesar suyo y á pesar tuyo...»

—¡Ah! pensó! ¡Es espantoso! Creía haber cerrado mi vida al dolor, y ahora el dolor vuelve entrando por una puerta mal guardada...

Su turbación era tal, sentía tanta cólera contra sí misma, tanta indignación por su debilidad, tanto temor por el porvenir, que pareció volverse loca; de prisa, casi corriendo, como si la persiguieran, encaminóse hacia la casa y se encerró en su cuarto.

Pero la soledad y la noche no eran á propósito para calmar aquella alma profundamente trastornada. Su amor propio, su orgullo de mujer, el sentido práctico que tenía de la vida y que le hacía ver inmediatamente todas las consecuencias, todas las dificultades de una nueva situación, chocaban en su cerebro añadiendo á su angustia moral todas las complicaciones materiales imaginables. Echóse en la cama sin poder conciliar el sueño y siguió con ansiedad los progresos del alba: aquel nuevo día ¿le traería la paz?

Estaba enteramente segura de lo contrario; así es que á las cinco de la madrugada, no pudiendo soportar la inmovilidad, adoptó una resolución rápida: alguna ropa blanca en el pequeño saco de mano que solía llevar cuando iba á compras; unos billetes de banco en su cartera, y su manojo de llaves encerrado en su arca de caudales, fueron todos sus preparativos de viaje. Necesitaba una calma absoluta para recobrar el dominio sobre sí misma, y comprendía que esa calma no la gozaría nunca en medio de los suyos en la vida ordinaria.

Subió con Juan al coche y lo acompañó al liceo; á la puerta de éste, titubeó. ¿Debía besar á Juan como de costumbre y dejar que Julia le notificase su partida? Su rectitud y la confianza que tenía en el buen criterio del niño la decidieron.

—Parto para un corto viaje, le dijo; dos ó tres días solamente. Cuando salgas esta tarde del liceo, irás á ver á tía Julia y le repetirás lo que acabo de decirte, rogándole que te tenga en su casa durante mi ausencia, que yo ya le escribiré. ¿Me has comprendido?

—Sí, respondió Juan mirándola de un modo particular. ¿No estás enferma, tía Aurette? ¿No te ha sucedido nada desagradable?

—No me ha sucedido nada y me siento perfectamente. Mientras esté fuera trabaja como si estuviese aquí.

—Pierde cuidado. Ya comprendo; te han aburrido con su cazador de lobos.. ¡Valiente idiota es ese Dorvety!

—No es idiota, Juan, ni es esta la causa de mi viaje...

«¿Pues cuál es?», preguntó el niño con la mirada.

Aurette se sonrojó como si realmente Juan hubiese formulado aquella pregunta con los labios; le besó y se separó de él.

Un minuto después el niño encontró á Villandré.

– Gracias, señorita, dijo el profesor tomando la taza

—¿Están todos bien en el Nido?, preguntó el profesor.

—Muy bien, gracias, respondió Juan. Tía Aurette se va.

A Villandré se le oprimió el corazón y no atreviéndose á preguntar adónde iba, dijo simplemente:

—¿Por mucho tiempo?

Mas como la campana había dado el último toque, Juan echó á correr haciéndole un signo que el profesor no supo cómo interpretar.

Una hora después el tren conducía á toda máquina á Aurette hacia el Océano.

XI

Aurette no se había equivocado al suponer que el alejamiento le devolvería la calma, siquiera en parte; en efecto, á medida que aumentaba la distancia que la separaba de Angers, poníase más sobre sí, y los paisajes muy conocidos que ante sus ojos se desarrollaban, recordábanle impresiones de infancia á propósito para restablecer en su alma una tranquilidad relativa. Desde Nantes envió á Julia un telegrama que había de completar el insuficiente recado verbal confiado á Juan; en él alegaba, para explicar su viaje, el cansancio y la necesidad de cambiar de aires, y anunciaba su regreso para un día de la próxima semana, pero sin precisarlo. Por lo demás, poco le importaba en aquel momento que su brusca partida pareciese extraña á aquellos á quienes amaba, pues lo que ante todo quería era examinarse á sí misma sin que nadie la estorbara ni influyera en ella.

Nunca había ido sola más allá de Tours ó de Nantes, y el solo hecho de hallarse sentada en un vagón, del todo libre é independiente, parecióle singular en su presente situación. Llegar de noche á una ciudad desconocida, pedir un cuarto en una fonda, verse allí sola con una única bujía, eran cosas que debían extrañarla; pero de antemano se resignó á ellas, no sin un vago pesar por haber ido á buscar tan lejos la solución de un problema que habría podido resolver tal vez sin emprender tan largo viaje. De todos modos había querido alejar su cuerpo y su alma del lugar de sus afecciones, y á la mañana siguiente pudo convencerse ya de que había encontrado lo que deseaba.

Había querido ir al fin del mundo, y en el fin del mundo estaba en efecto. Despertóse en una habitación clara y alegre, bañada por el sol; el mar jugueteaba en la arena, muy cerca; algunas rocas negras hacían resaltar la blancura brillante de la espuma, una alegre animación agitaba las banderas en lo alto de los mástiles que se alzaban en la playa, y allá á lo lejos, entre el vapor matutino, esfumábase la costa del Finisterre que penetraba osadamente en el Océano.

Dieron las siete en el viejo campanario de Quiberón, y Aurette se sintió de pronto como transportada á un mundo diferente.

Bajó presurosa á la playa, que se extendía ampliamente entre rocas de escasa altura; unos cuantos niños se bañaban vigilados por sus madres; no había allí artificio alguno, ni el menor sacrificio hecho en aras de la moda; la gente iba, no á competir en elegancia, sino á bañarse y á respirar aire salino. La belleza y distinción de Aurette no podían pasar inadvertidas en ninguna parte, y sin embargo, aquellas gentes se contentaron con mirarla de soslayo, sin importunarla con una atención indiscreta. La señorita Leniel encaminóse hacia el Oeste con el propósito de dar la vuelta á la península, y cuando estuvo en la punta más avanzada y se vió rodeada de agua por todas partes, excepto por la delgada faja de tierra que detrás de ella se extendía, sentóse recostada en un peñasco y resguardada por su sombrilla del sol, de la brisa y de los curiosos, y hundió su pensamiento en lo más profundo de su alma.

Que su vida había experimentado un gran trastorno, no podía negárselo á sí misma; el elemento imprevisto que últimamente había penetrado en ella no era de esos que apartamos con la mano, como una mosca importuna. Desde hacía semanas, meses, la existencia de Aurete había entrado insensiblemente en una vía nueva, en la que había aprendido á esperar el auxilio ajeno en vez de obrar únicamente por sí misma; la energía que en otro tiempo le permitiera llevar, sin doblegarse, las cargas de los suyos, ahora le faltaba, ó cuando menos le parecía insuficiente; había sentido que el peso de la responsabilidad era excesivo para sus hombros, y Villandré, presentándose como por casualidad..., sí, por casualidad seguramente, le había repentinamente aliviado de su angustia... ¿Qué de extraño, pues, que hubiese aprendido á pensar en él, á desear su presencia?..

De no haber existido Juan, ¿habría el joven profesor ocupado un puesto tan importante en sus pensamientos? «¡No!,» se contestó Aurette discutiendo

consigo misma, como habría hecho defendiendo un tema delante del público. ¡No! Sin Juan no había razón para que Villandré penetrara en la vida íntima del Nido.

Al llegar á este punto de sus meditaciones, la conciencia de Aurette, conturbada, aventuró una tímida objeción: el profesor se había portado tan bien con ocasión de la boda de su hermana, que merecía indiscutiblemente la mayor estimación; y en esto Juan no entraba para nada.

Aurette se ruborizó, embrollóse é intentó luchar, pero fué en vano: tenía razón su conciencia y era preciso en definitiva reconocerlo así. Lucila había empezado la obra hablando con entusiasmo de aquel hermano adorable; Juan la había completado poniendo su cariño en el joven profesor, y Julia, á su vez, había contribuído á ella señalándole como merecedor de su simpatía; todos se habían coligado en contra suya para atraer su cariño sobre aquel desconocido... ¡Imprudentes, qué habían hecho! Habían destruído la paz interna de aquella á quien amaban.

El alma de Aurette se sublevó ante el recuerdo amargo de sus penas pasadas. ¡Cómo! ¡Amar todavía después que el amor le había hecho tanto daño! Empezar de nuevo á creer, á esperar, á desear, á consumirse otra vez como una lámpara en un altar... Verse nuevamente desengañada, ofendida, lastimada; recibir en el corazón otra herida y ocultarla en la soledad, una soledad más amarga, más completa, en la que nadie pudiera encontrarla... La soledad del Nido era una engañosa é hipócrita soledad, puesto que hasta ella había podido llegar el amor. No, no amaría, no quería amar, porque amar era decaer, ponerse al nivel de las infelices jóvenes hambrientas de cariño que aun en la edad de las canas se enamorican puerilmente cada mes ó cada semana de una cara de hombre cualquiera vista en cualquier parte. ¡Cuántas veces esas pasiones inocentes y ridículas habían arrancado una sonrisa á Aurette! Amorcillos de solterona, decía..., y ahora era ella la que se enamoricaba... ¡Qué humillación!

«No es verdad—le dijo su conciencia.—¿Sabes bien si la superioridad de ese hombre ha sido la única causa de tu error? Tu amistad se ha transformado en amor, y en esto no hay nada de humillante, puesto que ese hombre te ama.»

Villandré la amaba, sí, no podía dudarlo. Aquel hombre altivo hasta la desconfianza, se había vendido; la amaba. ¿Y para qué? ¿Qué haría él de aquel amor inútil? ¿Y ella, qué haría? Era este un secreto que jamás podrían confiarse, por temer cada uno de ellos más que nada la censura ó la burla del otro.

Aurette sintió un impulso de cólera. Villandré no hubiera debido amarla, ya que ese amor á nada podía conducir. Pobre y orgulloso como era, ¿qué necesidad tenía de fijarse en ella? Le conocía bien y sabía que viviría desgraciado y silencioso, sin que aquel amor, de que tan enorgullecida habíase sentido ella en un principio, sirviera para otra cosa que para atormentarles á los dos. ¡Imprudente! ¡Por qué no había sabido permanecer impasible! Así siquiera habría ella vivido tranquila ignorando lo que ahora le causaba una pena tan intolerable...

Su dolor aumentaba por momentos, como la marea que se estrellaba á sus pies salpicándola á veces con un chorro de espuma. Al fin brotaron de su pecho irritados sollozos; al principio quiso contenerlos; pero luego, impotente, debilitada por su larga lucha, se abandonó, y dejando caer las manos sobre su falda, rompió á llorar.

¡Y eso que se había prometido no llorar nunca más! Había pasado la edad de las lágrimas fáciles, que alivian, y sabía cuánta tristeza dejan en pos de sí las crisis cuando ya se ha marchitado la flor de la primera juventud. Pero el retoño de amor que por un instante había animado su vida le había traído también el don del llanto que no deja huellas, y como bajo la acción benéfica de una lluvia de abril, sintió que su alma se ablandaba.

¡Pobre Villandré! ¡Él sí que era digno de lástima! Ella, á lo menos, sabía que era amada y guardaría el placer de saberse elegida y preferida, á pesar de todas las penas de que ese placer pudiera ir acompañado; él, en cambio, nunca sabría que ella le amaba, porque el orgullo que sellaba sus labios de hombre condenaba con mayor motivo á Aurette al silencio. ¡Para él el amor carecería de goces!

«Y sin embargo—pensó Aurette,—estoy segura de que no querría renunciar á ese amor, de que, más valiente que yo, que maldigo mi sufrimiento, él ama el suyo.»

Y al tierno rocío de la piedad sucedieron lágrimas de desaliento, de vergüenza, de angustia.

Iban sonando las horas en el viejo campanario de Quiberón, y Aurette sentía cierto malestar ante la idea de ofrecerse de nuevo á miradas indiferentes. ¿No encontraría en parte alguna la verdadera soledad, aquella en que se puede reir ó llorar sin que de ello se preocupe nadie?

No. Un hombre puede buscar ese aislamiento; una mujer, no. La Srta. Leniel se levantó, cogió en su mano un poco de agua de lluvia depositada en el hueco de una roca para lavar su rostro inflamado por el llanto, y regresó lentamente á la fonda. Una mujer, á no ser que haya roto para siempre con la sociedad de sus semejantes, ha de saber soportar sus inquietudes, sus penas, hasta sus torturas físicas y morales sin que el mundo se entere de ellas. ¿Disimulo? No, cortesía, respeto á sí misma, pudor de alma y de cuerpo... Comprendiéndolo así Aurette, se resignó.

La belleza y distinción de Aurette no podían pasar inadvertidas

En los días siguientes su género de vida no se modificó: comía en el gran comedor, evitando hacerlo sola para no llamar la atención, y pasaba el resto del tiempo en la punta de la península, en el lugar que había escogido para sus meditaciones. Nadie allí la turbaba; nunca vió pasar por allí más que á las gaviotas que cruzaban el espacio entre el cielo y sus ojos fatigados por las lágrimas.

Un abatimiento grande se apoderó de ella: su buen sentido, la rectitud de su juicio le demostraron que ella y Villandré eran, en definitiva, víctimas de preocupaciones y convencionalismos que su inteligencia reprobaba, aunque á ellas se sometiera. Aurette, de haber sido pobre, se habría casado sin dificultad al guna con el profesor; éste, si hubiese sido rico, habría pedido inmediatamente su mano. De modo que lo único que levantaba entre los dos una barrera infranqueable, absolutamente infranqueable, era la diferencia de fortunas.

A veces, en circunstancias excepcionales, los reyes se han casado con pastoras y el mundo ha aprobado su elección, aunque no siempre; pero Aurette sabía lo que piensa la sociedad de los pastores que se casan con reinas, y el sentimiento de estimación y de gratitud que sentía por Villandré se rebelaba ante la idea de ver á éste de tal modo juzgado. Y sin embargo, la sociedad, con ser un obstáculo muy temible, no era el peor; el peor obstáculo era el mismo Villandré.

Con profunda amargura se complació en convencerse que no había dos seres hechos más el uno para el otro que ellos dos; Juan, que habría podido ser causa de apartamiento, era, por el contrario, un lazo que estrechamente los unía, y Aurette lamentaba con toda sinceridad, no sólo por ella, sino también por su sobrino, que aquel matrimonio fuera imposible, porque ¡cuán excelente padre habría sido Villandré para aquel niño cuyas cualidades y defectos comprendía, que le amaba y que de todo corazón se le había sometido!

Era imposible, sí; no había que pensar en él. Aurette no podía desprenderse de su fortuna, convertirse en pobre para igualarse á él... Ya se le había ocurrido este recurso; pero lo había rechazado con una sonrisa de conmiseración. ¿Qué diría la sociedad? ¿No la tacharían de loca Julia, Armando y el mismo doctor Rozel? ¿Y qué concepto formaría la gente del hombre que hubiese admitido sacrificio semejante? Y además, abandonar el Nido... Ante esta idea el corazón de Aurette desfalleció; no, no podía dejar de ser lo que había sido siempre... El destino lo quería así, y ella obedecería al destino y seguiría siendo la rica señorita Leniel.

Aurette adoptó esta resolución una noche, mientras contemplaba la bahía plateada por la luna. Era una noche de apacibilidad exquisita; el viento, que había atravesado los brezales bretones, olía á miel; todo parecía sosegado, dispuesto al reposo, y sin embargo, el viento marino agitaba de cuando en cuando las banderas de los mástiles y cierta energía palpitaba debajo de aquel olor perfumado.

—Sea, dijo Aurette; mañana vuelvo al Nido para no salir de él nunca más. No quiero enternecerme pensando en lo que habría podido ser, ni quiero llorar por lo que jamás será. Doy gracias á la alegría que ha entrado en mi vida y que conservaré sin pesar... en cuanto sea posible. Nadie sabrá lo que he sentido; guardaré celosamente mi secreto, demasiado bello, demasiado puro para ser revelado á nadie, ni siquiera á Julia, y viviré como hasta aquí he vivido, procurando ser mejor para honrar al que amo y que con ello será dichoso... Y en esa existencia todavía habrá muchas horas buenas... Y él me ayudará á educar á Juan como si fuera mi marido...

Aún cayeron algunas lágrimas de los ojos de Aurette mientras se trazaba ese programa de muda resignación. De pronto se acordó de lo que un día le había dicho el doctor Rozel á propósito de la novela de Pedro Loti:

«En el mundo no se encuentran los grandes amores silenciosos.»

—¡Tal vez son más frecuentes de lo que él se imagina!, se dijo comprendiendo por vez primera toda la belleza penetrante del libro que en otro tiempo la hiciera llorar, y en el cual iba á encontrar en lo sucesivo cierto misterioso consuelo.

XIII

Al día siguiente, tal como había dicho, Aurette regresó al Nido, no sin antes visitar á su hermana, á la que encontró menos asombrada de su viaje de lo que pudiera suponerse.

Juan había expuesto su opinión «de que la habían aburrido con aquel idiota de Dorvety» y Julia la había aceptado sin dificultad.

—Ya no te hablaremos más de matrimonio, dijo ésta á su hermana acariciándola con el gesto y con la mirada; serás solterona á tu gusto, solterona confirmada; pero por favor no vuelvas á escaparte como ahora sin decir oxte ni moxte. Nos has castigado con demasiada severidad. ¿No sabes que anteayer era domingo y que el Nido estaba cerrado? ¡No vuelvas á castigarnos, Aurette! ¡Te prometo que seremos buenos!

Los hermosos ojos de Julia, generalmente tan serenos, estaban humedecidos por las lágrimas mientras dirigía esos ruegos á su hermana. Aurette comprendió de pronto cuán firme era aquel afecto, en el que había no sólo vulgar cariño fraternal, sino además estimación, confianza, participación en los sufrimientos.

(Se continuará.)

San Sebastián.—Concurso de bandas.—Las bandas reunidas en la plaza de toros ejecutan una pieza de conjunto bajo la dirección del maestro Masson. (De fotografía de Frederic.)

SAN SEBASTIÁN

CONCURSO DE BANDAS Y ORFEONES

Ha comenzado en la capital de Guipúzcoa el período de las fiestas veraniegas con el concurso de bandas de música y el de orfeones. En el primero obtuvieron el primer premio la banda Marcial de Eibar; el segundo la de Galdácano, y el tercero la de Oñate. Las bandas reunidas, en número de 1700 ejecutantes, tocaron en la plaza de toros un paso doble, bajo la dirección del maestro Masson.

En el concurso de orfeones los premios fueron para los españoles de Motrico y Guernica y para el francés de Thanes; también los obtuvieron, en el concurso de honor de la sección francesa, los de Bayona y Le Reale.

El premio de honor, de 10.000 pesetas, lo alcanzó,

San Sebastián.—Concurso de orfeones.—El orfeón «Euskeria,» de Bilbao, que ha obtenido el premio de honor en el concurso internacional. (De fotografía de Frederic.)

sin contrincante, el famoso orfeón *Euskeria*, de Bilbao, que es indiscutiblemente uno de los mejores de España. La última parte del concurso, en la que ese premio fué adjudicado, celebróse en el Teatro Circo, entre un público tan numeroso como distinguido, que aplaudió con entusiasmo á los cantores bilbaínos.

Terminado el concurso, el no menos famoso Orfeón Donostiarra interpretó las hermosas obras *Vizcaya*, de Bretón, y el *Tedéum*, de Rillé, presidente del Jurado, que fueron calurosamente aplaudidos.

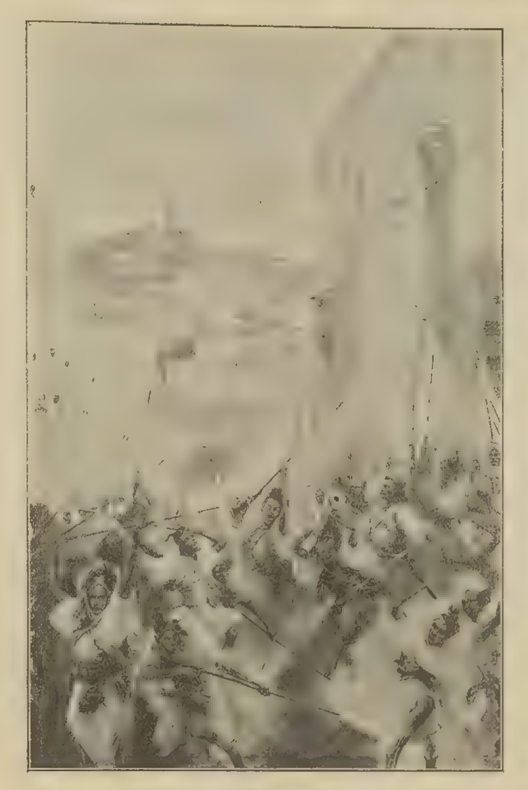
San Sebastián está actualmente animadísima, y los festejos se suceden sin interrupción, contribuyendo no poco al esplendor de las fiestas la presencia de SS. MM., que como todos los años veranean en el palacio de Miramar.—P.

EL INSTITUTO CARNEGGIE

DE PITISBURGO

Gracias á la munificencia del millonario Carneggie, que ha destinado 23 millones de dólares (120 millones de francos) á la fundación de una Universidad, Pittsburgo (Pensylvania), la ciudad del acero y de las manufacturas, será en lo sucesivo también ciudad académica. En efecto, á ella ha correspondido el alto honor de recibir la enorme suma para construir el «Instituto Carneggie,» cuyos recursos y esplendores han de eclipsar á los más opulentos establecimientos universitarios de ambos mundos.

El Instituto ocupa una superficie de dos hectáreas, es decir, veinte áreas más que el Capitolio de Chicago; y en los vastos salones y vestíbulos de sus edificios han entrado seis mil toneladas de mármoles preciosos de diez y seis variedades diferentes, cuyo precio total asciende á cerca de cuatro millones de francos. Vense en aquellas estancias columnas de mármol del Pentélico y de la isla de Tinos en gran número, no habiendo en el Nuevo Mundo ningún otro edificio tan ricamente decorado con tan preciosos materiales.



Corriendo la pólvora, cuadro de G. Clairin
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1907.)

La fachada del Instituto tiene el aspecto de un palacio griego, aunque con tendencia a lo gigantesco, que es precisamente la negación del arte helénico; una serie de vanos cimbrados y alternados con pilastras adorna el cuerpo central, que tiene á derecha é izquierda dos alas en forma de columnatas dóricas. En el último término, álzase la gran pirámide de la bóveda que cubre el patio interior y domina el conjunto del edificio.

Además de los anfiteatros en donde se dan las clases universitarias y cuya magnificencia hace palidecer las más hermosas instalaciones de ese género de que se enorgullece Europa, contiene el Instituto ricas galerías de arte y museos de toda clase. La galería de obras antiguas, construída al estilo dórico, comprende millares de vaciados que reproducen todas las obras maestras de las esculturas egipcia, asiria, griega y romana; y en el museo de arquitectura se admiran, entre otras reproducciones interesantísimas, una copia del Partenón reconstituído, con sus triglifos, metopas y frisos puestos sobre columnas cuya altura es exactamente igual á la del original.

Formando vivo contraste con todos esos salones severamente decorados con mármoles blancos y negros y con bronces, el salón de conciertos ostenta la rica pero armoniosa policromía de los mármoles de colores variados y combinados con los dorados más opulentos.

Las ciencias naturales tienen allí un museo riquísimo; las colecciones de insectos, entre otras, cuentan un millón de ejemplares; la de mariposas es la más rica del mundo.

La biblioteca se compone de 800.000 volúmenes.—T.

Monumento al poeta Teodoro Fontane recientemente inaugurado en Neuruppin (Alemania), obra de Maximiliano Wiese. (De fotografía.)

Hace pocas semanas se ha inaugurado en Neuruppin, ciudad natal de Teodoro Fontana, ese monumento que reproducimos, erigido á la memoria del popular y genial poeta alemán.

En un montículo circundado de rocas y sombreado por tilos y encinas, álzase un banco de piedra; sentado en él, el poeta parece descansar de un largo paseo; tiene en la mano izquierda un libro en que apoya el brazo, y en la derecha, una pluma; su hermosa cabeza erguida, su contraída frente, su escrutadora mirada, denotan al pensador que trata de grabar en su mente una impresión producida por el contacto íntimo con la naturaleza. El cuerpo reposa; el alma labora, llevando al corazón y al cerebro los elementos para alguna de las composiciones sublimes que han inmortalizado su nombre.

La ceremonia de la inauguración revistió las proporciones de un acto nacional, al que concurrieron las personalidades más ilustres de la literatura alemana.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 12 de agosto de 1907 — Núm. 1.337

ESTATUA ECUESTRE DEL GRAN ELECTOR, obra de Andrés Schluter (1664-1714), monumento erigido en 1703 en el puente del Elector, de Berlín

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toda la suma de emotividad bullanguera que hay disponible en España—y no es poca—se ha derrochado estos días con ocasión del peligro mortal corrido por un joven aeronauta, cuyo nombre rueda acariciado por la fama amiga de los mozos, y cuya terrible odisea aérea y marítima daría asunto á una novela más del fecundo y sensacional Julio Verne.— La ovación al capitán Kindelán lleva un sello de alegría, humanidad y cordialidad que la hace recomendable. Cuando los periódicos vienen atestados de inhumanos crímenes, de actos de barbarie contra criaturas inocentes, contra mujeres indefensas; cuando parece que se desencadena el instinto bestial, en vano combatido por tan larga serie de morales, civilizaciones, leyes y represiones de toda índole, es sano, es higiénico ver demostrar contento ilimitado al divulgarse la salvación de una vida ajena, una vida en su esplendor—la vida de un hombre animoso y tranquilo, como tienen que serlo los navegantes del aire.

El joven capitán puede decir que ha sufrido una desgracia con suerte. Su aventura *vernesca* le ha hecho popular en veinticuatro horas. Lo que no consiguió, en dilatada existencia de asiduo trabajo de gabinete, el filólogo y gramático D. Eduardo Benot, un sabio de los más auténticos que por aquí hemos poseído, y que acaba de morir, lo consigue un muchacho resuelto, en el tiempo que tarda un globo en perderse y recobrarse.

Siempre, en toda empresa, por bien calculada y combinada que esté, hay una parte—y es la mayor—que queda encomendada al destino. El capitán Kindelán, hoy objeto de la atención, del afecto y del aplauso de España y casi diré que de Europa, es seguramente un campeón sin miedo y sin tacha, y su conducta, en todo el episodio, puede calificarse de alentada, bizarra y digna. Pero los otros aeronautas de la misma expedición están probablemente en iguales condiciones de gallardía y corazón esforzado. Yo conozco alguno de ellos, y consta que posee el valor en grado de locura. No dudo, pues, que si en vez de tomar tierra felizmente los compañeros de Kindelán son arrastrados por el viento hacia el mar, hubiesen realizado en lucha con los elementos iguales ó parecidas proezas. El instinto del honor y del deber y el de conservación, mancomunados, defendieron al capitán; iguales instintos, exaltándose en idénticas circunstancias, hubiesen defendido á los otros tripulantes de aerostáticos, en quienes pienso al ver que nadie se acuerda de ellos ahora, lo cual no es justo...

¡Cómo cambia, al través de las épocas, la estética de la acción! En otros tiempos, el «bello gesto» era el fendiente, el gran golpe de montante que parte á un jayán por medio, el revés que descabeza al endriago, y ahora es confiarse al aire en un aparato ligerísimo, surcar el espacio y caer donde Dios dispone, estrellándose ó no haciéndose el menor daño, según quiere la casualidad, porque no existe modo de preservarse. Hay, sin embargo, una estrecha afinidad entre las aventuras contemporáneas y las viejas aventuras; y es el ser aventuras todas. Tan aventurero es Kindelán como don Quijote, Amadís de Gaula y Belianís de Grecia. Que se busquen aventuras al través del aire ó por tierras áridas, remotos imperios, comarcas extrañas é ínsulas fabulosas, se aspira igualmente á romper el encierro corporal, á salir de lo estrecho y mezquino del vivir diario, y esa aspiración ensoñadora es la que guía al caballero andante ó volante.

¿Habéis mirado atentamente, por casualidad, una de esas «copas de honor» que se dan como premio en regatas, concursos hípicos ó cualquiera otra solemnidad deportiva? Son enormes las tales copas, y se alzan sobre un pedestal de madera barnizada ó de mármol negro, que les acrecienta todavía la alzada. Llevan, en un escudete, un rótulo, y en el vaso y pie, algunos resaltes, astrágalos y festones. Son desmedidas, feas y vulgares, pero cuestan miles de pesetas. Tienen un falso aire británico, y pasan por la quintaesencia de lo elegante.

¿Por qué este premio y no otro? Hondo misterio de esa vida esportiva que no entenderé nunca, porque no me atrae, y lo que no me atrae me llega difícilmente á la comprensión. Así, pues, protestando de mi ignorancia é insuficiencia, vuelvo á preguntarme, asaz extrañada: ¿por qué ese premio y no otro?

¿Será un recuerdo (vivimos de recordar y de repetir ideas) del famoso *hanap* feudal, la inmensa copa que servía de galardón en otros torneos, de índole báquica? Al que más y mejor bebía, apurando sin resollar y de un trago el contenido del *hanap*, se le declaraba rey del festín y se le ofrecía la copa. Lo cual, como se ve, es un deporte que huele de mil leguas á Sajonia y á *old merry England*. Por acá, á falta de otras virtudes, somos sobrios, y no registra la crónica (ni aun la crónica de los Templarios) estas porfías de bebedores. Y como quiera que las porfías de deportistas forzudos ó hábiles, tiradores ó gimnastas, del Norte nos vienen, se me ocurre si las consabidas *copas* serán la evolución moderna del *hanap*, sin más diferencia que no contener nunca vino ni licor de ninguna especie, ni mojarse jamás en ellas los labios sedientos, ni embriagar á nadie, como no sea con la humareda de la vanagloria y del triunfo.

Si las copas son un premio que ha de conservarse cuidadosamente como recuerdo de una victoria, ¿por qué no hacerlas artísticas? No lo son, y lo peor es que pretenden serlo. Son fundidas, no repujadas, ni cinceladas, ni de un modelo original; su aspecto es industrial completamente, hasta lo antipático; pues el aspecto de producto industrial puede perdonarse á lo útil, pero nunca á lo superfluo. ¿Por qué no dar en premio algo que sea verdaderamente esto que hoy se aplica á todo y se dice de todo: un «objeto de arte?» Un busto, un cuadro de respetada firma, un capricho de plata modelado expresamente, una rama de laurel de bronce hecha por Benlliure ó Blay; lo que se conserva, pasado el interés circunstancial, por interés de otra clase.

Rara vez suelo hablar aquí de poetas. No estorba mucho la poesía en los anales de la vida contemporánea. Ha pasado el tiempo en que las mujeres jóvenes y guapas escondían bajo la almohada el tomo de poesías para devorarlo á las altas horas de la noche, fantaseando acaeceres románticos, la carta que llega, el galán que cruza ante la ventana, el jardín donde las flores cuentan leyendas tristes á la luz de la luna, la barca que se columpia sobre las ondas transparentes del lago... Lo que leen hoy las damas encantadoras es el periódico, los ecos de sociedad, las reseñas de bodas, viajes y fiestas, la *noticia* febril, el telegrama palpitante... La amorosa comunicación entre la mujer y el poeta ha fenecido. Que no crean otra cosa, ¡ay de ellos, ay de su quimera!, los jóvenes que confían sus sentires á la Musa... Son leídos por la gente del oficio y por algún rezagado, pero ya no volverán hermosas manos á jugar con los rizosos cabellos de su melena. Quizás los hojee su novia, si la tienen, y si sabe leer (leer versos); pero no esperen emocionar á las divinas desconocidas, que allá á mediados del siglo XIX (el cual ya nos parece un siglo anciano), ocultaban como se oculta un pecado dulce su Espronceda, su Zorrilla, su Tanara, su Avellaneda, y aprendían de memoria estrofas, quintillas y romances, y poseían un álbum emborronado por los amigos, y hasta..., ¡guardad el secreto!, *pulsaban la lira* á solas, para desahogar cuitas íntimas ó vagos anhelos inconfesados...

¿Dónde están las románticas? ¿Dónde las incomprendidas poetisas de bucles colgantes y ojos cercados de ojeras profundas?

Acabo de leer una frase doliente de Unamuno, doliente y exacta: «Arrojé mis versos á la indiferencia del público...» Otro tanto podría decir Teodoro Llorente, el ilustre valenciano, que acaba de recoger en un tomo sus poesías de juventud, á no existir á su alrededor cariñosos amigos que le han suplicado que dé á la estampa estas juvenilia, frescas como flores de granado de la vega. Siempre existen, alrededor de un prestigio y de un talento, una docena de admiradores que le profesan una especie de culto, mixto de ternura y de comprensión afinada por el continuo roce de espíritus; lo que existe apenas es el público lejano, desinteresado, abierto, que reserva á los autores las mejores sorpresas y los más halagüeños testimonios de que la gente *se hace cargo* y os acompaña por el solitario valle... Ojalá que Teodoro Llorente no note la creciente desaparición del público lejano, la sordera á los cantos de Apolo (que coincide, por curioso caso, con mayor sensibilidad ante los de Orfeo, pues al parecer la música va ganando lo que pierde la poesía).

Los «versos de la juventud» de Teodoro Llorente tienen el sello de todo lo que este maestro de la rima ha producido después: son claros y diáfanos como el horizonte de su tierra; están escritos en la más castiza y jugosa lengua castellana, que el poeta de la *renaixensa*, el trovador lemosín, maneja á la perfección, y los llena un sentimiento puro y generoso, una ardorosa y poética ilusión vital, que contrasta con el pesimismo de los románticos desesperados, lúgubres y sepulcrales. El grabado de Maura que figura al frente del tomo, y que representa á Teodoro Llorente en sus mocedades, armoniza bien con los versos: el semblante es el mejor comentario del característico *Saludo* que sirve de pórtico á la colección; donde el poeta se presenta y describe, declarando que es

«de esos que, lleno de húmedos reflejos
el profundo mirar,
tienden la vista extática á lo lejos,
á los cielos ó al mar;
de esos que á todos oyen distraídos,
gente de arisco humor,
que tiene siempre hirviendo en los oídos
la música interior.»

Así eran, y así continúan siendo, los que Víctor Hugo llamaba *poëtes pensifs;* porque la fermentación de ideas y fantasías, la plétora sentimental, es igual en Llorente que en los modernistas á quienes el insigne cantor no puede sufrir, según se desprende de una frase de su prólogo. Porque la incubación de la poesía lírica tiene algo de morboso, es como una enfermedad de crecimiento y ensanche del corazón, que se estremece, se agita y quisiera salirse del pecho entre accesos de fiebre y delirio. Llorente, entonces, sentiría en muchísimos respectos como sienten, oprimidos y nostálgicos, los actuales. Y cada poeta, á su hora, puede exclamar como Teodoro Llorente:

«Siguiendo van mis pasos descuidados
una sombra, ¡la sombra de mi alma!»

Cambia la forma de decirlo, pero ¿qué otro cambio encontraríamos en la ilusión que ha dictado la bella poesía «Amores de un poeta?» Hoy como ayer, el poeta suele vivir

«en pobre cuarto de último piso,»

y esperar allí á *la innominada*, á la Poesía que consuela y recompensa con el beso en la frente pálida del soñador.

La forma cambia, es indudable, y si Teodoro Llorente fuese hoy joven y empezase á rimar, no lo haría mejor, lo haría de otro modo; expresaría conceptos muy análogos con retórica y poética muy distintas. El suave y brillante clasicismo de los versos que estoy leyendo, ¿será decadentismo tal vez? No sé si esta hipótesis escandalizará á Llorente; no sé si me la perdonará. Ello es que el *momento* nos manda, nos dirige, nos guía sin que lo sintamos. Aun un poeta tan clásico por naturaleza como Gabriel y Galán, lleva la emoción moderna en su interior, y hasta es moderno *por regresión*, volviendo á Berceo y á Juan de la Encina.

Entre las poesías del tomo «Versos de la juventud» encuentro algunas especialmente sentidas y deliciosas. Las tituladas *Florescencia*, *El ramo de rosas*, *Mal sueño*, *La sirena*, *El idilio del zapatero*, *El dúo nupcial*, *La sima*, *Diálogo á media voz*, pueden contarse entre las mejores poesías de su autor y entre las excelentes y sinceras que en idioma español se han escrito. La retórica de cada poeta, insisto en ello, pertenece á la fecha en que versifica, á las corrientes que le arrastran: las composiciones que Teodoro Llorente ha reunido en este libro tienen que ser doblemente notables y dignas de un gran poeta, para agradar como agradan, habiendo pasado tanta agua por el molino. Si los poetas jóvenes de ahora se dejasen sus versos dormidos en un cajón y los exhumasen al cabo de cincuenta años, aparecerían en ellos, irremisiblemente, flores ya marchitas, imágenes que después se habrían repetido tanto que no halagarían por su novedad y frescura; en fin, material usado, si es lícito emplear esta palabra. Y los versos juveniles de Teodoro Llorente, acaso por la noble sencillez con que están escritos, porque la retórica no es en ellos sino vestidura que cubre el cuerpo vivo de la poesía, no han adquirido ese tono de rancia vetustez que se nota en los rimadores falsos, cantores de alegrías y querellas no vividas, de amores no padecidos, de entusiasmos artificiales y de desengaños inventados al efecto de rellenar un soneto ó una canción. Detrás de un poeta verdadero hay siempre *un alma*, y la de Teodoro Llorente es tan simpática y serena como son sus preciosos, conmovedores versos de la juventud.

Emilia Pardo Bazán.

EL CÉLEBRE PINTOR INGLÉS JOSHUA REYNOLDS

Reynolds y Gainsborough, he aquí dos nombres que llenan dos de las más gloriosas páginas de los anales de la pintura inglesa; dos artistas que vivieron en la misma época, que cultivaron preferentemente el mismo género, el retrato, que obtuvieron análogos honores y á quienes la posteridad ha consagrado como inmortales.

En el número 1.311 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un estudio sobre Gainsborough y en él dijimos algo también de Reynolds. Mas no es éste un pintor de quien pueda tratarse incidentalmente, sino que merece tanto como aquél ser aisladamente estudiado. Esto es lo que hoy vamos á hacer, cumpliendo así uno de los principales fines de esta revista, el de rendir el debido homenaje al arte de todos los pueblos y de todas las edades.

JOSHUA REYNOLDS, retrato pintado por él mismo

Joshua Reynolds nació en Plympton en 1723 y desde su infancia mostró decidida afición al arte, afición que sus padres fomentaron. En 1741 entró en el taller de Hudson, en Londres, pero á los dos años riñeron maestro y discípulo y éste fué á establecerse en Plymouth, en donde pintó algunos retratos que llamaron la atención. Regresó á Londres en 1746, y en 1749 hizo un viaje por Mallorca y por Italia; en este último país excitaron su entusiasmo las obras de Rafael y sobre todo las de los maestros venecianos. De regreso en Londres, en 1752, una de sus primeras obras de valía fué el retrato del duque de Devonshire, pero la que inició su fama fué el retrato del almirante Keppel; poco después era tal el número de encargos que tenía, que hubo de recurrir á la cooperación de varios ayudantes. Cuando en 1768 se fundó la Real Academia, fué nombrado presidente de la misma y al propio tiempo elevado á la dignidad de caballero; y mientras desempeñó aquel cargo, impúsose la tarea de pronunciar cada año, en el acto de la distribución de premios, un discurso sobre las bellas artes; los quince discursos pronunciados en aquellas ocasiones son una elocuente muestra de los conocimientos y del buen gusto de Reynolds. De esa época son sus cuadros *Garrick entre la Tragedia y la Comedia* y *El conde Ugolino y sus hijos*.

En 1781 hizo un viaje á los Países Bajos, y al volver de allí, en donde admiró el genio de Rubens, entró en el segundo período de su carrera artística, es decir, aquel en el cual había de conquistarse para siempre un puesto entre los más grandes maestros, y en el que pintó, aparte de muchos y magníficos retratos, los cuadros *La musa de la tragedia* (retrato alegórico de miss Siddons), que se conceptúa como una de sus obras maestras, *Hércules en la cuna ahogando á las serpientes*, *El sueño de una noche de verano*, *La muerte del cardenal de Beaufort* y la *Escena de las brujas de Macbeth*.

LA CONDESA DE ALBEMARLE, retrato pintado por J. Reynolds

Murió en 1791 á consecuencia de un tumor que se le formó cerca del ojo izquierdo, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de San Pablo.

Reynolds fué un apasionado de su arte y «nadie—dice el crítico M. Burger—ha hecho más experimentos que él para perfeccionar los procedimientos de pintura, hasta el punto de que sacrificó varios cuadros venecianos á fin de descomponer sus colores, apreciar las capas de los mismos y descubrir las prácticas más ó menos secretas de sus autores.» Este artista ha sido de los que más han producido, según lo demuestra el detalle de que en treinta años, desde 1761 á 1790, expuso 244 cuadros en los Salones de la Real Academia. También puede decirse de él que fué de los que más beneficios han obtenido en su profesión; en efecto, calcúlase que ganaba 6.000 libras esterlinas anuales (150.000 pesetas). Una buena parte de esta cantidad la destinaba á la adquisición de obras de arte que, al ser vendidas cuatro años después de su muerte, produjeron 10.000 libras esterlinas.

Completando el paralelo que en el citado número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hicimos entre Reynolds y Gainsborough, copiaremos algunos conceptos de un eminente crítico francés: «El talento de Reynolds es una hermosa conquista de la voluntad; el de Gainsborough la eclosión espontánea de una flor que se transforma naturalmente y se convierte en fruto, de sabor exquisito... Reynolds posee el secreto de todas las distinciones, de todas las gracias de la mujer y del niño, y reproduce con maravillosa soltura los más fugaces caprichos de la moda y sabe darles el carácter eterno, el del arte. La casta voluptuosidad de las madres, el candor y el ardor secreto de las vírgenes, los asombros, las ingenuas torpezas, las rebeldías, los mimos del niño y sus carnes duras y sonrosadas, todo lo ha reproducido sin amaneramiento, con todo su encanto y su perfume. Y lo

LA EDAD DE LA INOCENCIA, cuadro de J. Reynolds

mismo ha hecho con el hombre; generalmente lo escoge joven, esbelto, de noble estirpe, que no desmiente su fama de perfección aristocrática y de noble elegancia. Sitúa á sus personajes en medio de su vida activa, prosiguiendo el gesto interrumpido por la llegada del pintor, y en esto estriba el interés duradero de tantas obras que no son más que retratos.»—S.

RETRATOS, pintados por J. Reynolds

LA MENTIRA SOSPECHOSA

El hombre de mi cuento, fuera de sus dos manos, de sus ojos y de las incisivas puntas de sus dientes, no afirmaba nada más. Hablaba á veces de sus piernas, pero ya con menos aplomo y con una confianza más condicional. Creía en sus ojos porque veía con ellos fealdades, aberraciones y cosas monstruosas y antitéticas que no podían nacerle dentro, en las serenidades dulces de su conciencia; creía en sus manos, porque con ellas se apoyaba en dos muletas que le servían para andar hasta cierto punto, y creía finalmente en sus dientes, porque con ellos mordía en un pedazo de pan duro cuando el hambre de los largos días y la compasión de sus honrados prójimos se unían para proporcionarle este consuelo.—De lo que hemos dicho para justificar la fe que tenía en sus manos el hombre de mi cuento, se deriva algo á modo de razón que explica su desconfianza y duda relativa por lo que se refiere á sus piernas.

Este hombre no era bueno ni malo, derecho ni torcido, gordo ni flaco, guapo ni feo: era sencillamente el hombre de mi cuento, nacido para eso por obra y gracia mía, como nacen tantos otros para ser hombres de mayores cuentos por obra y gracia de más supremo autor.

Si le hablabais con dulzura, se os antojaba dulce y venerable; si le empujabais con asco, os contestaba con el cuento de su muleta, ó acaso, muy sentido de la injuria, os perseguía, renqueando, cubriéndoos con el barro de una porción de insultos y escupiéndoos á veces. Si le dabais dinero, lo tomaba; si pan, comía de él; si ropas, se las echaba al hombro con grandeza. Por las noches dormía en despoblado, en una especie de choza, y todas las mañanas volvía á entrar en el pueblo con la misma cojera, con las mismas tristezas, con la misma ropa destrozada y con las mismas hambres.

Él decía que no creía en la realidad de cuanto le rodeaba, y los demás dudaban todos de él, como tal cojo, y le llamaban *el tío Mentiras* por mal mote.

Haciéndome cargo de cuantos papeles han quedado con memorias de él, hallo que este nombre genérico, y como si dijéramos sintético, se descomponía en una infinidad de denominaciones específicas, particulares y concretas, entre las que citaremos: *el Diablo*, que inventaron los niños; *el Coco*, que inventaron las madres; *el Mundo*, que solían emplear los sacerdotes; *el Crimen*, que decían riendo los verdugos; *el Vicio*, que empleaban de cuando en cuando los virtuosos; *el Dolor*, como generalmente le llamaban las mujeres sencillas y los hombres que no tenían empleos oficiales.

La ocupación de *el tío Mentiras* era andar por las casas tejiendo paliques y armando caramillos; profetizando unas cosas muy lúgubres que decía que veía en el fondo de la Naturaleza, y descosiendo sacos de embustes, hasta que aterrorizadas las gentes le daban un mendrugo de pan—el mendrugo de pan que le afirmaba en su ser de *tío Mentiras*—para que callase y les dejase en paz.

Había en el pueblo un mocetico, listo, despabilado y lince de alma y cuerpo, con unos dientes blancos muy apretados detrás de unos labios rojos muy bien movidos, que no podía ver al susodicho cojo, y desde su terreno perfectamente neutral de hombre sin familia, de chicuelo abandonado al nacer, al ímpetu de su coraje y al chorro vigoroso de su sangre, le inventaba coplas mortificadoras, le escondía las muletas, le tiraba frutas y pedazos de hortaliza, le tendía verdaderas redes de cuerda por las calles, al anochecer, y en una palabra, estuvo en más de una ocasión á punto de acabar para siempre con el viejo.

El cual, que tan iracundo era para cualquier otro muchacho que le insultase ó injuriase, todo se volvía en blanduras, dulces amaños y miga de pan para el desvergonzado Blas, que á nadie quería y á quien nadie quería en el mundo.

Nunca se supo que *el tío Mentiras* respondiese con malas palabras á un insulto suyo, ni le profetizase males, ni le hablase de espantosas angustias que le estuvieran esperando.

Por eso el gesto de Blas era perpetuamente echarse los brazos á la espalda, dejar que le cayera la gorra sobre una oreja—y un gran rizo de cabellos negros como la noche le caía mientras tanto por sobre las cejas del otro lado,—en cual postura caminaba por las calles del pueblo, inquietaba á las mocicas con sus burlas atrevidas y escupía al cielo bocanadas de humo espeso, muy satisfecho de aquel vivir sin fondo ni dolores...

San Cosme, estatua en mármol de Fra Angelo Montorsoli (1507-1563), existente en la sacristía de San Lorenzo, de Florencia

Le entró el amor á Blas como una borrachera. Recordaba aquella tarde en aquel baile el gran calor que desde las manos le invadió hasta la cabeza. La muchacha lo valía: á guapa y decidora y anquirrecia ninguna le ganaba en el pueblo. Por Rosa respondía.

Cuando la agria música del baile acabó en uno ó dos golpes secos, con fragor de trueno, y su pareja se le fué de los brazos y se le escapó riendo á perderse entre la gente, quedóse Blas como herido del rayo, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, triste, infinitamente triste, espantosamente triste.

¿Cómo es eso? ¿La felicidad se trunca como una hebra de seda cuando estamos dispuestos á ovillarla? ¿Se sube á tanta elevación para caer? ¿Se puede llenar la copa y no se puede apurarla? ¿Se puede abrazar á una mujer, tenerla pegada al cuerpo, adorarla en una fiebre de hoguera de San Juan..., y de repente..., ¡nada!

Blas pensó aquella tarde con cierta zozobra en *el tío Mentiras*.

—*Tío Mentiras*..., vengo á que me diga cosas...

—¿Eh?, preguntó extrañado el viejo á Blas.

—Quiero que me diga cosas como las que dice á todos..., que asustan, molestan y...

Blas vacilaba un poco, como si le avergonzara lo que tenía que decir.

—¿Y qué?.., preguntó el cojo.

—¡Y enseñan!, concluyó Blas. Quiero que me anuncie desgracias y me profetice dolores y me lea cartilla de sufrimientos, porque quiero ser feliz.

—Pero ¿estás loco?

—No, *tío Mentiras;* pero tengo miedo de estarlo si usted no lo remedia.

—¿Pues qué te pasa, dulce hijito mío?

—Estoy enamorado. Quiero á Rosa...

—¿Y ella?..

—No sé si me quiere: no sé si me querrá: no sé si voy á sufrir mucho; sufro ya demasiado... ¿Qué es el dolor? ¿En qué consiste el sufrimiento?

—Pero ¿no ves que deliras, muchacho?

—Pues bien, sí, deliro, estoy loco, tendrán que atarme, mañana morderé como una fiera. No hay remedio. Yo no sé vivir así. Nadie me ha enseñado esto. ¿Cómo viven los demás en un mundo tan horrible?.. ¿Y tú? ¿Sabes quién eres tú?.. ¡El diablo! ¡Eso eres tú! ¿Te callas?.. ¡Toma!

Y con los pies y con los puños cerrados y con las uñas y los dientes se cebó en el pobre viejo...

Iban pasando días. Rosa no quería á Blas... ¿Qué vamos á hacerle? Aquella criatura fresca, buena, noble, honrada, nacida para el amor y la felicidad, había dado con su camino tan sencillamente, que apenas apuntaba en ella el uso de razón, ya el instinto del amor se arreglaba de manera que viendo á Pablo, mozo labrador de un pueblo vecino, quedó prendada de él, logró prendarle, lo veía con frecuencia, se hablaban sin testigos, se besaban sin escrúpulos y aquello, con el beneplácito de las dos familias, era un idilio caminando en derechura al oro y resplandor del Sacramento.

Blas instó, conspiró, siguió, amenazó y exigió. Todo en balde.

En los intervalos de sus tristezas iba en busca de expansión á la choza del *tío Mentiras*. Le interrogaba con ansia:

—¿Qué me pasará?

—Serás feliz. No tengas miedo. Rosa cederá. Como frutica dulce que no quiere caerse para madurar mejor, se te resiste ahora. Vendrá después abajo. Casi sin corteza. No hará resistencia áspera á la gula de tus dientes. Serás con ella afortunado. Tú eres un predilecto de la suerte. Tendréis... ¿Quisieras hijos?

—¡É hijas!

—Tendréis tres hijos y dos hijas... ¿Los quieres rubios?

—¡Morenos!

—Los cuatro morenos y uno castaño, que tendrá, cuando mozo, la barba más negra que los otros dos. Serás feliz, serás feliz.

Y con estas dulces seguridades Blas iba alimentando cada día más locas esperanzas y los desengaños eran cada vez más grandes, y á fuerza de no esperar más que felicidades, de no haber experimentado más que felicidades, de ser el hijo de la suerte y de no haber conocido el dolor, murió desesperado. El día de su entierro, en el pueblo vecino se casaban Rosa y Pablo.

Cuentan las viejas que Blas decía blasfemias dentro de su caja...

Así fué la venganza del *tío Mentiras*. Desde entonces todos le soportaban. Todos le daban el mendruguito de pan para que no clavara los dientes en el mendrugo de su alma; todos querían que de cuando en cuando les visitase el Dolor para sentir más bien la propia felicidad.

Y aunque sabían que esta era, al fin y al cabo, la verdadera esencia de la vida, hubo mozo *leído y escribido* que llamó al dolor *mentira sospechosa*.

E. Marquina.

Marruecos.—Vista general de Casablanca, ciudad en donde recientemente han sido asesinados varios europeos por los indígenas
(De fotografía de A. Cauilla, de Tánger.)

Marruecos.—Casablanca: Vista del puerto cuyas obras han sido el pretexto para los asesinatos de europeos allí cometidos recientemente
(De fotografía de A. Cauilla, de Tánger.)

EL ACORAZADO INGLÉS «BELLEROPHON»

El día 27 de julio último fué lanzado al agua el casco del nuevo acorazado inglés *Bellerophon*, que es el buque de guerra mayor del mundo. Desplaza 18.600 toneladas y sus medidas son 147 metros de eslora por 24'60 de manga; sus máquinas pueden desarrollar una fuerza de 23.000 caballos, imprimiendo al barco una velocidad de 21 nudos por hora; en sus carboneras caben 900 toneladas de combustible y el espesor de sus corazas es de 275 milímetros.

La construcción general del *Bellerophon* es la misma que la del *Dreadnought*, que reprodujimos en el número 1.261 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; este último, hasta ahora el primero de los buques de guerra, ocupará el segundo lugar, pues tiene 700 toneladas menos que el recientemente botado al agua.

El *Bellerophon* llevará diez cañones de 30 centímetros y varios de tiro rápido de 10 centímetros para rechazar los ataques de los torpederos.

Fué madrina en la ceremonia de la botadura la princesa de Battenberg, hermana del rey Eduardo VII y madre de nuestra reina Victoria, la cual, acompañada del almirante Robinsón, arrojó contra el casco del barco una botella de *colonial wine*, al mismo tiempo que pronunciaba las siguientes palabras: «Doy á ese buque el nombre de *Bellerophon* y le auguro propicia suerte, al igual que á todos los que lo tripulen.»

La botadura se realizó con toda felicidad.

El nombre de *Bellerophon* puesto al nuevo acorazado evoca el recuerdo del buque que figuraba en la escuadra de Nelson en las batallas del Nilo y de Trafalgar y que condujo prisionero á Santa Elena á Napoleón I.

El acorazado inglés *Bellerophon*, el buque de guerra más grande del mundo, recientemente lanzado al agua en Portsmouth. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA HAYA.—EL PALACIO DE LA PAZ

Gracias á la munificencia del millonario yanqui Mr. Carnegie, dentro de poco se alzará en los alrededores de La Haya, en medio de un hermoso parque, un magnífico palacio que servirá de residencia á las instituciones de arbitraje internacional. El edificio, cuya primera piedra se colocó solemnemente el día 30 de julio último, se construirá según los planos del arquitecto francés M. Luis Cordonnier, de Lila, cuyo proyecto fué premiado en reñido concurso al que acudieron arquitectos de varios países.

La ceremonia de la colocación de la primera piedra, favorecida por un tiempo espléndido, resultó en alto grado solemne é impresionante; cuando las sociedades corales de La Haya entonaron los himnos de Haendel, Beethoven, Mozart y Wagner, una emoción profunda se apoderó de aquel público escogido, compuesto de los miembros de la Conferencia, del cuerpo diplomático, de los ministros holandeses, de los dignatarios de la corte.

M. Van Karnebeek, presidente del comité director de la fundación Carnegie, pronunció un discurso enalteciendo el acto de desprendimiento del donador é invitando al presidente de la Conferencia M. Nelidoff, designado por la reina Guillermina, á que colocara la primera piedra del futuro palacio.

M. Nelidoff dió sobre la piedra tres golpes con un martillo de plata, el primero en nombre de la reina de Holanda, el segundo en nombre del emperador de Rusia y el tercero en nombre de la Conferencia, resonando entonces entusiastas salvas de aplausos.

M. Van Karnebeek hizo nuevamente uso de la palabra para manifestar que la reina Guillermina había nombrado á Mr. Carnegie gran oficial de la orden de Orange-Nassau, y después la señora Dalbert entregó á M. Van Karnebeek para Mr. Carnegie una medalla en nombre de los cinco millones de mujeres que constituyen la «Liga femenina de la Paz por medio de la educación.»

La Haya.—M. Nelidoff, presidente de la Conferencia de la Paz, poniendo la primera piedra del Palacio de la Paz que se ha de construir con la donación hecha á este objeto por el millonario yanqui Mr. Carnegie. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Carrera automovilista Pekín-París.—Los automóviles atravesando en una barcaza uno de los brazos del Ienisei. (De fotografía de M. Branger.)

LA CARRERA AUTOMOVILISTA

PEKÍN PARÍS

Cuando este número de La Ilustración Artística llegue á manos de nuestros subscriptores, se hallará seguramente ya en París el vencedor de esa prueba que muchos consideraron como de imposible realización. En efecto, el príncipe Borghese, que lleva gran delantera á sus contrincantes, llegó á Berlín el día 5 y habrá entrado en París el día 9 ó 10, después de haber recorrido en su *Fiat* 11.478 kilómetros, la mayor parte de ellos por países desiertos, caminos intransitables y montañas casi inaccesibles.

En Moscou se ha dispensado al príncipe un recibimiento por demás entusiasta, y lo propio ha sucedido en Tsarkoieselo, en San Petersburgo y en Berlín. En San Petersburgo le obsequiaron con un banquete, y la Sociedad rusa de los Automovilistas y el Club Automóvil le regalaron el primero una medalla de oro y el segundo la reproducción en oro de un accesorio para automóvil.

París se dispone también á festejarle, habiendo organizado en su honor un banquete monstruo la sociedad «Itala» en uno de cuyos automóviles ha llevado á cabo el príncipe Borghese su atrevida cuanto interesante carrera.—R.

Carrera automovilista Pekín-París.—Los automóviles saliendo de Irkutsk. (De fotografía de M. Branger.)

CANTAR ILUSTRADO, dibujo de Ricardo Brugada

DIANA, cuadro de Jorge Papperitz

CONSEJO DE VECINOS DE SAN CARLOS

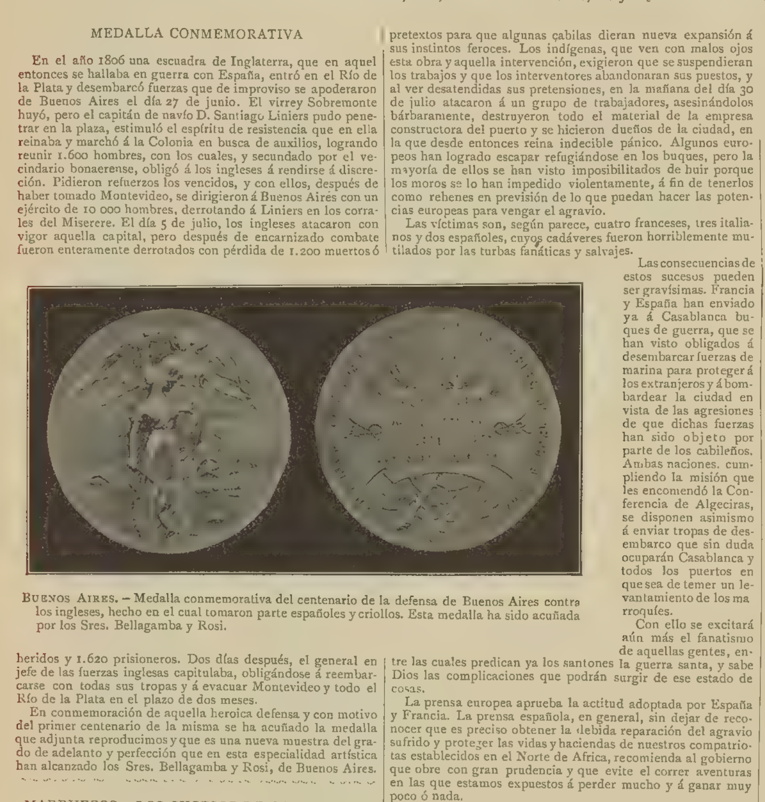
(FERNANDO POO)

Es el distrito de San Carlos el más importante y más rico de la colonia de Fernando Poo, ya que radican en él las fincas de mayor extensión, representando, por lo tanto, sus plantaciones cuantiosos intereses. Esto no obstante, y según por desgracia acontece en casos análogos, hallábase el referido distrito poco menos que abandonado, careciendo de los elementos necesarios para el desarrollo de una colonia. De tales deficiencias pudo darse cuenta el actual gobernador Sr. Ramos Izquierdo en la reciente visita de inspección que inopinadamente llevó á cabo, adoptando saludables disposiciones encaminadas á la construcción de caminos, emplazamiento de la naciente población, conducción de aguas potables, etc., etc., y por último la reorganización del Consejo de vecinos, confirmando en sus cargos á nuestro amigo D. Joaquín Torruella y á los Sres. D. Ramón de Virto, don Maximiliano Jones y D. Juan Brown, á los cuales cabrá la gloria de habérseles encomendado el cuidado de la administración de un pueblo que sin duda llegará á ser uno de los más ricos é importantes de aquella apartada colonia, tan necesitada de protección que fomente sus cuantiosas riquezas.

Fernando Poo. – Consejo de vecinos de San Carlos
D. Maximiliano C. Jones, D. Ramón de Virto, D. Joaquín Torruella y D. Juan Brown

MEDALLA CONMEMORATIVA

En el año 1806 una escuadra de Inglaterra, que en aquel entonces se hallaba en guerra con España, entró en el Río de la Plata y desembarcó fuerzas que de improviso se apoderaron de Buenos Aires el día 27 de junio. El virrey Sobremonte huyó, pero el capitán de navío D. Santiago Liniers pudo penetrar en la plaza, estimuló el espíritu de resistencia que en ella reinaba y marchó á la Colonia en busca de auxilios, logrando reunir 1.600 hombres, con los cuales, y secundado por el vecindario bonaerense, obligó á los ingleses á rendirse á discreción. Pidieron refuerzos los vencidos, y con ellos, después de haber tomado Montevideo, se dirigieron á Buenos Aires con un ejército de 10 000 hombres, derrotando á Liniers en los corrales del Miserere. El día 5 de julio, los ingleses atacaron con vigor aquella capital, pero después de encarnizado combate fueron enteramente derrotados con pérdida de 1.200 muertos ó heridos y 1.620 prisioneros. Dos días después, el general en jefe de las fuerzas inglesas capitulaba, obligándose á reembarcarse con todas sus tropas y á evacuar Montevideo y todo el Río de la Plata en el plazo de dos meses.



Buenos Aires. – Medalla conmemorativa del centenario de la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, hecho en el cual tomaron parte españoles y criollos. Esta medalla ha sido acuñada por los Sres. Bellagamba y Rosi.

En conmemoración de aquella heroica defensa y con motivo del primer centenario de la misma se ha acuñado la medalla que adjunta reproducimos y que es una nueva muestra del grado de adelanto y perfección que en esta especialidad artística han alcanzado los Sres. Bellagamba y Rosi, de Buenos Aires.

MARRUECOS. – LOS SUCESOS DE CASABLANCA

(Véanse los grabados de la página 525)

Está visto que los marroquíes no quieren dejar en paz á la diplomacia europea, y que la guerra civil en que están empeñados desde hace algunos años no les impide demostrar de cuando en cuando el odio con que miran todo lo que con la civilización se relaciona y promover conflictos que ponen al gobierno jerifiano en grave aprieto. Un día es el asesinato del doctor Mauchamp que motiva la ocupación de Udjda por los franceses; otro, la prisión del caíd Mac Leán que pone en movimiento á Inglaterra; y como si esas agresiones individuales fuesen poco, vienen ahora las matanzas de Casablanca á colmar la medida de la paciencia de las naciones interesadas en que cese un estado de anarquía que se hace intolerable.

La presencia de los interventores franceses en la aduana de Casablanca y la construcción del puerto han sido esta vez los pretextos para que algunas cabilas dieran nueva expansión á sus instintos feroces. Los indígenas, que ven con malos ojos esta obra y aquella intervención, exigieron que se suspendieran los trabajos y que los interventores abandonaran sus puestos, y al ver desatendidas sus pretensiones, en la mañana del día 30 de julio atacaron á un grupo de trabajadores, asesinándolos bárbaramente, destruyeron todo el material de la empresa constructora del puerto y se hicieron dueños de la ciudad, en la que desde entonces reina indecible pánico. Algunos europeos han logrado escapar refugiándose en los buques, pero la mayoría de ellos se han visto imposibilitados de huir porque los moros se lo han impedido violentamente, á fin de tenerlos como rehenes en previsión de lo que puedan hacer las potencias europeas para vengar el agravio.

Las víctimas son, según parece, cuatro franceses, tres italianos y dos españoles, cuyos cadáveres fueron horriblemente mutilados por las turbas fanáticas y salvajes.

Las consecuencias de estos sucesos pueden ser gravísimas. Francia y España han enviado ya á Casablanca buques de guerra, que se han visto obligados á desembarcar fuerzas de marina para proteger á los extranjeros y á bombardear la ciudad en vista de las agresiones de que dichas fuerzas han sido objeto por parte de los cabileños. Ambas naciones, cumpliendo la misión que les encomendó la Conferencia de Algeciras, se disponen asimismo á enviar tropas de desembarco que sin duda ocuparán Casablanca y todos los puertos en que sea de temer un levantamiento de los marroquíes.

Con ello se excitará aún más el fanatismo de aquellas gentes, entre las cuales predican ya los santones la guerra santa, y sabe Dios las complicaciones que podrán surgir de ese estado de cosas.

La prensa europea aprueba la actitud adoptada por España y Francia. La prensa española, en general, sin dejar de reconocer que es preciso obtener la debida reparación del agravio sufrido y proteger las vidas y haciendas de nuestros compatriotas establecidos en el Norte de Africa, recomienda al gobierno que obre con gran prudencia y que evite el correr aventuras en las que estamos expuestos á perder mucho y á ganar muy poco ó nada.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 521, 524, 528, 529 y 536.)

Estatua ecuestre del Gran Elector, obra de Andrés Schlütter. – Esta obra, considerada como la mejor escultura monumental alemana de su época, fué comenzada en 1698 y fundida en bronce por Jacobi en 1700; en 1703 quedó colocada en el puente del Elector, de Berlín. Las estatuas son de bronce, de tamaño mayor que el natural, y el pedestal es de mármol.

Andrés Schlutter nació en Hamburgo en 1664, trabajó de escultor en Danzig y en Varsovia, y en 1694 se trasladó á Berlín. En 1713 fué llamado por el tsar Pedro el Grande á San Petersburgo, en donde murió en 1714.

San Cosme, estatua en mármol de Fra Angelo Montorsoli. – Habiendo Miguel Angel dejado sin terminar la capilla sepulcral de los Médicis de la iglesia de San Lorenzo, de Florencia, algunas de las estatuas que habían de decorarla fueron modeladas, según los dibujos del maestro, por sus discípulos. Entre éstos figuraba en primera línea Fra Angelo Montorsoli, quien se encargó de la ejecución del *San Cosme* que reproducimos y que se admira, como una de las más bellas obras del arte florentino, en la sacristía de la citada iglesia.

Cantar ilustrado, dibujo de Ricardo Brugada. – Conocedor profundo del modo de ser del pueblo andaluz, no sólo en su parte externa ó pintoresca, sino también en lo que constituye el alma del mismo, Brugada ha sabido dar forma admirable á lo que han visto sus ojos ante la contemplación de aquella hermosa naturaleza y á lo que su corazón ha sentido al contacto de aquella vida de pasiones exaltadas. El dibujo suyo que en el presente número reproducimos es una nota de dolor hondamente sentida y ejecutada con recomendable sobriedad, que responde perfectamente al cantar en que está inspirada.

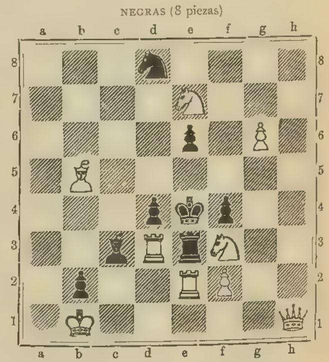
Diana, cuadro de Jorge Papperitz. – Este pintor alemán es un adorador de la belleza por la belleza misma, y de aquí que, sin preocuparse de las tendencias más ó menos impuestas por la moda, busque sus asuntos allí donde mejor pueda satisfacer ese amor á lo bello. La *Diana* suya, que reproducimos, es una creación encantadora, digna de figurar entre las mejores obras de su celebrado autor.

La comida del obrero, cuadro de León Frederic. – «En la laboriosa existencia de la gente del campo, ha descubierto Frederic innumerables temas de profundo estudio, porque debajo del exterior superficial de los modelos por él escogidos, debajo de la piel áspera y de las rústicas vestiduras, ha encontrado y pintado las humanas sensaciones que entiende ser naturales. Su tierna simpatía por los desheredados le ha impulsado á pintar alternativamente la tranquila y solemne labor del hombre del campo y la miseria lamentable del mendigo de la ciudad.» Así se expresa hablando de este pintor belga un notable crítico inglés, y en esas frases está el mejor juicio que puede hacerse de su notable lienzo *La comida del obrero*, que figura en el Museo de Bruselas.

AJEDREZ

Problema número 473, por V. Marín

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 472, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Ae8 – g6	1. Re6 – e5
2. Df1 – f4 jaque	2. Cualquiera.
3. d2 – d4 ó D mate.	

Variantes.

1...... Re6 – e7;	2. Df1 – f8 jaq., etc.
Re6 – d7 ó d5;	2. Df1 – d3 jaq., etc.
C juega:	2. Df1 – f5 jaq., etc.

¿Te alegras de volver á verme, Bruno?, dijo Aurette enternecida

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Impulsada por esa necesidad de expansión que es propia de la humana naturaleza, estuvo á punto de decírselo todo; pero el recuerdo de aquella dolorosa prueba de otro tiempo, en la que Julia la había sostenido y consolado, se interpuso entre los dos: ¿cómo confesar un nuevo amor á la única que sabía lo que el amor antiguo la había hecho sufrir? Esta idea hizo sonrojarse á Aurette, la cual besó cariñosamente á su hermana y fué á buscar á Juan al liceo.

En el instante en que su victoria se detenía delante de la puerta del establecimiento, salía de éste Villandré, que la reconoció en seguida y cuyas pálidas mejillas se sonrojaron ligeramente. A la vista de los transeuntes cruzaron un ceremonioso saludo, casi sin mirarse, cual corresponde á personas que se tratan con cortesía casi indiferente. Al mismo tiempo salía Juan, que de un salto subió al coche. Emprendió éste la marcha hacia el Nido, y el muchacho, después de haber besado á su tía, cogióle una mano, que guardó entre las suyas, escondidas en los pliegues de su falda.

—Mira, dijo, el Sr. Villaudré se va... Le contrarió muchísimo que te marcharas sin decir nada.

—¿En qué te fundas para decir esto?, preguntó Aurette mirando al lado opuesto.

—¡Si hubieses visto su cara cuando se lo dije!

—¿Y qué necesidad había de que se lo dijeses?

—No era un secreto, puesto que me habías encargado que se lo participara á tía Julia.

—No es lo mismo, replicó Aurette en tono de leve censura. Tía Julia es de la familia.

—¿Y el Sr. Villandré crees tú que no lo es desde el día en que corrió detrás de mí en medio de aquella tempestad?, exclamó Juan enérgicamente. Mi tío Debiay quizás no habría hecho tanto. ¿Y tú no eras acaso de su familia bastante más que la tía Thomasset después de la amistad que has demostrado á Lucila?

—No se dice Lucila, repuso Aurette un tanto turbada, sino la señora Lenoisy. ¿Y qué he hecho yo por la señora Lenoisy?

—Enviaste á buscar á la tía Thomasset y además..., además... ¡Vamos, te adoro!, exclamó Juan arrojándose impetuosamente al cuello de su tía. Pero mira, es preciso que no vuelvas á marcharte como esta vez, porque lo que has hecho no tiene sentido común. Brochet estaba como alma en pena, y no pudiendo llevarme en coche, iba á pie todos los días á verme á la salida del liceo. ¿Y no se le ocurrió el primer día presentarse con la victoria para acompañarme? ¡Lo que me reí! ¡Figúrate lo que mis compañeros habrían dicho si me hubiesen visto ir en coche desde casa de tía Julia!

—¿Ibas á pie?, preguntó Aurette distraída.

—¡Iba en mi bicicleta!, respondió el niño con aire de triunfo. En el liceo no guardan las bicicletas, así es que no sabía dónde ponerla; pero al fin encontré un sitio.

—¿Dónde?

—En casa de mi amigo el Sr. Villandré: allí la dejaba y allí la recogía. Hay una criada vieja, algo gruñona, pero no es mala.

Juan prosiguió su charla hasta llegar al Nido; lo que decía, sin embargo, ya no interesaba á Aurette.

¡Qué hermoso estaba el Nido en la transparencia de una tarde de verano! Las colinas bañadas por una niebla azulada, tenue como un velo de novia, ¡formaban un marco tan apropiado al sinuoso río! Los bosquecillos del valle, agrupados como en un parque inmenso, ¡destacaban de un modo tan bello su masa obscura sobre las claras praderas pobladas de indolentes rebaños!

—No, no podría abandonar el Nido, se dijo Aurette; viviré en él con mi pensamiento, ya nunca sola, y más adelante, será lo que Dios quiera.

Sus flores la festejaban y nunca se había creído tan rica en perfumes y en colores; y su viejo perro Bruno, rejuvenecido al verla, se enderezó como otras veces para poner las patas en sus hombros.

—Bruno te abraza, dijo Juan asombrado; hacía mucho tiempo que no había abrazado á nadie. ¡Si estará contento!

Muy contento, en efecto, estaba el viejo Bruno. Aurette nunca hubiera creído que el pobre perro pudiese sufrir tanto con su ausencia; sus criados le dijeron que el animal había pasado aquellos cuatro tristes días tendido delante de la puerta del salón sin querer tomar más alimento que leche.

—¿Te alegras de volver á verme, Bruno?, dijo Aurette enternecida.

El animal movió la cola y echó á andar detrás de ella á paso largo, con el hocico en la mano de su ama, que ésta dejaba colgar, y sentándose enfrente de ella, cuando Aurette se detenía, para contemplarla con expresión acariciadora. Juan se paró pensativo delante del perro.

—Dime, tía Aurette, ¿era amigo tuyo antes que yo, es decir, antes de que yo viniera aquí? ¿Es más viejo que yo?

—No mucho: un año quizás, ó diez y ocho meses; pero un perro á los nueve años ya es viejo.

—¿Entonces no vivirá mucho más?

—No sé; ha habido perros que han vivido hasta veinte años.

—¡Veinte años! Cuando yo tenga veinte años seré un joven... Y tú, tía Aurette, ¿qué edad tendrás?

—Cuando tú naciste, tenía yo veinticuatro años, conque saca tú mismo la cuenta.

El niño quedóse un instante silencioso.

—Pero siempre serás joven, dijo, y siempre bonita. ¿Era bonita mi mamá?

—Sí, respondió Aurette, conmovida por esa evocación súbita de la embriagadora belleza de la joven madre, muerta tan prematuramente.

—Y también serás siempre buena..., ¿era buena mi mamá?

—Te quería mucho, dijo Aurette posando en el huérfano una mirada misericordiosa que había perdonado desde hacía mucho tiempo.

—¡Es una lástima que la gente se muera!, exclamó Juan mirando al perro, que entonces estaba echado sobre la arena con el hocico entre las patas delanteras. Se muere la gente, los niños se quedan sin padre y sin madre..., también murió tu padre, mi abuelo..., yo le quería mucho. Y Bruno morirá... Y cuando yo estudie en Saint-Cyr ó en la Politécnica, tú no tendrás á nadie..., estarás enteramente sola, tía Aurette... ¡No será muy alegre, que digamos!

—¡Falta tanto tiempo todavía!, dijo la señorita Leniel sonriendo, á pesar de que la evocación de su porvenir por aquellos labios infantiles la había hecho palidecer. No pensemos en ello. ¡Pueden suceder tantas cosas de aquí á entonces!

—¡Tantas cosas! ¿Qué cosas? ¿Qué es lo que puede suceder?.. Dime, tía Aurette, ¿por qué no te has casado?

Después de las luchas que consigo misma había sostenido recientemente, aquella situación era para Aurette demasiado cruel. Sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, se levantó, volvió la cabeza fingiendo mirar á lo lejos y entornó los párpados; pero con ello no había burlado la vigilancia de Juan, quien, adivinando la lucha entablada en el corazón de su tía y con la persistencia propia de su edad, quería saber lo que tanto le intrigaba. Así es que, cogiendo la mano de Aurette, repitió su pregunta.

—¿Por qué no te has casado, di? Bien se casó tía Julia, que si es más joven que tú, en cambio no es tan bonita, ¡oh, no!

Aurette, que había contenido sus lágrimas y ahogado el sollozo que le oprimía la garganta, hizo un nuevo esfuerzo y contestó:

—Tu abuelo estaba enfermo y no podía quedarse solo; y como tía Julia se casaba, era preciso que alguien le cuidara; ya ves, pues, que no podía marcharme.

Juan la contemplaba teniéndola cogida de la mano.

—¿De modo que te sacrificaste?, dijo en voz baja después de un instante de meditación. Y ahora, ¿por qué no quieres casarte tampoco? ¿Será tal vez por mí?

—¡Dios mío!, exclamó Aurette casi espantada. ¿En dónde buscas esas ideas?

—No las busco, respondió ingenuamente el niño; vienen solas. Porque has de saber que pienso mucho.

—Demasiado; no hay que pensar tanto en esas cosas impropias de tu edad. Más adelante será ocasión de pensar en ellas.

—¡A ver quién me explica esa contradicción!, exclamó Juan con su malicia infantil. Los profesores nos dicen: «¡Sobre todo reflexionad!,» y mi tía Aurette dice: «¡Sobre todo no pienses tanto!»

—No se trata de cosas iguales, replicó la joven con acento de leve reproche.

—¡Sí, sí! ¡Es algo in-con-ci-liable!, dijo Juan marcando las sílabas y poniéndose á gatas para acariciar la peluda frente de Bruno. ¡In-con-ci-liable! ¡Vaya una palabra útil! Los diccionarios dicen que inconciliable significa cosas que no pueden ir juntas... ¿Serías tú acaso inconciliable con el Sr. Villandré?

—¡Juan!, exclamó Aurette escandalizada.

—¡Diantre! Buenos amigos erais el día de la tempestad, cuando fuí..., en fin, cuando cometí aquella tontería; y después os miráis como si apenas os conocierais.

—Mas no por eso dejamos de ser buenos amigos, repuso la señorita Leniel un tanto turbada; pero las personas mayores no son como Bruno ó mi sobrino Juan.

—No necesitan ponerse á cuatro patas ni besarse para demostrar que se quieren, dijo Juan con aquel acento medio serio, medio burlón, que había heredado de su madre. ¡Estaría gracioso!.. ¡Vamos, Bruno! Nosotros no somos personas mayores; ven, pues, á jugar un rato conmigo.

El muchacho y el perro se revolcaron durante algunos instantes; pero Bruno, fatigado, dejó el juego y volvió á sentarse y á contemplar á su ama, mientras su compañero se consolaba haciendo ejercicios en la barra fija.

XIV

Después de dos días sin incidente alguno, en la mañana del tercero Aurette recibió un billete de Lucila que le anunciaba su visita para el lunes siguiente. Preparóse para ella el cuarto que había sido de Julia, y cuando la señorita Leniel examinaba si todo estaba en orden, apareció en el extremo de la alameda la señora Thomasset. Venía á pie, llevando en la mano la sombrilla cerrada y parecía hacer tan poco caso del calor como si el sol no se hubiese mostrado en el cielo durante ocho días. Aurette, que la había visto desde la ventana, apresuróse á bajar, no sin preguntarse á qué podría obedecer la presencia de la vieja aldeana en el Nido.

—¿La sorprende á usted el verme, no es verdad?, dijo la señora Thomasset, acompañando sus palabras con un rápido movimiento de cabeza. Quería hablar con usted; pero esté usted tranquila, que me iré pronto.

La señorita Leniel pronunció dos ó tres frases de cortesía y condujo á la visitante al salón, en donde le hizo sentar.

—Voy á explicar á usted de qué se trata, dijo la señora Thomasset después de haber inspeccionado á su alrededor como tenía por costumbre. Me dispongo á entrar en el convento de damas nobles de que le hablé, ¿se acuerda usted? No todas son nobles, pero sí distinguidas, muy distinguidas.

Cruzó las manos sobre la rodilla con profunda satisfacción. Aurette la miraba y la escuchaba con cierta curiosidad.

—Mañana entro en él, siguió diciendo la señora Thomasset, y he arreglado mis asuntos y vendido todas mis gallinas. Por cierto que en este tiempo no ponen y los pollos están muy flacos; era, pues, el momento oportuno de separarnos. Como iba diciendo, he arreglado mis asuntos. ¿Qué le parece á usted?

Aurette, perpleja ante aquella pregunta, no supo qué contestar, lo que pareció escandalizar en alto grado á la vieja, la cual arqueando mucho las cejas exclamó:

—¿Qué? ¿No me da usted por ello la enhorabuena?

—Para esto, señora, sería preciso saber cómo ha arreglado usted sus asuntos, respondió Aurette, á quien aquel ataque directo hizo recobrar el uso de la palabra; y no me es lícito interrogar á usted sobre este particular.

—¡Bien contestado!, exclamó la señora Thomasset, volviendo á dar á sus cejas su posición normal. Pues bien: después de pensarlo, no se lo diré á usted; no vale la pena. Pero antes de entrar en el convento quería ver á usted, que tan bien se portó con mi sobrina cuando su boda.

—No merezco ese elogio, señora, dijo Aurette con cierta amargura.

—Sí, se portó usted muy bien, y mi sobrino igualmente. Además, he pasado unos días en casa de Lucila, mientras estaba ausente su marido. No me gustan los militares; ya creo habérselo dicho á usted; pero ése no está mal..., es mejor de lo que me figuraba.

Aurette estuvo á punto de decir que no habiéndole visto, puesto que estaba ausente, no podía saber nada de él; pero se calló, pensando que más prudente sería escuchar que discutir.

—Lucila es muy feliz con él; esto se ve desde luego. ¡Vaya un gusto! Pero, en fin, cada cual tiene el suyo, ¿no es verdad? De modo que ese matrimonio ha salido bien, de lo que me alegro mucho, pues así podré entrar tranquila en el convento de damas nobles.

«¡Egoísta!,» pensó Aurette sin decirlo.

—De mi sobrino es de quien quería hablar á usted, siguió diciendo la señora Thomasset. Estoy contenta de Lucila porque ha engordado y esto le sienta bien; en cambio mi sobrino ha enflaquecido, y aunque la delgadez no le sienta mal, no estoy satisfecha de él porque no me gusta que la gente enflaquezca; cuando mis pollos pierden carnes es que algo malo les pasa.

Durante ese discurso, al parecer incoherente, Aurette había mudado de color varias veces; pero afortunadamente la señora Thomasset seguía inspeccionando las paredes del salón.

—Me figuro, prosiguió la aldeana, que mi sobrino se aburre desde que su hermana se casó, pues los dos estaban acostumbrados á vivir juntos, lo cual era más alegre; ahora Lucila tiene á su marido y no se aburre, naturalmente; pero á Natividad no le sucede lo propio. ¿No cree usted, señorita, que está hastiado?

—Lo ignoro en absoluto, aunque realmente es muy posible que la soledad...

—¿Verdad que sí? Esto mismo he pensado yo, y en el fondo creo que mi sobrino debería casarse.

La señorita Leniel, que no había previsto ese golpe, reprimió un estremecimiento, pero no pudo evitar que su rostro se cubriera de palidez. En aquel momento, la señora Thomasset miraba por la ventana.

—Un hombre, añadió ésta con acento autoritario y encogiéndose de hombros con supremo desdén, es un ser absolutamente incapaz; no sabe arreglar un armario, ni llevar una cocina, ni tiene idea de nada. Para poner orden en todo eso se necesita una mujer, pues de lo contrario el hombre no sabe siquiera lo que come. Natividad debería casarse. ¿Qué opina usted?

Viendo que Aurette nada contestaba, la señora Thomasset insistió levantando un poco la voz como se hace cuando se habla con personas sordas.

—¿No cree usted que Natividad debería casarse?

—Si lo desea, ¿por qué no?, respondió la señorita Leniel pesando cada una de sus palabras. Esto sólo á él concierne.

—Es que mi sobrino no es como los demás hombres, repuso la vieja visiblemente satisfecha de poder discutir; en primer lugar es un sabio, y un sabio es más incapaz aún que un hombre vulgar. Además, es orgulloso, ¿no lo ha observado usted?

La fisonomía de Aurette expresó que no se había fijado en esa particularidad del carácter de Villandré.

—No tiene un céntimo; ya sé que no tenía una gran fortuna, pero de todos modos nada es menos que poco. Tiene su paga, que no es despreciable, y si quisiese podría hacerse siete ú ocho mil francos al año..., lo que ya es algo. ¿No conocería usted, por ventura, alguna joven guapa, bien educada, rica..., que pudiera convenirle? Usted que conoce toda la mejor sociedad de Angers... Usted, ó su hermana, ó el doctor Rozel, porque al fin y al cabo, cuando un hombre es demasiado perezoso ó distraído para ocuparse él mismo de esos asuntos es preciso que por él se ocupen de ellos los demás. Usted casó á Lucila ¿qué le costaría, pues, casar á su hermano?

¡Casar á Villandré! ¡Y era á Aurette á quien esto pedía la señora Thomasset! Y ahora ésta la miraba esperando una respuesta y decidida á obtenerla aun cuando hubiera de levantar la voz más que la vez pasada. «¡Usted casamentera!» había dicho el profesor en otra ocasión. ¿Quién le había de decir entonces que un día habían de incitar á la señorita Leniel á buscarle novia? Aurette juntó todas sus fuerzas para dar la contestación que le exigían.

—El caso no es el mismo, dijo; sin embargo, si el Sr. Villandré lo deseara, paréceme que yo podría encontrar entre nuestras relaciones alguna joven...

—Rica, insistió la señora Thomasset. No olvide usted que mi sobrino no tiene más que su paga y lo que pueda ganar dando lecciones; si caía enfermo, estaría condenado á la miseria, por lo mismo necesita una esposa con una buena dote... en interés de ambos. ¿No conoce usted alguna?

—Si el Sr. Villandré lo desea, miraré..., buscaré...

De pronto una luz siniestra iluminó el alma de Aurette.

—¿Ha sido él quien ha pedido á usted eso?, preguntó bruscamente.

—¿Mi sobrino? ¡Bueno es él para pensar en esas cosas! No, no me lo ha pedido.

—¿No cree usted, dijo Aurette con el valor que da la desesperación, que se haya fijado ya en alguna?

—¿Y usted?, preguntó á su vez la señora Thomasset mirándola fijamente.

Aurette se sintió peligrar, y al modo como al incendiarse una casa se arrojan los muebles por el balcón, respondió heroicamente.

—No tengo de ello la menor idea.

La aldeana fijó su mirada en el tapete de la mesa.

—Es una lástima, dijo; pues de esta manera se habrían simplificado las cosas.

Entonces la señorita Leniel, que sentía arder su sangre, tomó la ofensiva.

—¿Pero está usted segura, señora, de que el señor Villandré desearía casarse con una persona rica careciendo él de fortuna? ¿No cree usted que una dote cuantiosa sería más bien un obstáculo que una simplificación?

—¿Usted cree en el desinterés?

—En el del Sr. Villandré sí, porque lo ha demostrado, respondió Aurette mirándola con expresión de reto.

—Es verdad, replicó la anciana sin inmutarse. Veo que le conoce usted bien y que puedo fiar en usted para encontrarle una novia que le convenga; y en caso de que vacilara á causa de la diferencia de fortuna, hágale usted comprender que tal vacilación no es razonable. Cuento con usted, añadió levantándose.

Por vez primera en su vida alargó la mano á Aurette y sacudió vigorosamente la que la infeliz le abandonaba. Cuando estaba en la escalinata, previendo el ofrecimiento que iba á hacerle la señorita Leniel, le dijo:

—Muchas gracias, no quiero coche, prefiero ir á pie. En el convento caminaré seguramente muy poco, porque eso de andar como ahora ando es poco distinguido; allí se pasea despacio, porque es de buen tono. Ya me acostumbraré. Además, al principio serán indulgentes conmigo..., y luego que... si no soy noble, en cambio soy rica..., muy rica.

Y diciendo esto, guiñó el ojo con gran sorpresa de Aurette y bajó los peldaños de la escalinata.

—Me guardarán consideraciones, añadió. Hasta la vista, señorita; cuento con usted.

Estaba ya en mitad del patio, cuando se volvió.

—¿No está aquí su sobrino Juan? Lo siento. Salúdele de mi parte. Me es muy simpático ese muchacho. ¡Hasta la vista!

Alejóse á grandes pasos, siguiendo la avenida; y aunque Aurette nada tenía de burlona, no pudo menos que pensar que le costaría á la señora Thomasset gran trabajo adoptar un paso lento de persona muy distinguida.

¡Oh, cómo hubiera querido volver á Quiberón, estar nuevamente sola, vivir con sus pensamientos! ¡Casar á Villandré! Si Villandré se casaba, ¿qué sería de ella? ¿Podría ella soportar jamás la existencia de una mujer que fuese esposa de Natividad?

Aurette no había sabido nunca qué cosa eran los celos; pero en aquel momento, el monstruo entró en su alma de una sola vez y se instaló en ella como dueño absoluto. Después de todo, ¿qué sabía ella de las ideas, de los afectos de Villandré? Porque había creído percibir una mirada se había figurado que la amaba... ¡Una mirada! ¿Qué prueba una mirada? Podía muy bien haberse engañado, ya que no tenía la menor certeza del sentimiento que ella suponía. ¿Y si Natividad no la amase? ¿Si la señora Thomasset estuviese mejor informada de lo que quería aparentar?.. ¿Y si realmente Villandré amase á otra?

Puesta en este camino, la imaginación de Aurette se desbocó. Era evidente que el profesor amaba á alguna á quien ella conocía; la señorita Thomasset lo había sabido ó adivinado, porque bajo su aparente ligereza se ocultaba seguramente una gran perspicacia; y la señorita Leniel, interrogada con habilidad, tendría que mediar, antes de poco, para facilitar las explicaciones.

¡Pobre Aurette! La elevaban ya á la categoría de las personas respetables encargadas de negociar los matrimonios, y era el mismo Villandré quien... El golpe era cruel y los ojos de la «casamentera» se llenaron de lágrimas; pero, sintiéndose demasiado profundamente ofendida para ceder á la sorpresa del dolor, recobró su serenidad y concentró todos sus esfuerzos en cosas insignificantes á fin de ahuyentar las ideas dolorosas.

La visita de Lucila, que en otras circunstancias le habría sido muy grata, no le procuró descanso ni alivio; Aurette, con la ferocidad que se despliega en enconar una herida abierta, se dedicó á interrogar á su amiga acerca de los sentimientos de su hermano. La cosa no podía ser más sencilla, porque ¿acaso no había sido Lucila la que primeramente había tocado este asunto? No había, pues, en ello la menor indiscreción. Abandonado y reproducido cien veces, ese tema irritante acabó por constituir en Aurette una especie de obsesión; pero cuanto más sufría tratándolo, tanto más se esforzaba en hablar de él, esperando tal vez obtener de su amiga una aclaración definitiva.

—¿Conque usted cree que el Sr. Villandré siente una pasión contrariada?, preguntó por décima vez mientras cortaba flores para renovar los ramos del salón.

—Contrariada..., eso quisiera yo; pero no sé nada, respondió Lucila, á quien esos repetidos interrogatorios habían obligado á profundizar la cuestión más de lo que hasta entonces había hecho.

—¿Cómo, eso quisiera usted?, exclamó Aurette estupefacta, con la podadera en alto.

—Después de todo, me pregunto si mi hermano amará á una mujer casada.

—¡Casada!, dijo Aurette dejando caer con desaliento el brazo que sostenía la podadera. ¿Por qué cree usted que se trata de una mujer casada?

—Porque de no ser así, ¿á qué vendría que mi hermano estuviera tan grave y preocupado? Al fin y al cabo no hay muchacha inaccesible para un hombre honrado...

La señorita Leniel sentía como si una mano inexorable le apretara el corazón y parecíale que bajo esa intolerable tortura su sangre manaba gota á gota.

—Pero ¿y si la muchacha fuese muy noble... ó muy rica?, preguntó.

—Muy noble no puede ser, porque no conoce ninguna de la cual pudiera estar enamorado; muy rica..., tal vez... Y sin embargo, ¿sería la fortuna un obstáculo insuperable?

—Desde mi punto de vista no, pero ¿desde el suyo? No sería esto motivo bastante. Lo que me hace pensar en una mujer casada es el silencio que guarda; la persona á quien ama debe ser imposible para él y esto es lo que me da miedo.

Lucila ignoraba evidentemente la visita de la señora Thomaset y Aurette nada dijo sobre la misma, porque todo cuanto se relacionaba con ese orden de ideas le parecía doloroso en extremo.

—Por lo demás, añadió Lucila, en tanto que Aurette seguía cortando flores y ramos del arbusto que iba cargando en los brazos de su amiga, mi hermano vendrá á buscarme antes de comer y usted le verá; procure usted hacerle hablar mientras yo me pondré el sombrero... Siente por usted un gran respeto, una especie de veneración, y tal vez podrá usted lograr de él alguna confidencia. ¡Si usted supiera lo que daría yo por verle dichoso!

Aurette regresó lentamente á la casa escamondando y recortando por el camino los tallos floridos que destinaba á sus jarros. Lucila seguíala distraída. En esto apareció Brochet con un telegrama que entregó á la señora Lenoisy.

—Mi marido llega á las cinco, dijo después de haber leído, y he de marcharme en seguida á Angers. No le esperaba hasta mañana y tengo que disponer una porción de cosas, entre ellas la comida que había preparado para mí sola. Me dispensará usted, ¿no es verdad?

—Brochet acompañará á usted, repuso la señorita Leniel sonriendo ante aquellas manifestaciones de inquieto cariño, tan naturales y tan delicadas por su ingenuidad.

—Si viene mi hermano, confiésele usted, dijo Lucila al despedirse media hora después de su amiga.

XV

Aurette volvió al jardín; no tenía nada que hacer y estaba casi aburrida. En medio de la turbación de sus sentimientos, la charla de Lucila la entretenía y la acompañaba; el anuncio de la visita de Villandré no era lo más á propósito para tranquilizarla.

«¿Qué le diré—pensaba—y qué cara pondrá él? Hubiera debido rogar á Lucila que le participase su repentina marcha, pero habría tomado esto por descortesía. En fin, quizás estaría allí Juan para salvar la situación.»

El gran deseo que en un principio había sentido de ver á solas al profesor, habíase desvanecido al contacto de aquellas conversaciones importunas; la señora Thomasset, de una parte, y de otra Lucila, habían arrancado hasta la última partícula del aterciopelado plumón de las inquietudes de Aurette. La melancolía de Natividad, desde el momento en que era discutida, dejaba de ser aquella cosa misteriosa y sagrada en la que ella había creído ver un amor mudo para convertirse en la perplejidad de un joven que va en busca de una esposa.

«No debiera hablarse nunca de lo que es objeto de nuestros más caros afectos—dijose Aurette con cierto desaliento;—hablando de ello, lo que es una impresión deliciosa se trueca en charla trivial.»

Ese juicio severo de sí misma no tenía nada de consolador; no quiso, pues, volver á la casa, porque cuando se sentía mal dispuesta, el aire libre le parecía siempre el mejor remedio contra su hastío.

Bruno no tardó en reunírsele; echado sobre la arena, á sus pies, dormitaba mirándola de cuando en cuando con ligeros estremecimientos nerviosos. Dos ó tres veces dejó oir una especie de gemido que no llamó la atención de su ama, la cual clavaba y sacaba metódicamente la aguja en el dobladillo de una sábana amontonada á sus pies como el zócalo de una estatua.

Avanzaba la tarde; el sol calentaba menos y la brisa agitaba las hojas de los plátanos; Aurette pensó que Villandré ya no iría al Nido, y entonces se dió cuenta de que, después de haber temido tanto aquella visita, aún habría algo más desagradable que recibirla, y sería verse privada de ella.

En el momento en que esto pensaba, apareció Brochet acompañando al profesor, á quien dejó avanzar solo.

—¿Se ha marchado mi hermana?, preguntó éste después de haberse sentado enfrente de Aurette, que dejó su labor.

—Ha recibido un telegrama de su marido diciéndole que volvería antes de lo que ella esperaba.

—Vengo directamente de casa; Juan no tardará en venir, pero no he podido esperarle porque tenía que hacer una diligencia... De modo que está usted sola, señorita...

—Con Bruno, respondió Aurette.

Toda su cólera, toda su indignación, todos sus celos, toda aquella armazón levantada por su imaginación inquieta, se venía abajo convirtiéndose en polvo que en seguida desapareció. ¡Cómo había podido acusar, hacía un instante, de mezquindad y de disimulo al hombre que estaba sentado delante de ella y cuyos menores movimientos respiraban franqueza! Además ¡estaba tan tranquilo! ¿Qué había sido de aquellas supuestas agitaciones, de aquella tristeza? Natividad parecía muy indiferente á las pequeñas preocupaciones de la vida; aquella calma se comunicó á Aurette y ambos se pusieron á conversar como si á su coloquio asistiera un numeroso público.

De pronto Bruno se levantó, lanzando un grito lastimero; quiso dar un paso, pero su cuarto posterior cayó al suelo pesadamente; otras dos veces intentó moverse, pero luego se tumbó de costado con los ojos convulsos.

—¡Bruno, mi fiel Bruno!, exclamó Aurette arrodillándose junto á él. ¿Qué es lo que tiene, señor Villandré?

El profesor se había arrodillado al otro lado y buscaba el corazón del animal. La señorita Leniel cogió entre sus manos la gran cabeza peluda de su viejo amigo, que se la abandonó como una cosa inerte. Un ligero temblor convulsivo agitaba de cuando en cuando al pobre perro.

—Sr. Villandré, dijo Aurette en voz baja y con acento de indecible conmiseración; está muy malo, ¿no es verdad?

—Tiene un ataque de parálisis...

—Mande usted á Brochet por un veterinario; que vaya á caballo..., por favor, Sr. Villandré.

En esto acercábase Juan cantando y saltando; Villandré, sin levantarse, levantó una mano para advertirle y el niño se paró en seco.

—Váyase, Juan, dijo el profesor, váyase á casa, amigo mío, y déjenos usted solos.

El muchacho obedeció en seguida, aunque á regañadientes, y ni una sola vez volvió la cabeza.

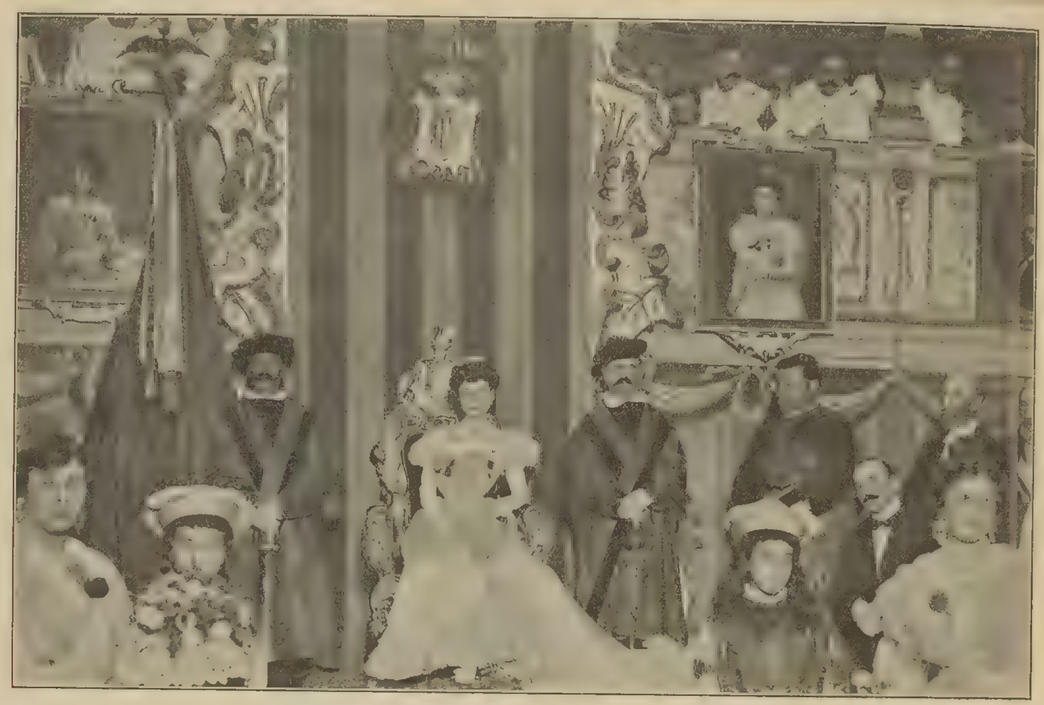
—Señorita, siguió diciendo Natividad en voz baja; también usted debería retirarse.

—Se va á morir, ¿no es verdad?, murmuró Aurette con una mirada de resignación y de lástima. ¡Pobre Bruno, pobre compañero mío! Hemos vivido muchos años juntos..., le quiero y no hay que censurarme por ello.

Quiso mostrarse animosa, pero en vano, pues de sus ojos brotaron las lágrimas, que fueron á caer sobre el pelo del animal moribundo.

(Se continuará.)

En tanto que Aurette seguía cortando flores y ramas del arbusto



Valencia.—Los Juegos Florales del «Rat Penat.»—La reina de la fiesta señorita D.ª Margarita Ruiz de Libori en su trono. (De fotografía de Barberá.)

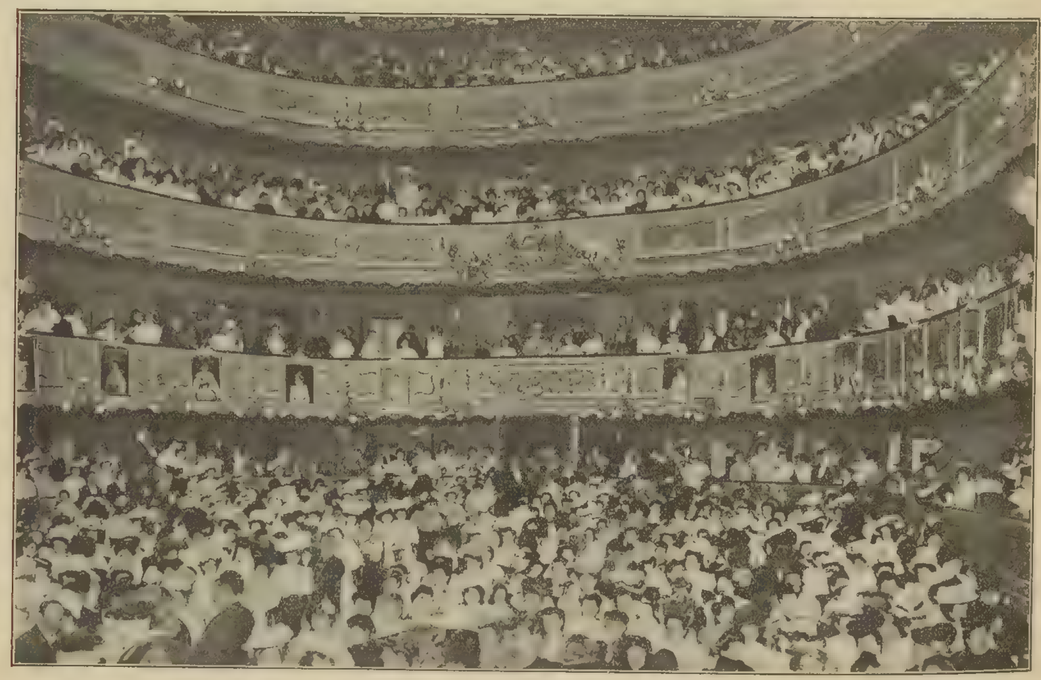
VALENCIA

LOS JUEGOS FLORALES DEL «RAT PENAT»
LLEGADA DEL SR. KINDELÁN

La presencia de S. A. la infanta D.ª Isabel ha aumentado la brillantez tradicional de los Juegos Florales que anualmente se celebran en Valencia.

La fiesta se efectuó en el teatro Principal en la noche del 30 de julio último; en el estrado, un artístico dosel de ricas telas con las barras de Aragón cobijaba la *cadira d'or* que había de ocupar la reina de la fiesta; en el palco central hallábase la infanta, acompañada de la duquesa de Nájera y de la marquesa de Malferit; los retratos de las reinas de años anteriores adornaban los antepechos de los palcos de primer piso.

El presidente del «Rat Penat» señor barón de Alcahalí abrió la fiesta con un hermoso discurso, terminado el cual el secretario del Jurado procedió á la lectura de los nombres de los poetas premiados. Al pronunciar el de D. Teodoro Llorente, agraciado con la flor natural, el público tributó á éste una ovación entusiasta. El Sr. Llorente ofreció la flor á la infanta, quien delegó el honor que se le otorgaba en la bella y distinguida señora doña Margarita Ruiz de Libori, hija del barón de Alcahalí, que entre los acordes de la marcha real pasó á ocu-



Valencia.—Los Juegos Florales del «Rat Penat.»—Aspecto de la sala del Teatro Principal, en donde se celebró la fiesta. En el palco central S. A. la infanta D.ª Isabel con las Excmas. Sras. marquesa de Malferit y duquesa de Nájera. (De fotografía de Barberá.)

Valencia.—Llegada del capitán de Ingenieros Sr. Kindelán, el intrépido aeronauta que, tripulando el globo «María Teresa,» estuvo á punto de perecer en el mar después de haber permanecido más de veinticuatro horas en el aire
(De fotografía de Barberá.)

par el trono. La poesía premiada, así como otra del mismo autor dedicada á S. A., fueron acogidas con estruendosos aplausos.

Después de la distribución de los demás premios, leyóse un mensaje dirigido al Sr. Llorente con motivo de la celebración de sus bodas de oro de poeta, por cumplirse ahora cincuenta años de la publicación de su primera poesía valenciana. La lectura del mensaje y la entrega al Sr. Llorente de una corona de laurel produjeron una nueva explosión de entusiasmo.

Terminó el acto con un magnífico discurso del P. Calpena, rector de San Francisco el Grande de Madrid, quien en elocuentes períodos habló de la poesía, del regionalismo y de la idea de patria, siendo saludado al final con ruidosos aplausos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia con sincero entusiasmo al homenaje que Valencia ha tributado á D Teodoro Llorente, y se complace en testimoniar su afecto y su admiración al inspirado vate, gloria de las letras valencianas.

La llegada á Valencia del Sr. Kindelán ha revestido las proporciones de grandioso acontecimiento. No hemos de referir minuciosamente la arriesgada aventura de que ha sido protagonista el intrépido capitán de Ingenieros que durante dos días tuvo en angustiosa ansiedad á toda España, porque la prensa diaria la ha relatado ya con todos sus interesantes pormenores. Tripulando el *María Teresa*, de 600 metros cúbicos, tomó parte el Sr. Kindelán en el concurso aerostático que se efectuó en la tarde del 24 del pasado julio en aquella ciudad, y por espacio de diez y siete horas estuvo el globo á merced de tempestuosas corrientes aéreas que, empujándolo hacia el mar, lo llevaron primero hacia las Baleares, luego hacia el golfo de Lyón y finalmente hacia el Sur. A las doce y media del día 25 la barquilla penetró en el agua, sosteniéndose así hasta las siete, hora en que el aeronauta hubo de abandonar el globo y echarse al mar; dos horas después, cuando ya las fuerzas le faltaban, fué salvado por el vapor mercante inglés *West-Point*, que un rato antes había recogido al *María Teresa* y que desembarcó al náufrago en Garrucha.

La noticia del salvamento produjo universal satisfacción. El Sr. Kindelán marchó inmediatamente á Madrid á abrazar á su madre, y solicitado por los valencianos, volvió á Valencia, adonde llegó el día 31, siendo recibido por las autoridades, representaciones de centros y entidades, muchos jefes y oficiales de todos los institutos armados y por una multitud inmensa que no cesó un momento de aclamarle desde que descendió del tren hasta que entró en la Capitanía general.

Del espectáculo que ofreció Valencia con motivo de la llegada del Sr. Kindelán da perfecta idea la fotografía que en esta página reproducimos y en la que se ve al valeroso capitán de pie en el coche, correspondiendo á los saludos entusiastas del público.—T.

La comida del obrero, cuadro de León Frederic, existente en la Galería de Bruselas

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 19 de agosto de 1907 — Núm. 1.338

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ANTÍCOLI-CORRADO, cuadro de Mariano Barbasán

ADVERTENCIA

Con el número próximo repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la presente serie, que es la preciosa novela

SOLEDAD

original de la eminente escritora que oculta su nombre bajo el seudónimo de Víctor Catalá.

Esta novela es indudablemente una de las mejores joyas de la literatura catalana contemporánea, y estamos seguros de que ha de ser una de las más importantes obras de nuestra biblioteca.

De la bondad de su traducción es garantía el nombre de D. Francisco J. Garriga, el ilustrado catedrático del Instituto de Oviedo. En cuanto á las ilustraciones, con decir que son originales del genial artista Sr. Mas y Fondevila queda hecho su mayor elogio.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

En estas noches caniculares, la gente madrileña, condenada por fas ó por nefas á asarse más ó menos lentamente en la villa del oso y del madroño, uno de los recursos con que cuenta para librarse de los peligros de la asfixia, es irse á respirar el aire que orea las frondosas alamedas del Retiro, en donde se ha instalado la modesta, pero simpática exposición de industrias locales. Allí, además de aire respirable, hay setos de arbustos, árboles, explanadas sin polvo, cervecerías, cafés, conciertos, títeres... y hasta su poquito de teatro. Claro es que apenas si se oye la música ni á los cantantes; pero una y otros son pretexto para que las chicas casaderas charlen con sus novios, para que las que no los tienen los encuentren y para que hombres ó mujeres que no se hallan en estado de merecer sueñen al runrún de la música con frescas y dilatadas playas, con los conciertos de San Sebastián ó de Santander, con las fiestas de Biarritz ó con amenas excursiones por los montes y valles de Galicia.

He ido algunas noches al Retiro y he de decir que más que los sones de la orquesta, las representaciones fragmentarias de ópera ejecutadas en el teatro ó los arriesgados ejercicios de la Agustini, me entretiene el espectáculo que me ofrece el público que acude á la Exposición. De ese «todo Madrid» que brilla en las grandes fiestas del invierno y que llena el Real las noches de moda y el Español los miércoles, no se ve ni una sola persona. El «todo Madrid» falta de Madrid. Falta asimismo la alta burguesía, que aquí, como en todas partes, se despepita por imitar á la aristocracia, y hasta una gran parte del pueblo soberano, que gracias á los trenes botijos puede permitirse el placer de visitar el litoral de la península.

Aquí sólo quedan, durante el mes de agosto, los amarrados al duro banco del trabajo, como el forzado de Dragut al banco de la galera turquesca, ó los que no tienen unas cuantas docenas de pesetas ni persona que se las preste. Esos son los que se congregan por la noche en las alamedas del Retiro. La media luz que allí reina da apariencia de elegantes *toilettes* á las modestas galas con que finge lujo la cursilería, y sombreros cuyos lazos ajados y flores marchitas no podrían resistir el esplendor de los rayos solares, vestidos que á buena luz denunciarían una larga hoja de servicios y zapatos y botas que se ríen, hacen un papel muy aceptable.

En uno de los corros que se forman en la gran explanada frontera del teatro, oí la otra noche el siguiente diálogo:

—¿Y ustedes?, decía un señor respetable á una señora respetable también rodeada de tres muchachas de buen palmito, pero cursis, las pobrecitas, como ellas solas.

—No me hable usted de salir, contestó la señora. ¡Madrid de mi alma! En ninguna parte, créame usted, se pasa el verano mejor que en Madrid. Aquí tiene una su casa, sus comodidades... ¡Mientras que fuera!.. Nosotras, ¿verdad, niñas?, íbamos todos los años á San Sebastián. ¡Qué aburrimiento! La concha, el bulevar, el casino... Y luego las fondas, ¡qué fondas! A nosotras el veraneo nos costaba un sentido y estábamos detestablemente... Así es que yo les dije á éstas: «Se acabaron los viajes,» y ahora lo pasamos tan guapamente. Por el día en nuestra casita muy entornada, con poca luz y sin moscas, y por las noches ó al paseo de Recoletos, que ahora han dado en llamar la playa, ó á Rosales, en donde hace un fresco delicioso, ó aquí, en donde ya ve usted que tenemos de todo, hasta cinematógrafo...

A pesar de esta teoría, que en diferentes formas, pero idénticas en el fondo, exponen casi todos los que *veranean* en Madrid, es lo cierto que la mayor parte de los que gozan de los encantos del Retiro ó de los del paseo de Rosales y Recoletos, se darían con un canto en los pechos por pasar siquiera dos semanas aunque no fuese más que en Pozuelo ó en Carabanchel de Arriba.

Y véase cómo la comedia que representa el público es más entretenida que los pedazos de ópera que se ejecutan en el escenario del teatro del Retiro.

Los demás de Madrid, á excepción de la Zarzuela y del Lírico, están cerrados á piedra y lodo. Las compañías que antes funcionaban en ellos andan ahora haciendo su agosto por provincias.

El teatro de la Zarzuela, que es sin duda uno de los más grandes y mejores de Madrid, está, si no completamente lleno, muy concurrido todas las noches. Funciona en él una compañía compuesta de artistas de escasas pretensiones que representan de un modo bastante aceptable obras de género cómico, en su mayor parte del repertorio de Lara. La entrada á este teatro cuesta quince céntimos, y en tal baratura estriba el favor que desde hace un mes le otorga el público.

En el Gran Teatro, á la gentil é incomparable Loreto ha substituído un cinematógrafo (de ellos hay peste ahora en Madrid), que ha despertado gran curiosidad entre los aficionados á espectáculos emocionantes. Una de las cintas de este cinematógrafo representa la ejecución de varias operaciones quirúrgicas. Por unos cuantos céntimos podemos recrearnos viendo cómo un hábil operador abre en canal á un enfermo, cómo le saca los hígados para limpiárselos y ponérselos como nuevos, cómo le extirpa un cáncer, ó cómo, en fin, le raja, pincha, desuella y cose.

Es un espectáculo muy divertido..., tan divertido, que á mí, que tuve la debilidad de verlo el día de la inauguración, me ha quitado lo menos para una semana las ganas de comer.

Si en Madrid no tenemos ahora otros sitios de esparcimiento que los que quedan enumerados, á los cuales hay que añadir el Ideal Polistilo, en donde se declama y se patina, en cambio está como quien dice á la puerta de casa el teatro de la ciudad lineal.

La ciudad lineal es un barrio que ha surgido como por encanto al Este de Madrid y á una distancia de la capital que no llegará á cuatro kilómetros. Hace algunos años empezóse á hablar de un proyecto que como todos los que se salen de la rutina, fué calificado de insensato y hasta de ridículo. A un señor chiflado (las iniciativas son siempre chifladuras) se le había ocurrido construir una ciudad cuyos habitantes pudieran disfrutar de aire, de luz, de cómoda vivienda y de jardines—cosas de que carece el noventa por ciento de la población de Madrid, —y todo ello por poco dinero.

La idea, como digo más arriba, pareció descabellada. ¿De dónde iban á salir los millones que eran necesarios para llevar á la práctica tan desatinado proyecto? ¿Quién se decidiría á construir en aquellos áridos terrenos? ¿Cómo aunar la suma de esfuerzos que han menester para crear nada menos que una ciudad?

Sin embargo, aquello que parecía locura fué poco á poco convirtiéndose en hecho real. La triste llanura se cubrió de árboles, de huertos, de jardines, y al propio tiempo fueron surgiendo lindos hoteles, elegantes chalets, alegres casitas rodeadas de flores y de arbustos...

Los pesimistas no daban su brazo á torcer. Cierto —decían—se han hecho algunas construcciones, se las ha embellecido todo lo posible; pero ¿quién va á irse á vivir á una legua de Madrid sin tener las ventajas de la capital ni las de una aldea? Pronto fué contestado también victoriosamente este reparo. Un tranvía de vapor que arranca de los Cuatro Caminos, cruza en toda su extensión la ciudad lineal (cinco kilómetros) y va á terminar en las Ventas del Espíritu Santo, pone en fácil comunicación á Madrid con la nueva barriada.

Hoy cuenta la ciudad lineal con todos los adelantos de que disfrutan las grandes capitales, juntamente con los atractivos de la vida campesina. Allí se puede tener una *serre* con plantas exóticas en el salón y gallinas en el corral; automóvil y pollino, hielo artificial y cabras con las ubres cargadas de leche. Allí se disfruta de todas las comodidades urbanas y de la serena paz de las aldeas. Allí puede uno cultivar por sí mismo las flores de su jardín y oir por teléfono los gorgoritos de las sopranos del Real.

Yo creo—dicho sea de pasada—que en plazo relativamente corto se ha de transformar de modo radicalísimo la vida presente. La ciudad antigua, el amontonamiento antihigiénico de casas, nacido de la necesidad de agruparse en torno de una fortaleza protectora y dentro de un circuito amurallado, no tiene ya razón de ser. Diríase que las casas huyen de las ciudades. Por otra parte, el ferrocarril, el tranvía eléctrico ó de vapor, el automóvil, el globo, van acortando y anularán muy pronto las distancias. El tiempo que ahora se emplea en recorrer la distancia que existe entre el barrio de Salamanca ó de Argüelles y la puerta del Sol, será muy pronto igual al que se gaste en ir desde Madrid al Escorial ó á Aranjuez. No habrá ya ciudades, pueblos, aldeas, sino una gran población diseminada y esparcida por los campos, los valles y los montes, y cuyos habitantes estarán entre sí en íntima y fácil comunicación.

¿Quién que pueda recorrer por unos cuantos céntimos y en pocos minutos treinta ó cuarenta kilómetros se resignará á vivir, pongo por caso, en las infectas casas de los barrios bajos de Madrid ó en los repugnantes suburbios de las rondas de Valencia ó de Embajadores, teniendo por poco precio cómodas y sanas viviendas en el campo y por precio mucho más económico que el que ahora cobran los dueños sin entrañas de los tugurios madrileños? .

Yo, como cualquier hijo de vecino, me indigno cuando veo correr por las calles automóviles con velocidad desenfrenada, cuyos viajeros no van á ninguna parte; pero pasado el primer movimiento de protesta contra los desatentados atropelladores automovilistas, pienso que ese vehículo, hoy casi exclusivamente de lujo, será pronto, como lo son el tren y el tranvía, el carro del pobre, y que gracias á él, la población que actualmente se asfixia en los chiribitiles de las grandes ciudades, podrá sin desatender sus fábricas, sus talleres, sus escritorios, disfrutar del aire, de la tierra, del sol, dones que Dios ha concedido á todos los hombres.

Volviendo ahora á la ciudad lineal, primera etapa en lo que á Madrid se refiere de esa expansión, que pronto, muy pronto, será un hecho, he de añadir á lo dicho que de día en día va adquiriendo mayor importancia y belleza. Entre sus últimas construcciones hay una verdaderamente grandiosa en que se reunen, en un espacio relativamente pequeño, varios sitios de recreo á cual más cómodos y elegantes. Cuenta dicha construcción con un excelente restaurant, un magnífico juego de pelota, sala para conciertos, café, teatro y no sé cuántas cosas más.

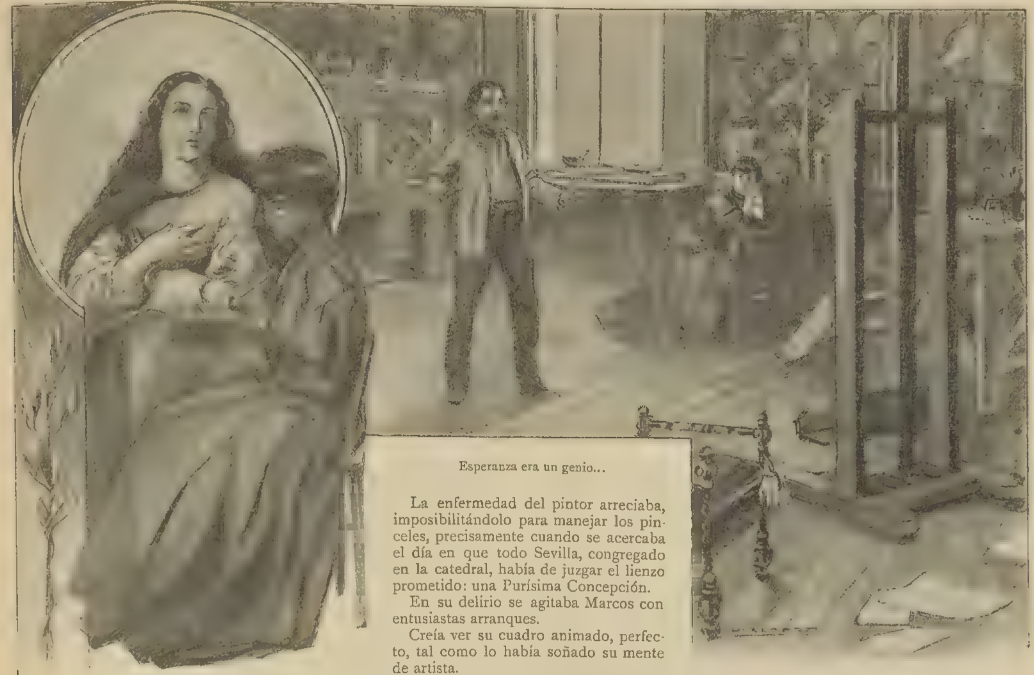
En pocos minutos, media hora á lo sumo, se traslada el viajero desde la puerta del Sol hasta el centro de la nueva ciudad, en donde está construído el susodicho edificio. El teatro es amplio y elegante y en él funciona ahora una compañía de zarzuela grande á cuyo frente figura el veterano tenor Bergés. Una concurrencia bastante numerosa se recrea oyendo la música de Barbieri, Arrieta, Oudrid y contemplando aquellas obras que fueron el encanto de nuestros padres.

Terminada la función, el público asalta los vagones del tranvía de vapor; se pone en marcha el convoy, los hoteles, chalets, huertos y jardines de la ciudad lineal desaparecen, y el viajero entra en Madrid muy satisfecho de haber realizado por poco dinero una excursión *veraniega*, más corta, es verdad, pero incomparablemente más cómoda que las que se realizan á costa de penosos sacrificios por las playas del Norte de España.

Véase, pues, cómo no carece de cierto fundamento la opinión expuesta á favor del veraneo en Madrid por la señora cuya conversación oí noches pasadas en el Retiro...

De todos modos, siempre es bueno contentarse cada cual con lo que tiene, sin aspirar á más. Quizás sea esta la fórmula suprema de la felicidad.

ZEDA



Esperanza era un genio...

LO IMPREVISTO

Era cerca de la calle del Candilejo, en Sevilla, donde Marcos tenía establecido su taller, frente por frente de la iglesia de San Isidro, en modesta vivienda que traslucía lo precario de la situación, creada por las amarguras, por las decepciones y por la penosa y larga enfermedad.

Hombre de enérgicas aspiraciones y artista entusiasta, no había descendido del pedestal donde sus méritos lo colocaran sin vigorosa lucha; pero rendido por la adversidad, vió poco á poco decaer su espíritu y hasta dudó de aquella inspiración que sobresalía en los hermosos lienzos, ornato y orgullo de templos y palacios.

Desheredado de afectos íntimos, por la muerte de la mujer amada y del padre que había logrado menguar aquel acerbo dolor, se encontró el artista solo en el mundo con sus desventuras y con su pobreza.

Sin embargo, en el solitario y triste hogar había dos seres que constantemente le rodeaban con su cariño é inagotable ternura.

Un niño y una mujer.

El hijo de su amor, de la compañera jamás olvidada, y la huérfana ahijada suya que un pariente muerto en América había confiado á su leal protección.

Hermosa como la esperanza que le daba su nombre, dulce como el ensueño de un poeta, semejaba una de esas huríes prometidas á los árabes, ó más bien cautivadora madona italiana que diera inspiración á Miguel Angel y á Rafael.

Sus correctas facciones tenían la pureza del tipo griego, y á sus grandes ojos negros, velados por larguísimas pestañas, asomaba el alma grande y generosa.

Cabellera como terciopelo, pie menudo, busto mórbido, encanto misterioso, gracia que no admite descripción, formaban un conjunto arrebatador y que á la vez rechazaba todo sentimiento ajeno á la castidad y á la pureza.

Con una palabra, con una mirada, hacía desaparecer las mortales amarguras del pintor, y devota admiradora de su talento, le amaba con su corazón de ángel, con su alma de mujer, con la delicadeza y la ternura de un ser por entero consagrado á otro ser.

Era difícil analizar cómo había brotado aquel amor que iluminaba la vida de Esperanza; pero se desarrolló á favor de la abnegación y de la piedad.

A solas consigo misma se creó una religión de su cariño, y la sublimidad del deber y de la gratitud la hicieron artista gloriosa.

Marcos había sido el único protector de su infancia: era justo, justísimo, que á su vez se sacrificase por él.

La enfermedad del pintor arreciaba, imposibilitándolo para manejar los pinceles, precisamente cuando se acercaba el día en que todo Sevilla, congregado en la catedral, había de juzgar el lienzo prometido: una Purísima Concepción.

En su delirio se agitaba Marcos con entusiastas arranques.

Creía ver su cuadro animado, perfecto, tal como lo había soñado su mente de artista.

Pero en los instantes lúcidos dábase cuenta de lo irrealizable que era su hermosa aspiración, viéndose en la miseria, en la desnudez y postrado en pobre lecho; sólo un milagro podría devolverle fortuna y prestigio.

Rayos de sol que iluminaban la lobreguez de sus pensamientos eran las sonrisas de su hijo y de Esperanza.

Por otra parte, la voluntad se imponía, y á todo trance pensó en concluir aquel lienzo que con tanto amor había comenzado.

—Yo podré ayudar á usted, murmuró Esperanza en uno de esos momentos en que Marcos, nervioso y alentado por restos de energía, intentaba levantarse.

—¿Tú? Imposible. ¿Qué duda cabe? Tienes mano fácil, tal vez inspiración; pero ¿acaso podrías imitarme en detalles y colorido?

A poco Esperanza le mostró un cuadrito galano, risueño, rico en luz y en realidad.

—Por él me ofrecen sesenta duros, balbuceó.

—Con mi firma darían tres mil; pero aún le falta algo..., *ese no sé qué* del verdadero genio.

—Usted no puede trabajar; con algunas lecciones le prestaría á mis cuadros el sello de su talento.

—No, no; nadie sino yo puede concluir mi Concepción.

Y se encerró de nuevo en sus amarguras.

Ya comprendía que Esperanza era artista y le halagaban sus rápidos progresos; pero aún le negaba el impulso creador que invade lo desconocido, que desdeña la imitación y que revela el superior ingenio.

En las figuras de Marcos resplandecían la verdad, la belleza, la especialísima expresión.

Acusaban ese estilo privilegiado que inmortalizará á Murillo, á Rubens y á Velázquez.

Mas la tisis que le consumía le clavó tenazmente en la cama y hubo menester que Esperanza trabajara sin tregua para atender á las precisas necesidades de la casa.

La joven hizo prodigios para no descuidar al niño ni que el enfermo careciese de nada.

El amor la fortalecía y su inspiración se agrandaba con el infortunio.

Ya Marcos, cuando la calentura le permitía algunas horas de reposo, reflexionaba preguntándose cómo aquella criatura sola y sin apoyo salvaba la situación angustiosa, y un terrible pensamiento surgió en su cerebro débil y atormentado.

¿Sus cuadros, sus bocetos, habrían sido malvendidos para atender á las perentorias necesidades?

Ya creía recordar haber escuchado palabras vagas cuando la fiebre con tenazas de hierro le sujetaba inerte y sin conciencia de sí mismo, y como la incertidumbre era peor que la realidad, interrogó á Esperanza.

—Maestro, ni uno solo de sus cuadros ha salido de esta casa.

—Mis bocetos...

—Tampoco.

—Pues entonces, no comprendo...

Y un mar de dudas y confusiones poblaron su imaginación.

Suspenso estaba sin darse cuenta exacta de lo que sucedía, cuando una voz muy conocida resonó en la pieza inmediata á su dormitorio.

Se levantó tambaleándose; abrió la puerta, encontrándose frente á frente con uno de los que antes compraban en alto precio sus cuadros.

—Por éste no puedo dar sino cien duros, decía.

—Yo no tengo lienzos de ese precio, exclamó Marcos.

El comprador, sorprendido, balbuceó:

—Comprendo, maestro; las circunstancias son apremiantes, y por eso..., pero aquí está el dinero de los que me llevé hace unos días.

—¿Qué dice usted?

—La verdad, y éste que su ahijada me vendía ahora vale mucho más. ¡Qué hermosa escena de familia! No puede existir mayor naturalidad.

Marcos se fijó en un lienzo, lanzando una exclamación de sorpresa.

Lo comprendió todo: Esperanza era un genio y sus cuadros tenían el sello de mano maestra; se identificaba con el pintor y traducía su propia inspiración.

A esta sorpresa siguió otra mayor.

Aquel hombre iba encargado por la junta de las cofradías para suplicar á Marcos asistiera á la gran fiesta, al triunfo que su maravillosa Concepción le reservaba.

Pensó estar soñando.

Sostenido por la emoción fué hasta su taller. Allí vió el caballete, pero el lienzo había desaparecido.

Esperanza sollozaba, implorando perdón.

—¿Concluída por ti?

Y efusivamente la abrazó.

. . . .

En la catedral no cabía el gentío el día de la Purísima. Los minutos parecían horas para los que aguardaban se descorriese el velo que cubría la deseada imagen. El asombro fué inmenso.

La obra era una maravilla del arte. La expresión celestial indescribible. Las ondulaciones del ropaje y el manto un prodigio. Era imposible pedir mayor perfección ni más gráfica exactitud. El cuadro resultaba una verdadera joya artística.

Esperanza y Marcos se confundían en uno solo: el lazo del amor purísimo unió sus almas gemelas.

(Dibujo de Calderé.) BARONESA DE WILSON.

JULIO ROMERO DE TORRES

Veis aquí, en estas amplias páginas, media docena de fotografías malas, tan deficientes como fueron las de ayer, en España y fuera de España. Dispensad, sin embargo, al artista anónimo, ya que vuestros ojos y los míos están acostumbrados á ver, sin gran asombro, reproducir escenas de la vida y sus bellas interpretaciones en pintura y en escultura en copias foto-

Julio Romero de Torres

gráficas siempre frías, sin adelanto y sin color; perdonadle y creed conmigo: que hoy también profanó, ¡oh desdicha grande!, el divino arte y lo trituró...

Pero, lectores, ¿de qué medio valernos, en este siglo de las luces—las que yo no veo por ninguna parte,—para que ustedes al leer esta crónica, que será de franco homenaje á un pintor joven de gran talento, atisben algo de lo mucho que ya en sus obras ha rea-

Flor de estufa, cuadro de Julio Romero de Torres

lizado el artista nuevo, y puedan apreciar también su educación sólida, su gusto exquisito, y en fin, los rasgos delicadísimos de su bella pintura fuerte y duradera?..

Sólo ante sus lienzos, donde la originalidad del color tiene en las pinturas de Romero de Torres tanta fuerza como la espiritualidad hondísima de la figura, y casi tanta también en el paisaje, armónico siempre con la idea del poeta pintor; sólo allí, repito, ante el cuadro, maravilla de forma y de expresión, podemos conocer bien al notable artista y admirarle á nuestro sabor. Entonces le profetizamos sin reparo alguno su aledaño reinado por un camino de flores...

¿Y si yo os dijera que muy pocos españoles han podido contemplar de esta forma, bien cerca y á sus anchas, los cuadros que el artista cordobés ideó? Unas veces culpa fué de la altura en que se colocaron—en esos salones madrileños de la Exposición del Estado, dispuestos sin orden ni concierto ni gusto—las obras del joven artista; otros años, los más, hay que decir que Julio Romero de Torres no concurrió á ningún concurso oficial de pintura. Achacamos entonces su ausencia sus admiradores á un desaliento grande, que si en Anglada, Zuloaga y Llimona, entre otros infinitos artistas descontentos, se concibe perfectamente y y les está bien el gallardo gesto, en un pintor de veintiocho años que por fuerza tiene que vivir en un hogar modesto de Córdoba—por tiernos lazos y rasgos sublimes creado,—era aquella loca idea de un suicida y la renuncia á un triunfo cercano y cierto. Fué así como, mal aconsejado, decidió el notable artista Romero de Torres apartarse, por algunos años, del mundanal ruido, y en la Mezquita de Córdoba fué restaurador. Yo lo vi muchas veces enhiesto en lo más alto de un elevadísimo andamiaje componiendo, retocando hábilmente techos policromos y ventanales de encaje y vigas de palosanto y cedro. ¡Había que vivir la dura existencia! En la casa de Ramiro de Torres, por aquellos días ya huérfano, se acomodaban á yantar alrededor de una mesa más de una docena de personas entre hijos, hermanos pequeños y sobrinos sin padres. Y aquí quiero yo hacer constar este hermoso rasgo del joven artista para que los lectores puedan comprender todo el sublime esfuerzo del notable pintor que, haciéndose por aquella época, en los primeros años de lucha titánica y en los comienzos de su difícil y productiva carrera, tenía que ocupar su talento en obra enojosísima, pesada y sin encantos.

Era para muchos un secreto que Romero de Torres dedicase algunas horas diariamente á su arte, á su gusto entero, á progresar con anhelos incansables de elegido en una pintura moderna, cimentada en la adoración de los grandes maestros que murieron y vivirán siempre en sus obras. Allí en Córdoba, suelo de los artistas completos, no existirían Grecos ni Velázquez admirables; pero quedaban aún ocultos en alguna lúgubre iglesia mora ciertos maravillosos lienzos que ni los dos grandes maestros del mundo que cito hubieran despreciado por anodinos y mediocres.

Os diré ahora que en este manantial purísimo bebió en sus enseñanzas, un día y otro, el artista que nos ocupa, descubriendo en aquellas bellas pinturas, como oro viejo que eran, los más recónditos y exquisitos detalles que le subyugaban. Y Valdés Leal, una gloria cierta de nuestra pintura, fué el único maestro de Romero de Torres. En comprenderle, hasta donde puede llegar la penetración de un espíritu de distinta época en otro, puso el pintor moderno toda su gran inteligencia, y lo consiguió al fin.

Siguió en esto el mismo maravilloso ejemplo que Zuloaga nos da en todas sus obras. Yo acabo de ver entusiasmado, como ante pocas creaciones lo estuve estos últimos años, en la importantísima Exposición de Barcelona: los *Hombres de pueblo*, *El mielero*, *Los bebedores*, *El segoviano*, etc., que el gran pintor vascongado nos presenta, y todos recuerdan los hombres de Velázquez como una sugestión. De las mujeres, *Familia de gitanos*, *Las bailaoras*, y sobre todos, *La celestina* y *La gitana*, al temple, ¿quién por poco que conozca al divino Goya no verá en estos lienzos su influencia de genio? Y no es defecto este camino ni esta semejanza—quien lo suponga ó recuerde los malos discípulos de los grandes maestros es tonto—ni tampoco lo es que Zuloaga, de nuestro jardín, si lleno de gardenias y de rosas, no libre, por desgracia, de espinas y de humildes florecillas, haya escogido las mejores muestras, los más olorosos frutos como seguros guías, y con todo su gran ingenio, ya tan educado, llegue á este instante en el que en sus treinta y cuatro obras expuestas se vean, con la originalidad propia de un gran pintor de su talla, potentes reflejos de las pinturas de tres colosales maestros: de Velázquez, Greco y Goya.

Quedarán muchas de las obras de Zuloaga, y como las de este maestro, también las de unos jóvenes discípulos que, desengañados tal vez de que no pueda hacerse nada mejor dentro de toda la pintura que conocemos, han vuelto á nuestro viejo campo del Museo del Prado, y alrededor de él giran incansables, quizás tristes, quizás ensoñadores y llenos de esperanza...

* * *

Hablemos en este punto, después del pequeño prólogo escrito ya que es la presentación, á la ligera, de un hombre bueno, trabajador, inteligente y colmado

Rosarillo, cuadro de Julio Romero de Torres

sin tasa de envidiables dotes de sociabilidad, que seguramente os cautivarían si amáis, como yo, las almas purísimas, sencillas, diáfanas, de algunos seres adorables, santos en este ajetreo diario de la vida, que ni se dan cuenta de su valer, ni lo aprecian en nada; hablemos ahora, digo, de las bellas pinturas de Julio Romero, nuevo y exquisito artista que siente predilección por una pintura sobria—como es toda la de los antiguos maestros del Museo—y en la que es su intento y su afán el transparentar el espíritu de la figura y de las cosas que integran un ambiente. ¿Lo consigue? Precisamente el gran triunfo de Romero y su fama ya entre los más notables pintores de la nueva generación, más modernísima que la de Mir, Casas, Bilbao, Feliu, Rusiñol y Chicharro, y entre los anteriores maestros que no viven, procede y es hija de la justa admiración con que se han contemplado las poéticas y profundas pinturas del joven artista, que nos muestra como maravilla en casi todos sus lienzos las mujeres cordobesas, tan interesantes, tristes y bellas como jamás se pintaran y deben serlo.

¡Da pena mirarlas!.. Dijérase, y á no ser por la vestimenta con que estas gloriosas femeninas cubren sus aterciopeladas carnes, que fueron vistas y presas estas idealidades en la retina del pintor en sitios lejanos, en los jardines y harenes de los sucesores de los Omeyas y Adbasias, señores del Africa. ¡Qué tristeza en sus negrosos ojos!.. ¡Qué languidez de muerte, de desfallecimiento, en todo su delicado cuerpo, cim-

breante como la palmera y oloroso como la flor del jazmín! Parece que unas y otras, todas estas mujeres, tienen en sus casas un drama continuo, espantoso, que es dura la vida y que pesa sobre sus débiles cuerpecitos de sultanas moras como una maldición. ¿Acaso fué la madre de Boabdill ó todas las mujeres juntas de los cármenes de la Alhambra, que á su partida imploraran venganza á Alá, y las escuchó?..

Y todas estas creaciones femeninas del pintor son hermanas gemelas de su espíritu: exquisitamente melancólicas, y están llenas de un dolor tan intenso, inteligente y profundo, de los que tienen lágrimas, que su angustia nos atrae como un abismo... ¡Oh mujeres de otros tiempos que aún vivís en pueblos españoles y que en medio de vuestro desconsuelo, quizás de escépticas ó de apasionadas sinceras, dais á la vida todo el perfume de la verdadera poesía que vase perdiendo, yo os ensalzo y venero!.

* * *

Lector, mira atento los cuadros mal reproducidos del artista. En ellos observarás que no se abusa de una composición detallista que estorbaría por falsa y vulgar. Sólo se ven en estos lienzos dos ó tres figuras de mujeres y niños—la ternura que deben cantar los poetas.

Aquí, una madre con su hijo, quizás enfermo del mismo mal incurable que ella; en otro lienzo, un infante acostado en una camita blanca y pobre; más allá, en otra pintura, un jardín de Córdoba, lleno de palmeras, de bojes, alhelíes, campanillas y albahaca; verde es el fondo, y en primer término se acercan al espectador las interesantes figuras de unos niños que conduce una criada, sencilla, bella y triste también; y por último, en otra exquisita obra, tenéis sentada en una silla, de las que en Córdoba llaman «de la cocina,» á *Carmen,* la mujer tipo, que el pintor supo descubrir en la vieja y tortuosa ciudad moruna, para mostrarla después en sus lienzos con sublimidades que marcan una época y descubren un mundo de angustias heredadas, que se presentían, y flotan, sin otro remedio, en esas ciudades que parecen pertenecernos y no son nuestras, porque una dominación espiritual de artistas exóticos reina todavía.

A la amiga, cuadro de Julio Romero de Torres

No es rica la paleta de Romero de Torres, ni hace falta que lo sea. La tristeza es una enfermedad terrible en la que sobra toda mezcla de color que no sea extrahumano.

Dibuja sus figuras el artista como un profundo maestro que conoce al dedillo su arte y no titubea un instante, y lo sigue sin amaneramientos que serían en el nuevo pintor censurables.

Y así, por una senda donde la originalidad y la verdadera poesía van unidas como hermanas gemelas, contemplamos la marcha del notable pintor Romero de Torres, que avanza con paso largo, fuerte y seguro.

¿Llegará al límite de sus ilusiones? ¿Se mantendrán años y años sus hoy admirables lienzos, en los buenos Museos, para gloria de nuestro arte? Hoy sólo puede decirse que este depurado pintor, ya dueño de elevadas recompensas y medallas, merece las más altas.

* * *

Unas obras de pequeño tamaño presentadas en la última Exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid, unas cabezas de mujer, de *Carmen* y de *Soledad,* que fueron adquiridas inmediatamente por la marquesa de Esquilache, hicieron que muchos inteligentes y maestros fijaran su atención en la personalidad del pintor cordobés, que pocos conocían, que retirado, como un justo de los que viven en aquellas ermitas «blancas como palomas.» trabaja sin descanso, como un azacán de virtud sin mancha, por los niños huérfanos y por subir «consuelos no gastados»—como aconseja Niestzche—y avance seguro á las más elevadas montañas.

Manuel Carretero.

Aurora roja, cuadro de Julio Romero de Torres

La merendilla, cuadro de Julio Romero de Torres

CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS

Después de sesenta días de viaje y de cuarenta de marcha efectiva, llegó el día 10 á París el príncipe Borghese, vencedor del *raid* Pekín-París, acompañado del periodista italiano Luis Barzini y del maquinista Ettore, que con él han compartido las penalidades de tan atrevido y accidentado viaje.

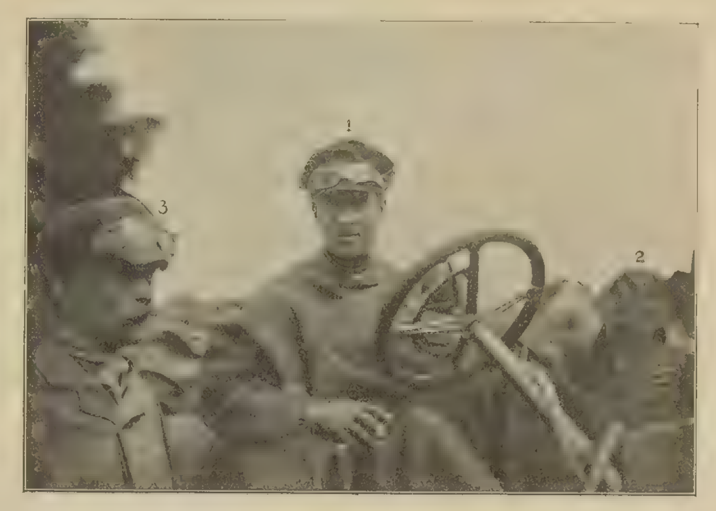
He aquí en resumen el itinerario de la excursión: salida de Pekín el 10 de junio; llegada á Kalgán el 15, á Klakta el 24, á Irkutsk el 1.° de julio, á Krasnoiark el 9, á Omsk el 16, á Iekateriensburgo el 19, á Perm el 22, á Nijni Norgorod el 25, á Moscou el 27 (descansando allí tres días), á San Petersburgo el 3 del actual, á Berlín el 5, á Lieja el 8 y á París el 10.

Sus competidores hállanse aún á 4.000 kilómetros de distancia de París, adonde no llegarán hasta el 25.

La entrada del príncipe en la capital de Francia ha sido realmente triunfal. Desde Meaux, en donde habían pernoctado, hasta la redacción de *Le Matin*, periódico organizador de la carrera, un público numeroso aclamó incesantemente á los expedicionarios, á quienes daban escolta multitud de automóviles, bicicletas y coches que habían salido á su encuentro. Desde los balcones de *Le Matin*, el administrador del diario pronunció elocuentes frases encomiando el valor del príncipe Borghese, el cual contestó con sentidas palabras de agradecimiento.

Por la tarde, la redacción de *Le Matin* dió una gran fiesta que tuvo lugar en los Jardines de las Tullerías, y por la noche, el Automóvil Club Francés obsequió con un espléndido banquete al príncipe Borghese, en honor del cual se han celebrado varios otros festejos.

El día 15 salió de París para Roma, en donde sus compatriotas y en especial los automovilistas y la sociedad constructora *Itala* le preparan un entusiasta recibimiento.—S.



Carrera automovilista Pekín-París. – El príncipe Borghese (1), el periodista italiano Barzini (2) y el maquinista Ettore (3) que en su automóvil «Itala» han salido vencedores en la carrera. (De fotografía de Branger)

VITORIA

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA CATEDRAL

Con objeto de presenciar la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la nueva catedral, llegaron en la mañana del día 4 á Vitoria SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y las reinas D.ª Victoria y doña María Cristina, y desde la estación se dirigieron al lugar en donde aquélla ha de construirse. La ceremonia resultó solemne y después de ella celebróse una misa y se cantó un *Tedéum*, terminado el cual el rey revistó las tropas.

Dirigiéronse luego SS. MM. á inaugurar el Asilo de Nuestra Señora de las Nieves y de allí al Ayuntamiento, en donde hubo recepción oficial, y á la Diputación, en donde se celebró un banquete.

Aquella misma tarde salieron de Vitoria las reales personas, que durante su breve estancia en aquella capital fueron aclamadas con entusiasmo.

SAN SEBASTIÁN

VISITA DE LOS MARINOS JAPONESES

Siete días han permanecido en San Sebastián los cruceros japoneses *Chitose* y *Tsukuba*, y durante ellos el almirante Ijuin y los oficiales á sus órdenes han sido obsequiados con multitud de fiestas, entre las cuales llamaron principalmente la atención por su magnificencia el banquete y el baile celebrados en el palacio real de Miramar, la velada del Club Cantábrico, los conciertos del Gran Casino, la *garden party*, organizada por el Ayuntamiento en la plaza de Guipúzcoa, la recepción efectuada en la Casa Consistorial y el banquete ofrecido por el ministro de Estado.

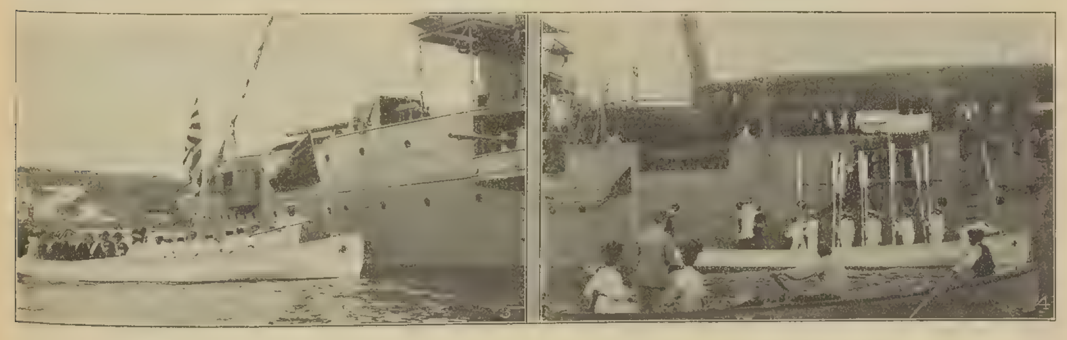
SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina doña Victoria visitaron los cruceros *Chitose* y *Tsukuba*, en donde fueron espléndidamente obsequiados. En su honor, celebróse un almuerzo en el segundo de esos buques, que se hallaba adornado con un gusto y una originalidad imponderables.

Los marinos japoneses fueron invitados á una corrida de toros y á una función de gala que se efectuó en el Teatro Circo y á la cual asistieron los reyes.

Los buques japoneses, que habían llegado á San Sebastián en la mañana el día 5, abandonaron aquellas aguas en las primeras horas del 12, llevándose, de fijo, un grato recuerdo de su estancia en la capital donostiarra.—S.

Carrera automovilista Pekín-París. – Llegada del vencedor, príncipe Borghese, á París. (De fotografía de Branger)

Vitoria.—Colocación de la primera piedra de la nueva catedral, ceremonia á la que asistieron SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina D.ª Victoria.—1. Llegada de los reyes á Vitoria.—2. Los reyes dirigiéndose al lugar de la ceremonia.—3. Acto de la colocación de la primera piedra.—4. Los reyes retirándose después de la ceremonia. (De fotografías de A. Vadillo.)



San Sebastián. Los buques de guerra japoneses.—1. El crucero acorazado «Chitose».—2. El crucero acorazado «Tsukuba.»—3. Visita de SS. MM. al «Tsukuba.»—4. SS. MM. embarcandose en la escampavía «Guipuzcoana» después de visitar el «Tsukuba.» (De fotografías de Frederic.)

EL SEMBRADOR, obra del eminente escultor belga Constantino Meunier

(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

EL DESCARGADOR, obra del eminente escultor belga Constantino Meunier

(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

LA ENTREVISTA DE SWINEMUNDE

El tsar Nicolás II de Rusia y el emperador Guillermo II de Alemania se han avistado recientemente en aguas de Swinemünde, puerto alemán del Báltico, adonde llegó el primero el día 3 del corriente, á bordo de su yate *Standart*, siendo allí recibido por el segundo, que iba también en su yate *Hohenzollern*. Durante tres días, los soberanos se han hecho mutuamente varias visitas, han comido juntos varias veces, han revistado la escuadra alemana y la escuadrilla de torpederos rusos, han presenciado las regatas en que tomaron parte los tripulantes de aquélla, han asistido al banquete que en honor del tsar dió á bordo del acorazado *Deutschland* el príncipe Enrique de Prusia, comandante de la flota, y sobre todo han celebrado frecuentes y largas conferencias, separándose por último el día 6, después de un almuerzo en que se cambiaron afectuosísimos brindis.

No hay que decir que la tal entrevista ha dado mucho que hablar, buscándole la diplomacia y la opinión pública de cada país la explicación más conforme con sus particulares conveniencias ó con sus especiales puntos de vista; y no hay que decir tampoco que donde más se ha comentado ha sido en Francia, la aliada de Rusia, que no puede ver con buenos ojos esas aproximaciones entre su amiga y su tradicional adversaria. Los franceses se tranquilizan, sin embargo, pensando que, hace dos años, los mismos soberanos se vistaron también en Bjoerko, dando su entrevista lugar á muchos comentarios, lo cual no ha sido óbice para que después Rusia haya prestado en todas ocasiones, y muy singularmente en la conferencia de Algeciras, su más firme y leal apoyo á Francia.

ANTÍCOLI-CORRADO,

CUADRO DE MARIANO BARBASÁN

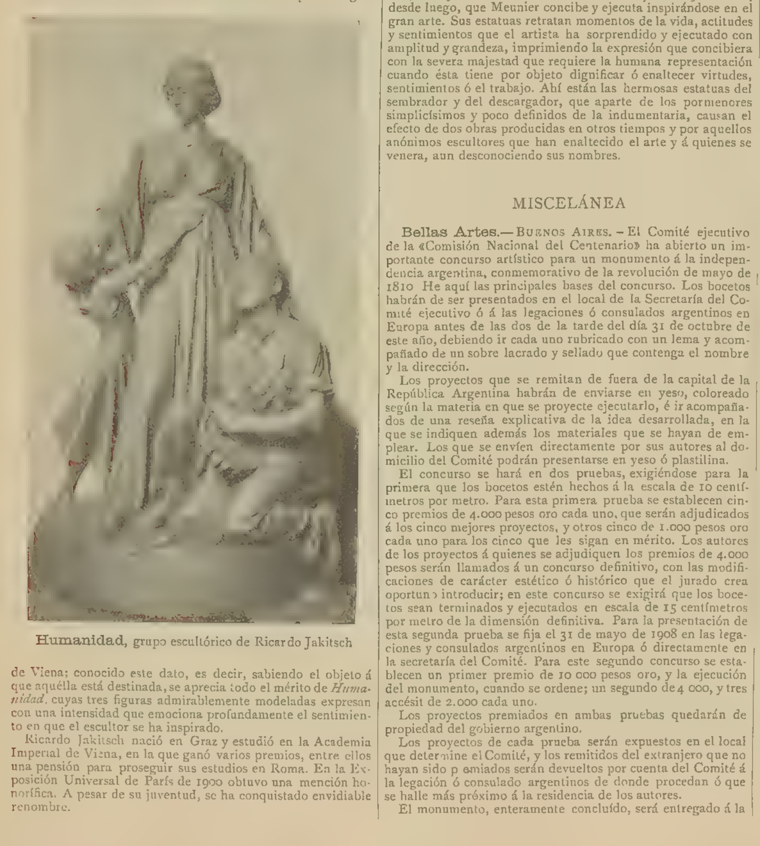
Continúa este inteligente y laborioso artista en su plausible tarea de representar en el lienzo cuanto ofrece caracteres distintivos del país en donde hace años reside. Muestra de ello es el precioso cuadro que reproducimos, recuerdo de una excursión al pintoresco pueblecito de Antícoli-Corrado, que si bien ha servido de tema á otros pintores, justo es consignar que nuestro amigo ha logrado producir cuadros verdaderamente notables que, cual el á que nos referimos, adquiridos por aficionados, figuran en importantes galerías particulares y museos públicos.

La nueva obra de Barbasán ha de estimarse como un notable estudio digno de su buen nombre y testimonio de su habilidad y maestría.

HUMANIDAD,

GRUPO ESCULTÓRICO DE R. JAKITSCH

Esta notable obra escultórica del joven artista austriaco hállase colocada en el vestíbulo del «Instituto para Ciegos»



Humanidad, grupo escultórico de Ricardo Jakitsch

de Viena; conocido este dato, es decir, sabiendo el objeto á que aquélla está destinada, se aprecia todo el mérito de *Humanidad*, cuyas tres figuras admirablemente modeladas expresan con una intensidad que emociona profundamente el sentimiento en que el escultor se ha inspirado.

Ricardo Jakitsch nació en Graz y estudió en la Academia Imperial de Viena, en la que ganó varios premios, entre ellos una pensión para proseguir sus estudios en Roma. En la Exposición Universal de París de 1900 obtuvo una mención honorífica. A pesar de su juventud, se ha conquistado envidiable renombre.

EL SEMBRADOR. - EL DESCARGADOR,

OBRAS DE CONSTANTINO MEUNIER

La circunstancia de haberse dedicado una sala de la V Exposición de Arte, celebrada en esta ciudad, para exhibir las

Swinemunde. Entrevista del tsar Nicolás II de Rusia y del emperador Guillermo II de Alemania. - Los dos emperadores conferenciando á bordo del yate imperial *Hohenzollern*. (De fotografía.)

obras del eminente escultor belga Constantino Meunier, demuestra el respetuoso concepto que en todas partes merece este escultor, gloria del arte flamenco contemporáneo. Basta examinar las producciones expuestas en el actual certamen artístico para comprender, en vista de su variedad y de su mérito, cuán justificada es la consideración de que es objeto. Vese, desde luego, que Meunier concibe y ejecuta inspirándose en el gran arte. Sus estatuas retratan momentos de la vida, actitudes y sentimientos que el artista ha sorprendido y ejecutado con amplitud y grandeza, imprimiendo la expresión que concibiera con la severa majestad que requiere la humana representación cuando ésta tiene por objeto dignificar ó enaltecer virtudes, sentimientos ó el trabajo. Ahí están las hermosas estatuas del sembrador y del descargador, que aparte de los pormenores simplicísimos y poco definidos de la indumentaria, causan el efecto de dos obras producidas en otros tiempos y por aquellos anónimos escultores que han enaltecido el arte y á quienes se venera, aun desconociendo sus nombres.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Buenos Aires. - El Comité ejecutivo de la «Comisión Nacional del Centenario» ha abierto un importante concurso artístico para un monumento á la independencia argentina, conmemorativo de la revolución de mayo de 1810 He aquí las principales bases del concurso. Los bocetos habrán de ser presentados en el local de la Secretaría del Comité ejecutivo ó á las legaciones ó consulados argentinos en Europa antes de las dos de la tarde del día 31 de octubre de este año, debiendo ir cada uno rubricado con un lema y acompañado de un sobre lacrado y sellado que contenga el nombre y la dirección.

Los proyectos que se remitan de fuera de la capital de la República Argentina habrán de enviarse en yeso, coloreado según la materia en que se proyecte ejecutarlo, é ir acompañados de una reseña explicativa de la idea desarrollada, en la que se indiquen además los materiales que se hayan de emplear. Los que se envíen directamente por sus autores al domicilio del Comité podrán presentarse en yeso ó plastilina.

El concurso se hará en dos pruebas, exigiéndose para la primera que los bocetos estén hechos á la escala de 10 centímetros por metro. Para esta primera prueba se establecen cinco premios de 4.000 pesos oro cada uno, que serán adjudicados á los cinco mejores proyectos, y otros cinco de 1.000 pesos oro cada uno para los cinco que les sigan en mérito. Los autores de los proyectos á quienes se adjudiquen los premios de 4.000 pesos serán llamados á un concurso definitivo, con las modificaciones de carácter estético ó histórico que el jurado crea oportuno introducir; en este concurso se exigirá que los bocetos sean terminados y ejecutados en escala de 15 centímetros por metro de la dimensión definitiva. Para la presentación de esta segunda prueba se fija el 31 de mayo de 1908 en las legaciones y consulados argentinos en Europa ó directamente en la secretaría del Comité. Para este segundo concurso se establecen un primer premio de 10 000 pesos oro, y la ejecución del monumento, cuando se ordene; un segundo de 4 000, y tres accésit de 2.000 cada uno.

Los proyectos premiados en ambas pruebas quedarán de propiedad del gobierno argentino.

Los proyectos de cada prueba serán expuestos en el local que determine el Comité, y los remitidos del extranjero que no hayan sido premiados serán devueltos por cuenta del Comité á la legación ó consulado argentinos de donde procedan ó que se halle más próximo á la residencia de los autores.

El monumento, enteramente concluído, será entregado á la comisión en 1.º de mayo de 1910 y deberá inaugurarse en Buenos Aires en 25 del mismo mes.

El costo del monumento será de 300.000 pesos oro argentino.

Los bocetos serán sometidos á un jurado de quince miembros, cuyo dictamen será inapelable y se cumplirá dentro de los 30 días de cerrado el concurso.

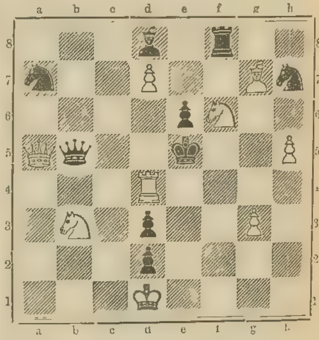
Vilafranca del Panadés. - La comisión organizadora de la fiesta mayor de esa importante ciudad catalana ha anunciado los festejos que con este motivo se celebrarán en ella durante los días 29, 30 y 31 del presente agosto y 1 y 2 de septiembre, por medio de un cartel, en el cual figuran el escudo de la población y grupos hábilmente combinados que representan varias de las diversiones y solemnidades que forman parte del programa.

El cartel, redactado en catalán, tiene un aspecto elegante y artístico y es al mismo tiempo una típica representación gráfica de los tan renombrados festejos. Ha sido muy bien tirado en la litografía barcelonesa de Madriguera.

AJEDREZ

Problema núm. 474, por V. Marín.

Negras (9 piezas)



Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 473, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Te2-d2	1. Cualquiera.
2. D, T, C, A mate.	

Aurette le tendió espontáneamente las dos manos

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.— ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—¿Cree usted que me oye todavía?, preguntó sin ocultar su emoción, con los ojos anegados en llanto y los labios temblorosos.

—Quizás sí, respondió Villandré sin atreverse á mirarla.

Aurette se inclinó hasta el suelo y besó cariñosamente en la frente á su viejo amigo como si fuera un niño; Bruno se estremeció, abrió los párpados que cubrían sus ojos vidriosos, agitó convulsivamente una pata delantera y murió.

—¿Ha acabado ya?, preguntó la señorita Leniel con aquella resignada dulzura que Villandré nunca había visto en ella y que le afligió hondamente, de tal modo revelaba un hábito doloroso.

El profesor colocó la mano delante del hocico del animal, cercioróse de que no respiraba é inclinó gravemente la cabeza. Aurette cogió las velludas orejas de Bruno, levantóle la frente y le besó por última vez; después apoyó los dedos sobre sus párpados, cerróle los ojos, como se hace con las personas, y se levantó. Villandré se encontró de pie delante de ella.

—No ha sufrido, dijo la señorita Leniel queriendo afirmar su voz, aunque sin conseguirlo.

Natividad la miraba... ¡Si ella hubiese visto cómo la miraba en aquel momento! Pero tenía miedo de que el profesor la observara y bajaba instintivamente los ojos.

—Hay que llamar á Brochet, dijo; no quiero que Juan vea...

—¿Por qué llamar á Brochet? ¿No puedo yo reemplazarle?

—¡Oh, no! Es preciso cavar un hoyo.

—Lo cavaré. ¿Dónde?

—Aquí, debajo de ese gran plátano... Pero ¿va usted de veras á cavarlo?

—¿Dónde están los aperos del jardinero? ¿En el invernadero?

—Al lado, en una gran cuadra vacía..., además necesitaremos una caja... Voy con usted.

Y sencillamente se dirigieron juntos á una estancia en donde se guardaban varios trastos viejos y escogieron un cajón sólido que el profesor se cargó á la espalda. Aurette, detrás de él, llevaba clavos, un martillo y el azadón. Sin cruzar una palabra volvieron al sitio en donde estaba el perro; la señorita Leniel cogía brazadas de hojas, mientras Natividad comenzaba la fosa en un grupo de árboles en donde la tierra era más blanda.

El trabajo era cansado y hacía un gran calor; Villandré, que estaba dentro del hoyo, metido en él hasta la rodilla, se detuvo un instante para respirar.

—Sr. Villandré, díjole Aurette, yo no debiera haber permitido..., deje usted que llame...

—¡Por favor!, exclamó Natividad fijando en ella su mirada.

Aurette bajó los ojos y no contestó; aquella mirada tampoco había mentido. Las dolorosas quimeras volaban hacia el cielo azul, y era Bruno, el perro bondadoso y fiel, quien las había disipado con su último suspiro.

Practicado el hoyo, Villandré depositó en él la caja, que Aurette había llenado de hojas hasta la mitad, y con las mismas precauciones que si el perro estuviera dormido, lo dejó caer suavemente sobre aquel lecho de verdura. La señorita Leniel acabó de llenar el cajón con ramajes, y el profesor, después de haber clavado la tapa, echó sobre ella grandes paletadas de tierra. Cuando el hoyo estuvo lleno, quedó marcado el sitio por un pequeño montículo.

—Con el tiempo se aplanará, dijo Villandré secándose con el pañuelo el sudor que le corría por la cara.

Natividad y Aurette permanecieron inmóviles junto á aquella tumba que parecía la de un niño.

Al través del aire fluido oyéronse siete campanadas.

—¡Tan tarde!, exclamó Villandré. Me voy; hasta la vista, señorita.

—Caballero..., repuso Aurette.

Y se quedaron los dos contemplándose; ella con los ojos bañados en lágrimas, él poseído de viril emoción. ¡Cuán lejos estaban entonces las habladurías, las dudas, las mezquindades de la vida!

Aurette le tendió espontáneamente las dos manos; Villandré las tomó y depositó en la derecha un beso respetuoso, como si ella hubiese sido la reina y él su vasallo. No era un beso de amante, bien lo comprendía Aurette, pero era sí un beso de homenaje al par que de consuelo.

—¿Mañana hablará usted con Juan, no es verdad?, dijo la señorita Leniel cuando sus manos se soltaron. El pobre necesitará que le diga usted algo... ¡Quería tanto á Bruno!

—Le hablaré. Adiós.

—Adiós.

Marchóse Villandré cubierto de polvo y con las manos llenas de vejigas, pero erguida la cabeza, con una serenidad singular en los ojos y en el alma. Aurette regresó al Nido silenciosa, mas no abatida. La pérdida de Bruno era para ella algo más que la muerte de un perro ordinario; entre las hojas de aquella tumba acababa de enterrar todo un jirón de su vida; además, lo había amado como amaba cuanto la tocaba de cerca, con un ardor, con una vehemencia capaces de transformar en grandes las cosas más humildes.

—Tía Aurette, dijo Juan con acento grave y los ojos hundidos, pero sin lágrimas. ¿Ha muerto Bruno?

—Sí, hijo mío.

—Hubiera querido besarle...

—No, hijo mío; el Sr. Villandré ha dicho que más valía que no le vieras y tenía razón.

—¿Lo habéis enterrado? Desde la ventana lo he visto todo. ¿Por qué no me habéis llamado?

—Porque era inútil.

—¿Ha cavado el hoyo él solo? Es muy fuerte el Sr. Villandré... Lástima que se haya marchado; hubiera querido darle las gracias.

—Se las darás mañana en el liceo.

A la hora de acostarse, Juan se acercó á su tía y cogiéndole la mano, como le gustaba hacerlo, le dijo:

—¿Estás apesadumbrada por la muerte de Bruno?

—Sí, hijo mío; sin embargo, prefiero que haya muerto así que después de una larga enfermedad.

—Y sin embargo, tu aspecto no es triste, repuso el niño mirándola atentamente; pero á veces se está triste por dentro, ¿no es verdad?

Aurette se ruborizó, porque sentía su alma más sosegada que desde hacía muchos días.

—Y además, añadió el niño, que da gusto ver lo bueno que es el Sr. Villandré. ¡Es un corazón de oro!

Diciendo esto, Juan besó á su tía y se fué á acostar; pero no se durmió sin antes haber llorado á solas por su compañero de juego.

Algunos días después, el doctor Rozel fué á ver á Aurette y supo con pesar la muerte del perro que él le había dado para que la acompañara en otro tiempo, en una época en que la joven estaba muy necesitada de distracciones.

—Debe hacerte mucha falta, le dijo.

—Sí que me hace; pero se iba haciendo viejo y ya no salía.

—Voy á regalarte otro, ¿de qué casta lo quieres?

—No, mi querido doctor, respondió la señorita Leniel apoyando la mano en el brazo de su viejo amigo con un gesto familiar y encantador que era muy frecuente en ella. No quiero más perros; he amado demasiado á Bruno para darle un sucesor.

—Como quieras. Sin embargo, te convendría un perro guardian.

—¡Oh, eso sí! Sea cual fuere, no me importa, porque ese no será mi amigo, sino mi servidor.

El doctor Rozel, después de haber meditado un instante sobre la duración de los afectos humanos y caninos, dijo de pronto:

—¿Ha venido á verte esta semana mi amigo el señor Villandré? ¿Qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada, respondió Aurette con una sonrisa que animó su semblante.

—¿Y, pues, qué ha hecho?

—Hemos enterrado á Bruno juntos.

El doctor la miraba un tanto sorprendido.

—Estaba aquí cuando murió el pobre perro; quise llamar á Brochet, pero él no lo consintió.

Aurette, al decir esto, se turbó y ruborizóse un poco.

—Paréceme, dijo el doctor, que Villandré viene aquí principalmente para realizar trabajos pesados..., unas veces por Juan, otras por un perro... Lo que es ese, no creo que sea de los que detesten...

—Ya lo ha dicho Juan, repuso Aurette levantando la cabeza; es un corazón de oro.

El doctor se quedó silencioso durante un momento; Aurette, un tanto confusa, arreglaba los ramos que no necesitaban arreglo.

—Aurette, dijo de pronto el doctor, ¿sabes lo que se me ocurre? Que debieras casarte con el Sr. Villandré.

La señorita Leniel había palidecido y se había echado atrás involuntariamente; toda su altivez afluía con violencia á su corazón.

—¿Yo?, exclamó. ¡Qué ocurrencia! ¡Eso nunca!

—Tanto peor, porque ni tú ni él encontraréis mejores partidos.

Aurette permanecía callada.

—¡Ea, no te enfades!, añadió el doctor Rozel. No me pongas mala cara... Mírame..., anda, mírame de una vez...

Y cogiéndola por el brazo la obligó á enseñarle la cara.

—¡Doctor, por Dios!.. Es absurdo. ¿Por qué quiere usted?.. En fin, exclamó impetuosamente, ¿no es vergonzoso quererme casar con un hombre que no me ama?

«¡Magnífico!, pensó el doctor. No ha dicho que ella no le ame. Mucho será que no hagamos entrar en razón á esos dos testarudos orgullosos.»

Y añadió en alta voz:

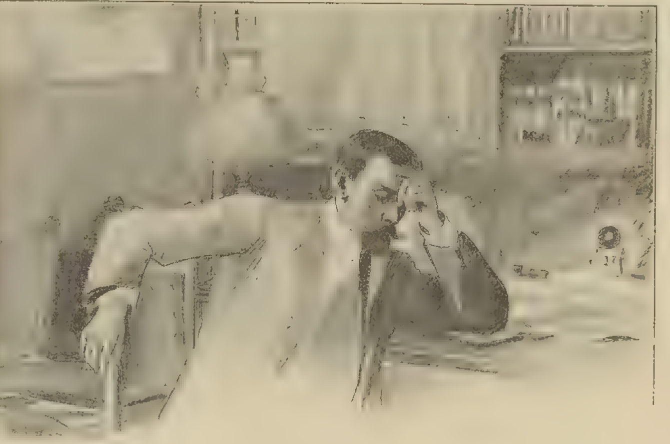
—¡Bueno, no te incomodes! Hazte cuenta de que nada te he dicho y vamos á ver tu jardín.

Villandré había regresado á su hogar solitario dando tan gran rodeo, que cuando llegó á él, á la caída de la noche, se percató de que se había olvidado de comer. Y como su vieja criada, cansada de esperarle, se había acostado, sacó de la alacena un pedazo de pan y una fruta y cenó frugal y melancólicamente. Después fuése á su despacho y quiso trabajar.

¡Imposible! Entre las cifras y las fórmulas deslizábase Bruno, tendido sobre el techo de hojas é inclinado sobre él el dulce semblante de la señorita Leniel. ¡Qué maravillosos ojos los de aquella exquisita Aurette! Ojos hermosos humedecidos por las lágrimas. Y su boca toda gracia y bondad, no perdía su seductor encanto á pesar del temblor de los sollozos contenidos. Ciertamente que siempre era bella; pero su belleza, al revés de las bellezas frías, impresionaba menos en el reposo que en la emoción; todo lo que agitaba su alma comunicábale una especie de vibración que la hacía cien veces más conmovedora.

Villandré cogió el papel en que intentaba trabajar, lo encerró en un cajón y tomó un paquete de deberes de sus alumnos, con la esperanza de encontrar en ese trabajo ingrato y minucioso un medio de substraerse á los pensamientos que le acosaban.

Tampoco eso dió resultado; al través de las torpezas escolares, veía pasar la falda de suave color gris rosado que llevaba la señorita Leniel el día de su primer encuentro, acaecido no hacía aún cinco meses. ¡Tan poco tiempo! Y al pensar así, parecíale que toda su vida anterior había retrocedido á un remoto pasado. No había olvidado ninguna entrevista, ningún pormenor; habría podido decir en qué momento exacto de la velada se había Aurette vuelto hacia él, después de haber hablado largo rato con otro; sabía lo que ella había dicho, había contado sus silencios... ¡Oh, cómo la amaba! ¡Cómo la había amado desde el primer día! Cuando Aurette se había acercado á él con el *Pascal* abierto en la página adivinada, había creído sentir que la amaba ya desde hacía mucho tiempo ¡y era la segunda vez que se encontraba con ella!



. . se sentó, apoyó la cabeza en las manos, cerró los ojos...

¡Cuán feliz se había sentido al verla tan generosa, tan franca, tan animosa, con ocasión de los amores de Lucila! No ciertamente, no se había sentido molestado porque hubiese pensado en dotar á su hermana; en cualquier otra persona habría considerado aquello como una ofensa, ¡pero de ella!.. ¿Quién habría podido nunca ofenderse por una acción de Aurette ó tomarla á mala parte? Obraba con absoluta sencillez de corazón, con una franqueza tal, que todo en sus actos aparecía sencillo y claro, con una temeridad en el bien que desconcertaba la crítica. ¡Era muy francesa esa valerosa Aurette! Iba recta á su objetivo sin preocuparse siquiera de si el camino era difícil ó peligroso. ¿No le había dicho su conciencia que pasara? ¡Pues pasaba!

Villandré apartó los cuadernos llenos de abstrusos jeroglíficos, hechos por pequeños cerebros puestos en grave aprieto. ¡Cuánto más complejo é indescifrable no era para él el problema de la vida! ¡Por qué no había nacido pobre y humilde aquella inaccesible Aurette! ¡Cómo habría él trabajado por ella! ¡Cuán fáciles le habrían parecido las noches pasadas en el trabajo, los fastidiosos días de repaso, las clases reiteradas! Habría acumulado tarea sobre tarea para proporcionarle el lujo casi divino de las flores, puesto que amaba las flores, generosas y francas como ella.

¡Pero era rica! Y esa riqueza, ¡ay!, los separaba para siempre. Desalentado, agobiado por el exceso de trabajo, no podía tener la esperanza de realizar uno de esos descubrimientos que encumbran el nombre de un individuo á bastante altura para igualarlo con los más grandes. En otro tiempo había acariciado esa ilusión, é investigando un poco más, tal vez habría descubierto algo, porque estaba en vías de ello; pero su amor le había quitado toda energía que no fuera la de la resistencia. ¿Quién no se gastaría golpeando siempre con la frente el mismo granito? Toda su fuerza la emplearía en conseguir que Aurette ignorase su amor, porque si ésta sospechase la menor chispa de cariño en él, ¿no miraría acaso con desprecio al profesor, pobre enamorado de la fortuna de la rica heredera?

¡Qué lástima, después de todo! Aurette sentía por él simpatía y seguramente estimación, sí, estimación, estaba convencido de ello; también le estaba agradecida, bien lo sabía, por la amistad que profesaba á Juan, y todo esto formaba un sentimiento muy suave que prestaba calor á su corazón. Cuando no se había recatado, un momento antes, de llorar por su perro, le había dado una prueba de confianza que á otro cualquiera habría negado..., á otro cualquiera á quien hubiese conocido desde hacía tan poco tiempo. ¡Preciosa confianza, estimación inapreciable que había leído más de una vez en los ojos de Aurette! Pero además le profesaba amistad, bien persuadido estaba de ello. Para no perder esa amistad ni esa estimación era preciso que supiera ocultar su locura... y la ocultaría.

Lo que le había hecho comprender la índole del afecto que por ella sentía eran los celos extraños que se habían apoderado de él cuando la voz pública la había casado con Dorvety. ¡Ella unida á ese bobo! ¡Qué profanación! Sin la excusa de la juventud ignorante, del arrebato irreflexivo, juzgándole como ella le había juzgado, ¿se habría casado con él? ¿Para qué? ¿Para casarse? ¿O tal vez seducida por sus maneras elegantes y por sus aspiraciones al título de Cazador mayor de lobos de Francia?

Por aquellos rumores de los que ella no era responsable, habíale él guardado cierto rencor. ¿Por qué dejaba que se propalasen? Y cuando en presencia suya había Aurette declinado toda tentativa de mayor intimidad con aquel pretendiente, le había quedado tan agradecido que por poco se descubre; pero no se había descubierto, estaba seguro de ello; porque de no ser así, ¿habríale ella tolerado á su lado aquel mismo día cuando juntos enterraron al pobre Bruno?

¿Era prudente lo que él había hecho de besarle la mano? Y sin embargo, estaba cierto de que sólo había obedecido á un sentimiento de respetuosa conmiseración hacia ella, la cual seguramente no lo habría tomado á mal.

Pero de todos modos, era una imprudencia, porque una vez puesto en este camino, ¿sabía dónde se detendría? ¿Quién puede responder de sí mismo? Todo era mejor que perder la estimación de Aurette, pues por triste que fuese una existencia que ella no debía jamás compartir, aún era un paraíso comparada con lo que podía ser con su desprecio, aun siendo inmerecido. Y si algún día se le escapaba su secreto, ¿cómo justificarse? ¡Ninguna explicación sería posible!

Y Villandré, cada vez más débil, vencido por el amor que le profesaba, aterrado por el temor de su menosprecio, se preguntó si el ver á Aurette no constituía el peligro mayor que jamás hubiese amenazado á su honor de hombre.

Largo rato se paseó por la habitación con paso lento y mesurado, buscando una solución al conflicto y rechazando la única que se presentaba, como el herido rechaza la amputación que puede salvar su existencia.

Al fin, después de haber pensado mucho, se sentó, apoyó la cabeza en las manos, cerró los ojos, reunió en su corazón todos los testimonios raros y preciosos de aquella estimación que le compensaría de todo lo demás, como si fuesen una brazada de flores que se va á arrojar sobre una tumba, y adoptó una resolución heroica.

Su destino quedaba determinado: en lo sucesivo, seguiría imperturbable aquel camino. Pero aquella noche no pudo conciliar el sueño, porque sentía el corazón desgarrado.

XVI

Una mañana de agosto, quince días aproximadamente después de la muerte de Bruno, la señorita Leniel, viendo lo hermoso que estaba el tiempo, decidió ir á pie á Angers. Hay en la vida días en los cuales la actividad parece más alegre y más necesaria, y la brisa que por dos veces había derribado el sombrero de Aurette, mientras ésta inspeccionaba su jardín, habíale inspirado el deseo de moverse. Partió, pues, dejando á su sobrino que se las compusiera con Brochet, que no siempre opinaba del mismo modo que él; el niño y el criado, bien provistos de listones y de clavos, se habían propuesto construir sobre la tumba del pobre perro una glorieta, que estaría cubierta de verdura en la primavera siguiente, entretenimiento que consentían las vacaciones de Juan.

Los jardines que á lo largo de la carretera se extendían embalsamaban el aire, y los niños, en tiempo ordinario encerrados en las escuelas, daban á los caminos una animación particular; semejantes á bandadas de vocingleros gorriones, sus grupos tumultuosos se desbandaban al paso de los carruajes para volver á formarse en seguida. Entre aquellos muchachos había no pocos antiguos protegidos de Aurette que ésta había en otro tiempo elevado á la categoría de alumnos mientras llegaba el momento en que fueran á la escuela... ¡Cuán lejanos aquellos días en que había querido llenar el vacío de su corazón con una caridad activa! Después, Juan había bastado para ocupar su alma y su tiempo; y ahora el niño, ingresado en el liceo y sujeto á sus pequeños deberes de estudiante, ¿le bastaba todavía?

Mientras caminaba resguardándose de los rayos del sol con su sombrilla, Aurette se sonrojó sin que ni el calor ni el cansancio fueran causa de que sus mejillas se tiñeran de encendido color de rosa. Desde que había perdido su viejo perro, la vida parecíale más dulce y sus pensamientos eran menos confusos; había en cierto modo organizado una existencia provisional en su alma. Sin duda Villandré no estaría siempre presente; quizás entonces mismo se había marchado, como suelen hacerlo los catedráticos cuando llegan las vacaciones, á algún sitio tranquilo á descansar de sus trabajos... Pero volvería el otoño y vendría luego el invierno con su acompañamiento de comidas, de veladas y por consiguiente de entrevistas, y el profesor la visitaría seguramente de vez en cuando... En materia de felicidad, Aurette no era muy exigente y no deseaba nada más que aquella.

Después de haber hecho las diligencias que la llevaron á la ciudad, la señorita Leniel fué á casa de Julia con intento de quedarse á almorzar. Armando Deblay estaba en la costa preparando la instalación veraniega de la familia, y las dos hermanas pudieron, por consiguiente, dedicarse con toda libertad á profundizar sobre una serie de pequeños problemas femeninos que por lo general no se tratan en presencia de los maridos. Después se divirtieron con las monadas del recién nacido, niño pacífico y perfecto que realizaba el ideal del angelote, es decir, dormir y mamar regularmente con pequeños intervalos de vigilia en los que siempre estaba de buen humor. Cuando se hubo agotado esa distracción y el niño modelo se hubo dormido nuevamente en su cuna, Julia miró en torno suyo, espoleada por su memoria inquieta, para ver si había olvidado algo.

El doctor se calzaba los guantes cuando entró precipitadamente su sobrina

—¡Ah! Ya sabía yo que algo tenía que decirte, y algo fastidioso... Con esos chiquillos pierde una la cabeza. ¿No sabes? Natividad Villandré ha pedido su traslado.

Por fortuna Aurette estaba sentada; de lo contrario, probablemente habría caído al suelo, tan violenta fué la sacudida que experimentó todo su ser.

—¡No es posible!, exclamó con los ojos dilatados por un dolor intolerable.

Julia, que mientras le hablara no había mirado á su hermana, se volvió impresionada por la alteración de su voz, y la vista de aquel rostro repentinamente palidecido y contraído le reveló lo que jamás había sospechado.

—¡Aurette... Aurette!.. Quizás no es cosa del todo resuelta, díjole cogiéndole las manos. ¡Me das miedo!

Aurette desprendió sus manos de las de Julia, pasóse una por la frente y esforzándose por reir respondió.

—¿No es un absurdo el ser tan impresionable? En seguida he pensado en Juan... que perdería demasiado si... fuese verdad lo que acabas de decir, porque tiene en Villandré un amigo á quien no podríamos reemplazar.

Había recobrado una apariencia de calma que habría podido engañar á cualquier otra persona que no fuese Julia; pero ésta la conocía demasiado bien para equivocarse; además un temblor nervioso agitaba un pliegue de la falda de Aurette, quien, al notarlo, pasó la mano por la tela y el pliegue permaneció inmóvil.

—¿Cómo lo has sabido?, preguntó sin que su voz hubiese podido recobrar su timbre habitual.

—El director se lo ha dicho á tío Rozel; el buen señor está muy afligido y todo el liceo se siente desconsolado por la pérdida de un profesor tan perfecto. No será sólo para Juan para quien resultará irreemplazable. ¡Y Lucila que nada sabe de ello! Cuando se entere de que su hermano se marcha de Angers, tendrá un gran disgusto. Figúrete tú, ¡se veían todos los días!

Julia hablaba un poco al azar para dar á su hermana tiempo de serenarse; así es que formuló una serie de lamentaciones insignificantes, y cuando ya no supo qué decir, acercóse á la cuna como si el niño se hubiese movido, aunque en realidad el chiquillo continuaba durmiendo tranquilamente.

—¿Y no se sabe por qué ha pedido su traslado?, preguntó Aurette en un tono tan grave que á Julia casi le vinieron ganas de llorar.

—No ha dado razón alguna; quizás espera poder ir á París... Una vez dijo, hace ya mucho tiempo, que le había gustado mucho la capital á fin de estar más al corriente del movimiento científico; pero entonces tenía su capitalito... Ahora la cosa sería más difícil... Además no he oído decir que tenga esperanza de obtener una plaza en París

Aurette escuchaba con la cabeza levantada y los ojos distraídos como una persona que momentáneamente se interesa por cosas en el fondo indiferentes.

—Es muy sensible, muy sensible para Juan, dijo; el muchacho tendrá un gran disgusto, acaso tanto como Lucila, y de seguro que saldrá perdiendo más que ésta. Hasta la vista, Julia, me voy.

Levantóse, dió unos pasos por la estancia recogiendo sus pequeños paquetes y se acercó luego al espejo para ponerse el sombrero; pero todo esto con aire fatigado, quebrantado, que hizo asomar las lágrimas á los ojos de Julia.

—¡No te vayas!, dijo ésta acariciándola. ¡Quédate un poco más!

—¿Por qué?, preguntó Aurette, cuya altivez rebelada le cubrió el rostro de rubor. Juan está solo y es preciso que yo vuelva á casa.

—Pues voy contigo, dijo espontáneamente Julia.

—No, gracias; tengo que hacer aún algunas diligencias en la ciudad y te fatigarías inútilmente.

La señora Deblay la contemplaba indecisa, inquieta, y Aurette, comprendiendo que su hermana la observaba, había recobrado la elasticidad de sus movimientos.

—Oye, dijo Julia; el sábado nos vamos á orillas del mar..., vente con nosotros; la casa es grande y podremos instalarte bien, lo mismo que á Juan.

—Gracias; ya veremos..., no sé si podré.

—Es menester que nos acompañes; hace tiempo que no estás bien, y si te quedases sola yo estaría con cuidado.

—Ya veremos, repetió la señorita Leniel un tanto embarazada; te agradezco tu interés, pero cree que estoy perfectamente.

—Bueno; de todos modos necesito una respuesta. Hoy es martes; ven el jueves á decirme que aceptas.

—Vendré el jueves, mas no te prometo si aceptaré tu invitación.

—El jueves, convenido. ¿Quieres que fijemos una hora? Como en los últimos días hay tanto que hacer, he de distribuir el tiempo... ¿Quieres el jueves, á las tres?

—A las tres, corriente; así podré estar de vuelta en casa para la comida. Si Juan quiere venir...

—No traigas á Juan, repuso Julia con viveza; quizás tenga que pedirte un favor, y los niños no tienen necesidad de saber ciertas cosas.

—Está bien, respondió Aurette con una apatía extraña en ella, que de ordinario gustaba de afrontar en seguida cualquier asunto.

Después besó á su hermana y salió.

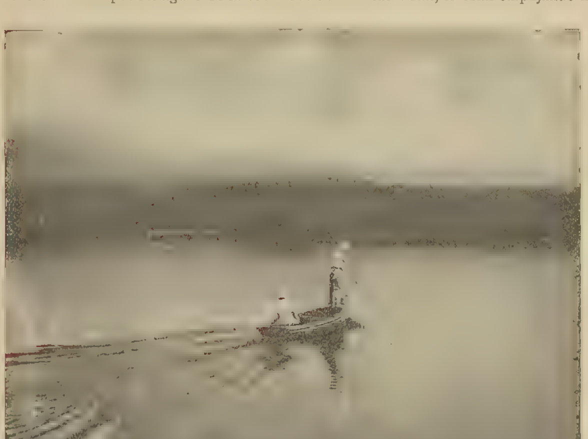
Por la ventana cerrada y al través de las cortinas, Julia la vió doblar la esquina de la calle. ¡Qué andar tan lento y tan abatido el suyo! Sobre los hombros de la pobre joven parecía pesar un mundo, sin que ella intentara siquiera resistirse, convencida de su impotencia. La señora Deblay se puso el sombrero, llamó á la niñera para que cuidara del niño y encaminóse á toda prisa á casa de su tío Rozel.

Terminada en aquel momento la consulta, el doctor se calzaba los guantes cuando entró en su despacho precipitadamente su sobrina.

(Se continuará.)

LA CAZA DE UN MANATÍ

Cerca de veinte años he andado tras los manatíes ó vacas marinas por las aguas de la costa occidental



Persiguiendo á un manatí en un esquife

de la Florida del Sur. Cogí uno vivo en cierta ocasión y le dejé atado con cuerdas de media pulgada de grueso en un comedero de vacas marinas de algunos acres de extensión, mientras iba por maderas para hacer un tanque y á buscar la manera de mandarlo al Aquarium de Nueva York; y cuando volví al cabo de una semana el animal no había tenido á bien aguardarme. De natural apacible, inofensivo en la apariencia y sin armas, tiene, sin embargo, el manatí una fuerza enorme y puede con facilidad romper las cuerdas que le sujetan y hacer pedazos un esquife de un coletazo.

Hace pocos años se creía que estaban próximos á extinguirse, pero ahora se les ve con frecuencia y va aumentando su número. Su timidez les pone á cubierto de las balas de los cazadores. A algunos de estos últimos les detiene la pena impuesta á los que los matan únicamente por el placer de matarlos, á otros cierto sentimiento de conmiseración que empieza á difundirse entre los habitantes de la costa.

Tratando de coger uno vivo, agoté todos los recursos de mi ingenio é inutilicé todo el material que á mi disposición tenía. Puse redes de orilla á orilla de los ríos, pero los astutos manatíes se volvían atrás y seguían por otros rumbos su camino. Construí una plataforma sobre el esquife para colocar una red larga de grandes mallas, profusamente provista de corchos y plomos, y á remolque de la lancha la llevé por las bahías donde están los comederos favoritos de los manatíes; pero siempre que traté de coger alguno, se escurría y buscaba, hasta encontrarla, una salida. Embarcado en el esquife perseguíalos, tirándoles la red á la cabeza, sin otro resultado que ver cómo resbalaba por el lomo. Otras veces les echaba un lazo con sus plomos; pero empleando hábilmente las aletas, lo iban empujando hasta sacarlo fuera del hocico, al mismo tiempo que con la cola daban tan fuerte golpe en la proa, que por poco hacían zozobrar la navecilla, haciendo caer al agua á alguno de los que la tripulábamos.

Por último, preparamos un arpón pequeño, de un solo garfio, para que únicamente penetrara en el pellejo, y le atamos una cuerda de algunos cientos de pies de largo y de un octavo de pulgada de grueso. Con él herimos en mitad de la ancha cola á un manatí. Después que hubo pasado el primer ímpetu de la huída, me acerqué á él todo lo posible, y al subir á respirar á la superficie, el muchacho que iba á proa le echó al hocico un nudo corredizo. Hundióse de nuevo en el agua y estuvo sin reaparecer mucho más tiempo que la primera vez; al fin, cuando ya me cansaba de mirar lleno de impaciencia por el costado del bote por donde se había hundido, apareció por el opuesto. Durante unas horas nos remolcó el manatí por parajes desconocidos, á través de un laberinto de canalizos, hasta una pequeña bahía que nos pareció ser el centro y metrópoli de todos los mosquitos del universo.

Después de anochecido, seguimos arrastrados al Este y al Oeste, al Norte y al Sur, por lagunas, esteros y ríos, en completa obscuridad, sin saber dónde nos hallábamos, dirigiendo siempre el bote en la dirección que el manatí quería.

Aproximándose al manatí

Al penetrar en la bahía en que desemboca el río Ancho, apareció la aurora, mostrándonos cuál era nuestra situación. El manatí estaba de buen temple, nadando lentamente á corta distancia delante de nosotros, y subiendo á intervalos regulares á la superficie para aspirar despacio el aire. Una vez, al levantar el hocico sobre el agua, el muchacho de cámara le arrojó un lazo corredizo á la cabeza y tiró de él; inmediatamente un golpe tremendo de la cola casi hizo sumergir la lancha y echó al mar al muchacho, que volvió á la superficie llevando arrollada al cuello la soga misma con que había sujetado á la vaca marina. En menos tiempo de lo que tardó en quitársela, se zafó el manatí del lazo. Repetimos la misma operación varias veces con idéntico resultado, hasta que casi se familiarizó con el nudo corredizo, tomándolo á broma y burlándose de nosotros. En cuanto se lo apretábamos un poco, con mucha sutileza lo iba haciendo resbalar con las aletas hasta verse libre de él, echándolo fuera del hocico. Si quedaba tan atrás que no pudiera alcanzarlo con las aletas, se ponía en franquía de una sola sacudida de la cola. En una ocasión, el nudo corredizo hizo presa en la parte blanda de la trompa y se sostuvo el tiempo necesario para que pudiéramos atar una cuerda á una aleta, y con esta ayuda lo llevamos, unos ratos de grado, otros por fuerza, hasta una pequeña caleta; pero esto fué después de veinticuatro horas de continua lucha y de haber recorrido más de cuarenta millas por mares y esteros. Allí lo amarramos bien con cuantas cuerdas encontramos en la lancha y en el esquife.

Como la goleta en que cruzábamos por aquellos parajes se hallaba entonces á unas treinta millas de distancia de nosotros, tomando por el más próximo de los canalizos navegables nos fuimos en su busca, dejando á nuestro prisionero completamente solo por unas veintiséis horas. Cuando volvimos echamos de ver que el manatí había hecho pedazos todas las cuerdas que lo aprisionaban, excepto una que tenía amarrada á una aleta. Pocas eran las probabilidades de poderlo retener, pero por de pronto el animal estaba quieto. Pusímosle al costado nuestro esquife mayor, que tenía cuatro pies de anchura; lo sumergimos en los cinco pies de agua que había en el sitio en donde el manatí estaba, y empujando el esquife sumergido, conseguimos meter al animal sin que opusiera resistencia dentro de la embarcación, de cuyas bordas sobresalía más de un pie; luego arrollamos y atamos las cuerdas alrededor de la navecilla y del manatí, seguros de que esta vez lo habíamos dominado. Pero de pronto encorvó el lomo hasta casi tocar la cabeza con la cola y saltaron las cuerdas que lo sujetaban; después, alzando la inmensa cola, inundándonos con la gran masa de agua que desplazó, la dejó caer sobre la popa del esquife con fuerza tan tremenda, que hizo astillas la canoa. Siguió dando coletazos y cuando hubo terminado aquel furioso golpear y pudimos escapar del remolino que formaba, tuvimos la gran satisfacción de ver que todos estábamos ilesos.

Manatí sujeto por una aleta y por el hocico

Después de hacer añicos la canoa tranquilizóse el animal y nos dejó que lo volviéramos á liar con las sogas y lo aseguramos de tal manera que nos parecía imposible que pudiera escaparse.

Cuando me proveí de los materiales necesarios para hacer un tanque flotante capaz de contener al manatí que cogiéramos, no se me había ocurrido que pudiera ser éste tan grande como el que habíamos aprisionado. Faltaban maderas y otras cosas, pero las podíamos encontrar en Everglade, á cuarenta y cinco millas de distancia. Ofrecióse á ir por ellas el mucha-

cho de cámara, prometiendo estar allí al amanecer si funcionaba bien el motor de la lancha. Aquella noche pude dormir muy poca cosa, así porque me preocupaba la idea del peligro que corría aquel muchacho navegando completamente solo junto á la costa en una embarcación tan pequeña y con la mar algún tanto alborotada por una brisa de Sudoeste, como por los frecuentes coletazos que daba en el agua el animal que estaba cerca de mí. Desde que clareó el día me dediqué á vigilar al manatí, sobre cuyo lomo iba apilando montones de hierba mojada, pues la marea, que bajaba, lo iba dejando al descubierto y expuesto á los verticales rayos del sol de los trópicos.

Por la tarde llegó la lancha, que nos traía lo que nos hacía falta.

Al mediodía del siguiente quedó concluído el tanque, calafateado y bien amarrado á los árboles vecinos. Me aproximé al animal, que estaba sumamente tranquilo; pero me pareció que respiraba con dificultad. Le toqué los labios y no los movió. Mis compañeros dejaron de trabajar y se aproximaron; el animal tenía los ojos cerrados y no respiraba. Aquella tarde, en vez de embarcarlo para un aquarium, lo preparamos para mandarlo á un museo.

Un mes después estábamos en las mismas aguas. Habíamos puesto un motor á la goleta á fin de que pudiera cruzar con más facilidad por los pasajes estrechos y de poco fondo, y llevábamos un pequeño esquife con su diminuta maquinilla. El tanque continuaba anclado en el sitio mismo en donde lo habíamos dejado; nos alentaba la esperanza de encontrar quien lo ocupara. Vimos y seguimos algunos manatíes, pero sin tratar de cogerlos, unas veces porque eran demasiado jóvenes, otras porque estaban tan lejos del tanque y de la goleta, que no me atreví á abordar el problema de su conducción hasta allí. En vista de esto determiné no amarrar á ninguno mientras no fuera en lugar adonde pudiéramos llevar el tanque.

Una buena oportunidad se nos presentó una vez, pero fué al ponerse el sol; no me atreví á exigir de mis acompañantes que se pasaran la noche junto conmigo en aquellos esteros infestados de mosquitos.

Cazadores tratando de amansar á un manatí

Nuestra ruidosa presencia en aquellos parajes no ahuyentó de sus guaridas á los manatíes; al contrario, se familiarizaron completamente con nosotros. Los veíamos nadando tranquilamente por el fondo del río, casi debajo de la hélice en movimiento. Al fin herimos á uno desde el esquife con un arpón, y en menos de una hora lo sujetamos. Yo mantenía siempre la canoa lo más cerca que podía de él, y cuando subía á la superficie del agua á respirar, los demás le traban los remos al hocico. Uno de los nuestros, en otra canoa automóvil, daba vueltas en derredor, recogiendo los remos y devolviéndonoslos otra vez. Cuando ya el animal se encontraba falto de resuello y se veía obligado á tener fuera del agua algún tiempo la cabeza, le arrojé á ella una red hecha de cuerda de un cuarto de pulgada de grueso con mallas de dos pies y de unos seis de largo, á la que mantenían abierta dos anillas de acero de cuatro pies de diámetro. En ella le tuvimos encerrado hasta que pudimos trasladarlo á otra de doce pies de longitud, en la que lo remolcamos hasta alojarlo en el tanque, que amarramos fuertemente á la goleta.

Resultó ser el tanque demasiado grande para él; necesitábase otro de poco más de una tercera parte de su tamaño y además un lanchón en que conducirlo hasta Miami. Hubo, pues, que hacer un segundo viaje de noche á Everglade, pero esta vez fueron dos hombres; otro se quedó conmigo para cuidar del manatí. Terminado el nuevo tanque metimos en él al animal; agujereamos el lanchón, sumergiéndolo debajo del tanque; volvimos á tapar los agujeros, achicamos el agua y emprendimos la marcha llevándolo á remolque.

Cinco horas se necesitaron para cargar el tanque con el manatí en un carro del ferrocarril, teniendo que retrasarse la salida del tren más de una. Cuando éste echó á andar llevándose mi prisionero, facturado para el Aquarium de Nueva York, por primera vez después de un año pensé sin angustia ni zozobra en el imprudente ofrecimiento que por telégrafo había hecho á dicho establecimiento de proporcionarle un manatí vivo sin tener todavía ninguno en mi poder.

Medía el manatí, cuando lo cogimos, diez pies y cuatro pulgadas de largo. Parece que le sentó muy bien el viaje de una semana que hizo, pues cuando llegó al Aquarium, según aseguraron los periódicos de Nueva York, tenía diez y ocho pies de longitud. Unos veinte días después recibí un telegrama participándome que había muerto á consecuencia de una infección de la sangre, ocasionada por una antigua herida de bala de fusil.

A. W. Dimock.

(Fotografías de Julián A. Dimock.)

Ponts-de-Ce (Francia).—La catástrofe del puente de Maurilliers sobre el Loira, á consecuencia de la cual han perecido treinta personas y han resultado heridas quince. (De fotografía de M. Branger.)

A las once y veinticinco de la mañana del día 4 salía de Angers un tren ómnibus lleno de pasajeros, que se dirigían á los pueblos cercanos, para pasar en ellos alegremente el domingo. Pocos minutos después, veinte metros antes de llegar al puente de Maurilliers, cerca de Ponts-de-Ce, descarriló la locomotora, y saltando por encima del puente cayó al río, arrastrando consigo el ténder, el furgón y un vagón de tercera clase.

El resto del convoy pudo salvarse, gracias á haberse roto los enganches y á haber funcionado á tiempo los frenos Westinghouse.

Organizados inmediatamente los socorros, no tardaron en llegar los zapadores del 6.° regimiento de ingenieros, de guarnición en Angers, que procedieron á la extracción de los cadáveres y al salvamento de los sobrevivientes. El número de los primeros asciende á unos treinta y el de heridos á quince; muchos de aquéllos no han sido encontrados, siendo de suponer que la corriente los ha arrastrado.

El puente, que en parte quedó destrozado, está á siete metros de altura sobre el río, y la profundidad de éste en aquel sitio es de unos tres ó cuatro metros.

El ministro de Obras Públicas M. Barthou, que se hallaba en Trouville, al tener noticia del suceso partió inmediatamente para el sitio de la catástrofe, adonde llegaba en las primeras horas de la madrugada del día 5.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Año XXVI ←— Barcelona 26 de agosto de 1907 → Núm. 1.339

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA DAMA DEL ABANICO,

cuadro de Velázquez que se conserva en la Galería Hartford, de Londres

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la presente serie, que es la preciosa novela

SOLEDAD

original de la eminente escritora que oculta su nombre bajo el seudónimo de Víctor Catalá.

Esta novela es indudablemente una de las mejores joyas de la literatura catalana contemporánea, y estamos seguros de que ha de ser una de las más importantes obras de nuestra biblioteca.

De la bondad de su traducción es garantía el nombre de D. Francisco J. Garriga, el ilustrado catedrático del Instituto de Oviedo. En cuanto á las ilustraciones, con decir que son originales del genial artista Sr. Mas y Fondevila queda hecho su mayor elogio.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los concursos hípicos van siendo una especie de *anillo de la muerte:* la concurrencia está todo el tiempo con el corazón en un puño. Sin embargo, quitadle á ese espectáculo el riesgo, y le habréis quitado la sal toda. Porque si no hay un poco de palpitación de corazón, ¿qué hay, vamos á ver, en ese desfile raudo de oficiales á quienes el uniforme hace parecer idénticos á distancia, rigiendo monturas que sólo se diferencian en el pelaje? La emoción consiste en temer que jinete y montura caigan de cuatro metros de alto y haya que exhalar el ¡ah! doloroso de la compasión. De modo que los concursos hípicos forman parte de la serie de *placeres crueles*, aunque no los incluya Tolstoy en su inventario, donde figuran «los comedores de carne, la guerra, la caza.» Verdad es que bajo la rúbrica de *guerra* cabe incluir los concursos hípicos, que revisten carácter de deporte militar.

Contra la guerra dice Tolstoy muy buenas cosas, que, sin embargo, no me persuaden. No porque no me sonría, como á todo el que no tenga malas entrañas le sonreirá, ese dulce cuadro de la humanidad abrazándose y dirimiendo sus querellas por el sistema tolstoyano, según el cual, ahora, verbigracia, los moritos ofrecerían á los franceses, en vez de balas, cuzcuz y dátiles, y los franceses á ellos pistochos, fondanes y pastillas; sólo que no me convenzo de que ni ahora, ni acaso nunca, la humanidad llegue á tan idílico estado. Acaso esto dependa de mi concepto de la humanidad. El pueblo ó el individuo inerme, confiado é incauto, que no sabe desconfiar ni resistir, debe temerlo todo de sus semejantes, sin que valga á evitar el daño ningún generoso sentimiento. Pese al señor conde de Komarowsky, que también piensa como Tolstoy, la verdadera paz basada en la confianza mutua no llegará jamás á establecerse entre naciones que tengan ni un adarme de encontrados intereses. El error de Tolstoy es creer que las guerras nacen de que «un enloquecido jefe de Estado diga una estupidez cualquiera y otro le conteste con otra gansada...» Ni aun en los tiempos de Homero ha ocurrido semejante cosa. Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna. Podrán equivocarse los que las declaran, ser inoportunos, calcular mal la hora ó las fuerzas, pero no obedecen al impulso caprichoso, sin base, que Tolstoy supone gratuitamente, arrastrado por la demostración de su tesis. Si la ocasión de las guerras es á veces un incidente nimio (nimio con relación á los resultados que acarrea), el motivo jamás es caso fortuito y del momento. En esto de la guerra, más que en nada, las cosas se caen del lado á que se inclinan. Hecha la intención, depositado el sedimento, pretextos nunca faltarán.

Tolstoy cree que los que enunciamos verdad tan sencilla carecemos de sinceridad, de buena fe, y nos dedicamos á engañar á nuestros contemporáneos. Con nadie se muestra tan enojado Tolstoy como con los publicistas ilustrados é instruídos, predicadores modernos que no sienten lo que dicen, y sostienen, no la sublimidad, sino la mera y triste necesidad de la guerra. Yo la considero un fenómeno, no digamos bienhechor ni deseable, pero natural, y por consiguiente fatal. La sociedad puede adelantar en infinitos respectos, mejorar su estado, perfeccionar su funcionamiento; lo que no puede es cambiar la íntima naturaleza humana, y mientras no la cambie, guerras habrá. Acaso, por medios que actualmente no nos es dado prever, se modifique profundamente la forma de la guerra. Figurémonos, por ejemplo, que se realizan los vaticinios de Edison y que se descubren ó inventan los aeroplanos dirigibles á voluntad. ¿Quién no ve en este descubrimiento la transformación de la guerra y de otras muchas cosas? Todo ello son hipótesis, fantasías del porvenir; lo que persiste y persistirá es la urgente y no interrumpida obligación de defenderse, de una ó de otra manera, con los medios que permita el nivel actual de los conocimientos. Tolstoy, como buen discípulo de Rousseau, quisiera hacer tabla rasa de la civilización, sin refinamientos y exigencias, y volvernos al período en que la humanidad triscaba por los oteros y dormía bajo la bóveda celeste tachonada de diamantes. No hay más que una objeción, y es que ese tiempo es el de la guerra, no como caso anormal, sino como estado persistente y constante. Cuando más nos volvemos al pasado, más estridente suena el clamor y el alarido de batallas y carnicerías. Es que el hombre, de suyo, no es un cordero. ¡Qué ha de ser cordero! Lobo y muy lobo, y el propio ilustre novelista, con su perspicacia de gran psicólogo, lo hace notar, sin darse cuenta de ello, obligado por su lucidez, que pugna con sus candorosas teorías. No en balde otro insigne utopista, Víctor Hugo, cantó en magníficos versos:

> *«Toute fleur est d'abord fumier, et la nature*
> *commence par manger sa propre pourriture:*
> *la raison n'a raison qu'aprés avoir eu tort...*
> *l'esclavage est un pas sur l'anthropophagie,*
> *la guillotine, affreuse et de meurtres rougie,*
> *est un pas sur le croc, le pal et le bûcher;*
> *la guerre est un berger tout autant q'un boucher...*
> . . . .
> *O genre humain, malgré tant d'âges révolus,*
> *ta vieille loi de haine est toujours la plus forte;*
> *le jour fuit, la paix saigne et l'amour est proscrit,*
> *et l'on n'a pas encore décloué Jésus-Christ!* (1)

Si; la guerra es pastor, más que verdugo, cuando sirve para atajar matanzas y escenas de barbarie como aquellas de que acaba de ser testigo Casablanca. De esas escenas presenciaríamos y padeceríamos no pocas en pueblos y países que no son sarracenos, á no existir una fuerza organizada que las evita. Sordo será quien no oiga el rugir de las malas pasiones y los apetitos que estallarían, que nos tragarían, si pudiesen... Y el propio Tolstoy, en un arranque de sinceridad, declara: «Los gobiernos no ignoran las dificultades que ofrece el reclutamiento de las tropas; así, pues, si las organizan y mantienen sobre las armas, á costa de temibles esfuerzos, es que evidentemente no pueden obrar de otro modo...» Y con este rayo de buen sentido, que se abre camino entre un nublado de ensueños, cierro el párrafo de la actualidad africana...

Volviendo al concurso hípico, seguramente los que en él toman parte experimentan esa peculiar sensación que caracteriza las pesadillas, y es la de la acción que no termina, del obstáculo que se reproduce una vez salvado. En las pesadillas subimos una cuesta, y al llegar á la cima se nos presenta otra cuesta más empinada y angustiosa, y al fin de aquella surge un muro vertical. En las pesadillas, intentamos despojarnos de una prenda de ropa, y debajo del abrigo que nos hemos quitado hay otro abrigo más ceñido y angosto, que sofoca doblemente, y cuyas mangas no hay medio de soltar, y luego un coleto férreo, y una elástica gorda, y un corpiño duro, y trapos, y trapos, y telas, y telas, que renacen y se sobreponen como las películas de la cebolla. Otras veces nos encontramos en un pasillo, y nos lanzamos por él, creyendo que tendrá término, y no lo tiene: hace mil rodeos, da más vueltas que intestino de rumiante, se hunde en lo infinito de la sombra, y andamos, andamos, y cuanto más andamos más se estira el fantástico pasadizo... Un monstruo nos persigue: emprendemos desesperada fuga: á nuestras espaldas oímos sus bufidos; nos calienta la nuca su hálito de pestífero fuego... El terror nos da alas, y sin saber cómo trepamos á un árbol altísimo, ó nos recluímos en una fortaleza inaccesible; pero sin permitirnos tiempo de saborear la alegría de la salvación, el monstruo se descuelga allí, cayendo de las nubes, á nuestro lado, abriendo su bocaza sangrienta y enseñándonos doble hilera de tiburonescos dientes...

Tal debe de parecerles á los atrevidos jinetes la hazaña que realizan. Primero saltan un regular montoncillo de tierra; á renglón seguido, una ría; luego, un alto seto de ramaje; detrás, una valla blanca, de maderos, que se repite de cinco en cinco metros, cortando la acción al salto, fácil únicamente cuando se puede tomar amplia distancia. Otro seto de ramaje, más tupido y alto, aparece, y en pos de él, la banqueta.

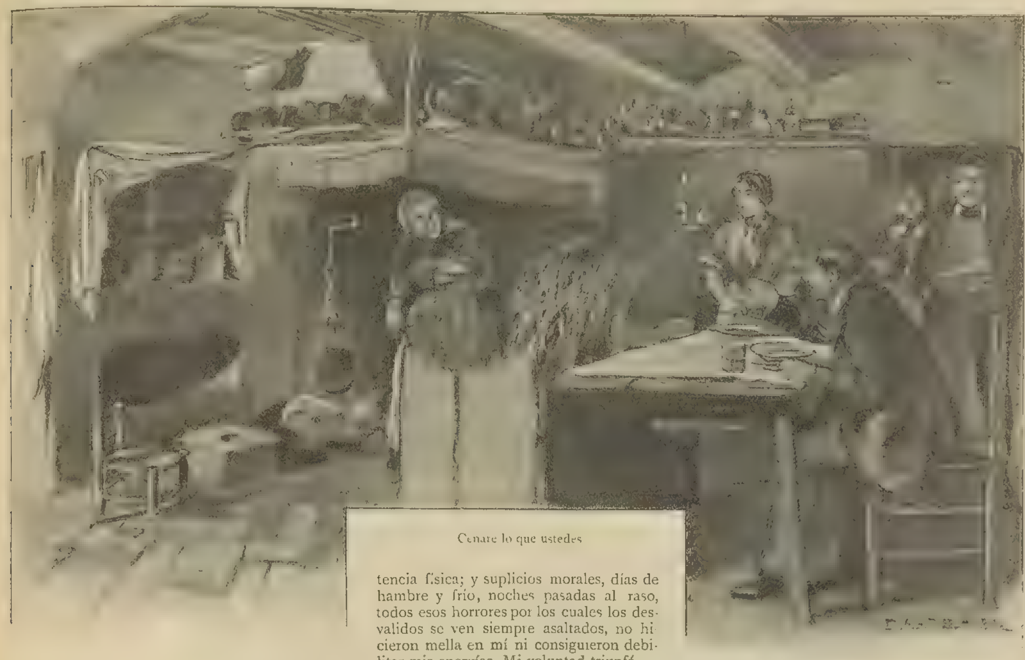
La banqueta es cosa imponente. Desde lejos ofrece el aspecto de un colosal pan de molde, de los que en Madrid se cuecen con objeto de cortarlos en finas lonchas de compacta miga y hacer *sandwichs*. La forma es la misma, el color del barro ó arcilla el mismo; y pensamos vagamente en la cantidad de emparedados de *foie gras* y jamón que de allí podría sacarse para un *five o clock tea* de Gargantúa.— Nos distrae de nuestro cálculo la primer y vana tentativa del jinete para ascender por la banqueta... El caballo, espantado de la pared casi perpendicular, retrocede temblando. Le clavan las espuelas y se precipita ciego. Ya está en la cima. ¿Al menos allí encontrará terreno firme un segundo? No: en el centro de la meseta hay un foso; desde lejos parece entalladura de cuchillo que alzó un *sandwich* para golosa prueba... De cerca será profundo. El caballo, estremecido, lo salta, y se encuentra al borde de otro precipicio, que es preciso bajar, como se baja por una muralla: es el lado opuesto del gigantesco pan. Y empieza una lid entre el hombre y el bruto, que no es tan bruto, porque siente el horrible peligro y se resiste, y brega, y se cuaja de susto. Las espuelas desgarran su costado, el látigo restalla sobre su hermosa piel lustrada y reluciente al sol: el caballo no se mueve. Sus patas parecen haber arraigado en el suelo arcilloso de la meseta. El jinete hace movimientos de rabia y de enojo. Su amor propio está interesado en bajar, aun cuando al pie del obstáculo estuviese la muerte esperándolo. Su juventud no se acuerda del riesgo: dos ó tres mil ojos le miran; está colocado de manera que no pierden los epectadores ni el más insignificante de sus actos y gestos: la púrpura de la cólera, la palidez del temor, no pueden esconderse bajo la implacable luz que cae del cielo azul sobre el cual, á manera de estatua ecuestre, se destaca su figura... Aprieta el castigo, reitera los latigazos, una mancha roja brilla en los ijares de la rebelde montura... Y al fin, el caballo se decide. Se diría que más que la fuerza, le sugestiona algo *moral*, el deseo del jinete, su alma en aquel momento furiosa de ansia de vencer. Avanza, adelanta las patas, que hacen despeñarse una cascada de arcilla, ensaya, y al fin se deja ir, como el que se entrega á la casualidad, y rueda hasta el pie de la banqueta, donde dobla el cuarto trasero. Parece que va á dar la fatal vuelta, y que el jinete caerá de cabeza también, desnucándose. Un murmurio de alarma recorre las filas de los espectadores, pendientes del trance. Y en el mismo momento estalla el aplauso: el caballo se ha enderezado, el jinete no ha perdido la silla, y vuelan ya á vencer los últimos obstáculos, porque, como en las pesadillas, quedan todavía saltos, después del desplome prodigioso...

El peligro desafiado, la dificultad vencida, son sin género de duda cosas bellas. ¿Para qué sirve todo esto?, oía yo preguntar á mi alrededor. En primer lugar, para algo debe de servir. Contribuirá á desarrollar la maestría profesional de los oficiales de los cuerpos montados. Y si de nada sirviese, serviría de bastante con ser bello. Es preciso que la gente se persuada de la necesidad de lo hermoso á secas.

De todos los sistemas filosófico-morales, el que menos me atrae es el utilitarismo, pues aunque Stuart Mill asegura que no es incompatible con la belleza, el arte y el goce, el sentido general, pervertido si se quiere, ha creado una antítesis entre estos dos conceptos; y con la cuestión de cuál es la utilidad de esto ó de aquello, se prepara el terreno á la proscripción de las superfluidades necesarias al espíritu. Un mueble *útil* es un asiento sobre cuatro patas; un cuadro *útil* contiene un mapa; una flor *útil* se aliña y se come con aceite y vinagre; un caballo *útil* tira de un coche ó de una trilladora... El peligro es una cosa frecuentemente inútil, y siempre sugestiva.

Emilia Pardo Bazán.

(1) «Toda flor comienza por ser estiércol; la naturaleza rincipia sustentándose de su propia podredumbre; la razón acierta equivocándose; la esclavitud es un paso sobre la antropofagía; la atroz guillotina, roja de deguellos, vale más que el palo, el garfio y la hoguera; la guerra es tan pastor como verdugo... ¡Oh género humano, á pesar de tantos siglos transcurridos, prevalece tu vieja ley de odio; el día se extingue, la paz sangra, proscrito está el amor, y Cristo no ha sido desenclavado todavía!»



Cenaré lo que ustedes

LA SOPA DE COLES

Yo contaba diez y ocho años. Acababan de morir mis padres. Había quedado solo, solo en el mundo.

Nada heredé de los que me dieron el ser. Eran mi único patrimonio un nombre honrado y una honrada pobreza. No tenía más protección que el cielo, azul é inexorable. Delante de mí se dilataba el infinito, la vida con sus amarguras hondas y sus combates cruentos.

Medité; y el resultado de mi reflexión fué vender el modesto ajuar de mi casa y ponerme en camino. En camino ¿hacia dónde? No llevaba dirección fija. Lo mismo me daba marchar al Norte que al Sur.

Al salir de mi helado hogar con las cien pesetas producto de las ventas de aquellos enseres queridos, testigos de mi infancia, pasaba una muchacha cantando. Enjugué mis lágrimas y seguí la misma ruta que ella. Los hijos del fracaso suelen dejarse guiar por la casualidad más que por el instinto.

Al poco rato la muchacha se metió en una granja. Yo seguí adelante.

Anduve sin descansar siete horas. Al anochecer llegué á una posada y pedí de cenar.

La larga jornada y mis diez y ocho años me habían despertado un apetito extraordinario.

—Si quiere usted cenar lo que nosotros, dijo la posadera, creo que ha de gustarle. Unas sopas hechas con coles recién cogidas del huerto y que están diciendo comedme.

—Cenaré lo que ustedes, dije.

Y sobre un mantel más blanco que la nieve, y excitado por mi hambre canina, con una satisfacción, con un gusto tan grande devoré aquella sopa de coles, que á pesar de haber transcurrido más de medio siglo, su recuerdo no se ha apartado nunca de mí.

Después me acosté y dormí más de diez horas con un sueño de piedra.

Al día siguiente despertaba el alba cuando, nuevo judío errante, salía de la posada y volvía á emprender mi camino sin rumbo.

Al pasar el dintel de la puerta del mesón, la hija de los venteros, una preciosa niña de ojos negros y cabellos rubios, me dijo:

—¡Vaya con Dios el joven y que Dios le ayude!

***

Referir las desgraciadas peripecias y los incidentes adversos con que tuve que luchar en aquella etapa de riguroso infortunio, fuera cosa imposible. La orfandad, la soledad y la miseria, siniestros camaradas, me acompañaban á todas partes. Pero mi espíritu era fuerte como el bronce y dura á toda prueba mi resistencia física; y suplicios morales, días de hambre y frío, noches pasadas al raso, todos esos horrores por los cuales los desvalidos se ven siempre asaltados, no hicieron mella en mí ni consiguieron debilitar mis energías. Mi voluntad triunfó.

Después de dos años de batalla incesante, la suerte mostróseme propicia. Entré de escribiente en las oficinas de un comerciante muy rico, no tardando en captarme su confianza por mi honradez y afición al trabajo. Al poco tiempo mi principal me subió el sueldo y me dió parte en las ganancias de la casa.

El noble protector que el acaso me había deparado tenía una hija encantadora: Juana, una morena de diez y siete abriles, pálida y bella, en la que se unían en amable consorcio los encantos del cuerpo y las exquisiteces de un alma grande y pura.

Desde el primer momento nos sentimos impulsados uno hacia otro por la fuerza secreta de una irresistible simpatía que el trato contínuo convirtió bien pronto en amor; y como el amor es un sentimiento que no puede permanecer oculto, no transcurrió mucho tiempo sin que el padre de Juana, advertido de lo que ocurría, interrogase á su hija acerca del asunto.

Un día, exponiendo yo á Juana los temores que abrigaba de que su padre pudiera no ver con gusto nuestras relaciones, ella me dijo:

—Tu recelo es muy natural, pero sabes que mi padre es inmensamente bueno, que me quiere mucho, que se desvive por complacerme y que tiene debilidad por ti. Hemos hablado de esto, y desde luego puedo asegurarte que si le dices tu pensamiento y formulas tu petición, no quedarás desairado.

Alentado por tan buenos auspicios me lancé á la palestra, saliendo victorioso. El comerciante, alegre más que benévolo, acogió mi súplica, y al terminar nuestra conversación me dijo:

—Creo que os amáis de veras. Yo accedo contento á lo que pretendes. Sólo te pido una cosa: que la hagas feliz.

A los dos meses nos casamos. El padre de Juana, ya viejo y achacoso, se retiró de los negocios, y yo quedé al frente de la casa. Un año después murió aquel hombre generoso que había sido mi providencia, y Juana entró en posesión de una cuantiosa fortuna.

Eramos completamente felices. Ninguna nube empañaba la serenidad de nuestro cielo. Mi esposa, dotada de todas las bondades y todas las virtudes que Dios creara en el delirio de su suprema grandeza, se consagraba á hacer que la existencia fuera para mí un delicioso oasis. Yo, bajo la influencia del encanto de aquella santa, vivía en un éxtasis perpetuo.

Pero como la ventura es tan breve, á los cuatro años de matrimonio sobrevino un incidente funesto que, cual negra tormenta, entenebreció nuestra dicha é interrumpió nuestro idilio.

Juana contrajo una grave afección al pecho, y los médicos, en vista de lo agudo de la enfermedad, cuyo término inevitable sería la muerte, dictaminaron que únicamente los viajes á templadas zonas y un cuidado exquisito en el tratamiento del mal, podían prolongar la vida de aquella delicada tuberosa, herida profundamente.

Juana, presintiendo un desenlace trágico, hizo testamento á favor mío. Realicé la casa comercial y las numerosas fincas que constituían el patrimonio, y con mi pobre compañera emprendí el *record* señalado por los facultativos. Las islas Canarias, las Baleares, Italia, Grecia, Suiza, la parte occidental de Francia y las provincias españolas de Levante, con su dulce y saludable clima, lograron conservar por espacio de tres años mi *flor de estufa*, como yo llamaba á Juana. Pero la flor no pudo conservarse por más tiempo, y al fin dobló su tallo. Murió mi esposa. Allá quedó, en el rincón de un cementerio de la Provenza, bajo unas flores con que tapicé su tumba.

La muerte de Juana fué para mí un golpe terrible. Había sido el grande, el único amor de mi vida. No existiendo ella, volvía á mi primitiva soledad, aún más triste por ir acompañada de gloriosas añoranzas; y al verme, cual dijo el poeta,

sin hogar y sin lazos como el viento,

y deseando encontrar alivio á mi dólor y difuminar en lo posible mi idea fija, continué, á semejanza de *El caminante* de Richepin, viajando, viajando sin cesar; y como llevado por el vértigo, surqué mares opuestos, crucé la tierra de polo á polo, busqué en remotas latitudes sensaciones nuevas, temiendo que la pasividad de la quietud y la contemplación del mismo horizonte acabaran por volverme loco.

Así, andando siempre, me sorprendieron la vejez y la enfermedad que ha de conducirme al sepulcro: una gastralgia rebelde que, estragando mi estómago, me priva del apetito hasta el punto de hacerme repugnar los más sabrosos y delicados manjares.

Entonces, al sentirme herido por las frías caricias de la muerte próxima, pensé en volver á mi querida aldea para exhalar en ella el postrer suspiro y para que mis huesos descansasen junto á los huesos de mis padres.

Y emprendí el viaje de regreso: ¡el último de todos!

***

A la hora del anochecer llegué á la posada donde, cincuenta años antes, cuando salía de mi aldea pobre y vagabundo á buscar fortuna, me había detenido á cenar.

El coche de camino paró á la puerta del mesón, y mis criados empezaron á desuncir el ganado y descargar las maletas.

Eché pie á tierra y entré en la amplia y ahumada

cocina en que comí la nunca olvidada sopa de coles.

Junto al fuego estaban tres mocetones altos y recios que me saludaron levantándose y quitándose la gorra, y una mujer como de sesenta años, cuya cara, de rasgos marchitos, me recordó á la niña que en la puerta me dijo: «¡Vaya con Dios el joven y que Dios le ayude!»

La posadera se adelantó hacia mí, y desplegando su más amable sonrisa, exclamó:

—Bienvenido sea el señor. El señor dirá si quiere que se le disponga la cena. Hoy ha matado mi Pedro, ese muchacho que ve usted, un gamo muy hermoso, y le prepararé un guiso que se ha de chupar los dedos de gusto. Pero siéntese el señor. Aquí, á la vera del fuego.

Yo tomé la silla que la mujer colocó á la derecha de la chimenea, y pasándola al lado opuesto, me senté.

Era el sitio donde, hacía medio siglo, había comido la sopa de coles.

—¿Usted no recordará de mí?, pregunté á la ventera.

—No, señor, respondió mirándome fijamente.

—Pues bien. Cincuenta años han transcurrido desde que un atardecer como este —¡oh, Dios mío, todo está igual, si parece el mismo crepúsculo!—llegó aquí un joven, más bien un adolescente, pidiendo de cenar. La posadera de aquel tiempo, supongo que sería su madre de usted, había hecho sopas de coles para la familia, y preguntando al recién llegado si quería cenar el mismo plato y aceptando aquél, en el sitio que ahora ocupo el huésped devoró, más que comió, la sopa, con tan gran apetito, con delicia tan grande, que jamás consumió en las mesas mejor servidas manjar, por delicado que fuese, que le resultara como aquella humilde y siempre recordada sopa.

La posadera y sus hijos escuchaban con atención profunda.

Hoy, proseguí, aquel joven lleno de salud y de vida que, pobre y desvalido, marchaba de su pueblo en busca de fortuna, vuelve rico, muy rico, sí, pero viejo y enfermo; y quisiera que usted, en lugar del suculento ciervo que acaban de ofrecerle, le preparase una sopa como aquélla, por si pudiera, después de medio siglo, repetir *el plato* con la satisfacción de entonces, y volver, aunque fuera por breves momentos, á sentir la energía y el vigor de sus remotos diez y ocho años.

Conmovida la posadera, dijo dirigiéndose á uno de los muchachos:

—Pascual, escoge la col más lozana y más tierna del huerto.

Y luego mirándome:

—Voy á ver si consigo hacer á usted una sopa que no desmerezca en nada de la que le hizo mi pobre madre; una sopa capaz de abrir el apetito á un muerto.

Me sirvieron la sopa, condimentada cuidadosamente. Su rico olor inundaba la cocina. La posadera se había esmerado.

Tomé la primera cucharada. No pude más.

A la mañana siguiente, triste y cabizbajo, marchaba en el coche de camino hacia mi aldea, hacia el reposo eterno.

PEDRO BARRANTES.

LA EXPOSICIÓN DE DINANT

En Dinant, linda población belga situada á orillas del Mosa, se ha inaugurado recientemente una exposición de las llamadas *dinanderies*, esos objetos de cobre esculpidos que tanta fama le dieron desde los siglos XII y XVI, y de otras obras de artistas dinanteses. Entre estas últimas llaman la atención varios notables cuadros de Patenier, Bles, Wespin, Hallaux, Wiertz y Lion.

Exposición de Dinant-sur-Meuse (Bélgica).—Relicario y otros objetos de valor artístico é histórico. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Figura también en esa exposición una chimenea de piedra caliza de 1603, curiosa, aparte de su mérito artístico, por la siguiente inscripción que hay grabada en ella: «Lo que hace dichosa la existencia son los bienes no adquiridos por el trabajo, sino por la herencia, un campo fértil, un hogar fijo, ningún pleito, vestidos poco numerosos, tranquilidad de espíritu, fuerzas naturales, un cuerpo sano, una lealtad prudente, amigos que se parezcan á uno mismo, un trato agradable, una mesa sin refinamiento, una noche sin embriaguez, pero exenta de cuidados, un lecho nupcial sin tristeza, pero púdico, un sueño que hace cortas las noches, querer ser lo que eres y no preferir nada de otro y no temer ni desear el día supremo.»

Los dos grabados que en esta y en la siguiente página publicamos reproducen algunos de los más importantes objetos expuestos: el famoso retablo de Bouvignes, de roble esculpido y policromado, que representa la pasión de Jesucristo y que se atribuye á Juan Johy; un hermoso relicario de la iglesia de Dinant; la bandera que llevaban los combatientes dinanteses en 1830, cuando la guerra de la independencia de Bélgica, y otras obras del arte local antiguo.

La exposición es interesantísima desde los puntos de vista artístico é histórico, y desde que se ha abierto, Dinant hállase invadida por una multitud de extranjeros que acuden á visitarla.—N.

LA TORRE DE LAS CIGÜEÑAS

Sobre la más alta cima de la montaña más alta de la provincia de Burgos, elevábase hace siglos un castillo feudal, abandonado por inhospitalario, entre las eternas nieves que coronaban la altura: lo macizo de su construcción proclamaba la edad de hierro, como su color negruzco la antigüedad de los siglos.

Hasta un tercio de la altura veíanse verdear el roble y crecer el musgo, y hasta allí solían llegar á veces los pastores con sus rebaños; pero de allí únicamente pasaba todos los años un hombre, en el mes de julio, seguido de otros que llevaban á hombros efectos y vituallas, y que luego descendía antes de que el cierzo amontonase otras nieves y le cerrara el paso.

¿Qué misterio se ocultaba en aquel solitario castillo? ¿Quién era el hombre que á él dirigía su planta todos los años? ¿Por qué flameaba en el muro el rojo pendón feudal después de tantos años de abandono?

Nadie hubiera sabido decirlo; pero la imaginación de los labriegos, siempre dada á supersticiones, forjó historias de duendes y aparecidos, y acabó por suponer que era el mismo diablo con su rabo y con sus cuernos el que habitaba en la torre.

Era D. Lope Avendaño un nobilísimo señor de horca y cuchillo, pendón y caldera, mozo aún, pero temido y respetado por su fiereza y por su poder, mozo que entre todos sobresalía por su gentil apostura y su gallardo continente.

Rara era la dama que, en diez leguas en contorno, no suspirara por él, y sólo una, entre las jóvenes casaderas, no aspiraba á su amor. Llamábase ésta Elvira Alvar-Jiménez, y era hija del noble y linajudo señor de Agreda.

Enamorada de Farfán, noble hijodalgo, pobre, sí, pero rico en valor y no menos hermoso y gallardo que D. Lope, nunca fijó en éste sus ojos ni llevó á él su pensamiento: Farfán era su ídolo, como ella era el ídolo de Farfán; y aquellos amores purísimos, cubiertos aún por el velo del misterio, eran el paraíso de ambos.

Era de noche: chisporroteaba la leña en el hogar; rugía en el exterior el cierzo; Alvar Jiménez dormitaba en un sillón, y Elvira, sentada no lejos de su padre, soñaba en el amor de su gentil mancebo.

—Escucha, le dijo su padre con gravedad y como si en aquel instante despertara. Has cumplido diez y ocho años y ya es fuerza que te cases. Tres me han pedido tu mano: un miserable hidalgo de gotera, un noble con muchos pergaminos por único patrimonio y D. Lope de Avendaño, opulento señor de vidas y haciendas. La elección no admitía duda, y he ofrecido á D. Lope que serás su esposa; por lo tanto, ve preparando tus trebejos, mientras que yo preparo lo necesario para la boda.

Quedó aterrada la joven al escuchar aquello, y

aunque quiso replicar, no pudo. La voluntad paterna era absoluta en aquellos tiempos, y la palabra empeñada por un noble era palabra cumplida.

Ha pasado un mes y todo es, en el castillo de Agreda, regocijo y zambra. El preste, convenientemente revestido, acaba de unir en lazo indisoluble á don Lope y á Elvira.

Nuno Farfán, desesperado, hace cuanto puede por ocultar su rabia y su despecho, pero el siniestro centelleo de sus ojos revela á Elvira el violento huracán de sus pasiones.

Temerosa la joven de que aquel huracán estalle, acércase á él con disimulo y le dice en voz baja:

—Ten calma por Dios: te lo ruego.

—¡Imposible! O él ó yo.

Y se alejó bruscamente de su lado.

La noche había tendido por el firmamento su esplendoroso manto bordado de estrellas.

Bizarro escuadrón daba lucida escolta á la litera que conducía á Elvira desde el castillo de su padre al de D. Lope su esposo.

El pensamiento de la joven seguía fijo en Farfán.

Un hidalgo, á juzgar por su porte y por sus armas, acercóse á Avendaño en un recodo del camino, y algo le dijo en voz baja que debió interesarle mucho, por cuanto, deteniendo su corcel, dijo á los demás:

—Seguid todos, que yo os alcanzaré pronto.

Un momento después y solos ya Nuño y don Lope, preguntó éste:

—¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

—Que habiéndonos jurado amor eterno Elvira y yo, no he de consentir que sea vuestra.

—Farfán, sois un insolente y vais á morir á mis manos.

—Lo veremos, don Lope.

Ambos desnudaron sus espadas y se acometieron con fiereza. La lucha fué muy breve: oyóse un ¡ay! agónico; uno de los jinetes cayó con estrépito al suelo y el otro se alejó á escape sin cuidarse de darle á la víctima el golpe de gracia.

Exposición de Dinant-sur-Meuse (Bélgica).—Famoso retablo de Bouvignes, atribuído á Juan Johy. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Han transcurrido tres meses, y roedora duda atormenta á D. Lope: tres meses hace que observa cuidadosamente á su mujer, y aunque la ve triste, no le ha sorprendido palabra ni acción alguna censurables. De otra parte, le consta que D. Nuño no murió de la estocada recibida y que ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, y la tristeza de Elvira y la desaparición de Farfán lo tienen inquieto.

Resuelto á salir de dudas, díjole un día á su mujer:

—Hace tres meses que nos casamos y no os ha abandonado la tristeza desde entonces. ¿Estáis disgustada de ser mi mujer?

—D. Lope, soy vuestra esposa, y á nada conduce el decir si me pesa ó no me pesa el serlo.

—Pero ¿me amáis?

—Las almas son un destello de Dios, y, como Dios, son libres.

—¿Es decir, que amáis á Nuño?

Elvira calló.

—Vuestro silencio es una confirmación. Moriréis.

—Sois mi señor y podéis hacer de mí lo que gustéis.

—Moriréis, sí, replicó Avendaño cada vez más fosco; pero no ahora: moriréis poco á poco y de una manera tan horrible como habéis matado la pasión que ardía en mi pecho.

—Nada hice para ello; pero si me habéis de tratar con mengua, matadme de una vez, pues no respondo de lo que pudiera hacer.

—No temo vuestras bravatas: me vengaré como hay Dios, y mi venganza será terrible.

Elvira inclinó la cabeza sobre el pecho, y D. Lope se alejó fulminando rayos y centellas por los ojos.

En plena canícula trepan por las breñas del monte treinta arqueros escoltando un convoy y dos literas: precédeles un caballero con la visera calada, sin mote en el escudo ni airón en el casco; pero su ademán y su porte revelan lo altivo de su prosapia.

Al llegar al sitio en que el sol no ha podido fundir la nieve, todos hacen alto, el caballero se apea, manda trabar los caballos, deja á su cuidado seis arqueros y prosigue la ascensión con los restantes conduciendo las literas, y así llegan, no sin grandes fatigas, á la alta cumbre en donde se halla enclavado el castillo.

—Aquí tenéis, señora, dijo Avendaño á doña Elvira, la que ha de ser vuestra morada mientras viváis. No hay cosa que mejor cuadre á livianos pensamientos que los muros de un castillo, ni que calme las fogosidades del alma como el frío de las nieves perpetuas.

Tres años lleva Elvira encerrada en la torre de las cigüeñas bajo la vigilancia de una dueña quintañona, de un cabo y de diez arqueros.

Todos los años sube D. Lope por el mes de julio para recrearse en el martirio de su mujer y llevar provisiones, y apenas se inician las ventolinas del Norte, desciende temeroso de que las nieves le cierren el paso.

Tres años lleva allí doña Elvira, y ni le ha flaqueado el ánimo, ni ha perdido la esperanza, que la imagen querida de Nuño perdura en su corazón y en su pensamiento.

Una mañana..., comenzaba julio y aún no se había derretido bien la nieve... Una mañana, las voces del centinela alarmaron á la guarnición, que subió toda á los adarves. Fué el caso que había llegado al pie del castillo un pobre monje, y que aterido y sin fuerzas solicitaba protección. Aunque las órdenes que tenía el cabo eran muy estrechas, el hábito monacal era un salvoconducto en aquel siglo, y el cabo hizo bajar el puente y dió albergue en el castillo al religioso errante y perdido en las alturas.

Nada llevaba éste sobre sí que pudiera causar temor: un rosario al cuello y unas alforjas vacías al hombro.

Se le llevó á un cuarto, se le puso una cama y se le dió de comer.

El monje dió las gracias á sus favorecedores bendiciendo á la Providencia, y cuando se vió solo, exclamó con energía, aunque con voz imperceptible:

—¡Ya estoy junto á ella!

Cinco días después, el escuadrón de costumbre llegó trabajosamente á las inmediaciones del castillo.

Estremecióse D. Lope al observar que nadie le dió el alto, que estaba el puente echado y que la puerta y el rastrillo se hallaban abiertos.

Entró desalentado, dió voces sin que nadie le contestara, subió á trancos la maciza escalera y halló vacías todas las habitaciones.

¿Qué es lo que había pasado allí? No acertaba á explicárselo, cuando tropezó con un pergamino en un ángulo de la habitación de Elvira: lo cogió con ansiedad y leyó en él:

«No hay mayor freno que el de la conciencia ni muralla que no rompa el despecho.

»La errasteis al tratarme con desdoro: sin eso os hubiera sido fiel.

»Nuño, disfrazado de monje, ha entrado en el castillo, y una mixtura en el vino favorece su empresa.

»Cuando la dueña y los arqueros recobren el sentido, huirán, temiendo vuestro rigor, y no encontraréis en esta torre maldita sino la prueba elocuente de que no hay muros que basten á contener el amor comprimido; que honra que no se guarda á sí misma no la guardan los grillos, y que la mujer ofendida no perdona jamás.»

—¡Maldición!, gritó D. Lope. Vamos tras ellos.

Todos salieron en tropel del castillo, sin reparar en que el cierzo rugía airado; pero á la mitad del camino se quedaron sin senda, y ni uno solo pudo llegar al bosque en que les esperaban los caballos.

Nadie vió tampoco á Elvira ni al monje, y no se sabe si murieron enterrados en la nieve como aquéllos ó si lograron salvarse; lo único que se sabe es que el vulgo, dado como siempre á la superstición, asegura desde entonces que el diablo, con su rabo y con sus cuernos, habita en la torre de las cigüeñas.

CAMILO MILLÁN.

Cowes (Inglaterra).—La escuadra de reserva «(Home Fleet)» inglesa, compuesta de 160 unidades, que ha sido recientemente revistada por los reyes de Inglaterra. (De fotografía de Carlos Trampus.)

ACTUALIDADES NACIONALES Y EXTRANJERAS

Cowes. Revista de la «Home Fleet.» — Los reyes de Inglaterra han pasado recientemente revista de la llamada *Home Fleet*, ó escuadra de reserva. Efectuóse aquélla en el Solent, brazo de mar que separa la isla de Wight de la tierra firme, y en ella figuraron 160 barcos de combate, que se extendían en doce líneas paralelas, ocupando un espacio de 35 kilómetros de punta á punta. Componían dicha flota once acorazados modernos de primera clase, entre ellos el famoso *Dreadnought*, once cruceros acorazados modernos, diez y ocho cruceros protegidos y ciento veinte buques entre contratorpederos, submarinos y cañoneros.

El rey Eduardo VII y la reina Alejandra pasaron la revista á bordo del yate *Victoria and Albert*, entre atronadores salvas de artillería y entusiastas vivas de las tripulaciones.

Por la noche todos los buques aparecieron iluminados con millares de bombillas eléctricas que producían un efecto fantástico.

A la mañana siguiente, los soberanos ingleses se embarcaron en el *Dreadnought* para presenciar los ejercicios de tiro de las grandes piezas de doce pulgadas.

San Sebastián. Visita de los marinos argentinos. — El día 12 del corriente, al mismo tiempo que los buques japoneses abandonaban las aguas de San Sebastián, llegaba á ellas la fragata escuela de guardias marinas de la República Argentina *Presidente Sarmiento*. El comandante y los oficiales de ese buque han sido obsequiados durante su estancia en aquella ciudad con un banquete en el palacio real de Miramar, con una función de gala en el teatro Principal, con una velada y una cena en el Casino, con un *lunch* en el Club Náutico al que concurrieron con motivo del reparto de premios de las regatas que se efectuó bajo la presidencia de los reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria, con una excursión y un almuerzo en el monte Ulía y con una brillante recepción en el Ayuntamiento.

Los sucesos de Marruecos. — No resulta tan fácil como muchos creyeron al principio la solución del conflicto producido por las matanzas de Casablanca. A pesar del desembarco de numerosas fuerzas del ejército francés y de algunos contingentes españoles, y de la presencia en aquellas aguas de varios buques de guerra, los cabileños menudean sus ataques contra las tropas que defienden Casablanca, combatiendo desesperadamente sin que les arredren las bajas numerosas que en sus huestes causan los armamentos de las fuerzas terrestres y las bombas lanzadas por las grandes piezas de los barcos de la escuadra.

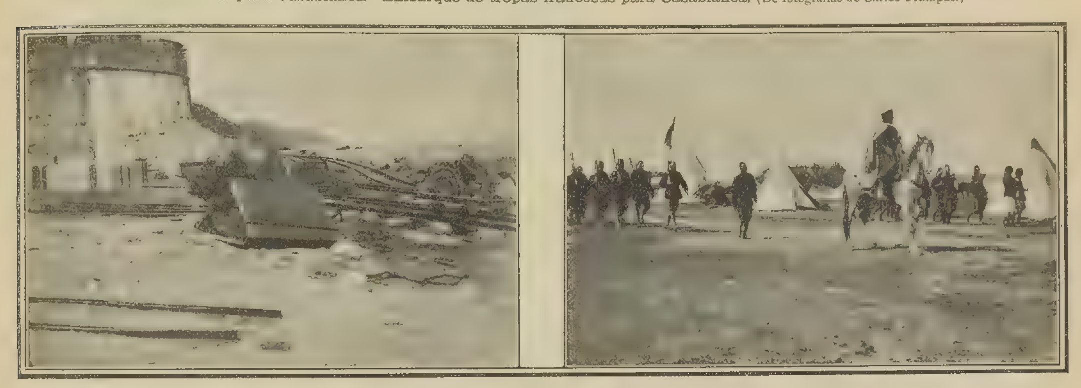
Puede decirse que no pasa día sin que las tropas del general Drude, jefe del cuerpo expedicionario francés, se vean hostilizadas por los marroquíes. De los varios combates que se han trabado, el más importante ha sido indudablemente el del día 19, en que los cabileños, en número de algunos miles, pusieron en gran aprieto á los franceses, aunque en definitiva fueron rechazados aquéllos con grandes pérdidas.

La intervención franco-española es objeto de muchos y muy diversos comentarios, si bien hay que reconocer que los que en el extranjero la censuran, no por lo que es en sí, sino por la forma en que se ha realizado, atacan únicamente á Francia, reconociendo que España se conduce con una corrección y una mesura digna de todo encomio, y siendo muchos los que entienden que la represión realizada por los franceses no guarda proporción con los hechos que la han originado.

La situación no es nada tranquilizadora, no sólo en Casablanca, sino también en Tánger, Mazagán y otras plazas del litoral africano, en donde se teme, y no sin fundamento, que la exasperación lleve á las tribus del interior á proclamar la guerra santa, en cual caso. sabe Dios las complicaciones que podrían surgir y los gravísimos sucesos que en Marruecos podrían desarrollarse y que de fijo repercutirían en Europa. — R.

San Sebastián.—1. La fragata de guerra argentina «Presidente Sarmiento» saludando la plaza.—2. El rey D. Alfonso XIII á bordo de la «Presidente Sarmiento.»—3. Llegada de SS. MM. D. Alfonso XIII y D.ª Victoria al Club Náutico para presidir el reparto de premios de las regatas.—4. SS. MM. en la terraza del Club Náutico. (De fotografías de Frederic.)

EL CONFLICTO MARROQUÍ. EN ARGEL Y EN CASABLANCA.—En Argel.—El general Prost y el comandante Possart á punto de embarcarse para Casablanca.—Embarque de tropas francesas para Casablanca. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Casablanca.—Vagonetas volcadas de las obras del puerto, cuya construcción fué causa de las matanzas de europeos. El príncipe Muley Amin, tío del sultán y jefe de la mehalla, á cuya negligencia se debieron en gran parte los sangrientos sucesos que han determinado el actual conflicto. (De fotografías de Rittwagen.)

Casablanca.—Una plaza de la ciudad después del bombardeo. A la izquierda un carro guiado por un judío y destinado á recoger los cadáveres. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

EN PLENO ESTIO, cuadro de A. Schram, grabado por Ric

... Bing. (Copyright Fishel, Adler & Schwartz, Nueva York.)

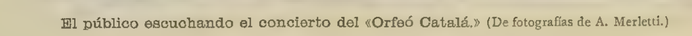
Vallvidrera (Barcelona).—Concierto del «Orfeó Català» en medio del bosque

VALLVIDRERA. – CONCIERTO DEL «ORFEÓ CATALÁ»

Entre los varios festejos que con motivo de la fiesta mayor ha celebrado Vallvidrera, merece mención especialísima el concierto que en la tarde del domingo, día 18 de los corrientes, dió el «Orfeó Catalá» en uno de los frondosos bosques que constituyen el principal encanto de aquella pintoresca población. Es imposible describir el efecto de las bellas canciones, admirablemente cantadas bajo la dirección del maestro Millet, en medio de la naturaleza: el *Cant de la Senyera*, *Montanyes regalades*, *El rosinyol*, *Els tres tambors*, *Les flors de maig*, *L'aucellada*, *La sardana*, *L'emigrant* y *Els segadors*, tantas veces oídas y aplaudidas, nunca fueron escuchadas con tanta devoción ni acogidas con tan delirante entusiasmo como aquella tarde.

Millares de personas llenaban aquella montaña, y sin embargo, reinaba allí el más profundo silencio cuando el «Orfeó Catalá» lanzaba al aire las notas, ora sentidas, ora valientes, pero siempre hermosas, de las composiciones que constituían el programa y cada una de las cuales era saludada al final con estruendosas salvas de aplausos y calurosas aclamaciones.

El espectáculo fué grandioso sobre toda ponderación y cuantos lo presenciaron conservarán indeleble recuerdo de la emoción hondísima que en ellos produjo.



El público escuchando el concierto del «Orfeó Catalá.» (De fotografías de A. Merletti.)

EL DESCARRILAMIENTO DE TREMESSEN

(ALEMANIA)

En la noche del 6 al 7 de este mes, descarriló el expreso de Thorn-Berlín poco antes de llegar á la estación de Tremessen, quedando destruídas las dos locomotoras que arrastraban el tren, el furgón de equipajes y dos vagones de viajeros, y pereciendo ocho personas. Entre las víctimas se cuentan dos hijos del conde Kayserling, alumnos de la Escuela Militar de Potsdam, el príncipe ruso Constantino Begotoff, el capitán Sedoff del ejército ruso y la familia de un comerciante de Kiew, compuesta del matrimonio y de una hija. Además fallecieron poco después otras dos personas á consecuencia de las heridas gravísimas que habían sufrido.

La catástrofe se atribuye á las obras de recomposición que se ejecutaban en la vía y á la circunstancia de no haberse puesto en aquel sitio las señales convenientes para que el maquinista refrenara la velocidad con que de ordinario pasa por aquel lugar el expreso.

Tremessen (Alemania).—Descarrilamiento del expreso Thorn-Berlín (De fotografía de C. Trampus.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 553, 560-561 y 568.)

La dama del abanico, cuadro de Velázquez. – Como todos los del inmortal maestro, caracterízase ese retrato por la vida que respira, por la expresión admirable del rostro, por la naturalidad de la actitud, por la verdad con que están reproducidas las ropas y los adornos y sobre todo por la sencillez, por la valentía, por la solidez y seguridad de la pincelada.

En pleno estío, cuadro de A. Schram. – Aun los más apasionados detractores del verano reconocen que esta estación tiene encantos que ninguna otra supera: la naturaleza se viste con sus mejores galas, la tierra produce sus más deliciosos frutos, el firmamento se ostenta en toda su magnificencia, vibra la luz en la atmósfera, la vida todo lo llena, todo lo invade, y el alma, en presencia de ese espectáculo, siente con mayor intensidad esas bellezas y se abre á las más dulces emociones y á los más apasionados sentimientos. El hermoso cuadro de Schram expresa todo esto por modo admirable: la vida de la naturaleza y el hondo sentir de las almas se perciben en el delicioso paisaje y en esos dos grupos de lindas jóvenes cuya existencia alegran las más dulces ilusiones.

Estudio, boceto de Felipe Klein. – Un croquis, un boceto, un estudio, nos dan muchas veces mejor idea de lo que vale y significa un artista que una obra cuidadosamente acabada. El boceto del notable pintor muniquense Klein revela al artista de temperamento vigoroso, profundo observador y que domina la técnica.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 475, POR V. MARÍN

NEGRAS (10 piezas)

BLANCAS (7 piezas)

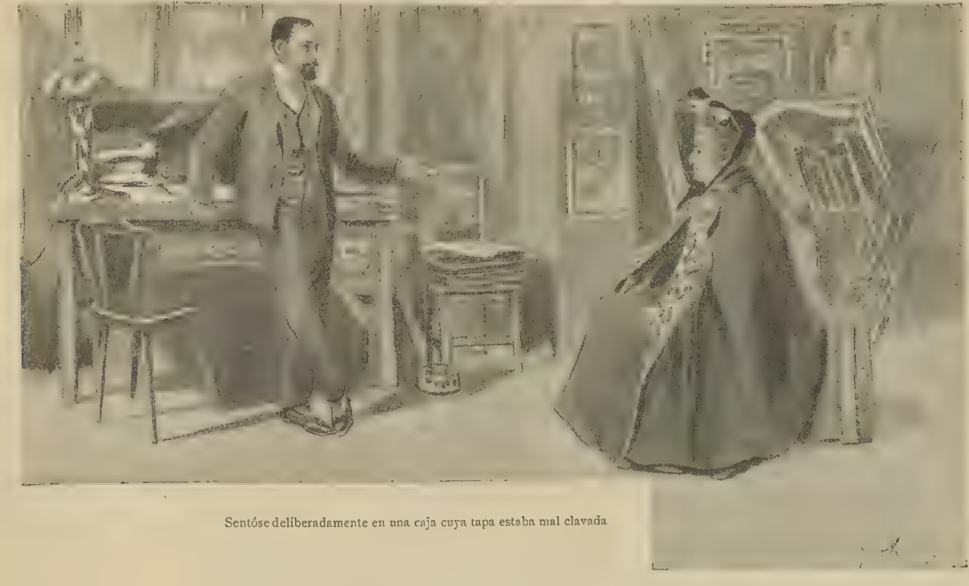
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 474, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Cb3×d2	1. Re5×d4
2. Da5–c3 jaque	2. Rd4×c3
3. Cf6–d5 mate.	

VARIANTES.

1...... Ch7–g5; 2. Cf6–g4 jaq., etc.
Db5–d5; 2. Td4×d5 jaq., etc.
Otra jug.ª: 2. Cd2–f3 jaq., etc.



Sentóse deliberadamente en una caja cuya tapa estaba mal clavada

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONCLUSIÓN)

—Tío, dijo ésta á media voz sin entretenerse en besarle, ¿me ha dicho usted que Villandré quiere marcharse de Angers?

—¿Y qué?, exclamó el doctor menos sorprendido de lo que Julia imaginaba.

—Aurette le ama.

—¿Te lo ha dicho ella?, respondió el Sr. Rozel.

—No, pero lo he visto. ¿Qué hacemos?

—No lo sé. Hace tiempo que yo presumía esto... Es muy sensible, porque Villandré es tan testarudo... Científicamente le he demostrado que cometía una tontería y me ha escuchado con paciencia y me ha dado las gracias.

—¿Y qué más?

—Nada más; que quiere marcharse.

—¿Tiene, pues, para ello una razón muy poderosa?

—¡Diantre! ¡Si ama á Aurette!

—¿La ama?, exclamó Julia, en cuyos ojos de hermoso color de violeta brilló un rayo de luz. ¡Pues entonces la cosa es sencillísima!

—¿Lo crees así? Pues es más complicado que casar el Guadalquivir con el Bidasoa.

—¿Pero por qué, si se quieren?

—¡Vamos! Mereces un beso por esa frase, dijo el doctor besando á su sobrina. ¿No ves que Aurette es rica y que Villandré no tiene nada? ¿Piensas que él va á pedirla en matrimonio?

—Entonces será ella la que le pida á él. ¡Es muy capaz de hacerlo!

—Pues no, señora, porque ella le ama. Sería capaz de ello si sólo sintiera por Villandré estimación y amistad. Si se hubiese creído amada, le hubiera pedido hace tres meses; ahora se ha examinado á sí misma y no puede.

—¿Cómo sabe usted todo eso, tío?, preguntó Julia maravillada de tanta sagacidad.

—Los he estudiado á los dos, y antes se matarían que echarse uno en brazos del otro... ¡Y sin embargo, es esto lo único que desean! Hay motivo para maldecir seriamente el dinero.

—Pero, tío, no es admisible que por culpa del dinero vean esos dos seres destruída la felicidad de su vida. ¡Si han nacido el uno para el otro!

—Lo mismo opino yo. Villandré tiene cuatro años más que ella y es un hombre juicioso...

—No en lo concerniente á su amor, porque tomar la cosa de ese modo es una locura. Pero de todos modos, no está mal lo que hace y no puedo decir que no tenga razón. Y la verdad es que mejor marido para Aurette no podría darse.

—Sin ninguna duda.

—¡Qué lástima que mi hermana no tropezara con él diez años antes! Los dos habrían sido más tratables y el amor les habría hecho pasar por encima de todo lo demás.

—Lo cual habría tal vez sido sensible, replicó filosóficamente el doctor; esas cosas hay que hacerlas con pleno conocimiento de causa, si no quiere uno tener que arrepentirse luego.

—¿Qué hacemos, pues?, preguntó Julia con desaliento.

El doctor hizo un gesto que expresaba su impotencia para resolver esa cuestión.

—Y yo me voy, y él se va..., nos vamos todos y Aurette se queda sola, porque está empeñada en quedarse.

—¡Naturalmente! Para rumiar su pena.

—La primera vez por poco se muere; ahora será mucho peor.

—Es la ruina de su vida.

—Pero, en fin, tío, no podemos dejar que se consuma de ese modo. ¡Es preciso hacer algo!

—Es menester ponerlos frente á frente, dijo el doctor después de haber meditado. Ni tú ni yo podemos adivinar lo que se dirán, ¿quién sabe? ¡Quizás el conflicto se resuelva por sí solo!

—Ya había pensado en ello. He citado á Aurette en mi casa para el jueves á las tres; busque usted un pretexto para que vaya también Villandré; los dos se encontrarán, yo haré por estar fuera de casa y entonces, al verse obligados á hablar...

—Perfectamente. ¡Miren ustedes la pequeña diplomática! ¿Por qué no me dijiste todo eso desde un principio, en vez de consentir que pusiera en prensa mi viejo cerebro?

—Era necesario que la cosa partiera de usted, porque yo no sabía si mi idea era buena. Y de aquí á entonces, ¿me aconseja usted que vea á Aurette?

—No; yo quizás la veré... Pero bien mirado, vale más que les dejemos abandonados á sus pensamientos, cada uno por su lado.

—¡Pobre Aurette! Debe sufrir horriblemente. Sólo de pensarlo me duele el corazón.

—Reserva tu lástima, porque si fracasamos, aún sufrirá mucho más.

XVII

Aurette entró en casa de su hermana un poco antes de la hora convenida. Desde hacía dos días no había dejado un momento de meditar sobre la anunciada partida de Villandré, y su imaginación inquieta había atribuído á esa determinación multitud de causas diversas sin aceptar ninguna como definitiva. Había llegado á ese estado de ánimo en que á fuerza de pensar tanto en una sola cosa, acaba uno por no pensar en ella más que de una manera vaga y casi soñolienta.

Grande fué su sorpresa cuando vió entrar al profesor, el cual no se sintió menos sorprendido, pues no esperaba encontrarla; y después de haberse saludado permanecieron un instante silenciosos, turbados uno enfrente de otro.

—Ruego á usted, señorita, que me dispense, dijo Villandré dominando antes que Aurette su turbación; venía á ver á su señora hermana de parte del doctor Rozel, que me ha dado para ella un encargo.

—Mi hermana ha salido, caballero, pero vendrá en seguida. Tenga usted la bondad de sentarse.

El profesor se sentó, y ambos, bajo la impresión del mismo malestar, evitaron el mirarse. Aurette sentía que su corazón estaba á punto de estallar y todo su ser le gritaba: «¡Pero que hable de una vez! ¡Que diga por qué te inflige ese sufrimiento intolerable!» Alzó hacia él sus ojos con expresión casi irritada, en el mismo momento en que él se volvía hacia ella para recrear una vez más los suyos con la contemplación de su imagen querida.

—Caballero, dijo Aurette con voz que temblaba á pesar de su esfuerzo, ¿es verdad lo que me han dicho, que quiere usted marcharse de Angers?

Villandré miró la alfombra. Había creído que Aurette no se enteraría tan pronto de la noticia, mas no había contado con la rapidez con que esas nuevas llegan por lo general precisamente á oídos de aquellas personas á quienes no van destinadas.

—Es verdad, señorita, respondió.

—Mucho debe haber desagradado á usted nuestra ciudad, cuando no quiere permanecer más tiempo en ella.

—Al contrario, señorita, estaba muy bien aquí... Había contraído relaciones muy agradables...

¡Muy agradables! El corazón de Aurette dió un salto al oir esas palabras. ¡Así juzgaba él la amistad que ella le profesaba, la confianza que en él había puesto!

—En tal caso, caballero, dijo reprimiéndose, ¿por qué tanta prisa por abandonarnos?

El profesor vaciló un poco: era más difícil mentirle á ella que dar cualesquiera explicaciones á los demás; esto no obstante, intentó engañarla.

—El interés de mi porvenir..., dijo. Aquí la vida es demasiado tranquila, demasiado fácil, no trabajo bastante... y además espero proseguir ciertas investigaciones que tengo empezadas y que abandoné hace mucho tiempo...

Decididamente mentía muy mal; por esto se calló desalentado.

—En todas partes se trabaja, cuando se quiere, replicó Aurette con cierta aspereza. ¿No será más bien que algunas relaciones... amistosas le llaman á usted á otra parte? En este caso valdría más que nos lo dijera usted, porque sabríamos apreciar esos motivos.

Aurette, la severa señorita Leniel, tan discreta, tan reservada, ¡meterse de tal modo en lo que no le importaba! ¡Qué habría dicho la gente de Angers si lo hubiese sabido! Pero la gente de Angers estaba al otro lado de los cristales, en la calle ó en otra parte, y no podía oirla.

—He dicho á usted la pura verdad, señorita, replicó Villandré.

—Pues bien, caballero, permítame usted que le hable francamente: hace usted mal en tomar con tanta precipitación una resolución tan importante. Se ha hecho usted aquí amigos..., se ha creado usted un círculo de relaciones que no encontrará usted fácilmente en otra ciudad. A los habitantes de Angers nos consideran gente difícil en intimar... y lo somos en efecto; y sin embargo, ha encontrado usted en esta población...

—Una benevolencia que me honra y que me conmueve, dijo Villandré interrumpiéndola con su voz grave y penetrante; y suplico á usted que no me crea insensible á tanta bondad.

Hubo un momento de silencio. Fuera, por la entreabierta ventana oíanse los chirridos de las golondrinas que se perseguían dando vueltas alrededor de las casas viejas.

—Abandona usted á Lucila, dijo al fin Aurette bajando sin querer la voz; abandona usted á sus amigos... ¡Juan necesita tanto los consejos de usted! La influencia que usted ejerce sobre él es más profunda y más beneficiosa de lo que usted puede imaginar. Si usted se va, ¿qué... qué será de él?

Villandré, desfallecido de angustia, concentraba toda su energía para no gritar: «¿No ve usted que la amo? ¡Tenga lástima de mí!»

—Si tan poco tiempo quería estar usted aquí, siguió diciendo Aurette, no debía usted haberse interesado por ese niño, que ha creído que usted le amaba y le ha dado á usted todo su tierno corazón, y que ahora tendrá que desprenderse de usted. Y cuando vencido por la pena me diga que usted no era amigo suyo, ¿qué le contestaré?

—Señorita, repuso Villandré, amo á Juan y siempre le guardaré gran afecto; no permita usted que me censure ni que me olvide, porque no lo merezco.

—Mi pobre Juan sufrirá mucho. Tampoco él lo ha merecido, y ¿puedo yo impedir que sufra?

—¡Ah, señorita, si fuese posible impedir el sufrimiento!, exclamó el profesor volviendo su elegante y altiva cabeza.

—Juan no es más que un niño, convengo en ello, replicó Aurette en el arrebato de su dolor; pero está muy desarrollado para la edad que tiene y posee un corazón demasiado delicado, demasiado afectuoso... Esta será su primera desilusión, el primer desencanto de su existencia infantil... ¡Herir un alma tan tierna es... es casi una mala acción!

Miraba á Villandré con ojos llenos de dulzura y de cólera á la vez. El profesor se levantó, sintiéndose impotente para soportar por más tiempo aquella tortura.

—Señorita, dijo, usted es buena, yo lo he visto... y no lo olvidaré jamás. Sea usted indulgente con los que causan un daño sin querer, porque juro á usted que son más dignos de lástima que de censura. Si Juan, al principio, me guarda rencor, dígale usted que la culpa no es mía, que he hecho cuanto he podido, que he obrado conforme á los dictados de mi conciencia. Más adelante lo comprenderá... y además la creerá á usted si usted se lo afirma... En cuanto á mí, señorita, dondequiera que vaya llevaré conmigo el recuerdo de ese niño á quien tanto quiero, el recuerdo del Nido en donde ha tenido usted la bondad de acogerme como amigo... y el recuerdo también del afecto de usted á mi hermana... ¡Y no piense usted nunca que pueda faltar á usted mi respetuoso agradecimiento!

Dicho esto, saludó y salió sin que Aurette pudiera proferir una palabra.

Quedóse la joven aterrada, comprendiendo vagamente que había tenido que entregar su secreto á aquel hombre que había guardado el suyo; humillada y sobre todo hondamente afligida porque cada una de las últimas frases de Villandré le había revelado aun algo más de lo que tan poderosamente la había cautivado en él, su delicadeza, su rectitud y también su orgullo invencible de hombre pobre y altivo.

Después de un momento de estupor, Aurette cogió un lápiz y escribió á Julia en una tarjeta:

«No puedo esperarte; márchate sola.»

Salió; el aire tibio le produjo en el rostro la sensación de un ambiente de fragua, y sin fuerza, sin voz, sentóse en el coche y regresó al Nido.

XVIII

Durante esa corta entrevista Juan había recibido una visita. Privado de los consejos de Brochet que guiaba el coche en que se había marchado su tía, había renunciado á terminar aquella tarde el monumento vegetal levantado á la memoria de Bruno, y para entretener sus ocios habíase entregado á concienzudos ejercicios de gimnasia. Después, considerando que se había ganado una recompensa, se puso á correr en bicicleta, lo que no efectuaba generalmente sin algunas caídas poco peligrosas en las vueltas complicadas.

Enteramente absorto en ese trabajo, vigilaba cuidadosamente el movimiento de sus pedales, cuando vió que una sombra se interponía en su camino. Pararse en seco, echar pie á tierra casi instintivamente y exclamar «¡Calle, la tía Thomasset!,» fué obra de un instante.

—¡Sí, yo soy!, respondió la vieja. ¿Y qué tal estamos, señorito Juan?

—Muy bien, ¿y usted, señora? ¿Ha venido usted, pues, á Angers? ¡Y yo que la creía en el convento!

—He estado en él, amigo mío, he estado, replicó con cierto tono de severidad en la voz.

—¿De modo que del convento de usted se puede salir? ¡Entonces es un convento de broma! Y veo que lleva usted el mismo sombrero de antes. ¿No gastan ustedes uniforme?

—Es un retiro para damas nobles, dijo la señora Thomasset rectificando las palabras del niño y apretando un poco los dientes; y en él cada cual se viste como quiere, menos para ir al coro, pues para esto hay que ponerse un capuchón de seda negra. En invierno, no debe esto ser desagradable á causa de las corrientes de aire; pero en verano, ¡uf!..

Y prolongó esta exclamación con voluptuosidad, como una persona dichosa de poder respirar libremente.

—Mi tía Aurette ha ido á la ciudad, dijo Juan con extremada cortesía; pero si quiere usted tener la bondad de entrar y esperarla, haré á usted compañía.

—Con mucho gusto, contestó la señora Thomasset.

La buena mujer ofrecía en conjunto un aspecto deprimido, si cabe emplear esta palabra tratándose de una persona dotada de tanta energía, y siguió á Juan sin resistencia.

Cuando los dos se hubieron sentado en el salón, el niño que no había quitado los ojos de la señora Thomasset, le dirigió á quemarropa una pregunta extraordinaria:

—¿Conque se aburría usted mucho por allí?

La aldeana, generalmente tan dueña de sí misma, hizo un brusco movimiento de sorpresa.

—¿Por qué me pregunta usted eso?, dijo fijando en él sus ojos brillantes.

—¡Diantre! La cara de usted no es la de una persona que lo pasa muy bien, respondió Juan sin dejar de examinarla.

Estaba sentado en una gran butaca igual á la que había ofrecido á la visitante, y sus piernas, que colgaban sin tocar en el suelo, se balanceaban en el aire con un sugestivo movimiento de vaivén.

—¿Pasarlo bien?, respondió la señora Thomasset un tanto pensativa. He encontrado allí personas distinguidas, distinguidísimas.

Juan dejó quietas las piernas, pues aquel balanceo no era cosa distinguida, y continuó examinando á su interlocutora con más benevolencia aún que curiosidad.

—Dígame, ¿la han aburrido á usted esas señoras distinguidas?, preguntóle confidencialmente inclinándose un poco hacia ella.

—No es eso... Es más bien la comida... ¡Tienen unas gallinas y unos pollos imposibles!, exclamó de pronto dando rienda suelta á una indignación largo tiempo contenida. ¡Y los huevos... no son del día! No digo que sean malos, pero ¡vaya unos huevos!

—¿Y los pollos tampoco?

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó la lugareña con cierta rudeza.

—¿No son pollos del día..., en fin, pollos verdaderos?

La señora Thomasset miró á Juan como si quisiera enfadarse, pero sus facciones se animaron y acabó por reirse de buena gana.

—Creo, señorito Juan, que se burla usted de mí, dijo la buena mujer mientras el niño protestaba con ademanes corteses; pero siento amistad por usted y me es igual. ¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á mi sobrina Lucila?

—Cuando no la veo, siempre me parece el tiempo muy largo, replicó el muchacho galantemente; pero en honor de la verdad, creo que vino á almorzar hace una semana; aquel día estaba yo en casa de tía Julia.

—¿Y á mi sobrino?

—¿Al Sr. Villandré? Le veía en el liceo antes de las vacaciones, pero desde la tarde en que con tía Aurette enterraron al pobre Bruno no ha vuelto.

—¿Bruno?

—Sí, aquel perrazo, ¿no recuerda usted?

—¿Y lo enterraron?

—Los dos juntos. El Sr. Villandré cavó el hoyo. Ahora estoy construyendo un monumento para el fiel animal.

—¿Venía á menudo mi sobrino?

—No, respondió Juan pesaroso.

—No acierto á comprender por qué quiere marcharse de Angers...

—¿Quién?, exclamó el niño dando un brinco.

—Mi sobrino.

—¿Quiere marcharse? ¡Oh, eso es imposible! ¡No quiero que se vaya; es mi amigo el Sr. Villandré! En el próximo curso habíamos de comenzar juntos la física... ¿Quién ha inventado esa mentira? ¡No es verdad! ¡No quiere marcharse!

La turbación, el dolor y la cólera que expresaba Juan de aquella manera incoherente no habían emocionado á la vieja que, á su vez, le miraba con curiosidad.

—Qué, ¿no lo sabía usted? ¿No le había dicho nada su tía?

Juan movía negativamente la cabeza. De pronto exclamó:

—¡He aquí por qué está tan triste mi tía Aurette! Hace dos días que apenas me habla y ni una sola vez ha comido como de costumbre.

—¡Ah!, dijo la señora Thomasset irguiéndose un poco en su asiento. ¿Estará acaso enferma del estómago?

—¿Mi tía?, replicó Juan con indignación. Mi tía no está nunca enferma y tiene un estómago excelente. Lo que tiene es pena.

—¿Porque el Sr. Villandré se va?, insinuó la lugareña.

—¡Caramba! ¿No le causaría pena á usted?, repuso Juan. Pero no, usted quiere á las damas nobles y no es lo mismo. ¡Oh, mi amigo Villandré!

El niño suspiraba y á los suspiros no tardarían en suceder las lágrimas. La señora Thomasset estaba más que arrepentida de haber sacado aquella conversación, cuando entró Aurette. Juan, al verla, se le abrazó á la cintura, y conteniendo un sollozo exclamó:

—¿Es cierto que se va, tía Aurette?

La señorita Leniel estrechó aquella carita angustiada contra su pecho.

—¿Se lo ha dicho usted, señora? Yo hubiera querido ahorrarle este disgusto uno ó dos días más...

—No me imaginaba que la noticia pudiera afectarle tanto, respondió sosegadamente la señora Thomasset, y además no podía adivinar que no la sabía.

—Tiene usted razón, repuso Aurette calmándose. Tenga usted la bondad de sentarse, señora.

Los ojos hundidos, el rostro cubierto por una nube de tristeza y el timbre alterado de la voz de la señorita Leniel habían impresionado á la lugareña, que con aire grave la observaba.

—¿Sabe usted acaso, señorita, por qué mi sobrino ha tomado de repente la resolución de marcharse de aquí?

—No, señora, lo ignoro, respondió Aurette lacónicamente.

—¿Le ha visto usted hace poco?

—Hace un instante lo he encontrado en casa de mi hermana.

—¿Y nada le ha dicho á usted?.. ¿Le ha hablado usted del asunto?

—Sí, le he hablado, pero no me ha explicado los motivos de su determinación. Por otra parte no tenía yo por qué preguntárselos.

—Tiene usted razón, dijo la señora Thomasset. ¿Y no le sorprende á usted verme aquí?, añadió después de una pausa.

Aurette quedóse un tanto turbada.

—Dispense usted, señora..., la sorpresa...

—Sí, ya comprendo; mas no importa. Estaba yo en la casa retiro, como usted sabe, y hace cuatro ó cinco días me salí de ella.

Los ojos de Aurette encerraban tantas preguntas que la lugareña comprendió la necesidad de dar una explicación completa.

—He salido de allí definitivamente; aquello no me

gustaba. La que ha vivido siempre independiente, al aire libre, no puede acostumbrarse á verse encerrada entre cuatro paredes. Cierto que había un parque, pero ¡qué es un parque! Además, las damas nobles... y las otras también... En fin, no había vendido aún mi casa de campo; compraré otras gallinas, y como si nada hubiese pasado. Lástima que entre las antiguas las había de razas muy selectas; espero, sin embargo, poder comprar otras de la misma especie, aunque no estoy muy segura de encontrarlas. De todos modos tendré huevos y cluecas.

—Pero usted había llevado al convento una fortuna considerable que no le devolverán, dijo Aurette cada vez más sorprendida.

—No soy tan tonta como usted se figura, respondió la vieja sin inmutarse. Había entrado en la casa-retiro condicionalmente; he estado allí doce días y les he dejado un billete de mil francos para los pobres... ¡No, jamás habría podido acostumbrarme á aquellos pollos que no tenían más que la piel y los huesos! Después, eso de no hacer nada en todo el día... No podía avenirme á esas cosas, créalo usted.

Una confusa alegría inundaba el pecho de Aurette: aquella fortuna, cuya probable desaparición tanto había lamentado, sería quizás para Natividad y Lucila y serviría para endulzar los últimos años de su existencia.

—No pudiendo usted decirme lo que obliga á mi sobrino á marcharse, dijo la señora Thomasset levantándose, mi visita resulta inútil. Hasta la vista, señorito Juan.

—No ha sido inútil, replicó Aurette con dulzura, tratando de expresar los sentimientos mal definidos que la agitaban. Me satisface mucho saber que va usted á reanudar su vida ordinaria, pues me daba pena ver á usted en cierto modo prisionera, aunque por su espontánea voluntad; será usted más feliz en su casa y con sus costumbres.

La señora Thomasset la miraba atentamente. De pronto, en un brusco arranque de confianza, cogió las dos manos de la señorita Leniel.

—También á mí me daba pena, dijo, y estaba segura de que la cosa no pasaría adelante; pero había dicho que iría y quise cumplir mi palabra. Por esto probé... La prueba ha salido mal, pero nada se ha perdido, ¿no es verdad? Total un billete de mil francos; no vale la pena de hablar de ello.

Juan, que había asistido preocupado y silencioso á aquella entrevista, recobró de repente el habla.

—¿De modo que se vuelve usted allá, hacia la Fleche, y que comprará otras gallinas?

—Sí, amigo mío.

—Antes de marcharse á su casa debiera usted decir al Sr. Villandré que viniera á vernos; estoy seguro de que si tía Aurette le hablaba como hay que hablar...

—¡Juan!, exclamó la señorita Leniel apretándole la mano para indicarle que se callase.

—El Sr. Villandré quiere mucho á tía Aurette, y si ella le hablase seriamente...

—¿Lo cree usted así, señorito Juan?, preguntó la lugareña casi sonriendo.

El niño movió la cabeza enérgicamente en señal de afirmación.

—Pues bien, tendré en cuenta el parecer de usted.

—Señora, por favor, exclamó Aurette, ese niño...

—Buenas tardes, señorita, dijo la señora Thomasset, sin dejar que acabara la frase. ¿Quiere usted algo para Lucila? Voy á ver si ha echado alguna filípica á su hermano. Tal vez acabaremos por saber lo que en todo eso hay oculto. Hasta la vista, señorito Juan.

La vieja partió caminando á grandes zancadas con la altiva independencia de una mujer que ha renunciado para siempre á los remilgos inútiles de un decoro ilusorio.

—Tía Aurette, dijo Juan cuando la buena mujer se hubo perdido de vista, si tú quisieras...

—¿Qué, hijo mío?

—Estoy seguro de que el Sr. Villandré no se iría.

—¡Juan, no sabes lo que dices!, exclamó Aurette volviéndole la espalda.

Pero en seguida se acercó de nuevo á él y besándole cariñosamente le dijo en voz baja:

—¡Pobre niño mío! ¡Te aseguro que si de mí dependiera, se quedaría!

XIX

El sol de la mañana siguiente alumbró un firmamento deliciosamente brumoso; entre el cielo y la tierra parecía extenderse una tenue muselina que el astro rey atravesaba de vez en cuando con resplandores dorados. Villandré despertó de un sueño febril que había durado muy poco; las agitaciones de las anteriores semanas y la violenta sacudida de la entrevista que el día antes había tenido con la señorita Leniel, habían quebrantado todo su ser. Al abrir los ojos, encontróse de nuevo en plena realidad penosa, sin siquiera ese momento de incertidumbre que nos sirve generalmente de transición entre el olvido y la lucha. Había adoptado una resolución inquebrantable y la llevaría á cabo: aprovechando la libertad de las vacaciones, partiría el mismo día, y á ser posible, no volvería nunca más; ningún valor sería capaz de resistir pruebas como la que el día antes había sufrido en casa de la señora Deblay, y no quería verse expuesto á otra.

Dicho esto, saludó y salió sin que Aurette pudiera proferir una palabra

Era muy temprano; apenas piaban los pájaros en los jardines; un deseo loco de ver una vez más el Nido se apoderó de Villandré.

No era éste un desilusionado, ni un pesimista, ni un disoluto; no había destruído caprichosamente en sí mismo todo lo que constituye el encanto de la existencia; antes por el contrario, había conservado la frescura de las impresiones de la juventud en el alma de un hombre de treinta y cinco años, madurado por el sufrimiento y por la reflexión, y no se avergonzaba de sentirse joven. Salió con paso rápido y el corazón agitado por una extraña y dolorosa alegría ante la idea de lo que iba á hacer; pero una reflexión le contuvo. Cuando llegaría al Nido, los criados estarían ya levantados; podía, pues, ser visto, reconocido, y en este caso, ¿cómo explicaría su presencia allí y qué diría Aurette si algún día llegaba á enterarse de ello? Y sin embargo, renunciar á su antojo le parecía muy duro... De pronto se le ocurrió una idea, una de esas ideas que sólo pueden concebir los enamorados: en la orilla opuesta conocía un sitio desde el cual podría ver el Nido, lejos, sí, pero claramente resaltado, con su terraza, sus abetos y su parque... Allí no corría el peligro de ser visto, y en cuanto á la distancia, ¡qué le importaba con tal de poder grabar en su memoria el paisaje lleno de recuerdos!

Bajó por la orilla derecha, cruzando los prados en donde pacía tranquilo el ganado; los bueyes y los caballos, iluminados al través de una ligera niebla, parecían vestidos de oro pálido, é iban de un lado á otro en medio de aquella gasa transparente como en el esplendor de un espectáculo de magia; los álamos, que apenas se estremecían, ostentaban su follaje barnizado por la humedad y del que la luz arrancaba destellos de piedras preciosas, y la hierba brillaba como cristal helado. El cielo, de un azul suave, extendíase encima de su cabeza y el río perezoso corría lentamente por entre las praderas medio veladas, como una cinta azul con pateados reflejos, describiendo curvas graciosas entre promontorios invisibles.

Natividad apretó aún más el paso, pues sabía que no tardaría en disiparse la niebla, y por caminos estrechos y poco transitables, pero que él conocía perfectamente, llegó hasta los bosques del castillo de Molieres. Los grandes castaños extendían sus ramas de un lado á otro de la carretera, cobijando millares de alegres pájaros; pero Villandré no hacía caso alguno de la sombra ni del sol; dió unos pasos más por un camino que subía por la pendiente de una colina y se detuvo, fijos los ojos en la orilla opuesta.

La niebla, por un capricho que al profesor le pareció cruel, habíase acumulado precisamente en aquel sitio y envolvía el paisaje desde el peñasco de la Beaumette hasta la gran cortina de álamos que sirve de majestuoso marco al Loire. En cambio Angers, situada á su izquierda, brillaba iluminada por el sol como si estuviera envuelta en resplandores. Natividad fijó, á pesar suyo, su mirada en aquel magnífico espectáculo.

La noble ciudad alzábase formando gradas sobre la base inquebrantable de las diez torres gigantes de su magnífico castillo; los altos campanarios de la catedral, asentados sobre aquel basamento macizo, parecían volar hacia el cielo; y las demás iglesias surgían de entre las grandes extensiones de sombría verdura formadas por el sinnúmero de jardines, públicos y privados, que dan á Angers una fisonomía tan original. Todo eso, construcciones antiguas y modernas, torres grises y blancos campanarios, relucía, dorado por la luz de Oriente que hacía brillar las piedras con no sé qué misterioso reflejo de color de perla, y de todas partes caían sobre la serena campiña las notas de las campanas, empujadas por una suave brisa.

A Villandré se le dilató el corazón: allí había pasado un año que sería *el año* de su vida, pues nunca más, estaba seguro de ello, volvería á sentir las emociones exquisitas ó dolorosas que, sin notarlo, lo habían transformado. Había llegado allí con la mente alimentada por la ciencia, á la que por entero se había consagrado, y con el corazón lleno de cariño fraternal, creyendo haber pagado su tributo á la debilidad humana con un amor juvenil que en otro tiempo le atormentara y que luego había relegado á la categoría de esos recuerdos de los veinte años que hacen asomar á los labios una sonrisa á la vez enternecida y burlona. Creía haberse dado por entero á la ciencia, salva la parte reservada á Lucila.

Y Lucila se había desprendido como se desprende de la rama la fruta madura; tenía su marido, tendría sus hijos, y aunque seguiría queriendo á su hermano, éste ya no le era necesario... Insensiblemente Natividad había buscado otra estrella, tan cierto es que el hombre no puede vivir sin cariño; y poco á poco, en aquel corazón que se creía cerrado, la admiración

habíase trocado en adoración, el respeto en un grito apasionado de todo su ser, y había aparecido el amor, triunfante, inexorable, como si hubiera querido vengarse de haberse visto desdeñado durante tanto tiempo.

Villandré volvió los ojos hacia el Nido; la niebla blanca ascendía lentamente, ora arrebatada, ora devuelta por un viento casi insensible, hasta que al fin enrollóse sobre sí misma y flotó siguiendo la línea del río, prendiéndose aquí y allí en los grandes árboles del valle, en los peñascos de la costa brava de Pruniers y en lo alto del campanario de Epiré, y desapareciendo, por último, por encima del Loire, fundida, absorbida por el calor creciente.

El Nido resplandecía como si durante la noche lo hubiesen lavado; los cristales de la galería cubierta lanzaban brillantes destellos, los plátanos relucían y los mismos obscuros cedros, iluminados por el tierno color de sus frutos, se erguían como candelabros gigantescos.

A pesar de la distancia, Villandré veía distintamente los pormenores de la casa; abrióse una ventana y alguien sujetó los postigos á la pared... Era la ventana del cuarto de Aurette.

Ya no la vería más; tal vez era ella la que de tan lejos se le aparecía y él lo ignoraba. También ella pensaría muchas veces en él, y él no podría saberlo; sus pensamientos, sus ternezas se cruzarían en el espacio como se cruzaban acaso sus miradas en aquel momento, y ni uno ni otro sentirían el menor placer por aquella misteriosa comunicación. ¡Ah! ¡Por qué la había conocido tan noble, tan franca, tan generosa! Su vida se habría deslizado por el surco que él le había trazado, surco lleno de goces intelectuales, de esos que no engañan nunca, y ahora no sería aquel ser fatigado por la lucha y por el dolor en que le habían convertido tres ó cuatro meses de un amor insensato.

De pronto brilló el sol en la carretera y Villandré sintióse penetrado por su calor; la niebla desaparecía por encima de los setos de ojiacantos y rosales silvestres, por entre los cuales las olorosas madreselvas tejían lazos de finísima verdura. Desvanecíase la niebla fresca con leve estremecimiento, dejando las hojas y las flores cubiertas de perlas casi invisibles que el sol secaba instantáneamente. Villandré sintió que su alma se caldeaba y que su pena se fundía en aquella ardiente luz; ciertamente sufría y sufriría aún mucho más; pero en el fondo de su dolor quedaba el secreto placer de haber amado, más aún, de ser amado. Sí, Aurette se había vendido y nada al presente podía anular la revelación de su secreto; Aurette le amaba... Aquella inestimable perla de rectitud y de bondad le había dado lo mejor de ella; ¿no era eso suficiente para consolar su propia aflicción durante el resto de su vida?

De ese modo se amarían, sin jamás confesárselo, sin volverse á ver nunca más, así lo esperaba el profesor, pues sus entrevistas eran demasiado peligrosas para su altivez; los años transcurrirían llevando á sus corazones la calma, aunque no el olvido, y ¿quién sabe si mucho más adelante podrían verse sin riesgo, si la vida no había amenguado en ellos su fervor actual? Porque en el fondo de toda esperanza, para los que ya han sufrido, queda siempre una duda, una puerta entreabierta para la desilusión... Y ese poco que tendrían valía más que nada... Todo eso era cierto; pero ¡cuán tristes años les tocaba vivir!

—¡Adiós, Aurette!, dijo Natividad á media voz y con los ojos fijos en la mansión querida. ¡Adiós hasta los límites de la vejez y acaso adiós para siempre!.. A pesar de lo que sufro, te bendigo y te agradezco que me hayas amado.

Regresó luego á la ciudad con paso lento y desanimado. Los setos, secos ya, volvían á estar empañados y polvorientos; los cristales ya no brillaban y circulaba mucha gente por los caminos; la poesía había desaparecido con la belleza del alba y de la soledad. Villandré entró en su casa con el alma entristecida y se puso á arreglar su biblioteca á fin de poder partir á la mañana siguiente, si no aquella misma tarde.

El día había de ser para él agitado. A las dos entró tumultuosamente en su casa la señora Thomasset, con gran espanto de la vieja criada, á quien el profesor había dado órdenes severas de que no dejara pasar á nadie. Penetró la lugareña en el despacho de Villandré, y después de haber visto que todas las sillas estaban llenas de libros ó de papeles, sentóse deliberadamente en una caja cuya tapa estaba mal clavada.

—¡Conque te vas, sobrino!, dijo sin preámbulo.

—Tía, respondió el profesor en extremo sorprendido, creí que estaba usted en el convento.

—Ya ves que no estoy, replicó la vieja con mucha tranquilidad; pero dejemos eso, ya hablaremos luego de ese asunto. Ahora se trata de ti. ¿Estás haciendo el equipaje?

—Ya lo ve usted, contestó Natividad con acento un tanto irritado.

—¿Y adónde vas?

—A respirar el aire de París.

La señora Thomasset le miraba fijamente, lo que parecía contrariar al profesor, el cual, sin embargo, desembarazó una silla lo mejor que pudo y se la ofreció á su tía.

—No, gracias, dijo ésta; siéntate tú, que yo estoy bien así. ¿De modo que te vas á París? ¿Por mucho tiempo?

—No lo sé, respondió Natividad fastidiado y moviéndose de un lado á otro como atormentado por una tortura física.

—Vengo de casa de Lucila, siguió diciendo la lugareña, y la idea de tu marcha la tiene enferma, positivamente enferma; y ayer vi á Juan Leniel que me dijo cosas casi desagradables. De manera que tu partida desagrada á todo el mundo. ¿Por qué te vas?

—Querida tía, contestó Villandré, cuando usted decidió entrar en el convento, no se me ocurrió disuadir á usted de esa determinación, á pesar de lamentarla, porque entiendo que un ser razonable ha de tener la libertad de sus acciones. Ruego á usted, pues, que tenga usted para mí la misma tolerancia.

—Yo no causaba aflicción á nadie, repuso la señora Thomasset en tono sosegado.

A esta respuesta sucedió un silencio, durante el cual el profesor miraba obstinadamente los papeles esparcidos sobre su escritorio como si en ellos hubiese de hallar ayuda.

—Mucho me gustaría conocer el motivo de semejante resolución, dijo al fin la vieja cruzando las manos sobre su rodilla; por regla general, cuando un hombre á tu edad hace una tontería, la hace movido por algunas razones. ¿Las tienes tú?

—Sí que las tengo, respondió Natividad sin levantar los ojos.

—¿Puedo saberlas?

—No, tía, dispénseme que me las guarde para mí solo.

—En este caso no son razones buenas.

El profesor reprimió un movimiento nervioso preguntándose si tendría la fuerza necesaria para mostrarse cortés hasta el fin.

—Me explicaría que obrases por un motivo de ambición (Natividad permaneció impasible), por un pique de amor propio..., por haber visto denegada una demanda de matrimonio... Esas son razones, más ó menos buenas; pero no son esas las que te impulsan, ¿no es verdad?

—No, tía, respondió Villandré, insensible en apariencia.

—Siento que sea tan firme tu resolución de dejar Angers, porque deseaba hacerte una proposición. ¿Quieres casarte?

El profesor se estremeció y se volvió hacia ella mirándola fijamente.

—Conozco una joven rica, bien educada, siguió diciendo la señora Thomasset; sé que ~~le gustas~~ y nada sería más fácil que casarte con ella.

—Gracias, tía; pero no quiero casarme.

—¿Por qué?

«¡Oh preguntona insoportable!,» pensó Villandré; y en voz alta dijo:

—No siento afición al matrimonio.

—¿Estás bien seguro de ello?

—Segurísimo.

—Bueno: pues hagámonos cuenta de que no he dicho nada. Tengo otra proposición que hacerte: conozco una persona que necesita de ti para sus negocios y se asociaría contigo, con lo que podrías hacer rápidamente una fortuna.

Villandré hizo un gesto de sorpresa.

—En poco tiempo ganarías mucho dinero. ¿También me dirás que no aceptas eso?

—Según y conforme. ¿Esa fortuna rápida podría adquirirla honradamente?

—Honradísimamente.

—¿Podría yo continuar mis estudios?

—Más que eso; te pedirían que los continuaras.

Villandré, deslumbrado, miraba á la señora Thomasset sin verla; el sol que había contemplado por la mañana bailaba delante de sus ojos y dentro de su cabeza.

—¡Eso es imposible!, exclamó. ¡Esas cosas no suceden!

—Pero si fuese tal como te digo, ¿querrías irte de Angers?

—¡Oh, no!, exclamó el joven involuntariamente. ¡Tía, por favor, no se burle usted de mí! ¿Es formal eso que usted me dice?

—Absolutamente formal.

—Siendo así, explíqueme...

La señora Thomasset se levantó de la caja que le servía de asiento.

—Hoy, dijo mirando su reloj, es imposible. Mañana por la tarde vendré á buscarte.

—¿Para qué?

—Para ir á ver á la persona de quien te hablo. Hasta la vista, sobrino; y te aconsejo que pongas todos esos librotes en su sitio, porque francamente ese despacho tal como ahora lo tienes, no está muy bien que digamos.

Al llegar al umbral de la puerta se detuvo, y volviéndose hacia Natividad, preguntóle en tono chancero:

—¿Conque eres interesado, sobrino?

—¡Yo!, exclamó Villandré estupefacto.

—¿Te agrada el dinero? ¿Quieres ser rico? ¿Es esa la ambición que te consume? En verdad que te creía más desprendido de los bienes terrenales.

—¡Tía!, dijo indignado el profesor. Juro á usted que el dinero en sí mismo me es de todo punto indiferente.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué quieres ser rico? ¿Te fastidio con mis preguntas? ¡Bueno, ya me voy! Conque mañana después de almorzar, ¿eh? ¡Que estés preparado y no me hagas esperar! Adiós.

Salió la lugareña, dejando á su sobrino sumido en un mar de confusiones. Por más esfuerzos que hizo, no logró poner orden en su cerebro sobreexcitado, y cansado de meditar sobre un problema insoluble, cogió su bicicleta y se dispuso á emprender una larga carrera. Atravesaba la plaza de Andrés Leroy cuando vió al doctor Rozel que hacia él venía; al recuerdo del encuentro de la primavera sintió que le ardía la cara y parecióle que el corazón tintineaba en su pecho como una campana de cristal hendida. Sin embargo, saludó cortésmente al doctor, el cual, con gran sorpresa suya, le devolvió el saludo acompañándolo de una sonrisa burlona, aunque amistosa.

—¿Sospechará la verdad?, se preguntó el profesor. Mas no puedo, no quiero pensar en nada, porque me volvería loco.

Al anochecer volvió á su casa tan cansado, que no tardó en conciliar el sueño. Por otra parte, no podía, á pesar suyo, dejar de esperar no sabía qué misterioso socorro. Cuando el alma humana está saturada de dolor, el más tenue rayo de luz que se filtra en sus tinieblas le comunica una especie de sosiego; y Natividad, sin dar entero crédito á lo que su tía le había dicho, se acordaba de que ésta nunca le había engañado.

Las horas del día siguiente fueron interminables. A pesar del consejo de la señora Thomasset, Villandré apenas había comenzado á poner en orden su biblioteca cuando entró la lugareña, que se había puesto el traje y el sombrero que llevara el día de la boda de Lucila.

—Vístete decorosamente, dijo la vieja á su asombrado sobrino; cuando uno se presenta á ciertas personas, es menester que no parezca un pobre vergonzante.

Detrás de su rostro imperturbable podía adivinarse una cierta satisfacción casi triunfal, denunciada por un chispazo en los ojos ~~ó por una~~ sonrisa, reprimida en el acto. Cuando Natividad estuvo dispuesto, la señora Thomasset se lo llevó, echando á andar con severo continente.

—¡Pero esa es la casa del doctor Rozel!, exclamó Villandré al ver que se detenía delante de aquella puerta tan conocida y tiraba del cordón de la campanilla.

—Perfectamente.

Entraron en el despacho del doctor, el cual cogió en seguida las manos de Villandré.

—Hable usted, doctor, dijo la señora Thomasset sentándose en una silla inhospitalaria.

—Caballero, dijo el Sr. Rozel, su tía de usted, aquí presente, ha tenido la buena idea de ser útil y agradable á los suyos en vida, en vez de esperar el día muy lejano, así lo esperamos todos, en que ya no podría oponerse á la felicidad de nadie; y esta mañana, en casa de su notario, ha repartido entre usted y su hermana la cantidad de seiscientos mil francos en excelentes valores, lo que representa para cada uno de ustedes una renta de quince mil libras.

—¡Tía!, exclamó Villandré de tal modo sorprendido que no sabía siquiera expresar su emoción.

—Pero con una condición única, añadió el doctor sonriéndose, y es que inmediatamente pedirá usted la mano de la señorita Aurette Leniel.

—¡Doctor!, exclamó Natividad apoyándose en la chimenea para no caerse.

—Siéntate, sobrino, dijo tranquilamente la señora Thomasset empujando una butaca hacia él.

El profesor hubo de obedecer, y contemplando alternativamente á su tía y al doctor, no se atrevía á interrogarles por miedo de que aquel ensueño se

desvaneciera. El Sr. Rozel le entregó copia del documento que le proporcionaba la dicha, y el solo contacto del papel sellado le hizo recobrar el habla.

—Tía, dijo, no puedo consentir que se prive usted de su fortuna por nosotros; esa donación es demasiado cuantiosa.

—No me privo de nada, respondió la lugareña sin inmutarse, aunque en sus ojos brillaba una maliciosa alegría; ¡si supieras cuán poco ha menester una vieja para vivir holgadamente en su casa! Conservo mi hacienda de la Fleche, en donde criaré muchos animales. A vosotros tocará ahora economizar.

—Pero..., dijo Natividad insistiendo.

—Basta, sobrino, replicó la buena mujer en tono que no admitía réplica. No podías presentarte á tu novia con las manos vacías, ¿no es verdad? Y lo que he hecho, lo he hecho por Juan; y eso que anteayer me dijo unas cuantas frescas; pero me gusta ese muchacho, no puedo remediarlo. Tiene usted un coche á la puerta, ¿verdad, doctor? ¡Pues andando!

Cuando los tres llegaron al Nido, Aurette estaba en el jardín cogiendo flores con Juan; los dos tenían las manos llenas de ellas y no se decían una palabra. El niño parecía haber crecido en dos días; se había adelgazado, sus facciones habíanse alargado y su aire de gravedad torturaba el corazón de su tía cada vez que ésta le miraba sin saber qué decirle.

—Buenos días, señorito Juan, dijo la señora Thomasset con su tono de mandona; venga usted acá, que el doctor y yo tenemos algo que comunicarle.

El muchacho, embobado, les siguió, mientras Natividad se llevaba á Aurette á la terraza en donde ésta había derramado tantas lágrimas.

—Señorito Juan, dijo la lugareña; su amigo Villandré se ha vuelto rico.

—¡Ah!, exclamó el niño con absoluta indiferencia.

—Qué, ¿le tiene á usted sin cuidado?

—Enteramente.

—¿Y también le tendrá sin cuidado que se case con su tía Aurette?

—¡Oh, eso no! ¡Diantre!, exclamó Juan recobrando de repente su alegría. ¿Y él quiere casarse?

—Creo que no desea otra cosa, dijo el doctor, á quien divertía en extremo aquel modo de considerar las cosas.

—¡Tampoco yo deseo otra cosa! ¡Qué buen sujeto, en medio de todo! ¡Será mi tío! ¿Y no se irá, verdad? ¡Oh, qué contento estoy! Voy á decírselo...

—Espera un poco, dijo el Sr. Rozel deteniéndole, porque el chiquillo había ya echado á correr. Tenemos tiempo para decírselo. ¿Sabes á quién se debe eso?

—¿Sin duda á usted?, repuso Juan acercándose á la señora Thomasset. ¿Le ha regalado usted su dinero? Ha hecho usted muy bien, señora, muy bien. ¿Quiere usted darme un apretón de manos?

—¿Y cómo sabes tú eso?, preguntó el doctor.

—¡Vaya una cosa difícil de adivinar! Si la encantadora Lucila no era rica y esto le impedía casarse, supongo que lo mismo pasaría con su hermano. Y la señora Thomasset era rica; anteayer lo dijo.

—Juan, dijo la anciana con aire de triunfo; no soy yo quien ha hecho la boda, sino usted, ¡grandísimo tunante!

—Bueno, pongamos que han sido los dos, repuso el doctor.

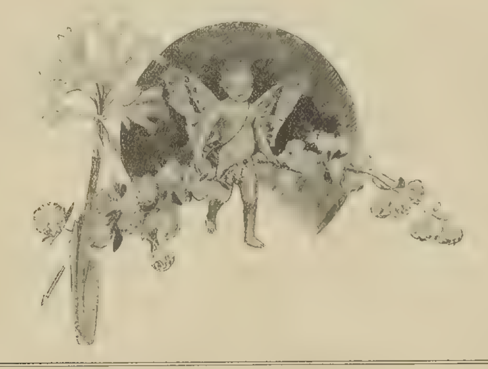
Aurette y Natividad contemplaban el valle inundado de luz y coronado de un pórtico de doradas nubes; estaban uno al lado de otro, pero sus manos no se tocaban. La presencia amada bastaba aún como bien supremo á aquel amor formado de silencio y de pudores.

—Aurette, dijo Villandré; he aquí nuestra vida del porvenir; las sombras quedan en el pasado, y en el presente flotamos en la luz.

Aurette le miró con una intensidad de cariño que le deslumbró.

—Tendremos la luz en nosotros mismos, dijo, y procuraremos derramarla sobre los demás.

FIN



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LES FADES, ÓPERA DE WAGNER, TRADUCCION CATALANA ADAPTADA Á LA MÚSICA, por *Jerónimo Fanné* y *Joaquín Pena*. – Un tomo de 88 páginas, editado por la «Associació Wagneriana» de Barcelona é impreso por Fidel Giró. Precio, 1'50 pesetas.

⁂

LA ESCUELA NORMAL EN ACCIÓN. IMPRESIONES DE UN VIAJE Á SEVILLA. 2.° VOLUMEN. – Un tomo de 158 páginas que contiene interesantes artículos de las señoritas Enriqueta Navarrete, Paula Saiz, Antonia Ramos, Francisca Ruiz, María Pérez, Francisca Valladares, Francisca Jaraba, Julia Bermejo y Carmen García de Castro, alumnas todas de la Escuela Normal de Málaga, relatando sus impresiones de un viaje que, organizado por la ilustrada directora de aquélla y patrocinado por autoridades, corporaciones y particulares malagueños, efectuaron á Sevilla en marzo de 1906. El libro ha sido impreso en Málaga en la imprenta La Española, y por su publicación así como por la obra de cultura de que ha sido fruto merece entusiastas plácemes la señora Luengo.

Estudio, boceto de Felipe Klein

EL CAUDILLO DE LA INDUSTRIA Ó LA HISTORIA DE UN MILLONARIO, por *Upton Sinclair*. – Narración en extremo interesante, cuyo asunto indica claramente el título del libro. Un tomo de 138 páginas que forma parte de la biblioteca que con tanto éxito publica en Barcelona la casa Salvat y C.ª

⁂

LA [illegible] DI[illegible]TICA, por [illegible], traducción [illegible] del alemán por [illegible] *Eek*. – Folleto de 30 páginas en que se estudia la aplicación de la medicina natural á los catarros. Editado en Barcelona por don Olegario Salvatella, se vende á una peseta.

⁂

ESTELES, por *Lluis Vía*. – El nombre del Sr. Vía es sobrado conocido en las letras catalanas para que hayamos de hacer el elogio de esa nueva colección de poesías que recientemente ha publicado; bastará que digamos que esas nuevas composiciones, como todas las de ese inspirado poeta, se caracterizan por la belleza de los asuntos, la elevación de pensamientos y la armoniosa y variada versificación. Un tomo de 86 páginas, editado en Barcelona por «Joventut:» precio, una peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 2 de septiembre de 1907 — Núm. 1.340

ESTATUA PARA UNA FUENTE, modelada por Juan Weddo. (Exposición de Bellas Artes de Berlín, 1907.)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: la cuestión obrera: estado económico y financiero: el centenario de la independencia. —*Centroamérica:* propósitos belicosos. —*Colombia:* tratados internacionales. —*Ecuador:* tentativas revolucionarias. —*Bolivia:* ruptura de relaciones con la Santa Sede. —*Paraguay:* política de tolerancia: situación económica: colonización: propósito de reformas administrativas. —Hispanoamérica en la Conferencia de la Paz de La Haya: la doctrina Drago.

El progreso de la actividad industrial de México ocasiona allí, como en todas partes, aumento de la población obrera, y la consiguiente aspiración por parte de ésta á mejorar de situación, prevaliéndose de su mayor influencia social. Las huelgas de trabajadores van siendo ya demasiado frecuentes, y en el último Mensaje presidencial se creyó necesario advertir que el gobierno está dispuesto á proceder con energía para hacer respetar los derechos de todos y mantener el orden público. Es cuestión esta á la que, con sobrada razón, concédese gran importancia, porque esas huelgas pueden causar mucho daño al país, paralizando ó dificultando su desarrollo económico, en el que tantas y tan fundadas esperanzas ponen los mexicanos.

Las explotaciones mineras van extendiéndose; se han otorgado numerosas concesiones de agua para fuerza motriz aplicable á diversos usos industriales, y trabájase activamente en la construcción y mejoramiento de ferrocarriles y puertos.

Próspera es también la situación financiera. De mes en mes aumentan los ingresos de las Aduanas, y crece asimismo la renta del Timbre. A pesar de la baja que se hizo en algunas de las tarifas en 1906, en el 2.° semestre de este año la recaudación fué de unos 400 000 pesos más que en el correspondiente período del año anterior. En vista de tales resultados, el ministro de Hacienda prepara nuevas reformas en favor del contribuyente.

Preciso es reconocer que hay riqueza y que hay buena administración pública en un país en que se pueden reducir los impuestos sin merma en los ingresos del Estado. Ya en el año fiscal de 1903-4 se había rebajado la llamada contribución federal del 30 al 25 por 100; ahora se baja del 25 al 20 por 100. Desde 1.° de julio está vigente el presupuesto por virtud del cual se ha aumentado el sueldo de funcionarios públicos de varios servicios y categorías.

En estas lisonjeras circunstancias va á celebrar México el primer centenario de la independencia. En la circular que la Comisión organizadora ha dirigido al pueblo declárase que no se trata de conmemorar acontecimientos que evoquen para algunos recuerdos dolorosos, sino de festejar dignamente en el hogar común á la gran familia mexicana.

Han acabado aquellos sombríos períodos de la historia de México que tanto daño hicieron al país en el próximo pasado siglo; ya no hay motivo de temores ni de inquietudes; de día en día se va afirmando la paz pública; prosperan la agricultura, las minas, la industria y el comercio, llevando el bienestar á los más apartados rincones del territorio; afluyen los capitales; se inauguran grandes vías interoceánicas é internacionales; multiplícanse los establecimientos de enseñanza; goza de libertad el ciudadano; el gobierno merece estimación y respeto por su crédito en el orden financiero, por su obra progresista en el orden social; todo, en suma, es halagador para esta joven República, y motivo hay, ciertamente, para que la nación mexicana celebre con júbilo y con entusiasmo unánime el primer centenario de su independencia.

***

Las noticias particulares que nos trae de Centroamérica el correo de agosto siguen siendo poco satisfactorias. Zelaya, el presidente de Nicaragua, había enviado plenipotenciarios ó agentes á Tegucigalpa en demanda de que el gobierno hondureño permitiera el tránsito por su territorio de tropas destinadas á operar contra El Salvador. Lo mismo solicitaban, contra Nicaragua, los gobernantes de El Salvador y de Guatemala, con lo que la situación de Honduras resulta bastante comprometida, pues viene á ser la clave del conflicto. Difícil será que esta República pueda conservar la neutralidad, como pretende hacerlo, con muy buen sentido, su actual gobierno.

Agrava la situación la actitud de México, prudente, sí, pero al fin y al cabo arma al brazo en la frontera de Guatemala.

La prensa mexicana revela la mala voluntad que hay en el país contra Estrada Cabrera, á quien trata de la peor manera posible y de quien dice que ha hecho perecer á centenares de ciudadanos porque contrariaban su política ó sus ambiciones personales.

***

El 15 de junio terminó las sesiones extraordinarias la Asamblea Nacional de Colombia. Su obra más importante ha sido la discusión y aprobación de tratados internacionales ya convenidos por plenipotenciarios de los respectivos gobiernos, á saber: tratado de amistad, comercio y navegación con el Ecuador; tratado general de arbitraje con el Perú y especial para las cuestiones de frontera; tratado con el Brasil sobre límites y navegación fluvial.

Siguen en Wáshington las negociaciones para llegar á un acuerdo con los Estados Unidos en lo relativo á Panamá.

***

No parece que se consolida la situación Alfaro en la República del Ecuador. Las noticias que de allí vienen son escasas y contradictorias; pero en el fondo coinciden en cuanto al malestar general que se siente en el país como resultado de la intransigencia ó ambiciones de los partidos políticos. No tan sólo los conservadores, sino fracciones de los mismos liberales, y acaso éstos más que aquéllos, tienen declarada guerra á muerte al veterano general y presidente que, á pesar de su avanzada edad, aún hace alarde de los excepcionales bríos que le han valido lugar preferente en la moderna historia del Ecuador.

A mediados de julio combatían en las calles de Guayaquil revolucionarios y alfaristas, y el comercio de tan importante plaza sufría gravísimos perjuicios. Las fuerzas de policía se habían unido á los rebeldes; pero las tropas permanecieron leales y se pudo sofocar el movimiento. La intranquilidad subsistía y temíase una intentona revolucionaria.

***

De Bolivia hay una noticia importante; la ruptura de relaciones diplomáticas con la Santa Sede á causa de una protesta de S. S. contra acuerdos legislativos que establecen el libre ejercicio de todos los cultos, limitan los privilegios del clero y autorizan el matrimonio civil.

***

El último mensaje leído al Congreso Nacional por el presidente del Paraguay nos da exacta idea del estado de la República en los primeros meses del corriente año.

El Poder ejecutivo se inspira en una política de amplia tolerancia, gracias á la cual toman parte en la dirección de los negocios públicos personalidades eminentes de diversos partidos. Prueba de ello es el hecho de que ante la más alta representación del país, el primer magistrado de la República ha podido dirigirse á ciudadanos elegidos por todos los núcleos de opinión. Esto es, dice el general Ferreira, la mejor muestra de cuanto hemos hecho en el camino de la educación cívica. Y en efecto, la tolerancia es el signo más evidente de libertad y cultura; sin ella es imposible labrar el bienestar y grandeza de los pueblos. Cree Ferreira que, para fortuna de su país, ha terminado la época de intransigencias; veremos si los hechos confirman los optimismos del presidente de la República.

El manejo limpio de los caudales públicos ha puesto al Poder ejecutivo en situación de atender á todos los compromisos del Estado. Sin embargo, desde el punto de vista económico las circunstancias no son todo lo favorables que pudieran ser. Un año de mala cosecha ha venido á agregarse á los anteriores, provocando la consiguiente restricción comercial y la subida del cambio ó sea del precio del oro en relación al papel moneda. Son años perdidos para la economía nacional que han paralizado el progreso que se iniciaba en las industrias y en el comercio. Y claro es que la depresión mercantil trasciende á las rentas del Estado, cuyas cinco sextas partes están representadas por los derechos de Aduanas.

El gobierno dedica especial interés á la inmigración y colonización. Se han expropiado terrenos, ya para fundar nuevas colonias de europeos, ya para impedir que los nativos abandonen sus viviendas, desalojados por los propietarios particulares. En Villeta se está instalando una colonia modelo, que servirá para atraer á emigrantes del viejo mundo. En la extinguida colonia de La Trinacria se ha formado un nuevo núcleo sobre la base de inmigrantes procedentes de los Estados Unidos, los cuales ofrecen la ventaja de tener capitales en moneda y en maquinaria por un valor considerable, tal vez superior al de las tierras que van á poblar.

Hay un decidido movimiento de opinión á favor de grandes reformas en los servicios administrativos. Por desgracia, estas aspiraciones coinciden con el período de la mala cosecha, debida á calamidades naturales. Y sin recursos no es posible llevar á cabo reforma alguna de utilidad y trascendencia.

Las municipalidades continúan la vida anémica que las ha caracterizado desde su origen. Están pésimamente organizadas; baste decir que ninguna tiene presupuesto. Es, pues, su reforma una de las primeras que deben acometerse.

También es de todo punto urgente desarrollar las vías de comunicación. El mayor enemigo de los progresos de la República es la falta de puentes y caminos, de medios de transporte terrestres y fluviales.

***

Hispanoamérica va ganando posiciones en el campo de la vida internacional.

Ocho años hace, en 1899, los Estados Unidos mexicanos fueron la única nacionalidad hispano-americana que concurrió á la primera conferencia internacional de la paz celebrada en La Haya. Ahora, en la que se ha reunido en este año de 1907, son admitidas las Repúblicas del Centro y Sur América en las mismas condiciones que las demás potencias.

No hubo motivo racional ninguno para dejar de invitarlas al anterior Congreso, ni siquiera la consideración de la fuerza ó poder que representan, porque donde estaban Luxemburgo, Grecia, Montenegro, Persia y Serbia, bien podían presentarse la República Argentina, Chile, Perú y Brasil.

El hecho es que la injusta preterición queda subsanada, y aunque relegados á segundo lugar en las comisiones, los representantes de Hispanoamérica hacen oir su autorizada voz en la Conferencia, y Luis M.ª Drago, en nombre de la República Argentina y de acuerdo con otros delegados americanos, proclama solemnemente, ante la magna Asamblea internacional, la doctrina á que se ha dado su nombre.

«Quedan excluidas del continente americano operaciones militares y ocupaciones de territorio que tengan por causa empréstitos del Estado.» En estos términos, algún tanto vagos, resume su doctrina Drago. Quiere decir que ningún Estado europeo ni americano podrá exigir de otro, por la fuerza, el pago de sumas que á súbditos suyos se deban. Lo que hicieron contra Venezuela Inglaterra y Alemania, con la complicidad más ó menos vergonzosa de los Estados Unidos, no puede ó no debe repetirse.

Pero como en la Conferencia estaban los que agredieron á Venezuela y los que se aprovecharon de la agresión, tuvo buen cuidado Drago de añadir que «se trataba de un principio de política, y de política militante, que no podía ser ni aspiraba á que fuera discutido y votado en esta asamblea.» Lo enunciaba, sin embargo, para reservarlo expresamente y para declarar, en nombre de la Delegación argentina, que ésta lo mantenía como doctrina política de su país en toda la integridad del despacho de 29 de diciembre de 1902, dirigido al representante de la República en Wáshington con motivo de los acontecimientos de Venezuela.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

La *cantao-a* sentóse junto á la reja que daba al huerto

DESPUES DEL TRIUNFO

CUENTO

—¡Vamos, juerga!

La tropa del *capitán* Amaya evolucionó sabiamente, siguiendo una táctica hija de la costumbre. Cada cual ocupó su sitio. El tocador probó la guitarra, templando sus cuerdas con algunos rasgueos. La *cantaora* sentóse junto á la reja que daba al huerto. Las dos *bailaoras*, terciado el pañalón de flecos, colocáronse, erguidas, los talles prontos á cimbrearse con el ritmo de la danza, en el fondo del patio. Amaya, cejijunto, apuró una caña, y dirigiéndose á los ingleses, dijo con voz grave:

—¡Ahora verán los milores la sal de la tierra!

Comenzó la fiesta. Soledad, primera en el turno, lanzó un quejido, endecha precursora de la copla. Su voz elevóse en trémolos tembladores, desgranando sus notas en dulce cadencia; después afirmóse, y segura ya, vocalizó gorjeante, con una agilidad maestra. La canción, triste como una petenera, parecía subir á lo alto, vibrar entre los racimos de las parras, incorporarse á la brisa que mecía los rosales.

¡Ay Alhambra, Alhambra,
Qué hermosa eres!
¡Y qué envidia te tienen
¡Ay! *toas* las mujeres!..

La copla seguía. Soledad, los ojos en éxtasis, cantaba siempre como aislada del mundo. La guitarra acompañaba su voz, humilde, desvanecida, plegándose á su ritmo, cubriendo, si acaso, algún arpegio susurrante. Y cuando la joven, sin esfuerzo, apurando las notas, apagó su canto, el tocador irguióse, cual si despertara, y dió, con un enérgico rasgueo, la señal de la danza.

Las *bailaoras* lanzáronse al centro del patio, veloces, iniciando, con brioso taconear, el *jaleo* torbellinesco. Danzaban serias, la cara rígida, serpeando el cuerpo flexible al compás de los palillos. Poco á poco se animaron, sus mejillas coloreáronse, sus ojos negros lanzaron á cada vuelta miradas rápidas, aceradas como puntas de puñales. Las palmas, que el resto de la tropa gitana hacía sonar rítmicamente, enardecíeronlas al fin. Sus talles se doblaban, retorciéndose, inclinándose á la tierra como para arrebatarla algo, irguiéndose después, los brazos en alto, los ágiles dedos, cubiertos de cintas, agitando sobre sus cabezas el tintinear de las castañuelas. Era una danza de voluptuosidad helena, que los ingleses admiraban, los ojos muy abiertos, transportados á un mundo nuevo, vencidos por la sensación exótica que se les entraba adentro, adueñándose de sus almas, en un supremo alarde.

Soledad cantaba otra vez, distraída, obedeciendo á la obligación, que la prescribía prodigar su voz acariciadora, argentina, para que el turista fuera generoso. Cantaba siguiendo el compás del baile, un *jaleo* albaicinesco, resto de alguna canción mora que acompañasen, siglos atrás, las guzlas y dulzainas. La pareja, animada por la copla, cambió bruscamente, precipitando las figuras, trocando las zonas, buscándose con ahinco, para luego esquivar el encuentro en una vuelta felina. Al final, fué un delirio de giros, de saltos, de bajadas imprevistas, de erguimientos inesperados. Las faldas volaban, en un remolino de encajes azules. Los pañolones, al aire los flecos, rodeaban los peinados de un nimbo de blondas. La guitarra, loca, frenética, como si guiase un galop, desgarraba sus cuerdas en un atropellar inaudito de acordes.

De pronto, las danzarinas, parando en firne, cesaron el baile, quedando inmóviles, una rodilla en tierra, un brazo sobre la cabeza, una mano en el pecho, mientras el tocador arrancaba á su instrumento un sonido que parecía un sollozo, corto é intenso como un grito de muerte.

El intérprete, orgulloso, se volvió á los ingleses.

—¡Esto es Granada!, dijo con énfasis.

Amaya, mientras, intervenía solícito.

—¡Vamos, niñas, *descansá* un ratito! ¡*Bebé* unas cañas! Tiempo hay *pa* enseñar á los milores otras cosas *güenas* de la tierra.

Soledad humedeció sus labios de rosa pálida en el dorado líquido que la ofrecía el gitano. Después acercóse á la reja, y se puso á contemplar el huerto lindero.

Era alta, esbelta, de talle flexible como de una palmera. Su rostro, moreno, de rasgos delicados, lucía dos ojos magníficos, de un negror intenso, dos ojos que acusaban pasiones ardientes. La joven miraba con ansiedad la puerta del recinto, tapial coronado de tiestos de jazmines y albahaca. Por allí entraba, en horas más felices, el mozuelo que despertara en su alma la primera sensación amorosa. Acercábase á la reja contoneante, pisando fuerte, brillante la mirada, un requiebro en los labios. Le hablaba con fuego de sus proyectos para el porvenir, de sus esperanzas de arrancar al toreo un nombre y una fortuna.

Pero hacía dos semanas que una noche la abandonó, en un arrebato de celos. Nadie sabía en el barrio la suerte del mozo. Dijeron unos que toreaba en la provincia de Sevilla. Otros que se fué á Cádiz, persiguiendo un contrato para México. Y mientras ella, angustiada, ocultando sus dolores tras una indiferencia fingida, aguardaba siempre, llena el alma de amor y de zozobras.

Un diálogo habíase entablado entre Amaya y el intérprete. Éste hablaba á aquél con vehemencia, esforzándose por convencerle de alguna cosa. Al fin, el gitano pareció consentir.

—¡*Soleá!*, dijo.

La joven volvió la cara displicente.

—¿Seguimos?, repuso creyendo que se reanudaba la fiesta.

—No es eso, oye.

—¿Qué pasa?

—Los milores, aquí presentes—Amaya inclinóse con deferencia socarrona,—preguntan si querrías ir á Londres, ya sabes, á Inglaterra, á un país donde apalean las onzas, ó mejor dicho, las libras, que esa es su *monea*...

Soledad no pareció sorprenderse.

—¿Irme á Londres? ¿A qué?, contestó tranquilamente, fijando en Amaya una mirada vaga.

—*A cantá*. Te ofrecen un contrato. Mayor de *edá* eres; á *naide ties* en el mundo. Y no creo te asuste el viaje. Ya estuviste en París, cuando la *Exposizión*.

—Sí, pero...

Los ingleses seguían con atención el diálogo. No sabiendo sino contadas palabras de español, no podían comprender el semi caló gitano en que hablaban Amaya y la joven. El intérpetre calmó sus impaciencias con una mirada de buen agüero.

—Los señores, dijo, no son ingleses *primos*, *lilas*, de los que vienen á ver la Alhambra. Son empresarios de un teatro de Londres. Buscan una *cantaora* de fama. Oyeron hablar de ti en París, y en su viaje por España decidieron venir á Granada y escucharte. Para ello se organizó esta juerga. Te han oído, les complaces, y te brindan contrato para un año. Si te decides, no reñiréis por el precio.

Soledad vacilaba. No era que la asustase el viaje Su alma gitana apetecía el vagar, el espectáculo de nuevos países. Otra cosa causaba su indecisión. Amaya, con su perspicacia de gitano viejo y experimentado, adivinó los pensamientos de la joven.

—El *Moruno* se fué á América hace tres días. Me lo ha escrito, encargándome te diga que no volverá en un año por lo menos. Si el deseo de no separarte de él te quitaba el ánimo, piensa que ya está en *mitaita* e los mares.

—¿Pero se fué por fin?, interrumpió Soledad, anhelante.

—¿No lo sabías?. Yo creí que te dijo se iba á *Cádi*. ¡Ah! ¡Es *verdá*, que estáis de quimera, sin *jablaros* hace dos semanas! Pues sí, se fué; ¡que va á *jasé* el pobre! ¡Entre los cuernos y la *jambre*, se *quea* con los cuernos!..

Soledad bajó la cabeza. Por su rostro bellísimo de virgen morena pasó una nube de suprema angustia. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, después de brillar, titilantes, en las pestañas negrísimas.

Amaya se volvió victorioso.

—Trato *jecho*. Dile á los milores que sean *corríos* en la propina.

El intérprete habló con los ingleses. Éstos, regocijados de la adquisición, exigieron continuase la fiesta.

—¡Manzanilla, cante, baile, guitarreo!, gritó Amaya.

Reanudóse la juerga. El patio se animó con las danzas y coplas. Nuevas *cantaoras* substituyeron á Soledad, abstraída en su pena. El fandango, voluptuoso, zaragatero, paseó su ritmo alocado bajo las parras. Las cañas chocaban sus cristales con tintineo alegre. Los ingleses repetían, al compás de las palmadas, sus *ollés* guturales. La guitarra desgranaba sus trémolos, susurrando quejas, eterna nostálgica, vibrando suspiros en la noche...

Fuera, en el huerto, en la gran paz del Albaicín

dormido y frente á la Alhambra, guardada por gnomos, que alzaba sus torreones entre sombras, Soledad, indiferente á todo, á la juerga ruidosa, á su viaje próximo, á su porvenir preñado de enigmas, lloraba en silencio la marcha del torero, arrodillada en el suelo, la cabeza gentil, que un manojo de claveles adornaba, apoyada en un banco de piedra, medio caído tras un bosquecillo de rosas y madreselvas.

* * *

La plaza, rebosante, ofrecía un espléndido golpe de vista. Tendidos y palcos, llenos de mujeres hermosas, confundían, con la blancura de las mantillas, las rojas notas de los claveles grana. Millares de abanicos agitábanse inquietos, en un revuelo de aves asustadas. En la parte del sol, horno de piedra y carne, un océano de sombreros anchos se extendía, cubriendo las gradas con la gama infinita de sus tonos blancos y grises.

Cerca de la presidencia, Soledad, ya vuelta de Londres, atraía todas las miradas, y servía de blanco á los gemelos. Los cuatro años pasados en la capital de Inglaterra, aumentaron su hermosura, sazonándola con los refinamientos de la educación y el arte. La joven, dotada de una sagacidad natural muy grande, asimilóse la cultura con facilidad pasmosa.

Soledad no era ya la albaicinera que Amaya explotaba en juergas y conciertos flamencos. Su voz, educada por hábiles profesores, había ganado en extensión, timbre y maestría. Su figura, sin perder su característica andaluza, entre gitana y mora, plegóse, flexible á los esplendores del lujo europeo. Si aquel día llevaba mantilla, debíase á los toros. Pero habitualmente, Soledad lucía el sombrero parisino, reservando sus trajes típicos para el escenario, cuando arrebataba á los espectadores ingleses, franceses, alemanes ó belgas, con las canciones y bailes de su país.

Sir Edward, su acompañante, la miraba arrobado. Aquel pulcro *gentleman* abandonó su club londinense, sus placeres de soltero, su vida mundana y *sportiva*, para seguir á la joven en su excursión caprichosa por Andalucía. Ella aceptaba sus homenajes agradecida, pero no amorosa, obligada á su esplendidez, á su cariño lleno de sumisión y respeto. Sir Edward, conociendo cuán verdad era la leyenda de virtud que rodeaba á la joven, aguardaba terco, con paciencia británica, el día de saborear la anhelada victoria.

Mientras, la seguía en sus *tournées* por Europa, feliz de acompañarla en público, viviendo en el mismo hotel que ella, pero en habitaciones distintas. Parecía un criado distinguido de la diva flamenca, una especie de representante artístico. El amor cegaba al lord, hasta hacerle despreciar su nombre y deberes, y encogerse de hombros ante las críticas de sus relaciones londinenses.

Salieron las cuadrillas. Al frente de una marchaba el *Moruno*, ya matador orgulloso de su fama. El mozo, alto, moreno, esbelto, pisaba con gallardía, volviéndose de vez en cuando para vigilar la apostura de los suyos. La multitud recibió á su torero favorito con una salva de aplausos.

Comenzó la corrida. Aquella tarde, el *Moruno* se excedió á sí mismo. Mató recibiendo, salvó de la muerte á dos picadores, puso banderillas mejor que ninguno. Era que, al brindar su primero, vieron sus ojos á Soledad, que le miraba anhelosa, olvidada de todo, vuelta á las noches felices de la reja, cuando sus almas vírgenes se decían amores, embriagándose con el perfume de los nardos y jazmines. La joven seguía asustada sus suertes peligrosas, agitándose nerviosa en su asiento al verle despreciar las acometidas del toro y burlar su ira tras el telón del capote. Y al terminar la corrida, mientras Sir Edward contemplaba curioso el espectáculo de los *capitalistas* invadiendo el ruedo, cambió con el *Moruno* una seña rápida, cita misteriosa, dada sin palabras en el gran desierto de la multitud.

Una hora después, abandonando los barrios de la Granada moderna, de calles rectas y plazas anchas, subía sola por la cuesta del Asapiz, Albaicín arriba. Internóse en un dédalo de callejas estrechas, que tapiales coronados de macetas formaban alineándose junto á muros de conventos. Anochecía, cuando llamó á la puerta de un carmen, cuyo patio florido daba paso á un huerto.

Allí vivía el *Moruno* con su madre. Siempre que iba á su tierra, descansaba en él, olvidando algunos días los ajetreos veraniegos. Ya la aguardaba el mozo, anhelante, asomado á la cancela, acechando amoroso su llegada.

Un banderillero había dado á la joven, con una palabra deslizada á su oído, al salir de la plaza, todos los datos necesarios para la entrevista.

¡Y qué dúo de amor oyeron los pájaros, que cobijábanse entre las frondas protectoras de los árboles! Soledad olvidó sus triunfos, sus *tournées* por Europa, sus trajes preciados, sus joyas y blondas. Aquellos cuatro años pareciéronle un sueño, desvanecido en un despertar de realidad embriagadora. La granadina del Albaicín, de sangre ardiente, de pasiones moras, resurgía en ella, arrollando incontrastable la lenta labor del cosmopolitismo, gustado entre sensaciones que la sorprendieran sin deslumbrarla. Los teatros, Londres, París, Berlín, Bruselas, los elogios de los periódicos, las lisonjas de sus adoradores, los halagos de un mundo que aceptaba su tiranía de mujer hermosa, desaparecieron en un transporte que se adueñó de su espíritu. Mirando al torero, creíase aún en las fiestas del capitán Amaya, cantando canciones que le enseñara su madre, alegre, ingenua, acogiendo los aplausos de los ingleses con una satisfacción de artista que empieza. Y luego recordaba los tiempos felices de sus amores, cuando su novio, con el habla melosa de los andaluces, le decía dulzuras, pintándola su cariño en términos hiperbólicos, que ella juzgaba pálidos ante la realidad.

Los dos triunfadores, ídolos de los públicos, cuatro años atrás ignorados y míseros, contáronse sus anhelos, luchas, desilusiones y victorias. El antiguo banderillero de segunda fila, supo en México la partida de ella. Entonces, herido en el alma, se propuso brillar, sobresalir entre los príncipes del toreo, fijar la atención pública con sus arrestos gallardos. Para aprender el difícil arte de vencer sin riesgo reses bravas, prodigó su sangre, jugóse la vida cien veces. Y cuando el aplauso de las multitudes resonaba en sus oídos, y los sombreros, lanzados por el entusiasmo, llovían á sus pies, y turbas de admiradores le sacaban en hombros de las plazas, él ofrecía aquellos triunfos al recuerdo de su amor único, no sintiéndose con fuerzas para olvidarlo.

Ella no pudo desterrarle de su memoria. Alguna vez, el espectáculo de mundo tan diferente al que dejara, la embriaguez de una vida febril, pasada entre fiestas y triunfos escénicos, hicieron que nuevas impresiones substituyesen por un instante la antigua é inmutable que de él llevaba; pero luego volvía con más fuerza, unida á la visión de su tierra, mezcla de paisajes soleados, de bosques de rosas, de cármenes floridos y recónditos, de noches plácidas, susurrantes de amores.

Pensando en él, se mantuvo pura, despreciando la tentación perenne que la rodeaba intentando arrastrarla á la caída. Ni siquiera la sumisión abnegada de Sir Edward, su cariño respetuoso, lograron hallar eco en su alma. Soledad no podía querer sino á un hombre de su raza, que la hablara el lenguaje de su infancia y juventud, que la dijera al oído aquellas palabras acariciadoras, ardientes, por ella escuchadas al pie de la reja.

El torero la miraba con éxtasis.

—¿Volverás á Londres?, preguntó anheloso.

—¡No, me quedo contigo!, dijo ella con voz rápida.

—¡Nosotros dos solos, lejos del mundo, para querernos siempre!

—¡Siempre!

La noche espléndida reinaba. Las parras gemían blandamente, agitadas por la brisa. Las estrellas titilaban en la gran paz del cielo. El río Dauro corría entre piedras, monologando bajo las arcadas. La Alhambra dormía, mientras en el gran misterio de sus bosques y arrayanes, los gnomos, artífices magos, labraban las joyas de sus tesoros ocultos.

Fabián Vidal.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

La Virgen con el Niño y cuatro santos, cuadro de Bartolomé Vivarini que se conserva en el Museo Nacional de Nápoles

JOSE JOACHIM

El violinista eminente que hace poco ha fallecido en Berlín, á la edad de setenta y seis años, había nacido en Kittsee (Hungría). Hizo rápidos y brillantes estudios, primero en el Conservatorio de Viena y después en Leipzig, bajo la dirección de David y Hauptmann, y en 1843 consiguió sus primeros éxitos, que fueron en progresión creciente hasta que en 1848 la ejecución del *Concierto* de Spohr en la Gewandhaus de Leipzig le valió el ser clasificado entre los violinistas más ilustres. Hizo luego varias excursiones por Inglaterra y Francia, alcanzando en todas partes ruidosos triunfos, y poco después, á instancias de Liszt, aceptó el cargo de maestro de conciertos de Weimar y luego de Hannóver, en donde contrajo matrimonio con la célebre cantante Amelia Weiss. En 1869 fué nombrado director de la Escuela superior de Música de Berlín, cargo que ha desempeñado hasta su muerte.

Nadie como él ha sabido interpretar las obras de los grandes maestros Mozart, Mendelssohn, Schumann, Brahms, Haydn y sobre todo Beethoven; huyendo de eso que se llama *personalidad*, daba á cada composición su verdadero carácter, y lo mismo como solista que como cuartetista, demostró siempre el respeto, la veneración que aquellos músicos inmortales le inspiraron.

El eminente violinista alemán José Joachim, fallecido en Berém el día 15 de agosto último. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Cuando renunció á tocar solo, formó, con los señores Halir, Wirth y Haussmann, el admirable cuarteto que llevó su nombre y que supo conquistarse fama universal.

Hace algunos años celebróse en Berlín su jubileo, y con este motivo acudieron á la capital alemana los más ilustres violinistas de todo el mundo, que tuvieron á honra tomar parte en un concierto que se dió en honor del anciano maestro, de quien casi todos ellos habían recibido lecciones.

En marzo último cayó enfermo en Budapest; pero restablecido de aquella enfermedad, después de haber pasado en Territet la primavera, pudo en el mes de mayo inaugurar en Eisenach la casa de Sebastián Bach y dirigir durante dos días, tarde y noche, conciertos compuestos exclusivamente de obras de ese gran músico. De regreso en Berlín, aún quiso dirigir en la Academia de Música los ensayos del Oratorio de Elías.

Su entierro ha sido una imponente manifestación de duelo á la que se asoció toda Alemania, desde los emperadores hasta las clases más humildes, cuyo cariño se había captado Joachim con sus bondades y sus obras filantrópicas.

ARLÉS

REPRESENTACIÓN DE «IFIGENIA»

Los teatros de la naturaleza van multiplicándose en Francia de año en año, y á ellos acude cada vez más público, ansioso de gozar de un espectáculo incomparablemente más emocionante y más artístico que el que ofrecen los teatros urbanos.

Los actores más famosos no se desdeñan de tomar parte en esas funciones, y los poetas más celebrados escriben para ser recitados al aire libre poemas que alternan con las grandes obras de los antiguos clásicos, y que en esos escenarios naturales alcanzan una grandiosidad que nunca pueden darle las más suntuosas decoraciones de la escenografía.

Durante este verano ha habido representaciones de esas en Orange, en Arlés, en Cauterets, en Luchón, en Champigny-la-Bataille y en otros muchos sitios. En Arlés, los eminentes actores de la Comedia Francesa esposos Silvain han representado la tragedia de Racine *Ifigenia*, y el efecto que han producido las escenas de ésta, desarrollándose entre aquellas ruinas del antiguo teatro romano, ha sido inmenso.

La fotografía que reproducimos en esta página da perfecta idea del aspecto del espectáculo.—S.

Arlés.—Representación de la tragedia de Racine «Ifigenia» en las ruinas del antiguo teatro romano. (De fotografía de Carlos Trampus.)

San Sebastián.—Los buques de guerra franceses «Du Petit Thouars» y «León Gambetta», durante la visita que hizo á este último S. M. el rey D. Alfonso XIII. (De fotografías de Frederic.)

NOTAS DE ACTUALIDAD

Los marinos franceses en San Sebastián. – Después de los japoneses y de los argentinos, han visitado la capital de Guipúzcoa los buques de guerra franceses *León Gambetta* y *Du Petit Thouars*, que han permanecido en aquellas aguas desde el 14 al 17 de agosto último. Durante su estancia allí, los jefes y oficiales de esos barcos fueron obsequiados con un almuerzo en el palacio real de Miramar, con un banquete y una *garden party* en la residencia veraniega del embajador de Francia M. Revoil, y con otros festejos, á los que correspondió el almirante Jaureguiberry con una comida á bordo del *León Gambetta*, en honor del ministro de Estado, del embajador y de las autoridades.

S. M. el rey D. Alfonso XIII visitó el citado crucero, en donde fué recibido por el almirante con los debidos honores, visitando detenidamente el buque y revistando la tripulación. Terminada la revista, el monarca fué obsequiado con un *lunch*.

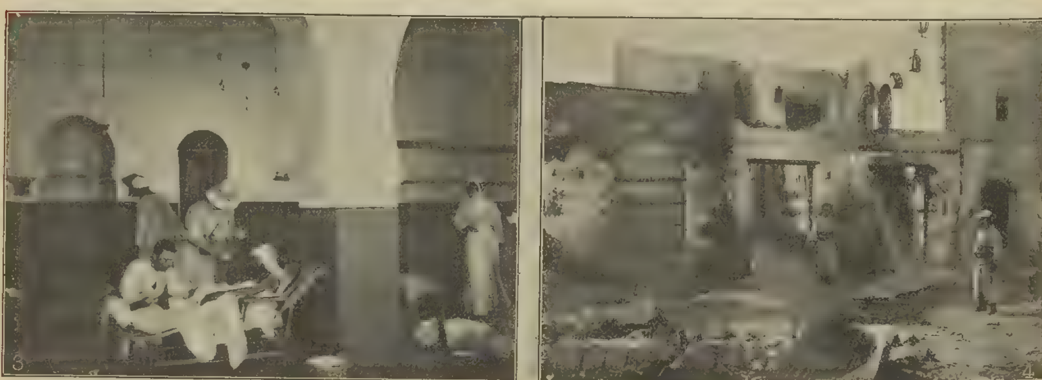
El conflicto de Marruecos. – La cuestión marroquí inspira cada día mayores cuidados á las cancillerías europeas, no sólo porque la sujeción de las cabilas rebeldes va resultando más difícil de lo que en un principio se creyera, sino también porque con la proclamación del sultán Muley Hafid ha surgido en el imperio una crisis que puede ser de gravísimas consecuencias.

Las tropas francesas que defienden Casablanca y cuyo número se eleva ya á algunos miles de hombres, tienen que rechazar casi diariamente los ataques de los moros que, lejos de amedrentarse con las derrotas sufridas y con las terribles bajas que en ellos causan los fusiles y las ametralladoras de los europeos y sobre todo los proyectiles de los buques de guerra, parecen cobrar nuevos ánimos á cada desastre y ven aumentar de continuo sus contingentes, gracias á los refuerzos que incesantemente reciben de las tribus del interior, excitadas por los santones que les predican la guerra santa. En vista de ello, el general Drude, jefe de aquellas tropas, se propone avanzar algo á fin de castigar más duramente á los cabileños, atacándolos en sus propias posiciones, para lo cual espera la llegada de algunos refuerzos.

El pequeño contingente de marinos españoles desembarcados en Casablanca permanece en una actitud expectante, que responde á la política de prudencia de nuestro gobierno, quien parece haber adoptado como norma de conducta, con aplauso general del país, atenerse estrictamente á la misión que la conferencia de Algeciras confió á España y Francia. Nada de extraño tendría, sin embargo, que las circunstancias obligasen á nuestros soldados á tomar una parte más activa en las operaciones, para cual caso hay dispuestos ya los elementos necesarios.

En cuanto á la proclamación de Muley Hafid, la trascendencia de este suceso es evidente, pues de ser este nuevo soberano reconocido en todo el imperio, correrían serio peligro los acuerdos consignados en el acta de Algeciras.

Entrevistas del rey de Inglaterra con los emperadores de Alemania y de Austria. – Los soberanos de las grandes potencias celebran este verano frecuentes entrevistas. Después de la de Nicolás II y Guillermo II en Swinemunde, ha habido recientemente las de Eduardo VII y Guillermo II en Wilhelmshohe y de Eduardo VII y Francisco José I en Ischl, y aun se habla de otras próximas entre el propio monarca inglés y el tsar de Rusia y el rey de Italia. Como se ve, el alma de todas esas conferencias es el rey de Inglaterra, cuyos trabajos tienden, según se afirma, á mantener y asegurar la paz europea. Conocido el poder británico, mucho puede esperarse de las iniciativas de Eduardo VII; si sus esfuerzos se ven coronados por el éxito, si gracias á su intervención se resuelven pacíficamente los grandes problemas que preocupan á Europa, su nombre figurará entre los más ilustres, no sólo en los anales de Inglaterra, sino también en la historia de la humanidad. – R.



Casablanca.—1. El general Drude (+) jefe de las fuerzas de tierra francesas y el almirante Philibert (x) jefe de la escuadra francesa. 2. Los soldados españoles en el consulado de España.—3. El doctor Merle, herido, curando á los prisioneros en la mezquita. 4. Casas saqueadas por los moros y destruídas é incendiadas por el bombardeo. (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

Wilhelmshohe.—Entrevista de Eduardo VII de Inglaterra y Guillermo II de Alemania. Los soberanos presenciando desde la terraza del palacio el desfile de las tropas encargadas de la guardia de honor. (De fotografía de Carlos Trampus.)

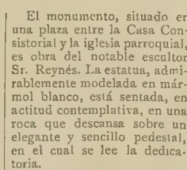
Ischl (Austria).—Entrevista del rey Eduardo VII y del emperador Francisco José.—Los dos soberanos recorriendo en coche la población entre las aclamaciones de la multitud. (De fotografía de Carlos Trampus.)

A LA ENTRADA DE LA HUERTA, dibujo de Carlos Vázquez

NOTA DE VERANO, dibujo de Carlos Vázquez

Llegada del obispo de la Seo de Urgel Dr. Benlloch, príncipe soberano de los valles de Andorra, á la «trenca» ó frontera andorrana.

Casa de la Vall ó del Consejo y Palacio de Justicia de Andorra la Vella.



El Dr. Benlloch al frente del Consejo general de Andorra á la puerta de la Casa del Consejo. (De fotografías de José Claverol.)

ANDORRA. – TOMA DE POSESIÓN

DEL NUEVO PRÍNCIPE SOBERANO

Solemnísima y sin precedentes en la historia del principado de Andorra fué la toma de posesión del nuevo príncipe soberano el Excmo. Dr. Benlloch, obispo de la Seo de Urgel, que se efectuó el día 19 de agosto último.

Con brillante acompañamiento de militares, familiares y otras distinguidas personas, salió el prelado de la Seo á las cinco de la mañana, y á las dos horas llegaba á la *trenca* ó frontera, en donde le esperaban los síndicos y el Consejo general del principado de Andorra con un piquete de *galejadors* (escopeteros), para tributarle los honores y acompañarle á la capital.

El viaje fué una verdadera marcha triunfal, pues en todas partes el nuevo soberano fué objeto de las manifestaciones de afecto y entusiasmo de sus súbditos, quienes, desde que conocieron al Dr. Benlloch, quedaron encantados de las excepcionales cualidades que le adornan.

Magníficos banquetes, veladas, músicas, arcos de triunfo, guirnaldas, colgaduras, salvas y una continua y delirante ovación expresaban á la vez la veneración, el afecto, la admiración, la gratitud y las esperanzas de los andorranos, que ven en el nuevo príncipe la mejor garantía de su prosperidad y bienestar, por los que el Dr. Benlloch, aun antes de la toma de posesión, se ha interesado mucho y con feliz resultado. – C.

MONUMENTO AL DR. ROBERT

Con gran solemnidad inauguróse el día 23 de agosto último en la pintoresca población de Sitjes el monumento erigido por subscripción popular al hijo adoptivo de aquella villa, al ilustre patricio y médico eminente doctor Robert.

El monumento, situado en una plaza entre la Casa Consistorial y la iglesia parroquial, es obra del notable escultor Sr. Reynés. La estatua, admirablemente modelada en mármol blanco, está sentada, en actitud contemplativa, en una roca que descansa sobre un elegante y sencillo pedestal, en el cual se lee la dedicatoria.

La ceremonia de la inauguración fué presenciada por un público numeroso que, al descubrirse la estatua, prorrumpió en ruidosas salvas de aplausos y entusiastas aclamaciones. Pronunciaron elocuentes discursos, que fueron muy aplaudidos, el alcalde de Sitjes, encomiando la memoria del Dr. Robert; el teniente de alcalde señor Missas, aceptando en nombre del Ayuntamiento y del pueblo el monumento y dedicando sentidas frases á las virtudes cívicas del patricio insigne; el Sr. Perpinyá, agradeciendo en nombre de la familia el homenaje; y el diputado á Cortes Sr. Bertrán y Musitu, ensalzando la gloriosa figura de aquel grande hombre que practicó el bien, trabajó por la cultura y realizó una labor gigantesca, social y política.

Monumento erigido en Sitges al doctor Robert é inaugurado solemnemente el día 23 de agosto último
Obra de José Reynés. (Fotografía de Castellá.)

NUESTROS GRABADOS

(Véanse los de las páginas 569, 572, 576, 577 y 584.)

Estatua para una fuente, modelada por Juan Weddo. – El autor de esta obra es discípulo del eminente escultor berlinés Begas, y bien se ve en la pureza de líneas y en la graciosa nobleza de la figura la influencia de ese maestro genial. Weddo ha sabido resolver de un modo admirable en esa estatua el difícil problema de armonizar el reposo con el movimiento plásticos: la ninfa descansa sobre la roca y al mismo tiempo adelanta el pie hacia el agua en donde se dispone á bañarse. El conjunto de esta escultura es de una belleza y de una armonía incomparables y justifica el éxito que ha obtenido en la última Exposición de Bellas Artes de Berlín.

***

La Virgen con el Niño y cuatro Santos, cuadro de Bartolomé Vivarini. – Hasta 1450 pintó ese artista veneciano en unión de su hermano Antonio; pero á partir de aquella fecha trabajó solo, mostrándose en todos sus cuadros, especialmente en el que reproducimos, adepto de la escuela paduana. El último cuadro que de él se conoce lleva la fecha de 1409. En el que publicamos, pintado al temple sobre madera para una iglesia, se lee la inscripción *Opus Bartolomei Vivarini de Murano.* 1465; de los cuatro santos que están de pie se reconocen por sus atributos San Roque, á la izquierda, y San Nicolás, á la derecha; entre nubes se ven las medias figuras de Santo Domingo, San Pedro Mártir, Santa Catalina de Alejandría y Santa Magdalena. Esa obra se conserva actualmente en el Museo Nacional de Nápoles.

***

A la entrada de la huerta. – Nota de verano, dibujos de Carlos Vázquez. – Nada hemos de decir en elogio de esos dibujos de nuestro asiduo y querido colaborador, ya que en múltiples ocasiones hemos podido ensalzar cual se merecen las obras de tan notable artista. Las cualidades de observación, naturalidad y elegancia que tantas veces hemos señalado como características de las composiciones del Sr. Vázquez, las hallarán nuestros lectores una vez más en las que hoy reproducimos.

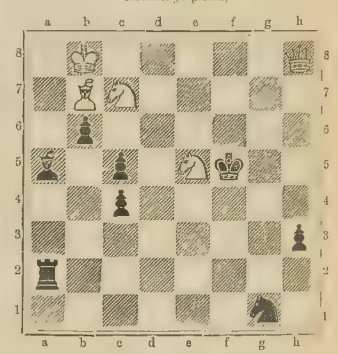
***

Vidriera ejecutada por Alejandro Gascoyne. – La reproducción en grabado de esta vidriera da perfecta idea de la elegancia de la composición y de la pulcritud y corrección con que está ejecutada, pero no permite apreciar la brillantez y la armonía de los colores, que son la nota dominante en las producciones de ese notable artista de Nottingham (Inglaterra).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 476, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 475, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras
1. A f 1 – b 5	1. A a 4 × b 5
2. A f 8 – c 5 jaque	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES.

1...... A b 8 d 6 ó e 5; 2. D e 6 c 4 jaque, etc.
Otra jugada. 2. A f 8 g 7 jaque, etc.

Una mujer, con las manos cruzadas por detrás, vigilaba á los trabajadores

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

I

EN EL PRADO

Un brillante día de junio, caluroso y de esos que invitan á dormir; un cielo azulado con dos ó tres nubecillas que parecen moverse lentamente en una atmósfera impregnada del suave perfume del heno recién cortado; las cercas revestidas de flores silvestres; y el río deslizándose tranquilo á través de los campos cubiertos de espigas ya maduras, cuyos colores prismáticos atraían la mirada: tal era el paisaje del sitio en que comienza nuestra historia.

En el prado, media docena de niños se revolvían en un montón de heno, y sus voces infantiles mezclábanse con los trinos de las avecillas; varias mujeres, cubierta la cabeza de enormes sombreros de paja, ocupábanse en formar haces, mientras que los hombres, armados de sus largas horquillas, cargábanlos en la carreta; y los caballos esperaban pacientemente el sonido del látigo para emprender la marcha hacia la granja. Algunos cuervos cruzaron de repente el espacio como una nube y fueron á posarse en dos corpulentos robles que marcaban el centro del prado.

Una mujer, con las manos cruzadas por detrás, vigilaba á los trabajadores, dando á intervalos órdenes con voz firme, órdenes que por lo oportunas revelaban un conocimiento práctico en las faenas campestres, y que sin duda por esto eran obedecidas al punto.

Susana Holt, en efecto, no solamente era una joven muy entendida que sabía lo que se ha de hacer, sino que también podía hacerlo ella misma, y todos los segadores aseguraban que valía por seis mujeres en cuanto se refiriese al trabajo. La verdad es que en toda la comarca tenía cierto renombre; su ganado estaba siempre en mejores condiciones que el de sus vecinos en diez leguas á la redonda; la manteca elaborada en su granja se prefería á todas las demás, y en todas las estaciones, sus cosechas eran de superior calidad, debiéndose todo esto en gran parte al celo que desplegaba en la dirección de sus asuntos.

En el momento en que la presentamos en escena llevaba un sombrero de paja de anchas alas, que hubiera sentado bien á un hombre; pero en la cinta negra que le servía de adorno veíase un ramito de flores silvestres. El rostro de la joven tenía los vivos colores y la lozanía propios de la juventud; los ojos eran azules; el contorno de la boca, muy pequeña, revelaba energía; y el abundante cabello, sedoso y de color castaño obscuro, realzaba más la belleza de la fisonomía. En cuanto al traje, era sumamente sencillo, poco mejor que el de las trabajadoras que estaban á sus órdenes; pero aunque hubiese sido mucho más ordinario, no por eso hubiera dejado de realzar la esbeltez y agraciadas formas de aquella joven. Sin embargo, todos sus movimientos denotaban un vigor nada común en las personas de su sexo.

Ya hemos dicho que sus órdenes eran obedecidas sin discusión; pero si alguna vez se descuidaban, la reprensión que seguía era tan eficaz que todos la temían. Tal vez se debiera esto á la rareza del caso; mas como quiera que sea, Susana Holt dirigía perfectamente la granja que le había sido legada por su padre, y esto sin más ayuda que la de su guardián, Job Hazell, establecido en una granja inmediata.

La joven estaba satisfecha de sí misma, y no sin razón, complacíase en su trabajo, y no se creía desgraciada por ningún concepto, aunque varios jóvenes de la comarca habían hecho lo posible para persuadirla que sería mejor para ella tener esposo. Susana acostumbraba á reirse al oir esto, evitando así que ninguno la ofreciera un servicio que no pocos deseaban prestar.

«Es una joven muy sosa,» decían algunos; pero los más admiraban su carácter independiente, hacían elogios de su habilidad y sobre todo de su belleza, y lamentábanse de sus pocos méritos para aspirar á la mano de la hermosa doncella. Más de cuatro hubieran querido verla casada para que los pretendientes renunciaran de una vez á sus esperanzas, las cuales no podían desechar mientras que la joven permaneciese soltera.

Cuando más ocupados estaban los trabajadores, vióse avanzar hacia ellos, por la orilla del río, un hombre que no tenía aspecto de segador; llevaba un chaquetón de color parduzco, sombrero de fieltro y botas altas; con su diestra empuñaba una larga caña de pescar y seguíale un perro de la especie *bull-dog*, el cual miraba á intervalos el morral que su amo llevaba á la espalda.

Tomás Walton, que así se llamaba el hombre, era un gallardo mancebo, alegre de corazón y de fisonomía risueña. Dos pasiones le dominaban, su afición á los caballos y á los perros; pero además era muy caprichoso y porfiado cuando se empeñaba en una cosa, hasta el punto de olvidar por ella lo más necesario en la vida. La pesca era al parecer su más reciente capricho, y debía suponerse que no renunciaría á él en algún tiempo.

Susana no le vió hasta que se hubo acercado á la carreta; el joven saludó, levantando un poco su sombrero, y adelantóse familiarmente.

—No he podido seguir adelante, dijo sonriendo, al verla á usted aquí; salí á las ocho de la mañana, no he sido afortunado en la pesca y ahora me aguijonea el hambre.

—Entonces, repuso la joven, bueno será que nos haga una visita á la hora de comer. Dentro de poco volveré á la granja, y si usted quiere, podrá acompañarme.

—Muchas gracias; pero no se apresure usted, porque á mí me complace mucho estar á su lado.

—¿No ha dicho usted que le aguijoneaba ya el hambre?

—Cuando estoy junto á usted no me aqueja nada.

—Pues siento mucho hacerle perder el apetito.

—Quisiera que no me hubiera usted hecho más daño que ese, repuso Tomás sonriendo con malicia y mirando á la joven fijamente; lo peor es que ha perturbado usted mi tranquilidad y mi reposo, haciéndome olvidar mi pasión favorita. Diríase que los peces olfatean la presencia de usted y se alejan de las partes de la corriente más próximas á este sitio; esta es sin duda la causa de que mi cesta se halle casi vacía; mas todo lo compensa el placer de hablar con usted un momento.

—Son las doce menos cinco minutos y Sara me espera sin duda para comer, repuso la joven con tono breve.

Y volviéndose hacia uno de los trabajadores, díjole algunas palabras é indicó á Tomás que podía seguirla á la granja.

El joven, con su caña al hombro, se colocó al lado de Susana, sin que al parecer le produjese efecto la indiferencia con que aquélla le había tratado, sin duda porque ya conocía su carácter. Hacía algún tiempo que la cortejaba abiertamente, sin que la joven se opusiese á ello, pero también sin hacer aprecio alguno de sus declaraciones, pues algunas veces divertíanle sus «necedades,» según ella decía, mientras que otras continuaba su trabajo como si no le viese.

Cuando los dos se alejaban de los trabajadores, dos mujeres se detuvieron para mirarlos, cambiando después una mirada de inteligencia.

—¡Buena pareja harán, dijo una, porque Susana es mujer que sabrá hacerse respetar!

—Y él es un buen mozo, contestó la otra.

—Sí, sí, añadió un segador, me parece que pronto

tendremos amo. Vamos, Natalia, que ya es hora de comer.

—Ya voy, contestó la interpelada, mujer de cincuenta años, de rostro curtido por la intemperie, que había servido siempre en la granja; permítame añadir que el tal Tomás Walton es un poco salvaje, pero ella le domesticará; y más le conviene ese joven que no el cachazudo Miguel Hazell, por más que el anciano Job tenga empeño en casarlos.

Hecha esta observación, hombres y mujeres fueron á sentarse á la sombra de los dos robles para comer. Susana y su compañero eran dos graciosas figuras en medio del paisaje; las vacas que pacían en el prado mirábanlos con ojos soñolientos al verlos pasar por delante, y cuando llegaron á los árboles en que se habían posado los cuervos, éstos remontaron el vuelo, formando como una negra nube. Poco después dieron vista á la granja, situada á la extremidad del prado; era una construcción antigua, con pequeñas ventanas en el piso superior, tejado rojizo y blancas paredes casi ocultas por varios rosales; más allá, una espesa arboleda completaba aquel gracioso conjunto.

—Yo me pregunto á veces, dijo Walton fijando su mirada en la antigua casa, cuyo aspecto parecía agradarle, si se casará usted alguna vez, Susana.

—Es muy posible, contestó la joven. La mayoría de las mujeres desean contraer matrimonio, lo cual prueba su debilidad.

—¿Y se cree usted capaz de tenerla?

—¿Por qué no? Usted no me creería si le dijese lo contrario.

Tomás quedó pensativo al oir estas palabras, cosa tan rara en él que su compañera le miró con curiosidad.

—Eso no deja de ser cierto, repuso al fin mirando siempre la casa; mas el hecho de reconocerlo así me hace dudar de sus palabras. ¿Cómo se conformaría usted con abandonar su antigua morada?

—No he pensado en eso aún, sin duda porque no me agrada la idea; pero supongo que el hombre que me indujera á darle mi vida comprendería muy bien que yo abandonase la casa. Sin embargo, preferiría no salir de ella.

—Pues entonces, repuso Walton, el hombre debería someterse al deseo de usted, contentándose con vivir aquí siempre. A mí me agradaría tener la oportunidad de hacerlo así... con usted.

—Pero no pudiendo tenerla, ¿qué remedio le queda?

—No lo sé; tal vez me aliste como soldado ó me embarque para América; pero sentiría que usted hubiera de arrepentirse después si tomo una determinación tan desesperada.

—¡Oh! Debe usted prescindir de mí en sus proyectos.

—Muy bien, así lo haré; pero...

Tomás se interrumpió, como si vacilase; después trazó con su caña un círculo en el aire, inclinóse para mirar el rostro de Susana por debajo de las anchas alas de su sombrero.

—Iba á decir, continuó Tomás, que pienso mucho en usted, por más que sepa que á mí en cambio no se me juzga digno de consideración, importándole á usted poco que yo me vaya ó me quede.

—Siempre me complace ver á usted...

—Sí, como á otro cualquiera.

—¿Pues qué más podía usted esperar?

La pregunta era tan directa, y de tal modo sorprendió á Tomás, que durante un momento no supo qué responder.

—No tengo derecho á esperar nada más, contestó al fin; debo agradecer y agradezco sus palabras; pero estoy convencido de que para conquistar á una mujer no es necesario que el hombre esté completamente enamorado de ella.

—¿Habla usted por experiencia?

—Tal vez; pero de todos modos, usted me ha enseñado á comprender que apenas un hombre entrega su corazón, la mujer le tiraniza, convirtiéndole en un tonto.

—¿Y no cree usted que es posible que el hombre haya comenzado por serlo desde un principio?

—No lo dudo; todo hombre que se enamora es un tonto; y en prueba de ello, vea usted cómo me conduce desde la colina al llano y desde el llano á la colina.

—Sí, para hacerle pasar después por el jardín y darle de comer.

—¿Quiere usted hablar con formalidad un minuto?, dijo Tomás.

—Aunque sean dos.

—Pues contésteme con toda franqueza. ¿Está usted comprometida con Miguel Hazell?

Susana hizo una reverencia con expresión burlona.

—No tengo compromiso con nadie, señor mío, contestó, ni tampoco es probable que le tenga si persisto en mis presentes ideas.

—Me dijeron que...

Susana interrumpió al joven, fijando en él una mirada de enojo.

—Le he contestado á usted, dijo, con más franqueza de la que se merece, porque su pregunta era...

—Impertinente, ya lo sé; y por lo mismo pido á usted mil perdones, aunque bien mirado se me puede dispensar mi rudeza, puesto que para mí tranquilidad necesitaba salir de dudas respecto á ese rumor.

—No veo yo, repuso Susana, qué puede importarle á usted que eso sea cierto ó falso...

—Pues me importa, así como también á otros, porque mientras usted sea soltera se pueden tener esperanzas.

—Pues no hay razón para ello.

—Me resistiré á creerlo así hasta que la vea á usted casada, ó hasta que me prohiba volver á verla.

—En tal caso, se lo prohibo á usted desde ahora.

—¿Nos dejaría usted á mí y al *Chato* morirnos de hambre?, repuso Tomás mirando á su perro, que meneó la cola al oir su nombre.

Sin esperar contestación, Walton abrió la puerta de la casa, y Susana, riéndose de la audacia del joven, entró seguida de su compañero. En el fondo veíase el huerto, donde había algunos manzanos, cargados de su fruto, maduro ya; en un ángulo, varios patos surcaban las aguas de un pequeño estanque; y notábase en todas partes tal aseo y limpieza, que el conjunto no podía menos de ser agradable á la vista.

A la entrada del huerto, una joven de escasa estatura, de cabello rubio y ojos de color castaño, acariciaba ya al perro de Tomás, que había entrado el primero en la casa, y que en aquel momento parecía fijar toda su atención en la puerta de la cocina.

—El joven Walton, dijo Susana al entrar, comerá hoy con nosotros, querida Sara.

Al oir esto la joven rubia ofreció su mano á Tomás con gracioso ademán, aunque mirándole con cierta curiosidad, como para explicarse la causa de su venida. Sin duda no quedó muy satisfecha de su examen, pues contestó con cierta frialdad á Walton cuando éste le dirigió las preguntas de costumbre.

Pero Tomás no hablaba por primera vez á Sara, conocía su carácter y no tenía por costumbre hacer aprecio de lo que no le interesaba directamente; en aquel momento toda su atención se concentraba en Susana Holt, é importábale poco que Sara llevase á mal su visita. Sin embargo, había olvidado ya su diálogo con la joven y felicitábase de haberse abstenido de hacer una declaración formal; en su concepto, nada tenía de particular que se hubiese mostrado muy obsequioso con Susana, pues no era la primera mujer á quien había dispensado sus atenciones, pareciéndole que con esto no perjudicaba á ninguna y que no hacía nada vituperable en su conducta.

Había olvidado ya que su primera visita á la casa fué para Sara Hodsoll, á fin de darla el pésame por la muerte de su padre; pero recordaba muy bien que todas las siguientes tuvieron por objeto ver á Susana Holt. No veía él en esto nada de particular, y sin duda le hubiera causado extrañeza que se criticase su conducta en este punto, tanto más cuanto que sus visitas no tenían en el fondo ningún objeto determinado.

Pero Sara tenía un carácter algo quisquilloso; siempre se había distinguido por su cortedad de genio, y su única amiga era Susana. Esta última había quedado huérfana á la edad de diez años; Sara se interesó por ella y tratóla con el mayor cariño, creándose así entre ambas una estrecha intimidad, tanto más cuanto que Sara había perdido su madre algunos años antes. Después, cuando su padre murió, dejándola una escasa pensión, Susana le propuso que fuese á vivir en la granja, donde podría encargarse de los quehaceres domésticos.

—Somos dos jóvenes, le dijo, pero me parece que podremos vivir y arreglarnos bien juntas; tú has sido el ama de gobierno cuando vivía tu padre y lo mismo serías en la granja, pues yo prefiero dirigir los trabajos en el campo. Casi estoy por creer que me convenía más pertenecer al sexo masculino.

El Sr. Hodsoll, tío de Susana, había sido procurador de Duntharpe, y asegurábase que había hecho fortuna con sus negocios y especulaciones; pero su manía por los caballos absorbió la mayor parte de sus ganancias, poniéndole en contacto con Tomás Walton, que llegó á ser íntimo amigo y visitante de su casa. Sara hacía entonces las veces de ama de gobierno, y como Tomás no podía estar nunca en presencia de una mujer sin dispensarla atenciones, trató de hacerse agradable. La joven se mostró al principio tímida, después algo severa y al fin acabó por recibir á Walton con mucho agrado, sin echar de ver, acaso por falta de experiencia ó porque no era coqueta, que las atenciones de Walton y sus visitas darían que decir, aunque en el fondo no significasen nada.

Había oído decir que Walton tenía muchas faltas, mas ella no le encontraba ninguna, y en más de una ocasión, al oir á su padre censurar al joven, defendióle valerosamente. Hablábase también de las aventuras de Tomás en Londres y de su dudosa conducta; pero Sara no dió crédito á cuanto la decían. La verdad es que Walton era capaz de sacrificarlo todo por los placeres, bajo cualquier forma, y poco le importaba que alguien sufriese con tal que él pudiera divertirse.

II

La obligación antes que la devoción

Walton aceptó de la mejor gana la comida que le ofrecieron é hizo honor á todos los platos con un apetito que el más robusto gañán hubiera podido envidiarle; hizo elogios de la cocina, de la granja y apuró sendos vasos de cerveza con tanta fruición como si hubiera sido el vino más excelente.

Al servirse los postres habló de Londres y de sus maravillas y perversidades, ilustrándolo todo con anécdotas referidas principalmente por los periódicos de moda. Susana le escuchó escandalizada casi, pero sin que por eso le pareciera divertida la relación. Sara, que al principio manifestó mucha reserva, al ver que Walton dirigía la palabra casi siempre á su prima, comenzó á sonreir apenas el joven le habló directamente; sus mejillas se colorearon y una sonrisa entreabrió sus labios, recordando sin duda alguno de los agradables días que Tomás pasó en casa de su padre, el Sr. Hodsoll. La conversación comenzaba á ser muy animada, cuando Susana, que se había sentado frente á la puerta entornada, levantóse de pronto exclamando:

—¡Ahí viene Miguel! Me alegro mucho, porque así sabremos qué hace con la vaca; él asegura que la curará, mas yo lo dudo. Ahora sabré á qué atenerme.

Walton reprimió una exclamación de enojo, fijando una mirada penetrante en Susana para ver si le causaba alegría la llegada del joven Hazell; mas no pudo descubrir nada, si bien notó que la joven le llamaba por su nombre de pila, mientras que á él no le daba nunca el de Tomás. No tuvo presente que Susana y Miguel habían crecido en la intimidad como hermanos.

Sara, que notó al punto el disgusto de Walton, miróle con expresión de enojo y salió después ligeramente de la habitación.

—Miguel llega siempre á tiempo, dijo Susana, pues me había propuesto mandar que matasen esa vaca hoy mismo, y ahora tal vez él arreglará esto.

—Supongo que arregla muchas cosas para usted, dijo Walton con acento de mal disimulada amargura.

—A decir verdad, repuso la joven, desde que el tío Job se ha desentendido de los negocios, Miguel es quien lo arregla todo.

—Supongo que al fin acabará también por concertar algo con usted el día menos pensado, replicó Walton sin poder ocultar ya su irritación.

—Bien pudiera suceder, contestó Susana; pero...

La joven se interrumpió y sonrojóse vivamente al ver que Miguel Hazell entraba en la habitación

Era un joven de elevada estatura, muy ancho de espaldas, de cabello castaño, rizado naturalmente, ojos azules y sin pelo de barba. Vestía una especie de americana azul, calzón gris ceñido y polainas de paño pardo; en una mano llevaba su látigo y en la otra el sombrero.

—¿Cómo está usted, Susana?, preguntó con voz robusta, aunque no desagradable al oído y sacudiendo la mano de la joven con una familiaridad en que se reconocía que no apreciaba como un favor la tolerancia de esta franqueza.

Aquel apretón de manos bastó para que Walton experimentase un sentimiento de odio contra el recién venido; pero saludóle con aparente afabilidad y los cumplimientos de costumbre. En cuanto á Miguel, no se fijó en la impresión que había producido; y después de cruzarse algunas palabras sobre el tiempo y la cosecha, Susana quiso hablar sobre sus propios asuntos.

—Si usted quiere, dijo á Miguel, iremos á ver la vaca; á mí me parece que está peor, y en tal caso, mejor es sacrificarla de una vez.

—Ahora podré decírselo á usted.

—¿Quiere usted venir con nosotros, Sr. Walton?, preguntó Susana al joven.

La palabra *señor* sonó muy mal en los oídos de Tomás, que no había comprendido hasta entonces cuán fríamente respetuosa podía ser.

—Muy bien, acompañaré á ustedes, contestó, aunque poco satisfecho en su interior.

Los tres se dirigieron á la boyera, pasando entre una multitud de ánades, patos, gallinas y pavos; era una dependencia que ocupaba un espacio considerable, y junto á ella veíase un patio lleno de terneras y cerdos. En la boyera estaba la vaca enferma sola, porque las demás habían salido ya al campo. Miguel se acercó á ella, puso la mano sobre las costillas, oprimiéndolas un poco, y el animal, levantándose pausadamente, se puso en pie.

—La salvaremos, dijo Miguel cuando hubo terminado su examen. ¿Dónde está la botella? Es preciso administrar á la enferma otra dosis, y con esto ya tendrá bastante.

Susana fué á buscar la botella, y cuando Miguel la tuvo cogió el morro de la vaca, obligóla á levantar la cabeza é introdujo en su garganta el medicamento.

—Dentro de ocho días, dijo Miguel, esta vaca podrá ya ir al campo.

Durante esta conversación, Walton no quiso aventurar la menor observación, temiendo decir alguna torpeza, y aparentó mirar aquello con el aire de un hombre que se hace muy superior á tan vulgares cosas como la enfermedad de una vaca ó la cría del ganado. Sin embargo, habríale complacido poder emitir cualquiera opinión, y le irritó su ignorancia en tales materias. Si se hubiese tratado de carreras de caballos, hubiera podido dar lecciones; pero no debía esperarse que él, un caballero, por más que fuese campesino, se ocupara en las minuciosidades de una granja.

Walton no tenía malos sentimientos ni era cruel; mas interiormente hubiera querido que aquella vaca se muriera para dejar en mal lugar á Miguel.

—Supongo que usted no se cuida mucho de ganados, Sr. Walton, dijo Susana de pronto echando de ver que había olvidado al joven en interés de sus propios asuntos; pero Miguel es persona muy entendida, como usted ve, y yo estaba inquieta respecto á la vaca, porque me costó ciento cincuenta duros hace seis meses.

Tomás hubiera dado de buena gana este dinero por tener ocasión de envenenar al animal enfermo.

—¡Oh!, repuso, de todos modos me ha interesado é instruído la conversación de ustedes, y pueden proseguir sin cuidarse de mí, porque todo me divierte.

—Ya hemos concluído; mas ahora quisiera que Miguel se enterase de una proposición que me han hecho para comprar el heno. Venga usted con nosotros.

Tomás maldijo en su interior á Miguel, á la vaca y á todos los animales; pero contestó respetuosamente:

—Con permiso de usted voy á buscar mi caña y mi cesta para volver otra vez al río, porque tal vez seré más afortunado que esta mañana.

Susana, sin echar de ver la irritación del joven, contestóle afablemente:

—Está muy bien; ya me dirá usted si ha tenido más suerte esta vez.

Walton fué á buscar su caña, despidióse apresuradamente y salió sin preguntar por Sara, que le observaba hacía tiempo por una ventana.

III

AMOR Y ARITMÉTICA

La ventana de la sala principal de la granja tenía vistas al campo y al huerto, y exteriormente ocultábala en parte el ramaje de los manzanos y de los rosales, así como las enredaderas.

Miguel, de pie junto á esta ventana, leía una carta atentamente, mientras que Susana había ido á sentarse delante de un pupitre para revisar sus libros.

—No, dijo Miguel con tono resuelto apenas hubo concluído de leer la carta; debe usted contestar á Braithwaite que no es posible dar el heno á semejante precio. Ese hombre es muy tonto, porque debió comprender que usted me lo preguntaría á mí, ó cuando menos á mi padre, antes de cerrar el trato. Ofrece menos de lo que usted obtendría en el mercado.

—Sí, pero entonces ya no querrá comprarme más, y usted sabe que el heno es muy abundante este año...

—También sé que la estación es mala en el Norte. Braithwaite sabe muy bien lo que se hace.

—¿Pues qué le contestaré?

—Que no puede ser.

—Está bien.

Y tomando una hoja de papel, Susana trazó rápidamente algunas líneas, rehusando las proposiciones del comprador, que era el revendedor de cereales de Dunthorpe, hombre muy rico, pero de poca conciencia.

Mientras que la joven escribía, Miguel contemplaba los rosales, y de vez en cuando dirigía á Susana una mirada tímida á la vez que respetuosa, en la cual no se hubiera podido decir qué sentimiento predominaba.

—Ya está hecho, dijo la joven cuando hubo acabado de escribir; y ahora, hágame usted el favor de ver esa carta de Patchett, el cual contesta á mi reclamación diciendo que si quiero hacer alguna reparación en las dependencias de la granja, será de mi cuenta y riesgo, pues el Sr. Lewis no tiene nada que ver con el asunto. ¿Qué debo hacer?

obligóla á levantar la cabeza é introdujo en su garganta el medicamento

Al tomar la carta, Miguel tocó la mano de Susana muy ligeramente, pero se estremeció como si hubiese sufrido una conmoción eléctrica.

—Mejor será, repuso, que me deje usted á mí arreglar esto.

—¡Oh! Ya me avergüenzo de causarle á usted tanta molestia; yo contestaré lo que usted me aconseje; mas en mi concepto, lo mejor será decir á ese hombre que mientras no haga las reparaciones no se pagará el alquiler.

Susana tenía la vista fija en sus libros y no pudo ver la expresión de asombro de Hazell al oir la frase «causarle tanta molestia;» estas palabras le habían ofendido sin duda, y hubiérase dicho que las repetía mentalmente.

A decir verdad, después de haber sido él quien se había ocupado de todo en la granja desde que Susana era una niña de trece años y él un joven de diez y ocho, la frase debía parecerle impropia é inoportuna al cabo de tanto tiempo, no habiéndosele ocurrido á la joven hasta entonces decirle una cosa así. Miguel buscaba mentalmente la explicación, y al fin creyó hallarla en la visita de Walton.

—¿En qué piensa usted, Miguel?, preguntó la joven mientras pasaba el papel secante sobre lo que había escrito.

Miguel se acercó á la ventana sin contestar á la pregunta, y arrancando un capullo medio abierto, comenzó á oprimirle entre sus dedos.

—Cinco y cuatro nueve, murmuraba Susana, y cinco catorce... Si teme usted á Patchett, añadió volviendo la cabeza, ya le diré yo lo que hace al caso.

—No tengo motivo para temerle.

—¿Pues en qué piensa usted?

—En eso que me dijo usted antes sobre la «molestia...»

—¡Ah!.. ¿Cuántas son diez y siete y nueve?

—Veintiséis.

—Es verdad...; pues bien, he dicho eso, Miguel, porque veo que le doy mucho que hacer con mis asuntos, y ya me avergüenzo de llamarle á cada momento para encargarle cosas de que me debo ocupar yo misma.

—¿Y cuándo ha comenzado usted á pensar así?

—Hace algún tiempo ya, mas no puedo precisar la fecha. Cuando reflexiono sobre todo lo que ha hecho usted por mí y la molestia que le ocasiono...

—¡Vaya al diablo la molestia!, exclamó Miguel con tono de irritación y arrojando el capullo, que fué á caer en medio de las cuentas de la joven.

Pero volviendo en sí al punto, añadió con acento humilde:

—Dispense usted, Susana, si la digo que sus palabras me enojan.

—Cuarenta y seis y cinco cincuenta y una... No era esa mi intención, Miguel.

—Me alegraría de ello; pero si es así, ¿por qué me habla de molestia, sabiendo cuánto me agrada estar junto á usted, ayudarla en sus trabajos y serla útil? Sin embargo, desde el momento en que usted pueda creer que esto es para mí una molestia, ya no me causará placer alguno lo que hago, pues sabré que mi persona le importa poco y que le agradaría no verme tan á menudo.

—Eso no es verdad..., cincuenta y una y siete cincuenta y ocho... ¡Vamos, acabaré por volverme loca con estos números si habla usted tanto!

—Pues yo sé que es verdad, y diré á usted cuándo comenzó á pensar que yo era molesto.

—No he dicho que usted lo fuese...

—Es desde que Tomás Walton comenzó á visitar la granja, interrumpió Miguel.

Susana acabó de sumar una cuenta, puso la pluma junto al tintero, y apoyando los brazos sobre el pupitre, con las manos cruzadas, miró fijamente á Miguel.

—Creo que tiene usted razón, dijo como quien oye una noticia importante; Walton me ha hecho pensar en muchas cosas; es un gallardo mancebo y no deja de agradarme.

Miguel permaneció un momento inmóvil, y después, cogiendo su sombrero y su látigo, que estaban en una silla, dijo con dulce voz:

—Está muy bien, Susana; puede usted escribir á Patchett como pensaba, pues creo que efectivamente es lo mejor. Si opone objeciones, consulte usted con mi padre. ¡Adiós!

—No se irá usted así, mientras esté enojado conmigo, dijo Susana levantándose apresuradamente y dando un paso hacia Miguel.

—No estoy enojado ahora, repuso el joven; lo estaba hace un momento; mas ahora...

Miguel se interrumpió, como si no le agradara completar la frase; pero observó que Susana fijaba en él una mirada interrogadora á la vez que imperiosa.

—¿Y bien, ahora... qué?

—Ahora estoy solamente triste.

—¿Por qué?

—Por mí mismo.

No era esto lo que Miguel pensaba decir, aunque sí parte de la verdad; y Susana lo comprendió, mas no quiso preguntar más, y en su consecuencia los dos se despidieron, prometiendo el joven volver al día siguiente para ver la vaca, como si no hubiese mediado ninguna cuestión.

(Se continuará.)

BARCELONA.—SEGUNDA EXPEDICIÓN DE OBREROS DE ESTA PROVINCIA

PENSIONADOS POR EL ESTADO PARA PERFECCIONARSE EN EL EXTRANJERO

Hace pocos días han salido para distintos puntos del extranjero los veinticuatro obreros de esta provincia á quienes, junto con otros de otras regiones, subvenciona el gobierno para que se perfeccionen en sus respectivas industrias en los grandes centros en donde éstas han alcanzado su mayor grado de adelanto.

Para despedirlos, efectuáronse en esta capital varios actos solemnes organizados por el Sindicato Protector del Trabajo Nacional, y de los que los más importantes fueron la sesión celebrada en el paraninfo de la Universidad, el banquete en el Tibidabo y la recepción en el domicilio del mencionado Sindicato Protector.

Celebróse la primera en la mañana del 14 de agosto último y fué presidida por el gobernador civil señor Ossorio y Gallardo, á quien acompañaban en el estrado el rector de la Universidad señor barón de Bonet; el alcalde Sr. Sanllehy; el general Barraquer, en representación del capitán general; el diputado á Cortes Sr. Calvet, por el Fomento; el Sr. Claris, ingeniero jefe del Consejo Provincial de Agricultura, Industria y Comercio, y el Sr. Quintana, delegado de la Cámara de Comercio.

Los obreros de la provincia de Barcelona pensionados por el Estado para perfeccionarse en el extranjero

Sesión solemne en el paraninfo de la Universidad

Los obreros pensionados ocupaban los bancos de la derecha del estrado presidencial, y en los de la izquierda sentábanse los representantes de las autoridades adheridas al acto.

Comenzó éste con un discurso del Sr. Marzal, del Sindicato organizador, excitando á los obreros á trabajar en el extranjero con el pensamiento puesto en la patria, y después de leídas multitud de adhesiones, el Sr. Calvet aplaudió la conducta observada en este caso por el Estado y aconsejó á los pensionados que estudiasen atentamente las condiciones del trabajo en los países adonde iban, para deducir de ellas las enseñanzas de orden social y económico aplicables á las relaciones entre el capital y el trabajo y á la competencia para conquistar el mercado universal; también dedicó aplausos y consejos á los obreros de la primera expedición, que recientemente han regresado.

En nombre de éstos habló el Sr. Graner demostrando lo provechoso que había sido su viaje y el de sus compañeros.

Pronunciaron sentidas frases el Sr. Fontanals, en representación de las Tres Clases de Vapor, y el obrero badalonés Sr. Vaquer, en nombre de los pensionados, agradeciendo el homenaje que se les tributa.

El Sr. barón de Bonet asocióse al acto ponderando las excelencias de la instrucción que hace grandes á los obreros; el señor Sanllehy alentó á esos soldados del trabajo para que no desmayen en la obra fecunda de perfeccionar sus conocimientos, y el señor Ossorio puso término á la sesión con un elocuente discurso saludando en nombre del gobierno á los expedicionarios, diciendo á éstos que al marcharse irán acompañados del cariño de toda España y que con sus herramientas llevan algo muy poderoso que puede determinar la regeneración de la patria, y haciendo votos por la prosperidad de la Universidad Industrial.

Terminado el acto, los pensionados fueron obsequiados en el Tibidabo con un banquete, que presidió el general Barraquer y á cuyo final se pronunciaron elocuentes brindis.

La recepción efectuada en el local del Sindicato Protector del Trabajo Nacional estuvo muy concurrida, y durante la misma ejecutó escogidas piezas la banda del regimiento de Vergara, galantemente cedida por el capitán general.

Los veinticuatro obreros pensionados son los señores José Verneda y Claret y Antonio Aymá Homs, de Manresa (metalúrgicos): Marcelino Dabán Gras, José M.ª Subirá, de Barcelona; Arturo Manau Artigas, de Sabadell, y Francisco Sisquella, de Manresa (electricistas): Francisco Bacas Campmany, de Barcelona, y Antonio Barnola Massó, de Sabadell (de máquinas de vapor): Virgilio Nonell Pujol, de Manresa, y J. Inés Martínez, de Barcelona (de automóviles): Pedro Soler Cots, de Villanueva y Geltrú; Pedro Fortuny Rojas, de Barcelona; Pedro Vilaseca Puigdollers y Ramón Puntí Santacreu, de Manlleu; Francisco Grau Iglesias y Buenaventura Dalmau, de Manresa (industrias textiles): Francisco Grau Vila é Isidro Porta Ramoneda, de Barcelona (tintorería y estampados): Jové Carbonell, Vallvé Calafell y Vidal Bosch, de Barcelona (fotograbado y estampería): Oriach Rovira, Rabella Castaña y Brossa Rovira, de Barcelona (vidrieros).—T.

Banquete celebrado en el Tibidabo en honor de los obreros pensionados

MR. WELLMANN (1) con sus tres hijas; el ingeniero VANNERMANN (2) con su esposa, y el capitán BADE (3) del buque austriaco *Thalia*, que ha conducido á los expedicionarios á Virgo-Bay (Spitzberg.)

Cobertizo en donde está instalado el globo *América*, en el que ha de efectuarse la expedición al polo. En el centro, el monumento erigido á la memoria del infortunado explorador André.

Expedición Wellmann al polo Norte. En Virgo-Bay (Spitzberg). (De fotografías de Carlos Trampus.)

LA EXPEDICIÓN WELLMANN

AL POLO NORTE

En el número 1278 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de la expedición al polo Norte que proyectaba realizar en globo dirigible el norteamericano Mr. Walter Wellmann. La circunstancia de terminar el verano polar antes de estar concluídos los preparativos necesarios hizo que el explorador hubiera de abandonar su proyecto aplazándolo para este año.

En efecto, á primeros de mayo último, una numerosa brigada de obreros partía para Spitzberg, en donde se habían quedado durante el invierno dos noruegos para custodiar el cobertizo construído el año anterior, y en los primeros días de junio marchaba allí Wellmann, acompañado de sus tres hijas y de sus compañeros de expedición, el mayor Hearsay, el ingeniero Vannermann y el doctor Fowler, norteamericanos, el aeronauta francés Gastón Hervieu y M. Felix Riesenberg.

Al llegar á Spitzberg encontraron el *garage* en buen estado y únicamente hubieron de preocuparse del globo. Este no es el mismo que el del año pasado, sino que ha sido construído durante el invierno en París y es mucho mayor que aquél; tiene la forma de huso y mide 134 pies de largo por 52 en su diámetro máximo. La barquilla, cuyas dimensiones son 115 pies de largo por 10 de alto y 8 de ancho, es de acero y contiene camarotes para diez ó doce personas y doce perros; en la quilla hay un depósito para 1.200 galones de petróleo dividido en catorce compartimientos á fin de disminuir el peligro de una explosión. En la popa del aeróstato funciona un timón cuya superficie es de 900 pies cuadrados y que á pesar de su dimensión sólo pesa 30 libras; casi en el centro, está instalado un motor de 70 caballos y á ambos lados de la navecilla sendas hélices, consistentes en dos paletas de acero que dan 380 vueltas por minuto.

Además de los víveres encerrados en cajones ingeniosamente distribuídos en el aeróstato, llevan los expedicionarios gran cantidad de ellos almacenados en el *guiderope;* éste, que siempre estará en contacto con el suelo, pues el globo no se elevará nunca á más de 100 á 150 metros, es un enorme tubo de cuero en cuyo interior habrá 1.200 libras de alimentos concentrados. Con estas provisiones cree Mr. Wellmann que tiene víveres suficientes para mantenerse él y sus compañeros durante diez meses sin tener que recurrir á la caza; opina además que su ausencia no será tan larga, ya que espera llegar al polo en quince días y regresar luego por Alaska, por Siberia ó por Groenlandia. Pero como hay que pensar en todas las contingencias que pueden ocurrir, por si se ve obligado á invernar en las inmediaciones del polo se lleva, además de aquella cantidad inmensa de vituallas, doce perros siberianos, trenes *skis* y lanchas desmontables.

El aeróstato en que se realizará la expedición se denomina *América*.—F.

LA HISTORIA DEL PAPEL

El desarrollo de la industria del papel está íntimamente ligada con los progresos de la civilización; de aquí el interés que ofrecen los siguientes datos, expuestos por M. Blanchet en la Sociedad de los Ingenieros civiles, de París.

La invención del papel es debida al chino Tsai-Lune, quien, en el año 105 de la era cristiana, logró fabricarlo con cortezas de árbol, tallos de cáñamo, trapos viejos y redes de pescar. Este descubrimiento valió á su autor honores excepcionales, y el mortero de que se había servido para machacar sus primeras materias llegó á ser para los chinos una preciosa reliquia, objeto de veneración.

En 751, los chinos, en lucha con los árabes en las fronteras del Turquestán, sufrieron una sangrienta derrota, y los cautivos, conducidos á Samarkanda, llevaron allí la industria del papel. La civilización árabe hallábase entonces en todo su apogeo, y el papel, fabricado primeramente en Samarkanda y después en Bagdad, se extendió por toda el Asia Menor, instalándose en Damasco varias fábricas que fueron famosas durante toda la Edad media.

Vidriera ejecutada por Alejandro Gascoyne

Con la dominación musulmana propagóse en Marruecos, en España y en Egipto la fabricación del papel, que substituyó la del papirus y acerca de la cual sabemos que empleaba como primera materia los trapos de lino y entregaba al comercio los más variados productos, desde el papel grueso al más fino.

En el siglo XIII, la industria del papel aparece en Italia. En aquella época se usaba mucho el papel en Francia, pero hasta 1337 no se tiene noticia de que hubiera en aquel país molinos papeleros, instalándose los primeros en Champaña, en donde esa industria tomó gran vuelo. En 1488 montáronse en Essonnes y Corbeil fábricas que hacían gran competencia á las champañesas.

Durante cerca de diez y seis siglos, los aparatos necesarios para la fabricación del papel apenas fueron perfeccionados, subsistiendo casi los mismos empleados por Tsai-Lune. Los trapos eran sometidos á una maceración por espacio de cuatro ó cinco semanas, lavados luego y arrojados finalmente debajo del mazo de batán; este mazo, movido á mano, fué reemplazado posteriormente por otros movidos por fuerza hidráulica, y el mortero se convirtió en artesa, cuyo fondo tenía una plancha de hierro sobre la cual golpeaban los clavos del mazo.

El instrumento destinado á producir la hoja, es decir, la «forma,» que en China era de tallos delgados de bambú, se construía en Europa con alambres; esta forma se introducía en una tina llena de pasta, y de este modo se recogía la materia que, por medio de ligeras oscilaciones, se depositaba en espesor igual en todas partes; el agua se escurría, el papel tomaba cuerpo y después de colocado sobre pedazos de fieltro se prensaba y secaba.

Para ponerlo en condiciones de recibir la escritura, los árabes lo impregnaban de almidón, y en Europa, de gelatina. Finalmente, para darle brillo se le frotaba con el instrumento llamado diente de lobo ó con un guijarro biselado.

La primera transformación profunda de la industria papelera data de fines del siglo XVII, entonces se inventó un nuevo procedimiento, por el cual, en vez de triturar los trapos, se les sometía á una disgregación haciéndolos pasar entre un cilindro y una platina, provistos ambos de dientes metálicos. Este invento, debido á los holandeses, fué adoptado primero en Alemania y luego en Fracia.

En 1798, un contramaestre de Essonnes, Nicolás Luis Robert, inventaba una nueva máquina que había de causar una revolución en la industria papelera; esa máquina, movida á brazo, componíase de una tela sin fin sobre la cual un cilindro con paletas, que se sumergía en una cuba, derramaba la pasta. La tela era sometida á una serie de sacudidas transversales que permitían la mezcla de las fibras y el escurrimiento de la pasta, la cual, después de comprimida entre dos prensas, era enrollada en una devanadera.

Esa modesta máquina, debidamente perfeccionada, ha sido origen de las poderosas máquinas modernas que alcanzan una velocidad de 200 metros por minuto.

La industria papelera moderna utiliza otras materias además de los trapos, tales como la madera, la paja, el esparto y el ramio, y aun se habla de resucitar el cultivo del papirus en Egipto para emplear sus fibras como las del esparto ó de la paja. – N.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 9 de septiembre de 1907 — Núm. 1.341

EN EL ABREVADERO, obra de Constantino Meunier

(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hablaban delante de mí, hace pocos días, de que os criados de servir van imitando á los obreros y asociándose, á ejemplo suyo, para los fines de cooperación y resistencia. Yo encuentro bien que cada cual haga, dentro de la ley, todo lo que le convenga ó pueda mejorar su estado y condición. No seré, pues, quien censure el hecho de asociarse, considerándolo perfectamente lícito. Lejos de encontrar malo que los sirvientes se asocien, creo que debieran también constituir legalmente otra asociación los amos; y esta idea no se me ha ocurrido después de leer ningún libro sociológico, sino una obra recreativa, pero amarga y pesimista hasta los tuétanos: las *Memoires d' une femme de chambre*, de Octavio Mirbeau.

Mi idea no llegará á cuajar nunca, porque yo no tengo humor propagandista, y la burguesía (tomo ahora la palabra *burguesía* en el sentido de clase social que emplea gente en servirse) parece muy indiferente á los beneficios de la asociación. El día en que se persuadiesen de la enorme fuerza que representa y desarrolla el unirse para un fin (para un fin honrado, naturalmente) quizás se aunasen y es incalculable lo que podrían hacer en todos sentidos: el benéfico, el educativo y también el de saneamiento del hogar, en el cual no debieran admitirse gérmenes de podredumbre. Es cierto que en muchos lugares existen esos gérmenes, dentro de la propia familia; pero eso no es fácil de cortar, ni hay manera de prevenirse contra ello. El padre que tiene la desgracia de que un hijo le salga vicioso, corrompido, malvado, hará más ó menos esfuerzos para corregirle, pero no puede impedir que sea su hijo, carne de su carne; el lazo existe, no se sueña en romperlo, es la viviente realidad. El elemento de corrupción que á veces lleva un sirviente, es en cambio facilísimo de eliminar; pero lo eleminás de vuestra casa, y se agarra á la del vecino; y así, recorriendo etapas, va viciando atmósferas—porque no hay medio de prevenir el contagio, ni se ha discurrido un sistema eficaz de acordonamiento que aisle el mal. Ese acordonamiento lo establecería, en gran parte al menos, la asociación de los amos.

No debería esta asociación tener por objeto ni restricciones caprichosas de salarios, ni exigencias de aumentos de labor. Al contrario, los asociados deberían adoptar, espontáneamente, tipos de remuneración y condiciones de trato en armonía con la equidad. La asociación, entendida así, resultaría moral y benéfica, y de ningún modo se parecería á una institución de guerra y pugna de clases. El fin de saneamiento, la ventaja positiva de los asociados—pero ventaja cuya importancia dejo á la consideración de todo el que tenga mediano criterio—consistiría en que, mediante la asociación, el que recibiese bajo su techo á un sirviente sabría autorizadamente sus antecedentes, su capacidad, y no estaría en el caso (que es el caso en que hoy verdaderamente estamos todos) de abrir la puerta de la calle y dejar entrar al primero que pasa, introduciéndole en la más estrecha intimidad familiar, teniéndole al lado á todas horas, en circunstancias tales, que honra, hacienda y vida se encuentran á su disposición, como lo estaría una fortaleza á la del enemigo que secretamente en ella se colase. He aquí lo dramático que hacen resaltar las susodichas *Memoires d' une femme de chambre:* que contra un servidor admitido en una casa no hay defensa, no hay escudo, sino la propia moralidad de ese servidor; y si inadvertidamente habéis acogido á un criminal (como el bien retratado *Joseph* de la novela), estáis á merced suya, y la noche menos pensada realizará sus propósitos, se llevará lo que le acomode, hará de vosotros lo que le plazca.

La costumbre de los *informes* responde á esta necesidad de enterarse de los antecedentes del servicio, pero era de una ineficacia pueril. Además, hasta tan leve precaución va cayendo en desuso. Los solicitados para que informen salen del paso con una frase vaga, abstracta, inspirada unas veces en el miedo «á comprometerse,» otras en la idea profundamente anárquica de «allá ellos, que se las compongan.» Hay quien da informes buenos de un sirviente que sabe que es malo, sólo por «fastidiar» á determinada familia. «Ya lo probarán, que lo prueben, que peleen con él...» Y el género averiado, del sexo masculino ó del femenino (que casi es peor), rueda de familia en familia, de hogar en hogar, transmitiendo sus dobles contagios físicos y psíquicos, picardeando á los demás sirvientes todavía honrados, poniéndoles cátedra y escuela de podredumbre, á favor de la sombra de la ignorancia, que es como la sombra material de la noche, terreno abonado para todas las empresas equívocas. Esto lo graba admirablemente, con ácidos corrosivos, Mirbeau, cuyo libro debiera meditarse, porque encierra un problema social.

Los *informes* nada resuelven. Se refieren únicamente á un limitado período de la *carrera* doméstica: el tiempo que un sirviente permanece en una casa. Y este tiempo va siendo cada día más corto. Los servidores que duran en una casa diez, doce, quince años, hasta veinte—¡yo tengo de estos rarísimos fénices dos parejas!—van escaseando. Un instinto de inquietud y de merodeo aguijonea á los sirvientes, llevándoles de la Ceca á la Meca en busca de la colocación ideal, donde dan de comer, vestir, dormir, ropa limpia y propinas, médico y botica, además del salario, por no trabajar ni obedecer. Ellos mismos se avergüenzan de este continuo zascandileo, y cuando se les pregunta, sólo citan el nombre de los señores á cuyo lado se detuvieron un poco. Reconozcamos que el servir tiene mucho de penoso, y que, circunstancialmente, puede hasta ser penosísimo. Yo lo comprendo. Sin embargo, de todo oficio, de toda labor, de todo trabajo, en suma, cabe que digamos lo mismo. El obrero vive, en general, mucho peor que el sirviente, y el obrero aprende su oficio durante un plazo de tiempo en que nada gana, mientras que el sirviente tiene por maestro al amo burgués, que le paga porque aprenda. Son excepcionales y hasta fenomenales los sirvientes que entran en su profesión sabiendo lo más rudimentario que la profesión exige. Como que la Asociación de amos que yo fantaseo debería contar entre sus fines el de fundar un colegio ó universidad para sirvientes, donde se hiciesen estudios en toda regla, se expidiesen certificados, y se licenciase y doctorase, pero en serio, á los que después tuviesen asegurado el pan para toda la vida. Un buen servidor, en efecto, un servidor competente y docto, no debe temer la terrible *cebolla* que reduce á la miseria á tanto obrero. Un buen servidor es á cada momento más solicitado, dentro de nuestra civilización complicada y egoísta. Se envidian las doncellas hábiles, las contadas cocineras que saben su obligación, los cocineros *posibles*, los ayudas de cámara expertos, los mozos de comedor *bien stylés*, que no incurren en continuas torpezas, las niñeras que tienen asomos de vulgares conocimientos higiénicos y se preocupan de la salud y seguridad del niño... He aquí una de las razones que impiden que sea asimilable el obrero al sirviente. De sirviente á sirviente va mucha mayor diferencia que de obrero á obrero. La labor del obrero tiende á la unificación, la del sirviente á la diferenciación: es una labor de carácter individual.

Los colegios que yo sueño para sirvientes, se costearían con las matrículas, aunque éstas fuesen modestas, en relación con el escaso peculio de los alumnos ó colegiales. Y es más: creo que los amos debían rascarse algo el bolsillo para ayudar al sostenimiento de tales colegios. Sería preferible dedicar mensualmente una pequeña cuota á esta obra pía, que dedicar todos los días muchas horas á rabiar y perder la paciencia ante la absoluta ignorancia de las cosas más sencillas de su oficio, que se observa en el cincuenta por ciento (y me quedo corta) de los servidores. Pasarse la vida enseñando cómo se enciende un fósforo, cómo se hace la limpieza, cómo se dobla una prenda de ropa á fin de que no coja arrugas, cómo se le limpia una mancha, cómo se cuelga, cómo se ponen en agua unas flores, cómo se sirve una mesa, cómo se hace esto, aquello, lo otro, y hasta cómo se habla y en qué tono de voz, es infinitamente más molesto que abonar una cantidad para que todo esto lo traigan aprendido.

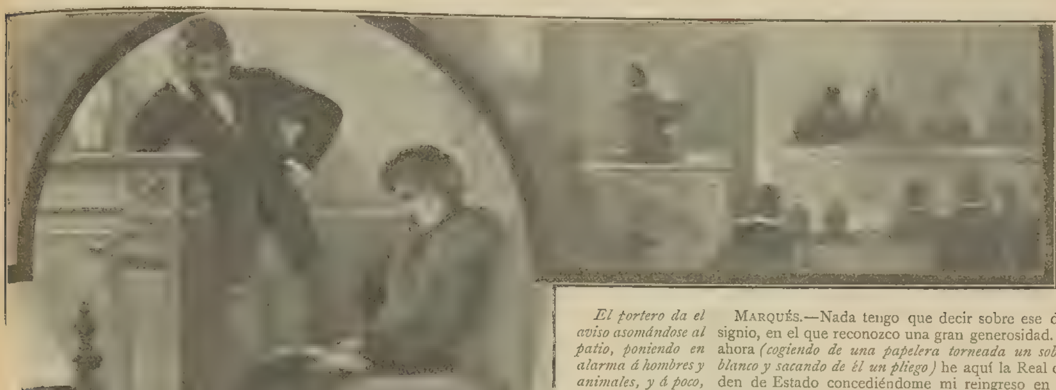
He oído decir que, en otros países, la escuela inculca en general (no en lo particular de cada rama del servicio) todas esas nociones que pueden llamarse *humanas* y cuya deficiencia se nota dolorosamente aquí. Las ideas de higiene son tal vez las que más convendría divulgar entre el servicio; y no por conveniencia de los amos, sino en primer término de los mismos servidores. Puedo citar un caso, ocurrido á una señora que conozco, en demostración de esto que voy diciendo.

La señora vivía en el campo, y por una de sus fachadas la casa caía á una era de labranza, rodeada de un foso donde crecía la hierba. Repetidas veces había advertido la señora á las sirvientes que se abstuviesen de desocupar las aguas de los cubos de los lavabos por la ventana, como lo hacían por evitarse el pequeño trabajo de llevarlos un poco más lejos. No hicieron caso y por la ventana siguieron vaciándolas, á espaldas del ama, naturalmente. Bajo la hierba del foso fué formándose un charquillo, remansado, que ni se veía. Sobre ese charquillo revolaron algunos mosquitos. Y por espacio de tres años, la fiebre tifoidea se apoderó de la casa, escogiendo primero sus víctimas entre el servicio, que ofrecía menos resistencia á la infección, por tener menos hábitos de aseo. Al adoptarse severas medidas para que no se reprodujese el vaciado de aguas por la ventana, la fiebre desapareció. No pudo gritar más alto la naturaleza al hombre: «No se juega conmigo.»

Un pedagogo eminente me decía: «Es más fácil obligar á los niños á que estudien, que lograr que jueguen, con juego sano y físico, algún tiempo.» De los sirvientes puede asegurarse que es más fácil obligarles al trabajo que les exigimos para nosotros, que al que debiéramos exigirles para su propio bienestar. Barrerán nuestra habitación, y no barrerán la suya; limpiarán nuestro calzado, y no concebirán que deben limpiarse cuidadosamente sus propias botas; prepararán diariamente nuestro baño, y no les entrará en la cabeza la conveniencia de coger agua caliente, esponja, jabón, y fregarse todo el cuerpo. ¡Bah! Son fantasías de señores, caprichos de gente desocupada, que se divierte en chapotear en el agua por puro recreo. Hay que prestarse á semejantes antojos, pero no imitarlos. Nada más difícil que persuadir á un sirviente á que tenga orden, cuide su salud, que es su único capital, cosa su ropa, se abrigue, se mude, se acueste temprano y no permanezca de tertulia en la cocina ó en el *office*, entre vahos de comida y aire viciado por la luz artificial y la respiración. Existe en los servidores, como nota Mirbeau perfectamente, un espíritu de imitación de la vida de sus amos, mas no en lo que tiene de racional, sino justamente en sus peores aspectos.

Es evidente que en esta cuestión de la domesticidad se encierra un problema moral, ó si se quiere inmoral... Pero ¿hay algún aspecto de la vida social humana que no lo encierre, que no encierre varios? Yo no veo, por otra parte que, como algunos pretenden, la domesticidad sea la forma actual de la servidumbre antigua. Lo que caracterizaba al siervo era el arraigo, la estabilidad: el siervo tenía su señor, y nacía y moría bajo su mando y ley. Al contrario, al doméstico, por lo menos al doméstico en la época presente, le caracteriza la instabilidad, el paso incesante de una casa á otra, abuso de una libertad que indudablemente posee, pero que, entendida mal, perjudica en primer lugar al que la disfruta. En la Edad Media hubo una clase de monjes llamados *girovagos* que no paraban en ninguna parte y que acabaron por ser despreciados de todo el mundo, como gente ociosa, inquieta y dañina. ¿Cuántos sirvientes hay que no padezcan de esa enfermedad de la *girovagancia*? Estrenando siempre casas, desflorando únicamente el conocimiento de los medios domésticos, no llega á establecerse nunca entre ellos y los señores ese lazo de cordialidad, esa corriente humanísima de confianza y afecto, que tan pronto se establece entre el perro y el amo, sencillamente porque ninguno de los dos está de mala intención; porque sus almas (permítaseme esta impropia expresión, Descartes creía que los animales son autómatas y Víctor Hugo los calificaba de *sombras)*, sus almas, digo, se encuentran impregnadas de algo que es bondad, que es simpatía. El odio, la mala fe, la hostilidad constante, son en bastantes casos la base de esta relación forzosa, íntima y continua del criado y el señor, en un mismo domicilio, calentados por el fuego de un mismo hogar... Y esto es quizás lo más inmoral de la cuestión y lo que hace deseables esos grandes mecanismos, esas cocinas generales para todo un barrio, que existen en Norte América, según se cuenta, y que suprimirán el hogar tradicional y clásico.

EMILIA PARDO BAZÁN.



La marquesa reclinada en un butacón, enflaquecida y aviejada

EL FRUTO SEMBRADO

I

El patio del castillo de los marqueses, vieja morada del siglo XVII, con su perímetro de pórticos sostenido por columnas y su galería superior acristalada de arcos de medio punto. Todo el patio con esa pátina amarilla y venerable que dan los años á la piedra. Custodiadas por sus perreros con traje de pana, polainas de cuero y sombrero tirolés con pluma de gallo, dos traíllas de lebreles que dormitan al sol de la mañana se rascan ó se desperezan. Varios caballos de silla sujetos del diestro y por parejas por palafreneros que con la otra mano empuñan la dorada trompa de caza, advirtiéndose claramente cuáles son los corceles de los amos en la mejor estampa de la cabalgadura y en la mayor finura de su sillín. El portero de la casa, de levitón verde y gorra de plato, que se ha venido á la reja de la cancela atraído por la curiosidad, y su hijo, un jovenzuelo de diez y seis años, de semblante avispado y despierto.

Portero *(á su hijo)*.—¡Buen día les hace para correr liebres! La mañana es de escarcha y por tanto serena. ¡Pobres sembrados, tan tiernos como están ahora!

Hijo.—¡Pero no se meterán por ellos!

Portero.—Todo será que la liebre se meta; que si se mete, ¡adiós cebada ó adiós trigo! En primer lugar, todos los cazadores se ciegan cuando persiguen una pieza, y luego, ¡qué saben estos señores de esas cosas! Unas cuantas espigas dobladas, ¡bah! Con pagar una indemnización, listos.

Hijo.—¡Y todo esto costará un dineral!

Portero.—Calcula, ahora son siete personas las que han venido á alojarse al castillo para esta partida. Luego los gastos de mantenimiento del personal, los perros, los caballos. Y un jaco que se le rompe una pata ó que se estrella y un galgo que se revienta. Y sin contar lo que suben las vituallas escogidas que todos los días vienen de Madrid por el tren para los huéspedes.

Hijo.—¡Será muy fuerte la fortuna de los señores!

Portero.—Muy fuerte es, ¡pero tanto tirar de la cuerda!

Dos perros que regañan y á los que ponen paz los criados, interrumpen el diálogo; pasados unos instantes se reanuda, y el joven exclama, como siguiendo el hilo de una idea fija:

Hijo.—¿Y crees tú, padre, que obtendré esa pensión para ir á estudiar á la Universidad?

Portero.—Yo se lo diré á la señora marquesa, que es muy buena y muy caritativa y muy amable. El señor marqués también es bueno, ¡pero es tan serio y tan brusco! En fin, allá veremos. ¡Ah! Ya bajan los amos. ¡Oh! ¡Los señores!..

El portero da el aviso asomándose al patio, poniendo en alarma á hombres y animales, y á poco, por la gran escalera de mármol, ellos con levitas y gorras rojas, calzón blanco y botas de jockey, y ellas con largas amazonas, descienden el marqués, su hijo único y los huéspedes, varias damas y caballeros elegantes, montando todos á caballo, empuñando los jinetes las trompas y poniéndose á tocar con brío, con gran algazara de los lebreles, que rompen á ladrar dando saltos á las cabezas de los potros. Y al cabo salen todos del castillo en revuelto y estruendoso alud.

II

El marqués y la marquesa en el despacho del primero, en el castillo, una amplia habitación de muebles de roble, con un gran ventanón al campo. La marquesa, con sus cincuenta años, de noble y bondadoso rostro, insiste cerca de su marido para que conceda al chico del portero la pensión de estudios de que le tiene hablado varias veces, conociéndose en la cara aburrida y cansada con toda suerte de cansancios físicos y morales, el fastidio con que escucha á su esposa.

Marquesa.—Es una obra de caridad, Jorge, y se trata además de un antiguo servidor de la casa...

Marqués *(bostezando)*.—María, tú eres muy buena, pero te pones insoportable con tus sensiblerías y tus sentimentalismos. Probablemente se tratará de un zagalote lleno de pretensiones de listo.

Marquesa.—¡Pues dicen que lo es!

Marqués.—¡De seguro que su propósito será ir á la Universidad!

Marquesa.—Sí, creo que quiere seguir la carrera de Derecho.

Marqués.—¿Lo ves? Un abogadito más. ¡Así que tenemos pocos en España! Y mientras, la Agricultura olvidada. Precisamente el año pasado hice yo un discurso sobre ese tema en el Senado. *(Con ufanía y recalcando las presuntuosas frases.)* ¡Menos títulos y más arados! Sobre que todos esos legistas que salen de las últimas capas se convierten á la larga en enemigos nuestros; todos son socialistas rabiosos. Hasta por instinto de conservación debo negarme á amamantar esa futura culebra.

Marquesa.—Eres injusto y ofendes á Dios hablando así y adelantándote á unos sucesos que todavía no han ocurrido. ¿Quién te dice á ti que ese muchacho habría de convertirse en un enemigo?

Marqués *(con amargura.)*—¡La experiencia!

Marquesa.—¿De modo que te niegas en redondo á señalarle esa pensión?

Marqués.—No te ofendas, pídeme lo que quieras, ya sabes que tus deseos son órdenes para mí; pero en ese particular no puedo complacerte. Es una cosa contra todas mis convicciones y principios. ¡Zapatero á tus zapatos! Si ese chico quiere aprender un buen oficio, diamantista, ebanista, por ejemplo, dispuesto estoy á ayudarle; pero carrera, no.

Marquesa *(con acento triste)*.—¡Cuánto siento tu tenacidad y tu obstinación! Pues bien, sea como quieras; respeto tus escrúpulos aunque no esté conforme con ellos, y como no pienso lo mismo que tú, te participo noblemente mi propósito de ayudar á ese muchacho en lo que pueda de mi bolsillo particular.

Marqués.—Nada tengo que decir sobre ese designio, en el que reconozco una gran generosidad. Y ahora *(cogiendo de una papelera torneada un sobre blanco y sacando de él un pliego)* he aquí la Real orden de Estado concediéndome mi reingreso en el Cuerpo diplomático. No han podido despachar el expediente más de prisa. Y puesto que es asunto que á ambos nos interesa, desearía que habláramos y que con tu exquisito talento—no me des las gracias, justicia seca—me aconsejaras la plenipotencia que creas más conveniente. Las vacantes son Constantinopla, el Cairo, Viena...

III

Han pasado cuatro años. La galería alta de la Universidad llenándose de sombras en un atardecer caluroso de junio. Ha habido exámenes todo el día y el tribunal se halla calificando, mientras los alumnos, agrupados á la puerta del aula, esperan el fallo de sus jueces fumándose pitillo tras pitillo, los que han contestado bien con cara de pascua y los dudosos con el semblante lleno de incertidumbre. Un joven delgado y descolorido recibe las enhorabuenas del pelotón, rehusándolas.

Un alumno *(al joven)*.—¡Hombre, no seas melón! Si hay algún sobresaliente indiscutible es seguramente el tuyo.

Otro alumno.—Tiene razón López; te calzas la nota.

Un tercero.—Ya la mojarás, ¿eh?

El joven.—No adelantéis los sucesos. Ya sabéis que en los exámenes libres siempre impera un criterio más riguroso, y en la tercera pregunta he dejado de contestar á un epígrafe...

Un alumno *(probable suspenso)*.—Vamos, hombre, que te calles. Lo que sabes tú es más Derecho que todo el tribunal junto. ¡Mira qué poco te dejaron hablar! Como que si hablas, por lo menos al secretario le das el gran revolcón en los pleitos de menor cuantía. ¡Son unos chambones!

Otro alumno.—¡Es verdad! Después de todo, maldita la gracia que tiene saber una asignatura que se está explicando toda la vida. Trabajo de noria. ¡Y aun así no la saben!

Un tercer alumno *(sacando un pitillo)*.—¡Fumemos mientras tanto! Como dice Alarcón, la vida es un cigarro.

Todos.—¡Aquí está la lotería!

Acaba de abrirse la puerta de la cátedra y aparece el bedel, gorra en mano y en la otra un puñado de papeletas de examen, que le arrebata el más resuelto de los muchachos, saliendo de estampía, como un gamo rodeado de perros y encaramándose sobre un banco para leer las notas.

Alumno *(cantándolas en alta voz)*.—Juan López, sobresaliente; Pedro Pérez, aprobado; José Rodríguez, aprobado; Luis Ramírez, suspenso...

Lee todas las notas, comentando graciosamente el desmoche y burlándose él mismo de sus propias calabazas, y descendiendo de su improvisada tribuna, se hunde en el grupo, que echa escaleras abajo.

Un alumno *(á otro)*.—¡Un solo sobresaliente!

Otro alumno *(contestándole)*.—¡Y merecidísimo! ¡Y aún me parece poco! Es un chico que ha hecho un examen brillantísimo.

El primer alumno.—¿Quién es ese muchacho? ¿Le conoces?

El segundo.—No le trato, pero me han contado su historia. Es hijo de un viejo portero de casa grande, que sirve en no sé qué castillo de unos marqueses. Parece que le protege la marquesa.

El primer alumno.—¡Pues tiene por delante un gran porvenir!

El segundo.—¡Así lo creo! ¡Ea! ¡Que sea enhorabuena por tu aprobado!

El primero.—¡Lo mismo digo!

IV

El cuarto de un hotel de primer orden en Madrid, cuarto caro, en el piso principal, con balcón á la calle y dos habitaciones alhajadas con lujo, aunque con el anodinismo peculiar de todas las fondas. La marquesa reclinada en un butacón, enflaquecida y avejada, una profunda tristeza en sus ojos, en todo el semblante las huellas de un dolor continuo. A su lado, con las señales de la más honda preocupación, su hijo, un joven en el rostro del cual se observan los estragos de la crápula.

MARQUESA.—¡Cuánto tarda tu padre! ¡Estoy que no vivo hasta que oiga de sus labios la última impresión del abogado! ¡Qué vergüenza y qué mancha para nuestro apellido! ¡Verte tú en el banquillo de los acusados; tú, á quien yo he criado en el más santo temor de Dios! ¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo has podido condescender á figurar como testigo de ese supuesto testamento?

HIJO.—¡Mamá! ¡Me partes el alma con tus lamentaciones, créeme! En mí ha habido ignorancia, pero no mala fe. Yo soy una cabeza loca, lo comprendo, mas no un criminal. Vino ese amigo en un momento para mí de verdadera crisis; yo le había pedido dinero y me lo dió, rogándome en cambio que me prestara á figurar como testigo. Firmé como en un barbecho, sin enterarme, ¡se trataba de un antiguo condiscípulo! ¡Como ves, una gran ligereza! Yo confío en que el abogado sabrá poner esto de relieve con la ayuda de Dios. Es un hombre de clarísimo talento y de elocuente palabra, goza fama de polemista, ha sido dos veces ministro, y como quiere mucho á papá, es seguro que agotará todos los recursos que la ley le consiente.

MARQUESA.—¡Dios te oiga! ¡Ah! ¿Oyes? ¡Suenan pisadas en el pasillo! ¡Es tu padre! ¡Le conozco muy bien!

Precipítase á abrir y entra, en efecto, el marqués, también muy cambiado de rostro, pero con la animación reflejada en sus facciones.

MARQUÉS (*adelantándose á la pregunta*).—¡Tranquilizaos! El abogado cree, casi responde de que saldrá bien.

MARQUESA.—¡Dios mío de mi alma, que no se equivoque!

La Pintura, grupo escultórico de Reinoldo Begas

V

El día de la vista por la tarde, en el cuarto del hotel y en el momento en que el marqués entra en la habitación seguido de un joven pálido y grave que se queda discretamente en la puerta.

MARQUESA (*precipitándose á su marido como loca.*) —¿Qué?

MARQUÉS (*estrechándola contra su pecho y con gran alegría*).—¡Absuelto! ¡Pero asómbrate! ¿A que no sabes quién ha defendido á nuestro hijo, con una elocuencia que no se olvidará nunca en la casa de canónigos?

MARQUESA (*estupefacta*). —¿Cómo? ¿No le ha defendido?..

MARQUÉS (*interrumpiéndola*). —No, se lo ha impedido una indisposición repentina; le ha defendido uno de sus pasantes, este joven, que es una verdadera lumbrera del porvenir y que es... ¡el hijo de nuestro portero del castillo!

JOVEN (*adelantándose y con acento conmovido*). —¡Que ha procurado así pagar una santa deuda contraída con la señora marquesa!

MARQUESA (*con transporte*).—¡Él! ¡Él! (*A su marido.*) ¿Te acuerdas? (*Elevando las manos al cielo.*) ¡Dios mío! ¡Cuán grande es tu bondad!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Cutanda.)

Neptuno, grupo principal de la fuente del palacio real de Berlín, boceto de Reinoldo Begas

OBRAS DE REINOLDO BEGAS

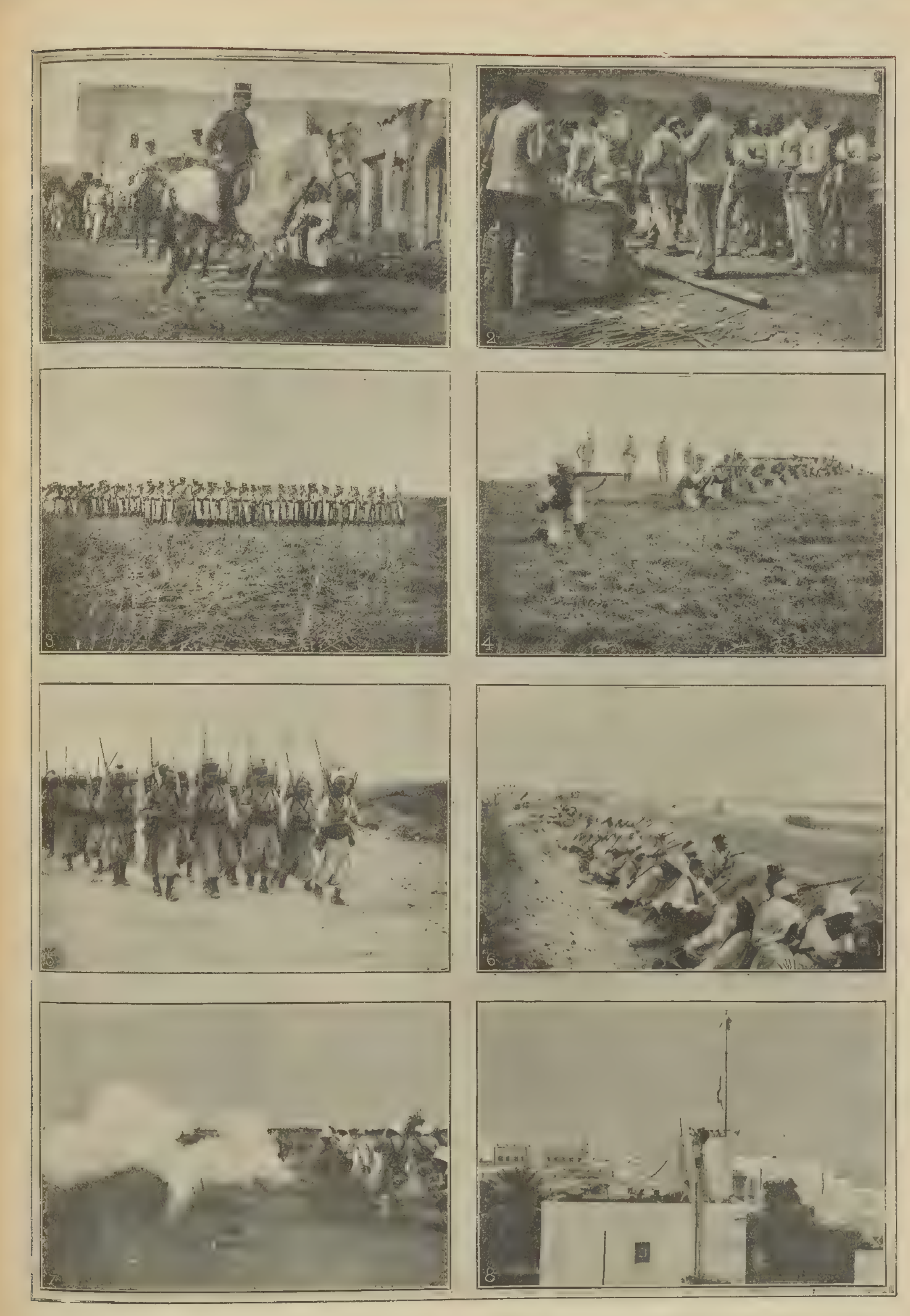
En el número 1.330 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un artículo en el que estudiábamos la personalidad de ese eminente escultor, considerado con justicia como el primero entre los alemanes. No hemos, pues, de repetir lo que entonces dijimos ni de señalar las bellezas de las tres esculturas suyas que en esta página publicamos. La delicadeza del grupo infantil que representa la Pintura, la grandiosidad y originalidad del grupo principal de la fuente del palacio real de Berlín, y la severidad y armonía del monumento á Humboldt, son cualidades que saltan desde luego á la vista y no hay necesidad de que la crítica llame sobre ellas la atención de los que las contemplen.

Nació Reinoldo Begas en Berlín en 15 de julio de 1831 y recibió su educación artística primero en la Academia de Bellas Artes de aquella capital y luego en los talleres de Wichmann y Rauch. Una de sus primeras obras, un grupo en yeso que representaba á *Agar é Ismael*, llamó poderosamente la atención de la crítica; poco después, Begas pasaba, como pensionado por la Academia, á Roma, en donde ejecutó multitud de notables estatuas en mármol. A su regreso, establecióse en su ciudad natal, hasta que en 1860 fué nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes de Weimar. En 1862 renunció á aquel puesto y volvió á Roma, en donde estuvo cuatro años; en ese período vió premiado en reñido concurso su proyecto de monumento á Schiller, que se inauguró en 1871 y que se alza delante del teatro de la Comedia de Berlín.

En 1866 regresó á la capital de Alemania, en la que desde entonces reside.

Sus obras, de los más diversos géneros, adornan los más aristocráticos salones y los más importantes museos y embellecen las grandes capitales, ora en forma de monumentos, ora como ornamento de los principales edificios públicos. Enumerarlas todas sería tarea imposible, pues se trata de un artista que desde hace más de medio siglo labora incesantemente y en quien los laureles conquistados durante una gloriosísima carrera, en vez de incitarle al reposo, han sido poderoso acicate para hacerle trabajar cada vez más y con mayores bríos.—T.

Monumento á Alejandro de Humboldt, boceto de Reinoldo Begas



Casablanca. — 1. El comandante Sr. Santaolalla, jefe de las fuerzas españolas. — 2. Distribución del rancho á los soldados españoles. — 3. Reconocimiento practicado por las fuerzas españolas en las afueras de Casablanca. — 4. Soldados españoles desplegados en guerrilla. — 5. Tropas francesas marchando á tomar posiciones. — 6. Tropas francesas en la trinchera esperando el ataque de los cabileños. (De fotografías de Rittwagen.) — 7. Artillería francesa bombardeando las posiciones del enemigo. — 8. Estación de telegrafía sin hilos que se comunica con la de la torre Eiffel en París. (De fotografías de un corresponsal.)

DE MARRUECOS

Más que los combates que á diario se libran en las afueras de Casablanca y respecto de los cuales hay empeño, según parece, por parte de los franceses de atribuirles una importancia que en realidad no tienen, interesa hoy á los que de la cuestión marroquí se preocupan la proclamación del sultán Muley Hafid, efectuada el 16 de agosto último en la ciudad de Marruecos.

Por esta razón, dejando á un lado las operaciones militares, en las que no se señala ningún hecho saliente y que cada día confirman más el deseo de los franceses de llevar adelante la arriesgada aventura emprendida y el propósito de los españoles de no apartarse de la misión que el acta de Algeciras encomendara á Francia y á España, diremos algo acerca del nuevo sultán, de su proclamación y de las consecuencias que pueden derivarse de esa nueva complicación inesperadamente surgida en los asuntos marroquíes.

Muley Hafid, que cuenta treinta y tres años, es hermano de Muley Abd-el-Aziz; cuando éste subió al trono en 1894, y mientras sus dos hermanos Muley Sidi Mohamed y Muley Omar eran encarcelados, él quedó en libertad y fué nombrado virrey de las provincias del Sur, con residencia en la ciudad de Marruecos, en donde vivía tranquilamente dedicado á la poesía y á los estudios teológicos.

Varias veces las cabilas de aquella región habían intentado elevarle al solio imperial; pero él, manteniéndose siempre fiel á su hermano, había rechazado la corona que sus partidarios le ofrecían. Ahora, sin embargo, ha tenido que aceptar su proclamación, así para evitar una sublevación general en el Sur del imperio, como para salvar su propia vida, que de fijo habría corrido grave riesgo si hubiese seguido oponiéndose á los deseos del partido que ve en Muley Abd-el-Aziz al soberano apóstata y vendido á los extranjeros.

Tiempo hace que el sultán de Fez ha perdido la confianza de la mayoría de sus súbditos, especialmente de las tribus más fanáticas, por sus tentativas de reformar, en sentido de la civilización europea, las costumbres y el régimen de Marruecos; prueba de ello son las rebeliones acaudilladas por los pretendientes Muley Mohamed Er Drisi, llamado el Roghi, de Bu Amema y de Ma-el-Ainin, que imperan en el Riff, en el Sur oranés y en la parte central del Sus respectivamente. Sin embargo, la fuerza de la tradición y un resto de respeto religioso habían contenido hasta ahora esas rebeliones dentro de ciertos límites que permitían continuar considerando como sultán único á Muley Abd-el-Aziz. La aquiescencia de éste á los acuerdos de Algeciras; el temor de que se llevaran á cabo tales acuerdos, en contra de los cuales se sublevan el espíritu de independencia y el fanatismo de los musulmanes, y finalmente el desembarco de las fuerzas hispano-francesas en Casablanca y la lucha allí comenzada, han colmado la medida, y el partido intransigente se ha rebelado abiertamente contra el emperador de Fez y ha confiado la representación de su causa y la defensa de sus aspiraciones á Muley Hafid.

La proclamación de éste se efectuó en la ciudad de Marruecos con gran solemnidad y con todas las formalidades que la ley musulmana prescribe. Convocados los ulemas y notables, éstos declararon culpable á Abd-el-Aziz de administrar mal el imperio y decretaron su destronamiento, por ser, no sólo legal, sino también necesario, á causa del inminente peligro en que había colocado al Islam.

Reconocido Muley Hafid por los notables como sucesor del soberano destituído, prestáronle aquéllos juramento de fidelidad y firmaron un acta. Después, el nuevo sultán fué proclamado por gran número de individuos de las tribus, y desde aquel momento leyóse el nombre de Muley Hafid, en vez del de Abd-el-Aziz, en las oraciones de las mezquitas.

Muley Hafid nombró á su hermano Muley Sidi Mohamed, uno de los encarcelados por Muley Abd-el-Aziz, su califa en Fez; designó asimismo sus visires y los dignatarios de su corte, y mandó escribir numerosas cartas, unas ordenando á las tribus que se reunieran en la ciudad de Marruecos y otras exigiendo á los gobernadores de varias ciudades que le reconocieran como sultán.

¿Logrará Muley Hafid entronizarse definitivamente? En caso afirmativo, ¿cuál será su conducta en los graves problemas planteados en el imperio? He aquí dos incógnitas que difícilmente pueden despejarse en la actualidad. Es evidente que Abd-el-Aziz está muy desacreditado y que carece de fuerzas para oponerse á una revolución como la que ha proclamado á Muley Hafid; pero, en cambio, tiene la ventaja de la posesión oficial del trono y del prestigio que aún conserva entre ciertos elementos, y quién sabe si cuenta también con el apoyo decidido de alguna gran potencia interesada en sostenerle, cuando no para otra cosa, para mantener el estado de perturbación en el imperio.

En cuanto á las intenciones de Muley Hafid, circulan acerca de ellas las noticias más contradictorias, pues mientras unos suponen que, de buen ó mal grado, habrá de declarar la guerra santa, ya que, de no hacerlo así, se expone á ser víctima de los mismos que le han elevado al trono, otros creen que tendrá autoridad y energía bastantes para imponerse aun á los más intransigentes, y una vez conseguida su proclamación en Fez, restablecerá el orden en el imperio y podrá negociar con las potencias europeas en beneficio de todos. Por de pronto, dícese que en las cartas que ha publicado ha prometido reparar plenamente las matanzas de Casablanca, que han provocado la lucha actual, y el asesinato del doctor Mauchamp y los demás sucesos que determinaron la ocupación de Udjda por los franceses, solucionar satisfactoriamente todas las reclamaciones pecuniarias que Francia tiene formuladas é interponer toda su influencia para que las tribus vivan en buenas relaciones con los franceses y para que los cabileños cesen en las hostilidades, á fin de poner término cuanto antes al presente conflicto. Los que así opinan pintan á Muley Hafid como hombre bondadoso, sabio y culto y convencido de que una inteligencia con Europa había de ser fecunda en bienes para su país, y añaden que sus dos principales consejeros El-Glaui y El Gundafi, no sólo comparten con él tales ideas, sino que le incitan á perseverar en ellas resueltamente y á ponerlas en planta. Pero enfrente de esta opinión hay la de otros, conocedores también del modo de ser del pueblo marroquí, que sin dejar de reconocer los buenos propósitos de Muley Hafid y de sus consejeros, temen que se estrellen contra el fanatismo musulmán, y recuerdan que los europeos son los enemigos tradicionales de los marroquíes y que sólo por la fuerza y por el temor podrán someterlos.

¿Cuál de esos dos criterios resultará ser el verdadero? Poco hemos de tardar en salir de dudas, porque los sucesos se precipitan y es imposible que la actual situación se prolongue mucho tiempo. De todos modos, sea cual fuere la solución definitiva, el problema marroquí se presenta cada día más complicado y ha de dar aún mucho que hacer á la diplomacia y á las armas europeas.—R.

Muley Hafid, proclamado sultán de Marruecos en la ciudad de este nombre el día 16 de agosto último. (De fotografía.)

EL «CULLINAN,»

EL DIAMANTE MAYOR DEL MUNDO

Si alguna prueba faltaba para demostrar que Inglaterra es la primera nación colonizadora, la ha dado ahora plenamente el Parlamento del Transvaal aprobando con entusiasmo la proposición del primer ministro Luis Botha, de regalar al rey Eduardo VII el célebre diamante *Cullinan*, encontrado en 1905 en los alrededores de Pretoria. No han transcurrido aún diez años de aquella memorable lucha en que los boers combatieron heroicamente por su independencia debiendo al fin sucumbir ante la aplastante superioridad de las fuerzas británicas; parecía, pues, natural que los odios exitados por aquella injusta guerra de conquista no se hubiesen aplacado todavía y que el pueblo transvaalense guardase á sus nuevos señores el rencor que contra sus opresores sienten todos los sojuzgados.

Pero Inglaterra, que sabe, como ninguna otra nación, conquistarse el afecto de sus colonias, ha tenido bastante con esos pocos años para ganarse la voluntad de los boers, tratándolos desde un principio benignamente y otorgándoles por último una constitución autónoma que al devolverles su personalidad como nación les asegura al mismo tiempo todos los beneficios del apoyo y de la protección de un Estado como pocos poderoso y sabiamente regido.

Agradecido á esa concesión, el Transvaal ha querido corresponder dignamente á esa muestra de consideración y simpatía de su soberano, tomando el acuerdo á que antes nos referimos y cuya iniciativa partió del general Luis Botha, que, después de haber combatido gloriosamente por la independencia de su pueblo, ha sido puesto por Eduardo VII al frente del primer gobierno autónomo de su país.

El diamante *Cullinan*, de cuyo descubrimiento en 1905 dimos cuenta en el número 1212 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es de forma plana, mide 114 milímetros de largo, 57 de alto y 35 de ancho y pesa en bruto 3.024¾ carats. Tal como es, vale 3.750.000 francos, precio que por él ha pagado el gobierno del Transvaal; una vez tallado, calcúlase que quedará reducido á la mitad de su tamaño, pero en cambio su valor será entonces de 25.000.000 francos.

El diamante «Cullinan,» el mayor del mundo, que el Parlamento del Transvaal ha acordado regalar al rey Eduardo VII de Inglaterra. Tamaño natural

CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS

Con la llegada de Cormier y Collignón á París el día 30 de agosto último, ha terminado definitivamente esa carera que bien puede calificarse de temeraria y que, en un principio, consideraron muchos como de realización imposible.

Aunque considerablemente retrasados con relación al príncipe Borghese que, como es sabido entró en la capital de Francia veinte días antes que ellos, Cormier y Collignón han sido recibidos con tanto ó más entusiasmo que aquél; y se comprende que así haya sido, porque en esa prueba lo interesante, más que llegar el primero, era llegar al término después de un viaje lleno de dificultades y de peligros. Por otra parte, tratábase de dos franceses que han efectuado la carrera en máquinas francesas, y era natural que sus compatriotas quisieran demostrarles de una manera ostensible su admiración, perfectamente justificada.

Salidos por la mañana de Compiegne, y después de un alto en Enghien, llegaron á las seis de la tarde á la puerta de Clichy, siendo objeto de una ovación ruidosa que no cesó un momento mientras recorrieron las calles y los grandes bulevares de la capital, en los cuales se apiñaba una multitud inmensa. Su primera visita fué para la redacción del diario *Le Matin*, organizador de la carrera, en donde fueron obsequiados con dulces y champaña y saludados con sentidos discursos, que pronunciaron M. Madeline y el marqués de Dión, dueño de la fábrica de automóviles de su nombre, de donde son los dos que conducían Cormier y Collignón. Por la noche, dióse en honor de éstos un banquete en el domicilio del Automóvil Club de Francia.—S.

Carrera automovilista Pekín-París.—Salida de los automovilistas Collignón (1) y Cormier (2) de Compiegne, el día 30 de agosto último, para recorrer la última etapa de su atrevida expedición. (De fotografía de Branger.)

ROBESPIERRE, DANTÓN Y MARAT, cuadro de Alfredo Loudet

EL VAGABUNDO, cuadro de Juan Baluschek

BARCELONA.—BOLSA DEL TRABAJO

No hace mucho, un periódico parisiense insertaba el siguiente juego de palabras á propósito de la Bolsa del Trabajo de París:

—«¿Para qué sirve la Bolsa del *Trabajo?*

—Para fomentar las huelgas.»

No puede decirse otro tanto de la institución de aquel mismo nombre creada en esta ciudad por el Fomento del Trabajo Nacional, ya que es un verdadero centro de contratación adonde acuden los que solicitan y los que ofrecen empleos, y que sirve de intermediario entre las ofertas y las demandas.

La creación de esa Bolsa del Trabajo débese á una moción presentada á la Junta Directiva del Fomento por el vocal señor Trabal y Palet; aceptada la proposición, nombróse una comisión, compuesta del autor de aquélla y de los Sres. Burgarolas y Albiñana y Folch, encargada de estudiar la forma más adecuada de establecer ese nuevo organismo dentro del Fomento. La organización propuesta por los comisionados fué aceptada por la Junta, y la Bolsa funciona con éxito creciente desde 1.° de julio último.

A todo solicitante de trabajo se le exige un certificado comercial de buena conducta y se le hace llenar una hoja en la que constan, además de varias circunstancias personales, la clase de colocación y el sueldo aproximado que desea; los que ofrecen empleos llenan también una hoja especial. Las ofertas y las demandas se inscriben en los correspondientes registros y cuadros anunciadores, y en cuanto hay una oferta y una demanda cuyas condiciones coinciden, se entrega al solicitante un volante de presentación para la persona que ofrece el empleo. Las inscripciones en los cuadros anunciadores son por un mes, pudiendo prorrogarse por otro más mediante nueva solicitud.

Por todos esos trabajos nada cobra el Fomento; su obra es verdaderamente altruista, y merece por ello que los particulares y las sociedades le presten su más decidido apoyo.

La comisión que está al frente de la Bolsa del Trabajo la componen D. Ramón Trabal y Palet, D. Jaime Burgarolas, D. Joaquín Albiñana, D. Francisco Puig y Alfonso, D. Amadeo Torner y D. Marcelino Graell, secretario.

A todos ellos y al Fomento del Trabajo Nacional felicitamos sinceramente por haber implantado entre nosotros una institución tan meritoria, llamada indudablemente á prestar muchos y muy buenos servicios.

Barcelona.—Bolsa del Trabajo del Fomento del Trabajo Nacional, recientemente instituída para facilitar las ofertas y demandas de empleos.
(De fotografía.)

UNA INNOVACIÓN EN EL DEPORTE NÁUTICO.

Un hamburgués ha inventado recientemente la canoa que adjunta reproducimos y que ha sido ensayada con resultados excelentes. Consta de dos partes separadas por un puente de tablas; el sitio central está reservado á la instalación del movimiento de la canoa, cuyo funcionamiento hállase asegurado por un sencillo mecanismo que permite á la embarcación girar en todos sentidos, á derecha, á izquierda y sobre sí misma, sin necesidad de timón.

La canoa puede llevar ocho personas, y en las pruebas efectuadas ha desarrollado una velocidad de ocho kilómetros por hora.

Una innovación en el deporte náutico.
Canoa compuesta de dos partes recientemente ensayada con satisfactorio éxito en Hamburgo
(De fotografía de Carlos Trampus.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las págs. 585, 592 y 593)

En el abrevadero, obra de Constantino Meunier.—Forma parte la notable escultura que reproducimos del grupo que constituye la sección especial de las obras del insigne escultor belga Constantino Meunier, á quien la Comisión Ejecutiva de la actual Exposición de Bellas Artes se propuso distinguir, del eminente artista que en la producción á que nos referimos se manifiesta digno de su buen nombre, dando nuevo testimonio de su inteligencia y maestría. La diversidad de sujetos, temas y asuntos representados por medio de las obras expuestas, atestiguan las excepcionales condiciones de Meunier, en quien vense reunidas cualidades extraordinarias que le asignan un concepto de maestría y de respetuosa consideración, cual la obtiene siempre aquel que se singulariza sobresaliendo de los demás.

∴

Robespierre, Dantón y Marat, cuadro de Alfredo Loudet.—El famoso triunvirato que fué el alma de la Revolución francesa durante la época del Terror, hállase representado en este cuadro con un vigor, con una fuerza de expresión tan grandes, que al contemplarlo nos parece asistir á alguno de los conciliábulos en que se preparaban los acuerdos que luego votaba la Convención y se indicaban las víctimas que los tribunales del pueblo habían de condenar y cuyas cabezas habían de caer segadas por la guillotina. El reflexivo Robespierre, el arrogante Dantón y el sanguinario Marat reviven, por decirlo así, en el lienzo que reproducimos; sus caras, sus gestos, sus mismos trajes, nos revelan los caracteres y los temperamentos respectivos de esos tres hombres que rigieron por algún tiempo los destinos de Francia y que después de haber derramado tanta sangre inocente pagaron, al fin, sus crímenes con sus vidas, muriendo todos ellos de muerte violenta.

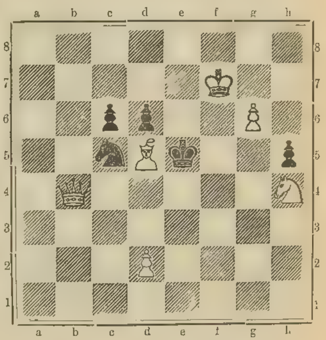
∴

El vagabundo, cuadro de Juan Batuschek.—La figura de ese desdichado caminante está hermosamente pintada, y aunque el título no lo dijera, fácilmente comprenderíamos, con sólo mirarla, que se trata de uno de esos seres miserables para quienes la existencia no ha tenido ni ha de tener ninguna alegría. La fatiga le ha rendido y ni en el sueño halla descanso; viene... quién sabe de dónde y tampoco sabe adónde va; no deja atrás ninguna ilusión, no le alienta ninguna esperanza; que el porvenir ha de ser para él tan triste como el pasado y el presente. Despertará, proseguirá su camino interminable y su vida continuará arrastrándose entre negruras y quizás sin el consuelo de que en la muerte ha de hallar algo más que el reposo material del cuerpo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 477, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

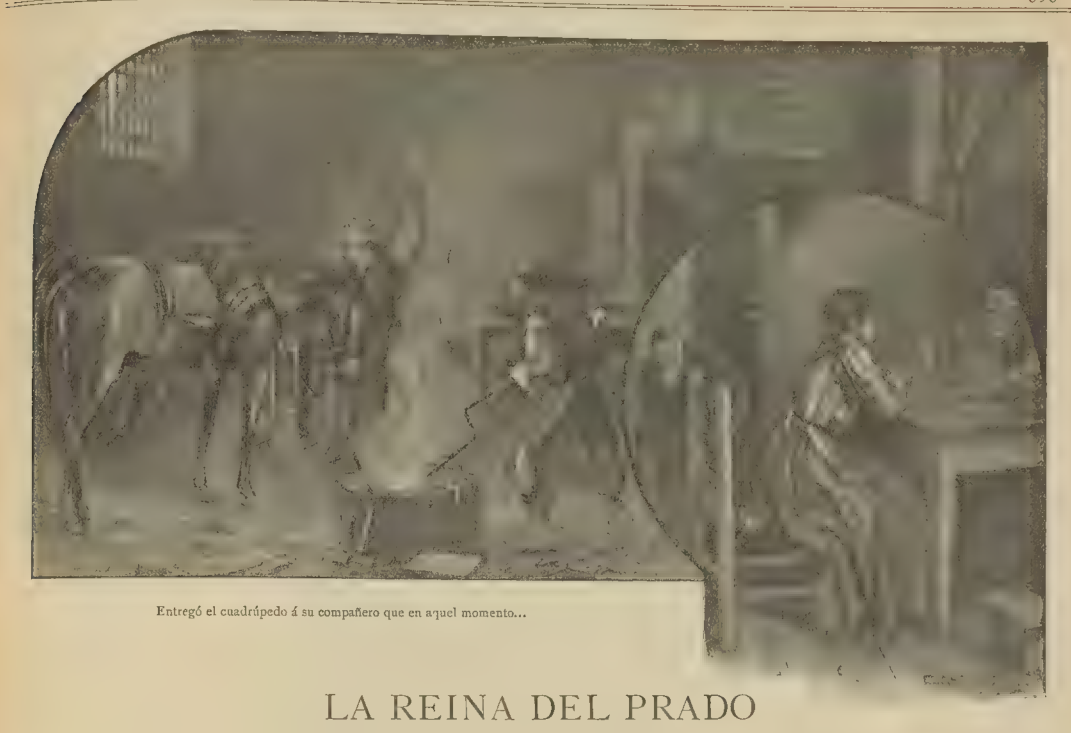
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 476, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Cc7–d5	1. Rf5–e4
2. Dh8–f6	2. Ta2–f2
3. Cd5–f4 jaque	3. R juega.
4. C ó D mate.	

VARIANTES.

2........ Aa5–d2; 3. Cd5–f4 jaq., etc.
2........ Cg1–e2; 3. Cd5–b4 jaq., etc.
1...... Otra jugada· 2. Dh8–f6 jaq., etc.



Entregó el cuadrúpedo á su compañero que en aquel momento...

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Miguel encontró en el patio á Sara.

—Se va usted muy pronto, Miguel, dijo la joven.

—Sí, tengo que hacer en el pueblo, y además debo estar en casa temprano.

Sara dudó de estas palabras, y apoyando una mano en el brazo de su interlocutor, preguntóle:

—¿Qué ha ocurrido? Observo que está usted muy inmutado y que no habla como de costumbre...

—No me encuentro bien hoy, Sara; tengo mal día; pero no vale la pena hablar de ello, porque esto pasará muy pronto. ¡Adiós, adiós!

Y alejándose presuroso, para evitar que le detuvieran, dirigióse hacia la cuadra, sacó su yegua, montó, y picando espuelas, tomó el camino sin volver una sola vez la cabeza.

Sara no fué á ver á su prima acto continuo; dirigióse á la cocina para dar algunas órdenes á la sirvienta, después se encaminó al huerto, sin objeto aparente, púsose una mano sobre los ojos á guisa de pantalla, y fijando la vista en la orilla del río, divisó á Walton ocupado en su pesca. Al mismo tiempo pensaba en Miguel Hazell, y sospechó que había tenido alguna cuestión con su prima.

En efecto, si Miguel hubiera contestado lo que sentía, habría dicho que Susana acababa de despedirle; que no deseaba ya su intervención en los asuntos de la granja; que Walton era el hombre de su elección, y que nadie podía dudar de su derecho para resolver en este punto.

Miguel había hecho galopar á su yegua sin descanso hasta llegar á las puertas de lo que llamaban Parque del Conde, situado á unas tres millas de la granja: era un sitio delicioso, lleno de corpulentos robles de espeso ramaje, álamos y hayas, que á la luz del sol brillaban como la plata; á la sombra de aquellos árboles se veían correr numerosos gamos y ciervos, para cuya conservación había comprado el conde, su propietario, un extenso terreno. Muchos habían reclamado contra esta adquisición, porque obligaba á los viandantes á hacer un gran rodeo para ir de un punto á otro; mas para evitar cuestiones, el conde permitió libre paso á través de su parque para todos los vehículos, viandantes y jinetes.

Miguel Hazell penetró, pues, en aquel sitio, y apenas estuvo en el otro lado de la carretera, picó de nuevo espuelas, obligando á su yegua á emprender tan furioso galope, que se hubiera podido creer que el animal iba desbocado; después se perdió de vista y desapareció en una hondonada en cuyo fondo corría un arroyo.

Durante aquella vertiginosa carrera, Miguel se había entregado á tristes reflexiones. Hacía tiempo vivía con la esperanza, casi con la seguridad, de que Susana sería su esposa y de que ésta lo pensaba así también; y el mero hecho de que la joven aceptara continuamente sus servicios, siempre muy útiles, le indujo á confirmarse más en su opinión; mas ahora Susana acababa de echar por tierra todos sus castillos en el aire y sus brillantes proyectos para el porvenir.

¿Y por qué? Seguramente porque tenía en Walton un rival. Tomás era sin duda un arrogante mozo, hombre de mundo, muy inteligente en caballos por su afición á las carreras; tenía buen carácter y era heredero de la Abadía de Walton, nombre de una rica granja que la familia de este nombre había poseído durante muchas generaciones; pero Walton no entendía nada en los trabajos campestres ni en la cría de ganado, sin contar que sería necesario distribuir la herencia con algunas hermanas, y de consiguiente, Tomás no podría disfrutar más que de una parte.

Susana sabía muy bien todo esto; mas sin tenerlo en cuenta, prescindía de sus antiguas asociaciones, desechándole á él, hijo de un simple arrendatario, pero bastante rico. Tomás Walton, por otra parte, no era hombre para hacer feliz á Susana, pues atribuíansele varias aventuras de no muy buen género; mas á pesar de todo, había fascinado sin duda á la joven, que se dejaba conquistar, como lo hacen muchas mujeres, sin duda por alguna perversión del sentimiento de lo razonable.

Miguel había contestado á Susana que estaba triste *por sí mismo;* pero había querido decir que lo sentía por la joven. «Sea como ella quiera—murmuró al fin de sus reflexiones;—de todos modos la ayudaré en cuanto me sea posible.»

Si Sara hubiese preguntado á su prima cuál era la causa de la cuestión, Susana habría contestado que Miguel observaba una conducta muy extraña; que se había enojado porque le dijo que Tomás Walton le agradaba, y que como esto era verdad, no quería mentir.

Por otra parte, Miguel no tenía derecho alguno para intervenir en sus actos y aficiones; Susana no quería someterse á hombre alguno que no fuera su esposo, y hasta prescindiría de la autoridad de éste á menos de que fuera razonable. No había contraído compromiso alguno con Miguel; era completamente dueña de sus actos é indignábala que el joven tratase de ejercer sobre ella la menor autoridad.

Tanto es así, que después de su última conversación con Miguel, tuvo intenciones de ir al punto á ver á su tutor, Job Hazell, padre del joven, para quejarse del proceder de su hijo. Ni le amaba, ni era de su agrado; mientras que Tomás Walton le parecía muy aceptable por su figura, tanto como por sus obsequiosas atenciones.

Aquel día Susana no hizo más cuentas, recogió sus papeles muy ordenadamente y los guardó en su pupitre. Al hacer esto, vió entre ellos el capullo arrojado por Miguel y lo cogió para arrojarlo por la ventana; pero detuvo de pronto su mano y lo dejó con los papeles, cerrando el pupitre al punto al ver que su prima entraba.

—¿Qué has dicho á Miguel?, preguntó Sara adelantándose silenciosamente. ¿Habéis reñido?

—Es un mico, contestó Susana enfáticamente, y Walton un hombre muy bien educado.

—¡Oh!, exclamó Sara interrumpiéndose de improviso, mientras fijaba en su prima una mirada interrogadora.

No sabía cómo interpretar las palabras de Susana; pero al fin contestó:

—Aunque te hayas incomodado con Miguel, segura estoy de que aún le tienes en el pensamiento.

—No, repuso Susana resueltamente; pienso en Tomás Walton y siento mucho que se haya ido tan pronto.

Al oir estas palabras, la expresión de Sara cambió, y hubiérase dicho que la entristecían: era muy difícil comprender á su prima algunas veces.

IV

DUNTHORPE

Tranquila era la vida en Dunthorpe y en todo el país de los alrededores, y sus habitantes disfrutaban de ella. Saber cuántas vacas tenía un vecino, qué mal aquejaba al caballo del otro, quién había obtenido premio en la última exposión agrícola, quién poseía el mejor ganado, y otras cosas por el estilo, constituían el asunto de las conversaciones, siendo el tema principal, por supuesto, el estado del tiempo y de la cosecha. No faltaban las cuestiones domésticas, con los correspondientes chismes y enredos, sazonados á veces con un poco de escándalo. Si la mujer de un vecino se trasladaba á la ciudad para evacuar cualquiera diligencia, se quería saber por qué y para qué iba, y cada cual interpretaba el hecho más ó menos caritativamente. En fin, nadie estaba libre de la murmuración; pero se procedía con tanto disimulo, que por lo regular evitábase el escándalo.

Los buenos habitantes parecían estar siempre soñolientos, y distinguíanse por su invariable cachaza. El escribano recibía un diario, que enviaba al médico después de leerle; el cura estaba subscrito al *Times* por la mitad de precio, pues contentábase con recibirlo al día siguiente de su publicación. Los dependientes estaban siempre á las puertas, bostezando á cada momento; los únicos hombres ocupados parecían ser el cervecero y los dueños de las posadas; pero aun éstos procedían siempre con mucha calma y no debía temerse que sufrieran ninguna indigestión. En cuanto al cura, tenía por costumbre predicar con voz lenta y monótona, y hubiérase podido creer que dormitaba durante sus sermones, como lo hacían en realidad los más de sus oyentes.

El cielo azulado y sin nubes, una atmósfera pesada, la monotonía del paisaje, las densas sombras que los árboles proyectaban, despertando la idea de un tranquilo retiro lleno de frescura, el murmullo de las aguas del río y el coro musical de las avecillas; todo, en fin, invitaba al reposo ó á disfrutar del *dolce far niente*.

Todos los mancebos tenían sus compromisos amorosos, y cada domingo reuníanse por la tarde para bailar en la gran sala de la *Oca gris*, posada de segundo orden; á su rival, la *Cabeza de la Reina*, iban personas más escogidas, los que se tenían por notables en el distrito y los principales labradores; pero tampoco les faltaba allí un saloncito reservado para hablar privadamente de sus asuntos, ó para celebrar reuniones particulares.

Allí se discutía con frecuencia sobre la suerte de la nación, y no pocas veces, en el calor de los debates, exasperábanse los ánimos, promoviéndose altercados que terminaban al fin en el patio á puñetazo limpio.

Los dueños de las granjas y los que se consideraban como principales traficantes hacían mucho ruido en aquel sitio cuando hablaban del precio de los cereales ó de sus apuestas en las carreras, pues el condado estaba lleno de tradiciones de los jockeys célebres y de los caballos famosos. Sir Montague Lewis se distinguía por sus magníficas cuadras, y por tal concepto considerábasele como el rey de la localidad.

El pueblo, ó la ciudad, como algunos querían titularle, se componía de la calle principal, de media milla de longitud, poco más ó menos, y en ella estaban las tiendas principales, habitando allí también todos los médicos, dos abogados y los farmacéuticos. El aspecto de esta calle era muy curioso: las más de las casas, de paredes muy blancas y con tejados rojizos, confundíanse con otras recién construídas, con tejados de pizarra y más altas que sus compañeras; mientras que algunos almacenes, brillantes por sus pinturas y sus adornos, contrastaban con el mísero aspecto de las tiendas más antiguas. La calle principal ramificábase en muchas callejuelas ó tortuosos callejones que formaban un verdadero laberinto en el interior.

A pesar de las rencillas de los vecinos de aquella localidad, motivadas comúnmente por la envidia, y de los escándalos que á veces daban, prestábanse mutuo auxilio uno á otro en casos de apuro ó de enfermedad, olvidando generosamente sus odios y enemistades.

En una extremidad de la calle principal, separada tan sólo por un campo, hallábase la estación de la línea férrea; y frente á la Casa consistorial y á la última casa de la calle, encontrábase la posada conocida con el nombre de *Cabeza de la Reina*. En el lado opuesto, en medio de un grupo de casitas con cuatro palmos de jardín cada una, veíase otra posada, que tenía por título *La Oca*, é inútil parece decir que su dueño hacía competencia al de la otra que hemos citado, y que sus mujeres estaban siempre en guerra.

Era llegado el domingo: hombres y mujeres se pusieron sus ropas del día de fiesta para ir al templo, que era el edificio más notable del pueblo, con su maciza torre de color gris y su aspecto venerable; tenía una campana cuyos tañidos imponían respeto por su profunda intensidad, contrastando con el alegre repique de las campanas de otras capillas situadas en la parte más baja del pueblo.

Miguel Hazell acababa de salir del Parque del Conde y pasaba por delante de la Casa consistorial, cuando el herrero, que estaba á la puerta de su tienda, sentado en un banquillo, con un jarro de cerveza junto á sí y su pipa en la mano, le llamó con voz estentórea.

Al oir el grito, el joven detuvo su marcha un segundo, pero después continuó su carrera, contestando sin volverse:

—No puedo detenerme ahora, Darton.

—¡Pero, hombre, replicó el herrero con voz más alta aún, esa yegua se quedará coja, porque se le cae una herradura!

Hazell era muy cuidadoso respecto á sus animales; detúvose al punto, desmontó y pudo ver que el herrero tenía razón.

—Es verdad, dijo acercándose al hombre; hágame usted el favor de sujetar la herradura con un par de clavos, porque voy muy de prisa.

—Dentro de media hora estará corriente, contestó el herrero con mucha cachaza, mientras apuraba parte del contenido de su jarro de cerveza.

Miguel hizo pasar su yegua entre un laberinto de ruedas viejas, arados descompuestos y carretones, y entregó el cuadrúpedo á un muchacho que en aquel momento introducía una barra de hierro candente en un cubo de agua.

Hecho esto, Miguel se internó en el pueblo, muy pensativo y con la cabeza inclinada, y tan distraído, que tropezó con un hombre al revolver de una esquina.

—¡Hola!, gritó aquel individuo. ¿Es usted, Hazell? Paréceme que va muy de prisa.

—Dispense usted; me están esperando. Ya nos veremos.

—¡Pero, hombre, espere usted un minuto! Por poco me derriba usted en tierra, y me ha hecho usted ver las estrellas al pisarme un callo...

—Lo siento mucho..., ha sido un accidente, y le ruego que me dispense; es lo único que puedo hacer.

—Sí que puede usted... Hágame el favor de darme su brazo para que pueda llegar á la posada.

Aquel hombre no era otro sino Walton.

Sin contestar una palabra, Miguel accedió, y Tomás, cojeando un poco, le explicó en el camino el percance que acababa de sufrir.

—Soy poco afortunado, dijo Walton; pero es preciso tomar las cosas como vienen. Tuve suerte en el Prado... y en el río también; todo parecía tomar un aspecto más favorable para mí y ya había pescado la más hermosa trucha que jamás he visto, cuando al saltar después sobre una charca me torcí un pie. Hasta que usted me pisó no me había dolido tanto.

—Le enviaré á usted el cirujano, contestó Hazell, que sentía tener la menor intervención en aquel percance y deseaba tener una excusa para separarse de Walton, porque le irritaba verse en cierto modo obligado á permanecer con él.

—Entre usted á beber un vaso de cerveza conmigo, contestó Walton, y entre tanto enviaré al mozo de la posada en busca del médico. ¡Vamos, entre usted!

—Gracias; tengo mucho que hacer.

—Pues al menos, repuso Tomás, acompáñeme usted hasta el interior de la posada, porque yo no la conozco.

Miguel abrió la puerta que conducía al patio con impaciente ademán, y después de sentar á Walton en un banco, volvióse para retirarse.

—Vamos, Hazell, dijo Tomás en voz baja y con tono sincero; se ha conducido usted bien y no debemos reñir. Muchos jóvenes han cortejado á veces á la misma dama, y esto no impidió que el vencedor y el vencido fueran amigos después. Usted ha triunfado y bien ve que no me enojo.

—No comprendo las bromas de usted.

—A fe mía que no son bromas... Por causa de usted me ha enviado la joven á paseo.

—Y por usted me ha despedido á mí.

—¡Cómo!

Los dos jóvenes se miraron con expresión de asombro; pero Miguel, enojado al principio por creer que Walton se burlaba de su derrota, no pudo dudar de la sinceridad de Tomás y se calmó al punto, comprendiendo que aún podría aclarar alguna cosa.

Walton, conociendo bien al hombre con quien trataba, pensó que no debería mentir, aunque para él era una máxima que todo hombre puede faltar á la verdad cuando la ocasión lo exige. Las palabras de su interlocutor le habían sorprendido y al mismo tiempo hiciéronle concebir una esperanza. Desde un principio habíase resignado con la idea de que Susana Holt debía casarse con Hazell, y ahora este mismo le indicaba que no sería así; debiendo suponer en tal caso que la joven no había hecho más que coquetear con él para asegurar su conquista.

Entonces no pudo menos de reirse de la posición de ambos, y sobre todo de sí propio, por haber dado entera fe á las palabras de Susana.

—Vamos, dijo, las mujeres son el más extraño compuesto de bondad y de travesura, de sentimientos generosos y crueles, de buen sentido y de escaso criterio, de virtudes y de vicios. ¡Qué torpe he sido al no comprender que se proponía aguijonearme! Ella...

Miguel le impidió concluir la frase, poniendo su mano sobre el hombro de Walton.

—Mejor será que no prosiga usted, le dijo, si se refiere á ella (no quería pronunciar el nombre de Susana delante de su interlocutor); tiene derecho á elegir á quien le parezca, y quienquiera que sea no toleraré que hombre alguno la critique delante de mí.

Miguel hablaba con mucha gravedad, lo cual fué otra sorpresa para Walton; su amor y su odio eran superficiales; no comprendía que se provocara una cuestión por causa de una dama, ni tampoco que un hombre que acababa de ser desechado por la joven con quien pensaba casarse pudiese llevar á mal lo que de ella se dijese.

—Muy bien, Hazell, contestó; no tema usted que yo falte al respeto á Susana Holt. Yo sabré lo que piensa hacer cuando me vea libre de esta luxación; pero no olvide que usted es quien me ha dicho que le ha desechado.

—También usted me dijo que no lo aceptaba.

—Pues entonces quedamos los dos en libertad de obrar como nos parezca, y en cuanto á mí, estoy decidido á seguir adelante...

Walton se interrumpió para proferir una exclamación de dolor y aplicó una mano á su tobillo.

—Se me olvidaba, dijo Miguel, que necesitaba usted un cirujano, y voy á llamarle ahora mismo. Hasta la vista.

Cuando Hazell estuvo en la calle, respiró con más libertad; lo que Walton le había dicho aliviábale un poco; mas no podía creer que Susana fuese una coqueta. Siempre había visto en ella la mujer de su ideal, modesta, hacendosa, activa para el trabajo y de noble corazón; una mujer que podría hacer feliz al hombre á quien eligiese por compañero.

Sin embargo, á juzgar por lo que Walton decía, hubiera debido creer que Susana era una joven de carácter débil, á quien importaba poco el padecimiento de los demás, mientras que su vanidad quedase satisfecha; que era una mujer egoísta, mundana y hasta tonta.

Miguel desechó este pensamiento, que le parecía ridículo, y aunque le urgían sus propias diligencias en el pueblo, no olvidó enviar un cirujano á Walton.

Tomás, entre tanto, recostándose en un sillón, comenzó á cantar en voz baja, olvidando completamente los percances del día.

V

LA PARTIDA DE AJEDREZ

El proceder de Susana pareció algo extraño en la tarde de aquel día á los que estaban á su alrededor; unas veces hablaba con evidente enojo, sin que se supiera por qué, y otras reía y bromeaba con todos.

Atendió á sus quehaceres como de costumbre, cual si quisiera demostrar que no necesitaba el auxilio ni el consejo de nadie; fué á examinar la vaca enferma, hablando con desprecio de Miguel. Hazell; y se lamentó de no haber llamado al veterinario de una vez, mas no por eso dejó de seguir las instrucciones del joven.

En el prado se mostró muy afable con los trabajadores que tenía á sus órdenes, y cuando hubieron terminado las faenas del día se quedó sola en el prado algún tiempo. Como hacía mucho calor, se quitó su sombrero para servirse de él como de un abanico, y después, poniéndose una mano sobre los ojos á guisa de pantalla, examinó el horizonte. Cuando vió que los reflejos del sol se obscurecían gradualmente, pasando del rojo al anaranjado y al púrpura, y después á un azul íntimo, con algunas líneas que parecían de fuego, dió media vuelta y encaminóse lentamente á la casa.

Las tardes eran por regla general muy tranquilas en la granja. Susana se aseguró de que todo estaba en orden, de que los caballos y el ganado ocupaban

ya las cuadras y los establos, y de que las puertas se habían cerrado. Sara acababa de hacer ya su visita de inspección.

Las dos jóvenes fueron á sentarse junto á una mesita en la sala principal, que estaba casi obscura porque no había más que un quinqué, cubierto con una pantalla verde de grandes dimensiones. Susana y Sara solían reunirse allí todas las noches, y mientras la una se ocupaba en sus labores de mano, la otra leía en voz alta. Así pasaban el rato, algo aburridas con frecuencia, hasta eso de las diez, hora en que se acostaban.

En la noche de que hablamos, Sara cogió su calceta y comenzó á trabajar; Susana buscó su libro, sentóse en el antiguo sillón de su padre, y después de mirar la página fijó su vista en Sara un momento.

—Este libro, dijo, es muy estúpido; trata de unos amantes, y al fin de la historia todos se mueren... No me agradan á mí estas tonterías; bastantes vemos diariamente á nuestro alrededor.

—Pues si no te gusta el libro, dijo Sara, no tienes ninguna necesidad de leerlo.

—Tal vez á ti te agrade...

—A mí sí; esa historia me parece interesante.

—¿Por qué lo crees así?

—Porque me dices que el fin es melancólico. En la naturaleza, esto es una verdad, porque el fin de nuestras vidas siempre es triste. En cuanto á nosotras, si recordamos nuestro pasado, veremos generalmente que se han realizado muy poco nuestros deseos, ó á veces ninguno, y esto, como ya comprenderás, debe causar tristeza. A mí me agradan las historias melancólicas porque no veo en el mundo nada alegre.

—¡Oh! Eso es decir niñadas, repuso Susana arrojando el libro sobre el sofá. El mundo sería bastante bueno si tomásemos los placeres que se nos ofrecen, sin esperar otros que no pueden realizarse. Esto me hace recordar el cuento de aquella joven que atravesó todo un campo de trigo sin coger una sola espiga, esperando encontrar alguna más grande, y al fin llegó al límite viendo que cada vez eran más pequeñas.

—¿Y qué harías tú, preguntó Sara después de una pausa, si llegaras al fin del campo sin haber cogido tu espiga?

—¡Oh! Yo volvería atrás ó iría á buscar en otro campo.

—Sí, pero tú olvidas, repuso Sara con un tono en que se traslucía cierta irritación, que después de adoptar un género de vida y someterse á ciertas costumbres se hace ya difícil retroceder.

El diálogo tomaba un giro que no era al parecer del agrado de Susana, y contestó á su prima de la manera que le pareció mejor para hacerle comprender que sería inútil argüir con ella.

—Veo, dijo, que eres muy aficionada á particularizar y que no sabes tolerar una broma...

—No, en este momento no estoy de humor.

Susana se levantó con rápido movimiento.

—Voy á ver al tío Job, dijo.

Al oir esto, la expresión de Sara cambió, como si las palabras de su prima la hubiesen causado alegría.

—¿No será demasiado tarde?, preguntó.

—No, apenas son las ocho y media, y él no se acuesta hasta las diez. Puedo estar en su casa de Marshstead dentro de veinte minutos; al buen hombre le gusta jugar una partida de ajedrez conmigo, porque Miguel, según dice, es muy estúpido.

Sara no quiso oponer más objeción, ni propuso tampoco á su prima acompañarla, por temor de que lo llevase á mal.

Susana se puso su sombrero y se arregló en un instante, y un minuto después se encaminaba hacia la casa de Job. Aún era la hora del crepúsculo: el follaje verde de los árboles se obscurecía gradualmente, y sus copas parecían desde lejos masas negras, cuyos fantásticos contornos se destacaban bajo la luz pálida del cielo. En el aire tranquilo resonaban á veces los gritos de las avecillas que se refugiaban presurosas en la espesura para pasar la noche; á intervalos oíase el ladrido de los perros que se contestaban unos á otros desde granjas distantes; y el perfume de los campos, impregnado de las emanaciones del heno, despertaba en el ánimo la idea del dulce reposo.

Al pasar Susana por delante de las casitas de los labradores, que con sus mujeres estaban á las puertas descansando de las faenas del día, todos saludaban á la joven afectuosamente.

—Me parece, dijo uno de ellos después de fijar un momento su mirada en Susana y sacudiendo la ceniza de su pipa, que esta noche habrá tormenta.

Cuando Susana penetró en la pequeña calle que conducía á casa de Hazell, oyó relinchar los caballos en el establo y el ruido de las anillas del pesebre.

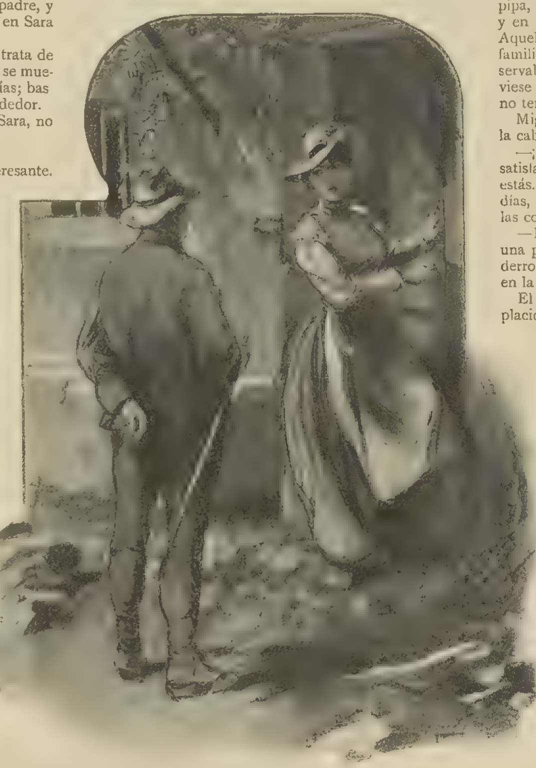
En la granja de Marshstead, así como en la mayor parte de las del distrito, la puerta no solía estar cerrada más que con pestillo, y así es que Susana pudo penetrar en el interior sin llamar antes. Un mastín se lanzó en el mismo instante fuera de la cocina, ladrando ruidosamente; pero su grito se convirtió en señales de contento al ver á la joven, y comenzó á saltar á su alrededor para acariciarla.

—¡Quieto, Ted, quieto!, dijo la recién venida con dulzura.

Conocía perfectamente la casa de su tutor, y sabiendo muy bien dónde encontrarle, abrió la puerta de la sala, precedida del perro. Sin intención de anunciarse por alguna palabra, había entrado así bruscamente, sin pensar que encontraría tan pronto á quien buscaba.

Miguel estaba sentado, leyendo tranquilamente las últimas noticias del día á su padre, que enfrente de él, recostado en su sillón, con las manos cruzadas y los ojos cerrados, escuchaba ó parecía escuchar, aunque sin duda era lo primero, pues apenas su hijo se interrumpía, abríalos al punto.

Job Hazell, de escasa estatura, había sido en otro tiempo un hombre bastante grueso, pero durante los últimos pocos años comenzó á enflaquecer gradualmente; su rostro, muy colorado antes y de mejillas llenas, parecía demacrado ahora, y surcáronle profundas arrugas, que combinadas con el cabello blanco hacíanle parecer más viejo de lo que en realidad era. Había trabajado mucho desde su juventud; tenía tres hijos muy bien colocados, uno en Australia como ganadero, otro en Virginia y el tercero en Londres; había dotado muy bien á sus dos hijas cuando se casaron, y su hijo mayor, Miguel, debía heredar la granja. Job era bien conocido como uno de los más afortunados arrendadores del distrito, y considerábase á Miguel como heredero de una respetable fortuna.



Pero de pronto dió media vuelta...

Habíase terminado la cena, pero aún se veían en la mesa restos, pan, queso, frutas y cerveza. Job tenía á su lado una jarra, muy antigua al parecer, á juzgar por su extraño aspecto y sus curiosos adornos: alrededor de la base tenía varias figuras en tosco relieve, que representaban perros persiguiendo á un ciervo, y cogido de la cola del último, un hombre tocando una bocina; alrededor del centro, varios dibujos representaban un molino, una colmena y un rústico en diversas posiciones, en una de ellas rellenaba su pipa, en otra apuraba el contenido de un vaso y en la tercera fumaba al parecer con delicia. Aquella jarra era una especie de tesoro de la familia; hacía ya varias generaciones que se conservaba en la casa, y á menos de que se le sirviese en ella la bebida, parecíale á Job que ésta no tenía sabor alguno.

Miguel interrumpió su lectura y Job levantó la cabeza en el momento de entrar Susana.

—¡Buena chica!, exclamó Job sonriendo de satisfacción; estaba deseando que vinieses y aquí estás. No he jugado una sola partida hace tres días, y me parece que Miguel está leyéndome las cosas más tontas que hay en ese diario.

—Muy bien, tío, contestó la joven; jugaremos una partida, y le aseguro á usted que le voy á derrotar, añadió abrazando á Job y besándole en la frente.

El anciano recibió aquella caricia muy complacido al parecer, y la idea de que su sobrina pudiera ganarle hízole sonreir.

—Me alegro mucho de que tengas tantos ánimos, muchacha; ya veremos ahora cómo te arreglas para cumplir tu amenaza. Miguel, añadió, tráenos el tablero, que voy á dar una lección á esta chica.

Miguel no había mirado una sola vez á Susana, y ésta lo notó muy bien; pero no se observaba en su expresión la menor señal de enojo, y hubiérase dicho que tenía demasiadas cosas en qué pensar para cuidarse de la presencia de la linda joven. Se levantó tranquilamente, fué á buscar el tablero, que estaba en un armario, y le colocó sobre la mesa, frente á su padre.

—Gracias, dijo Susana sin levantar la cabeza y comenzando á colocar las piezas.

Miguel se inclinó sin pronunciar palabra, y ocupando otra vez su asiento, cogió su diario y comenzó á leer el artículo de fondo.

Susana se interesó muy pronto en la partida con Job, tanto como Miguel en su lectura; sus ojos brillaban, un vivo carmín coloreaba sus mejillas y parecía calcular sus jugadas con tanto interés como si se tratase de perder ó ganar alguna suma considerable. Reíase cuando podía ocupar alguna buena posición con una de sus piezas, y sobre todo cuando Job se irritaba al ver comprometido el éxito de la partida.

El buen hombre era muy aficionado á jugar, pero cuando perdía irritábase sin poder reprimir su genio; apelaba á todos los recursos para distraer á su contrario, y Susana le había sorprendido más de una vez en el momento de cambiar la posición de una pieza. La joven sonreía, dejándole hacer, y á veces habíale dejado ganar, solamente para complacerse en la satisfacción de su contrincante. El buen Job se reía, apuraba un trago de cerveza, como para recompensarse de su habilidad, y para echarla de maestro, decía á la joven que hubiera podido ganar si hubiese hecho tal ó cual jugada.

La joven conocía muy bien todas sus mañas, y consentía en perder de buen grado solamente para contentar al buen hombre, á quien se apresuraba á pagar los diez céntimos que se cruzaban en cada partida, pues de lo contrario Job los habría pedido al punto.

Algunas veces, cuando la joven no podía menos de ganar, daba la casualidad de que Job no tenía ninguna moneda de cobre en el bolsillo; y en la sesión siguiente, ya no se acordaba de su deuda.

Mas aquella noche Susana había llegado con disposiciones hostiles, y en sus ojos notábase cierta expresión maligna, aunque estaba más hermosa que nunca. Había prometido ganar y estaba empeñada en ello.

(Se continuará.)

El Oro en el Banco de Inglaterra

Treinta toneladas de oro resplandeciente, encerradas en una sola habitación y que la vista abarca de una sola ojeada, fué lo que contemplé hace pocos días al visitar el Banco de Inglaterra. Hasta á los que están acostumbrados á manejarlo diariamente, como á mí me sucede, les impone la visión de tan inmensa riqueza.

Después de los preliminares de rigor á fin de probar mi identidad al empleado del Banco que debía acompañarme, me llevaron inmediatamente á las bóvedas subterráneas. Al atravesar el patio, lo primero que me llamó la atención fueron las boinas escocesas de terciopelo que llevaban los mozos que manejan las barras de oro. La razón de ello consiste en que aún sobrevive una antigua costumbre: en otros tiempos, cuando se comerciaba con oro en polvo, los mozos que lo acarreaban, maquinal ó intencionadamente, solían pasarse la mano por el cabello, y al volver por la noche á casa, se lavaban la cabeza y recogían el rico sedimento que quedaba en la palangana. Para mayor seguridad, hasta en las disposiciones vigentes se previene que los mozos dejen en el establecimiento los trajes con que trabajan, de los que forman parte las boinas escocesas, que ofrecían menos espacio para ocultar los hurtos que ninguna otra clase de cubrecabezas conocida en la época en que se hicieron los reglamentos del Banco. De entonces acá se han inventado otras, pero el Banco no es amigo de innovaciones y continúa con sus boinas escocesas.

Balanza para pesar las monedas de oro
Esta balanza separa automáticamente las monedas echando á un lado las cabales y á otro las faltas de peso

Al llegar á las bóvedas, hubo mucho sonar de llaves y dos distintos empleados abrieron las puertas de verjas de hierro. Dentro y dispuestas en semicírculo en torno á la bóveda, veíanse multitud de carretillas cargadas de barras de oro. En cada una había quizás cien, la mayor parte de las que valen mil libras esterlinas cada una y es probable que hubiera de 20 á 30 cargas, número que, como es natural, varía según sea la reserva del Banco. Apilados en el mismo sótano vi muchos sacos llenos de monedas de oro, conteniendo cada uno mil libras esterlinas, y en las estanterías adosadas á los muros otras muchas barras más. Tal vez sean pocos los lectores míos que hayan tenido ocasión de coger en la mano una barra de oro como aquellas ó un saco con mil soberanos; yo les puedo asegurar que ambas cosas son muy difíciles de llevar.

La bóveda llamada de los Directores está situada debajo de la sala principal, en el centro mismo del edificio, sitio que se considera el más seguro. En ella no penetran los que visitan el Banco, porque allí están los depósitos que garantizan la emisión de los billetes, y se la tiene, por lo tanto, como una especie de *sancta sanctorum*. Con referencia á ese sótano se cuenta una antigua historia, de cuya autenticidad, sin embargo, no creo que respondan los jefes del establecimiento. Se dice que una vez logró penetrar en él un individuo sin que lo advirtieran los vigilantes, entrando por una alcantarilla abandonada. Vió que levantando una losa del piso podía, si quería, robar al Banco su caudal. Afortunadamente era un hombre honrado y se contentó con escribir al director diciéndole que estaba dispuesto á tener con él una conferencia, á media noche de aquel mismo día, en la citada bóveda; aceptó éste y con toda exactitud, á la hora señalada, se abrió momentáneamente la losa y se oyó salir por el hueco el sonido de una carcajada burlona, volviendo luego la piedra á su lugar con la misma presteza con que se había alzado.

En la planta baja del edificio está la tesorería, donde se guardan el metálico y billetes para las transacciones ordinarias, la cual se surte de las bóvedas subterráneas. Vi demostrado prácticamente el reducidísimo espacio que necesitan las monedas de oro, pues al abrirse una pequeña caja de caudales me enseñaron 100.000 libras esterlinas metidas en sacos de á mil y dispuestas para las operaciones del Banco; esta es la cantidad que, por regla general, suelen tener á mano las grandes casas bancarias de Londres. En aquella sola habitación, según me dijeron, había depositados 35 millones de libras en moneda y billetes.

Después me enseñaron el departamento donde se efectúa el peso. No cesa un instante el ruido que hacen las monedas al caer; allí es donde, con frecuencia, tienen que trabajar los empleados en horas extraordinarias. Toda moneda de oro que entra en el Banco de Inglaterra, bien provenga del público ó de otros establecimientos similares, se pesa. Explicado en pocas palabras, el mecanismo es el siguiente: en una especie de canal inclinada se coloca cierto número de dichas monedas, que van cayendo á una balanza, la cual las arroja, echando las completas á un lado, las faltas de peso á otro. Las primeras se ponen otra vez en circulación, las segundas se remiten á la casa de moneda para ser fundidas.

Muchos de los grandes Bancos tienen también aparatos semejantes para su uso particular. La moneda de plata que viene al Banco no se pesa, sino que á mano se separan las que á la vista están gastadas y se las manda á la casa de moneda, como las de oro faltas de peso. En el Banco de Inglaterra no se guardan grandes cantidades de plata; no recibe cada día de los banqueros de Londres sino una suma señalada; por eso sucede que algunas casas de banca y sus numerosas sucursales tienen á veces superabundancia de moneda de plata, que venden á ciertos negociantes de Londres, que se ocupan en contarla y separarla en cartuchos de papel de á cinco libras esterlinas, que á su vez guardan en sacos de tela á razón de 100 libras en cada uno. Lo mismo se hace con la de cobre.

Fundición del oro en las refinerías

Al pensar en tanta riqueza, no puede uno menos de preguntarse: ¿cómo ha llegado hasta allí todo aquel precioso metal? ¿Cómo podría averiguarse su historia desde el principio?

En primer lugar, al salir el oro de la mina lo convierten en barras groseramente hechas de diferentes tamaños y que rara vez pesan más de mil onzas una. Cada mina tiene su tamaño propio. Después las embarcan dirigidas al Banco de Inglaterra que, por conveniencia y para ponerse en situación de poder apreciar mejor la cantidad de oro que entra anualmente en la nación, consiente en servir de centro para su distribución á todos los compradores. La seguridad de su transporte corre á cargo de las compañías aseguradoras, pues nadie viene escoltándolas. A bordo las colocan en lugar preparado *ad hoc*, contiguo á la cámara del capitán; cuando viajan en ferrocarril, van en unos furgones de acero que se agregan á los trenes correos.

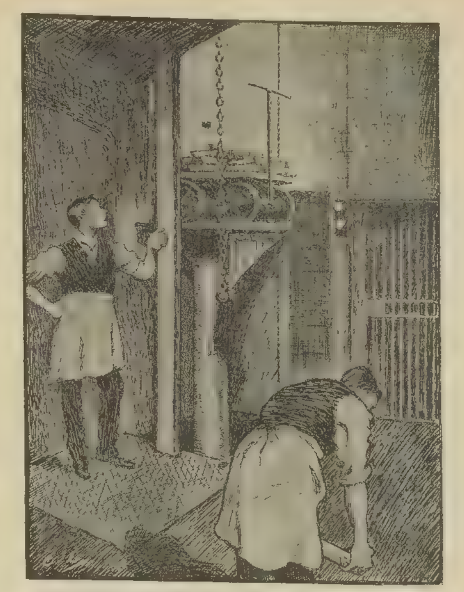
El oro lo compran principalmente los corredores de metales preciosos y los refinadores en la misma forma en que se adquieren los demás artículos que vienen al mercado. Su precio lo regulan las leyes ordinarias de la oferta y la demanda. Veamos las transacciones que tiene que efectuar un corredor que ha comprado oro á los dueños de minas. Desde el Banco de Inglaterra que ha tenido la condescendencia de admitirlas provisionalmente, se llevan las barras á la fundición. El corredor paga desde luego á los mineros unos siete octavos próximamente del valor aparente de la compra y más tarde el resto, según la liquidación que se practique. Cuando por primera vez llega á Inglaterra el oro, no viene puro, las barras varían en su calidad y traen cantidades desconocidas de otros metales; y como esto lo sabe el corredor, envía las barras á la fundición y á los ensayadores á fin de averiguar la proporción de plata y oro puro que contienen. Al llegar á la fundición se pesan y derriten y se vuelven luego á pesar, anotándose escrupulosamente la pérdida que han sufrido, representada por una pequeña cantidad de escoria.

De una de las barras que parezca ser de buena calidad, se desprende un pedacito, que se manda al ensayador para que compruebe la cantidad exacta de oro puro que contiene, lo que se averigua derritiendo

la muestra junto con tres veces su peso de plata y poniendo luego el todo en ácido nítrico, que disuelve la plata, dejando intacto el oro. Suele á veces ser del tamaño de una cabeza de alfiler el pedacito de oro puro que se ha extraído de la muestra que ha de servir de prueba y que se coloca en unas balanzas de tal modo construídas, que pueden apreciar el peso de un cabello. Como antes de ser ensayado se pesó el pedacito que se desprendió de la barra, fácil es deducir la proporción exacta de oro puro que ésta contiene. Cuando se trata de una aparentemente de calidad inferior, varía un poco el procedimiento. El oro mezclado con otros metales, en unas barras sale á la superficie, en otras desciende al centro; por lo tanto no nos daría un resultado exacto la manera de operar descrita; para que lo sea se revuelve mucho la masa líquida de la barra durante la fundición y se aparta de ella una pequeña cantidad, que se somete al mismo procedimiento antes indicado.

Los fundidores envían luego las barras á los refinadores, quienes extraen de ellas toda la plata y oro puros. Entonces es cuando se liquida la cuenta entre los corredores y los propietarios de minas, tomando por base el peso y la proporción de oro y plata que han hallado los ensayadores.

Los refinadores entregan las barras de oro puro á los corredores, los cuales las venden, bien al Banco de Inglaterra, á los banqueros extranjeros establecidos en Londres ó tal vez las embarcan para el continente de Europa ó de América. Cuando el Banco de Inglaterra ha sido el comprador, las vuelve á vender si la situación del mercado lo requiere, ó las guarda como reserva. Como dicho establecimiento es directa ó indirectamente el banquero de todos los de igual índole de la nación y puede, por lo tanto, apreciar perfectamente la situación monetaria, convierte parte de esas barras en moneda, que se acuña, como es consiguiente, en la casa de moneda nacional, siempre que así lo creen conveniente sus directores. Tal vez la generalidad de las personas no sepan que cualquiera puede llevar oro á la casa de moneda para que se lo acuñen gratuitamente, pero teniendo que esperar por riguroso turno de antigüedad. Nadie se prevalece nunca de ese privilegio, pues no hay en ello interés, teniendo que tomar turno después del Banco de Inglaterra, y por lo tanto, que aguardar mucho tiempo.



Extracción de las barras de oro depositadas en los sótanos del Banco de Inglaterra

De la casa de la moneda vuelve el oro al Banco para ser de allí distribuído por todo el país. Los banqueros de Londres sacan de él el que necesitan en sacos de á mil libras esterlinas, que van á buscar sus respectivos cajeros, acompañados de uno ó más mozos, porque un hombre solo todo lo más que puede de cargar son 8.000 libras esterlinas. Los Bancos de menor importancia distribuyen el dinero en sacos de á cien libras esterlinas, y después de dejar el que necesitan para los negocios del establecimiento principal, reparten el resto entre sus sucursales. Los Bancos, por lo general, tienen sus vehículos propios para distribuirlo dentro de la ciudad; pero si se trata de sucursales establecidas en las afueras, suelen los cajeros de éstas venir por el que necesitan al establecimiento principal. El que remiten á otras poblaciones va por ferrocarril, sin vigilantes, pero asegurado.

Sucede á veces que el oro en barras sube mucho de precio; en ese caso los corredores compran moneda extranjera. Sólo son cuatro las naciones que exportan la suya corriente: la Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos de América, y exceptuando en la primera, se ponen siempre todos los obstáculos posibles á su salida.

La moneda se compra y vende al peso y no se la ensaya, porque es conocida la liga que tienen las monedas extranjeras. Rara vez llega á fundirse esa moneda, sino que se la deposita en el Banco de Inglaterra como oro en reserva. Sir Félix Schuster, en un artículo publicado recientemente sobre esta materia, dice que la reserva de oro de dicha nación, en diciembre de 1906, ascendía á unos 33 millones de libras esterlinas, mientras que las responsabilidades de todos los Bancos del Reino Unido excedían de 800 millones.

Como dicha reserva era en 1844 de 14 millones, deduce el articulista que el aumento que de entonces acá ha tenido es del todo insuficiente, comparado con el que en el mismo espacio de tiempo han adquirido las responsabilidades de los Bancos.

No es un mito el que pueda agotarse el metálico de un país. Ya ha ocurrido en Inglaterra en 1839, en tiempo en que existía la libertad de emitir papel, y únicamente pudo evitarse la bancarrota nacional contratando un gran empréstito en metálico con Francia.

CARLOS INCE.

Catástrofe ferroviaria ocurrida el 24 de agosto último en Coutras, en la línea de París-Burdeos.
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Cerca de la media noche del 24 de agosto último, ocurrió una catástrofe á 600 metros de la estación de Coutras, situada á cincuenta kilómetros de Burdeos. El expreso Burdeos-París, al tomar la aguja de aquella estación, se desvió y fué á chocar con un tren de mercancías que maniobraba en otra vía. El choque fué espantoso; las dos locomotoras y los ténders volcaron y los vagones, topando unos contra otros, quedaron destrozados. Inmediatamente acudieron los empleados de Coutras, quienes procedieron á la extracción de los cadáveres y al salvamento de los que aún estaban con vida entre los escombros, tarea en la que les ayudó mucho el doctor Enrique Rothschild, quien llegó casualmente en el rápido de París, acompañado de otros dos médicos, con los cuales, como es sabido, marchaba á Africa para ponerse al frente de una ambulancia de Casablanca.

De la catástrofe resultaron nueve muertos y veinte heridos, algunos de suma gravedad.

El ministro de Obras Públicas M. Barthou, que se hallaba en Villers, en donde veranea su familia, al tener noticia del suceso partió en seguida para París y de allí para Coutras, en donde inspeccionó el lugar en que se había producido el accidente y visitó en el hospital á los heridos. Al día siguiente trasladóse á Burdeos, visitando también á otros que habían sido transportados al hospital de San Andrés.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

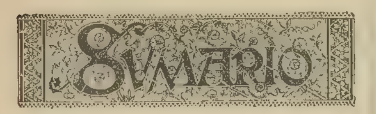
La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 16 de septiembre de 1907 — Núm. 1.342

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Mariano Fortuny (hijo)



CRÓNICA DE TEATROS

Cuantas personas pasan por la calle de Alcalá, y por ella pasa todo Madrid, habrán visto, si en ello han fijado la atención, sentados delante de la portada de la *Maison Doré*, á todos los cómicos que actualmente se encuentran en Madrid en expectativa de contrata. Aquello es la bolsa, por decirlo así, del trabajo teatral, el congreso en que se discuten las cuestiones de arte dramático, el mentidero en donde se alzan y rebajan reputaciones artísticas. Por allí pasan forzosamente los que tratan de formar compañía, y allí se detienen y fraternizan con los actores, ante boks de cerveza, autores, críticos y periodistas.

Lo que ahora preocupa más á los habituales asistentes á la *Maison Doré* es conocer cuáles son los proyectos de las empresas que han de explotar durante la presente temporada los teatros de género grande. Los planes de la empresa del Español son ya bien conocidos: Emilio Thuiller y Rosario Pino, secundados por numerosa compañía, funcionarán en el «clásico coliseo» desde octubre hasta primeros de año, en cuya fecha María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza continuarán la campaña emprendida por aquellos dos artistas. Ambas compañías trabajarán juntas en una función que se dará á beneficio de los pobres. Después la Pino y Thuiller harán una *tournée* por las principales provincias de España.

Según parece, á la bella y distinguida actriz Carmen Cobeña tendremos el gusto de aplaudirla en el teatro de la Princesa. Esta artista, que con tantas simpatías cuenta en el público madrileño, hace ya varios años que falta de Madrid. Aquí se la echaba mucho de menos; pero el prurito que sienten nuestros primeros actores por no compartir con ningún otro la supremacía, ha sido causa del alejamiento de tan excelente actriz. Quizás por la misma razón no veremos este año á María Tubau en ningún teatro de esta corte.

De lo que los parroquianos de la *Maison Doré* no tienen noticias ciertas ni siquiera verosímiles es de la compañía de la Comedia. Dícese que este teatro, olvidando sus tradiciones, abandonará el género que expresa su nombre para dedicarse al que se cultivaba antes en Lara, y asegúrase que su empresario se propone prescindir de *estrellas* y de cómicos de primera fila, siguiendo la máxima de Arderíus, el cual solía decir frecuentemente: «Obras son amores y no buenos actores.»

Ninguna de las dos cosas es verosímil. El arte dramático necesita tanto del concurso de los autores como de los actores. La obra escénica es de colaboración. Cuanto mejor la creación del autor dramático, más necesario es que esta creación encarne en un verdadero cómico, en un artista que sepa exteriorizar las reconditeces espirituales que el dramaturgo deja como latentes en el alma de su personaje. Actores medianos pueden representar pasablemente las obrillas efímeras que nos divierten un rato y que se borran luego de nuestra memoria. Sus personajes se parecen á esas prendas de bazar que sirven con poca diferencia y rara excepción para todos los que se las ponen. Pero ¿qué cómico sin estar dotado de grandes cualidades artísticas interpretará la obra del genio, ni aun la de los talentos superiores? ¿Qué artista que no sea eminente podrá dar vida teatral á Hámlet, Lady Macbeth, Crespo, Marta la piadosa, Osvaldo ó Nora?

Por esto digo que el empresario de la Comedia, si conoce sus propios intereses, lejos de presentar en su teatro, como algunos le atribuyen, una compañía sin cabeza, esto es, sin actor ni actriz de mérito sobresaliente, procurará, como otras veces ha hecho, elegir para los primeros puestos actrices y actores que puedan competir con las pricipales figuras de los otros teatros grandes.

***

También se habla estos días en los círculos como el citado, en que se reune gente de teatro, de una cuestión que tiene verdadera importancia artística. Esta cuestión puede encerrarse en la siguiente pregunta: ¿por qué no se escriben obras dramáticas en verso?

En efecto, el verso, que desde el siglo XVII hasta mediados del XIX fué el lenguaje exclusivo del teatro, hoy es una excepción en la escena, excepción casi nunca bien recibida por el público. Y se explica fácilmente que así suceda: nuestros tiempos son prosaicos, los ideales ó menguados ó nulos, las tendencias todas utilitarias. De aquí la decadencia de la poesía en sus varias manifestaciones y su ausencia casi absoluta de las tablas de los escenarios.

Difícil es que entre nosotros aparezca ahora un verdadero poeta, un alma soñadora, que emancipándose del ambiente positivista que todos respiramos, acierte á elevarse á las altas regiones de la idealidad. He dicho difícil y no imposible, porque recuerdo el nombre de Gabriel y Galán, si bien este altísimo poeta, en su calidad de campesino, vivió libre, por tanto, de las influencias á que se ven forzosamente sometidos los literatos de las grandes ciudades. Los que ahora escriben en verso podrán ser profundos, ingeniosos, grandilocuentes; pero sus obras carecen de aquel perfume especial, de aquella esencia divina que constituye el secreto de las creaciones poéticas. Pero aunque por raro prodigio surgiese entre nos otros una de esas almas privilegiadas, ¿encontrarían eco entre nosotros sus cantos, sus himnos, sus estrofas?

No basta que una semilla sea buena: es menester para que prospere que tenga especiales condiciones el campo que ha de recibirla. Para que la voz del poeta encuentre eco en los corazones de los hombres es necesario que éstos tengan también algo de poetas, y de nuestra sociedad, forzoso es confesarlo, la poesía tiempo ha que tendió el vuelo.

Todavía el poeta lírico podrá despertar en esta ó en la otra alma simpáticas vibraciones; pero ¿cómo habrá de encontrarlas en el público de los teatros, en el cual domina, como en todas las colectividades, no unas cuantas inteligencias superiores ó delicadas, sino el promedio de los entendimientos allí reunidos?

A estos entendimientos les complace más que la belleza, la verosimilitud. Atenidos á la realidad, cuanto no la refleja en sus pormenores insignificantes, es objeto de indiferencia y hasta de burla. El público actual no sabe soñar, no sabe trasladarse en espíritu á ese mundo ideal en que se movían libremente el genio de Shakespeare y el de Calderón. ¿Quién no sonreiría irónicamente si á un autor moderno se le ocurriera hacer intervenir en sus dramas sombras y fantasmas como las del rey Hámlet, Banquo ó el príncipe Constante? ¿Qué enamorado podría hoy hablar en la escena á su amante de

> la barca del pescador
> que espera cantando el día?

¿Quién, si no fuese por la autoridad que se concede á todo lo consagrado, soportaría los líricos arranques del *Trovador* ó de *Don Alvaro?*

No; la moda teatral del momento presente es la copia más exacta posible de la realidad. Hasta á personas de cierta cultura literaria se las oye decir: «¿Dónde se ha visto que las personas se saluden en redondillas ó riñan en endecasílabos? En prosa se habla en la vida, en prosa debe hablarse en el teatro, puesto que el teatro no es más que la representación de la vida.»

Siendo este el criterio que domina casi sin excepción en nuestro público, temerario sería que un autor dramático cualquiera, aunque poseyese la inspiración de García Gutiérrez ó la pura dicción poética de Ayala, se aventurara á escribir un drama en verso.

Por otra parte, nuestros artistas dramáticos, á excepción de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza, no saben decir el verso.

Yo creo que este destierro de la versificación durará poco. El teatro es ante todo un género poético, en el que caben, no sólo las realidades tangibles de la existencia, sino los sueños de la imaginación, las exaltaciones del sentimiento, lo quimérico y lo maravilloso, cosas todas que exigen para su expresión el lenguaje propio de la poesía, con su ritmo que nos aparta de lo vulgar, sus imágenes que esclarecen los más hondos pensamientos, las galas, en fin, de la poética, que nos ayudan á olvidar las ruindades de la vida.

Además, aquí en todo, y muy particularmente en cosas de teatro, vamos á remolque de los franceses, y como entre éstos se escriben y se aplauden dramas en verso (los de Rostand, Catulo Mendes, Zamacois, etc.), no será extraño que aquí se aplaudan y escriban también dentro de poco, aunque no sea más que por seguir la moda de nuestros vecinos.

***

En este mes de septiembre hacen su agosto los teatros de género chico. Los madrileños que huyendo del calor escaparon de la corte, están ya, en su mayoría, de regreso: sólo falta la gente aristocrática, que además de veranear *otoñea*. Los «repatriados» vuelven ansiosos de gozar de los atractivos y encantos de su «Madrid,» desean verse, exhibirse y lucir lo tostado de sus rostros, curtidos por la brisa.

Para aprovechar y explotar estos deseos del público los teatros de función por horas abren sus puertas en los primeros días del mes de septiembre. Ya tenemos, pues, á la incansable Loreto haciendo alardes de gracia y de talento, en obras ¡ay! sin talento ni gracia, en el teatro Cómico, teatro, á la verdad, mucho más adecuado á las facultades de la artista que el Lírico, hoy en manos y en pies de titiriteros y bailarinas.

Desde hace pocas noches funciona también Apolo, la catedral del género chico, según la chusca frase de no sé qué apasionado de aquel corral. Hasta ahora, ninguna obra nueva nos ha ofrecido el «templo» de la calle de Alcalá. En cambio, en el personal ha habido varias novedades, entre otras la entrada de Moncayo, que en unión de Carreras—conjunción de dos estrellas—hará las delicias del público, y la salida de Joaquina Pino, que ha consumido en aquel teatro los mejores años de su juventud y ahora se ha visto obligada á dejar su puesto tan bien ganado y tan bien defendido... Así son las empresas de teatros, que lo mismo hacen á los artistas que los gastan.

En Eslava no han cambiado ni los collares; y la Zarzuela ha inaugurado sus estrenos con uno de los Sres. Labra y Chapí, titulado *Los veteranos*, obra que fué muy aplaudida y en donde el autor de *La bruja* ha demostrado una vez más su maestría en el arte musical.

Todos estos teatros se ven muy concurridos. Sin embargo, las empresas tienen una espina hincada, si no en el corazón, en los bolsillos. La tal espina ha sido clavada por el gobernador de Madrid con su disposición, cumplida hasta ahora á raja tabla, de que se terminen las funciones antes de las doce y media. Algunos empresarios han sido ya multados con quinientas pesetas, lo que, como era de esperar, les ha hecho tocar el cielo con las manos. En el cielo han puesto también el grito aquellos espectadores y espectadoras que tanta fama dieron, cuando Dios y los gobernadores querían, á la cuarta de Apolo. En general, los trasnochadores están que echan chispas contra el gobernador y contra el ministro de la Gobernación Sr. La Cierva, que parece ser el inspirador de la orden.

Bien se explica que las empresas renieguen contra ella y que la gente alegre enseñe los dientes, y no de risa, al gobernador y al ministro; pero cierto estoy de que á las personas de costumbres morigeradas les ha parecido de perlas aquella comentada disposición, enderezada á reformar un tanto nuestras costumbres. Claro es que al hombre laborioso que tiene que levantarse á trabajar con el día, poco puede importarle que los holgazanes se diviertan hasta las dos ó las tres de la mañana; pero claro es también—y en ello vamos perdiendo todos—que da detestable idea de su buen vivir una población que sostiene abiertos sus lugares de recreo hasta las primeras horas de la madrugada.

Por esta vez creo que son más los que aplauden que los que silban á la autoridad.

ZEDA.

¡Diablo, pensé, vaya qué encuentro!

UNA PERLA RARA

Estábamos de sobremesa una docena de invitados en casa de Armando Abrisqueta, rico armador de Bilbao. Saboreábamos un aromático café, que terminaba una excelente comida íntima, sin aparato de etiqueta, pero toda ella de un gusto y una simplicidad tan exquisitos que demostraba una ciencia perfecta en el arte que idealizó Brittal Savarin.

Cumplimentamos de buen grado á la hermosa y discreta dueña de la casa, y empezamos esa animada conversación tan agradable después de comer bien y en buena y agradable compañía.

Se hablaba de todo: de política, de arte, de amor, de matrimonios y por natural transición se habló de joyas.

—Prefiero los brillantes á las perlas, dijo una arrogante morena sentada á mi lado.

—Pues yo, exclamó la señora de la casa, prefiero las perlas, y os aseguro que tengo mis motivos para preferirlas...

—¡Ah! ¿Entonces existe una historia en el fondo de esa preferencia?, preguntó uno de nosotros. ¿Será usted tan amable, señora, que querá referírnosla?

—¡Oh, Dios mío, acaso no os parezca tan interesante!, dijo la amable señora.

—De ninguna manera contándola usted, le contestamos á una.

—Pues bien, sea; pero me permitiréis que ceda la palabra á mi marido.

—Y la tomo con gusto, exclamó vivamente nuestro anfitrión.

Nos dispusimos á escuchar atentamente.

Armando comenzó:

—Era yo muy joven por aquel entonces; libre de mis acciones, procuraba divertirme todo lo que podía por la noche, gozando de la libertad que me dejaban las siete horas de abrumador trabajo en el despacho del difunto banquero Elagorriaga, á quien todos habéis conocido; el banquero era un hombre rígido, de severos principios, de una actividad incansable para los negocios y exigiendo á sus empleados un celo extraordinario y una conducta irreprochable por todos conceptos. Todos le temíamos.

Un día fuí á cenar con unos amigos, y cosa natural entre jóvenes, bebimos y comimos alegremente, estando juntos hasta las tres de la mañana. A dicha hora me retiraba con la cabeza firme aún, pero alegre en demasía el corazón, pensando en que tenía que levantarme á las siete para acudir al despacho á las ocho en punto, nunca ni un minuto más tarde pues el terrible Elagorriaga, que creo no dormía, estaba ya de punta en blanco observando la entrada de su personal á la hora fijada.

La noche era magnífica, y pensando que un buen paseo antes de acostarme despejaría del todo mi cabeza y me procuraría un descanso reparador, decidí recorrer á pie la algo larga distancia que mediaba desde el café Fornos á la calle de Almagro, en donde tenía mi habitación de soltero.

Dirigíame, pues, fumando un buen cigarro hacia mi casa, cuando al pasar por la acera izquierda del paseo de Recoletos vi en el suelo algo que brillaba. Me incliné y cogí una hermosa perla montada en oro; era un pendiente de gran valor, como desde luego se adivinaba.

—¡Diablo, pensé, vaya qué encuentro! ¿Cómo ha podido perderse aquí ese pendiente tan rico?

Levanté los ojos maquinalmente. Los balcones del primer piso de la casa frente á cuya puerta hallé la joya, estaban iluminados. En aquel momento llegaron á mis oídos las notas armoniosas de un vals. En la calle se veía una hilera de coches cerca de la puerta.

Sin duda alguna en aquella casa celebraban una fiesta y aquel pendiente era de una de las señoras invitadas.

Tuve por un momento la idea de entregar mi hallazgo al portero de la casa, pero me contuvo el reflexionar que la joya era muy rica y que acaso tentara la codicia del pobre hombre.

De pronto me decidí: eché una mirada á mi traje. Iba de etiqueta; me arreglé la corbata, me miré el calzado, ¡qué diantre!, no estaba mal para presentarme un momento, entregar la joya y salir en seguida.

Y como lo pensé lo puse en práctica. Me acerqué á la gran puerta; el portero, viéndome vestido de etiqueta, pensó que era un invitado que llegaba algo retrasado. Subí hasta el primer piso. Un criado obsequioso me quitó el abrigo y sin preguntarme nada me introdujo en un saloncillo en cuyo umbral una dama elegantísima recibía á sus convidados.

Me dirigí hacia ella saludándola con respeto y algo confuso por mi situación en aquel momento.

La distinguida señora me recibió sin dejarme pronunciar palabra.

—¡Oh, amigo mío, qué tarde viene usted! Corra usted, corra usted, que alguna señorita está sin pareja y ha comenzado el baile.

—Señora, empecé á decir medio aturdido.

—Nada, nada, no quiero oir excusa por su retraso; quiero que vaya usted á bailar en seguida. ¡Jesús, venir tan tarde y no bailar, eso sería imperdonable!

Y sin dejarme añadir una palabra me llevó á otro salón, en donde ya bailaban algunas parejas, y deteniéndose delante de una encantadora jovencita, me dejó saludándome con una sonrisa y diciendo:

—Vamos, vamos, caballerito, á cumplir con su deber.

Francamente, el caso era original y no pude hacer otra cosa que ofrecer mi brazo á la gentil niña, que me miraba algo sorprendida de mi aturdimiento.

—Señorita, exclamé al fin, ¿quiere usted honrarme otorgándome el favor de este vals?

—Con mucho gusto, contestó amablemente ella.

Y ahí me tienen ustedes bailando con una señorita á la que no conocía en una casa asimismo desconocida y arrastrado por la fuerza de las circunstancias á llenar mi papel de invitado desconocido también para los dueños de la casa.

Adopté mi partido; la fiesta era agradable, mi pareja encantadora, dejéme dominar por la aventura y pensé que terminado el baile podría dirigirme á la dueña de la casa, explicarle el suceso y devolverle la perla para que la entregara á la persona que la hubiese perdido.

Reflexionado esto, me dediqué á mi compañera de baile, cuya inocente belleza me había conmovido.

Valsamos. Ella bailaba admirablemente; las notas cadenciosas de la orquesta herían agradablemente mis oídos y procuraba realzar mi prestigio de valsador para no desmerecer á los bellos ojos de mi pareja.

Pronto supe que se llamaba Elena, y una inexplicable y profunda simpatía nos hizo emprender una conversación animada. Observé en ella fino ingenio y una gracia exquisita; aquella niña sería una mujer encantadora y buena.

Hablábamos animadamente, cuando, cansados de bailar, dimos un par de paseos alrededor del salón antes de terminar el vals.

De pronto un caballero de aspecto imponente se inclinó hacia la alfombra y recogiendo un objeto me lo entregó diciendo:

—Caballero, esta joya es de usted. He visto que le ha caído del bolsillo al bailar.

—Muchas gracias, contesté guardándola otra vez y prosiguiendo mi conversación con Elena.

Cesó el vals y conduje á su asiento á mi pareja, quedándome á su lado después de buscar con la vista á la dueña de la casa y cerciorarme de que no podría llegar hasta ella por estar ocupada reuniendo á sus íntimos para pasar al suntuoso comedor.

Pensé nuevamente que tenía tiempo para todo y me dediqué á Elena, que me había enamorado profundamente.

De pronto advertí que nos quedamos solos y á cierta distancia cuchicheaban varios caballeros, señalándome.

Extrañábame aquello, y de momento imaginé que los cuchicheos serían naturales por percatarse todo el mundo que yo era un intruso, puesto que ni yo conocía á nadie ni nadie me conocía.

Me disponía á explicar lo ocurrido, cuando vi que se cerraban todas las puertas y que el caballero de aspecto imponente, acompañado de otros con aire severo, se acercaba á mí.

—Este es, dijo señalándome á un señor vestido de levita y que tenía aire de policía.

—¿Qué significa esto?, exclamé sin darme cuenta exacta de lo que sucedía.

—Esto significa sencillamente que es usted un ladrón, contestó el que iba de levita, y que queda usted detenido.

—Pero esto no es posible, exclamé. ¡Yo ladrón! Vamos, basta de bromas.

—¡Ea, no más palabras y registrarle!, ordenó el policía á dos agentes que se aproximaban de uniforme, llamados sin duda por el dueño de la casa.

—Pero, señores, esto es una equivocación, intenté decir.

No me dejaron hablar; registrado brutalmente, hallaron la perla y se la entregaron al inspector, que á su vez la dió al caballero que antes me la había entregado.

—Sí, esta es, señores. ¡Qué cinismo! Esta perla es un pendiente de mi mujer, que seguramente por estar mal prendido se le cayó y ese ladronzuelo se apoderó de ella. Yo la vi en el suelo, y pensando que era de él, se la entregué, aunque me sorprendió el hallazgo y el ser parecido á los pendientes de mi mujer. Consulté con ésta y vi que era suyo; comprendí entonces lo ocurrido y avisé á la policía. Es preciso tener una desfachatez muy grande para vestirse de caballero y presentarse á robar en una casa. ¡Y mi hija que ha bailado con él! ¡Qué vergüenza!

Excuso deciros el escándalo que tuvo lugar después de oídas semejantes frases; mi linda pareja se desmayó, las señoras corrían asustadas, y yo, avergonzado, perplejo, sin hallar palabras para defenderme y explicar lo ocurrido, me vi empujado y llevado en andas por los dos policías, que sin atender mis ruegos me llevaron á escape á la prevención.

Antes de salir, en medio de mi tribulación, no perdí de vista á Elena, que en aquel momento abría los ojos, y con la mirada pareció decirme que no creía en la inculpación de que era víctima.

Llegué á la prevención, y allí, más tranquilo, conté la historia de la perla al inspector. Mandé llamar á mis amigos, y naturalmente, tantas personas respetables y de autoridad abonaron mi conducta y personalidad, que salí de allí casi casi perdonando á los agentes y al inspector el mal rato que me habían dado.

Como podéis suponer, al siguiente día no estaba en mi puesto en casa del banquero Elagorriaga, y éste, al verme entrar á las nueve de la mañana con los ojos hinchados y malhumorado, impuesto ya de mi aventura, me llamó á su despacho y me dijo:

—Caballerito, su conducta de usted es censurable y mi casa es demasiado seria para admitir empleados que se retiran á las tres de la madrugada á su casa y á quien le ocurren aventuras tan comprometedoras. Ya sabe usted mis costumbres y mis órdenes. Queda usted despedido. Retírese.

Figuraos mi desesperación; no solamente perdía una oficina respetable y con mi puesto un sueldo de ocho mil reales, sino que además me veía desacreditado y sin informes buenos para ingresar en otra casa.

Pasé unos días atroces. Más calmado, me enteré que el padre de Elena, mi inolvidable pareja de baile, cuyo recuerdo me asediaba siempre, era un riquísimo naviero, cuyas oficinas eran tan to ó más importantes si cabe que las de Elagorriaga.

Pensé que aquel señor en su precipitación fué el causante de mi mala ventura actual, y que por lo tanto, en justicia me debía una reparación.

Me presenté en seguida en su despacho y me recibió mejor de lo que creí, informado posteriormente de mis circunstancias y familia, lamentó su ofuscación, y así me lo expresó cariñosamente.

—Estuve grosero y cruel, no tengo inconveniente en confesarlo, joven amigo; perdóneme usted el que no dejara explicarle, ni mi mujer tampoco, creyéndole uno de tantos invitados que uno no conoce, pero que recibe todos los días. Le debo una reparación y la tendrá. Desde este momento queda usted en mi despacho con doce mil reales, y si usted se porta como espero, tiene usted aquí seguro su porvenir.

El escultor Julio Tadolini, autor del monumento dedicado á S. S. León XIII

Como comprenderéis, me deshice en frases de gratitud, y al día siguiente empecé mi servicio en casa del bondadoso naviero cuya hija me había robado el alma, bendiciendo el hallazgo de la perla que me hizo hallar otra más valiosa aún pasados algunos años.

—¿Otra perla?, exclamamos todos.

—Sí, amigos míos, ésta, contestó Abrisqueta levantándose y abrazando tiernamente á su mujer, que correspondió sonriendo á la caricia. Y ruego á ustedes no extrañen esta familiaridad. Abrazo á mi mujer con mucho gusto y cuento mi aventura siempre que puedo.

Todos nos miramos sonriendo, los hombres envidiosos.

Elena era muy hermosa y era muy buena.

Una perla rara.

Enrique Bayona.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

MONUMENTO DEDICADO Á S. S. LEÓN XIII

ERIGIDO EN LA BASÍLICA LATERANENSE

OBRA DEL DISTINGUIDO ESCULTOR JULIO TADOLINI

La comisión, constituída por los cardenales Vannutelli, Agliardi, Rampolla, Ferrata Macchi, Tripepi y Tiberghien, encargada de llevar á cabo la creación del monumento dedicado á perpetuar la memoria y conservar los restos del papa León XIII, ha llevado á cabo su cometido, cumpliendo el honroso encargo que le confiara el actual pontífice, colmando los deseos de los cardenales nombrados por León XIII, con cuyos donativos se ha realizado tan notable obra, rindiendo un tributo de respeto y simpatía á quien les distinguió con su bondadosa protección.

Confióse el proyecto y su ejecución al distinguido escultor Julio Tadolini, que ha logrado realizar una obra digna del pontífice á quien se dedica y del buen nombre del artista, cuyos merecimientos son por todos reconocidos.

Hállase emplazado el monumento en el hueco de una de las capillas del ábside de la Basílica Lateranense que da acceso á la sacristía, siendo sus dimensiones las de 9 metros de altura por 5 de ancho.

Coronan y rematan el monumento dos hermosas figuras represetando la Obra y la Iglesia, entre las cuales se destaca la noble y severa figura de León XIII.

La estatua alegórica de *La Iglesia*, ejecutada en mármol blanco, represéntala sentada, con un brazo apoyado en la urna ó sarcófago de verde antiguo, con la cabeza inclinada, demostrando el dolor por la pérdida del pontífice, sosteniendo con el brazo izquierdo la Cruz, símbolo del Cristianismo, apoyándose en un globo ó esfera que contiene la inscripción *Ecclesia Ingenuit complorante Orbe Universo.*

Cuanto á la segunda estatua, representativa de la Obra, figura cubierta con el sayal del peregrino, en actitud de implorar la bendición del papa, apoyándose en el bordón.

Sobre estas dos representaciones, destácase la hermosa figura de León XIII, junto á la silla gestatoria, en el acto de bendecir y apoyada su mano izquierda en el brazo de la silla.

Tal es la notable obra que ha expuesto el profesor Tadolini, que ha merecido el aplauso de todos cuantos han tenido ocasión de examinarla, puesto que ha sabido dar forma y sentimiento á una obra que, dado el destino que había de tener, exigía condiciones especialísimas.

La tumba ha sido inaugurada solemnemente, hace poco, en presencia del cardenal secretario de Estado monseñor Merry del Val y de otros muchos cardenales.

Cuatro años se cumplieron en 20 de julio último del fallecimiento de S. S. León XIII, y en el Vaticano todo está dispuesto para la traslación de los restos mortales del eminente pontífice, que hoy descansan provisionalmente en la basílica de San Pedro; pero la agitación anticlerical que en la actualidad reina en Italia ha sido causa de que por ahora se aplazara la ceremonia.—S.

Monumento dedicado á S. S. León XIII, erigido en la Basílica Lateranense, obra del escultor Julio Tadolini

EL ARCO IRIS, cuadro de María I. Hunter. (Exposición de la Real Academia de Londres, 1907.)

EL CRUCERO CHILENO «MINISTRO ZENTENO» EN BARCELONA

Barcelona se ha honrado en la pasada semana con la visita de los marinos de guerra chilena que tripulan el crucero *Ministro Zenteno,* escuela de guardias marinas. Siete días han permanecido nuestros ilustres huéspedes en esta ciudad y durante ellos han sido colmados de obsequios y agasajos, expresión sincera de los sentimientos de simpatía de nuestro pueblo hacia la nación hermana cuya representación tan dignamente ostentan.

Llegó el *Ministro Zenteno* en la mañana del 5 y todo aquel día se dedicó á las visitas oficiales.

Al siguiente, acompañados por el Sr. Puigdollers y por los representantes del Ayuntamiento, Fomento del Trabajo Nacional, de la Cámara de Comercio, de la Junta de Obras del Puerto y del Ateneo Barcelonés, visitaron por la mañana las obras del puerto, el dique, el depósito comercial, y por la tarde la Lonja, la Escuela de Náutica, la Maquinista Terrestre y Marítima, el templo de la Sagrada Familia, la fábrica de cerveza «La Bohemia» y el Hospital de San Pablo. Por la noche asistieron á la función dada en el teatro del Bosque en obsequio suyo.

El día 7 estuvieron en «La España Industrial,» en la Universidad, en la fábrica de automóviles «Hispano Suiza,» en la catedral, en el *Centre Excursionista,* en el Archivo de la Corona de Aragón, en los Museos municipales y en las bodegas de D. Pedro G. Maristany. Por la noche concurrieron al concierto que en su obsequio había organizado el Ayuntamiento en el Palacio de Bellas Artes y en el que tomaron parte la banda municipal y el *Orfeó Català.*

El crucero de guerra chileno «Ministro Zenteno» en el puerto de Barcelona

El domingo por la tarde concurrieron á la fiesta dispuesta en su honor en el Parque Güell, y por la noche á las funciones que también en honor suyo se dieron en los teatros de Eldorado y Novedades.

El día 9 visitaron el Hospital Clínico y la Casa de Maternidad, pasando luego á bordo del *José Gallart,* en donde fueron obsequiados con un espléndido banquete por la Sociedad de Navegación Transatlántica, propietaria del buque. A las cuatro de la tarde, el *Ministro Zenteno* zarpó para Caldetas; la colonia que veranea en aquella pintoresca población agasajó á los marinos chilenos con una recepción en el Balneario Colón y con un banquete y un baile blanco y un lunch que se prolongaron hasta la madrugada. A las seis regresó el *Ministro Zenteno* á Barcelona.

En la tarde del 10 visitaron el teatro del Liceo y el nuevo edificio del *Orfeó Català,* y por la noche hubo á bordo del crucero un banquete en honor de las autoridades y de los representantes de las entida-

Grupo de guardias marinas en la cubierta del «Ministro Zenteno».—Visita del segundo comandante de marina de esta provincia al comandante del crucero

Los marinos chilenos visitando el dique.—El segundo comandante del «Ministro Zenteno» y el alcalde Sr. Bastardas en la puerta de la Paz

Visita de los marinos chilenos á los museos municipales

Visita de los marinos chilenos á la catedral

des que, durante la estancia de los marinos en Barcelona, les han acompañado en todas sus visitas.

El comandante y la oficialidad del crucero obsequiaron el día 11 á las autoridades y á varias familias distinguidas de esta ciudad con una espléndida *matinée* á bordo.

Puso término á los agasajos el banquete dado el día 12 en el Tibidabo por la Cámara de Comercio, el Fomento y el Ateneo Barcelonés; fué una fiesta brillante bajo todos conceptos.

Barcelona ha festejado, pues, dignamente á sus visitantes; al homenaje de cariño y simpatía que nuestro pueblo les ha tributado se asocia con entusiasmo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, dedicándoles un recuerdo en el presente número y enviando su más sincero y cordial saludo á la nación chilena.

El *Ministro Zenteno*, que ho zarpado de este puerto en la mañana del día 13, fué botado al agua en 1896; su casco, que está pintado de blanco, es de acero, mide 108 metros de eslora, 13 de manga y 5'10 de puntal y desplaza 3.450 toneladas.

Las máquinas de este buque desarrollan una fuerza nominal de 7.000 caballos y su velocidad es de 20 millas por hora.

Está dotado de dos hélices y sus carboneras pueden contener 850 toneladas de combustible.

Monta dicho crucero ocho cañones de 15'2 centímetros, diez de 57 milímetros y cuatro ametralladoras. Lleva además tres tubos lanzatorpedos.

Es buque escuela de guardias marinas y su dotación se compone de 350 hombres, de los cuales 20 son oficiales y 30 guardias marinas.

Manda el *Ministro Zenteno* el capitán de navío de primera clase Sr. Wilson.—X.

(Fotografías de Merletti.)

Banquete en honor de los marinos chilenos á bordo del «José Gallart.»—Extremo de la mesa que ocupaban el comandante Wilson, las autoridades y los gerentes de la Sociedad Anónima de Navegación Transatlántica. Los comensales son, de izquierda á derecha: el Sr. Aixelá, el comandante Sr. Wilson, el alcalde Sr. Bastardas, D. José de Sentmenat, D. Luis Folch, el cónsul de Chile Sr. Garnier, el gobernador civil Sr. Ossorio, el comandante de Marina Sr. Jiménez Franco y D. Miguel Gallart.

Visita á la fábrica de automóviles «La Hispano-Suiza.»

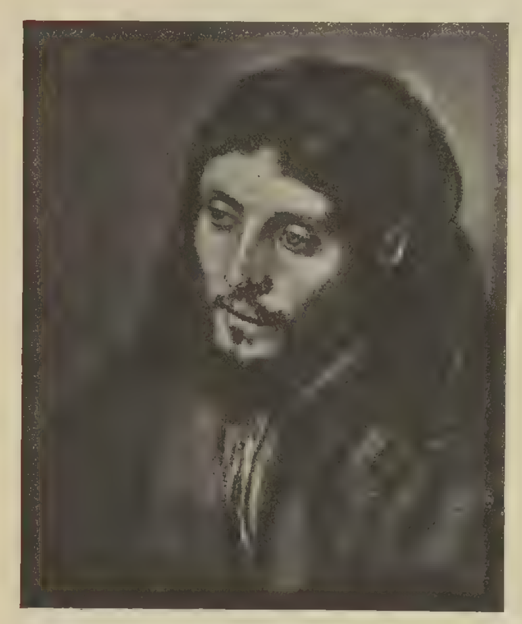
Fiesta en honor de los marinos chilenos en el Parque Güell.

CUADROS PERTENECIENTES A LA COLECCIÓN KANN,

recientemente adquirida en París por los anticuarios londinenses Duveen Brothers, que han pagado por ella 25 millones de francos. (Reproducidos gracias á la galantería de los Sres. Duveen Brothers, de Londres.)

Meleagro ofreciendo á Atalanta la cabeza del jabalí de Caledonia, cuadro de Rubens

Retrato de Koeijmanszoon Van Ablasserdam, pintado por Frans Hals



Cabeza de Cristo, cuadro de Rembrandt

Retrato de la segunda esposa de Rembrandt, pintado por éste

La gran casa de antigüedades Duveen Brothers, de Londres, ha adquirido recientemente en París la célebre colección Kann, pagando por ella la enorme suma de 25 millones de francos. Esa colección, compuesta de cuadros de antiguos maestros y de otros objetos de arte de valor inapreciable, era bajo todos conceptos la más importante de las colecciones privadas de Europa, y había sido formada por M. Rodolfo Kann. Abunda especialmente en lienzos del mejor período de la escuela holandesa, contándose en ella, entre otras, diez y ocho obras maestras de Rembrandt, siete de Van Dyck, cuatro de Hobbema, cuatro de Ostade, muchas de Ruysdaels y varias de Wonvermanns, Pablo Potter, Van Goya, Van der Neer y Van der Valde.

La escuela holandesa primitiva está representada por De Bouts, Van der Weyden, Gerardo David y Quintín Metsys. Hay también obras de algunos grandes maestros italianos, entre ellos Ghirlandajo, Bellini, Guardi, Gozzoli, Luini, Giotto y Tiépolo; españoles,

CUADROS PERTENECIENTES A LA COLECCIÓN KANN,

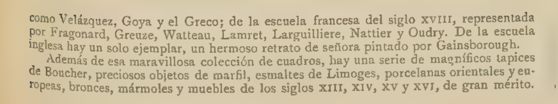
recientemente adquirida en París por los anticuarios londinenses Duveen Brothers, que han pagado por ella 25 millones de francos. (Reproducidos gracias á la galantería de los Sres. Duveen Brothers, de Londres.)

Retrato de la marquesa de Durazzo, pintado por Van Dyck

Retrato de un viejo, pintado por Tiépolo

Vieja cortándose las uñas, cuadro de Rembrandt

Retrato del hijo de Rembrandt, pintado por éste



como Velázquez, Goya y el Greco; de la escuela francesa del siglo XVIII, representada por Fragonard, Greuze, Watteau, Lamret, Larguilliere, Nattier y Oudry. De la escuela inglesa hay un solo ejemplar, un hermoso retrato de señora pintado por Gainsborough.

Además de esa maravillosa colección de cuadros, hay una serie de magníficos tapices de Boucher, preciosos objetos de marfil, esmaltes de Limoges, porcelanas orientales y europeas, bronces, mármoles y muebles de los siglos XIII, XIV, XV y XVI, de gran mérito.

Al morir M. Kann, hace cosa de dos años, la citada casa inglesa, que acababa de adquirir en América la célebre colección Warren y en Berlín la famosa colección Hainauer, pagando por ella 6.250.000 francos, entró en negociaciones para comprar la del difunto coleccionista francés; esas negociaciones han terminado recientemente con la adquisición de la colección á que pertenecen los cuadros reproducidos en estas dos páginas, por la más respetable cantidad antes mencionada.

Una misa en el pico Veleta (Sierra Nevada), uno de los más altos de Europa (3.470 metros). De fotografías de D. José Martínez Kiobro, de Granada.

UNA MISA EN EL PICO VELETA (SIERRA NEVADA)

En el pico Veleta, uno de los sitios más hermosos de España y uno de los puntos más altos de Europa, se ha celebrado recientemente el santo sacrificio de la misa ante un público devoto numerosísimo que no vaciló en arrostrar las penalidades de aquella ascensión á 3.400 metros, para gozar de un espectáculo pocas veces presenciado.

Ante un improvisado altar dijo la misa D. Modesto López Iriarte, después de haber dirigido una sentida plática á los fieles que le escuchaban en medio del más profundo silencio. En el momento de elevar la sagrada forma, disparáronse salvas de escopeta, y terminada la ceremonia, la multitud, conmovida, prorrumpió en vivas á la religión, á Granada y á España.

El acto fué solemnísimo y de él guardarán perenne recuerdo cuantos lo presenciaron.

SULLY PRUDHOMME

Sully Prudhomme, el pensador profundo, el delicado poeta, el hombre todo bondad y todo amor, ha fallecido recientemente en la casita de Chatenay, en donde desde hacía seis años le retenía la cruel enfermedad que le obligó á abandonar París.

Había nacido en la capital de Francia en 1839, y después de brillantes estudios había querido ingresar en la Escuela Politécnica, pero el mal estado de su salud le impidió realizar sus deseos. Entró entonces de dependiente en una fábrica, de la que salió al poco tiempo para cursar la carrera de leyes.

En 1865 publicó su primer tomo de versos, *Estancias*, y en 1888 sus dos últimos poemas, *El prisma* y *La Felicidad*; y en ese espacio de veintitrés años supo conquistarse un puesto eminentísimo en la poesía francesa con sus hermosas composiciones *Pruebas*, *Soledades*, *Las impresiones de guerra*, *El Destino*, *Ternuras vanas* y *Justicia*, y con su magistral traducción de *Natura rerum* de Lucrecio.

Fué filósofo y lo fué desde joven, en la alegría, en el sufrimiento, en el amor; pero en medio de los severos ejercicios del pensamiento, mantúvose ardientemente fiel á la poesía y fué siempre un soñador tierno, un artista, y sobre todo un sabio consejero y un protector generoso de los escritores jóvenes. Y así cuando se le adjudicó en 1902 uno de los premios Nobel, destinó la mayor parte del mismo á instituir, á su vez, un premio anual para alentar á poetas principiantes dotados de talento, facilitándoles los medios de editar sus obras y de darse á conocer, sin necesidad de recorrer el calvario á que están condenados los que aspiran á la conquista de un nombre.

Ese gran poeta fué un hombre modestísimo; ni entre los suyos gustaba nunca de hablar de sí mismo, y sus libros no los conocían ni sus más íntimos hasta el momento en que se publicaban. El nombre de Sully Prudhomme vivirá eternamente en la historia de la poesía francesa.

EDUARDO GRIEG

Hace pocos días ha fallecido en Bergen (Noruega) ese compositor eminente á quien con razón se ha calificado de Chopin del Norte. Eduardo Grieg nació en 1843 en la misma ciudad en donde ha muerto, y recibió su educación musical en la Gewandthaus de Leipzig, siendo allí sus profesores Moscheles, Wenzel, Hauptmann y Richter; mas á pesar de esto supo substraerse á la influencia de la música germánica para buscar sus inspiraciones en el folk-lore de su patria. Él mismo ha referido cómo se le ocurrió la idea de crear un arte peculiar á su país, un arte del que se desprendieran la atmósfera, el color, el ritmo de sus cantos populares. Su encuentro con uno de sus compatriotas, Ricardo Nordraack, artista de gran talento y que murió muy joven, determinó la nueva orientación de su espíritu. «Cayóseme la venda que cubría mis ojos – dijo – y gracias á Nordraak aprendí á conocer los cantos populares del Norte y hasta mi propio temperamento. Con él nos conjuramos contra el escandinavismo afeminado de Gade, cruzado de Mendelssohn, y entramos con entusiasmo en la senda por donde camina al presente la escuela septentrional.»

El encanto de sus primeras obras, la novedad, la gracia y la frescura de sus melodías, le conquistaron bien pronto fama universal. Su concierto para piano en *la*, sus *suites* de *Peer Gynt* y de *Holberg*, sus sonatas para piano y violín, multitud de romanzas y de piezas para piano y sobre todo su cantata para coros y orquesta *La patria nueva*, popularizaron en seguida su nombre en el mundo artístico, y acogidas casi todas esas composiciones en los programas de los más notables conciertos alcanzaron y siguen alcanzando entusiastas aplausos.

Las obras de Grieg, ha dicho acertadamente un crítico francés, son «cuadros poéticos que nos hacen sentir la melancolía, la gracia soñadora, la encantadora languidez de aquel país en donde el sol es siempre pálido.»

El inspirado poeta francés Sully-Prudhomme, fallecido el día 7 de los corrientes.
(De fotografía.)

El eminente compositor noruego Eduardo Grieg, fallecido en Bergen, el día 4 de los corrientes.
(De fotografía.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 601 y 605)

Cabeza de estudio, cuadro de Mariano Fortuny. – Heredero de un nombre ilustre entre los más grandes de la moderna pintura española, el autor de ese lienzo ha sabido honrarlo siguiendo las huellas de su célebre y malogrado padre. Mariano Fortuny (hijo), más conocido quizás en el extranjero que en España, une á un buen espíritu de observación, un perfecto dominio de la técnica, que se manifiesta en la corrección de su dibujo y en la firmeza de su pincelada. Estas cualidades se admiran en la obra que reproducimos y que nos cautiva, así por la expresión del rostro como por la soltura y valentía con que en ella ha sabido el pintor vencer las no pocas dificultades que él mismo parece haberse complacido en acumular.

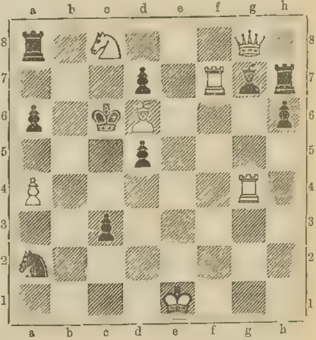
* * *

El arco iris, cuadro de M. I. Hunter. – Ese notable lienzo de la celebrada pintora inglesa es un hermoso himno á la esperanza. La artista, dirigiéndose á todos los que sufren, personificados en los dos personajes doloridos de su obra, parece decirles: «No desmayéis, que del mismo modo que el arco iris surge entre nubes después de la tempestad, brillará algún día en vuestra triste existencia un rayo de luz que disipará las sombras que hoy la ennegrecen.» ¡Dichosos quienes logren que esa idea penetre y arraigue en su espíritu! ¡Más dichosos aún quienes hallen fortaleza y consuelo poniendo el pensamiento y el corazón en una vida ultraterrena!

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 478, POR V. MARÍN

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 477, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. d2–d3	1. c6×d5
2. Db4–d2	1. Cualquiera.
3. P, C ó D mate.	

VARIANTE

1...... Re5×d5; 2. Ch4–f3, etc.

y sentándose después a la mesa

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Llegaban á la mitad de la partida, cuando la joven exclamó de pronto:

—¡Mala jugada es esa que ha hecho usted ahora, tío! Le costará seguramente la partida.

—¡Ah! Dispensa, no quería jugar eso..., permíteme rectificar...

—¡No, no!, interrumpió la joven; pieza tocada, pieza jugada. No puedo consentir estas correcciones.

Aunque Job pretendía siempre tener derecho de cambiar una jugada, negábase á reconocerle en los demás; y esta aplicación práctica de sus propias leyes contra él mismo, hízole exclamar con impaciencia:

—Eres muy severa esta noche, Susana.

Hasta entonces la joven le había hecho concesiones, pero aquella vez quiso que se observaran estrictamente las reglas, y aunque se sonreía, no cedió de su derecho.

Job extrañó un poco aquel proceder, y después se amostazó; pero como pretendía ser muy exigente en cuanto á las reglas del juego, su amor propio no le permitió apelar á la generosidad de su antagonista.

—Ya le anuncié á usted que mi ánimo era ganar esta noche, dijo la joven haciendo otra buena jugada. Ahora me quedan dos peones, y los dos pasados, sin que usted lo pueda impedir; de modo que tendré dos reinas y he de ganar forzosamente.

Job, silencioso y con las cejas contraídas, parecía buscar algún ardid de los aprendidos en la práctica de muchos años para contrarrestar las fuerzas de su antagonista ó hacer la partida á tablas, si hallaba algún medio de conseguirlo.

El ardimiento de los jugadores atrajo al fin la atención de Miguel, y separó la vista de su diario para observar la marcha de la partida. Entonces vió que su padre oprimía los labios y que vacilaba mucho en las jugadas, mientras que su contrincante parecía muy satisfecha de sí misma. En aquel momento admiró más que nunca su belleza, y hubiera dado cuanto poseía en el mundo por estrecharla entre sus brazos.

Su corazón latió más apresurado y hubo de hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no acercar la silla y decir su parecer sobre la jugada que la joven vacilaba en hacer.

Al fin optó por dar un jaque, y con dos ó tres jugadas más derrotó á su contrario.

Job retiró á un lado el tablero con impaciencia.

—Si yo no hubiera hecho aquella falsa jugada, murmuró, no habrías ganado la partida, Susana.

—Pero como al fin la hizo usted, ha perdido, y por lo tanto, vengan mis diez céntimos.

La joven se reía al decir esto, y sobre todo al observar la expresión de su tío, tanto que á pesar de su propósito de mantenerse grave, Miguel se rió también.

—No somos bastante fuertes para ella, padre, dijo, y por lo tanto, mejor será que no prosiga usted.

Job registró sus bolsillos.

—¿No tienes ahí alguna moneda de diez céntimos, Miguel?, preguntó.

Los dos jóvenes volvieron á reirse al oir esto, porque era lo acostumbrado cuando Job perdía. Miguel pagó al punto y su padre pidió la pipa para consolarse de la derrota.

Susana se levantó al punto, fué á coger la pipa y encendióla, no sin algún recelo, porque sabía que á Miguel le disgustaba que hiciera esto, y después diósela á su tutor.

—Gracias, muchacha, dijo el anciano; eres muy amable, pero te repetiré que á no ser por aquella jugada, hubieras perdido la partida.

—Vamos, contestó la joven, bien puede usted tolerar una derrota, puesto que generalmente no le gano más que una partida de cada diez, y además estoy segura de que se vengará usted cuando volvamos á jugar, añadió mientras se ponía el sombrero delante de un espejo. Ahora debo marcharme.

—La acompañaré á usted, dijo Miguel dejando su diario y levantándose.

—No es necesario que usted se moleste, pues conozco el camino bastante bien y nada tengo que temer.

La joven no le había contestado así nunca, ni con aquel tono, que parecía revelar disgusto.

—Será más satisfactorio para *nosotros* que usted me permita acompañarla hasta su casa.

Su acento era tan frío y sus palabras tan mesuradas como si hubiese hablado con una persona desconocida.

—En ese caso, contestó Susana, puede usted venir si gusta; pero la molestia es inútil.

Miguel no contestó; fué á buscar su sombrero y su bastón, llamó al perro, que acudió ladrando y saltando, y esperó en la puerta á la joven, que se despidió de Job, prometiéndole volver pronto.

—Ven aquí, Ted, dijo alegremente al perro, que después de acercarse emprendió una carrera; mientras que ella seguía andando y llamaba al perro á cada instante para acariciarle, sin dirigir la palabra á Miguel. Este último arregló su paso al de su compañera, sin tratar tampoco de romper el silencio.

Así salieron de la pequeña calle, y un momento después llegaban al camino, cuyo suelo brillaba á la luz de la luna, proyectándose en él las sombras de los árboles, que trazaban fantásticas formas.

—Atravesaré el prado, dijo de pronto la joven, porque así acortaré camino.

Miguel notó que su compañera usaba el singular, como para demostrarle que le era indiferente su compañía.

Era necesario saltar sobre un pequeño arroyo, y Miguel ofreció á Susana la mano; mas ella, sin hacer aprecio, pasó de un brinco al otro lado, dejando ver dos diminutos pies.

Miguel la siguió, entonando una antigua balada rústica muy conocida en los campos, una de cuyas estrofas decía:

Era linda la doncella,
Y al fin dió su corazón
A quien menos merecía
Las primicias de su amor.

Al fin llegaron á la puerta de la granja, donde aún había luz en el interior, porque Sara esperaba á su prima.

—Me parece que es demasiado tarde para invitarle á usted á entrar, dijo Susana con marcada indiferencia y como quien hace un cumplido sin esperar que se conteste con una afirmativa.

—Así lo creo, contestó Miguel.

Siguióse una pausa, y hubiérase dicho que los dos jóvenes querían decir alguna cosa más y no se atrevían; mas al fin Susana añadió:

—Pues entonces, réstame sólo darle las buenas noches.

—Está muy bien; buenas noches tenga usted.

Susana puso su mano sobre el pestillo de la puerta; pero de pronto dió media vuelta. Miguel perma-

necía inmóvil, y la luz de la luna se reflejaba en su rostro de expresión serena.

—Es usted muy adusto, Miguel, dijo; no me ha dicho usted una palabra en todo el camino.

—Tampoco usted me ha mirado á mí una sola vez, y pensé que era usted demasiado feliz con sus pensamientos para que le importase lo que yo pudiera decirle.

—Podía usted haberme preguntado por la vaca, repuso la joven buscando algún motivo para acusar á Miguel.

—Ya sabía yo que estaba mejor, replicó el joven riéndose casi de su absurda posición.

Esto era demasiado para Susana, y dejóse llevar de su cólera.

—Es usted tan insultante como adusto, exclamó. ¡Dios compadezca á la mujer que se case con usted!

Miguel extendió su brazo y apoderóse de una mano de la joven.

—¿Quiere usted casarse conmigo para convencerse de lo contrario?

—No.

Y desechando la mano del joven, entró en la casa.

Miguel continuó en el mismo sitio hasta que la puerta se hubo cerrado, y llamando después al perro se dirigió á su casa lentamente. Sin duda se había mostrado adusto con la joven, aunque sólo con el objeto de hacerla comprender que sabía obedecer su voluntad sin oponer resistencia, y que se sometería á todo por el amor que profesaba á Susana. Esta última, en cambio, había sido cruel, y no contenta con esto, parecía que deseaba poner término á toda relación con su pretendiente. ¿Qué podía hacer él en este caso? «Yo le castigaré por su impertinencia,» había dicho la joven al entrar en su casa y cerrando la puerta violentamente.

Sara levantó la cabeza para mirar á su prima, y al verla desvanecióse su esperanza de que se reconciliase con Miguel.

VI

LAS MEDITACIONES DE SUSANA

Al día siguiente de su visita al tío Job, Susana salió bastante temprano para ver á los segadores comenzar sus faenas. Había llovido durante la noche, y así del río como de los campos elevábase una neblina de color blanquizco que los rayos del sol no podían penetrar aún; la hierba estaba muy húmeda y sería necesario varear mucho el heno antes de que se pudiera trasladarlo á la granja.

Cuando Susana llegó al prado, todo estaba tranquilo; en aquella hora de la mañana, el campo era verdaderamente delicioso; acá y allá, las florecillas esmaltaban el césped, y en algunos campos abundaban tanto las amapolas, que parecían cubiertos de una brillante alfombra de color rojo. El ganado estaba tranquilo, como si esperase alguna cosa después del silencio.

Sin embargo, muy pronto se interrumpió aquella quietud: el tordo dejó oir su alegre grito, y como si este hubiera sido alguna señal, otras muchas avecillas de distintas especies comenzaron á trinar, saludando la luz del día. Después se oyó el mugido de las vacas; las gallinas salieron de sus corrales, cacareando ruidosamente, y los gallos cantaron con sus notas más altas, oyéndose de vez en cuando el ladrido de algún perro.

Cuando Susana volvió á la casa para almorzar, poco después de las ocho de la mañana, los rayos del sol habían desvanecido ya la niebla en parte. La joven, avanzando lentamente, con la cabeza baja, parecía muy meditabunda, y hubiérase dicho que la preocupaba algún asunto muy importante. De este modo atravesó el huerto, dió vuelta á la casa en vez de entrar directamente, y permaneció en la puerta, mirando atentamente el camino.

En la dirección del pueblo, y como si saliera de éste, divisó un hombrecillo que avanzaba á paso corto, aunque ligero, sirviéndose de una especie de cayado para apoyarse; en la mano izquierda llevaba un paquete de cartas y diarios, y de sus hombros pendía un saco de cuero. Vestía un levitín corto, desabrochado por delante, como para dejar que penetrase el aire; pantalón algo raído, remangado sobre el pie, borceguíes muy ordinarios y sombrero de pico. En la boca llevaba una pipa corta de arcilla negra, que así como el báculo habían sido sus compañeros inseparables durante muchos años.

Aquel hombre era Zacarías Rowe, el cartero rural; desempeñaba estas funciones hacía treinta años, y había sido siempre puntual y activo, según se complacía en consignarlo á cada momento. Su trabajo aumentó á medida que la población se acrecentaba; mas no por esto fueron mayores sus honorarios, y muy á menudo amenazaba con renunciar su cargo. El buen hombre, un poco dado á la política, pretendía ser radical, y se podía contar con él como un celoso agente para organizar cualquier *meeting*. Estaba muy al corriente de las quiebras y de la alza ó baja de los fondos, y por tal concepto considerábasele como una autoridad, lo cual no impedía que muchos se riesen de las opiniones del buen cartero, por más que les divirtiera su conversación.

—¡Hola, Zacarías!, exclamó Susana cuando el hombre estuvo bastante cerca. ¿Hay alguna cosa para mí?

—Sí, señorita, contestó el cartero retirando su pipa de la boca y poniendo su báculo debajo del brazo, mientras examinaba las cartas y papeles que tenía en la mano. Traigo aquí un periódico y tres cartas, dos del pueblo y una de no sé quién.

Zacarías consideraba como un deber decir á los interesados de dónde procedían las cartas para ellos, y para él era causa de enojo el recibir correspondencia que no llegase por las vías oficiales, porque entonces no podía saber siempre el punto de partida de las cartas.

—Aquí no veo más que dos cartas y el periódico, dijo Susana.

—Aquí tengo la otra, señorita, contestó el cartero revolviendo entre sus dedos la misiva, y no puedo decir de dónde viene.

Susana miró el sobre y también quedó algo perpleja, porque no reconoció el sobreescrito; mas al fin abrió la carta é hizo un ademán de sorpresa.

—¡Es de la Abadía de Walton!, exclamó.

—¡Ah!, murmuró el cartero, la envían á Londres y después la dirigen aquí... Mas hubiera valido entregármela desde luego.

Y Zacarías, volviendo á embocar la pipa, se alejó al mismo paso, muy satisfecho de saber de dónde procedía la carta.

Susana estaba muy perpleja: si la misiva hubiera sido de Tomás Walton, no la habría extrañado, porque el joven tenía bastante audacia para escribirla; pero vió que era de su hermana mayor, á quien no conocía más que de haberla saludado una ó dos veces. La señorita Walton, aunque nieta de un concejal de la ciudad de Londres, mostrábase tan afable y condescendiente con todos los labradores, sus esposas é hijas, que éstos se consideraban iguales á ella, sin reconocer ninguna superioridad.

La carta estaba concebida en estos términos:

Abadía de Walton, viernes 13 junio.

«Mi querida señorita Holt: Vamos á recibir aquí algunos amigos el martes próximo á la una; si hace buen día, iremos á merendar á las ruinas de la antigua abadía; y si el tiempo no lo permite, lo haremos en casa, divirtiéndonos como mejor se pueda. El señor Montague Lewis ha prometido asistir si su salud se lo permite, y también el vicario y la señorita Arnold. ¿Quiere usted honrarnos, acompañada de la señorita Hodsall? Mi hermano Tomás habría sido el portador de la presente, mas por desgracia le aqueja una luxación y no puede andar ahora.

»Es de usted muy afectísima

»*Isabel Walton*.»

«P. S. Mi madre envía á usted sus afectos y me dice que se alegraría mucho de ver á ustedes.»

El primer impulso de Susana fué rasgar la epístola y no pensar más en ella; parecíale vulgar y pensó que su afectado estilo de superioridad era un insulto. Las señoritas de Walton significaban para ella muy poca cosa, y en aquel momento las aborrecía. Tocaban un poco el piano, y engreídas por haber estado diez ó doce meses en un colegio de Bolonia y quince días en París, jactábanse de ser mujeres á la moda; mas todo el mundo sabía que no habían hecho nunca nada útil en su vida, y que solamente pensaban en lucir sus trajes con la esperanza de llamar la atención de algún hombre elegible que prefiere un ventajoso enlace. Hasta decíase que la señorita Walton había puesto los ojos en el Sr. Montague Lewis, que, si bien de avanzada edad, era muy rico. Aparentaban disfrutar de una buena posición, mas eran casi insolventes. La hija menor, Carolina, después de ver frustradas muchas veces sus esperanzas de encontrar un esposo rico, había fijado al fin su pensamiento en la granja de Marshstead, como si Miguel Hazell hubiera podido pensar nunca admitir por esposa á semejante muñeca.

Susana tenía ya mucha prevención contra aquella familia, pero fué mayor al pensar que Carolina Walton pudiese tener pretensiones de casarse con Miguel. Era posible que el joven, así como otros, se prendara de un vestido elegante, de una dulce sonrisa y de la apariencia de una educación superior; pero Susana estaba segura de que Miguel no pensaba en aquellas damas, y sobre todo que no le agradaría que accediese á su invitación, porque naturalmente debía ver en la casa á Tomás Walton, que bien mirado era el mejor de la familia.

De pronto le ocurrió una idea feliz: tenía en su mano el medio de vengarse de la aparente indiferencia de Miguel y desistió de rasgar la carta.

Después de dar algunas vueltas debajo de los manzanos, como para meditar su plan, encaminóse hacia la casa: Sara esperaba á la puerta.

—Ya iba á salir, dijo la joven, para preguntarte si querías almorzar, pues son más de las ocho y media.

—Lee eso, repuso Susana presentando la carta á su amiga y sentándose después á la mesa para almorzar.

Cuando Sara hubo leído la invitación, con la calma que manifestaba en todos sus actos, dejó la misiva sobre la mesa.

—Supongo que contestarás negativamente, dijo.

—Pues yo supongo todo lo contrario, contestó Susana jugando con su tenedor y complaciéndose al parecer en la sorpresa de su prima.

—Yo creí, replicó Sara, que hacías poco aprecio de los Walton.

—¿Y qué tiene que ver eso con la invitación?

—Es que con frecuencia te oí decir que había en el mundo bastantes personas y cosas agradables para poder abstenerse de tratar con las que no lo son.

—Pero has de saber que esa carta me complace mucho ahora.

—¿Y cuándo has cambiado de modo de pensar en cuanto á esa gente?

—Yo no he dicho que he cambiado.

—¿Pues qué satisfacción esperas?

—La de contrariar á Miguel y enojarle. Cuando sepa que he visitado esa familia se incomodará, y precisamente por eso quiero ir; de modo que voy á contestar á la invitación en nombre de las dos.

Bien fuera por su costumbre de acceder á todos los deseos ó caprichos de su prima, ó ya porque la satisficiese aquella manera de proceder, Sara no dijo nada más, con tanto mayor motivo cuanto que sabía muy bien que cuando la joven se empeñaba en alguna cosa era inútil en tratar de hacerla desistir.

Después de almorzar, Susana fué á sentarse á su mesa escritorio y contestó con la más rigurosa cortesía á las señoritas de Walton, aceptando la invitación. Deleitábase ya con la idea de irritar á Miguel, y sonreíase al pensar en las severas cosas que diría en el caso de atreverse á expresar su pensamiento. Esto le serviría de lección para no echarla de indiferente otra vez.

VII

LA DIPLOMACIA DE TOMÁS

Si Susana hubiese sabido de qué manejos debió valerse Tomás Walton para que se la dirigiese la invitación que acababa de recibir, seguramente no la hubiera aceptado.

Parecía ser convenio tácito entre las señoritas de Walton que no se debía permitir á su hermano Tomás contraer matrimonio hasta que todas ellas fueran prometidas y estuviesen próximas á cambiar de estado. Nada podían esperar de los bienes de su padre, pero cada cual había recibido quinientos duros de un legado de su abuelo y tenían muy buen cuidado de no distraer un céntimo de esta suma, aunque se hallasen muy apuradas. Generalmente creíase, sin embargo, que disfrutaban de una regular fortuna, y como esta suposición les era muy favorable, hacían lo posible para confirmarla.

Sabían que en el caso de casarse Tomás, su esposa querría naturalmente ser dueña de la casa, lo cual las obligaría á buscar otra; y en su consecuencia se convino en no perdonar medio alguno para evitar semejante cambio de situación. Tomás, por su parte, viendo que le bastaba amenazar con casarse pronto para obtener dinero y continuar sus diversiones, sin cuidarse de ninguna otra cosa, no pensaba por el pronto oponerse á semejante estado de cosas.

En su consecuencia, aunque se hacían grandes esfuerzos para atraer á la casa de Walton á los jóvenes de buena posición, teníase mucho reparo en invitar á señoritas por temor de que su hermano se enamorase de alguna.

Tomás se reía de todo esto, dejando á sus hermanas obrar como mejor les pareciese; la menor de ellas, Carolina, era la única que merecía su confianza, y á la cual comunicaba algunas veces sus secretos, sabiendo que podía contar con su reserva; y gracias á Carolina pudo más de una vez pagar sus deudas sin que se promoviese una cuestión en la casa.

La hermana mayor, Isabel, era para Tomás casi una pesadilla.

«Siempre está murmurando y reprendiéndome, decía á Carolina, y es una de las cosas que más me importunan, aunque comprenda que se me quiera aconsejar bien. Mas le valiera atender sus propios asuntos y dejarme á mí en paz. Con su genio, difícil será que se case nunca. Creo que si ella me aconsejara ir á las carreras, por las cuales deliro, esto sería suficiente para que me abstuviese.

El carácter de Walton era una mezcla singular de egoísmo, debilidad y sentimientos generosos.

Susana le había comprendido muy bien, y no sin razón pensaba que si Tomás hubiese creído que ella estaba comprometida con Hazell, hubiera renunciado desde luego á su amor para evitar toda molestia ó disgusto. Sin embargo, desde el momento que Miguel le dijo que las probabilidades eran iguales para ambos, Walton no quería ceder en su aspiración, tanto más cuanto que se trataba de obtener la mano de la joven más rica y hermosa del distrito, y en realidad la única que había llamado la atención de Walton.

Cuando oyó hablar de la partida de campo propuesta por sus hermanas, juzgó que la ocasión no podía ser más oportuna para pasar todo un día con Susana y presentarla á la familia; pero debía proceder con mucha cautela para asegurar la invitación.

Echado en una hamaca, tendido entre dos árboles en el prado, Tomás fumaba tranquilamente, y á su lado, sentada en una silla de hierro, Carolina leía una novela, mientras que el perro dormitaba sobre el césped, profiriendo de vez en cuando un gruñido como para recordar su presencia.

Sacudiendo de pronto su pipa, Tomás comenzó á rellenarla de nuevo, y dijo de pronto con aire de indiferencia:

—Supongo que mientras vosotras tres vais á divertiros yo deberé estar aburriendome aquí, sin que se me permita invitar á nadie.

—¿Y á quien habías de invitar?, preguntó Carolina.

—¡A Belcebú!

—Me parece que nos agradaría la presencia de ese caballero, contestó la joven sonriéndose; pero ya sabes, Tomás, que por mi parte puedes invitar á quien quieras.

—Pues suponte que yo quisiera invitar á dos damas...

—¡Oh! Eso es muy distinto.

—Sí, ya comprendo, puedo invitar á cualquiera, con tal que no use faldas.

—No digas tonterías, Tomás.

—No seas tú tonta, Carolina, si puedes evitarlo. Ya sabes que yo comprendo bien los asuntos de la casa; pero como la señorita Holt ha de venir aquí un día ú otro, quisiera que fuese cuando se la puede ofrecer alguna distracción, y para ello tengo una razón personal.

—¿Qué quieres decir, Tomás?, repuso Carolina, dejando caer el libro y mirando á su hermano fijamente.

—No te asustes, dijo Tomás, pues la señorita Holt no tiene nada que ver conmigo, solamente se trata de venderla mi caballo, pues yo sé que necesita uno.

Esto era mentira; pero á Walton le pareció que la excusa era muy buena, y en su concepto, esto le sinceraba de faltar á la verdad.

—Será necesario que hables sobre eso á Elisa, replicó Carolina; y ahora mismo iré á llamarla.

Así diciendo, la joven se levantó y dirigióse á la casa.

Un momento después, Tomás vió llegar á su hermana mayor, mujer de treinta y dos años, de rostro pálido y facciones muy pronunciadas. Llevaba vestido negro de seda, y por único adorno un lazo de cinta en el cuello. La señorita Walton tenía por costumbre estar siempre preparada á recibir visitas, sin que por eso descuidase un momento los quehaceres de la casa. Cuando no esperaba á nadie, oíase á cada momento su voz chillona por todas partes, pareciendo que la complaciese reñir, con razón ó sin ella.

Se mostró muy severa con Tomás por su proposición de invitar á personas extrañas, cuando realmente se trataba de reunir á los amigos íntimos.

—Muy bien, contestó el hermano con la mayor indiferencia, llevaré el caballo á la granja para que le vea allí la señorita Holt.

Esto pareció muy inconveniente á Elisa.

—¿Has ido allí antes?, preguntó suavizando su tono.

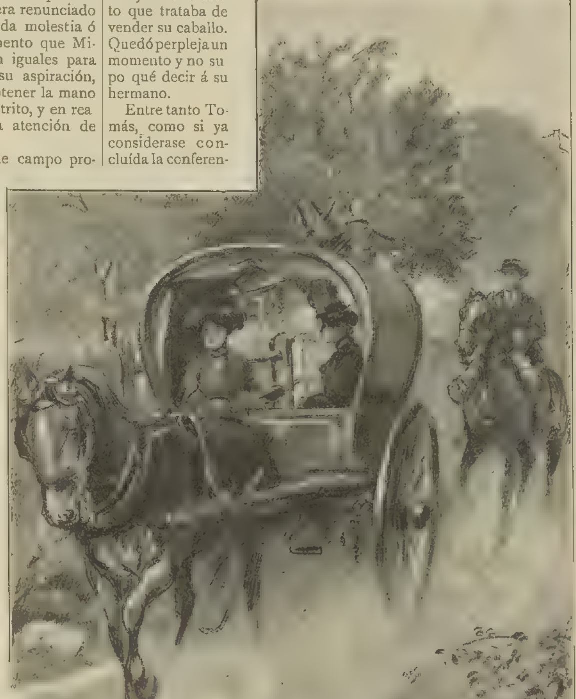
—¡Es claro!

—¿Muy á menudo?

—Sí; siempre que iba á pescar.

Esta noticia desagradó mucho á la señorita Walton, quien no comprendía que se hiciese nada sin saberlo ella; y se preguntó si Tomás estaría ya enamorado de la joven y si sería cierto que trataba de vender su caballo. Quedó perpleja un momento y no supo qué decir á su hermano.

Entre tanto Tomás, como si ya considerase concluída la conferencia, dió media vuelta en la hamaca y llamó á su perro para acariciarle, sin hacer más caso de su hermana.



Miguel seguía al vehículo bastante próximo

—Muy bien, Tomás, dijo al fin la hermana mayor, enviaré una invitación á la señorita Holt; pero ya sabes que no pertenece á nuestra sociedad...

—Pues no escribas, interrumpió Walton con impaciencia. Si fuera un hombre, creo que no repararías tanto; pero, en fin, no hablemos más de ello.

—La invitaré, puesto que es de tu agrado.

—Pues entonces acuérdate que has de invitar también á su prima, la señorita Hodsoll, pues ya sabes que siempre van juntas.

¡Otra mujer! Esto era demasiado para la señorita Walton; pero vió que Tomás estaba en uno de sus ratos de mal humor y juzgó más conveniente no contrariarle.

Walton se rió del buen éxito de su estratagema, y aunque á sus hermanas les disgustase mucho acceder, desearon que llegase un momento que se presentase la señorita Holt para ver qué sucedería.

VIII

LA ABADÍA DE WALTON

Los temores de las señoritas de Walton confirmáronse el día en que se efectuó la jira campestre. Tomás no se había restablecido de los efectos de su luxación; mas no se le pudo inducir á que no se esforzara para andar; empeñóse en acompañar á los convidados y de nada sirvieron las advertencias de su madre, quien le aseguró que la salida podría tener para él malas consecuencias, haciendo tal vez necesaria una amputación.

La señora Walton era una mujer pequeña y regordeta, de carácter muy afable; tenía por costumbre obedecer á sus hijas, dejándose guiar por ellas; y no por eso dejaba de darles lecciones, recordándolas cómo deben conducirse las personas en la alta sociedad, y hablando continuamente de su juventud.

—Pensad, hijas mías, decíales con frecuencia, que mi querido papá hubiera llegado á ser corregidor de Londres si hubiese vivido dos años más; y que una vez llegado á tal alto puesto, habría tenido seguro el título de barón. ¡Bien se lo merecía por sus largos servicios!

Al decir esto, la buena señora Walton hacía con orgullo los más pomposos elogios de su padre, que á pesar de todo no había pasado de ser concejal. Tomás no se dignaba siquiera escuchar; pero sus hermanas estaban engreídas con la idea de ser hijas de un hombre que hubiera podido llegar á ser barón.

El día señalado para la partida campestre fué de mucho movimiento para la casa de Walton. El Sr. Montague Lewis se presentó á pesar de su indisposición; hizo sus cumplidos á todas las señoritas, sobre todo á la hermana mayor, y creyóse que se mostraba en particular atento con esta última. Tomás no hizo aprecio de este personaje, ni tampoco de dos jóvenes caballeros que llegaron poco después; estaba asomado á la ventana, esperando á la señorita Holt, y apenas la divisó á lo lejos deslizóse fuera de la habitación para ir á recibir á Susana en la puerta.

Ofreció su mano á la joven para que se apease de la tartana en que iba; pero la señorita Holt, rehusando el auxilio, saltó á tierra ligeramente; Sara, más amable, aceptó el servicio. En aquel mismo instante llegó Miguel Hazell.

Esta fué una sorpresa para Walton, pues ignoraba que se hubiese invitado á su rival; mas al punto comprendió que su hermana mayor, Elisa, se había valido de aquel medio para evitar compromisos. Aunque nada dijo, hubiérase podido reconocer por la expresión de su rostro cuánto le enojaba aquel contratiempo.

También á Susana le sorprendió la llegada de Miguel; pero en cierto modo le complació, porque así podría ver cómo toleraba su castigo; y por otra parte, el joven no podría criticar su visita á los Walton, puesto que él iba también.

No se la ocurrió que había aceptado la invitación solamente porque Sara le advirtió que su prima iba también.

—¡Hola, Hazell!, exclamó Walton, no sabía yo que usted vendría; pero de todos modos me alegro verle.

Tomás creyó necesario este recibimiento cordial, aunque sólo fuese para demostrar á Susana su liberalidad.

Hazell aceptó la bienvenida en lo que valía, pero también quiso hacer ver á Susana que no era rencoroso y estrechó la mano de Walton con la cordialidad del hombre que olvida las cosas triviales cuando se trata de un día de diversión.

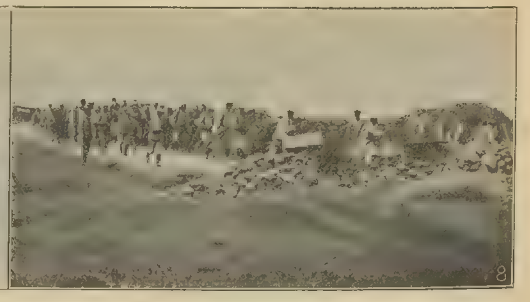
Susana habló con cierta indiferencia á Miguel, mostrándose muy risueña con Walton cuando éste la acompañó al salón.

Miguel y Sara iban detrás, y esta última dijo en voz baja á su compañero:

—¡Es usted un tonto, Miguel!

—A fé mía comienzo á creer que tiene usted razón, contestó el joven, pues no puedo separarme de Susana, aunque veo que ella no hace de mí el menor caso.

(Se continuará.)



LOS SUCESOS DE MARRUECOS. – EN ORÁN. – 1. El general Liautey revistando á los oficiales del batallón de tiradores argelinos antes de embarcarse para Casablanca. – 2. Embarque de los escuadrones de *goumiers* para Casablanca. (De fotografías de C. Trampus). – EN CASABLANCA. 3. Soldados de la legión extranjera llevando á la ambulancia á un compañero herido. – 4. Prisioneros moros conducidos al consulado francés. – 5. Artillería francesa. – 6. Campamento de tiradores argelinos. (De fotografías de Rittwagen). – 7 y 8. En el campamento español durante el combate del 28 de agosto. (De fotografías de un corresponsal)

DE MARRUECOS

La cuestión marroquí se va complicando de día en día y la pública atención está pendiente, no sólo de los sucesos que se desarrollan en Casablanca, sino también de las resoluciones de los gobiernos de París y de Madrid y de lo que acerca de ellas se opina en las demás cortes europeas.

Los cabileños perseveran en sus ataques contra el campamento francés, y los combates librados el 28 de agosto y el 3 del corriente, mucho más importantes que todos los anteriores, demuestran, de una parte, que reciben constantes refuerzos de las tribus del interior, entre las cuales no cesan los santones de predicar la guerra santa y que no les faltan buenas armas y abundantes municiones, y de otra, que la experiencia les ha hecho rectificar la imprudente táctica de los primeros días. Y esto último es tan cierto, que en la jornada del 28 pusieron en grave aprieto á las fuerzas francesas, las cuales á duras penas pudieron evitar el ser copadas y hubieron de retirarse, no sin sufrir algunas sensibles bajas, entre ellas el comandante de la legión extranjera Prevost.

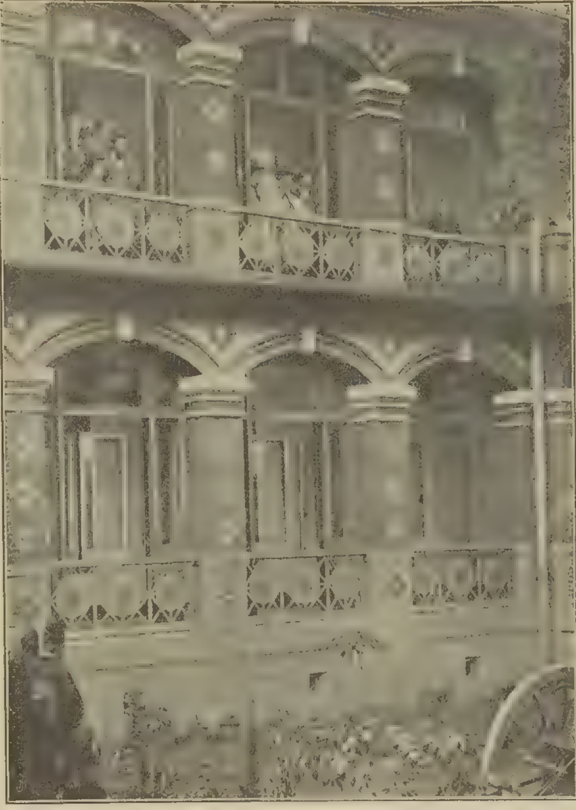
Las tropas españolas han abandonado la ciudad y se han establecido en un campamento para coadyuvar, en caso necesario, á la acción de los franceses; hasta el presente no han entrado formalmente en combate, pero desde sus trincheras han tenido que sostener algunos tiroteos contra los rebeldes y que apercibirse, en alguna ocasión, como en la batalla del 28, para tomar parte activa en la lucha.

El gobierno francés, comprendiendo que á la altura en que han llegado las cosas, no sólo no puede retroceder, sino ni si quiera mantenerse en el *statu quo*, envía de continuo al general Drude refuerzos desde Argel y Orán, y ha declarado estar dispuesto á enviar del continente todas las tropas que se crean necesarias para castigar de un modo decisivo á los cabileños, no esperando sus ataques, sino yendo á buscarlos á sus propios campamentos y aun más al interior, si es preciso.

De la conducta que piensa seguir el gobierno español nada se sabe, pues los ministros guardan impenetrable reserva. Por ahora prevalece la política de prudencia, que limita la acción de España al cumplimiento de los acuerdos de Algeciras; pero si la situación se agravase, no falta quien crea que nos veríamos obligados, en virtud de solemnes compromisos, á enviar á Africa un numeroso cuerpo expedicionario y á acompañar á los franceses en su aventura guerrera.

Las demás potencias hasta ahora dejan hacer á Francia, y aun es probable que no le opondrían obstáculo alguno aun cuando, unida á España, imprimiese mayor vigor á las operaciones. Pero ¿se mostrarían igualmente complacientes el día en que esas dos naciones trataran de compensarse de los sacrificios hechos en beneficio de todos? El acta de Algeciras, estableciendo como principios indiscutibles la integridad del imperio marroquí, bajo la soberanía del sultán, y el sistema de la puerta abierta sobre la base de la igualdad para todos los Estados, sería un arma poderosa en manos de quien quisiera impedir que Francia y España se aprovechasen de los resultados de la lucha, en caso de serles ésta favorable.

El pleito de los dos sultanes sigue en pie; ambos cuentan con fuertes partidos y mandan en importantes territorios, sin que, por ahora, pueda preverse de cuál de ellos será el triunfo definitivo.



Corea.—El golpe de estado de Seúl.—Última presentación en público del emperador dimisionario Yi-Hyeung (2); á su lado el nuevo emperador Yi-Syek (1): en otra ventana el príncipe heredero Yung-Tchin (3).
(De fotografía de Carlos Trampus.)

DE COREA

En el número 1.235 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta del golpe de estado realizado en Corea bajo la presión de los japoneses, que obligaron al emperador Yi Hyeung á dimitir en favor de su hijo, el príncipe Yi Syek, y al gobierno de éste á aceptar el protectorado del Japón.

El pueblo y el ejército coreanos se rebelaron, y durante algunos días las calles de Seúl fueron teatro de sangrientas luchas en las que los patriotas tuvieron cien muertos y más de doscientos heridos. Al fin la fuerza de las tropas japonesas se impuso, si bien dejando en el pecho de los vencidos un sedimento de odio que difícilmente se extinguirá y que en lo sucesivo hará muy difícil la tarea que el Japón se ha impuesto.

La interesante fotografía que adjunta reproducimos representa la última presentación en público del emperador destronado y la primera del nuevo soberano y de su hijo, el príncipe heredero.—R.

LOS REYES DE ESPAÑA EN FRANCIA

Sin ninguna ostentación, de riguroso incógnito, SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina D.ª Victoria, efectuaron hace algunos días una excursión por Francia. Salieron en la mañana del 21 de agosto último de San Sebastián en automóvil, y tomando en la frontera el sudexpreso, llegaron aquella misma tarde á Burdeos, siendo recibidos en la estación por el cónsul de España. Visitaron la ciudad, deteniéndose especialmente en los famosos subterráneos de la iglesia de San Miguel y en la Exposición Marítima, y por la noche asistieron al cinematógrafo instalado en ésta. En todas partes, al ser reconocidos, fueron aclamados por la muchedumbre que se agolpaba á su paso; sobre todo en la Exposición, en donde se había tenido noticia de la visita algunas horas antes, la recepción que se les hizo fué muy entusiasta.

A las ocho y media de la mañana siguiente, después de haber efectuado algunas compras en varios comercios, partieron en automóvil para Arcachón, en donde fueron objeto de un cariñoso recibimiento. Visitaron la *villa* Bellegarde, en donde residió la reina D.ª María Cristina con su madre, en 1879, y la *villa* Mónaco, que habitó D. Alfonso XII en aquel tiempo, cuando se concertó la boda de ambos, y de allí se dirigieron á Moulleau. Terminado el almuerzo, los reyes y su séquito se embarcaron en tres canoas automóviles y regresaron á Arcachón, saliendo poco después para Pau; allí pernoctaron y al día siguiente marcharon á Cauterets, en donde, después de almorzar, recibieron en el hotel en que se hospedaban á la colonia española y á las personas notables de la localidad. A las cuatro realizaron á pie una excursión al manantial de la Railliere y á las cinco tomaron nuevamente el automóvil. Después de un corto descanso en Tarbes, llegaron á Pau al anochecer.

El 24 por la mañana, el rey visitó la yeguada de Gelos, y luego, acompañado de la reina, el castillo de Enrique IV; á las once y media marcharon los soberanos á Biarritz, y á las cuatro de la tarde regresaron á San Sebastián.

SS. MM. han vuelto encantados de su excursión y muy satisfechos de las demostraciones de cariño y simpatía con que en todas partes han sido recibidos. Todas las poblaciones por donde han pasado han demostrado con sus ovaciones que para ellos no rezaba la circunstancia de viajar los reyes de incógnito; y éstos, alternando con el pueblo y conversando familiarmente con cuantas personas á ellos se acercaban, se conquistaron desde luego el afecto de todos.

Burdeos. — SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina D.ª Victoria á la puerta del «Hotel de France,» disponiéndose á partir en automóvil para Arcachón.

(De fotografía de Carlos Trampus.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 23 de septiembre de 1907 — Núm. 1.343

Parte central de un tríptico, **OMNIS CARO FŒNUM**, obra de Jerónimo Bosch (siglo xv) que se conserva en el Palacio real de Aranjuez y está expuesto actualmente en la Exposición del Toisón de Oro, de Brujas. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la velada conmemorativa que estos días ha consagrado la Coruña á la filántropa doña Concepción Arenal de García Carrasco, se ha agitado vivamente la cuestión de si el espíritu de esta señora tenía más de femenino que de masculino, y viceversa. Yo, en aquel momento, me planteaba el mismo problema; después, reflexionando detenidamente, he comprendido que se trata de una puerilidad. Los caracteres morales femeninos y masculinos son imposibles de determinar, y cambiantes y variables según circunstancias que no cabe prever. Es nuestra preocupación anterior la que presume de adivinarlos y definirlos, cuando realmente, si aislamos al individuo de las influencias externas, habremos aislado su verdadero carácter, ni femenino ni masculino, sino humano.

No creo mucho que digamos en la definición posible de la masculinidad moral. Es muy fácil hacerla *a posteriori:* la dificultad, en esto, sería el apriorismo. Para aclarar mi idea con un ejemplo, supongamos que, á la vuelta de muchos años, borrado, por un caso rarísimo, el recuerdo de la existencia y de las obras de doña Concepción Arenal, se descubriesen páginas sueltas de estas obras, ó un libro entero, anónimo. A no ser que en él, casualmente, la autora hiciese referencia á su sexo, ¿hay alguien que lo adivinase? Si desglosamos un capítulo del *Visitador del pobre*, por el barón de Gérando, y otro capítulo del *Visitador del pobre*, de doña Concepción Arenal, ¿será capaz el más pintado de decir cuál de ellos ha sido escrito por un varón y cuál por una hembra?

Sabiendo el nombre del autor de un libro, nada más sencillo y nada más lucido que decir que su sexo se refleja en esto, en lo otro, en lo de más allá. Así las supuestas profecías de Nostradamus, trazadas después de los acontecimientos á que se refieren, pudieron revelar extraordinaria perspicacia en el profeta. La crítica que se ejerce sobre lo ya conocido, tiene muchas probabilidades de acertar.

Hay cosas que, si las hiciésemos dos veces, y fuese posible, las haríamos enteramente al revés de como las hicimos la primera. Cuando yo empecé á escribir, recuerdo que me aconsejaron que adoptase un seudónimo masculino. Protesté, porque mi tendencia es siempre á la franqueza, á huir de todo disfraz. Hoy, pensándolo mejor, creo que me hubiese convenido mucho; el único inconveniente sería que jamás se consiguió guardar el secreto de un seudónimo literario, y menos cuando el escritor que lo usa ha obtenido notoriedad. El seudónimo, realmente, es como el antifaz de terciopelo negro: lejos de tapar la cara, la acusa: aviva la curiosidad y hace resaltar ciertos rasgos y facciones. Si en efecto el antifaz del seudónimo encubriese, envolviese á los escritores en bienhechora sombra, en un incógnito protector, no cabe duda: toda mujer que escribe debiera adoptar esa precaución, á fin de dar chasco á los que, adivinando *a posteriori*, reconocen en su estilo el sexo, que es como si lo reconociesen en el modo de jugar al tresillo, de confeccionar un plato de cocina, de trazar un plano ó de regar un arbusto.

Sin gran trabajo recontaríamos escritores varones de un estilo blando y dulce. Ahí está, verbigracia, Silvio Pellico. Ahí están... Tente, lengua, que iba á nombrar á contemporáneos, y nombrarles con tal motivo les sentaría como una ensalada de pepinos sin desangrar. Si es preciso dedicarse á definir en qué consiste la virilidad del estilo, yo diría que no es ni en las formas bruscas, rudas y ásperas, ni en la ordinariez, ni en el desenfado, ni en la aprestada osadía de las expresiones, ni en la libertad ó licencia de las palabras. Suponiendo que el estilo haya de aspirar á revestirse de un carácter viril, necesidad que no me parece demostrada, su virilidad me figuro que debe de consistir en su buena cepa, en su limpieza y firmeza, en su energía para expresar lo que se propone, en su marcha desembarazada y ágil hacia el objeto, en su cordura y equilibrio gramatical, en su amplitud generosa. Con esto del escribir ocurre á veces el mismo equívoco que con el hablar. Los mozalbetes recién salidos del cascarón piensan que no son *hombres* si no enfilan una ristra de interjecciones y pecados, y no fuman una apestosa tagarnina. Se puede hablar decorosamente, escribir delicadamente, y ser tan varón como mi abuelo, que esté en gloria.

Volviendo á la ilustre señora—á quien dedicó la Reunión de artesanos de la Coruña una velada que yo llamaría brillante si no me hubiese visto en el caso de tomar parte en ella y de presidirla,—no prescindiré de la mención que merece, ya que por un momento es la actualidad, es vida contemporánea. Frecuentemente, con sobrado disgusto, me encuentro compelida á bosquejar aquí impresiones de horror, producto del creciente desate de la baja criminalidad, del incremento de ciertos actos feroces á los cuales el inocente público ha dado en aplicar el poético nombre de *crímenes pasionales.* La crónica se regocija de poder alguna vez agitar sus cascabeles de plata en honor del bien. Y doña Concepción Arenal no se limitó á practicar el bien; lo predicó toda su vida. Ya sé que invierto el orden retórico: suele decirse lo contrario, y conceder más alto valor á la práctica que á la predicación y propaganda; mas yo, teniendo por errónea esta manera de entender el asunto, á vuelvo del revés para que quede cada cosa en su lugar. En efecto, por mucho que estimemos las virtudes privadas, domésticas y silenciosas, no podremos negar lo reducido de su radio de acción. Tampoco habremos de desconocer que el número de personas que en privado practican el bien, es bastante mayor, al menos en España, que el de las que lo propagan con el libro y el artículo. Infinidad de señoras se dedican á la beneficencia; todos las conocemos, y las estimamos mucho particularmente, sin creer que sus virtudes irradien fuera de su casa y familia, si es que á tanto llegan, que miles de veces no llegan ni á tanto. El ejercicio de la beneficencia es, ¿quién lo discute?, una noble ocupación y un excelente ejemplo; pero circunscrito al estrecho límite de un hogar, ni aun es ejemplo, porque rara vez las familias se moldean en lo que ven hacer á uno de sus individuos, sobre todo si se trata de obras de caridad: á lo sumo, cuando las familias son buenas, perdonan la inofensiva manía. La beneficencia social empieza en el espíritu de asociación, y llega á su cima en el espíritu de propaganda y de difusión de un ideal. Nótese que no hablo de la caridad: la caridad es el bien en grado heroico, es el amor puro, es la abnegación absoluta.

Así, no vacilo en repetir que doña Concepción Arenal hizo bien principalmente porque escribió; y no fué culpa suya, de positivo, si no hizo infinitamente mayor bien, como lo hubiese hecho en Inglaterra, donde se la leería infinitamente más. Ella dijo de sus libros que eran impresos, pero no leídos, y así es lo cierto; pocos lectores—relativamente—obtuvieron sus obras, no ya las de carácter doctrinal, como los *Estudios penitenciarios* y el *Ensayo sobre el derecho de gentes*, sino también las de carácter activo, de moral práctica, por decirlo así, como el *Visitador del pobre* y el *Visitador del preso.* La primera, no obstante, en opinión de algunos su mejor libro, y que ha conseguido numerosas ediciones y traducciones, ha hecho bien á proporción de lo que se ha leído: es la regla infalible para esta clase de libros, y la piedra de toque de su bondad: son buenos cuando son útiles, y son útiles cuando se difunden y propagan. Los escritos de Isabel Barret Brownieg, en Inglaterra, se midieron por esta medida; pero allí, cuando una obra acierta á herir las cuerdas del sentido moral y del espíritu activo de la raza, se despacha por millones de ejemplares, y determina hondos movimientos de opinión y fertiliza cosechas de hechos. Aquí, la gente sabe «distinguir.» «Esas cosas están perfectamente en los libros,» exclaman los prudentes meneando la cabeza. Y los indiferentes, encogiéndose de hombros, sonríen.

¿Cuál fué, exactamente, la propaganda de doña Concepción? En lo esencial, nada tuvo de innovadora ni mucho menos de revolucionaria: la ilustre escritora aceptó la sociedad tal cual la encontraba, en sus fundamentos y estructura: únicamente indicó la manera de que, sobre esa misma base y sirviéndose de esos mismos elementos ya existentes, se realizase el progreso moral, no tanto en la legislación como en la costumbre, en los procedimientos, mediante reformas de las que no traen perturbación ni repugnan al sentido general. Como una buena ama de casa, que entra en el domicilio, corrige los abusos, hace limpiar y barrer, establece la armonía, la paz y el orden, doña Concepción entra en la sociedad de su tiempo y señala los mil conceptos en que cabe, sin trastornarla, mejorarla, corregirla é introducir en ella mayor suma de espíritu cristiano y humanitario. Claro es que hablo del conjunto de la obra de doña Concepción, la cual es vasta y podrá encerrar pasajes aislados que contradigan mi aserto; pero en su totalidad no es sino lo que acabo de decir, y por lo mismo debiera haber sido mayor su dinamismo y eficacia, si aquí importasen las cuestiones sociales, que no importan.

En gran parte, la propaganda de doña Concepción Arenal se dirigió á obtener que en cárceles y presidios se tratase á presos y penados con dulzura y no con dureza. Opinaba doña Concepción que este buen trato á los delincuentes presuntos ó reconocidos, además de ser un deber moral, de cristiandad, es conveniente al mejoramiento de los presos, y conducente á su posible corrección. En lo cual la ilustre señora seguía las corrientes contemporáneas—al menos en lo primero, no sé si tanto en lo segundo,—y sustentaba un criterio á mi ver indiscutible: que la pena no puede ir más allá de la pena, ni extenderse á malos tratos, crueldades, penalidades y privaciones que no están en ella comprendidos. Si yo me atreviese á emitir una opinión propia en estas materias, que no forman parte de mis habituales lecturas, diría que la cárcel y el presidio, y el presidio sobre todo, no deben ser lugares de recreo, esparcimiento y descanso; pero que tampoco deben ser, en manera alguna, cloacas y pudrideros, ni las antiguas gurapas, ni las antiguas galeras, con las espaldas de los galeotes siempre ofrecidas al látigo del cómitre. Hay que evitar, en esto de las reformas, dos peligros igualmente graves: el de tratar á los penados como si no fuesen hombres, nuestros semejantes, nuestros prójimos, y el de tratarles como si fuesen hombres á quienes se debe honrar, distraer y complacer ingeniosamente. Herberto Spencer está en lo justo: sus ideas penitenciarias me agradan, por lo precisas y bien definidas, sobre todo en el capítulo que dedica á encarecer y explicar el por qué los penados, dentro de la penitenciaría, deben mantenerse de su trabajo personal, no siendo lícito al Estado sostenerles á expensas del contribuyente.

El problema es de actualidad completa, y han venido á prestársela mayor los sucesos de la Cárcel celular de Madrid. La prensa se ha enzarzado en viva polémica con tal motivo. Hay quien está por las reformas, quien está en contra de las reformas; el antiguo sistema se alza frente al nuevo, representado por Salillas. Me abstendré de terciar en la discusión: creo que en tales negocios no se puede dar dictamen des de afuera. Una cosa es manifestar la impresión que nos producen los libros, las ideas, y otra juzgar los hechos cuando no estamos perfectamente empapados de su desarrollo y antecedentes. Lo que me parece un error es identificar, como he leído en alguna parte, á la escuela antropológica con el pensamiento de doña Concepción Arenal. No hallo en los escritos de la eminente filántropa nada de común con los de Lombroso y Ferri. Hasta se me figura que, en el campo especial de estas ciencias, deben de representar tendencias muy distintas, y no sé si diga antagónicas.

El noble principio del libre arbitrio, de la responsabilidad, tiene en la señora Arenal una elocuente y convencida defensora. No sería ella quien condescendiese á reconocer que se pueden asestar diez ó doce puñaladas ó descargar los cinco tiros de un revólver «sin saber lo que se hace,» «impulsado por algo irresistible,» «á pesar suyo,» «involuntariamente,» «en un momento de ceguedad invencible» y otras pamplinas que nos embocan, por no decir claro: «Somos partidarios de que no se imponga á nadie ninguna pena por cosa ninguna,» lo cual, al menos, sería franco, y á la larga ocasionaría el establecimiento, en Europa, de la ley de Lynch, practicada por la superación de los Estados Unidos.

Emilia Pardo Bazán.

Los dos ancianos lleváronse la mano al sombrero

LA PRIMERA FALTA

D. Benito Urquiola, catedrático de Retórica y Poética en el Instituto, y D. Eladio Portuondo, administrador de la principal de Correos, volvían despaciosamente hacia la ciudad que bajo la negra amenaza de unos cerros se extendía á la derecha del camino.

Menguaba la luz. Un vientecillo mansurrón acariciaba los viejos y dulces rostros de los dos amigos, y trepaba á las copas de los altos álamos dorados por el sol agonizante. De no se sabía dónde venía sonar de esquilas. Súbito, en la lejanía izquierda, rasgó la paz del crepúsculo el pitido de un tren; luego se alzó y se agitó y se deshizo un penacho de humo en el cielo tranquilo. Los dos ancianos consultaron sus relojes.

—A su hora, dijo D. Eladio.

—Es verdad, contestó D. Benito.

Callaron.

Al poco rato sintieron tras de sí el ruido de un carruaje. Ambos se apartaron y por entre ellos pasó una berlina arrastrada por dos caballos pulidos y braceantes. Detrás de uno de los cristales, por sobre la corona de la portezuela, brilló breve un anillo de oro y floreció en la bruma del interior la blancura de un rostro. Los dos ancianos lleváronse la mano al sombrero, y á espaldas del coche—que andar de carroza mortuoria llevaba—se reunieron.

—¡Qué pálido va!, dijo D. Eladio.

—Sí; ¡pobrecillo! Tiene los días contados, contestó D. Benito.

Después, con brusca transición, volviendo á su compañero los ojillos maliciosos bajo la nieve de las cejas, continuó:

—¿Y qué? ¿No contesta la niña?

—No; hace mucho tiempo que no vienen cartas ni tarjetas de allá... Él sí, él sigue escribiendo puntualmente, cada dos días. ¡Y si viera usted que!..

Sobre ellos avanzaba el estrépito de un coche arrastrado por mulas de largo trote. Cascabeleaban los collerones; estallaban los fustazos y los gritos del cochero. En lo alto del coche se bamboleaban unas sacas repletas.

—¡Riá! ¡Riá, Güeyinos! ¡Riá, Perruca!..

Los dos viejos se apartaron, y de entre el polvo y el ruido salió una cabeza y luego una voz que gritó:

—¡Buenas tardes, D. Eladio! Hoy tenemos América.

Pasó el coche y luego otro y otros atestados de baúles, de sacos, de maletas y con caras pálidas y curiosas detrás de los cristales de las ventanillas.

D. Benito y D. Eladio se retiraron á uno de los paseos laterales y continuaron entre la gente que salía de la estación.

—¿Ha oído usted, D. Benito? Viene América. ¡Ya tenemos hasta las nueve de la noche, lo menos! No parece sino que medio Asturias está allí. ¿Quiere usted que andemos un poco más de prisa?

Tres años llevaba D. Eladio Portuondo de administrador en la Principal de Vetusta; los mismos que habían transcurrido desde su examen para pasar de oficial 1.° á jefe de Negociado y que fué una de las mayores emociones de su vida.

D. Eladio nació el año 45 de un matrimonio que tenía comercio en la calle Mayor. Su padre se batió en las avanzadas carlistas, y ya inválido, tajadas las dos piernas por una bala de cañón, dejó que su vida siguiera un curso pacífico; pero siempre por los senderos de la buena causa. Auxiliado por lejanos parientes, abrió una tienda de ornamentos religiosos. En el escaparate rebrillaban las falsas gemas en el metal de los cálices; pendían del techo los pesados borlones de oro, y las casullas se mantenían erguidas, como un oficiante que de espaldas al público ocultara pío sus manos. En la trastienda había un cuarto pequeño y obscuro, y allí se almacenaban hasta el techo paquetes de escapularios, de boinas, de guerreras y alguno que otro haz de fusiles. En aquel cuarto, y sentado en un viejo sillón de gutapercha, el Sr. Portuondo presidía reuniones misteriosas donde se leía el periódico oficial de D. Carlos, se discutían proyectos, se contaban y disponían pertrechos de guerra, y finalmente, á las doce de la noche, salían los contertulios alumbrados por un farolillo que sostenía Eladio y que prestaba lívidas claridades á las pardas capas y á los negros manteos. Abría el mozo la puerta de la calle y miraba á uno y otro sitio. Al fondo se recortaban las dos siluetas de la Casa de la Villa; un sereno salmodiaba las doce y media y las siluetas negras se perdían rápidamente camino de la Puerta del Sol.

Por estos carriles de romanticismo y de rectitud se deslizó la vida de Eladio y le hicieron un mozo enclenque y temeroso de Dios, llena de bondad y de ternura su alma. Leía novelas de aventuras y de bandolerismo, gustaba de las comedias de Eguílaz y más de una y de dos veces el maestro de escuela le sorprendió entre las hojas de una gramática latina poemas de Espronceda ó algún tomo de la «Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas.»

La Revolución pasó su espada de fuego sobre la familia Portuondo: el padre murió acuchillado en la trastienda, entre los fusiles y las boinas y los escapularios; la madre y el hijo se encontraron en la calle. Eladio luchó á mordiscos y á patadas con la miseria.

Cuando la patria recobró su perdida paz y se hundió para siempre una leyenda y una esperanza, Eladio consiguió un empleo de Correos. Comenzó para él la vida azarosa y pintoresca de los ambulantes; él estrenó alguno de esos vagones que hoy se pudren bajo el húmedo sueño de la hierba que los va cubriendo en alguna estación lejana y solitaria; viajó en galeras, y en un descarrilamiento atravesó á nado un río con la saca de valores declarados fuertemente abrazada.

Tuvo amores, los únicos amores de su vida; pero el sueldo no daba más que para mantener á una mujer y su madre vivía aún. Hubo de renunciar á la novia, y en el fondo de su alma católica y sentimental surgió la consciencia de que nunca había de pasear nietos suyos en las tardes de buen sol...

Entonces se entregó de lleno al cumplimiento de su deber. Leía atentamente los sobres, procuraba fijarse mucho antes de destinar una carta ó un paquete, deseando evitar un retraso que tal vez fuera causa de grandes é inevitables conflictos. Cuando en las frías madrugadas del invierno ó en los rientes amaneceres del verano salía de su casa para entrar en el destartalado caserón de Correos, marchaba apresuradamente, gozando en pasar inadvertido, él, que tenía durante muchas horas y todos los días ilusiones, esperanzas, evocaciones y desencantos; una frase que sería beso y una frase que sería puñal.

Galoparon los años. Eladio Portuondo era un viejecillo pulcro y bondadoso para quien el «Cronista de Correos» compendiaba toda la sabiduría y era nidal de todas las aspiraciones postales. Ascendió y fué destinado á la Principal de Vetusta.

Allí su vida encontró el suave regazo donde reposaría libre de ajetreos y de ambiciones. De sus años juveniles habíale quedado una sutil y amarga melancolía que á veces le llenaba, como vapor de vino generoso, el cerebro. Entonces cogía su flauta—porque D. Eladio tocaba la flauta—y por las blanqueadas paredes de su alcoba, besando los óleos patinosos donde palidecían los rostros de sus padres y de la Virgen de los Dolores, corrían las notas de una polka arcaica y lágrimas corrían por las mejillas del viejo.

Su única amistad en Vetusta era D. Benito Urquiola, catedrático de Retórica y Poética, gran amigo de Pelayo del Castillo y de Marcos Zapata. Sus únicas diversiones: el teatro, cuando representaban zarzuelas de Arrieta y de Gaztambide, y el campo en toda estación. Su único vicio una taza de café en el *Universal* y una partida de dominó con D. Benito después del almuerzo. Su único amor la Iglesia.

En el callado remanso de su vivir cayó cierto día una piedra que removió los fondos románticos y agitó las dormidas aguas. Fué el caso que el marquesito de Alvar Pérez, al volver en otoño de Biarritz, rompió sus relaciones con la hija de los duques de Bernallaga, ya muy cercanas á la boda.

Todo Vetusta comentó largo tiempo el suceso. Se dijo que la amistad del marquesito con una inglesa en Biarritz fué la causa del rompimiento. Algo de ello podrían decir los empleados de la Administración de Correos, pues un día sí y otro no se cruzaban cartas y tarjetas postales dirigidas á Londres, con otras que llegaban á Vetusta á nombre del marquesito.

D. Eladio sintió reverdecer sus antiguas soñaciones y dióse á imaginar á su manera, con materiales de algunas lecturas y dibujos entrevistos aquí y allá, la figura de aquella miss Harrington amada del enfermo marqués. Las cartas de él las colocaba por sí mismo en el centro de un paquete y éste en el fondo de la saca; buscaba en la correspondencia de llegada las cartas de ella y las apartaba para entregárselas en propia mano al cartero. A veces examinaba curiosamente alguna tarjeta de ella intrigado por lo que dirían aquellas palabras inglesas de letra ancha y nerviosa; en

cambio, cuando cogía alguna tarjeta de él la cubría con otras recordando un artículo del Reglamento referente al secreto de la correspondencia.

Un día faltó carta de *ella*. D. Eladio la buscó afanosa é inútilmente. El marquesito martirizó á preguntas al cartero. La carta no pareció. Al día siguiente tampoco; ni al otro, ni al otro. Alvar Pérez escribía diariamente; recayó en su enfermedad.

D. Eladio esperaba febril la llegada del correo y abría él mismo las sacas y deshacía los paquetes y miraba y remiraba. Nada. La flauta dormía en el cajón de la cómoda. El administrador de Vetusta dejó pasar dos números del «Cronista» sin cortarles las hojas. Prolongó sus paseos por el campo y finalmente le confió á su amigo don Benito la turbación y zozobra de su alma.

En la sala de abajo los empleados distribuyen la correspondencia de la provincia y empiezan á abrir las temidas sacas de América llenas de cartas ilegibles, enviadas por personas que no necesitaron saber escribir para triunfar allá lejos... En la sala de arriba, D. Eladio repasa las cartas de la capital, y lo hace rápidamente, inconscientemente, con el pensamiento errabundo y las manos diestras. De pronto tropieza con una carta y se detiene en la presurosa tarea, y medio contiene una exclamación que levanta las cabezas de los carteros agrupados en una mesa cercana.

Es una carta del marqués. Lleva los sellos de llegada y de salida de Londres, y en el dorso una mano ha escrito con letra ancha y recta una sola palabra: *Deceased.*

«¿Deceased? ¿Deceased? ¿Qué será?»

D. Eladio alza los ojos y mira en torno suyo. Los carteros han reanudado su trabajo. La campana de una iglesia vecina invita á la novena. El péndulo de un viejo reloj de pared se balancea isócrono. D. Eladio duda por la primera vez en su vida. Recuerda que sirviendo en Madrid se marchó del Negociado de Lista porque le repugnaba manejar cartas de intriga y de crimen; recuerda que castigó duramente á un empleado por sorprenderle guardándose un periódico que no tenía faja. Recuerda toda su vida intachable y piensa en el marquesito de Alvar Pérez muriéndose en la soledad y en la tristeza de su palacio secular.

Monumento á Virchow, obra de Federico Klimsch

Temblón, azorado, mira hacia la mesa de los carteros... y se guarda la carta en el bolsillo. Después sale de la oficina, coge el sombrero, sale de la Administración, corre por las calles tranquilas, sin cuidarse de la lluvia menuda y silenciosa, llega á la casa del catedrático, sube á trancos la escalera y entra en el despacho de D. Benito, que deja caer el libro en que estaba leyendo y se le queda mirando estupefacto, con la boca abierta como un boquete negro en la nieve de la barba y del bigote.

—¿Qué le pasa á usted, D. Eladio?

—Na... na.... da... Nada, D. Benito..., que...

—¡Pero siéntese usted, alma de Dios! Siéntese y descanse. Viene usted sin fuerzas.

—Sí, sí. Esa esca... escalera. Usted sabe el inglés, ¿verdad?

El asombro de D. Benito crece.

—¿El inglés? Sí, un poco. ¿Por qué?

D. Eladio duda por segunda vez. Luego, lanzando un suspiro de alivio, saca la carta y señala la palabra enigma.

—¿Qué quiere decir eso?

D. Benito se coloca los anteojos y asiendo la carta deletrea:

—*De-ce a sed.*

Luego levanta la cabeza y mira fijamente á D. Eladio.

—Esto quiere decir *ha muerto, ha fallecido...*

—¡Muerto!

D. Eladio siente el dolor de un mazazo en el cráneo. Como el viejo vino generoso sube congestionándole la añoranza de sus años moceriles, recuerda á Espronceda y á su novia única y á la polka arcaica que yace escondida en la flauta olvidada... La voz de D. Benito disipa la embriaguez.

—¡Calle! Es del marqués para mis Harrington. ¿Vamos á abrirla?

D. Eladio le arranca la carta.

—¡No, D. Benito! Ya he cometido una gravísima falta enterándole á usted de lo que no debía... Y ahora, ahora voy á cometer otra muchísimo mayor, la señalada en el Reglamento con el artículo número, número... ¡Bueno! No me acuerdo; pero sé que es gravísima.

Y bruscamente, rabiosamente, temiendo arrepentirse, rompe la carta en mil pedazos.

JOSÉ FRANCÉS.

El músico de aldea, cuadro de Carlos Wilhelmsson

LOS MARINOS CHILENOS EN BARCELONA.— BANQUETE EN EL TIBIDABO

Completamos la información gráfica de la estancia de los marinos chilenos en Barcelona con las adjuntas vistas tomadas durante la fiesta que en honor suyo organizaron el Fomento del Trabajo Nacional, la Cámara de Comercio y el Ateneo Barcelonés.

El almirante Sr. Wilson, el presidente del Fomento Sr. Muntadas y el cónsul de Chile señor Garnier en el Tibidabo. Último retrato del señor Wilson, tomado en Barcelona.

Los marinos chilenos contemplando el panorama de Barcelona desde la plazoleta del Tibidabo

Los marinos chilenos delante del Hotel Tibidabo

Aunque el tiempo favoreció poco la excursión, no por esto dejaron nuestros ilustres huéspedes de recorrer aquellos pintorescos sitios, ni de admirar el hermoso panorama que desde aquella altura se descubre, quedando encantados del espectáculo que á sus ojos se ofrecía.

A la una y media comenzó el banquete, ocupando la presidencia D. Luis Muntadas, quien tenía á su derecha al comandante del *Ministro Zenteno* señor Wilson, al vicepresidente de la Cámara de Comercio Sr. La Rosa y al segundo comandante de marina señor Borja, y á su izquierda al gobernador civil señor Ossorio, al alcalde accidental Sr. Bastardas y á don Antonio Suñol, en representación del Ateneo Barcelonés. Asistieron á la fiesta treinta y cinco oficiales y guardias marinas del crucero chileno y gran número de representantes de las tres entidades antes citadas.

Como el comandante Sr. Wilson había de marchar aquella misma tarde á San Sebastián, con objeto de cumplimentar á los reyes, y esto le impedía asistir á la fiesta hasta el final, antes de empezar el banquete el Sr. Muntadas dirigió una elocuente y cariñosa salutación á los marinos chilenos y al presidente y al pueblo de Chile, y expresó su pesar por la marcha de los que nos han honrado con su visita y su esperanza de que ésta contribuirá á estrechar más los vínculos que unen á las dos naciones hermanas.

El Sr. Wilson contestó á ese discurso con afectuosas frases ensalzando la misión civilizadora realizada por España en América, manifestando la impresión gratísima que se llevan de Barcelona, dedicando lisonjeras frases á las mujeres españolas y brindando por España, por el pueblo de Barcelona y por los reyes de España.

Después de cada uno de estos brindis, un terceto, que durante todo el banquete ejecutó bonitas piezas, tocó el himno chileno y la marcha real respectivamente, que fueron saludados, lo mismo que los discursos, con entusiastas aplausos y aclamaciones.

Durante el banquete el gobernador Sr. Ossorio comunicó á los comensales que acababa de recibir un telegrama del ministro de Marina diciendo que S. M. había concedido cruces del Mérito Naval al Sr. Wilson y á los marinos chilenos que tan activa parte habían tomado en la extinción del incendio del vapor *Cabo San Antonio*, ocurrido dos noches antes en este puerto. El Sr. Ossorio felicitó á los marinos recompensados y manifestó el agradecimiento que sentía el pueblo de Barcelona hacia los que dieron prueba de tan noble altruismo. El Sr. Wilson, profundamente emocionado, expresó la gratitud que todos sentían por la distinción con que se les honraba por lo que ellos estimaban no ser más que el cumplimiento de un deber.

Los agraciados, además del comandante, son el teniente segundo D. Arístides del Solar y los guardias marinas Sres. D. Manuel Sarratea y D. Guillermo García.

Después de un oportuno brindis del Sr. Vidal-Ribas, dedicado á la mujer chilena, y de haberse acordado enviar un telegrama de salutación al señor presidente de la República de Chile Sr. Montt, terminó el banquete, que fué una fiesta animadísima y en extremo cordial, de la que guardarán eterno recuerdo cuantos á ella asistieron.—X.

(Fotografías de A. Merletti.)

Los guardias marinas D. Guillermo García y D. Manuel Sarratea, condecorados por S. M. con la cruz del Mérito Naval por haber ayudado á la extinción del incendio del vapor «Cabo San Antonio,» ocurrido en este puerto.

DE MARRUECOS

Los cabileños han sufrido un rudo escarmiento con el combate del día 11 de este mes, y no tanto por la importancia militar de esa acción de guerra, como por el efecto moral que ha producido en aquéllos el hecho de ver que los franceses no se limitaban ya á mantenerse en sus posiciones de Casablanca, sino que les atacaban en las suyas propias, cosa que conceptuaban imposible.

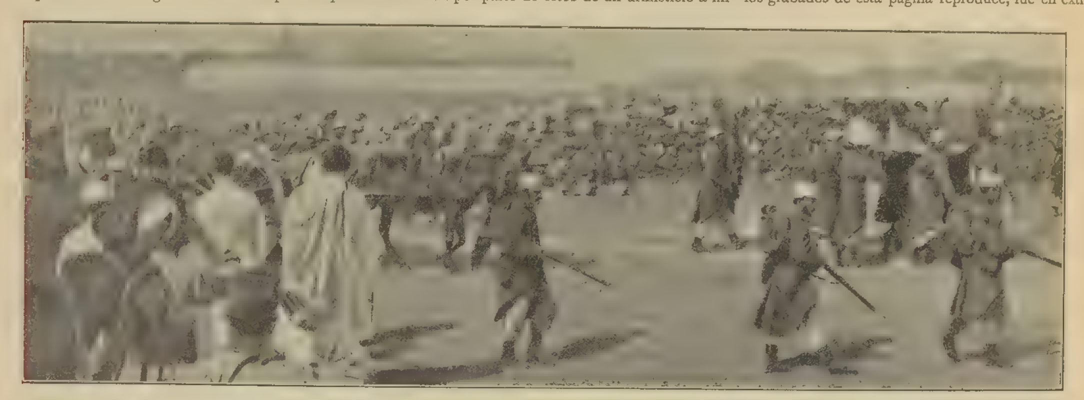
La primera idea del general Drude al poner aquel día en movimiento una parte de sus fuerzas, fué, según parece, practicar un simple reconocimiento, pero la facilidad con que se realizó el avance y el ardor bélico de sus tropas moviéronle á llevar más allá la operación proyectada y á trabar el combate, cuyo resultado fué la total destrucción del campamento moro de Taddert. Los cabileños, sorprendidos por un ataque que no esperaban, apenas opusieron resistencia y emprendieron pronto la huída, abandonando considerable botín, en el que se hallaron muchos objetos procedentes del saqueo de Casablanca; esto explica que las pérdidas de los franceses fuesen insignificantes, un muerto y cinco heridos, y que las del enemigo fuesen muy numerosas.

Las consecuencias de esta operación han sido por de pronto un gran quebrantamiento en los moros y la demanda por parte de éstos de un armisticio á fin de negociar la sumisión definitiva; las condiciones que para ésta impone el general Drude son: entrega de los autores de los asesinatos de Casablanca, pago de indemnizaciones por estos asesinatos y por el saqueo, y entrega de rehenes en garantía del cumplimiento de las dos condiciones anteriores

Desde hace algunos días funciona en el campamento francés de Casablanca el globo cautivo que ha sido bautizado con el nombre de aquella ciudad. Sus ascensiones han producido gran pánico entre los rebeldes y han permitido formarse exacto concepto de las posiciones que ocupan, lo cual ha facilitado en gran manera el buen éxito de la operación del día 11.

El día 4 fueron enterrados el comandante francés Provost y un soldado de la legión extranjera muertos en el combate del día 3. La ceremonia, que uno de los grabados de esta página reproduce, fué en extremo solemne, y á ella concurrieron el general Drude, el almirante Philibert, el comandante Santaolalla, la colonia francesa de Casablanca, los periodistas y otras muchas personas. El cadáver del comandante fué conducido al cementerio en un armón de artillería; el del legionario, á hombros de sus compañeros.—R.

Casablanca.—Tropas españolas haciendo una descubierta.—Ametralladoras españolas en acción. (De fotografías de Rittwagen.)



Casablanca.—Entierro del comandante Provost y de un legionario, muertos en el combate del día 3 del corriente. (De una fotografía.)

Casablanca.—Campamento de goumiers.—Ascensión del globo cautivo francés. (De fotografías de Rittwagen.)

SORRENTO EN LA LITERATURA. (Tasso, Wágner, Nietzsche, Ibsen, Heyse, &.)

por Carlos Abeniacar. Fotografías del mismo.

«La sonora playa que el mar de Sorrento baña con sus ondas azules, á los pies del naranjo,» y por la que Lamartine veía avanzar á Graziella llevando en la mano la flor del granado, ha sido siempre, desde Virgilio, residencia predilecta de los artistas, que han ido á buscar en el maravilloso golfo napolitano el olvido de sus sufrimientos ó la inspiración de su genio.

La vida en Sorrento es un goce y un reposo á la vez, y todos cuantos han permanecido en la linda ciudad construída á pico sobre el mar, han sentido siempre ardientes deseos de volver á ella.

El poeta de la «Jerusalén libertada,» el grande y desdichado Torcuato Tasso, nació en Sorrento, en una casita que se hundió en el mar dos siglos después de su muerte; en el mismo sitio hay ahora un hotel y junto á la verja de entrada del mismo una lápida recuerda el memorable hecho. «En el lado occidental de este hotel—dice—donde se alzaba la casa Mastrogiudice, nació Torcuato Tasso en 11 de marzo de 1544.—La acción destructora del tiempo, que, en parte, despeñó aquel edificio, no podrá, por muchos siglos que transcurran, borrar tan gloriosa memoria.—25 de abril de 1895.» Después de muchas dolorosas vicisitudes, Tasso regresó á su ciudad natal, disfrazado de pastor, y pidió hospitalidad á su hermana Cornelia, que le reconoció, le consoló y le retuvo á su lado algunos meses en el palacio Sersale, que ella habitaba; pero el poeta, que no había apurado aún la copa del dolor, partió nuevamente para Ferrara y al fin murió en Roma, en el convento de San Onofre, después de haber meditado, á la sombra de la encina famosa que todavía vive, sobre la ironía del destino humano, que á veces reserva al genio la triste acogida de la locura.

Sorrento.—Lápida conmemorativa del nacimiento de Tasso en la casa que antiguamente se alzaba en el mismo sitio que hoy ocupa esa villa.

De Torcuato Tasso sólo queda, en Sorrento, un monumento que, antes de inaugurarse, estuvo guardado largo tiempo en un subterráneo, y para bien del arte mejor hubiera sido que allí se hubiese quedado siempre.

* * *

Byron, Shelley, Musset, Lamartine y Heyse estuvieron grandes temporadas en Sorrento. Heyse compuso allí sus *Idilios* y sus *Leids,* y Mme. Beecker-Stowe escribió las primeras páginas de su inmortal novela. Goethe, Von Platen, Kopisch, Taine, Castelar, Lenbach y Gregorovius también residieron temporalmente en Sorrento.

De tres genios guarda la ciudad piadoso recuerdo: Wágner, Nietzsche é Ibsen.

Ricardo Wágner con su esposa Kosima vivió en el hotel Victoria, en el cuarto número 9, desde el cual se goza de una vista espléndida sobre la campiña y el mar, y muchos sorrentinos recuerdan aún haberlo encontrado, en sus largos paseos al Cabo, vestido con su levitón marrón y su sombrero gris. Pablo Heyse, el célebre poeta y dramaturgo alemán, y Lenbach, el famoso pintor muniquense, eran sus mejores amigos. En aquella época (1876-1877) cesaron las relaciones de Wágner con Nietzsche.

Federico Nietzsche habitaba entonces la Villa Attanasio, hoy Villa Rubinacci, y el cuarto del tercer piso que ocupaba no ha variado en lo más mínimo. Allí escribió su obra *Menschliches Alezumenliches.* En su compañía vivían la señora de Meyssenburg, el doctor Ree y el estudiante Brenner.

Enrique Ibsen estuvo por vez primera en Sorrento en 1867; venía de Amalfi, en cuya Fonda de la Luna había comenzado su *Peer Gynt.* Hospedóse en una modesta pensión de artistas denominada *Rose Maigre,* del nombre de su propietaria, que tenía dos hijas, Raquel y Camila, que eran la admiración de todos los huéspedes.

En un cuarto del segundo piso de esa pobre pensión terminó el gran dramaturgo noruego el citado drama que comenzara en Amalfi.

En 1881 volvió á Sorrento, pero aquella vez se hospedó en el Hotel Imperial Tramontano, en donde compuso *Los espectros,* y escribió en el registro del hotel su nombre, con todos sus títulos: «Comendador Enrique Ibsen, Doctor en Filosofía.»

Y en un retrato que de él se conserva, ostenta sobre el pecho todas las numerosas condecoraciones que poseía.

Sorrento visto desde el mar.—En el hotel Victoria vivió largas temporadas Ricardo Wágner.

Sorrento.—Habitación que ocupó Nietzsche en la Villa Rubinacci

Sorrento.—Panorama que se descubre desde el cuarto del Hotel Victoria que habitaba Wagner

Sorrento.—Cuarto (×) de la pensión Rose Maigre en donde Ibsen terminó su «Peer Gynt.»

Sorrento.—Cuarto (×) del Hotel Imperial Tramontano en donde Ibsen escribió «Los espectros.»

SAN PETERSBURGO.

LA IGLESIA EXPIATORIA.

El día 1.º de los corrientes, en presencia del tsar y de la tsarina, de la reina de Grecia, de los grandes duques y del cuerpo diplomático, inauguróse en San Petersburgo la iglesia expiatoria construída en memoria del tsar Alejandro II, en el sitio mismo en donde fué este asesinado en 13 de marzo de 1881.

El metropolitano Antonio presidió el acto de la consagración, al cual asistieron delegaciones de todas las fuerzas del ejército de guarnición en San Petersburgo y en los alrededores.

Los tsares habían llegado de Peterhof haciendo el viaje por el río.

En la perspectiva del Neva y en el campo de Marte había numerosas tropas. A pesar de las rigurosas medidas adoptadas, una muchedumbre inmensa invadió el trayecto que habían de recorrer los soberanos, que en todas partes fueron acogidos con entusiastas aclamaciones. Desde la inauguración de la primera duma, era esta la primera vez que la imperial pareja se presentaba en público.

Terminada la ceremonia, SS. MM. visitaron las tumbas de Alejandro II y de Alejandro III en la catedral de San Pedro y San Pablo, regresando luego embarcados á Peterhof.

La primera piedra de la iglesia expiatoria púsola el tsar Alejandro III en la primavera de 1883.

El templo es de estilo ruso-bizantino y todo él está construído con materiales rusos; en su parte externa ha sido dirigido por el arquitecto profesor Paarland, y en el decorado interior han trabajado los artistas más eminentes de Rusia, tales como Wassnizoff, Nesteroff, Bodarewski, Bruni, etc. Toda la iglesia por dentro, paredes y columnas, desde el suelo hasta la más alta cúpula, es de mosaico, formando cuadros que, sobre fondo azul ó de oro, reproducen toda la vida terrena de Jesucristo, ó las figuras de los apóstoles y de los profetas. Dos de esos cuadros son de una belleza incomparab'e; han sido ejecutados por I. U. Kudrin, según los modelos de Nesteroff, y representan á Nuestra Señora de Kasán y á San Alejandro Newskij; ni contemplándolos de cerca se acierta á distinguir si son obra del pincel ó han sido ejecutados en mosaico, tanta es su perfección. Es muy notable también el iconostasio, que es de plata y tiene en las puertas imágenes de santos pintadas al esmalte.

En las paredes del templo hay varias lápidas de mármol que recuerdan los principales hechos y reformas del reinado de Alejandro II. Las puertas de entrada, de roble y con relieves de hierro, son también notabilísimas.

La ornamentación interior de la iglesia ha costado cinco millones de rublos, de los que uno se ha recaudado por subscripción popular.

San Petersburgo. — La iglesia expiatoria erigida en el sitio donde fué asesinado en 13 de marzo de 1881 el tsar Alejandro II; inaugurada recientemente por el tsar Nicolás II. (De fotografía.)

UN AUTOMÓVIL DE GRANDES DIMENSIONES

El Sr. de Fabregues, de Marsella, individuo del Automóvil Club de aquella ciudad, se ha hecho construir el automóvil que adjunto reproducimos y que es notable, así por sus dimensiones como por las comodidades que en su interior contiene. Bien las necesita ese vehículo, puesto que en él se propone su propietario realizar un viaje por toda Europa, viaje que ha comenzado ya el día 7 del corriente, fecha en que salió de la mencionada ciudad.

El automóvil tiene un *chassis* Tourand y un motor Vantour de 35-40 H. P. y se compone en la parte delantera de un salón dormitorio con cuatro camarotes, en la trasera de una cocina con dos camarotes y en el centro un cuarto tocador.

Automóvil de M. Fabregues, de Marsella, quien se propone recorrer en él toda Europa
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 617 y 620)

Parte central de un tríptico pintado por Jerónimo Bosch. — Fué el autor de esta obra célebre pintor, escultor y grabador y nació en Bois-le-Duc hacia 1450. Fué de los primeros que pintaron al óleo, y sus obras se señalan por el calor del colorido y por la facilidad de ejecución. Aunque no se sabe de un modo positivo, supónese con gran fundamento que vivió algún tiempo en España. El tríptico suyo, que en parte reproducimos, se considera como una de sus mejores obras y se conserva en el palacio real de Aranjuez; figura actualmente en la exposición del Toisón de Oro de Brujas, en donde ha sido muy admirado. En el monasterio del Escorial y en el Museo de Madrid hay muchos y muy notables cuadros suyos.

Monumento á Virchow, obra de Federico Klimsch. — Las modernas tendencias no han podido acabar, ni mucho menos, con el clasicismo, sobre todo en lo que afecta al arte escultórico; así vemos continuamente estatuas y monumentos que se ajustan á los antiguos cánones, sin que ello redunde en menoscabo de la valía de tales obras. Una prueba de ello es el monumento del celebrado escultor alemán que reproducimos y que fué premiado en el concurso celebrado en Berlín hace poco para honrar y perpetuar la memoria del eminente patólogo Rodolfo Virchow, fallecido en 1902. Lo mismo el pedestal que el grupo que lo corona tienen toda la sobriedad armonía y severidad de líneas que caracterizan á los más puros estilos de la antigüedad, y forman un conjunto de gran belleza.

El músico de aldea, cuadro de Carlos Wilhelmsson. — Este pintor sueco dedícase preferentemente á pintar tipos y cuadros de costumbres populares, y del acierto con que cultiva esta especialidad es buena prueba el cuadro suyo que publicamos. Las figuras, el paisaje, todo en ese lienzo nos dice que el autor ha vivido la escena y ha sabido, no sólo observarla exactamente, sino además sentirla con intensidad.

Espectáculos. — Barcelona. — En el teatro Eldorado ha comenzado una serie de funciones el eminente actor italiano Ermete Novelli. Además de poner en escena varias obras de repertorio, ha estrenado *Povera gente*, drama tomado de una novela de Dostoievski, y la comedia en cinco actos de Bersezio *La miseria del signor Travetti*. Ocioso nos parece decir, tratándose de tan genial artista, que todas las representaciones han sido para él otros tantos triunfos.

AJEDREZ

Problema núm. 479, por V. Marín.

Negras (3 piezas)

Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 478, por V. Marín

Blancas.	Negras
1. T f 7 – f 6	1. A g 7 × f 6
2. T g 4 – c 4 jaque	2. Cualquiera.
3. D mate.	

Variantes.

1...... R c 6 – b 7; 2. D g 8 × d 5 jaq., etc.
d 5 – d 4, 2. D g 8 – c 4 jaq., etc.
C a 2 – b 4; 2. T g 4 × b 4, etc.
T a 8 × c 8; 2. D g 8 × c 8 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. D g 8 × d 5 jaq., etc.

Sara entregó á Tomás un sobre de grandes dimensiones

LA REINA DEL PRADO

Novela inglesa de Carlos Gibbon.—Ilustraciones de Calderé

(continuación)

—¡No sea usted niño! Mi prima le quiere á usted.

—Quisiera creerlo así.

—Todo lo que hace no tiene más objeto que contrariar á usted por no haberse conducido bien con ella últimamente.

A Miguel le agradó oir esto; pero érale difícil creerlo bajo aquellas circunstancias. Tal vez hubiese entre los dos alguna mala inteligencia, mas estaba casi seguro de que no procedía de él.

Cuando todos estuvieron reunidos en el salón, Susana, con su airosa figura y su belleza eclipsó á todas las demás mujeres, entre las cuales parecía una reina: vestía una falda de color gris, tan sencilla como elegante, y cubría su graciosa cabeza un sombrero de fieltro adornado con una pluma negra.

Elisa Walton, envidiosa al ver que no podía competir en belleza con la joven y resentida también por el aire de superioridad con que Susana parecía aceptar el favor de ser invitada á reunirse con tan distinguidas personas, como si fuese de elevada alcurnia, no pudo menos de reconocer que era muy peligroso introducir á semejante mujer en la casa.

El Sr. Montague Lewis, reconociendo en Susana á una de sus mejores arrendadoras y admirador también de su belleza, mostróse muy galante á pesar de sus años, y felicitóla con la misma cortesía que hubiera usado con una persona de su clase. Esto bastó para enaltecer más á Susana, y todos se creyeron obligados á seguir el ejemplo del barón; de modo que fué desde aquel momento la persona más notable, y no una humilde campesina, como lo deseaban las señoritas de Walton.

Entre tanto el joven Tomás halló una oportunidad para murmurar al oído de Carolina:

—Encárgate tú del joven Hazell..., te aseguro que vale la pena pescarle...

—¡Pescarle!, repuso Carolina con aparente indignación, como si estas palabras sonaran mal en sus oídos.

—¡Silencio!, interrumpió Tomás cual si adivinara lo que iban á contestarle; hazlo por consideración á mí.

Carolina se conformó, y un momento después trababa conversación con Miguel. Este último no parecía muy satisfecho, pero la señorita Walton aparentó no observarlo y esforzóse para distraer su atención de Susana; y así es que cuando se dió la señal de marcha, Miguel no tuvo más remedio que ofrecer el brazo á su interlocutora.

El día era magnífico y habíase resuelto ir á merendar en las ruinas de la antigua abadía. El Sr. Montague hubiese querido tener á Susana por compañera, juzgando que era muy ventajoso mantener amistosas relaciones con sus arrendadores; pero Elisa Walton estaba á su lado y Tomás se había constituído al parecer en caballero de la señorita Holt, pues reían y hablaban animadamente, y esto parecía indicar que deseaban ir juntos. En su consecuencia, el barón se resignó á ser acompañante de la señorita Walton, é hizo lo posible para no faltar á su acostumbrada galantería. Elisa pensaba que la convendría mucho titularse «señora Lewis» y que este nombre, además de sonar muy bien al oído, produciría muy buen efecto en sus tarjetas.

La señorita Holt parecía tener malignas intenciones: vió que Miguel estaba evidentemente disgustado por la aparente satisfacción que le causaba la compañía de Tomás; pero interiormente Susana se acusó de proceder falsamente con ambos jóvenes. Sin embargo, la calma de Miguel la irritaba; en sus ojos no veía resentimiento, sino tristeza, y esto era para ella insoportable, por más que comprendiese que el joven no podía darle queja alguna sin ofenderla, dadas las circunstancias en que ambos se hallaban.

En cuanto á Tomás, considerábase feliz y hablaba á Susana con la confianza del hombre que cree haber conquistado un corazón.

Las ruinas de la abadía distaban de la casa como unos tres cuartos de milla y hallábanse en el punto más alto del condado; el camino que se debía recorrer atravesaba algunos campos de trigo, donde ya se veían algunas espigas doradas, y más allá veíanse prados y bosques que se inclinaban en suave pendiente hacia el río.

Las ruinas se componían de algunos grandes fragmentos de piedra que señalaban la extensión del antiguo edificio, del cual conservábanse aún algunas paredes en parte derruídas y fantásticamente irregulares.

En cierto sitio, estas piedras habían formado un montón bajo una ancha ventana que la mano del tiempo había ensanchado; y trepando hasta la cima, disfrutábase de un magnífico panorama.

La merienda se componía de suculentos manjares, y todos comieron con el mejor apetito; el Sr. Lewis y los dos caballeros fueron muy atentos con las damas, y Tomás muy en particular para la señorita Holt, ó por lo menos así lo creyó Miguel. Elisa Walton pensó haber conservado bien la dignidad de su padre, el concejal Smith, y díjose que en aquel momento ocupaba su verdadera posición.

Terminada la merienda, se trató de escalar el montón de piedras para ver desde allí el paisaje tan elogiado, y acto continuo emprendióse la ascensión, que dió lugar á mucha broma.

Tomás, aunque inválido, declaró que estaba resuelto á subir si Susana lo hacía, y ésta, riéndose de sus propias palabras, ofreció ayudarle, en voz bastante alta para que Miguel pudiese oirlo.

No podía desear más Walton y aceptó el brazo de Susana; mas en vez de apoyarse en él, oprimióle ligeramente. Aunque esto desagradó á la señorita Holt, no quiso protestar contra semejante libertad, temiendo sin duda ponerse en evidencia.

Sus compañeros habían llegado ya á la cima cuando ellos comenzaban á subir, y á los pocos pasos Tomás tropezó; Susana le sostuvo, extrañando su repentina debilidad, y como sus rostros se tocaran casi, Walton hizo ademán de dar un beso á su compañera creyendo que los demás estaban vueltos de espalda, pero una voz de arriba le contuvo.

—¡Oh! Tomás..., gritó Elisa.

Todas las miradas se fijaron entonces en los dos jóvenes.

Susana se ruborizó vivamente y después palideció; sus miradas se fijaron con altivez en los que estaban arriba, y ya iba á decir algo, cuando de pronto se contuvo y siguió ayudando á su compañero.

El Sr. Lewis llamó en aquel momento la atención de la señorita Walton hacia un punto del paisaje, y Elisa volvió de nuevo la cabeza.

Susana estaba indignada con Walton, y más aún consigo misma, por haberle permitido considerarse como su amante, coqueteando con él é induciéndole á creer que le correspondería. Había procedido así solamente para castigar á Miguel, sin pensar que podía hacerse daño á sí propia; cierto que el joven estaba disgustado, pero ella padecía más y arrepentíase de la ligereza de su conducta.

Otra persona se lamentaba más aún de esto, pero ella no lo sabía aún.

De todos modos, Susana agradeció al Sr. Lewis su deferencia, comprendiendo que había distraído la atención de la señorita Walton para que no se fijase la atención en ella y su compañero. Poco después llegó á la cima también, contempló el paisaje tranquilamente y volvió á bajar con los demás, pero ayudando siempre á su compañero inválido, quien consideró esto como una prueba de cariño.

Cuando volvieron á la casa, la señorita Holt manifestó deseos de que se preparase su tartanita, alegando que debía estar en la granja antes de las cinco. Hazell, que no había hablado una palabra, salió presuroso para enganchar el caballo; pero hiciéronse objeciones, algunas muy formales, y se rogó á Susana que se quedara para tomar el te. Para no desairar á

sus compañeros, consintió al fin; pero como después se tratara de inducirla á no marcharse hasta la noche, Miguel se levantó de pronto para contestar por ella.

—Los dos hemos de seguir el mismo camino, dijo, y como desgraciadamente me veo obligado á retirarme también, tendré el mayor gusto en acompañarla hasta cerca de su casa.

Susana agradeció mucho en su interior aquella proposición del hombre á quien había tratado de irritar durante todo el día.

—No se inquiete usted por eso Hazell, dijo Walton; yo podré acompañar á la señorita Holt.

—Gracias, contestó Susana, levantándose al punto. Espero, señora Walton, añadió, que nos dispensará usted si nos retiramos.

—¡Oh, ciertamente, hija mía!, repuso la señora Walton, que no sabía cómo proceder sin las indicaciones de sus hijas.

Elisa, muy afable, manifestó su sentimiento por perder tan buena compañera, añadiendo que esperaba tener pronto oportunidad de invitar otra vez á la joven; y con esto despidió la visita.

Walton y Hazell estaban ya en la puerta, y los dos se apresuraron á ofrecer su mano á Susana para subir al coche.

—Gracias, contestó la señorita Holt, sin mirar á ninguno de los dos; me agrada subir sola. Buenas tardes, señor Walton.

Sara ocupaba ya su asiento, y al punto se emprendió la marcha.

Miguel, que había montado en su yegua, escoltó á las dos jóvenes.

IX

La señorita Holt estaba tan fuera de sí, que no se fijó en la frialdad de su prima, bien fácil de reconocer por su persistente silencio, la palidez de su rostro y la expresión de sus ojos.

Miguel seguía al vehículo, bastante próximo á éste para entablar la conversación; pero no despegó los labios. Por más que á Susana le irritase este silencio, no quiso interrumpirle tampoco, pues el disgusto que le causaba haber fingido lo que no sentía y no conseguir el fin que se propusiera, impedíala ser comunicativa.

—Hemos tenido un día muy agradable, ¿no es verdad?, preguntó á su prima con expresión de amargura, aplicando al mismo tiempo un fuerte latigazo al caballo. El pobre animal, que no estaba acostumbrado á semejante rigor, emprendió un rudo galope, que Susana reprimió muy pronto.

—Sí, contestó Sara, tan afablemente como le fué posible, tan agradable como se podía esperar.

Con esto cesó la conversación. El sol comenzaba á ponerse, y en el horizonte veíase un brillante fondo amarillo limitado por una línea de color azul intenso; los últimos rayos del astro del día iluminaron á las dos jóvenes, haciendo resaltar más la palidez de Sara y el tinte sonrosado vivo de las mejillas de la señorita Holt.

—¿Te agrada Tomás Walton?, preguntó bruscamente Susana después de algunos instantes de silencio.

—Mucho.

Mientras se decían esto, las dos jóvenes no se miraban.

—Tú le veías muy á menudo en vida de tu padre, continuó Susana. ¿Era entonces tan amable como ahora?

—Siempre lo fué. Diríase que te interesa mucho...

—Es claro..., me interesa como cualquier otro animal que me manifestara cariño. ¿No observaste el despecho de sus hermanas, y cómo Tomás me protegió?

—Nada he visto.

—Pues será porque mirabas alguna otra cosa.

Esto era muy verdad, pues á Sara le había interesado sobre todo ver cómo su prima coqueteaba con Walton, y no se ocupó de nada más. Aquel día, lejos de tener nada de agradable para ella, había sido de verdadero padecimiento, pues comenzaba á ver desvanecerse las últimas sombras de una esperanza acariciada largo tiempo, y ahora Susana hacía cuanto la era posible para que la perdiera del todo.

En cuanto á Miguel Hazell, aunque tenía suficiente dominio para disimular, érale imposible desechar la tristeza de su alma. Siempre había alimentado nociones muy románticas sobre la perfecta unión del hombre y de la mujer, así en el pensamiento como en los actos; y aun no comprendía la imposibilidad de aquélla más allá de la primera hora del primer amor, cuando ninguno ve ni cree más que en la pasión de que están dominados. Pero más tarde viene un pensamiento, tal vez un deseo, que el deber suprime y la discreción oculta, y desde aquel instante la unión queda rota, y el hombre y la mujer no son ya los mismos. Podrán seguir tranquilamente la carrera de su vida, sin la menor señal de escándalo, conservando las buenas relaciones con sus amigos, y educando á los hijos, como dos buenas personas que se tratan con el mayor cariño; pero la perfecta unión por el pensamiento y el deseo, así como por el corazón, no existe ya. El hombre ó la mujer que evocan algún recuerdo del poético amor de la juventud tienen motivo para entristecerse cuando se ven obligados á reconocer el hecho prosaico de que el único lazo permanente es el de la conveniencia, del respeto á las leyes sociales y á las mutuas concesiones que permiten á dos personas tolerarse sus defectos y debilidades, prefiriendo esto á un enojoso escándalo. Esto es sensible, y el mundo no seguiría su marcha cómodamente si no hubiese muchos que muy pronto comienzan á seguir el curso ordinario de las cosas.

Pero hay quien sufre mucho al adoptar este sabio orden de la naturaleza, y aun buscan inútilmente la mujer imposible que sea siempre verdadera y fiel en sus pensamientos y sus actos.

Y Miguel Hazell creía encontrar aún en Susana, á pesar de su reciente proceder con Walton, el ser imposible que se imaginaba; pero cuando su prima le dijo que era un tonto, reconocióló así también, y se preguntó de qué le serviría seguir aquel fuego fatuo, sin saber adónde iba á conducirle.

Sin embargo, por el pronto érale imposible desistir de su empeño; y el afán de Susana para retirarse de la reunión de los Walton, así como las palabras de Sara, consolábanle un poco. ¡Si ella le amase en el fondo!

No tardaron en llegar á una encrucijada del camino, donde Miguel debía despedirse si quería ganar tiempo.

Susana detuvo el vehículo y miró á Miguel.

—Supongo, dijo, que nos separaremos aquí...

—No, repuso Miguel, iré por el Prado, pues el radio es poca cosa, y mi yegua no está cansada.

—Muy bien, contestó la señorita Holt.

Y la tartana se puso otra vez en movimiento, siguiéndola Miguel. El joven parecía deseoso de trabar conversación; pero no sabía de qué hablar.

—Hemos tenido muy buen día hoy para la excursión, dijo al fin.

—Sí, contestó Susana con tono brusco, el día ha sido mejor que las personas; pero de todos modos, parece que usted no lo ha pasado del todo mal.

—¿Cómo?

—Con la señorita Carolina.

Miguel iba á contestar: «También usted se ha divertido con Walton;» pero contúvose y repuso con indiferencia:

—Sí; es una joven muy agradable.

—¡Ah! Sí, repuso Susana, todas son superiores á mí. No volveré á esa casa.

—¿Está usted segura de ello?

Susana comprendió al punto el sentido de la pregunta, y viendo una nueva oportunidad para zaherirle, contestó sonriendo maliciosamente:

—Podría haber circunstancias que me obligaran á ir, mas no sería para tolerar la protección de las señoritas de Walton.

Semejante respuesta podía significar mucho, y Miguel trató de penetrar su verdadero sentido. ¿Sería que Susana pensaba casarse con Walton, y que pensaba ya en las condiciones bajo las cuales aceptaría su mano, siendo una de ellas la salida de sus hermanas de la casa?

—Nunca te casarás con él, Susana, dijo Sara de improviso con expresión resuelta y mirando fijamente á su prima.

La señorita Holt y Miguel miraron á la joven con expresión de asombro, porque hasta entonces se había mantenido tan silenciosa, que casi se olvidó su presencia.

—Hablas como si estuvieses constipada, replicó Susana, á quien divirtió mucho la brusca interrupción de su prima y su tono.

—Sí, repuso Sara; aunque hace mucho calor, sin duda me he resfriado, pues ya ves cómo tirito.

—Abrígate con la manta del caballo, dijo Susana; dentro de pocos minutos llegaremos á nuestro domicilio, y allí podrás tomar algo caliente y acostarte.

Sara guardó silencio; el consejo era bueno y su prima se lo dió con la mejor intención; mas á ella le pareció una burla. ¡Como si una bebida caliente y el calor del lecho bastaran para desvanecer la amargura de su corazón!

Las dos jóvenes habían vivido bastante tiempo juntas para acostumbrarse á sus mutuos ratos de mal humor; y por regla general, Sara era la más paciente de las dos; pero esta vez Susana fué la más tolerante. No conocía la causa del enojo de su prima, y atribuíalo al hecho de haberse visto obligada á visitar á los Walton.

—Procura dormir bien esta noche, dijo, y ya verás cómo mañana te encuentras bien.

Al llegar á la granja, invitóse á Miguel á cenar; Susana puso la mesa pocos momentos después y Sara fué á la cocina para tostar un poco de pan.

Miguel habló con la señorita Holt de varios asuntos relativos á la granja, como si no se hubiesen interrumpido entre ellos las relaciones de antes; pero pronto echaron de ver los dos que Sara tardaba mucho y Susana fué á ver qué hacía.

Encontró á la joven en la cocina junto al fuego, llorando silenciosamente, y mirándola con asombro, á la vez que con cierta irritación, exclamó:

—¿Pero qué tienes, Sara? Al fin acabaré por creer que no estás en tu sano juicio.

El persistente silencio de su prima y las palabras «no te casarás con él,» que tan intempestivamente pronunció en el camino, eran cosas incomprensibles para Susana.

—¡Nada tengo!, contestó la joven con acento de enojo. Ya he concluído y podemos cenar.

Ridícula era semejante conducta y Susana se impacientó, como le sucedía siempre cuando no se explicaba un hecho; pero de pronto ocurrióle una idea, y poniendo una mano sobre el hombro de su prima, díjole con bondad:

—Sara, tú estás enamorada.

La joven no contestó.

—Y ya sé yo de quién, continuó Susana con acento cariñoso.

—¿De quién?, preguntó Sara con un tono que revelaba su irritación.

—De Miguel...

—No digas tonterías, repuso la joven.

Y sin añadir una palabra más salió de la cocina y dirigióse al comedor, dejando á su prima más perpleja que antes.

X

SARA

En el carácter de Sara había una extraña mezcla de altivez y de abnegación; hubiera dado su vida por cualquiera á quien amase y por su prima sobre todo; mas en aquel momento parecía odiarla, y bajo una aparente frialdad ocultaba su irritación y sus cóleras. Con frecuencia manifestaba deseos de estar sola, y cuando Susana la veía de mal humor, aconsejábala que fuese á dar un paseo; pero la joven proseguía con sus quehaceres, limitándose á contestar que ella no tenía el carácter tan ligero como su prima.

Pocos días después de la visita á los Walton, Susana observó que su prima estaba de mal humor, y como la diese el consejo de costumbre, diciéndola que debía ir á dar una vuelta por el campo, quedó muy sorprendida al oirla contestar:

—Tienes razón; ahora mismo iré.

—Así me gusta, pues desde que fuimos á visitar á las de Walton has estado siempre muy taciturna, como si tuvieras en el pensamiento algo que perturbara tu conciencia.

—Pues sí que lo tengo.

—¿Qué es?

—Que tú y yo vamos á reñir muy pronto.

Susana no pudo menos de reirse al oir estas palabras.

—Eso es cosa, repuso, que hacemos con frecuencia, y no dudo que vuelva á suceder. Si las personas viviesen sin reñir, la vida sería monótona.

—Tú siempre tratas las cosas con mucha ligereza, replicó Sara. ¿Será por tu indiferencia?

—Tal vez.

—¿Y te mostrarías así también si se tratara de Miguel?

—Ciertamente, contestó Susana algo sorprendida, como si le extrañase que Sara se refiriera siempre á Miguel. Si soy indiferente á todo, preciso será comprender también á ese joven.

Sara dejó escapar un suspiro.

—¿Te entristece acaso que no esté dispuesta á ser esposa de Miguel?

—Sí, contestó la joven inclinando la cabeza.

Y salió de la habitación sin pronunciar otra palabra.

«Vamos—pensó Susana, á quien comenzaba á preocupar mucho la conducta de su prima,—sin duda está hoy en uno de sus ratos de mal humor y mejor será dejarla en paz.»

Sara atravesó el prado, evitando todo encuentro con los trabajadores, dirigióse hacia el río y después tomó un sendero que conducía hacia la antigua iglesia. Su tejado en parte ruinoso estaba cubierto de musgo y de ese verdín que se produce en el transcur

so de las edades; la fachada principal y el pórtico desaparecían casi bajo una capa de hiedra; pero en otras partes del edificio se reconocían más aún los estragos del tiempo.

Más allá de la iglesia hallábase el vado, y sobre éste habíase construído un alto puente de madera, con una mísera barandilla en un lado. Esto había sido necesario porque en invierno no faltaban avenidas y las aguas inundaban los campos, convirtiéndolos en lagunas.

Sara subió al puente, detúvose en el centro, apoyando un brazo en la barandilla, y comenzó á mirar el río, cuyas claras aguas permitían ver el lecho de arena amarillenta, sembrada de piedras verdosas que parecían isletas en miniatura.

Sara no había ido allí al parecer para disfrutar del paisaje, pero seguramente era digno de llamar su atención. En un lado elevábase la pintoresca iglesia; en el otro se veía una pequeña posada, con el tejado cubierto de hierba y de construcción casi tan antigua como la del templo; en ella se hospedaban en otra época los viajeros que necesitaban albergue para pasar la noche; pero ahora no se refugiaban allí sino los que carecían de recursos para alojarse más cómodamente. A lo largo del río prolongábase una línea de frondosos álamos y de añosos robles, que proyectaban densas sombras en las aguas; y en el lado opuesto extendíanse magníficos pastos y campos de trigo que se perdían de vista en lontananza.

Sara no vió nada de todo esto, y su excursión no parecía tener objeto alguno; pero sus ojos brillaron de pronto, expresando después una profunda tristeza.

Un hombre avanzaba en dirección al puente, sin duda con intención de cruzarle, y al verle, Sara se cogió con fuerza á la baran dilla, como si temiera caer, después, observando que el hombre estaba ya muy cerca y que se detenía como para dejarla pasar antes, pues la estrechez del puente apenas permitía que lo hicieran dos personas á la vez, levantó la cabeza y miró al recién llegado, que no era otro sino Walton.

—¡Cómo!, exclamó Tomás, ¿usted por aquí! ¿Viene usted acaso á pescar?

—No, Sr. Walton, contestó Sara en voz baja é inclinando de nuevo la cabeza; sabía que debía usted pasar hoy á las doce por aquí y he venido para encontrarle.

—Muy bien, contestó Walton; agradezco la deferencia, pero no sé por qué se ha molestado en venir aquí, sabiendo que yo no tardaría en ir á la granja.

—Deseaba dar á usted esto.

Al pronunciar estas palabras, Sara entregó á Tomás un sobre de grandes dimensiones, evidentemente lleno de papeles.

—¿Es un secreto de Susana?, preguntó Walton.

—Sí, contestó Sara después de vacilar un momento.

Tomás miró el sobre, que tenía la siguiente singular inscripción, trazada con pulso firme:

«Para mi hija Sara.—Se cancelará si se casa con él; y de lo contrario, procurará recobrar los papeles, si es posible.—*Roberto Hodsoll.*»

Walton observó que las palabras «si se casa con él» se habían raspado, aunque no lo suficiente, y excitada su curiosidad, consiguió descifrarlas al fin. Ya iba á romper el gran sello rojo que cerraba el sobre, cuando Sara le detuvo.

—No es necesario que lo abra usted ahora, dijo; le entrego estos papeles porque me parece que estarán más seguros en sus manos en el caso de que á mí me sucediese alguna cosa.

Walton había pensado siempre que Sara era excéntrica; mas ahora le parecía que su razón comenzaba á extraviarse.

—¿Presiente usted que haya de sucederle alguna cosa?

—Podría ser.

Walton no pudo menos de sonreirse al observar la gravedad con que la joven pronunció estas palabras.

Supongo que no piensa usted en el suicidio, repuso; y por lo demás veo que disfruta de la suficiente salud para no temer la muerte tan pronto.

—¡Quién sabe!, replicó la joven con aire pensativo.

—Pero ¿por qué me da usted esos papeles?

—Porque le interesan á usted más que á ninguna otra persona.

Servicios que Elisa aceptó

—Muy bien; cuando le suceda á usted algo los examinaré.

—Muchas gracias... ¡Hasta la vista!

Y Sara dió media vuelta para volver por donde había venido.

—¡Cómo, exclamó Walton, no me da usted la mano!

Sara la presentó al joven y éste la estrechó entre las suyas.

—¡Ah!, exclamó al mismo tiempo, se me olvidaba preguntar á usted cómo está Sus..., quiero decir la señorita Holt.

—Muy bien, contestó Sara retirando su mano.

—Pues entonces, ¿tendría usted la bondad de anunciarla que mañana iré á la granja con mi caballo *Jim* para que pueda probarle?

—Sí, contestó Sara con una frialdad que llamó la atención de Walton.

—¿He ofendido á usted en algo?, preguntó á la joven.

—En nada absolutamente.

—Pues me parece que está usted resentida por algo.

—Si es así, usted debería saberlo...

—Palabra de honor que no sé...

—¡Honor!, interrumpió Sara con amargura.

Esta exclamación y la mirada de enojo de la joven hicieron comprender á Walton que la señorita Hodsoll hablaba con mucha seriedad.

—Si no le agrada á usted que conteste así, me limitaré á decirle que nada sé...

—Pues piense usted, y seguramente recordará. Y ahora, no quiero hacerle perder más tiempo, por lo cual me retiro.

Así diciendo, Sara hizo una ligera reverencia, y encaminóse hacia la iglesia ruinosa de que hemos hablado antes.

La escena hubiera divertido á Walton en cualquiera otra ocasión; pero esta vez le causó el mayor asombro.

«¡Vamos, murmuró, es una joven muy extraña; pero hoy me ha parecido una reina de tragedia!»

Y guardando el sobre en su bolsillo, prosiguió su marcha hacia la Casa Isabel, donde iba á ver dos caballos, que el señor Lewis acababa de comprar. Una vez allí, olvidó del todo el incidente con Sara.

Entre tanto la joven, más pálida que antes, y oprimiendo los labios, como por efecto de la cólera, apresuraba el paso de tal modo, que parecía huir.

Y en efecto, huía de sus pensamientos, porque en aquel instante sentía en su corazón amargura y despecho, convencida de que á Walton le importaría poco de que ella sufriese. Esperaba que la hubiera dirigido durante la entrevista alguna frase cariñosa, alguna palabra para demostrar que no olvidaba el pasado; mas el joven no hizo la menor alusión á las relaciones de otro tiempo.

El murmullo de las aguas del río llegaba á los oídos de Sara en aquel momento como un grito de desesperación; el suave roce del follaje parecíale lleno de melancolía, y hasta los gorjeos de los pajarillos eran tristes.

Antes de llegar á la antigua iglesia, Sara encontró al cartero Zacarías, que con su cayado en la mano y la pipa en la boca, según costumbre, regresaba á su casa después de cumplir el servicio.

—Buenos días, señorita, dijo el buen hombre.

Y al ver que Sara proseguía su camino sin contestar, permaneció inmóvil murmurando:

—Diríase que la señorita Hodsoll se ha vuelto loca, pues siempre fué muy amable. ¡Cómo cambian las mujeres!

El buen cartero hablaba como hombre de experiencia, y le resentía que Sara hubiese pasado junto á él sin hacer aprecio, tanto más, cuanto que estaba acostumbrado á que todo el mundo le saludara, aunque sólo fuese con una ligera inclinación de cabeza, como lo hacía el mismo Sr. Montague. Zacarías, embocando de nuevo la pipa, prosiguió su marcha, meditando sobre las inconsistencias de la humanidad.

Sara llegó á la granja casi jadeante y vió á Susana á la puerta.

—Que tarde vienes, Sara, díjole su prima; aún te espero para comer.

—Pues era inútil que aguardases, porque no puedo probar bocado.

—Pero ¿por qué has corrido tanto?

—Porque tengo el diablo en el cuerpo, contestó Sara subiendo rápidamente á su cuarto.

XI

UNA VISITA AMISTOSA

Susana se vió en la precisión de comer sola, y entró en el comedor lamentándose de que su prima hubiera perdido el apetito.

«Si eso es el amor—pensó al sentarse á la mesa—Dios me libre de él, porque no me agradaría estar desganada á las horas de comer.»

Mas á pesar de esta reflexión, muy propia del caso, Susana no hizo tanto honor á los manjares como de costumbre, y comenzó á reflexionar sobre las amarguras de la vida.

La conducta de Sara parecíale ya extravagante. ¿Qué podía tener? Si era algún disgusto, ¿por qué no se lo confiaba francamente, sabiendo que ella haría cuanto la fuese posible para consolarla? Seguramente su prima tenía algún pesar; mas no podía imaginar cuál sería la causa, y al fin acabó por no pensar más en ello.

Antes de que acabase de comer, oyó llamar á la puerta dos veces seguidas, como si el visitante estuviera impaciente por entrar.

Sin imaginar quién podía ser, miró por la ventana y vió el coche de la señorita Elisa Walton, aquel coche que era objeto de la murmuración y de las burlas en todo el distrito, por saberse que la familia que le usaba apenas tenía lo suficiente para pagarlo.

(Se continuará.)

LA CAZA DEL KANGURO

Hasta hace, relativamente, poco tiempo, no se me había ocurrido aprovechar los conocimientos adquiridos en largos años de residencia en los lugares más apartados de la civilización, sobre las costumbres y hábitos de los animales salvajes del Norte de Australia, para establecer un negocio de los más raros que en el mundo existen, á saber, la captura y crianza de ciertas especies raras de kanguros. Para hacerlo con éxito, hay que aprender muchas cosas, como sucede en todo; á mi costa lo comprobé, cuando empecé á importar kanguros á Europa.

Al principio traté de traer kanguros adultos, á los que cogíamos por medio de trampas, pero resultó un fracaso. Los que han vivido en plena libertad jamás se domestican; en cambio, los que se crían á la mano, son de lo más dócil y cariñoso que puede imaginarse.

El cazador deja que el animal, apoyado sólo en las patas delanteras, vaya andando hasta meterse él mismo en el saco

Nuestro centro de operaciones está establecido en Wyndham, Australia. Cuando se ha de emprender una expedición al interior, hay que hacer antes grandes preparativos y llevar muchas provisiones, necesitándose el concurso de buen número de caballos de silla y carga. Una de las cosas más indispensables de que hay que proveerse es un gran rollo de enrejado de alambre, cuyo uso explicaremos luego.

Al salir de Wyndham establecemos un depósito de provisiones, en la primer aguada conveniente que encontramos; y una vez elegido nuestro centro de operaciones, establecemos el campamento, extendiéndose nuestro radio de acción á unas ciento ó ciento cincuenta millas en contorno. Ha de tenerse presente que la región en que cazamos los kanguros está muy apartada de las comarcas civilizadas, sin más habitantes que los mismos aborígenes, á muchos de los cuales empleamos en nuestras expediciones, y ellos son los que nos indican los sitios en que hay mayores probabilidades de encontrar kanguros.

Establecido el campamento y trazado nuestro plan de campaña, lo primero que hay que hacer es inspeccionar personalmente los lugares que los indígenas nos han indicado como más favorables para nuestro intento. Al llegar á ellos hay que examinar detenidamente todos los charcos de agua y sitios donde los kanguros acostumbran á beber. Por regla general eligen para ello un lugar situado en alguna angostura ó valle retirado.

Habiendo hallado una aguada á propósito, lo primero que hay que hacer es averiguar si cerca vagan manadas de perros salvajes y, si así fuera, hay sin perder tiempo que buscar otra, pues los kanguros no se acercan nunca á los lugares donde saben que andan los perros acechándoles, á no ser que no encontrando agua en ninguna otra parte la sed les obligue á ello.

Los perros salvajes de la Australia son en extremo astutos, y su modo de coger á los kanguros, á expensas de los cuales viven, en aquellas comarcas del Norte, donde no hay ganado vacuno ni lanar, es muy sencillo y eficaz: consiste en ocultarse entre la alta hierba ó en las malezas, junto á los charcos de agua, donde infaliblemente han de ir á beber los kanguros durante la noche, cuando éstos muy confiados se acercan á su escondite se lanzan repentinamente y hacen presa en sus víctimas.

Cuando han descubierto una aguada frecuentada por kanguros, los perros ya no se apartan de ella, mientras aquéllos continúen acudiendo; pero como son aquellos animales muy tímidos y asustadizos, en cuanto han perecido dos ó tres de entre ellos, los demás huyen y buscan otro abrevadero. Así pues, el cazador de kanguros antes de empezar sus operaciones ha de examinar si en los alrededores de la aguada se ven huellas recientes de perros.

Seguros de que no los hay, antes de romper el día nos situamos en una colina ú otro sitio elevado, á un cuarto de milla de distancia de la aguada, armados de gemelos de gran alcance.

En cuanto haya luz bastante para distinguir bien el agua, se podrá averiguar el número y especie de los kanguros que la frecuentan, y decidir, por lo tanto, si conviene ó no atraparlos; lo que se efectúa de dos maneras, ó con trampas ó con perros.

Mientras unos cazadores reconocen el terreno, otros se entretienen en hacer jaulas con las maderas del bosque, forrándolas bien con sacos, por dentro, á fin de que los kanguros no se lastimen al meterlos en ellas.

Se corta cierto número de estacas, y con éstas y el rollo de red de alambre, que tiene una altura de cinco pies, se rodea por todas partes la aguada, dejando sólo una abertura de cuatro pies de alto por tres de ancho, por donde puedan pasar los kanguros; sobre ella se coloca en alto una compuerta que pueda dejarse caer, dispuesta de tal modo que cae en cuanto los kanguros, al bajar á beber, pisan un madero colocado dentro de la cerca de manera que hayan precisamente de pasar por encima de él.

Después de hechos, durante el día, todos esos prepatativos, nos retiramos á descansar al campamento, para poder velar por la noche, que es cuando vienen á beber los kanguros. Al entrar uno de ellos hace caer la compuerta, lo que se sabe al instante en el campamento por una campana que está unida á la compuerta con una cuerda. Por lo tanto, cuando se la oye sonar se tiene conocimiento que algo ha caído en la trampa, y allí corremos, provistos de un gran saco de lona fuerte, para meter á nuestro prisionero. Después de averiguar hacia dónde está, un hombre se acerca al asustado animal, que en el acto hace desesperadas pero inútiles tentativas para escapar, dando inevitablemente con la cabeza contra la red de alambre que apenas puede distinguir, aunque sea en noches de luna clara. Este es el momento oportuno para el cazador, porque al volverle la espalda el kanguro le presenta el punto más vulnerable que tiene: la cola. Con presteza, antes de que pueda reponerse del choque, lo coge por ella, y si no lo consigue, aguarda á que se presente otra oportunidad. Sujeto ya por el rabo, no puede el kanguro hacer daño á su aprehensor con sus temibles patas traseras; pero no han terminado aquí los trabajos del cazador, que ha de procurar levantar de tal modo los cuartos traseros del animal, que tan sólo pueda apoyar en el suelo las patas delanteras. Muchos kanguros pesan doscientas libras y más, y como la parte posterior es la más pesada, se comprende fácilmente que se necesita ser hombre muy forzudo y ágil para poder capturar de ese modo un animal de tanto peso y de tanta fuerza.

Caza del kanguro con perros

En cuanto está ya el kanguro sujeto, los indígenas entran en la trampa y colocan el saco abierto en el suelo. Levantando siempre del suelo las patas traseras, el cazador deja que el animal vaya andando con las delanteras, guiándole de modo que él mismo se meta dentro del saco. Se le lleva entonces en triunfo al

campamento y se le encierra en una de las jaulas ya preparadas.

Si continúan entrando kanguros, se permanece en el mismo lugar hasta que se hayan cogido cuantos puedan llevarse cómodamente en una carreta al primer depósito; allí se les deja y se llena la carreta de jaulas vacías para regresar á la misma ú á otra aguada, según el caso.

Para el otro modo de atraparlos no se necesitan las redes de alambre, pero hay que llevar cierto número de indígenas y de perros amaestrados, así como también diez ó doce cabras para poder dar leche á los pequeñuelos.

Se sale á la madrugada, porque los perros no pueden correr después de las diez de la mañana á causa del excesivo calor.

Después de averiguar dónde están los kanguros, es preciso colocarse entre ellos y las montañas, porque si dichos animales logran acogerse á ellas, ya no hay modo de que los perros los alcancen; eso lo saben perfectamente los kanguros, así es que á la primera alarma huyen en línea recta en aquella dirección.

Dando de comer á los kanguros

En cuanto se ha logrado cortarles la retirada, se van soltando uno á uno los perros, cada cual acompañado de un indígena. Sigue una larga y animadísima persecución, pues los kanguros corren invariablemente mucho tiempo antes de resolverse á presentar combate, apoyando el lomo contra el tronco de un árbol. Los perros están enseñados á no acometerlos, sino á rodearlos y á aguardar á que lleguen los indígenas, que no tardan, á pesar de lo malo del terreno por donde hayan de correr.

Dominando por su estatura á los perros, acechan la ocasión de coger con sus cortas patas delanteras á la persona ó animal que se les acerca. Si lo logran, este punto de apoyo les permite poner en movimiento sus terribles patas traseras, dando una patada de arriba abajo con gran fuerza y con la rapidez del rayo. Si llega á tocar al contrario con sus uñas duras y afiladas, causan una herida de consideración. Los he visto con frecuencia abrir en canal un perro y matarlo de una sola patada.

Si el kanguro aprisionado resulta ser hembra y lleva en la bolsa una cría, se coge ésta y se deja á la madre en libertad. Este sistema de atraparlos es de muy inciertos resultados; á veces en una sola mañana se cogen hasta doce pequeñuelos, otras ninguno.

El transportar á Inglaterra los kanguros es empresa difícil y expuesta á pérdidas; pero una vez desembarcados y llevados á nuestra finca de Batle, se aclimatan perfectamente.

Dicha finca está situada en la cumbre de una eminencia y la rodean altos muros de piedra; las diferentes especies de kanguros están separadas unas de otras por medio de cercas. No se corre gran peligro de que los kanguros salten esas cercas, puesto que no hay nada que los espante. Para protegerlos de los rigores de la intemperie, en cada departamento se han construído unos pequeños cobertizos donde puedan refugiarse. Se les da de comer dos veces al día maíz mojado y hojas de col, además de la hierba que pastan en los cercados, á la que muy pronto dan fin, pues un kanguro come tanta hierba como un carnero. La mortalidad es muy poca, por más que al principio temí mucho las consecuencias de traer desde los territorios del Norte de Australia, áridos y castigados por el sol, esos animales á un clima tan variable como el de Inglaterra. El éxito ha coronado mis esfuerzos, y hoy poseo el único criadero de kanguros que, según creo, existe en el mundo.

Grupo de kanguros jóvenes

Kanguros jóvenes enteramente domesticados

(Fotografías de Clarke y Hyde.)

W. H. PAYNE.

Wurzburgo (Baviera).—El Congreso de Católicos alemanes recientemente celebrado. Una sesión en el Salón de fiestas del Palacio Municipal de Wurzburgo. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En la ciudad bávara de Wurzburgo se ha celebrado, en los últimos días del pasado agosto, el 54.° congreso de los católicos alemanes. que ha revestido gran importancia, así por el número de congresistas que en él tomaron parte como por la trascendencia de las cuestiones que en él se trataron.

En la primera sesión se nombró presidente al Dr. Constantino Fehrenbach de Freiburgo, y se acordó enviar telegramas de homenaje al papa, emperador y al príncipe regente rey de Baviera, y se adoptaron por unanimidad los acuerdos referentes al aumento del dinero de San Pedro y á la peregrinación á Roma que se efectuará en la primera semana de mayo de 1908.

En las sesiones privadas y públicas se han discutido temas, no sólo religiosos, sino políticos y sociales, relativos á la prensa católica, á la creación de cámaras de trabajadores, al servicio doméstico, á los comités de obreros, á la fundación de asociaciones mercantiles católicas, etc.

Esos temas fueron desarrollados por las más eminentes personalidades del catolicismo alemán.

Una de las fiestas religiosas más solemnes celebradas durante el Congreso ha sido la peregrinación de hombres al venerado Santuario de la Virgen, en la que figuraron más de siete mil personas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 30 de septiembre de 1907 — Núm. 1.344

RETRATO DEL EMPERADOR CARLOS V, pintado por Tiziano

REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: partidas de insurrectos: la fiebre amarilla: la discordia política: la verdadera independencia. – *República Dominicana:* el convenio con los Estados Unidos: el empréstito. – El conflicto centroamericano: las declaraciones del general Porfirio Díaz: los pacificadores y las conferencias de la paz: situación interior: la normalidad constitucional en *Honduras.* – *Colombia:* amnistía: primas á la exportación. – *Perú:* el mensaje del presidente: la industria minera: reorganización militar: la cuestión de Tacna y Arica.

Cuba sigue poco más ó menos como estaba en los primeros meses de este año. Huelgas en las ciudades, partidas armadas en los campos, los políticos sin entenderse, la fiebre amarilla ganando terreno, y Magoon, el gobernador yanqui, diciendo que todo va muy bien.

La guardia rural persigue sin tregua á las bandas armadas que merodean por los campos. Son de escasa importancia; pero cuando una se dispersa surgen otra y otras, casi todas en las provincias de Oriente, Santa Clara y Pinar del Río. El motivo ó pretexto de los que se alzan en armas es la odiada intervención yanqui. Los negros de Pinar del Río organizan un partido independiente, y su jefe, un tal Ovidio ú Ovideo, hace saber á Roosevelt, por un memorial, que los negros de Cuba han contribuído, lo mismo ó más que los blancos, á la independencia de la isla..., mejor dicho, al protectorado y predominio de los yanquis en ella. Se consideran, pues, con perfecto derecho á tomar parte en la administración pública.

La fiebre amarilla causa víctimas en Cienfuegos, en Matanzas y en otras ciudades, y no se libran de ella los soldados yanquis. Ultimamente hubo casos en la Habana y en sus inmediaciones. El servicio sanitario extrema las medidas de rigor contra el terrible mosquito.

Magoon, en el último informe que ha dirigido á su gobierno, se fija especialmente en la situación financiera y económica. Las rivalidades políticas y los odios de raza van separando más de día en día á los cubanos, el vómito negro se extiende, los huelguistas crean dificultades y paralizan industrias importantes; pero, en cambio, bajo la administración de Magoon los ingresos exceden á los gastos y la cosecha próxima promete grandes rendimientos.

Estas promesas y aquellos excedentes no seducen ni entusiasman á los cubanos; blancos y negros expresan en toda ocasión y en todos los tonos su disgusto. Querían libertad, independencia, sin someterse á tutelas extrañas, y no lo pueden conseguir. La falta de acuerdo entre ellos es la causa principal, la única, de la triste situación en que se encuentran. Recordábalo no ha mucho un gran patriota, un ilustre orador cubano, con motivo de las solemnidades con que se celebró la inauguración del Palacio de la Asociación de Dependientes, de la Habana.

En aquellos actos y festejos se oyó la voz elocuente de D. Rafael Fernández de Castro que pedía unión y concordia entre todos los cubanos, y entre éstos y los miles y miles de españoles que allí residen, como único medio de que pueda existir y consolidarse esa Cuba libre y próspera á la que tanto daño hicieron – son palabras del Sr. Fernández de Castro – los cubanos que por locas impaciencias ó por codicias de lucro personal entorpecieron la obra progresiva del honrado partido autonomista, que iba en busca de la independencia verdadera por el camino más firme y más seguro, sin necesidad de romper con la madre patria.

Justo será consignar, por nuestra parte, que tanta culpa como esos impacientes ó codiciosos cubanos tuvieron en el fracaso del partido autonomista los ineptos políticos de la península que no lograron darse cuenta, ó se la dieron demasiado tarde, del estado de la opinión en la isla.

***

El 24 de junio último firmó Mr. Roosevelt el tratado del 8 de febrero, aprobado ya por el Senado de los Estados Unidos y por la legislatura dominicana.

Los funcionarios yanquis encargados de las Aduanas siguen recaudando y distribuyen los caudales de la República de Santo Domingo y buena parte de ellos va á Nueva York, á disposición de los acreedores de la hacienda dominicana. Falta realizar la operación del empréstito de los 20 millones de pesos. El presidente ha convocado el Congreso á sesión extraordinaria, que debe haberse abierto el 10 del corriente mes, para resolver sobre la solicitud de una Compañía de Nueva York que aspira á encargarse de la emisión. Es la segunda proposición que hace, pues la primera fué desechada por el Congreso dominicano.

Entre tanto, no acaba de restablecerse la tranquilidad en la República. El convenio con los Estados Unidos es un motivo ó pretexto más que aprovechan los émulos del actual presidente, y suenan los nombres de Mota y de Rosa como caudillos de intentonas revolucionarias. El gobierno procura reorganizar el ejército y pide instructores á Alemania.

***

El conflicto centroamericano parece que toca á su fin, gracias á los buenos oficios del presidente de la Unión norteamericana y del de los Estados Unidos mexicanos.

La actitud del general Porfirio Díaz llegó á inspirar cierto recelo en algunos de los gobernantes de Centro América. El *Diario oficial* de El Salvador, aludiendo á la intentona unionista encabezada por el presidente de Nicaragua, daba á entender que hubo allí rumores de que el presidente de México simpatizaba con los propósitos de aquél. Después ha circulado por los centros diplomáticos de Europa y América un verdadero ó supuesto mensaje al Congreso internacional de La Haya en el que, á nombre de un «Comité para la defensa de la libertad de Guatemala,» se pinta con los más negros colores la anarquía que reina en Centro América y se pide que México «se reconozca en la obligación de intervenir en esos desgraciados países para reponer la libertad y para implantar la tranquilidad en la América central,» afirmando, por último, que la Asamblea reunida en La Haya con el fin de obtener la paz universal, tiene también el deber de encargar á México de esta tarea de civilización y de paz.

El citado *Diario* de El Salvador nos hace saber que, interrogado por el ministro de esa República en México, el Sr. Díaz declaró que «vería con agrado la unión de las cinco Repúblicas de Centro América, pero haciéndola surgir del terreno de la diplomacia, por los medios pacíficos y civilizados de la paz y del convencimiento; mas de ninguna manera acudiendo al enojoso y gastado expediente de la fuerza. Manifestó sus simpatías por todos esos países, y rechazó enérgicamente la especie que ha corrido, como muy válida, en la prensa universal, de que el general señor Díaz, no solamente vería con buenos ojos un movimiento militar encaminado á unificar las hoy disgregadas secciones del Istmo, sino que llevaría sus simpatías hasta á dispensar su protección á los promotores de un movimiento de tal naturaleza. Añadió que sería falta de cordura de su parte el hecho solo de mostrar tales simpatías por aventuras políticas en asuntos centroamericanos de la índole del que acaba de fracasar en Sonsonate.

El general D. Porfirio Díaz, pues, ni pretende ni aceptaría acción para imponer por medios de fuerza la unidad en la América Central. Acepta, sí, el papel de pacificador de acuerdo con Mr. Roosevelt. Así lo dijo también en el breve discurso con que contestó al del nuevo ministro de Nicaragua en México. Sin ejercer el menor apremio ni violencia, se asocia á Roosevelt para promover la paz en esos países: este es su propósito y esta será su línea de conducta en lo porvenir; procurar, siempre con el libre consentimiento de los interesados, que la paz sea sólida y duradera.

Consecuencia de esos nobles propósitos son los telegramas y comunicaciones que á fines de agosto dirigieron Díaz y Roosevelt á los presidentes de las Repúblicas centroamericanas, participándoles que estaban dispuestos á cooperar en la causa de la paz y de la humanidad, mediante una amistosa conferencia con representantes de aquéllas. Todas han aceptado la invitación, y ya se ha celebrado en Wáshington una reunión preliminar ó preparatoria á que han concurrido los ministros de las Repúblicas centroamericanas en dicha capital, convocados por el subsecretario de Asuntos extranjeros.

Queda ya, pues, garantida la paz, pues no es de suponer que ninguno de los gobiernos la quebrante en la actual situación; el acto de someterse á la especie de arbitraje que significa la Conferencia, por todos aceptada, es un compromiso de honor que obliga, por lo menos, á permanecer arma al brazo.

En lo que al orden interior se refiere, también parece que se normalizan las cosas. El presidente de Guatemala indulta y abre las cárceles á muchos de los presos políticos. Se anuncian elecciones para restablecer el estado constitucional en Honduras; son candidatos para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, los generales y abogados Sres. Dávila y Gutiérrez. Nótase reacción en favor del general Bonilla, que tantos y tan buenos servicios prestó á la República, y no sería extraño que sus amigos le presentaran para la presidencia. Dícese, sin embargo, que Bonilla se muestra muy dolido de la ingratitud ó torpeza de los políticos hondureños en quienes confió para regenerar el país, y que no se halla dispuesto á volver al poder.

***

Entre los últimos decretos del gobierno colombiano, hay dos que merecen especial mención.

El 20 de julio, aniversario de la Independencia, el presidente otorgó amnistía á todos los que sufrían condena por delitos de conspiración ó tentativa revolucionaria. La tolerancia y el buen sentido ganan terreno entre aquellos apasionados políticos á quienes largos años de guerra civil habían hecho poco menos que irreconciliables; los odios de partido y las animosidades personales ceden ante el interés común nacional.

Estimular por todos los medios posibles el desarrollo de los cultivos en aquel extenso y feracísimo suelo y fomentar así la riqueza pública, es uno de los fines que con mayor empeño persigue el general Reyes. A este propósito obedece el decreto por virtud del que se conceden primas á los exportadores de productos de la tierra. A los cosecheros de tabaco, algodón y café se les abona un peso oro por cada quintal que exporten; á los de caucho, cuatro pesos por quintal. La prima se pagará hasta 1910 y 1914, respectivamente.

***

Fecha 28 de julio tiene el Mensaje presentado al Congreso ordinario de 1907 por el presidente de la República del Perú. Refiérese al año tercero del gobierno del Sr. Pardo, año fecundo para el país, porque se han alcanzado nuevos y positivos progresos en el funcionamiento de las instituciones y en el desarrollo de las fuentes de la riqueza pública y privada.

La industria minera se señala especialmente por su extraordinario desenvolvimiento. En tres años, de 1903 á 1906, ha duplicado el valor de la producción, que en 1906 fué de 2.610.574 libras. Día á día aumentan las denuncias de pertenencias mineras y se van creando nuevas empresas con capital nacional y extranjero. Hoy la minería no tiene más obstáculo que la dificultad de los transportes, obstáculo que el Estado procura salvar construyendo ó promoviendo la construcción de ferrocarriles.

Otra fase del engrandecimiento del Perú es la reconstitución de su Ejército y su Marina. Las maniobras que se hicieron de noviembre á diciembre de 1906 en el departamento de Junín vinieron á resolver muy satisfactoriamente el difícil problema de la organización de las reservas y de su movilización. Se van á reorganizar las fuerzas de gendarmería con un efectivo total de 2.250 jinetes, que en caso necesario constituirán buen refuerzo para la defensa del país. El 10 de agosto entraron en el puerto del Callao los nuevos cruceros *Almirante Grau* y *Coronel Bolognesi.*

La cuestión referente á la nacionalidad definitiva de las provincias de Tacna y Arica continúa siendo objeto de los anhelos del gobierno y de la nación entera. Ya va siendo hora de resolver tan enojoso asunto, viniendo Chile y el Perú á un acuerdo sobre la base de lo establecido por el tratado de paz de 20 de octubre de 1883.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

... mientras la reo se instaló tímidamente en el banquillo, dando frente al tribunal...

EL HURTO DE FILOMENA

CUENTO

Sonada la una, los magistrados comenzaron á vestirse la toga con apresuramiento, mientras apuraban sendas colillas. Un galoneado ugier atendía con preferencia al más viejo, presidente del tribunal, que, despojado de su levita, forcejeaba angustiosamente por encapillar los brazos en las mangas en la vestimenta de juzgador. Sus compañeros, más ágiles, acabaron antes de anudarse á la cintura los lazos toguiles. Minutos después, calándose el birrete, se dirigieron todos á la sala contigua, donde se alzaba sobre una plataforma el rojo estrado. Una baranda de madera ponía confines en el promedio del salón á los aún desiertos dominios del público. En el testero principal, un dosel ribeteado con deslucidos galones de *doublé* cobijaba el retrato del rey y la venerable calva del anciano presidente.

—Avisen al señor fiscal y al Colegio de Abogados, ordenó aquél dirigiéndose al portero de servicio.

Y volviéndose hacia sus compañeros reanudó la conversación interrumpida al sonar la hora de audiencia.

—Dentro de dos meses completo los treinta y cinco años de servicio; ¿para qué quiero aguardar más? Si mientras tanto hay una vacante en el Supremo, me ascenderán probablemente. Si no, me jubilo. Con los cuatro quintos de sueldo y la renta de unas tierrecillas, juntaré..., juntaré...

Y mirando al techo buscaba inspiración para hacer una suma difícil. Los otros dos le interrumpieron asintiendo. Uno de ellos, alto y cetrino, gesticulaba con exaltación reprochando la tacañería del Estado, cuyas exiguas remuneraciones no bastan á los funcionarios para sostener su debido rango social. Discutíase con inesperada vehemencia el proyecto del ministro elevando los sueldos, y se razonaba prolijamente sobre las probabilidades de éxito de esta feliz iniciativa. Enfrascados en la plática dejaron transcurrir media hora. Llegó el fiscal; á poco el defensor.

—Que entre la procesada. Dé usted la voz de «audiencia pública.»

Los espectadores habituales en los juicios de corta importancia se desparramaron por los asientos con un rumor de colmena, mientras la reo, franqueando la valla, se instaló tímidamente en el angosto banquillo, dando frente al tribunal. Era una mujer de unos treinta y cinco años, mísera y escuálida, vestida con falda y manto negros y humildes. El semblante descolorido y desencajado tenía rigideces de calentura. Bajo el cerquillo del manto se abrían, como dos violetas aterciopeladas, unos ojos extraños, fosforescentes, donde parecía refugiarse todo el calor vital de aquel cuerpo exangüe. Una agitación temblorosa sacudía sus nervios.

—Dése cuenta.

El relator masculló unas palabras ininteligibles. Ritualmente, daba lectura á los escritos de la acusación y la defensa. La procesada atendía sin comprender, abarcando la escena con miradas de susto.

—¿Cómo se llama usted?, interrogó el presidente.

—Filomena López, contestó con voz apagada.

—¿Se confiesa usted autora del delito de hurto que se le imputa?, añadió el primero con celeridad maquinal reveladora del formulario.

—Sí, señor, replicó acentuando su respuesta con un gesto impenitente.

—El señor fiscal, repuso el magistrado otorgando su permiso á la acusación.

Arrellanándose en la poltrona, y requiriendo papel y pluma, comenzó á hacer números; decididamente, la suma de su jubilación con la renta de las tierrecillas le interesaba, y se abstrajo en las operaciones aritméticas, mientras fiscal y procesada mantenían su diálogo.

No necesitaba el acusador esforzarse mucho. Un guarda, cuyo testimonio nadie había desvirtuado, deponía concretamente en las diligencias sumariales, precisando todos los pormenores del hurto. Filomena tampoco negó. Preguntada por el representante de la ley, empezó la confesión de su culpa, una confesión contrita y humilde relatada con voz trémula y dulce; sus palabras resonaban con sumisas inflexiones de suavidad sonambulesca, semejantes á mariposas que aletearan temblando en el ambiente dormido de un jardín de ensueño.

—Fué este verano, señor. Aquella tarde, como todas, acudí á rezar en la sepultura de mi pobre Luisa. Luisa, señor, era mi hija, un ángel, una flor, una azucena. Lo único que yo tenía en el mundo...

Un sollozo entrecortó sus palabras; por su garganta ascendía un tropel de gemidos. El presidente alzó la cabeza, y frunciendo el ceño, miró alternativamente, con expresiva severidad, al fiscal y á la procesada. Entendió aquél el aviso é intimó, breve y adusto, á la declarante:

—Cuente el hecho lisa y llanamente y procure abreviar.

Filomena retuvo la amenazadora pleamar de sus lágrimas, y reanudó el relato bajo la impaciente mirada del fiscal y los furtivos bostezos del magistrado de los gestos. El defensor, nombrado de oficio y sin probabilidades de salir airoso, por la ingenua sinceridad de la culpable, miraba de tiempo en tiempo al tribunal, excusándose mudamente, con elocuentes ojos, por las dilaciones de su defendida. Y de los labios de ésta siguió fluyendo rítmica y ya clara, como en el recitado de un sueño, la confesión de su delito en aquella noche de verano en que infringió las leyes de los hombres hasta merecer su puesto en el banquillo.

***

Luisa dormía en aquella sepultura desde mayo. Una mañana primaveral la encerraron en una caja blanca y se la llevaron. Tres años, años de privaciones y de trabajo agotador con que Filomena había procurado allegar recursos para vivificar á aquella niñita de diez años, anémica y resignada, como un cautivo ruiseñor nostálgico, fueron vanos sacrificios. Sin dolor, sin agonía, una tarde, á la hora sagrada del crepúsculo, se extinguió como una llamita azul. Su pasión eran las flores. Filomena reservaba horas de trabajo para destinar su fruto exclusivamente á comprar á su nena varas de nardos de cálices argentinos y olorosos, blancos jazmines, fragantes rosas de Alejandría. Y escondido el frágil cuerpo de Luisa entre flores, la llevaron á la tierra.

Filomena vendió su modesto ajuar; redujo á dinero las alhajitas libradas en el naufragio de su viudez: unas ajorcas de oro, unos zarcillos heredados de su madre, una sortija con un rubí sangriento. Compró la sepultura á perpetuidad. Y todos los días, al atardecer, cuando la ciudad se henchía con los ruidos de la multitud, Filomena se internaba en las desiertas calles del cementerio para rezar junto á su Luisa.

Vivía para ésta. Durante las horas del trabajo, su pensamiento revoloteaba en torno de la piedra lúgubre interpuesta entre los dos corazones. En el cementerio imaginaba que su hija sonreía dulcemente al recibir la visita cotidiana y que un efluvio sereno rozaba sus párpados como una bendición de ultratumba. En los tristones días de llovizna, adivinaba tras el laude el calofrío de humedad punzando las carnes de su nena, y entreveía al través de los quiméricos cendales de su espíritu el gesto huraño del pobre cuerpo arrecido y calado por la filtración de la lluvia. De alma á alma se establecía un coloquio, diálogo de emanaciones cordiales que traspasaban las paredes del sepulcro y reponían aquellos dos seres á la dulce intimidad rota en una mañana de mayo por la sombra inexorable de la muerte.

Aquella tarde, el rezo se prolongó. Las tenues palpitaciones de la luz agonizante poblaban de misterio el umbral de la noche, cuando Filomena se dispuso á partir. Habían cerrado ya. Arrodillada é inmóvil junto á la tumba, acaso el guardián la confundió al hacer la última requisa con uno de esos ángeles melancólicos y estatuarios que la piedad adinerada da por perennes compañeros á los difuntos. Tornó á su oración.

En la soledad silenciosa del cementerio, comenzaron á alzarse las mil vibraciones nocturnas delatoras de la invisible gestación de la vida en las entrañas de la tierra.

Una cigarra encomendó á sus élitros la áspera canción de sus amores. Oculto en las frondosidades de un olmo centenario, el cuclillo lanzaba en las sombras de la noche su quejumbroso grito, las luciérnagas salpicaron la obscuridad de chispas rutilantes. La brisa trajo de las lontananzas el tilinteo caprichoso de algunas esquilas. Suaves soplos agitaban con blando susurro las ramas de los árboles y las balanceaban

tenuemente, como brazos de atlantes hechizados. Una inmensa paz adormecía la serenidad de la noche, tachonada. Sobre el horizonte, la luna plena asomó el disco pálido, derramando la suavidad de su luz tersa sobre el augusto remoso del camposanto.

Entonces comenzó la nocturna sinfonía de los aromas y las plantas. Por todo el ámbito se esparcieron los perfumes presos durante el día en los cálices de las flores alimentadas con el jugo de los muertos. Las azulinas campestres, diseminadas por las veredas y los rincones sepulcrales, irguieron sus tallos; los heliotropos, tímidos y sutiles; las rústicas malvarrosas y los lirios de corolas inmaculadas, exhalaron sus espíritus de aroma, buscándose en la penumbra para cuchichear los secretos de la vida floreal. Filomena sintió llegar hasta ella la onda de embriaguez perfumada. Y le asaltó de improviso la visión de la nena que desde el fondo de su cárcel obscura le dirigía un reproche. Ella, la dulce enamorada de las flores, sus almas gemelas, no tenía flores; junto á su tumba no crecían las bellas plantas en cuyos vástagos cristalizan el color y la fragancia como besos y sonrisas de una pasión pura. Filomena miró en derredor; más allá, un jazmín enroscado al tronco de un ciprés inclinaba sus ramas péndulas, cubiertas de blancas campanillas, hacia un sepulcro musgoso; en el circuito de un mausoleo se esponjaba un rosal luciendo sus rojizas coronaciones á la plateada claridad lunar.

Eran las flores de Luisa, sus flores predilectas. Desde sus tallos invitaban á Filomena amorosamente para que satisficiese su ansia maternal. Voces misteriosas le traían una petición anhelante de su Luisa. Por el aire, calmoso ya y tranquilo, cruzaban esas palabras confusas é indescifrables, gemidos y lamentos que llegan no se sabe de dónde, acaso de muy cerca, tal vez de muy lejos, y vagan trémulas por la extensión solitaria del espacio hasta desvanecerse en el infinito. ¿Eran reproches, sollozos y quejas de su ángel dormido para siempre? ¿Le pedían algo? Filomena cortó en el jazmín todas las flores; despojó al rosal de todas sus rosas, y llena de unción las depositó como una ofrenda mística sobre la tumba de su nena. Prosternada, lloró mansamente.

La oración, escultura de Guillermo Charlier

Aquella noche, bajo las negras vestiduras, sintió su corazón un latido feliz.

La ronda matinal deparó al guarda fúnebre una sorpresa. Sus ojos expertos apreciaron prontamente los destrozos hechos por un merodeador de flores en los macizos que los deudos de algunos difuntos tenían al mercenario cuidado del guarda. Sobre una de las más modestas sepulturas estaba el cuerpo del delito. Una honrada satisfacción invadió al celoso vigilante cuando detuvo á la audaz delincuente. Detenida é interrogada, confesó de plano.

Ahora en el acto de la vista reprodujo fielmente su confesión.

***

El fiscal fué breve. Probados los hechos delictivos, no había sino aplicar el correspondiente artículo del Código penal. Un impulso generoso, á que el representante de la ley era muy propenso, le movió á no mencionar las agravantes: nocturnidad y desplobado. Pidió tan sólo dos meses y un día de arresto.

El defensor se conformó con la pena: no había términos hábiles para sacar mejor partido, puesto que la confesión hecha excluía toda probabilidad favorable.

—Visto, pronunció el presidente.

Desfiló el público.

La procesada abandonó el banquillo. Los magistrados no necesitaron deliberar: el hecho carecía de intríngulis: era un sencillo caso de hurto.

Dieron orden al secretario para que extendiese la sentencia de acuerdo con la petición fiscal.

Terminada la faena del día, se despojaron de la toga con premura. Eran las dos y media. El almuerzo les esperaba.

El presidente dobló cuidadosamente la cuartilla garrapateada de números y se la guardó en la cartera.

—Hasta mañana, señores.

—Buenas tardes y hasta mañana.

***

El salón quedó solitario de nuevo. Sobre la mesa de estrados, el Crucifijo del juramento extendía sus brazos clementes y misericordiosos. En la silenciosa penumbra parecía que los labios de Cristo, Redentor nuestro, se despegaban pronunciando misteriosas palabras de piedad.

Baldomero Argente.

(Dibujo de Calderé.)

La vida, cuadro de Héctor Tito

EL EMINENTE PINTOR ESCOCÉS ENRIQUE RAEBURN (1756-1823)

Digno de ser parangonado con los dos grandes maestros ingleses Gainsborough y Reynolds, de quienes nos hemos ocupado en los números 1.311 y 1.337 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es el eminente pintor escocés Enrique Raeburn, nacido en los alrededores de Edimburgo el año 1756.

Retrato de Mrs. Simpson, pintado por Enrique Raeburn

En aquel entonces, Escocia estaba casi enteramente aislada de Europa, y aun los londinenses visitaban menos aquella isla que el continente, debido á lo cual sus habitantes conservaron por mucho tiempo su carácter propio y los artistas su originalidad. Este carácter y esta originalidad no los perdió Raeburn, que á la edad de veintidós años había hecho un rico matrimonio y gozaba de una posición tan independiente como sus dos antes citados colegas, cuando en 1783 fué á Londres y luego á Italia. Más tarde tuvo ocasión de establecerse ventajosamente en la capital de Inglaterra, pero prefirió quedarse en Edimburgo, en donde le visitó en 1822 Jorge IV, dándole un título nobiliario, y en donde murió en 1823.

En la obra de Raeburn pueden distinguirse dos períodos principales, el anterior y el posterior á 1800. En el primero, el ex miniaturista fué desenvolviendo cada vez más la amplitud de su estilo hasta llegar á un grado no igualado por nadie; en el segundo, suavizó poco á poco su rudeza y armonizó las superficies y los colores, aunque sin incurrir en el defecto de afeminarse. Quizás la popularidad de que en aquel tiempo gozaban Hoppner y Lawrence le indujo á hacer esas concesiones al gusto dominante en el público.

Raeburn fué principalmente un pintor de cabezas, y como Rembrandt, supo concentrar la luz en el rostro, tratando el resto del cuadro de una manera hasta cierto punto secundaria. Sus retratos no tienen nunca por fondo esos paisajes de fantasía á que tan aficionado fué Gainsborough; y si en muchos de ellos se ve bosquejado algo más que el retrato solo, débese á que el artista consideró necesario ó por lo menos muy conveniente presentar tales elementos accesorios para hacer resaltar más en el lienzo la característica del personaje retratado. Tal sucede, por ejemplo, en el retrato del general Roberto Fergusson, á quien pintó en traje de caza y en actitud de esperar, escopeta en mano, la pieza, obra que muchos ponen al lado de las del mismo género de Velázquez, y en el de un teniente de las milicias escocesas, vestido con pintoresco uniforme y puesto en medio de un agreste paisaje montañoso.

Pero el verdadero estilo de Raeburn no está en esos retratos, sino en aquellos en que pinta al sabio, al elevado funcionario, al sacerdote, sobre un fondo neutro ó á lo sumo sobre un fragmento de paisaje ligeramente bosquejado.

Entre los de este género, además de los dos que en esta página reproducimos, merecen citarse muy especialmente el del reverendo Enrique Wellwood, párroco de San Cuthbert, en el momento de disponerse á predicar, y el del secretario de Estado Juan Gray.

Es muy interesante comparar los retratos femeninos de Raeburn con los de Gainsborough. La diferencia entre unos y otros no está sólo en que Raeburn pintó preferentemente mujeres de edad algo madura y Gainsborough mujeres jóvenes y bellas, sino que en los de aquél el rostro es siempre lo principal, al paso que en los de éste el valor está en el conjunto, resultando como cuadros de género en los que el elemento individual queda relegado en cierto modo á segundo término.

Hay que tener en cuenta que Raeburn vivió casi una generación después que Gainsborough; así, mientras las mujeres pintadas por éste visten el traje *rococó*, con sus huecas faldas de seda y sus grandes sombreros de plumas, la mayoría de las retratadas por aquél visten el sencillo traje imperio, que deja al descubierto brazos y garganta y que por su simplicidad no distraen la atención, sino que permiten que ésta se fije por entero en el rostro.

Contemplando los retratos de Raeburn puede hacerse la experiencia de que un traje nivelador no nivela á las personas; en efecto, cada uno de los retratados lleva escrita, por decirlo así, su condición en su semblante, que, como hemos dicho, constituía la preocupación principal del maestro escocés.

En las obras de Raeburn se nota cierto parecido con las de Rembrandt, Franz Hals y hasta cierto punto también con las del inmortal Velázquez, y sobre todo con las del más clásico pintor francés de la época del Imperio, Jacobo Luis David.

Gainsborough, Reynolds y Raeburn son tres personalidades con carácter enteramente propio y perfectamente marcado en sus respectivas obras. Entre todos ellos hay diferencias marcadísimas que los hacen inconfundibles; pero por encima de estas diferencias existe algo que los une, y es: que los tres son hijos de un mismo país con cultura propia y que en su tiempo, más aún que hoy en día, permaneció aislado de toda influencia extranjera. Así, mientras los artistas de los demás países, no sólo viajaban, sino que además se asimilaban algo ó mucho del arte de otras tierras, esos tres pintores tuvieron el valor de ser ingleses, y no más que ingleses, y solamente así lograron ser clásicos.—S.

Ronald y Roberto Fergusson, retratos pintados por Enrique Raeburn

EL JUBILEO BÚLGARO

La celebración del vigésimo aniversario del reinado del príncipe Fernando de Bulgaria, efectuado en Sofía el día 28 de agosto último, fué una gran gran fiesta nacional.

A las seis y media de la mañana, una salva de 31 cañonazos anunció que el príncipe y sus hijos salían de palacio para dirigirse al Campo de Marte, en donde le esperaban el cuerpo diplomático, los ministros, las autoridades, corporaciones, sociedades militares y una muchedumbre inmensa.

El ministro de la Guerra entregó al príncipe, en nombre del ejército, una medalla conmemorativa de sus veinte años de servicio como general en jefe; después dirigióse el cortejo oficial á la capilla del campo en donde se cantó un Tedéum, terminado el cual hubo un brillante desfile en las tropas.

Luego recibió el príncipe las felicitaciones de los miembros de la Sobranié actual, de los individuos sobrevivientes de la Constituyente de Tirnovo, que, en 1887, le elevó al trono de Bulgaria, de los veteranos de la legión búlgara que en 1887 combatieron por la independencia del principado, y de dos mil alcaldes representantes de todos los municipios de Bulgaria.

El príncipe Fernando condecoró á gran número de búlgaros y extranjeros, regaló 100.000 francos para el Instituto de los tuberculosos y 10.000 para los estudiantes pobres y publicó un manifiesto declarando que la prosperidad alcanzada por la nación en estos últimos veinte años se debe á las cualidades admirables de los búlgaros, é invitando á la joven generación á que continúe la hermosa obra comenzada y se inspire en el patriotismo de las dos generaciones últimas que supieron apreciar la libertad y hacer fructificar los sacrificios de Rusia para la emancipación del país.

Con motivo de las fiestas del jubileo, se ha inaugurado en Sofía un magnífico monumento, que adjunto reproducimos, erigido á la memoria del tsar Alejandro III, á quien los búlgaros denominan con justicia su libertador. En efecto, gracias á la actitud hostil de Rusia hubo de abdicar en 1887 Alejandro de Battenberg y fué proclamado el mismo año el príncipe Fernando, actual soberano de Bulgaria.

La fotografía que al pie de esta página reproducimos representa á la familia reinante y á la corte en el solemne acto de la inauguración. Los personajes que se ven en el grupo del centro son, de derecha á izquierda, el gran duque Uladimiro Alexandrowitsch, hijo de Alejandro II, el príncipe Cirilo de Bulgaria, el príncipe Fernando, la gran duquesa María, esposa del gran duque Uladimiro, las princesas Eudoxia y Nadejda de Bulgaria, el príncipe heredero Boris de Bulgaria y M. Gudeff, primer ministro de Bulgaria.—R.

Sofía (Bulgaria).—Monumento erigido á la memoria del tsar Alejandro III, á quien los búlgaros llaman el «Libertador.» (De fotografía de Carlos Trampus.)

Sofía (Belgrado).—Fiestas del jubileo búlgaro. La familia del príncipe Fernando y la corte en el acto de la inauguración del monumento de Alejandro III. (De fotografía de Carlos Trampus.)

OFICIALES DEL EJÉRCITO CHINO EN EUROPA

En varias ocasiones nos hemos ocupado del movimiento que, de algún tiempo á esta parte, viene realizándose en China para incorporar aquella nación de tan inmenso territorio y de población tan numerosa á la civilización europea.

Las disposiciones por el gobierno adoptadas en este sentido responden al espíritu reinante en los elementos más sanos de aquel imperio, y el pueblo, en su gran mayoría, las acoge con entusiasmo, y ayuda, con la acción poderosa de la opinión pública, á que las reformas decretadas se arraiguen pronto.

En donde más se deja sentir esa política reformista es sin duda alguna en el ejército. China no se contenta con llamar á expertos militares extranjeros para confiarles la dirección de sus escuelas de guerra y la instrucción de sus tropas, sino que además envía actualmente á los mejores alumnos de aquéllas á Europa para que perfeccionen su educación militar. Hace poco han llegado á Meaux tres alumnos que durante cinco meses estarán agregados como simples soldados al 4.° regimiento de húsares, viviendo é instruyéndose como simples soldados, para después ingresar en la escuela de Saint-Cyr hasta obtener el grado de oficiales.

Esos tres alumnos, cuyos retratos reproduce la fotografía adjunta, son: Lao Tsung, hijo de un general chino; Tang Tsaí, hijo de un personaje ilustre de la corte, y Tseng-Kur-Yon, hijo de un gran comerciante.

Los primeros alumnos de las escuelas militares chinas llegados á Europa para perfeccionar su educación militar: han sido agregados al 10.° regimiento de húsares franceses de guarnición en Meaux. (De fotografía de Felipe Hutin.)

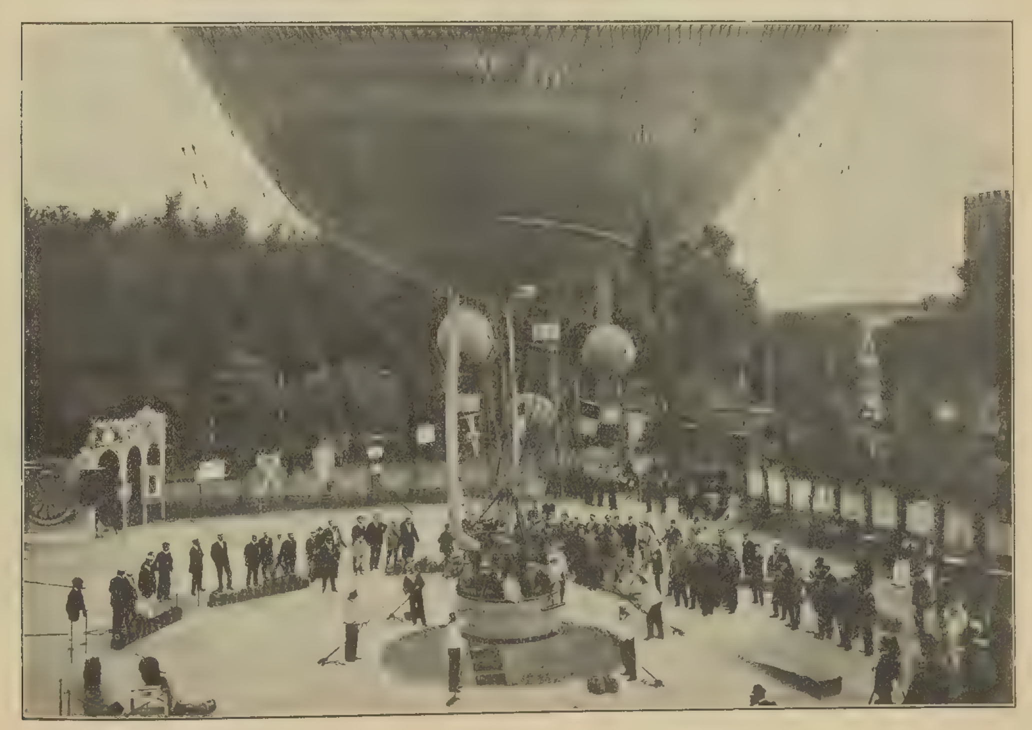
BARCELONA.—EL GLOBO CAUTIVO

En un solar situado en el Salón de San Juan se ha instalado un globo cautivo cuya inauguración oficial se efectuó el día 23 de los corrientes. Asistió al acto distinguida concurrencia, y después de haber sido bendecido solemnemente el aeróstato, realizóse con el más satisfactorio resultado la primera ascensión, en la que figuraron el alcalde Sr. Sanllehy, algunos concejales, los propietarios del globo, el capitán de éste M. Laiz y su hija y varios periodistas.

Desde el día siguiente se efectúan ascensiones públicas que se ven muy concurridas.

El aeróstato, que ha sido construído por la casa Godard, de París, cubica 3.750 metros y va provisto de un globo interior lleno de aire para las compensaciones del gas. El cable mide 450 metros y va enrollado en un cabrestante de dos metros de diámetro, movido por un motor de 32 caballos de fuerza y provisto de dos frenos, uno de rueda y otro de sistema tranvía, que sirven para regularizar las ascensiones. La resistencia del cable está probada á 8.000 kilogramos y la fuerza ascensional, junto con los ascensionistas, no excede de 600, de aquí que esté perfectamente garantizada la seguridad del aparato.

El globo es de seda, y la barquilla, en la que caben quince personas, es de mimbre y madera barnizada, con gruesos aros de hierro, se cierra con llave y aldaba y está sujeta al aeróstato por gran número de cuerdas, dispuestas de tal modo que aunque se rompiese alguna, la estabilidad está asegurada en absoluto.—X.



Barcelona.—Inauguración del globo cautivo instalado en esta ciudad. (De fotografía de A. Merletti.)

EL MAS GRANDE DE LOS HEROES, CUADRO DE B. SHAW. GR.

… r B… ng. (Copyright by Landecker & Brown, Londres.

ACTUALIDADES BARCELONESAS

Visita de ingenieros franceses. – Invitados por algunos contratistas de obras del puerto, llegaron hace pocos días varios ingenieros franceses, acompañados algunos de ellos de sus señoras. El número total de los expedicionarios era de 108.

Reuniéronse éstos en la mañana del 20 en el edificio Embarcadero de Viajeros, en donde les esperaban representaciones de la Junta del Puerto, de la Asociación de Ingenieros de Caminos y de los contratistas, y desde allí, embarcados en dos vapores golondrinas, elegantemente adornados con banderas, follajes y flores, visitaron la dársena del dique flotante y las obras del dique del Este.

Terminada esta visita, regresaron al embarcadero, en donde se les obsequió con un espléndido banquete, que en su honor dieron los contratistas de las obras, y en el cual los señores Chargeraut, Valdés, Dardet, Rojo y otros pronunciaron elocuentes brindis por la unión y prosperidad de Francia y de España.

Al día siguiente los expedicionarios regresaron á su país, muy complacidos de las atenciones de que habían sido objeto y dejando en cuantos tuvieron ocasión de tratarles un recuerdo muy grato de su breve estancia en esta capital.

***

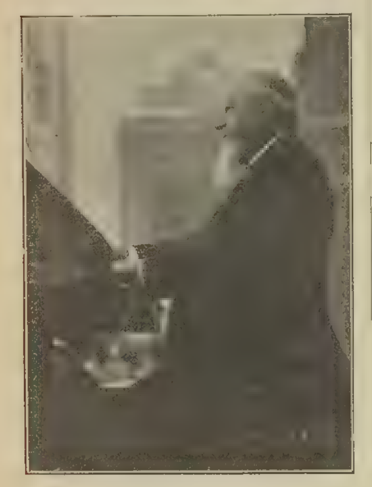
Ermette Novelli. – En el teatro de Eldorado renueva actualmente los laureles que en otras ocasiones ha conquistado entre nuestro público el famosísimo actor italiano Ermette Novelli. Ya nos hemos ocupado otras veces de tan eminente artista, y por consiguiente no hemos de insistir sobre sus méritos excepcionales; por otra parte, su fama universal hace innecesario todo elogio. Su repertorio es inmenso y abarca los géneros más distintos, desde el más cómico *vaudeville* hasta la más alta tragedia clásica; desde la sencilla comedia de costumbres hasta las grandiosas concepciones shakespearianas; desde la obra del teatro italiano antiguo hasta las creaciones más complicadas del teatro escandinavo moderno. Y en todos los personajes que representa encarna del mismo modo maravilloso el carácter por el autor creado, dándonos, no una ficción, sino una realidad verdadera hondamente sentida y subyugando con su realismo de la mejor ley al público.

Al publicar hoy la adjunta fotografía enviamos una vez más al sin par Novelli nuestra salutación más sincera y nuestro aplauso más entusiasta.

***

M. Alejandro Guilmant. – El célebre organista francés, reconocido como uno de los primeros maestros en el manejo del con razón llamado rey de los instrumentos, ha dado dos magníficos conciertos en el Palacio de Bellas Artes, en los cuales ha justificado la fama universal de que goza. En los programas figuraban la *Tocatta y fuga* en *re menor* de Bach, una fuga de José Lidou sobre el himno *Sacris solemnis*, una *Gavota* del P. Martini, la *Fanfare* de Lemmens, la *Quinta sonata* de Mendelssohn, el *Cuarto concierto* de Hændel, el *Coro en la* de T. Salomé, y de su composición una *Marcha nupcial*, un *Coro alla Hændel*, *Elevation*, *Capricho*, *Marcha fúnebre y canto seráfico* y la *Primera sinfonía*, estas dos últimas con orquesta. También tocó improvisaciones sobre dos temas populares catalanes, glosándolos magistralmente. Como ejecutante, hizo verdaderos prodigios, demostrando su absoluto dominio del órgano; como compositor, todas sus obras se distinguen por su inspiración, por su carácter y por su factura, y en las de órgano y orquesta además por su perfecta instrumentación. La concurrencia numerosa y selecta que acudió al Palacio de Bellas Artes premió á M. Guilmant con ovaciones entusiastas y aplaudió calurosamente á la orquesta, que dirigió con sumo acierto el maestro Sr. Nicolau.

(Fotografías de A. Merletti.)



Barcelona.—El eminente organista M. Alejandro Guilmant en el Palacio de Bellas Artes

Vista exterior del edificio. Embarcadero de Viajeros.

Barcelona.—Banquete celebrado en el Embarcadero de Viajeros en honor de los ingenieros franceses que han venido á visitar las obras del puerto

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 633, 636, 640 y 641)

Retrato del emperador Carlos V, pintado por Tiziano. – Hallándose Carlos V en Augsburgo, en donde tenía su corte imperial, llamó á Tiziano para que le retratase. El retrato que entonces pintó el famoso artista italiano es el que nuestro grabado reproduce; en él el emperador viste traje y gorro negros y su figura de colores sombríos se destaca sobre el color encarnado del sillón, el amarillo del tapiz y el escarlata de la alfombra. Esta obra, reputada como obra maestra del inmortal pintor, se conserva en la Antigua Pinacoteca de Munich.

***

La oración, escultura de Guillermo Charlier. – En el número 1.211 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicóse un artículo sobre ese notable escultor belga. Nada hemos de añadir á lo que en él se dijo, y al reproducir hoy su hermosísimo grupo *La oración*, nos limitaremos á señalar á la admiración de nuestros lectores esa obra, que es un portento de realismo y un prodigio de sentimiento.

***

La vida, cuadro de Héctor Tito. – ¡Cuán admirablemente responde esa composición al título que le ha dado el autor! Sí, todo en ella respira vida, las personas, el campo, el cielo, es decir, la naturaleza entera en sus varias manifestaciones, sin que baste á borrar ni á debilitar siquiera esta impresión, la figura del anciano que se aleja y que más bien contribuye á aumentarla por la fuerza del contraste. El celebrado artista italiano, de quien tantas obras hemos reproducido, ha demostrado una vez más que en el arte, la verdad y la poesía se hermanan perfectamente.

***

El más grande de los héroes, cuadro de Bynam Shaw. – A pesar de tratarse de una composición tan complicada, no es necesario describirla para comprender claramente el asunto que en ella ha tratado el notable pintor inglés. Esos guerreros, esos caudillos, esos emperadores, esos héroes de la mitología y de la historia, humillados ante ese otro héroe, el más grande de todos ellos, que conquistó un mundo predicando el amor y el sacrificio y sin derramar más sangre que la suya, constituyen una hermosa apología del cristianismo. La idea es bella y grandiosa; grandiosa y bella es también la forma en que el artista ha sabido expresarla, dando á cada figura su valor propio, agrupándolas armónicamente, cuidando de los menores detalles é imprimiendo en el conjunto un carácter severo é imponente.

Barcelona.—El famoso actor italiano Sr. Novelli y su esposa en la plazoleta del Tibidabo

... tal vez lo habría pasado mal sin la intervención de los labriegos

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Un momento después entró la sirvienta y entregó á Susana una tarjeta muy elegante en que se leía «Señorita Walton.»

—¿La conduciré á la sala?, preguntó la sirvienta.

—No; que entre aquí, contestó Susana.

A los pocos minutos entró la visitante, luciendo un magnífico vestido de seda y un sombrero adornado de cintas en que se combinaban todos los colores del arco iris. Habría sentado perfectamente en una niña de quince años; pero no en una mujer que pasaba de los treinta.

Al entrar, sin duda la ofendió el olor de carne y de berzas que allí se percibía, pues sacando un frasquito de su bolsillo, aplicóle á la nariz al punto. La dama debió pensar que era un agravio recibirla en el comedor.

Susana se levantó y adelantóse para ofrecer la mano á su visitante.

—¡Señorita Walton!, exclamó, esto es una inesperada...

—Visita, es verdad, dijo la señorita Walton terminando la frase. ¡Oh! Déjese usted de cumplidos...

—No tengo por costumbre hacerlos, repuso Susana ofreciendo una silla á su visitante.

«¡Qué mujer tan vulgar!—pensó la de Walton.—¿Es posible que Tomás haya pensado en tomarla por esposa?»

—Estoy comiendo, como usted ve, dijo Susana. ¿Quiere usted acompañarme?

—No, gracias, aún llegaré á tiempo á casa para almorzar. Nosotros no vamos tan de prisa, añadió sonriendo con aire de superioridad, como para indicar que esta era la costumbre en las clases superiores de la sociedad.

—Sí, repuso Susana, supongo que no está de moda entre ustedes.

—Así es, hija mía. Seguramente usted no conoce las costumbres de la alta sociedad...

—No; solamente sé que en ella hay muchos tontos.

La señorita Walton sintió el aguijón, mas no quiso darse por aludida.

—También hay muchos, repuso, que quieren salirse de su posición y elevarse; nosotros los compadecemos, porque la vanidad es cosa muy lamentable.

Susana siguió comiendo, sin contestar á esto último, sabiendo muy bien que se exponía á decir palabras injuriosas para su visitante; pero se preguntó cuál podía ser el objeto que conducía allí á la señorita Walton.

Esta última, tomando entonces cierto aire de familiaridad, como si estuviese en la mejor inteligencia con su interlocutora, buscó otro asunto para reanudar la conversación.

—Pensaba, dijo, que nos había usted olvidado...

—La verdad es que, sin la invitación que se me hizo, jamás habría pensado en visitar la casa.

—¡Oh! Es igual; por eso mismo pensé que sería lo mejor hacer á usted una visita para preguntarle si quedó satisfecha del día de campo.

—Por lo menos me encuentro ahora muy bien, contestó Susana, y generalmente siempre estoy lo mismo.

Parecía que la joven tenía empeño en hablar con toda la rudeza posible.

—Parece que hoy está usted algo exasperada ó de mal humor, dijo la señorita Walton, como le sucede á mi hermano con frecuencia. ¿Le ha visto usted últimamente?, añadió la dama aplicando de nuevo el frasquito á la nariz, después de quitarse el guante para que se vieran las sortijas que adornaban un dedo de la mano.

Susana no pudo reprimir una sonrisa burlona; había concluído de comer, y volviendo á su silla, colocóse de frente á la dama.

—¡Oh, sí!, contestó con indiferencia; hace poco le vi, pues viene muy á menudo á la granja. Es muy inteligente en caballos, pero nada sabe sobre la cría de ganados. Nosotros hacemos un gran tráfico con las vacas y cerdos. Supongo que usted tampoco es entendida en este negocio...

—No, hija mía, replicó la señorita Walton estremeciéndose al pensar que su hermano pudiera convertirse en ganadero; nuestra familia, como usted comprenderá, no se ocupa de semejantes cosas.

—Es lástima, repuso Susana, porque ustedes podrían ganar mucho, y si yo estuviese en Walton no me dedicaría á otra cosa.

A pesar de su frasquito de esencia, la dama palideció al pensar que su casa pudiera convertirse en ganadería.

—Lo creo, contestó; pero las personas de educación, hija mía, tienen otras ocupaciones más refinadas.

—Sí; ya lo sé.

Siguióse una pausa, sin que Susana tratase de reanudar la conversación, porque comprendía que la de Walton no había hablado aún del objeto de su visita.

—Mi hermano, dijo la dama al fin, habla siempre con admiración del acierto con que usted dirige los trabajos de la granja.

—Le agradezco el cumplido; pero ya sé que tiene por costumbre ser muy atento.

La señorita Walton comenzaba á impacientarse; pero aún pudo conservar su serenidad.

—Supongo que son ustedes muy amigos, añadió.

—Es claro, contestó Susana contrayendo sus lindos labios con expresión de asombro; si no fuese así, no vendría tan á menudo á la granja.

—Es cierto. ¿Me dispensará usted ahora una pregunta, que podrá parecerle impertinente, pero que para mí tiene mucha importancia?

—Pregunte usted todo cuanto guste.

—Lo haré así, mas espero que usted no se ofenderá. Yo quisiera saber si le ha hecho alguna proposición.

La dama esperó la respuesta con evidente ansiedad.

—¡Oh, sí, varias veces!, contestó Susana apoyando sus manos en las rodillas.

La señorita Walton apeló otra vez á su frasquito, mas no con la intención de ostentar sus sortijas.

—¿Y usted aceptó?.. Dispénseme esta nueva pregunta.

—¡Oh, no!; aún no he tenido tiempo para pensar en el asunto.

—Pues bien, continuó la dama, como amiga sincera debo advertirla que los casamientos entre personas de distinta clase no resultan nunca felices, nunca.

—También lo he pensado yo así, replicó Susana con acento burlón. La pobre Anita Roulston, hija de un labrador, se casó con un fabricante de velas, y tuvo muy mala suerte, pues murió al poco tiempo,

sin duda por haber entrado á formar parte de una familia que no era de su clase.

La señorita Walton se sonrojó vivamente al oir estas palabras, pues recordáronla que su abuelo, el concejal Smith, había fabricado velas también antes de ocupar su cargo; pero muy pronto recobró la serenidad.

—Pues esa triste historia, dijo, puede servir á usted de ejemplo. Y advierta que la hablo como amiga; estoy segura de que nunca podría usted ser feliz en Walton, y quisiera que me prometiese una cosa...

—¿Qué es?

—Se reduce á que despida usted á mi hermano cuando vuelva aquí.

—¡Oh! Yo no puedo hacer eso, porque fuera una grosería imperdonable.

Al pronunciar estas palabras, Susana se puso en pie, dando á entender con esto bien claramente que daba por terminada la conversación. La dama, comprendiéndolo así, se levantó también.

—Repetiré, añadió, que he dado este paso, tanto en obsequio de usted como de Tomás, dijo la señorita Walton con marcada acritud, pues apenas podía contener ya su enojo.

—Es usted muy amable, replicó Susana; y le agradezco á usted que se interese tanto por mí, añadió abriendo la puerta de la habitación.

—Nuestra familia, continuó la de Walton, no consentiría nunca en semejante enlace.

—Siento mucho haber ofendido á la familia, replicó Susana.

La de Walton se precipitó fuera de la habitación, sin duda por temor de que estallase su cólera, pues aquella joven acababa de exasperarla.

Sin embargo, Susana se adelantó para abrir la verja, y hubiera abierto también la portezuela del coche, á no estar allí el lacayo.

Antes de que el vehículo se pusiera en marcha, la de Walton gritó por la ventanilla:

—No olvide usted, señorita Holt, que nuestra familia no consentirá nunca en semejante unión.

La joven hizo un ademán de despedida y volvió al comedor sonriendo, pues habíale divertido mucho la escena; pero muy pronto quedó pensativa y entregóse á sus reflexiones. La visita no era de su agrado, ni el objeto de ella tampoco. Sin duda Walton había dicho algo á sus hermanas, induciéndolas á creer que era correspondido. Esto no era verdad; mas en aquel momento casi hubiera querido haberse casado con Tomás para irritar á sus hermanas.

Este era un mal pensamiento, y lo desechó como un absurdo; mas no quería que nadie la impusiese su voluntad, ni dejarse gobernar por los otros; era independiente, y siempre obraría como mejor le pareciera, sin cuidarse de las opiniones ni de la conveniencia de los demás. De todos modos, el asunto la irritaba.

De pronto abrióse la puerta y Sara entró, pálida aún y con señales de lágrimas en sus ojos; se acercó á su prima y ésta la miró con afectuosa curiosidad.

—Vengo á rogarte, dijo Sara con voz temblorosa, que me dispenses mi mal humor de esta mañana, pues á pesar de mis esfuerzos, no pude dominarme.

—No hablemos más de eso, contestó Susana, porque yo lo he olvidado ya.

Al decir esto quiso abrazar á su prima.

—¡No!, exclamó la joven retrocediendo y cubriéndose el rostro con las manos.

—Pero ¿qué tienes? ¿Estás enferma? ¿Has sufrido algún disgusto? Ya sabes que á mí me puedes hablar con toda franqueza.

—Esto no es nada, contestó la joven acercándose otra vez; no hagas caso de mí.

—Bien, ya me dirás más tarde si te aqueja algún pesar...

—Eso no, interrumpió Sara; no lo sabrás nunca.

Y como para evitar que su prima preguntase de nuevo, añadió:

—Se me había olvidado decirte que esta mañana encontré á Tomás Walton y que me encargó anunciarte que vendría mañana para que vieras su caballo *Jim*.

—¡Otra vez Walton!, murmuró Susana con impaciencia; creo que al fin acabaré por odiar ese nombre á fuerza de oirlo repetir.

Y en su enojo, Susana no observó la expresión de ansiedad con que su prima la miraba al hablarla de su encuentro con Walton, para ver si en su rostro se manifestaba indiferencia ó alegría.

XII

UNA FAMILIA FELIZ

La entrada de Elisa Walton en su casa, de vuelta de su visita á la señorita Holt, produjo cierta sensación; Alicia y Carolina enmudecieron al observar la expresión de su hermana mayor, y la madre experimentó cierta inquietud. No ignoraban que Elisa había ido á la granja *para resolver cierta cuestión*, y sabían que era muy capaz de arreglar los asuntos de modo que la casa no se perjudicase.

La hermana mayor se apresuró á sentarse al entrar, ó más bien dejóse caer en una silla, como si estuviese muy cansada; Alicia la quitó el sombrero, y Carolina fué á buscar un vaso de agua, servicios que Elisa aceptó con el aire de un monarca que ve á los demás cumplir con su deber. Sin embargo, había mucha afectación en aquel momento en su proceder, pues siempre tenía el defecto de exagerar en todas sus cosas.

—¿Es verdad que has ido? ¿Qué ha pasado?, preguntó una de las hermanas.

—No puedo contestar á todo de una vez, dijo Elisa con dignidad; pero sabed por de pronto que Tomás ha solicitado la mano de esa joven.

—¡Oh!, exclamó Alicia, es necesario oponerse á todo trance; eso sería ruinoso para nosotras.

—¡Pobre de mí!, exclamó la señora Walton, que estaba sentada en el sofá abanicándose, con el rostro encendido, como si se hallase amenazada de un ataque apoplético. ¡Si mi padre el concejal Smith hubiera visto esto!

—Estoy segura, continuó Elisa, que ella no ha vacilado en aceptar, aunque me contestó que aún no había pensado en el asunto. ¡Cómo si no fuera nada para esa muñeca erigirse en dueña absoluta de la Abadía de Walton.

—¿Y sería posible, añadió la madre, que á mis años me viera expulsada de mi casa?

—¿Pero no has arreglado tú ya la cuestión, Elisa?, preguntaron las hermanas, que tenían mucha fe en la mayor.

—La he dicho mi opinión claramente, y creo que la intimidé, pues se mostró muy humilde antes de salir yo de la casa; pero no quiso prometer cosa alguna.

Dicho esto, la señorita Elisa refirió con todas las exageraciones que se le ocurrieron su conversación con Susana, pero desfigurándola de tal modo, que distaba mucho de ser la misma. Cuando hubo concluído, miró á sus hermanas y á su madre, esperando un aplauso que nadie le tributó.

—¿Pero qué haremos?, preguntaron todas á la vez.

—Esperar á Tomás, contestó Elisa, que aún no había pensado en ningún plan.

Y sin añadir palabra, subió á su cuarto para cambiar de traje antes de comer, dejando á sus hermanas muy inquietas por la calamidad que amenazaba á la familia. En cuanto á la madre, habíasela exagerado de tal modo los males que sobrevendrían en el caso que Tomás se casase, que comenzó á sollozar.

—¡Hijas mías, exclamó, todas tendremos que ir al hospicio!

Las jóvenes hicieron todo lo posible para consolarla, y se resolvió esperar al hermano, cuya conducta era tan reprensible.

Pero Tomás debía tardar aún bastante. Después de examinar los caballos y de poner á prueba sus cualidades, pasó la tarde jugando al billar con el señor Montague, que aún se la echaba de muy capaz para tomar parte en todas las diversiones y ejercicios propios de los jóvenes. A decir verdad, no era viejo, pues no contaba más de cincuenta años, pero había pasado veinte de ellos en la India, y en este tiempo se gastó mucho su naturaleza. Para no vivir completamente aislado en su gran casa, frecuentábase con varios jóvenes, los cuales le visitaban más bien por ver sus caballos que por su sociedad.

El señor Montague se había aficionado á Tomás porque veía en este joven como un reflejo de lo que él había sido en otro tiempo; es decir, un hombre aficionado á caballos, siempre pagando deudas para contraer otras, siempre haciendo el amor á cuantas jóvenes eran de su agrado, y comprometido en algún enredo.

He aquí por qué Tomás iba á la Casa Isabel, morada del señor Montague, siendo raro el día que regresaba á su casa antes de las doce de la noche. Siempre encontraba á toda la familia durmiendo; entraba sin molestar á nadie, y encerrábase en su cuarto.

Por eso en la noche en que sus hermanas le esperaban, sorprendióle mucho ver aún luz en la sala y en el patio.

«¡Hola!, murmuró, ¿habrán tenido reunión sin avisarme á mí?»

Tomás entró silenciosamente, con la idea de sorprender á su familia; pero en toda la casa reinaba profundo silencio; escuchó un instante, y no pudiendo resistir más su curiosidad, abrió la puerta de la sala, deteniéndose en el umbral.

Su madre dormitaba en el sofá; Carolina leía una novela, que debía interesarle mucho, pues no oyó á su hermano entrar; mientras que Elisa y Alicia parecían sumidas en honda meditación.

Al ver esto, Tomás soltó una ruidosa carcajada, que sobresaltó á su madre.

—¿Qué es eso?, exclamó la señora Walton, sin saber al pronto dónde estaba.

—Soy yo, madre, dijo Tomás. ¿Qué hacen ustedes sin acostarse á estas horas? ¿Han venido ladrones, ó temen acaso su llegada?

—¿Estás sereno?, preguntó la hermana mayor.

—No lo sé; pero no he conocido ningún hombre que dijera nunca que no lo estaba.

—En tal caso, repuso Elisa, sin hacer aprecio de esta contestación, permíteme decirte que en la casa hay, en efecto, un ladrón..., un hombre que quiere robar á su madre y á sus hermanas el hogar doméstico, dejándolas abandonadas en el mundo sin recursos ni protección.

—¡Qué grosera eres!, exclamó Tomás, cogiendo una silla y sentándose junto á su madre, que comenzaba á llorar.

—¡El grosero eres tú, Tomás Walton!, replicó la hermana mayor.

—¡Oh! Elisa, no hables de ese modo, dijo la madre.

—No haga usted caso, repuso Tomás; no en balde la llaman sus hermanas el ángel de la guarda, y veo que ahora se confirma el apodo, lo cual me divierte mucho... ¡Vamos, Elisa, da principio á tu sermón y nos reiremos un poco!

La hermana mayor sabía mantenerse firme con todos menos con Tomás, y se limitó á decir:

—No solamente nos insultas, sino que demuestras no tener corazón.

—Mal principio es ese para un discurso, repuso Tomás.

Siguióse una pausa, y comprendiendo Elisa que iba á perder su dignidad, hizo un esfuerzo para conservarla.

—No es esa la manera, dijo, de hablar de un asunto que tiene la mayor importancia para todas nosotras.

—Sí, añadió la madre, sollozando de nuevo, nos obligarás á refugiarnos en el hospicio.

—Pues no se está del todo mal allí, replicó Tomás. El día de Navidad visité el establecimiento, y os aseguro que todos comían muy bien; pero vamos, Elisa, concretemos la cuestión, y sepa yo de qué se trata.

—¿Por qué propusiste á esa..., á esa joven de la granja?..

—¡Ah! ¿Es ese el punto de la cuestión? Muy bien, pues propuse porque la joven me agrada.

—¿Y piensas tomarla por esposa?

—Si ella me acepta, con mucho gusto.

—¿Y osas decírnoslo cara á cara?

—Si te parece mejor, lo diré donde no podáis oirlo.

—¿No podrás tener formalidad un momento?, dijo Elisa con acento de enojo. Ya sabes que tu renta, ó mejor dicho la *nuestra*, no es suficiente para que sostengas mujer y familia, cuidando también de nosotras, como es tu deber. ¿Qué sería de tu podre madre y de tus hermanas?

—No había pensado en eso, contestó el joven con aire reflexivo; pero como si le ocurriese de pronto una feliz idea, añadió:

—Yo me cuidaré de mi madre, y vosotras podréis casaros. Estad seguras de que no lo llevaré á mal.

Parecía imposible inducir á Tomás á considerar la cuestión desde otro punto de vista, y la hermana mayor juzgó que era inútil persistir.

Carolina comenzó á sollozar también, y quiso abrazar á su hermano; mas aunque era su favorita, éste la rechazó con impaciencia.

—Todo esto es una necedad, dijo; habláis del asunto como si estuviera arreglado, y por ahora no hay nada de esto. Tal vez al fin se cumplirá vuestro deseo y no el mío.

—Mas valdría así, dijo Elisa, porque esa joven no merece formar parte de nuestra familia.

—Si tuvieses tú su belleza y su fortuna, seguramente te creerías con derecho para ser admitida en la mejor, replicó Tomás; y ahora, pongamos término á la cuestión, porque estoy cansado y necesito dormir. Buenas noches, madre; hasta mañana, muchachas.

Y el joven salió de la habitación, dejando á su familia libre campo para discutir.

XIII

DOS INTRUSOS

Miguel era hombre de paciencia cuando se proponía un fin, aunque se tratase del amor de una mujer, y sobre todo muy observador; sabía esperar con calma las oportunidades, pero no se esforzaba nunca para buscarlas. Conocía perfectamente el carácter de

Susana, y sabía muy bien que era suficiente tratar de inducirla á tomar una determinación para que ella pensara hacer lo contrario. A pesar de su propósito de ser independiente, Miguel vió que la joven comenzaba á solicitar otra vez sus consejos, y esto le infundía muchas esperanzas de que se restableciese entre ellos la buena inteligencia.

Por eso no le sorprendió mucho recibir un mensaje de Susana invitándole á presentarse lo antes posible; y creyendo que se trataría de algo de la granja, se puso en camino sin perder momento. Al llegar vió la joven que se paseaba delante de la puerta, y dos labradores que, provistos de sus horquillas, parecían guardar la entrada.

—Me alegro que haya usted venido tan pronto, Miguel, dijo Susana, sin darle tiempo de abrir la boca, pues se han introducido en el pajar dos mendigos, que más bien parecen dos gitanos, y están fumando tranquilamente en sus pipas. Les he dicho que dejen de fumar ó que se vayan, y se han reído de mí.

—Y la señorita no nos permite expulsarlos, dijeron los hombres que tenían las horquillas.

—No quiero lucha, si se puede evitar, añadió Susana. Cuando le vean á usted, Miguel, sabrán que no estamos sin protección, y es probable que se vayan tranquilamente. Délos usted estas dos pesetas, y así podrán alojarse en alguna casa del pueblo.

—Mas facil será que se gasten el dinero en vino, y que vuelvan después con peores disposiciones, repuso Miguel.

Pero Susana insistió en que era lo más acertado hacer como ella decía, y el joven hubo de resignarse.

—Si obedecen, replicó, les daré el dinero, pero de lo contrario, no recibirán un cuarto.

Sin hablar más, Miguel se dirigió al pajar, seguido de Susana y de los dos hombres, padre é hijo, ambos robustos y vigorosos. El pajar se comunicaba con el establo y la lechería, que estaba llena de heno; de modo que si se hubiese incendiado aquél, muy pronto habrían quedado destruídas todas las dependencias; y por eso importaba mucho tener el mayor cuidado. Susana había permitido con frecuencia á los pordioseros pasar la noche en el pajar, mediante la condición de que no fumaran; pero los dos que se habían albergado allí ahora, prescindiendo de la prohibición, encendían fósforos á cada instante y podían ocasionar un incendio.

Aunque eran cerca de las ocho de la noche, aún había bastante luz diurna. Miguel abrió la puerta del pajar, y vió cómodamente echados en el heno dos hombres, dos bribones sin duda, cuyo aspecto solo hubiera bastado para infundir pavor. Con sus caras ennegrecidas por la suciedad, su cabello enmarañado y su ropa andrajosa, más bien parecían ladrones que mendigos.

Cuando vieron que un hombre abría la puerta, hicieron un rápido movimiento para ocultar las pipas; pero Miguel lo vió.

—Vamos, dijo entrando en el pajar, salgan ustedes de aquí inmediatamente.

—¡Oh!, replicó uno, no se nos puede negar este refugio para pasar una sola noche, y apenas amanezca nos iremos.

—Después de lo que hemos visto, no puede ser, y por lo tanto, salgan ustedes de aquí al punto, y cuanto antes, mejor será.

El hombre se levantó murmurando, recogió una olla y una cafetera que tenía junto á sí, y después de sujetarlas con una correa, salió sin oponer más resistencia; mas el otro, en vez de seguir el ejemplo, continuó fumando en su pipa y se cruzó de brazos.

—Dos minutos le doy de tiempo para salir de aquí, díjole Miguel; salga usted de buen grado, ó si no, lo hará por fuerza.

—Ya es tarde para buscar otro alojamiento, contestó el hombre, y de consiguiente, mejor será dejarme aquí.

Sin contestar palabra, Miguel cogió al hombre por debajo de los brazos y arrojóle al otro lado de la puerta, donde cayó de rodillas, rompiéndosele la pipa que aún tenía en la boca. Pero al momento se puso en pie y precipitóse furioso contra Miguel, que tal vez lo habría pasado mal sin la intervención de los labriegos de las horquillas; éstos le cogieron cada cual por un brazo y sujetáronle á pesar de sus vigorosos esfuerzos.

—Si no está usted quieto, díjole Miguel, le ataremos hasta que venga el inspector de policía.

Y volviéndose hacia Susana, que estaba pálida, aunque serena, aconsejóla que entrara en la casa.

Ruego á usted me dispense, señorita Holt

—Prefiero quedarme aquí hasta que esos hombres se vayan.

—¿Dónde habrá una cuerda?, preguntó Miguel al ver que el prisionero seguía forcejeando; lo mejor será atar á ese bribón hasta que venga un agente.

—Mire usted, señor, dijo el hombre, si me dejan libre, me marcharé de buen grado.

Miguel mandó que lo soltaran.

—Está bien, dijo el mendigo; pero ahora, haga usted el favor de darme la moneda de que antes habló la señorita, porque si no, voy á pasar la noche á la intemperie.

—No recibirá usted un cuarto; así castigaremos su resistencia.

—Está muy bien, repuso el hombre; ya nos encontraremos en alguna otra ocasión.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono de amenaza, y de repente, Susana y Miguel vieron salir por detrás del pajar una mujer alta, de fornidas formas, tan andrajosa como sus dos compañeros, y cubierta la cabeza con un sombrero de paja muy mugriento.

—Tal vez llegue día en que os veais también arrojados de un pajar, dijo á Susana y Miguel pasando delante de ellos y siguiendo después á los dos hombres.

Cuando los tres hubieron llegado al camino, detuviéronse un momento para observar la casa, como si tratasen de reconocer bien su posición, y después se perdieron de vista.

—No hemos concluído aún con esa gente, dijo Miguel; sin duda tratarán de hacernos alguna jugarreta de mal género.

—También lo temo así, replicó Susana, que parecía presa de cierta agitación nerviosa. Me parece, Miguel, que sería mejor que se quedara aquí esta noche, si no tiene inconveniente en ello.

—Precisamente pensaba lo mismo, dijo Miguel. Yo me quedaré en la sala baja con los dos hombres.

—Esto bastará, repuso Susana; mas por el pronto, vamos á dar una vuelta por la granja para ver si todo está en orden.

Miguel envió un recado á su padre anunciándole que se quedaría en la granja aquella noche, aseguróse de que las puertas se habían cerrado, guardóse las llaves y después fué con Susana á recorrer el huerto para ver si habría por allí algún otro intruso.

Comenzaba á cerrar la noche; todo estaba en calma, y solamente de vez en cuando oíase el grito de algún ave nocturna.

Como sometidos á la influencia de aquella serena y tibia atmósfera, Susana y Miguel iban uno junto á otro, ella pensando en el incidente que acababa de ocurrir, y él preguntándose si su compañera pensaría otorgarle de nuevo su favor. Parecíale que en la última media hora había conquistado en parte su corazón, y que estaba más cerca que nunca de obtener la recompensa de su cariño.

—Quisiera ir siempre con usted así, dijo á Susana.

—Pues yo no, contestó la joven, porque el relente podría ocasionarnos algún reumatismo.

Acababan de llegar á la orilla del estanque, y Susana, aparentando que contaba los patos, miró al soslayo á su compañero. Miguel estaba pensativo; por una parte dudaba que la joven le aceptara por esposo, y por otra creía ser correspondido. De pronto cogió su mano, sin que Susana opusiese resistencia, y díjole con gravedad:

—Hace ya mucho tiempo que espero...

—¿Qué espera usted?

—Su mano de esposa; inútil me parece decirlo.

—No apresure usted así las cosas, contestó Susana, porque ese es asunto que me da mucho que pensar, y no acabo nunca de resolverme. Unas veces tengo el sí en los labios, y cinco minutos después cambio de modo de pensar... ¡Ah! Voy á ver si está cerrada la puertecilla de escape.

Aquella era la primera vez que Susana había hablado con formalidad sobre el casamiento, y siempre era algo; pero Miguel creyó que Tomás Walton debía ser la causa de aquellas vacilaciones de la joven.

Cuando hubieron concluído de dar la vuelta por la granja, los dos jóvenes volvieron al comedor para cenar. Sara sirvió la mesa, apresurándose más que de costumbre, y apenas se levantaron los manteles, retiróse á su cuarto, seguida muy pronto de Susana; mientras que Miguel se fué á la sala baja con los dos labriegos; allí se habían tendido unos colchones para que descansasen; pero Miguel prefirió permanecer sentado en el sofá.

Todas estas precauciones, sin embargo, eran inútiles, porque los tres mendigos, comprendiendo muy bien que habría vigilancia en la casa aquella noche, no hacían ánimo de volver; de modo que nadie interrumpió la tranquilidad de la granja.

XIV

ASUNTO ENOJOSO

Después de almorzar, Miguel volvió á su casa de Marshtead, donde encontró á su padre paseando por el campo, ó mejor dicho, ocupado en arrancar cardos con un palo puntiagudo.

—¿Habéis cogido á esos bribones?, gritó Job al ver á su hijo.

(Se continuará.)

UNA COLONIA ALEMANA EN EL AFRICA ORIENTAL

Hasta hace muy poco tiempo no tuvo Alemania colonias, pues si bien anualmente muchos millares de alemanes cruzaban los mares dirigiéndose á lejanas tierras, la situación política no era á propósito para fomentar la colonización propiamente dicha, y los gobiernos se limitaban á proporcionar á los emigrantes el apoyo y el amparo público y privado. Existían además de antiguo asociaciones de emigración y sociedades colonizadoras que no se concretaban á auxiliar á los emigrantes individualmente, sino que se proponían fines de colonización, y para ello procuraban encaminar la corriente emigradora hacia determinados territorios.

Pero estas asociaciones, de las cuales la más importante fué la de Francfort, fundada en el siglo XVII, y de las que en la actualidad sólo subsiste la creada en Hamburgo en 1849 para la emigración al Sur del Brasil, tenían un carácter filantrópico, que no es el de la colonización propiamente dicha, para la cual se requiere inteligencia, energía y capital. Debido en parte á esto y en parte á que detrás de tales asociaciones no había una potencia política, la acción de las mismas fué poco menos que infructuosa.

Este estado de cosas se modificó esencialmente cuando, después de la guerra franco-alemana de 1870-71, Alemania sintió la necesidad de expansionar su poderío hacia el exterior; entonces todos los esfuerzos se encaminaron á dirigir la inteligencia y el capital de los emigrantes hacia aquellos territorios en donde podían prestar buenos servicios á la madre patria, y las colonias alemanas, aunque no anexionadas políticamente á Alemania, fueron núcleos con vida propia que conservaron sus cualidades nacionales y constituyeron una base segura para el tráfico permanente con la madre patria.

Una de las varias escuelas fundadas por los alemanes en el Africa oriental para los niños y adultos indígenas

En un principio, las factorías y colonias habían de tener un carácter privado y de estar puestas bajo el protectorado alemán, y á este orden de ideas respondió la Asociación Colonial Alemana, fundada en Francfort en 1882 y que tiene su domicilio en Berlín. El objeto de esta asociación era difundir en todas las clases sociales el convencimiento de la necesidad de aplicar el trabajo nacional á la colonización, crear un centro que concentrase todos los esfuerzos que á ese fin se hicieran y preparar una solución práctica á las cuestiones coloniales y á todas las relacionadas con la emigración alemana.

Para dar forma práctica á los proyectos colonizadores, fundóse en Berlín, en 1884, la Sociedad de Colonización Alemana, cuyos fines eran fundar colonias alemanas nacionales, apoyar todas las empresas colonizadoras, especialmente en el Africa oriental, encaminar la emigración alemana hacia determinados territorios y fomentar los intereses nacionales alemanes.

Esas dos sociedades se fusionaron en 1887, constituyendo la Sociedad Colonial Alemana, con residencia en Berlín.

La primera manifestación oficial del propósito de Alemania de ser potencia colonizadora, fué la declaración del canciller de 24 de abril de 1884, anunciando que el gobierno tomaba bajo su protección las adquisiciones de territorios que en 1833 realizara en el Sudoeste de Africa el comerciante de Bremen Adolfo Luderitz. En el mismo año proclamóse el protectorado de las factorías mercantiles de los comerciantes alemanes de Hamburgo, en Kamerún y Togo.

De todos los territorios coloniales alemanes el más importante es sin duda alguna el del Africa oriental. En 1887, los caudillos de aquellas regiones las cedie-

Ejercicios gimnásticos que ejecutan al aire libre los niños indígenas

ron á los representantes de la Sociedad Alemana del Este de Africa, la cual fundó varias factorías en la costa de los somalís. El sultán de Zanzíbar no quiso reconocer en 1885 la carta de protección que á la sociedad otorgó el gobierno alemán y comenzó á hostilizar las estaciones alemanas; pero una manifestación naval le obligó á reconocer plenamente aquel protectorado y á ceder á los alemanes los puertos de Dar es Salam y Pangani. En 1886 firmáronse convenios con Inglaterra y Portugal para la delimitación de las fronteras y de las respectivas esferas de acción, y en 1890 un tratado definitivo con Inglaterra, concertado después de largas luchas de los alemanes con los árabes, dejó definitivamente determinado el territorio alemán en el Africa oriental.

Ocupa éste una superficie de 941.100 kilómetros cuadrados y tiene cerca de siete millones de habitantes; se extiende desde la costa del Océano Indio hasta los confines del Estado libre del Congo y desde la colonia portuguesa de Mozambique hasta las posesiones inglesas del Este africano. En él se alzan, entre otras importantes montañas, la famosa de Kilimandcharo (6.010 metros) y la de Meru (4.460); y á él corresponde una parte de los lagos de Victoria Nyansa, Tanganika, Kiwu y Nyassa. El clima, la fauna y la flora son las propias de los países tropicales.

La población se compone principalmente de las antiguas tribus bantúes, sedentarias y dedicadas á la agricultura, entre las cuales se han establecido los nuevos conquistadores.

La administración está perfectamente organizada, y el gobierno alemán, sin perder de vista que la fuerza militar es uno de los elementos indispensables para conservar colonias del carácter de esa del Africa oriental, ha atendido muy preferentemente á la enseñanza, teniendo en cuenta que la influencia que mediante ésta se conquista, aun cuando se alcance más lentamente, resulta más firme y más duradera.

Actualmente hay establecidas en aquel territorio más de trescientas escuelas para niños de ambos sexos y para adultos, al frente de las cuales hay profesores enviados por el gobierno alemán. La instrucción que en ellas se da comprende, no sólo las asignaturas elementales que poco á poco van conquistando la inteligencia de aquellos indígenas á la civilización, sino que además abarca los ejercicios corporales y los trabajos manuales y agrícolas.

Gracias á esto y á las felices disposiciones intelectuales de aquellos negros, ha podido ponerse en explotación una extensión inmensa de terreno, antes enteramente improductiva y hoy fértil y rica.

También se han organizado varios regimientos de tiradores negros, á semejanza de los senegaleses que forman parte del ejército francés colonial.

En una palabra, el territorio alemán del Este africano ha llegado á ser una colonia modelo llamada á un hermoso porvenir, tanto más si se confirman las fundadas esperanzas de encontrar yacimientos de oro y de hulla.—T.

La escuela al aire libre.—La clase de aritmética

Enseñanza práctica de agricultura.—El trabajo de los indígenas en el campo

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

EL INSTITUTO DE LA GARGANTA DE OLEN

A la lista de los observatorios instalados á grandes alturas, habrá de añadirse en lo sucesivo la de los laboratorios científicos, que ha comenzado el Instituto inaugurado recientemente en la garganta de Olen, á 3.000 metros de altura, al Sur del monte Rosa, entre los valles italianos de Gressoney y de Alagna (Val Sesia). Ese establecimiento es debido á la iniciativa del profesor Angel Mosso, de Turín, que será presidente del mismo, y su objeto es ampliar el campo de las investigaciones alpinas científicas y hacerlas menos difíciles; ha sido construído merced á las liberalidades de la reina madre y del rey de Italia y de los señores Solvay, Mond, de Vecchi, Pirelli y Angeli, y á las subscripciones de varios ministros italianos, del Club Alpino italiano y de los gobiernos de Francia, Alemania, Austria Hungría, Suiza y Estados Unidos. El total de lo recaudado ascendió á 117.504 francos.

El *Instituto de la garganta de Olen*, que así se denomina, comprende varios laboratorios adaptados á las investigaciones de botánica, bacteriología, zoología, fisiología, física terrestre y meteorología, y contiene una cámara para alojamiento y una mesa para estudios en los laboratorios, destinadas á los gobiernos y á las instituciones que se subscribieron por más de 5.000 francos.

Dos puestos de estudio han sido tomados por los gobiernos de Francia, Alemania, Austria Hungría y Suiza y uno por la Academia de Ciencias de Wáshington, en unión de la *Elisabeth Thompson Science Found*. El Sr. Solvay ha cedido sus dos puestos á la Universidad libre de Bruselas; el Sr. Mond, á la Real Sociedad de Londres, y el doctor P. De Vecchi á la facultad de Medicina de Turín; la residencia central del Club Alpino Italiano y la sección de Milán del mismo han subscrito uno cada una.

El Instituto posee 100.000 metros cuadrados de terreno cerca del lago de Olen. Las obras comenzaron en 1.º de julio de 1905 y el edificio, terminado ya, consta de un cuerpo principal, que mide 26 metros de frente, y de dos cuerpos salientes, de 15 metros de lado; tiene tres pisos y su altura total es de más de 10 metros.

El Instituto de la garganta de Olen (3.000 metros.)

En la planta baja, entre los dos cuerpos salientes, ocupados por los laboratorios de fisiología y de bacteriología, hay una azotea, debajo de la cual están los almacenes. Los dos laboratorios tienen 7'60 metros de largo por 3'30 de ancho. En la parte posterior están los laboratorios de botánica y zoología, el comedor, la cocina, un taller y almacén para los instrumentos y cristales, y varias otras piezas.

El primer piso comprende la biblioteca y quince dormitorios. El segundo está destinado á los estudios de meteorología y física terrestre. Un pabellón de madera, situado á un lado, sirve para alojamiento del personal de servicio.

Cada inscrito dispondrá gratis de un cuarto amueblado y de un puesto en los laboratorios y podrá utilizar los locales y medios de estudio del Instituto, la biblioteca y el comedor.

Los que quieran dedicarse á investigaciones de histología habrán de llevar los microscopios y, en general, todos los instrumentos especiales que no son de uso común. De todos modos, bueno será informarse con el director del Instituto, doctor Aggazzotti, en Turín, acerca de los instrumentos dispensables para las diversas investigaciones.

Para los gastos de alumbrado, ropa de cama, gas del laboratorio y servicio general, se ha fijado provisionalmente una cuota diaria de dos francos. Para la calefacción, el gasto será á prorrata del consumo.

Todas las demandas para ocupar un puesto en los laboratorios del Instituto habrán de dirigirse al profesor A. Mosso (Corso Raffaello, 30, Turín) indicando el objeto de las investigaciones proyectadas, la fecha propuesta y los instrumentos que se necesitan; á toda petición habrá de acompañar la aprobación del Instituto ó del gobierno titular del puesto.

Los laboratorios del monte Rosa forman, pues, una estación internacional de investigaciones científicas, perfectamente organizada y llamada seguramente á prestar los más útiles servicios.

E. A. Martel.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 7 de octubre de 1907 — Núm. 1.345

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CONCIERTO ÍNTIMO, cuadro de J. Shannón. (VII Exposición Internacional de Venecia. 1907.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habrá alguien que haya leído sin una impresión de melancolía profunda el relato, inserto en los periódicos, de la muerte del marqués de Vallecerrato?

Era este gran señor ferviente católico, tradicionalista de los de antiguo cuño, persona cuya elegancia de raza se comprendería, si no se le conociese, sólo mirando con ojos de intérprete el detestable retrato que publica la prensa, y donde, con algo de imaginación, puede adivinarse la finura del tipo San Lorenzo —los ojos claros y cargados de un vapor de ensueño, las facciones delicadas, casi femeniles, de un diseño aristocrático.—Había pasado de la edad en que las pasiones pueden poner en manos de un hombre que no está loco, patológicamente hablando, la pistola de Werther. El suicidio del marqués de Vallecerrato fué un acto de locura, y lo demuestra el mismo carácter místico que revistió—ante un altar, con velas encendidas, mirando á una santa efigie.—Cuando existe tal confusión de ideas en el alma de un católico sincero, cuando se mata así, puede afirmarse la demencia.—Pero, la demencia, en el caso á que estoy refiriéndome, se originó sin duda de tristezas, decepciones y reveses de fortuna, que ensombrecieron el espíritu, y engendraron primero la esquivez en el trato, la soledad, después la fatal idea. Altivez, dignidad, pundonor, temor de encontrar repulsas y enfriamientos de amistad donde podía esperar cordial acogida y auxilio, imposibilidad de rehacer en la vejez la vida sobre un tipo modesto y de escasas necesidades y refinamientos, retiro huraño, pesimismo fruto de él, todo esto debió de traer consigo, poco á poco, la desorganización del cerebro y la vesania que conduce á la resolución espantosa.

* * *

Otro aristócrata conocí que se suicidó con igual sentido místico que el marqués de Vallecerrato. Aquél se confesó y comulgó la mañana misma en que puso fin á su existencia. Nadie podrá dudar que se trata de un verdadero caso patológico; nadie creerá que están cuerdos los que así proceden. Y por lo mismo, infunden un sentimiento de compasión infinita. Antes de llegar á ejecutar el acto, ¡cuánta cavilación amarga, cuántas tinieblas en la mente, cuántas heridas en el corazón, qué mundo de sufrimiento! No es el hecho de morir, de una ó de otra manera, por un procedimiento más ó menos expeditivo, lo que infunde piedad. Es lo anterior á esa hora suprema, lo que debiera enternecer á los prójimos de los desesperados; y es á veces—cuando falla el golpe—lo que sigue á la hora en que se ve la eternidad frente á frente...

* * *

Y el marqués de Vallecerrato tenía su decisión bien arraigada. Primero trató de abrirse las venas, como un romano de la decadencia, un Petronio cansado de vivir. La muerte no venía lo bastante pronto, y entonces acudió al revólver, con tiro tan certero, que instantáneamente llegó la negra amiga...

No sólo en casos análogos, muy frecuentemente, se me ocurre que en otras épocas el fracaso de una vida era fácil de remediar y consolar dentro del convento. Un noble arruinado y solitario se recogía á uno de esos magníficos y señoriales monasterios llenos de obras de arte, dotados con una biblioteca que podrían envidiar los reyes, ó por mejor decir, los eruditos; donde eran compañeros suyos, y amigos naturales, varones de saber, de ingenio, de amena conversación, informados, no ya de los sucesos antiguos, sino hasta de las murmuraciones del presente, de lo que ocurría en la villa y corte, de lo que acaecía en todo el mundo. A la caída de la tarde—una tarde, por ejemplo, del año 1793,—en el locutorio donde esparcían suave calor los braseros claveteados y cuidadosamente sahumados, se trabaría la amena conversación, y el refugiado bajo los hábitos conversaría con sus antiguos amigos los señores que venían á hacerle visita y á sorber con él sendos pocillos de chocolate aromoso. Se hablaría, verbigracia, de Selim III, el Turco, que miraba con horror á los revolucionarios franceses, «unos hombres que han tenido la bárbara osadía de tratar á su legítimo soberano como al reo más infame;» de la plantación de un árbol de la libertad en el patio de la embajada francesa, ¡ridícula mascarada!; de que el papa ha emprendido su viaje acostumbrado á las lagunas Pontinas; de la solemne procesión á que asistió todo el Sacro Colegio; de las secretas inteligencias del antes furioso republicano Dumouriez con el duque de Orleáns; de la victoria del príncipe de Coburgo sobre los franceses en Bélgica; de que «el inglés» arma una flota de quince navíos; de que han reelegido para presidente de los Estados Unidos al Sr. Jorge Wáshington; de que la corte de España está en el real sitio de Aranjuez, y de que la Serenísima princesa del Brasil ha dado á luz una niña, por lo cual se hicieron tres días de gala y luminarias; de que se les cogieron á los malditos franceses, allá en el castillo de Masdeu, varios cañones; de que, para esta guerra, levanta un regimiento de infantería el duque de Arion, y D. Fernando Rubio de Celis ofrece una onza de oro á cada uno que se aliste; y de que ha fallecido el duque de Abrantes, y han hecho capitán general al duque de la Alcudia, y D. Luciano Francisco Comella ha estrenado en el coliseo de la Cruz una comedia heroica en tres actos, titulada *El fénix de los criados, ó María Teresa de Austria...* Que de todo esto se platicaba en los locutorios, y mucho fuera que no hubiese un monje ó fraile con sus puntas y ribetes de literato, que sacando un rollo de papel de barba escrito con hermosa caligrafía, no leyese alguna letrilla ó romance pastoril:

«Apenas en los oteros
rayaba la luz del alba,
cuando la hermosa Dorila
salía de su cabaña.
Sale pisando el rocío
con su delicada planta,
en busca de un pastorcillo,
que amor así se lo manda...»

Y todos los concurrentes á la tertulia conventual aprobaban, con sonrisas de cortesía, dando golpecillos á la tapa de las tabaqueras de plata y concha, y encontrando que el Padre Gutiérrez ó Fray Miguel de los Serafines rimaban al primor, como el propio D. Josef Iglesias de la Casa, el famoso presbítero salmantino, sólo que con más decoro, porque aquello de la *lira de cuerno*, vamos, era algo desvergonzado... Y en la tertulia había risas, dichos graciosos, agudos, y el tiempo volaba, acercábase sin sentir la hora de la cena, la hora de la cena sabrosa, preludio del sueño tranquilo del que no tiene cuidados, apremios de dinero ni de amor propio; del que pasa las postrimerías de su vida «libre de amor, de celo, de odio, de esperanza, de recelo...»

* * *

Tal pudo ser la suerte del marqués de Vallecerrato, en Santo Domingo el Real, en los Jerónimos, en alguno de los sabios y dulces asilos que abrían sus puertas, no sólo á la caridad material con los pordioseros, sino á la fraternidad humana, como puerto que acoge á toda nave, y en cuyas remansadas aguas se carenan los rotos cascos y se recomponen los velámenes desgarrados por las tormentas. Pero hoy—no sé por qué, ó mejor dicho lo sé, y me llevaría demasiado tiempo explicarlo, pues acaso encierre este pormenor toda una filosofía de la historia,—á los conventos que existen, y en gran número, es raro que se retire nadie que haya ocupado alto puesto en el siglo. Las emperatrices y reinas, las Isabeles, Eugenias y Margaritas arrojaban antaño sobre sus duelos, sobre sus amarguras, sobre sus decepciones, un velo; defendían su espíritu dolorido detrás de unas rejas. Hoy corren el mundo en automóvil ó yate, se construyen palacios inspirados en la *Iliada*, veranean en quintas sombrosas y románticas; y los reyes en el destierro ó la abdicación, lejos de buscar un Yuste, buscan un *cottage*, un departamento en un hotel parisiense... A ejemplo de los reyes, los grandes señores tampoco transigen con los monasterios, para los cuales hoy—¡lo reconozco! —ya no pinta Murillo, ni siquiera Carducho, y en sus locutorios no se habla de cosas amenas, de novedades mundiales, y no se toma chocolate en mancerinas de plata, y el tono de la austeridad y del recelo tal vez predomina sobre el alegre y sereno diapasón de la *bonne compagnie*... En esto hablo de memoria y por suposiciones; ello es que nadie podrá negarlo, la desgracia de los tiempos hace que á los conventos no se acojan los tristes, los descaminados, los combatidos, los vencidos, y la desgracia quiere que siendo la vida cada día más difícil, creciendo tanto las necesidades y arreciando la tiranía de las apariencias, el cerebro naufrague, el revólver esté á mano, y la tragedia venga á darnos, una vez más, esa impresión de lo obscuro, de lo siniestro, de lo inevitablemente doloroso del destino humano...

* * *

Se habla mucho del fracaso del Congreso de la Paz. Fracaso, ¿por qué? ¿Es que alguien suponía que con reunirse unos cuantos señores, sean estos señores de la altura que sean, se va á evitar que los moros hagan morerías, que los cristianos tomen represalias, y que fermenten, para estallar á su tiempo, cuantas guerras estén dentro de los intereses graves y capitales de las naciones?

Yo miro con simpatía profunda los Congresos de la Paz, y todo el movimiento pacificista y de arbitraje. ¿Cómo no aprobar tal propaganda? ¿Cómo dudar de sus efectos, insensibles, pero fuertes y seguros en la conciencia? Hay largos períodos de la historia en que la idea de la paz como un concepto moral que debe difundirse por todo el género humano, no asoma siquiera. El pensamiento de que se pueda llegar á un estado de paz continua, á convertir la guerra en fenómeno extraño. No obstante, para conseguir este anhelo de todas las personas clementes y de buenas entrañas, sería preciso que toda la humanidad hubiese alcanzado un grado de civilización, si no uniforme, al menos semejante, y que los conflictos económicos estuviesen resueltos. Y esto, sin ser pesimista, puede afirmarse que anda muy lejos, á distancia ni calculable todavía. ¿Puede llegarse á un estado tal? Acaso nunca... Por lo menos, no lo verán nuestros nietos, ni los nietos de nuestros hijos. Es el destino de estos siglos en que vivimos consumirse en el ansia de fines muy grandes, muy vastos, muy nobles—y muy inasequibles en total, aunque su sola aspiración sea ya buena, sea ya conveniente, lleve ya un ideal de adelanto y de mejoramiento á las costumbres y al pensamiento de las multitudes.—Condenar la guerra no es por ahora, ni acaso será jamás, condenar la guerra; es tal vez, únicamente, condenar toda crueldad innecesaria en el modo de hacer la guerra, reduciendo lo posible la extensión de sus daños y la inhumanidad que lleva consigo, tan fatalmente como el cuerpo lleva á su sombra.

Y siendo esto, es loable, es admirable el empeño de los que han hecho ya de estos Congresos una institución, dándoles el mayor vuelo y la mayor resonancia. Las chanzonetas y caricaturas que la prensa dedica al contraste entre los soberanos armados hasta los dientes, á las naciones bombardeándose mientras por otro lado ofrendan palmas y cirios en el altar del ángel de la Paz, son ciertamente un tópico gracioso, pero no hay fundamento de contraste. El Congreso de la Paz no destruirá la Guerra... La aliviará, la modificará, la suavizará... hasta donde pueda; y la hará —en determinados casos—inútil, y en consecuencia, suprimible. Esto es todo cuanto se puede desear, por hoy...

* * *

¿Qué se propondrán los vándalos que destrozan cuadros en los Museos?

El caso de erostratismo que el hecho representa, no me sorprende: hay quien por llamar la atención y fijar en sí las miradas, es capaz, no digo yo de destrozar una obra de Poussin ó de Lebrun, de quemar vivos á su padre y á su madre—á los del Eróstrato, naturalmente.—El error de esos Erostratillos está en suponer que van á llamar la atención del público porque cometan una atrocidad. El público está hoy distraído por tantas cosas y tal suma de noticias que se entretejen, que nadie—y yo la primera—se acuerda al cuarto de hora del nombre de los que cometieron un desmán estúpido. Ni aun para condenarles se puede averiguar cómo le llaman.

Y además, les han *batido el record* (¡qué diantre de giro!) los otros Eróstratos de mayor cuantía que se llaman Mateo Morral, Angiolillo, Passavante, Perows Kaia, los regicidas, los zaricidas, los presidenticidas, los que no rompen telas, sino cuerpos humanos. Y hasta de esos mismos nos olvidamos, á no ser que hayan herido á alguien muy querido para nosotros. El mundo rueda aprisa, acarrea restos y despojos de mil grandezas, borra las huellas del ayer con las pisadas de hoy..., y yo dudo si los venideros tendrán cabeza suficiente para que quepa en ella toda la historia.

Emilia Pardo Bazán.

NOTAS MARROQUÍES.—MARRUECOS. LOS AISSAÚAS. RABAT. EL JUEGO DE LA PÓLVORA.

Marruecos.—Puerta principal de la ciudad de Marruecos. (Dibujo de Gotorre.)

Rabat, Casablanca y Marruecos son las tres ciudades en donde se desarrollan actualmente los más importantes sucesos del trascendental problema marroquí. Por esto creemos interesante publicar los grabados de esta página y de las dos siguientes que á ellas se refieren y acerca de los cuales vamos á dar algunas explicaciones.

La ciudad de Marruecos, en donde ha sido recientemente proclamado sultán Muley Hafid, hállase rodeada de altas murallas, flanqueadas de torres, y en su inmenso recinto hay grandes jardines y vastos espacios vacíos. Todas las casas, ricas y pobres, ofrecen el mismo aspecto miserable y están construídas, al igual que las fortificaciones, de una tierra rojiza que da á esa capital del Sur una apariencia de monotonía extrema. Éntrase en la ciudad por ocho puertas, la principal de las cuales reproduce nuestro primer grabado, y que se cierran entre nueve y diez de la noche.

Los principales edificios de Marruecos son la torre de Kutubía y las mezquitas de Ben Yusuf, Muesim y el Mansuri. El palacio de los soberanos, situado fuera de la ciudad, es inmenso y sus murallas tienen cinco kilómetros de circunferencia; pero se halla en malísimo estado.

En el imperio marroquí hay numerosas cofradías religiosas, tantas que bien puede afirmarse que están afiliadas á ellas las tres cuartas partes de la población masculina.

Marruecos.—La fiesta del Mulud en Casablanca.—La cofradía de los aissaúas.
(Dibujo de Massias, tomado de una fotografía.)

De todas esas cofradías la más importante es, sin duda alguna, la de los aissaúas, fundada en el siglo XVI por un ferviente musulmán, Sid-Mohammed-Ben-Aíssa, y que sin dejar de creer en los preceptos alcoránicos exige de sus adeptos mayores sacrificios á fin de alcanzar en la otra vida mayores bienes.

Los aissaúas se distinguen por una gran trenza de pelo que se dejan en medio de la cabeza, enteramente afeitada en el resto, y por las numerosas cicatrices que en la cabeza ostentan por efecto de los violentos golpes que á sí mismos se aplican en sus extravagantes ceremonias. En sus reuniones, repiten con voz gangosa y acompasada el *La Ilaha il Ala* (No hay más dios que Dios), hasta que á fuerza de repetirlo llegan á un grado de exaltación extraordinario; entonces se levantan uno ó varios faquires que ejecutan una danza convulsiva y caen al fin al suelo como muertos, arrojando espuma por la boca y con los ojos fuera de sus órbitas; en este estado de aniquilamiento físico, el aissaúa consigue llegar al éxtasis bienaventurado y á ese asombroso estado fisiológico en el que puede

tragar venenos, devorar serpientes y víboras vivas y mascar y absorber sin dolor aparente vidrios rotos, agujas, hojas de cactus y otras cosas por el estilo.

En la época del Mulud, acuden á Mekinez los aissaúas de todos los puntos del territorio y aun de más allá de las fronteras á fin de asistir al *mussem* de Sid-Mohammed-Ben-Aíssa. Los nuevos afiliados reciben entonces su iniciación que les da un uld-cheikh cualquiera ó el *moqaddem* ó jefe de los aissaúas de la fracción de los mokhtar. Las gentes de esta fracción habían suministrado á Sid-Mohammed-Ben-Aíssa sus servidores más leales, y cuarenta de ellos se habían declarado dispuestos á dejarse sacrificar en vez de los carneros para la fiesta del Aid-el Kebir, un día que así lo pidió Ben-Aíssa para probar á sus discípulos.

La iniciación es una ceremonia poco agradable para el novicio; el personaje venerable encargado de la misma empieza por escupirle en la boca y luego le pone el nombre de un animal á quien se considera adecuado á las aptitudes físicas de aquél. Los leones, los tigres, las panteras y los chacales habrán de justificar la facultad de los aissaúas de comerse los carneros crudos; los camellos absorberán la cebada ó las hojas punzantes de las chumberas. Los demás se contentarán con ser modestos *gzul'iyines*, que ejecutan gestos y contorsiones al son de los tamboriles, de los bombos y de las dulzainas, ó simples *hartiyines*, que constituyen el peldaño más bajo de la escala de la cofradía y que no pasan de ejecutar gestos muy moderados.

Los aissaúas no tienen en Fez más que una *zaina*, dirigida por un *moqaddem el moqaddemim*, y en torno de la cual se agrupan unas veinte *taifas*, compuestas de unos cincuenta miembros cada una; esas taifas tienen su moqaddem especial, que es quien hace trabajar á los suyos y quien recoge el dinero. Los grupos aissaúas son llamados con frecuencia á las casas particulares; cuando se trata de un entierro, de un favor que hay que pedir al cielo, ó del cumplimiento de un voto, los interesados se dirigen al moqaddem de la corporación más próxima, el cual convoca á los miembros de su taifa. Esta invade la casa y se entrega á sus contorsiones repitiendo sin cesar el *hezeb* de la cofradía *Sobhana Eddaiml* (¡Gloria al Eterno!), hasta que los más fervientes, llegados al paroxismo de su ardor religioso, caen extenuados ó pronuncian incoherentes profecías.

Al llegar la fiesta del Mulud, las taifas aissaúas se diseminan por las calles, entregándose á una agitación pública y solicitando las limosnas de la multitud. Unos días antes del Mulud todas las corporaciones parten de las ciudades para ir en peregrinación á Mekinez, formadas una tras otra en procesión. Los gritos y el ruido de la música anuncian la aproximación de cada taifa, y en seguida aparecen los estandartes de la corporación y entre ellos, montado á caballo y envuelto en un jaique blanco, el moqaddem-moqaddemín, á quien la muchedumbre besa la rodilla ó el estribo. Algunos afiliados llevan un paño extendido sobre el cual caen las monedas que les echan desde las casas; otros se encargan de recoger los grandes cirios de cera parda destinados á ser depositados en la *Kubba* de los morabitos, y otros llevan las telas enviadas en ofrenda para decorar la tumba de Sid Mohammed-Ben Aíssa.

A los cuestadores sigue la gran masa de los aissaúas que de cuando en cuando se detienen para ejecutar sus contorsiones y sus juegos de manos: en primer término, los individuos feroces de la taifa, aquellos que en la iniciación han recibido nombres de animales y que se entregan á todos los excesos propios de su condición. Es repugnante verles devorar un carnero crudo, recién degollado, que les arrojan desde una casa vecina; cuando esto sucede, aquellos hombres, que parecen fieras, lánzanse sobre el animal, palpitante todavía, rasgan violentamente su piel, arrancan sus entrañas y se reparten los trozos de carne, azuzados por los bastonazos del moqaddem.

Detrás de aquellos energúmenos van los demás aissaúas aullando y danzando al compás de las músicas que los excitan con el ruido de sus groseros instrumentos. Otro afiliado lleva un braserillo en donde arde benjuí, y un grupo de mujeres con el cabello suelto y lanzando gritos cierra la comitiva.

Uno de los grabados de la página anterior representa esa procesión en la ciudad de Casablanca.

Otra cofradía famosa es la de los jamachas, que tiene muchos puntos de semejanza con la de los aissaúas y que fué fundada posteriormente por Sid-Alí-Ben-Jamdush. El espectáculo que dan los jamachas en las fiestas que celebran es aún más repugnante que el que hemos descrito, pues á todos los excesos citados unen estos cofrades el de aplicarse innumerables golpes en la cabeza con un hacha muy cortante, en forma de media luna y adornada generalmente con amuletos, conchas, piedras y alamares. Hay que advertir, sin embargo, que en medio del vértigo que los domina tienen serenidad suficiente para contener el hacha de modo que toque al cráneo, pero sin causarle grandes lesiones. De todos modos, la sangre que brota de esas heridas, mezclada con el sudor, da á esos salvajes un aspecto horrible. Algunos llevan balas de cañón y conos remachados de clavos, que lanzan al aire y los reciben con sus ensangrentadas cabezas, produciendo el choque de esos dos cuerpos un ruido extraño y repulsivo.

Marruecos.—La calle de los alfareros en Rabat.—Un farmacéutico en el mercado.

(Dibujo de Gotorre.)

Rabat es una de las principales ciudades marroquíes, una capital de segundo orden, en donde el sultán tiene dos palacios. Es el centro de un comercio importante y de una industria floreciente, y en ella se fabrican principalmente hermosos tapices, de variados y originales dibujos y de vivos colores; bellísimos bordados en seda que las mujeres marroquíes confeccionan sobre telas ordinarias importadas de Europa, y sobre todo vasijas de barro no exentas de gracia y de elegancia que, después de cocidas, son decoradas con pintura de gran efecto. El aspecto que ofrece el mercado de Rabat es, como el de todas las ciudades marroquíes, sumamente pintoresco; y en él lo mismo se venden los campesinos animales y frutos de toda clase y los artesanos objetos de las más variadas especies, que despacha el boticario indígena sus drogas de virtudes maravillosas.

Rabat debió ser en otro tiempo una bella ciudad, á juzgar por algunos restos de arquitectura árabe que todavía se conservan, aunque mutilados ó deteriorados. Con su barrio de la Kasbah y su mellah, ó barrio judío, que forman como dos poblaciones aparte separadas por murallas, Rabat es una población muy animada; como todos los centros musulmanes importantes, cada oficio ocupa una calle ó una plaza especial, y así en una se ven sólo fabricantes de babuchas, en otra plateros, en otra alfareros, etc.

La lámina que en la página siguiente reproducimos casi no necesita explicación, pues bien conocido es el ejercicio de correr la pólvora, juego predilecto de los árabes marroquíes. Colocados unos 20 jinetes en fila, á una señal del más caracterizado, consistente en levantar la espingarda á toda la extensión del brazo, ejecutan los demás igual movimiento y rompen en vertiginosa carrera hasta disparar delante de la persona obsequiada; una vez hecho el disparo detienen casi en firme sus caballos, empleando los medios más violentos. La circunstancia de ser esos árabes tan consumados jinetes presta atractivos especiales á ese espectáculo, durante el cual ejecutan verdaderas maravillas de equilibrio y destreza.

También se corre la pólvora á pie, lanzando la espingarda al espacio por tres veces y haciéndola dar luego vueltas con sólo el índice de la mano derecha hasta que adquiere una velocidad vertiginosa: en ese momento se preparan para disparar, lo que hacen con el cañón entre las piernas.—S.

MARRUECOS.—JINETES MOROS CORRIENDO LA PÓLVORA (Dibujo de Paula Crampel.)

Marruecos.—Emisarios de las tribus rebeldes que acuden al campamento de Casablanca para parlamentar con el general Drude sobre las condiciones de la paz. (De fotografía de un corresponsal.)

Vista parcial del campamento de las tropas españolas en Casablanca. (De fotografía de Rittwagen.)

Destacamento de caballería española practicando un reconocimiento en las afueras de Casablanca. (De fotografía de Rittwagen.)

DE MARRUECOS

Desde nuestra última crónica no ha habido más operación militar que el reconocimiento practicado el día 20 de septiembre por las tropas del general Drude, que llegaron hasta Sidi-Brahim, á 13 kilómetros de Casablanca, sin haber hallado casi resistencia.

Las negociaciones con algunas de las tribus rebeldes han dado resultados satisfactorios; muchas de ellas se han sometido aceptando las condiciones impuestas por el general francés, las principales de las cuales son: cesación inmediata de las hostilidades, prohibición del uso, por los indígenas, de armas y municiones en un radio de 15 kilómetros de Casablanca; entrega de los autores de los asesinatos de europeos cometidos en 30 de julio, y pago por las tribus chanias de una indemnización de dos millones de francos, sin perjuicio de la que, en su día se fije de acuerdo con el gobierno jerifiano.

A consecuencia de esa sumisión, en garantía de la cual ha de entregar cada tribu dos notables en concepto de rehenes, la vida en Casablanca va recobrando poco á poco su aspecto normal, habiéndose reanudado en ella los mercados, á los que van acudiendo los individuos de las tribus sometidas.

A pesar de todo esto, no puede asegurarse que se haya restablecido la paz de una manera absoluta y definitiva, porque no todas las tribus rebeldes se han sometido, ni las que lo han hecho pueden considerarse como las principales. Quedan aún en armas contingentes importantes que, si bien se han internado, pueden cualquier día volver á la lucha. Ante ese temor, el gobierno francés no sólo no disminuye el número de tropas que tiene en Casablanca, sino que ha enviado á éstas todo lo necesario para invernar en sus actuales posiciones.

El día 23 del pasado septiembre entró en Rabat el sultán Abd-el-Aziz. Tanto acerca del recibimiento que aquella población le dispensó como respecto de las fuerzas que le acompañan, circulan las más diversas noticias, afirmando unas que la presencia del soberano fué acogida con gran entusiasmo y que con él va una mehalla numerosa, y asegurando otras que fué recibido con gran frialdad y que sus tropas son escasas y de miserable aspecto. De todos modos, algo habrá ganado Abd-el-Aziz en su viaje, pues aparte de haber sometido y castigado durante el mismo á varias poderosas tribus rebeldes, cobrándoles cuantiosos tributos atrasados, la vista de la persona del caudillo de los creyentes ha de ejercer necesariamente gran influencia sobre aquel pueblo fanático, tanto más cuanto que la inmovilidad en que hasta ahora había permanecido Abd-el-Aziz y su aislamiento casi constante en su palacio de Fez habían dado pábulo á los más extraños y alarmantes rumores.

En Rabat recibirá el sultán á los representantes de las potencias extranjeras, y se dice que está dispuesto á manifestarles su sincera y decidida voluntad de vivir en buena armonía con las naciones europeas y de hacer cumplir los acuerdos de la conferencia de Algeciras y su firme propósito de contener y castigar á las tribus levantiscas que han sido causa de los sucesos de Casablanca.

Por su parte el otro sultán, Muley Hafid, ha enviado al cuerpo diplomático de Tánger una carta en la que, después de comparar el estado de paz y tranquilidad que existía en otro tiempo en Marruecos con la anarquía hoy reinante, explica cómo ha sido elegido sultán por los chorfas y los ulemas, es decir, por los santos y los hombres de ley del Sur del imperio y del territorio del Sus, promete restablecer un gobierno fuerte y hacer renacer entre sus súbditos y los europeos sentimientos de seguridad y de confianza mutuas, y pide que, en caso de que los representantes de Europa no quieran entrar en relaciones con él, observen una neutralidad absoluta hasta que se vea á quién reserva Dios la victoria y el trono.

Es de esperar que las potencias no prestarán la menor atención á esa carta y que seguirán reconociendo á Abd-el-Aziz como único soberano de Marruecos y aun ayudándole, si es preciso, directa ó indirectamente, á vencer á su rebelde hermano, quien, según unos, dispone de numerosas fuerzas y, según otros, á duras penas ha podido reunir unos pocos miles de hombres mal armados. — R.

Bajo el emparrado, cuadro de Héctor Tito

Hércules y el toro, escultura de Luis Tuaillon. (XIII Exposición de la Secesión Berlinesa; 1907.)

EN EL TALLER DEL PINTOR, cuadro de H. Rauchinger. (Exposición de Bellas Artes de Munich, 1907.)

AGRADABLE COLOQUIO, cuadro de Antonio Laupheimer

CAMILO SAINT-SAENS

Cuando este número llegue á manos de nuestros subscriptores, el público barcelonés habrá tenido ocasión de aplaudir á ese ilustre maestro en el primero de los conciertos, compuestos de obras suyas y por él dirigidos, que se han de dar en el Palacio de Bellas Artes.

Camilo Saint-Saens, que nació en Dieppe en 3 de octubre de 1835, demostró desde su más tierna infancia aficiones y aptitudes excepcionales en materia de literatura y de música: á los diez años había leído los clásicos franceses y debutaba como pianista en la Sala Pleyel, de París, ejecutando, entre los entusiastas aplausos de una concurrencia inteligente, obras de Hændel, Bach, Mozart y Beethoven. Estudió el piano con Meleden y el órgano con Benoist, siendo la admiración de sus profesores y de sus condiscípulos, y en 1852 se daba á conocer como compositor de altos vuelos con su primera sinfonía, que tocó la *Société des Concerts de Sainte-Cécile.*

Desde entonces, no ha cesado de componer obras de todos los géneros, música de cámara, religiosa, sinfónica y dramática y de escribir para toda clase de instrumentos. Entre sus composiciones más notables merecen citarse especialmente su Sinfonía en *do menor*, *El Diluvio*, *Factón*, *Las bodas de Prometeo*, *El torno de Omfala*, *La danza macabra* y *La juventud de Hércules*, en el género sinfónico; la *Misa de Requiem* y el *Oratorio de Navidad*, en el religioso, y, en el lírico dramático, *Etienne Marcel*, *Phryné*, *Proserpine*, *Le timbre d'argent*, *La princese Jaune*, *Ascanio*, *Henry VIII* y *Sansón et Dalila.*

Además de compositor eminente, Saint-Saens es un pianista de primer orden, y en otras ramas del saber humano sobresale como escritor, como poeta, como crítico artístico, como hombre de ciencia especialmente dedicado á la astronomía y como arqueólogo.

En sus obras ha puesto en práctica sus ideas musicales acerca de la subordinación de la melodía á la armonía, á fin de que la música resulte, no un deleite exclusivamente físico, sino un elevado goce estético, y haga algo más que halagar dulcemente el oído, penetre en lo más hondo del alma y despierte en ella los más puros sentimientos. Esas teorías, que en un principio fueron muy combatidas por los rutinarios, han acabado por imponerse y son las que hoy prevalecen en el arte musical.

Saint-Saens es un entusiasta aficionado á los viajes, buscando con preferencia aquellos lugares en que la naturaleza se ha mostrado más pródiga, más exuberante; por esto ha tenido gran predilección por el archipiélago canario, en donde ha pasado algunos inviernos y ha escrito no pocas composiciones.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saluda cordialmente al ilustre maestro que ha honrado con su visita nuestra ciudad y junta sus entusiastas aplausos á los que el público le tributará en los conciertos de Bellas Artes.

El compositor Saint-Saens que actualmente se halla en Barcelona para dirigir los conciertos, compuestos de obras suyas, que se han de dar en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía.)

BARCELONA

AUTOMÓVIL PARA EL SERVICIO DE INCENDIOS

Nuestra capital cuenta con un buen servicio de incendios dotado de abundante y moderno material, y con un cuerpo de bomberos perfectamente organizado que en todas ocasiones ha dado muestras de pericia y de abnegación y sobre todo de una disciplina y de un entusiasmo dignos de las mayores alabanzas.

El Ayuntamiento dedica especial atención á tan importante servicio é introduce en él las mejoras que las necesidades modernas requieren, ya sea aumentando el número de aparatos, ya sea instalando otros nuevos, tomados de las ciudades del extranjero más adelantadas.

Recientemente ha adquirido el magnífico automóvil que el adjunto grabado reproduce y que ha de ser de grandísima utilidad para llevar los primeros socorros al sitio en donde ocurra algún siniestro.

Las pruebas practicadas hace pocos días por personas competentes y presenciadas por el público han dado excelentes resultados, habiendo llegado el vehículo á alcanzar una velocidad de 90 kilómetros por hora.

Barcelona.—Automóvil recientemente adquirido por el Ayuntamiento para el servicio de incendios. (De fotografía de A. Merletti.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 648, 653, 654 y 655.)

Concierto íntimo, cuadro de J. Shannón. – El autor de esta obra ha querido dar una nota de recogimiento, mostrar en un grupo de personajes la expresión de ese sentimiento dulce que despierta en toda alma delicada esa música íntima que tiene por escenario el retiro del hogar y por oyentes á los miembros de la familia unidos por los estrechos lazos del cariño. Y á esto responde perfectamente el cuadro, cada una de cuyas figuras aparece sumida en deleitoso arrobamiento, abstraída del mundo exterior para entregarse por entero al goce purísimo del divino arte.

Bajo el emparrado, cuadro de Héctor Tito. – Es Tito uno de los más grandes maestros de la moderna escuela veneciana: nadie como él ha sabido asimilarse tan íntimamente el alma de la ciudad de las lagunas ni trasladar con más fidelidad al lienzo sus tipos y las escenas características de sus costumbres. Las muchas obras suyas que hemos reproducido son la mejor demostración de este aserto, y el cuadro que hoy publicamos merece figurar entre los mejores que su pincel ha producido.

Hércules y el toro, escultura de Luis Tuaillón. – Representa esta escultura uno de los doce trabajos del héroe mitológico, la captura del furioso toro de Creta, que el artista ha interpretado con verdadera maestría. El esfuerzo de Hércules dominando al embravecido animal y la resistencia de éste, hállanse expresados con perfecto conocimiento de la anatomía y de la técnica escultórica, y la obra en su aspecto de conjunto resulta hermosa, así por la armonía de líneas y proporciones, como por su vigorosa ejecución.

En el taller del pintor, cuadro de H. Rauchinger. – Todas las cualidades que en una figura femenina puede desear el hombre más exigente, júntanse por modo admirable en esa mujer que el pintor alemán ha tomado por modelo para su cuadro: rostro bello coronado por abundosa y ondulante cabellera, cuerpo esbelto y de hermosas proporciones, actitud noble y desprovista de afectación. Con tales elementos, no es de extrañar que el artista alemán haya logrado hacer una obra llena de atractivos y en la que el mérito del autor está en atenerse al natural, sin añadirle nada, y en reproducir fielmente la belleza que sus ojos contemplan.

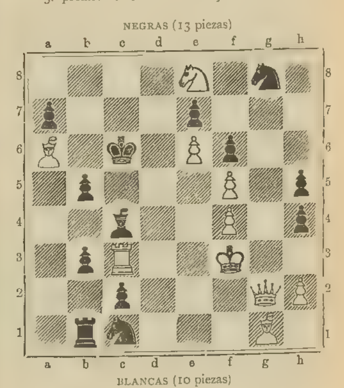
Agradable coloquio, cuadro de Antonio Laupheimer. – Una de las cosas más difíciles de reproducir para un artista son esas escenas de interior, plácidas, tranquilas, en las que el medio ambiente y los personajes se presentan sin relieve alguno. Sacar partido de esos asuntos grises, por decirlo así; desentrañar el sentimiento tenue que en ellos se encierra; producir una obra interesante con tales temas, para la generalidad incoloros, pero en los cuales el pintor psicólogo puede encontrar elementos emotivos, sólo es dado á quienes sienten muy hondo y tienen un perfecto dominio de la técnica. El autor de *Agradable coloquio* puede ser con razón incluído en el número de esos privilegiados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 480, POR V. MARÍN

5.º premio del Concurso del *Aftonbladet*, 1902.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 479, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. e4-e5	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	

Para salir de dudas rasgó el sobre al punto

LA REINA DEL PRADO

Novela inglesa de Carlos Gibbon.—Ilustraciones de Calderé

(continuación)

—No, padre, contestó Miguel, no se han acercado en toda la noche.

—Lo siento mucho; me alegraría que los hubiesen cogido y encerrado en la cárcel, para enseñarlos á no cometer desmanes. ¡Vamos, es mucha osadía meterse en un pajar para prender fuego!

—Pero advierta usted, padre, que no hemos tenido incendio alguno; solamente se temió que le hubiera.

—Bien; lo mismo da. ¿Te has arreglado ya con Susana?

—¿Qué había de arreglar?

—¡Toma, lo del casamiento!

—No, padre, nada hemos tratado aún, ni sé tampoco si nos casaremos, por lo menos ahora, contestó Miguel sonriendo por la impaciencia de su padre.

—Eres un muchacho muy cachazudo, repuso Job. Todo el día de ayer estuve pensando sobre el asunto, como lo hago con frecuencia, y deduzco en conclusión que Susana es una de esas mujeres que se deben conquistar pronto para no perderlas. Si tú no arreglas el asunto desde luego, ya verás cómo se presentan otros pretendientes y alguno de ellos se la lleva.

—No le faltan á Susana; por lo menos, yo sé de uno que parece tener mucho empeño en conseguir su mano.

—¿Quién es? ¡Dímelo pronto! Ya sabía yo que eras muy calmoso, pero no que te hallases expuesto á perder tan buena ocasión. ¿Conozco yo á ese obstinado pretendiente?

—Es Tomás Walton.

El buen hombre miró á su hijo fijamente, y repuso con voz temblorosa:

—¡Cómo!, ¿el joven Walton? Yo te aseguro que Susana no se casará con él. Da orden para que enganchen el cabriolé ahora mismo.

Miguel experimentó cierta inquietud al observar la expresión resuelta de su padre, y preguntóse qué trataba de hacer; pero no ignoraba que era ocioso contradecirle ú oponerse á su voluntad.

Job, hombre de carácter impaciente, no admitía nunca dilaciones en ningún asunto; si se proyectaba hacer algo, no quería retardar un momento la ejecución; no comprendía las demoras, y aunque algunas veces el apresuramiento le conducía á cometer alguna torpeza, no por eso escarmentaba. Sin embargo, por lo regular, todo le resultaba en bien, ó cuando menos no peor que á los que siempre vacilan y pierden por esto las mejores oportunidades. Además de su impaciencia, Job comenzaba á tener el carácter irritable; la menor oposición á sus deseos era suficiente para que se exasperara; y Miguel cedía á todo para evitar su cólera.

El buen hombre había tomado en consideración varias veces el casamiento de Miguel, y convencido de que el matrimonio de éste con Susana, concertado por los padres de los dos jóvenes cuando aún eran niños, sería muy ventajoso, estaba resuelto á que se llevase á cabo; mas ahora, al saber que había otros pretendientes en campaña, no quería demorarlo un día más.

Corrió á su cuarto, se puso la levita y el sombrero de copa alta, lo cual era en él indicio de que se trataba de un asunto importante, y poco después fué á reunirse con su hijo, que ya tenía preparado el cabriolé.

—¿Quiere usted que le guíe yo, padre?, preguntó Miguel.

—No, gracias, muchacho; no tengo la mano tan débil aún, y bien podré manejar á la vieja yegua.

Job se había distinguido en su juventud en todo cuanto se refería á caballos y coches, y aun en su edad avanzada, hasta que el reumatismo le inutilizó casi el brazo derecho. Como ejemplo de su destreza para guiar un vehículo cualquiera, á menudo citaba el hecho de haber conducido una vez el coche correo desde Londres á Chelmsford, en el rigor del invierno, por un camino cubierto de hielo y nieve sin haber perdido un caballo y sin retrasarse ni siquiera cinco minutos. Esto era para él una hazaña, y jactábase de ella muy á menudo.

Job empuñó las riendas, sentó el pie en un radio de la rueda para subir al vehículo, y como no lo consiguiera á la primera vez, Miguel quiso ayudarle; pero no lo consintió, y aunque no sin fatigarse un poco, introdújose al fin en el interior del cabriolé. Miguel sujetó las correas del mandil y el anciano emprendió la marcha.

El día era algo caluroso, y cuando Job llegó á la granja, parecíale estar casi exhausto. Apeóse, Sara le recibió y fué á sentarse junto á la ventana, donde habló con la joven, que había enviado ya á buscar á su prima.

Susana llegó corriendo pocos momentos después, deseosa de ver al anciano.

—Casi vengo sin aliento, tío, exclamó al verle; no sabe usted cuánto me alegro volver á verle por aquí.

—¡Ah, muchacha!, repuso Job, aún me queda fuerza suficiente para hacer estas excursiones.

Susana fué á buscar un jarro de cerveza; el buen hombre apuró un vaso de un trago, y después de saborear el líquido castañeteó la lengua.

—Esto es bueno, dijo, y ahora que me siento con más ánimos, siéntate, hija mía, pues tenemos que hablar de un asunto muy serio.

—¡Oh! Tío, hace ya meses que no ha venido usted aquí, y por lo tanto, dejemos á un lado hoy las cosas serias

—Ahora que estoy mejor, vendré más á menudo; pero es preciso que hablemos hoy.

—¿De qué se trata?

—De ti y de Miguel. Atendida mi edad, debes comprender que no estaré mucho tiempo en este mundo, y deseo verte bien arreglada y establecida antes de que me llegue la hora de emprender el largo viaje.

—Aún vivirá usted muchos años con nosotros, tío, repuso Susana con la vista fija en el suelo y moviendo el pie como si estuviera impaciente.

La verdad es que no le agradaba mucho aquel exordio y no quería poner término á él con una carcajada. Ni Job ni la señorita Elisa Walton habían podido comprender que procedían con Susana de la manera más propia para que ésta hiciese todo lo contrario de lo que ellos deseaban.

—Yo no puedo esperar tanto, muchacha, no puedo esperar años; y como he dicho antes, necesito verte arreglada pronto.

—Pero si ya lo estoy, tío.

—Ninguna mujer lo está hasta que se casa. A mí me complace que las cosas que se han de hacer se realicen desde luego, y necesito que señales día para que Miguel te conduzca á la iglesia.

—¿Sabe él que usted ha venido con este objeto?, preguntó la joven.

—No, porque es tan cachazudo que hubiera tratado de disuadirme.

Susana respiró con más desahogo.

—Pues bien, tío, repuso, he de contestar á usted que no sé aún si me casaré; y en caso de contraer matrimonio, debo añadir, á pesar mío, que no estoy segura de que será con Miguel.

Al oir esta contestación, Job hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Te habrás enamorado acaso de ese maldito Walton?, exclamó. Pues si es así, te aseguro que no te casarás con él.

—Sería mi esposo mañana mismo si yo quisiera, contestó Susana con aire de indignación.

—Pues recojo la palabra..., sea mañana mismo, dijo Walton asomando la cabeza por la ventana abierta, por la cual se veía su caballo *Jim* atado á un árbol y escarbando el suelo con impaciencia.

XV

BUENAS RESOLUCIONES

Walton vió la mirada de enojo de Susana, la expresión de cólera de Job, que cerraba los puños cual si tratara de precipitarse contra él; y pudo comprender muy pronto que había cometido una imprudencia, por lo cual quiso atenuarla.

—Ruego á usted me dispense, señorita Holt, dijo, y advierta que no fué mi ánimo ofenderla en lo más mínimo. Sara debe haber anunciado á usted mi visita esta mañana con objeto de enseñarla el caballo; acabo de llegar, y después de atar á *Jim*, viendo la ventana abierta, me acerqué y la oí decir palabras que me agradan mucho. A esto se reduce mi falta; la casualidad me trajo á este sitio en el momento de hablar usted, y á fe mía no lo siento.

Estas últimas palabras, que revelaban en el joven su carácter audaz, no eran las más propias para sincerarle.

Job miraba alternativamente á Susana y á Tomás, y sobre todo á la primera, para ver si sancionaba semejante familiaridad, pues no podía comprender que un hombre procediese así sin tener derecho para ello ó exponerse á un desaire.

Susana, asombrada primero y poseída de cólera después por haber dejado escapar tan imprudentes palabras, miró con expresión desdeñosa al hombre que parecía dispuesto a considerar como formal una frase pronunciada sin pensamiento de que él la oyera. Después, al recordar la visita de la hermana, y presumiendo que Tomás se habría jactado tal vez de ser correspondido, se exasperó más aún, y hubiera dado cualquier cosa por evitar el disgusto que la llegada del joven le ocasionaba en aquel momento.

—La explicación de usted no es necesaria, señor Walton, dijo con frialdad, y siento mucho que se haya usted molestado en traer su caballo. Hoy tengo que hacer y no puedo ocuparme del asunto que le trae á usted aquí.

—¿Quiere decir esto que debo retirarme?, preguntó Walton con tono de verdadera contrariedad.

—Me parece, dijo Job con menos enojo ahora, que bastante claro lo ha dicho; si usted no lo comprende, le repetiré que deseamos que se vaya usted cuanto antes.

Walton contestó á estas palabras con una sonrisa de benevolencia, la cual exasperó al anciano más que una ruda contestación.

—Está muy bien, Sr. Hazell, repuso; yo me retiraré, pero es necesario que la señorita Holt me lo diga y no usted. ¿Debo marcharme, Susana?

—Si usted gusta...

—Pues yo no gusto, interrumpió Walton; pero deseo complacer á usted. Sin embargo, ¿no podría esperar hasta que haya usted concluido su conversación con el Sr. Hazell? ¿Prefiere usted que vuelva más tarde?

Después de lo que acababa de oir, Walton se creía con algún derecho para ser importuno, y Susana adivinó su pensamiento. La joven se hallaba en una posición difícil; mas á pesar de su irritación, quería hablar con calma y no parecer tonta y caprichosa á los ojos de aquellos dos hombres. Era preciso salir de aquel dilema, evitando que sus palabras y proceder se interpretaran torcidamente; y dominándose un momento, contestó con aparente calma:

—Si desea usted complacerme, Sr. Walton, será preciso que haga usted dos cosas...

—Haré mil, interrumpió Walton.

Susana sonrió al ver la impetuosidad del joven, y éste creyó ganada su causa, pero muy pronto se desvanecieron sus ilusiones.

—No, replicó Susana, dos cosas bastan por ahora: la primera es que se retire usted y no vuelva hasta dentro de dos ó tres días, pues mi tío Job y yo tenemos que hablar de varios asuntos; y la segunda es que olvide las palabras que ha oído, pues fueron pronunciadas en un momento de enojo y no tenían más objeto que indicar que no estoy dispuesta á someterme á la voluntad de nadie.

—Muy bien, muy bien; me retiraré, dijo Walton con tono vacilante; pero no me diga usted que sus palabras no significaban nada...

—Absolutamente nada, interrumpió Susana con firmeza fijando en el joven una mirada tan tranquila que éste no pudo dudar de la sinceridad de la contestación.

Job, recobrando su buen humor, restregóse las manos y miró con expresión irónica al hombre á quien consideraba como un advenedizo.

—No puedo creer á usted, señorita, repuso Walton, porque me conviene así; mas por lo pronto obedezco y me marcho, pero volveré dentro de dos ó tres días.

Así diciendo, Walton saludó cortésmente y retiróse. Llegó á tiempo para que su caballo no hiciese alguna diablura, pues poco acostumbrado al arnés, y menos á que le ataran á una puerta, dejándole solo, impacientábase ya y descargaba coces con toda su fuerza. Sin embargo, el perro, echado allí cerca, vigilaba los movimientos del cuadrúpedo, dispuesto á dar la señal de alarma á su amo por un ladrido apenas notase que *Jim* se extralimitaba. Cuando vió llegar al joven, levantóse meneando la cola, como satisfecho de no tener ya ninguna responsabilidad.

Walton ocupó su asiento en el vehículo, dió riendas al caballo, y éste partió á un trote rápido, que justificaba los elogios de su dueño.

Por primera vez en su vida, Walton comenzó á reflexionar en su pasado; no se arrepentía de lo que había hecho, pero pensaba que, con antecedentes, habría tenido mayor probabilidad de obtener la mano de Susana. Sin embargo, inútil era ya lamentarse; y bien mirado, él no había sido peor que muchos jóvenes que se casaron ventajosamente y ahora vivían bien cada cual con la mujer de su elección. El joven debe renunciar á sus locuras y calaveradas un día ú otro, y por su parte, hallábase dispuesto á ello si la joven le aceptaba. Dejaría de asistir á las carreras, á pesar de su afición; rompería sus relaciones amistosas con otras jóvenes, para ponerse en buen lugar con el vicario y el cura, y asistiría á la iglesia con regularidad. Haciendo estos sacrificios, parecíale á Walton que Susana no le negaría su cariño, por poco generosa que fuera.

Pero cuando hubiera hecho todo esto, ¿no se presentaría tal vez Miguel, con su condenada habilidad para curar vacas y criar carneros, haciéndole así una peligrosa competencia? Pues él también aprendería el arte de curar animales, presentándose á un veterinario para que le diera las lecciones necesarias. No le faltaría tiempo, porque estaba resuelto á renunciar á sus visitas á la Casa Isabel, á las partidas de billar y á todas las diversiones que hacen tan agradable la vida al hombre soltero: no se propondría más que complacer á Susana en todo y por todo.

La joven había dicho á Walton que no debía hacer caso de palabras pronunciadas en un momento de enojo; pero Walton no lo pensaba así; y además, así los hombres como las mujeres revelan sus verdaderos sentimientos más de lo que imaginan precisamente cuando se dejan llevar de la cólera.

Mientras proyectaba todas estas buenas resoluciones había llegado poco á poco á la Casa Isabel, y creyó de su deber entrar para ver si el Sr. Montague había pasado buena noche después de sus fatigas del día anterior; llegó hasta la puerta y un *groom* se acercó al punto para coger la brida del caballo.

—No le lleves á la cuadra, muchacho, dijo Walton, pues no voy á quedarme.

El barón estaba en su biblioteca, cansado de sus libros y aburriéndose un poco; de modo que se alegró mucho al ver á Walton, á quien fácilmente persuadió á quedarse á comer. No era justo privar de su compañía á un amigo tan hospitalario, y en su consecuencia, el *groom* recibió orden de conducir á *Jim* á la cuadra, mientras que su amo y el Sr. Lewis iban á jugar una partida de billar. De aquí resultó que Tomás, á pesar de sus buenos propósitos, volvió á su casa aquella noche más tarde que nunca.

XVI

DIPLOMACIA FEMENINA

Cuando se ha obrado mal se debe tener el valor suficiente para confesarlo y reconocerlo así. Susana comprendió muy pronto que había cometido una imprudencia al pronunciar, en un momento de enojo, las palabras que resintieron á su tío; pero también pensó que su manera de pensar acerca del matrimonio no importaba sino á ella, y que nadie tenía derecho para contrariar su voluntad en este punto ni oponerse á su inclinación. Esta manera de pensar debíase principalmente al hecho de que Susana se había educado sin conocer la celosa autoridad ni el dominio de un padre ó una madre, pero no desconocía lo impropio de su proceder, y lamentábase de lo sucedido, tanto más cuanto que estaba segura de que Walton no creería que las palabras pronunciadas respecto á él eran hijas de su enojo. De todos modos, solamente debía pensar ya en evitar que se hiciese una mala interpretación en cuanto á sus sentimientos.

Susana no necesitó más de un minuto para hacer todas estas reflexiones, y después, abrazando á Job cariñosamente, díjole con su más dulce voz:

—Querido tío, reconozco que he sido muy impertinente; mas espero que esta vez me perdonará usted si le prometo no reincidir.

Job sonrió, porque estaba muy satisfecho.

—Está bien, muchacha, repuso; me alegro de que hayas enviado á paseo á ese joven; sin pensar más en él, volveremos á tratar de nuestro asunto, y...

—No, no, tío, hoy no, replicó Susana; ahora irá usted á sentarse un rato en el sofá para descansar, y como pronto estará dispuesta la comida, nos acompañará usted.

Y tomando del brazo á su tío, Susana le hizo levantar de la silla; pero antes de llegar al sofá, Job se desasió y apoyó sus manos en los hombros de la joven, mirándola fijamente.

—Pienso, muchacha, que tienes muy sólidos músculos..., así debe ser la esposa de un labrador. Por lo demás, hija mía, no puedo quedarme á comer, pues Miguel no sabe dónde estoy, y si yo no vuelvo pronto, irá á buscarme por todas partes. ¡Ja, ja, ja, cómo se hubiera alegrado ver tu manera de despedir á ese joven! Te aseguro que me has complacido en extremo.

El tío Job se rió tan de buena gana, que le sobrevino, un acceso de tos asmática, lo cual le obligó á sentarse.

Susana corrió á su alacena para buscar un cordial; su expresión revelaba inquietud en aquel momento, tal vez porque veía que Job no interpretaba bien los motivos que la indujeron á despedir á Walton; también porque pensaba que acaso su tío viera en este proceder una prueba evidente de que ella aceptaba á Miguel. Esto era peor que todo, pues en vez de despejar la situación, inducía á las dos partes opuestas á creer lo contrario de lo que ella quería.

Sin embargo, disimuló su impresión, ofreciendo cariñosamente el cordial á su tío.

—¿Qué es eso, preguntó Job..., alguna pócima? Ya sabes que yo no hago uso de eso..., nada de medicina; prefiero un trago de cerveza. Creo que cuando era niño me daban algunas veces aceite de castor y algunos otros medicamentos; pero ahora no estoy dispuesto á convertir mi estómago en un depósito de drogas.

La tos había cedido; más para evitar otro acceso, Job bebió la cerveza que le daban en vez del cordial. Susana permanecía á su lado, dispuesta á servirle al punto en cuanto necesitara; estaba segura de que apenas se recobrase un poco volvería á tratar la cuestión relativa al matrimonio de su hijo, y propúsose dirigir su pensamiento hacia otro asunto; mas por el pronto no le ocurrió cómo hacerlo. Un momento después, Job comenzó á limpiarse la boca con el pañuelo, y antes de que Susana tuviera tiempo de cambiar el rumbo de sus ideas, sucedió lo que ella temía. El anciano volvió al ataque sobre el proyecto de matrimonio, y dijo que era imposible que él se engañase respecto á su manera de ver, ni que ella se opusiese á un enlace concertado hacía ya largo tiempo con el padre de la joven.

—Como antes te indiqué, Susana, dijo, deseo verte establecida con Miguel. Los dos podéis explotar ambas granjas sin dificultad, y tal vez obtengáis un gran resultado. Si tú lo prefieres, también es fácil ceder una de ellas, puesto que ambos tenéis un poco de capital; pero entonces tal vez no hubiera suficiente trabajo para vosotros dos. En fin, ya trataremos de eso, y por lo pronto, basta que me digas qué día será el de la boda.

Esta persistencia afligía á Susana; mas estaba resuelta á no enojarse de nuevo, y quiso salir del paso con una contestación algo vaga.

—Ya hablaré yo con Miguel sobre el asunto, replicó; por ahora no puedo decirle á usted más, tío, y debería usted darse por contento.

Job miró á su sobrina con expresión de duda; para él era un problema semejante proceder y no sabía cómo resolverle.

—¿Quieres decir, repuso, que no te agrada ese muchacho?

—Nada de eso; me agrada mucho.

—Pues entonces, ¿qué esperáis? No comprendo las mujeres de hoy día; en mi tiempo, cuando dos jóvenes se agradaban mutuamente, y su unión parecía acertada, dadas las condiciones de cada uno, iban á la iglesia muy pronto para casarse. Ahora se pasa el tiempo en hablar mucho, haciéndose mutuas promesas y aplázase cuanto es posible el día de la unión, oponiéndose dificultades por una parte ú otra, sin que en realidad existan en la mayoría de casos.

—Para nosotros no habrá entorpecimientos, tío, repuso Susana sonriendo á pesar de su perplejidad.

Y como en aquel momento le ocurriese una idea para cambiar de conversación, añadió:

—Ahora que pienso, tío, quisiera que viniese usted á ver mis carneros; tengo dos que en mi concepto serán mejores que el de usted, aquel que ganó premio en el último concurso.

Estas palabras picaron la vanidad de Job, quien se preciaba de ser el único del distrito á quien se había premiado en la última exposición, y por el pronto olvidó el verdadero objeto de su visita, que era lo que más deseaba Susana.

Un momento después los dos llegaron á la dependencia donde estaban los dos carneros, y el anciano, después de examinarlos como hombre inteligente en la materia, emitió su parecer, apreciando el valor de aquellos animales; pero dijo que no podían rivalizar con el que él había presentado. Susana no quiso interrumpirle en sus observaciones, muy satisfecha de haber conseguido distraerle del asunto principal, y escuchó con la mayor atención todo cuanto le dijo.

—Pero vamos, repuso cuando Job hubo concluído, ¿no le parece á usted que serán dos buenas muestras?

Por toda contestación, Job cogió una horquilla, y como los carneros estaban echados, obligóles á levantarse para practicar un segundo examen.

—Sí, dijo al fin, no serán malas muestras, pero nunca se podrán comparar con la mía.

Y después de dar este veredicto, el buen Job pareció quedar satisfecho de sí propio y de Susana, pues podía seguir considerándose como el primer labrador del distrito, y no dudaba que había inclinado el ánimo de la joven á consentir pronto en el proyectado matrimonio con Miguel.

A pesar de las instancias de su sobrina, rehusó quedarse á comer, y hasta cierto punto Susana se alegró de ello, pues así estaba segura de que no se volvería á tratar por el pronto de ningún asunto enojoso para ella.

Job subió á su cabriolé y despidióse de la joven diciéndole:

—Ya diré á Miguel que venga pronto para hablar contigo sobre el futuro enlace.

XVII

DUDA

Susana acababa de pasar un día de penosas emociones para ella. A la hora de comer sentóse á la mesa muy pensativa, sin decir palabra, y esta circunstancia era demasiado curiosa para que no llamase la atención de Sara, pues cuando esta última estaba triste ó de mal humor, su prima había tratado siempre de distraerla, hablándole de los asuntos del día. Sin embargo, Sara estaba muy descontenta por las preferencias que Walton manifestara últimamente, y no se fijó mucho tiempo en este cambio de conducta. No obstante, parecióle que ocurría algo nuevo, y fijando una mirada recelosa en su prima, hízose varias preguntas. ¿Habría descubierto tal vez cuáles eran sus sentimientos respecto á Walton? ¿Le disgustaba esto, ó sería otra la causa de su enojo?

Introdujéronse en el agua hasta media pierna

Pero la expresión de Susana no parecía indicar disgusto, si bien contestaba muy distraída á las preguntas de su prima y como si su pensamiento estuviera muy lejos de allí, sin tratar nunca de reanudar la conversación cuando ésta se interrumpía.

Por extraño que le pareciera semejante proceder, Sara se guardó muy bien de solicitar una confidencia; muy lejos de ello, la temía, pues si por ella se llegaba á descubrir que las simpatías de Susana se inclinaban en favor de Tomás Walton y no de Miguel, no estaba segura de tener suficiente dominio para no pronunciar palabras ofensivas ó cometer alguna imprudencia. También sabía que por poco que Susana escuchase á Tomás, debería renunciar del todo á la esperanza de que éste volviese á ella, recordando las relaciones de otro tiempo.

Después de un prolongado silencio, durante el cual no se habían cruzado sino algunas breves palabras entre las dos jóvenes, Susana trató de reanudar la conversación.

—Tal vez no sepas, dijo, que Walton estuvo aquí esta mañana, y que su presencia encolerizó de tal modo á Job, que me fué preciso enviar en seguida á paseo á ese joven con muy poca ceremonia...

—Sí, ya le vi salir.

—¿Y parecía muy contristado el pobre muchacho?

—No me fijé. ¿Te hubiera agradado que fuera así?

—¿Por qué me había de agradar?, replicó Susana, extrañando la pregunta; no, lo hubiera sentido.

—¿Y por qué?

—Porque no me gusta enojar á nadie; y aunque fué un poco atrevido, supongo que no era su ánimo ofenderme, y que vino solamente para que viera su caballo. Tu creerás tal vez que lo hice por vanidad, pero en tal caso te engañas. Yo quisiera que todo el mundo hablase bien de mí, y si esto pudiera ser, segura estoy de que moriría solterona, sin manifestar deseo de agradar á nadie.

Al decir esto, Susana se levantó, sonriendo ante semejante perspectiva, y se puso el sombrero para salir. Sara recogió algunos platos para llevarlos á la cocina y no volvió hasta que su compañera se hubo marchado. Entonces entregóse á sus reflexiones; preveía un peligro; adivinaba que Walton se valía de todos los medios posibles para granjearse la buena voluntad de Susana, y confesóse al fin que estaba celosa, que tenía casi envidia.

De buena gana se hubiera ocultado en cualquier obscuro rincón para no ver ni oir. En la soledad de su aposento había llorado muchas noches amargamente, pidiendo á Dios que le concediese fuerza para tener calma; y cuando al fin conseguía conciliar el sueño, acosábanla pesadillas que la despertaban muy pronto. Levantábase por esto muy temprano, cuando todos dormían aún en la casa; mas en vez de hallar con esto alivio, entristecíase más, y las alegrías de Susana eran para ella como una burla.

En el prado, Susana manifestó poco más ó menos el mismo humor que durante la comida, unas veces muy activa y animada, atendiendo á cuanto se debía hacer, y otras tan distraída, que no parecía ver lo que pasaba á su alrededor. En más de una ocasión, uno de los jornaleros, llamado Carter, que era el hombre de confianza de la granja, elevó mucho la voz para llamar su atención, y al fin Susana volvió la cabeza y acercóse al hombre para inspeccionar su trabajo.

—Está bien, dijo la joven; mas es preciso recoger esta tarde todo el heno posible, porque el viento sopla del Oeste y no me agradan esas nubes que veo. Es muy probable que tengamos lluvia antes de la mañana.

(Se continuará.)

UN CRIADERO DE LANGOSTAS EN WEXFORD

Siempre se ha tenido á la langosta por un bocado exquisito, que supera á todos los demás crustáceos comestibles; pero desgraciadamente para el paladar de los epicúreos, la oferta, excepto en algunas épocas de extraordinaria abundancia, no ha sido nunca igual á la demanda. La disminución de su producción puede atribuirse á muchas causas, la más importante de las cuales es la destrucción sin tasa de las hembras, huevos y crías, que lleva á cabo la ignorancia de los pescadores. Esa impremeditación ha ocasionado grandes males, y la que fué en un tiempo floreciente industria, ha quedado reducida á un tráfico precario.

Ese mal ha sido afortunadamente señalado por uno ó dos eminentes biólogos, á quienes se debe el que se hayan hecho vigorosos esfuerzos para repararlo.

Entre los defensores de la langosta figuran en primera línea, en Inglaterra, Mr. Alejandro Meek, miembro de la comisión de las pesquerías marítimas

Langosta hembra, mostrando sus millones de huevos

de Northumberland, y en los Estados Unidos el doctor A. D. Mead, de la Universidad de Brown. Gracias á sus investigaciones y experimentos y á la incesante agitación que han promovido, exigiendo mayor protección para la langosta, se va resolviendo, lenta, pero eficazmente, uno de los más apremiantes problemas biológicos de la actualidad.

El Dr. Mead ha establecido un gran criadero de langostas, único en los anales biológicos, donde todos los años nacen y se crían cientos de miles de esos animales.

En las soledades de la montuosa ensenada de Mill, en Rhode Island, aislado del resto del mundo, se ve lo que á primera vista se tomaría por una inmensa balsa.

Al partir de tierra firme en un bote, único medio de comunicación entre la costa y aquel objeto de extraño aspecto medio sumergido en el mar, y según se va uno aproximando, aquella confusa aglomeración de maderas toma la forma de un barco habitación. Hay allí un gran pontón rodeado por todas partes de empalizadas y andamiajes que de él irradian y que tiene dos pequeñas casetas en sus extremos. Aquel es el criadero de langostas y el laboratorio flotante, donde, desde hace cuatro ó cinco años, vive y trabaja el Dr. A. D. Mead.

Vista general del criadero de langostas de Wexford

El pontón tiene unos quince metros de largo y cada una de las casetas de madera tres en cuadro; éstas sirven de dormitorio, laboratorio y depósito de enseres. Entre ambas hay un aljibe de seis metros, y á cada lado de la balsa, dos grandes armadías donde se encuentran todos los utensilios necesarios para la crianza. Esas armadías, con sus aparatos, constituyen la parte más esencial é importante de todo el establecimiento.

Las crías están albergadas en un saco de gruesa lona de unos cuatro metros cuadrados que, junto con su viviente contenido, se sumerge á la profundidad de algo más de un metro en las aguas de la bahía. Esa barrera de lona impide que las pequeñas langostas se escapen, así como que lleguen hasta ellas sus temibles enemigos marinos, para los que serían una fácil y apetitosa presa.

Una de las grandes dificultades con que se tropezó al principio, fué el mantener dentro del saco la necesaria circulación del agua indispensable para la conservación de la langosta.

En las primeras experiencias, los sacos se sumergían simplemente á la profundidad requerida, y debido al estancamiento del agua, las langostas pequeñas se acumulaban en el fondo y muchas perecían ó sofocadas ó comidas por otras, porque la langosta es de instintos canibalescos, y las pequeñas y débiles sucumben devoradas por sus hermanas más fuertes y robustas.

Para conseguir que el agua en el interior del saco se halle en constante movimiento, el Dr. Mead ha ideado una especie de hélice cuyas palas tienen poco más de un metro de longitud y á la que hace girar un motor de petróleo. El contenido del saco, que comprende miles de crías, está en continua circulación, junto con su alimento, que pueden fácilmente coger por hallarse en suspensión en el agua. También ha descubierto ese biólogo que el cambio continuo de agua es necesario para que se críen bien las pequeñas langostas; esto se consigue por medio de unas ventanas practicadas en el fondo y en los costados del aljibe de lona. Las ventanas tienen unas persianas de cobre que miden las del fondo 75 centímetros de largo por 50 de ancho, y las de los costados 15 por 25. Estas últimas se abren á 25 centímetros de la parte superior. Las hélices en movimiento producen una corriente de agua hacia arriba, á través de las ventanas del fondo, que va á salir por las de los costados, causando el mismo efecto que si una rápida corriente de agua atravesara el saco. A fin de que las crías no penetren entre las persianas, éstas están cubiertas con un lienzo.

Langosta joven y el caparazón que acaba de soltar

Los huevos los suministran las hembras, que los pescadores cogen en las costas y que traen al establecimiento en julio y agosto. Durante el invierno y la primavera, la langosta lleva los huevos bajo la cola; el desove comienza á principios de mayo y termina hacia mediados de julio. El número de huevos varía según el tamaño de la hembra; puede calcularse que, por término medio, cada una pone 40.000. Cuando llegan al establecimiento las langostas con huevos, se separan éstos con mucho cuidado y se meten en un saco, que se sumerge en el aljibe colocado entre las dos casetas del pontón. Cuando han nacido las crías, se las traslada á las armadías y se las atiende con un cuidado que no tienen sus madres, porque la langosta carece en absoluto del ordinario instinto maternal. Cuando han nacido los pequeñuelos, los deja abandonados á su propio instinto, sin el menor reparo, siendo el resultado que las desvalidas crías, enteramente á merced de los vientos y de las olas, son arrastradas de un lado á otro, y gran parte de ellas perece prontamente víctima de los rapaces habitantes de las profundidades del mar, en acecho siempre de manjares apetitosos.

Las cuatro primeras semanas de la crianza se pasan con mucho interés, porque durante ese período las larvas pasan por cuatro transformaciones diferentes, después de las cuales ya adquieren aspecto de langosta. La época más expuesta son los primeros quince días que pasan en los sacos de lona; hay que tener sumo cuidado para impedir que las pequeñas langostas sean sofocadas, mueran de hambre, las diezmen los ataques de varios parásitos, las mate cualquier golpe ó quede reducido su número por los instintos canibalescos de su propia familia.

Una langosta hembra gigantesca. Longitud 18 ½ pulgadas, peso 11 ½ libras

A pesar de las minuciosas precauciones que se toman y de la incesante vigilancia que se ejerce, lo cierto es que en gran número sucumben por una ú otra de las causas referidas antes de llegar á la cuarta etapa. Las dificultades se aumentan por la necesidad de encerrar tan gran número de crías en un espacio reducido. En una serie de experiencias hechas por el Dr. Mead, se contaron las crías al meterlas en los sacos y luego otra vez al sacarlas después de su cuarta transformación; el tanto por ciento de las langostas que sobrevivieron á ese período crítico fué de 16 á 50 por 100. Este último resultado se obtuvo

con 1.000 ejemplares escogidos; el tanto por ciento disminuye gradualmente á medida que se eleva su número. El mayor número de crías que en una sola vez han llegado al cuarto estado, han sido 12.750, lo que representa bastante más de un 50 por 100. Las pérdidas son, pues, inevitablemente grandes; si se piensa en el gran cuidado que se tiene para conseguir un éxito feliz de la crianza hecha en las circunstancias más favorables y en que, sin embargo, resulta a veces una pérdida de un 70 por 100, se podrá formar idea de los obstáculos que en condiciones naturales se oponen al desarrollo y existencia de las langostas. Según las laboriosas investigaciones del Dr. Mead, sólo una de 38.000 larvas llega á su entero desarrollo, ó dicho de otro modo, sólo tenemos aproximadamente una langosta grande por cada hembra que ha devorado; proporción que, en realidad, asombra por lo pequeña.

Dando de comer á las langostas pequeñas

Durante el primer año, la langosta muda de caparazón varias veces; pero después lo va haciendo á mayores intervalos, hasta que alcanza todo su desarrollo. En los primeros tres meses, las crías crecen hasta unos tres centímetros de longitud y dos únicamente en los siete meses siguientes. Al cabo del año mide unos cinco centímetros y medio; á los dos años once, y alcanza su máximo desarrollo, por término medio, en cinco años; entonces la langosta tiene de 25 á 30 centímetros de longitud.

Además del valor práctico universal que tienen los trabajos del Dr. Mead y la influencia que han de ejercer en una industria que amenazaba perderse enteramente, sus investigaciones han ensanchado considerablemente nuestros conocimientos respecto á las costumbres de las langostas, en especial por lo que atañe á las primeras etapas de su existencia, acerca de las cuales antes se sabía muy poco.

Es indudable que si no se recurre á métodos artificiales para su conservación y crianza durante sus primeras transformaciones, la langosta irá siendo cada vez más inasequible para todos los que no sean ricos. Probablemente la solución del problema han de darla las empresas particulares, fundando establecimientos científicamente dirigidos, por el estilo del del Dr. Mead. Ya han principiado en Inglaterra á hacerse con buen éxito algunas tentativas en ese sentido.

Vencidas las primeras dificultades, no hay duda de que podría la cría de langosta en grande escala dar origen á un negocio muy lucrativo.

FEDERICO A. TALBOT.

París.—El hidroplano Santos Dumont. Pruebas efectuadas recientemente para asegurarse de la estabilidad del aparato, con el cual se propone su inventor correr por el agua á una velocidad de 100 kilómetros por hora.
(De fotografía de Branger.)

Hace dos meses, Santos Dumont, á quien muchos denominan ya el rey del aire, apostó que en un aparato de su invención navegaría á la velocidad de 100 kilómetros por hora, es decir, superior en 40 kilómetros á las mayores velocidades alcanzadas hasta el presente en el agua. Inmediatamente puso manos á la obra, y en poco tiempo quedó construída la parte esencial de su aparato, el flotador en donde van el sistema de propulsión (motor y hélice) y el piloto. Ese flotador se compone de un huso central de ocho metros de largo, formado por una envoltura de caucho, henchida con aire comprimido y reforzada por un armazón interior; otros dos husos análogos á aquél, pero más pequeños, están situados á derecha é izquierda y aseguran la estabilidad del conjunto.

Terminada esa parte del hidroplano, efectuóse hace pocos días su lanzamiento en el Sena, para probar su estabilidad, habiendo dado las pruebas un resultado satisfactorio, primero en aquel río y al día siguiente en el lago del bosque de Bolonia.

En vista de esto, Santos Dumont procede actualmente á la instalación del motor Antoinette, de 120 caballos y de la hélice, y una vez instalados éstos comenzarán las pruebas definitivas.

Imp. de Montaner y Simón

Año XXVI ← Barcelona 14 de octubre de 1907 → Núm. 1.346

OBRAS NOTABLES DEL ARTE MODERNO

CABEZA DE ESTUDIO PARA LA FIGURA DE ISOLDA,

dibujo de Fernando Knopff

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

América es la tierra de promisión de la farándula; ir allá constituye el sueño dorado de todos los actores de Europa. Compañías francesas, italianas y españolas, de ópera, de «verso,» de género chico, van y vienen en los transatlánticos con tanta frecuencia, que, como decía hablando de los galeones españoles Hernán Pérez de Oliva, «maravilla es que no hayan hecho surco en las aguas del Océano.»

En España es ya frenesí lo que sienten nuestros cómicos por ir á la susodicha tierra prometida. Aquel es, al decir de ellos, el país del oro y de la plata; allí, como si mal no recuerdo aseguraba Colón en cierta comedia de Rubí, hay

á la orilla del mar, para cogerlas,
en rocas de coral bancos de perlas...

Y á cogerlas van los artistas escénicos de todo género y condición, como iban hace siglos nuestros heroicos aventureros.

No hace muchos días encontré á Emilio Thuiller. Acababa de llegar de Buenos Aires, adonde marchó á principios de la última primavera. El notable actor revelaba en toda su persona la gozosa satisfacción del que ha logrado realizar una lucrativa y brillante empresa.

—¿Otra vez por aquí?, le pregunté.

—Otra vez. Ahora los actores vamos á América como antes íbamos á Jetafe. Allí, amigo mío, se trabaja con honra y con provecho.

—¿De modo que piensa usted volver?

—Tan pronto como termine mi compromiso en el Español...

La compañía que actuó la temporada última en la Comedia, después de una campaña de seis meses en la Argentina, regresará á Madrid dentro de pocos días; de la Tubau se dice que pronto hará una nueva excursión á América, y María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza se disponen á marchar á Cuba, México y Estados Unidos.

Los artistas extranjeros están constantemente yendo y viniendo de Europa á América y de América á Europa, y Coquelín, Sara Bernhardt, la Rejane, Antoine, Zacconi, Palladini, Tina di Lorenzo, Novelli, la Mariani, hacen su agosto un año sí y otro también en los teatros del Nuevo Continente.

Los triunfos que allí alcanzan los actores y particularmente las actrices no tienen comparación con los que obtienen en Europa. Quizás en esas ovaciones estruendosas entre por algo el snobismo americano; pero el hecho es que en América los artistas de teatro suelen ser objeto de verdaderas apoteosis.

Y véase en prueba de lo dicho lo que acerca de Eleonora Duse escriben los periódicos del Brasil. Celebraba ha poco la insigne actriz la función de despedida en el teatro Lírico de Río Janeiro, con el drama de Ibsen titulado *Romersolm.* La sala rebosaba de público escogido; el presidente y los más altos funcionarios de la República asistían al espectáculo. Los palcos, adornados con banderas italianas, ostentaban grandes tarjetones en los que se leía: «¡Salve, Duse!» Las personas que asistieron á la función hicieron á la artista italiana una manifestación delirante, manifestación en que tomó parte, cuando terminó la representación de la obra, la multitud que rodeaba el coliseo. La Duse, aclamada por la muchedumbre tuvo que presentarse en el vestíbulo vestida todavía con el traje de Rebeca. En aquel momento se descubrió en el pórtico una lápida que conmemoraba el gran acontecimiento artístico. De repente avanzó hasta la puerta central el automóvil del presidente, en el cual automóvil tomó asiento la actriz en compañía del mismo presidente y de otros personajes. El vehículo, precedido de un escuadrón de caballería y de una banda de música que tocaba el himno brasileño, seguido de una larga fila de automóviles y rodeado de antorchas y banderas, recorrió á paso lentísimo y por en medio de compacta multitud, gran parte de la ciudad hasta detenerse á la puerta del hotel en que se alojaba la Duse. Todas las casas de las calles recorridas por el cortejo estaban iluminadas con bengalas y las ventanas llenas de gente que no cesaba de arrojar flores sobre el automóvil en que iba la artista. Delante del hotel se instaló una orquesta y se reprodujeron las ovaciones. La Duse, pálida, temblorosa, llorando de emoción, tuvo que asomarse muchas veces á uno de los balcones á recibir los vítores de sus innumerables admiradores. Fué menester que intervinieran las autoridades para poner fin á aquellas demostraciones que amenazaban con no acabar nunca.

Triunfos como este, juntamente con las exorbitantes ganancias que allí suelen tener los artistas, no es extraño que atraigan con fuerza poderosísima á los cómicos de la vieja Europa y sobre todo á los de la pobre España.

***

Aquí la lucha por la existencia entre los diferentes teatros es cada vez más encarnizada. Algunos hay en los que la entrada general cuesta quince céntimos; otros en que se obsequia á los espectadores con una sesión de cinematógrafo y en algunos se anuncia ya que se darán funciones gratis. De esto á convidar á los espectadores á tomar chocolate después de la representación, no hay más que un paso.

Claro es que el abaratamiento de los espectáculos teatrales favorece á la cultura del público y quizás sirva para ir preparando la creación de un teatro popular, teatro que ponga en comunicación al pueblo con las grandes creaciones dramáticas, del mismo modo que los museos, cuya entrada es ahora gratuita, van difundiendo entre las masas populares la educación y el gusto estéticos.

Y no hay que confundir lo popular con lo canallesco. Yo estoy cierto de que al verdadero pueblo, al que trabaja, al que conserva todavía las virtudes de la raza, le deleitan mucho más que las farsas pornográficas de los teatrillos de mala muerte, las creaciones de los grandes dramaturgos. Si asiste poco á los teatros en que se rinde culto al verdadero arte es porque estos teatros son de lujo, porque el precio de las localidades y entradas es demasiado caro, porque hasta las empresas, en vez de democratizar el arte, parece que tienden á aristocratizarlo, á hacerlo privilegio de las clases opulentas ó cuando menos de las muy acomodadas.

Imaginad un local espacioso y cómodo, mas sin refinamientos de riqueza, con un buen escenario decorado convenientemente, aunque sin esas exquisiteces minuciosas que carecen de efecto teatral. Suponed que en esos teatros se representan con esmero y arte las grandes obras de nuestros autores clásicos y los dramas de los ilustres dramaturgos extranjeros modernos y antiguos; suponed también que la entrada á esos teatros es tan barata como la de los teatrillos por horas, y decidme si la gran masa del pueblo preferiría ver *La gatita blanca* ó *El arte de ser bonita*, á admirar *El alcalde de Zalamea* ó el *Macbeth.* Ahora, como en tiempos de Iriarte, al público, lo mismo que al personaje de la fábula,

si le dan paja come paja;
siempre que le den grano come grano.

***

Camino también para la implantación del teatro popular sería la creación del teatro al aire libre. Envidia causa leer las descripciones que la prensa francesa hace de las fiestas dramáticas de Orange. Más de treinta mil espectadores, público teatral sólo comparable con los de la antigüedad clásica, han asistido á presenciar tan artísticos espectáculos.

Como de seguro saben todos mis lectores, Orange es una ciudad del Mediodía de Francia, notable por sus antigüedades romanas; entre éstas descuella el teatro, cuya construcción se remonta á los tiempos del emperador Adriano: en sus graderías, que forman semicírculo, caben más de cuarenta mil espectadores. El fondo lo forma un gran muro de sillares ennegrecidos por el tiempo y con tres puertas enormes por donde salen los actores á una especie de explanada que hace las veces de escenario. Años ha el gobierno francés tuvo la patriótica idea de restaurar el antiquísimo teatro, y gracias á eso vienen dándose en él representaciones desde el año 1869.

«Aquel lugar—dice en una interesante crónica Gabriel Boissy—es uno de los más emocionantes que existen en el mundo: parecen palpitar allí todavía la potencia civilizadora y la existencia suprasecular de una raza. Hasta los más escépticos sienten, cuando se hallan enfrente del muro que sirve de fondo al teatro, cierto respeto religioso hacia el orgullo, la energía y la noción de orden que parecen respirar aquellas piedras...

»Después de contemplar el muro, la mirada se dirige hacia la otra parte del teatro: el hemiciclo. Apoyada en la colina, la curva armoniosa y suave de la gradería se desarrolla circularmente, parecida á una concha marina gigantesca y graciosa.

»Allá en lo alto se extiende el cielo y las estrellas centellean en el misterio de su vibrante estabilidad. Cuando al resplandor de las luces de la batería el viejo muro por el cual corren las sombras se agita y danza semejante á un Titán ebrio de orgullo, elaborase allí una belleza más bella que todas las bellezas humanas, sencilla como un gesto cómico, terrible como una Sibila, simbólica como si el espíritu humano la hubiese combinado.»

Aunque enfática y amanerada, esta descripción nos da idea de la sugestión artística que aquel lugar debe producir en el ánimo de un espectador apasionado por el arte.

Y esta sugestión debe acrecentarse cuando resuenan bajo el cielo estrellado y frente á las piedras seculares, con esa poética vaguedad que el aire libre da á la voz humana, las imprecaciones de Casandra, los lamentos de Andrómaca, las frases de remordimiento de Orestes ó los sollozos desesperados de Clitemnestra.

Además de imitaciones de la tragedia helénica, se ha representado este año en Orange el *Britanicus*, de Racine, de cuya interpretación se hacen lenguas los críticos que asistieron al espectáculo.

¡Cuántas obras de nuestro teatro clásico como el *Condenado por desconfiado* ó *El príncipe constante*, *Fuente Ovejuna*..., podrían representarse en condiciones semejantes, ya que no iguales á las que se han utilizado para la representación del *Britanicus!* Esto no sería nuevo en España; más de una vez, en las frondosidades del soto de la Zarzuela ó en los poéticos jardines del Buen Retiro, deleitaron los oídos de damas y caballeros los sonoros versos de Calderón, de Moreto y de Rojas.

***

Este último nombre me recuerda que no debo terminar la presente crónica sin dedicar algunas líneas al poeta ilustre cuyo tercer centenario acaba de celebrarse en Toledo, su patria.

D. Francisco de Rojas y Zorrilla es, como todo el mundo sabe, uno de los seis dramaturgos de primer orden que florecieron en el siglo XVII. Algunas de sus obras, como *Del rey abajo ninguno* y *Don Lucas del Cigarral,* son hoy representadas con el mismo aplauso con que lo fueron en tiempo de su autor. Si otros dramaturgos del siglo de oro le aventajan en imaginación y en inventiva, ninguno se le iguala en lo tocante á lo bien ordenado del plan y á la construcción de sus obras. Su diálogo natural fluido y á veces epigramático da indecible encanto á sus obras, y alguno de los personajes por él creados, como el García del Castañar y el caricaturesco Don Lucas, son de los que subsistirán en lo que subsista la raza española.

A Rojas le saquearon en grande los autores franceses del siglo XVII. Del *Don Lucas del Cigarral* ó *Entre bobos anda el juego,* sacó Tomás Corneille su *Don Bertrand de Cigarral* y Scarrón el *Don Japhet de Armenia.* De la comedia de Rojas *Obligados y ofendidos* traen su origen *Los ilustres enemigos,* de Corneille; *Los generosos enemigos*, de Boisrobert, y *El estudiante de Salamanca*, de Scarrón. Este mismo compuso su comedia *Jodeset* ó *El amo criado* de la de nuestro poeta titulada *Donde hay agravios no hay celos,* y el *Venceslas*, de Rotrou, debe mucho á *No hay ser padre siendo rey*, de Rojas y Zorrilla.

¡Tiempos aquellos en que el ingenio español era maestro de los principales autores extranjeros! ¡Cuán distintos estos tiempos presentes, en los cuales nuestro arte dramático sigue, tropezando y cayendo, las huellas hasta de los escritorzuelos franceses de última fila.

Y el que lo dude que lea las listas de obras nuevas que preparan los primeros teatros de la corte.

ZEDA.

Acodadas sobre los hierros del balcón, las dos amigas conversan en voz baja

¡POBRE TITÍN!

Los árboles frondosos del Retiro cimbrean sus copas seculares mostrando al sol la gama de sus verdes: el verde azulado de los abetos, el verde obscuro de los pinos, el verde esmeralda de las magnolias, el verde claro de las acacias, el verde plateado de los grandes álamos. Juega el viento entre el encaje de las hojas, arrancándolas murmullos, susurros y suspiros. En un claro de la arboleda, dormidas en lo hondo, las aguas mansas del estanque grande reflejan la luz tersas y limpias como una lámina de metal bruñido.

En la calle los carruajes ruedan rápidos entre nubes de polvo; los tranvías se deslizan silbando sobre los rieles, precedidos de un trémolo metálico; los automóviles pasan veloces atronando el espacio con el resoplido de las máquinas y el estridente sonar de las bocinas, mientras que por las aceras, bajo la fila de árboles, la gente marcha pausada y silenciosa en constante hormigueo.

Tras los gruesos barrotes de la verja saltan las manchas policromas de los vestiditos infantiles y las grandes manchas blancas de los almidonados delantales de las niñeras. Cuando el estrépito de la calle cesa un momento y el viento se detiene sobre las hojas, se oyen alegres carcajadas, gritos de júbilo, la cadencia monótona y triste de una vieja canción:

Yo me que - ría casar,
yo me que - ría casar,
con un mo - cito barbero,
con un mo - cito barbero...

Acodadas sobre los hierros de un balcón, dos niñas, dos mujeres ya, conversan en voz baja. Detrás de ellas, en el rincón del gabinete, suenan lánguidas, perezosas, las notas de un piano y una voz dice:

—Adelina... María Eulalia..., ¿qué hacéis ahí?

—Nada, mamá...

—¿No os molesta el sol?

—No, mamá; estamos muy bien.

Las jardineras de los tranvías siguen pasando llenas de gente; retumban los coches; los automóviles cruzan raudos. Vagos y confusos llegan del Retiro los ecos tristes de la vieja canción:

Una tar - de de verano,
una tar - de de verano,
me saca - ron á paseo,
me saca - ron á paseo...

—Pero, mujer, ¿es posible? ¡Una criatura!

—¡Ahí tienes!

—Pero ¿cómo fué?

—Verás. El chiquillo venía enfermo. Que si está tísico, que si no está tísico, que si el crecimiento, que si los estudios... El médico aconsejó que le enviasen al campo. Tía Lola nos escribió diciéndonos que si le podríamos tener una temporada, y nosotros, ¡figúrate tú, con el alma y la vida! Papá en persona fué á buscarle.

Era una criatura encantadora, guapísimo, muy guapo, todo lo que te diga es poco..., con unos ojazos azules..., ¿tú ves los de Conchita? ¡Qué más quisiera Conchita! No hay comparación. Vamos, yo no he visto en mi vida ojos más hermosos. ¡Tenían una expresión tan extraña, tan inteligente, tan triste, tan dulce!.. Papá confesaba que no podía mirarlos con tranquilidad. «Me da pena—decía; -me hacen pensar en Mæterlinck. Parece que miran más allá de las cosas.»

Estaba muy delgadito y muy pálido; pero esto, lejos de afearle como á otros niños, le daba por el contrario un aspecto de elegancia y distinción muy atrayente. Hablaba poco, reía menos y no jugaba nunca. Te digo que papá tenía razón: daba pena el chiquillo. Sin embargo, á los quince días de estar entre nosotros empezó á mejorar. Se puso un poquitín más gordo, perdió la palidez y recobró el apetito; en fin, que el chiquillo se puso desconocido. Desconocido en la parte física, ¿eh?, porque en lo moral siguió lo mismo, por no decir peor, cada vez más serio, más pensativo y más triste.

Cuidado que á casa venían niños, toda la chiquillería del pueblo; pues, nada, como si no. No había quien le hiciera jugar más allá de diez minutos. A los diez minutos de saltos y carreras dejaba á los amigos y se iba al lado de Conchita. Conchita era su locura. Por la mañana, por la tarde, por la noche, á todas horas estaba la criatura pegada á sus faldas.

—¡Jesús y qué chico más sobón!, decía riéndose mi hermana. No me le puedo quitar de encima.

Titín entonces se ponía muy serio, y clavando en ella sus ojazos azules le decía:

—¿Te enfadas?

Y era su mirada tan dulce, su acento tan mimoso, su cara tan triste, que Conchita no tenía más remedio que sentarle encima de las rodillas y consolarle.

—No, rico. Yo qué me voy á enfadar por eso.

Acodadas sobre los hierros, las dos amigas conversan en voz baja:

-¡Angelito!

—No me hables. Ha sido una cosa horrible. No tienes idea. Es necesario haberlo visto para comprenderlo. Conchita está todavía enferma del disgusto. Y yo... yo no puedo acordarme sin que se me salten las lágrimas.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues dame un beso para ver que no estás enfadada.

—Tómale, vida mía.

Titín se colgaba de su cuello y la besaba con locura, con apasionamiento, con rabia, de tal modo, que un día Conchita no pudo menos de decir:

—¡Caramba con el niño y qué manera tiene de besar!

—Es que está enamorado de ti, contesté yo riendo.

Él entonces se puso muy encarnado, echó á correr, se escondió y no volvimos á verle hasta la hora de cenar. A partir de aquel día se hizo cada vez menos expansivo. Huía de todos, incluso de mi hermana. Y hasta cuando mi hermana iba á buscarle se mostraba hosco, huraño, retraído... Perdió de nuevo las ganas de comer y otra vez empezó á adelgazar. Un suceso inesperado agravó la situación. El novio de Conchita, Paco Casares, ya le conoces, vino á pasar dos días con nosotros. El pobre Titín, que no estaba enterado de nada, al principio le recibió con agrado. Pero cuando se enteró, ¡madre mía del Carmen! ¡Cuando supo que era el novio de Conchita y que Conchita le quería!.. ¡Menudo disgusto nos dió! No vino á comer ni á cenar. A las nueve de la noche le encontré en un rincón del jardín, debajo de unos arbustos, llorando á lágrima viva.

Por la noche tuvo una fiebre terrible, fiebre que ya no le abandonó un solo momento. A los tres días fué preciso avisar á tía Lola, que vino como puedes figurarte, ¡desolada! Se llamó por telégrafo á dos médicos de Madrid..., hubo consulta... Todo inútil... Titín se moría... Si le hubieras visto en la cama con su carita pálida, el pelito pegado á las sienes, los ojos hundidos, más tristes que nunca, fijos siempre en Conchita. No hablaba, no decía nada, no hacía más que mirarla...

El último día fué horrible. No quería que nadie estuviese en la alcoba más que Conchita. A todos los demás nos echaba.

—¡Idos! ¡Idos!, gritaba frenético, las manos convulsas, los dientecitos apretados...

Y luego, cambiando de expresión, mirando á mi hermana, comiéndosela con los ojos:

—Tú no, Titina..., tú no..., decía con acento suplicante, reteniéndola, sujetándola, atrayéndola á sí...

Y después amoroso, apasionado:

—¿Me quieres mucho, Titina, me quieres mucho?

—Mucho, rico mío, mucho.

—¿Verdad que no quieres á nadie?

—A nadie, vida mía.

—Dame muchos besos, muchos besos...

Y la cabeza de Conchita caía sobre la suya y se besaban como locos... Vino el delirio y el estertor. Y Titín seguía pidiendo besos. Y Conchita dándoselos. Y Titín se moría. Y Conchita no quería marcharse. Fué preciso arrancarla á la fuerza... ¡Qué noche, qué noche más horrible!

Murió de madrugada. Contra todos los consejos, contra todas las advertencias, Concha se empeñó en permanecer á la cabecera de la cama y recogió el último suspiro, la última mirada de Titín.

Luego, como es natural, cayó enferma, y enferma ha estado quince días. Y gracias á que vinimos á Madrid y con el cambio de vida y las diversiones y las amigas y la visita diaria de Paco Casares, y sobre todo, los preparativos para la confección del equipo de boda, pues ya sabrás que es cosa convenida que se case en octubre, vamos poco á poco consiguiendo que se distraiga y olvide lo ocurrido. Si no, se nos muere también. No tienes idea de lo impresionadísima que estaba.

(Dibujo de Mas y Fondevila.) PEDRO MATA.

LAS FIESTAS DE VALLADOLID.—El torneo. Los caballeros en plaza

Hace pocos días celebróse en la vieja ciudad castellana una lucida fiesta, consistente en un torneo y en una corrida de caballeros en plaza, á beneficio de las Asociaciones de la caridad y bajo la presidencia de los infantes doña María Teresa y D. Fernando, que ostentaban la representación de SS. MM.

La plaza ofrecía un aspecto bellísimo y en extremo animado; las balaustradas de los palcos y las gradas estaban cubiertas de tela blanca, sobre la cual se destacaban guirnaldas, escudos y hojas de palmera. En el redondel se había figurado en colores un rico tapiz, en cuyo centro campeaba el escudo de los Austrias y que producía hermoso efecto.

SS. AA. ocupaban el palco presidencial, acompañados de la condesa de Mirasol, del Sr. Pulido, del gobernador y del alcalde; en el palco contiguo estaban los grandes de España.

El torneo.—Desfile de los paladines

Dada la señal para el comienzo de la fiesta, se abrió la puerta de arrastre de la plaza y apareció en el palenque la brillante comitiva que precedía á los caballeros. Marchaban al frente clarineros y timbaleros á caballo, con mozos llevándoles la brida; seguían los heraldos y el paladín, que lo era el joven teniente de caballería Sr. Sousa. Vestía magnífica armadura dorada, y llevaba por Borbón, en campo de azur, tres lises de oro, y ondeando sobre el casco plumas azules y amarillas.

Cubría al caballo una armadura, y llevaba penacho con plumas de los mismos colores.

Empuñaba el paladín la bandera gualda, con el escudo imperial de Carlos V, y los dos jinetes que le seguían, banderas azul y morada, con los escudos de Borbón y Valladolid.

A continuación marchaban caballeros, pajes y una lucida mesnada.

Detrás, en fila, aparecieron el mantenedor y los tres competidores, embutidos en sus recias armaduras y jinetes en robustos caballos, con armaduras también. Cada caballero ostentaba las armas y divisas de los personajes á quienes representaban: el mantenedor, teniente de Farnesio D. David Suárez, por el duque de Sessa, al cuarto conde de Altamira D. Lope Moscoso y Osorio, virrey de Lecce y capitán general de Gaeta; el primer competidor, capitán de caballería D Bonifacio Martínez Baños, por el duque de Veragua, al segundo almirante y virrey de Indias D. Diego de Colón, primer duque de Veragua; el segundo competidor, teniente de la Academia de caballería D. Felipe Salazar, por el duque de Gor, al señor del Estado de este nombre en el Reino de Granada D. Diego de Castilla, tercer nieto del rey D. Pedro I, y el tercer competidor, teniente de Farnesio D. Eduardo Guzmán, por el duque de Medina Sidonia, al sexto duque de este título D. Juan Alfonso de Guzmán, octavo conde de Niebla.

Y seguían á los justadores, con sus mesnadas, servidores, llevando del freno á los caballos engualdrapados para el torneo.

Un aplauso clamoroso acogió la presencia de la histórica comitiva, que lentamente, y á los sones de los clarines y trompetas, atravesó la plaza y saludó ante el palco presidencial.

El torneo.—El mantenedor solicitando la venia de SS. AA. para entrar en la liza

El paladín, con su séquito, se situó á la derecha de la presidencia; las mesnadas se repartieron á los lados, y los justadores se retiraron.

Una vez que se colocó la empalizada, pintada de blanco y azul, que partió en dos el terreno donde había de verificarse la liza, sonó el clarín, apareciendo el mantenedor D. David Suárez, cubierto totalmente por la brillante armadura, de cuya cimera pendían plumas oro y grana. Un momento después salió el primer competidor D. Bonifacio Martínez Baños, sobre cuyo casco ondeaban las plumas verdes, azules y amarillas.

En seguida leyóse el siguiente pregón:

«De orden de nuestro alto señor, nadie sea osado de acercarse á la liza á 20 pasos de distancia, á no ser los combatientes.»

Dada la señal, comenzó la lucha. Los justadores lanzáronse al galope de sus caballos, y á la tercera acometida el mantenedor rompió su lanza sobre el peto de su adversario, el cual saludó y se retiró entre los aplausos del público.

El segundo competidor D. Felipe Salazar, con casco empenachado de blanco, oro y grana, entró en liza; en el primer encuentro se quebraron ambas lanzas; en el segundo, la del competidor se rompió contra la armadura del contrario.

El tercer competidor D. Eduardo de Guzmán, que lucía en el casco plumas de azul, oro y grana, cruzó por tres veces su lanza con la del mantenedor, que brándose ambas á la tercera.

Desmontada en pocos minutos la empalizada que se colocó para la liza, quedó despejado el ruedo, y á los alegres acordes de la música militar entró en la plaza la nueva comitiva, que fué recibida por el público con estruendosos aplausos.

Tras un alguacilillo aparecía la magnífica carroza de gala del duque de Aliaga, que ocupaban el rejoneador D. José Rubio Saracibar, teniente de Farnesio, y su padrino, el señor duque de Aliaga. A la portezuela iban Fuentes y su banderillero Moyano.

Otro alguacil, á caballo, precedía á la segunda carroza, la del duque de Tovar, en la que iban el rejoneador D. Marcelino Gavilán, teniente de Farnesio, y su padrino el señor duque de Tovar.

A las portezuelas, los banderilleros *Blanquito* y *Americano*, y en pos, los caballos del rejoneador y una compañía de la Guardia amarilla.

Un momento después efectuóse el paseo de las carrozas de los duques de Aliaga y de Tovar, padrinos respectivamente de los tenientes Rubio y Gavilán, que iban á rejonear los toros de Carreros.

Éstos resultaron bravos, y los rejoneadores cumplieron su cometido como verdaderos maestros.

La fiesta dejó complacidísima á la numerosa y escogida concurrencia que llenaba la plaza de toros.—S.

(Fotografías del Foto-Sport, de Valladolid.)

El torneo.—Timbaleros y clarines

El torneo.—El mantenedor y los tres competidores

El torneo.—El mantenedor disponiéndose á entrar en la liza

El torneo.—Los justadores luchando

Los caballeros en plaza.—Presentación de los caballeros por sus padrinos, los duques de Aliaga y de Tovar. Caballero rejoneando un toro

LAS INUNDACIONES.—En el Mediodía de Francia. En Málaga.

Terribles inundaciones han devastado extensas y ricas comarcas del Mediodía de Francia y del Mediodía de España: en la vecina República los departamentos del Herault y del Gard, y en nuestra región andaluza las provincias de Málaga, Granada y Jaén, pero muy particularmente la primera.

En aquellos departamentos franceses, las poblaciones que más han sufrido han sido Agde, Pezenas, Servian, Montblanc, Sommieres y Saint-Thibery, en el Herault, y, en el Gard, Caylar, Saint-Laurent d'Aigouze y Aigues Mortes, en muchas de las cuales las aguas convirtieron las calles en verdaderos ríos, alcanzando en varios sitios la altura de los primeros pisos de las casas. En todas ellas las aguas han causado grandes destrozos en edificios y la pérdida de las cosechas, y en algunas, no pocas víctimas.

El presidente de la República M. Fallieres, al día siguiente de la catástrofe, visitó los lugares inundados del departamento del Herault, haciendo la mayor parte del viaje en automóvil por caminos que las tormentas habían hecho casi intransitables. En Agde, Besau, Saint-Thibery, Montblanc, Servian y Pezenas, pudo enterarse de los desastres ocasionados por la inundación, siendo en todas partes recibido con gran entusiasmo. También el ministro del Comercio y de la Industria M. Doumergue ha visitado las poblaciones del departamento del Gard que mayores daños han sufrido.

En la provincia de Málaga, que ha sido la más castigada, los daños y las víctimas causados por la inundación han sido inmensos; y las poblaciones de Colmenar, Vélez Málaga, Riogordo, Benamargosa, Benamocarra, Almogía, Torre del Mar y muchas más, han visto arrasados sus campos y derrumbados muchos de sus edificios, y en todas ellas ha habido gran número de desgracias personales. Pero en donde los horrores de la catástrofe han alcanzado proporciones más espantosas ha sido en la capital. El río Guadalmedina invadió en la madrugada del 25 de septiembre último los barrios del Perchel y de la Trinidad, situados en la orilla derecha, y en la parte de la ciudad que se extiende en la orilla opuesta, las principales calles, plazas y paseos, entre ellos el barrio de Capuchinos, la plaza y calle de la Victoria y el hermoso paseo de la Alameda. La avenida destruyó además los puentes de Santo Domingo y de la Aurora y dejó en muy mal estado el de Tetuán, que es de hierro.

A consecuencia de la inundación dejaron de funcionar las fábricas de gas y electricidad, con lo que la falta de luz agravó considerablemente la situación y quedaron interrumpidas enteramente las comunicaciones por tierra y casi todas las líneas telegráficas.

Son innumerables los edificios que se han derrumbado y pasan de 2.000 los establecimientos que han sufrido grandísimos perjuicios á consecuencia de la inundación; el número de muertos y heridos no ha podido aún determinarse de una manera exacta, pero hasta ahora pasan de cien los cadáveres recogidos. Los daños materiales son incalculables; puede, sin embargo, afirmarse que se elevan á algunos millones de duros.

Los trabajos de salvamento se organizaron sin tardanza, y el heroísmo de los bomberos, de la guardia civil, de la tropa y de no pocos particulares salvó indudablemente á muchos de una muerte segura. También se organizaron prontamente los socorros para aliviar la triste suerte de tantísimos infelices que se quedaron sin hogar y sumidos en la más espantosa miseria.

Las vías inundadas, al retirarse las aguas, han quedado cubiertas de barro, que en algunos sitios alcanza gran altura y cuya extracción, que será costosa y difícil, se impone de un modo perentorio ante los temores de que los cadáveres y otros elementos de descomposición que en él hay enterrados desarrollen una epidemia.

S. M. el rey, apenas se enteró de la horrenda desgracia que sobre Málaga pesaba, envió allí á su ayudante el general Ríos, quien distribuyó en su nombre 5.000 pesetas entre los damnificados; también remitieron cantidades importantes los españoles residentes en la República Argentina, y el ministerio de Fomento ha girado fondos para remediar las más perentorias necesidades, y ha enviado al director de Obras Públicas Sr. Andrade y al subdirector Sr. Serantes para adoptar sobre el terreno las medidas más urgentes.

En toda España se han abierto subscripciones para acudir en auxilio de los malagueños y es de esperar que todas las regiones contribuirán á hacer menos sensibles los efectos de la horrorosa catástrofe.—S.

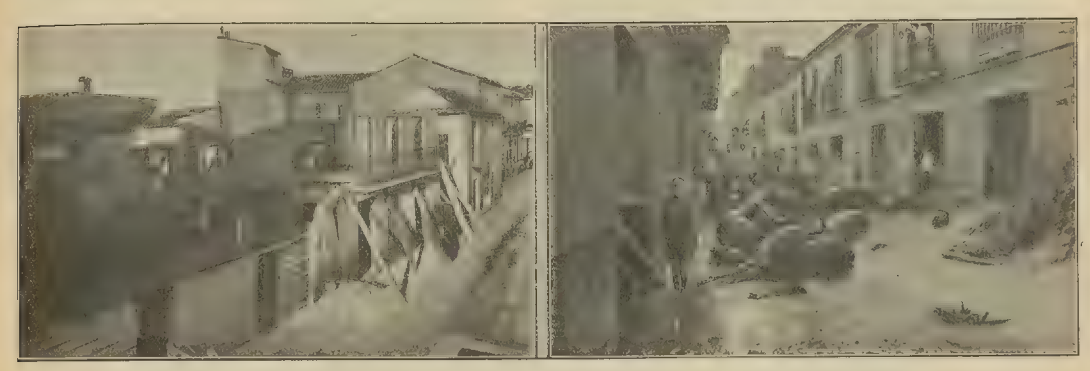
Las inundaciones en Francia.—Una calle de Agde. (De fotografía de M. Branger.)

Las inundaciones en Francia.—Una calle de Pezenas. (De fotografía de M. Branger.)

Las inundaciones en Francia.—El presidente de la República M. Fallieres en Pezenas (De fotografía de M. Branger.)

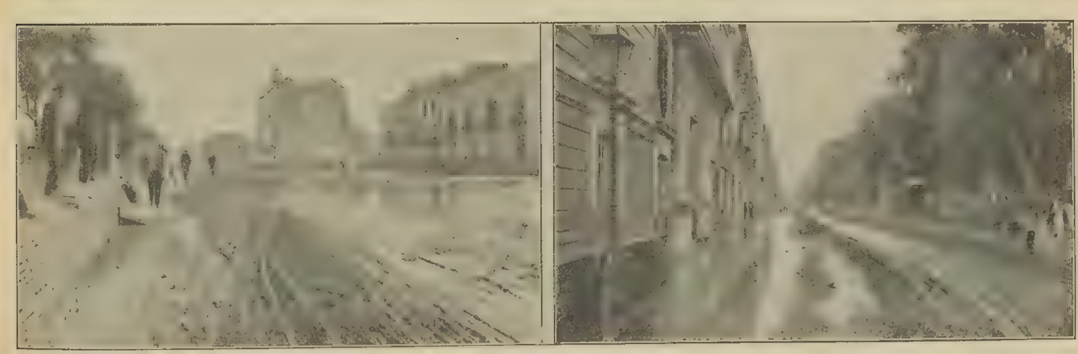
Puerta del Mar

Calle de San Jacinto (barrio del Perchel)



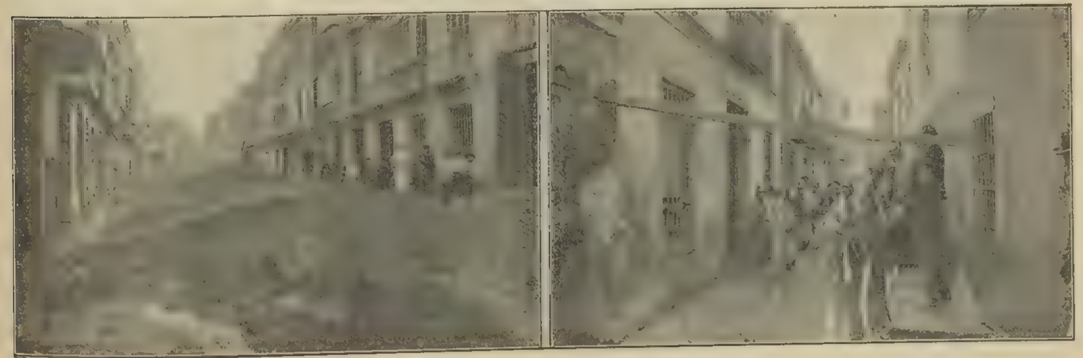
Una casa de la calle de la Trinidad

Calle de Mármoles



Entrada de la calle del Carmen (barrio del Perchel)

Acera derecha de la Alameda



Calle de Carretería ó de Torrijos

Calle del Cañaveral (barrio de la Trinidad)

(De fotografías de Osuna, remitidas por nuestro corresponsal D. Juan González Pérez)

Retrato de la condesa Ilda Dezasse, pintado por P. A. Laszló

Retratos de los hijos de Mr. Van Honert, pintados por P. A. Laszló

Las primeras flores, escultura de Fanny Rozet

El teatro del mar en Biarritz.—Una representación de Fedra. (De otografía de Carlos Trampus.)

Sofia.—Trigésimo aniversario de la guerra ruso-turca. Conmemoración de la batalla de Plevna é inauguración del monumento erigido á la memoria del célebre general Skobeleff. (De fotografía de Carlos Trampus.)

UNA BODA SENSACIONAL

La que fué princesa heredera y hoy sería reina de Sajonia, que en 1903 abandonó á su marido para huir en compañía del que era profesor de sus hijos mayores, el belga Andrés Girón,

La condesa de Montignoso, ex princesa de Sajonia, y su esposo el pianista italiano Toselli. (De fotografía.)

ha dado últimamente una nueva campanada casándose civilmente en Londres con el pianista italiano Enrique Toselli, que tiene trece años menos que ella. A pesar de esta circunstancia, los amores de éste con la ex princesa Luisa, que hoy se hace llamar condesa de Montignoso, han sido, á creer lo que dicen los interesados, un delicioso idilio.

Los recién casados trasladáronse seguidamente á Florencia, en donde viven los padres del novio, y de allí á una *villa* de los alrededores en la cual piensan establecerse

Esa boda ha causado gran sensaciónn en la corte de Sajonia y de ella se ha ocupado el Consejo de ministros; pero lo que más interesa á la corte sajona y sobre todo al rey es la cuestión de la princesita Mónica, niña de cuatro años que los esposos Toselli tienen en su poder y á la cual quiere á todo trance su padre tener consigo. Para esto el gobierno sajón se ha puesto de acuerdo con el italiano, y éste ha dado las oportunas órdenes á la policía para que se apodere de la pequeña princesa; pero parece que el Sr. Toselli ha dicho á los *carabinieri* que no vacilaría en apelar á la fuerza para rechazar toda tentativa de quitarle á la hija de su esposa.

AMIENS. – MONUMENTO Á RENATO GOBLET

El día 6 del corriente inauguróse con gran solemnidad en Amiens el monumento erigido á la memoria del que fué presidente del Consejo de ministros de Francia Renato Goblet. Levántase aquél en una de las plazas de la ciudad, y se compone de un basamento de piedra blanca y un pedestal coronado por la estatua de la Conciencia; al pie de ésta, un medallón contiene el busto de Goblet. El monumento hállase rodeado de un *parterre* de césped y plantas, y se destaca sobre un fondo obscuro de grandes árboles, produciendo un efecto en extremo armónico, que honra á los autores, el escultor Perrín y el arquitecto Girard.

En el acto de la inauguración, el actual presidente del Consejo de ministros M. Clemenceau pronunció un elocuente discurso de tonos sumamente patrióticos é inspirado en ideas de una alta política.

Monumento erigido en Amiens á la memoria del que fué presidente del Consejo de ministros de Francia M. Renato Goblet. Obra de Jacobo Perrin (escultor) y Javier Girard (arquitecto). (De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL TEATRO DEL MAR EN BIARRITZ

Los espectáculos al aire libre obtienen cada verano mayor éxito en Francia, y en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido ver nuestros lectores reproducidos buen número de ellos. Uno de los hombres que con mayor fe y actividad han contribuído á su vulgarización, Julio Rateau, después de haber organizado varios teatros de la naturaleza en Perigueux, en Limoges y en otros sitios, y de haber creado en Cauterets un teatro de la montaña, ha inaugurado recientemente en Biarritz un teatro del mar, en el cual se representó la hermosa tragedia de Racine *Fedra*, ejecutada por los señores Silvain, Lambert y Dupont y por las señoritas Brille, de Pouzols y Derigny. La representación de aquella obra clásica en aquel grandioso escenario de rocas y pinos, con el mar azul por fondo y el firmamento límpido por techo, produjo un efecto extraordinario.

SOFÍA. – MONUMENTO AL GENERAL SKOBELEFF

Como complemento de las fiestas del jubileo búlgaro de que nos ocupamos en el número 1.344, efectuóse en Sofía la inauguración solemne del monumento al general ruso Skobeleff, que tanta y tan justa celebridad alcanzó durante la guerra turco-rusa de 1877-78 y al que indudablemente se debió el triunfo definitivo de las armas moscovitas. Ese monumento es una obra arquitectónica de proporciones grandiosas, hállase rodeado de pequeños parterres y está cercado por una pared con varias puertas de entrada, en cada una de las cuales se ven dos cañones. Al acto inaugural asistieron el gran duque Uladimiro Alexandrovitch de Rusia, el príncipe Fernando de Bulgaria y varios generales rusos que tomaron parte en aquella guerra contra Turquía.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 665 y 672.)

Cabeza de estudio para la figura de Isolda, dibujo de Fernando Knopff. – Conocida la historia de los amores de Tristán é Isolda, ese poema del ciclo de la Tabla Redonda que inspiró á Wágner una de sus más hermosas creaciones, puede apreciarse perfectamente la belleza de ese busto del notable artista alemán. Los ojos, los labios, la actitud, todo respira esa pasión sublime, sobrehumana, de aquella enamorada que murió junto al cadáver de su infortunado amante.

Retratos pintados por P. A. Laszló. – Este célebre pintor húngaro es considerado como uno de los mejores retratistas actuales. Sus obras se caracterizan por la expresión justa que sabe como nadie dar á los rostros y á las figuras, y sobre todo por la elegancia, por la delicadeza con que están ejecutados; sirvan de muestra los que reproducimos, por los cuales se comprenderá que es justa la celebridad de que goza y que son legítimos los triunfos que incesantemente consigue.

Las primeras flores, escultura de Fanny Rozet. – Contemplando esta obra sentimos la primavera, el renacimiento de toda la naturaleza, la vida, el amor en todas sus manifestaciones. Esto solo hace el elogio de *Las primeras flores*, que su autora modeló cuando sólo tenía veintitrés años, y que después de haber obtenido el primer premio en el concurso Chenarard, alcanzó una alta recompensa en el Salón de París de 1904.

NUEVO SISTEMA DE JUEGO DE AJEDREZ

El Dr. Maak, de Hamburgo, ha querido ampliar el campo del noble juego de ajedrez, y así como hasta ahora las jugadas se hacían de atrás adelante y de derecha á izquierda ó viceversa, con el sistema de su invención podrán hacerse además de abajo arriba y de arriba abajo. Puesto que el ajedrez es el juego de los movimientos por excelencia, el inventor considera que no es una complicación caprichosa, sino un complemento racional del mismo el elevar esos movimientos al máximo posible, en el sentido de las tres dimensiones que tiene el espacio. Y lo consigue substituyendo el tablero único de 64 casillas con el aparato que adjunto reproducimos, y que viene á ser, por decirlo así, el desdoblamiento de un cubo cuyas dimensiones fueran 8 x 8 x 8 casillas = 512; en efecto, los ocho tableros sobrepuestos en el aparato suman ese número: 8 x 64 casillas = 512. La sobreposición de los tableros, cada uno de ellos de distinto color, permite dominar todo el campo del juego. Las piezas son las mismas que en el ajedrez ordinario, pero encima de la fila de las piezas principales hay una de peones para defender á éstas de los ataques de arriba, de suerte que en conjunto suman 48.

Según el inventor, este nuevo sistema se aprende muy fácilmente, es excelente para los problemas y se presta á un número infinito de sorprendentes é interesantes combinaciones.

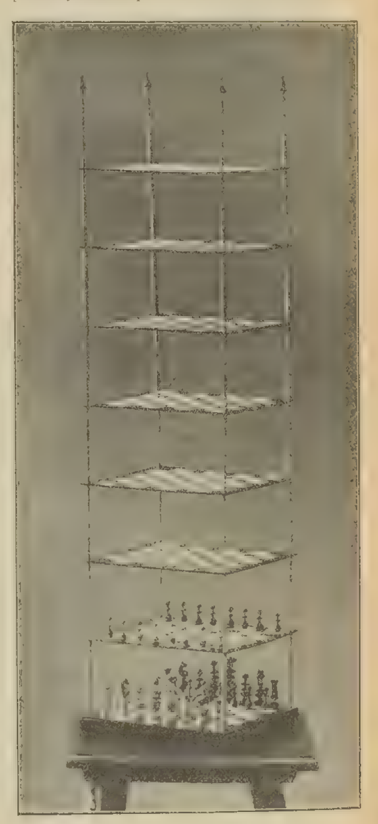
MISCELÁNEA

Bellas Artes. — WÁSHINGTON. – En la capital de los Estados Unidos se proyecta la creación de un grandioso museo nacional de arte americano. La iniciativa de este proyecto ha partido de dos grandes coleccionistas, los Sres. Free y Evans, que han regalado un número considerable de obras de artistas yanquis. Al hacerse cargo de esa valiosa donación, el presidente Roosevelt insinuó su propósito de mandar construir el edificio-museo.

BUENOS AIRES. – La Comisión Nacional del Centenario de la República Argentina ha resuelto prorrogar hasta el 31 de diciembre próximo el plazo para la entrega de los proyectos para el Monumento á la Independencia, en el concurso cuyas bases publicamos en el número 1.338 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Los artistas podrán obtener cuantos informes deseen en las legaciones y en los consulados de la República Argentina en España.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Joan del Os*, cuento lírico de gran espectáculo, letra de Apeles Mestres, música de Morera; *Els*



Nuevo sistema de juego del ajedrez, inventado por el Dr. Fernando Maak, de Hamburgo. (De fotografía de Ed. Frankl.)

entremaliats, comedia lírica en un acto, letra de los señores Figueras Ribot y Font de Boter, música de Salvat; *Florida* [illegible], comedia en un acto de Ramón Pomés; y *Les roselles*, comedia lírica en un acto de J. M. Jordá, música de Esquerrá; y en Romea *¡Ditxosos diners!*, comedia en cuatro actos, adaptación á la escena catalana hecha por Salvador Vilaregut de *Les plumes du geai*, de J. Jullien; y *Dilluns de sabater*, sainete en un acto de Ramón Ramón.

En el Eldorado funciona la notable compañía Balaguer-Larra, de la que forma parte la distinguida actriz Sra. Catalá.

En el Principal ha dado la Sociedad Filarmónica Barcelonesa el primer concierto de su tercera serie, habiendo ejecutado en él de una manera verdaderamente admirable la *Sinfonía en mi bemol mayor* de Haydn, la *Sinfonía Romántica* de Bruckner y el *Valse triste* de Sabelius, que valieron á la orquesta y á su inteligente director Sr. Lasalle una serie continuada de entusiastas ovaciones.

Enfrente de la posada de la Oca Gris, habíase improvisado un baile al aire libre

LA REINA DEL PRADO

Novela inglesa de CARLOS GIBBON.—Ilustraciones de Calderé

(CONTINUACIÓN)

Carter se retiró, y acercándose á su esposa, que era la que dirigía á las demás mujeres, díjole á media voz:

—Veo que aquellos gitanos que se albergaron en el pajar han producido mucha impresión en nuestra ama, pues ya no parece la misma. Sin duda los teme aún..., yo no la he visto nunca así.

—Pues no debe temerlos, replicó Tobías, el hijo de Carter, que era ya un robusto mozo, pues yo los he visto marcharse esta mañana, y no es probable que vuelvan aquí. Aún me parece estar viendo al señor Miguel coger á uno de aquellos bribones y arrojarle á la puerta del pajar como si fuera una pelota. ¡Vaya unos puños! Me parece que esto fué más que suficiente para intimidarlos.

—Pues si el ama tiene miedo aún, añadió una mujer, que ponga vigilantes en la casa.

Después de hacer cada cual su observación, los jornaleros se retiraron, porque era la hora del descanso.

Susana se alegró al parecer cuando hubieron terminado las faenas del día, y entonces hizo una cosa que hubiera podido considerarse como otra excentricidad. En vez de seguir á los jornaleros hacia la casa, según tenía costumbre, tomó la dirección del río y anduvo de un lado á otro como si buscara á alguien, hasta que al fin se detuvo en la orilla.

Al otro lado de la corriente veíase el camino, una pequeña pradera y una línea de sauces, cuyas ramas inferiores tocaban el agua; más allá elevábase el campanario gris de la iglesia, que se destacaba entre los árboles. Las nubes que antes había visto Susana habían tomado un color rojizo al reflejarse en ellas los rayos del sol poniente, y la superficie del río brillaba como un cristal.

Susana, que había procurado siempre considerar las cosas bajo su aspecto más agradable, no veía por el pronto nada en su posición que pudiese entristecerla. Lo único que le causaba enojo era que los demás mostraran empeño en que se casara á toda costa por su voluntad ó sin ella. Jamás había pensado formalmente en este asunto; para ella era una cosa que podía suceder en un lejano futuro; pero siempre había visto á su lado á Miguel como una sombra. Ahora parecía necesario pensar formalmente en la cuestión, y perdiéndose en sus reflexiones, preguntóse de pronto si estaría realmente enamorada.

Su contestación no fué satisfactoria. Cierto que amaba á Miguel, pero más bien como un amigo de la infancia ó un hermano, y no con esa pasión que parece necesaria para la existencia de dos seres; y Susana se dijo que podría pasar muy bien sin él, por más que sus servicios fueran muy útiles.

¿Y Walton?.. A decir verdad, tenía algún atractivo á pesar de su impudencia. Contábanse cosas muy desagradables acerca de él; pero la gente tiene por costumbre hablar mal de todo el mundo. Ella conocía algunas familias que eran desgraciadas por el temor de lo que de ellas se pudiera decir, y de consiguiente estaba resuelta á no permitir á nadie la menor intervención en sus propios asuntos. No había observado en Walton nada malo, como no fuera su obstinación en no admitir una negativa de Susana; mas por este concepto también podía censurar á su tío Job; y ahora parecía que era forzoso para ella casarse si quería resolver la cuestión de una vez.

En aquel caso, Susana hubiera dado cualquier cosa por tener una amiga con quien consultar sobre aquella dificultad, y lamentóse de haber estado siempre en su casa sin buscar relaciones amistosas en otra parte. Sara era su compañera y única amiga; pero su carácter había cambiado mucho y no podía tomarla por consejera.

Entre sus relaciones contábase la señora Tyler, buena mujer, que la hubiera escuchado con la mayor bondad, dispuesta á servirla en todo; y la señora Arnold, hija del vicario, muy experta en cuestiones de amor, y que también hubiera podido aconsejarla; mas parecía absurdo ir á preguntar á ninguna de ellas con cuál de sus dos pretendientes debería casarse, no estando enamorada de ninguno. Sería verdaderamente ponerse en ridículo.

La joven se levantó al fin del banco de piedra en que se había sentado, al parecer muy irritada consigo misma. Si sus sentimientos no eran aún bastante poderosos para que pudiese resolver de por sí, esperaría hasta que lo fueran; y entonces, si consideraba necesario un consejo, escribiría á su tía, la señora Fyfe, residente en Escocia, y la persona más apta para consultar.

Susana quería ser justa con Miguel y quedar bien con Walton; mas para esto debía comenzar por ser también justa para sí.

Sara, entre tanto, después de haber visto á los jornaleros retirarse á la hora de costumbre, esperaba que su prima llegase de un momento á otro; mas como transcurriese media hora sin verla, salió á buscarla. Llegada á la extremidad del huerto, púsose una mano sobre los ojos á guisa de pantalla y recorrió con la vista los prados, mas no vió un solo ser viviente.

Entonces volvió á la casa, precisamente en el momento en que Zacarías iba á llamar á la puerta; el buen hombre llevaba un paquetito para la señorita Holt.

—¿De quién viene eso?, preguntó Sara.

El cartero no había mirado la indiferencia de la joven algunos días antes, mas no podía guardar rencor cuando le daban un pedazo de pan y queso y un vaso de cerveza, y además agradábale mucho demostrar que era hombre muy entendido en cuanto se refiriese á sus funciones.

—Creo que es del Sr. Walton, contestó con una sonrisa que parecía decir: «Eso contiene mucho más de lo que se creería.»

Los ojos de Sara brillaron de pronto y después los cerró un momento. Zacarías fué conducido á la cocina, y allí, sentado ante la gran mesa de pino, acabó de formar la mejor opinión de Sara, por las buenas cosas que le dió, con más abundancia que de costumbre.

—¿Ha oído usted decir algo de los mendigos que vinieron á la granja?, preguntó la joven.

—Sí, señorita, me han dicho alguna cosa, y creo que uno de ellos quedó herido...

—Nada de eso, interrumpió Sara; el Sr. Hazell vino y los obligó á marcharse, quedándose después aquí para guardar la casa.

—Es arrogante mozo, dijo el cartero, y no le fal-

tan puños para despachar media docena de esos bribones.

En aquel momento entraron dos criadas en la cocina, y Sara fué á recorrer la granja, dejando al cartero en animada conversación con las dos sirvientas, que no dejarían de referirle detalles imaginarios sobre la aventura con los mendigos, detalles con que el buen hombre tendría suficiente para dar media hora de conversación en las casas que diariamente visitaba.

XVIII

CUESTIÓN DE FAMILIA

Walton fué muy diligente para volver á la granja; pero desde la mañana en que sorprendió la conversación de Job Hazell con Susana, no la encontró en casa nunca, ó por lo menos se le dijo que no estaba, ni tampoco la encontró en los campos una sola vez.

Al principio tuvo paciencia, pensando que aquel proceder de la joven era cortedad ó coquetería por su parte, y aun en esto creyó ver una prueba en su favor. Susana había dicho que no le vería hasta dentro de algunos días, y sin duda necesitaba este tiempo para adoptar su resolución. Sin embargo, la paciencia del joven se agotó al fin, pues nunca había tenido mucha, y dos circunstancias abreviaron el período de su duración.

Al volver á casa, después de una de sus inútiles tentativas para ver á la señorita Holt, y resuelto á escribirla pidiendo una explicación, entró en el recibimiento muy mal humorado, y al pasar por delante de la sala, vió á su hermana mayor con el sombrero puesto, como si se dispusiese á salir.

—¡Qué temprano has venido hoy!, le dijo. Han traído un paquetito para ti...

—¿De quién es?, interrumpió el joven con ansiedad.

Alicia y Carolina, que estaban sentadas junto á la ventana, trataron de ocultar una sonrisa, mientras que la hermana mayor conservaba su expresión grave.

El sobre del paquete estaba evidentemente escrito por una mujer, aunque los rasgos revelaban un pulso firme, como si los caracteres hubieran sido trazados por mano de hombre. Tomás dió por seguro que la escritura era de Susana, y agradeció en su interior que la joven le diera de por sí una explicación de su conducta, sin detenerse á reflexionar que no era probable que para esto le enviase paquete alguno.

Para salir de dudas rasgó el sobre al punto, y dentro vió otro que contenía una pequeña pulsera de oro y una nota que él había enviado antes á Susana; mas no encontró ninguna esquela ni carta de la jovnn.

—¿No han traído nada con esto?, preguntó Walton, mirando aún los sobres con la esperanza de ver alguna línea ó palabra.

—No, contestó Elisa. ¿Esperabas alguna cosa?

—Sí. ¿Quién ha traído esto?

—El cartero Zacarías.

—¿Y no ha dicho nada?

—¡Oh, sí! Según costumbre, tenía mucho que decir, pero nada nuevo.

Walton notó que sus hermanas menores cambiaban entre sí miradas de inteligencia, y después de observarlas un momento con expresión de cólera, cogió el paquete y subió á su cuarto. Era una salita con alcoba, especie de retiro donde solía encerrarse para no oir hablar á sus hermanas, y fumar tranquilamente cuando leía alguna de las perniciosas novelas que sus compañeros le recomendaban. Una mesa pequeña, sobre la cual veíase tintero, plumas y papel, servíale de bufete, y allí escribía sus cartas cuando era necesario; pero rara vez debió ocuparse en semejante trabajo, muy enojoso para él.

Colocó el paquetito en el centro de la mesa, rellenó su pipa, sentóse en su sillón, pasando sobre el brazo de éste su pierna derecha, y balanceándola vigorosamente, rodeóse muy pronto de una nube de humo.

Poco después creyóse ya en disposición de escribir su epístola; las ideas se agolpaban á su imaginación, y en cinco minutos había escrito ya mentalmente media docena de cartas, unas sentimentales, otras patéticas ó expresando indignación; pero al fin resolvió despejar la situación cuanto antes. Cuando tuvo bien ideado todo lo que en su concepto debía decir y se disponía á dar principio á su tarea, abrióse la puerta del cuarto.

Su hermana mayor entró tranquilamente, y después de cerrar otra vez, acercóse á la mesita y apoyó en ella las manos con mucha gravedad. Parecía Minerva en el acto de instruir á su pupilo.

—¿Qué se te ofrece ahora, Elisa?, preguntó Walton, enojado al verse interrumpido cuando tenía elegidas sus más pomposas frases.

—He venido para hablar contigo seriamente, Tomás..., sí, muy seriamente, y sobre asuntos que en mi concepto no son propios para los oídos de mis hermanas.

—Pues entonces, tampoco lo serán para los míos, y quisiera que me dejaras ahora en paz, porque tengo que hacer.

—Debo hablarte antes de que escribas esa carta, repuso Elisa señalando el papel que aún estaba en blanco.

—¿Y cómo sabes tú que yo voy á escribir una carta? Y si me place hacerlo así, supongo que no debo someterla á tu censura.

Elisa, sin hacer aprecio del enojo de su hermano, sentóse con el aire de una persona que no está dispuesta á desistir de su propósito.

—Ya sé, continuó, que das muy poco valor á todo cuanto yo te digo; pero al mismo tiempo, es muy posible que una palabra oportuna, aunque salga de mis labios, pueda serte útil.

—Tú debes creer, Elisa, que tus palabras son siempre oportunas; mas yo no las juzgo así, y por lo regular me enojan. Vamos, di lo que se te ofrezca de una vez, porque necesito estar solo.

—Pues bien, tú ibas á escribir á la señorita Holt...

—Precisamente.

—Y sin duda piensas tratar de inducirla á que te conceda una entrevista.

—¿Y cómo diablos sabes que ella ha rehusado alguna vez verme?, preguntó Walton poseído de cólera, porque le parecía muy desagradable la cuestión presentada de aquel modo.

—Siento mucho, repuso Elisa, que te descompongas así y pierdas los buenos modales. Yo solamente sé lo que todo el mundo dice..., que corres tras de esa joven desde la mañana hasta la noche, y que ella se burla de ti, jactándose de tus atenciones.

—¡Es mentira!, gritó Walton levantándose de la silla y comenzando á pasear con agitación de un lado á otro de la estancia.

Tomás conocía muy bien á su hermana; en todo cuanto decía hallaba siempre un fondo de verdad; pero en sus palabras era difícil distinguir entre la ficción y la malicia. Por lo regular, sus tiros eran certeros; y con frecuencia acercábase tanto á la verdad de las cosas, que Tomás la creía dotada á veces del don de adivinar.

—Lo siento mucho por ti, Tomás, continuó Elisa con expresión grave; comprendo que nada de cuanto yo te diga alterará tu resolución; mas al menos quiero evitarte un disgusto en cuanto sea posible. La señorita Holt está comprometida con Miguel Hazell, que ha permanecido en casa de ella toda una noche, bajo el pretexto de que temía la vuelta de unos mendigos á quienes arrojaron fuera del pajar; y además de esto, me han asegurado que tu conducta es motivo de diversión, no solamente para Susana y sus amigos, sino también para todo el distrito. ¡Vamos, en una palabra, te diré que eres el hazmerreír de todo el pueblo!

Nada resiente á un hombre tanto, sobre todo al vanidoso, como el hecho de creer que pueda ser objeto de burla; Tomás tenía el carácter menos propio para sufrir semejante aguijón, y su hermana lo sabía muy bien. Además de esto, en aquel caso, Walton comprendía su propia debilidad, que no se ocultaba á los ojos de Elisa; ésta conocía muy bien las flaquezas de su carácter, y aprovechábase de ello para herirle en su parte más vulnerable, eligiendo siempre los momentos oportunos para producir mayor efecto.

Walton estaba fuera de sí por la habilidad con que Susana había sabido evitar una entrevista; contristábale sobre todo la convicción de que la joven no quería verle; y precisamente en aquel momento presentábase su hermana mayor para decirle que era objeto de burla en todo el distrito por sus pretensiones respecto á Susana. Intenciones tuvo de apelar á la violencia para hacer salir á Elisa de su cuarto; pero se contuvo, pensando que tal vez la complacería dando lugar á una escena ruidosa.

Sin embargo, si la hermana mayor conocía la debilidad de Tomás, no se le ocultaba á éste la de ella, y podía combatirla con armas iguales cuando estaba sereno; mas no siendo así, la ventaja estaba de parte de Elisa. Por eso Tomás hizo un esfuerzo, y un momento después la hermana mayor quedó sorprendida al verle rellenar de nuevo su pipa y contestarla tranquilamente, con su tono acostumbrado, como si no hubiese habido entre ellos la menor cuestión.

—Con frecuencia me has dicho, Elisa, que yo era un ser inútil, que no servía para nada; y ahora tengo la mayor satisfacción al saber por tu boca que he sido bueno para divertir á todo un distrito. Quisiera poder decir lo mismo de ti.

Generalmente, Elisa se resentía de las burlas de su hermano; pero esta vez conservó su calma de un modo admirable.

—No hemos de reñir por eso, repuso, ni quiero que se interrumpa entre nosotros la buena armonía. Lo único que deseo es proceder de la manera más acertada en favor de la familia.

Al decir esto se aplicó el pañuelo á los ojos para llamar algunas lágrimas. Esto molestaba siempre á Walton, por más que no creyese en el llanto de Elisa, y para no verla asomóse á la ventana y contempló los árboles y el campo.

—Confieso que, prosiguió la hermana mayor venciendo al fin su emoción, que la señorita Holt es persona que me desagrada, y hubiera querido que hubieras fijado tu elección en otra mujer, como, por ejemplo, en Alicia Harwood; pero si has determinado casarte con ella, te suplico que mires antes lo que haces, tanto en tu obsequio como en el nuestro. Al hablarte así, tal vez me taches de egoísta; pero advierte que á menudo hay sentido común hasta en el egoísmo.

—Pero ¿qué quieres?

—Que te asegures de ti mismo de que esa mujer es necesaria para tu felicidad. Si lo crees así, nada más tengo que decir, ni tampoco tu madre y las otras dos hermanas, aunque nos parecería muy duro vernos en la precisión de abandonar nuestra casa para ir á otra.

—No veo la necesidad de hacer eso.

—No habría más remedio, repuso Elvira con énfasis, pues por más que hicieras, no podríamos vivir bajo el mismo techo con la señorita Holt.

Walton, que seguía mirando los árboles, frunció el ceño al oir estas palabras.

—¿Y cómo asegurarme de mí mismo?, dijo después de una pausa.

—Ausentándote algún tiempo... Si ella te aceptase á ti, rompería con un antiguo compromiso...

—Nunca estuvo comprometida, interrumpió Tomás con viveza; lo sé por muy buen conducto.

—Bien, no discutiré sobre esa cuestión; pero supónte que te ausentas durante quince días; con esto tendrás tiempo para reflexionar bien sobre el asunto, y resolver, después de madura reflexión, lo que más te conviene.

—¿Y adónde iré?

—Muy pronto van á comenzar las carreras de caballos de Newmarket; el Sr. Montague Lewis piensa ir, y tú podrías acompañarle. Estoy seguro que él se alegraría mucho.

Tomás volvió la cabeza para mirar á su hermana con expresión de asombro, pues siempre se había opuesto á que tomase parte en semejante diversión, y ahora se lo aconsejaba. Para proceder así era necesario que la interesase mucho su ausencia.

—No es mala idea del todo, Elisa, repuso con lentitud, aunque sin saber aún á qué atenerse; y suponiendo que el Sr. Lewis no solicita mi compañía, puedo ir por el tren.

—Pero yo sé que la solicitará, repuso Elisa con el aplomo de la persona que está segura de lo que dice. Después de las carreras puedes ir á Londres para tratar de asuntos con el Sr. Smith.

Esta proposición no agradaba á Tomás tanto como la otra. El Sr. Smith era un procurador que había entendido en la hipoteca de una parte de la Abadía de Walton, á petición de uno de sus clientes. A Tomás le desagradaba tratar con aquel hombre; mas como era necesario verle, y como esto le ofrecería oportunidad para divertirse una semana ó dos, convino al fin.

—Muy bien, dijo, consiento; pero sin hacer promesas.

—Cuando vuelvas á casa tomaremos en consideración lo que deseas y lo que debas hacer.

Dicho esto, Elisa se retiró, muy satisfecha del resultado de la entrevista.

Tomás acabó de fumar su pipa, preguntándose si su hermana obraba en favor de él ó de sí propia. Después cogió su sombrero y su bastón, llamó al perro y salió de la casa en dirección á los campos.

Estaba mucho más satisfecho que cuando entró en su cuarto para escribir la carta que tantas veces había compuesto mentalmente sin trazar en el papel una sola palabra. ¿Por qué había de pensar más en una joven que aprovechaba todas las oportunidades para burlarse de él, y que parecía evitar su presencia? Le había devuelto su regalo sin una palabra de explicación, sin darle siquiera las gracias y tal vez sin mirarlo, después de haberla oído decir que estaba dispuesta á casarse con él. Además de esto, había elegido al joven Hazell como protector, permitiéndole pasar una noche en su casa para defenderla en caso de necesidad; y esta preferencia le disgustaba mucho, tanto que veía en ella un agravio, incomprensible para él después de haber oído la conversación de Susana con Job.

No era mala idea ausentarse algún tiempo, pues si

la gente se reía de él, debería abstenerse muy pronto de sus burlas; haría lo que todo hombre debe hacer en tales circunstancias, procurando humillar á la orgullosa joven con su fría indiferencia.

Mientras así reflexionaba, Tomás dirigía sus pasos maquinalmente hacia la granja.

Habíase hablado al principio con indiferencia de la visita de los mendigos á la granja y de su expulsión del pajar; pero poco á poco exageráronse de tal manera los detalles del incidente, que se consideró como un suceso grave. Con no poca sorpresa suya, Miguel se vió ensalzado como un héroe, lo cual le hizo reir mucho, porque se le representaba como un caballero defendiendo á una dama contra los ataques de toda una cuadrilla de gitanos. Sin embargo, por más que el joven lo tomase todo á broma, más se convenció la gente de que había habido una lucha desesperada, y de que la señorita Holt no tendría más remedio que casarse con su protector para recompensar su generosa conducta.

A estas observaciones acompañaban comentarios que, aun cuando se hicieran en voz baja, no eran nada agradables para Miguel, pues no se le ocultaba á éste que serían muy enojosos para Susana, la cual llegaría á considerar como enojoso incidente el ligero servicio que él la prestara. Por fortuna, Miguel despreciaba soberanamente las habladurías, y era hombre que sabía reirse de lo que hubiera enfurecido á otro.

Walton no tenía esta fortaleza: Susana se había burlado aparentemente de él, solicitando además de Hazell un servicio que él hubiera podido prestar con no menos buena voluntad; y después de estar casi seguro de vencer en su rivalidad con Miguel respecto á conseguir la mano de Susana, ahora veía con enojo y disgusto que debía renunciar á toda esperanza.

XIX

MALAS NOTICIAS

El día había sido muy caluroso, y la fresca brisa de la tarde alivió mucho á los jornaleros de Susana, inundados de sudor al terminar sus faenas cotidianas. El mozo de labranza Tobías Carter, después de haber desuncido los dos caballos de su arado, montó ligeramente á la grupa de uno de ellos, y seguido del otro, que no necesitaba conductor, dirigióse al río, entonando una de sus coplas favoritas. Llevaba los caballos á beber, y apenas los cansados cuadrúpedos hubieron llegado á la orilla, introdujéronse en el agua hasta media pierna. Aplacada su sed, Tobías los llamó, y montando otra vez, tomó el camino que conducía á la granja. Al pasar por la orilla del campo acabado de labrar poco antes, detúvose de pronto, pues oyó tras sí una voz que le gritaba:

—¡Eh, muchacho! ¿Puedes decirme si se halla por aquí cerca la señorita Holt?

Tobías volvió la cabeza, y al ver á Walton acercóse la mano á la gorra respetuosamente, pues Tomás, por su indolencia y su costumbre de aparentar que no tenía nada que hacer más que divertirse, era considerado como un «caballero» entre los que creían que la ociosidad es la primera condición para serlo.

—Creo que hoy se han ocupado en el esquileo, dijo, y pienso que la señorita estará en el cobertizo, donde tal vez se ocupa en examinar uno de los carneros, que se ha dañado durante la operación. Sin duda sabrá usted que...

Tobías se interrumpió al ver que Walton no le escuchaba ya, pues Tomás, sin despedirse siquiera, dirigíase apresuradamente hacia el cobertizo, con la esperanza de encontrar allí al fin á la señorita Holt.

Susana, efectivamente, estaba arrodillada junto á un carnero y examinábale con la mayor atención, lamentándose de que se le hubiera esquilado tan pronto.

Me alegro de encontrar á usted

La joven no había hecho tan desesperados esfuerzos como Walton imaginaba para evitar su presencia, pues limitóse á decir á las criadas de la casa que no recibieran á Walton hasta que ella avisase. En los campos no tomó ninguna precaución, y por lo tanto, no era del todo culpa de ella que no la hubiese visto; pero Sara, que había oído las instrucciones de su prima, tuvo mucho empeño en que se cumplieran al pie de la letra, y tal vez se excedió en sus atribuciones.

He aquí por qué al entrar Walton en el cobertizo Sanana no manifestó agitación ni sorpresa; y muy por el contrario, si Walton no se engañaba, la señorita Holt se alegraba al parecer de su visita. Preguntóle por su madre, y menos cordialmente por sus hermanas, y mostróle después el carnero que se ocupaba en examinar.

Junto á ella estaba el criado de confianza Carter, esperando sin duda recibir alguna orden.

Jamás lamentó Walton tanto como en aquella ocasión su completa ignorancia en la veterinaria, y pensó con inquietud que si Miguel acertaba á llegar en aquel momento, seguramente aconsejaría lo que era preciso hacer con el animal enfermo, demostrando con esto superioridad sobre su rival.

Pero Miguel no se presentó, y los jornaleros se retiraron, quedando sólo Carter para servir á su ama en lo que pudiera necesitar. Walton, sin embargo, deseaba alejarle, y para conseguirlo, aventuró un consejo, sin saber si era oportuno ó perjudicial.

—No creo que ese animal se cure, dijo; pero si hay alguna probabilidad, consistiría tan sólo en llevarle á la casa y tenerle en la cocina para que conserve el calor.

—De todos modos, dijo Susana, podríamos hacer la prueba... Llévesele usted, Carter.

El hombre cogió el animal entre los brazos y se dirigió hacia la casa, mientras que Walton, muy satisfecho del consejo que acababa de dar, se regocijaba de haber conseguido su objeto.

Ayudó á Susana á levantarse, y los dos se encaminaron á la casa, procurando Walton que la joven no aligerase el paso. Para él era muy agradable acompañarla sin testigos; la hora del crepúsculo no le había parecido nunca tan deliciosa y poética, ni tan melodioso el canto de las avecillas; y á no ser por el temor de no hacer un papel ridículo á los ojos de su compañera, tal vigor sentía en la sangre que de buena gana hubiera corrido y saltado entre la hierba.

Sin embargo, al ver que se acercaban á la casa sin haber dicho nada aún de lo mucho que tenía que hablar, apresuróse á reanudar la conversación.

—Supongo, dijo, que será inútil rogar á usted que prolongue su paseo hasta el fin del prado.

Susana miró á su compañero con sorpresa y afectó sonreir, como si tomase á broma sus palabras.

—¿Para qué hemos de andar tanto?, contestó. Sara me espera seguramente para tomar el te, y yo iba á proponerle que entrase para acompañarnos...

—Con mucho gusto; pero me agrada tanto pasear con usted, que siento mucho verme tan cerca de la casa; y además, deseaba hablarle sobre muchas cosas y despedirme.

—¡Ah! ¿Se ausenta usted por ventura?

—Sí, contestó Walton, procurando comunicar á su acento cierta expresión solemne.

—¿Y piensa usted estar largo tiempo fuera?

Tomás procuró imaginarse que el acento con que la joven hacía esta pregunta revelaba cierto pesar; y al mismo tiempo pensó que era ridículo servirse de tantos preámbulos por una simple ausencia de quince días, solamente para divertirse.

—No, contestó alegremente, mi ausencia no pasará de una semana ó dos, pero este tiempo me parecerá á mí un siglo.

—¿Por qué?

—Porque no podré verla á usted.

—Pero en cambio hallará usted alguna compensación, repuso Susana sonriéndose, pues durante su ausencia le será fácil olvidarme.

—¡Imposible!

—Todos lo dicen así; y á mí misma me ha sucedido. A veces hemos tenido alguna persona en casa cuya presencia era tan agradable, que me pareció que no podría vivir sin ella; pero á los pocos días de marcharse, ocupábanme de tal modo los trabajos de la granja, que ya no pensé en su ausencia. Haga usted como yo, Sr. Walton; cuando quiera usted olvidar á una persona, procure trabajar mucho.

—Usted debía haber sido hombre, repuso Walton.

(Se continuará.)

EL TELÉGRAFO ENTRE EL CAIRO Y LA CIUDAD DEL CABO

«Mi ambición consiste en unir la ciudad del Cabo con el Cairo, por medio de un telégrafo terrestre:» tales fueron las palabras pronunciadas por Mr. Cecil Rhodes, en una reunión celebrada en noviembre de 1892, por los accionistas de la Compañía del Africa del Sur.

Cuando lo dijo los alambres llegaban, por la parte Norte, hasta Salisbury, capital de la Rhodesia del Sur, á 1.663 millas del Cabo. Las exigencias del comercio, junto con la rápida explotación de los ricos países que confinan con aquel Estado, demandaban que se aumentaran las facilidades para comunicarse por telégrafo; de otro modo las poblaciones que ya se habían fundado allí, se verían sin más medio de ponerse en contacto con el mundo exterior que el de los mensajeros indígenas y los caminos para el transporte por fuerza animal. Mr. Rhodes hizo presente la apremiante necesidad de extender el telégrafo desde Salisbury á Zomba, en el Nyassaland, y de allí siempre hacia el Norte por los lagos Nyassa y Tanganyika. Al formular ese proyecto tenía presente los rápidos progresos que se estaban realizando en Egipto y la marcha irresistible de la civilización y del comercio hacia el Sur, partiendo del Cairo; con el tiempo, pues, la línea procedente del Mediodía se había de encontrar con la que iba desde el Norte, estableciendo una comunicación telegráfica fácil, directa y barata, entre Inglaterra y todas las porciones del imperio británico extendidas desde el Cairo al Cabo de Buena Esperanza.

Antes de un mes de pronunciado su discurso quedó constituída legalmente la compañía del telégrafo transcontinental africano, y durante los catorce años transcurridos, los hilos del telégrafo han continuado avanzando hacia el Norte constantemente, á través de bosques casi impenetrables, de extensos pantanos, y de profundos barrancos, escalando montañas y recorriendo páramos sin caminos conocidos. Cuando esté terminado, el trayecto recorrido será de más de 8.960 kilómetros de longitud. Mr. Rhodes decidió establecer el término meridional de la línea de Umtalí, á 272 kilómetros al SE. de Salisbury, cerca de la frontera del Africa oriental portuguesa, y casi á la mitad de la importante vía comercial que une á Salisbury con la costa, en Beira, y de allí había de seguir á Tete, situada en territorio portugués, en la orilla sur del río Zambezí.

Allí fué donde por vez primera tropezaron los ingenieros con dificultades serias, pues tiene el río tanta anchura en aquellos parajes que parecía casi imposible poder tender el hilo en un solo tramo de orilla á orilla, por la gran depresión que había de sufrir en su centro, á mitad del cauce. Resolvióse, sin embargo, satisfactoriamente este problema colocando en ambas orillas unos postes de extraordinaria elevación y resistencia para soportar el gran peso de los alambres; esos postes se distinguen desde algunas millas de distancia. Por temor á los desperfectos que en los de madera causan las termitas ú hormigas blancas, se emplearon postes de acero huecos, divididos en trozos de 72 kilogramos cada uno para facilitar su conducción. De vez en cuando hay que renovarlos, porque los elefantes y otros corpulentos paquidermos que habitan los bosques de Africa, gustan de restregarse contra ellos, derribándolos.

Indígenas conduciendo material para la línea telegráfica, al través de un pantano

Desde Tete, la línea se inclina al Este en una extensión de 147 kilómetros hasta Chikwawa; sigue luego con dirección más ó menos pronunciada al Norte por Blantyre, hasta el fuerte Johnson, en el extremo Sur del lago Nyassa, unos 40 kilómetros, y desde allí la línea costea la orilla occidental de dicho lago en casi toda su extensión, pasando por muchos importantes centros comerciales, hasta Karonga, ciudad de alguna consideración situada en la parte Norte de aquel vasto mar interior. Luego se dirige al Noroeste, hacia Abercorn y Kituta, en la orilla meridional del lago Tanganyika. La distancia desde este punto á Umtalí es de 1.710 kilómetros. La línea quedó terminada y abierta al servicio público á fines de 1899. Teniendo en cuenta la naturaleza del país y los escasos medios de transporte de que se disponía, el haber terminado en seis años ese trayecto puede considerarse como un trabajo notable que demuestra la inteligencia y energía de los que lo realizaron.

En Abercorn, que es el límite Norte de los dominios ingleses, en el Africa del Sur, se efectuará el encuentro de las dos grandes empresas, ideadas por Mr. Rhodes, el telégrafo del Cabo al Cairo y el ferrocarril transafricano, y que no deben confundirse una con otra, pues llevan muy distinto camino; el telégrafo, después de partir de Umtalí, se dirige al Este, al paso que el ferrocarril, desde Bulawayo, se prolonga hacia el Noroeste hasta las cataratas de la Reina Victoria, se inclina luego poco á poco al Noreste y llega á Abercorn.

El terminar en este punto el territorio inglés hizo necesario, para continuar la línea, el pasar por el Estado libre del Congo ó por las posesiones alemanas del Africa oriental. Creyendo que este último partido era el que mejor convenía á sus planes, Mr. Rhodes visitó al emperador de Alemania, y mediante una indemnización, obtuvo el necesario consentimiento. La línea, por lo tanto, se prolongó por la orilla del lago Tanganyika hasta Ujiji, ciudad famosa por haber ocurrido allí el encuentro de Livingstone y Stanley, la cual se halla ahora en comunicación directa con la del Cabo. La parte de la línea que cruza el territorio alemán en una extensión de cerca de 480 kilómetros, está vigilada y entretenida por las autoridades de dicha nacionalidad. Desde Ujiji se pensaba que la línea siguiera en una dirección algo al Noreste hasta Puerto Victoria, en el Victoria Nyanza, en el Africa oriental inglesa. El terreno entre esos dos puntos está completamente inexplorado, pero se sabe que es muy áspero y quebrado y que presenta casi invencibles dificultades para la colocación de postes y alambres siguiendo el método ordinario. La distancia que separa á Ujiji de Puerto Victoria, en línea recta, será de unos 720 kilómetros, y en vista de los notables adelantos que se están efectuando en la telegrafía sin hilos, es de presumir que no será empresa muy ardua el salvar con ella esa solución de continuidad. Aunque esto sería separarse del proyecto primitivo de Mr. Rhodes, que quería un hilo continuo de Norte á Sur, por lo menos proporcionaría una gran economía en el coste de construcción, que en aquel trayecto resultaría verdaderamente enorme.

Un desmonte practicado en la manigua

Los progresos que ha hecho la línea que desde el Cairo parte hacia el Sur han sido intermitentes, á causa de los disturbios del Sudán. Al presente, sin embargo, hay un servicio completo telegráfico entre dicha capital y Dar Rosaires, al Sur de Jartum, y todavía más al Mediodía hay varios trayectos aislados donde están ya tendidos los hilos y que, tan pronto como se pueda, quedarán unidos á la línea principal. Al mismo tiempo se ha establecido el telégrafo desde Mombassa á Puerto Victoria, en el Victoria Nyanza, y en este

último punto hay bastante material acumulado para continuarlo hasta el lago Nyanza y las orillas del Nilo.

La longitud total de la línea telegráfica que se ha establecido en el África del Sur desde que se comenzaron los trabajos en 1892, es casi de 2.560 kilómetros, de los que 2.222 pertenecen á la línea principal comprendida entre Umtali y Ujiji. Desde este punto hay en línea recta hasta la ciudad del Cabo 5.153 kilómetros. Por el Norte el hilo se ha prolongado unos 2.400 kilómetros. De la distancia que aún falta por construir, 720 kilómetros quedarán servidos por la telegrafía sin hilos, así es que sólo quedan por hacer unos 800 kilómetros. Muy pronto, pues, se verá realizado el proyecto de Mr. Rhodes, que será un monumento eterno de la moderna ciencia de ingeniería.

FEDERICO A. TALBOT.

LA BELLA DURMIENTE

ESCULTURA DEL PROFESOR BESSI

La hermosa princesa que, por arte de encantamento, se quedó dormida en el corazón de un espeso bosque, hasta que un valeroso caballero venciendo todos los obstáculos llegase á despertarla, ha inspirado á multitud de artistas. El autor de la escultura adjunta ha interpretado el tema de una manera deliciosa, modelando un busto de graciosas líneas, de bellísimas facciones realzadas por abundosa y ondulada caballera, y dándole la expresión adecuada á la situación en que nos lo ofrece.

Esta obra está ejecutada en alabastro, y tanto lo principal de ella como los elementos decorativos que completan el buen efecto del conjunto, revelan un temperamento de verdadero artista.

La bella durmiente, busto en alabastro de Bessi

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ARPEGIOS, por *Juan de Dios Vico.* – Colección de bellísimas poesías sobre diversos temas y escritas en varios metros, con una carta-prólogo en verso de D. Manuel Raez Quesada. Un tomo de 56 páginas, impreso en Ubeda en la imprenta Gutenberg. Precio, dos pesetas.

FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL. MEMORIA LEÍDA EN LA JUNTA GENERAL ORDINARIA DE SOCIOS CELEBRADA EL DÍA 27 DE ENERO DE 1907. – Un tomo de 100 páginas, impreso en la tipografía de José Sabaté, en el que además de la interesante memoria dando cuenta de los importantes trabajos realizados por el Fomento durante el año 1906, se publican las listas de los organismos y de los socios de esa entidad á la que tanto debe la producción nacional.

ACUARELAS, por *Sarah Lorenzana.* – Colección de cuentos y poesías, en los que se revelan el alma delicada de una mujer y el talento de una escritora culta y de una inspirada poetisa. La nota dominante en todas las composiciones de ese libro es el sentimiento, avalorado en los trabajos en prosa por un notable espíritu de observación y en la poesías, una de ellas en gallego y muchas premiadas en públicos certámenes, por la fluidez del verso y la bondad de los conceptos. Un tomo de 164 páginas, impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico de Ricardo Fe. Precio, tres pesetas en España y un peso en América.

TAQUIGRAFÍA Ó ESTENOGRAFÍA ESPAÑOLA (CASTELLANA Y CATALANA). Sistema del *Dr. Alfredo Nadal y Marescurrena.* – Folleto de 52 páginas en que se explica ese nuevo sistema taquigráfico que, según el autor, es el que usa menos signos y el más fácil, sencillo, claro y rápido. La explicación va ilustrada con unos 3.000 ejemplos gráficos. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig, véndese á tres pesetas.

GUIGNOL, por *José Francés.* – Colección de cinco narraciones bellísimas y admirablemente escritas, que justifican el buen nombre que en el mundo literario se ha conquistado su joven autor. Un tomo de 130 páginas, editado en Madrid por M. Pérez Villavicencio. Precio, 1'50 pesetas.

París.—Nuevo sistema anunciador. Las mujeres «sandwich.» (De fotografía de Rol.)

Las mujeres van invadiendo poco á poco las profesiones que hasta ahora habían ejercido exclusivamente los hombres, y esta invasión, en donde más se nota es en París, la ciudad de todas las novedades, la que marcha al frente de las demás en punto á innovaciones en casi todas las ramas de la actividad humana.

Después de las mujeres cocheras, de las cuales oportunamente nos ocupamos, han hecho su aparición en las calles de la capital de Francia las mujeres anunciadoras, las mujeres *sandwich*, como se las denomina por la forma en que pasean los anuncios; y á juzgar por las muestras que la adjunta fotografía reproduce, preciso es confesar que ha sido una idea excelente la de confiar al elemento femenino la propaganda de los productos industriales, y que el que la concibió y la ha puesto en práctica es un buen psicólogo y un gran conocedor del proceso por virtud del cual todo lo que se anuncia convenientemente acaba por imponerse al fin y al cabo.

El gran secreto de los anunciadores consiste en obligar al público á que un día y otro fije su atención en lo anunciado, convirtiendo gradualmente lo que al principio fué indiferencia en curiosidad, luego en interés y al fin en deseo de probar la bondad de lo que con tanta insistencia se anuncia. ¿Y qué mejor manera de llamar la atención que confiar el anuncio á unas cuantas muchachas, sobre todo si se ha tenido el buen acierto de escoger para ese empleo lindos palmitos y de vestirlos con un uniforme serio y no exento de cierta elegancia, como sucede en el caso que nos mueve á escribir las presentes líneas?

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 21 de octubre de 1907 — Núm. 1.347

LA INMIGRACIÓN JAPONESA EN LOS ESTADOS UNIDOS. (De fotografías.

Desembarco de emigrantes japoneses en Seattle (Estado de Wáshington)

El diario de los emigrantes japoneses en donde se publican noticias del Japón y cuantos informes pueden interesarles

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los que dicen que la naturaleza es serena y maternal, quisiera yo que me explicasen en qué fundan su afirmación. Claro es que si vemos un prado

«verde é bien sencido, de flores bien poblado,»

ó un campo de trigo salpicado de amapolas, ó un bosque majestuoso que alfombra el musgo, ó una fuentecilla parlera, ó un valle repuesto, ó las márgenes de un río festoneadas de olmos y espadañas, ó cualquiera de tantos cuadros paisajeros como se ofrecen á la contemplación del soñador ó del poeta, entonamos un himno á esa naturaleza suave, bonita y sugestiva para el espíritu. Acerquémonos un poco más, y entonces acaso modifiquemos la primera impresión.

Lo que ante todo nos subleva en la naturaleza, es notar que su ley profunda es de destrucción y muerte. Cada sér tiene que destruir para subsistir, y aunque precisamente no destruye devorando, ello es que destruye suprimiendo ó ahogando á otros. Yo planté un valladar de romero en un talud donde existía un zarzal. Al pronto, las zarzas ahogaban al oloroso y simétrico matorral de las flores azules. Cuando el romero se hizo fuerte, á la vez asfixió á las zarzas. El álamo blanco, que sin cesar retoña, devora á las demás especies, si se le deja. El brutal eucalipto, *señor hecho aprisa*, chupa con sus musculosas raíces todo el jugo de la tierra y mata la vegetación á su alrededor; no consiente que nada medre á su sombra, ni que una ligera mata de hierbecilla saque la verde cabeza al través del terruño resecado y sangrado. El tojo ó aliaga devora al brezo; el brezo combate á la orquídea silvestre; la mala hierba trata de sofocar al trigo; la ortiga se apodera del terreno, hasta en los cementerios, donde se sustenta de lo que fué vida humana... He presenciado el espectáculo de una pelea entre vegetales, una pelea sin movimientos, estática, que no por eso dejaba de causar profunda impresión.—Un plátano y una araucaria imbricada se encontraban demasiado juntos para poder los dos desarrollarse suficientemente. A ambos lados de los combatientes; otros árboles crecían y se apretaban, tasándoles el aire y la luz. No quedaba espacio sino para uno—y eran dos.—La mano inhábil del jardinero no había sabido evitar el conflicto, eliminando de los dos adversarios el que menos valía, el vulgar plátano, y dejando á la bella araucaria, bella con belleza terrible y guerrera, la plaza al sol que necesitaba y exigía. El plátano, avanzando sus ramas duras y hojosas, empujaba á la conífera, torciéndola y desviándola de su majestuosa regularidad. La conífera á su vez, adelantaba sus cien brazos provistos de miles de púas, de cuchillos cortantes, como si quisiese con ellos apuñalar á su contrario. Y en los dos vegetales se traslucía la intención aviesa, la rabia colérica que parecía más siniestra aún por la inmovilidad, por el silencio, por la eterna fijeza de la actitud de ambos enemigos. Otras luchas son cortas. Estas duran tanto como duren los dos árboles: años, tal vez siglos—hasta que uno de los dos adversarios haya conseguido, primero la lenta decadencia, después la desaparición del otro.—Es un reto á quién vivirá más, á quién adquirirá más fuerzas y más empuje para deshacerse de lo que le estorba.

El fondo del mar, en vez de ser una Arcadia donde reinan la libertad y la armonía, es un reñidero y un matadero, una vastísima naumaquia en que se asesinan las especies. En comparación del fondo del mar, la tierra aparece pacífica, inofensiva. En efecto, las grandes profundidades submarinas se encuentran hirviendo en vida, y por consiguiente, hirviendo en muerte y destrucción. Ese hormiguero infinito de criaturas se sustenta de matar y comer á otras criaturas más ó menos fuertes, más ó menos ágiles y feroces—feroces lo son todos los organismos que pululan dentro del agua salada.—Perpetuamente viven los peces en estado de caza y guerra. No es sólo el pez grande el que devora al pequeño; es el pequeño el que se traga á otros, y hasta al grande, si puede. Cuando un cetáceo herido se refugia en alguna caverna tapizada de algas para morir, antes de que sobrevenga su último instante se están cebando en su grasa suculenta miriadas de pececillos. Y el cadáver humano, el náufrago arrastrado por las olas, el triste suicida, no necesitan tropezar con tiburones para encontrar sepultura en vientres ávidos: los peces sabrosos con que nos regalamos en nuestras mesas, quizás se dieron el día anterior un festín á cuenta de la raza humana... No hay nada tan voraz como los peces, á no ser los crustáceos. Quizás, en nuestra fantasía, nos figuramos á los «simples pececillos» pastando en las praderías de ovas, fucos y *correas* que tapizan los valles oceánicos. Serán vegetarianos los peces; pero si encuentran al alcance de sus dientes agudos un buen trozo de vianda, no lo desprecian. Perseguidos incesantemente por sus verdugos, huyen, se ocultan, se defienden con la emboscada, entre la obscura sombra de las profundidades.

¿Habéis considerado alguna vez las formas monstruosas que reviste la vida en el mar? No solamente son monstruosas, sino que algunas son repugnantes, asquerosas moralmente. Cuando las redes sacan de los bajos fondos seres desconocidos, nos quedamos absortos de lo que cría esa enorme criadora, la naturaleza, allí donde la materia, saturada de elementos de vida, obedece á los caprichos horribles, grotescos é inmorales de la fuerza que se cuida, «no del bien, sino sólo del ser,» como dijo enérgicamente el poeta.

Desde que los vapores pesqueros van más allá de los acostumbrados lugares donde antiguamente echaba sus redes y armaba sus artes y aparejos el pescador; desde que registran rincones antes inexplorados, hemos visto salir á luz legiones de monstruos, engendros del delirio y la fiebre. Aparecieron unos peces extraños, que tienen por ojos dos inmensas farolas semejantes á faros de automóvil: la criadora es providente, y dota de estos faros á los que necesitan recoger y concentrar toda la escasa luz difusa que existe en las grandes profundidades. Estos raros peces tienen la piel negrísima, y bajo la negra piel, una carne blanca, que en determinadas estaciones puede llamarse exquisita, porque se encrespa en capas y conchas revestidas de fina gelatina.

Las formas de peces, crustáceos y mariscos son más primitivas, por decirlo así, que las de los animales terrestres. Dijérase que les preceden—como enseña el *Génesis*—en el orden de la creación. El terror, el espanto característicos del exceso de vitalidad (no es sólo la muerte lo que aterra) nos estremecen cuando estudiamos sencillamente en un acuario algo de los misterios del mar. Allí hay engendros de pesadilla, larvas misteriosas, caprichos imposibles de imaginero gótico, extravagancias en que la naturaleza parece un bufón loco riéndose de sí mismo. Los pintores que agotaron su fantasía ideando bichos raros para poblar con ellos la penumbra de infierno que envuelve á los San Antonios en sus *Tentaciones*, no han conseguido llegar más allá que llega la realidad detrás, por ejemplo, del cristal de los acuarios de la Villa de París. Y no hablemos de los zoófitos: son otro mundo, mixto del animal y la planta marina, con las monstruosidades de ambos reunidas y sumadas para que resulte una combinación de singularidad que no cabe ni en el lápiz de Goya.

Consiguió Víctor Hugo efectos de miedo sobrenatural con su descripción del pulpo. No había, sin embargo, en ella nada de exagerado. Si las dimensiones del cefalópodo que sale al encuentro á Gilliat en la gruta parecen desmedidas, su forma está retratada gráficamente, y en su forma, no en su tamaño, consiste que el pulpo sea algo tan estremecedor... Ved, si no, otra forma en que la naturaleza parece haber extremado la malignidad: ved la araña, que recuerda al pulpo por la circunstancia de llevar los largos brazos dispuestos alrededor de una masa central, que puede ser cabeza, vientre, ojos, no se sabe qué. La araña más gruesa, la *mingala*, no pasa generalmente de quince centímetros de diámetro. Y sin embargo, horripila como si midiese un metro. Me desdigo: no hay manera de figurarse lo que una araña de un metro sería. Creo que la gente, con verla tan sólo, se caería muerta de susto

En las reducidas proporciones que alcanza en nuestros climas la araña, es ya un espantajo feroz. Por mi parte confieso que tengo la desgracia de no poder sufrir la vista de esta clase de animalejos. Es una debilidad como otra cualquiera, y debilidad hereditaria, porque un abuelo mío, por cierto militar, y no cobarde, sufría síncopes si tocaba casualmente á una araña ó la encontraba cerca. La gente, al enterarse de estas repulsiones nerviosas, exclama sentenciosamente: «Eso se domina con la voluntad.» No es cierto. Tales repugnancias brotan de ese fondo del instinto, que es superior á todo raciocinio. Justamente porque no se encuentran razonamientos en qué fundarlas, es por lo que no se pueden desterrar ni vencer.

En el sobresalto que inspira la araña hay algo más que un sencillo miedo. En nuestras latitudes, la araña no es dañina; apenas tiene veneno. Cuéntanse historias de personas picadas por arañas y que sufrieron graves trastornos, pero debo decir que no las he visto nunca. Lo de la tarántula en Nápoles tampoco debe de ser frecuente. En suma, la araña es un ser débil, al cual aplastamos sin el menor conato de realizar una hazaña. ¿Por qué hace su presencia que recorra nuestras venas un escalofrío? Es que su forma horrible parece una encarnación del espíritu del mal. El escalofrío que nos produce es el de lo sobrenatural maléfico.

El jesuíta Padre Martín de Roa dedicó un tratado á explicar cómo están los condenados en el infierno; y en él habla de gusanos, serpientes, escuerzos y dragones, que contribuyen, con su presencia y sus picaduras y mordeduras, al suplicio de los infelices. Si el padre Roa (autor á quien con suma frecuencia citaba mi amigo D. Juan Valera) pensase en formas terroríficas de la vida animal, hubiese poblado su infierno de arañones. La araña es un ser fatídico.

Todo es en ella extraño, hasta la propiedad que tiene—yo no explico, me refiero á hechos mil veces presenciados—de pararse cuando se invoca á San Jorge. Comprendo que no se crea este caso peregrino y usual; comprendo que se califique tal práctica de superstición... No por eso será menos exacto que la palabra «¡San Jorge!» detiene el descenso del horroroso monstruo cuando se deja caer á plomo por la pared. No sé si otra palabra conseguiría igual resultado: quizás el bicho se para sencillamente al sonido de la voz. Buffon lo entiende así. Pero no puedo decir cuánto me impresiona estéticamente la idea del noble paladín celeste paralizando el movimiento del vestiglo feo y malvado. Es un efecto hondamente poético, y me sugiere un sin fin de ideas y representaciones del más completo romanticismo.

En efecto, San Jorge es el guerrero ideal que, como Lohengrin, tiene por misión vencer y subyugar á la iniquidad, clavar su lanza en las fauces del maldito. San Jorge, en la hagiografía, y por mejor decir en la tradición, es el caballero sin miedo y sin tacha, ante el cual la mentira, la bajeza, la miseria, la villanía, huyen ó se rinden. Y la imaginación popular, al atribuir á San Jorge la virtud de detener á la araña, simboliza en la araña las fuerzas diabólicas del pecado y de la abyección; hace del insecto antipático por excelencia el emblema de lo deforme moralmente.

Todo esto, sobra el decirlo, es un subjetivismo; sucede dentro de nosotros... En la realidad externa, la araña es un insecto áptero, de la clase de los arácnidos, con ocho ojos, ocho patas de desigual longitud, un abdomen, ya redondo, ya flaco y escurrido, y con color que se confunde con el polvo en la araña doméstica, y que reviste brillantes matices en la araña laberíntica ó campesina. Esta araña ya no causa ni la mitad del disgusto que la otra. Algunas de esas arañas de jardín, que vienen entre las flores, serían hasta bonitas, por el color verde delicadísimo que las asemeja á un juguete de jade esculpido por un artista nipones, si lo siniestro de su hechura no persistiese bajo la gracia extraña de su ropaje.

Ya que hablo de arte japonés y de arañas, diré que los japoneses son maestros en imitar en sus juguetes las estructuras teratológicas. Figuras de arañas, langostas, escorpiones, cangrejos (el cangrejo es un monstruo de los más espantables) los hacen los japoneses con una perfección que crispa los nervios. No en vano el arte japonés es un arte, las más veces, de calentura, de grotesco, de misterio y temblor—lo más contrario al arte griego, que no nos ha legado sino monstruos hermosos: el centauro, el sátiro, el fauno, la sirena, y, como excepción, la arpía.

¿Encuentran ustedes que estas nimiedades y arañerías no merecen los honores de la crónica? Me las ha sugerido la desagradable vista de una de esas criaturas que yo suprimiría de la creación. Emboscada en su tela, clavaba sus tenazas, pinzas ó lo que sea, en el cuerpo trémulo y palpitante de una preciosa mosca verde esmeralda. Pequeño drama, con todo el horror de lo grande.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Tambaleándose acercóse al lecho

REMEDIO INFALIBLE

(CUENTO QUE PUEDE SER HISTORIA)

La casa de Alberto, tan firme y casi pudiéramos decir que poderosa cuando aquél acababa de unirse en matrimonio con María, se venía abajo por momentos.

Hablando más claro: el bufete de Alberto contaba cada vez con menores negocios; los gastos aumentaban en proporción inversa de los ingresos, á causa de las enfermedades, y todo amenazaba un próximo y funesto derrumbamiento.

El que fué un tiempo abogado solicitadísimo en las Salesas, apenas si llamaba ya la atención cuando entraba en el templo de Themis, y la antesala de su despacho, en otro tiempo llena de clientes, permanecía desierta, triste, silenciosa.

Cuando Alberto se casó con María, de familia distinguidísima, pero que nada aportaba de dote, el entonces «joven abogadito,» como le llamaba cariñosamente su suegro, podía sostener cierto lujo y boato merced á un capitalejo que había heredado, á los sueldos de una Compañía de seguros que le tenía por asesor y de dos gremios modestos, que sin embargo de serlo, le pagaban muy bien por tenerle por letrado.

Además de esto, en juicios de faltas, procedimientos civiles, expedientes contencioso administrativos y hasta procesos criminales, en todo cuanto le encomendaban ó él veía manera de que se le encargase, se ocupaba, y lo que es mejor, vencía y salía airoso.

Trabajaba mucho, es cierto, pero también se lo pagaban, si no espléndidamente, bastante regular, y reuniendo todo ello, podía permitirse el lujo de vivir en una casa donde pagaba veinticinco duros al mes, tener dos criadas y un criado, comer con algún refinamiento, acudir con su mujercita á los teatros, y en una palabra, vivir con cierto desahogo y tranquilidad hasta llegar á la meta que se había propuesto, porque Alberto haría oposiciones á abogado del Estado, se mezclaría en política y sería no sé cuántas cosas con que él soñaba.

Joven, inteligente, estudioso y con excelentes relaciones, ¿qué le faltaba para llegar adonde pensaba? Lo que le faltó: perseverancia, seriedad, *algo* muy complejo que no era sino la resultante de un único defecto, enorme, terrible, garrafal.

Alberto abusaba de la bebida, y él, el correcto y el activo en su estado normal, tornábase informal y negligente por el exceso de alcohol, del que en vano trataba de apartarle su amable compañera.

Por eso, sólo por eso, amenazaba derrumbarse aquella casa que hubiera podido ser ya palacio suntuoso.

Transcurrieron algunos años. Del matrimonio nacieron tres hijos; dos murieron, el otro vivía enfermo. Alberto había también enfermado del hígado, y su carácter, antes abierto, franco, expansivo y jovial, habíase tornado, como el de su mujer, en atrabiliario y bilioso.

De la casa semilujosa de veinticinco duros tuvieron que trasladarse á una de nueve; de los criados hubo que despedir á dos; muebles y cortinajes siguieron á las alhajas en su peregrinación al Monte de Piedad ó á las casas de préstamos, y se llegó hasta á reducir los gastos de alimentación.

Corriendo parejas con esta ola de estrechez, precursora de miseria, los clientes, que lo mismo en comercios que en bufetes suelen preciarse más del lujo y del exterior que del fondo ni de la calidad de la mercancía ó del servicio, huyeron en busca de despachos de mullida alfombra, portiers pesados y criados de frac: los negocios escasearon, concluyeron por faltar; los gremios y las Compañías de seguros nombraron otros abogados, y ni las oposiciones á los del Estado ni la política preocuparon para nada á Alberto, que impasible, frío y como idiota en su estado normal y airado y violento por nimios motivos cuando el alcohol enardecía su cerebro y alocaba su inteligencia, presenciaba la ruina que se acercaba.

El padre de María vivía aún, pero sus recursos no eran suficientes para salvar á Alberto de sus deudas ni de los compromisos contraídos en aquella terrible crisis de la que él, él solo, tenía la culpa.

«¡Si no bebiera!..—pensaba María.—Aún podría arreglarlo todo.»

Por desgracia, el círculo en que Alberto se movía se fué estrechando más; los amigos ya no le escuchaban y él seguía bebiendo, como si en el vino encontrase alivio á sus penas ú olvidase los disgustos.

Llegó lo temido: ni aun los nueve duros de casa podían pagarse; los meses se habían acumulado terriblemente y llegó el desahucio.

Ya no había nada que empeñar ni que vender, ni nadie á quien acudir. Alberto, más mareado que nunca, pues toda la noche la había pasado fuera de su casa libando desenfrenadamente cual si pretendiera ahogar en vino su desgracia, llegó muy temprano á su hogar la víspera del día en que el terrible desahucio iba á cumplirse. Aún dormían su mujer y su hijo. Tambaleándose acercóse al lecho. Besó con sus labios trémulos y violáceos á ambos, y murmurando más que diciendo estas palabras: «Acudid en seguida á casa del abuelo. Hasta luego,» se alejó dando traspiés.

Cuando María, dándose cuenta de la situación, se arrojó de la cama, Alberto había desaparecido.

Al cabo de unos diez años María trabajaba de modista y su hijo ganaba un modesto jornal de aprendiz.

Un día Alberto, que desde aquella mañana de la víspera del desahucio no había vuelto á saber de su esposa ni de su hijo, logró después de largas pesquisas encontrarlos.

Alberto volvía de América rico y aparentemente más joven de lo que estaba cuando se fué.

Reunido el matrimonio é instalado en lujosa mansión en una casa que próxima al Instituto compró Alberto para que su hijo pudiera terminar la segunda enseñanza, María daba diariamente gracias al cielo por aquello que aún le parecía un sueño tan inverosímil como que su esposo hubiera cambiado de modo de ser y aborreciese la bebida. No sabía ella á qué atribuir el cambio; su marido sólo la decía lo mucho que había trabajado y la fe con que se había propuesto, no sólo reconstituir su primitivo capital, sino centuplicarlo. María pensaba para sus adentros en ciertas conversaciones que otro tiempo tenía con el médico de la casa. Una tarde éste se presentó.

El anciano doctor, antiguo amigo de la casa, recordó la desgracia que en otro tiempo pesó sobre ella sólo por defecto de la bebida que había dominado hasta lo indecible á aquel hombre probo, trabajador y honrado. Al volver á estrechar, después de los años, la mano de Alberto, el médico temblaba de emoción. María, que presenciaba la visita, también.

—Gracias á Dios, doctor, le dijo Alberto dándole un golpecito en la espalda y abrazándole, estoy completamente curado.

El médico se acordó entonces de las súplicas y consejos que María le pidió en diversas ocasiones para hacer que su esposo se apartase del vicio que le dominaba, y con la mayor ingenuidad exclamó:

—Vaya, me alegro de que al fin se decidiese usted á tomar las inyecciones que yo le decía, según la receta del doctor Haltler.

—No recuerdo..., dijo Alberto.

—Entonces, ¿con cuáles, y permita le hable así, con cuáles ha logrado usted el remedio?

—Mire usted, doctor; respeto los adelantos que pueda tener una ciencia en la que soy profano; pero creo que los vicios del hombre se curan con otras inyecciones.

—¿Pero de qué..., de qué son?

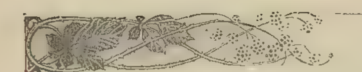
—Son... de lo que yo me las daba todos los días en América y á las que debo mi fortuna y bienestar.

—Pero acabemos, exclamó el galeno impaciente. ¿Cuáles? ¿Cuáles?

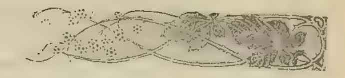
—Pues oiga usted, dijo Alberto volviéndose sonriente á su esposa. Con inyecciones de *fuerza de voluntad* con otro tanto de *dominio de sí mismo.*

P. GÓMEZ CANDELA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



ENRIQUE ZÜGEL



En medio de la confusión que hoy día reina en materia de arte y de las contrapuestas tendencias que solicitan la actividad de los artistas, resulta consolador encontrar una personalidad que, substrayéndose enteramente á una y á otras, avance impasible por el camino que se ha trazado, no despreciando las modernas conquistas de la revolución artística, sino aprovechando de ellas únicamente aquello que mejor se adapta á su individualidad.

El notable pintor alemán Enrique Zügel

Una de esas personalidades es la de Enrique Zügel que, á pesar de haber evolucionado al compás de los tiempos, se nos presenta siempre como un artista fiel á los amores que desde el principio de su carrera supo la naturaleza inspirarle.

Nació Enrique Zügel en Murrhardt (Wurtenberg) en 1850. Hijo de un acomodado ganadero, gustábale desde muy niño, en los ratos que la escuela le dejaba libre, apacentar las ovejas de su padre, y en aquellas plácidas horas en íntimo contacto con la naturaleza, entreteníase en observar los mansos animales y en dibujarlos en la pizarra ó modelarlos en el barro. Terminados sus primeros estudios en las escuelas de su ciudad natal, pasó á perfeccionarse en el Instituto Suabio, en donde se distinguió por su habilidad en dibujar copiando modelos en yeso ó fotografías. Una pequeña pensión que le señaló un elevado protector facilitóle los medios para cultivar sus aficiones artísticas, y el éxito que sus trabajos alcanzaron en una exposición escolar animóle á proseguir en la senda emprendida y á ingresar en la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart. Pero la enseñanza árida que allí recibiera tuvo pocos atractivos para aquel muchacho que entonces contaba diez y nueve años; así es que á los dos años trasladóse á Munich, en donde solo, sin maestros, se propuso completar su educación artística. Y como al abandonar la escuela de Stuttgart perdió las pensiones con que el gobierno había recompensado su talento, vióse obligado en la capital de Baviera á ganarse el sustento al mismo tiempo que estudiaba. En aquella lucha pasó cuatro años, hasta que en 1873 obtuvo su primer triunfo que, por otra parte, había de ser para él más adelante causa de no pocos disgustos: su cuadro *El lavado de las ovejas* logró un éxito extraordinario en la Exposición Universal de Viena de aquel año y fué poco después adquirido por 10.000 marcos. Pero por una serie de circunstancias desgraciadas hubo de volver á comprar el lienzo que en tan buenas condiciones había vendido, lo que fué para Zügel un golpe terrible. Privado de todo recurso, atravesó entonces un período por demás difícil y al fin hubo de regresar á Murrhardt, en donde la necesidad le hizo abandonar el estudio de la naturaleza, que constituía su pasión, y dedicarse á la pintura de cuadros para los marchantes; pero hasta en esas obras insignificantes se admiraba el conocimiento íntimo de los animales, que constituían el tema único de tales lienzos.

Rebaño de ovejas, cuadro de Enrique Zügel

Machos cabríos, cuadro de Enrique Zügel

En esos trabajos pasó algunos años sin poder entregarse á la realización de su principal afán, que consistía en pintar directamente la naturaleza. En 1877 envió algunos cuadros á la Exposición Internacional de Berlín, y en 1879 dos grandes lienzos á la de Munich; pero aquellas obras, en su concepto, no tenían valor alguno, y hoy, las que él mismo no ha destruído, las guarda tan sólo como apuntes para nuevas composiciones.

Cuatro años después, alcanzó su primer éxito con su cuadrito *Bueyes arando*, que fué premiado con una segunda medalla en la Exposición Internacional de Munich y adquirido por un aficionado inglés. Desde entonces, la suerte le fué propicia: á la segunda medalla de 1883 sucedió la gran medalla de 1888, y con ella el nombramiento de profesor y la venta de algunas obras para los museos de Breslau y de Praga.

Contando ya con recursos suficientes, pudo al fin consagrarse al arte tal como él lo sentía, y realizó varios viajes á Austria, Francia, Bélgica y Holanda. Entonces nació el Zügel á quien hoy todo el mundo conoce y admira, el maestro de la luz, el pintor impresionista en el mejor sentido de la palabra; y en la nueva fase de su existencia artística, los conocimientos sólidos y las aptitudes positivas que ya poseía le preservaron de los peligros en que han sucumbido tantos adeptos á las nuevas escuelas. En 1891 le vemos en Dachau pintando del natural, entre otros, sus cuadros *Primavera* y *Día de marzo*, y poco después volvemos á encontrarle en su país natal; allí, en la

hacienda de sus padres, lejos del bullicio de las grandes ciudades, y dueño de un rebaño de ovejas que sólo le sirve para sus estudios pictóricos, trabaja sin descanso durante meses, trasladando á lienzos de gran tamaño las impresiones de su contacto inmediato con la naturaleza.

Entre las obras de aquel período merecen especial mención dos rebaños que actualmente figuran en las galerías de Kònigsberg y de Bremen, y unos bueyes arando, que fueron el *clou* de la exposición del Palacio de Cristal de Munich de 1893.

Pero sus cuadros, con ser tan excelentes, no se vendían, y una exhibición colectiva que organizó en Frankfort fué para él un grandioso triunfo artístico, pero un éxito material muy mediano. Comenzaron, pues, nuevamente para Zügel las privaciones y los cuidados; pero su nombramiento de profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe puso término en 1894 á aquella situación difícil. De allí pasó á Munich, en donde puede decirse que empezó su verdadera actividad docente, que constituye uno de los más importantes aspectos de su personalidad artística. En efecto, tanto como gran pintor es Zügel profesor eminente; profundo conocedor del corazón humano, y dotado de un carácter amable y bondadoso, ejerce una influencia poderosísima sobre sus discípulos, á quienes, más que como á tales, trata como compañeros y colaboradores que íntimamente unidos á él persiguen el mismo objeto, la verdad. Y cuando el maestro ha logrado avanzar un paso en el difícil camino que conduce á ésta, tiende su mano al discípulo, le ayuda á salvar los obstáculos y peligros y no descansa hasta que endereza sus pasos por la senda segura.

Compañeros de fatigas, cuadro de Enrique Zügel

Esos esfuerzos, esos cuidados, que traspasan con mucho los límites de lo que á un profesor á sueldo puede exigirse, han conquistado á Enrique Zügel la adhesión absoluta y la ilimitada confianza de los que reciben sus lecciones. Claro, preciso y diciendo mucho en pocas palabras, enseña en presencia de la naturaleza, y las correcciones que hace en los trabajos de sus discípulos son para éstos inolvidables enseñanzas y vigorosos estímulos. Todos los años, realiza con ellos interesantes excursiones de estudio, de las que obtiene los mejores resultados.

En 1900 visitó la Exposición Universal de París, en la que había expuesto dos magníficos lienzos, y allí tuvo ocasión de admirar sobre todo la sección retrospectiva de la pintura francesa, muchas de cuyas obras tan bien se avenían con su modo personal de concebir el arte.

Los grabados que en esta página y en la anterior reproducimos dan perfecta idea de la variedad de aspectos con que Zügel sabe presentarnos el tema, en el fondo siempre el mismo, de la vida de los animales de su predilección. Admirables son la forma y el color de sus ovejas, de sus cabras, de sus bueyes; pero aún es más admirable la maestría con que ahonda en su modo de ser psíquico, por decirlo así. Aquellos animales por él tratados dejan de ser elementos episódicos para convertirse en seres sorprendidos en la intimidad de su existencia, en partes integrantes de la naturaleza que vive y trabaja, en colaboradores de la obra de renovación universal.

A pesar de sus treinta años de labor continua y dificultada en muchas ocasiones por graves contratiempos, Zügel se nos muestra hoy vigoroso, lleno de entusiasmo, y sus lienzos tienen toda la frescura, todos los encantos de la juventud.—S.

El prado de las ovejas, cuadro de Enrique Zügel

TÚNEZ. - ESCUELA DE HURÍES

En 1900 la Residencia francesa en Túnez concibió la idea de esa obra de educación á fin de que las jóvenes musulmanas tunecinas adquiriesen ciertos conocimientos elementales que hicieran menos sensible la diferencia entre la absoluta ignorancia de aquellas muchachas y la instrucción que en Europa reciben los que un día han de ser sus esposos. La escuela, en sus comienzos, llevó una existencia modesta, silenciosa, pues era necesario no herir las suspicacias musulmanas y evitar que pudiera creerse que se trataba de una labor de proselitismo ó de emancipación femenina, á cual fin se puso la nueva institución bajo la dependencia de la *Yemaa de los Habús*, consejo que administra las obras pías musulmanas, y al mismo tiempo que se enseñaban en ella la lectura, la escritura y la aritmética según los métodos franceses, se encargaba á dos sabios y ancianos islamitas la enseñanza del Alcorán, del árabe y de la moral muslímica. El resto del programa comprende los estudios superiores y además nociones de higiene y de economía doméstica y sobre todo labores de aguja, por las que sienten especial afición las jóvenes escolares. Gracias á esas medidas hábiles, la institución ha prosperado rápidamente y en el último curso el número de alumnas aumentó en un 100 por 100.

Esta escuela gratuita sólo la frecuentan las hijas de familias ricas, á quienes se divide en varias clases, según su edad, que varía entre seis y catorce años.

El personal docente lo constituyen los dos ancianos musulmanes, una directora y varias profesoras europeas.

La escuela hállase instalada en un lujoso palacio antiguo de un favorito del bey, y en ella no puede entrar ningún hombre, excepción hecha naturalmente de los dos profesores mencionados. - T.

Túnez.—La escuela de jóvenes musulmanas. Salida de las clases
(De fotografía.)

LAS INUNDACIONES EN CATALUÑA

La región catalana ha sido estos días víctima de terribles inundaciones; todas las provincias que la forman han visto crecer los ríos que las cruzan y que al desbordarse han causado incalculables daños: el Segre, en la de Lérida, comenzó á invadir las casas de la parte baja de la capital y ocasionó grandes desperfectos en la línea férrea de Lérida á Tarragona y muchos destrozos en las poblaciones de Balaguer y Artesa; el Brugent, el Fluviá, el Ter y el Onyar, en la de Gerona, perjudicaron considerablemente la cuenca del primero, Besalú, Olot y otros pueblos; el Ebro, en la de Tarragona, puso en grave peligro algunos barrios de Tortosa, y el Cardoner y el Llobregat, en la de Barcelona, han originado verdaderas catástrofes, ante las cuales resultan pequeñas, aun no siéndolo, las desgracias de las otras provincias.

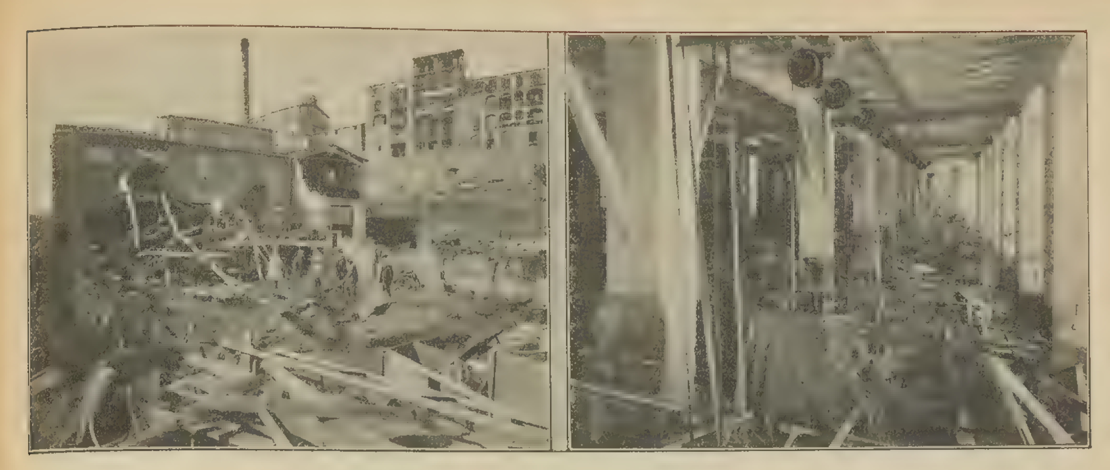
El llano del Llobregat, una de las comarcas agrícolas más ricas de España, hase visto totalmente inundado por las aguas de aquel río, que lo convirtieron en un lago, invadiendo los pueblos de Cornellá, San Juan Despí, Molins de Rey, San Vicente y Prat, y alcanzando en algunos la altura de dos metros, arrasaron los cultivos, arrastraron cantidades inmensas de frutos recolectados, infinidad de aves y otros animales domésticos y multitud de muebles y enseres y destruyeron varias fábricas y otros edificios.

Pero en donde la inundación ha causado estragos verdaderamente espantosos ha sido en la cuenca del Cardoner. En la ciudad de Manresa han quedado destruídas enteramente ó en gran parte más de veinte fábricas, entre ellas las del gas y de la electricidad, el puente y la estación del ferrocarril económico de Manresa á Berga, con gran número de vagones y locomotoras, y una pilastra del puente del ferrocarril del Norte. Las aguas además han destruído la maquinaria y las existencias de aquellas fábricas, arrastrando centenares de balas de algodón y millares de piezas elaboradas. Es imposible dar una lista de los edificios derruídos; las pérdidas se elevan á muchos millones de pesetas, y la reconstrucción y rehabilitación de las fábricas exigirá, aparte de cuantiosos capitales, algunos meses, durante los cuales quedarán sin trabajo y, por ende, en la miseria millares de obreros.

La población de Suria ha sufrido también destrozos y pérdidas enormes.

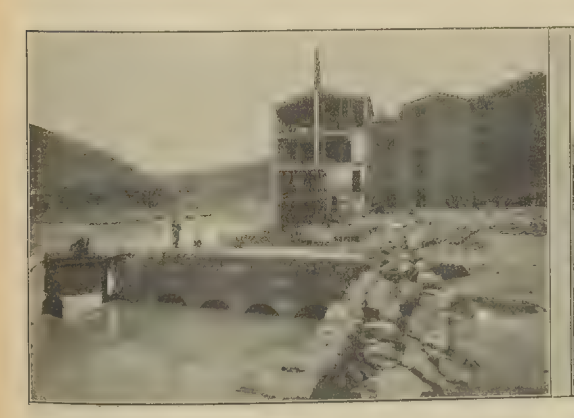
Es de esperar que quienes pueden y deben acudirán en socorro de los damnificados; la Diputación Provincial de Barcelona ha dado el ejemplo, votando cuantiosos recursos y adoptando acertadísimos acuerdos; justo es decir, sin embargo, que los mismos pueblos perjudicados, en vez de abandonarse al desaliento, se aperciben ya por su propia iniciativa y con sus energías propias á reparar, en la medida de lo posible, los efectos de la inmensa catástrofe. - P.

Túnez.—Las huríes en la escuela. Clase de mayores en la escuela de jóvenes musulmanas. Una lección de francés. (De fotografía.)



Vistas exterior é interior de la fábrica del Sr. Sitjes: el edificio quedó en gran parte arruinado y la maquinaria totalmente destruida y las existencias fueron arrastradas por las aguas del río Cardoner

Fábrica del gas y estación del ferrocarril económico de Manresa á Berga.—En la fábrica del gas no hay rastro de las paredes y las calderas han quedado inservibles. En la estación del ferrocarril los rieles han sido arrancados y la mayor parte del material móvil ha sido destruído y arrastrado por las aguas.



Fábrica de tejidos de los Sres. Vives, Figueras y C.ª La inundación derribó algunas paredes del edificio y destruyó gran parte de la maquinaria.

Fábrica de algodón del Pont Vell, que ha sufrido considerables destrozos; en la pared se ve la línea del nivel que alcanzó el agua del río.

LA INUNDACION DE MANRESA. (De fotografías de Alejandro Merletti.)

SOBRE EL HIELO dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

SEÑOR, YO NO SOY DIGNO DE QUE ENTRÉIS EN MI CASA, cuadro de Federico Uhde

EUGENIO GIGOUT

Los conciertos que en el Palacio de Bellas Artes ha dado el maestro Gigout han sido dos grandes acontecimientos musicales. No podía esperarse otra cosa tratándose del célebre orga-

Barcelona.—El eminente organista Eugenio Gigout en el Palacio de Bellas Artes
(De fotografía de A. Merletti.)

nista de la iglesia de San Agustín de París, á quien con justicia se considera como uno de los primeros organistas de Europa.

Esta circunstancia y el grato recuerdo que de M. Guigout conservaban los filarmónicos barceloneses ha hecho que acudiera á los dos conciertos un público numeroso que pudo admirar una vez más al famoso concertista que como pocos domina el llamado con razón rey de los instrumentos y que interpreta de una manera incomparable las más hermosas creaciones de los compositores antiguos y modernos, como Bach, Schumann, Saint-Saens, Boellmann, Mendelssohn, Haendel y tantos otros. M. Gigout es además compositor eminente y las obras suyas que en Barcelona ha ejecutado son tan ricas en inspiración como magistrales desde el punto de vista técnico.

La concurrencia que llenaba el Palacio de Bellas Artes ha tributado á M. Gigout entusiastas ovaciones.

Ferrocarril de la Jungfrau (Suiza). **Ingenieros en el pico más alto de la montaña, á 4.166 metros de altitud, en el sitio en donde terminará el ascensor que ha de construirse como complemento de la vía férrea de cremallera, que llegará hasta una altura de 4 075 metros.** (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL FERROCARRIL DE LA JUNGFRAU (SUIZA)

A fines de septiembre último, varios ingenieros suizos han efectuado la ascensión á la Jungfrau, la más famosa de las montañas suizas, llegando hasta el punto en donde se construirá la estación ferroviaria más alta del mundo. El objeto de esa expedición era examinar el estado de la nieve que cubre la cima del monte y determinar el sitio en que habrá de levantarse aquella estación términus del ferrocarril de cremallera que, arrancando del pequeño Scheidegg, escala esa montaña clásica del Oberland

La atrevida línea férrea fué comenzada en 1.895, bajo la dirección del ingeniero Guyer Zeller, y en agosto de 1905 llegaba ya á la estación de Eismer, á 3.161 metros de altitud. Actualmente está terminada la vía hasta la garganta de la Jungfrau (3.420 metros); desde allí continuará hasta la altura de 4.075, punto en el cual un ascensor de 91 metros conducirá al pico de la montaña.

Esta última sección es la más difícil de construir, pero gracias á los recursos de la ingeniería moderna y á la actividad y perseverancia con que se van llevando á cabo los trabajos, es de esperar que dentro de pocos años quedará enteramente concluída esa magna obra, que permitirá á los turistas contemplar uno de los más grandiosos espectáculos de la naturaleza.

LA INMIGRACIÓN JAPONESA

EN LOS ESTADOS UNIDOS

(Véanse los grabados de la página 681.)

El problema de la inmigración japonesa está dando lugar á graves conflictos en muchas poblaciones de los Estados Unidos. El peligro amarillo no se presenta allí en son de guerra, sino en forma de penetración pacífica de una masa obrera, á la que los yanquis temen quizás más que á la invasión de un ejército, por la ruinosa competencia que los nipones han de hacerles en todo cuanto se refiere á la mano de obra.

En algunas localidades han ocurrido con este motivo grandes disturbios, pero ni las disposiciones restrictivas de las autoridades, ni la persecución, ni las agresiones de que con frecuencia son objeto los inmigrantes bastan á impedir la inmigración.

Los japoneses están perfectamente organizados, y en ciertas ciudades, por ejemplo, en Seatle, hay establecidas oficinas de colocaciones que facilitan obreros para toda la costa del Pacífico, y se publican periódicos de forma originalísima, como el que reproduce uno de nuestros grabados, en los cuales se insertan noticias del Japón y cuantos informes pueden interesar á los inmigrantes.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 688 y 689.)

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa, cuadro de Federico Uhde. – Los más famosos lienzos de ese eminente pintor alemán se inspiran en pasajes del Nuevo Testamento, si bien adaptados á la época actual y á las clases más humildes. Este procedimiento da mayor valor artístico á esos cuadros, puesto que, gracias á él, Uhde nos hace sentir con toda la intensidad de la realidad presente las admirables enseñanzas del Redentor, que por ser, además de divinas, eminentemente humanas, pueden aplicarse á todos los tiempos y á todas las razas.

***

Sobre el hielo, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. – Decir quién fué Daniel Urrabieta Vierge y elogiar su obra, sería incurrir en repeticiones de lo que otras veces hemos escrito en estas columnas, aparte de que la personalidad del ilustre dibujante es bastante conocida y admirada para que sea ocioso ocuparse nuevamente de ella. Los nombres consagrados por la fama llevan en sí mismos la biografía y la alabanza de los artistas que los han inmortalizado; el de Urrabieta Vierge puesto al pie de un dibujo significa más que cuantos juicios acerca de éste pudieran emitirse.

ROMUALDO MARENCO

El autor de la popularísima música del baile *Excelsior*, Romualdo Marenco, ha fallecido el día 9 de los corrientes en Milán, á la edad de 66 años. Nacido en Novi Ligure, estudió de joven el violín y fué después profesor y director de orquesta; en 1874 estrenó en Lodi *Lorenzino de Medici* y en 1880 en Milán *I Moncada*, dos óperas que obtuvieron escaso éxito, lo propio que la opereta *Il diavolo in corpo*, que se representó en París en 1884. En cambio, sus bailes *Sieba*, *Excelsior*, *Amor*, *Sport* y *Rosa d' Amore* le compensaron sobradamente de aquellos fracasos, aunque no le produjeron los beneficios materiales que podía esperar de unos espectáculos que se representaron en los principales teatros del mundo y que enriquecieron á no pocos empresarios. Desde hace muchos años vivía en la mayor

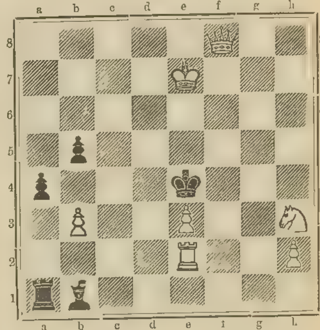
El compositor italiano Romualdo Marenco, fallecido recientemeute en Milán
(De fotografía de Carlos Trampus.)

pobreza, y aunque en varias ocasiones intentó volver á componer, su inspiración hallábase agotada por el trabajo y el sufrimiento.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 481, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 480, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Dg2–h1	1. Tb1–a1
2. Rf3–g2	2. Cualquiera.
3. Rg2–h3 mate.	

VARIANTES.

1...... Cc1–a2; 2. Tc3×c4 jaq., etc
b5–b4; 2. Tc3×c4 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Rf3–g2, etc.

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—¿Lo cree usted sinceramente así? Con frecuencia me han dicho lo mismo otras personas, y muchas veces pienso que nací mujer por una equivocación de de la naturaleza.

—Seguro estoy de ello, pues siempre me hace usted sentir que soy un ignorante, un hombre del todo inútil.

—Confiesa usted sus errores con mucha franqueza, y justo es reconocer que eso constituye siempre un mérito.

—Ciertamente; pero esto no se lo diría más que á usted.

—Muy bien; pero pongamos aquí punto y entremos para tomar el te; estoy verdaderamente inquieta por la enfermedad de ese pobre animal, y veo que Miguel no viene hoy.

Estas palabras fueron para Walton un aguijón que disminuyó su buen humor; pero entró en la casa é hizo cuanto le fué posible para divertir á las jóvenes, que en compañía suya pasaron la tarde muy entretenidas.

La señorita Holt prestaba á menudo atento oído, como si esperase la llegada de alguno; pero no perdió un momento el buen humor de que estaba poseída, y rióse francamente cuando alguna cosa le hacía gracia.

* * *

Mientras sucedía esto que queda descrito en la granja del Prado, en todos los habitantes de la de Marshstead parecía reflejarse una sombra de tristeza.

Miguel había salido muy temprano para trasladarse á Londres con el primer tren, y era ya muy entrada la noche cuando regresó á su casa.

Este retraso era debido á que habíale sido necesario recorrer el camino á pie por no haber llegado á tiempo para tomar el último tren que debía conducirle á Dunthorpe.

En el pueblo se había producido cierta agitación con motivo de una crisis financiera; las puertas del Banco de Stortford se habían cerrado á la una y media de la tarde del día anterior, y Miguel había efectuado su viaje á Londres en interés exclusivamente de Susana.

Job estaba fumando su pipa, con el jarro de cerveza á un lado.

—¿Qué hay, muchacho?, preguntó á Miguel al verle entrar. Bebe un trago, toma asiento y sepamos qué noticias traes. Ea, cuenta el resultado de tu excursión.

Hízolo así Miguel y sentóse cerca de su padre con todas las señales del hombre que está rendido de cansancio.

—Es una verdadera fortuna, dijo, que no tengamos colocado dinero alguno en el Banco del Condado.

—¿Por qué?

—Porque está en quiebra y nadie cobrará un céntimo.

Job andaba lentamente entre las dos jóvenes

Job, al oir esto, dejó caer su pipa, levantóse bruscamente y miró á su hijo con expresión de inmenso estupor.

—¡Dios mío, gritó, pues si esto que acabas de decirme es verdad, mi pobre sobrina está completamente arruinada!

XX

REFLEXIONES TARDÍAS

Nadie había pensado nunca ni remotamente en la posibilidad de que el Banco del Condado que tan sólido parecía pudiera quebrar; por eso fué indecible el asombro del joven Hazell al saber que aquel establecimiento había cerrado sus puertas, y á esto se debió su precipitado viaje á Londres. No imaginaba que el incidente era más serio de lo que le parecía y suficiente para perturbar la prosperidad de la granja del Prado y la de Marshstead; no ignoraba que él no podría perder mucho, pero inquietábanle los intereses pertenecientes á Susana, aunque no sabía á cuánto ascendía el capital que la joven tenía en el Banco.

Su padre se había mostrado en todas ocasiones muy reservado sobre este punto, y Miguel era demasiado buen hijo para no mostrar indiferencia por todo lo que no querían decirle.

Pero la exclamación de Job le hacía sospechar una calamidad mucho mayor de lo que él podía presumir; y sin atreverse á preguntar sobre el significado de aquella exclamación que le había sumido en un mar de dudas y de ansiedades permaneció silencioso é inmóvil en su silla, esperando á que su padre le interrogase.

Durante un rato, Job imitó á su hijo; mas fué el primero en recobrar el uso de la palabra. Con los codos apoyados en los brazos de su sillón, inclinóse hacia adelante, pero aunque evidentemente trataba de hablar alto y con energía, bajó tanto la voz, que Miguel se vió precisado á acercarse más á él para poder oirle.

—Vuelve á repetir tus palabras, muchacho, dijo, porque no he podido comprenderte; paréceme que tengo la cabeza trastornada y que todo da vueltas á mi alrededor. ¿Has dicho que el Banco del condado ha hecho quiebra? ¿Estás seguro de que esto es verdad?

Miguel contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, pero comenzaba á recobrarse del doloroso asombro que momentos antes había experimentado y la expresión de su rostro era ya más tranquila.

* * *

Job sacó del bolsillo el pañuelo para enjugar el sudor que inundaba su frente, y empeñábase en creer que había interpretado mal las palabras que acababa de pronunciar su hijo y que seguramente éste incurría en algún error.

Recordaba que algunas casas de banca, á las cuales se consideraba como muy dignas de confianza, habían quebrado solamente á consecuencia de falsos rumores; Miguel podía haber sido engañado como tantos otros lo fueron, y tal vez consideraba como una quiebra desastrosa y definitiva lo que no era más que un pasajero apuro.

—No puedes estar seguro desde luego de semejante cosa, dijo á Miguel. Cuando un Banco cierra sus puertas, siempre se hace mucho ruido y se propalan falsas noticias, que á veces no tienen fundamento, y estoy por decir que lo que ahora me cuentas del Banco del Condado no tendrá al fin y al cabo importancia alguna...

—No, interrumpió Miguel levantándose, he visto á Patchett en Londres; sé que ha tomado informes, tratando después de sacar del Banco algún dinero de sus clientes; y él es quien me ha dicho que nadie cobrará un cuarto. De modo que la cosa desgraciadamente es cierta.

* * *

Patchett era el procurador del pueblo, y Job le conocía como uno de los hombres más listos y sagaces de su profesión; no podía, pues, poner en duda la verdad de la noticia.

—¡Dios mío, exclamó levantando los brazos y con acento desesperado; la pobre Susana lo ha perdido todo!

—¿Pero cómo puede ser eso?

—¡Todo es culpa mía, sí, culpa mía exclusivamente! ¡Qué desdicha!

—¡Que toda la culpa es de usted! No acierto á acomprenderle, repuso Miguel cada vez más asombrado de lo que oía.

—Sí, mía; no debí dejar todos los fondos en una misma casa..., esta es la verdad; y al hacerlo pequé de falta de sentido común, pero yo no podía prever

semejante cosa. De todos modos, fué una locura y debí haberlo echado de ver más á tiempo.

—Quisiera que me dijese usted, padre mío, dijo Miguel, cómo puede usted atribuirse la culpa de semejante desgracia.

—Por ahora es necesario que me dejes reposar algunos minutos, porque apenas puedo hablar en este momento; coordinaré mis ideas y después lo sabrás todo.

Miguel no quiso preguntar más á Job, pues acataba la autoridad paternal, respetándola como pocos, y habíase acostumbrado á obedecer sin murmurar, aun en los casos de duda. Los padres de hoy día no están acostumbrados á ese proceder, porque sus hijos creen siempre saber más que ellos é igualarles en experiencia.

Para complacer á Job, Miguel salió á dar una vuelta por el campo, deseoso de entregarse á sus reflexiones tranquilamente en la soledad; su perro le siguió, saltando á su alrededor y acariciándole; mas el joven comenzó su solitario paseo sin fijarse en las demostraciones del fiel animal. Las gotas de rocío que cubrían la hierba, iluminadas en aquel momento por la luz de la luna, brillaban como diamantes; el cielo, azulado y sereno, ostentaba sus refulgentes estrellas; de vez en cuando oíase el canto de alguna rana, que al oir el rumor de los pasos precipitábase en un arroyo; y el profundo silencio invitaba á la meditación.

¿Cómo podría Miguel salvar á Susana, ó prestarla siquiera un eficaz auxilio? Estas eran las preguntas que se repetía, sin encontrar respuesta satisfactoria. Su amor era tan grande, que lo hubiera sacrificado todo en el mundo para preservar á la joven de las consecuencias de semejante desgracia; mas por otra parte, las palabras que había pronunciado su padre, y que él interpretaba literalmente, inducíanle á creer que todo cuanto ellos poseían debía ser entregado á Susana en compensación de lo que hubiese perdido. Sin embargo, hacía á su padre la justicia de creer que no había obrado mal intencionalmente; y por lo tanto, la misma Susana sería la primera en rehusar cuando Job se presentase para decirla: «Hemos perdido tu fortuna; toma la nuestra.»

Un medio había para resolver la dificultad, y redujese á que le aceptara como esposo; pero ¿consentiría en ello? Por el pronto no se debía pensar en semejante cosa. Job le había hablado de su visita á la joven y de la llegada de Walton, á quien despidiera tan bruscamente; y declaróle que Susana estaba muy dispuesta á dar el sí, para lo cual bastaba solamente que Miguel tuviera un poco de valor. Pero Miguel se disgustó al saber esto, porque no quería un consentimiento que no fuese espontáneo, y por lo mismo no habló más del asunto á Susana, quien se manifestaba decidida al ver que no hacía ninguna alusión á la indiscreta insistencia de su padre.

El paseo y el aire fresco aliviaron mucho á Miguel; poco á poco recobraba la calma, y cuando volvía hacia su casa tenía ya trazado el plan de conducta que en su concepto se debía observar. De pronto se detuvo, y sus miradas se fijaron en el camino que conducía á la granja del Prado... Hubiera querido ir allí para ver á Susana feliz una vez más antes de que tuviera conocimiento de su desgracia, para verla sonreir siquiera un momento; pero limitóse á suspirar tristemente y prosiguió su camino hacia la casa.

Pero ¿sería indispensable que Susana supiese lo ocurrido? ¿No habría medio de ocultárselo, á fin de evitarla tan doloroso golpe?

Entregado á esta última reflexión, Miguel llegó al fin á la granja, recorrió sus diversas dependencias para asegurarse de que todo estaba en orden y las puertas cerradas, y después entró en la habitación donde había dejado á su padre.

Todo estaba obscuro, pues Job no se había cuidado de encender la luz, pero Miguel le vió sentado aún donde le dejara; el anciano, inclinado hacia adelante, tenía los codos apoyados en las rodillas, en una mano un fósforo y en la otra su pipa, llena de tabaco, pero sin encender. Hubiérase dicho que se había detenido de pronto en el momento de aplicar la luz, olvidando después lo que trataba de hacer, como persona que ha sufrido de repente un ataque epiléptico. Mala señal era que Job se olvidase de encender su pipa, pues durante muchos años ésta le calmaba en sus momentos de cólera y servíale de consuelo en sus horas de tristeza.

Al entrar su hijo no se movió ni habló; é inquieto Miguel por este silencio, encendió al punto la luz. Job cerró los ojos un instante, como si el resplandor le ofendiera, y dejando escapar un hondo suspiro, encendió al fin la pipa, no sin gastar antes cinco ó seis fósforos, porque todos se le apagaban.

—Parece que está usted indispuesto, padre mío, dijo Miguel con dulzura. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No podrías esperar que estuviese muy bueno después de lo que acabas de comunicarme, contestó Job. Será preciso que me lo digas otra vez; esto es lo único que ahora puedes hacer por mí, porque aún me parece no haber comprendido bien. ¿Dijiste que el caso era desesperado?

—Sí, padre, completamente; pero mejor será que no hablemos más del asunto esta noche. Cuando usted esté más tranquilo podremos reflexionar mejor sobre lo que se ha de hacer, y además yo tendré informes más exactos mañana á primera hora.

—¿Y crees tú, replicó Job, que yo podré dormir antes de saber á qué debo atenerme en realidad? Bien veo ahora que nadie debe encargarse de los asuntos de los demás. Si uno pierde sus intereses, cierto que es muy sensible, pero á nadie ha de censurar más que á sí propio; mientras que es muy diferente hacerse responsable de las pérdidas de los demás. ¡Vamos!.. Refiéreme todos los detalles otra vez.

Miguel, tan contristado por el extraño cambio que notaba en su padre, como por las desgracias de Susana, repitió todo cuanto sabía sobre la quiebra del Banco. Apenas había circulado el más leve rumor que indicase su insolvencia; en los diversos distritos donde tenía sucursales habíanse hecho numerosas operaciones hacía largo tiempo; y apenas dos meses antes de la quiebra, los directores habían repartido un dividendo muy satisfactorio entre los accionistas.

—¿Qué haremos por ella?, exclamó Job después de una pausa.

Miguel vió el momento oportuno de dar á conocer su plan; no sabía hasta qué punto su padre era responsable de la desgracia, ni tampoco qué le correspondería á él perder; solamente pensaba en salvar á Susana, y propuso lo que le parecía factible.

—No hay más medio, querido padre, dijo, que dar cuanto tenemos, si es posible arreglar la cosa de modo que ella no sepa nada. Así ella no padecería y nosotros podríamos vivir tranquilos.

Al decir esto, Miguel estaba radiante; parecíale haber resuelto la dificultad y no consideraba su proposición como una locura. Si su padre era en cierto modo responsable de la pérdida, se debía resarcir de ella á Susana. Sin embargo, no se le ocultaba que ésta rehusaría toda restitución en el caso de que llegase á saber la quiebra del Banco; y he aquí por qué deseaba que todo se hiciera sin darle la menor noticia de lo ocurrido.

Pero Job no consideraba las cosas desde el mismo punto de vista; quería ciertamente ser razonable y vivir con la conciencia tranquila, sin arrepentirse de ninguno de sus actos, ni exponerse á las censuras de nadie; mas al mismo tiempo, la experiencia de los años sugeríale muchas razones para moderar el primer impulso, aplazando algún tiempo toda medida que en el entusiasmo de la juventud le hubiera parecido imperiosa sin dilaciones de ninguna especie. Miguel tenía la edad y el amor que disponen á consumar un sacrificio; pero Job contaba con la experiencia del tiempo, y éste le aconsejaba no entregar de una vez todos los bienes por él acumulados.

—Se me puede censurar, dijo, pero solamente por haberme conformado con la manera de pensar del padre de Susana; el plan que él se propuso, y sobre el cual me consultó, era una locura; y todo lo que yo hice malo se redujo á no oponerme, como hubiera debido hacerlo.

—Estaba seguro de ello, padre, dijo Miguel muy aliviado al oir estas palabras, aunque no dudaba que Job había obrado siempre con las mejores intenciones. Pero dígame usted, añadió, cómo fué eso.

—Pues muy sencillo, como vas á ver. Mi amigo Holt tenía ya bastante edad cuando se casó, y Susana fué su única hija. Hombre de carácter algo extravagante, comenzó á tener más rarezas cuando murió su mujer, que dicho sea de paso, era muy hermosa... Seguramente tú no te acuerdas ya de ella: Holt renegó de su mala suerte, y no se explicaba por qué la Providencia le sometía á semejante tribulación...

Job se interrumpió durante un momento, como si se perdiera en los recuerdos del pasado, olvidando lo que se proponía decir.

—Y bien, preguntó Miguel, ¿qué fué del dinero?

—A esto voy, contestó Job. Mi amigo tuvo el presentimiento de que le restaba muy poca vida; vió que Susana crecía tan hermosa como ahora es, y comenzó á pensar día y noche sobre su porvenir. Tenía una respetable cantidad en metálico para su dote, y esto, unido á sus prendas personales, debía asegurar su suerte si no caía en malas manos cuando él dejara de existir. En su consecuencia, cierto día me dijo: «Hemos sido buenos amigos hace mucho tiempo, Job, y hasta creo que podría decir hermanos.—Es muy cierto, contesté yo.—Pues ahora voy á demostrarte, repuso, que tengo la mayor confianza en ti, dándote un encargo para cuando yo falte. Necesito que seas un padre para Susana.—Ya lo habría sido sin que me lo recomendases, suponiendo que tú emprendas el largo viaje antes que yo.—Lo creo así, Job; pero aún tengo que decirte otra cosa. A mí me agrada mucho tu hijo Miguel, y si el chico y la muchacha se crían juntos, quiero que se casen. Podrá suceder, sin embargo, que ella no le quiera, y que fije su elección en otro; en tal caso, si este otro es un joven que te inspire confianza, estará bien; de lo contrario, voy á decirte cómo quiero que se arregle el asunto. Más de la mitad de mi dinero le tengo en acciones del Banco de este condado, y pienso legártelo todo...—¡Cómo!, interrumpí creyendo que se le trastornaba la cabeza.—Espera un momento, dijo; esto no es más que con el objeto de asegurar más el porvenir para la muchacha. Si mi hija se casa con Miguel ó algún otro joven que tú consideres como buen compañero para ella, entonces le das todo el dinero; pero si el hombre que ella elija no te parece digno, lo entregarás todo, entiéndelo bien, todo, á tu hijo Miguel.»

—¿Y se avino usted á eso?, exclamó Miguel asombrado por la singularidad del convenio.

—Le dije con bastante energía, repuso Job, que aquello era una locura, que nos acarrearía á todos algún disgusto; pero no quiso escucharme. Entonces le aconsejé que entregara el dinero á Hodsoll, su cuñado; mas también se negó á ello, diciendo que nada quería tratar con hombres de leyes. Al fin le persuadí á ir á ver al procurador Hodsoll; este último no pareció muy satisfecho de aquella manera de hacer las cosas; pero como Holt le advirtiera que iría á ver á Patchett, bien fuese por esto ó porque se dejaba alguna cosa á Sara, Hodsoll consintió en el arreglo. Después mi amigo me hizo un testamento por el cual legaba todo á Susana, fuera cual fuese la marcha de los asuntos. Tal es el estado de cosas por lo que yo recuerdo; pero ahora no puedo decirte más, porque siento algo extraño en la cabeza.

Al pronunciar estas palabras, Job se recostó en su sillón con expresión de fatiga.

—¿Y conoce Susana ese convenio tan injusto?, preguntó Miguel.

—No; solamente sabe que debe esperar algo de mí.

El joven permaneció silencioso largo tiempo, y después, como hombre á quien alivian de un peso, dijo tranquilamente:

—¡A Dios gracias, creo que podemos salvar á Susana!

XXI

DÍA DE MERCADO

En Dunthorpe se había reunido más gente que de costumbre, que invadía toda la calle Alta y las principales posadas, con motivo de ser día de mercado. Los escaparates de las tiendas estaban más resplandecientes que de costumbre, y ostentábanse en ellos los géneros y artículos de más atractivo.

Pero aquel día no se realizaban en Dunthorpe tantos beneficios como otras veces; el exceso de gente debíase más bien á la quiebra del Banco, pues muchos de los labradores del distrito perdían su dinero, y otros se interesaban por sus amigos. Los bajos precios del heno y del ganado apenas llamaron la atención, dominando sobre todo la curiosidad por saber quién se había arruinado, y quién se hallaba en posición de resistir.

Veíanse muchas caras en que se pintaba la angustia, y otras que expresaban una complaciente simpatía. Los que nada habían perdido, congratulábanse de no haber depositado fondos en el Banco, y compadeciéndose de los que habían sufrido algún descalabro, alejábanse pronto del mercado, sin duda por no verse en compromiso si se les hacía alguna petición, lo cual era un prudente egoísmo de su parte. Algunos, sin embargo, aceptando el riesgo, salvaron á algún amigo de la ruina; mas por desgracia fueron muy pocos, y los más limitáronse á participar del sentimiento que inspiraba la desgracia de sus vecinos. Los más felices allí eran los jornaleros, los pastores, los dependientes y las mozas del pueblo, para quienes aquel día era de fiesta. No tenían acciones en el Banco, ni animales enfermos en sus ganados, ni cosa alguna que les diera el menor cuidado, y no debían pensar más que en divertirse. Enfrente de la posada de la *Oca Gris* habíase improvisado un baile al aire libre, y veíanse allí varias mesas completamente ocupadas de curiosos que apuraban sendos vasos de cerveza, recreándose al mismo tiempo en el espectáculo que se ofrecía á su vista.

Susana y Sara, que habían ido al mercado, supiemuy pronto por algunos amigos los misteriosos rumores que circulaban sobre Job Hazell, de quien se decía que acababa de sufrir una pérdida considerable

por la quiebra del Banco; que se había visto obligado á guardar cama á consecuencia de ello, y que probablemente no se recobraría del golpe. Aquella era la primera vez que Job dejaba de asistir al mercado, y su ausencia dió origen á las más alarmantes noticias sobre su enfermedad.

Mientras Sara entregaba á sus acostumbrados parroquianos los artículos que había llevado para la venta, Susana buscó ansiosa á Miguel para informarse si tenían algo de cierto los rumores que circulaban; pero no lo encontró, y entonces dióle mucho que pensar la ausencia del padre y del hijo. Sin embargo, tuvo la suerte de hallar en cambio á un tal Tyler, dueño de la granja de Brook, que con sus noticias desvaneció la inquietud de la joven. Aseguróla haber visto aquella misma mañana á Job, y dijo que si bien éste parecía un poco cabizbajo, no observó en él nada que pudiese llamar la atención. En cuanto al hijo, había ido otra vez á Londres para evacuar algunas diligencias relativas al Banco.

—Mal golpe es para ellos, dijo Tyler, pero no tanto como para otros muchos. Hazell era demasiado previsor para colocar todos sus fondos en una misma casa; y aunque perdiese mucho, somos al menos una docena que estamos dispuestos á prestarle auxilio, á él y á su hijo. Sin duda sufrirán, pero seguramente les facilitaremos el medio para salir del apuro.

—Me alegro mucho que así sea, contestó Susana con expresión de contento, pues á juzgar por las cosas que acabo de oir, debí creer que estaban completamente arruinados, y que el tío Job moriría á consecuencia de tan terrible golpe.

—No tema usted nada señorita. Su hijo Miguel es un poderoso auxiliar, y si alguien puede arreglar el asunto, seguramente él lo hará. Me alegro mucho que usted no haya perdido gran cosa.

—Me parece que no. Muchas gracias, y hasta la vista.

Susana se tranquilizó hasta cierto punto respecto á la salud de Job; pero creyó conveniente ir á casa del Dr. Humphreys para rogarle que hiciera una visita á Marshstead aquella misma tarde, sin decir quién le enviaba. Tuvo la suerte de encontrar en casa al médico, que era un venerable anciano, de aspecto rudo, pero muy bondadoso, y que prometió á la joven complacerla, aunque sabía, según dijo, que Job Hazell era muy escéptico respecto á la ciencia médica.

Evacuada esta diligencia, Susana fué en busca de su prima, porque las dos estaban convidadas á un te en el vicariato. De buena gana hubiera prescindido de esta visita, pues deseaba ante todo ir á ver á Job; pero consolóse con la esperanza de obtener allí noticias más seguras, y no le faltaría pretexto para marcharse pronto.

En el camino ideó varios proyectos sobre lo que podía y debía hacer si la pérdida de Job resultara verdaderamente grave; mas no se le ocurría nada satisfactorio. De repente interrumpió sus reflexiones la voz de un hombre; era la de Walton, que la saludaba cortésmente.

—Me alegro encontrar á usted, señorita Holt, dijo, pues me han rogado en el vicariato que la busque á usted para decirle que se la espera.

—Precisamente voy allí, contestó Susana con viveza y cambiando al punto el rumbo de sus ideas.

Walton vestía con más elegancia que de costumbre, y sonreíase como hombre que no conoce la desgracia en el mundo. Esto hizo pensar á Susana cuán diferente sería la expresión del rostro de Miguel en aquel momento á causa de las desgracias de sus vecinos, y el contraste no fué nada favorable para Walton; pero éste no se fijó en nada; habló alegremente mientras se dirigían al punto en que Sara esperaba, y contentóse con las breves contestaciones de su compañera.

Walton estaba muy satisfecho de sí mismo, y esto bastaba para que no tuviese en cuenta el descontento de los demás. En primer lugar, había rehusado acompañar á su hermana mayor al vicariato, sitio que no juzgaba propio para él; después hubo de aceptar la invitación que le hizo la hija del vicario; fué allí solo, llegando en el momento en que se necesitaba alguno para ir á buscar á Susana, y habiéndose ofrecido al punto como mensajero, se le encargó tan dulce misión. Todo, pues, había salido á pedir de boca para Walton, y he aquí por qué estaba tan alegre con Susana, y por qué hacía tan poco aprecio de la frialdad de su prima, cuando se reunieron con ésta.

Sin embargo, Walton tuvo la atención de felicitar á Sara por su salud, diciéndole que tenía muy buen aspecto, cumplido que la joven agradeció al parecer, pues sus mejillas se colorearon vivamente. Los tres se dirigieron hacia la iglesia, colocándose Walton entre las dos primas, á quienes procuró distraer con su conversación, regocijándole la idea de que su hermana mayor se indignaría al verle entrar tan bien acompañado.

Muy pronto divisaron la iglesia y las puertas del vicariato.

—Experimento ahora un vivo deseo de entrar en la iglesia, dijo Walton sonriendo.

—Pues la sensación debe ser muy desagradable para usted, repuso Susana, recordando que rara vez le había visto en misa.

—No es lo mismo la inclinación que el hecho de ir, replicó Walton sin desconcertarse por la respuesta. Si usted quisiera que yo fuese, necesitaría que el cura estuviera allí preparado para el servicio que debe prestar cuando se trata de un casamiento; y que nosotros, tal como estamos ahora, nos presentáramos ante el santo varón dispuestos á contestar á sus preguntas.

—Sobraría una persona, observó Sara sin levantar los ojos.

—No pensaba en ello, contestó Walton dirigiendo una rápida mirada á la silenciosa joven, cuya presencia había olvidado ya.

Tomás se alegró de haber llegado al vicariato, aunque pocos minutos antes sentía verle tan cerca; y era porque Sara ejercía sobre él cierta influencia; sus palabras le producían en cierto modo el efecto de un chorro de agua fría en la espalda, sobre todo desde su última entrevista con la joven en el puente; pero siempre procuraba olvidar cuanto le fuese desagradable, y generalmente lo conseguía.

Una de las ventanas del vicariato estaba abierta, y al acercarse á la puerta oyeron murmullo de voces; un momento después, Walton y sus compañeras fueron recibidos por el vicario y su hija.

El Sr. Arnold había sido pastor de Dunthorpe hacía cuarenta años, y contaba ya setenta y cinco. De complexión fresca aún, tenía el cabello completamente blanco y sedoso, ojos de mirada bondadosa y carácter dulce. Interesábase mucho por sus ovejas y procuraba dar á todos buenos consejos, ayudándoles también materialmente en cuanto lo permitían sus recursos, bastante limitados.

Aún ocupaba su lugar en el púlpito, y la iglesia solía llenarse de gente cuando se sabía de antemano que iba á pronunciar un sermón. No obstante, el principal trabajo de la parroquia se encomendaba hacía dos años al cura llamado Holroyd.

El vicario, viendo que no podía soportar la fatiga que le ocasionaban sus excursiones para visitar sus ovejas, siguió el consejo de su hija la señorita Arnold, quien propuso que en las tardes de los días de feria se invitase á tomar te á los principales feligreses.

He aquí por qué en tales días reuníanse siempre en el vicariato no pocas matronas y jóvenes; pero el número de hombres era escaso, reduciéndose á varios jóvenes, los cuales iban, más bien que á visitar al pastor, atraídos por algún interés particular.

En invierno, el Sr. Arnold recibía á sus visitantes sentado en un gran sillón junto al fuego, prodigándoles siempre sonrisas y palabras bondadosas; en verano colocábase junto á la ventana del jardín, por la cual podía pasar á éste, á causa de ser muy baja, para coger algunas flores y obsequiar á sus jóvenes amigos.

La señorita Arnold, cuya visita á las más humildes viviendas era siempre un consuelo, había nacido poco después de obtener su padre el vicariato de Dunthorpe. Por circunstancias que no es del caso referir aquí, hizo las veces de nodriza y ama de gobierno, y demasiado pronto debió sustituir á su madre para cuidar de ocho niños, hermanos y hermanas. Por eso la llamaban la *solterona*, sin que la ofendiese nunca este término, el más temible de todos para una mujer. Su graciosa figura, la expresión afable de su rostro, y su aspecto simpático, hacíanla parecer joven aún á pesar de algunos hilos de plata que se descubrían en su abundante cabello. Aquella mujer había amado en otro tiempo; pero no fué correspondida, y hubo de renunciar á sus más doradas ilusiones.

La señorita Arnold presidía la mesa á las horas de comer y cuando se tomaba el te, encargándose siempre de hacer los honores; no era su costumbre hablar mucho; pero tenía la habilidad de tocar siempre alguna cuestión que indujera á los demás á discutir. Estudiaba el carácter de cada uno de sus amigos ó amigas, y sus preguntas y respuestas eran siempre ingeniosas.

En la tarde del día de que hablamos, la reunión no era tan animada como otras veces; pues aunque solamente algunos de los presentes habían sufrido más ó menos pérdidas por la quiebra del Banco, los demás se creían en el deber de conservar un aspecto grave.

Elisa Walton, que se hallaba allí, sentada junto al vicario, no era la persona más propia para animar á los demás. Tomaba su te con tal indiferencia, que cualquiera hubiera podido creer que le costaba el dinero y que la bebida no era buena; y de vez en cuando miraba á las mujeres é hijas de labradores con cierto aire de conmiseración, que despertó al fin en algunas su resentimiento, sobre todo porque sabía que Elisa Walton se hallaba en una posición muy crítica, en la de una mujer que había querido echarla de gran dama y no tenía apenas lo suficiente para vivir. Sin hacer aprecio del aparente desdén de las mujeres que allí había, no trató de conciliarse la buena voluntad de ninguna de ellas, y fijó toda su atención en el vicario.

Pero el santo varón dejó de hacerla caso también apenas vió entrar á Susana, que desde su infancia había sido favorita del vicario, y éste deseada además saber si sufría alguna pérdida por la quiebra del Banco. En su consecuencia, aprovechó la primera oportunidad para ir á dar una vuelta con la joven por el prado contiguo.

Walton hubiera querido ir también; pero hizo un esfuerzo para dominarse, y permaneció junto á la señorita Arnold.

Sara le observaba furtivamente, y Elisa Walton fijó en ella la atención desde aquel momento.

Poco después, el vicario y Susana volvieron; Sara y Elisa Walton pudieron ver cómo Tomás se reanimaba, y hubo un momento en que las miradas de aquellas dos mujeres se cruzaron. La hermana de Tomás creyó reconocer una aliada en el campo enemigo. Y esto la distrajo un poco de su mal humor. Parecíale muy duro que el vicario, en presencia de las mujeres que allí había, hubiese dejado de fijar en ella la atención cuando Susana entró; al ver á ésta, levantóse como para ofrecerle su sitio; mas á nadie engañó con su fingida cortesía, y no faltó quien se alegrara de verla en cierto modo fuera de la reunión. No hacía esfuerzo alguno para obtener popularidad entre sus inferiores, y todos se reían de ella.

—Puesto que va usted á Marshstead, amiguita Susana, dijo el vicario, apoyando las manos sobre los hombros de la joven con paternal afecto, dirá usted al Sr. Hazell que iré á verle mañana. Debemos esperar que no estará gravemente enfermo, aunque los reveses de este género no se resisten bien á una edad avanzada.

Susana y su prima volvieron al pueblo, donde el dueño de la posada tenía ya preparado el carrito de la granja, en cumplimiento de la orden que había recibido antes.

Elisa Walton prefirió quedarse en el vicariato, para que su hermano la condujese en su vehículo; pero Tomás, guiñando los ojos, despidióse de la señorita Arnold y de los demás, diciendo que volvería muy pronto.

Cuando Susana iba á subir al carrito, sorprendióla mucho ver á Walton ocupando el sitio del conductor y con las riendas en la mano.

—Voy á Marshstead, dijo, y le ruego que me permita utilizarme de este vehículo. Debo visitar al Sr. Hazell, como deberían hacerlo todos sus amigos, para demostrarle que la pérdida que acaba de sufrir no disminuirá en nada la amistad que se le profesa.

—Pero..., ¿no le espera á usted su hermana?, exclamó Susana, sin saber apenas qué decir ante tan extraño proceder.

—La he enviado un mensajero, contestó Walton, para que la acompañe, y quedaré muy agradecido si usted me permite ocupar un asiento. Yo no estaré más que algunos minutos en casa de Hazell, y desde allí á la Abadía, no hay mucho que andar.

La impetuosidad de Tomás no dejó tiempo á Susana para reflexionar; pero de todos modos la hubiera sido difícil hallar una razón para rehusarle un asiento en el vehículo sin faltar á la ordinaria cortesía.

Sara se colocó detrás, sin esperar á Walton, que se adelantaba para ayudarla á subir.

—Sé que usted acostumbra á sentarse de frente, dijo Tomás; pero me permitirá usted guiar.

La joven no pudo menos de sonreir al observar la decisión de Walton en todo, y le cayó en gracia que éste pidiera permiso para hacer una cosa después de haberla hecho ya.

Al cruzar por el pueblo, Walton saludó con un movimiento de cabeza á varias personas conocidas; y Susana sintió que el rubor coloreaba sus mejillas, al notar la expresión de sorpresa de algunos y la sonrisa de otros, que miraban como diciendo: «¡Muy bien, muy bien; la cosa marcha!»

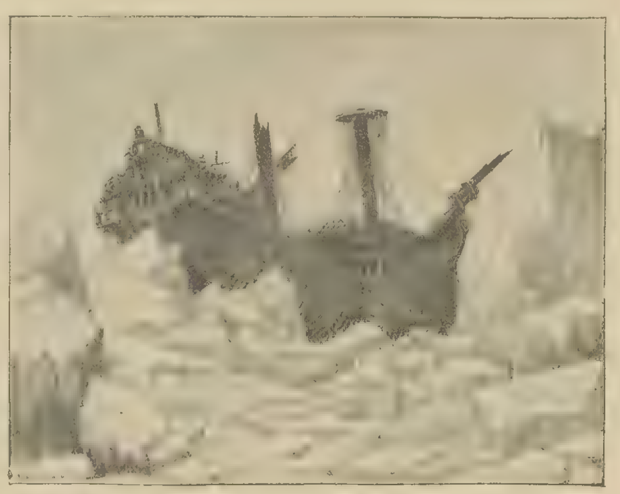
Media hora después, Elisa Walton era conducida á su domicilio por uno de los criados de la posada, que había llevado al vicariato el mensaje de Tomás, anunciando que éste no podía ir á buscar á su hermana, á causa de haberle sido indispensable visitar á un amigo enfermo. Elisa no dió á conocer ante los demás su enojo y disgusto; mas en el camino entregóse á muy tristes reflexiones.

(Se continuará.)

LA ATRACCIÓN DEL POLO NORTE, por el comandante R. E. Peary

Antes de dar una idea del embeleso y atracción que tienen el Polo Norte y las expediciones árticas, permítaseme que procure contestar á esta pregunta: ¿qué es el Polo Norte? Y al hacerlo me parece que he de decir algo nuevo hasta para los más ancianos é instruídos de mis lectores.

El Polo Norte es el centro exacto del hemisferio boreal, del hemisferio en que hay mayor extensión de tierra, población y civilización. Es en donde el eje de la tierra toca á su superficie. En ese lugar no hay longitudes, ni tiempo, ni puntos cardinales, excepto el Sur; allí todos los vientos que soplan vienen del Mediodía. En ese sitio un día y una noche constituyen el año, y dos pasos únicamente separan el medio día de la media noche astronómicas. Desde allí todos los cuerpos celestes parece que siguen su curso en línea horizontal; una estrella muy poco elevada sobre el horizonte nunca se oculta, sino que constantemente gira, rozándolo apenas.



Buque encallado en los hielos polares

Todavía más: el Polo Norte es el último gran descubrimiento geográfico que el mundo guarda aún para el hombre aventurero; ese es el premio por el que los hijos ilustres de las naciones más fuertes, ilustradas y emprendedoras de la tierra, han estado luchando inútilmente cerca de cuatro siglos; el trofeo que llenará de orgullo á la nación que lo gane, aunque sea la más altiva de todas ellas.

Tal vez deba decir unas cuantas palabras para explicar mi aserción de que en el Polo Norte no existe el tiempo. ¿Cuál es el punto de partida para calcularlo? El mediodía, es decir, el momento en que el sol cruza el meridiano bajo el que nos hallamos ú otro fijo que se ha elegido con ese fin. En el polo no hay meridianos, ó mejor dicho, todos los del globo se reunen en un solo lugar, así es que no hay punto de partida para el tiempo tal como lo calculamos nosotros.

Después de definir lo que es el polo, bueno será quizás que nos ocupemos brevemente de las cuatro cosas que, por decirlo así, integran el concepto que de las regiones árticas se forma la inmensa mayoría de las gentes. Estas cuatro cosas son: el frío, la obscuridad, el silencio y el hambre. Las primeras preguntas que casi invariablemente se me han hecho, al regresar de mis expediciones, han sido relativas á esas cuatro cosas, y por lo general, formuladas en el mismo orden en que las he nombrado.

En ninguna parte nos sentimos tan cerca del corazón mismo de la madre tierra

En lo más remoto del Norte, cuando el invierno comienza de veras, parece que hasta el mismo aire se congela, se llena de pequeñísimos cristales de hielo; el acero mejor templado, el roble completamente curado, la majagua, se tornan quebradizos; el hierro dulce se vuelve tan duro como el acero; la melaza y el tocino hay que partirlos á hachazos; el petróleo se pone blanco y espeso, como si fuera mantecado, y la respiración se convierte en hielo instantáneamente. Sin embargo, mis lectores han de tener entendido que el frío solo no es el mayor de los enemigos en las regiones del Polo Norte, ni sería por sí solo obstáculo para las exploraciones árticas. Ya sabemos que el frío y el calor son relativos; el clima de Nueva Inglaterra podrá parecer tan insoportable y causar tanto terror á un hijo de los trópicos, como el frío de las regiones árticas á un natural de Nueva Inglaterra.

Y deben además tener en cuenta mis lectores que un hombre, una mujer ó un niño sanos y robustos, si están bien alimentados y bien vestidos, podrán vivir y soportar el frío de dichas regiones tan perfectamente como nosotros vivimos y soportamos los inviernos de nuestros Estados del Norte. Unicamente si á los rigores del frío se agregan los de una tempestad ártica y el viento impele con furia la nieve, entonces es cuando hay que renunciar por completo á trabajar ó á viajar; hombres y animales se ven obligados á encerrarse en sus madrigueras de nieve hasta que ha cesado la tormenta.

La obscuridad de las regiones árticas es otra de las cosas de las que se tiene, por lo general, una idea equivocada. La noche interminable del polo es á la vez el más grande, el más cruel, el más difícil de soportar de todos los fenómenos naturales que en el globo se realizan. Es una cosa que, cuando una vez se ha pasado por ella, no se olvida jamás. ¿Quién se formará de ello una idea exacta, á pesar de que les diga que la noche dura semanas y hasta meses?

Trátese de concebir, si eso es posible, qué sería lo que experimentarían los habitantes de la Gran Bretaña si el sol se pusiera todos los años á principios de octubre y no volviera á salir hasta fines de febrero. Esta es, por término medio, la duración de la noche en las regiones árticas, si bien en el polo mismo, como ya he dicho, dura seis meses, desde el 21 de septiembre al 21 de marzo. Esa larguísima noche es la que con frecuencia vuelve locos á los que permanecen en aquellas regiones. Este es el mayor é inevitable obstáculo para la exploración ártica: el estar seis meses bajo el aplastante peso de una obscuridad interminable y que exaspera.

Pero no vaya á creerse, como á muchos les pasa, que todo el año reina una obscuridad mayor ó menor; en los países árticos, así como el invierno es un período de obscuridad intensa, casi insufrible, así también el verano lo es de una luz continua, brillante, que á veces la vista no resiste.

El silencio ha sido tema favorito para más de un viajero y de un escritor; el insoportable silencio de las regiones polares. Por mi parte no he echado de ver semejante silencio. Si el campamento de invierno está situado cerca del mar, el continuo subir y bajar de las grandes extensiones de hielo, por efecto de las mareas, produce en él un continuado rumor de crujidos, estallidos y gemidos que nunca cesa enteramente; y si está situado tierra adentro, las probabilidades son de que durante la mayor parte del tiempo el viento y la nieve que éste arremolina produzcan silbidos y chirridos incesantes.

Esto en tiempo de invierno. Durante el efímero verano, los gritos y el aleteo de innumerables aves marinas, el murmullo de los numerosos arroyuelos, el chocar de las olas contra el hielo y las rocas, llenan el aire de continuos rumores.

Hay, sin embargo, ocasiones en que ocurren breves intervalos de silencio absoluto, y cuando esto sucedía, en lugar de serme desagradable, aquel silencio me encantaba por lo profundo y completo.

El hambre ha desempeñado un papel importante en muchas expediciones árticas; sin embargo, debe tenerse presente que lo mismo ha sucedido en otras á países que se tienen por más favorecidos por la naturaleza. La falta de cuidado, la mala administración, la inexperiencia ó el no haber calculado bien las probabilidades, pueden ser causa en cualquier parte del mundo de verse por el hambre amenazados los exploradores. Respecto al hambre, como respecto á la obscuridad, ¿cuántos de mis lectores saben lo que realmente es ni pueden de ello formarse un concepto exacto? No me refiero al hambre que sufre el hombre que se va muriendo lentamente en la inacción, hasta que casi pierde por completo el conocimiento, quedándole sólo un soplo de vida. Nunca he sufrido hambre semejante. A la que me refiero es á la que siente quien, durante muchos días, ha estado trabajando todo lo que ha podido, expuesto al aire helado de las regiones polares, alimentándose con media ración ó con menos todavía, hasta quedar reducido á una escueta armazón de huesos y nervios; al hambre que padece el hombre cuyo corazón, pulmones y músculos están haciendo esfuerzos excesivos; que tiene el estómago del grueso de un pliego de papel, pero cuya sangre, roja y caliente todavía, pide á voz en grito que le den carne. Esa es el hambre que impulsa á arrojarse sobre el oso ó sobre el buey almizclero que se acaba de matar; á levantar con el cuchillo la piel y á hartarse de carne cruda, caliente y deliciosa, sin esperar, por considerarlo innecesario, á ponerla al fuego ni á echarla sal. El hambre que hace que cuando

muere un perro uncido al trineo, el hombre espante y no deje acercarse á los otros perros hasta no haber comido todo lo que apetecía.

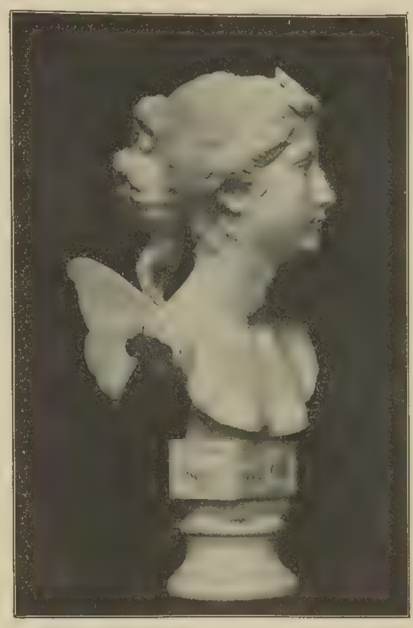
Sin embargo, al paso que esas regiones árticas, con su frío, su obscuridad, privaciones, trabajos y hambre, hacen estremecerse de horror, cuando en ellas piensan, al enfermo, al anciano y al tímido, para el hombre de mediana edad ó para el joven llenos de salud y de sangre roja han tenido, desde tiempo inmemorial, un aliciente mayor que el que brinda cualquier otra comarca de la tierra. Ninguna región atrae con tanta fuerza y tan universalmente á la inteligencia y á la voluntad como aquellas soledades deslumbradoras, peligrosas y llenas de misterio. Lo desconocido, lo nuevo, lo audaz, lo grande, lo imponente de todo aquello, hace que hierva la sangre en nuestras venas.

¿Qué es lo que presta encanto á nuestras juveniles excursiones, sino es la novedad, el penetrar en parajes desconocidos? La propensión á viajar, el *Wanderlust*, como dicen los alemanes, es innata en casi todos los animales; el hombre no es una excepción de esa regla general. Es una reminiscencia de la antigua vida, libre y salvaje; de los tiempos en que era la tierra joven y el hombre tan sólo un animal.

El mayor de los hechizos con que nos encantan las tierras polares, es su misma naturaleza. Aunque muestre una osamenta descarnada y protuberante á causa del frío y del hambre de los siglos sucesivos, en ninguna otra parte nos sentimos tan cerca del corazón mismo de la madre tierra como allá arriba, en aquellas regiones blancas y muertas colocadas entre este mundo y los espacios interestelarios á los que llamamos árticos. Allí se realiza la fábula de Anteo, el fornido hijo de Poseidón, que recibía nueva fuerza y vigor á cada contacto con la tierra. En ninguna otra parte es el aire tan puro, la luz del sol tan brillante, la obscuridad tan intensa, ni las tempestades tan furiosas. Allí se encuentran las montañas de hielo, los ventisqueros, la nieve eterna, los escarpados montes. Allí están las focas, la ballena, el buey almizclero, el oso polar, el lobo blanco y por último los esquimales con sus perros. Allí el día y la noche son inmensos y brilla perpendicularmente sobre nuestras cabezas la estrella Polar.

PSIQUIS, ESCULTURA de PABLO de VIGNE

Pablo de Vigne, uno de los más famosos escultores belgas contemporáneos, es, con Carlos de Stappen, el portaestandarte de la escuela clásica. Nació en 1843, estudió el arte escultórico primero al lado de su padre y luego en las academias de Gante y de Amberes y á la edad de veinte años obtuvo su primer premio en Roma; seis años después lo ganaba por segunda vez. Sin embargo, de sus estancias como pensionado en la ciudad eterna sacó escaso provecho; en cambio, cuando con sus propios recursos y por espontáneas iniciativas visitó los principales centros artísticos de Italia permaneciendo cinco años en Roma, sintióse verdaderamente influído por el arte de la antigüedad, en el cual vió, según él mismo ha dicho, la encarnación de los más puros principios estéticos.



Psiquis, escultura de Pablo de Vigne

Pablo de Vigne se ha mantenido fiel á estos principios y hoy sus obras son admiradas, no sólo en su patria, sino también en el extranjero, figurando muchas de ellas en museos, edificios y monumentos públicos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Al través del istmo de Panamá, por *P. J. Mateos*. – Interesante narración de escenas é impresiones de viaje, en las que la exactitud de las descripciones compite con la amenidad del relato y con el acierto de los juicios que al autor le merece lo observado. Un tomo de 166 páginas, ilustrado con varios grabados y dos vistas panorámicas del Canal Interoceánico de Panamá, editado en Barcelona por los Herederos de Juan Gili.

Cartas íntimas. Sueños fantásticos, por *Fray Buscón*. – El primero de esos tomos contiene, expuesta en forma de memorias filosóficas de un joven novicio, una historia que si interesa por su asunto, interesa aun más por las observaciones que en ella hace el autor sobre importantes puntos filosóficos; el segundo es una colección de historietas fantásticas que se leen con sumo agrado. En uno y otro se nos presenta el autor como escritor correctísimo y culto. Los dos tomos han sido editados en Palma de Mallorca é impresos en la tipo-litografía de Amengual y Montaner.

Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1907 á 1908 ante el claustro de la Universidad de Barcelona por el *Dr. D. José Estanyol y Colom*. – Trata ese discurso del derecho de asociación y está inspirado en la más pura ortodoxia, admirándose en él la bondad de la doctrina, la profundidad de conocimientos y el sano criterio de su autor, el ilustrado catedrático de Derecho Canónico de esta Universidad. Un tomo de 75 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía «La Académica.»

Monumentos arquitectónicos de España. – Se han repartido los cuadernos 15 y 16 de tan importante obra, de cuya publicación se ha encargado la empresa arrendataria de la *Gaceta de Madrid*. Contienen multitud de hermosos grabados y magníficas láminas referentes á Toledo y un interesantísimo texto en español y francés. Precio de cada cuaderno, tres pesetas en España y tres francos en el extranjero.

Marruecos.—La expedición á Sidi Brahim. El botín del capitán. (De fotografía de un corresponsal.)

En el último número dijimos ya algo de la expedición de las tropas del general Drude á Sidi Brahim. Esta operación, aunque ofrecía algunas dificultades, dada la distancia entre el objetivo y el campamento de Casablanca, se realizó con el mayor éxito, pero con resultados insignificantes, pues los rebeldes que ocupaban aquella posición la abandonaron antes de que llegasen los franceses, con lo que se malogró el plan combinado para sorprenderlos y castigarlos rudamente.

En su consecuencia, los expedicionarios apenas hubieron de disparar un tiro, y cuando estuvieron en Sidi Brahim se encontraron con que el enemigo se había internado después de haber recogido y retirado la mayor parte de las tiendas con todo lo que contenían. Los soldados recorrieron el que había sido campamento, incendiaron algunos montones de paja y por todo botín recogieron algunas gallinas y un borriquito que entregaron á su capitán.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 28 de octubre de 1907 — Núm. 1.348

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL TIEMPO, estatua en mármol de Enrique Clarasó

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de la presente serie, que será

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS

interesantísima novela de costumbres americanas, original del notable escritor argentino G. A. Martínez Zuviría

La obra del Sr. Martínez Zuviría es una novela hermosamente sentida, es el estudio de una niña, de un alma desconocida y delicada, hecho con verdadero cariño, más que por un psicólogo, por un poeta enamorado de lo grande, de lo bello y que sabe exteriorizar en forma amenísima esos sentimientos.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS interesa desde los primeros momentos, cautiva más y más á medida que la acción se desenvuelve y acaba por apoderarse enteramente del ánimo del lector, ya que al interés de su argumento se junta el encanto de un estilo elegante y castizo.

La novela lleva numerosas ilustraciones del celebrado dibujante Sr. Opisso.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Chile: el parlamentarismo. – *República Argentina:* estadística de las huelgas de 1906: el juego en Buenos Aires: situación financiera y económica: el comercio, la inmigración y la población: situación política. – *Paraguay:* la Exposición-feria. – *Bolivia:* el conflicto con la Santa Sede. – Las intervenciones diplomáticas contra los tribunales y las leyes de países hispano-americanos.

En el verano último anunciaba el presidente de Chile Sr. Montt su propósito de recorrer las provincias del Norte de la República, hasta Tacna, para darse cuenta por sí mismo de la situación y necesidades de los pobladores de esas comarcas. La Cámara de Diputados había empezado á discutir los proyectos económicos, entre ellos el presupuesto de 1908. Sin embargo, las tareas de las Cámaras inspiraban poca confianza, y en una ú otra forma la prensa venía á repetir lo que meses antes había escrito uno de los principales periódicos de la América del Sur, *El Mercurio*, de Santiago.

El artículo á que aludimos era una protesta más contra el parlamentarismo. Esas Cámaras legislan, gobiernan, administran, mejor dicho, perturban la administración y el gobierno por medio de los cambios incesantes de Ministerio que provocan los grupos revoltosos.

El anterior Congreso chileno nada hizo de provecho para el país, enredado en interminables debates sobre elecciones, sobre crisis políticas, sobre la campaña presidencial y sobre pequeños intereses que no tienen sino una relación muy vaga y lejana con el de la República.

Parece que la capacidad de discurrir y trabajar está en razón inversa de la masa: en las comisiones solía hacerse algún trabajo; en las Cámaras era imposible despachar ningún asunto de interés público con rapidez y sin un verdadero tejido de transacciones.

En Chile, como en los demás países en que impera el parlamentarismo y se carece de la cultura cívica necesaria para este sistema de gobierno, agrava el mal la falta de preparación en materia de negocios públicos con que van á las Cámaras la mayor parte de los senadores y diputados. La investidura de representantes del país les da el derecho de intervenir en todo cuanto se refiere á la administración y á la política; pero como en muchos casos ni siquiera son capaces de medir la importancia de los asuntos que por primera vez han de estudiar en su vida, unos, los prudentes, rehuyen el debate y se limitan á votar, y otros apelan á la gárrula palabrería, á los alardes retóricos, á las habilidades dialécticas, con lo que aparentan suficiencia y adquieren fama de hombres parlamentarios, y el resultado final viene á ser, por una parte, la esterilidad ó ineficacia de las tareas legislativas, y por otra, el encumbramiento á las altas posiciones oficiales de individuos incapaces de dirigir acertadamente el servicio que les está confiado.

La epidemia social llamada *huelga* causa ya graves trastornos en la República Argentina, sobre todo en la capital. Por esto, la Oficina de Estadística municipal de Buenos Aires, en su último *Anuario*, ahora publicado, dedica un capítulo ó parte á los datos y observaciones recogidos acerca de las huelgas gremiales de 1906. Las considera, con sobrada razón, como problema que supera en importancia á todos los que presenta en la actualidad el desarrollo de la vida económica argentina. La frecuencia con que se declaran en esa gran ciudad de la América del Sur, cuya población llega ya á 1.085.000 habitantes, perturba profundamente las fuentes de la producción y toda la economía comercial del país.

Durante el año 1906 hubo 23 huelgas generales, además de las parciales; como siempre y como en todas partes, el motivo fué la aspiración de los obreros á ganar más y trabajar menos. En ellas tomaron parte 18.317 individuos, y el importe aproximado de los salarios que perdieron se estima en 1.844.000 pesos. En 3 huelgas se impusieron los obreros, quedaron vencidos en 10, y en otras 10 transigieron.

Los datos consignados no están de acuerdo con los que publicó *La Vanguardia*, órgano de la clase trabajadora manual de Buenos Aires. Según ese periódico, hubo en 1906 38 huelgas generales y 132 parciales. En 65 ganaron los huelguistas, en 75 fracasaron, en 30 transigieron. El número total de aquéllos fué de 70.743.

La estadística que ahora empieza á hacer el Servicio municipal ha de perfeccionarse, gracias al nuevo departamento del Trabajo, precursor del Ministerio del mismo nombre.

Y ya que nos hemos referido á la Estadística de Buenos Aires de 1906, consignaremos como dato curioso el de las dos notas, la alegre y la triste—así las llama—con que termina la introducción de ese trabajo.

La nota alegre es el número de personas que concurrieron á los teatros de Buenos Aires durante el año; fueron á distraerse en ellos 3.216.968 individuos.

La nota triste es el desarrollo enorme que toma el juego en los hipódromos. A 42.218.602 pesos asciende el total de las cantidades jugadas en ellos; 11 millones más que en 1905 y 20 millones más que en 1904. Aún pueden agregarse los 30.980.000 pesos invertidos en la Lotería de la capital. El valor de las apuestas que se cruzan en otros juegos, en casinos, clubs, etc., escapa á la estadística.

La situación financiera y económica de la República es satisfactoria. La deuda interior se ha reducido, y á mediados de año había en la Caja de Conversión 120 millones de pesos oro.

La importación y la exportación tienden á equilibrarse. La primera alcanzó en 1906 la cifra total de 269.970.521 pesos oro, sin precedente en la historia del comercio exterior argentino; casi 65 millones de pesos más que en el año anterior. La exportación bajó; 292.253.829 pesos oro, ó sea 30.590.000 menos que en 1905.

El año 1906 fué el de mayor inmigración en la República; entraron en ella 366.309 individuos; descontados los que salieron, quedaron en el país 202.164. Al terminar dicho año tenía la Argentina muy cerca de 6.000.000 de almas; en 11 años, de 1895 á 1906, ha ganado 2.019.000, es decir, el 50 por 100. El crecimiento de esta República es tan rápido y constante que sobrepuja, proporcionalmente, al de todas las demás naciones durante el último cuarto de siglo.

La situación política es menos halagüeña. En algunas provincias ó Estados se nota cierto malestar y laten fermentos revolucionarios. Terminado el conflicto que hubo en San Juan, surgió otro análogo en Corrientes, y para darle solución el presidente de la República decidió intervenir. Este acuerdo no satisfizo á algunos de los ministros del gobierno central, y sobrevino la crisis, ya resuelta por el Sr. Figueroa Alcorta.

El falseamiento del sufragio es una de las principales causas de esos conflictos. Por esto, sin duda, el presidente, en el Mensaje que dirigió al Congreso en mayo último, insistía en la necesidad, ya señalada en su programa, de proseguir el desarrollo de la verdadera política constitucional, corrigiendo y suprimiendo defectos y abusos. Considera preciso extender las garantías del mecanismo electoral, para que pueda emitirse con amplia libertad el voto popular.

Con éxito brillante se inauguró en junio la Exposición-feria del Paraguay. Millares de personas la visitan, y la afluencia de público en los días festivos es extraordinaria. Sorprende el adelanto conseguido en algunas industrias del país. Ahora se trata de utilizar los pabellones construídos y dar permanencia á la exposición de productos agrícolas, ganaderos y manufacturados.

Una de las ventajas de la Exposición-feria ha sido demostrar que la República se halla en excelentes condiciones para producir ciertos artículos que hoy tiene que traer del extranjero. Tales son el arroz y gran variedad de frutos.

La valoración de la moneda paraguaya depende principalmente de la exportación; conviene, pues, procurar el acrecentamiento de ésta. Cueros, maderas, mate, tabaco y carnes son los principales, casi los únicos artículos que se exportan, puesto que entre los cinco se llevan más de los $^6/_8$ de la total exportación. El suelo y el clima se prestan perfectamente al cultivo de frutas de gran aceptación en todos los mercados del mundo, tales como naranjas, piñas, plátanos, etc. La periodicidad ó permanencia de las Exposiciones sería un gran estímulo para fomentar esos cultivos y llegar á disponer de nuevos elementos de tráfico que acaudalen la corriente de la exportación.

El Mensaje del presidente constitucional de la República de Bolivia, presentado, el 6 de agosto, al Congreso ordinario de 1907, dedica extenso párrafo á dar cuenta del conflicto con la Corte Pontificia, á que aludimos ya en la *Revista* del 2 de septiembre próximo pasado.

S. S. el papa Pío X se dignó calificar de inicuos los actos de las Cámaras bolivianas referentes al establecimiento del matrimonio civil, así como la reforma del artículo 2.° de la Constitución y la ley derogatoria del fuero eclesiástico; calificó de nefanda audacia y sacrílego atentado el derecho de promover esos actos en el recinto del Congreso, é invitó á los prelados bolivianos á combatirlos varonilmente. Así lo hicieron el venerable prelado metropolitano y los ilustrísimos obispos de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, mediante protesta, con divulgación de la carta de S. S. que contenía lo antes relacionado.

El Poder Ejecutivo estimó el hecho como acto de subversión contra los Poderes públicos, y se dirigió, por medio de la Cancillería, á la Curia Romana, haciéndole saber, en términos respetuosos, que las Cámaras bolivianas no comparten con nadie su alta facultad de dictar las leyes que, según su criterio, mejor convengan para el gobierno de la nación, y que no pudiendo consentir, de modo alguno, el desconocimiento de los principales atributos de la soberanía nacional, se había expedido la correspondiente carta de retiro del representante diplomático que Bolivia tenía acreditado cerca de la Santa Sede.

Otro punto de interés trátase en el documento á que nos referimos. Con motivo de ciertas reclamaciones pendientes ante los tribunales de Chile sobre propiedad de terrenos situados en la zona que Bolivia transfirió á aquel país en virtud del Tratado de Paz y Amistad, los que se dicen propietarios intentaron una acción conjunta de gobiernos de Europa y de América contra el de Santiago para imponerse por medio de reclamación diplomática. Invitada Bolivia, se negó resueltamente á entrar en ese *trust* de cancillerías; antes al contrario, anunció su actitud de protesta contra tal procedimiento.

Ninguna nación hispano-americana debe tolerar que los extranjeros establecidos en ella vengan á ser elementos privilegiados respecto de los mismos nacionales, hasta el punto de evadirse de la acción de los tribunales de justicia.

El derecho del inmigrante de vivir con entera libertad en el territorio de esas Repúblicas es correlativo de la obligación que tiene de aceptar en toda su integridad la jurisdicción y las leyes del país en que se ha establecido.

A toda pretensión que venga de gobierno extraño, dando á entender que se le debe implícita dependencia en cuanto concierne á intervenir, á título de protector de los suyos, en los asuntos de éstos, hay que contestar con digna y enérgica repulsa. Esa especie de tutela es incompatible con el decoro nacional.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Me invitó á una lectura

LA MUSA DEL ARROYO

Aquella noche se había celebrado el beneficio del ilustre dramaturgo, cuya última obra, *La musa del arroyo,* había alcanzado un éxito magno, portentoso, como no se recordaba otro desde los buenos tiempos de nuestros abuelos, cuando el poeta festejado era llevado en triunfo por la corte, en hombros y entre antorchas encendidas.

La caricatura del ovacionado escritor había mequeado toda la temporada en las portadas de las revistas; el aplauso á la obra maestra había sido unánime y hasta el hacha iconoclasta de los autores jóvenes se convirtió en reverente genuflexión ante el glorioso prestigio de D. Alvaro de Cereceda, periodista ilustre, Gran Cruz de Alfonso XII y candidato al primer sillón de la Academia.

Por eso la noche del beneficio *se había reunido la élite de la buena sociedad en el elegante coliseo,* como con su estilo peculiar diría al día siguiente Pepito Francés, el joven crítico, tan conocido en la vida literaria por sus chalecos de fantasía.

Ya se habían apagado los focos del umbral del teatro, la nota clara y sedeña del último tocado femenino desaparecía en la marcha loca de un automóvil, y en la calle solitaria, á la puerta de un café, los violines cíngaros sollozaban las arias de su melancolía vagabunda.

Ante los boks de dorada cerveza, tres jóvenes ataviados de la guisa pintoresca de los artistas bohemios fumaban sus pipas, mientras el humo urdía en el espacio una flora sutil y portentosa que se desvanecía en azules penachos ondulantes.

—Yo asistí á aquel lamentable drama vulgar, presencié todos los amargos episodios de la vida del pobre Gustavo, y os juro que al ver á ese farsante recibir el homenaje de la multitud, la sombra ensangrentada de nuestro amigo se me ha aparecido pidiéndome que le vengase. Por eso en la apoteosis del triunfo me he erguido para gritarle «¡Canalla!» en pleno rostro y ante todo el mundo.

»Ya conocéis la vida del pobre Gustavo; es la vuestra, la mía, la de los escritores pobres y anónimos; hacía traducciones para los editores de Barcelona, y así vivía con cierta independencia, sin tener que rastrear en esta bahorrina de la feria literaria.

»Gustavo era muy altivo y tenía una fe fanática en su talento; además le repugnaba adular á los consagrados; como veis, no tenía condiciones para triunfar.

»Muchas noches durmió bajo la luna, en los quicios sombríos, en los bancos de los jardines públicos, entre racimos de miserables. A veces pasaba entre la rechifla de la chusma, soñador y aristocrático, como un príncipe cubierto de harapos por ironía cruel del azar. Él tenía confianza en el tesoro que llevaba en su cerebro y esperaba, esperaba...

»Un día supimos con sorpresa que se había casado. Desde entonces fueron dos sus supremos amores en la vida: su arte y los ojos azules de su amada Lucía, profundos como mares, dulces como estrellas, de una luminosa mirada de oro que hizo amable la vida erial de nuestro amigo.

»Era una ingenua y pálida burguesita que reía locamente ante nuestros sombreros absurdos, nuestras corbatas inverosímiles y nuestras conversaciones de arte que le sonaban á una garrulería pintoresca de jerigonza.

»Se adaptó con un poco de sorpresa á nuestra pobre vida trashumante y rodó con Gustavo por los *restaurants* de sesenta céntimos el cubierto, hizo la vida loca, imprevisora y juvenil siempre resplandecientes sus bellos ojos azules. Cuando no había qué comer, Gustavo le recitaba versos que había compuesto para ella.

»Así pasaron dos años. Una noche le encontré y me dijo con voz en que vibraba la fiebre del entusiasmo que había escrito una obra, la que llevaba en su corazón desde hacía tanto tiempo, compuesta con la esencia de su propia vida, en la que flotaba la luz de oro de los ojos de su compañera con toda la poesía emocional de esa musa propicia y errante que ríe y llora en el arroyo, bajo la gloria eterna del sol, gozando del encanto del momento sin pensar en mañana.

»Me invitó á una lectura. Vivía en un pequeño nido de la calle del Rollo, en un dédalo de viejas callejuelas solitarias del antiguo Madrid. En su vivienda había un extraño é inefable perfume, una olorosa insinuación femenina, que se intensificaba al acercarse la joven esposa, vaga sensación alada que esparcía la gracia celeste de su gentil persona.

»La luna ponía un velo luminoso sobre los tejados que en aquella red tortuosa de casucas bajas formaban una pintoresca perspectiva de caperuzas bermejas; mientras Lucía preparaba la cena, Gustavo me contó sus proyectos para estrenar su obra, después los días luminosos del éxito, y ya sobre el corcel desbocado de la fantasía, urdió un maravilloso tejido de bellos desvaríos, de admirables locuras, borracha el alma por el divino licor del ensueño y de la gloria. »El yantar fué portentoso, digno de ser descrito por Petronio; al final Lucía escanciaba el *chartreuse* con su bella manita blanca, casi transparente, mirando siempre á su marido con la caricia de sus ojos celestes é ingenuos.

—»Mañana quizás no tengamos un cuarto... Pero mientras dura, miremos las cosas á través de este licor que hace bella la vida.

»Y alzó la copa de un suave color esmeraldino. Lucía sonrió gozosa y exclamó con su voz fresca y cantarina:

—»Ya ve usted qué chiquito es nuestro cuarto. ¡Parece mentira que quepa en él tanta felicidad!

»La obra que Gustavo titulaba *La musa del arroyo* me produjo el latigazo eléctrico de lo genial. Era un intenso drama conmovedor, lleno de jugoso humanismo, de arte, de gracia y de verdad y exento de arrequives retóricos. Ya véis, el público ha confirmado mi opinión.

»No volví á saber de Gustavo en mucho tiempo. Una noche del pasado otoño que caían las hojas muertas de los árboles y el ambiente estaba lleno de presentimientos, le encontré paseando por los altos del Hipódromo; estaba lúgubre y en un estado de alma verdaderamente horrible. Yo le pregunté por su obra.

—»¡Mi obra! ¡Mi maldita obra! ¡La he vendido á un idiota rico y vanidoso que me ha dado para pagar el entierro de Lucía!

»Mi asombro fué aún menor que mi dolor. ¡Aquella criatura era tan dulce, tenía unos ojos azules tan hondos y tan claros!..

—»Sí, amigo mío, Lucía ha muerto; la ha asesinado mi maldita obra maestra.

»Y prosiguió:

—»Cuando terminé el drama, me abrasó una inmensa fiebre de gloria á la que creía tener derecho. Necesitaba dinero, mucho dinero, para resarcirme de las angustias pasadas; las sedas y las joyas eran necesarias para la vida; yo quería conquistarlas para Lucía, aquel ángel inolvidable. De este modo, abandoné las traducciones, que eran el único fundamento de nuestras existencias, y antes de que consiguiese leer en ningún teatro, llegaron los espantosos días de hambre y las noches de invierno sin albergue. Ella siempre sonreía y me animaba en las horas de desesperación; pero su cuerpo débil, acostumbrado á su antiguo bienestar burgués, se iba aniquilando velozmente.

»¡Lo que yo he sufrido en esos escenarios! ¡Todos son canallas ó imbéciles! Al cabo conseguí que un autor célebre escuchase *La musa del arroyo.*

—»No está mal, dijo; tiene usted estimables condiciones de dramaturgo; algunos defectillos de principiante. Yo la corregiré, y firmando el empresario, usted y yo, veremos de estrenarla...

»Le arrebaté con rabia el manuscrito.

—»Cobrar, bueno; firmar, también. ¡Pero poner usted su mano en mi obra!..

—»Pues haga lo que quiera, que no me faltarán obras mejores que la de usted.

»Y aquel cínico, hijo de Harpagón y nieto de Caco, me volvió la espalda.

»Lucía estaba cada vez peor. La pobre sonreía siempre; pero sus ojos azules, inmensamente adorados, miraban ya á las cosas de la otra vida... Una noche cruel que nevaba creí que se iba á morir entre mis brazos en el banco de un jardín público. Al día siguiente, rasgándome el corazón, tuve que llevarla al hospital; aquella misma noche murió en la sala de Jesús, cama número 2.

»La depositaron en el pabellón de los muertos, en unión de un viejo mendigo de cabeza venerable de santo, á cuyo lado no lloraba nadie. Yacía, con las blancas manos casi transparentes divinamente tristes y cruzadas, en el fondo de uno de esos pardos y siniestros ataúdes de hospital que conservan hedores de otros cadáveres; corté un bucle de su admirable cabello de oro, un trocito de su mortaja, y frenéticamente pegué mis labios á su boca cárdena. Después salí.

»El autor célebre á quien conté mi angustia, regateó cuanto pudo. Por fin me compró mi obra, todo, propiedad, firma... ¡Ya qué más me daba! Aquel dinero valió para que Lucía no fuese á la fosa común.»

El narrador hizo una pausa y apuró el contenido del bok.

—Después, la noche del estreno de su obra, volví á ver á Gustavo en la calle, completamente anulado por el alcohol, hasta tal punto que ni siquiera me conoció. Y así le hemos visto siempre después, borracho de pena y de aguardiente, rodando por las calles en un doloroso embrutecimiento. Se hundió en una de esas simas voraces y sin fondo en las que cae el alma y no vuelve á salir más; bocas de infierno del desastre, abismos donde el alcohol, el opio y la morfina son monstruos que devoran al desdichado á quien un terremoto moral lleva á buscar sus paraísos artificiales.

»Ya conocéis el fin. Una noche le hallaron ahorcado en un balcón de la calle del Rollo, en aquella misma casa pequeñita que había contenido tan gran felicidad. Había una gran luna amarilla que hería sus ojos abiertos á la eternidad. Los animales vagabundos olfateaban su cuerpo rígido que se balanceaba como un péndulo siniestro.

»Se ahorcó tal vez en un momento lúcido, viendo el vacío horrible de su vida, destruídos para siempre sus dos grandes amores.»

El ciclón, grupo en bronce de Tancredo Pozzi (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

Cuando los tres jóvenes salieron del café estaba amaneciendo. Pero el nuevo día no era tampoco el día vindicativo y luminoso de la suprema justicia.

EMILIO CARRÉRE.

A la puerta del cementerio, cuadro de C. Wilhelmson. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE VENECIA

La séptima Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada este año en Venecia ha ofrecido un conjunto verdaderamente selecto, pues el jurado, sin mostrar la severidad excesiva de otras veces, en alguna de las cuales llegó á rechazar el ochenta y cinco por ciento de las obras presentadas, ha usado de un rigor saludable, merced al cual todo lo que en el certamen figura es realmente digno de ser visto.

En la sección austriaca llama la atención en primer término un tríptico de John Adams Quincy, por la robustez de las tonalidades y el gusto de la composición; son muy notables también los retratos de Laszlo y de Pochwalsky, los cuadros de Hampel, Graf, Frank, Roth y Uprka, y cinco esculturas de madera de Barwig.

Pocas obras de verdadero mérito contiene la sala francesa; entre ellas citaremos un retrato de Besnard, un luminoso pastel de Raffaelli, un paisaje de Luciano Simon y un lienzo de Blanche.

La sección noruega es una de las más hermosas; Torn tiene en ella cinco magníficos cuadros, Larson dos bellísimos lienzos al óleo y dos acuarelas, y Ana Boberg una serie interesantísima de paisajes.

Alemania ocupa dos salas y en ellas se ven obras de los artistas más eminentes de aquel país: Bartels, Dettmann, Fischer, Gurich, Hengeler, Knirr, Koester, Otón Marcus, Münzer, Nadler, Nikutowski, Oppler, Pettersen, Schramm-Zitau y Zügel, son nombres que por sí solos garantizan la valía de sus producciones.

Seis soberbios retratos del eminente Sergeaut constituyen el *clou* de la sección inglesa, en la cual se admiran además cuadros de Lavery, Paterson, Robertson y Sauter, y sobre todo cuatro magistrales composiciones de Brangwyn.

La sala rusa presenta una muestra interesante y característica del arte en aquella nación: Repin, Maliavin, Kustodieff y Serov exponen cuadros de gran valor artístico.

Los caballos del sol, tríptico decorativo de Arnoldo De Kardis. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

Bélgica ocupa un pabellón especial, en el que son dignas de citarse las esculturas de Khopff, Mirme y del gran Meunier, los cuadros de Fabry, Ciamberlani, Baertsoen, Lemme, Guilliard, Morreu, Van der Eeckhudt, Evenepoel, Wagemaus, Ensor, Opsomer y Van Risselberghe, y los bustos de Heram, Kemmerich, Lagae, Lalaing, Rousseau y Samuel.

Una de las secciones más interesantes de la exposición es la de los acuarelistas holandeses, compuesta de preciosas obras de Zilcken, Blommers, Dysselhof, Israels y Veth.

En una sala internacional hay obras muy notables de Mesdag, Klein-Chevalier, Mile, Shannon, Tusen y otros.

Las salas destinadas á Italia contienen muchas y excelentes obras, al pie de las cuales se leen las firmas de los primeros artistas de las diversas escuelas italianas: en la piamontesa, Maggi, Grosso, Dellcani, Cavallieri, Ciolina, Pozzi, Scattola, Miti Zanetti, Graziosi, Grandi, Marius Pictor; en la romana, Apolloni, Coromaldi, Carlandi, Coleman, Bataglia, De Karolis, Sartorio, Nosi, Mancini; en la veneciana, Dall'Oca Bianca, Laurenti, Ciardi, Zotto, Destefani, Fragiacomo, Nono, Bezzi, Favreto, Tito, Zezzos, Rotta, Ciardi y Milesi; en la lombarda, Carrozzi, Bazzaro, Belloni, Balestrini, Gignous, Cavalleri y Mariani; en la toscana, Fattori, Gioli, Luiggi, Nomellini, Lessi y Origo; y en otras salas, De Albertis, Buffa, Origo, Balestrieri, De Maria, De Sanctis, Migliaro y otros.

En la sección de escultura merecen especial mención las obras de Tozzi, Ciusa, D'Orsi, Alberti, Carminato, Pellini, Bartholomé, Dampt, Millés, Bouchard, Ugo, Benini, Rosales, Apolloni y Canonica.

Para formarse idea del éxito de la exposición, bastará decir que á los dos meses de abierta se habían vendido 252 obras por valor de 400.000 liras.—S.

El hijo, cuadro de Humberto Coromaldi. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN CATALUÑA

Con motivo de las terribles inundaciones que tantos estragos han ocasionado en Málaga y en Cataluña, S. M. el rey D. Alfonso XIII ha querido visitar las comarcas más castigadas para enterarse personalmente de los efectos de la catástrofe y demostrar con su presencia que sabe compartir las aflicciones de sus súbditos.

Desde Málaga vino á bordo del transatlántico *Cataluña,* á nuestra ciudad, en donde era esperado á primera hora de la mañana del 19; no llegó, sin embargo, hasta las cuatro y media de la tarde, atracando el buque en el muelle de Baleares. Subieron á bordo á saludar á S. M., á quien acompañaba el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura, comisiones del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial, presididas respectivamente por el alcalde Sr. Sanllehy y por el presidente Sr. Prat de la Riba, el gobernador civil, el capitán general y algunos particulares.

Poco después desembarcó el monarca; asistió al *Tedeum* que se cantó en la Catedral; visitó, á pesar de ser ya de noche, la Exposición Internacional de Arte, y regresó al *Cataluña,* en donde sentó á su mesa á las autoridades.

A las ocho de la mañana siguiente encaminóse

Barcelona.—Aspecto de la plaza de la Paz antes de la llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII

El tren real en la estación de Sabadell

S. M. el rey pasando el puente de San Vicente

Llegada de S. M. el rey á Manresa

S. M. el rey en la estación del ferrocarril de Manresa á Berga

S. M. el rey contemplando desde el puente el aspecto de la ciudad de Manresa

S. M. á la estación del Norte y tomó el tren real que había de conducirlo á Manresa. Al llegar al puente sobre el Cardoner, cuyos desperfectos hizo notar al monarca el director general de Obras Públicas, fué preciso hacer transbordo, y en otro convoy dispuesto al otro lado de aquél partieron los expedicionarios para la expresada ciudad, adonde llegaron á las diez y media.

El alcalde Sr. Armengou y el diputado á Cortes por el distrito Sr. Soler y March pronunciaron breves discursos de salutación y agradecimiento á don Alfonso, quien contestó á ellos con sentidas frases, expresión del pesar que en él había producido el desastre y de su propósito de hacer cuanto pudiese para remediar las consecuencias del mismo.

Inmediatamente dirigióse el monarca á visitar los edificios que más perjuicios han sufrido, empezando por el puente del ferrocarril económico de Manresa á Berga, que está destruído totalmente; de allí fué á la fábrica del gas, cuyas calderas abolladas estaban tumbadas en el suelo; á la del Sr. Carné, que además de otros muchos daños, tuvo la pérdida de 12.000 sacos de cemento arrastrados por las aguas; á la de Portabella, cuyas dependencias, algunas cubiertas de barro todavía, visitó minuciosamente; á las de Sitjes y del Pont Vell, en donde pudo apreciar los grandes destrozos que en la maquinaria ha producido la inundación.

Contra el parecer de los ingenieros, pues la carretera ofrecía en algunos sitios verdadero peligro, don Alfonso quiso llegar hasta Suria, población en donde el agua ha causado también terribles estragos, y al efecto subió á un automóvil, y seguido de otros diez y seis en que iban las autoridades, personas del séquito real y varios particulares, llegó hasta aquella villa, no sin tener que vencer grandes dificultades.

En Suria, S. M. recorrió varias casas derrumbadas y la fábrica del Sr. Abadal, y terminada esa visita regresó á Manresa, saliendo poco después en tren para Calaf; desde esta última población, y acompañado de los diputados á cortes Sres. Rodés y Milá, del señor Maura y del general Linares, fué, también en automóvil, á Torá y á Pons, habiéndose quedado en Calaf el resto de la comitiva. Poco antes de llegar á Pons, el automóvil que conducía al rey y á sus acompañantes quedó atascado, teniendo S. M. que ir á pie hasta aquel pueblo y luego hasta Balaguer, desde donde marchó á Lérida, en vez de regresar á Calaf, según al principio se había proyectado.

Manresa.—S. M. el rey á la salida de la fábrica del Sr. Sitjes

A Lérida llegó el rey á las once de la noche, y como estuviera poco segura la vía de Zaragoza, á causa del desbordamiento del Cinca, el tren real se dirigió á Reus para desde allí, y por la línea de los directos, regresar á la corte.

D. Alfonso y el Sr. Maura, éste en nombre del gobierno, han dejado importantes cantidades para repartir entre las personas más necesitadas y más perjudicadas por la catástrofe.

Lo mismo en Barcelona que en Manresa, en Suria, en Calaf, en Pons, en Balaguer y en Lérida y en las demás poblaciones por donde pasó, fué objeto Su Majestad de cariñosas muestras de respeto y simpatía, que se acentuaban al ver que el monarca, sin atender á las observaciones que se le dirigían y haciendo caso omiso de las dificultades y aun en algunos casos de los peligros que había que vencer, quería ver de cerca y en el mayor número posible las localidades damnificadas.

Así el rey como el presidente del Consejo de Ministros habrán podido convencerse de las pérdidas inmensas que han sufrido las comarcas catalanas por ellos visitadas y otras que no pudieron visitar, y formarse perfecta idea de los grandes esfuerzos que se necesitan para remediarlas y para evitar la miseria que amenaza á tantos miles de obreros, á quienes la inundación ha dejado sin trabajo. Penetrados el monarca y el gobierno de la excepcional magnitud de los daños que, según frase del propio señor Maura, no se remedian con limosnas, no ha de serles difícil hallar los medios para aminorarlos y para que cuanto antes se restablezca la normalidad, tanto menos cuanto que los mismos perjudicados, desde el gran propietario al modesto labrador y desde el fabricante al obrero, han demostrado ya, aun antes de que á ellos lleguen los auxilios oficiales, que, lejos de dejarse amilanar por la desgracia, sienten redoblar sus habituales energías y se disponen á trabajar unidos con vigor y perseverancia para rehacer los campos que el agua ha devastado y reconstruir lo antes posible las fábricas que las inundaciones han destruído.—X.

(Fotografías de A. Merletti.)

EL OTOÑO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO D

H. Hartwich, grabado por Ricardo Bong

LOS LADRONES DE IGLESIAS EN FRANCIA

Hace algunas semanas, descubrióse que de la iglesia de Ambazac, pequeño pueblo del departamento del Alto-Vienne, había desaparecido una joya artística de gran valor, una famosa arquilla de San Esteban de Muret, del siglo XII, hecha de metales preciosos repujados y cincelados y adornada con hermosos esmaltes y valiosas piedras.

Instruídas las oportunas diligencias, vínose en conocimiento de que el jefe de los que habían cometido aquel robo era un industrial de Clermont Ferrand, llamado Antonio Thomás, y el juez dispuso la detención del hermano y de la madre de éste, quien en aquel entonces hallábase en Londres negociando precisamente la venta de la arquilla robada.

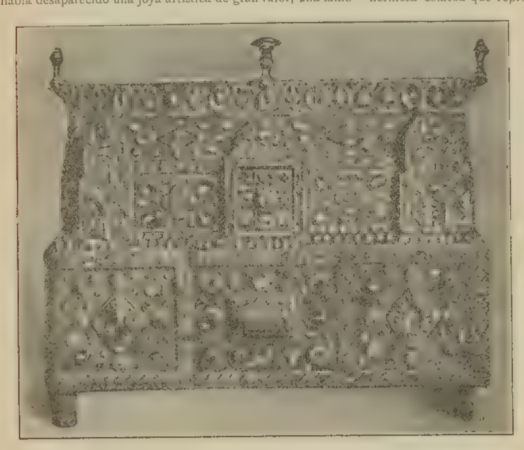
Al tener noticia de aquella doble detención, Antonio regresó de Londres y se constituyó preso, recabando para sí toda la responsabilidad del delito. Lo propio hizo su cómplice Antonino Faure. Créese que la madre es, en efecto, inocente; pero créese también que el que se confiesa autor tiene más cómplices que el que con él se presentó á la justicia.

La arquilla ha sido encontrada en Londres; el ladrón la había depositado en la «Regent Street deposit and forwarding C.º,» mientras hacía las gestiones necesarias para venderla. Desde allí ha sido enviada á Limoges, en donde se instruye el proceso.

Esa arquilla, cuyo valor era de 600.000 francos cuando conservaba aún los magníficos rubíes que le fueron arrancados durante la Revolución francesa y que ahora se estima en unos 100 000, fué ofrecida por Thomás á un coleccionista londinense en 30.000, lo que hizo despertar sospechas de que se trataba ó de una mixtificación ó de un objeto de procedencia ilegítima.

El juzgado, prosiguiendo sus indagaciones, ha descubierto escondida en una bodega que Francisco Thomás tenía alquilada en Clermont-Ferrand otra joya artística de gran valía, el busto de San Baudime, que en 1906 desapareció de la iglesia de San Nectario, de Issoire. Es un busto de madera cubierta de una capa metálica y adornada con pedrería; data del siglo XII y su valor es, según parece, de 250.000 francos.

Este segundo descubrimiento induce á creer que se trata de una verdadera cuadrilla de salteadores de iglesias. El suceso ha producido gran emoción en toda Francia.



La arquilla de Ambazac, robada por Antonio Thomás, de Clermont Ferrand, y sus cómplices y encontrada en Londres, adonde había sido llevada para su venta

La estatua de San Baudime, robada por Antonio Thomás en 1906 y encontrada recientemente en una bodega alquilada por el hermano de éste en Clermont Ferrand

LA CUADRILLA DE LADRONES DE IGLESIAS EN FRANCIA

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 697, 704 y 705.)

El Tiempo, estatua en mármol de Enrique Clarasó. – La hermosa estatua que reproducimos, alegórica representación del *Tiempo*, da á conocer, al igual de la titulada *Memento*, premiada en el Salón de París la nueva fase de la labor artística del distinguido escultor catalán Enrique Clarasó. La nueva obra revela una evolución razonada y que nuestro amigo, al dedicarse por completo al gran arte, manifiesta cualidades y aptitudes que antes no podían tener tan cumplida aplicación, por la diferencia esencial del género cultivado en tiempos anteriores.

Véase la venerable representación del *Tiempo*, destinada á coronar un monumento funerario de la capital aragonesa, inspirada en el sentido versículo del libro de Job, *Breves son los días del hombre*, y podrá apreciarse la importancia y finalidad de la obra que actualmente realiza Clarasó, traducida tanto en el concepto que la informa, como en su ejecución amplia y fácil, exenta de amaneramientos y premiosas minucias, que estarían en pugna con los cánones del gran arte, cuyas creaciones recuerda el laborioso artista, á quien aplaudimos y excitamos para que prosiga por tal senda, en la seguridad de que alcanzará el doble objetivo de satisfacer sus legítimas aspiraciones y obtener la general consideración.

El otoño, cuadro de H. Hartwich. – Con bien pocos elementos nos hace sentir el celebrado pintor alemán lo que su cuadro representa; el cielo, el paisaje, las figuras, todo respira esa plácida melancolía que es la característica del otoño, y contemplando ese firmamento gris, ese campo en donde ha sido ya levantada la cosecha y esa pareja de labriegos que ultiman la labor del día, experimentamos la sensación de esos primeros fríos precursores de la solemne quietud invernal de la naturaleza.

Marruecos.—La embajada francesa dirigiéndose al palacio del sultán en Rabat (De fotografía.)

Muley Abd-el-Aziz en Rabat, último retrato del sultán de Marruecos (De fotografía.)

MARRUECOS

La embajada francesa en Rabat

El primer acto político realizado por el sultán Abd-el-Aziz después de su llegada á Rabat ha sido la recepción de M. Regnault, ministro de Francia en Tánger, quien, acompañado del general Liautey, del almirante Philibert y de un brillante séquito, desembarcó el día 7 y se dirigió á El-Kebbibat, residencia del soberano marroquí.

La entrevista, que se celebró en un vasto salón cuadrado de aquel palacio, fué cordialísima, y el sultán expresó sus sentimientos de simpatía hacia la nación francesa y sus deseos de vivir con ella en buena amistad. El embajador entregó á Abd-el-Aziz el gran cordón de la Legión de Honor.

Dos días después, el soberano concedió á los periodistas franceses una audiencia, durante la cual mostróse sumamente amable y condescendiente hasta el punto de dejarse fotografiar. Una de las fotografías que se sacaron es la que el adjunto grabado reproduce.

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

XXII

DUDAS

Susana no podía comprender por qué su prima se encerraba en tan obstinado silencio, y preguntábase si habría ofendido á su prima en alguna cosa. Estas reflexiones bastaban para que tuviese muy mal humor; pero Walton hizo lo posible para distraerla, hablándola de caballos, carreras y diversos incidentes. Susana se había esforzado más de una vez para que su prima tomase parte en la conversación; pero Sara se limitó á contestar por monosílabos, sin pronunciar nunca más que una ó dos palabras, lo cual irritó á Susana de tal modo, que no quiso hacer más caso de su compañera.

Cuando estuvieron á dos millas del pueblo, la señorita Holt pensó que había obrado mal, consintiendo á Walton acompañarla; mas por otra parte reflexionaba que hubiera sido una grosería rehusar al joven un asiento para ir á Marshstead. De todos modos, ya estaba hecho, y al fin pensó que en rigor nada tenía de que arrepentirse.

Llegados á la granja de Hazell, Miguel salió á recibirlos; sus ojos expresaron la mayor alegría al ver á Susana; mas al fijarse en Walton, que aún tenía las riendas en la mano, palideció al punto.

El cambio fué tan marcado, que Susana no pudo menos de notarlo, y esta vez se convenció de que no había obrado bien. Sin embargo, no quiso pensar más y preguntó por Job.

—Poco más ó menos, está como siempre, contestó Miguel con alguna frialdad, mientras daba la mano á Susana para que se apease, ofreciéndola después á Sara.

Walton había estrechado apresuradamente la mano á Miguel, y entretúvose luego en acariciar al caballo, como si esperara á alguno para que lo condujeran á la cuadra.

Susana, sensible á la frialdad de Miguel, permaneció un momento en la puerta, mirando alternativamente al joven Hazell, á Sara y á Walton; pero después dirigióse hacia la sala principal. Al ver que Job no estaba allí, disponíase á salir, cuando vió entrar á una mujercita, que á pesar de sus cincuenta años parecía muy vigorosa aún. Era Juana Darby, que estaba en la casa hacía treinta y cinco años, en clase de ama de gobierno y cocinera, y á quien se consideraba ya como de la familia.

—Me alegro ver á usted, Juana, dijo la señorita Holt, aunque corre tan mal tiempo, que casi es vergonzoso alegrarse de nada; pero ¿dónde está Job? Supongo que no será tanto su mal que le obligue á guardar cama...

—Ni la guardará tampoco, interrumpió el ama de gobierno, mientras pueda tenerse en pie, aunque se lo aconsejaran todos los médicos del mundo. El doctor Humphereys ha estado aquí, y dijo que no respondía del amo si no se limitaba al más absoluto reposo. «Viviré tanto como usted, le contestó el señor sonriendo alegremente.—Muy bien, repuso el médico, pero no estará de más reservar las fuerzas para cuando las necesite.—Pues no hago esa cosa,» repuso el Sr. Hazell. Con esto terminó la conversación respecto á la salud; después hablaron un rato de cosas indiferentes y el doctor se marchó diciendo á mi amo que debería cuidarse.

—¡Cómo!, repuso Susana, ¿sin recetar ninguna medicina?

Susana firmó con mano segura

—Sí recetó; pero el amo dijo que no quería tomarla.

—Muy bien; pero ¿dónde le encontraré ahora?, preguntó Susana por segunda vez.

—Mi amo tiene rarezas, contestó Juana sonriendo. Apenas se marchó el doctor, empeñóse en ir á cortar la pequeña valla que hay en la extremidad del jardín, pues dice que le impide ver bien la granja del Prado. Nadie podría imaginar cuánto piensa en usted y Miguel, señorita; y yo creo que si algo puede alegrarle después del trastorno que ha sufrido, será solamente ver á usted unida con Miguel. En cuanto á mí, me atrevo á decir que no encontraría usted un muchacho como él en todo el país.

—Voy á buscar á Job, dijo Susana bruscamente.

—Está muy bien; la presencia de usted le consolará sin duda, pues siempre sucede así.

Juana acompañó á la joven hasta la puerta y después volvió á ocuparse de sus quehaceres, mientras que Susana se dirigía al jardín.

Experimentaba cierta inquietud, y decíase en su interior que había obrado mal en alguna cosa; iba á consolar á un hombre á quien creía apurado, y pensaba que ella era quien más necesitaba consuelo. Disgustábale mucho que Miguel y Tomás Walton fueran rivales en su amor, cosa que no podía ocultarse; pero sentía más aún que las circunstancias los pusieran siempre en contacto.

Había dicho á los dos ya claramente cuál era su modo de pensar; y ahora inspirábanla tan sólo indiferencia sus dos pretendientes.

La conducta de Miguel le parecía algo irreverente, pues sabiendo ó debiendo saber el objeto de su visita, era una falta de cortesía dejarla sola para que buscase á Job, en vez de conducirla á su presencia. Era demasiado orgullosa para pedir un favor á nadie ni solicitar su simpatía, y en su enojo preguntábase qué línea de conducta debería seguir.

Cuando al fin llegó al sitio donde estaban reunidos todos, vió á su prima sentada debajo de un árbol; Miguel hablaba con su padre, tratando de inducirle á que no cortase la valla más; Job proseguía su trabajo con singular vigor, y Walton encendía su pipa.

—¡Hola, tío!, exclamó Susana poniendo una mano sobre el hombro del anciano; usted no debería estar aquí.

Job desvió con suavidad la mano de la joven, y apoyándose en el mango de su hacha, fijó una mirada distraída en el camino que conducía á la granja.

—Casi me parece verla ya, Susana, dijo, y esto será muy agradable para mí cuando tú y Miguel estéis allá juntos.

Al decir esto hizo ademán de continuar su trabajo, pero Susana le detuvo.

—Por más que haga usted, dijo, no le será posible ver la granja desde aquí..., y además yo quiero cenar y necesito que usted me acompañe.

Job dejó su hacha, miró á todos sonriendo, como si comprendiese las absurdas opiniones que se formaban sobre su estado, y después fijó toda su atención en Susana.

—Ya sé lo que piensas, dijo; á ti te parece que estoy trastornado y que mi ocupación de ahora es una rareza. Vosotros los jóvenes pretendéis saber más que los padres, y tal vez tú sepas más que yo. Pues yo te digo que desde aquí podré ver tu granja, tan claramente como si estuviese en la puerta, y que mi trabajo no es inútil.

—Quisiera ver tanto como usted, dijo Walton; si esto pudiera ser, le aseguro que muy pronto tendría millones.

Esto no era una impertinencia de Tomás, pues al decirlo solamente pensaba en lo ventajoso que sería para él ver tanto en cuestión de caballos y carreras, porque esto le permitiría adquirir una fortuna.

Job fijó una mirada en el joven, y sus ojos brillaron un momento.

—Es usted un buen mozo, Tomás Walton, contestó, pero seguramente no de aquellos que saben ganar millones, porque ve usted cosas que están demasiado lejos.

—¿No es eso una paradoja?

—Tal vez; pero en tal caso, bastante clara. Hay personas que nunca consiguen su objeto, por muchas oportunidades que se les presenten para realizar su fin, y usted es una de ellas; mientras que otras se las han de buscar de por sí, porque su suerte no se las depara, como por ejemplo...

Job miró á su alrededor, como buscando un punto de comparación; fijó la vista en Miguel, que le observaba con expresión grave, y después en Susana, á quien parecía desagradar tanto la conversación como la debilidad mental del anciano; y al fin completó su sentencia diciendo:

—Como por ejemplo, Sara.

El hecho de que la reservada y silenciosa joven, que permanecía inmóvil debajo del árbol, cual si procurase no llamar la atención, fuera la persona favorecida por su padre, hizo sonreir á Miguel, y Walton soltó la carcajada.

—Creo que tiene usted razón, tío, dijo Susana; mi prima habla poco y es muy reservada; pero pocas la ganarán á poner las cosas en orden. Ella sola es capaz de hacer el trabajo de cuatro mujeres, y lo que á otra le parezca imposible, Sara lo encuentra fácil.

Susana se alegraba tanto de hacer este elogio de su prima como de distraer con otro asunto á Job para cambiar el curso de sus ideas; pero Sara le interrumpió.

—Creo, dijo sonriendo tristemente, que puedo estar engreída y con mi vanidad satisfecha para toda una semana. Yo quisiera poder pensar tan bien de mí como ustedes.

—Yo no digo nunca sino lo que siento, repuso Job enfáticamente.

Y empuñando otra vez su hacha, quiso continuar su trabajo, pero su brazo parecía más débil y Miguel le detuvo.

—Padre, le dijo, ahora iremos á cenar; mañana podrá usted concluir esto.

—Aún no es hora de cenar.

—Es que yo he dicho á Juana que lo prepare ya, y como el Sr. Walton ha de marcharse pronto...

—Pues bien, dadle su cena y que se marche cuando guste.

—Pero yo también tengo ya apetito, y será más agradable sentarnos todos á la mesa.

—Tal vez tengas razón, pero advertiré que no estoy cansado... Susana, dame tu brazo.

La joven obedeció al punto, Miguel se adelantó para ofrecerle también su apoyo; pero Sara se interpuso, porque no quería ir detrás con Walton.

—Permítame usted, dijo á Miguel, ofrecer también mi brazo al Sr. Hazell.

De este modo los dos rivales debieron ir uno junto al otro; pero aunque tal vez los dos pensaban en la misma cosa, ninguno de ellos hizo alusión á Susana. «¿Seré yo el preferido?,» preguntábase Tomás. «¿Persistiría ese hombre en su empeño—se decía el joven Hazell,—si supiese que Susana no tiene ya un cuarto?»

Job andaba lentamente entre las dos jóvenes, apoyándose en sus brazos. Susana, sabiendo que el anciano era bastante mezquino en cuestión de intereses, por no decir avaro, pensaba que seguramente debía haber algún error respecto á la extensión de sus pérdidas, pues si éstas hubiesen sido considerables, seguramente habría hablado del asunto. Sin duda notaba un cambio curioso en sus palabras y en su ademán, mas no podía explicarse cuál podía ser la causa; solamente observaba con disgusto que no quería hablar sino de su casamiento con Miguel. Parecíale una cosa inevitable, y deseaba que se celebrase lo más pronto posible.

—Si no se hace así, dijo con cierta irritación volviéndose hacia Sara, siempre se aplazará; pero los casaremos pronto, ¿eh?

—Espero que sí, contestó la joven sonriendo por primera vez con expresión de alegría.

Susana volvió la cabeza, aparentando no oir; pero Job, agitando su brazo para llamar su atención, continuó:

—No seas tan corta de genio, Susana; es preciso hacer lo que dije, y esto muy pronto. A mí me queda poca vida, y no quisiera irme al otro mundo sin haber visto lo que más deseo ver, es decir, vuestra boda. El otro día encargué al sastre la confección de una levita nueva para asistir á la ceremonia, y ésta no debe aplazarse más tiempo.

A Job le parecía que esto era suficiente para que el matrimonio no se retrasase más tiempo, y que al hacer el sacrificio de comprarse una levita, evitaba que los dos jóvenes, el uno por condescendencia y la otra por cortedad, aplazaran indefinidamente la realización de lo que él tanto deseaba.

Susana escuchó todo esto con mucha resignación; pero más de una vez estuvo á punto de perder la paciencia, pues Sara aprobaba todo cuanto Job decía, confirmando de tal modo sus apreciaciones, que llegó á creer que su prima se burlaba del anciano; pero después de observarla un momento, convencióse de que hablaba en serio. No solamente apoyaba á Job en su opinión de que era preciso celebrar el matrimonio desde luego, sino que dijo que el deber de su prima era acceder sin vacilación, para cumplir con el deseo que su padre había manifestado en otro tiempo.

—Sin duda soy una mujer muy perversa, dijo al fin Susana con una sonrisa que distaba mucho de ser tan franca y alegre como otras veces. Se supone que todas las jóvenes están descontentas y desazonadas hasta que consiguen casarse; mientras que yo, teniendo dos pretendientes que solicitan mi mano con instancia, y segura de que serían los más cariñosos y fieles maridos, no puedo asegurar que elegiré á uno de los dos, siguiendo el consejo que se me dé.

Esta contestación fué bastante desagradable para Job y también para Sara, pues la sugirió algunas amargas reflexiones.

—Sin duda, dijo la joven, tú solamente tienes derecho para elegir esposo; pero me parece que debes pensar en los demás tanto como en ti misma.

—Ya trato de hacerlo, contestó Susana.

—Muy bien dicho, replicó Job sin echar de ver el tono alterado con que las primas se hablaban; ya arreglaremos la boda apenas te halles preparada.

Susana estaba resentida de que Sara tomase parte contra ella, pensando de que al menos podría haber dicho alguna palabra en su favor en vez de hacerse eco de las opiniones del Sr. Hazell. Esto le producía el efecto de una persecución, y rebelábase contra toda tentativa para imponerse á su voluntad. El tenaz empeño de su tío la disgustaba en alto grado, y casi hubiera preferido casarse con cualquiera más bien que ceder á las exigencias de nadie. Sin embargo, no quiso contestar á Job por no disgustarle en tal momento.

Pero el anciano tomó este silencio por aprobación, y muy satisfecho de sí mismo, cenó con la mejor gana, haciendo alusiones al gran acontecimiento que debía realizarse y mostrándose muy comunicativo con las dos jóvenes.

También Walton estaba muy contento al parecer; y sin duda olvidaba que se había propuesto permanecer solamente algunos minutos en casa de Job, porque después de cenar propuso éste jugar una partida de ajedrez.

El anciano fijó en él una placentera mirada de sorpresa.

—¿Ha oído usted decir que yo juego?, preguntó lisonjeado por la idea de que se hablara de su habilidad en otra parte.

—¡Oh, sí! A menudo, contestó Walton, y ya sé que usted es de los fuertes; pero esto no me arredra, pues he batido en Londres á varios de los que se consideraban como jugadores de primera.

—Le advierto á usted, repuso Hazell algo inquieto, que yo no juego más que diez céntimos cada partida.

—Tanto mejor; yo jugaría hasta por amor.

—¡Ah!, replicó Job, solamente hay dos aquí que podrían jugar á eso.

El Sr. Hazell se restregó las manos, como si se felicitara de su ingeniosa contestación, y dióse principio á la primera partida. Cuando Job hubo ganado tres, embolsando treinta céntimos, Walton dejó de serle antipático, y hasta consideróle como el más agradable compañero.

En medio de su mal humor, Susana comenzó á sospechar que Walton hacía tiempo para poder acompañarla á su casa; y por si acaso era así, esperó á que Tomás hubiese comenzado otra partida, salió disimuladamente de la habitación y encargó al mozo de la cuadra que preparase su carrito. Poco después, cuando se levantó para dar las buenas noches, Walton quedó sorprendido.

—Permítame usted acompañarla, dijo Tomás.

—Gracias, contestó Susana; no es tarde y yo puedo guiar muy bien. Además, usted no ha concluído su partida y no quiero de ningún modo que se interrumpa por mi causa.

Walton debió limitarse á la despedida y debió sentarse de nuevo frente á Job, mientras que Miguel acompañaba á Susana hasta la puerta.

Walton, muy malhumorado, sufrió en aquel momento lo que no es decible; jugaba muy distraído, y Job aprovechó la oportunidad para batir completamente á su adversario, que había ganado á los primeros jugadores de Londres.

A Miguel le hubiera complacido mucho aprovecharse de aquella inesperada ocasión de acompañar á Susana; pero ésta rehusó terminantemente, haciendo comprender al joven que sería inútil insistir.

—Muy bien, dijo al fin; tendré el gusto de ir á ver á usted mañana.

—Eso será mucho mejor, contestó la señorita Holt, pues deseo hablar á usted.

Un momento después, el carrito se alejaba rápidamente.

Susana pudo entregarse de nuevo á sus reflexiones. Pensó que Miguel había sido muy descortés con ella, observándola de continuo con una expresión compasiva que la irritó en alto grado. Job había contribuído á poner á prueba su paciencia, hablándola de matrimonio que á sus ojos era inevitable; y también estaba irritada contra Sara por haberse declarado en favor de los demás contra ella. Tal era su enojo, que de buena gana se hubiera desahogado llorando.

De todos modos, estaba resuelta á demostrar que no quería sufrir la imposición de nadie, y que en la cuestión de matrimonio era completamente dueña de su voluntad. Había ido á casa de Job para consolarle, creyendo que le encontraría muy apurado; mas no observó en él ninguna señal que revelase la desesperación de un hombre arruinado, y había debido escuchar con paciencia que se la hablase del asunto que más la desagradaba. Para que no volviera á repetirse esto, casi hubiera querido casarse con cualquiera menos con el hijo de Job.

XXIII

EXPLICACIONES

Un sueño profundo es el mejor antídoto para disipar el mal humor; y si á esto sigue un ejercicio activo al aire libre del campo, en una hermosa mañana de estío, pobre naturaleza será la de aquel que no olvide de pronto los incidentes desagradables de la víspera, disfrutando de los placeres del momento. Una brisa suave, pero suficiente para hacer ondular las espigas y dilatar los pulmones; el alegre canto de las avecillas, el balido de las ovejas, el canto del gallo y el cántico de los labradores son cosas que alegran el ánimo, comunicando á nuestro ser una dulce sensación de vida.

Susana había dormido profundamente, y por lo tanto, hallábase en las mejores disposiciones para disfrutar de la mañana cuando salió para inspeccionar los trabajos de sus jornaleros y dar á Carter instrucciones sobre las faenas del día. Cuando se trataba del servicio de la granja, Susana era siempre muy activa, y sus quehaceres, lejos de parecerle nunca penosos, constituían para ella un agradable pasatiempo.

Al volver á la casa, y según su costumbre cuando le quedaba tiempo antes del almuerzo, quiso ayudar á Sara á coger huevos de los que las gallinas dejaban diseminados acá y allá. Generalmente encontraba muchos, pero aquel día no fué afortunada; y resuelta á no volver con las manos completamente vacías, se dirigió al granero, recordando que allí tenían dichas aves varios nidos favoritos en la cumbre de una especie de montaña de paja y heno.

Cuando hubo llegado, dispúsose á escalarla cosa que no es tan fácil como muchas personas ignorantes pudieran creerlo, pues los pies y las manos resbalan continuamente; y hasta Susana, á pesar de su mucha práctica en aquel ejercicio, avanzaba á veces un paso y perdía luego dos ó tres. No sin algunos esfuerzos, llegó al fin á la cima de aquella montaña, que se elevaba á tres ó cuatro pies más arriba del techo, y muy pronto vió algunos nidos llenos de huevos. Quitándose el sombrero, llenóle completamente y comenzó á descender, cargada con su botín; pero al llegar á cierto punto debió dejarse deslizar para no caer, y bajó con más rapidez de la que hubiera querido, porque debía sostener su sombrero al aire para que los huevos no se rompiesen.

La postura en que Susana quedó al llegar al suelo no era de las más agradables para una mujer, y ella se hubiera reído si hubiese estado sola; pero vió con disgusto que Miguel estaba á la puerta del granero. Esto la enojó, pero tenía demasiado buen sentido para darlo á conocer, y aunque algo ruborizada, púsose en pie al punto, riéndose alegremente.

—Quisiera que no hubiese usted llegado en este momento, Miguel, dijo, porque es cosa muy ridícula para una mujer caer rodando por un montón de paja delante de un hombre.

—Usted no puede parecerme nunca ridícula, contestó el joven.

—¡Muy bien!, exclamó Susana, su amigo Walton no podría haberme hecho un cumplido más delicado.

Esta contestación tenía tanto de agradable como de desagradable para Miguel, porque se hacía mención de su rival, y su rostro tomó de nuevo la expresión grave y pensativa que le era habitual cuando algo le disgustaba.

Susana notó el cambio y preguntóse si no le sería permitido tampoco hablar de un hombre que le era simpático y que hacía todo lo posible por complacerla. Su orgullo le sugirió este pensamiento, pero desechóle muy pronto con su natural bondad, y aventuróse á entrar en una explicación sin reflexionar en las consecuencias. Quiso decir lo que sentía, pero cariñosamente, como mujer que habla á un hombre á quien profesa el mayor afecto, aunque haciéndole comprender que solamente ella tenía derecho para decidir sobre su futuro.

—¿Qué ha pasado entre nosotros, Miguel?, dijo con dulzura. Veo que ya no es usted para mí lo que acostumbraba ser, y me obliga á decir cosas de que yo no quisiera hablar, porque pienso que no serían agradables para usted. Sepamos de una vez por qué se muestra tan frío y tan..., no sé cómo decirlo..., tan descontento de mí.

—¿Le importaría á usted algo que yo estuviese descontento ó no?

La pregunta era imprudente; pero Miguel no pudo menos de hacerla, porque el nombre de Walton estaba siempre en los labios de la joven y juzgó que también debía pensar en él.

—Sí, contestó Susana, me importaría. Ya no podemos hablarnos como antes, y esto me causa pena.

Usted y su padre fueron siempre personas muy queridas para mí; ahora sé que se hallan en apuro, y sin embargo, no me hacen ninguna confidencia, lo cual me induce á creer que ya no me considera usted como su hermana; y hasta si he de juzgar por su reciente conducta, ni siquiera como su amiga.

—¡Oh, Susana, usted sabe muy bien que!..

Miguel se interrumpió, como si no se atreviera á concluir la frase, y paseó una mirada á su alrededor; si se hubiera fijado más, hubiera visto dos ojos brillantes que parecían animarle y dos sonrosadas mejillas.

—Ya sabe usted, continuó esforzándose para aparentar tranquilidad, aunque la ternura de su acento revelaba su profunda emoción, ya sabe usted que es más que una hermana para mí, y que mi padre la quiere tanto como á uno de sus propios hijos.

—Pues de eso mismo me quejo. Si soy tan querida de los dos como usted dice, ¿por qué no depositan en mí su confianza, dándome á conocer sus apuros?

—¿Podría usted dudar de nuestro cariño?..

—Déjeme usted concluir, interrumpió Susana. Anoche, ni usted ni su padre me dijeron una palabra sobre lo que estaba en boca de todos durante las horas de mercado... Me refiero á sus pérdidas, de las cuales, á juzgar por lo que algunos dicen, no podrían ustedes resarcirse nunca.

—Hemos sufrido alguna, contestó Miguel con gravedad, mas creo que al fin podremos salir del paso, porque la cosecha promete ser muy abundante.

—Pues entonces, ¿por qué no hablaron ustedes de ello?

—No era conveniente decir nada delante de... otros.

—Ya sé lo que quiere usted decir; sin duda se refiere á Walton; mas debo hacerle presente que si un amigo que se dirige al mismo punto que yo, me ruega que le ceda un asiento en mi vehículo, no puedo negarme á concederle este favor sin faltar á la cortesía y á los miramientos que la buena educación impone.

—Es cierto, contestó Miguel con alguna frialdad.

—Pues bien; esto es lo que anoche sucedió. Walton deseaba dar al Sr. Hazell una prueba de amistad, ofreciéndole sus servicios en cuanto pudiera serle útil; y porque se aprovechó de la circunstancia de ir yo también á Marshstead, se mostró usted descortés con él y también conmigo.

—Yo no puedo serlo con usted, ni tampoco con ninguna de las personas que se honran con su amistad; pero tampoco me es posible aceptar como sincera una supuesta simpatía, que sólo tiene por objeto satisfacer determinados fines.

—¡Oh! Miguel, jamás le había oído á usted hablar antes tan poco respetuosamente de nadie, y esto me desagrada con tanta más razón como que no lo creo justo.

—Entonces, repuso el joven, debo suponer que usted cree en él y desconfía de mí...

—Ya sabe usted, interrumpió Susana, que no tengo semejante preferencia; mas no quisiera que se hablase mal de un amigo á su espalda, porque esto no me parece muy caritativo.

—Lo cual quiere decir, replicó Miguel, que Walton es amigo de usted y que yo merezco censura... Seguramente le envidio, y ruego á usted que me dispense mis últimas palabras, pues yo quería solamente explicar por qué no dijimos nada anoche, y no era mi ánimo hablar desfavorablemente de su..., del señor Walton. Además, usted habrá notado alguna cosa extraña en mi padre, y debo advertir que el doctor dejó para mí una nota, encargándome que no le dijese la menor cosa que pudiera disgustarle. En su consecuencia, aún ignora toda la extensión de nuestras pérdidas.

—¿Tan graves son?, preguntó Susana con marcada ansiedad. ¿No me permitirá usted que les ayude en su apuro?

Aquel era para Miguel un momento muy oportuno de abogar por su causa, recordando á la joven el único medio que había para salir del apurado trance, haciendo felices al mismo tiempo al padre y al hijo; y entonces ó nunca debía decir: «Acépteme usted como esposo y estamos salvados.» Pero el joven no quería aprovecharse de aquella situación, porque después le parecería siempre que Susana había cedido por compasión y no por amor. Para él era claro que ella no le amaba entonces con la pasión que á una mujer debe inspirar el hombre á quien elija por esposo; y su deferencia para Walton era la prueba más evidente de ello. Debía esperar, pues, á que desapareciese toda rivalidad, manteniéndose en los límites de la prudencia hasta que Susana decidiera de por sí.

Si él hubiese pronunciado las palabras que tenía en los labios, y si era cierto que el amor de la joven se inclinaba en favor de Walton, se le censuraría después por haberse aprovechado de su ansiedad. No quiso, pues, dar á conocer la verdad de los hechos á fin de que Susana pudiera hacer su elección libremente, sin que nada influyese en lo más mínimo en aquélla.

La dulzura de las palabras de Susana, su expresión y su evidente ansiedad le tentaban á decirlo todo claramente; mas al fin consiguió dominarse.

—Gracias, Susana, contestó con una triste sonrisa; agradeceremos el auxilio de usted y ya tendré cuidado de avisarla cuando se necesite; mas apenas sabemos nosotros aún qué hemos perdido. De aquí á pocas semanas nos lo notificarán, y entonces usted lo sabrá también.

—Lo daré todo por amor á Job, dijo Susana con calor.

—¿Y por mí?, preguntó Miguel.

—¡Oh! Por usted también; yo cuento á los dos.

Estas palabras consolaron á Miguel, y se despidió sin haber dicho la verdad.

XXIV

EN LA BALANZA

Es un singular problema de la naturaleza humana, problema que nuestra filosofía no ha podido resolver aún satisfactoriamente, la facilidad con que dos amigos llegan á separarse con frecuencia, aunque cada cual tiene completa confianza en el otro, y por hacerle justicia no perdonaría ningún sacrificio personal. Esta era, poco más ó menos, la posición de Miguel y de Susana.

El joven Hazell deseaba ser bondadoso para ella, protegerla y ayudarla en todo cuanto lo permitieran sus medios y buena voluntad; Susana procuraba hacer lo mismo, mostrándose deseosa de ayudarle en todo lo posible y hacerle comprender que se identificaba con él y con su padre hasta el punto de considerar como suyas propias las pérdidas que ellos sufrieron. Si Miguel la hubiera hablado claramente, según fué su primer impulso, es probable que hubiese contestado «sí;» pero Miguel no quería un consentimiento otorgado en tales condiciones; deseaba obtenerlo espontánea y libremente, ó renunciar á él.

Susana estaba tan dispuesta á ceder á cuanto el joven hubiera solicitado, que ahora la irritaba que no hubiese pedido cosa alguna, privándola de la oportunidad de probar hasta qué punto llegaba su deseo de ser útil. Miguel comprendía que Susana no estaba satisfecha de él, y que él tampoco podía estarlo de sí mismo. Algunas palabras habrían sido suficientes para arreglarlo todo; mas no se pronunciaron, y he aquí cómo dos personas igualmente deseosas de seguir siendo buenos amigos iban á separarse casi como enemigos.

«Ese hombre es insoportable,» dijo para sí Susana al entrar en su cuarto; y con febril impaciencia abrió su pupitre para escribir una carta y decírselo así á Miguel, ó por lo menos indicárselo.

Entre sus papeles encontró otra vez el capullo que el joven arrojó en un momento de impaciencia el día en que trataba de explicarse; estaba arrugado ya, aunque retenía algo de su perfume, y Susana lo cogió para arrojarlo por la ventana; pero así como la primera vez en que quiso hacer lo mismo, cambió de idea, y guardólo en un rincón del pupitre como si fuera algún recuerdo precioso.

Después, Susana comenzó á escribir su carta, pero no con tanta cólera como la que manifestara en un principio, y hasta vaciló en las primeras palabras; mas al recordar cómo se había abstenido el joven de la confidencia que ella esperaba, como si ella fuese una simple conocida, siguió escribiendo con la velocidad de la indignación. Díjole claramente que su conducta era inicua: que había apreciado más de lo debido las amistosas relaciones existentes entre ellos; que á no haber prohibido el doctor toda conversación sobre el asunto con Job, iría á pedirle todos los detalles sobre su pérdida; que ahora se veía privada de toda confidencia, lo cual era muy sensible, atendido el interés que le inspiraban los asuntos de su tío; y por último, que ella no merecía ser tratada de aquel modo.

Susana firmó con mano segura, sin poner las acostumbradas frases de cumplido, sin detenerse á reflexionar cuánto más expresiva era semejante omisión que las palabras convencionales; puso la carta en un sobre, y después, apoyando los codos en la mesa, quedó sumida en profunda meditación.

De repente rasgó la carta, y redújola después á diminutos fragmentos; y no queriendo que Sara los viese, comenzó á pensar dónde los ocultaría: mejor era destruirlos de una vez, y no teniendo fuego ni fósforos en su cuarto, se fué á la cocina. Allí estaban las dos sirvientas, y algo avergonzada, sirvióse de un pretexto para que la dejaran sola un instante. Apenas hubieron salido arrojó los fragmentos en el fuego, y como había formado con ellos una bola, quiso acumular los carbones encendidos encima para que se consumiera antes. En aquel instante creíase tan culpable como si hubiese quemado un testamento.

—¿Por qué revuelves la lumbre de esa manera, Susana?, dijo una voz. ¿No ves que me lo desbaratas todo?

Era Sara, que miraba á su prima con el mayor asombro, tanto más cuanto que era cosa muy rara que Susana entrase en aquel sitio.

—No he venido á revolver el fuego por capricho, contestó Susana; es que...

—¿Qué?

—Nada, ó muy poca cosa; el caso es que escribí una carta de enojo á persona que no la merece; mas por fortuna cambié de idea oportunamente, y he venido á quemar mi epístola para no acordarme más de ella.

Y después de revolver una vez más el fuego con vigorosa mano, Susana salió de la cocina, mientras que Sara la contemplaba inmóvil.

«Esa carta—pensó—escrita con tanto enojo, sería para Walton, y mi prima ha dicho que no la merecía. ¡Cuánto debe amarle!»

Entre tanto, Miguel pensaba que lo que él hacía no era un sacrificio, sino una restitución, y parecíale indudable que si acaso se hubiese sometido ante un tribunal, éste habría decretado lo que él estaba resuelto á realizar. Procediendo así evitaba muchos gastos por ambas partes y no pocos disgustos á Susana, que en su concepto no debía perder ni un céntimo. Poseído de esta idea, congratulábase de hacer acto de justicia de la manera más breve y rápida.

Tal vez Susana llegaría á saber algún día la verdad, y era muy probable que censurara su proceder; pero al menos seríale preciso confesar que había quedado libre de elegir esposo sin que nadie tratara de ejercer sobre ella la menor presión por el cambio de fortuna. Este era el punto esencial para Miguel, y no se detuvo á reflexionar hasta qué punto influía su vanidad en semejante conducta; mas aunque se lo hubiese preguntado, seguramente no hubiera podido contestar. Mientras le fuera posible, procuraría que Susana no supiese la menor cosa sobre lo que había hecho, aunque otorgase su mano á Walton.

En su concepto, no solamente era esto posible, sino muy probable, y si el hecho se realizaba, procuraría seguir la carrera de su vida tranquilamente, satisfecho de haber pensado en la felicidad de Susana antes que en la suya propia. Sin embargo, á pesar de estas generosas resoluciones, había resentimiento en su corazón, y hubiera querido no ver más á su rival ni á Susana, para dominar mejor sus emociones. Esto era difícil, porque su auxilio se necesitaba á menudo; y por otra parte, las ligeras diferencias que á veces se suscitaban entre él y la joven carecían de importancia, asemejándose á las que suelen mediar entre dos hermanos, pues cuando volvían á verse hablábanse como si nada hubiese sucedido.

En cuanto á Walton, había sido muy feliz el día que acompañó á Susana á casa de Job, y á no ser por la imprevista marcha de la joven mientras él jugaba al ajedrez, habría creído segura la victoria; pero después pensó que Susana no le había tratado con las debidas consideraciones, ni agradecido sus sacrificios.

¿Acaso no había él arrostrado la cólera de sus hermanas solamente por amor á ella? ¿No había renunciado casi á todas las diversiones propias de la juventud, y particularmente á las carreras de caballos, que eran su mayor goce? Y como si esto no fuera de agradecer, Susana le trataba como si nada hubiese hecho para probar su sincero amor. Resentido de semejante proceder, pensó un momento que tal vez fuera lo mejor renunciar de una vez á la mano de Susana; mas luego reflexionó que se expondría á las burlas de su familia y que se reirían de él.

«No—se dijo,—yo debo arreglar este asunto de una vez, porque si me marcho dejando el campo libre para Miguel, Dios sabe lo que sucederá durante mi ausencia.»

También le era dado quedarse en su casa, importándole poco lo que su hermana Elisa pudiera decir por faltar á su promesa; pero se le reservaba un sitio en el faetón del Sr. Montague Lewis para ir á las carreras, y no quería perder de ningún modo la buena oportunidad de divertirse.

Por otra parte, dejando el campo libre á su rival, exponíase á perder la mano de Susana; pero, en fin, correría el albur, y tal vez le fuera posible volver á tiempo para evitarlo.

(Se continuará.)

LA RISA TRIUNFANTE.—El primer salón de caricaturas de Madrid

En estas tardes grises, angustiosas, de inacabable lluvia, guión entre un otoño centella, que muere, y un invierno largo, que nos trae inundaciones, guerras y crueldades entre los mismos hermanos, y dramas

¡Vaya cardo!, por Montagud

inconcebibles del hambre, algo inesperado va á mitigar nuestra desventura, nuestros acerbos dolores y tristezas.

¡Oh canción de la alegría, quién pudiera entonarte de continuo, y que muchos hombres experimentados en el mejor vivir no dejaran reposar un día y otro su ingenio, su humorismo y nos lo mostraran como hoy lozano, exquisito y de bella y original manera!..

Vengan mis jóvenes artistas y rían como ahora en su edad dorada, y sea su risa ironías que recuerden las del divino Goya en sus «Caprichos,» fuerte, orgullosa y escéptica, y que ellos sin descanso nos guíen al único sendero por donde hemos de encaminar nuestras pobres vidas, mejor para pasadas en amable risa que en infausto duelo. Reir siempre como el filósofo maestro os aconsejó y lo practicó como mensajero de la alegría. ¿Por qué hemos de llorar y amilanarnos? No haya, pues, penas profundas, que todo va bien y muy divertido en el mundo. Recordad, si no, en toda desesperanza que os salte al paso á Nietzsche, á Larra, á Goya, y más cerca aún y en vuestro campo de la caricatura moderna, á Tomás Lengo. Que sea nuestra alegría digna hermana de la que tuvieron aquellos profundos pensadores, siempre alegres hasta en sus más serios trances.

Y ya era una leyenda de mala especie que os molestaba: ¡Afirmar, gente ignorante, que melancólicos os moríais sin remedio! ¡Decir, como cosa cierta en todas partes, que la juventud intelectual, los nuevos artistas, ya de serios habían pasado á ser tétricos y aburridos! ¡Suponer, por último, que ibais cubiertos con ropas negras y con abundosas melenas, porque habíais enterrado las juveniles ansias, y vuestro espíritu, muerto sin haber gustado la vida, que en verdad sabéis todos, no vale lágrimas, ni suspiros, ni es cosa tan deleznable—digan lo que quieran los poetas llorones y enfermizos,—sino la más pintoresca mascarada que nos puede divertir y confortar!

¡Los enfermos de espíritu! Tenedles lástima y rogad al cielo que los transforme, que sanen cuanto antes y nos acompañen en este coro donde nos desternillamos de risa subyugados por la gracia nueva de quince ó veinte caricaturistas españoles tan notables como jamás los hubo desde Goya acá.

Y en el elegante salón recién abierto reina la alegría. Allí se ve admirando las obras expuestas á un público distinguido é inteligente. Las damas de nues-

Las tres damas por Gómez del Fresno

tra aristocracia, divertidas con lo que ven, emiten en alta voz sus juicios.

—¡Venid, venid!, exclaman. ¡Son ellas! ¿No las conocéis?

—Si son las tres marquesas que más bullen en la corte.

—¡Qué bien están!

De monos, por Xaudaró

—¡Admirables!

—¡Esto es maravilloso!

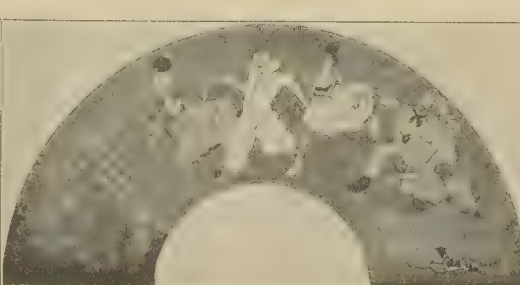
—Oye: ¿has visto la caricatura de Antoñito de Hoyos?

—¡Cuánta finura y gracia!

—Es un gran acierto de Mugano.

—¿De quién son estos cuadritos?

—Del joven Ramírez, un caricaturista originalísimo y de talento.



Abanico, por Elías Feliu *(Apa)*

—¡Qué gracia tienen este baile chulo y el paisaje simbólico de este autor!

—¿Has visto las obras de Montagud, notable y popular caricaturista que con el escultor Alcoberro—el hijo del conocido maestro—ha organizado esta Exposición?

—Sí; yo le compraría á este artista las caricaturas del rey de Bélgica y de Valle Inclán.

Cardona y Opisso, por Opisso

—Sigámos. Mira estos cuadros de Sancha, y estos otros de Tovar, y estas aguas fuertes de Baroja.

En pocos instantes se ha llenado el salón de un público curioso. Fórmanse grupos de artistas estimadísimos, de diputados, de esportmen.

—¿Cuánto vale esta obra?, preguntan al encargado.

—Mil pesetas..., quinientas..., cien...

Nos reímos de todo y de todos; risa es la nuestra franca y sincera al contemplarnos tan perfectamente caricaturizados en estos agradables cartones. Lector, yo me río de mí mismo; sí, llevo mi vista á la caricatura que expone Sancha, y veo lacias las guías de mi pequeño mostacho, mi labio caído y mis dedos de momia. Ríete tú también, lector.

¡Este traje, esta corbata! ¡Cuántos recuerdos de días muertos!..

Y como á mí me sucede, seguramente que se reirán también las tres empingorotadas marquesas aludidas ya, al verse exageradas por el caricaturista Fresno en sus rasgos fisonómicos más salientes y aliñadas tal y como las conocemos los de aquí. ¿Y á mi incomparable Hoyos, depurado artista que ha vivido, por su gusto, en todos los medios, según él afirma, y es verdad, y ha gustado de todas las mieles, no se reirá de verse bien cogido en sus más típicos, señoriales y graciosos movimientos de caballero elegante? ¿Y otros literatos y artistas de la misma manera no se reirán al contemplarse tan imperfectos, dando así con sus burlas ejemplo á la sencilla multitud que los admira y rodea?

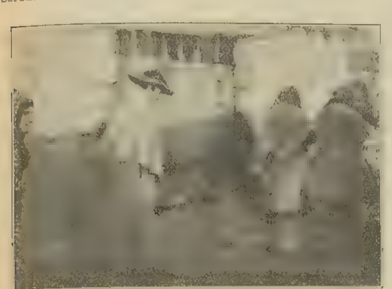
Sí, riamos todos. También ante las escenas de la vida alegre del Madrid picaresco, ante estos bailes de modistillas, tan bonitas como graciosas, que juran sus amores al compás de una habanera, cuyas notas casi las escuchamos en el salón al aproximarnos á los bellos cuadros de Robledano, Peña y Ramírez.

***

Ha sido la apertura de este primer salón de caricaturas el suceso artístico más agradable de estos últimos años. Y en esta exposición, que muestra en su más grande apogeo la caricatura española, con un adelanto digno de los mayores elogios—puesto que casi todos los trabajos que se exponen no desmerecen si los comparamos con los de Forain, Steinlein,

Favre, Caran d'Ache, Stuck y otros famosos maestros del extranjero,—las obras enviadas guardan cierta especial armonía de espíritu y procedimiento, que es en resumen lo que más nos cautiva. Diríase que los cultivadores de este difícil género, cada cual en su celda, creen en un mismo dios, que es el natural, fuente inagotable del verdadero arte, y nos muestran primores de ingenio y observación.

Así el gran Solana—más pintor que caricaturista,—asegura por su palabra de honor que las capeas bárbaras de los aldeorrios son tan chuscas como las


Agua fuerte, por Baroja

Fernando Díaz de Mendoza,
por Gómez del Fresno

Su primer amor, por Montagud

vemos en sus cuadros sin sol. Y Robledano dice que son más graciosas todavía y que tienen más luz. Y el artista, con amores de padre, nos explica su sugestivo cuadro.

Triunfo grande es este primer concurso de caricaturas de Madrid para todos los jóvenes expositores—el que más, como el insigne catalán Apa, no suma treinta abriles,—que han reunido trescientas obras y en los elegantísimos compartimientos de la casa Iturrioz las muestran desinteresadamente, sin sueños en premios oficiales ni en ventas abundantes.

Montagud, Alcoberro, su revista *Por el Arte* y la casa Iturrioz merecen los mayores aplausos de los artistas y del público todo, que se encuentra muy divertido.

Pasemos ahora á decir á los lectores cuatro palabras que sean como extracto del catálogo de esta Exposición y guía de lo que puede ver.

Brunet expone seis ú ocho obras. Ya conocéis el estilo de este artista y su afición á la crítica política. Lástima que la actualidad, pasada ya, quite interés á sus trabajos.

Afedece, por otro nombre Cidón, presenta dos obras que están muy bien y son por los inteligentes celebradas. En la titulada *Modas de París* encuentro trozos admirables que acreditan el talento de tan excelente pintor.

Bagaria ha caricaturizado, con su estilo original, una reunión de café, donde se observan tipos consistentes.

Apa es uno de los caricaturistas más celebrados en este concurso. Es un maestro que domina todos los géneros. Un Cristo, un paisaje de abanico y un cartel son sus obras más bellas.

Junceda, en sus cinco ó seis obras, vese que sigue con fortuna la fuerte escuela del anterior notable artista.

Merelo, que vive en París, ha mandado al primer salón dos cuadritos muy graciosos. Están bien de dibujo y de color.

Cornet y Opisso, de la misma manera, presentan caricaturas correctísimas.

Karikato unos asuntos militares soberbios; su retrato del general es admirable.

Verdugo otra notable escena de café, sólo que aquella de Bagaria es de literatos y la del artista malagueño es de gente de la clase media con colorines y todo.

Xaudaró expone tres cosas. Yo le felicito por *La embajadora china*, que es una escena pintoresca y bien observada

Sileno, el caricaturista político de Madrid, nos presenta dos ó tres de sus más celebrados trabajos. Es lástima que tan estimable artista, que tiene gracia y talento, no traiga cosas nuevas y que difieran de la crítica menuda del Senado y Congreso, que ya á nadie interesa.

Montagud, ya han dicho nuestras damas aristocráticas cuáles son sus dos mejores obras: el rey de Bélgica y Valle Inclán. Tiene también este joven unas esculturas humorísticas que están muy bien. Montagud, de unos años á esta parte, ha adelantado mucho é irá lejos.

De Robledano, Moyano, Peña y Ramírez y Smith y de sus nuevas caricaturas, que son muchas y buenas todas, hablaríamos, si espacio tuviéramos, extensamente. Estos cinco artistas, que no han cumplido aún los veinte años, penetran con gusto exquisito en el nervio de las cosas y nos descubren el detalle que está bien lejos de lo vulgar y del alcance de las medianías. Todas sus obras son bellas, graciosas y modernas. Las gentes las celebran y los inteligentes ven en ellas augurios de mayores éxitos.

Tovar, uno de los primeros caricaturistas de España, expone algunos originales que habíamos ya aplaudido. Son estas obras interesantísimas y caricaturas personales de intensa verdad.

Y por último, colocados hay en este salón dibujos muy estimables de Almoguera, Avrial, González, Fernández Martí, Ibáñez García, Jariña, Llaverías, Mampou, Chacón, Ros, Sojo, Lozano, Pérez, Cabrerizo, etc., etc.

Y de Ricardo Baroja dos aguas fuertes admirables como todo lo suyo, y de Capiello, el italiano, cuatro ó seis trabajos interesantes; y de Tomás Lengo, el insuperable maestro á los diez y nueve años en que murió, una composición que yo guardo y he llevado al Concurso á instancias de todos los mejores artistas de hoy, que son admiradores y discípulos del llorado caricaturista.—MANUEL CARRETERO.

París.—M. Remond andando sobre el agua en el aparato de su invención, en el lago del Bosque de Bolonia
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Hace pocos días los concurrentes al Bosque de Bolonia pudieron ver á un caballero que andaba sobre el lago, con la misma soltura que si se pasease por la avenida de las Acacias. Era M. Remond que efectuaba los ensayos de un aparato de su invención, que le permite deslizarse y moverse con entera soltura sobre las aguas, según puede verse en la fotografía adjunta.

El aparato consiste en dos patines de forma alongada, de unos dos metros y medio de largo con las proas muy encorvadas hacia arriba.

Las pruebas dieron excelente resultado, y no sería extraño que ese invento diese lugar á un nuevo deporte que representase respecto de las superficies líquidas lo que el de las carreras de *skihs* en las superficies heladas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Año XXVI — Barcelona 4 de noviembre de 1907 — Núm. 1.349

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BUSTO DE S. S. EL PAPA PIO X,

encargado personalmente por éste al joven artista francés Juan Larrivé, pensionado en Roma

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo más traído y llevado en la prensa de estos días ha sido, sin duda, el matrimonio (?) de Luisa de Sajonia con el pianista Toselli.

He visto en no sé qué periódico ilustrado el retrato en grupo de los nuevos esposos. Son en extremo significativos, para los que gustamos de leer en el semblante humano, los del artista y la princesa. Ella, con expresión de bondad, con predominio evidente del elemento fisiológico sobre el psicológico; él, con el aire infatuado y bobón de un tenorino guapo, de esos que reciben cada noche en que cantan dos ó tres esquelitas (según la leyenda; vaya usted á averiguar si es cierto). Aunque más guapa, algo tiene la de Sajonia de la reina María Luisa, en el gesto y en el esguince de la boca golosa é inocentona. A decir verdad, el efecto que me produjeron los dos héroes de la aventura internacional y amorosa fué el de dos niños grandes, que acaban de realizar una travesura y no caben en sí de gozo.

Y mi primera incertidumbre en este caso especial, hela aquí: ¿están realmente casados ó no estos cónyuges?

Su situación, según parece, es de las más abigarradas y ambiguas que cabe imaginar. Hay países donde, para los efectos de la ley, están casados. Hay otros donde, para los efectos de la ley, están... arrimados, como se dice en Madrid, y sujetos á los más crudos rigores de la ley susodicha. En los países católicos y ante la conciencia católica, ni por soñación son marido y mujer. En los protestantes no sé qué idea habrá de estas cuestiones; acaso allí puedan considerar sancionado el enlace. Todas estas dudas, sombras y confusiones hacen que el suceso llame más la atención (momentáneamente) y que la actualidad se apodere de estos consortes y de la criaturita, la princesa Mónica Pía, corderilla de dos padres, que por ahora juega contenta y riente, y que el retrato nos presenta llena de la dulce malicia infantil, ignorante del destino.

Mi segunda incertidumbre, ó mejor dicho, mi segunda curiosidad, sería indagar cómo, en qué forma se atreve un pianista á insinuarse con una señora que es casi una reina, y que reina sería á no haber sucedido... lo que sucedió; y que, aun cuando tenga otros antecedentes, debe de conservar prestigio.

La mujer, cuando prescinde de muchas cosas, prescinde rara vez de las categorías sociales. No desciende la mujer hasta sus inferiores sino en contados casos. Este sentimiento de la jerarquía no es privativo de la mujer de alta clase: á la burguesa, á la señorita «de medio pelo,» se le impone exactamente lo mismo. Que la hija de un empleado de corto sueldo se case con un ayuda de cámara ó un mozo de café mejor retribuído quizás que el padre de la novia..., y en el pequeño círculo de conocidos y amigos de ésta se alzará igual revuelo que ahora en la corte de Sajonia al divulgarse el escándalo de la princesa Luisa.—El hombre se agacha con facilidad para acercarse á la mujer, de cualquier estado ó condición que sea; y este fenómeno en apariencia extraño, pues al cabo el hombre tiene infinitamente más margen de elección que la mujer, se explica por el concepto de la inferioridad femenina. Considerar á todas las mujeres inferiores, es igualarlas, es no apreciar entre ellas diferencias de categoría, predominando la idea sexual á secas: «Una mujer, ¡qué diablo!, es una mujer.»—Y así con tal frecuencia encontramos los enlaces desiguales, en que la mujer sube y el hombre baja.—La mujer, insisto en ello, es insólito que comprenda el matrimonio, y hasta el amor, con quien no esté á su nivel social.

Y como quiera que la iniciativa, en estos casos, está admitido que procede del varón..., he ahí por qué me da tela para discurrir el arranque del pianista al declarar su atrevido, y en este caso atrevidísimo pensamiento, á la princesa real.

Ocurrió en un pueblo un suceso de mucha menor importancia que el de la princesa, y fué que un pintor de puertas y ventanas, llamado á ejercer su profesión en una casa de burgueses distinguidos, salió de allí llevándose, en la caldereta del albayalde, empeguntado y cautivo el corazón de una de las señoritas de la casa, con la cual contrajo justas nupcias al poco tiempo.—Hiciéronse, era natural, variados y picantes comentarios, y la base de la charla formábanla suposiciones acerca de «¿Cómo empezaría *aquello*?» Hasta que una señora, resumiendo el debate, exclamó: «No es posible que él haya tenido el descaro de declarar se. No me cabe duda, ella se le plantó delante y dijo, exhalando un suspiro confitado: «¡Ay, quién fuera puerta!»

Mutatis mutandis, y dando por hecho que la princesa real desease que maese Arcalao, maligno encantador, la encantase dentro de un piano, algo semejante pudo ocurrir entre los esposos cuyo retrato publican todos los *graphics* del mundo y cuya historia refieren, quitándonos, á los que no gustamos de meternos en ajenas vidas, el escrúpulo de hablar de lo que al cabo es más público que la bula de la Santa Cruzada.

Se me objetará quizás que Toselli es un artista, y que el artista, por derecho divino, es equivalente á las más elevadas personalidades del orbe.

Concedido en principio, y negado en los casos particulares, que es preciso mirar muy despacio.

Yo no sé qué manía de grandezas le ha entrado á nuestra época, que no hay rana que no se hinche para asemejarse al buey, y no hay buey que no se esponje con la vaga esperanza de convertirse en megaterio.

La prensa se ha dejado influir por este espíritu de aumento é hinchazón de la natural condición y estado de cada quisque, y con el adjetivo que indistintamente aplica á menores y mayores, pretende identificarlo todo, halagando las pretensiones de todos, sin examinar (¿cómo ha de tener tiempo para eso?) su fundamento y títulos.

No hay escritor que no sea insigne; no hay artista que no sea eminente; no hay soirée de Cachupín que no sea aristocrática; no hay «festival» que no sea brillante, y no hay choza destartalada que no sea solariego palacio. Cuando doña Luciana Barcino fué víctima del célebre crimen de la calle de Fuencarral, los diarios comenzaron á marquesearla por activa y por pasiva; y doña Luciana era tan marquesa como tú, lectora, eres papisa ó reina de Madagascar. Ni era marquesa doña Luciana, ni lo había sido nadie en su familia. Otra marquesa de fantasía, ¡y cuán de fantasía!, fué la heroína de un proceso de bigamia, bastante reciente. ¿A qué sentimiento obedece este afán de ennoblecer, de elevar en categoría á las personas que por cualquier motivo aparecen en evidencia? No lo sé, pero debo decir que son más patentes aún los estragos de esta idea falsa y errónea en el terreno intelectual, artístico y literario, que en el puramente social.

Las categorías sociales son algo concreto: una marquesa, para poder llamarse marquesa, tiene que figurar en la *Guía*. El arte—lo sublime, lo hermoso—se resiste á la clasificación y siempre será discutido y discutible. Para mí Shakespeare es un hombre que raya en semidiós, como Esquilo: para D. Juan Valera no era sino un gran dramaturgo comparable y tal vez inferior á Calderón y Lope; y para Tolstoy, casi un currinche. En suma, estas controversias pertenecen al dominio de la crítica; pero hay un punto en que la crítica ya no ejerce sus fueros; y es al encontrarse con la innúmera legión de los que, llamándose artistas á boca llena y no admitiendo que nadie les regatee el título, no son realmente sino *oficiales* de un arte—al cual su labor ni pone ni quita, ni afecta, en lo que el arte tiene de creador y espontáneo.

Si esto puede decirse de los compositores mediocres, que siguen las huellas de otros más inspirados, ¿qué diremos de los sencillamente ejecutantes, y que ni aun en la ejecución han logrado distinguirse de un modo excepcional? Y es el caso de Toselli.

El ejecutante, en mi opinión, está peldaños más abajo que el creador: si Listz no hubiese hecho sino tocar el piano, su nombre no debiera colocarse ni por casualidad al lado del de Chopín. Y es de las igualdades más incomprensibles, y sólo puedo atribuirlo á la pobreza del léxico, que el calificativo de artista aplicado á Wágner y á Beethoven se le aplique á los incontables Tosellis que andan por ahí, ejerciendo el oficio honorable, útil sin género de duda, de enseñar á las señoritas el dorremifasol, ó saliendo en un concierto á acompañar al violoncelista. De suerte que, en el rango social y en el rango humano de las facultades y merecimientos propios, la boda con Toselli (si es boda) es una risible mesalianza.

El porvenir de esta clase de uniones no puede ser más encapotado y triste. Aun suponiendo que se funden en verdadero cariño, ese cariño necesitaría ser cuádruple del que basta para sustentar y apretar un lazo que no tenga en contra á todas las realidades é imposiciones de la vida. No será sólo la que ha descendido la que se queje y desazone en breve plazo: será también, y acaso en primer término, el que ha subido ó creído subir. Por lo mismo que él lleva, escondida ó descubierta, esa aspiración, el no verla cumplida y lograda ha de agriar su espíritu. Ella le ha sacrificado tanto, que pocas faltas le perdonará en el trato íntimo; y él ha puesto en ella tales esperanzas de vanidad, que no transigirá si se frustran, y tienen que frustrarse. Esa felicidad que trompetean las agencias telegráficas se funda en una equivocación mutua, y los que estamos de la parte de afuera tenemos la fácil lucidez del que, desde la playa, mira cómo una barca arrastrada por el oleaje no tiene más remedio que venir á encallar en determinado punto de la orilla. Efímero contento sentenciado á convertirse—¿quién sabe?—hasta en odio mortal...

Por eso debe perdonarse á la ilusa princesa; no deben extremar la dureza los que tengan derecho á hacerlo, dado que el porvenir se encargará del castigo, de la vindicta, de la lección (estéril, nadie remedia lo ya sucedido) y de cuantos requisitos exigen la moral ofendida y la sociedad horripilada.

Matrimonios por tal estilo se bastan á sí mismos... Y ello ocurre fatalmente, contra la voluntad y deseo de los contrayentes, que llevan el propósito de eternizar la ventura y el engreimiento de su sentir, sin que yo por eso me meta en aquilatar la calidad de este sentir, indagatoria sobrado complicada y que nos llevaría á terrenos escabrosos y llenos de pedruscos.

Doy por hecho que la princesa y el pianista son tan finos amadores como Diego de Marsilla é Isabel de Segura, los cuales, según las investigaciones de los sabios, jamás existieron, y ahí está un reciente y curioso estudio de Cotarelo para demostrarlo; y puesto el caso de que la pasión de la pareja regio musical no le cediese un ápice á la de los enamorados de Teruel, todavía los de Teruel (no olvidemos que nunca llegaron á existir) sólo dispusieron, para demostrar tan vehemente ternura, de un instante supremo, porque el tiempo de la ausencia no ha de contarse; durante la ausencia, la ilusión no tiene pretexto alguno de marchitarse y mustiar sus hojas.—El grave inconveniente de la princesa y el profesor es justamente eso; que no tienen la menor probabilidad de morirse, no diré al instante; ni á los cuatro ó seis meses de haberse unido ante los hombres. Si viven, es innegable que se tirarán los platos. No precisamente los de loza y vidrio; hay palabras que hieren más que un tiesto de loza, y modos de conducirse que arman más estrépito que la rotura de una vajilla entera.

Es el mayor mérito de la obra de Benavente *La princesa Bebé*: en ella resalta con suma gracia y picardía el infalible caso: el inferior unido á persona superior, que olvida gustosa su rango, que no quiere pensar ni en que tal rango existió, pero á quien se lo vienen á recordar constantemente las pretensiones, las vanidades de aquel ó de aquella por la cual sacrificó ese rango y esa posición en el mundo, y que aspira á sostenerle y recobrarla al lado de su consorte. ¡Ello es tan humano, tan profundamente humano!

Y así sucederá á la princesa Luisa. Ha querido dejar de ser princesa, y el hombre que tiene á su lado no la ve sino princesa, princesa á toda hora, en toda ocasión y lugar... Y si un día cree que en serio la dama ha dejado de ser princesa, pierde la ilusión que puede haberle llevado á tan peregrino enlace.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Estaba allí sentada en primera fila...

EL VERDADERO AMOR

(EXTRACTO DE NOVELA VALENCIANA)

CAPÍTULO I

LA «DEGOLLA»

Es el grupo alegórico más jocoso y grotesco de cuantos constituyen la abigarrada y descolorida cabalgata que en las mañanas de la víspera y del día del Corpus recorre las mismas calles valencianas que la solemne procesión de la Sagrada Eucaristía. Lo forman unas cuantas docenas de muchachotes coronados de hojarasca verde que les cae encima de las orejas y de los ojos, con la cara tiznada y vestidos con unos sucios gabanes de arpillera, en los que sólo quedan unos tiznajos negruzcos con algunas tenues manchas de carmín y ocre de lo que antes fueron furias pintarrajeadas, y llevan en la mano diestra una zurriaga, especie de palmeta flexible de cuatro dedos de ancho por tres palmos de largo y hecha con la misma y burda tela de saco de sus gabanes. Estos mascarones, que parecen una degeneración de los sátiros de la antigüedad, simbolizan en la cabalgata á los infanticidas que Herodes envió por las tierras de su gobierno para quitar la vida al Niño Dios.

En bandada alborotadora y desordenada siguen á las carrozas municipales, y con la zurriaga enarbolada van asustando á las viejas y á las muchachas bonitas, que huyen al verles amagar un golpe, mientras los niños, espantados, se aprietan contra sus madres para ocultarse, y los grandes ríen á carcajadas porque... hoy ya no pegan los de la *Degolla*.

Se prohibió hace tiempo.

En la *Degolla*, el año de mi cuento, figuraba nuestro héroe *Chimet* Llauder, á quien amigos y parientes desconocían por el nombre de pila y los patronímicos, pues era siempre llamado por el remoquete de *Tramuset*, que en el dialecto valenciano es un diminutivo de altramuz.

Era *Tramuset* un mozo de diez y seis años, que parecerán pocos para ser ya héroe de novela y que á él se le antojaban más que suficientes para asegurar con toda certeza que la vida era una fuente de hieles, toda vez que él había ya saboreado las más amargas, las de un atroz é inesperado desengaño...

Además de ser muy desgraciado, por el motivo que verá el que leyere, *Tramuset*, aunque pequeño de cuerpo, no era feo de cara ni romo de inteligencia y se le apreciaba mucho por su formalidad, impropia de sus años, por su honradez y por su laboriosidad...

CAPÍTULO II

QUE EXPLICA POR QUÉ «TRAMUSET,» Á PESAR DE LO ANTEDICHO, FIGURABA ENTRE LOS BULLANGUEROS DE LA «DEGOLLA»

La desgracia de nuestro héroe fué causada por una mala partida de amores...

Tramuset decidió vengarse. Primero se le ocurrió servirse de un pistolón viejo que por catorce reales le vendía un amigote, el cual le incitaba al crimen, justificándolo con la ofensa que la dignidad de *Tramuset* había recibido, aunque, á decir verdad, aquélla le tenía sin cuidado, pues no le guiaba más intención que la de deshacerse al mejor precio posible de aquel arma mohosa, por la cual apenas le daban cincuenta céntimos en el *Baratillo* de San Juan, que es un mercado de efectos viejos análogo al que en Madrid se conoce con el nombre del *Rastro* y en Barcelona con el de los *Encantes*.

Tramuset desechó el proyecto de vengarse con el pistolón por varias razones: por no poseer los catorce reales ni crédito para adquirirlos prestados; porque el pistolón le parecía más á propósito para un suicidio que para un doble asesinato; y en fin, por no querer la comisión del doble crimen..., pues no dejaba de adivinar las consecuencias. Quería menos consecuencias y menos crimen. ¿La autora de su desengaño no era la muchacha más bonita del barrio y una de las más hermosas de la ciudad? ¿El triunfo de la desleal mujer no consistía en su belleza? Pues con desfigurarle la cara estaba vengado. Ella estaría condenada á fealdad de por vida, y su marido á no disfrutar tal hermosura.

¿Que acabaría en la cárcel? No le importaba con tal de quedar vengado. Además, su condena no sería tan larga por desfigurar una cara como por cortar un cuello, y su venganza resultaba más terrible para la ingrata mujer, que viéndose fea sufriría más que herida de muerte.

Resuelto el modo de realizar su venganza, y después de meditar muchas horas, halló que la mejor ocasión era la mañana del Corpus, en que ella, desprevenida, estaría sentada al lado de su marido en una silla de alquiler de las que se ponen en algunas calles para presenciar el paso de la cabalgata.

Consiguió ser incluído en el grupo de la *Degolla*; rellenó un zurriago con un trozo de cuero claveteado de agudas y salientes puntas de hierro, al estilo del collar de un mastín, y con él oculto debajo de su gabán y empuñando otro inofensivo que le dieron los organizadores de la cabalgata, salió á la calle la víspera del Corpus, en que nada pudo hacer, porque no vió á la mujer odiada.

Pero al día siguiente...

CAPÍTULO III

HISTORIA SUCINTA DE UNOS AMORES VULGARES

Tramuset podría resumir la historia de sus amores en estos cuatro versos, que podría dedicar á su ingrata ex novia:

Como no es cierto, no digas
que nos quisimos los dos:
di que yo á ti sí te quise,
pero lo que es tú á mí, no.

Pero el novelista tiene que dejar en su punto la verdad, que es esta:

Roseta quiso á *Tramuset*... Ahora que ¡tienen tantos modos de querer las mujeres!.. No fué mala; pero ¡suelen hacer tanto daño las mujeres buenas, precisamente por no tener mal corazón!..

Roseta hizo daño siendo buena. Quiso á *Tramuset* desde muy niña, cuando jugaban en el arroyo; fué su mejor amiga luego; confundiendo la amistad con el amor, no tuvo inconveniente más tarde en ser su novia, hasta que un día los padres de *Tramuset* se trasladaron con éste á Alicante, en donde les habían ofrecido una buena colocación.

Pasaron dos años... Durante el primero menudearon las cartas entre los novios, pero al segundo *Roseta* sólo contestó algunas de tarde en tarde. Estaba enamorada de un pretendiente que le salió al paso el día de Pascua. Al pronto, escandalizada porque se figuraba amar á dos hombres, sintió remordimiento y se despreció á sí misma, creyéndose mala... Luego se convenció de que no quería á *Tramuset* del mismo modo que á su pretendiente... Algún tiempo después el pretendiente ascendía á novio y al cabo de un año, el día de la Virgen de los Desamparados, se convirtió en marido.

Entre tanto *Roseta* no se atrevía á contarle la verdad al pobre *Tramuset*. Como le amaba fraternalmente, sentía de veras causarle un hondo y amargo pesar, y para evitarle éste y confiando en que el muchacho dejaría de amarla cuando viese que sus cartas quedaban incontestadas, decidió casarse sin darle la menor noticia.

Lo peor fué que el mismo día de la boda *Tramuset* llegó á Valencia. Para el viaje había estado ahorrando durante treinta semanas una peseta que su madre le daba los domingos, porque han de saber ustedes que si bien es verdad que nuestro héroe trabajaba en un taller, no lo es menos que sólo ganaba seis duros al mes, los cuales, justos y cabales, entre-

Muerte de Santa Clara, cuadro de Murillo que se conserva en la Galería de Dresde

gaba á sus padres para contribuir á los gastos de su manutención..., porque era muy buen hijo y porque quería evitarse la paliza que le habrían pegado si hubiese dejado de entregar su jornal...

CAPÍTULO IV

EL MOMENTO CULMINANTE

La cabalgata había hecho ya la mitad de su carrera por las calles, enarenadas para evitar las consecuencias de la trepidación á las pesadas *Rocas* que habían de salir por la tarde, dos horas antes de la procesión, sembrando el regocijo al lanzar profusamente confites y ramilletes, gritos y carcajadas.

El calor del sol, que desde el firmamento límpido y esmaltado de un azul primaveral enviaba con excesivo entusiasmo sus rayos esplendorosos; el bullicio y la algazara que caían de los balcones atestados de mujeres hermosas de rostro alegre, vestidos claros, abaniqueo nervioso y charla de pájaros; la animación y el vaho de la multitud, extendida en dos policromas alas á lo largo de las calles para presenciar el paso de la alegórica y descolorida comitiva; el polvo y el suave aroma de flores confundido con los perfumes artificiales y el olor acre de sudor que exhalaban los comparsas de la *Degolla,* habían trastornado por completo á *Tramuset,* que con la corona de hojarasca caída hasta los ojos y las orejas, iba también sudoroso, jadeante, sintiendo aumentar con extraordinaria fuerza el rencor sembrado en su alma por la deslealtad de *Roseta*... Anhelaba impacientemente encontrarla para darle dos palmetazos con su zurriago claveteado... Tenía la certeza de llenarle la cara de agujeros rojos, sangrantes; tenía el pulso firme—al menos, lo creía él—y se había ensayado la víspera golpeando una bola de la barandilla del río, con objeto de saciar su venganza tan rápidamente que no se pudiera evitar la desfiguración de las dos rosadas y hermosas mejillas...

¡Por fin la vió!

Estaba allí, á su derecha, á diez metros delante de él, sentada en primera fila en una silla de alquiler.

En aquel momento se detuvo la cabalgata.

Tramuset sintió que de su pecho subía una ola de calor que parecía envolverle la cabeza, apresurando el latir de sus sienes y haciendo danzar locamente al corazón muy cerca de la garganta y que una emoción laxante debilitaba sus brazos y sus piernas trémulas.

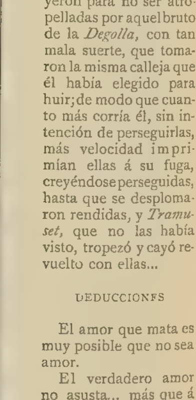
Retrato de la Sra. de Hauptmann, pintado por Dora Hitz

CAPÍTULO V

TERRIBLE ESPANTO QUE CAUSÓ Á DOS VIEJAS EL ARREBATO DE «TRAMUSET,» Y FIN DE LA NOVELA.

A nuestro rencoroso héroe le ocurrió una cosa sublime, pero inverosímil para los que no hayan estado enamorados *de veras.* Miró á *Roseta*... Y tan hermosa la encontró que se quedó embobado adorándola, olvidado de la traición y de las ansias vengativas que le habían llevado allí, mientras sus labios murmuraban:

—*¡Qué guapa está!..*



Luego pensó en sí mismo: al verse vestido de mamarracho y pensar que ella, si le veía, había de reírsele, sintió una vergüenza indescriptible y decisiva, y para no pasar ante *Roseta,* cruzó por entre las filas de mamarrachos y echó á correr desalado, con lo cual causó un terrible espanto á dos viejas, que al verle venir de tan furiosa manera huyeron para no ser atropelladas por aquel bruto de la *Degolla,* con tan mala suerte, que tomaron la misma calleja que él había elegido para huir; de modo que cuanto más corría él, sin intención de perseguirlas, más velocidad imprimían ellas á su fuga, creyéndose perseguidas, hasta que se desplomaron rendidas, y *Tramuset,* que no las había visto, tropezó y cayó revuelto con ellas...

DEDUCCIONES

El amor que mata es muy posible que no sea amor.

El verdadero amor no asusta... más que á las viejas.

Una mujer puede jugarle impunemente una mala partida á un hombre verdaderamente enamorado.

Sólo hay una pequeña dificultad. ¡Es tan difícil de conocer el verdadero amor!

EL BACHILLER CORCHUELO.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA ARQUILLA DEL TESORO, cuadro de Enrique Serra

DOS OBRAS DEL GRECO

La falta de una ley que, como la italiana denominada Pacca impida la exportación de obras de arte, que tanto despierta la codicia de los extranjeros, con lo que respondería al sentimiento nacional que se ha patentizado, en esta ocasión, muy claramente en el Parlamento, en la prensa y en la opinión pública. y otras causas que no hemos de mencionar y que se prestan á duros comentarios, han hecho que recientemente se haya aumentado la lista de joyas artísticas desaparecidas de España con los dos notables cuadros de aquel meritísimo artista, precursor del gran Velázquez, que, según se desprende de los relatos publicados por la prensa periódica, ha enajenado el conde de Guendulain por la cantidad de 300.000 pesetas.

San Martín, **La Ascensión de la Virgen,**

cuadros de Domenikos Theotokopulos (El Greco), pertenecientes á la capilla de San José de Toledo, adquiridos por una casa francesa por 300.000 pesetas. (De fotografías de Casiano Alguacil, de Toledo.)

Los dos lienzos de referencia hallábanse colocados en los altares laterales de la capilla de San José de la imperial ciudad de Toledo, cuyo patronato asume el citado prócer, quien, por lo visto, no ha titubeado en privar á su patria de dos obras maestras, prefiriendo percibir el numerario francés que el honroso título de protector de las obras del arte patrio.

No discutimos el derecho que pueda asistir al poseedor para enajenar las dos producciones del artista griego que tan justa celebridad alcanzó en España; pero sí entendemos que para estos casos debiera el Estado ejercer su acción tutelar, arbitrando los medios conducentes á conservar para nuestra patria lo

EL AEROPLANO FARMAN

Las pruebas de ese aeroplano efectuadas recientemente en los alrededores de París han sido tan satisfactorias, que su inventor ha batido con él el *record* de todos los aparatos de esta clase. Los vuelos por él realizados han sido: el primer día, de 120 metros á una altura de seis metros; el segundo, de 185 á una altura de cuatro; y el tercero, de 771, y aun dicen los que presenciaron la prueba que fácilmente habría llegado al kilómetro si no se hubiese visto detenido por los límites del campo de maniobras de Issy, sobre el cual evolucionaba el aeroplano.

El aparato funcionó con una regularidad perfecta, demostrando la bondad de su motor Antoinette, de 50 caballos, y sus excelentes condiciones de equilibrio y estabilidad.

El aeroplano Farman, que ha realizado pruebas con gran éxito en Issy-les-Moulineaux
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Terminada la primera prueba, la comisión de aviación del Aero-Club de Francia, presidida por M. Archdeacon, acordó conceder á M. Farman el primero de los premios fundados para los tres primeros vuelos de 150 metros ejecutados después del *record* de 220 metros de M. Santos-Dumont. En vista del resultado de la última, es decir, del recorrido de 771 metros, que es el mayor de cuantos en el mundo se han realizado por medio del aeroplano, le han sido otorgados además á M. Farman los premios de 500 y 1.000 francos instituídos por el Aviation Club de Francia para los vuelos de 300 y 500 metros respectivamente.

Los experimentos se llevaron á cabo en presencia de numerosos *sportmen*.-S.

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA EN CUBA

Puede considerarse como una ley sociológica, que un pueblo es tanto más libre cuanto mayor sea su cultura é ilustración.

Cuba, la joven república nacida pocos años ha á la vida de las nacionalidades independientes, no olvidando que su estabilidad y progresivo desenvolvimiento dependen del buen ejercicio que de la soberanía hagan sus hijos, procura atender preferentemente, con amor y celo, el ramo importante de la instrucción pública, á fin de que los niños de hoy sean mañana hombres cultos é ilustrados, capaces de conocer, practicar y defender sus derechos de ciudadanos libres.

La Intervención Americana comenzó la labor regeneradora, estableciendo la enseñanza gratuita y obligatoria en toda su extensión, comprendiendo á los niños de seis á catorce años y prohibiendo en absoluto que los maestros recibieran retribución alguna de los alumnos ó de los padres de éstos. La enseñanza era laica y comprendía las siguientes materias: Lectura y Escritura, Lenguaje y Gramatica, Aritmética, Geografía, Dibujo, Fisiología é Higiene, Historia, Instrucción moral y cívica, Lecciones de cosas, Costura y labores, Educación física. Los métodos seguidos basábanse en la moderna pedagogía, que procura el armónico desarrollo de todas las facultades del niño.

La obra de la Intervención la ha continuado la República, con éxito creciente. Hoy cuenta Cuba con una organización escolar, si no perfecta, muy recomendable. El cuerpo de maestros es numeroso y en general competente, habiéndose formado por medio de una gradual selección, á cual fin se establecieron los anuales exámenes de grados. Las escuelas son amplias, ventiladas y con excelente mobiliario, procurando la mayor comodidad para los alumnos; los libros de texto, debidamente examinados y escogidos por una Junta de Superintendentes, se facilitan gratuitamente á los alumnos, así como también todos los demás materiales de enseñanza.

En la escuela n.° 17 de la Habana. Saludo á la bandera

Visita de los alumnos de la escuela n.° 8 de la Habana á la fortaleza de la Cabaña

Como demostración del gran progreso realizado en la instrucción primaria, pondremos de manifiesto y compararemos algunos datos numéricos.

En 1893, antes de que estallara la guerra de la independencia, contaba Cuba con 898 escuelas públicas y 788 privadas. En las primeras estaban matriculados 35.159 niños; en las segundas, 27.196. Total de escuelas, 1.686; total de niños matriculados, 62.355. El presupuesto de Instrucción Pública en dicho año ascendía á $730.589'38 oro español.

En 1905, esto es, seis años después, contaba ya 3.538 escuelas públicas y 720 privadas. Niños matriculados en las primeras, 194.657; en las segundas, 37.212. Total de escuelas, 4.258, con 231.869 niños matriculados. El presupuesto de Instrucción Primaria sumaba en oro americano $3.080.987'84.

Como se ve, la desproporción no puede ser mayor, ni más elocuente la demostración de que se ha efectuado un progreso positivo en el importante y vital ramo de la instrucción pública. Para completar este convencimiento apuntaremos un último dato: la población escolar de Cuba se calcula en 244.019 niños de ambos sexos, y reciben educación 231.869, ó sea el 95'01 por 100.

Para convencerse prácticamente de que la instrucción pública ha alcanzado el alto desarrollo que acusan los anteriores datos, nada mejor que visitar las escuelas de la Habana ó de cualquiera otra población. Obsérvase desde el primer momento que el mueblaje es cómodo y elegante, y abundantes los materiales de enseñanza. El orden y compostura de los alumnos durante las horas de clase es tanto más de notar cuanto que está terminantemente prohibido á los maestros aplicarles ninguna corrección violenta ni recurrir á medios coercitivos. En la enseñanza domina el método objetivo, que no fatiga inútilmente la inteligencia del niño. Se prefiere las lecciones *de cosas* á las lecciones aprendidas de memoria, y se procura poner al alcance del niño todos aquellos conocimientos que puedan serle de utilidad intelectual y moral. Para no cansar demasiado sus jóvenes inteligencias, se les concede, mañana y tarde, momentos de expansión y recreo en amplios patios ó jardines, y para atender á su educación física, hacen periódicamente ejercicios apropiados bajo la dirección de los profesores. En cuanto á éstos, son en general jóvenes de ambos sexos, inteligentes y animosos, que ejercen con amor y constancia su noble misión de educar á la niñez y prepararla para las luchas de la vida.

Las escuelas públicas de cada población están dirigidas por unas llamadas Juntas de Educación, elegidas por los mismos padres de familia. Dichas Juntas son las que contratan los maestros, alquilan las casas para las escuelas, nombran y separan á los empleados de las escuelas, etc. Nombra además la Junta de su seno á un director escolar que representa á los habitantes de su subdistrito en todo lo que se refiera á la instrucción Como se ve, se da al padre de familia, por medio de las Juntas, el derecho de intervenir en la educación de sus hijos.

Es para Cuba motivo de legítimo orgullo el estado floreciente y próspero de su instrucción primaria, base de prosperidad y progreso para todo pueblo que aspire á conservar su independencia y merecer el respeto de las demás naciones.

ADRIÁN DEL VALLE.

(Fotografías remitidas por el autor.)

Escuela pública de Medina, barrio de la Habana

EN EL ABREVADERO, cuadro de Ulpiano Checa

DÍA DE TORMENTA, cuadro de C. F. Ryder

DUY-TAN, EL NUEVO REY DE ANAM

La locura de Than-Tai, que hasta hace poco ocupó el trono de Anam, ha hecho necesaria la destitución de ese soberano, si bien Francia, protectora de aquel reino, para no herir la delicadeza de los indígenas, ha sabido presentarla en forma de dimisión espontánea, que firmó aquél en 3 de septiembre último y en la cual se designaba como sucesor á su quinto hijo Vinh-Song, niño de ocho años. Éste ha adoptado el nombre de Duy-Tan, que quiere decir «amigo de las reformas,» y ha sido coronado solemnemente, dos días después de su designación, en Hue, capital de Anam, habiéndose cruzado en tal ocasión entre el nuevo soberano, el presidente del consejo de regencia y el gobernador general de la Indo-China afectuosos discursos.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 713, 716, 717, 720 y 721.)

Busto de S. S. Pío X, por Juan Larrivé. – Este busto ha sido expresamente encargado por el propio Pío X al joven escultor francés, pensionado en Roma, y este es el mejor elogio del artista que se ha hecho digno de tal confianza. Del modo como ha correspondido á ella son buena prueba las alabanzas que le ha dedicado S. S. y el hecho de haberle encomendado sus retratos los cardenales Merry del Val y Bisleti. Los familiares del Vaticano han quedado admirados de la verdad y de la vida intensa y expresión del busto modelado por Larrivé. Éste cuenta treinta y dos años, es discípulo de Barrias y obtuvo el premio de Roma en 1904.

Muerte de Santa Clara, cuadro de Murillo. – Representa este lienzo á Santa Clara en el lecho de muerte, rodeada de religiosos y religiosas de la orden por ella fundada, en el momento en que se le aparecen Jesucristo y la Virgen. Hablar del mérito de la pintura, tratándose del inmortal Murillo, es perfectamente ocioso; únicamente diremos que el lienzo forma parte de la serie de once que pintó el artista en 1645 para un claustro del convento de franciscanos de Sevilla y siete de los cuales fueron en 1810 robados por los franceses. La *Muerte de Santa Clara*, después de haber pertenecido á dos colecciones particulares, una de Salamanca y otra de Londres, figura actualmente en la Galería de Dresde.

Retrato de la Sra. de Hauptmann, por Dora Hitz. – Sin reparo alguno puede calificarse de obra maestra en su género ese retrato pintado por la notable artista berlinesa Dora Hitz: naturalidad, expresión, ejecución vigorosa, todo lo reune; ni á la belleza del conjunto están sacrificados los pormenores, ni estos tienen más valor del que les corresponde para que en nada resulte perjudicado el hermoso efecto total. Es un retrato lleno de vida y una pintura de solidez admirable.

La arquilla del tesoro, cuadro de Enrique Serra. – Otra obra verdaderamente notable, por lo primoroso de su ejecución, podemos dar á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería de su autor, el distinguido pintor catalán Enrique Serra, quien por medio del cuadro á que nos referimos ofrece ocasión

Duy-Tan, el «amigo de las reformas,» nuevo rey de Anam (De fotografía.)

para que puedan apreciarse sus especiales conocimientos y su maestría, ya que tal calificativo merece esa admirable gradación de tonalidades, esas armonías de color y la riqueza de pormenores que sabe interpretar y exponer, dando calidad á todos los elementos que ha utilizado para el agradable conjunto que constituye una de sus últimas y más bellas producciones.

En el abrevadero, cuadro de Ulpiano Checa. – Cuando un artista logra hacernos sentir la escena que ha trasladado al lienzo, bien puede decirse que ha hecho una obra notable bajo todos conceptos. Y este efecto lo ha conseguido Checa en el cuadro que reproducimos; contemplándolo nos parece hallarnos en medio de aquella espléndida naturaleza, bajo aquel hermoso firmamento y entre aquellas alegres gentes de Andalucía y escuchar el animado coloquio de esas dos graciosas muchachas junto al abrevadero.

Día de tormenta, cuadro de C. F. Ryder. – El mar, con sus bellezas y sus tragedias, y la vida de los marinos, con sus esfuerzos, sus zozobras y sus dolores, han sido y serán fuente inagotable de inspiración para el arte. Ryder ha trazado en su lienzo una de esas tragedias, que se desarrolla en las costas holandesas, en el momento en que las familias de los que han salido á la pesca y se han visto sorprendidos por la tempestad, esperan ansiosas el regreso de las barcas, mientras algunos hombres se disponen á lanzar al agua los botes de salvamento.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Un recó de mon*, comedia en tres actos de J. Morató, y *Sí natural*, comedia en dos actos de E. Aulés; en Romea *Entre boires*, comedia en un acto de P. Colomer; *Hipnotisme*, juguete en un acto de Epiteto, y *Els savis de Villatrista*, comedia en tres actos de Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra; y en el Eldorado *El último recurso*, vaudeville en dos actos y cuatro cuadros, escrito por los señores Alvarez Noya y Olivé Lafuente, sobre el pensamiento de una obra francesa de A. Dreyfus.

En el teatro Principal ha dado dos nuevos conciertos la Orquesta Filarmónica Barcelonesa, en los cuales ha estrenado un hermoso preludio del joven compositor catalán Cristóbal Taltabull; la *Serenata*, de Max Reger; la *Serenata italiana*, de Wolf, y la *Segunda sinfonía*, de Bruckner: además ha ejecutado la obertura de *Ifigenia en Aulide*, de Weber-Wagner; *En las estepas del Asia*, de Borodine, y las sinfonías quinta y séptima de Beethoven. Todas esas piezas fueron admirablemente interpretadas.

En el Palacio de Bellas Artes se ha celebrado, bajo la dirección del maestro Nicolau y á beneficio de los damnificados por las inundaciones de Cataluña, un festival al que han cooperado la orquesta de la Escuela Municipal de Música, la banda municipal, el Orfeó Catalá, el Eco de Cataluña y el maestro organista Sr Daniel. Todos los números del programa fueron aplaudidos con gran entusiasmo por el público numerosísimo que llenaba el local.

Viena.—Vista general del nuevo establecimiento para hospitalización y tratamiento de locos recientemente inaugurado en las afueras de aquella ciudad. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Este manicomio, que ocupa un área de 1.500.000 metros cuadrados, no es solamente el más grande del mundo, sino también el mejor construído y dispuesto para el tratamiento de las enfermedades mentales. Consta de numerosos pabellones enlazados entre sí por un ferrocarril eléctrico y en los cuales pueden instalarse 3.000 enfermos, y tiene además algunos sanatorios, viviendas para el personal facultativo y administrativo, una iglesia, un gran salón para conciertos y un magnífico edificio para recreos.

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

... y apenas la divisaron saludáronla con ruidosas aclamaciones

Walton se había tomado la molestia de reflexionar detenidamente sobre el asunto, y á no ser por su amor propio resentido, seguramente no lo hubiera hecho. Durante los dos días que mediaron entre su última entrevista con Susana y su marcha, no quiso ir al Prado; si la joven no se cuidaba de él, procuraría demostrarla que él tampoco pensaba en ella; pero la verdad es que ardía en deseos de ir á despedirse. De todos modos, aquellos dos días fueron los más desagradables que recordaba haber pasado nunca, aunque no le faltaron distracciones, pues tenía sus caballos y sus perros para entretenerse, y sus hermanas para excitarle con sus habladurías, haciendo así menos monótona su existencia. Además de esto, para él era una satisfacción demostrar á Susana que podía muy bien prescindir de ella, y creyó que la joven se resentiría de su falta de atención.

Sin embargo, hubo momento en que pensó que sería más acertado ir á verla para saber de una vez definitivamente á qué atenerse; pero después temía arriesgarse; y tres ó cuatro veces, hallándose ya á medio camino en dirección á la granja, desistió de llegar hasta allí y volvió á su casa irritado por su debilidad.

En cuanto á Susana, dos ó tres veces pensó que era extraño que Walton no se presentase antes de su marcha; y seguramente éste se habría disgustado si hubiese sabido que la señorita Holt agradecía su ausencia. A decir verdad, la posición de Susana no dejaba de ser triste, pues no sabía qué línea de conducta seguir, y deseaba salir de una vez de incertidumbres.

La mañana del día señalado por el Sr. Lewis para emprender la marcha fué algo triste, porque el cielo estaba cubierto de espesos nubarrones, que á duras penas atravesaba de vez en cuando algún rayo de sol; mas los viajeros se reunieron puntualmente á la hora fijada, y cada cual tomó su asiento en el lujoso faetón, tirado por cuatro caballos magníficos. Walton y otros cinco ó seis compañeros, hijos de propietarios de los alrededores, habían almorzado con el Sr. Lewis, y estaban muy alegres. El anfitrión se preciaba de guiar un coche tan bien como el primero, y también sus compañeros eran capaces de hacerlo con todas las reglas del arte; pero en semejantes ocasiones, el barón quería llevar siempre su cochero.

Cuando todos se hubieron acomodado, el señor Lewis fué á sentarse en primer término, y el coche emprendió la marcha, saludado por los gritos de todos los muchachos del pueblo, reunidos allí.

XXV

EN EL CAMPO

Cuando Walton se hubo marchado, sin despedirse de nadie, Miguel, observando la misma línea de conducta, siguió siendo tan amigo de Susana como antes, siempre tranquilo, fiel, y dispuesto á servirla; pero absteniéndose de toda confidencia con ella. Por primera vez en su vida, Susana experimentó una especie de perezosa languidez en el cumplimiento de sus deberes, rutina diaria que ahora le parecía enojosa, y echó de menos la excitación que le producían los incidentes de los días anteriores, y que tanto la distrajeron en su vida diaria. En el período de calma que medió entre el fin de la recolección del heno y el principio de la de los granos, que debía seguir después, Susana reconoció que la ausencia de Walton dejaba un vacío en su existencia.

Las cosas habían cambiado mucho desde hacía algún tiempo; Job no era ya el mismo hombre de antes; y Miguel, siempre afectuoso en su amistad, no tenía ahora para ella tanto atractivo como cuando la reprendía algunas veces por cuestiones relativas al servicio de la granja. En otro tiempo la hubiera prohibido hacer tal ó cual cosa si creía que no era conveniente; mas ahora limitábase á indicarla en qué podría cometer un error, dejándola obrar como á ella le pareciese. Ya no insistía nunca en su modo de ver, ni trataba de discutir sobre las observaciones que se le hiciera en cuanto aconsejase, como solía suceder algún tiempo atrás; dejaba toda la responsabilidad á Susana; y ésta, enojada á veces por aquel inexplicable y extraño cambio de conducta, obraba á su antojo, aunque reconociera que Miguel tenía razón.

Una de las últimas medidas adoptadas por Susana era muy conveniente; mas por ella se expuso á quedar sin suficiente número de manos para los trabajos de la recolección. Al contratar los segadores, habíales manifestado su resolución de no dar cerveza en el campo y de pagarles el valor equivalente en dinero á fin de cada semana. Contaba con muchas simpatías en el distrito, y todos cuantos hubieran trabajado á sus órdenes tenían la seguridad de ser atendidos en cualquier caso de apuro; y lo que había hecho por los jornaleros y sus mujeres en casos de enfermedad, aunque hubiese peligro de infección, merecía los mayores elogios.

Su gente, por lo tanto, estaba dispuesta á pasar por lo que hiciese; pero esta medida pareció demasiado osada, y como habían llegado muchos segadores nuevos, la proposición se rechazó. Susana quiso insistir, y esto empeoró el estado de cosas, pues los agitadores agrícolas trataban de promover disensiones y una huelga para imponer una nueva tarifa de precios.

Como Susana se había mostrado siempre dispuesta á pagar los jornales más altos, no le afectó mucho aquella perturbación; pero fué obstinada en la medida que había propuesto, y se expuso á quedar sin más jornaleros que los que empleaba de costumbre. Miguel halló medio de reconciliarlo todo, aconsejando que en el nuevo arreglo se dejase á cada cual libre de optar por lo que más le conviniese; Susana se avino al fin, y poco después sorprendióle agradablemente ver que la gran mayoría de los jornaleros, y en particular los que más se opusieron á la medida, aceptaban el dinero en vez de la cerveza. A decir verdad, había hecho la proposición en beneficio de los trabajadores, y considerábala como una mejora sobre el antiguo sistema.

—Yo no sé por qué ellos no lo ven así, dijo á Miguel después de haber hecho algunos comentarios sobre la torpe terquedad de los jornaleros.

—Pues sencillamente, contestó el joven, porque los puntos de vista son distintos. Ellos miran la ración de cerveza, no como parte de su salario, sino como un antiguo privilegio; y hay muchos trabajadores mejor informados que los nuestros que prefieren un privilegio á cualquiera compensación en metálico. De todos modos, usted ha hecho una cosa buena para esa gente, dejándola el derecho de elección, y también es lo mejor para usted, porque no le hubiera sido posible obligarles por fuerza á conformarse con el modo de ver de usted, y ahora comprenderán muy pronto el valor de la innovación cuando la vean en práctica entre otros labradores. Yo la he adoptado también en Marshstead, y creo que nuestro amigo Tyler ha seguido el ejemplo.

Para Susana era una satisfacción saber que dos de sus vecinos al menos seguían su ejemplo, y el día en que debían comenzar las operaciones de la recolección fué al campo de muy buen humor para inspeccionar su gente.

Todos los segadores y demás jornaleros, hombres y mujeres, habíanse reunido en un grupo para esperar á su señora, y apenas la divisaron, saludáronla con ruidosas aclamaciones. Susana dirigió la palabra á todos con bondad, congratulándoles por haberse ave-

nido con la nueva disposición adoptada, y ellos la felicitaron por el magnífico aspecto de la cosecha, mostrándose deseosos de dar principio al gran trabajo del año. Susana, cogiendo una hoz, hizo la ceremonia de cortar la primera espiga, y poco después todos ocupaban su puesto y dábase comienzo á la siega.

XXVI

QUERER Y NO QUERER

—Hace ya más de cinco semanas que Tomás Walton marchó, dijo Sara mientras movía rápidamente sus agujas de hacer calceta, transformando en media un ovillo de estambre.

Esta observación, hecha de improviso, dió lugar á una larga serie de reflexiones.

—Sí, es verdad, contestó Susana bostezando; pero hemos podido pasar muy bien sin él.

Al decir esto, apartó la vista de su libro, como si quisiera dejar de leer para entablar conversación.

Hacía largo rato que las dos estaban sentadas una junto á otra, costumbre más marcada entonces que algún tiempo antes; las últimas claridades del crepúsculo se extinguían ya, y Susana cerró su libro y levantóse, fijando una mirada en su prima, que la observaba atentamente.

—¿Y no has echado de menos á ese joven?, preguntó Sara.

—¿Por qué había de pensar en él ni en ningún otro, habiendo tanta ocupación aquí?

—Pues yo creía lo contrario, tanto más cuanto que dijo que no estaría ausente más de dos semanas, repuso la joven con voz vacilante.

—Nada de eso. Si tarda más, será porque se está divirtiendo á su manera. ¿Adónde fué?

—Bien debes saber que marchó á Newmarket para trasladarse después á Londres y luego á Goodwood. Parece extraño que no se haya sabido nada de él aún.

—Veo que estás muy al corriente del itinerario que debía seguir. ¿Te ha escrito?

—No; encontré á su hermana ayer y me dijo esto, rogándome al mismo tiempo que te preguntara si tú habías recibido carta, pues su familia está ya algo inquieta.

Susana se felicitó de hallarse en aquel momento vuelta de espaldas á la luz, pues de lo contrario su prima no habría podido menos de observar el rubor que coloreó sus mejillas; pero no pasó inadvertido para la joven, á pesar de la posición de Susana, y al notarlo palideció.

Walton había escrito dos cartas á Susana, que no había contestado á ninguna de ellas, pero proponíase hacerlo, y meditaba dia y noche sobre lo que debería decir.

Siguióse una pausa, y como ya comenzaba á obscurecer, Susana quiso aprovecharse de aquella luz incierta para hacer una confidencia á su prima, pues así no podría adivinar su pensamiento por la expresión de su rostro.

—Sí, dijo gravemente, debo decirte que me ha escrito; pero no le he contestado, porque no sé qué decirle, y yo preferiría no escribir.

—¿Qué inconveniente tienes en ello?

Al hacer esta pregunta, Sara agitaba sus agujas con un movimiento nervioso, mientras que su prima, dejando el libro sobre la mesa, comenzó á pasear de un lado á otro de la habitación.

—La dificultad es, dijo después de una pausa, que no sé qué decir. Walton solicita mi mano y es hombre que me agrada mucho; pero me parece que no es lo bastante, al menos por ahora, para casarme con él.

Susana hablaba más bien consigo misma que no con su prima; y seguramente no imaginó cuánto dolor la ocasionaba con su respuesta.

—Al parecer, continuó, Walton está enamorado de mí, pues dice que hará cualquiera cosa por complacerme; pero yo cometería una imprudencia si contestase *sí* ó *no* antes de estar completamente segura de que me hallo dispuesta á sacrificarlo todo por él. ¿No te parece á ti lo mismo?

—Sí, contestó Sara con énfasis.

Y añadió en voz más baja:

—¿Pero crees tú que él lo daría todo por ti?

—Por lo menos, así lo dice.

—¿Y te parece que sería capaz de renunciar á sus dichosas carreras de caballos, á sus apuestas y á sus pasatiempos?

—Walton asegura que dejará todo esto si mi contestación es afirmativa; pero que de lo contrario, continuará su género de vida aún más desenfrenadamente que hasta aquí, para llegar más pronto á...

—Sí, á los infiernos; allí es donde irá seguramente, y bien puedes decirlo, ya que estamos solas. ¿Crees tú en sus promesas?

—No..., ni creeré hasta que tenga muchas seguridades.

—Pues díselo así, y esta será tu contestación. No debes vacilar si no crees en sus promesas.

—No estoy del todo decidida á decir que no creo en ellas, pues creo que él haría todo lo posible por cumplirlas.

—Y sin duda comprendes que faltaría...

Sin contestar desde luego, la señorita Holt se acercó á la ventana; densas sombras comunicaban á los árboles el aspecto de obscuras masas, viéndose á veces entre ellos algún punto luminoso, como si los gnomos del bosque estuvieran acechando la primera oportunidad para dar principio á sus travesuras; los últimos reflejos del sol se habían extinguido ya; y la tranquila calma de aquella escena invitaba á la meditación. La sombra de Miguel Hazell pasó más de una vez por allí, pero tan distante, que apenas produjo impresión en Susana, sin duda porque su pensamiento se había fijado en Tomás Walton.

—Sí, dijo al fin, sin echar de ver el tiempo que había transcurrido desde que se le hizo la pregunta, creo muy bien que faltaría...

—¿Y qué harías entonces?

—No lo sé; y precisamente el temor de que así suceda es lo que me impide resolverme de una vez.

—Pues yo te diré lo que harías, repuso Sara. Por lo pronto habría un altercado y una separación; más tarde, lo probable es que contemporizaras, y entonces volveríais á reuniros, viviendo durante otro período en buena inteligencia, hasta que volvierais á reñir y á separaros de nuevo, repitiéndose la misma cosa indefinidamente y siendo los dos desgraciados.

—Si yo le amara lo suficiente, creo que haría carrera de él; pero... no es así... ¿Qué debo hacer?

—Si me pidieras consejo con alguna intención de seguirle, yo te contestaría.

—Pues prefiero tu consejo al de ninguna otra persona, al menos en este asunto; y me guiaría por él si comprendiera que tenías razón.

—Sí, esto sería lo esencial; mas el consejo que todos toman es el que más se aviene con su modo de pensar. De todos modos, quiero decirte lo que yo haría..., yo le dejaría buscar la mujer que le ame lo bastante para sacrificar por él su felicidad con la esperanza de mantenerle en orden, y que si no lo consiguiera le sería fiel aun cuando quedara reducido á la pobreza.

En el acento de Sara revelábase la sinceridad y se reconocía que sus palabras salían del corazón; pero su prima no se fijó en esto. Apoyada de codos en la ventana, contemplaba con aire distraído los contornos de los árboles y algunas nubecillas en el horizonte.

—¿Y habrá mujer capaz de hacer eso?, preguntó.

—Yo creo que sí.

—¿Dónde?

—Ya la encontrará él. Una vez te dije que jamás se casaría contigo aunque tú lo quisieras; y dije esto porque sé que existe la mujer dispuesta á sacrificarlo todo por Walton. Tanto por su bien como por el tuyo, lo mejor es que le dejes; ó si aún dudas sobre lo que debes hacer, sométele á una prueba: dile que eres tan pobre como yo, y ya verás qué pronto se entibia su pasión.

Susana miró á su prima con expresión de asombro, pareciéndole muy extraña su contestación; hacer lo que decía era tan degradante para ella como para Walton; el consejo le desagradó y no pudo menos de contestar con cierta acritud:

—¿Sabes lo que dices, Sara? ¿Crees tú que él me aprecia solamente por lo que tengo y no por lo que soy?

—Yo no quiero decir más sino que le sometas á una prueba, contestó Sara con alguna sequedad y un tono algo irónico, que irritó á Susana.

—¿Pero cómo quieres, repuso, que yo haga semejante prueba sin casarme?

—Muy fácilmente. Dile que á causa de la quiebra del Banco has perdido mucho más de lo que al principio supusiste, y que apenas te queda lo suficiente para sostener la granja sin auxilio de los demás. Dile eso y ya verás lo que sucede.

—¿Y cómo podría yo mentir con tanto descaro?, replicó Susana impaciente, porque tan sólo la idea de que le fuera necesaria la ayuda de los demás para conservar su hacienda le irritaba en alto grado.

—Tú deseabas ponerle á prueba, repuso Sara con marcada frialdad; y sin embargo, no te atreves.

—Nada temo; pero él sería tan ridículo como tú lo eres ahora si me propusiese una cosa semejante, si no viera desde luego que me burlaba de él. No pudiendo creerlo, se burlaría de mí.

—Yo haré de modo que él lo crea y que no se ría de ti.

Susana no pudo menos de reirse; la vehemente persistencia de su prima contrastaba de la manera más cómica, á su modo de ver, con lo absurdo de la prueba que ella proponía, y esto solo bastó para que recobrase su buen humor.

—Muy bien, dijo, demostraré que se puede tomar el consejo, aunque dudando de su sabiduría. Someteré á Walton á la prueba apenas regrese. Con este objeto me pondré uno de los desaliñados vestidos de la mujer de Carter, y cuando venga aquí le diré: «Caballero, yo era rica y ahora soy muy pobre. ¿Persiste usted en tomarme por esposa?» Te advierto, añadió Susana, que no prometo aceptarle en el caso de que contestara afirmativamente.

—Cómo, ¿ni aun si supieras que él te creía?

—Dudo que yo pueda creer que él es capaz de hacer eso; pero agrádame esta broma y yo procuraré aparentar la más profunda tristeza. Después, cuando me diga que no se dejará engañar por semejante tontería, le revelaré quién es la autora de tal comedia.

Sara se movió inquieta en su silla, buscando en la obscuridad su calceta, mientras que Susana encendía la luz. Por más que hubiese pensado ya en hacer alguna cosa por el estilo, la proposición de su prima sedújola más aún, porque preveía varios incidentes curiosos, y complacíale sobre todo aquella inofensiva broma. Estaba segura de hacer reir á la misma Sara, porque había resuelto desempeñar su papel con toda la perfección posible.

Aquella noche, Sara fué la última en acostarse, y al recorrer la granja para ver si todo estaba en orden, andaba como una sonámbula; sus movimientos eran mecánicos, su paso lento y tenía siempre fija la vista en algún punto lejano. Su palidez resaltaba más por el reflejo de la luz que llevaba en la mano; y al subir la escalera que conducía á su cuarto, hubiérase podido oirla murmurar. «¿Qué estoy haciendo?—se decía.—Lo que yo la propongo es tanto por su bien como por el mío, y más aún por el suyo. Yo pienso obrar bien; ella me lo agradecerá más tarde, y seguramente Walton no lo llevará á mal...»

Un sollozo interrumpió estas reflexiones, porque pensó que Walton, en vez de ser agradecido, podría burlarse de ella por lo que hacía. En aquel momento, parecióle oir las palabras «¡Dios me ayude!» ¿La escuchaba alguien por ventura? No; era solamente un eco en su cerebro; mas por un momento dudó.

La luz se reflejó en la puerta del cuarto de su prima, que ésta había dejado entornada; Sara vaciló un momento y después entró en la habitación.

—¿Estás despierta, Susana?, preguntó.

La respiración tranquila y regular de la joven, que sin duda disfrutaba de un apacible sueño, fué la única contestación; Sara volvió á salir, y el momento de la confidencia se perdió. La joven se hallaba en aquel instante dispuesta á descubrir todo lo que encerraba su corazón, á revelar el secreto que tanto tiempo había ocultado; y si Susana hubiese estado despierta, habríale confesado todo para aliviarse del peso que la oprimía.

Sara entró un momento después en su propia habitación, cerrando la puerta por dentro. En un rincón había cuatro cajas de cinc, provistas de candado, y en cada una de ellas veíase un rótulo con el nombre de una persona ó de los documentos que contenía; estas cajas habían pertenecido á su padre; pero los papeles importantes, actas, testamentos y otros escritos legales, se devolvieron oportunamente á sus dueños, y ahora no encerraban más que papeles privados y copiadores de cartas del difunto Roberto Hodsoll. Sara había conservado todo esto desde que su padre cerró el bufete, por si acaso alguno de los antiguos clientes de cuyos asuntos se trataba en aquellos documentos reclamara en lo futuro cualquier dato que le interesase. Sara debía ser la primera que consultara aquellas memorias, recuerdo de pasadas locuras y extravíos.

Durante el mes anterior, todas las noches Sara, en vez de acostarse, y cuando se la creía dormida, ocupábase afanosamente en examinar los papeles de copiadores, atormentándose los ojos para descifrar á la luz de una simple vela las líneas, con frecuencia algo ininteligibles, de aquellos escritos. La tarea era penosa, pero Sara no se rindió nunca á la fatiga, y repasaba las páginas una tras otra con esa lenta obstinación que no pocas veces queda recompensada por el mejor éxito. A menudo sentía comezón en los ojos y enturbiábase su vista; pero descansaba un momento y después proseguía su trabajo. Al fin, una semana antes de mediar la conversación de aquella noche, Sara encontró lo que buscaba en uno de los copiadores: era una nota exacta del destino que se había dado al dinero del anciano Holt; y con esta nota, la joven pudo saber casi tanto como Miguel ó Job sobre la posición financiera de Susana.

Sara miró y remiró aquel escrito, informe exacto de todo cuanto se había hecho, con tanto afán como

si se tratase de algún tesoro. En el primer momento experimentó una impresión de alegría, como la de una persona que, habiendo sido maltratada, encuentra de pronto el instrumento necesario para vengarse y está dispuesta á servirse de él; pero Sara quería ser justa para su prima y también para Walton. Por este último había sufrido mucho; mas no era su ánimo vengarse de él, y así es que al cabo de cinco ó seis días de reflexión, el descubrimiento que había hecho perdió á sus ojos gran parte de su valor. Estaba en su mano castigar el egoísmo de Walton revelándole que la mayor parte de la riqueza de Susana dependía del testamento de Job Hazell; mas al proceder así haría daño á su prima también, y á Miguel más que á nadie. ¿Pero sería Walton tan vil que solamente pensara en el dinero? Las reflexiones de Sara eran muy amargas, y muchas veces díjose que aborrecía á Tomás; pero no siempre se resolvía á creer del todo que fuese tan despreciable, y esto era lo que la inducía á vacilar en su línea de conducta.

Durante algún tiempo había creído que Susana amaba á Miguel, y si hubiera estado segura de esto, habría sabido muy bien qué hacer; pero recientemente todo tendía a demostrarle que su prima vacilaba, y con sus ojos de mujer celosa creía ver en las cosas más insignificantes pruebas de verdadero amor. La confesión de Susana desvaneció todas sus dudas, y entonces resolvió por el pronto aconsejar á su prima que sometiera á Walton á una prueba, sin revelarla que seguiría siendo heredera á costa de Miguel. Cualquiera que fuese el resultado, sería conveniente para todos.

Con este pensamiento tranquilizó su conciencia, diciéndose que el acto era justo.

XXVII

EL TESTAMENTO DE JOB

Durante la ausencia de Walton, todo siguió aparentemente la rutina normal; hubiérase dicho que se había suprimido un elemento perturbador, y que renacía la paz y la tranquilidad. Miguel continuó siendo el consejero general en el Prado; los trabajos de la recolección avanzaban rápida y satisfactoriamente; el sol brillaba, iluminando un cielo sereno; y Susana, muy distraída en sus ocupaciones, veía con satisfacción que todo iba bien.

Sin embargo, dos puntos negros parecían alterar la tranquilidad de aquellos días: en primer lugar, Sara enfermaba por momentos, y no quería consultar con el médico ni tomar remedio alguno, asegurando que no tenía nada; y en segundo, y esto era lo más importante, las excentricidades de Job iban en aumento. Mostrábase cada vez más impaciente respecto al casamiento de su hijo, que en su concepto era una cosa ineludible; no sabía hablar de otra cosa, y como se temía contradecirle, en atención al estado en que se hallaba, contestábase con evasivas á sus continuas preguntas, lo cual era muy enojoso, así para Susana como para Miguel.

Cuando comenzaron los trabajos de la recolección, Job era siempre el primero que estaba en el campo, el primero que comenzaba á trabajar y el último en retirarse. Se empeñaba en hacer tanto como los demás jornaleros, y parecía haber recobrado toda su actividad.

Con frecuencia, sin embargo, faltábanle las fuerzas, y entonces Miguel, que le vigilaba siempre con expresión de tristeza, ofrecíase para substituirle; pero él le rechazaba diciendo:

—Haz tu trabajo, y déjame á mi el mío. Ya sabes que soy tan pobre como cualquiera de esos jornaleros que me consideran como su señor; necesitamos todas nuestras manos para no vernos reducidos á dejar la granja, y es preciso cumplir con nuestros deberes para vivir honrados y pagar nuestras deudas.

—Muy bien, padre.

—No, contestaba Job, no está bien, ni lo estará hasta que lleguemos á la meta, la cual se halla muy lejos aún.

Job suspendió un momento su trabajo para enjugar el sudor que bañaba su frente.

—Haremos lo que se pueda, padre, contestaba Miguel, inclinándose para atar la gavilla que su padre no había concluído y colocándola junto á las otras.

—Me agrada oirte hablar así muchacho, decía Job; ya nos arreglaremos para salir adelante; pero es preciso trabajar mucho.

—Ya lo hacemos, y en cuanto á usted, veo que se iguala casi con los jornaleros más jóvenes.

—¡Oh!, decía Job; en mi juventud he sido de los primeros; mas ahora comienzo á envejecer, y además es dura cosa haber ganado lo suficiente para vivir y verse obligado á comenzar de nuevo, como si nada se hubiera hecho en toda la vida. Pero no importa; el trabajo es un consuelo, y me hace olvidar aquel malhadado negocio de mi amigo Holt, y la quiebra de ese maldito Banco, que ha robado su dinero á tantos infelices... ¡Cuánto echo de menos á tu madre!

Job con las manos apoyadas en su grueso báculo...

La inquieta actividad del cerebro de Job no se aliviaba sino cuando sus manos trabajaban con afán, lo cual hacía creer al pobre hombre que de este modo recobraría todo lo perdido.

Las escenas de esta naturaleza eran cada vez más frecuentes; y por eso Miguel vigilaba de continuo, dispuesto á prestar ayuda en cualquier momento, aunque sin dar á entender que su ayuda fuese necesaria. Muy lejos de ello, procuraba hacer creer á su padre que todo su trabajo era de mucho valor para la granja, y que pronto serían tan ricos como si no hubiesen experimentado ninguna pérdida.

Pero Miguel pudo observar muy pronto que no solamente se trastornaba la inteligencia de su padre, sino que su estado físico empeoraba, sin que todo su cariñoso cuidado fuera suficiente para contener aquella rápida decadencia. De todas las pruebas á que se halla sometida la naturaleza humana, la más terrible es seguramente verse obligado á estar junto á la persona querida y ver cómo decae lentamente sin que nos sea posible evitar su aniquilamiento. Esto bastaría para hacernos comprender cuál misericordiosa es la Muerte cuando descarga un golpe rápido sin ocasionar una lenta agonía.

Muy pronto Job no pudo ya levantarse de su sillón, y lamentábase mucho de que un *joven* como él perdiese así la fuerza de sus miembros, precisamente en los días que más la necesitaba. No obstante, consolábase un poco dando sus órdenes sobre lo que se debía hacer. Miguel se presentaba puntualmente todas las mañanas para recibirlas, y á las horas de comer daba su informe sobre los trabajos hechos. El buen hombre quedaba muy agradecido con esto, y aunque obligado á permanecer en su casa, considerábase como un elemento muy necesario.

Cuando le sacaban al jardín quería que se le colocase de modo que viera la pequeña valla que él había comenzado á derribar. Con las manos apoyadas en su grueso báculo y la barba sobre ellas, contemplaba los dorados campos que se extendían hasta el Prado, é imaginábase que podría divisar entre los árboles á lo lejos el tejado de la casa de su pupila. Volviendo la cabeza un poco á la derecha érale dado ver su propia granja y los haces de espigas, cuyo número aumentaba rápidamente. Esto último le alegraba más que todo, y moviendo la cabeza con aire de satisfacción, solía decir:

—No va mal, Miguel, no va mal; si tuviéramos solamente dos años así, pronto saldríamos del mal paso.

Después, Job permanecía silencioso largo tiempo, pero nunca quieto del todo; hacía rápidos movimientos con la cabeza para mirar á un lado y otro, sin que se pudiera decir dónde fijaba la vista. Miguel leía algunas veces el diario para entretenerle; mas no prestaba atento oído sino cuando se trataba del precio del ganado ó de los cereales. Llegó un día en que tampoco fijó su atención en esto, é interrumpió á su hijo en la lectura diciéndole:

—Necesito ver á Patchett.

—¿Para qué, padre mío?, preguntó Miguel doblando el diario.

—Para hacer testamento.

—¡Pero si solamente han pasado algunas semanas desde que le hizo usted! Supongo que no tratará de modificarle en nada...

—Necesito ver á Patchett, repitió Job obstinadamente.

—Muy bien, se lo diré cuando vaya al mercado.

—No, es preciso que vayas mañana, ó de lo contrario enviaré á cualquiera otra persona á buscarle.

—Muy bien; así lo haré.

Miguel pensaba que á la mañana siguiente su padre habría olvidado esta orden, pues con frecuencia hacía encargos de que no se acordaba ya á los pocos minutos; pero esta vez no sucedió lo mismo, pues repitió á intervalos, con cierta monotonía: «Quiero ver á Patchett.»

Miguel estaba inquieto, no por lo que á él concerniese, sino porque temía que se hiciera alguna alteración en el último testamento, y al fin comprendió que no podía menos de ir á ver al abogado.

Este último escuchó las graves explicaciones del joven sobre el estado de su padre y su deseo de verle, sin dar al parecer al asunto mucha importancia.

—No se inquiete usted sobre la ansiedad de Job, dijo, y su afán de hacer testamento, porque esto es muy frecuente cuando una persona tiene la inteligencia debilitada, ó desea hacer algún donativo, y á veces cuando no le queda nada que dar. A menudo he conocido el caso de hacer cuatro ó cinco testamentos para un mismo hombre en el espacio de una semana. De todos modos, debo ver al Sr. Hazell.

—No estará contento hasta que usted vaya.

—Muy bien... ¿Y desea usted aún que el testamento quede en la presente forma?

—Sí; toda alteración que se hiciese ocasionaría inútiles molestias á la señorita Holt y á mí también, sin que esto pudiese influir en mi resolución de que se le entregase todo el dinero.

El abogado miró al joven con el asombro del que ve alguna cosa muy rara.

El Sr. Patchett era un hombre grueso, de carácter jovial y franco; tenía ojos azules y cara redonda, animada siempre de una expresión afable y cándida. Todos los labradores le apreciaban mucho, y reconocían en él una gran práctica y habilidad en los asuntos de su profesión.

—Usted sabrá mejor lo que le conviene, Sr. Hazell, repuso después de una pausa. Dígale usted á su padre que me espere mañana á las doce, y bueno será que esté usted también allí.

—¡Oh! No creo que él lo permita; pero ya le he manifestado mis deseos, Sr. Patchett, y confío en que hará usted lo que buenamente pueda para impedir toda modificación en el testamento.

(Se continuará.)

SS. MM. LOS REYES DE ESPAÑA EN PARÍS

SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina Victoria, que salieron de Madrid el 26 del próximo pasado, llegaron en la mañana del 28 á París de paso para Inglaterra, en donde han de asistir á la boda del infante D. Carlos de Borbón con la princesa Luisa de Orleáns.

SS. MM. los reyes de España en París. Llegada á la estación del muelle de Orsay.

A pesar de que los reyes viajan de incógnito con los títulos de duque y duquesa de Toledo, acudieron á la estación del muelle de Orsay el presidente de la República M. Fallieres y su esposa, el presidente del Consejo de ministros M. Clemenceau, el ministro de Negocios extranjeros y otras altas personalidades del mundo oficial francés. Además había allí S. A. la infanta D.ª Isabel, el personal de la embajada española y un público numerosísimo que invadía la estación y sus alrededores y que se calcula no bajaría de diez mil personas.

Al llegar el tren que conducía á SS. MM., la música del piquete de honor tocó la marcha real, á cuyos acordes descendieron D. Alfonso y doña Victoria, cambiándose cariñosas salutaciones entre ellos y los señores de Fallieres. Con ellos descendieron también S. A. R. el príncipe de Asturias en brazos de su aya, el marqués del Muni, embajador de España en París, que había ido á recibir á los soberanos en Juvisy, y los individuos que forman el séquito de los reyes.

D. Alfonso, dando el brazo á la Sra. de Fallieres, y D.ª Victoria, del brazo del presidente de la República, se dirigieron á un salón de honor, que expresamente había preparado la Compañía de Orleáns, y allí recibieron á la colonia española.

Terminada la recepción, los reyes subieron á un automóvil decorado con las armas de España que los condujo al Hotel Meurice; una multitud inmensa no cesó de aclamarles desde la salida de la estación. Después de un corto descanso y de dejar instalado al príncipe de Asturias en la misma habitación que hace poco ocupó su abuela, la princesa de Battenberg, D. Alfonso y D.ª Victoria, acompañados de la duquesa de San Carlos, del marqués de la Torrecilla, del duque de Santo Mauro, del duque de Alba y del comandante francés Bard, designado por M. Fallieres, como ayudante de órdenes de SS. MM. durante su estancia en París, fueron al Elíseo á visitar oficialmente al presidente de la República, siendo recibidos con todos los honores debidos á su jerarquía.

Desde la residencia presidencial encamináronse á la de los grandes duques Cirilo de Rusia, en donde almorzaron.

Por la tarde recibieron los reyes la visita del ex presidente Loubet y su esposa; la entrevista fué íntima y cordial, y durante ella D. Alfonso recordó los dos viajes que durante la presidencia de M. Loubet había hecho á París y la cacería á que juntos asistieron en los bosques de Rambouillet.

Por la noche, SS. MM. y su séquito asistieron al banquete de gala dispuesto en su honor por el presidente de la República, y al cual concurrieron además S. A. la infanta D.ª Isabel, los marqueses del Muni con el alto personal de la embajada, el embajador de Inglaterra, M. Loubet y su esposa, los ministros y subsecretarios y otros personajes.

M. Fallieres pronunció el siguiente brindis:

«La visita con que V. M. honró á Francia hace tres años, dejó entre nosotros el más vivo recuerdo. Deseábamos que una circunstancia feliz diese á Vuestra Majestad ocasión de volver á honrarnos; esta ocasión se ha presentado, y V. M. ha querido aprovecharla, por lo que os doy gracias de todo corazón.

»Permítame también S. M. la reina, que igualmente nos honra con su graciosa presencia, expresarle mi gratitud.

»Los años transcurridos desde vuestra primera visita han estrechado aún más los lazos de solidaridad é íntima amistad que unen á los dos países.

»El pueblo francés ha tomado parte en todas las alegrías de la noble nación española, y se ha sentido conmovido ante la dura prueba por que atraviesan dos de sus más bellas provincias. Nos ha regocijado el nacimiento del príncipe de Asturias, que hoy respira los aires de Francia, y hemos compartido los sufrimientos de Andalucía y de Cataluña, castigadas, al mismo tiempo que algunos departamentos franceses, por un terrible azote.

»Con profunda satisfacción hemos visto incorporarse este año un nuevo acuerdo al que ya ligaba á Francia y España para la obra de la civilización y de la paz, que es el objeto de sus comunes esfuerzos y que están seguras de cumplir mediante su perfecta unión, la confianza que se demuestran una á otra y el mutuo apoyo que se prestan.

»Levanto mi copa en honor de V. M. y en honor de S. M. la reina y del príncipe de Asturias. Bebo por la prosperidad y la grandeza de España.»

S. M. el rey contestó en los siguientes términos:

«Las poblaciones francesas entre las cuales nos encontramos la reina y yo, nos han permitido apreciar sus cordiales sentimientos para con nosotros. También la ciudad de París y vuestro ilustre predecesor me dispensaron hace tres años la más entusiasta acogida. Tales sentimientos no pueden menos de ser para nosotros aún más preciosos hoy, que vuestra excelencia se ha hecho intérprete de ellos, demostrando de qué modo Francia se regocija con las recientes alegrías de nuestro real hogar, y comparte las desventuras que algunas provincias españolas acaban de sufrir. Estamos profundamente agradecidos, y tengo la certeza de que cuando vuestras amables palabras y el caluroso acogimiento que nos ha dispensado la capital de la República sean conocidos en España, hallarán allí el eco del más vivo agradecimiento. La satisfacción con que V. E. y la noble nación francesa han visto anudarse muy recientemente nuevos lazos entre España y Francia, la compartimos nosotros y la nación española.

SS. MM. saliendo del Hotel Meurice. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

»Para aportar en común esta garantía á la obra general de la paz y la civilización, nuestros gobiernos no han tenido más que inspirarse en los actos de sus respectivos pueblos, cada vez más conscientes de la solidaridad de intereses que los une. Diríase que hasta la Naturaleza ha querido asociar sus destinos, haciéndoles sufrir simultáneamente pruebas iguales en varias de sus comarcas. Sé, pues, que respondo al deseo de España al levantar mi copa por la felicidad de V. E. y de madame Fallieres. Bebo por la grandeza y la prosperidad de Francia.»

Terminado el banquete, efectuóse una velada en la que tomaron parte notables artistas.

Desde el Elíseo se dirigieron los reyes, acompañados del presidente de la República, á la estación de los Inválidos; poco después partió el tren que los condujo á Cherburgo, en donde, á la mañana siguiente, embarcaron para Inglaterra á bordo del acorazado inglés *Renown*.—R.

REMEMBER, ESCULTURA DE VAN DER STAPPEN.

Carlos van der Stappen es uno de los fundadores de la moderna escuela plástica belga, y á él corresponde el mérito de haber elevado en Bélgica el arte decorativo á la envidiable altura en que ahora se halla, colocándolo al nivel de los otros géneros escultóricos.

Nacido en Bruselas en 1843, dedicóse al arte desde la edad de doce años, y en 1869 ganó la medalla de oro en el Salón de aquella ciudad. Visitó Italia en 1871, 1873 y 1876, estableciéndose luego definitivamente en la capital de Bélgica, en donde desde entonces trabaja con éxito cada día creciente.

Entre las principales obras de carácter decorativo con que ha embellecido algunos edificios públicos de Bruselas, mencionaremos los grupos que coronan las fachadas del teatro de la Alhambra y del Conservatorio de Música, el de la Academia de Bellas Artes, la estatua ecuestre de Guillermo *el Silencioso* y la fuente de las Quimeras.

Van der Stappen no se dedica solamente á la plástica decorativa y monumental; todos los géneros de escultura le son familiares y en todos ha producido verdaderas joyas. Díganlo sus bustos retratos, de parecido y expresión admirables; sus estatuas, de líneas y proporciones bellamente armónicas; sus grupos magistralmente observados del natural y modelados con vigor y sobriedad dignos del mayor encomio; y en otro linaje de obras, el relieve funerario que adjunto reproducimos y que, aparte de sus bellezas técnicas, es una nota de sentimiento hermosamente expresada.—T.

Remember, escultura de Carlos van der Stappen

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL AGUA. SUS APLICACIONES Á LA AGRICULTURA, por *Guillermo J. de Guillén y García*. — Para comprender la importancia de esta obra bastará que citemos las materias que en ella se tratan: caracteres y propiedades del agua, papel que desempeña en la vegetación, manantiales, procedimientos para descubrir aguas subterráneas, pozos y minas, pozos artesianos, repoblación forestal para normalizar las corrientes, aforos, riegos, canales, pantanos, maquinaria para elevar el agua, medios para aminorar los efectos de las inundaciones y del granizo, y la previsión del tiempo. Un tomo de más de 600 páginas profusamente ilustrado; editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, 10 pesetas.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. — Se ha publicado el tomo correspondiente al año 1906 de esa publicación importantísima, de la que tantas veces nos hemos ocupado con el elogio que merece y que bien puede presentarse como modelo en su género. Contiene datos estadísticos completos, sobre todo cuanto pueda contribuir al conocimiento y al estudio de las condiciones de vida y desarrollo de una ciudad: clima, crecimiento de la población, demografía, alimentación, locomoción, movimiento económico, comercio, correos, teléfonos, etc., todo ello perfectamente clasificado. El Anuario, cuya formación ha sido dirigida por D. Alberto B. Martínez, director de la Estadística municipal, forma un tomo de 352 páginas, que ha sido impreso en Buenos Aires en la Imprenta Sud-Americana de Billetes de Banco.

Ríotinto.—Los representantes de las diputaciones provinciales reunidos en asamblea en Sevilla visitando las famosas minas
(De fotografía de Diego Calle, de Huelva).

Uno de los más interesantes números del programa de fiestas organizadas en honor de los representantes de todas las diputaciones provinciales de España reunidos en Sevilla para tratar principalmente del proyecto de ley de administración local que actualmente se discute en el Congreso de los Diputados, ha sido la expedición á las minas de cobre de Ríotinto.

Efectuóse ésta el día 17 de octubre último, y en ella tomaron parte 200 expedicionarios, quienes á su llegada á aquel pueblo, en donde se les dispensó un cariñoso recibimiento, fueron obsequiados con un exquisito almuerzo. Terminado el banquete, en el que pronunciaron elocuentes brindis los Sres. García López, Ayala y Amores, en representación de la Compañía de Ríotinto, de la Diputación Provincial de Huelva y de los asambleístas respectivamente, los invitados recorrieron las minas y talleres, presenciando las operaciones que en unas y otros se practican, desde la extracción del mineral hasta la obtención del cobre casi puro, escuchando las interesantes explicaciones del director Mr. Kennedy y de los jefes de sección, y admirando la magnitud, el orden y la organización perfecta de los trabajos y el tráfico enorme de aquella grandiosa explotación, una de las más importantes y mejor montadas de Europa. Los expedicionarios quedaron complacidísimos de su visita y de las atenciones de que durante la misma habían sido objeto.

La fotografía que reproducimos nos ha sido remitida por el reputado fotógrafo de Huelva D. Diego Calle, á quien damos las gracias por su atención.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 11 de noviembre de 1907 — Núm. 1.350

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MADRE É HIJA, cuadro de Ricardo Miller

(Séptima Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1907.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de la presente serie, que será

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS

interesantísima novela de costumbres americanas, original del notable escritor argentino G. A. Martínez Zuviría

La novela lleva numerosas ilustraciones del celebrado dibujante Sr. Opisso.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

A excepción del Real, que dentro de muy pocos días empezará á recrear á los amantes del *bell canto*, los teatros todos de Madrid, desde el de Barbieri, situado en el corazón de los barrios bajos, al del Español, predilecto de las clases aristocráticas, han abierto sus puertas de par en par, disputándose los favores del público.

Para inaugurar la temporada, la Princesa tuvo la plausible idea de elegir dos obras de Zorrilla: *La lealtad de una mujer* y *Aventuras de una noche*, comedia en tres actos, y la tragedia en uno titulada *Sofronia.*

Califico de plausible la idea de la empresa de aquel teatro, porque justo es que artistas y espectadores recuerden, aunque sea de tarde en tarde, á aquellos poetas que sostuvieron en época todavía no muy remota las tradiciones gloriosas del teatro nacional. Uno de estos poetas, el más vigoroso, el más castizo, el que mejor recogió en las cuerdas de su lira los ecos del alma española, fué Zorrilla, con razón considerado como el último trovador.

Al verle no podía menos de pensarse en los vates del siglo XVII: su canosa melena, su bigote y perilla, su rostro enjuto, su magra y nerviosa figura, parecían reclamar el ajustado jubón, el airoso ferreruelo, la valona de encaje y el sombrero de ancha falda y larga y rizosa pluma. No hubiera ciertamente desmerecido su castellana catadura de la de aquellos poetas que ennoblecían con sus creaciones la corte de Felipe IV.

Y tan castizo como su continente era su ingenio. Su vida aventurera y desordenada, las impresiones de su infancia y de su adolescencia, pasadas en el riñón de Castilla, sus lecturas, y sobre todo, su fantasía soñadora y arcaica, le hicieron residir en espíritu, no en su siglo, sino en los siglos pasados. Yo no creo que Zorrilla interpretara fielmente la historia de la España vieja; pero sí creo que él, como nadie, logró evocar la España legendaria. El reedificó, con la magia de su inspiración, los castillos que hoy cubren de ruinas los cerros, lomas y teros de Castilla, él pobló los vetustos palacios de gentiles damas, soberbios próceres, gallardos pajecillos y amojamadas dueñas; hizo resonar el tumulto de las muchedumbres villanescas en las plazas, y los cantos de los monjes en los monasterios, y el fragor de las armas en los campos de batalla. Él hizo cabalgar nuevamente al Cid sobre Babieca, puso el puñal vengador en la mano del último monarca visigodo, llevó á D. Pedro á la tienda de Montiel, ennobleció la vulgar figura del pastelero de Madrigal, lloró con Muley Hacen la pérdida de Alhama y suspiró con Boabdil ante las torres granadinas.

En todas sus obras, lo mismo en las dramáticas que en las épicas, destácanse siempre con distintos nombres dos figuras, eminentemente poéticas, genuinamente españolas, realización ambas del ideal masculino y femenino de nuestra raza. Estas dos figuras llámanse unas veces Diego Martínez é Inés de Vargas; otras, Juan de Alarcón y Margarita la tornera; otras, el capitán Montoya y doña Inés de Alvarado; otras, por último, D. Juan Tenorio y doña Inés de Ulloa. Él, llámese como se llame, es constantemente el mancebo valiente, pendenciero, que no reconoce sagrado, que no tiene más ley que sus pasiones; pero que en medio de sus orgías, de sus vicios, hasta de sus crímenes, conserva siempre un no sé qué de grande, de noble, de generoso, de aristocrático, que nos encanta y nos deslumbra.

Ella es constantemente la virgen enamorada y á la postre seducida por su violento amador, la flor tronchada, la pobre garza víctima de las garras del gavilán. Es el eterno femenino, la debilidad, que tiene nombre de mujer. Por esto la creada por Zorrilla, quizás la única, la que vemos pasar siempre por los principales poemas del vate castellano, forma parte del coro inmortal de las grandes creaciones poéticas, y Ofelia, Margarita, Julieta, Isabel de Segura son sus iguales...

Por estas razones el *Don Juan Tenorio*, á pesar de sus defectos, á pesar también de las veleidades de la moda, ni muere ni envejece. En el célebre y siempre aplaudido drama viven con vigorosa vida los dos hijos de existencia inmortal del ingenio de Zorrilla.

Días pasados, entendimiento tan alto y esclarecido como el de Benavente se burlaba de la costumbre teatral de representar en los primeros días de noviembre el fantástico drama de Zorrilla. No burlas, sino elogios, merece esta costumbre; ella nos proporciona, á lo menos una vez al año, el placer de saborear alta y española poesía, placer de que hace tiempo nos tienen privados nuestros teatros.

Y al llegar aquí echo de ver que nada he dicho de la fiesta inaugural de la Princesa, ni del efecto que produjo en el público la representación de *La lealtad de una mujer* y de *Sofronia.*

La primera de las dos obras oscila entre las vehemencias del drama romántico y los incidentes cómicos de las antiguas comedias de capa y espada. Casi sin transición salta el autor desde los más líricos arranques sobre el honor y la lealtad, hasta los más manoseados engaños fundados en las sorpresas de los mantos y de los escondites. Esta heterogeneidad de la comedia perjudica no poco á su interés. En cambio la avaloran el brío, la grandilocuencia y la sonoridad de la versificación.

Más interés que la resurrección de esta comedia de Zorrilla despertó en el público de la Princesa la representación de la tragedia *Sofronia.* Claro es que no está el tiempo presente para tragedias, tomada esta palabra en su sentido clásico. No se compadecen nuestros gustos modernos con la sencillez de la acción, con la solemnidad, con el énfasis, con el aparato lírico de ese género ya totalmente desaparecido de la escena. *Sofronia* fué oída con respeto, pero sin entusiasmo.

Justo es también reconocer que la originalidad de la tragedia de Zorrilla es escasa: su argumento ha sido cien veces llevado al teatro. La acción se desarrolla en tiempos de Majencio, emperador de índole tan perversa como la de Nerón y Calígula. El tirano, encenagado en el vicio y árbitro de la envilecida Roma, ha puesto sus ojos en la hermosa patricia Sofronia, esposa de Publio, prefecto de la gran ciudad. La noble matrona rechaza con casta entereza los requerimientos amorosos de Majencio; pero éste, para quien no hay más ley que su capricho, y doblemente irritado porque Sofronia es cristiana, condénala á ser expuesta desnuda en la arena del circo. Publio, que adora á su esposa, para librarla de aquella afrenta la mata con su puñal en presencia del emperador y se declara cristiano.

Majencio, en el colmo de la cólera, le grita:

¿Qué has hecho, miserable? Me horrorizas.
¡Quitádmele de aquí! Llevadle al fuego
y esparcid por el viento sus cenizas.
– Yo me espanto también. Llevadme luego,

replica Publio.

impulso fué del corazón pagano,
mas fué el impulso de su misma estrella
que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
quiero partir mi eternidad con ella.
¡Yo á las fieras también! ¡Yo soy cristiano!

Pocos días después de la apertura del teatro de la Princesa, comenzaron las aristocráticas veladas del teatro Español. Como en años anteriores, en el «clásico coliseo» casi todos los días de la semana son de moda. Particularmente los miércoles y los sábados «se da allí cita» lo más empingorotado de la sociedad madrileña. El lápiz de *Mascarilla* y de *Montecristo* se despunta esas noches haciendo la lista de las linajudas señoras y de los distinguidos caballeros que llenan la sala del favorecido teatro.

Sobre esta distinguidísima concurrencia se ciernen las *águilas.* «¿Quiénes son las *águilas?*,» preguntará acaso algún lector poco versado en el *argot* madrileño. Damos aquí aquel nombre á ciertos caballeretes de buenas casas, pero no tan sobrados de dinero que puedan costear los altos precios del abono en los días de moda. Los susodichos caballeretes, muy correctamente vestidos de frac y corbata blanca, revolotean por el vestíbulo en los intermedios, se encaraman durante los dos primeros actos á las alturas paradisíacas y desde allí atisban cuáles son las butacas que hay sin ocupar. Cuando se enteran que está vacante alguna de aquellas localidades, caen sobre ellas y allí se *posan* durante los últimos actos.

Como se ve, no deja de ser propio el nombre zoológico con que se designa á los susodichos pollos.

La obra con que la compañía á cuyo frente figuran Rosario Pino y Emilio Thuiller inauguró sus artísticas tareas, fué la comedia de Galdós titulada *La loca de la casa.* Cumplida esta respetuosa atención con el insigne novelista, comenzaron las representaciones del *Tenorio*, y allí, á pesar de las disposiciones gubernativas que ahora rigen, sigue abierta la hostería de Butarelli, y no obstante las reformas policíacas de última hora, D. Juan continúa perpetrando desafueros sin que los corchetes logren echarle el guante.

Idénticas tropelías y con igual impunidad está cometiendo en la actualidad el burlador sevillano en la Princesa, en el Circo de Price y en el Gran Teatro... Este año, como los anteriores, el público madrileño acude en tropel á recrearse con la contemplación de su obra favorita.

Lara con mucho público y la Comedia con escaso están ya desde hace días funcionando, y el Cómico, Eslava, Apolo y la Zarzuela cuentan por llenos sus representaciones. Este último teatro ha tenido la suerte de encontrar una verdadera mina en la zarzuela de los Quintero y Chapí titulada *La patria chica.*

He aquí el argumento de esta obra que desde hace un mes está aplaudiendo todo Madrid.

Cierto empresario parisiense ha contratado una de esas compañías de cantadores, bailadores y guitarristas que sostienen en el extranjero la tradición de la España de pandereta. En esa compañía hay una malagueña, Pastora, del propio Perchel; un tocador de guitarra, de Cádiz; una bailarina, de Sevilla; un baturro y una baturrica de Zaragoza, y otros cuantos individuos de las orillas del Guadalquivir unos y de las riberas del Ebro otros.

El empresario, que por las señas es un pillete, ha puesto pies en polvorosa en unión de una flamenca de la *troupe* y ha dejado á aragoneses y andaluces á la luna... de París. ¿Qué hacer para regresar á su querida tierra?

En la gran ciudad vive también un pintor andaluz y á él acuden en demanda de socorro los desterrados. Pero el pintor no tiene una peseta. Sin embargo, á falta de dinero contante y sonante, posee una esperanza: acaba de pintar por encargo de un inglés millonario el retrato de cierta hembra andaluza de rompe y rasga; y si, como el artista supone, el hijo de la Gran Bretaña queda satisfecho del cuadro, habrá dinero para todos, y baturros y andaluces podrán volver á su patria. En tanto que el inglés llega, Pastora y el baturro, en una escena quizás un poco larga, pero ingeniosa y excelentemente «servida» por el músico, se tirotean con donaires y chistes aragoneses y andaluces. El millonario inglés se presenta, y deslumbrado por la hermosura y gracia de Pastora, desdeña el cuadro: la mujer viva le gusta más que la mujer pintada. Dará el dinero para que regresen á España cantadores y danzantes, pero á condición de que Pastora se quede en París. La arrogante moza accede á trueco de que sus compañeros regresen á su patria, pero no ha contado con la huéspeda; esto es, con la tenacidad del baturro, y todos sus compañeros le secundan, de quedarse en París si Pastora no vuelve con ellos á España.

El inglés, conmovido por el rasgo del baturro, paga el viaje de todos, aunque decidiendo con tenacidad británica, no inferior á la tenacidad aragonesa, seguir á la cantadora hasta el fin del mundo.

Todo esto, sazonado con las sales del ingenio privilegiado de los dos hermanos, realzado por sincero y noble patriotismo y adornado con hermosa música, hace todas las noches las delicias del público que llena el teatro de la Zarzuela.

Zeda.

SALIR POR LA PUERTA DE LOS CARROS (REFRÁN ESTUDIANTIL)

... se había lanzado por ella poniendo pies en polvorosa sin ser visto de nadie

I

¡Válame Dios!, que de ser tan buen estudiante como era mozo de condición apicarada é ingenio agudo, mal año si Alonso de Ontiveros no hubiera ocupado el primer banco, no digo yo en aquella Universidad Complutense, sino en los de las aulas salmantinas y en los colegios de París ó Bolonia.

Pero es el caso que así como nada de perezoso tenía en buscar quínolas ó encartes en la descuadernada, ni para señalar con un chirlo de á jeme la cara de su contrario, teniendo una de las de Ortuño á la mano, cada dedo le pesaba un quintal cuando de volver las hojas del *Instituta* se trataba y de plomo se le volvía la lengua cuando el catedrático de física le hacía alguna pregunta.

Eso sí, de tal modo le tiraba la vida estudiantil, que por ninguna la hubiera dejado. La prueba de ello es que, aunque llegó á Alcalá sirviendo á cierto acaudalado mancebo que le daba posada, comida y vestido, amén de los gastos que pudiera causarle el estudio, cuando su amo, que tenía más afición por las galas del soldado que por las aulas, renunció á los libros y tomó bandera para embarcar en el puerto de Cartagena en una galera que llevaba refuerzos de hombres y dineros á Flandes, Alonso, aunque con lágrimas en los ojos, se despidió de su amo, prefiriendo habérselas á tajos y mandobles con los porquerones del padre de estudios, que no á arcabuzazos con los herejes flamencos.

Tanto gusto había cobrado á la vida estudiantil, que el no contar por sustento más que con las sobras de sus compañeros, que tampoco disfrutaban de grandes holguras, ó con la sopa que con sus buenos modales repartía tardes y mañanas un lego del convento de San Diego, ni con más suntuosos atavíos que las raídas bayetas que desechaba otro estudiante poco menos astroso que él, no eran obstáculo para que se encontrara en Alcalá como el pez en el agua.

Para ello había la razón de que todos sus colegas de estudios le llevaban en palmitas, como hombre que de raro ingenio y nunca agotada inventiva para dar con el repuesto que de su familia recibía un novato, para hallar traza para que éste ó aquél penetrara en el retrete de alguna no del todo bien guardada doncella ó para sacar unos cuartos de la bolsa de alguno de los logreros que á interés tan poco seguro como desmedido prestaba á los escolares.

Él era el verdadero maestro de novicios, cuando en éstos veía disposición para emprender la azarosa vida de la gente maleante, y él también el que idea ba las más sabrosas burlas que se hacían con los pazguatos que aún se empeñaban en seguir al pie de la letra los sanos consejos que el puntilloso padre ó la cándida madre les diera antes de tomar el camino de Alcalá.

Los títulos que le acreditaban como cabo y cabeza de los mozos más arriscados y atrevidos, eran dos ó tres cicatrices que le afeaban un tanto el de suyo no muy agraciado rostro y que todos sabían haber sido cobradas haciendo frente á las rondas ó espaldas á un amigo empeñado en no muy limpia y sí peligrosa aventura.

Eso sí, de tal jefatura cobraba el bueno de nuestro Alonso censo y almojarifazgo, que no había carta que viniera en el festejado «ahí te envío» que no se creyera con derecho á participar, y su poco escrúpulo en esto llegaba á tal, que á las veces pedía y lograba que se le diera alcabala, no sólo del puñado de escudos ó del fardo de embutido que cualquier estudiante recibía del paterno hogar, sino hasta de los favores que de sus damas lograban los más galanes y enamoradizos.

II

Como es de suponer, semejante tiranía, aunque sufrida por temor á lo duro de sus puños y á lo fácil con que su daga—que el estar prohibido el uso de armas á los estudiantes no quitaba para que el que más y el que menos tuviera de ellas un arsenal—salía de su vaina, no dejaba de despertar odios y malas voluntades hacia el que la ejercía.

Algunos estudiantes tenía á su devoción incondicionalmente; pero otros, aunque lo encubrían con palabras melosas y sumisas complacencias, no deseaban otra cosa sino encontrar resquicio por donde poder mostrar á Alonso de Ontiveros que las más altas torres se hunden y los más sólidos obeliscos se vienen al suelo.

Para el grupo que formaban los encubiertos enemigos del estudiante, hubiera sido día de júbilo, digno de señalarse con piedra blanca, aquel en que pudieran hacer del tenaz perdonavidas burla tal, que le hiciera correrse y amostazarse.

Pero sobre no ser fácil la empresa de dar broma á quien tan pocos puntos vulnerables tenía, ¡cualquiera se hubiera atrevido á ser el que pusiera el cascabel al gato, sabiendo que Alonso no era hombre que se detenía en abrir un par de cabezas como si fueran melones de secano ó en pintar en cualquier faz un planisferio que no lo trazara mejor ni el florentino Toscanelli.

De una sola burla no se hubiera escapado. Era costumbre, no sólo en la de Alcalá, sino en todas las Universidades de España, cuando llegaba la temida fecha de los exámenes, esperar en la puerta principal al que caía en las garras del inflexible tribunal, y como el examinado no sacara en la mano la cédula con el *nemine discrepante* ó por lo menos otra que le diera por aprobado, en vez de los vítores y aplausos con que se agasajaba al triunfador se armaba tal baraúnda de denuestos y silbidos, que por mucha correa que tuviera el desairado estudiante escapaba más mohino y con más prisa que perro al que chiquillos ataran maza en el rabo.

¡Y lo que es la ley de la costumbre y la fuerza de la sanción del tiempo! Los mismos que metían en un puño á los otros y nada temían ni por nada se les apocaba el ánimo, contra tal prueba no osaban volverse, y del mismo modo la sufría el veterano de más retorcidos colmillos, que el más albillo de los novatos.

Lo malo es que no era fácil que con Alonso de Ontiveros rezara aquello, porque indudablemente no se proponía llegar nunca á letrado sabihondo ni á teólogo eminente, sino que se contentaba con arrastrar de por vida las astrosas bayetas de estudiante y no había que hablarle de exámenes ni oposiciones. Su habilidad consistía en esquivar toda prueba de sus adelantos y en huir siempre á fin de curso de demostrar positiva ó negativamente su aprovechamiento.

III

Pero lo que no hubiera conseguido nadie, lo logró el maleante ingenio de cierto mozo que por la Universidad Complutense cayó un día, y á los pocos de estar afiliado á las huestes estudiantiles, ya era temido y respetado por su agudeza y buen humor, de tal manera, que lejos de tratársele como á mancebo moscatel é inexperto, se escuchaba su consejo y se le seguía como á viejo capitán.

A este que, como es consiguiente, más que á nadie molestaba la supremacía del que hasta allí venía cobrando todo barato y llevándose las primicias de los provechos de todo buen golpe, fué al que le escarabajeó en el ánimo llevar al inexpugnable estudiante por pendiente en que, despeñándose, perdiera todo el prestigio y superioridad.

Para conseguirlo valióse de un medio que tal vez á ningún otro hubiérasele ocurrido. Y fué auxiliarse de cierta dama y su dueña que como llovidas del cielo habían venido á establecerse á Alcalá y de las

cuales no tardó la primera, que era moza y por extremo garrida, en sorber el seso al bueno de Alonso.

Decíase—y de que fuera verdad no respondo más que de los milagros de Mahoma—que la tal señora era hija de riquísimo padre que á su muerte había dejado á su hija única heredera de una tan cuantiosa fortuna como nobiliarios títulos, y que ésta juntaba á tales bienes tal recato y virtudes, que la hacían modelo de doncellas y dechado de damas.

El estudiante novel tuvo cuidado de poner en honesto contacto al redomado D. Alonso con la recatada señora y su austera dama, y de tal modo se propuso conquistar el afecto de la desconocida, su mano y con ella su fortuna, que no hubiera perdonado medio para conseguir su propósito.

Pero es el caso que la bella incógnita, que por la traza no era tan arisca como á primera vista parecía, aunque sin rechazar el martelo, que desde el primer momento comenzó á darla Alonso, acabó por ponerle por condición para aceptar sus obsequios lo que menos podía convenir al desaplicado estudiante.

Y fué expresarle desde luego que para rendir tributo á la memoria de su padre, que á su decir fué uno de los más y mejor vistos leguleyos, no tendría por esposo á quien no llevase al tálamo títulos universitarios que la hicieran esperar que había de ser su cónyuge un portento de sabiduría.

Tan inflexible era en esto y tan del todo se le había metido en el alma á Alonso Ontiveros el deseo de hacer suyo aquel tesón de gracias, discreción... y riquezas, que ¡oh portento!, en unos meses, el que había sido siempre cabeza de todo motín, comenzó por hacer vida recoleta y devoró libros con el mismo afán que antes trasegaba cuartillos de aloque y magras de lo de Algarrobillas.

Ni en taberna ni hostería puso la planta; el primero era en acudir á las cátedras y así huía él de las zambras y alboroques como el más santo anacoreta de las tentaciones del malo.

IV

Así llegó el fin de aquel curso. Todos los estudiantes, asombrados, miraban á Alonso como á hombre que por obra de conjuro se hubiera trocado de ser, y había hasta quien apostaba que su amor propio le haría salir lucido en la prueba que temían los que no se habían quemado las cejas estudiando.

Sólo el estudiante albileño sonreía satisfecho con cierto mohín diabólico, como si estuviera seguro de su triunfo.

Así es que el día en que correspondía á Alonso de Ontiveros presentarse por única vez en su vida ante el fruncido ceño de los catedráticos, el mozuelo no se dió punto de reposo, y yendo de acá para allá, reunió cuanta gente pudo para esperar á la puerta de la Universidad la salida de Alonso, en la que había de señalar su triunfo ó su derrota.

Y triunfó; ¡pero él! ¡Vaya si fué triunfo el que consiguió!

El minero, escultura de Constantino Meunier (V Exposición Internacional de Arte de Barcelona)

Al sentarse Alonso en el banquillo, comprendió bien pronto que es más fácil andar en burlas con los alguaciles por bien armados que estuvieran, que no con aquellos graves y austeros señores protegidos por la armadura de su saber, y tal lío se hizo al querer contestar á preguntas que así entendía como si se las hubieran hecho en chino, que sin aguardar el desahucio, como si cohetes hubiera tenido bajo el asiento, escapó á correr, huyendo de aquel paraninfo en el que tan brillantes triunfos consiguieron ilustres varones, honra de nuestras letras.

En la playa de Viareggio, cuadro de Felipe Klein. (Exposición de los Secesionistas muniquenses. 1907.)

De tal resultado no faltó quien ya hubiera dado cuenta á la formidable tropa que á la puerta esperaba, y de pitos y chiflas debían tener tan buena provisión, que mal año si la serenata que esperaba á Alonso no dejaba atrás á cuanto en bulla y algazara hubieran discurrido los mismos diablos de la pandilla de Pero Botero.

Pero pasó un buen cuarto de hora y el escarmentado estudiante no asomaba su demudada faz, haciendo ya sospechar á los más impacientes.

Quién suponía que por retrasar el fatal momento, por los claustros habría quedado escondido; quién sospechaba que arrepentido había querido hacer una nueva prueba; pero como alguno más impaciente entrara á buscarle, con desaliento salió en seguida diciendo que en parte alguna se hallaba á Alonso de Ontiveros.

V

¿Qué había sido de éste? Muy sencilla era la cosa.

Tenía y tiene la célebre y antigua Universidad Complutense una puerta excusada por la que sólo entraban y salían los carros que llevaban la tierra necesaria al cultivo de la huerta del hermoso edificio, y el astuto estudiante, antes que sufrir las burlas de los que estaban en la puerta principal, se había lanzado por ella, poniendo pies en polvorosa sin ser visto de nadie.

Y cuenta la fama que no se contentó con dejar la Universidad y sus cercanías, sino que huyó de Alcalá y aun á esta hora no ha vuelto á saberse de su paradero ni de aquella dama, que tenía de tal, según luego se supo, tanto como las mozas que cuenta Don Quijote en la venta que á él se le antojó castillo, á pesar de que, según expuesto queda anteriormente, á la garrida moza que había sorbido el seso al bueno de Alonso, teníasela en tan superior concepto, que pasaba á los ojos de todo el mundo por un tesoro de virtudes, títulos y riquezas.

Pero aquel lance no fué perdido del todo. Por de pronto de él se aprovechó el estudiantillo moscatel, que cobró por sí el puesto por Alonso de Ontiveros abandonado, y también lo aprovecharon los malos escolares, que desde aquel punto hasta que se cerró la Universidad, siempre que salían perdidosos en sus exámenes se libraban de las burlas de sus compañeros escapando por la puerta de los carros.

Y de tal manera fué esto, que hoy, que sólo por tradición se conocen las pintorescas y apicaradas costumbres de la antigua vida estudiantil, cuando uno sale mal de sus negocios ó empresas, de él se dice en el lenguaje corriente y vulgar: «Ese salió por la puerta de los carros.»—Angel R. Chaves.

SARAH BERNHARDT, retrato hecho recientemente en Bruselas por Antonio van Welie

PARÍS.—LA COPA BRANGER PARA PEQUEÑOS MODELOS DE CANOAS AUTOMÓVILES

La afición á los deportes de toda clase va adquiriendo de día en día mayor desarrollo, y cada vez son más variadas las manifestaciones en que tal afición se demuestra y en más número las pruebas que se organizan y los premios que se conceden para fomentarla.

El aire, la tierra y el agua son los elementos en que tales deportes se desenvuelven: aeroplanos y aeróstatos se lanzan á la conquista del primero, y en cuanto á los otros dos, los coches y las canoas automóviles están realizando todos los días nuevos progresos que permiten lograr velocidades hasta hace poco tenidas por imposibles.

Celébranse de continuo concursos en que se disputan las llamadas copas, algunas de ellas de gran precio y todas muy codiciadas por ser consagración oficial de la perfección de las máquinas que en aquéllos toman parte y de los méritos de sus inventores ó de los que las conducen. Varias de esas copas se han hecho realmente famosas y por ganarlas no vacilan los profesionales y los aficionados en arrostrar las mayores dificultades y aun en exponerse á graves peligros: recuérdense, en prueba de ello, las regatas de canoas automóviles «Argel-Tolón,» efectuadas hace poco más de dos años; la tristemente célebre carrera de automóviles «París-Madrid,» y otras que se realizan todos los años en distintos países y en casi todas las cuales ocurren terribles accidentes.

Esa mayor suma de dificultades y de peligros, si por una parte presta más interés á esos concursos, por otra los hace antipáticos á muchísima gente que entiende que, para acreditar unas máquinas ó demostrar la pericia y el valor de los que las montan, no hay necesidad de forzar los estímulos hasta el punto de hacer olvidar los sentimientos de la propia conservación y el sagrado respeto que las vidas ajenas merecen.

De aquí que resulten altamente simpáticos concursos como el que recientemente se ha celebrado en el Bosque de Bolonia de París, en el que, sin peligro alguno, se han disputado una copa de nueva creación, la copa Branger, una colección de diminutas canoas automóviles, que á pesar de su pequeño tamaño, tienen una maquinaria perfecta y funcionan con la misma regularidad que las grandes embarcaciones.

Celebróse el concurso en la tarde del 24 de octubre último ante un público numeroso que llenaba las orillas del lago y que siguió el curso de las pruebas con igual interés que si se tratara de alguno de los *meetings* de Mónaco ó de Evián.

Las canoas se dividieron en cuatro categorías, según la clasificación siguiente: embarcaciones de 60 centímetros, embarcaciones de un metro, embarcaciones de 1'50 metros é hidroplanos. Los minúsculos aparatos, que fueron presentados por niños, eran en número de treinta y movidos unos por motores de explosión, otros por motores eléctricos y hasta algunos por motores de vapor. Varios de ellos eran verdaderas monadas por la elegancia de sus proporciones y por la belleza de su construcción; y sólo viéndolos funcionar con regularidad admirable pudieron convencerse los espectadores de que no se trataba de juguetes más ó menos ingeniosos, sino de máquinas dotadas de todas las perfecciones mecánicas.

El número de canoas inscritas hizo necesario dividir la prueba en cuatro series, en las que salieron vencedoras respectivamente: *Helene,* eléctrica, de M. Mauricio Corsin; *Jeannette,* eléctrica, de M. Vacher; *Eclair II,* eléctrica, de M. Lebreton, y *Girard VI,* con motor de explosión, de M. Girard.

En la prueba decisiva resultó vencedora esta última canoa, que ganó la copa Branger.

El concurso de los hidroplanos no revistió todo el interés que muchos esperaban, porque desde luego se vió la gran superioridad que sobre todos los demás tenía el bote *Croix de Lorraine,* de M. Perignón, que supo sortear con asombrosa habilidad la multitud de obstáculos que significaban para su marcha las lanchas ancladas en medio del estanque.

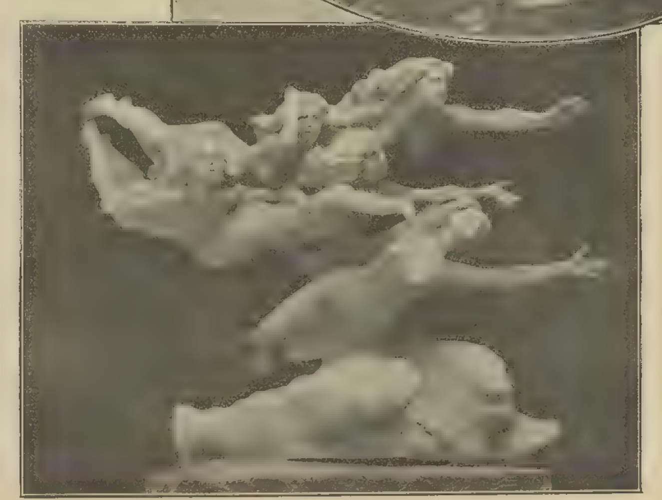
La copa Branger, como puede verse por la reproducción adjunta, es una obra de arte bellísima.

El resultado del concurso dejó plenamente satisfechos á cuantos á él asistieron. Satisfecho puede estar también el iniciador, M. Branger, quien ha sido muy felicitado por la idea original que ha tenido y que indudablemente contribuirá al perfeccionamiento de los aparatos automóviles acuáticos.—S.

(Fotografías de Branger.)

Presentación de una de las diminutas canoas automóviles que tomaron parte en el concurso de la copa Branger.

Lanzamiento de las pequeñas canoas automóviles.



La copa Branger, premio del concurso de pequeñas canoas automóviles, efectuado el día 24 de octubre ultimo en el lago del Bosque de Bolonia de París

FESTIVAL EN EL PARQUE GÜELL

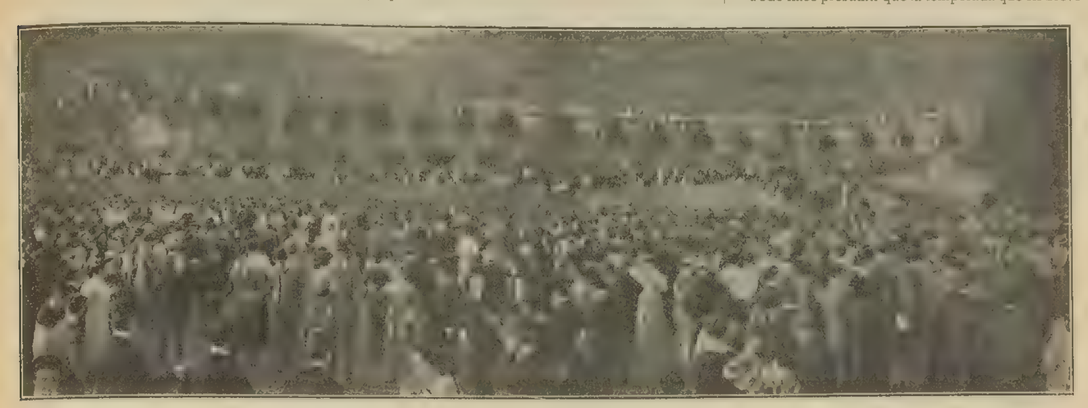
Organizado por las Asociaciones automovilistas de esta ciudad, celebróse en la tarde del día 3 de los corrientes en el pintoresco Parque Güell un festival con el benéfico objeto de socorrer á los perjudicados por las últimas inundaciones que tan espantosos daños han causado en varias comarcas de Cataluña.

Los orfeones Catalá, Barcelonés y de Sans y los coros Catalunya Nova, Nova Catalonia é Infantil cantaron escogidas composiciones y la banda municipal ejecutó algunas piezas, alcanzando todos entusiastas aplausos.

Las *coblas* «La Principal Barcelonesa» y «Unió Empordanesa» tocaron airosas sardanas que fueron bailadas por centenares de aficionados á la popular y típica danza.

Varios grupos de jóvenes recorrían los paseos del Parque recolectando fondos para los damnificados.

El Parque Güell ofrecía un aspecto animadísimo, pudiendo calcularse en algunos millares el número de personas que respondieron al filantrópico llamamiento de las entidades organizadoras de esa fiesta que transcurrió en medio del mayor orden y de la que guardarán muy grato recuerdo las numerosas y distinguidas familias que á ella concurrieron.—T.



Barcelona.—Festival organizado por las Asociaciones autonomistas de Barcelona y celebrado en el Parque Güell en la tarde del 3 de los corrientes á beneficio de los damnificados por las últimas inundaciones de Cataluña. (De fotografía de J. Brangulí Soler.)

BARCELONA

LA PRÓXIMA TEMPORADA DEL TEATRO DEL LICEO

Todo hace presumir que la temporada que en breve comenzará en nuestro primer teatro lírico dejará satisfechos á los más exigentes aficionados, así por el número y calidad de los artistas contratados, como por las óperas que se cantarán y por la *mise en scene* de algunas de ellas. El Sr. Bernis, actual empresario, se propone hacer una campaña que deje recuerdo en Barcelona, y hay que confesar que ha puesto de su parte los medios para lograrlo. De desear es que el público recompense sus esfuerzos y sacrificios.—X.

Barcelona.—Principales artistas de la temporada de invierno del Gran Teatro del Liceo.—I. Margarita Kaftal, soprano lírica y dramática. II. Matías Battistini, primer barítono.—III. Eugenio Giraldoni, barítono.—IV. Georgina Caprile, soprano lírica y dramática. V. José Anselmi, primer tenor

Dejad venir á mí los niños, cuadro de Federico de Uhde

Concierto de familia, cuadro de Federico de Uhde

NARCISO FEMENINO, cuadro de L. de Flesch-Brunningen

MONSEÑOR VICO

El nuevo Nuncio en Madrid, recientemente nombrado por S. S. el papa Pío X, es uno de los más distinguidos diplomáticos de la Santa Sede.

En 1880 fué secretario de monseñor Vicente Vanutelli en la Delegación Apostólica en Constantinopla, desde donde fué trasladado en 1883 á la secretaría de la nunciatura en París; en 1887 pasó á Madrid, y dos años después, y con el mismo cargo, á Lisboa.

Monseñor Vico, recientemente nombrado Nuncio de S. S. en Madrid. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

En 1898 fué nombrado delegado apostólico en Colombia y finalmente Nuncio en Bruselas en 1904.

Monseñor Vico es un poliglota notabilísimo, pues posee á la perfección diez idiomas.

BENDICIÓN DE LA BANDERA DEL SOMATÉN

DE SAN JUSTO DESVERN

Con gran solemnidad efectuóse el día 3 de los corrientes la ceremonia de bendecir la bandera adquirida por el somatén del pueblo de San Justo Desvern, por subscripción voluntaria entre las clases é individuos del mismo y varias personas amantes de tan benemérita institución.

A la fiesta asistieron el general Sr. Ruiz Rañoy, comandante de los somatenes, representaciones de las autoridades y comisiones de los somatenes de los pueblos inmediatos.

A las once menos cuarto celebróse en una era cercana á la casa de D. Gaspar Modolell, cabo del somatén de San Justo Desvern, una misa de campaña, terminada la cual el canónigo Dr. Rifá, que tenía la representación del cardenal-obispo de Barcelona, procedió á la bendición de la bandera, rezando las oraciones de ritual; apadrinó la enseña, por delegación del marqués de Monistrol, el señor Ruiz Rañoy, quien, una vez aquélla bendecida, la entregó al somatén de San Justo Desvern, dirigiéndole afectuosas frases y patrióticas excitaciones.

Acto seguido, el párroco de la Bonanova Dr. Estebanell pronunció un elocuente discurso alusivo al acto, en el que alabó la noble ejecutoria de los somatenes, aludió á la guerra de la Independencia, ensalzó á la Virgen de Montserrat, patrona de los somatenes armados de Cataluña, y recordó que el lema de la institución es «Paz, paz y siempre paz» y que sólo por la paz han de hacer uso de las armas.

Leída y firmada el acta, fueron revistados los somatenes por el Sr. Ruiz Rañoy, y después de un desfile en que se tributaron honores á la nueva bandera, quedó ésta depositada en casa del Sr. Madolell, quien obsequió á los invitados con un espléndido banquete.

San Justo Desvern (Barcelona).—Bendición de la bandera del somatén, ceremonia efectuada en la mañana del día 3 de los corrientes. (De fotografía de A. Merletti.)

LOS EMBAJADORES DE MULEY-HAFID

EN EUROPA

Muley-Hafid, á quien bien podemos llamar sultán rebelde, animado sin duda por la facilidad con que fué proclamado en la ciudad de Marruecos y ha sido luego reconocido como soberano legítimo por importantes tribus de aquel imperio, ha creído que le sería igualmente fácil hacerse reconocer por las potencias europeas, y á este efecto envió á dos de sus más notables partidarios, Mohammed-el-Buassán y Bukir-Bushentuf, acompañados de un intérprete, á Londres, á Berlín y á Roma con la pretensión de que en esas cortes se aceptara como buena su proclamación.

La embajada, sin embargo, ha sido un fracaso completo, pues en ninguna de las citadas capitales han conseguido, no ya el reconocimiento de Muley-Hafid, pero ni siquiera ser recibidos por los representantes de los respectivos gobiernos. De modo que los tales embajadores y su soberano *in partibus* han hecho un solemne papel ridículo y han afirmado más la situación del sultán, por ahora único legítimo, Abd el-Aziz.

Mohammed-el-Buassán y Bukir-Bushentuf, embajadores enviados por Muley-Hafid á varias cortes europeas para lograr su reconocimiento como sultán de Marruecos. (De fotografía tomada en Berlín y comunicada por Carlos Trampus.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 729, 732, 733, 736 y 737.)

Madre é hija, cuadro de Ricardo Miller. — Ha sido ese uno de los lienzos más celebrados de la última Exposición Internacional de Venecia. No se advierte en él ninguno de esos rasgos efectistas que llaman la atención momentáneamente, pero en cambio tiene todas las cualidades sólidas, así de observación como de ejecución, que proporcionan al artista un éxito duradero y hacen de su cuadro una obra de esas que resisten victoriosamente las veleidades de la moda y se contemplan siempre con el mismo agrado.

***

El minero, escultura de Constantino Meunier. — Todos cuantos penosamente laboran, aquellos que en su rostro llevan impresas las huellas que marca el sufrimiento y las privaciones, han hallado en el celebrado escultor de Lovaina admirable intérprete, puesto que Meunier ha logrado representar todas las fases del dolor y las tensiones que en el organismo produce el derroche de energías no compensadas ni repuestas. El detenido estudio de las obras en bronce que han figurado en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, es demostración del empeño perseguido por el eminente artista belga, quien parece se ha complacido en exponer las situaciones que señala la existencia de los obreros, para enseñanza y reparación.

***

En la playa de Viareggio, cuadro de Felipe Klein. — Este pintor muniquense es uno de los que más brillantemente representan en Alemania la escuela del *plein air*. Sus obras respiran vida; la naturaleza está en ellas tal como se ofrece á los ojos de quienes saben sentir toda su poesía, toda su belleza real, es decir, ni exagerada con idealismos ociosos, ni prostituída con realismos reprobables; de aquí que ante sus paisajes experimentemos esa impresión profunda que sólo la verdad bella puede producir.

***

Sarah Bernhardt, retrato por Antonio van Welie. — Para esa eminente actriz francesa no pasan los años; sesenta y tres cuenta, y sin embargo, aún representa los papeles de dama joven que más triunfos le han valido durante su carrera artística, y los representa con la misma maestría, con la misma pasión que en su juventud. Recientemente ha publicado un libro autobiográfico, *Mi doble vida*, que ha tenido un éxito asombroso; esta circunstancia da carácter de actualidad al bellísimo retrato que reproducimos y que ha sido hecho hace poco en Bruselas por el notable artista van Welie.

***

Dejad venir á mí los niños. — Concierto de familia, cuadros de Federico de Uhde. — Federico de Uhde es uno de los más grandes pintores alemanes contemporáneos. Su especialidad, como decíamos en uno de los últimos números, son las escenas del Nuevo Testamento modernizadas; pero también ha cultivado y sigue cultivando otros géneros, como lo prueba el *Concierto de familia*. Este y *Dejad venir á mí los niños* son una prueba patente de los talentos artísticos de este pintor, pues á pesar de haber sido ejecutados casi al principio de su carrera, en los años 1881 y 1884, están hechos tan admirablemente que en nada han desmerecido con el transcurso del tiempo y nada han podido contra ellos las variaciones de la moda.

***

Narciso femenino, cuadro de L. de Flesch-Brunningen. — ¿Quién no conoce la fábula mitológica del joven Narciso, enamorado de su propia imagen reflejada en el cristal de las aguas de una fuente? En ella se ha inspirado el pintor alemán, cambiando el sexo del protagonista y substituyendo las aguas cristalinas por un espejo; y así ha compuesto el bellísimo cuadro, en el que se destaca, hermosamente trazada, la arrogante y esbelta figura de esa joven que, enamorada de sí misma, estampa en sus propios labios un apasionado beso.

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Ya lo sé, Susana, contestó el joven con gravedad

Precisamente sucedió lo que Miguel temía. A fuerza de argumentos y de instancias había conseguido que su padre omitiese en el testamento lo que ahora se trataba de modificar, es decir, que se hiciera mención del sacrificio que los Hazell se imponían para mantener el patrimonio de Susana intacto. En el nuevo testamento no se debía hacer cambio alguno respecto al destino del dinero; pero Job insistió en que se expresasen detalladamente todas sus transacciones con Holt, y como se le habían transferido las acciones del Banco en absoluto, mediante un convenio sin formalidad ninguna, según el cual debería devolver todo á Susana cuando se casase con Miguel ó con otro que tuviera la suerte de merecer la aprobación de Job Hazell.

—Ya le he dicho á usted, contestó Patchett, que no está usted obligado á devolver este dinero, porque su padre fué quien hizo el depósito.

—Eso no importa, repuso Job, pues como usted ve, mi hijo se casará con la señorita Holt, quedando todo así en la persona á quien corresponde; pero ellos retardan de tal modo el matrimonio, que yo no estaría tranquilo si no arreglara este asunto, por si acaso me llega la hora antes de efectuarse ese matrimonio. Entonces, si alguna cosa va mal, Susana sabrá lo que su padre y yo queríamos.

El abogado debió atenerse á estas instrucciones, y cuando Miguel supo cuáles eran, resolvió que Susana no conociese nunca el contenido del testamento.

XXVIII

IR POR LANA...

Seguramente era una pesada broma la que Susana se había propuesto dar á Walton; á la joven le agradaban mucho estas cosas, y hacíale sonreir anticipadamente el resultado, aunque estuviese convencida de que Tomás no se dejaría engañar. Era probable que lo tomase á risa, ó que á su vez tratara de embromar á Susana; pero de todos modos sería muy divertido inducirle á creer un momento que ella estaba arruinada, y observar después su asombro cuando se le anunciase que todo era una broma y que su posición no había cambiado. Si Walton vacilaba, le despediría desde luego, previniéndole que no volviera á dirigirle la palabra. Susana pensó que le hubiera agradado mucho más que la hermana mayor de Walton fuese la víctima del engaño.

Sin embargo, la travesura tenía un inconveniente, pues equivalía á confesar que Susana tomaba á Walton por tonto, ó que lo era ella misma, y que se valía de aquel engaño con la intención de sondear sus sentimientos; y al reflexionar sobre este último punto, vaciló en su resolución.

De todos modos, se persuadió que si hubiese amado á Walton, no habría querido someterle á semejante prueba.

Al fin se supo que el joven había regresado de su viaje, y por lo mismo, su prolongada ausencia, sobre todo en el período de la recolección, fué más observada y extrañó á todos. Se apreciaba á Walton en todo el distrito más de lo que se merecía, por su agradable conversación, y porque no le faltaba nunca algún asunto para distraer á cuantos quisieran escucharle. Ahora acababa de volver de las carreras, y suponíase que había jugado desesperadamente; en esto último todos convenían, pero produjose una gran divergencia de opiniones sobre si Walton había perdido más de lo que la Abadía de Walton pudiera pagar, ó regresaba de Londres con cuantiosas ganancias. Como ambas versiones sobre sus aventuras eran de buenas autoridades, las discusiones no tenían término y servían de asunto á todas las conversaciones.

Entre tanto Susana sonreíase al pensar en el resultado de la broma proyectada, mientras que paseaba por los campos para pasar revista á su gente, que trabajaba sin descanso, sufriendo los ardientes rayos del sol. El asunto la preocupaba, mas no por eso desatendía ni un instante sus deberes.

Por más que ella no hubiese contestado á las cartas de Walton, era indudable que éste se presentaría poco después de su llegada; y si no lo hacía así, pensó, tanto mejor. Sin embargo, cuando Susana vió que Tomás no volvía, comenzó á cavilar, y esto le pareció extraño. Con tal insistencia pensaba en el hecho, que apenas oía pasos cerca de sí volvía rápidamente la cabeza. En muchas ocasiones quedó engañada, pues unas veces no vió más que un jornalero y otras algún mozo de la granja que llevaba agua para los segadores; pero cierto día parecióle oir el galope de un caballo, y al volverse para mirar, vió á Tomás Walton montado en su caballo *Jim* y seguido de su perro. El joven se apeó al punto, antes de que el cuadrúpedo se detuviera, y arrollándose la brida en el brazo izquierdo, estrechó la mano á Susana con la mayor efusión. El perro se echó delante del caballo, según su costumbre, como para vigilarle.

No era así como Susana quería que Walton la viese; debía parecer pálida y triste cuando le recibiera, y no tener las mejillas sonrosadas por el sano ejercicio en el campo; pero sorprendida así, no tuvo tiempo para tomar la expresión melancólica que convenía en aquel caso. En el apresurado cambio de los acostumbrados cumplidos no pudo mostrarse mucho menos cordial que él, y olvidó su papel lastimosamente, aunque lo había ensayado á menudo en los últimos días.

—Sara me indicó que la encontraría á usted aquí, dijo Walton. ¡Qué buen aspecto tiene usted!

Estas palabras eran otro golpe contra el proyecto de Susana, á quien faltó poco para reirse al verse así burlada; pero al menos tuvo la satisfacción de poder decir á Walton que él no parecía estar muy bueno y que le encontraba más pálido y flaco que antes.

—¡Ah!, contestó Walton sonriendo, es que usted ha vivido aquí muy tranquila y yo no; la excitación durante el día, los pesados banquetes y las agitaciones de la noche durante dos meses, no son las cosas más propias para conservar buena salud.

—Creo que no pensaba usted estar fuera más de quince días.

—Usted no contestó á mis cartas; si me hubiese escrito alguna, habría vuelto mucho antes.

—Cómo, ¿tendré yo la culpa de su... (Susana iba á decir «disipación,» pero modificando la palabra añadió:) de su larga ausencia?

—Precisamente; tan sólo usted hubiera podido tenerme alejado tanto tiempo.

Walton hablaba con mucha gravedad, y esto era en él una circunstancia bastante notable para que Susana no comprendiese que su respuesta era formal.

—Realmente no comprendo, repuso con cierta frialdad, que pueda usted atribuirme á mí la culpa.

La joven veía que era preciso renunciar á su engaño, porque Walton no decía las cosas que ella esperaba.

Los segadores se alejaban en aquel momento para ir á trabajar en otro terreno, y una línea de doradas gavillas señalaba su paso. Una liebre espantada saltó de pronto entre los trigos y desapareció en otro campo inmediato, no sin alarmar á *Jim*, que enderezó al punto las orejas.

—¡Quieto!, exclamó Walton acariciando el cuello del cuadrúpedo.

Y volviéndose después hacia Susana para continuar la conversación, repuso:

—Pues yo se lo explicaré á usted. En mi primera carta preguntaba si tenía usted *deseo* de que yo volviese, é interpreté su silencio como una negativa; porque después de ir todos los días al correo para ver si había contestación, no la encontré nunca. En su consecuencia, fuí á divertirme á otra parte.

—¿Y no procedí acaso bondadosamente al dejar á usted esa oportunidad?, preguntó Susana con una sonrisa que indicaba que se había recobrado ya de su sorpresa.

—No lo creí así, aunque me divertí mucho y gané el premio en las carreras.

—Pues la mitad de todo eso bastaría para que se mostrase agradecido.

—Pues á mí no me satisface, porque hubiera preferido estar con usted que no en Londres.

—¡Muchas gracias!, contestó Susana haciendo una reverencia.

—En mi segunda carta dije á usted, continuó Walton á pesar de los esfuerzos de la joven para cortar la conversación sobre aquel asunto, que no volvería, ó por lo menos, que no la vería hasta que usted se mostrase deseosa de mi visita.

—No contesté tampoco á esa segunda carta, y usted, para probar su sinceridad, viene sin ser invitado á ello.

A Walton no le desconcertó en lo más mínimo esta contestación, pues cuando hubo acariciado á *Jim*, que volvía á estar inquieto, repuso con calma:

—Pues precisamente por eso estoy aquí..., para probar á usted mi sinceridad.

—¿Contradiciendo sus propias palabras?..

—Sí. El silencio de usted me irritó; estaba enojado, y lo que es peor, comencé á creer que sería inútil buscar á usted; pero ahora...

Walton se interrumpió, cual si quisiera que Susana le ayudara; mas como guardase silencio, añadió:

—Estoy aquí para preguntar á usted otra vez si me concederá su mano. Creo que podríamos llevarnos bien, y aunque yo vivo casi al día, me parece que venceríamos todas las dificultades si estuviéramos juntos.

Susana vió su oportunidad; Walton se expresaba con cierto sentimentalismo, como si creyera que sus sonrisas eran suficientes para romper el hielo, y era preciso aprovechar el instante para fingirse pobre. La joven miró á su alrededor para asegurarse de que no había nadie por allí cerca, y comenzó á desempeñar su papel.

Después de una pausa, inclinó la cabeza para que no se viesen sus facciones, y repuso en voz baja:

—La proposición de usted es muy digna, señor Walton, y me lisonjea mucho; pero antes de que me inste para obtener una contestación, debo advertirle una cosa.

—¿Qué es?

—Segura estoy de que no afectará á la resolución de usted; mas creo un deber decirle que se me supone rica, pero que la quiebra del Banco me deja casi arruinada, tanto que apenas tengo lo suficiente para sostener mi propiedad.

Y Susana miró de reojo á Walton para ver qué efecto produciría en él esta terrible noticia; pero su expresión no cambió.

—Ya lo sé, Susana, contestó el joven con gravedad, y precisamente por eso he venido á solicitar su mano de esposa.

XXIX

QUID PRO QUO

Susana, levantando los ojos, miró fijamente á Walton; su palidez y gravedad diéronla que pensar al pronto, y después se rió de la mejor gana, sin observar el asombro de su interlocutor.

—Veo que me ha descubierto usted, dijo sonriendo al parecer alegremente, aunque era visible que se violentaba un poco. Ya lo temía yo, y la prueba es que dije á Sara que no se dejaría usted engañar.

—¡Que no me dejaría engañar!, exclamó Walton cada vez más asombrado.

—Sí; advertí á mi prima que me proponía revelar quién me aconsejaba esta broma; á mí me pareció ridícula desde un principio y así lo manifesté; pero Sara insistió en que la diese y la he obedecido, presumiendo que el resultado no sería otro.

—No la comprendo á usted, repuso Walton con gravedad.

Susana se rió más que antes, y Walton, apoyando el brazo en el cuello de *Jim*, miró á Susana con curiosidad.

—Usted es vencedor, dijo la joven alegremente; desempeña usted su papel con la mayor perfección y yo he fracasado en el mío; pero dígame usted la verdad, ¿estaba usted preparado ya para oir mi engañosa confidencia? ¿Le han hecho á usted alguna advertencia?

—Sí; no negaré que me la hicieron y que estaba preparado para oir lo que usted me ha dicho; mas no podía pensar que lo tomase usted así.

Por el tono de Walton hubiérase dicho que éste temía que la razón de Susana se hubiese afectado por la dolorosa pérdida que acababa de sufrir; y la continua risa con que la joven le escuchaba, confirmóle sin duda en su sospecha.

—¡Bien, bien!, exclamó Susana, me resigno; pero debe usted confesar que toda la desventaja estaba de mi parte, habiéndosele advertido antes que yo trataba de darle una broma.

Walton, mudo de estupor, no tenía en aquel instante seguramente el aspecto del hombre que toma parte en una broma; pero Susana creyó que fingía con singular perfección, pues él mismo confesaba que le habían advertido, y sin duda su proceder no tenía más objeto que prolongar la broma para castigar á la que intentó dársela. También llamó su atención que la llamase «Susana» á secas, como si tuviese ya derecho á esta franqueza, por más que fuera su costumbre no llamar á nadie por su apellido, aunque le conociera poco. Hasta entonces, siempre había dicho «señorita Holt.»

—No veo motivo alguno de broma, Susana, dijo con aire perplejo, y á fe mía quisiera creer en ella en beneficio de usted.

En el tono de Walton había cierta cosa inexplicable que causó mucha sorpresa á Susana. De pronto recordó que Sara había asegurado que Walton tomaría como cierto lo de la supuesta pérdida de los bienes; no se explicaba cómo su prima conseguiría esto; pero evidentemente Walton era el más consumado actor ó consideraba el asunto con la mayor seriedad. ¿Sería posible que la creyese? Susana comenzó á experimentar cierta inquietud, y sin embargo, temía cederle el triunfo de haberla batido con sus propias armas, haciéndola víctima del engaño que ella proyectó contra él.

Pero quiso salir de dudas y poner término á semejante farsa de una vez.

—Me confieso derrotada, Sr. Walton, dijo sonriendo, aunque más bien hubiera llorado para desahogar su enojo; usted me aventaja por mucho como buen actor y suyo es el triunfo. Tratábase de una simple broma para hacerle rabiar un poco, y ahora siento haberla intentado, tanto que en estos últimos días me arrepentí varias veces de haber consentido en esta absurda farsa cuando me la aconsejaron. Creo que jamás me hubiera conformado á no estar segura de que usted no se dejaría engañar.

Susana esperaba que Walton se reiría, contestándola que había desempeñado su papel muy bien; pero lejos de esto, repuso con más seriedad que antes:

—Crea usted que me alegraría de haber sido engañado.

—Pues bien, ya puede usted estar contento y suya es la victoria. El pobre Job es quien ha sufrido una pérdida por la quiebra del Banco; á mí no me alcanza en nada, pero sí siento que ni Miguel ni su padre me permitan hacer algo en su favor.

Susana, siempre inquieta, deseaba ante todo excusarse de su inocente engaño, sincerando su conducta.

—Me parece, dijo Walton con marcada expresión de sarcasmo, que lleva usted la broma demasiado lejos. ¿Habla usted con formalidad ahora?

—Sí, con toda la formalidad posible, Sr. Walton, replicó Susana con tono altanero; me proponía solamente bromearle un poco y veo que lo toma muy en serio. Ruego á usted, pues, que me dispense; y no puedo hacer más.

Así diciendo, la joven saludó con frialdad, como indicando que no quería continuar la conversación, y dió media vuelta para ir á reunirse con los segadores.

Pero Walton la llamó, y en su acento había tal nota de angustia, que Susana se detuvo.

—¡Por amor de Dios, escúcheme usted!, exclamó. Estamos jugando á los despropósitos de la manera más extraña... Para ser breve, me limitaré á decirle que usted es quien ha perdido por la quiebra del Banco y no el Sr. Hazell ni su hijo, aunque por un sentimiento bondadoso procuran que no sepa usted la verdad.

Al oir esto, Susana palideció, y fijando la vista en Walton, recobró de pronto todo su dominio.

—Le he rogado á usted que me dispense, señor Walton, repuso, é ignoro qué beneficio puede resultar en su favor si trata de que me avergüence más aún de mí misma.

La palabra *beneficio* resintió á Walton.

—Yo no busco beneficios; no hago más que cuidarme del tiempo presente, y en cuanto á los futuros, vengan como quieran.

—Pues entonces, ¿qué debo entender?

—Que aún trata de engañarme, ó que usted misma está engañada; y repetiré que usted es la que ha perdido y no los Hazell.

—Es inútil que continúe, Sr. Walton, contestó Susana moviendo la cabeza y sonriéndose. Al hacer semejante cargo contra el tío Job y el más sincero amigo que jamás tuve, debo decir á usted que doy la broma por terminada.

—Y lo *está*, repuso Walton. Si no me cree usted, vaya á ver á Job..., no á Miguel, sino á su padre, y pregúntele si no he dicho yo la verdad.

Eran tan graves el tono de Walton y su ademán, que no podían ser fingidos; y Susana sintió frío en el corazón, como si le tuviese rodeado de hielo. Inclinó la cabeza con expresión meditabunda, y levantándola después de pronto, preguntó con voz breve:

—¿Quién le ha dicho á usted eso?

—No importa la persona; usted puede asegurarse fácilmente de si hablo la verdad ó miento. Diga usted al Sr. Hazell que se propone casarse conmigo y así sabrá lo que hay de cierto.

—Voy ahora mismo; pero no diré eso.

—Muy bien; dentro de veinte minutos puede usted estar de vuelta, y como todos sus caballos están ocupados ahora, engancharé á *Jim*... No tenga usted cuidado, añadió apresuradamente al ver que la joven trataba de interrumpirle; solamente la conduciré hasta la entrada del camino, y después puedo esperarla aquí.

Susana no hizo ninguna objeción; y á los diez minutos, *Jim*, uncido al carrito, avanzaba rápidamente por el empolvado camino que mediaba entre las granjas del Prado y de Marshstead.

Walton había tratado varias veces de inducir á Susana á probar las condiciones de su caballo; pero jamás pudo pensar que lo haría en una excursión que tenía por objeto averiguar si su amo era ó no un embustero.

XXX

EXPLICACIONES

Susana no se acordaba ya de las prevenciones del doctor, que había insistido en que de ningún modo se hablase á Job de ningún asunto que pudiera irritarle, y tampoco sabía que en todas sus visitas sucesivas había hecho la misma recomendación con más empeño que nunca. Miguel perdía mucha parte de su tiempo tan sólo para cuidar de que no se faltase á esta recomendación; y se pasaba tan ligeramente como era posible sobre todos los asuntos sin dar á entender á Job que aquello se hacía para complacerle, porque le era necesaria la más absoluta quietud. Sus excursiones al jardín comenzaban á ser menos frecuentes, y aunque la atmósfera fuese cálida para los que disfrutaban de salud, Job estaba casi siempre tiritando delante del fuego; junto á su sillón tenía la mesa con sus papeles y artículos de escritorio, y complacíase con la idea de que aún trabajaba para rehacer su perdida fortuna. A su lado veíase también la pipa y el antiguo jarro favorito, pues aunque el doctor quiso prohibirle la cerveza, Job se encolerizó de tal modo, que fué preciso consentírsela.

—Eso no hará mucha diferencia, dijo el médico con bondad al despedirse del joven Hazell.

Miguel no había dicho á Susana cuán grave era ya el estado de su padre, pues no quería entristecerla con los detalles sobre el rápido progreso del mal.

En cuanto á Susana, en aquel momento no pensaba más que en asegurarse de la certeza ó falsedad de lo que Walton había dicho; si resultaba lo segundo, no podría ya perdonar á un hombre que de tal manera mentía; pero en cierto modo, esto no era de esperar, pues él no había tratado de arrancar ninguna promesa. Obraba dignamente; conducíala con toda la rapidez posible al sitio donde podía saber muy pronto si sus palabras eran una verdad; y no podía suponer semejante conducta en un hombre que apelaba á un engaño para obtener una promesa, afectando magnanimidad y desinterés. Hasta aquí, todas las apreciaciones estaban en favor de Walton, y si aquella extraña historia era cierta, las evasivas con que Miguel contestaba á todas sus preguntas respecto á la cuestión de la quiebra del Banco se explicarían desde luego.

¡*Podría* ser cierto!, se dijo Susana; y al cruzar esta idea por su mente, experimentó una dolorosa inquietud.

Jim devoraba el espacio por el camino; mas á la joven parecíale que no iba bastante de prisa; á través de los árboles llegaban á veces hasta Susana los ardientes rayos del sol; todas las cercas estaban cubiertas de polvo; el camino, prolongándose como una inmensa faja amarillenta, parecía interminable, y perdíase á lo lejos entre los campos, llenos de afanosos segadores. Aquel viaje, aunque corto, impacientó mucho á Susana.

Jim no tardó en llegar á la entrada del sendero que conducía á la granja de Job, y la joven sentó el pie en tierra tan pronto como Walton, aunque éste había saltado apenas se detuvo el vehículo.

—Esperaré aquí, dijo.

Susana, sin contestar, avanzó hacia la granja con rápido paso, y había recorrido la mitad de la distancia antes de que pudiese coordinar sus ideas. Entonces hizo un esfuerzo para no andar tan de prisa, á pesar de su vehemente deseo de averiguar cuanto antes la verdad de los hechos; y al fin consiguió recobrar algún dominio sobre sí, mientras reflexionaba cómo debería proceder. No quería confesarse hasta qué punto le afectaba aquella extraña historia, pero tampoco le era posible pensar con calma sobre lo que trataba de hacer.

A pesar de todos sus esfuerzos, entró en la sala con el rostro encendido y casi sin aliento.

Job estaba sentado en un sillón, recostado en dos almohadas y con una piel sobre las rodillas, aunque le habían acercado al fuego tanto como era posible sin peligro. Miguel, de pie á su lado, tenía en una mano algunos papeles, mientras que con la otra parecía buscar otros.

Al ver entrar á Susana se sobresaltó al parecer y adelantóse para recibirla.

—Agradezco á usted la atención de haber venido, díjole, tomando su mano.

Y añadió en voz más baja:

—Mi padre divaga mucho hoy, y no debe usted hacer caso de lo que diga.

—¿Qué estás murmurando ahí?, preguntó Job con acento de enojo. ¿No puedes hablar más alto para que sepamos todos lo que dices? No quiero secretos aquí, porque siempre conducen á una perturbación... Por ellos he sufrido yo, y no los consiento... ¡Cómo, Susana aquí!, exclamó al divisar á su pupila.

—Sí, tío.

La joven estaba enfrente de Job, sin saber apenas qué decir, pues notaba un cambio singular en los ademanes y el aspecto del anciano, aunque no habían pasado más de dos días desde la última vez que le vió.

—¿Qué te trae aquí á semejante hora del día?, preguntó Job con acento de mal humor, y volviéndose en su silla cual si buscase alguna cosa. Ahora debías estar en los campos, inspeccionando lo que se hace, en vez de pasearte como una señora. No hagas eso, muchacha, y acuérdate de que el ojo del amo engorda el caballo. Allí es donde debes estar. ¿Qué haces aquí?

La joven hubiera contestado de buena gana: «Vengo á saber si es usted ó yo quien ha perdido su dinero por la quiebra del Banco;» pero al levantar los ojos vió la ansiosa expresión de Miguel, y recordó la recomendación del doctor.

—He venido á ver á usted, tío, contestó con afectada alegría, y creo que no volveré si es usted tan desagradecido que recompensa mi interés con una reprensión.

Mientras que Job seguía moviéndose en el sillón como si buscara alguna cosa que hubiese perdido, Susana cogió un pedazo de papel, y con un lapiz escribió apresuradamente:

«Necesito saber quién ha perdido el dinero; me han dado informes, y si usted no me contesta, hablaré.»

Entregó el papel al joven Hazell, y al punto notó la expresión de sorpresa y de angustia que se pintaba en sus facciones mientras leía aquellas palabras. Esto era lo suficiente para confirmar sus temores; Walton había dicho verdad; pero quería que se confirmase por los labios de Miguel. ¿Sospecharía éste el objeto de su visita, y habría tratado de evitar que hablase, diciéndole que Job divagaba y que no debía hacer caso de cuanto dijese?

Miguel estaba pálido, pero tranquilo, y no trató de escribir como ella lo había hecho; hizo una bola con el papel que tenía en la mano y arrojóla al fuego, pero quedó entre las cenizas.

—Espere usted, contestó en voz baja.

—¿Pero qué estáis hablando?, gritó con impaciencia Job, que observaba mejor cuando se le creía más distraído.

—Nada, padre mío.

¡Ah, sí, no eres bueno más que para eso! Sabes muy bien que deberías estar practicando las diligencias necesarias, puesto que á mí no me es posible hacerlo, y siempre te veo ocioso en casa. No me sucedía á mí lo mismo cuando era joven... ¿Dónde está mi pipa, Miguel?

El anciano llamaba á su hijo cada cinco minutos, y ahora reprendíale porque no trabajaba. Miguel le dió la pipa, y Susana notó que estaba muy nervioso, pero hallábase resuelta á llevar á cabo su propósito.

—Conteste usted ó hablaré, murmuró al pasar Miguel junto á ella.

—¿Qué dices?, preguntó Job. Habla, habla; eso es lo que yo quisiera.

¿Pero qué es esto, Miguel?

—Ya lo hará dentro de un minuto, contestó Miguel, cuando haya tomado aliento. Sin duda ha venido muy de prisa y está cansada, á juzgar por el color de sus mejillas y el brillo de los ojos.

Miguel acompañó estas palabras con una sonrisa tan forzada, que la joven sintió cierta inquietud, sobre todo al verle guardar en su bolsillo una caja de fósforos que cogió de la mesa.

¿Por qué no te sientas para descansar un rato?, preguntó Job. Dame algo para encender la pipa Miguel.

Job tenía á su lado dos tiras de papel; Miguel tomó una, retorcida y se la dió á su padre.

—Aquí tiene usted, dijo; quisiera ver si le queda suficiente fuerza para encender usted mismo.

—¿Y crees tú que no podria hacerlo?, contestó el anciano con aire de indignación, cogiendo la tira de papel y acercándola al fuego. Es demasiado gruesa, añadió, después de hacer algunos esfuerzos para encenderla.

—Pues rásguela usted, padre, dijo Miguel; quiero ver si también puede usted hacer eso, y si conserva bastante vigor; con ese papel hay para tres ó cuatro tiras, y Susana encenderá una.

Job, para probar que no le faltaba fuerza, rasgó con enojo el papel medio quemado, y arrojó los pedazos al fuego, quedándose solamente con uno, que le sirvió para encender su pipa. Después recostóse en su sillón como si aquello le hubiese ocasionado fatiga, mas con el aire satisfecho del hombre que acaba de hacer algo bueno.

—¿Estás convencido ahora?, preguntó á Miguel, exhalando de su boca una nube de humo, lo cual le ocasionó un acceso de tos.

—Sí, padre mío, contestó Miguel, y me alegro ver que tiene usted mucha más fuerza de lo que yo pensaba. Esto le complacerá al doctor cuando se le diga, y Susana puede atestiguarlo; pero usted ha destruído todas las tiras de papel sin darle ninguna para que la retuerza...

—No hubieran ardido bien, porque el papel es malo, contestó Job; pero junto á mis pies veo una que aún se podría utilizar.

Susana la recogió, y maquinalmente arrollóla en forma de espiral entre el pulgar y el índice. El papel era muy duro y coriáceo, y se resistía; pero la joven prosiguió en su ocupación con mucha calma, haciendo reflexiones sobre la extraña conducta de Miguel. Era evidente que el joven estaba disgustado, y que había hecho esfuerzos para ocultar su ansiedad desde un principio; pero Susana no comprendía con qué objeto había ocultado la caja de fósforos en su bolsillo, insistiendo en que su padre encendiera la pipa con papel. De repente, al mirar la tira que tenía entre los dedos para asegurar su extremidad, vió su nombre escrito en ella, con un carácter de letra que no era el de Miguel, á juzgar por los perfiles, duros y gruesos, y mucho menos el de Job. Acabó de arrollar la tira, mas no la puso en la meseta de la chimenea.

Miguel sonreía, pero el sudor inundaba su frente, como si él también hubiera corrido mucho. Sin duda trataba de evitar que la joven cumpliese su amenaza, y Susana comprendió que sería con un objeto loable; mas parecíale ver alguna mistificación, y estaba impaciente.

Por fortuna, Job dijo en aquel momento algo que no podía ser más oportuno para ella.

—Esa quiebra, murmuró, ha sido muy mal negocio para muchos de los nuestros.

Aquella era la oportunidad para que Susana obtuviese el informe apetecido.

—Muy malo verdaderamente, replicó. Ahí tenemos al pobre Hibbert, que está completamente arruinado, tanto, que se venderá todo en su granja el lunes. ¿No ha visto usted los anuncios?

—No; pero si se halla en tal apuro, quiero comprarle aquella vaca que tanto he deseado. Nunca quiso vendérmela y ahora se le podrá favorecer comprándola. Vale mucho dinero, Miguel; no pierdas la oportunidad.

—¿Y se halla usted en disposición de comprarla ahora, tío?, preguntó Susana.

—¿Qué dificultad habría? Podría comprar más de ciento si...

Job se interrumpió, obscurecióse su frente y añadió con lentitud:

—Si no fuera por ese maldito Banco, que el diablo se lleve.

—Eso quiere decir, replicó Susana, que ha perdido usted mucho. Nada me ha indicado usted sobre el particular, ni tampoco Miguel ha tenido por conveniente darme la menor explicación.

—Sí, he perdido... en cierto modo, contestó Job; y tú también, muchacha.

—Pero supongo que no será gran cosa...

—Según y cómo.

—Yo no hablaría de estas cosas ahora, interrumpió Miguel, que estaba junto á la mesa arreglando los papeles. No lo creo oportuno, añadió con frialdad, comprendiendo que Susana desconfiaba de él. Nosotros no nos arruinaremos por el golpe y Susana no pierde mucho.

—No sabemos lo que puede perder, replicó Job con tono irritado. No ha hecho lo que yo deseaba, ni tú tampoco, para que todo se arregle; á no ser por esto, estaríais casados hace tiempo y en muy buena posición.

Por estas palabras Susana comprendió que entre el padre y el hijo se había hecho algún convenio que no era del agrado de Job.

—Quisiera que me indicase usted, dijo con tranquila firmeza, cuál será mi parte en las pérdidas; me agradaría saberlo, y hasta debo tener conocimiento de ello.

—Sí, repuso Job, á decir verdad, es cosa que te importa saber... ¿Se han publicado ya las amonestaciones, Miguel?

—Aún no; pero hay tiempo suficiente.

—¡Pues yo no quiero esperar más!, gritó Job con acento de cólera. ¿De quién es la culpa?

—Mía, contestó Susana con mucha tranquilidad.

Pero la expresión que tomó el rostro de Job hízola comprender que llevaba las cosas demasiado lejos.

—¡Tuya!, exclamó Job. Pues entonces te diré...

—¡Padre!

Esta palabra fué pronunciada con una expresión de dolor que asombró á Susana, mitigando la ira del anciano.

—No, continuó Job, no te lo diré; he prometido no hacerlo, añadió, tomando el papel que tenía á su lado; pero ahí tienes mi testamento; puedes leerlo, y así sabrás cuál es tu situación. No es necesario que lo repases todo, pues encontrarás al fin del escrito lo que deseas.

Así diciendo, Job dejó escapar una bocanada de humo de la boca, volviendo la cabeza para no mirar á Miguel.

Este último, apoyado contra la mesa, observaba silenciosamente á Susana.

(Se continuará.)

DE MARRUECOS

Cuando la sumisión de las principales tribus rebeldes hacía esperar que estaba asegurada la calma en la región de Casablanca, un incidente de cierta gravedad ha venido á demostrar que las cabilas no abandonan sus sentimientos hostiles á todo lo europeo.

El día 18 de octubre último un francés, M. Kuntzer, recién llegado á Casablanca para hacer ciertos estudios por cuenta de un sindicato comercial, salió de paseo hacia el Sur y fué asesinado por los Uled-Saíd, no sin vender cara su vida, pues con su revólver mató á uno de sus agresores é hirió á dos.

Para recoger el cadáver de aquel desgraciado y al mismo tiempo para castigar á sus asesinos y limpiar de bandidos los alrededores de Casablanca, el general Drude envió el 19 una columna mandada por el teniente coronel du Fretay y compuesta de fuerzas de caballería y de infantería y de una sección de ametralladoras. Llegada la expedición á la quinta Alvarez, que era el objetivo de la misma, fueron las tropas tiroteadas por un grupo de jinetes marroquíes; el jefe francés ordenó entonces la persecución de éstos, y los soldados avanzaron unos tres kilómetros hasta Taddert, en donde aparecieron numerosos enemigos. Trabóse el combate, y los marroquíes, cuyo número aumentaba por momentos, trataron de envolver á los franceses; pero la llegada del general Drude con importantes refuerzos les obligó á replegarse, y aunque varias veces atacaron vigorosamente á la columna, siempre fueron rechazados por las ametralladoras. Las tropas expedicionarias regresaron ordenadamente á su campamento; habían tenido dos muertos, uno de ellos el capitán Ihler, y ocho heridos; las pérdidas del enemigo se calculan en unos cincuenta muertos, nueve de los cuales fueron recogidos por los franceses.

Las fuerzas marroquíes que empeñaron la batalla fueron las dos mehallas reunidas del sultán rebelde, Muley Hafid. El general Drude ha impuesto treinta días de arresto al teniente coronel Halna du Fretay, por haber avanzado más de lo que se le había ordenado.

El entierro del capitán Ihler fué una ceremonia imponente; sobre el ataúd que encerraba sus restos mortales el general Drude colocó la cruz de la Legión de Honor, que á petición suya concedió el gobierno francés al oficial, después de muerto, por su heroica conducta en aquel reñido combate.

Casablanca.—Entierro del capitán Ihler, muerto en el combate de 19 de octubre último

El cadáver de M. Kuntzer fué encontrado algunos días después, en un reconocimiento expresamente dispuesto por el general Drude; estaba escondido entre un seto de cactos, á unos cuatrocientos metros de la quinta Alvarez, y tenía cortada la cabeza.

Para que se vea cómo escriben la historia los marroquíes, copiaremos un párrafo de la carta que envió á la ciudad de Marruecos el hijo de Muley Rachid, que mandaba una de las mehallas de Muley Hafid que tomaron parte en la acción del día 19. Dice así:

«El sábado último tuvimos una gran batalla con los franceses, á quienes, gracias á Dios, rechazamos hasta las puertas de Casablanca. Hoy nos piden la paz y nos suplican que les demos una tregua de seis meses, pero no hemos querido concedérsela.»

Según parece, Muley Hafid ha proclamado la guerra santa y saldrá de un momento á otro de Ma-

Casablanca.—El teniente coronel du Fretay en el cementerio pronunciando el elogio fúnebre del capitán Ihler

rruecos al frente de numerosas fuerzas, en dirección á la región de los Chauias. La noticia de su próxima marcha ha causado gran pánico en aquella ciudad, pues se teme que en cuanto se halle lejos, se subleve una parte de la población en favor del sultán legítimo. Éste, al conocer el propósito de su hermano, ha dispuesto que una mehalla al mando del caid Anflus le salga al encuentro y le impida acercarse á Mogador.

Dícese que Muley Hafid ha encargado á un francés, amigo de uno de sus principales caídes, el caíd de Glaui, que manifieste en su nombre al general Drude que si se encamina hacia la región de los Chauias es únicamente para restablecer allí el orden; pero algunos telegramas oficiales afirman que sólo se propone atravesar aquellos territorios de paso para Rabat, con ánimo de presentar batalla á Abd el-Aziz.

El acorazado español *Pelayo* ha conducido á Rabat á la embajada española que ha de ser recibida por el sultán; después de haber permanecido varios días en aquella barra sin poder bajar á tierra á causa del temporal que reinaba en el mar, al fin pudo desembarcar el día 6. Forman la embajada el ministro de España en Tánger Sr. Llabería, el general Sr. Marina, el capitán Sr. Pachot y algunas personas más hasta el número de diez y ocho.

La alarma producida últimamente en Mogador por la proximidad de una mehalla de Muley-Hafid, compuesta de setecientos infantes, trescientos jinetes y tres piezas de artillería al mando de Muley-Yefar, tío de aquél, ha sido causa de que los franceses enviasen á aquellas aguas los cruceros *Dessaix*, *Galilée* y *Amiral-Aube*, que se hallan dispuestos á intervenir, en caso de necesidad, para garantizar la seguridad de los europeos allí residentes.

El corresponsal del *Times* en Rabat ha sido recibido en audiencia por Abd-el Aziz, quien le ha manifestado que se hallaba profundamente afligido por la actual situación, pues no ve señal alguna de que mengüe el movimiento revolucionario del Sur, movimiento que, á la vez, aumenta de día en día en la región de Casablanca. El sultán reconoció las dificultades que esta situación ofrece para Francia, elogió la conducta seguida hasta ahora por ésta y declaró que tiene absoluta confianza en las seguridades del gobierno francés relativas á la evacuación eventual de Casablanca y de Udjda. Habló en términos laudatorios del tacto de que ha dado pruebas el embajador francés M. Regnault, durante las negociaciones, tanto que, según dijo, ha facilitado la discusión de las cuestiones más delicadas y que contribuirá á una solución pronta y satisfactoria para todos.

El día 2 de este mes efectuóse en Tetuán la ceremonia de colocar sobre las tumbas de los soldados españoles muertos en la guerra de Africa varias coronas enviadas por la guarnición, autoridades y prensa de Ceuta, por el gobierno español, por la tripulación del crucero *Extremadura* y por las colonias españolas de Tetuán y de Tánger. Al efecto organizóse una procesión cívica presidida por el cónsul de España en aquella ciudad, y en la cual tomaron parte el elemento oficial y toda la colonia. Las autoridades y la población marroquíes asociáronse también á aquel acto, que resultó en alto grado solemne y conmovedor.—R.

Casablanca.—Cadaveres de moros muertos en el combate del 19 de octubre y conducidos por los franceses á Casablanca

(Fotografías de Rittwagen.)

Terremoto en Calabria.—Ruinas del pueblo de Ferruzzano, que ha quedado enteramente destruido
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Un terrib'e terremoto ocurrido en 23 de octubre último ha asolado al región calabresa, la misma que hace dos años sufrió los espantosos efectos de una catástrofe igual á la de ahora. A consecuencia del temblor de tierra, quedaron enteramente destruídos los pueblos de Ferruzzano, Bruzzano y Zoparto; en otros, como Monte-Leone, Gerace, Casalnovo d'Africo, Sinopoli y Brancaleone, la mayoría de los edificios se han derrumbado, y en muchísimos más, los daños sufridos son inmensos.

Además de las pérdidas materiales, han sido numerosísimas las personales, contándose por centenares los muertos y los heridos.

El gobierno envió inmediatamente tropas para proceder á los trabajos de salvamento, y socorros en metálico y en víveres para atender á las primeras necesidades y aliviar en lo posible la situación tristísima en que han quedado aquellas poblaciones. Las copiosas lluvias que cayeron después del terremoto hicieron muy difíciles aquellos trabajos é impidieron que fuesen salvadas muchas personas que yacían entre las ruinas y que, socorridas á tiempo, habrían podido ser extraídas con vida. El rey de Italia ha dado 100.000 liras y el papa ha enviado también un cuantioso donativo que distribuyen en la comarca devastada el cardenal Portanova y el obispo de Gerace. – X.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 18 de noviembre de 1907 — Núm. 1.351

COQUETERÍA, cuadro de A. Dall'Oca Bianca

(Séptima Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se me ocurre preguntar á los lectores si son aficionados al *bridge*?

Este juego, muy de moda el pasado invierno, va á caer un poco, así me lo figuro, de su pedestal; ya lo ha aprendido bastante gente, y cuando una cosa cualquiera se vulgariza, pierde el sello de buen tono; es infalible. Así que una hechura ó un adorno los ostentan ufanas las niñas del pinar de las de Gómez, se desdeñan de lucirlos las dictadoras del gusto. El *bridge*, emburguesado en las reuniones «de confianza,» ya perdió aquel sello que tenía al ser importado del extranjis.

A decir verdad, el *bridge*, que hemos tenido que pasar como se pasa el sarampión y el trancazo, es un juego insociable, enemigo de la conversación, y que exige de los *partners* mucho de esa atención profunda concentrada en la nimiedad, que caracteriza á los insignes jugadores de ajedrez. En el *bridge* no cabe distraerse, y el cuarto jugador, que hace el papel de *muerto*, aunque no necesita jugar, está obligado á la misma inmovilidad, al mismo silencio que guardan los otros tres, y que sólo interrumpen las frases sacramentales:—Peux jouer?—Pique, trèfle, coeur, carreau ..—Contre.—Sur contre.—Nuestra la leveé.—Cinco honores.—Hemos ganado esta manga...

Si un incauto se acerca á los jugadores, ó creyendo llenar un deber de cortesía al saludarles, ó para observar las peripecias del juego, suele ser recibido como perro en partida de bolos. Apenas se contesta á su cordialidad, y se le arroja una mirada distraída, y más que distraída, glacial, de despide huéspedes. Mientras las mesas de tresillo las veréis siempre rodeadas de consejeros, consultores y mirones, las del *bridge* permanecen aisladas, en el ángulo del gabinete más libre de profanos é intrusos, y á veces os parecen autómatas los cuatro señores que se enfrascan en el juego. Y es que el tresillo, mucho más variado y animado que el *bridge*, permite cierta picante libertad, y fomenta, entre jugada y jugada, la charla alegre, el noticierismo y gaceta del día, siendo el juego únicamente el cañamazo ó trama para bordar la comunicación grata entre cuatro amigos, ó por lo menos entre cuatro conocidos que hallan gusto y complacencia en conversar.—En el *bridge* dijérase que son realmente adversarios los compañeros de mesa; dijérase que les anima, á los unos contra los otros, un verdadero rencor, un verdadero instinto de hostilidad. —En el tresillo hay una especie de *argot* ó jerga de jugadores, que se esmalta de dichos oportunos, de ocurrencias á veces felices, de ironías graciosas, de observaciones técnicas. En el *bridge*, las palabras caen como garbanzos duros en una fuente: con sonido seco, dominador. Es un juego de altanería, de egoísmo y de cálculo.

El ajedrez, que conserva su tradicional crédito y para el cual la moda no tiene caprichos, ofrece la singularidad de que lo juega mejor un mecanismo que un hombre. He oído decir que para ser gran jugador de ajedrez hace falta saber muchas matemáticas. Ignoro si es cierto. Lo que puedo afirmar (y por cierto que en ocasiones esta afirmación me ha valido sonrisas de escepticismo, como si yo fuese algún Manolito Gázquez ó un tomo del *Embustero Universal)*, es que he visto, en el teatro Robert Houdin de París, jugar el ajedrez á un autómata, ofreciéndose fuerte prima á quien lo derrotase. El autómata vestía de mandarín chino, y su ropón de seda, á flores extravagantes, caía en pliegues rígidos hasta sus pies calzados de fieltro. En su cabeza, un sombrerito con campanillas de plata, que producían armonioso tintineo á cada movimiento del moharracho. Adelantaba su peón, su alfil, su rey ó su torre, sin vacilación, con ademán exacto; y ganaba siempre, fuese quien fuese su adversario. Cualquier espectador compraba, con la entrada, el derecho de batirse con el androide, pero no se había dado caso de que éste quedase vencido.

No habiendo dedicado á este curioso juguete más tiempo ni más atención del que suele concederse á una rareza que se ve durante un viaje, no conozco la explicación que se le da, ni si se le da alguna. Probablemente se trata de la cosa más sencilla; de algo en cuyo secreto están todos los que entran en el teatro. En todo tiempo se ha hablado de autómatas y de muñecos mecánicos. Las dos figuritas de oro representando muchachas, construídas por Vulcano y que sostenían al dios cojo en su marcha difícil, salen á relucir en la *Odisea*. En la Edad Media, Alberto Magno y Rogerio Bacón construyen autómatas. Toledo guarda la memoria del *hombre de palo*, y Yuste, de los pajarillos mecánicos que volaban y gorjeaban para distraer al César gotoso y triste. En el *Quijote* ocupa lugar la aventura de la cabeza encantada, y Vaucanson debe su renombre á sus tres célebres autómatas, el flautista, el tamborilero y el pato. Pájaros cantores se pueden comprar en Suiza, algo caros, pero sin que constituyan una rareza: gorjean, redoblan, trinan, abren y cierran las alas, saltan de rama en rama y hacen otras mil lindezas.

En cuanto al autómata jugador que he visto en el teatrillo de prestidigitación, ilusionismo y cartomancia del bulevar parisiense, aunque la ilusión era perfecta, claro es que debe de existir una explicación del fenómeno, y que acaso sea un seudo-autómata, como su célebre antecesor, el que ideó un barón húngaro allá por los últimos años del siglo XVIII. ¿O quién sabe si es aquel mismo, remozado, recompuesto, corregido y aumentado por medio de los progresos de la física y la mecánica en nuestros tiempos actuales? Aun siendo un seudo autómata, el enredo ó superchería tendría mucho de sorprendente. En efecto, al público le invitan á que se cerciore de que ni dentro del muñeco, ni en la silla donde se sienta y la mesa donde juega, cabe que se oculte un hombre. Abren el ropón de seda oriental, y lo único que se ve dentro de él es un complicado mecanismo de ruedas y resortes; por debajo del sillón circula el aire; por debajo de la mesa, lo mismo. ¿Dónde se oculta el jugador que metiendo sus brazos y sus dedos en los dedos y brazos del muñeco, les imprime movimiento? ¿Cómo se explica que juegue tan rápidamente, sin tomarse casi tiempo de pensar la jugada? ¿Cómo se comprende que siempre gane?

La historia del proscrito sin piernas, al cual sirvió de asilo y de medio para asegurar su fuga el autómata del siglo XVIII; la maestría suprema al ajedrez de este proscrito, tienen mucho de novelesco y fantástico. Yo confieso que se me hacen difíciles de creer. ¡Son tantos y tales los inconvenientes que ofrecería este engaño, y por tantos modos y circunstancias podría descubrirse! Al mismo tiempo, necesariamente ha de existir trampa é ilusión en el androide; de otro modo, debiéramos proclamar á su autor rival de Bacón y de Alberto el Grande, y hasta tenerle por brujo como al famoso marqués.

A principio de invierno, con los primeros fríos, llegan siempre malas noticias. Hay una racha parecida á lo que es en la Naturaleza la caída de las hojas. Muere gente conocida—se oye repetir,—como si el hecho de que la gente conocida muera, tuviese más importancia y significación que la muerte de los que nadie conoce—ó como si ese viento frío de ultratumba eligiese las hojas más visibles de los árboles, para arrancarlas y confundirlas en su clásico remolino...

La noticia de la muerte de Emilio Ferrari inaugura la serie invernal. Creíamos sus amigos que se había salvado de la terrible enfermedad que padeció hará tres ó cuatro años, y que los médicos no pudieron diagnosticar bien. Tan pronto parecía una afección nerviosa, como un extraño y no explicado envenenamiento de la sangre. Los síntomas eran caprichosos, varios, crueles; el sufrimiento, indescriptible. Hubo período en que su boca se llenó de una especie de negras telarañas, que le impedían hablar y comer. Entre tanto que esto sucedía, algunos del oficio le envidiaban, porque era académico de la Española.

Que moriría de aquel mal, era cosa descontada; nadie creía que se salvase, y únicamente se aspiraba á que disminuyesen sus dolores y torturas. Cuando menos se pensaba, el mal cedió. Desaparecieron los síntomas horribles, y un poco de bienestar físico sonrió al desgraciado poeta. Pudo ver á la gente, hablarla, salir, entrar, hacer una vida casi normal; pudo escribir un discurso de recepción en la Academia, excelente trozo de prosa castiza, en el cual las ideas estéticas se resienten de la inevitable melancolía, del pesimismo doliente y lamentador y añorador del tiempo que pasó, que engendran estados físicos semejantes al del poeta valisoletano. Los amigos creíamos libre ya á Ferrari del peligro inminente; contábamos con él, le veíamos á menudo, nos alegrábamos al observar que recobraba fuerzas, y nos las prometíamos felices. En efecto, enfermedad donde intervienen como factor esencial los nervios deja abierta la puerta á la esperanza ilimitada. Sin embargo, ya en el invierno anterior hubo días en que decayó el enfermo, sin saberse por qué. Y ahora, el telégrafo nos comunica su fallecimiento, después de un ataque —no sabemos de qué genero—que duró tres días.

Si el padecimiento del ilustre poeta hubiese recaído en un bohemio desordenado, del antiguo patrón romántico, lleno de vicios y enredado en aventuras, diríamos—repitiendo los lugares comunes que se oyen por ahí como evangelios chinos—que su vida borrascosa tuvo digno remate con tan rara y atroz enfermedad. Por desgracia, en el mundo los hechos no se encadenan de un modo tan ejemplar y docente; las moralejas de la vida real no son tan claras y categóricas. Conozco bohemios incorregibles que llegaron á viejos más duros que una piedra y más frescos que lechugas. Y conozco honrados burgueses, padres de familia, establecidos y con cédula de segunda, que mueren prematuramente cargados de alifafes. Todo es ironía en este planeta; los sucesos hacen muecas y sacuden cascabeles bufonescos. Además, cuando hablamos de la vida «que lleva» Fulano ó Mengano, nos referimos á la exterior, á la corteza superficial del vivir; y no tenemos datos sobre la interior, la que «le lleva» á él; la que, escondidamente, le teje sus bienes y sus daños.

Ferrari, en un hogar dichoso, apartado de luchas encarnizadas por la existencia, rodeado de cariño y consideración que merecía por las prendas del carácter y las dotes del entendimiento, «llevaba» un vivir grato, sereno; y su enfermedad fué de atormentado, de un Gerardo de Nerval ó un Alfredo de Musset. ¿Qué sabemos lo que en su cerebro y en su corazón se agitaba? ¿Conoce nadie los senos y repliegues de una psicología de intelectual? La tristeza es inmanente en lo mejor, lo más escogido de la especie humana; y no necesita, para urdir su trama obscura, ni motivos positivos, ni causas razonables. Lo que para un hombre es rasguño, para otro es herida; lo que cae en un espíritu sin alzar polvareda, en otro levanta un torbellino ingente.

Busco en el pasado de Ferrari—á quien conozco desde hace muchos años—qué pudo dar origen á su preocupación, y sólo encuentro una sañuda persecución crítica, perpetrada por un escritor que ponía en ese género de *sport* la porfía del maniático y el ahinco del perro cazador de negros cimarrones en los manglares de Cuba. Es cosa curiosa esto de que un caballero particular, con quien ayer nadie se metía, de repente y por el hecho de haber leído en público unos versos que agradaron infinito y se aplaudieron á rabiar, se convierta, para otro señor que escribe en los periódicos, en ser vitando, reo de excomunión, al cual hay, no solamente que negar el agua y el fuego, sino que apedrear, escarnecer y maldecir unos cuantos días por semana. Este fué el caso de Ferrari, que expió su triunfo en el Ateneo con cientos de furibundos paliques, donde se demostraba ce por be que era un acéfalo insipiente y un chirle, ebene y sacaplatos de la literatura.—El mejor soneto de Ferrari, y uno de los mejores sonetos psicológicos de la lengua castellana, es el que escribió en desdén de esta campaña, no sólo injusta, sino posma en extremo, porque la atención del crítico digno de este nombre debe estar vigilante á todas partes, y no concentrada con saña pasional en un objeto solo, lo cual parece característico del odio y de la venganza, idénticos al amor en figurarse que la manifestación de los sentimientos de cada uno pueden interesar, atraer y distraer al resto de los mortales.

Y acaso los nervios de Ferrari se resintieron. No lo sé; jamás me lo dijo; lo indico como una suposición. Ese tinglado de los nervios debe de ser delicadísimo, fácil de desbaratar, y á veces se desbaratará por mucho menos. La gente desgrana la sarta de sus consejos prácticos: «No hacer caso.... reirse..., despreciar...» El que puede seguir tales máximas, es que no las necesita; es que lleva en sí mismo el broquel, la coraza. Cada persona siente de un modo peculiar suyo, y esto no hay sabio consejo que lo remedie. El mal viene de lo interior, y del bien, puede decirse otro tanto. Temamos siempre causar un estrago quizás desproporcionado al golpe que nuestra mano descarga. Cuidemos de no golpear, porque al golpear pudiéramos herir, y al herir pudiéramos matar...

Para el puesto vacante en la Academia de la Lengua he oído pronunciar el nombre del marqués de Cerralbo y el del poeta lemosín Teodoro Llorente. Es cierto que éste reside en Valencia; pero el novelista Pereda residía en Santander, y no fué impedimento.

Emilia Pardo Bazán.

MI OTRO YO, CUENTO ORIGINAL DE MIGUEL SAWA

Mi mujer no estaba sola. Con ella había un hombre

Dicen que la Naturaleza no se repite jamás, no da á la vida dos seres iguales, que todos los hombres son distintos entre sí. ¡No crea usted semejante absurdo!

Yo no soy un tipo vulgar, yo no soy un cualquiera, yo tengo personalidad propia, y sin embargo...

Tal como soy físicamente, tal como soy en conjunto y en detalle, ha habido un hombre en el mundo. Dijérase *otro yo*. Una gota de agua y otra gota de agua. Quien le viera y me viera tenía derecho á dudar de mi madre.

Míreme usted bien, fijamente, atentamente... ¿Ve usted estos ojillos azules, de párpados abombados y mirar centelleante? ¿Ve usted esta gran nariz de loro, corva y puntiaguda, atrevidamente inclinada hacia la izquierda? ¿Ve usted este pelo rojo, y esta barba rala, y esta tez pecosa? Pues los mismos ojos y la misma nariz y el mismo pelo y la misma barba que yo tenía aquel domonio de hombre.

Pero hay más: le digo á usted que la identidad era completa. Fíjese usted en esta cicatriz que parte en dos mi frente. Pues otra de igual forma y tamaño y en igual sitio tenía aquel miserable.

Y cojeaba como yo del pie derecho, y le faltaba como á mí el dedo pulgar de la mano izquierda...

¡Otro yo, le digo á usted que otro yo!

¡Mi mismo modo de reir estridente, mi mismo modo de hablar gangoso, mi mismo modo de accionar violento, mis mismos gestos extravagantes!..

Y se llamaba como yo, Juan; y tenía el mismo apellido que yo, Expósito; y había nacido en el mismo día y el mismo mes y en el mismo año que yo, el 14 de octubre de 1864.

Él no tenía familia; yo tampoco. Éramos en todo iguales. Pero pensábamos y sentíamos de distinto modo. Él era... como era, y yo soy... como soy.

Ya le he dicho á usted: en lo físico, una gota de agua y otra gota de agua; en lo moral, él tenía su corazón y yo el mío.

Voy á contarle á usted cómo conocí á mi hombre. Hará del suceso unos cuatro años. Iba yo una noche, ya de retirada, camino de mi casa, y al doblar la esquina de la calle de Peligros me dí de manos á boca con él. «¡Animal!—¡Bárbaro!—¿Pero dónde lleva usted los ojos?» Y al levantar el bastón para agredir al insolente, quedé estupefacto. «¡Pero esa cara es la mía!—¡Pero usted es tan feo como yo!—¡Caballero!—¡Señor mío!—¡Debo advertirle á usted que sólo en Carnaval está permitido disfrazarse!—¡El que va disfrazado es usted!»

Y como la polémica se hacía interminable, le cogí violentamente de un brazo y le llevé arrastrando hasta el farol más próximo.

¡Quedé estupefacto! ¡Aquel hombre era *otro yo;* era *yo mismo!* «¡Pero esto no puede ser!—¡No, señor, no puede ser!—¡Debo estar loco!—¡Debo estar borracho!»

Decidimos, para aclarar la cuestión, entrar en el café de Fornos. Yo estaba resuelto á llevar á aquel farsante al Juzgado de guardia, si no me satisfacían sus explicaciones, por usurpación de personalidad.

A la octava copa de coñac, mi *otro yo* me contó su historia--una historia vulgar y triste, la eterna historia de Pedro, Juan, Francisco, etc.

La borrachera nos dió por reir. «¡Ja, ja! ¡Caso más gracioso!—¡Pero si somos absolutamente iguales!—¡Una broma de mamá Naturaleza!—¡Una broma de papá el Destino.»

De pronto mi *homogéneo* se tornó grave.

—Hermano, me dijo, tu vida y la mía son obra del Misterio. ¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? Acaso una misma madre nos trajo al mundo, acaso somos fruto de un mismo vientre impuro. La Casualidad, gran auxiliar del Misterio, nos ha reunido. No nos separemos ya más. Yo seré si quieres, y aunque no quieras, de ahora en adelante, tu amigo, tu hermano... Yo no he amado á nadie... Necesito á alguien á quien querer... Toma mi mano... ¡Así! ¡Estréchamela con fuerza! ¿Amigos para siempre? ¡Hermano, hermano! ¡Que sea la Felicidad y no la Desgracia quien nos ha reunido esta noche!

¡Sí, hermano! ¡Valiente farsante! ¡Vaya un modo de entender la fraternidad que tenía aquel canalla!

Créame usted, caballero; desde la funesta noche en que conocí á ese hombre, yo no he vuelto á gozar un solo momento de tranquilidad.

Mi *otro yo* se vino á vivir conmigo, á mi casa, en mi compañía, como si efectivamente fuéramos hermanos. Y todo lo que era mío, todo lo que era de mi propiedad, pasó á ser suyo: mis muebles, mis libros, mis ropas, mis alhajas, mi dinero...

¡Y si hubiera sido eso solo! El miserable, usurpando mi personalidad, cometió toda clase de abusos y desmanes, poniéndome más de una vez en trance de ir á la cárcel acusado de estafa.

Y ahora permítame usted que le haga una declaración, una declaración importante. Aquí donde usted me ve, yo he sentido un gran horror hacia las mujeres. Siempre que he podido huir de ellas, he huído. Es un sistema que le recomiendo. Da muy buenos resultados.

¡Ay, amigo mío!, pero conocí á Regina—¡y esta vez sí que no pude huir!,—y al conocer á Regina conocí al amor.

Nunca mujer alguna ha ejercido tan poderosa influencia sobre un hombre. Dejé de ser; mi cerebro y mi corazón fueron suyos; dejé de ser: yo no pensaba sino lo que ella, yo no sentía sino lo que ella... Uno de tantos casos de anulación por amor como se ven en la vida.

¡Y mi hermano se enamoró también de Regina! Era lo lógico, ¿verdad? ¿Todo lo mío no era suyo? ¡Pues entonces!..

Decidido á asesinarle le interrogué una noche. «¡Miserable! ¿Vas á robarme también el amor de esa mujer?» Mi *otro yo*, quizás por miedo, se arrojó á mis pies gimoteando. «Perdóname, hermano... Estaba loco, estoy loco... Ya veo que somos incompatibles. La fatalidad se ha empeñado en separarnos. Tú ó yo sobramos en el mundo.» (Suspiró, vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.) «Nada temas de mí—continuó—sabré cumplir mi deber, sabré sacrificarme. ¡Regina! (y al pronunciar este nombre el mísero rompió á llorar desesperado.) ¡Tú no sabes lo que la amo!—¡No tanto como yo!, le repliqué furioso.—¡Calla! ¡Qué sabes tú de eso!, siguió el miserable.

¡Oh, esa mujer! (Dejó de hablar, ahogado por los sollozos.) ¡Esa mujer! ¡Yo no sé qué daría por poseerla! Pero no temas, hermano; sabré cumplir mi deber. Déjame que te abrace... ¡Ya no volveremos á vernos más en la vida! Me voy... para no volver. Perdóname todo el mal que te he hecho... Ya sé que he sido ingrato y desleal contigo. ¡Perdóname! ¡Otro abrazo! ¡Que la hagas feliz! ¡Adiós, hasta que nos volvamos á

Isabel de Francia, esposa de Felipe II, retrato pintado por Antonio Moro, propiedad de M. Spiridión, de París

ver en la otra vida si hay otra vida después de esta!»

Me dejé abrazar sin contestarle palabra. «Dame tu revólver.» Se lo dí. «¡Adiós, hermano!» Yo no le contesté. «¡Adiós para siempre!»

Con la fuga de mi *otro yo* volvió la tranquilidad á mi espíritu, y por espacio de algunos meses fuí feliz en el amor de Regina. Y llegó al fin el día, ¡tan ansiado!, en que adquirí el derecho de que aquella mujer fuese mía.

Comprenda usted mi emoción al dirigirme á la alcoba, donde me esperaba la esposa de mi alma. ¡Oh, qué dulce embriaguez la de aquellos momentos!

Abrí temblando la puerta del santuario. «¡Regina, Regina!—grité sin gritar, —no te asustes, soy yo.» No me contestó. ¡La pobre debía estar tan emocionada!..

Dí luz. La alcoba se iluminó de repente. E imagínese usted mi asombro y mi indignación. Mi mujer no estaba sola. Con ella había un hombre. ¡Mi hermano! «Sí, soy yo—me dijo—que he usurpado una vez más tu personalidad y que acabo de matar á Regina para que no fuera de nadie más que de mí! ¡Mía!.. ¡Sólo mía!» Le cogí por el cuello. «¡Miserable!»

Después, después, no sé lo qué pasó.

. . . .

Y aquí tiene usted que me han traído á este manicomio.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

BRUJAS

LA EXPOSICIÓN DEL TOISÓN DE ORO

Una de las secciones más importantes y de mayor interés de esa exposición que se ha celebrado durante el último verano en Brujas y de la cual nos ocupamos en el número 1.334, ha sido la sección de pinturas. En ella han figurado obras de los más afamados maestros holandeses y borgoñones que estuvieron al servicio de los duques de Borgoña; esas obras, consistentes en retratos, cuadros religiosos y otros lienzos, todos ellos relacionados por sus asuntos con la orden del Toisón de Oro, fueron facilitadas por las casas reales de España, Austria y Bélgica, por los museos más célebres del mundo y por algunos coleccionistas particulares.

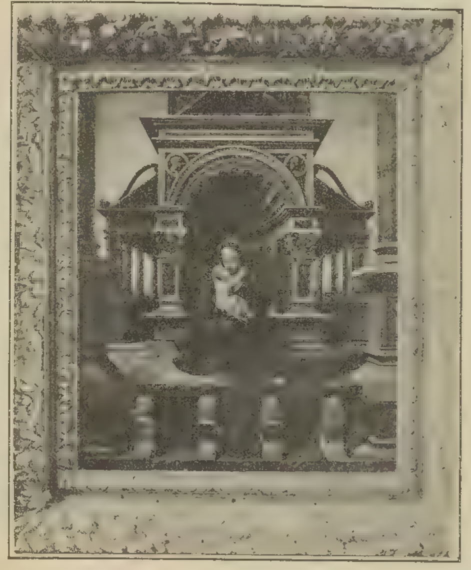
La Anunciación, cuadro de Juan Van Eyck, perteneciente al Museo del Ermitage de San Petersburgo

Retrato de un joven, pintado por Holbein, perteneciente al Museo del Ermitage de San Petersburgo

Para comprender la importancia de aquella sección bastará fijarse en los cuadros que en esta y en la siguiente página reproducimos y en los nombres de los artistas que los pintaron: Antonio Moro, el pintor de cámara de Carlos I y Felipe II de España, á quien colmó de beneficios en Flandes el duque de Alba; Holbein, el célebre retratista, autor de los retratos de Tomás Moro, Cromwell é Isabel de Inglaterra; Juan Van Eyck, el más famoso de los pintores de la primitiva escuela flamenca, á quien se atribuye la invención de la pintura al óleo; Juan Gossaert, más conocido por el nombre de Mabuse, protegido de Enrique VIII de Inglaterra y de Felipe de Borgoña, obispo de Utrecht; Gerardin David, el autor de la renombrada *Historia de un juez prevaricador*, esos dos magníficos lienzos que se conservan en Brujas; y Lucas Cranach, á quien un crítico ha denominado el Rafael de Alemania.

Otros nombres no menos ilustres en los anales del arte estuvieron representados en la grandiosa manifestación artística de Brujas, en la cual ha podido estudiarse de una manera completa uno de los períodos más interesantes de la historia de la pintura, al mismo tiempo que de la historia de la preciada orden que ha dado motivo á la exposición.—S.

Dos cabezas de viejo, pintura de Holbein, perteneciente al Museo de Douai



La Virgen y el Niño, cuadro de Juan Gossaert
(Museo del Prado, Madrid)

La Virgen y el Niño, entre Sta. Catalina y Sta. Bárbara,
cuadro de Gerardin David.

Guillermo de Croy, retrato de autor desconocido
(escuela brabantina)

Cristián II de Dinamarca, obra de Lucas Cranach
(Museo de Leipzig)

CUADROS DE PINTORES CÉLEBRES QUE FIGURARON EN LA EXPOSICIÓN

CANET DE MAR (BARCELONA)

La coronación de la Virgen de la Misericordia

En el santuario de la Misericordia de Canet de Mar, la pintoresca población de nuestra costa levantina, venérase con singular predilección una imagen de la Santísima Virgen, cuya coronación canónica ha sido autorizada por Su Santidad el papa Pío X.

Los canetenses han celebrado con este motivo solemnes fiestas, la principal de las cuales ha sido naturalmente la ceremonia de imponer la corona á la sagrada imagen, ceremonia que se efectuó el día 10 de los corrientes con gran pompa, y con asistencia del Ilmo. Dr. D. Francisco de Pol, obispo de la diócesis de Gerona á que aquella población pertenece; del general Aguilera, representante de la autoridad militar, y de varias representaciones de las autoridades de la provincia gerundense.

En la mañana del citado día, el Dr. Pol celebró de pontifical en la iglesia parroquial de Canet, en donde se hallaba depositada la imagen de la Virgen de la Misericordia, después de haber bendecido la corona y de haber jurado el Patronato del santuario, que ésta sería la que coronaría siempre la imagen milagrosa. Terminado el oficio, el Muy Iltre. Dr. Llor, vicario general de la diócesis, leyó desde el púlpito la Bula pontificia autorizando la bendición papal, que dió al pueblo el prelado.

Acto seguido y á los acordes de la marcha real, ejecutada por la charanga del batallón de cazadores de las Navas, procedióse á la solemne coronación, colocando el Dr. Pol con sus propias manos la corona sobre la cabeza de la imagen, al tiempo que el público que llenaba el templo prorrumpía en estusiastas aplausos y aclamaciones que duraron largo rato.

Terminado el acto, dirigióse la comitiva oficial á las Casas Consistoriales primero y después al edificio de las escuelas municipales, en donde el municipio de Canet obsequió á las autoridades y á los invitados con un espléndido banquete.

Por la tarde llegaron el general Sr. Alvarez de Sotomayor, el gobernador civil de Barcelona Sr. Ossorio y Gallardo, un representante de la Diputación provincial, alcaldes y comisiones de los pueblos próximos y delegaciones de varias asociaciones barcelonesas; y á las cuatro comenzó á salir del templo la solemne procesión para conducir la imagen á su santuario, situado en las afueras de la villa, llevando el pendón el general Sr. Alvarez de Sotomayor en representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII, y figurando en ella unas mil quinientas hachas. Detrás de la imagen, que llevaban en andas los hermanos Maristas, iban el prelado y el ayuntamiento de Canet presidido por el gobernador civil, el alcalde y un diputado provincial.

Al llegar la procesión al santuario, colocóse la imagen de la Virgen en su capilla y se cantó una Salve.

Por la noche celebróse otro banquete en honor del general Sr. Alvarez de Sotomayor y del gobernador civil.

La corona es de estilo bizantino y en su confección han entrado brillantes, diamantes, esmeraldas, amatistas, topacios, ópalos y jacintos en gran número, y además una porción de alhajas regaladas por varias señoras devotas y aplicadas sin desmontarlas con objeto de que conserven su primitiva forma; el número total de piedras pasa de mil y en su agrupación ha presidido el gusto más exquisito. La corona es de plata sobredorada, excepto el círculo que ciñe las sienes de la imagen, que es de oro; en la parte inferior campean cuatro ángeles con las alas esmaltadas entre flores de lis y diamantes, y del círculo en que esta parte termina penden dos colgantes en cuyos extremos se ven los escudos de Cataluña y de Canet de Mar, formados por esmaltes finos y piedras preciosas. La parte superior está rematada por una cruz.

Esa magnífica corona, que el adjunto grabado reproduce y que es una hermosa obra de orfebrería, ha sido ejecutada en los talleres de los Hijos de Francisco de A. Carreras, de Barcelona, según el proyecto de D. Ricardo Cammany y Roura; á éste y á aquéllos honra sobre manera esa joya que, aparte de su gran valor real, es de gran mérito artístico.—T.

Corona para la Virgen de la Misericordia de Canet de Mar (Barcelona), cuya solemne coronación canónica se efectuó el día 10 de los corrientes. Obra ejecutada en los talleres de Hijos de Francisco de A. Carreras, según proyecto de D. Ricardo Cammany y Roura. (De fotografía.)

EL TEATRO DE TÚSCULO

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de los llamados teatros de la naturaleza y de los progresos que esta nueva manifestación del arte dramático realiza de día en día en distintos países. Cierto que esa clase de representaciones no puede convenir á todos los géneros, pero no lo es menos que ciertas obras, especialmente las del antiguo teatro clásico, hallan en esos escenarios el ambiente más adecuado, pues con ellos á la grandiosidad de la concepción corresponde la grandiosidad del medio ambiente en que ésta se desarrolla. De aquí que muchos autores modernos, comprendiendo cuánto han de ganar sus representaciones efectuadas en tales teatros, los prefieran en algunos casos á las salas de espectáculos modernas, en donde impera el convencionalismo que no pocas veces perjudica considerablemente el efecto de la obra mejor concebida y debilita la intensidad de la emoción que el poeta se propone producir en el público.

Hasta ahora Francia marcha á la cabeza de ese movimiento, pero ya le siguen los pasos otras naciones, y ahora mismo en Italia va á hacerse el ensayo, el primero que allí se realiza, si no estamos equivocados, del teatro de la naturaleza. El eminente D'Annunzio ha terminado hace poco una tragedia, y para ponerla en escena ha escogido las ruinas del antiguo teatro de Túsculo, de la vieja ciudad que los romanos poblaron de quintas de recreo y en la cual Cicerón compuso las famosas *Tusculanas*.

El teatro, que fué descubierto en 1839, hállase situado á poco más de una hora de Frascati, la linda población levantada en el sitio que ocupó Túsculo y en la cual abundan las *villas* pintorescas rodeadas de bosques y jardines.

Según puede verse en el grabado de la página siguiente, las ruinas que de ese teatro subsisten todavía hállanse en buen estado de conservación, y el sitio en donde el antiguo monumento se levantara tiene todo el carácter que á los lugares en donde existen imprimen los restos de pasadas civilizaciones, y

Canet de Mar (Barcelona).—Fiestas de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de la Misericordia. El obispo de Gerona Ilmo. Dr. D. Francisco de Pol y la comitiva oficial, saliendo del templo después de la ceremonia de la coronación. (De fotografía de A. Merletti.)

es, por consiguiente, perfectamente adecuado al objeto á que ahora se le destina.

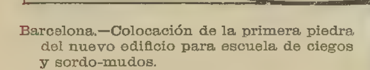
Italia es indudablemente el país que se halla en mejores condiciones para esos teatros de la naturaleza, pues en ella los monumentos, las ruinas y los paisajes que en otras partes constituyen excepciones estimadas como veneradas reliquias, allí están en verdadera profusión. Y no sólo posee en abundancia preciosas ruinas, sino que ha logrado además desenterrar ciudades enteras, como Herculano y Pompeya, en donde pueden estudiarse en sus más nimios pormenores la existencia y la civilización romanas de los tiempos remotos, desde las intimidades de la familia hasta las magnificencias de la vida pública.

Es, pues, de esperar que si el ensayo que ahora hace D'Anunzio en el antiguo teatro de Túsculo da buenos resultados, como no puede menos de darlos empresa acometida por tan alto poeta, las representaciones al aire libre tomarán carta de naturaleza en Italia, como la han tomado, desde hace tiempo, en Francia.—R.

Túsculo.—El antiguo teatro romano en donde se estrenará próximamente la tragedia que hace poco ha terminado el eminente poeta Gabriel D'Annunzio. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

SANTA CECILIA, cuadro de Mme Trante Thomme

JUVENTUD, cuadro de Carlos Lotz



Barcelona.—Colocación de la primera piedra del nuevo edificio para escuela de ciegos y sordo-mudos.

Grupo de niños ciegos y sordo-mudos con sus profesores que asistieron á la colocación de la primera piedra de la nueva escuela. (De fotografías de Moragas.)

BARCELONA

LA NUEVA ESCUELA PARA CIEGOS Y SORDO-MUDOS

Bajo la presidencia del alcalde Sr. Sanllehy y con asistencia de varios tenientes de alcalde y concejales y de representaciones del personal docente, de alumnos de la actual escuela y de varias entidades, efectuóse el día 10 de los corrientes la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio que con destino á escuela de ciegos y sordo-mudos se ha de construir en el ensanche de esta ciudad.

Abierto el acto por el Sr. Sanllehy y leídos por el jefe de Fomento los acuerdos al mismo referentes, el teniente de alcalde Sr. Bastardas reseñó los continuos esfuerzos hechos por el Ayuntamiento para mejorar la instrucción de los niños ciegos y sordo-mudos y explicó los nuevos rumbos que á la enseñanza de esos desgraciados se imprimen. El teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso manifestó que la frecuencia con que se realizan en¦Barcelona actos análogos al que se estaba celebrando demuestra hasta qué punto se preocupa el Ayuntamiento de los desvalidos. El alcalde congratulóse de presidir aquel acto y felicitó al Ayuntamiento y en particular á las comisiones de Fomento y Gobernación.

Terminados los discursos, el acta, firmada por el alcalde, concejales, profesores y representantes de la prensa, fué encerrada en un tubo de cristal é introducida en la primera piedra, que, previas las paletadas de costumbre, fué colocada en su sitio, b.jo la dirección del arquitecto municipal señor Falqués.

Amenizó el acto la banda municipal.

El nuevo edificio estará dotado de todas las condiciones que la higiene y la pedagogía exigen en esa clase de escuelas.

EL INFANTE D. CARLOS DE BORBÓN Y LA PRINCESA LUISA DE ORLEÁNS

En el castillo de Wood-Norton (Inglaterra) han contraído matrimonio el día 16 del corriente el infante D. Carlos de Borbón y la princesa Luisa de Orleáns, enlazándose con ellos los nombres de dos de las más ilustres casas reales de Europa, á pesar de lo cual la llamada razón de Estado para nada ha intervenido en su unión.

Cuenta el infante 37 años, es general del ejército español y por su inteligencia, bondad y carácter afable se ha conquistado unánimes simpatías en España, en donde se naturalizó en 1901. La princesa Luisa tiene 25 años, y si es por todos admirada su belleza, no lo son menos su talento y sus virtudes.

Todo permite, pues, asegurar que en su hogar futuro anidará la dicha más completa.

La boda se ha celebrado en una capilla provisional, pues la del castillo es demasiado reducida, y la unión ha sido bendecida por el arzobispo de Birmingham en representación de S. S. el papa Pío X.

Los augustos novios, después de la boda, para asistir á la cual hállanse actualmente en Wood-Norton los reyes de España, la infanta doña Isabel, la reina Amelia de Portugal y otros personajes ilustres, emprenderán un largo viaje que terminará en Madrid en donde han fijado su residencia.

El infante D. Carlos de Borbón y su esposa la princesa Luisa de Orleáns. (De fotografía.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las págs. 745, 752 y 753.)

Coquetería; cuadro de M. Dall' Oca Bianca. – Pocos pintores saben dar á sus cuadros el aspecto simpático que tienen todos los de este celebrado artista italiano. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido muchos de ellos, y ni en uno solo deja de admirarse ese carácter que contribuye no poco á avaluar el mérito de la obra artística y á ponerla, por decirlo así, al alcance de los menos versados en materia de pintura. *Coquetería*, nos produce esa misma impresión y en ello está el elogio de ese lienzo que ha figurado en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Venecia, mereciendo los más laudatorios juicios de la crítica.

Santa Cecilia, cuadro de Mme. Trante Thomine. – Los temas más viejos son siempre de actualidad cuando el arte sabe revestirlos de formas nuevas; y esto es lo que vemos en esa imagen de Santa Cecilia, tratada con tanto acierto por la notable pintora francesa. La Virgen mártir, representada bajo la forma de una doncella veneciana de la Edad media, se presenta á nuestros ojos con toda la fuerza de la realidad, sin perder por ello su naturaleza esencialmente ideal en cuanto á personificación del divino arte de la música, ya que la autora ha sabido imprimir en toda la figura una expresión que tiene algo de ultraterreno.

Juventud, cuadro de Carlos Lotz. – Contemplando esa figura sentimos intensamente la idea que ha guiado al artista al pintarla; no es solamente la juventud del cuerpo lo que Lotz ha querido expresar, sino además la juventud del alma, conceptos que no siempre coinciden en un mismo individuo, y que en el de este cuadro se compenetran íntimamente. En la cara de esa muchacha se ve esa edad en que los años se cuentan todavía por abriles, pero al mismo tiempo se transparentan esa serenidad, esa alegría, esa inocencia que son patrimonio exclusivo de los que se hallan en la primavera de la existencia.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Lo fill del rey*, visión musical de espectáculo en cuatro cuadros, letra de Manuel Marinel-lo, música de A. Argelaga; *L'hort d'en Churrumecu*, sainete en un acto de Luis de Arenys; *Don Juan*, drama en cinco actos de Moliere, traducido por A. Maseras y F. Prats Gaballí; y *Rodamón*, obra lírica en dos actos y cinco cuadros, letra de Nogueras Oller, música de Narcisa Freixas, en Romea *Els porucs*, comedia en dos actos, arreglada de una obra inglesa por R. Franquesa; y en el Eldorado *Tenorio modernista*, farsa en tres cuadros de Pablo Parellada.

El cuarto y último concierto de la Sociedad Filarmónica Barcelonesa fué un nuevo triunfo para la orquesta y para el maestro Lasalle; en él se estrenaron unas inspiradas *Impresiones sinfónicas* del maestro Garreta, y se ejecutaron la *Serenata* de Max Reger y la sinfonía *Faust*, de Liszt, con la colaboración del Orfeó Barcelonés, dirigido por el maestro Serra. Todas las piezas fueron admirablemente tocadas y aplaudidas con entusiasmo.

En Novedades los notabilísimos pianistas Malats y Granados han repetido el concierto á dos pianos que dieron hace algunos años, conquistando ambos concertistas grandes ovaciones en todas las piezas del programa, compuesto de escogidas y difíciles obras de Mozart, Saint-Saens, Schumann, Beethoven, Chaminade, Chabrier y Fischoff.

En el propio teatro la Asociación Musical de Barcelona ha dado un concierto en el que la orquesta, bajo la dirección del maestro Sr. Lamothe de Grignón, ejecutó la *Cuarta sinfonía* de Glazounow, un *Diálogo* de Mas y Serracant, y el pianista Sr. Batalla tocó, en unión de la orquesta, el *Concierto n.° 4* de Saint-Saens y el *Concierto en la menor* de Grieg. Para todos hubo muchos y muy entusiastas aplausos, prodigados con juscia por la escogida concurrencia.

Por última vez, Miguel, ¿no quiere usted hablar?

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

La joven leyó cuidadosamente el documento, buscando la prometida explicación, mas no pudo encontrarla. La única cláusula que se refería directamente á ella decía tan sólo que á causa de la desgraciada quiebra del Banco del condado, y atendidas ciertas circunstancias particulares relacionadas con este asunto, el testador sentía no hallarse en disposición de legar á su hijo Miguel la fortuna que le destinaba. A esto seguían varias observaciones de Job, manifestando que esperaba ver antes de su muerte á su hijo Miguel y á Susana Holt unidos, pues siempre había mirado á la joven con ojos de padre, y su más vehemente deseo era llamarla hija.

Susana no pudo menos de conmoverse al leer estas líneas, en las cuales se hacía tan afectuosa mención de ella, así como también al ver otro párrafo, por el cual Job le legaba algunos de sus objetos favoritos: su látigo de lujo, algunas de las medallas obtenidas como premio en varias exposiciones agrícolas y otras varias cosas.

Job esperaba que la lectura del testamento causaría sorpresa, si no cólera á su pupila; pero cuando concluyó, mostróse muy satisfecha y dió un beso á su tío.

—Es usted muy bondadoso, díjole; yo quisiera..., quisiera mucho que me fuera posible complacer á usted.

—¿Lo has leído todo?, preguntó Job asombrado y confuso al ver cómo tomaba la joven lo que en su concepto debía disgustarla.

—Sí, tío, hasta la última palabra; y aprecio los donativos de usted mucho más que si me dejase una gran fortuna.

—¿Pero has leído el testamento válido?, preguntó Job volviéndose en su sillón con un movimiento espasmódico para mirar la mesa y dejando caer la pipa en el suelo.

—Sí, padre, ha leído el bueno, contestó Miguel sin cambiar de posición.

—¿Pues dónde está el otro?

—Como era papel inútil, padre mío, lo rasgué para que encendiera usted su pipa.

—No debías haber hecho eso sin advertirme; pero no importa, y conociendo ya Susana cuál es el estado de cosas, hará lo que es justo.

—Lo procuraré al menos, contestó Susana; pero seguramente usted no querría que yo hiciese lo que me pareciera mal..., no solamente para mí, sino también para Miguel.

—No veo que pueda haber mal ninguno, murmuró Job guardando el testamento en su pupitre y cerrando éste con llave; y si eres la mujer que yo pienso, no podrás ver más que un medio para arreglar las cosas, por más que lo tomes con tanta frialdad. No querían que yo te dejase ver el testamento, pero me alegro de habértelo enseñado, porque tal vez así se arreglará pronto alguna cosa.

—Le agradezco á usted mucho su bondad, dijo Susana, y si sus deseos pueden realizarse, yo...

Susana se interrumpió, no sabiendo cómo concluir la frase, y sus mejillas se colorearon vivamente.

—¡Cómo realizarse!.. No puede menos de ser así, y ya sabes por qué.

Job comenzaba á montar en cólera, y evidentemente su fuerza cedía por momentos.

—No tenga usted cuidado, dijo Miguel, Susana hará cuanto pueda para complacer á usted. Y ahora, permítanos salir diez minutos para hablar un poco. Vamos, Susana

Y con la presunción de un pretendiente favorecido, Miguel enlazó con su brazo el talle de la joven, y levantándola casi del suelo al dirigirse á la puerta, murmuró á su oído:

—Perdóneme usted y espere un momento.

Job se sonrió con aire de satisfacción, restregóse las manos, y algunas lágrimas de alegría deslizáronse por sus mejillas demacradas.

—¡Oh, oh, muchacho, así es como se hace!, exclamó. Ahora veo que os burlabáis de mí. ¡Ah, ah!, así me gusta; pero no debíais haberme inquietado tanto tiempo. Ahora comprendo por qué Miguel no me dijo una palabra cuando te mostré el testamento, Susana. ¡Vamos, muchacho, dale un beso y bien dado!

Miguel obedeció á su padre atrevidamente.

—¡Así, así!, exclamó Job. Y ahora podéis iros; dos personas son compañía, pero tres no, según el caso. ¡Bendígaos Dios!

Miguel sacó á Susana de la habitación, cerrando la puerta rápidamente, mientras que su padre seguía restregándose las manos. Susana había cedido, no solamente porque estaba confusa, sino porque comprendió que aquello no tenía otro objeto que complacer al anciano; pero desasiéndose de los brazos de Miguel apenas estuvieron fuera de la estancia, pálida y trastornada, dijo con acento de enojo:

—¿Pero qué es esto, Miguel? ¿Qué significa ese atrevimiento?

XXXI

JUNTO Á LA GLORIETA

De los dos jóvenes, Miguel era tal vez quien estaba más agitado; la inesperada presencia de Susana habíale sorprendido, y el objeto de su visita le contristó, causándole dolorosa impresión que la pupila de su padre, por satisfacer su curiosidad, pusiera en peligro la vida de Job, aunque no ignoraba las prevenciones del médico. No reflexionó que éstas no podían impresionar tanto á Susana como á él, puesto que no las oía repetir con tanta frecuencia. Habíase atrevido á todo por amor á la joven en primer lugar, y en segundo, por su padre; parecía extraño posponer á éste, pero así era.

Miguel había pasado por una ruda prueba durante la última media hora: era necesario librar á Job de la excitación que seguiría á las explicaciones, pues podía serle fatal, y además estaba resuelto á impedir que Susana leyese el testamento en que constaba su verdadera situación, es decir, el último. Por eso se vió bruscamente ante un dilema, para el cual no estaba preparado, y habíale sido forzoso obrar bajo la inspiración del momento. En su desesperación, hizo una cosa que repugnaba á sus sentimientos de lealtad y de su carácter, y por fortuna tuvo buen resultado.

Mas ahora era indispensable proseguir con el engaño; debía sincerarse de su extraña conducta á los ojos de Susana, y no era libre de revelar los motivos que tenía para conducirse así.

—Ruego á usted que me dispense, le dijo; la vida de mi padre peligraba, y forzoso fué obrar como lo hice. Además, tenía otras razones, pero no es necesario hablar ahora de ellas. Espero que me perdonará usted.

Susana estaba aún sobrecogida de temor, y hasta indignada, pues comprendía que Miguel trataba de ocultar lo más importante.

—¿Qué otras razones son esas?, preguntó.

—No hablemos de ello ahora, porque podríamos molestar á mi padre; cójase usted de mi brazo hasta que hayamos pasado de la ventana, porque á él le agradará vernos. Después podremos hablar.

Parecióle á Miguel que Susana vacilaba, y esto le disgustó, notando también que aunque no dejaba su brazo, apenas se apoyaba en él. Al pasar por delante de la ventana, Miguel saludó á su padre, y cuando se hubieron alejado, la expresión de su rostro se entristeció de nuevo. Preguntábase cómo podría contestar satisfactoriamente á las preguntas de su compañera sin revelar el secreto, pero no se le ocurría nada.

De buena gana le hubiera dicho: «La amo tanto, que su bienestar es para mí preferible á la fortuna, deseo que siga en la posesión de la que usted cree que le pertenece; mas no se me oculta que rehusaría aceptarla de mis manos; creo que tiene derecho á ella, por más que usted lo negara, y acaso la ley también; yo podría aceptar cualquiera cosa de usted, porque la amo con toda mi alma; pero temo que usted no haría lo mismo, porque no me quiere lo bastante para ello. Cásese con quien guste, pero al menos déjeme usted la secreta felicidad de saber que todo lo hice en obsequio suyo.»

Pero Miguel no podía decir esto sin que pareciera que deseaba aprovecharse de esta ventaja para conseguir sus fines. Si hubiese hablado así, las cosas habrían tomado otro aspecto; pero no le era posible referir una parte de la historia y callar la otra.

—No me pregunte usted cuáles son las otras razones, repuso cuando avanzaban ya entre los árboles. ¿No le basta saber que cuanto he hecho ha sido en obsequio de mi padre... y de usted? No se la oculta que mi padre desea con ansia vernos casados; esta idea le acosa día y noche; no habla de otra cosa, y hasta en sus sueños se refiere á este asunto. Ya que no puede usted amarme, Susana, sea usted al menos mi amiga. La pido perdón por todo cuanto he dicho y hecho; no tenía tiempo para elegir mis palabras ó mis actos; y yo la amo de tal modo, que creo que me contentaría solamente con su amistad, ó cuando menos, trataría de hacerlo así.

La emoción de Miguel produjo más efecto en la joven que sus apasionadas frases; y aunque se había recobrado ya de su agitación, ahora experimentaba otra. Decíase que había sido cruel al dudar por un momento del joven Hazell; mas por otra parte resentíale que éste no la confiase todo. La mistificación continuaba, pues Miguel no había explicado cosa alguna, y ella no podía olvidar cómo se había quemado el testamento.

—Sé que haría usted mucho por amor mío, contestó, y comprendo también que no lo merezco, pues me parece que no podría hacer por usted la mitad de lo que usted haría por mí. He aquí por qué... por qué no quisiera que usted sufriese por mi causa.

Susana hablaba con dulzura, casi como si suplicara á Miguel que no la instara demasiado, para no obligarla á decir, valida de su amistad, más de lo que ella quisiera.

—Me satisface que crea usted eso de mí; pero quisiera que tuviese más fe aún en lo que digo. Si estuviese en mi mano hacer un sacrificio cualquiera para conseguir su felicidad, no vacilaría un instante, considerándome dichoso solamente con oirla decir que estaba contenta y agradecida, y no enojada, como ha indicado antes.

—Yo no he dicho eso, Miguel, contestó Susana; pero sí quisiera más bien...

La joven se interrumpió y Miguel completó la frase con un marcado acento de amargura.

—Sí, ya comprendo; quisiera usted más bien no quedarme obligada; pero debo advertirle que yo no busco su agradecimiento, ni deseo tampoco que me favorezca en cosa alguna para manifestármele ó recompensarle. Quiero que esté usted completamente libre para que haga lo que en su concepto pueda labrar su felicidad; y he aquí la causa de haber obrado como usted ha visto.

—Veo que aún no me comprende usted, contestó Susana, y no sé cómo interpreta tan mal mis palabras. La conducta de usted ha sido muy singular desde la quiebra del Banco; naturalmente, esto le trastorna en cierto modo; lo sé y lo tengo en cuenta; pero á mí me han dado tan extrañas noticias, que no sé qué hacer ni pensar. ¿Por qué no quiere usted ayudarme, explicándome con exactitud el estado de los negocios?

Durante un momento, Miguel estuvo tentado á decirlo todo claramente, fueran cuales fuesen las consecuencias; pero el firme propósito de ocultar su sacrificio, su orgullo y su amor combináronse para sofocar el impulso.

Los dos jóvenes llegaban en aquel instante á una glorieta, algo ruinosa, que la hiedra había invadido por todas partes, menos por un punto en que un obstinado rosal abría paso; hacía largo tiempo que nadie se cuidaba de ella, y las plantas parásitas obstruían la entrada. Lugar favorito de los dos jóvenes en su niñez, ahora volvían á verle en la edad en que comienzan las preocupaciones de la vida; Susana era mujer y Miguel un hombre formal.

Instintivamente se detuvieron allí, pero en el primer momento ninguno de ellos recordó los felices días en que visitaban la glorieta, porque otras cosas más serias ocupaban el pensamiento de ambos

—Es mejor, dijo Miguel, que en vez de preguntarme, confíe usted en mí.

—Es decir, replicó Susana con la vista fija en su interlocutor, que yo no soy digna de confianza...

—Usted lo es para mí en todo.

—Pues veo que me lo demuestra usted de una manera muy singular. A fe mía que me hallo en una posición muy extraña. Me han dicho que mi dinero es el que se ha perdido, y al preguntarle si esto es verdad, me contesta que debo confiar en usted.

—¿Quién ha dicho que usted es la que ha perdido?

—Walton.

Este nombre produjo en Miguel el mismo efecto que hubiera experimentado si le hubiesen introducido de pronto en un baño de agua helada: la emoción profunda hace enmudecer, la pasión habla porque es efímera; el amor y la desesperación se muestran reservados porque son eternos.

—Siempre le dije á usted, contestó con aparente calma, que ha sufrido alguna pérdida; la nuestra es considerable, mas no tanto que necesitemos auxilio. Aún podemos seguir adelante sin carecer de nada, y es de esperar que con el tiempo nos resarciremos de la pérdida. La de usted no se puede saber á punto fijo cuál es hasta que se hayan revisado todas las cuentas del Banco; pero el Sr. Patchett presentará la nota lo más pronto posible. Creo que esta contestación es suficientemente clara.

—Sí, mas veo que mi insistencia le ha enojado. Supongo que el informe del Sr. Walton será eco de alguno de esos falsos rumores propagados por la gente ociosa que se complace en hablar de los asuntos privados de sus vecinos. Siento mucho, Miguel, haber procedido tan aturdidamente; mas ahora me ocurre preguntar por qué habrá usted destruído el testamento, añadió Susana bruscamente, sin poder desechar una última sospecha.

—Mi padre lo destruyó.

—Sí, pero fué porque usted se le dió, sin decirle qué era.

—Ese documento no serviría de nada, y por lo tanto, parecíame inútil guardarle. El testamento que usted ha leído, y que ahora está encerrado, es el bueno. ¿Desea usted preguntarme algo más?

—¿Por qué está usted tan pálido, y por qué me habla con ese acento de amargura? ¿No es natural que al llegar á mis oídos semejante noticia solicite de usted una explicación, puesto que sería peligroso molestar al Sr. Hazell?

—Sí, tiene usted razón. Si en mi acento ha notado usted amargura, será porque contestaba á mis propios pensamientos más bien que á sus palabras. Ya he dicho cuál es el estado de los asuntos en cuanto es posible decir ahora.

Miguel pensó que Susana le acosaba demasiado, comprendiendo muy bien que no habría procedido así á no ser por la influencia de Walton; y á pesar de todos sus esfuerzos para aparentar calma, no podía menos de reflexionar que era acreedor á más consideraciones.

Susana no podía adivinar qué pensamientos, temores y esperanzas podrían agitar al joven Hazell hasta el punto de hacerle palidecer así, y su curiosidad le impulsó á dirigir á Miguel otra pregunta.

—Usted me ha dado una explicación, dijo; pero ¿me lo ha dicho usted todo?

Sin duda el joven comenzaba á perder la calma, pues contestó deliberadamente:

—No, no le he dicho á usted todo; pero sí cuanto deseo que usted sepa.

—Pues rogaré al Sr. Walton que me diga lo demás...

—Y ciertamente él hará cuanto sea posible para complacer á usted, dijo el mismo Walton cortésmente, presentándose de pronto ante los dos jóvenes.

Susana hubiera dado cualquier cosa en el mundo por haberse abstenido de pronunciar sus últimas palabras, al ver la expresión de dolor que se pintó en el rostro de Miguel, sin duda por la inoportuna llegada de Walton.

XXXII

ESTABA ESPERANDO Á USTED

—Siento mucho haber interrumpido la conferencia, dijo Walton; pero al fin llegué á creer, señorita Holt, que, sin acordarse ya de que yo la esperaba, se habría ido por los campos á su granja. Sin embargo, quise asegurarme de ello, pues ya comprenderá que yo no podía volver á la Abadía con el carrito, y llegué hasta la casa del Sr. Hazell. Aquí me dijeron que había usted ido al jardín con Miguel, y héteme aquí interrumpiendo su conversación. Dispense usted mi impaciencia; ya veo que no se me cuenta, y que mis buenas intenciones no han servido para nada; pero advertiré que he esperado dos horas y diez minutos, y que no es una de mis virtudes la paciencia.

Walton hablaba con cierto aire de indiferencia, y al parecer divertíale mucho observar la expresión de asombro de los dos jóvenes que tenía delante; vió cómo Miguel se demudaba, y cómo la señorita Holt palidecía y sonrojábase sucesivamente.

—Es verdad, Sr. Walton, dijo esta última, había olvidado que me esperaba... Dispénseme usted; la importancia del asunto que hablábamos ha sido la causa, y siento que se haya tomado tanta molestia.

—¡Oh! No hable usted de eso, pues con el mayor gusto haré cualquier sacrificio para complacerla. Supongo que aún no habrán ustedes concluído de hablar, pero sé que está usted aquí, y me retiro, con la intención de esperar hasta mañana si á usted le place.

Susana no pudo comprender si Walton se burlaba de ella; pero sus palabras la irritaron.

—Ya hemos concluído de hablar, Sr. Walton, dijo Miguel, y según parece, á usted es á quien la señorita Holt desea decir alguna cosa.

El joven estaba tan pálido, que Susana y Walton experimentaron cierta inquietud. El hecho de que la señorita Holt hubiera venido secretamente á la casa acompañada de Tomás, y de que éste la hubiese esperado, era para Miguel el último golpe que podía temer; pero Walton, en cambio, no era de aquellos que se perturban por nada; su naturaleza era como el corcho, que permanece bajo el agua mientras se le sujeta, pero vuelve á flotar en la superficie apenas cesa la presión.

—Sí, repuso, tal creo; ustedes hablaban con tal animación, que no echaron de ver mi llegada, y yo oí á la señorita Holt decir que se proponía preguntarme alguna cosa. Repito que tendré el mayor gusto en darla conocimiento de cuanto yo sepa.

Walton se hallaba en posición de apreciar muy bien el estado de cosas, y su objeto era hacer creer á Miguel que él estaba en la mejor inteligencia con la señorita Holt. Lo consiguió respecto al joven Hazell; pero Susana se indignó, y su aparente familiaridad no produjo en ella más que irritación y desdén, sobre todo al ver que Miguel permanecía mudo sin tratar de ayudarla á salir del paso. Parecióla que los dos hombres que tenía delante se compadecían de ella, deseando cada cual hacerla creer lo que más conviniese á sus propósitos; pero al fin, haciendo un esfuerzo, consiguió hablar con alguna calma y decisión.

—Usted, Sr. Walton, dijo, me asegura que estoy casi arruinada, si no del todo, por la quiebra del Banco; y usted, Miguel, sostiene que mis pérdidas son de poca importancia. No es posible que los dos tengan ustedes razón, y yo quiero saber quién está equivocado. Así diciendo, fijó la vista en Miguel, como deseosa de que hablase el primero; pero éste contestó á la mirada más bien que á las palabras.

—Nada más tengo que decir, repuso.

Entonces Susana se volvió hacia Walton.

—Por extraño que parezca, dijo éste, creo ver que los dos tenemos razón. Ignoro lo que Hazell puede haber declarado; pero si niega que el dinero perdido es el de usted..., en tal caso, que arregle el asunto con su padre y con su propia conciencia.

—¡Contéstele usted que se equivoca!, exclamó Susana volviéndose á Miguel con ademán suplicante.

El joven guardó silencio.

—Dígale usted que se engaña; si es verdad que alguna vez me ha querido, añadió la joven, dígale usted que está en un error, que usted no ha tratado de engañarme... ¡Oh, Miguel, yo se lo ruego!

Hazell se estremeció: los ojos de Susana parecían llenos de amor cuando pronunció estas últimas frases, y hubiérase dicho que le ofrecía la última probabilidad de obtener su mano; pero la presencia de Walton ejercía en él una enojosa presión; su conciencia le gritaba además que había hecho cuanto humanamente era posible en beneficio de Susana, y comprendiendo cuán humillante era para él aquella escena, persistió en su empeño de no revelar nada. Había sacrificado su fortuna en favor de la mujer que amaba, y esta era la recompensa que obtenía. Si la señorita Holt le hubiese suplicado momentos antes de llegar Walton, como acababa de hacerlo ahora, seguramente le habría dicho todo, dando razones, tan loables como sencillas, para explicar su conducta;

pero Walton estaba allí, y debía hablar de otro modo. Volvióse hacia Susana, y díjole gravemente:

—El Sr. Walton acaba de manifestar á usted que él tiene razón y yo también; agradezco sus palabras en lo que á mí se refiere, y como al parecer se ha enterado de nuestros asuntos particulares, aunque yo creí que solamente mi padre, el Sr. Patchett y yo los conocíamos, le dejo en libertad de dar á usted la explicación que ofrece para complacerla. De este modo él quedará contento, y á mí me aliviará. Yo esperaba que nadie la molestase nunca con los detalles de este desgraciado asunto, ó por lo menos que no los supiese usted hasta que por las circunstancias perdieran su valor; pero el Sr. Walton es más listo que yo. Ustedes juzgarán si ha procedido lealmente al espiar mis asuntos, practicando investigaciones sobre negocios que no le atañen.

Jamás había hablado Miguel con tanta amargura, y su extraordinaria calma hacía más acerbas sus frases. Walton palideció al oir la palabra *espiar*, é hizo un movimiento; pero Susana levantó la mano.

—¡Entonces todo es verdad!, exclamó, dirigiéndose á Miguel; usted me engañó con una falsedad, asegurándome que mi pérdida carecía de importancia.

—He dicho á usted lo que era cierto, contestó el joven con cierta expresión de tristeza, sin hacer aprecio de la dureza de la acusación, aunque debía ser más sensible para él por haberla pronunciado los labios de Susana, y sobre todo por la presencia de Walton.

—Puesto que Hazell no quiere complacerme, dijo la joven, tenga usted la bondad, Sr. Walton, de darme una explicación sobre el asunto.

—No puede ser completa, replicó Tomás, porque se necesitan más informes auténticos de los que yo tengo. Seguramente Hazell dice la verdad, pero no toda, y he aquí por qué su aserto no conviene en absoluto con el mío. No dice por qué puede persistir en asegurar que la pérdida de usted es de poca importancia; y en resumen, oculta su luz para que brille más cuando llegue la hora.

Walton había calculado, acertadamente, que sus palabras eran las más propias para inducir á su rival á mantenerse en su reserva, y complacióle tener la oportunidad de zaherirle á su vez.

Susana comenzó á sospechar vagamente lo que Miguel trataba de hacer, y no le agradecía su reserva, comprendiendo que, con su aparente bondad, proponíase tan sólo mantenerla en la ignorancia respecto á sus pérdidas. Ignoraba que el joven Hazell hubiese reemplazado con su fortuna la que ella había perdido, quedando relativamente pobre para que la mujer á quien amaba fuese feliz aún, creyendo que era rica, y considerándose en libertad de elegir esposo, sin juzgarse obligada á dar su mano á Miguel. No sabía cómo la codicia de Job debió ceder ante el intenso amor que su hijo la profesaba, y como éste hizo creer á su padre que el único medio para que se realizase su más querida esperanza—el casamiento de los dos jóvenes,—consistía en persuadir á Susana de que su pérdida era insignificante, mientras que la de ellos les costaba su fortuna. También ignoraba que Job, impulsado por el tierno cariño que profesaba á su pupila, consintió en cederle sus bienes, pensando que, una vez casada con Miguel, poco importaba que la fortuna fuese del uno ó del otro. Después, como el anciano viera que el matrimonio se aplazaba siempre, sospechó que Miguel no atendía lo bastante á sus propios intereses, dando lugar con esto á que Walton ú otro cualquiera obtuviese la mano de Susana; y por esto llamó á Patchett y quiso hacer otro testamento en que se consignara la verdad de los hechos. Creyó que de este modo, cuando su pupila leyese el documento, haría justicia á Miguel, aunque no le aceptara por esposo.

Pero este último testamento era el que Job había destruído, rasgándole en tiras para encender su pipa.

Susana no podía imaginar cuánto había sufrido Miguel moralmente en obsequio á ella, y hasta qué punto debieron combinarse en el joven el orgullo, el amor rechazado y el temor de causarle un pesar para no revelarle el secreto. Pero Susana vió que su mirada era angustiosa, fuera cual fuese la causa, y cogiéndole de un brazo, hablóle con bondad.

—Por última vez, Miguel, ¿no quiere usted hablar? Apenas puedo creer que trate de engañarme, y sin embargo, todo lo que usted hace me obliga á pensarlo así.

Miguel se estremeció al sentir el contacto de la mano de Susana y no supo qué decir; estaba como el náufrago que, á punto de ahogarse, toca al borde de una alta roca, pero exhausto de fuerzas para utilizarse de este apoyo, le suelta al fin y déjase caer en medio de las turbulentas olas.

—Pues si no quiere usted hablar, dijo Susana, iré á ver á Patchett; él no puede negarse á darme una explicación sobre mis propios asuntos, y estoy resuelta á saberlo todo de una vez.

—Sí, Patchett es el hombre, dijo Walton vivamente; nadie mejor que él podrá decir á usted la verdad, aunque sea un abogado.

—Como usted guste, repuso Miguel, que bajo una aparente calma ocultaba su inquietud; la he rogado á usted que confiara en mí; pero ya que esto no le es posible, yo diría también que el Sr. Patehett es la persona más á propósito para obtener la explicación que usted desea, ó un consejo.

—Muy bien, dijo Susana; no me deja usted ninguna alternativa; pero quiero que entienda, Miguel, que procedo así por no quedarme otro medio para establecer las cosas respecto á mi posición en este extraño enredo.

Susana esperaba que el joven Hazell le evitaría un viaje; pero Miguel se inclinó sin decir palabra, indicando con esto que se sometía á su voluntad.

A pesar de su excitación, la joven comprendió que hacía algún daño al hijo de Job, mas no adivinaba en qué sentido. ¿Por qué se obstinaba en su reserva en vez de hablar claramente? Susana no tuvo en cuenta la presión que ejercía la presencia de un testigo.

—Ya tengo enganchado á *Jim*, dijo Walton; pero antes de marchar, amigo Hazell, añadió, quiero advertir á usted que mis informes no han sido busca dos ni obtenidos por ninguna investigación; los he utilizado en mi provecho, es verdad; pero también hubiera usted podido hacerlo así.

—Es muy posible, caballero, contestó Miguel, pues nunca sabemos cuál será nuestra manera de proceder hasta que llega el caso; pero mientras la señorita Holt apruebe su modo de tratar este asunto, no tengo ningún derecho á oponer objeciones, ni lo deseo tampoco.

Susana dió algunos pasos con aire vacilante, pensando que si hubiera podido hablar á Miguel á solas, sin duda habría conseguido hacerle revelar el secreto; pero sin duda estaba irritado y no la proporcionó una oportunidad. Después supuso que los celos eran la causa de su extraña conducta, y aunque en cierto modo no deseaba que fuera este el motivo, no le desagradó inspirar al joven este sentimiento, pues al fin era mujer. Walton, en cambio, parecía demasiado seguro de su triunfo para mostrarse celoso.

Sin duda por esto Susana no estaba satisfecha de Walton, ni tampoco de sí misma. Pensó que no había sido prudente permitir que la acompañase, recordando el efecto que esto produjo en otra ocasión análoga; mas no podía invitar á Miguel á ir con ella, y teniendo prisa, hubiera sido una locura hacer el viaje á pie, mientras que proponer semejante cosa á Walton parecíale más ridículo aún. Así, pues, no quedaba alternativa de elegir, y hubo de tolerar que Walton la acompañase de nuevo.

En cuanto á Miguel, su tranquila calma parecía indicar que era inútil dirigirle más preguntas; y su serena cortesía resintió á Susana más de lo que hubieran podido ofenderla sus quejas. ¿Era aquello un rompimiento formal?, se preguntó. ¿Sería posible que se reconciliasen de nuevo? ¿Tendría él razón en proceder de aquella manera? Susana no supo contestarse á ninguna de estas preguntas.

Miguel ayudó á Susana á subir al carrito y despidióse de ella como hubiera podido hacerlo con cualquier otro visitante. Después, no se negó á estrechar la mano á Walton; mas al decirle «Adiós,» hubo en su tono cierta decisión que parecía indicar que no esperaba volver á verle por allí.

—¡Adiós!, dijo Walton volviendo la cabeza para mirar al caballo. Espero que todos estaremos de mejor humor cuando volvamos á encontrarnos.

Después dió riendas á *Jim* y el vehículo partió rápidamente.

Miguel, inmóvil en el mismo sitio, fijó la vista en los que se alejaban, hasta que al fin desaparecieron. Notó que Susana no había vuelto ni una sola vez la cabeza para mirarle, aunque pudo hacerlo fácilmente, porque iba en la parte posterior del vehículo; y también vió que Walton excitaba á su caballo con aire triunfante, volviéndose á veces para decir alguna palabra á su compañera; y fué para él una satisfacción, aunque muy ligera, observar que Susana no hacía aprecio de las palabras de Walton. Como quiera que sea, no había hecho la menor señal de despedida con la cabeza, y esto contristó más á Miguel.

¿Se habría concluído todo entre ellos tan tranquilamente? ¿Qué se había dicho ó hecho para que así sucediera? ¿Era suficiente motivo la reserva en que se había encerrado, porque las circunstancias le obligaban á ello? ¿Por qué no llamaría aparte á Susana para darle la explicación apetecida?

Fácil era contestar: obró así porque Walton estaba delante y porque ella no quiso confiar en él.

Miguel no quiso ir á comer, pues le hubiera sido imposible probar bocado, y se fué á recorrer la granja y sus alrededores después de enviar un aviso á su padre para que no le esperara.

XXXIII

LAS DUDAS SON TRAIDORAS

Miguel se engañaba; la señorita Holt había mirado tras sí varias veces, aunque sin levantar la cabeza, y otras tantas, al observar que el hombre que tanto la amaba, permanecía inmovil y triste, viendo cómo se alejaba, preguntóse si aquella separación debería ser eterna. Después, al pensar en el anciano Job, cuyo fin estaba tan próximo, y que tantas veces la instara á casarse con su hijo, realizando así la más dulce esperanza de su vida, sobrecogióla una profunda tristeza. ¡Qué rápido era el paso del caballo! ¡Qué pronto se perdían de vista Miguel y la casa! Susana se esforzó para distinguirla cuando apenas era ya posible, sin hacer aprecio de las observaciones de Walton, porque no las oía.

En aquel momento hallábase completamente abstraída en sus reflexiones, porque le parecía muy extraño todo lo que pasaba. Con frecuencia habían mediado antes cuestiones entre los dos, y más de cuatro veces separáronse reñidos; mas ahora era diferente, porque al despedirse estaban tristes, como si la reconciliación fuera imposible. ¿Y á qué se debía esto? En primer lugar á Walton, y en segundo á la ligereza con que ella misma había procedido.

A este punto llegaba de sus reflexiones, cuando observó que acababan de penetrar en el Parque del Conde, y que el vehículo avanzaba tan lentamente, que los ciervos, muy numerosos en aquel sitio, no huían; algunos no fijaron siquiera su atención en los viajeros, y otros limitáronse á mirarlos tímidamente. El calor del día era tan intenso, que hacía más agradable la densa sombra de los álamos y robles que flanqueban la avenida por ambos lados, y el sitio invitaba á descansar.

—Podríamos detenernos aquí unos momentos, dijo Walton, volviéndose hacia Susana, pues así tendrá tiempo para decidir lo que ha de hacer. He creído que preferiría usted venir por aquí, porque esto es más tranquilo que la carretera.

—Le agradezco á usted la atención... Temo haber sido muy descortés en esta última media hora...

—Nada tiene de extraño, porque sin duda está usted algo trastornada; pero supongo que no tiene usted motivo alguno de queja contra mí, añadió Tomás deteniendo el vehículo.

—Nada de eso, Sr. Walton, repuso Susana; no debe creer semejante cosa, pues lo que usted ha hecho fué con la idea de prestarme un servicio, y yo se lo agradezco. Estoy enojada contra mí misma, porque he procedido con demasiada ligereza. Debí advertir de antemano á Miguel que me proponía ir á verle para que me diera una explicación; y estoy persuadida de que su conducta no tuvo más objeto que evitarme un disgusto. Fué una imprudencia mía sorprenderle así, y acosarle después para que hablara; él me dijo que confiara en él, prometiéndome una explicación más tarde; pero yo estaba impaciente, y no quería esperar. En cuanto á usted, espero que me dispense mi falta de atención.

—¡Oh!, exclamó Walton, yo la dispensaré á usted todo cuanto quiera, y dudo que Hazell haga otro tanto. Es el hombre más terco que he conocido. Si podía decirnos algo que no supiéramos ya, no me explico su empeño en callar, y si había alguna cosa nueva, no sé por qué no hablaba, aunque sólo fuese para ahorrarnos este viaje.

—Sí, pero él dijo que *me esperase*, y seguramente tiene sus razones, sin duda muy buenas y plausibles, para no decir nada más por ahora.

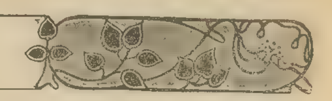
—Pues entonces, replicó Walton, ¿por qué no espera usted? ¿Para qué ha de ir en busca de Patchett si aún se halla dispuesta á creer que Hazell ha obrado con toda rectitud en ese asunto?

—También usted dijo que tenía razón.

—Y sin duda la tiene. La cosa es muy sencilla, y yo reconozco que ese joven ha procedido así por un sentimiento de rectitud y de bondad. Dice que no ha perdido usted nada, porque cree que le concederá la mano de esposa, y en este caso su fortuna compensará la de usted. En rigor, esto es una jugarreta; él debe considerarlo así, y por lo mismo no se atreve á decir nada. Con sus palabras quiere decir que si usted le acepta, todo quedará al corriente; y no dudo que está persuadido de que bajo tales condiciones queda del todo justificado al asegurar que las pérdidas de usted tienen poca importancia.

(Se continuará.)

LAS ARAÑAS CAUTIVAS



¿Por qué gustan tan poco las arañas?

Concedido que algunas sean feas, pero ¿por eso se ha de condenar á todas? Sería lo mismo que si repudiáramos á todo el género humano por no tener los aborígenes de Australia ni los hotentotes de Africa una presencia tan bella como fuera de desear.

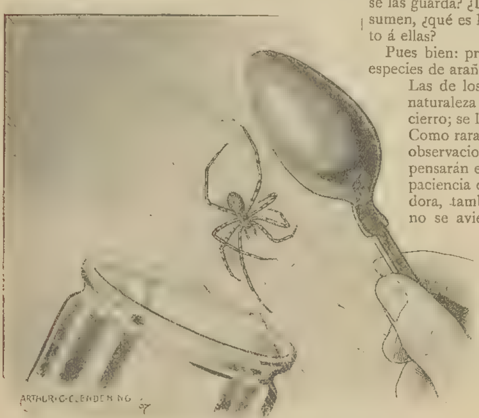


Fig. 1. – Introducción de la araña en un tarro de cristal

La verdad es que no todas las arañas son feas. Si buscamos por campos y vallados y hasta en nuestros jardines, encontraremos muchas con colores tan lindos como los de cualquier mariposa de las que conocemos. Es realmente un hecho curioso y que convendría tener á veces presente, el de que las más feas son las que se encuentran dentro y en las inmediaciones de nuestras casas; de lo que se desprende que si las arañas supieran hablar, podrían argüir razonablemente diciendo que si el medio ambiente ha de tenerse en cuenta, hemos de ver en la gran fealdad de nuestras viviendas la causa de ser ellas las menos agraciadas de la familia.

Verdad es también que puede motejarse á las arañas de crueles. Sin embargo, no debemos echar en olvido que, lo mismo que nosotros, han de vivir, y que, como nosotros, han de matar para comer. No obstante, y en eso no se nos parecen, jamás matan por halagar su vanidad, sino que, como uno de tantos agentes de la Naturaleza, obran en obsequio nuestro.

Tanto es así, que el jardinero que mata á una araña es un hombre completa y absolutamente indigno de ejercer su oficio. Porque si con cuidado estudiamos á los moradores de nuestros jardines, veremos que hay tres que, sin hacerse nunca ni en ninguna forma reos del delito de daño á nuestras plantas, consumen entre los tres un número inmenso de insectos destructores.

Esos filántropos son las arañas, los insectos de alas transparentes y sus larvas, y las coccinelas con las suyas; son verdaderos filántropos, porque al revés de los pájaros, avispas y hormigas, que devoran insectos, es verdad, pero que en otros conceptos son perjudiciales á los jardines, ellas hacen muchísimo en favor nuestro, sin pedirnos, en cambio, sino que las dejemos en paz.

Fig. 2. – La araña no ve á la mosca, si ésta permanece inmóvil, aun estando á menos de una pulgada de distancia de ella

Sí, todo eso estará muy bien, podrá decírsenos; pero ¿qué tienen de interesante las arañas para que nos ocupemos en criarlas? ¿Cuál es su gracia? ¿Cómo se las guarda? ¿De qué modo se las alimenta? En resumen, ¿qué es lo que hay que aprender con respecto á ellas?

Pues bien: principiaremos por decir que muchas especies de arañas no se pueden tener en cautividad. Las de los jardines, por ejemplo, debido á la naturaleza de su tela, no soportan bien el encierro; se las puede estudiar mejor en libertad. Como rara vez cambian de residencia, muchas observaciones interesantes y curiosas recompensarán el poco de atención inteligente y de paciencia que les dediquemos. La araña saltadora, también por su naturaleza vagabunda, no se aviene á verse aprisionada; nunca será acertado ni caritativo el estudiar las costumbres de cualquier ser animado poniéndolo en condiciones de existencia enteramente opuestas á aquellas que le son naturales.

Tal vez por esa misma razón la hembra de la araña casera, *Tegenaria atrica,* es la más á propósito para tenerla, digámoslo así, á mano, puesto que por lo general se pasa toda la vida en un mismo lugar, y por consiguiente, no la molesta tanto el encierro como á las de otras especies de instintos más aventureros. El presunto esposo de las señoras de quienes hablamos, no tiene, sin embargo, esa afición á estarse en casa, pues no es otro que ese señor peludo y de patas largas que con tanta frecuencia asusta á las buenas gentes hasta hacerlas perder casi el sentido, apareciéndose inopinadamente, con terrorífico aspecto, en los dormitorios y demás habitaciones durante el otoño.

Asombrosas son en verdad las descripciones que generalmente se hacen de lo grandes que son esas pobres víctimas de la ignorancia y de los prejuicios; de la ignorancia, porque la araña más grande que en mi vida he podido ver, si se la hubiera mirado bien antes de matarla, se habría visto que tenía un cuerpo muy pequeño en comparación de sus largas patas; y de los prejuicios, porque ese macho, pensando sólo en sus amores, era del todo inocente de las aviesas intenciones que se le supusieron y por cuya imputación perdió la vida.

Así la ignorancia como los prejuicios desaparecerán muy pronto si por abril ó mayo se coge una araña hembra completamente desarrollada y se la mete, á falta de otra cosa mejor, en un tarro de cristal de cabida de tres libras de dulce. Probablemente habrá antes que hacerla salir de algún agujero obscuro, empresa que nada tiene de difícil. Si se urga un poco la tela con una ramita ó cosa semejante, casi siempre sale velozmente y hace presa en ella; colocando el tarro debajo de la tela y con ayuda de una cuchara, se la obliga á entrar en él.

Una vez dentro ya no puede salir, porque tiene de tal modo conformadas las patas, que le es imposible subir por una superficie lisa; no hay, pues, necesidad de tapar el recipiente. Si se coloca en él, en la posición que indica el grabado n.° 4, un palito delgado, pronto comenzará á construir, alrededor del fondo del frasco, una hermosa galería, y gradualmente desde esa galería á lo largo de las paredes y cruzando de un lado á otro el tarro, irá tendiendo sus redes hasta que todo el interior quede lleno de sedosas hebras. Entonces, por extraño que parezca, aunque esos hilos lleguen hasta lo alto y parte de la tela ocupe la boca, no hay necesidad de tapar el tarro, pues la araña no tratará de escaparse.

¿Por qué había de procurar hacerlo? Si le dan de comer con regularidad, disfrutará de una existencia á que no estaba acostumbrada en su estado natural, porque la araña, tal como suena, nunca sabe cuándo comerá, y á veces pasa días, no horas, sin poder desayunarse. Tampoco el encierro le sirve de molestia, porque, como ya hemos dicho, cuando la cautiva estaba en libertad, no tan sólo ocupaba una vivienda pequeña, sino que nunca mudaba de casa.

Si se observa á la prisionera con atención, se verá que hacia mediados de mayo comienza á tejer una sábana de seda, blanca como la nieve; sobre ella, con infinita paciencia, tejerá un capullo y dentro de él pondrá sus huevos; no se ve en la Naturaleza nada más curioso que esa construcción. Terminado el capullo, se nota un cambio grande en el modo de ser de la araña; en vez de vagar como hasta entonces por toda la tela á su capricho, permanecerá junto al capullo; irá añadiendo otros á intervalos próximamente de una semana, hasta completar el número de cinco ó seis.

Cuando ya están todos concluídos, adopta un proceder muy extraño, pues al modo que los indios acostumbraban colgar las cabelleras de sus infortunadas víctimas alrededor de sus chozas ó wigwanes, así también la araña reune las cabezas, patas y alas de las moscas que ha comido y las coloca y asegura sobre los capullos para ocultarlos todo lo posible. Muy sagrados son para ella aquellos depósitos de huevos, pues ni siquiera cuando come los abandona, sino que trae y devora junto á ellos las moscas que va atrapando.

Fig. 3. – La araña paseando á la mosca antes de comérsela

Al cabo de dos ó tres semanas, los huevos de los capullos llegan al término de su incubación y salen á luz unos cincuenta pequeñuelos. Vienen al mundo en forma de arañas y no sufren metamorfosis, como otros insectos. A medida que crecen, la piel se les va quedando estrecha, y antes de llegar al total crecimiento, la cambian varias veces. Esto es siempre un procedimiento cansado y debilitante, así es que, después de terminado, la araña se encuentra completamente sin fuerzas durante algún tiempo.

Tiene eso, sin embargo, sus compensaciones, pues si antes de cambiar la piel, bien de resultas de un combate ó por cualquier otro accidente, hubiera perdido la araña alguno de sus miembros, es cosa que debe importarla poco, porque al dejar la vieja se encuentra, junto con la nueva, otro miembro que substituye al perdido; arreglo tan conveniente y equitativo que ya nos daríamos por contentos que á nosotros nos sucediera otro tanto.

Todo eso está muy bien, señor mío, me dirá tal vez algún lector; pero ¿qué se hacen todas esas arañejas?

Pregunta es esta á la que no es fácil contestar. Durante algunos días viven con su madre en la más completa armonía, á juzgar por las apariencias; pero

cuando menos se piensa, se echa de ver que todas han desaparecido y que sólo conjeturas pueden hacerse respecto á su paradero. Algunas, pocas quizás, se han escapado y han ido á probar fortuna por el mundo. Muchas de las otras han servido probablemente de pasto á los individuos más fuertes de la familia, porque es sensible tener que hacer constar que las arañas, como tribu, son de los caníbales más sanguinarios que se conocen.

Ahora viene á colación la pregunta ¿cómo se alimenta á la araña madre?

Pues muy fácilmente, y como siempre sucede, el sistema más sencillo es el que mejores resultados da. Desgraciadamente no come sino seres vivos, á no ser en casos muy excepcionales. Una vez al día, con lo que hay suficiente, ha de cogerse el tarro y buscar luego una mosca que esté en sitio á propósito, y cuando ya se la ha encontrado, se acerca uno con cautela y con mucho cuidado se la cubre con la boca de aquél. Si esto se hace suficientemente despacio, de modo que no se produzca ninguna vibración en la atmósfera, la víctima rara vez se escapa; por lo común se precipita volando al interior del tarro. Colocando luego con presteza un pedazo de cartón sobre la boca y dejándolo unos minutos, se proporciona á la araña la ocasión de llevar á cabo todo lo que aún le falta que hacer.

Este es el momento en que el observador debe redoblar su atención para poder darse cuenta de muchos hechos sorprendentes y en extremo interesantes.

Tal vez lo primero que llama la atención es que en vez de enrollar con sus hilos á la mosca, como hace la araña de los jardines, la coge con sus venenosos colmillos y la lleva de un lado á otro, como un gato á un ratón, y la mantiene en esa posición hasta que ha terminado de comer. Luego se verá que, si es de costumbres aseadas, lleva los restos de la mosca á un sitio determinado de su tela destinado á ello, á un verdadero basurero; más tarde, como ya hemos dicho, los reune para cubrir con ellos sus capullos. Si, por el contrario, es sucia y abandonada, deja la cabeza, patas y alas diseminadas por la tela, hasta el momento en que las necesita.

Otros hechos insignificantes, pero característicos, podrán también observarse. Por ejemplo, la araña del grabado n.° 4 resultó ser muy torpe, porque después de construir la galería de hilos de seda, se olvidó de dejar una abertura para poder salir á buscar su alimento, y hasta que con unas tijeras se le hizo una, no pudo dejar la prisión que ella misma se había fabricado; luego practicó un túnel á todo lo largo del tarro.

En realidad, el resultado más interesante de estos ligeros estudios es la convicción que se adquiere de que existen grandes diferencias entre los individuos de una misma especie de arañas; muchas son las sorpresas que en ese y otros particulares le están reservadas al que tenga la paciencia de continuarlos. Una de las mayores será ver que la mosca, en lugar de manifestar gran temor de la araña, como generalmente se cree, obra como si no le tuviera ninguno, porque si, como á veces acontece, la última está dormida ó no tiene hambre, la mosca anda muy tranquilamente por la galería del fondo del tarro y hasta trata de escurrirse por entre las patas de la araña y de subírsele encima, de tal modo, que no puede uno menos de pensar si será que la mosca no ve á la araña. Observaciones concienzudamente hechas parecen indicar que no la ve.

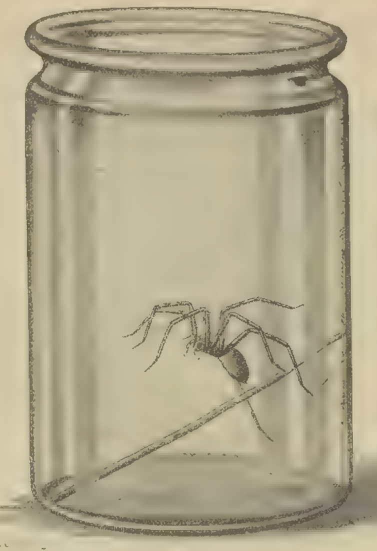


Fig. 4. – La araña tejiendo su tela dentro del tarro de cristal

Sin embargo, si, al parecer, la mosca no distingue á su enemiga, muy pronto se hace evidente que ésta á su vez no puede localizar con la vista á su víctima, porque estando á menos de una pulgada de distancia no tratará de cogerla si ésta permanece enteramente inmóvil. Pero al más ligero movimiento que haga la mosca vibrarán los hilos de la tela, dando así noticia exacta de su posición á la araña, lo cual suele traer fatales consecuencias.

Esta cortedad de vista es peculiar á todas las arañas tejedoras, porque se ha comprobado que en ningún caso probablemente ven más allá de sus patas, cosa que debe tenerse presente cuando los niños gritan asustados por haber visto en el techo una araña descomunal, puesto que si se les hace entender que la causa de su alarma ignora por completo su presencia, pronto cesará su temor y se habituarán á mirarla con curiosidad; el hacer perder á la niñez uno de sus temores, es en verdad un resultado que no debe desdeñarse.

El no ver la araña más allá de una distancia en extremo corta, es una circunstancia muy favorable para poderla estudiar en cautividad. Todos los animales salvajes cambian de hábitos cuando se les encierra. El hecho, pues, de ser las condiciones en que está en cautividad la araña casi idénticas á las que la rodean cuando libre y de que ignora que la están observando, hacen que obre enteramente como en su estado natural, dándonos por lo tanto ocasión de conocer con toda exactitud la vida doméstica de esas antiguas conocidas nuestras.

Tal vez á muchos les causará sorpresa el que se les diga que á las arañas que se tienen cautivas no sólo hay que darlas de comer, sino también de beber. Pueden ayunar durante un período bastante largo sin que, al parecer, su salud se resienta; pero no sobreviven mucho á la falta de agua. Es muy sencillo el satisfacer esa necesidad, porque echando con una cucharilla un poco de agua sobre la tela cada dos ó tres días, se verá á la araña correr por uno de los hilos y husmeando las apetecidas gotas, se las beberá muy pronto, adoptando para ello una actitud muy graciosa, como si estuviese arrodillada.

Como las arañas de esta especie viven de dos á tres años, se presenta naturalmente la cuestión de cómo se las ha de alimentar durante el invierno, puesto que entonces, como es consiguiente, no se puede conseguir su alimentación natural. No hay que apurarse por semejante cosa, porque si no le falta el agua, vivirán, como cuando están en libertad, varios meses sin probar bocado. Cuando se escribió este artículo, la araña representada en el grabado n.° 1 hacía cinco meses que no comía nada y durante ese período, de noviembre á abril, estuvo metida en un tarro del que hubiera podido salir si hubiese querido.

Otras muchas cosas notables podrían decirse respecto á las arañas relacionadas con estos experimentos, pero su enumeración privaría á alguno de dedicarse también á ellas, puesto que les quitaría uno de sus atractivos: la novedad.—ENRIQUE HILL.

San Luis (Estados Unidos).—Primera carrera de globos dirigibles. (De fotografía.)

El problema de la dirección de los globos es objeto de universal preocupación, realizándose de día en día nuevos progresos en esta esfera de la actividad humana. Santos-Dumont en Francia y el conde Zeppelin en Alemania son seguramente los que en la actualidad han llegado más cerca de la solución tan deseada y por tanto tiempo considerada como imposible.

Los Estados Unidos no quieren quedar rezagados y procuran por todos los medios estimular el ingenio de los inventores; á este efecto últimamente se ha celebrado en San Luis una carrera, permítasenos la palabra, de globos dirigibles que se efectuó inmediatamente después de haberse terminado el concurso de globos esféricos que se disputaban la copa Gordón-Bennet. En aquella carrera tomaron parte tres aeróstatos que debían recorrer un trayecto de ida y vuelta de tres kilómetros, habiendo salido vencedor el aeronauta Lincoln Beachy, de Toledo (Ohío), que hizo el recorrido en un cuarto de hora. Aunque el resultado no es una gran victoria dentro de la solución general del problema, pues los citados Santos-Dumont y conde Zeppelin han hecho muchísimo más, los norteamericanos están satisfechísimos de haber sido los primeros en organizar esa prueba de competencia.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVI — Barcelona 25 de noviembre de 1907 — Núm. 1.352

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN MOMENTO DE INSPIRACIÓN, cuadro de Alejandro Struys

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: la crisis financiera general y su influencia en este país: desarrollo de la riqueza pública y nacional. — *La cuestión centroamericana:* las Conferencias de Amapala y de Wáshington. — *Honduras y Nicaragua*: solemne entrega del laudo arbitral del rey de España al gobierno de Honduras: las alocuciones del Dr. Fontecha y del presidente de la República: la fuerza y virtud de las sentencias arbitrales. — *Venezuela:* las exigencias de los yanquis. — *Bolivia*: candidatos á la presidencia. — Proyecto de Congreso internacional latinoamericano.

Las malas circunstancias en que se hallan los grandes mercados de valores públicos, sobre todo en la Unión norteamericana, que tan cerca está y tan relacionada desde el punto de vista económico con los Estados Unidos Mexicanos, hacen sentir sus desfavorables efectos en esta República. A ellos aludía ya el presidente Sr. Díaz en el Mensaje que leyó el 16 de septiembre último.

La crisis financiera y la consiguiente escasez de dinero es casi general. Hasta principios del pasado verano México pudo mantenerse fuera de la influencia de esos factores de perturbación; pero al fin la falta de fondos disponibles paralizó la inversión en el país de capitales extranjeros, y obligó á las instituciones de crédito á reforzar sus existencias metálicas, ó cuando menos á no debilitarlas, y á negar su concurso á nuevos negocios.

Una de las consecuencias de la crisis á que nos referimos ha sido el aplazamiento de las combinaciones relativas á la consolidación de las propiedades de los ferrocarriles Nacional de México y Central Mexicano. Por decreto de 6 de junio se fijaron las bases á que deberá sujetarse la organización de la Compañía mexicana en que han de refundirse las dos mencionadas; mas no parece prudente, por ahora, proceder á dicha organización ni á las operaciones financieras que exige.

El pasajero malestar de que se trata no ha contenido el movimiento progresivo de México ocasionado por el creciente desarrollo de la riqueza pública y de los elementos agrícolas é industriales de la nación. Los productos de las rentas públicas siguen en aumento. El ejercicio fiscal de 1906 1907 se ha saldado con una gran diferencia en favor de los ingresos; más de 20.000.000 de pesos. La suma total de ingresos en dicho año, 113.000.000, excede en 11.000.000 á la del ejercicio anterior. Y téngase en cuenta que ya se habían reducido las cuotas de algunos impuestos.

Las nuevas rebajas en la contribución federal y los aumentos de sueldo de los funcionarios públicos han empezado á regir con el presente año fiscal. Todos los jueces de paz, que antes ejercían gratuitamente el cargo, reciben ya sueldo; medida muy acertada, porque, en términos generales, puede decirse que los cargos gratuitos, cuando obligan á constante trabajo personal y exponen á contraer responsabilidades, son incompatibles con una buena y honrada administración.

En la primera parte del Mensaje á que nos hemos referido, y en la que, según costumbre, se da cuenta de las relaciones que mantiene México con los demás Estados, el presidente hace constar que con motivo de las disensiones habidas entre algunas Repúblicas centroamericanas, juzgó oportuno preguntar á Mister Roosevelt si estaría dispuesto á interponer con él sus buenos oficios para evitar la guerra entre aquéllas. Obtenida respuesta afirmativa, se llegó al resultado que ya conocen nuestros lectores, es decir, al acuerdo de reunirse en Washington representantes de las cinco Repúblicas para renovar sus pactos de amistad y alianza. Así consiguió el presidente de los Estados Unidos Mexicanos conjurar el peligro que amenazaba á la paz en Centro América.

Este mes de noviembre era el designado para abrir las Conferencias, y en Wáshington deben estar ya los respectivos plenipotenciarios: como acto previo, los presidentes de las Repúblicas más belicosas, Nicaragua, Honduras y El Salvador, se reunieron en Amapala, acordando allanar los litigios pendientes entre ellas y poner en vigor los antiguos tratados de amistad, que venían siendo letra muerta, principalmente por culpa del Sr. Zelaya, presidente de Nicaragua. A él y al de Guatemala Sr. Estrada Cabrera atribuyen muchos centroamericanos los conflictos últimos, porque se supone que uno y otro aspiran á constituir bajo su presidencia la gran República Centroamericana, y ninguno de los dos, aunque son personalidades de alto relieve en esos países, cuenta con la adhesión decidida de todos ellos, antes al contrario, por haber intervenido más ó menos en sus contiendas civiles y revoluciones, tienen enfrente elementos de gran significación y prestigio en la política activa.

Por esto, el acuerdo más acertado que pudiera tomarse en la conferencia sería sentar las bases de esa Unión ó Confederación de Centro América, constituyendo un gobierno federal en el que se prescindiera en absoluto de los actuales presidentes. Mas no parece que tal sea el propósito ó alcance de la Conferencia; para tomar eficaces y patrióticas resoluciones, hubiera sido preciso que concurriesen á ella los mismos presidentes, dispuestos á sacrificarse en beneficio de sus pueblos, donde, si ahora hay paz material, subsisten todavía los recelos y los odios políticos, más que nunca avivados por los recientes sucesos.

El domingo 29 del pasado septiembre fué día de júbilo en Tegucigalpa, capital de Honduras. El doctor Ramírez Fontecha, el eminente español que por sus talentos y su vastísima cultura mereció que el gobierno hondureño le confiase la investigación y estudio de antecedentes y documentos para la defensa de los derechos territoriales de la República y á quien luego otorgó plenipotencia especial para representarla como ministro y enviado extraordinario en Madrid ante S. M. el rey de España, árbitro en el litigio pendiente entre Honduras y Nicaragua, hizo en la mañana de aquel día solemne entrega del real laudo al presidente provisional de la República.

La ceremonia tuvo toda la magnificencia que correspondía á la majestad del árbitro, á la importancia del hecho y á los grandes servicios y eficacísima gestión del Dr. Ramírez Fontecha. Entre doble fila de tropas de la brigada de artillería, tras las que bullía el pueblo en alborozo, escoltado por los alumnos y oficiales del Cuerpo de Cadetes y de la Escuela militar y con brillante acompañamiento que formaban el subsecretario de Estado, los ayudantes del general presidente y la Municipalidad de Comayagüela, pueblo de adopción del Sr. Fontecha, fué éste desde su casa habitación al palacio nacional, en cuya gran sala de recepciones se habían congregado, con el presidente de la República, todos los ministros, los demás altos funcionarios, el encargado de Negocios de Nicaragua, el Cuerpo Consular y los súbditos españoles residentes en la ciudad. El retrato de S. M. D. Alfonso XIII y la bandera de España ocupaban puesto de honor en el salón.

El enviado especial y el presidente de la República leyeron sendos discursos. «Venía el primero desde el viejo solar castellano á traer el laudo con el que S. M. el rey de España había puesto fin á la disputa por límites territoriales entre las Repúblicas de Honduras y Nicaragua.—Satisfechas deben estar las dos naciones hermanas que en manos de D. Alfonso XIII pusieron la resolución de su litigio.—Fecha ya memorable la del 29 de septiembre, pues en ella se supo en Tegucigalpa, en 1821, que había nacido á la vida de las naciones libres y soberanas una nueva entidad política de la que Honduras formaba parte, aún más lo será en lo sucesivo, pues en dicho día llega la palabra de paz y de concordia del monarca castellano, que si traza línea de separación á dos naciones hermanas, las une al mismo tiempo, pues borra rencillas y suprime para siempre disputas y pretensiones territoriales.—Honduras y Nicaragua tienen deuda de gratitud, tanto por la bondadosa deferencia de Su Majestad el rey de España, que aceptó el cargo de árbitro, cuanto por las constantes atenciones de que fueron objeto en territorio español los representantes de ambos países.—Nuestros pueblos, aunque separados de la madre patria por necesarias leyes históricas, continúan unidos por lazos morales con la gloriosa nación que nos diera su sangre, sus costumbres y su idioma.—En lo futuro, cuando se celebre la llegada del acta inmortal de 1821 y se diga *¡Viva la Independencia!*, podrá celebrarse al mismo tiempo la entrega del laudo de S. M. Católica y gritar también *¡Viva España!*» Tales son algunos de los párrafos de las alocuciones leídas.

Terminada la ceremonia oficial, pasaron los invitados á tomar unas copas de champaña. Hubo brindis elocuentes, y entre ellos se oyó el del Dr. Salinas, encargado de Negocios de Nicaragua, que al alzar su copa enalteció la virtud del arbitraje, y declaró que, así resuelta una cuestión territorial, nunca por semejante diferencia había de derramarse una gota de sangre. El Dr. D. Policarpo Bonilla, uno de los jefes más caracterizados de la última revolución en Honduras, protestó contra el supuesto de que los revolucionarios hubiesen contraído el compromiso de entregar parte del territorio nacional á Nicaragua, y afirmó que jamás el general Zelaya, al prestar su apoyo á aquéllos, había aludido á los asuntos territoriales.

Consignamos estas declaraciones para acabar de desvanecer la sospecha que hubo respecto al acatamiento del laudo por parte de Nicaragua, sospecha que no tenía más fundamento que la circunstancia fortuita de haber casi coincidido la firma de aquél por el rey de España con la revolución de Honduras que secundó el Sr. Zelaya.

Todos los pueblos que estiman en algo su dignidad y su posición en el mundo, acatan y cumplen las sentencias que dicta árbitro libremente elegido por ellos.

Venezuela sigue pagando sus deudas diplomáticas y revolviéndose contra las exigencias de los yanquis.

Mantiene cordiales relaciones con todas las potencias, menos con Francia y los Estados Unidos del Norte. Tiende á restablecerlas con la primera; en cuanto á los otros, las dificultades por una ó otra causa, no cesan. El Tribunal de Casación de Caracas declaró probado que la «New York and Bermudez Company» había prestado auxilio á los revolucionarios de Matos y la condenó á pagar 24 millones de bolívares. La sentencia sentó mal en Wáshington, cuyo gobierno insiste en reclamar arbitraje para resolver esta y otras cuestiones en que aparecen interesadas empresas norteamericanas. Y aún pretende que se revisen sentencias ya dictadas hace años por comisiones arbitrales ó mixtas en litigios con compañías de navegación en el Orinoco. Venezuela se opone á tales exigencias, haciendo valer los mismos argumentos que utilizaron los yanquis para rechazar la solicitud de El Salvador que pedía, en el asunto Burrell, revisión de sentencia dictada en condiciones idénticas á las que recayeron en los pleitos con las compañías del Orinoco.

En el próximo año termina su período constitucional el presidente de la República de Bolivia D. Ismael Montes. Para reemplazarle se indica al jefe del partido liberal Sr. D. Fernando E. Guachalla, candidato que parecía aceptado casi por unanimidad. Sin embargo, ahora se sabe que aspira á ser otra vez presidente el general D. José Manuel Pando, que lo fué de 1899 á 1904 y ha publicado un manifiesto en el que expone su aspiración y sus propósitos. El gobierno boliviano, estimando que ese manifiesto pugna con las prescripciones de la Constitución política y con la ley militar, ha dado de baja al Sr. Pando en los cuadros del Ejército.

Días antes de terminar sus tareas la Conferencia de La Haya, algunos de los plenipotenciarios americanos indicaron la idea de reunir en Congreso á las naciones latino americanas con propósito de llegar á un acuerdo respecto á los procedimientos que más convinieran para hacerse respetar en el mundo y tomar el puesto que les corresponde en la política internacional. Se atribuía la iniciativa á los brasileños.

La idea es excelente y la ocasión oportuna. La poderosa República del Norte ya no representa los intereses de América frente á frente de Europa, y por otra parte, van adquiriendo de día en día mayor relieve y gravedad los hechos etnológicos, sociales, económicos y políticos de orden interior y exterior que han de romper la unión norteamericana. Los acontecimientos pueden precipitarse é importa mucho crear en América nueva fuerza capaz de contrarrestar las ambiciones y las codicias europeas y... asiáticas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL TIGRE BLANCO

¡Marcelino! ¡Marcelino!, gritó la campesina desde la puerta de la casa de campo...

I

—¡Marcelino! ¡Marcelino!, gritó la campesina desde la puerta de la casa de campo llamando á su marido, que era el capataz de la finca; aquí hay un forastero que te quiere hablar.

Marcelino, que se hallaba en el palomar echando de comer á las aves, bajó hasta el portalón con su paso habitual y cachazudo, y saludó con un ademán noblote y cortés:

—A la paz de Dios. ¿En qué le puedo servir?

—Señor, dijo el forastero, me llamo Daniel Morales; soy un hombre honrado, pobre, que busca la vida de aventura en aventura... No tengo familia; viajo en busca de almas nobles que me auxilien. Ahora no hallo trabajo. Y esta noche carezco de domicilio, de un tejado indulgente á cuyo abrigo cristiano pueda descansar y dormir. ¿Me quiere usted hospedar?

Marcelino, hombre noblote, buenazo, feliz á su modo, de esos hombres tan virginalmente sanos de corazón que ni conciben la maldad humana ni pueden apreciar en realidad la adversidad cruda y radical que soportan los desgraciados, permaneció un momento sin responder observando el semblante del aventurero, y luego, como si de pronto hubiese podido leer en aquella alma desconocida que se le presentaba, contestó:

—Yo no soy el dueño, ¿sabe usted? Soy el capataz. Pero el amo nunca viene y puedo hacer... No tengo inconveniente.

—¡Gracias! ¡Gracias, por Dios!

—No tengo inconveniente... Mire usted; carezco de instrucción, de luces, de experiencia; pero en este momento—ó será una mágica ilusión que me hago, —parece que alguien está diciéndome al oído: «Complace al forastero; ¿por qué no? Es un desgraciado en realidad, y aunque alguna vez haya cometido actos criminosos, en esta ocasión le detendrá el respeto...»

El aventurero, bruscamente turbado, dió un paso atrás: luego, ya repuesto, con voz insegura preguntó:

—¿Por qué lo dice usted? ¿Acaso le parezco un hombre sospechoso?

Al decir estas palabras hizo un gesto amargo...

No hay nada que más nos hiera que una verdad, cuando la tal verdad nos es adversa; la verguenza de toda una raza, en forma de sonrojo, se nos asoma al rostro.

—No, señor; líbreme Dios de sospechar con motivos de usted; ello fué una corazonada solamente. Puede pasar. Comerá en nuestra mesa; dormirá en nuestra casa; de poca hacienda dispongo, pero ella queda ya á su disposición.

El forastero, aunque levemente humillado, aceptó.

—Muchas gracias. Efectivamente, hombre de lucha, hasta de lucha díscola fuí; aunque obligado siempre por las circunstancias, quizás en ocasiones delinquí: ya ve usted, lo que le digo tiene peligrosa grandeza, grandeza de confesión. Pero usted, señor Marcelino, es un hombre inteligente y bueno y me perdonará.

—Perdonado está.

El capataz hizo un gesto á un tiempo revelador de confianza, de satisfacción y de orgullo, é invitando á pasar al caminante, repuso:

—Puede venir.

En aquellos momentos, una tarde expirante, calurosa y bella, moría; de la campiña, como una mirra profana y espesa llegaba, compuesta de aromas diversos, de celaje, de tierra y de fronda; el sol se hundió; se marcharon las púrpuras que orlaban el semicírculo visible del caos; como un luto grandioso se echaba la noche. Entre las higueras del huerto revolaban, como entontecidos y raudos, los murciélagos; una lechuza bufaba en el corral; por los rincones refulgían las retinas incandescentes de dos gatos.

II

Al lado del hogar, cuyas brasas enrojecían el suelo bajo la ahumada campana de la chimenea, comieron. La mujer vertió la cazuela con el suculento guiso, puso luego la fuente humeante sobre la mesa...

El aventurero estaba triste. El capataz le dijo:

—Sírvase usted. Con franqueza; cuanto pida su hambre. Eche un olvido ahora sobre los tristes pensamientos...

Daniel Morales, con un ramalazo de agradecimiento en los ojos, miró al capataz Marcelino.

—¡Qué bueno es usted!

Esto es lo que supo solamente decir.

—¡Bah, tanto no!, contestó con modestia; soy un hombre del montón que no se asusta de la vida ni de las cosas, que tiene la creencia de que todas las maldades son debidas á las circunstancias...

Emocionados, en silencio, iban comiendo los dos; la mujer, cohibida, alternaba sin hablar, lo mismo que si fuese un perrazo manso.

La cena se terminó.

—Ahora, si quiere usted dormir, como no tengo catre ni lecho, sólo puedo ofrecerle un rincón en el pajar. ¿Hace mi ofrecimiento?

—Sí que hace. Y en lo que vale se estima.

—Pues á descansar.

—Bueno. Pues buenas noches nos dé Dios.

El aventurero, con un candil en la mano, se fué; el capataz y su consorte se retiraron á su alcoba. Y cuando se acostaban, á su marido la mujer le dijo, toda temblona, con musitadas frases:

—¡Ay, Marcelino! ¿Y crees tú que ese hombre no nos hará mal?

—¡Quita allá, cobarde, mujercilla! ¿Qué ha de hacer? Los criminales, lo mismo que las fieras, se doman. El mérito está en el tino y en el valor del domador. Oportunidad...

III

El forastero no durmió; hondas preocupaciones le intranquilizaban; en su alma brava y decidida de ex criminal y licenciado de presidio luchaban la tendencia malsana, tendencia de origen, de hábito, de educación y el puntillo de rara dignidad... Todos los hombres, buenos y malos, tenemos amor propio; el pundonor es muy abstracto: los detalles son general-

mente los amos reguladores de la vida. Las circunstancias constituyen la única brújula determinadora de las cosas que suceden. En los mares de tierra no manda más piloto que el piloto Azar, almirante corsario.

IV

No pegaba los ojos á pesar del cansancio que domaba su cuerpo. Intranquilo se revolvía sobre el jergón; fumaba nerviosamente cigarrillo tras cigarrillo, y veía con sus ojos calenturientos, con mirada leoniana, cómo caían sobre la paja del piso, á intervalos, desde su cigarro encendido, las pequeñas cenizas candentes.

Y así reflexionaba:

—Me ha dominado, sí; hay un ángel en el alma de ese hombre que vence al demonio que reside en mí. Y me faltará esta noche el valor suficiente para robar, para atropellar, para asesinar...

Sin embargo, se levantó del catre cautelosamente á media noche, en la sombra. Salió descalzo del pajar y á tientas anduvo por la casa: su mirada furtiva escrutaba con ahinco, en busca de un resquicio de claridad lunar que le orientase, con el anhelo de hallar un mueble cerrado que violar, un cajón que abrir, algo que hurtar para marcharse y ser rico un día por lo menos...

Nada halló. Llegó á la puerta cerrada de un dormitorio y acechó: pudo oir la respiración tranquila del capataz y de la mujer, que dormían, por las trazas, con un sueño felicísimo y tranquilo. Al forastero le latió el corazón.

—¡Qué diablo!, pensó. ¡Si parece que tengo una máquina en el pecho! ¡Malhaya!..

Se apartó de la puerta. En dirección opuesta anduvo á ciegas dos pasos y tropezó: un gato bufó y salió corriendo.

Acobardado el malhechor corrió, tropezando, convulso, llegó á la puerta, la abrió...

Se fué.

V

Se levantó de madrugada el honrado Marcelino, registró detenidamente la casa, advirtiendo con sorpresa que el caminante no estaba...

—Oye, le dijo á su mujer al regresar después al dormitorio.

—¿Qué?

—Esta noche ponle una lamparilla á la Virgen. Hemos nacido...

De su pecho escapóse un suspiro magnífico de orgullo. Hay auroras boreales en el alma.

La felicidad es una sensación que boga, que mariposea: dichosos los corazones que le sirven de flor, de regalo, de cáliz.

F. DE LA ESCALERA.

Dibujo de Mas y Fondevila.

LOS CANDIDATOS A LA PRESIDENCIA

DE LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE DE AMÉRICA.

Aun cuando faltan todavía algunos meses para la reunión de las convenciones nacionales de los dos grandes partidos que desde larga fecha se disputan el predominio en el gobierno de la república americana, convenciones cuyo resultado anticipa el de la elección definitiva del presidente, ya se indican los nombres de los dos candidatos que cuentan con más probabilidades de éxito. Esos candidatos son Guillermo Howard Taft, por el partido republicano, y Guillermo Jennings Bryan por el democrático.

Taft, actual secretario de la Guerra y protegido del presidente Roosewelt, es un *gentleman* en toda la extensión de la palabra y cuenta cincuenta años. Nació en Cincinnati; ha sido periodista, juez, *solicitor* general, profesor de Derecho de su ciudad nativa y gobernador general de Filipinas. Es hombre de gran talento, activo y laborioso, y en su programa se ha declarado contrario al desarrollo de los grandes *trusts* y á los derechos aduaneros exagerados.

GUILLERMO HOWARD TAFT candidato del partido republicano

GUILLERMO JENNINGS BRYAN candidato del partido democrático

La próxima elección á la Presidencia de la República de los Estados Unidos de América

Su contrincante, Jennings Bryan, que ya lo fué dos veces de Mac Kinley, nació en Salem (Illinois) en 1860, estudió Derecho en Chicago, ejerció la abogacía en Jacksonville desde 1883 á 1887, estableciéndose luego en Lincoln (Nebraska). Es enemigo del imperialismo y de los *trusts*, que ha combatido rudamente en los periódicos por él fundados *The Commoner* y *Omaha World Herald*.

Aparte de éstos hay otros varios candidatos que cuentan también con grandes elementos, pero Taft y Bryan serán sin duda los dos entre los cuales se decidirá la lucha.

Dícese que se presentará á la reelección Roosevelt; pero, según parece, éste sólo aceptaría por tercera vez la presidencia en el caso de que fuese elegido por unanimidad, lo que no es probable, ya que aun en el mismo partido republicano al cual pertenece ha producido cierto descontento y desconfianza la severa conducta últimamente seguida por él contra los *trusts*.

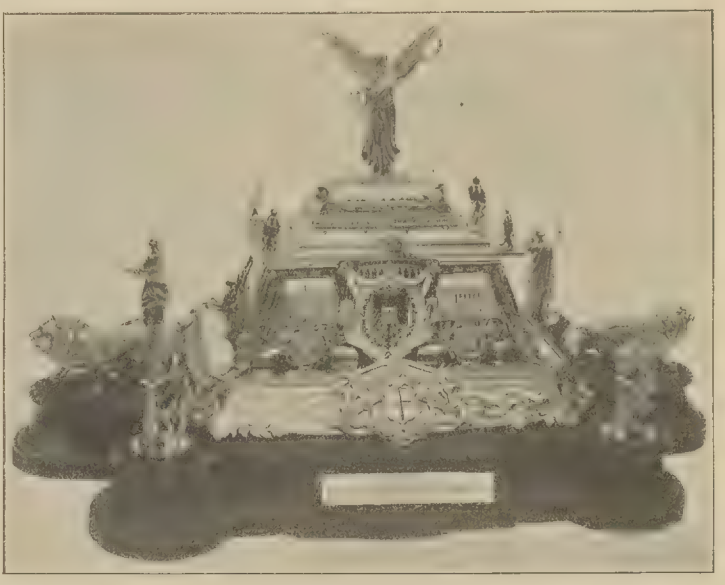
ARQUILLA REGALADA

AL EMPERADOR DE ALEMANIA

POR LA CORPORACIÓN DE LA CITY DE LONDRES

En su reciente viaje á Inglaterra, han visitado Guillermo II y su esposa á la Corporación de la City, que les obsequió con un almuerzo. El lord mayor, á la llegada de los soberanos al Guildhall, entrególes un mensaje de salutación, redactado en las frases más afectuosas y expresivas, y al final del banquete les dedicó un brindis entusiasta, al que respondió con otro no menos entusiasta el emperador alemán.

El mensaje entregado á éste va encerrado en una arquilla de tanta riqueza como valor artístico; es de oro y piedras preciosas, de estilo renacimiento alemán, y ostenta varias estatuitas admirablemente modeladas, águilas imperiales, escudos y las iniciales del emperador, las vistas, en esmalte, del Guildhall, de la Mansion House, de la catedral de San Pablo y del puente de la Torre. En una de las caras se lee: «La corporación de la City de Londres á S. M. imperial. Londres, 13 de noviembre de 1907.»



Arquilla de oro regalada por la Corporación de la City de Londres al emperador de Alemania durante el viaje recientemente realizado por éste á aquella capital. (De fotografía de Halftones.)

Margarita de Borgoña, obra de Barend van Orley
(Museo de Amberes)

La Virgen y el Niño centro de un tríptico de Juan van Eyck
(Colección Widwer Filadelfia)

Diego de Valmayor de Alcántara, obra de Pantoja de la Cruz
(Museo del Ermitage, San Petersburgo)

Felipe *el Bueno*, duque de Borgoña, obra de Roger van der Weyden.
(Museo de Bruselas)

CUADROS DE PINTORES CÉLEBRES QUE FIGURARON EN LA EXPOSICIÓN

LA TRANSMISIÓN TELEGRAFICA DE LAS FOTOGRAFÍAS

Nuestros lectores recordarán sin duda los brillantes experimentos que hace algunos meses realizó en París el sabio profesor muniquense Sr. Korn con su aparato para la transmisión de las fotografías á grandes distancias, experimentos de los que nos ocupamos en el número 1.302 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Con el invento de Korn, la telefotografía era un hecho y la ciencia alemana había alcanzado un gran triunfo; pero era un triunfo más bien de laboratorio que práctico, porque el empleo del selenio ofrece algunos inconvenientes y no es un agente del todo seguro. Además, el mecanismo de la telefotografía por el sistema Korn es en extremo voluminoso y complejo, y su disposición y manejo no está al alcance de todo el mundo.

M. Eduardo Belin manejando el telestereógrafo, aparato de su invención para la transmisión de fotografías á grandes distancias. (De fotografía de F. Hutin.)

Hace pocos días, un joven ingeniero francés, que no cuenta más de treinta años, M. Eduardo Belin, presentó ante una reunión de sabios, escritores y directores de periódicos un aparato prodigiosamente sencillo y que transmite las imágenes sin ayuda del selenio, por la simple combinación de auxiliares eléctricos y fotográficos, de un manejo tan fácil y tan racional, que cualquiera en cinco minutos puede ejecutar la transmisión ó la recepción de una imagen.

El invento de M. Belin es de importancia suma y honra en alto grado al ingenio de su autor: el de Korn era más bien teórico; el suyo es eminentemente práctico.

El sistema de M. Belin lleva á la transmisión y á la recepción un isocronismo perfecto, que se comprende sin necesidad de grandes conocimientos, y su nombre de *telestereógrafo* sintetiza todo lo que significa, es decir, el empleo del telégrafo y el del relieve en la manera de tomar la imagen.

En efecto, todo el secreto de la operación está en la aplicación del relieve que presentan los clisés fotográficos tirados en gelatina bicromatada, análogas á las pruebas tiradas al carbón. Los aficionados á la fotografía saben que esos clisés tienen relieves debidos á los espesores de la gelatina en los sitios impresionados por el sol: los negros ofrecen relieve, los blancos forman huecos y las medias tintas ocupan alturas diversas.

La imagen que ha de transmitirse hállase constituída por un clisé positivo ó negativo trasladado con su papel soporte á un cilindro movido por un pequeño motor eléctrico y que gira con una velocidad graduable. Al mismo tiempo, pero con una velocidad seis veces menor, gira un tornillo de un milímetro de vuelta que, en su rotación, hace avanzar una tuerca, la cual gobierna una punta de zafiro ó rubí que con suma delicadeza roza la superficie de la gelatina, trazando en ella esferas que no dejan escapar nada de los huecos y relieves. La punta mágica produce vibraciones que su palanca amplifica, permitiendo, al par, que varíen de intensidad, según la impresión de los contactos de la piedra preciosa exploradora. Esas variaciones son proporcionales á los relieves y, por ende, á las tintas del clisé. Esto es lo que hace que la imagen se transmita por el alambre telegráfico á millares de kilómetros, en vibraciones que un oscilógrafo, el del eminente ingeniero Blondel, traslada á un espejo minúsculo.

En ese espejo es en donde el milagro se realiza. Cada claridad, al pasar por él, impresiona, por un orificio imperceptible practicado en la cámara obscura que lo oculta, un papel sensible que da vueltas en el aparato receptor con la misma velocidad y de la misma manera que la imagen en el aparato transmisor. Y esas luces y esas sombras que el oscilógrafo determina en el espejo dan, trazo por trazo, el dibujo que se quiere reproducir en sus diversas tonalidades, transmitiéndose de este modo en menos de un cuarto de hora una fotografía de 13×18.

Prueba fotográfica reproducida á una distancia de 2 000 kilómetros y que representa á M. E. Belin leyendo en su jardín. (De fotografía.)

Todo se realiza automáticamente y el aparato construído por J. Richard, según los planos de M. Belin, es de una sencillez admirable. Los sabios que lo vieron funcionar en el laboratorio de la Sociedad de Fotografía consideran resuelto el problema que Korn había prometido resolver; y las pruebas hasta ahora obtenidas á distancias ficticias hasta de 2.000 kilómetros parecen darle la razón, sobre todo la que adjunta reproducimos, en la que, además de las dificultades naturales, ha tenido que vencerse la que suponía la reproducción á larga distancia de un paisaje, cosa que consideraban imposible los mismos que admitían la posibilidad de reproducir retratos. La fotografía representa al inventor del sistema leyendo en su jardín.

El aparato de Belin permite obtener la prueba transmitida en negativo ó en positivo, según sea ella positiva ó negativa respectivamente, bastando para ello disponer la gama de tintas en uno ú otro sentido para que el haz luminoso sea impresionado de un modo directa ó inversamente proporcional á las intensidades de las corrientes y, por ende, de los matices transmitidos. También permite recibir una prueba perfecta de un clisé demasiado débil ó demasiado intenso, graduando las gamas, y conseguir ampliaciones, para lo cual basta reemplazar el cilindro receptor por otro de mayores dimensiones.—P.

EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS EN BARCELONA

A bordo del acorazado *Regina Elena,* del cual es comandante, llegó en la tarde del 17 á esta ciudad el duque de los Abruzzos, hijo del rey de España

El duque de los Abruzzos

Amadeo, y primo hermano, por consiguiente, del rey de Italia. Apenas fondeó el buque, el numeroso grupo que había en la escollera y las personas que ocupaban las embarcaciones que rodeaban al acorazado saludaron con un nutrido aplauso al duque, que se hallaba en el puente del barco.

La estancia del ilustre marino en nuestra capital ha sido muy breve; sólo dos días ha permanecido el duque entre nosotros, y durante ellos apenas ha hecho más que recibir y devolver las visitas de las autoridades y dar algunos cortos paseos por Barcelona, habiéndose negado á aceptar los obsequios que en su honor disponía el Ayuntamiento porque, según dijo, no podia distraerse un momento de sus deberes de comandante del *Regina Elena.*

Barcelona.—El acorazado italiano «Regina Elena,» que manda el duque de los Abruzzos y que recientemente ha visitado nuestro puerto. (De fotografía de A. Merletti.)

La víspera de su marcha obsequió con un almuerzo en el acorazado al alcalde, gobernador civil, capitán general, cónsul y vicecónsul de Italia; al final, pronunció el duque sentidas frases brindando por la prosperidad de España, por los reyes y por Barcelona.

El capitán general contestó á ese brindis con otro dedicado á los soberanos de Italia y á la prosperidad de aquella nación.

Barcelona.—El duque de los Abruzzos dirigiéndose al desembarcadero de la Paz (De fotografía de A. Merletti.)

El *Regina Elena,* de reciente construcción, es el acorazado italiano de mayor tonelaje que ha visitado nuestro puerto. Desplaza 12.600 toneladas, tiene 144 metros de eslora, 23 de manga y 8'90 de puntal; sus máquinas desarrollan una fuerza de 20.000 caballos, dando al barco una velocidad de 22 millas por hora, y sus carboneras son capaces para 2.000 toneladas de combustible. Su casco es de acero y está protegido por un blindaje de 200 milímetros en las torres y baterías de reducto, de 250 en la cintura y de 37 en el puente. Monta 38 cañones: dos de 30'5 centímetros en sus torres de proa y popa; doce de 20'3 en sus baterías, y distribuídos en otros sitios, doce de 75 milímetros y otros tantos de 47. Lleva además cuatro tubos lanza torpedos.

Este es el primer viaje que el *Regina Elena* realiza al extranjero, siendo nuestro puerto el primero en que ha fondeado fuera de Italia. Sólo ha tomado parte en las maniobras navales efectuadas á primeros de octubre en Spezzia y en las que llevaba á bordo al rey Víctor Manuel II.

El duque de los Abruzzos, que nació en el palacio real de Madrid en 29 de enero de 1873, tiene el grado de capitán de navío y antes de ahora había estado ya dos veces en Barcelona, la primera en 1888 cuando era guardia marina en uno de los buques de la escuadra que vino con motivo de la Exposición Universal, y la segunda en 1902, cuando mandaba el crucero *Liguria.*

A pesar de su juventud, el duque de los Abruzzos se ha conquistado un nombre ilustre en el mundo científico. Aparte de su pasión por la carrera de marino que con tanta brillantez ha seguido, su afán de aventuras inspiradas en el amor á la ciencia, le ha hecho preferir á las comodidades y á los placeres cortesanos el exponer su vida para contribuir al lustre científico de su patria. Llevado de este espíritu emprendedor, realizó en 1899 y 1900 á bordo del *Stella polare* la memorable expedición al Polo Norte, en la cual consiguió, después de grandes penalidades y trabajos, plantar la bandera italiana 26' más allá del punto adonde había llegado el famoso Nansen, escribiendo con ello el nombre de Italia en la página hasta entonces más gloriosa de los anales de la conquista del Polo. La conferencia que, á su regreso, dió en el Colegio Romano, en presencia de los reyes de Italia, de los representantes de la nobleza, de los altos dignatarios y de las más altas personalidades del mundo científico, artístico y literario, fué un acontecimiento de solemnidad excepcional.

No contento con el éxito de su primera empresa, acometió el año pasado la no menos difícil y atrevida de ascender á las más altas montañas del Africa, á las inexploradas cumbres del Runssoro y del Ruvenzori, ascensión que efectuó, no como simple turista, sino como sabio, logrando determinar la altitud exacta de aquéllas y estudiándolas bajo todos los aspectos científicos. Los resultados de aquella exploración los expuso en una magnífica conferencia en inglés que dió en la Sociedad Geográfica de Londres, ante el rey Eduardo VII, el príncipe de Gales y un público numeroso de eminentes sabios, que tributaron una ovación entusiasta al joven é ilustre explorador.—R.

ANCIANOS DEL ASILO DE CHELSEA (INGLATERRA) EN LA HORA DE RECREO EN EL JARDÍN, dibujo de Francisco Craig

EN EL ASILO DE CHARTERHOUSE (INGLATERRA). UNA PARTIDA DE BOLOS EN LOS JARDINES, dibujo de Francisco Dadd

UN PLEITO SENSACIONAL EN LONDRES

LA HERENCIA DEL DUQUE DE PORTLAND

Actualmente se está viendo en la capital de Inglaterra un pleito que parece una novela de folletín y que atrae el interés de la aristocracia londinense, por la índole de la cuestión que en él se debate, de la cuantía de los intereses que en él se ventilan y por la calidad de los personajes que en él intervienen. Hay en él de todo; grandes señores de fabulosa opulencia que viven en regios palacios; gentes humildes que les disputan esos palacios y esas riquezas; un duque al que se supone una doble existencia de magnate y de tendero; historias de amor y de sangre; episodios pintorescos, es decir, cuanto puede herir la imaginación del público.

Al Norte del condado de Nottingham, en una comarca fértil y hermosa, álzase la abadía de Welbeck, residencia de los duques de Portland, fundada en el siglo XII por un prior de frailes premostratenses. Confiscada por Enrique VIII en la época de la Reforma, pasó á poder de la familia de Cavendish, que nada omitió para transformarla y embellecerla. Más tarde, Guillermo de Orange, cuando fué rey de Inglaterra, confirió á su favorito Bentinck el título de duque de Portland; uno de los descendientes de éste casóse con una descendiente de los Cavendish, y de esta suerte la abadía fué propiedad de los Portland, cuya fortuna creció de día en día. En el siglo XVIII, esa ilustre familia dió ministros á Inglaterra y virreyes á Irlanda, y así llegamos al siglo XIX, al quinto duque de Portland, el principal personaje de la historia que vamos á narrar.

Ese duque se pasaba la vida debajo de tierra, para lo cual hizo practicar inmensos y suntuosos subterráneos en toda la abadía, así como en sus parques y jardines, empleando en tales trabajos 1.500 obreros y gastando en ellos en un solo año 500.000 duros. En aquellas catacumbas hay una magnífica galería de cuadros que puede también servir de salón de baile, cocinas, salones, dormitorios y corredores anchísimos é inmensamente largos que van á parar á muchos kilómetros del castillo. De este modo el duque podía entrar y salir sin que nadie le viera; en la comarca le llamaban el príncipe invisible y corrían acerca de él las más extrañas leyendas, á lo que contribuía él mismo con su extraña conducta. Sus criados recibían por escrito la orden de ponerle las comidas en tal ó cual punto de su vivienda subterránea; jamás le veían, nunca le hablaban y ni siquiera sabían si estaba en Welbeck ó en Londres ó en otra parte.

EL CASTILLO DE WELBECK (antigua abadía) propiedad del duque de Portland. (De fotografía.)

Su magnífico palacio de Londres, Harcourt-House, tenía catacumbas parecidas á las de la abadía y sus jardines estaban cercados por un muro de cerca de siete metros de alto; uno de sus corredores subterráneos va á parar, según se dice, al bazar de Bake-Street, es decir, al bazar de Druce.

EL QUINTO DUQUE DE PORTLAND

TOMÁS CARLOS DRUCE

EL ACTUAL DUQUE DE PORTLAND. (De fotografía.)

Fotografías presentadas por Jorge Hollamby Druce, pretendiente á la herencia del duque de Portland

(La barba y las patillas supónese que serían postizas y servirían al duque para disfrazar su doble personalidad.)

JORGE HOLLAMBY DRUCE, pretendiente á los títulos y á la fortuna del duque de Portland. (De fotografía.)

El empeño del duque de no dejarse ver por nadie lo explican algunos diciendo que era porque estaba desfigurado por una horrible enfermedad cutánea; otros lo atribuyen á una misantropía tan aguda, que la simple presencia de uno de sus semejantes le inspiraba horror.

Murió ese hombre extravagante en 1879, y como no tenía herederos directos, su título y su fortuna pasaron á un primo suyo, joven y brillante oficial de la guardia, que es el actual duque.

En 1898 surgieron de pronto en Inglaterra las revelaciones de una señora, Ana María Druce, viuda de Walter Thomas Druce, hasta entonces desconocida, que reclamaba para su hijo, Sydney Druce, la herencia total de los duques de Portland, diciendo que el padre de su esposo, Tomás Carlos Druce, propietario del bazar de Baker-Street, y el quinto duque de Portland eran una misma persona, circunstancia que explica todos los misterios y todas las extrañezas de su vida, sus apariciones y desapariciones repentinas, sus viajes secretos. El bazar de la capital tenía subterráneos como la abadía de Welbeck y el palacio de Harcourt-House, y en ellos vivía el comerciante como en los otros el duque.

Objetóse á esto que Druce, el dueño del bazar, fué enterrado en 1864, según lo atestiguan los registros del estado civil, al paso que el duque de Portland falleció en 1879; pero á esto repuso Ana María que la muerte de Druce fué simulada, pues cuando el duque opinó que aquella existencia doble había ya durado bastante, resolvió hacer morir y enterrar la personalidad de Druce, y que si bien se había efectuado el entierro, en el ataúd no había ningún cadáver y sí únicamente unas cuantas planchas de plomo, lo que podría demostrarse desenterrándolo. No pudo, sin embargo, practicarse esta prueba porque para abrir una sepultura se exige el permiso del propietario, y éste, Herberto Druce, primogénito del tendero, y cuñado, por consiguiente, de Ana María, se negó á darlo, sobornado, según algunos creen, por el duque actual.

Druce y el duque de Portland se parecían extraordinariamente, según afirman varios contemporáneos y según puede verse en los retratos que reproducimos; y aunque el duque llevaba patillas y el comerciante barba, unas y otra podían ser postizas. Además, las manías y las costumbres de ambos eran idénticas; uno y otro tenían la misma enfermedad cutánea y sentían igual aversión por la sociedad. Mucha gente, al parecer, conoció esa doble existencia, y la señora Hamilton ha declarado que su padre, íntimo amigo del duque, había sido enterado por éste de todo, había asistido á la boda de Druce-Portland con Ana, y le había oído decir, pocos días antes de su muerte aparente, «ahora es preciso que yo muera.» Y aun se dice que, después de aquella muerte aparente, Druce se presentó en el bazar varias veces y que una vieja que lo vió en una de esas ocasiones, creyó ver un fantasma y estuvo á punto de morir del susto.

Portland no se casó: en cambio, su otra personificación se casó dos veces, una con Isabel Crikmer y otra con Ana May, hija no reconocida del conde Berkeley. Los que actualmente reclaman la herencia, dicen que precisamente en aquel primer matrimonio hay que buscar la razón de su doble existencia, pues habiéndole negado su padre el consentimiento para casarse con Isabel, de quien él estaba perdidamente enamorado, imaginó crearse otra personalidad, la de Druce, y como tal casarse y fundar el bazar. Muerta su primera esposa, enamoróse Druce de Ana, con la que se casó. Con esta boda quiso relacionarse la muerte repentina de lord Bentinck, hermano del duque; según unos, falleció de un ataque cardíaco; según otros, envenenado, y según algunos, á manos de su hermano, que lo mató en una disputa á propósito de Ana, de la cual estaban enamorados los dos.

El pleito promovido por la reclamación de Ana, vino á complicarse hace tres años con la aparición de un nuevo pretendiente á la herencia, Jorge Hollamby Druce, nieto de Druce-Portland y de Isabel Crikmer. Vivía éste modestamente en Australia, ejerciendo el oficio de carpintero, y habiéndose enterado allí de la demanda de Ana, fuése á Londres á fin de hacer valer su mejor derecho como hijo del primer matrimonio del duque, con lo cual ha quedado descartada la pretensión de Ana María en favor de su hijo Sydney.

El asunto, como se ve, no puede ser más complicado ni más interesante; nada tiene, pues, de extraño que despierte tanto la atención la vista del pleito que se está celebrando estos días.

Quienes menos preocupados parecen son los actuales duques; y mientras se discuten sus derechos en un litigio del cual puede resultar para ellos la pérdida de sus títulos y de sus cuantiosas riquezas, están obsequiando á los reyes de España, en la misma famosa abadía de Welbeck, con magníficas fiestas. Entre éstas ha sobresalido un suntuoso baile de gala al que han asistido más de mil invitados y en el cual se presentó por vez primera al gran mundo la hija única de los duques, lady Victoria Cavendish Bentinck.

El difunto Job conservaba aún entre las manos el papel

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON. — ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Esto era algo confuso para Susana, pero en resumen le pareció que semejante conducta por parte de Miguel sería muy mezquina, tanto que apenas le podía creer capaz de semejante cosa. Sin embargo, la explicación de Walton tenía mucho de plausible; éste no iba descaminado en sus apreciaciones, y todas las pruebas parecían confirmar su aserto. No dejaba de ser bastante natural que Miguel considerase su casamiento como el arreglo definitivo de todas las dificultades. Susana no había querido nunca autorizar á Miguel para considerarla como su prometida, ni tampoco éste lo pretendió jamás, aunque Job insistía siempre en ello. No obstante, como en las últimas semanas la señorita Holt no protestó ni una sola vez de las repetidas instancias de su tutor para que se efectuase cuanto antes el matrimonio, tal vez Miguel creyera que Susana se sometía ¿No podía indicar su conducta que más tarde consentiría al fin? De todos modos, el recuerdo del pobre Miguel, que la contemplaba inmóvil al alejarse con su rival, contristábala mucho, y pensó que separarse definitivamente de Hazell le sería más doloroso de lo que ella pensó hasta entonces.

—Si le parece á usted, dijo á Walton después de una larga pausa, nos iremos ya, pues deseo ver cuanto antes al Sr. Patchett.

—Muy bien, prosigamos la marcha de una vez, contestó Walton; pero antes dígame usted si puedo tener alguna esperanza. Creo que hubiera usted preferido permanecer en casa de Miguel, y que está enojada conmigo porque interrumpí su conversación, poniendo término á la entrevista.

—No, usted ha cumplido con su deber, si me considera como amiga, pues por usted he podido descubrir mi verdadera posición. Yo agradezco el favor, aunque siento que haya usted tenido oportunidad de prestármele. Le profeso á usted una sincera amistad, Sr. Walton, y le hablo ahora con toda la franqueza posible; si esta amistad tiene algún valor á sus ojos, tenga la bondad de no exigirme que le diga más y continuemos nuestro camino.

Jim emprendió el galope casi antes de que Susana acabase de hablar, hostigado por su amo, que con los labios oprimidos y expresión poco satisfecha, fijaba toda su atención en el caballo, como si se tratase de ganar alguna carrera. Había apreciado justamente la conducta de Miguel; pero jamás hubiera creído posible que Hazell se aviniese á renunciar á Susana y á su fortuna, pues no formaba tan buen concepto de la naturaleza humana.

Cuando llegaron á la puerta de la casa del abogado, Walton ofreció la mano á Susana para que se apease y dijo á ésta apresuradamente:

—Si habla usted con el Sr. Patchett, puede advertirle que mis informes proceden de la copia de una carta del anciano Hodsoll: Patchett podrá ver la copia, pero no me es posible decirle de quién procede. Mi hermana Elisa me la dió para hacer de ella el uso que me conviniera, pero no quiso indicarme su origen.

Susana subió á la oficina, donde vió tres jóvenes muy entretenidos en la lectura de una *Revista de espectáculos*, la cual dejaron á un lado apresuradamente apenas oyeron abrir la puerta, aparentando después que copiaban documentos con tal afán, que la visitante no obtuvo contestación hasta que habló por segunda vez. Entonces se le dijo que el Sr. Patchett había ido á Londres, y que no se le esperaba hasta dentro de dos días; pero que si su asunto era de importancia, podría hablar con el Sr. Lee. Se dió aviso á este empleado por medio de un tubo portavoz, y Susana fué conducida al despacho del secretario de Patchett. El Sr. Lee tenía un tipo del todo opuesto al de su principal: hombre pequeño, delgado, de cabello casi negro, ojos grises y rostro muy enjuto, vestía con mucha pulcritud y afectaba modales de gran tono.

Ofreció cortésmente una silla á Susana, y apoyando después la mano en otra, esperó á que se le hablara.

—No detendré á usted mucho tiempo, Sr. Lee, dijo Susana; venía á pedir al Sr. Patchett una nota expresiva de lo que yo he perdido por la quiebra del Banco.

—Dentro de un día ó dos, señorita Holt, podrá usted tener con seguridad esa nota con todos los datos que nos sea posible dar ahora. El Sr. Hazell hijo ha estado aquí hace pocos minutos y me anunció que usted vendría; hasta se extrañó al parecer de haber llegado antes.

—¡El Sr. Hazell ha estado aquí!, exclamó Susana con expresión de asombro.

—Sí, señorita, y me sorprende que no le haya usted encontrado, pues apenas hace diez minutos que se hallaba aquí. Me dió también algunas instrucciones sobre la preparación de las cuentas, y luego escribió una carta privada al Sr. Patchett, la cual debemos enviar por el correo de hoy. Debo añadir que el Sr. Patchett atiende muy en particular á los asuntos de usted como cliente de preferencia.

—¿Conque no podrá usted explicarme, continuó Susana, en cuánto me afecta la pérdida?

—Siento mucho que no me sea posible complacer á usted en ausencia de mi principal; mas por lo que yo entiendo, ha sido usted muy afortunada en comparación con muchos de nuestros clientes.

—¿Tendrá usted la bondad de darme noticia del regreso del Sr. Patchett apenas vuelva?

—Con seguridad lo encontrará usted aquí á las doce de la mañana del viernes; tomaré nota de que ha de venir usted tal día, y si hubiese alguna alteración en los planes de mi principal, avisaré á usted oportunamente.

Susana dió las gracias y despidióse del Sr. Lee, que la saludó con una profunda reverencia.

La joven no estaba muy satisfecha, pero extrañóle que el Sr. Lee la considerase afortunada en relación á otros clientes, y causábale el mayor asombro que Miguel hubiese llegado allí antes que ella. Para esto debía de haber recorrido la distancia con su caballo á galope tendido, por más que ella y Walton perdieran algún tiempo en el Parque del Conde; y esa circunstancia era de por sí muy curiosa, indicando que tenía algún motivo para ver al abogado antes que ella.

Cuando Susana volvió á subir al vehículo, solamente dijo á Walton que Patchett estaba fuera y no podría verle hasta el viernes. Después comenzó á reflexionar sobre la extraña conducta de Miguel, y cuando llegó á su casa sintióse más cansada que si hubiera trabajado todo el día en el campo. Por eso, sin duda, no observó la palidez y excitación nerviosa de Sara.

Walton había olvidado ya el mal efecto que le causó la contestación de la señorita Holt en el Parque; pero no quiso quedarse á descansar y manifestó deseos de ensillar su caballo después de haberle desenganchado del vehículo. Sara fué en busca de un mozo y volvió muy despacio; de modo que Susana y Walton quedaron algunos momentos solos en la sala.

—Vendré el sábado, dijo Tomás, para recibir la contestación que necesito; entonces habrá usted visto ya á Patchett y tenido suficiente tiempo para reflexionar sobre lo que él diga. Creo que con esto podrá ya resolver respecto á mi proposición.

—Procuraré hacerlo, contestó Susana distraídamente quitándose el sombrero y alisándose un poco el cabello con la mano. Estoy tan trastornada por todo lo que sucede, que no puedo pensar en nada ahora.

—Será necesario que descanse usted un poco, y mañana estará usted ya tranquila. No piense usted en sus pérdidas, pues sean cuales fueren, no constituyen la ruina, y aun en este caso, siempre encontrará usted en la Abadía lo suficiente para satisfacer sus primeras necesidades.

—Es usted muy amable, Sr. Walton, repuso Susana, y le agradezco su buena voluntad; mas siento no poder corresponderle de otro modo. Aunque pensara en usted con el objeto que desea, debería contestarle negativamente, rehusando ver á usted otra vez si el estado de mis asuntos resultara ser tal como usted me ha dicho.

—Eso es una crueldad.

—Pues yo creo proceder bondadosamente y darle una prueba de agradecimiento.

—Bien, ya hablaremos de eso el sábado, contestó Walton muy satisfecho al notar que Susana le hablaba con más dulzura que otras veces.

La joven se alegró de verse al fin completamente sola. Habíase reído un día de Sara porque perdía el apetito; mas ahora era llegada su vez, y aunque hacía horas que estaba en ayunas, no quiso tomar más que una taza de te y retiróse á su cuarto, diciendo que iba á descansar.

Una vez allí, sentóse junto á la ventana y de nuevo quedó sumida en sus reflexiones. Maquinalmente sacó de su bolsillo el pedazo de papel que había arrollado para que Job encendiese la pipa y lo extendió sobre la meseta de la ventana. No tenía duda de que Walton había procedido honradamente, y también Miguel; pero siendo así, ¿cómo podía resultar semejante confusión entre sus asertos? Tal vez el pedazo de papel le daría alguna llave para descifrar el enigma; la escritura era muy clara, mas el fragmento se había rasgado oblicuamente y solamente se podía leer lo que sigue:

ιump
ó alguno
consentimiento. El dep
y cuando fué transferido a
considerando el depósito como
de que no hay obligación legal ó moral
este dinero; pero es el deseo de mi hijo
se haga. He consentido en esto porque cree
Susana Holt se casará con él. Si no lo hace, deseo que estas circunstancias del depósito, á fin de que ella pueda
hacia mi hijo Miguel, y hacerle justicia como su conciencia
le dicte

Susana se esforzó para alisar bien los bordes del papel, mas no pudo sacar nada en limpio. Era evidente que en el escrito se hacía referencia á ella en algo muy importante; pero tan sólo pudo comprender que Job esperaba que hiciese justicia á Miguel en el caso de no aceptarle por esposo.

Tampoco le era posible dudar que el joven Hazell ocultaba alguna cosa, algo en que su padre consentía sin aprobarlo, pero en la creencia de que el matrimonio se efectuaría. Si su pupila no se casaba, Job quería que supiese todas las particularidades sobre cierto depósito para que pudiese hacer justicia á Miguel.

«¿Cómo me sería posible—preguntóse Susana,—hacer esa justicia sin saber qué se exige de mí? Miguel dice que confíe en él. ¿Acaso no soy yo digna también de que él confíe en mí?»

En vano buscó contestación á esta natural pregunta, y haciendo reflexiones sobre aquellas frases incompletas, que indicaban alguna calamidad, sintióse poseída de un profundo disgusto. El viernes siguiente, Patchett le daría sin duda los informes necesarios para guiarse; pero hasta entonces debía estar angustiosa, sabiendo que ocurriría algo muy desagradable, sin poder imaginar qué era. ¿Qué le habría costado á Miguel sacarla de dudas con algunas palabras? Esto era una crueldad, pero no se indignó, porque no se le ocultaba que al obrar así su objeto era tan sólo evitarla un disgusto.

XXXIV

LA ÚLTIMA HORA DE JOB

La conducta de Miguel no tenía en concepto de éste nada de extraordinario. Mientras veía á Walton alejarse con la mujer que amaba, y con quien siempre había tenido la esperanza de unirse, pensó que estaba perdida para él definitivamente. Era evidente también, no tan sólo que no se fiaba de él, sino que le inspiraba desconfianza; pues de no ser así, por lo menos hubiera solicitado su compañía. Y ya que Susana había hecho su elección, poco importaba que se revelase pronto el secreto sobre el capital perdido, lo cual le aliviaría de un peso que le agobiaba. Miguel sentía casi ahora que se hubiese quemado el testamento donde se consignaban los detalles de la transacción; pero quería que Susana creyese que el acto era espontáneo por parte de su padre, y no resultado de sus argumentos y enérgica declaración de que el dinero debía entregarse á la señorita Holt.

El joven Hazell no perjudicaba con esto más que á sí mismo, porque todos los legados quedaban exactamente como estaban antes, y solamente con su fortuna se compensaban las pérdidas de Susana. Había contribuído por mucho á obtener las ganancias; el dinero que daba habíase destinado para él y tenía derecho para disponer de su capital como mejor le pareciese. Esto le dejaría pobre y debería trabajar más que antes, como dijo su padre; mas no le importaba.

«Yo creo esto muy justo y debo hacerlo—contestaba siempre á su padre después de escuchar sus repetidas observaciones;—no me espanta el más rudo trabajo; prefiero convertirme en simple jornalero más bien que exponerme á oir decir que Job Hazell no procedió con toda rectitud respecto á su pupila.»

Estas palabras conmovían siempre á Job. Mas á pesar de ello, no habría consentido en los deseos de su hijo á no ser porque pensaba que el matrimonio con su pupila lo arreglaba todo. De aquí su afán de ver pronto á los jóvenes casados, afán tan vehemente como su deseo de trabajar todo lo posible, en la creencia de que estaba completamente arruinado.

A medida que se pronunciaban más en Job los efectos de su rápida decadencia, mayor era el pesar de Miguel por haberle ocultado sus dudas en cuanto á la probabilidad de que Susana le aceptase por esposo. Esperaba conseguirlo al fin, y con esta idea trató de aliviar su conciencia; pero sufrió mucho durante las semanas que siguieron á la quiebra del Banco, y al fin había cometido casi un crimen, valiéndose de un engaño para que se quemara el testamento válido de su padre.

Ahora, ya no le quedaba esperanza alguna de que Susana le aceptase por ciertas consideraciones, si deseaba casarse con otro; y por lo tanto, debía obrar rápidamente para que no se diera inútilmente un disgusto á Susana y para que se molestase á su padre lo menos posible. En su consecuencia, ensilló la yegua, montó é hízola tomar un rápido galope.

Como Patchett no estaba en casa, Miguel dió sus instrucciones al secretario. En la carta privada para el abogado decía solamente que su padre había destruído el último testamento en presencia de la señorita Holt, advirtiéndole que, como la prueba directa de su transacción en el arreglo de la transferencia del capital á nombre de Susana no existía ya, era su más vehemente deseo que se dijese lo menos posible sobre el asunto á la señorita Holt, pues deseaba á toda costa que ésta creyese que el acto era propio de su padre. Al mismo tiempo se debían dar á Susana todos los informes necesarios, pues tratábase solamente de evitar las pérdidas de ésta sin que ella se creyese obligada á nadie.

Evacuada esta diligencia, Miguel fijó su pensamiento en los asuntos comunes de la vida diaria. Lo primero que hizo fué dirigirse á la estación para ver si estaba allí ya una nueva máquina de segar pedida á Londres; allí se detuvo una media hora y por segunda vez pudo evitar el encuentro con Susana y Walton.

Al llegar á su casa, Juana, el ama de gobierno, díjole que el amo hacía más extravagancias que nunca.

—No quiere comer, dijo, y ha estado llamando á usted y á Susana. Lo mejor sería enviar un aviso á la señorita Holt, pues sin duda el amo no se tranquilizará hasta que los vea á ustedes juntos.

La pobre mujer esperó en el umbral de la puerta mientras Miguel entraba en la habitación de su padre y pudo oir lo que se decía.

Miguel encontró á Job muy inquieto y febril, entretenido en levantar papeles y cartas de un lado para ponerlos en otro; tenía los ojos hundidos, y Miguel notó en ellos cierta expresión particular que le alarmó.

—¡Ah! ¿Eres tú?, exclamó. ¿Se han concluído del todo los trabajos de hoy?.. Me parece que esa nueva máquina ha de dar el mejor resultado... ¿Donde está Susana?.. Tú saliste de aquí con ella hace un minuto. Os vi pasar por delante de la ventana... ¡Buena mujer te llevas!.. Y en cuanto al dinero, todo quedará arreglado. Ahora recuerdo que se quedó muy serena después de la lectura del testamento; pensaría que poco importará que sea tuyo ó de ella cuando estéis casados. ¿Donde está ahora?

—Dentro de poco llegará, padre mío... ¿Qué está usted buscando?

Job continuó levantando papeles y dejándolos de nuevo, sin contestar á la pregunta; parecía sobrecogido de una gran excitación nerviosa.

—Está obscuro, dijo de pronto. ¿No es verdad?.. Enciende el quinqué.

Miguel salió corriendo, dijo á Juana que trajese el quinqué, y fué á buscar dos mozos; ordenó á uno de ellos que montase en la yegua y marchase á buscar al doctor, y despachó al otro á la granja del Prado para que entregase á Susana un papel en que había escrito con lápiz estas palabras: «Ruego á usted que venga con el portador, mi padre la llama continuamente y creo que está en grave peligro.»

Miguel empleó en esto un cuarto de hora, y al entrar de nuevo en la habitación de su padre vió que Juana alumbraba al anciano para que éste distinguiese mejor los caracteres del escrito que tenía entre las manos.

El papel que trataba de leer era el testamento, y al parecer había llegado á la última página, cuando de pronto quedó inmóvil, exhalando el último aliento.

Miguel lo comprendió todo y murmuró con acento de angustia.

—¡Dios me perdone!.. ¡He apresurado su muerte!

XXXV

DÍA DE LUTO

El intervalo de silencio que se siguió tenía algo de terrible.

El difunto Job conservaba aún entre las manos el papel que le había revelado la traición de su hijo; y hubiérase dicho que su mirada fija buscaba aún las palabras ausentes. Miguel estaba como petrificado, y en aquel momento creíase casi culpable de parricidio.

Sin embargo, muy pronto la inteligencia recobró una dolorosa actividad, y el joven Hazell pensó en cumplir con los tristes deberes que le imponía aquella lúgubre hora; pero obró como un sonámbulo y ningún observador hubiera podido sospechar el horrible padecimiento de espíritu de aquel hombre. Entonces se entregó á esas tristes reflexiones que acosan á todos los que creen que hubieran podido evitar una desgracia si hubiesen hecho tal ó cual cosa en vez de lo que hicieron. Su padre no habría muerto tal vez tan pronto si él hubiese procedido de otro modo. ¡Cuánto daría por deshacer lo hecho!

Miguel sabía que según las leyes de la naturaleza no era de esperar que su padre viviese largo tiempo, y además advertíanle esto muchos síntomas que anunciaban la proximidad del fatal desenlace; mas á pesar de todo esto, no estaba preparado para una muerte tan repentina; amaba tanto á su padre, que hasta abrigó la esperanza de conservarle algunos años con tal de que le cuidase bien, libre de todo trastorno.

Durante aquel día, sobre todo, Miguel se había valido de todos los medios para preservarle de la menor agitación ó enojo, y, como ya hemos visto, consiguió evitar la explicación que consideraba más peligrosa; mas á pesar de haberlo conseguido, el pobre Job recibía el golpe de muerte. La conciencia de Miguel le gritaba que era culpable, y en aquel momento su inteligencia se había debilitado de tal modo, que no tenía fuerza para defenderse de esta acusación.

Luego pensó cómo había ocurrido el hecho: impulsado por algún temor ó sospecha de que sus deseos no se cumplirían, el padre trataría de buscar consuelo asegurándose otra vez de que el contenido del testamento estaba perfectamente claro, y de que Susana debía aceptar á Miguel; entonces echó de ver que había quemado el testamento donde constaba la explicación, y ó bien creyó que se lo habían dado por equivocación, ó que la cosa se hizo expresamente. Esto no podía saberse ya; pero de todos modos, la sacudida que produjeron el enojo y el sentimiento fué el golpe mortal.

Miguel condujo el cadáver de Job á su alcoba y le depositó en el lecho; después volvió á la sala para recoger los papeles diseminados, doblólos cuidadosamente y los guardó en el pupitre, poniendo el testamento encima. Entonces supo que su padre había pensado ya en la muerte, pues encontró medio pliego de papel en que Job había escrito con mano temblorosa las siguientes palabras:

«Esto es lo que yo quiero que se ponga en mi lápida cuando llegue la hora; y confío en que mi hijo Miguel cuidará de que así se haga:

»*Aquí yace Job Hazell, arrendatario en Marshstead por espacio de . Murió á los . La paz sea contigo. Yo voy á descansar.*»

Miguel resolvió que el epitafio se grabara en la piedra como su padre lo escribió, limitándose á poner la puntuación y á llenar los blancos: Job ocupaba la granja hacía cincuenta y un años, y había muerto á los setenta y cinco. Miguel recordó entonces que muchas veces dejó de complacer á su padre en las cosas de menos importancia, y que en más de una ocasión fué desobediente; de todo esto se arrepentía ahora; pero nada le remordía tanto la conciencia, por sus fatales resultados, como lo del testamento.

El joven Hazell temía pensar en Susana; mas érale imposible desechar su imagen. Su amor le había

trastornado, y creyendo que aceptaba á Walton, te mió ser injusto para ella en los primeros momentos de su angustia. La mujer que para él había sido todo en el mundo, y por la cual estuvo dispuesto á sacrificar su casa y su fortuna, resultaba ser ahora su genio maléfico y había hecho de él un criminal.

. . . .

Susana estaba todavía en su habitación haciendo reflexiones sobre aquel pedazo de testamento quemado cuando llegó el mensajero de Miguel. Al leer las líneas escritas por éste, levantóse presurosa, despidió al hombre, y solamente pensó ya en ir á consolar á Job y ayudar á su hijo.

—Ponte el sombrero y ven conmigo, dijo á Sara; tal vez seamos allí necesarias las dos.

—¿Tan enfermo está?

—Miguel dice que se halla en grave peligro. Además, hoy han sucedido cosas que tal vez hayan trastornado á Job.

Las dos jóvenes encontraron al hijo de Job á la puerta de la casa, tan pálido y trastornado, que apenas reconocieron en él al joven tan robusto y lozano de un mes antes.

—Ya sabía yo, dijo con voz dulce, que vendrían; pero ya es tarde.

Al oir esto, Susana cogió con sus dos manos una del joven, y solamente pudo decir:

—¡Oh, Miguel!

Sara, al oir las fatales palabras «ya es tarde,» miró fijamente con expresión de simpatía al joven y á su prima; pero un observador atento hubiera podido creer que su pensamiento estaba en otra parte.

Sin añadir una palabra más, Miguel condujo á las dos jóvenes á la sala donde su padre había muerto, y allí pudo Susana contemplar poseída de angustia y dolor, la mesa y el sillón que el anciano ocupaba cuando habló con ella pocas horas antes. Y se extrañó de que Miguel se mostrase tan tranquilo, y de que ella no pudiera manifestar señales de la profunda tristeza que embargaba su corazón. Sin embargo, al recordar las bondades del pobre Job, sus ojos se llenaron de lágrimas; ya no pensó en algunas de sus rarezas, y olvidó los ligeros defectos de su carácter.

Aquella fué para Susana la primera experiencia de la muerte, pues apenas podía recordar la de su madre, y cuando ocurrió la de su padre, era demasiado niña aún para experimentar profundas emociones. Job había sido siempre un padre para ella, y su muerte le trajo á la memoria muchos recuerdos sobre sus bondades y tolerancia. No era de extrañar, pues, que fuese muy profundo su pesar; mas ni ella ni Miguel se entregaron á una inútil desesperación. Todo se hizo con calma y orden.

El doctor, que llegó en aquel momento, no se sorprendió cuando le dijeron que ya no podía hacer nada por su paciente. Por pura formalidad practicó el acostumbrado examen y confirmó el hecho de la muerte; pero como no era solamente el hombre de ciencia, sino el verdadero amigo de sus pacientes y de sus familias, quiso dar un buen consejo al hijo del difunto.

—Cuídese usted mucho, señor Hazell, díjole; soporte con resignación tan dolorosa pérdida, y para ello ocúpese con asiduidad en los deberes de su vida.

Miguel prometió hacer lo posible para seguir el consejo. No le era dado explicar qué peso oprimía su conciencia, ni confesar la convicción de que su imprudencia había acelerado la desgracia; pero esta idea le acosaba sin cesar, contristando su ánimo profundamente.

XXXVI

DEMASIADO TARDE

Susana y su prima ayudaron al ama de gobierno en todos los preparativos para el entierro.

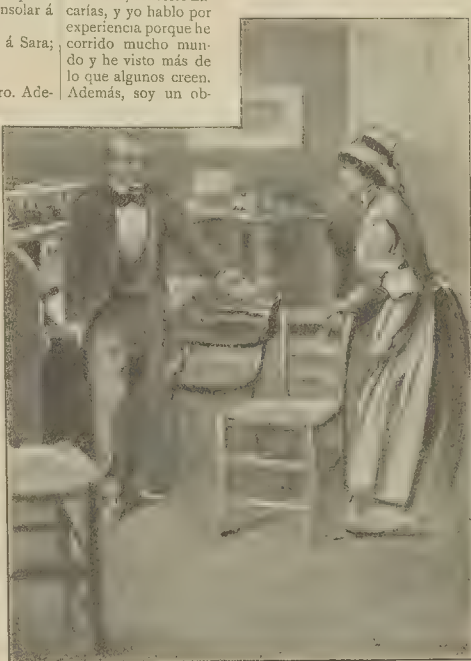
Los funerales debían celebrarse el lunes siguiente, y Miguel los presidió con una serenidad y una calma que fueron notados por todos, dando esto lugar á que se dijera que sobrellevaba muy bien la pérdida que había sufrido. Escribió las cartas de invitación á todos sus hermanos y hermanas, sin descuidar sus trabajos en el campo y en la granja; así obedecía á la recomendación del doctor, y comprendió por un trabajo persistente era lo único que le distraería.

La gente observó tan sólo que su aspecto de buena salud y su agradable sonrisa habían desaparecido.

Juana Darby, el ama de gobierno, estaba muy triste, y confió su pesar al cartero Zacarías que había llegado para repartir la correspondencia.

A mí no me parece natural, le dijo, que el señor Miguel esté como le veo. Parece haberse conformado muy pronto, y no me explico que hable á todos con cierta timidez, como si él tuviera la culpa de lo que ha sucedido, sin resentirse de cuanto de él se dice por esta causa.

—¡Ah! La naturaleza humana tiene muchas singularidades, contestó Zacarías, y yo hablo por experiencia porque he corrido mucho mundo y he visto más de lo que algunos creen. Además, soy un observador tan perspicaz, que descubro al momento en la fisonomía de las personas á quienes sirvo si les he de llevar una noticia buena ó mala. El Sr. Miguel no está afligido solamente por la muerte de su padre, tanto más cuanto que ésta era de esperar, y no debía sorprenderle mucho. ¿No habrá alguna otra causa?



Ofreció una silla á Susana...

—Yo no la conozco.

—Pues yo sí, repuso Zacarías, muy enorgullecido al parecer porque podía dar una prueba de su perspicacia.

—¡Ah! Ya veo, contestó Juana, que es usted muy listo para observar las cosas, y quisiera que me ayudase usted á descubrir cuál es la verdadera pena del Sr. Miguel, porque tal vez yo podría prodigarle algún consuelo.

—Muy bien, dijo el cartero; á mí no me agradan las habladurías, pero ya que me hace usted la pregunta confidencialmente, quiero darla alguna indicación. En todas partes se asegura que el Sr. Miguel debía casarse con la dueña del Prado. Yo me lavo las manos, pero se murmura mucho sobre el hecho de haberse quedado el joven Hazell una noche en la granja á causa de haberse sorprendido á unos gitanos. No obstante, ahora se asegura que la señorita Holt ha dado su preferencia á Tomás Walton; y he aquí por qué Miguel Hazell está tan triste.

—Tal vez sea eso, replicó Juana, pero muy tonta será la señorita Susana si hace semejante cosa, suponiendo que esté en su mano elegir. De todos modos, el Sr. Miguel no cometerá la locura de entregarse á la desesperación por ninguna mujer.

—El hombre es siempre tonto en cuestiones de mujeres. He oído hablar de hombres que pusieron término á sus días al ver que su amor no era correspondido; mas espero que el joven Hazell no imitará el ejemplo si la señorita Holt no le acepta. En fin, allá veremos. ¡Ah, qué perversas son las mujeres!

Y después de hacer este comentario, el cartero Zacarías se despidió del ama de gobierno.

Susana escribió á Patchett diciéndole que aplazaría su visita hasta después de celebrarse los funerales, porque no estaba en aquel momento para tratar de negocios; y después de hacer esto, parecióle haberse aliviado de un gran peso, porque así retardaba al menos cuatro días las revelaciones que tan resueltamente trató de ocultarla Miguel. Tenía la convicción de que éste no le había ocasionado perjuicio alguno; pero las frases cortadas del pedazo de testamento que leyera dábanla mucho que pensar, y perdíase en conjeturas sobre su significación. Lo que más la preocupaba era la indicación de que debía hacer justicia al hijo de Job en alguna cosa; ignoraba en qué, y quería saberlo á toda costa, para no retardar ni un instante el cumplimiento de cualquiera obligación, que en su concepto debía ser sagrada. ¿Qué no haría para ver de nuevo á Miguel contento y feliz, desvaneciendo la tristeza que evidentemente le agobiaba ahora?

Susana profesaba al hijo de Job el más sincero cariño, y la muerte del anciano evocó en su memoria los recuerdos de la niñez, en los que la primera figura era Miguel. Ahora decíase que sin apreciar todo esto le había hecho sufrir, pero reflexionaba que en rigor no era por culpa de ella. En cuanto á ser su esposa, no consentiría en ello hasta que reconociera que profesaba á Miguel algo más que afección ó una dulce simpatía. Aunque Walton no hubiese existido, estaba segura de que habría contestado negativamente al hijo de su tutor si éste hubiese solicitado entonces su mano de esposa.

En cuanto á Miguel, manifestaba mucha cortedad en su trato con Susana; á menudo se veían los dos, y ésta creyó observar que Hazell procuraba evitar toda ocasión de quedarse á solas con ella. Así era, en efecto, mas no por causa de resentimiento ó de enojo, como la joven imaginaba, sino porque Miguel la amaba demasiado y temía descubrir el secreto relativo á la transferencia de los bienes.

El sábado siguiente, Walton fué al Prado, según había prometido; pero Susana estaba en Marshstead y Sara había ido al pueblo. Por un momento pensó dirigirse á la casa de Hazell; pero el luto le desagradaba siempre, y al fin decidió ir á la casa Isabel para distraerse un rato con el Sr. Lewis.

Después del oficio del domingo, Susana volvió á Marshstead á fin de ver si se habían adoptado todas las disposiciones para el día siguiente. El ama de gobierno estaba á la puerta de la casa y mirando á todas partes como si esperase la llegada de alguien. Apenas hubo divisado á Susana, corrió hacia ella, pareciendo que se esforzaba para no gritar.

—La estaba esperando á usted, señorita, dijo con ansiedad, porque me parece que al señorito Miguel le sucede algo raro. No ha querido comer nada en todo el día; todos se han ido á la iglesia y solamente estamos en la casa él y yo.

—¿Pero qué tiene, Juana?, preguntó la joven con cierta inquietud.

—No lo sé, y por eso me alarmo. Toda la mañana le he visto con la cabeza inclinada sobre el pecho y tan pálido como aquel que está de cuerpo presente arriba. Hasta creo que el señorito no se ha desnudado en toda la noche.

—¿Y qué ha hecho?, preguntó Susana.

—Pues entró en casa como una sombra, pasó delante de mí sin abrir la boca y subió á la habitación donde está el difunto. Pero después le vi pasear de un lado á otro, y de repente todo quedó silencioso, lo cual me inquietó un poco. Transcurrió más de una hora sin que yo percibiese el menor ruido, y alarmada, al fin fuí á escuchar á la puerta. Ni siquiera le oí respirar, y temiendo que le hubiese sucedido algo, llamé, pero no me contestó. Entonces me ocurrió que para hacerle hablar lo mejor sería pronunciar el nombre de usted, y no atreviéndome á entrar, preguntéle si vendría usted á comer. Tampoco me contestó y entonces bajé á la puerta con la esperanza de que usted llegaría pronto.

Susana subió la escalera apresuradamente y llamó á la puerta de la habitación; mas como no obtuviese respuesta, levantó el pestillo y entró. Al principio no pudo ver nada, pues el rápido tránsito de la luz del sol á una media obscuridad la impidió distinguir los objetos, y detúvose un instante hasta que sus ojos se acostumbraron á la especie de crepúsculo que allí reinaba.

Al fin pudo distinguir bien todo cuanto había á su alrededor, y entonces vió á Miguel arrodillado junto al lecho mortuorio, tan inmóvil como una estatua; tocóle el hombro, el joven levantó la cabeza y un momento después incorporóse como movido por un resorte.

—¡Ah! ¿Es usted, Susana?, dijo con voz dulce. No la he oído á usted entrar; pensaba solamente en *él*. Si él pudiera vernos ahora uno junto á otro, esto le complacería, porque la amaba á usted mucho.

—Ya lo sé, Miguel, y siempre me entristece el pensamiento de que algunas veces le he disgustado.

—No hable usted ya de eso. Cuando nos vió pasar por delante de su ventana, dijo algo para expresar su satisfacción; y si no hubiera...

Miguel quería decir «si no hubiera mirado el testamento habría muerto más tranquilo;» mas no se atrevió á concluir la frase.

—Me alegro que me haya usted dicho eso, repuso Susana apoyando una de sus manos sobre la de Miguel; nada podía ser más agradable para mí, porque me contristaba la idea de haberle engañado... ¿Se siente usted mal, Miguel?

El joven había ahogado un sollozo al oir ésta última frase, y Susana lo notó.

—Esto no es nada, contestó Miguel; ya pasará.

—No será tan fácil si se empeña usted en permanecer aquí; bajemos los dos.

El contacto de la mano de Susana y la ternura de su acento bastaron para que Miguel volviese completamente en sí. De pronto estrechó la mano de la joven, fijó en ésta una mirada de amor y sus pálidas mejillas se colorearon.

—¿Sabe usted lo que hace cuando me habla así, Susana?, murmuró. Está usted reviviendo esperanzas que eran tan queridas para *él* como para mí, y casi me induce á decirle cosas que desearía ocultar siempre. No me haga usted decir nada más, porque yo fuí quien le engañé y no usted, y el remordimiento pesa sobre mí únicamente, tanto más cuanto que nada podría remediar lo hecho.

El profundo pesar que hasta entonces Miguel había ocultado á los ojos de todo el mundo desahogábase al fin, y aunque hablaba en voz baja y trémula, en sus palabras había como un grito de desesperación.

Susana se alarmó, y sin tener más que una vaga idea sobre la verdadera causa de la angustia de Hazell, díjole tímidamente:

—Yo quisiera saber si puedo hacer algo en favor de usted, Miguel..

—Ahora nada; ya se lo dije antes. Usted ha hecho su elección; espero que sea feliz y me alegraría contribuir á su dicha. Ya sabe usted lo que *él* deseaba, y también nosotros sabemos que no puede realizarse.

—Yo no sé eso.

Miguel miró con asombro á la joven, y después, como si saliese de alguna duda, contestó:

—Es usted muy buena, Susana; mas en este instante los dos estamos excitados, y usted, con su natural bondad, está dispuesta á prometer más de lo que su amor podría cumplir. Aún estamos en presencia de *él* y quiero relevarla de todo compromiso; aunque usted quisiese satisfacer ahora sus deseos, me vería obligado á decir que no puedo aceptar el sacrificio.

—¿Y si no fuera sacrificio?, repuso Susana ruborizándose, mientras que sus ojos fijaban una tímida mirada en el joven.

El rostro de Miguel tomó una expresión de angustia al oir estas palabras; sus manos hicieron un movimiento como para coger á Susana entre sus brazos; pero dominándose por un esfuerzo, limitóse á sonreir tristemente.

—No, no, dijo, es demasiado tarde; aunque pudiera usted darme lo que tan largo tiempo he deseado, concedérmelo en este instante sería un dolor más sobre los muchos que ya he sufrido. Es demasiado tarde; no me creo digno de recompensa, porque engañé al autor de mis días, y seguramente el descubrimiento de mi falsedad apresuró su fin.

—Es usted injusto para sí, Miguel, dijo Susana tranquilamente. Nosotros sabíamos que no podía vivir mucho tiempo, y él no lo ignoraba, pues me lo dijo así. Sea lo que fuere lo que usted haya hecho que pudiera disgustarle, usted se vitupera demasiado.

Era dulce para Miguel oir á Susana defenderle así, y sus palabras fueron para él un bálsamo consolador.

—He procurado, repuso, consolarme con ese pensamiento; mas las pobres excusas que encontré en mi favor demostráronme tan sólo que había obrado por egoísmo y orgullo y no por mi amor á usted y á él, aunque yo me consolaba pensando que este era el único motivo de mi conducta. Dios sabe que entonces creía obrar bien.

—Eso quiere decir que ahora no procede como es debido, y yo también lo creo así, al ver que se atormenta con inútiles lamentaciones.

Estas palabras devolvieron aparentemente la tranquilidad á Miguel, y había estado á punto de perder su dominio sobre sí cuando oyó decir á la joven que podía casarse con él sin hacer sacrificio alguno; pero el recuerdo de Walton bastó para que recobrase su imperio. Entonces pensó que Susana, poseída de compasión, se hallaría dispuesta en aquel momento á decirle cualquier cosa para consolarle; mas habiendo arriesgado tanto para conseguir la felicidad de Susana, no quería aprovecharse de aquella situación exponiéndola á perderla. En su consecuencia, cuando ella se ofrecía casi, desechó lo que tanto deseaba.

... y he aquí por qué Miguel está tan triste

—Es verdad, Susana, contestó, lamentarme ahora es inútil ya; pero usted es la única que me ha visto expresar de esta manera mi aflicción, y no me pesa, porque me alivia mucho comunicar á usted mis pensamientos. Esto le bastará para comprender todo cuanto observe en mí de extraño, y no debe dudar que yo haré cuanto sea posible para substituir dignamente á mi pobre padre en cuanto se refiere á usted, hasta que..., hasta que usted se case. Y ahora podemos bajar.

Al referirse al casamiento de Susana, Miguel recordó la escena en el jardín, donde aquélla le había dicho tantas cosas amargas delante de Walton. Aunque Susana no le hubiese manifestado todavía su decisión respecto al hombre que elegiría por esposo, el hecho de marcharse con su rival indicaba á su modo de ver que le aceptaba; y en su consecuencia, creía inútil continuar la lucha. Parecíale, no obstante, que aún le sería dado conseguir su objeto, aprovechándose de la compasión de Susana; pero la lealtad de su carácter no le permitía hacerlo y resistió valerosamente á la tentación.

El repentino cambio que Susana observó en Miguel disgustóla más que oirle acusarse á sí propio; por un momento creyó que sus esfuerzos para consolarle serían eficaces; mas la reserva que ahora manifestaba hízola comprender que no conseguiría nada.

Siguióle hasta la puerta, y al llegar al umbral volvió maquinalmente la cabeza para mirar por última vez al difunto Job; y al fijar su mirada en aquel cadáver, pidió al cielo que su espíritu la guiase para dispensar el acto de justicia de que hablaba el testamento.

Miguel, sin volver la cabeza, adivinó esto: el amor que profesaba á su padre constituía uno de los más sólidos eslabones de la cadena que le unía con Susana, pero también era para él un aguijón la idea de haberla perdido.

Apenas salió Susana de la habitación, Miguel cerró la puerta, y los dos bajaron y se encaminaron hacia la glorieta.

—¿Está usted seguro, dijo la joven de pronto en voz baja y algo trémula, que ha comprendido lo que yo quise decir cuando usted me contestó hace pocos minutos que ya era tarde?

—Sí; completamente seguro, contestó Miguel después de vacilar un poco.

Susana miró á Miguel fijamente, y éste creyó ver en su rostro una expresión tranquila y risueña, como la de una persona á quien satisface lo que se ha confesado.

—Así sea, Miguel, y ahora que nos entendemos bien, ya no podrá haber más dudas ni vacilaciones entre nosotros. Ahora me será dado hablar á usted como á un hermano querido en quien puedo depositar toda mi confianza, y usted me hablará del mismo modo que lo hacía su difunto padre, amonestándome cuando crea que obro mal y reprendiéndome cuando sea desobediente.

—Procuraré hacerlo así.

Miguel observó la satisfacción de Susana por haber determinado así cuáles deberían ser sus relaciones en lo futuro; de este modo ambos quedaban libres de obrar, y Hazell no sintió del todo haber contestado como lo había hecho.

XXXVII

EL ÚLTIMO TRIBUTO

Job era el favorito del condado; siempre el primero en reconocer el valor de los progresos de la agricultura, habíase mostrado en todas ocasiones dispuesto á dispensar á sus vecinos el beneficio de sus conocimientos en las muchas experiencias que hacía; y su mano estuvo siempre abierta para socorrer á los necesitados. Por eso era tan numerosa la reunión y se veía tal número de vehículos de toda especie para formar el acompañamiento del finado. Todos los labradores habían acudido, aunque entonces se ocupaban en los más importantes trabajos de la recolección.

El Sr. Montague Lewis fué uno de los primeros en llegar, y después de haber dado el pésame á Miguel, manifestóle su esperanza de verle substituyendo dignamente á su padre.

Las cartas que el joven Hazell había escrito á sus parientes de América y Australia debían estar en el camino aún; su tercer hermano, Juan, hombre de negocios, muy inteligente, llegó de Londres en el tren de la tarde y pensaba regresar por la noche, habiéndole acompañado una de sus hermanas, la señora Dillthwaite, casada con un comerciante de este nombre.

El fúnebre cortejo era numerosísimo, y todo el pueblo salió en masa para presenciar el espectáculo; la iglesia y el cementerio se llenaron de gente, y si para Miguel podía ser un consuelo ver cómo se lamentaba la muerte de su padre, seguramente no le faltó.

Terminada la ceremonia, la multitud se dispersó, y solamente algunos amigos íntimos, entre ellos el Sr. Patchett, volvieron á Marshstead. Susana, Sara y la señora Dillthwaite estaban allí ayudando á Juana á preparar un refrigerio, cosa importante en el país, á causa de la larga distancia que algunos debían recorrer.

El Sr. Patchett creyó conveniente cumplir con la formalidad de leer el testamento. Todos escucharon pacientemente, porque allí no había herederos que pudieran quedar descontentos.

—Aunque esto no tenga importancia, dijo el señor Patchett, debo advertir que nuestro difunto amigo, el Sr. Hazell, hizo otro testamento después de este; pero lo destruyó en presencia de su hijo Miguel y de la señorita Holt.

(Se continuará.)

LA BODA DEL INFANTE D. CARLOS DE BORBÓN Y LA PRINCESA LUISA DE ORLEANS

Los augustos desposados saliendo de la iglesia después de la ceremonia religiosa

S. M. el rey D. Alfonso XIII y la duquesa de Orleáns

(De fotografía.)

Con gran pompa celebróse el día 16 de los corrientes en el castillo de Wood Norton la boda del infante D. Carlos de Borbón con la princesa Luisa de Orleáns. A las ocho de la mañana efectuóse la ceremonia del matrimonio civil en la alcaldía de Evesham; y á las doce los invitados, reunidos en los salones del castillo, se dirigieron á la iglesia, precedidos del duque de Orleáns, que daba el brazo á la novia. Vestía ésta un magnífico traje de *satin charmeuse*, bordado de orquídeas, con manto de corte y flores de azahar que formando guirnalda prendida al hombro caía elegantemente hasta la fimbria de la falda. El velo, de una riqueza y belleza extraordinarias, era de punto de Inglaterra, con las armas de Francia y de Anjou.

La iglesia estaba adornada con banderas y trofeos que recordaban glorias de los Orleáns, y en el centro, cerca del presbiterio, se habían colocado dos reclinatorios de terciopelo azul para los contrayentes, cuya unión bendijo el obispo de Birmingham. Actuaron de testigos, por parte de la novia, el duque de Orleáns y el de Chartres, y por parte del novio, el rey de España y el duque de Calabria.

Durante la misa, que dijo el P. d'Armaillacq, una excelente orquesta ejecutó la marcha de *Alcestes*, de Gluck, y otras piezas escogidas, y una vez terminada aquélla, la comitiva, á cuyo frente iban los recién casados, encaminóse al gran salón, en donde los invitados desfilaron delante de los novios para felicitarlos.

Después de esta ceremonia, durante la cual el rey de España impuso á la princesa Luisa las insignias de la orden española de María Luisa, celebróse el almuerzo en el salón de grandes fiestas, que estaba espléndidamente adornado. A los postres pronunciaron sentidos brindis el duque de Orleáns y S. M. el rey D. Alfonso XIII, congratulándose ambos de un enlace que estrecha más los vínculos que unen á las tres ramas de la casa de Borbón y haciendo votos por la felicidad de los augustos desposados.

Las personas de familias reales que asistieron á la boda fueron: los reyes de España, la reina de Portugal, las infantas D.ª Isabel y D.ª Eulalia, los condes de Caserta, la duquesa de París, los duques de Orleáns, los duques de Montpensier, de Chartres, de Calabria, de Guisa, de Alenzón, de Penthievre y de Vendome; la princesa Enrique de Battenberg, la duquesa de Aosta, los grandes duques Uladimiro, el príncipe y la princesa Juan Jorge de Sajonia, los príncipes Genaro, Reniero y Felipe de Borbón, el príncipe Czartoryski, el príncipe Alfonso de Orleáns, las princesas Pía y María Josefina de Borbón y Estefanía de Bélgica. – T.

S. M. la reina D.ª María Cristina en París

S. M. la reina D.ª María Cristina, de regreso de Viena, en donde ha estado un mes, llegó á París en la mañana del día 7 del actual, siendo recibida en la estación por el embajador de España y su esposa y por distinguidos miembros de la embajada española.

Por la tarde, recibió en el hotel Continental, en donde se hospedó, la visita del presidente de la República M. Fallieres y de su esposa, visita que poco después les devolvió D.ª María Cristina en el Elíseo. Al llegar ésta al patio del palacio presidencial, un batallón de infantería con bandera y música hízole los honores correspondientes.

De vuelta en el hotel, S. M. recibió al rey de Grecia, y luego visitó á la reina de Nápoles, en el palacio que ésta posee en el bulevard Maillot.

Por la noche comió con los embajadores de España marqueses del Muni y con su séquito.

A la mañana siguiente visitó la magnífica exposición de crisantemos organizada por la Sociedad de Horticultura, acompañada del ministro de Agricultura M. Ruau, del presidente de aquella sociedad y del director del protocolo M. Molard. Por la tarde emprendió el viaje de regreso á Madrid, habiendo acudido á despedirla á la estación un representante de M. y Mme. Fallieres, quienes además le enviaron una preciosa cesta de flores, otro del gobierno, el personal de la embajada y otras muchas personalidades distinguidas, que la vitorearon con gran entusiasmo en el momento de partir el tren. – R.

París.—S. M. la reina D.ª María Cristina, acompañada del ministro de Agricultura, visitando la Exposición de Crisantemos. (De fotografía.)

Imp. de Montaner y Simón

Año XXVI — Barcelona 2 de diciembre de 1907 — Núm. 1.353

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MADRID.—DECIMA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

LA RESPUESTA AL PRETENDIENTE,

cuadro de Salvador Viniegra

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros constantes favorecedores que inauguraremos la serie de 1908 de La Ilustración Artística con un número extraordinario que contendrá la preciosa novela de Cervantes LA GITANILLA, magníficamente ilustrada con numerosas láminas en colores, originales del reputado artista Carlos Vázquez.

Al mismo tiempo llamamos su atención y la del público en general sobre las obras importantísimas que publicaremos en la próxima serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL y que son:

COLOMBA, celebrada novela del escritor francés Próspero Mérimee, traducida á todos los idiomas é ilustrada con sesenta y tres composiciones originales de Daniel Vierge, últimos dibujos de tan afamado artista.

ISABEL II, ÍNTIMA, apuntes histórico-anecdóticos de su vida y de su época, por Carlos Cambronero, edición ilustrada con reproducción de cuadros, autógrafos y dibujos de la época.

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS. Descripción histórico-pintoresca de lugares, costumbres, instituciones, etcétera, obra escrita por Eugenio Aubin, ilustrada con copias de fotografías, algunas de las cuales han sido tomadas por el autor del libro.

MARÍA ANTONIETA, ÍNTIMA.—Días felices y días aciagos de una reina, apuntes histórico anecdóticos de su vida, recopilados por Juan Bautista Enseñat. Edición ilustrada con la reproducción de estampas, facsímiles y grabados existentes en los Museos y Bibliotecas de París.

LA ILIADA.—Homero.— Edición notabilísima. Esta inmortal obra, cuya traducción en prosa hemos encargado al doctor D. Luis Segalá y Estalella, irá ilustrada con la reproducción de 24 cabeceras dibujadas por Flaxman y 24 láminas d l celebrado artista inglés A. J. Church.

Finalmente nos complacemos en anunciar que desde primero del año que viene la impresión de La Ilustración Artística se hará en papel mate, mejora cuya importancia estimamos ocioso encarecer.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sigue la criminalidad brutal enseñoreada, no sólo de las planas de los diarios, sino de nuestra atención, de nuestras reflexiones (amargas, claro es) y de nuestra sensibilidad, que sólo debieran afectar las cosas bellas y grandes. Así como negamos el estómago á los groseros condumios de las tabernas y figones, así debiéramos negar el cerebro á las imágenes feroces, horribles, de que incesantemente lo pueblan esos relatos análogos á los romances de ciego que en ferias y plazuelas se escuchan, acompañados de la inevitable exhibición de un cartelón embadurnado de almagre y añil, que reproduce las escenas más espeluznantes del drama referido en el romance. ¿Quién duda que la imaginación se pervierte; quién duda que las multitudes, saturadas de sangre, barbarie y atrocidad, propenderán á engendrar en su seno monstruos como el «profesor de energía» á quien no debieron llamar de apodo el *Hojalata,* sino el *Placa de blindaje,* ó algo más recio, si lo hay en metalurgia?

Acaso ese hombre, en otras circunstancias, con otra educación, en vez de ser el cobarde asesino de dos mujeres, fuese un héroe. Fundo esta hipótesis en el modo que tuvo de suicidarse, revelador de una presencia de espíritu asombrosa, y además, de cierto sentimiento de justicia; porque si en vez de matarse se entrega, á estas horas está comiendo el rancho carcelario, sin el menor miedo al patíbulo, jamás erigido ya para la detestable y vil ralea de jaques y matones feminicidas que una fraseología seudo-sentimental ha bautizado con el nombre de «criminales pasionales.» El *Hojalata* hubiese ido á presidio, todo lo más; y del presidio se vuelve... Al suicidarse, este hombre-fiera se impuso la sanción penal que seguramente no le impondrían los tribunales.

Y ¡qué rabioso valor hace falta para suicidarse así, agarrándose al rayo y haciéndose carbonizar por él! Yo creo que en la estadística de las muertes voluntarias no habrá muchas comparables á ésta. Si el rayo estuviese en el suelo, bastaba inclinarse; el gesto de dejarse caer, que es el gesto de la renunciación, era suficiente... Cuando se sabe que se va á dejar la vida, sería presumible que las fuerzas estuviesen agotadas y que las piernas, flacas y temblantes, rehusasen hacer su oficio. Las piernas del tremendo asesino estaban tan firmes y ágiles, que le consintieron trepar por un palo á considerable altura, con ligereza de mico ó de acróbata. Momentos antes, la mano que iba á empuñar el rayo una fracción de segundo, trazaba cartas sin ortografía, pero con la precisión de una factura comercial, recordando deudas, especificando datos y hasta dando señales para confirmar el aserto, enorgullecedor y miserable, de haber obtenido favores de la víctima... Esto, con la guardia civil á los alcances, sin papel, en fragmentos de estraza, y al pie del poste fatal, por el cual iba á realizar su ascensión pavorosa camino del no ser...

En la historia de este criminal hay romance de ciego, quién lo duda; pero hay algo más allá del romance de ciego, y es esa salvaje decisión realizada tan completamente, tan radicalmente, y adoptada de pronto, en la deficiencia de arma con que cortar el hilo vital, de una puñalada tan certera como las dos que recibieron las desventuradas mujeres. Aplicad esta valentía de tigre acorralado á un objeto noble y hermoso, en acción de guerra, en defensa de algo que pudiese embellecer la acción..., y ni Prometeo ni Hércules, fabulosos semidioses, habrían llegado en sus proezas más allá que el artesano madrileño al encaramarse por el poste con las manos tendidas en dirección de la centella mortal.

Al lado de esta tragedia plebeya -que me ha recordado, exagerándolas, las que solía representar la compañía siciliana de Ferrau Agulia, -palidecen los demás menudos incidentes de sangre: suicidios corrientes, asesinatos que ya miramos como familiares, quimeras y grescas de cada día, la fermentación pútrida de Madrid... Proporcionalmente á la densidad de su población, Madrid es más criminal que París ó Londres, y se explica, porque es más ignorante, más desocupado, más juerguista y menos vigilado que esas otras grandes capitales. Existe en Madrid un contingente formidable de semi artesanos, que no trabajan de un modo regularizado, serio, constante, según se trabaja en Cataluña; sea porque no encuentren dónde, ó sea, y esto yo he visto prácticamente que sucede, porque si encuentran, les repugna sujetarse á la labor seguida, única que puede salvar á un trabajador de la miseria. Trabajan impulsados por la tiránica necesidad, y así que tienen en el bolsillo del chaleco un duro, interrumpen, con especiosos pretextos que nunca faltan, la continuidad de la tarea, y hasta que le rompen el alma al duro permanecen de asueto. Los lunes es difícil atrapar á un operario: aunque sea sobrio (los hay) y no esclavo del copeo, las distracciones del domingo, el absurdo teatro hasta las mil y quinientas (¡qué bien pensado está eso de reglamentar las horas de los teatrillos!), la galantería, los cafés, le han incapacitado para el esfuerzo de voluntad que exige volver á empuñar la herramienta. Aparte del descanso dominical, aprovecha el operario el descanso de un sinnúmero de festividades, algunas de las cuales no son prescritas por la iglesia, sino inventadas por la holgazanería; y el menor suceso, sea del orden oficial ó del privado, basta para cohonestar con él pasajeras vacaciones. Yo conocí este año á un operario (por cierto muy hábil en su oficio) que *vacó* quince días justos porque su mujer había dado á luz. Y se me ocurrió preguntarle, cuando expiró el plazo:

—Pero ¿su señora de usted tuvo fiebre ó tuvo algún retroceso?

—No, señora. Ha seguido desde el primer día tan perfectamente.

—¿No tuvo quién la cuidase? ¿La cuidaba usted?

—No, señora... Ya ve usted, eso no es cosa de hombres... La cuida su madre y una hermana...

—Y entonces, ¿por qué no ha trabajado usted como siempre? Porque en la casa hay una boca más.

—Verdad es... Sólo que, por lo de ahora, esa boca tiene la comida lista, y ya ve usted..., cuando pasan cosas así..., los hombres...

De aquí no le sacábamos; los hombres, como nadie ignora, son unos seres rarísimos, que cuando da á luz su hembra, tienen que tumbarse á la bartola...

Tales filosofías predican á cada instante los que yo llamo semi artesanos, para tomar dos dedos de luz y marcharse por ahí, á ese planeo entreverado de espectáculos y diversiones baratas, ocupación de medio Madrid la mitad lo menos del año. Si es Carnaval, ¿quién no echa una cana al aire? Si Pascua, ¿va mangue á quedarse sin toros? Si santo del rey, ¿quién no es monárquico? Si hay manifestación ó *meeting,* ¿quién no se precia de republicano? Si hay fiestas, percalina por las calles, batallas de flores, ¿se concibe función sin tarasca? Que llega San Isidro, ¿para cuándo son la alegría y el rumbo, sino para las praderas? Que viene Navidad: aquí del besugo, el morapio, la zambomba, la pandereta, el cantar y el alborozarse... y el pegarse, si cuadra. En suma, si se saca la cuenta de los días útiles de estos operarios mal avenidos con la faena, quizás resulten menos que los días desperdigados y desgranados sin fruto. Un operario gana, por ejemplo, cuatro ó cinco pesetas de jornal—este salario no es de los más exorbitantes en Madrid;—y lo que gana, realmente, son dos pesetas ó diez reales, que no alcanzan para sostener una familia, al precio actual de los artículos de primera necesidad. Dicen que están muy mal, que no les alcanza; sóbrales razón, pero fáltales agregar el cálculo de los días que trabajan efectivamente. Si lo agregasen, se explicaría el fenómeno.

Y se explicaría también, en muchos casos, la criminalidad exasperada, los robos como el que arrebató al honrado, laborioso y desafortunado platero de la Carrera de San Jerónimo el modesto fruto de toda una vida—¡esa sí!—de trabajo incesante, y los atentados como el del *Hojalata,* que al perseguir á la viuda del Rastro, establecida, opulenta en su esfera, lo que perseguía era el capitalito de doce mil duros, con el cual podía pasarse la vida cruzado de brazos. El crimen del *Hojalata* no es nunca el crimen de un obrero constante en el trabajo, convencido de que ha de ganarse el pan, salvado de las sugestiones del vicio por la sencilla aceptación del deber cotidiano. En las poblaciones realmente trabajadoras, los crímenes escasean.

* * *

Leo en los periódicos el fallecimiento de un antiguo amigo, el marqués de Campo Ameno.

Cuando le conocí, no poseía título nobiliario alguno, y era sencillamente profesor en la Universidad Compostelana. Hoy desempeñaba el cargo de vicerector en la Universidad Central, y era persona de alto copete, de posición considerable. En treinta y pico de años, el joven catedrático que en la época agitada que precedió á la Restauración fué un testimonio de cómo se abre brillante carrera al que aplica su inteligencia á tal fin—proceda ó no de modestísima clase,—llegó á cuanto es posible llegar dentro de esa carrera: si no hubiese muerto relativamente joven, el rectorado de la Central le sonreía en perspectiva. D. Prudencio Mudana no poseía, sin embargo, uno de esos talentos brillantes é indiscutibles; reunía facultades equilibradas, normales, y acaso esto sea el mejor lote que puede traer al mundo un hombre llamado á luchar para vencer en el orden práctico. Cuando el marqués de Campo Ameno comenzaba á hacerse notar y aplaudir por su facilidad de palabra, su lucidez de percepción, su memoria feliz y su erudición no común, despuntaban á su lado otros profesores también jóvenes, dotados de facultades realmente extraordinarias. Uno de ellos, el profesor de Química Laureano Calderón, hermano del ilustre escritor D. Alfredo Calderón, producía el efecto de atesorar la inteligencia más poderosa entre cuantas aparecen en una pléyade intelectual. Sin embargo, el camino andado por Laureano Calderón—á quien arrebató también la muerte en plena madurez—fué senda pedregosa y olvidada: yo le vi en Madrid, en su laboratorio de la calle de Carretas, donde trataba de defenderse y vivir, después de haber estudiado en el extranjero lo más adelantado de su ardua especialidad. Obscuramente arrinconado en una provincia, acabó sus días Augusto Linares, otro profesor del cual se presumía que refrescase los laureles de nuestros grandes naturalistas, aquellos que en las Indias españolas echaron los cimientos de un movimiento científico secundado, pero no iniciado, por los Lamarck y los Buffon. ¿Fué culpa de un fenómeno de inadaptación al ambiente el que estos hombres de verdadero y prestigioso valer ni aun hayan sido conocidos de la generación en que aparecieron? ¿Qué les faltó, para haber influído en ella, en el sentido peculiar de sus trabajos científicos? Lo que sé es que, á los veinticinco años, todo el mundo les pronosticaba cosecha de gloria.

Emilia Pardo Bazán.

MADRID.—DÉCIMA EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

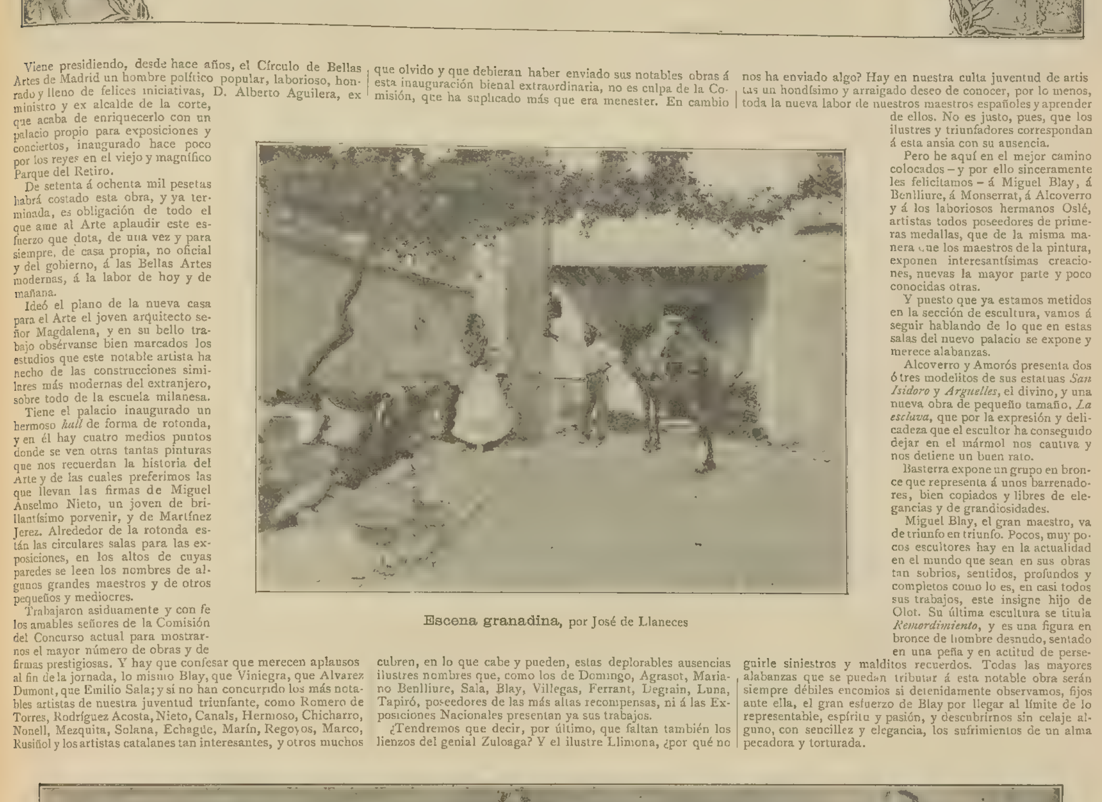
Viene presidiendo, desde hace años, el Círculo de Bellas Artes de Madrid un hombre político popular, laborioso, honrado y lleno de felices iniciativas, D. Alberto Aguilera, ex ministro y ex alcalde de la corte, que acaba de enriquecerlo con un palacio propio para exposiciones y conciertos, inaugurado hace poco por los reyes en el viejo y magnífico Parque del Retiro.

De setenta á ochenta mil pesetas habrá costado esta obra, y ya terminada, es obligación de todo el que ame al Arte aplaudir este esfuerzo que dota, de una vez y para siempre, de casa propia, no oficial y del gobierno, á las Bellas Artes modernas, á la labor de hoy y de mañana.

Ideó el plano de la nueva casa para el Arte el joven arquitecto señor Magdalena, y en su bello trabajo obsérvanse bien marcados los estudios que este notable artista ha hecho de las construcciones similares más modernas del extranjero, sobre todo de la escuela milanesa.

Tiene el palacio inaugurado un hermoso *hall* de forma de rotonda, y en él hay cuatro medios puntos donde se ven otras tantas pinturas que nos recuerdan la historia del Arte y de las cuales preferimos las que llevan las firmas de Miguel Anselmo Nieto, un joven de brillantísimo porvenir, y de Martínez Jerez. Alrededor de la rotonda están las circulares salas para las exposiciones, en los altos de cuyas paredes se leen los nombres de algunos grandes maestros y de otros pequeños y mediocres.

Trabajaron asiduamente y con fe los amables señores de la Comisión del Concurso actual para mostrarnos el mayor número de obras y de firmas prestigiosas. Y hay que confesar que merecen aplausos al fin de la jornada, lo mismo Blay, que Viniegra, que Alvarez Dumont, que Emilio Sala; y si no han concurrido los más notables artistas de nuestra juventud triunfante, como Romero de Torres, Rodríguez Acosta, Nieto, Canals, Hermoso, Chicharro, Nonell, Mezquita, Solana, Echagüe, Marín, Regoyos, Marco, Rusiñol y los artistas catalanes tan interesantes, y otros muchos que olvido y que debieran haber enviado sus notables obras á esta inauguración bienal extraordinaria, no es culpa de la Comisión, que ha suplicado más que era menester. En cambio cubren, en lo que cabe y pueden, estas deplorables ausencias ilustres nombres que, como los de Domingo, Agrasot, Mariano Benlliure, Sala, Blay, Villegas, Ferrant, Degrain, Luna, Tapiró, poseedores de las más altas recompensas, ni á las Exposiciones Nacionales presentan ya sus trabajos.



Escena granadina, por José de Llaneces

¿Tendremos que decir, por último, que faltan también los lienzos del genial Zuloaga? Y el ilustre Llimona, ¿por qué no nos ha enviado algo? Hay en nuestra culta juventud de artistas un hondísimo y arraigado deseo de conocer, por lo menos, toda la nueva labor de nuestros maestros españoles y aprender de ellos. No es justo, pues, que los ilustres y triunfadores correspondan á esta ansia con su ausencia.

Pero he aquí en el mejor camino colocados – y por ello sinceramente les felicitamos – á Miguel Blay, á Benlliure, á Monserrat, á Alcoverro y á los laboriosos hermanos Oslé, artistas todos poseedores de primeras medallas, que de la misma manera que los maestros de la pintura, exponen interesantísimas creaciones, nuevas la mayor parte y poco conocidas otras.

Y puesto que ya estamos metidos en la sección de escultura, vamos á seguir hablando de lo que en estas salas del nuevo palacio se expone y merece alabanzas.

Alcoverro y Amorós presenta dos ó tres modelitos de sus estatuas *San Isidoro* y *Arguelles*, el divino, y una nueva obra de pequeño tamaño, *La esclava*, que por la expresión y delicadeza que el escultor ha conseguido dejar en el mármol nos cautiva y nos detiene un buen rato.

Basterra expone un grupo en bronce que representa á unos barrenadores, bien copiados y libres de elegancias y de grandiosidades.

Miguel Blay, el gran maestro, va de triunfo en triunfo. Pocos, muy pocos escultores hay en la actualidad en el mundo que sean en sus obras tan sobrios, sentidos, profundos y completos como lo es, en casi todos sus trabajos, este insigne hijo de Olot. Su última escultura se titula *Remordimiento*, y es una figura en bronce de hombre desnudo, sentado en una peña y en actitud de perseguirle siniestros y malditos recuerdos. Todas las mayores alabanzas que se puedan tributar á esta notable obra serán siempre débiles encomios si detenidamente observamos, fijos ante ella, el gran esfuerzo de Blay por llegar al límite de lo representable, espíritu y pasión, y descubrirnos sin celaje alguno, con sencillez y elegancia, los sufrimientos de un alma pecadora y torturada.

La playa de Biarritz, impresión de José Villegas

Angel García presenta tres obras que son otros tantos retratos y dignos aciertos; es el más bello, á nuestro juicio, el grupo en mármol de las dos niñas que se asoman al balcón.

De González Pola son dos ó tres esculturitas pequeñas, pero llenas de expresión.

Mariano Benlliure, el escultor ilustre, ha enviado á esta Exposición de sus compañeros lo que ha podido: su *Goya*, el busto de bronce de *Martínez Campos* á caballo y el gracioso grupito *Una buena pica*, que está en el Luxemburgo. Tres trabajos notables en suma. Debió, sin embargo, habernos enseñado algún trozo de la estatua de Castelar, que ahora termina para colocarla en el paseo de la Castellana de la corte.

Monserrat expone dos obras pequeñas en bronce: *La clueca* y *El pastorcillo*, esculturas tan graciosas como bien movidas, y un hermoso mármol que titula *La convalecencia*.

Gabriel Borrás Abella, con su bailarina flamenca en las tablas, nos da una sensación exacta de la alegría y del frenético compás del tango; ha colocado el artista su bella figura con mucha gracia y ática manera, sin que en ella se observe detalle que no sea artístico. Modela el notable artista soberbiamente y domina todos los generos.

Los Oslé adelantan cada vez muchos pasos y se nos muestran, en fin, grandes y depurados maestros. El grupo del picador que después de una caída espantosa, de latiguillo, se levanta imperturbable á recoger, sombrero en mano, la recompensa, las ahogadas palmas, á su labor de hierro, es sencillamente admirable y una de las mejores obras de esta Exposición.

El nuevo patrón y *Hungría*, las otras dos obras que exponen estos hermanos, son también interesantes, sobre todo la segunda; que recuerda otros muy celebrados trabajos ya admirados de los mismos escultores.

Completan la sección de escultura pequeños bustos, bocetos y aun posiciones en barro más ó menos bellas que firman los laureados artistas Aurelio Carretero, Clará, Valera, Calleja, Doménech, Feitó, Liria, Lozano, Mongrobejo, Valero, Simón, Vega Cruces, Marinas y unas figuritas cómicas de Stuck.

Varios distinguidos críticos han dicho en algunos periódicos que deben mirarse como humilde «tarjeta de presentación» nada más los lienzos expuestos por las más respetables firmas. ¿Por qué se dirán, pregunto yo, tales cosas tan á la ligera, con visible y muy grande perjuicio de los interesados, de su cimentada fama artística y del comercio?

¿Cómo suponer que el director, por ejemplo, de la Academia de pensionados en Roma, y el del Museo del Prado, y el del Moderno, y el de la Academia de San Fernando y otros y otros, iban á mostrar cosa mediocre, como hija de sus talentos? No. No será la obra abundante – es lo que concedo – y cada maestro habrá enviado un cuadrito pequeño, pero en este lienzo veránse hermanadas Poesía, Vida, Naturaleza.

Así yo afirmo, bajo palabra de honor, que de Muñoz Degrain no he visto ningún cuadro más hermoso que su *Campamento*, bello lienzo, prodigio de luz y de vigorosa y fuerte pintura; ni Emilio Sala ha hecho en su vida retrato más interesante, sólido y de inspiradísimo conjunto, que el de señora que ahora nos enseña; ni Viniegra pinturas más bien encaminadas á la evolución presente, que su cuadro *Anocheciendo;* ni Tapiró mejor acuarela detallista que su moro, santón de Marrakex; ni Llaneces más bello paisaje andaluz que el que expone de la inmortal Granada; ni Domingo, ni Ferraut, cuadritos más ricos de color y llenos de sabiduría de maestro que los que al óleo se ven, casi tocando uno con otro, en estas nuevas salas del palacio del Retiro; ni de Garnelo, Benlliure, Alvarez Dumont, Villegas, Gómez Gil, vemos lienzos aquí que desmerezcan de sus obras anteriores. De mi ilustre amigo D. José Villegas no he visto jamás unas pinturas que con tan poco artificio den una justa idea de una hora en la playa y de la vida pintoresca del incomparable Biarritz.

Todo lo dicho sobre las nuevas obras de los maestros será una modesta opinión; pero advierto que la sustentan también conmigo los más cuerdos jóvenes artistas y el público que sabe ya algo de estas cosas.

Agrasot es un veterano pintor que nos muestra tres cuadros de pequeño tamaño, sumamente agradables y bien compuestos todos, y muy especialmente el titulado *Estudio de desnudo*.

Un santón de Marrakex, acuarela de José Tapiró

El color que Alvarez Dumont pone en sus nuevos cuadritos no es de mi agrado, y es lástima, porque en ellos encuentro espíritu y ansias. Yo me atrevería á aconsejar á este buen artista y á otros con él notables que pusieran sus ojos y su gusto en la deliciosa pintura decorativa de Miguel Anselmo Nieto, que allí se admira.

La *Aldeana gallega*, de Alvarez Sotomayor, es una obra intensa, cautivadora, fuerte, original, bellísima en composición, en color, en armonía. Compraríamos, por nuestro gusto y sin regatear, este lienzo, como los de los Zubiaurre, como los de Carlos Vázquez, como uno de Diego López, y las aguas fuertes de Ricardo Baroja, y las esculturas de Blay y de los hermanos Oslé.

Benedicto presenta un estudio de Venecia sencillo y sugestivo; de José Benlliure nos agrada su *Cripta romana*, tan árido como sincero trabajo. Los tres paisajes de Beruete son los mejores que ha pintado este autor. *La pradera*, de Gonzalo Bilbao, dentro de su género, nos parece un paisaje de enjundia y en el que puede apreciarse el exquisito dominio á que ha llegado el autor de *La esclava*.

Juan Botas, un joven canario de veinticinco años, que vive en París, pensionado, ha enviado dos lienzos que parecen pintados por mano vieja en la ejecución y maestra en el gusto.

Las *Dos hermanas*, de Covarsi, es una pintura que está muy bien y que tiene tanto sabor y delicadeza, por lo menos, como el lienzo alegre y lleno de luz y color de la campiña de Córdoba de *Un domingo en la aldea*, de Díaz Huertas.

Después de larga ausencia trae á España nuevamente algunas de sus producciones D. Francisco Domingo, que vive hace años en París; de sus seis obras presentadas las que más nos satisfacen son *La orgía en Carnaval* y el retrato de señora, y como nota impresionista, *Las tres cabezas*. También aparece un hijo de este celebrado artista por primera vez en las Exposiciones de nuestro país; en sus dos ó tres lienzos se observan las condiciones precisas hoy para ser un excelente pintor.

Fillol discurre cosas extrahumanas, abstracciones y símbolos hondos, poéticos y de difícil expresión, y lleva sus ideas al lienzo, y ¿por qué deciros que en sus figuras y colores acierta, si no es verdad que se admiren ni entre los más versados en estas creaciones superesenciales?

Yo no conozco al pintor Diego López, de Sevilla, ni á los hermanos Zubiaurre, del Norte. A uno y á otros artistas les felicito. El primero ha logrado hacer un retrato definitivo; es una bella manola sevillana admirable, sentada y que tiene al fondo un paisaje exquisito y á tono. Los hermanos Zubiaurre, D. Valentín y D. Ramón, serán pintores famosos muy pronto si siguen por la senda emprendida. Ante los lienzos de estos poco conocidos artistas he quedado un gran rato absorto, y lo que á mí me aconteció sucede también á mucha gente algo educada que visita la Exposición actual.

De Juan Francés hemos visto en esta Exposición tres apuntes muy bellos; de Aurelio García un cuadro que es uno de los paisajes más dignos de citarse en el Concurso, *El pinar*. González Ibaseta expone un estudio de sol y un paisaje de la montaña que está muy bien de color y de espíritu. De la misma manera González Alarcón y Labrada presentan unas pinturas de jardines interesantes y modernas. Kunlni y Lobo un retrato del caricaturista Moyano, que puede ser la primera piedra de otras admirables obras del joven pintor. Huidobro compone con unas figuras modestas de mujer una escena tan sencilla como simpática.

Uno de los retratos más elegantes presentados en las salas del Retiro es el de la señorita María Luisa, cuyos encantos nos muestra el muy diestro Sr. López de Ayala.

Llorentz presenta unas lavanderas en un cuadro agradable, aunque nos satisface más *La hora de la siesta*, de Maldonado. Martínez Ruiz y Pinazo han traído una pequeña muestra de lo que pueden enseñarnos, y Pueyo *La rogativa*, y Sancha ó Sánchez un lienzo donde admiramos un paisaje hermoso; Ruiz Luna continúa la serie de sus notables pasteles; Carlos Vázquez expone dos ó tres obras de maestro verdad; Villoda un bellísimo lienzo, *La sobrina del cura;* Zaragoza un estudio y Baroja unas aguas fuertes admirables.

M. Carretero.

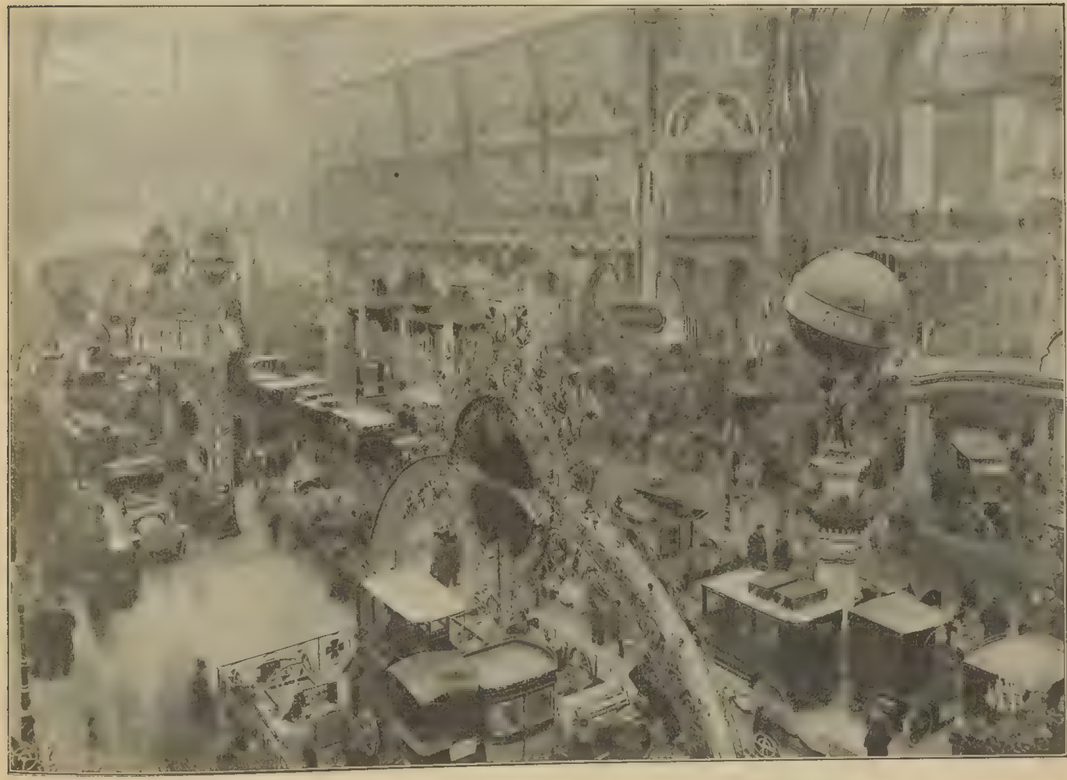
(Fotografías de Alfonso)

Nota de la Redacción. – El deseo de ilustrar con el mayor número posible de grabados el anterior artículo, que á raíz de la inauguración de la exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid nos envió nuestro distinguido colaborador Sr. Carretero, nos ha hecho demorar hasta ahora su publicación. Mas como, á pesar de nuestros esfuerzos y de nuestras gestiones cerca de muchos artistas, no hemos podido aún reunir las fotografías que deseábamos, hemos creído que no debíamos aplazar por más tiempo la inserción de la revista acompañada sólo de cuatro ilustraciones, sin perjuicio de ir publicando las que tenemos solicitadas á medida que las vayamos recibiendo.

Un molino en el Charente, cuadro de Gonzalo Bilbao

PARÍS.—DECIMA EXPOSICIÓN ANUAL DEL SALON DEL AUTOMÓVIL. (Fotografías de M. Branger.)

Vista general del exterior del Gran Palacio iluminado por medio de luces eléctricas



Vista general del interior del Gran Palacio en donde está instalada la exposición

LAS EXCAVACIONES RECIENTEMENTE EFECTUADAS EN OSTIA

La antigua Ostia fué construída por Anco Marcio, quien, con la fundación de ese puerto, aumentó la importancia de Roma. Los romanos, en su orgullo, afirmaban que «ha de pasar por Ostia todo lo bello que hay en el mundo,» y se decía que un soberano oriental, al desembarcar en Ostia, había exclamado: «Era menester que viniera yo aquí para poder admirar todo lo que de hermoso tiene el Oriente.»

El Foro, de forma cuadrada, medía 80 metros de cada lado y estaba rodeado de pórticos, el principal de los cuales estaba junto al Teatro, cuyo escenario y cuya platea se ven todavía.

En una vieja calle, sobresalen del suelo los cimientos de tres templos, uno de ellos el *Veneri Sacrum,* según es de ver en la inscripción del altar. Detrás hay un *Mitreo,* santuario del dios del Sol que triunfa de la obscuridad.

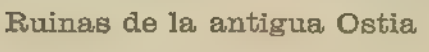
Los templos de Júpiter, de Vulcano y de Cibeles, las Termas, los sepulcros, los graneros y otros restos de grandes edificios atestiguan aún la importancia de aquella ciudad, que fué el puerto de Roma en un tiempo en que Roma era la capital del mundo.

El castillo de Ostia, que actualmente se admira, fué construído en 1483,

El castillo de Ostia

Cuando nuestra bien amada reina Elena, acompañando á su augusto esposo en una cacería en su hermosa finca de Castelporziano, sacó la espléndida estatua del *Discóbolo* de la sepultura secular en que yacía, después de haber adornado una de las más suntuosas *villas* de la antigua Laurentum, apresuréme á hacer solicitar de Su Majestad el rey el permiso para recorrer y fotografiar los diversos sitios explorados en aquella vasta campiña ondulada que, extendiéndose á lo largo de la orilla del Tíber, llega hasta el mar, hasta la misma playa en donde Virgilio hace desembarcar á Eneas.

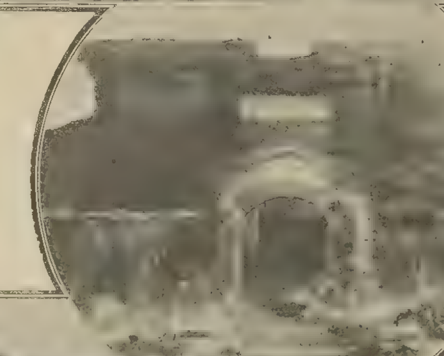
S. M. se dignó concederme inmediatamente el permiso solicitado, y en el magnífico 60 H. P. del conde Leali, *sportman* apasionado é inteligente y diputado en el Parlamento italiano, trasladéme á aquellos lugares de la grande y sugestiva campiña romana, en los que las convulsiones terrestres y las inundaciones del Tíber han borrado todas las huellas de los antiguos esplendores.



Ruinas de la antigua Ostia

El cazadero de S. M. el rey comprende dos fincas colindantes situadas en la orilla izquierda del Tíber y de la carretera que conduce á Ostia: Castelporziano, que da el nombre al cazadero, y Castelfusano, que llega hasta el mar y ocupa el sitio de la antigua Laurentum.

En esos lugares precisamente es en donde se descubrió el *Discóbolo,* allí donde, según Plinio, «tenía el Tíber más *villas* que todos los ríos del mundo reunidos.» Pero dejando para otra ocasión el describir las excavaciones de Laurentum, me limitaré hoy á dar una idea de esa interesante zona de la campiña romana, ignorada casi de los turistas, y que los arqueólogos que hace tiempo la visitaron no reconocerían ahora después de las muchas mejoras y de las interesantísimas excavaciones que en ella se han practicado y se practican todavía incesantemente.



El Teatro

Ruinas del Foro que ocupaba una superficie cuadrada de 80 metros de lado

no por Julián de Sangallo, como equivocadamente han creído algunos, sino por Baccio Pintelli, por encargo del obispo de Ostia, cardenal de Estouteville, que ya le había confiado la reconstrucción de la iglesia de Santa Aurea.

En Ostia murió Santa Mónica, madre de San Agustín; el cardenal de Ostia conserva todavía el privilegio de proclamar á los papas después de su elección.

Los castillos que en Castelporziano y en Castelfusano posee el rey de Italia estaban, durante la Edad media, fortificados contra los piratas que infestaban el Mediterráneo y los salteadores de caminos que realizaban sus fechorías en la campiña romana.

CARLOS ABENIACAR.

Roma, noviembre de 1907.

(Fotografías del autor.)

LA CATASTROFE DE RIUDECANYAS (PROVINCIA DE TARRAGONA)

Hundimiento de un puente al paso de un tren

Primer tramo de entrada del puente apuntalado con vigas y un caballete de madera. El tramo hundido estaba apuntalado de la misma manera. El puente tiene 150 metros de largo y el tablero está tendido á 3'50 metros sobre el lecho de la riera.

Vista del tramo de puente hundido. El vagón que hay encima es el furgón de cola que, junto con un coche de tercera clase, no se derrumbó. Al otro lado, se ven la máquina, el ténder y un vagón de primera y otro de tercera. (De fotografías de A. Merletti.)

Vista del sitio de la catástrofe poco después de ocurrida ésta. En ella se ven los vagones enteramente destrozados y volcados, y el tablero y los rieles del puente rotos y retorcidos. A la izquierda, sobre la vía, la máquina, el ténder y dos vagones descarrilados. (De fotografía de Castellá.)

Brigadas procediendo á quitar de la vía los escombros. En esta vista puede apreciarse el estado en que quedaron, así los vagones derrumbados, como las unidades que formaban la cabeza del tren y que permanecieron sobre la vía.

Los cadáveres de las víctimas del hundimiento depositados en un lugar próximo al sitio de la catástrofe y custodiados por la guardia civil é individuos de la Cruz Roja antes de procederse al reconocimiento de los mismos. (De fotografía de A. Merletti.)

LONDRES.—UNA FIESTA DE PERSONAS REALES.—ALMUERZO CELEBRADO EN EL COMEDOR DE GALA DEL PALACIO DE WINDSOR EL 17 DE LOS CORRIENTES.
Dibujo de F. de Haenen, sobre un croquis del natural de D. Macpherson.

Veinticuatro personas asistieron á ese banquete, y todas ellas, á excepción del duque de Argyll, pertenecían á familias reinantes, á saber: el rey Eduardo VII y la reina Alejandra de Inglaterra; Guillermo II y la emperatriz Augusta de Alemania; Alfonso XIII y la reina Victoria de España; la reina Amelia de Portugal; la reina Maud de Noruega; la duquesa de Aosta; el príncipe y la princesa de Gales, la princesa real, el duque de Fife, la princesa Victoria, el duque y la duquesa de Connaught, el príncipe Arturo y la princesa Patricia de Connaught, la princesa Enrique de Battenberg; el gran duque y la duquesa Wladimiro de Rusia; la infanta Isabel de España, y el príncipe y la princesa Juan Jorge de Sajonia.

Alfonso XIII. Guillermo II. Eduardo VII.

Reina Maud de Noruega. Emperatriz Augusta de Alemania. Reina Alejandra de Inglaterra. Reina Amelia de Portugal. Reina Victoria de España.

UN GRUPO DE OCHO TESTAS CORONADAS EN EL SALÓN ROJO DEL PALACIO DE WINDSOR

Terminado el almuerzo á que se refiere el anterior grabado, las ocho testas coronadas que á él habían concurrido fueron fotografiadas formando el interesante grupo que reproducimos, tomado de una fotografía que nos ha sido remitida directamente de Londres por la casa W. y D. Downey.

UNA DESCENDIENTE DE CARMEN

Y UNA GRAN INTÉRPRETE DE LA PROTAGONISTA DE LA ÓPERA DE BIZET

No hace mucho, se suscitó en algunos periódicos extranjeros la cuestión de si la heroína de la novela de Marimée y de la ópera de Bizet había realmente existido, cuestión que fué resuelta en sentido afirmativo, habiéndose aducido una porción de pormenores acerca de la historia de su familia y recordado que, no hace muchos años, una bisnieta de la famosa gitana había cantado en un teatro, y precisamente el papel de Carmen, sin que desde entonces se hubiese vuelto á saber nada de ella.

Mintz Nadushka, bisnieta de Carmen, que inspiró á Merimée la famosa novela de este nombre y que habiéndose dedicado al teatro tiene en su repertorio el papel de la protagonista de la popular ópera de Bizet. (De fotografía.)

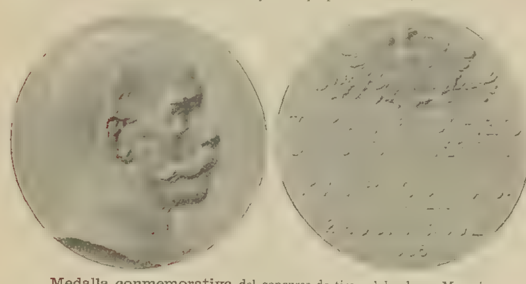
Pero recientemente Mintz Nadushka, que así se llama la bisnieta de Carmen, ha dado fe de vida y referido en un diario parisiense lo que, según sus noticias, hay de cierto en la novela de Merimée y lo que en ésta es ficción del novelista. Dice que su bisabuela se llamaba Ar Mintz, *la Tigre ó la Indomable*, nombre que Merimée substituyó por el de Carmen; Nadushka era el apellido de su familia, la cual con una tribu solía acampar en Gibraltar y vivía del contrabando. Desde muy joven fué compañera de un gitano de la tribu, llamado Yaleo, que murió en un encuentro con los carabineros.

Carmen no fué nunca cigarrera en Sevilla, pues odiaba las grandes ciudades, y jamás quiso someterse á un trabajo regular, y sus relaciones con D. José fueron más sencillas de lo que en la ópera resultan. Detenida en flagrante delito de contrabando en Tarifa, un sargento, don José Navarro, la dejó escapar, recibiendo, en cambio, su amor; pero la gitana no tardó en burlarse de él. José desertó, y siguió á Carmen á la montaña, pero la tribu le recibió con desagrado. En un arrebato de celos, mató José á Carmen; es, sin embargo, inverosímil que ésta diese motivo á tales celos, porque una gitana es siempre fiel al hombre que ha elegido.

Antes de unirse á José, Carmen había tenido de Yaleo una hija, Mintz Nadushka, la cual, casada con un cantor nómada, Djarko, tuvo, á su vez, de éste varios hijos y una hija que se llamó Thiecla. Esta se casó con un soldado inglés de Gibraltar, Harry Greshan, que después murió en la India, regresando entonces la viuda con una hija á Gibraltar, á casa de su padre. Esa niña, que era bisnieta de Carmen, á la edad de veinte años se dedicó al teatro, y como estaba orgullosa de su familia, adoptó el nombre de Mintz Nadushka. Sus compañeros de tribu, que sentían cierta veneración por este nombre y que consideraron como un sacrilegio el que la joven artista cantase el papel de Carmen, la envenenaron; pero Mintz logró sanar, gracias á los cuidados de un escritor francés, León Roger, que luego la hizo su esposa.

Hace poco más de un año realizó una *tournée* por América, y el 16 de agosto de 1906 hallábase en Valparaíso cuando los terremotos. Los periódicos yanquis dieron cuenta entonces de su muerte, noticia que la misma Mintz hizo desmentir.

Y puesto que de *Carmen* hablamos, parécenos oportuno publicar el retrato de una nueva estrella del arte lírico que está llamada á eclipsar, según parece, á las más famosas, y que en Berlín ha obtenido grandes ovaciones cantando el papel de protagonista de dicha ópera. Llámase María Labia, cuenta veintitrés años, desciende de una noble familia de Verona, y su madre la condesa María Labia ha sido su maestra. Comenzó su carrera artística dando conciertos en varias ciudades de Italia y de Rusia, y hace poco debutó en Estockolmo como cantante de ópera. De allí pasó á Berlín, en donde se impuso desde luego por su hermosa presencia, por su magnífica voz, por su excelente escuela y por su talento dramático, que algunos comparan con el de la genial Duse.



Medalla conmemorativa del concurso de tiro celebrado en Moravia (Austria-Hungría) en 1906, obra de Juan Schaefer

PARÍS. – EXPOSICIÓN DECENAL DEL AUTOMÓVIL

(Véanse los grabados de la página 781)

Celébrase actualmente esa exposición en el Gran Palacio, bajo la dirección del Automóvil Club de Francia, y ocioso es decir que en ella han echado el resto las casas constructoras francesas y extranjeras. Cuanto puede desear el más exigente hállase reunido en aquella inmensa rotonda central y en las galerías adyacentes: vehículos de todas clases, tamaños y formas, desde el más sencillo al más suntuoso, desde la diminuta *voiturette* al inmenso coche para viajes; motores de las más distintas fuerzas, accesorios, neumáticos, de todo hay allí en abundancia. ¿Citar marcas? ¿Para qué? Con decir que no falta ninguna queda hecha la lista de las casas exponentes. En suma, el actual salón es la última palabra de la industria automovilista en sus diversas manifestaciones.

Por la noche, el Gran Palacio aparece espléndidamente iluminado por dentro y por fuera. La iluminación consiste en 220.000 lámparas de incandescencia, 200 de mercurio, 140 de arco voltaico, 100 proyectores y 4 550 luces de gas de 20 bujías cada una por término medio, á las que hay que añadir 10 000 lámparas incandescentes y 200 arcos de los Inválidos. El coste de la iluminación eléctrica, suministrada por una corriente que representa 8.000 caballos, pasa de 5.000 francos por hora.

LA CATÁSTROFE DE RIUDECANYAS (TARRAGONA)

(Véanse los grabados de la pág. 783)

De inmensa puede calificarse la catástrofe ferroviaria ocurrida el día 25 del pasado noviembre en el puente de Riudecanyas. El tren expreso de Valencia que salió de Barcelona á las ocho y media de la mañana, al llegar al puente mencionado, entre las estaciones de Cambrils y Hospitalet, derrumbóse en la riera de aquel nombre, quedando enteramente destrozados varios vagones. Innecesario creemos describir el horroroso espectáculo: mejor que nuestras palabras pueden dar idea de él las fotografías que en la página 783 reproducimos; contemplándolas, la imaginación puede fácilmente reconstituir la espantosa escena. Tampoco nos parece oportuno mencionar pormenores del suceso; son tan horribles, que la pluma se resiste á transcribirlos. Baste decir que hubo 20 muertos y 48 heridos.

¿Cómo se produjo la catástrofe? Dicen unos que fué por haber descarrilado un vagón al pasar el último extremo del puente; afirman otros que éste, que se hallaba en malísimo estado, se hundió al peso del tren. Oficialmente nada se sabe. Es positivo, sin embargo, que el puente había sido denunciado hace algunos años; que á consecuencia de una inspección ordenada por el gobierno había sido reforzado con unos caballetes de madera, y que hasta hace muy poco no había sido autorizado el paso por él de los trenes á las velocidades ordinarias. A pesar de esa inspección y de esas obras de refuerzo, las gentes del país preveían un desastre; algunos de los grabados que publicamos, como los que reproducen el tramo del puente hundido y el caballete que sostiene el extremo primero del puente, igual al que sostenía el otro extremo, el que se hundió, parecen demostrar que los temores de aquellas gentes eran fundadísimos, y la realidad triste, espantosa ha venido á darles la razón.

En el Parlamento se ha tratado de este asunto; muchos diputados y senadores han pedido que se depuren y exijan sin contemplación alguna las responsabilidades que del hecho resulten. La prensa pide lo mismo y la opinión pública clama porque se adopten de una vez las medidas necesarias, radicales y urgentes, para que los que por deber ó por gusto han de utilizar ciertas vías férreas españolas no tengan de continuo expuestas sus vidas, á causa de complacencias, omisiones y negligencias intolerables y perfectamente punibles.

El gobierno ha prometido que se abrirá una información para determinar las causas de la catástrofe, y que se procederá en justicia contra los que de ésta resulten culpables, si es que se demuestra que ha habido culpa.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Breslau. – Un acaudalado rentista de Breslau, el Sr. Fischer, recientemente fallecido, ha legado al Museo Silesiano de Bellas Artes de aquella ciudad su colección, compuesta de noventa cuadros y doce esculturas, obras notables de artistas modernos, y además la cantidad de 250.000 marcos (312.500 pesetas).

Espectáculos.—En Tokío se ha celebrado el primer concierto Bach; un notable organista, Saito, ejecutó perfectamente algunas piezas del gran maestro, que fueron muy aplaudidas por una numerosa y selecta concurrencia.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *No 's tot dir blat*, pasatiempo lírico en un acto de Eduardo Aulés, música del maestro Borrás de Palau; y *Els gendarmes*, zarzuela en dos actos de J. Morató, música del maestro Sadurní; en Romea *Temps de belluga, campi qui puga*, arreglo de una comedia francesa en tres actos por Teodoro Baró; *Calvari amunt*, drama en un acto de J. Burgas, y *Bernat Manso*, pieza en un acto de J. Juliá; y en el Eldorado *Morada histórica*, juguete cómico en dos actos de Ricardo Blasco.

María Labia, famosa tiple italiana que ha cantado recientemente en Berlín, entre otras, la ópera «Carmen», de Bizet, haciendo del papel de protagonista una verdadera creación. (De fotografía.)

En Novedades ha dado dos conciertos la Asociación Musical de Barcelona: en el primero, la orquesta, muy bien dirigida por el Sr. Lamothe de Grignón, tocó la *Cuarta Sinfonía* de Glazunow y un *Diálogo* de Mas y Serracant, y el notable pianista Sr. Batalla, acompañado de la orquesta, el *Concierto n.° 4 en do menor* de Saint-Saens y el *Concierto en la menor* de Grieg. En el segundo, exclusivamente de música de Saint-Saens, este célebre compositor tocó, en unión del Sr. Malats y con acompañamiento de orquesta, sus *Variaciones* sobre un tema de Beethoven y su *Scherzo*, y solo con la orquesta su vals capricho *Wedding Cake*. La orquesta ejecutó la obertura de *La timbale d'argent* y el preludio de *Le Deluge*. Ambos conciertos fueron dos grandes éxitos, alcanzando muchos y merecidos aplausos cuantos en ellos tomaron parte.

Necrología.—Han fallecido:

Alfonso Lemonnier, poeta francés.

Héctor Malot, novelista francés.

Teodoro Piscis, pintor de historia y de género muniquense.

Edmundo Demolins, historiador, sociólogo y pedagogo francés, autor de muy notables obras, entre ellas de la tan conocida *¿A qué se debe la superioridad de los anglo sajones?*

E. R. Hintze-Ribeiro, hombre de Estado portugués, ex presidente del Consejo de Ministros.

Isabel Ney, escultora muniquense que desde hacía muchos años residía en los Estados Unidos.

Carlos Alberto de Baur, pintor alemán, ex presidente de la Asociación de Artistas de Munich.

Emidio Taliani, cardenal, ex nuncio de S. S. en París y en Viena.

Julio G. Jordán, escultor alemán.

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

El fúnebre cortejo era numerosísimo

—Sí, dijo Susana al observar que el abogado la miraba como pidiendo confirmación y fijando después la vista en Miguel.

—El difunto, continuó Patchett, quemó el segundo testamento; pero como yo escribí los dos, sé que las disposiciones en ambos eran exactamente las mismas; la única diferencia consiste de que en el segundo explicaba por qué no le había sido posible dejar á Miguel tanto como él hubiera querido. Yo creo que desde un principio fué su intención anular el segundo testamento, pues cuando le dije que podía consignar en éste cuanto quisiese explicar, insistió en que se sacara otra copia. Me parece que obró bien, porque ciertos detalles podían haber ocasionado un disgusto inútil á varios de los supervivientes, y esto era fácil de evitar.

Como se ve, el abogado trataba de allanar las cosas para Miguel; pero sus palabras, puestas en relación con las frases cortadas del pedazo de testamento que Susana tenía en su poder, despertaron nuevas dudas en el ánimo de la joven.

Patchett acabó de leer el testamento, sin que en ninguno de los oyentes se manifestase el menor desagrado. Juan Hazell y su hermana no ignoraban que habían recibido todo su patrimonio, y estaban satisfechos con el pequeño legado que aún se hacía en su favor; pero sorprendióles mucho saber que además de la granja y sus tierras no le quedaran á Miguel sino 2.500 duros; esta suma no se consignaba en el testamento; pero el Sr. Patchett dijo que sería el total del legado con las fincas.

—¿Cómo puede ser eso?, exclamó el hermano Juan apenas pudo hacer uso de la palabra. Todos creíamos que te quedaría al menos doble cantidad que á nosotros, y ahora resulta que sólo tendrás lo suficiente para sostener la granja.

—Pero tengo ésta y las tierras, contestó Miguel, y estoy contento con mi parte.

El hermano comprendió que Miguel eludía alguna cuestión, sospechando que le afligía alguna pena además de la ocasionada por la muerte de su padre.

—Si estás contento, nada tenemos que decir; pero como mi ánimo es ayudarte si llegases á estar apurado, me complacería que me dijeras cuál es ahora tu verdadera posición.

—Nada me hace falta, y por lo tanto, no debes inquietarte por mí.

—Muy bien; si lo tomas de ese modo, no insistiré; mas debo creer que tú y nuestro difunto padre habéis especulado...

—Sí, es verdad; yo he perdido.

—Pues debiste decírmelo de una vez, pues así se aclara todo; pero debió ser muy triste para el pobre anciano saber que iba á dejarte tan poco, en comparación de lo que á nosotros nos ha correspondido, y esto á pesar de lo mucho que trabajaste con él.

—Sí, efectivamente le disgustó; pero hizo lo que yo deseaba que hiciera, y de este modo me considero más feliz que si me hubiese dejado un millón. Al presente entiendo que mi posición es muy buena.

—Pues si tan contento estás, replicó el hermano, nada tenemos que decir; pero sería para mí una satisfacción saber cómo perdisteis tanto.

—No ignoras que el Banco quebró, dijo Miguel apresuradamente.

—Sí; pero yo entiendo que nuestro padre tenía allí muy poca cosa, y veo que la pérdida ha sido casi una ruina...

—Lo fué, en efecto, interrumpió Miguel; y si por ruina entiendes la pérdida de las más queridas esperanzas de un hombre, esto te dará idea de mi posición.

Juan fijó en su hermano una mirada penetrante, cual si quisiera sondear su pensamiento, y después consultó su reloj.

—Me parece ver en todo esto algo que no quieres decirme.

—Sí, contestó Miguel en voz baja pasándose la mano por la frente; pero tan sólo me atañe á mí y ya lo sabrás algún día, no ahora.

—Bien, no quiero acosarte más, aunque creo que sería mejor que hablaras. De todos modos, haz como gustes; pero compláceme al menos contestándome con franqueza á lo que voy á preguntarte. ¿Te puedo ayudar de algún modo?

—En nada.

—Vamos, siempre es un consuelo saber que es inútil ofrecerte cosa alguna, repuso el hermano volviendo á mirar su reloj. Me queda exactamente el tiempo necesario para coger el tren, y tan sólo te diré una cosa. Recuerdo que tu trabajo me ayudó á elevarme en la vida; y cuando te veas muy apurado, llama sin temor á mi puerta. Ya verás lo que yo puedo hacer.

Miguel y Juan se estrecharon la mano cariñosamente.

—No temo que me ocurra ninguna dificultad, Juan, dijo Miguel después de una pausa; pero si no fuese así, contaré contigo para que me ayudes. Yo te lo prometo así, y toma estas palabras como la expresión de mi más profundo agradecimiento ó como la señal de que puedes retirar tu oferta.

—¿Qué diablos te pasa, Miguel?, exclamó el hermano, asombrado por aquella contestación y más aún por el tono.

Pero de repente, y como si le iluminase de pronto una idea, añadió, sin soltar la mano que estrechaba:

—¡Ah, ya caigo..., es Susana! Ya me pareció á mí que había algo entre vosotros, á juzgar por la política con que la tratabas; pero ya se arreglará todo; son niñadas... Cuando estéis casados, todo pasará.

Miguel no trató de dar más explicaciones á su hermano, ni tampoco podía hacerlo sin decir que Susana pensaba casarse con Walton; y hasta que ella lo anunciara no se creía con derecho á publicarlo.

En cuanto á Juan, de tal modo satisfizo su vanidad el haber tenido suficiente penetración para descubrir la verdadera causa de la extraña conducta de Miguel, que se marchó muy contento y tranquilo respecto á la situación de su hermano.

Miguel mostrábase tan sereno y conforme, que sus conocidos no se creyeron obligados á prodigarle los consuelos propios en semejante caso; mas para los parientes, el hecho era inexplicable, y hasta su hermana extrañó y censuró la conducta del joven.

Susana comprendía la posición mejor que los demás, y por lo tanto se condolió menos de la obstinada frialdad de Miguel, admirando á la vez su fortaleza de ánimo.

Miguel procuró en cuanto le era posible cumplir las últimas voluntades de su padre, y llenó sus deberes con todos los parientes y amigos.

—Está usted tan tranquilo, Miguel, díjole Susana en el momento de retirarse, con acento de ternura y casi tembloroso, que temo que no se halle satisfecho de mí.

—Ha sido usted muy bondadosa, Susana, contestó Hazell cogiendo una de sus manos cariñosamente, pero abandonándola en seguida al pensar que la joven debía pertenecer á otro. Sí, usted ha hecho todo

cuanto una cariñosa hija y hermana podían hacer en semejante caso.

—No me refería á eso... Ya sé yo que le complace á usted tenerme aquí y ver que trato de consolarle; mas observo que su carácter ha cambiado tanto...

—No me hallo en mi estado normal, repuso Miguel, y esto no puede extrañar á usted. Ya me habré acostumbrado a sonreir el día que usted se case...

La amargura del tono con que pronunció estas últimas palabras contristó profundamente á Susana é hízola desear más que nunca hallar el medio de consolarle. Entre los dos había mediado una explicación, y por lo tanto comprendían que sus relaciones debían ser las de dos hermanos; por eso la joven podía haber contestado sin titubear, pero otra vez hubo en ella vacilación, y esto la impidió contestar como deseaba, pues quería decir mucho más de lo que sus palabras expresaron.

—Quisiera, replicó, que no hablara usted de eso, Miguel. Yo no haré nada sin su consejo; ya sabe que convinimos en que usted debería hablarme de todo lo mismo que... su padre lo hubiera hecho.

Miguel estremecióse y sus labios temblaron; pero hizo un esfuerzo y contestó con bastante tranquilidad:

—Sí, pero no en el asunto referente al casamiento; sobre este punto no debe ested pedirme parecer, pues de ningún modo podría usted esperar que yo la aconsejase como mi padre lo habría hecho en semejante cuestión.

Miguel abogaba contra sí mismo, y no observó la mirada dolorosa de Susana cuando le contestó:

—Está muy bien, Miguel.

Y sin añadir palabra salió del aposento, mientras Hazell entregábase otra vez á sus amargas reflexiones.

XXXVIII

LA CRISIS

Susana comprendía que ella y Miguel estaban incurriendo en algún grave error, y que tal vez podrían arrepentirse de él toda su vida; pero su idea sobre este punto era algo vaga. Algo se debía indudablemente á su vacilación, y no poco á las pretensiones de Walton; mas Susana quería saltar por todo para devolver la calma á Miguel, consintiendo en...

Pero no; entre ellos se había dicho ya la última palabra sobre este asunto, y no quería referirse á él más, pues casi llegó á dejarse caer en sus brazos, y fué rechazada. Lo sentía por una parte; pero alegrábase por otra, porque aún quedaba libre y érale dado hablar á Miguel como á un hermano querido, sobre todos los asuntos relacionados con su bienestar. Hasta le pediría consejo sobre si la convendría ó no aceptar á Walton, por más que Hazell la hubiese prevenido que no debía consultarle sobre este asunto.

Por lo demás, estaba convencida de que debía cumplir algún deber para con el hijo de su tutor, y hallábase muy perpleja porque ignoraba cuál pudiera ser.

Cuando Susana llegó á su casa, temerosa de que Walton se presentase, como la había prometido, subió á su cuarto sin detenerse, rogando á Sara que si aquél venía le dijera que estaba indispuesta.

Walton llegó, en efecto, y Sara le recibió en la puerta. No le agradó esto á Tomás, pero hizo un esfuerzo para disimular, y dijo con tono bastante afable:

—Supongo que estarán las dos muy cansadas después de lo mucho que han tenido que hacer, y natural es que la señorita Holt se halle más afectada que usted, puesto que el difunto Hazell era una especie de padre para ella.

—Sí, contestó Sara; las dos estamos muy fatigadas, tanto que mi prima no ha podido menos de retirarse á descansar. Pero entre usted.

Walton siguió á Sara, aunque la invitación no le complacía.

La presencia de Sara le inquietaba siempre, pero esta vez más que nunca, porque veía claramente su agitación.

—Natural es, dijo, que esté usted tan rendida por el exceso de trabajo. De buena gana hubiera ayudado á ustedes; pero como usted sabe, nada podía yo hacer en tales circunstancias. Espero que Susana no estará tan quebrantada como usted.

Al oir esto, Sara se estremeció de nuevo.

—¿Se acuerda usted del paquete que yo le entregué?, preguntó Sara de pronto.

—¡Ya lo creo! Le tengo en mi pupitre.

—¿Le abrió usted?

Me casaría con Susana hoy mismo

—Ciertamente que no. Usted me dijo que no lo hiciera hasta que la ocurriese algo de extraordinario. Pensé que sería el testamento de usted ó algo por el estilo, y parecióme lo mejor guardarlo para abrirlo cuando llegase el caso... ¿Pero qué significa esa pregunta tan extraña?

En vez de contestar, Sara dió otro giro á la conversación. Walton, cada vez más inquieto, hubiera dado cualquiera cosa por salir de la casa, á pesar de sus deseos de ver á Susana.

—Ya debe usted saber, continuó la joven, que mi prima ha perdido toda su fortuna.

Sara pronunció estas palabras con aparente tranquilidad; pero su agitación nerviosa era más marcada que nunca.

Walton había creído hasta entonces ser tan inteligente en mujeres como en caballos; pero Sara le trastornaba, y no sabía qué pensar.

—Sí, contestó, ya lo sé. Hazell dice que no es verdad; pero no se me oculta por qué afirma esto.

—Y á pesar de ello, ¿se casaría usted con mi prima?

Estas palabras fueron pronunciadas con tal expresión de angustia, que excitaron la irritación de Walton.

—¡Aunque no tuviera un céntimo, exclamó levantándose de su silla, me casaría con Susana hoy mismo!

Sara ahogó un sollozo, y al observar esto Walton, acercóse para coger una mano de la joven; pero ésta se retiró, y al volver la cabeza, Tomás pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. Esto le conmovió, y si Sara lo hubiese permitido, habríala estrechado entre sus brazos, diciéndole: «Dispénseme usted; ya sé que usted me ama, pero no he podido contenerme.»

Con estas palabras, tal vez hubiese obtenido su perdón; pero Sara tenía los brazos extendidos como para rechazarle, y no osó acercarse á ella.

Siguióse una larga pausa, y la joven, siempre con la misma tranquilidad aparente, reanudó la conversación.

—¿Cree usted posible, dijo, que una mujer ame al hombre que la engañó, induciéndola á creer que estaba enamorado de ella, y abandonándola después para solicitar á otra?

—No lo sé, contestó Walton, un poco amostazado por el tono de Sara, que perturbaba su conciencia.

Sara dejó escapar otro sollozo, más marcado aún que el primero y que revelaba cuánto padecía en aquel momento su corazón. Hubo un instante en que Walton creyó que iba á caer en tierra, y adelantóse presuroso para cogerla del brazo; pero Sara se apartó como si hubiera tenido delante un reptil.

—Mañana puede usted abrir el paquete, dijo, con un extraño temblor en su voz. ¡Buenas tardes!

Walton deseaba mucho ver á Susana, pero esta escena le había trastornado; y como la despedida era tan resuelta, juzgó lo más oportuno retirarse.

Desde la ventana, Sara siguió con la vista sus pasos, hasta que al fin desapareció. Después, comenzó á sollozar, y dejándose caer en una silla, lloró amargamente.

A la mañana siguiente, Susana encontró sobre su tocador una carta, abrióla, y leyó lo que sigue:

¡«Adios! Walton es digno de ti. Durante largo tiempo he creido que solamente te buscaba por tu fortuna; pero me engañaba, y me alegro de ello, aunque me cuesta mucho más de lo que podrías imaginar, porque le amo... Me marcho, y espero que tendrás la bondad de no hacer tentativa alguna para buscarme. Perdóname este disgusto que te doy al revelarte mi secreto. Tal vez hubiera sido mejor guardar silencio, particularmente para ti; pero mi egoismo no puede resistir á la tentación de revelarte la causa que me ha inducido á separarme de ti tan repentinamente. Deseo que seas dichosa; mas á mí no me sería posible permanecer en el Prado, viéndote casada con él.

»No te inquietes acerca de mí; voy á entregarme al trabajo.

»Mas tarde, cuando estés casada, tal vez venga á verte; pero esto no será hasta que yo pueda decir que mi corazón está libre de la envidia. No he podido menos de escribir esta carta; pero sentiría que ella influyese en tu decisión.

»Tu afectísima prima.—SARA.»

XXXIX

UNA MISIÓN

Susana leía y releía el contenido de aquella carta, sin recobrarse de su sorpresa. Sus suposiciones habían sido erróneas; y tal vez su sacrificio habría sido inútil, pues era á Walton y no á Miguel á quien amaba Sara.

Pero Susana no manifestó la menor excitación; muy lejos de ello, se rió hasta que las lágrimas acudieron á sus ojos, primeramente por su ceguedad, y después por la desesperación teatral de su prima, y resolvió librar á ésta de las consecuencias de su locura, haciéndola volver tan pronto como fuera posible. Todo el asunto era tan ridículo y tan sencillos los medios de evitar cuestiones, que no podía menos de sonreir.

Pero al considerar el incidente bajo todos sus aspectos, parecióle algo serio. Buscar á Sara para inducirla á volver era un problema difícil, puesto que se ignoraba su paradero. No quería rogar á Miguel que la ayudase en aquel momento, porque no era justo molestarle cuando estaba tan perturbado; y no sabiendo qué hacer, llamó á Walton.

Tomás llegó radiante de alegría, creyendo que al fin habría ganado su pleito.

Susana estaba en la vaquería; pero Walton no quiso esperar á que saliese y fué á buscarla allí. La encontró con una de las sirvientas, muy ocupada en batir la nata para hacer manteca.

Walton quedó inmóvil durante unos minutos, observando la gracia de los movimientos de Susana, y haciendo reflexiones sobre lo mucho que valdría como esposa y lo conveniente que sería para él que se pusiera al frente de la granja de la Abadía.

Susana le vió al fin.

—Ha venido usted muy pronto, díjole; dentro de dos minutos estaré en disposición de hablarle. Sírvase esperarme en la sala.

En el acento de la joven y en su manera de hablar había cierta gravedad inusitada; pero Walton, mecido en sus ilusiones, no hizo el menor aprecio de ello.

—Prefiero permanecer aquí; mas no es necesario que se dé prisa, porque me agrada mucho verla trabajar. Yo creía que Sara era quien se encargaba de todas estas cosas...

—Sí, pero ha debido ausentarse por algunos días y he de sustituirla.

La sequedad con que Susana dijo esto extrañó un poco á Walton, y parecióle que no era propia de la

mujer que le llamaba, seguramente, para fijar el día del matrimonio.

—No pensaba yo, repuso, que Sara sería capaz de hacer fiesta en los días de la recolección.

—No le era posible hacer otra cosa, y en verdad que trabaja tan bien, que yo sentiría que algún hombre se enamorara de ella y se la llevase.

—¿Nada más que eso?

—¿Qué más puedo decir?

—Que será usted mi esposa.

Al decir esto, Walton cogió ambos brazos de Susana y quiso abrazarla. La joven no luchó; mas al echar la cabeza atrás, fué tal la expresión de sorpresa que se pintó en sus ojos, que Walton soltó los brazos y retrocedió, no sin gran asombro de Susana, á quien parecía imposible que su mirada solamente hubiera bastado para reprimir la reconocida audacia de Walton. Este último permaneció un momento inmóvil con la cabeza baja, pero muy pronto se irguió, sus ojos brillaron de nuevo, y dijo con mucha calma:

—¿No quiere usted contestar?.. Muy bien; tomaré su silencio, como señal de que aún puedo esperar.

Susana cruzó sus manos, y sus facciones tomaron cierta expresión de angustia.

—Le estoy rogando que me preste un servicio, y me alegraría corresponderle en cuanto me sea posible hacer por usted; pero creo obrar con rectitud y bondad al decirle que no debe usted esperar, porque nunca me casaré con usted.

—Sara tendrá la culpa, repuso Walton con amargura.

—No, nada tiene ella que ver con lo que ahora le digo.

—Pues entonces será que acepta usted á Miguel...

—No..., debo confesar que me ha rechazado.

Y la joven dejó escapar como un sollozo al hacer esta humillante confesión.

—¡Cómo!, exclamó Walton, estupefacto. ¿Es posible que *él* haya rechazado la mano de usted?

—Sí, contestó Susana, ruborizándose ligeramente.

—Pues á fe mía que esto es lo que menos comprendo... Pero yo la estoy molestando á usted, y voy á retirarme. Ese Miguel es un idiota, ó ha estado burlándose de usted y de mí... En fin, no puedo decir que lo siento, porque esto será una probabilidad más en mi favor.

—Le ruego á usted que no lo crea así, porque he resuelto no casarme.

Walton soltó una ruidosa carcajada, mientras que la joven le miraba con la mayor sorpresa.

—Confío en que su juventud y ese su buen sentido la harán cambiar de resolución.

—Se engañará usted.

—Ya lo veremos. Ahora me marcho para desempeñar la misión que me ha encargado. Muy pronto volveré con Sara, y entonces...

Y dicho esto, salió de la casa con más esperanzas que nunca.

Al cortar un pedazo de pan, observó que su madre...

—¿Cree usted esto probable?, preguntó Walton, soltando una carcajada. A mí me parece que es demasiado seria para que ninguno piense en solicitar su mano, pues inspira temor más bien que otra cosa.

—Pues yo opino, por el contrario, que cualquier hombre que obtuviera su mano podría darse por muy contento.

Susana terminó al fin su faena, lavóse las manos, y después de dar algunas instrucciones á la sirvienta, condujo á Walton á la sala. Aunque se mostrase cortés, su ademán tenía algo de singular, y en aquel momento parecía más pálida que antes.

—Sin duda le ha parecido á usted extraño, señor Walton, dijo, mirando al suelo contra su costumbre, que me haya tomado la libertad de enviar á buscarle.

—Me causó tanta alegría el mensaje de usted, que no me detuve á pensar si era extraño ó no. Lo consideré como la señal de que iba á darme la contestación que tanto anhelo.

—Pues no se trata de tal cosa: le he llamado porque deseaba que prestase usted un servicio, no á mí, sino á otra persona, aunque yo se lo agradecería como un especial favor.

—Muy bien, siendo algo en que pueda complacer á usted, sepamos de una vez de que se trata, y me apresuraré á servirla.

—Necesito que la busque usted, contestó Susana, entregando la carta de su prima á Walton.

Tomás comenzó á leer, y á las primeras palabras se sonrojó. La joven le observaba, y cuando hubo concluido, miróle con una expresión que parecía invitarle á manifestar sus impresiones; pero Walton no se dió por entendido.

—No comprendo una palabra, dijo; Sara habla de mí con mucha bondad, pero lamento que se me considere como la causa de haberla inducido á marcharse. Siempre me fué simpática, pero nunca sentí por ella lo que por usted.

—Pues búsquela usted y tráigamela aquí, contestó Susana con decisión.

—Y cuando lo haya hecho..., ¿qué me dirá usted?

—Le diré que se lo agradezco mucho.

XL

EN AGUA CALIENTE

Walton puso su caballo á galope, loco de contento, al saber que no debía inquietarle la rivalidad de Hazell. En su concepto, todo quedaría reducido á esperar algunos meses, y al cabo de este tiempo sería hombre feliz.

Durante el camino repetíase á cada momento «Susana es mía,» y no pensaba en otra cosa. Llegado á la puerta de la Abadía, la sirvienta que le abrió la puerta hízole volver á la realidad.

—Las señoritas, dijo la mujer, le están esperando á usted, hace una hora para almorzar.

—¡Pardiez!, se me olvidaba que mejor será comer algo antes de tomar el tren para Londres.

—¡Cómo!, exclamó una voz aguda. ¿Otra vez á Londres?

Era Elisa, que estaba á la puerta del comedor.

Walton hubiera querido recoger sus palabras, pero contestó con frialdad:

—Sí; debo evacuar una diligencia urgente; conque prepara mi maleta.

—Tú has ido al Prado, contestó Elisa, y por causa de esa mujer quieres ir ahora á Londres, precisamente cuando más te necesitamos aquí.

—Eso de que me necesitáis es lo mismo que decirme que debo estar aquí para preguntar á algún pobre diablo cuáles son sus intenciones respecto á ti ó á una de tus hermanas. Muy bien; haré las veces de hermano juicioso cuando vuelva.

—Ya verás como el asunto de que se trata no es tan agradable como tú piensas, contestó Elisa, mirando á su hermano con expresión de cólera cuando entraron en el comedor.

Al cortar un pedazo de pan observó que su madre parecía muy triste; pero como la buena señora se apesadumbraba por las cosas más triviales, no hizo caso, y á fin de evitar que hablase de su pasado, según costumbre, apresuróse á entablar conversación.

—¿Cómo habéis sabido que yo iba al Prado?

—Porque conozco al muchacho que vino á buscarte, contestó la hermana mayor.

—Y nos ha dicho todo, añadió Carolina. Parece imposible que seas tan tonto, tratándose de una mujer que no tiene un cuarto.

—¡Oh! Si viviese mi padre el concejal..., exclamó la señora Walton.

—Beba usted un poco de Jerez, madre, dijo Tomás; me parece que no está muy buena.

Así diciendo, levantóse para llenar un vaso, y entonces fué cuando observó la expresión de ansiedad de todas sus hermanas. Hasta Elisa, que era la de mejor sentido, parecía en aquel momento consternada.

Pero pensó que todo esto era fingido, y que sus hermanas trataban sólo de inducirle así á someterle á sus deseos, y volvió á sentarse como si no hubiese notado nada.

—Sois las mujeres más adustas y desagradables que en la vida he conocido, dijo. ¿Será que estáis pensando ya en las nuevas modas de verano? Ya os traeré los últimos figurines de París; sólo por esto deberíais desear mi marcha.

Elisa había querido aplazar su explicación hasta después del almuerzo; pero de tal modo la irritaron las palabras de su hermano, que no pudo contenerse más.

—Veremos si el asunto de que debo hablarte, dijo, te parece tan sencillo como la cuestión de las modas y si es el más propio para apresurar tu casamiento con la arruinada dueña de la granja del Prado...

—Supongo que habrá buenas noticias, interrumpió Walton alegremente.

—Sí, excelentes, repuso la hermana mayor con forzada calma. El Sr. Smith ha escrito, diciendo que la hipoteca sobre las tierras debe pagarse dentro de seis meses ó que de lo contrario se procederá á la venta. Ya encontrarás la carta encima de tu mesa.

La noticia produjo su efecto en Walton; pero en él las impresiones eran muy pasajeras, y no se daba por vencido tan fácilmente. Sin embargo, no se le ocultaba que había gastado, ó más bien perdido, mucho más dinero del que debía, aunque reconociendo también que si sus hermanas hubieran sido menos extravagantes, la situación de la casa no sería tan precaria.

—¿De quién es esa hipoteca?, preguntó sin dejar de comer.

—De Bullock, que desea la finca y ha esperado su oportunidad; sabe que ahora la tiene, porque todo el mundo habla de tu negligencia en cuidar el dominio (Elisa no quería nunca decir la granja) y también se conocen tus pérdidas en las carreras.

—Bullock podrá desear lo que quiera, repuso Tomás, pero no lo tendrá. ¡Vamos, te apuras por quince mil duros! No hay que inquietarse por eso, pues aún tenemos delante seis meses; la finca ha mejorado mucho y vale cinco veces más de lo que Bullock reclama; de modo que podré encontrar fácilmente el dinero.

Madre y hermanas quedaron atónitas por la ligereza con que Tomás consideraba la cuestión que á ellas les consternaba tanto. La hermana mayor fué la única que se atrevió á contestarle.

—Siempre has sido muy descuidado; pero desde que conociste á esa..., á la hija de Holt, has comenzado á seguir el camino de la perdición.

—¡Bueno, todos iremos por él!, contestó Walton alegremente. Pero ¿á qué viene todo esto?, añadió con un tono de impaciencia. Yo os digo que el asunto puede arreglarse sin dificultades, pues Harris me ha dicho que la cosecha de este año será muy buena. Yo estoy dispuesto á economizar; espero que haréis lo mismo, y de este modo, dentro de dos años podrán quedar pagadas todas nuestras deudas.

—¡Oh!, contestó la señora Walton, si viviera mi pobre...

—Muy bien, madre, ya la veré á usted antes de marcharme.

Y salió corriendo del comedor.

XLI

ÚLTIMA APELACIÓN

Walton subió á su habitación y comenzó á fumar para consolarse, porque no estaba tan tranquilo como aparentó, aunque tampoco estaba desanimado. El asunto de la hipoteca era enojoso, pero Walton no ignoraba que la finca valía tres veces más que la cantidad tomada á préstamo, y no dudaba que encontraría quien le adelantase mayor suma que la que debía pagar. Sin embargo, para él era una molestia tener que ocuparse de este asunto cuando debía conquistar á Susana, buscando á su prima.

Al pensar en esto, se acordó de pronto del paquete que Sara le había entregado tiempo atrás en el puente y del permiso que ésta le diera para abrirlo cuando ocurriese cualquier incidente extraordinario.

Seguramente era llegada la hora, y Walton fué en busca del paquete; y sentándose en su silla, junto á la ventana, lo puso sobre la mesa, á su lado. Repugnábale abrirle, pero al fin hizo un movimiento de impaciencia y rompió el sello. El sobre contenía todos los recibos que había dado á Hodsoll, el padre de Sara; algunos de ellos eran de cantidades perdidas en las apuestas; pero los más representaban sumas adelantadas al joven, y el total ascendía á cuatro mil quinientos duros.

¡Malhaya mi suerte, exclamó, sólo esto me faltaba!

Poseído de vergüenza y remordimiento ante aquellos papeles, cubrióse los ojos con la mano para no ver las pruebas del descuido y negligencia de que le había acusado su hermana momentos antes.

Entonces comprendió la carta que Susana le había mostrado y la conducta de Sara en el puente: aquello era el donativo que la joven le hacía, porque le amaba; y en aquel instante, Tomás se juzgó indigno del aprecio de una mujer honrada y sintió vergüenza al verse en tal descubierto con una mujer á quien había engañado, aunque inconscientemente. Creía de buena fe no haber dicho ni hecho nada que pudiese inducir á la joven á creer que deseaba casarse con ella; pero era evidente que las atenciones que dispensó á Sara cuando visitaba á su padre la indujeron á creer que era amada.

—No puedo decírtelas, contestó Tomás

En circunstancias ordinarias no hubiera hecho más que reirse de la joven que hubiese incurrido en semejante error; mas los recibos que tenía delante le causaban el mayor disgusto; y preguntábase ahora cuál sería el objeto de Sara al abandonar la casa de su prima; suponía en ella demasiado buen sentido y estaba muy lejos de considerarla como una de esas personas débiles que buscan el alivio de sus penas en el suicidio, y creen vengarse así también de aquel que las causó.

De todos modos, era preciso buscar á Sara y hacerla volver al Prado, y lo haría aunque debiese dar la vuelta al mundo.

Elisa se había deslizado en la habitación tan silenciosamente, que no la vió entrar y casi se sobresaltó al oir el sonido de su voz.

—Parece que no tomas las cosas con tanta tranquilidad como aparentabas abajo, dijo la hermana mayor equivocando la causa de la agitación de Tomás.

Éste recogió los papeles de Sara y guardólos en el sobre: aquello era sin duda su dote si se casaba con ella, y de lo contrario, la joven trataría de recobrar el dinero. Sin embargo, Sara le entregaba aquello al saber que no se uniría con ella; y por lo mismo, Walton resolvió buscar la suma, sin omitir sacrificio alguno para obtenerla, pues la pobre muchacha debía necesitarla mucho. Al hacer estas reflexiones experimentó cierto cariño y ternura por Sara, sin explicarse este sentimiento.

Todos estos pensamientos cruzaron por su mente mientras que su hermana le hablaba; y era tal su vergüenza, que contestó á Elisa con bondad, con gran asombro de esta última.

—Te equivocas, le dijo. Yo creo aún que podremos arreglar el asunto de Bullock, y no es eso lo que me preocupa ahora, sino otra cuestión muy diferente, que tal vez te explicaré algún día.

Elisa se conmovió, y su asombro ante el cambio de su hermano la hizo enmudecer un momento.

¿Se trata de dinero, Tomás?, preguntóle con una dulzura que sorprendió á su hermano.

—En parte sí, contestó; pero también hay circunstancias que hacen más sensible la necesidad.

—¿Cuáles son?

—No puedo decírtelas, contestó Tomás levantándose y guardando el paquete en su bolsillo.

—¿De qué cantidad se trata?

—De cerca de cinco mil duros.

Elisa hizo un movimiento de asombro y sus facciones expresaron la ansiedad.

—¿Y cuándo has de pagarla?, preguntó.

—Cuanto antes..., es una deuda de honor, y pagaré desde luego, aunque todo lo demás se vaya al diablo. Ese dinero lo debo á una mujer.

—¡Oh, Tomás!, exclamó Elisa.

—He de decir que lo debo porque pedí el dinero prestado á su padre; éste ha muerto y ella está ahora apurada.

—¿Quién es?

—Ahora no puedo revelártelo.

—Pero ¿dónde vas á buscar ese dinero?

—Dios lo sabe y tal vez tú también, mas yo lo ignoro. Hace un cuarto de hora que me pregunto en vano dónde podría encontrar esa cantidad inmediatamente; mas no me ocurre el nombre de ninguna persona que quisiera arriesgarse á prestármela desde luego.

—¡Yo puedo decírtelo!

Tomás, al oir estas palabras, miró á su hermana como si dudase de lo que acababa de oir.

—Si pudieras hacer eso y sacarme del apuro, haría cualquier cosa por ti.

—¿Seguirías mi consejo en cuanto á la mujer con quien debes casarte?

—No, contestó, no puedo prometerte eso; pero en todo lo demás te complaceré.

—¿Quieres al menos escuchar lo que voy á decirte?

—Con mucho gusto, si es para indicarme cómo puedo encontrar el dinero que necesito.

—Escúchame, Tomás, dijo; yo creo que si consideras nuestra posición, y recuerda que somos cuatro, te sacrificarías un poco por amor á nosotras. La señorita Holt es una joven muy apreciable y linda, pero carece de fortuna, y á menos de que no te avinieras á convertirte en labrador y tratante en cerdos te verías en mayores apuros de los que ahora te acosan.

Walton estaba asombrado; Elisa tenía seguramente algún proyecto oculto.

—No sé qué te propones, dijo aquél con ruda franqueza.

—Pues deseo que te cases con una señorita á quien todos amamos y que tiene cuatro mil duros anuales.

—Es una tentación..., ¿pero cómo sabes que ella me aceptaría?

—Por ella misma, aunque no lo ha indicado claramente.

—Apostaría á que te refieres á Alicia Harwood.

—Precisamente.

—Es muy aceptable; pensaré en tu proposición.

—Cásate con ella y tendrás una esposa que á todas nos agradaría y que te sacará de apuros...

—Te repito que pensaré en ello; pero entre tanto indícame la persona que en tu concepto podría prestarme el dinero que necesito.

—Creo que el Sr. Montague Lewis, pues con frecuencia ha dicho que se hallaría dispuesto á prestarte su auxilio en un apuro.

(Se continuará.)

El puente de Rodah sobre el Nilo, recientemente terminado; es el mayor que hay sobre aquel río

Pruebas de resistencia del puente de Rodah sobre el Nilo, que se efectuaron haciendo pasar por él á la vez 20 coches eléctricos, 20 vagones cargados de arena, 20 llenos de agua y ocho grandes apisonadores cilíndricos de piedra. (De fotografía de Trampus.)

Después de tres años de trabajos, dos casas inglesas han terminado hace poco ese puente que une al Cairo con la isla de Rodah, en la cual, según la tradición, la hija de Faraón encontró la cuna de Moisés. Ese puente, que también se denomina de Guizeh, tiene 535 metros de largo por 20 de ancho, siendo, por consiguiente, mucho mayor que los otros tres que había tendidos ya sobre el Nilo. Está formado por 14 arcos, uno de ellos movible y de 70 metros de luz, que gira por medio de un motor eléctrico, para dar paso á los buques que hacen el tráfico del río. Las pruebas de resistencia se efectuaron dejando primero estacionar largo rato sobre cada tramo el peso enorme que dejamos indicado en el epígrafe del segundo grabado, y luego haciendo correr toda aquella pesada masa á un mismo tiempo y á gran velocidad por encima del puente. Los resultados fueron en extremo satisfactorios. El puente, que se inaugurará oficialmente uno de estos días, ha costado cinco millones de francos.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE. 1908.—En las 500 páginas de ese almanaque se insertan multitud de artículos, noticias y datos interesantísimos y acompañados de numerosas ilustraciones. Aparte del ameno texto, ofrece esta publicación varias ventajas á los compradores del libro, tales como participaciones en la Lotería de Navidad y en la rifa de tres automóviles, regalos sorteables y bonos con opción á rebajas en determinados establecimientos. El precio del almanaque, verdadera pequeña enciclopedia particular, es de 1'50 pesetas.

⁂

L'ACCIÓ ECONÓMICA.—Tal ha sido el tema del notable discurso que en la sesión inaugural de la Sociedad de «Estudis Económics» leyó su presidente honorario D. Guillermo Graells y que se ha publicado formando un elegante folleto de 22 páginas. El trabajo de nuestro amigo viene á demostrar su conocida competencia en los asuntos de orden económico, siempre provechosos é interesantes para la vida de Cataluña. Bien merece que se aplaudan los esfuerzos del Sr. Graells y que sus trabajos produzcan los beneficios á que todos aspiramos.

Grupo de leones, escultura de Federico Gornik

⁂

VIDA DE SAN ANTONIO DE PADUA, por el *Dr. Nicolás Heim.*—Cuidadosamente traducida y arreglada al castellano, acaba de publicar el editor pontificio Eugenio Subirana este interesante libro, destinado á fomentar la devoción del taumaturgo portugués, que tan venerado es en nuestra patria, estudiándolo bajo diversos aspectos, entre ellos en el de escritor católico, resultando en su conjunto una obra sumamente instructiva, de amena lectura y editada con verdadera elegancia, recomendándose los grabados que la ilustran. Forma un volumen de 374 páginas pulcramente impreso, vendiéndose al precio de cuatro pesetas cada ejemplar.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 9 de diciembre de 1907 — Núm. 1.354

LA TERCERA DUMA DEL IMPERIO RUSO RECIENTEMENTE INAUGURADA. (De fotografías.)

El partido llamado del 17 de octubre. En primera fila, los miembros del comité, con su presidente Gutchkoff en el centro

Público y tribuna diplomática — Tribunas de la prensa

Banco ministerial.

UNA SESIÓN DE LA TERCERA DUMA RUSA

1. Miljukoff, jefe de los cadetes. – 2. Golowin, presidente que fué de la segunda Duma. – 3. Rodsjanko, octubrista. – 4. Jeffremoff, renovador pacifista. – 5. Gutchkoff, jefe de los octubristas. – 6. Chomjakoff, presidente de la Duma. – 7. Krupenski, monárquico. – 8. Chulgin, monárquico. – 9. Jakobowitch, de la Unión del pueblo. – 10. Conde Bobrinski, de la Unión del pueblo. – 11. Scheidemann, monárquico. – 12. Tchelnokoff, cadete.

CRÓNICA DE TEATROS

Nada tan misterioso como el interior de un teatro durante las horas que no son las dedicadas á las funciones. La sala sumida en la sombra que apenas esclarece el débil resplandor que penetra por estrechas claraboyas; los sombríos huecos de los palcos, las largas filas de butacas vacías, el silencio de iglesia que allí reina..., todo ello, por lo mismo que su destino es contener una muchedumbre ruidosa, causa al verlo como muerto una impresión que tiene algo de angustiosa é inquietante.

Y si la sala apagada y vacía nos da esta sensación, el escenario nos hace pensar en no sé qué especie de grotesco cataclismo: selvas de lienzo que se balancean en el aire pendientes de los altos telares, muros de papel, nubes que flotan debajo de artesonados de cartón, maderos, cuerdas, poleas que tienen cierta semejanza con la arboladura de un barco que acaba de correr furioso temporal, un conjunto, en fin, desordenado de cosas heterogéneas que parece haber amontonado en revuelta confusión una caterva de dementes escapada del manicomio.

Este revoltijo está durante las horas de ensayo alumbrado por la escasa luz de unas cuantas lámparas, á cuyos reflejos se vislumbran las figuras de los actores como sombras que celebrasen extraños conciliábulos entre el hacinamiento de trastos dislocados. Todo aquello es como la osamenta desarticulada del arte escénico. A la voz del director, el caos se organiza: los muros separados se juntan, los bosques parece que echan raíces en el suelo, el mar extiende á lo lejos sus azuladas perspectivas, el firmamento de lienzo se cubre de estrellas ó resplandece con luz poco menos intensa que la del día, y las sombras melancólicas que se agrupaban en los rincones obscuros del escenario se truecan en reyes, guerreros, damas, próceres, villanos, en seres de distinta condición, antiguos unas veces, contemporáneos nuestros otras, pero todos ellos agitados por afectos, preocupaciones, pasiones é intereses, que siendo fingidos, gracias al poder maravilloso del arte nos hacen olvidar durante unas cuantas horas nuestras penas, contrariedades y disgustos verdaderos.

Todo esto pensaba yo la otra tarde mientras los maquinistas del teatro de la Princesa preparaban el decorado para el ensayo general de la comedia de Santiago Rusiñol, titulada *La madre*. Carmen Cobeña, en compañía de su esposo, Federico Oliver, era el hada á cuya voz iba el escenario convirtiéndose en los lugares en que Rusiñol ha desarrollado la acción de su interesante obra.

* * *

Y empezó el ensayo, que de cuando en cuando interrumpían brevemente las observaciones del autor, el cual, nervioso, como todo artista, saltaba á veces al escenario para dar algunos toques al cuadro dramático.

El primer acto nos presenta el interior de una tahona. Rosa, el ama de la panadería, tiene un hijo, Manuel, que siente decidida vocación por la pintura. La atmósfera de su hogar le ahoga: quiere vivir la vida del arte, trasladar al lienzo los altos ideales que pueblan su fantasía. La madre del futuro artista, que le ama con amor entrañable y que con seguro instinto maternal adivina los sinsabores, contrariedades y peligros que existen en el camino que su hijo quiere emprender, y que al propio tiempo siente desgarrársele el corazón ante la idea de tener que separarse de aquel pedazo de su alma, habla á Manuel con tanta ternura, que el muchacho, vencido por las razones de su madre, se resigna á renunciar á sus sueños.

Un acontecimiento imprevisto cambia el reciente propósito del joven. Al pueblo acaba de llegar el ilustre pintor Carmona, acompañado de otro artista y de un crítico famoso. Enterados de las aficiones de Manuel, van á ver sus cuadros, y entre el ingenuo muchacho y el maestro se entabla una discusión, en la cual contrastan los entusiasmos juveniles de aquél con el escepticismo de éste. Avivada por la contrariedad la vocación de Manuel, cobra éste nuevos bríos, y la madre, comprendiendo que la felicidad de su hijo estriba en seguir sus impulsos, acepta el sacrificio de apartarse de él.

Y ya consagrado á la vida del arte, Manuel lucha por conquistar la gloria. ¡Nada de transigir con viejas rutinas. Él quiere realizar su ideal artístico, y para conseguirlo luchará con la miseria, con la indiferencia del público y con el desvío de críticos y maestros. Tan noble intento se ve contrariado por las impurezas de la realidad. Su cuadro, por moderno, ha sido rechazado en la Exposición; Carmona le aconseja que transija con la vulgaridad por aquello de que el vulgo es necio, pero es el que paga, y la mujer á quien ama el pintor le impele con sus ruegos á que siga la dirección que le señala el maestro. Solamente Alberto, bohemio sinceramente enamorado de su arte, le aconseja que resista; pero Manuel es débil; aquellas contrariedades, juntamente con el deseo de no ser gravoso á su madre, le hacen renunciar á sus propósitos y transige con las corruptoras enseñanzas de Carmona.

Y ciertamente desde el punto de vista de la utilidad pecuniaria no eran equivocados los consejos del viejo pintor. Manuel en poco tiempo conquista una desahogada posición; sus cuadros se venden y su clientela aumenta; mas no está contento. Su conciencia de artista se subleva contra aquella abdicación de sus principios. Pobre y miserable en una guardilla, sería más feliz que en su lujoso estudio rodeado de comodidades. Así lo comprende su madre. Los consejos de Carmona y las exigencias de Isabel, la amada del pintor, han hecho desgraciado á su hijo. Ella lo salvará, expulsando de la casa al maestro, á Isabel y á su madre, especie de Celestina que se hace la dormida para fingir que no se entera de lo que no debe enterarse. Y así lo hace; pero su hijo, que ama á Isabel, reprocha á su madre aquel rasgo de energía. La pobre señora, herida en el corazón por la conducta del pintor, queda como anonadada, y al verla Alberto, el amigo de Manuel, dice á éste señalándole á su madre: «Mira, ahí tienes el cuadro que debes pintar;» y él, cuya inspiración se despierta á la vista de su madre desolada, comienza á trazar su figura, mientras el telón desciende lentamente.

El drama termina en el mismo lugar en que empezó. Manuel vuelve triunfador á su pueblo; la gente le aclama; pero cuando está saboreando los halagos del triunfo, su madre expira en sus brazos. Ha cumplido su misión: es el árbol ya seco que ha dado su fruto; el pedazo de tierra que ha producido su flor.

* * *

El drama de Rusiñol obtuvo un éxito brillante, y sin embargo, el público no acude á verlo. ¿Por qué? Lo ignoro. Consigno el hecho y dejo al lector el comentario.

No es difícil señalar en este drama algunos defectos. Es el principal, en mi sentir, la inconsistencia del carácter de Manuel. Un joven á quien vemos con tantos bríos en el primer acto, ¿cómo y por qué cede tan pronto á extrañas sugestiones en los dos actos siguientes? Poca fe tiene en sus ideales quien se rinde al primer obstáculo. Por otra parte, ¿en qué se traiciona á sí mismo un artista porque, como auxilio necesario para su vida, transija con las exigencias del mercado? Para el público se pinta, se escribe, se esculpe, y en toda obra de arte el público es un elemento que ningún artista debe desatender. Además el artista, aunque quiera, no puede, en rigor, desnaturalizarse á sí mismo. Un pintor no tiene dos modos de pintar, ni un escritor dos modos de escribir. Quiera ó no quiera, su personalidad, si es que la tiene, se reflejará en sus obras. La frase de Lope de Vega, tantas veces repetida, es una paradoja. Lope no componía sus dramas de una manera determinada porque se los pagase el vulgo, sino porque le era imposible escribir de otro modo.

Tampoco es exacto que el público sea sistemáticamente hostil á lo moderno. Sus resistencias ceden pronto cuando lo moderno es bueno. Todas las evoluciones artísticas han tenido su más firme apoyo en la opinión vulgar. El mismo Manuel, en el drama de Rusiñol, triunfa definitivamente pintando el cuadro más suyo, más personal, aquel para el cual le sirvió de modelo su madre dolorida. De lo que debía quejarse Manuel no es de la hostilidad de la crítica ni de las exigencias de los compradores, sino de sus vacilaciones, que sólo desaparecen cuando encuentra un verdadero motivo de inspiración.

En cambio, el autor de *La madre* ha logrado reflejar en la figura de Rosa toda la ternura que por sus hijos atesoran las entrañas maternales. Nada hay en la tierra más santo ni más puro que el amor de las madres; ningún otro amor, por avasallador y violento que parezca, puede equipararse con ese otro amor que se compone de desinterés, de abnegación, de sacrificio. En su drama, Rusiñol exalta ese noble sentimiento y logra comunicar al público intensa emoción, que se traduce en lágrimas. Entre el arte que deprime y el arte que ennoblece, entre el que nos muestra la miseria del alma humana y el que nos hace contemplar sus virtudes, la elección no es dudosa. La elevada tendencia de *La madre* y los nobles sentimientos que sugiere, nos hacen olvidar sus defectos.

* * *

Más artificiosa que artística es la trama del drama *Los ojos de los muertos*, estrenado también con buen éxito en el teatro de la Princesa. Tiene por origen el drama un suicidio y con otro suicidio termina. Entre estos lúgubres polos se mueve la acción de la obra, sombría, angustiosa y que parece más bien hija de la imaginación brumosa de un hombre del Norte, que de la fantasía de un escritor español.

Una mujer culpable, cuyo cómplice, lleno de remordimientos, se ha quitado la vida, pugna durante todo el drama por ocultar su falta. Nadie revela el fatal secreto; ella misma es la que, cediendo á la voz de la conciencia, muestra al cabo, en sus ojos sin luz, cegados por la muerte, la prueba de su culpa.

Aunque artificioso y sombrío, este drama cautivó al público merced á la potencia intelectual de Benavente.

* * *

Menos afortunados que en la Princesa han sido los comienzos de la temporada en los teatros de la Comedia y el Español. El «clásico coliseo» inauguró la serie de sus estrenos con una obra titulada *El príncipe sin nombre* y la concurrencia no quiso saber siquiera el del autor. Esto no obstante, sin la peripecia final, que es una lamentable equivocación, la obra hubiera alcanzado lo que los franceses llaman un *suces d'estime*.

En la Comedia se han estrenado dos *vaudevilles*, traducidos el uno del francés, *La incógnita*, y del inglés el otro, *El gobernador de Amalandia*. Ninguno de los dos ha logrado vencer la indiferencia del público, que sigue alejado de aquel teatro.

En cambio, el de Lara está ahora como en sus mejores tiempos. Linares Astray, cuyas condiciones de autor se hallan en perfecta armonía con los gustos de los habituales concurrentes á la famosa bombonera, ha logrado reverdecer sus triunfos, no ha mucho conquistados con *Bodas de plata*, con los alcanzados en la representación de *Nido de águilas*, comedia en dos actos que tiene ciertas reminiscencias con *El abolengo*, del mismo autor.

Y citando *El señorito*, obra de escritor desconocido, estrenada con aplauso en el Cómico, y *El primo Román*, original de Benavente y que pasó á duras penas en el Gran Teatro, queda hecha la reseña del movimiento teatral en el mes de noviembre.

Anuncio de obras nuevas los hay en todos los teatros, y como éstos son muchos y el público que asiste á ellos no muy numeroso, es de suponer que la competencia entre unos y otros ha de ser muy reñida.

Ello dirá.

Por de pronto, de la cantidad no podemos quejarnos; lo que hace falta es que la calidad esté en armonía con el número.

En esto, como en todo, más vale poco y bueno, que mucho y malo.

ZEDA.

EL VIVO RETRATO

Y con un nuevo apretón de manos y una mirada capaz de poner al rojo blanco la región de las nieves perpetuas, nos despedimos

¿Que si nos queríamos? ¡Ya lo creo! Nos queríamos de esa manera ideal que sólo se quiere una vez en la vida; con el fuego y entusiasmo propios de los primeros amores, como indudablemente se quisieron Abelardo y Eloísa, Paris y Elena, Chactas y Atala, Pablo y Virginia, y demás amantes que han merecido el honor de pasar á la Historia.

Ella era una muchacha de quince primaveras, bonita como por regla general lo son todas las mujeres á esa edad, y rubia por añadidura, circunstancia que la hacía ser dos veces bonita.

Y yo era un mozalbete de diez y siete años, de lo más atrevido, fogoso y enamorado que se ha visto.

Nuestros amores marchaban viento en popa; ni una nube empañaba el diáfano cielo de nuestro cariño; ni un obstáculo surgía á nuestro paso, y tal vez hubieran acabado con una bendición que los santificase, pues á los diez y siete años todo hombre se siente con bríos y arrestos para dar tan gravísimo paso, sin duda porque desconoce los infinitos peligros de que está erizado el matrimonio.

Ella, por las mismas causas, estaba dispuesta á secundar mis descabellados propósitos matrimoniales. ¡Cosas de la edad!

Pero el caso fué que un día recibí por el correo interior una carta, cuyo contenido decía así:

«Querido mío: La fatalidad me obliga á dar por terminadas nuestras relaciones. Olvídame y perdona lo mucho que indudablemente te haré sufrir con esta inesperada resolución. Adiós.—*Matilde.*»

La lectura de esta lacónica misiva me anonadó, porque en mi inocencia no acertaba á explicarme que una mujer pudiese faltar de tal modo á tantos y tan reiterados juramentos.

¿Y qué razón había para cambio tan repentino?

Ninguna, ni falta que hacía; pues como dijo nuestro gran humorista.

«Para obrar sin razón siempre hay razones.»

Ante aquella inesperada cuanto terrible catástrofe amorosa, pensé en el suicidio, que es en lo primero que piensa cualquier hombre en circunstancias análogas; pero reflexionando con más calma, desistí de tan radical resolución, dejando el suicidio para momento más oportuno, y procurando consolarme de aquel descalabro.

Han transcurrido diez y ocho años. Durante este tiempo conseguí que se extinguiese por completo el recuerdo de aquel malogrado amor.

Sin embargo, alguna que otra vez el recuerdo de aquella pasión acudía á mi memoria, exteriorizándose por medio de hondos y lánguidos suspiros.

Un día, y cuando yo ya no me acordaba ni del santo del nombre de Matilde, la encontré en una de las calles más céntricas de Madrid.

Mi ex novia estaba espléndidamente hermosa, más hermosa que nunca. Además vestía de luto, y esta circunstancia añadía un encanto más á su belleza.

Una mujer rubia siempre es un peligro para la integridad de cualquier corazón enamoradizo, y si está vestida de negro el peligro se centuplica.

Ella, al verme, se sobrecogió de un modo harto sensible, y yo, ¿para qué negarlo?, sentí que en mi corazón reverdecían de pronto los siempre gratos recuerdos de los primeros amores.

Ambos quedamos mirándonos de hito en hito, y así hubiéramos continuado hasta la consumación de los siglos si ella, más resuelta que yo, no hubiese roto resueltamente aquel silencio que ya comenzaba á hacerse embarazoso para ambos.

Y después de los saludos y cumplimientos propios de la circunstancia, y de un apretón de manos, que fué un poema por lo expresivo, me dijo Matilde:

—Ya que la casualidad nos ha reunido, deseo que hablemos... Tengo tanto que contarte... Han pasado tantas cosas... En fin..., ¿te has casado?

—No, le contesté.

—¿De modo que me has sido fiel?

—No lo merecías; pero...

—Mira, replicó ella sonriendo graciosamente, no es cosa de que inauguremos en medio de la calle la serie de recriminaciones. Aquí tienes mis señas, agregó dándome su tarjeta; ve á mi casa... Te espero mañana á las once... ¿Irás?

—¡Iré!, contesté con resolución.

Y con un nuevo apretón de manos y una mirada capaz de poner al rojo blanco la región de las nieves perpetuas, nos despedimos.

No necesito decirte, ¡oh discreto lector!, la impaciencia con que aguardé la llegada del siguiente día, pues el que más y el que menos se habrá visto en situaciones análogas ó parecidas. Aquella noche, como en mis buenos y ya lejanos tiempos de enamorado, no pude conciliar el sueño.

La perspectiva de una entrevista con una mujer hermosa siempre es motivo de desvelo. Y si esta mujer es precisamente aquella que nos hizo despertar del dulce y candoroso sueño de la inocencia, el desvelo es mucho mayor.

Porque ¡tantas cosas podrían salir de aquella entrevista!

Pasó la noche. Amaneció. Aquella mañana me vestí y acicalé con más esmero que de ordinario. Las circunstancias se imponían.

A las diez de la mañana salí de mi casa, dirigiéndome precipitadamente á la de Matilde.

Apenas le anunciaron mi visita, me hizo pasar á un elegante y coquetón gabinete tapizado de azul, el color favorito de las rubias, donde ella me esperaba con tanta impaciencia como la que yo sentía en aquel emocionante momento de mi vida.

—Aquí me tienes, dije tomando asiento á su lado.

—Te agradezco mucho la visita... Ya sabía yo que no faltarías...

—Mucho decir es, le contesté acentuando mucho la frase.

—He deseado vivamente esta entrevista para darte, aunque tarde, una explicación de mi conducta.

—Explicación que no pido, porque tanto como tú sabemos que con ello no se ha de remediar lo irremediable.

—Sin embargo, deseo dártela.

—Si es tu gusto...

—Sí... Has de saber que mi madre (q. s. g. h.) tenía concertado secretamente mi matrimonio con el hijo de un opulento banquero con el cual me obligó á casarme, violando los impulsos de mi corazón. Seis años más tarde murió, quedando dueña de cuantiosa renta y con una niña, á la cual te voy á presentar ahora mismo, si tú me lo permites.

—¡Cómo no!

Matilde hizo sonar un timbre eléctrico y seguidamente se presentó un criado, al que dijo:

—Diga usted á la señorita Luisa que venga.

Un momento después alzóse el elegante portier

que ocultaba la puerta del gabinete y confieso ingenuamente que no pude contener una exclamación de asombro, creyéndome presa de un sueño.

Porque ante mis ojos apareció no Luisa, sino Matilde, la propia Matilde, en la risueña y dichosa época de nuestros primeros amores... Era su vivo retrato; tenía su misma edad, su misma sonrisa, sus mismos ojos, la misma gallardía en su talle, la misma pureza de líneas...

Matilde, á quien no se ocultó mi asombro, me preguntó con su orgullo tan natural y propio de las madres:

—¿Qué te parece?

¡Preciosa! ¡Divina! ¡Ideal! ¡Si eres tú misma, si es tu vivo retrato!

Luisa bajó los ojos pudorosamente, avergonzada sin duda de tantos y tan entusiastas elogios.

* * *

Creo inútil decir á ustedes que la niña me gustó tanto ó más de lo que me había gustado la madre diez y ocho años antes, y que mis visitas á su casa eran cada vez más frecuentes y cada día más largas.

Ambas me recibían siempre con ostensibles muestras de afecto, y esto me alentaba á emprender la conquista de la encantadora niña, para quien el objeto de mis asiduidades había dejado de ser un misterio.

Y así fueron transcurriendo días y meses, hasta que llegó un día en que me dijo Matilde:

—Tenemos que hablar de cosas serias.

—Estoy á tus órdenes, le contesté un tanto alarmado, creyendo que ella había dado con la clave de mis propósitos.

—Reconozco, continuó Matilde, que he sido una ingrata contigo, que te he hecho sufrir mucho, que agosté en flor tus más risueñas esperanzas...

—No sé dónde vas á parar.

—No me interrumpas. He adivinado ó he creído adivinar el motivo de tus constantes visitas á esta casa.

—¡Eh!.., exclamé poniéndome rojo como una amapola. ¿Luego tú?..

—Sí; lo sé todo, ó mejor dicho, lo adivino todo.

El actor, cuadro de Federico de Uhde
(Copyright by Photographische Geselschaft Berlín.)

—De manera...

—Que estoy dispuesta á resarcirte con creces de las pasadas amarguras, á darte el desquite de lo mucho que has sufrido por mí...

—¿Luego tú no opones?

—¡De ningún modo!

—¿De modo... que estás dispuesta á ser mi suegra?

—¡Eh!.. ¿Cómo?.. ¿Qué has dicho?, me preguntó Matilde poniéndose densamente pálida. Pero ¿tú por quién venías aquí? ¿Por mí ó por mi hija? ¡Por mi hija!.. ¡Por ella!, exclamó con acento de infinita amargura al recibir aquel rudísimo golpe, que si bien era más que suficiente para satisfacer su amor de madre, hería la fibra más sensible de su amor propio, y cayó desvanecida sobre una butaca.

. . . .

Cuando una hora más tarde Matilde tornó á la vida, y cerciorado de que el mal había sido pasajero, abandoné aquella casa, á la que no volví jamás...

Manuel Soriano.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

EL ACTOR.—CANCIÓN PICARESCA

CUADROS DE FEDERICO DE UHDE

El segundo de estos dos cuadros pertenece á la primera época de Uhde, puesto que lo pintó en 1880 en París, cuando trabajaba en el taller de Munkaczy; el otro data de 1893 y en él aparece ya en toda su potencia el eximio artista que muy pronto había de conquistarse uno de los primeros puestos en el arte pictórico alemán. En *El actor* ha desaparecido ya la frivolidad de *Canción picaresca* y en cambio se han acentuado y vigorizado el dominio del dibujo, de la expresión y de la técnica del colorido; desde entonces Uhde entra definitivamente en la hermosa senda del gran arte, aquella senda que ha de conducirle á la gloria y en cuyas sucesivas etapas ha ido produciendo joyas como *La Ascensión*, *La anunciación á los pastores*, *La Cena*, *Amparo de los caminantes*, *Los jóvenes de Emaús* y otras no menos notables.—P.

Canción picaresca, cuadro de Federico de Uhde

ROMANZA SIN PALABRAS, cuadro de J. I. Hunder

EL PROYECTO DE IRRIGACION DEL CANADA, POR FEDERICO A. TALBOT

Una de las empresas más gigantescas emprendidas en el mundo, que ha de ejercer una influencia incalculable sobre la industria agrícola, es la de la irrigación de una grande extensión de terreno situada en el inmenso y fértil Noroeste del Canadá. A medida que el ferrocarril canadiense del Pacífico iba, lenta, pero irresistiblemente, cruzando el continente norteamericano para poner en comunicación las costas del Atlántico con las del Pacífico, los primeros colonos que fueron estableciéndose en pos de él se sintieron atraídos por la fertilidad de aquellas inmensas llanuras de la provincia de Alberto. Se vió que el país se prestaba admirablemente para la crianza de ganado, y durante algún tiempo esa fué la industria principal de la provincia. Después de algunos años, sin embargo, se hizo patente que un porvenir mucho mejor aguardaba á aquel territorio, cultivando los cereales, lo que ha quedado luego confirmado, pues el trigo de Alberta tiene ya fama universal. En tales condiciones, no tardaron mucho los experimentados y ricos agricultores de los territorios del Norte de los Estados Unidos en atravesar la frontera, junto con emigrantes de todas las naciones del globo.

Vista del canal principal, dos millas más abajo de su arranque

Pala y tren de excavación extrayendo tierra y guijarros de una trinchera del canal principal

Pero como si la Naturaleza no hubiera prodigado bastante sus dones á esa afortunada provincia, la ciencia del ingeniero ha sido invocada para añadir otras ventajas á las ya existentes, paso que se dió á consecuencia de una serie de años de sequía, que comenzó en 1893. Para combatir este mal, los colonos fijaron su atención en el modo de asegurar sus cosechas por medio del riego. Los primeros experimentos se limitaron á construir zanjas para regar pequeñas extensiones de terreno en los valles, y dieron tan buen resultado, que el gobierno tomó á su cargo la formación de un proyecto más grandioso para llevar á cabo esta obra y favorecer la producción. El parlamento canadiense sancionó una ley muy minuciosa para el aprovechamiento de aguas para riegos, ley que se hace cumplir muy estrictamente y cuya bondad queda demostrada por el hecho de que durante estos últimos diez años, á pesar de que se han abierto 800 millas de canales y zanjas para riegos, no ha ocurrido ni un solo pleito ante los tribunales por tal motivo.

Cuando se promovió la cuestión de llevar á efecto la irrigación científica y completa de la provincia de Alberta, se practicaron complicados reconocimientos á fin de determinar el origen y volumen de la cantidad de agua que pudiera aprovecharse para el riego, así como para señalar los terrenos donde pudiera emplearse con mayor ventaja.

Se vió que una grande extensión de terreno, situada al Este de Calgary, capital de Alberta, podía regarse con las aguas del río Bow, y la compañía del ferrocarril canadiense del Pacífico se ha encargado de la ejecución de las obras, para las que ha destinado un millón de libras esterlinas. El territorio que va así á ser beneficiado, mide unas 150 millas de largo por 40 de ancho por término medio, representando un total de tres millones de acres, divididos en tres secciones, que comprenden una despejada llanura con elevación, por lo regular, de 3.400 pies sobre el nivel del mar en su parte occidental, descendiendo ésta rápidamente hasta llegar á 2.300 en su límite oriental.

Los reconocimientos preliminares hasta ahora hechos, demuestran que 1.500.000 acres aproximadamente, una mitad del total, podrán con el tiempo ser regados; pero los trabajos se han emprendido por secciones y la occidental ha sido donde se han principiado, sin que se pase á las otras hasta que en ésta hayan quedado por completo terminados; ya hay 110.000 acres en disposición de ser cultivados.

El agua se toma dos millas más abajo de Calgary y desde allí, por un canal principal, se lleva á una distancia de 17 millas, donde entra en el depósito número 1. Este canal es de grandes proporciones, mide 60 pies de anchura en el fondo por 120 á la altura del nivel del agua, que tiene, como mínimo, 10 pies de profundidad.

En la boca del valle se ha construido una presa para contener el agua, que forma un lago de 3 millas de largo por $^1/_2$ de ancho, del que parten tres canales secundarios, que entre todos miden 150 millas. De estos canales, el agua es llevada y distribuída á cada una de las parcelas de irrigación en que está dividida cada sección, por medio de acequias, de unas 800 millas de longitud total. A este total hay que agregar otros cuantos centenares de millas por las pequeñas zanjas laterales de distribución, abiertas por los labradores para el riego de sus respectivas tierras y predios.

Los canales de distribución llegan hasta los límites de cada propiedad y el propietario ha de buscar por sí la manera de repartir en ella el agua. Es costumbre general llevar la acequia ó canal secundario hasta cierto punto próximo al área que ha de ser regada y dejar á los cultivadores que se reunan y pongan de acuerdo para construir y conservar las

Elevación de los declives del canal principal por medio del vapor

zanjas de distribución, que han de llevar las aguas de dichos canales hasta sus fincas por cuenta suya.

Las primeras preguntas que se hace al que piensa dedicarse al cultivo de un terreno, que depende, en gran parte, de la irrigación artificial para ser fructífero, son muy obvias. «¿Cómo he de tener la seguridad de que no me ha de faltar el agua y de la validez de mi derecho á tenerla? La red de canales, así respecto á su distribución como á su construcción, ¿está bien ideada y debidamente construída? ¿Queda reducida al mínimo la probabilidad de que falte el agua en un momento crítico? ¿Es la tarifa que se exige para su conservación razonable y exenta de onerosos aumentos en los años sucesivos?» El buen éxito del futuro agricultor depende principalmente de que á esas preguntas pueda dar contestación satisfactoria.

Con respecto á las dos primeras, podemos manifestar que las obras se han llevado á cabo siguiendo un plan científico y acertado. Los terraplenes se han limpiado escrupulosamente de toda la tierra superficial que con tanta facilidad cede á cualquiera presión extraordinaria ó filtración, y además han sido cuidadosamente revestidos de tal modo, que el canal está considerado como uno de los más sólida y compactamente construídos de que hace mención la historia de la ingeniería de irrigación. La misma habilidad y cuidado se ha tenido en proyectar y construir las compuertas y otras obras, así del canal principal como de los secundarios. La posibilidad de que faltara el agua por accidentes, hundimientos causados por la corriente ó por haber puestos más débiles que otros, ha quedado reducida á la menor proporción posible á que puede llegar el ingenio y el trabajo del hombre.

Por lo que respecta al coste de entretenimiento y á que haya siempre existencia de agua, el terreno se vende garantizando la compañía del ferrocarril canadiense del Pacífico que mantendrá en perfecto estado el canal principal, los secundarios y las zanjas de distribución.

La ley fija el precio del agua, que es de dos chelines por acre, y determina además la época del riego, que es desde 1.° de mayo á 1.° de octubre de cada año; y por consiguiente el labrador, cuando toma posesión de su terreno, sabe con toda exactitud hasta dónde llegan sus derechos y responsabilidades por lo que respecta á la provisión de agua, cuya concesión le ha sido acordada de una manera irrevocable, sin que de ella se le pueda despojar por ningún concepto.

Para enseñar á los nuevos agricultores la manera mejor y más ventajosa de regar sus tierras, la compañía tiene cierto número de peritos en la materia que les ayudan y enseñan gratuitamente hasta que ya se han hecho cargo perfectamente de lo que tienen que hacer para aprovechar el agua.

LA CRISIS PORTUGUESA

Desde el mes de mayo último, impera en Portugal un régimen de excepción. Cerrado indefinidamente el Parlamento, amordazada y sometida á leyes severísimas la prensa, imposibilitados los hombres públicos de dirigirse al pueblo para protestar de un estado de cosas que parece imposible en un pueblo culto y en pleno siglo XX, no hay allí más autoridad ni más poder que la dictadura conferida por el rey D. Carlos á D. Juan Franco, el fundador del llamado partido regenerador liberal.

Creyóse en un principio que tal situación no podría prolongarse; hubo protestas enérgicas, manifestaciones tumultuosas, en las que corrió la sangre del pueblo, pero la violencia acabó por imponer el orden, y las esperanzas que muchos acariciaban de que pronto se restablecería la normalidad constitucional, se han desvanecido no sólo ante la persistencia de las medidas represivas, sino también en vista de las declaraciones del monarca portugués, hechas á un redactor del importante diario francés *Le Temps*, en una *interview* que ha sido muy comentada en todo el mundo.

El rey D. Carlos de Portugal

El dictador Juan Franco

El príncipe heredero Luis Felipe

He aquí algunas de esas declaraciones:

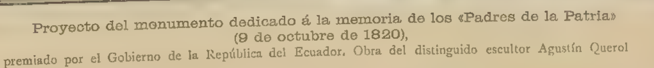
«En los últimos tiempos de la legislatura, la situación se había hecho imposible y era preciso poner término á aquel embrollo, que no podía prolongarse porque, de lo contrario, quién sabe adonde habríamos ido á parar. Entonces di al Sr. Franco los medios de gobernar. Háblase de su dictadura, pero los demás partidos, los que más gritan, también me habían pedido la dictadura; para concederla, exigía yo garantías de carácter; necesitaba una voluntad enérgica para qua mis ideas prosperasen. El Sr. Franco ha sido el hombre que yo deseaba; hace tiempo que tenía mis ojos puestos en él, y en el momento oportuno lo he llamado. Lo que constituye su fuerza es que tiene fe en él, en su estrella, y en las horas de crisis esa confianza es un auxiliar poderoso; su inteligencia iguala á su voluntad y es más inteligente de lo que se cree.

»Estamos de acuerdo, enteramente de acuerdo; trabajamos juntos y tiene toda mi confianza. Contra lo que muchos suponen, pienso sostenerle en su puesto, porque estoy muy contento de él. Todo va bien, y esta situación durará; es preciso que dure, en interés del país. Haremos las elecciones, cuando llegue la ocasión conveniente, sin hacer caso de las excitaciones y de las intimaciones que se nos hacen. Seguramente tendremos mayoría, pues el país aprobará la conducta del Sr. Franco; restableceremos el equilibrio del presupuesto y enjugaremos el déficit.»

Después de decir que no es de temer la revolución, porque sabe que puede contar con la lealtad y la abnegación del ejército, añadió:

«Conozco mi país, y conozco mi tablero electoral. Portugal necesita tranquilidad; trabaja y pide que el orden y la paz sean garantidos. Como voy por todas partes, sé que mi pueblo está conmigo. Cuando las elecciones nos hayan traído una fuerte mayoría y se haya restablecido la normalidad, ya no tendrá razón de ser el remedio extraordinario que he creído indispensable aplicar á una situación extraordinaria, pues ni por un momento he olvidado cuáles son mis deberes para con mi corona y mi querida patria.»

De modo que, si no sobrevienen sucesos imprevistos, que bien pudieran, ocurrir dada la agitación del país, hay dictadura para tiempo en Portugal



Proyecto del monumento dedicado á la memoria de los «Padres de la Patria» (9 de octubre de 1820), premiado por el Gobierno de la República del Ecuador. Obra del distinguido escultor Agustín Querol

JUNTO A LA FUENTE, COPIA DEL CELEBR

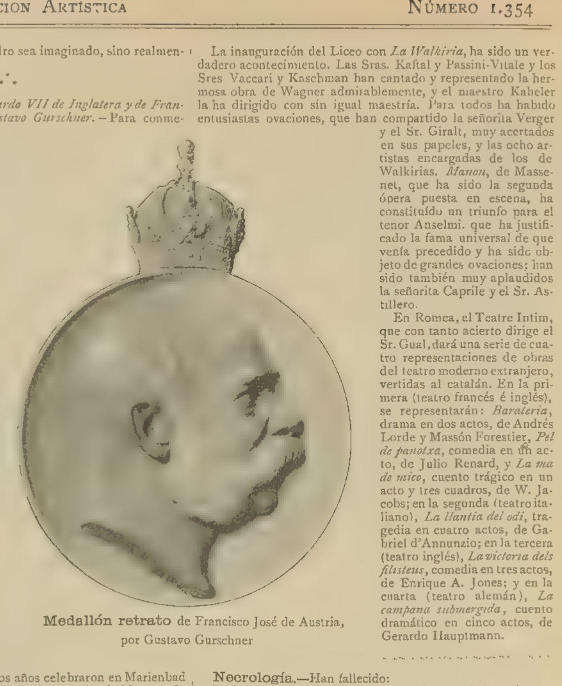
[illegible] G. M[illegible], [illegible] for R[illegible] B[illegible]

LA TERCERA DUMA RUSA

(Véanse los grabados de la página 793)

Después del fracaso de las dos primeras dumas, parece que la tercera está llamada á vivir más tiempo que las anteriores, cuya existencia fué tan efímera. Bien es verdad que el gobierno, para las elecciones de esta última, reformó de tal manera la ley que había presidido á las de las otras dos, que los partidos de oposición se han visto poco menos que excluídos del sufragio, y en los distritos en donde antes triunfaran los liberales se ha reducido considerablemente el número de representantes del pueblo. Gracias á estas y á otras combinaciones ha vencido el partido gubernamental y la presente duma no podrá considerarse como expresión de la verdadera voluntad del pueblo ruso, sino como un instrumento más en manos de la autocracia, como una sombra, como una mixtificación del sistema parlamentario.

El partido predominante en esa tercera duma, es el de los octubristas, así llamados porque su programa es el que definía el manifiesto imperial de 17 de octubre; son constitucionales, partidarios de una responsabilidad ministerial limitada, del acceso á las funciones ministeriales de personas ajenas á la burocracia, y de una progresiva ampliación de las prerrogativas de la duma en materia de legislación.



Medallón retrato del rey Eduardo VII de Inglaterra, por Gustavo Gurschner

Medallón retrato de Francisco José de Austria, por Gustavo Gurschner

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 797, 800, 801 y 802.)

Romanza sin palabras, cuadro de J. Y. Hunter. – Un pensamiento delicado expresado en forma elegante, sencilla, he aquí la impresión que este lienzo nos produce. Hay en todo él un ambiente de poesía que encanta; el amor, un amor tierno, tranquilo, no sólo está sentado al piano acompañando lo que más que con los labios se dicen con el corazón los dos personajes, sino que flota en todo el ambiente, llenando la estancia de un perfume delicioso.

***

Junto á la fuente, cuadro de G. Muzzioli. – El malogrado pintor italiano, que muy joven aún, era ya miembro de las importantes academias de Módena y de Turín, dedicóse preferentemente á hacer revivir la antigua Roma en el apogeo de su esplendor y de su poderío. *Los funerales del Británico, La fiesta de las flores, Coloquio amoroso, En el templo de Baco, Idilio pastoril* y otros cuadros de este género son otras tantas manifestaciones del talento del artista, de su conocimiento de la historia y de las costumbres romanas, de sus excepcionales cualidades de dibujante y colorista. La composición que en este número reproducimos, es indudablemente una de las más hermosas que ha dejado Muzzioli: las figuras, los elementos arquitectónicos y ornamentales, los accesorios, todo está tratado con amplitud, con elegancia y sobre todo con una verdad tal, que no parece que el cuadro sea imaginado, sino realmente vivido.

***

Medallones retratos de Eduardo VII de Inglaterra y de Francisco José de Austria, por Gustavo Gurschner. – Para conmemorar la entrevista que hace dos años celebraron en Marienbad los soberanos inglés y austriaco, decidieron los habitantes de aquella población, tan celebrada por sus aguas medicinales, acuñar los medallones retratos de ambos monarcas, que adjuntos reproducimos. El conocido escultor vienés Gustavo Gurschner, á quien se encomendó la ejecución de los mismos, ha hecho una obra notabilísima bajo todos conceptos, así por lo exacto del parecido, como por la finura del modelado.

***

Banco monumental, obra de Carlos Keifer. – En la última exposición de bellas artes de Munich llamó con justicia la atención esa obra, en cuya composición y ejecución ha hecho gala su autor de un gusto depurado y de un sentimiento altamente artístico. Las tres bellísimas estatuas que en él se admiran se imponen por su majestuosa belleza, avalorada por la elegancia y la sobriedad de líneas del banco que les sirve de pedestal.

Banco monumental, obra de Carlos Kiefer. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich. 1907.)

MISCELÁNEA

Espectáculos. – BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La festa dels angels*, esbozo dramático en un acto, de J. Marxuac, y *Testimo*, opereta en dos actos, letra de Luis Puiggari, música de A. Esquerrá; en Romea *La colla den Pep Mata ó Els martres de la Inquisició*, sainete en un acto, de Ignacio Iglesias; y en el Tívoli *Todos somos unos*, zarzuela en un acto, letra de Jacinto Benavente, música del maestro Lleó.

La inauguración del Liceo con *La Walkiria*, ha sido un verdadero acontecimiento. Las Sras. Kaftal y Passini-Vitale y los Sres Vaccari y Kaschman han cantado y representado la hermosa obra de Wagner admirablemente, y el maestro Kabeler la ha dirigido con sin igual maestría. Para todos ha habido entusiastas ovaciones, que han compartido la señorita Verger y el Sr. Giralt, muy acertados en sus papeles, y las ocho artistas encargadas de los de Walkirias. *Manon*, de Massenet, que ha sido la segunda ópera puesta en escena, ha constituído un triunfo para el tenor Anselmi, que ha justificado la fama universal de que venía precedido y ha sido objeto de grandes ovaciones; han sido también muy aplaudidos la señorita Caprile y el Sr. Astillero.

En Romea, el Teatre Intim, que con tanto acierto dirige el Sr. Gual, dará una serie de cuatro representaciones de obras del teatro moderno extranjero, vertidas al catalán. En la primera (teatro francés é inglés), se representarán: *Baraleria*, drama en dos actos, de Andrés Lorde y Massón Forestier, *Pel de panotxa*, comedia en un acto, de Julio Renard, y *La ma de mico*, cuento trágico en un acto y tres cuadros, de W. Jacobs; en la segunda (teatro italiano), *La llantia del odi*, tragedia en cuatro actos, de Gabriel d'Annunzio; en la tercera (teatro inglés), *La victoria dels filisteus*, comedia en tres actos, de Enrique A. Jones; y en la cuarta (teatro alemán), *La campana submergida*, cuento dramático en cinco actos, de Gerardo Hauptmann.

Necrología.—Han fallecido:

José Engl, dibujante y escultor alemán, uno de los primeros y principales del notable periódico *Simplicissimus*.

Ernesto Blum, autor dramático francés.

Carlos Costa, popular poeta y autor dramático austriaco.

Adolfo Furtwängler, notable arqueólogo muniquense, director de la Gliptoteca y conservador de la colección de ánforas de la Antigua Pinacoteca, director de las excavaciones de Olimpia, conservador de los museos de Berlín, profesor y autor de muchas é importantes obras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 482, POR V. MARÍN

NEGRAS (9 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

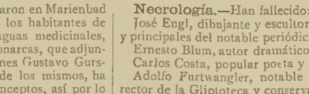
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 481, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Df8–e8	1. Re4–d5, d3 ó e5
2. De8×b5 jaque	2. R juega.
3. C mate.	
	1. Re4–f5 ó f3
2. De8–h5 jaque	2. R juega
3. C mate.	

VARIANTE

1...... Otra jugada; 2. De8–c6 jaque, etc.



La joven permaneció silenciosa un momento...

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON. — ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—¡Magnífica idea!, exclamó Walton. Aprecio tu indicación en lo que vale; y ahora, acaba de complacerme, preparando mi maleta. No puedo marchar ya en el tren de las cuatro, pero aprovecharé el último, y así me será posible hacer una visita al Sr. Lewis antes de comer.

—¿Cuándo volverás?

—Me parece que dentro de una semana.

—Entonces invitaré á Alicia á pasar un mes con nosotras...

—Como quieras; mas creo que sería mejor esperar hasta que yo haya regresado. De todos modos, no conviene decir por qué la invitas, por si acaso no se pudiera arreglar nada.

—Pues si no te casases con esa joven, serías un tonto.

—Los más de los hombres lo son en asuntos de esta especie, y yo siento contarme en el número, mas no puedo remediarlo.

—Yo no la preguntaré nada, á menos de que pienses formalmente sobre mi proposición, porque esto la disgustaría.

—Pues no la disgustes; y si te parece, pongamos término aquí á la conferencia.

Elisa perdía la esperanza de conseguir su objeto, y su rostro se anubló.

—Esta es mi última palabra, Tomás, dijo; incurrirás en un grave error si te casas con la señorita Holt, un error que nos hará padecer, y á ti también... Yo creo que debes alguna consideración á tu madre y á tus hermanas.

—Sí, repuso, os debo esa consideración; pero reclamo para mí la libertad de casarme con la mujer que en mi opinión podrá hacerme feliz.

—Pero ¿y si te casas con una mujer que te conduzca á mayores apuros, que naturalmente nos afectarían á nosotras?

—Entonces, todos caeremos; pero lo mejor será no anticipar las cosas. Ahora debo marcharme cuanto antes para hacer mi visita al Sr. Montague.

A nadie le gusta ver desbaratados sus planes, y como el de Elisa tenía á sus ojos la mayor importancia, quedó muy disgustada del resultado de la conferencia. Proponíase ante todo alejar á su hermano de una mujer á quien ella odiaba, é inducirle á casarse con otra que era querida de toda la familia, sin contar que disfrutaba de una renta de cuatro mil duros anuales. La resistencia de Tomás despertó de nuevo su irritación, y salió de la estancia sin decirle una palabra más.

Para asegurar el resultado había pedido antes auxilio á Sara, quien la proporcionó copia de una carta de su padre, explicando la situación de Susana; y provista de este documento, Elisa creyó asegurado su triunfo; pero calculó equivocadamente, creyendo que Tomás hacía la corte á la señorita Holt tan sólo por su fortuna. Al ver que su hermano persistía en tomarla por esposa aunque fuese pobre, su asombro fué indecible, mas no desistió de su propósito. Pocos días después, sin embargo, hubo de renunciar, pues recibió una invitación de la señorita Harwood anunciando su boda.

XLII

EL PRÉSTAMO

—No es necesario que me espere usted aquí, pues iré á la estación á pie, dijo Walton al detenerse delante de las puertas de la casa Isabel al hombre que le acompañaba, encargado de conducir á su casa el cabriolé.

Después llamó á la puerta, y el criado, que ya le conocía, condújole á la biblioteca.

El Sr. Lewis estaba sentado, con la pierna izquierda apoyada en varios almohadones; á su alrededor veíanse varios periódicos, y junto á la pared, varias cajas de libros sin abrir.

—Me alegro ver á usted, Sr. Walton, dijo; todos los muchachos están de viaje, y hace dos días que no tengo con quién hablar; pensaba, pues, en enviarle un recado para que viniese á verme. Vamos, siéntese usted, y dígame qué le ocurre; seguramente no le aqueja la gota como á mí.

—No, pero sí algo peor; la intranquilidad de ánimo.

—¿Se trata de una mujer ó de dinero?

—De ambas cosas.

—Mal negocio; sepamos lo que es. ¿Ha causado usted la ruina de alguna mujer, ó es ella la que ha conseguido arruinarle?

—Creo haber hecho daño á una mujer, aunque no era tal mi intención; pero es cosa que nadie me perdonaría.

—El mundo es muy tolerante con nosotros cuando pecamos; olvida y perdona con singular rapidez, y en este punto no puede ser más benéfico. Nuestros amigos son por lo regular los que tratan de mantener el resentimiento vivo contra nosotros.

—Lo que me apura más es que deseo casarme.

El Sr. Lewis trató de ahogar una exclamación.

—Sí, repuso, el matrimonio es una cosa muy seria.

—Con frecuencia me ha dicho usted, continuó Walton, que cuando me hallase en un grave apuro me ayudaría á salir de él. Por desgracia, ha llegado ese caso; necesito contraer matrimonio con la mujer á quien amo; pero antes debo pagar la suma de cinco mil duros, y quisiera que usted me los prestase.

El Sr. Montague se sobresaltó un poco; mas no por eso dejó de mostrarse bondadoso.

—¿Y con quién desea usted casarse?, preguntó.

—Con la señorita Holt, una de las arrendadoras de usted.

—¿Ha consentido ella?

—Aún no; pero estoy seguro de que accederá apenas haya cumplido la misión que acaba de confiarme y que consiste en buscar á su prima, la cual se ha ido de su casa. Debo advertir á usted que le digo esto en el seno de la confianza.

—¿Quién es la persona á quien ha de pagar usted esa cantidad?

—La prima. Puedo ofrecer á usted en garantía la casa y los campos, y me sería fácil hallar el dinero, pero no antes de una semana, y yo lo necesito en seguida. ¿Quiere usted ayudarme?

—La suma es considerable y no fácil de encontrar; pero dígame usted por qué la necesita con tal urgencia.

Walton explicó todas las circunstancias del caso, y cuando hubo concluído, el Sr. Lewis contestó tranquilamente:

—Muy bien; le daré á usted un talón para el Banco, y cuando usted vuelva arreglaremos lo de la garantía.

Walton se dirigía á la estación pocos momentos después mucho más contento de lo que esperaba, pues ahora, cuando encontrase á Sara, podría satisfacer su deuda.

XLIII

EL SR. PATCHETT SE EXPLICA

Extraña sensación se produce en el ánimo cuando vemos que todos los amigos que nos rodeaban se han alejado de nosotros, dejándonos solamente un recuerdo de los días que con ellos pasamos.

Susana se encontraba poco más ó menos en una posición semejante. Al principio, la absurda conducta de su prima la hizo reir; mas apenas hubo marchado Walton, comenzó á reflexionar en su triste situación. Job había muerto, Sara huía de ella y Miguel parecía abandonarla también. Por lo que estaba viendo, Walton era el único que se mantenía fiel; habíase prestado al punto para desempeñar la misión que ella le encomendó, y persistía en su amor, á pesar de habérsele dicho que era pobre.

Pero ¿cuál era la causa de todo esto?

No creía haberse conducido mal con nadie, y es-

taba decidida á no casarse con Walton, aunque ahora no le parecía ya probable su unión con Miguel, pues hallábase dispuesta á no aceptar su mano aunque se la ofreciese. En su concepto, era una crueldad no ir á verla, sabiendo, como debía saber, en qué situación se hallaba.

Después de hacer estas reflexiones, Susana subió á su cuarto rápidamente, púsose el sombrero y salió poco después para ir á casa del Sr. Patchett.

El abogado la recibió con todas las muestras de simpatía que puede dar un hombre amable, y le dijo con acento cariñoso que tenía aspecto de enferma y que, como la cosa no urgía, era mejor diferir el arreglo de los asuntos hasta que estuviese mejor.

—¡Oh! Estoy bastante bien ahora, contestó Susana con forzada sonrisa; y lo que más me molesta es la confusión en mis negocios, por lo cual desearía que me lo explicase usted todo bien. El Sr. Hazell me dijo que usted podía hacerlo, y yo quiero saber cómo es que, mientras los unos aseguran que he perdido muy poco por la quiebra del Banco, otros dicen que estoy arruinada.

—¿Será preciso decírselo á usted?, preguntó el señor Patchett recalcando sus palabras y con el evidente deseo de que Susana no insistiera.

—Sí, lo deseo vivamente; quiero saber á qué atenerme con seguridad.

—Es usted joven, señorita Holt, y un poco impetuosa. ¿Quiere usted seguir mi consejo?

—No puedo prometer nada.

—Advierta usted que es consejo de abogado y de amigo. Yo quisiera que fuese usted generosa con un hombre que siempre fué buen amigo para usted y no preguntase más sobre este asunto, puesto que su fortuna está asegurada.

Al oir hablar al abogado con tanta gravedad, Susana palideció.

—Pero ¡Dios mío!, exclamó; ¿qué misterio se encierra aquí?

—Todo el misterio se reduce á la inmensa bondad de un hombre respecto á usted, y á su empeño en ocultarla.

—Sin duda se refiere usted á Miguel..., digo, al Sr. Hazell.

—Precisamente.

La joven permaneció silenciosa un momento, sonrojóse después y contestó con los labios temblorosos:

—Pues yo insisto en saberlo todo. Si el Sr. Hazell me ha dispensado alguna bondad que yo pueda aceptar, deseo conocerla para agradecérsela.

—Muy bien, repuso Patchett; Hazell me dijo que la explicase todo si usted insistía; la he dado un consejo y rehusa seguirle; de modo que lo más sencillo, para que usted conozca el estado de sus negocios, será mostrarle la minuta del último testamento de Job Hazell, aquel que se inutilizó delante de usted.

El abogado entró en el despacho de su oficial y un momento después presentóse con la primera copia del testamento.

—Léalo usted, dijo, mientras voy á dar algunas instrucciones á mis dependientes; pero cuando haya concluído su lectura, toque usted esa campanilla y volveré.

—Muchas gracias, contestó Susana con acento débil hojeando el testamento con mano temblorosa.

Las primeras páginas no contenían nada que no supiese ya; pero cuando llegó á la última cláusula en que se explicaba el estado de su fortuna y cómo se salvaba ésta, sacrificando la de Miguel, su rostro expresó el mayor asombro.

—Debo mostrarme firme, murmuró después de reflexionar un momento, y arreglar esta cuestión de una vez.

Y como si le ocurriese de pronto una idea, sacó de su bolsillo la hoja quemada del testamento, que aún conservaba, y pudo leerla por completo. Después de explicar la situación, tal como Job la diera á conocer á su hijo, la cláusula decía así:

«La citada Susana Holt perdería toda esta suma en el caso de no satisfacer los deseos de su padre, casándose con mi hijo Miguel ó algún otro, previo mi consentimiento. El depósito se hizo por dicho Matías Holt con el indicado propósito, y yo le consideré como bueno y seguro. Creo que por mi parte no hay obligación legal ó moral de reponer esa suma; pero mi hijo Miguel desea que se haga así. He consentido porque creo que Susana Holt se casará con él; si no lo hiciere así, quiero que conozca las condiciones en que se hizo el depósito, porque esto la inducirá á mostrarse equitativa respecto á mi hijo Miguel, haciéndole justicia como su conciencia se lo dicte.»

Susana no comprendió bien al pronto el sentido de esto, y hubo de leer la cláusula muchas veces; pero poco á poco explicóse la extraña conducta de Miguel el último día en que vió á Job vivo, recordando el ardid de que se valiera para que su padre destruyese el testamento con su propia mano.

¡El joven Hazell la entregaba su fortuna, dejándola en libertad de elegir el esposo que fuese más á su gusto! Pero Job parecía reclamar desde su tumba que hiciese justicia á su hijo; antes no sabía cómo, mas ahora todo se aclaraba para ella, y se mostraría justa con Miguel, costara lo que costase.

Susana tocó la campanilla y el abogado entró.

La joven se levantó; estaba muy pálida, pero tranquila.

—Ya he leído eso, Sr. Patchett, y doy á usted gracias por haberme permitido la lectura. Me ha explicado muchas cosas que antes eran obscuras para mí; pero no sé aún si he comprendido bien. ¿Quiere decir que mi padre depositó dinero en el Banco del condado, que se ha perdido todo y que el Sr. Hazell ha entregado su fortuna para salvarme?

—Precisamente. Tal fué el arreglo que se hizo, y Miguel no tuvo conocimiento del hecho hasta después de haber quebrado el Banco. Entonces insistió en que no debía usted sufrir la pérdida á consecuencia de un error de su padre y el de usted; yo quise disuadirle, pero todo fué inútil. Hazell es muy obstinado cuando se trata de usted, y no quiere obrar como un hombre razonable en cuanto se refiere á ese asunto.

—Pues yo no aceptaré ese donativo. ¿Qué puedo hacer?

—Si fuera usted mi hija, contestó mirándola bondadosamente, la diría que hay un medio muy sencillo para arreglar ese asunto, y creo que lo más sencillo es siempre lo mejor... Consienta usted en ser su esposa.

—Miguel rehusa aceptarme, contestó Susana con acento de amargura á la vez que de indignación.

Estas palabras sorprendieron al abogado, que comprendía ahora menos el sacrificio de Miguel; pero parecióle que una breve explicación suya allanaría todas las dificultades.

—¿Quiere usted depositar en mí su confianza?, preguntó.

—Sí puedo, con mucho gusto.

—Bien, pues dígame: ¿se casaría usted con Hazell si éste pidiera su mano?

Susana vaciló un momento; mas al fin contestó:

—Sí, con tal que estuviese segura que él se daría por feliz.

—Pues entonces, todo se puede arreglar perfectamente si usted me permite decirle eso.

—¡Oh, no!, contestó Susana resueltamente. Usted me ha preguntado en confianza y por eso he contestado así.

—Como usted guste, mas creo que esto no es obrar acertadamente. De todos modos, yo no diré nada hasta que usted me dé su permiso.

—Muchas gracias. Ahora no necesito más que saber cómo podré hacer la devolución de este dinero que no me pertenece, y en todo caso, la pérdida no ha de recaer en Miguel Hazell. ¿Puede usted arreglar esto para mí desde luego?

—Sin la menor dificultad; nada es tan fácil como desprenderse de un capital; pero quisiera que pensase usted más sobre el asunto.

—No es necesario, porque no cambiaré de resolución. Sírvase usted arreglar el asunto cuanto antes, pues no estaré tranquila hasta que se haya devuelto el dinero.

—Muy bien, contestó Patchett maravillado al ver de qué manera tan curiosa pueden producirse la generosidad y el antagonismo.

XLIV

EL CAPULLO

Cuando Susana salió de la oficina del abogado experimentaba un sentimiento de enojo más bien que de gratitud. La explicación del misterio, lejos de complacerla, disgustábala, pues resultaba que Walton había dicho la verdad; mientras que Miguel le ocultaba hechos de suma importancia, y trataba de hacerla dependiente de su generosidad, después de inferirla la más grave injuria que puede hacerse á una mujer. Esto era ya demasiado, y aunque por la devolución del dinero se viese reducida á pedir limosna, persistiría en que las instrucciones dadas á Patchett se cumplieran inmediatamente. Ahora comprendía lo que Job quiso decir al recomendarla que hiciera justicia á su hijo, y explicábase las reprensiones que Miguel se dirigía á sí propio. Su conducta era indigna; habíala tomado por una niña que no sabe hacer frente á la desgracia; quería echarla de bienhechor oculto, y se la privaba de poder manifestar su agradecimiento.

Susana pensó en ir desde luego á Marshstead para decir á Miguel que lo sabía todo y que estaba resuelta á rehusar su sacrificio; pero poco á poco comenzó á darse cuenta del inmenso amor de Miguel para ella, cuando así la dejaba su fortuna, sin decir una palabra, sin una queja y sin reclamar nada en cambio.

Llegada á su casa, subió á su cuarto, acercóse á su pupitre y buscó aquel capullo que había guardado allí un día. Después fué á sentarse junto á la ventana, besó la flor, cruzó los brazos sobre la musa, apoyando la cabeza en ellos y sollozó amargamente.

¡Miguel era el hombre que verdaderamente la amaba y le había perdido!

. . . .

El Sr. Patchett era un hombre vulgar, pero de muy buen sentido y también de carácter bondadoso. Por eso cuando Susana se marchó, sonrióse y se dijo para sí:

«Esto es solamente un pique de amantes. Yo no puedo decir á Miguel lo que ella acaba de confesarme, pues he prometido callar; pero nada me impide hacerle una indicación, y tal vez con esto se arregle el asunto. De todos modos, probaré.»

En su consecuencia, el abogado se dirigió á Marshstead á los pocos momentos de haber salido Susana de la oficina.

Encontró al joven Hazell cuando volvía de los campos; parecía muy abatido, y á primera vista reconocíase que sufría algún hondo pesar.

—¡Ah!, exclamó, ¿usted por aquí, Sr. Patchett?

Su manera de hablar, sus movimientos y ademanes demostraban que todo era indiferente para Miguel. No pensaba más que en el trabajo, considerándole como la panacea para curar sus males.

—Ya veo que adelanta usted en su recolección, dijo Patchett con su alegre tono de siempre, y supongo que es buena, ¿eh?

—Sí, bastante, contestó Miguel fríamente.

—Me parece que sé porque está usted tan contristado. La señorita Holt ha ido á verme, y en cumplimiento de las instrucciones de usted, la he dicho todo sobre la transferencia.

—¿Con qué lo sabe ya?, exclamó Miguel, haciendo un movimiento de asombro, é interesándose al parecer de nuevo en las cosas de la vida.

Sí, absolutamente todo; y me ha dado instrucciones para que sea devuelta á usted toda la suma.

—Usted no debe hacer eso.

—Yo estoy obligado á cumplir las órdenes de mis clientes cuando no quieren escuchar mi consejo; pero me pareció oportuno advertírselo á usted, indicándole la conveniencia de que vea á Susana. Tal vez logre persuadirla de que incurre en un error, y acaso por amor á usted consienta en dejar las cosas como están.

Si en aquel momento se hubiese producido un terremoto, Miguel habría visto derrumbarse las casas á su alrededor sin manifestar la menor sorpresa.

—La señorita Holt, contestó, es muy resuelta, y creo que sería inútil verla.

Al decir esto, Miguel pensó en la Susana que amaba y en la del presente, pues parecíale ver en la misma persona dos individualidades; en la primera una amiga á quien estaba dispuesto á servir siempre, y en la segunda la mujer cuyo amor le servía de constante compañero, al que podía evocar á su antojo, consolándose con imaginarias conversaciones.

Patchett no comprendió bien la cuestión que mediaba entre los dos jóvenes; pero dedujo que era algo más serio de lo que él había imaginado. Hubo un instante en que estuvo á punto de abusar de la confidencia de su cliente; pero como abogado de la antigua escuela, celoso en el cumplimiento de su deber, se contuvo. Sin embargo, quería hacer algo en favor de Miguel, aunque sólo fuera indirectamente, y no dejó de conseguir ese objeto hasta cierto punto.

—La señorita Holt, repuso, es indudablemente muy resuelta; mas en este momento está muy apurada respecto á ese asunto, y usted debería verla.

Al oir esto, Miguel pareció despertar de un sueño y reconocióse culpable de muchas torpezas.

—Iré ahora mismo, contestó.

—Ahí fuera tengo mi cabriolé, dijo el abogado.

Miguel abrió la puerta; pero de pronto detúvose, mudo de asombro, al ver á la señorita Holt con la cabeza inclinada y los brazos cruzados y en la mano derecha un capullo de rosa ya marchito.

Sin duda no había visto á Miguel, y éste, pasando á su lado, tocóla en el hombro con la ternura de un padre y la simpatía de un amante.

—¿Qué ocurre, Susana?, preguntó.

La joven levantó la cabeza; tenía los ojos enrojecidos, cual si hubiese llorado mucho, y en ellos revelábase una marcada expresión de cólera; este debía ser el sentimiento que la agitaba, pues dejó caer el capullo en el suelo y lo pisó, mientras las lágrimas asomaban á sus ojos de nuevo. Después, por un supremo esfuerzo de su voluntad, recobró la calma y

contestó á la pregunta, aunque sin disimular su enojo.

—Me han disgustado mucho varias cosas, y sobre todo lo que usted ha hecho respecto á la transferencia de su fortuna. Me ha engañado usted como...

Iba á decir «á Job;» mas al recordar la generosa conducta de Miguel, abstúvose de terminar la frase. Miguel lo adivinó, sin embargo, é inclinó la cabeza.

—No puedo sincerarme, dijo con dulzura; la única excusa que influiría en su ánimo no debo alegarla ya, y mi contestación se ha de reducir á esto: traté de hacer lo que me pareció justo; y creo que si mi padre viviera reconocería que he obrado bien.

—¿Y no tuvo usted otro motivo?, preguntó Susana con cierta amargura.

—¿Qué otro motivo había de tener?, contestó el joven sorprendido.

—Someterme á un deber que me impusiera la obligación de casarme con usted.

La joven pronunció estas palabras casi con dureza, y sus facciones expresaron á la vez el disgusto y la altanería.

—¡Oh! Susana, ¿es posible que crea usted eso?, exclamó Miguel confuso de vergüenza al pensar que pudiese suponerse de él semejante cosa.

—Tal vez me engañe, añadió Susana apresuradamente; y debe ser así, puesto que usted trató de ocultarme la transferencia; pero si me hubiera respetado tanto como usted quiso hacerme creer, me lo habria usted dicho todo, dejándome en libertad de resolver si debía ó no aceptar el dinero que, según su padre, no estaba obligado á devolver ni legal ni moralmente, y con él su mano.

—Hice mal, lo confieso, perdóneme usted; mas yo sabía que estaba usted separada de mí y proponíame conseguir su bienestar, y creo que el hombre con quien está usted á punto de unirse se hubiera retirado al saber que su futura era pobre.

—Ahora está usted ofendiendo á un hombre honrado, pues debo advertir á usted que Walton está dispuesto á casarse conmigo, aunque yo no tuviera un cuarto.

—Si es así, le respetaré mucho más que antes; mas yo también he sufrido, y no creo que usted se haya mostrado muy justa conmigo.

—¡Muy justa! ¿Qué más puedo yo hacer? Ya he dicho á Patchett que le devuelva el dinero, y desde hoy, no debemos volver á vernos hasta que haya cesado mi enojo.

Semejante humillación, y la idea de haber obrado mal, aunque todo lo hiciera por un exceso de bondad, hubiera sido suficiente para exasperar á cualquiera; pero Miguel se limitó á contestar con tristeza:

—Muy bien, Susana, me someteré á sus deseos.

Esta humildad irritó á Susana más que una respuesta arrancada por el enojo. No se le ocultaba que Miguel había hecho un gran sacrificio por amor á ella, y á pesar de esto le reprendía severamente, sin que él replicase. Tan enojada estaba consigo misma como con él, y hubiera querido oirle pronunciar alguna palabra desagradable para excusar las suyas.

—Me alegro mucho, dijo al fin, que tome usted las cosas con esa frialdad, porque me demuestra que poco le importa la posición en que usted me ha colocado, y además de esto la indiferencia que siente por mí.

Al oir esto, Miguel se irguió: podía tolerar las reprensiones por el mal que había hecho al revelar la última voluntad de su padre, y por haber engañado á éste; mas no que se le acusase de no sentir nada por Susana, precisamente cuando por ella lo sacrificaba todo; y aunque contestó con firmeza, traslucíase en su acento el amor y la ternura.

—Está usted enojada, Susana, dijo tranquilamente, pero más tarde sentirá usted haberme juzgado tan mal. Quisiera que no se hubiese promovido entre nosotros esta desagradable cuestión; y si yo iba á ver á usted era porque la creía apurada; mas temo que en vez de consolarla, como era mi objeto, le ocasionaría mayor disgusto. Está visto que no puedo servir de nada para usted, y por lo tanto... ¡Adios!

Así diciendo, Miguel ofreció su mano; pero Susana cruzó las suyas, y le miró fijamente, con una expresión que parecía decir que sus lazos de amistad que daban rotos desde aquel momento.

—Cúmplase la voluntad de usted, repitió Miguel con acento sumiso, disponiéndose á retirarse.

Pero de repente, la visión de la mujer á quien tanto amaba le detuvo, y acercóse de nuevo á Susana.

—Esto parece la última despedida, dijo; permítame usted, pues, besar su mano.

La joven retrocedió un paso; su mirada parecía rechazarle, pero á la vez hubiérase podido creer que consentía. Al moverse dejó descubierto el capullo que había pisado y Miguel lo recogió, pero algunos pétalos se diseminaron en el suelo.

—Pensaba que se le había caído á usted algo, dijo Miguel, arrojando el tallo de flores sobre la mesa. Y cogiendo después las dos manos de la joven entre las suyas, añadió:

—No riñamos, Susana, pues podemos ser buenos amigos aun después de casarse usted; y ahora permítame pronunciar la última palabra sobre este asunto. Se reduce á decirla que, proceda usted como quiera, siempre seré su más fiel servidor cuando me necesite. No puede darme el lugar de un esposo, pero sí el de un hermano, y yo siempre le ocuparé con gusto.

Susana, comprendiendo la verdad y el amor que aquellas palabras encerraban, inclinó la cabeza, y entonces Miguel depositó un beso en

Cruzó los brazos sobre la mesa apoyando la cabeza en ellos...

su frente; la joven no pareció resentirse de ello, pero desviándose un poco, contestó:

—Le agradezco, Miguel, todo cuanto ha hecho por mí con la mejor intención; pero ha seguido usted mal camino, y por lo tanto, adios.

Miguel no hizo ninguna otra tentativa para explicarse más, buscando una reconciliación, y se retiró; mientras Susana, recogiendo los pétalos del capullo y el tallo, los guardó cuidadosamente.

XLV

NOTICIAS DE SARA

Todo había concluido; y los mustios pétalos que Susana había recogido del suelo eran la prueba de una amistad rota. Y sin embargo, ¿no podría hablar para decir cuanto admiraba el generoso sacrificio, aunque la enojase que no se hubiera tenido más confianza en ella? No, ya no le era posible hacerlo, porque se había ofrecido á Miguel y éste la había rechazado.

Por otra parte sus dudas respecto á Miguel, y la indignación que contra éste experimentó, ¿no eran acaso una prueba de que no le amaba como se debe amar á quien se admite por esposo? No podía contestarse á esto, pero comprendió que al romperse los lazos de una amistad de tantos años, se produciría un gran cambio en su existencia. Sara no estaba ya á su lado, y esto le pareció entonces mucho más serio que antes de separarse de Miguel.

Aquella noche se acostó muy disgustada, pero sin sollozar, y con los ojos secos.

La suave luz de una mañana de otoño iluminó también el cuarto de Susana y la despertó; mas para ella todo era melancólico, y estaba muy triste cuando salió de su casa á fin de ocuparse en los trabajos del día.

La recolección tocaba á su fin, y hasta entonces Susana pareció muy orgullosa de su cosecha; mas aquel día todo le era indiferente; creía que todo el mundo la abandonaba, y dejándose llevar de ese resentimiento, murmuró en medio de sus reflexiones: «¡Aunque así sea, sabré prescindir de él!»

Sin embargo, su extraña mirada, la palidez de su rostro, y sus ojos abatidos, llamaron la atención de todos sus trabajadores.

—Parece que nuestra ama toma muy á pecho la muerte del anciano Job, dijo la mujer de Carter á su compañera Brígida.

—¡Pobre joven!, contestó ésta. ¡Qué lástima!.. ¡Es tan buena!

—Seguramente; y siempre lo fué para los que necesitaban su auxilio. Todos sentirían mucho que la ocurriese alguna desgracia.

Hasta el viejo Carter, que no era nada curioso, no pudo menos de notar el cambio en su ama.

—¡Diantre!.., señorita, exclamó, tiene usted cara de persona que necesita médico.

—¡Qué disparate, hombre! Nunca estuve mejor que ahora; pero esta noche pasada he dormido mal. El médico no podría hacer nada.

—También lo creo, murmuró Carter, moviendo la cabeza expresivamente.

Susana no pudo menos de agradecer las simpatías de su gente; le habría molestado, sin embargo, saber que Carter había dicho que «el Sr. Walton era el médico que ella necesitaba,» pues era cosa corriente entre los criados y algunos trabajadores que Walton era el hombre favorecido.

Susana, que esperaba ansiosa la hora del correo, creyendo que iba á recibir carta de su prima, atravesó el Prado, llegando á un punto del camino en que estaba segura de ver á Zacarías cuando pasase.

No tardó en aparecer el buen cartero, y apenas hubo divisado á Susana, dióla los buenos días.

—Solamente hay una carta, dijo, y es de Londres.

Susana, después de recoger la carta, hizo ademán de retirarse; pero Zacarías siguió mirándola, como si tuviese algo que hablar.

—Dispense usted, señorita, dijo; pero creo de mi deber manifestar á usted que en la ciudad se dice que la señorita Sara y el caballero Walton se han escapado juntos.

Al oir esto, Susana se volvió rápidamente.

—¿Y quién dice eso?, preguntó.

—Todo el mundo. El Sr. Walton fué anoche á la estación y preguntó al empleado de guardia si había visto á la señorita Hodsoll por la mañana, y para dónde pidió billete. Se le contestó que para Londres; el Sr. Walton pidió uno para el mismo punto, y marchó también. He creído de mi deber decir á usted esto, y espero no haberla ofendido.

Susana se afligió al saber que la fuga de Sara era conocida ya; pero contestó tranquilamente.

—La señorita Hodsoll ha ido á Londres para evacuar algunos asuntos, y si se le hace á usted alguna pregunta sobre el particular, podrá decir que el señor Walton ha tenido la bondad de seguirla, por si acaso puede servirla de algo.

—Muy bien, señorita; así lo diré. Usted lo pase bien.

El incidente fué conocido muy pronto en toda la comarca, y sobre él se hicieron diversas suposiciones. El Sr. Lewis creyó que Walton le había pedido el dinero para fugarse con Sara; mas no experimentó resentimiento alguno contra su amigo.

La carta que Susana había recibido era de Walton y tenía la fecha del día anterior y decía:

«Sara tomó billete para Londres; me lo dijo el empleado de la estación, que la conoce bien y pudo darme el informe al punto. En mi última conversación con usted se me olvidó hacer una pregunta importante. ¿Tiene Sara aquí amigos ó conocidos á quien pudiera dirigirse? Sírvase contestar á vuelta de correo.

»Suyo afectísimo.—T. W.»

Susana contestó por telégrafo á Walton, diciéndole que su propio abogado había sido amigo del padre de Sara, y su agente de negocios.

Dada esta contestación, Susana adoptó sus medidas para emprender el viaje á la capital, dando sus instrucciones á Carter con tal tranquilidad, que éste creyó que se trataba simplemente de hacer fiesta un par de días, si bien parecióle extraño que se ausentase antes de terminar la recolección.

Durante el día, Susana pensó varias veces que le

hubiera sido útil el auxilio de Miguel; pero estaba resuelta á probar que podía prescindir de él.

Hazell, por su parte, tuvo conocimiento de la supuesta fuga, y por mucho que le asombrara, vió en ella motivo de regocijarse, porque pensó que Susana estaba libre, y que á pesar de lo ocurrido entre los dos, tal vez le sería dado esperar un porvenir feliz.

Mas con este dulce sueño mezcláronse tristes reflexiones, porque Miguel pensó en lo mucho que debió sufrir Susana en aquel momento. Sabía que profesaba á su prima el mayor afecto, y pensó que tal vez amaría á Walton; si esto era cierto, los dos acababan de engañarla; y tal fué su pesar, que de buena gana hubiera corrido al Prado á no ser por el temor de disgustar á Susana. Sin embargo, resolvióse escribirla dos líneas, diciendo:

«¿Puedo hacer algo por usted? En tal caso, hágame usted feliz contestándome que acepta mis servicios.»

El mensaje parecióle á Susana difícil de contestar. Quería que Miguel comprendiese que no necesitaría ya sus servicios para nada; mas al mismo tiempo no podía decirlo claramente, hallándose triste, pero no enojada. Habíase propuesto cortar toda clase de relaciones con Miguel, y estaba muy dispuesta á mantener su resolución; pero al fin contestó al mensaje en los siguientes términos: «Muchas gracias; nada puede usted hacer por mí ahora.»

Susana vaciló mucho antes de escribir la palabra *ahora,* porque parecía implicar que tal vez más tarde aceptaría su auxilio, lo cual infundiría acaso al joven Hazell una esperanza que jamás debía realizarse; pero prefirió mostrarse amable por respeto al pasado.

Hecho esto, continuó sus preparativos para ir en busca de Sara; pero los interrumpió un telegrama de Walton, que decía:

«Smith me ha dado las señas de Sara y mañana volveré con ella.»

Sin confiar mucho en el buen éxito de la misión de Walton, Susana resolvió, sin embargo, esperar hasta el dia siguiente.

XLVI

EL CASTIGO DE WALTON

El pretendiente de Susana, no obstante, desempeñaba su misión con mucho celo. Walton se figuraba haber empeñado, en competencia con Hazell, una carrera, en la que el premio debía ser la mano de Susana; pero otros motivos más nobles le impulsaban. Ningún hombre que oye á una mujer decirle que le ama, deja de corresponderla en cierto modo: Sara había demostrado hasta qué punto estaba dispuesta á sacrificarse por él, en sus intereses y en su casa, y conmovido profundamente al abrir el paquete que le había dado, resolvió pagarle la suma que le debía y hacerla volver á la granja á pesar suyo.

A Walton le disgustaba mucho visitar al señor Smith; pero esta vez, apenas recibió el telegrama de Susana, fué á la oficina del abogado y allí obtuvo las señas de Sara.

La joven se había ido á una antigua casa de pupilos, situada en el Strand; mas no se hallaba en casa cuando Walton llegó. El portero le dijo que si quería dejar su tarjeta se la daría á la señorita cuando volviese.

—No es necesario que diga usted nada, contestó Walton, porque dentro de una hora pasaré otra vez por aquí.

Así diciendo, Walton deslizó una moneda en la mano del portero y el hombre le saludó, asegurándole su silencio.

Al cabo de una hora volvió.

—¿Ha venido ya la señorita?, preguntó al portero.

—No, señor; pero se aloja en la habitación número 17 del primer piso.

Walton comprendió al punto.

—Muy bien, replicó subiendo la escalera.

No le fué difícil hallar el cuarto, llamó, y como le contestaran «adelante,» abrió la puerta.

Sara estaba sentada y escribiendo; apenas vió á Walton, púsose en pie, muy pálida, y la pluma se escapó de entre sus dedos.

—Suplico á usted que no se moleste, dijo Walton, pues vengo como amigo, y aunque muchas veces los amigos estorban, no vengo á dar á usted consejos, que son enojosos á menudo, como sé muy bien por experiencia propia.

Walton había prolongado su exordio á fin de dar á Sara tiempo de recobrarse de la sorpresa; y sin duda consiguió su objeto, pues la joven contestó con mucha tranquilidad:

—Siento mucho no poder decir que me alegro de ver á usted. Hablando con franqueza, considero su visita como una intrusión, porque rogué á mi prima que no me buscara, y comprendo que es ella la que le ha enviado á usted.

—Sí..., es decir, ella fué quien me dijo que se había marchado usted.

Sara miróle con una sonrisa irónica, y fijando después la vista en el suelo, le preguntó con mucha calma:

—¿Qué desea usted de mí?

A pesar de la sonrisa, la mirada de Sara parecía indicarle la respuesta que más la hubiera complacido. Walton hubiera preferido agradar más bien que producir enojo ó sentimiento, con mucha más razón tratándose de Sara, á quien había ocasionado un gran disgusto; pero hacíase necesario despejar la situación, y adelantándose hacia la joven á medida que ella se retiraba, dejó sobre la mesa los billetes de Banco obtenidos en cambio del talon del señor Lewis.

—Veo que está usted enojada contra mí, dijo; mas quisiera que me diese su mano.

Sara vaciló, pero al fin presentó la suya sin poder hablar, porque un sollozo ahogado se lo impedía.

—Lo primero que debo hacer, continuó Walton, es dar á usted este dinero, y quiero advertirla que su generosidad me ha contristado más aún que su enojo; esto último podía hacerme reir; mas en cuanto á su...

Walton se interrumpió como si temiera decir algo ridículo, mientras que Sara permanecía en la misma postura, mirándole sin la menor expresión de piedad, de amor ó de odio.

—Reconozco, siguió diciendo Tomás, que he obrado mal, pero no creí que fuese tanto como parece indicar su carta á Susana.

—Caballero, repuso Sara con dureza, yo no he indicado nada.

—Entonces será que mi conciencia culpable ha interpretado mal sus palabras y actos; pero ya comprenderá usted que si un hombre hubiera de unirse con todas las jóvenes á quienes dirige una palabra cariñosa, todos tendríamos que emigrar.

Walton trataba de dar cierto carácter jocoso á la situación; pero Sara se mantenía siempre tan grave y muda, que siguió explicándose torpemente, comenzando á irritarle aquel silencio.

—Vamos, Sara, continuó, yo no soy ningún muchacho, ni usted tampoco una niña; somos antiguos amigos y no debemos reñir por bagatelas.

Sara seguía mirando fijamente á su interlocutor sin despegar los labios, y al fin Walton comenzó á perder los estribos.

—¿Qué razón tiene usted para no hablar?, exclamó. Si he cometido alguna falta imperdonable, podría usted decirme al menos cuál es.

Sara ofreció una silla á Walton, pero con ese aire de irónica cortesía que no puede menos de irritar ú ofender al hombre de carácter más tranquilo.

—¿Quiere usted tomar asiento, Sr. Walton?

El joven dió un paso atrás, como si tuviera la intención de dar media vuelta y salir de la estancia; pero contúvose por un supremo esfuerzo y resolvió explicarse con Sara de una vez. Comenzaba á creer que Sara no tenía motivos para obrar así solamente por el hecho de haberla dirigido alguna vez palabras afectuosas, cosa que cualquier hombre hubiera hecho sin considerarse como comprometido con ella.

—Gracias, contestó. He traído á usted esto, añadió señalando los billetes de Banco, y no podría expresar hasta qué punto siento haber retrasado tanto el pago. También traigo un mensaje de su prima, quien desea que vuelva usted cuanto antes á la granja á fin de evitar el escándalo; y si me fuera permitido dar un consejo, diría que debe usted acceder sin tardanza.

Sara, sin mirar siquiera los billetes de Banco, habíase asomado á la ventana, desde la cual se veía tan sólo una calle muy triste.

Cuando la joven volvió al mismo sitio de antes, su mirada fría había desaparecido; pero en su rostro revelábase tal angustia, que Walton experimentó cierta inquietud.

—Es usted muy amable, Sr. Walton, dijo Sara, y ruégole me dispense mi rudeza. Usted me sorprendió, y hace días que me siento más débil...

Walton, regocijado al oir á la joven hablarle así, interrumpióla alegremente.

—Dentro de una hora, dijo, saldrá un tren para Dunthorpe..., tenemos tiempo suficiente, añadió mirando su reloj; arréglese usted y vámonos ahora mismo; Susana se alegrará mucho y yo también.

—No, contestó Sara tranquilamente. Yo no volveré al Prado.

—¡Vamos, no diga usted niñerías! Es preciso volver á casa.

—Yo no tengo casa; y ya le he dicho á usted que no me es posible volver á reunirme con mi prima.

Walton quedó un instante perplejo, y después, como si le ocurriese una idea feliz, repuso:

—¿Quiere usted pensar sobre ello hasta mañana, permitiéndome que vuelva á recibir su contestación?

—Sí, contestó la joven; vuelva usted mañana.

Y separáronse al parecer como buenos amigos.

XLVII

LA PERSECUCIÓN

En cumplimiento de lo convenido, Walton se preparó para visitar á Sara á la mañana siguiente; levantóse hora y media antes que de costumbre y se vistió apresuradamente. Después de almorzar pagó su cuenta y salió de su alojamiento persuadido de que iba á llevar á Sara en triunfo á Dunthorpe. El reloj de San Dunstand no señalaba las nueve aún; seguramente era demasiado temprano y no quería presentarse á una hora desusada.

Para matar el tiempo, dirigióse hacia el puente y se entretuvo en mirar las embarcaciones que iban y venían por el río. Sus pensamientos eran algo confusos, y la perspectiva de sus negocios no le parecía muy agradable; pero consolábase con la idea de que iba á dar una prueba de su celo á Susana, desempeñando tan satisfactoriamente la misión que le confió.

Tomás Walton no había estado nunca tan grave como aquel día.

Sin saber por qué, el recuerdo de Sara le producía malestar é inquietud, y hubiera dado cualquier cosa por no haberla conocido nunca. ¿Había engañado él á la hija de su antiguo amigo Hodsoll? Walton no veía cómo ni cuándo podía haber hecho semejante cosa. Sara era la que se había engañado, y era muy triste que se le acusase de haber robado la tranquilidad á una mujer, labrando su desgracia, solamente porque le habló varias veces con dulzura. Como hombre, no podía decir esto á nadie, y seguro estaba además de que no se le creería si llegase á decirlo.

Sin embargo, parecíale suficiente reconocerlo él mismo, y con esto alivió su conciencia de algún desagradable recuerdo, mientras que se dirigía al hotel. El portero estaba en su puesto.

—La señorita, dijo al ver á Walton, ha salido esta mañana á las nueve, encargándome que le diera esto cuando llegase.

Y el hombre entregó un sobre muy abultado á Tomás; éste le abrió al punto, vió que contenía algunos billetes de Banco, de los cuales no hizo aprecio, y cogiendo la carta que los acompañaba, leyó lo siguiente:

«Muy señor mío: del dinero que tuvo la bondad de entregarme ayer, he tomado la cantidad que mi padre prestó á usted; en cuanto á la que le ganó en las apuestas, no *puedo* aceptarla, y de consiguiente se la devuelvo. Lo hago así para tranquilizar su conciencia, aunque no negaré que el dinero es muy útil para mí en las presentes circunstancias; pero aun esta consideración pesa en mí menos que el deseo de satisfacer á usted. Le suplico que acepte este arreglo final, sin ejercer en mí más presión respecto á este desagradable asunto.

»También le ruego que no me busque otra vez. Le agradezco la bondad que le impulsó á venir á Londres para conducirme á la granja, y le doy las gracias con todo mi corazón; pero la presencia de usted me entristece, y creo que no tratará de aumentar mi dolor al romper los lazos más queridos de mi existencia. Tal vez sea tan sólo por algún tiempo, acaso muy corto. Cuando usted se haya casado, iré á verle, y espero poder hacerlo sin resentimiento alguno ni enojosas reflexiones. Sírvase entregar la adjunta carta á mi prima. Adiós; espero que cuando volvamos á vernos será en más felices condiciones que las de ayer.—S. H.»

Mientras Walton leía estas líneas, experimentó un sentimiento de angustia que no había conocido hasta entonces, producido sin duda por el pesar que le ocasionaba la carta que leía.

—¡Quisiera que hubiéramos estado en Utah, díjose al fin, para casarme con las dos!

No consideraba que, aun cuando se hubiesen hallado en la tierra de los Mormones, ninguna de las dos jóvenes habría consentido en semejante arreglo, por agradable que fuera para él.

La tranquila resignación que la carta de Sara revelaba, conmovióle más hondamente aún que la generosidad de que le había dado tan marcada prueba; pero estaba resuelto á entregar á la joven la cantidad devuelta. Sin embargo, sentía que Sara se le hubiese escapado con tanta facilidad, precisamente cuando se congratulaba del buen éxito de su misión, y, á pesar de la advertencia de la joven, resolvió buscarla por todas partes.

(Se continuará.)

SAN PETERSBURGO

MONUMENTO Á PEDRO EL GRANDE

OBRA DE LEOPOLDO BERNSTAMM

El tzar Nicolás II ha querido regalar á la nación rusa un monumento dedicado á la memoria de su gran antecesor Pedro el Grande, y al efecto encargó al celebrado escultor alemán Leopoldo Bernstamm que reprodujese en un grupo imponente uno de los más notables hechos heroicos de aquel emperador, el salvamento de los ocho náufragos de Lachta realizado en 1724.

El artista ha cumplido el encargo de una manera notable. En el grupo por él modelado, el tsar ha recogido, de entre los restos de la barca pesquera estrellada en una roca, el cuerpo de un joven marinero, cargándoselo debajo del brazo derecho, mientras con el izquierdo procura sacar del agua á otra de las víctimas, que está enteramente desnuda. La playa está cerca y el salvador, confiado en sus hercúleas fuerzas, espera poder llegar á ella con su preciosa carga, á pesar del estado agitado del mar. Recogida la levita de uniforme, inclinada la hermosa cabeza con expresión fieramente resuelta, su grandiosa figura surge majestuosamente entre las olas, los náufragos y los restos del barco destrozado.

El salvamento de los náufragos de Lachta es uno de los más bellos episodios de la vida de Pedro el Grande, quien, en aquella ocasión se sacrificó por algunos de sus más humildes vasallos, pues murió á consecuencia del enfriamiento.

Nicolás II quiere, con razón, mantener vivo en el pueblo la memoria del valor y de la filantropía del fundador del Estado, de quien muchos sólo recuerdan con demasiada frecuencia, las violencias á que su indómito temperamento le condujo.

Todavía no se ha resuelto en qué sitio de San Petersburgo se elevará el monumento de Bernstamm, que es de bronce y se apoya en una roca de granito rojo; es probable, sin embargo, que se erija en los jardines del palacio de Peterhof, en donde hay ya otro grupo del mismo escultor, que representa á Pedro el Grande levantando en brazos á Luis XV cuando niño. – X.

Monumento que se erigirá en breve en San Petersburgo á la memoria de Pedro el Grande y que representa á éste, salvando á los náufragos de Lachta. Obra de Leopoldo Bernstamm.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ESCOLA DE MESTRES. MEMORIA DEL CURS 1906-07, por *Juan Bardina*. – Interesante trabajo, en que el docto director de tan meritoria institución explica la historia de la misma, su organización, los resultados obtenidos de las sabias enseñanzas que se dan en la *Escola*, los trabajos efectuados fuera de ésta y el plan para el siguiente curso. Un folleto de 44 páginas, impreso en Barcelona, en la imprenta de Francisco Badía. Precio, una peseta.

CATECISMO DE LA MADRE DE FAMILIA, por el *Dr. G. Delcuve*. Traducción del *Dr. Xalarbarder y Serra*. – En este libro, notable manual de higiene de la primera infancia, que fué premiado con medalla de oro en la Exposición Internacional de Higiene de Bruselas de 1897, se estudian todos los problemas que se refieren á la alimentación y á los vestidos del recién nacido, á la habitación y mobiliario del niño, á los cuidados y ejercicios corporales, y á los cuidados que deben tenerse en ciertas circunstancias de la primera edad, (niños nacidos antes de tiempo, niños débiles, vacunación, dentición, enfermedades). Lleva un prólogo del Dr. Tolosa Latour y una tabla-guía de la madre para la alimentación del recién nacido. Un tomo de 140 páginas, editado en Barcelona por Ramón de S. N. Araluce. Precio, 2'50 pesetas encuadernado y 1'50 en rústica.

***

EL PENSAMIENTO HUMANO, por *Oderfla Ettiffal*. – Colección escogida de máximas, sentencias, proverbios, refranes, aforismos, axiomas, apotegmas, adagios, consejos, metáforas, dichos, ideas, pensamientos y reflexiones morales de los más ilustres publicistas de todos los siglos, sobre la política, la familia, la juventud, la educación, el amor, la amistad, las relaciones sociales, el deber, la verdad, el arte, etc. Contiene más de mil pensamientos de más de cuatrocientos autores. Un tomo de 160 páginas, impreso por Martín Mena y C.ª, en San Sebastián. Precio, una peseta.

***

LECCIONES DE COSAS EN 650 GRABADOS, por *G. Colomb*, adaptación hispanoamericana por *Luis G. León*. Tercera edición. – Libro escrito dentro de las mas modernas tendencias pedagógicas y mediante el cual el niño adquiere fácilmente positivos y sólidos conocimientos sobre varias importantísimas materias, como las piedras, los metales, el agua y el aire, las materias alimenticias, el alumbrado y la calefacción, los enemigos y los aliados del hombre, las materias industriales, el hombre y la astronomía. Un tomo encuadernado de 146 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili.

***

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANAQUE PARA 1908. – Contiene multitud de trabajos amenísimos, en prosa y verso, de nuestros principales literatos y una verdadera profusión de bonitos grabados de los más notables artistas. Un tomo de 208 páginas, editado en Barcelona por Antonio López. Precio, una peseta.

***

VIDA TRÁGICA, por *Víctor Catalá*, traducción de *Angel Guerra*. – ¿SIN REMEDIO?, por *Micaela Peñaranda y Lima*. – Forman parte estos dos libros de la meritísima *Biblioteca Patria*. El primero es un tomo de cuentos de la eminente escritora catalana que firma con el seudónimo de Víctor Catalá, muy bien traducidos por el reputado literato, tan conocido por el seudónimo de Angel Guerra. El segundo es una novela de asunto muy interesante, perfectamente observada y escrita en elegante estilo. Ambos tomos llevan ilustraciones de Luis Palao, han sido editados en Madrid y se venden á una peseta cada uno.

EL PROCESO DRUCE-PORTLAND, QUE TANTO INTERÉS DESPIERTA ACTUALMENTE EN INGLATERRA. (De fotografías.)

El gran salón subterráneo de la abadía de Welbeck, en donde el actual duque de Portland ha dado recientemente un espléndido baile en honor de los reyes de España

Galería subterránea que conduce al gran salón de baile de la abadía de Welbeck

En el número 1.352 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de este célebre proceso que tanto llama la atención en Inglaterra, y al exponer los antecedentes del mismo explicamos las maravillas que el quinto duque de Portland realizó en los subterráneos de la abadía de Welbeck, construyendo en el subsuelo de la misma un palacio lleno de tantas magnificencias como pudiera desear el más acaudalado y fastuoso magnate. El primero de los grabados adjuntos reproduce el suntuoso salón de baile en donde, hace pocos días, el actual duque dió una fiesta espléndida en honor de los reyes de España; el otro es una vista de la galería que á dicho salón conduce y en ella se ven los muros adornados con cuadros, lo que da idea de lo que son esas catacumbas.

En las sesiones del tribunal han declarado hasta ahora multitud de testigos, muchos de ellos favorables al que se presenta como heredero legítimo, Jorge Hollamby Druce; una de las declaraciones más importantes ha sido la de la señora Hamilton la cual ha afirmado que conoció al duque de Portland y á Tomás Carlos Druce, que eran una sola y misma persona, y que en varias ocasiones vió como el duque se sacaba del bolsillo una barba postiza y se la ponía cuando estaba de humor melancólico.

Como Jorge Hollamby Druce, al llegar á Londres procedente de Australia, no contaba con medios para sostener ante los tribunales su reclamación, fundóse, con el título de «G. H. Druce Limited,» una sociedad por acciones, de 11.000 libras esterlinas de capital, dividido en 10.000 títulos de una libra cada uno y 20.000 de un chelín. Actualmente las acciones de una libra esterlina se cotizan á cuatro libras.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Año XXVI — Barcelona 16 de diciembre de 1907 — Núm. 1.355

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

AMAZONA, cuadro de José Cusachs. (Salón Parés.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay en la vida situaciones de verdadero compromiso, de las cuales sólo nos sacaría con bien una ruda franqueza á lo D. Frutos Calamocha, ó una diplomacia digna de Metternich. No poseyendo ni una ni otra, es indecible el aprieto en que nos vemos los que somos á la vez personas bien educadas y consecuentes aficionados al Arte.

Es el caso que nos traen á consulta un drama, libro, cuaderno de poesías ó artículo periodístico, fruto de un ingenio novato que no acierta á darse cuenta de si está en cinta de la inmortalidad, ó solamente de un ridículo ratón. Generalmente viene el embuchado muy primoroso, atadito con cintas, sellado con lacres, escrito en terso y satinado papel, con impecable letra redonda, ó con excelentes caracteres dactilográficos. Acompáñale una carta rendida y rebosante de expresiones y efusiones, donde el principiante os confía sus aspiraciones, sus ensueños, lo que representan para él aquellas cuartillas, en las cuales ve cifrado su porvenir y cimentado el edificio de toda su vida. Los programas y las esperanzas algo difieren, aunque en el fondo vengan todos á ser lo mismo. El uno tiene interés en publicar un tomo de versos, que la crítica aplauda y el público lea y pague, á fin de poder establecerse en la corte con una base suficiente de celebridad, que le abra todas las puertas y le concilie todas las voluntades. El otro aspira á dar á luz un artículo, para ingresar en la redacción pagada de algún diario de los de mayor circulación. El de acá quiere sentar plaza de novelista, porque con un par de novelas que publique al año, podrá sostener á su familia, compuesta de madre, esposa y dos niños pequeños. El de allá cuenta con el éxito del drama ó comedia ó juguete (lo que Dios quiere que sea) para empopar sus pretensiones á una buena colocación, que le salve del apuro económico en que está atollado. Y hasta hay alguno que ansía verse llevado en trompeteos de la fama vocinglera, al único y exclusivo objeto de probarles á los papás de una novia, que se oponen á las relaciones, que no tienen pizca de olfato y que están desairando á un genio.

Y todo esto es respetabilísimo, y simpático, y muy de desear que cada cual de los aspirantes obtenga lo que ansía y se encuentre en menos que canta un pollo saludado y aclamado por la prensa y las muchedumbres como al triunfador se aclama y saluda... Lo grave es el papel personal que nos atribuyen para llegar á resultados tan plausibles y convenientes.

Como que, si nos atenemos al texto de la carta, de nosotros depende que sucedan las cosas conforme á los anhelos del expositor, ó que, al contrario, se obscurezca para siempre su estrella literaria. Nuestro juicio es seguro, nuestro fallo inapelable, nuestro voto es el que va á decidir de una suerte, de un destino. Si encontramos *algo*, la señal del ángel, la marca de los elegidos, en el texto..., ¡ah!, entonces el autor puede cantar victoria; y en cambio, si condenamos á aquellas pobres hojas al fuego ó al olvido..., ahí tienen ustedes á un individuo sentenciado eternamente á vegetar en la obscuridad, inerme para la lucha por la existencia, amputado de la frondosidad de sus ilusiones, relegado á la prosa de un trabajo manual ó á las grises y polvorientas rinconadas de una oficina..., si por lo menos encuentra tales medios de subsistir, y si nuestro fallo cruel no le ha cerrado hasta ese refugio...

La carta, por otra parte (estas cartas se parecen entre sí como la gota de agua á la gota de agua), encierra reiteradas protestas de que se nos pide sinceridad, únicamente sinceridad. Que ningún estímulo de compasión tuerza nuestra vara de justicieros literarios. La verdad, la verdad implacablemente. Por dura que sea, la oirán resignados y la estimarán agradecidos. Un desengaño á tiempo, es una prueba relevante de simpatía y de bondad. No vacilemos: descarguemos el golpe; es el servicio que se nos pide, como se le pide al médico, á la cabecera del enfermo, la decisión suprema...

Y henos aquí sumergidos en el piélago de las dudas y las incertidumbres más angustiosas. Por curtidos que estemos en este ejercicio de las letras; por muchas cicatrices de veteranos que surquen nuestra piel; por conocido que tengamos el juego del amor propio y el tinglado de las vanidades, todavía conservamos un resto de fe y mucho fondo de sensibilidad, que nos obligan á interesarnos por lo que, en rigor, ni nos va ni nos viene, y á creer en lo que sabemos pertinentemente que no es cierto. La experiencia y la razón nos dicen que, si escribimos francamente lo que pensamos de artículos, poesías, dramas, novelas, etc., nos ganaremos seguramente un enemigo encubierto ó descubierto, y para el autor, su familia y una docena de jaleadores, que á nadie le faltan, seremos ó ignorantes ó envidiosos. Dícenos también la misma experiencia, que si velamos nuestra opinión con eufemismos discretos, con paños calientes delicados, tomarán el parecer como suena, no atenderán á la insinuación, y será como si hubiésemos emitido una opinión categóricamente favorable. Y en el caso de que apelemos á la piadosa mentira, y vaciemos el saco de las alabanzas, surgirá el compromiso mucho más serio. Entonces os pedirán que saquéis de pila al nene... Ese requisito bastará para que, cual si le comadrinase algún hada, corra la más próspera fortuna.

Y bien—preguntará algún curioso—¿no puede suceder que tal cual vez, efectivamente, un talento ignorado os envíe sus primicias, y tengáis el gusto de ser el primer astrónomo que señale la aparición del hasta la fecha desconocido asteroide?

¡Dios mío! Todo es posible, seor curioso; todo cabe en este mundo. Porque no nos haya ocurrido nunca el feliz evento, no estamos autorizados para negar su posibilidad.

Generalmente, el manuscrito que llega á vuestras manos ya ha pasado por otras, y sois—sin saberlo—el Tribunal supremo llamado á decidir en última instancia. Autores hay que han encanecido en brega obscura, cuando se os presentan con el pelo suelto y la falda corta de jugar al corro. Los dramaturgos os ofrecen lo que veinte empresas rechazaron, lo que ya amarilleaba en el fondo de un cajón. Los novelistas acuden á vosotros porque diez editores les fallaron, aun ofreciendo gratis el manuscrito. Los vates llegan cansados de enriquecer álbumes, abanicos, hojas semanales de publicaciones; de leer en público y en privado; de intentar por todos los medios que se oiga su aldabonazo poético. Apelan á vosotros, justamente porque el público se hizo el sordo. Quieren que les sirváis de aldabón más recio. No buscan vuestro parecer, sino vuestra fuerza, chica ó grande. Es el instinto, muy natural, de aproximarse para sostenerse. Bastantes de esos que así se aproximan, por ventura ni os han leído. Estos postulantes conocen el ruido de un nombre, y les basta. No representan vuestra dirección estética; acaso, si os han leído, os han despellejado el día antes en el café ó en el casino local; acaso por sus labios ha rodado la burla, la sátira envenenada, repetida como repite el niño las palabras gordas que escucha en la calle. No os fieis, pues: no os fieis de la cortesía que os mueve, de la cordialidad que os empuja, del deseo de hacer bien, tan natural en nuestros corazones cuando no se hallan gangrenados. Temed, sobre todo, que una debilidad de carácter os lleve á transigir y á manifestar una aprobación no sentida. Porque de esa concesión tendréis que pasar á otras, y os encontraréis, sin saber cómo, responsables de toda la orientación de una vida.

Y además, ¿quién está seguro de decir con certeza: este joven, este novicio, es palo de obra? ¿Quién es capaz de vaticinar—porque un vaticinio es lo que se nos pide—el éxito de un drama, el cómo caerá una novela, la cara que pondrán los lectores á una serie de artículos?

Los primeros trabajos de un escritor, rara vez dan idea exacta de sus aptitudes. Balzac escribió más de veinte novelas, que repudió y de las cuales no quiso reconocerse autor; detestables las creía, y la crítica está conforme en que lo eran. Los tempranos versos de Víctor Hugo en el colegio no valían nada. Racine empezó por un drama que hizo trizas. Casi siempre se presta un mal servicio á un autor, cuando se publican sus trabajos juveniles.

Dentro de mi modesta posición respecto á los genios que acabo de citar, á mí me ha sucedido que, á los veinte y pico de años, escribí mi primer cuento, y se lo leí al juez para mí más benévolo y al mismo tiempo más leal y recto que yo conocía: mi padre. Lo escuchó con atención suma, me pidió que repitiese la lectura, lo hice así, se quedó pensativo, y al fin, con el arranque penoso del que tiene que dar una mala noticia, me dijo severamente:

—No te da el naipe por ahí. No sirves para ese género. Debes renunciar á escribir cuentos para toda tu vida; es indudable que careces de las condiciones del cuentista, que son rapidez y una gracia especial, como la que posee Alarcón, por ejemplo...

Y me avine completamente á la opinión de mi padre, y quemé aquel cuento, que se titulaba, si mal no recuerdo, *La mina*, y en seis ú ocho años no volví á pensar en contar un cuento á nadie; y acaso no hubiese vuelto en mi vida, si no acierta á caer en mis manos un artículo de Revista inglesa sobre la «primer herrumbre,» ó cosa así, de los autores; artículo atestado de hechos, en demostración de que los ensayos, para contar verdad, han de ser tenaces, repetidos y contrastados, no por un amigo ni por un círculo de amigos, sino por «una masa de lectores indiferentes y desinteresados.» Hízome esta teoría ceder á la tentación, reiterada y vencida siempre, de escribir otro cuento, y sobre todo de publicarlo; y á la verdad, no puedo quejarme de la suerte que, desde entonces, ha corrido esta parte de mi producción literaria.

Así es que, cuando se nos pide una opinión decisiva, es un lazo lo que se nos tiende, ó un lazo el que se tiende á sí propio el autor. Si nos equivocamos—y queda demostrado que es tan fácil equivocarse con la mejor intención—pesará siempre sobre nosotros la cuenta del error cometido. Debemos, pues, sistemáticamente, recusarnos.

Otro poeta ha seguido á Emilio Ferrari al sepulcro. El poeta se llamó Ricardo Gil. No he llegado á conocer de él sus obras, sus dos libros de versos, *De los quince á los treinta* y *La caja de música*. Si alguna vez le hablé, no lo recuerdo.

Era murciano. Es cuanto sé de su biografía, y no disculpo mi ignorancia: la confieso. Vivo tan alejada de lo que se llama *círculos literarios* (á excepción del Ateneo de Madrid, al cual sólo concurre determinado personal, aunque de lejos pueda parecer que todos los escritores han de frecuentarlo), que muchas existencias de personas más ó menos señaladas por sus merecimientos en varios ramos de las letras se deslizan íntegramente lejos de mí, fuera de mi radio. Y si á esto se añade que un escritor se encierre, como dicen que se encerró Ricardo Gil, en voluntaria penumbra, se explica la completa carencia de notas biográficas que respecto á él me aqueja.

Abro los libros—me los había enviado á su hora, cariñosamente dedicados—y los hojeo deteniéndome en algunas composiciones, para darme cuenta de lo que hemos perdido al perder á este poeta oculto bajo las hojas, no de las tímidas violetas, pero sí del papel de los diarios, que no le nombraban nunca. Y reconozco que era Ricardo Gil uno de los *menores*, según él mismo se define:

> Lector: el vino que á ofrecer me atrevo
> no es dulce, y en el alma no provoca
> ni el delirio del genio, ni la loca
> risa del vino nuevo.
> Cuando su espuma á la cabeza sube,
> no engendra pesadilla abrumadora,
> sino la ciñe con ligera nube
> del color de la aurora...

Estas estrofas de la *Invitación* dan la nota y la medida de la musa de Gil. Es en efecto su vino un vino que no embriaga, ni alza espuma. Su nota es plácida, benigna—de esa placidez y benignidad que parecen patrimonio de una generación postromántica, pero no curada aún de la melancolía del romanticismo.—Las nuevas corrientes literarias, el sentimiento nuevo, por decirlo así, de la generación contemporánea, no habían llegado hasta él; en su lira no encontraron eco. Y esta poesía donde no palpita una angustia intensa, ni una aspiración sedienta y de luengas alas, nos parece, en la orientación actual de nuestro espíritu, algo como manjar sin especias, ó tela palidecida donde los colores ya no despiertan el goce de mirar. En suma, el tiempo había pasado sobre los versos simpáticos y nobles de Ricardo Gil.

Citando de él algo que pueda dar idea de su mejor inspiración, recuerdo un soneto que, sólo por el primer verso (que acaso debiera ser el último, resumir el pensamiento), merece vivir siempre en las letras castellanas. Helo aquí.

> Despierta, voluntad, que siempre es hora
> de que velando estés; mas llegó el día
> en que es tu sueño infame cobardía
> si fué hasta aquí pereza soñadora.
> Despierta; y la pasión enervadora,
> la queja estéril y la duda impía
> desvanézcanse ya como la fría
> lóbrega noche al despertar la aurora.
> A la común batalla vuela, y riñe.
> Trueca ya lo ideal por la bandera
> que el lauro adorna ó que la sangre tiñe,
> y ante el peligro irguiéndote severa,
> si no con la del triunfo, sé un momento
> grande con la grandeza del intento.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Tras de su rebaño pasaba Nelo, mirando á distancia hacia el molino

RIO ABAJO

Era un hermoso rincón. Curvábase allí el río. Después de venir encajonado entre altos cantiles, poco antes de llegar al molino hacía una revuelta, deslizando sus aguas á través del llano, casi á flor de tierra, en medio de los márgenes con árboles reverdecidos. A las orillas asomábanse juncos y espadañas como deseosas de bañarse en las tranquilas ondas que pasaban.

Situábase el molino en ese recodo del río, entre los dos puentes que lo cruzaban. Uno era recio, de mampostería, con el que salvaba el tumulto de las aguas fluviales el camino del pueblo. El otro, construído al modo rural con unas pobres tablas, á duras penas conseguía facilitar á las gentes y á los rebaños el acceso de margen á margen. Era una humilde pasarela, cuyas viejas tablas, repodridas, temblaban, amenazando desplomarse al paso de alguna caballería que se aventurara..

Pero aquel rincón, donde blanqueaban las espumas del agua en la represa del molino, era de una singular hermosura. Antes de llegar al rodezno, para moverlo, la corriente se remansaba, cesando en sus saltos pintorescos de cascada, y se embalsaba mansa, como contenta de que en su tranquila superficie cayese amable la fresca sombra de los ribereños árboles, de añoso tronco y de tupida fronda. Algunas ramas, al soplo del viento, rozaban á veces el haz de las ondas en calma.

Entre el verde de la arboleda, albeaban las tapias del molino. La recia muralla delantera daba allí cauce al río, y desde su borde se colgaba hacia fuera el ramaje de las madreselvas en flor, hasta casi á ras del agua que pasaba murmurando con un quedo lastimar de amores fugitivos y de silenciosas soledades. Como notas sangrientas reventaban en pobres tiestos los geráneos y algunos rosales salvajes, abriendo sus carmíneas flores al sol. Vieja y patriarcal, cubriendo sus retorcidos sarmientos con pámpanos nuevos, sobre el emparrado de la puerta tendíase perezosa la vid. A su sombra las bestias descansaban y los campesinos solían charlar. Luego, aquel rodezno inquieto, siempre girando y azotando la corriente, alzaba una canción de trabajo que esparcía rumores alegres por el campo. A distancia ya se oía su golpe continuo y se alcanzaba á ver el blanco encaje de las espumas que, después de revolverse un instante en la presa, seguían sobre las aguas, saltonas y caprichosas, río abajo. No era el rumor del rodezno incansable lo que denunciaba á distancia el molino. Era también aquel olor á madreselvas florecidas que llegaba á saludar, desde lejos, á cuantos por aquellos contornos pasaran.

Sobre todo, allí, en el molino, lo que había que ver, era á Mari-Marta. Cuando asomaba su cara morena, con dos ojos negros llenos de sol y unos cabellos negros como la noche, hasta las aguas parecían remansarse con una mayor quietud, como embelesadas, y hasta el rodezno, como galán desdeñado, salpicaba gotas á lo alto, como lágrimas. Entre las ramas de la madreselva, el rostro de la muchacha parecía una flor más.

No tenía más hijas el molinero. Mari-Marta era el encanto del viejo, que en ella se recreaba. Era lo mejor de su huerto, según decía orgulloso á los parroquianos.

Al ir al molino, con las caballerías cargando el grano, los viejos loaban las gracias de la moza y los muchachones solían galantemente requebrarla, en candilados del vivo mirar de aquellos ojos, ardientes y mimosos.

Nelo, sobre todo, teníala una devoción humilde, de can de rebaño. Todos los días, al alba y con sol de la tarde, pasaba y repasaba, detrás del hato, la pasarela, allá más arriba del molino. Anunciaban su llegada el son de las esquilas, al trotar por la vereda las cabras, retozonas y alegres, de vuelta al aprisco, y el ladrido del mastín, que al ventear la represa no contenía su regocijo. También Nelo, al avistar desde lejos el molino, rompía en un cantar de penas y amores que encantaba con sus ecos un instante el silencio de las montañas y la paz del valle.

Tal vez fuera casualidad, pero siempre, al primer ladrido del perro, en el huerto, atrafagada en fingidos menesteres, aparecía la saya roja de Mari-Marta, y como si en ello no pusiera intención alguna, soltaba su voz en un cantar, que parecía respuesta al que desde lejos llegaba, como implorante limosnero de camino. Igual todas las tardes, era un coloquio extraño, en que se ponían ternuras implícitamente confesadas.

Nunca se habían hablado. Tras de su rebaño pasaba Nelo, mirando á distancia hacia el molino, y en la huerta permanecía Mari-Marta hasta que el cabrero y su hato perdíanse, vereda adelante, entre los árboles. Aún el son de los cantares continuaba largo rato, comunicándolos á lo lejos. Eran las coplas un revuelo de almas, requebrándose, festejándose cariñosamente.

Pasaba siempre solo. Los otros cabreros, al desfilar por la pasarela conduciendo sus ganados, artillaban el aire con el estruendo de sus silbos y de sus voces coléricas riñendo á las reses ariscas. Unicamente Nelo era como el amor mismo, poético y sentido, que pasara llamando y meciendo en sueños otra alma, abierta á las dulces quimeras de una espiritualista vaguedad...

Aquella polvareda, allá abajo, por el camino, cerca del puente grande, avisaba la aproximación del carro de Mundo, en dirección del pueblo. Hacía, al obscurecer, su retorno. Las colleras de los machos avisaban á distancia, jubilosas, y al restallar el látigo, era llevado muy lejos por el viento su áspero chasquido. Y al entrar en el puente, la armazón del carro crujía con agrio rumor de hierros chirriantes, y los sillares parecían estremecerse bajo las ruedas enllantadas.

Tumbado sobre las mercaderías, Mundo pasaba, delante del molino, fumando indiferente su pipa, con holganza de hombre satisfecho, á lo más caviloso de los buenos provechos del oficio.

Iban llenando á escape la bolsa los jornales del acarreo. Casa tenía y el carro era suyo. ¿Qué le faltaba? Nada; tomar mujer cuando le viniera en gana y le fuese necesario.

Cavilando en estas cosas, al pasar el puente una tarde, asaltóle la idea de desposar á Mari-Marta. Moza más garrida no hallaría en el lugar, ni más hacendosa, según contaban, ni de mejor carácter, á tenor de los elogios que las comadres hicieran. Pues era cosa de pensarlo y decidirlo. Achacosos andaban ya los viejos en su casa, y no sería malo llevar á ella mujer joven que afrontara el doméstico laboreo.

En madurar la resolución no tardó arriba de dos días. Y pasando del propósito al hecho, una tarde adelantó unas horas el regreso al pueblo para hacer un breve alto en el molino. Al llegar al puente, chirriando el herraje del carro y haciendo este con su pesadumbre, al rodar, estremecer los graníticos sillares, gritó al macho para que parara y los duros cascos del animal, sumiso á las voces, parecía que se clavaron en tierra.

Breves fueron las palabras cruzadas entre Mundo y el molinero. Hombre éste con un gran sentido de la vida, ya entrado en años y burlador de ensueños juveniles, allanóse á la demanda del carrero, expuesta en mondos términos.

Era una fortuna para la moza. Llamóla el padre, transmitiéndole la petición de Mundo. Quedóse ella sorprendida y nada dijo, porque en aquel instante lejano resonaba el rumor de las esquilas de un rebaño, el ladrar de un perro y el eco melancólico de una canción de zagal, despabilando la quietud del valle.

Mari-Marta estremecióse. Era todo aquello lo que amaba con querencia ideal, con ilusión del alma. Era como el ansia de su espíritu por la paz del campo, por la poesía de la naturaleza, por el sosiego de la vida y hasta por el cariño íntimo, vago, inconfesado, pero fuertemente sentido, de los hombres.

Aquello era su niñez en calma, su ternura hecha

canciones, su corazón abierto á las espontaneidades del vivir, como las rosas nuevas al sol.

A lo largo de la pasarela desfiló trotón el hato, y tras él el pastor, cantando, y bien pronto con su rumor de música aldeana y su sabor de poesía bucólica, desvanecióse á lo lejos la pintoresca caravana, como un humilde amor que pasa...

No contestó Mari-Marta aquella tarde al cantar de Nelo. Todavía, en el silencio del aire, las últimas palabras de la copla lloraban con dejos de tristeza, de soledades.

Presa de emoción, la moza callaba, y sonreía, y lloraba. Frente á la vida, en aquel instante resolvía el curso de sus futuros destinos. Con la imaginación reviviendo y amando los ensueños pasados, por primera vez sentía morir su ilusión primera. Y más allá, la realidad con sus certidumbres tiránicas mostrábale la verdadera senda, la única verdad. En la vida, la primera verdad es vivir.

La siesta del obrero, escultura de Carlos van der Stappen

Contestó entonces. Casaríase con Mundo. Allá en el pueblo, ya desposada, comenzaría su vida de lucha, de abnegación y de deberes. Entraba, pues, en el límite, en los días de novia, en que se lloran los sueños que fueron y se anhela con las esperanzas que vendrán, y en que se mezclan las tristezas por lo pasado y los júbilos que presienten el porvenir...

Casóse la moza con Mundo y al pueblo se la llevaron. Ya no volvió á asomar la cara morena de ella entre el ramaje de la madreselva en flor, ni se volvió á oir el acento de su voz, alegrando la dormida quietud del valle con el rumor plácido de su cantar.

Continuó el río remansando sus aguas en la represa y el rodezno del molino azotándolas hasta hacerlas blanquear con el encaje de las espumas. A cada primavera, los rosales se cubrieron de capullos nuevos. No cesó de florecer, con pródiga hermosura, la madreselva que, al borde del murallón, caía sobre el río.

También, al tornar al aprisco, el rebaño sonaba sus esquilas en la paz del campo.

Pero no se oyeron más cantares. Nelo calló de tristeza al bajar la vereda de la montaña. Mari-Marta no estaba ya en el molino.

Aquel rincón de naturaleza ahora parecía trágico en sus silencios, á pesar de que los árboles, inmutables, reverdecían, las aguas del río seguían imperturbablemente su curso y que las matas salvajes se cargaban de flores. Allí faltaba el alma. Eran unas coplas que estremecían el amor.

Desde la pasarela, en pie, inmóvil y silencioso, Nelo contemplaba el molino como una casa de muertos.

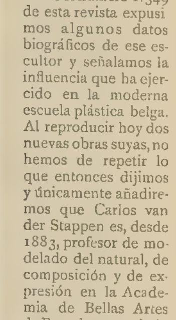
Quizás comprendiera, instintivamente, lo inútil que es luchar contra la corriente de la vida, viendo como las aguas del río iban hacia abajo, como el viento se llevaba al llano el olor de las flores del huerto, como la aldea, con su pintoresco caserío, absorbía también, reclamándola para sí, el alma del solitario molino.

Todo en la vida, sí, como las aguas, va indeclinablemente, á violencia ó á la deriva, río abajo...

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

San Miguel, escultura de Carlos van der Stappen



Esculturas de Carlos van der Stappen.

En el número 1.349 de esta revista expusimos algunos datos biográficos de ese escultor y señalamos la influencia que ha ejercido en la moderna escuela plástica belga. Al reproducir hoy dos nuevas obras suyas, no hemos de repetir lo que entonces dijimos y únicamente añadiremos que Carlos van der Stappen es, desde 1883, profesor de modelado del natural, de composición y de expresión en la Academia de Bellas Artes de Bruselas, y que bajo su excelente dirección se han formado multitud de artistas que honran á su maestro y á su patria, y entre los cuales merecen especial mención Carlos Samuel, Julio Lagae, Gastón van Hove, Guillermo Charlier, de Vreese, Víctor Rousseau y de Haen.

EL GLOBO DIRIGIBLE FRNCÉS

«PATRIE»

El día 29 de noviembre último, el globo dirigible del ministerio de la Guerra de Francia, *Patrie*, cuyas pruebas habían dado tan excelentes resultados en París, efectuó una salida de Verdun, llevando en su barquilla al general de división Andry y á otros seis individuos, oficiales del ejército y mecánicos. Después de varias evoluciones, emprendió su marcha hacia el Este, pero á los diez minutos se le vió detenerse, por haberse estropeado el magneto, y los aeronautas hubieron de descender junto á la aldea de Solesmes. Mientras se enviaba por los materiales necesarios para la reparación, quedó el aeróstato custodiado por algunos soldados. A la mañana siguiente desencadenóse un vendabal; una violenta ráfaga arrastró el globo y á los 200 hombres que lo aguantaban, y otra tumbó el globo, rompiéndole el timón y las aletas. Ante el peligro que esto suponía, el teniente Lenoir, después de haber intentado en vano tirar de la cuerda de desgarro, mandó soltar el *Patrie*, que se elevó rápidamente y partió en dirección al Oeste con una velocidad de 60 á 80 kilómetros por hora.

Transcurrieron algunos días sin tener noticias del dirigible, hasta que un despacho de Londres, fechado el 4 de este mes, anunció que el domingo anterior el *Patrie* había ido á caer en una finca de Ballidavey (Irlanda), abriendo en la tierra un hoyo de dos metros de largo por uno de profundidad y perdiendo, á consecuencia del choque, algunas piezas de la maquinaria; libre de este peso, ascendió de nuevo y desde entonces nada ha vuelto á saberse de él. Un destacamento de la guarnición del Belfast fué á recoger las piezas caídas, de las que se hizo cargo el capitán Meynell, oficial del ministerio de la Guerra inglés, por delegación del gobierno francés, y que han sido depositadas en el cuartel Victoria, de la citada población.—R.

El capitán inglés Meynell, reconociendo las piezas del aparato propulsor del «Patrie» que perdió éste al tocar tierra en la finca de Ballidavey (Irlanda), antes de hacerse cargo de ellas por delegación del gobierno francés

El capitán Meynell dirigiendo la operación de cargar en una carreta las piezas del «Patrie.» (De fotografías de «World's Graphic Press.»)

LOS SUCESOS DE MARRUECOS.- En Casablanca.—En la frontera argelina

En Casablanca reina tranquilidad absoluta, pues hace mucho tiempo que las tropas españolas y francesas no han visto al enemigo; y el sultán Abd-el-Aziz continúa en Rabat, negociando con los representantes diplomáticos sobre la organización de la policía en los puertos designados por la conferencia de Algeciras y sobre un empréstito que, según parece, le hará Francia para atender á las más perentorias necesidades del imperio.

Muley Hafid salió el día 28 de noviembre de la ciudad de Marruecos, en dirección á Mazagán, según unos, y según otros, á los territorios de las tribus de los tadlas, sraghnas y beni-meskinés para castigar á éstas por haberse rebelado contra los caídes que él les había impuesto. Las últimas noticias dicen que ha regresado á Marruecos, lo cual demuestra que sus asuntos no deben ir tan bien como pretenden hacer creer sus partidarios. Dícese también que el sultán Abd-el-Aziz ha enviado á aquella ciudad un emisario encargado de entablar negociaciones de paz con su hermano.

Como si una mano oculta trabajara para que continúe la agitación marroquí, dando con ello motivo á que se vaya haciendo más efectiva la penetración armada de Francia en aquel imperio, la suspensión de las operaciones en Casablanca ha coincidido con graves sucesos ocurridos en la frontera marroquí-argelina. La tribu de los beni snassen, cuyas incursiones habían obligado á las tropas francesas de Ujda á realizar frecuentes exploraciones, sorprendió el día 26 de noviembre á una patrulla, obligándola á retirarse con algunas bajas. Para ello los marroquíes hubieron de atravesar la frontera argelina, circunstancia que aumenta la gravedad de la agresión.

Tres días después reprodujeron los marroquíes sus ataques, pero esta vez fueron rechazados con grandes pérdidas, gracias á los refuerzos que los franceses habían recibido. Varios otros combates se han librado, todos favorables á los franceses, que han recuperado las posiciones perdidas; los beni-snassén se han visto al fin obligados á repasar la frontera.

Escarmentados duramente, los beni snassén al fin han solicitado el *amán*, ó perdón, á cual efecto han enviado una delegación al general Liautey, que desde hace días se halla en Lala Marnia, tomando las necesarias disposiciones para repeler cualquier nuevo ataque que pudiera intentarse. Mientras negocian la paz, los rebeldes procuran poner á salvo sus bienes, confiando sus rebaños al cuidado de tribus vecinas, que sin ser aliadas suyas, tampoco les son hostiles.

En Argelia se ha organizado un nuevo *gum* que ha de reemplazar al que se halla en Casablanca desde el mes de agosto. El gobernador general, M. Jonnart, recibió el día 2 de los corrientes á los jefes indígenas designados para el mando del *gum* y les dió las gracias por su lealtad á Francia, asegurándoles que los *gumiers* podían estar tranquilos respecto de sus familias, pues éstas, durante su ausencia, serán atendidas con la mayor solicitud. El jefe del *gum* expedicionario, á cuyo embarque en el puerto de Argel se refieren las adjuntas fotografías, es hijo del bach-agha Lakhdar, antiguo y leal servidor de Francia.—R.

Argel. – Los *gumiers* que forman parte del *gum* destinado á reemplazar al que desde el mes de agosto se halla en Casablanca, en el muelle de Argel antes de embarcarse

Argel. – Embarque de los *gumiers* que forman parte del *gum* recientemente organizado en Argelia para reemplazar al que desde el mes de agosto se halla en Casablanca

(De fotografías de Carlos Trampus.)

EL EMINENTE BACTERIÓLOGO DR. D. JAIME FERRÁN

El Instituto de Francia ha concedido recientemente al Dr. Ferrán una parte del premio Breant, que en 1849 instituyó el ilustre químico de este

El Dr. Ferrán sangrando un caballo para la obtención de sueros

nombre para quien descubriera el medio de curar el cólera asiático. La distinción de que ha sido objeto nuestro sabio compatriota es tanto más importante cuanto que esta es la primera vez que desde su fundación ese premio se adjudica.

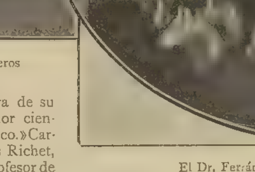
El Dr. Ferrán, cuyos estudios y trabajos de vacunación antirrábica y de profilaxis del cólera son universalmente conocidos, ha añadido recientemente un descubrimiento más á los muchos realizados por él en el transcurso de su gloriosa carrera, el del saprofitismo de los microbios, que según afirmación de M. Renou, profesor de la facultad de Medicina y médico del Hospital de París, está hoy á la orden del día en todas las sociedades científicas del mundo.

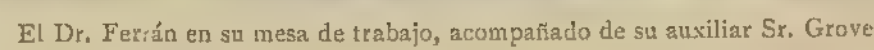
Como todos los sabios y los precursores, el Dr. Ferrán ha sido muy combatido en España, y aún recordamos las campañas durísimas que contra él se hicieron cuando sus primeros ensayos del procedimiento de la vacunación anticolérica, de ese mismo procedimiento que ahora le ha valido el tan solicitado premio Breant. Pero enfrente de todo lo que contra él se ha dicho, pueden ponerse las opiniones de numerosísimas eminencias extranjeras públicamente emitidas y en las cuales se hacen los más grandes y justos elogios del Dr. Ferrán.

El citado profesor Renou dice: «Su obra ha abierto nuevos caminos, no sospechados hace quince años.» M. Alfredo Giard, miembro del Instituto de Francia, profesor de la Sorbona y presidente de la Sociedad de Biología, ha escrito con el asentimiento unánime del Consejo de esta última entidad, de la cual forman parte todas las notabilidades de la ciencia francesa: «Todos cuantos saben en qué modestas condiciones de instalación y con qué irrisoria ayuda ha podido efectuar el doctor Ferrán sus investigaciones originales que tantos esfuerzos suponen y á obtener de ellos los brillantes resultados que ha alcanzado, están conformes en afirmar que su carácter está á la altura de su valor científico.» Carlos Richet, profesor de Fisiología de la facultad de Medicina y miembro de la Academia de Medicina de París, dice: «Entre los hombres que honran á su patria, así por los servicios prestados como por los descubrimientos fecundos, hay que citar en primer término al Dr. Ferrán.» Los célebres doctores Roux y Metchnikoff, verdaderas autoridades en la materia, afirman que los trabajos del Dr. Ferrán sobre el cólera «han sido el punto de partida de las investigaciones, desde entonces tan numerosas, sobre el vibrión colérico, que han determinado tan interesantes descubrimientos.»

El Dr. Fransa, de Lisboa, ha escrito: «El Dr. Ferrán es indiscutiblemente un bacteriólogo que por sus trabajos merece la consideración de aquellos que aprecian los esfuerzos tenaces de un hombre que, en medio de la mayor oposición, consigue hacer triunfar sus ideas. Trabajando en una humilde instalación, el sabio bacteriólogo consiguió dotar á la ciencia de un procedimiento de inmunización que más tarde otros hicieron triunfar intentando borrar el nombre de su descubridor. La inmunización, bien con las bacterias vivas, bien con las muertas, fué desde 1885 establecida por Ferrán con una precisión que los dardos de sus perseguidores no lograrán borrar.»

La concesión del premio Breant y la felicitación entusiasta de la Academia de Ciencias de París, son la mejor consagración de tan laudatorios juicios.





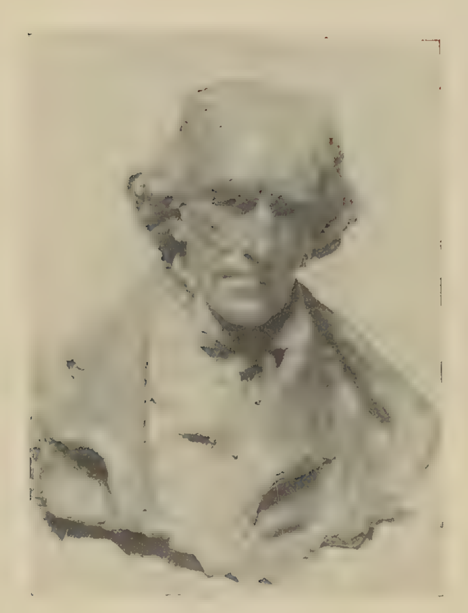
El Dr. Ferrán en su mesa de trabajo, acompañado de su auxiliar Sr. Grove

Y del mismo modo podríamos copiar conceptos no menos encomiásticos de sabios ilustres tan universalmente reconocidos como Bouchard, Calmette, del Instituto Pasteur, de Lila; Van Ermengen, profesor de la Universidad de Gante; Negri, de la Universidad de Pavía; Hansen, de Copenhague; Ehrhich, del Real Instituto de Terapia de Francfort, y otros.

Actualmente el doctor Ferrán se halla al frente del Instituto de Patología experimental y de Higiene, instalado en la Sagrera (Barcelona). Allí han sido tomadas las fotografías que los adjuntos grabados reproducen y en una de las cuales está practicando la vacunación antirrábica á ocho individuos de una misma familia que el día 1.° de este mes fueron mordidos por un perro rabioso, propiedad de uno de ellos.

El Dr. Ferrán practicando la vacunación antirrábica á varios individuos de una misma familia, mordidos recientemente por un perro hidrófobo. (Fotografías de A. Merletti.)

ABANDONADA, cuadro de Ringway Knight



El famoso actor inglés Enrique Irving,
busto en bronce de Courtenay Pollok

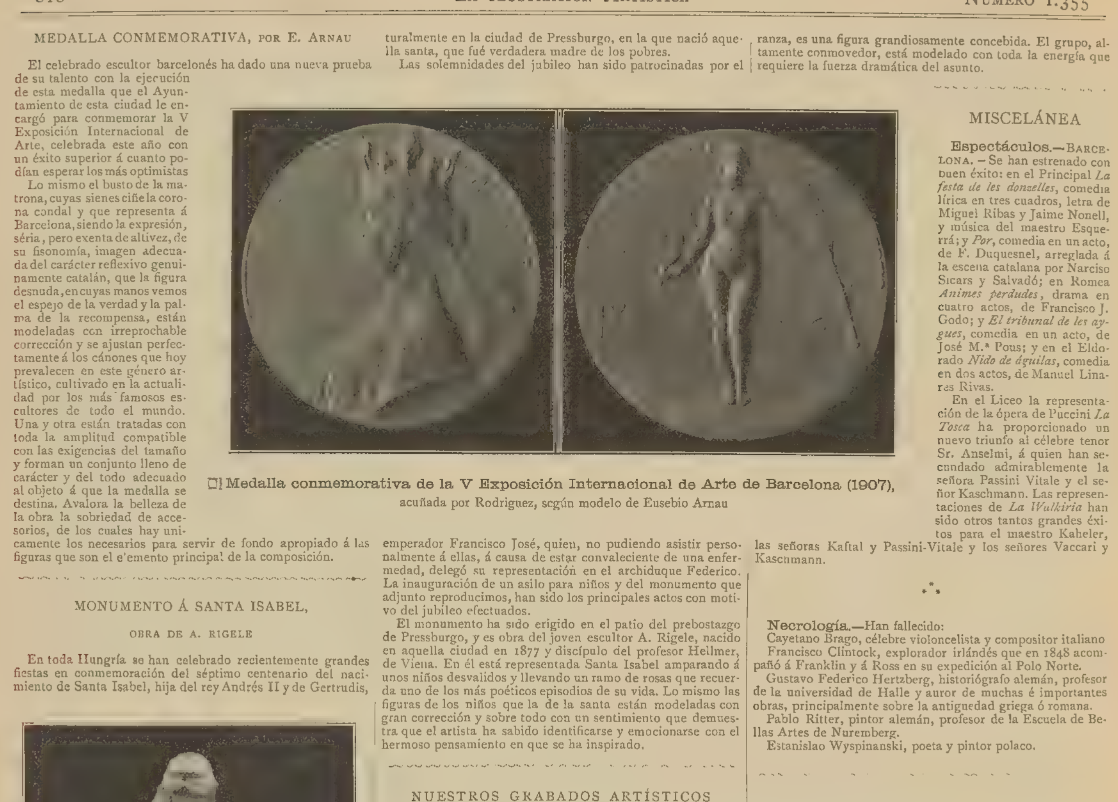
Estudio de cabeza,
busto en mármol, modelado por J. Herberto Morcom

Lo inevitable, escultura de Aníbal del Lotto. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907)

MEDALLA CONMEMORATIVA, POR E. ARNAU

El celebrado escultor barcelonés ha dado una nueva prueba de su talento con la ejecución de esta medalla que el Ayuntamiento de esta ciudad le encargó para conmemorar la V Exposición Internacional de Arte, celebrada este año con un éxito superior á cuanto podían esperar los más optimistas

Lo mismo el busto de la matrona, cuyas sienes ciñe la corona condal y que representa á Barcelona, siendo la expresión, séria, pero exenta de altivez, de su fisonomía, imagen adecuada del carácter reflexivo genuinamente catalán, que la figura desnuda, en cuyas manos vemos el espejo de la verdad y la palma de la recompensa, están modeladas con irreprochable corrección y se ajustan perfectamente á los cánones que hoy prevalecen en este género artístico, cultivado en la actualidad por los más famosos escultores de todo el mundo. Una y otra están tratadas con toda la amplitud compatible con las exigencias del tamaño y forman un conjunto lleno de carácter y del todo adecuado al objeto á que la medalla se destina. Avalora la belleza de la obra la sobriedad de accesorios, de los cuales hay únicamente los necesarios para servir de fondo apropiado á las figuras que son el elemento principal de la composición.



Medalla conmemorativa de la V Exposición Internacional de Arte de Barcelona (1907),
acuñada por Rodriguez, según modelo de Eusebio Arnau

MONUMENTO Á SANTA ISABEL,

OBRA DE A. RIGELE

En toda Hungría se han celebrado recientemente grandes fiestas en conmemoración del séptimo centenario del nacimiento de Santa Isabel, hija del rey Andrés II y de Gertrudis,

Monumento á Santa Isabel de Hungría,
recientemente inaugurado en Pressburgo, obra de A. Rigele

duquesa de Merán. Estas fiestas han sido generales en todo el reino, pero donde han alcanzado mayor brillantez, ha sido naturalmente en la ciudad de Pressburgo, en la que nació aquella santa, que fué verdadera madre de los pobres.

Las solemnidades del jubileo han sido patrocinadas por el emperador Francisco José, quien, no pudiendo asistir personalmente á ellas, á causa de estar convaleciente de una enfermedad, delegó su representación en el archiduque Federico. La inauguración de un asilo para niños y del monumento que adjunto reproducimos, han sido los principales actos con motivo del jubileo efectuados.

El monumento ha sido erigido en el patio del prebostazgo de Pressburgo, y es obra del joven escultor A. Rigele, nacido en aquella ciudad en 1877 y discípulo del profesor Hellmer, de Viena. En él está representada Santa Isabel amparando á unos niños desvalidos y llevando un ramo de rosas que recuerda uno de los más poéticos episodios de su vida. Lo mismo las figuras de los niños que la de la santa están modeladas con gran corrección y sobre todo con un sentimiento que demuestra que el artista ha sabido identificarse y emocionarse con el hermoso pensamiento en que se ha inspirado.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 809, 816 y 871.)

Amazona, cuadro de José Cusachs. – ¿Qué hemos de decir en elogio de ese cuadro y de su autor? Se trata de pintor tan justamente celebrado como Cusachs que, habiendo comenzado por ser un especialista en asuntos militares, ha ido extendiendo su acción artística hasta abarcar hoy en día los más diversos géneros y sobresalir en todos ellos. Y en cuanto á la obra suya que reproducimos, están pintados tan admirablemente la arrogante amazona y el esbelto caballo, que sus bellezas técnicas se imponen, sin necesidad de señalarlas.

***

Abandonada, cuadro de Ringway Knight. – Hay asuntos inagotables para el arte y el que ha inspirado este cuadro es uno de ellos. La mujer engañada y abandonada luego á su triste destino; toda una vida de dolor tras unos cortos momentos de mentida felicidad; tal vez un ser inocente condenado á arrastrar para siempre la cadena de un oprobio, que no por ser injusto é hijo de un punible convencionalismo social pesa menos sobre el que lo soporta; hé aquí lo que nos dice, esa figura hermosamente sentida por Ringway Knight. Ella por sí sola ya es digna de admiración, pero aun contribuye á hacerla más bella, á dar mayor intensidad á su expresión dolorosa el fúnebre lugar adonde la infeliz ha ido á llorar su desgracia.

***

Enrique Irving, busto en bronce de Courtenay Pollok. – Ese busto-retrato del famoso actor inglés es realmente un modelo en su género; en él no solamente vemos fielmente reproducida la fisonomía de Irving, sobrado conocida por las muchísimas fotografías que la han popularizado en Inglaterra y fuera de ella, sino que además hallamos reflejado el carácter, el genio, el alma del eximio artista: sus ojos miran, observan; debajo de su frente se adivina una inteligencia privilegiada y en todo su semblante hay una expresión que parece comunicar al bronce el vigor de la vida física y las energías de la vida moral.

***

Estudio de cabeza, busto de J. H. Morcom. – Las obras de ese notable escultor inglés se distinguen por la poesía y por la gracia de la composición y por la corrección del modelado. Estas cualidades se advierten, sin grande esfuerzo, en el busto que reproducimos, y que por su expresión y por la pureza de sus líneas, ha de producir una impresión gratísima en cuantos lo contemplen.

***

Lo inevitable, escultura de Aníbal del Lotto. – Ha sido esta una de las obras más admiradas en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, y la crítica la ha calificado como una de las mejores esculturas de la joven escuela italiana contemporánea. Esa madre que se abraza al cadáver de su hijo, buscando quizás en él alguna palpitación de vida y que contempla el amado rostro con una expresión de dolor indefinible, mezcla de terror y de un último destello de esperanza, es una figura grandiosamente concebida. El grupo, altamente conmovedor, está modelado con toda la energía que requiere la fuerza dramática del asunto.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La festa de les donzelles*, comedia lírica en tres cuadros, letra de Miguel Ribas y Jaime Nonell, y música del maestro Esquerrá; y *Por*, comedia en un acto, de F. Duquesnel, arreglada á la escena catalana por Narciso Sicars y Salvadó; en Romea *Animes perdudes*, drama en cuatro actos, de Francisco J. Godo; y *El tribunal de les aygues*, comedia en un acto, de José M.ª Pous; y en el Eldorado *Nido de águilas*, comedia en dos actos, de Manuel Linares Rivas.

En el Liceo la representación de la ópera de Puccini *La Tosca* ha proporcionado un nuevo triunfo al célebre tenor Sr. Anselmi, á quien han secundado admirablemente la señora Passini Vitale y el señor Kaschmann. Las representaciones de *La Walkiria* han sido otros tantos grandes éxitos para el maestro Kaheler, las señoras Kaftal y Passini-Vitale y los señores Vaccari y Kaschmann.

***

Necrología.—Han fallecido:

Cayetano Brago, célebre violoncelista y compositor italiano

Francisco Clintock, explorador irlandés que en 1848 acompañó á Franklin y á Ross en su expedición al Polo Norte.

Gustavo Federico Hertzberg, historiógrafo alemán, profesor de la universidad de Halle y auror de muchas é importantes obras, principalmente sobre la antigüedad griega ó romana.

Pablo Ritter, pintor alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Nuremberg.

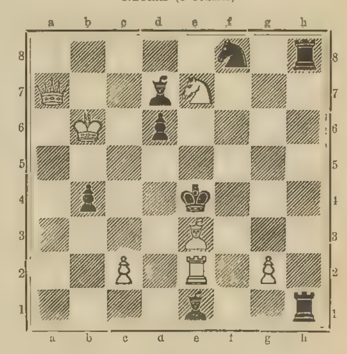
Estanislao Wyspinanski, poeta y pintor polaco.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 483, POR V. MARÍN.

Mención honorífica del Concurso del *Armeeblat*, 1902.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 482, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. C g 7 – f 5	1. R e 4 × f 5
2. A c 4 – d 3 jaq.	2. R f 5 – e 6
3. D mate.	

VARIANTES.

1 .. R e 4 – f 3: 2. C f 5 – h 4 jaq., etc.
c 6 – c 5: 2. D a 7 – b 7 jaq., etc.
C c 8 – b 6; 2. C f 7 – d 6 jaq., etc.
f 4 – f 3: 2. D a 7 – e 3 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. D a 7 – d 4 jaq., etc.

Apenas vió á Walton se puso en pie

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Mientras hacía todas estas reflexiones, el portero le observaba con curiosidad, sospechando sin duda que se trataba de algún asunto censurable.

—¿Oyó usted, preguntóle Walton, á qué punto dijo esa señorita que la condujeran?

—A la plaza de Euston.

—¿Eran las nueve en punto cuando se marchó?

—Yo le diré á usted; el coche debía venir aquí á las nueve; pero después fué preciso bajar el equipaje de la señorita, y aunque no constaba más que de un cofre y un maletín, se necesitó algún tiempo para cargarlo.

—Podemos calcular diez minutos, repuso Walton; muchas gracias.

Y se alejó presuroso.

Walton tomó un coche para que le condujeran á la estación de la Plaza de Euston. Su idea era que, calculando por el tiempo transcurrido desde las nueve, podría averiguar en qué tren había marchado Sara; suponiendo que hubiese partido diez minutos después, podía estar en la estación á las nueve y treinta y cinco; y como necesitaba al menos un cuarto de hora para tomar el billete y facturar el equipaje, lo más probable era que hubiese tomado un tren después de las nueve y cincuenta.

Se informó para saber cuál salía después de dicha hora y contestáronle que era el tren correo del Norte.

«Seguramente se habrá marchado en este,» dijo para sí.

Acto continuo fué á interrogar á los vigilantes y porteros de la estación, dando las señas de Sara lo mejor que le fué posible; mas no obtuvo el menor informe.

Decididamente quedaba burlado, y toda la energía de que diera pruebas resultaba inútil. Miraba á su alrededor con expresión de disgusto, sin ver ni oir nada; tanto era el pesar que le causaba este percance; pero de pronto le ocurrió una idea.

En la carta que Sara le había dejado para entregarla á su prima, era de suponer que indicase á qué punto pensaba dirigirse, y en tal caso, esto resolvería la dificultad. Miró su reloj, y como viera que todavía le quedaba tiempo para tomar el tren de mediodía para Dunthorpe, puso un telegrama para que el dueño de la posada de la Reina le tuviese preparado un vehículo, y dirigióse á la estación de Bishopsgate, donde llegó á tiempo para tomar un asiento de primera clase.

Una vez arrellanado entre los almohadones, sintióse más tranquilo y se entregó á diversas reflexiones sobre el incidente ocurrido. «¿Por qué diablos no se le ha de permitir á Sara que siga su camino?, se preguntó. ¿Qué importa que se vaya de una vez? De todos modos, siempre será esto mejor que estar viendo á cada instante su rostro pálido y su expresión amarga, como una censura continua por una falta que jamás tuve intención de cometer. Hablaré sobre el asunto á su prima... Sin embargo, ¡pobre Sara! A pesar de todo, siento que se haya forjado ilusiones, y nunca pude suponer cuánto daño la estaba haciendo.»

Pero estas reflexiones eran demasiado sentimentales para Walton, y muy pronto cambió el rumbo de sus ideas, murmurando:

«¡Bah! Pensemos en otra cosa.»

XLVIII

EN PELIGRO

Walton comenzaba á sentir cierta desanimación, y atribuíalo en parte al cambio de tiempo y á la lluvia que comenzaba á caer, menos copiosa en la Plaza de Euston que en los sitios por donde pasaba, según pudo observar al acercarse el tren al puente de Lea. Entonces vió que los campos estaban cubiertos al menos por un palmo de agua, ó más bien convertidos en un río, mientras que sobre los coches del tren se oía caer la lluvia con inusitada fuerza.

«Mal negocio será este para nosotros,» murmuró Walton, contemplando con expresión inquieta aquella especie de inundación.

Al llegar á Stortford, se supo que había ocurrido un accidente en la línea y que el tren no podía seguir adelante. Las salas de espera y algunos coches se llenaron de pasajeros, que buscaban refugio para preservarse de la lluvia.

—¿Pero cuándo podremos marchar?, preguntó Walton á un portero.

—No lo sabemos, señor, contestó el hombre.

Lo mismo que los otros pasajeros, Walton quedó en la incertidumbre sobre lo que debería hacer.

Comenzó á pasear de un lado á otro con impaciencia, sin hacer caso del agua que le calaba hasta los huesos, y á cada instante consultaba su reloj. Había calculado que debía llegar á las tres á la granja; eran ya las cuatro y no veía señales de que se preparase ningún tren. Sin duda Susana le esperaría con ansiedad y, no sabiendo la causa de la tardanza, tal vez pensase que la culpa era de su mensajero. Cierto que le sería fácil sincerarse; pero la inquietud le atormentaba. La fortuna le era adversa; á cada paso encontraba un obstáculo, y lamentábase de ello amargamente.

Si hubiese tenido allí á su caballo *Jim*, fácilmente hubiera vencido la dificultad, pues la distancia que le separaba del Prado no era más que de quince millas, y en una hora podía recorrer este trayecto, á pesar de la lluvia. Pero á falta del suyo, bien podía tomar un caballo de alquiler para reirse del camino de hierro y de los pobres pasajeros que aguardaban el tren. Sin embargo, quiso informarse otra vez para saber si habría esperanza de proseguir pronto su viaje por la vía férrea; y como nadie le diese la menor noticia satisfactoria, dirigióse á uno de los principales hoteles de la ciudad, donde era conocido, y preguntó al dueño si podía alquilar un caballo para ir á Dunthorpe.

—¡Cómo!, respondióle sorprendido aquél. ¿Va usted á intentar el viaje á caballo hasta la granja con semejante tiempo? Ya tiene usted la ropa chorreando agua.

—Si es así, poco importa mojarme más. Dios sabe cuándo saldrá el tren; el asunto que traigo entre manos es urgente, y si puede usted facilitarme un caballo, me pondré en marcha al punto.

—Aún conservo la yegua que compré en Doncaster el año pasado; anda bien, pero es un poco espantadiza.

—Ya se corregirá el defecto con el agua. Dé usted orden de ensillarla.

El hombre vacilaba aún, pero érale forzoso complacer á Walton, no solamente porque tenía en él un buen parroquiano, sino porque le llevaba otros, y en su consecuencia mandó preparar el caballo. Tomás bebió una copa de aguardiente, y al ver que el caballo estaba ya á la puerta, se despidió, y montando en la yegua, la puso al trote.

El animal obedeció dócilmente, bien fuera porque reconociese la experta mano del que le conducía, ó por el efecto refrescante que le produjo el baño.

Una vez fuera de la ciudad, el viento comenzó á soplar con fuerza; la lluvia era tan densa á veces, que Walton no veía los objetos á más de dos varas de distancia; pero como conocía muy bien el camino, no temía perderse.

Por fortuna, la lluvia había cesado cuando llegó á la granja Harwood; una vez allí, comenzó á cruzar los campos, completamente inundados. La corriente del río iba muy crecida y violenta; pero Walton recordaba haberla visto mucho peor, y además, creía conocer un punto por donde podría cruzar con tanta facilidad como por el vado. En la orilla opuesta había un camino, comparativamente libre del agua, y también le llamó la atención un hombre que montaba un robusto caballo y que parecía vigilar sus movimientos, como si quisiera saber cuál era su propósito. Algunos instantes después, adivinando sin duda lo que Walton intentaba, comenzó á gritar y á gesticular, haciendo señas para que no atravesase el río por aquel sitio.

Walton oyó el sonido de la voz, y aunque no pudo entender las palabras, comprendió su significado. Aquella voz era la de Miguel Hazell, y por lo mismo que éste observaba sus movimientos, lanzóse con la

yegua en la corriente sin elegir antes el sitio con prudencia, como pensaba hacerlo.

El caballo avanzó con resolución al principio; pero la corriente era demasiado impetuosa, y la yegua retrocedió de pronto espantada y desmontó al jinete, que cayó en el agua.

Miguel, después de recorrer una corta distancia con su caballo á galope, obligó á éste á entrar en el río, y cogió á Walton por el cuello en el mismo instante en que la corriente le arrastraba.

—¡Agárrese usted bien á la silla!, gritó Miguel. Yo necesito ambas manos para sujetar el caballo al dar la vuelta.

El cuadrúpedo, por poderoso que fuera, vaciló un poco; pero Miguel pudo atraer hacia sí á Walton, mientras que la yegua de éste, comprendiendo el peligro, hizo un desesperado esfuerzo y pudo ganar la orilla, donde ya estaba su amo.

Walton se dejó caer en tierra jadeante y tan extenuado, que transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera hablar. Miguel se apeó al momento, y doblando una rodilla, levantó la cabeza del que había estado á punto de ahogarse.

—No puede usted haber tragado mucha agua, dijo Miguel, pues le he visto á usted nadar...

—No, murmuró Walton débilmente después de una larga pausa; pero... poco ha faltado para que me fuera... Jamás hubiera creído que el agua tuviese tanta fuerza.

—Si pudiera usted montar á caballo, repuso Miguel, le conduciría á usted á la casa más proxima.

—La granja del Prado es la que está más cerca...

Demasiado bien sabía esto Miguel, pero vacilaba en acceder á la proposición. No obstante, ayudó á Walton á levantarse y colocólo casi en la silla; después cogió con una mano la brida del caballo y con la otra sujetó al jinete, emprendiendo así la marcha á través de los campos.

Triste espectáculo era ver los rimeros de montones de grano y de haces de heno completamente empapados en agua y como humeaedo ya, lo cual indicaba un grave deterioro, si no completa pérdida. A Miguel le contristó profundamente esta evidencia de lo que Susana perdía, precisamente cuando practicaba las diligencias para devolverle su capital.

La joven, al ver á Walton con la cabeza inclinada, sin color y sosteniéndose con trabajo, preguntó á Miguel con aparente tranquilidad:

—¿Qué ha ocurrido?

—Walton, contestó Hazell, trataba de cruzar el río, pero su caballo resbaló y el jinete agotó sus fuerzas para salir del agua. Desearía que me cediese usted una habitación para el Sr. Walton.

Susana dió inmediatamente las instrucciones necesarias, y el buen Miguel, después de conducir á Walton al aposento que se le señaló, ayudóle á desnudarse, cogió una tohalla ordinaria y comenzó á friccionar el cuerpo hasta que la sangre circuló libremente. Después fué á buscar una bebida caliente, obligóle á tomarla, le arrolló en las mantas y le recomendó que permaneciese quieto hasta que él volviese de la Abadía con la ropa necesaria.

—Espere usted un instante, buen samaritano, dijo Walton con voz débil aún; mejor sería enviar un criado á buscar la ropa en vez de ir usted.

—Creo que sería mejor que fuese yo, pues su madre y sus hermanas estarán sin duda inquietas; y yo les daría la explicación necesaria para que se tranquilizasen.

—Mi madre se alarmaría, repuso cerrando los ojos, porque hasta una avispa le da miedo, y no dudo de que ahora está en cama, imaginándose que hemos llegado al segundo diluvio; mas no tengo el menor cuidado por mis hermanas.

—De todos modos, iré á tranquilizar á su madre.

—No es necesario decirla que estoy aquí, porque cree que me hallo en Londres; y además, dentro de una hora ó dos podré levantarme, pues no siento más que debilidad. El tiempo pasado en la estación, mi carrera á través de la lluvia y mis esfuerzos en aquel horrible río, agotaron mis fuerzas. Yo me creía ya perdido, amigo Hazell, en el momento en que usted me cogió. ¿Qué ha sido de la yegua?

—No he tenido tiempo para pensar en ella, contestó Miguel; pero pronto sabremos dónde está, porque Tobías Carter ha ido á buscarla.

—Pues bien, envíe usted á buscar mi ropa y quédese aquí. Quisiera que dijera usted á Sus... á la señorita Holt, que Sara se me ha escapado, aunque hice cuanto estuvo de mi parte; pero me ha dado una carta para su prima, que usted encontrará en el bolsillo de mi sobretodo. Yo pensé que en ella diría tal vez adónde iba, y por eso era tanto mi afán por llegar cuanto antes.

Miguel accedió á los deseos de Walton, después de haberle referido éste brevemente los detalles de su persecución y su creencia de que Sara había marchado por el tren del Norte.

—¡El Norte!, exclamó Miguel; pues entonces no puede dudarse de que Sara ha ido á casa de su tía, la señora Fyfe.

XLIX

CONFESIÓN

Susana, poseída de una vaga inquietud, sin explicarse por qué subió á la buhardilla de la casa, y asomada á la ventana, pudo ver los campos cubiertos de agua. La lluvia había cesado hacía poco; más apenas trascurridos diez minutos oyose un trueno espantoso, frecuentes relámpagos rasgaron las nubes y, en el momento en que la joven se apartaba de la ventana con las manos sobre los ojos, comenzó á caer de nuevo el agua á torrentes.

Poco á poco, los truenos resonaron más lejos, pero la lluvia continuó, oscureciéndose gradualmente la tierra, en la que á intérvalos se reflejaba el resplandor de un relámpago.

Susana permanecía inmóvil, contemplando aquella tempestad que suponía la pérdida de su cosecha, y de consiguiente la ruina; su rostro, aunque sereno, estaba muy pálido, y su expresión era angustiosa; pero sus labios oprimidos parecían indicar que estaba resuelta á no dejarse vencer por el abatimiento.

El Sr. Patchett había ido á ver á Susana el día antes, y trató de persuadirla que no debía cambiar las disposiciones adoptadas por Miguel en favor suyo; mas no pudo conseguir que desistiera de su empeño. Después hízola comprender su verdadera situación, y le demostró que si devolvía aquel dinero que moralmente era en realidad suyo, debería depender en un todo del producto de la cosecha de aquel año para cubrir todos sus gastos, incluso el alquiler de la granja.

Pero ni aún esta alarmante perspectiva bastó para intimidar á Susana; y el abogado se retiró bajo la impresión de que la mujer, á quien siempre creyó tan práctica, era la más torpe que había conocido, por lo menos en materia de negocios.

A Susana le parecía oir la voz de Job, reclamándole desde la tumba que cumpliese sus deberes para con Miguel; y mientras contemplaba la tormenta, reflexionó sobre su triste situación, pero sin arrepentirse de lo que había hecho.

Walton *podía* ser un apoyo para ella; más, sabiendo ahora cuales eran los sentimientos de Sara respecto de él, no debía ya pensar ni remotamente en aquel hombre. Tan solo quería demostrarle cuanto valía Sara, y hacer feliz á su prima; y consolábala en cierto modo pensar que, aunque ella fuese desgraciada, érale posible aun hacer algo en favor de los demás.

La tempestad había pasado; pero seguía la lluvia.

Aquella hora de tristeza evocó en Susana el recuerdo de cierto alegre día en que, sentada al pié del Prado, preguntábase á cuál de sus pretendientes concedería su mano; y esta reflexión le hizo pensar después que había coqueteado tontamente, jugando con su felicidad, y que tal vez no debería ya esperarla nunca. Tuvo valor para reconocerlo así y confesárselo, mas no debía proclamarlo á voces; sufriría las consecuencias de su locura, fueran las que fuesen, y cumpliría con su deber para que nada pudiese perturbar su conciencia.

En medio de estas reflexiones, sobresaltóle la voz de Miguel, que de pronto oyó á su espalda.

—¿Por qué se ha escondido usted aquí, Susana? La he buscado á usted por todas partes, hasta que una de las criadas me dijo que la había visto subir á la buhardilla.

Susana se extremeció, pero mantúvose fría.

—No creí que pudiera usted necesitarme, contestó con calma, separándose de la ventana.

A causa de la obscuridad, Miguel no pudo ver el rostro de la joven, ni su expresión de angustia; mas el tono de su voz parecía indicar que su presencia le era molesta, y sin duda por esto se ocultaba en la barandilla. La verdad es que Susana creía que Miguel se había ido ya, dejándola libre de cuidar á Walton.

Miguel era de esos hombres que no piensan en sí mismos cuando hay algo que hacer para los otros; y por eso ahora, desechando la desagradable sensación que le produjo la frialdad de Susana, no pensó más que en su cometido.

—Walton deseaba con ansiedad dar á usted cuenta de su misión, y me ha encargado á mí hacerlo. Ha traído esta carta de Sara para usted, y creo que debe leerla antes de manifestar yo á usted lo que ha hecho.

Susana tomó la carta y pasó por delante de Miguel diciendo:

—Vayamos abajo; siento mucho que se haya molestado tanto, buscándome.

Al oir estas palabras, Hazell se estremeció algo.

Bajaron á la sala, la joven enceudió el quinqué con la mayor tranquilidad, como si nada la preocupase, y entonces Miguel vió la intensa palidez de su rostro; esto le hizo olvidar su resolución de no hablar más que de Sara, y exclamó:

—¡Dios mío, Susana!.. ¿Qué tiene usted? ¿Se siente acaso indispuesta?

La mano de Susana tembló un poco al inclinar la pantalla, y Miguel pensó que aquella palidez era debida al accidente ocurrido a Walton.

—No me siento muy bien, contestó Susana lentamente, aunque con voz firme. Debe usted comprender cuanta es mi inquietud por la fuga de Sara, y también por las perdidas que me ocasiona la tempestad.

La joven decía esto sin mirar á Miguel, cuya emoción era cada vez más profunda.

—Sí, repuso Hazell, después de mirar un momento á Susana con expresión de cariño, esa tempestad nos ocasionará á todos un gran perjuicio,..

—¿Y no se podrá salvar nada?, exclamó impetuosamente la joven.

—Ya le he dicho á Carter lo que debe hacer, contestó Miguel.

Podía haber añadido que él mismo acababa de dirigir las operaciones, ayudando á los jornaleros con sus propias manos; pero no habló una sola palabra sobre su cariñoso celo.

Sin embargo, había dicho lo suficiente para que el agradecimiento dilatase el corazón de Susana, que al mismo tiempo se mordía los labios, enojada al recordar su propósito de no recibir auxilio alguno de Hazell, para demostrarle que no le necesitaba. Mientras ella estaba en la buhardilla, ociosa y entregada á sus reflexiones, Miguel, más práctico, había atendido al trabajo en que Susana debió pensar.

—Gracias, contestó ésta tranquilamente.

Y después de una pausa añadió con acento de amargura:

—Dicen que las desgracias no vienen nunca solas...

—Espero que los asuntos no irán tan mal como usted teme.

—Quisiera poder esperarlo así... Veamos ahora qué otro disgusto tengo en perspectiva.

Así diciendo, abrió la carta de su prima, y al principio no se notó cambio alguno en su fisonomía; después sus ojos brillaron de indignación y coloreáronse sus mejillas por efecto de la cólera, pero muy pronto palideció de nuevo. He aquí el contenido de la carta:

«Querida Susana: siento mucho que enviaras á Walton en busca mía. *No puedo* volver hasta que sepa que eres feliz, porque entonces tal vez me perdones lo que he hecho. Bien sabe Dios que entonces creía prestarte un servicio al proponerme averiguar si *él* te buscaba por tu dinero ó por tu persona; sé que mis motivos eran egoístas, porque le amaba y le amo todavía; mas espero que Dios me lo perdonará con el tiempo y tú también. Lo que ha sucedido, sin embargo, me sirve de consuelo, si puede haberlo para mí, porque sé que ese hombre no es tan egoísta y poco escrupuloso como yo pensaba.

»Debo decirte lo que hice, porque sé que de este modo me dejarás seguir libremente mi camino hasta que pueda redimir en cierto modo mi falta. Por conducto mío supo *él* que habías perdido tu fortuna; mas ignora que yo fuí quien lo reveló. En uno de los copiadores de mi padre encontré un escrito, en que se decía bajo qué condiciones debías recibir la fortuna que para ti se había impuesto; y cuando quebró el Banco, supe que lo habías perdido casi todo. Entonces experimenté una loca alegría, porque pensé que cuando *él* supiera tu posición se alejaría de ti para volver á mí; pero me engañé, y no siento haberme equivocado en la opinión que de *él* formaba.

»Llevé copia de la carta á la señorita Elisa Walton, sabiendo cuán opuesta era á que su hermano se casase contigo, y á mi presencia la hice escribir otra, rasgando la que yo llevaba. Díjele después que era libre de hacer el uso que le pareciese de aquel informe, con tal que no dijera de quién le había obtenido, y creo que así lo hizo.

»No puedes imaginar cuánto sufrí al ver que la pérdida de tu fortuna no influía en el amor que te profesaba ese hombre, á quien tan mal había juzgado.

»Ahora ya lo sabes todo, y puedes comprender que, aun cuando me hubiera sido posible dominarme lo bastante para permanecer contigo y veros casados, mi vergüenza por lo que había hecho contra ti me hubiera impelido á salir de tu casa. Cuando sepa que eres feliz y presuma que has tenido tiempo para olvidar y perdonarme, iré á verte, si me lo permites, aunque no para permanecer contigo, porque esto sería imposible bajo las presentes circunstancias.

»Ahora es media noche: el Sr. Walton dijo que

vendría mañana á las nueve para conducirme á tu lado. A decir verdad, yo no había aún resuelto el partido que debía tomar, pero cuando *él* se presentó me decidí de una vez, y mañana habré marchado, antes de que *él* venga. Después de leer la presente, tal vez no vuelvas á confiar en mí nunca; mas no por eso dejaré de ser siempre para tí la más cariñosa hermana.—*Sara.*»

El engaño de su prima era para Susana como el último eslabón de la cadena de tribulaciones por qué estaba pasando. Permaneció un momento sin pronunciar palabra, pero después, á pesar de los esfuerzos que hizo, escapóse de su pecho un sollozo, y comenzó á llorar.

Miguel observó con asombro el efecto que la carta había producido en Susana y movido por un impulso irresistible, cogió una de las manos de la joven y miró á ésta con muda admiración, sin poder hablar, porque no comprendía la causa de su llanto. Susana no se opuso al principio, pero poco á poco retiró su mano y enjugóse los ojos. De buena gana habría enseñado la carta á Miguel, preguntándole qué debería hacer; pero habría de dar esplicaciones para que se comprendiese su posición, y en aquel instante no estaba bien dispuesta para hacerlo; por lo tanto limitóse á preguntar á Miguel que había dicho Walton acerca de Sara.

El nombre de su rival bastó para que Hazell volviese á la realidad. Repitió sucintamente lo que Walton le había referido, añadiendo lo que él pensaba acerca del paradero de la fugitiva.

Entonces Susana admiró una vez más el sereno y claro juicio de Miguel.

—Sí, estoy segura, dijo, de que ha ido á Drumquhair. La tía Fyfe nos había rogado á menudo que la hiciésemos una visita, y Sara manifestó con frecuencia deseos de ir á verla. ¿Pero como ha podido usted sospecharlo?, añadió.

—Es muy sencillo; sabiendo donde reside esa señora, y en la creencia de que Sara había tomado el tren del Norte, fácil era decidir adonde había ido.

Susana permaneció silenciosa algunos minutos. No pensaba tanto en su prima como en el contraste que ofrecían los dos hombres que pretendían su mano: el uno, impetuoso, de buen carácter, pero débil; el otro, bondadoso también, pero firme, reflexivo y fiel.

—El Sr. Walton, dijo de pronto, interrumpiendo sus reflexiones, no debió separarse de Sara hasta después de haberla hecho entrar en razón; pero ya no hay remedio. Ya había hecho los preparativos para ir á buscarla yo misma; pero ahora me limitaré á escribir á la tía Fyfe. Todo esto es muy absurdo, y dará origen á no pocos escándalos.

—No deben darla á usted ningún cuidado.

—Eso siempre lo dicen aquellos que no sufren por el escándalo; pero cuando les interesa, no pueden tolerar que se les calumnie. Creo que lo mejor que puede usted hacer ahora es ir á ver como sigue el señor Walton, y yo prepararé entre tanto la cena. Usted no puede irse mientras llueva tanto.

—Pues temo que esto durará toda la noche.

—De todos modos, puede usted esperar una hora ó dos, y entonces veremos como sigue el tiempo.

El tono de Susana tenía cierta expresión suplicante que hizo latir más apresurado el corazón de Miguel; pero el joven pensó después que Susana le invitaba á quedarse para que no la dejara sola con Walton y salvar así las apariencias.

—Muy bien, contestó, me quedaré.

Y al dirigirse hacia la puerta para salir, encontró en el umbral á Elisa Walton, que parecía muy excitada.

L

DISGUSTOS DOMÉSTICOS

En la abadía de Walton había reinado mucha agitación en las últimas cuarenta y ocho horas, á consecuencia de haber referido el cartero á uno de los criados que Walton había ido en seguimiento de Sara para prestarla su auxilio en varias diligencias que la llamaban á Londres. Esta noticia pareció á todos la más clara confirmación del rumor que circulaba, suponiéndose un rapto.

—Bien supuse yo, dijo Alicia con sorna, que Tomás acabaría por hacer algún disparate.

En cuanto á la señora Walton, al recibirse la noticia, lamentóse de tener un hijo tan loco, que amenazaba ser causa de su ruina.

—¡Tú eres quien ha dado lugar á todo esto!, gritó Elisa. No le dejabas en paz ni de día ni de noche...

No pudo concluir, porque los sollozos ahogaron su voz.

La hija mayor permanecía silenciosa; pero cuando

Miguel cogió á Walton en el mismo instante en que la corriente...

vió á su madre apoyada en los brazos de Carolina, dijo á las otras dos hermanas:

—Cuidarla bien; yo voy á mi cuarto; eso no será nada.

Cuando llegó á su habitación, entregóse allí á las más amargas reflexiones. Malo era que Tomás pensara en casarse con la señorita Holt; pero haber sido engañada así por su hermano y por Sara, á quien creía tener á su favor, era una cosa intolerable para Elisa.

Hubo muchas quejas y lamentaciones en la casa durante la noche y el día siguiente, y sólo la tempestad impidió á la hermana mayor ir á la granja del Prado para informarse. Después llegó Tobías Carter para dar otra noticia que no produjo menos asombro é inquietud á la familia. El mensajero refirió como Walton se habría ahogado sin remedio, á no ser por el auxilio de Miguel; dijo que el señor Walton estaba en cama, en la granja del Prado; que se había encontrado la yegua muerta junto á la orilla del río; y que le enviaban en busca de ropa. Elisa condujo al mozo á la sala para interrogarle de nuevo, y no se inquietó tanto como sus hermanas, comprendiendo que no podía estar muy mal su hermano cuando enviaba á pedir otro traje.

Cuando se hubo marchado el mensajero, la hermana mayor mandó enganchar el carruaje, é hizo entre tanto mil conjeturas, preguntándose cómo era posible que su hermano hubiera huido con Sara y volviese á los tres días de aquella manera tan singular. No pudo resolver el enigma, pero supuso que había algún misterio impenetrable para ella, y tal era su afán por descifrarle, que resolvió ir á la granja del Prado, á pesar de la lluvia.

Y he ahí cómo Miguel la encontró en la puerta.

LI

LA DESPEDIDA

Miguel retrocedió un paso; en la expresión de aquella mujer notó algo desagradable, y, pareciéndole que se preparaba una enojosa entrevista para Susana, resolvió protegerla, considerando que aun tenía derecho para hacer las veces de guardián, mientras no estuviese casado.

Elisa Walton no le dió tiempo para recobrarse de su sorpresa; sin fijar la atención en él, pasó por delante y miró á Susana, cuya palidez habría llamado la atención de cualquiera, menos de aquella mujer poseída de cólera.

—Acabo de saber, dijo, sin saludar siquiera, que se acaba de conducir á mi hermano á esta casa, y vengo para llevármele.

Susana miró á Miguel, y aunque éste creyó que su triste expresión era debida al recuerdo de Walton, persistió en su propósito de encargarse de su defensa.

Sin hacer aprecio del tono insultante de Elisa, Susana contestó con calma.

—Supongo que el señor Walton podrá irse ahora con su hermana, y que le habrán traido la ropa que pidió.

—Tiene usted muchas consideraciones con él, replicó Elisa, antes de que Miguel pudiese hablar. La ropa está aquí.

—¿Quiere usted llevársela?, dijo Susana á Miguel.

Este no sabía qué hacer: veíase entre dos mujeres, una de las cuales parecía dispuesta á causar toda clase de disgustos á la otra, que no se hallaba en disposición de sufrir la menor molestia; pero bastóle un momento para adoptar su resolución. Tiró de la campanilla, y habiéndose presentado Carter, ordenóle que llevase la ropa al señor Walton; después volvió á ocupar el mismo sitio, resuelta á no salir de la habitación mientras Elisa estuviese allí. Esta lo comprendió; veía ante sí dos enemigos, y hasta cierto punto intimidóle la presencia de Miguel, tan cortés y atento, pero también tan firme y decidido. Esto bastó para reprimir un poco sus ímpetus.

—Siento mucho molestar á usted, señorita Holt, dijo con cierta ironía; pero debe comprender que no está bien que mi hermano pase aquí la noche..., aunque entiendo que está usted acostumbrada á esta especie de, de... digamos de formas nada convencionales.

Susana permaneció inmóvil, pero Miguel se sonrojó de cólera, y hubiera querido que Elisa fuese un hombre, comprendiendo muy bien que se refería á la noche que él pasó en la granja con motivo de la presencia de los gitanos. No obstante, contuvo su indignación.

—Su hermano de usted, repuso, está mucho mejor aquí que en el fondo del río, y seguramente él piensa lo mismo que yo.

Elisa, afectando aun ignorar la presencia de Miguel, contestó á sus palabras dirigiéndose á Susana, como si las hubiera pronunciado ella.

—Para ir á su casa, al volver de Londres, dijo, me parece que no debía ir por el Prado. Usted ha sido hartas veces causa de sus apuros, señora Holt, así como también de que se produjeran continuos disgustos en nuestra tranquila casa; y ahora ha faltado poco para que fuera usted causa de la muerte de mi hermano.

—¡Señorita Walton!, exclamó Hazell, está usted diciendo disparates, y lo sabe muy bien. Debo recordarla que está en casa de una señora, que ha hecho por el hermano de usted más de lo que nadie podría hacer por un hombre que ha estado á punto de morir ahogado.

Y volviéndose hacia Susana, añadió:

—Creo que lo mejor que puede usted hacer es subir á su aposento, para no escuchar más insultos.

Pero Susana no hizo ningún ademán para salir de la habitación ni contestar á la acusadora. Una expresión de cariño animó un momento sus ojos al mirar á su defensor; pero desvanecióse muy pronto.

La contestación de Hazell exasperó á Elisa, y entonces no pudo menos de dirigirse á él.

—Usted no comprende las circunstancias, señor Hazell, dijo, pues de lo contrario, no censuraría mi enojo, mi indignación, la cual me induce á pronunciar palabras impropias de mi decoro, y de que seguramente me arrepentiré cuando esté más serena; pero la señorita Holt no negará que la he avisado con tiempo. Mi hermano está divirtiéndose, y ella cree que quiere casarse.

—Y lo hará si le aceptan, como ya he dicho á menudo, contestó el mismo Walton, entrando de repente en la habitación.

Y se dirigió hacia Susana, tan resueltamente, que cualquiera hubiera creído que trataba de abrazarla; pero la joven retrocedió, y Miguel se interpuso, aunque sin enojo ni resentimiento.

—¿Pero qué significa todo este ruido?, continuó Walton con acento irritado, porque estaba seguro que su hermana era la causante de aquella escena.

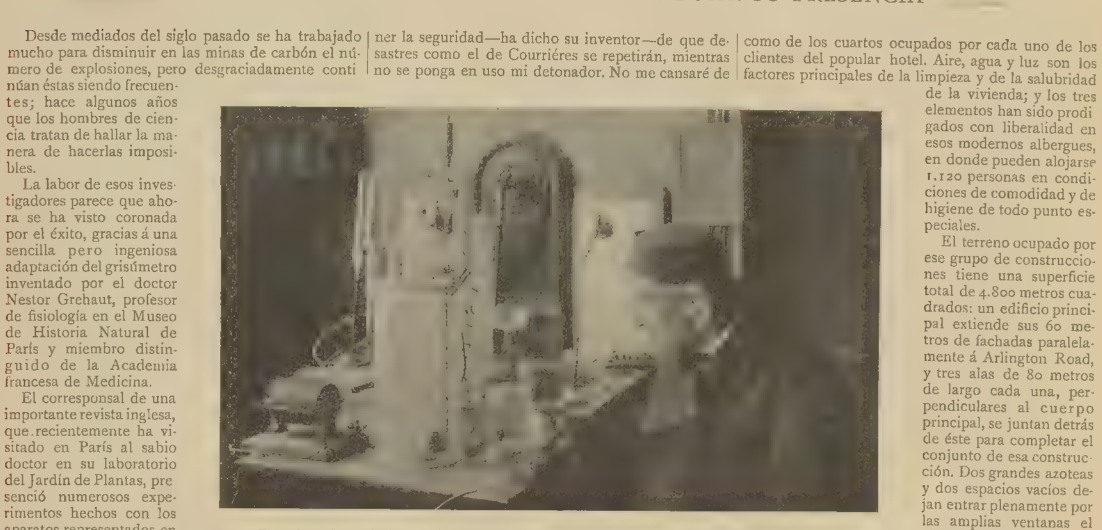
(*Se continuará.*)

EL GAS GRISÚ Y LA MANERA DE AVERIGUAR SU PRESENCIA

Desde mediados del siglo pasado se ha trabajado mucho para disminuir en las minas de carbón el número de explosiones, pero desgraciadamente continúan éstas siendo frecuentes; hace algunos años que los hombres de ciencia tratan de hallar la manera de hacerlas imposibles.

La labor de esos investigadores parece que ahora se ha visto coronada por el éxito, gracias á una sencilla pero ingeniosa adaptación del grisúmetro inventado por el doctor Nestor Grehaut, profesor de fisiología en el Museo de Historia Natural de París y miembro distinguido de la Academia francesa de Medicina.

El corresponsal de una importante revista inglesa, que recientemente ha visitado en París al sabio doctor en su laboratorio del Jardín de Plantas, presenció numerosos experimentos hechos con los aparatos representados en los grabados que acompañan á este artículo.



El profesor Nestor Grehaut haciendo experimentos en su laboratorio con el grisúmetro por él inventado para comprobar la presencia del grisú en el aire

La reciente invención consiste en un cilindro de cristal ó probeta, graduado cuidadosamente, para indicar los centímetros cúbicos, los que á su vez están divididos en quintas y décimas partes. Para los experimentos, ese tubo de cristal se coloca sobre un sólido soporte de caucho, en tal disposición, que pueda encerrarse en él una varilla vertical, que por su extremo inferior pueda ponerse en contacto con una corriente eléctrica y que termine, por el superior, en un trozo de alambre de platino. La varilla metálica vertical y sus accesorios constituyen el tan conocido inflamador inventado por el profesor Coquillon. En la parte superior de la probeta se fija una taza semi esférica, revestida de caucho, provista de un mecanismo de atornillar, por medio del que se la comprime fuertemente contra lo alto del tubo, con objeto de que éste, á su vez, lo sea contra su base de caucho, á fin de impedir los escapes de gas, pues en ese cilindro graduado ha de encerrarse el aire que se quiere analizar.

La experiencia ha demostrado que es prudente sumergir esta parte esencial del grisúmetro de Grehaut, que así se llama el nuevo aparato, en un gran receptáculo cilíndrico lleno de agua, de modo que si ocurriera una explosión, los experimentadores se hallen á cubierto de ser heridos por los pedazos de cristal roto que volarían en todas direcciones.

En una probeta de cincuenta centímetros cúbicos, introdujo primeramente el Dr. Grehaut una mezcla de aire y grisú, en la proporción de seis partes de este último por ciento de aquél, que es la proporción menor, según los descubrimientos de Mallard y de Le Chatelier, que estalla con detonación. Aplicó la corriente eléctrica, púsose el alambre de platino del detonador al rojo blanco y produjo una explosión que, aunque ligera, fué perfectamente visible para los espectadores.

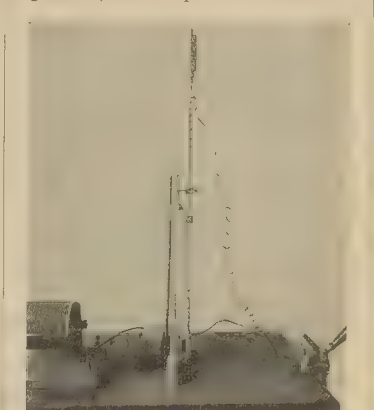
En un segundo experimento, el doctor compuso una mezcla de 5 por 100 de grisú con aire y oxígeno, pero una aplicación de la corriente no logró producir llama, aunque sí se comprobó que había habido una pequeña disminución del gas, prueba de la presencia de un combustible. En un tubo de cincuenta centímetros cúbicos fué necesario aplicar la corriente seiscientas veces para obtener una reducción correspondiente á un 4'8 por 100 de grisú, es decir, próximamente un 5 por 100. En una mezcla de 1 por 100 de grisú con aire, haciendo pasar la corriente una sola vez, no se obtuvo ninguna reducción, pero se vió que pasándola seiscientas se habían consumido 0'9 centímetros cúbicos de grisú.

Es evidente, pues, que puede hacerse caso omiso de la presencia en la atmósfera de una mina de carbón de una centésima parte de grisú, pero que es cosa muy distinta cuando la proporción llega á un 5 por 100, aproximándose así á la peligrosa del 6 por 100.

El coste del grisúmetro es pequeño. «Se puede tener la seguridad—ha dicho su inventor—de que desastres como el de Courriéres se repetirán, mientras no se ponga en uso mi detonador. No me cansaré de insistir en que se examine varias veces al día la composición del aire de las minas de hulla. Estando advertidos, se puede estar prevenidos.»—X.

LAS «ROWTON HOUSES» DE LONDRES

Desde hace poco tiempo hay en un arrabal sano y bien aireado de Londres, en Arlington Road, Camden Town, un inmenso hotel popular de un género singularísimo, construído por la sociedad de las *Rowton houses,* asociación filantrópica fundada por lord Rowton, que posee actualmente un capital de 12 millones de francos y cuyo objeto es construir y explotar casas baratas para los célibes de condición modesta, obreros y empleados.



Aparato del grisúmetro de Grehaut; de él forma parte una probeta en la que se encierra el grisú, que se hace estallar por medio de una corriente eléctrica.

La probeta que contiene el grisú se coloca dentro de un cilindro de cristal lleno de agua á fin de evitar que en caso de estallar el gas los pedazos de cristal hieran á los operarios.

El inmueble que vamos a describir es el sexto en su clase y el más importante y completo; en él se aplican rigurosamente las leyes de la higiene y de aquí que las condiciones sanitarias de ese hotel puedan servir de modelo á las construcciones destinadas á numerosos inquilinos.

El aire y la luz hállanse profusamente distribuídos por grandes y hermosas ventanas que se cierran por el sistema de guillotina, y la disposición de los edificios permite establecer corrientes de aire y proceder á una ventilación perfecta, así de las salas comunes, como de los cuartos ocupados por cada uno de los clientes del popular hotel. Aire, agua y luz son los factores principales de la limpieza y de la salubridad de la vivienda; y los tres elementos han sido prodigados con liberalidad en esos modernos albergues, en donde pueden alojarse 1.120 personas en condiciones de comodidad y de higiene de todo punto especiales.

El terreno ocupado por ese grupo de construcciones tiene una superficie total de 4.800 metros cuadrados: un edificio principal extiende sus 60 metros de fachadas paralelamente á Arlington Road, y tres alas de 80 metros de largo cada una, perpendiculares al cuerpo principal, se juntan detrás de éste para completar el conjunto de esa construcción. Dos grandes azoteas y dos espacios vacíos dejan entrar plenamente por las amplias ventanas el aire y el sol, esos dos enemigos de los microbios, de la tuberculosis y de los miasmas.

Consta el inmueble de sótanos, planta baja y cuatro pisos uniformes; los frontones, las torrecillas de la fachada principal y las torres cuadradas situadas en cada extremo de las tres alas, forman el quinto piso. No examinaremos la arquitectura del edificio, ni entraremos en los pormenores de la construcción; pues nuestro objeto es sencillamente señalar los puntos especiales que caracterizan este establecimiento.

En él no hay colgaduras, ni alfombras, ni papeles. Las paredes están revestidas de una capa de estuco ó de cemento en todos los lugares comunes, corredores, escapes, antecámaras, comedores y salones de lectura; las de los dormitorios están pintadas al óleo con una capa de barniz. En todas partes presentan las paredes una superficie lisa y bien pulimentada, á fin de impedir que en ellas se fijen el polvo y la porquería, y están cubiertas, en una faja de 1'50 metros de alto, desde el suelo, de planchas de opalina ó de cristales ó de ladrillos vidriados, según los sitios.

Las cornisas de yeso han sido substituídas por molduras de loza esmaltada. Los cuadros están excluídos, mas como las paredes de las salas no pueden estar desnudas, han sido adornadas con grandes tableros decorativos, muy artísticos, de loza. Gracias á todo esto, las paredes, los techos y los suelos pueden ser regados y lavados fácilmente.

El mobiliario de las salas comunes y de los cuartos es de hierro barnizado, de hierro fundido esmaltado, de porcelana ó de loza; así en el mobiliario como en la construcción, se ha prescindido en lo posible de la madera. Las escaleras, cuyas paredes están cubiertas de losetas de loza ó de ladrillos vidriados, son de hierro y están dispuestas de modo que en caso de incendio puedan ser fácil y rápidamente evacuados los locales; todas llegan desde el sótano á los tejados. Estos cubren todos los edificios y tienen terrados planos de cemento armado, que se comunican entre sí, gracias á lo cual y á su fácil acceso, podrían los inquilinos, en caso de fuego, huir lejos del sitio del siniestro.

Para que se vea hasta qué extremo se han llevado las precauciones higiénicas en la *Rowton house* de Camden Town, bastará decir que en las cocinas, repostería, despensa, roperos y almacenes, la madera ha sido en absoluto reemplazada por el mármol ó por la loza esmaltada.

El agua hállase distribuída con la mayor prodigalidad y circula continuamente en los lavabos, water-closets, baños y depósitos; la evacuación de las aguas sucias ha sido estudiada también con sumo cuidado, cual corresponde á cuestión tan importante en un establecimiento que cuenta con tan gran número de habitantes.

La calefacción está asegurada por una circulación de agua caliente, cuya instalación funciona desde los sótanos á los desvanes. La iluminación es eléctrica.

Por un precio módico puede el célibe inglés tener en las *Rowton houses* un cuarto limpio é higiénico y disponer de los lavabos, sala de baños y de todos los aparatos de limpieza, tan necesarios á todo el mundo, pero muy especialmente á los que se dedican á trabajos manuales. Un coladero, en donde la higiene del lavado está llevada á los últimos límites, lava y purifica, al mismo tiempo que la ropa blanca de la casa, todos los objetos de los inquilinos.

Gabinetes de lectura, fumaderos, comedor, todo alegre y decorado artísticamente, completan este conjunto digno de ser conocido, no solamente por su originalidad, sino además y muy principalmente porque el cuidado de las condiciones higiénicas es lo que prevalece en esa notable instalación, en donde el hombre de condición modesta y hasta el pobre pueden encontrar las mayores comodidades y un verdadero bienestar en un medio particularmente sano.—G. D.

El rey Oscar II, de Suecia,
fallecido en Estokolmo el 8 de los corrientes. (De fotografía.)

EL REY OSCAR II DE SUECIA

En el palacio real de Estocolmo falleció el día 8 de los corrientes el rey Oscar II de Suecia. Era nieto del mariscal Bernadotte, el fundador de su dinastía, hecho rey por Napoleón I y respetado en su trono por los tratados de 1815, y había nacido en 21 de enero de 1829. Casóse en 6 de junio de 1857 con la princesa Sofía de Nassau y en 18 de septiembre de 1872 sucedió á su hermano Carlos XV, siendo coronado en Estocolmo rey de Suecia y en Drontheim rey de Noruega, en 18 y 21 de mayo respectivamente.

Su reinado ha sido uno de los más prósperos de la historia sueca: la literatura y las artes florecieron extraordinariamente bajo los auspicios de monarca tan ilustrado, y la industria, el comercio y las obras públicas recibieron tan grande impulso, que Suecia, país pobre al advenimiento de Oscar II, es, á su muerte, una nación próspera y rica.

Los últimos años de su vida han sido amargados por la separación de Noruega, que con su talento, habilidad y paciencia supo retardar algunos años y que al fin se consumó en 1905. En aquella crisis, para él dolorosísima, supo demostrar una grandeza de alma admirable, y gracias á él la ruptura se realizó pacíficamente, sin derramamiento de sangre, sin violencias, sin explosiones de odio.

Aficionadísimo desde muy joven á los viajes y á las empresas marítimas, navegó por los principales mares del mundo como cadete, en sus mocedades, como almirante antes de ser proclamado rey, y visitó las grandes capitales europeas. Estudió en la Universidad de Upsala, bajo la dirección del eminente historiador Carlson, y esos estudios fomentaron sus aficiones literarias; publicó un tomo de poesías, tradujo al sueco las mejores obras de Herder, Goethe y otros escritores ingleses y alemanes, fué gran amigo y admirador del eminente dramaturgo Ibsen y perteneció á muchas sociedades literarias extranjeras.

Era además historiador, filósofo, matemático, agrónomo, músico y orador.

Fué más que soberano un verdadero padre para sus súbditos, quienes adoraban en él, seducidos por la bondad y la llaneza con que les trató siempre.

Deja cuatro hijos: Oscar Gustavo Adolfo, que le sucede con el nombre de Gustavo V; Oscar Carlos Augusto, Oscar Carlos Guillermo y Napoleón Nicolás, nacidos respectivamente en 1858, 1859, 1861 y 1865.—S.

BARCELONA

LA GUARDIA URBANA

Desde hace mucho tiempo sentíase en nuestra capital la necesidad de reformar la guardia municipal, cortando los abusos y corrigiendo las deficiencias, debidos á costumbres inveteradas, y haciendo de ella lo que realmente ha de ser, guardadora del cumplimiento de las ordenanzas municipales más que de la seguridad del vecindario.

El Ayuntamiento ocupóse en varias ocasiones en este asunto, pero los discursos y los buenos propósitos no se traducían en hechos, debido quizás á que la reorganización del cuerpo existente ofrecía dificultades punto menos que insuperables. En vista de ello, los más entusiastas defensores de la idea laudable emprendieron otros rumbos y, en vez de reformar lo viejo, se propusieron hacer obra nueva.

El teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, perfectamente secundado por el oficial del Ayuntamiento Sr. López Sagredo, ha llevado á feliz término la misión que en este asunto le confiara la corporación municipal, y desde el día 8 de los corrientes el pueblo de Barcelona cuenta con esa nueva institución, de la que pueden esperarse excelentes servicios. Los guardias urbanos serán los verdaderos guardias de la ciudad y el hecho de no llevar arma alguna, usando únicamente como insignia de autoridad un bastón, determina su verdadero carácter. Casi todos conocen, además del catalán y del castellano, un idioma extranjero, lo cual permitirá que puedan dar las indicaciones y los datos necesarios á los forasteros que visiten nuestra capital.

El cuerpo de la guardia urbana constará de 200 individuos; actualmente, y por no estar confeccionados todos los uniformes, sólo prestan servicio 27.

El uniforme de los guardias urbanos consiste en levita encarnada con una hilera de botones, cinturón de ante, pantalón negro y casco, también negro, con doble visera. En invierno, llevan como prenda de abrigo una valona, y en verano substituirán el pantalón de paño negro con otro de hilo blanco. Su aspecto es serio y elegante, y el color de la levita hace que sean visibles desde lejos, lo que no deja de ser una ventaja en una urbe de tanto movimiento callejero como Barcelona.

Actualmente prestan servicio en las estaciones de los ferrocarriles, en el desembarcadero del puerto y en las principales vías de la ciudad, como las Ramblas, calle de Fernando, etc.

El vecindario ha acogido con gran satisfacción la creación de la guardia urbana, y es de esperar que ésta, con su conducta, se captará cada vez más las simpatías y el respeto de los barceloneses y los elogios de los forasteros que hayan de recurrir á sus servicios.

Barcelona. – La nueva guardia urbana. La fotografía está tomada en la mañana del día 8 de los corrientes, en el momento en que los guardias se disponen á salir por vez primera á prestar sus servicios, y en ella se ven el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, en el centro, y el oficial del Ayuntamiento Sr. López Sagredo, á la derecha, que han sido los organizadores del nuevo cuerpo. (De fotografía de González.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVI — Barcelona 23 de diciembre de 1907 — Núm. 1.356

LA CARTA DE NOCHEBUENA, dibujo de A. Mas y Fondevila

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto tomo de la presente serie, que es

LA MUJER EN LA FAMILIA

libro tan hermoso como interesante y práctico, puesto que todo él tiende á formar el alma, el corazón, la voluntad, la inteligencia y el carácter de las mujeres. Comprende desde la educación de la infancia hasta los deberes de la vida conyugal, abarcando el conjunto de la vida femenina y guiando á la niña por la senda que seguramente ha de conducirla á ser una buena esposa y una excelente madre.

Los capítulos de la obra van ilustrados con cabeceras adecuadas á las materias que en ellos se trata y dibujadas por N. Vázquez.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Hispanoamérica en el Senado español: iniciativa en favor de la expansión diplomática y consular de España en América: las zonas geográficas consulares. — *Cuba:* estado sanitario, económico y político: los anexionistas. — La Conferencia Centroamericana de Wáshington. — *Panamá.* situación de los braceros que trabajan en las obras del canal. — Cuestión jurisdiccional entre el *Uruguay* y la *Argentina.*

La discusión, en los primeros días de este mes, del presupuesto del Ministerio de Estado dió motivo á que el ilustre senador demócrata D. Luis Palomo llamara la atención de la Alta Cámara y del Gobierno acerca de la necesidad de continuar la tendencia ya iniciada en favor de la expansión diplomática y consular de España en Hispanoamérica.

El gran movimiento de emigración española que se dirige hacia esos pueblos y la conveniencia de fomentar nuestras relaciones mercantiles y de todo género con ellos, exigen mayor número de consulados ó agentes consulares y más alta representación diplomática en Estados donde los intereses españoles tienen mayor arraigo é importancia, como son la República Argentina y México. Nuestras embajadas en Buenos Aires y en México rendirían seguramente mejores y más útiles servicios que los que hoy prestan las establecidas en algunas naciones de Europa donde no existen tantos y tan importantes elementos é intereses españoles como en esas dos prósperas repúblicas americanas.

Otra indicación muy digna de tenerse en cuenta hizo también el Sr. Palomo. Los agentes consulares no deben escogerse atendiendo solamente á la demostración que hayan hecho de capacidad y de aptitud en un examen determinado; hay que procurar que esos cargos estén desempeñados por personas que tengan perfecto conocimiento del país y que de un modo notorio hayan probado que conocen, no sólo la organización política y social del pueblo en el que han de representar á España, sino sus producciones, sus medios de vida y sus relaciones comerciales con nuestro país.

A este propósito he de recordar que años hace recomendé en la prensa la conveniencia de establecer grandes zonas geográficas, dentro de las que los agentes consulares deberían considerarse como inamovibles, á fin de que tuvieran tiempo y estímulo para dedicarse al estudio del país en que prestaban sus servicios.

Hoy día, los cónsules y los individuos del Cuerpo diplomático van y vienen á capricho del Ministro, y algunos hay que han dado la vuelta al mundo en pocos años. Enviar á un cónsul desde Marsella á Nápoles á Yokohama ó Lima y desde un puerto del Pacífico al Cairo ó á Túnez, es cosa común y corriente. No es preciso que nos esforcemos ni poco ni mucho en demostrar los inconvenientes de tales traslados; se grava al Erario con los gastos que ocasionan y se impide que los representantes de España adquieran conocimiento exacto y completo de cuanto importa que sepan para el mejor cumplimiento de sus funciones. El sistema de zonas es, sin duda alguna, preferible al que hoy rige. Aún para cada zona debiera haber escalafón y asignaciones especiales, y exigir idiomas y estudios también especiales para el ingreso, según la zona que los aspirantes eligiesen.

Más que nunca importa hoy á los pueblos conocer y apreciar en sus menores detalles todos los elementos de producción y consumo que ofrecen los demás; el cónsul con residencia fija dentro de una zona, podría organizar cumplidamente el servicio de informes comerciales, y aun por sí ó valiéndose de agregados mercantiles establecer y dirigir museos y depósitos de mercancías españolas, con objeto de proporcionar mercado á nuestra producción y nuestra industria; empresas que muy difícilmente acometerá con fe y entusiasmo quien sabe que de un día á otro se halla expuesto á ser trasladado á muchas leguas de distancia.

Una de las zonas á que nos hemos referido debería ser la América española. Así se conseguiría el fin á que aspira el Sr. Palomo, disponiéndose de un personal consular en excelentes condiciones para proteger los intereses de nuestros compatriotas en esos países y para desarrollar toda clase de relaciones entre ellos y nosotros.

Y no hay que dejar en olvido el punto de las asignaciones ó sueldos y derechos de representación, que deben ser distintos, según las zonas. En América hay localidades en que la vida es carísima. En carta que hemos visto, escrita por cónsul recientemente nombrado para una de aquéllas, se trasluce ya el propósito de gestionar su traslado, porque le es imposible vivir donde está. El alquiler de la casa-habitación se lleva casi todo el sueldo; el salario de la sirviente más humilde equivale á cien pesetas mensuales; el médico cobra cincuenta pesetas por visita.

El elocuente senador á quien nos hemos referido, trató además de otros asuntos de gran interés para las relaciones entre España y los pueblos hispanoamericanos; señaló la constante comunicación de ideas que se va estableciendo entre las personas cultas de uno y otro lado, y expuso los medios y procedimientos que debían utilizarse para acaudalar la corriente del tráfico internacional, especialmente con Cuba, México y los Estados de Centroamérica y del Pacífico.

La feliz iniciativa del Sr. Palomo dió motivo á que el Sr. Ministro de Estado y otros señores senadores hicieran constar, de modo unánime, el alto aprecio en que España tiene á los pueblos de Hispanoamérica, y la necesidad, que poco á poco se irá llenando, de que nuestra representación oficial en aquellos países sea más numerosa é importante.

Las últimas noticias de Cuba son poco satisfactorias. La situación sanitaria no ha sufrido grandes alteraciones desde la época—fines de septiembre—en que la *Gaceta de Madrid* hizo saber que se había reproducido la fiebre amarilla en la Habana. Los casos no son muy numerosos; pero persiste la enfermedad, á pesar de los esfuerzos que hacen las autoridades para combatirla.

Desde el punto de vista económico, las cosas no van tan bien como iban antes. La Liga agraria ha expuesto á Míster Magoon los perjuicios que causa el tratado de reciprocidad con los Estados Unidos. Los sindicatos yanquis se imponen en los mercados de azúcar y merman considerablemente los beneficios que el principal producto de la isla puede rendir á los plantadores cubanos. Faltan capitales para los trabajos del campo, y ha sido preciso que el gobierno provisional acuda en auxilio de la Agricultura con 5 millones de pesos que el Tesoro entrega á los Bancos, para que éstos hagan préstamos, con obligación de reembolsar antes del 15 de julio de 1908.

La huelga de albañiles ha ocasionado desórdenes y motines en la Habana, con la consiguiente paralización de las obras: fué preciso encarcelar á centenares de huelguistas. Los adversarios del gobierno provisional censuran la agresiva dureza con que éste ha procedido.

En lo que al orden político se refiere, aumentan las desavenencias entre los partidos, y ni dentro de éstos hay acuerdo respecto á puntos determinados. Quieren unos que las elecciones para constituir de nuevo gobierno propio se verifiquen pronto, en febrero; otros creen que convienen aplazarlas, por lo menos hasta que se resuelvan los problemas financieros y económicos pendientes. Hay miedo en Cuba á la segunda República. La opinión predominante entre hacendados y capitalistas es que aún hace falta preparar el país para que pueda instituirse un gobierno nacional sólido y duradero. Y esa preparación, dicen, ha de hacerse bajo la égida protectora de la intervención yanqui.

En Cuba, como en todas partes y en todo tiempo, los intereses materiales suelen prevalecer sobre los sentimientos de patriotismo y de independencia, y no es extraño que haya cubanos que, en nombre de estos intereses, y confiando en que la acción directa y permanente de los yanquis habría de restablecer la normalidad de la vida económica en la isla, aspiren á un protectorado de aquéllos y aun defiendan la conveniencia de la anexión á los Estados Unidos. Pero ¿la soberanía de esta república en Cuba podrá ser, realmente, garantía de paz y prosperidad? Fuera preciso para ello que la mayoría de los cubanos aceptasen de buen grado esta soberanía, y hoy por hoy la gran masa del pueblo se opone resueltamente á la anexión.

El 14 de noviembre último inauguró sus sesiones, en el gran salón de la Oficina de las Repúblicas Americanas, la Conferencia internacional de Centroamérica. Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica han enviado sus delegados especiales, á los que se agregaron los ministros plenipotenciarios de ellas acreditados en Wáshington, el embajador de México Sr. Creel y el Secretario yanqui Míster Root. Fué nombrado presidente de la Conferencia ó Asamblea el Sr. D. Luis Anderson, Ministro de Relaciones exteriores de Costa Rica.

Desde un principio se ha planteado la cuestión de unir ó federar las cinco repúblicas. Parece que la iniciativa partió del Presidente de Nicaragua Sr. Zelaya, que con tal objeto ha solicitado la cooperación del presidente de los Estados Unidos mexicanos. Zelaya declara que está dispuesto á renunciar la presidencia: suponemos que los demás presidentes habrán seguido ó seguirán su ejemplo.

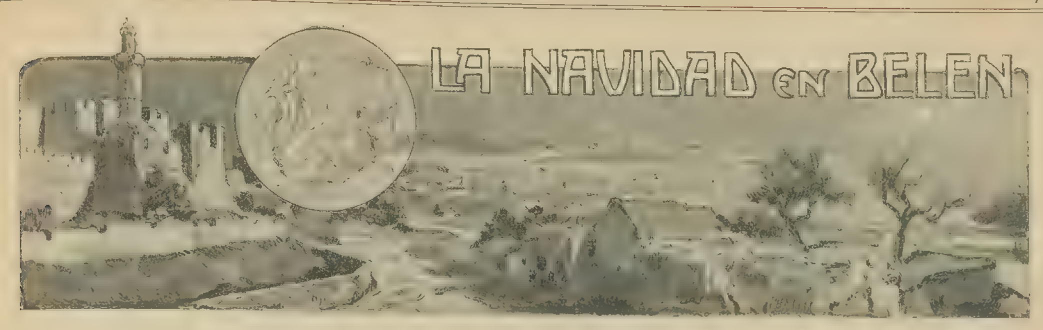
La justificada campaña que en nuestro país se ha hecho en la prensa y en conferencias públicas contra la Empresa del Canal de Panamá por el mal trato que da á los braceros inmigrantes de España que allí trabajan, sentó bastante mal en Wáshington. Como algunas autoridades de nuestros puertos tuvieron el buen acuerdo de llamar la atención de los emigrantes, por medio de circulares, sobre las contrariedades y peligros á que se hallaban expuestos en Panamá, el gobierno yanqui tomó pretexto en esas circulares ó avisos para encargar á su ministro en Madrid que hiciera saber al gobierno español que los trabajadores contratados para la zona del canal reciben buen trato, buena paga y buenos alimentos, por más que no pueda evitarse que la pulmonía cause bastantes víctimas entre ellos.

Mas por esta misma época hacíase público, en parte, un documento que contradecía la aseveración de aquel gobierno. La señorita Gertrudis Beeks, enviada por el ministro de la Guerra míster Taft para informarse sobre el terreno de las condiciones en que trabajaban los obreros del canal, había cumplido su misión y declaraba que esos desgraciados carecían de todo abrigo contra el relente y las bajas temperaturas de la noche y sufrían graves afecciones pulmonares, que sus míseras viviendas estaban plagadas de asquerosos insectos de toda clase, que recibían medicamentos adulterados, agua sucia y alimentos impuros, «hasta el punto de ser inconcebible que se pretenda hacer comer á esas pobres gentes las porquerías que se les da;» que no tenían distracción ni recreo alguno y que el servicio de los vapores en que se les trasladaba era tan malo, que no vacilaba en calificarlo de «verdadera deshonra para la nación.»

Comprueba la certeza de estos hechos el empeño que ponen esos braceros en huir de la zona del canal, ya á la ventura, ya contratándose para trabajar en otras repúblicas americanas. La Empresa procura retenerlos á todo trance, y con tal fin ha hecho gestiones acerca de los gobiernos de Chile y del Perú para que no envíen buques en que puedan embarcarse los fugitivos.

Las cuestiones de límites ó de jurisdicción en zonas ó ríos fronterizos traen á mal traer con lamentable frecuencia á los estados hispanoamericanos. Ahora, con motivo de pretensiones ó derechos sobre tierras insulares del Río de la Plata, se han soliviantado los ánimos en la República del Uruguay contra sus vecinos de la Argentina. Por fortuna parece que no habrá conflicto y podrá llegarse á buena inteligencia entre los dos gobiernos.

R. Beltrán Rózpide.



Centelleando vívidamente á través de la atmósfera, límpida como el cristal, de una noche del Oriente, una estrella, extraña y desconocida, atraía á los Magos, que, en tarde memorable, hace ya más de diez y nueve siglos, abandonaron á Jerusalén, dejando á la ciudad en estado de grande efervescencia, producida por las portentosas nuevas que habían traído; los tres egregios varones salieron por la puerta occidental, torcieron luego hacia el Sur y tomaron el camino que conduce á Belén.

La entrada á la Basílica

Seguían avanzando; la estrella, que veían al Oriente, iba delante, hasta que llegó y se detuvo sobre el lugar donde estaba el Niño... Y cuando hubieron entrado en la casa, vieron al niñito y á María, su madre, y cayeron de rodillas y le adoraron. Luego, habiendo abierto sus tesoros, le presentaron como ofrenda: oro, incienso y mirra, y los Magos del Oriente se volvieron á su país.

Durante siglos, los peregrinos cristianos han recorrido el mismo camino, embargado el ánimo por el deseo de adorar al Hijo de Dios en el lugar de su Nacimiento. Ninguna otra comarca de la Palestina es tan rica en remembranzas bíblicas, en tradiciones sagradas, en ninguna otra parte siente el peregrino piadoso el corazón tan emocionado. En verdad, allí se pisa tierra santa.

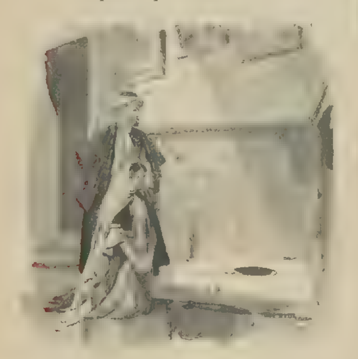
El viajero sale de Jerusalén por la puerta de Jaffa, dejando á su izquierda la sombría fortaleza que señorea la Torre de David, y si va montado, llega á su destino antes de una hora; la distancia, en línea recta, es de unas seis millas. Como á mitad de camino, junto al sendero, está el pozo de los Magos, donde, según se dice, se detuvieron para dar agua á sus camellos. Allí, cuenta la tradición, volvieron otra vez á ver la estrella y «se regocijaron con extraordinaria alegría.» Al acercarse á Belén, el terreno va perdiendo gradualmente su aspecto árido, hasta que, repentinamente, al formar el camino un recodo, se presenta ante la vista el sagrado pueblo, cuyas blancas murallas se elevan sobre bosquecillos de olivos en anfiteatro, viñas y huertas llenas de albaricoqueros. Diferente en este particular á la mayoría de las poblaciones de Palestina, Belén, puede decirse con verdad, sólo contiene habitantes cristianos. Sus moradores son descendientes de los cruzados, y á pesar de hallarse rodeados de razas semíticas, han conservado de una manera notable el tipo ario. Los ojos azules y el pelo rubio abundan entre ellos. Los hombres se distinguen por lo industriosos y emprendedores, las mujeres por su gran belleza, noble continente y la pureza de su vida. Llevan un traje sumamente pintoresco, con un tocado especial hecho de paño y adornado con hileras de monedas de plata.

Interior de la Basílica y entrada á la cueva de la Natividad

Interior de la cueva de la Natividad

La iglesia de la Natividad, oficialmente conocida por la de Santa María, fué erigida por el emperador Constantino el año 330, y puede jactarse de ser el ejemplar más antiguo de arquitectura cristiana que en el mundo existe. Señala el lugar donde nació nuestro Salvador, y felizmente, ningún otro de los sitios bíblicos de Palestina está menos expuesto á los ataques de la crítica, por lo que respecta á su autenticidad. Ya era conocido en el siglo segundo, y es realmente el único lugar que menciona la historia antes de la época de Constantino. Tampoco se duda de que la iglesia es el mismo edificio primitivo. Otros santuarios han sido destruídos una y otra vez; éste tan sólo ha resistido á los embates combinados de los hombres y del tiempo. Las supersticiones han tratado de explicar su conservación, dotando á sus piedras de maravillosas propiedades, y un cronista antiguo con mucha seriedad refiere que, en tiempos remotos, un sultán de Egipto, deseando aprovecharlas para construirse un palacio en el Cairo, ordenó que destruyeran el sagrado edificio. Cuando los obreros se aproximaron para llevar á cabo el sacrílego mandato, «de en medio del sólido muro salió una serpiente, de asombroso tamaño, que apoyó la cabeza en él y mordió el primer trozo de mármol que

halló á mano y lo desmenuzó con su terrible lengua.» El sultán dejó el campo con prisa bien poco oriental, abandonó su intento y buscó en otra parte los materiales para su palacio. Las huellas de la serpiente, continúa diciendo nuestro verídico historiador, se veían con toda claridad en su tiempo, y «él mismo había contemplado con gran placer los rastros del milagro y muchas veces los miraba con curiosidad é interior asombro.»



El pozo en que dice la leyenda que cayó la estrella, después de la Natividad

Menester es confesar que, á primera vista, la gran basílica produce un desencanto, y verdaderamente, desde afuera con dificultad se conoce que es una iglesia. La única entrada consiste en una puerta pequeña que han ido tapiando tanto, que casi hay que entrar á gatas, recuerdo de los turbulentos tiempos en que la iglesia tuvo que ser fortificada para resistir los ataques de los mahometanos. A través del «Ojo de Aguja,» que así llaman á la puerta, se entra en el pórtico, obscuro y bajo de techo, desde el que otra única puerta comunica con la iglesia. Sorprende la grandiosidad y sencillez del interior, aunque obstruye la vista un muro que los griegos han levantado hace sesenta años y que oculta el crucero y el ábside.

Hay que atravesar todo lo largo de la iglesia para llegar á la escalera que conduce á la cripta, donde se halla el *Sancta Sanctorum:* la capilla de la Natividad. Hay dos escaleras, una para los latinos, otra para los demás cultos. El paso para ir á la puerta de los latinos se halla cerca de un altar armenio, al pie del cual hay una alfombra que ha resultado ser abundante manantial de rozamientos. En cierta ocasión, no hace muchos años, la alfombra se movía misteriosamente, noche tras noche, separándose cada vez más del altar armenio, hasta el punto de que los franciscanos tuvieran que dar un rodeo para llegar á su puerta. Al fin, éstos se armaron de tijeras y cortaron la alfombra hasta reducirla á sus primitivas dimensiones. Siguióse un combate en toda regla, y si no se vertió sangre, debióse á la oportuna intervención de los soldados turcos. Desde ese día se inspecciona atentamente á la alfombra, y si llegara á interceptar, aunque fuera en lo ancho de un cabello, el paso de los latinos, de seguro se promoverían disturbios.

El pozo de la Virgen

La cueva de la Natividad es una gruta natural formada en la piedra caliza, pero cubierta por una bóveda artificial y revestida enteramente de mármol. Al principio se siente cierta extrañeza al hallar una cueva donde se esperaba encontrar un establo, pero según las más competentes autoridades en la materia, las numerosas grutas que existen en esta parte de Palestina se utilizaban antiguamente para acomodar al ganado. El mayor C. R. Conder, jefe de la Comisión exploradora de Palestina, afirma que «esta tosca gruta, con un pesebre de piedra, me parece que puede considerarla como la verdadera hasta el más escéptico de los exploradores modernos.»

Aquí, pues, tanto según la antigua tradición como según los modernas investigaciones científicas, está el verdadero lugar donde Nuestro Señor nació, donde María lo envolvió en pañales y lo acostó en el pesebre. Poseído de un sentimiento respetuoso más profundo que el que despierta ninguno de los demás lugares de la Tierra Santa, el peregrino desciende los escalones practicados en la roca y entra en la Cueva de la Natividad. A la derecha se hallan de pie dos soldados turcos, apoyando en el suelo las culatas de sus fusiles; á la izquierda una cavidad con un altar, ante el cual hay, incrustada en el pavimento, una estrella de plata. Ese es el lugar sagrado, según reza la inscripción: «*Hic, de Virgine Maria, Jesus Christus natus est.*»

En esa cavidad penden quince lámparas: seis pertenecen á los griegos, cinco á los armenios y cuatro á los latinos; otras muchas, innumerables, cuelgan de la dorada bóveda de la cueva, cuyas paredes de mármol cubren colgaduras de cuero estampado. A la derecha de dicha cavidad, se bajan tres escalones para entrar en la capilla del Pesebre, el establo á donde, según la leyenda, la Virgen Madre llevó á su hijo á fin de que el ganado le diera calor con su suave aliento. Al otro extremo de la gruta hay un agujero redondo, de donde, según se dice, brotó agua milagrosamente para uso de la Sagrada Familia. Ahora lo llaman el Pozo de la Estrella, porque una tradición local asegura que la estrella que guió á los Magos de Oriente, allí cayó en tierra y perforó el pozo, en cuyo fondo pueden hasta hoy en día distinguirla únicamente las vírgenes. Hay otras muchas cuevas bajo la iglesia; una de ellas es la capilla de San Jerónimo, en donde éste vivió y escribió sus obras; en otra está su tumba. Los armenios no poseen nada en la cripta; la capilla de la Natividad es de los griegos y la del Pesebre de los latinos.

La procesión de media noche bajando á la Cueva

Es un hecho lamentable el de que en el mismo lugar en que Cristo vino al mundo á predicar la paz en la tierra y la buena voluntad entre los hombres, se presencien de continuo las mezquinas envidias, las pueriles disputas, las triviales rencillas por cuestiones de precedencia entre las diferentes ramas del cristianismo, que no vienen á las manos con frecuencia porque lo impiden soldados que profesan una religión diferente.

Por Navidad, cuando los cristianos del mundo entero vuelven el pensamiento hacia Belén, llegan allí peregrinos de toda la Tierra Santa, á presenciar las grandes festividades de la iglesia de la Natividad. La víspera de Navidad, el cónsul francés va de Jerusalem á Belén para tomar parte en las solemnidades, acompañado de ocho *cavass* montados, de un escuadrón de caballería turca, y de los superiores de las diversas órdenes religiosas. Las ceremonias comienzan á las diez de la noche por una misa de pontifical, que se celebra en la antigua iglesia de los franciscanos, y, a media noche, sale de ella una larga procesión para la cueva de la Natividad. Delante va la cruz, seguida de los monjes, que llevan velas encendidas,

del Patriarca é, inmediatamente detrás de él, del cónsul francés y de sus acompañantes. El Patriarca lleva en brazos una imagen de cera del Niño Jesús, recostada en cojines de seda y llevando debajo un lecho de paja. Al llegar á la cavidad de la Natividad, el Patriarca entrega la imagen á un diácono y comienza á entonar el Evangelio según San Lucas: «Y vino á suceder en aquellos días, que salió un decreto de César Augusto.» Al llegar al versículo, que termina diciendo: «se cumplieron los días en que debía dar á luz,» vuelve á coger la imagen, y colocándola sobre la estrella de plata, continúa el sagrado texto modificándolo para ponerlo en armonía con la ocasión presente. «Y *aquí* ella dió á luz su primogénito.» Después de poner sobre la imagen un precioso paño de encajes: «Y *aquí* lo envolvió en pañales.» Por último lo lleva á la contigua capilla del Pesebre y termina repitiendo las palabras: «Y *aquí* le colocó en el pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.» Los cánticos continúan hasta las dos de la mañana y terminan con un *Tedéum;* mientras tanto Belén entero vela durante toda la noche, llenando la inmensa basílica y entonando cantos de regocijo.

Es objeto de especial veneración para los naturales de Belén, la gruta de la Leche, ó la cueva de las Mujeres, que está situada á pocos minutos de camino de la basílica, donde, según la leyenda, se refugió la Sagrada Familia, cuando la Degollación de los Inocentes.

El Patriarca con la imagen del Niño Jesús

A corta distancia de allí hay una capilla subterránea, llamada la Cueva de los Pastores, donde, se dice, que el Angel del Señor se les apareció.

Una preciosa leyenda va unida á la cisterna principal del pueblo.

Un día pasaba por allí la Virgen, afligida por la sed, un hombre estaba sacando agua y le pidió que le diera un poco, pero él se la negó groseramente, diciéndola: que la sacara ella misma si quería. Se aproximó al pozo y, al hacerlo, el agua subió hasta el mismo borde y pudo beber sin dificultad, después el agua volvió á su acostumbrado nivel. A este lugar lo llaman «El Pozo de la Virgen.»

A la parte Sur de Belén está el camino que siguió la Sagrada Familia en su huida á Egipto y, al viajero que se dirige por él al Cairo, se le van mostrando diferentes lugares, que recuerdan aquel episodio. No lejos de dicha capital, y cerca de la aldea cofta, está el famoso árbol de Matarieh, á cuya sombra, se dice, que descansó la Sagrada Familla.

F. DE HAENEN.

Como complemento del anterior artículo, creemos interesante ampliar algunos de los datos que en él se consignan acerca de la ciudad de Belén y de sus habitantes.

Belén estaba antiguamente rodeada de murallas, hoy casi enteramente demolidas, á causa del aumento rápido de la población, y en ella se han abierto una porción de calles nuevas y se han construído numerosos edificios.

Los habitantes de Belén son activos, laboriosos y económicos; sus viviendas son bonitas y limpias y el interior de algunas de ellas es elegante. La planta baja de las casas sirve generalmente de almacén, de cuadra, de bodega y de cocina; las piezas del piso alto, iluminadas y ventiladas por grandes ventanas, están destinadas á dormitorios. En las casas principales se recibe á los extranjeros en un gran salón embaldosado de mármol y adornado con elegantes divanes azules, encarnados ó blancos; en las paredes hay varios nichos en los que se guardan los nargilehs, el tabaco y también los licores, á los que los belenitas son muy aficionados.

El uso del aguardiente ha hecho grandes estragos en Siria y en Palestina, lo mismo entre la población cristiana que entre la musulmana; pero por lo general los hombres no se emborrachan en público, sino que lo hacen de noche y en sus casas, en donde nadie pueda verles.

Los habitantes de Belén tejen multitud de telas bellísimas y muy originales, túnicas azules con adornos encarnados, amarillos ó verdes, capas de pelo de cabra, artísticamente rayadas de negro ó de pardo, telas para divanes, de colores y dibujos escogidos con gran gusto. Las mujeres casadas y las muchachas bordan los velos blancos que cubren sus gorros, y las piezas de tela azul que se cosen como un plastrón en el cuerpo de sus vestidos. Esas piezas bordadas forman escote si son para casadas, y son cerradas para las solteras.

La principal industria es la fabricación de rosarios y otros objetos piadosos, y en ella trabajan más de quinientos obreros. Los rosarios se hacen con huesos de aceitunas y de dátiles ó con cuentas de marfil, de nácar ó de madera de olivo. Hábiles escultores incrustan cruces de marfil y nácar, graban en relieve, á veces con verdadero talento, escenas de la Pasión en grandes conchas de nácar, procedentes de las islas Barbaein, en el golfo Pérsico, y fabrican lindas copas de una piedra negra caliza y bituminosa, que se encuentra á orillas del mar Muerto. También se confeccionan rosarios con grandes cuentas de hueso que sólo sirven para los musulmanes, y cruces de piel de rinoceronte destinadas á los coptos y á los abisinios.

Las mujeres, majestuosas, altas y notablemente bellas de cuerpo y de rostro, llevan un gorro originalísimo de paño encarnado y azul, en el que hay cosidas multitud de monedas que hacen que aquel tocado pese á veces algunos kilogramos. Las solteras llevan, de este modo, su dote en la cabeza. Dos orejeras penden á cada lado, y de ellas cuelgan triángulos de plata guarnecidos de cadenitas variadas; debajo de la barba, ostentan una especie de rica barbada, con cascabeles de plata, que les llega hasta el pecho. En las muñecas se ponen brazaletes rígidos, de plata, y en los días de gala se adornan la primera falange del pulgar con sortijas de cadenitas. Los trajes de los días de fiesta son de seda y sumamente ricos, pero sólo los usan en el interior de las casas.

Los hombres visten una larga capa de pelo de cabra ó de camello con rayas pardas y negras, una camisa de seda rizada, un chaleco listado de verde, encarnado, amarillo ó azul y un gran turbante de algodón ó de seda, blanco y con listas amarillas. El tipo de los varones es fino y distinguido y se diferencia mucho del de sus vecinos los beduinos nómadas, su piel es sumamente blanca, están dotados de una inteligencia muy activa y aprenden con extraordinaria facilidad. Por esto es muy común hallar entre ellos muchos que conocen varios idiomas y que han efectuado frecuentes viajes á Europa para sus negocios.

Los alrededores de Belén son fertilísimos y en ellos se cultivan excelentes frutas y sobre todo uvas que dan un vino muy bueno; también se cría mucho ganado que, aunque pequeño, es sano.

Adoración de la imagen del Niño Jesús

LOS HERMANOS MARGUERITTE

Pablo y Víctor Margueritte, colaboradores inseparables, pertenecen al número de los más célebres literatos franceses contemporáneos. Sus novelas son verdaderas joyas, así por el interés que saben dar á los argumentos y por el profundo estudio real y moral que el desenvolvimiento de la acción y el modo de ser de los personajes demuestran, como por la elegancia y pureza de su estilo. Los problemas que en sus obras plantean, sin ser trascendentales, tienen una originalidad encantadora, avalorada por la habilidad con que los plantean, los desarrollan y los resuelven. No es, pues, de extrañar que la aparición de cada uno de sus libros sea un verdadero acontecimiento literario y que el éxito material de todos ellos supere á las mayores esperanzas.

También en el teatro han triunfado y, recientemente, en la escena clásica francesa, en la Comedia, de París, han estrenado un hermoso drama en tres actos *L'autre* que ha logrado el aplauso unánime del público y los juicios más encomiásticos de la crítica. Hay en toda la obra una emoción, una vida, una intensidad de sentimiento, tales, que desde un principio se apoderan del ánimo del espectador y al través de situaciones de interés creciente no le abandonan hasta la última escena, en que el conflicto magistralmente planteado se resuelve de una manera dolorosa pero inevitable.

Los hermanos Pablo y Víctor Margueritte escribiendo el drama *L'autre*, recientemente estrenado con gran éxito en la Comedia Francesa de París. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA AMETRALLADORA FITZGERALD

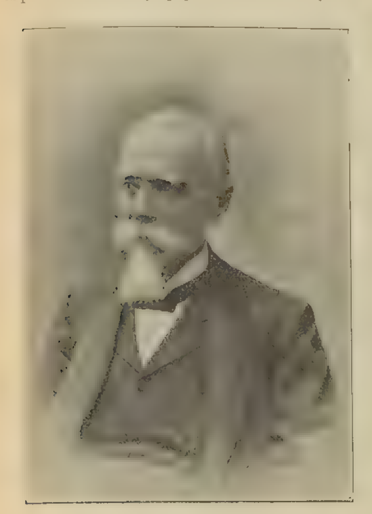
Ya pueden los defensores de la paz proclamar en revistas, libros y conferencias de importancia universal, como la celebrada recientemente en La Haya, la necesidad de poner un límite á los armamentos y á todo cuanto pueda significar preparativos para una guerra. Mientras ellos propagan con la fe del apóstol sus hermosas doctrinas, las grandes potencias sostienen fuertes y numerosos ejércitos y escuadras y estudian con verdadera pasión problemas tan importantes, como el de los globos dirigibles, el de los explosivos, el de los automóviles de guerra y el de las armas que permiten causar mayores estragos.

Entre estas últimas parece llamada á ocupar el primer puesto la ametralladora inventada hace poco por el coronel inglés Fitzgerald. Esta clase de arma es de las más temibles, así por el número extraordinario de proyectiles que en muy poco tiempo puede lanzar, como por el extenso radio que abarcan sus disparos; pero hasta ahora ofrecía el inconveniente gravísimo de no poder funcionar más que unos minutos, á causa del calentamiento de sus piezas. Este inconveniente ha sabido salvarlo el valeroso veterano coronel Fitzgerald, quien asegura que la ametralladora de su invención puede disparar hasta 24 horas seguidas sin calentarse.

El coronel inglés Fitzgerald ensayando en Nunhead la ametralladora de su invención que puede disparar durante 24 horas seguidas sin calentarse. (De fotografía de World's Graphic Press.)

LOS PREMIOS NOBEL EN 1907

Los agraciados este año con esos premios, recientemente adjudicados por el Storthing sueco y cuyo importe asciende á 190.523 francos cada uno, son: el doctor Carlos Laverán, francés, por la medicina; el profesor Buchner, alemán, por la química; Ernesto Teodoro Moneta, italiano, y Luis Regnault, francés, por la paz; Alberto Michelson, norteamericano, por la física; y Rudyard Kipling, por la literatura.



Teodoro Ernesto Moneta, italiano, premio de la Paz (De fotografía de Carlos Trampus.)

Juan Buchner, alemán, premio de Física. (De fotografía de E. Frankl.)

Adjuntos publicamos los retratos de cuatro de ellos y á continuación damos algunos datos biográficos de cada uno, prometiéndonos publicar en otro número los retratos y las biografías de los otros.

Teodoro Ernesto Moneta en 1848, cuando no tenía más que quince años, combatió en la insurrección de Milán, emigró luego al Piamonte, entró en la escuela militar de Ivrée y en 1860 se alistó en el ejército de Garibaldi. Nombrado mayor en Marsala, entró en Palermo y cuidó de la pacificación de Sicilia. En 1867 dejó el servicio de las armas. Sus recuerdos le inspiraron sin duda el libro *La guerra, las insurrecciones y la paz en el siglo XIX*, por el que ahora le ha sido otorgado el premio Nobel. Ha sido director del importante diario milanés *Il Secolo* y actualmente dirige la *Vita internazionale*. Dotado de bondadosos sentimientos y de un temperamento de apóstol, hace veinte años que predica la idea de la paz, formando asociaciones, promoviendo peticiones, reuniones y congresos, y difundiendo por todas partes, en Italia y en el extranjero, con su palabra, con su pluma y con su acción, sus ideales pacifistas.

Juan Buchner es uno de los más eminentes químicos y bacteriólogos alemanes, y en la actualidad hállase al frente del Instituto de Higiene de Munich. Uno de sus principales méritos científicos es haber demostrado que Liebig tenía razón cuando afirmaba que la fermentación puede ser independiente de la vida de las células, pudiendo extraerse y aislarse de las células de levadura una substancia capaz de producir la misma acción que la levadura viva.

Carlos Laverán, francés, premio de Medicina. (De fotografía de Branger.)

Luis Regnault, francés, premio de la Paz (De fotografía de Trampus.)

Carlos Laverán nació en Estrassburgo, en 1845, fué interno de los hospitales de aquella ciudad en 1866 y 1867, profesor agregado de Val-de Grace desde 1874 á 1878 y profesor titular desde 1884 á 1894. Entró en la Academia de Medicina en 1893 y en la de Ciencias en 1901. En 1897 se retiró del cuerpo de Sanidad Militar con el grado de médico inspector y entró en el Instituto Pasteur, en donde realiza actualmente, en compañía de su distinguido colaborador, el Dr. Mesnil, importantes investigaciones sobre los tripanozonos y la tripanozomiasis. En 1880 dió cuenta á la Academia de Medicina de su descubrimiento del animálculo denominado hematozoario de Laverán, reconocido por todos los sabios del mundo como agente causal de la fiebre palúdica, descubrimiento con el cual prestó á la ciencia, á la práctica médica y á la higiene profiláctica un servicio inmenso. Ha realizado, además, importantes trabajos sobre la enfermedad del sueño y sobre la peligrosa influencia de los mosquitos en las epidemias.

Luis Regnault, profesor de Derecho Internacional de la Escuela de Derecho de París, miembro del Instituto y ministro plenipotenciario honorario, nació en 1843. Jurisconsulto eminente, ha prestado grandes servicios al Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, asesorándole en importantes asuntos internacionales. Sus dictámenes forman autoridad y sus lecciones, publicadas en libro, son obras clásicas. En la última Conferencia de la Paz, de La Haya, representaba á Francia como tercer plenipotenciario y á él se debió la aceptación del convenio sobre el Tribunal internacional de Presas. — R.

EL MILAGRO DEL AMOR, dibujo de Max Cowper

CONCIERTO ÍNTIMO, dibujo de C. Fleming Williams

El nuevo rey juró solemnemente la Constitución del reino ante el Consejo de Estado el día 8 de este mes y ha adoptado como lema «Con el pueblo y por la patria.»

Gustavo V, nuevo rey de Suecia

La reina madre Sofía

La reina Victoria de Suecia

GUSTAVO V DE SUECIA

El nuevo rey de Suecia nació en 16 de junio de 1858, en el palacio de Drottningholm, en las inmediaciones de Estocolmo, recibió una educación esmeradísima, fué nombrado teniente en 1875 y general en 1898. Fué virrey de Noruega desde 1884 hasta 1891, en que se suprimió esta dignidad, y durante su virreinato se atrajo el descontento de la mayoría radical del Storthing noruego por su política conciliadora. Desde 1899, ha desempeñado en varias ocasiones la regencia por enfermedad de su padre.

Está dotado de un carácter serio y reservado y de una clara y ponderada inteligencia; físicamente es como su padre, de elevada estatura y de robusto temperamento, y su extremada miopia no le impide practicar los deportes, incluso la caza, y sobresalir en todos ellos. Su habilidad en todos los juegos deportivos, sobre todo en el *tennis*, ha hecho de él un campeón casi sin rival, y de sus numerosas victorias, obtenidas en reñidos *matchs*, es prueba el número extraordinario de copas de plata que ha podido juntar y que constituyen un museo privado único en su género.

En 20 de septiembre de 1881, casóse con la princesa Victoria de Baden, quien desde los primeros tiempos de su matrimonio contrajo un catarro bronquial crónico que la ha obligado á pasar grandes temporadas en el Mediodía. En 1889 hubo de resolverse á permanecer cuatro años fuera de Suecia, residiendo durante ellos en Alemania, en el Tirol, en Italia y en Egipto. A pesar del estado delicado de su salud, dedícase activamente á obras de beneficencia; sus bondadosos sentimien-

El palacio real es un importante edificio, de estilo del Renacimiento italiano, comenzado en 1697 y terminado en 1753; consta de dos pisos, además del bajo y del entresuelo, y forma un rectángulo de 123 metros de largo por 116 de profundidad, con un patio casi cuadrado en el centro. Dos alas más bajas prolongan las fachadas Norte y Sur, y entre ellas se extiende un parterre. En el interior hay magníficos salones, entre los que sobresalen los del Consejo de Estado, de la orden de los Serafines y sobre todo el de gala, en el centro de cuyo testero se ve sobre un estrado el trono de plata de los reyes de Suecia.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 825, 832 y 833.)

La carta de Nochebuena, dibujo de A. Mas y Fondevila. – ¡Cuánta alegría en los hogares en donde la Nochebuena reune en fiesta íntima á todos los individuos de una familia! ¡Cuánta tristeza en aquellos en donde se añora al ser querido ausente! Esta tristeza ha sabido expresarla de una manera tan sobria como sentida Mas y Fondevila en el bellísimo dibujo que re-

aquella velada han recibido la carta que el ausente, calculando quizás los días y las horas, les escribiera para que llegase á sus manos en tan señalado día. El anciano marinero deletrea las palabras, recreándose en cada una de ellas, y la madre, toda oídos, escucha con atención religiosa y hondamente emocionada las cariñosas frases que desde tan lejos les escribe el hijo de sus entrañas: cuando termine la lectura, correrán de seguro por las mejillas de ambos esas lágrimas que son la oración más elocuente que el hombre puede elevar á Dios.

El milagro del amor; dibujo de Max Cowper. – Pocas veces hemos visto desarrollada por un artista una idea más hermosa que la que ha inspirado al notable dibujante inglés el bellísimo dibujo que reproducimos. ¿Hemos de explicar el asunto? ¡Para qué! ¿Quién al contemplar á esos dos ancianos que en el espejo detrás del cual se esconde el amor, se ven reproducidos tales como eran en sus primeros días de matrimonio, no comprenderá claramente lo que con ello ha querido significar el artista? El amor ha realizado el milagro; se aman como en sus años juveniles, y contra esta juventud perpetua del sentimiento nada puede el tiempo que consume y mata los cuerpos, pero que es impotente para envejecer el alma.

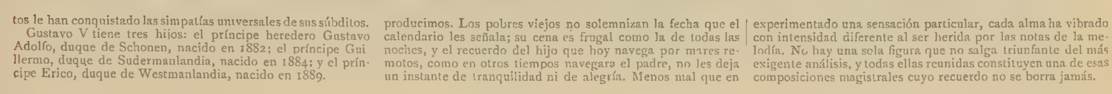
Concierto íntimo, dibujo de C. Fleming Williams. – Esta obra es un verdadero alarde de expresión; trece figuras tiene la composición y en esos trece rostros y trece actitudes híllanse maravillosamente exteriorizadas las más diversas emociones. Cada personaje revela un sentimiento distinto; cada uno ha

Interior del salón de gala del Palacio real de Estocolmo

En el centro, el trono de plata; á la derecha de éste la estatua de Gustavo II Adolfo; á la izquierda la de Carlos XIV Juan

Trono de plata del rey de Suecia

que se ve en el centro del salón de gala



tos le han conquistado las simpatías universales de sus súbditos.

Gustavo V tiene tres hijos: el príncipe heredero Gustavo Adolfo, duque de Schonen, nacido en 1882; el príncipe Guillermo, duque de Sudermanlandia, nacido en 1884; y el príncipe Erico, duque de Westmanlandia, nacido en 1889.

producimos. Los pobres viejos no solemnizan la fecha que el calendario les señala; su cena es frugal como la de todas las noches, y el recuerdo del hijo que hoy navega por mares remotos, como en otros tiempos navegara el padre, no les deja un instante de tranquilidad ni de alegría. Menos mal que en

experimentado una sensación particular, cada alma ha vibrado con intensidad diferente al ser herida por las notas de la melodía. No hay una sola figura que no salga triunfante del más exigente análisis, y todas ellas reunidas constituyen una de esas composiciones magistrales cuyo recuerdo no se borra jamás.

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONCLUSIÓN)

Por lo pronto no obtuvo contestación; Susana no podía hablar, ni Elisa tampoco, y Miguel vacilaba; pero este último repuso, al fin, con su acostumbrada serenidad:

—Antes de que se retire usted, Sr. Walton, dijo Susana, quiero hacerle una advertencia.

—Muy bien; deme usted sus instrucciones de una vez, y marcharé en el primer tren de mañana...

—Cómo, ¿no vienes conmigo?, exclamó Elisa con asombro.

—No. En marcha, Matías.

El hombre obedeció sin replicar.

¿Por qué no hablas?

—Este ruido es, como otros muchos, resultado de cosas muy triviales. Su hermana de usted ha insultado á la señorita Holt; pero sería mejor no hablar más sobre el asunto, puesto que la ofensora dice que siente haber pronunciado sus palabras.

Walton se volvió hacia su hermana con ademán tan amenazador, que Miguel, temiendo que pasase á las vías de hecho, interpúsose para impedirlo; pero Tomás, reprimiéndose al punto, tomó la expresión con que solía hablar siempre á su hermana.

—Veo que vuelves á las andadas, Elisa, dijo; pero no sé qué puedes ganar con ello. A mí me desagrada Miguel Hazell y él no lo ignora; pero ¿sabes tú lo que ha hecho por mí?.. Pues me ha salvado la vida, exponiendo la suya. Amigo mío, añadió volviéndose hacia su rival, creo que al sacarme del río ha cometido usted la mayor imprudencia de su vida.

Susana abrió desmesuradamente los ojos al oir estas palabras, y de nuevo los animó un instante cierta expresión cariñosa.

—¡Usted no me ha dicho eso, Miguel!, exclamó. Usted no me ha dicho que le había salvado.

—Pues lo hizo, repuso Walton; y crea usted, Hazell, añadió, que dejando á un lado la cuestión en que nunca podemos estar de acuerdo, deseo que en todo lo demás me considere como su mejor amigo. Debo advertir que yo hubiera obrado como usted si se hubiesen invertido los papeles.

—No lo dudo, contestó Miguel, mientras que Walton le estrechaba la mano con sincera efusión; pero no se hable más de esto, pues no creo haberme expuesto á ningún peligro al salvar á usted.

—Ignoro qué feliz casualidad le conduciría á usted á la orilla del río, dijo Walton; pero de todos modos le doy las gracias, por más que en mi concepto hubiera sido más sencillo, para zanjar todas las dificultades, dejarme seguir la suerte de la yegua, la cual se encontró muerta, según me han dicho.

—Es verdad; pereció ahogada.

—He aquí otra pérdida, repuso Walton.

Y volviéndose á Susana, añadió:

—Supongo que Hazell ha referido á usted todas mis aventuras, aunque sin hacer mención de la parte que ha tenido en ellas. Volveré mañana, dispuesto á ir adonde usted guste, puesto que, según parece, Hazell presume saber dónde estará Sara.

Entretanto Elisa había permanecido silenciosa, con la vista fija en el suelo y los labios contraídos por el enojo que le causaba la entrevista, y al ver que las tres personas que estaban allí afectaban ignorar su presencia. Susana había observado á Walton y á Miguel atentamente, y al segundo le pareció que la joven estaba más pálida que al llegar Elisa.

—No, repuso Susana; usted no me ha comprendido. Le doy las más expresivas gracias por lo que ha hecho, yo me encargo de hacer lo demás. Atendido lo que su hermana me ha dicho esta noche, le agradeceré como un señalado favor que no vuelva á presentarse aquí otra vez. Cuando nos encontremos, lo cual espero que será en muy rara ocasión, tenga usted también la bondad de pasar junto á mí como si fuéramos desconocidos; yo lo haré así, y debo advertírselo para que en ningún caso pueda llevarlo á mal.

Estas palabras fueron pronunciadas tan tranquilamente, que á no ser por la palidez de Susana y por sus labios temblorosos, cualquiera hubiera creido que aquella despedida era amistosa.

Los ojos de Elisa brillaron de satisfacción, porque al fin había conseguido su objeto.

Walton quedó confundido y mudo al pronto. Los hombres débiles y de buenos sentimientos suelen ser siempre los más apasionados; sufren con resignación hasta que su paciencia se agota; y con asombro de los que continuamente fueron causa de este resultado, revuélvense de pronto con irresistible furia. Walton supo dominarse en aquel momento, pero fué muy marcada la amargura con que dijo á su hermana:

—Tú eres la causa de todo esto.

Elisa tembló al ser interpelada así, pero conservó su serenidad, porque no sabía lo que podría resultar de su acto.

—Opino, contestó, que la señorita Holt es el mejor juez en sus propios asuntos.

—Acepto la despedida, dijo Walton con calma al tomar la mano de Susana. Trataré de cumplir con los deseos de usted; mas aún podemos ser buenos amigos. ¡Adiós!

Y volviéndose á su hermana, añadió:

—Vamos.

Acompañóla á través de la lluvia hasta el carruaje, que esperaba á la puerta, ayudóla á subir, cerró la portezuela con violencia y gritó al cochero:

—¡A casa!

LII

REFLEXIONES AMARGAS

Walton se dirigió al pueblo con rápido paso, sin hacer aprecio de la lluvia, muy copiosa en aquel momento. Su corazón rebosaba de amargura, pues parecíale que Susana debía haberse compadecido de él, ó por lo menos, no hacerle pagar las ofensas de su hermana.

Lo que más deseaba, no podía realizarse ya, y decíase que sin Susana de poco le servía la vida.

Sin embargo, confesábase que su conducta no había sido la más propia para granjearse el cariño de una mujer, y reconoció que Susana había hecho bien en desecharle.

Susana y su prima, tan diferentes por su carácter, le habían humillado, haciéndole avergonzarse del poco respeto con que hasta entonces había mirado á las mujeres; y ahora hubiera dado cualquier cosa por ser digno de las dos.

Walton pensaba marchar á Londres en el primer tren, mas al acercarse á la casa Isabel, pensó que no estaría de más ir á despedirse del Sr. Montague Lewis, á fin de asegurarle que iba á disponer lo necesario para garantizarle la cantidad prestada.

El barón estaba ya sentado á la mesa para comer, y su rostro experimentó la mayor satisfacción al ver á Walton; mas apenas observó que iba empapado en agua, notando al mismo tiempo la singular expresión de su fisonomía, exclamó con tono de asombro:

—¿Qué ocurre? Parece usted sentenciado á muerte.

—No tanto, contestó Walton; pero estoy de marcha y antes de irme quisiera estrechar á usted la mano y explicarle lo que trato de hacer para garantizarle la suma que me adelantó.

El barón examinó un momento con curiosidad á Walton y después tiró de la campanilla.

Al cabo de un momento presentóse el mayordomo.

—Retarde usted la comida media hora, díjole el Sr. Lewis, y conduzca usted á una habitación al señor Walton para que cambie de traje. Es preciso, añadió, volviéndose hacia Tomás, que me dispense usted esta orden, y cuando haya mudado de ropa, baje usted á comer, y hablaremos de sus asuntos.

Walton siguió al mayordomo. Cuando volvió, díjole el Sr. Lewis:

—Ahora no hablemos una palabra de negocios hasta después de comer.

Después de levantados los manteles, acercáronse los dos á la estufa y comenzaron á fumar silenciosamente.

—Vamos, muchacho, dijo de pronto el Sr. Lewis, sepamos qué significa todo esto.

—Difícil es de explicar, contestó Walton. Usted ha sido muy bondadoso conmigo, Sr. Montague, y quisiera poder decírselo todo; pero... es imposible, añadió con amargura.

El barón estuvo á punto de soltar la carcajada, pero se contuvo.

—Vamos, dijo, ya veo que ha tenido usted alguna riña con la señora de sus pensamientos. Cuénteme qué ha ocurrido.

—No va usted descaminado, pero nada puedo explicar, porque ni yo mismo me doy cuenta de mi situación. La mujer que yo amaba me atrajo, dándome esperanzas, y después me ha despedido. Mi disgusto fué profundo; pero he aceptado la posición, y no hay nada más que decir.

—Veo que ha empeñado usted una lucha contra Cupido, y que no es usted el vencedor. ¿Quiere usted que le dé un consejo?

—Bien..., tal vez me sirva de algo.

—Cuando veo á un hombre tal como usted está, después de comer bien, por lo regular pienso que se trata de una mujer ó de intereses; de cada diez casos, en nueve es cuestión de faldas, y le considero á usted uno de esos nueve. Ahora bien, para este mal, lo mejor es tomar aires. La mujer es inconstante como el viento, según dice el poeta, y por lo tanto, no debe usted apurarse. Yo le aconsejo á usted que procure olvidar.

—La experiencia de usted en cuestión de amores debe haber sido desgraciada, repuso Walton.

—No, dijo el Sr. Lewis; pero la verdad es que yo pude obtener la mano de la mujer que yo deseaba. ¿Por qué le han despedido á usted?

—Lo ignoro... Su conducta ha sido tan extraña, que apenas me la explico. No tengo más remedio que resignarme á interponer la distancia entre nosotros.

—Muy bien, eso es lo que debe usted hacer; la ausencia ayuda mucho á olvidar.

—Procuraré hacerlo, marchándome al punto.

—Hablando de otra cosa, dijo el Sr. Lewis, ya recibí la visita de su señora hermana. ¿Qué piensa usted hacer?

—No lo sé; lo más esencial es salir pronto de todo este laberinto.

—Me parece que no será tan fácil.

—También lo temo así, y por esto seguiré el consejo de usted, partiendo en seguida.

El Sr. Lewis se levantó y apoyó paternalmente las manos en los hombros de Walton.

—Usted no saldrá de esta casa hasta dentro de dos días.

Walton se sometió sin oposición á los deseos de su amigo, pareciéndole que no debía desairar su hospitalidad. Además no sabía dónde ir, y fué muy satisfactorio para él poder descansar un poco para trazarse entre tanto su nueva línea de conducta.

LIII

ENCUENTRO INESPERADO

Walton pasó la noche tan bien como podía esperarlo; permaneció tres días en casa de su amigo y después marchó á Chelmsford.

Su hermana Elisa, no solamente le había enviado varios recados, sino que se presentó en persona para verle, pero Tomás se negó obstinadamente á recibirla; y para evitar que se le molestase más, resolvió ir á dicha ciudad.

Nada tenía que hacer allí, y después de recorrer algunas calles, entreteniéndose en mirar algunos escaparates de las mejores tiendas, entró en un hotel, donde le sirvieron una comida excelente. Cuando hubo concluído, salió para ir al salón de fumar, y al cruzar el patio vió una dama que iba delante de él y á quien por su aspecto y manera de andar parecióle reconocer.

Era Sara; Walton se adelantó y cogióla del brazo.

—¡Gracias á Dios que la encuentro!, exclamó. ¿Pero cómo está usted aquí?

—Miguel Hazell me ha escrito, diciéndome que Susana estaba enferma y he vuelto. ¿Le sorprende á usted?

—No, contestó Walton, cuya expresión, sin embargo, indicaba el asombro. Sé que usted es muy bondadosa y no perdonaría nada por servir á su amiga. Seguramente la necesita á usted... Vamos allí de una vez y yo la acompañaré.

Susana permaneció inmóvil

Así diciendo, cogió de la mano á Sara y condújola hacia la estación. Era una fría noche de otoño, y como se debía aguardar algún tiempo la llegada del tren, Sara, en vez de dar vueltas de un lado á otro, prefirió ir á la sala de espera. Aunque Walton notaba en ella cierta confusión y desvío, sentóse á su lado y entablóse entre los dos un animado diálogo.

—Hemos llegado á una situación muy desagradable, dijo, y en cierto modo yo tengo la culpa de ello; pero también debe usted recordar que se han de tener en cuenta algunas consideraciones.

—La más oportuna que puede usted tener ahora, se reduce á despedirse de mí y recordar que otra mujer espera sus atenciones.

—No, yo estoy ya despedido definitivamente, gracias á los manejos de mi hermana Elisa. Para conseguir cualquier cosa se necesita mucha constancia; ella la tiene en alto grado; ha persistido en el fin que se había propuesto, y lo ha logrado. Yo creí siempre ser más fuerte que ella en este punto; pero las circunstancias se declararon en su favor y me ha vencido. Tendré el gusto de acompañar á usted hasta el Prado y después me marcharé.

El tono de Walton produjo cierta emoción en Sara, y como el Sr. de Montague, hizo la pregunta que era natural en aquel caso:

—¿Donde va usted?

—No lo se. Creo que las islas Fidji serían una buena residencia para mí, ó si no el Japón; el hombre á quien todo le es ya indiferente puede ir á cualquier parte. Tal vez haga fortuna, y encuentre alguna mina de oro que me permita volver á mi país millonario.

¿Quiere usted venir conmigo? La esperaré á usted hasta que haya terminado su visita á Susana.

Esta pregunta la hizo con tal tono de amargura y disgusto, que Sara la consideró como una ofensa. Levantóse y se alejó de Tomás, pero este la siguió.

—No sea usted tan viva de genio, Sara, le dijo; dispénseme si he pronunciado alguna palabra que pueda ofenderla. Hay mucha amargura en mi corazón, y digo cosas que después me pesan.

En aquel momento sonó la campana, anunciando la llegada del tren.

LIV

CONFIDENCIA

Cuando Sara llegó al Prado, inquietóla el profundo silencio que allí reinaba. Había luz en la ventana de la cocina, en la sala y en la alcoba de Susana, pero no se oía ningun ruído, y aquel silencio la hizo temer que hubiese ocurrido alguna desgracia.

—¿Qué puede significar esto?, preguntó, volviéndose hacia Walton, mas pálida ahora que antes.

En el momento en que Tomás iba á contestar, abrióse la puerta, y vieron salir al doctor Humphreys, hablando en voz baja con Miguel Hazell. El primero decía al segundo:

—Vea usted como está ahora, y vuelva enseguida á decírmelo. Yo permaneceré aquí.

Sara se adelantó hacia el doctor, y acercóse á él antes de que se cerrara la puerta.

—¡Usted por aquí, señorita Hodsoll!, exclamó el anciano, con tono de sorpresa y satisfacción. ¡Con qué oportunidad llega usted! Precisamente pensaba expedir un telégrama á Londres para que enviaran una enfermera; pero á Susana le agradará mucho más que usted la cuide. Vamos, entre usted, añadió sin aguardar contestación, y le daré las instrucciones necesarias.

—¿Cómo está?, preguntó Sara con inquietud.

Muy mal, pero no debemos desesperar. Habla mucho de usted, y creo que su presencia le será más favorable que todas mis medicinas.

Miguel cogió de la mano á Sara para seguir al médico, y díjola con voz trémula.

—Ha sido en usted un rasgo de bondad volver tan pronto, y yo le doy las gracias. Aunque tal vez no tenga derecho para agradecer á usted en lo sucesivo lo que haga por ella, confieso que la llegada de usted me alivia mucho. Mi ama de gobierno no ha faltado de aquí un momento, pero se necesitará el cuidado de las dos para salvar á la enferma. En estos tres últimos días no ha dormido apenas dos horas, y el doctor asegura que si no se consigue hacerla conciliar el sueño no podrá vivir.

—Permítame usted ir á verla ahora mismo repuso Sara.

—No, no, dijo el doctor, anted debo decir á usted lo que se ha de hacer, y conviene preparar á la enferma para la visita.

Sara siguió al médico, y éste dió las instrucciones respecto al régimen de la paciente.

—En cuanto á las medicinas, dijo el doctor, ya las dejo indicadas en la receta que encontrará usted arriba; pero lo principal es que coma algo. Ahora voy á decirle que usted acaba de llegar.

El doctor subió al cuarto de la enferma y Sara, volviéndose hacia Hazell, díjole con tono afligido:

—¡Oh! Miguel, temo mucho que todo esto haya sucedido por causa mía, y si ella muriese, creo que me costaría la vida también.

—No diga usted eso, Sara, contestó Miguel con movido por el aspecto atribulado de la joven. ¿Cómo ha de ser usted la causa de eso? Si alguno tiene la culpa, á nadie se debe atribuir más que á mí, añadió Miguel con tristeza. A Susana le trastornó mucho la muerte de mi padre, y también lo que yo hice, aunque bien sabe Dios que mi único objeto fué evitarla un grave disgusto.

—¿Pues qué ha hecho usted?, exclamó Sara, mirando á su interlocutor con expresión de asombro.

Miguel refirió el incidente de los dos testamentos; pero Sara, en vez de tranquilizarse, manifestó mayor aflicción y, cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar. Después enjugóse las lágrimas y dijo, con forzada calma:

—Usted no tiene la culpa de nada, Miguel. Yo soy la única causa de este trastorno. Perdóneme usted.

Miguel iba á preguntar á Sara qué motivo tenía para acusarse así, pero en aquel momento llegó el doctor. Su aparente satisfacción indicaba que traía buenas noticias y Sara lo comprendió al punto.

—¿Está mejor?, preguntó.

—No solamente mejor, dijo el médico, sino que creo que la crisis ha pasado y que la enferma está salvada.

—¡Loado sea Dios!, murmuró Miguel.

—Ha tomado algún alimento, continuó el doctor,

y ahora espera á usted; pero es necesario evitar toda excitación.

Sara subió la escalera presurosa y entró en la alcoba de su amiga; el ama de gobierno de Miguel estaba sentada junto al lecho, y á pesar de su edad, no manifestaba señales de cansancio.

Susana se incorporó para abrazar á su prima.

—Bien venida seas, Sara, díjole con dulzura. Las dos hemos seguido mal camino, y creo que pagamos nuestra locura. Ahora estoy débil, pero pronto me restableceré, pues solamente tu presencia me alivia... ¿Por qué no hablas?

Sara acababa de arrodillarse, y ocultando su rostro en el lecho, comenzó á sollozar amargamente, aunque hacía esfuerzos para evitarlo. La generosidad con que Susana olvidaba su traidora conducta, recibiéndola ahora con tanto cariño, conmovía profundamente á Sara.

Susana lo comprendió así y apoyó su cabeza sobre la de Sara, como si hubiera sido una niña que pidiese perdón.

—Vamos, no te aflijas; tan censurable es mi conducta como la tuya, porque hubo un tiempo que cometí la torpeza de creer que Miguel era el hombre á quien tú querías. Olvidemos ahora lo pasado; somos dos jóvenes aisladas otra vez, y hemos de trabajar mucho para ganar la subsistencia. Deseo que no se hable una palabra más sobre ese asunto.

Sara, levantándose más tranquila, besó á la enferma.

—Dentro de pocos minutos volveré, dijo al ama de gobierno, que por prudencia se había alejado de las jóvenes, y entonces podrá usted retirarse á descansar, pues ya me ha dicho el médico lo que debo hacer.

Sara bajó corriendo á la puerta de la casa, á pocos pasos de la cual paseaba Walton, fijando una mirada ansiosa en la ventana del cuarto de la enferma. Al observar esto, Sara experimentó cierto disgusto, aunque había renunciado definitivamente á toda esperanza de reconciliarse con Walton.

—¿Qué noticias hay?, preguntó con evidente inquietud al acercarse Sara. He visto al doctor salir, pero no quise hablarle, aunque no me faltaron deseos de hacerlo.

—Está mucho mejor, y con un poco de reposo, me parece que pronto se restablecerá. Ya lo sabe usted todo, Sr. Walton, y ahora buenas noches y... ¡adiós!

Su voz se debilitó al pronunciar esta última palabra, que para ella significaba una despedida eterna. Walton, comprendiéndolo sin duda así, cogió una mano de Sara y estrechóla cariñosamente.

—No, repuso, no me diga usted *adiós*, porque volveré, y espero que entre tanto hallará medio de perdonarme. Comprendo muy bien lo que por mí ha sufrido; pero si le aseguro que me arrepiento de todo lo hecho, me parece que al fin podrá usted olvidar y juzgarme con menos dureza. Ahora me voy.

Mas al decir esto, Walton retenía entre sus manos aún la de Sara, como si le quedase algo por decir; y aquel fué un momento de prueba para la joven, pues temía que Tomás le hiciese alguna proposición formal, á la cual hallábase preparada á contestar desde algunos días antes con una negativa terminante. Ya tenía trazado su plan de conducta para lo futuro y estaba resuelta á ponerle por obra apenas se restableciese su prima. Mientras Walton tuvo cogida su mano, vaciló en su determinación y compadecióse de él porque aún le amaba; mas al fin consiguió dominar un sentimiento de ternura.

—No puedo detenerme más, dijo, porque la enferma me espera.

—Pues bien, repuso Walton, para tranquilizarme y confiar en el perdón de usted, permítame besar su mano.

Sara vaciló un momento, y algo temblorosa, pero siempre serena, accedió al deseo de Walton.

—Bien, gracias, dijo el joven con expresión satisfecha, ahora me voy, pero no le diré *adiós;* y cuando vuelva, tal vez me crea usted digno de su bondad.

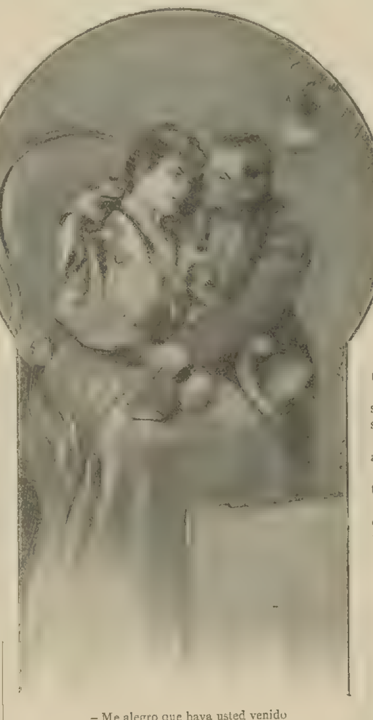
Sara, inmóvil en la puerta, vió á Walton alejarse y saludarla de lejos. Por su modo de andar comprendió que la concesión que acababa de hacerle le colmaba de satisfacción, y alegróse de haber accedido á su deseo, porque así la despedida era menos dolorosa de lo que ella esperaba.

Miguel se paseaba por la sala, y al ver á Sara entrar, salió á su encuentro.

—Supongo, dijo que no ha estado usted ausente más de cinco minutos, pero á mí me han parecido años. Deseo que me diga francamente como está Susana, pues el doctor me aseguró que hace ya meses que le amenazaba esta enfermedad.

—Pues á mí me ha dicho que está salvada, y esto debe bastarle á usted. Cierto que se ha operado en ella un cambio desfavorable, pero está tranquila, y seguramente podrá levantarse pronto. Ya sabe usted lo que deseaba, y ahora, antes de subir, quisiera que me dijese, qué es lo que ha pasado y cómo se ha puesto mala Susana.

—El día en que Walton volvió de Londres, estuvo á punto de ahogarse en el río, y una vez salvado, lo condujimos aquí. Su hermana, presentándose poco después, promovió una escena desagradable, y al fin Susana dijo á Walton que se retirase y no volviera más á la casa. El hombre, muy confuso y avergonzado, se llevó á su hermana; la señorita Holt se desmayó, y la llevamos á su cuarto; después envié á llamar á mi ama de gobierno, y yo fuí en busca del médico; esto es todo lo que yo sé.



— Me alegro que haya usted venido

Sara comprendió por la voz temblorosa de Miguel, y su ansiedad, cuanto sufría, y apoyando sobre su brazo una mano con fraternal afecto, contestó.

—Sí, comprendo que debe usted haber padecido mucho.

—Mas de lo que usted puede imaginarse, replicó Hazell, tratando de sonreir; pero supongo que ahora concluirá todo.

—Ya le dije á usted antes que era el hombre á quien mi prima amaba, y ahora se lo repito. ¡Sea usted feliz!

LV

UNA RESOLUCIÓN

Walton, sentado en frente de su amigo, el Sr. de Montagne, había permanecido silencioso largo rato, cuando de pronto exclamó, como hombre que acaba de meditar un plan:

—Ya tengo trazada mi línea de conducta...

—¡Diantre!.. ¿Y sobre qué?, preguntó el Sr. Lewis, con aire de curiosidad.

—Quiero trabajar, contestó Walton, y hacerme digno del amor de una mujer.

—¿Y qué trata usted de hacer?

—No lo se aun, porque esto dependerá de las circunstancias. Tal vez me darán una colocación en la Agencia de negocios de mi abuelo...

—Amigo Walton, debe usted tener más ambición. Opino que las especulaciones deben agradar á usted más que el comercio, y yo tengo una idea que puede dar buen resultado para ambos; mas será necesario que piense usted sobre ello.

A la mañana siguiente, Walton, más tranquilo y lleno de esperanzas para lo porvenir, se encaminó á la granja de la Abadía. El Sr. Montagne le había explicado su plan, que prometía el mejor éxito: reducíase á comprar una participación en las minas de Gales, cuyas acciones se cotizaban entonces á un bajo precio á causa de una huelga de los mineros, y que sin embargo eran muy ricas. También se trataba de un proyecto de construcciones para formar una barriada; lo cual debía dar un gran resultado. No podía encontrarse nada más á propósito para el carácter de Walton, y esto podía ponerle en camino para hacer fortuna. Tomás se dirigió ante todo á la granja del Prado para informarse de la salud de Susana; y al saber que seguía mejor, retiróse sin preguntar por Sara, aunque hubiera querido verla.

Walton no comprendía el cambio que se operaba en él; pero tenía demasiado orgullo para confesarse, que había cometido un disparate al desechar á la joven que tantas pruebas de cariño le diera, perdiendo el tiempo en ir detrás de la señorita Holt, que no hizo más que burlarse de él, fingiendo un afecto que no existía.

La llegada de Walton á la Abadía causó la mayor sorpresa, y todas sus hermanas, menos la mayor, manifestaron gran regocijo.

Tomás recibió sus felicitaciones con tanta frialdad como si fueran simples amigos á quienes no tenía mucho empeño en ver.

—Me hareis el favor, las dijo, después de haberse cruzado algunas preguntas y respuestas, de salir todas de aquí ahora mismo, y de no escuchar á la puerta, aunque, bien mirado, poco me importa que sepais el secreto.

Las jóvenes, mirándole con expresión de asombro, salieron de la estancia, donde solamente quedaba la señora Walton.

—Siéntese usted, madre, dijo Tomás, porque voy á decirle algo importante. Voy á trabajar.

—Esta es la mejor noticia que podías darme, contestó la señora Walton, abrazando á su hijo.

—El Sr. de Montagne tiene mucha confianza en el proyecto que vamos á poner por obra, y ha sido muy generoso para mí.

—Lo mismo hubiera hecho mi padre el concejal...

—Lo creo, madre mía, pero dejemos á los muertos. Ahora voy á empaquetar todos mis afectos, y marcharé en el primer tren, pues quiero emprender desde luego los primeros trabajos.

—Pero aun no me has dicho de que se trata.

—¿Podrá usted guardar el secreto, madre?

—Trataré de hacerlo, Tomás; pero no te burles de mí, y dime lo que tratas de hacer.

—Vamos á comprar unos terrenos fuera de Londres para formar allí una barriada de casas pequeñas, y después podremos vender con beneficio de un veinticinco por ciento, debiendo participar yo de las ganancias.

—Me alegro saber eso, contestó la madre, y sobre todo que te dediques á un trabajo útil, sin perder el tiempo y el dinero en las dichosas carreras de caballos.

—Gracias, madre, dijo Walton; usted es la única que me ha consolado; pero no se engañe usted, pues nuestra especulación es también una especie de apuesta en que podemos ganar ó perder, aunque á decir verdad no dudamos del resultado.

Dicho esto, Tomás abrazó de nuevo á su madre, subió á su cuarto para recoger sus efectos y salió de la casa lleno de ilusiones, después de haberse despedido de sus hermanas.

LVI

EL DÍA DESEADO

Sara y Juana cuidaron á la enferma con gran solicitud y Susana con sus miradas y sonrisas manifestaba su agradecimiento; pero comprendiendo las molestías que causaba, érale más sensible su enfermedad. Hubiera querido levantarse para ir de un lado á otro, según su costumbre; y á no haberle faltado las fuerzas, no habría sido tan dócil.

El doctor, por otra parte, exigía que se cumpliesen al pié de la letra sus instrucciones, insistiendo en que la enferma no debía pensar en el trabajo por algun tiempo.

—Temo mucho que este año acabaré de arruinarme, dijo un día Susana. Dios sabe como se hacen las cosas en la granja, y que sucederá...

—No te inquietes por esas cosas, prima mía, contestó Sara. Todo cuanto tú hubieras hecho, lo hace

una persona muy entendida, que sabe lo que conviene y que te sirve con el mayor celo.

—Será Miguel, murmuró Susana; ningún otro seguiría siendo mi amigo después de sufrir por mí tantas contrariedades.

Susana quedó pensativa un momento, é incorporándose en el lecho, miró á su prima fijamente.

—Pero ¿por qué hace todo eso Miguel después de haberle tratado yo tan duramente.

—No veo más que una razón, contestó Sara.

—¿Crees tú que me perdonará?

—Esto no admite duda; por ti hará cuanto se pueda hacer en el mundo, contestó Sara, haciendo algunas reflexiones al comparar á Miguel con Walton.

—Sí, repuso Susana, pero yo no me perdonaré nunca. ¿No te parece, Sara, que he sido muy perversa?

—¡No tanto, no tanto!, contestó Sara con acento cariñoso; pero no te excites ahora con tus reflexiones porque faltarías á la prescripción del médico. Dentro de pocos días tendrás suficiente fuerza para ver á Miguel, y una palabra tuya puede bastar para compensarle todos sus padecimientos.

—¿Olvidas que me ha rechazado?

—Ya me lo has dicho; pero eso fué en un tiempo en que se exageraba sus faltas; como tú lo haces ahora.

—¡Oh, si no hubiera sido por mi estúpida equivocación de creer que tú le querías!

—¿Y te hubieras sacrificado por amor á mí? ¡Oh Susana, qué buena eres!, añadió Sara, besando á su prima con tierno cariño. Ahora, no se hable más de ello, pues todo se arreglará dentro de pocos días.

—¿Cuando crees tú que podré verle?

—El domingo, si obedeces mis órdenes y estás quieta.

—¿Está aquí ahora?

—Apenas ha faltado desde que te hallas enferma; pero hace poco ha salido.

Susana guardó silencio, y durante un rato pareció estar sumida en sus reflexiones; pero después quiso reanudar la conversación con su prima.

—Estaba pensando, dijo, en aquella mujer que iba con los gitanos, y que me pronosticó que sufriría la muerte de ella.

—Vamos, no digas una palabra más, ni hables de tonterías, replicó Sara, porque no te contestaré.

Durante los días siguientes, Susana intentó en repetidas ocasiones entablar la conversación sobre Miguel; pero Sara se mostró tenaz en su empeño de no hablar, y limitóse á contestar siempre á su prima que esperase hasta el día siguiente.

Miguel sabía que á Susana le gustaban mucho las flores, y todas las mañanas llevaba un ramo, que se colocaba junto al lecho. La joven creyó al principio que era una atención de su prima, pero muy pronto supo quién era el proveedor. Entonces cerró los ojos y pensó en Miguel, buscando las palabras de que se valdría para pedirle perdón.

No se le ocultó esto á Sara, y cuando en la mañana del sábado, el doctor congratuló á la enferma por su restablecimiento, permitiéndola estar levantada dos ó tres horas cada día, y salir después un poco, Sara siguió al médico para hablar con él á la puerta.

—¿Cree usted, le preguntó, que se la podrá dejar ver á Miguel mañana?

—Ciertamente, contestó el doctor; ha salido ya del período en que la excitación hubiera sido muy peligrosa, y ahora es preciso que la enferma se reanime.

—Pues entonces permitiré al Sr. Hazell que entre mañana.

—Es lo mejor que puede usted hacer, y pienso que la entrevista será muy eficaz para acelerar el restablecimiento.

Dicho esto, el doctor se despidió, y Sara, volviendo al cuarto de su prima, hízola levantar y la sentó en un cómodo sillón. Después, tomando un libro, comenzó á leer; pero el pensamiento de la paciente estaba lejos de allí, y muy pronto interrumpió á su prima.

—¿Cuándo veré á Miguel?, preguntó.

—Mañana; el doctor dice que ahora podrás ver á quien quieras, con tal que no te excites.

Al día siguiente, Susana se levantó más alegre que de costumbre; sentada delante de la chimenea, parecía meditar; mientras que Sara se había acomodado á la ventana para esperar á Miguel. Apenas le vió llegar, bajó sonriendo y díjole alegremente:

—Hoy puede usted verla.

Hazell franqueó la escalera con el corazón palpitante, y entró en la habitación de la mujer á quien tanto amaba.

—Me alegro de ver á usted Miguel, dijo la enferma.

Hazell vaciló un momento, y después, cual si obedeciera á un impulso irresistible, abrazó á Susana, que lejos de resistirse, apoyó la cabeza en el hombro de Miguel, murmurando:

—Me alegro mucho de que haya usted venido.

Al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas, lo cual indicaba claramente su debilidad.

—¿Por qué llora usted?, preguntó Miguel, con asombro, sin cambiar de posición.

—Es porque ahora amo, contestó Susana en voz tan baja que más bien parecía un murmullo.

—¡Ah!, pues ahora serás mía, exclamó Miguel, abrazando apasionadamente á Susana.

. . . .

Tres semanas después celebrábase en la iglesia del pueblo una tranquila ceremonia nupcial; y cuando Susana puso su mano en la de Miguel, terminaron para siempre las diferencias y resentimientos que durante tanto tiempo les habían separado.

Walton estaba en la iglesia, y cuando el cortejo se disponía á salir, consiguió que el joven Carter diera un recado de su parte á Sara.

Pocos momentos después, la joven encontró á Walton junto á la tumba de Job Hazell, que era el sitio designado por Tomás para hablarla.

—Doy á usted gracias, díjola Walton, pues temía que no quisiera usted venir. Quiero participarla que he tenido la fortuna de encontrar un trabajo muy lucrativo..., pero casi temo hablar.

—¿Por qué?

—Porque la veo muy fría.

—Aún no me ha dicho usted lo que desea.

—Que me conceda usted su mano, olvidando mi conducta anterior. Creo que podríamos ser felices.

Sara permaneció silenciosa, y Walton prosiguió, sin tener idea de la encontrada lucha de los sentimientos de la joven:

—Me hallaré en condiciones de proporcionar á usted el bienestar si consiente en ser mi esposa.

—Ya es demasiado tarde, Sr. Walton, y siento mucho que no haya usted hablado antes. Si yo consintiera, resultaría seguramente perjudicial para los dos.

—Pero piense usted lo que puede ganar, repuso Walton, asombrado por aquella negativa.

—Pienso en lo que puedo perder, contestó Sara; y no insista usted más; he resuelto retirarme del mundo.

Walton suplicó con vehemencia á la joven que cambiase de resolución, pero todo fué inútil.

—He meditado detenidamente, dijo Sara, y nada bastaría ya para retraerme de mi propósito. Me despido, pues, para siempre.

—Hágase como usted lo desea, contestó Walton, estrechando la mano de Sara.

Y alejóse triste y cabizbajo; mientras que la joven volvía á reunirse con el cortejo nupcial.

Poco tiempo después, Sara, cumpliendo con su propósito, ingresaba en el convento de San Juan.

Fin

EDIFICIO DE LA NUEVA CASA

EDITORIAL M. BORDOY Y C.ª

Nuestro paisano y activo corresponsal en la República Argentina, D. Marcelino Bordoy, librero y editor establecido desde hace muchos años en Buenos Aires, en donde con su laboriosidad y con su inteligencia ha conseguido labrarse una pingüe fortuna, ha establecido recientemente en Barcelona una casa editorial, bajo la razón social M. Bordoy y C.ª El edificio en donde ésta se ha instalado y que adjunto reproducimos, es obra de los Sres. Durán y Coll.

Saludamos á ese nuevo editor y no dudamos de que el éxito coronará sus esfuerzos y de que con sus iniciativas y su crédito, tan sólidamente cimentado en aquella ciudad americana, contribuirá considerablemente á fomentar el movimiento literario de nuestra patria.

Edificio de la nueva casa editorial M. Bordoy y C.ª establecida en Barcelona y corresponsal de la nuestra en la República Argentina

LOS FERROCARRILES

ELÉCTRICOS EN SUECIA

Suecia, gracias á la extensa cadena de montañas que atraviesa toda la península escandinava, abunda en cascadas y en raudales cuyo volumen de agua es suficiente para constituir una riqueza nacional. El clima, la abundancia de nieves y los grandes lagos que forman inagotables depósitos, hacen que el caudal de las corrientes sea bastante igual y constante en todo el año, de modo que los que los explotan pueden contar con una fuerza motriz casi uniforme é invariable.

Desde hace muchos años se trata de acaparar toda esa red de fuerzas inactivas para utilizarla en la tracción de los ferrocarriles y se han efectuado ya algunos ensayos en cortas distancias. Los resultados de éstos han sido tan satisfactorios que actualmente se piensa en reemplazar el vapor por la electricidad en todas las vías férreas del Estado. Un ingeniero, el señor Dahlander, jefe de la sección de ferrocarriles eléctricos del Estado, ha explicado recientemente, en una reunión de especialistas, de miembros del Risdag y de altos empleados, este proyecto grandioso. La empresa abarca nada menos que la aplicación de la electricidad á unos 2.000 kilómetros de ferrocarriles y es, por consiguiente, la más grande en este género concebida hasta ahora en el mundo. La base del proyecto es el sistema monofásico de corriente alternativa y sus buenos resultados económicos demostrarían la superioridad del sistema dondequiera que se trate de substituir el vapor por la electricidad en líneas de larga extensión pero de tráfico relativamente escaso, y allí donde se disponga de fuerzas hidráulicas.

El proyecto del Sr. Dahlander fué acogido muy favorablemente por su brillante auditorio, pues la crítica que estos planes han motivado sobre algunos puntos, no es hostil al proyecto mismo, y ya desde ahora se está estudiando su ejecución, en cierto modo parcial.

El proyecto contribuirá desde luego al desarrollo de la industria y del comercio. En Sajonia y en la provincia de Nordlandia hay minerales de una gran riqueza.

EL LAGO DE NEMI

CUADRO DE ENRIQUE SERRA

El celebrado lago de Nemi, que ocupa el cráter de un volcán, lugar de delicias para los romanos y cantado por los poetas, ha servido de tema al distinguido pintor catalán Enrique Serra para producir otra de sus bellísimas obras, en la que demuestra una vez más sus peculiares condiciones para representar los encantos que encierra ese país del Lacio, que pocos artistas han logrado reproducir con todos sus atractivos, realzados por el esfuerzo de una imaginación fecunda y de un espíritu cultivado. Difícil es á todas luces la empresa que con tanto éxito está realizando nuestro amigo, ya que armonizar la realidad con el sentimiento, sólo es dable á aquellos artistas que á su indiscutible habilidad juntan, conforme decimos, el sentimiento y la cultura.

El cuadro á que nos referimos ha sido recientemente adquirido por Mr. Kumpf y figura en una colección de San Francisco de California.

El lago de Nemi, cuadro de Enrique Serra

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

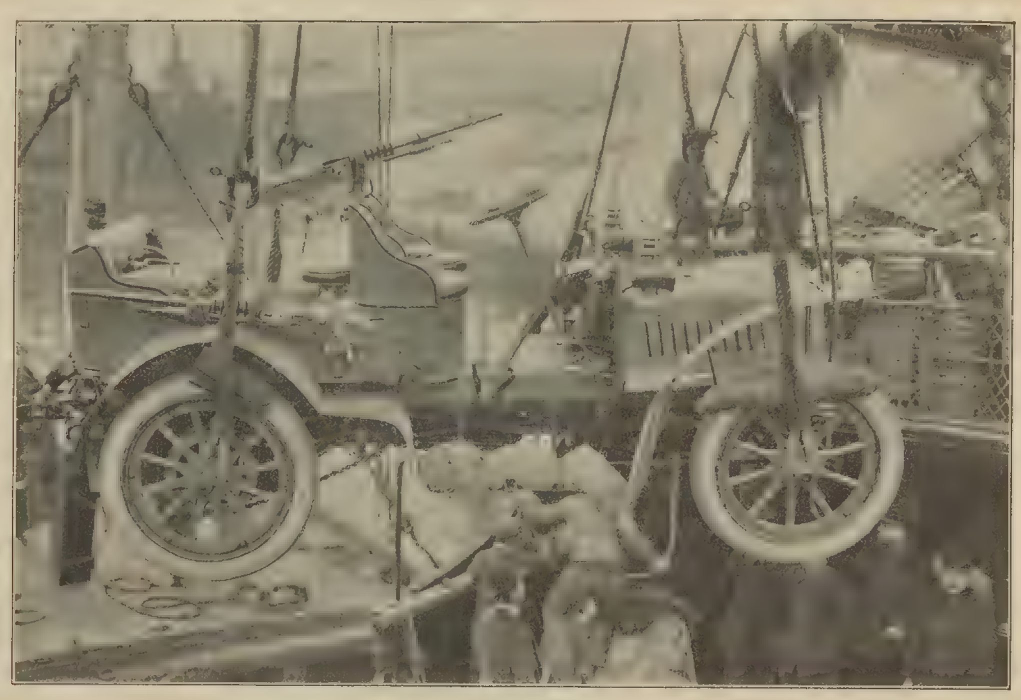
EL FEMINISME Á CATALUNYA, por *Dolores Monserdá de Maciá*. – La distinguida escritora barcelonesa estudia en ese trabajo el tan debatido problema con gran profundidad de ideas, con abundante caudal de observaciones y sobre todo con un sentido común y un sentido cristiano admirables. El feminismo por el cual aboga no es el que quiere hacer de la mujer la rival del hombre en funciones impropias de su condición, sino el que se propone elevar y dignificar el estado social de la misma, haciendo que su trabajo logre la debida recompensa y que la obrera halle amparo contra la explotación de que muchos la hacen víctima. Folleto de 16 páginas, editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 50 céntimos.

***

ENGRUNES, por *A. Julià Pous*.--Colección de poesías, en cada una de las cuales se admiran, tanto ó más que la belleza de forma, los sentimientos que en ellas expresa el autor. Así en las composiciones descriptivas, como en las subjetivas, el poeta se manifiesta sincero, espontáneo, y todas ellas respiran una placidez y una serenidad encantadoras. Un tomo de 68 páginas con un prólogo de Apeles Mestres, impreso en Barcelona por Antonio López.

***

HISTORIAS DE AMOR, por *Rafael Ruiz López*.--El nombre del Sr. Ruiz López es sobrado conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA para que hayamos de hacer el elogio del libro que últimamente ha publicado. Nuestro antiguo y distinguido colaborador ha reunido en él trece cuentos bellísimos, cuya nota dominante es el sentimiento amoroso; interesantes todos por su asunto, recomendables por su fondo y avalorados por su forma castiza y por el ambiente de poesía que en ellos se respira, forman un conjunto de lectura amenísima que acredita una vez más las especiales dotes de cuentista de su autor. La obra ha sido elegantemente editada en Barcelona por la casa «La Unión» y forma un tomo de 160 páginas, con una elegante portada de R. Lapeña, que se vende al precio de una peseta.



Los sucesos de Marruecos.—Embarque en el puerto de Marsella de una ametralladora automóvil con destino á Marruecos
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

A juzgar por los preparativos que los franceses están haciendo en la frontera argelino-marroquí, se proponen algo más que castigar á la tribu de los beni-snassén por la violación de territorio por éstos cometida. En Lala Marnia se concentran numerosas fuerzas de todas las armas, y el general Liautey fortifica los puestos estratégicos que han de servir de base á sus operaciones. Entre las máquinas de guerra que últimamente se le han enviado, figura el automóvil-ametralladora, cuyo embarque reproduce el adjunto grabado. Diríase que se trata de una verdadera campaña de conquista, para la cual les ha servido de excelente pretexto la agresión de los beni-snassén, que no falta quien supone ha sido intencionadamente provocada

Ya dice el refrán francés que *l' appetit vient en mangeant*, y la ocupación de Ujda, con tanta felicidad realizada, se conoce que ha sido un buen aperitivo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AOTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO
(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)